

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE MEDICINA



TESIS DOCTORAL

La identificación en las teorías psicoanalíticas

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Víctor Korman

Director

Gerardo Gutiérrez

Madrid, 2017

©Víctor Korman, 2015

TESIS DOCTORAL

Víctor Korman

Director: Profesor Gerardo Gutiérrez



LA IDENTIFICACIÓN EN LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

TOMO 1

INTRODUCCIÓN GENERAL

PRIMERA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA

SEGUNDA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA KLEINIANA

FACULTAD DE MEDICINA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

2015

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL (I. G.)

PRIMERA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA (TIF)

SUGUNDA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA KLEINIANA (TIK)

A MI MANERA. Un epílogo en forma de prólogo	17
AGRADECIMIENTOS	21
ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LA PRIMERA PARTE	23
ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LA SEGUNDA PARTE	24
NOTA	25
LIMINAR	27

INTRODUCCIÓN GENERAL (I.G.)

Presentación y propósitos	29
I.G.1. Historia y presente de la identificación en psicoanálisis	30
I.G.1.1. Fundación del concepto y sus destinos ulteriores.....	31
I.G.1.2. Los postfreudianos.....	32
I.G.2. El estado actual de la cuestión	32
I.G.2.1. Las ideas sobresalientes en la historia del concepto.....	33
I.G.2.2. El corte sincrónico a principios del siglo XXI.....	34
I.G.3. La perspectiva personal	34
I.G.3.1. Bases para el reordenamiento metodológico y conceptual.....	35
I.G.3.2. Objetivos de la propuesta personal.....	36
I.G.4. Las interpretaciones de la obra de Freud	36
I.G.4.1. Vigencia de su pensamiento.....	36
I.G.4.2. Los seguidores.....	37
I.G.4.3. Circunscribir la problemática.....	37
I.G.4.4. El engarce inconsciente-identificación.....	38
I.G.4.5. Cambios en las orlas semánticas.....	38
I.G.4.6. Florecimientos teóricos.....	39
I.G.4.7. Retorno de Freud.....	40
I.G.5. Aspectos metodológicos de la tesis	41
I.G.5.1. Los ejes principales y los matices.....	42
I.G.5.2. Aparición de nuevos interrogantes.....	42
I.G.5.3. Establecer los fundamentos.....	42
I.G.5.3.1. Elección de los parámetros.....	43
I.G.5.3.2. Sombras y contradicciones.....	43
I.G.6. Procesamiento de los textos	44
I.G.6.1. La organización retroactiva de los circuitos de textos.....	45
I.G.6.2. Cada cual desde la lógica interna de su teoría.....	45
I.G.6.3. Vector cronológico pero sin ilusión germinativa.....	46
I.G.6.4. Puentes entre las obras de Freud, Klein y Lacan.....	47
I.G.6.5. Cuestiones de citas y circuitos de textos.....	47
I.G.6.6. Lectura con zoom.....	48
I.G.6.7. Lectura estructural.....	49
I.G.6.8. La organización de la discursividad psicoanalítica.....	50

I.G.7. La plasmación escrita	50
I.G.8. Definiciones específicas del vocablo identificación	51
I.G.8.1. Definición freudiana.....	51
I.G.8.2. Aproximación kleiniana.....	52
I.G.8.3. Caracterización lacaniana.....	52
I.G.9. Resumen de la Introducción General	53
Notas de la Introducción General	55

PRIMERA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA (TIF)

CAPÍTULO 1. BALIZAS EN LAS REGIONES DE LA TEORÍA FREUDIANA RELACIONADAS CON LA IDENTIFICACIÓN

1.1. Sujeto y objeto en la teoría freudiana. Sujeto y objeto de la identificación	58
1.1.1. Preliminares. Elementos para una teoría freudiana del sujeto.....	58
1.1.2. La originalidad de Freud.....	59
1.1.3. El objeto.....	61
1.1.4. Un esquema del sujeto.....	61
1.1.5. Teoría no unificada del sujeto en Freud. ¿Elección o insuficiencia.....	62
1.1.6. Sujeto y objeto en las obras de M. Klein y J. Lacan.....	63
1.1.6.1. <i>Melanie Klein: el yo y el instinto de muerte</i>	63
1.1.6.2. <i>El sujeto del inconsciente (\$) y el objeto a</i>	64
1.1.6.3. <i>Contrastes</i>	65
1.1.7. Sujeto y objeto de la identificación.....	65
1.1.7.1. <i>La identificación freudiana es un retoño de la pulsión oral</i>	65
1.1.7.2. <i>Inscripción del objeto en la psique</i>	66
1.1.7.3. <i>Síntesis de la perspectiva freudiana</i>	67
1.2. Lo inconsciente y el deseo. Las identificaciones históricas y oníricas	68
1.2.1. El deseo inconsciente.....	68
1.2.2. Las identificaciones históricas y oníricas.....	69
1.3. Las pulsiones. Identificación primaria	70
1.3.1. Primera teoría de las pulsiones.....	70
1.3.2. Segunda teoría de las pulsiones.....	71
1.3.3. Pulsiones y teoría de la identificación.....	71
1.3.4. La identificación primaria.....	72
1.3.5. Deseo, pulsión, elección de objetos de amor y fantasma.....	72
1.4. Narcisismo. Identificaciones narcisistas	73
1.4.1. Tesis principales de Freud sobre el narcisismo.....	73
1.4.2. Narcisismo primario y secundario.....	75
1.4.3. Los dos autoerotismos.....	76
1.4.4. Narcisismo e identificación. Las identificaciones narcisistas.....	78
1.5. El fantasma	79
1.6. El complejo de Edipo	80
1.6.1. Características del terreno edípico.....	80
1.6.2. Las identificaciones secundarias edípicas.....	82
1.7. Segunda tópica. Identificaciones yoicas, superyoicas e ideal-yoicas	82
1.7.1. El yo en la teoría freudiana. Identificaciones yoicas.....	83
1.7.2. El superyó y las identificaciones que lo estructuran.....	83
1.7.2.1. <i>Superyó e Ideal del yo</i>	83
1.7.2.2. <i>Las identificaciones superyoicas e ideal-yoicas</i>	84
1.8. Las relaciones sociales	86
1.8.1. Dimensión social psíquicamente inscrita.....	86
1.8.2. El sujeto en lo social.....	87

1.8.3. Identificación en el seno de las masas.....	88
1.8.4. Idealización versus identificación	88
1.9. Síntesis.....	90
Notas del capítulo 1	93

CAPÍTULO 2. MECANISMOS QUE INTERVIENEN EN LAS IDENTIFICACIONES FREUDIANAS

2.1. La introyección (<i>Introjektion</i>)	98
2.1.1. La introyección y la construcción de la realidad en los textos de Freud.....	98
2.1.1.1. <i>Yo de placer purificado, yo realidad</i>	99
2.1.1.2. <i>Juicio de atribución, juicio de existencia</i>	99
2.1.1.3. <i>Introyección, proyección masiva</i>	101
2.1.2. La introyección en el seno de la teoría estructural de la identificación	101
2.1.3. La introyección en las obras de Klein y Lacan	102
2.2. Incorporación (<i>Einverleibung</i>).....	103
2.2.1. La incorporación y la actividad pulsional	103
2.2.2. Fantasma incorporativo e identificación	104
2.2.3. Diferencias entre introyección e incorporación	106
2.3. Interiorización (<i>Verinnerlichung</i>).....	106
2.4. Apropiación (<i>Aneignung</i>)	107
2.5. Proyección (<i>Projektion</i>).....	108
2.6. Externalización de la huella mnémica desiderativa	110
2.7. Fenómenos de transferencia (<i>Übertragungphänomen</i>).....	111
2.8. Ligazón (<i>Bindung</i>).....	112
2.9. Imitación (<i>Nachahmung, Nachbildung</i>).....	113
2.10. Empatía (<i>Einfühlung</i>).....	115
2.11. A modo de resumen: un glosario.....	117
Notas del capítulo 2	119

CAPÍTULO 3. PRINCIPALES IDENTIFICACIONES DESCRITAS POR FREUD

Obertura.....	121
3.1. La identificación primaria.....	122
3.1.1. Primeras puntualizaciones.....	124
3.1.2. ¿De qué padre se trata?	124
3.1.3. El linaje de los humanos.....	125
3.1.4. La nota al pie de página.....	126
3.1.5. Nuevas puntualizaciones	127
3.1.6. Algo de luz en las tinieblas de lo primario. Cotejos.....	127
3.2. Las identificaciones edípicas	129
3.2.1. Objeto total del yo	129
3.2.2. Precisiones sobre lo edípico	130
3.2.3. Las identificaciones durante el complejo de Edipo.....	130
3.2.3.1. <i>Las identificaciones edípicas hasta Psicología de las masas y análisis del yo (1921)</i>	131
3.2.3.2. <i>Las identificaciones edípicas a partir de 1923</i>	133
3.2.4. Identificaciones secundarias edípicas y modalidades de la relación de objeto.....	134
3.2.4.1. <i>Concomitantes a la relación de objeto</i>	134
3.2.4.2. <i>Posteriores a la resignación del objeto</i>	134
3.2.4.3. <i>Sin relación previa con el objeto</i>	135
3.3. La identificación histérica	135
3.4. La identificación melancólica.....	137
3.4.1. Hacerse <i>Uno</i> con el objeto.....	137
3.4.2. Pérdida del objeto y su resurrección psíquica	138
3.4.3. Psicosis y psiconeurosis narcisistas.....	139
3.4.4. Mito y estructuración del yo.....	139
3.5. La identificación en la homosexualidad masculina	139
3.6. La identificación en el seno de las masas	140
3.7. Identificaciones yoicas y superyoicas	141
3.7.1. Las identificaciones yoicas.....	142
3.7.2. Las identificaciones superyoicas	142

3.8. Identificación onírica	144
3.9. Otras identificaciones	144
3.10. Sinopsis del capítulo	145
Notas del capítulo 3	149

CAPÍTULO 4. SISTEMATIZACIÓN DE LA TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA

4.1. Introducción	153
4.2. Teoría estructural de la identificación	154
4.3. La identificación, lo intergeneracional y la prehistoria de la humanidad	155
4.4. Resignificaciones retroactivas desde la teoría estructural	155
4.4.1. Primera resignificación	156
4.4.2. Resignificación de las identificaciones narcisistas	157
4.4.3. Resignificación de las identificaciones en el seno de las masas	158
4.4.4. Resignificación de las restantes modalidades	158
4.5. Las identificaciones freudianas después de 1923	158
4.5.1. Identificaciones estructurantes en la TIF	158
4.5.2. Panorama de las dos teorías identificatorias	160
4.5.3. Interacciones entre las primarias y secundarias edípicas	162
4.6. Parámetros de sistematización de la TIF	163
4.6.1. Según los efectos sobre la organización psíquica	163
4.6.2. Según la dialéctica primaria/secundaria	163
4.6.3. Según la extensión de lo internalizado	164
4.6.4. Según las modalidades de investiduras de objeto	164
4.6.5. Según la relación con el complejo de Edipo	165
4.6.6. Según la dirección	165
4.6.7. Según el terreno en que tienen lugar	166
4.6.8. Según la participación de la regresión	166
4.6.9. Según la instancia originada	167
4.6.10. Según el mecanismo prevalente	167
4.7. Conjunto orgánico de principios e ideas	168
4.8. Resumen	170
Notas del capítulo 4	170

CAPÍTULO 5. MITO Y REPRESENTACIÓN EN LA TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA

Proemio	173
5.1. Los mitos	174
5.1.1. La cuna griega	174
5.1.2. Nociones elementales sobre los mitos	175
5.1.3. La reconstrucción de los orígenes	175
5.2. La discursividad freudiana y los mitos	176
5.2.1. ¿Qué rol asignó Freud a los mitos?	177
5.2.2. Las tres vertientes de la discursividad freudiana	178
5.2.2.1. <i>Dimensión teórica</i>	178
5.2.2.2. <i>Dimensión narrativa</i>	179
5.2.2.3. <i>Dimensión mítica</i>	179
5.2.3. Otras formas de presencia de los mitos en la obra de Freud	180
5.2.4. Mitos y clínica psicoanalítica	181
5.2.5. ¿Mito individual o social?	181
5.3. La noción de representación	182
5.3.1. La representación en la filosofía y la psicología	182
5.3.2. La representación en la teoría del conocimiento	183
5.3.3. Otras formas de representación	183
5.3.3.1. <i>La representación teatral</i>	183
5.3.3.2. <i>La representación diplomática</i>	185
5.3.4. Transformaciones de la noción de representación en los siglos XIX y XX. Las artes plásticas y el lenguaje	185
5.4. La representación (<i>Vorstellung</i>) en la obra freudiana	187

5.4.1. Innovaciones introducidas por Freud en la noción moderna de representación	187
5.4.2. Regiones de la teoría psicoanalítica concernidas por la representación	188
5.4.3. La representación y la teoría identificatoria freudiana.....	188
5.5. El mito del asesinato del Padre de la horda primitiva	190
5.5.1. Freud, ¿etnógrafo o clínico?	190
5.5.2. Efectos psicosociales del parricidio.	191
5.5.2.1. <i>El banquete totémico</i>	191
5.5.2.2. <i>La herencia arcaica</i>	192
5.5.2.3. <i>La cuestión del padre</i>	192
5.6. El mito de Narciso y las identificaciones narcisistas.....	193
5.6.1. La versión de Ovidio	193
5.6.2. El narcisismo en la obra freudiana	193
5.6.3. La identificación narcisista.....	194
5.6.3.1. <i>Representación del objeto y su incorporación</i>	194
5.6.3.2. <i>Mito y estructuración del yo</i>	195
5.7. El mito de Edipo. Las identificaciones secundarias edípicas.....	195
5.7.1. Los relatos clásicos.....	195
5.7.2. La entrada de Edipo al psicoanálisis	197
5.7.3. Las identificaciones durante el complejo de Edipo.....	197
5.7.4. Las identificaciones en la declinación del complejo.....	197
5.7.5. La representación en las identificaciones edípicas.....	198
5.8. Síntesis del capítulo	198
Notas del capítulo 5	199

CAPÍTULO 6. METAPSICOLOGÍA FREUDIANA DE LA IDENTIFICACIÓN

6.1. ¿Qué es la metapsicología?	203
6.2. Extensión y comprensión del vocablo metapsicología.....	204
6.3. Punto de vista tópico	206
6.3.1. Primera tópica.....	206
6.3.2. Segunda tópica.....	207
6.4. Enfoque económico	208
6.4.1. Las identificaciones secundarias edípicas posteriores a la renuncia del objeto.....	208
6.4.2. La identificación melancólica	211
6.4.3. La identificación en la homosexualidad.....	211
6.4.4. Las identificaciones primarias.....	211
6.5. Perspectiva dinámica	212
6.6. Resumen	214
Notas del capítulo 6	215

CAPÍTULO 7. CITAS DE FREUD SOBRE LA IDENTIFICACIÓN. CRONOLOGIA

7.1. Período 1895-1900. Primeras alusiones a la identificación.....	217
7.1.1. Carta del 8 de febrero de 1897	218
7.1.2. Manuscrito L, anexo a la carta 61, del 2 de mayo de 1897.....	218
7.1.3. Manuscrito N, anexo a la carta 64, del 31 de mayo de 1897	218
7.1.4. Carta nº 125, del 9 de diciembre de 1899.....	218
7.2. Período 1900-1905. Identificación en los sueños y en la histeria	219
7.2.1. La interpretación de los sueños (1900).....	219
7.2.2. Psicopatología de la vida cotidiana (1901)	220
7.2.3. Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905).....	220
7.2.4. El chiste y su relación con lo inconsciente (1905).....	221
7.2.5. Personajes psicopáticos en el escenario (1905-1906)	221
7.3. Período 1905-1910. Identificaciones en las neurosis de transferencia y en la homosexualidad masculina.....	222
7.3.1. Apreciaciones generales sobre el ataque histérico (1909 [1908]).....	222
7.3.2. Análisis de una fobia de un niño de cinco años (1909). El pequeño Hans (“El caso Juanito”).....	222
7.3.3. A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909). (“El hombre de las ratas”)	222

7.3.4. Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910).....	223
7.3.5. Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (1910)	223
7.4. Período 1910-1915. Nuevos e importantes desarrollos del tema	223
7.4.1. Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (demencia paranoides) descrito autobiográficamente. “El caso Schreber” (1911 [1910]).....	223
7.4.2. Tótem y tabú (1913).....	224
7.4.3. Introducción al narcisismo (1914).....	224
7.4.4. Pulsiones y destinos de pulsión (1915)	225
7.4.5. Duelo y melancolía (1917 [1915])	225
7.4.6. Un caso de paranoia que contradice a la teoría psicoanalítica (1915)	225
7.4.7. De guerra y muerte. Temas de actualidad.....	226
7.4.8. Tres ensayos de teoría sexual (Fragmento añadido en 1915)	226
7.5. Período 1915-1920. Renovación de los fundamentos. Bases para la teoría estructural de la identificación.	226
7.5.1. Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis (1917 [1916-1917]).....	226
7.5.2. De la historia de una neurosis infantil (El “Hombre de los lobos”) (1918 [1914]).....	226
7.5.3. Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (1920).....	227
7.6. Período 1920-1925. La identificación estructural	227
7.6.1. Psicoanálisis y telepatía (1941 [1921])	227
7.6.2. Psicoanálisis de las masas y análisis del yo (1921).....	228
7.6.3. Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad (1922).....	230
7.6.4. Sueño y telepatía (1922).....	230
7.6.5. Teoría de la libido (1923 [1922])	230
7.6.6. El yo y el ello (1923).....	230
7.6.7. El sepultamiento del complejo de Edipo (1924).....	232
7.6.8. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos (1925)	232
7.7. Período 1925-1930. La identificación más allá de la clínica	233
7.7.1. El fetichismo (1927).....	233
7.7.2. El porvenir de una ilusión (1927).....	233
7.7.3. Dostoievski y el parricidio (1928 [1927])	233
7.7.4. El humor (1927)	233
7.7.5. El malestar en la cultura (1930 [1929]).....	234
7.8. Período 1930-1935. Identificación y las instancias de la segunda tópica	234
7.8.1. El presidente Thomas Woodrow Wilson, un estudio psicológico (1932).....	234
7.8.2. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1932-1933)	235
7.8.2.1. <i>Trigésima primera conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica</i>	235
7.8.2.2. <i>Trigésima segunda conferencia. Angustia y vida pulsional</i>	235
7.8.2.3. <i>Trigésima tercera conferencia. La feminidad</i>	236
7.8.3. ¿Por qué la guerra? (1933)	236
7.9. Período 1935-1939. Ausencia de novedades	236
7.9.1. Moisés y la religión monoteísta (1939 [1934-1938]).....	236
7.9.2. Esquema de psicoanálisis (1940 [1938]).....	237
7.9.3. Conclusiones, ideas, problemas (1941 [1938]).....	237
7.10. Reseña de las identificaciones que se desprenden del recorrido efectuado	237
7.11. Resumen del capítulo	237
 ANEXO AL CAPÍTULO 7. Caracterización freudiana del concepto de identificación	
I. Visión panorámica del concepto.....	238
II. Líneas maestras de su concepción sobre la identificación	239
III. Principales identificaciones descritas por Freud	240
IV. Reordenación de las identificaciones a partir de la teoría estructural.....	242
Notas del capítulo 7	243
 BIBLIOGRAFIA CONSULTADA. Primera parte. Teoría identificatoria freudiana	
	245

SEGUNDA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA KLEINIANA (TIK)

ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LA SEGUNDA PARTE	249
ORDENACIÓN CRONOLÓGICA DE LOS TEXTOS DE MELANIE KLEIN	250
CAPÍTULO 1. PROLEGÓMENOS AL TRASPASO DE UN UMBRAL	
1.1. Klein: entre la idolatría y la denigración	252
1.1.1. Coexistencias	252
1.1.2. Principales procedimientos con que se elaboraron las tres teorías	253
1.1.3. Comparar no es denigrar	254
1.2. Propuesta de un nuevo modelo de organización y funcionamiento psíquico	255
1.2.1. Los mecanismos y posiciones que organizan la psique	256
1.2.2. Arquitectónica de la mente	257
1.2.2.1. <i>Objetos internos</i>	257
1.2.2.2. <i>Fantasia inconsciente</i>	258
1.2.2.3. <i>Un yo innato y funcional</i>	259
1.2.2.4. <i>El superyó temprano</i>	259
1.2.2.5. <i>Las relaciones objetales</i>	260
1.2.3. La dinámica psíquica.....	260
1.2.4. Los acentos kleinianos	261
1.3. Ideas novedosas que Klein introdujo en el psicoanálisis	262
1.4. Establecimiento de etapas en la obra kleiniana	265
1.4.1. Visión panorámica del conjunto de su obra.....	266
1.4.1.1. <i>Primera etapa, K₁ (1919-1933)</i>	266
1.4.1.2. <i>Segunda etapa, K₂ (1934-1946)</i>	267
1.4.1.3. <i>Tercera etapa, K₃ (1946-1960)</i>	267
1.4.2. Hipótesis fundamentales de cada etapa.....	268
1.4.3. Sobre los modos de conceptualización de Klein y su estilo de escritura.....	269
1.5. ¿Sobre cuál de las diversas Klein se escribirá en esta segunda parte?	270
1.6. La institucionalización de su teoría: kleinismo y post-kleinismo	271
1.7. Principales referencias bibliográficas	272
1.8. Los capítulos de esta segunda parte	275
1.9. Síntesis del capítulo	276
Notas del capítulo 1	281
CAPÍTULO 2. TEORÍA IDENTIFICATORIA KLEINIANA (TIK). CONTEXTOS, ANTECEDENTES E INFLUENCIAS	
2.1. Introducción general	286
2.2. Parámetros empíricos y conceptuales que dieron fundamento a la TIK	288
2.3. Tiempos en la construcción de la TIK. Circuitos de textos	289
2.4. Primer y segundo periodo de la TIK: 1919-1946. Sus componentes fundamentales	289
2.4.1. La proyección	290
2.4.2. La introyección	290
2.4.3. El sadismo	292
2.4.4. El superyó y el complejo de Edipo temprano. La fase de identificación femenina	293
2.4.5. Citas y comentarios de textos kleinianos sobre la identificación (1919-1946)	295
2.4.5.1. <i>Estadios tempranos del conflicto edípico [ETCE (1928)]</i>	295
2.4.5.2. <i>La personificación en el juego de los niños [PJM (1929)]</i>	297
2.4.5.3. <i>Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos [CPM-D (1934)]</i>	298
2.4.5.4. <i>Amor, culpa y reparación [ACR (1937)]</i>	299
2.4.5.5. <i>El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas [CEAT (1945)]</i>	300
2.4.5.6. <i>Notas sobre la identificación en Klein antes de 1946 (K₁+K₂)</i>	302
2.5. Tercer periodo de la TIK: 1946-1960	303

2.5.1. La identificación proyectiva	303
2.5.2. La identificación introyectiva	304
2.6. Antecedentes	305
2.6.1. Sigmund Freud: el psicoanálisis, la sexualidad infantil y la proyección	307
2.6.2. Sandor Ferenczi. La introyección y el simbolismo	308
2.6.2.1. <i>La introyección según Ferenczi</i>	309
2.6.2.2. <i>La introyección en la obra de M. Klein</i>	313
2.6.2.3. <i>El simbolismo</i>	314
2.6.3. Karl Abraham: el desarrollo evolutivo y la reacción ante la pérdida de objeto	315
2.6.3.1. <i>El desarrollo evolutivo según Abraham</i>	315
2.6.3.2. <i>Acuerdos y desavenencias de Klein con su maestro berlinés</i>	320
2.6.3.3. <i>Sobre la pérdida del objeto en la melancolía. La introyección en la teoría de Abraham</i>	321
2.6.4. Ronald Fairbain (1889-1964): la posición esquizoide	323
2.6.5. Ernest Jones entre los Freud (Sigmund, Anna) y Melanie Klein.....	324
2.6.6. Víctor Tausk: la identificación proyectiva innominada.....	327
2.7. Sinopsis del capítulo.....	328
Notas del capítulo 2	332

CAPÍTULO 3. POSICIONES, OBJETOS Y MECANISMOS DE DEFENSA

Introducción.....	339
3.1. Las posiciones	341
3.1.1. Los cinco conceptos combinados y solidarizados.....	341
3.1.2. La posición esquizoparanoide (PEP)	343
3.1.3. La posición depresiva (PD)	345
3.1.4. Las posiciones, el desarrollo evolutivo y la vida psíquica ulterior	349
3.2. Objetos y relaciones de objeto en la teoría kleiniana	351
3.2.1. Objetos parciales (idealizados y persecutorios)	354
3.2.2. Objetos totales (buenos y malos).....	354
3.2.3. Objetos internos y externos	355
3.2.4. Objeto bueno en el núcleo del yo y el objeto mordido y despedazado.....	357
3.2.5. Las transformaciones del objeto durante del desarrollo.....	359
3.3. Los mecanismos de defensa.....	359
3.3.1. Deflexión, proyección, expulsión.....	361
3.3.1.1. <i>Deflexión, proyección, expulsión. Primera ronda</i>	362
3.3.1.2. <i>Deflexión, proyección, expulsión. Segunda ronda</i>	364
3.3.2. Escisión o clivaje.....	367
3.3.3. Introyección	371
3.3.4. Idealización.....	372
3.3.5. Negación.....	374
3.3.6. Las defensas maníacas.....	378
3.3.7. La identificación proyectiva.....	378
3.3.8. La reparación y la simbolización en tanto defensas	379
3.3.9. Las defensas obsesivas	379
3.3.10. El lugar de la represión en la obra de Klein	382
3.3.10.1. <i>Introducción</i>	383
3.3.10.2. <i>La represión en CTEL (1952). Sus antecedentes</i>	384
3.3.10.3. <i>Después de CTEL (1952)</i>	387
3.3.10.4. <i>Puntualizaciones sobre la represión en Klein, para cotejarlas con Freud y Lacan</i> ...	388
3.4. Cotejo de la negación kleiniana con otros conceptos conexos	389
3.4.1. Negación (<i>Verneinung</i>) en Freud	389
3.4.2. Renegación o desmentida freudiana (<i>Verleugnung</i>)	389
3.4.3. Repudio o rechazo (<i>Verwerfung</i>) en la obra del vienés	393
3.4.4. Forclusión o Preclusión (Lacan).....	394
3.4.5. Escotomización (Laforgue)	395
3.5. Sinopsis del capítulo.....	396
Notas del capítulo 3	400

CAPÍTULO 4. LA ANGUSTIA; FUENTES Y FUNCIONES

Introito	407
4.1. Antecedentes freudianos sobre la angustia	408
4.1.1. Primera teoría: la angustia como efecto de la represión	409
4.1.2. Segunda teoría: la angustia como promotora de la represión. La angustia señal	411
4.2. La concepción kleiniana de la angustia	414
4.2.1. Angustia y pulsión de muerte.....	414
4.2.2. Reelaboración permanente del concepto de angustia en la obra kleiniana	416
4.2.3. Nuevas modalidades de angustia.....	419
4.2.4. Síntesis: las ideas cruciales sobre la angustia en la teoría kleiniana	419
4.2.5. La angustia como motor del desarrollo evolutivo.....	420
4.3. La angustia en la teoría lacaniana	421
4.3.1. Angustia y deseo.....	423
4.3.2. Angustia y lo real. Goce	424
4.3.3. Angustia y objeto	426
4.3.4. Angustia y clínica.....	427
4.4. Principales ideas vertidas en este capítulo	429
Notas del capítulo 4	433

CAPÍTULO 5. EL CONCEPTO DE FANTASÍA EN LA OBRA DE KLEIN

Presentación del tema	437
5.1. Qué se aprecia en una primera lectura cronológica de su obra	439
5.1.1. Primera etapa, K ₁ : 1919-1933	439
5.1.2. Segunda etapa, K ₂ :1934-1946.....	443
5.1.3. Tercera etapa, K ₃ :1946-1960.....	444
5.2. Una segunda lectura, retroactiva, conceptual y complementaria de la anterior	444
5.2.1. Nodos en una red de alta conectividad.....	445
5.2.2. Continuidad genética. Las napas	452
5.2.3. La interpretación kleiniana de las fantasías.....	454
5.3. La fantasía de los padres combinados	455
5.4. Susan Isaacs, una referencia obligada, pero sin grandes reverencias	456
5.4.1. El texto en sí	456
5.4.2. Una lectura crítica.....	458
5.5. El rol de la fantasía en la formación del aparato psíquico	462
5.6. Hacia una metapsicología de la fantasía inconsciente en Klein	463
5.6.1. Punto de vista tópico	464
5.6.2. Punto de vista dinámico	465
5.6.3. Punto de vista económico	466
5.7. Caracterización del concepto de fantasía inconsciente en la obra de Klein	467
5.8. El concepto de fantasía en Freud	470
5.8.1. Introducción.....	470
5.8.2. Fantasías conscientes e inconscientes. Fantasías originarias	471
5.8.3. Caracterización freudiana de la fantasía <i>inconsciente</i>	474
5.9. Las elaboraciones de Lacan sobre el fantasma	474
5.10. Cotejo de las tres teorías sobre la fantasía inconsciente/fantasma	476
5.11. Breve reseña del capítulo	480
Notas del capítulo 5	484

CAPÍTULO 6. OTROS CONCEPTOS KLEINIANOS RELACIONADOS CON LA FORMACIÓN DE LA PSIQUE

6.1. Los instintos de vida y de muerte. El sadismo	489
6.1.1. El principio de los principios.....	490
6.1.2. Omnipresencia de los instintos de vida y muerte a partir de 1932	491
6.1.3. La clave sádica; concordancias y divergencias con Freud.....	492
6.1.4. El dualismo instintivo y la cuestión de la frustración interna y externa	493
6.1.5. Eros, Tánatos y la teoría identificatoria kleiniana.....	495

6.2. Complejo de Edipo temprano y la fase de identificación femenina	496
6.2.1. La fase compartida de identificación con la madre.....	497
6.2.2. Estadios tempranos del conflicto edípico.....	498
6.2.3. Transformaciones posteriores del complejo en la infancia.....	498
6.2.3.1. <i>El esquema edípico en la niña</i>	499
6.2.3.2. <i>El Edipo temprano en el niño</i>	500
6.3. El superyó en la obra de Melanie Klein	502
6.3.1. El superyó en la primera etapa (K ₁ :1919-1933).....	503
6.3.1.1. <i>Simposio sobre psicoanálisis infantil [SIA (1927)]</i>	505
6.3.1.2. <i>Estadios tempranos del conflicto edípico [ETCE (1928)]</i>	506
6.3.1.3. <i>La personificación en los juegos de niños [PJM (1929)]</i>	506
6.3.1.4. <i>La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo [IFSJ (1930)]</i>	506
6.3.1.5. <i>El psicoanálisis de niños [EPN (1932)]</i>	507
6.3.1.6. <i>Desarrollo temprano de la conciencia del niño [DTCN (1933)]</i>	508
6.3.2. El superyó en la segunda etapa (K ₂ : 1934-1946).....	510
6.3.3. El superyó tercera etapa (K ₃ : 1946-1960).....	512
6.3.4. La trilogía de Esquilo y las figuras del superyó.....	520
6.3.5. Caracterización del superyó en la obra de Melanie Klein. Sincronía y diacronía.....	523
6.3.5.1. <i>Hitos principales en su teorización</i>	524
6.3.5.2. <i>Génesis del superyó</i>	525
6.3.5.3. <i>Organización del superyó</i>	526
6.3.5.4. <i>Funcionamiento del superyó</i>	527
6.4. Teoría del simbolismo, sublimación y reparación	527
6.4.1. Simbolización	528
6.4.1.1. <i>Antecedentes: Freud, Ferenczi, Jones, Sachs y Rank</i>	528
6.4.1.2. <i>La concepción kleiniana sobre la formación de símbolos</i>	533
6.4.2. La sublimación	538
6.4.2.1. <i>K₁: primeros enfoques sobre la sublimación</i>	539
6.4.2.2. <i>K₂: Posición depresiva y sublimación reparatoria</i>	540
6.4.2.3. <i>K₃: La sublimación en el sistema kleiniano tardío</i>	541
6.4.3. La reparación.....	542
6.4.3.1. <i>Primeras presencias</i>	542
6.4.3.2. <i>Reparación y posición depresiva. Desarrollos ulteriores</i>	543
6.4.3.3. <i>La reparación maníaca y obsesiva</i>	544
6.5. El narcisismo	545
6.5.1. Una visión panorámica. El narcisismo primario cuestionado.....	545
6.5.2. Visión sintética del narcisismo en Klein. Cotejo con Lacan y Freud.....	547
6.6. Resumen del capítulo	551
Notas del capítulo	555

CAPITULO 7. ENVIDIA Y GRATITUD

7.1. Introducción	563
7.2. Caracterizaciones y formas de la envidia	565
7.2.1. Formas de la envidia.....	566
7.2.2. Propiedades, características y efectos de la envidia.....	567
7.3. La envidia y su espacio teórico-clínico en el sistema kleiniano tardío	570
7.3.1. Nuevo y último empuje teórico hacia el instintivismo	571
7.3.2. Una presunta y tardía alusión al narcisismo primario de Freud en la teoría de Klein: la fusión prenatal con la madre.....	572
7.3.3. Frustración, gratificación y privación en la teoría kleiniana.....	573
7.3.3.1. <i>Preámbulo: precisiones lingüísticas</i>	573
7.3.3.2. <i>La frustración antes y después de Envidia y gratitud</i>	575
7.3.4. La introyección del objeto bueno en el núcleo del yo y el conocimiento innato del mismo.....	576
7.3.4.1. <i>Sobre la conformación del objeto bueno</i>	576
7.3.4.2. <i>Efectos de la introyección del objeto bueno</i>	577
7.3.5. Defensas contra la envidia.....	579

7.4. Gratitud y creatividad	580
7.4.1. Una faceta: el paraíso reencontrado	580
7.4.2. La otra cara: el viejo-nuevo infierno envidioso	582
7.4.3. Creatividad, sublimación y reparación a partir de 1957	582
7.4.3.1. <i>La creatividad y su símbolo excelso: el pecho bueno</i>	582
7.4.3.2. <i>¿Y las antiguas ideas sobre la creación y la reparación?</i>	584
7.4.4. Continuidad y cambios en <i>Envidia</i> y <i>gratitud</i> ; lo explícito y lo implícito	584
7.5. Resignificación de su teoría sobre la formación del aparato psíquico a partir de <i>Envidia</i> y <i>Gratitud</i>	585
7.6. Sinopsis del capítulo	588
Notas del capítulo 7	592

CAPÍTULO 8. LA IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

8.1. Introducción a la identificación proyectiva	596
8.2. La identificación proyectiva; momento inaugural	598
8.3. Puntos de impacto, funciones y efectos de la identificación proyectiva en <i>NAME</i>	605
8.3.1. La triple convergencia: instinto, proyección, narcisismo.....	605
8.3.2. Proyección e identificación proyectiva: continuidad y salto.....	606
8.3.3. La puerta giratoria	607
8.3.4. Pasaje desde mecanismo de defensa a proceso organizador de la mente	607
8.4. La polaridad integración-desintegración	609
8.5. Desarrollos sobre la identificación proyectiva en la última etapa de su obra	610
8.5.1. <i>Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante</i> (1952).....	611
8.5.2. <i>Sobre la identificación</i> (1955).....	612
8.5.3. <i>Envidia y gratitud</i> (1957)	615
8.5.4. <i>Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia</i> (1959).....	616
8.5.5. <i>El sentimiento de soledad</i> (1959).....	616
8.5.6. <i>Relato del psicoanálisis de un niño</i> (1961)	617
8.5.7. <i>Algunas reflexiones sobre “La Orestíada”</i> (1963).....	617
8.6. Los “procesos proyectivos”: el tándem proyección - identificación proyectiva	619
8.6.1. Sobre la proyección kleiniana	619
8.6.2. Una caracterización de la identificación proyectiva en la obra de Klein.....	620
8.7. Resumen del capítulo	623
Notas del capítulo 8	627

CAPÍTULO 9. INTROYECCIÓN E IDENTIFICACIÓN INTROYECTIVA

9.1. Introducción	631
9.2. La introyección en la obra kleiniana. Panorama general y caracterización del concepto	632
9.2.1. Definiciones.....	633
9.2.2. Contextos en los que Klein hizo operar a la introyección.....	635
9.3. La introyección I. Primer periodo de su obra (K₁: 1919-1933)	635
9.3.1. La introyección entre el sadismo y el establecimiento de <i>imago</i> s en la psique.....	636
9.3.2. Sobre la dificultad de pensar la introyección de objetos buenos	638
9.3.3. Articulaciones de la introyección con otros conceptos kleinianos	639
9.4. La introyección II. De la posición depresiva a los mecanismos esquizoides (K₂: 1934-1946)	639
9.5. La introyección III. Últimas consideraciones (K₃: 1946-1960)	645
9.6. La identificación introyectiva. Introducción, evolución y torneado final del concepto	648
9.6.1. Caracterización de la identificación introyectiva	648
9.6.2. Diferencias entre la identificación introyectiva y la introyección	649
9.6.3. Correlaciones	650
9.6.4. Precisiones	651
9.7. Subordinación de la introyección a la proyección	652
9.8. Procesos que participan en la conformación del mundo interno	653
9.8.1. La internalización	654
9.8.2. La introyección.....	655
9.8.3. La identificación.....	657
9.8.4. La incorporación.....	658
9.8.5. La asimilación	660

9.9. Último cotejo de la TIK con la TIF y la TIL	661
9.9.1. Identificación proyectiva	662
9.9.2. Identificación introyectiva.....	662
9.10. Ideas principales expuestas en este capítulo	663
Notas del capítulo 9	671

CAPÍTULO 10. EL YO EN TEORÍA DE KLEIN. COTEJO CON LA CONCEPCIÓN FREUDIANA Y LACANIANA SOBRE DICHA INSTANCIA

Preludio	675
10.1. Claves del yo en la teoría kleiniana	677
10.1.1. El yo innato y funcional. La noción de <i>self</i> y sus diferencias con el yo	677
10.1.2. El yo, los instintos y la angustia. El conflicto psíquico en Klein.....	679
10.1.3. El yo y las funciones defensivas.....	680
10.1.4. La integración (cohesión): factor importante para el desarrollo del yo	682
10.1.5. Rol del entorno objetal en la conformación del yo y del aparato psíquico.....	683
10.1.5.1. <i>Caminos zigzagueantes</i>	684
10.1.5.2. <i>Abordaje del tema a la luz de la sobredeterminación</i>	686
10.1.6. Abordaje metapsicológico del yo en Klein	687
10.1.6.1 <i>Punto de vista tópico</i>	687
10.1.6.2 <i>Punto de vista dinámico</i>	687
10.1.6.3 <i>Punto de vista económico</i>	687
10.1.7. El yo y funcionamiento psíquico temprano	689
10.1.7.1. <i>Fase del sadismo en su máximo esplendor</i>	689
10.1.7.2. <i>Las psicosis infantiles y los déficits de simbolización</i>	690
10.1.7.3. <i>Relaciones objetales desde el nacimiento</i>	691
10.1.7.4. <i>Los mecanismos de reparación</i>	691
10.2. Jalones para una teoría del yo en Freud	691
10.2.1. El yo en <i>Estudios sobre la histeria</i> (1895) y en el <i>Proyecto de una psicología</i> (1895).....	691
10.2.2. De la <i>Traumdeutung</i> (1900) a <i>Introducción del narcisismo</i> (1915).....	693
10.2.3. Del narcisismo introducido y sus consecuencias. Aledaños.....	694
10.2.4. El yo en tiempos de la segunda teoría de las pulsiones y segunda tópica.....	695
10.2.5. Última época.....	697
10.2.6. Visión de conjunto. Confluencias y disparidades	698
10.3. Un inciso: el yo en Hartmann	699
10.3.1. Hartmann, padre de la Psicología del yo.....	701
10.3.2. Yo autónomo y el área libre de conflictos.....	702
10.3.3. La noción de adaptación.....	703
10.3.4. Introducción del <i>self</i> . Rechazo de la teoría freudiana del narcisismo y de la pulsión de muerte	703
10.3.5. Hacia una Psicología psicoanalítica general (abordaje psicológico del yo)	704
10.4. El yo en la teoría lacaniana. Sinopsis	705
10.5. Cotejo de las teorías del yo en Freud, Klein y Lacan	707
10.6. Compendio del capítulo	710

ANEXO AL CAPÍTULO 10. Definición de los mecanismos estructurantes de la psique

Identificación proyectiva (I.P.)	725
Identificación introyectiva (I.I.)	725
Proyección	726
Introyección	726
Notas del capítulo 10	727

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA. Segunda parte. Teoría identificatoria kleiniana

A MI MANERA

Un epílogo a modo de prólogo

Acabo de leer por enésima vez esta extensa tesis y, finalmente, decido darla por terminada. Me siento emocionado, contento y, por qué no decirlo, aliviado. Culminan largos años de esfuerzo y dedicación. Pese a mis exigencias respecto de la escritura, puedo decir: ¡tarea cumplida!

Me pregunto sobre mi empecinamiento, en estos últimos tiempos, para concluirlo. No encuentro una respuesta inmediata, pero me alegra haber arrancado la tesis de los dominios de lo imposible; haberla desenraizado de una absurda dificultad de finiquitarla que, por momentos, parecía ganar la batalla. Creo que una buena cuota del obstáculo residía en querer escribir “todo” sobre el tema.

Sé que la perseverancia de los postreros meses por acabarla no se debió a necesidades de índole práctica; a mis 71 años la obtención del título de doctor —si es que se produce— no abrirá ninguna puerta ni alentará una carrera académica, ni siquiera tardía: lo diferido en años mozos no tiene premio final. Además, ese potencial diploma no iría sino a hermanarse con algunos otros que duermen su larga noche, bien guardados en cajones de escritorio, porque jamás pendieron en las paredes de mis consultas.

Y entonces, ¿para qué o por qué persistió el deseo —o la quimera— de doctorarme? Al reiterar la pregunta, me aparece —esta vez sí— una respuesta casi inmediata: es una deuda que tengo conmigo; quería terminarla, depositarla y defenderla. No sé bien por qué hago extensiva esa deuda hacia mis padres, desaparecidos hace ya años. O quizá lo sepa: careciendo de formación universitaria, ellos me transmitieron una enorme pasión por el estudio y la lectura. También la amplió hacia mis hijos y nietos, pero por otros motivos; tal vez para no decepcionarlos después de tantas veces que me preguntaron qué estaba escribiendo con tanta dedicación últimamente.

Y de pronto, con sorpresa, me vino a la mente otra idea: en lo más íntimo de mí esta tesis se inscribe también como un homenaje a la Universidad Pública que, pese a los estragos a la que ha sido sometida en los años recientes, sigue cumpliendo con honor y empedernidamente sus funciones. Esta deferencia concierne a sus profesores, abocados con mayores dificultades que en otros tiempos, a la noble tarea de la enseñanza; a los alumnos, aunque algunos de ellos no sepan calibrar en su justa medida la importancia que tendrá en sus vidas lo aprendido en las aulas y bibliotecas y el haber establecido durante la vida universitaria algunas amistades duraderas.

Cuando apenas salgo de ese estado de embargamiento emocional, el recuerdo de una antigua tonada lo redobla; me percibo canturreando *My way* —“A mi manera”— la canción de Gilles Thibaut y Claude François, con música de Jacques Revaux y del mismo Claude François, recreada en inglés por Paul Anka y que inmortalizó Frank Sinatra. Me abalanzo a escuchar varias versiones de la misma y no pude resistir la tentación —o la impertinencia— de transcribir algunos párrafos de la adaptación en lengua castellana:

*El final se acerca ya
lo esperaré sinceramente.
Ya ves, yo he sido así
te lo diré sinceramente.
Viví la inmensidad
sin conocer jamás fronteras
y bien, sin descansar,
a mi manera.*

*Porque sabrás que un hombre
al fin conocerás por su vivir.
No hay que hablar ni que decir,
ni que llorar ni que fingir.
Puedo seguir hasta el final,
a mi manera.*

*Tal vez lloré, tal vez reí
tal vez gané, tal vez perdí.
Ahora sé que fui feliz
que si lloré, también amé.
Puedo vivir hasta el final,
a mi manera.*

Sin necesidad de grandes artes interpretativas descubro que escribí esta tesis “*A mi manera*”, cosa que, por otra parte, no debería asombrarme si ya llevo casi medio siglo ejerciendo mi oficio. Ella refleja palmariamente mi modo de entender la teoría psicoanalítica, mis compromisos, mis contradicciones, filias, fobias, ansias de desentrañar algunos misterios de la psique y, también, algunos desacuerdos claramente expresados respecto de la relación de muchos psicoanalistas con las teorías a las que han adherido, aspectos éstos que se podrán leer en la cuarta parte de la tesis, dedicada a los aportes personales sobre la temática central de la misma

En esos instantes me invade otra seguidilla de ideas; al pensar justamente en el corazón de la tesis –la formación de la subjetividad en la infancia, el tema de la identificación, y el cotejo de las teorías de Freud, Klein y Lacan acerca de la trasmisión intergeneracional e inconsciente de lo psíquico– pienso: no es nada fácil recibir y gestionar el patrimonio simbólico que este trío nos ha legado. Y no sólo el de ellos tres sino y también el de sus continuadores, el de mis maestros y mis contemporáneos. Y si acogerlo es arduo más aún será hacerlo propio, metabolizarlo y transmitirlo “a mi manera”.

Percibir la magnitud de la herencia recibida y las importantes diferencias entre esas obras legadas me infundieron mucho respeto por todas las fuentes y me condujo a pensar que nadie, por suerte, tenía la verdad revelada. Me llevó también a buscar caminos diferentes a los de la idolatría y la denigración. Por otra parte, condujo a que presentara las ideas de un modo peculiar, rizando el rizo muchas veces, mostrando las nervaduras que sostenían el pensamiento de estos grandes maestros del psicoanálisis, intentando –con cuidados, tacto y mesura– desentrañar los implícitos en aquello que quedó escrito negro sobre blanco en sus obras. No puedo dejar de mencionar las esperanzas de que esta, “mi manera”, pueda ayudar a aventar un poco los dogmatismos en psicoanálisis.

Algo más respecto del estilo de escritura: sé que aspiraba a ser puntilloso en cuanto al contenido conceptual pero, también, que quería mantenerme –en las formas– cercano a la literatura. Es parte de mi costumbre y es, asimismo, una toma de posición: pienso que eso es lo que más concuerda o acuerda con la praxis psicoanalítica. Si bien por mi estilo personal tiendo a cierta claridad en la exposición, no quise sacrificar la complejidad en aras de la transparencia.

He optado por aproximaciones a los diversos temas partiendo siempre de conceptos básicos para luego desarrollarlos y conectarlos entre sí. Las problemáticas tratadas fueron siempre enfocadas desde múltiples ángulos; en muchos casos se han realizado derivaciones hacia otros campos o conceptos que permitían una mejor comprensión del tema en cuestión. Esto parece otorgar a la tesis en –algunas circunstancias– un cierto aire de “irse por las ramas”, pero lo cierto es que en todo momento tenía presente el tronco y volvía hacía él. Pido perdón, anticipadamente, por algunas reiteraciones de ideas; algunas inevitables, otras, no tanto.

Al leer de un tirón la tesis he hallado que lo esencial de mi pensamiento en esta materia quizá resida en haber recorrido los caminos de la formación psicoanalítica “a mi manera”: alejada de las instituciones formativas tradicionales y realizadas de forma bastante solitaria –tengo poca libido de pertenencia–. En contrapartida, mis reflexiones llevan marcas de muchos debates sobre teoría y clínica realizados en pequeños grupos, habitualmente de duración limitada, y menos sujetos por los corsés que otros ámbitos suelen imponer.

En varios momentos de mi formación tuve que hacer maniobras difíciles en cornisas estrechas: ellas consistieron en recrear a mis maestros del psicoanálisis antes de abandonarlos, resignarlos, olvidarlos. *Represión* que considero tan necesaria como la asimilación previa de esas ideas. Esto permitió que las mismas pudieran retornar metabolizadas y connaturalizadas conmigo. Ese procesamiento exigió más creatividad que veneración a los que me han precedido; implicó también reinstaurar, de tanto en tanto, momentos como los del nacimiento del psicoanálisis, pleno de descubrimientos deslumbrantes. Regresar a Freud y a los grandes de nuestra disciplina no consiste en imitarles sino retomar lo que con ellos quedó interrumpido, liberarles del cargamento de lo obsoleto, germinar nuevas ideas y renovar nuestro quehacer. Esta tesis intenta lograr tales objetivos en un área circunscrita: el de la entronización de lo psíquico en el cachorro humano. Ella es fruto también de un modo de entender el psicoanálisis y las relaciones con los analistas que me precedieron.

En este contexto me permito citar un párrafo de mi libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* (2010), 2ª edición, Barcelona p. 16: “mi relación con los grandes del psicoanálisis pasa por considerarles vivientes; les interrogo, les apremio, les inquiere; no me sitúo a sus alturas, pero desde mi

lugar les hago preguntas; a ellos y a sus textos; exhalo mis dudas, rezongo mis desacuerdos; me maravillo ante algunas de sus conceptualizaciones. A algunos les exhorto claridad; a otros, mayor precisión conceptual. Los traigo y los llevo cortocircuitando los tiempos; con la venia de ellos, cotejo sus ideas, redescubro sus genios y figuras. No lustro sus estatuas ni los exalto como antepasados porque les siento más vivos que muchos vivos.”

Lo dicho quiere decir también que busqué y encontré buenas ideas en las diversas corrientes psicoanalíticas que coexisten hoy en día. He preferido siempre el estudio y el análisis antes que explotar fórmulas o frases hechas, por más jugosas que fueran.

Me gustaría que quienes lean esta tesis recordaran los placeres de sus propias búsquedas y que pudieran compartir conmigo la delectación que yo he sentido en mis pesquisas. Lo escrito en sí mismo importa, pero también y quizá más, la manera de contarlo, de exponerlo. Espero haber hecho un texto lo bastante verdadero, lo bastante profundo, lo bastante sugestivo y atrayente como para provocar en los lectores un goce similar al que experimenté mientras investigaba y escribía.

AGRADECIMIENTOS

La finalización de esta tesis ha sido una ocasión más para mirar hacia atrás, recordar y agradecer a quienes estuvieron junto a mí en esta larga trayectoria personal y, especialmente, a quienes me acompañaron durante el casi medio siglo de ejercicio del oficio de psicoanalista. En ese camino fueron muchísimos los que me brindaron su confianza y alentaron los diversos proyectos que emprendí. Es, entonces, una magnífica oportunidad la que se me presenta, ahora, para nombrarlos y expresar mi gratitud hacia ellos; pido desde ya indulgencia por las omisiones y olvidos.

A Marcela, mi mujer, mi amor, mi compañera; siempre me alentó a seguir escribiendo. Sobre todo quiero dejar constancia de su apoyo incondicional y de su capacidad para animarme a terminar esta tesis.

A mis hijos Mariano y Matías, que me llenan de orgullo; dieron y siguen dando mucho más de lo que yo esperaba de ellos como padre. Lo fundamental: son entrañables, íntegros y buenos, en el buen sentido de la palabra bueno. Perdonaron, creo, los fallos de mi paternidad y tal vez mi mayor mérito para con ellos haya sido respetar las vidas que eligieron.

A mis padres, *in memoriam*. Llevarlos en mis entrañas psíquicas sigue siendo uno de los motores que poseo. Fueron gente sencilla y, dentro de sus posibilidades, cultos; siempre atentos a lo que sucedía en el mundo, pero sin pensar que todo tiempo pasado fuera mejor. Sé y siento que me quisieron mucho. ¡¿Qué más les podría pedir?!

A mis hermanos Paulina y Mario, con quienes supimos mantener unida la fratria pese a la distancia geográfica, a las diferencias y a los avatares de la vida, que no fueron pocos. A mi cuñados Hilda y Saúl, que se sumaron al carro de los Korman. A mis sobrinos y a sus hijos, que ampliaron la saga.

A Laura, Gabriel, Natalia y Javi, mi familia ampliada de los últimos años.

A mis nietos, Nicolás, Olivia y Takumi, que me llenan de alegría y emoción en todo momento.

A Valentín Barenblit, mi ex jefe de Servicio, amigo, “hermano mayor”, “padre”, modelo de sensibilidad humana, ética y profesional; siempre a disposición y al frente de los buenos proyectos de Salud Mental en Argentina, Barcelona, Cataluña, España y América Latina. A Bibi, su sabia mujer, excelente profesional, tierna y cariñosa como ninguna.

Al entrañable Eduardo Chamorro, el de las palabras tibias, sensibles, profundas.

Al querido Gerardo Gutiérrez, director de mi tesis; supo aguantar con gallardía castellana mi genio y figura; mi gratitud a su paciencia y a sus sugerencias, siempre temperadas.

A mis amigos y colegas de Barcelona. Imposible nombrarlos a todos; va pues una muestra plagada de omisiones: Mercè Aragay, María Gallart, Joana Messeguer, Carmen León, Glòria Setó, Jorge del Río, Joan Homs, Oriol Martí.

A Miguel Díaz, amigo dilecto y hermano adoptivo, por nuestras interesantes conversaciones, por nuestros encuentros, desencuentros y reencuentros.

A los colegas con quienes he compartido la organización y puesta en marcha de la primera época del Espacio Abierto de Trabajo en Psicoanálisis: Jorge Belinsky, Adolfo Berenstein y Aurelio Gracia.

A todos los colegas de la comisión organizadora del Nuevo Espacio Abierto de Trabajo en Psicoanálisis.

Al Doctor Mauricio Goldenberg, *in memoriam*, mi maestro en psiquiatría y fundador del Servicio de Psicopatología del Hospital Evita de Buenos Aires.

A mis amigos, colegas y ex-compañeros de Residencia de dicho Hospital. No puedo sino nombrar a los más cercanos: Susana Siculer, José Kuttén, Carlos Bucahí, Lucía Saracco, Rodolfo Moguillansky, Silvia Nussbaum, Miguel Leivi, Alicia Azubel, Nilda Guerschman, Daniel Rodríguez, Enrique Alba y Carlos Nemirovsky.

A mis amigos “de toda la vida”: Luisa y Leoncho, Lola y Sito; también a Mario, Adriana, Susana y Benito.

Debo un especial reconocimiento a colegas que leyeron con atención muchos capítulos de esta tesis y me ayudaron con sus observaciones y comentarios. Nombraré especialmente a María del Carmen Rodríguez Rendo, Oriol Martí, Jorge del Río y Pablo Aizpurúa. También a Marcela, mi mujer, que la leyó infatigablemente.

A mis maestros de Buenos Aires y de París: Rafael Paz, Dora Romanos, Piera Aulagnier, Octave Mannoni, François Roustang, Serge Leclair, Moustapha Safouan, Juan-David Nasio, Joël Dor y Radmila Zigouris.

A mis pacientes, que posibilitaron que fuese psicoanalista; aprendí de ellos, aprendí con ellos; estuve siempre al “pie del diván”, intentando darles lo mejor de mí en el ejercicio de mi oficio.

A todos los colegas que participaron en los grupos de estudio y seminarios que dirigí; sus preguntas me estimularon a seguir pensando y a no dar por cerrada ninguna problemática, sea clínica o teórica.

A quienes confiaron en mí para llevar a cabo tareas de supervisión.

A *iPsi* (Centro de Atención, Docencia e Investigación en Salud Mental), al Grupo de Psicoterapia Analítica de Bilbao, a la Escuela de Psicoanálisis con niños y adolescentes de Barcelona y Madrid, a la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica, a la Asociación Andaluza de Psicoterapia Psicoanalítica, a Gradiva, Centro de Estudios Psicoanalíticos, instituciones todas ellas que me abrieron con frecuencia sus puertas para que dictase seminarios y conferencias. De nuevo mi agradecimiento a Eduardo Chamorro y Gerardo Gutiérrez por invitarme a dar clases en sus respectivos másteres en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid.

ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LA PRIMERA PARTE

Generales

I, II, III y IV: primera, segunda, tercera y cuarta parte de esta tesis.

TIF, TIK y TIL: teoría identificatoria freudiana, kleiniana y lacaniana, respectivamente.

OCFAE: Obras completas de S. Freud, Amorrortu ediciones; el tomo se indica con números romanos.

OCKPA: Obras completas de Melanie Klein, ediciones Paidós, Buenos Aires, seis volúmenes.

Inc.: inconsciente. En las citas textuales de las OCFAE aparecerá *icc.*

Las remisiones

Los envíos de una a otra parte de la tesis se hará combinando números romanos y naturales. Ejemplos: I, 4.3.2. indica: primera parte, capítulo 4, apartado 3, sub-apartado 2; III, 8.5.3. envía a la tercera parte, capítulo 8, apartado 5, sub-apartado 3; IV, 2.6. remite a la cuarta parte, capítulo 2, apartado 6. Ocasionalmente a los números romanos le siguen cuatro cifras; en estos casos se trata de una división del sub-apartado en párrafos. Esta manera de señalar las remisiones registrará para las cuatro partes de la tesis.

De los títulos de textos de S. Freud que se citarán. Ordenación alfabética de siglas

ARR (1926): *A Romain Rolland*

CEA (1908): *Carácter y erotismo anal*

CIP (1916-1917): *Conferencias de introducción al psicoanálisis*

DyM (1915): *Duelo y melancolía*

EP (1938): *Esquema de psicoanálisis*

ESH (1895): *Estudios sobre la histeria*

EYPD (1938-1940): *Escisión del yo en el proceso defensivo*

FET (1927): *Fetichismo*

IN (1927): *Introducción al narcisismo* (1914)

IS (1900): *La interpretación de los sueños*

ISyA (1926): *Inhibición síntoma y angustia*

LO (1919): *Lo ominoso* (Se ha traducido también como *Lo siniestro*)

LOGI (1923): *La organización genital infantil*

LN (1925): *La negación*

MAPP (1920): *Más allá del principio del placer*

MC (1929-1930): *El malestar en la cultura*

MRM (1939): *Moisés y la religión monoteísta*

NCIP (1932-1936): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*

PEM (1924): *El problema económico del masoquismo*

PdeP (1895): *Proyecto de una psicología*

PI (1927): *El porvenir de una ilusión*

PN (1919): *Pegan a un niño*

PMAY (1921): *Psicología de las masas y análisis del yo*

Pyp (1915): *Pulsiones y destinos de pulsión*

RILV (1910): *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*

RRR (1914): *Recordar, repetir y reelaborar*

SCE (1924): *El sepultamiento del complejo de Edipo*

TE (1905): *Tres ensayos para una teoría sexual*

Tyt (1913): *Tótem y tabú*

YyE (1923): *El yo y el ello*

ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LA SEGUNDA PARTE

1) Generales

I, II, III y IV: primera, segunda, tercera y cuarta parte de esta tesis.

TIF, TIK y TIL: teoría identificatoria freudiana, kleiniana y lacaniana, respectivamente.

OCFAE: Obras completas de S. Freud, Amorrortu ediciones; el tomo se indicará con números romanos.

OCKPA: Obras completas de Melanie Klein, ediciones Paidós, Buenos Aires, seis volúmenes

OCFAE: Obras completas de S. Freud, Amorrortu ediciones, Buenos Aires, XXIV volúmenes.

PEP: posición esquizoparanoide

PD: posición depresiva

I. P.: Identificación proyectiva

I. I.: Identificación introyectiva

2) De los títulos de textos de Klein que se citarán. Ordenación alfabética de siglas

ACR (1937): Amor, culpa y reparación

AFCC (1925): Una analogía entre las fantasías de los niños y ciertos crímenes

AI (1923): Análisis infantil

AIDP (1922): La angustia infantil y su importancia para el desarrollo de la personalidad

ARLO (1963): Algunas reflexiones sobre La Orestíada

ASCV (1924): Actividad del superyó en el cuarto año de la vida de un niño

CEAT (1945): El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas

CPM-D (1934): Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos

CTEL (1952): Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante

CTII (1931): Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual

CTP (1949-1950): Sobre los criterios de terminación de un psicoanálisis

DEM-D (1938- 1940): El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos

DTCN (1933): Desarrollo temprano de la conciencia del niño

ED (1936): El destete

EDN (1921): El desarrollo de un niño

ETCE (1928): Estadios tempranos del conflicto de Edipo

EyG (1957): Envidia y gratitud

IDSO (1922): Sobre la inhibición y el desarrollo del sentido de orientación

IFSY (1930): La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo

IMYE (1951): Las influencias mutuas en el desarrollo del yo y del Ello

IPPT (1927): La importancia de la palabra en el psicoanálisis temprano

LOT (1951): Los orígenes de la transferencia

MARI (1959): Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia

MSCI (1924): Manifestaciones del sentimiento de culpa infantil

NAN (1923): Notas sobre el análisis de un niño

NAME (1946): Notas sobre algunos mecanismos esquizoides

NDN (1922): Una neurosis de domingo en un niño

NDIN (1919): Notas sobre el desarrollo intelectual de un niño

NFSN (1920): La novela familiar in status nascendi

OCB (1952): Observando las conductas del bebé

PEDL (1923): El papel de la escuela en el desarrollo libidinoso del niño

PJN (1929): La personificación en los juegos de niños

PP (1930): La psicoterapia de la psicosis

PPAI (1926): Principios psicológicos del análisis infantil

PT (1925): Psicogénesis de los tics

RPN (1961): Relato del psicoanálisis de un niño
SAI (1927): Simposio sobre análisis infantil
SC (1934): Sobre la criminalidad
SDFM (1957): Sobre el desarrollo del funcionamiento mental
SI (1955): Sobre la identificación
SIA (1929): Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador
SS (1959): El sentimiento de soledad
SSM (1960): Sobre la salud mental
STAC (1948): Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa
TANP (1924): La técnica del análisis de niños pequeños
TCNN (1927): Tendencias criminales en niños normales
TPJ (1955): La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado

Al comienzo de la segunda parte se ha incluido una ordenación cronológica de los principales escritos de Melanie Klein

NOTA

Los veintisiete capítulos de esta tesis han sido escritos de manera tal que cada uno conforma, en sí mismo, una unidad. En ellos, además de abordar los asuntos específicos que aparecen enunciados en sus títulos, se han incluido de manera condensada las ideas principales plasmadas en los restantes capítulos; también, los ejes que vertebraron –de principio al fin– esta tesis. En otras palabras: se ha buscado que el conjunto esté presente en las partes y las partes en el conjunto, aunque sin ánimos de completud.

Esto supuso, según las ocasiones, incluir pensamientos ya expuestos o avanzar algunos que posteriormente fueron tratados en detalle. Se asumió a conciencia el riesgo de estas reiteraciones en la creencia de haber obtenido, a cambio, panoramas sincrónicos más afinados. Va de suyo que esto posibilita la lectura de cualquier capítulo sin tener que seguir la secuencia del índice. Queda pues para los lectores decidir el orden y la manera en que leen este texto.

Un efecto colateral –y tal vez incómodo– de la modalidad de escritura escogida es la presencia de notas; se suman las que aclaran o puntualizan aspectos del tema que se está tratando y las que reenvían a apartados ^{específicos} de otras secciones y capítulos de esta tesis, donde se aborda el mismo asunto con mayor detenimiento. Se intentó paliar ese infortunio situando las notas al final de cada capítulo, para no perturbar una lectura continua; además, se señalaron con un asterisco las más importantes; es decir, aquellas que comentan o amplían la cuestión que, puntualmente, se estaba desarrollando.

Al final de cada capítulo se incluyó una síntesis de las principales ideas vertidas en el mismo.

LIMINAR

¿Será cierto que todos los verdaderos interrogantes sobre la identificación han sido ya formulados? ¿Podemos apoltronarnos, dando tranquilamente por terminado –al menos respecto de este tema– el diálogo con nuestros maestros del psicoanálisis? ¿O es que aún debemos insistir: ensayar y volver a interpretar una vez más las viejas partituras para ver si logramos sonsacarles un nuevo timbre refinado?

¿Podrán esos textos –leídos una y otra vez, manoseados, trajinados, anotados– arrancarnos alguna palpitación o una euforia al descubrir algo que hasta ese momento se había resistido a nuestro discernimiento? ¿Es posible que la clínica nos inspire para producir ideas originales?

Sí..., si concebimos al psicoanálisis como un sistema abierto.

Se hace necesario volver a los grandes de nuestra disciplina para retomar lo que con ellos quedó interrumpido. Pero cabe hacerlo con más creatividad que veneración. Convendrá liberarles de lo obsoleto, germinar nuevas ideas y renovar nuestro quehacer. Esa tarea no acabará nunca, porque el psicoanálisis tiene que ser reinventado por cada analista.

Por otra parte, los cambios vertiginosos de nuestra sociedad y la praxis actual del psicoanálisis nos impone la escucha de lo nuevo, incitan a reflexionar –una vez más– sobre el sufrimiento psíquico, sobre la subjetividad contemporánea y sobre el psicoanálisis como instrumento idóneo para aumentar las cotas de libertad personal.

En circunstancias como las actuales es imprescindible que junto a lo heredado haya espacio para las elaboraciones teóricas novedosas y las interpretaciones analíticas de nuevo cuño. Pero, aún si lográsemos esa amalgama, comprobaremos que los enigmas y misterios seguirían aflorando: no hay ni habrá textos definitivos.

INTRODUCCIÓN GENERAL (I.G.)

Presentación y propósitos

El objetivo principal de esta tesis es ampliar los conocimientos relacionados con el surgimiento y el desarrollo de la vida psíquica en los niños, proceso que alcanza uno de sus puntos culminantes en la formación de un aparato psíquico con todas las instancias y sistemas que le son propios, al finalizar la primera infancia. Se encarará esta profundización desde la perspectiva teórica del psicoanálisis, que pone el acento en la transmisión intergeneracional *inconsciente* de lo psíquico. Esta profundización de saberes se realizó en la parcela correspondiente a los factores causales psicológicos que participan en la formación de un nuevo ser psíquico. Dado ese enfoque y el contexto teórico señalado, la identificación ocupará un lugar central en esta tesis, ya que ella es el concepto psicoanalítico principal con el que se intenta aprehender y dar cuenta de la transmisión psíquica entre generaciones. La identificación cumple un rol fundamental en la formación del aparato psíquico y posibilita el nacimiento a la vida psíquica tras el parto. No ha de extrañar, entonces, el título de esta tesis doctoral.

La opción elegida no desconoce la existencia de factores hereditarios y constitucionales, pero ellos no ocuparán el centro de la escena en esta tesis.¹ Más bien se partirá del siguiente principio: las conductas biológicamente programadas del bebé son rápidamente capturadas y significadas por el entorno objetal, lo que genera un entrelazamiento singular, precoz, entre lo innato y lo relacional. El marco y punto de partida de esta tesis es que el bebé se incluye en un contexto social que le preexiste y que deberá hacer suyo. La madre, el padre y demás miembros del entorno inmediato cumplen funciones específicas. Pero ese mundo adulto está atravesado por determinantes inconscientes que, por ser tales, escapan al dominio de aquellos que están implicados en dicha tarea subjetivante.

Justamente por esos motivos, la identificación entendida psicoanalíticamente, es decir, en su articulación con lo inconsciente, estará en el centro de este trabajo. Una parte importante del mismo se centrará en un análisis comparativo de las teorías identificatorias de Freud, Melanie Klein y Lacan -en sus fundamentos implícitos que se tratarán de desentrañar y en lo que ellos han expuesto literalmente sobre el tema-; este cotejo y las consecuencias extraídas del mismo serán la antesala para el planteamiento de algunas hipótesis personales sobre dicho tema.

Así pues, esta tesis se enmarca en la concepción psicoanalítica que sostiene que la psique del infante surge a partir de lo psíquico de quienes constituyen el entorno familiar y social más inmediato. Por ser un tema infinitamente antiguo -pensadores de toda las épocas se acercaron a él- y a la vez, eternamente nuevo, sigue poseyendo candente actualidad. Pese a los diversos estudios habidos, continúa resistiéndose a revelar sus misterios y enigmas. Sería una ambición desmedida pretender resolverlos todos.

La condición previa e ineludible para emprender la realización de un estudio comparativo como el recién propuesto era que las obras a ser confrontadas estuviesen completas y acabadas, prerequisite que cumplían las de los tres psicoanalistas nombrados.²

Allanar el camino a dicho contrapunto exigió un estudio exhaustivo de cada una de ellas por separado, para deducir luego las bases que les eran propias. En un segundo momento, se contrastaron tales basamentos y se sacaron las conclusiones pertinentes. Los resultados de esta doble labor serán volcados de manera conjunta en la primera, segunda y tercera parte de este trabajo, dedicada respectivamente a la teoría identificatoria freudiana (TIF), kleiniana (TIK) y lacaniana (TIL). El índice analítico de esta tesis, presentado en las páginas precedentes, permite hacerse una idea inicial de los aspectos que serán tratados en los tres cuerpos principales de la misma.

La lectura comparada de dichas obras -en el apartado I.G.6 de esta *Introducción general* se explicará el método empleado- ha permitido apreciar facetas de la identificación que pasan

desapercibidas cuando se lee a estos autores por separado, sin buscar contrastes. Se podrá captar –entre otras cosas– los caminos que cada uno de ellos se vio presionado a elegir en esta comarca teórica específica, a consecuencia de los grandes ejes que orientaban sus pensamientos. Asimismo, este tipo de lectura permitió que, a la hora de exponer cada concepción, se incluyesen comentarios comparativos respecto de las dos restantes.

Del objetivo principal de este trabajo se fueron desprendiendo otros, que guardaban estrecha relación con el primero y que, de alguna manera, lo especificaban. Se trataba de las siguientes metas subsidiarias:

- Localizar las zonas fecundas del pensamiento freudiano que dieron pie a las inflexiones kleinianas y lacanianas sobre la identificación.
- Precisar los destinos que han tenido los puntos de partida freudianos en el interior de las otras dos concepciones.^{3*}
- Subrayar qué aspectos de la obra de Freud han sido privilegiados –y, de manera concomitante, cuales fueron soslayados– por estos dos continuadores.
- Objetivar las ópticas con las que se interpretó a Freud desde las escuelas que fundaron M. Klein y Lacan.
- Resaltar los puntos de coincidencia y de divergencia entre los tres enfoques.
- Evaluar cuáles han sido las repercusiones que estas diferencias conceptuales han tenido en las prácticas clínicas que se derivaron de cada corriente teórica.
- Poner de relieve las innovaciones introducidas por Klein y Lacan en el concepto de identificación forjado por Freud.

Una vez acabadas las exposiciones sobre la TIF, TIK y TIL, la cuarta parte de este trabajo incluirá algunas consideraciones personales sobre el tema, cuyo contenido se avanza a grandes rasgos en I.G.3.

* * * * *

La *Introducción General*, que servirá de marco a las cuatro secciones que conforman la tesis, será desarrollada a través de los siguientes apartados:

- I.G.1. Historia y presente de la identificación en psicoanálisis
- I.G.2. El estado actual de la cuestión
- I.G.3. La perspectiva personal
- I.G.4. Las interpretaciones de la obra de Freud
- I.G.5. Aspectos metodológicos de la tesis
- I.G.6. Procesamiento de los textos
- I.G.7. La plasmación escrita
- I.G.8. Definiciones específicas del vocablo identificación
- I.G.9. Resumen de la Introducción General.

I.G.1. Historia y presente de la identificación en psicoanálisis

La genealogía de dicho concepto en el contexto psicoanalítico tuvo su punto de partida en la importación que hizo Freud de ese término del lenguaje corriente a la disciplina por él fundada. En ese traslado renovó significados y se conectó con los restantes articuladores teóricos del psicoanálisis que, por entonces, ya se habían gestado. El término adquirió, a partir de entonces, usos inéditos.

Con posterioridad esta acepción fue retomada por una pléyade de discípulos del vienés quienes, a lo largo del siglo XX, desarrollaron el concepto y le añadieron inflexiones novedosas e interesantes al mismo.

Se trazará una panorámica de la evolución de este concepto desde su presencia en los primeros escritos de Freud hasta nuestros días. En el apartado siguiente se hará hincapié sobre el estado actual del tema.

I.G.1.1. Fundación del concepto y sus destinos ulteriores

A finales del siglo XIX la noción de identificación era ya profusamente utilizada por artistas, escritores, pedagogos, filósofos, psicólogos, sociólogos, etc. Tras incorporarla al psicoanálisis, Freud le introdujo una importantísima originalidad: *la articuló con lo inconsciente*. Este enlace abrió una nueva perspectiva para el estudio de la misma, tanto en la teoría como en la clínica psicoanalítica. Fue justamente a partir de ese engarce que la identificación adquirió el rango de **concepto psicoanalítico** y se convirtió –a partir de 1923– en el mecanismo fundamental de la estructuración del aparato psíquico. Esto llevó a situarla en los fundamentos mismos de toda cura psicoanalítica, porque en todos los casos clínicos se impone la tarea de transformar –con fines terapéuticos– la subjetividad que la identificación estructuró.

Arraigado en la teoría freudiana, dicho vocablo se fue enriqueciendo hasta transformarse –con el paso de los años–, en uno de sus conceptos más valiosos; prueba de ello es la presencia constante del mismo en todos sus escritos y en la producción de sus discípulos.

Pese a la importancia creciente que fue adquiriendo en su obra, el vienés no estableció una definición explícita de la identificación ni agrupó las diez modalidades que él propuso en alguna clasificación.⁴ Sus artículos (1895, 1900, 1910, 1913, 1914, 1915c, 1921, 1923, 1924, 1930, 1933, etc.) muestran un mayor interés por describirlas que por organizarlas en un sistema. Que tales trabajos hayan aparecido a lo largo de cuatro décadas generó una gran dispersión de sus alusiones a la identificación. Si se remonta este primer obstáculo y se reúnen las ideas esparcidas a lo largo de esos cuarenta años –en I, 7. se las recopiló– podrá apreciarse una evolución significativa de su pensamiento: a la primera teoría de la identificación –la *funcional*– le siguió una concepción *estructural*, que implicó un giro de gran calado, tal como se verá enseguida. Pero, lamentablemente, en este terreno como en otros, Freud casi nunca explicitó cuáles de sus ideas anteriores caducaban con la introducción de las nuevas.⁵

Dentro de la perspectiva **funcional** (1895-1920), la identificación ha sido pensada como un mecanismo que, junto a otros, participaba en la formación de síntomas. Claro exponente de esta idea fue la identificación histérica; la tos de Dora sería su paradigma. Esta concepción inicial persistió –y se amplió– durante la década 1910-1920: por entonces, ya no sólo explicaba síntomas aislados, sino y además, cuadros clínicos completos –como la melancolía– y alguna modalidad de elección de objeto: la homosexual.

De forma paralela, entre 1914 y 1920 se fueron sentando las bases para la segunda teoría de la identificación: la **estructural**. Tras un período de transición y transformación de los fundamentos teóricos ya existentes –por introducción de conceptos nuevos: narcisismo, yo ideal, Ideal del yo, introyección, etc.- a partir de 1923 fue ganando importancia la idea de que las identificaciones estructuraban el aparato psíquico de todo sujeto.⁶ Fue un giro teórico de grandes consecuencias; la identificación trascendió el estatuto que tuvo hasta entonces: dejó de ser aquello que explicaba síntomas y síndromes –teoría funcional– y devino el mecanismo principal de estructuración de lo psíquico en los humanos. Ese movimiento constituyó un salto conceptual enorme en tanto supuso que la identificación saliera del marco exclusivo de lo psicopatológico y ocupara, con todos sus derechos, el territorio correspondiente a la teoría de la estructuración de la psique. Dejó de estar confinada en el campo de la formación y resolución de síntomas –del padecimiento psíquico, en general– para transformarse en el mecanismo principal que da cuenta del surgimiento y conformación del psiquismo en los miembros de la especie humana. Salió de su cauce exclusivamente psicopatológico para convertirse en el pilar de la concepción psicoanalítica de la estructuración subjetiva; tanto de las facetas de la misma que generan sufrimiento psíquico como de las asintomáticas.

En una nueva vuelta de espiral, tanto la psicología como la psicopatología de cada sujeto comenzaron a concebirse como modalidades de constitución psíquica; es decir: como formas de una estructuración *sui generis*, altamente singularizadas.

Al privilegiar esta óptica estructural, Freud hizo bascular la identificación al rango de **causa** de lo psíquico. En su calidad de estructurante del psiquismo, ella se convirtió en un articulador teórico de primera magnitud para el estudio de la subjetivación, entendida como internalización de las pautas psíquicas existentes en el contexto familiar y social de cada recién nacido. En otros términos: se

transformó en un concepto clave para pensar la constitución del sujeto en el seno de los vínculos con los que le rodean; se erigió en el mecanismo fundamental de transmisión de lo psíquico de una generación a otra. Este giro se patentizó en su obra a través de otorgar progresivamente mayor importancia al psiquismo de los padres –y otros miembros del contexto objetal– en la estructuración del aparato psíquico del infante. Pero Freud no sacó el máximo partido posible a este giro de su pensamiento: si bien después del codo de 1920 jerarquizó el papel del psiquismo de los padres en la conformación de la psique de los hijos, su teorización sobre la identificación siguió partiendo de –y tuvo como motor fundamental a– las pulsiones del niño/a. No afirmó explícitamente ni menos aún de manera taxativa, la preeminencia de los otros en el engendramiento del aparato psíquico de un nuevo sujeto.⁷ Por eso se dirá en I.G.4.6 que la TIF fue *copernicana* con fuertes improntas *ptolomeicas*.

I.G.1.2. Los postfreudianos

Si se estudian los textos producidos sobre la identificación a lo largo de la historia del movimiento psicoanalítico, se hará patente otro hecho: en términos generales, los primeros discípulos de Freud realizaron un recorrido parecido al que puede apreciarse en la obra del maestro: trataron el tema de manera tangencial, mientras trabajaban otras cuestiones clínico-teóricas. Además, lo hicieron, mayoritariamente, dentro del marco de la primera teoría identificatoria: la funcional. Entre los psicoanalistas de la primera generación que se ocuparon de este tema, merecen citarse: K. Abraham (1909, 1911, 1912, 1924, 1925), S. Ferenczi (1909, 1912, 1913a, 1913b), O. Fenichel (1926), S. Rado (1928), O. Rank (1909, 1924), E. Weiss (1931), etc.

Los analistas de las siguientes hornadas enfatizaron, en cambio, el enfoque estructural. Este giro se percibe con claridad en la obra de M. Klein, especialmente a partir de sus artículos sobre las identificaciones proyectivas e introyectivas (1945, 1946, 1952, 1955, 1957, etc.) y en los *Escritos* y seminarios de J. Lacan que incluyeron el tema, dando pie a sus elaboraciones sobre las identificaciones imaginarias y simbólicas (1946, 1949, 1953, 1957-1958, 1960, 1960-1961, 1961-1962, 1967-1968).

En las últimas décadas se constató una mayor presencia del asunto en las publicaciones psicoanalíticas. Muchos analistas contemporáneos le dedicaron extensos artículos, capítulos de libros, conferencias, volúmenes enteros y seminarios a esta problemática. Entre los trabajos más destacados merecen citarse los de Aulagnier (1968, 1984b), Abraham, N. y Torok, M. (1973), Bick (1968), Brody y Mahoney (1964), Belmonte Lara, del Valle, E. y otros (1976), Begoin (1984), Bleichmar, H. (1997), Bleichmar, S. (1986), Ciccone, A. (1999), Clavreul (1968), Dio Bleichmar (1991, 1997), Dolto y Nasio (1987), Dor (1985), Faimberg (2005), Florence (1978), Green (1971, 1971, 1990), Grinberg, L. y Grinberg, R. (1971, 1976), Grotstein (1981), Kohut (1977, 1984), Laplanche (1980, 1987, 1992), Luquet, P. (2003), Manonni (1973, 1983), Mayer (1982, 2000), Meissner (1970), Meltzer (1974, 1975), Miller (alusiones al tema en diversas publicaciones), Nasio (1988), Ogden (1979, 1982), Sandler (1987), Stoloff (1997), Valabrega (1995), Winnicott (1971), etc.

I.G.2. El estado actual de la cuestión

No podría ser otro que el creado por la sedimentación de las ideas que, sobre la identificación, se produjeron desde los primeros apuntes de Freud sobre el tema hasta los libros y artículos publicados por los analistas recién aludidos. La lectura de estos y otros textos -véase además la extensa bibliografía sobre el tema incluida al final de este trabajo- muestra a las claras que, a partir de las ideas pioneras de Freud -convertidas en referencias imprescindibles sobre la materia- se abrieron líneas de investigación sobre el tema en el seno de todas las corrientes psicoanalíticas. Las tesis del fundador del psicoanálisis sobre la identificación han sido objeto de extraordinarias discusiones y fueron extensamente desarrolladas, siguiendo múltiples ramificaciones. El debate continúa vivo.

Dados estos antecedentes se consideró que la mejor manera de encarar el examen de la situación actual del tema era la realización de un estudio que pusiese de relieve los pensamientos más originales sobre la identificación que se produjeron en la última centuria. Sin duda, ese precipitado heterogéneo contribuyó a conformar lo más valioso del panorama actual y permitió entender aquello que mostraba el corte sincrónico del año 2015. Diacronía y presente se expondrán en los dos apartados siguientes:

I.G.2.1. Las ideas sobresalientes en la historia del concepto

I.G.2.2. El corte sincrónico a principios del siglo XXI

I.G.2.1. Las ideas sobresalientes en la historia del concepto

Sin duda el aporte de mayor calado de Freud fue su segunda teoría identificatoria. Pese al cambio trascendental que ella supuso, la teoría estructural conservó los elementos instintivos y biológicos de la funcional, porque la pulsión del niño siguió siendo el punto de partida y el motor de la identificación. Esto alentó en cierta medida la idea de que lo psíquico surgía **en última instancia** de lo somático, fuente primigenia de la excitación pulsional.⁸ Lo recién dicho puede detectarse en algunos de los escritos psicoanalíticos estudiados y ellos no hacen más que recoger los ingredientes biologists, innatistas y filogenéticos -asociados a resabios de lamarckismo-, que motearon el pensamiento freudiano. Hacia esa misma dirección apuntó su concepción de la pulsión de vida como una extensión directa de la biología en la psique.

Al situar a la pulsión como motor del proceso identificatorio, el mecanismo mediante el cual se hacían propios rasgos de los otros, debía iniciarse necesariamente en el sujeto en vías de formación, para volver a él, tras un rodeo por los objetos que en la TIF se limitaban a ofrecer pizcas de materia psíquica. El epicentro, la causa, el motor de la estructuración subjetiva no estaba, para Freud, en los otros -objetos del entorno- sino en el propio infante. Este sesgo otorgó a su teoría componentes endogenéticos.⁹ El entorno objetual no fue declarado por el vienés *determinante fundamental*; su función era la de brindar pautas psíquicas, rasgos de carácter, fantasías, comportamientos que podían satisfacer la sed identificatoria del candidato a sujeto. En otros términos: Freud no puso el acento -de manera explícita- en el *potencial identificante de los objetos primarios*; era el niño quien “succionaba”, extraía activamente rasgos psíquicos de los objetos, gracias a sus tendencias internalizadoras, incorporativas, introyectivas¹⁰, que consumaban la identificación. Esta última fue considerada a lo largo de toda su obra un retoño de la actividad pulsional oral. Y si se tiene en cuenta la caracterización que él hizo de la pulsión se entiende perfectamente que la identificación haya quedado asociada en sus textos a una actividad que se inicia en el soma del niño/a.

Melanie Klein acentuó esta perspectiva: otorgó un peso determinante mayúsculo a los componentes instintivos del lactante. A pesar de que las identificaciones proyectivas e introyectivas suponen un vaivén de materia psíquica entre el yo y los objetos, este movimiento toma su energía del instinto de muerte que, en su teoría, alimenta la actividad proyectiva del niño/a.

Lacan fue el primero en desconectar la identificación del registro pulsional e invertir el punto de arranque determinista: quienes identifican son los objetos. Lo psíquico del *infans* surge de lo psíquico de quienes se sitúan en posición de *Otro* y *otro* ante el protosujeto.¹¹

Una vez fundadas y difundidas estas tres teorías, las posiciones asumidas por los psicoanalistas posteriores giraron, a grandes rasgos, en torno a dos polos: hubieron quienes profundizaron predominantemente en la línea propuesta por la teoría funcional de Freud y quienes lo hicieron privilegiando el eje estructural. A su vez, dentro de esta última perspectiva, cabría distinguir entre aquéllos que colocaron el motor del proceso identificatorio en las pulsiones (o instintos) del niño o niña -en términos generales, los analistas que siguieron los postulados de M. Klein- y quienes sostuvieron que el determinante fundamental de la estructuración subjetiva residía en los miembros del entorno objetual, a quienes se consideró *identificantes*. Estos últimos son los que a grandes rasgos hicieron suyas, en un momento u otro, algunas de las tesis de J. Lacan sobre el tema.¹²

* * * * *

Estas líneas maestras recién expuestas dieron pie a los primeros criterios que se han utilizado en esta investigación para la ordenación de la extensa bibliografía sobre el asunto: se trataba de sopesar, en primera instancia, el grado de endogenetismo o ambientalismo que caracterizaba a las identificaciones descritas en la literatura psicoanalítica de todos los tiempos, para precisar su posible adscripción a una de las dos posiciones recién explicitadas. Se creó, además, una categoría intermedia para las posturas que conjugaban ambas perspectivas. Sin embargo, esta tripartición inicial, muy útil como primera criba, resultó insuficiente para agrupar de manera adecuada todas las producciones consultadas sobre el tema. Dicho sea de paso, cualquier otro sistema clasificatorio hubiera replicado el mismo fenómeno: siempre habrían textos y autores difíciles de ser encuadrados, sean cuales fueran las categorías que se preestablezcan. Posteriormente se crearon otros criterios para la evaluación de los textos publicados; ellos serán mencionados en I.G.3.1.

I.G.2.2. El corte sincrónico a principios del siglo XXI

Junto a lo más valioso de la producción del siglo XX, cabe considerar los siguientes elementos negativos que coadyuvan para configurar el estado actual de las elaboraciones sobre la identificación:

- No se elaboró aún una teoría rigurosa sobre la identificación.
- Han aumentado de manera exponencial las propuestas de modalidades identificatorias. Surgieron nuevos nombres para designar mecanismos supuestamente originales que operarían en la psique y que se manifestarían en la transferencia clínica. El panorama creado tras esta proliferación resulta más confuso que fructífero.
- En muchísimos de los textos revisados, la identificación es concebida como fotocopia de un modelo. Esta manera de pensarla simplifica y empobrece el abordaje del tema.
- Puede observarse también que en buena parte de los escritos se encuentra muy difuminado -y, en algunos casos, perdido- el nódulo psicoanalítico fundamental de la misma: su articulación con lo inconsciente.
- Han proliferado actitudes deterministas muy esquemáticas; verbigracia: a partir de ciertos rasgos o características atribuidos por los pacientes a sus padres, se deducen los conflictos y/o síntomas de los analizantes. Esta forma de pensar la identificación por parte de algunos autores la transformó en una especie de contenedor genético, que vehiculiza un supuesto *ADN psíquico* de una generación a otra. En otras palabras: se piensa aún demasiado la trasmisión psíquica intergeneracional con el modelo de la herencia biológica.
- Se considera a la identificación como un descriptor clínico con lo que se relega el carácter metapsicológico de la misma. Se adscribe el concepto a la “técnica psicoanalítica” –proponiendo a la desidentificación como meta terapéutica–, alejándola de su significado esencial: la función estructurante del psiquismo (subjetivación). Muchos de los textos estudiados, pese a nombrarla, no muestran signos de haber tenido en cuenta el giro capital que supuso la introducción de la teoría estructural de la identificación y lo que ella impuso en la consideración de esta problemática: la necesidad de resignificar lo que Freud escribió entre 1895 y 1923. Se citan y se consideran literalmente los artículos de ese período como si no hubiera existido el viraje radical que resituó implícitamente al concepto y a las modalidades identificatorias que el vienés describió con anterioridad.
- Lo dicho hasta aquí confirma que no está labrado en el psicoanálisis un lugar específico para la identificación.

Después de estas constataciones, fuente de imprecisiones y equívocos, se consideró oportuno una segunda revisión –crítica, en este caso– de la bibliografía existente, en la que se implementaron nuevos parámetros y recursos metodológicos –serán expuestos en los apartados I.G.5. e I.G.6. de esta Introducción General– que arrojaron otras luces en la lectura.

I.G.3. La perspectiva personal

Interesa resaltar un último aspecto: ni Freud ni sus continuadores, salvo rarísimas excepciones, se han centrado en el estudio de la *labor psíquica* que los niños y niñas realizan con el conjunto de marcas identificatorias que van haciendo propias. No se ha destacado suficientemente el trabajo creativo que el candidato a sujeto realiza durante el proceso estructurante con los rasgos que han tomado de sus objetos de identificación –perspectiva de Freud y M. Klein–, o que les han sido implantados por los objetos identificantes (Lacan). Se intentará desarrollar esta perspectiva personal en la cuarta parte de esta tesis.

En esa dirección, en IV, 2.6., se fundamentará teóricamente por qué el nuevo sujeto psíquico no es una simple resultante de determinantes exteriores. Allí será desarrollada con amplitud la siguiente hipótesis: *la materia prima que los objetos le proveen al infans es transformada por éste e incluida en una nueva combinatoria*. Cabe inferir, además, que el niño también realiza una cierta selección: no todo lo que se le ofrece lo acaba haciendo suyo. En otros términos: el protosujeto no es pasivo en el

proceso estructurante; aquellos rasgos que internaliza, pasan a formar parte de un nuevo sistema, son acogidos en una constelación novedosa, mezclados, procesados, integrados a otros elementos. El nuevo sujeto que emerge como efecto de tal labor será, necesariamente, un producto singular, diferente y diferenciado. La identificación debería incluir, como una más de sus orlas semánticas, el trabajo *de autoorganización* que va realizando el propio sujeto en su proceso de constitución. En esta línea, los aportes de Prigogine (1972-1982) y de Prigogine y Stengers (1979 y 1988) sobre las estructuras disipativas y la irreversibilidad de la flecha temporal, han sido una ayuda inestimable para pensar la metabolización psíquica de los rasgos que se han hecho propios.

Asimismo, en esa cuarta parte se volcará por escrito los resultados de una larga reflexión personal sobre el tema. Se plantearán definiciones propias del concepto -fruto de la tarea realizada- y se harán consideraciones sobre el destino de las identificaciones: su transformación en instancias y sistemas del aparato psíquico, con todas las implicancias que esta concepción acarrea. También se propondrá un sistema identificatorio con precisiones novedosas sobre las identificaciones primarias, narcisista y edípica, señalando de paso las consecuencias estructurales y fenomenológicas de los fracasos de sus inscripciones. Por último se expondrán las derivaciones clínicas de las ideas desarrolladas.

No serán ajenos a esas propuestas los cambios vertiginosos que se han producido en las últimas décadas en los planos sociales, familiares y subjetivos. Sus repercusiones en la clínica son evidentes y obligan a repensar el psicoanálisis a la luz de esas transformaciones contemporáneas. Las innovaciones en las ciencias sociales, en las matemáticas, en la química, física y biología, en la tecnología y computación, en las telecomunicaciones, en los estudios sobre la etología humana, en las neurociencias, han trastocado las condiciones de la vida comunitaria e individual existentes hasta hace poco. El psicoanálisis, que surgió en una época bien determinada y en diálogo con las ciencias de aquel entonces, no puede permanecer ajeno, hoy, a las transformaciones del siglo XXI, ni debe dejar de confraternizar o discutir con las disciplinas que le son afines. Y sobre todo, le toca renovarse. Las propuestas que se presentarán en la cuarta sección de esta tesis se inscriben en esa dirección.

I.G.3.1. Bases para el reordenamiento metodológico y conceptual

A los parámetros iniciales que se establecieron para la lectura comparativa de las obras de Freud, Klein, Lacan y sus discípulos se añadieron otros que tomaron en cuenta los diferentes fenómenos que se conjugan en una identificación. Específicamente, al estudiar cada texto, se consideraron los siguientes factores:

- Las diversas facetas de cada una de las modalidades identificatorias descritas.
- Las precisiones que los diferentes autores establecían respecto del terreno psíquico en que ellas se realizaban.
- Los mecanismos que postularon para su consumación (incorporación, introyección, interiorización, proyección, apropiación, implantación, otros).
- Las lógicas internas que gobernaban el funcionamiento de los mecanismos identificatorios que los escritos proponían. En los casos en que no aparecían explícitamente, se los deducía de los escritos estudiados.
- La fenomenología a la que quedaron asociadas.
- Para el caso de las identificaciones estructurantes se sopesó en cada texto si lo predominante eran los factores vinculados al contexto objetal o al propio niño en vías de constitución. Dicho en otros términos, se evaluó la actividad o pasividad que cada autor otorgaba al infante en su proceso de conformación psíquica.
- Se tuvo especialmente en cuenta si en los escritos revisados había alguna aportación respecto del trabajo de *metabolización psíquica* que los niños realizan con los rasgos que iban haciendo propios.
- Por último, se valoró la *extensión* de la identificación propuesta: si eran parciales -a un rasgo o detalle del objeto- o de mayor amplitud.

Con la ayuda de esta segunda plantilla se revisó otra vez las publicaciones sobre el tema; al

mismo tiempo se tomó nota de aquellos que referían características no contempladas en los nuevos parámetros instituidos.

I.G.3.2. Objetivos de la propuesta personal

Como suele ser frecuente en una investigación de este tipo, las metas se fueron redefiniendo. Algunos hallazgos provocaron nuevos interrogantes y, automáticamente, surgieron otros propósitos. Con los que permanecieron incólumes desde el principio y con los que se añadieron posteriormente, se pudo establecer los siguientes objetivos:

- Proponer definiciones precisas y diferenciadas del concepto de identificación para cada uno de esos contextos teóricos.
- Eludir los *impasses* propios de las teorías estudiadas.
- Evitar la mezcla indiscriminada de nociones provenientes de distintos modelos conceptuales.
- Evaluar las nuevas modalidades identificatorias propuestas por otros autores a partir de los parámetros expuestos en I.G.3.1.
- Avanzar en la dirección que sitúa de manera precisa a la identificación como mecanismo estructurante de lo psíquico y como elemento fundamental en la transmisión intergeneracional de lo inconsciente.
- Elaborar algunas hipótesis sobre la labor creativa y de metabolización psíquica que realizan los niños en sus procesos estructurantes, con aquellos rasgos identificatorios que les son ofrecidos o implantados por su entorno objetal.
- Formular propuestas que propendan al uso riguroso del concepto de identificación en la clínica. Para tales fines, se insistirá sobre las exigencias clínico-teóricas que se derivan de articular la identificación con lo inconsciente, a saber: para sostener con fundamento que una identificación está presente en la estructura psíquica de un sujeto -o en algunos de sus síntomas- se requerirá un largo trabajo con el paciente para desvelar el rasgo inconsciente en juego y precisar, luego, de quien proviene esa marca implantada en el sujeto. Sólo entonces –después de descubrir la marca inconscientemente inscrita–, se podrá considerar *objeto de identificación*, en el sentido pleno del término, a quien ha sido la fuente de ese rasgo.
- Incluir en la teoría identificatoria los conceptos de autoorganización y reorganización retroactiva.

I.G.4. Las interpretaciones de la obra de Freud

¿Cómo leer hoy –en pleno comienzo del siglo XXI– los textos del fundador del psicoanálisis? ¿Cómo evaluar las diferentes lecturas habidas de su obra? Estos interrogantes presidieron la redacción de este apartado y buena parte de lo escrito en las tres secciones principales de este trabajo puede ser considerada como una respuesta a dichas preguntas.

I.G.4.1. Vigencia de su pensamiento

Tómense como puntos de partida las siguientes evidencias: el psicoanálisis cuenta con una historia más que centenaria; en la actualidad se navega entre distintas líneas teóricas con diferentes prácticas clínicas de ellas derivadas; se está en un momento en el que la palabra de varios grandes del psicoanálisis ha sido escuchada y sus efectos se han dejado sentir. Hoy coexisten muchas variantes de la clínica creada por Freud y se han producido derivaciones de sus ideas hacia otras disciplinas; un archipiélago de grupos, escuelas, centros de formación más o menos institucionalizados transmiten los conceptos que el vienés creó. Dicho en otros términos, el psicoanálisis ha penetrado en la cultura y se ha hecho carne en ella, compartiendo sus malestares. Como era de esperar, tampoco han faltado las críticas.

Toda esta riqueza acumulada durante más de un siglo no ha disminuido, sin embargo, la importancia de la obra de quien fuera el fundador del psicoanálisis. Se trata de un fenómeno de excepción en esta época post-moderna, caracterizada por una velocidad vertiginosa, que torna

rápida y obsoletas las ideas y los objetos. Son escasas las disciplinas cuyos fundamentos se mantienen, como es el caso del psicoanálisis, tan ligado a la obra de su creador. A partir de Freud, la humanidad empezó a interrogarse sobre asuntos que nunca antes se había planteado y que, probablemente, ya no podrá dejar de preguntarse nunca jamás.

Para expresarlo con otras palabras, la lectura de los textos freudianos sigue teniendo en el presente una palpable actualidad, tanto por sus valores intrínsecos como -paradójicamente- por la existencia de los desarrollos psicoanalíticos posteriores, que reenvían con más fuerza a las fuentes originarias. Por lo dicho, hoy no se pueden leer los artículos de Freud como si recién salieran de su pluma ni obviando lo producido por otros psicoanalistas después de él. Tampoco cabe una lectura acrítica y venerante. Sería un despropósito menospreciar los puntos de vista de psicoanalistas contemporáneos y estudiosos de otras disciplinas que pusieron en tela de juicio algunas ideas del padre del psicoanálisis. Por todo esto, resulta útil en la actualidad ensayar nuevas formas de abordar sus escritos.

I.G.4.2. Los seguidores

La inmensa mayoría de los desarrollos psicoanalíticos posteriores a Freud tomaron como punto de partida sus textos, y, desde éstos, trazaron nuevas sendas y recodos. Pero ocurrió con frecuencia, que al difundirse las nuevas ideas, se borraron -quizá haya sido inevitable- muchas huellas de los caminos originales que el vienés había trazado, generando fenómenos de palimpsesto y atribuciones incorrectas de autorías de ciertos conceptos. Los postfreudianos utilizaron sus mismas palabras y nociones, pero las acepciones implícitas en tales vocablos acabaron siendo disímiles. Es el caso de términos como inconsciente, pulsión, narcisismo, complejo de Edipo, transferencia, repetición, etc. Algunos continuadores terminaron por construir sistemas teóricos propios, con grandes afinidades respecto de Freud pero, también, con sustanciales diferencias, como se tendrá ocasión de ver con el correr de las páginas. Hubo creación sin lugar a dudas, pero también interpretaciones *sui generis* de su pensamiento. A ello se añadió otro fenómeno, especialmente observable en el lenguaje coloquial de los analistas: la mezcla e indiscriminación de esquemas referenciales teóricos.

Paradojas del destino: cuando el acceso a las ideas de Freud está extraordinariamente facilitado gracias a las ediciones de sus obras completas, tanto en castellano como en otras lenguas; cuando es tan sencillo cotejar las versiones de diferentes lenguas con el original; cuando se han perfeccionado las traducciones y disponemos de las mismas en soportes magnético y óptico (CD ROM, bibliotecas virtuales, etc.), cuando se pueden utilizar tablas que indican en qué página de la edición alemana (*Gesammelte Werke*) e inglesa (*The Standard Edition*) se encuentra un determinado párrafo de cualquiera de sus artículos vertidos al castellano (Agora ediciones) y viceversa; cuando sus ideas se han difundido como nunca antes, resulta que la aproximación a su obra, en el momento actual, constituye una labor más compleja que antaño. Porque hoy no cabe restringirse sólo a un acercamiento directo a sus textos -tarea, obviamente, necesaria pero insuficiente-; es conveniente añadir el uso simultáneo de otra vía, complementaria a la anterior: leerlos teniendo presente las principales producciones clínico-teóricas psicoanalíticas posteriores a su obra. En esta época resulta incompleta una lectura de Freud sin un aparato crítico y sin tener presente lo escrito por sus continuadores. Asimismo, es necesario discriminar los diversos discursos psicoanalíticos vigentes en la actualidad.

Esta exigencia reclama un abordaje especial de las publicaciones, tanto las de Freud como las de los sucesores. En las próximas páginas se expondrá un método de lectura cónsono con estas ideas, aplicándola a los textos que tratan sobre la identificación. Además de los ensayos freudianos, se utilizarán los escritos de Klein, Lacan y los de sus discípulos, como referencias fundamentales para la realización de esta modalidad de lectura. Las producciones de ambos constituyen los palimpsestos más significativos respecto de las tesis freudianas.¹³

I.G.4.3. Circunscribir la problemática

La de la identificación es una región teórica particularmente interesante y rica, aunque difícil de transitar. Varios son los factores que determinan estas dificultades. Además de las *intrínsecas* al tema

—su carácter polifacético—, hay otras que podrían ser llamadas *contextuales* y que adquirieron relevancia por los condicionamientos que impusieron para el estudio de la misma. Ellas aparecían especialmente cuando se intentaba circunscribir dicha problemática. Sus causas: las múltiples imbricaciones que la identificación tiene con las restantes regiones teóricas psicoanalíticas y los expandidos enraizamientos que le caracterizan. Ella está conectada con todas las inflexiones de la teoría psicoanalítica; se extiende por las frondosidades y anfractuosidades de la misma. Esto la hace refractaria a los recortes o delimitaciones precisas del concepto. También, a las visiones sintéticas y totalizadoras. En contrapartida, ofrece toda su exuberancia a quien se interese en ella.

Respetar estas características y a la vez otorgar una cierta unidad al tema y a su exposición, exigió aunar la delicadeza de la microcirugía con una gran tolerancia a las líneas de fuga; asimismo se tuvo que aceptar cierto desvanecimiento del concepto en los bordes de la teoría psicoanalítica y en las disciplinas que también lo utilizan. Esta tarea en filigrana podía haberse aligerado recurriendo a posturas más radicales en la delimitación de esta acepción, pero no hubiera sido sin consecuencias: la poda forzada habría cercenado la problemática, confirmando una vez más la sentencia de G. Bachelard: “lo simple no existe; sólo hay simplificaciones”. Por estas razones se han realizado las mínimas incisiones; sólo las imprescindibles, para evitar —al menos ésa fue la intención— aquéllas que por ser mutiladoras hubiesen eliminado algunas conexiones sutiles que la identificación guarda con el resto de la teoría freudiana y, eventualmente, con el uso que se hace de ella en las disciplinas conexas.

Por otra parte, disminuir el riesgo de las trivializaciones y de las visiones unilaterales del problema, eludiendo, asimismo, “*babelizar*” el concepto de identificación —situación que ya está muy extendida en la literatura analítica postfreudiana— requirió una actitud clara: definirla por aquello que constituye su núcleo central. Una vez precisado éste, es posible —más aún, es necesario— transitar, luego, por todas sus derivaciones reticulares. ¿Cuál es ese nódulo?

I.G.4.4. El engarce inconsciente-identificación

Esta articulación es clave para pensarla como categoría psicoanalítica. Para no reiterar esta idea insistentemente convendrá tenerla siempre *in mente*. La originalidad freudiana respecto del tema reside precisamente allí y sería injusto que quedara en evidencia sólo cuando se citen los pasajes de su obra en los que él hizo referencia explícita a ese enlace.

En esta tesis se examinarán, palmo a palmo, las múltiples consecuencias que la invención freudiana del inconsciente produjo en esta problemática específica. Entre ellas: la apertura de un trabajo clínico que atiende a la siguiente premisa: la transmisión intergeneracional de lo psíquico se realiza siempre con el desconocimiento de las partes intervinientes.^{14*}

Señalada esta articulación fundamental como el núcleo de la identificación freudianamente concebida, pueden y deben haber espacios para las periferias, para las zonas fronterizas del concepto, pero sabiendo que, franqueados ciertos límites, la identificación comienza a perder pertinencia psicoanalítica y se desliza hacia otras concepciones (psicológicas, sociológicas, artísticas, etcétera).

I.G.4.5. Cambios en las orlas semánticas

Es un hecho fácilmente constatable que Klein y Lacan partieron de la obra de Freud y tomaron su relevo. Pero tal evidencia eclipsa otro fenómeno: los conceptos originales del vienés adquirieron nuevas acepciones —en algunos casos sufrieron verdaderas transmutaciones— al incorporarse en las doctrinas de estos dos seguidores. Los articuladores teóricos freudianos, derivados hacia los otros dos esquemas referenciales, quedaron incluidos en nuevos conjuntos y deben, por lo tanto, ser evaluados e interpretados desde las lógicas internas de estos *puertos de llegada*. En síntesis: cabría hablar de un *origen* freudiano y de *destinos* kleinianos o lacanianos para muchas de las categorías psicoanalíticas forjadas por el vienés.^{15*}

Poner de relieve los efectos de variado signo que se produjeron en estos pasajes de una teoría a otra es una tarea importante; en primer lugar, por el valor intrínseco de las precisiones que puede aportar y, en segundo término, porque pondrá de manifiesto algunas consecuencias que las actitudes dogmáticas y los *partidismos* han generado en el campo psicoanalítico. Como parte de las batallas

entre las distintas escuelas teóricas no sólo se han fomentado lecturas *proyectivas* de los textos de Freud, sino que se las acabó valorando como las únicas auténticas, fiables y certeras.¹⁶

El de Freud, como todo recorrido, tuvo puntos de partida y de llegada. También, jalones intermedios. Cualquier tramo del mismo devino, para muchos de sus continuadores, un lugar de salida de nuevos derroteros, que condujeron hacia panoramas teóricos originales. En muchos casos inspiraron la creación de ideas fecundas, ausentes primariamente en lo escrito por Freud. Trazar la frontera entre lo que él insinuó y lo desarrollado por sus continuadores es difícil, pero no imposible. Requiere, sin duda, despojarse de ingenuidades: cabe interrogar tanto a los altruismos que atribuyen la paternidad de **todas** las ideas a Freud, como a las megalomanías por las que algunos discípulos se auto-adjudican sapiencias originales, negando la manera habitual en que se construye un pensamiento novedoso: por agregación de algunos giros sorprendentes, que transforman y enriquecen lo conocido. Si se dejan de lado los extremos referidos, suelen encontrarse fenómenos como los que se describirán a continuación.

I.G.4.6. Florecimientos teóricos

En términos generales, la renovación de una teoría se realiza partiendo de aspectos específicos de los conocimientos ya establecidos, para desarrollarlos por caminos hasta entonces no transitados. Tales movimientos conllevan un privilegio de ciertas facetas del *corpus* preexistente y el relegamiento concomitante de otras. Ambos fenómenos –jerarquizaciones y soslayos del saber constituido– son inevitables; suceden cada vez que se trabaja sobre un asunto específico, para profundizarlo.

Si se dejan de lado los descubrimientos debidos al azar, la aparición de ideas originales suele estar asociada a la promoción de ciertos fenómenos que las teorías precedentes no tuvieron especialmente en cuenta. Así sucedió con Freud respecto de la psiquiatría y psicología reinantes a finales del siglo XIX, que, por ejemplo, no habían tomado en consideración al inconsciente, a los sueños, lapsus, chistes, olvidos, etc. De esta manera, el vienés pudo establecer un nuevo campo. Klein y Lacan -continuadores, que no fundadores mantuvieron con la obra de Freud una relación singular: ambos privilegiaron determinados (y diferentes) sectores de la producción del maestro y los desarrollaron a su manera.

Como todo texto rico, el de Freud fue polivalente y abierto a múltiples interpretaciones. Ha sido mérito indudable de M. Klein y Lacan haber descubierto y explotado ciertos filones de la obra del vienés. Ambos realizaron, además, una tarea hermenéutica respecto de los textos freudianos. Por otra parte, sus nuevas teorizaciones –en tanto fueron fructíferas– les condujeron a consolidar unos *corpus* doctrinarios propios. Esta fue la vía por la que se generaron las diferencias –antes comentadas– entre los conceptos originales de Freud y los de ambos continuadores.

Procedimientos de esta índole que cuestionaron y pusieron a trabajar lo preexistente, abrieron nuevas perspectivas para el psicoanálisis. Ellas impusieron nuevas necesidades: en primer lugar, decidir si se está o no de acuerdo con esas inflexiones novedosas y, después considerar la validez del adjetivo *freudianas*, con que se calificó muchas veces a estas renovaciones teóricas. Para dilucidar este último asunto es imprescindible conocer los ejes principales en torno a los cuales M. Klein y Lacan hicieron girar sus obras, ya que ellos fueron los que, en buena medida, guiaron las interpretaciones que ambos realizaron de los escritos de Freud.^{17*} El abordaje contrastado de los tres modelos teóricos –elemento nuclear de esta tesis– permitió:

- Restituir las polivalencias y las múltiples dimensiones del pensamiento freudiano, freudiano, probablemente una de sus virtudes mayores, eclipsadas por lecturas proyectivas y tendenciales de su obra.
- Reconocer los méritos y la originalidad de las aportaciones de estos dos continuadores.
- Precisar las diferencias de perspectivas de cada uno, señalando los puntos de contacto, las divergencias y los aspectos inconciliables.

Respecto de esta última cuestión se hará un pequeño rodeo para exponer una idea que será desarrollado en IV, 1.4. y que permitirá profundizar en los enfoques propios y específicos de cada una de las tres teorías identificatorias. Se partió de algunas consideraciones de Jean Laplanche expresadas

en el primer capítulo de su libro *La prioridad del otro en psicoanálisis* (Ammorortu editores, Buenos Aires, 1996), donde este autor incursionó en la historia de la astronomía y afirmó que en ella había existido un enfrentamiento –y una alternancia– entre dos líneas de pensamiento que coexistieron durante milenios; las designó con los nombres de *ptolomeica* y *copernicana*. Las remitió, como era de suponer, al geocentrismo y al heliocentrismo respectivamente.

Con muchos recaudos hice una extrapolación de estas dos líneas de pensamiento a los dominios de los procesos identificatorios y de la estructuración subjetiva. Consideré *ptolomeico* todo pensamiento que considere que el sujeto psíquico en formación es el punto de partida y el motor prevalente de su propia constitución subjetiva. En esas doctrinas el infante *se identificaría* con los objetos, y se apropiaría de rasgos de ellos para crear su aparato psíquico. Se trataría de una teoría “infanto-céntrica”, si se permite este neologismo, que pretende acercarla al geocentrismo ptolemeico. En cambio, serían *copernicanas* aquellas hipótesis que jerarquizaron el rol de los adultos en la constitución del futuro sujeto psíquico. Ellas otorgaban función *identificante* al objeto; hicieron prevalecer la función de los otros en la conformación del aparato psíquico del niño.

Si ahora aplicamos estas ideas a las tres teorías identificatorias que se están cotejando podría afirmarse que la concepción de Freud era en buena medida copernicana aunque con muy fuertes improntas ptolemeicas; la kleiniana estaría en la antípoda: predominio claro del “infantocentrismo”; esto puede apreciarse especialmente en aquellos textos en que acentuó lo constitucional, el endogenetismo y el instintivismo. Lacan se enroló con firmeza en una línea decididamente copernicana. Dentro del psicoanálisis fue el primero en invertir claramente la dirección del movimiento identificatorio: desde el objeto -mejor dicho, desde el Otro y el otro- al protosujeto. En el debate endogenetismo - ambientalismo se decantó por lo segundo. Laplanche se enroló con lucidez y creatividad en esta perspectiva con su teoría de la seducción generalizada. Por mi parte, en el primer y segundo capítulo de la cuarta sección de esta tesis, propondré un modelo identificatorio estructurante de raigambre “copernicana”.

En cada uno de las partes que componen esta tesis se hará una evaluación de lo copernicano y ptolemeico que resultaron ser los conceptos que se fueron examinando.

I.G.4.7. Retorno de Freud

Esta lectura que se plantea ¿podría llamarse “Freud-Freud”?, ¿para distinguirla de aquéllas que produjeron un Freud “kleinizado” o un Freud lacanizado”? De ninguna manera; no interesa crear otro Freud, supuestamente más puro; “Freud-Freud” no existe. Toda lectura es una interpretación de lo escrito, y la que se irá proponiendo en esta tesis, también lo será. Por lo tanto, es seguro que contendrá cierta dosis de arbitrariedad: la propia de cualquier tarea hermenéutica. Lo esperable es que no sea alta. La modalidad de abordaje de su obra permitió algunos hallazgos que se irán comentando a lo largo de los próximos capítulos; por el momento se dirá que propició dar *una vuelta más de tuerca* a su producción, porque puso de manifiesto los efectos amplificadores y los soslayos, los continuismos y las rupturas, las sintonías y distonías, que las obras de Klein y Lacan tuvieron respecto de la freudiana. Posibilitó algo que bien podría denominarse “*retorno de Freud*.” Se entiende por tal, aquello que vuelve y deviene más freudiano, tras su contraste con lo producido por los otros dos psicoanalistas.

Como puede apreciarse, esta propuesta no es la de otro *retorno a Freud*. Se trata, en cambio, de una lectura de su obra que dedique una atención especialísima a aquellos lugares que devinieron puntos de partida, bases de desarrollo y cabezas de puentes hacia las otras dos concepciones teóricas. Es una aproximación a los textos en la que se analizará especialmente los fenómenos que ocurrieron en las derivaciones o trasvases de una teoría a la otra. Asimismo, se intentará poner de manifiesto las diferencias, correspondencias, isomorfismos y discrepancias entre las tres, como un paso previo al posterior análisis comparativo de las mismas. De lo dicho surge que revelar los **fundamentos** de las tres teorías de la identificación – uno de los objetivos de esta tesis– conlleva una doble finalidad:

- Resaltar el genio y figura de cada conceptualización en esta comarca teórica específica, para evaluar las consecuencias que conllevan esas peculiaridades; éstas serán estudiadas a través de las aperturas que facilitaron y los callejones sin salida a que condujeron.

- Situar el análisis comparativo en el plano de los basamentos de cada teoría; al hacerlo se pretende ir más allá del contenido manifiesto de los textos. Esto supuso una ampliación de objetivos: además de estudiar las modalidades identificatorias que cada uno de ellos había propuesto -plano fenomenológico-, se analizaron las características estructurales de los tres modelos y las diferencias que tienen. Se revisó además el enfoque metapsicológico que cada uno aplicó en esta problemática relativamente circunscripta de la teoría psicoanalítica.

Esto permitió descubrir, entre otras cosas, que el tan mentado eclecticismo -esgrimido con orgullo por algunos o agitado como peligroso fantasma por otros- es, en sentido estricto, imposible: hay un núcleo duro de cada teoría que las hace no miscibles. Las teorías tienen sus lógicas internas, que admiten desarrollos, pero no injertos.¹⁸

* * * * *

Si estas aproximaciones son válidas, es dable esperar que, en años venideros, se realicen nuevas lecturas retrospectivas de Freud con puntos de partida en futuros desarrollos psicoanalíticos. Esto implica reconocer y aceptar que la última palabra no ha sido aún dicha y que -salvo apocalipsis- posiblemente tampoco existirá. Las fuentes originarias seguirán resignificándose a partir de lo novedoso que vaya surgiendo. A las nuevas generaciones de psicoanalistas les competirá asumir mayores responsabilidades respecto del progreso de la disciplina. De paso, se evitaría la petrificación de los textos de Freud.

I.G.5. Aspectos metodológicos de la tesis

La riqueza del pensamiento de Freud, Klein y Lacan exigió -y exige- diferentes ángulos de aproximación para poner en evidencia la pluralidad de perspectivas que les caracteriza. Resulta empobrecedor trabajar esos textos sin linternas. Se hace necesario leer entre líneas, realizar una tarea de intertextualidad, tener siempre presente la totalidad de sus artículos y ensayos, la evolución de los conceptos que crearon y la resignificación de los mismos a medida que sus producciones fueron avanzando. Cabe considerar, también, las rectificaciones que introdujeron, las intuiciones que dejaron esparcidas sin desarrollar, el uso no siempre sistemático que hicieron de las categorías por ellos forjadas, los avances y retrocesos, las continuidades y los cortes, los cambios de perspectiva, las superposiciones y los pasajes de una forma de organización de sus discursos a otra. Por último, es necesario tener en cuenta los cuestionamientos -que muchas veces han sido implícitos- a lo que ellos mismos habían escrito con anterioridad.

En esta tarea de desentrañamiento de contenidos y establecimiento de correlaciones entre los artículos y seminarios sobre la identificación se ha aplicado la noción de retroacción -*nachträglichkeit, après-coup*- postulada por Freud y empleada especialmente por Lacan. Dicho en otros términos, se han aplicado los complejos vectores inherentes a la concepción psicoanalítica de la temporalidad en la lectura de las tres obras, de manera tal que estuvieran presentes, en cada momento, el texto estudiado más las sincronías conceptuales pertinentes, los fenómenos de anticipación conceptual -aquello que preparó los saltos teóricos-, la persistencia de ideas en los pasajes de un periodo al siguiente y la resignificación retroactiva de dichos contenidos, a la luz de lo escrito con posterioridad.

Se incluyeron, asimismo, las repercusiones que tuvieron -en el terreno específico de la identificación- los cambios introducidos en las restantes áreas de cada una de las teorías.

En esta investigación se aplicaron los mismos recursos metodológicos -serán aludidos enseguida- para las tres obras; pero, dadas las diferencias de diversa índole que existen entre ellas -históricas, epistemológicas, de estilos, de metapsicología, de estructura, de pensamientos, etc. - se creyó oportuno agregar un enfoque suplementario, específico y diferente para cada uno de los autores. En esta *Introducción general* se señalarán las pautas metodológicas comunes; es decir, las que fueron utilizadas por igual para el estudio de las tres obras. Los aspectos distintivos, que requirieron procedimientos específicos, serán reseñados -por separado- en las secciones dedicadas a cada uno de ellos.¹⁹

A continuación se expondrá la forma y los medios utilizados para circunscribir el objeto de estudio: la identificación. Se lo hará bajo los títulos siguientes:

I.G.5.1. Los ejes principales y los matices

I.G.5.2. Aparición de nuevos interrogantes

I.G.5.3. Establecer los fundamentos

I.G.5.3.1. Elección de los parámetros

I.G.5.3.2. Sombras y contradicciones

Los aspectos metodológicos ligados al procesamiento de los textos de estos tres autores se expondrán en I.G.6.

I.G.5.1. Los ejes principales y los matices

El primer paso de este trabajo consistió en reunir las ideas sobre la identificación que estos tres psicoanalistas han esparcido a lo largo de sus obras. Se ha seleccionado inicialmente aquéllos en los que el tema aparecía tratado **explícitamente**; luego, la consulta se extendió a todos los otros ensayos en los que ellos realizaron anudamientos **implícitos** con esta problemática. Por último, se observó la articulación de estos conjuntos con otros escritos en los que ellos procesaron conceptos que no pertenecen al área teórica de la identificación pero que están, sin embargo, relacionados con ella. Llevada a cabo esta operación inicial, se ha analizado por separado la serie de textos de cada uno, para desvelar las bases sobre las que asentaron tales desarrollos. Esto facilitó el posterior estudio comparativo de los fundamentos.

Tal tarea de intertextualidad posibilitó percibir no sólo las líneas de fuerza predominantes en cada concepción, sino y también, una infinidad de matices que se ha creído conveniente reconocer y respetar. Se perdería buena parte de la riqueza y originalidad de sus pensamientos si, en aras de una sistematización rígida se expulsaran las contradicciones, hesitaciones, ambigüedades y planos oscuros que en ellos habitan. Rescatar estas tonalidades requirió el empleo de múltiples enfoques para la aproximación a los textos, sin que unos excluyeran a otros y sin la pretensión -se lo subraya- de que todo quedase bien encuadrado.

I.G.5.2. Aparición de nuevos interrogantes

Situar en el punto de partida de esta investigación la idea de que el conocimiento es por definición inagotable fue uno de los mejores recursos para respetar las múltiples dimensiones del pensamiento de estos analistas. Con esta premisa asumida, fue fácil comprobar una y otra vez que junto al placer de desentrañar una línea directriz de los desarrollos se asociaba -casi automáticamente- cierta perplejidad por la irrupción de interrogantes inéditos, relacionados con la emergencia de nuevos misterios. Estos enigmas, que se fueron reproduciendo a lo largo del trabajo, han sido acicates importantes para continuar la reflexión. Se debió aprender a ser tolerante con esos misterios, asumiendo su carácter proteiforme. Al final, hubo que reconocer que muchos han quedado sin resolver. La existencia de esas zonas oscuras ayudó a entender de otro modo la presencia de los mitos en el discurso freudiano: pretendían cegar las lagunas de su teoría.^{20*}

I.G.5.3. Establecer los fundamentos

Si explicitar las bases sobre las que asientan las tres teorías de la identificación pudo constituirse en un objetivo de este trabajo, resulta obvio que ellas no han sido explicitadas por dichos autores. Fue necesario sonsacarlas de sus textos. Es posible, entonces, que se haya generado una cuota de arbitrariedad en ese desentrañamiento, porque hubo que tomar decisiones a la hora de deducirlos y precisarlos. Cabe consignar que se actuó con suma cautela: se ha sopesado detenidamente cada uno de los factores en juego en las respectivas teorías identificatorias. Se consideraron las coordenadas principales de sus pensamientos y las ideas que cada uno había recalcado en las publicaciones y

seminarios dedicados al tema. Se tuvieron en cuenta, además, los vectores que permanecieron constantes sobre este asunto, a lo largo de las tres obras. Con todos esos recaudos, se establecieron, finalmente, los principios básicos de la TIF, TIK y TIL. Esta tarea tuvo una dificultad añadida porque además de respetar los componentes más firmes o radicales de sus concepciones, se ha pretendido tomar en cuenta, también, las variadas facetas con que ellos refirieron las expresiones fenomenológicas de las identificaciones. Ha sido en este plano descriptivo por el que discurrieron buena parte de los escritos, especialmente, los de Freud y M. Klein.

I.G.5.3.1. Elección de los parámetros

Para poner de manifiesto dichos fundamentos, el primer paso consistió en precisar las líneas de fuerza que cada uno de estos tres autores había privilegiado. Luego, se jerarquizaron los diversos textos producidos sobre el tema, partiendo del siguiente principio: no todo lo que ellos escribieron sobre este asunto tuvo la misma importancia; cada artículo, ensayo o seminario tenía un peso específico propio en el contexto de las obras respectivas; correspondía calibrarlos, evaluarlos y establecer prelações. Esta decisión no fue sencilla; se trataba de un problema metodológico de primer orden: según cuáles fueran los parámetros escogidos, posiblemente se arribaría al establecimiento de fundamentos diferentes.

De lo afirmado en páginas anteriores se desprende, asimismo, que las elecciones de estos ejes no podían realizarse tomando como únicos referentes los textos sobre la identificación; además, fue importante tener presente cada teoría en su conjunto y las transformaciones de la misma a lo largo del tiempo. También, las conexiones a doble vía que se fueron creando entre la parte –la identificación– y las restantes comarcas teóricas de cada una de las tres concepciones.

Las dosis insalvables de arbitrariedad que todas estas elecciones y decisiones conllevan, trataron de ser reducidas al máximo y compensadas por la exigencia de resolver las dudas ponderándolas desde la lógica interna de cada concepción. Para tales fines se ha seguido las ideas que estos tres autores desplegaron sobre el tema a través de los artículos en que expusieron sus principales ideas sobre el asunto, pero también buscando la *letra pequeña*, los intersticios, las contradicciones, las ambigüedades y los callejones sin salida. Al topár con estos últimos, se ha creído conveniente señalarlos taxativamente como tales, puesto que eran, también, propiedad intrínseca de cada teoría; es decir, efectos de su perspectiva o consecuencias de los enfoques que se implementaron en sus elaboraciones. Tales *impasses* formaban parte, por lo tanto, del genio y figura de la teoría que los había creado. Al estudiarlos se esclarecieron muchos aspectos de cada concepción y se entendieron ciertos fenómenos acontecidos en la historia del psicoanálisis: algunos discípulos intentaron abrir nuevas perspectivas para evitar, justamente, los obstáculos a los que se vieron conducidos sus maestros; otros, en cambio, al seguir transitando por los mismos caminos, terminaron por amplificar, o tal vez, multiplicar los estorbos. Va de suyo que muchos de los atolladeros freudianos no se presentan, como tales ni en M. Klein ni en Lacan. Al ser distintos los grandes ejes que orientaron a dichas teorías, también difirieron, lógicamente, los escollos sobre los que cada uno de ellos desembocó.

I.G.5.3.2. Sombras y contradicciones

Ahora bien, teniendo presente las ideas básicas y las subsidiarias de estas tres teorías, se pudo entender por qué cada una de ellas fue especialmente apta para iluminar tal o cual faceta de la identificación. El perfil propio de ellas les permitía revelar un costado, un recodo, un ángulo singular de la problemática, mientras que las otras –por su propia naturaleza– eran incapaces de ponerlos en evidencia. Cada una captaba con más facilidad aspectos distintos y específicos; iluminaba una faceta que ella –y sólo ella– era capaz de percibir, por la óptica peculiar que utilizaba. Así, la teoría kleiniana mostró de manera amplificada el componente proyectivo presente *a mínima* en las identificaciones freudianas. Ella usufructuó también al máximo el carácter transitivo del verbo identificar, al otorgar las direcciones opuestas –centrífuga y centrípeta respecto del yo– a sus identificaciones proyectivas e introyectivas. En cambio, a la teoría lacaniana le fue fácil señalar –a partir de jerarquizar los efectos del significante–, porqué la identificación no sólo vehiculiza la semejanza sino también la diferencia con los objetos identificantes.

Como puede apreciarse, cada teoría arrojó luz sobre ciertas zonas pero, al mismo tiempo creó sus propios conos de sombra. Es un fenómeno insoslayable; se presenta siempre y esto no debe considerarse una limitación de tal o cual teoría, ya que todas muestran el mismo efecto. Ninguna disciplina puede agotar su objeto de estudio: no existen teorías omnicomprendivas.

Lo dicho no pretende incitar sincretismo alguno; es imposible reunir lo supuestamente mejor de cada teoría en una totalidad perfecta.²¹ Eso es inviable; de ahí que los psicoanalistas acaben optando por la corriente teórica con la que sintonizan mejor. La genealogía psicoanalítica de cada analista suele ejercer un papel clave en estas elecciones.

Por otra parte, no se trata sólo de constatar la existencia de esos conos de sombra; resulta particularmente útil someterlos a interrogantes desde las zonas claras, como si se incitara a que cada teoría dialogue con las oscuridades que genera, para hacer brotar de allí las contradicciones entre lo iluminado y lo crepuscular.

El campo que se está roturando no es unívoco; se ofrece a una reflexión que sepa descubrir paradojas y contradicciones. Tampoco esto es un signo de debilidad de las teorías; por el contrario, es útil convivir con ellas y extraer algunos tesoros que allí se alojan.

Pelearse con las propias sombras... Algo productivo puede surgir de interrogar a la obra freudiana sobre su filogenetismo, cuando esa misma producción es un gran monumento a la ontogenia y a la psicogénesis. O “preguntarle” a Melanie Klein sobre su innatismo, cuando ella fue, justamente, quien jerarquizó las relaciones de objeto y afirmó que existían desde el mismo día del nacimiento. ¿Y por qué no inquirir a Lacan respecto de cómo congeniar sus formalizaciones lógicas sobre el sujeto con el ser humano que se tiende sobre el diván?

En un plano más general, puede afirmarse que cada orientación condiciona y determina el tipo de preguntas que le pueden ser formuladas. Un interrogante planteado al discurso freudiano dejará de tener consistencia en el campo teórico kleiniano o lacaniano, porque las inquisiciones y disquisiciones que éstos inducen son otras. También son diferentes los aspectos resueltos, e igualmente lo serán, como ya fue señalado, los *impases* a los que se vieron conducidos cada uno, en función de las características de sus obras.

Abrirse a la problemática de los procesos identificatorios implica admitir la necesidad de multiplicar los puntos de vista. Muchos de ellos son complementarios; otros requieren cambios de ángulos y perspectivas para que puedan ser articulados; por último, hay algunos que exigen exclusividad en cuanto a la mira utilizada. Se impondrá, por lo tanto, **señalar** a cada paso las ópticas principales que estos autores fueron utilizando; **precisar**, igualmente, las líneas subalternas y las combinaciones de éstas, y, por último, **puntualizar** las que ellos mismos excluyeron en cada momento concreto de sus investigaciones.

Será interesante apreciar, luego, cómo los conjuntos así ordenados instauran una *constelación* que bien podría llamarse freudiana, kleiniana o lacaniana respecto de la identificación.

I.G.6. Procesamiento de los textos

Moverse con parsimonia en los terrenos de la identificación obligó a distanciarse de dos grandes ilusiones: la omnicomprensión y la creencia de que todo es integrable. Se hizo necesario, en cambio, ir afinando el dispositivo con el cual se abordaba cada modalidad identificatoria que los autores propusieron: no cabía encarar de igual manera, por ejemplo, las identificaciones primarias y las secundarias edípicas en Freud, ni las simbólicas e imaginarias en Lacan. Va de suyo que estos principios fueron igualmente válidos para el análisis de los textos de M. Klein sobre el tema.

Lo recién dicho, permite vislumbrar que se recurrió a la multifocalidad; o sea, se intentó combinar la aproximación al tema desde planos diferentes, para apreciar las múltiples facetas del objeto de estudio. Asimismo, se articuló el enfoque histórico, cronológico, con una lectura retroactiva de la obra de cada autor. Por medio de estos procedimientos quedó expuesta tanto la evolución de sus pensamientos como los movimientos de estabilización estructural de los conceptos por ellos empleados. Se fueron precisando también los grandes nudos, las nervaduras fundamentales y los desequilibrios - reequilibrios producidos por los saltos teóricos. La *lectura con zoom* -que luego se

explicitará- permitió tener presente, en cada momento, el origen, destino y transformación de las ideas de estos autores.

Un lugar importante en la exposición de la TIF, TIK y TIL será ocupado por el esclarecimiento de los modos de organización de esos tres discursos y por la explicitación de las coincidencias y divergencias entre los tres psicoanalistas.

Una visión global del conjunto de cada obra y de las líneas de fuerza que las surcan fueron privilegiadas para evaluar si algunas ideas sobre la identificación, que aparecen aisladas en las obras cotejadas, forman parte de intuiciones cónsonas con los ejes principales de cada teoría o, por el contrario, si deben ser ubicadas en el terreno de las *consideraciones secundarias*. A continuación se estudiará con más detalle algunos de los aspectos metodológicos recién anticipados.

I.G.6.1. La organización retroactiva de los circuitos de textos

Por las razones ya enunciadas, los fundamentos de las tres teorías de la identificación sólo pueden ser establecidos *a posteriori*, quiero decir, a partir de una lectura retroconclusiva del conjunto de textos en los que ellos hicieron referencia -explícita o implícita- a esta problemática. Este método excluyó las búsquedas a la manera del arqueólogo, de las supuestas piedras basales que en algún lugar y momento sus autores hubieran colocado, para construir, “encima”, el edificio teórico propio sobre la identificación. Ni siquiera en el caso de la obra de Freud sería válida tal búsqueda. Si de utilizar metáforas se trata, cabría mejor imaginarle esparciendo semillas, sin que la siembra haya fructificado por igual en todas partes ni al mismo tiempo. En algunos casos hicieron falta lustros para que pudiesen recogerse las cosechas conceptuales. Sólo a partir de los resultados, sería posible decidir -retroactivamente- cuáles fueron las tierras y las simientes más fértiles. Recién entonces podría considerarse la posibilidad de situar allí algún fundamento. Aunque discutible, este procedimiento - que ha sido igualmente utilizado con la obra de los otros dos analistas- es una opción válida y más rica que un método que pretenda reconstruir, con criterio cronológico y *desde los supuestos orígenes*, el *desarrollo* de una teoría.

Cada texto suele encontrar, más allá de sí mismo, *a posteriori*, significaciones complementarias a las extraíbles cuando éste es estudiado de manera aislada y sometido a un análisis de su contenido que atienda únicamente a los parámetros propios del momento de su publicación. El eje diacrónico sólo, no basta. Es necesario, pero insuficiente. Esta afirmación, válida para cualquier subregión teórica del psicoanálisis, se hace particularmente evidente en el terreno de la identificación, ya que buena parte de lo que estos psicoanalistas escribieron sobre el tema fue vuelto a procesar al final de sus obras. Esto obligó a repensar qué de lo escrito antes seguía vigente en el nuevo contexto.

Textos como *Más allá del principio del placer* [MAPP (1920)], *Psicología de las masas y análisis del yo* [PMAY (1921)], el capítulo III de *El yo y el ello* [YyE (1923)], *El malestar en la cultura*, (1930), aportaron nuevas perspectivas -generales y específicas sobre la identificación- e impusieron la necesidad de reinterpretar los primeros veinte años de la producción freudiana referida al tema. Lo mismo ocurrió con M. Klein: la aparición de la identificación introyectiva impuso nuevas reflexiones sobre la variante proyectiva, conceptualizada con anterioridad. Situaciones similares son observables en la obra de Lacan. El presente trabajo puede ser considerado como una lectura retroactiva desde la actualidad -segunda década del siglo XXI-, de la masa de escritos existentes sobre el tema. Quedan así enunciados -muy sucintamente- los principales argumentos que justifican esa modalidad de lectura. Se la ha hecho, sin excluir ópticas complementarias; al contrario, se lo consideró un requisito, por las razones que a continuación serán señaladas.

I.G.6.2. Cada cual desde la lógica interna de su teoría

Se ha querido evitar cualquier sistematización de las obras comparadas desde parámetros ajenos a las mismas. Después de realizar una lectura detallada de las tres producciones, se impuso reconocer que en Freud era más pertinente hablar de identificaciones -en **plural**-.²² Una diversidad más amplia que la reconocida por Lacan cuando se refiere “a las tres identificaciones freudianas”: primaria (al padre), secundaria (al rasgo unario) e histórica. El vienés describió casi una decena de

variedades, según podrá constatarse en I, 7.10. Además, la multiplicidad no es sólo cuantitativa; las que describió son muy heterogéneas, cosa que habla sobre cierta polisemia del concepto en su obra. Esto impide colocar a todas las identificaciones que él teorizó en un mismo saco. Para decirlo con más precisión, es imprescindible diferenciar cada una de las variantes que él propuso y ser muy cauto a la hora de incluirlas en agrupamientos. Puede ser útil guiarse por los adjetivos que asoció a cada una: narcisista, histérica, onírica, primaria, secundaria, parciales, regresivas, posteriores o concomitantes con las relaciones de objeto, etc.

Es posible constatar la existencia de esta pluralidad en Freud y, más aún, sacar partido de la misma, evitando al mismo tiempo la proliferación inagotable de modalidades de identificación que se observa en la literatura psicoanalítica contemporánea. Ni las ópticas reduccionistas ni las que multiplican de forma exponencial los tipos de identificación, son las más acordes con la perspectiva freudiana; tampoco son especialmente útiles para la clínica

I.G.6.3. Vector cronológico pero sin ilusión germinativa

Se ha hecho también una lectura secuencial de textos, ordenándolos según las fechas de publicación.²³ Dicho enfoque no reveló ninguna clave especialmente importante; sirvió, sí, para poner de manifiesto cómo, con el paso del tiempo, se complejizó y enriqueció el pensamiento de estos tres analistas respecto de la identificación. El enfoque cronológico estará presente en las secciones dedicadas a estos autores, pero en todos los casos aparecerá intencionalmente articulado con la lectura retroconclusiva de dichos textos. Una vez discernidos los parámetros principales que gobernaron la producción teórica en cada período, se han buscado los antecedentes y despliegues de los mismos en los primeros escritos de cada autor, para seguir luego sus pistas hasta los últimos. Con la excepción de I, 7., capítulo dedicado a presentar cronológicamente los textos freudianos sobre la identificación, no primará el enfoque secuencial, en el estricto sentido del término. Se jerarquizaron, en cambio, los saltos conceptuales. A partir de los últimos avances se han resignificado los textos anteriores y se han buscado en estos últimos los posibles antecedentes de las nociones surgidas ulteriormente. Se trataba más bien de una historia de las ideas que de un encadenamiento de textos en base al año de aparición. Se intentará mostrar la vivacidad de esos pensamientos, su evolución permanente: el paso de los años conllevó replanteamientos, transformaciones y giros teóricos respecto de la identificación –con repercusiones en el resto de la teoría–. También se tuvieron en cuenta las contrapartidas: los efectos que lógicamente tuvieron en la problemática de la identificación los cambios habidos en otras regiones conceptuales de las tres teorías.²⁴

No todo estaba *en potencia* en los primeros trabajos de estos autores ni siempre se dio una maduración progresiva de las ideas. Esta visión romántica, bastante presente en la literatura psicoanalítica sobre el tema, está impregnada de una *ilusión germinativa*. Sin duda, existió continuidad en las obras de cada uno, pero también saltos, cortes y aparición de ideas originales para las que no cabría, estrictamente hablando, el apelativo de *reformulación de lo anterior*.

La perspectiva temporal utilizada no fue concebida como una flecha lineal, progresiva y unidireccional; a los postres se mostró, más bien, como un vector que avanzaba zigzagueando, que retrocedía –a veces– para enhebrar ideas anteriores, que trazaba bucles anticipativos y que no excluía movimientos locales que generaban pequeñas redes conceptuales. Casi siempre se acababa descubriendo que los progresos se realizaban mediante marchas, contramarchas y nuevos emprendimientos.

La lectura cronológica de los textos de un autor ha caído –no sin razón– en un cierto descrédito. Sus más acervos críticos al proponer una lectura estructural y retroactiva, han generado una visión a-histórica; incluso, anti-histórica, frente a la cual cabrían, cuanto menos, algunas reflexiones; especialmente, porque tal enfoque ha servido para renegar la idea de génesis, evolución, desarrollo, historia, etc. No es el momento de reavivar viejas discusiones del tipo *estructura versus diacronía*, puesto que lo que está en juego no son las preferencias personales sino el esclarecimiento de las perspectivas que existen o coexisten en los escritos de estos tres psicoanalistas.²⁵ Podría afirmarse sin embargo –rompiendo quizá una única lanza a favor de la perspectiva cronológica– que el *après-coup* no se realiza, obviamente, en el vacío sino sobre ciertos jalones históricos que conviene tener

presente.²⁶ Muchos de los que propugnaron abandonar el enfoque histórico-secuencial en la lectura de los textos pudieron hacerlo porque ya estaban familiarizados con el encadenamiento cronológico de los mismos y utilizaban con libertad los conocimientos que de ello se derivaba. La lanza rota no significa validar las claras insuficiencias de esa perspectiva, que se ponen rápidamente de manifiesto al leer los trabajos psicoanalíticos sobre la identificación que han utilizado **sólo** este enfoque.

I.G.6.4. Puentes entre las obras de Freud, Klein y Lacan

Si los pensadores y sus teorías valen no sólo por sus méritos propios, sino y también por las posibilidades que abren a los continuadores para que produzcan nuevos desarrollos, las de estos tres autores podrían ser grandes ejemplos de esta doble valía. Como ya fue anticipado al comienzo de esta *Introducción general*, en la primera parte de este trabajo se irán señalando con particular detenimiento los lugares y conceptos de la TIF que fueron cabezas de puentes para las reformulaciones kleinianas y lacanianas. En cambio, en la segunda y tercera parte, dedicadas a la TIK y a la TIL respectivamente, se mostrará cuáles fueron las transformaciones e inflexiones de las ideas freudianas en ambas teorías. Por supuesto, también se le dedicará especial atención a los conceptos originales acuñados por Klein y Lacan.

En tanto la derivación de conceptos desde la obra del vienés a las otras dos conllevó cambios de significados, se esclarecieron las polisemias con las que llegaron a nuestros días. Una vez discriminadas estas diferentes acepciones, se las utilizó de una manera específica y acorde con el correspondiente contexto teórico. Dicho en otras palabras, durante las exposiciones de la TIF, TIK y TIL se emplearán los conceptos atendiendo cuidadosamente a los significados que ellos adquirieron en cada teoría. Por citar tan sólo unos ejemplos: la introyección adquirió significados propios en la teoría lacaniana, distintos a los que tenía en Klein y Freud. Klein utilizó la proyección con alcances diferentes a cómo la emplearon los otros dos, en tanto le atribuyó la función de deflexionar el instinto de muerte hacia el exterior. Los usos del vocablo incorporación fueron muy dispares en Freud y Klein, mientras que Lacan recusó el uso de dicha acepción.²⁷ Se han empleado el término **instinto** (de vida, de muerte) en lugar de pulsión, a lo largo de la exposición de la TIK, porque ella lo utilizó y se ajusta más a cómo esta psicoanalista pensó el asunto. Asimismo, el concepto de *sujeto*, poco empleado por Klein y Freud, exigió un análisis minucioso al tratar las identificaciones simbólicas de Lacan (véase III, 9). Al usarlo en el contexto de la teoría del vienés (véase I, 1.1), se indicaron los motivos por los cuales se decidió emplearlo. Por medio de estos recaudos metodológicos se pretendió:

- Establecer y/o restituir los significados diferentes -también los compartidos- con que fueron empleados por cada autor.
- Discriminar cada concepto de sus homónimos en las otras dos teorías.²⁸
- Poner de manifiesto que estas orlas semánticas distintivas dieron pie a redes conceptuales y a lógicas internas dispares: las propias de cada hábitat teórico.
- Deducir cómo incidieron estas desemejanzas en las aperturas generadas por cada línea teórica.

I.G.6.5. Cuestiones de citas y circuitos de textos

Se ha evitado el **acercamiento aforístico** a las obras en cuestión. Se entiende por tal, aquel procedimiento que recurre a la extracción de una frase aislada de un autor, en calidad de cita, para fundamentar, ejemplificar o validar una idea determinada. Los efectos mutiladores de este accionar son evidentes: se quiebra una de las características más importantes de un pensamiento versátil, porque desaparecen las dialécticas que conjugan las tesis y antítesis, los opuestos que establecen equilibrios entre sí, las posiciones pendulares que matizan. Ahora bien, este tipo de compensaciones y ajustes no siempre aparecen dentro un mismo texto; a veces se presentan en otros artículos del mismo autor. En caso de hallarlos, el acoplamiento de estas referencias dispersas permitía integrar ideas, eludir las parcializaciones y las aproximaciones sesgadas. Por estas y otras razones, se ha preferido citar de un modo extenso, para reflejar más acabadamente el pensamiento de cada psicoanalista. Si se podía elegir, se evitaban aquellas que tomaban sólo en cuenta una de las perspectivas en juego. En muchos casos, al

incluirlas se precisaba los sitios en que el mismo autor compensaba las aproximaciones unilaterales. Luego, se las contrastó con los grandes ejes teóricos de las tres obras, para evaluar el grado de consonancia con los mismos. No faltarán por supuesto, las referencias de afirmaciones taxativas, incisivas, concluyentes, que marcaban direcciones claras del pensamiento de cada autor.

En síntesis, se han privilegiado los fragmentos que reflejaban mejor la complejidad del pensamiento de estos tres analistas y, en la medida de lo posible, se introdujeron extractos en los que ellos daban cuenta explícita de sus posiciones frente al asunto en debate.^{29*}

Aunque no fueron muy abundantes, también se declinó tomar apoyatura en los que bien podrían ser llamados *textos de síntesis* sobre la identificación, escritos por Freud, Klein y Lacan. En artículos de ese tipo las paradojas y los opuestos complementarios cedieron espacio a las aproximaciones “redondeadas”; este fenómeno es más perceptible en los escritos de Freud y Klein que en los de Lacan. Tales ensayos suelen ser, sin embargo, los más citados en la literatura psicoanalítica contemporánea. En el contexto del presente trabajo, las pocas ocasiones en que se citó textos de esas características, se debió a objetivos muy específicos. Así, en el capítulo 4. *Las principales identificaciones descritas por Freud*, se apeló al capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), donde el vienés hizo una puesta al día de sus ideas respecto de la identificación. Se ha recurrido a este texto, a sabiendas de que no es lo mejor que él ha escrito sobre el tema, porque interesaba precisar las modalidades identificatorias que él había teorizado hasta entonces.

* * * * *

Recurrir a la intertextualidad y a los trabajos que carecen de las simplificaciones recién comentadas ayudó al esclarecimiento de los puntos complicados y de difícil interpretación. Se hizo hábito no tomar cada texto como una simple unidad; no se los consideró bloques macizos que, a manera de ladrillos, podrían superponerse para construir la TIF, TIK y TIL. Se los consideró más bien como nudos de una red. Con esta premisa, se establecieron **circuitos de textos** en las obras de los tres autores. Se puede comprobar con cierta facilidad que los hay múltiples y variados, y que cada nudo de esa red -cada artículo- conforma un lugar donde se cruzan, se superponen y/o enlazan caminos diferentes. El estudio aislado de cada ensayo -si bien es imprescindible- resulta, al fin y al cabo, limitado en tanto impide ver reincidencias, articulaciones, diferencias, ratificaciones, rectificaciones e interferencias, con otros artículos producidos por el mismo psicoanalista. Estos aspectos sólo resaltan en un trabajo de intertextualidad. La realización de tal labor exigió una tarea de interpretación de las disparidades y contradicciones que se fueron descubriendo entre diferentes escritos de un mismo autor.

I.G.6.6. Lectura con *zoom*

Por ampliaciones o estrechamientos reiterados del panorama de los circuitos de textos recién descritos -variaciones del tamaño del campo- se pudieron visionar ya sea aspectos puntuales y detallados de una problemática (o de una época) determinada, ya sea perspectivas extensas, aunque menos minuciosas del área teórica en cuestión.

Esas reducciones y ampliaciones rápidas de la zona enfocada permitieron tener presente -de manera casi simultánea- tanto los aspectos microscópicos como las grandes articulaciones del pensamiento de estos tres psicoanalistas respecto de la identificación. El zoom resultó particularmente interesante al ser aplicado a las mallas textuales y conceptuales; por ejemplo: el análisis pormenorizado de la identificación narcisista postulada en *Duelo y melancolía* (1917 [1915]), adquirió nuevos relieves y contornos, cuando, más allá de la riqueza intrínseca de ese escrito, pudo apreciarse la adquisición retroactiva de nuevos valores a partir de algunas afirmaciones del capítulo III de *El yo y el ello* (1923).³⁰ Por otra parte, esta modalidad identificatoria tuvo existencia gracias a su antecedente: *Introducción del narcisismo* (1914). Demás está decir que el aludido es tan sólo uno de los múltiples caminos que cruzan en *Duelo y melancolía*.

Estas observaciones amplias del campo facilitaron el establecimiento de correlaciones entre textos y permitieron observar giros importantes del pensamiento sobre la identificación en estos tres psicoanalistas.³¹ Tener presente tanto los circuitos de textos -en base a sus títulos- como las redes estructuradas a partir de conceptos -por ejemplo, introyección, incorporación, narcisismo, Edipo, etc.- ,

enriqueció el panorama teórico. Ayudó a cumplimentar otro objetivo de este trabajo: establecer precisiones en el tema tratado. Un prototipo podría ser el siguiente: al comienzo del capítulo III de *El yo y el ello* (1923)³², Freud hizo extensivo a las identificaciones constitutivas del yo, lo que había esclarecido gracias a la identificación melancólica: el trueque de la investidura de objeto por una identificación. Ahora bien, ese comentario no permite asimilar la identificación narcisista de la melancolía con la identificación secundaria edípica, posterior a la resignación del objeto. La primera se trataba de una identificación acontecida en un terreno *narcisista*, dual, en el que se manifestaba una gran ambivalencia hacia el objeto *perdido*; la segunda, describía una identificación *edípica* –se lo deduce fácilmente del texto–, consumada, por lo tanto, en un espacio *triangular*; además, el objeto es *resignado* al declinar el complejo y la ambivalencia no es tan marcada en tanto el amor y el odio se constituyeron en pares antitéticos.³³

La lectura con zoom –creación de micro y macro-campos– no sólo facilitó la percepción de articulaciones y distinciones generadas con el correr de los años; permitió apreciar también –por ampliación máxima de la zona enfocada– el surgimiento de los conceptos y sus destinos finales en las obras de los tres psicoanalistas. Así, las identificaciones descritas por Lacan, en la primera y segunda década de su producción, deben ser reinterpretadas a la luz del concepto de goce y de la homogeneización de los tres registros –Real, Imaginario y Simbólico– que planteó al final de su producción.³⁴

* * * * *

Los nuevos conceptos, surgidos ya sea a partir de experiencias clínicas o de exigencias teóricas, suelen ser muy elocuentes: muestran fácilmente sus primeros relieves, sus meollos y contornos. Pero, conocer el destino ulterior de los mismos es útil por varios motivos: pone de relieve, según los casos:

- Las insuficiencias de las acepciones iniciales.
- La pervivencia de los significados originarios, porque se mostraron compatibles con los nuevos desarrollos.
- Los cambios, enriquecimientos, adquisiciones de solera y las nuevas articulaciones.
- Las caídas en desuso, los desgastes y las pérdidas de valor heurístico. En fin, no deja de ser una herramienta auxiliar en el trabajo interpretativo de textos, tener presente la genealogía y el destino final de cada articulador teórico.

I.G.6.7. Lectura estructural

Asociada a los abordajes de textos antes descritos, esta aproximación permitió observar:

- Los movimientos que llevaron a la estabilización conceptual en el ámbito de la teoría de la identificación.
- Las órbitas gravitacionales que se generaron a partir de tales asentamientos.
- Los equilibrios que se fueron produciendo dentro del conjunto de los conceptos del área y los de ésta con el resto de la teoría de cada autor.

La perspectiva estructural hizo patente las transformaciones ocurridas en cada una de las teorías, como consecuencia de la introducción de un nuevo concepto, un giro o un cambio de óptica. Permitted apreciar las modificaciones –conmociones, en algunos casos– acaecidas en el interior de cada sistema teórico y en los campos gravitatorios de conceptos que parecían muy estables. Estas *desorganizaciones*, productos de shocks conceptuales, condujeron a *reorganizaciones* posteriores de las teorías en cuestión, que dieron pie a equilibrios tal vez más refinados. De manera paralela, este mismo enfoque hizo evidente el accionar sincrónico de diferentes dimensiones del psiquismo (narcisística, edípica, fantasmática, pulsional, inconsciente, etc.), aspectos éstos especialmente interesantes a la hora de precisar los circuitos en que son *capturados* los objetos de identificación. Permitted comprobar, asimismo, la presencia constante de pares conceptuales antagónicos. En Freud se encuentran los siguientes: libido objetal-libido narcisista, contingencia- fijación, fusión-defusión pulsional, carga de objeto-identificación. En Klein: objeto interno-objeto externo, proyección-

introyección, envidia-gratitud, disociación-integración, etc. En Lacan: Otro-otro, significante-significado, enunciado-enunciación.

I.G.6.8. La organización de la discursividad psicoanalítica

A los enfoques ya señalados se añadió otro prisma: el que tiende a poner de manifiesto los modos de organización del discurso psicoanalítico. J. Belinsky³⁵ afirmó que en la discursividad psicoanalítica se pueden distinguir tres configuraciones básicas: a) míticas, b) narrativas o de ficción y c) teóricas. Se concuerda con esa tripartición y en base a ella se evaluó los pesos relativos de cada configuración en las obras de los tres psicoanalistas. Sin lugar a dudas, la doctrina de Freud posee estas tres modalidades discursivas. Al cotejarla con las otras dos, surge que es la que tiene más componentes del primer tipo: en reiteradas ocasiones el vienés ha tomado los mitos clásicos (Narciso, Edipo, etc.) como referentes importantes de sus elaboraciones teóricas; ha construido, también, un mito propio: el del Padre de la horda primitiva. No le fue ajena la forma narrativa, aunque en la obra freudiana predominó la discursividad teórica. En Klein, la dimensión mítica ha sido insignificante, no así la narrativa; en sus textos prevalecieron las descripciones clínicas sobre las modalidades de alta abstracción teórica. Lacan, en cambio, pretendió expurgar los discursos míticos y narrativos, a favor de las formalizaciones lógicas y matemáticas.

En atención a lo dicho, la primera parte, dedicada a Freud, incluirá un capítulo, el sexto, que tratará sobre los mitos en su teoría, en especial en la identificatoria. La tercera parte, centrada en la TIL, fue organizada en base a las formalizaciones más importantes de su obra: lógica, matemáticas, topológicas, lingüísticas, y a las importaciones desde las ciencias sociales y la filosofía. El carácter predominantemente descriptivo de la obra de Klein se hará patente en diversos capítulos de la segunda sección, dedicada a la TIK.

I.G.7. La plasmación escrita

Un problema de distinta índole -y particularmente complejo- surge cuando se quiere volcar por escrito los resultados de una investigación en la que se aplicaron los principios metodológicos señalados en los apartados anteriores. El obstáculo puede plantearse sucintamente de esta manera: ¿cómo producir un texto -que debe tener, necesariamente, un orden sucesivo (diacronía) - que dé cuenta de una realidad que funciona al unísono (sincronía)? El reto no es de fácil solución; en algunas ocasiones se ha recurrido a la reiteración de esta dificultad para mantener alerta al lector y facilitarle que construya un panorama sincrónico. En otras oportunidades se incluyeron resúmenes, ya sea en los comienzos o finales de capítulos, que tienden a los mismos fines. Por último, para mitigar ese mismo escollo se incorporaron al texto algunos esquemas y diagramas, que serán expuestos en las secciones dedicadas a cada autor. Una buena representación gráfica favorece la condensación conceptual; en este caso permitió plasmar de manera sintética buena parte de los resultados obtenidos al aplicar el tipo de lectura comentada.

Descartada, por imposible, la integración de *todos* los puntos de vista reseñados -recordar el abandono ya enunciado de las ilusiones de completud- queda aún enunciar los otros recursos expositivos que se instrumentarán y, finalmente, avanzar una definición sucinta de la identificación en el marco de cada teoría.

Ciertas operaciones y procedimientos imprescindibles para la producción de un texto *comparativo* como el presente, aumentan los peligros de mutilación que ya existen cuando sólo se expone el pensamiento de un único autor. Por otra parte, en el psicoanálisis, los recaudos utilizados nunca serían suficientes, por aquello de que una teoría cercenada conduce a prácticas con similares características. Por estas razones, en todo momento se trató de respetar las múltiples perspectivas y la complejidad de las elaboraciones de estos tres psicoanalistas y no se las simplificó en aras de facilitar los cotejos.

Establecer un orden de prelaciones, jerarquizar ejes, esclarecer equívocos, clarificar o disminuir las vaguedades, etc., y combinar todo eso con la exigencia de conservar las riquezas de lo secundario, el oro de las paradojas, los tesoros guardados en formulaciones ambiguas y los misterios escondidos en

las penumbras de los textos, supuso, en algunos momentos, un gran esfuerzo. Perseverar en dichos objetivos más de lo imprescindible hubiera sido paralizante; distanciar la tarea de esos límites imposibles y hacerla viable, implicó -entre otras cosas- la utilización combinada de procedimientos disociativos e integrativos. Se podrá observar el uso de tales recursos en las formas de organización y presentación de lo escrito.

Para la trasmisión del contenido conceptual se han combinado esos dos movimientos: el primero permitió avanzar cuando fue necesario instituir ejes, fundamentos y establecer grados de importancia de las ideas; el segundo, se implementó tras hacer aflorar los variados matices. De manera correlativa, para el primer movimiento se emplearon enunciados asertivos, esbozando líneas de fuerza predominantes, marcando acentos y progresando con puntualizaciones precisas, eliminando ambigüedades para llegar, así, a conclusiones firmes -no cerradas ni definitivas- sobre los asuntos tratados. Con frecuencia, estos enunciados sintéticos sirvieron para el posterior análisis comparativo de las tres doctrinas. Para el segundo movimiento -realce de la plétora de matices- se buscaron los pequeños rodeos teóricos, los caminos más amplios, las fuentes y los vericuetos. Se incursionó también por disciplinas afines para ver cómo funcionaban allí algunos conceptos, ligados a la identificación, que ellas importaron desde el psicoanálisis. En síntesis: al combinar ambos procedimientos, se conjugaron las afirmaciones taxativas con las tonalidades que matizan.

I.G.8. Definiciones específicas del vocablo identificación

Fruto del trabajo realizado ha sido la posibilidad de esbozar lo que podrían llamarse una caracterización freudiana, kleiniana y lacaniana del concepto de identificación. Incluir en esta *Introducción general* una versión escueta de estos enunciados -específicos y propios para cada teoría- permitirá apreciar, desde el comienzo, las principales diferencias entre las tres teorías.³⁶ Esta inclusión tiene también como objetivo crear un marco para las exposiciones de la TIF, TIK y TIL, que se iniciará en el próximo capítulo. Al final de la exposición de cada una de las teorías se desarrollarán más extensamente estas caracterizaciones; aparecerán en anexos al último capítulo de cada parte: I, 7.; II, 10; y III, 10.

I.G.8.1. Definición freudiana

Mecanismo estructurante de lo psíquico mediante el cual se hacen propios, *de manera inconsciente*, rasgos o atributos del objeto, inscribiéndolos en instancias psíquicas también inconscientes, con la consiguiente (trans)-formación subjetiva a consecuencia de la implantación y apropiación de esos aspectos o propiedades del objeto. En estos rasgos precisos, que pueden ser puntuales o muy circunscritos (identificaciones parciales) o más extensos (identificaciones masivas), el sujeto se vuelve idéntico al objeto. El aparato psíquico en su conjunto -las instancias y estructuras que Freud describió en su primera y segunda tópica- se constituye por medio de identificaciones. Éstas pueden ser *estructurales o permanentes* (primaria, narcisista, secundaria edípica) y *temporales* (onírica, histérica y de las masas).

Esta definición, si bien no abarca todas las acepciones que Freud atribuyó al concepto, subraya dos de sus aspectos más importantes: a) la articulación de la identificación con lo inconsciente y b) el carácter estructurante de la misma.

La identificación freudiana es un retoño de la actividad pulsional oral. El niño es el punto de partida y el *agente activo*. El infante captura los rasgos al objeto y los introyecta o incorpora, haciéndolos suyo (apropiación), y estructura de esa manera su psique.

La fórmula sintética de la identificación freudiana es: *el sujeto se identifica con el objeto*. Esta definición atiende especialmente a las innovaciones introducidas por la teoría identificatoria estructural; contiene, también, los elementos de la teoría funcional que permanecieron incólumes después de 1920. Se trataba de una concepción *ptolomeica* con fuertes improntas *copernicanas*. Véase al respecto lo comentado *supra*, en I.G.4.6. y en el apartado 1.4. de la cuarta parte, dedicada a la perspectiva teórica personal del autor de esta tesis.

I.G.8.2. Aproximación kleiniana

Movimiento estructurante del yo y superyó, caracterizado por un vaivén de materia psíquica entre el yo y sus objetos, que da lugar a la formación y transformación de instancias y sistemas de la mente. La conceptualización kleiniana usufructuó el carácter transitivo del verbo identificar; el vaivén de materia psíquica entre el bebé y sus objetos es constante y a doble vía: centrífuga y centrípeta. Klein describió dos modalidades:

- La *identificación proyectiva*, relacionada con la posición esquizoparanoide; alude a las transformaciones del yo ocasionadas por la acción sinérgica de la disociación de partes del yo y la proyección de éstas sobre el objeto externo; esta actividad está impregnada por las fantasías inconscientes. Klein relacionó inicialmente esta modalidad identificatoria con la necesidad del bebé de deflexionar al exterior el *instinto de muerte*. Surgen por esa vía los ataques sádico-orales al pecho materno. Años más tarde sostuvo que estos embates nacían también en las restantes fuentes instintivas (anales, genitales, uretrales), para dirigirse no sólo al pecho sino y también al interior del cuerpo materno. Su propósito: atacar al objeto odiado y envidiado, con la intención de destruirle y/o robarle sus contenidos. Esta modalidad de identificación se dirige desde el yo al objeto³⁷; se trata de una proyección que sitúa a partes del yo en el otro; gracias a ella, el yo toma posesión del objeto, que pasa a ser sentido y considerado como una extensión de sí mismo. La identificación proyectiva establece una relación narcisista, fusional e indiscriminada, con el objeto.
- La *identificación introyectiva*: supone la introducción del objeto bueno en el núcleo del yo, instancia ésta que se transforma por la asimilación de dicho objeto. Esta modalidad identificatoria estructura nuevas instancias (superyó, por ejemplo) o transforma las innatas (yo); en ambos casos favorece la integración, cohesión y desarrollo de dichas instancias mediante la incorporación de objetos buenos. La identificación introyectiva fue introducida después de la proyectiva y su consumación ocurre durante la posición depresiva.³⁸ Quedó asociada al tipo de fantasías y mecanismos de defensa propios de dicha posición. Klein la describió como una introyección nuclear del objeto pecho en dicha instancia. Esta modalidad identificatoria operaba a contracorriente de la escisión. Conllevaba la introyección de un objeto bueno, entero, no disociado previamente, que favorecía el desarrollo evolutivo.

Estos movimientos bidireccionales, continuos, entre yo y objeto permiten considerar a las identificaciones proyectivas e introyectivas no sólo como mecanismos estructurantes del psiquismo, sino y además, como formas permanentes del funcionamiento mental. Ambas mantienen un cordón conector entre el yo y los objetos; crean y recrean constantemente relaciones narcisistas de objeto. De ahí que el concepto de identificación aparezca en su obra muy articulado con el narcisismo.

Ahora bien, mientras las proyectivas se conectan especialmente con la pulsión de muerte, las introyectivas están relacionadas con la internalización de un narcisismo trófico, por introyección del objeto bueno. Se trataba de una concepción *ptolomeica* de la estructuración del aparato psíquico.

I.G.8.3. Caracterización lacaniana

La identificación es un mecanismo inconsciente que engendra lo psíquico en el organismo viviente que es el recién nacido humano; la identificación es, pues, causa de la emergencia de la psique en un candidato a sujeto. Lacan diferenció dos modalidades:

- La identificación simbólica, que funda al sujeto del inconsciente (\$); éste es efecto de la identificación por el significante (rasgo unario), que proviene del campo del Otro. Esta identificación introduce simultáneamente la semejanza y la diferencia; engendra un sujeto dividido.
- La identificación imaginaria, especular, constitutiva del yo (*moi*), es producto de la actividad identificante de la imagen del semejante (otro). Esta identificación crea al yo en el *estadio del espejo*.

Estos breves enunciados permiten apreciar que el psicoanalista francés discriminó dos estructuras esenciales fundadas por las identificaciones: el sujeto del inconsciente y el yo (*moi*). Las identificaciones lacanianas quedaron por lo tanto relacionadas con la tónica de los tres registros: real, simbólico e imaginario.

El carácter simbólico de la identificación por el significante (rasgo unario) y la naturaleza imaginaria de las especulares se mantuvieron a lo largo de toda su enseñanza, mientras que la presencia de lo real se fue haciendo más notoria al final de su producción.

Lacan invirtió la dirección del movimiento identificante y desconectó la identificación de la pulsión. El punto de partida de la identificación lacianiana es el objeto; mejor dicho, el Otro y el otro, o quiénes encarnan esos lugares.

En su teoría identificatoria predominan las formalizaciones lingüísticas, lógicas, topológicas, matemáticas, filosóficas y los de la antropología estructural. Se alejó de los determinismos biológicos, descartó los ingredientes mitológicos y dejó inmersa su teoría en una concepción temporal retroactiva.³⁹ Fue una concepción esencialmente *copernicana* del surgimiento del psiquismo.

IG.9. Resumen de la Introducción General

Se precisó desde el comienzo que uno de los objetivos principales de esta tesis era el de llevar a cabo un análisis comparativo de **los fundamentos** de las teorías identificatorias de Freud, Melanie Klein y Lacan, como antesala para el planteamiento de algunas hipótesis personales sobre el tema.

Dicho propósito está indisolublemente ligado al anhelo de profundizar el conocimiento de la transmisión intergeneracional e inconsciente de lo psíquico y sus consecuencias: la aparición de la actividad mental en el niño, que alcanza uno de sus momentos culminantes en la constitución de un aparato psíquico con todas sus instancias y sistemas, durante la primera infancia.

El estado actual de la cuestión resultó ser el creado por la sedimentación de las ideas que se produjeron desde Freud hasta la actualidad. Durante ese período se publicaron decenas de libros, artículos y notas sobre este tema y se abrieron líneas de investigación en todas las corrientes psicoanalíticas. La identificación dio pie a importantes desarrollos teóricos que fueron objeto de grandes debates. Ellos siguen aún vivos.

Sin duda, ese precipitado heterogéneo y más que centenario contribuyó a conformar lo más valioso del panorama actual; pero, ese cuadro de la situación no sería cabal sin mencionar algunos factores negativos que también se observan en un corte sincrónico en el año 2015, porque: a) aún está pendiente la elaboración de una teoría rigurosa sobre la identificación; b) han aumentado exponencialmente las propuestas de modalidades identificatorias sin que se perciban con claridad su valor heurístico; c) la identificación aparece muchas veces como fotocopia de un modelo, cosa que simplifica y empobrece su abordaje teórico y clínico; d) en buena parte de los textos revisados está difuminado el nódulo psicoanalítico fundamental de la misma: su articulación con lo inconsciente; e) se considera a la identificación como un descriptor clínico y se deja de lado su carácter metapsicológico.

Ante esta situación, me propongo seleccionar y conservar los aportes más importantes de Freud, Klein y Lacan sobre esta problemática, como así también las de otros psicoanalistas que estudiaron el tema. Esto supone:

- Evaluar las contribuciones teóricas y clínicas de cada autor.
- Establecer definiciones precisas y diferenciadas del concepto de identificación que se desprendan de las obras de estos tres psicoanalistas, para evitar la mezcla indiscriminada de nociones provenientes de distintos modelos conceptuales.
- Eludir los *impasses* detectados en las teorías estudiadas.
- Valorar las nuevas modalidades identificatorias propuestas.
- Avanzar en la dirección que sitúa de manera precisa a la identificación como mecanismo estructurante de lo psíquico y como factor fundamental en la transmisión intergeneracional de lo inconsciente.
- Elaborar algunas hipótesis sobre la labor creativa y de metabolización psíquica que realizan los

niños en sus procesos estructurantes, con aquellos rasgos identificatorios que les son ofrecidos o implantados por su entorno objetal.

— Formular propuestas que propendan al uso riguroso del concepto de identificación en la clínica.

En cuanto a los aspectos metodológicos de la tesis, el primer paso ha consistido en reunir lo producido por estos tres psicoanalistas a lo largo de sus obras. Se observó, luego, la articulación de estos conjuntos con otros escritos en los que ellos procesaron conceptos que no pertenecían al área teórica de la identificación pero que estaban, sin embargo, relacionados con ella. Llevadas a cabo estas operaciones, se analizó por separado la serie de textos de cada uno, para desvelar las bases sobre las que ellos asentaron tales desarrollos. Esto facilitó el posterior estudio comparativo de los fundamentos.

La tarea de intertextualidad realizada posibilitó aprehender las líneas de fuerza predominantes y la infinidad de matices presentes en cada concepción. Se ha creído conveniente reconocer y transmitir la riqueza descubierta.

Para establecer los fundamentos de la TIF, TIK y TIL se consideraron las coordenadas principales de sus pensamientos y las ideas que cada uno había recalado en las publicaciones y seminarios dedicados al tema. Se tuvieron en cuenta, además, los vectores que permanecieron constantes sobre este asunto, a lo largo de las tres obras y los momentos de virajes. Con esos y otros recaudos se establecieron, finalmente, los principios básicos de las tres concepciones.

En el procesamiento de los textos de estos autores se recurrió a la multifocalidad: se combinaron aproximaciones al tema desde planos diferentes, para apreciar las múltiples facetas del objeto de estudio. Se articuló la lectura cronológica con una interpretación retroactiva de la obra de cada autor. Estos procedimientos dejaron expuestas la evolución de sus pensamientos y los movimientos de estabilización de los conceptos por ellos empleados. Se fueron precisando también los grandes nudos, las nevaduras fundamentales y los desequilibrios-reequilibrios producidos por los saltos teóricos.

La *lectura con zoom* permitió tener presente, en cada momento, el origen, destino y transformación de los conceptos de estos autores. Reducciones y ampliaciones rápidas de la zona enfocada permitieron tener presente –de manera casi simultánea– tanto los aspectos microscópicos del tema estudiado como las mega-articulaciones del pensamiento de estos tres psicoanalistas. En la lectura de sus textos se excluyeron las búsquedas de supuestas piedras basales que en algún lugar y momento estos autores hubieran colocado, para construir, “encima”, el edificio teórico propio sobre la identificación. Si de utilizar metáforas se tratara, se prefirió la del esparcimiento de semillas por parte de estos analistas, sabiendo que la siembra no fructificó por igual en todas partes ni al mismo tiempo. En algunos casos hicieron falta lustros para que ellos pudiesen recoger sus propias cosechas conceptuales. Sólo a partir de los resultados, se hizo posible decidir –retroactivamente– cuáles fueron las tierras y las simientes más fértiles. Recién entonces se consideró la posibilidad de situar allí algún fundamento de sus concepciones. En todos los casos se ha evitado un acercamiento aforístico a las obras que se cotejaron. El trabajo realizado y los frutos recogidos están plasmados por escrito en los tres cuerpos principales de esta tesis, dedicados sucesivamente a Freud, Klein y Lacan. El cotejo de sus ideas será permanente. Por último, en la cuarta sección se expondrán algunas propuestas personales sobre el tema. La Introducción general acabó con la explicitación de tres definiciones -freudiana, kleiniana y lacaniana- de la identificación, lo que permitirá apreciar desde el comienzo las principales diferencias entre dichas concepciones y crear un marco para la exposición de las tres teorías, que se iniciará inmediatamente

NOTAS DE LA INTRODUCCIÓN GENERAL

¹ En II, 10.1.5.2. se aludirá a los roles jugados por lo constitucional y lo adquirido en el contexto de la TIK.

² Otra cosa son los posibles desarrollos que sus discípulos puedan hacer de dichas producciones; en ese sentido amplio nunca se las podrá dar por definitivamente finalizadas; son obras que seguirán abiertas a nuevas elaboraciones.

³ A título de ejemplo: la conversión del rasgo único *-einziger Zug-* de Freud en el rasgo unario de Lacan. O la inversión de la dirección del movimiento identificatorio que introdujo Klein con su concepto de identificación proyectiva. Para más detalles sobre estas cuestiones específicas, véase III, 2.3.1., III, 4.7.1 y II, 8.

⁴ Véase al respecto I, 3.1. a I, 3.9. y I, 7.10., donde se refieren las variedades que él teorizó.

⁵ Puede considerarse que fue una tarea que legó a sus seguidores. En I, 4.4. se intenta una organización retroactiva de sus textos y se señalan los acomodamientos conceptuales que podrían establecerse tras por la introducción de la teoría estructural de la identificación.

⁶ En I, 1.1. se valora detenidamente la conveniencia de utilizar el término sujeto en el marco de la teoría freudiana.

⁷ Ese fue justamente el camino que emprendió Lacan; M. Klein siguió en este asunto a Freud.

⁸ Se subraya la expresión *en última instancia* porque cabe reconocer que la pulsión tiene en la teoría freudiana un origen somático pero un destino psíquico, donde se inscribe por medio del representante-representativo. Una vez inscrita en lo inconsciente, la pulsión oral comanda las primeras aproximaciones a los objetos; de ellos se tomarán rasgos o características para *identificarse*.

⁹ Este endogenetismo e innatismo fueron amplificadas, luego, por la TIK.

¹⁰ A lo largo de I, 2. se describen los principales mecanismos que Freud hizo intervenir en la realización de las identificaciones.

¹¹ Véase III, 9. y III, 10., dedicados a la identificación simbólica e imaginaria respectivamente.

¹² En estos últimos párrafos se han ofrecido apenas unas pinceladas sobre lo elaborado por Freud, Klein y Lacan. Su exposición detallada se hará a partir del próximo capítulo, en cada uno de los tres cuerpos principales de esta tesis.

¹³ Sin duda, un estudio de este tipo podría -y debería- ser realizado con las obras de otros psicoanalistas, pero hubiera significado extender enormemente la extensión de esta tesis.

¹⁴ Este desconocimiento -o-, en otros términos, esta inconsciencia- se refiere al qué, cómo y cuándo se está produciendo esa transmisión psíquica de padres a hijos; al qué, cómo y cuándo los hijos hacen suyos los rasgos de los objetos del entorno (Freud, Klein) o le son implantados por el Otro y el otro, alteridad identificante en Lacan. Por otra parte, en la cuarta sección de este trabajo se explicitarán las opiniones personales relativas a la tarea clínica con las identificaciones.

¹⁵ Hay grandes diferencias entre cómo teorizaron lo inconsciente Freud, Klein y Lacan. Y si esto es apreciable a nivel del concepto fundamental del psicoanálisis, resulta comprensible que tales disparidades se hayan irradiado a los restantes articuladores de cada teoría. Con el narcisismo sucedió algo parecido: los alcances, implicaciones y significados del mismo son diferentes en las tres concepciones. Para citar otros ejemplos: la metapsicología freudiana ha sido *íntegramente* reinterpretada por Lacan a la luz de su teoría del significante; el par Eros - Tánatos sufrió, al ser incorporado a la teoría kleiniana, una transmutación respecto de cómo fue procesado en *Más allá del principio del placer* (1920). Esto produjo grandes repercusiones en la teoría de Klein. En el terreno de la identificación sucedió otro tanto; ponerlos de manifiesto es uno de los objetivos de este trabajo. Estas diferencias serán abordadas en las tres partes principales de esta tesis.

¹⁶ Para colocar en el sitio adecuado afirmaciones de ese calibre, sería imprescindible -como mínimo- conocer los vectores fundamentales que orientaron las lecturas de Freud llevadas a cabo desde posiciones kleinianas y lacanianas. Es posible que, como fenómeno marginal de esta tarea, aparezcan aspectos del pensamiento freudiano que exijan mayores atenciones que las recibidas hasta el presente.

¹⁷ El autor de esta tesis piensa que las lecturas de los escritos de Freud realizadas por Klein y Lacan fueron en muchas ocasiones algo más que aproximaciones hermenéuticas a los textos fundadores. Toda interpretación tiene sus límites y si son traspasados, se generan distorsiones del texto original. En esos casos, corresponde considerarlos nuevas versiones del tema en cuestión, que deberían llevar la firma del intérprete. La famosa muletilla "Freud dice que..." dio lugar a muchas lecturas proyectivas. Klein y Lacan emplearon claves fundamentales en sus lecturas de la obra del vienes, que luego dieron pie a desarrollos propios y originales. Esas lecturas tan peculiares que ellos hicieron de la producción freudiana deberían considerarse parte constitutiva de la obra de ambos discípulos.

¹⁸ Claro está que siempre es posible producir *monstruos* teóricos.

¹⁹ Se anticipan, a título de ejemplos, algunos de estos abordajes diferenciales: para la TIF se incluyó un estudio de las transformaciones metapsicológicas del contenido argumental de los mitos importados por Freud al psicoanálisis. La mitología ocupó un lugar destacado en su obra, no así en la de los otros dos psicoanalistas. En la sección dedicada a la TIK se evaluó minuciosamente las características peculiares de su objetología y el lugar que ocupó el instinto de muerte en su teoría. En el estudio de la TIL se hizo especial hincapié en los aspectos lógicos, topológicos, matemáticos, filosóficos y lingüísticos, ausentes en las otras dos concepciones.

²⁰ Consentir esta trama mítica, *de relleno*, implica, también, apostar a favor de nuevos impulsos de teorización que en un futuro conviertan en conceptos aquello que hoy constituye un desfallecimiento del saber. Como será expuesto en I, 5. *Mito y representación en la teoría freudiana de la identificación*, la dimensión mítica atraviesa toda su obra, forma parte de su discursividad y adquiere, en el caso particular del asunto que ocupa estas páginas una importancia especial, dado que las principales identificaciones estructurantes descritas por el vienes -primarias, narcisistas, edípicas- se relacionan,

respectivamente, con los mitos del Padre de la Horda primitiva, de Narciso y Edipo. Como se verá en I, 5., no fue azaroso que esto ocurriera en la teoría identificatoria, ya que ella intenta explicar - ¡nada más ni nada menos! - que el surgimiento de lo psíquico en el ser humano. Con el afán de resolver muchos enigmas que el asunto conllevaba, Freud recurrió en última instancia y en varias ocasiones, a los mitos. Ni Klein ni, menos aún, Lacan le siguieron, aunque cabe la pregunta de si los textos de ambos no dieron pie a otras mitologías.

²¹ Esa totalidad y perfección no existe; cabe recordar en estas circunstancias la castración del analista respecto de la teoría que ha hecho propia.

²² Cabe señalar, desde ya, que las teorías kleiniana y lacaniana se caracterizan por un número más reducido de modalidades identificatorias.

²³ El de la TIF será expuesto en el capítulo 7 de la primera parte; el de la TIK, en II, 8. y II, 9.; el de la TIL, en III, 2.

²⁴ En I, 4.5.2., puede leerse una plasmación esquemática de esta modalidad de lectura de las identificaciones freudianas; se conjugó el vector cronológico con la lectura retroactiva desde la teoría estructural. En ese mismo diagrama se incluyen –en los rectángulos superiores– las modificaciones conceptuales que fueron repercutiendo sobre la TIF.

²⁵ En este sentido, las posiciones de Klein y Lacan fueron polares.

²⁶ Véase al respecto I, 7. *Citas de Freud sobre la identificación*. Cronología. Por otra parte, en III, 2.5.5., se harán algunas consideraciones sobre la temporalidad psicoanalítica tal como la entendieron Freud y Lacan.

²⁷ Nociones sometidas a críticas por unos y otros -como por ejemplo la recién mencionada incorporación, o términos como canibalismo, regresión, etc.-, serán aludidos siempre y cuando se trate del autor que las han empleado.

²⁸ En los diálogos entre analistas y en sus publicaciones suele ser poco frecuente atenerse a estas distinciones; muchas veces se las da por sobreentendidas y en el peor de los casos, son escasamente conocidas.

²⁹ La revisión paciente de artículos sobre el tema, escritos en los últimos cincuenta años, permitió comprobar que muchos autores no tomaron las precauciones recién señaladas. Se observó, también, que esto ocurría cuando se citaba a Freud y, especialmente, cuando se pretendía utilizarle como aval del pensamiento de quien escribía el texto. Este “procedimiento” es de fácil instrumentación: casi siempre se puede encontrar un pasaje aislado de algún texto del vienés que venga en apoyo de tal o cual hipótesis. Freud dijo muchas cosas y de muy variado signo respecto de la identificación; no es difícil, entonces, encontrar el grifo que permita llevar agua al molino propio. La utilización de tales artilugios ha generado enredos inverosímiles: en varias ocasiones se comprobó que una misma frase de Freud se utilizaba para acreditar pensamientos diametralmente opuestos. En fin, se podría decir que esta tesis doctoral tampoco goza de inmunidad total contra estos males, pero la alarma ha funcionado en reiteradas ocasiones y en algunas se ha podido desandar el camino.

³⁰ Véase los apartados I, 3.4.2. y I, 4.4.1.

³¹ Ejemplos: a) el ya comentado pasaje de la teoría funcional a la estructural, en Freud -véase el apartado I.G.1.1. de esta *Introducción general*-; b) la aparición de las formalizaciones lingüísticas en Lacan con la consiguiente puesta en escena del significante y las identificaciones simbólicas -remitirse al capítulo 4 de la tercera parte-; c) la irrupción de la variante introyectiva reorganizó el tablero identificatorio en la obra de Klein.

³² OCFAE, XIX, p. 30.

³³ Para más detalles sobre este punto concreto, véase I, 3.2.2.2. *Las principales identificaciones descritas por Freud*.

³⁴ Véase al respecto III, 6.6.3. *Las identificación y nudos borromeos*.

³⁵ Belinsky, J. (1991), *El retorno del padre*, Editorial Lumen, Barcelona, pp.16 y ss.

³⁶ Al finalizar la exposición de cada una de las tres partes de esta tesis se presentarán más desarrolladas estas versiones sintéticas que se exponen a continuación.

³⁷ A la inversa de las identificaciones estructurantes de Freud y las simbólicas e imaginarias de Lacan.

³⁸ En *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946) afirmó que ella opera desde los albores de la vida.

³⁹ Lo dicho en estas tres definiciones se complementa con el cuadro incluido al final de I, 4.7., en el que se comparan otros aspectos de estas tres teorías identificatorias.

BALIZAS EN LAS REGIONES DE LA TEORÍA FREUDIANA RELACIONADAS CON LA IDENTIFICACIÓN

En este capítulo se abordarán los conceptos conectados estrechamente con la identificación. Para tales efectos y como paso previo, se fueron colocando balizas en todas las comarcas teóricas de la obra del vienés que mostraban articulaciones con el tema en cuestión. El resultado de esta labor fue la configuración de un mapa marcado con banderillas que sirvió de referencia permanente durante la escritura de esta tesis. Su trascendencia se hará patente con el correr de las páginas, ya que en múltiples ocasiones se harán remisiones –desde los veintisiete capítulos que conforman los tres cuerpos centrales de este escrito– a la cartografía que se desplegará enseguida.

Esas señales quedaron plantadas sobre los siguientes conceptos: sujeto, objeto, inconsciente, deseo, pulsión, narcisismo, fantasma, complejo de Edipo, yo, superyó, Ideal del yo, introyección, incorporación, ligazón, apropiación, interiorización, etc. En rigor, estas categorías no sólo constituyeron los basamentos de la TIF sino de todas las aproximaciones post-freudianas al tema. Se las estudiará con detenimiento, prestando especial atención a aquellas facetas que las enlazan con la identificación. Dada la importancia de los mecanismos psíquicos que relacionan al sujeto en vías de formación con los objeto de sus identificaciones –introyección, incorporación, apropiación, etc.– se los expondrá por separado en el próximo capítulo; en éste se tratarán los restantes articuladores teóricos mencionados, vinculándolos con las diferentes modalidades identificatorias. El conjunto se expondrá en este orden:

- 1.1. Sujeto y objeto en la teoría freudiana. Sujeto y objeto de la identificación
- 1.2. Lo inconsciente y el deseo. Identificaciones históricas, oníricas y secundarias edípicas
- 1.3. Las pulsiones. Identificación primaria
- 1.4. El narcisismo. Identificaciones narcisistas
- 1.5. El fantasma
- 1.6. Complejo de Edipo. Identificaciones edípicas
- 1.7. Segunda tópica. Identificaciones yoicas, superyoicas e ideal-yoicas
- 1.8. Las relaciones sociales. Identificación en el seno de las masas

Las identificaciones recién aludidas serán comentadas aquí de manera sucinta; en cambio, se las expondrá con detalle en el capítulo 3. *Principales identificaciones descritas por Freud*.^{1*} Durante el desarrollo de los ocho apartados nombrados se utilizará con frecuencia el zoom.² Al ampliar el campo surgirá una visión panorámica de los diversos conceptos, mecanismos, sistemas, instancias y fenómenos relacionados con el tema central de esta tesis. En esas circunstancias se precisarán los significados psicoanalíticos que Freud otorgó a cada uno de ellos. En otros momentos, al estrechar la mira, se ganará en detalles y quedarán expuestos algunos aspectos microscópicos de las identificaciones. Entonces se harán evidentes los fenómenos de capilaridad que existen en y entre las diferentes categorías que se anudan con la TIF.

Desde cada una de esas regiones teóricas se podrá percibir una perspectiva diferente de la identificación; la combinatoria de las mismas será yuxtapuesta a otro conjunto complementario: aquel

que surge tras “*extirpar*” cada una de las identificaciones del contexto en que fue originariamente descrita, para acoplarlas y reunir las en un “sistema”.³

1.1. Sujeto y objeto en la teoría freudiana. Sujeto y objeto de la identificación

Cuando Freud inició la publicación de sus textos, los vocablos sujeto y objeto eran de uso corriente en filosofía, gnoseología, psicología, lógica, lingüística etc. Si bien en cada una de estas disciplinas se los empleaba con acepciones distintas, las ideas prevalentes por entonces –sobre todo en las tres nombradas en primer lugar– consideraban *sujeto* a todo aquello que se oponía al *objeto* o, más ampliamente, al mundo exterior. Esta formulación se revertía fácilmente: objeto era lo que se contraponía al sujeto. A este último se le pensaba siempre desde la conciencia.

En los albores del siglo XX, las tesis freudianas sobre el inconsciente y la sexualidad infantil -engarzada al concepto de pulsión- generaron un vuelco extraordinario: abrieron la posibilidad de concebir un nuevo sujeto, descentrado de la conciencia, determinado por lo inconsciente y las pulsiones. De manera concomitante, varió la noción de objeto. Estas ideas constituyeron un gran revulsivo para el pensamiento de esa centuria y conmocionaron las bases de la larguísima tradición iniciada en la Grecia antigua. Pero, Freud no elaboró ni expuso una *teoría sistemática* sobre el sujeto y el objeto; es imposible encontrarla como tal en su obra. Lo que sí dejó es un cúmulo de ideas de gran trascendencia al respecto, dispersas a lo largo de su obra, que permitieron a sus continuadores elaborarla tras su muerte. Este esparcimiento de precisiones y conjeturas, que podría ser considerado como una de las múltiples facetas del estilo de escritura freudiano, marcó de manera decisiva –como se tendrá ocasión de ver– la forma en que aparecieron ambas nociones en su obra.

1.1.1. Preliminares. Elementos para una teoría freudiana del sujeto

Conviene saber que el término *sujeto* [*subjekt*] se encontrará en muy contadas ocasiones en sus textos; tal vez haya sido por su empeño en diferenciar su pensamiento del filosófico. Lo que hoy se entiende por *sujeto* en el marco de las teorías psicoanalíticas, obtuvo sus fundamentos en las tesis sobre el inconsciente recién aludidas. Sin embargo, no fue Freud sino Lacan quien introdujo el uso sistemático de dicho vocablo en psicoanálisis, tras atribuir al inconsciente freudiano un sujeto y crear el sintagma *sujeto del inconsciente*, que tuvo fortuna.^{4*}

Freud, sin emplear dicho vocablo, tuvo claro que había sentado las bases para una nueva concepción del sujeto, distinta de la tradicional. Ese sujeto novedoso quedaba convocado cada vez que él hacía referencia explícita al inconsciente o cuando éste era implícitamente aludido en otros términos de su vocabulario, como ser: aparato psíquico [*psychischer o seelischer Apparat*], psíquico [*psychisch, seelisch*], mente [*Geist, Sinn*], vida anímica [*seelicher leben*], psicológico [*psychologisch*], alma [*Seele, Geist*], personalidad [*Persönlichkeit*], etc. Estas acepciones tan utilizadas por Freud, sin ser enteramente sustituibles entre sí, conllevaban -todas- la idea de una escisión de la psique instaurada por lo inconsciente. Una frase suya, aparentemente sencilla -los recuerdos olvidados no se pierden- evoca también lo inconsciente del sujeto. En sus textos, la conciencia aparecía siempre determinada desde otro lugar: “la otra escena”, lo inconsciente.^{5*}

Pulsiones y destinos de pulsión (1915) debe considerarse también otro pilar de una posible teoría freudiana del sujeto; éste aparece allí de manera original, al tratar los destinos pulsionales que denominó “trastorno hacia lo contrario” y “vuelta sobre la propia persona”. En ese contexto estudio la reversibilidad de dos pares de opuestos: sadismo-masochismo y voyeurismo-exhibicionismo; para ambos casos postuló un tercer tiempo en que una persona ajena toma sobre sí el papel de sujeto.⁶ Presentó el proceso del siguiente modo:

- a) “El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto.
- b) Ese objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la mudanza de la meta pulsional activa en pasiva.
- c) Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de **sujeto**.” [OCFAE, XIV, p. 123; (la negrita es mía)].⁷

Reitera la secuencia para el par pulsional ver-mostrarse:

- a) “El ver como actividad dirigida a un objeto ajeno;
- b) la resignación del objeto, la vuelta de la pulsión de ver hacia una parte del propio cuerpo, y por lo tanto el trastorno en pasividad y el establecimiento de una nueva meta: ser mirado;
- c) La inserción de un nuevo **sujeto**, al que uno se muestra a fin de ser mirado por él.” [OCFAE, XIV, pp. 124-125; (la negrita es mía)].

Lo expuesto hasta aquí permite sostener dos posiciones aparentemente contradictorias; la primera: Freud no elaboró una concepción sobre el sujeto; la segunda: ella está en estado naciente en su obra; toda referencia a lo inconsciente y a las pulsiones podría considerarse, en principio un ingrediente de esa posible teoría. Los elementos para construirla están diseminados en sus textos, especialmente en los que abordó la psicopatología de la vida cotidiana, los sueños, el complejo de Edipo, las pulsiones, las fantasías, la formación de síntomas, el narcisismo; también en los escritos metapsicológicos y en los historiales clínicos. Al sujeto freudianamente entendido se lo encuentra allí entrelíneas -apenas esbozado, insinuado, asomado-, o poniéndose de manifiesto en la clínica, en lo social, en la cultura. En sus textos siempre aparecía articulado con las problemáticas que estaba tratando. De ahí sus múltiples facetas y su presencia desperdigada. Es de lamentar que no las haya reunido y procesado en un único texto, que permitiera hacernos una idea más acabada acerca de cómo lo concebía. Sin embargo, dejó algunas precisiones y pistas. Se ha decidido reunir las para dar una visión de conjunto de sus múltiples caras y manifestaciones. Esto impuso la difícil tarea de precisar dónde y cómo aparecía perfilado ese nuevo sujeto, y seguir luego las complejas nervaduras mediante las que se conectaba con las restantes comarcas de su teoría. Una vez concluido ese relevamiento se establecieron los distintos circuitos conceptuales en que fue puesto en juego. Se requirió una afinada articulación de esos planos para dar forma a la teoría freudiana del sujeto que será expuesta enseguida.^{8*}

En tanto la concepción del objeto deriva de la del sujeto, en las próximas páginas se aludirá simultáneamente a ambos. De todas formas habrá un apartado –el 1.1.3. – dedicado a precisar algunas cuestiones sobre la noción de objeto. Será el paso previo para cotejar las ideas freudianas sobre el sujeto y objeto con sus correspondientes en la obra de Klein y Lacan. Demás está decir que cada escuela los conceptualizó de manera dispar, dando pie al surgimiento de modalidades distintas de conducción de los análisis y a importantes debates entre corrientes teóricas, que apenas podrán reflejarse aquí.

La tarea realizada permitió descubrir también que Freud no hizo siempre un empleo riguroso y sistemático de aquello que él mismo inaugurara: hubieron ambigüedades, titubeos, marchas y contramarchas en la exposición de sus ideas sobre el sujeto y el objeto, amén de algunas afirmaciones –aisladas, por cierto– que constituyeron verdaderas regresiones teóricas respecto de sus propias contribuciones. Se considera más respetuoso con su pensamiento remarcar los aspectos contradictorios que aparecen en algunos artículos, que atribuirle usos y significados metódicos de dichos términos. Señalar y tener presente estas circunstancias, además de evitar lecturas proyectivas, abrirá la posibilidad de interrogar ese fenómeno en 1.1.4., y ensayar respuestas que lo interpreten. Cerrará este primer apartado del capítulo 1, un estudio sobre el sujeto y objeto de la identificación.

1.1.2. La originalidad de Freud

Para subrayar desde ya una diferencia clave con las concepciones clásicas, se dirá que Freud no enfrentó el sujeto al objeto; para él no se trataba de entes definidos por su oposición sino por los modos de relacionarse y entrelazarse. Tampoco eran entidades materiales concretas, sustanciales. Esta visión no freudiana, hija de un enfoque empírico - positivista de la cuestión, fue alentada por la pregnancia arrolladora que suele tener lo visible. Dada la inercia que caracteriza a esta perspectiva, ella tiende a reinstalarse; a veces, lo hace explícitamente, otras, de manera subrepticia. Freud no desconocía ese plano de la realidad, que es el único patente para el empirismo; por el contrario, lo daba por supuesto, considerándolo condición de posibilidad para la existencia de los tipos peculiares de sujeto y objeto que él fundó y que crearon un espacio teórico nuevo: la realidad psíquica psicoanalíticamente entendida.

Dicho en otros términos, Freud fue más allá de esa corporeidad primera. Para entender su sujeto y su objeto es necesario trascender un materialismo mecanicista y un idealismo ingenuo que, para el caso, se hermanan en el desconocimiento de lo pulsional y deseante, que impregna los vínculos en que ambos están inmersos.

Es menester, entonces, hacer estallar las concepciones tradicionales de los mismos, excesivamente adheridos a lo fenoménico, para descubrir el *mundo freudiano* de relaciones inconscientes y libidinales que los configuran. La consistencia de *su* sujeto y objeto vienen dadas por la permanencia y complejidad de esas redes vinculares invisibles que, primero, los ha constituido, y luego, los sostienen en relación.

El sujeto freudiano está en un *lapsus*, en un sueño, en un rasgo del objeto, en los síntomas, en los efectos que una interpretación analítica producen sobre él. Es causa y consecuencia de las identificaciones: los otros -sujetos ya constituidos-, actúan en calidad de objetos que ofrecen sus rasgos para el sujeto en vías de estructuración. El sujeto freudiano es huella mnémica y circulación de representaciones. Está hecho de materialidad psíquica. Es virtual y no un ente orgánico. Fundado en la represión, se mostrará por medio de retornos de lo reprimido. Habita en el mundo del lenguaje y es habitado por las pulsiones de vida y muerte; compulsado por esta última, hará de la repetición su modo de manifestarse. Aflorará en la asociación libre.

La originalidad de Freud en este tema pasó por postular un sujeto y un objeto inmersos en vínculos libidinales, establecidos mediante fluctuaciones de investiduras (preconscientes, conscientes, inconscientes). El hecho de estar sometido a oscilaciones permanentes de esas catexias le otorgó dinamismo y movimiento; ese sujeto puede establecer relaciones de continuidad con el objeto. Para Freud, por ejemplo, *es* sujeto aquel rasgo que comparten los diferentes objetos de amor que tuvo una persona. En la otra ribera, los objetos fóbico y fetiche muestran de manera paradigmática que ellos acaban siendo construcciones en las que se combinan la realidad y el conjunto de las proyecciones y catexis que el sujeto realiza sobre ellos. Para seguir recordando las tesis de Freud que muestran al sujeto y objeto en continuidad se trae a colación los siguientes fenómenos:

- proyección de las huella mnémica desiderativa del sujeto en el objeto;
- subjetivación del objeto en calidad de objeto fantasmático;
- el que la pulsión encuentre en el objeto parcial su satisfacción;
- que el yo extienda sus fronteras a costa del objeto, narcisismo mediante;
- que la identificación *produzca sujeto* por medio de la internalización de rasgos de los objetos;
- que en el enamoramiento el objeto sea colocado en lugar del Ideal del yo del sujeto.⁹

Este sujeto freudiano es *topos*: espacio de quiasmas por los que transitan fenómenos psíquicos pertenecientes a registros diferentes. Sus manifestaciones son fugaces, efímeras; es instante y acontecimiento. Se manifiesta, también, en los vínculos sociales, en la zona del cuerpo que realiza un síntoma conversivo, en la intimidad tisular biológica atravesada por Eros y Tánatos, en la capacidad de transformar elementos mundanos en objetos fóbigenos o en objetos de deseo, por ejemplo.

Como puede apreciarse, sujeto y objeto son entidades dúctiles, elásticas, maleables, que se relacionan de maneras peculiares. El sujeto es sitio de generación, recepción y transformación de cargas; es actividad e intersticio: no coincide con los límites que la anatomía impone a la *persona*. Se manifiesta también en las transferencias que produce y en las realizaciones sublimatorias. Sujeto y objeto están impregnados, empapados, envueltos en ese clima libidinal, que es altamente singularizado. En esa atmósfera se consuman las identificaciones estructurantes del nuevo sujeto.

Freud otorgó especial importancia al complejo paterno y al falo en la conformación de cada subjetividad. Ellos serán dos elementos que habrán de tenerse en cuenta en el análisis comparativo de las tres teorías.

Si la recomposición apresurada de una unidad fáctica, realista, prima sobre el *desmontaje* del sujeto que se está realizando, la fascinación de lo visible (y la opacidad que conlleva) terminan por imponerse: sujeto y objeto son reificados, cosificados. Tal operación, que produce la ilusión de haberlos asido, no consigue otra cosa que convertirlos en estatuas: consistencia homogénea, límites

precisos, estabilidad, rigidez. Se vela de esta manera lo que el pensamiento freudiano, con su alta abstracción, pudo colegir y discriminar.

Puestos a señalar dominancias y acentos, corresponde decir que el *vienés* tomó al sujeto —más que al objeto o a las relaciones que se establecen entre ambos— como punto de partida de los movimientos psíquicos. En él se iniciaban múltiples circuitos que abrazaban y envolvían al objeto; entre ellos, la identificación. A pesar de la omnipresencia del objeto¹⁰, su metapsicología privilegió lo endopsíquico. En el tema que nos ocupa, el **punto de partida** de los movimientos identificatorios han sido las pulsiones del niño.

1.1.3. El objeto

El concepto de **objeto** en los textos freudianos, goza y padece de gran cantidad de intuiciones brillantes y de claroscuros. Se lo puede encontrar operando en registros diferentes: **objeto** de la necesidad, de la pulsión, del deseo, de amor, fantasmático, etc. Cabe señalar, también, otros usos que ponen de manifiesto circunstancias peculiares del mismo: elecciones de **objeto**, pérdidas de **objeto**, sustituciones objetales, resignación del objeto, etc. En su obra existieron además otras referencias a dicho vocablo:

- Al aludir a la concepción filosófica del mismo.
- Cuando se refirió al objeto de conocimiento (gnoseología).
- Al utilizarlo como sinónimo de otro, de prójimo.
- En las situaciones en que menciona al objeto de la percepción en el mundo externo.

De estos cuatro registros, los dos últimos son los que más interesan en relación al tema principal de este trabajo. Conviene aclarar respecto del cuarto punto que, salvo para el periodo que Freud describió como Yo realidad primitivo —*Cfr. La negación* (1925)—, toda percepción ulterior de un objeto externo será siempre **subjetiva**; es decir, que estará prismatizada por la estructura psíquica de cada quién. En este sentido, no habría, estrictamente hablando, percepciones objetivas¹¹; sería inevitable que ellas se “contaminasen” por la subjetividad de quien percibe. Esto ya se haría patente en los primeros años de vida, por lo que será fundamental tener presente que el psiquismo incipiente del niño impregna al objeto de la identificación con sus proyecciones. Se trataba un fenómeno que participaba de manera decisiva en la construcción de las representaciones que median en las identificaciones. Esta impregnación que realiza el futuro sujeto del referente externo —objeto de la identificación— y el carácter inconsciente de la representación mediadora, constituyen dos ideas originales del pensamiento de Freud.¹²

1.1.4. Un esquema del sujeto

En IV, 2.5. se presentará un diagrama que elaboré con la intención de condensar buena parte de las ideas recién expresadas sobre el sujeto; a él se remite. A simple vista puede comprobarse que es una ensambladura que reúne las principales ideas sobre el sujeto y el objeto en la teoría freudiana. Integra los desarrollos de la primera y segunda tópica freudiana más sus elaboraciones sobre el complejo de Edipo, el narcisismo, las pulsiones el fantasma y la transferencia.

A la derecha e izquierda del gráfico, por fuera del marco, se han situado los polos sujeto y objeto; en el interior se señalan las diversas dimensiones del *sujeto psíquico* —el sujeto propiamente freudiano— con las siguientes dimensiones: la del cuerpo erógeno, pulsional, inconsciente, fantasmática, narcisista, edípica, yoica, superyoica, transferente. Se incluyó también una dimensión que alude a la estructuración identificatoria del sujeto psíquico. Este último es una organización viva, en movimiento, multidimensional, libidinal, asociada a objetos específicos, que son detallados del lado izquierdo del esquema. Se resalta en primer término su división, causada por la presencia de lo inconsciente; también su carácter pulsional: el sujeto freudiano está habitado por el deseo, la sexualidad, la muerte. Lleva inscrita su historia en las huellas mnémicas; de ahí la referencia a: sujeto de la memoria. Ha hecho suyo el código de permisiones e interdicciones propio de la cultura en que

vive (superyó). Es un sujeto que puede interpelarse acerca de las fuerzas que motivaron que fuera arrojado a este mundo sin que mediara su consentimiento, que puede cuestionarse, de tanto en tanto, el para qué y el por qué de su vida. En fin, un sujeto atravesado por el lenguaje y deshabitado de armonía; en conflicto permanente.

El sujeto psíquico se articula con lo corporal y social; en dichas fronteras se han situado dos conceptos-puente: pulsión e identificación. Puede observarse en la misma figura a que se ha remitido cómo el sujeto psíquico penetra en los dominios del cuerpo y de las relaciones sociales –líneas verticales de trazos discontinuos, que se dirigen hacia arriba y hacia abajo– y a la vez, cómo lo corporal y lo social incide sobre el psiquismo (líneas curvas). También se representa la interpenetración entre lo social y el cuerpo (partes superior e inferior del esquema).

Lo inconsciente –fundamento freudiano del sujeto– complejizó de manera enorme la teorización de las relaciones y articulaciones constitutivas del mismo. No se trata sólo de subrayar lo indisociable del cuerpo, la psique y las relaciones sociales; es menester reafirmar, al mismo tiempo, el carácter dividido del sujeto, a causa de la existencia de lo inconsciente.

La dialéctica que vincula estas tres vertientes asociadas al polo sujeto –lo corporal, el sujeto psíquico propiamente dicho y lo social– puede perderse fácilmente si la cuestión es pensada desde una tópica banal: el sujeto psíquico sustentado en lo biológico y rodeado por el contexto social. Este modelo además de empobrecedor es incorrecto, porque:

- **ni el cuerpo está debajo**, sosteniendo supuestamente a lo psíquico –el soma está libidinizado; el cuerpo queda psíquicamente inscrito; existe el cuerpo erógeno– y, además, todo vestigio de psiquismo supone, siempre, la co-presencia de lo corporal;
- **ni lo social está sólo por fuera**, envolviendo; el sujeto psíquico se ha constituido como tal, por la internalización de los vínculos con su entorno. Lo psíquico es lo social subjetivado.¹³

Todo atisbo de vida humana supone siempre la coexistencia entrelazada de estas tres vertientes, tal como se esquematiza del lado izquierdo del diagrama anterior. Es sólo al precio de tremendas mutilaciones que puede concebirse –de forma separada– a cada una de ellas y, al conjunto, como aislado; es decir, al margen de estructuras vinculares e interactivas. El sujeto psíquico que se puede deducir de la obra de Freud no está desencarnado –el cuerpo siempre está presente– ni desgajado de sus vínculos sociales¹⁴: reúne lo **uno**, lo **múltiple** y la **escisión**. Las distintas dimensiones que le son propias al sujeto psíquico le otorgan consistencia y permiten pensar la ficción de una “*membrana sujeta*” capaz, a la vez, de circunscribir una subjetividad singularizada, diferenciada, y de posibilitar –por ser suficientemente permeable– las relaciones con otros sujetos. Esta última tesis será desarrollada más extensamente en la cuarta parte de la tesis.

En el sector derecho del esquema del sujeto –véase nuevamente IV, 2.5. – aparecen las diversas variedades de objetos, conectados con las dimensiones subjetivas correspondientes.

Es imposible saber si Freud estaría de acuerdo con un diagrama como ese; en todo caso se ha intentado ser lo más fiel posible a su pensamiento.

1.1.5. Teoría no unificada del sujeto en Freud. ¿Elección o insuficiencia?

Sostener, como se lo ha hecho, que las consideraciones freudianas sobre el sujeto se hallan esparcidas por toda su producción, no es una formulación retórica. Podría afirmarse que en cada texto suyo se alude directa o indirectamente a este asunto. Sin realizar una exposición orgánica de sus ideas, Freud fue describiendo, aquí y allá, a **su** sujeto, lo desveló en las diferentes producciones psíquicas de los pacientes (síntomas, lapsus, sueños) y en la cultura; fue creando esquemas y modelos de aparatos psíquicos que siempre incluían al sistema inconsciente; explicó también los modos de funcionamiento de este último (proceso primario y secundario), señaló sus formas características de hacerse presente. Construyó representaciones figuradas, planteó reformulaciones del mismo tras cada uno de sus vuelcos teóricos. No redujo la vida mental a lo inconsciente; aunque lo haya considerado el determinante fundamental de la vida psíquica, siempre lo asoció a los sistemas *Prec-Cc*. Un sujeto así descrito

quizás careciera de sistematicidad pero tenía una gran riqueza y versatilidad. Freud no absolutizó perspectivas y describió una pluralidad de dimensiones en el sujeto.

Pocas veces lo inconsciente se hacía presente en sus escritos de manera recortada, aislada: aparecía más bien en un ser humano de carne y hueso, anudado en una red social -la propia del contexto en el que vivía-, que hablaba una lengua bien particular, que tenía o no una profesión, un estado civil, ideas, síntomas, orientaciones y desorientaciones. Siempre se trataba de una realidad humana compleja. Su sujeto, claramente subversivo respecto a las concepciones filosóficas clásicas, fue abstraído, recortado, extraído, de un conglomerado en el que convivían las tres vertientes del individuo. Se lo encuentra en personas relacionadas con otras -sujeto en lo social-; lo psíquico no dejó de estar conectado con el cuerpo. Correlacionó la *vida anímica* con el funcionamiento de un *aparato psíquico*, en el que discriminó dimensiones conscientes e inconscientes, poniendo siempre el acento en este último. La articulación de todas estas dimensiones puede apreciarse tanto en sus ensayos teóricos como en la presentación de historiales o fragmentos clínicos.^{15*}

La originalidad de Freud en este punto es doble: no sólo fue el primero en procesar un sujeto con las características antes señaladas (determinando que la producción kleiniana y lacaniana sobre este tema se inscribieran necesariamente en la misma discursividad), sino que lo hizo de una forma que reflejaba sutiles y variados equilibrios. A su teoría del sujeto no le faltaron elementos míticos y metafóricos, cosa que bien podría interpretarse como una insistencia en otorgarle al mismo un carácter heterogéneo. ¿Biologismo? Sí, una cuota. Freud no cortó radicalmente -como lo hizo Lacan- los vínculos entre el sujeto psíquico y lo biológico. (Véase III, 9.5.3). Ya se ha dicho que en algunos de los textos del vienes parece como si la psique brotara del sustrato orgánico^{16*}; en otras ocasiones es tan sólo la condición imprescindible para el surgimiento de lo psíquico. Este enfoque sería coherente con las improntas *ptolomeicas* en su concepción sobre la constitución del sujeto, que lógicamente contrasta con la perspectiva *copernicana* de Lacan.

Esta amplitud y diversificación de las facetas del sujeto en la teoría del padre del psicoanálisis no se explica sólo por su estilo de escritura; refleja más bien, otras cuestiones: Freud procesó un sujeto pluridimensional. Los vínculos de lo psíquico con lo social y lo somático no fueron meramente insinuados ni sobreentendidos en sus textos; han sido objeto de una elaboración minuciosa. Procesó de manera compleja estas relaciones; y el resultado de ello fue una concepción del sujeto que hundía sus raíces en el cuerpo y en lo social, a la vez que se desplegaba por dichos escenarios. Investigó las formas de presencia de la psique en el soma, en los lazos comunitarios y en cada manifestación de la cultura. Subrayar en sus trabajos esta visión del sujeto, que rescata tanto la originalidad, la versatilidad -y también las limitaciones- con que fue descrito, permitirá el cotejo afinado con las concepciones kleiniana y lacaniana, que se hará a continuación.

1.1.6. Sujeto y objeto en las obras de M. Klein y J. Lacan

Los desarrollos de M. Klein sobre la fantasía y los objetos internos más los de Lacan acerca del objeto *a* y *el esbarrado* (\$) ¹⁷ llevaron más lejos la subversión freudiana del sujeto y ayudaron a sacudir el polvo acumulado por un uso rutinario y empobrecido de las nociones de sujeto y objeto por parte de una psicología preanalítica y por psicoanalistas demasiado apegados a una visión fenomenológica de la cuestión.

1.1.6.1. Melanie Klein: *el yo y el instinto de muerte*

En su obra no existe una teoría del sujeto cabalmente explicitada; se hace necesario desentrañarla de sus textos a partir de sus innumerables referencias al yo. Por el contrario, el objeto -sus caracteres, funciones y variedades- estuvo profusamente descrito.

En su teoría, el yo ocupa el polo sujeto en las relaciones objetales. Esta instancia fue pensada desde el instinto; en efecto, M. Klein realizó una interpretación peculiar de la segunda teoría pulsional de Freud y convirtió al par Eros-Tánatos en motor de la constitución subjetiva. La basculación hacia lo innato -con el consiguiente biologismo que esto conllevó- hizo que ella no sólo dotase a este par pulsional de un *quantum* congénito (mayor o menor intensidad de su carga en cada niño), sino que,

además, le atribuyese a la misma el carácter de factor decisivo en el desarrollo¹⁸ evolutivo del niño. En II, 6.1., en II, 10.1.2. y en 10.1.5. se abordará con detalles este asunto.

M. Klein fue más *instintivista* que *ambientalista*. Este aspecto ha sido probablemente menospreciado por quienes han denominado a su doctrina *teoría de las relaciones objetales*. A pesar de las apariencias no ha sido éste el eje central de su pensamiento. Al bebé le otorgó desde el nacimiento una instancia -el yo- cuya constitución no dejó de plantear grandes interrogantes para la teoría freudiana.^{19*} La ausencia en su doctrina de una concepción temporal retroactiva (el *nachträglich* freudiano, el *après-coup* de Lacan) le llevó a un privilegio de lo oral y, en general, a una antedatación: complejo de Edipo y superyó tempranos.

La división del sujeto psíquico por la represión y las consecuencias conceptuales que se deducen en Freud a partir de la misma, fueron sustituidas por la disociación del yo, los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva y las correspondientes biparticiones del objeto. Si en Freud y Lacan las conceptualizaciones en torno al padre (complejo paterno) y al falo constituyen referencias claves para la constitución del sujeto, ellas fueron destronadas en Klein y reemplazadas por la madre y el pecho. Las características del objeto en la teoría kleiniana -parcial, total, idealizado, persecutorio, bueno, malo, etc.- serán abordados en II, 3.21. a II, 3.2.5.

1.1.6.2. El sujeto del inconsciente (\$) y el objeto *a*

Lacan propuso una teoría afinada sobre el sujeto e inició un uso más riguroso y sistemático de dicho vocablo. Centro buena parte de sus reflexiones en él, después de haberlo circunscripto como problemática específica. Le otorgó el *status* de concepto psicoanalítico. El sujeto barrado aparece como núcleo temático claramente definido en varios seminarios y en sus *Escritos*. Un ejemplo de ello es el texto *La subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1960). Se puede decir que en todos sus seminarios abordó directa o indirectamente este asunto. De manera concomitante, produjo una teoría del objeto renovada.

Tras hacer suyos los fundamentos freudianos del sujeto, Lacan los procesó mediante formalizaciones lingüísticas, lógicas, matemáticas, topológicas, etc. y lo articuló con su tópica: real, simbólico e imaginario. De estos procesamientos surgió el matema lacaniano \$, que hace referencia a la división irresoluble que embarga al sujeto. Con la barra puesta sobre la *S* vino a indicar esa escisión. Sus elaboraciones posteriores implicaron la incorporación de elementos novedosos respecto de la perspectiva freudiana: Lacan se distanció de los ingredientes biólogos, psicológicos y míticos presentes en las formulaciones del vienés; en cambio, lo articuló al significante y al Otro, atribuyéndole una determinación simbólica: el sujeto es efecto del significante; el \$ es representado en la cadena significante, sin figurar en ella (véase al respecto III, 1. y III, 9). Lacan despersonalizó y desustancializó al *sujeto del inconsciente*, lo diferenció del yo y lo convirtió en una estructura formal, lógica, vaciada de contenido. El sujeto en Lacan fue concebido de una manera muy diferente al que podría deducirse de la producción freudiana. Se entiende que así sea en tanto se basan en disparejos acerca de lo inconsciente y, en términos más amplios, se fundan en dos metapsicologías distintas. Va de suyo, por lo descrito en el apartado anterior, las desemejanzas con Klein.

El psicoanalista francés fundamentó también el carácter lógico del \$: lo convirtió en una estructura formal; por esa vía adquirió las peculiaridades de una entidad lógico-matemática. Su sujeto no tiene existencia empírica, no es asible ni observable directamente. Es antinómico a la psicogénesis; causado por el significante, será siempre representado por él. Lacan, a diferencia de Freud y M. Klein, pensó al sujeto en su determinación por el Otro más que por la pulsión. Reformuló las diversas categorías metapsicológicas freudianas relacionadas con el sujeto a la luz de la teoría del significante. En III, 4.3. a III, 4.7, en III, 5. y en III, 9 se desarrollarán ampliamente estas ideas

En cuanto al objeto, la principal innovación de Lacan ha sido el objeto *a*. Un hito importante en estos desarrollos fue el *S II*, donde relacionó el célebre juego de la bobina que Freud comentó (*Fort-da*), con la estructuración subjetiva: el niño que profiere esos significantes realiza una simbolización del objeto (madre) que se ausenta. Se trata de una primera posición subjetiva en que el *infans* se separa del Otro. El carrito no sólo *representa* a la madre; es un objeto que él vive como arrancado de sí mismo y que le descompleta; a la vez se constituye en algo que le permite obturar esa *falta*. Planteó

que la particularidad del objeto en la teoría freudiana fue la de presentarlo como un *objeto perdido*. Pérdida que no se debe al hecho de que la madre se aleje y desaparezca momentáneamente del campo perceptivo del niño, sino al propio proceso de simbolización, que, al sustituirla por un símbolo, la ausenta. A partir de entonces ese objeto perdido orienta inconscientemente la vida del sujeto. Desde que incorpora el lenguaje, el sujeto sólo tiene las palabras para reencontrar a ese objeto perdido; seguirá buscándolo pero esa búsqueda será siempre fallida: el objeto se ha perdido irremisiblemente debido a la simbolización primordial. Es el precio a pagar por haberse convertido en sujeto de la palabra, *hablanteser*. Para Lacan, el objeto –en el sentido riguroso del término–, se constituye tras el momento de su pérdida.

1.1.6.3. Contrastes

Esta breve descripción basta para mostrar los senderos diferentes que se han abierto a partir de cada una de las conceptualizaciones aludidas. Cotejado con el de Klein, el sujeto freudiano es menos *instintivizado* (o más pulsional); está ligado a los procesos primarios inconscientes, al falo y al complejo paterno; en cambio, la psicoanalista radicada en Londres, lo fundó en sus relaciones con la disociación, la proyección-introyección, la madre, el pecho y la fantasía *Inc.* (Véase II, 8., II, 9. y II, 10.1). Si se lo compara con la teoría de Lacan, cabría decir que el sujeto freudiano no es una estructura lógica; está más amarrado al cuerpo –menos desarraigado de la biología de quien lo porta–.²⁰

1.1.7. Sujeto y objeto de la identificación

Se puede verificar con facilidad en la literatura psicoanalítica que todos los autores que han estudiado el tema de la identificación en la obra de Freud se han visto en la necesidad de responder a los siguientes interrogantes:

- ¿Quién es el agente activo de la misma?
- ¿Quién es el objeto y qué funciones cumple?
- ¿Cuáles son las características del sujeto que surge como efecto de las identificaciones?

Las respuestas a estas preguntas perfilan las líneas fundamentales de la TIF. El primer interrogante intenta resolver un dilema que se presenta siempre al leer los escritos de Freud sobre este asunto: ¿el sujeto preexiste a la identificación o es efecto de ella? Este asunto no ha sido zanjado de manera explícita en su obra. La segunda pregunta intenta precisar cuál es la fuente de los rasgos, aspectos, atributos o propiedades que el niño va haciendo suyos, para convertirlos en elementos constitutivos de su aparato psíquico. En términos más amplios, pretende aclarar el alcance y las funciones del objeto en la constitución del sujeto, en el marco de la TIF. La tercera cuestión no necesita demasiadas explicaciones en este contexto; además, ya ha sido respondida por anticipado, en los apartados 1.1.1. a 1.1.5.

El enunciado de estas preguntas basta por sí mismo para indicar que los autores post-freudianos quisieron aclarar algunas contradicciones de la teoría identificatoria estructural.²¹ La principal de ellas: ¿por qué siguió sosteniendo que quién está formando su psique sea agente, motor y efecto –causa y consecuencia a la vez– de dicha estructuración? En efecto, el punto de partida de las identificaciones siguió siendo el niño y no los adultos del entorno objetal inmediato. Pese a los giros importantes que introdujo la segunda teoría identificatoria, la idea de que el niño o niña eran los agentes activos del proceso permaneció incólume. Este asunto –y sus derivados– ocuparán las páginas siguientes.

1.1.7.1. La identificación freudiana es un retoño de la pulsión oral

Con el advenimiento de la teoría estructural el movimiento identificatorio adquirió definitivamente forma de bucle: el punto de partida y de llegada era el infante; el retorno ocurre tras un rodeo por el objeto, donde se captura rasgos para formar el aparato psíquico. Freud siguió considerando hasta el final de su producción que la energía pulsional del niño movía la maquinaria

identificatoria; la pulsión, como una lanzadera, lo conduce hacia los objetos; en estos últimos –mientras la pulsión se satisface con su objeto parcial– el movimiento identificatorio captura aspectos psíquicos del objeto, los incorpora o introyecta (movimiento de retorno), para acabar haciéndolos suyos. A consecuencia de la operación descrita, el objeto adquirió una nueva faceta: devino objeto de la identificación.^{22*}

El genio de la teoría freudiana quiere que sea el niño/a en vías de estructuración el punto de partida y el motor del proceso que culmina en una identificación. La segunda teoría identificatoria posicionó al objeto en una actitud pasiva: no era él quien implantaba rasgos psíquicos en el niño; sólo los ofrecía para que el infante pudiera capturarlos activamente y hacerlos propios, gracias al movimiento identificatorio. Las dos fórmulas siguientes condensan una parte importante del pensamiento freudiano sobre este tema:

- El sujeto en formación se identifica con el objeto; se trata de las identificaciones estructurantes. (Véase *infra* I, 4.6.1).
- La identificación es un retoño de la actividad pulsional oral del niño.

El genio de la TIF reside en estas ideas; le imprimieron su sello característico; sus luces y sus sombras llegaron de la mano.

Lacan adoptó una posición radicalmente opuesta: el objeto -en sus dos vertientes Otro y otros- es identificante; hilando más fino: el significante y la imagen del semejante son los que identifican. El sujeto barrado es efecto de la identificación por el significante, que proviene del campo del Otro; el yo es efecto de la identificación por la imagen del semejante (otro). El objeto es activo.²³

La perspectiva kleiniana requiere ser matizada: por una parte ella adhirió y exacerbó estos aspectos endogenéticos de la TIF; en su obra, el yo es hiperactivo: se identifica proyectivamente en los otros desde el primer día de vida. Pero, por otra parte, *su* yo no requería identificaciones para estructurarse en tanto el niño nacía con esta instancia ya formada. Las identificaciones yoicas post-natales tan sólo **remodelarían** a ese yo innato; en cambio, según ella, el superyó se constituiría mediante identificaciones introyectivas.^{24*}

1.1.7.2. Inscripción del objeto en la psique

El objeto de la identificación plantea otra exigencia: la de despegarse de un enfoque fenomenológico simple, que suele desconocer la complejidad tópica inherente a todo proceso identificatorio: el niño no se identifica **directamente** con el objeto sino con una **representación inconsciente** del mismo; el referente externo sirve de soporte para que dicha representación psíquica pueda construirse. El reduccionismo empirista es simplificador en tanto ignora que el meollo no reside tanto en el objeto, en su pura materialidad "objetiva", sino en cómo se inscribe en el mundo interno -en las distintas instancias que configuran las tópicas freudianas- y en las funciones que cumple en ese contexto.

Para Freud, las representaciones psíquicas de los objetos de la identificación distan mucho de ser reproducciones miniaturizadas de los mismos. La mayor parte de las identificaciones que describió -salvo las primarias y melancólicas que, por el terreno en que acontecen, **totalizan** al objeto- suponen la introyección de aspectos *parciales* del objeto; no es el objeto en su totalidad lo que se introyecta sino algunos rasgos muy específicos. Otro aspecto a tener en cuenta: sobre dichos objetos han recaído previamente componentes proyectivos del sujeto. Esto implica otra paradoja de los procesos identificatorios concebidos a la manera freudiana: lo que se introyecta y deviene identificación incluye siempre en su seno algo que se le "prestó" previamente al objeto y que luego fue recapturado. Desde esta perspectiva todas las identificaciones tendrían para Freud un componente proyectivo, tal como lo explicitó en su artículo *Esquema de psicoanálisis* [1940 (1938)]. Klein amplificó este aspecto y lo convirtió en el núcleo de su identificación proyectiva (II, 8).

En I, 5.4.3. *La representación y la teoría identificatoria freudiana se expondrá un desmontaje de las identificaciones estructurantes edípicas y de las narcisistas, a los efectos de mostrar el papel que juegan las representaciones inconscientes de los objetos en la consumación de las identificaciones. Allí*

se podrá leer que las identificaciones secundarias edípicas son a **un rasgo limitado** del objeto, que una vez introyectado devendrá un componente de la psique del niño. La consumación de una identificación de este tipo determina que un pequeño trozo de alteridad se instale de manera estable en el sujeto. Ese detalle “altamente limitado” del objeto queda inscrito y pasa a formar parte de la nueva estructura subjetiva. En las identificaciones narcisistas media una representación total del objeto; éste se incorpora y se incrusta en el yo.

Si se generaliza lo dicho podría sostenerse que en el marco de la TIF, el **objeto de identificación** será todo aquél que haya ofrecido algún rasgo que el niño capturó *activamente* y lo transformó en elemento constitutivo de su aparato psíquico. Se entiende, entonces, que sólo después de un intenso trabajo de análisis podrá decidirse quién ha funcionado como objeto de identificación para un sujeto.

En la teoría kleiniana no existen las identificaciones al rasgo o detalle del objeto; sí en cambio, para Lacan: la identificación simbólica es por definición parcial; además, el significante que identifica transporta la semejanza y la diferencia con el objeto. Las identificaciones imaginarias guardan una cierta correlación con las narcisistas descritas por Freud.

1.1.7.3. Síntesis de la perspectiva freudiana

Para una mejor comprensión de las relaciones que establecen el sujeto y el objeto de la identificación se introducirá una pequeña distinción lingüística que mantendrá su vigencia a lo largo del presente trabajo: se diferenciarán los objetos (madre, padre, tíos, abuelos) preexistentes al surgimiento de un nuevo sujeto psíquico, de aquéllos que el niño va construyendo durante su estructuración subjetiva. Los primeros serán llamados *objetos primarios*; los segundos, *objetos*, a secas. Cabrá luego señalar las relaciones que guardan entre sí ambos subconjuntos.

Las siguientes puntualizaciones delinearán sintéticamente la TIF y sus diferencias con la TIK y la TIL:

- En Freud, ni el sujeto ni sus objetos aparecen en los comienzos de la vida; no están presentes en el recién nacido sino que ellos deben constituirse. Lacan siguió esa senda; M. Klein, no.
- En los escritos de Freud, la identificación estructural tiene al *infans* como agente activo y motor del proceso: el sujeto se identifica con el objeto. También para Klein: su yo es especialmente activo en las identificaciones proyectivas e introyectivas. Lacan invirtió la dirección: el Otro y el otro son los que identifican al protosujeto, estructurando tanto al sujeto barrado como al yo. Su manera de entender la identificación le llevó a desconectarla del registro pulsional y relacionarla más con el inconsciente del Otro.
- La teoría de estructuración subjetiva terminó por superponerse -no fue así al comienzo de su obra- con la TIF y con la problemática de la trasmisión intergeneracional **inconsciente** de lo psíquico. Dicho en otras palabras, acabaron constituyendo superficies teóricas abatibles las unas sobre las otras. En la teoría freudiana, el concepto de identificación estructural devino imprescindible para dar cuenta de la emergencia de un nuevo sujeto psíquico a partir de las relaciones del recién nacido con los objetos que constituyen su entorno. Klein y Lacan adhirieron también, aunque de distintas maneras, a esta perspectiva.
- Con la teoría estructural, el objeto consolidó una nueva faceta: quedó involucrado en los procesos identificatorios. Este giro realzó el papel de lo inconsciente parental en el determinismo psíquico del niño. Priorizar esta perspectiva **estructurante** de los procesos identificatorios relegó a planos secundarios el enfoque **funcional** de la identificación, aunque -importante es decirlo- no significó la desaparición de esta manera de encararla. La teoría estructural subrayó **explícitamente** que el sujeto psíquico se constituye mediante identificaciones y, de manera implícita, que éstas ocurren a espaldas de los involucrados en la misma; es decir: que son inconscientes. Ya se dijo que Freud no sacó todo el partido posible a este giro teórico en el terreno de la identificación, realizado en los años veinte. Al decir de J. Laplanche, se trató de una revolución inacabada.

1.2. Lo inconsciente y el deseo. Las identificaciones históricas y oníricas

En este apartado se señalarán las principales conexiones entre la TIF y las elaboraciones de Freud concernientes a la primera tópica. Se hará especial hincapié en el deseo inconsciente, elemento que constituye el nódulo central y distintivo de las identificaciones que concibe el psicoanálisis y habrá una primera aproximación a las dos variantes de identificaciones tempranamente aparecidas en su obra -las indicadas en el título- que sellaron definitivamente la alianza entre lo inconsciente y las identificaciones.

1.2.1. El deseo inconsciente²⁵

Los principales textos freudianos para este punto específico son: *Proyecto de una psicología* (1895), *La interpretación de los sueños* (1900) y los llamados escritos metapsicológicos del año 1915. En reiteradas ocasiones Freud hizo referencia a la indefensión del recién nacido y a la dependencia que genera su incapacidad para autoabastecerse en los albores de la vida. La noción de desamparo originario –que deja huellas indelebles en todo ser humano– quedó elevada a la categoría de concepto. Los desequilibrios homeostáticos del bebé y la insuficiencia para resolverlos se manifiestan habitualmente bajo la forma de llantos y pataleos, que los adultos que lo rodean suelen interpretar como llamadas de auxilio. Freud designó bajo la formulación genérica de prójimo (*nebenmensch*) al que se encarga de resolver –mejor o peor– esa tensión de necesidad en el lactante. Denominó *acción específica*, a la tarea que los adultos llevan a cabo en esas circunstancias. Pero resulta que mientras realizan esa labor, en el mismo momento en que aportan lo necesario para la resolución de las necesidades biológicas, introducen la sexualidad propia de los humanos ya constituidos en alguien que -por el momento- era tan sólo un proyecto de sujeto.

La **vivencia de satisfacción**, efecto de la acción específica, genera la huella mnémica desiderativa, inaugurándose para el lactante la posibilidad de la realización alucinatoria de deseos. Se instaura, así, la dimensión deseante del sujeto psíquico: ante el resurgimiento inevitable de la tensión recién comentada, el bebé dispone de la posibilidad de recargar la huella mnémica desiderativa y aliviarse temporariamente, recreando la vivencia de satisfacción. Ésta no se dirige en principio al encuentro de un objeto externo, real, concreto, empírico, sino a la búsqueda de la huella mnémica de la experiencia de satisfacción, producida con anterioridad en el encuentro con el objeto primordial. Por ello, y siguiendo a Freud en la caracterización de la misma, se puede afirmar que esta dimensión deseante del sujeto, no es objetalista sino *huellista*. Que las cosas ocurran así no tiene que ver con la inmadurez biológica y psicológica del cachorro humano. Aunque ella efectivamente existe en esos primeros momentos de la vida, la dinámica deseante seguirá operando de esa misma manera: ni el paso del tiempo ni la superación de esta inermidad inicial, modificará el funcionamiento del deseo: siempre, a lo largo de toda la vida, se seguirá buscando la huella mnémica desiderativa. Esa búsqueda quedará como un rasgo permanente y propio del sujeto psíquico.

Esta concepción del deseo, aparecida en los primeros textos de Freud, permaneció sin modificaciones a lo largo de su obra. Las inscripciones de estas huellas mnémicas desiderativas y las de los representantes psíquicos de la pulsión otorgaron al inconsciente freudiano su carácter deseante y pulsional, erigiéndolo en reino de los procesos primarios. Toda la vida psíquica y los fenómenos de la cultura fueron repensados por Freud desde esta dimensión, que devino uno de los pilares fundamentales para la elaboración de su teoría del sujeto.²⁶

La identificación no quedó al margen del inconsciente; ya se ha señalado que ha sido justamente el engarce con este concepto lo que diferenció a la identificación psicoanalíticamente concebida de otros usos de este mismo vocablo en disciplinas afines y en el lenguaje corriente.

Freud concedió a la *vivencia de satisfacción* –y a su corolario de inscripciones psíquicas– un poder subjetivante de primer orden; gracias a ella surge lo que bien podría llamarse un *suelo psíquico*; es decir: las primeras trazas de psiquismo en el recién nacido. La biología con la que el bebé llegó al mundo queda erogenizada; el puro objeto de la necesidad se pierde para siempre al verse integrado en las redes deseante y libidinal. En otras palabras: se produjeron los primeros pasos en la subjetivación: surgimiento de la dimensión deseante, heterogénea respecto de lo biológico.

Más tarde, cuando el sujeto ya constituido se lanza al encuentro de objetos sexuales en el mundo exterior, lo hará orientándose -lo sepa o no- por los signos y designios de esta huella mnémica desiderativa, capaz de transformar a los objetos mundanos en objetos del deseo. El adulto busca sus objetos gobernado no por su *voluntad consciente* sino por lo inconsciente. Será un proceso que más allá de los encuentros factibles, estará siempre condenado al fracaso: no se encontrará jamás aquel objeto primero que la nostalgia pretende revivir. Es inhallable, está irremediablemente perdido, por las mismas razones por las que el sujeto ya no es más el organismo humano viviente de la pura necesidad que fue al nacer. Tras la vivencia de satisfacción devino *biología psiquizada*; más aún: se convirtió en un incipiente sujeto. De lo afirmado hasta aquí se desprenden dos consideraciones importantes relacionadas con la TIF:

- La autoconservación es lógicamente anterior a la constitución del deseo y la pulsión y es ella la que moviliza al protosujeto de carencia al encuentro con los objetos primarios, que son también objetos de identificación. Se volverá necesariamente sobre este asunto en varios apartados de este capítulo.
- Después del parto, se da un inmediato ingreso del recién nacido a las relaciones objetales; la subjetivación -ya se ha dicho- sólo puede pensarse como aconteciendo en el seno de vínculos con los otros.

1.2.2. Las identificaciones históricas y oníricas

No es de extrañar que en el período inicial de su obra, época de publicación del *Proyecto de psicología* (1895) y *La interpretación de los sueños* (1900), Freud trabajara clínica y teóricamente la identificación histórica y la onírica. Ambas deben verse en estrecha relación con el deseo inconsciente. En esos tiempos operaba sólo la concepción funcional de la identificación, utilizada sobre todo para explicar ciertos síntomas histéricos. Sin embargo, en una lectura retroactiva desde la perspectiva estructural (1920 en adelante), lo prototípico de la identificación histórica –**la comunidad en lo inconsciente**– mostraba de manera anticipada el nódulo de todas las identificaciones psicoanalíticamente concebidas.

Sin duda fue la histeria –dada su capacidad especial para revelar el deseo inconsciente– quien guió a Freud para hallar ese lugar privilegiado: el quiasma entre la identificación y la “otra escena”. En el capítulo VI de *La interpretación de los sueños* (1900) consideró a la identificación como un procedimiento empleado para representar un rasgo compartido entre dos personas o para colocar en el escenario onírico un elemento deseado conjuntamente con otro:

“[...] Según esto, la identificación o la formación de una persona mixta sirve en el sueño a diversos fines: en primer lugar, a la figuración de algo común a las dos personas; en segundo lugar, a la figuración de una comunidad *desplazada*, y por último, a la expresión de una comunidad meramente *deseada*.” (OCFAE, IV, p. 327).²⁷

La identificación posibilita también el establecimiento de relaciones entre dos grupos de pensamientos sin conexión aparente. En otros términos, ella posibilita figurar la “ semejanza, concordancia y comunidad”. Se trata de una modalidad específica de condensación y de burla a la censura. Desde esta perspectiva, puede ser incluida entre los mecanismos de la formación del sueño; es asimismo una forma de pensamiento inconsciente. La identificación onírica anticipa dos cuestiones:

- El yo es un conglomerado de rasgos provenientes de múltiples relaciones de objeto perdidas. A veces, esta idea se manifiesta en el sueño de manera paradójica: por un movimiento contrario: la desagregación. El yo puede desmontarse durante la elaboración del sueño y sus fragmentos son entonces representados por medio de varios personajes oníricos.
- La existencia en los textos freudianos de una modalidad identificante **centrífuga y proyectiva**. Ella reaparecerá veinte años más tarde en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), al referir la identificación con el líder por medio de la proyección del Ideal del yo en su persona. Klein exacerbó este mecanismo y lo transformó en un elemento nodal de su identificación proyectiva. Para más detalles, véase *infra*, 1.8.3; también, I, 3.6. y I, 4.6.6.

1.3. Las pulsiones. Identificación primaria

Las referencias freudianas para este tema son: *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915) y *Más allá del principio del placer* (1920). Si la pulsión es en la obra del vienes un articulador entre el cuerpo y lo psíquico, la identificación puede ser considerada como un concepto puente entre lo psíquico y lo social. La estructuración del sujeto tiene lugar en el intersticio virtual que se crea entre la pulsión y los objetos.

1.3.1. Primera teoría de las pulsiones

Las pulsiones parciales -elementos últimos a los que llega el psicoanálisis en el desmontaje de la sexualidad humana- fundamentan la dimensión libidinal del sujeto psíquico. Ellas se caracterizan por su carácter fragmentario y parcial. Se trata de un manojo de pulsiones distribuidas por la geografía erógena: el cuerpo promueve determinadas zonas -privilegiadas por el intercambio con el exterior- para que se constituyan en fuentes pulsionales. La oral, anal y fálica, lo son por antonomasia, pero cualquier región del cuerpo es una zona erógena potencial.

Se configura así una suerte de archipiélago pulsional sobre la superficie de un cuerpo biológico, que queda libidinizado. En un principio, la excitación de una zona erógena (fuente de la pulsión parcial) se satisface en su propio islote o parcela, de manera independiente y aislada (autoerotismo, placer de órgano). En este caso particular, la fuente y el objeto de la pulsión coinciden en un mismo lugar. Posteriormente, la pulsión hallará su objeto en el yo (narcisismo), antes de encontrarlo en un cuerpo ajeno (heteroerotismo).

Según Freud, el **objeto parcial de la pulsión** es el medio idóneo para que ésta alcance su fin: la satisfacción; tiene carácter contingente, es decir, no está predeterminado; sus méritos residen en la capacidad instrumental (mayor o menor) para que la pulsión alcance su meta. Con el devenir, la contingencia inicial del objeto pulsional quedará contrabalanceada y limitada por la fijación a objetos determinados. Rasgos mínimos y detalles específicos de los objetos -de ahí el carácter parcial de los mismos- les confieren una idoneidad especial, selectiva y particularizada en cada sujeto, para obtener la satisfacción pulsional.

La teoría clásica de Freud sostiene -aunque con algunas limitaciones- que la pulsión sexual se constituye por *apoyo o apuntalamiento* sobre las de autoconservación (necesidades vitales), para luego independizarse de los objetos a los que estas últimas les condujeron. Producido el desapuntalamiento, se estaría en presencia de un segundo momento, caracterizado por la diferenciación neta entre un plano biológico (ligado a las necesidades vitales) y otro sexual: sujeto pulsional, inicialmente autoerótico. Así, por ejemplo, la pulsión oral surgirá cuando se abandone al pecho real, alimentario, que permanecerá ligado en exclusividad a la dimensión biológica (fin del apoyo). Este mismo movimiento dará pie a la constitución del pecho fantaseado, que se engarzarán a una incipiente actividad fantasmática, correlativa a la satisfacción pulsional autoerótica. Se retomará esta cuestión páginas más adelante, en el apartado 1.5. *El fantasma*.

En lo dicho hasta aquí puede apreciarse que la autoconservación funciona como locomotora que empuja al niño a la búsqueda de objetos para la supervivencia. Si estos objetivos se logran, la autoconservación queda subvertida por la generación marginal de la huella mnémica desiderativa y por la constitución de la pulsión a partir del instinto. Desde entonces queda rota la adecuación entre sujeto y objeto; habrá que diferenciar entre colmar una necesidad biológica (satisfacción de una necesidad) y la realización del deseo. El repliegue autoerótico de la pulsión y la inscripción de la huella desiderativa -fundamentos del sujeto psíquico- tienen como condición previa e insoslayable, una apertura perceptiva y motriz respecto al entorno objetual.

La constitución de la pulsión supone un tercer momento: la búsqueda de objetos en el mundo externo con los cuales satisfacerse ("reencuentro con el objeto"). Se trata de un pasaje complejo del autoerotismo al heteroerotismo pulsional.^{28*} Estas características de la pulsión -fragmentariedad, perversidad polimorfa, autoerotismo, contingencia/fijación y parcialidad de su objeto- dejarán una impronta indeleble en la sexualidad del adulto. Al integrarse con esas particularidades en la actividad genital -después de un complejo proceso, apenas esbozado aquí-, le imprimirán su sello. La sexualidad

humana queda marcada por el carácter parcial de la pulsión y por su naturaleza aberrante. Freud es renuente a conferir a las pulsiones una evolución que, partiendo de los atributos recién apuntados, desemboque en estadios posteriores, en los que supuestamente habría una mayor consideración hacia los objetos.^{29*}

Para Freud las pulsiones eran ajenas a consideraciones morales. Estas últimas -si existen- provienen de otras instancias del sujeto -dimensión superyoica- y entran en conflicto con las primeras; las pulsiones no son domesticables ni acaban siendo bondadosas. Por el contrario, las características recién apuntadas de la misma son enfrentadas, confrontadas, con las exigencias de las instancias censoras. El conflicto está servido; en todo caso, la modulación del empuje pulsional, si acontece, no es por amaestramiento o amansamiento de la pulsión, sino a costa de un procedimiento por el que se habrá de pagar un alto precio psíquico: la desexualización. Se volverá sobre este punto en el apartado siguiente; también en I, 1.7.2. y en I, 6.4.1.

1.3.2. Segunda teoría de las pulsiones

Ella produjo un giro notable en el pensamiento freudiano; también en la TIF y en la conceptualización del sujeto: a partir de 1920 la estructuración subjetiva acontecía en un campo de batalla en que Eros y Tánatos dirimían sus fuerzas. Ambas modalidades pulsionales, activas en los padres, se acercan a la cuna del bebé e influyen en la subjetivación. Tánatos aparecerá como un temporal perdedor si el Eros parental es lo suficientemente potente para inclinar la balanza a su favor. *Más allá del principio* del placer fundamentó también un **sujeto de la repetición**, efecto de la pulsión de muerte. También hizo su aparición la idea de que la desexualización pulsional -y la regresión- implicaban la defusión de ese par pulsional. En tanto esa desintrincación de las pulsiones acontecía según Freud en algunas identificaciones, habrá que tener en cuenta la liberación de la pulsión de muerte que conllevaba una identificación consumada. Este punto específico será tratado en I, 6.4.1.

1.3.3. Pulsiones y teoría de la identificación

Toda aproximación a los procesos identificatorios freudianamente entendidos deberá tener en cuenta, de manera imprescindible, los fenómenos recién comentados: los llamados objetos de la identificación son capturados en las redes de los circuitos deseante y pulsional, antes de consumarse la *expropiación - apropiación* de rasgos del objeto, tarea eminentemente subjetivante.

Otro punto sobre el que se hará necesario insistir: pese a todas las transformaciones habidas en la TIF, el vienés siempre siguió concibiendo a ésta como una ramificación de la actividad pulsional, en particular de la oral. Si bien no descuidó el rol del objeto, el motor del proceso identificatorio siguió siendo la actividad pulsional del niño. Y si se tiene en cuenta la caracterización que él hizo de la pulsión -“concepto límite entre lo somático y lo psíquico”; origen corporal de la misma, destino psíquico- se entenderá porqué la identificación quedó asociada en su teoría a una actividad que, en última instancia, parte del soma del niño. La TIF tiene hundida alguna de sus raíces en lo corporal.

Freud puso el acento en la tendencia del protosujeto a identificarse más que en la capacidad identificante de los objetos primarios. Para él, la maquinaria identificatoria la movía el *infans*, con su tendencia aspirante, introyectiva, incorporativa. El vienés remarcó, más bien, la propensión del infante a buscar elementos del entorno para conformarse. La pulsión le fue útil para tales efectos dada la constancia con que ella busca a sus objetos. En ellos no sólo se encuentra a los objetos parciales que la satisfacen sino y también, al objeto de la identificación. Lo dicho puede hacerse extensivo a la autoconservación: la tensión generada por las necesidades vitales conduce a objetos que puedan resolverlas; ellos pueden devenir también objetos de identificación.

Al colocar a la pulsión como motor de la identificación, Freud se adscribió a la perspectiva endogenética y *ptolomeica*, posteriormente reforzada por Klein; ella otorgó un sobrepeso determinante a la potencia congénita del instinto de muerte, *primum movens* de la identificación proyectiva (Véase II, 6.1 y II, 8.3.1). En cambio Lacan, al desconectar la identificación del registro pulsional y vincularla al inconsciente del Otro, desbiologizó la identificación. El sujeto lacaniano fue pensado desde lo simbólico: el significante proveniente del Otro identifica activamente al sujeto. Aquello que crea una

nueva subjetividad proviene de lo psíquico del Otro; sobre todo: el deseo inconsciente parental. Los diferentes sub-apartados de III, 2. y III, 4.3., tratarán acerca de estas cuestiones.

1.3.4. La identificación primaria

Ella acontece en los momentos iniciales de la vida, en que coexisten el autoerotismo pulsional y autoerotismo del circuito narcisista. La consumación de la identificación primaria tiene lugar antes de que el bebé pueda realizar elecciones de objetos.³⁰ Serían coetáneas a los grandes movimientos pulsionales que Freud describió en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915): la transformación hacia lo contrario y vuelta hacia la persona propia.

Los textos freudianos de referencia para este asunto serán los capítulos VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) y el III de *El yo y el ello* (1923). Conviene realizar una lectura en paralelo de ambos para comprobar que la descripción de esta modalidad de identificación -que realizó por primera vez en el comienzo del capítulo VII- es similar a la que hizo dos años más tarde, pero con la diferencia de que en este texto más tardío le puso nombre: **identificación primaria**. En *Psicología de las masas...* consideró que la identificación era:

“[...] la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona y que desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo”. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; quería crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal. (OCFAE, XVIII, p. 99).

La describió como muy ambivalente -"puede darse vuelta hacia la expresión de ternura o hacia el deseo de eliminación."- y dijo de ella que se comportaba como un retoño de la pulsión oral y que era tributaria de un mecanismo incorporativo; situó al padre en posición de ideal, como objeto de la misma: el niño lo toma como modelo; quiere ser como él. Se ocultan detrás del Ideal del yo, a cuya formación ayudan.

En el capítulo III de *El yo y el ello* añadió otras características: no es el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto; es una identificación directa, inmediata {no mediada} y más temprana que cualquier investidura de objeto. En este mismo escrito amplió sus consideraciones sobre el objeto de dicha identificación: el padre de la prehistoria personal o los progenitores, antes de que le niño tenga noticias sobre la diferencia de los sexos. La consideró también como la primera y la más significativa de las identificaciones. Se puede deducir de estos fragmentos que las identificaciones primarias son anteriores a la constitución del narcisismo; no están mediadas por el yo ni son posteriores a una resignación del objeto, lo que las hace diferentes a las narcisistas, histéricas y secundarias edípicas.

1.3.5. Deseo, pulsión, elección de objetos de amor y fantasma

Algunas puntualizaciones respecto de estos cuatro planos de la actividad psíquica permitirán soslayar algunos equívocos que suelen plantearse con frecuencia al abordar ciertas facetas de la TIF. Se partirá de un pequeño cuadro en el que se señalan los cuatro circuitos, con los objetos que les son específicos:

Dimensión deseante	Objeto del deseo
Dimensión pulsional	Objeto parcial de la pulsión
Dimensión de la elección de objeto de amor	Objeto total del yo unificado
Dimensión fantasmática	Objeto fantasmático

Se trata de diferentes vertientes de la vida psíquica que entran en interacciones y anudamientos recíprocos; sin embargo, conviene evitar la reducción de unas a otras y los deslizamientos indiscriminados entre ellas: articulación no significa dilución de la especificidad de cada una ni pérdidas de lo diferencial. Si bien todas actúan al unísono, los fenómenos psíquicos pueden resonar o

inscribirse privilegiadamente en alguna dimensión. En este apartado se estudiarán los vínculos de las tres primeras con la identificación; en 1.5. se abordará la dimensión fantasmática. Se intentará dilucidar, en el complejo plexo de relaciones que establece el sujeto psíquico con sus objetos, cómo estas dimensiones son puestas en juego en cada una de las modalidades identificatorias. Ya se ha explicitado esto mismo para las histéricas y oníricas; a continuación se seguirán esas mismas pautas, con las primarias y, en el apartado siguiente, con las narcisistas. Como ya se ha señalado, una buena parte de las confusiones que pueden apreciarse en la literatura psicoanalítica sobre la identificación, parecen originarse en una insuficiente discriminación entre el circuito pulsional y el de la necesidad biológica. Es frecuente observar que ambos quedan enmarañados por el establecimiento de analogías o falsos homeomorfismos. Así, en el contexto teórico kleiniano se suele utilizar como sinónimos *Instinkt* (instinto) y *Trieb* (pulsión).³¹ A veces se considera a la alimentación como prototipo de la incorporación y se extiende ese modelo a la pulsión oral que, efectivamente, surge por apoyo en la función alimenticia, pero de la que también se diferencia y separa en el momento del desapuntamiento. Luego, por un efecto de irradiación, estas coalescencias se propagaron a todo lo que estuviera relacionado con el complejo pulsional. Las ondas expansivas involucraron a la identificación, ya que en Freud, ella es tributaria de la teoría pulsional. Deshacer estas superposiciones y confusiones permitirá una mejor comprensión de la identificación.

1.4. El narcisismo. Identificaciones narcisistas

Introducción al narcisismo (1914) generó una inflexión importante en la teoría de la identificación. En efecto, es posible trazar un camino que, partiendo de ese texto, pasara luego por *Duelo y melancolía* (1915), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) y finalizara en *El yo y el ello* (1923). Este itinerario marca los hitos fundamentales de una evolución conceptual que podría enunciarse sintéticamente así: del narcisismo recién introducido a la elección narcisista de objeto; de ésta a la identificación narcisista, para culminar en la teoría que concibe la constitución de las estructuras psíquicas como producto de identificaciones.

Dicho más sucintamente, la introducción del narcisismo sentó las bases que posibilitaron el posterior pasaje de la teoría funcional de la identificación a la estructural. De manera concomitante, se enriquecieron los conceptos de sujeto y objeto, al ser incluidos en una teoría de la libido más compleja.

Si a las referencias freudianas recién señaladas, se le agregaran *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoide) descrito autobiográficamente* (1911 [1910]) [el caso Schreber] y *Tótem y Tabú* (1912-13), podría configurarse un circuito de textos de los cuales extraer:

- Una síntesis de la concepción del narcisismo en Freud.
- Los efectos estructurantes del narcisismo en el sujeto.
- Los antecedentes más importantes que condujeron a la postulación de la identificación narcisista.
- Las consecuencias teóricas que esta última supuso.
- Los pasos sucesivos de la travesía funcional → estructural en la teoría identificatoria.

En tanto el foco estará puesto en esta última, no se seguirán en este contexto todos los meandros de la producción freudiana sobre el narcisismo. Se opta por una visión sintética en la que se enunciarán las grandes líneas de su pensamiento, prestando especial atención en las marcas estructurales que este pasaje por el narcisismo deja en todo psiquismo.

1.4.1. Tesis principales de Freud sobre el narcisismo

Sin lugar a dudas, ésta es una de las problemáticas más ricas del psicoanálisis tanto por sus implicancias clínicas como por el hecho de constituir una zona en la que muchas áreas teóricas se superponen y convergen. Se podría decir que todos los conceptos psicoanalíticos tienen un lazo de unión con él. En el terreno de la clínica sucede otro tanto: en todos los sujetos pueden ser observadas

manifestaciones sobredeterminadas de estructuras y sistemas narcisísticos. Es que el narcisismo, al estar relacionado directamente con la formación del yo, se hace presente de manera inexorable en todos los sujetos. Estas implicancias clínicas ampliaron más aún el abanico de significados del narcisismo en la teoría freudiana. Para su estudio se partirá de un par de citas de sus textos: la primera, extractada de *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoide) descrito autobiográficamente* (1911 [1910]) [el caso Schreber] y la segunda, de *Introducción del narcisismo* (1914).

"Indagaciones recientes nos han llamado la atención sobre un estadio de la historia evolutiva de la libido, estadio por el que se atraviesa en el camino que va del autoerotismo al amor de objeto. Se lo ha designado "*Narzissismus*"; prefiero la designación "*Narzissmus*", no tan correcta tal vez, pero más breve y malsonante. Consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza {*zusammenfassen*} en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su cuerpo propio, antes de pasar de este a la elección de objeto en una persona ajena. Una fase así, mediadora entre autoerotismo y elección de objeto, es quizá de rigor en el caso normal; parece que numerosas personas demoran en ella un tiempo insólitamente largo, y que de este estado es mucho lo que queda pendiente para ulteriores fases del desarrollo." (OCFAE, XII, p.56).

En *Introducción del narcisismo* (1914), afirmó:

"Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya." (OCFAE, XIV, p. 74).

A partir de estos fragmentos se deducirán las funciones y significados de este concepto en su teoría:

- El narcisismo quedó definido como amor a sí mismo. Esta caracterización siguió fielmente lo descrito sobre el personaje del antiguo mito griego; Narciso: un enamorado de su propia imagen.³² Sin embargo, lo más original del aporte freudiano fue convertir esa circunstancia en una particularidad propia de un estadio de la evolución libidinal: todo niño, tras forjar una representación de sí mismo, se enamora de ella. El movimiento de Freud conllevó dos facetas: a) cierta generalización del contenido argumental del mito -el narcisismo devino fase del desarrollo psicosexual del infante y, subsecuentemente, un componente estructural de la psique- y b) la necesidad de analizar las maneras singulares, individualizadas, de las manifestaciones de esta dimensión subjetiva. En otros términos, y en referencia a este segundo aspecto, se tratará de ver, en cada persona, las formas peculiares de presencia del narcisismo en su estructura psíquica.³³
- Freud señaló la importancia que tiene el propio cuerpo -o la representación corporal- en esta especie de autoamor. "El yo es ante todo un yo corporal", dirá más tarde.
- "La nueva acción" psíquica a la que se hace referencia en la cita de *Introducción al narcisismo* es, justamente, la constitución del yo. La imagen completa del propio cuerpo permitirá, a su vez, la organización del denominado cuerpo erógeno, distinto del cuerpo biológico.³⁴
- Las pulsiones toman como objeto a este yo primigenio y lo recubren libidinalmente. Hay aquí un anudamiento importante en la teoría freudiana entre el circuito narcisístico (de amores y odios) y el de las pulsiones. Cabe tener presente que estas últimas, en un momento dado de su organización, abandonan al objeto real externo (el pecho) y comienzan a satisfacerse autoeróticamente (surgimiento del chupeteo, por ejemplo) y que sólo más tarde se dirigirán -otra vez- hacia objetos externos (heteroerotismo) para lograr su fin, recortando o delimitando en estos últimos **al objeto parcial de la pulsión**. Pues bien, antes de dirigirse a "una persona ajena", como dice la primera cita de Freud, las pulsiones toman como objeto al yo recién formado y lo invisten con una libido que, coherentemente, fue llamada *narcisista*. Sólo más tarde esta libido narcisista se volcará a los objetos, deviniendo libido *objetal*.

Todas aquellas situaciones clínicas en las que se produzca un desligamiento importante del mundo externo con retracción libidinal hacia el yo fueron consideradas por Freud como formas de **narcisismo secundario**. Ejemplos de este tipo de estados serían las psicosis, los retraimientos narcisistas que con tanta frecuencia se observan en los toxicómanos, las

hipocondrías graves y, fuera del terreno de la psicopatología, el estado de dormir (sobreinversión del yo y desconexión de la realidad).

- En el “caso Schreber” el narcisismo primario quedó situado entre el autoerotismo y el amor objetal. Este texto inauguró la serie *autoerotismo - narcisismo - elecciones de objeto*. En este punto es pertinente una observación: el autoerotismo que inicia la secuencia recién nombrada es distinto del autoerotismo pulsional, esta diferencia se precisará en la puntualización siguiente y, más adelante, en el diagrama insertado en 1.4.3., que será útil tener presente desde ya.
- Del mismo fragmento citado surge la idea de una diferenciación progresiva entre una forma anárquica, fragmentaria y localizada de satisfacción de las pulsiones representada por el **autoerotismo pulsional** (cada pulsión se satisface en el mismo lugar del cuerpo dónde tiene su fuente) y otra, que se constituye a partir del momento en que las pulsiones toman a este "sí mismo", a esta representación completa del propio cuerpo como objeto. Para que el yo devenga objeto de las pulsiones se requiere una articulación entre la dimensión pulsional y la narcisista. Ambas tienen, sin embargo, circuitos distintos y necesarios de ser diferenciados. Sexualidad y amor no son homólogos ni siempre confluyen en un mismo objeto. Esta disparidad de ambos circuitos puede apreciarse con más nitidez tras la salida del narcisismo primario y el ingreso a la triangularidad edípica: desde su narcisismo, el protosujeto va en busca de un *objeto total* (de amor). Se trata de las primeras elecciones de objeto del niño/a. En cambio, la pulsión encontrará y circunscribirá en ese objeto de amor al objeto parcial, con el cual se satisfará.
- Se deduce que la narcisista es una dimensión en la que se juegan los amores y odios, las fascinaciones, las idealizaciones, las captaciones ilusorias e imaginarias y también las tensiones persecutorias, las vivencias de rechazo, las denigraciones, etc. La psicosis paranoica condensa de manera superlativa este anverso y reverso de los afectos. Están aquí planteados los aspectos más mortíferos y deletéreos del narcisismo. Las relaciones que se establecen desde esta dimensión muestran una agresividad intensa que da pie al despliegue de actitudes sado-masoquistas en los vínculos. La destructividad -“auto” y “hetero”- es también importante. La dimensión mortífera del mito de Narciso queda así reflejada en estas elaboraciones psicoanalíticas.
- Hay también una clara referencia al narcisismo como un lugar posible de fijaciones específicas: Freud afirmó -véase cita anterior- que muchos se detienen en esta condición y que conservan estas características en etapas posteriores.
- El narcisismo es un estado de exaltación yoica, de idealización del propio yo, que habitualmente cede con el ingreso a la triangularidad edípica y el pasaje por la castración.
- Es frecuente utilizar el vocablo *narcisista* para adjetivar una serie de actitudes o rasgos que van desde la autoestima exacerbada hasta la omnipotencia megalomaniaca. Estas exaltaciones yoicas, y las idealizaciones concomitantes, suelen ser fácilmente desplazadas a otras personas y/o actividades. En función de tales trasposos surgen las sobrevaloraciones de los objetos. La empedernida tendencia de los humanos a los vínculos absolutos, totales, nace de esta dimensión narcisista de la psique.
- Para finalizar estas consideraciones se consignará que, cuando predominan estos fenómenos de hipervaloración yoica, habrá propensión a sentir **heridas narcisistas**. Cualquier palabra o acto de terceros es interpretado tendencialmente como ataques al yo; sentirse despreciado e injuriado será frecuente.

Las características que se han señalado conforman el terreno psíquico propio del narcisismo, que condiciona los procesos identificatorios que se dan en su seno; ellos serán estudiados en 1.4.4.

1.4.2. Narcisismo primario y secundario

Las cuestiones teóricas más conflictivas giran en torno al narcisismo primario: tanto en lo que se refiere a su caracterización como a su ubicación cronológica. Freud fue cambiando de puntos de vista. En términos generales pueden ser señalados dos enfoques:

- El que ubica al narcisismo como un estadio intermedio entre el autoerotismo y las elecciones de objeto de la infancia. En el “caso Schreber” (1911[1910]) planteó la secuencia clásica: autoerotismo -narcisismo - elección homosexual de objeto - elección heterosexual, idea que fue desplegada en *Introducción al narcisismo* (1914) y otros textos.
- La otra concepción se fue consolidando tras el surgimiento de la segunda tópica; a partir de 1920 se concibió al narcisismo primario como un estadio estrictamente anobjetal, anterior a la constitución del yo. Su prototipo sería la vida intrauterina o los estados placenteros del bebé durante el amamantamiento. Estaría ausente toda relación con el ambiente, y habría una indiferenciación entre el yo y el ello. El dormir y soñar serían otros ejemplos de ese estado anobjetal. Se trataría de una unidad biológica catectizada libidinalmente; el ello y el yo estarían indiferenciados, es un estado en el que todos los requerimientos del recién nacido parecen perfectamente satisfechos. Freud denominó **narcisismo primario absoluto** -Cfr. *Esquema de Psicoanálisis* (1940 [1938]), Cap. II, OCFAE, XXIII, p. 148- a ese estado del yo en el que toda la libido se almacena inicialmente en él, antes de ser volcada sobre las representaciones de objeto. Según este punto de vista, la secuencia sería: narcisismo primario absoluto (anobjetal) → apertura a la objetividad.^{35*}

Esta visión, aunque también presente tempranamente en la obra de Freud, alcanzó un mayor desarrollo a partir de la segunda tópica. Supuso la pérdida de la distinción entre autoerotismo y narcisismo establecida en la primera teoría, aunque no excluyó la formación de un yo por vía identificatoria. Pero, en este caso, ya no se trataba del narcisismo primario sino de un narcisismo secundario.

No es éste el lugar para reseñar la polémica desatada frente a estas dos teorías sobre el narcisismo primario y sobre si el yo es fuente o depósito libidinal. Nos bastará consignar la existencia de puntos de vista contradictorios entre ambas concepciones de Freud, y que, a los efectos de la identificación, es imprescindible excluir la anobjetalidad. Dígase de paso que tanto M. Klein como Lacan se ubicaron en la senda abierta por la primera teoría del narcisismo primario.^{36*} Pero Klein cuestionó seriamente la teoría del narcisismo primario al trasladar el escenario desde el cuerpo propio al cuerpo de la madre (Véase II, 6.5.) que devino objeto de los instintos. Lacan, por su parte, retomó la cuestión del narcisismo primario por medio de su estadio del espejo. (III, 10.1).

En otro plano, y dada la presencia de la retroacción (*nachträglich*) en la teoría freudiana, estas tesis sobre el narcisismo no pueden ser incluidas en un esquema evolutivo simple ni en una teoría del desarrollo con etapas predeterminadas, a la manera de Abraham. Ni la libido ni el yo avanzan de manera progresiva -siguiendo escalones-, desde el autoerotismo a las relaciones de objeto. Cabe decir que este hilván retroactivo no tuvo en Freud la fuerza ni la vigencia que adquirió, luego, en el pensamiento de Lacan. Para M. Klein, que tuvo una marcada influencia de Abraham, la idea de desarrollo y evolución devino central. (Véase al respecto II, 2.6.3. y II, 3.1).

1.4.3. Los dos autoerotismos

Otra fuente habitual de equívocos es la referida al autoerotismo, que aparece en Freud como el momento primero, tanto en el circuito pulsional como en el registro narcisista ligado a la elección de objetos.

La presencia del mismo término -autoerotismo- en dos registros distintos, obliga a pensarlos retroactivamente desde los últimos términos de cada serie; sólo así se podrá discernir mejor los aspectos diferenciales. En esa dirección convendrá distinguir el autoerotismo pulsional del autoerotismo vinculado al circuito de las elecciones de objeto de amor.

El primero hace referencia al hecho de que la pulsión, en un momento de su constitución, se vuelve autoerótica y se satisface en el propio cuerpo (no con un objeto externo). El objeto de la pulsión coincide con la zona erógena (fuente) de donde parte la excitación. Con posterioridad, el objeto de la pulsión puede y suele estar fuera del propio cuerpo (heteroerotismo), habitualmente en otro sujeto que con cierta frecuencia puede ser a la vez un objeto amado, aunque no siempre es así. En el objeto ajeno,

la pulsión recortará un elemento altamente parcial, definido y valorado sobre todo, por su capacidad instrumental de lograr la satisfacción cuando entra en contacto con él. En el circuito pulsional el objeto es:

- **parcial**, esté en el propio cuerpo (autoerotismo) o en otro;
- **ajeno a los fenómenos de idealización** -y por lo tanto, a la polaridad amor/odio-;
- **oscilante entre la contingencia y la fijación**.

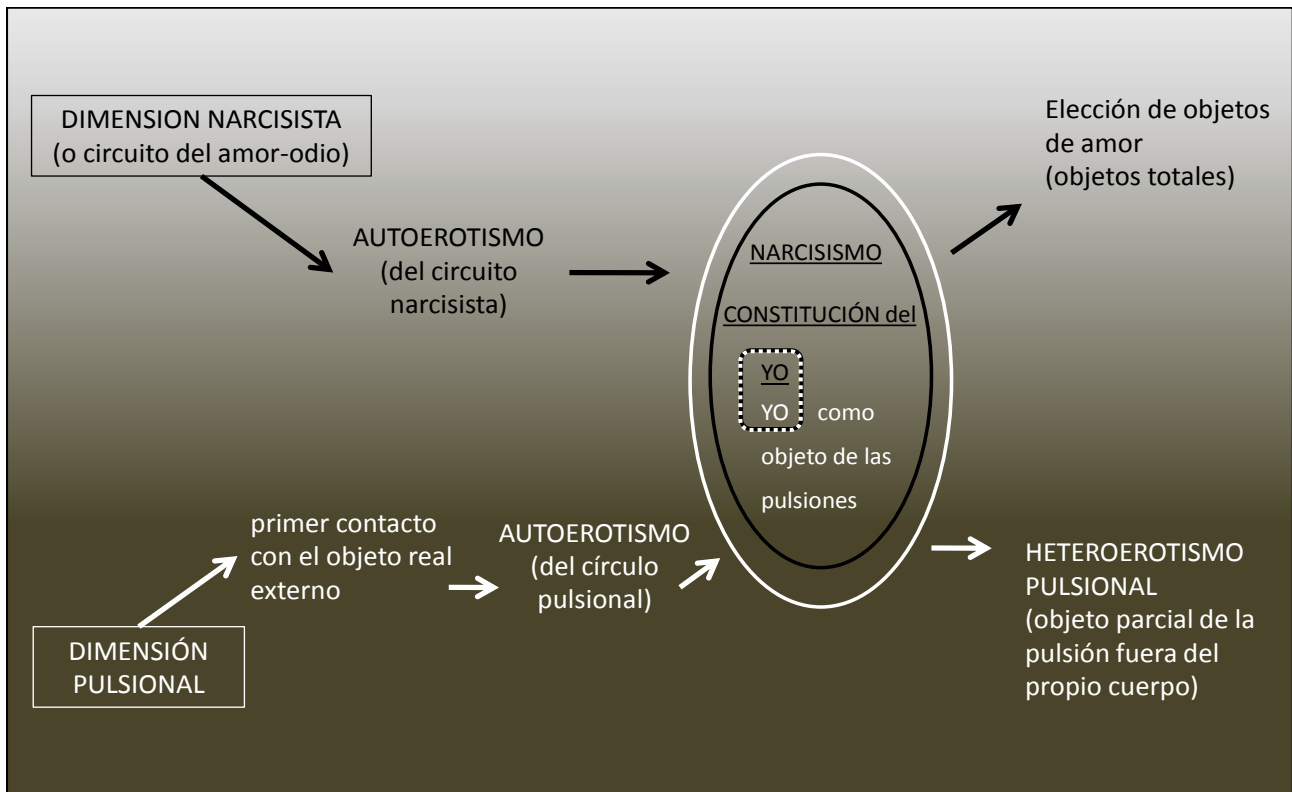
El otro autoerotismo, el correspondiente al circuito de la elección de objetos de amor (serie autoerotismo -narcisismo - elección de objeto) expresa la idea tempranamente definida en Freud -la cita anterior del “caso Schreber” así lo demuestra- de que antes de tener un *objeto de amor* en el mundo externo éste es encontrado inicialmente en sí mismo. Un sí mismo que cabe diferenciar entre antes, durante y después de la constitución del yo (narcisismo).

- *Antes de la constitución del yo*: el objeto de “amor” (autoerotismo) no es una representación unitaria del cuerpo sino parcelas, fragmentos corporales disjuntos.
- *Durante la constitución del yo*: el objeto de amor es una imagen unitaria de sí mismo (yo);
- *Después de la constitución del yo*: existe un yo total unificado capaz de elegir objetos totales de amor, en los cuales volcar libido objetal idealizante.

En síntesis: el primer autoerotismo corresponde al circuito pulsional y hace referencia a la pulsión satisfaciéndose en el propio cuerpo, previo al viraje heteroerótico. El segundo autoerotismo, propio de la serie de las elecciones de objeto, hace alusión a una primitivísima forma de amarse a sí mismo y a los objetos. Son formas incipientes de amor, en las que predominan idealizaciones tempranas; es un amor muy ambivalente para el que cabe aquello de “porque te quiero te destruyo”. Coincide con: “si algo me da placer, aunque sea externo, lo siento mío, lo creo mío, lo hago mío... y lo amo”. Este “sí mismo” inicial, que está en juego en el segundo autoerotismo, es fragmentario, parcelar y anterior a la constitución del yo; por ende, precede temporalmente a las elecciones infantiles de objetos de amor. Se trata del yo placer purificado (*Lust-Ich*). Es también, como ya se ha dicho, el terreno de las primeras idealizaciones, propia de los vínculos objetales más tempranos; el amor es muy ambivalente y conlleva la destrucción del objeto. En ese contexto acontecen las identificaciones primarias. Sólo más tarde -y muy lentamente- estas formas preliminares del amor se irán destilando hasta convertirse en plena fase fálica en la antítesis del odio.

El primer autoerotismo es una vicisitud de la pulsión; más aún: es un elemento estructural de la misma. El segundo autoerotismo, el de la serie autoerotismo-narcisismo-elección de objeto, se despliega en el plano del amor -son las formas preliminares del mismo- y se inscribe en la dimensión narcisista del sujeto psíquico. Conviene diferenciar estas dos dimensiones -la pulsional y la narcisista (del amor-odio)- con claridad, tal como aparece *supra*, en el cuadro insertado al comienzo de 1.3.5. La práctica clínica y la vida cotidiana son muy elocuentes respecto de estos dos planos: más allá de los vínculos entre un yo unificado con los objetos totales donde el amor fluye y las idealizaciones del objeto son la regla, hay un funcionamiento propio de las pulsiones-anárquico, focalizado, en relación a objetos parciales, ajeno a las idealizaciones, “amoral”, con sus correlatos fantasmáticos sintónicos- que sigue imprimiendo un acento perverso polimorfo a la sexualidad del adulto. En Freud **no hay un pasaje desde el objeto parcial al objeto total**, por la sencilla razón de que para él circulan definidamente por circuitos diferentes: el narcisista (del amor) y el pulsional. Pese a algunos titubeos, en este punto, Freud fue claro; ha sido Abraham quien introdujo la unificación de ambos circuitos, para hacerlos culminar en la genitalidad anaclítica, post-ambivalente, siendo su correlato la consideración creciente hacia el objeto.⁵⁷

El abrochamiento o la confluencia circunstancial de ambos circuitos, frecuente por otra parte -la constitución del narcisismo es tan sólo un ejemplo: las pulsiones inficionan el yo y lo toman por objeto- no implicaba que ambas series quedasen fusionadas. Llegado el momento de las elecciones de objeto de amor, la pulsión mantendrá el carácter parcial de su objeto y el yo elegirá uno total, tal como puede verse en el esquema siguiente.



EL ESQUEMA REPRESENTA EL ANUDAMIENTO ENTRE LAS DIMENSIONES NARCISISTA Y PULSIONAL.

La primera –en negro- muestra la conocida secuencia freudiana: autoerotismo- narcisismo - elección de objeto. La segunda –en blanco- grafica el pasaje desde el autoerotismo al heteroerotismo pulsional. La parte central del diagrama -los dos ovalos- muestra la articulación **temporaria** de ambas dimensiones.

1.4.4. Narcisismo e Identificación. Las identificaciones narcisistas³⁸

El narcisismo se convirtió en un articulador clave en la TIF: toda identificación supone el trueque de libido objetual por narcisista más un proceso posterior de desexualización. De ahí que Freud señalase la existencia de un ingrediente regresivo en todo proceso identificatorio: retorno de la libido al yo. El narcisismo juega aquí el rol de agente de cambio libidinal, que opera realizando la subjetivación (literalmente: produce **sujeto**) a partir de rasgos de los objetos.

Han sido sin duda las identificaciones narcisistas las que abrieron el paso a tales ideas. Freud las describió inicialmente en la homosexualidad masculina -Cfr. *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910); y luego, con todo su esplendor, en *Duelo y melancolía* (1915)-. Lo desarrollado magistralmente en este último texto muestra que el narcisismo implicaba siempre una relación de objeto y que no había constitución posible del psiquismo al margen de los vínculos libidinales. De manera paradójica, y hablando de narcisismo, describió la objetividad que lo subtiende. Freud reveló en la melancolía la siguiente secuencia: pérdida de objeto → retracción libidinal → reconstrucción del objeto en el yo.

Este movimiento, que puede ser considerado como el *alma* de todas sus identificaciones -a excepción de la primaria-, fue descrito, en el caso particular de la melancólica, con ribetes dantescos: tras la injuria sufrida, se incorpora al objeto; se intenta paliar la pérdida instalándolo en el yo (con lo que paradójicamente no se cancela la relación objetual sino que se la recrea en la psique: interiorización). La batalla sado-masoquista entre el sujeto y el objeto elegido narcisísticamente –hecha de reproches y acusaciones–, continúa en la psique del melancólico tras una incorporación masiva del objeto que, incrustado en el yo, recibe toda la furia del superyó. No acontece la desexualización, que evitaría este avatar melancólico del narcisismo; menos, aún, el trabajo de duelo, ya que la incorporación anulaba la pérdida: el objeto pervive –sin asimilarse– en el yo. Por lo tanto, se hace imposible simbolizarla. La libido no se dirige a recargar las fantasías –mecanismo de introversión, que actúa en el duelo– sino que

vuelve al yo. En tanto la represión originaria es operativa (al menos parcialmente), esta retracción libidinal no desencadena cuadros a la manera de una esquizofrenia o parafrenia.³⁹

Dentro de las identificaciones narcisistas cabe señalar, además de la melancólica, la de la homosexualidad masculina. Freud las describió del siguiente modo: la elección de objeto infantil, edípica, es a predominio anaclítica y recae sobre la madre. En la declinación del Edipo, esta elección desemboca en una identificación con ella, que se verá reforzada durante la reviviscencia puberal del mismo y que condicionará su elección narcisista de objeto más tardía. Identificado con su madre, elegirá a imagen y semejanza de sí mismo. Actuará con su *partenaire* de la misma forma en que ha sido tratado por su madre.

Freud anticipó en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910) su teoría estructural, ya que la identificación que allí postuló está en los fundamentos mismos de la constitución psíquica del futuro homosexual. Faltaba en esa época toda referencia a la renegación, sin ella, sólo la identificación materna sería a todas luces insuficiente para explicar el surgimiento de una homosexualidad.

Se apuntarán algunas diferencias entre estas dos identificaciones narcisistas. La melancólica describe un avatar de la pérdida de objeto que produce una escisión (intrapíquica) del yo; la identificación del homosexual establece las bases para su elección posterior de objeto; su narcisismo se jugará en lo intersubjetivo. Melancolía y homosexualidad ponen en evidencia una relación biunívoca entre investiduras narcisistas de objeto e identificación. Además, puede observarse la diferencia de secuencias en uno y otro caso: el melancólico hace primero una elección de objeto narcisista y luego acontece la identificación; el homosexual primero se identifica (¡con un objeto elegido anaclíticamente!) y luego realiza la elección de objeto narcisista.

Duelo y Melancolía (1915) precisó una secuencia –la que se ha designado como *alma o núcleo* de toda identificación–; sin embargo, por entonces, ese encadenamiento no fue puesto al servicio de la teoría identificatoria estructural; hubo que esperar hasta *El yo y el ello* (1923) para que ese movimiento se generalizara a toda identificación.^{40*}

* * * * *

Los desarrollos sobre el narcisismo posteriores a Freud fueron muy notables y productivos, especialmente en las últimas décadas del siglo XX. Se destacarán aquí, por razones obvias, los trabajos de M. Klein y Lacan. La psicoanalista radicada en Inglaterra manifestó al principio de su obra una clara oposición al narcisismo primario absoluto, anobjetal, de Freud; además, fue la primera que se refirió a la existencia de relaciones narcisistas de objeto. Conservó las ideas de Freud respecto de la omnipotencia y la indiscriminación yo – no yo, con que Freud caracterizó a los vínculos narcisistas. A partir de su célebre texto *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [NAME (1946)] articuló el narcisismo con la identificación proyectiva; esta última devino sin duda una modalidad narcisista de relación con el objeto. La expulsión y dispersión de aspectos del yo y de los objetos internos, que son proyectados *dentro* de los objetos externos crea relaciones narcisistas de objeto: continuidad entre partes o aspectos del yo y de los objetos externos. Éstos son vividos como partes o prolongaciones de sí mismo; el objeto deviene así depositario de los aspectos idealizados u odiados del yo. Como puede apreciarse, para ella no existía en el narcisismo una pérdida de objeto; predominaba la retracción libidinal, el alejamiento del mundo externo y la búsqueda de un vínculo fusional con el objeto interno idealizado. En ese mismo texto introdujo la identificación introyectiva, que también relacionó con la creación de un núcleo narcisista trófico en el yo, según podrá leerse en varios apartados en II, 9. Al final de su obra, en *Envidia y gratitud* (1957) aludió a su manera, al narcisismo primario absoluto de Freud. (II, 7.3.2).

Lacan desarrolló y modificó algunas de las tesis freudianas sobre el narcisismo. Desde su célebre artículo sobre el estadio del espejo –1936– hasta su muerte fue introduciendo cambios en su concepción del yo, de lo especular y del registro imaginario. Las ideas iniciales y los virajes posteriores serán comentados extensamente en III, 10.

1.5. El fantasma

Las referencias freudianas para este tema serán *Pegan a un niño* (1919), *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908) y *El creador literario y el fantaseo* (1908 [1907]). Freud situó el surgimiento de las fantasías en el momento de repliegue autoerótico de la pulsión; en

esos instantes se abandona al objeto real externo (pecho materno, erógeno) y se constituye un objeto –fantaseado– en la psique, en torno al cual habrá una importante actividad mental, asociada a la obtención de placer por chupeteo. Se inaugura allí una dialéctica peculiar que complejizará las relaciones del sujeto en vías de estructuración con su mundo objetal: el abandono de un fragmento de realidad externa (el pecho materno erógeno) genera, paradójicamente, un incremento de la actividad intrapsíquica. Se constituye una nueva dimensión –la fantasmática– que a partir de entonces mediará en todas y cada una de las relaciones que el sujeto establezca con la realidad externa.

El fantasma fue definido como una producción mental en la que se escenifica un deseo inconsciente.^{41*} Por medio de su trama argumental o guión, el fantasma sostiene la actualidad del deseo, la vigencia del mismo en tiempo presente. La fantasmática es una actividad psíquica específica e irreducible a las otras dimensiones subjetivas, tal como se apuntó en el cuadro inserto en 1.3.5. Conviene por lo tanto remarcar las distinciones que la particularizan. Aunque el fantasma sostiene al deseo en escena, no por eso deben confundirse una y otra dimensión de lo psíquico. Igualmente, cabe diferenciar el objeto del fantasma de la huella mnémica desiderativa, y ambos, de la actividad pulsional que los acompaña.

Lo dicho hasta aquí en referencia a la fantasía, a pesar de su carácter sucinto, es suficiente para evaluar la importancia de la misma en la TIF: los objetos de identificación quedan impregnados con las fantasías del infantil sujeto. Cabe recordar, también, el carácter fantasmático del mecanismo incorporativo que Freud atribuyó a las identificaciones primarias y narcisistas. Por otra parte, el vienés entrevió muy tempranamente las relaciones entre identificación y fantasía, tal como puede leerse en la segunda cita de I, 7.1.3., extractada del *Manuscrito N*, que acompañó a la carta dirigida a Fliess, del 31 de mayo de 1897 (OCFAE, I, p. 298).

Las elaboraciones del padre del psicoanálisis respecto de este asunto permiten una conclusión del siguiente tipo: una vez constituido el mundo fantasmático, éste mediará siempre en los vínculos del sujeto con el exterior: la realidad es una construcción subjetiva y la organización fantasmática de cada sujeto no es ajena a ella.

1.6. El complejo de Edipo⁴²

Las referencias freudianas para este punto –y siempre desde la perspectiva restringida de la teoría de la identificación– serán: *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924) y el capítulo III de *El yo y el ello* (1923).

Es bien conocida la importancia de las relaciones edípicas en la estructuración subjetiva de la primera infancia como para insistir en ello. El complejo puede ser considerado, a la luz de tema central de este trabajo, como una sucesión vertiginosa de identificaciones que termina por conformar el aparato psíquico. Freud describió una variante *positiva* del complejo: odio y deseo de muerte dirigidos hacia el progenitor del mismo sexo, amor hacia el progenitor de sexo opuesto; en la versión *negativa*, se invierten los vértices del triángulo hacia donde se dirigen el amor y el odio. Por último, cabe señalar que en todo sujeto se presentan combinaciones de una y otra forma: el llamado Edipo *completo*.

Con la disolución del mismo –momento especialmente prolífico para la consumación de las identificaciones– y la entrada concomitante en el período de latencia, la organización psíquica del niño o niña contará con todas las instancias y sistemas descritos por Freud en su primera y segunda tópica. Gracias al pasaje por el complejo edípico se produce un conjunto de identificaciones que adquiere expresión concreta en la singular organización de la estructura psíquica de cada sujeto. La estabilidad relativa de las distintas instancias psíquicas (primera y segunda tópica freudiana), debe entenderse como la combinatoria de identificaciones diversas. Si se permite una metáfora, es una estabilidad de tipo caleidoscópica: la forma se logra a partir de fragmentos, inclusiones y componentes heterogéneos.

1.6.1. Características del terreno edípico

Se las enunciará mediante una serie de puntualizaciones sintéticas. Las mismas conforman una textura psíquica que condiciona los procesos identificatorios que se dan en su seno. Las siguientes apreciaciones, más las que se han realizado sobre el narcisismo en 1.4., permitirán una ordenación de

las identificaciones en dos grandes grupos, en función de los contextos diferentes en que ellas acontecen: las edípicas y las narcisistas.

- El campo psíquico aparece claramente organizado en forma triangular; ello permite que la elección de objeto y la identificación se dirijan separadamente hacia cada uno de los vértices superiores del triángulo.
- Existe una neta diferenciación entre yo y no yo. La presencia de un yo organizado supone la posibilidad de reconocer al otro, como distinto y separado de sí mismo (frontera o delimitación yoica claramente definida), cosa que abre la posibilidad de elecciones de objetos de amor.
- Se ha trascendido el narcisismo primario con la concomitante transformación de la libido narcisista en objetal.
- Esto posibilita las elecciones infantiles de objeto, que para el caso del Edipo completo son tanto narcisistas como anaclíticas. En el caso de la niña, cuando su elección objetal recae sobre el padre, es anaclítica (o por apoyo); en cambio, si la madre es elegida como objeto de amor, se trata de una elección de tipo narcisista (hay un ideal en juego: lo que la niña quiere ser). En el caso del varón, desde su Edipo positivo, la elección de objeto (madre) es por apoyo; en el Edipo negativo elige al padre como objeto (elección narcisista), lo que presupone identificarse con la madre.
- Se producen identificaciones durante el complejo de Edipo y en la declinación del mismo; en el acmé edípico se producen identificaciones que siguen el modelo de las histéricas, a saber: identificación sobre la base de un elemento en común; en este caso, compartir un mismo objeto de amor (se denominan también *identificación con el rival*).
- En los momentos de disolución del Edipo, las identificaciones siguen, con diferencias, el modelo de las melancólicas: identificación con el objeto perdido; mejor dicho, con el objeto abandonado o resignado por el niño.⁴³
- En el plano pulsional ha habido confluencia de las distintas pulsiones parciales bajo el predominio fálico; así unificadas se pueden poner en juego en las relaciones edípicas.
- Está en juego la tipificación sexual en su relación a la castración.
- Están activos deseos y fantasías en relación a los objetos edípicos.
- El amor se ha constituido en antítesis del odio.
- Se está en presencia de un yo realidad definitivo ya constituido.
- La ley terminará por encarnarse en la psique bajo la forma de superyó.
- Desde lo edípico, el niño resignifica lo que le aconteció con anterioridad.

Conformado el campo psíquico con estos caracteres, sobre los objetos edípicos recaerán **simultáneamente**: amores, odios, deseos, fantasías. Las pulsiones encontrarán también en ellos a sus objetos parciales, para satisfacerse. Llegar a este punto implica un paso importante en la constitución del sujeto y marca el momento de surgimiento de las identificaciones secundarias edípicas, que culminarán la tarea subjetivante de la infancia. En tal contexto, los objetos edípicos devienen, asimismo, objetos de identificación, puesto que el *infans* toma de ellos rasgos parciales, altamente limitados (*einzigiger Zug*), para introyectarlos y transformarlos en elementos estables de su psique.

El carácter triangular del espacio edípico determina que las identificaciones que acontecen en su seno tengan características muy diferentes a las primarias y narcisistas. En primer lugar, la organización triádica permite que la catexis de objeto y la identificación se dirijan, de forma divergente, hacia ambos vértices del triángulo. Esto determina que en el Edipo, la identificación se realice con el rival. Esta convergencia de la rivalidad con la identificación nos muestra el carácter hostil que tienen las identificaciones de este tipo; ellas conllevan el planteamiento de una alternativa violenta: o él o yo.⁴⁴ Además, en el complejo de Edipo, las elecciones de objeto son dobles; no es el objeto el que abandona sino el sujeto que los resigna; la ambivalencia no es tan intensa como en los terrenos abonados por el narcisismo. Si la melancólica es de gran amplitud —“la sombra del objeto cayó sobre el yo”—, en las edípicas se trata de una identificación parcial; sólo en un rasgo o detalle del

objeto. Por último, y a diferencia de las primarias y narcisistas, en las que opera la incorporación, en las edípicas, actúa el mecanismo de introyección.

1.6.2. Las identificaciones secundarias edípicas

El pasaje por la triangularidad edípica implica la culminación de la constitución infantil del aparato psíquico, que adquiere expresión concreta en las formas remodeladas y más estables de las instancias y sistemas del mismo que se venían gestando. Es el momento en que acontecen las identificaciones secundarias edípicas, a rasgos parciales del objeto. Freud las denominó también **regresivas** en tanto consideraba que una elección de objeto devenía identificación.⁴⁵ Su correlato en el plano económico es el incremento de libido narcisista a expensas de la objetal.

Como resultado del planteamiento y resolución del complejo de Edipo quedan estructuralmente plasmadas y funcionando a pleno rendimiento sujeto, todas las instancias descritas por Freud en su primera y segunda tópica.

La trama edípica -bien diferente de la narcisista- permite explicar que las elecciones de objeto anaclíticas, que desembocan en identificaciones con los progenitores de distinto sexo ("homosexualizantes") en el momento de declinación del Edipo, no originen sin embargo una estructura homosexual. Conviene tener siempre presente las características del terreno psíquico en el que tienen lugar las identificaciones. Además, respecto del asunto que se está comentando, es de fundamental importancia precisar si está operando la represión o la renegación.

De todas formas, si lo que se está gestando es una organización neurótica, la identificación clásicamente descrita en la homosexualidad puede ser resignificada retroactivamente desde la teoría identificatoria estructural, como una identificación secundaria a un objeto elegido anaclíticamente y luego resignado, al final del Edipo.

Las elecciones narcisistas de objeto en el Edipo (elección del padre por parte del varón, y de la madre por parte de la niña, en los respectivos complejos de Edipo negativos) prefiguran o anticipan los componentes narcisistas de toda elección de objeto más tardía, relativizando la oposición un tanto radical entre elección de objeto narcisista o por apoyo.

1.7. Segunda tópica. Identificaciones yoicas, superyoicas e ideal-yoicas

El denominado *codo de los años 20* significó un giro particularmente marcado en su manera de entender el funcionamiento de la psique. Freud creó la segunda tópica, la segunda teoría de las pulsiones (Eros-Tánatos) y la identificación estructural. La TIF sufrió cambios trascendentales, a todos los niveles. Así, a partir de *El yo y el ello* (1923), el uso explícito del calificativo **primaria** para un tipo de identificaciones que ya había descrito dos años antes en *Psicología de las masas y análisis del yo*, reorganizó todo el tablero identificatorio: permitió repensar las narcisistas y las edípicas –aludidas en los apartados anteriores– como modalidades de identificaciones **secundarias** a la pérdida o resignación de un objeto.

Por otra parte, instituida la segunda tópica, Freud comenzó a referirse a variantes de las identificaciones secundarias edípicas, desglosándolas según fueran constitutivas del yo, del superyó o del Ideal del yo. De manera concomitante a la creación de la segunda tópica, Freud hizo un uso más amplio del mecanismo de interiorización⁴⁶: las identificaciones secundarias edípicas comenzaron a inscribir, al mismo tiempo, rasgos en varias instancias psíquicas. Por esta misma vía renovó la teoría del conflicto psíquico: algunas modalidades de relación con los objetos externos podían interiorizarse y reiterarse en la psique. En términos más amplios, el mecanismo de interiorización nominaba la transformación de algo primariamente intersubjetivo en intrapsíquico.

Como introducción al apartado siguiente se sugiere la lectura de II, 10.2., donde se ofrece un panorama de la evolución del pensamiento de Freud sobre el yo, antes de cotejar –en II, 10.5– la concepción de esta instancia en las tres teorías.

1.7.1. El yo en la teoría freudiana. Identificaciones yoicas

En el apartado anterior se describieron tanto el terreno como las características de las identificaciones secundarias edípicas. Lo dicho allí es válido para las identificaciones que configuran al yo. Se subrayará el lugar central atribuido por Freud al complejo de castración en estas modalidades identificatorias y la tipificación sexual que producen. Por otra parte, al ser el yo, simultáneamente, consciente e inconsciente, estas identificaciones no harán sino reforzar su escisión.

Freud planteó que mediante estas identificaciones se conformaba también el carácter del yo, al que describió como

"[...] una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, [que] contiene la historia de estas elecciones de objeto." [*El yo y el ello* (1923), OCFAE, XIX, p. 31]. Lo que está entre corchetes es mío.

El yo de la segunda tópica aparece especialmente relacionado en Freud con las identificaciones que se producen durante el complejo de Edipo; en cambio, el origen identificatorio del yo narcisista no encuentra un desarrollo explícito en su obra. Para precisar este aspecto podría recurrirse a tres ideas suyas: 1) a la resolución de las elecciones narcisistas de objeto en el Edipo; 2) a la identificación narcisista propuesta en *Duelo y melancolía* (1915) y 3) a la ya comentada nota al pie del capítulo III de *El yo y el ello*.⁴⁷

Casi todas las identificaciones descritas por Freud suponen una implicación del yo y su sistema. Así, las primarias intervienen en la constitución del yo-placer purificado y del Ideal del yo. Las narcisistas estructurarían el yo en tanto núcleo primario de identidad. Las secundarias edípicas dan origen al yo-instancia de la segunda tópica, al superyó y remodelan al Ideal del yo. La identificación homosexual

"[...] trasmuda al yo respecto de un componente en extremo importante (el carácter sexual), según el modelo de lo que hasta ese momento era el objeto". [*Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), OCFAE, XVIII, p. 102].

Las identificaciones oníricas representan al yo por medio de uno o varios personajes en el sueño. En las masas, se produce las identificaciones múltiples y recíprocas entre todos los yo pertenecientes a cada uno de los miembros que participan de dicho agrupamiento; a la par, se instala al líder en el lugar del Ideal del yo.

1.7.2. El superyó y las identificaciones que lo estructuran

El superyó hace referencia a aquella dimensión del sujeto psíquico en la que ha quedado impreso el conjunto de prohibiciones y permisiones –como así también el sistema de idealizaciones– propios de la cultura en la que el recién nacido ha devenido sujeto. Clásicamente se atribuye al superyó las funciones de auto-observación, conciencia moral y regulación de la autoestima, en tanto los ideales a imitar aparecen inscritos en una instancia asociada: el Ideal del yo. Tras una somera revisión de las ideas del vienés sobre ambas estructuras psíquicas se pasará revista a las identificaciones constitutivas de las mismas.

1.7.2.1. Superyó e Ideal del yo

Según Freud, estas instancias psíquicas emergen de las vicisitudes de la declinación del Edipo, como avatar relacionado con la renuncia a los objetos de amor-odio y de deseo, propios de dicho complejo. La remodelación ulterior de estas instancias contará con la influencia de factores educativos, sociales, culturales, religiosos, etc.⁴⁸ Si bien la denominación de superyó surgió tardíamente en la obra de Freud –en *El yo y el ello* (1923)–, esta dimensión subjetiva y las funciones atribuidas a ella, ya estaban conceptualizadas con claridad en los períodos previos, bajo otros nombres. Así, en el *Proyecto de psicología* (1895), apuntó:

"[...] y el inicial desvalimiento del ser humano es *la fuente primordial* de todos los *motivos morales*". (OCFAE, I, p. 363). Las cursivas son del autor.

En *La interpretación de los sueños* (1900), las funciones atribuidas a esta instancia ya habían aparecido bajo el término de *censura*; en trabajos posteriores como *conciencia moral* o sentimiento de culpa inconsciente. La existencia del superyó determina otra escisión del sujeto psíquico:

“Vemos como una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia críticamente, la toma por objeto [...]”. (OCFAE, XIV, p. 245).

Esta cita de *Duelo y Melancolía* (1915) anticipó aquello que años después fue desarrollado en *El yo y el ello* (1923) y en *El problema económico del masoquismo* (1924): el superyó es un excelente caldo de cultivo para la pulsión de muerte. Sin embargo, conviene saber que el superyó no es sólo un nuevo nombre para estructuras psíquicas descritas con anterioridad. La segunda tópica y la nueva teoría pulsional cargaron a esta instancia de significados conceptuales ausentes en los predecesores. La acuñación del superyó supuso la introducción de matices importantes, sobre todo si se tiene en cuenta las facetas del mismo que lo engarzan conceptualmente con la nueva teoría de las pulsiones aparecida en *Más allá del principio del placer* (1920). A través del superyó, Tánatos devino un componente omnipresente en la teoría del conflicto psíquico y de la formación de síntomas. Las renunciadas pulsionales y los fenómenos de desexualización -con la defusión pulsional que conllevan- se engarzaron, a partir de 1923, con el funcionamiento de esta instancia. Estos aspectos tuvieron una incidencia directa en el tema central de este trabajo; en I, 6.4.1. se señalan con más detalle las consecuencias que genera la desexualización que acompaña a la consumación de tales identificaciones.

Se le podría aplicar también al superyó una de las características que Freud atribuyó a la pulsión: ser una *Konstante Kraft*, una fuerza constante, que se impone como ley, como imperativo categórico. Según el vienés, la crueldad del superyó está en relación de dependencia con la carga o perentoriedad de las pulsiones reprimidas.⁴⁹

El sentimiento de culpa quedó articulado con esta instancia; en *El malestar en la cultura* (1930 [1929]) se refirió a los afectos que él induce en el yo: temor al castigo por las transgresiones (ya sean reales o fantaseadas) y miedo a no ser amado por el superyó. Ambos estremecimientos reflejan la extrema dependencia infantil ante los objetos primarios, que la identificación constitutiva del superyó perpetúa.

Otra forma singular de afecto -el sentimiento de inferioridad- emergerá ante la constatación de las diferencias entre el Ideal del yo y el yo actual (Cfr. *El problema económico del masoquismo*). Por esta vía, el sistema superyó-Ideal del yo interviene, según Freud, en la regulación de la autoestima.

En tanto instancia que encarna la ley, sancionará los quebrantamientos de la misma. Esto habla de la constrictión que ejerce el superyó sobre otras dimensiones del sujeto psíquico y, concretamente, el papel que cumple en mantener frenadas las mociones pulsionales. Ya se comentó que estas últimas no son domesticables; por lo tanto, se realimenta del conflicto psíquico entre el superyó y las pulsiones.

El Ideal del yo, en tándem con el superyó, establece los ideales a imitar o alcanzar. De neta raigambre narcisista, esta instancia es procesada por el complejo de Edipo y la castración.⁵⁰ El Ideal del yo exige perfección; es un factor tenaz que tiende a desbaratar la autoestima; es también un lugar privilegiado para la anidamiento de la pulsión de muerte, generador de batallas sado-masoquistas en la psique.

Las identificaciones que constituyeron el Ideal del yo internalizaron los valores imperantes en la familia de origen y en los grupos secundarios donde el sujeto desplegó su existencia. Se trata, pues, de una transmisión e implantación de los ideales que circularon en el entorno objetal del sujeto psíquico.

1.7.2.2. Las identificaciones superyoicas e ideal-yoicas

“El superyó es el heredero del complejo de Edipo”. He aquí una frase repetida cada vez que se suele hacer referencia a cómo Freud planteó el surgimiento de esta instancia psíquica. Se trata de una de las formas paradigmáticas de lo que en el apartado I.G.6.5., de la *Introducción general*, ha sido designado como “acercamiento aforístico” al texto freudiano.

Basta recordar algunos desarrollos de *Tótem y Tabú* (1913), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El malestar en la Cultura* (1930 [1929]), *Nuevas conferencias de introducción al*

Psicoanálisis (1933 [1932]), *Esquema del Psicoanálisis* (1940 [1938]) y el capítulo III de *El yo y el ello* (1923) para comprobar que el surgimiento del superyó no fue teorizado de manera simplista. Es cierto que él escribió que el superyó era el heredero del complejo de Edipo, idea que en cierta forma retomó en *El yo y el ello*, precisando que surgía por medio de identificaciones secundarias que internalizaban las exigencias y prohibiciones parentales. Pero, en los textos recién citados, especialmente los producidos desde 1923 hasta su muerte, Freud reiteró otras ideas sobre la aparición del superyó; a saber: la larga dependencia infantil del cachorro humano -motivada por su prematuración- los fenómenos de herencia, tanto filogenéticos como culturales, las relaciones del narcisismo con las instancias ideales, los fenómenos de defusión pulsional y su relación con la severidad del superyó, etc.

En *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924), tras afirmar que en la declinación del mismo las investiduras de objeto eran resignadas y sustituidas por identificaciones, agregó que la autoridad del padre o de ambos progenitores, era introyectada en el yo, y se convierte en el núcleo del superyó, tomando prestada del padre su severidad. (OCFAE, XIX, p. 184).^{51*} En otras palabras, el superyó emergería de los complejos de Edipo y castración conformado por medio de identificaciones; se asegura, a la vez, la permanencia en lo inconsciente (represión mediante) de los remanentes edípicos que no siguieran las vías identificatoria, sublimatoria ni la de la inhibición de las pulsiones en su fin.

Como puede apreciarse, Freud teorizó al superyó no sólo como un residuo, un sedimento identificatorio de las primitivas elecciones de objeto sino también como una intensa formación reactiva contra esas mismas elecciones.

Si todas las puntualizaciones antedichas hablan de la estrecha relación entre esta instancia y lo edípico, cabe agregar que en reiteradas ocasiones el vienés señaló también la raigambre narcisista del sistema superyó-Ideal del yo. En esta oportunidad, nuevamente, la resignificación retroactiva de sus textos puede evitar lecturas simples, generadoras de esquemas evolutivos lineales.

En 1.3.4. de este mismo capítulo, al comentar la identificación primaria, se ha señalado la importancia que Freud adjudicó al padre, al punto tal de considerarlo como el objeto de dicha identificación. Esto convierte en insuficientes las referencias a *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924) y *El yo y el ello* (1923) para entender cómo él concebía la formación del superyó. Se requiere un rodeo por la "incorporación" de ese padre y por la cuestión del complejo paterno, problemáticas que reenvían a *Tótem y Tabú* (1912-13), para apreciar otras inscripciones más tempranas que hacen a la formación del superyó.

¿Debe entenderse esto como la presencia en los textos freudianos de un "superyó temprano", a la manera de M. Klein? La respuesta es negativa, aunque por razones múltiples no pueden ser expuestas en este contexto y momento. Se dirá tan sólo que Freud no acostumbraba a postular la génesis puntual de las instancias psíquicas; más bien refería momentos de fundación (identificaciones primarias) y tiempos -habitualmente largos- en que estas instancias se remodelaban (identificaciones secundarias).

Se tomará en consideración otra cita extractada de *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932):

"Así, el superyó del niño no se edifica según el modelo de sus progenitores, sino según el superyó de ellos; se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición, de todas las valoraciones perdurables que se han reproducido por este camino a lo largo de las generaciones". (OCFAE, XXII, p. 62).

En otras palabras, el superyó del infante surge por identificación al superyó parental. Si es así, cabe colegir que el superyó de los padres no aparece en escena justo en los momentos de la declinación del complejo de Edipo en el niño/a. En efecto, los objetos primarios se acercan al recién nacido con una estructura psíquica plenamente conformada, que incluye, por supuesto, la dimensión superyoica y un sistema idealizante que ellos ya han hecho suyos a partir de sus propios padres. Estos objetos primarios actúan *in toto* frente al recién nacido; es decir, desde todas las dimensiones que los caracterizan.⁵² Ya en los primerísimos años de vida se le transmiten al *infans* las permisiones, prohibiciones y sistemas de valores propios de los progenitores, quienes, a su vez, refractan los imperantes en la cultura que viven.

Esto no obsta para que durante el Edipo y en la declinación del mismo, estas instancias culminen su conformación infantil y que, más tarde, continúen remodelándose fuera del ámbito estrictamente familiar, en el seno de los grupos secundarios. Esta perspectiva aparece apenas bosquejada en Freud sin que haya sido formalizada teóricamente. Fue Lacan, con su enfoque estructuralista, quien explotó al máximo esta senda y lo hizo aplicando **sistemáticamente** la reorganización retroactiva –la *nagträglichkeit*–. La cuestión del origen se redefinía siempre a-posteriori para el psicoanalista francés. Esto lo alejó de Freud que poseía (o padecía) una filia por los orígenes.

Percatada también de estos *impasses* freudianos, Melanie Klein los intentó resolver a su manera; antedatando: superyó temprano. Según ella, las proyecciones agresivas sobre el objeto van seguidas de impulsos incorporativos, orales, que instalan objetos persecutorios en el superyó del lactante, y lo atormentan desde el interior, con su severidad. El superyó kleiniano deriva más de la acción de Tánatos que del superyó de los padres y de aquello que aparece en Freud bajo el nombre de complejo paterno.^{53*}

Plantear la génesis identificatoria del Ideal del yo sin introducir demasiados elementos proyectivos en la lectura de los textos freudianos, pasa quizá por ser planteada en los siguientes términos: el Ideal del yo procede de las tempranas identificaciones primarias, se remodela secundariamente en el Edipo y sigue su conformación en el seno de los grupos secundarios (véase *infra*, el apartado 1.8.3. *Identificación en el seno de las masas*). El superyó aparece conectado con el desamparo originario (*Proyecto de Psicología*), con la trasmisión del superyó parental, con las identificaciones edípicas y post-edípicas (influencia de maestros, profesores, ídolos, etc.). Cabría dilucidar si Ideal del yo es utilizado por Freud, en la década 1913-1923, como sinónimo de superyó.

Freud remarcó también la importancia de lo acústico, de las cosas escuchadas y leídas, en fin, de las representaciones de palabra, para las identificaciones constitutivas de ambas instancias. Esto ha dado pie a Lacan a incluir estos aspectos en sus identificaciones simbólicas.

1.8. Las relaciones sociales⁵⁴

Freud inauguró una nueva perspectiva en el estudio de lo social al postular la presencia de lo inconsciente en todos los campos de la cultura. *Tótem y tabú* (1913) abrió esa senda; luego, las reflexiones de *Más allá del principio del placer* (1920) se convirtieron en los precursores de las ideas que sobre lo social pueden hallarse en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1927), *El malestar en la cultura* (1930 [1929]) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-1938]). Estos escritos son los hitos principales de un trayecto en el que Freud fue articulando lo individual, lo grupal, lo social y la historia de la humanidad.

De ese enorme bagaje de pensamientos, en las páginas que siguen se han reunido las reflexiones del vienés que conectan lo social con la estructuración subjetiva y aquellas otras referidas a los procesos identificatorios que tienen lugar en el seno de las masas. Como marco general a lo que se expondrá, cabe consignar la oposición de Freud a dividir dicotómicamente lo social y lo individual. La interpenetración de ambos espacios se hará más evidente en el capítulo 2 de esta primera parte, en que se estudiarán los mecanismos descritos por Freud que establecen las conexiones entre uno y otro campo. El presente apartado se desarrollará con esta secuencia:

- 1.8.1. Dimensión social psíquicamente inscripta
- 1.8.2. El sujeto en lo social
- 1.8.3. Identificación en el seno de las masas
- 1.8.4. Idealización versus identificación

1.8.1. Dimensión social psíquicamente inscripta

Se lo dirá de entrada: el sujeto psíquico es social desde los primeros momentos de su existencia. La estructuración psíquica de un nuevo sujeto es impensable fuera de ese contexto. El sustrato biológico que constituye el recién nacido humano es inmediatamente capturado por las redes sociales y culturales de la que los padres son los representantes más próximos. La pura naturaleza deviene

producto cultural en esa trama. El correr del tiempo no hará sino ampliar ese tejido social primigenio. Lo psíquico puede ser visto desde esta perspectiva como lo social subjetivado. El sujeto deviene un lugar de engendramiento y metabolización de las múltiples transferencias que operan en las redes sociales y el mundo de los objetos animados e inanimados que le circundan. Los ensayos freudianos citados en la introducción de este apartado precisaron de un modo taxativo estas ideas.

Lo que en el diagrama del sujeto –inserto en IV, 2.5.– se ha denominado *dimensión social psíquicamente inscripta* intenta reflejar de manera sintética esa idea. El sujeto que allí se esquematiza y que se está describiendo a lo largo y ancho de este capítulo es -de hecho y desde su primer día de vida- sujeto social. Esta perspectiva, implícita en el primer cuarto de siglo de la producción de Freud, adquirió formalización teórica a partir de 1920. La revisión de sus textos anteriores, a la luz de lo escrito desde 1920 en adelante, no sería benévola con una buena parte de los conceptos freudianos elaborados desde una perspectiva endopsíquica, solipsista. Por ejemplo, la idea de un autoerotismo que no incluya la intersubjetividad o la concepción de un aparato psíquico cerrado sobre sí mismo, no pasarían fácilmente por ese filtro. Tampoco, la noción de narcisismo primario absoluto y la anobjetalidad que conllevaba.

Abundar sobre estos aspectos no implica propender a la dilución del sujeto en lo social ni sustituir el enfoque psicoanalítico por el sociológico. Se trata en todo caso de pensar y conceptualizar cada singularidad subjetiva, teniendo siempre presente el contexto de alteridad que funda la vida psíquica y en la cual, luego, el sujeto se despliega. En otras palabras, y pese a los grandes aportes que en esa dirección han realizado M. Klein y Lacan, continúa siendo una asignatura pendiente, la reformulación de muchos conceptos elaborados por Freud entre 1900 y 1920, a partir de lo explicitado en la última época de su obra.

Cualquier concepto analítico –no sólo el de identificación– debería tener un genio tal que le permitiera dar cuenta del carácter relacional e interactivo de la vida psíquica. El sujeto ha sido, es y será relacional. Lo psíquico "personal", fundamento de una identidad obtenida por identificación, es además un producto social y cultural, logrado mediante una tarea de constitución, diferenciación y separación que jamás ha sido pacífica... y que jamás deberá darse por acabada. La identificación hace junturas y fronteras en esos territorios.

1.8.2. El sujeto en lo social

Si en el apartado anterior se hizo referencia a lo social que deviene subjetivo, en éste se pretende invertir la perspectiva: se hablará de la presencia de un sujeto ya constituido en el ámbito de las relaciones sociales. El psicoanálisis aborda lo social, poniendo su mira en el conjunto de fenómenos inconscientes y libidinales que acontecen en la interacción de las subjetividades singulares. En tales vínculos, el sujeto pone en juego todas y cada una de las vertientes subjetivas que le son propias, tal como aparecen en el esquema del sujeto (IV, 2.5). Se trata de relaciones objetales; cada sujeto interviene en ellas desde todas las dimensiones que le son constitutivas, aunque siempre desde su singularidad. El psicoanálisis pone su ojo en los aspectos inconscientes de tales relaciones. El sujeto va generando transferencias sobre los demás y, a su vez, se ve capturado en las redes transferenciales que los otros producen.⁵⁵

La teoría psicoanalítica estudia lo social como un conjunto de transferencias complejas, múltiples, recíprocas, establecidas entre muchos sujetos. Hablar de transferencias presupone lo inconsciente; el enfoque psicoanalítico –sin pretender abarcar la totalidad de lo social– recorta en ese vasto campo un objeto propio y específico: los aspectos libidinales, inconscientes, deseantes, narcisísticos, en las relaciones entre sujetos. Desde esta perspectiva, lo social es una combinatoria compleja de las transferencias múltiples que se generan en las relaciones humanas; los sujetos se integran en las redes sociales –para constituir las– mediante transferencias. Pero además, se conforma como sujeto en el seno de estas mismas redes transferenciales.⁵⁶

La sublimación funciona como otro conector del sujeto con la cultura. Es también –al igual que la identificación– un concepto límite entre lo psíquico y social, pero tiene una dirección opuesta: va de lo más íntimo del sujeto al contexto comunitario.

Los interrogantes más difíciles de responder serán aquellos que plantean el qué, cómo, cuándo y cuánto de lo subjetivo se pone en juego para la constitución de los grupos sociales; en qué medida la conformación de los mismos y su funcionamiento suponen leyes propias de los grupos, y cómo se sale de la inútil dicotomía social - subjetivo sin perder la perspectiva psicoanalítica en ambos campos. El concepto de identificación ilumina esos pasos fronterizos.

1.8.3. Identificación en el seno de las masas

Freud señaló que la formación de las masas reposaba en el siguiente fenómeno: identificación yóica de los miembros que la componen, consumada gracias a un elemento compartido: todos tienen proyectado su Ideal del yo en el líder del grupo. El vienés consideraba que la masa constituía una especie de resurgimiento de la horda primitiva, con su jefe autoritario y con la necesidad de cada integrante de ser amado por el conductor. Éste, a su vez, por su narcisismo exacerbado, no es demasiado proclive a amar a los demás. Freud atribuyó que la vivencia de desamparo lleva a buena parte de los seres humanos a abandonarse y someterse a la dependencia de un jefe o conductor de tal naturaleza.

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) citó a McDougall, Le Bon, Tarde y Trotter; aceptó algunas tesis de estos autores pero en lo esencial polemizó con sus ideas, señalando los desacuerdos. Ellos sostuvieron que el individuo incorporado a la masa exacerbaba sus manifestaciones afectivas y reducía las intelectuales, ya sea por efectos de la *imitación* (Tarde), del *contagio* (Le Bon) o de la *simpatía* (McDougall). Sin embargo, no dieron una explicación de las causas de esos fenómenos. Freud propuso una interpretación psicoanalítica de tales cambios: proyección del Ideal del yo de cada sujeto en el líder de la masa e identificaciones concomitantes entre los diferentes miembros de la misma. En las masas, el sujeto sufre una regresión; inhibe sus facultades intelectuales, exagera las afectivas, y se hace más sensible a los fenómenos de sugestión, imitación y contagio de sentimientos. En esos contextos es habitual acallar las críticas internas y se manifiesta una “compulsión a hacer lo mismo que otros.”

En síntesis, Freud describió dos tipos de vínculos libidinales y afectivos en las masas: uno, dirigido al líder, y otro, derivado del anterior, que consiste en identificaciones yóicas recíprocas entre los integrantes del grupo. El conjunto da una enorme cohesión del grupo. En tales agrupamientos, al igual que en los fenómenos hipnóticos y sugestivos, las metas sexuales están inhibidas; igualmente, la agresividad entre sus miembros.

Pese a la claridad con que Freud expuso estos asuntos, la formación de las masas no deja de plantear algunos interrogantes. ¿Es sólo bajo el influjo de estos fenómenos que pueden constituirse los agrupamientos humanos? El nudo gordiano queda resumido en este interrogante: ¿cómo compatibilizar el narcisismo y lo social, que son antinómicos? ¿Cómo se agrupan individualidades que tienen componentes narcisistas estructurales e irreductibles?

Esta paradoja no escapaba a Freud, que planteó explícitamente -a veces- y entre líneas en otras ocasiones, algunos argumentos para resolverla. En lo fundamental se apoyó en ciertas posibilidades de transformación del narcisismo en su paso por el alambique de la castración: surgimiento del Ideal del yo, fenómenos de enamoramiento, idealizaciones con menor carga de omnipotencia, identificación, empatía, etc. Juzgó que estos mecanismos eran especialmente operativos en los lazos sociales. La trama conceptual en la que se fundaba su manera de entender estas cuestiones puede construirse reuniendo afirmaciones dispersas en sus textos sobre el narcisismo y en ciertas disquisiciones de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). En el apartado siguiente se expondrán los hilos principales que conforman dicho entramado argumental.

1.8.4. Idealización versus identificación

Ya se dijo que el pasaje por el narcisismo deja huellas en la estructura subjetiva por medio de instancias psíquicas estables y permanentes. El yo es una de ellas; pero cabe considerar otras dos, que configuran un sistema idealizante: el yo ideal y el Ideal del yo. Respecto del primero puede decirse que

es el heredero directo de los atributos que otrora caracterizaron al yo narcisista, a saber: perfección, omnipotencia, completud, ilusión exacerbada, etc.

"El narcisismo aparece desplazado sobre este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas." [*Introducción al Narcisismo* (1914); OCF AE, XIV, p. 91].

En cambio, la formación del Ideal del yo supone una destilación del narcisismo infantil en su pasaje por el complejo de Edipo y el de castración. Constituye una forma de desplazamiento, que conjuga conservación y modificación del primitivo amor a sí mismo, por medio de una instancia que alberga los ideales a alcanzar. En los textos de Freud coetáneos a la segunda tópica el Ideal del yo aparece vinculado al superyó, y su formación es más tardía que la del yo Ideal. Si este último es un desplazamiento directo del narcisismo infantil, el Ideal del yo acaba su modelación infantil con la declinación del Edipo. Ambos se constituyen por identificación con objetos idealizados, uno durante el narcisismo y el otro en el transcurso del complejo edípico.

En los textos de Freud, las diferencias recién apuntadas entre ambas instancias, aparece insinuada. Con posterioridad, varios autores han intentado discriminarlas con mayor claridad; entre ellos, D. Lagache y J. Lacan. Este último consideró al Ideal del yo como una introyección simbólica, en tanto el yo ideal sería la fuente de proyecciones imaginarias.

Estas puntualizaciones permitirían discriminar una idealización de carácter masivo, omnipotente, cuyo punto de partida sería el yo ideal; y otra, originada en el Ideal del yo, que supone una idealización destilada, producto de la transformación del narcisismo en su pasaje por los complejos de Edipo y de castración.

Ambas idealizaciones pueden recaer tanto sobre el yo como sobre el objeto; en cualquier caso implicará una sobrevaloración de uno y otro. En este contexto se hará especial mención a las idealizaciones del objeto puesto que son las implicadas en el tema que se está tratando: la constitución de las masas y la distinción entre identificación e idealización. Las diferencias fundamentales entre estos dos mecanismos pueden resumirse así:

- En la idealización hay un empobrecimiento libidinal por sobreinverturas del objeto externo; en cambio, en la identificación se incrementa la libido narcisista; sus correlatos: algunos rasgos de los objetos pasan a formar parte del yo, enriqueciéndolo.
- Si la idealización supone la persistencia de un objeto externo sobreinvertido, la identificación entraña una pérdida del objeto con su posterior instalación en el yo.
- En la idealización, el objeto es puesto en lugar del Ideal del yo, mientras que en la identificación, rasgos del objeto son introyectados en la estructura psíquica.
- La idealización -sobre todo la originada en el yo ideal- tiende a la indiscriminación sujeto-objeto, mientras que la identificación tiende a la diferenciación.

Con estas precisiones, se volverá a las identificaciones en el seno de las masas. La constitución de lazos sociales suponía para Freud la ligazón libidinal de componentes que, en sí mismos –desde sus narcisismos– son refractarios a la aglutinación. Freud retomó en cierto sentido lo que ya se sabía desde Hegel: la identidad se constituye en una relación de negatividad y negativización del otro. Los fenómenos de incorporación -con la consiguiente destrucción del objeto- y los caracteres de la identificación narcisista muestran este aspecto a gran orquesta. Sólo las identificaciones secundarias edípicas introducen una cierta pacificación.⁵⁷

Freud parece resolver el problema recurriendo, en lo esencial, a la técnica que caracteriza a las artes marciales: la utilización de la fuerza del contrincante. Así, obstáculo y resolución tienen carácter narcisista: la oposición a la reunión con los otros -fenómeno consustancial al narcisismo- es vencida por otra manifestación narcisista: el común enamoramiento del líder, que favorece la cohesión del grupo. Por el rodeo de compartir el amor, los miembros de la masa se aglutinan y frenan el narcisismo que atentaría contra el agrupamiento. Sus efectos: idealizaciones más o menos masivas, según cuáles sean sus fuentes (yo ideal o Ideal del yo); la negación de la agresividad, que permanecerá latente o se dirigirá hacia otros grupos o personas exteriores; la creencia en un estado de gracia, sin conflictos,

para el conjunto humano identificado entre sí y con el líder. Freud atribuyó un papel especialmente importante a una manifestación de esta modalidad de identificación: la empatía (*Einfühlung*).

Estas disquisiciones traen de la mano otro interrogante: ¿es posible la identificación sin pérdida de objeto? Freud señaló que algo de ese orden acontece en las masas: se conserva el objeto, se produce la identificación yoica entre los sujetos, se aloja al líder en el lugar del Ideal del yo; la idealización acomete plenamente su tarea alienadora, perpetuando el vínculo de índole regresiva con el objeto. Esta es otra especificidad de las identificaciones en las masas: no suponen la cancelación de la relación objetal ni implican por consiguiente un aumento del patrimonio psíquico; en su lugar está el enamoramiento y la fascinación por el líder. El ideal colectivo surge de la convergencia de los Ideales del yo de cada sujeto en la persona del conductor.

En síntesis: la identificación en el seno de las masas supone dos aspectos de un mismo movimiento narcisístico; primero: el líder es colocado en el lugar del Ideal del yo; se lo idealiza; es decir, se desplaza la exaltación yoica de cada miembro del grupo hacia el líder. Segunda faceta: identificación -horizontal- entre los partícipes del agrupamiento. De manera paradójica, esta identificación limita el narcisismo que impedía la reunión en la masa, pero, a su vez, lo recrea.

Asimismo, en esos conglomerados humanos se producen algunas identificaciones post-edípicas que remodelan las instancias estructuradas en la primera infancia. En particular, las identificaciones superyoicas e ideal-yoicas suelen encontrar en tales agrupamientos objetos que brindan rasgos diferentes a los familiares. De ahí que se puedan detectar en esas instancias trazas heterogéneas a las provenientes de los objetos primarios.

1.9. Síntesis

En este capítulo se abordaron algunos conceptos freudianos que están estrechamente conectados con la identificación. Se los enfocó especialmente en aquellos aspectos que los vinculaban al tema en cuestión. Se estudiaron los siguientes articuladores teóricos:

Sujeto y objeto. La originalidad de Freud en este asunto consistió en postular un nuevo sujeto fundado en dos articuladores claves: inconsciente y pulsión. De manera subsidiaria elaboró una noción de objeto acorde con el primero. Los vocablos sujeto y objeto son polisémicos en su teoría; sus múltiples nevaduras imponen la tarea de descubrir los planos diferentes en que fueron abordados como así también los múltiples circuitos relacionales en que fueron inscritos. Una diferencia importante con las concepciones filosóficas sobre el tema reside en que el vienés no enfrentó el sujeto al objeto; para él no eran entes sustanciales ni estaban definidos por su oposición; más bien los concibió interrelacionados y entrelazados; siempre inmersos en vínculos libidinales.

Pensar estas problemáticas desde Freud supone romper con una noción bastante extendida de sujeto como sinónimo de organismo viviente; y de objeto, como entidad material concreta, sustancial, enfrentada al primero.

El sujeto freudiano está en un *lapsus*, en un sueño, en un rasgo del objeto, en los síntomas, en los efectos que una interpretación analítica producen en él. Es causa y consecuencia de las identificaciones: los otros -sujetos ya constituidos-, actúan en calidad de objetos que ofrecen sus rasgos para que ese sujeto se estructure.

El sujeto freudiano es huella mnémica y circulación de representaciones. Está hecho de “materialidad” psíquica: no es un ente orgánico asible; es virtual. Habita en el mundo del lenguaje y es habitado por las pulsiones de vida y muerte; compulsado por esta última, hará de la repetición su modo de manifestarse. Fundado en la represión, se mostrará por medio de retornos de lo reprimido. Aflorará en la asociación libre.

En sus textos, el sujeto psíquico aparecía articulado con el cuerpo y lo social; en dichas fronteras se situaron dos conceptos-puente: pulsión e identificación, según puede verse en el esquema inserto en IV, 2.5. Freud describió en ese sujeto las siguientes dimensiones psíquicas: inconsciente, pulsional, fantasmática, narcisista, edípica, yoica, superyoica, transferente. De manera concomitante discriminó: el objeto de la necesidad, el objeto parcial de la pulsión, el objeto del deseo, el objeto fantasmático, el objeto total de amor, el objeto de la transferencia, etc.

Sujeto y objeto de la identificación. ¿Quién es el agente activo de la misma? ¿Quién es el objeto y qué funciones cumple? ¿Cuáles son las características del sujeto que surge como efecto de las identificaciones? Las respuestas a estas preguntas ponen de manifiesto el perfil propio de la TIF. El primer interrogante intenta resolver un dilema que se presenta siempre al leer sus escritos: ¿el sujeto preexiste a la identificación o es efecto de la misma? Este asunto no ha sido zanjado de manera explícita en su obra. La segunda pregunta intenta precisar cuál es la fuente de los rasgos, aspectos, atributos o propiedades que el niño va haciendo suyos, para convertirlos en elementos constitutivos de su aparato psíquico. En términos más amplios, pretende aclarar el alcance y las funciones del objeto en la estructuración del sujeto. En ese contexto se subrayó una contradicción de la TIF: ¿por qué, tras la introducción de la segunda tópica y la teoría estructural de la identificación, siguió sosteniendo que el infante era el agente, motor y efecto –causa y consecuencia a la vez– de dicha estructuración? La tercera pregunta ya ha sido respondida en la puntualización anterior, al caracterizar al sujeto freudiano.

En el marco de la TIF se consideraba **objeto de identificación** a todo aquél que haya ofrecido algún rasgo o característica que el niño capturó *activamente* y lo transformó en elemento estable de su aparato psíquico. Se entenderá, entonces, que es sólo después de un intenso trabajo analítico que podrá decidirse quién ha funcionado como objeto de identificación para un sujeto.

Lo inconsciente y el deseo. El engarce de la identificación con el inconsciente y su deseo es lo que diferenció a la identificación psicoanalíticamente concebida de otros usos de este mismo vocablo en disciplinas afines y en el lenguaje corriente. Freud se refirió tempranamente en su obra a esta presencia del deseo inconsciente en la identificación histérica y onírica. Con el advenimiento de la segunda teoría identificatoria ese anudamiento devino constitutivo de todas las identificaciones y, en especial, de las secundarias edípicas.

Las pulsiones. Pese a todas las transformaciones que introdujo en la TIF, el vienés siempre siguió concibiendo a ésta como una ramificación de la actividad pulsional, en particular de la oral: el motor del proceso identificatorio fue siempre la pulsión del niño. Freud puso el acento en la tendencia del protosujeto a identificarse más que en la capacidad identificante de los objetos primarios. La maquinaria identificatoria la movía el *infans*, con su tendencia aspirante, introyectiva, incorporativa. Dentro de ese enfoque metapsicológico la pulsión era el medio idóneo, dada la constancia con la que ella busca a sus objetos. En éstos no sólo encuentra a sus objetos parciales que las satisfacen sino y también al objeto de la identificación. Lo dicho puede hacerse extensivo a la autoconservación: la tensión generada por las necesidades vitales conduce a objetos que pueden resolverlas; pero, ellos pueden convertirse también en objetos de identificación.

El narcisismo. El narcisismo se constituyó en un articulador clave en la TIF: toda identificación supone el trueque de libido objetal por narcisista más un proceso posterior de desexualización; juega por lo tanto el rol de agente de cambio libidinal, que opera realizando la subjetivación (literalmente: produce **sujeto**) a partir de rasgos de los objetos.

Han sido sin duda las identificaciones narcisistas -de la homosexualidad, de la melancolía- las que abrieron el paso a tales ideas. En la melancólica puso de relieve la siguiente secuencia: pérdida de objeto → retracción libidinal → reconstrucción del objeto en el yo. Este movimiento devino posteriormente el “alma” de todas sus identificaciones -a excepción de la primaria-.

Se recordó también en este capítulo que la identificación de la homosexualidad masculina [*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910)] va precedida de una elección de objeto infantil, edípica, a predominio anaclítica, que recae sobre la madre. En la declinación del Edipo, esta elección desemboca en una identificación con ella que se verá reforzada durante la reviviscencia puberal del mismo, y que condicionará su elección narcisista de objeto más tardía. Identificado con su madre, elegirá a imagen y semejanza de sí mismo. Actuará con su *partenaire* de la misma forma en que ha sido tratado por su madre.

Freud anticipó en el texto recién citado su teoría estructural, ya que la identificación que allí postuló está en los fundamentos mismos de la constitución psíquica del futuro homosexual. Le faltaba

en esa época el concepto de renegación, que tardaría tres lustros en aparecer; sin él es a todas luces insuficiente explicar el surgimiento de la homosexualidad.

El fantasma. Los objetos de identificación, antes de ser incorporados o introyectados, quedan impregnados con las fantasías del infantil sujeto. Por otra parte, el mecanismo *incorporativo* que Freud asoció a las identificaciones primarias y narcisistas tiene carácter fantasmático. Asimismo el vienés relacionó muy tempranamente identificación y fantasía: ya en el *Manuscrito N*, que acompañaba a la carta dirigida a Fliess el 31 de mayo de 1897 (OCFAE, I, p. 298) hizo referencia a tal articulación.

Complejo de Edipo. Durante su acmé y también en los momentos de la declinación del mismo acontecen las identificaciones secundarias edípicas, a rasgos parciales del objeto. Ellas dejan constituidas y funcionando a pleno rendimiento, todas las instancias descritas por Freud en su primera y segunda tópica. Las características del terreno psíquico en el que se consuman permiten que la elección de objeto de amor y el objeto de identificación se sitúen en vértices diferentes del triángulo edípico.

Segunda tópica. A partir de *El yo y el ello* (1923), el uso explícito del calificativo **primarias** para un tipo de identificaciones que ya había descrito dos años antes en *Psicología de las masas y análisis del yo*, reorganizó todo el tablero identificatorio: permitió repensar las narcisistas y las edípicas -aludidas en las puntualizaciones anteriores- como modalidades de identificaciones **secundarias** a la pérdida o resignación de un objeto. Por otra parte, instituida la segunda tópica, Freud refirió diversas modalidades de identificaciones secundarias edípicas, desglosándolas según se implantaran en el yo, el superyó o el Ideal del yo. En ese mismo periodo hizo un uso más frecuente del mecanismo de interiorización; por esa vía renovó la teoría del conflicto psíquico ya que dicho mecanismo transformaba un vínculo primariamente intersubjetivo en intrapsíquico.

Las relaciones sociales. Freud inauguró una nueva perspectiva en el estudio de lo social al postular la presencia de lo inconsciente en todos los campos de la cultura. *Tótem y tabú* (1913), *Más allá del principio del placer* (1920), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1927), *El malestar en la cultura* (1930 [1929]) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-1938]) son los hitos principales de ese trayecto en el que fue articulando lo individual, lo grupal, lo social y la historia de la humanidad. La TIF recibió efectos de esos movimientos: la estructuración psíquica de un nuevo sujeto es impensable fuera de esos contextos; el sujeto psíquico es social desde los primeros momentos de su existencia. El sustrato biológico que constituye el recién nacido humano es inmediatamente capturado por las redes sociales y culturales de la que los padres son los representantes más próximos. La pura naturaleza se transforma en producto social y cultural en esa trama. El correr del tiempo no hará sino ampliar ese tejido primigenio. Lo psíquico puede ser visto desde esta perspectiva como lo social subjetivado. El sujeto deviene un lugar de engendramiento y metabolización de las múltiples transferencias que operan en las redes sociales y el mundo de los objetos animados e inanimados que le circundan. Los escritos recién citados precisaron taxativamente estas ideas.

En plena realización de este giro teórico de los años veinte describió la identificación en las masas. El vienés consideraba que ellas constituían una especie de resurgimiento de la horda primitiva, con su jefe autoritario y con la necesidad de cada integrante de ser amado por el conductor. Éste, por su narcisismo exacerbado, no era demasiado proclive a amar a los demás. Freud atisbó que la vivencia de desamparo llevaba a buena parte de los seres humanos a abandonarse y someterse a la dependencia de un jefe de tal naturaleza. Describió, entonces, dos tipos de vínculos libidinales y afectivos en esos agrupamientos humanos: uno, dirigido al líder, sobre quien se proyecta el Ideal del yo; y otro, derivado del anterior, que consiste en identificaciones yoicas recíprocas entre los integrantes del grupo. El conjunto da una enorme cohesión del grupo. En las masas, al igual que en los fenómenos hipnóticos y sugestivos, las metas sexuales están inhibidas; igualmente, la agresividad entre sus miembros.

NOTAS DEL CAPÍTULO 1

¹ En este caso convendrá una lectura en paralelo de ambos capítulos. Tómese esta sugerencia como una remisión general y única, que evitará reiterarla cada vez se aborde una modalidad identificatoria concreta.

² Léase al respecto lo descrito en I.G.6.6.

³ En relación a este punto puede leerse el capítulo 4. *Sistematización de la teoría identificatoria freudiana*.

⁴ Véase *infra*, en I, 1.1.6., una breve caracterización de la teoría de M. Klein y de Lacan sobre el sujeto. La primera se retomará con más detalle en II, 10, capítulo dedicado al yo; como es sabido, éste ocupa en su concepción el “polo sujeto”. Las propuestas de Lacan sobre el sujeto del inconsciente serán expuestas en III, 9.; allí se ofrecerá una recopilación de las diversas características del sujeto barrado (\$) que se fueron desplegando en los ocho capítulos anteriores de la tercera parte de esta tesis.

⁵ Usó también otros vocablos: *Person* (persona), *Persönlichkeit* (personalidad), *Mann* (hombre, varón), *Mensch* (hombre, gente, ser humano), *Individuum* (individuo), etc., Ejemplos de estos empleos son los títulos de sendas obras suyas: *La descomposición de la personalidad psíquica* (1933- [1932]); *Der Mann Moses un die monotheistische Religion* cuya traducción –no literal pero muy correcta– *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-38]), omite *Der Mann* (El hombre) inicial, que sería malsonante en castellano. En el capítulo III de *El yo y el ello* (1923) escribió: “Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera y de mayor valencia, del **individuo**: la identificación con el padre de la prehistoria personal”. [(OCFAE, XIX, p. 33); la negrita es mía]. Algunos de los términos mencionados fueron recusados por Lacan, pero, como se verá más adelante, su uso bajo la pluma de Freud dice también algo acerca de cómo él concibió al sujeto. En la primera parte de esta tesis se utilizarán dichos vocablos porque formaron parte del vocabulario empleado por el vienés.

⁶ Este artículo es uno de los pocos en que Freud utilizó el vocablo sujeto.

⁷ Strachey señaló en un anota al pie que “por regla general, ‘sujeto’ y ‘objeto’ se utilizan para designar, respectivamente, a la persona en quien se origina una pulsión (u otro estado psíquico) y a la persona o cosa a la cual aquella se dirige. Aquí sin embargo, “sujeto” parece designar a la persona que desempeña el papel activo en la relación -agente-.”

⁸ Se aporta tan sólo un ejemplo de esta labor: en todos los textos que trató sobre la transferencia, Freud la articuló con lo inconsciente; más aún, consideró que la transferencia era uno de los efectos de la existencia de lo inconsciente. Ahora bien, el vienés se refirió mayormente a la transferencia clínica; es decir: la que se genera entre paciente y analista. Sin embargo, de sus textos se deduce que ella era un caso particular de la tendencia que tienen todos los sujetos a establecerla. De ahí que quepa caracterizar al sujeto freudianamente concebido como *transferente*. Ese carácter se pondrá en juego en cualquier relación con los objetos, tanto dentro como fuera de la situación analítica. Respecto de este punto, véase, *infra*, 1.1.4. *Un esquema del sujeto*.

⁹ Lo afirmado en esta última puntualización se multiplica en las identificaciones en el seno de las masas, según podrá verse en I, 3.6. En ellas juega un papel destacado la ligazón (*Bindung*), que será estudiada en I, 2.8.

¹⁰ A excepción de su narcisismo primario absoluto, anobjetal.

¹¹ Estos aspectos serán retomados más adelante, en 1.1.7.2. *Inscripción del objeto en la psique* y en I, 5.

¹² Permite explicar por qué los hermanos pueden construir representaciones diferentes de un mismo objeto primario.

¹³ Al final de IV, 2.5. se insertó un diagrama que muestra estas dos formas de entender las relaciones entre lo psíquico, lo somático y lo social.

¹⁴ De ahí que las palabras hombre, persona, ser humano, hayan sido utilizadas con frecuencia por Freud; su sujeto no es una entidad lógica como el de Lacan.

¹⁵ Esta caracterización freudiana del sujeto exige trazar fronteras diferenciadoras y puentes entre lo psíquico, lo real del cuerpo y lo social. Reclama, asimismo, evitar tanto los reduccionismos como las diluciones de cada una de estas vertientes del sujeto. El modelo freudiano del sujeto no es monista: entre cuerpo y mente, por ejemplo, no hay unidad sino mediaciones, entrelazamientos, injerencias mutuas. Este punto de vista puede hacerse extensivo para las relaciones entre lo psíquico y social; también para las existentes entre el cuerpo y lo social. Estas especificaciones servirán como otro punto de partida para señalar las coincidencias y divergencias entre Freud, Klein y Lacan sobre el sujeto.

¹⁶ Aquí nos encontramos ante una característica del pensamiento freudiano que Klein amplificó: es como si la psique emergiera de lo biológico –fuente última de la pulsión– más que de lo psíquico de aquéllos que conforman el contexto objetal del recién nacido. Lacan, percibió claramente este callejón sin salida. De todas maneras cabe consignar que la biología humana posee, de suyo, cierta potencialidad de la que no goza lo biológico en los restantes miembros de la especie animal: la de ser **condición de posibilidad** del surgimiento de lo psíquico. Como se plantea en la parte superior del esquema de IV, 2.5. se trata de una biología “*psiquizable*”.

¹⁷ *Elosebarrado* es un neologismo que he creado para referirme al sujeto del inconsciente o al sujeto barrado de Lacan. Se lo utilizará con muchísima frecuencia en la tercera parte de esta tesis.

¹⁸ Este es el término más adecuado si, como es el caso, se comenta la psiquización del recién nacido humano en la teoría kleiniana. Para más detalles sobre el yo en su obra véase II, 10.1.1 a II, 10.1.6. Sobre el par Eros-Tánatos: II, 6.1.1. a II, 6.1.5.

¹⁹ Es posible que haber concebido al yo como una instancia congénita le haya conducido a una de sus aportaciones teóricas de mayor calado: sostener con firmeza la existencia de relaciones objetales desde el inicio de la vida. Ella se

enfrentó a las oscilaciones de Freud al respecto, quién al final de su obra postuló un narcisismo primario absoluto, *anobjetal*. Sin embargo en Klein, el desarrollo del yo parece depender más de las vicisitudes del instinto que del papel que pueda jugar el objeto; aspecto que, como ya se dijo, matizó a partir de 1946. Para más detalles respecto de estas cuestiones véase II, 10.1.5.

²⁰ En II, 10. 1.1. a II, 10.1.6 serán presentadas con más detalles las características del yo en la teoría de Klein; en III, 9. las del sujeto barrado (\$) en Lacan. Por último, en diversos apartados de II, 10 se harán referencias a la teoría que sobre el yo elaboró el psicoanalista francés.

²¹ Una visión sintética de los cambios operados en el pasaje de la teoría funcional a la estructural puede leerse en la Introducción General, apartado I.G.1.1. Este asunto será retomado, desde diferentes ángulos, en todos los capítulos de esta primera parte.

²² El conjunto de estos movimientos están esquematizados en I, 6.4.1. Allí se incluyó un esquema muy ilustrativo del bucle que describe el movimiento identificatorio en Freud Por otra parte, las distintas dimensiones del objeto fueron descritas en la parte izquierda del esquema del sujeto que se presenta en IV, 2.5. Como puede apreciarse en dicho diagrama, un mismo objeto puede funcionar -simultáneamente- satisfaciendo una necesidad, una pulsión, puede ser incluido en una producción fantasmática, ser amado, deseado y también... constituirse en objeto de identificación.

²³ Véase III, 1; III, 9 y III, 10.

²⁴ Sobre las identificaciones yoicas, superyoicas e ideal-yoicas en la TIF, véase *infra*, en I, 1.7.1. y I, 1.7.2. de este mismo capítulo. Las tesis fundamentales de la TIK serán abordadas en la segunda parte de este trabajo; dirigirse especialmente a II, 2., II, 8. y II, 9, aunque se encontrarán referencias en todos los capítulos de la segunda parte. Sobre la identificación introyectiva véase II, 8.

²⁵ Algunas notas complementarias a este tema pueden leerse en el apartado 2.6. del capítulo siguiente.

²⁶ Es interesante señalar aquí, que a diferencia de Freud, las elaboraciones de Lacan le llevaron a vaciar el inconsciente. Véase al respecto III, 4.4.1 y III, 4.4.2.

²⁷ En I, 7.2.1., se incluyen otras citas de *La interpretación de los sueños*.

²⁸ Sería simplificar demasiado este viraje si no se incluyese aquí el concepto de retroacción (*nagträglich*). Ello supone en la teoría de Freud una primera y parcial confluencia de las pulsiones bajo la primacía fálica coincidente con las elecciones de objetos infantiles (edípicas). El narcisismo sería una variante del autoerotismo: se cambia *placer de órgano* por *placer de representación corporal*.

²⁹ Fue Abraham quien hizo bascular la pulsión hacia una vertiente genético-moralista y, tras él, buena parte del psicoanálisis post-freudiano, haciendo del autoerotismo el primer estadio de una organización libidinal (coincidente con la etapa oral precoz de succión, a la que definió como preambivalente y anobjetal), que concluiría en la etapa genital definitiva, caracterizada por el amor post-ambivalente y pleno de consideraciones hacia el objeto. Véase al respecto II, 2.6.3 y el esquema del desarrollo evolutivo incluido en II, 2.6.3.1.

³⁰ Freud no precisó taxativamente el momento en que ellas acontecen; el tema ha sido muy debatido entre los autores post-freudianos. Tal vez algunos caracteres con que la describió permitan conjeturar los tiempos en que ocurren. Sí dijo de ellas que eran las primeras, cuestión tal vez implícita en el adjetivo de primarias con que las calificó.

³¹ Al final de la extensa nota nº 90 de II, 6, en el contexto de un examen del concepto de sublimación en las tres teorías se incluyen referencias sobre algunos aspectos que diferencian en Instinto (*Instinkt*) de la pulsión (*Trieb*).

³² Puede leerse las versiones del mito clásico en I, 5.6.1. En I, 5. se estudian las raíces mitológicas de la TIF.

³³ Estos mismos giros los realizó con el mito de Edipo, como se tendrá ocasión de ver en el capítulo siguiente.

³⁴ Ha de quedar claro que ésta es una propuesta personal, que se inspira, en cierto sentido, en el Estadio del espejo de Lacan, quién a su vez se basó en *Duelo y melancolía*. Freud, en ese texto la describió como la identificación prototípica de la melancolía. Sin embargo en un intento de sistematizar la teoría freudiana –véase capítulo 4–, se la ha reunido junto con la de la homosexualidad, bajo el nombre más genérico de *identificaciones narcisistas*.

³⁵ Desde mi perspectiva –véase la cuarta parte de esta tesis– opto por un enfoque relacional del narcisismo, en contraposición al que lo considera anobjetal. Ya se ha dicho que uno de los grandes aportes de M. Klein ha sido insistir sobre la existencia de relaciones de objeto narcisistas desde el nacimiento. Ellas son un antecedente necesario para las modalidades más discriminadas de vínculos que caracterizan a la triangularidad edípica.

³⁶ En esta línea ha sido especialmente esclarecedor el análisis que, sobre los textos freudianos referidos al narcisismo primario, realizó Jean Laplanche (1970), en su libro *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973, especialmente en el capítulo 4, *El yo y el narcisismo*. Allí comenta las dos líneas presentes en el pensamiento freudiano: una, que podría denominarse *objetal*, presente a lo largo de toda su obra, pero especialmente manifiesta en *Introducción al narcisismo*; y la segunda, que fue adquiriendo preponderancia con el correr de los años, en el que el narcisismo primario es concebido como un estado cerrado sobre sí mismo -una especie de mónada biológica catectizada libidinalmente- y sin apertura al mundo objetal. Esta última línea encuentra especial expresión en *Los dos principios del suceder psíquico* (1911), *El yo y el ello* (1923) y *Esquema de psicoanálisis* (1938). Laplanche señala brillantemente los *impasses* a los que conduce esta segunda corriente.

³⁷ Véase II, 2.2.3.1., y, para más detalles, *Trencadís, gaudianas psicoanalíticas*, V. Korman (2010), *op. cit.*, pp.100 y ss.

³⁸ Complementan este apartado lo expuesto en I, 3.4, I, 3.5. y I, 5.6.3.

³⁹ Freud diferenció siempre las psiconeurosis narcisistas de las psicosis; situó a la melancolía en un lugar diferente a la esquizofrenia, paranoia y parafrenia.

⁴⁰ Se deja señalada una pregunta que constituyó el primer paso para algunas reflexiones personales que serán expuestas en la cuarta parte: ¿la identificación narcisista de la melancolía puede ser considerada como constitutiva del narcisismo primario? Esto supondría otorgarle un rol estructurante del narcisismo y, por lo tanto, tendría una función más importante que si queda confinada a ser sólo patognomónica de una afección: la melancolía. La generalización que Freud hizo de algunas características de dicha identificación –en *El yo y el ello* (1923) – se refiere más bien a la estructuración del yo-instancia de la segunda tópica, pero cabe plantear si mi hipótesis no llenaría un vacío en su teoría respecto a la constitución identificatoria del yo narcisista.

⁴¹ Conviene precisar que en los textos freudianos, la fantasía aparece también vinculada a lo consciente, a lo preconsciente, y a los ensueños diurnos o devaneos. Por otra parte, Freud describe las fantasías originarias, a las que otorga una función y un *status* metapsicológico específico, diferente al que tienen las recién nombradas. En II, 5.8., como antecedente para el cotejo de las tres teorías sobre la fantasía se llevará a cabo un amplio examen de dicho concepto en la obra de Freud, mientras que en II, 5.9. se referirán las elaboraciones de Lacan sobre el fantasma. En el capítulo 5 de la segunda parte se desplegará extensamente la concepción kleiniana acerca de la fantasía inconsciente.

⁴² En I, 3.2., dedicado a las identificaciones edípicas, se complementa lo expuesto en este apartado.

⁴³ En I, 3.2.3.2, se incluyen dos cuadros sinópticos que señalan las elecciones de objeto, las modalidades de identificación que se consuman, tanto en el Edipo positivo como negativo, durante el complejo y en la declinación del mismo. Por otra parte, al final de I, 3.2.4.2. se precisan las diferencias entre el objeto perdido (melancolía) y el objeto resignado (identificaciones secundarias edípicas).

⁴⁴ Se retomará esta cuestión en I, 2.4. *Apropiación*

⁴⁵ Recuérdese que para Freud las identificaciones primarias eran anteriores a toda carga de objeto. Por lo tanto esta identificación sería previa a la elección de objeto. En consecuencia, dentro de la lógica de su pensamiento, si una elección de objeto deviene identificación, aconteció un movimiento regresivo. Se dieron más detalles sobre esta cuestión al inicio del apartado 1.4.4.

⁴⁶ Véase apartado 2.3. del capítulo siguiente.

⁴⁷ Estas tres referencias prefiguran -en cierto sentido- las identificaciones especulares de Lacan.

⁴⁸ En el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* Freud se refirió a un origen más temprano del Ideal del yo, coincidiendo con la consumación de las identificaciones primarias.

⁴⁹ Se trata de uno de los cuatro elementos del desmontaje freudiano de la pulsión: fuente, *carga*, objeto y fin.

⁵⁰ En 1.8.4. *Idealización versus identificación* se tratará nuevamente este aspecto que hace a la conformación del Ideal del yo y que lo diferencia del yo-ideal.

⁵¹ En I, 7.6.7., se incluye una cita textual y más extensa de este artículo de Freud.

⁵² Para decirlo risueñamente, los que conforman el entorno objetual no pueden acercarse al niño guardándose el superyó en el bolsillo.

⁵³ M. Klein desconectó la formación del superyó de la conflictiva edípica y consideró al superyó un objeto interno desde el inicio de la vida. Al postular una elaboración edípica que no pasaba por la renuncia al objeto incestuoso pudo explicar de otra manera algunas cuestiones relativas al superyó, que diferían del pensamiento de Freud. De acuerdo con la teoría de éste, en la declinación del Edipo, acontecen las identificaciones superyoicas, mediando la resignación del objeto. Si, por ejemplo, en el caso del varón el objeto resignado es fundamentalmente la madre (Edipo positivo) el superyó del niño debería tener rasgos maternos. En M. Klein no surge esta contradicción en tanto las identificaciones edípicas superyoicas no exigen la renuncia al objeto; sobre su teoría acerca del superyó, véase II, 6.3. Allí se llevó a cabo un extenso recorrido por toma su obra, combinando la lectura cronológica con otra retroconclusiva.

⁵⁴ Este apartado se complementa con lo expuesto en el capítulo 3 de la tercera parte de esta tesis, dedicada a la TIL. Véase especialmente el apartado 3.1. *Lacan y las ciencias sociales*, que se inicia con algunas consideraciones sobre los textos de Freud y de los analistas de la primera generación que abordaron específicamente estos temas.

⁵⁵ En I, 2.7. se precisará con más detalles el ángulo desde el cual el psicoanálisis se acerca a los fenómenos sociales.

⁵⁶ En la cuarta parte de esta tesis se sostendrá que las identificaciones pueden ser entendidas como efecto de transferencias de los padres sobre los hijos.

⁵⁷ Véase la última nota al pie del capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), OCFAE, XVIII, p. 104.

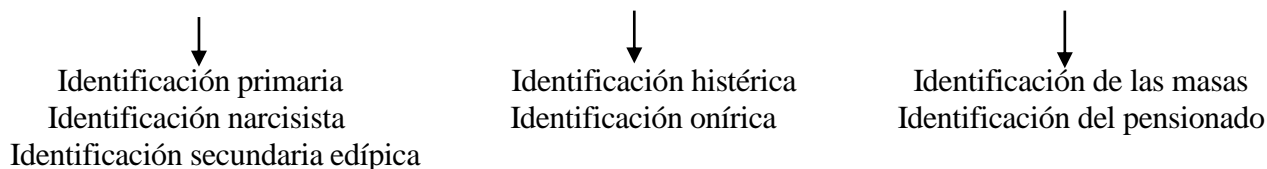
2

MECANISMOS QUE INTERVIENEN EN LAS IDENTIFICACIONES FREUDIANAS

Al comienzo del capítulo anterior se perfilaron los conceptos de sujeto y objeto; lo dicho en ese apartado actuará como telón de fondo para las próximas páginas, en las que se precisarán los mecanismos psíquicos que intervienen en las identificaciones. Se hará patente que ellos están directamente implicados en las relaciones sujeto-objeto. No podría ser de otro modo, puesto que ambos están siempre concernidos en las identificaciones: toda teoría que se ocupe de estas últimas tendrá que explicar, de manera precisa, como una traza psíquica, primariamente exterior al candidato a sujeto, pasa a formar parte de una nueva organización subjetiva. Este movimiento internalizador **-centrípeto** respecto del sujeto- es esencial en las identificaciones estructurantes.^{1*} Tan es así que se da por sobreentendida esa dirección.

Las relaciones que el sujeto psíquico establece con sus objetos -o, más ampliamente, con el mundo exterior- son diversas y van más allá de los vínculos identificatorios. Se tendrá ocasión de comprobar que el sujeto y sus objetos están entrelazados², y así aparecen en los escritos de Freud. Los mecanismos que él describió crean y recrean flujos de materia psíquica, a doble vía: lo exterior puede hacerse interior y viceversa. El sujeto, una vez constituido, es abierto y cerrado al mismo tiempo; el intercambio no disuelve la mismidad ni la consistencia subjetiva; no hay dilución del sujeto en el medio ni éste invade masivamente al primero. La dinámica de las relaciones entre el sujeto y su contexto objetal, varía, es obvio, en los distintos momentos de la vida y sus peculiaridades dependen de las características de cada entorno familiar.^{3*} Los mecanismos psíquicos que Freud puso en juego en las identificaciones -y, en términos más generales, en las interrelaciones del sujeto y el contexto- tomaron como referente a las disciplinas prestigiadas en aquella época; predominaron los modelos hidráulicos, los de la termodinámica y los biológicos, asociados a las nociones de intercambio, transformación y homeostasis. Se trataba de procedimientos muy dispares que a continuación serán agrupados en tres conjuntos, en base a las direcciones de estos mecanismos. Se los ha correlacionado con las principales modalidades identificatorias descritas en los textos freudianos.

Sujeto ← entorno	Sujeto → entorno	Sujeto ↔ entorno
Introyección	Proyección	Ligazón
Incorporación	Externalización de la huella mnémica del deseo	Imitación
Interiorización	Fenómenos de transferencia	Empatía
Apropiación		



Se deja expresa constancia de que los diez mecanismos que aparecen en el cuadro no fueron agrupados así por Freud; él los fue describiendo *por separado*, en diferentes momentos de su producción. En el bloque de la izquierda se enumeran los centrípetos: algo del entorno objetal (mundo externo) se inscribe en el sujeto. La columna del medio reúne a los centrífugos. Por último, a la derecha, se señalan aquellos que operan de forma bi- o multidireccional. Los de la primera y segunda columna son designados también con los nombres genéricos de *internalizaciones* y *externalizaciones*, respectivamente.⁴ Algunos de estos mecanismos fueron adquiriendo significados distintos, según los contextos en que Freud los empleó. Esa situación complicó, sin dudas, el estudio de los mismos. Se siguió a la letra sus escritos para precisar: a) las diferentes acepciones de cada vocablo; b) determinar cómo los había empleado y c) si hubo o no un uso sistemático de los mismos; en caso negativo, se evaluó la prevalencia de los términos empleados.

Estas diferencias de uso funcionarán como otro hilo conductor en el desarrollo de este capítulo y permitirán arribar a conclusiones interesantes. Dado que los mecanismos que conforman cada bloque tienen afinidades y en algunos casos poseen orlas de significado parcialmente superpuestas, se propondrá una definición precisa de los mismos, acotando las acepciones con que fueron utilizadas en cada contexto. Al final del capítulo -apartado 2.11.- se reunirán estas definiciones; ellas harán las veces de un mini-diccionario *freudiano* sobre la identificación. Ese vocabulario incluirá también algunas apreciaciones acerca de cómo emplearon Klein y Lacan esos mismos términos. Lo que allí se enuncie será un punto de referencia para las tres secciones de esta tesis: cada vez que se emplee alguno de estos vocablos tendrá los significados que le fueron adjudicados en dicho glosario.⁵

2.1. Introyección (*Introjektion*)

Este concepto psicoanalítico surgió de la fragua ferencziana; su fe de nacimiento se encuentra en dos valiosos escritos suyos: *Transferencia e introyección* (1909) y *El concepto de introyección* (1912).^{6*} De estos textos se deduce que para Ferenczi el movimiento introyectivo implicaba el ingreso de representaciones de los objetos externos al mundo interior. El nombre específico que él le otorgó a este mecanismo internalizador implicaba una sintonía perfecta con la etimología de dicha noción, a saber: del latín *intro* (dentro, también franquear, entrar) y *jactare* (echar, arrojar, lanzar). Freud recicló esta acepción, para hacerla operativa en todos aquellos contextos teóricos en que se imponía establecer puentes -o instaurar diferencias- entre el interior y el exterior. Dos fueron los contextos en que el vienés empleó este vocablo:

- En la construcción de la realidad por parte del sujeto psíquico.
- En su teoría estructural de las identificaciones.

Al encarar la primera problemática se cotejará la introyección con la proyección, en los diferentes planos en que es posible hacerlo; además se clarificará un aspecto importante de la TIF: la participación que le cabe al proto-sujeto en la *construcción* de sus objetos de identificación. El uso de este mecanismo en el segundo contexto permitirá diferenciar tres conceptos que tienen algunos puntos en común pero pertenecen a dominios semánticos diferentes; son ellos: introyección, incorporación, identificación.

2.1.1. La introyección y la construcción de la realidad en los textos de Freud

La percepción de la realidad según Freud sigue vías complejas e indirectas; la aprehensión de la misma no es inmediata. El yo no tiene un acceso privilegiado a la realidad y deberá diferenciar entre las percepciones de un objeto real, externo (verdaderamente existente) de aquellas otras, originadas por la reinvestidura de las *representaciones* mentales de los objetos, debidas a la recarga de las huellas mnémicas de los mismos. Ambas percepciones producen el mismo signo de realidad; por lo tanto será imprescindible inhibir la realización alucinatoria de deseos para certificar la presencia real del objeto. Si la realidad primigenia (yo-realidad inicial) se perdió, por acción el principio del placer-displacer (yo

del placer purificado), cuando se la reencuentra (yo-realidad definitivo) será de manera mediatizada; es decir, a través de una función judicativa no simple y cuyos fundamentos freudianos es menester conocer: el yo -a los efectos de la percepción- queda subordinado a la mediación de un proceso simbólico. A continuación se desplegarán estas nociones con más detalle.

2.1.1.1. *Yo de placer purificado, yo realidad*

Freud trató esta cuestión en diversos artículos: *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911), *Pyp* (1915), *La negación* (1925) -artículo clave para estas cuestiones-, *Neurosis y psicosis* (1924), y el capítulo VIII de *PMAY* (1921). La evolución de sus ideas puede seguirse a través de los tres primeros textos citados.

"Así como el yo-placer no puede más que desear, trabajar por la ganancia de placer y evitar el displacer, de igual modo el yo-realidad no tiene más que aspirar a beneficios y asegurarse contra prejuicios. En verdad, la sustitución del principio del placer por el principio de realidad, no implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento. Se abandona un placer momentáneo, pero inseguro en sus consecuencias, sólo para ganar por el nuevo camino un placer seguro que vendrá después." (*Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*; OCFAE, XII, p. 228).

De este artículo se desprende la secuencia: yo-placer → yo-realidad; el principio de realidad es un rodeo para asegurarse un placer más seguro. En *Pyp* (1915) empleó por primera vez el término introyección, y lo hizo en el contexto de la diferenciación sujeto (yo)-objeto (mundo externo). Allí postuló una secuencia algo diferente a la postulada en la cita anterior:

[el yo] "Recoge en su interior los objetos ofrecidos en la medida que son fuente de placer, los introyecta (según la expresión de Ferenczi [1909]), y, por otra parte, expelle de sí lo que en su propia interioridad es ocasión de displacer. Así, a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro del afuera según una buena marca objetiva, se muda en un *yo-placer* purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro. El mundo exterior se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno. Y del yo propio ha segregado un componente que arroja al mundo exterior y siente como hostil." (OCFAE, XIV, p. 130). Lo que está entre corchetes es mío.

En *Pyp* quedó establecida la sucesión: yo realidad inicial → yo placer purificado. Más tarde retomó esta misma problemática en *La negación* (1925) y le sumó un tercer elemento: yo realidad inicial → yo placer purificado → yo realidad definitivo. De esto se deduce que la *realidad inicial* se "pierde" a causa del placer y que luego es restablecida -de manera distinta- con la estructuración del *yo realidad definitivo*, a través de un procedimiento complejo, que será referido enseguida.

A pesar de que en los tres trabajos aludidos se mencionaron las mismas expresiones (yo-placer, yo-realidad), los contextos en que fueron tratadas eran diferentes; en el primero se precisaban las distintas modalidades de funcionamiento de las pulsiones de autoconservación según si estaban sometidas al principio de placer o al de realidad; en los dos artículos siguientes el tema central era la diferenciación entre: sujeto (yo) / mundo exterior (objeto), tal como podrá leerse al comienzo de la cita siguiente.

2.1.1.2. *Juicio de atribución, juicio de existencia*

También en *La negación* (1925), Freud puso en relación -o mejor dicho: hizo derivar- la actividad intelectual (juicio de atribución-juicio de existencia) de la vida pulsional. **Si** y **no** -afirmación (*Behajung*), negación (*Verneinung*)- serían derivados de la actividad de Eros y Tánatos. El juicio atributivo da su veredicto sobre las propiedades del objeto: buenas o malas, útiles o dañinas. La primitiva relación oral aparece en ese artículo como la matriz simbólica de los procesos intelectuales; el *yo placer purificado* se hace cargo del juicio atributivo y decide: "esto es bueno", luego le amo; *lo introyecto*, lo hago mío. En contrapartida, "esto es malo", lo odio, lo expulso de mí, lo considero ajeno.

El *yo realidad definitivo* en cambio se hace cargo del juicio de existencia. Es el que "decide" -por medio de una afirmación o negación- si aquello que se representa psíquicamente tiene en el exterior un objeto concordante. Ya no se trata de si algo percibido debe ser introyectado o expulsado,

sino de si aquello que el yo se representa psíquicamente puede ser reencontrado *también* en el exterior (realidad). La capacidad de establecer juicios de existencia –derivado intelectual de la actividad pulsional– permite la aprehensión de la realidad por parte del sujeto. Posibilita decir: "esto, además de ser una representación psíquica mía, *existe en la realidad*", "esto no es un sueño ni una imagen alucinatoria sino algo que está en la realidad". En esto consiste –esencialmente– lo que Freud denominó *prueba de realidad*.

Pero, el problema es más complejo, porque las huellas mnémicas de la vivencia de satisfacción están siempre dispuestas a reactivarse. Y si ello acontece, el signo de realidad se impone; es absoluto. Incluso, aunque el objeto externo no exista realmente (alucinación). La realidad no se aprehende por aproximaciones ni por ensayo y error; responde más bien a la ley del todo o nada, según se haga presente (o no) el índice de realidad. Dicho en otros términos, para Freud, la capacidad judicativa está inmersa en la problemática de la pérdida de objetos que antaño otorgaron satisfacción objetiva (real).

Ese examen de la realidad estará mediado -desde entonces y para siempre- por una subjetividad cuya constitución vino marcada por la pérdida del objeto primordial. Ello condicionará que, cuando se cree percibir la realidad "objetiva", "realista", se está guiado -sin saberlo- por la compulsión a **reencontrar el objeto perdido**. A partir de lo expuesto queda claro que, más que aprehender la realidad, cada sujeto la construye en base a sus peculiaridades psíquicas, pérdidas objetales incluidas. Lo inconsciente no falta a esa cita. Se trae a colación un ilustrativo fragmento de *La negación* (1925) que se refiere a estos asuntos:

[...] "De nuevo, como se ve, estamos frente a una cuestión de afuera y adentro. Lo no real, lo meramente representado, lo subjetivo, es sólo interior; lo otro, lo real, está presente también ahí afuera. En este desarrollo se deja de lado el miramiento por el principio del placer. La experiencia ha enseñado que no sólo es importante que una cosa del mundo (objeto de satisfacción) posea la propiedad "buena", y por tanto merezca ser acogida en el yo, sino también que se encuentre ahí, en el mundo exterior, de modo que uno pueda apoderarse de ella si lo necesita. [...] La oposición entre subjetivo y objetivo no se da desde el comienzo. Sólo se establece porque el pensar tiene la capacidad de volver a hacer presente, reproduciéndolo en la representación, algo que una vez fue percibido, para lo cual no hace falta que el objeto siga estando ahí afuera. El fin primero y más inmediato del examen de realidad {de objetividad} no es, por lo tanto, hallar en la percepción objetiva {real} un objeto que corresponda a lo representado, sino *reencontrarlo*, convencerse de que todavía está ahí. Otra contribución al divorcio entre lo subjetivo y lo objetivo es prestada por una diversa capacidad de la facultad de pensar. No siempre, al reproducirse la percepción en la representación, se la repite con fidelidad; puede resultar modificada por omisiones, alteraciones por contaminaciones de diferentes elementos. El examen de la realidad tiene que controlar entonces el alcance de tales desfiguraciones." (OCFAE, XIX, p. 255).

Es pues esa pérdida la que inauguró el campo de las representaciones psíquicas y, a partir de esto, la realidad es algo a construir (no viene, simplemente, dada para ser aprehendida o para "adecuarse" a ella). La realidad se configurará como un lugar o espacio de búsqueda donde se intentará reencontrar lo inicialmente perdido. Se trata de una realidad pensada desde lo inconsciente. El objeto perdido funciona como brújula que orienta los intentos de reencuentros. La búsqueda de esos objetos es infructuosa ya que siempre habrá un desfase entre lo buscado y lo encontrado; sin embargo, estos movimientos no se detienen; se relanzan de forma imparable, a pesar de que la meta siempre resultará fallida: ¡jamás se encontrará al objeto perdido! Estas ideas revelan otra paradoja del pensamiento freudiano: la realidad -supuestamente lo más exterior al sujeto- se construye singularmente desde la intimidad de cada psiquismo.^{7*} El exterior se procesa desde el interior, desde "la otra escena". Dicho en otros términos, no se tiene una percepción directa de los objetos mundanos: se los capta siempre a través del filtro de cada subjetividad -incluso si ésta es incipiente- y gracias a representaciones de los mismos. La introyección inscribe estas representaciones del objeto externo, pero una vez implantadas en la psique, se pueden recargar produciendo, entonces, un índice de realidad. Cabe decir que los objetos de la identificación se ven sometidos, también, en estas redes invisibles. El referente externo actúa como soporte para que se pueda construir una representación del mismo, teñida de subjetividad. En este contexto que, como se aprecia, supone una teoría del conocimiento muy particular, la introyección tiene por función hacer pasar al interior aquello que ha sido previamente calificado de bueno por el juicio de atribución.

¿Por qué Freud utilizó en *La negación* el término introyección y no incorporación? ¿Por qué no apareció el vocablo *devoración* ni mencionó al canibalismo, como en *Tótem y Tabú* (1912-13) o en *Tres ensayo para una teoría sexual* (1905)? La respuesta podría ser la siguiente: en este texto de 1925 los referentes constantes fueron los procesos de simbolización. En este artículo no se trató sobre la sexualidad (relación entre la pulsión y su objeto parcial) sino sobre las derivaciones de la actividad pulsional hacia las funciones intelectuales, simbólicas; más específicamente: la capacidad judicativa.

Se hace necesaria una lectura atenta de *La negación* (1925) para deducir otra articulación interesante: la que se establece implícitamente entre la oralidad, el proceso simbólico judicativo y los usos del lenguaje. Freud esbozó allí un modelo *oral* del aparato psíquico que introdujo cierto contrapeso al falocentrismo reinante en su teoría. Klein decantó el fiel de la balanza, al situar la formación de símbolos en una relación casi exclusiva con la oralidad (véase II, 6.4).

2.1.1.3. Introyección, proyección masiva

Al asociarla a la problemática de la construcción de la realidad, la introyección quedó articulada con las inscripciones simbólicas y, por esta vía, a la cuestión diferencial entre neurosis y psicosis. En esta última los procesos simbolizantes son muy deficitarios. Por medio de este rodeo Freud hizo suyo **otro** de los sentidos que la introyección tuvo originariamente en Ferenczi; éste la había asociado a la neurosis, oponiéndola a la proyección que, según él, operaba en la paranoia. Así pues, también inscribió este mecanismo en el contexto de la distinción entre neurosis-psicosis: el neurótico introyecta, el paranoico proyecta, vino a decir.⁸ El húngaro le adjudicó un potencial diferenciador de organizaciones clínicas: distinguió regímenes a predominio introyectivo (neurosis) y proyectivo (paranoia). La proyección en la psicosis no es la que se describe genéricamente como "colocar fuera algo que pertenece al sujeto" y que –en su versión neurótica– se la ve actuar de modo paradigmático en las fobias (véase *infra*). Se trataba, por el contrario, de la **proyección masiva**, defensa primaria constitutiva de la psicosis, que Freud había descrito en *Neuropsicosis de defensa* (1895) y que Ferenczi retomó con ese mismo sentido, al oponerla a la introyección.⁹ Por lo tanto, el contrapunto entre introyección y proyección no se agota en la diferente direccionalidad de los mismos (proyección: hacia afuera, introyección: hacia dentro) sino que involucra la cuestión diferencial neurosis-psicosis. Dicho en otros términos, si el concepto de introyección aclara *una de sus orlas semánticas* en el cotejo con la proyección (neurótica), otras luces se encienden cuando se la compara con la proyección masiva o repudio, mecanismos fundadores de la psicosis (forclusión, según Lacan). Freud parece incluir dentro de su concepto de introyección esa función diferenciadora entre las dos grandes organizaciones psíquicas, que Ferenczi había señalado antes, con agudeza. La introyección freudiana quedó así asociada de manera privilegiada con la represión y la neurosis. Por eso la mencionaba casi siempre en los textos en que trataba sobre el complejo de Edipo. En cambio casi nunca aparecía en el campo de la psicosis y sólo en algunas pocas ocasiones el vienés utilizó el término *introyección* –del objeto perdido– en la melancolía; cuando trató ese asunto empleó mayoritariamente el término *incorporación*.

Lacan sostuvo con más firmeza que Freud la disparidad entre ambos mecanismos: la introyección era para él simbólica mientras que la proyección, imaginaria. El psicoanalista francés criticó a M. Klein por haber colocado los mecanismos introyectivos y proyectivos en un mismo plano. Además, el genio de la teoría kleiniana –coexistencia de aspectos psicóticos y neuróticos en una misma persona– llevó a relegar el potencial diferenciador de esas estructuras clínicas que el concepto de introyección tuvo en Ferenczi y Freud. Se volverá sobre este asunto más adelante, en 2.5., especialmente al final de dicho apartado.

2.1.2. La introyección en el seno de la teoría estructural de la identificación

Fue el otro gran escenario en que Freud desplegó este mecanismo. Si bien no utilizó siempre el vocablo introyección con los mismos significados ni de un modo sistemático, es posible detectar una clara direccionalidad en su empleo dentro del conjunto de mecanismos psíquicos que participan en las identificaciones y en las relaciones dentro-fuera. Esta vectorialidad puede ser descubierta si se presta atención a la presencia exclusiva o prevalente del mismo en determinados contextos. En este nuevo

contexto quedó asociadas a las identificaciones secundarias edípicas (véase 1.6.2. del capítulo anterior y I, 3.2): la introyección transporta e inscribe "rasgos parciales, altamente limitados, del objeto".¹⁰ El carácter parcial y fragmentario de aquello que se introyecta fue una acotación precisa de Freud; esto significó el agregado de un nuevo dominio semántico en el concepto, ausente en Ferenczi. El húngaro aludía más bien a la introyección del objeto en su totalidad, perspectiva ésta que luego harían suyas tanto K. Abraham como M. Klein. El psicoanalista alemán utilizó profusamente este vocablo y le imprimió una nueva inflexión: coligó *la pérdida de objeto* con la introyección; inicialmente, en la melancolía; luego, para toda pérdida objetal. Con él se inició la extensa progenie de psicoanalistas que asociaron este término a las pérdidas objetales.

Cabe añadir -volviendo a los textos de Freud- que las diferenciaciones metapsicológicas que fue estableciendo entre los años 1910-1925 respecto de las distintas dimensiones que operan en lo psíquico, le permitieron incluir, de manera específica, este concepto en la teoría estructural de la identificación.¹¹*La introyección quedó claramente asociada al terreno edípico; cada vez que se mencionaba las identificaciones propias del complejo señalaba **-de manera sistemática-** su carácter parcial y la participación del mecanismo de la introyección. En pocas ocasiones empleó este vocablo para referirse a la internalización del objeto perdido en la melancolía -siguiendo los pasos de Abraham- Cuando en 2.2., se aborde la incorporación, se verá que Freud utilizó prevalentemente este último mecanismo en los dominios del narcisismo. Si lo introyectado pasa a ser un componente estructural del sujeto psíquico se dirá que ha sido consumada una identificación *estructural*. Sería posible diferenciar, entonces, entre:

- Las introyecciones que inscriben representaciones del mundo circundante en el aparato psíquico; son las que crean las configuraciones mentales de la realidad exterior y de los vínculos objetales que en ella establecen los sujetos.
- Las introyecciones que han dado pie a identificaciones estructurantes del sujeto.

Las primeras serían introyecciones "a secas"; inscriben lo "social" en la psique; es decir, el conjunto de producciones que acontecen en dicho ámbito. Las introyecciones comentadas en el párrafo anterior -las descritas en *La negación* (1925)- serían una variedad de este conjunto. Estas introyecciones que no desembocan en identificaciones enriquecen el mundo representacional (psíquico) y alimentan los procesos de pensamiento. Son internalizaciones que generan representaciones psíquicas, pero no desembocan en identificaciones. Las segundas, por el contrario, han sufrido un procesamiento subsiguiente que las han llevado a formar parte de la estructura del sujeto.¹² Así planteadas las cosas cabe decir que, para Freud, toda identificación edípica supone una introyección previa, pero no toda introyección desemboca en identificación. El interrogante que se impone es saber por qué sólo algunas introyecciones devienen identificación, mientras que otras quedan, simplemente, como tales.

Para subrayar aún más las diferencias entre introyección e identificación se dirá que la segunda es un proceso más complejo: presupone una introyección inicial seguida de una apropiación que convierte el rasgo capturado a los otros en un componente estructural del aparato psíquico. Las instancias y sistemas de este último serían la resultante de una combinatoria de múltiples rasgos de los objetos que han sido introyectados y transformados, luego, en identificaciones.¹³*

Que la introyección apareciera siempre en los textos de Freud asociada al complejo de Edipo resalta su vinculación con la neurosis. Se volverá sobre este asunto tras estudiar la incorporación (apartado 3.2).

2.1.3. La introyección en las obras de Klein y Lacan

En la concepción kleiniana la introyección adquirió una gran importancia, mayor incluso que la que tuvo en la freudiana, especialmente a partir del periodo 1946-1952, en que quedó asociada a la identificación, para constituir la identificación introyectiva. Para ella se trataba de un mecanismo fundamental -junto con la proyección- en la formación de los objetos internos. Concibió a estos

últimos como un conjunto representacional inmerso en fantasías y asociado a las ansiedades básicas. En la primera mitad de su producción, la identificación no estuvo en el centro de la operación estructurante del psiquismo; era más bien el interjuego proyectivo–introyectivo el que asumía tales funciones. La sucesión inacabable de proyecciones-introyecciones-reproyecciones tejía la trama de las relaciones con los objetos y, a la vez, constituía el mundo interno. Este último se estructuraba mediante una combinatoria de objetos internos, contruidos a partir de objetos externos sobre los que recaían proyecciones y fantasías del yo temprano. Estos objetos, una vez introyectados y establecidos como objetos internos, devenían componentes fundamentales de la psique. La proyección que desembarazaba al yo de los efectos de Tánatos estaba en el centro mismo de su teoría; la introyección a ella asociada venía a cerrar el bucle de retorno al yo, para evitar el “vaciamiento” psíquico. En la primera parte de su obra –1919-1933– predominaron las del tipo introyecciones “a secas”, en tanto no desembocaban en identificaciones. A partir de 1946-1952 cambió el panorama: surgieron las identificaciones proyectivas e introyectivas, definitivamente estructurantes del psiquismo. La genealogía del concepto kleiniano de introyección, desde los usos y significados iniciales hasta las acepciones con que la empleó en sus últimos textos, será ampliamente considerado en varios capítulos de la segunda parte, a saber: II, 2.2., II, 2.4.2.2., II, 2.4.3.2., II, 3.5.3.; II, 6.2 hasta II, 6.5. y en II, 9.

Lacan, por su parte, situó la introyección en el seno de las relaciones entre el sujeto y el Otro. La consideró un mecanismo inscriptor de significantes en la psique y la asoció a lo simbólico. Para él no se trataba de introyecciones del objeto -a diferencia de Ferenczi, Abraham y Klein-; tal vez, sí, de rasgos parciales del mismo, a la manera de *El yo y el ello* (1923), a condición de que se los concibiese como rasgos *unarios*; en última instancia: significantes. Al despersonalizar la identificación, la introyección tuvo que seguir los mismos pasos. La desconexión que realizó entre la identificación y la pulsión, hizo que también la introyección quedara fuera del circuito pulsional. En síntesis, la introyección lacaniana vehiculizaba lo simbólico, los significantes y lo inconsciente parental (que en lógica lacaniana es el discurso del Otro). Si para Freud, la introyección reflejaba la capacidad internalizante, aspiratoria, del futuro sujeto -sed identificatoria del infante-, y en Klein ella quedó articulada a la proyección, en la teoría de Lacan se trataba de un potencial *introyectante* de los objetos primarios, encarnados en el lugar del Otro; eran estos últimos los que inyectaban -implantaban, inscribían- los significantes (rasgos unarios) que estructuraban al sujeto barrado (\$). En varios capítulos de la tercera parte de esta tesis se estudiará el uso de este concepto por parte del psicoanalista francés.

2.2. Incorporación (*Einverleibung*)

Freud utilizó esta noción en dos contextos:

- En la teoría pulsional, donde nominaba el fin de la pulsión oral.
- En sus elaboraciones conceptuales sobre el fantasma; allí aludía al ingreso fantasmático de un objeto dentro del cuerpo, seguido de la asimilación y conservación de las cualidades del mismo. Por esta segunda acepción, la incorporación se integró a la TIF.

Tal como lo señalan Laplanche y Pontalis en el *Diccionario de psicoanálisis*, "en la incorporación se hallan presentes tres significaciones: obtener un placer haciendo penetrar un objeto dentro de sí; destruir este objeto; asimilarse las cualidades de este objeto conservándolo dentro de sí. Este último aspecto es el que hace de la incorporación la idea matriz de la introyección y de la identificación."¹⁴

En buena parte de la literatura psicoanalítica post-freudiana se elidió el carácter fantasmático de tal operación y ambas orlas semánticas del vocablo fueron habitualmente asociados a las actividades alimenticias. Este solapamiento de funciones psíquicas (pulsión, fantasma, identificación) y biológicas (nutrición) ha acarreado serios malentendidos que se intentarán aclarar.

2.2.1. La incorporación y la actividad pulsional

En la primera edición de sus *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) la fase oral fue descrita, simplemente, como una modalidad de obtención de placer por medio de la succión. Diez años después -época de un intenso intercambio epistolar con Abraham-, Freud introdujo nuevos párrafos en la tercera edición. Por su interés, se cita la siguiente frase añadida en 1915 al segundo de los tres ensayos:

“Una primera organización sexual pregenital es la *oral* o, si se prefiere, *canibálica*. La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella. El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la *incorporación* del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de *identificación*, desempeñará un papel psíquico tan importante.” (OCFAE, VII, p. 180).

Como puede apreciarse, este agregado caracterizaba a la incorporación como el fin de la pulsión oral. La asoció a una modalidad de relación con el objeto que suponía la destrucción del mismo: sadismo oral, canibalismo. Se refirió también al apuntalamiento de la pulsión oral en la función alimentaria: en los primeros momentos de la vida, sexualidad y necesidad biológica (auto-conservación) convergen sobre un mismo objeto: el pecho.

Esta frase ha dado pie a muchos malos entendidos. La investigación bibliográfica realizada para la elaboración de esta tesis permitió constatarlos y apreciar sus causas: el traslado al plano psíquico de un prototipo biológico: el de la ingestión alimentaria. Ahora bien, el hecho de que en la primera infancia -tal como lo expresó Freud- una y otra se superpongan, no es óbice para apreciar la divergencia radical que caracteriza a ambas funciones. Es necesario discriminar conceptualmente en un mismo objeto empírico -el pecho- uno, **nutricio**, que pertenece al circuito de la necesidad biológica del niño, y otro, **erógeno**, en tanto el pecho se constituye en el primer objeto parcial de la pulsión oral.

La disparidad de ambos se hace más patente en el momento de repliegue autoerótico de la pulsión -tiempo del desapuntalamiento-: la necesidad mantiene su objeto en el pecho nutricio, que sigue brindando alimento, mientras que la pulsión comienza a satisfacerse autoeróticamente -chupeteo- asociándose a una nueva actividad psíquica: el fantaseo. Tras el fin del apuntalamiento surge la dimensión fantasmática del futuro sujeto y queda constituido el autoerotismo que, como se acaba de ver, es posterior a relaciones de objeto muy incipientes.

Si se difuminan estas discriminaciones, la incorporación -entendida como fin de la pulsión oral- queda sobrecargada de ambigüedades porque se induce la idea de que dicha pulsión, para lograr su meta, necesita introducir el objeto en la boca, a la manera de un alimento. La pulsión, para satisfacerse, no incorpora a su objeto [parcial] sino que lo rodea, lo contornea; simplemente: lo roza. Tal actividad va asociada a una producción **fantasmática** cuyo contenido es coherente con el lenguaje de la pulsión oral: aspirar, chupar al objeto morderlo, despedazarlo. etc. Por medio de una fantasía se hace entrar dicho objeto al cuerpo y, por esa vía, se adquieren sus propiedades, Pero, queda claro que esto ocurre exclusivamente en el terreno psíquico: más específicamente en el territorio de las fantasías. Sólo en el orden de la nutrición se incorpora -se ingiere- el objeto. Si se pierde de vista el carácter metafórico del modelo alimenticio se produce el deslizamiento hacia una visión "realista" del proceso, por excesivo apego al referente biológico.

2.2.2. Fantasma incorporativo e identificación

Si tal incorporación fantasmática va seguida de una identificación -a la que se calificará de narcisista- se producirán ciertos efectos estructurantes en el yo. La incorporación opera con una representación *total* del objeto. De ahí que la identificación resultante sea de amplia extensión, masiva, a imagen y semejanza del objeto. El terreno narcisista, con sus fenómenos del doble especular y la totalización del objeto, son claves en esta modalidad identificatoria e inciden directamente en las características de la misma.

Freud describió por primera vez este mecanismo en *Tótem y Tabú* (1912-13), ligándolo a una identificación: tras el parricidio, el padre es devorado por los hijos, que absorben su sangre y su carne para hacerse Uno con él.

"[...] en el acto de la devoración, consumaban su identificación con él [...]." (OCFAE, XIII, p. 143).¹⁵

En *Duelo y Melancolía* (1915) reiteró el procedimiento, pero asoció el fantasma incorporativo a la identificación narcisista del melancólico. Freud necesitaba un mecanismo que explicara algunos interrogantes que ella le suscitaba: ¿por qué se ha embutido masivamente el objeto en el yo? ¿Cómo es que se han borrado las diferencias entre el yo y el objeto? ¿Por qué ambos devienen un magma indiferenciado?

Estas cuestiones se “resolvieron” dentro del genio propio de la teoría freudiana, que tenía a la pulsión -y sus correlatos fantasmáticos- como motor del movimiento identificatorio. Así, tras la incorporación oral, el objeto se incrustaba en el yo y genera una escisión del mismo. Como se trataba de una incorporación *masiva* del objeto -no era a rasgos parciales-, la extensión de la identificación narcisista al objeto era muy grande.¹⁶ La diferencia con las identificaciones yoicas de *El yo y el ello* (1923) son significativas; estas eran a rasgos parciales, introyectivas y se consustanciaban con el yo, formando su carácter; en la identificación melancólica, el objeto incorporado era total e inasimilable.

Duelo y melancolía (1915) teorizó, para una relación objetal concreta, aquello que en *Tótem y Tabú* (1912-13) fue expresado mediante una discursividad mítica y narrativa.¹⁷ Este hilo se prolongó hasta el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921) y el III de *El yo y el ello* (1923), para dar sostén teórico a la identificación primaria; en especial, a aquél aspecto de la misma que la conecta con lo transgeneracional.

Si bien la incorporación oral ha devenido prototípica, cabe consignar que este movimiento centrípeto puede realizarse -siempre fantasmáticamente- por otras vías: inhalatoria, visual, auditiva, anal, cutánea, etc. Todas estas variantes de la incorporación son formas de internalización ligadas prevalentemente al registro narcisista y expresan, por lo tanto, la tendencia psíquica a recrear un vínculo absoluto con el objeto: hacer un Uno/Todo con él. Esto presupone que el objeto estaba inmerso en la polaridad totalizante idealización-denigración, propia del narcisismo.

Hablar de incorporación es, entonces, referirse a un mecanismo *psíquico*, más específicamente, de orden fantasmático, que implica la internalización masiva de un objeto en el yo. En esas circunstancias, el objeto, sin asimilarse, se “yoifica”. Este movimiento está subtendido por otra fantasía: la de saturarse íntegramente del objeto, para culminar el proceso con una identificación absoluta con él (fusión narcisista). En cierto sentido la incorporación supone la conservación y la destrucción del objeto: el amor-odio conjugados (ambivalencia), propio del narcisismo, muestra allí su presencia.

Duelo y Melancolía (1915) es elocuente respecto de donde hizo operar Freud a la incorporación: en los dominios del narcisismo. Por esta razón, donde ella actúa, está siempre en juego la totalización del objeto, a diferencia de la introyección, que opera en el registro edípico, y supone un ingreso de rasgos parciales del objeto en el *aparato psíquico* (no en el cuerpo). En su nota introductoria a este artículo (*Standard Edition*) Strachey escribió, que Freud no utilizó en este texto el término introyección, aunque ya lo había empleado por esa misma época en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915)¹⁸. En *Duelo y melancolía* empleó, **de manera exclusiva**, el vocablo incorporación. Si bien esta asociación -entre la pérdida del objeto y la incorporación masiva del mismo- no fue referida en todos sus textos, puede registrársela como una tendencia prevalente. Sólo en algunos capítulos de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) y en unas pocas ocasiones más, sostuvo que el objeto se introyectaba en la melancolía. En general, en contextos a predominio narcisístico, Freud solía emplear el vocablo incorporación.

* * * * *

M. Klein consideró la incorporación como una de las fantasías más arcaicas y la asoció -siguiendo a Abraham- con las pulsiones orales canibalísticas dirigidas al pecho materno. También acompañan en calidad de fantasías "subyacentes" las introyecciones del objeto bueno que conforman el yo. Klein reservó el término incorporación para las fantasías, pero, al conceptualizar a estas últimas como correlatos mentales del instinto, aquéllas se impregnaron rápidamente de lo relativo al cuerpo, fuente de lo instintivo. El problema se derivó a su vez hacia la proyección/introyección, que fueron descriptas (casi) como fantasías, por lo cual estos mecanismos quedaron saturados del

prototipo corporal que subyace en última instancia. De ahí lo arduo de distinguir conceptualmente incorporación de introyección en la obra kleiniana. El canibalismo de la teoría de Freud y sus consecuencias -el complejo paterno- pasó de la “prehistoria personal” (*Tyt, YyE*) a la protohistoria individual en Melanie Klein, que los referenció a la madre.

Cabría señalar una consonancia entre estos temas freudianos y la obra de M. Klein: el carácter masivo de lo incorporado en la identificación melancólica -recuérdese: “la sombra del objeto cayó sobre el yo”- lo acerca al objeto total kleiniano, que se internaliza mediante la identificación introyectiva.¹⁹

En Lacan, dadas las características de su teoría, la incorporación perdió importancia; igualmente la oralidad como fundamento y modelo explicativo de la identificación narcisista. Criticó el mecanismo incorporativo propuesto por el vienés para las identificaciones primarias y narcisistas. Su teoría del estadio del espejo supuso un giro en el procesamiento conceptual del asunto: es la captación visual del **otro** (semejante) la que promueve esta identificación imaginaria. A pesar de esa inflexión significativa, las identificaciones especulares tomaron como punto de partida las disquisiciones freudianas de *Introducción del narcisismo* (1914) y *Duelo y melancolía* (1915). Para las primarias, tampoco aceptó el mecanismo incorporativo propuesto por Freud; lo concernido conceptualmente en estas identificaciones quedó subsumido en las *simbólicas*, tributarias del potencial identificante del significante.

La articulación con los tres registros permitió otras precisiones: en la incorporación, la carencia simbólica se intenta paliar con la unión de Real e Imaginario. El pasaje al acto es frecuente; sucede como si el sujeto tuviera necesidad constante de reasegurarse, haciendo "entrar" en su cuerpo aquello que haga signo de la presencia de los objetos que se sustrajeron a la introyección.

2.2.3. Diferencias entre introyección e incorporación

Se retorna a la TIF para señalar las diferencias entre introyección e incorporación; resumidamente, son las siguientes:

Introyección

- contexto triangular
- presupone la discriminación entre sujeto y objeto
- el amor y el odio, constituido en par antitético, se dirigen *separadamente* hacia cada uno de los objetos primarios
- carácter parcial de lo introyectado
- relación con las identificaciones secundarias edípicas

Incorporación

- terreno narcisístico
- indiscriminación yo-no yo
- ambivalencia hacia el objeto
- masividad de lo incorporado
- operatividad en las identificaciones primarias y narcisistas.^{20*}

Con estos parámetros se pretende fundamentar un uso diferencial y preciso de los conceptos de introyección e incorporación en Freud. Se utilizará el término incorporación para referir la internalización que acaba en una **identificación narcisista**; ella interviene en el tercer momento de la secuencia establecida para esta variedad identificatoria -tras la construcción de una representación total del objeto-. Le sigue, luego, la consustanciación de lo incorporado con el yo (véase I, 5.4.3).

2.3. Interiorización (*Verinnenlichung*)

Se trata de un movimiento centrípeto en virtud del cual se subjetivan las características de las **relaciones** con los objetos. Dicho de otra manera, se afirma que hay interiorización cuando una

relación intersubjetiva deviene intrasubjetiva. Las modalidades que presiden el vínculo con el objeto son reinstaladas entre instancias del aparato psíquico. La interiorización presupone la existencia de estructuras psíquicas ya constituidas -aunque más no sea incipientes- que permitan reeditar entre éstas los lazos que existían con el objeto en el exterior. Se entiende, entonces, que este vocablo fuera más utilizado después de la elaboración de la segunda tópica. La interiorización -póngase por caso- del vínculo sadomasoquista con un objeto determinado hace que este tipo de ligamen se reitere, luego, entre el yo y el superyó. Lo mismo podría decirse de las relaciones del hijo con un padre controlador y exigente: tales conflictos se repetirán, una vez interiorizados, entre las instancias psíquicas recién nombradas.

La vecindad y la sinergia con que este mecanismo opera con la introyección obligan a señalar los puntos de contacto y las diferencias entre ellos. Semejanzas: ambos mecanismos son centrípetos; disparidades: qué aspectos se internalizan:

si se trata de objetos o rasgos de los mismo → introyección

si se refiere a las peculiaridades
de la *relación* con el objeto → interiorización

De hecho actúan sinérgicamente; por ejemplo: en la declinación del Edipo se producen introyecciones de rasgos parciales de los objetos primarios -seguidas de identificación- y, a la vez, se interiorizan los vínculos que había con tales objetos. Para finalizar podría agregarse que toda interiorización presupone una introyección - identificación, pero la inversa no es válida.

* * * * *

Klein y la escuela inglesa utilizaron este vocablo como sinónimo de introyección: ingreso al mundo interno de un objeto bueno o malo, parcial o total.

El término no formó parte del vocabulario lacaniano. Se entiende que haya sido así porque en su teoría, el sujeto no necesitaba un mecanismo activo de esta naturaleza para estructurarse. El Otro introduce -implanta- al significante. El término apareció ocasionalmente en algunos de sus *Escritos* o seminarios, pero no tenía la significación de una actividad internalizante de materia psíquica: el Otro asumía esa tarea.

2.4. Apropiación (*Aneignung*)

Freud señaló en algunos de sus textos que la identificación implicaba una **apropiación**: algo de orden psíquico, que originariamente no pertenecía al sujeto, pasaba a formar parte del mismo. El empleo de este vocablo remarcaba el carácter activo que tenían, según él, los procesos identificatorios.²¹ Ya se ha apuntado que las identificaciones freudianas tienen su motor en las pulsiones del infante. En el caso de las estructurales, es el propio sujeto en vías de constitución quien se dirige al objeto para **arrebatarse** ese rasgo o elemento que, luego, hará suyo. Se ha utilizado ese verbo para recalcar el carácter violento de esta apropiación; las identificaciones están inmersas en la ambivalencia afectiva. La oralidad que comanda la identificación freudianamente concebida, otorga a la misma cierto toque de devoración, de destrucción del objeto. La apropiación incluye la idea de expropiación, aunque hacer propio un rasgo del objeto no significa que éste le desaparezca a su portador.

Un significado implícito en la apropiación es, pues, el de usurpación, robo violento que “hace” o “crea” sujeto; la subjetivación es una lucha; no es un proceso pacífico. Siempre existirá en ella una cuota de agresión, debido a la participación de la pulsión de muerte.

No son menos recias las identificaciones temporales, funcionales -histéricas, oníricas-: el sujeto se identifica por medio de un acto que sustituye al otro, suprimiéndolo; desaloja a aquél o aquélla que goza, supuestamente, del objeto deseado, para ocupar su sitio; lo expropia, para tomar posesión de su lugar. La consigna que parece presidir este despojo es: la parte por el todo. Cualquier detalle nimio del objeto es suficiente para -a través de él- adueñarse del cuerpo o de la mente del otro,

por identificación. Aún, al precio de un síntoma. No ha de extrañar que así ocurra: este pasaje de lo ajeno a lo propio supone una labor que, en tanto inconsciente, se realiza en clave de proceso primario, siguiendo el modelo del trabajo del sueño. Las identificaciones oníricas muestran palmariamente esta avidez de ser otro, revelan el ansia de tener lo que el otro tiene. Freud afirmó que la identificación no era una simple imitación sino una apropiación; expresa un “igual que” el otro. Ese elemento compartido permanece inconsciente.²²

Una segunda orla de significado del término apropiación incluye el trabajo de consustanciación que el sujeto realiza con los rasgos psíquicos introyectados o incorporados, a los efectos de “metabolizarlos” e integrarlos como constituyentes estables de su aparato psíquico.²³ De ahí que este mecanismo sea especialmente importante en las identificaciones estructurantes (permanentes). En las transitorias, la apropiación, sin dejar de ser violenta es menos duradera y lábil; comparadas con las estructurales, podría afirmarse que son revocables. Incluso, cabría preguntarse si en éstas ocurre verdaderamente la recién mencionada *consustanciación*. Esta última cuestión se plantea en la identificación en el seno de las masas; en ellas, lo ajeno puede funcionar durante un cierto tiempo a la manera de un quiste o de un apósito que no se integra ni disuelve en la subjetividad. Suele ocurrir que al alejarse de ese agrupamiento humano, las identificaciones al líder y a los otros miembros de la masa, se diluyan. En el apartado 2.8. de este mismo capítulo, al considerar el mecanismo de ligazón, se volverá sobre este asunto.

* * * * *

El término apropiación fue poco utilizado por M. Klein; en cambio ella y sus discípulos recurrieron a otro vocablo cuyos significados se superponían parcialmente con los de la apropiación. Se trata de la *asimilación en el yo*. Quién perfiló inicialmente dicha noción fue P. Heimann; ella afirmó que gracias a este mecanismo algunos objetos internos pasan a formar parte del yo, lo refuerzan y le otorgan actitudes, cualidades, componentes y defensas que esta instancia puede, a partir de entonces, disponer.^{24*} Cuando tal asimilación no ocurre los objetos internos actúan como cuerpos extraños incluidos en el *self*. Klein (1946) afirmó que si un objeto idealizado no se asimilaba, aparecía “el sentimiento de que el yo no tiene ni vida ni valor propio.” (OCKPA, 4, p. 261).

El término apropiación tampoco formó parte del vocabulario lacaniano. Sin embargo, la significación que Freud le dio a este mecanismo está implícita en la teoría del psicoanalista francés: la estructuración de una nueva subjetividad requiere insoslayablemente que el sujeto en formación se apropie de aquello que el Otro le implantó. Las nociones lacanianas de *inscripción del significante* (privación) y *alienación en los significantes del Otro* requieren una operación posterior para que lo “inyectado” pase a ser parte del \$. Se trata de un procedimiento lógicamente posterior a la inscripción del rasgo unario, tarea que el protosujeto asume activamente, pese a que no pudo escoger el lote de significantes del Otro que le fundaron.

* * * * *

Se abordará ahora el segundo bloque de mecanismos psíquicos que intervienen en las identificaciones y en las relaciones interior-exterior: proyección, externalización de la huella mnémica desiderativa y fenómeno de transferencia. Se trata de procedimientos que ponen fuera del sujeto rasgos, elementos o atributos que le pertenecen.

2.5. Proyección (*Projektion*)

En un sentido amplio Freud describió la proyección como un procedimiento que localiza en el exterior -en personas o cosas- ciertos aspectos psíquicos que el sujeto no reconoce como propios o que rechaza de sí mismo. Se trata de un mecanismo de defensa que opera tempranamente en la psique, expulsando afuera aquello que no se acepta o no se quiere reconocer como parte de uno. Sin embargo, esta primera caracterización, un tanto genérica, exige algunas precisiones que tengan en cuenta los distintos contextos en los que Freud hizo operar a este vocablo y las diferencias metapsicológicas que de estos usos se desprenden. Básicamente, son tres:

- a) En el marco de sus consideraciones sobre la paranoia; se trata de la proyección “psicótica”.^{25*} En el *Proyecto de psicología* (1895) la denominó **proyección masiva** y en el “*caso Schreber*”

(1911) la consideró como uno de los tres tiempos del mecanismo paranoico. Esta modalidad de proyección (que en este trabajo será acompañada del adjetivo "psicótica") se aclara por oposición a la represión; es decir, perfilándola como procedimiento fundante de la psicosis. La obra freudiana muestra una búsqueda constante de un procedimiento que en esas estructuras psíquicas cumpliera un rol equivalente al de la represión en las neurosis. La forma en que describió la proyección en los textos recién nombrados, permite considerarla como un precursor del repudio o desmentida (*Verwerfung*).

- b) En la puesta afuera de excitaciones internas displacenteras, sobre todo, las relacionadas con las actividades pulsionales. La naturaleza del funcionamiento de este procedimiento lleva a que lo interno, fuente de displacer, sea percibido como exterior, empleándose -secundariamente- algunas defensas contra lo doloroso, ahora, externalizado. La formación de síntomas en el terreno de las neurosis recurre con frecuencia al empleo de esta modalidad de proyección; la fobia sería un ejemplo paradigmático.
- c) En la ya comentada construcción de la realidad por parte del sujeto (véase *supra*, 2.1.1.), donde un mecanismo opera a contracorriente de la introyección, expulsando del yo lo displacentero o dañino, según la lógica del yo placer purificado. Cabe señalar que Freud no empleó el término proyección para este procedimiento; utilizó más bien los verbos expulsar o expeler, pero, en tanto se externaliza algo propio del sujeto, esa acción merece plenamente tal nombre.

En los textos de Freud se pueden encontrar alusiones a otras funciones de la proyección: en los celos, en el animismo, etc. También influye sobre la percepción: la proyección "carga" con elementos subjetivos a la realidad externa y ésta es luego percibida como "objetiva". Dentro de este último contexto es conveniente recordar -porque entronca con el tema central de esta tesis- la mención que el vienés hizo sobre el componente proyectivo que opera en todo proceso identificatorio. En *Esquema del psicoanálisis* (1938) señaló que sobre los objetos de identificación recaían proyecciones y que lo introyectado o incorporado contenía lo que previamente se había proyectado. Como se sabe, M. Klein acentuó de manera exponencial la importancia de este factor en su identificación proyectiva.

La proyección "psicótica" interesa especialmente para el estudio de las identificaciones en esa estructura clínica. Desde la TIF podría caracterizarse a las psicosis del siguiente modo: predominio de las identificaciones primarias y narcisistas, que fueron insuficientemente resignificadas por las identificaciones secundarias edípicas.

Las modalidades descritas en b) y c) son factores importantes que inciden en la construcción subjetiva de la realidad. La proyección participa también en las identificaciones centrífugas; es decir, en aquellas que el sujeto se proyecta e identifica con otra persona.²⁶ En este tipo de identificación, ciertos rasgos o atributos del sujeto son proyectados de manera fantasmática sobre un objeto. Este movimiento psíquico puede acabar en identificación: el sujeto **es** o **deviene** transitoriamente, aquél con el que se ha identificado. Se percibe a sí mismo como siendo otro. Se encarna psíquicamente -proyección mediante-, en un semejante. Este desplazamiento centrífugo constituye una **proyección identificante**: algo del sujeto se coloca en el objeto, procedimiento que puede acabar en una fusión -¿fugaz?, ¿prolongada?- de ambos. Se trata de un antecedente en Freud -a mínima intensidad- de la que más tarde se conocería como identificación proyectiva. Téngase en cuenta que en la teoría kleiniana, esta modalidad -junto a la introyectiva-, tiene funciones estructurante; en cambio, las modalidades centrífugas que Freud describió eran *funcionales*, poco duraderas; incluso, efímeras, como en el caso de las oníricas, en las que el yo del soñante se representa -identificación mediante- por un personaje del contenido manifiesto del sueño.

Freud refirió también otra variante de identificación centrífuga en su artículo *Personajes psicopáticos en el escenario* [(1905); véase I, 7.2.5]: los asistentes a la función teatral se identificaban con los actores o con los personajes que ellos representaban. Podría decirse: la sombra del espectador cae sobre el actor.²⁷ Proyección mediante se acababa percibiendo como proveniente del escenario algunos procesos psíquicos que, en realidad, eran internos.

* * * * *

Klein adoptó tempranamente el concepto de proyección y su utilización se encuadró dentro de la acepción genérica que Freud le había otorgado: poner en el exterior algo que pertenece a la psique. Claro está que esta externalización aparecía en sus escritos operando dentro de las líneas de su pensamiento psicoanalítico: proyección de objetos internos, de la angustia, del instinto de muerte, del sadismo, de conflictos internos, de partes del yo y del *self*, etc. Los objetos reales externos eran los depositarios de tales proyecciones, que luego se reintroyectaban. Una actividad privilegiada de la proyección consistía en derivar hacia el exterior a la pulsión de muerte; esa misma tarea, cuando se llevaba a cabo en los momentos iniciales del desarrollo evolutivo, recibió en Klein el nombre de deflexión. La proyección de Eros fue poco teorizada en su obra, aunque implícitamente vigente. Otro aspecto importante de su teoría es la articulación de este mecanismo de defensa con la introyección.

En Freud, como se acaba de ver, la proyección no se vinculaba taxativamente con la mitigación de Tánatos, aunque esta función que le atribuyó Klein puede encontrarse –aplicando un criterio muy elástico– en lo descrito en la página anterior como la segunda modalidad freudiana de proyección, la del tipo b). Lo conceptualmente implícito en a) fue soslayado en la teoría kleiniana, ya que ella no se planteaba la exigencia de perfilar un mecanismo específico para la psicosis. En cuanto a c), cabe decir que Klein construyó su propia teoría sobre la formación de síntomas: la represión –y los mecanismos a ella asociada– fueron perdiendo peso como factor determinante de los mismos y, como contrapartida, ganó importancia la escisión, disociación, identificación proyectiva e introyectiva, etc. Se volverá a este tema en II, 3.3.1, al tratar los mecanismos de defensa en su teoría. Klein le añadió un matiz propio al concepto: lo asoció al temor a la retaliación: miedo a sufrir, por venganza, los mismos daños que el yo ocasionó al objeto.

A grandes rasgos podrían trazarse estas líneas diferenciales: mientras en Freud la proyección estuvo referida a ideas, derivados pulsionales, afectos, actitudes, en Melanie Klein este mecanismo –y más aún la identificación proyectiva, por su carácter fantasmático– afectaba a partes del yo, a los objetos internos, a la angustia, a sustancias corporales, etc. Tal vez las diferencias fundamentales entre ambos pueda resumirse en dos aspectos fundamentales: la proyección en Klein vehicula partes del yo y opera prácticamente desde el inicio de la vida. La proyección en el contexto de la teoría freudiana es un mecanismo que se implementa más tardíamente. El asunto tiene su lógica: la diferenciación entre el yo y los objetos existe desde el nacimiento para la psicoanalista, por lo tanto la puesta “afuera” puede acontecer dada la presencia de un yo innato. Por otra parte, también se detectan diferencias respecto de la “profundidad” de la proyección: las modalidades descritas por Klein son más “penetrantes”: no se quedan **sobre** la superficie del objeto sino que penetran, se abren paso hacia el interior del cuerpo del objeto; básicamente, la madre. Los usos y sentido de la proyección en Klein serán examinados detenidamente en II, 2.4.1.; II, 3.3.1. y II, 8.3.2.

Los aportes de Lacan sobre este punto pueden sintetizarse así: adscribió la proyección al registro imaginario, a diferencia de la introyección a la que otorgó carácter simbólico. Por otra parte, al designar con el nombre de *forclusión* al mecanismo fundante de la psicosis, rompió la homonimia que se produjo al utilizar un mismo vocablo para las acepciones a) y b). En la TIL, las identificaciones imaginarias y simbólicas carecen del componente proyectivo que, a mínima, está presente en Freud y, a gran orquesta, en Klein.

2.6. Externalización de la huella mnémica desiderativa

En cierto sentido puede entenderse como un caso particular de proyección: la de la huella mnémica del deseo. Freud señaló en múltiples contextos la forma en que éste operaba y sus efectos, pero no le atribuyó una denominación específica a esta operación que consiste en colocar fuera –en personas o cosas– esa huella mnémica.^{28*} Pese a la capital importancia que le concedió al deseo en la vida mental y en la TIF, no le asignó un nombre específico al movimiento psíquico mediante el cual un objeto mundano es elevado a la categoría de objeto de deseo, porque sobre él ha recaído esa huella. En este contexto cabe recordar el carácter deseante y pulsional del inconsciente freudiano y que el deseo ocupó siempre uno de los polos del conflicto psíquico, participando de manera importante en la formación de los síntomas. También, en la dinámica de las identificaciones secundarias edípicas, histéricas y oníricas.^{29*}

Para Freud, el objeto del deseo era una construcción del sujeto: que algo o alguien sea elevado a esa categoría es un efecto inducido: la huella mnémica desiderativa se externalizó y depositó sobre un objeto que, por esa razón, devino deseado. No hay nada propio e inmanente al objeto que lo haga *per se* deseable. De ahí que el deseo no tenga un objeto preestablecido ni que exista una unión fija ni menos aún predeterminada entre el deseo y un objeto. Ahora bien, lo que parece guiar en qué o quién recae esa huella desiderativa es, básicamente, el tipo de relaciones que se generaron -originariamente- en el Edipo y, más tarde, en las posteriores triangulaciones que se reproducen en la vida cotidiana. Esto introduce a un mundo en que los objetos deseados son inducidos por los deseos de otros.³⁰

La externalización de la huella mnémica desiderativa cumple un papel de primer orden en las identificaciones secundarias edípicas, en tanto las fantasías y los deseos inconscientes hacia los objetos primarios son muy intensos en el acmé del complejo. También, en la histórica y onírica, en las que se realiza de manera enmascarada un deseo inconsciente, tal como se afirmó en el apartado 1.2.2. Podría decirse que, deseando el objeto de otro, el niño/a niña se identifica con ese otro y se da como objeto de deseo (y amor) al del otro vértice del triángulo. En todas las triangulaciones que se realizan -complejo de Edipo positivo, negativo, completo, de la niña y del varón- esta dinámica deseante e identificatoria se reproduce con las variaciones pertinentes.³¹

Para el *infans*, los objetos edípicos son, al mismo tiempo: objetos de amor, de deseo, objetos en los que la pulsión recorta su objeto [parcial], objeto de las producciones fantasmáticas y **objetos de identificación**. Estos últimos proveen "los rasgos o detalles altamente limitados" (*einzigiger Zug*) a las introyecciones e identificaciones edípicas.

Otra cuestión a señalar: el objeto de identificación es, simultáneamente, objeto de agresión. La dinámica del deseo conlleva la rivalidad: al desear lo que desea "X" -sea el padre, hermano, ídolo, amigo- la realización del deseo implica situarse en el lugar de "X", *identificarse* con él, desplazándolo, agrediendo, destruyéndolo fantasmáticamente: ha devenido rival. Impera la lógica del perjuicio al tercero, que Freud describiera en *Contribuciones a la psicología del amor* (1910-1918).³²

La triangularidad permite pensar dos modalidades de identificaciones en ambas versiones -positiva y negativa- del complejo de Edipo: **con el rival**, con quién se comparte un mismo objeto de deseo y con el **objeto de amor**, situado en el otro vértice del triángulo. La participación de la huella mnémica desiderativa en las identificaciones históricas, aludida en I, 1.2.2, será descrita más detenidamente en el apartado 3.3. del capítulo siguiente.

En las oníricas no hay, propiamente hablando, una puesta afuera de la huella mnémica desiderativa, en tanto la producción del sueño supone al sujeto desconectado del exterior. Pero, bien podría decirse que es proyectada y puesta en juego en la pantalla onírica.

En la obra de Klein, la cuestión del deseo inconsciente y su puesta en juego relacional no ha sido tratada especialmente. Su manera de teorizar lo inconsciente y sus huellas mnémicas fue diferente de Freud.

Lacan, en cambio, retomó la problemática freudiana del deseo, colocándolo en el centro de sus teorizaciones: lo definió como el *cogito* psicoanalítico. Dando un giro a los postulados de Freud, elaboró su concepto de *objeto a*, causa del deseo. Para el psicoanalista francés, el objeto del deseo no se originaba en las actividades de autoconservación ni en la pulsión buscando al objeto, sino en el deseo del Otro. La cuestión de los celos y la rivalidad, subsidiaria en Freud de la dinámica del deseo y del Edipo, fue puesto especialmente en evidencia por Lacan en el contexto de sus identificaciones especulares. En la teoría kleiniana, este hostigamiento al semejante quedó subsumido en el concepto de envidia.

2.7. Fenómenos de transferencia (*Übertragungphänomen*)

La transferencia es un fenómeno más amplio que los dos anteriores y, en cierto sentido, los subsume. Según Freud, designa la tendencia inconsciente del sujeto a reeditar en los vínculos actuales, modalidades de relación acuñadas en la infancia, con los objetos primarios. Una vez que el sujeto se ha estructurado, la relación con cualquier objeto -nuevo o antiguo- supondrá que estos ya están -o ingresan- en las redes transferenciales que el primero genera. Dicho en otros términos, todo objeto se sostiene en una relación de transferencia. Los circuitos deseantes, pulsionales, narcisísticos y edípicos

del sujeto, como así también las representaciones inconscientes del propio cuerpo se actualizan en las relaciones con un objeto, que deviene, entonces, y de manera indefectible, objeto de transferencia. El sujeto es un polo generador de transferencias. El fenómeno transferencial en su conjunto es una externalización: es una puesta en juego relacional de la organización psíquica. El sujeto es, por definición, transferente.³³ Este carácter permite instituir la transferencia como el escenario en el que se despliega toda cura analítica. Pero esta última no deja de ser un caso muy particular –por el manejo que se hace de la misma en la clínica– de un fenómeno a todas luces universal: el sujeto envuelve, inviste, reviste con sus redes psíquicas – eminentemente relacionales – a todo objeto que entre en su campo. Y, por supuesto también, a sus objetos de identificación.

Se requiere un sujeto conformado para que el fenómeno transferencial se despliegue a tope. De ahí que este mecanismo tenga especial importancia en las identificaciones post-edípicas. Éstas se darán siempre en relación a objetos con los cuales se ha establecido previamente transferencias.³⁴

* * * * *

A continuación se abordará la tercer columna de mecanismos psíquicos -ligazón, imitación, empatía (véase el cuadro insertado en la introducción del presente capítulo)-. En los textos freudianos, ellos aparecen relacionados con los procesos identificatorios, en especial, con aquéllos que describió en el seno de las masas. El elemento que permite conjuntar estos tres mecanismos es su funcionamiento a doble vía y su participación en los fenómenos grupales, donde los efectos de las interacciones entre sujetos suelen ser múltiples. Estos mecanismos fueron utilizados de manera prevalente por Freud cuando incursionó en las problemáticas sociales. El breve espacio que se dedicará a cada vocablo excluirá el estudio de las conexiones entre ellos.

Ligazón, empatía, simpatía, contagio psíquico, imitación, etc., fueron considerados por el vienés como fenómenos de sugestión. Como es bien sabido, él la quiso apartar decididamente del psicoanálisis; con este objetivo diferenció la identificación de todas aquellas experiencias en las que entraban en juego lo sugestivo. La cuestión le resultaba un tanto embarazosa ya que pese a todos sus esfuerzos le resultó imposible expurgarla completamente de la transferencia. Por otra parte, la declaró irreductible en los fenómenos de masas. El acercamiento a estos asuntos será la ocasión para plantear nuevas oposiciones: sugestión e hipnosis frente a enamoramiento, idealización frente a identificación.

2.8. Ligazón (*Bindung*)

Utilizó este concepto desde la primera época de su obra. Apareció por primera vez en *Proyecto de psicología* (1895) y, más tarde, vio renovado su uso mediante la introducción de giros que la hicieron operativa en otros contextos teóricos. A pesar de las novedades aparecidas a medida que avanzó su producción, existió una cierta continuidad entre las sucesivas orlas semánticas que la noción fue adquiriendo. En el *Proyecto...* esta noción hacía referencia a la transformación, dentro del aparato neuronal, de energía libre en energía ligada. La ligazón requería la existencia de una masa de neuronas bien unidas, que podían llevar a cabo esa tarea.

El término resurgió con nuevas valencias en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921): los miembros de una masa están intensamente **ligados** por vínculos libidinales. Mediante esta torsión del concepto, la ligazón se enlazó con la identificación: la *bindung* que conjunta, que agrupa, que ata, no era sino efecto de un tipo de identificación no descrita hasta entonces en los textos freudianos: la de las masas.³⁵ Caracterizado de este modo, el vocablo **ligazón** reactualizó –en el terreno de lo psicosocial– un significado que ya tuvo en otros contextos: tendencia general a la agrupación para formar unidades mayores.

La pregnancia del término parece eximirle de toda explicación; él mismo se basta para dar cuenta de ese movimiento que, obedeciendo a distintos fines, genera multitud por reunión de unidades más pequeñas; así:

- En *Más allá del principio del placer* (1920), y bajo las órdenes de Eros, describe la formación de un super-estado celular por agrupamiento de muchísimas células. La ligazón sería, en este marco, el mecanismo utilizado por las pulsiones de vida –recuérdese el nuevo dualismo recién introducido en ese texto– para mantener la cohesión y consistencia de lo viviente, difiriendo por

esos medios los efectos de Tánatos. En términos más generales: por ligazón/enlazamiento (*Verbindung*) o reunión (*Vereinigung*) con otros semejantes, en unidades más complejas y estables, los organismos vivientes neutralizan la tendencia contraria *-Entbindung*: desligazón-propia de la pulsión de muerte.

- En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) planteó que estas eran una especie de estado supraindividual, producto de una ligazón libidinal. Este ligamen genera el "efecto multitud", la aglutinación, el conglomerado. La proclividad a hacer masa sería, según Freud, una prolongación psicológica de la tendencia biológica a la pluricelularidad, presente en los organismos superiores. Ligándose socialmente cada yo sacrificaría sus singularidades en pro de la masa, exactamente como el unicelular se consagra al Estado celular. O, si se quiere otro ejemplo, como el yo da en ofrenda su libido en la relación con el objeto.

Se aprecia que la ligazón tiene una raíz organicista, biológica. Para operar en este nuevo contexto -el psicosocial- adquirió nuevas facetas. Si hasta entonces la *bindung* era mecanismo y efecto; si era el procedimiento que reunía y el resultado de tal aglutinación -en otras palabras, que se trataba de un concepto autoexplicado-; después de 1920 necesitó precisar mejor las cosas. En primer lugar, se le debió expulsar su temple biológico; luego, por las nevaduras del viejo concepto, Freud inyectó otra savia: a partir del ensayo de 1921 **la ligazón adquirió naturaleza libidinal y amorosa**: los individuos que se reúnen para forman la masa aman al jefe, lo sitúan en posición de Ideal; renuncian a sus autonomías personales y se identifican entre sí. La similitud de las conductas que se observa en la muchedumbre masificada nace de esta identificación. La ligazón **vertical**, amorosa, al líder -primera en lógica freudiana, respecto de la identificación **horizontal**- no viene inducida desde el exterior: nace del propio sujeto. Freud no lo dice explícitamente, pero le interesa remarcar ese punto, para deslindar -como se verá enseguida- la identificación de la sugestión, contagio, simpatía o empatía. Estos fenómenos, que siempre se producen en el seno de las masas eran, según Freud, consecuencia de la identificación que los subtiende. Por esta vía, el líder del grupo quedó conectado conceptualmente con el Padre de la Horda primitiva, descrito en *Totem y Tabú* (1912-13). La idealización del mismo y la formación subsidiaria de una masa implica que sus miembros han conseguido ser amados -por igual- por el padre, neutralizando así la paranoia colectiva originada en el parricidio.

* * * * *

La noción de ligazón no ha tenido derivaciones ni usos importantes dentro de las doctrinas kleiniana y lacaniana.

2.9. Imitación (*Nachahmung, Nachbildung*)

Freud no se ocupó extensamente de ella; sus escasas referencias señalaron los vínculos y las disparidades que guardaba con la identificación. Es en relación a esta última como podría deducirse la metapsicología de la primera.

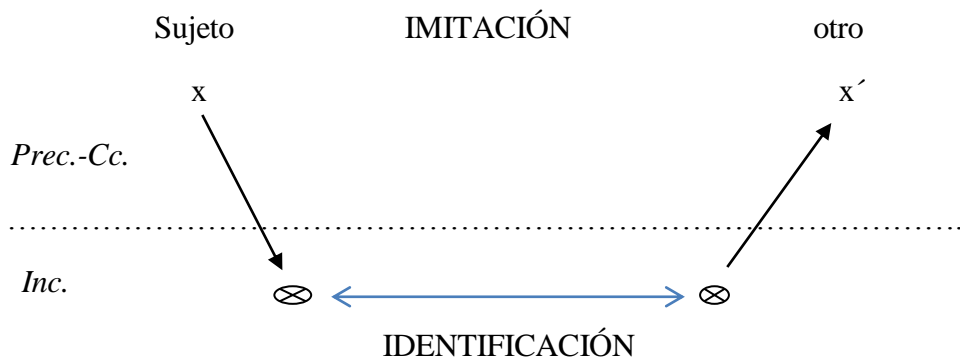
En dos momentos históricos bien diferentes Freud abordó las relaciones entre imitación e identificación. En la primera ocasión -capítulo IV de *La interpretación de los sueños* (1900)- el contexto lo daba la histeria y sus síntomas; en la segunda -*Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)- el telón de fondo era la masa y los interrogantes que le planteaban su constitución: ¿cómo se homogeneizaban estos grupos? ¿Cómo explicar los fenómenos de mimetismo que pueden observarse en su seno?

En ambas oportunidades hizo referencia a la llamada "infección psíquica", que se observaba a veces en salas de hospitales, pensionados o en el seno de las masas. Freud señaló que la imitación de síntomas o de conductas **no era un fenómeno primario sino secundario a identificaciones** que se consumaban por mediación de un elemento inconsciente, compartido entre los "contagiados". En los dos textos nombrados, pese al tiempo que medió entre ellos, el planteamiento fue, prácticamente, el mismo: la identificación **no es una simple imitación** -se subraya esta idea- sino una apropiación en base a un elemento común que permanece reprimido. Aquello que se observa -las crisis histéricas simultáneas en el pensionado- es lo manifiesto de una identificación inconsciente: en un brevísimo

instante se produjo una mancomunidad -sexual, erótica- con otra(s) persona(s). El elemento compartido permanece sometido a la represión. Dicho en otros términos, en la imitación, en "el contagio psíquico" la idea o representación reprimida que está en juego no pasa por la conciencia; sigue el camino de la conversión: la inervación motora hace actuar al cuerpo un razonamiento inconsciente fugaz: "si a ella le sucede eso, a mí también, ya que tengo los mismos motivos". Freud afirmó que si este raciocinio pasara a la conciencia, no originaría una identificación sino el sentimiento de angustia.

Este tipo de identificación –que se manifiesta por fenómenos imitativos– ocurre sin que exista un vínculo libidinal previo con el objeto: tampoco es un sustituto regresivo de su pérdida (melancolía) ni la introyección del mismo antes de resignarlo (declinación del complejo de Edipo). Freud la presentó en el capítulo VII de *Psicología de las masas...* (1921) como una tercera variedad dentro del grupo de las identificaciones que forman síntomas: aquéllas en las que no hay ligamen libidinal previo con la persona copiada.³⁶ Tal ausencia le permitirá extender este tipo de identificaciones para contextos más amplios -las masas, por ejemplo- en los que ni siquiera existe el vínculo que puede haber en un pensionado. Pero, mientras las últimas calcan el modelo de las histéricas porque **tienen un elemento común inconsciente de naturaleza sexual**, las de las masas acontecen en un contexto en que las pulsiones están inhibidas en su fin. En éstas, el elemento comunitario no es erótico: se comparte el Ideal del yo, proyectado en el líder. La identificación yoica entre los miembros de la masa, es subsiguiente y está basada en ese rasgo o detalle mancomunado. Por esta vía el agrupamiento gana cohesión.

Pese a las diferencias recién apuntadas, puede apreciarse que para Freud, las conductas miméticas en los conglomerados humanos eran secundarias a identificaciones. Se deduce de esto que si la imitación participaba de alguna manera, lo hacía en calidad de epifenómeno; era un aspecto parcial y superficial de la identificación; no tenía que ver con su esencia. En este sentido, la identificación desborda a la imitación; la absorbe e integra, incluyéndola en la dinámica inconsciente propia de la primera, en las que el deseo y la sexualidad están siempre en juego. Es conveniente subrayar estos aspectos diferenciales, dada la frecuencia con que aparece en la literatura psicoanalítica una reducción del fenómeno identificatorio a la idea de copia o imitación de otro. En otras palabras, la imitación –al menos como fue descrita en estos artículos– no es una copia directa del otro; es un efecto inducido por una identificación, según puede verse en el siguiente esquema:



Ahora bien, el elemento inconsciente compartido propio de la identificación, no siempre ve la luz por medio de conductas imitativas; más bien suele manifestarse de un modo distinto que la mimesis. De ahí que, para sostener con pertinencia psicoanalítica que se trata de una identificación consumada, tal afirmación no puede hacerse en base a la similitud manifiesta sino por el descubrimiento -siempre trabajoso, siempre difícil- del rasgo común inconsciente. Ello requiere, obviamente, una labor psicoanalítica prolongada.

Por las mismas razones, los fenómenos de simpatía (*Sympatie*) o empatía (*Einfühlung*) -que se estudiarán a continuación- no eran para Freud fenómenos primarios sino efecto de las identificaciones. La variada profusión de formas en que estos fenómenos pueden manifestarse en el plano conductual -altruísmo, mimesis, amor, piedad, incluso la sorprendente metamorfosis de un individuo en la masa-

serían para Freud manifestaciones de una mancomunidad reprimida, una fascinación recíproca post-identificatoria, fenómenos de superficie subsidiarios de un anudamiento inconsciente.

¿Existe en la teoría de Freud una imitación que no esté subtendida por una identificación? En muy escasas ocasiones se refirió a situaciones de ese tipo, en que la imitación implique copiar conductas sin un trasfondo más importante que el querer parecerse a otro. Si se deja de lado el mimetismo voluntario de las técnicas de comicidad que Freud abordó en la tercera parte de *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905), y ciertos fenómenos imitativos propios de los primeros meses de vida (los balbuceos iniciales y la repetición de gestos), el remedo liso y llano de comportamientos, carente de todo ligamen profundo con el objeto de imitación, hablaría más bien de una patología severa y de perturbaciones en los procesos identificatorios edípicos. Cabe recordar que estos últimos tienen, según se verá en el capítulo siguiente, una función singularizante y diferenciadora; es decir, todo lo contrario del mimetismo que uniformiza.

Hasta donde se ha podido constatar, existe sólo un texto en el que Freud hizo referencia a la imitación sin trasfondo identificatorio, pero con la presencia de determinantes inconscientes: *Tótem y tabú* (1912-13). Allí relató la situación creada tras la violación de un tabú que no fue sancionada espontáneamente en la persona del trasgresor; en tal contexto, el colectivo, sintiéndose amenazado por el sacrilegio, se apresuró a ejecutar el castigo omitido. Explicó esta reacción del grupo como forma de poner coto a la tentación de **imitar** a aquél que quebrantó la prohibición:

"Si alguien ha llegado a satisfacer el anhelo reprimido no puede menos que mover igual anhelo en todos los miembros de sociedad; para sofrenar esta tentación es preciso que a ese a quien en verdad se envidia sea privado del fruto de su osadía [...]." (OCFAE, XIII, p. 76. Ya había aludido al mismo tema en pp. 40-42 del mismo ensayo).

La tendencia a imitar tuvo en esa situación motivaciones inconscientes: poner una barrera a la tentación dirigida hacia lo que el tabú prohibía.

De todas formas sería posible considerar una imitación simple: aquella que es una mera copia de conductas de un objeto al que se toma como referente, y con el cual puede haber o no ligazón afectiva. Se trata, obviamente, de un mecanismo que no es estructurante; acontece en los planos consciente y preconscious, aunque en algunas circunstancias pueden existir reproducciones de comportamientos que pasen desapercibidas para el que se mimetiza.³⁷ Se la ha relacionado con frecuencia al proceso de aprendizaje; de ahí que hagan acto de presencia sobre todo en la primera infancia o en la adolescencia. La otra variante, la que aparece asociada a la identificación, es –sin duda– la más importante dentro del contexto teórico freudiano.

2.10. Empatía (*Einfühlung*)

La noción de empatía proviene de la estética post-hegeliana del siglo XIX y fue abordada por muchos filósofos y pensadores, algunos contemporáneos de Freud: Durkheim, Bergson, Husserl, Dilthey, Heidegger, Lipps, etc. Sin duda, los escritos de este último fueron los que influyeron más directamente sobre el vienés. Lipps estudió sobretodo la relación de la empatía con la estética, aunque dejando constancia que ella trascendía ese ámbito. La *Einfühlung* fundamenta la experiencia de ponerse en el lugar del otro, “estar en su piel”; en fin: una suerte de pasaje por -o a través de- otro. Freud sostuvo que la empatía desempeñaba un papel importante en la comprensión del yo ajeno, pero no desarrolló en profundidad esta noción, dejando en un terreno ambiguo la importancia de este mecanismo en la vida psíquica. Reiteró su postura respecto de las relaciones de ella con la identificación. Conviene no perder de vista el contexto en que fue abordada: en plena controversia con Le Bon y Mc Dougall sobre la conformación de las masas. En efecto, en su texto de 1921, Freud citó a estos autores y discutió con ellos. Retomó el tema del “contagio psíquico” propuesto por Le Bon para explicar la homogeneización de los miembros en la masa y expuso un punto de vista propio para tal igualación de conductas. También planteó sus discrepancias con Mc Dougall, que recurrió a la noción de simpatía –influencias afectivas recíprocas– para explicar la aglutinación de los miembros de un grupo.^{38*}

Le Bon basaba sus planteos en una sociobiología reaccionaria, fundada en la desigualdad de las razas; sostenía que las masas eran un caldo de cultivo ideal, dado el primitivismo de la turba, lo

sugestionables que son los participantes de la misma, la inhibición de la capacidad de pensar que les caracteriza y la concomitante exageración de la afectividad. En este medio, las ideas del líder pueden propagarse por contagio, siguiendo el modelo propuesto por Pasteur en su descripción de la transmisión de enfermedades microbianas. Las características de las masas facilitaban, según este autor, que el líder difundiera sus ideas; la mimesis se extendería como una infección: uno imita a otro y todos al conductor. Este fenómeno, sería la causa de la homogeneidad detectable en las masas.

Mc Dougall explicó ese mismo avatar de otra manera: los signos percibidos de un estado afectivo son aptos para provocar automáticamente el mismo afecto en quien los percibe -inducción simpática- y ésta deviene más intensa cuanto mayor es el número de personas en quienes se nota simultáneamente el mismo sentimiento. Entre los miembros de una masa no solo se inducen psíquicamente los afectos sino que, además, se retroalimentan: la **adhesión simpática** de un nuevo participante influye a su vez sobre la masa, aumentando su excitación y generando un movimiento en espiral de inducciones recíprocas y expansionistas. La simpatía –con el sentido específico comentado en la nota al pie– genera más simpatizantes, podría decirse.

Freud sostuvo un diálogo muy particular con las teorías de estos psicólogos sociales. Después de exponer sucintamente las ideas de ambos, hizo suya buena parte de las descripciones fenomenológicas que ellos ofrecieron de la masa, pero discrepó en algunos puntos: por ejemplo, con la concepción del inconsciente en Le Bon. También cuestionó las tesis sobre el contagio psíquico y la simpatía. Si tales fenómenos existen, afirmó Freud, son efectos de lazos afectivos y libidinales que se generaban en el seno de la masa. La extraordinaria metamorfosis que puede darse en un individuo cuando forma parte de una masa es, en esencia, una cuestión libidinal, amorosa. El afecto no es engendrado por la reproducción mimética de una conducta, sino al contrario: el sentimiento (*Gefühl*) individual respecto del conductor es anterior al sentimiento compartido –simpatía (*Mitgefühl*) o empatía (*Einfühlung*) –. El primero posibilitará que en un tiempo posterior acontezca la identificación recíproca entre los miembros, causa –a su vez– de las conductas similares y de los sentimientos empáticos, simpáticos, etc.

Para que un sujeto pueda ponerse en lugar de otro, o sentir como el otro tiene que poseer y conservar, como condición indispensable, un sentimiento propio que pueda ser comparado a los del otro. Si acontece ese reconocimiento en el otro y si, además, se produce un punto de confluencia en lo inconsciente, se dará la identificación que, en un momento segundo, producirá los fenómenos empáticos. Esta identificación es secundaria al amor hacia el líder. No es regresiva puesto que no ha mediado una pérdida de objeto³⁹; tampoco exige un vínculo libidinal previo. Es, asimismo, parcial. El mancomunado amor al líder, más la identificación descrita y la inhibición de la agresividad dentro del grupo, producen la empatía reinante entre los partícipes de una masa.

Para Freud el afecto es, primariamente, del sujeto; por lo tanto, no ha sido inducido por el otro. Dicho de otra manera: no hay sugestión, ni inducción simpática ni contaminación del afecto por contagio. La identificación –y sólo ella– es la responsable de la emergencia de los fenómenos empáticos y de las conductas mimetizadas de los miembros de la masa. Freud recuperó la identificación histérica del hospital y la del pensionado –descriptas como carentes de lazo libidinal previo con el objeto– para hacerla operativa en un conjunto amplio de personas. Se deduce de esas consideraciones que para Freud la masa se estructura a la manera de una histeria colectiva y –cosa muy importante para él– el grupo se constituye por sumatoria de individualidades: 1+1+1+1+n. Esto le permitió incluir la psicología social en la individual, tesis por él anticipada en la introducción de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). De este ensayo parece desprenderse la siguiente secuencia: primero el yo y después lo social. Esa línea de pensamiento otorgó una cierta autarquía al sujeto y supuso una continuidad con las tesis de *Introducción al narcisismo* (1914); en cambio implicó una cierta contradicción con la teoría estructural de la identificación, ya que en ella se da por supuesto que lo social preexiste al yo. Dos años más tarde, el capítulo III de *El yo y el ello* (1923) vendría a invertir la perspectiva de *Psicología de las masas y análisis del yo*.

2.11. A modo de resumen: un glosario

A continuación se expondrán unas caracterizaciones sintéticas de los distintos mecanismos que participan en las identificaciones freudianas. Contendrá los significados específicos con los que se usarán estos conceptos a lo largo de las diferentes partes de esta tesis.

Introyección

Implica el pasaje fantasmático de materia psíquica desde el exterior al interior del *aparato psíquico*. Introducido en psicoanálisis por S. Ferenczi, Freud hizo suyo este concepto y lo utilizó en dos comarcas teóricas: en la percepción y construcción de la realidad por parte del sujeto y en la teoría estructural de las identificaciones. En el primer marco, se la aprecia operando tras el juicio atributivo: el yo, bajo el imperio del principio del placer hace ingresar al psiquismo aquello que juzga “bueno” y pasa a considerarlo como una parte de sí mismo. En ese contexto la contrapuso a la proyección (“neurótica”), que expelle fuera de sí aquello que juzga displacentero (malo para el yo).

En el segundo contexto es el mecanismo que inscribe en el psiquismo los rasgos “altamente parciales” (*einzigster Zug*) de los objetos; interviene en la consumación de identificaciones secundarias edípicas.⁴⁰ Está asociada a los fantasmas propios de dicho complejo. La introyección de rasgos parciales incluye, asimismo, algunos componentes proyectados previamente sobre el objeto.

Freud, igual que Ferenczi, la hizo operar también en la diferenciación psicosis - neurosis; para ambos, la introyección actuaba en la neurosis, mientras que la proyección **masiva** lo hacía en la psicosis.

Incorporación

Procedimiento de internalización que opera especialmente en terrenos narcisísticos. Supone el ingreso fantasmático *dentro del cuerpo* de un objeto totalizado; si ese primer movimiento desemboca en una identificación, implicará la conformación del yo a imagen y semejanza del objeto (la sombra del objeto cae sobre el yo). Este mecanismo opera en la consumación de las identificaciones primarias y narcisistas (de la homosexualidad y melancólicas). En el contexto de la primera teoría pulsional nomina al fin de la pulsión oral.^{41*}

Interiorización

Mecanismo que transforma una relación intersubjetiva en intrasubjetiva: las características de la relación con el objeto se instalan y repiten entre instancias del aparato psíquico. A diferencia de la introyección, que internaliza *rasgos del objeto*, la interiorización supone la instalación en la psique de las modalidades de relación entre el sujeto (o el candidato a serlo) y el objeto. Pueden actuar combinadamente con la introyección: si esta desembocó en una identificación, suele asociarse a una interiorización de las cualidades que tuvo la relación con el objeto externo.

Apropiación

Mecanismo psíquico por el cual el sujeto acaba consustanciando consigo mismo ciertos rasgos, atributos o partes del objeto que han sido previamente introyectados o incorporados. En el caso de las identificaciones estructurantes edípicas, supone la metabolización y entramado de estas nuevas inscripciones con los rasgos preexistentes. En el caso de las narcisistas, el yo se hace uno con la representación total del objeto. En las identificaciones funcionales implica apoderarse del lugar de quien se supone que posee el objeto del deseo. La apropiación remarca el carácter violento de todo proceso de subjetivación.

Proyección

Se caracteriza por la puesta en el exterior -en personas o cosas- de rasgos, cualidades, sentimientos, deseos o características que, en principio, no se reconocen como propios. Este mecanismo participa en la conformación subjetiva de los objetos de la identificación y, de manera especial, en las identificaciones centrífugas. Freud describió también una modalidad de proyección masiva, que sería característica de las psicosis.

Externalización de la huella mnémica

Mecanismo psíquico que pone en el exterior -sobre personas o cosas- la huella mnémica desiderativa. Es una forma específica de proyección ligada a Eros, que eleva a la condición de objeto de deseo a quién o qué ha sido revestido de tal huella. Este movimiento centrífugo participa, especialmente, en las identificaciones secundarias edípicas, en las histéricas y oníricas (proyección sobre la pantalla del sueño).

Fenómenos de transferencia

En términos amplios se designa con el nombre de transferencia a la tendencia inconsciente del sujeto a reeditar, en los vínculos del presente, modalidades de relación forjadas en la infancia. En un sentido más circunscrito y en relación a la identificación, hace alusión al fenómeno mediante el cual los objetos proveedores de rasgos o atributos, quedan inmersos y envueltos en las primigenias redes psíquicas del candidato a sujeto. Las dimensiones pulsional, deseante, narcisista, fantasmática, edípica, las representaciones inconscientes del propio cuerpo se hacen presentes en la relación con todo objeto de identificación que, por estas razones se convierte en objeto bajo transferencia. Estos fenómenos requieren, para que se produzcan, de un sujeto ya estructurado. De ahí su participación en las identificaciones de las masas y, más ampliamente, en las postedípicas.

Ligazón

Procedimiento que opera en diferentes contextos, llevando a cabo la reunión de elementos singulares para constituir unidades mayores, conglomerados homogéneos y más estables. En el contexto de la teoría identificatoria designa al mecanismo libidinal que agrupa, primero, y cohesiona, luego, a los miembros de las masas. La ligazón amorosa al líder es previa a la identificación de los participantes del grupo entre sí. Los fenómenos de mimetismo y de contagio psíquico que se suscitan en el seno de los agrupamientos humanos serían, según Freud, consecuencia de esta identificación. Este vocablo tuvo en la obra del vienés otra acepción: dentro de la perspectiva económica, implicaba la inhibición del libre flujo de las excitaciones.

Imitación

En su forma simple, supone la copia de conductas sin mediación de lo inconsciente. Opera principalmente en el nivel preconscious-consciente. Las imitaciones pueden ser, también, epifenómenos de identificaciones. En estos casos no se trata de una copia directa del otro: el mimetismo que se observa es un efecto inducido por la identificación. La imitación no es estructurante y puede manifestarse -parcialmente- en las identificaciones histéricas y en las que acontecen en las masas.

Empatía

Es la capacidad de ponerse en el lugar de otro. Se trata de un pasaje por -o a través de- otro que permite ser partícipe de una realidad ajena. Para que un sujeto pueda colocarse *en la piel* de otro o sentir como él, tiene que poseer -como condición previa e indispensable- un sentimiento propio pasible de ser comparado a los del otro. Si acontece ese reconocimiento en el otro y si, además, se produce un punto de confluencia en lo inconsciente, se dará la identificación que, en un momento segundo, producirá los fenómenos empáticos. La empatía desempeña un papel importante en la comprensión del yo ajeno.

NOTAS DEL CAPÍTULO 2

¹ Freud describió también identificaciones **centrífugas**; son aquellas en las que el sujeto se proyecta y se identifica –expansivamente– en los otros o en la pantalla del sueño (véase I, 4.6.6); es el caso de las oníricas, algunas formas de la histérica y las que acontecen con el líder de las masas.

² Los tres psicoanalistas cuyas obras se están cotejando describieron esta imbricación entre el sujeto y el objeto, aunque cada uno la hizo de manera diferente. En Klein primó la duplicación de lo externo en el interior. La concepción topológica del sujeto le permitió a Lacan teorizar una relación de continuidad entre el \$ y el Otro; para tales fines utilizó la la botella de Klein (véase III, 6.5) y el enlazamiento de dos toros (III, 6.4). La perspectiva freudiana será expuesta a continuación.

³ Es útil recordar las dos orientaciones que pueden detectarse en los escritos del vienés respecto de las relaciones tempranas del lactante con su entorno. Una de ellas sostuvo la existencia de relaciones tempranas con el objeto, previas a la constitución del autoerotismo; la segunda planteaba la existencia de un estado narcisístico primario absoluto, anobjetal, que daría paso, posteriormente, a las relaciones de objeto. Esta doble perspectiva le llevó a bascular –según los textos y las épocas– entre una mayor o menor autarquía del sujeto respecto del medio. Las polémicas y los *impasses* que estas posturas suscitaron –y continúan suscitando– se reflejarán en alguna medida en este capítulo. Para más detalles sobre estas dos perspectivas, véase el apartado 1.4.2., del capítulo anterior.

⁴ Si bien tales términos no son de estricto cuño freudiano, serán utilizadas aquí con un sentido meramente descriptivo; es decir, para indicar la dirección del movimiento en los intercambios entre el sujeto y su entorno.

⁵ Buena parte de estos mecanismos fueron empleados por Klein con significaciones propias; sobre la introyección y proyección véase II, 2.4.1. y II, 2.4.2.; II, 3.3.1., II, 9.2.; sobre la incorporación: II, 9.8.4. La asimilación –II, 9.8.5. – es un concepto creado por P. Heimann que tiene semejanzas con la *apropiación* freudiana.

⁶ Ferenczi, S.; *Psicoanálisis*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1981, Tomo I, págs. 99 y 217 respectivamente. En su artículo de 1912 afirmó: “He descrito la introyección como un mecanismo que permite expandir al mundo externo los intereses primitivamente autoeróticos, *incluyendo los objetos del exterior en la esfera del yo.*” (Las cursivas son mías; la edición por la que se cita fue cotejada con la versión francesa).

⁷ Jacques Alain-Miller forjó el neologismo *extimidad*, para referirse a esta compenetración de lo interno y lo externo; lo éxtimo no es exterior ni interior; tal vez, las dos cosas al mismo tiempo.

⁸ Un análisis más pormenorizado de estas cuestiones puede leerse en *Trencadís; gaudianas psicoanalíticas; op. cit.*, p. 153 y ss., el capítulo titulado “A propósito de un legado de Ferenczi: el concepto de introyección”; V. Korman (2010), *nc ediciones*, Barcelona. Una síntesis revisada de este texto se incluyó en II, 2.6.2.1. En el apartado siguiente se insiste sobre los usos de Klein de este articulador.

⁹ La proyección masiva descrita por Freud en *Neuropsychosis de defensa* (1895) fue el antecedente de su concepto de *Verwerfung* –repudio, desmentida–; éste, a su vez, lo fue de la *forclusión* de Lacan. En II, 3.4. se llevó a cabo un cotejo de la negación kleiniana con otros conceptos conexos; a saber: renegación o desmentida freudiana (*Verleugnung*); repudio o rechazo (*Verwerfung*), otro concepto del vienés; Forclusión o Preclusión (Lacan) y escotomización, de R. Laforgue.

¹⁰ Véase en I, 5.4.3., el desmontaje microscópico y secuencial que se ha realizado de las identificaciones edípicas y narcisistas. La introyección corresponde al cuarto tiempo de las primeras.

¹¹ Ya se dijo en el capítulo anterior –apartado 1.1.6.1– que Freud mantuvo a lo largo de toda su obra la conexión entre la identificación y la pulsión. De ahí que ambos circuitos quedaran solapados y parcialmente confundidos: nunca explicitó que el movimiento identificatorio se acerca al objeto con distintas finalidades que la pulsión. Esta última va en busca de su satisfacción por medio del objeto parcial, mientras que aquella se moviliza para capturar rasgos o detalles (*einzigiger Zug*), introyectarlos y luego hacerlos propios. Dirigiéndose al mismo objeto edípico, en el primer caso se pretende al objeto [parcial] de la pulsión y, en el segundo, al objeto de identificación. Lacan desconectó la identificación de la pulsión.

¹² Véase en I, 6.4.1., la complejidad que supone este procesamiento. Entre otras cosas, opera la desexualización de la pulsión que estuvo en juego en la relación con el objeto externo que brindó los rasgos que, una vez introyectados, dieron pie a una identificación.

¹³ Entre la introyección y la identificación media la apropiación; véase nuevamente I, 5.4.3.

¹⁴ La traducción de *Einverleibung* (*Leib* = cuerpo) por **incorporación** es literal y correcta: introducir en el cuerpo, claro está que fantasmáticamente. En el uso corriente de la lengua alemana, expresa también un sentido religioso, simbólico: hacer carne, encarnar (el verbo, etc.); se la emplea asimismo para referir la ingestión de la hostia durante la misa. Otros significados son los de apropiarse o adueñarse de alguna cosa; coloquialmente, *einverleben* es comer algo (semejante al castellano *picar*).

¹⁵ En I, 7.4.2. pueden leerse citas más extensas de este ensayo.

¹⁶ Algunos autores califican con el término “total” a esa modalidad, en contraposición a la identificación “parcial”, que es con rasgos o detalles muy limitados del objeto. En I, 4.6.3., se exponen algunas objeciones al término *total*. Otras características de la identificación melancólica será planteadas en I, 3.4.

¹⁷ Véase I, 5.2.2.

¹⁸ OCFAE, XIV, p. 239, Nota al pie.

¹⁹ Se describirá con más detalle el *modus operandi* de esta modalidad de identificación kleiniana –que debe

entenderse a la luz del conjunto de sus elaboraciones metapsicológicas- en II, 6.

²⁰ Para más detalles sobre esta cuestión puede leerse Korman V., *El oficio de analista; op. cit.*; en la primera edición (1996) véase pp. 192-195; en segunda edición (2013); pp. 200-203. Se comenta, de paso, que Karl Abraham invirtió algunos aspectos se acaban de señalar para la incorporación: parcializó esta última y totalizó la introyección. Habló de *incorporación parcial del objeto* (términos inexistentes en Freud) y sustituyó la incorporación de *Duelo y Melancolía* por el término introyección que, como bien señala Strachey, no fue utilizado por el vienés en dicho texto.

²¹ En I, 7.2.1. puede leerse la cita del capítulo IV de *La interpretación de los sueños*, en la que utiliza el vocablo apropiación. Lo volvió a emplear en *Psicología de las masas y análisis del yo*, como se verá en 2.8. de este mismo capítulo.

²² En una lectura retroactiva de los escritos freudianos a partir de la teoría estructural, estas modalidades identificatorias descritas tempranamente en *La interpretación de los sueños* (1.900) pueden entenderse como el núcleo inconsciente de toda identificación.

²³ En I, 5.4.3., se postula a la apropiación como el quinto y último paso en la concreción de una identificación estructurante.

²⁴ Heimann, P. (1942), en "A contribution to the problem of sublimation and its relation to processes of internalization", en *International Journal of Psycho-Anal.* Vol. 23, pág. 8. Esta autora retomó tangencialmente este asunto en un artículo posterior titulado "Una combinación de mecanismos de defensa en estados paranoides" (1955); incluido en la recopilación *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, OCKPA, volumen 4, p. 239 y ss. El término aparece en la sección IV de ese artículo -relaciones objetales intrapsíquicas- al comentar que las introyecciones de objetos externos podían depositarse tanto en el yo como en el superyó, y debían ser *asimilados* o fusionados con la organización psíquica. Klein citó el primer texto de Heimann en *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946), y sostuvo que tanto para el desarrollo del yo como para el ejercicio exitoso de sus funciones e, incluso, para el logro de su independencia, la asimilación era esencial. En II, 9.8.5. se retomó el concepto de asimilación en el contexto de la descripción de procesos que participan en la formación del mundo interno kleiniano.

²⁵ Freud no utilizó el adjetivo "psicótica" para esta forma de proyección, pero se ha de tener presente que la describió en el contexto de su estudio sobre la paranoia. A efectos de diferenciarla sistemáticamente de las otras proyecciones, cada vez que se haga referencia a esta modalidad -fundamento del mecanismo paranoico- se le asociará el calificativo "psicótica".

²⁶ Véase la primera nota al pie de este capítulo.

²⁷ Véase I, 5.3.3.1. Lo descrito puede hacerse extensivo a la contemplación de películas, obras de arte, lectura de textos, etc. Siempre y en todas las circunstancias media el prisma de la propia subjetividad en cualquier percepción.

²⁸ En la cuarta parte de este trabajo, dedicada a presentar algunos puntos de vista personales sobre la identificación, propondré el vocablo **extrayección**, para designar a este mecanismo de externalización de la huella mnémica desiderativa. Retomaré un viejo término, prácticamente en desuso en el psicoanálisis actual, mencionado en algunas ocasiones por Edoardo Weiss. Puede leerse un artículo suyo -*Proyección, extrayección y objetivación*-, en la Revista de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Vol. 5, Nº 4 de 1947/48.

²⁹ Para la elaboración de estos aspectos de su teoría, expuestos inicialmente en *La interpretación de los sueños* (1900), Freud partió del estado de necesidad biológica del bebé; cuando esta se resuelve por la *acción específica*, la experiencia queda inscrita en una huella mnémica como vivencia de satisfacción. La imagen del objeto que satisfizo tendrá un valor muy importante en la conformación del deseo del sujeto. Al reiterarse la necesidad, se generará, por las conexiones que quedaron establecidas, una recarga de la huella mnémica desiderativa: se reproducirán alucinatoriamente los signos de dicha satisfacción. A este movimiento que produce la reactivación de la huella mnémica -que puede ser realizada en ausencia del objeto que sació- Freud lo denominó deseo. En su obra, quedó bien diferenciada la necesidad biológica del deseo. La búsqueda posterior de objetos en la realidad estará orientada y condicionada por los signos y designios de esa traza. Para más detalles al respecto, véase el apartado 1.2. del capítulo anterior.

³⁰ Véase el apartado 1.6.1. del capítulo anterior, dedicado al complejo de Edipo.

³¹ En I, 3.2.3.2. se incluyen dos cuadros con las variantes de las identificaciones edípicas en la niña y el varón.

³² OCFAE, XI, p. 155.

³³ Algunas ideas sobre esta cuestión fueron anticipadas en I, 1.8.2.

³⁴ Al final de este capítulo, en el apartado 2.11., se encontrará una definición de transferencia.

³⁵ Ella guarda, sin embargo, alguna semejanza con la identificación histórica, como se verá luego.

³⁶ Véase I, 3.2.4. y I, 4.6.4.

³⁷ En este caso las calificaríamos de imitaciones inconscientes **descriptivamente** hablando.

³⁸ El vocablo simpatía (*Sympatie*) debe entenderse en este contexto bajo una acepción muy determinada: aquella que designa la resonancia de una cuerda de un instrumento musical -**sin que haya sido pulsada**- a partir de las vibraciones de otra, vecina, que sí lo fue. Se habla en estos casos de resonancia simpática.

³⁹ Sobre el carácter regresivo de las identificaciones véase el comienzo del apartado I, 1.6.2.

⁴⁰ En el desmontaje que se ha realizado de las identificaciones estructurantes edípicas -véase I, 5.4.3.-, la introyección actuaba en el cuarto tiempo.

⁴¹ Si bien el vienés asoció la incorporación con la producción fantasmática oral, pero ella no se reduce sólo a la oralidad; pueden darse incorporaciones visuales, respiratorias y auditivas. En mi libro *Teoría de la identificación y psicosis* (1977) he descrito un caso clínico en que la incorporación se realizaba por vía inhalatoria.

3

PRINCIPALES IDENTIFICACIONES DESCRITAS POR FREUD

Obertura

Se ofrecerá un panorama detallado de las mismas incluyendo las resignificaciones retroactivas –a partir de la teoría estructural– de aquello que Freud había escrito con anterioridad sobre la identificación.¹ Se recurrirá en primera instancia al capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). Si bien no ha sido el mejor de sus textos sobre el tema, allí aparecieron los primeros indicadores de la transformación sustancial que él estaba gestando por entonces. En ese mismo contexto resumió las modalidades identificatorias que había descrito y añadió algunas nuevas.^{2*} El capítulo VII muestra, a la vez, continuidad y cambios; por un lado, era una síntesis de sus elaboraciones previas sobre el tema –la única que hizo en toda su obra–; por otra parte, se insinuaba un cambio de paradigma respecto de la identificación, que pocos años más tarde –concretamente en 1923– se afianzaría: su conversión en una categoría metapsicológica para pensar la estructuración de todo sujeto psíquico. En otros términos, Freud estaba gestando su teoría sobre la estructuración del aparato psíquico –la estructuración subjetiva, en términos de Lacan– que fue más allá del territorio de la psicopatología, para abarcar a todo el género humano.

Otros escritos suyos que se tomarán en consideración en este capítulo serán: *El yo y el ello* (1923), *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924) y las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932-1936) –la 31ª y 33ª–. En ellos aparecieron más desarrollados que en *Psicología de las masas y análisis del yo* los componentes de la teoría identificatoria estructural; esta última contó como antecedente necesario con lo postulado en *Introducción al narcisismo* (1914) y *Duelo y melancolía* (1915).^{3*} El complejo de Edipo y el superyó fueron enfocados, a partir de 1923, desde la perspectiva identificatoria; todas las instancias y sistemas de la primera y segunda tópica –la subjetividad en su conjunto– se constituyen como producto de identificaciones que se consumaban en el contexto familiar y social de niño. La identificación devino conectora intergeneracional y trasmisora de lo psíquico de una generación a la siguiente.

Este giro significativo de su pensamiento sobre el tema a partir de 1921 quedará situado como telón de fondo de las consideraciones del presente capítulo, a la espera del siguiente, donde será tratado con más detalle (apartado 4.2). Se pretende con ello evitar el riesgo ya señalado en la Introducción General: muchos autores que escribieron sobre la identificación citaron y consideraron literalmente los artículos de Freud pertenecientes al período 1895-1921/1923 sin contextualizarlos explícitamente dentro de la teoría funcional. Se quiere dejar claro que con posterioridad hubo un viraje radical que modificó el campo semántico del concepto, imponiendo la tarea de resignificar las modalidades identificatorias que el vienés había descrito durante ese cuarto de siglo. También habrá que tener presente otros virajes producidos en los años 20: la presencia del nuevo dualismo pulsional Eros–Tánatos y el surgimiento de la segunda tópica.⁴

En el capítulo VII de *PMAY*, Freud describió siete modalidades:

— La identificación primaria, aunque sin nombrarla explícitamente con tal adjetivo.

- La identificación a la persona no amada, o identificación con el rival.
- La identificación con la persona amada, identificación regresiva. Esta y la anterior eran identificaciones eminentemente edípicas.
- La identificación del pensionado, fundada en una mancomunidad inconsciente con una persona con la que no existía relación de objeto previa; la consideró como una modalidad de la identificación histérica.
- La identificación en el seno de las masas.
- La identificación en la homosexualidad masculina.
- La identificación melancólica.

El perfil que trazó sobre la *primaria* mostraba que ya estaba madurando las ideas de la teoría identificatoria estructural. En cambio, las tres siguientes fueron claros ejemplos de la perspectiva funcional, que jamás fue dejada de lado explícitamente; la quinta fue la respuesta freudiana a la indagación sobre aquello que aglutinaba a los miembros de un grupo, inquietud especialmente acuciante en este ensayo que, como su título lo indica, trató sobre la psicología de las masas; la sexta y séptima –las identificaciones narcisistas, descritas en *RILV* (1910) y *DyM* (1915), respectivamente– actuaron a la manera de un puente entre ambas teorías identificatorias.

En esta puesta al día no incluyó algunas identificaciones que había descrito entre los años 1900 y 1913; a saber: la onírica, la del espectador con los personajes teatrales y la totémica.⁵ Se entiende fácilmente la desaparición de las dos últimas: se trata de variantes temporales –escasa duración–, cuyas funciones devinieron poco importantes a la luz del carácter estructurante que iba adquiriendo por entonces la identificación. La ausencia de la primera es más destacada, dada la relación privilegiada de la misma con lo inconsciente, corazón de la identificación freudianamente entendida. Ahora bien, ese enlace quedó claramente refrendado por la identificación histérica⁶ y por sus comentarios sobre la participación de dicha identificación en la formación de síntomas neuróticos (implicación de la represión y el proceso primario). Al ser *PMAY* anterior a 1923, tampoco aparecen en esta recapitulación las identificaciones yoicas, superyoicas e ideal-yoicas, ligadas a la segunda tópica, que sí tendrán cabida en el presente capítulo, que se desplegará mediante la secuencia de apartados siguiente:

- 3.1. La identificación primaria
- 3.2. Las identificaciones edípicas
- 3.3. La identificación histérica
- 3.4. La identificación melancólica
- 3.5. La identificación en la homosexualidad masculina
- 3.6. La identificación en el seno de las masas
- 3.7. Identificaciones yoicas y superyoicas
- 3.8. Identificación onírica
- 3.9. Otras identificaciones
- 3.10. Sinopsis del capítulo

La reseña detallada de estas modalidades identificatorias funcionará como introducción al capítulo siguiente, en que se propondrá una sistematización de estos materiales, junto con propuestas clasificatorias basadas en parámetros escogidos en los textos de Freud.

3.1. La identificación primaria

En *PMAY*, como se dijo, no utilizó el adjetivo *primaria*, pero la que describió al inicio del capítulo VII tiene las mismas características de aquella que, en el capítulo III de *YyE*, designó con el nombre de *primäre Identifizierung*. El capítulo VII comienza con esta frase:

"El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al

padre como su ideal. Esta conducta nada tiene que ver con una actitud pasiva o femenina hacia el padre (y hacia el varón en general); al contrario, es masculina por excelencia. Se concilia muy bien con el complejo de Edipo, al que contribuye a preparar.

Contemporáneamente a esta identificación con el padre, y quizá antes, el varoncito emprende una cabal investidura de objeto de la madre, según el tipo del apuntalamiento [anaclítico]. [...] Desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse vuelta hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación. Se comporta como un retoño de la primera fase, oral, de la organización libidinal, en la que el objeto apreciado y anhelado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal." (OCFAE, XVIII, p. 99).

¿Qué significa esta nueva identificación? ¿Por qué la describió con esos atributos? De las frases citadas se desprende que Freud la situó en la más temprana infancia. Aquí ya se está frente a un primer giro: ella se consume muy precozmente en la vida de un niño. Por otra parte, el calificativo de primaria que le otorgó dos años más tarde era una segunda insistencia sobre su operatividad en los albores de la vida psíquica del infante. En efecto, el nuevo carácter estructurante que la identificación adquirió conllevaba necesariamente cambiar los tiempos de su consumación: la formación del aparato psíquico habría de comenzar inmediatamente después del parto. La primaria sería entonces la que establece los cimientos de la organización psíquica. Por eso la caracterizó como la primera ligazón afectiva con otra persona, y la situó como anterior a toda elección sexual de objeto. Estas últimas ocurren más tarde –en los inicios del complejo de Edipo– cuando ya estaba establecida la diferenciación entre yo y no-yo, condición imprescindible para realizar elecciones de objeto infantiles.

"La primera ligazón ya es posible, por tanto, antes de toda elección sexual de objeto." (OCFAE, XVIII, p. 100).

Se retendrá el contenido de esta última frase porque será de utilidad para dilucidar algunos puntos oscuros de esta modalidad identificatoria.

La primaria era la más precoz de todas las identificaciones que intervienen en la estructuración del sujeto. Tenía lugar en el seno de los tempranísimos vínculos del recién nacido con los miembros de su entorno familiar. Se explicaba, entonces, porqué esta modalidad identificatoria fue adquiriendo diferentes significados, según las reconstrucciones que cada escuela psicoanalítica hizo de los momentos iniciales de la existencia subjetiva. Los debates psicoanalíticos habidos con posterioridad sobre la identificación primaria se han centrado en: a) los momentos en que acontecía; b) las funciones que cumplía en la conformación subjetiva y c) quién era el objeto de tal identificación. Se verá, también que los textos freudianos no ofrecieron respuestas taxativas a estas cuestiones. Algunas dudas siguieron –y siguen– persistiendo, pero algo estaba bien claro: las identificaciones ya eran, por entonces, portadoras de lo que se transmitía psíquicamente de una generación a otra.

En las pocas oportunidades en que Freud escribió de manera explícita sobre ella, se refirió siempre al varón; consideró que se consumaba por medio de un mecanismo incorporativo ligado a la pulsión oral; le adjudicó como objeto al padre, en posición de ideal, [*PMAY*, (1921)]; o al padre de la prehistoria personal [*YyE* (1923)]. Dijo de ella que era no sólo la primera sino la más importante del individuo. De estos textos se desprende que la identificación primaria establece los basamentos de la organización psíquica del sujeto. Pese a las escasas referencias explícitas a ella, las problemáticas teóricas inherentes a las mismas le habían preocupado a lo largo de toda su obra: la cuestión del padre, la trasmisión intergeneracional de lo psíquico, la sexualidad, el parricidio, la ley, la prohibición del incesto, el origen de la civilización, la herencia cultural, etc. Por eso, además de *PMAY* y *YyE* -referencias obligadas al tema- es imprescindible una tarea de entretejido con otros escritos de Freud, anteriores y posteriores a ese binomio, para esclarecer ciertas articulaciones que no aparecen a primera vista. Se citará un párrafo de *YyE*, para avanzar unos pasos más en el estudio de esta identificación.

"Ahora bien, comoquiera que se plasme después la resistencia {Resistenz} del carácter frente a los influjos de investiduras de objeto resignadas, los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos. Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal." [Aquí remite a una nota al pie de página, que se citará luego]. "A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata {no mediada} y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos

sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria." (OCFAE, XIX, p. 33).^{7*}

En la aludida nota al pie afirmó:

"Quizá sería más prudente decir con los progenitores, pues el padre y la madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene [en la mujer]. En aras de una mayor simplicidad expositiva, sólo trataré la identificación con el padre". (OCFAE, XIX, p. 33). Lo que está entre corchetes es mío.

3.1.1. Primeras puntualizaciones

Las citas de ambos textos permiten las siguientes puntualizaciones sobre la identificación primaria:

- En relación a su objeto, planteó tres alternativas: a) el padre de la prehistoria del Complejo de Edipo (capítulo VII de *PMAY*); b) el padre de la prehistoria personal (capítulo III de *YyE*); c) los “progenitores” de antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, según escribió en la nota al pie recién citada.
- Se comportaba como un retoño de la primera fase oral de la organización libidinal, en la que era “imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación.” [*YyE* (1923), OCFAE, XIX, p. 31]. El objeto se incorporaba por devoración canibalística.
- Se ocultaba detrás del Ideal del yo, a cuya génesis había ayudado.
- Era ambivalente: podía manifestarse como idealización del objeto o como ansias de aniquilarlo.
- Estaba relacionada con la formación del carácter.
- “Es directa, inmediata {no mediada} y anterior a toda investidura de objeto” *YyE* (1923) o anterior a “toda elección sexual de objeto” *PMAY* (1921)⁸. No estaban mediatizadas por el yo ni por una elección de objeto, cosa que la hacía distinta a las identificaciones narcisistas, histéricas y secundarias edípicas.^{9*}
- El padre estaba en posición de ideal. Freud caracterizó esta relación identificatoria como del orden del ser (se aspira a ser como él); esta actitud era diferente de *elegir* al padre como objeto (registro del tener).
- Las identificaciones posteriores procesaban las primarias; las resignifican. De ahí que no existan observables clínicos directos de la identificación primaria, salvo en las psicosis.
- Freud la describió sólo en el varón; no hizo alusión alguna a la identificación primaria en las niñas.

3.1.2. ¿De qué padre se trata?

Más allá de las polémicas suscitadas entre las diversas corrientes psicoanalíticas sobre quién es el objeto de tal identificación, los fragmentos citados lo establecen con cierta claridad: véase la primera de las puntualizaciones recién enunciadas.^{10*} Por lo tanto, ir directamente al nervio del asunto, sería preguntar: ¿qué padre era el que Freud había situado como objeto de la identificación primaria? La dilucidación de esta cuestión no fue nada fácil y se complicaba especialmente al prestar atención a las notables marchas y contramarchas de la nota al pie del capítulo III de *YyE*, reproducida en la página anterior. Asimismo, cotejando los párrafos extractados de *PMAY* y de *YyE* se detectaban oscilaciones, dudas y matices diferentes sobre esta misma cuestión, que cabía tener en cuenta. Se pensó que tal vez siguiendo esos vaivenes de Freud, podían desentrañarse algunas de las líneas directrices de su pensamiento; una rápida toma de posición los pasaría, seguramente, por alto. Ciertos pasajes de ambos artículos requieren ser interpretados, tarea delicada que se emprenderá a continuación, tratando de ser fiel a la letra y al espíritu de lo escrito. Para tales menesteres será imprescindible recurrir a algunas categorías metapsicológicas freudianas que clarifiquen las contradicciones que planteaba la identificación primaria. Quizá haya que aceptar, por anticipado, que no todas quedarán zanjadas. Por otra parte se cree útil introducir una distinción lingüística para esta tarea hermenéutica, que se mantendrá para todos los capítulos de esta primera parte: se utilizará el término transgeneracional para

referir la larga cadena que se inicia en tiempos muy remotos –en el nacimiento de la humanidad–, mientras que el vocablo intergeneracional aludirá a la relación de los niños con sus padres y abuelos.

* * * * *

¿Por qué Freud situó al padre (y no a la madre) como objeto de esta identificación? ¿Qué habrá tenido en su mente cuando afirmó en más de una ocasión esa postura? Incluso, llegó a utilizar en *YyE* un tono grandilocuente, raro en él, para afirmar que tras el Ideal del yo se escondía

“[...] la identificación primera, y de mayor valencia del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal.”^{11*}

A Freud no se le escapaba lo trascendental que era para un bebé el vínculo con su madre, al punto tal de haber postulado como modelo del narcisismo primario absoluto la relación intrauterina del feto con ella o la situación de amamantamiento placentero después del nacimiento. Además, la importancia de la madre en la crianza del hijo, ya la había subrayado muchos años antes, al considerarla agente principal de la acción específica. *Ergo*, no fue por subestimar su papel, que otorgó estatuto de objeto de la identificación primaria al padre. Es posible, entonces, que Freud tuviera in mente otra cuestión diferente al de la captura de rasgos psíquicos al padre –o a los progenitores de antes del establecimiento cierto de la diferencia de los sexos–. Téngase presente que él se refirió al padre de la *prehistoria* personal (capítulo III de *YyE*). Entonces, al interrogante ¿de qué padre se trata?, se suma otro: ¿cuál es la prehistoria personal aludida? Se atisba desde ya que ese padre era multifacético y tenía funciones diversas.

Cuando se habla del padre en la obra freudiana, un primer nexo a establecer es con los desarrollos de *Tótem y Tabú* (1913). Allí encontramos a un Padre originario, ancestral –el *Urvater*– ligado a la prehistoria de todos los humanos. Ahora bien, en el escrito inaugural de la segunda tópica Freud no escribió taxativamente *Urvater* sino simplemente *Vater* (padre). ¿Es esto un obstáculo para interpretar la frase que nombra al “padre de la prehistoria personal” como una alusión al *Urvater*, al proto-Padre de la Horda primitiva y a todo lo que estuvo conceptualmente ligado a él? El autor de esta tesis considera que se trata de una hipótesis válida.¹²

Así pues, una primera respuesta a la pregunta de ¿cuál es el padre, objeto de las identificaciones primarias?, podría responderse desde *Tótem y tabú* de la siguiente manera: se trata de un padre inmemorial, un padre primitivo que devino Padre tras el parricidio y la introyección de la ley. Ese Padre constituye el primer eslabón de una cadena transgeneracional que atravesando las sucesivas descendencias, llegó hasta nuestros días. Cada anilla de ese encadenamiento –cada padre– recibió un legado y lo transmitió, a su vez, a su(s) hijo(s). Concebida de este modo, la identificación primaria sería el vehículo que iría transmitiendo a todo recién nacido el capital simbólico acumulado durante siglos por la humanidad. Ese Padre originario y el enlace ancestral que en él se origina, se encarna, se hace presente, en la persona del siempre incierto padre biológico de la criatura, a la sazón, objeto de la identificación primaria. En la medida en que este último pueda asumirse como un elemento más de esa sucesión que le mantiene unido a sus ascendientes lejanos y, además, cumpla con las otras funciones que le competen, habrá realizado el pasaje que le convierte de progenitor biológico en padre. La procreación humana es diferente de la animal; ella no puede reducirse a la simple reproducción biológica, en tanto implica, además, otro parto: transformar a un recién nacido en un sujeto psíquico y social, heredero de una cultura ancestral.

3.1.3. El linaje de los humanos

Existen indicios convergentes en la obra de Freud que autorizan la interpretación recién expuesta. Si ella es válida, la estructuración subjetiva de todo aquel que llega al mundo obtendría, a través de su progenitor, una conexión con ese padre transgeneracional, identificación primaria mediante.¹³ Por lo tanto, esta última no se definiría únicamente por el factor temporal; es decir: por ser la primera. Aunque efectivamente sea así, es importante subrayar sus funciones trasmisoras del legado de la prehistoria personal. Así entendida, lo esencial no pasa por establecer los momentos exactos en que ella se consumaba –Freud dio pistas sobre ello, véase la nota final nº 9 de este capítulo– sino

precisar su carácter de don, puesto que hace de todo nuevo sujeto psíquico un heredero del legendario patrimonio humano.¹⁴ Dotarlas de ese Padre como objeto, supuso implicar a la identificación primaria en la inserción del sujeto en la cadena transgeneracional, en el anudamiento propio de la descendencia humana, y en la continuidad de lo más humano de la humanidad, perpetuando así la diferencia que existe entre la reproducción de esa especie y la animal.

En otras palabras: la identificación primaria quizá haya sido la manera que encontró Freud de aludir a la inscripción de los varios siglos de existencia de nuestra civilización en la naturaleza psíquica y biológica de toda criatura que arriba al mundo.¹⁵ Uno de los elementos que estaría en juego en la identificación primaria es esa trasmisión del capital simbólico de la humanidad, que es otro factor determinante en la estructuración del aparato psíquico. Un niño que nace en el siglo XXI recibe una herencia cultural y social que le hace distinto de otro que vio la luz, póngase por ejemplo, hace dos o tres siglos.

3.1.4. La nota al pie de página

Sin embargo, este modo de entenderla, no dilucida todas las cuestiones referentes a la identificación primaria; quedan sin aclarar los titubeos de la nota al pie de página del capítulo III de *YyE* (1923), en la que consideró también a los progenitores –madre y padre anteriores al descubrimiento de la diferencia de los sexos–, objetos de tales identificaciones.

Esta frase no parece aludir al Padre originario ni a la larga cadena transgeneracional que conecta con él; es más probable que Freud se refiriese a la madre y al padre del infante preedípico. Dicho en otros términos, en esa nota ya no estaría hablando de la trasmisión de la prehistoria de la humanidad sino de la captura, por parte del niño, de rasgos psíquicos a sus progenitores. Serían las primeras identificaciones del niño, las que comienzan la estructuración de su aparato psíquico, en un cuerpo a cuerpo, psique a psique, con los objetos primarios.

Se trata más de la historia personal que de lo prehistórico; más madre y padre preedípicos que Protopadre; más relación con la generación inmediatamente anterior que con la larga cadena transgeneracional.^{16*}

Así entendida, la identificación primaria en Freud sería la más temprana de las operaciones constitutivas del sujeto psíquico. Si a partir de la teoría estructural, la identificación tenía que explicar el surgimiento de la actividad psíquica de todo recién nacido, con su descripción de la primaria, Freud vino a decir que gracias a ella el infante captura en sus padres los primeros rasgos psíquicos con los que comienza a construir su aparato psíquico.

Lo afirmado en estas últimas frases expresa la perspectiva identificatoria freudiana tantas veces comentada: el niño, pese a su escasa edad, es el agente activo de la identificación; él es el punto de partida de la misma.

Se insiste en el callejón sin salida que generó esta visión freudiana del tema: una suerte de auto-creación del aparato psíquico por parte del infante, aunque con la colaboración “pasiva” del contexto objetal, porque éste se limitaría a ofrecer rasgos.

Pensar la estructuración subjetiva con punto de partida en las pulsiones del niño produjo esa encerrona teórica. Los postfreudianos que se percataron de este impasse, buscaron salidas diferentes. Lacan fue uno de los primeros en señalar que quienes identifican son el otro y el Otro; Winnicott y Bion –en sus peculiares “rectificaciones” de la teoría kleiniana– remarcaron la incidencia del objeto por medio de sus conceptos de “madre suficientemente buena” y “madre con *reverie*”, respectivamente, pero no invirtieron la perspectiva freudiana. Laplanche sí lo hizo y, además, postuló la teoría de la seducción generalizada.^{17*}

Otra alternativa que se suma a las recién nombradas es la que se expondrá en la cuarta parte de este trabajo. Allí se partirá del esquema del sujeto expuesto en I, 1.1.3., que representa las diferentes dimensiones psíquicas con las que un adulto se acerca a su hijo y lo identifica por medio de la implantación activa de rasgos.

Se resumirá esta idea afirmando que el hijo es objeto de transferencias por parte de sus padres. Esta visión de la identificación desarrolla de manera personal la perspectiva abierta por Lacan, diferente a la freudiana.

Se dejarán planteados un par de interrogantes a los textos freudianos: ¿qué pasa con las identificaciones primarias en las niñas? ¿Por qué la transmisión del capital simbólico de la humanidad a un nuevo vástago corre a cargo exclusivo del padre? ¿La madre no interviene en esa transmisión inter y transgeneracional? Estas preguntas sólo pueden formularse a la teoría freudiana y lacaniana, ya que Klein no planteó la cuestión transgeneracional y para lo intergeneracional, adjudicó un papel clave a la madre.

Se dejan enunciados estos interrogantes y se anticipa que se intentará dar respuestas personales a estas preguntas en IV, 1.6.1.

3.1.5. Nuevas puntualizaciones

Este amplio rodeo ha llevado a postular un sentido posible para la identificación primaria en Freud, que podría resumirse del siguiente modo: no sólo vector transgeneracional, sino y también, cimiento del sistema identificador estructurante de cada nueva subjetividad; es decir, momento primero de la subjetivación, zócalo para que las identificaciones posteriores (narcisistas, edípicas, post-edípicas, etc.) tengan un incipiente suelo psíquico preestablecido y puedan, por lo tanto, continuar con la labor estructurante.

Interesa subrayar estos dos componentes de la identificación primaria: uno, que podría ser llamado vector transgeneracional, que la liga a la prehistoria de la humanidad y se relaciona, por lo tanto, con el Protopadre de la horda primitiva y con el mito de su asesinato¹⁸; otro, que revela la temprana tendencia del infante a incorporar y apropiarse rasgos psíquicos de los objetos de su entorno. Imposible disociar ambos aspectos que se consuman al mismo tiempo, a través del padre, objeto de la identificación primaria freudiana.¹⁹ El primero indica que Freud percibió al sujeto psíquico contemporáneo como heredero, no sólo de sus padres y abuelos sino y también de sus ancestros más lejanos, legadores de un patrimonio simbólico de gran envergadura, del que los progenitores son trasmisores involuntarios. Luego, después de la primera infancia, la sociedad en su conjunto toma el relevo en esa transferencia del capital simbólico, que se ha ido construyendo y acumulando durante la larga historia de la civilización. Es muy probable que Freud, para pensar esa transmisión recurriese a las ideas en auge en su época. De ahí que mencionase también la vía filogenética. Pero esa no fue la única con que conceptualizó la transmisión de la vida psíquica y cultural de una generación a otra.

3.1.6. Algo de luz en las tinieblas de lo primario. Cotejos.

El filo y endogenetismo presente en muchos temas y textos de Freud^{20*} tuvo un contrapeso en otra serie de artículos suyos, en los que señaló explícita o implícitamente la importancia de la psique de los otros -entorno objetal- en la conformación del aparato psíquico. Tal es el caso de *IN* (1914), donde escribió sobre la reactivación del narcisismo de los padres, con la llegada de un nuevo vástago:

“Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho tiempo abandonado.” (OCFAE, XIV, p. 87).

El narcisismo parental fomenta el narcisismo del hijo. *His Majesty the baby* (en inglés en el original), debe cumplir todos los sueños y los deseos no realizados de sus padres. El conmovedor amor de los padres hacia el hijo, no es otra cosa que el narcisismo reavivado en ellos, que se trasmuda en amor hacia el crío. También, en una de sus primeras obras –*Proyecto de psicología* (1895)– resaltó la función del adulto, que al llevar a cabo la acción específica –imprescindible para salvaguardar la vida del lactante– deja improntas indelebles en el incipiente aparato psíquico del infante. Se encuentra muchas veces en la obra de Freud que un mismo asunto es pensado desde distintas perspectivas; estos enfoques no fueron siempre dialectizables y, en ocasiones, se hace necesario señalar el preeminente. Queda a cada psicoanalista escoger cuál de ellos se considera más pertinente. Freud no dejó de considerar la importancia del entorno objetal en la constitución subjetiva, pero puso el acento en la sed identificatoria del niño.

En la TIF, la dialéctica diferencial primaria/secundaria, involucró varios aspectos:

- Un factor temporal: lo primario es lo primero en el tiempo; lo secundario es posterior. Haber postulado las identificaciones primarias le llevó a calificar de secundarias a aquellas que son posteriores a la pérdida o resignación de un objeto. También las consideró “regresivas”, porque la relación de objeto daba lugar a una identificación.
- Un factor estructural: lo primario funda una instancia; una vez constituida, lo que la remodela, es secundario.
- Un factor metapsicológico: la identificación primaria era según Freud “directa e inmediata {no mediada}, y más tempranas que toda investidura de objeto.” (OCFAE, XIX, p. 33). Asimismo, consideraba que las secundarias introyectan rasgos de los objetos e internalizan las relaciones con ellos existentes. Ya sea porque el objeto abandona (melancolía) ya sea porque el niño resigna sus objetos edípicos, en ambas situaciones van seguidas de una identificación -secundaria- y la subsiguiente instauración en la psique de los conflictos existentes con ese objeto (otrora externo): la relación interpersonal devino intrasubjetiva. En otro orden de cosas, estas identificaciones secundarias procesan retroactivamente lo inscripto por las primarias y las narcisistas. Cabe incluir dentro del factor metapsicológico los mecanismos que intervienen en estas identificaciones: introyectivos para las secundarias edípicas, incorporativos para la primaria y narcisista.
- Un factor mitológico: varias modalidades identificatorias freudianas muestran filamentos del discurso mítico: el asesinato del Padre de la horda primitiva en las primarias; el mito de Narciso en las narcisistas; el de Edipo, para las secundarias edípicas.

Es interesante cotejar estos aspectos de la TIF con la TIK y TIL. En M. Klein, el factor temporal se conservó aunque linealmente, en tanto el concepto de retroacción estuvo prácticamente ausente en su teoría. Su concepción del desarrollo evolutivo es a predominio cronológico, psicogenético, aunque sus elaboraciones sobre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva introdujeron, promediando su obra, cierta perspectiva estructural. Al segundo factor de los cuatro recién enunciados, no le otorgó especial importancia y al tercero -el metapsicológico- tampoco, porque no tuvo necesidad alguna de él ya que a sus identificaciones no las calificó ni de primarias ni de secundarias: todas ellas fueron consideradas simultáneas a la relación de objeto. Entonces: ni previas a la elección de objeto ni posteriores al abandono o resignación del mismo.

El lugar preponderante que Freud atribuyó al padre en la estructuración subjetiva y en especial en las identificaciones primarias fue desplazado hacia la madre. Esto conllevó repercusiones en la conceptualización del narcisismo y del Edipo. El primero ya no se refirió al cuerpo propio sino al cuerpo de la madre; respecto del segundo, las funciones atribuidas por Freud al padre, se desdibujaron en la teoría kleiniana. La relación con el pecho -objeto primordial- destronó la función fálica y su relación a la castración. La comida totémica fue reemplazada por la lactancia y el padre muerto (*Urvater*), por la madre omnipotente, devorante y devorada. La relación del niño con el interior del cuerpo materno ocupó el centro de la escena.

En cuanto a la incorporación, M. Klein la consideró como una de las fantasías más arcaicas y la asoció -siguiendo a Abraham- con las pulsiones orales canibalísticas dirigidas al pecho materno, que conllevaban la creación, por introyección, de un superyó feroz y tiránico (Véase II, 9.8.4). También acompañaban en calidad de fantasías asociadas a las introyecciones del objeto bueno que conformaban al yo. Klein reservó el término incorporación para las fantasías, pero, al haber conceptualizado a estas últimas como correlatos mentales del instinto -presencia de tintes biológicos en su teoría- se impregnaron de todo lo relativo a lo corporal. El problema se derivó, a su vez, hacia la proyección /introyección, descritas (casi) como fantasías, tal como se tendrá ocasión de ver en II, 8. 3.2 y II, 9., por lo cual estos mecanismos quedaron saturados del prototipo corporal que subyace en última instancia. De ahí lo arduo de la tarea de distinguir conceptualmente incorporación de introyección en la obra de M. Klein. El canibalismo de la teoría freudiana y sus consecuencias (complejo paterno) pasó en Melanie Klein de la prehistoria a la protohistoria individual y fueron referenciadas a la madre.

Lacan criticó la noción de incorporación; consideró que el mecanismo propuesto por Freud era poco claro como para ser de utilidad en el terreno de la identificación. Su teoría, fundada en el potencial identificante del significante y en la preeminencia de la estructura lógica de la identificación, supuso un giro de 180 grados en el procesamiento conceptual del asunto. Implicó una ruptura con las referencias a la biología, a lo histórico-mítico, a lo psicológico, dando pie, en cambio, a la inmersión de la problemática identificatoria en otros contextos: estructura del lenguaje, topología, lógica, matemáticas, filosofía, etc.

Esto produjo la subsunción de la identificación primaria de Freud –y sus correlatos conceptuales– en las identificaciones simbólicas.²¹ Propuso, también, una reformulación de lo "primario" de Freud; su equivalente en Lacan se asoció a esta pregunta: ¿cómo se produce la inscripción del significante en un real biológico, en la pura biología de un recién nacido humano? Si en Freud la respuesta fue, en última instancia, mítica; en Lacan, lógica. Si Freud remitió a una incorporación-devoración y al mito de *Tótem y Tabú*; Lacan reenvió a la Privación, al Cuadrante de Peirce y a la alienación, ensayando otras respuestas a las preguntas que el vienés se planteó sobre la aparición de las primeras trazas de subjetividad y que intentó resolver con un nombre: identificación primaria.²²

El llamado factor temporal (cronológico) también desapareció en la concepción de Lacan, para quien, podría decirse, la cuestión del origen fue siempre un fenómeno de *après-coup*: continuamente se está redefiniendo desde la actualidad.

Freud mantuvo una cierta ambigüedad respecto del padre, ya que insinuando la heterogeneidad de sus funciones, no diferenció con claridad las que corresponden a la transmisión de lo ligado al padre originario (Urvater) de sus restantes tareas edípicas. Lacan las discriminó -y no sólo éstas- al diferenciar padre real, padre simbólico y padre imaginario. Además, formalizó la función paterna desde el punto de vista del significante: metáfora. A la pregunta de: ¿qué es un padre?, la respuesta de Lacan fue: es un significante. Es el significante que metaforiza el deseo de la madre.²³

3.2. Las identificaciones edípicas

El pasaje del narcisismo primario al Edipo supone la transformación de los vínculos duales en relaciones triangularizadas; implica, también, un desplazamiento del enamoramiento de sí mismo -constituyente del narcisismo- hacia los miembros del entorno familiar inmediato. Esto conlleva, necesariamente, la transmutación de la calidad de este amor y, más ampliamente, de todos los vínculos en juego.²⁴ La primitiva idealización yoica se transfiere a los objetos edípicos -madre y padre, en las condiciones habituales de crianza- que suelen ser los primeros sobre quienes recae este amor otrora dedicado al yo y ahora desviado hacia terceros. Pero estos objetos de la triangularidad edípica son, en esos momentos, objetos de un yo total unificado, que tendrá como correspondiente a los objetos totales (de amor), representados en primera instancia por los padres del complejo de Edipo. En los subapartados siguientes -3.2.1. y 3.2.2.- serán estudiadas las características de estos objetos y la textura psíquica de los vínculos triangulares. Las identificaciones de variados tipos que acontecen en el transcurso y en la declinación del Edipo se tratarán en 3.2.3.

3.2.1. Objeto total del yo

Freud denominó objeto total^{25*} al que recibe el amor del yo, una vez que se franqueó el narcisismo primario. Para que el yo constituya un objeto de esas características se requieren las siguientes condiciones:

- La existencia de un yo organizado; esto supone la capacidad de reconocer al otro como distinto y separado de sí mismo (frontera o delimitación yoica claramente definida), para poder elegirlo como objeto de amor.
- En el plano pulsional: que haya habido confluencia de las distintas pulsiones parciales bajo el predominio fálico, y que éstas se puedan orientar bajo tal primacía, unificadas, hacia los objetos edípicos. En la fase fálica, período en el que acontecen las peripecias edípicas, se planteará la

problemática de la diferenciación de los sexos. La castración impondrá también una moderación del goce pulsional autoerótico.

- La transformación de la libido narcisista en libido objetal.
- La puesta en marcha de deseos y fantasías en relación a estos objetos edípicos.

Cuando se cumplen tales requisitos recaerán sobre estos objetos totales, de manera concurrente, el amor y/o el odio, los deseos y fantasías del infans. Las pulsiones encontrarán en los objetos parentales (o sustitutos) sus objetos parciales con los que satisfacerse. Llegar a este punto implica un logro importante, porque marca el momento en que se inician las identificaciones secundarias edípicas que culminan la tarea de estructuración del sujeto. En tal contexto, los objetos edípicos se inscriben en varios registros. Para el niño/a son, simultáneamente:

- Objetos totales, en tanto objetos de amor –y de odio– del yo unificado.
- Objeto del deseo, en tanto han activado la huella mnémica desiderativa del niño.
- Objeto de la pulsión, en tanto esta última recorta en ellos sus objetos parciales.
- Objetos fantasmáticos, en tanto están presentes en las fantasías edípicas del niño/a.

3.2.2. Precisiones sobre lo edípico

Es importante clarificar los principales significados que tuvieron los vocablos edipo, edípico y sus derivados dentro de la teoría freudiana, distintos por cierto a sus homólogos en Klein y Lacan:

- Se trata del período culminante de la sexualidad infantil. El espacio psíquico aparece organizado en forma triangular.
- Las relaciones de objeto son más discriminadas. La intersubjetividad sustituye a la transubjetividad del autoerotismo y a la indiscriminación yo - no yo del narcisismo.
- Se ha salido del narcisismo primario. Son posibles las elecciones de objeto.
- Las pulsiones orales y anales han quedado subordinadas a las fálicas.
- Está en juego la diferencia de los sexos: complejo de castración.
- Los deseos y las fantasías inconscientes respecto de los objetos están en plena actividad.
- El amor se ha establecido como antítesis del odio. La ambivalencia se atenúa.
- El yo-realidad definitivo se constituyó.
- Con la declinación del complejo de Edipo, la ley se encarnó en la psique bajo la forma del superyó. El Ideal del yo quedó conformado. Se ha desarrollado una cierta capacidad de renuncia pulsional. Se abre el camino hacia las actividades sublimatorias (en diferente cuantía según cada niño).
- Este pasaje por el complejo de Edipo deja plasmada una organización y una textura psíquicas que perdura por el resto de la vida. Tras la represión del mismo –declinación del complejo y entrada en la latencia–, se generan retornos de lo reprimido que empujan a la formación de síntomas.
- Durante el complejo de Edipo, las elecciones de objeto y las identificaciones se dirigen separadamente a cada uno de los vértices del triángulo.
- Las identificaciones secundarias edípicas se consuman mientras dura el complejo; otro momento especialmente significativo desde el punto de vista identificatorio es el sepultamiento del mismo.

3.2.3. Las identificaciones durante el complejo de Edipo

Las secundarias edípicas toman el relevo de las primarias y las narcisistas en el proceso de estructuración del sujeto; ellas reprocesan lo inscrito por las dos últimas. Si las primarias –como se ha visto anteriormente– son "directas, inmediatas y anteriores a toda investidura de objeto", las secundarias son posteriores a la resignación objetal: se abandona la relación pero se retiene un rasgo

parcial del objeto. Acontecen cuando ya existe un funcionamiento psíquico más que rudimentario en el infante.

El complejo de Edipo en su conjunto puede ser visto, desde esta perspectiva, como una sucesión vertiginosa de identificaciones que culminan la estructuración subjetiva de la primera infancia. Las secundarias edípicas intervienen también en la remodelación del yo, superyó e Ideal del yo, siempre y cuando se acepte que la fundación de tales estructuras fueron realizadas por las narcisistas y las primarias. Las características de estas identificaciones y las del terreno en que acontecen son múltiples. Se señalan las principales:

- Suponen un yo constituido y en funcionamiento. Esto posibilita elecciones de objeto: habrá amores y odios; la rivalidad edípica está instalada.
- Operan sobre un suelo psíquico ya establecido por las primarias y las narcisistas.
- El amor y el odio se ha constituido en par antitético y pueden dirigirse, de manera radiada, hacia uno y otro vértice del triángulo edípico: amor a la madre, odio al padre y viceversa.
- Acontecen en el registro pulsional fálico.
- La diferenciación de sexos (castración) está en el meollo de esta variedad de identificaciones, que son las que otorgan la siempre vacilante tipificación sexual.
- Las fantasías inconscientes del infante median en estas identificaciones.
- El espacio psíquico del sujeto está organizado triangularmente, con todas las implicancias que esto supone, entre ellas: que elección de objeto e identificación diverjan y se dirijan, cada una, hacia vértices diferentes del triángulo. Así, por ejemplo, cuando la elección de objeto recae sobre la madre, habrá identificación con el padre; si el padre es el objeto elegido, se accede a él a través de una identificación con la madre.
- Predominan habitualmente los mecanismos introyectivos. Se trata de identificaciones parciales, a rasgos "altamente limitados de los objetos" (*enziger Zug*).²⁶ Tales identificaciones ocurren siempre a espaldas de los partícipes: son inconscientes. Sus efectos dejan elementos estructurales en la conformación del aparato psíquico. Habrá inscripciones inconscientes de las mismas. El yo y el superyó se remodelan, también, por este tipo de identificaciones.
- La coexistencia del Edipo positivo y negativo hace que las modalidades identificatorias con cada uno de los objetos edípicos generen un mosaico de identificaciones complejo, producto de la introyección de rasgos maternos y paternos, tanto durante el Edipo como en los momentos de su declinación.
- En condiciones "normativizadas" -se trata de la norma, no de lo normal- la resolución del Edipo implica un predominio de las identificaciones con el progenitor del mismo sexo, aunque siempre son dobles: en estas situaciones, la identidad sexual psicológica se superpone a la identidad sexual anatómica.
- Gracias a estas identificaciones secundarias, en el pasaje por el Edipo se engendran diversos sistemas y estructuras psíquicas. Para decirlo muy sintéticamente, después de la declinación del complejo de Edipo el aparato psíquico del niño funciona a pleno rendimiento, con todas sus instancias y sistemas ya estructurados, en interacción (inconsciente, preconsciente, consciente, yo, superyó, ello, Ideal del yo). Si el mecanismo fundante ha sido la represión se estaría en presencia de una neurosis; si ha operado la renegación, la estructura resultante sería la perversa. Por último, y como tercera alternativa, la psicosis, en cuya formación ha operado el repudio (*Verwerfung*).

3.2.3.1. *Las identificaciones edípicas hasta Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)

Un repaso de la obra de Freud, desde sus comienzos hasta 1921, muestra la presencia de modalidades identificatorias relacionadas con la formación de síntomas neuróticos, sobre todo histéricos, aunque también obsesivos y fóbicos. Ya en la correspondencia con Fliess –véase: I, 7.1.2., *Manuscrito L*, anexo a la carta del 2 de mayo de 1897 y I, 7.1.4., Carta nº 125, del 9 de diciembre de 1899– el vienés aludió a estas identificaciones en las que el complejo de Edipo estaba en juego; más

tarde, se las detecta en sus historiales clínicos, en *Apreciaciones generales sobre el ataque histérico*, en *Tótem y tabú*, etc. En el capítulo VII de *PMAY* (1921) dilucidó nuevamente los nexos entre la identificación y la formación de síntomas. Planteó las tres figuras siguientes, que pueden ser consideradas prototipos de las que acontecen en un territorio organizado triádicamente:

- a) La identificación con el (o la) rival. La ejemplificó con el caso de una niña identificada con un síntoma de su madre; implicaba la voluntad hostil de sustituir a ésta y expresaba, al mismo tiempo, el amor hacia su padre. En este párrafo Freud se refirió explícitamente al complejo de Edipo y a la participación de la conciencia de culpa en la formación de este síntoma. La describió sintéticamente con estas palabras:

"Has querido ser tu madre, ahora lo eres al menos en el sufrimiento". (OCFAE, XVIII, p. 100).

Freud la consideró una identificación con el objeto no amado, diferenciándola de la que describió a renglón seguido:

- b) Identificación con un síntoma de la persona amada. Citó como ejemplo a Dora, cuya tos resultó ser una identificación con el padre. Describió así la situación creada:

"La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación." [OCFAE, XVIII, p. 100; esta frase está en cursiva en el original.]

Freud calificó a esta modalidad con diferentes adjetivos, en atención a sus distintas facetas: *regresiva*, puesto que una elección de objeto se ha convertido en una identificación^{27*}; *histérica* (por ser un prototipo de cómo ella "resuelve" los conflictos de rivalidad y de cómo pone en juego su deseo); también la denominó: *identificación con la persona amada*. Subrayó, asimismo, que en los casos a) y b):

"[...] la identificación es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto." (OCFAE, XVIII, p. 101).^{28*}

Como puede apreciarse, ellas acontecen en el seno de la triangularidad edípica: opera el deseo inconsciente y la rivalidad.²⁹ En la misma página, describió una tercera modalidad:

- c) Identificación sin una relación de objeto previa. En este caso,

"[...] la identificación prescinde por completo de la relación de objeto con la persona copiada."

En el contexto de esta tercera figura describió la llamada identificación del pensionado: una muchacha recibió una carta de su amado secreto que despertó sus celos y ella reaccionó mediante un acceso histérico. Sus compañeras, conocedoras del asunto, repiten la crisis: desean estar en la misma situación y se identifican con la receptora de la misiva. Esta identificación simultánea y múltiple (varias personas) recibió distintos nombres en la literatura psicoanalítica: del pensionado, por contagio psíquico, por infección psíquica, etc.

"El mecanismo es el de la identificación sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación. Las otras querrían tener también una relación secreta, y bajo el influjo del sentimiento de culpa aceptan también el sufrimiento aparejado. [...] La identificación por el síntoma pasa a ser así el indicio de un punto de coincidencia entre los dos 'yo', que debe permanecer reprimido". (OCFAE, XVIII, p.101).

La identificación –histérica– del pensionado abrió las puertas a otras consideraciones: ella no requiere una relación libidinal previa ni constituye un avatar de la pérdida de objeto; se trata de una identificación a un rasgo limitado, que supone una mancomunidad inconsciente con el objeto de identificación. El terreno en que acontece es, también, edípico.

En el apartado 2.9., del capítulo anterior se hicieron otros comentarios sobre esta modalidad identificatoria. Ella produce, a baja orquesta, aquello que los fenómenos de masa amplifican.

3.2.3.2. Las identificaciones edípicas a partir de 1923

En *PMAY* y en todos los textos freudianos anteriores se perciben los mismos caracteres: se trataba en su inmensa mayoría de alusiones a pacientes adultos cuyas identificaciones eran estudiadas en la clínica, dada su relación con la formación de síntomas. *PMAY* marcó un final de época: el de la teoría funcional; colaboró en ese eclipse el establecimiento de una nueva visión del Edipo: complejo de relaciones en cuyo seno se estructuraba el aparato psíquico del niño. Freud se ocupó a partir de entonces de las identificaciones de la primera infancia; el Edipo fue reprocesado en términos identificatorios: las relaciones de objeto son resignadas y sustituidas por identificaciones (*YyE*, *SCP*). La segunda tópica culminó el giro: las relaciones intersubjetivas devinieron endopsíquicas; el mecanismo de interiorización (véase I, 2.3.) ganó importancia.

Los padres edípicos se convirtieron en objetos de identificación. En ese contexto, las elecciones objetales del niño/a son dobles: narcisísticas y anaclíticas (por apoyo), tanto en su versión positiva como negativa (Edipo completo); madre y padre son objetos de amor y de rivalidad. Como ya se dijo, las características del terreno edípico determinan que la identificación se dirija a un vértice del triángulo mientras que la elección de objeto va hacia el otro. Las identificaciones tienen lugar durante el Edipo y en la declinación del mismo. Cuando el infante debe resignar sus objetos eróticos, lo hace a condición de identificarse con ellos. Freud subrayó el surgimiento de múltiples identificaciones debido a la bisexualidad constitutiva del niño y a la organización triádica del espacio edípico.

Una primera aproximación a las identificaciones edípicas permite agruparlas en dos categorías: la que sigue el modelo de la histérica, que se identifica con el (o la) rival y las que remedan algunas pautas de la melancólica, en tanto se trata de una suerte de identificación con el objeto perdido, o más exactamente, con el objeto resignado, como se podrá ver enseguida, en 3.2.4.2.

Los cuadros siguientes especifican lo dicho y muestran las modalidades de las identificaciones que se consuman durante el complejo de Edipo y en la declinación del mismo, tanto en la niña como en el varón.

Cuadro 1
Identificaciones edípicas del varón

Identificación	Forma del Edipo	Objeto elegido	Tipo de elección objetal	Objeto de la Identificación	Tipo de Identificación
Masculina, con el padre	Positivo	Madre	Por apoyo	Padre	Con el rival
Masculina, con el padre	Negativo	Padre	Narcisista	Padre	Con el objeto perdido
Femenina, con la madre	Negativo	Padre	Narcisista	Madre	Con el rival
Femenina, con la madre	Positivo	Madre	Por apoyo	Madre	Con el objeto perdido

Este cuadro puede leerse así: el varón consume identificaciones masculinas cuando en su Edipo positivo elige a su madre como objeto de amor y se identifica con el rival (padre). También, durante la declinación de su Edipo negativo, al identificarse con su padre, que es el objeto de amor resignado de una elección narcisista. Las identificaciones del varón con su madre –“femeninas”– se producen de manera diferente: en el Edipo negativo, cuando se identifica con su rival (madre) y elige como objeto de amor al padre (elección narcisista). También, cuando declina el Edipo positivo; entonces, se identifica con la madre, por ser ella el objeto que resigna o pierde.

El segundo cuadro puede entenderse de la siguiente forma: las identificaciones de la niña con el padre –“masculinas”– se consuman al identificarse con él, tanto en su Edipo negativo como durante la declinación del Edipo positivo. La niña gana identificaciones femeninas en su Edipo positivo al identificarse con la madre (su rival); concomitantemente, el padre es su objeto de amor. También, al identificarse con la madre –en calidad de objeto resignado–, en la declinación del Edipo negativo.

Cuadro 2
Identificaciones edípicas de las niñas

Identificación	Forma del Edipo	Objeto elegido	Tipo de elección objetal	Objeto de identificación	Tipo de identificación
Femenina, con la madre	Positivo	Padre	Por apoyo	Madre	Con el rival
Femenina, con la madre	Negativo	Madre	Narcisista	Madre	Con el objeto perdido
Masculina, con el padre	Negativo	Madre	Narcisista	Padre	Con el rival
Masculina, con el padre	Negativo	Padre	Por apoyo	Padre	Con el objeto perdido

3.2.4. Identificaciones secundarias edípicas y modalidades de la relación de objeto

Freud describió varias modalidades de identificaciones secundarias edípicas, atendiendo al tipo de relación que se establecía con el objeto. Son ellas: las concomitantes a la relación de objeto, las posteriores a la resignación del objeto y las que no tienen relación previa con el objeto. Se las describirá muy brevemente.

3.2.4.1. Concomitantes a la relación de objeto

Son identificaciones que se consuman durante las relaciones de objeto propias del complejo de Edipo, tanto positivo como negativo. Al no conllevar una pérdida del objeto, se evitan los fenómenos de desexualización -y sus consecuencias- que acontece en aquellas que sí implican una resignación del objeto. En I, 6.4.1., se trata con detalle estos fenómenos.

3.2.4.2. Posteriores a la resignación del objeto

Se suele citar la frase de Freud de los comienzos del capítulo III de *YyE* (OCFAE, XIX, pp. 30-31) en la que éste extendió a las identificaciones edípicas lo que había descubierto en la melancolía: la sustitución de una investidura de objeto por una identificación. Esta traslación, válida en algunos aspectos, creó una cierta confusión, por lo que será conveniente establecer las diferencias entre ambas. Colaboró en este desconcierto el hecho de que no se discriminara con precisión la concepción kleiniana de la formación de objetos internos -que siguió el modelo de la melancolía, según se verá en II, 1.2.2.1 y II, 9.4.-, de la teoría freudiana, en la que se distinguió, aunque no muy explícitamente entre la identificación melancólica y la secundaria edípica, esta cuestión se abordará a continuación.

En la identificación melancólica la elección de objeto es siempre narcisista; una fuerte ambivalencia caracteriza a la relación con el objeto y, cuando éste abandona o afrenta al sujeto, acontece una regresión intensa; la identificación es masiva (“la sombra del objeto cayó sobre el yo”) y el mecanismo que la preside es incorporativo. En cambio, en las secundarias edípicas, las elecciones de objeto son dobles: anaclíticas y narcisistas; no es el objeto el que abandona sino que el sujeto lo resigna; la ambivalencia existe, pero no es tan notable como en la melancólica, dado que el amor y el odio se han constituido como un par antitético y pueden dirigirse separadamente hacia cada uno de los vértices del triángulo edípico³⁰; poseen el ingrediente regresivo propio de todo proceso identificatorio pero de menor magnitud que las identificaciones melancólicas.

Por otra parte, se trata de identificaciones a rasgos parciales del objeto, en las que interviene el mecanismo introyectivo. Son constitutivas del yo y del superyó pero no generan la escisión del yo por “incrustación” de un objeto totalizado (melancolía). En esta última no se produce un verdadero abandono del objeto; sigue presente en la psique, en la que se recrea el vínculo sado-masoquista. La tabla siguiente recoge esquemáticamente lo dicho

Cuadro 3
Diferencias entre la identificación melancólica
y las secundarias edípicas

	Melancólica	Secundarias edípicas
Tipos de elección de objeto	Narcisista	Anaclíticas y narcisistas
Ambivalencia	Muy intensa	Par antitético amor-odio
Mecanismo utilizado	Incorporación	Introyección
Extensión de la identificación	Masiva	Parcial, a un rasgo limitado
Regresión	Muy marcada	Leve
Escisión del yo	Si	No
Características del terreno	Narcisístico, dual	Edípico, triangular

3.2.4.3. Sin relación previa con el objeto

El ejemplo prototípico es la identificación del pensionado, que luego Freud hizo extensiva -estableciendo algunas diferencias- a las que acontecen en el seno de las masas (véase infra, apartado 3.6. de este mismo capítulo). La infección psíquica de las muchachas de la pensión muestra, en versión reducida –pocas personas– algunos de los fenómenos que acontecen en los agrupamientos humanos más numerosos.

3.3. La identificación histérica

Por los motivos ya apuntados, se las vinculará a las oníricas. Ambas evidencian la dimensión deseante del sujeto psíquico. Sin lugar a dudas, la plasticidad de la histeria y su capacidad para poner en escena el deseo inconsciente fueron para Freud un excelente revelador de lo que estaba en juego en estas identificaciones: una mancomunidad inconsciente y no una imitación. La articulación entre síntoma histórico-identificación-fantasía fue descrita muy tempranamente: *Manuscritos L y N*, anexos a dos cartas dirigidas a Fliess y fechadas el 2 y el 31 de mayo de 1897.

Las primeras descripciones de la identificación histérica pueden encontrarse en Los estudios sobre la histeria (1893-95); también en otras misivas dirigidas a Fliess y en La interpretación de los sueños" (1900), texto en el que explicitó detalladamente la identificación onírica. Esta última no fue incluida, como ya se dejó constancia, en la recapitulación que hizo el vienes en el capítulo VII de Psicología de las masas y análisis del yo (1921). Sin embargo, la proximidad estructural de las oníricas y las histéricas impone considerarlas simultáneamente, como ya se lo había escrito a Fliess en su carta del 3 y 4 de enero de 1899:

"Si aguardo un trecho, podré exponer el proceso psíquico en el sueño de suerte que incluya el proceso que sobreviene a raíz de la formación histérica de síntoma. Esperemos, pues." (OCFAE, I, p. 319).

La *Traumdeutung* fue la primera obra en la que utilizó públicamente el término identificación; con anterioridad había aparecido en sus cartas privadas. En el sueño, ella opera a la manera de una condensación; permite, al igual que la identificación histérica, enmascarar y realizar un deseo inconsciente.

La identificación onírica fue descrita como una modalidad de pensamiento propio del inconsciente, como un mecanismo que, por vía de la condensación, se utiliza para eludir la censura. Forma parte del proceso de elaboración del sueño.

Las oníricas e histéricas son centrifugas: el sujeto se identifica a otros -proyección mediante- aprovechando la existencia de un rasgo compartido con el objeto. La onírica fue comentada minuciosamente en los capítulos IV y VI de *La interpretación de los sueños* (1900); allí Freud mostró como el soñante aparecía representado en el sueño por medio de otro(s) personaje(s), con el cual el sujeto se identificaba. Las variantes de tal proceso son múltiples; se remite al texto original, donde las especificó y también a I, 7.2.1., donde se incluyeron algunas citas de ambos capítulos. Conviene

subrayar el peso determinante del deseo inconsciente en esta modalidad identificatoria: el soñante intenta procurarse el objeto de deseo por medio de una identificación a un tercero. La relación entre deseo e identificación aparece descrita entrelíneas y vale el esfuerzo desentrañarla: Freud no refirió ningún deseo de identificación, como si el primero motorizara a la segunda. Tampoco planteó una identidad entre ambos sino una relación de expresión: la identificación expresa –pone de manifiesto– al deseo; lo incluye, pero no es el deseo en sí mismo.

El camino de la realización del deseo en el sueño no es lineal ni consiste en la toma de posesión directa del objeto. Por el contrario, el vienés lo describió como un movimiento sesgado, siempre tangencial y eslabonado, oblicuo, zigzagueante, a resultas del cual el sujeto termina procurándose el objeto por la mediación de una identificación. Gracias a ella el sujeto ocupa el lugar de aquél o aquélla que supuestamente goza del objeto deseado. Se insiste: no hay llegada directa al objeto del deseo, sino mediatizada por una identificación con otro sujeto que supuestamente tiene acceso al mismo. Habrá que desalojarlo, expulsarlo y ocupar su sitio, fenómeno que implica una negación del otro, un despojo violento. La inclusión de un tercero prefiguró en *La interpretación de los sueños* (1900) sus posteriores desarrollos sobre el Complejo de Edipo; allí mostraba un modo específico de funcionamiento de la identificación en relación al deseo, que fue trasvasado a las secundarias edípicas; en estas últimas la identificación con el rival, quien está situado en uno de los vértices del triángulo, es el modo de acceder al tercero, instituido como objeto de amor.

De todas formas, esta relación entre identificación y deseo no es exclusiva del sueño; en la vida despierta, la dialéctica de la constitución y pervivencia de los objetos de deseo siguen estas mismas vías serpenteantes y se descubre siempre la relación entre los tres elementos: un deseo que se escenifica en un fantasma y se realiza (obtención por procuración del objeto deseado) por la identificación a un tercero. Éstas no son identificaciones estructurantes; son temporarias: duran lo que dura un sueño.

Esta dinámica, que Freud describió inicialmente para las identificaciones oníricas e histéricas es la estructura de todas las formas posibles de la realización del deseo. Corresponde desplegar y poner en evidencia a sus actores y a las relaciones de violencia que entre ellos se suscita. Ambas modalidades mostraron aspectos singulares -diferenciales- de algunas identificaciones y vinieron a corroborar que las descritas por Freud no conformaban un bloque homogéneo. A título de ejemplo: las primarias, las narcisistas y las edípicas son estructurantes del aparato psíquico, centrípetas, incorporativas las dos primeras, introyectivas las terceras; en cambio, las histéricas, oníricas y las que acontecen en el seno de las masas son temporales, centrífugas, proyectivas.

* * * * *

¿Cuáles son las semejanzas y diferencias entre estas dos identificaciones que aparecieron en el periodo 1895-1900 de su obra? En primer lugar, ambas se encuadran dentro de la teoría identificatoria funcional, pero mientras una fue asociada a la formación del síntoma histérico, la otra quedó relacionada con la producción de las imágenes oníricas. Por entonces no regía la teoría estructural de la identificación; el psicoanálisis era una psicoterapia de los trastornos "nerviosos"; no se había constituido como una teoría general del funcionamiento psíquico. Por otra parte, ambas aparecieron asociadas a sustituciones en los que el deseo inconsciente estaba en juego. Mientras la identificación onírica actúa durante la elaboración del sueño, de manera solipsista y alucinatoria, la histérica tomaba por escenario al cuerpo de la vida despierta, enmarañado en una compleja y significativa realidad intersubjetiva: presencia de otras personas durante la crisis, "comunidad inconsciente", beneficio secundario, etc.

Cabe plantear un interrogante: aquello que Freud puso de manifiesto en la histeria:

"La formación de síntomas por identificación está anudada a las fantasías, o sea, a la represión de ellas dentro del lcc". [...] (Manuscrito N; OCF AE, I, p. 298).

¿Puede extenderse a las neurosis fóbica y obsesiva? En otros términos: ¿la relación identificación-fantasma, pertenece sólo a la histeria o es trasladable a las demás neurosis? ¿Es posible generalizar esa relación entre ambas, para todos los sujetos? Esta pregunta no encuentra una respuesta

explícita en los textos de Freud, aunque podría decirse que fue insinuada cuando estableció los vínculos entre inconsciente-deseo-fantasía.

Lacan en cambio, postuló lazos estrechos entre ambas: la identificación acontece según él, en el fantasma. Melanie Klein también abrochó estos elementos: sus identificaciones proyectiva e introyectiva fueron articuladas con las fantasías. Un apunte más: el vienés enlazó más la fantasía al síntoma que a la identificación. Esta última aparecía vinculada en sus primeros escritos al desplazamiento de investiduras inconscientes (perceptivas, en la onírica; motrices en la histérica), aunque también es cierto que muy tempranamente comenzó a articularla con la problemática del yo, sea a través de su representación en el sueño o por su participación en los síntomas y/o fantasías.

Una lectura retroactiva de estas primeras publicaciones desde la teoría identificatoria estructural pone en evidencia que la “comunidad inconsciente” descrita para la histérica (ver supra, apartado 3.3.) pasó a ser patrimonio de toda identificación psicoanalíticamente concebida.

3.4. La identificación melancólica

Junto con la de la homosexualidad masculina –que será estudiada en el próximo apartado– conforma el grupo de las identificaciones narcisistas. En 1914, al introducir el narcisismo en su teoría, Freud postuló dos variedades de elecciones de objeto –la narcisista (conforme a un ideal) y la anaclítica (o de apoyo) –; con estos nuevos conceptos pudo desarrollar las tesis de *Duelo y melancolía* (1917-[1915]), texto en el que interpretó ciertos síntomas como efectos de una modalidad de identificación del yo con su objeto.

3.4.1. Hacerse Uno con el objeto

Freud reconstruyó el proceso que llevaba al sufrimiento melancólico (OCFAE, XIV, p. 246), partiendo de la elección de objeto narcisista; por obra de una afrenta real o de un desengaño causado por la persona amada, surge una conmoción en esta relación cuyo resultado no fue el habitual -sustracción de la libido del objeto y su desplazamiento hacia uno nuevo- sino otro muy distinto, que para producirse requiere varias condiciones: la investidura del objeto, muy lábil y poco resistente, quedó abandonada, pero la libido, en lugar de dirigirse a otro objeto, se retrajo sobre el yo y éste estableció una identificación con el objeto resignado.

“La sombra del objeto cayó sobre el yo [...]” (OCFAE, XIV, p. 246).³¹

Esta conocida sentencia freudiana refleja muy elocuentemente como el yo se hace Uno con el objeto.^{32*} Para que algo de ese orden suceda, la relación de objeto tuvo que transformarse regresivamente en identificación. Ya antes de la identificación era muy ambivalente y estaba condicionada por el narcisismo exacerbado del sujeto. El amor hacia el objeto se trocó en identificación mientras que el odio se convirtió en autodenigración y reproches a sí mismo, que satisfacen tendencias erógenas sado-masoquistas. Esta identificación coloca masivamente al objeto en el yo; es una verdadera “incrustación”: no se trata de un proceso de digestión-metabolismo-asimilación del objeto tras su incorporación sino de un empotramiento del mismo que genera una bipartición entre el yo alterado por la identificación y el yo crítico.^{33*} Como si se tratara de una reacción a un cuerpo extraño, una parte del yo reacciona contra lo incorporado y lo trata como el propio yo hubiera tratado al objeto:

"Nos muestran al yo dividido, descompuesto en dos fragmentos, uno de los cuales arroja su furia sobre el otro. Este otro fragmento es el alterado por introyección, que incluye al objeto perdido." [PMAY (1921), OCFAE, XVIII p. 103]

Como puede leerse en este fragmento, en PMAY, a diferencia de *DyM* y de otros artículos, Freud empleó el vocablo introyección³⁴ [del objeto perdido] para referirse a uno de los momentos claves de la identificación patognomónica de la melancolía. Más allá de las disputas semánticas –que pueden resumirse en: ¿incorporación o introyección?– lo fundamental reside en que esta identificación se caracteriza por la totalización del objeto y porque acontece en los dominios de un narcisismo patológico, ya sea por exceso (exacerbación) o defecto (deflación).

La melancólica -descrita en épocas de vigencia exclusiva de la teoría identificatoria funcional- le planteó a Freud varios interrogantes: ¿cómo es que se han borrado las diferencias entre el yo y el objeto? ¿De qué manera y porqué vías el objeto se ha hecho Uno con el fragmento de yo alterado? El problema se "resolvió" en el contexto del genio propio de su teoría mediante una incorporación oral, fantasmática, gracias a la cual el objeto se incrusta en el yo. Las diferencias con las identificaciones a un rasgo o detalle del objeto son muy grandes: en la melancólica el objeto incorporado actúa como un cuerpo extraño que no se asimila ni integra al yo; en las otras, el rasgo mínimo del objeto, introyectado, pasa a formar parte de una instancia psíquica, tal como se verá luego en 3.7. Identificaciones yoicas y superyoicas.

Freud estableció como precondition para el surgimiento de la identificación melancólica el hecho de que el objeto haya sido elegido narcisísticamente, cosa que implica un vínculo muy lábil e inestable con el mismo. Por el "tobogán narcisista" la relación objetal se deslizó regresivamente hacia la identificación. En síntesis: pérdida de objeto que se compensa reconstruyendo el objeto en el yo, seguida de una alteración yoica: el objeto perdido "revive" en la mente y se reanuda el vínculo sadomasoquista que con él había, pero ahora, entre instancias psíquicas (interiorización).

3.4.2. Pérdida del objeto y su resurrección psíquica

La incorporación supone el ingreso fantasmático de un objeto totalizado en el cuerpo (in-corporación).³⁵ Para que esto ocurra se requiere la mediación de una representación total de dicho objeto. Tales avatares acontecen cuando el narcisismo está muy exacerbado o deflacionado; esto lleva a totalizar al objeto.³⁶ Si se produce una identificación, éste se incrusta en una parte del yo y se establece con él una relación absoluta, total. La identificación narcisista tiende a unificar, a hacer uno de lo diferente, propende a uniformar, lleva justamente a no crear la diferencia. Fomenta y refuerza la dependencia del objeto. Se trata de una identificación a imagen y semejanza. Que la sombra del objeto haya caído sobre el yo da la pauta de que la representación del objeto que opera en esta identificación es de carácter total.^{37*}

Como ya se ha dicho –y se repetirá en otros momentos– *DyM* (1915) fue una pieza caudal en la elaboración de la TIF, porque en ese artículo despejó la secuencia siguiente:

Inversión objetal → pérdida de objeto → retracción de la libido al yo →
reconstrucción del objeto en el yo (identificación)

Se la pudo visualizar con claridad en la identificación melancólica porque en ella este encadenamiento se consuma con manifestaciones estridentes; incluso pueden cometerse suicidios con el objetivo de "asesinar" al objeto que se incorporó. El encajamiento del objeto en el yo conlleva el retiro de la libido del objeto y su retracción hacia el yo: permuta de libido objetal por narcisista. El narcisismo se convirtió, así, en un articulador clave de la TIF, ya que el cambio libidinal mencionado era el punto de partida del movimiento que transformaba inversiones de objeto en componentes estructurales de la psique (identificación). El yo devino un agente de intercambio libidinal que operaba creando subjetividad. Esta secuencia descubierta en la melancólica se extendió –con modificaciones– a las secundarias edípicas; especialmente a aquellas que acontecen con el objeto perdido o, más bien, resignado (véase supra, cuadros 1 y 2 de este mismo capítulo). Esto generó una especie de visión melancoloides de la estructuración subjetiva, por la necesaria participación de la resignación del objeto en la declinación del Edipo. En el apartado I, 6.4.1., se incluyen dos esquemas que ilustran estos movimientos libidinales para una identificación secundaria edípica y se aclaran las diferencias con la melancólica; en esta última no acontece la desexualización - sublimación: el ligamen con el objeto se mantiene sexualizado, fuente del sado-masoquismo ejercido entre las dos partes del yo dividido, según se pudo leer en la última cita de Freud insertada en páginas anteriores.

Con el advenimiento de la teoría estructural esta identificación puede ser entendida como la fundadora de instancias psíquicas permanentes –yo, Ideal del yo, yo ideal–, todas ellas de neta raigambre narcisista.

3.4.3. Psicosis y psiconeurosis narcisistas

La identificación narcisista se diferencia también de la primaria, reseñada en 3.1., porque es un avatar de la libido de objeto, mientras que la otra es anterior a toda investidura de objeto. Esto llevó a Freud a distinguir entre las psicosis (esquizofrenia, paranoia, parafrenia, etc.) y las psiconeurosis narcisistas (melancolía): en las primeras se produce una regresión al autoerotismo y al narcisismo; la pérdida consiguiente de los vínculos objetales, fenómeno al que coadyuva el retiro de las catexis de los objetos y de las representaciones de cosa en lo inconsciente. En la melancolía, si bien existe un narcisismo exacerbado, son posibles elecciones de objeto; además, en los cuadros maníaco-depresivos se conserva intacta la estructura del superyó, que adquiere carácter sádico en el tratamiento del objeto incorporado. En la esquizofrenia, el superyó sufre también un proceso regresivo (desintegración).

3.4.4. Mito y estructuración del yo

Conviene recordar en este contexto la raíz mitológica de la identificación narcisista, tema que se tratará I, 5.6. Freud produjo una inflexión importante en el contenido del mito: sin negar la dimensión mortífera del narcisismo, afirmó que la posibilidad de construir una representación completa de sí mismo -y enamorarse de esa imagen-, es un logro evolutivo importante, a condición de trascender luego ese momento constitutivo. Supone la salida de un estado anterior de fragmentación, de ausencia de unidad corporal, que en su teoría recibió un nombre específico: autoerotismo. Una vez constituido el yo y atravesada la etapa del narcisismo, se plantearán las vicisitudes propias del complejo de Edipo, punto culminante de la estructuración infantil del aparato psíquico.

3.5. La identificación en la homosexualidad masculina

En *PMAY* se refirió a ella de la siguiente manera:

"Llamativa en esta identificación es su amplitud: trasmuda al yo respecto de un componente en extremo importante (el carácter sexual), según el modelo de lo que hasta ese momento era el objeto." (OCFAE, XVIII, p. 102).

Presentó esta identificación con los mismos términos que en *RILV* (1910)³⁸: identificación con la madre, que condicionaba una futura elección de objeto a imagen y semejanza. Esta modalidad, junto con la melancólica, amplió los alcances de la teoría funcional y facilitó el pasaje a la estructural.³⁹

El vienes presentó la elección de objeto adulta del homosexual masculino como efecto de la identificación -intensa y predominante- del varón con su madre durante el Edipo. Es interesante observar que la elección de la madre como objeto amoroso por parte del futuro homosexual ha sido anaclítica, pero, cuando acontece la declinación del complejo y debe renunciar al objeto materno, lo hace identificándose con ella más que con el progenitor de su mismo sexo. El terreno narcisista abona tal salida y condiciona la posterior elección de objeto homosexual.

Una vez establecida la teoría estructural esta modalidad de identificación -con las diferencias oportunas- puede ser resignificada e incluida dentro de las secundarias edípicas, posteriores a la pérdida de un objeto elegido anaclíticamente. Es el caso del varón que elige como objeto de amor a la madre y la niña que lo escoge en la figura del padre, ambos en sus respectivos complejos de Edipo positivos; las dos son elecciones anaclíticas; en el momento de declinación del mismo, estas elecciones desembocan en identificaciones con el progenitor del sexo opuesto; generan los rasgos homosexuales en las estructuras neuróticas.⁴⁰

* * * * *

¿Cuáles son las semejanzas y diferencias entre las identificaciones melancólicas y las de la homosexualidad? Para la consumación de ambas, Freud postuló la presencia condicionante de un narcisismo intenso en la estructura subjetiva que conduce a elecciones narcisistas de objeto. Pero, mientras que en la melancolía la elección precede a la identificación, en el caso de la homosexualidad ocurre a la inversa. Además, en los cuadros maníaco-depresivos, la identificación produce una escisión intrapsíquica del yo, en tanto que en la homosexualidad, ella sienta las bases para la futura elección de objeto a imagen y semejanza.

La teorización de las identificaciones narcisistas fue anterior a la aparición de la teoría estructural, por eso Freud no se preguntó sobre el papel que le correspondía a esas identificaciones en la existencia de un narcisismo intenso en la estructura psíquica del melancólico y homosexual, El predominio del narcisismo en ambas entidades era, por entonces, un punto de partida que no necesitaba excesivas explicaciones: por un lado, era una evidencia clínica y por otro, la teoría de la fijación en ese estadio –tal como la describió en *IN* (1914)–, parecía una causa suficiente. Tras el advenimiento de la segunda teoría identificatoria, el narcisismo dejó de ser sólo una precondition; devino necesario explicar cómo y porqué se forjaba ese predominio del narcisismo: las “fijaciones” a dicho estadio tenían que ser efecto de una peculiar estructuración –por identificación– del aparato psíquico. Freud no reescribió *DyM* después del codo del 20; de haberlo hecho, seguramente hubiera agregado nuevas consideraciones. Quienes sí avanzaron en esta línea fueron Klein y Lacan; la primera, con su teoría de las relaciones narcisistas de objeto, que impregnan toda la problemática identificatoria en su obra; el segundo, con su Estadio del espejo.

3.6. La identificación en el seno de las masas⁴¹

Una de las ideas que guiaron la recapitulación de las identificaciones del capítulo VII de *PMAY* (1921) fue la de precisar y diferenciar una modalidad que aconteciera sin la existencia de una investidura de objeto previa. No debe olvidarse que este capítulo formaba parte en un ensayo dedicado a la psicología de las masas, en el que Freud intentaba explicar cómo se aglutinaban los miembros de la misma. De ahí que haya comenzado el capítulo VII con una caracterización insólita: la identificación es la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. La que acontece en el seno de las masas, fue considerada por Freud como una identificación que no requería vínculos libidinales previos (como la del pensionado, descrita anteriormente).⁴² Si ella se consume es porque existe una importante ligazón con el líder de la masa, que queda situado en el lugar del Ideal del yo del sujeto. Como todos los miembros de ese conglomerado humano repiten eso mismo, acaban compartiendo ese Ideal del yo proyectado en la figura del conductor. En *PMAY* (1921), en el marco del estudio de esta modalidad identificatoria, retomó el fenómeno de la empatía (*Einfühlung*) y sus relaciones con la identificación, aspectos que ya fueron abordados en I, 2.9., pero se volverá a ellos, luego, para agregar nuevos elementos.

Freud consideró que las identificaciones que acontecen en el seno de los agrupamientos humanos presuponían una fase previa en la que cada partícipe proyectaba su Ideal del yo -ya constituido, en tanto los miembros de la masa son o bien jóvenes o bien adultos-, sobre la persona del líder. De manera simultánea se produce una identificación yoica entre los componentes del grupo. Por esa vía nace el sentimiento de empatía que embarga a sus miembros. En esa muchedumbre, las pulsiones sexuales quedan inhibidas en su fin. Freud emparentó estos fenómenos con la sugestión y la hipnosis; también explicitó su pensamiento sobre los movimientos regresivos que la masa induce en sus integrantes.

Resignificar esta modalidad de identificación desde la perspectiva estructurante, conlleva jerarquizar las facetas de la misma que remodelan al yo, superyó e Ideal del yo en el seno de las relaciones sociales (identificaciones post-edípicas). Es en estos contextos secundarios donde tales instancias acaban de conformarse.

La lectura de *PMAY* (1921) revela una clara continuidad con las tesis de *IN* (1914), texto en el que había propuesto el modelo de la ameba y sus pseudópodos para la conversión de libido narcisista en objetal: el protoplasma narcisístico se extiende sobre los objetos; el yo, en una objetalidad a medias efectiva, a medias aparente, no hace sino ampliar sus dominios, “yoificando” al objeto, pero sin trascender sus límites, sin atravesar las propias fronteras; simplemente, las expande. Aún si parece desbordarse hacia (o en) el otro, el objeto queda englobado dentro del yo.

A Freud no se le escapaba la contradicción que implicaba la idea de agrupar “narcisos” en una masa, bajo la égida de un Narciso mayor: el líder. Le urgía explicar(se) cómo se reunía aquello que, por definición, es refractario a cualquier aglutinamiento: el narcisismo. En la búsqueda de salidas a semejante *imbroglio*, recurrió a la parábola de Schopenhauer: la conocida historia de los puercoespines ateridos, que tienen que elegir entre el frío glacial o el calor que pueden brindarse mutuamente, pero

corriendo el riesgo de pincharse. Sólo después de varios acercamientos y separaciones consiguen la distancia óptima. De la misma manera, cada participante de la masa debe renunciar a cierta cuota del amor a sí mismo en favor del jefe. Este rebajamiento del narcisismo y el hecho de compartir el mismo Ideal del Yo, permite que el grupo se cohesione. Tal procedimiento logra, además, inhibir la agresividad entre los asociados de la masa, pero ella permanecerá latente. Pruebas al canto: el pánico y el odio emerge rápidamente si la masa pierde a su dirigente: los efectos de la desligazón inundan el campo.⁴³

De todas formas conviene recordar que según Freud, la ligazón de los individuos en el enjambre no proviene de una fuerza exterior al sujeto sino que se origina en él: ligazón erótica, libidinal y amorosa con el dirigente y con los restantes miembros del conglomerado. Consideraba que el lazo de amor con el adalid era el elemento clave: gracias a él se generaba el segundo movimiento: el amor recíproco entre los miembros, que a su vez reforzaba la cohesión grupal.

El modelo identificatorio que Freud hizo operativo en las masas es, en última instancia, el mismo que había descrito para el pensionado⁴⁴, que a su vez calcaba el modelo de la histeria, sin que fuera abandonada en ningún caso el trasfondo edípico, del cual, todas serían tributarias. Dicho en otros términos, se trata de una identificación parcial, que sigue el modelo de la histérica. Tenía sin embargo un elemento diferencial con esta última: en las masas, las pulsiones no buscan un fin sexual directo; están inhibidas en su meta, pero conservan el empuje. Freud puso en el centro de la masa al sujeto, en calidad de fuente de la libido y del amor; y, descentrado respecto de él, lo inconsciente de cada uno. Tanto para el individuo aislado como para la pirámide social, la estructura edípica era la que contaba.

¿Por qué eligió esta vía, que colocaba al complejo de Edipo en el centro y a la identificación como mecanismo fundamental para el establecimiento de lazos sociales por parte del individuo? Al situar el epicentro en el sujeto, la relación al líder autoritario devino el fenómeno clave. Produjo allí un anudamiento de esta problemática con la planteada en *Tótem y Tabú* (1912-13). La sugestión, la hipnosis (definida por Freud como una masa a dos, en la que el hipnotizador ocuparía también el lugar del Ideal del Yo), el contagio psíquico, la empatía, remontaban la historia de la humanidad, para reencontrarse con el Protopadre, conductor omnímodo, todopoderoso, gran hipnotizador, personaje odiado e idealizado, fundador del clan, revivido en la persona del líder.

De *PMAY* (1921) parece desprenderse la siguiente secuencia: primero el yo y después lo social, línea que otorgaba una cierta autarquía al sujeto y suponía una continuidad con las tesis de *IN* (1914). Este enfoque entraría en contradicción con la teoría estructural de la identificación, ya que esta última implicaba implícitamente la preexistencia de lo social al yo y al sujeto. La perspectiva expuesta en el capítulo III de *YyE* (1923) invirtió, en cierto sentido, ese enfoque de *PMAY* (1921).

Algo parecido sucedería en el enamoramiento y la hipnosis: en ambos casos, al igual que en la masa, se coloca el Ideal del yo en el objeto; la diferencia estriba en lo siguiente: la hipnosis excluye la satisfacción sexual directa.

3.7. Identificaciones yoicas y superyoicas

Son variantes específicas de las identificaciones secundarias edípicas; por lo tanto poseen las características que se atribuyeron a aquéllas en el apartado 3. 2., de este mismo capítulo. Algo similar podría decirse sobre el terreno psíquico en que se consuman. Ellas hacen propios -por introyección-, rasgos parciales de los objetos, que se incluyen tanto en el yo, como en el superyó y el Ideal del yo. Puede leerse detalles sobre estas modalidades identificatorias en *YyE*, en la 31^a y 33^a de las *NCIP* (1932-1936) y en *SCE* (1924). En el primero de los textos citados postuló que el yo, movido por la energía libidinal del Ello, se identifica con los objetos edípicos, llevando a cabo una formación de compromiso entre la pulsión y el Ideal del yo. Vino a decir que el carácter del yo era una especie de cementerio de antiguas relaciones de objeto abandonadas. En *SCE* sostuvo que, con la declinación del Edipo, los vínculos objetales eran resignados y sustituidos por identificaciones. Pero ese abandono del objeto va seguida de una inscripción psíquica del mismo por medio de un rasgo, con lo que la relación perdura en lo inconsciente.⁴⁵

La elaboración de la segunda tópica fue coetánea al surgimiento de la teoría estructural de la identificación y a un viraje significativo en su manera de entender el funcionamiento de la psique. La

TIF cambió a todos los niveles. De manera concomitante a la creación de la segunda tópica, Freud hizo un uso más profuso del mecanismo de interiorización⁴⁶: las relaciones del sujeto con sus objetos externos se internalizaban y se repetían entre las instancias de esta segunda tripartición del aparato psíquico. El mecanismo de interiorización, estudiado en I, 2.3., explicaba cómo lo intersubjetivo devenía intrasubjetivo.

A consecuencia de estas mutaciones, también renovó su manera de concebir al conflicto psíquico; las instancias de la segunda tópica entraban en pugna y participaban, con fuerzas de distinto signo e intensidades en las nuevas formaciones de compromisos, estableciendo alianzas o antagonismos entre ellas.

En el capítulo 10 de la segunda parte –dedicada a la TIL–, se incluyeron los apartados 10.2.1. a 10.2.6. en los que se trazó una perspectiva panorámica de la teoría del yo en Freud, que se cotejó –en II, 10.4.– con las de Klein y Lacan.

3.7.1. Las identificaciones yoicas

Las identificaciones yoicas son determinantes –junto a otros factores– de la orientación sexual de cada persona; ellas guiarán las elecciones de objeto en la adultez. Freud atribuyó al complejo de castración una incidencia importante en estas modalidades identificatorias. Ellas conforman también el carácter del yo, al que describió en *YyE* (1923) como:

"[...] una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, [y] contiene la historia de estas elecciones de objeto." (OCFAE, XIX, p. 31).

El yo-instancia, descrito en la segunda tópica, surge como efecto de las identificaciones edípicas; en cambio, el yo del narcisismo, cuya constitución fue descrita en *IN*, no aparece relacionada en su obra con identificación alguna. Para dar respuesta a ese interrogante se podría recurrir a tres ideas suyas: a) la resolución de las elecciones narcisistas de objeto en el Edipo –véase los cuadros 1 y 2 de este capítulo–; b) la identificación narcisista propuesta en *DyM* (1915) y c) la ya comentada nota al pie del capítulo III de *YyE* (1923).⁴⁷

Casi todas las identificaciones descritas por Freud –y reseñadas en este capítulo– implicaban al yo:

- Las primarias intervendrían en la constitución del yo-placer purificado y del Ideal del yo.
- La melancólica embute el objeto en el yo.
- La homosexual transforma el carácter sexual del yo.
- Las secundarias edípicas dan origen al yo-instancia de la segunda tópica, al superyó y remodelan al Ideal del yo.
- Las oníricas representan al yo por medio de uno o varios personajes en el sueño.
- La de las masas, producen la identificación de los diversos yo que participan de la misma y, simultáneamente, se instala al líder en el lugar del Ideal del yo.

3.7.2. Las identificaciones superyoicas

En *SCE* (1924), tras afirmar que en la declinación del mismo las investiduras de objeto eran resignadas y sustituidas por identificaciones, agregó que la autoridad del padre o de ambos progenitores, era introyectada en el yo, y se convertía en el núcleo del superyó, tomando prestada del padre su severidad. (OCFAE, XIX, p. 184).⁴⁸

En otras palabras, el superyó emergería del complejo de Edipo y de castración conformado por medio de identificaciones; la represión produce la permanencia en lo inconsciente de los remanentes del complejo que no siguen el camino de la identificación, de la sublimación y de la inhibición de las pulsiones en su fin.

Como puede apreciarse, Freud teorizó al superyó no sólo como un residuo, un sedimento identificatorio de las primitivas elecciones de objeto sino también como una intensa formación reactiva contra esas mismas elecciones. Si todas las puntuaciones antedichas hablan de la estrecha relación entre esta instancia y lo edípico, cabe agregar que en reiteradas ocasiones el vienes señaló también la

raigambre narcisista del sistema superyó-Ideal del yo. En esta ocasión, nuevamente, la resignificación retroactiva de sus textos puede evitar lecturas simples, generadoras de esquemas evolucionistas lineales. La propia hija del fundador del psicoanálisis, Anna, en su texto *Introducción a la técnica del análisis de niños* (1926), incurre en algunas simplificaciones al respecto, aunque es bien cierto que esa visión simplificadora, estaba bastante difundida por esa época. Sin duda se basaba en algunas formulaciones explicitadas por Freud, pero no se hizo una interpretación rigurosa que incluyera la "letra pequeña". Los que sostenían estas ideas no fueron más allá de reunir afirmaciones del vienés y considerarlas en su literalidad, a saber: superyó como heredero del complejo de Edipo, que aparecería poco antes de la entrada en la latencia; internalización de los padres reales y de las prohibiciones proferidos por éstos; crítico y benevolente a la vez, frenador de las pulsiones, más un factor cuantitativo que permitía calificarlo de severo, hipercrítico o débil. Esta última alternativa favorecía la aparición de conductas delictivas, psicopatías y conductas antisociales. Como se sabe, tanto Klein (véase II, 6.3.) como Lacan criticaron esta visión simplificadora (III, 10.9.3).

En 3.1., de este mismo capítulo, al comentar la identificación primaria, se ha señalado la importancia que Freud adjudicó al padre, al punto tal de considerarlo como el objeto de dicha identificación. Esto convierte en insuficientes las referencias a *SCE* (1924) y *YyE* (1923) para entender cómo él concebía la formación del superyó. Se requiere un rodeo por la "incorporación" de ese padre y por la cuestión del complejo paterno, problemáticas que reenvían a *Tótem y Tabú* (1912-13), para apreciar otras inscripciones más tempranas que hacen a la formación del superyó.

¿Debe entenderse esto como la presencia en los textos freudianos de un "superyó temprano", a la manera de M. Klein? La respuesta es negativa; Freud no acostumbraba a postular la génesis puntual de las instancias psíquicas; más bien refería momentos de fundación y tiempos -habitualmente largos- en que estas instancias se remodelaban. Se tomará en consideración una cita extractada de *NCIP* (1932-1936):

"Así, el superyó del niño no se edifica según el modelo de sus progenitores, sino según el superyó de ellos; se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición, de todas las valoraciones perdurables que se han reproducido por este camino a lo largo de las generaciones". (OCFAE, XXII, p. 62).

En otras palabras, el superyó del infante surge por identificación al superyó parental. Ahora bien, cabe colegir que el superyó de los padres no aparece en escena justo en los momentos de la declinación del complejo de Edipo en el niño/a. En efecto, los objetos primarios se acercan al recién nacido con una estructura psíquica plenamente conformada, que incluye, por supuesto, la dimensión superyoica y un sistema idealizante que ellos ya han hecho suyos a partir de sus propios padres. Estos objetos primarios actúan *in toto* frente al recién nacido; es decir, desde todas las dimensiones que los caracterizan.⁴⁹ Ya en los primerísimos años de vida transmiten al niño las permisiones, prohibiciones y sistemas de valores propios de los progenitores, quienes, a su vez, refractan los imperantes en la cultura que viven.

Esto no obsta para que durante el Edipo y en la declinación del mismo, estas instancias culminen su conformación infantil y que, más tarde, continúen remodelándose fuera del ámbito estrictamente familiar, en el seno de los grupos secundarios. Esta perspectiva aparece bosquejada en Freud, pero él no la desarrolló teóricamente. Lacan explotó al máximo esta senda insinuada por el vienés; modificó la dirección del movimiento identificatorio y aplicó sistemáticamente la reorganización retroactiva *-nagträglichkeit-* en sus elaboraciones. Para el psicoanalista francés la cuestión del origen se redefinía siempre *après-coup*. En este punto se alejó de Freud, que gozaba o padecía de una filia por los orígenes.

Percatada también de estos *impasses* freudianos, Melanie Klein los intentó resolver a su manera: antedatando: superyó temprano. Según ella, las proyecciones agresivas sobre el objeto iban seguidas de impulsos incorporativos, orales, que instalaban al superyó en la vida mental del lactante, y lo atormentaban desde el interior, con su severidad. Respecto de la formación del superyó, Klein otorgó más importancia a la intensidad -congénita- de la pulsión de muerte y sus correlatos -sadismo y odio dirigido al objeto- que al superyó de los padres y a aquello que se condensa en la temática freudiana del complejo paterno.^{50*}

Plantear la génesis identificatoria del Ideal del yo sin introducir demasiados elementos proyectivos en la lectura de los textos freudianos, pasa quizá por ser planteada en los siguientes términos: el Ideal del yo procede de las tempranas identificaciones primarias, se remodela secundariamente en el Edipo y sigue su conformación en el seno de los grupos secundarios (véase supra, el apartado 4. 6.). El superyó aparece conectado con el desamparo originario [*Proyecto de psicología* (1895)], con la transmisión del superyó parental, con las identificaciones edípicas y postedípicas (influencia de maestros, profesores, ídolos, etc.).

Cabe dilucidar si el Ideal del yo fue utilizado por Freud, en la década 1913-1923, como equivalente del futuro superyó, todavía no aparecido en escena. El vienés remarcó también la importancia de lo acústico, de las cosas escuchadas y leídas, en fin, de las representaciones de palabra, para las identificaciones constitutivas de ambas instancias. Esto le ha dado pie a Lacan para incluirlas dentro de sus identificaciones simbólicas.

3.8. Identificación onírica

Algunos aspectos de la misma fueron detallados en 3.3., en ocasión del abordaje de las identificaciones históricas. Aquí se complementará lo ya dicho, poniendo de relieve facetas de la misma no comentadas hasta ahora.

Freud se refirió a ella en el capítulo VI de *La interpretación de los sueños* (1900), titulado “El trabajo del sueño”.⁵¹ Allí postuló un tipo de identificación que el trabajo onírico utiliza para representar un rasgo compartido entre dos personas o un trazo común desplazado; también, para colocar en la pantalla del sueño un elemento deseado conjuntamente con otro -(OCFAE, IV, pp. 325-327)-. Ella permite también establecer una relación entre dos grupos de pensamientos aparentemente sin conexión. En otros términos, el rasgo más sobresaliente de la misma es su capacidad de figurar “ semejanza, concordancia y comunidad”. Se trata de una modalidad específica de condensación y de burla a la censura. Desde esta perspectiva, puede ser incluida entre los mecanismos de la formación del sueño; es asimismo una forma de pensamiento inconsciente.

La identificación onírica anticipó dos cuestiones específicas que fueron desarrollados posteriormente; son ellas:

- La idea que concibe al yo como un conglomerado, formado por la combinatoria de rasgos provenientes de relaciones de objeto diversas sustituidas por identificaciones (ver supra, 3.7.1). Esta perspectiva fue insinuada tempranamente en *La interpretación de los sueños* (1900), aunque de manera paradójica, por un movimiento de sentido contrario que acontece durante la elaboración onírica: el que desmonta y representa al yo por medio de varios personajes que aparecen en el contenido manifiesto del sueño.
- El componente proyectivo, centrífugo; es decir, el movimiento identificante que se dirige desde el yo a la pantalla del sueño y, en ocasiones, a otros objetos. Klein, con su identificación proyectiva, elevó a la enésima potencia este aspecto descrito -a mínima- por Freud, en la onírica.

Lo dicho hasta ahora permite afirmar taxativamente que la onírica es una identificación funcional: no deja elementos estables y permanentes en la organización psíquica del sujeto.

3.9. Otras identificaciones

Unas breves palabras sobre la identificación del espectador con los actores de las obras teatrales y la denominada identificación totémica, ambas descritas tempranamente por Freud; están inmersas, por lo tanto, en la perspectiva funcional. Como ya se ha dicho, tales modalidades no aparecieron más que de manera puntual en su obra y no tuvieron trascendencia ulterior.

La primera fue expuesta en *Personajes psicopáticos en el escenario* (1905-1906); allí describe como el autor y los actores del drama posibilitan al espectador una identificación con un personaje heroico.

“Y al hacerlo le ahorran también algo que el espectador sabe: esa promoción de su persona al heroísmo no sería posible sin dolores, sin penas, sin graves tribulaciones que casi le cancelarían el goce; bien sabe que sólo posee una vida, que podría perder en uno de esos combates contra la adversidad. Por eso la premisa de su goce es la ilusión; o sea, el penar es amortiguado por la certeza de que, en primer lugar, es otro el que ahí, en la escena, actúa y pena, y en segundo lugar, se trata sólo de un juego teatral que no puede hacer peligrar su seguridad personal.” (OCFAE, VII, pp. 277-278).

Ahora bien, este tipo de identificaciones no se produce solamente con personajes heroicos; los dramaturgos y cineastas contemporáneos son especialmente hábiles para fabricar abanicos de personajes para favorecer que más lectores y espectadores puedan identificarse con ellos. Su modo de realización será objeto de un análisis detallado en el apartado I, 5.3.3.1.

En *Tótem y tabú* (1913) se refirió a la identificación totémica describiéndola de esta manera: en circunstancias significativas, algunos miembros del clan intentaban asemejarse en lo externo al tótem, para poner de relieve su parentesco con él. Se cubrían con la piel del animal totémico, se tatuaban su figura y, en oportunidades muy ceremoniosas -nacimientos, ritos iniciáticos de los varones, entierros, etc.- escenificaban esa identificación mediante actos y palabras: todos los miembros del mismo linaje se disfrazaban y se comportaban como ese animal. Tales ritos servían a propósitos mágicos y religiosos; también existían celebraciones en que se lo mataba de manera solemne. (Véase I, 7. 4.2.). En el mismo texto, en la página 132, correlacionó lo recién descrito con algunas zoofobias infantiles, considerándolas como una forma de totemismo negativo: el niño desarrolla miedo ante algún animal que representa al padre. Sin duda, Freud estaba recordando en estas páginas al caso Juanito.

3.10. Sinopsis del capítulo

Esta larga revisión que se ha hecho de las identificaciones descritas por Freud muestra la multiplicidad de las mismas en su obra. Se han reseñado una decena y se hizo evidente que no todas tuvieron la misma trascendencia; en todo caso, también está claro que no conforman una clase. Tanto Klein como Lacan redujeron el número de las mismas, a prácticamente dos: las proyectivas e introyectivas en el caso de la primera e imaginarias y simbólicas en la teoría del segundo.^{52*} A continuación se resaltarán, a modo de síntesis, las características principales de cada una de las expuestas en este capítulo.

La identificación primaria

- Genera la inscripción en la cadena generacional; Freud, al adjudicarle como objeto al padre de la prehistoria personal, las conectó con el complejo paterno (Urvater) y la transmisión intergeneracional de lo psíquico.
- Se trata de los primeros procesos identificatorios; ellos crean los rudimentos iniciales de la subjetividad en el recién nacido. No hay, entonces, sujeto psíquico por parte del bebé mediando en esas identificaciones, puesto que éste aún no se ha estructurado. Son identificaciones presubjetivas y prenarcisistas (anteriores a la constitución del narcisismo primario). Las identificaciones primarias establecen los rudimentos de la psique, posibilitando que las identificaciones posteriores tengan un "suelo psíquico". No existe pues -estrictamente hablando- intersubjetividad. Se podría calificar la situación del niño como “presubjetiva”. Cabría quizás hablar de transubjetividad, si se considera que el psiquismo incipiente del infante está atravesado, que está “transitado”, por el psiquismo de los padres. Con estos dos términos se pretende subrayar las siguientes cuestiones: a) el sobrepeso determinante del psiquismo parental en la conformación de la subjetividad del *infans* en los momentos iniciales de la vida; b) el que el niño/a no tiene todavía constituida una membrana "sujetal" diferenciadora, razón por la cual sus engramas psicofisiológicos innatos están transitados por lo psíquico de los padres. De manera concomitante, tampoco está constituido el objeto, en el sentido estricto de esa palabra.

Lo dicho sería una manera de entender o interpretar la siguiente frase del capítulo III de *YyE* (1923):

"A primera vista no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata {no mediada} y más temprana que cualquier investidura de objeto".

A medida que se van produciendo las identificaciones posteriores –avances en la estructuración del aparato psíquico– la transubjetividad, otro modo de referir la alienación constitutiva, irá dando lugar a una intersubjetividad incipiente.

- Al ser anteriores al narcisismo primario no se puede afirmar que exista libido objetal o narcisista puesta en juego desde el niño; en la obra de Freud debe presuponerse que sí la habría por parte de los padres. En función de lo señalado en I, 1.4.2., puede sostenerse con seguridad que la autoconservación mueve inicialmente al niño/a hacia sus objetos, aunque al tratar de satisfacerla se encuentra con algo de otro orden, que le estructura psíquicamente. Se hace necesario, entonces, discriminar la identificación primaria -terreno psíquico- de aquello que pertenece a la esfera de la necesidad biológica; es decir, a los instintos de autoconservación.
- Se inscriben en plena actividad de la pulsión oral.
- Son coetáneas a las formas autoeróticas de satisfacción pulsional.
- No puede hablarse de elecciones de objeto puesto que en el período en que acontecen las identificaciones primarias esa posibilidad está aún lejana: todavía no se ha constituido el narcisismo; por lo tanto, es imposible el paso posterior: la elección objetal. Acontecen durante el autoerotismo del circuito de las elecciones de objeto (véase I, 1.4.2.), o incluso antes, durante las relaciones primitivas de objeto, que dan pie, justamente, a que se instaure este autoerotismo, durante el cual se manifiesta lo que Freud denominó formas preliminares del amor, que son muy ambivalentes y están asociadas a idealizaciones primitivas, "lógicas" en estos tempranos momentos y en este registro.
- Freud adjudicó como objeto de esta identificación al padre idealizado o "a los padres antes del establecimiento cierto de la diferencia de los sexos".
- No hay aún diferenciación dentro-fuera.
- Pueden ser consideradas como constitutivas del yo de placer purificado (*Lust-Ich*), que tiende a hacer propia toda fuente de placer y a rechazar al "exterior" lo no placentero. El *Lust-Ich* es el núcleo inicial del narcisismo que todavía está por constituirse como "yo-representación corporal".
- Aunque la vivencia de satisfacción ya habría generado la huella mnémica desiderativa, la identificación primaria no fue asociada por Freud de manera explícita a la dimensión deseante, inconsciente, del infans. Puede pensarse que las inscripciones referidas a estas identificaciones formarán parte -a posteriori- de lo reprimido primariamente. La vivencia de satisfacción ha de diferenciarse del registro identificatorio. La primera es fundamental como constitutiva del deseo inconsciente, y por ende, como dinamizante de la vida anímica; ella hace más a la dinámica del aparato psíquico que a estructuración del mismo, que es por vía identificatoria.
- Al asociarlas a la pulsión oral, Freud le atribuyó el mecanismo incorporativo para su consumación.
- El terreno psíquico en el que acontecen es el de la indiscriminación yo-no yo. La identificación primaria puede ser vista como una relación precoz establecida entre objetos primarios de identificación y un candidato a sujeto (biología "psiquizable").
- Se opta por caracterizar esta identificación como aconteciendo en el seno de relaciones objetales, a las que se califica de muy singulares por lo precocísimas; si bien no se trata propiamente de investiduras objetales por parte del bebé (confrontar con la cita de Freud recién comentada) es evidente que algo aporta este último: aunque más no sea, y en principio, un manojito de instintos de autoconservación, con potencialidad de pulsionarizarse. Posteriormente irá mediando un psiquismo menos rudimentario. ¡Elementales, incipientes, primigenias, pero -sin duda- relaciones! Es impensable la consumación de identificaciones fuera de un contexto objetal.
- La ambivalencia de este "primer enlace afectivo a otra persona" sugiere la participación temprana de la actividad de Eros y Tánatos en la identificación primaria; esta presencia es más

evidente por parte de los padres que del hijo/a.

- Se ocultan detrás del Ideal del yo, a cuya génesis colaboran.

Identificaciones secundarias edípicas

Como su nombre lo indica, son secundarias; es decir, posteriores a una relación de objeto. Las elecciones objetales que las precedieron fueron dobles: anaclíticas y narcisistas; tratándose de las variantes identificatorias edípicas, el objeto no abandona -caso de la melancolía- sino que es el sujeto quien lo resigna; la ambivalencia existe, pero el amor y el odio se dirigen hacia cada uno de los vértices del triángulo edípico ya que dichos afectos se han constituido en la fase fálica en un par antitético. Son regresivas en tanto la elección de objeto se convierte en identificación (OCFAE, XVIII; p. 100). Por otra parte, se trata de identificaciones a rasgos parciales del objeto; en su consumación interviene el mecanismo introyectivo. Pueden ser identificaciones con el objeto de amor y con el rival, tanto en el Edipo positivo como negativo; también: a) concomitantes con la relación de objeto; b) posteriores a una relación de objeto y c) sin relación previa con el mismo.

Identificación histérica

- Tiene su principal caja de resonancia en el circuito deseante inconsciente.
- Suele ocurrir con quien preexiste una relación libidinal previa, pero no es requisito imprescindible que así sea.
- No constituye un avatar de la pérdida de objeto.^{53*}
- El terreno en el que se consume es eminentemente edípico (ver supra).
- Es parcial -a rasgos o detalles altamente limitados del objeto-; supone una comunidad inconsciente con el objeto de la identificación.
- En el marco de la teoría estructural puede considerársela como una identificación secundaria edípica; ella pone claramente de manifiesto la originalidad de la identificación freudianamente concebida: su articulación con lo inconsciente.

Identificación melancólica

Es secundaria a una pérdida o abandono por parte de un objeto elegido narcisísticamente. Una intensa ambivalencia subyace al proceso y, además, la regresión surge como consecuencia de una ofensa por parte del objeto -ya sea real ya sea fantaseada-. La identificación es la respuesta ante esa afrenta. Conlleva un movimiento regresivo a lo oral; intervienen mecanismos incorporativos; el terreno en que se consume es narcisista; el objeto incorporado se incrusta en el yo. Esta modalidad puede considerarse como prolongación de la teoría funcional de la identificación operando en el periodo posterior -transición hacia la teoría estructural-, en tanto Freud dio cuenta gracias a ella, de un cuadro clínico completo; en este caso, la melancolía. Tras la identificación, la batalla sado-masquista continúa en la psique; ahora entre la conciencia moral -posteriormente: el superyó- y el objeto incorporado.

A partir de 1923 el vienés generalizó -estableciendo implícitamente algunas diferencias- el mecanismo descrito en la identificación melancólica para todas las identificaciones secundarias edípicas que acontecen en la declinación del complejo, ya que suponen una resignación (“pérdida”) del objeto.⁵⁴

Identificación en la homosexualidad masculina

En *RILV* (1910) Freud afirmó que en la infancia del varón que posteriormente deviene homosexual, la relación con su madre tenía ingredientes de ternura muy intensos. En esas situaciones, durante la declinación del complejo de Edipo, se producía un predominio marcado de identificaciones con la madre, que luego determinarían una posterior elección de objeto narcisista, a imagen y semejanza. Amará a ese objeto de la misma manera en que él fue amado por ella.

La elección de objeto de amor del futuro homosexual, durante el acmé del complejo de Edipo, fue anaclítica, pero, ante el hecho de tener que renunciar al objeto materno, se vio forzado a identificarse con ella más que con el progenitor del mismo sexo. El terreno narcisista favorece tal salida y determina la posterior elección de objeto homosexual. La renegación de la diferencia de los sexos cumple también un rol importante en el surgimiento de una homosexualidad.

Identificación en el seno de las masas

No pertenece al grupo de las identificaciones estructurantes; su duración se extiende durante todo el tiempo que dura la pertenencia a la masa. Tampoco requiere vínculos libidinales previos. Freud sostuvo que lo que aglutina a las masas y les da cohesión son vínculos libidinales e identificatorios; estos últimos son de dos tipos: uno, horizontal, entre los diferentes yo de las personas que conforman la masa; otro, vertical, centrífugo, en que se proyecta el Ideal del yo de cada miembro en la figura del líder. Esta última presupone una idealización del conductor de la masa. En *PMAY*, conectó estas identificaciones con los fenómenos de empatía (*Einfühlung*) e imitación; postuló que en las masas, las pulsiones sexuales están inhibidas en su fin y que se favorecía la supresión de la agresividad. Freud emparentó lo que acontece en la masa con la sugestión y la hipnosis. Analizó, también, los fenómenos regresivos que la masa induce en sus participantes.

Identificaciones yoicas y superyoicas

La confluencia temporal de la segunda tópica con la teoría identificatoria estructural llevó a que a partir de 1923 Freud conceptualizara el surgimiento de las instancias psíquicas por medio de identificaciones. Tanto el yo como el superyó e Ideal del yo se constituyen gracias a ellas. Son identificaciones esencialmente edípicas.

Identificación onírica

Es temporaria -no estructurante- y centrífuga; se dirige desde el yo a los objetos de la pantalla onírica. Freud la caracterizó por su capacidad de figurar “semejanza, concordancia y comunidad” en el sueño. Se trata de una forma específica de condensación (proceso primario) y de esquivar la censura. Desde esta perspectiva, puede ser incluida entre los mecanismos de la formación del sueño; es asimismo una forma de pensamiento inconsciente.

Mediante esta identificación se logra que sólo una de las personas enlazadas por algo común se figure en el contenido manifiesto del sueño, mientras que la otra u otras queden eclipsadas.

La identificación onírica está emparentada con la histérica; ambas participan de la realización de deseos inconscientes.

Identificación con los actores

Fue descrita como una identificación centrífuga, fugaz, que hace que el espectador de una obra teatral se identifique con los actores o actrices que se mueven en el escenario. Interviene un mecanismo proyectivo en su consumación: lo dicho o hecho por los comediantes activan deseos inconscientes y fantasías en el auditorio. Esto promueve proyecciones e identificaciones: el espectador sube imaginariamente al escenario.

Identificación totémica

Fue originariamente descrita como un intento de asemejarse en lo exterior -o a través de algunas marcas- con el animal totémico. Freud la relacionó con algunas zoofobias infantiles; en esos casos se trataría de una identificación temporaria, en que la que se proyecta sobre un objeto mundano la persecución edípica que despierta el progenitor del mismo sexo.

NOTAS DEL CAPÍTULO 3

¹ Véase I. G. 1.1. un resumen de las teorías identificatorias funcional y estructural. El tema será retomado en I, 4.2.

² No es nada desdeñable contar con esa síntesis que Freud elaboró. En tanto no incluyó todas las que había descrito antes de 1921, cabe suponer que señaló las que a su juicio eran las más importantes. Conviene tenerla presente puesto que en los últimos sesenta años han proliferado exponencialmente las propuestas de nuevas identificaciones, calificadas en muchos casos por sus autores de freudianas.

Esto, más que clarificar el panorama, ha supuesto un desdibujamiento de los significados que Freud había otorgado a las que él explicitó. Este comentario no desestima las aportaciones renovadoras que, efectivamente, han surgido con posterioridad; se apunta, más bien, a precisar aquello que fue propio de Freud, a delinear las innovaciones que los post-freudianos han introducido, diferenciándolas del original y, por último, valorar la utilidad teórica y clínica de las nuevas ideas. Se recuerda que esos son algunos de los objetivos de esta tesis, según lo explicitado en la *Introducción general*, al comienzo de la misma y en I.G.3.2.

³ En este y en los próximos capítulos se utilizarán las siguientes abreviaturas: *PMAY* para *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921); *YyE* para *El yo y el ello* (1923); *RILV* para *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910); *SCE* para *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924); *IN*, para *Introducción al narcisismo* (1914); *DyM* para *Duelo y melancolía* (1915); *NCIP* (1932-1936), para *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932-1936), *Tyt* para *Tótem y tabú*.

⁴ Freud intentaba, por aquel entonces, una articulación de ambas tópicas. El postfreudismo se caracterizó, en buena medida, por privilegiar –implícita o explícitamente– una de esas dos. Klein jerarquizó la segunda; Lacan, la primera.

⁵ Véase I, 7.2.1., donde se citan sus comentarios sobre la identificación onírica; en I, 7.2.5. trae a colación la que acontece con los personajes heroicos de las obras teatrales; en I, 7.4.2. se alude a la totémica. Por otra parte, en I, 7.10. se incluye un listado más exhaustivo de las modalidades identificatorias que aparecen en sus *Obras Completas*.

⁶ Recuérdese al respecto la íntima relación que en *La interpretación de los sueños* (1900) Freud estableció entre las identificaciones onírica e histérica. En I, 1.2.2., se hizo una breve introducción a esta temática.

⁷ Hay otros dos pasajes de la obra de Freud en que éste parecía referirse a la identificación primaria, aunque no la nombró explícitamente: en *De la historia de una neurosis infantil* (1918 [1914]) –“El hombre de los lobos”– y en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925). En el primero de ellos –OCFAE, XVII, p. 26– dijo, en referencia a la elección del padre como objeto, tras abandonar a la chacha:

“renovó así su primera y más originaria elección de objeto, que según corresponde al narcisismo del niño, se había consumado por la vía de la identificación”.

En el segundo artículo –OCFAE, XIX, p. 269– afirmó:

“En lo tocante a la prehistoria del complejo de Edipo en el varoncito, falta mucho para que todo nos resulte claro. Hemos aprendido que hay en ella una identificación de naturaleza tierna con el padre, de la que todavía está ausente el sentido de la rivalidad hacia la madre”.

Una tercera referencia al tema puede encontrarse en *El presidente Thomas Woodrow Wilson, un estudio psicológico* (1930 [1929]), pero, los capítulos de ese libro en que se hace referencia a la identificación primaria no fueron escritos por Freud sino por W. Bullitt.

⁸ Las cursivas de estas dos citas son mías; se pretende subrayar los matices diferentes de ambas afirmaciones de Freud. Este punto específico será tratado más adelante, en I, 3.1.6.

⁹ Al describirla como anterior a toda elección de objeto, la situó implícitamente en un tiempo previo a la triangularidad edípica, puesto que entonces es cuando acontecerían las primeras **elecciones** objetales. Por lo tanto sería pre-edípica, pre-subjetiva (no habría aún un sujeto psíquico conformado) y pre-narcisista, por que es anterior a la constitución del yo. Esta precocidad hace que la actividad representacional del niño sea escasa en esta identificación, aunque alguna ha de haber para situar al padre en posición de ideal. Sobre el rol de la representación en la identificación, véase I, 5.4.3.

¹⁰ Es llamativo que algunos psicoanalistas sostengan que Freud postuló a la **madre** como objeto de la identificación primaria. Afirmar tal idea es tergiversar los textos del vienés. Otra cosa muy distinta es fundamentar una teoría *personal* en la que se postule tal idea. Esa es, por ejemplo, la línea que emprendió Edith Jacobson en 1954, y a ella adhirieron buena parte de los analistas anglosajones. Eduardo Braier (2009) en *Hacer el camino con Freud*, Lugar Editorial, Buenos Aires, adhiere a esta tesis con argumentos sólidos.

¹¹ En alemán, esta frase es más altisonante: *Die erste und bedeutsamste Identifizierung des Individuums, die mit dem Vater der persönlichen Vorzeit* [G.W., XIII, p. 259]). Una traducción más literal que la de José Luis Etcheverry en OCFAE, sería la siguiente: “la primera y la más importante [podría decirse también: la más significativa] identificación del individuo, aquella con el padre de la prehistoria personal.” (Lo que está entre corchetes es mío).

Esta versión, comparada con la de Etcheverry, suena peor en castellano, pero resalta más la trascendencia que

Freud otorgó a la identificación primaria, máxime si se tiene presente que esta frase venía a reforzar la inmediatamente anterior, en la que sostenía: “los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos.”

¹² Véase *Tótem y tabú* (1913), OCFAE, XIII, pp. 142-152; también I, 5.5., que trata sobre el mito del asesinato del Padre de la horda primitiva creado por Freud. Para una visión más amplia de la función paterna puede leerse: “El padre en psicoanálisis”, en Korman, V., *El oficio de analista* (1996), *op. cit.*, p. 445 y ss. Al final de dicho texto se reseña una extensa bibliografía sobre el tema.

¹³ Más allá de la teoría freudiana, en el campo de la literatura, muchos escritores han dado cuenta de estos fenómenos con gran lucidez. En IV, 4.1. y IV, 4.2. se citarán frases de la escritora Marguerite Yourcenar y la filósofa María Zambrano, que describen la conexión de los sujetos contemporáneos con sus ancestros lejanos, a través de la cadena transgeneracional.

¹⁴ Se elude de esta manera colocar como cuestión **central** del debate las habituales polémicas entre psicoanalistas sobre el momento preciso en que ellas tendrían lugar.

¹⁵ Se ha puesto en cursiva la palabra *biológica* para subrayar la presencia de componentes de esa naturaleza en su teoría; también para anticipar un tema que será comentado enseguida: su adhesión a las tesis de la trasmisión filogenética y la importación de las mismas al psicoanálisis –véase *infra*, nota al pie nº 20–.

¹⁶ En la teoría lacaniana, algunos aspectos de lo que Freud desarrolló como identificación primaria ha quedado subsumido dentro de sus identificaciones simbólicas. En la teoría kleiniana, las identificaciones no son primarias ni secundarias sino concomitantes con las relaciones de objeto.

¹⁷ Cabe señalar que la importancia otorgada al padre pre-édipico y édipico había aparecido precozmente en la obra freudiana: en la teoría de la seducción, que fue abandonada posteriormente. El rol que ella daba al padre era demasiado fácil: que uno de los causantes de su llegada al mundo fuese al mismo tiempo el responsable de la iniciación sexual, *resolvía* la papeleta, pero no dejaba de ser una mentira histórica..., aunque ella pagara el precio del supuesto trauma. La seducción fue suplantada por la teoría de la fantasía; a partir de entonces la introducción de la sexualidad en el ser humano no dependía sólo de factores circunstanciales y contingentes. La función del padre adquirió algunos visos estructurales, universales, en la obra de Freud. El precio a pagar ya no era el trauma sino la castración. Lacan desarrolló ampliamente estas funciones paternas, apenas esbozadas por el vienés. Ahora bien, pese a todas sus limitaciones, la teoría de la seducción era más “ambientalista” que “endogenetista”.

Este aspecto fue retomado por Jean Laplanche en su concepción de la seducción generalizada, para resolver el *Impasse* generado por lo que él llamó: “*la revolución inacabada de Freud*”.

¹⁸ Véase I, 5.5.

¹⁹ Como no podía ser de otra forma, esta interpretación de los textos de Freud ha servido de fundamento para algunos desarrollos personales sobre la estructuración subjetiva. Serán expuestos en IV, 1.6.

²⁰ Se pueden detectar tales rastros en *Tres ensayos* (1905), *Tótem y tabú* (1913), *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (1915), *De la historia de una neurosis infantil* (1918), *Moisés y la religión monoteísta* (1939), etcétera.

El principio de Haeckel, según el cual la ontogenia recapitula la filogenia (las fases del desarrollo de la especie), fue trasladado por Freud desde el registro biológico al psicoanálisis: trasmisión filogenética, hereditaria, de ciertos esquemas o estructuras irreductibles a las experiencias vividas por el individuo; son constitucionales, heredadas y, por lo tanto, anteriores a la formación del sujeto. Entre ellas estarían: las fantasías originarias, ciertos diques a la pulsión, la prohibición del parricidio, la represión primaria, etc. Influido por las ideas de Darwin y de Robertson Smith, Freud creía en la trasmisión hereditaria de ciertos caracteres adquiridos; no se trataba, en su caso, de un lamarckismo *puro y duro*, pero aceptó tales tesis.

Se retomarán estas cuestiones, desde otro ángulo, en la cuarta parte de este trabajo, donde se aludirá a otras formas de transmisión intergeneracional distinta de la biológica y/o filogenética: la cultural, social y familiar.

En lo que respecta al endogenetismo, cabe decir que se opone al ambientalismo; si el primero da preponderancia al sujeto sobre las influencias del ambiente, el segundo sostiene lo contrario: el sobrepeso determinante del contexto sobre el sujeto. La mayoría de los autores, Freud incluido, no son exclusivistas; reconocen la combinación de ambos factores, aunque ponen el acento en uno de ellos. En la TIF, sobre todo en el contexto de la primera teoría, fue hegemónica la perspectiva endogenética: el futuro sujeto mostraba sobre todo su cara pulsional. Con la teoría estructural de la identificación, los factores relacionales pasaron a primer plano; el objeto adquirió mayor importancia.

²¹ Véase III, 9.

²² Respecto del cuadrante de Peirce véase III, 5.5. y III, 5.6. La alienación será comentada en III, 7.11.

²³ En III, 4.7.3., se tratará este asunto.

²⁴ Esta transformación de lo dual, narcisístico, a lo édipico –triangular– fue reprocesado por Lacan como pasaje de lo imaginario a lo simbólico y también como pasaje del primer al segundo tiempo del Edipo.

²⁵ Este objeto *total* –de amor– es distinto al homónimo de la teoría kleiniana y también diferente del objeto *parcial* que, según Freud, satisface a la pulsión. Conviene recordar aquí la serie autoerotismo – narcisismo – elecciones de objeto; el objeto total surge en el tercer tiempo de la misma, una vez constituido el otro en tanto diferenciado de sí mismo –salida del narcisismo–. Hacía él se orienta, entonces, el amor del yo, convertido en par antitético del odio. Para más detalles véase I, 1.4.3.

²⁶ Sobre la variante freudiana de la identificación a un rasgo único del objeto, altamente limitado (*einzigster Zug*),

Lacan elaboró sus identificaciones simbólicas, al rasgo unario (significante). En III, 4.7.1., en III, 7.4.2. y en III, 8.2. se expondrá sobre el rasgo unario en la TIL y se considerará el cúmulo de inflexiones que supuso el pasaje del *einzig Zug* desde un contexto teórico al otro.

Véase también la nota final nº 28 de este capítulo.

²⁷ Si la identificación primaria fue considerada por Freud como "la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona" y, además, la situó temporalmente como anterior a toda elección sexual de objeto (*PMAY*), o anterior a toda investidura de objeto (*YyE*), la transformación de una relación de objeto en una identificación implicaba, según él, un movimiento *regresivo*: se trataba de una identificación **secundaria edípica, regresiva**, y posterior a una pérdida o resignación del objeto.

²⁸ La versión original de esta frase contiene las palabras *nur einen einzigen Zug*: un único rasgo [de la persona objeto]. Lacan partió de la oración citada en el cuerpo del texto para derivar del *einziguen Zug* freudiano su rasgo *unario*. El adverbio *nur* -sólo, solamente-, no fue tenido en cuenta en la traducción de las OCFAE. Hace unos instantes se hicieron las remisiones oportunas a los apartados de la tercera parte de esta tesis en que se trata este trasvase conceptual.

²⁹ Lacan partió de estas identificaciones para subrayar en ellas el núcleo deseante: identificación con el deseo del Otro, siguiendo en este caso muy de cerca a Freud.

³⁰ Algunos autores describen esta situación con el nombre de *divalencia*, para diferenciarla de la ambivalencia (existencia simultánea de amor y odio dirigida hacia un mismo objeto), que caracteriza a lo preedípico.

³¹ En I, 7.4.5. pueden leerse otras citas de este texto.

³² Esta soldadura entre el sujeto y el objeto me ha llevado a pensar que la tendencia al establecimiento de identificaciones de este tipo tiene una de sus causas en las vivencias de desamparo intensas, que conducen a incrementos notables de angustia en los momentos (inevitables) de separación del objeto. Este aspecto será tratado en IV, 2.10. *Una perspectiva personal sobre las identificaciones narcisistas*.

³³ Téngase en cuenta que para el año de publicación de *DyM* (1915), Freud no había elaborado su segunda tópica; el yo crítico del que habló en este texto era un antecedente del superyó.

³⁴ Sobre la introyección, véase I, 2.1.

³⁵ Véase I, 2.2. Este es uno de los pocos textos en que Freud asoció el mecanismo de introyección a la identificación melancólica.

³⁶ A diferencia de lo que ocurre en la internalización de *rasgos parciales* de los objetos, situación para la cual Freud utilizó el término introyección. Los efectos de la misma son muy diferentes a los que produce la incorporación, tal como se constató en la descripción de las identificaciones secundarias edípicas.

³⁷ Lacan no sólo criticó el mecanismo *incorporativo* postulado por Freud para las identificaciones narcisistas y las primarias; propuso, además, un giro en el procesamiento conceptual del asunto: en el estadio del espejo, la captación visual del otro (semejante) promueve la identificación especular, imaginaria, narcisista. Lacan conservó el carácter total del objeto en su estadio del espejo: lo que fascina al niño es la imagen completa del semejante (otro).

³⁸ En I, 7.3.4 se incluyen un par de citas de este artículo, cuyo contenido conviene tener presente para una mejor comprensión de lo que sigue a continuación.

³⁹ Véase I, 4.5.

⁴⁰ Recuérdense lo explicitado respecto de las identificaciones del varón con su madre y de la niña con su padre, en el apartado 3.2.3.2.; véase también los cuadros 1 y 2 de este mismo capítulo.

⁴¹ Este tema fue también tratado en I, 2.8., al considerar el mecanismo de *ligazón*.

⁴² Aunque este no sea el momento ni el lugar para considerar los efectos que ha producido, conviene recordar que al tratar la identificación en las masas señaló varios puntos de conexión con las histéricas.

⁴³ Freud estudió estos fenómenos en dos masas artificiales: el ejército y la iglesia. Existen hechos suficientes para saber que la agresividad –latente en muchas ocasiones, manifiesta en otras– existe en todos los grupos humanos y no hace falta que desaparezca su líder para que ella de muestras de su existencia.

⁴⁴ Véase los apartados I, 2.8. y I, 3.9.

⁴⁵ Una derivación clínica de estas ideas es la que se sostiene en IV, 3.7. *Siniestrar*. Implica desmontar el vínculo psíquico intenso y estable con el objeto de identificación que proveyó el rasgo y/o síntoma que se hizo propio.

⁴⁶ Véase I, 2.3.

⁴⁷ Estas tres referencias prefiguran –en cierto sentido– las identificaciones especulares de Lacan.

⁴⁸ En I, 7.6.7. se incluye una cita textual y más extensa de este artículo de Freud.

⁴⁹ Para decirlo risueñamente, los que conforman el entorno objetal no pueden acercarse al niño/a guardándose el superyó en el bolsillo.

⁵⁰ M. Klein desconectó la formación del superyó de la conflictiva edípica y consideró al superyó un objeto interno que se instala muy precozmente. Al postular una elaboración edípica temprana que no pasaba por la renuncia al objeto incestuoso pudo explicar de manera diferente a Freud algunas cuestiones relativas al superyó. De acuerdo con la teoría freudiana, en la declinación del Edipo, acontecen las identificaciones superyoicas, mediando la resignación del objeto. Si, por ejemplo, en el caso del varón el objeto resignado es fundamentalmente la madre (Edipo positivo) el superyó del niño debería tener rasgos maternos. En M. Klein las identificaciones edípicas superyoicas no exigen la resignación del objeto. La temática del superyó en su teoría, incluida su aparición temprana, se abordará en II, 6.3.

⁵¹ En I, 7.2.1. se recoge una cita extractada de ese capítulo.

⁵² Lacan partió de esa amplia serie descrita por el vienés y realizó una tarea de selección, reagrupamiento y refundición de las mismas, jerarquizando tres modalidades: a) la identificación primaria, al padre, b) la identificación secundaria edípica, al rasgo unario y c) la identificación histérica. Luego las procesó a la luz de sus propios conceptos y mediante apoyaturas en otras disciplinas (lingüística, filosofía, ciencias sociales, matemáticas, lógica y topología), hasta formalizar sus dos modalidades más importantes: las simbólicas e imaginarias.

Klein, por su parte, desarrolló un sistema diferenciado del freudiano: sus dos identificaciones principales –la proyectiva y la introyectiva– muestran un vaivén de materia psíquica entre el yo y sus objetos, que da lugar a la formación y transformación de instancias y sistemas de la mente. Klein y Lacan adhirieron a la segunda teoría identificatoria de Freud, la estructural.

⁵³ Interesa traer a colación la posibilidad de generalizar esta modalidad identificatoria para la constitución del yo del narcisismo. Se llenaría así un hueco evidente en el sistema identificatorio freudiano respecto de la estructuración del yo narcisístico. Este aspecto será tratado en I, 4.4.2; allí se harán propuestas de una resignificación retroactiva de las identificaciones freudianas desde la teoría identificatoria estructural.

4

SISTEMATIZACIÓN DE LA TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA

4.1. Introducción

El título de este capítulo merecería estar enmarcado por signos de interrogación como manera de subrayar, desde su mismo comienzo, el carácter problemático de la cuestión: ¿es lícito introducir una **sistematización** en la TIF? ¿Es válido construir un sistema a partir de fragmentos de textos en los apenas se explicitaron los principios y las categorías que dieron sostén a tales ideas? Se postergará la respuesta por unos instantes.

Como ya se ha visto en los capítulos anteriores, Freud describió diversas identificaciones, pero no explicitó los fundamentos de su teoría, no las definió de manera precisa ni las clasificó.¹ Sus consideraciones sobre el tema no tuvieron la forma de un conjunto de ideas bien articuladas ni metódicamente entrelazadas; tampoco fueron expuestas con orden y concierto. Salvo en el capítulo VII de *PMAY* (1921), siempre trató este asunto de manera fragmentaria, parcial. Y, como lo hizo en momentos muy diferentes de su producción, se encontrarán dispersas, aquí y allá, referencias —a veces muy puntuales— a las distintas modalidades identificatorias que él concibió. En sus elucidaciones remarcaba, como al pasar, aspectos específicos de la identificación o establecía conexiones entre ella y el tema central que estaba abordando en cada artículo. En ocasiones adquirieron la forma de pequeños incisos al tratar otras cuestiones nodales del psicoanálisis. Sin embargo, esas pinceladas solían ser ricas, aportaban matices interesantes, introducían giros inesperados, iluminaban nuevas facetas, arrojaban luz sobre aspectos de la identificación que hasta esos momentos estaban en penumbra. Hubo agudeza en esas pequeñas perlas que escribía a vuelapluma. En esas acotaciones esparcidas están reflejadas las ideas más interesantes de la TIF. Jamás hizo un planteamiento orgánico del asunto; dicho en otros términos: no hubo una presentación integral del tema.² La modalidad expositiva recién descrita no fue exclusiva del abordaje de la identificación; por su habitualidad, merecería considerársela como un aspecto más del estilo de escritura de Freud. Pero, con la identificación, esa característica se vio acentuada por la renovación constante de sus ideas y por que el tema ha estado presente desde el inicio hasta el final de su obra.³

En síntesis, si con el vocablo *sistema* se alude a “un conjunto orgánico de principios e ideas sobre una materia determinada”⁴, cabe decir que éste brilla por su ausencia en los escritos freudianos sobre la identificación. Así las cosas, las preguntas iniciales retornan: ¿es legítimo sistematizar la TIF? La respuesta personal es —en principio— afirmativa, siempre y cuando se satisfagan las siguientes condiciones:

- Reconocer que se trata de una sistematización inexistente en su obra.
- Que se intentó ceñir solamente sus ideas fundamentales sobre la identificación y los virajes que se produjeron durante sus elaboraciones teóricas al respecto.
- En la realización de esa labor hermenéutica y de sistematización se tuvo en cuenta las líneas de fuerza principales que atravesaron el *conjunto* de su obra.
- Era imprescindible evitar las interpretaciones forzadas de los textos freudianos, porque, si se traspasan ciertos límites, comienzan las distorsiones de sus ideas.⁵
- Que la sistematización de la TIF no implique al resto de su teoría.

Si estas exigencias fueran atendidas, la deducción de un conjunto orgánico de principios e ideas sobre la identificación –base conceptual de la TIF– sería válida y permitiría, en un segundo momento, cotejar esos fundamentos con los de la TIK y TIL.

De paso se abriría la posibilidad de profundizar en el tema atendiendo a los diferentes soportes de cada una. Establecer esa sistematización en un ámbito tan multifacético no resultó fácil. Ayudó el hecho de que tal empeño fuera *light* y que se quisiese evitar un riesgo habitual en labores de este tipo: escoger principios o establecer parámetros más cercanos al pensamiento de quien sistematiza que a la obra en cuestión. Si se logran soslayar esos peligros y se esquivo el *furor ordenandis*, ese procesamiento puede ser útil. Como preámbulo se hará un comentario sobre la segunda teoría identificatoria.

4.2. Teoría estructural de la identificación

En el año 1920 ocurrió un giro importantísimo en la obra de Freud respecto de la identificación: con los prolegómenos imprescindibles para todo cambio, se instaló de manera firme la idea de que la identificación era estructurante del aparato psíquico de *todos* los seres humanos. A partir de entonces adquirió un alcance teórico de mayor rango: devino la operación estructurante de la subjetividad. La identificación fue más allá de explicar síntomas neuróticos o de aclarar ciertos aspectos de la melancolía o de la elección de objeto homosexual para devenir el concepto principal que explica la aparición de lo psíquico en todas las criaturas humanas. Tanto lo psicológico como lo psicopatológico devinieron consecuencia de formas singulares de estructuración subjetiva identificatoria.

Tres textos de esa época contienen las claves de esa conmoción teórica: *PMAY* (1921), *YyE* (1923) y *SCE* (1924). En ellos puede detectarse con claridad la salida de este articulador teórico de su confinamiento en las teorías sobre la elaboración del sueño y de la formación de síntomas, para universalizarse como mecanismo estructurante: el psiquismo de *todos* los sujetos se engendra por identificación. El psicoanálisis dejó de ser una terapia más y se convirtió en una teoría sobre la subjetividad. Este giro teórico hubiera sido imposible sin las ideas de *IN* (1914) y *DyM* (1915). La perspectiva estructural permite la siguiente definición: mecanismo psíquico inconsciente gracias a la cual se constituye el aparato psíquico.⁶ Es decir que, frente a la pregunta: ¿cómo surge el psiquismo en un recién nacido humano?, la respuesta -breve y precisa- que podría dar el psicoanálisis, es: por identificación. En su calidad de estructurante de lo psíquico, devino un articulador teórico de primera magnitud para el estudio de la internalización del contexto familiar y social desde el momento mismo del nacimiento; es decir, se convirtió en un concepto clave para pensar el surgimiento de lo psíquico en el recién nacido humano. Lo afirmado justifica esta otra aseveración: es en contacto con los rasgos psíquicos y los cuerpos erogenizados de los padres como surge una nueva subjetividad. Ese contexto objetal refracta, a su vez, las condiciones socio-culturales dadas en cada momento histórico. El nuevo sujeto psíquico será también sujeto social desde los comienzos de su vida. Ambos surgimientos son impensables fuera de los vínculos parentales y familiares constituyentes.

El pasaje que Freud realizó desde la teoría funcional a la estructural supuso una elevación del concepto de identificación al rango de **causa de lo psíquico**. Por esta vía jerarquizó la función de quienes conforman el entorno más inmediato, en la constitución del aparato psíquico del infante. La identificación se convirtió en el vehículo más importantes de la trasmisión intergeneracional de lo psíquico, inconsciente incluido. Este vuelco teórico significó un paso trascendental en la intelección de la estructuración subjetiva y se hizo necesario pensar su operatividad desde el primer día de vida del niño. De ahí la introducción en *PMAY* (1921) de una identificación muy temprana –anterior a toda elección de objeto–, calificada de primaria y constitutiva del zócalo psíquico de todo recién nacido humano.^{7*}

Pero Freud no sacó el máximo partido posible a este giro de su pensamiento: si bien después del codo de 1920 otorgó progresivamente mayor importancia al psiquismo de los padres en la conformación de la psique del *infans*, su teoría de la identificación mantuvo el mismo punto de partida: las pulsiones del niño/a.

Al seguir insistiendo en que la identificación tenía su motor en la pulsión del infante –y no en los objetos del entorno, Freud mantuvo su perspectiva endogenética: ese movimiento que implantaba características de los otros en el nuevo aparato psíquico **se iniciaba en el niño**, se dirigía al objeto para capturarle algunos rasgos y retornaba al origen, describiendo un bucle cerrado.⁸ Como puede apreciarse, el epicentro del fenómeno identificatorio no es el otro o los otros –la alteridad, los objetos– sino el propio infante en vías de estructuración. El entorno objetal, si bien fue más tenido en cuenta que durante el periodo 1900-1920, no devino determinante **fundamental** del surgimiento de lo psíquico de un recién nacido humano. Freud no puso el acento en la capacidad **identificante** de los objetos primarios^{9*}: el *primum movens* de la identificación siguió siendo el niño, con sus tendencias aspirantes, introyectivas, incorporativas, que utilizaban la energía de sus pulsiones. A lo largo de toda su obra consideró que la identificación era un retoño de la actividad pulsional oral.¹⁰ Los miembros del entorno no fueron elevados taxativamente a la categoría de *identificantes*; eran simplemente objetos pasivos de la identificación. Dicho en otros términos: el surgimiento de lo psíquico en la criatura humana no fue pensado como la resultante de una sucesión de actos que se iniciaban en aquellos que conformaban el entorno objetal; el punto de partida era el niño, que activamente capturaba rasgos. Sin embargo, los padres –o sustitutos– por el sólo hecho de convertirse en dadores de rasgos para consumir identificaciones *estructurales*, adquirieron mayor peso específico en el surgimiento de la actividad psíquica en los hijos. Pese a sus insuficiencias, el giro teórico operado a partir de 1920 fue trascendental en muchos aspectos.

4.3. La identificación, lo intergeneracional y la prehistoria de la humanidad

A la significación primordial otorgada a la identificación a partir de 1921 se le sumó una orla semántica muy significativa: a través de la identificación primaria y su objeto –el padre–: se le infiltró un vector transgeneracional que conectaba la prehistoria de la humanidad con el presente. Este asunto fue ampliamente expuesto en I, 3.1.2. y apartados siguientes; también en IV, 4.6.1. Allí se remite.

Este aspecto de la identificación primaria, deducido a partir de las referencias freudianas al Padre de la prehistoria de la humanidad y al mito de su asesinato, permite suponer que Freud percibió que todo sujeto recibe de sus antepasados un patrimonio simbólico considerable: el que se ha ido acumulando durante la larga historia de la civilización. Todo parece indicar que Freud situó al padre como agente trasmisor de dicha herencia. Padre que, en su momento, también la recibió de su progenitor.^{11*}

* * * * *

La aparición de la segunda teoría invita a repensar los escritos anteriores de Freud sobre este tema, para estudiar las posibles resignificaciones retroactivas de los mismos. Será menester preguntarse qué, cómo y cuánto de las identificaciones descritas antes de 1920 –en el capítulo 3 fueron estudiadas una a una– pueden ser integradas, y con qué cambios, dentro de la perspectiva estructural. Estos aspectos serán abordados a continuación.

4.4. Resignificaciones retroactivas desde la teoría estructural

Para realizar esta tarea es menester dilucidar un par de cuestiones previas: precisar qué es una identificación estructurante y discriminar –entre las que él describió– cuáles lo son realmente. El vienes no zanjó estas cuestiones.

Se dará por buena la siguiente definición de la identificación estructural en el marco de la teoría freudiana: es aquella que funda instancias del aparato psíquico. Sólo tres de la decena catalogada en su obra merecen recibir tal adjetivo: las primarias, las narcisistas y las secundarias edípicas. Este trío implanta componentes estables y permanentes en la psique. Las restantes, son transitorias; incluso, fugaces, como las del sueño o las del espectador en una función teatral. En todo caso ha de quedar claro que la segunda teoría, al otorgar gran trascendencia al carácter estructurante de la identificación, disminuyó la importancia de las temporales. La teoría funcional perdió peso: a partir de 1921 los síntomas comenzaron a explicarse de otro modo: por disfunciones del aparato psíquico creado por las

identificaciones estructurantes. Se podría sintetizar lo dicho a través de la siguiente afirmación sintética: la identificación dejó de ser operador clínico para devenir una categoría metapsicológica que explicaba el surgimiento de lo psíquico en los seres humanos.^{12*} Por lo tanto, al revisar lo escrito por Freud sobre este tema se impone contextualizar siempre dentro de qué teoría identificatoria está inmersa cada modalidad que él describió.

La introducción del concepto de identificación *primaria*, allá por los años 1921-1923, *varió el dominio semántico del concepto* y provocó un reacomodamiento de todo el tablero identificatorio. Si antes todas estaban en el mismo plano -digamos horizontal-, con posterioridad, la distinción estructural/ transitoria dio pie a forjar un nuevo orden; llamémosle “vertical”: las estructurales -por ser fundadoras del aparato psíquico- adquirieron supremacía; las temporales continuaron explicando algunos aspectos puntuales del funcionamiento de la psique. Por otra parte, el adjetivo *primaria* trajo de la mano su par diferencial: *secundaria*. Surgió, entonces, la posibilidad de establecer qué identificaciones anteriores a 1920 podrían reunirse bajo tales epígrafes. La dialéctica primaria / secundaria, comentada en detalle en I, 3.1.6., introdujo además una continuidad resignificante: las secundarias procesan aquello que las primarias fundaron. Estas nuevas ideas en la TIF estuvieron en sintonía con los escritos freudianos de esa misma época: también el complejo de Edipo -castración incluida- y el narcisismo adquirieron carácter estructurante. Es interesante subrayar que Klein y Lacan se enrolaron decididamente en la perspectiva identificatoria estructural.

* * * * *

A continuación se expondrán las resignificaciones retroactivas que se han establecido, tomando como punto de partida las modalidades reseñadas en el capítulo anterior y en el listado de I, 7.10.

4.4.1. Primera resignificación

Se fundamentará la integración de la identificación histérica -y más ampliamente, aquellas que Freud vinculó con la formación de síntomas neuróticos en el capítulo VII de *PMAY* (1921)-, dentro de las identificaciones **secundarias** edípicas. Estas últimas pueden ser consideradas estructurantes en tanto introducen rasgos -parciales- **permanentes y estables** en el aparato psíquico. Éstas siempre aparecieron en su obra en contextos triangulares: las de Dora con su padre, con su madre, la identificación del pensionado, la identificación con la competidora en el sueño “de la bella carnicera”, lo afirmado en I, 3.2.3., etc. Asimismo, la consideró especialmente reveladora del deseo inconsciente y de la rivalidad que se gesta en las configuraciones triádicas. Dentro de las secundarias edípicas opera como una **identificación con el (o la) rival**. Con estos competidores estaba en lucha por el objeto de amor compartido. Por medio de esta identificación se ocupaba psíquicamente -y con violencia- el lugar del otro, y se le disputaba al objeto. Esta modalidad identificatoria operaba tanto en el complejo de Edipo positivo como negativo.^{13*} Como resultante de esta doble faz edípica, la madre y el padre eran, a la vez, objeto de amor y de rivalidad. Esta duplicidad del vínculo con cada objeto edípico explicaba la alternancia y la multiplicidad de las identificaciones históricas. Así, Dora se identificaba, según el historial clínico, con:

- la madre -actuando como una esposa celosa que desde tiempo no tiene relaciones con su marido-;
- el padre, para darse como objeto (homosexual) a la Sra. K;
- esta última, en tanto rival, para disputarle al Sr. K.

Las otras identificaciones edípicas merecerán un comentario aparte; se comenzará con las que implicaban una resignación del objeto y la sustitución de dicha relación por una identificación. En el capítulo III de *YyE* (1923) Freud extendió un elemento clave de la identificación melancólica -la sustitución de una carga de objeto por una identificación- a las edípicas, especialmente aquéllas que remodelan el yo de la segunda tópica y conforman su carácter.¹⁴ En tanto la declinación del Edipo supone resignar los objetos, en esos momentos se sustituyen las investiduras objetales por

identificaciones. Estas últimas conllevaban la introyección de algunas características del objeto y facilitan, así, la resignación del mismo, porque se lo conserva psíquicamente, aunque más no sea bajo la forma de un rasgo. O sea: en el momento del soterramiento del complejo se produce una identificación con el objeto **resignado**^{15*}, siguiendo *—parcialmente—* el modelo de las melancólicas. Recuérdese que Freud describió por primera vez ese movimiento en *DyM* (1915).

Esta transformación se convirtió en el elemento crucial y definitorio de toda identificación secundaria edípica.

Ella supone una recuperación de libido por parte del yo (incremento del narcisismo secundario) y la conservación de la relación *—en la psique, en lo inconsciente—* con el objeto resignado, que queda representado por medio de un rasgo o detalle del mismo, que se atesora. Se recuerda en este contexto la siguiente frase de Freud:

“Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: `Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...’” (OCFAE, XIX, p. 32).

Para la inteligibilidad de los fenómenos edípicos es imprescindible tener presente las diferencias ya apuntadas entre la identificación prototípica de la melancolía y las identificaciones con el objeto de amor resignado, tanto del complejo positivo como del negativo. Las edípicas fueron consideradas por Freud identificaciones parciales, introyectivas y *regresivas*. Entre las identificaciones secundarias edípicas posteriores a la resignación del objeto de amor y las narcisistas de la melancolía existen sólo dos elementos en común: la ya comentada transformación de una carga de objeto en identificación y la regresión, aunque esta es mayor en la segunda. Y nada más. Ya se ha insistido suficientemente en la conveniencia de no tomar la parte por el todo y de tener presente las diferencias entre ambas.

El terreno diferente *—narcisista uno, edípico, otro—* determina enormes disparidades.¹⁶ Las identificaciones edípicas *concomitantes con la carga de objeto* no son secundarias a la pérdida y/o resignación del mismo, pero se las puede considerar estructurantes, en tanto dejan rasgos estables en el psiquismo del niño/a.

4.4.2. Resignificación de las identificaciones narcisistas

La identificación de la melancolía podría integrarse dentro del grupo de las estructurantes por dos vías: considerándola constituyente del narcisismo y del yo que le es correlativo *—propuesta no realizada explícitamente por Freud—* y por una derivación que él sí hizo de ciertos aspectos de la misma hacia las secundarias edípicas (véase cuadro 3 del capítulo anterior). Ambas resignificaciones implican universalizar su operatividad y extenderla más allá de su acción en la melancolía. La otra identificación narcisista *—la homosexual—*, descrita en *RILV* (1910) y, luego, en *PMAY* (1921), puede adquirir retroactivamente un carácter estructurante si, a partir de un aspecto de éstas, se las incluye como una variante específica de las edípicas: aquéllas en las que el niño o la niña se identifica con el progenitor de sexo opuesto. En el caso del varón, sus identificaciones “femeninas”, “homosexualizantes”, se producen desde una doble vertiente:

- En el complejo de Edipo negativo, se identifica con su madre (rival) para darse como objeto al padre, elegido narcisísticamente.
- En la declinación del complejo de Edipo positivo, se identifica con un rasgo de la madre, por ser ella el objeto que pierde.

Con las inversiones correspondientes, lo dicho es válido para la niña; se lo podrá apreciar volviendo a la parte inferior de los cuadros 1 y 2, de I, 3.2.3. Allí podrá apreciarse que las identificaciones “femeninas” (con la madre) en el caso del varón y las identificaciones “masculinas” (con padre) en la niña, serían las vías de adquisición de rasgos homosexuales en la neurosis *—predominio de lo edípico, castración, represión, heterosexualidad—*, situación diferente de lo que acontece en la homosexualidad, entendida como perversión en el sentido psicoanalítico del término, en la que hay

elección homosexual de objeto a imagen y semejanza, renegación de la diferencia de los sexos y preeminencia del narcisismo.

4.4.3. Resignificación de las identificaciones en el seno de las masas

No pertenecen a la categoría de las estructurantes; duran lo que dura la pertenencia al grupo y, en términos generales, no dejan elementos estables y permanentes en el aparato psíquico. Al alejarse de la masa suelen caer las identificaciones aglutinantes y la proyección idealizada sobre el líder, aunque a veces, algunos siguen conservando las señas de identidad imperantes en el conglomerado humano al que adhirieron. Estas identificaciones cumplen un papel importante en la remodelación del yo, superyó e Ideal del yo, que culminan su conformación en la juventud, en los grupos sociales extrafamiliares.

4.4.4. Resignificación de las restantes modalidades

Quedan por comentar las identificaciones no aludidas hasta ahora, a saber: a) identificación como forma de pensamiento; b) identificación del espectador con los actores y c) identificación totémica. La primera no tiene encaje directo entre las estructurantes; es muy fugaz: lo que dura un sueño y, además, no deja improntas indelebles. Sin embargo, aquello que ella mostraba palmariamente -el carácter inconsciente de toda identificación-, siguió vigente con la teoría estructural. A partir de 1923 la onírica debe considerarse, simplemente, como una forma de condensación del material del sueño, mediante la cual se expresa una relación de semejanza, concordancia o comunidad; función que ya tenía desde *La interpretación de los sueños* (1900).¹⁷

La segunda es una identificación de corta duración y no requiere de ligamen previo con el objeto. En *Personajes psicopáticos en el escenario* (1905 o 1906), Freud se refirió a esta identificación temporal, circunscrita, no estructurante, por medio de la cual el espectador se identifica con el actor que representa al héroe del drama. El modo de funcionamiento de esta identificación será estudiado con detalle en I, 5.3.3.1. *La representación teatral*. Se aprecia a todas luces que ella no deja marcas estables y permanentes en la psique, pero tiene en cambio una característica peculiar: es centrífuga; ella se dirige -proyección mediante- desde el sujeto hacia el objeto; en este caso, un actor. Puede ser considerada una forma de proyección identificante, antecedente freudiano de las identificaciones proyectivas de M. Klein.

La tercera fue mencionada en *Tyt* (1913); allí afirmó que en los síntomas zoofóbicos de los niños reaparecían rasgos del antiguo totemismo. Es una modalidad identificatoria que tuvo escasa trascendencia en la obra del vienés; de hecho no volvió a aparecer bajo su pluma más allá de 1913. Perdió peso específico con el advenimiento de la segunda teoría identificatoria.

4.5. Las identificaciones freudianas después de 1923

Se presentará ese panorama por medio de varios diagramas. El primero compara los aspectos principales de las identificaciones estructurantes deducidas de los textos freudianos. Luego, un par de esquemas adicionales ofrecerán una visión panorámica que condensa las dos teorías identificatorias y muestran el mapa de las identificaciones freudianas después de la publicación de *YyE* (1923). Los tres cuadros resumen buena parte de las ideas expuestas en este capítulo y en el anterior. Cumplen -así se espera- la función de síntesis integradora descrita al comienzo del apartado 1.7., de la *Introducción general*.

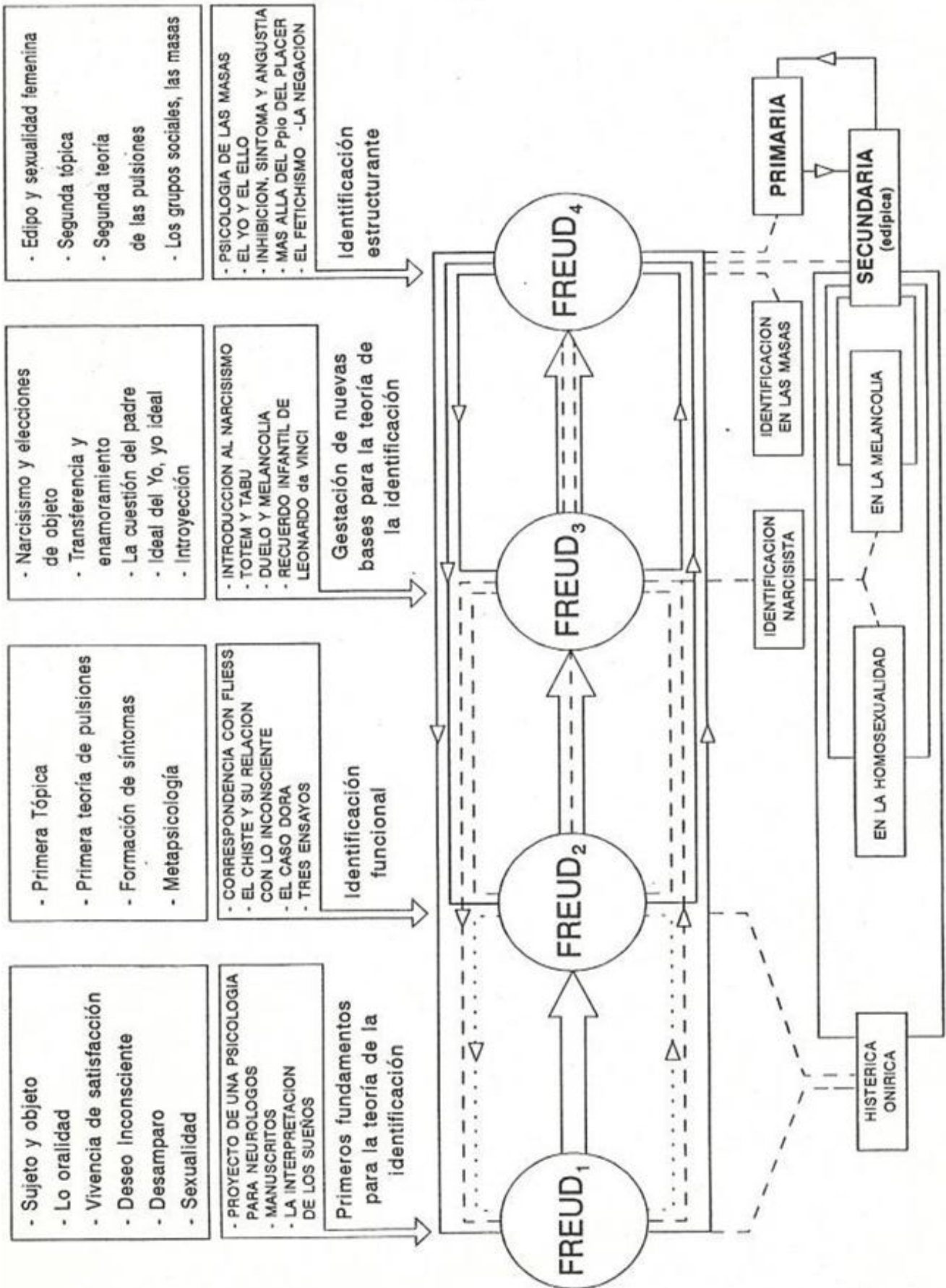
4.5.1. Las identificaciones estructurantes en la TIF

Tal como fue señalado *supra* en 4.4., las principales identificaciones estructurantes en Freud serían las primarias, las narcisistas y las secundarias edípicas. Cada una de ellas tiene sus peculiaridades, por lo que el cuadro que a continuación se inserta ha de leerse verticalmente. Ello no obsta para que algunos parámetros puedan ser cotejados a nivel horizontal.

IDENTIFICACIONES ESTRUCTURANTES EN FREUD

PRIMARIAS	NARCISISTAS	EDIPICAS
Mito del asesinato del padre de la horda primitiva	Mito de Narciso.	Mito de Edipo.
Escasa actividad representacional.	Representación total del objeto.	Representación de aspectos parciales del objeto.
Primeros procesos identificatorios. Son presubjetivas y prenarcisistas. Forman el suelo psíquico. Inserción en la cadena generacional humana. Anteriores a toda elección de objeto	Identificación a imagen y semejanza. Fuertes fijaciones narcisistas que condicionan la elección narcisista de objeto y los destinos ulteriores de esa elección.	Hay elecciones de objeto anaclíticas y narcisistas en un terreno donde la bipolaridad falo-castración está presente. El deseo inconsciente está en juego.
Ambivalencia. Presencia del par Eros -Tánatos	Investidura de objeto intensa y lábil a la vez. Fuerte ambivalencia.	Amor-odio establecidos como par antitético.
El objeto de la identificación es el padre en posición de ideal o los progenitores de antes de la castración. Están relacionadas con el complejo paterno y son constitutivas del yo-placer purificado.	Regresión como respuesta frente a una ofensa real o fantaseada por parte del objeto. Tras la ruptura, <i>incrustación</i> del objeto en el yo (“la sombra del objeto cae sobre el yo”).	Doble triangularidad edípica. Identificación dirigida hacia un polo y elección de objeto hacia el otro.
Carecen del espacio triangular y de la articulación deseante que caracteriza a las edípicas.	El objeto de la identificación está inscrito en la serie autoerotismo-narcisismo -elección del objeto.	Identificaciones yoicas, superyoicas e ideal-yoicas infantiles. Identificaciones a rasgos parciales del objeto.
Coetáneas a formas autoeróticas de satisfacción pulsional. Se ocultan detrás del ideal del yo, a cuya formación colaboran.	Identificaciones de mayor amplitud que las denominadas: al rasgo o detalle (secundarias edípicas).	Diferencia de los sexos en juego. Identificaciones con el objeto resignado, durante la declinación del Edipo.
Terreno psíquico fuertemente idealizado (formas tempranas del amor). Líbido narcisista en juego.	Líbido objetal en juego, en un contexto narcisista. “Yo soy otro, el otro es yo”.	Identificaciones edípicas concomitantes con la carga de objeto. Líbido objetal en juego.
Indiscriminación yo-no yo. Transubjetividad.	Transitivismo narcisista.	Buena diferenciación yo- yo. Intersubjetividad deseante.
Registro pulsional oral.	Regulación desde el narcisismo.	Regulación deseante. Ley y castración.
Mecanismo incorporativo.	Mecanismo incorporativo.	Mecanismo introyectivo. Remodeladoras del yo y superyó.
Zócalo del sistema identificatorio.	Constitutivas del yo.	Refuerzan la división <i>Inc.-Prec.-Cc.</i>

4.5.2. Panorama de las dos teorías identificatorias



El esquema de la página anterior integra los complejos vectores de la temporalidad psicoanalítica de manera que, además de un eje histórico, pueda tenerse presente en cada momento la resignificación retroactiva y las sincronías pertinentes. Si bien el gráfico muestra una cierta perspectiva cronológica, la serie Freud₁ - Freud₂ - Freud₃ - Freud₄, no está ni rígida ni exclusivamente basada en ella. ¿Por qué este esquema no tiene un carácter estrictamente cronológico? Porque las ideas sobre las que se sustenta y que sirvieron para construirlo, sin ser ajenas al modelo secuencial, no pertenecen -en lo esencial- a él. En otras palabras: el vector cronológico no ha sido el decisivo para confeccionar este cuadro; en cambio sí lo fue en la ordenación de las alusiones sobre la identificación que el vienés hizo a lo largo de su producción -recopilación que será presentada en capítulo 7 de esta primera parte-.

Para la elaboración de este diagrama se ha partido del último momento de la teoría -F₄-; es decir, de la identificación como estructurante del aparato psíquico, y una vez establecidos los parámetros fundamentales de ese período, se buscaron los antecedentes de esos ejes en sus primeros escritos. Luego, se siguieron sus pistas hasta los artículos de la última época. No es, pues, **esencialmente**, un enfoque secuencial sino la plasmación de una línea conceptual que, partiendo de la etapa final, rastrea los antecedentes, para luego, en un momento segundo, enhebrarlos. Se establece, así, la secuencia temporal marcada por los diferentes momentos y lugares en que tal idea fue reapareciendo -con cambios- en las diversas etapas de su obra.

El esquema, además de mostrar las transformaciones y saltos teóricos producidos a lo largo de los años, señala las repercusiones sobre la identificación de los cambios habidos en las restantes comarcas conceptuales de la teoría freudiana. Los rectángulos de la parte superior del esquema muestran este último aspecto y resaltan los temas principales que influyeron sobre la TIF. Debajo, los otros cuatro rectángulos muestran los textos principales en que Freud trató el tema. Las flechas que unen los círculos (F₁ → F₂ → F₃ → F₄), representan los fenómenos anticipativos y de persistencia conceptual en el pasaje de un período al otro. También aparecen las retroacciones que partiendo de cada círculo, abrazan a los precedentes, indicando la subsunción de algunos conceptos anteriores en los desarrollos más tardíos.

De cada momento se desprende alguna variedad de identificación que debe ser lógicamente incluida en las redes de la temporalidad anteriormente expuestas; ellas aparecen enmarcadas en la parte inferior del cuadro. En el diagrama se señala, también, las interrelaciones entre la identificación primaria y secundaria. Además se grafica la integración propuesta en 4.4.1. y 4.4.2. de la histérica, la onírica y las narcisistas (de la melancolía y homosexualidad) en la identificación secundaria edípica. Por sus características, la de las masas fue colocada en una casilla separada.

La segunda teoría identificatoria permite establecer dos grupos principales: las primarias y las secundarias. Dentro de este último estarían las narcisistas (melancólicas y de la homosexualidad), las edípicas y post-edípicas, que a su vez subsumen a las histéricas y oníricas. En ese conjunto sólo tres son estructurales: la primaria, la narcisista y la secundaria edípica.¹⁸

En **Freud₁** apareció el entramado conceptual con el cual construyó su teoría inicial de las identificaciones. Se elaboraron en esos momentos los conceptos básicos referidos al sujeto psíquico y sus objetos, la oralidad, el deseo inconsciente, el desamparo, la sexualidad, etc., problemáticas estas, íntimamente ligadas a la identificación.

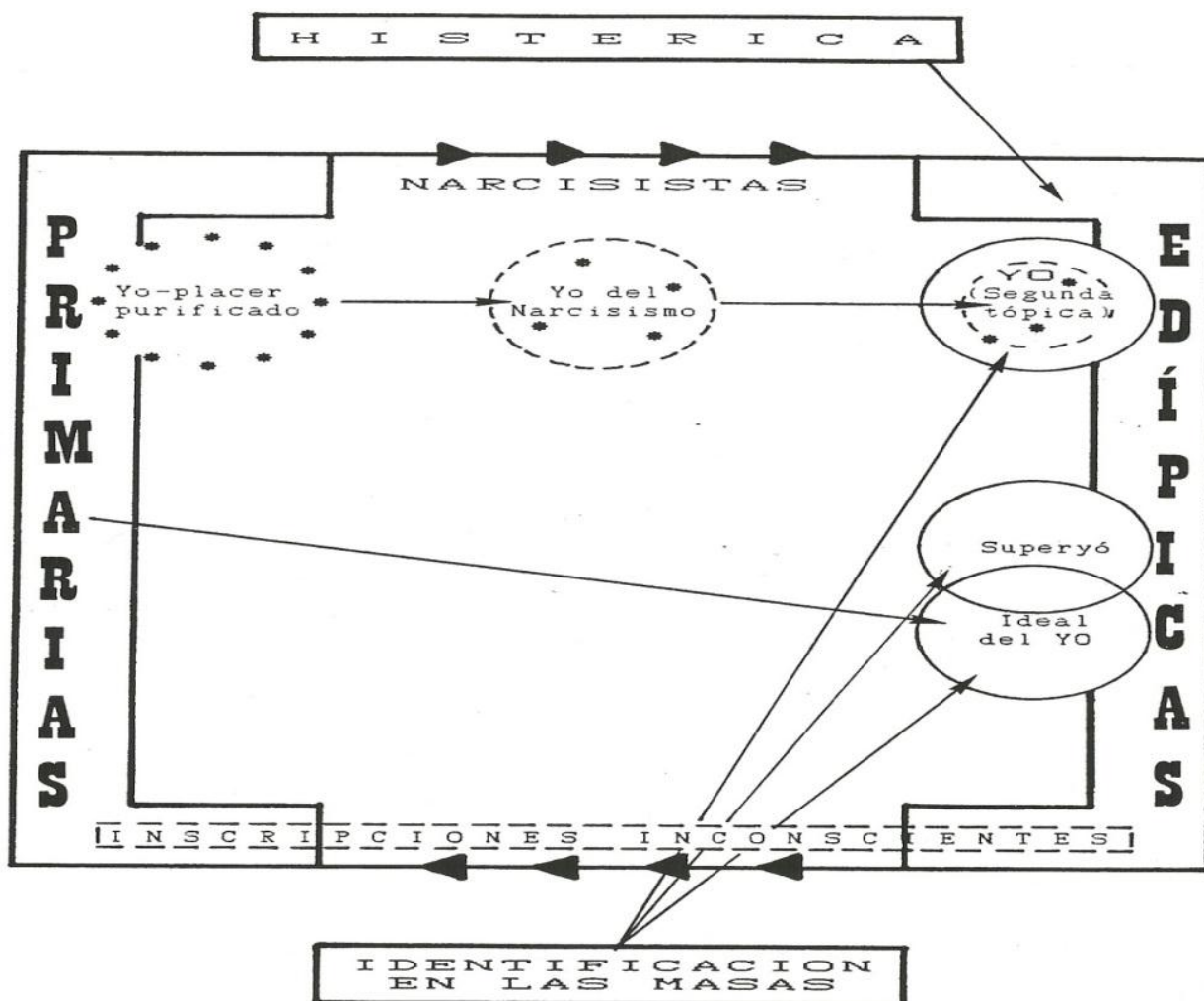
De **Freud₂** se desprendió la teoría identificatoria funcional, que pensaba la identificación como uno de los mecanismos para dar cuenta de síntomas. Claro exponente de esta concepción es la identificación histérica tempranamente surgida en su obra. La tos de Dora es su paradigma. Esta línea de pensamiento continuará en Freud₃ para explicar no sólo síntomas sino cuadros clínicos o modalidades de elección sexual de objeto. Son las identificaciones narcisistas, con sus dos variantes: melancólica y de la homosexualidad.

Freud₃: retomó lo desarrollado anteriormente y sentó las bases para la última teoría de la identificación. Fue un período de transición y transformación de los fundamentos iniciales (F₁), que permitieron repensar la identificación y ciertas modalidades cruciales de la misma tras la introducción de conceptos nuevos; a saber: narcisismo, yo ideal, Ideal del yo, introyección, etc. Esto posibilitó e salto al período posterior.

En Freud⁴ alcanzó pleno desarrollo la teoría estructural. En el diagrama se representa el movimiento de resignificación retroactiva antes aludido por medio de los circuitos que, partiendo de F4, incluyen a los estadios previos (F₁-F₂-F₃).

4.5.3. Interacciones entre las primarias y las secundarias edípicas

El cuadro siguiente incluye un aspecto ausente en el esquema anterior: muestra el giro operado al considerar a la identificación descrita en *DyM* (1915) como estructurante del yo.



Las primarias (izquierda) sientan las bases del aparato psíquico; lo inscripto por ellas es reprocesado por las secundarias edípicas; de ahí que no existan manifestaciones directas y perceptibles de las identificaciones primarias. Ellas quedan transformadas y subsumidas por los efectos de las secundarias edípicas.

Dicho en otros términos, el devenir estructurante hace que las secundarias edípicas lleven a cabo una tarea de resignificación retroactiva de las primarias. Esta sería la situación prototípica de las neurosis.

No ocurre lo mismo en la psicosis que, desde la perspectiva identificatoria, podría caracterizarse así: predominio de identificaciones primarias con escasísima resignificación retroactiva edípica y presencia significativa de identificaciones narcisistas; las identificaciones secundarias edípicas son deficitarias.

Se observará también que a la izquierda, —ceranas a las identificaciones primarias—, aparece el yo-placer purificado. Con esta presencia se quiso señalar la íntima conexión temporal entre ambos. La identificación primaria se consume, según Freud, en los primeros momentos de la vida, antes de la

existencia de investiduras libidinales de objeto. Coincide en el tiempo con la formación del yo-placer purificado, antecedente del yo del narcisismo. Este último está correlacionado en el esquema con las identificaciones narcisistas (arriba, centro), mientras que el yo de la segunda tópica, el superyó y el Ideal del yo se conectan con las identificaciones edípicas, secundarias a la resignación del objeto. Las tres nombradas –primarias, narcisistas y edípicas– son estructurantes. Las flechas del diagrama señalan los efectos retroactivos: las secundarias reprocessan las marcas identificatorias primarias.

Por fuera de ellas, se incluyeron dos modalidades: la histérica, relacionada por Freud con la formación de síntomas en dicha neurosis, sería una variante no estructural de las edípicas, salvo si dan pie a rasgos de carácter histéricos. La de las masas es también una identificación secundaria; en ella se ve involucrado el yo de todos los miembros del grupo, que se identifican entre sí. A su vez, tienen proyectados en el líder al Ideal del yo. Por estos mecanismos libidinales se produce la aglutinación de la masa. La presencia del narcisismo es marcada en los agrupamientos humanos y permite estas modalidades de identificación que difuminan los límites subjetivos; se logra así compactar a sus partícipes en un bloque único. Las pulsiones están inhibidas en su fin y se evita cualquier muestra de rivalidad y agresión.¹⁹ El cuadro muestra también la implicación del Ideal del yo en las identificaciones primarias, tal como se señaló en I, 3.1.1.

4.6. Parámetros de sistematización de la TIF

A partir del estudio de las principales identificaciones freudianas realizada en este capítulo y en anterior, se han escogido diez parámetros clasificatorios. Esta elección tuvo como punto de partida la siguiente premisa: en tanto los procesos identificatorios y sus efectos poseen facetas muy variadas, se las puede estudiar desde diversas perspectivas. Cada ángulo de la mirada pone de relieve preferentemente un aspecto de la identificación; remarcarlo hace posible crear un nuevo agrupamiento en base a esa característica. Como ese procedimiento podría extenderse *ad infinitum*, será beneficioso discriminar entre las clasificaciones que arrojen cierta luz y aquellas otras que llevan a pensamientos circulares. Más vale iniciar esta andadura reconociendo de antemano que exhaustivar el campo no sólo es imposible sino innecesario. Es importante saber que todo intento de sistematizar y/o clasificar puede significar un ejercicio de violencia sobre las ideas de un autor. En un intento de sortear ese peligro, los diez parámetros clasificatorios fueron seleccionados con respeto estricto de las particularidades fundamentales que el vienés atribuyó a cada identificación.

4.6.1. Según los efectos sobre la organización psíquica

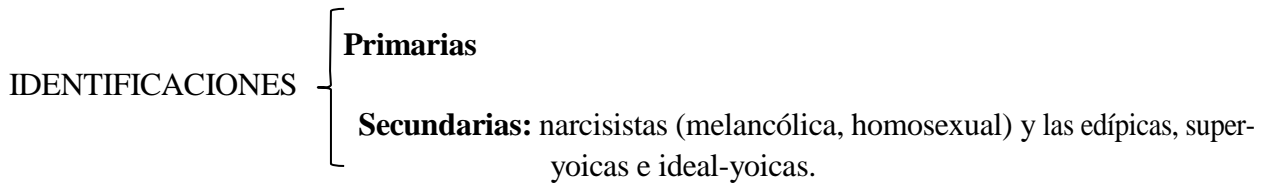
Este punto de vista considera si las identificaciones implantan (o no) componentes estables y permanentes en el aparato psíquico. Si dejan una impronta indeleble en la psique, se las considerará **estructurantes**. En caso contrario, se estaría en presencia de identificaciones **temporales** o **transitorias**: sus efectos se manifiestan sólo durante un lapso de tiempo determinado.

IDENTIFICACIONES	{	<p>estructurales: primarias, narcisistas, edípicas</p> <p>temporales: histérica, onírica, de las masas</p>
------------------	---	--

4.6.2. Según la dialéctica primaria/secundaria

Los adjetivos “primaria” y “secundaria”, operando en la TIF, tienen varias significaciones; la **primaria** cumple con los siguientes requisitos: a) es fundadora de estructuras psíquicas; b) es primera en el tiempo (precoz); y c) es anterior a toda investidura de objeto (*YyE*) o anteriores a toda elección de objeto (*PMAY*). Estos caracteres se aclaran contrastándolas con las identificaciones **secundarias**, que tienen los siguientes elementos compartidos: a) son posteriores en el tiempo respecto de las primarias y reelaboran las inscripciones de éstas; b) media en ellas la subjetividad incipiente del crío en la relación con los objetos de la identificación; c) suponen una previa investidura y elección de objeto y se consuman con posterioridad a la pérdida o resignación del mismo. Desde la perspectiva recién enunciada serían secundarias: las identificaciones narcisistas, en sus dos variedades: melancólica y de

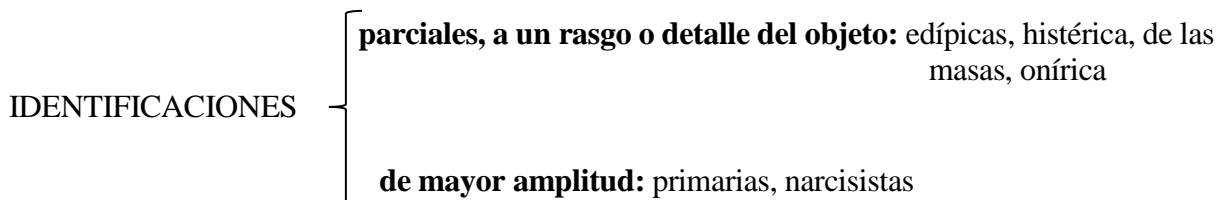
la homosexualidad; las edípicas, que estructuran al yo y al sistema superyó - Ideal del yo. Aparte de los rasgos que tienen en común, las identificaciones secundarias guardan muchas diferencias entre sí; ellas fueron señaladas en I, 3.2.3. y I, 3.2.4.



4.6.3. Según la extensión de lo internalizado

Lo valorado con este parámetro es qué y cuánto del objeto se introyecta o incorpora. Las llamadas **parciales** son a rasgos altamente limitados del objeto (*nur einen einzigen Zug*²⁰). Es el caso de las histéricas, las edípicas o las de las masas. En oposición a éstas estarían las **de mayor amplitud**; se trata de identificaciones de más extensión; masivas, en algunos casos. Si en las primeras media una representación de un rasgo o detalle del objeto, en las otras se trata de una representación global del mismo. Ejemplos de esta segunda variedad serían la melancólica y la homosexual. Se evita emplear para estas últimas el adjetivo *totales* -con el que habitualmente se las denomina en la literatura psicoanalítica- por las confusiones que ha generado ese término, al utilizarse en otros contextos teóricos, con significados distintos. Así, para M. Klein, en la posición depresiva acontecen identificaciones introyectivas con objetos totales, pero éstas no son equiparables -punto a punto- con las narcisistas freudianas.

De todas formas esa cualificación *-totales-* podría ser útil dentro del contexto de la teoría freudiana, si más que referirla a la globalidad *-tótum* del objeto- incorporado, se la relacionara con el carácter *totalizante* que tiene el narcisismo en la obra del vienés y que se hace presente, con ese atributo, en las identificaciones que se están comentando. Así, en base a esta faceta, se pueden establecer otros dos grupos:



4.6.4. Según las modalidades de investiduras de objeto

Si se atiende a este criterio, las identificaciones freudianas pueden ser agrupadas en seis categorías:

- a) Anteriores a toda elección de objeto: las primarias.
- b) Como requisito para resignar al objeto: secundarias edípicas, también llamadas regresivas.
- c) Posteriores a la pérdida de un objeto elegido narcisísticamente: la melancólica y las subsecuentes a las elecciones narcisistas en el complejo de Edipo.
- d) Posteriores a la pérdida de un objeto elegido de manera anaclítica: la del homosexual con su madre y las edípicas con elección de objeto anaclítica.
- e) Concomitantes a la relación libidinal con un objeto: algunas de las edípicas.
- f) Sin relación libidinal previa, pero con un elemento común inconsciente: del pensionado y las de las masas.

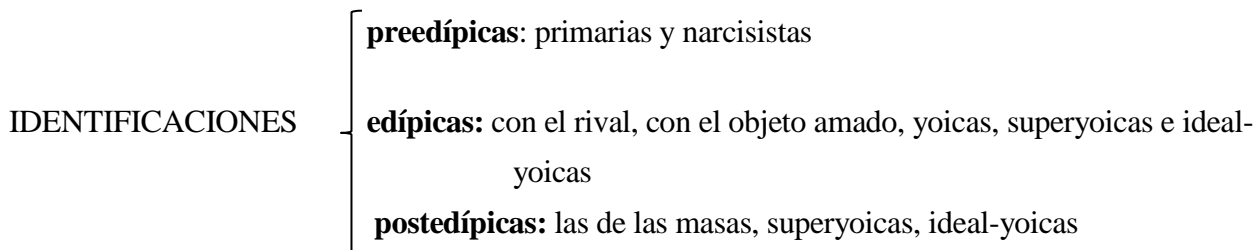
Las cuatro primeras han sido suficientemente descritas; no necesitan explicación adicional alguna. Las del grupo e), tal como su nombre lo indica, son simultáneas a una investidura de objeto; no

requieren que dicha catexis desaparezca para producirse. Constituyen una variedad de las edípicas, aunque ocurren también en los estados de enamoramiento post-edípico. Estas identificaciones acontecen siempre con objetos y/o representaciones de los mismos, que han sido capturados en las redes subjetivas deseante, pulsional, fantasmática, narcisista, edípica, etc., durante la relación de objeto. Ello evita las consecuencias inherentes a los procesos de desexualización que caracterizan a las identificaciones secundarias edípicas posteriores a la resignación del objeto (las del grupo b, c y d).²¹

Las **independientes de una investidura o elección de objeto** no requieren de una relación previa para que puedan tener lugar. Los ejemplos más característicos serían: las del pensionado (sexualizadas, elemento inconsciente compartido) y la de las masas (pulsiones inhibidas en su fin, proyección del Ideal del yo en el líder).

4.6.5. Según la relación con el complejo de Edipo

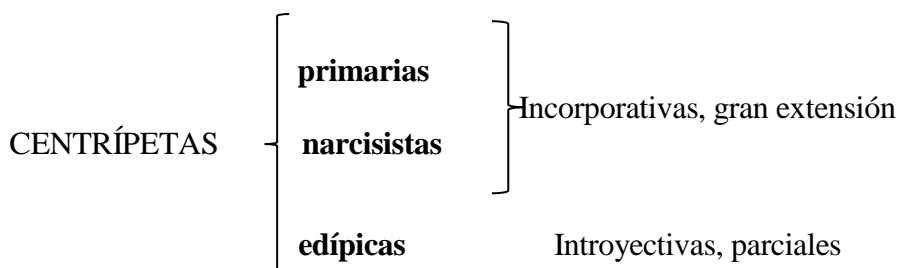
Se articulan aquí dos parámetros; uno temporal y otro, estructural. El primero tiene que ver con la secuencia preedípico → edípico → postedípico, que incluía una dimensión evolutiva en Freud. El segundo, se relaciona con el carácter estructurante que adquirió, a partir de 1920, el complejo de Edipo en la obra del vienés. A ello se suma la reorganización retroactiva, que impone integraciones y refundiciones de lo vivido anteriormente. Entre las identificaciones preedípicas están las primarias y narcisistas; entre las edípicas, aquellas que acontecen en el acmé del complejo y durante la declinación del mismo. Las que se producen después de la disolución del complejo se incluyen dentro de la categoría de postedípicas. De acuerdo con este criterio quedarían agrupadas en:

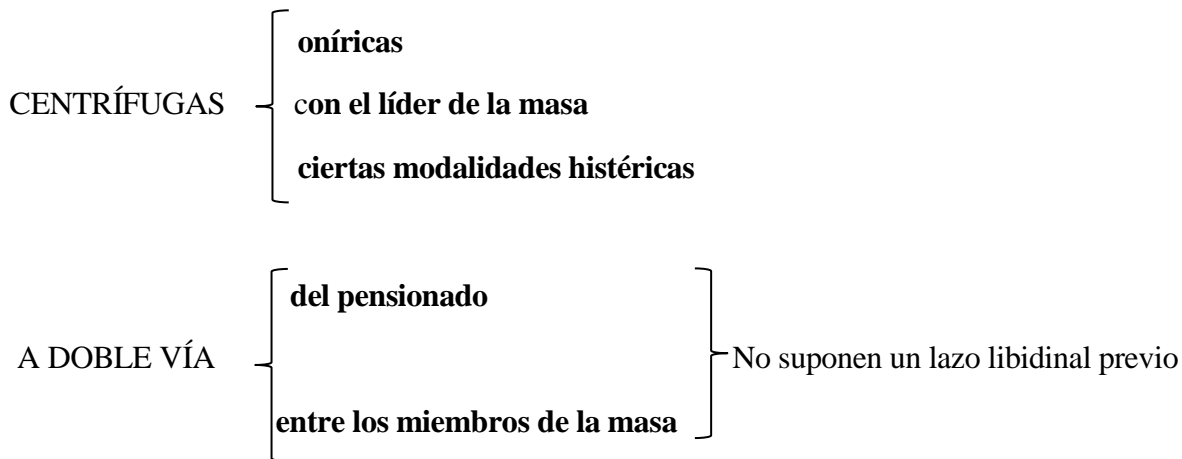


4.6.6. Según la dirección

En base a esta pauta se las clasificaría en:

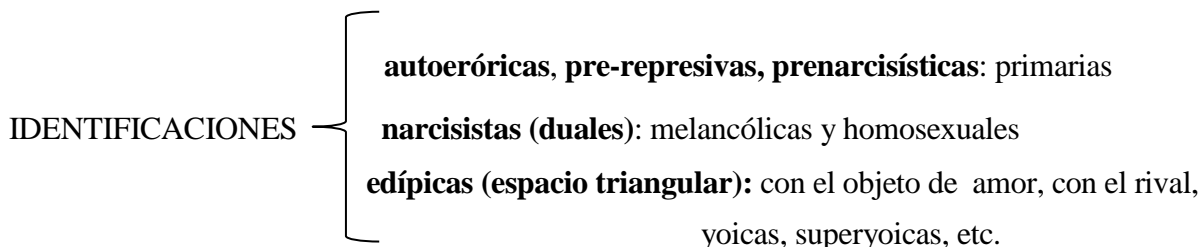
- **centrípetas** o idiopáticas, en las que algo del objeto pasa a formar parte del sujeto. En su consumación participan, sobretodo, los mecanismos incorporativos e introyectivos. Las identificaciones estructurantes pertenecen a este grupo.
- **centrífugas** o heteropáticas, en las que algo del sujeto es puesto en el objeto; interviene, de manera especial, la proyección. Ejemplos: la identificación onírica, la del espectador con los actores. Cabe señalar que también existe un componente proyectivo del sujeto en vías de formación sobre la representación del objeto en las identificaciones secundarias edípicas y en la melancólica, según se verá en I, 5.4.3.
- **a doble vía:** se establecen relaciones entre el sujeto y sus objetos en la que suelen intervenir los mecanismos de ligazón, imitación y empatía.





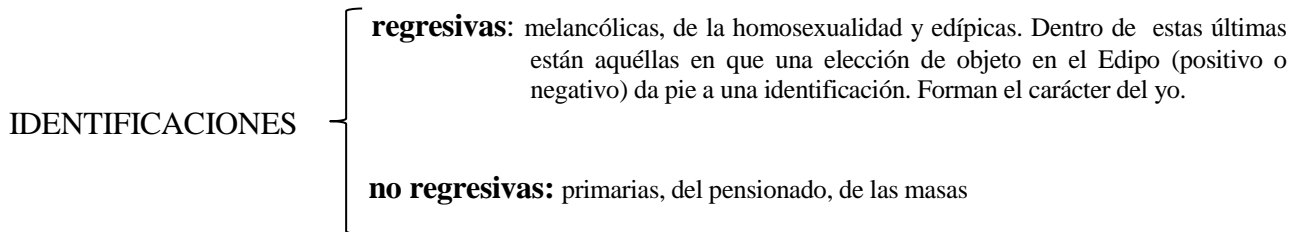
4.6.7. Según el terreno en que tienen lugar

El terreno psíquico en el que acontecen los procesos identificatorios condiciona su naturaleza y sus efectos. A grandes rasgos pueden considerarse tres momentos en la estructuración subjetiva: el autoerótico, el narcisístico y el edípico. Las características principales del primero fueron descritas al comienzo de I, 3.10. El terreno narcisístico fue considerado en I, 1.4.1. y el edípico, en I,1.6.1. Las edípicas se producen en un espacio triangular, cosa que facilita que la elección de objeto y la identificación diverjan hacia cada uno de los vértices del triángulo. Ejemplos de este tipo de identificaciones son las edípicas con el rival o con el objeto amado, las yoicas, las superyoicas, las histéricas del pensionado, la de las masas (aunque en estas últimas cabe tener en cuenta el importante papel que juega, también, el narcisismo). Las edípicas son también parciales (al rasgo o detalle del objeto), introyectivas, hay doble elección de objeto (narcisista y anaclítica), acontecen durante la fase fálica. Las características del terreno narcisístico determinan que las relaciones con el objeto que dan pie a estas identificaciones sea muy ambivalente; se consuman por medio de la incorporación del objeto y el sadomasoquismo se reitera entre instancias psíquicas.



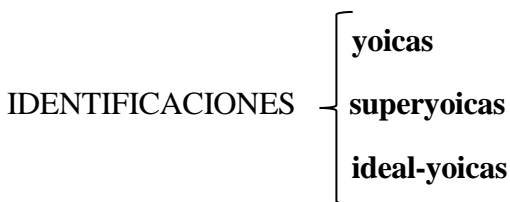
4.6.8. Según la participación de la regresión

Después de establecer que la identificación era “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona”, Freud pensó que todas aquéllas en las que una elección o investidura de objeto daba lugar a una identificación, debían considerarse regresivas. Se sobreentiende que ellas son, también, secundarias a una elección de objeto; en el caso de la melancólica, esta elección ha sido narcisista; en cambio, en la homosexual, se trata de una elección anaclítica. En las edípicas, las elecciones de objeto son dobles y la participación del movimiento regresivo se da especialmente en aquéllas en que, con la declinación del Edipo, se impone resignar al objeto. Cabe decir que el concepto de regresión, utilizado en este contexto, tiene un carácter descriptivo: hace alusión al retorno a un modo más arcaico de funcionamiento; en este caso, al de los primeros momentos de vida, en que era difícil distinguir entre investidura de objeto e identificación. Este movimiento regresivo puede observarse especialmente en la melancólica, pero, *a mínima*, funciona en todas las identificaciones secundarias. El motivo: Freud siempre consideró que la identificación era un retoño de la actividad pulsional más temprana: la oral. Por lo tanto, su consumación implicaba poner en juego la oralidad. Se consideran no regresivas aquellas en las que ese movimiento no es especialmente significativo.



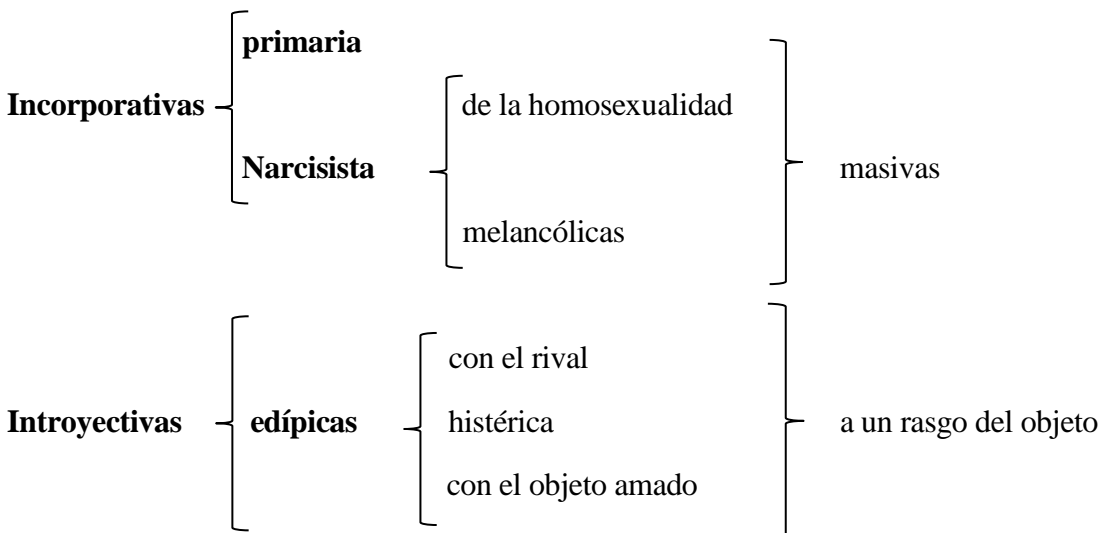
4.6.9. Según la instancia originada

Tras el establecimiento de la segunda tópica Freud comenzó a discriminar modalidades identificatorias constitutivas de las instancias psíquicas propias de esta nueva tripartición. Así, se refirió a identificaciones que estructuran al yo, al superyó y al Ideal del yo. Pero Freud no señaló qué tipo de identificaciones específicas se dirigen a cada instancia. Se desprende de sus escritos que las yoicas, superyoicas y las del Ideal del yo son edípicas, secundarias a una investidura de objeto, parciales (a un rasgo o detalle), introyectivas, etc. Las hay con el objeto amado (en cuyo caso serían también regresivas) y con el rival. Si se atiende a este factor, se las pueden agrupar en:



4.6.10. Según el mecanismo prevalente

Se toma en cuenta cual de los mecanismos descritos en el capítulo tres participa en la consumación de las identificaciones. Se pueden establecer cinco grupos: las incorporativas, las introyectivas, las proyectivas, las que utilizan la interiorización y las que se consuman mediante ligazón, imitación o empatía.



Proyectivas: oníricas, las del espectador con el actor, en las masas (proyección del Ideal del yo en el líder)

Por interiorización: melancólicas, yoicas, superyoicas

Por ligazón, imitación, empatía: identificación en el seno de las masas

Finalizada la exposición de los agrupamientos creados en base a los diez parámetros escogidos, es oportuno añadir que ningún sistema clasificatorio podría atender a *todas* las facetas de *todas* las identificaciones. Siempre habrá alguna que por exceso o defecto no encajaría en la clasificación; habrá algún detalle o elemento no encontrará su lugar dentro de las categorías establecidas.

4.7. Conjunto orgánico de principios e ideas

En este apartado se realizará una recopilación de las ideas fundamentales sobre la que se sustentó la TIF. Como telón de fondo: la definición del vocablo *sistema*, expuesta al comienzo de este capítulo y como punto de partida: F₄. Se referirán sólo los principios generales; es decir, aquellos que son válidos para **todas** las modalidades de identificación que él describió. Las características diferenciales, propias y específicas de cada variedad, ya fueron señaladas en el capítulo anterior. Conviene recordar que un empeño de sistematización de esta índole exige reconocer todas y cada una de las identificaciones freudianas, como así también, que dicha pluralidad indica que ellas no conforman una clase homogénea.

- Desde la perspectiva freudiana se podría caracterizar la identificación como el mecanismo estructurante de lo psíquico mediante el cual se hacen propios, de manera inconsciente, rasgos o atributos del objeto, inscribiéndolos en instancias psíquicas también inconscientes, con la consiguiente (trans)formación subjetiva a consecuencia de la implantación y asimilación de esos aspectos o propiedades del objeto. En esos rasgos precisos, que pueden ser muy circunscritos (identificaciones parciales) o más extensos (identificaciones masivas), el sujeto se vuelve idéntico al objeto. El aparato psíquico en su conjunto se constituye por medio de identificaciones. Las identificaciones pueden ser estructurales o permanentes (primarias, narcisistas, secundarias edípicas) y temporales (onírica, histérica, de las masas).
- Esta definición, si bien no abarca todos los significados y modalidades que Freud le atribuyó al concepto, subraya al menos dos aspectos importantes:
 - a) La articulación de la identificación con lo inconsciente.
 - b) El carácter estructurante de la misma.
- La identificación es un retoño de la actividad pulsional, sobre todo de la oral. La energía pulsional moviliza al mecanismo identificatorio.
- La identificación puede considerarse una forma de satisfacción pulsional y, a la vez, un destino de la misma.²²
- Al estar comandada por la pulsión, la identificación mantiene una conexión con el sustrato biológico donde aquélla nace. En los primeros momentos de la vida, las funciones de autoconservación promueven el encuentro con los objetos que satisfacen las necesidades biológicas. Estos mismos objetos proveen los rasgos con los cuales el niño/a se identifica.
- El sujeto es siempre el agente activo del proceso. El movimiento identificatorio parte de él, se dirige al objeto y vuelve al sujeto, dibujando un bucle, tal como se lo representa en un diagrama, en el apartado I, 6.4.1.
- La fórmula freudiana sintética de la identificación podría enunciarse así: el sujeto se identifica con un rasgo o una parte del objeto.
- La identificación freudianamente concebida pone el acento en la sed identificatoria del sujeto, la tendencia a tomar elementos del entorno para conformarse.
- En este movimiento se captura algo del objeto que es internalizado y transformado en un componente de la psique. En las identificaciones median representaciones que el sujeto construye del objeto.
- La identificación, al internalizar rasgos, atributos o detalles del objeto y, a veces, partes importantes de los mismos, produce en cierto modo, la pervivencia psíquica del objeto y de la relación que se mantuvo con él.
- Los mecanismos psíquicos que participan de las identificaciones son, fundamentalmente, cinco: introyección, incorporación, interiorización, apropiación y ligazón.
- La identificación es un procedimiento que transforma las investiduras de objeto en

componentes estructurales del aparato psíquico, siguiendo esta secuencia: investimento objetal → pérdida o resignación del objeto → retracción libidinal → reconstrucción del objeto en el aparato psíquico.

- El movimiento identificatorio supone la transformación de libido objetal en libido narcisista. Para el caso de las secundarias, el proceso se continúa con una desexualización/sublimación, asociada a una defusión pulsional con liberación de Tánatos, que se aloja en el superyó.²³
- Presencia de elementos míticos (Narciso, Edipo, Horda primitiva) en la TIF.
- La identificación participa del conflicto de ambivalencia y de la formación de síntomas.

Tras reunir los principios e ideas fundamentales sobre los que se basa TIF, se expondrá un esquema que avanza un paso más en el estudio comparativo de la TIF, TIK y TIL. En él se sintetiza lo señalado en los apartados anteriores de este capítulo y servirá de introducción al contenido temático de la segunda y tercera parte de esta tesis. Allí se volverá una y otro vez sobre el siguiente diagrama.

FREUD	M. KLEIN	LACAN
Identificación primaria Identificaciones edípicas Identificaciones narcisísticas Identificaciones histéricas Identificaciones en las masas Identificación onírica Pluriformidad en las identificaciones. Presencia de elementos míticos en su teorización Yo pensado desde la melancolía Sujeto como multiplicidad de personas psíquicas	Identificación proyectiva Identificación introyectiva Si bien describió previamente las yoicas y las superyoicas, posteriormente las reinterpretó a la luz de estos mecanismos básicos señalados. Dos modalidades fundamentales, arriba señaladas. Innatismo Yo pensado desde la fobia Sujeto definido desde dualidad Eros-Tánatos	Identificación simbólica Identificación imaginaria Identificación fantasmática Identificación fálica Identificación radical al Ste. Mecanismo transidentificatorio Lógica-lingüística-topología Yo pensado desde la paranoia Sujeto efecto del significante. Entidad lógico-formal



Sujeto activo, incorporador 	Sujeto Hiperactivo Yo $\xrightarrow{\text{I. proyectiva}}$ Objeto Yo $\xleftarrow{\text{I. introyectiva}}$ Objeto	Sujeto "Pasivo" efecto del significante $\$ \xrightarrow{\text{Ste.}}$ Otro <hr/> Yo $\xleftarrow{\text{Espejo}}$ Otro
-------------------------------------	---	--

4.8. Resumen

El capítulo se inició con una pregunta sobre la legitimidad de introducir una sistematización en la teoría identificatoria freudiana. La respuesta fue afirmativa, pero condicionada a los siguientes factores: ella ha de sintonizar con las líneas directrices del pensamiento freudiano; además, las interpretaciones de los párrafos, artículos y ensayos en los que aludió a la identificación deben tomar en cuenta los lineamientos generales de su teoría identificatoria.

Se apuntó luego la conmoción que sufrió el concepto en cuestión con la teoría estructural de la misma: la identificación obtuvo, a partir de entonces, la que sería su orla semántica fundamental: mecanismo estructurante del aparato psíquico en todo recién nacido humano. Postular que el psiquismo se estructura vía identificación, requirió hacerla operativa desde el primer día de vida del bebé. De ahí la aparición en escena de la identificación primaria: “la primera y la de mayor valencia del individuo”. Ella reorganizó implícitamente el pensamiento freudiano sobre la cuestión: todas las identificaciones que había descrito ya no podían quedar en un mismo plano; se establecieron jerarquías y se precisaron diferencias: estructurales/temporarias, primarias/secundarias, parciales/de mayor amplitud, etc.

En los apartados siguientes se resignificaron las identificaciones descritas con anterioridad a 1923 y se establecieron 10 parámetros clasificatorios, basados en otras tantas facetas de la identificación, que dieron pie a diversas clasificaciones. Buena parte de las consideraciones allí vertidas se incluyeron en varios esquemas. En ellos se trazaron panoramas de las identificaciones freudianas a partir de la teoría estructural. Finalmente, tras la enunciación de un conjunto orgánico de ideas y principios, desprendidos de la lectura e interpretación de los textos freudianos sobre el tema, se incluyó un cuadro comparativo de las principales características de la TIF, TIK y TIL.²⁴

NOTAS DEL CAPÍTULO 4

¹ Se remite nuevamente al capítulo 7, donde se exponen cronológicamente las alusiones a la identificación que hizo Freud a lo largo de su obra. Al final del mismo -apartado 7.10.- se incluye un listado con todas las variedades que el vienés describió. En I, 3. se las estudió detenidamente, una por una.

² Lacan, en cambio, dedicó un seminario entero al tema; en la obra de Melanie Klein -a partir de la segunda mitad de la misma-, hubo referencias permanentes a las identificaciones proyectivas e introyectivas.

³ Muchas de las inflexiones renovadoras de la TIF fueron -en términos generales- subsiguientes a sus descubrimientos clínicos y a virajes significativos en otras áreas teóricas.

⁴ Esta es una de las definiciones que aporta el diccionario de María Moliner en su entrada dedicada a dicho vocablo.

⁵ Al ejemplo de tergiversación planteado en el capítulo anterior -afirmar que la identificación primaria de Freud era con la madre- se podría añadir este otro: considerar que una identificación **con** un rasgo parcial, altamente limitado del objeto, es equivalente a la identificación lacaniana **por** el significante: la TIF y la TIL difieren en puntos nodales, aunque tengan zonas de contacto.

⁶ Se utilizan los vocablos *aparato psíquico* y *sujeto psíquico* por las razones expuestas en el apartado I, 1.1.1. El sintagma *sujeto del inconsciente* -y en general, el uso del término *sujeto* fue promocionado por Lacan.

⁷ Recuérdese que en el capítulo VII de este artículo la había calificado como el enlace afectivo más temprano y la consideró no sólo la primera sino la más importante del individuo.

⁸ En, I, 6.4.1. se representa gráficamente ese movimiento tomando como prototipo a la identificación secundaria edípica posterior a la resignación del objeto.

⁹ Esta línea fue la privilegiada por la TIL. Lacan desconectó de manera tajante las identificaciones del registro pulsional y consideró que el punto de partida de las mismas eran: el otro (identificación imaginaria) y el Otro (identificación simbólica). Para más detalles véase III, 9. y III, 10.

¹⁰ Muchos psicoanalistas, entre ellos, quien escribe esta tesis, consideran este asunto como una contradicción no resuelta del pensamiento freudiano y kleiniano. Lacan, como se sabe, dio un vuelco importante a esta cuestión.

¹¹ Que el vienés haya involucrado *sólo* al padre en este traspaso intergeneracional será motivo de debate en la cuarta parte de este trabajo. Lacan se refirió a ese vector como una de las funciones del padre *simbólico*.

¹² Este giro teórico respecto de la identificación será retomado en la cuarta parte de este trabajo, en que se fundamentará la siguiente tesis: la identificación ha de situarse en el sector de la teoría psicoanalítica que da cuenta del surgimiento de lo psíquico en todos los seres humanos. En la clínica psicoanalítica se impone transformar -en su conjunto- lo que la identificación creó: el aparato psíquico y su modo de funcionamiento. Se reserva para esta tarea el nombre de metamorfosis de la neurosis. Esta ruptura intrateórica guarda cierto paralelismo con la que se produjo en el concepto de

pulsión tras la introducción del segundo dualismo: se siguió utilizando el mismo término pulsión -para las de vida y muerte- pero la significación del vocablo cambió radicalmente a partir de *Más allá del principio del placer* (1920).

¹³ Véase I, 3.2.3. del capítulo anterior, en que se señala como operan estas identificaciones -con el objeto perdido, “a la manera de la melancolía”- en el complejo de Edipo positivo y negativo de la niña y el niño. Los cuadros 1 y 2 insertados en I, 3.2.3.1 resumen esas ideas.

¹⁴ Véase la cita del comienzo de I, 7.6.6. Esos párrafos ponen en evidencia una interesante -y frecuente- tendencia del pensamiento freudiano: a) el despejar en el campo de la psicopatología -en este caso fue a partir de la melancolía- un movimiento psíquico determinado, a saber: la conversión de una relación de objeto en identificación y b) el traslado de esa nueva conceptualización a otro contexto, con la transformación y generalización de ese fenómeno psíquico a un momento constitutivo del sujeto.

¹⁵ Este vocablo se ha puesto en negrita para diferenciar *pérdida* de *resignación* del objeto. En el primer caso el sujeto se siente abandonado -real o fantaseadamente- por el objeto; éste es abandonante. En la segunda situación, el sujeto es quien renuncia al objeto.

¹⁶ El cuadro nº 3, insertado en I, 3.2.2.2. sintetiza lo recién dicho.

¹⁷ Véase en el apartado I. 7.2.1 las citas de *La interpretación de los sueños* (1900), especialmente las del punto C del capítulo VI (OCFAE, IV, pp. 325-327).

¹⁸ Las características principales de esta última fueron detalladas en el apartado anterior.

¹⁹ Distintos aspectos de esta modalidad identificatoria fueron tratados en los capítulos anteriores; véase especialmente los apartados I, 1.8.3., I, 2.8. y I, 3.6.

²⁰ Freud, S., *Massenpsychologie und Ich-Analyse* (1921), Fischer Taschenbücher, p. 46, Frankfurt am Main, 1988.

²¹ Sobre las diferentes dimensiones del sujeto recién mencionadas, véase el diagrama insertado en IV, 3.2. En relación a la desexualización ligada a las identificaciones secundarias edípicas, se remite a I, 6.4.1.

²² Véase el capítulo 6. *Metapsicología de la identificación*.

²³ Este aspecto será desarrollado especialmente en el capítulo 6. *Metapsicología de la identificación*.

²⁴ Al final de II, 9.9.2. se comparan los esquemas básicos de las identificaciones en las tres teorías.

5

MITO Y REPRESENTACIÓN EN LA TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA

Proemio

En este capítulo se estudiarán las funciones de los mitos y de las representaciones en la obra de Freud, prestando especial atención al rol que ambas nociones desempeñaron en la elaboración de su segunda teoría identificatoria: la estructural. En este contexto se esbozarán algunas características generales de los mitos y se analizarán las raíces mitológicas de determinados conceptos freudianos, mostrando a la vez las transformaciones que sufrieron los contenidos argumentales de estos antiguos relatos al ser introducidos en el psicoanálisis. Los procesamientos metapsicológicos de las narraciones sobre Edipo y de Narciso, realizados por Freud, serán tomados como paradigmas de las transformaciones que permitieron el surgimiento de conceptos psicoanalíticos nodales a partir de mitos. Estos dos –más un tercero: el del asesinato del Padre de la horda primitiva, creado por el *vienés*– dieron fundamento conceptual a tres identificaciones estructurantes: la secundaria edípica, la narcisista y la primaria.^{1*}

Con la noción de representación se operará de igual manera: se señalarán, primero, los usos de este vocablo en diversas disciplinas para, después, poner de manifiesto las innovaciones freudianas que hicieron de ella un concepto estrictamente psicoanalítico. Otorgarle la cualidad de inconsciente a la representación fue el giro más importante que Freud introdujo en esa noción, tal como se verá en el apartado 5.4.1. de este mismo capítulo. Con ese carácter fue utilizado en diferentes regiones de su teoría y, en el caso particular de la TIF, ocupó un lugar relevante a consecuencia del siguiente factor: las identificaciones, tal como él las concibió, se consumaban con la intermediación de *representaciones* de los objetos.^{2*}

Los referentes mitológicos y la noción de representación, una vez transformados e integrados en la teoría freudiana, recibieron y otorgaron significaciones conceptuales. Los mitos enriquecieron las dimensiones teórica y narrativa de la obra del *vienés*, aspecto éste que será expuesto más adelante, en 5.2.2. a 5.2.4. En contrapartida, algunos estudiosos de los mitos encontraron en el psicoanálisis una herramienta para el desciframiento de la simbología de los mismos, como así también, para una comprensión renovada de su contenido.

El conjunto de ideas recién esbozadas serán desarrolladas en los siguientes apartados:

- 5.1. Los mitos
- 5.2. La discursividad freudiana y los mitos
- 5.3. La noción de representación
- 5.4. La representación (*Vorstellung*) en la obra freudiana
- 5.5. El mito del asesinato del Padre de la horda primitiva. La identificación primaria
- 5.6. El mito de Narciso y las identificaciones narcisistas

5.7. El mito de Edipo. Las identificaciones secundarias edípicas

5.8. Síntesis del capítulo

Que un estudio de estas características pueda realizarse indica que los mitos y la representación tuvieron un lugar destacado en la obra de Freud. El vienes tuvo la osadía de articularlos con lo inconsciente y las pulsiones, sin considerar que esto desmerecía al psicoanálisis; pensó que lo mitológico era una dimensión insoslayable de la condición humana, una fuente inagotable de inspiración artística y base de muchas creencias; dedujo, asimismo, que los mitos iluminaban algo de lo inconsciente y que, a la vez, el análisis de las neurosis revelaba claves para entender la creación y el significado de algunos mitos.

En la producción de M. Klein, las alusiones mitológicas fueron escasas. Con algunas salvedades –y en términos muy generales– podría sostenerse que su concepción de la fantasía inconsciente subsumió buena parte de las características que el vienes atribuyó al pensamiento mitológico operando la psique. La representación, en cambio, estuvo especialmente presente en sus tesis sobre la constitución del mundo interno; éste se configuraba, según ella, en base a *representaciones* introyectadas de objetos externos que, una vez internalizadas, quedaban asociadas a las fantasías inconscientes.

Lacan también utilizó la noción de representación en diversas áreas de su enseñanza e hizo varias precisiones sobre los usos freudianos de dicho vocablo, especialmente en las teorías de las pulsiones y de la represión. A partir de su propia tópica –R.S.I.–, la representación quedó asociada a lo imaginario. En cuanto a los mitos, su posición fue variando: en los primeros años de su enseñanza publicó *El mito individual del neurótico* (1953), pero más tarde, a medida que su tendencia a la formalización del psicoanálisis se fue acentuando, se alejó de esta temática (véase III, 3.8.1). Se entiende: las formalizaciones (matemáticas, lógicas, topológicas, etc.) son refractarias al pensamiento mitológico. En el texto citado ya se percibía que no eran, precisamente, los aspectos narrativos, sociológicos o antropológicos los que interesaban a Lacan; le atraía, más bien, el análisis estructural del mito; es decir, ese discurso singular –simbólico, en tanto dependiente del lenguaje– que puede decir una verdad del sujeto bajo la forma de una construcción mítica.

En el contexto de su teoría identificatoria, Lacan llevó al más alto nivel su aspiración de alejar al psicoanálisis de los mitos; eliminó en ella cualquier reverberación imaginaria vinculada a ellos. Según el psicoanalista francés, Freud había mitificado algo del orden de la estructura; él, en cambio, se proponía revelar la estructura más allá del mito.³

5.1. Los mitos

La palabra mito evoca automáticamente a la antigua Grecia; y ello es así porque los mitos griegos han sido–y son– los más conocidos. No es ajena a este fenómeno la belleza de las descripciones y la riqueza argumental de los mismos; ambas características les hacen cautivantes. En las páginas siguientes se hará un breve bosquejo sobre las características generales de los mitos, sus funciones en la antigüedad y su rol en la construcción de fábulas sobre los orígenes; luego, se examinará su presencia en la discursividad freudiana.

5.1.1. La cuna griega

El nacimiento del *mito* tuvo lugar en esas latitudes geográficas; la palabra que los nominaba tenía el significado de *leyenda* o *fábula*. Se podría decir que las raíces más importantes de la mitología –en tanto disciplina que los investiga– se encuentran también en tierras helénicas. Los estudiosos de los mitos recurren insoslayablemente a los que fueron elaborados allí y entonces. El contenido de los mismos refiere, con frecuencia, intervenciones de los dioses y héroes en asuntos mundanos. Sin embargo, y pese a esta participación habitual de deidades en el argumento de los mitos, éstos no tuvieron un carácter religioso. La actuación de estos seres superiores se limitaba a favorecer a uno u otro de los personajes que, convertidos en polos de un conflicto, estaban enfrentados por motivos diversos. Las tensiones inherentes a estas luchas, los enfrentamientos y rivalidades que configuraban

cada trama mitológica, favorecieron la presencia de acentos épicos en los relatos. Éstos solían amalgamar la fuerza de lo simbólico y el poder fascinante de lo imaginario.

Todo aquello que impactaba al ser humano de la antigüedad y le generaba admiración, asombro, miedo, horror, etc., adquiría carácter divino; el politeísmo griego nació de estas circunstancias y pudo aportar el gran número de dioses, semidioses y héroes que intervenían en la amplísima gama de conflictos que describían los relatos mitológicos. Las cuestiones tratadas eran de todo tipo: envidia, injusticia, calumnias, mala fe, discordias, concordia, virtud, sabiduría, vejez, etc. Tras la declinación de la civilización helénica, durante la hegemonía romana, continuó la producción y el estudio de los mitos, pero los especialistas del tema están de acuerdo en considerar que la mayoría son versiones latinas de los nacidos en Grecia.

Por otra parte, no llama la atención que se hayan creado mitos en casi todos los rincones de la tierra y que existan muchos puntos de contacto en sus temáticas. Todos los pueblos y culturas recurrieron a los mitos para comprender el mundo. Se trata de historias y símbolos creados por los seres humanos para dar sentido a sus vidas; bajo la forma de metáfora o alegoría describen el origen y la creación del mundo, los lazos entre el cielo y la tierra, las ideas de paraíso e infierno, las búsquedas que presiden cada existencia.^{4*}

5.1.2. Nociones elementales sobre los mitos

Pierre Grimal, gran estudioso de la mitología greco-romana, planteó la siguiente definición: “Se ha convenido en denominar ‘mito’, en sentido estricto, al relato referido a un orden del mundo anterior al orden actual y destinado no tanto a explicar una particularidad local y limitada (éste es el rol de la ‘leyenda etiológica’) sino a una ley orgánica de la naturaleza de las cosas. En este sentido, la historia de Heráclito imponiendo, después de alguna aventura, un nombre a un sitio determinado (el de *Columnas de Hércules* al estrecho de Gibraltar, por ejemplo) no es un mito. En tanto que el orden total del mundo no está puesto en cuestión.”

“Por el contrario, el relato del diluvio y el de la creación del hombre por Deucalión y Pyrrha es el prototipo mismo del mito, al igual que, en otro plano, la aventura de Pandora y Epimeteo.”⁵ Estas narraciones daban una versión del mundo muy distinta a las preexistentes y regían en ámbitos colectivos. Algunos de esos mitos tienen sus fuentes precisadas y reconocidas: en los poemas de Homero y Hesíodo, en los textos de historiadores griegos anteriores a nuestra era –que habían comenzado a sistematizar los antiguos relatos–, en los trabajos de mitógrafos de lengua latina y en los comentarios de eruditos bizantinos del siglo XII. Otros –tal vez la mayoría– son anónimos y sus nacimientos parecen perderse en tiempos remotos. Precisamente estos factores –tener difuminado su origen y autoría– acentúan el aura de los mitos y refuerzan su credibilidad. Ellos evocaban lo antiguo, lo alejado en el tiempo. Fueron creaciones en las que la imaginación, la fantasía y la cuestión de lo primigenio –de las cosas, de las situaciones– ocuparon un sitio importante. Rellenaban mediante ficciones los desconocimientos y daban respuestas a interrogantes que inquietaban a los antiguos.^{6*}

5.1.3. La reconstrucción de los orígenes

Esta temática plantea, de entrada, la cuestión de la verdad respecto del contenido argumental de los mitos. Es evidente que no se les puede pedir la validez que suelen tener –o, cuanto menos, que se le exigen a– los enunciados científicos. Se trata de elaboraciones diferentes que cumplen funciones también distintas. Los mitos son fábulas que fueron objeto de creencias durante siglos, tanto en las civilizaciones griegas como latinas; ellos han sostenido instituciones de diverso tipo y han inspirado durante siglos a pintores, escultores, literatos y poetas; su presencia sigue vigente a la manera de un poso social, cultural, que se trasmite de una generación a otra; la identificación suele ser un vehículo de tal transmisión. No ha de extrañar, entonces, un doble fenómeno interconectado: la afinidad de Freud por la mitología y su alejamiento concomitante de la ciencia, en el sentido positivista del término. Los enunciados científicos responden a otra lógica y tienen una temporalidad distinta que los mitos; los primeros no son por definición ni eternos ni inmutables; los segundos, sí lo son. Sin ser generadores de verdades científicas se han convertido en elementos indisociables de la vida humana. Ciencia y

mitología no son necesariamente excluyentes; en última instancia, son construcciones que otorgan formas simbólicas a un imaginario social y, por esta vía, instalan un estado de convicción -mayor o menor- en aquellos territorios en que reinan. Por otra parte, los símbolos que transportan y las ficciones que despliegan impactan la sensibilidad.

Robert Graves y Raphael Patai⁷, afirmaron que “los mitos son *fábulas dramáticas* que forman un fuero sagrado gracias al cual se autoriza la continuidad de instituciones, costumbres, ritos y creencias antiguas en la región donde son corrientes, o se aprueban las alteraciones [que han ido sufriendo con el tiempo].” Si los mitos nacieron del imaginario social, acabaron revirtiendo sobre él y lo impregnaron con su discursividad.

Pese a su carácter de *fábula dramática*, los mitos –y en cierto sentido también las leyendas propias de cada región– no dejan de influir sobre las relaciones intersubjetivas. Lo hacen al modo en que los fantasmas conscientes e inconscientes determinan –en el plano personal– los actos e ideaciones de cada sujeto.

Jacques Hassoun⁸ aporta un claro ejemplo de lo que se acaba de afirmar, mediante el siguiente relato: cuando los sacerdotes del antiguo Egipto situaban con todo (des)conocimiento de causa las fuentes del Nilo en la actual Assuán, sin ignorar que se extendía río abajo mucho más al sur, no hacían otra cosa que crear un límite comarcal mítico, para otorgar un basamento territorial y, para, simultáneamente, historizar una dinastía real de esencia divina, que se asentaba sobre una determinada geografía, construida no ya en contra del buen sentido, sino de aquello que los sentidos podían fácilmente verificar.

Las ficciones mitológicas, tal como se acaba de ver a través del párrafo citado de J. Hassoun, tienden a crear, no sin ingredientes de grandiosidad, enclaves fantásticos, topografías idiosincrásicas o fronteras temporales *sui-generis*. Desplazan hacia atrás –cada vez más remoto– los lindes de la prehistoria y, también, los límites del no saber; historizan y otorgan fundamento a aquello que se ignora y, sobre lo cual, tan sólo se reciben sus lejanos efectos.

Por estos rasgos tan propios y consustanciales a los mitos, suele ser frecuente su presencia en las situaciones en que se pretende teorizar sobre los orígenes de un fenómeno, o cuando se intenta articular históricamente el pasado distante. Casi siempre se acaba construyendo una ficción explicativa de tales épocas.^{9*} Sería una prueba de ingenuidad creer que lo antiguo o lo arcaico puede ser desenterrado para ser expuesto a la observación directa y, por lo tanto, percibido tal como **verdaderamente** fue otrora. Eso es imposible. Estas ficciones sobre los comienzos son, justamente, las que los mitos llevan creando por antonomasia, desde tiempos inmemoriales.¹⁰ El carácter sagrado que adquirieron, les otorgaba además, la cualidad de *intocables*, incuestionables; toda crítica se detenía ante sus puertas y sus enunciados parecían generar respeto y veneración. Eran productores de creencias y valores dentro del núcleo social del cual surgían y sobre el cual, a su vez, influían. Transmitidos de una generación a otra, acababan otorgando una cierta cohesión, estabilidad e identidad a los sujetos de las comarcas o países donde se los tenía por válidos. Pero, por esas mismas razones, los mitos eran también capaces de exaltar y/o denigrar las diferencias, recargándolas de valores.¹¹ En términos más amplios, casi siempre existía –y existe– un fondo mítico asociado al sentimiento de identidad o al de pertenencia a un grupo determinado.

De la obra de Freud se desprende que él consideraba imposible eliminar lo mitológico de la vida psíquica; más bien pensaba que la mitopoyesis era un correlato de la actividad mental de todos los sujetos –y no sólo de los que acuden a la cura psicoanalítica–. Pero sucede que esta última permite escuchar a diario las manifestaciones y entresijos de esa actividad, en la que se aúnan la capacidad simbolizante del sujeto, la imaginación, la fantasmática inconsciente y el narcisismo. Este último aporta idealizaciones y/o denigraciones al contenido argumental de los mitos personales.

5.2. La discursividad freudiana y los mitos

Las referencias mitológicas han sido constantes en los escritos de Freud. Y no se trataba de una simple demostración de erudición por su parte. Aunque se sabe que desde muy joven se aficionó a la lectura de tales relatos –como puede constatarse en *Cartas sobre el bachillerato* (1873), que escribió en su adolescencia– la tarea que realizó con ellos tuvo otro alcance: la creación de conceptos

psicoanalíticos. Freud explotó al máximo la capacidad que ellos tenían para ilustrar situaciones, hechos y/o fantasmas personales. La riqueza de su contenido argumental y la belleza con que fueron descritos facilitaba una aprehensión directa, inmediata, de algunas ideas. A este primer uso metafórico o alegórico de los mismos, le añadió una función de corroboración de algunas nociones psicoanalíticas. Pero, lo fundamental de su trabajo consistió en transformar algunos relatos mitológicos en categorías psicoanalíticas de primer orden; así surgieron conceptos como complejo de Edipo, narcisismo, castración, etc. Podría decirse que “*metapsicologizó*” los mitos.¹²

Otras construcciones mitológicas importantes aludidas en sus textos fueron: el del asesinato del Padre de la horda primitiva, creado por él y descrito por primera vez en *Tótem y tabú* (1912-1913); el mito metabiológico de *Más allá del principio del placer* (1920); los de Narciso, Edipo, Electra, Zeus y Cronos, el de la decapitación de la cabeza de Medusa, etc. También elaboró cuasi-mitos mientras discurría sobre la represión primaria, sobre los fantasmas originarios o respecto del funcionamiento primigenio del aparato psíquico, en su esfuerzo por dominar la excitación pulsional, etc. Al referirse a conceptos cruciales del psicoanálisis como son el deseo inconsciente y las pulsiones, también acudió a la mitología, como dan testimonio el par de citas siguientes:

“Estos deseos siempre alertas, por así decir inmortales, de nuestro inconsciente, que recuerdan a los titanes de la saga sepultados desde los tiempos inmemoriales bajo las pesadas masas rocosas que una vez les arrojaron los dioses triunfantes y que todavía ahora, de tiempo en tiempo, son sacudidos por las convulsiones de sus miembros; estos deseos que se encuentran en estado de represión, decía, son ellos mismos de procedencia infantil, como nos ha enseñado el estudio psicológico de las neurosis.” [*La interpretación de los sueños* (1900); OCFAE, V, p. 546].

Aunque sin citarla, Freud tuvo presente al escribir este párrafo, a la *Teogonía* de Hesíodo: los deseos inconscientes, reprimidos, indestructibles, eternos, que buscan manifestarse en la conciencia, aparecen metaforizados en su frase por los dioses Titanes, puestos en prisión por orden de Zeus en las profundidades de la tierra, a una distancia tan honda como la que separa a la Tierra del Cielo.^{13*}

Y en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933 [1932]), afirmó:

“La doctrina de las pulsiones es nuestra mitología, por así decir. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación.” (OCFAE, XXII, p. 88).

Las narraciones mitológicas sufrieron modificaciones considerables al ser incorporadas a un universo teórico diferente a su *hábitat* primitivo. Sucedió en este caso lo que ocurre habitualmente cuando se importan nociones desde una disciplina a otra: las significaciones originarias se pierden -al menos parcialmente- y se ganan otras nuevas, al integrarse en el tejido conceptual propio de la disciplina de destino. Claro ejemplo de lo recién dicho es la enorme distancia entre el argumento de *Edipo rey*, de Sófocles, y los alcances del concepto de complejo de Edipo en la teoría freudiana. El drama personal que la tragedia griega relata se convirtió en un articulador teórico de primera línea en el discurso freudiano: devino complejo nuclear de las neurosis; se transformó en el espacio y el tiempo en que se estructura el aparato psíquico del niño. En su seno acontecen las identificaciones secundarias propias del complejo. El adjetivo *edípico* comenzó a calificar una modalidad y calidad de los vínculos intersubjetivos.¹⁴ Estas modificaciones semánticas ocurridas con el trasvase no impidieron que la tragedia siguiese impactando a lectores y espectadores; aún hoy en día, el texto de Sófocles continúa percutiendo sobre las mociones parricidas y los deseos incestuosos de todo sujeto.

Esta vertiente mítica coexistió siempre en los escritos freudianos con las elaboraciones estrictamente teóricas y con la dimensión narrativa. Enseguida se harán breves consideraciones sobre estas tres perspectivas, aunque el foco estará puesto en la configuración mitológica. Antes, se responderá a la siguiente pregunta:

5.2.1. ¿Qué rol asignó Freud a los mitos?

Además de la interpretación que pueda darse hoy en día acerca del papel que ha jugado la mitología en la elaboración en su teoría -tarea insoslayable, que requeriría un estudio concienzudo de

este aspecto de su obra- se considera interesante revisar cuál era la función que el propio Freud atribuyó a los mitos y a la mitología. Una manera directa aunque demasiado puntual de responder a esta pregunta surge al recurrir a uno de los pocos textos en que él se manifestó explícitamente sobre este asunto: *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926)¹⁵.

Allí desarrolló múltiples asuntos que incumben al psicoanálisis bajo la forma de respuestas a un interlocutor imaginario -“juez imparcial, curioso y no demasiado cargado de prejuicios”- que indagaba respecto del ejercicio de dicha práctica y de sus efectos clínicos, que interrogaba, también, acerca de cuáles era los campos que ella abarcaba y qué exigencias de formación específica serían requeridas para aquél que la practicara.^{16*} En el capítulo IV de dicho escrito, después de explicar al interesado sus ideas sobre la sexualidad infantil, sobre las teorías que los niños crean al respecto y las angustias que los deseos incestuosos les despiertan, mencionó los mitos de Cronos y Zeus –que serán comentados más adelante, en la nota al final nº 22 de este mismo capítulo– para decirle al supuesto oyente:

“[...] la mitología le infundirá ánimo para creer en el psicoanálisis.” (OCFAE, XX, p. 198).

Se sabe la importancia que Freud concedió al período de la sexualidad infantil en la etiología de la neurosis, de ahí que este comentario puede considerarse un indicador indirecto de lo significativa que para él era la mitología, al punto tal de utilizarla como avaladora de una de sus tesis cardinales. Afirmó también que la formación analítica debería adiestrar al futuro analista en estos temas, dadas su utilidad para la clínica. Pensaba que tales conocimientos eran imprescindibles para percibir y entender los materiales con que trabaja el psicoanalista en su práctica. En el capítulo VII del artículo aludido, Freud planteó estas ideas del siguiente modo:

“Si algún día se fundara una escuela superior psicoanalítica –cosa que hoy puede sonar fantástica–, debería enseñarse en ella mucho de lo que también se aprende en la facultad de medicina: junto a la psicología de lo profundo, que siempre sería lo esencial, una introducción a la biología, los conocimientos de la vida sexual con la máxima extensión posible, una familiarización con los cuadros clínicos de la psiquiatría. Pero, por otro lado, la enseñanza analítica abarcaría disciplinas ajenas al médico y con las que él no tiene trato en su actividad: historia de la cultura, mitología, psicología de la religión y ciencia de la literatura. Sin una buena orientación en estos campos, el analista quedaría inerte frente a gran parte de su material. En cambio, de nada le servirá para sus fines el grueso de lo que se enseña en la escuela de medicina.” (OCFAE, XX, p. 230).

5.2.2. Las tres vertientes de la discursividad freudiana.

Se abordará esta cuestión colocando como telón de fondo el fragmento del texto freudiano recién citado y la siguiente afirmación de Jorge Belinsky¹⁷: “la discursividad psicoanalítica se organiza según tres configuraciones básicas: teóricas, narrativas o de ficción y míticas. Raramente estas configuraciones se presentan de manera aislada; lo más frecuente es que nos encontremos con configuraciones mixtas.” [...] El mito, en psicoanálisis al menos, está estructurado como un conjunto de enunciados densos y breves, en cuya trama convergen los únicos dioses que Freud reconocía *Logos* y *Ananké*. Estos enunciados, cargados de un aura emocional intensa, funcionan como un condensado discursivo; sin embargo, las correspondientes consecuencias que de tal condensado pueden derivarse no lo hacen en el espacio mítico mismo, sino que corren a cargo de la ficción y de la teoría, lo que nos conduce a la cuestión de las relaciones que mantienen las configuraciones entre sí. [...] En este sentido, el mito funciona siempre como argumento de una narración o como núcleo de una teoría.”

Resulta especialmente interesante para los fines de este capítulo subrayar la última frase de la cita; los mitos no sólo dieron pie a narraciones sino y también a elaboraciones teóricas del vienés. Estas interesantes apreciaciones de J. Belinsky serán retomadas desde una óptica personal, para precisar las formas que adquirió esta triple configuración discursiva en el ámbito específico de la TIF.

5.2.2.1. Dimensión teórica

El contenido argumental de varios mitos fue procesado teóricamente por Freud y por esta vía elevó a la categoría de conceptos psicoanalíticos algunas ideas condensadas en ellos. De ese alambique surgieron articuladores de gran peso específico; entre ellos: narcisismo, complejo de Edipo, ley de

prohibición del incesto, deseo, culpa, superyó, complejo paterno, etc. En el territorio de la TIF ocurrió otro tanto: la identificación primaria, la narcisista y las secundarias edípicas tuvieron, también, su punto de anclaje en la mitología. Más ampliamente, los mitos funcionaron como núcleo esencial de sus elaboraciones sobre el surgimiento de la cultura. En ese contexto, la maternidad y paternidad humanas fueron caracterizadas por lo que ellas tienen de singular y relevante: su diferencia con la pura reproducción biológica: la creación de un sujeto psíquico y social a partir de un recién nacido. La identificación cumple un rol esencial en el nacimiento de esa nueva subjetividad.

La cuestión del padre también hizo su entrada triunfal en la teoría psicoanalítica por esa puerta mitológica: Freud creó un mito que lleva su firma: el del asesinato del Padre de la horda primitiva. Estas ideas enriquecieron el concepto de identificación por su articulación con lo cultural, con la historia de la civilización, con la trasmisión —a cada nuevo sujeto psíquico— del capital simbólico amasado por la humanidad durante siglos. El niño freudiano no sólo se identificaba con rasgos psíquicos de los miembros del contexto objetal más inmediato; además, absorbía, incorporaba, internalizaba, las diversas dimensiones de la cultura en la que vivía, heredera a su vez de siglos y siglos anteriores. Sus padres serían los transmisores de esas pautas culturales que desde tiempos remotos llegan a nuestros días, según puede desprenderse de las ideas que sobre la identificación primaria, expuso en el séptimo capítulo de *PMAY* (1921) y en el tercero de *YyE* (1923).

Como era de esperar, estas elaboraciones hicieron surgir nuevos interrogantes: ¿cuáles eran los eslabones intermedios de esa trasmisión? ¿Cómo se hace carne y psique lo familiar y cultural en un cachorro humano?¹⁸

5.2.2.2. Dimensión narrativa

El mito, capturado y procesado en un espacio ficcional, devenía con frecuencia, una historia o cuento fascinante bajo la pluma de Freud. *Había una vez...*, un macho tiránico y brutal, padre primitivo adornado de todos los poderes, poseedor de los derechos de exclusividad respecto del goce sexual con las mujeres. El que osaba cuestionar este estado de cosas sufría la expulsión o castración. Acusado y odiado, idealizado y temido, este padre reinó sobre la fratria hasta que un buen día los hijos se reunieron y decidieron aunar sus fuerzas; la conspiración acabó en parricidio y posterior devoración de su cuerpo con la intención de absorber su sangre y su carne como forma de **identificarse** con él.

Sin embargo, allí no terminó la historia: los hijos querían incorporar su potencia pero acabaron introyectando, también, el poder interdictor del padre omnipotente. Asesinado éste, desaparecido su veto, comenzó la rivalidad entre los hermanos por las mujeres (antes propiedad absoluta del padre originario) y se hizo necesario restituir la prohibición, en especial la del incesto. Así explicaba Freud el comienzo de la exogamia. La culpa por el parricidio generó la figura del tótem, una suerte de retorno del padre odiado y temido, a quien se comenzó a venerar.

Lo descrito es un ejemplo claro de configuración narrativa del discurso freudiano, articulado en torno a un núcleo mitológico. El contenido de este relato épico sobre la “prehistoria de la humanidad” no es ni más ni menos que un mito de los orígenes. A él se añadió el desarrollo conceptual: la identificación primaria sería la encargada de transmitir a cada sujeto —generación tras generación— las consecuencias de aquel asesinato.

5.2.2.3. Dimensión mítica

Lo recién comentado muestra también cómo el desfallecimiento del saber sobre aquellos tiempos ignotos condujo a una construcción mítica: el homicidio del Protopadre. Esta función del mito no sólo se activa respecto del pasado remoto; también actúa en todas las nuevas ignorancias que cualquier avance teórico suele generar. Cada vez que la trama conceptual se expande y perfecciona, lo hace a expensas de un territorio ganado a constelaciones míticas anteriormente elaboradas. Pero, como cada progreso va empedernidamente asociado a la emergencia de otros interrogantes, se va induciendo la producción de nuevos mitos. Lo insondable de la vida psíquica trae de la mano esta dimensión mítica. Freud no sólo lo reconoció sino que amplió el reservorio mitológico de la humanidad a través de la creación de algunos nuevos; de ahí también la presencia constante de los mitos en su teoría.¹⁹

El mito aparece entonces como lo posible de ser dicho sobre lo no sabido; como aquello que se impone cuando, al adentrarse en la oscuridad de los tiempos remotos, se pierden las pistas. El mito pretende iluminar aquello que muy oscuramente se impone como origen o causa. La identificación, que intenta dar cuenta de la emergencia de lo psíquico en el cachorro humano tema enigmático y oscuro donde los haya-, ha tenido siempre en la teoría freudiana una amplia playa para lo mitológico. Su segunda teoría -la estructural- ancló profundamente sus raíces en esta dimensión. Los mitos del asesinato del Padre de la horda primitiva, de Narciso y Edipo fueron claves para sus elaboraciones sobre las identificaciones primarias, narcisistas y edípicas, respectivamente.^{20*}

La fuerza de los mitos reside en la gran pregnancia imaginaria que poseen y en la alta condensación simbólica de sus enunciados. Esto parece eximirles de dar fundamento y razones de aquello que explican. Su núcleo hace converger hilos diferentes y divergentes pero la urdimbre se despliega habitualmente en las otras dos configuraciones anteriormente descritas: la teórica y la narrativa.

5.2.3. Otras formas de presencia de los mitos en la obra de Freud

No siempre los mitos han funcionado como punto de partida para desarrollos conceptuales. En esos casos, las referencias míticas solían estar situadas en algún lugar estratégico del texto para complementar ideas expuestas con anterioridad. En otras ocasiones, dieron pie a pequeños artículos en los que interpretaba psicoanalíticamente algún mito. *La cabeza de Medusa* (1940 [1922]) podría ser un buen ejemplo de lo recién comentado; el célebre mito de la decapitación y, sobre todo, sus efectos en quien lo escucha o ve una representación pictórica de la misma fue relacionada con el miedo a la castración. Correlacionó el mito con los intensos e indelebles efectos que dejan en los niños la constatación de la diferencia anatómica de los sexos.²¹

En otras oportunidades Freud empleó los mitos como forma de corroborar indirectamente algunas de sus propias conclusiones teóricas. Es como si dijera: “los antiguos ya habían percibido y plasmado en relatos mitológicos algunas de las cosas que yo afirmo”. Ejemplos de estos usos podrían ser sus referencias a los de Cronos y de Zeus, citados en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926), OCFAE, XX, p. 198, para refrendar sus hipótesis sobre el incesto en la antigüedad y sobre la intensa rivalidad entre padres e hijos. Ya se mencionó, también, las relaciones que estableció entre las fantasías incestuosas y parricidas que atribuyó al niño, con la trama argumental de algunos mitos.^{22*}

Freud consideraba a la mitología como uno de los principales testimonios de las relaciones imperantes en épocas remotas. Sostuvo que a través de ellos nos enteramos, por ejemplo, que el incesto era habitual en los tiempos originarios y dedujo que los deseos incestuosos de todo niño de la actualidad formarían parte de una herencia arcaica de la humanidad, que nunca se ha superado por completo.

“En total armonía con estas enseñanzas de la historia y de la mitología, hallamos presente y activo todavía el deseo incestuoso en la infancia del individuo.” (OCFAE, XX, pp. 200 y 201).²³

Según G. Sissa²⁴, Freud otorgó otra función a los mitos: la de llevar a cabo un “esclarecimiento persuasivo”. En un breve artículo este autor escribió: “el mito no funda la teoría pero posee virtudes inestimables para persuadir sin chocar con los lectores recalcitrantes; proporciona una versión aceptada, conocida, colectiva, de lo que el psicoanálisis ha descubierto con sus observaciones y deducciones. Da de ello una versión clara. [...] El mito hace creer en el psicoanálisis porque, allí donde la enunciación de la teoría corre el riesgo de provocar reacciones de rechazo, estos relatos antiguos y fabulosos tranquilizan, alientan.”^{25*} Se finaliza este apartado consignando que Freud creía en la existencia de una influencia recíproca entre mitología y psicoanálisis; la primera fecundó al segundo - lo reconoció explícitamente- pero también es cierto que la disciplina por el fundada iluminó muchos aspectos de los relatos míticos. En esa línea pudo afirmar:

“Aprovecho esta oportunidad para asegurarle [le dijo a su supuesto interlocutor] que la mitología y el universo de los cuentos tradicionales sólo se vuelven comprensibles mediante el conocimiento de la vida sexual infantil. He ahí, pues, una conquista de los estudios analíticos.” (OCFAE, XX, p.198). Lo que está entre corchetes es mío.

Los mitos y las leyendas clásicas poseen elementos simbólicos altamente enigmáticos que convocan a la interpretación. En esa tarea hermenéutica, el psicoanálisis tiene aún una misión importante a cumplir.

5.2.4. Mitos y clínica psicoanalítica

Ahora bien, una cuestión es la raigambre mitológica de algunos conceptos freudianos -cuestión indubitable- y otra, los mitos individuales de cada paciente, que sólo los psicoanalistas pueden escuchar.^{26*} Lo primero tiene que ver con la genealogía de los conceptos psicoanalíticos; lo segundo, con la clínica. Cabe consignar, sin embargo, que la reunión de estos dos términos conlleva una contradicción: los mitos clásicos son colectivos; en ese contexto grupal generaron –y siguen instituyendo– creencias más o menos conscientes; el mito individual, en cambio, es único, subjetivo, personal, idiosincrásico, exclusivo, y suele ser inconsciente, al menos hasta que las interpretaciones lo revelen. Existe un registro de la actividad psíquica en que se cree a pié juntillas en ese tipo de enunciado mitológico.

Traigo a colación de mis primeros años de práctica clínica en Buenos Aires, una viñeta clínica de un paciente que hizo suyo una frase de su madre de este tenor: “*vos tenés un Dios aparte.*” Y él creyó fervientemente en esa fábula; en cierto sentido se comportaba como los antiguos, para quienes los mitos tenían un indiscutible valor de verdad.²⁷ Sin duda, la madre del paciente apuntaba conscientemente a frenar el carácter temerario de su hijo, alertándolo sobre los riesgos a los que se exponía dadas sus conductas impulsivas habituales. Sin embargo, de manera inconsciente, coadyuvó a que su hijo convirtiese esa idea en un mito personal que alimentaba su omnipotencia narcisista. Típico círculo vicioso: el narcisismo crea este tipo de mito que a su vez retroalimenta la megalomanía. Según él, siempre se salvaba por un pelo, ya sea de ser destruido a golpes, ya sea de ir a la cárcel por algún delito cometido, ya sea de morir en un accidente automovilístico. Esa fábula –“*vos tenés un Dios aparte*”– era una aseveración sin fundamento alguno en la realidad fáctica pero con mucha base en la realidad psíquica; para este paciente tenía valor de axioma, de verdad dogmática. Ella fomentaba sus fantasías de grandiosidad y sus actuaciones; el alcohol y las drogas en dosis descomunales, añadían lo suyo al cuadro clínico.

El análisis pone en evidencia que en los sujetos neuróticos existe una actividad mitopoyética²⁸ y una dimensión psíquica en la que opera un pensamiento con todas las características del mitológico. Freud los denominó “*mitos endopsíquicos*”²⁹, diferenciándolos, así de los mitos colectivos. El rol que él atribuyó a los mitos y algunas de sus formas de pensar la pervivencia de la infancia en el adulto hace difícil discriminar en su obra los mitos endopsíquicos de la fantasía y la imaginación.^{30*}

5.2.5. ¿Mito individual o social?

No es necesario instaurar un monismo excluyente, que supuestamente superaría los dualismos clásicos; conviene partir de la irreductibilidad de lo psíquico a lo social y viceversa y, dentro de ese contexto, subrayar la paradoja de que el sujeto está en lo social y lo social en el sujeto. Es evidente que los antiguos relatos mitológicos fueron producto de las mentes humanas y que hoy, gracias al pensamiento de Freud, pueden ser concebidas, como proyecciones psíquicas de gran alcance. En este sentido, el trabajo de los mitógrafos de todas las épocas pusieron al alcance de los contemporáneos, documentos importantes que reflejan la vida psíquica de los antiguos, proyectadas en la construcción de estos relatos, que en su grandiosidad, revelan el accionar de las potentes y oscuras fuerzas anímicas.

Es válido, entonces, buscar puentes entre esas narraciones y el psiquismo de los habitantes de la tierra de aquellos períodos primigenios, evitando, por supuesto, los mecanicismos interpretativos y las correlaciones lineales. También, investigar qué y cuáles de esas fibras siguen vigentes en el sujeto actual. Esas elaboraciones primitivas han decantado y forman parte, hoy en día, del pozo cultural que se transmite –consciente e inconscientemente– de una generación a otra, en el seno de la familia y de la sociedad.

Por otra parte, la clínica psicoanalítica revela que la actividad mitopoyética de los sujetos contemporáneos sigue activa; continúa engendrando “*mitos endopsíquicos*”, al decir de Freud, que

tienen un radio de acción estrecho –no van más allá de la persona que los creó y, tal vez, de su contexto familiar–. Sin embargo determinan con firmeza la vida de estas personas.

Queda por dilucidar los mecanismos y las vías por las que discurren estas sutiles interacciones entre la sociedad actual, las familias y los sujetos que la componen. La identificación no está ausente en esa transmisión.

* * * * *

Tras un rodeo por la representación -apartados 5.3 y 5.4.- se volverá sobre los mitos.

5.3. La noción de representación

Utilizado con frecuencia en lógica, filosofía, psicología, en las artes escénicas y plásticas, dicho término ingresó al psicoanálisis conservando, en principio, algunas de las acepciones con que se lo empleaba en esos contextos. Pero, con el desarrollo progresivo de las tesis freudianas, este término adquirió nuevas orlas semánticas, que acabaron otorgándole originalidad. Y no podía ser de otra manera: la subversión del sujeto que implicó la introducción de lo inconsciente, modificó profundamente las relaciones de éste con el mundo objetal y, por consiguiente, el papel de la representación que, según las teorías filosóficas y gnoseológicas clásicas, oficiaba de mediadora entre el sujeto y la realidad. A continuación se hará una somera revisión de los usos de dicho término en las disciplinas nombradas.

5.3.1. La representación en la filosofía y la psicología

Las caracterizaciones del término en estos dos contextos servirán como elemento de comparación para valorar las aportaciones de Freud al tema. La palabra representación fue tradicionalmente empleada en la filosofía para referir diversas formas de aprehensión de un objeto. Pensadores de la talla de Aristóteles, Descartes, Spinoza, Leibnitz, Locke, Hume, Kant, Schopenhauer, etc. En este contexto interesa recordar las ideas de Kant sobre esta cuestión, expuestas en *Crítica de la razón pura* (1781), puesto que fueron las que más influyeron sobre Freud y, más ampliamente, sobre la mayoría de teorías gnoseológicas elaboradas en las últimas dos centurias. Según el filósofo de Königsberg, la aprehensión del objeto puede ser intuitiva y conceptual; presupone la operatividad de la memoria y no puede disociarse de los principios básicos de su teoría del conocimiento.³¹ Para él la representación es síntesis; implica la sensibilidad (Estética trascendental) y el entendimiento (Analítica trascendental); no se conocen los objetos en sí, sino las representaciones del objeto que crea el sujeto; Kant discriminó, también, entre la cosa en sí (*nóumeno*) y la cosa tal como se la conoce (*fenómeno*). Esta perspectiva es la que reverberaba en los usos que hizo Freud de este término, que traía a remolque componentes de la teoría gnoseológica de este pensador.

Ferrater Mora³², afirma que este vocablo tiene en psicología las siguientes acepciones:

“(1) La representación como aprehensión de un objeto efectivamente presente. Es usual equipararla, entonces, con la percepción, o alguna de sus formas.

(2) La representación como reproducción en la conciencia de percepciones pasadas. Se trata entonces de las llamadas ‘representaciones de la memoria’ o recuerdos.

(3) La representación como anticipación de acontecimientos futuros, a base de una combinación de percepciones pasadas, reproductiva o productiva. Es usual equiparar entonces la representación con la imaginación.

(4) La representación como unión en la conciencia de varias percepciones no actuales (pero tampoco pasadas ni anticipatorias). En este caso se habla asimismo de imaginación o hasta de alucinación.”

Dentro de la epistemología, continúa Ferrater Mora, la representación suele entenderse en dos sentidos básicos:

- Representación como contenido mental: se trata de un acto subjetivo, privado.
- Representación como función o actividad: se representa a algo o a alguien en el acto de representar.^{33*}

Lalande, en *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, Presses Universitaires de France (1951), dedica una entrada a este vocablo, allí plantea que la representación forma el contenido

concreto de un acto de pensamiento; la relaciona especialmente con la reproducción de una percepción anterior.

Por su parte, el diccionario *Robert* apunta la siguiente definición: el hecho de hacer perceptible (un objeto ausente o un concepto) por medio de una imagen, de una figura, de un signo.

Como puede apreciarse, las caracterizaciones de las tres fuentes citadas hacen alusión al aprehender y al percibir, como paso previo para organizar una representación, ya sea de ideas, conceptos u objetos. Respecto de estos últimos, Ferrater diferencia entre su presencia efectiva o su ausencia. En el segundo caso, la idea implícita en “**hacerlo perceptible**” conlleva la reproducción psíquica del objeto. Éste, en su materialidad, continuará siendo siempre el referente último de la representación. Lalande subraya el vínculo entre la representación y el pensamiento. El diccionario *Robert* pone de relieve el factor visual –imagen, figura, signo– en este hacer presente lo ausente. Para los tres, la representación es siempre consciente. Se puede prever, desde ya, el salto cualitativo que introdujo Freud al postular la existencia de representaciones **inconscientes**. Algo similar puede decirse respecto de las renovaciones introducidas en la época moderna: abrió hiatos de diferentes profundidades entre las cosas y sus representaciones, permitiendo la instalación de elementos subjetivos en dichas brechas.

5.3.2. La representación en la teoría del conocimiento

Algunas concepciones gnoseológicas parten del siguiente supuesto: el sujeto y el objeto *no son contruidos* sino dados; sostienen, además, que el sujeto aspira a conocer y el objeto está ahí, para ser conocido. En tanto estas elaboraciones fueron previas al surgimiento del psicoanálisis, resulta comprensible que no tuvieran en cuenta el carácter libidinal de los vínculos entre el sujeto y el objeto de conocimiento ni la influencia de lo inconsciente en los procesos de aprendizaje. A partir de Freud, el anhelo de conocer dejó de ser –y ya no será jamás– una aspiración pura; estará siempre sobredeterminada. Además, su concreción práctica tampoco se lleva a cabo sin conflictos: existirán facilitaciones e inhibiciones subjetivas, conscientes e inconscientes, que median en esas experiencias.

Si se sigue la perspectiva instaurada por la teoría del conocimiento tradicional, resulta que el sujeto va en busca del objeto para aprehenderlo pero no es el objeto el que pasa al campo del sujeto sino una *representación* del mismo. Quedan, así, constituidos tres ámbitos:

sujeto - **representación** - objeto

Cada uno de éstos es abordado, a su vez, por una disciplina específica: psicología para el primero; **teoría de las representaciones** (lógica, filosofía) para la segunda; y ontología, para el tercero. La *Verdad* –eterno problema filosófico y lógico– quedó definida en este contexto como adecuación entre la representación y su objeto.^{34*}

Si para las teorías gnoseológicas conocer es, descriptivamente hablando, el acto por el cual un sujeto aprehende al objeto, la pregunta que inmediatamente surge es: ¿de qué objeto se trata? ¿Cuál es el sujeto que conoce? ¿Será el sujeto psicológico, el trascendental kantiano, el metafísico, el hegeliano, el yo racional de Descartes? ¿Qué aportó de nuevo a esta problemática la concepción psicoanalítica sobre lo inconsciente y la del objeto investido libidinalmente? Estas cuestiones serán tratadas en 6.4. de este mismo capítulo.

5.3.3. Otras formas de representación

Se estudiarán, básicamente, las siguientes: la teatral, la diplomática, la de las artes plásticas y la lingüística; estas dos últimas en 6.3.4. En todos los casos se señalará qué aspectos de las mismas tienen conexiones con la TIF.

5.3.3.1. La representación teatral

Es un medio especialmente apto para poner en escena ideas y pensamientos. El dramaturgo dispone el escenario y los personajes según las opciones más o menos habituales del mundo ordinario y de la época en que está ambientada la pieza. Elige aquellos dichos y hechos que tienen alta

probabilidad de acontecer: se busca, por esta vía, crear en el público la sensación de verosimilitud. El ambiente y los contenidos de la trama parecen similares a los de la cotidianeidad, tanto si predomina un realismo ambiental como si prevalece el realismo intimista. El autor del guión pone en juego su inventiva, su imaginación y los recursos literarios para recrear la realidad.³⁵ Es un juego de astucia: se ha de montar un escenario con todas las apariencias de la existencia ordinaria, pero, a la vez, incluir ciertas ideas que rompan la archiconocida trivialidad cotidiana. Si no se añaden tales elementos, si sólo aparece lo ya sabido y lo palpable a diario, no tendrá encanto alguno ni atraparé la atención del que ve la puesta en escena.

Además, y sobre todo en el arte dramático, la propuesta para el espectador no puede ser cerrada, acabada; debe dejar resquicios por los cuales éste pueda introducir su subjetividad, y dar nueva vida a la obra mediante sus ecuaciones personales. Los diversos personajes funcionan como portavoces de pensamientos. Se aprovecha al máximo la capacidad de los actores para transmitir opiniones y juicios, mediante palabras, gestos, mímica u otros medios. Esto es tan sólo la parte que se muestra, lo perceptible, lo visible, lo evidente del montaje. Es el nivel de lo fáctico, de los acontecimientos y diálogos que fluyen sobre el escenario. Mientras tanto, otra trama, apenas insinuada aquí y allá..., como al pasar, se va tejiendo sutilmente, a la espera del momento adecuado, en que se anudarán los diversos filamentos desplegados.

Esta dialéctica peculiar entre lo presente y lo latente, entre lo insignificante y lo importante, va operando por medio de detalles que, en apariencia, están desconectados entre sí, y sólo esbozados a la manera de un toque o pincelada. Sin embargo, estos trazos son de una efectividad extrema para inducir ideas en el auditorio. Lo que no aparece en primer plano, va convocando a la pulsión *hermenéutica*³⁶ del espectador. El guión, mientras tanto, sigue articulando la máscara y lo enmascarado, el velo y lo velado, lo mostrado y lo oculto, lo explícito y lo implícito; lo esencial y lo accidental. Ambos tipos de fenómenos son, por igual, importantes. De esta manera los diálogos vehiculizan, casi como de contrabando, una fantasmática que, al fin y a la postre, revela ser el verdadero meollo de la obra. Se retendrá especialmente lo recién dicho, para cuando este aspecto específico sea correlacionado, al final del presente apartado, con las identificaciones.

Los parlamentos así elaborados, entran en consonancia con lo postulado por Merleau-Ponty en su *Fenomenología de la percepción*: es “esencial a la cosa y al mundo presentarse como ‘cubiertos’... prometernos siempre algo más que ver”. El dramaturgo hace suya esta aseveración y actúa -escribe- en consecuencia: intenta *imitar* en sus textos ese modo encubierto con que se presenta “la cosa y el mundo”. Más aún: esta idea preside la creación de toda obra teatral. Y, de manera implícita, se ofrece a los espectadores la posibilidad de *ver algo más, de descubrir algo más*, en cada puesta en escena. Esta promesa está incluida en el billete de entrada. Es invisible, pero está allí, anticipada, y se reitera cada vez que se compra un *ticket*. Basta sentarse en la butaca para que, antes o después, la pulsión hermenéutica se vea convocada.

Los diálogos se estructuran de manera tal que favorecen el desencadenamiento de identificaciones inconscientes con los personajes y las propias fantasías del autor. Es de buena técnica que las intenciones del dramaturgo no se manifiesten explícitamente, o, si lo hacen, que sea a la manera de la *Carta robada*, de Edgar A. Poe: debe generarse en el público el deseo de quererlas percibir. Por norma, el espectador formula conjeturas a partir de lo que ve y oye; tiende a identificar sus propios pensamientos con los designios del autor y de los personajes. Una parte del placer de quien asiste al espectáculo es producido por ese juego de atribuciones. Es cierto que esas suposiciones son muchas veces inducidas o sugeridas por el autor, pero también lo es el hecho de que el espectador (como el niño, según veremos más adelante) dista mucho de ser un simple receptor de ideas: él agrega algo de su propia subjetividad a lo representado.

Otro recurso que los dramaturgos utilizan con frecuencia para atrapar la subjetividad del asistente es la de llevar *casi* a primer plano las mociones *reprimidas, inconscientes*, del espectador, que acaba “cayendo en la trampa”: se activan sus fantasías y, por esa vía, se obtiene una cuota suplementaria de placer. Si así ocurre, el autor y los comediantes han tenido éxito en crear sobre las tablas un espacio de proyección: los miembros del público “suben al escenario” o, en su defecto, gozan por “*interpósito personaje*”. La representación teatral explota el hecho –comprobado– de que también es fascinante identificarse con el goce de los otros. En estos casos, la atención de cada concurrente es

captada por el rozamiento de las fantasías inconscientes; se ha apelado más a su sensibilidad –de diferentes tipos; no sólo erótica– que a la razón. Es una confirmación de que los procesos inconscientes, activos en las butacas, modulan la respuesta a lo visto y oído.³⁷

* * * * *

Estas formas tan sutiles de trasmisión de ideas y pensamientos –de significantes, podría decirse con Lacan– que llevan a cabo estas diferentes representaciones artísticas, ilustran un fenómeno clave de toda identificación: a espaldas de los propios *actores* de la peripecia edípica se van transmitiendo rasgos de padres a hijos. Las circunstancias de la vida cotidiana son, aquí también, como en el teatro, el espacio y el medio para la trasmisión de lo inconsciente de una generación a otra. También se crea, como en el escenario, un tiempo y un contexto donde el *infans* construye las representaciones inconscientes de los objetos –de los “actores” de la tragicomedia edípica– que conforman su mundo relacional; en ellos captura e introyecta esos rasgos y los integra en su organización psíquica como elementos estables: identificaciones estructurantes de su psique.

De igual manera que en la oscuridad de una representación teatral, en el contexto familiar se insinúa, se da a entender, se impone, se implanta, se sugiere, se omite, se dice una cosa por otra... Y todo eso se trasmite.

5.3.3.2. *La representación diplomática*

Constituye una dación o transferencia de atribuciones en virtud de la cual una persona actúa en nombre de un país. En este caso, el habilitado funciona como representante plenipotenciario de una nación. Estos mismos principios rigen en contextos más restringidos; por ejemplo: el otorgamiento de poderes por parte de una persona a otra, que se firma habitualmente ante notario. En esencia, alguien (el embajador, el apoderado, etc.) ocupa el lugar de otro, representando a un país y su gobierno, en el primer caso, o al que otorgó el poder, en el segundo. Los *representantes* encarnan a los que, por los motivos que fueren, están ausentes. Sin embargo, estos últimos ejercen sus potestades mediante las instrucciones que dan a sus delegados y representantes.³⁸

Estos comentarios sobre la representación diplomática pueden ser de utilidad para comprender un tipo peculiar de identificaciones que acontecen sin la presencia **directa e inmediata** del objeto de identificación; alguien –un miembro del entorno objetal– actúa a la manera de representante de otro, ausente; funciona como su portavoz. Es un discurso identificante; suele ocurrir, por ejemplo, con un familiar que el niño no conoció directamente –debido, póngase por caso, a su fallecimiento prematuro–; sin embargo, sus características personales le fueron relatadas al *infans* por alguien de su entorno más inmediato.^{39*}

5.3.4. Transformaciones de la noción de representación en los siglos XIX y XX.

Las artes plásticas y el lenguaje

El objetivo de este apartado es exponer los antecedentes -contexto social, cultural, artístico y científico- que permitieron el surgimiento de una noción de representación como la creada por Freud. Ese marco general no es otro que el pasaje de la época moderna a la contemporánea; ese período constituyó el caldo de cultivo para el surgimiento del psicoanálisis y para el extraordinario desarrollo de las ciencias y de las artes. Desde mediados del siglo XIX y, especialmente, en los comienzos del XX se produjo un giro radical en la concepción de la representación: ella dejó de reflejar especularmente la realidad. Cayeron las exigencias de semejanza entre la representación y lo representado, requerimientos importantes del Renacimiento, aunque como siempre, también entonces hubieron excepciones: la del Miguel Ángel maduro, la de Tintoretto y otros. Esa época supuso una superación respecto del Medioevo, en que se combinaban imágenes reales e irreales. El florecimiento renacentista se dedicó a conocer la realidad “objetivamente”; en el plano científico se abandonó la causalidad sobrenatural, que tanta vigencia tuvo en la cultura cristiano-feudal de la edad media y se profundizó en el estudio de los fenómenos de la naturaleza desde el racionalismo; en otros términos: la secularización fue ganado terreno a la mentalidad religiosa. En el campo artístico, las imágenes pictóricas ganaron otra dimensión con el uso sistemático de la perspectiva; el espacio adquirió

figuración. El artista del siglo XVI representaba lo que veía; configuraba sus obras respetando estrictamente el canon en boga: el de la semejanza. Se consideraba más bella y perfecta aquella que reproducía mejor los objetos; el arte consistía en copiar bien la realidad. Como se verá más adelante, ese mismo criterio imperó también en otras disciplinas.

En el renacimiento tardío se produjo el resquebrajamiento de esas categorías. Los cambios, como era de esperar, repercutieron en todos los órdenes, no sin avances y retrocesos. Las representaciones pictóricas cobraron aires de arrebató y vértigo; pasaron a ser intrínsecamente inestables; en otras palabras, las obras de arte comenzaron a transmitir la personalidad de los artistas: los torrentes subjetivos fueron abocados progresivamente a las representaciones; ya no imperaban tan estrictamente las exigencias de similitud entre los objetos y sus representaciones.⁴⁰ Este movimiento llegó a su clímax a finales del siglo XIX y comienzos del XX. La Viena finisecular cumplió en esta transformación un rol significativo. La cultura en su conjunto, las ciencias y las diferentes disciplinas recibieron el impulso de los vientos nuevos.

Las artes plásticas plasmaron estos cambios de manera muy patente; tal vez por eso pueden ser los mejores referentes para apreciar los cambios a nivel de la representación. Implicaban el deseo de salirse de los cauces preestablecidos mediante un gesto de libertad fantástico, imaginativo. Delacroix fue uno de los primeros en afirmar: “La exactitud no es la verdad.” Cézanne creó figuras en las que partes de un mismo personaje aparecían vistas con perspectivas diferentes. Fue un paso importante en la emancipación de la pintura de su función de imitación de lo real. Pero sin duda, la figura más descolante en este viraje fue Picasso. Marcó un punto de no retorno y el inicio de una zaga que se extendió hasta la actualidad: Braque, Soutine, Kokoshka, Nolde, Freud (Lucien, el familiar de Sigmund), Chagall, Bacon, nombres citados casi azarosamente, a vuelapluma.

Picasso revolucionó las formas: dislocaciones y trasposiciones de planos, ruptura de las proporciones de lo caracterizado, deconstrucciones y reconstrucciones de las siluetas humanas y de los objetos. Desde el cubismo, acentuó la geometrización de las figuras, subrayando motivos y aspectos mediante aristas salientes en los volúmenes. Una frase textual suya iluminará estas ideas: “Yo hago los objetos tal como los pienso, no como los veo.” El suyo fue un arte de concepción, no de visión. La violencia expresionista estaba cargada de su propia subjetividad. Del gigante Picasso, de la riqueza y complejidad enorme de su obra se subraya, aquí –exclusivamente– sus nuevas concepciones sobre la representación, plasmadas en sus cuadros y en su pensamiento: “Lo que nos interesa es la inquietud de Cézanne, la enseñanza de Cézanne, los tormentos de Van Gogh, es decir, el drama del hombre. El resto es falso.”⁴¹

Ejemplos claros de estas ideas, plasmadas en cuadros son: *Tres mujeres* (1907), actualmente en el Centre Pompidou/MNAC de París; *Las señoritas de Avinyó* (1907), en The Museum of Modern Art, New York, *Mujer con la mandolina* (1908), en el museo de San Petersburgo, la serie en la que aparece su esposa *Jacqueline*, pintada en el castillo de Vauvenargues y *Mujer sentada* (1927), en la Art Gallery of Ontario, en el que yuxtapuso las representaciones de Olga (de frente), de su hijo y de sí mismo (ambos de perfil), para crear una imagen compuesta que da título a esta obra. Los estados sucesivos de la realización de *Tres mujeres*, fotografiados meticulosamente por el artista, revelan sus búsquedas, mostrando los cambios que fue introduciendo hasta, lograr, finalmente, una aproximación íntima de los cuerpos femeninos, –casi una fusión de las tres–, en un espacio carente de profundidad, a la manera de un bajo-relieve. *Las señoritas de Avinyó* es considerado por muchos críticos e historiadores del arte como el inicio de la pintura contemporánea. La eliminación de lo superfluo le permitió alcanzar un grado extremo de expresividad. Picasso ya mostraba entonces las influencias que recibió del arte africano; salió impactado de su visita al Museo de Trocadero, donde vio colecciones de artistas de ese continente, que le inspiraron para introducir nuevas formas en la representación del cuerpo femenino. *Las Señoritas de Avinyó* rompió definitivamente con esquemas previos: ya no se trata de reproducir los ideales de belleza sino manifestar las ideas y las emociones que se tienen sobre lo representado. En *Mujer con la mandolina* puede apreciarse la difuminación de las líneas de contacto entre el cuerpo de ella y el instrumento que ejecuta, mediante el establecimiento de una sutil continuidad de color entre ambos.⁴²

En otros campos, el lingüístico por ejemplo, también se produjo un giro importante. Los lingüistas del siglo XVIII y XIX siguieron otorgando importancia a la idea de que el lenguaje debía

reflejar el mundo; consideraban esencial para la comunicación humana que las representaciones lingüísticas replicaran el universo. Ferdinand de Saussure introdujo una transformación radical al enfocar la lengua como un sistema. Las frases surgen por combinación de fonemas y signos. Estas ideas le distanciaron de concebir al lenguaje como espejo del mundo. Sus discípulos dieron un paso más: el lenguaje, más que reflejar el mundo, lo construye.⁴³

En síntesis, en los últimos dos siglos la representación se cargó de subjetividad, de la historia del artista y de los objetos representados. Para figurarlos, ya no hacía falta dirigir la mirada hacia afuera sino hacia adentro. El pintor esloveno Zoran Music describe estas ideas maravillosamente: “cuando pinto un autorretrato no lo pinto gracias a un espejo, sino que nace de dentro. Yo me conozco desde dentro. Si me pusiera delante de un espejo, solo copiaría la máscara de mí mismo.”⁴⁴

El psicoanálisis, que hizo del sujeto psíquico el centro de sus elaboraciones, encontró playa ancha con este giro, como se verá enseguida.

5.4. La representación (*Vorstellung*) en la obra freudiana^{45*}

El título de este apartado enuncia de manera escueta el contenido del mismo; en primer lugar se explicitarán los nuevos usos y significados que Freud introdujo en este término; luego se hará referencia a las principales regiones de su teoría en las que utilizó dicha noción; por último se dedicará un espacio al estudio de la representación en la TIF.

5.4.1. Innovaciones introducidas por Freud en la noción moderna de representación

Lo más novedoso que introdujo Freud en la concepción clásica de la representación fue el enlace de ésta con lo **inconsciente**. El vienés no desconocía la paradoja que implicaba asociar el vocablo inconsciente al de representación, que hasta entonces había girado en la órbita de la conciencia. El que apelara a la locución latina *sit venia verbo* (con indulgencia, con permiso), en el mismo momento de referirse a las representaciones inconscientes avala esta conjetura. Otra novedad: el desmontaje de la representación en fragmentos, para su posterior archivo; las representaciones que el sujeto construye de sus objetos quedan desmembradas antes de ser guardadas en sistemas mnémicos diferentes.⁴⁶ La memoria, al menos para el padre del psicoanálisis, no funciona como un receptáculo que guarda imágenes miniaturizadas de los objetos; por el contrario, las características de los mismos se desmenuzan según criterios diversos y se almacenan en distintas series asociativas, bajo la forma de huellas mnémicas. Se trata de sistemas de inscripción y archivo en base a una taxonomía múltiple. Por esta razón, las vías de evocación del objeto o de las situaciones vividas se amplían considerablemente: cualquier elemento que por asociación active alguna de las redes de la memoria, puede despertar el recuerdo.^{47*}

Como apuntan Laplanche y Pontalis, "en el empleo freudiano, la distinción entre huella mnémica y la representación como catexis de la huella mnémica, si bien implícitamente presente, no es expresada siempre con claridad. Sin duda ello es debido a que resulta difícil concebir en el pensamiento freudiano una *huella mnémica pura*, es decir una representación totalmente desprovista de catexis, tanto por parte del sistema inconsciente como por parte del sistema consciente."⁴⁸

El mejor destino de la representación del objeto es devenir un trazo, una pincelada, una huella mnémica en el inconsciente del sujeto. Está implícitamente planteada en esta frase la diferencia entre los regímenes narcisistas y edípicos de la subjetividad y de las modalidades identificatorias que le son inherentes. Si en el primero predominan las representaciones *totales* del objeto y la internalización se realiza por vía *incorporativa*, en el segundo se trata, básicamente, de la *introyección* de rasgos *parciales* de los mismos, tras descomponer la representación del objeto en múltiples detalles. Dicho en otros términos, lo inconsciente produce una ruptura con lo igual, con lo que se reproduce a imagen y semejanza; esto último queda relegado a los territorios del narcisismo. Lo inconsciente habla de división, de ausencia.^{49*}

Va de suyo la presencia de elementos subjetivos en la construcción de representaciones; para el psicoanálisis no existen representaciones “objetivas” de los objetos ni de las situaciones; en tanto el sujeto está implicado en la creación de las mismas, siempre serán subjetivas.

5.4.2. Regiones de la teoría psicoanalítica concernidas por la representación

El vocablo representación se halla presente en muchos escritos de Freud, en los que aparece relacionado a problemáticas diferentes. Se señalarán de manera sintética los ámbitos teóricos principales en los que hizo intervenir a esta noción:

- En las elaboraciones de la primera tópica: allí se encuentra el par *representación-objeto, representación-palabra* (*Sachvorstellung, Wortvorstellung*); la primera tiene su sede en el inconsciente; la segunda en el preconscious. Son conceptos claves para entender las hipótesis freudianas sobre el funcionamiento diferencial de los sistemas *Inc.* y *Prec.-Cc.*
- En la teoría de la represión. Después de discriminar entre la representación a reprimir y el *quantum* de afecto a ella ligado, Freud postuló que ambos tenían un destino dispar: la representación se reprime; el *quantum* de afecto es suprimido o transformado en angustia.
- En la clínica y, más específicamente, en el uso de la asociación libre, la *representación-meta* (*Zielvorstellung*) –traducida también como representación-fin– es la que determina el curso de la misma y pone en evidencia la intencionalidad inconsciente.
- En el ámbito de sus sucesivas elaboraciones sobre el trauma psíquico; éste queda inscrito por medio de representaciones.
- En el marco de la primera teoría pulsional: allí el concepto de *representante psíquico de la pulsión* alude a la inscripción en la psique de la excitación generada en la fuente somática de la pulsión. Se trata del *Triebrepräsentant*. Otro vocablo compuesto: *representante-representativo* (*Vorstellungs-repräsentant*), vino a señalar los modos específicos en que se realiza esta inscripción psíquica, al referenciarlos a un grupo determinado de representaciones a las que se fijaba la pulsión.
- En el contexto de la percepción y construcción de la realidad; véase al respecto lo descrito en 2.1.1. de esta primera parte.
- En el terreno de las dos teorías identificatorias. Al ser el tema central de este trabajo, se lo abordará con detenimiento a continuación.

5.4.3. La representación y la teoría identificatoria freudiana

Si dejamos de lado algunos pasajes de su obra en que la identificación fue descrita como algo cercano a la imitación o a la copia de conductas, podría decirse que Freud concibió la identificación como la relación que inscribe *representaciones* inconscientes de un objeto –o de rasgos del mismo– en instancias psíquicas también inconscientes. Como ya se ha dicho, la identificación adquirió por este enlace su real dimensión psicoanalítica.

El objeto de la identificación plantea otra exigencia: despegarse de enfoques fenomenológicos simples; es imprescindible reconocer la complejidad que supone todo proceso identificatorio: la identificación no se consuma de manera **directa** con el objeto; siempre media una representación psíquica inconsciente del mismo por parte de quien se identifica. El sujeto construye una representación de un objeto “teñido” por las proyecciones que recayeron sobre éste. El reduccionismo empirista es simplificador en tanto ignora que el problema básico, al menos para el psicoanálisis, no es tanto el objeto en su pura materialidad objetiva sino como éste se inscribe en el mundo interno y en las distintas instancias que configuran las tópicas freudianas.^{50*}

Las representaciones que el sujeto fabrica distan mucho de quedar inscriptas como simples analogías de los objetos externos o como fotografías miniaturizadas de éstos. Salvo el caso particular de las primarias y, en cierta medida, las melancólicas^{51*}, el resto de las variantes identificatorias teorizadas por Freud suponen la **introyección de aspectos parciales** de los objetos; es decir: no de la totalidad del objeto sino de rasgos altamente limitados del mismo. Se añade a esto que el objeto de identificación recibe proyecciones del niño. Hay aquí otra paradoja inherente a todo proceso identificatorio freudianamente concebido: lo que el infante incorpora o introyecta -paso previo a la identificación- incluye siempre algo que él "prestó" al objeto, y lo recaptura, al fin. Desde esta perspectiva todas las identificaciones tendrían un componente proyectivo.⁵² Las identificaciones, salvo

la primaria, tal como las concibió Freud, no son directas sino que están mediadas por representaciones de los objetos. La viñeta clínica comentada en 5.2.4. ilustra, también, estos aspectos subjetivos ligados a la formación de representaciones objetales.

A efectos didácticos podríamos descomponer microscópicamente y secuencialmente una identificación secundaria edípica, **estructurante**, a un rasgo o detalle del objeto, de la siguiente manera:

- I. Proyecciones del protosujeto sobre el objeto edípico.
- II. **Construcción de una representación del objeto**, teñida por esas proyecciones.
- III. Captura, *al vuelo*, de un rasgo parcial del objeto.
- IV. Introyección de dicho rasgo.
- V. Apropiación del rasgo⁵³ y combinación del mismo con las trazas preexistentes: identificación propiamente dicha.

La negrita que se ha empleado en el segundo paso subraya la operatividad de la representación en este tipo de identificaciones. Conviene recordar aquí lo afirmado en 5.4.1. sobre las representaciones inconscientes y el desmontaje del objeto en sus diversos rasgos y componentes, para su posterior inscripción psíquica.

Si se siguiera el mismo procedimiento para las identificaciones narcisistas, se podría construir el siguiente prototipo, que será comparado con el anterior:

- I. Proyecciones primitivas del protosujeto sobre un objeto con el que se mantiene un vínculo narcisista.
- II. **Construcción de una representación total** de este último, teñida por la propia e incipiente subjetividad.
- III. Incorporación de dicha representación.
- IV. Apropiación: coalescencia de esta representación **total** del objeto con el yo, que, en ese momento y por esta vía, se estructura.
- V. El yo se hace **Uno** con la representación del objeto: identificación narcisista que conlleva la indiscriminación yo-no yo y el transitivismo.

En la tercera modalidad de identificaciones estructurantes –las primarias–, las representaciones juegan un papel menos importante, dado que en los momentos tan precoces en que acontecen, aún no se ha establecido, en el infans, la capacidad de forjarlas.

Por último, interesa apuntar el papel que cumplen las representaciones en las identificaciones históricas y en aquéllas que se producen en el seno de las masas. En estas últimas, la *representación idealizada del líder* y la subsiguiente unción al lugar del Ideal del Yo –compartido por la masa– facilita la posterior identificación horizontal entre los miembros del grupo. En relación a la identificación histórica, cabe afirmar que le serían aplicables los comentarios señalados anteriormente respecto de las secundarias edípicas. Además, y ya de manera específica para ella, se subraya el papel que juega la figuración (*Darstellung*) –forma arcaica de representación– en los modos peculiares de formación de síntomas conversivos, propios de esta neurosis.

* * * * *

Hay otro aspecto importante de la representación, anunciado al comienzo de este capítulo cuando se presentó la definición de dicho vocablo, según el diccionario *Robert*; se trata, justamente, de la articulación de la misma con lo simbólico.

Allí se remarcó la capacidad de la representación para evocar y hacer presente al objeto en su ausencia; además, en 5.3.3.2 también se hizo referencia a esta faceta. Cabría agregar tan sólo que la palabra, en sí misma, funciona como representación.

* * * * *

En este punto se abandona –parcialmente– la noción de representación para retomar la cuestión de los mitos desde un ángulo muy específico: se estudiarán las raíces mitológicas de varios conceptos ligados a la TIF. Se observarán también los cruces entre lo mítico y lo representacional, y los de ambos, con las arborescencias propias de la teoría identificatoria. Así, las primarias serán estudiadas a la luz del mito del asesinato del Padre de la horda primitiva; las narcisistas tendrán como referencia inmediata al mito de Narciso; por último, las secundarias edípicas se analizarán a la luz de la leyenda de Edipo.

5. 5. El mito del asesinato del Padre de la horda primitiva

Freud relató por primera vez este mito en el capítulo IV de *Tyt* (1913), tras una serie de consideraciones sobre el totemismo y la horda primitiva. Retomó buena parte de lo ahí afirmado en varios escritos posteriores. En este ensayo se empeñó fundamentalmente en reconstruir las condiciones ambientales y psicológicas de épocas remotas; lo acontecido entonces habría permitido el surgimiento de la cultura y de organizaciones psíquicas similares a las que existen en la actualidad. Como puede apreciarse, la cuestión de los orígenes volvió a ponerse sobre el tapete. Y a la idea –ampliamente compartida– de que en los albores de la humanidad las cosas no eran como son ahora, se añadió la siguiente tesis freudiana: algunos rasgos de antaño perviven, cual reliquia, en el hombre de hoy en día. De ahí la importancia que él le otorgaba a la reconstrucción de esos tiempos remotos. Y de ahí, también, la necesidad que tuvo de inventar este mito.

5.5.1. Freud, ¿etnógrafo o clínico?

¿Qué condujo al vienés a elaborar este mito? Es habitual encontrar afirmaciones del siguiente tipo: tras postular la universalidad del Edipo, Freud añadió datos provenientes de la etnografía y antropología para corroborar sus hipótesis sobre dicho complejo. Sin embargo, él mismo se encargó de plantear lo contrario en la introducción de *Tótem y tabú* (1913): fueron los hallazgos clínicos sobre el Edipo los que le permitieron aclarar algunos hechos etnológicos.

El mito freudiano del asesinato del Padre de la horda primitiva plantea una especie de gran *Big Bang* psicosocial. Apoyándose en los trabajos de Darwin (hordas primitivas tiranizadas por un macho), Robertson Smith (fin del régimen patriarcal tras el parricidio), Atkinson (clan totémico como sucesor de la horda), Freud sugirió que entre los homínidos anteriores a la instauración de la cultura, regían los caracteres propios del funcionamiento de las masas: contagio de sentimientos, fusión, transitivismo, exaltación afectiva, impulsividad, coparticipación mental. En fin, los precursores de aquellos rasgos del funcionamiento psíquico en los grupos humanos, que Freud desarrollaría más tarde, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). El psiquismo individual habrá de surgir, por diferenciación, de este magma psíquico colectivo.

Tal forma arcaica de organización de la sociedad no carecía de jerarquías establecidas: el macho más viejo y poderoso reinaba allí omnímodamente. Quizá su mayor destreza y capacidad para afrontar los peligros o para lograr el sustento grupal le dieron ese lugar de privilegio. Este Padre se fue haciendo diferente al resto de individuos que conformaban la horda, no sin que ello despertara idealización y envidia.⁵⁴ Además, el Padre primordial, hombre violento, celoso, se reservaba para sí todas las mujeres y expulsaba a los hijos varones cuando crecían. Tales interdicciones –impuestas no por derecho sino por la voluntad del más poderoso– potenciaban aún más los deseos y pulsiones del resto de los miembros de este proto-conglomerado social. Es entonces cuando los hermanos se confabularon contra el Padre y le mataron. Se cita textualmente *Tyt* (1913):

“Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les había parecido imposible. (Quizás un progreso cultural, el manejo de un arma nueva, les había dado el sentimiento de su superioridad). Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual

tuvieron comienzo tantas cosas; las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión”. (OCFAE, XIII, pp. 143-144).

5.5.2. Efectos psicosociales del parricidio

Con posterioridad a su muerte se reveló el carácter ambivalente del vínculo otrora existente con ese Padre: le odiaban por sus exigencias, por las prohibiciones que imponía y por su poder irrestricto; pero, a la vez, le idealizaban y amaban. Tras eliminarlo, satisfaciendo el odio, se abrieron paso los sentimientos tiernos hacia el padre muerto; los hermanos acabaron identificándose con él. Como puede verse, la desaparición no puso fin a su existencia:

“El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida”. (OCFAE, XIII, p. 145).

En una especie de obediencia retroactiva, la fratría prohibió a sus miembros aquello que el Padre había impedido mientras vivió. El arrepentimiento y la culpa pasaron a primer plano de la escena. Estos afectos tuvieron un rendimiento psicosocial notable: promovieron el acuerdo entre los hermanos para el establecimiento de leyes y normas. Éstas posibilitaron, por primera vez sobre la tierra, una organización social de distinto tipo, diferente al de la horda, su antecedente más inmediato. Se prohibió el incesto y se instauró un sustituto del Padre muerto –el tótem–, que comenzó a ser adorado. En otras palabras, los hijos incorporaron la autoridad paterna por vía identificatoria e impusieron las primeras reglas de interdicción.

La importancia del parricidio debe ser entendida a la luz de la nueva figura que creó: un símbolo sustitutivo del Padre omnímodo de la horda primitiva, que Freud situó en el origen de la Ley. Se impuso, desde entonces, un límite al goce absoluto. Tras el parricidio se erigió sobre la tierra –también por primera vez– un Ideal. Al mismo tiempo, surgió una masa idealizadora que pudo diluir la culpa persecutoria por el asesinato cometido, mediante la veneración del padre muerto –ahora tótem idolatrado–. Respecto de éste, todos se sienten amados por igual. La paranoia se esfumó, transformada en amor al (del) Padre.

A través de este mito el vienés propuso una serie de hipótesis que explicaban, por su condición **originaria**, el primer establecimiento de un sistema de prohibiciones y permisiones propio de los grupos sociales humanos. Éstas se transmitirían, luego, a las generaciones siguientes. Freud consideró los hechos descritos por ese mito como fundadoras de la cultura. A las consecuencias ya señaladas –instauración de la ley, prohibición del incesto, respeto y admiración del tótem– se agregaron otros efectos: el nacimiento de principios éticos y los primeros esbozos de una religión. El animal totémico fue endiosado y su veneración calmaba la culpa: era una manera de reconciliarse con él.^{55*} Surgió entonces el precedente de aquello que luego fue denominado *conciencia moral*; las trasgresiones a las normas recién establecidas implicaban castigos, cuyos ejecutores solían ser los jefes de la nueva organización social. Nacieron así los rudimentos de la instancia psíquica que Freud designaría, años más tarde, con el nombre de superyó; también se desarrolló la capacidad de renunciar a las propias exigencias pulsionales^{56*}. Todo esto se transmitió, según Freud, a las siguientes generaciones. Con el establecimiento de la ley y de la proto-religión apareció lo sacro. La voluntad del padre muerto retornó bajo la forma de tabúes sagrados.

5.5.2.1. El banquete totémico

Pero los miembros de esa sociedad primitiva tenían que renovar, de tanto en tanto, la identificación con el padre muerto y la existente entre ellos mismos. El banquete totémico cumplía tales fines. En dicha fiesta se liberaban de la obediencia retroactiva; se reiteraba simbólicamente el parricidio mediante el sacrificio del animal totémico (sustituto paterno) y se renovaba la identificación al padre, compartiendo el alimento entre la fratría. Al mismo tiempo, el festín celebraba el triunfo sobre el Padre.

A pesar del respeto que protegía al animal sagrado, cada tanto se imponía darle muerte en solemne comunidad. Luego, se repartía entre los miembros del clan su carne y su sangre:

“La concepción, de todo punto realista, de la comunidad de sangre, como identidad de la sustancia permite comprender la necesidad de renovarla de tiempo en tiempo a través del proceso físico del banquete sacrificial.” (OCFAE, XIII, p. 140).

De manera coetánea se fue desarrollando el lenguaje y ciertas funciones intelectuales superiores; es posible que los juicios y procesos de pensamiento fueran potenciados por una mejora de la percepción, consecuencia, a su vez, del reciente logro de la bipedestación. Los fenómenos descriptos supusieron pasos importantes para la humanidad: nació la cultura, la sociedad, la moral, la religión y, también, el arte.

5.5.2.2. *La herencia arcaica*

A lo largo del capítulo IV de *Tyt* (1913) Freud planteó en diversas ocasiones que algunos aspectos psicológicos perceptibles en los miembros de las hordas primitivas se reiteraban, en la actualidad, durante la niñez. Esta tesis freudiana quedó claramente expresada en el título que puso al capítulo que se está comentando: *El retorno del totemismo en la infancia*. Algunos síntomas zoofóbicos y rituales obsesivos serían relicarios de aquellos viejos tiempos. Asimismo, con el paso de los siglos se modificaron los antiguos ritos: el banquete totémico derivó hacia la comunión cristiana, por ejemplo. Las comidas sacras reiteran, como antaño, la mancomunidad y refuerzan la creencia en un Dios invisible e inmortal.

La temática de la herencia arcaica y la transmisión filogenética estuvo presente –con frecuencia– en otros textos freudianos.^{57*} Tales inscripciones hacen presente lo ancestral en la subjetividad del ser humano de la actualidad y, más ampliamente, en el campo de la cultura. Sin duda, este asunto inquietaba a Freud. ¿Cómo proyectaba el pasado su larga sombra sobre nuestras vidas actuales? Tal podría ser el interrogante –implícita o explícitamente formulado– que el vienés intentó contestar en algunos de sus escritos. Sus consideraciones sobre la identificación primaria pueden ser consideradas como una de las varias respuestas que elaboró en torno a ese enigma. Como se ha visto en I, 4 3.1., Freud situó al padre, en posición de ideal, como objeto de la misma. En I, 3.1.5. se planteó la hipótesis de la existencia de dos vertientes en la identificación primaria: una, que hacía referencia a lo transgeneracional; y otra, relacionada con las primeras identificaciones, las más precoces, que conforman el aparato psíquico. Sería, justamente, esta primera faceta la que Freud relacionaba más directamente con la prehistoria de la humanidad, que se remontaría a la horda primitiva y al Padre originario que el mito describía. Este asunto será desarrollado más ampliamente a continuación.

5.5.2.3. *La cuestión del padre.*

El padre y lo paterno aparecen tratados en la obra freudiana desde muchas perspectivas. Interesa en este contexto resaltar los desarrollos comentados de *Tyt*. Allí se encuentra al Padre originario, ancestral –el *Urvater*–, ligado más la historia de la humanidad que a la prehistoria del complejo de Edipo de un sujeto singular. La interpretación de los textos de Freud realizada en los capítulos 3 y 4 de esta primera parte, consideró como *Urvater* “al padre de la prehistoria personal” nombrado en *YyE* (OCFAE, XIX, pp. 33 y 34).

La pregunta sobre ¿cuál es el padre, objeto de las identificaciones primarias?, fue respondida así: se trata de un padre inmemorial, un **padre primitivo** (*Urvater*), que devino Padre tras el parricidio y la introyección de la Ley. Este Padre originario, que atravesó las sucesivas generaciones transmitiendo algo propio y exclusivo a los humanos se encarna, se hace presente, en la persona del siempre incierto padre biológico del hijo o hija. En la medida en que este padre edípico pueda asumirse como un eslabón más de esa cadena ancestral y cumpla con las funciones propias del mismo, ganará un nuevo estatus: además de haber sido progenitor biológico, devendrá padre, en el sentido más estricto de ese término.

Los momentos iniciales de la estructuración del sujeto quedaron, así, íntimamente conectados con el Protopadre. Dicha articulación teórica hace que la identificación primaria no se defina **únicamente** por el factor temporal; es decir: por ser las primeras. Aunque efectivamente son las más precoces en la TIF, es importante subrayar las funciones y los efectos derivados del hecho de que

Freud les otorgue como objeto a este padre de la prehistoria personal: es el vector que trasmite al hijo/a un patrimonio de la humanidad.

Dotarla de tal **Padre** como objeto, supuso que la identificación primaria quedase relacionada con la inserción del sujeto en la cadena transgeneracional, en el anudamiento propio de la descendencia humana, y en la continuidad de lo más humano de la humanidad, perpetuando así lo que diferencia la reproducción de nuestra especie de la animal. En otras palabras, la identificación primaria fue la manera que tuvo Freud de aludir a la inscripción –en la psique y en la biología del recién nacido– de la herencia cultural y simbólica acumulada en los muchísimos siglos de existencia de nuestra civilización.⁵⁸

5. 6. El mito de Narciso y las identificaciones narcisistas

En este apartado se estudiarán las transformaciones que sufrió este antiquísimo mito al ser importado al psicoanálisis; se hará hincapié en las articulaciones entre el narcisismo y la TIF.

5.6.1. La versión de Ovidio

Según *Las Metamorfosis*, cuando nació Narciso –hijo del Dios de Céphise y de la ninfa Liríope– sus padres interrogaron al adivino Tiresías; éste vaticinó que Narciso viviría muchos años si evitaba mirarse. Fue un joven de una extraordinaria belleza; despertó la pasión de muchas mujeres y ninfas, pero él no respondía a esas demandas de amor. Entre aquéllas que habían caído subyugadas por su hermosura estuvo la ninfa Eco, quién, como las demás, tampoco logró enamorar al joven. Desesperada, Eco se aisló, dejó de comer, adelgazó de manera increíble y quedó reducida a tan sólo una voz gimiente que repetía las últimas sílabas de aquello que escuchaba. Ante tanta anestesia afectiva las enamoradas de Narciso clamaron venganza al cielo. Némesis las escuchó: después de una larga excursión de caza, y en un día de gran calor, logró que Narciso se inclinara sobre una fuente de agua para refrescarse, con lo que percibió su estampa en el agua. Némesis indujo, justamente, aquello que Tiresías aconsejaba eludir. A Narciso le pareció tan bonita esa imagen, que se enamoró rápida e intensamente de ella. Se abalanzó sobre su propio reflejo, ahogándose, tal vez sin percibir que esa era su figura espejada. Rehusando el amor de (y por) los demás, la fascinación por su propia imagen le costó la vida. En el lugar mismo en que se precipitó a su muerte apareció, luego, una flor que, en recuerdo, lleva su nombre: narciso.⁵⁹ Hasta aquí, la labor de los mitógrafos. A continuación se verá como este mito fue procesado por el vienés.

5.6.2. El narcisismo en la obra freudiana

En el apartado I, 1.4.1. se expusieron las tesis principales de Freud sobre el narcisismo; la relectura del mismo permitirá percibir las enormes diferencias que se crearon entre el argumento mitológico original –recién expuesto– y los desarrollos conceptuales a que han dado pie en el seno de su teoría. Esas elaboraciones muestran, asimismo, el engarce entre las tres configuraciones –mítica, narrativa, teórica– de la discursividad freudiana, comentada en los apartados 5.2.2.1. y siguientes.

En este contexto se recuerdan dos facetas del concepto: 1º) la relación del narcisismo con la formación del yo del *infans* y 2º) el amor a este yo recién constituido. Sólo con estas ideas se aprecia un notable giro entre el punto de partida –contenido argumental del mito– y las funciones del narcisismo en psicoanálisis. Estos rudimentos del yo surgen en una relación a predominio dual con la madre. Con posterioridad, como transformación de esta relación narcisista, diádica, puede pasarse a una organización triangular de los vínculos intersubjetivos –Edipo propiamente dicho– cosa que tendrá sus correlatos en la psique del *infans*. Si el narcisismo supone una relación de tipo dual, demasiado estrecha e indiscriminada con el otro, la organización edípica implica separación, corte y mayor diferenciación entre los tres partícipes de la misma. No sólo cambia la calidad de los vínculos sino la "consistencia" y complejidad del aparato psíquico en este pasaje del narcisismo a la triangularidad edípica. Ese tránsito implica trascender la relación originaria materno-filial por presencia y acción de un tercer elemento: el padre.

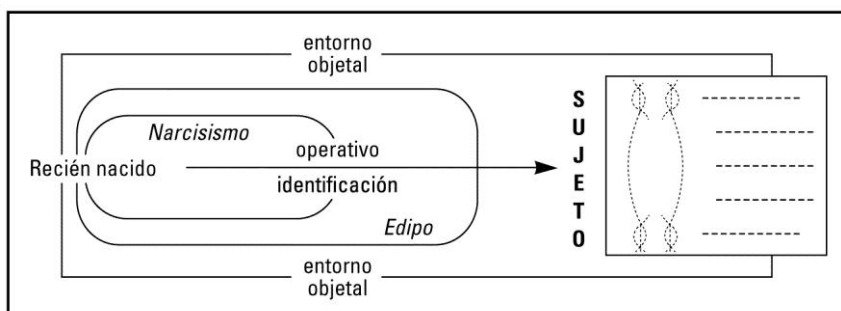
Freud postuló la constitución del yo y el amor al mismo como momento estructurante previo al complejo de Edipo. La progresión desde el narcisismo a la triangularidad edípica implica el desplazamiento de este amor “auto” hacia los objetos externos. Dicho movimiento puede ocurrir sólo cuando ya hay un yo con sus fronteras bien delimitadas, cosa que posibilita la transformación del transitivismo narcisista en una incipiente intersubjetividad. Esta metamorfosis de lo diádico (narcisista) en triangular (edípico) implica en el plano pulsional, una cierta reorganización de la perversidad polimorfa: las diferentes pulsiones parciales se someten al predominio fálico. Recién entonces se abre la posibilidad de elecciones de objeto –las infantiles del Edipo– y se trasciende el **narcisismo primario**.

A pesar de la transmutación del narcisismo que tal pasaje a las relaciones edípicas supone, siempre quedarán remanentes del narcisismo en la estructura psíquica del sujeto. De ahí que el narcisismo, además de convertirse en una fase del desarrollo psicosexual, devino un componente estructural de la psique.

Lo recién dicho sobre el concepto muestra diferencias muy significativas con el argumento del mito en cuestión. El amor al yo recién constituido es un elemento clave del narcisismo **primario**.⁶⁰ El pasaje por ese momento estructurante deja fundado al yo.

5.6.3. La identificación narcisista⁶¹

Desde una perspectiva freudiana podría decirse que, una vez establecido el suelo psíquico mediante las identificaciones primarias, el operativo identificación que estructura al nuevo sujeto psíquico continúa su labor y se despliega en dos momentos importantes: el narcisístico y el edípico. En primer lugar se encararán las identificaciones narcisistas y en el próximo apartado, las edípicas. El siguiente gráfico reseña de manera sintética lo recién afirmado.



El mecanismo que presidiría la consumación de la identificación narcisista es la *incorporación*; ella incrusta al objeto en el yo. Esta soldadura del yo con el objeto de identificación, tiende al establecimiento de una relación absoluta, total. La identificación narcisista unifica, imanta al yo con el objeto; hace Uno de dos; diluye lo diferente, propende a uniformar. Estas ideas están resumidas en la frase de Freud “la sombra del objeto ha caído sobre el yo.” Esto conduce, justamente, a no crear diferencias. Fomenta y refuerza una dependencia del objeto, a diferencia de los efectos que producen las identificaciones secundarias edípicas. Se trata de una identificación a imagen y semejanza, que da origen a instancias psíquicas perdurables, de carácter narcisista.⁶²

5.6.3.1. Representación del objeto y su incorporación

Se cruzan aquí los dos grandes temas de este capítulo: el mito y la representación. Ya se anticipó el carácter total de la **representación** que opera en la identificación narcisista, cosa que supone –como condición previa– el poder percibir al objeto como una totalidad. Sólo entonces, podrá el infante construir una representación completa de sí mismo, fundamento del narcisismo.

Dado el genio de la teoría identificatoria freudiana –motorizada esencialmente por la actividad pulsional oral– la apropiación de la representación total del otro se realizará mediante el mecanismo designado con el nombre de incorporación. Se recuerda que este vocablo tiene en la doctrina freudiana dos orlas semánticas: **la primera** se relaciona con el circuito pulsional; más específicamente, con la

pulsión oral, donde nomina el fin de la misma; **la segunda** forma parte del espacio conceptual de la teoría identificatoria, en la que alude a ciertos efectos estructurantes –en especial sobre el yo– producidos por el ingreso **fantasmático** dentro del cuerpo (*in-corporación*) de un objeto representado en su totalidad, seguidas de la apropiación⁶³ y la conservación de las cualidades del mismo dentro de sí.

Así definida, la incorporación se diferencia de la introyección, en tanto esta última supone la internalización de **rasgos parciales del objeto** en el **aparato psíquico**, mecanismo que opera en las identificaciones secundarias edípicas. Si la incorporación desemboca en identificación, ésta conlleva la apropiación masiva del objeto y de las características del mismo. Este mecanismo opera –prevalentemente– en terrenos narcisistas y expresa, por lo tanto, la tendencia a recrear en la psique un vínculo absoluto con el objeto: el sujeto y el objeto se unifican. Si esto sucede se debe suponer que, las relaciones con el objeto estaban inmersas –desde antes– en la polaridad totalizante idealización-denigración. Freud hizo operar a la incorporación en las identificaciones primarias y en las narcisistas. Lo oral y la devoración, en tanto aluden a la manducación del objeto y al consiguiente ingreso dentro del cuerpo, vienen como anillo al dedo, para imaginarizar la incorporación.⁶⁴

5.6.3.2. Mito y estructuración del yo

Freud introdujo otro matiz importante respecto del mito: sin negar la dimensión mortífera que el narcisismo supone, remarcó, también, el logro evolutivo que implicaba poder construir una representación completa de sí mismo y enamorarse de esta imagen. Esta operación tiene efectos estructurantes sobre el sujeto: permite el surgimiento del yo. Esto supone haber traspasado un estado anterior –autoerotismo– en el que la vivencia de unidad corporal estaba ausente. Esta perspectiva fue ampliada, luego, con la elaboración de la segunda tópica. (*Cfr.* el capítulo III de *El yo y el ello*). Una vez constituido el yo, y atravesada la etapa narcisista, será posible el ingreso al Edipo, punto culminante de la estructuración infantil del aparato psíquico, como se verá a continuación.

5.7. El mito de Edipo. Las identificaciones secundarias edípicas

Se procederá de la misma forma que en el apartado anterior: en primer lugar se expondrá el mito tal como se fue transmitiendo de una generación a otra, desde la antigua Grecia; luego, se harán consideraciones sobre la importación del mismo al psicoanálisis poniendo el foco en las inflexiones que recibió hasta transformarse en el complejo nuclear de las neurosis; por último, se tratarán las identificaciones edípicas, en el acmé del complejo y durante su declinación.

5.7.1. Los relatos clásicos

La leyenda de Edipo es, probablemente, la más conocida de todas las que nos han llegado desde la antigüedad. La primera vez que se contó esta historia fue bajo la forma de un poema épico. Se sabe a ciencia cierta que tal producción poética existió, pero, lamentablemente, se ha perdido. De ahí que nuestro conocimiento actual se base en el argumento de las tragedias en que aparecía este personaje. La más famosa es la de Sófocles, aunque también tienen cierto renombre las de Esquilo y Eurípides.

Edipo fue hijo de Yocasta y Laios; varias generaciones de sus antepasados vivieron y reinaron en Tebas. Desde su nacimiento, Edipo estuvo marcado por la mala fortuna. Según Sófocles, el oráculo había declarado que el niño mataría a su padre, pero, en las versiones de Esquilo y Eurípides, este vaticinio habría sido anterior a la concepción y se le habría prohibido a Laios engendrar un hijo; en caso contrario, el retoño no sólo le mataría a él sino que sería la causa de las infelicidades y de los malestares que llevarían a la destrucción del hogar. Laios hizo caso omiso de esos nefastos augurios; concibió un vástago y, luego, fue castigado por la desobediencia. Una vez nacido Edipo, y para evitar que se cumpliera la predicción, el padre abandonó a su hijo; antes, le perforó los tobillos y se los ató con una correa. Comoquiera que tales maniobras edematizaron sus pies, el niño, tras ser encontrado, recibió el nombre de Edipo, que en griego significa: pies hinchados. También existen discrepancias en las obras nombradas respecto del lugar en que el niño fue abandonado; unos afirman que lo dejaron

cerca de Tebas, en el monte Citerón; otros, refieren que fue puesto en una cesta, en el mar, en una localidad vecina a Corinto.

Según una versión, fue encontrado por Péribea, esposa de Polybos, rey corinteo. En otra se afirma que le recogieron unos pastores y le llevaron ante su majestad, sabedores de que éste no tenía descendencia. Todas las narraciones coinciden, sin embargo, en señalar a Polybos como el *padre* del niño. Edipo desconocía su condición de hijo adoptivo; más bien, durante su infancia y adolescencia estuvo convencido de ser hijo del rey, en cuya corte se educó.

Ya de mayor abandonó su tierra. Los motivos de tal marcha son también diferentes en los distintos relatos. Según la versión poética, fue en busca de unos caballos que habían sido sustraídos; de acuerdo con las tragedias, se alejó porque un vecino, tras una disputa, le contó la verdad sobre su origen. Edipo interrogó sobre este asunto a Polybos, quién, a regañadientes, confirmó –parcialmente– esa versión. Entonces se dirigió a Delfos, para preguntar al oráculo sobre quiénes eran sus verdaderos progenitores y recibió por respuesta la predicción de que mataría a su padre y desposaría a su madre. Ante su miedo de cometer parricidio en la persona de Polybos, decidió exilarse voluntariamente de Corinto y emprende viaje a Tebas.

Durante la marcha y en un cruce de caminos muy estrecho –¿en Potniai?, ¿en Lafistión?, ¿en Phocide (actual cruce de Mégas)? – se encontró con un carruaje en el que viajaba su progenitor, Laios, junto con su heraldo, Polifontes. Éste ordenó a Edipo que dejase paso a los carros del rey, y como su reacción fue lenta y a desgana, Polifontes mató a uno de los caballos de Edipo, que encolerizado, reaccionó con violencia y dio muerte a Laios y a su acompañante. Se cumplió así lo que el oráculo predijo.

Llegado a Tebas, se encontró con la Esfinge –monstruo conformado a mitades por un león y una mujer– que acostumbraba a plantear enigmas a los que pasaban por ahí, devorándose a quienes no sabían resolverlos correctamente. Edipo fue sometido al siguiente acertijo: ¿quién es el ser que marcha sobre dos, tres o cuatro patas y que, contrariamente a la ley general, es más débil cuanto más patas utiliza?

Hasta entonces, nadie entre los tebenses había resuelto los enigmas que la Esfinge planteaba, razón por la cual ésta continuaba con sus rituales de manducación. Otra versión, tal vez más antigua, relata este fragmento de la historia así: cada día los vecinos de Tebas se reunían en la plaza para resolver las adivinanzas conjuntamente, pero nunca lo conseguían, por lo cual un habitante del pueblo era víctima de las fauces del monstruo. Edipo, al acertar, triunfó sobre la esfinge. Ésta, vencida, fue arrojada al abismo. Al liberarles de semejante flagelo, los tebenses se congratilaron con él y, en agradecimiento, le otorgan como esposa a Yocasta, viuda de Laios.

Pronto, el secreto de su nacimiento fue conocido; tal vez por las cicatrices de sus tobillos. En la versión de Sófocles, esta parte del drama, anterior al desenlace final, tenía tonalidades más furibundas: una peste arrasaba Tebas. Edipo envió a Creón a consultar con el oráculo de la ciudad, para conocer las causas de tal desastre. La respuesta no se hizo esperar: la peste no cesaría hasta que la muerte de Laios fuera vengada. Edipo lanzó una maldición sobre el autor del crimen, que, a la larga, no podía caer sino sobre su propia cabeza. Consultó con el adivino Tiresías, para saber quién era el culpable, pero éste, con arte, escamoteó la respuesta. Edipo creyó que el mismo Tiresías y Creón habían sido los agentes del crimen. Una querrela surgió entre este último y Edipo; intervino Yocasta para calmar los ánimos. Fue entonces que Yocasta relató a Edipo lo que el oráculo había vaticinado, tiempo atrás, respecto del hijo que ella tuvo con Laios. Y comentó también las circunstancias que rodearon la muerte de éste: fue asaltado en el camino por unos bandoleros. Edipo hizo que Yocasta describiese las características de Laios, de los carruajes que le transportaban y del lugar en que aconteció el crimen. Tras la narración, Edipo quedó *ipso facto* atravesado por una gran duda: ¿habrá sido él el asesino?

Entre tanto, llegó un mensajero desde Corinto anunciando la muerte de Polybos y solicitando el retorno de Edipo para casarse con Péribea y reinar allí. Ante la pregunta sobre si esto no significaría cometer un incesto, el mensajero confirmó que Edipo no era hijo de ellos, sino que había sido recogido y adoptado.

Tras estos comentarios, a Yocasta no le quedaban dudas: Edipo, salido de sus entrañas, fue quien mató a Laios; ella reconoció también el carácter incestuoso de su relación. Desesperada, ingresó al palacio y se suicidó. Edipo, con el broche de Yocasta, se pinchó los ojos.

5.7.2. La entrada de Edipo al psicoanálisis

Se la puede registrar en los primeros escritos del vienés; Freud le escribió a Fliess:

“[...] uno comprende el cautivador poder de *Edipo Rey*, que desafía todas las objeciones que el intelecto eleva contra la premisa del oráculo [...]. Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así.” (Carta nº 71, del 15 de octubre de 1897, en OCFAE, I, p. 305).

Este brevísimo párrafo anticipó una idea clave, que el vienés utilizaría a fondo en repetidas ocasiones: transformar un drama personal en un fenómeno universal:

“Todo ser humano tiene impuesta la tarea de dominar el complejo de Edipo [...]”. [(*Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), OCFAE, VII, p. 109)].

El mito acabó adquiriendo la forma de un *complejo relacional* inherente a todos los neuróticos, aunque cada uno vivirá una versión singular del mismo. Completado este giro, hechas las aportaciones teóricas fundamentales al tema, el Edipo –en Freud– dejó de ser sólo el conjunto de deseos, fantasías, amores y odios que el niño/a experimenta hacia sus padres; menos aún, el drama personal que Sófocles, Esquilo y Eurípides relataron.

El vienés engarzó, nuevamente, las tres configuraciones discursivas referidas anteriormente: el complejo de Edipo devino un espacio-tiempo en el cual se llevaba a cabo la conformación del aparato psíquico del *infans*. Hablar de Edipo en la teoría freudiana –en psicoanálisis, en general– implicaba ir más allá de la anécdota: era referir una peripecia estructurante de la psique.

Además de postularlo como una fase del desarrollo psicosexual posterior al narcisismo, se le consideró “**complejo nuclear de las neurosis**”. Después de atravesar la experiencia edípica, los niños tenían ya estructurado –vía identificación– un aparato psíquico funcionando a pleno rendimiento; es decir, con todas sus instancias y sistemas constituidos.

El tema volvió reiteradamente en la obra de Freud y sería una simplificación de sus conceptos reducir el Edipo al plano de los afectos –amorosos y hostiles– de los hijos respecto de sus padres. Esto era sólo lo visible, lo perceptible, de una problemática muy *compleja* que hacía, por un lado, a la estructuración infantil del aparato psíquico y, por otro, a la especificación de modalidades de relación objetal más discriminadas que las narcisistas.

5.7.3. Las identificaciones durante el complejo de Edipo⁶⁵

Han sido descritas extensamente en los apartados I, 1.6. y I,3.2. Aquí, se añadirá tan sólo que el pasaje por el complejo puede ser visto como el espacio-tiempo en el que ocurren, de forma vertiginosa, una multitud de identificaciones. En el acmé edípico y durante su declinación, la identificación cumple de manera intensiva su papel estructurante. En su transcurso se conforma un mosaico de identificaciones que adquiere su expresión en las formas peculiares en que quedan constituidas las instancias psíquicas: yo, superyó, Ideal del yo, *Inc.*, *Prec.*, *Cc.* Las edípicas remodelan los efectos de las identificaciones anteriores y acaban conformando un aparato psíquico que, tras la declinación del complejo, funciona a pleno rendimiento: todas las estructuras y subestructuras que le son propias estarían ya constituidas. Con la disolución del complejo de Edipo finalizaba, también, la estructuración psíquica de la primera infancia.

5.7.4. Las identificaciones en la declinación del complejo

El soterramiento del complejo de Edipo sería un momento particularmente fecundo en lo que a las identificaciones se refiere: se retiraban las catexis de los objetos y se las sustituía por identificaciones. Esta renuncia a los objetos incestuosos de la primera infancia, seguida de identificaciones, era un paso previo a la entrada en la latencia.

El Edipo positivo y negativo obligaba a una doble renuncia: a la madre y al padre, de ahí la diversidad de modalidades identificatorias; ellas fueron presentadas en los cuadros nº 1 y nº 2 de I, 3.2.3.2. Asimismo, en I,7.6.7 podrá leerse una cita de *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924) en que se hace referencia a esta situación.

5.7.5. La representación en las identificaciones edípicas

Este aspecto fue abordado en el apartado 5.4.4 en el que se hizo una descripción secuencial de los pasos que consuman una identificación secundaria edípica. Las representaciones que el sujeto se forma de sus objetos en esta modalidad identificatoria son inconscientes y son parciales: la edípica es una identificación *a rasgos o detalles altamente limitados* de los objetos. Se está en las antípodas de una identificación con la representación *total* del objeto, que caracteriza a las narcisistas.

5.8. Síntesis del capítulo

Tras unos comentarios generales sobre la narrativa mitológica –especialmente la griega y latina– se reconoció la existencia de una dimensión mítica en la discursividad freudiana. Se recordó las numerosas referencias que el vienés hizo de los mitos clásicos a lo largo de su obra. Ahora bien, más allá de estas alusiones, su tarea principal consistió en “metapsicologizar” los contenidos argumentales de los mitos de Edipo y Narciso; en otras palabras: a partir de estos últimos, Freud desarrolló conceptos psicoanalíticos.

Además de esta vertiente mitológica se hizo referencia a otras dos formas de discursividad de la teoría freudiana: la narrativa y la teórica. Un inciso clínico permitió considerar la actividad mitopoyética de los sujetos contemporáneos. La clínica freudiana permite la escucha de los mitos subjetivos, personales que, de manera inconsciente, operan en la mente de los neuróticos.

La noción de representación ocupó, luego, el centro de la escena; se pasó revista a sus usos en diferentes contextos –filosofía, psicología, teoría del conocimiento, lingüística, en las artes plásticas y dramáticas, en la diplomacia– para apuntar, luego, las innovaciones introducidas por Freud en el uso psicoanalítico de dicho vocablo. Se remarcaron tres de sus innovaciones principales: la asociación de las representaciones con lo inconsciente, la fragmentación de las mismas antes de su archivo mediante huellas mnémicas y la carga subjetiva que poseen las representaciones. Se señalaron, asimismo, las áreas teórico-clínicas especialmente concernidas por dicha noción: primera tópica, represión, la asociación libre, el trauma psíquico, la teoría pulsional, la construcción de la realidad, y, finalmente, en la TIF; en el contexto de esta última se insistió en que la mayoría de las modalidades identificatorias propuestas por Freud se consuman con la mediación de representaciones inconscientes de los objetos de identificación.

Los tres últimos apartados pusieron de relieve la dimensión mitológicas presente en las tres identificaciones estructurantes: primaria, narcisista y secundaria edípica. Se aludió al procesamiento metapsicológico de los mitos del asesinato del Padre de la horda primitiva, de Narciso y Edipo

NOTAS DEL CAPÍTULO 5

¹ En los apartados 5.1.3. y 5.2.1. de este mismo capítulo se precisará porqué ha sido tan frecuente el recurso a los mitos en aquellas ocasiones en que Freud teorizó sobre los orígenes, ya sea de la vida, de la cultura, de la humanidad, de las instituciones sociales, del sujeto, de las instancias psíquicas y sociales, etc.

² Salvo en las primarias, la representación juega un rol muy significativo durante la consumación de las identificaciones. Su papel es especialmente importante en las secundarias edípicas. Dada su naturaleza, estas últimas requieren una mayor discriminación entre el sujeto en vías de estructuración y los miembros del contexto objetual identificante. Esta condición es imprescindible para que el *infans* pueda forjar las representaciones **inconscientes** de sus

objetos e identificarse, luego, con ellas. Estas representaciones quedarán inscritas en las diversas cadenas de huellas mnémicas del sistema *Inc*.

³ Véase en el *S 17, El reverso del psicoanálisis*, el capítulo denominado “Del mito a la estructura”, pp. 125 a 141.

⁴ A título de ejemplo se menciona el libro de R. Barthes *Mythologies* (1957), Éditions du Seuil, Paris, que con un cierto humor y gran profundidad reflexiona sobre algunos mitos surgidos en Francia, a mediados del siglo pasado, relacionados con la vida cotidiana en ese país.

⁵ Véase *Dictionaire de la Mythologie* (1979), Introduction, p. XIV, Presses Universitaires de France, Paris. La traducción de los párrafos citados es personal. Quiero dejar constancia de las reiteradas consultas a esta obra durante la elaboración de los diferentes apartados de este capítulo. También: *Mythologie grecque et romaine*, de P. Commelin (1994), Pocket, Paris.

⁶ No es raro encontrar construcciones cuasi mitológicas en los momentos en que Freud se ocupaba de lo originario o lo primario; es decir, cuando construía hipótesis sobre los momentos de *surgimiento* de instancias psíquicas, sentimientos, instituciones, prototipos de actos y/o comportamientos humanos, en general. Cada vez que aparecía bajo su pluma el prefijo *Ur* o el adjetivo *primäre*, elaboraba un relato *ad-hoc* o una ficción sobre los orígenes de tales sucesos. Ejemplos de lo dicho puede encontrarse en el tratamiento de los siguientes temas: *Urvater* (padre originario), *Urszene* (escena originaria), *Urschuld* (culpa originaria), *Urfamilie* (familia originaria), *Urphantasien* (fantasmas originarios), *Urverdrangung* (represión primaria o primordial), *primäre Identifizierung* (identificación primaria), *primärer Narzissmus* (narcisismo primario), etc.-

⁷ Graves, R. y Patai, R. (1986), *Los mitos hebreos*, Alianza editorial, Madrid, p. 9. Las cursivas del párrafo son mías.

⁸ J. Hassoun, *Le temps de l'insatisfaction*, en *Lettres de l'École Freudienne de Paris*, n° 22, Journées de Lille, 1978. La traducción es mía; la cita no es literal; he resumido el párrafo y extractado lo que me pareció más idóneo para ilustrar este aspecto específico de los mitos.

⁹ Como ya se ha dicho, Lacan fue el único de los tres psicoanalistas cuyas teorías se están comparando que se propuso eliminar la dimensión mítica en sus elaboraciones. Hizo suyas las categorías metapsicológicas freudianas derivadas de dichas fuentes –complejo de Edipo, narcisismo, ley de prohibición del incesto, castración, etc. – cortando las raíces y las reverberaciones imaginarias propias de las narraciones míticas.

¹⁰ Estos aspectos, operando en el terreno específico de la clínica psicoanalítica, y en relación a los orígenes de lo psíquico en el recién nacido, fueron abordados brevemente en mi libro *El oficio de analista* (1996), p. 171, Editorial Paidós, Buenos Aires.

¹¹ No pocos enfrentamientos y guerras que asolaron a la humanidad han tenido tales puntos de partida.

¹² Sobre los significados de metapsicología, véanse los apartados 7.1. y 7.2. del capítulo 7.

¹³ Vale la pena incluir unos bellísimos párrafos de la *Teogonía*, escrita probablemente en el siglo VIII a C: “A la vez los vientos expandían con estrépito la sacudida, el polvo el trueno, el relámpago y el ardiente rayo, flechas del gran Zeus y llevaban al centro de ambos griterío y clamor; inmenso fragor salía de la terrible disputa, era evidente la violencia de las acciones y, al fin la batalla declinó, pero antes, atacándose mutuamente luchaban sin cesar en fuertes combates. Entre los primeros despertaron una dura lucha Coto, Briareo y Giges, insaciables de lucha, los cuales enviaron con sus fuertes manos trescientas piedras, una tras otra, y cubrieron con estos dardos a los Titanes; a ellos los enviaron bajo la tierra de amplios caminos y los encadenaron con dolorosas cadenas, tras haberlos vencido con sus manos.” El poema teogónico continúa detallando la situación de los derrotados: los Titanes quedaron enterrados –“en el umbroso Tártaro”– a igual profundidad que la distancia que separa la Tierra del Cielo. Luego sigue con la descripción de la prisión de los Titanes: “[...] un cerco de bronce se extiende, de uno y otro lado, en torno a su garganta, una oscuridad de tres capas están derramadas; por encima nacen las raíces de la Tierra y del estéril mar. Allí están ocultos, por decisión de Zeus [...] los dioses Titanes en una zona húmeda, en los límites de la inmensa tierra. Éstos no pueden salir pues Poseidón les colocó una inmensa puerta de bronce y una muralla les rodea por ambos lados. Allí habitan Giges, Coto y Briareo, fieles vigilantes de Zeus, portador de la égida.” (Se cita según *Teogonía*, de Alianza Editorial, Clásicos de Grecia y Roma, pp. 58-59; Introducción, notas y traducción de Adelaida y María Ángeles Martín Sánchez). En la página anterior se refieren otros aspectos de esta cruenta batalla y las subsiguientes contienen una descripción del oscuro y terrible mundo subterráneo: los cimientos de la tierra y el mar.

¹⁴ Véase el apartado I, 1.6.1. en el que se describen las características del terreno psíquico edípico y de los vínculos que en él se crean.

¹⁵ OCFAE, XX, pp. 171 y ss.

¹⁶ Las cuestiones que abordó en este escrito fueron muchas: la clínica psicoanalítica, la formación del analista, los aspectos teóricos y técnicos del psicoanálisis, la relación con la medicina y otras disciplinas, etc. El telón de fondo para la redacción de este artículo fue el inicio de un juicio en los tribunales de Viena que acusaba de realizar prácticas de curanderismo a Theodor Reik, psicoanalista que carecía del título de médico. Buena parte de las disquisiciones freudianas giraron en torno a las diferencias entre psicoanálisis y medicina. Allí planteó la inconveniencia de subsumir al primero dentro de la segunda. De este extenso trabajo se extractarán sólo algunos párrafos referidos al tema que interesa a este capítulo: los mitos.

¹⁷ Belinsky, J. (1991): *El retorno del padre*, pp. 16 y 17, Editorial Lumen, Barcelona.

¹⁸ Algunas respuestas freudianas a estas preguntas aparecerán en las diversas secciones del apartado 5.5.2. de este mismo capítulo.

¹⁹ El autor de esta tesis se pregunta si a quienes pretendieron eliminar la dimensión mitológica de la teoría psicoanalítica no les sucedió aquello de que lo expulsado por la puerta les volvió a entrar por la ventana. Por otra parte,

también es digno de indagar si las funciones que cumplen los mitos en la teoría freudiana no serían operativas en las llamadas ciencias exactas y biológicas.

²⁰ En los apartados 6.5. a 6.7. de este mismo capítulo se estudiarán con especial detenimiento como estos tres mitos han sido trabajados en el interior de la TIF, donde dieron pie a las identificaciones primarias, narcisistas y edípicas. Podrá apreciarse en toda su magnitud los resultados de este procesamiento y las distancias que median entre los mitos originales y los conceptos psicoanalíticos que se generaron a partir de ellos.

²¹ Cfr. *La cabeza de Medusa* (1940 [1922]), OCF AE, XVIII, p. 270; y la nota al pie de página nº 7 de *La Organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)* (1923), en OCF AE, XIX, pp. 148. Otros artículos en que hace referencia a la mitología: *¡Grande es Diana Efesia!* (1911) y *Paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica* (1916).

²² Cronos fue el hijo más pequeño de Gaia (la Tierra) y Uranos (el Cielo). Ayudado por su madre, que le había facilitado una hoz, castró a su padre y lanzó sus genitales al mar. Con posterioridad se casó con su hermana Rhéa y al serle anunciado que sería destronado por sus hijos, los fue devorando apenas nacían. Así lo hizo sucesivamente con Hestia, Démeter, Héra, Plutón y Poseidón. Rhéa, enfadada por verse privada de sus hijos, dio a luz secretamente a Zeus y entregó a Cronos una gran piedra envuelta -simulando otro vástago- que éste devoró. Ya de mayor, Zeus, ayudado por Metis, hizo beber a Cronos, su padre, una droga que le obligó a restituir todos los hijos que se había manducado. Éstos, ya nuevamente con vida, fueron conducidos por Zeus, en la guerra que declararon a su progenitor. Freud escribió en OCF AE, XX, p. 198: "El mismo Cronos que devoró a sus hijos había castrado a su padre Urano, y a su vez, en reparación, fue castrado por su hijo Zeus, a quien la astucia de su madre había salvado." Existe una versión romana del mito de Cronos: el de Saturno, inmortalizado plásticamente por una pintura de Goya.

²³ Freud declaró a renglón seguido -en la misma página 201 de *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?*- que sus ideas sobre la sexualidad infantil no descansaban sobre lo aportado por la mitología y la historia sino sobre los relatos de los adultos, referidos a su infancia, o por la observación directa, en los psicoanálisis de niños. Por otra parte, el párrafo recién citado, habla de cierta adhesión de Freud al principio de Haeckel -la ontogenia reedita de manera abreviada e incompleta, la filogénesis- y la presencia de residuos de lamarckismo -herencia de los caracteres adquiridos- en su pensamiento. Esas cuestiones, más algunas críticas que estos aspectos de la obra de Freud han levantado, serán estudiadas en las diversas secciones del apartado 6.5., de este mismo capítulo.

²⁴ G. Sissa, en *Elementos para una enciclopedia del Psicoanálisis* (1993), obra colectiva bajo la dirección de Pierre Kauffman, Editorial Paidós, Buenos Aires.

²⁵ Véase al respecto esta otra frase de Freud, dirigida a su interlocutor imaginario, en *Pueden los legos ejercer el psicoanálisis* (1926); OCF AE, XX, p. 198: "Si Ud. se ha inclinado a suponer que todo lo que el psicoanálisis cuenta acerca de la temprana sexualidad de los niños proviene de la desenfadada fantasía de los analistas, admita al menos que ella ha creado las mismas producciones que la actividad fantaseadora de la humanidad primitiva, de la que los mitos y los cuentos son su precipitado."

²⁶ Lacan fue el primero en referirse a este tema en su artículo *El mito individual del neurótico* (1953); años más tarde, E. Kris publicó "The personal myth. A problem in psychoanalytic technic" (1956), en *Journal of American Psychoanalytic Association*, vol. 4, pp. 653-681. Los enfoques de ambos textos son muy diferentes; el primero postula un análisis estructural del guión de cada mito individual; el segundo centra la cuestión en el ámbito de la técnica; considera que sólo algunos pacientes con marcadas resistencias y gran vulnerabilidad narcisista lo presentan: son aquéllos que se aferran a sus propios puntos de vista -idealizaciones sobre sí mismos- y rechazan explorar la verdad.

²⁷ El vocablo fábula, sustantivo y adjetivo a la vez, reúne en su polisemia varios caracteres que posibilitan tomarlo como un sinónimo de mito. Ya se ha visto que R. Graves y R. Patai definían a los mitos como fábulas dramáticas.

²⁸ Actividad mitopoética alude a la creación de mitos por parte del sujeto. En la nota final nº 6 que arranca de IV, 1.4. aclaro la etimología y los sentidos de la palabra poiesis.

²⁹ Carta a Fliess del 12 de Diciembre de 1897.

³⁰ Lacan al plantear una fórmula estructural del fantasma - $\$ \langle \rangle a$ - y al establecer una diferencia neta entre lo imaginario y lo simbólico discriminó con mayor claridad cada una de estas formaciones. De paso se propuso expurgar los mitos y sus reverberaciones imaginarias de su teorización.

³¹ He realizado una breve revisión de la gnoseología kantiana en mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004); Anexo 2, pp. 372 a 389. Véase también, *infra*, apartado 6.3.2. de este mismo capítulo.

³² Ferrater Mora, J. (1979); *Diccionario de filosofía*, volumen 4, p. 2.847, Alianza editorial, Madrid.

³³ En 5.3.3. de este mismo capítulo se harán algunas consideraciones sobre la representación teatral y diplomática, ejemplos posibles de este tipo de sentido y uso. En ese contexto se las utilizará para esclarecer algunos aspectos de la transmisión intergeneracional de lo psíquico y para evocar nuevamente la modalidad identificatoria esbozada por Freud en su artículo *Personajes psicopáticos en el escenario* [(1905-1906); OCF AE, VII, p. 273]. En I, 7.2.5. se incluye una cita de ese escrito en la que alude a dicha identificación.

³⁴ Para completar esta esquemática visión del problema -por otra parte, la única posible, dada las limitaciones de espacio-, se agregará que, según a cuál de los polos sea arrastrada la representación -situada no sólo en medio sino ejerciendo de intermediaria- se llegará o bien al nominalismo o bien al realismo. Se trata de dos posturas enfrentadas durante los veinticinco siglos de existencia de la filosofía y de la lógica. La posición realista consiste en la aproximación -y hasta en la coalescencia- de la representación y el objeto, de manera tal que el signo queda conceptualizado como el nombre de la cosa. La representación se superpone, punto por punto, con el referente y es "pulcra", perfecta. Toda

reflexión sobre la estructura y funcionamiento de los signos, resulta, en este contexto, superflua. El nominalismo, en cambio, acerca la representación al polo sujeto. Considera la representación como dependiente del sujeto y relativamente independiente del referente inmediato. El acto de representar implica la construcción de un significado propio para el sujeto y el signo así creado es, en cierta medida, opaco respecto de la cosa. Dentro de la perspectiva nominalista se abre la posibilidad de reflexionar sobre el *modus operandi* de los signos.

Por otra parte, la cuestión de la verdad será retomada en III, 5.7. *Verdad lógica y realidad. La verdad en psicoanálisis.*

³⁵ Si bien aquí se hace especial referencia a los autores de obras teatrales, es evidente que en toda puesta en escena los actores y el director tienen funciones importantísimas. Sin arte y pericia por parte de éstos, no se inducirá la respuesta que se aguarda del espectador.

³⁶ Se utiliza este término tomando como modelo aquello que Freud designaba con el nombre de pulsión epistemofílica. En el caso de la pulsión hermenéutica, convergen, para mantenerla en constante funcionamiento, la empedernida vocación del ser humano de hallar un sentido o una explicación a todo acontecimiento y la "coquetería" de las cosas del mundo, que se presentan frecuentemente con velos, prometiéndonos siempre algo más por descubrir. Todavía.

³⁷ Se remite nuevamente a I, 7.2.5., y a la cita allí incluida de *Personajes psicopáticos en el escenario*.

³⁸ Dentro de su primera teoría pulsional Freud utilizó un modelo similar para la representación de la pulsión en la psique (véase, *infra*, 5.4.2).

³⁹ Esta modalidad identificante no fue tomada en consideración por Freud ni por M. Klein. Lacan, al sostener que es el Otro el que identifica, abrió la posibilidad de pensarlas. Más aún, generalizó ese *modus operandi* para las identificaciones simbólicas.

⁴⁰ Quienes estén interesados en una aproximación psicoanalítica a estos fenómenos y sus manifestaciones en la mentalidad moderna, pueden remitirse a Moguillansky, R. y Szpilka, J. (2009), *Crítica de la razón natural*, pp. 26 a 42, ediciones Beibel, Buenos Aires.

⁴¹ Comentarios hechos a Zervos, Ch. y publicados por éste en "Conversations avec Picasso", publicado en *Cahiers d'art*, nº especial, Picasso 1930-1935, vol. VII-X, Paris, 1936.

⁴² Podría ser considerado una representación plástica del yo de placer purificado del niño, tal como lo pensó Freud: "lo que me apetece es mío y forma parte de mí".

⁴³ Véase al respecto III, 4. *Procesamiento lingüística de la TIL*.

⁴⁴ Frase del artista extractada la p.164 del catálogo de la exposición, realizada en La Pedrera, Fundación Caixa de Catalunya, Barcelona.

⁴⁵ Freud utilizó dos vocablos alemanes –*Vorstellung* y *repräsentation*–; ambas se tradujeron al castellano mediante una única palabra: representación. El vienés utilizó el primero sobre todo cuando aludía a la noción de representación que tiene sus antecedentes en la filosofía –comentada al comienzo del apartado 5.3.1.–, mientras que el segundo término y sus derivaciones lingüísticas- lo aplicó especialmente en la teoría pulsional, al referirse al *representante* psíquico de la pulsión.

⁴⁶ Véase el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900), OCFAE, V, páginas 531 y siguientes.

⁴⁷ Esta forma de inscripción de la representación, propia del freudismo, le ha servido de puente a Lacan para conectarlo, en primera instancia, con el significante lingüístico saussuriano y, posteriormente, con su versión personal del significante en psicoanálisis. Conviene subrayar, sin embargo, que reducir el inconsciente freudiano a la categoría de archivo personal, es muy empobrecedor. Para Freud lo inconsciente era el determinante fundamental de la vida psíquica y no sólo una memoria sofisticada del sujeto. Llama la atención que, incluso dentro del psicoanálisis, tales concepciones reduccionistas se hayan difundido, limando las aristas más punzantes del pensamiento freudiano.

⁴⁸ *Diccionario de psicoanálisis* (1968), pp. 382-383, Editorial Labor, Barcelona.

⁴⁹ En M. Klein parece operar fundamentalmente una concepción duplicativa: los objetos internos son representaciones que replican los del mundo externo; sin embargo, esas copias son espurias porque los objetos internalizados se ven rápidamente embebidos en las fantasías inconscientes. Por su parte, Lacan, con lo simbólico, hizo estallar las nociones de igualdad y semejanza.

⁵⁰ La perspectiva opuesta, enarbolada por algunos seguidores de Lacan, en la que se menosprecia al referente externo –la identificación es por el significante y no entre personas– tampoco resuelve, a mi modo de ver, el problema. En tanto lo recién comentado es una apreciación personal sobre la identificación, no se agregarán más detalles. Se los reserva para la cuarta parte de esta tesis. Hay una cuestión que con Lacan quedó más clara: para él la identificación no es la reproducción de lo idéntico sino la introducción de una marca diferencial. Ni Freud ni M. Klein lograron resolver la paradoja fundamental que late en toda identificación: la trasmisión simultánea de la similitud y la diferencia respecto del objeto. En relación a este punto específico, véase III, 9.

⁵¹ Las características de la psique del infans en los momentos en que estas identificaciones precoces se consuman, determina que las representaciones que están presentes sean de la *totalidad* del objeto. En el caso especial de las melancólicas o narcisistas, puede entrecerse este carácter *total* de la representación con la cual el yo se identifica, en la famosa frase de Freud: "la sombra del objeto cae sobre el yo". En este punto específico Lacan es aún más explícito: designará con el nombre de *especulares* a este tipo de identificaciones, realizadas a imagen y semejanza del objeto.

⁵² M. Klein otorgó mayor importancia a este aspecto, convirtiéndolo en el núcleo de su identificación proyectiva.

⁵³ Sobre la apropiación, véase I, 2.4.

⁵⁴ Freud vio en este personaje, diferenciado del resto de la horda, la prefiguración de un psiquismo individual.

⁵⁵ Freud remarcó el hecho de que todas las religiones posteriores, desde las más primitivas hasta las monoteístas actuales, han construido a sus dioses sobre el modelo de la figura paterna.

⁵⁶ Como se aprecia, la instancia punitiva era, por aquel momento, exterior a la persona; tuvo que pasar un cierto tiempo para que la prohibición se internalizara -momento de la aparición del superyó en el aparato psíquico-. Recién entonces dicha instancia prohibitiva y castigadora devino una estructura estable de la psique. Respecto de las renunciaciones a la satisfacción pulsional impuestas por el superyó, véase la parte final de I, 6.4.1.

⁵⁷ Esta orientación del pensamiento freudiano ha dado pie a muchas interpretaciones; en una de éstas, el *Urvater* es considerado el ancestro del padre edípico del neurótico de nuestros días. Desde esa perspectiva, los deseos de muerte del neurótico respecto de su padre serían una reproducción de aquéllos deseos, consumados en parricidio. Sin embargo, es de capital importancia diferenciar al Padre originario del padre edípico.

⁵⁸ Véase al respecto IV, 1.6.1, apartado en el que se plantea una interpretación personal de las identificaciones primarias descritas por Freud; especialmente, el hecho de que les haya otorgado como objeto al padre.

⁵⁹ Este aspecto suicida, mortífero, presente en el mito de Narciso fue procesado metapsicológicamente por Freud bajo términos como: pulsión de muerte, compulsión a la repetición, etc.

⁶⁰ Véase I, 1.5.2. *Los dos narcisismos*.

⁶¹ Lo que se sostendrá en este apartado complementa lo expuesto en I, 1.5.4.

⁶² Esta tendencia a hacerse Uno con el objeto, a soldarse a él, me ha llevado a pensar que una propensión exacerbada al establecimiento de este tipo de identificaciones tal vez tenga una de sus raíces en vivencias de desamparo intensas, que conducen a incrementos notables de angustia en los momentos (inevitables) de separación del objeto. Estos aspectos serán desarrollados en la cuarta parte de esta tesis, en la que se plantearán consideraciones personales sobre las identificaciones.

⁶³ M. Klein diría *asimilación*. Véase II, 9.8.5. Por otra parte, en I, 2.2.1. se hicieron comentarios sobre la incorporación en la teoría freudiana y en I. 2.2.3. se apuntaron las diferencias entre este mecanismo y la introyección.

⁶⁴ Para más detalles sobre la introyección y la incorporación, véase I, 2.1. y I, 2.2. Sobre estos mecanismos en Klein, véase II, 9.8.4 y II, 9.2. a II, 9.7.

⁶⁵ Véase lo ya comentado sobre este punto en I, 1.6.

6

METAPSIKOLOGÍA FREUDIANA DE LA IDENTIFICACIÓN

La aparición muy temprana de este vocablo bajo la pluma de Freud permite deducir que antes de la era propiamente psicoanalítica de su obra –iniciada en 1900, con la aparición de *La interpretación de los sueños*– el vienés ya concebía una aproximación a los fenómenos psíquicos muy diferente de las psicologías al uso a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Aunque el empleo que hizo por entonces del vocablo *inconsciente* era nocional –no había alcanzado aún el rango de concepto– Freud ya avizoraba la necesidad de superar los enfoques psicológicos centrados en la conciencia. Puede decirse sin temor a equívocos que el neologismo *metapsicología* surgió mucho antes de que una estricta concepción metapsicológica de los fenómenos psíquicos hiciera acto de presencia en su obra. Para que este arraigo aconteciera, fueron necesarias las elaboraciones de la primera y segunda tópica, las conjeturas respecto del conflicto psíquico fundadas en el antagonismo de fuerzas con diferente signo, los desarrollos sobre la pulsión y la energética de los fenómenos psíquicos, las hipótesis sobre los principios que rigen el funcionamiento de la vida anímica, etc. Sólo a partir de entonces pudo aunar con mayor precisión los puntos de vista tópico, económico y dinámico que, según él, requería toda descripción metapsicológica.

A continuación se hará una caracterización del vocablo metapsicología, señalando sus principales acepciones; luego, a través del estudio de los puntos de vista tópico, económico y dinámico, se precisará la metapsicología de las identificaciones freudianamente concebidas. Este capítulo se desglosará en los siguientes apartados:

- 6.1. ¿Qué es la metapsicología?
- 6.2. Extensión y comprensión del vocablo identificación
- 6.3. Punto de vista tópico
- 6.4. Enfoque económico
- 6.5. Perspectiva dinámica
- 6.6. Resumen

6.1. ¿Qué es la metapsicología?

Freud utilizó por primera vez el vocablo *metapsicología* en su correspondencia con W. Fliess. El 13 de febrero de 1896 le escribió:

“Me ocupa sin cesar la psicología –la *metapsicología*, propiamente hablando–.”

Mes y medio más tarde, en la carta del 2 de Abril, le exhortó:

“Espero que quieras prestar oídos a algunas cuestiones metapsicológicas”.

A finales de ese mismo año, en otra misiva a este amigo berlinés, se refirió a ella diciendo que se ha convertido en su “hija dolorosa” y en su “ideal”. Estas “confesiones” hablan bien a las claras: Freud consideraba a la metapsicología como el enfoque más original de su producción. El prefijo *meta* de la palabra en cuestión vino a significar que sus elaboraciones apuntaban a un más allá de la

conciencia. En una nueva carta dirigida al mismo destinatario, fechada en Viena el 10 de marzo de 1898, le inquirió:

“[...] te pregunto seriamente si para mi psicología que lleva tras la conciencia es lícito usar el nombre de 'metapsicología'.” (Carta 84, OCFAE, I, p. 316).

La cita siguiente, extractada de *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), permite apreciar que Freud se basó en el vocablo *metafísica* –de uso corriente en filosofía– para la construcción de su neologismo:

“Creo, de hecho, que buena parte de la concepción mitológica del mundo, que penetra hasta en las religiones más modernas, no es otra cosa que *psicología proyectada hacia el mundo exterior*. El oscuro discernimiento (una percepción endopsíquica, por así decir) de factores psíquicos y constelaciones de lo inconsciente se espeja –es difícil decirlo de otro modo, hay que ayudarse aquí con la analogía que la paranoia ofrece– en la construcción de una *realidad suprasensible* que la ciencia debe volver a mudar en *psicología de lo inconsciente*. Podría osarse resolver de esta manera los mitos del paraíso y del pecado original, de Dios, del bien y del mal, de la inmortalidad y otros similares: *trasponer la metafísica a metapsicología*.” (OCFAE, VI, p. 251).

De este párrafo se puede deducir que el término *metafísica* sólo dio un molde lingüístico para la construcción del neologismo *metapsicología*; aparte de ese parangón muy circunscrito, las diferencias entre ambas concepciones devinieron progresivamente más grandes. Freud propuso “trasponer la metafísica en metapsicología”; es decir, rectificar la perspectiva de la primera, basada en la proyección de lo inconsciente hacia el exterior, actitud que el paranoico lleva al paroxismo.

6.2. Extensión y comprensión del vocablo metapsicología

En la literatura psicoanalítica aparecen tres formas predominantes de circunscribir la metapsicología freudiana:

- amplia, en la que se suele incluir las especulaciones de más alto nivel de abstracción elaboradas por Freud. Se trata de aquellas construcciones complejas, sistematizadas, en las que el vienés teorizó el funcionamiento mental, distanciándose de aquello que se procesa, de manera directa, en la clínica. Son textos en los que propone conceptos, modelos –ficciones teóricas, podría decirse– y principios generales que por su naturaleza no pueden ser observados directamente y que sin embargo regulan la actividad psíquica manifiesta. Pese a su carácter ficcional, abstracto, tornan inteligibles muchos de los datos que la experiencia psicoanalítica muestra. La metapsicología, concebida de esta manera amplia, sería la superestructura teórica del psicoanálisis; ella permite comprender muchos datos de la clínica y posibilita conceptualizar los procesos psíquicos inconscientes.
- circunscripta: incluye únicamente el conjunto de textos que Freud publicó bajo el nombre de *Trabajos sobre metapsicología*, escritos en 1915, y que llevan los siguientes títulos: *Pulsiones y destinos de pulsión*, *La represión*, *Lo inconsciente*, *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*, *Duelo y melancolía*.¹ Estos cinco ensayos son los que él catalogó explícitamente como escritos metapsicológicos; aunque en algunas ocasiones dijo que había escrito doce artículos para dicha recopilación. Hasta la actualidad sólo se han conocido seis: al quinteto citado cabe añadir un último manuscrito encontrado hace pocos años: *Síntesis de las neurosis de transferencia*.
- específica: en que se utiliza el vocablo como adjetivo. Así, se calificaría de *metapsicológica*, toda descripción que articule los puntos de vista tópico (instancias o sistemas implicados en los conflictos), dinámico (relación entre las fuerzas en juego en tales conflictos) y económico (aspecto cuantitativo: cantidades de energía psíquica implicada). Mediante este triple enfoque, Freud intentaba responder a las exigencias de los paradigmas de científicidad imperantes en aquella época, especialmente, los de la física y la biología. De ahí que, además de la ficción de un aparato psíquico escindido (tópica), describiera las fuerzas que en él actúan, más los conflictos resultantes (dinámica) y las intensidades de las energías involucradas (perspectiva económica).

Dentro de la caracterización amplia de la metapsicología cabría agregar a los textos recién citados los siguientes: *Proyecto de una psicología* (1895), el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900), *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911), *Más allá del principio del placer* (1920), *El yo y el ello* (1923) y *Esquema de Psicoanálisis* (1938). Podría afirmarse que ambos subconjuntos de artículos, pese al altísimo grado de abstracción que les caracteriza, muestran una presencia importante de la clínica psicoanalítica; a la vez, ofrecen aportaciones de incalculable valor para la conducción de tratamientos.

El fragmento citado del texto de 1901 -véase la página anterior- muestra, asimismo, la ambición que animaba al proyecto freudiano: hacer una ciencia de su psicología de lo inconsciente. Con esta intención, Freud planteó en ciertas ocasiones el ideal de que toda presentación de observaciones psicoanalíticas fuese conceptualmente acabada y completa (*Vollendung*). Consideraba dignas de tales calificativos aquéllas investigaciones que describiesen la problemática estudiada desde el trípode metapsicológico. Pero esta tendencia hacia la completud y acabamiento se ha visto *inhibido en cuanto a su meta* por otra inquietud siempre acuciante en sus especulaciones: la de evitar toda clausura conceptual, todo cierre definitivo de los asuntos abordados. La metapsicología freudiana está atravesada por esos dos vectores aparentemente contradictorios: completamiento y apertura. La obra de Freud en su conjunto, muestra que él jamás dio por clausurado -y menos aún, de manera concluyente- ninguno de los temas que trató. Su aspiración científica no le tiranizó al punto de transformar la completud en un ideal.^{2*}

El bosquejo de una metapsicología de la identificación freudianamente concebida que se llevará a cabo en las próximas páginas, intentará evitar, también, tales extremos. Será preciso que la sistematización -necesaria, conveniente- no introduzca violencia en el procesamiento de los textos freudianos, máxime en un campo como éste, donde existe un alto riesgo de crear fórmulas rígidas. Tal boceto ha de ser especialmente respetuoso con otra paradoja que atraviesa al sujeto de la identificación: la coexistencia de continuidad y cambios; la convivencia entre lo que permanece y lo nuevo que surge tras las mutaciones. Tendrá que reflejar, además, una realidad que está en perpetuo movimiento.

En cuanto a las funciones y los alcances de la metapsicología, conviene tener presente lo planteado por Freud en *Análisis terminable e interminable* (1937). Allí, en un párrafo en que se preguntaba por qué derroteros y con qué medios se logra el dominio de una pulsión, afirmó:

"Uno no puede menos que decirse: 'Entonces es preciso que intervenga la bruja'.³ La bruja metapsicología, quiere decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológicos -a punto estuve de decir: fantasear- no se da aquí un solo paso adelante. Por desgracia, los informes de la bruja tampoco esta vez son muy claros ni muy detallados [...]" (OCFAE, XXIII, pp. 227-228).

La "bruja metapsicología" viene a hacerse cargo de la tarea cuando la observación es insuficiente o resulta imposible. Aparece, entonces, para sugerir hipótesis o para brindar *pócimas* teóricas que aclaren los datos que, a primera vista, resultan incomprensibles. Ayuda pues a organizar en otro plano, las manifestaciones clínicas; también colabora en rellenar ciertas lagunas postulando principios o mecanismos que, sin ser ostensibles, organizan los observables. Ejemplo de esto último fue proponer la existencia de la represión primaria como prerequisite para el funcionamiento de la secundaria. Rodeos de este tipo hacen inteligibles ciertos procesos psíquicos; ellos permiten nuevos engarces a la red de lo ya sabido. Sin duda, esta modalidad de teorización va de la mano con lo imaginativo, con el fantaseo, casi, y se avanza, así, más allá de dónde llega la exploración racional.⁴ Esta combinación es imprescindible en el terreno de la identificación, en el que se han de dar respuesta a preguntas del tipo: ¿Cómo surge lo psíquico en un recién nacido humano? ¿Cómo se implanta tal o cual rasgo -originariamente ajeno- en una subjetividad determinada? ¿Qué transformaciones energéticas y qué procesos asimilativos ocurren para que algo que, en principio es "extraño", exterior, al candidato a sujeto se transforme en un componente de su estructura psíquica? ¿Cuál es el destino de las identificaciones? Se ha visto también en I, 3.1.2. y I, 3.1.6., que sin ciertas categorías metapsicológicas es imposible discernir las ideas de Freud condensadas en su identificación primaria.

La aproximación metapsicológica a las identificaciones hará patente la íntima relación que existe entre los tres puntos de vista que le son inherentes. Se propone el símil de la trenza de tres hilos para ilustrar la articulación peculiar de lo tópico, dinámico, económico: se apreciarán entrelazamientos,

superposiciones, cruces, desapariciones y reapariciones de las hebras representativas de cada punto de vista. Sin embargo, el entrelazado se presentará siempre como un conjunto bien articulado, con la apariencia de ser una sola pieza. El desmontaje de un proceso identificatorio en estas tres perspectivas es sólo a efectos didácticos; se describirán, por separado aspectos que nunca dejan de presentarse simultáneamente.

Al abordar el punto de vista tópico –que provee una representación espacial de los lugares (instancias y sistemas) que componen el aparato psíquico– se privilegiará los procesos inconscientes implicados en la identificación. Ya fue adelantado –y se insistió en reiteradas ocasiones– que la articulación de la identificación con lo inconsciente ha sido el aporte freudiano por excelencia a un vocablo que se utilizaba con profusión antes de la existencia del psicoanálisis. El enfoque económico se centrará en todo aquello que hace referencia a lo cuantitativo en las identificaciones: se intentará describir la circulación energética y las catexias puestas en juego en cada modalidad identificatoria, los flujos y reflujos libidinales, las excitaciones asociadas, las intensidades de las cargas y de las fuerzas que actúan en la consumación de las identificaciones. En síntesis, se tendrán en cuenta las catexias, las investiduras y contrainvestiduras, las transformaciones y/o derivaciones energéticas, etc.^{5*} Al encarar el punto de vista dinámico, se pondrá el acento en el interjuego de mociones que atraviesan los diferentes tipos de identificaciones; también en las tensiones que se crean y en las resultantes que se establecen entre las fuerzas en acción. Se hará evidente que en el aparato psíquico –y asimismo en las identificaciones– ocurren cambios constantes: las nuevas inscripciones de trazas identificatorias se combinan con las ya existentes; las fuerzas psíquicas interaccionan: mientras unas buscan su descarga, otras se oponen a ello; se suceden momentos de estabilidad relativa y, otros, de grandes oscilaciones; acontecen movimientos progresivos y regresivos⁶. En síntesis: se estará en presencia de un tejido psíquico vivo, activo, en conflicto permanente.

6.3. Punto de vista tópico

La perspectiva tópica será desglosada en dos apartados que tomarán en consideración las elaboraciones freudianas en torno a las triparticiones del aparato psíquico que propuso en 1900 y 1923: *Inc.-Prec.-Cc.* y ello, yo, superyó.

6.3.1. Primera tópica

Freud, en *IS* (1900), presentó su primera organización tripartita del psiquismo; esta división jamás fue abandonada y determinó la especificidad del enfoque psicoanalítico: determinismo inconsciente de la vida psíquica.⁷ La identificación es esencialmente un proceso inconsciente.^{8*} Ya desde las primeras consideraciones freudianas sobre la identificación (período 1895-1900) quedó establecido tal carácter: siempre ocurre a espaldas de aquéllos que intervienen en la misma. Los partícipes no saben cómo, cuándo y dónde fueron agentes y protagonistas de las mismas. También desconocen que marcas quedaron inscriptas gracias a los procesos identificatorios. Recuérdese que el enlace con lo inconsciente ha sido la principal novedad que Freud introdujo en el concepto de identificación. Ella está regida por las leyes que imperan en el funcionamiento del proceso primario; el proceso secundario también interviene, sobre todo en aquéllas en las que el discurso de los padres (“lo oído”, dijo Freud) fue identificante.

Las relaciones entre la identificación y la primera tópica fueron puestas de relieve a través de las modalidades histérica y onírica, que Freud teorizó en los inicios de su producción.⁹ Las descritas posteriormente *heredaron*, por así decir, el carácter inconsciente atribuido tempranamente a aquéllas. En *La interpretación de los sueños* (1900), la identificación fue descrita como un modo de representación: las ideas de semejanza, de concordancia o de comunidad son figuradas mediante una formación mixta (si se trata de cosas) o por medio de una identificación (si se refiere a personas).¹⁰ Esta última cumple en el fenómeno onírico diversos fines: figura o representa algo que tienen en común dos personas; expresa una mancomunidad *deseada*. En otras palabras: se la emplea para reemplazar a una persona por otra. La conexión entre ambas está dada por elementos o situaciones que la represión obliga a mantener ocultos. La formación mixta se refiere a estas mismas circunstancias, pero opera especialmente sobre cosas –no entre personas–. La identificación onírica produce

condensaciones; Freud la consideró también como una forma de pensamiento inconsciente.¹¹ Esta modalidad, sin haber sido explícitamente abandonada, no fue objeto de nuevos desarrollos en los años posteriores. Tal vez, la basculación hacia la teoría identificatoria estructural haya restado importancia a esta variante, que se caracteriza justamente por su fugacidad: dura lo que dura un sueño. Sin embargo, una relectura de las mismas teniendo en cuenta los textos posteriores al codo de los años veinte, permitiría subrayar que ella, junto con la variante histérica, señalaron muy precozmente el nódulo de toda identificación concebida psicoanalíticamente: su articulación con lo inconsciente.¹²

En los escritos de esa primera época podemos apreciar, también, un movimiento de aproximación y de diferenciación entre ambas identificaciones. La histérica y la onírica tienen en común su despliegue en dos escenarios: a) lo inconsciente y los procesos primarios; b) el *Prec-Cc.* y los procesos secundarios; pero, mientras en el sueño, la regresión tópica, formal y cronológica es importante -aspecto éste que favorece la traducción de pensamientos y deseos inconscientes en imágenes- en la histérica, la regresión es menor. Por otra parte, la vigilia determina que en estas últimas el proceso secundario sea más activo y que se haga necesario intensificar la deformación para atravesar la censura: el deseo inconsciente aparece insinuado, apenas aludido. Ambas se caracterizan por ser identificaciones centrífugas, en las que el yo se proyecta en otros.

En resumen, desde el punto de vista tópico, las características principales de la identificación histérica son las siguientes:

- Al evitar la expresión directa de las mociones pulsionales se pone al servicio de los mecanismos de defensa.
- Es una forma de expresión del deseo inconsciente; manifiesta el querer *ser como (X)*, o *hacer las veces de (X)*, o *ser igual que (X)*. El elemento compartido con (X) se reprime y es, generalmente, de índole sexual.
- Las fantasías histéricas proporcionan un escenario que facilita la consumación de identificaciones.
- El sujeto histérico padece las consecuencias del *querer ser como el otro*: tendrá sus mismos síntomas.
- Participa en las transacciones -formación de compromiso- que instauran un síntoma.
- Permite la conservación del objeto libidinal en la fantasía.

6.3.2. Segunda tópica

Esta nueva configuración espacial del aparato psíquico, introducida en *El yo y el ello* (1923) fue coetánea a la creación de la teoría identificatoria estructural. Mediante esta nueva tripartición de la psique, Freud conceptualizó con mayor precisión el carácter esencialmente relacional de la vida psíquica. El superyó, el Ideal del yo y sobre todo el yo, resultan ser precipitados de antiguas relaciones de objeto. Éstas dejan como reliquia un mosaico de rasgos que, una vez apropiados por identificación, constituyen dichas instancias psíquicas.

En los capítulos anteriores se remarcó, desde distintos ángulos, la importancia del pasaje desde la teoría identificatoria funcional a la estructural: la identificación salió de su cauce psicopatológico y fue concebida como el mecanismo estructurante del aparato psíquico de todos los humanos; se universalizó su alcance: se convirtió en la operación *princeps* de la trasmisión de lo psíquico de una generación a otra.¹³

La segunda tópica conectó de lleno con las identificaciones edípicas y el espacio triangular que las caracteriza¹⁴; ellas, junto con la represión, la inhibición de las pulsiones en su meta y la sublimación, son los mecanismos que participan y favorecen la declinación del complejo de Edipo.¹⁵ La identificación realiza una tarea que, desde el punto de vista psicopatológico, resulta más beneficioso que la represión de dicho complejo: produce la sustitución de catexias de objeto por inscripciones psíquicas que dan pie a estructuras estables del psiquismo. La sublimación implicada en ese movimiento reduce el empuje a la sintomatización porque disminuye la presión del retorno de lo reprimido. Mediante las identificaciones secundarias edípicas Freud dio cuenta del surgimiento del carácter del yo:

"El carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas las elecciones de objeto." [*El yo y el Ello* (1923), OCFAE, XIX, p. 31].

El superyó y el Ideal del yo también se forman gracias a la consumación de esta modalidad identificatoria.¹⁶ Ambos *heredan* la admiración y la rivalidad infantil otrora dirigidas a los padres. La ambivalencia disociada —el amor y el odio convertidos en un par antitético, que se dirige separadamente a cada vértice del triángulo edípico—, es un elemento presente en mayor o menor grado en toda identificación.^{17*} El superyó del niño/a no sólo se estructura por la influencia del superyó de los padres -carácter imágico de las identificaciones superyoicas- sino y además, por el ascendiente de otros personajes:

"[...] se anudan, después, los influjos de maestros, de autoridades, modelos que uno mismo escoge, héroes socialmente reconocidos [...]" [*El problema económico del masoquismo* (1924), OCFAE, XIX, p. 173].¹⁸

El superyó fue relacionado con los discursos parentales y los de otras personas que enunciaban las permisiones y prohibiciones imperantes en el contexto familiar y social. El Ideal del yo, en cambio, se formaría a partir de aquellos rasgos idealizados de los padres y de los ídolos sociales; ellos instituyen modelos valorados que los niños y adolescentes pretenden emular. Tales rasgos pasan a formar parte de dicha instancia.

Como se verá enseguida —apartado 7.5.— las identificaciones secundarias edípicas supone el retiro de las catexias libidinales de los objetos y un incremento de la libido narcisista. Freud calificaba a estas identificaciones de regresivas, por el hecho de que una catexia de objeto era sustituida por una identificación. Para entender por qué aplicaba tal adjetivo cabe saber que, al inicio del capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), había considerado a la identificación como el primer enlace afectivo con el objeto, y que las relaciones objetales se establecerían más tarde. Si se atiende a esas ideas, el trueque de una investidura —o relación— de objeto por una identificación, implicaba, para Freud, la existencia de un movimiento regresivo.¹⁹

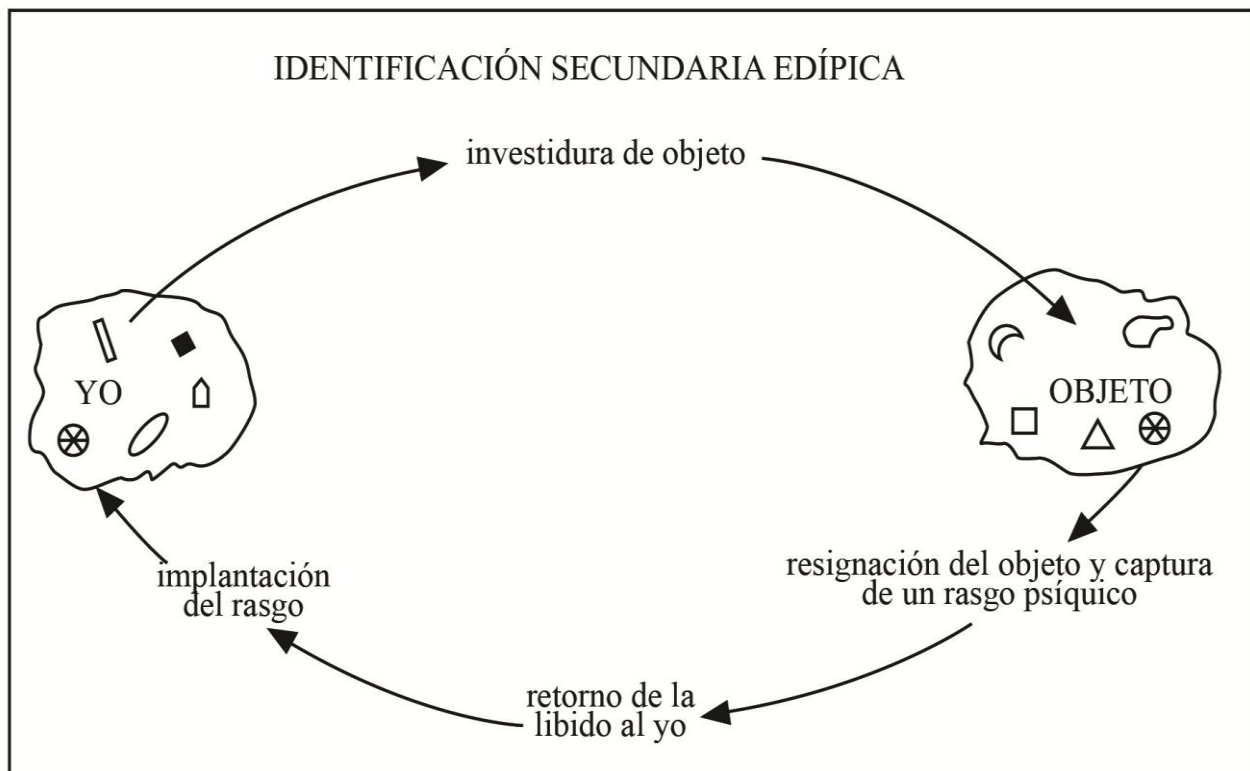
6.4. Enfoque económico

La identificación regula su economía bajo la influencia del principio de placer-displacer y de su más allá: la pulsión de muerte. Lo esencial del enfoque económico deriva de la íntima conexión que Freud estableció entre la identificación y la pulsión: la primera es un retoño o un derivado de la acción de la segunda.²⁰ Planteado este punto de partida, se le impuso al vienés la necesidad de explicar las etapas intermedias que llevan al destino pulsional identificatorio y los procesos económico-energéticos que les son inherentes. Constituir instancias estables del psiquismo -tarea principal de la identificación estructurante- supone desexualizar la pulsión que ha comandado el proceso. Esto trajo aparejada una multitud de interrogantes que no fueron aclarados por él: ¿cómo se realiza dicha desexualización? ¿Cuál es la *microeconomía* de esa “suerte de sublimación” (OCFAE, XIX, p. 32) inherente a algunas identificaciones? A continuación se intentará dar respuestas a estas cuestiones, a partir de las escasísimas referencias freudianas al respecto.

Se comenzará por las secundarias edípicas porque ellas son las que mejor ilustran estos fenómenos. Luego, estas disquisiciones iniciales servirán como telón de fondo comparativo para el estudio de las primarias y narcisistas. Es preferible un análisis económico-energético diferencial de las identificaciones porque ellas no conforman una clase homogénea. El adjetivo que suele acompañarlas —primarias, secundarias, narcisistas, etc.—, establece diferencias sustanciales.

6.4.1. Las identificaciones secundarias edípicas posteriores a la renuncia del objeto

Estas modalidades muestran de manera paradigmática la secuencia que fue designada como el “alma” de la identificación freudianamente concebida: investidura objetal → pérdida o resignación del objeto → retracción libidinal (retorno de la libido al yo) → implantación de rasgos del objeto en el yo (identificación). Esta sucesión indica el circuito por el cual circula la energía pulsional (libido) en el proceso identificatorio. Ella aparece esquematizada en el cuadro siguiente.



Ahora bien: ¿qué sucede con la energía pulsional en el último paso de esa serie, después de la inscripción de la traza psíquica en el yo? ¿Qué operaciones intervienen en la consumación de esta identificación parcial, al rasgo o detalle del objeto? Se las estudiará minuciosamente a continuación.

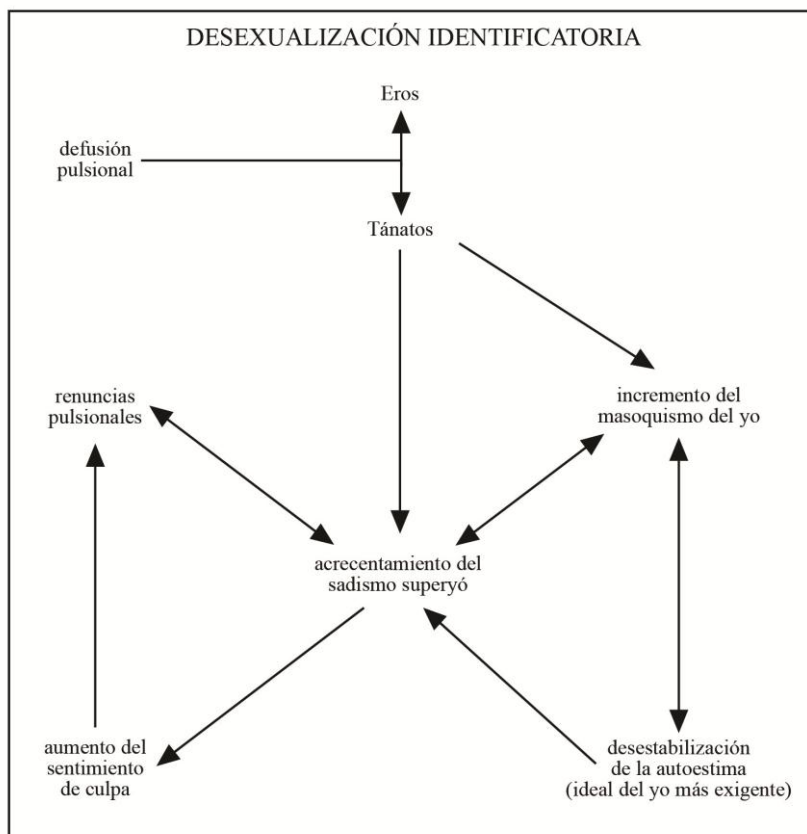
En primer lugar cabe decir que el retorno de la libido objetal al yo produce un incremento de la libido narcisista; luego, sobreviene una desexualización-sublimación de la misma, que dota a la pulsión de un nuevo fin.²¹ De manera concomitante acontece la inscripción psíquica duradera del rasgo del objeto: identificación propiamente dicha. La desexualización de las pulsiones, acontecimiento esencial de toda sublimación, trae aparejada algunas consecuencias, que serán analizadas a continuación.

En tanto las investiduras de objeto fueron realizadas por una mezcla de energía proveniente de pulsiones eróticas y tanáticas, la concreción de los procedimientos recién señalados supondrá la separación de ambos componentes –desmezcla o defusión pulsional– razón por la cual aparece en el psiquismo un remanente de pulsión de muerte no neutralizada por Eros. Esta carga tanática inunda el aparato psíquico, alimentando el masoquismo del yo y el sadismo del superyó. En ambas instancias anida la agresividad, producto de la pulsión de muerte liberada de sus ligámenes con Eros.

Por lo dicho, toda identificación secundaria a la resignación del objeto destinada a constituir instancias psíquicas, conlleva una acentuación del masoquismo yoico y un aumento del sentimiento de culpa, debido al incremento de la crueldad (sadismo) del superyó. El yo, el superyó y el Ideal del yo, beneficiarios directos de las identificaciones, tienen que acarrear también con estos efectos colaterales. Pero, tratándose de identificaciones secundarias edípicas –el falo y la castración están en juego–, las consecuencias producidas por la liberación de Tánatos son de baja intensidad. Además, son compensadas por los beneficios de la sublimación y la adquisición de rasgos psíquicos estructurantes.

En cambio, en otras modalidades identificatorias y en otras entidades clínicas –melancolía y neurosis obsesivas, por ejemplo– la ausencia de la desexualización y sublimación lleva al establecimiento de círculos viciosos sado-masoquistas infernales. Las pulsiones pregenitales comandan la situación. La melancolía muestra estos fenómenos a tambor batiente.

El siguiente diagrama sintetiza lo recién afirmado; en la parte inferior del mismo aparecen los circuitos sintomáticos que se retroalimentan.



La desexualización – sublimación que acontece en las identificaciones edípicas no ocurre en las renuncias a la satisfacción pulsional impuestas por el superyó.²² En éstas, el displacer acarreado por las renuncias es compensado por una satisfacción sustitutiva: el yo se siente enaltecido y orgulloso (sentimiento de raíz narcisista) por evitar que la pulsión alcance su meta; tal abstinencia es brindada - como ofrenda- al superyó, de quién se espera, en calidad de recompensa, su amor.²³ En este caso, la naturaleza íntima de la pulsión permanece inmodificada, tan sólo queda coartada en su fin. La ausencia de desexualización marca la diferencia entre las identificaciones edípicas –y, en general, los procesos sublimatorios– con las renuncias a la satisfacción pulsional.

A manera de síntesis de este apartado se incluye dos citas elocuentes de Freud, que bien pueden hacerse extensivas a las identificaciones yoicas y a las constituyentes del Ideal del yo:

“El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno. Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aún, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal trasposición se produce también una desmezcla de las pulsiones. Tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aleada con él, y esta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber -ser.” [El yo y el ello (1923), OCFAE, XIX, p. 55].

En *El yo y el ello*, en relación al sentimiento inconsciente de culpa, afirmó:

“Una particular *chance* de influir sobre él se tiene cuando ese sentimiento inconsciente de culpa es *prestado*, vale decir, el resultado de la identificación con otra persona que antaño fue objeto de una investidura erótica. Esa asunción del sentimiento de culpa es a menudo el único resto, difícil de reconocer, del vínculo amoroso resignado.” (OCFAE, XIX, p. 51).

* * * * *

Existe una variedad de identificación edípica -la concomitante con la relación de objeto-, estudiada en I, 3.2.4.1., que plantea una cuestión original: la coexistencia de una identificación y una investidura de objeto. Entonces, puede ocurrir

[...] una alteración del carácter antes de que el objeto haya sido resignado. En este caso, la alteración del carácter podría sobrevivir al vínculo de objeto, y conservarlo en cierto sentido”. [El yo y el ello (1923), OCFAE, XIX, pp. 31-32].

Todo indica que para Freud, esta modalidad identificatoria podría consumarse sin renuncia al objeto, evitando la defusión pulsional y la consiguiente liberación de la pulsión de muerte.

6.4.2. La identificación melancólica

De manera paralela al estudio de la identificación narcisista, Freud fue centrando, cada vez más, su atención en la estructura y el funcionamiento del yo. Esta preocupación se acentuó durante la elaboración de la segunda tópica. *Introducción del narcisismo* (1914) y *Duelo y melancolía* (1915) marcaron un punto de inflexión en la elaboración de la TIF. Ambos artículos proporcionaron nuevas ideas para repensar el yo y la identificación. El primero de ellos convirtió al yo en un agente de intercambio libidinal; el segundo, hizo girar la identificación en torno a la pérdida de objeto. La identificación melancólica fue concebida como una intensa reacción ante la afrenta producida por un objeto con el que se mantenía una relación narcisista. Por esta ofensa -real o fantaseada- se abandona al objeto; se produce, entonces, la retracción libidinal hacia el yo, con la consiguiente conversión de libido objetal en narcisista.²⁴ En esta identificación se *incorpora* masivamente al objeto, pero no acontece la desexualización - sublimación descrita en el apartado anterior. De ahí la violencia reinante entre el yo y el superyó: se interiorizó²⁵ el vínculo sadomasoquista con el objeto perdido. Esa modalidad de relación pervive en la mente, como lo demuestra la persistencia de un trato sádico -oral y anal- al objeto, ahora incrustado en el yo.

La identificación melancólica no es un avatar de la rivalidad ni de la envidia; tampoco se funda en el deseo de “*ser como*” el otro, fenómenos todos ellos propios de un entramado edípico de lo psíquico. Nunca se manifiesta de manera circunscripta, al modo de un síntoma neurótico sostenido por una identificación a rasgos parciales del objeto. Por el contrario, ella ilustra palmariamente los avatares de una identificación que acontece en un terreno narcisista: muestra la totalización del objeto, la participación del mecanismo incorporativo, la destructividad angustiante, la lucha a muerte, la ambivalencia desgarradora. La identificación melancólica pone en evidencia los aspectos sádicos -o, más ampliamente: tanáticos- presentes, *a mínima*, en todas las identificaciones; ella los amplifica. Lo mismo puede decirse de la ambivalencia que le es inherente.

6.4.3. La identificación en la homosexualidad

Lo que empuja a esta modalidad de identificación es una angustia de separación exacerbada. Después de una elección anaclítica de objeto -que recae sobre la madre- el futuro homosexual, ante la eventualidad de tener que renunciar al objeto materno, “*opta*” -en realidad se trata de una elección forzada - por una identificación con ella. La relación incestuosa con la madre no es abandonada ni reprimida; es desplazada: la madre, incorporada, deviene yo. Luego, se elige un objeto a imagen y semejanza, con el que se reitera el vínculo materno-filial. La renegación de la diferencia de los sexos juega en esta estructuración subjetiva un rol crucial.

El narcisismo particularmente intenso que preside la relación madre-hijo facilita esta identificación. Si la melancólica da pie a una escisión psíquica, la identificación homosexual sienta las bases de la futura elección de objeto, que *estabilizará* el narcisismo en una relación con un otro semejante a sí mismo.

6.4.4. Las identificaciones primarias

De *El yo y el ello* (1923) se extrae la siguiente afirmación:

"A primera vista no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa, inmediata {*no mediada*} y más temprana que cualquier investidura de objeto." (OCFAE, XIX, p. 33).

Esta frase de Freud plantea verdaderos enigmas: ¿puede consumarse esta identificación sin una investidura de objeto? ¿Qué tipo de libido es la que se pone en juego en esta identificación? ¿Será que en tanto anterior al yo -y al narcisismo- Freud consideró que no podía haber una verdadera investidura de objeto?

Por otra parte, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1923) afirmó que ellas acontecen en la temprana fase oral y que tienen por objeto al padre en posición de ideal. Si esto es así, ¡algún tipo de relación con ese objeto debe existir! Tal vez la cuestión dependa de cómo se entienda qué es una *relación de objeto*. Se investigará esta cuestión siguiendo la perspectiva explicitada en los apartados dedicados a la identificación primaria.²⁶ Es evidente que en ese vínculo del niño con su objeto de identificación -el padre en posición de Ideal, según Freud-, este último no es un objeto de deseo ni de amor tal como lo será cuando, en pleno complejo de Edipo (fase fálica), el infante pueda realizar elecciones de objeto -las primeras, las infantiles-, que implicarán necesariamente una investidura libidinal. Cabría considerar que la afirmación "*más tempranas que cualquier investidura de objeto*" surge dentro del marco de la segunda teoría del narcisismo primario -mónada cerrada, ausencia de investiduras de objeto-.²⁷ En todo caso, lo que sí queda claro es que son anteriores a las elecciones de objeto propias de la fase fálica- y, por lo tanto, no constituyen un desenlace de las mismas, como sí ocurre, por definición, con las secundarias edípicas. Son también anteriores a la instauración del narcisismo primario y a la formación del yo. Se puede fundamentar tal interpretación recurriendo al comienzo del capítulo III de *El yo y el ello* (1923). Allí, Freud escribió:

"Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, *una investidura de objeto es relevada por una identificación*." [(OCFAE, XIX, p. 30). El subrayado mediante cursivas es mío].

Esta investidura de objeto es la propia de una elección de objeto -en el caso de la melancolía, de tipo narcisista-. En esta frase, Freud no discriminó con claridad, entre una catexis o investidura de objeto y una elección de objeto. La segunda presupone siempre a la primera, pero, la inversa, no es válida. En cambio sí lo hizo cuando en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), sostuvo respecto de la identificación primaria, lo siguiente:

"La primera ligazón ya es posible, por tanto, antes de toda elección sexual de objeto." (OCFAE, XVIII, p. 100).

Tras estos rodeos podría responderse a las preguntas anteriores señalando que la libido activa es la propia de la pulsión oral. ¿Se trata de libido narcisista del bebé? La respuesta es negativa si ellas acontecen antes de que se establezca el narcisismo primario y la consiguiente instauración del yo. En cambio, si se considera que la identificación primaria se consuma tras la formación de esta instancia, la respuesta puede ser afirmativa: habría libido narcisista en juego. Todo dependerá, en última instancia de dónde se sitúe temporalmente la realización de estas identificaciones, cuestión que Freud no zanjó tajantemente. Dos cosas son, sin embargo, particularmente claras, aunque implícitas, en la lectura de sus textos:

- No puede haber libido objetal puesta en juego por el infante en estas identificaciones; sí, por parte de los padres.
- Las características de esta modalidad identificatoria hace imposible que en ella intervenga la desexualización - sublimación que acontece en las secundarias edípicas.

La identificación primaria podría relacionarse con los movimientos pulsionales pre-represivos que Freud describió en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915): trastorno hacia lo contrario y vuelta hacia la persona propia²⁸, lo que las haría coetáneas a formas autoeróticas de satisfacción pulsional. En la identificación primaria participan formas primitivas de idealización y una intensa ambivalencia, carácter este último que es compartido con las narcisistas.

6.5. Perspectiva dinámica

Será expuesta mediante una serie de puntualizaciones sintéticas.

- Llama la atención el juego de fuerzas complementarias y antagónicas entre la identificación y la catexia de objeto. Existe complementariedad puesto que sin investidura previa no hay identificación posible; hay antagonismo, en tanto la identificación supone, como primer

requisito -al menos para un grupo importante de éstas-, el retiro de las catexias de aquel objeto cuyos rasgos serán apropiados, vía incorporación o introyección.

- La identificación puede ser considerada tanto una forma de satisfacción de las pulsiones como un modo de defensa contra ellas. Se hacen extensivas, aquí, las ideas de *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), donde Freud señaló que los destinos de la pulsión pueden ser vistos como modalidades de la defensa contra ésta. En el caso particular de la identificación histórica, se pone al servicio tanto de la realización del deseo como del infligirse un castigo.
- Las edípicas, y el mosaico identificatorio por ellas creado, tipifican la identidad sexual y participan del conflicto homosexualidad-heterosexualidad presente en todo sujeto.
- Al considerar regresivas a las identificaciones secundarias edípicas, Freud puso de relieve una tensión entre el apego al objeto -que tiende a mantener la constancia de la relación objetal- y la renuncia al mismo. En cierto sentido, estas identificaciones suponen una solución salomónica del conflicto: se resigna el objeto, a condición de introyectarlo en el yo. Por esta vía, la identificación juega un papel fundamental en la formación del carácter del yo: tras la desexualización se establece una ligadura permanente, que otorga estabilidad a esa instancia. La introyección del objeto en el yo renueva los vínculos de éste con el ello:

"Mira, puedes amarme también a mí, soy tan parecido al objeto." (OCFAE, XVIII, p. 100).

La pulsión pierde su objeto pero el yo gana el amor del ello. Los mismos mecanismos operan en la constitución identificatoria del superyó.

- Ya se dijo que todos estos movimientos conllevan una desexualización, lo que supone una defusión pulsional que libera montantes de pulsión de muerte, con el consiguiente incremento del sadismo del superyó. Se ha de tener presente estos factores en la dinámica de la formación de síntomas: los componentes tanáticos liberados son generadores de angustia. Se está ante una situación paradójica: el yo se consolida como producto de las identificaciones, ganándole espacio al ello -proceso que abre el camino hacia la sublimación- pero, por otra parte, el yo se siente más inerte frente al incremento de las exigencias superyoicas.
- Estas relaciones suponen el establecimiento de un nuevo equilibrio de fuerzas entre las tendencias autoeróticas y narcisistas, por un lado, y las objetales, por otro. La identificación plantea en este nivel otra paradoja: la desnarcisización que ella implica (la libido que retorna desde los objetos hacia el yo se desexualiza) tiene su contrapartida en el refuerzo del narcisismo que surge al sustituir un vínculo objetal por otro, endopsíquico, entre el yo y el ello. A partir de esta relación estable y estabilizadora entre ambas instancias, se restauran valencias narcisistas. Esta relación intrapsíquica puede considerarse narcisista -en sentido amplio-, siempre y cuando se reconozca que es un narcisismo reciclado por lo edípico e incluido en una textura triangular. El yo -otro yo diferente, ahora, que aquél del narcisismo primario- es, nuevamente, objeto de amor ambivalente del ello.
- A *contrario sensu*, la identificación melancólica viene a mostrar qué sucede cuando: a) el espacio no es a predominio triangular, sino dual; b) cuando opera la incorporación masiva del objeto a diferencia de la introyección de un rasgo parcial; y c) cuando no acontece la desexualización de la pulsión.
- La identificación narcisista informa que las calificaciones tópicas de consciente, inconsciente, etc. son insuficientes para caracterizar lo que sucede en una identificación; ésta debe ser considerada, también, a la luz del par narcisismo - objetalidad (edípica).
- La teoría funcional muestra a la identificación interviniendo en la formación de síntomas. Participa, entonces, del antagonismo de fuerzas que tendrá que ser resuelta mediante un compromiso.
- Con la aparición de la teoría estructural, la identificación se transformó en el proceso constituyente de instancias y sistemas del aparato psíquico: gracias a ella lo intersubjetivo deviene "intrapsíquico". Una vez estructurado el sujeto, todo nuevo objeto que ingrese en su espacio psíquico será, indefectiblemente, un objeto bajo transferencia.

- En cierto sentido, la identificación podría ser vista como un mecanismo que evita la desaparición del objeto: al inscribirlo en la psique, pervive.²⁹ El rasgo introyectado es la expresión mínima de la presencia del objeto en la estructura psíquica del niño/a.
- La identificación participa del conflicto de ambivalencia; esta última es inherente a todo proceso identificatorio.
- La identificación edípica supone la bifurcación de la elección de objeto y la identificación. Cada una se dirige a un vértice distinto del triángulo. Esta afirmación es válida tanto para el Edipo positivo como negativo. Suponen la voluntad hostil hacia el rival - su destrucción simbólica- y el amor hacia el otro progenitor. La conciencia moral permanece activa: "has querido ser tu madre, ahora lo eres al menos en el sufrimiento".³⁰
- La idealización y la identificación configuran vectores opuestos. Mientras la primera supone un empobrecimiento libidinal por sobreinversión del objeto idealizado, la segunda aumenta la libido desexualizada. Si la idealización implica la persistencia del objeto externo idolatrado, la identificación entrena la pérdida o resignación del objeto. Si en esta última, los rasgos del objeto son incorporados o introyectados, en la otra, el objeto es puesto en el lugar del Ideal del yo. La idealización -sobre todo la originada en el yo ideal- tiende a la indiscriminación sujeto-objeto, mientras que la identificación tiende a establecer las diferencias.
- La identificación en el seno de las masas y las identificaciones edípicas concomitantes con la carga de objeto muestra que es posible la identificación sin la pérdida del objeto.
- Las masas y la identificación que le es inherente muestra otra paradoja: el obstáculo que dificulta la formación de las mismas -el narcisismo de los miembros, refractario a la aglutinación- es removido por otro factor también narcisista: el enamoramiento colectivo del líder. Al compartir ese amor, la masa se aglutina.

6.6. Resumen

Tras definir la metapsicología como el estudio aunado de los enfoques tópicos dinámico y económico se señalaron las tres formas más habituales de circunscribirla: la *amplia*, que agrupa las tesis más abstractas de la elaboración freudiana; la *circumscripta*, que incluye estrictamente las ideas expuestas en los textos que el vienesí reunió bajo el título de *Trabajos metapsicológicos* (Pulsiones y destinos de pulsión, La represión, Lo inconsciente, Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños, Duelo y melancolía) y la *específica*, que amalgama los puntos de vista tópicos, dinámico y económico en la descripción de los fenómenos psíquicos. Esta última coincide con la definición misma de metapsicología.

Se pasó revista a este trípode señalando, primero, las características de cada uno de dichos puntos de vista y, luego, se los aplicó al estudio de las diversas modalidades de identificación. La primera y segunda tópicos fueron recordadas brevemente; en ese contexto se señaló la articulación de la identificación con lo inconsciente; el desconocimiento de los que intervienen en ella respecto de cómo, cuándo y dónde ocurrieron y la ignorancia sobre las marcas que ellas dejaron inscritas. Las identificaciones oníricas e histéricas guiaron el estudio de esta perspectiva en tanto ellas señalaron, desde el inicio mismo de la producción freudiana, el núcleo deseante, inconsciente, que las caracteriza y que luego fueron extendidas -implícita o explícitamente- al resto de modalidades identificatorias.

El punto de vista económico encontró su espacio de aplicación en la teoría de la identificación, como consecuencia de la conexión que Freud estableció entre ella y la pulsión oral. Se repasaron las modalidades estructurantes de la TIF y se encararon diferenciadamente sus aspectos económicos: a través de las secundarias edípicas se remarcó aquello que resultó ser el "alma" de las identificaciones freudianamente concebidas. Se puso el acento en la desexualización pulsional y en la defusión de Eros-Tánatos que estas identificaciones conllevan; también, en las consecuencias sobre la psique derivadas de la regresión y desmezcla pulsional: aumento del masoquismo del yo, del sadismo del superyó, del sentimiento de culpa, desestabilización de la autoestima, etc. En ese contexto se hicieron algunas consideraciones sobre la desexualización y sublimación relacionadas con la identificación.

El empleo de la perspectiva económica en el estudio de las identificaciones narcisistas de la melancolía permitió esclarecer los aspectos tanáticos que pueden estar presentes en todas las identificaciones que supongan una pérdida o resignación del objeto. Recuérdese al respecto: a) la extensión que Freud hizo en *El yo y el ello* (1923) a las secundarias edípicas de aquello que descubrió en las melancólicas y b) las diferencias entre una y otra modalidad identificatoria.

El enfoque económico aplicado a la identificación primaria permitió diferenciar entre investidura objetual, elección de objeto e identificación. Esta modalidad identificatoria se caracteriza por la no mediación de la libido objetual del niño/a, ya que son “más tempranas que cualquier investidura de objeto.” Se discutió esta tesis freudiana y se propuso una interpretación de sus ideas sobre este aspecto específico.

El punto de vista dinámico en la identificación fue expuesto muy escuetamente en 6.5., por lo que se considera innecesaria sintetizarlo.

NOTAS DEL CAPÍTULO 6

¹ OCFAE, XIV, pp. 99 y ss.

² Nelly Schnaith, en *Paradojas de la representación* (1999), Edicions Cafè Central, Barcelona, p. 95, afirma: “En la estructura clásica de su concepto, una ciencia, una filosofía, una teoría o un teorema debían intrínsecamente ser independientes del archivo *singular* de su historia: nombres propios, lugares o filiaciones. En su pretensión de *verdad*, en el sentido clásico de ese término, tales aspectos no cuentan. Las normas clásicas del saber y de la epistemología que rigen en toda comunidad científica han sido: la objetividad del investigador; la referencia a temas y conceptos estables; relativa exterioridad respecto del objeto, en particular a un archivo considerado como ya dado, en el pasado, incompleto pero determinable en el porvenir. La incompletud del saber siempre se ha entendido relativa, a completar. Esto es lo que cambia con el nuevo punto de vista: la incompletud es ahora un suspenso indefinido *por principio* que suspende *sine die* todas las aseguraciones que antes respaldaban el trabajo científico y lo enfrenta con el porvenir bajo otro modo. Si no como ciencia, el psicoanálisis se presenta como un *proyecto* de otro tipo de saber que pretende cambiar el estatuto del objeto del historiador, la estructura del archivo conceptual, modular el concepto de ‘verdad histórica’, asumir la implicación del sujeto en el espacio que intenta objetivar (sobre todo porque ese sujeto es él mismo un lugar de archivo, mejor un archivo de archivos conscientes, preconscientes, inconscientes). Todo ello vuelve imposible cualquier objetivación pura, completa y terminable. Esta estructura vale no sólo para la historia del psicoanálisis sino de todas las ciencias llamadas sociales o humanas.”

³ Freud cita aquí al *Fausto* de Goethe, parte I, escena 6.

⁴ Tal vez sea útil traer a colación, en este contexto, a Francisco de Goya. En uno de sus célebres *Caprichos*, afirmó: “El sueño de la razón produce monstruos; la fantasía abandonada de la razón produce monstruos imposibles: unida con ella, es madre de las artes y origen de sus maravillas”.

⁵ En Freud, la significación es indisociable de la investidura; el sentido es, a la vez, significación y vector de energía. En la noción de *Vorstellung-Repräsentanz* -representante representativo de la pulsión- se aúnan la exigencia de una hermenéutica (interpretación de sentido) y de una energética. Según el vienés, fuerza y sentido, pulsión y representación, se articulan en lo inconsciente.

⁶ La noción de regresión será sometida a crítica en la cuarta parte de este trabajo; se la empleará aquí -contexto freudiano- atendiendo a que el padre del psicoanálisis la utilizó con frecuencia. El uso sistemático del concepto de resignificación retroactiva relativiza el alcance teórico de esa noción.

⁷ Sin ser el tema central de este trabajo, la escisión del aparato psíquico es una cuestión psicoanalítica de primer orden. Se ha de tener presente que la identificación engendra a un sujeto dividido entre inconsciente y preconsciente-consciente. Esta cuestión fue y será aludida en las tres partes principales de esta tesis. Tal vez donde más se insistirá sobre este aspecto es en III, 7.1.1.

⁸ Hablar de *procesos* inconscientes y utilizar, como se lo viene haciendo hasta ahora y se lo seguirá usando, el artículo neutro *lo* antes de la palabra inconsciente -en lugar de *el* inconsciente- pretende evitar que se lo imagine a la manera de un recipiente lleno de contenidos. Con este mismo procedimiento se persigue también otro objetivo: pensar lo inconsciente como un conjunto de *operaciones* que acontecen en un lugar virtual (*topos*) más que como una estructura ontológica. Freud utilizó también el artículo neutro -*das* -; lo situó precediendo tanto a *Unbewusste* (inconsciente) como a las instancias de la segunda tópica (*das Ich, das Es*). Lo inconsciente no es, pues, ni un ser, ni una cosa, ni un objeto. La indeterminación gramatical que provee el artículo neutro *lo*, ayuda a desustancializarlo. Para más puntualizaciones sobre esta manera de entender lo inconsciente, véase Korman, V. (1996), *El oficio de analista*, p. 72, Paidós, Buenos Aires. Se volverá a tratar este punto específico en III, 7.

⁹ Ellas fueron comentadas especialmente en: I, 1.2.; I, 3.3.; I, 3.8. y I, 4.4.1.

¹⁰ En I, 7.2.1. se citan las frases de dicho texto que aluden a la identificación onírica.

¹¹ Recuérdese que la condensación, junto con el desplazamiento, son las operaciones propias del proceso primario. Las identificaciones que aparecen en el sueño fueron relacionadas por Ferenczi con el simbolismo. Puede leerse al respecto su artículo *Ontogénesis de los símbolos* (1913), en sus obras completas, editorial Espasa Calpe, tomo II, p. 135. También, el capítulo “La interpretación de los sueños y el simbolismo. La metapsicología de Freud”, que forma parte de un extenso trabajo titulado *Resumen de la teoría psicoanalítica* (1933); tomo IV, p. 180, de la misma editorial.

¹² Véase I, 4.4.1.

¹³ Léase especialmente lo afirmado en I. G., 1.1.; I, 4.2. y I, 4.3.

¹⁴ Se remite I, 1.6. que trata sobre las identificaciones edípicas y el terreno psíquico en que ellas se consuman.

¹⁵ Cfr. con *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924), OCFAE, XIX, p. 184.

¹⁶ Véase al respecto el I, 1. 7.

¹⁷ Tal vez sea útil calificar de *divalente* -más que de ambivalente- esta separación del amor y el odio dirigido al objeto. La ambivalencia se caracteriza por que ambos afectos se dirigen simultáneamente al mismo objeto, como sucede en las etapas preedípicas. No es el caso de lo que acontece durante el complejo de Edipo. Recuérdese, por otra parte, lo afirmado en I, 2. 4., respecto de la agresividad que conlleva la *apropiación* identificatoria.

¹⁸ Léase también la cita de *El yo y el Ello* (1923), incluida al final del apartado 6.4.1., de este mismo capítulo.

¹⁹ Con el pasaje de la primera a la segunda teoría de la identificación, Freud necesitaba que ella operara desde el primer día de vida del bebé, ya que entonces se inicia la formación del aparato psíquico. Por eso postuló en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) una identificación muy precoz -la primaria- que establecía los cimientos de la organización psíquica. En ese contexto la definió como la primera ligazón afectiva con el objeto. Las elecciones de objeto ocurren, con posterioridad, en los inicios del complejo de Edipo, cuando ya está establecida la diferenciación entre yo y no-yo, cosa que permite entablar relaciones de objeto, en sentido estricto.

²⁰ Como se verá en la tercera parte, dedicada a Lacan, una de las especificidades de su teoría ha sido la de desconectar la identificación de la pulsión.

²¹ La desexualización identificatoria y sublimatoria, en tanto se realiza a partir de libido narcisista que ha vuelto al yo desde los objetos, es, también, una desnarcisización. Este aspecto entra en oposición con cierta ampliación del narcisismo que, como veremos más adelante, sobreviene con la transformación de un vínculo objetal en una relación endopsíquica entre el yo -que ha hecho suyo un rasgo del objeto- y el ello.

²² Lacan se refirió a este imperativo con el concepto de *goce del superyó*. Melanie Klein, por su parte, señaló que la crueldad superyoica es función de la intensidad de las pulsiones sádicas orales y anales del niño. El objeto superyoico introyectado sería el reflejo de la destructividad del yo, dependiente, a su vez, del potencial de Tánatos. A mayor proyección del sadismo, más crueldad del superyó. También introdujo el concepto de reparación, propio de la posición depresiva: el yo puede, por esta vía, restaurar los objetos y así hacer frente a la culpa provocada por sus impulsos destructivos.

Para Freud, la inflexibilidad del superyó tendría que ver -entre otras cosas- con una identificación al superyó severo de los padres. La renuncia a la satisfacción pulsional por imposición del superyó no acontece por domesticación de la pulsión, ni porque ésta se vuelva más considerada hacia el objeto (postura de Abraham), sino por procesos que responden a legalidades complejas, que apenas quedaron esbozadas en los párrafos anteriores. En estas renunciaciones pulsionales no se producen, como ya se dijo, la desexualización.

²³ Cfr. *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-38]), parte II, C; OCFAE, XXIII, pp. 112-118.

²⁴ Para más detalles véase I, 3.4.

²⁵ Véase I, 2. 3.

²⁶ Véase las diversas secciones de I, 3.1. y las citas de los textos de Freud que allí se incluyeron.

²⁷ Véase en el apartado 2.4.2. del capítulo 2, las dos tesis freudianas sobre el narcisismo primario.

²⁸ La traducción de López Ballesteros de las O.C. de S. Freud -Editorial Biblioteca Nueva, Madrid- otorgó los siguientes nombres a esos movimientos pulsionales: *transformación en lo contrario* y *orientación contra la propia persona*.

²⁹ La modalidad melancólica de pervivencia psíquica del objeto es descrita en el apartado “Una alternativa: duelo o identificación narcisista”, en Korman, V.; *El oficio de analista* (1996), pág. 264, Paidós, Buenos Aires.

³⁰ *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), OCFAE, XVIII, pág. 100.

7

CITAS DE FREUD SOBRE LA IDENTIFICACIÓN. CRONOLOGÍA

En las próximas páginas se presentarán fragmentos de textos en los que Freud aludió a la identificación. El material aquí reunido constituyó uno de los pilares fundamentales para el estudio de la TIF y el posterior establecimiento de sus fundamentos.

Dichos párrafos se expondrán de manera “pulcra”; es decir, no irán acompañados de interpretación alguna y se atenderá estrictamente al orden cronológico con que fueron publicados. Lo dicho significa que en este capítulo se volcará *exclusivamente* la palabra de Freud sobre el tema. La cuestión no es banal: hoy en día se navega entre múltiples lecturas e interpretaciones de lo que se ha llamado la *letra* o el “*espíritu*” de su obra. No será este el caso, porque se quiere exponer su palabra literal –indisociable de su estilo de escritura–. Se han expuesto demasiadas ideas sobre el tema que no eran estrictamente hablando de su cuño, pero se las ha hecho pasar por freudianas. Por lo tanto, se considera que esta forma de presentación será, en sí misma, un acto de esclarecimiento.

Una vez reunidos los fragmentos sobre la identificación extractados de sus escritos, se revisó el conjunto con una “atención parejamente flotante”; en un segundo momento se añadieron breves comentarios, guiados por las siguientes finalidades: a) recordar, cuando se hacía necesario, el contexto de las citas; b) señalar los diferentes momentos en que fueron apareciendo las nuevas ideas sobre el tema; c) remarcar el carácter enigmático de algunas frases; d) recapitular -de tanto en tanto- sus afirmaciones sobre el tema en cuestión; y, por último: e) subrayar aspectos de esos enunciados que contienen elementos a ser atendidos a la hora de caracterizar la identificación desde una perspectiva freudiana.^{1*}

Las frases elegidas aparecerán huérfanas de las urdimbres con las que estaban originariamente entrelazadas en los textos correspondientes; tampoco aparecerán los enlaces con otros conceptos, gracias a los cuales adquirieron consistencia: serán ramas sin raíces, cortadas y apenas ordenadas, para mostrar los progresos en las elaboraciones sobre la identificación. La restitución de las conexiones perdidas por la poda fue, justamente, la finalidad de los capítulos tercero, cuarto y quinto de esta primera parte -complementarios del presente-; ellos contienen los diferentes análisis conceptuales de este material básico; allí no se expuso un riguroso “Freud-a-la-letra”; hubo una labor hermenéutica y un intento de sistematizar sus ideas, siempre en base a las líneas de fuerzas principales de su obra. No será el caso en esta ocasión.

Los apartados que conforman este capítulo se han creado dividiendo arbitrariamente la producción del vienés en lustros.

7.1. Periodo 1895-1900. Primeras alusiones a la identificación

Se las encuentra en las cartas que envió a su amigo W. Fliess, principal interlocutor del vienés en los años que pueden ser considerados como los de la gestación del psicoanálisis. De aquel profuso intercambio epistolar se citarán sólo cuatro de las misivas escritas por Freud.

7.1.1. Carta del 8 de febrero de 1897

En ella se refirió a las crisis tetánicas histéricas (calambres) y las explicó de la siguiente manera:

“Es una imitación de la muerte, de la rigidez cadavérica, por lo tanto, una identificación con una persona muerta.”

Esta misiva no está incluida en las OCFAE; la oración citada es una traducción personal de la que puede leerse en *La naissance de la psychanalyse*, p. 170, P.U.F., Paris.

7.1.2. Manuscrito L., anexo a la carta 61, del 2 de mayo de 1897

En el párrafo titulado *Papel de las sirvientas*, Freud hizo los siguientes comentarios:

“Por la identificación con estas personas de moral inferior, que como un material femenino carente de valor tan a menudo son recordadas en relaciones sexuales con el padre o el hermano, se vuelve posible un sinnúmero de cargos con reproches (hurto, aborto); y, a consecuencia de la sublimación de estas muchachas en las fantasías, se incluyen luego en estas fantasías acusaciones muy inverosímiles contra otras personas. A las muchachas de servicio apunta también la angustia de prostitución (andar sola por la calle), el miedo al hombre escondido bajo la cama, etc. Hay una justicia trágica en que el descenso del amo de la casa hasta la muchacha de servicio tenga que ser expiado por la autodenigración de la hija.” (OCFAE, I, p. 289).

En el párrafo siguiente, denominado *Hongos-esponjas*, Freud se refirió a una joven que padecía angustia cada vez que intentaba recoger flores y setas.^{2*} El análisis descubrió que, para esta muchacha, dicho acto atentaba contra un mandamiento de Dios: no aniquilar semillas vivas. Ella recuerda que su madre invocaba tales preceptos religiosos y se oponía al uso de medidas precautorias en el coito por ser un modo de destruir células germinales; entre los métodos anticonceptivos criticados figuraba, de manera expresa, los *Schwämme*. Freud finalizó el párrafo en cuestión, con esta frase:

“Contenido principal de la neurosis: identificación con la madre.” (OCFAE, I, p. 289).

Esta identificación con las ideas de su progenitora explica el síntoma de la hija. Renglones más abajo, en la misma página, y bajo el título *Multiplicidad de las personas psíquicas*, puede leerse una frase de Freud que se hizo famosa por la profusión con que se la ha citado.

“El hecho de la identificación admite, quizá, ser tomado *literalmente*.” (OCFAE, I, p. 289).

Esta oración es muy escueta y enigmática; una traducción tal vez menos literal, pero más clara, que combina título y texto del párrafo, podría ser la siguiente: la identificación admite [autoriza] el empleo *literal* de la expresión: multiplicidad de las personas psíquicas. Acaso se refiera al hecho de que todo sujeto se identifica con varias personas; la identidad estaría conformada por “una pluralidad de personas psíquicas”.

7.1.3. Manuscrito N, anexo a la carta 64, del 31 de mayo de 1897

Allí se encuentran varias referencias al tema; se recogen las dos más significativas. En la primera de ellas –*Impulsos*– después de hacer alusión a las mociones hostiles hacia los padres -más concretamente: desear la muerte de ellos-, se refirió a los modos de presencia de tales anhelos en las diferentes entidades clínicas.

Así, en la neurosis obsesiva se manifiestan conscientemente; en la paranoia adquieren la forma de delirios persecutorios; autocastigos en la histeria, que sufrirá -por identificación- la enfermedad padecida por los padres; autorreproches y sentimiento de culpa en los duelos posteriores a la muerte de los progenitores. Esta última modalidad fue retomada años más tarde en *Duelo y melancolía* [(1917) 1915]. En el manuscrito que se está citando afirmó textualmente:

“La identificación que así sobreviene no es otra cosa, como se ve, que un modo del pensar, y no vuelve superflua la búsqueda del motivo.” (OCFAE, I, p. 296).

Obsérvese que en esta frase se caracteriza a la identificación como un modo de pensamiento. Dos páginas más adelante, y bajo el rótulo de *Motivos de la formación de síntomas*, afirmó:

“La formación de síntoma por identificación está anudada a las fantasías, o sea, a la represión de ellas dentro del *Icc*, análogamente a la alteración del yo en la paranoia. Puesto que a estas fantasías reprimidas se anuda el estallido de *angustia*, es preciso concluir que la mudanza de libido en angustia no se produce por defensa entre yo e *Icc*, sino en el interior del *Icc* mismo. Por tanto, existe también libido *Icc*.” (OCFAE, I, pág. 298).

7.1.4. Carta n° 125, del 9 de diciembre de 1899

“La histeria (y su variedad, la neurosis obsesiva) es aloerótica, su vía principal es la identificación con la persona amada. La paranoia vuelve a disolver la identificación, restablece a todas las personas amadas de la infancia que habían sido abandonadas [...] y resuelve al yo mismo en unas personas ajenas.” (OCFAE, I, p. 322).

La histeria y la neurosis obsesiva aglomeran identificaciones, mientras que la paranoia puede desmontarlas. Retomó esta misma cuestión en el caso Schreber, según se verá más adelante, en el apartado 1.4.1., de este mismo capítulo.

7.2. Periodo 1900-1905. Identificación en los sueños y en la histeria

Fue una etapa especialmente fecunda; el comienzo del siglo XX marcó el surgimiento de la producción estrictamente psicoanalítica de Freud: por entonces apareció la primera caracterización del inconsciente como sistema, en *IS* (1900). Otras menciones a la identificación, en este lustro, se encuentran en: *Psicopatología de la vida cotidiana*, *Fragmentos de análisis de un caso de histeria*, *El chiste y su relación con lo inconsciente* y un texto poco conocido: *Personajes psicopáticos en el escenario*.

7.2.1. La interpretación de los sueños (1900)

En el capítulo IV de esta obra, titulado “La desfiguración onírica”, se encuentra la primera alusión a la identificación aparecida en un escrito destinado a un público amplio.³ Tras relatar la producción onírica de una mujer -que hoy por hoy, y a partir de Lacan, se conoce como el *sueño de la bella carnicera*- Freud comentó las asociaciones de la soñante y las dos interpretaciones que hizo del mismo; en este contexto interesa especialmente la segunda:

“El sueño cobra una nueva interpretación si no alude ella a sí misma sino a su amiga, si se ha puesto en el lugar de ésta o, como podemos decir, se ha *identificado* con ella.

Opino que eso es realmente lo que ha hecho, y como señal de esta identificación se ha creado el deseo denegado en la realidad. Ahora bien, ¿qué sentido tiene la identificación histórica? Esclarecerlo requeriría una exposición detallada. La identificación es un aspecto importante en extremo para el mecanismo de los síntomas histéricos; por ese camino los enfermos llegan a expresar en sus síntomas las vivencias de toda una serie de personas, y no sólo las propias; es como si padecieran por todo un grupo de hombres y figuraran todos los papeles de un drama con sus solos recursos personales.” (OCFAE, IV, p. 167).

Tras estas precisiones tan nítidas, otras del mismo tenor, para diferenciar imitación de identificación:

“Por lo tanto, la identificación no es simple imitación sino *apropiación*, sobre la base de la misma reivindicación etiológica; expresa un ‘igual que’ y se refiere a algo común que permanece en lo inconsciente.” (OCFAE, IV, p. 168).

En esta frase reiteró lo afirmado en el manuscrito N sobre la conexión de la identificación con lo inconsciente; además introdujo el enlace conceptual entre identificación y apropiación. Esta última fue tratada en el apartado 2.4., del segundo capítulo. Por otra parte, los vocablos “*igual que*”, que aparecen en la cita, son la traducción del término alemán *Gleichwie*, que puede ser vertido al castellano con estos otros giros: ‘tal como’ o ‘lo mismo que’. La idea de igualdad o parecido que se desprende de estas palabras fue retomada, siempre dentro de la obra que se está comentando, en el punto C del capítulo VI -“Los medios de figuración del sueño”-.

“*Semejanza, concordancia, comunidad* son figuradas por el sueño en todos los casos por reunión en una *unidad* que ya estaba dada en el material onírico o que se crea nueva. Al primer caso puede llamárselo *identificación*, y al segundo, *formación mixta*. La identificación se emplea cuando se trata de personas; la formación mixta, cuando el material reunido son cosas, aunque también se establece formaciones mixtas de personas. Los lugares son a menudo tratados como personas.”

“La identificación consiste en que sólo una de las personas enlazadas por algo común alcanza a figurarse en el contenido [manifiesto] del sueño, mientras que la otra u otras parecen sofocadas para él.” (OCFAE, IV, pp. 325-326).

Más adelante complementó:

“Lo común que justifica la reunión de las dos personas (vale decir, que la ocasiona) puede estar figurado en el sueño o faltar. Por lo general, la identificación o la formación de una persona mixta sirven para ahorrarse la figuración de eso común. En lugar de repetir: A me es hostil, y B también, formo en el sueño una persona mixta de A y de B, o me represento a A en una acción de otra índole, que caracteriza a B para mí. [...] De este modo logro con frecuencia una condensación de todo punto extraordinaria en cuanto al contenido del sueño; puedo ahorrarme la figuración directa de relaciones muy complejas que se entranan con una persona si he hallado para ella otra que, con igual derecho, puede reclamar una parte de esas relaciones. Fácilmente se comprende que este modo de figurar por identificación puede contribuir mucho también a eludir la censura de la resistencia, que tan duras condiciones impone al trabajo del sueño.” (OCFAE, IV, pp. 326-327).

“[...] Según esto, la identificación o la formación de una persona mixta sirve en el sueño a diversos fines: en primer lugar, a la figuración de algo común a las dos personas; en segundo lugar, a la figuración de una comunidad *desplazada*, y por último, a la expresión de una comunidad meramente *deseada*.” (OCFAE, IV, p. 327).

7.2.2. *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901)

“Y para esto, el trastrabarse⁴ suele prestar los más valiosos servicios, como podría yo demostrarlo con los más convincentes, al par que curiosísimos, ejemplos. Así, los pacientes hablan de su tía y la llaman de manera consecuente, y sin notar que se trastraban, ‘mi madre’; o designan a su marido como su ‘hermano’. De esta manera me hacen notar que han ‘identificado’ entre sí a estas personas, las han incluido en una misma serie, lo cual implica el retorno de un mismo tipo en su vida afectiva.” (OCFAE, VI, p. 82).

Páginas más adelante escribió:

“Una identificación parecida por medio de permutación de nombre me fue comunicada por un médico joven que, lleno de timidez y respeto, se presentó con estas palabras al famoso Virchow: ‘Doctor Virchow’. El profesor se volvió asombrado a él, y le preguntó: ‘Pero, ¿usted también se llama Virchow?’ Yo no sé como justificó su desliz el joven ambicioso: si halló la salida elegante de decir que, considerándose él tan pequeño al lado del gran nombre, el suyo propio no pudo menos que írsele de la mente; o si tuvo la osadía de confesar que esperaba ser algún día tan grande hombre como Virchow [...]” (OCFAE, VI, p. 87).

7.2.3. *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905)

En este historial clínico, denominado habitualmente *el caso Dora*, Freud hizo importantes comentarios sobre las identificaciones histéricas, continuando la línea esbozada en *IS* (1900).

“Después que una parte de la libido se volcó de nuevo al padre, el síntoma cobra el que quizás es su último significado: la figuración del comercio sexual con el padre en la identificación con la Sra. K.” (OCFAE, VII, p. 73).

“Como prueba de la gran impresión que le ha causado la historia de la señorita [la gobernanta], le aduzco las repetidas identificaciones con ella en su sueño y en su propia conducta”. (OCFAE, VII, p. 94; lo que figura entre corchetes es mío).

Tres páginas más adelante, ya casi concluyendo la exposición del historial clínico, agregó otra referencia al tema:

“Por último, pertenece al cuarto círculo de los pensamientos, escondidos en lo más profundo (el del amor hacia la Sra. K.) el hecho de que la fantasía de desfloración se figure desde el punto de vista del hombre (identificación con el admirador que ahora está en el extranjero), y que en dos pasajes se contengan las más nítidas alusiones a dichos de doble sentido (‘¿Vive aquí el señor...?’) y a la fuente no oral de sus conocimientos sexuales (enciclopedia).” (OCFAE, VII, p. 97).

Se aprecia en estos párrafos la doble identificación de Dora: está afectada de tos como su padre, que padece una enfermedad pulmonar; y tiene también *les fleurs blanches* -catarro genital- como su madre. Dora es, por la identificación a esos rasgos parciales de los objetos parentales, la madre o el padre y, a veces, los dos al mismo tiempo.

7.2.4. *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905)

“Se puede decir en voz alta lo que estos chistes murmuran, a saber, que los deseos y apetitos de los seres humanos tienen derecho a hacerse oír junto a la moral exigente y despiadada; y justamente en nuestros días se ha dicho, en expresivas y cautivadoras frases, que esa moral no es sino el precepto egoísta de unos pocos ricos y poderosos que en todo momento pueden satisfacer sin dilación sus deseos.” (OCFAE, VIII, p. 103).

“Todo hombre honrado deberá terminar por hacerse esa confesión [la imposibilidad de renunciar de manera absoluta a sus mociones pulsionales, por imposición de la moral social], siquiera para sí. Sólo mediante el rodeo de una nueva intelección se podrá decidir ese conflicto. Uno debe anudar tanto su vida a los otros, debe poder identificarse tan estrechamente con los demás, [para] que la brevedad de sus días se vuelva superable [...]” (OCFAE, VIII, p. 104; lo que está entre corchetes es mío).

El segundo párrafo puede ser considerado un antecedente de las identificaciones en el seno de las masas, que Freud describió años más tarde. Sin embargo, cabe consignar una diferencia importante: en el fragmento recién citado, la identificación está al servicio de la sublimación: se comparte socialmente, por medio del chiste y la risa, los elementos del conflicto: pulsión - conciencia moral. Se logra, así, un apaciguamiento de la tensión psíquica. No existe, estrictamente hablando, realización de deseos sino la posibilidad de compartirlos por vía de una formación de compromiso eminentemente social: el chiste.⁵

7.2.5. *Personajes psicopáticos en el escenario* (1905 o 1906)

En referencia al anhelo del espectador -en este caso, de una función teatral- de abrir fuentes de placer en su vida afectiva y convertirse en un héroe, aunque más no sea por un breve lapso, Freud sostuvo:

“Y el autor-actor del drama se lo posibilitan, permitiéndole la *identificación* con un héroe. Y al hacerlo le ahorran también algo que el espectador sabe: esa promoción de su persona al heroísmo no sería posible sin dolores, sin penas, sin graves tribulaciones que casi le cancelarían el goce; bien sabe que sólo posee *una* vida, que podría perder en *uno* de esos combates contra la adversidad. Por eso la premisa de su goce es la ilusión; o sea, el penar es amortiguado por la certeza de que, en primer lugar, es otro el que ahí, en la escena, actúa y pena, y en segundo lugar, se trata sólo de un juego teatral que no puede hacer peligrar su seguridad personal.” (OCFAE, VII, pp. 277-278).

Esta modalidad de identificación, al igual que la onírica, tiene una dirección centrífuga: va desde el yo al objeto; están asociadas a la proyección.^{6*}

* * * * *

En los textos citados hasta ahora -correspondientes a la década 1895-1905- se subrayan las siguientes consideraciones sobre la identificación:

- El engarce con lo inconsciente.
- Su participación en la formación de síntomas.
- Su articulación con las fantasías.
- La presencia de factores de naturaleza libidinal que actúan en su consumación
- Su función durante la elaboración del sueño: transformar en imágenes las ideas de semejanza, concordancia y comunidad entre las personas y las cosas; en este caso operaría como una de las formas de la condensación.
- Es una modalidad de pensamiento inconsciente.
- Existencia de una estrecha relación entre la histérica y la onírica, dos modalidades identificatorias tempranamente descritas.

- Relación con la apropiación.
- Combinación de rasgos de diferentes objetos (pluralidad de las personas psíquicas) en un mismo sujeto. Este fenómeno se observa con claridad en las neurosis histéricas y obsesivas; por el contrario, la paranoia muestra su reverso: la posibilidad de desmontar el conglomerado identificatorio.

7.3. Periodo 1905-1910. Identificación en las neurosis de transferencia y en la homosexualidad masculina

Sólo al final de este lapso pueden encontrarse referencias al tema; la novedad más importante es la descripción de una modalidad ligada a la elección narcisista de objeto: la homosexual.

7.3.1. *Apreciaciones generales sobre el ataque histérico (1909 [1908])*

“El ataque [histérico] se vuelve no transparente por el hecho de que la enferma procura poner en escena las actividades de las dos personas que emergen en la fantasía, vale decir, por *identificación múltiple*. Confróntese el ejemplo que he mencionado en mi ensayo ‘Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad’ (1908), en que la enferma con una mano arrancaba la ropa (en papel de varón), mientras con la otra la oprimía contra su vientre (en papel de mujer).” (OCFAE, IX, p. 208).

7.3.2. *Análisis de una fobia de un niño de cinco años (1909). El pequeño Hans (“El caso Juanito”)*

Hans identifica a su padre con el caballo:

“Pregunté a Hans, en broma, si sus caballos llevaban gafas, cosa que él negó, y luego, si su padre las llevaba, cosa que también negó, contra toda evidencia; le pregunté si con lo negro alrededor de la ‘boca’ quería significar el bigote, y le revelé que tenía miedo a su padre justamente por querer él tanto a su madre.” (OCFAE, X, p. 36).

Páginas más adelante, Freud hizo el siguiente comentario sobre Hans, que muestra la posibilidad de inversión de posiciones:

“Acepta, pues, las interpretaciones más decididamente de lo que podría hacerlo con palabras, pero, desde luego permutando roles, puesto que el juego [imitar al caballo: trotar, relinchar, etc.] está al servicio de una fantasía de deseo. En consecuencia, él es el caballo, él muerde al padre; por lo demás, así se identifica con el padre.” (OCFAE, X, p. 45; lo que está entre corchetes es mío).

En las dos citas siguientes no aparece de manera explícita el término identificación, pero las alusiones a ella son claras:

Yo [padre de Hans]: ‘Él te ha dado el hace-pipí más grande y un trasero más grande.’

Hans: ‘Sí’

Yo [padre de Hans]: ‘¿Cómo los de papi, porque te gustaría ser el papi?’

Hans: ‘Sí, y también me gustaría tener unos bigotes como los tuyos y ese pelo’ (señala el de mi pecho).” (OCFAE, X, p. 81).

“[...] me pareció el momento justo para comunicarle un elemento de sus mociones inconscientes, que era esencial postular: él sentía angustia ante el padre a causa de sus deseos celosos y hostiles contra este. Con ello le había interpretado parcialmente la angustia ante los caballos; el padre debía de ser el caballo a quien, con buen fundamento interior, le tenía miedo. Ciertos detalles, lo negro de la boca y lo que llevaba ante los ojos (bigote y gafas como privilegios del varón adulto), por los cuales Hans exteriorizaba angustia, me parecieron directamente **trasladados del padre al caballo.**” (OCFAE, X, p. 100).

7.3.3. *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909). (El “Hombre de las ratas”)*

“Cabe destacar que el refugio en la enfermedad le fue facilitado por la identificación con el padre. Esta le permitió la regresión de los afectos a los restos de la infancia.” (OCFAE, X, p. 156, nota al pie).

“Del ocasionamiento de la enfermedad en sus años maduros, un hilo reconducía hasta la niñez de nuestro paciente. Se encontró en una situación como aquella por la cual, según su saber o su conjeturar, el padre había pasado antes de su propio matrimonio, y pudo identificarse con el padre. Y aún de otro modo jugó el padre difunto dentro del

enfermar reciente. El conflicto de la enfermedad era en esencia una querrela entre la voluntad del padre, de continuado efecto, y su propia inclinación enamorada.” (OCFAE, X, pp. 157-158).

“[...] él se encontraba, como siempre le ocurría en el terreno de lo militar, dentro de una identificación inconsciente con el padre, que había prestado servicio durante muchos años y solía contar muchas cosas de su época de soldado.” (OCFAE, X, p. 165).

7.3.4. *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910)

“Tras este estadio previo sobreviene una trasmudación cuyo mecanismo nos resulta familiar pero cuyas fuerzas pulsionales todavía no aprehendemos. El amor hacia la madre no puede proseguir el ulterior desarrollo consciente, y sucumbe a la represión. El muchacho reprime su amor por la madre poniéndose el mismo en el lugar de ella, identificándose con la madre y tomando a su propia persona como el modelo a semejanza del cual escoge sus nuevos objetos de amor. Así se ha vuelto homosexual; en realidad, se ha deslizado hacia atrás, hacia el autoerotismo, pues los muchachos a quienes ama ahora, ya crecido, no son sino personas sustitutivas y nuevas versiones de su propia persona infantil, y los ama como la madre lo amó a él de niño. Decimos que halla sus objetos de amor por la vía del *narcisismo* [...].”⁷ (OCFAE, XI, p. 93).

En esta cita pueden leerse dos nuevas conexiones de la identificación: con el narcisismo y con la noción de regresión. Veinte páginas más adelante, escribió:

“Quien de niño anhela a su madre no puede evitar el querer reemplazar al padre, identificarse con él en su fantasía y luego plantearse como tarea de vida el superarlo. [...] Cuando ella se hubo decretado [la tendencia homosexual] la identificación con el padre perdió toda significatividad para su vida sexual pero continuó en otros campos de quehacer no erótico.” (OCFAE, X, pp. 112-113).

7.3.5. *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre* (1910)

En su estudio sobre las condiciones de amor de algunos hombres Freud señaló -entre otras ideas- una, que podría sintetizarse así: rescatar a la persona amada, habitualmente de baja condición social.

“El hombre está convencido de que ella lo necesita, que sin él perdería todo apoyo moral y rápidamente se hundiría en un nivel lamentable. La rescata, pues, no abandonándola. En algunos casos el propósito de rescate puede invocar, para justificarse, la dudosa escrupulosidad sexual de la amada o su posición social amenazada; pero no resalta con menor nitidez cuando están ausentes tales apuntalamientos en la realidad.” (OCFAE, XI, pp. 161-162).

Más adelante añadió que tales fantasías de rescate son recuerdos encubridores, ya que se refieren, en última instancia, al complejo parental. Las fantasías de rescatar al padre -o sus subrogados: rey, emperador, un gran señor- de un peligro mortal son una forma de desafío: sería afirmar que no se le debe nada al padre: si él le ha dado vida al hijo, éste se la devuelve, al haberlo salvado. En cambio, rescatar a la madre tiene habitualmente otro sentido: obsequiarle o hacerle un hijo:

“La madre nos ha regalado una vida, la propia, y uno le regala a cambio otra vida, la de un hijo que tiene con el sí mismo propio la máxima semejanza. El hijo se muestra agradecido deseando tener un hijo de la madre, un hijo igual a él mismo; vale decir: en la fantasía de rescate se identifica plenamente con el padre.” (OCFAE, XI, p. 166).

7.4. Periodo 1910-1915. Nuevos e importantes desarrollos del tema

En este lustro reiteró algunas de las ideas vertidas en los quince años anteriores y creó nuevos conceptos psicoanalíticos que tuvieron importantes repercusiones en la TIF. La introducción del narcisismo y de la identificación melancólica fueron hitos importantes de esta etapa.

7.4.1. Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (demencia paranoides) descrito autobiográficamente. El caso Schreber (1911 [1910])

Freud, en su análisis del delirio de Schreber, percibió que el perseguidor se descomponía en Flechsig y Dios; ambos se escindían a su vez en dos personalidades: la “superior” y la “inferior”, de manera tal que se creó una cuádruple partición. Luego concluyó:

“Un proceso de descomposición de esta índole es muy característico de la paranoia. La paranoia fragmenta así como la histeria condensa. O, más bien, la paranoia vuelve a disolver las condensaciones e identificaciones emprendidas en la fantasía inconsciente”. (OCFAE, XII, p. 47).

7.4.2. *Tótem y tabú* (1913)

“El canibalismo de los primitivos deriva de parecida manera su motivación más alta. Si mediante el acto de devoración uno recibe en sí partes del cuerpo de una persona, al mismo tiempo se apropia de partes de las cualidades que a ella pertenecieron. De aquí resultan luego precauciones y restricciones de la dieta bajo ciertas circunstancias”. (OCFAE, XIII, p. 85).

Las nociones de canibalismo y devoración vinieron a potenciar la relación ya establecida entre la identificación y la pulsión oral. El objeto incorporado se asimila mágicamente al yo, que obtiene la fuerza y el poder que aquél tenía. Páginas más abajo describió la identificación totémica del siguiente modo:

“En diversas circunstancias significativas, el miembro del clan procura poner de relieve su parentesco con el tótem: asemejándose en lo externo, cubriéndose con la piel del animal totémico, tatuándose su figura, etc. En las oportunidades solemnes del nacimiento, la iniciación de los varones, el entierro, esa identificación con el tótem se escenifica mediante actos y palabras. Danzas en que todos los miembros del linaje se disfrazan de su tótem y se comportan como él sirven a múltiples propósitos mágicos y religiosos. Por último, hay ceremonias en que se da muerte de manera solemne al animal totémico.” (OCFAE, XIII, p. 108).

El animal totémico es un sustituto del padre; su sacrificio e ingestión -repetidos de tanto en tanto en las comidas rituales- reitera la asimilación de sus virtudes. Freud derivó estas ideas hacia la clínica:

“Es lícito formular la impresión de que en estas zoofobias de los niños retornan ciertos rasgos del totemismo con sello negativo. [...] Pero quien examine con atención la historia del pequeño Hans hallará también en ella los más abundantes testimonios de que el padre era admirado como el poseedor del genital grande y era temido como el que amenazaba el genital propio.” (OCFAE, XIII, p. 132).

Páginas más adelante reiteró que la comida totémica implicaba potenciar la consustanciación con el tótem y las identificaciones entre los miembros del clan:

“Tenemos averiguado que los miembros del clan se santifican mediante la comida del tótem, se refuerzan en su identificación con él y entre ellos. El hecho de haber recibido en sí la vida sagrada, cuya portadora es la sustancia del tótem, podría explicar el talante festivo y todo cuanto de él se sigue.” (OCFAE, XIII, p. 142).

El siguiente mito creado por Freud deberá ser tenido en cuenta a la hora de esclarecer su concepto de identificación primaria:

“Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible. (Quizás un progreso cultural, el manejo de un arma nueva, les había dado el sentimiento de su superioridad.) Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión.” (OCFAE, XIII, p. 143).

7.4.3. *Introducción al narcisismo* (1914)

En este texto Freud no abordó de manera directa el tema de la identificación, pero los variados asuntos en él tratados sentaron las bases para el posterior pasaje de la teoría identificatoria funcional a la estructural. En efecto: el ingreso del narcisismo dentro de la teoría psicoanalítica y la fundamental diferenciación entre libido narcisista - libido objetal, le permitieron los posteriores desarrollos sobre la identificación narcisista de *DyM* (1917 [1915]), que se comentarán enseguida. A su vez, ambos textos prepararon el terreno para las futuras consideraciones sobre el tema en *PMAY* (1921) y en *YyE* (1923).

En *IN* empleó la célebre metáfora de la ameba: la emisión de pseudópodos representaba la transformación de la libido narcisista en objetual, con la consiguiente catexis de objeto; el movimiento de dirección contraria fue homologado al retiro de la carga desde los objetos hacia el yo. Con posterioridad, la identificación quedó asociada a esta retracción de la libido y su vuelta al yo: quedó abierta la posibilidad de pensar la transformación de una investidura de objeto en identificación (retorno del pseudópodo).

7.4.4. *Pulsiones y destinos de pulsiones* (1915)

“Y una vez que sentir dolores se ha convertido en una meta masoquista, puede surgir retrogresivamente la meta sádica de infligir dolores; produciéndolos en otro, uno mismo los goza de manera masoquista en la identificación con el objeto que sufre. Desde luego, en ambos casos no se goza del dolor mismo, sino la excitación sexual que lo acompaña, y como sádico esto es particularmente cómodo. El gozar del dolor sería, por tanto, una meta originariamente masoquista, pero que sólo puede devenir meta pulsional en quien es originariamente sádico.” (OCFAE, XIV, p. 124).

“De igual modo, la trasmudación del sadismo al masoquismo implica un retroceso hacia el objeto narcisista; y en los dos casos [o sea, el del placer pasivo de ver y el del masoquismo] el sujeto narcisista es permutado por identificación con un yo otro, ajeno.” (OCFAE, XIV, p. 127).

7.4.5. *Duelo y melancolía* (1917 [1915])

“La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una *identificación* del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. (OCFAE, XIV, pp. 246).

[...] La identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en el sustituto de la investidura de amor, lo cual trae por resultado que el vínculo de amor no deba resignarse a pesar del conflicto con la persona amada. Un sustituto así del amor de objeto por identificación es un mecanismo importante para las afecciones narcisistas [...]. Desde luego, corresponde a la *regresión* desde un tipo de elección de objeto al narcisismo. (OCFAE, XIV, p. 247).

En estas dos citas refiere la sustitución de una carga de objeto por una identificación; Freud consideraba regresivo este movimiento, desde una doble perspectiva: por el incremento del narcisismo (secundario) a costa de la objetualidad y por la razón que expone a continuación: para él la identificación era previa a la elección de objeto:

[...] En otro lugar hemos consignado que la identificación es la etapa previa a la elección de objeto y es el primer modo, ambivalente en su expresión, como el yo distingue a un objeto. Querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibálica del desarrollo libidinal.” (OCFAE, XIV, p. 247)

El “otro lugar” al que se hace referencia en el comienzo de esta cita es su artículo *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915).^{8*} En este mismo año, agregó estas mismas ideas a sus *Tres ensayos* (1905), tal como podrá comprobarse *infra*, en 1.4.8.

“Tampoco son raras en las neurosis de transferencia identificaciones con el objeto y aún constituyen un conocido mecanismo de la formación de síntomas, sobre todo en el caso de la histeria. Pero tenemos derecho a diferenciar la identificación narcisista de la histérica porque en la primera se resigna la investidura de objeto, mientras que en la segunda esta persiste y exterioriza un afecto que habitualmente está circunscrito a ciertas acciones e inervaciones singulares. [...] La identificación narcisista es la más originaria, y nos abre la comprensión de la histérica, menos estudiada.” (OCFAE, XIV, pp. 247-248).

“Así, la investidura de amor del melancólico en relación con su objeto ha experimentado un destino doble; en una parte ha regresado a la identificación, pero, en otra parte, bajo la influencia del conflicto de ambivalencia, fue trasladada hacia atrás, hacia la etapa del sadismo más próxima a ese conflicto.” (OCFAE, XIV, pp. 249).

7.4.6. *Un caso de paranoia que contradice a la teoría psicoanalítica* (1915)

“Ahora discernimos el modo en que ella se ha liberado de la dependencia homosexual respecto de la madre. Fue mediante una pequeña regresión; en lugar de tomar a la madre como objeto de amor, se ha identificado con ella, ha devenido ella misma la madre.” (OCFAE, XIV, p. 269).

7.4.7. *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (1915)

“[...] es en el mundo de la ficción, en la literatura, en el teatro, donde tenemos que buscar el sustituto de lo que falta a la vida. Ahí todavía hallamos hombres que saben morir, y aun que perpetran la muerte de otro. Y solamente ahí se cumple la condición bajo la cual podríamos reconciliarnos con la muerte: que tras todas las vicisitudes de la vida nos reste una vida intocable. Es por cierto demasiado triste que en la vida haya de suceder lo que en el ajedrez, donde una movida en falso pueda forzarnos a dar por perdida la partida; y encima con esta diferencia: no podemos iniciar una segunda partida, una revancha. En el ámbito de la ficción hallamos esa multitud de vidas que necesitamos. Morimos identificados con un héroe, pero le sobrevivimos y estamos prontos a morir una segunda vez con otro, igualmente incólumes.” (OCFAE, XIV, p. 292).

7.4.8. *Tres ensayos de teoría sexual* (fragmento añadido en la edición de 1915)

Por aquellos años, el intercambio de ideas con Abraham fue muy intenso; como producto del mismo aparecen con mayor frecuencia en la obra freudiana las nociones de incorporación y canibalismo.

“Una primera organización sexual pregenital es la *oral* o, si se prefiere, *canibálica*. La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella. El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la *incorporación* del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación, desempeñará un papel psíquico tan importante.” (OCFAE, VII, pág. 180).

* * * * *

Lo escrito sobre la identificación en la década 1905-1915 podría resumirse así:

- Identificaciones múltiples y contradictorias pueden estar en la base de conflictos psíquicos (ataques histéricos, por ejemplo).
- Identificaciones centrífugas: se dirigen del sujeto a un objeto. Entre los ejemplos citados cabe volver a mencionar el de Hans -que identifica a su padre con el caballo-, la identificación totémica y la del espectador con el actor.
- Extensión de la identificación funcional más allá de un síntoma aislado: a la homosexualidad masculina y la melancolía.
- Articulación con el narcisismo.
- Inclusión de la identificación en las relaciones edípicas.
- Anudamiento con la devoración, comida totémica y canibalismo: la incorporación a ellas asociadas fue propuesta por Freud como modelo para pensar la identificación. Implicaron también una jerarquización de la pulsión oral en la TIF.
- Acoplamiento con la regresión.

7.5. Periodo 1915-1920. Renovación de los fundamentos.

Bases para la teoría estructural de la identificación

Junto con el anterior, este lustro fue de trascendental importancia para la TIF: quedaron asentados los fundamentos de la identificación como estructurante del aparato psíquico.

7.5.1. *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Parte III. Doctrina general de las neurosis (1917 [1916-1917])

“De ahí pudimos inferir que el melancólico ha retirado, es cierto, su libido del objeto, pero que, por un proceso que es preciso llamar ‘identificación narcisista’, ha erigido el objeto en el interior de su propio yo; por así decir, lo ha proyectado sobre el yo.” (OCFAE, XIV, p. 292).

7.5.2. *De la historia de una neurosis infantil* (El “Hombre de los lobos”). (1918 [1914])

“A esta elección [de objeto: el padre] fue llevado por una conjunción de factores, entre ellos algunos accidentales, como el recuerdo del despedazamiento de la serpiente; pero sobre todo renovó así su primera y más originaria

elección de objeto, que, según corresponde al narcisismo del niño pequeño, se había consumado por la vía de la identificación. Dijimos que el padre había sido su admirado modelo, y cuando le preguntaban qué quería ser de grande solía responder: "Un señor como mi padre". (OCFAE, XVII, p. 26).

Tal vez este historial haya constituido una de las bases clínicas de aquello que años más tarde describiría con el nombre de identificación primaria. En la página 98 de este mismo texto volvió a insistir sobre esta identificación con el padre.

"Parece, pues, que en el curso del proceso onírico se hubiera identificado con la madre castrada y ahora se revolvió contra este resultado." (OCFAE, XVII, p. 45).

"En el sadismo mantenía en pie la arcaica identificación con el padre; en el masoquismo lo había escogido como objeto sexual." (OCFAE, XVII, p. 60).

En el párrafo siguiente, sin utilizar el vocablo identificación, describió la del "Hombre de los lobos" con Jesucristo; sólo al final de dicho historial se refirió explícitamente a ella.

"Si él era Cristo, su padre era Dios. Pero el Dios que la religión le imponía no era un buen sustituto para el padre a quien había amado y que no quería dejarse arrebatar. El amor por este padre le brindó su agudeza crítica. Se defendió de Dios para retener al padre, pero en verdad así defendía al padre antiguo contra el nuevo. Tenía que consumir ahí un difícil paso en el desasimiento del padre." (OCFAE, XVII, p. 62).

"En alguna ocasión la madre lo había llevado consigo mientras acompañaba hasta la estación ferroviaria al médico que le había hecho una visita. En el trayecto ella se quejó de sus dolores y hemorragias, y se desahogó con esas mismas palabras: "Así no puedo vivir más", sin sospechar que el niño a quien llevaba de la mano las guardaría en su memoria. Esa queja, que por otra parte él estaba destinado a repetir incontables veces en su posterior enfermedad, significaba entonces una... identificación con la madre." (OCFAE, XVII, p. 71).

"El principal motor del influjo religioso fue la identificación con la figura de Cristo, particularmente facilitada por el azar de su fecha de nacimiento [la misma que la de Jesucristo]. Aquí el hipertrófico amor por el padre, que había vuelto necesaria la represión, halló por fin una salida en una sublimación ideal." (OCFAE, XVII, p. 104)

7.5.3. *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (1920)*

Comentando el intento de autólisis de su joven paciente, Freud señaló:

"En efecto, para el enigma del suicidio el análisis nos ha traído este esclarecimiento: no halla quizá la energía psíquica para matarse quien, en primer lugar, no mata a la vez a un objeto con el que se ha identificado, ni quien, en segundo lugar, no vuelve hacia sí un deseo de muerte que iba dirigido a otra persona." (OCFAE, XVIII, p. 155).

7.6. Periodo 1920-1925. La identificación estructural

En esta etapa se produjo el salto teórico ya comentado: la identificación salió de su cauce psicopatológico; se universalizó y devino el mecanismo principal de la estructuración del aparato psíquico de todos los sujetos y, en un sentido más amplio, de la transmisión psíquica intergeneracional.

7.6.1. *Psicoanálisis y telepatía (1941 [1921])*

En este artículo Freud hizo referencia a una paciente que anhelaba tener hijos y que después de enterarse que su marido era incapaz de engendrar -debido a una secuela de una afección orgánica- cayó presa de una grave histeria de angustia que luego derivó hacia formaciones obsesivo-compulsivas. Durante un viaje a París en compañía de su esposo, se entrevistó con un adivino que, a la sazón, recibía consultas en el mismo hotel donde se alojaba la pareja. Este personaje, a quien llamaban *Monsieur le professeur*, nunca hacía preguntas y solicitaba, en cambio, que el visitante imprimiera su mano en una escudilla llena de arena y le anunciaba el futuro por el estudio de la impronta. Le auguró, entre otras cosas, que a los 32 años tendría dos hijos, al igual que su propia madre, quien los tuvo a partir de esa edad.

“La profecía [que le hizo el *profesor*] le promete el cumplimiento de aquella identificación con la madre que fue el secreto de su infancia, y por boca del adivino, que no era sabedor de todas esas circunstancias personales y manejaba una marca en la arena.” (OCFAE, XVIII, p. 180).

7.6.2. *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)

En el capítulo VII de este ensayo, Freud realizó una recapitulación y síntesis de sus principales ideas sobre la identificación.⁹ Describió las que había conceptualizado hasta entonces y añadió las referencias iniciales respecto de la identificación primaria, aunque en esos momentos, no le asignó explícitamente dicho nombre. (Lo hizo más tarde, en el capítulo III de *El yo y el ello*; véase *infra*).

Inició dicho capítulo con la descripción de las primarias, y lo hizo en los siguientes términos:

“El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal. Esta conducta nada tiene que ver con una actitud pasiva o femenina hacia el padre (y hacia el varón en general); al contrario, es masculina por excelencia. Se concilia muy bien con el complejo de Edipo, al que contribuye a preparar.”

[...] Desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse vuelta hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación. Se comporta como un retoño de la primera fase, oral, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal.” (OCFAE, XVIII, p. 99).

[...] Es fácil expresar en una fórmula el distingo entre una identificación de este tipo con el padre y una elección de objeto que recaiga sobre él. En el primer caso el padre es lo que uno querría *ser*; en el segundo, lo que uno querría *tener*.” (OCFAE, XVIII, p. 100).

A renglón seguido Freud puntualizó otra vez la relación entre identificación y formación de síntomas neuróticos. Afirmó que dichas identificaciones pueden ser tanto con el/la rival –dentro del triángulo edípico– o con el objeto amado. En este último caso:

“La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación”. (OCFAE, XVIII, p. 100; las cursivas son del texto original).

Ambas identificaciones -con la persona no amada y con la amada- son parciales, limitadas a un rasgo o detalle del objeto.

“Hay un tercer caso de formación de síntoma, particularmente frecuente e importante, en la que la identificación prescinde por completo de la relación de objeto con la persona copiada”. (OCFAE, XVIII, p. 101).

Describió a continuación esta tercera variedad como la identificación del pensionado: crisis histérica en una muchacha al leer la carta de su amado y repetición del ataque en algunas de sus compañeras, por “infección psíquica”. Que tal contagio haya ocurrido supone que:

“La identificación por el síntoma pasa a ser así el indicio de un punto de coincidencia entre los dos ‘yo’, que debe mantenerse reprimido.” (OCFAE, XVIII, p. 101).

Refirió, luego, de manera muy sintética -las desarrolló extensamente en los capítulos IX, X y XI de la misma obra- las que acontecen en el seno de las masas: identificación entre personas que poseen un elemento común: la proyección de los ideales del yo de cada uno en el líder o conductor del grupo.

Le tocó, luego, el turno a las identificaciones narcisistas; en relación a la de la homosexualidad masculina repitió lo afirmado once años antes en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (véase *supra*, 1.3.4.):

“Llamativa en esta identificación es su amplitud: trasmuda al yo respecto de un componente en extremo importante (el carácter sexual), según el modelo de lo que hasta ahora era el objeto” [...] “Por lo demás, la identificación con el objeto resignado o perdido, en sustitución de él y la introyección de este objeto en el yo no constituye ninguna novedad para nosotros.” (OCFAE, XVIII, p.102).

Algo similar sucedió con la identificación narcisista de la melancolía: reiteró lo que ya había dicho en *DyM* (1915); véase también *supra*, 1.4.5. En el capítulo VIII de *PMAY*, titulado “Enamoramiento e hipnosis”, Freud estableció la siguiente distinción:

“Ahora es fácil describir la diferencia entre la identificación y el enamoramiento en sus expresiones más acusadas, que se llaman fascinación y servidumbre enamorada. En la primera, el yo se ha enriquecido con las propiedades del objeto, lo ha ‘introyectado’, según una expresión de Ferenczi [1909]. En el segundo, se ha empobrecido, se ha entregado al objeto, le ha concedido el lugar de su ingrediente más importante. [...] En el caso de la identificación, el objeto se ha perdido o ha sido resignado; después se lo vuelve a erigir en el interior del yo, y el yo se altera parcialmente según el modelo del objeto perdido. En el otro caso el objeto se ha mantenido y es sobreinvertido como tal por el yo a sus expensas. Pero también contra esto se eleva un reparo. Admitiendo que la identificación presupone la resignación de la investidura de objeto, ¿no puede haber identificación conservándose aquel? Ya antes de entrar en el examen de este espinoso problema, vislumbramos que la esencia de este estado de cosas está contenida en otra alternativa, a saber: *que el objeto se ponga en el lugar del yo o en el del ideal del yo.*” (OCFAE, XVIII, pp. 107-108).

En referencia a la constitución de la masa, dijo:

“Una masa primaria de esta índole es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo.” (OCFAE, XVIII, pp. 109-110; en cursiva en el original).

“El sentimiento social descansa, pues, en el cambio de un sentimiento primero hostil en una ligazón de cuño positivo, de la índole de una identificación.” (OCFAE, XVIII, p. 115).

En relación a la horda primitiva, y en una nota al pie, comentó:

“Acaso puede suponerse también que los hijos expulsados, separados del padre, hicieron el progreso desde la identificación entre ellos hasta el amor de objeto homosexual, y así obtuvieron la libertad para matar al padre.” (OCFAE, XVIII, p. 118).

“Cada individuo es miembro de muchas masas, tiene múltiples ligazones de identificación y ha edificado su ideal del yo según los más diversos modelos. Cada individuo participa, así del alma de muchas masas: su raza, su estamento, su comunidad de credo, su comunidad estatal, etc., y aun puede elevarse por encima de ello hasta lograr una partícula de autonomía y de originalidad. Estas formaciones de masa duraderas y permanentes llaman menos la atención del observador, por sus efectos uniformes y continuados, que las masas efímeras, de creación súbita [...]” (OCFAE, XVIII, p. 122).

Más adelante, en el capítulo XI retomó el tema de la identificación en las masas:

“Entonces se lo vuelve a erigir [al objeto] en el interior del yo por identificación, y es severamente amonestado por el ideal del yo. Los reproches y agresiones dirigidos al objeto salen a la luz como autorreproches melancólicos.” (OCFAE, XVIII, p. 126; lo que está entre corchetes es mío).

Del capítulo XII (Apéndice) se extrajo la cita siguiente:

“La diferencia entre identificación del yo con un objeto y reemplazo del ideal del yo por este encuentra una interesante ilustración en las dos grandes masas artificiales que estudiamos inicialmente, el ejército y la Iglesia cristiana. Es evidente que el soldado toma por ideal a su jefe, en rigor, al conductor del ejército, al par que se identifica con sus iguales [...].

La situación es diferente en la Iglesia católica. Todo cristiano ama a Cristo como su ideal y se siente ligado a los otros cristianos por identificación. Pero la Iglesia le pide algo más. Debe identificarse con Cristo y amar a los otros cristianos como Él los ha amado. En ambos lugares, por tanto, la Iglesia exige completar la posición libidinal dada por la formación de masa. La identificación debe agregarse ahí donde se produjo la elección de objeto, y el amor de objeto, ahí donde está la identificación. Este complemento, es evidente, rebasa la constitución de la masa.” (OCFAE, XVIII, p. 127).

Al final del mismo Apéndice, escribió:

“La *masa* multiplica este proceso [la inhibición de las pulsiones en su meta]; coincide con la hipnosis en cuanto a la naturaleza de las pulsiones que la cohesionan y a la sustitución del ideal del yo por el objeto, pero agrega la identificación con otros individuos, la que quizá fue posibilitada originariamente por su idéntico vínculo con el objeto.” (OCFAE, XVIII, p. 135; lo que está entre corchetes es mío).

7.6.3. *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* (1922 [1921])

En relación a la homosexualidad masculina, tras reafirmar la intensa fijación del varón a su madre, que le dificulta el posterior pasaje a cualquier otro objeto femenino, añadió:

“La identificación con la madre es un desenlace de este vínculo de objeto y al mismo tiempo permite permanecer fiel, en cierto sentido, a ese primer objeto.” (OCFAE, XVIII, p. 224).

Más adelante señaló otro mecanismo que conducía a la elección homosexual de objeto: la transformación de intensas y antiguas mociones hostiles, celosas, hacia un hermano, en sentimientos amorosos:

[...] los que antes eran rivales devenían ahora los primeros objetos de amor homosexual.” (OCFAE, XVIII, p. 225).

“Aquí como allí están presentes al comienzo mociones hostiles y celos que no pueden alcanzar la satisfacción, y los sentimientos de identificación tiernos, así como los sociales [se refiere aquí a las pulsiones inhibidas en su meta], se engendran como formaciones reactivas contra los impulsos de agresión reprimidos.” (OCFAE, XVIII, p. 225).

7.6.4. *Sueño y telepatía* (1922)

“Tal como estaban las cosas, me vi forzado a escribirle que estaba convencido de que ella padecía el efecto retardado de una fuerte atadura afectiva con su padre y de la correspondiente identificación con la madre [...]” (OCFAE, XVIII, p. 206).

Más adelante insistió sobre esta identificación materna:

“Lo fuerte en ese espejismo del recuerdo es que puede constituir una buena expresión para la tendencia preexistente en la hermana, a identificarse con la madre.” (OCFAE, XVIII, p. 209).

Al final este texto hizo otra referencia al tema:

“Ella se identificó con una amiga, pudo hallar en su persona el cumplimiento de su deseo, pues todas las hijas mayores de familias con muchos hijos engendran en el inconsciente la fantasía de convertirse en la segunda mujer del padre por la muerte de la madre.” (OCFAE, XVIII, p. 210).

7.6.5. *Teoría de la libido* (1923 [1922])

En este breve texto retomó el tema de la identificación en las masas, oponiéndose a la existencia de una pulsión gregaria que aglutinaría a los humanos:

“Muchos autores sostienen que existe una ‘pulsión gregaria’ particular, innata y no susceptible de ulterior descomposición. Ella regularía la conducta social de los seres humanos, y esforzaría a los individuos a unirse en comunidades mayores. El psicoanálisis se ve obligado a contradecir esa tesis. Aun si la pulsión social es innata, se la puede reconducir sin dificultad a investiduras de objeto originariamente libidinosas, y en el individuo infantil se desarrolla como formación reactiva frente a actitudes hostiles de rivalidad. Descansa en un tipo peculiar de identificación con los otros.” (OCFAE, XVIII, p. 252- 253).

7.6.6. *El yo y el ello* (1923)

“El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie.” (OCFAE, XIX, p. 30).

De este punto arranca la nota al pie nº 16, incluida a partir de 1927 en las ediciones inglesas, aunque no en las alemanas posteriores. En esta adenda afirmó:

“O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico.” (OCFAE, XIX, nota al pie nº 16, pp. 27-28).

“Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, una investidura de objeto es relevada por una identificación. En aquel momento, empero, no conocíamos toda la significatividad de este proceso y no sabíamos ni cuán frecuente ni cuán típico es. Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su *carácter*.” (OCFAE, XIX, pp. 30 y 31).

[...] Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo, lo mismo que en la melancolía; todavía no nos resultan familiares las circunstancias de esta sustitución. Quizás el yo, mediante esta introyección que es una suerte de regresión al mecanismo de la fase oral, facilite o posibilite la resignación del objeto. Quizás esta identificación sea en general la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos. Comoquiera que fuese, es este un proceso muy frecuente, sobre todo en fases tempranas del desarrollo, y puede dar lugar a esta concepción: el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto.” (OCFAE, XIX, p. 31).

"Otro punto de vista enuncia que esta trasposición de una elección erótica de objeto en una alteración del yo es, además, un camino que permite al yo dominar al ello y profundizar sus vínculos con el ello, aunque, por cierto a costa de una gran docilidad hacia sus vivencias. Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: 'Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...'.
La trasposición así cumplida de libido de objeto en libido narcisista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación.” (OCFAE, XIX, p. 32).

[...] Ahora bien, comoquiera que se plasme después la resistencia {*Resistenz*} del carácter frente a los influjos de investiduras de objeto resignadas, los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos. Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre¹⁰ de la prehistoria personal. A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata {no mediada}, y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria.” (OCFAE, XIX, p. 33).

Y en la nota al pie recién comentada, agregó:

“Quizá sería más prudente decir 'con los progenitores' pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene. En la historia de una joven tuve hace poco la oportunidad de saber que, tras notar su propia falta de pene, no había desposeído de este órgano a todas las mujeres, sino sólo a las que juzgaba de inferior valor. En su opinión, su madre lo había conservado. En aras de una mayor simplicidad expositiva, sólo trataré la identificación con el padre.”

Esta cita de la página 33 —y la nota al pie correspondiente—, fueron objeto de un extenso trabajo de dilucidación de su contenido en el capítulo 4. *Las principales identificaciones descritas por Freud*, de esta primera parte.

“Con la demolición del complejo de Edipo tiene que ser resignada la investidura de objeto de la madre. Puede tener dos diversos reemplazos: o bien una identificación con la madre o un refuerzo de la identificación-padre. Solemos considerar este último desenlace como el más normal; permite retener en cierta medida el vínculo tierno con la madre. De tal modo, la masculinidad experimentaría una reafirmación en el carácter del varón por obra del sepultamiento del complejo de Edipo. Análogamente, la actitud edípica de la niña puede desembocar en un refuerzo de su identificación-madre (o en el establecimiento de esa identificación), que afirme su carácter femenino.”

“Estas identificaciones no responden a nuestras expectativas, pues no introducen en el yo al objeto resignado, aunque este desenlace también se produce y es más fácilmente observable en la niña que en el varón. Muy a menudo averiguamos por el análisis que la niña pequeña, después que se vio obligada a renunciar al padre como objeto de amor, retoma y destaca su masculinidad y se identifica no con la madre, sino con el padre, esto es, con el objeto perdido. Ello depende, manifiestamente, de que sus disposiciones masculinas (no importa en qué consistan éstas) posean la intensidad suficiente.”

“La salida y desenlace de la situación del Edipo en identificación-padre o identificación-madre parece depender entonces, en ambos sexos, de la intensidad relativa de las dos disposiciones sexuales.” (OCFAE, XIX, p. 34).

“Los sentimientos sociales descansan en identificaciones con otros sobre el fundamento de un idéntico ideal del yo. [...] Puesto que la hostilidad no puede satisfacerse, se establece una identificación con quienes fueron inicialmente rivales. Observaciones de casos leves de homosexualidad apoyan la conjetura de que también esta identificación sustituye a una elección de objeto tierna, que ha relevado a la actitud hostil, agresiva.” (OCFAE, XIX, pp. 38-39).

“Así, ya dijimos repetidamente que el yo se forma en buena parte desde identificaciones que toman el relevo de investiduras del ello, resignadas; que las primeras de estas identificaciones se comportan regularmente como una instancia particular dentro del yo, se contraponen al yo como superyó, en tanto que el yo fortalecido, más tarde, acaso ofrezca mayor resistencia a tales influjos de identificación. El superyó debe su posición particular dentro del yo o respecto de él a un factor que se ha de apreciar desde dos lados. El primero: es la identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble; y el segundo: es el heredero del complejo de Edipo, y por tanto introdujo en el yo los objetos más grandiosos. En cierta medida es a las posteriores alteraciones del yo lo que la fase sexual primaria de la infancia es a la posterior vida sexual tras la pubertad.” (OCFAE, XIX, p. 49).

“Una particular *chance* de influir sobre él se tiene cuando el sentimiento *icc* de culpa es prestado, vale decir, el resultado de la identificación con otra persona que antaño fue objeto de una investidura erótica. Esa asunción del sentimiento de culpa es a menudo el único resto, difícil de reconocer, del vínculo amoroso resignado.” (OCFAE, XIX, p. 51, nota al pie).

“[...] en la melancolía, en cambio, el objeto, a quien se dirige la cólera del superyó, ha sido acogido en el yo por identificación.” (OCFAE, XIX, p. 53).

“El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno. Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aun, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal trasposición se produce también una desmezcla de pulsiones. Tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aleada con él, y esta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser.” (OCFAE, XIX, p. 55).

Más abajo añadió:

“Pero, en los dos casos [neurosis obsesiva y melancolía], el yo, que ha dominado a la libido mediante identificación, sufriría a cambio, de parte del superyó, el castigo por medio de la agresión entreverada con la libido.” (OCFAE, XIX, p. 55).

[El yo] “No se mantiene neutral entre las dos variedades de pulsiones. Mediante su trabajo de identificación y de sublimación, presta auxilio a las pulsiones de muerte para dominar a la libido, pero así cae en el peligro de devenir objeto de las pulsiones de muerte y de sucumbir él mismo. A fin de prestar ese auxilio, él mismo tuvo que llenarse con libido, y por esa vía deviene subrogado del Eros y ahora quiere vivir y ser amado.” (OCFAE, XIX, p. 57; lo que está entre corchetes es mío).

7.6.7. *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924)

“Las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación. La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto. Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo cual probablemente acontezca con toda trasposición en identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. [...] Con ese proceso se inicia el período de latencia, que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño.” (OCFAE, XIX, p. 184).

7.6.8. *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (1925)

“En lo tocante a la prehistoria del complejo de Edipo en el varoncito, falta mucho para que todo nos resulte claro. Hemos aprendido que hay en ella una identificación de naturaleza tierna con el padre, de la que todavía está ausente el sentido de la rivalidad hacia la madre.” (OCFAE, XIX, p. 269).

“Y si después esta ligazón-padre tiene que resignarse por malograda, puede atrincherarse en una identificación-padre con la cual la niña regresa al complejo de masculinidad y se fija eventualmente a él.” (OCFAE, XIX, p. 274).

7.7. Periodo 1925-1930. La identificación más allá de la clínica

En este lustro, el concepto de identificación hizo acto de presencia en su estudio sobre el fetichismo, en los análisis de ciertos fenómenos ligados al arte y a la literatura; también, en su ensayo sobre el humor.

7.7.1. *El fetichismo* (1927)

“En otros casos, la bi-escisión se muestra en lo que el fetichista hace -en la realidad o en la fantasía- con su fetiche. No sería exhaustivo destacar que venera al fetiche: en muchos casos lo trata de una manera que evidentemente equivale a una figuración de la castración. Esto acontece, en particular, cuando se ha desarrollado una fuerte identificación-padre; el fetichista desempeña entonces el papel del padre, a quien, el niño, en efecto, había atribuido la castración de la mujer.” (OCFAE, XXI, pp. 151-152).

7.7.2. *El porvenir de una ilusión* (1927)

“Como lo sabemos desde hace mucho tiempo, el arte brinda satisfacciones sustitutivas para las renunciaciones culturales más antiguas, que siguen siendo las más hondamente sentidas, y por eso nada hay más eficaz para reconciliarnos con los sacrificios que aquellas imponen. Además, sus creaciones realzan los sentimientos de identificación de que tanto necesita todo círculo cultural; lo consiguen dando ocasión a vivenciar en común sensaciones muy estimadas. Pero también sirven a la satisfacción narcisista cuando figuran los logros de la cultura en cuestión y hacen presentes sus ideales de manera impresionante.” (OCFAE, XXI, p. 13).

7.7.3. *Dostoievski y el parricidio* (1928 [1927])

En este texto, Freud comentó que Fedor Dostoievski, solía dormirse letárgicamente cuando atravesaba momentos de gran angustia. Respecto de este síntoma, comentó:

“Conocemos el sentido y el propósito de estos ataques de muerte. Significan una identificación con un muerto, una persona que efectivamente falleció o que todavía vive y cuya muerte se desea. Este último caso es el más significativo. El ataque tiene así el valor de una punición. Uno ha deseado la muerte de otro, y ahora uno mismo es ese otro y está muerto.” (OCFAE, XXI, p. 180).

Después de señalar que en el varón los deseos de muerte se dirigen al padre, apuntó que junto al odio suele haber también amor y ternura respecto de él. Luego añadió:

“Ambas actitudes [las propias de la ambivalencia afectiva] se conjugan en la identificación-padre; uno querría estar en el lugar del padre porque lo admira (le gustaría ser como él) y porque quiere eliminarlo. Ahora bien, todo este desarrollo tropieza con un poderoso obstáculo. [...] Y es este deseo, en la medida en que se conserva en lo inconsciente, el que forma la base del sentimiento de culpa.” (OCFAE, XXI, p. 180).

“En *Los hermanos Karamazov* se encuentra una escena en extremo definitiva para Dostoievski. En la conversación con Dmitri, el *staretz*¹¹ ha reconocido que él mismo lleva en sí la disposición al parricidio, y se arroja a sus pies. No puede tratarse de una expresión de reverencia; tiene que significar que el Santo arrojaba de sí la tentación de despreciar o aborrecer al asesino, y por eso se humilla ante él. La simpatía de Dostoievski por el criminal es de hecho ilimitada, va mucho más allá de la compasión a que el desdichado tiene derecho, y recuerda el horror sagrado con que la antigüedad consideró al epiléptico y al enfermo mental. El criminal es para él casi como un redentor que ha tomado sobre sí la culpa que los otros habrían debido llevar. Después que él ya ha asesinado, no hace falta asesinar; antes bien, es preciso estarle agradecido, pues de lo contrario uno mismo habría debido asesinar. Esto no es sólo compasión indulgente; es identificación sobre la base de los mismos impulsos asesinos, en verdad un narcisismo apenas desplazado.” (OCFAE, XXI, pp. 186-187).

7.7.4. *El humor* (1927)

“Si nos volvemos a la situación en que alguien adopta una actitud humorística frente a otro, parece natural la concepción que ya indiqué tímidamente en mi libro sobre el chiste: se comporta hacia él como el adulto hacia el niño, en la medida que discierne la nulidad de los intereses y sufrimientos que le parecen grandes a aquél, y se ríe de ellos. Así, el humorista gana su superioridad poniéndose en el papel del adulto, en cierto modo en la identificación-padre, y deprimiendo a los otros a la condición de niños.” (OCFAE, XXI, p. 159).

7.7.5. El malestar en la cultura (1930 [1929])

“Forzosamente, el niño debió renunciar a la satisfacción de esta agresión vengativa. Salva esta difícil situación económica por la vía de mecanismos consabidos: acoge dentro de sí por identificación esa autoridad inatacable, que ahora deviene el superyó y entra en posesión de toda la agresión que, como hijo, uno de buena gana habría ejercido contra ella.” (OCFAE, XXI, pág. 125).

7.8. Periodo 1930-1935. Identificación y las instancias de la segunda tópica

En esta etapa destacan las referencias a la estructuración identificatoria del yo y superyó; también destaca la diferenciación precisa entre identificación y elección de objeto. Desarrolló, asimismo, una idea ya expuesta en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (véase supra, 1.6.7.): la sustitución de cargas de objetos por identificaciones, en el momento de la declinación del mismo.

7.8.1. *El presidente Thomas Woodrow Wilson, un estudio psicológico* (1932)^{12*}

En este ensayo, los autores encaran un estudio psicológico de quien fue el 28º presidente de los EE.UU. Los capítulos firmados por Freud contienen muchísimas alusiones a la identificación; ellas atraviesan todo el texto, mostrando cómo él las pensaba. Freud hizo referencia en este ensayo a casi todas las modalidades de identificaciones que había descrito hasta entonces. Se citarán, por lo tanto, aquellos párrafos que muestren con claridad sus principales ideas sobre el tema. Se remarcarán especialmente las escasas novedades que aparecieron en este estudio sobre el asunto en cuestión.

“Un medio de escape al dilema mayor del complejo de Edipo, es empleado por todos los varones: la identificación con el padre. Viéndose igualmente incapaz de matar al padre o de someterse totalmente a él, el niño encuentra una salida que se aproxima a la eliminación del padre y sin embargo elude el asesinato. Se identifica con él. Así satisface a la vez tanto los deseos tiernos como los hostiles. [...] El niño no se identifica con el padre tal como es en la vida real y tal como lo reconocerá más adelante, sino con uno cuyos poderes y virtudes han tenido una extraordinaria expansión y cuyas debilidades y faltas han sido negadas.”^{13*} (*Op. cit.*, p. 51).

“Unificar los deseos de la libido entre ellos y con las órdenes del Superyó y las exigencias del mundo exterior es, como dijimos, una tarea nada fácil para el Yo: todos los instintos deben ser satisfechos de alguna manera; el Superyó insiste en sus órdenes y no puede uno evadirse de la adaptación a la realidad. Para realizar esta tarea el Yo emplea, cuando es imposible la satisfacción directa de la libido, tres mecanismos: represión, identificación, sublimación.” (*Op. cit.*, p. 54).

Renglones más abajo, caracterizó a la segunda de este modo:

“La identificación trata de satisfacer el deseo instintivo transformando al Yo mismo en el objeto deseado, de modo que uno mismo representa tanto al sujeto como al objeto deseado.” (*op. cit.*, p. 54).

“Las reacciones contra los impulsos instintivos reprimidos juegan un poder tan grande en la construcción de la personalidad como las dos identificaciones primarias con el padre y la madre.”¹⁴ (*op. cit.*, p. 55).

“La identificación de sí mismo con el Salvador de la Humanidad, que se volvió un rasgo tan importante y obvio de su personalidad en años posteriores, parece haber comenzado como una conclusión inevitable que se encontraba en el inconsciente durante sus primeros años: si su padre era Dios, él mismo era el Único Bienamado Hijo de Dios: Jesucristo. Veremos que los efectos de estas identificaciones aparecen a lo largo de su vida [...]”^{15*} (*op. cit.*, p. 68).

“Otra salida para la pasividad de Wilson hacia el padre era a través de la identificación con la madre.” (*op. cit.*, p. 72).

“Su identificación con Gladstone [estadista británico, persona idolatrada por T. W. Wilson] recibió no sólo una gran carga de libido de su actividad agresiva sino también cargas secundarias de su actividad tierna y su pasividad hacia el padre.” (*Op. cit.*, p. 85; lo que está entre corchetes es mío).

“Desde entonces fue absolutamente necesario para su felicidad sentir que iba en camino de convertirse en estadista. Era el único medio para descargar la actividad agresiva hacia el padre acumulada en su identificación con Gladstone. Solo así podría evitar ser dominado por la identificación materna. Para sentir que era un hombre, tenía que hacerse estadista.” (*op. cit.*, p. 86).

“Todas sus identificaciones con la divinidad exigían que representara `la parte más noble que jamás le ha tocado a un hijo de hombre”. [...] Así, el poder de su identificación con Cristo se desplazó desde el lado de la paz al de la guerra. Decidió emprender la guerra por la paz. Muchas veces cuando niño había cantado con su padre: `El Hijo de Dios emprende la guerra para ganar una corona real’”. (*op. cit.*, p. 153).

7.8.2. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1932-1933)

Se hará referencia sólo a tres de ellas: la 31^a, la 32^a y la 33^a.

7.8.2.1. Trigésima primera conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica

“La base de este proceso [constitución del superyó a partir de los vínculos parentales] es lo que se llama una `identificación’, o sea la asimilación de un yo a un yo ajeno, a consecuencia de la cual ese primer yo se comporta en ciertos aspectos como el otro, lo imita, por así decir lo acoge dentro de sí. Se ha comparado la identificación y no es desatinado, con la incorporación oral, canibática, de la persona ajena. La identificación es una forma muy importante de la ligazón con el prójimo, probablemente, la más originaria; no es lo mismo que una elección de objeto. Podemos expresar la diferencia más o menos así: cuando el varoncito se ha identificado con el padre, quiere *ser* como el padre; cuando lo ha hecho objeto de su elección, quiere *tenerlo*, poseerlo. En el primer caso su yo se alterará siguiendo el arquetipo del padre; en el segundo caso ello no es necesario. Identificación y elección de objeto son en vasta medida independientes entre sí; empero, uno puede identificarse con la misma persona a quien se tomó, por ejemplo, como objeto sexual, alterar su yo de acuerdo con ella.”

“[...] Si uno ha perdido un objeto o se ve precisado a resignarlo, es muy común que uno se resarza identificándose con él, erigiéndolo de nuevo dentro de su yo, de suerte que aquí la elección de objeto regresa, por así decir, a la identificación.” (OCFAE, XXII, pp. 58-59; lo que está entre corchetes es mío).

A renglón seguido insistió sobre las identificaciones en la constitución del superyó y en el momento de la declinación del complejo de Edipo:

“[...] la institución del superyó se describe como un caso logrado de identificación con la instancia parental.” (OCFAE, XXII, p. 59).

“[...] con la liquidación {*Auflassen*} del complejo de Edipo el niño se vio precisado a renunciar también a las intensas investiduras de objeto que había depositado en los progenitores, y como resarcimiento por esta pérdida de objeto se refuerzan muchísimo dentro de su yo las identificaciones con los progenitores que, probablemente, estuvieron presentes desde mucho más atrás. Tales identificaciones, en su condición de precipitados de investiduras de objetos resignadas, se repetirán luego con mucha frecuencia en la vida del niño; pero responde por entero al valor de sentimiento de ese primer caso de una tal trasposición que su resultado llegue a ocupar una posición especial dentro del yo.” (OCFAE, XXII, p. 59).

En la página siguiente se puede leer una escueta referencia a las identificaciones postedípicas:

“En la época en que el complejo de Edipo deja sitio al superyó, ellos [los padres] son algo enteramente grandiosos; más tarde menguan mucho. También con estos padres posteriores se producen después identificaciones, pero lo común es que ellas brinden importantes contribuciones a la formación del carácter; en tal caso afectan sólo al yo, y no influyen más sobre el superyó, que ha sido comandado por las primerísimas imagos parentales.” (OCFAE, XXII, p. 60; lo que está entre corchetes es mío).

Por último, en la página 63 repitió sus tesis sobre la identificación en el seno de las masas.

7.8.2.2. Trigésima segunda conferencia. Angustia y vida pulsional

Reiteró una idea: las identificaciones son precipitados de vínculos con objetos resignados y tendrían un papel importante en la formación del carácter.

“Agreguemos ahora, como un complemento que nunca falta a la formación del carácter, las formaciones reactivas que el yo adquiere primero en sus represiones y, más tarde, con medios más normales, a raíz de los rechazos de mociones pulsionales indeseadas.” (OCFAE, XXII, p. 84).

7.8.2.3. Trigésima tercera conferencia. *La feminidad*

“Pero este juego [con muñecas] no era propiamente la expresión de su feminidad; servía a la identificación-madre en el propósito de sustituir la pasividad por actividad. Jugaba a la madre y la muñeca era ella misma; entonces podía hacer con el hijo todo lo que la madre solía hacer con ella.” (OCFAE, XXII, 119; lo que está entre corchetes es mío).

“Bajo la impresión de la propia maternidad puede revivirse una identificación con la madre propia, identificación contra la que la mujer se había rebelado hasta el matrimonio, y atraer hacia sí toda la libido disponible, de suerte que la compulsión de repetición reproduzca un matrimonio desdichado de los padres.” (OCFAE, XXII, 123).

7.8.3. *¿Por qué la guerra?* (1933)

Del intercambio de correspondencia entre Einstein y Freud, realizado en el año 1933, se extraen las siguientes consideraciones sobre la identificación que el psicoanalista le hizo llegar al físico:

“Hemos averiguado que son dos cosas las que mantienen cohesionada a una comunidad: la compulsión de la violencia y las ligazones de sentimiento -técnicamente se las llama *identificaciones*- entre sus miembros. Ausente uno de estos factores, es posible que el otro mantenga en pie a la comunidad.” (OCFAE, XXII, pp. 191-192).

“La otra clase de ligazón de sentimiento es la que se produce por identificación. Todo lo que establezca sustantivas relaciones de comunidad entre los hombres provocará esos sentimientos comunes, esas identificaciones.” (OCFAE, XXII, p. 195).

7.9. Periodo 1935-1939. Ausencia de novedades

Las escasas alusiones a la identificación en estos últimos años de su vida y obra giraron en torno a ideas ya expuestas en épocas anteriores. Destacan: el resurgimiento de antiguas identificaciones a objetos con los que hubo enfrentamientos violentos y la dialéctica del ser y tener en su relación con la identificación.

7.9.1. *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-1938])

En el capítulo III, parte I, de este ensayo, tras referirse al período de latencia, comentó la situación de un niño identificado con su padre; este varoncito se excitaba manipulando su pene. Esas prácticas siguieron hasta que recibió la prohibición de su madre de tocarse el genital. A renglón seguido, añadió:

“Esta amenaza de castración tuvo sobre el muchacho un efecto traumático de extraordinaria intensidad. Resignó su actividad sexual y cambió su carácter. En vez de identificarse con el padre, le tuvo miedo, adoptó frente a él una actitud pasiva y lo provocó, mediante un comportamiento en ocasiones díscolo, a que le propinara unos castigos corporales que para él tenían significado sexual, de suerte que podía identificarse con la madre maltratada.” (OCFAE, XXIII, p. 76).

Con posterioridad, siendo ya adulto, desarrolló el síntoma de la impotencia sexual; perdió la sensibilidad de su miembro y no osaba acercarse a una mujer. Al final de la misma página, agregó:

“Cuando, aquejado por estos síntomas e incapacidades, halló por fin una mujer tras la muerte del padre, le salieron a relucir, como el núcleo de su ser, unos rasgos de carácter que volvían difícil su trato para todos sus allegados. Desarrolló una personalidad absolutamente egoísta, despótica y brutal, para quién era una evidente necesidad sofocar y mortificar a los demás. Era la copia fiel del padre tal como el retrato de éste se había plasmado en su recuerdo: una reanimación de la identificación-padre en la cual el varoncito había entrado en su momento por motivos sexuales.” (OCFAE, XXIII, pp. 76-77).

Bajo el título de *El retorno de lo reprimido*, Freud comentó las siguientes vicisitudes de la identificación de una muchacha con su madre:

“Tomemos a la joven que se ha dado a la más decidida oposición frente a su madre, cultiva todas las cualidades que se echa de menos en esta y evita todo cuanto a ella recuerda. Tenemos derecho a completar que en años más tempranos, como toda niña, había emprendido una identificación con la madre y ahora se le subleva enérgicamente. Pero cuando esta muchacha se casa, y ella misma deviene esposa y madre, no hemos de asombrarnos si empieza a volverse cada vez más semejante a su madre enemiga, hasta que al fin se restablece de una manera inequívoca la

vencida identificación-madre. Lo mismo acontece en el varón, y aún el gran Goethe, que en la época de despliegue de su genio sin duda menospreció a su padre rígido y pedante, de anciano desarrolló unos rasgos que pertenecían al cuadro de carácter de aquél.” (OCFAE, XXIII, pp. 120-121).

7.9.2. Esquema de psicoanálisis (1940 [1938])

En referencia al varón, afirmó:

“Es cierto que a consecuencia de la amenaza [de castración] resignó la masturbación, pero no la actividad fantaseadora que la acompaña. Al contrario, esta, siendo la única forma de satisfacción sexual que le ha quedado, es cultivada más que antes, y en tales fantasías él sin duda se identificará todavía con el padre, pero también al mismo tiempo, y quizá de manera predominante, con la madre. [...] Independientes de tal promoción de su feminidad, la angustia ante el padre y el odio contra él experimentarán un gran acrecentamiento. La masculinidad del muchacho se retira, por así decir, a una postura de desafío al padre, que habrá de gobernar compulsivamente su posterior conducta en la comunidad humana.” (OCFAE, XXIII, p. 190).

“Cuando uno ha perdido un objeto de amor, la reacción inmediata es identificarse con él, sustituirlo mediante una identificación desde adentro, por así decir. Este mecanismo acude aquí en socorro de la niña pequeña. La identificación-madre puede relevar ahora a la ligazón-madre.” (OCFAE, XXIII, p. 193).

“Hacia esa época [cerca de los cinco años] se ha consumado una importante alteración. Un fragmento del mundo exterior ha sido resignado como objeto, al menos parcialmente, y a cambio (por identificación) fue acogido en el interior del yo, o sea, ha devenido un ingrediente del mundo interior. Esta nueva instancia psíquica prosigue las funciones que habían ejercido aquellas personas [los objetos abandonados] del mundo exterior; observa al yo, le da órdenes, lo juzga y lo amenaza con castigos, en un todo como los progenitores, cuyo lugar ha ocupado. Llamamos *superyó* a esa instancia, y la sentimos en sus funciones de juez, como nuestra *conciencia moral*.” (OCFAE, XXIII, p. 207; lo que está entre corchetes es mío).

7.9.3. Conclusiones, ideas, problemas (1941 [1938])

En este breve escrito reapareció la dialéctica del ser y el tener en su relación con la identificación:

“‘Tener’ y ‘ser’ en el niño. El niño tiende a expresar el vínculo de objeto mediante la identificación: ‘Yo soy el objeto’. El ‘tener’ es posterior, vuelve de contrachoque al ‘ser’ tras la pérdida del objeto. ‘El pecho es un pedazo mío, yo soy el pecho’. Luego, sólo: ‘Yo lo tengo, es decir, yo no lo soy...’.” (OCFAE, XXIII, p. 301).

7.10. Reseña de las identificaciones que se desprenden del recorrido efectuado

- identificación histérica
- identificaciones vinculadas a la formación de síntomas
- identificación onírica
- identificación como forma de pensamiento
- identificación del espectador con los actores y actrices
- identificación en la homosexualidad masculina
- identificación totémica
- identificación melancólica, también llamada narcisística
- identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva
- identificación primaria
- identificaciones secundarias
- identificación en el seno de las masas
- identificaciones edípicas: con el objeto resignado, con el rival y las concomitantes con la carga de objeto
- identificación yoicas, superyoicas, e Ideal-yoicas.

7.11. Resumen del capítulo

Se ha pasado revista a las principales consideraciones sobre la identificación realizadas por Freud a lo largo de su producción. Las citas extractadas fueron compendiadas y presentadas atendiendo

a las fechas de publicación de sus textos. Se ha dividido su obra en periodos de cinco años y tras seleccionar los artículos en que aludió a la identificación en cada uno de esos lustros, se fue presentando las citas sucesivas. Se evitaron las interpretaciones de las mismas en tanto se pretendía dar cuenta de la palabra literal de Freud sobre el tema en cuestión. Al final se presentó un listado con las principales identificaciones que el vienés describió en los textos citados. Lo esencial del capítulo se ha integrado a las siguiente páginas.

ANEXO AL CAPÍTULO 7

Caracterización freudiana del concepto de identificación

En la *Introducción general* se anticipó que al final de cada una de las tres partes de este trabajo, se incluiría una definición de la identificación y una breve exposición sobre este concepto, acorde con la teoría que se esté exponiendo. El conjunto adoptará la forma de una entrada del vocablo *identificación* en un diccionario virtual de psicoanálisis.

Acepción principal:

Mecanismo estructurante del aparato psíquico mediante el cual el sujeto hace propios, *de manera inconsciente*, rasgos o atributos de las representaciones de objeto, inscribiéndolos en instancias psíquicas también inconscientes, con la consiguiente (trans)formación subjetiva a consecuencia de la implantación y apropiación de esos aspectos o propiedades del objeto. En estos rasgos precisos, que pueden ser muy circunscritos (identificaciones parciales) o más extensos (identificaciones masivas), el sujeto se vuelve idéntico al objeto. El aparato psíquico en su conjunto –las instancias y estructuras que Freud describió en su primera y segunda tópica– se constituye por medio de identificaciones.

Otras acepciones:

Mecanismo psíquico inconsciente o preconscious mediante el cual un sujeto se vuelve *temporalmente* semejante al objeto en algunos rasgos o atributos del mismo, pero sin que esas particularidades devengan elementos estables o permanentes de la psique.

La primera definición, si bien no abarca todos los usos y significados que adquirió la identificación en la teoría freudiana, subraya dos aspectos muy importantes de la misma: a) la articulación con lo inconsciente, que abrió una perspectiva distinta para su estudio, tanto en la clínica como en la teoría; y b) el carácter estructurante de la identificación, que la convirtió en el mecanismo principal del engendramiento de un nuevo sujeto psíquico.

La segunda aproximación incluye otras modalidades identificatorias no estructurales que Freud describió, que cumplen algunas funciones específicas ya sea en la formación de síntomas histéricos, fóbicos y obsesivos, en el sueño, o en los agrupamientos humanos, etc.

I. Visión panorámica del concepto

Pese a la importancia creciente que le fue otorgando a este concepto a lo largo de su obra –al punto tal de convertirlo en el mecanismo fundamental de la estructuración del aparato psíquico en los seres humanos–, Freud no estableció una definición explícita de la identificación, como la recién propuesta. Tampoco agrupó las diferentes variedades que propuso –una decena según podrá constatarse enseguida– en alguna clasificación. En los artículos en que se refirió a ella mostró un mayor interés por describirlas que por organizarlas en un sistema.¹⁶ Que tales textos hayan aparecido en distintas épocas de su producción explica la gran dispersión –temporal y textual– de sus alusiones a la identificación. Si se supera este obstáculo y se reúnen las ideas esparcidas a lo largo de casi cuarenta años de su producción, podrá apreciarse la evolución más significativa de su pensamiento en esta materia: a la primera teoría de la identificación –la *funcional*– le siguió una concepción *estructural*, que implicó un

giro de gran calado: la elevación del concepto al rango de causa de lo psíquico: el sujeto -sus diversos sistemas e instancias psíquicas- se constituye por vía identificatoria. Pero, como sucedió en otras comarcas teóricas, para el caso de la identificación, Freud no explicitó, cuáles de sus ideas anteriores caducaban y cuáles persistían con la introducción de las nuevas propuestas.

Dentro de la perspectiva funcional (1895-1920), Freud pensó la identificación como un mecanismo que, junto a otros, participaba en la formación de síntomas. Claros exponentes de esta concepción fueron las identificaciones que describió en los *Manuscritos L y N*, (1897), en la carta 125 dirigida a Fliess, en *La interpretación de los sueños* o en el historial clínico del caso Dora. En el periodo 1900-1910 aparecieron los primeros elementos del entramado conceptual con los cuales Freud elaboró su teoría inicial sobre las identificaciones: la noción de aparato psíquico, la oralidad, el deseo inconsciente, el desamparo, la sexualidad infantil, etc., problemáticas estas, íntimamente ligadas a la identificación.

Este enfoque inicial persistió -y se amplió- durante la década 1910-1920, ya que por aquel entonces, la identificación no sólo explicaba síntomas aislados, sino y además, cuadros clínicos completos -como la melancolía- o algunos factores implicados en las elecciones homosexuales de objeto. Promediando ese mismo lapso, sentó las bases para su segunda teoría de la identificación: la estructural. Esta adquirió forma definitiva tras la elaboración del nuevo dualismo pulsional (Eros-Tánatos) y la segunda tópica. Tras un período de transición y transformación de los fundamentos teóricos ya existentes -por introducción de conceptos nuevos: narcisismo, yo ideal, Ideal del yo, introyección, etc.- a partir de 1923 fue ganando importancia la idea de que las identificaciones estructuraban el aparato psíquico de *todos* los seres humanos. Fue un giro teórico de grandes consecuencias: la identificación salió de su confinamiento en la teoría de la formación de síntomas -terreno exclusivamente psicopatológico- y ocupó, con todos sus derechos, el área correspondiente a la concepción psicoanalítica de la estructuración del sujeto psíquico en el recién nacido humano.

Al privilegiar esta óptica, Freud hizo bascular la identificación al rango de causa de lo psíquico. En su calidad estructurante del psiquismo, ella se convirtió en un articulador teórico de primera magnitud para el estudio de la subjetivación, entendida como internalización de las pautas psíquicas existentes en el contexto familiar y social de cada recién nacido. En otros términos: se transformó en un concepto clave para pensar la constitución del sujeto en el seno de los vínculos con los que le rodean. Este giro produjo un efecto colateral: se le otorgó mayor importancia al psiquismo de los padres -y al de los miembros del contexto objetal en su conjunto- en la estructuración del aparato psíquico del infante. Pero Freud no sacó todo el partido posible a este giro de su pensamiento: su teorización sobre la identificación siguió partiendo de -y tuvo como motor fundamental a- las pulsiones del niño/a; no afirmó explícitamente ni menos aún de manera taxativa, la preeminencia de los otros en el engendramiento de la psique de un nuevo sujeto.

II. Líneas maestras de su concepción sobre la identificación

A lo largo de toda su obra sostuvo que la identificación era un retoño de la pulsión oral; la energía de ésta era la que ponía en movimiento al mecanismo identificatorio. Siempre sostuvo que la identificación tenía su punto de partida en el niño, en vías de estructuración; el infante fue *invariablemente* a lo largo de su obra el agente activo del proceso. Ella parte del niño, se dirige al objeto y vuelve al lugar de inicio, trazando un bucle; en esta operación el infante captura algún rasgo o característica del objeto; lo incorpora o introyecta, lo hace suyo (apropiación) y lo transforma en un componente estable de su psique. Una fórmula freudiana muy sintética para esta identificación estructural podría enunciarse así: *el sujeto se identifica con el objeto*. La identificación freudianamente concebida subrayó la sed identificatoria del sujeto, su capacidad para tomar elementos del entorno para conformarse. La relación del niño con sus objetos de identificación está siempre mediada por representaciones que el primero construye del segundo.

A partir de 1923 Freud extendió a otras modalidades lo que había descubierto con la identificación melancólica. Lo generalizado fue la secuencia siguiente: investidura objetal → pérdida o resignación del objeto → retracción libidinal → reconstrucción del objeto en el aparato psíquico. Esta serie devino el nódulo de varias identificaciones freudianas, que quedaron

conceptualizadas como un procedimiento que transformaba las investiduras de objeto en componentes estructurales del aparato psíquico. Este trámite implicaba la transformación de libido objetal en libido narcisista y la subsiguiente desexualización/sublimación de la energía pulsional en juego, que se asocia a una defusión pulsional: Eros se separa de Tánatos, que liberada, inunda al aparato psíquico, alimentando el masoquismo del yo y el sadismo del superyó. En ambas instancias anida la agresividad, producto de la pulsión de muerte desasida de sus ligámenes con Eros.

Los mecanismos psíquicos que intervienen en la consumación de las identificaciones son, fundamentalmente, cinco: introyección, incorporación, interiorización, apropiación y ligazón. Cada uno de estos conceptos tiene significados propios; realizan funciones diferenciadas y específicas, que conviene diferenciar de la identificación propiamente dicha.

Por otra parte, cabe recordar que en la teoría freudiana de la identificación el discurso mitológico ocupó un lugar importante. Buena parte de las identificaciones por él descritas -sobre todo las narcisistas, las edípicas, las primarias-, se basaron en una “metapsicologización” de los mitos de Narciso, de Edipo y del asesinato del Padre de la horda primitiva.

III. Principales identificaciones descritas por Freud

Un recorrido por la obra permite descubrir la pluralidad de las identificaciones que detalló. Se hará una breve reseña de las más importantes.

Identificaciones históricas:

Fueron las primeras que relató. Sin lugar a dudas, la plasticidad de la histeria y su capacidad para poner en escena el deseo inconsciente sirvieron a Freud como un excelente revelador de lo que estaba en juego en estas identificaciones: una mancomunidad inconsciente y no una imitación. La articulación entre síntoma histérico-identificación-fantasma fue descrita muy tempranamente: *Manuscritos L y N*, anexos a dos cartas dirigidas a Fliess y fechadas el 2 y el 31 de mayo de 1897. Un ejemplo prototípico sería el de la mujer que no salía a la calle porque se lo impedía la identificación inconsciente con una prostituta (“hacer la calle”).

Las primeras descripciones de la identificación histérica pueden encontrarse en *Los estudios sobre la histeria* (1893-95); también en algunas cartas dirigidas a Fliess y en *La interpretación de los sueños* (1900).

La identificación onírica:

Interviene en la elaboración del sueño, donde figura la “ semejanza, concordancia y comunidad” entre individuos. Mediante una identificación de este tipo se funden dos o más personas -que poseen algún rasgo en común- en una sola imagen, que aparecerá en el contenido manifiesto del sueño; el otro u otros personajes quedan eclipsados. Es una forma de condensación (proceso primario), que elude la censura.

El camino de la realización del deseo en el sueño no es lineal ni consiste en la toma de posesión directa del objeto deseado. Por el contrario, Freud la describió como un movimiento sesgado, siempre tangencial y eslabonado, oblicuo, zigzagueante, a resultas del cual el soñante termina procurándose el objeto por la mediación de una identificación con otro sujeto que supuestamente tiene acceso al mismo.

Gracias a esta última, ocupa en el sueño el lugar de aquél o aquélla que supuestamente goza del objeto deseado. Habrá que desalojarlo, expulsarlo y ocupar su sitio, fenómeno que implica una negación del otro, un despojo violento. La histeria -aunque no sólo ella- lleva con mucha frecuencia a la pantalla onírica este tipo de conflictos triangulares.

Las identificaciones y la formación de síntomas

Freud puntualizó muy tempranamente en su obra que la identificación participaba del conflicto de ambivalencia y de la formación de síntomas. Las recién nombradas así lo demuestran. En Psicología

de las masas y análisis del yo retomó esta cuestión y planteó tres figuras prototípicas ligadas a la formación de síntomas:

- a) *Identificación con el (o la) rival*: citó el caso de una niña identificada con un síntoma de su madre. Implica la voluntad hostil de sustituir a ésta; el síntoma expresaba el amor hacia el padre. Freud se refiere explícitamente, aquí, al complejo de Edipo y da cuenta de la participación de la conciencia de culpa en esta formación de síntomas por vía identificatoria, al describirla sintéticamente con estas palabras: "Has querido ser tu madre, ahora lo eres al menos en el sufrimiento."
- b) *Identificación con la persona amada*: trajo a colación, como ejemplo, a *Dora*, cuya tos resultó ser una identificación con el padre. Comentó así la situación creada: "*La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación.*" Freud se refirió a esta modalidad con diferentes adjetivaciones, en atención a sus distintos aspectos: la consideró *regresiva*, puesto que una elección de objeto se ha convertido en identificación; también la denominó *identificación con la persona amada*; asimismo, la designó como *identificación histérica*. Las del tipo a) y b) son parciales, "limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo (*einzigster Zug*) de la persona objeto" y acontecen en un terreno triangular -edípico- en el que opera el deseo inconsciente y la rivalidad.
- c) *Identificación del pensionado*: se trata de una formación de síntoma "en que la identificación prescinde por completo de la relación de objeto con la persona copiada." Su mecanismo: "es el de la identificación sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación. [...] La identificación por el síntoma pasa a ser así el indicio de un punto de coincidencia entre los dos 'yo', que debe permanecer reprimido."

Identificación melancólica:

La refirió por primera vez en *Duelo y melancolía* (1915): ante la injuria y la pérdida de un objeto elegido narcisísticamente, éste es *incorporado* y la batalla sado-masquista continúa intrapsíquicamente. Esta identificación le planteó a Freud varios interrogantes: ¿por qué se han borrado las diferencias entre el yo y el objeto? ¿Cómo es que el objeto se hizo Uno con el yo? El problema se "resolvió" en el marco del genio propio de su teoría, así: *incorporación* oral del objeto e incrustación del mismo en el yo.

El terreno en que se consuma es narcisista y predomina la ambivalencia afectiva. Es elocuente dónde hizo operar Freud a la incorporación: en los dominios del narcisismo. Por esta razón está en juego la totalización del objeto en esta identificación.

Esta modalidad puede considerarse como prolongación de la teoría funcional de la identificación operando en el periodo posterior -transición hacia la teoría estructural-, en tanto Freud dio cuenta por medio de ella, de un cuadro clínico completo; en este caso, la melancolía.

Identificación en la homosexualidad masculina

"Llamativa en esta identificación es su amplitud: trasmuda al yo respecto de un componente en extremo importante (el carácter sexual), según el modelo de lo que hasta ese momento era el objeto." Con estos mismos términos la había detallado una década antes en su estudio *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910), donde señaló la existencia de una identificación con la madre, que condicionaba una futura elección de objeto a imagen y semejanza. Esta identificación y la melancólica recibieron también el nombre de *narcisista*.

Identificación en el seno de las masas

Freud sostuvo que aquello que aglutinaba a las masas era un mecanismo libidinal que implicaba una doble identificación: por un lado, entre los distintos yo que participan de ella; por otro lado, todos identifican en el líder al Ideal del yo de cada uno.

Identificaciones edípicas

Acontecen durante el acmé y la declinación del complejo de Edipo. Sus caracteres fundamentales se esbozan sucintamente mediante las siguientes puntualizaciones:

- Son parciales, limitadas a un rasgo (*einzigiger Zug*) del objeto.
- El deseo inconsciente opera en ellas.
- La libido en juego es la objetal.
- Acontecen bajo la dominancia pulsional fálica.
- La diferenciación de sexos (castración y Ley) está en el meollo de esta identificación.
- El espacio psíquico del sujeto está organizado de forma triangular, por lo cual la elección de objeto y la identificación se dirigen hacia distintos vértices (cosa que no sucede en las primarias ni en las narcisistas).
- La coexistencia del Edipo positivo y negativo hace que se genere un mosaico complejo de identificaciones.
- Pueden ser concomitantes con la relación de objeto o subsiguientes a la resignación del mismo; estas últimas acontecen durante la declinación del complejo de Edipo.
- Refuerzan la división Inc.-Prec.-Cc. trazada por la represión primaria y secundaria.
- Se consuman mediante mecanismos introyectivos.

La identificación primaria

Es la que presenta más dificultades para discernir qué significado quiso atribuirle Freud. Sería algo así como la piedra fundamental que se coloca para el nuevo sujeto psíquico. Es la más precoz y genera los rudimentos subjetivos iniciales que posibilitan a las identificaciones posteriores tener un "suelo psíquico". Aparecen descritas como tributarias de mecanismos incorporativos ligados a la pulsión oral; su objeto es el padre en posición de ideal. Cuando acontecen, aún no existe la diferenciación dentro-fuera. "[...] es una identificación directa e inmediata {no mediada} y más temprana que cualquier investidura de objeto". La referencia al padre como objeto, remite al mito del asesinato del Padre de la horda primitiva -*Tótem y Tabú* (1913)- y revela la dimensión mítica presente en la teoría freudiana de la identificación. Todo nuevo sujeto es también un heredero de la humanidad.

Identificaciones yoicas, superyoicas, e Ideal-yoicas

Con la introducción de la segunda tópica Freud reformuló buena parte de sus desarrollos sobre las identificaciones edípicas, especificándolas según las instancias que conformaban. Surgieron así las identificaciones que llevan esos nombres.

IV. Reordenación de las identificaciones a partir de la teoría estructural

La introducción de la segunda teoría identificatoria, allá por los años 1921-1923, *varió el dominio semántico del concepto* y provocó un reacomodamiento de todo el tablero identificatorio freudiano: a partir de entonces ella devino la estructurante de lo psíquico. Si antes todas las identificaciones estaban en el mismo plano -digamos horizontal-, con posterioridad, la distinción estructural (permanente)/ temporal (transitoria) generó un orden jerárquico. El término *primaria* trajo de la mano al vocablo *secundaria*, e impuso la necesidad de revisar en cuál de esos dos grupos se inscribían las identificaciones descritas antes de la teoría estructural. Por otra parte la dialéctica primaria/secundaria, permitió establecer relaciones de recursividad: las identificaciones secundarias operarían procesando aquello que las primarias habían fundado. Estas nuevas ideas estuvieron en sintonía con los escritos freudianos de esa misma época: en ellos el complejo de Edipo -castración incluida- y el narcisismo adquirieron carácter estructurante.

Este giro teórico significó un paso trascendental en la intelección de la estructuración subjetiva y se hizo necesario pensar su operatividad desde el primer día de vida del infante. Se hizo necesario pensar su operatividad desde el primer día de vida del infante. Justamente por eso introdujo en

Psicología de las masas y análisis del yo (1921) la identificación primaria - la primera de todas -, es decir: la que constituye el zócalo psíquico para todo recién nacido humano.

Reordenar desde la teoría estructural lo escrito por Freud con anterioridad supone resolver previamente un par de cuestiones de gran envergadura; en primer lugar, precisar qué es una identificación estructurante y, en segundo término, discriminar cuáles de las que Freud describió lo son realmente. El vienés nunca zanjó estas cuestiones.

Se partirá de la siguiente definición de la identificación estructural en el marco de la teoría freudiana: es aquella que funda instancias del aparato psíquico. Sólo tres de la decena catalogada en su obra merecen recibir tal adjetivo: las primarias, las narcisistas y las secundarias edípicas. Este trío conforma estructuras psíquicas indelebles, implanta componentes estables y permanentes en la psique. Las restantes, son transitorias; incluso, fugaces, como las del sueño o las del espectador en una función teatral. En todo caso ha de quedar claro que la segunda teoría identificatoria al otorgar gran trascendencia al carácter estructurante de la identificación, disminuyó concomitantemente la importancia de las temporales. Asimismo, la teoría funcional de la identificación pasó a un segundo plano: los síntomas se explicaron a partir de disfunciones del aparato psíquico creado por las identificaciones estructurantes. Se podría sintetizar lo dicho a través de la siguiente afirmación: la identificación dejó de ser un operador clínico perteneciente a la “técnica” psicoanalítica para devenir una categoría metapsicológica que da cuenta del surgimiento de lo psíquico en los seres humanos.

NOTAS DEL CAPÍTULO 7

¹ La definición de este concepto y algunos comentarios sobre el mismo puede leerse en el anexo incluido al final de este mismo capítulo, p. 238 y ss. Por otra parte, y como ha sido habitual en todos las citas de Freud, ellas se distinguirán del resto del texto mediante el tamaño más pequeño de la letra y el entrecomillado de los fragmentos. Además irán acompañados del tomo y página de las OCFAE de donde han sido extraídas. En caso de otras fuentes, se las nombrará específicamente.

² La palabra alemana *Schwamm* significa hongo (seta, champiñón) o esponja, pero, en el lenguaje coloquial, se la utiliza para hacer referencia a los preservativos. Su plural es *Schwämme*.

³ Recuérdese que todas las referencias anteriores aparecieron en cartas privadas.

⁴ Este es el término con que en las OCFAE se tradujo *lapsus linguae*.

⁵ Véase en *El oficio de analista*, V. Korman (1996), pp. 329 y ss., algunas consideraciones más extensas sobre el chiste.

⁶ La entronización de la teoría estructural de la identificación conllevó que las modalidades centrífugas de la misma fueran perdiendo peso específico dentro de la TIF. De manera concomitante, Freud comenzó a jerarquizar el movimiento en dirección opuesta: desde el objeto al sujeto. M. Klein, en cambio, llevó a su máxima expresión este aspecto en su identificación proyectiva.

⁷ Estas mismas ideas fueron retomadas años más tarde en su artículo *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* (1922 [1921]). OCFAE, XVIII, pp. 224 y ss. Véase *infra*, el apartado 7.6.3. de este mismo capítulo.

⁸ OCFAE, XIV, p. 133. M. Klein radicalizó la descripción freudiana de la destrucción canibalística del objeto llevando a altísimos niveles el sadismo oral del lactante.

⁹ Un desarrollo más amplio sobre las variedades identificatorias que explicitó en el capítulo VII, pueden leerse en I, 3.

¹⁰ En este vocablo, Freud hizo una llamada a pie de página; dicha nota se transcribirá enseguida.

¹¹ Monje o eremita; se trata del padre Zosima de la obra de Dostoievski, que Freud comenta en su artículo.

¹² Los autores de este libro fueron S. Freud y W. Bullitt. Este último hizo varios comentarios en el prefacio sobre las vicisitudes de la escritura de dicho texto. Afirmó, por ejemplo, que hubo muchos acuerdos entre ambos respecto del contenido, pero que también hubieron divergencias. Éstas se resolvieron retirando de lo escrito los fragmentos que suscitaron los mayores desacuerdos. La primera versión estuvo terminada en la primavera de 1932; sin embargo pasaron seis años para que los autores se pusieron de acuerdo sobre cuál sería el contenido definitivo del ensayo. Coincidieron en que se

abstendrían de publicar el texto hasta después que muriese la segunda esposa de Woodrow Wilson. El libro fue editado por primera vez en Londres, por Weidenfeld and Nicolson (1966). Existe una versión castellana publicada por Letra Viva, Buenos Aires, 1973; se citará según esa edición. Cabe consignar que James Strachey –OCFAE, XXII, p. 68– puso en duda que Freud hubiera escrito el núcleo central de este volumen, considerando que más bien fue obra de Bullitt. Se conserva, en cambio, el original manuscrito por Freud de la *Introducción* de esta obra.

¹³ Freud señaló aquí, de manera clara, que la identificación se realiza con una **representación** que el niño se ha forjado del objeto que brindó un rasgo. Sobre las relaciones entre ambos conceptos véase el capítulo 5. *Mito y representación en la obra freudiana*.

¹⁴ Este es el único lugar en que Freud –si se le atribuye la autoría de este texto– hizo referencia a la identificación primaria *con la madre*.

¹⁵ Freud hizo de esta identificación –y sus efectos– uno de los ejes principales de este estudio psicológico del Presidente Wilson.

¹⁶ Como ya se ha dicho, en I, 4. el autor de esta tesis ha ensayado una sistematización de la TIF.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

PRIMERA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA FREUDIANA

- Abraham, N. y Torok, M.: «Introjecter-incorporer. Deuil ou mélancolie», en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, nº 6, París, Gallimard, 1972, p. 111.
- Assoun, P.L.: *Freud. La filosofía y los filósofos*, Paidós, Barcelona, 1982.
- Aulagnier, P.: *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1977.
- *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1986.
 - *Un intérprete en quête de sens*, París, Ramsay, 1986.
 - «Demande et identification», *L'inconscient*, nº 7, París.
- Borch-Jacobsen, M.: *Le sujet freudien*, París, Aubier Flammarion, 1982.
- Castoriadis, C.: «L'état du sujet aujourd'hui», *Revue Topique*, nº 38, París, 1986, p. 7.
- Commelin, P., *Mythologie grecque et romaine*, Pocket, París, 1994.
- Del Valle, E.: *La obra de Melanie Klein*, tomo I y II, Buenos Aires, Lugar editorial, 1986.
- De Mijolla, A. y col.: *Diccionario internacional de Psicoanálisis*. Tomo I y II, Madrid, 2007.
- Dor, J.: *Introduction a la lecture de Lacan*, París, Denoël, 1985.
- Faimberg, H.: *El telescopaje de generaciones*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006.
- Florence, J.: *L'identification dans la théorie freudienne*, Bruselas, Publications des Facultés Universitaires Saint-Louis, 1978.
- Fontaine, A.: «L'identification au père», *Lettres de l'École*, nº 22, Journée de Lille, *Bulletin interieur de l'École freudienne de Paris*, París, 1978.
- Freud, S.: *Obras completas* (OCKFAE) edición en XXIV tomos; Amorrortu editores, Buenos Aires. Se ha consultado especialmente: «Proyecto de una psicología para neurólogos», «Manuscrito N», «La interpretación de los sueños», «El caso Dora», «El chiste y su relación con lo inconsciente», «Tres ensayos para una teoría sexual», «Totem y tabú», «Introducción al narcisismo», «Pulsiones y destinos de pulsiones», «La represión», «Lo ominoso», «Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci», «Psicología de las masas y análisis del yo», «El yo y el ello», «El sepultamiento del complejo de edipo», «Fetichismo» «Inhibición, síntoma y angustia», «Más allá del principio del placer», «El fetichismo», «La negación», «El problema económico del masoquismo», «El malestar en la cultura».
- Freud y Bullitt, W.: *El presidente Wilson*, Buenos Aires, Editorial Letra Viva, 1973.
- Freud-Abraham: *Correspondencia*, Barcelona, Gedisa, 1979.
- Freud-Jung: *Correspondencia*, Madrid, Taurus, 1978.
- Galende, E.: *Psicoanálisis y salud mental*, Buenos Aires, Paidós, 1990.
- Gárate, I. y Marinas, J. M.: *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Quipú Ediciones, Madrid, 1996.
- García Reinoso, D.: *Depresión, melancolía y manía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1975.
- Ginestet-Delbreil, S.: «L'identification par incorporation», en *Psychanalyse et apocalypse*, París, Confrontation, 1982.
- Grimal, P.: *Dictionnaire de la Mythologie*, Presses Universitaires de France, París, 1979.
- Grinberg, L.: *Teoría de la identificación*, Madrid, Tecnipublicaciones, 1985.
- «Sobre algunos problemas de técnica psicoanalítica determinados por la identificación y contraidentificación proyectiva». *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, vol. XIII, Buenos Aires, 1956.
- Grotstein, J.: *Identificación proyectiva y escisión*, México, Editorial Gedisa, 1983.
- Guir, J.: «Identification et phénomènes psychosomatiques», *Lettres de l'École*, nº 22, Journée de Lille, *Bulletin interieur de l'École freudienne de Paris*, París, 1978.
- Hanns, L.A.: *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires, 2001.
- Heimann, P.: «Algunas funciones de introyección y proyección en la temprana infancia», en M. Klein, *Obras completas*, t. IV, Buenos Aires, Paidós, 1976.
- Kernberg, O.: «Narcissisme normal el narcissisme patologique», en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, nº 13, París, Gallimard, 1976, p. 181.
- Klein, M.: *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Paidós, seis volúmenes.
- Lacan, J.: *Seminarios*: Seminario I: «Los escritos técnicos de Freud», Seminario V: «Las formaciones del inconsciente», Seminario VI: «El deseo y su interpretación», Seminario VIII: «La transferencia», Seminario IX: «La identificación», Seminario XI: «Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis», Seminario XV: «Acto psicoanalítico», Seminario XX: «Aun»
- *De los «Escritos» I y II* «A propósito de la causalidad psíquica», «El estadio del espejo como formador de la función del yo (Je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica», «La dirección de la cura y los principios de su poder», «Variantes de la cura tipo», «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», «La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud», «Posición del inconsciente», «Del "Trieb" de Freud y del deseo del psicoanalista», «El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada», «La significación del falo», «Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: psicoanálisis y estructura de la personalidad», México, Siglo Veintiuno editores.

- «Proposition du 9 octobre», *Revista Scilicet*.
- «La méprise du sujet supposé savoir», *Revista Scilicet*.
- (Inédito): El mito individual del neurótico (Ficha).
- «Le complexe, facteur concrete de la psychologie familiere. La famille», *Encyclopédie Francaise*, t. VIII.
- Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1973.
- *Problematicues I, II, III y IV*, París, PUF.
- y Pontalis J.B.: *Diccionario de Psiconálisis*, Barcelona, Editorial Labor, 1974.
- Lebeaux, Y.: «Je, Sujet et Identification. Eléments pour une discussion», en *Topique* n° 37, París, EPI, 1986.
- Le Bon, G.: *Psicología de las masas*, Ediciones Morata, Madrid, 2005.
- Le Gaufey, G.: «¿Con quién identificarse? ¿De quién fiarse?», en *Ornicar* (en castellano), n° 1, Barcelona, Ediciones Petrel, 1981.
- Major, R.: «Empathie, antipathie et télépathie»; *Cahiers Confrontation* n° 10, París, Aubier, 1983.
- Mannoni, O.: «La désidentification», *Le moi et l'Autre*, París, Denoël, 1985.
- Mc Dougall, J.: «Narcisse en quête d'une source», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 13, París, Gallimard, 1976.
- «Identificación, neo-necesidad y neo-sexualidad», *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina*.
- Melman, CH.: «L'identification», *Lettres de l'École*, n° 22, Journée de Lille, *Bulletin interieur de l'École freudienne de París*, París, 1978.
- Meltzer, D.: «Identificaciones narcisistas» (exposición realizada en la Asociación Psicoanalítica Argentina), Buenos Aires, 1974.
- Petitot, J.: «Psychanalyse et logique, plaidoyer pour l'impossible», en *Le lien social*, París, Confrontation, 1981.
- Poissonnier, D.: «L'identification primordial», *Lettres de l'École*, n° 22, Journée de Lille, *Bulletin interieur de l'École freudienne de París*, París, 1978.
- Rabinovich, D.: *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1983.
- Revista Scilicet*, n° 3, París, Editions du Seuil, 1970.
- «Le clivage du sujet et son identification».
- «Avoir et s'appropriier».
- «Individu et structure du groupe».
- Rosolato, G.: «Le narcissisme», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 13, París, Gallimard, 1976, p. 7.
- Roustang, F.: «Le mythe de l'Un», en *Le lien social*, París, Confrontation, 1981.
- Sandler, J. (compilador): *Projection, Identification, projective identification*. Madison, Connecticut, International Universities Press, Inc., 1987.
- Savater, F.: *Schopenhauer. La abolición del egoísmo*, Montesinos, Barcelona, 1986.
- Schneider, M.: «La filiation paradoxale: Freud enfant de Ferenczi», en *Mémoires, Transferts*; París, Écho-Centurion, 1986.
- Segal, H.: «Introducción a la obra de M. Klein», en M. Klein, *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Paidós, 1974.
- Sibony, D.: «Trasmission d'inconscient et généalogie», en *Mémoires, Transferts*, París, Écho-Centurion, 1986.
- Soury, P.: *Cadenas, nudos y superficies en la obra de J. Lacan*, Buenos Aires, Xavier Bóveda Ediciones, 1984.
- Stoianoff, S.: «Identification et vie communautaire», *Lettres de l'École*, n° 22, Journée de Lille, *Bulletin interieur de l'École freudienne de París*, París, 1978.
- Torok, M., «L'oculté de l'occultisme», *Cahiers de Confrontation*, n° 10, París, Aubier, 1983.
- Tort, M.: «L'argument généalogique», *Revista Topique*, n° 38, París, 1986, p. 69.
- Wagensberg, J. (compilador): *Nosotros y la ciencia*, Barcelona, Antoni Bosch editor, 1980.
- *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Barcelona, Tusquets editores, 1985.
- Widlöcher, D.: «Les processus d'identification», *Bulletin de Psychologie*, vol. XXIII, París, 1969.
- Winnicott, D.W.: «Le role du miroir de la mère et de la famille dans le développement de l'enfant», *Nouvelle Revue de psychanalyse*, n° 10, París, Gallimard, 1974, p. 79.
- «El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones y el interrelacionarse aparte del impulso instintivo y en términos de identificaciones cruzadas», en *Juego y realidad*, Barcelona, Gedisa, 1979.
- Valls, J.L.: *Diccionario freudiano*, Julián Yébenes, Valencia, 1995.
- Varios Autores: *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1996.
- Varios Autores: *Les identifications*, París, Denoel, 1987.
- Varios Autores: *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, t. XLII, n° 1, Buenos Aires, 1985.
- Varios Autores: Ídem, tomo XLII, n° 4.
- Varios Autores: *La identificación en Freud*, Buenos Aires, Ediciones Kargieman, 1976.
- Varios Autores: «Le concept d'objet en psychanalyse», *Revue Française de Psychanalyse*, t. LIII, París, PUF, 1989.
- Varios Autores: *L'identification; l'autre, c'est moi*, París, Tchou, 1978.
- Varios Autores: «L'identification», *Revue Française de Psychanalyse*, París, 1984.

TESIS DOCTORAL

Víctor Korman

Director: Profesor Gerardo Gutiérrez

LA IDENTIFICACIÓN EN LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

TOMO 1

SUGUNDA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA KLEINIANA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
2015

ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LA SEGUNDA PARTE

1) Generales

I, II, III y IV: primera, segunda, tercera y cuarta parte de esta tesis.

TIF, TIK y TIL: Teoría identificatoria freudiana, kleiniana y lacaniana, respectivamente.

OCFAE: Obras completas de S. Freud, Amorrortu ediciones; el tomo se indicará con números romanos.

OCKPA: Obras completas de Melanie Klein, ediciones Paidós, Buenos Aires, seis volúmenes

OCFAE: Obras completas de S. Freud, Amorrortu ediciones, Buenos Aires, XXIV volúmenes.

PEP: posición esquizoparanoide

PD: posición depresiva

I. P.: Identificación proyectiva

I. I.: Identificación introyectiva

2) De los textos de Klein que se citarán en esta segunda parte. Ordenación alfabética

ACR: *Amor, culpa y reparación* (1937)

AFCC: *Una analogía entre las fantasías de los niños y ciertos crímenes* (1925)

AI: *Análisis infantil* (1923)

AIDP: *La angustia infantil y su importancia para el desarrollo de la personalidad* (1922)

ARLO: *Algunas reflexiones sobre La Orestíada* (1963)

ASCV: *Actividad del superyó en el cuarto año de la vida de un niño* (1924)

CEAT: *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas* (1945)

CPM-D: *Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* (1934)

CTEL: *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante* (1952)

CTII: *Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual* (1931)

CTP: *Sobre los criterios de terminación de un psicoanálisis* (1949-1950)

DEM-D: *El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos* (1938; publicado en 1940)

DTCN: *Desarrollo temprano de la conciencia del niño* (1933)

ED: *El destete* (1936)

EDN: *El desarrollo de un niño* (1921)

ETCE: *Estadios tempranos del conflicto de Edipo* (1928)

EyG: *Envidia y gratitud* (1957)

IDSO: *Sobre la inhibición y el desarrollo del sentido de orientación* (1922)

IFSY: *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo* (1930)

IMYE: *Las influencias mutuas en el desarrollo del yo y del Ello* (1951)

IPPT: *La importancia de la palabra en el psicoanálisis temprano* (1927)

LOT: *Los orígenes de la transferencia* (1951)

MARI: *Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia* (1959)

MSCI: *Manifestaciones del sentimiento de culpa infantil* (1924)

NAN: *Notas sobre el análisis de un niño* (1923)

NAME: *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946)

NDN: *Una neurosis de domingo en un niño* (1922)

NDIN: *Notas sobre el desarrollo intelectual de un niño* (1919)

NFSN: *La novela familiar in status nascendi* (1920)

OCB: *Observando las conductas del bebé* (1952)

PEDL: *El papel de la escuela en el desarrollo libidinoso del niño* (1923)

PJN: *La personificación en los juegos de niños* (1929)

PP: *La psicoterapia de la psicosis* (1930)

PPAI: *Principios psicológicos del análisis infantil* (1926)

PT: *Psicogénesis de los tics* (1925)

RPN: *Relato del psicoanálisis de un niño* (1961)

SAI: *Simposio sobre análisis infantil* (1927)

SC: *Sobre la criminalidad* (1934)

SDFM: *Sobre el desarrollo del funcionamiento mental* (1957)

SI: *Sobre la identificación* (1955)

SIA: *Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador* (1929)

SS: *El sentimiento de soledad* (1959)

SSM: *Sobre la salud mental* (1960)

STAC: *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa* (1948)

TANP: *La técnica del análisis de niños pequeños* (1924)

TCNN: *Tendencias criminales en niños normales* (1927)

TPJ: *La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado* (1955)

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA DE LOS TEXTOS DE MELANIE KLEIN

El desarrollo de un niño (1921)¹
Una anécdota de la vida de Walter Scott (1922)
Una neurosis de domingo en un niño (1922)
La angustia infantil y su importancia para el desarrollo de la personalidad (1922)
Compulsión al engaño y pseudología (1922)
Sobre la inhibición y el desarrollo del sentido de orientación (1922)
Análisis infantil: sobre el desarrollo e inhibición de capacidades naturales (1922)
Análisis infantil (1923)
El juego del doctor en los niños (1923)
El rol de la escuela en el desarrollo libidinoso del niño (1923)
La técnica del análisis de niños pequeños (1924)
El efecto producido en el análisis de niños por interrupciones del tratamiento (1924)
Actividad del superyó en el cuarto año de la vida de un niño (1924)
Interpretación de los dibujos de un niño [(1924); en colaboración con Schott y Müller]
Manifestaciones del sentimiento de culpa infantil (1924)
Una analogía entre las fantasías de los niños y ciertos crímenes (1925)
Psicogénesis de los tics (1925)
Principios psicológicos del análisis infantil (1926)
La importancia de la palabra en el psicoanálisis temprano (1927)
Tendencias criminales en niños normales (1927)
Simposio sobre análisis infantil (1927)
Estadios tempranos del conflicto edípico (1928)
La personificación en los juegos de niños (1929)
Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador (1929)
La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo (1930)
La psicoterapia de la psicosis (1930)
Factores precipitantes en desórdenes neuróticos (1931)
Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual (1931)
El psicoanálisis de niños (1932)
El desarrollo temprano de la conciencia del niño (1933)
Sobre la criminalidad (1934)
Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos (1934)
El destete (1936)
Comentario a “La menstruación” de Mary Chadwick (1936)
Amor, culpa y reparación (1937)
El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos (1938; publicado en 1940)
Algunas consideraciones psicológicas. Un comentario al trabajo de C.H. Waddington (1942)
El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas (1945)
Notas sobre algunos mecanismos esquizoides (1946)
Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa (1948)
Sobre los criterios de terminación de un psicoanálisis (1950)
Las influencias mutuas en el desarrollo del yo y del Ello (1951)
Los orígenes de la transferencia (1951)
Observando las conductas del bebé (1952)
Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante (1952)
La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado (1955)
Sobre la identificación (1955)
Envidia y gratitud (1957)
Sobre el desarrollo del funcionamiento mental (1957)
Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia (1959)
El sentimiento de soledad (1959)
Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico (1959)
Sobre la salud mental (1960)
Relato del psicoanálisis de un niño (1961)
Algunas reflexiones sobre “La Orestíada” (1963)

NOTA

¹Este texto, el primero de su libro *Contribuciones al psicoanálisis*, es una recopilación de varias alocuciones y escritos suyos, a saber: *Notas sobre el desarrollo intelectual de un niño*, leído en la Sociedad Psicoanalítica Húngara en 1919; *La novela familiar en status nascendi*, publicado en 1920, en el *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*; *Contribución al análisis en la temprana infancia*, leído en la Sociedad Psicoanalítica Húngara en 1920 y *La resistencia del niño al esclarecimiento sexual*, expuesto en la Sociedad Psicoanalítica de Berlín en 1921 y publicado por primera vez en la revista *Imago*. Los cuatro artículos –todos ellos hacían referencia al “caso” Fritz, su hijo–, fueron reunidos bajo el título de “El desarrollo de un niño” (1921), que consta de dos partes: I) La influencia del esclarecimiento sexual y la disminución de la autoridad sobre el desarrollo intelectual de los niños; II) Análisis temprano, OCKPA, vol. 2, p.19 y p. 40, respectivamente.

1

PROLEGÓMENOS AL TRASPASO DE UN UMBRAL

Estamos ante el pórtico de entrada a un nuevo edificio psicoanalítico; allí, dentro, se habla otra lengua: la kleiniana. Se entrará a visitarlo con sosiego y respeto..., como corresponde cuando se intenta conocer y examinar la obra de los grandes del psicoanálisis. Melanie Klein fue una entre ellos; sin duda: la primera figura estelar después de Freud. Elaboró una teoría original con puntos de vista muy personales y, además, creó una nueva escuela. Como suele suceder en situaciones de este tipo, su obra generó polémicas, pasiones, grandes adhesiones y, también, muchos detractores. Nadie en el mundillo psicoanalítico permaneció indiferente ante su pensamiento.

Para el autor de esta tesis, sosiego y respeto son imprescindibles para aprehender con seriedad su teoría y poder exponerla lo más cercanamente posible a lo que ella dejó escrito –negro sobre blanco– en los varios tomos que configuraron sus obras completas.

Para tales efectos, se evitaron las *interpretaciones* de alto vuelo de sus textos en favor de un estudio “a la letra” de los mismos, eludiendo las críticas precipitadas y tendenciosas desde otras concepciones. Se tuvo también en cuenta, y se dejó constancia acerca de los tiempos precisos y contextos en que fueron surgiendo sus ideas. Se encontrarán sólo unas pocas excepciones a esta actitud metodológica recién comentada: será ante los pasajes de sus artículos en los que, según el parecer de quien escribió esta tesis, no quedaban claramente expresados sus puntos de vista. En esas circunstancias un tanto ambiguas se optó por poner de relieve las cuestiones nítidamente establecidas por ella y, también, las que no lo estaban tanto; finalmente, se otorgaron significados posibles a esos fragmentos.

Llevar a cabo una tarea de esta índole comportó eludir la hagiografía y las exaltaciones fáciles de su obra, tan frecuentes en las publicaciones de sus seguidores. Hubo también un esfuerzo por evadir las tendencias polares –la idealización y las críticas furibundas–, quizá con la ilusión de crear la distancia adecuada para evaluar con ecuanimidad sus aportes y para sostener una neutralidad valorativa a la hora de cotejar su producción con la de Freud y Lacan en el tema central de este trabajo: el surgimiento del psiquismo en el recién nacido humano.

Este primer capítulo, introductorio de la segunda parte, estará compuesto por los siguientes apartados:

- 1.1. Klein: entre la idolatría y la denigración...
- 1.2. Propuesta de un nuevo modelo de organización y funcionamiento psíquico
- 1.3. Ideas novedosas que Klein introdujo en el psicoanálisis
- 1.4. Establecimiento de etapas en la obra kleiniana
- 1.5. Sobre cuál de las diversas Klein se escribirá en esta segunda parte
- 1.6. La institucionalización de su teoría: kleinismo y postkleinismo
- 1.7. Principales referencias bibliográficas
- 1.8. Los capítulos de esta segunda parte
- 1.9. Resumen del capítulo

1.1. Klein: entre la idolatría y la denigración...

...existen otros caminos posibles. Siempre; casi siempre. Y por ellos se intentará transitar en los próximos capítulos. Melanie Klein produjo la primera gran conmoción de la teoría freudiana; su pensamiento marcó un giro significativo en el psicoanálisis: abrió nuevas perspectivas, no sólo por la extensión del mismo a las curas de niños y de pacientes psicóticos, sino también por acreditar una forma novedosa de entender algunas problemáticas psíquicas. La pionera del psicoanálisis con niños puso un acento diferente a ciertos conceptos acuñados por sus predecesores y creó, además, otros nuevos que posibilitaron lecturas e interpretaciones novedosas de los materiales clínicos. En pocas palabras: generó otra manera de enfocar la organización y funcionamiento del psiquismo, cosa que a su vez condujo a una práctica clínica distinta de la que entonces predominaba. En la actualidad, después del segundo gran estremecimiento que supuso la irrupción de la corriente lacaniana, resulta difícil valorar en sus justos términos el sacudimiento producido por esta psicoanalista, nacida también en Viena, en 1882, pero que desplegó la mayor parte de su trabajo en Inglaterra, entre 1926 y 1960, año de su muerte. Todos los psicoanalistas que ejercen su praxis con niños son, en mayor o menor grado, sus herederos. Igualmente, muchísimos analistas de adultos.

1.1.1. Coexistencias

En los albores del tercer milenio, en que las praxis psicoanalíticas se orientan por las enseñanzas de múltiples escuelas, cabría preguntar cuál sería la metáfora más adecuada para aludir a la convivencia de las mismas: ¿se trata de una urbanización compuesta por distintos edificios teóricos adyacentes que llevan nombres propios –Klein, Lacan, Winnicott, Laplanche, Green, Bion, Aulagnier y otros–, contruidos todos ellos sobre cimientos freudianos? ¿Se está ante un único inmueble que va creciendo por adosamientos laterales o por construcción de nuevas plantas? ¿Serán dialectos de una lengua única creada por el vienés o lenguajes diversos y bien diferenciados entre sí, que tal vez remitan etimológica y semánticamente a la freudiana? ¿Corrientes diversas nacidas de un río madre (o padre)? ¿Cómo es la avenencia entre ellos/as en esos escenarios diversos?

Cualquiera que sea la respuesta –y tanto da si es una o varias–, lo cierto es que el pensamiento de Klein alcanzó una difusión mundial y allí donde se instaló de manera predominante o mayoritaria sus ideas penetraban casi por ósmosis entre los practicantes del psicoanálisis. También es cierto que, donde se implantó, no tardaron en aparecer manifestaciones de dogmatismo entre algunos de sus seguidores ni las desacreditaciones de sus rivales.^{1*} Pese a sus diferencias evidentes con Freud, que luego se mencionarán, había algo del núcleo duro de las tesis del vienés –lo inconsciente, las pulsiones, la fantasía, la repetición, la transferencia, etcétera– que ella mantuvo e incluso desarrolló a su manera; en otros términos: no rompió con el freudismo, a la manera de Jung o Adler. Aunque se autocalificó de seguidora del vienés, creó una doctrina bien diferente a la de él.

Klein expuso muchos de sus conceptos propios de manera explícita; otros, para ser captados, requieren de una lectura entre líneas; habría un tercer grupo que sólo puede ser desentrañado a partir de los materiales clínicos con que siempre acompañó sus escritos. A lo largo de esta segunda parte de la tesis se irán precisando los alcances semánticos de articuladores provenientes de esas tres fuentes relacionados especialmente con su teoría sobre la formación de la psique del niño. Se seguirán las evoluciones de los mismos a través de las distintas etapas de su obra. Se apreciarán los múltiples itinerarios que, partiendo desde sus observaciones clínicas en los tratamientos de niños –su base empírica, podría decirse–, culminaban habitualmente en una elaboración conceptual de dicha experiencia. Junto a esto podrá percibirse la audacia con la que sostuvo ciertas hipótesis. Al ser algunas de ellas prácticamente indemostrables, vinieron a jugar el papel de principios axiomáticos de su teoría. Se insistirá en estos aspectos porque su escritura, pese a ciertas apariencias, no era una mera descripción de hechos clínicos –que ella captaba con gran sagacidad– sino una interpretación de los mismos que daban pie a elaboraciones cercanas a lo empírico; no se caracterizaban por su alta abstracción.

Un hito fundamental de los comienzos de su producción fue la creación de la técnica del juego para el tratamiento de los infantes. Con ese instrumental abrió un yacimiento prácticamente

virgen hasta entonces. Ella lo supo explorar y explotar con agudeza. Una parte significativa de sus contribuciones al psicoanálisis provienen de su experiencia en el análisis con niños pequeños.² Los materiales allí obtenidos le permitieron elaborar hipótesis variadas acerca de lo que percibía en las sesiones. Pero, que esto haya ocurrido, tuvo como prerequisite su idea de que el niño tenía una actividad psíquica y emocional intensa desde los primeros días de vida y que era capaz de generar transferencias. Su genialidad consistió en haber transformado una expresión “natural” y “espontánea” del niño –la actividad lúdica–, en una fuente de información acerca de los procesos psíquicos inconscientes.³ Según ella, jugar no sólo le permitía al infante la adquisición de conocimientos y el dominio del mundo externo; era también una forma de expresar las emociones, los síntomas, las angustias, los conflictos, las fantasías y las defensas. Consideró asimismo que las modificaciones del juego a lo largo del tratamiento eran fieles indicadores de la evolución terapéutica del párvulo. Dicho de otro modo y más brevemente, el juego cumplía en el psicoanálisis con niños una función similar a las que tenían la asociación libre y la actividad onírica en los análisis de adultos. El proceso primario y el simbolismo manifestados en lo lúdico, más las dramatizaciones y la *personificación*^{4*} realizada por los chiquillos, fueron utilizados por Klein como orientación para desvelar los conflictos inconscientes y la posible resolución de los mismos. Igualmente podría decirse de las verbalizaciones, del lenguaje no verbal, del dibujo y los sueños de los infantes.

Así pues, seguir sus pasos desde la clínica hasta la elaboración teórica será otra forma de acercamiento a la genealogía de sus conceptos. Ese recorrido mostrará algunas de sus fuentes –Freud, sin duda, Abraham, Ferenczi, Fairbairn, Jones y otros–; asimismo permitirá apreciar cuándo puso distancias con ellos, paso imprescindible para la forja de sus propios conceptos o para otorgar un claro perfil kleiniano a los que tomó en préstamo de sus maestros y colegas contemporáneos. Se sabe que esos caminos se fueron haciendo con avances y retrocesos, con oscilaciones y contradicciones. Rehacer la trayectoria de cada concepto –desde sus fuentes y antecedentes hasta la aparición de las formas finales de los mismos– será, de hecho, transitar por las nervaduras principales de su doctrina.

Junto a esta mirada cronológica se recurrirá a la lectura retroactiva de sus textos, tal como ya se hizo con la obra de Freud y se hará con la de Lacan. La combinación de ambas aproximaciones tendrá lugar dentro de un marco al que suelo llamar: *Klein desde Klein*. Esta expresión lleva implícita la exigencia imperiosa de conocer la lógica interna de su teoría, para luego exponerla, comentarla y señalar –“desde dentro”– sus coherencias y contradicciones. Tal actitud intentaba evitar las lecturas proyectivas de su producción desde otras teorías. En un tercer momento cabrá cotejar la lógica y las bases conceptuales kleinianas con las homólogas en Freud y Lacan.

1.1.2. Principales procedimientos con que se elaboraron las tres teorías

Este es otro factor a tener en cuenta, aunque más no sea de manera sintética, en un momento como éste en que se está traspasando un umbral.⁵ Se asumirán los riesgos que implica descomponer y simplificar operaciones tan complejas a cambio de una contrapartida positiva: esclarecer las características que presidieron la conformación de cada una de ellas. Así, Klein centró su mirada en aquello que sucedía entre las cuatro paredes de la consulta y forjó conceptos que daban cuenta de tales acontecimientos, a saber: las manifestaciones de la psique de los pacientes, el vínculo transferencial y contratransferencial entre analizante y analista, la “fabricación de las interpretaciones” y sus efectos. Su microscopio se dirigió a la vida emocional (angustia, afectos, etc.) y a las fantasías inconscientes, para interpretarlas. Su labor estuvo más orientada a descubrir fenómenos psíquicos que a construir sistemas teóricos. Freud, en cambio, estuvo interesado en elaborar una concepción acerca de la constitución y funcionamiento del aparato psíquico. Y más allá aún: construir una teoría más amplia a cerca de la subjetividad. Para tales fines recurrió a los modelos que le proveían las ciencias de su época –biología (neurología, neurofisiología, etc.), física, química –, y también los provenientes de las disciplinas humanísticas: mitología, antropología, sociología, literatura. El humus de la Viena finisecular y de inicios del siglo veinte más su propio genio sentaron las bases conceptuales de todas las producciones psicoanalíticas posteriores a la suya. Lacan, por su parte, produjo una teoría de vastísimos alcances y de gran nivel de abstracción, partiendo de la herencia freudiana, a la que procesó

mediante las ciencias sociales, la lingüística, la lógica, la topología, la filosofía y las matemáticas.^{6*} El resultado fue una conceptualización muy sofisticada en que la clínica no estaba ausente, pero era más bien el referente último.

1.1.3. Comparar no es denigrar

Al comienzo de esta introducción se hizo alusión a un pórtico de entrada; sobre la arcada del mismo podría grabarse la frase que da título a este apartado. El sosiego que se pretende y se ha reclamado para abordar la obra kleiniana tiene por objetivo evitar que las diferencias teóricas queden cargadas de valores. Se pretende –sin ingenuidades– una lectura no “partidista” de las producciones psicoanalíticas, una aproximación en la que no *predomine* –es imposible su ausencia– el narcisismo en sentido amplio ni el de las pequeñas diferencias; se intenta una lectura respetuosa de aquellos que han dejado una estela con su paso en la historia del psicoanálisis. Ese es el desafío que se impone el autor de esta tesis. El lector juzgará si se lo ha logrado y en qué medida.

Las aportaciones kleinianas al psicoanálisis –se esté o no de acuerdo con ellas– no constituyen una herejía, como muchas veces se ha dicho. El psicoanálisis no es una religión; debería, por lo tanto, dar la bienvenida a los desarrollos que, *manteniéndose dentro de sus fronteras*, hayan seguido caminos diferentes a los de Freud. La teoría de este último puede ser un elemento de comparación pero la dilucidación de los valores propios de las nuevas ideas no puede ni debe tomar al vienés como vara de medida, como patrón de lo que es correcto o de lo que no está bien. Freud seguirá siendo un autor de referencia, no de reverencia. Ni él –ni su obra– deberían cargar con la responsabilidad de decidir qué es y cómo debe ser el psicoanálisis.^{7*} Lo dicho es válido también para Klein y Lacan. Los cotejos realizados hasta ahora y los que se harán en la segunda y tercera parte de esta tesis tienen por objetivo destacar afinidades y diferencias; como ya se dijo, estarán exentas de cargas valorativas. Como muestra de ello vaya esta primera comparación que revelará las diferencias sustanciales del pensamiento kleiniano respecto del de Freud.

- El inconsciente freudiano está fundado en el deseo y en la represión; para Klein, en la fantasía inconsciente. Ella no se ocupó demasiado de la represión, a la que consideraba una defensa tardía; en cambio le prestó especial atención a otros mecanismos defensivos más tempranos: escisión o clivaje, deflexión, proyección masiva, idealización, defensas maníacas, identificación proyectiva.
- El conflicto psíquico fue pensado por Freud como enfrentamiento entre la defensa, por un lado y el deseo inconsciente más los retoños de las pulsiones, por otro; Klein consideraba que se trataba de una pugna entre el amor y el odio (o sus fundamentos instintivos: Eros y Tánatos, respectivamente).
- Para Freud fueron esenciales las problemáticas ligadas a la castración; la asunción del propio sexo dependía del tránsito por dicho complejo; su teoría era falocéntrica y otorgaba una importancia singular al padre. La teoría kleiniana se centró en la oralidad y en la temprana relación con el pecho. La madre ocupó un lugar preponderante en su concepción. El género vendría asignado desde el nacimiento y determinado por el sexo biológico: según ella se nacía niña o varón. La sublimación aparecería en el infante de manera precoz –mucho antes que para el vienés– y no sería sólo la resultante de la desexualización pulsional: se llevarían a cabo mediante cargas libidinales que investirían tendencias o actividades yoicas. La sublimación aparecería por desplazamiento de la libido hacia otros objetos y actividades diferentes de los relacionados con la autoconservación; básicamente: el uso de la palabra y el placer del movimiento corporal (inicio de la deambulación, deportes y juegos diversos, natación, deslizamiento en tobogán, bríos atléticos, etcétera). Posteriormente asoció la sublimación con la reparación. Para más detalles sobre esta cuestión véase II, 6.4.2.; sobre la desexualización sublimatoria en la TIF: I, 6.4.1.
- Es bien sabido que el padre del psicoanálisis, tras describir los cuatro elementos característicos de la pulsión (*Trieb*) –fuente, carga o intensidad, objeto y fin– señaló que la misma no tenía un objeto preestablecido, que éste era aleatorio y que la fijación al mismo se

producía en función de la historia libidinal del sujeto. El instinto (*Instinkt*), por el contrario, tenía preestablecido su objeto, era innato y de raigambre biológica. De ahí que este vocablo sea el que más se ajusta a la concepción kleiniana⁸, dado –entre otras cosas– el anclaje de su teoría en lo orgánico (mayor que en Freud). Para ella los instintos libidinales tenían un primer objeto pre-asignado: el pecho, la madre. Incluso al final de su obra sostuvo que el bebé poseía un conocimiento innato de ese objeto.

- También hubo disparidades notables entre ambos en las concepciones de la angustia, de la fantasía inconsciente y del yo.
- El vienés prestaba especial atención a los fenómenos del lenguaje, tanto en las manifestaciones de lo inconsciente como en la “psicopatología de la vida cotidiana”; Klein, en cambio, aguzó los oídos ante los despliegues de la fantasía inconsciente y la emocionalidad, consideradas por ella el fundamento de la dinámica psíquica.
- Diferencias en las teorías de la identificación y de la formación del aparato psíquico: Freud fue parcialmente copernicano, con algunas improntas ptolemeicas^{9*}; en Klein hubo un claro predominio del infantocentrismo y ptolomeísmo.¹⁰ Los objetos y las relaciones objetales a las que ella se refirió tanto no aparecían en calidad de *identificantes* ni de transmisores intergeneracionales de lo psíquico. Esto puede apreciarse especialmente en los textos en que acentuó lo constitucional, el endogenetismo y el instintivismo. Otorgó relevancia a los conceptos de posición, identificación proyectiva e introyectiva, todos ellos de cuño propio.
- En Freud el vocablo contratransferencia está prácticamente ausente (sólo unas pocas referencias); Klein empleó este concepto –propuesto en 1949 por Paula Heimann–, en algunos escritos de sus últimos años.^{11*} Sin embargo, puede decirse sin temor a grandes equívocos que ella utilizó de manera profusa su contratransferencia para la elaboración de las interpretaciones que ofrecía a sus pacientes.
- Freud mostró que el niño no era “inocente” y que estaba embargado por una sexualidad propia de su edad, conformada por pulsiones parciales pregenitales (perversidad polimorfa). Klein acentuó con firmeza esas afirmaciones: puso de manifiesto que desde el inicio de la vida el lactante mostraba tendencias sádicas y lidiaba con las manifestaciones psíquicas del instinto de muerte. La supuesta candidez e inocencia infantiles no eran más que un mito forjado por los adultos que –represión mediante– colocaban un manto de olvido a sus primeros años de vida (amnesia infantil, Freud *dixit*). Mito que por otra parte se difundió socialmente. Lejos de la pureza angelical con que suelen ser apreciados los niños, Klein puso de relieve una organización sádica y destructiva en los infantes, que el adulto heredaría. Su mundo interno estaría poblado de objetos y fantasías hostiles; esta concepción –antipódica a la de Anna Freud– no podía sino desencadenar el escándalo social. Klein, a partir de su trabajo con párvulos, descubrió y especificó aquello que era sometido, luego, a un borramiento en la conciencia del adulto.
- La doctrina kleiniana era más instintivista, constitucionalista y endogenetista que la freudiana. Ella atribuyó especial valor a las relaciones de objeto, concepto explícito y, a la vez, clave en su obra, en la que adquirió significados singulares (véase II, 3.2.). De Freud podría decirse que todos sus articuladores teóricos tuvieron carácter relacional; él articuló esos vínculos dentro de una concepción compleja, que involucraba fundamentos filosóficos y representacionales que implicaban al sujeto y al objeto. (I, 5.4).

1.2. Propuesta de un nuevo modelo de organización y funcionamiento psíquico

Del conjunto de su obra se deduce una teoría propia sobre la organización y la dinámica del aparato psíquico; también, acerca de la estructuración del mismo. Para tales elaboraciones empleó una parte del vocabulario conceptual freudiano, pero, los términos que tomó en préstamo del vienés adquirieron en su teoría significados muy distintos a los originales.¹² Como ya se dijo, junto a esos articuladores utilizó otros que ella creó. De ahí que, ya sea por los cambios introducidos en los conceptos de otros analistas o ya sea por los que ella acuñó, el esquema organizativo y de

funcionamiento de la mente que construyó resultó ser muy novedoso. Y lo fue tanto en la forma como en el fondo.

La expresión *aparato psíquico* apareció escasamente en su obra. Tal vez se deba a que dichas palabras remiten a la mecánica, a la física, a la anatomía y fisiología, disciplinas que no dieron especial sustento a su pensamiento –como ocurrió con Freud– ni le ofrecieron patrones inspiradores. Ella prefirió la fórmula *mundo interno*, que empleó casi siempre como sinónimo de psique o vida anímica y que contrapuso de manera sistemática al mundo externo. Tampoco empleó asiduamente el término *sujeto*; su preferencia se decantó por *persona* o *individuo*, cuando no por la expresión *yo*, que en su léxico adquirió muchas veces el significado más amplio que el de una instancia psíquica entre otras, reemplazando a mente, ser humano, persona, etc. El modelo que propuso del mundo interno –o del aparato psíquico– fue sumamente complejo y articulaba la organización interna de sus elementos constitutivos y la dinámica de funcionamiento de los mismos. Ambos aspectos son indisolubles pero, a los efectos expositivos, se ha establecido la siguiente secuencia de apartados:

1.2.1. Los mecanismos y las posiciones que organizan la psique

1.2.2. Arquitectónica de la mente

1.2.2.1. *Objetos internos*

1.2.2.2. *Fantasía inconsciente*

1.2.2.3. *Un yo innato y funcional*

1.2.2.4. *El superyó temprano*

1.2.2.5. *Las relaciones objetales*

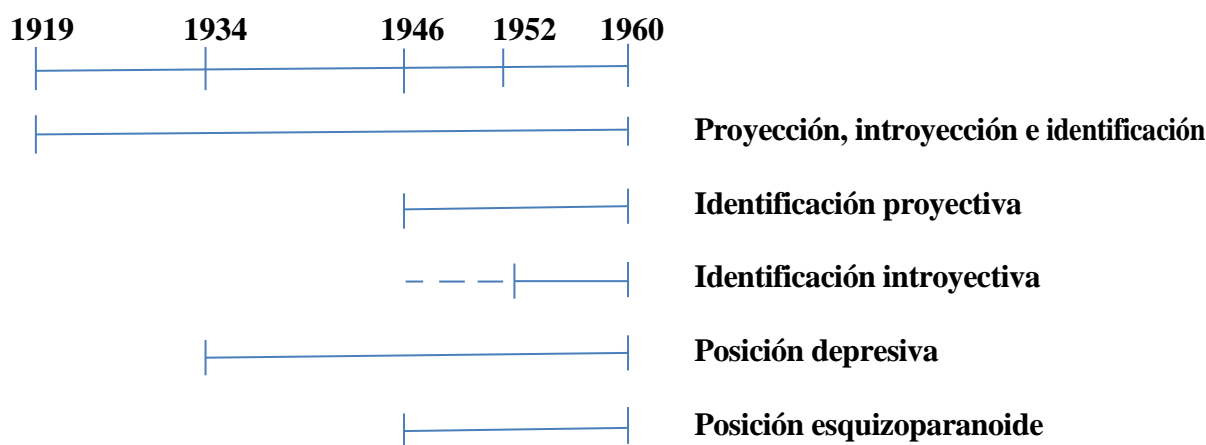
1.2.3. La dinámica psíquica

1.2.4. Los acentos kleinianos

1.2.1. Los mecanismos y las posiciones que organizan la psique

Al principio de su obra, la formación del aparato psíquico en el recién nacido se basaba en la alternancia de los procesos proyectivos e introyectivos que configuraban los objetos internos. La identificación también participaba; sobre esta última se harán comentarios en el apartado 2.4.5. del próximo capítulo. En 1946, a partir de *NAME* añadió las *identificaciones proyectivas* y describió las *identificaciones introyectivas*. Ambas tomaron la delantera como mecanismos constituyentes de lo psíquico.¹³ El concepto de posición –y las variantes esquizoparanoide y depresiva– le fueron esenciales para pensar la conformación del mundo interno y el desarrollo evolutivo. Ello supuso el abandono de la noción de estadio o fase (Freud, Abraham). La aparición del concepto de posición constituyó un giro teórico de gran calado: el desarrollo dejó de ser una simple sucesión de etapas y se transformó en un proceso en el que se manifestaban dos modalidades de funcionamiento psíquico: el esquizoparanoide y el depresivo. Quedada abierta eventualmente una dinámica psíquica post-depresiva, más cercana a la “normalidad”. Se trataba de diferentes regímenes operativos de la mente; el concepto de posición incluía la posibilidad de que ante circunstancias adversas se reinstalara el *modus operandi* propio de la PEP y de la PD, en cualquier momento de la vida. Su teoría de las posiciones constituyó el aspecto más estructural de la metapsicología kleiniana. El desarrollo de la noción de posición fue correlativo a la jerarquización que ella otorgó a la fantasía inconsciente y a los objetos que le eran correspondientes.

Los mecanismos de introyección/identificación introyectiva y proyección/identificación proyectiva no sólo intervenían en la estructuración del mundo interno en la primera infancia sino que, una vez constituido éste, seguían operando a lo largo de toda la vida. Acabaron configurando una especie de sístole y diástole del psiquismo. Este carácter vitalicio de ambas modalidades identificatorias kleinianas implicó notables diferencias de la TIK con la TIF y la TIL. El siguiente esquema muestra los momentos de su obra en que introdujo y empleó los articuladores teóricos mencionados.



A diferencia de las concepciones de Freud y Lacan para quienes el concepto de identificación suponía que los otros proveían rasgos para la estructuración de la psique infantil, en M. Klein los objetos no cumplían tales funciones *identificantes*: el infante era quien *se identificaba* –proyectiva o introyectivamente– con los objetos para crear su propio aparato psíquico. La kleiniana es una teoría “infanto-céntrica”, si se permite el uso de este neologismo: el punto de partida y el epicentro de la gestación del psiquismo es el propio niño. Esta forma de pensar la estructuración psíquica fue calificada de ptolomeica. (Véase la nota final nº 9 del presente capítulo).

El pensamiento kleiniano mostró en esta cuestión una paradoja: el bebé llevaría a cabo una especie de “auto-creación” de su psiquismo; con presencia externa, es evidente; pero él sería el epicentro y el motor generador de su psique. Esta afirmación, que debe ser entendida a la luz de lo dicho en los párrafos anteriores, señalaba un rasgo diferencial de su teoría respecto de Freud y de Lacan. Pese a los millares de referencias que Klein hizo a las relaciones de objeto, no atribuyó a este último una capacidad específica para la trasmisión intergeneracional de rasgos psíquicos: el niño llevaba a cabo identificaciones proyectivas sobre el objeto y ese movimiento se continuaba en una acción *introyectante* –en la que intervenía la libido de succión del propio infante–, que daba pie a la constitución de objetos internos. No era el objeto externo quien implantaba rasgos psíquicos; era el yo que los capturaba activamente en el objeto. Klein utilizaba el concepto de introyección a la manera ferencziana: movimiento expansivo del yo que interioriza objetos.¹⁴ Lacan se situó teóricamente en las antípodas: el sujeto era efecto de la acción *identificante* del Otro. El Otro –los objetos en tanto simbólicos– identificaba al sujeto; le introducía marcas, le implantaba rasgos psíquicos, le instalaba significantes inconscientes. El psicoanalista francés fue el primero en invertir la dirección del movimiento identificatorio propuesto por Freud y que, posteriormente, Klein hizo intervenir en sus dos modalidades identificatorias principales. En el debate endogenetismo-ambientalismo el psicoanalista francés se decantó por la segunda tendencia; Klein, por la primera.^{15*}

1.2.2. Arquitectónica de la mente

Si se tuviera que señalar los elementos constitutivos básicos del aparato psíquico en la concepción kleiniana, el autor de esta tesis se decantaría por los cinco siguientes: a) los objetos internos, elementos que por antonomasia son constitutivos del llamado mundo interno; b) la fantasía, que conjuga tanto la actividad estrictamente fantásica como la manera kleiniana de pensar lo inconsciente; c) el yo innato y funcional; d) el superyó temprano d) las relaciones de objeto, de las que cabría destacar su presencia precocísima en la vida psíquica del bebé –Klein descartó la idea de un periodo evolutivo anobjetal^{16*}– y su rol fundamental en la organización de las emociones del niño. Se hará una breve referencia a cada uno de estos conceptos.

1.2.1.1. Objetos internos

Se trataba de un concepto que denotaba una vivencia, experiencia o, incluso, una fantasía acerca de la existencia de un objeto en la psique –o en el cuerpo del lactante–, objeto que tenía

intenciones benévolas o malévolas hacia él y hacia otros objetos. El mecanismo que los instalaba en la psique era, durante las primeras etapas de su producción, la introyección; posteriormente fue la identificación introyectiva.

Así como Freud postuló que el aparato psíquico estaba constituido por instancias y sistemas (primera y segunda tópicas), Klein reformuló la organización del psiquismo en términos de objetos internos. Éstos, junto con las fantasías, serían las unidades mínimas constitutivas de lo psíquico. En otras palabras, ella entendió la subjetividad humana como una interacción de estos objetos en la psique con mediación de las fantasías. De manera concomitante, desde esta “asamblea de objetos internos” se establecían las relaciones con la realidad y con los objetos externos. La proyección de estos objetos internos –y de las fantasías a ellos asociadas– sobre la realidad sería la causante de la distorsión con que el niño percibe a los objetos del mundo exterior.

Los objetos internos –parciales, totales, combinados– tenían vida propia y una cierta autonomía; los mecanismos de defensa –proyección, introyección, escisión, identificación proyectiva, etc.– operaban sobre ellos y les iban adjudicando un destino posicional. Sobre los objetos internos también recaían los movimientos psíquicos que tendían a la disociación e integración del yo. Asimismo acontecían identificaciones proyectivas entre objetos internos. La construcción del mundo interno conllevaba la cohesión progresiva del yo y la remodelación del superyó que ya no era sólo persecutorio sino y también benévolo. Estas instancias fueron entendidas por Klein como subconjuntos de objetos internos.¹⁷

La noción de mundo interno conformado por objetos se desarrolló con más fuerza en Klein a partir de la introducción de la posición depresiva (1934). La pérdida del objeto –cuyo prototipo sería el destete– generaba un trabajo de duelo que concluía con la aceptación de la pérdida del mismo en el mundo externo y su instauración en el mundo interno. En este punto Klein siguió el modelo de la incorporación (o introyección) del objeto perdido en la melancolía, tal como lo propuso Freud.¹⁸ Este proceso quedó conectado en la concepción kleiniana con la formación de símbolos. [II, 6.4.1].

El concepto de posición ha sido crucial en su pensamiento; en su seno se establecían las relaciones edípicas tempranas y el superyó arcaico.

1.2.2.2. *Fantasía inconsciente*

Es una creencia que se forja al otorgar de manera automática una significación inconsciente a las sensaciones y emociones que se perciben en la psique y en el cuerpo. Según Klein la creación de fantasías surge en los albores del psiquismo y perdura de manera vitalicia. Desde el nacimiento hasta el final de la vida el yo confiere significados a todas las vivencias psíquicas, a las reacciones corporales, a las relaciones con la realidad externa e interna, a todo lo que se hace o dice y, más ampliamente, a todas las experiencias significativas. Estas significaciones –en última instancia, los guiones propios del contenido de las fantasías– configuran un prisma con el que se percibe y construye la realidad externa. Proyección mediante, las fantasías se inmiscuyen en la realidad exterior y le van dando significaciones variadas, según cada momento y según los estados emocionales que se vivencian. Desde esa perspectiva, la realidad nunca será objetiva, ya que estará siempre teñida o coloreada –significada– por el mundo interno. Klein llevó a su máxima expresión esta concepción ya presente en Freud.¹⁹ En otros términos el modelo que propuso implicaba la *preeminencia de la realidad psíquica* respecto de la realidad externa. Se la criticó con frecuencia por haber llevado al extremo ese posicionamiento y menospreciar la función e influencia de los objetos externos sobre el niño y su psique.

¿Cuál es el rol que ella solía atribuir a los objetos externos en el desarrollo evolutivo? Una respuesta posible a tenor de sus escritos es que con ellos podían producirse experiencias capaces de atenuar ya sea las vivencias generadas por los objetos malos internos, ya sea la persecución producida por las fantasías retaliativas originadas tras la agresión, la destructividad, la envidia y los celos dirigidos a los objetos. Dada la universalidad de estos factores, la lógica kleiniana conducía **inoslayablemente** a la creación de una mala madre interna; de ahí la conveniencia de contar con una madre buena externa capaz de neutralizarla, por medio del amor y cuidados. Sostuvo que, tiempo mediante, ese tipo de experiencias positivas ayudaban a rectificar las distorsiones que, respecto de los objetos reales, creaban

los niños con sus proyecciones. Es muy probable que esa orientación de su pensamiento le haya conducido a menospreciar algunas características de los padres reales capaces de perturbar el desarrollo evolutivo. Para decirlo de otro modo: la preeminencia que otorgó a la fantasía y al mundo interno sobre la realidad le llevó a no prestar atención a la psicopatología parental y cómo ésta podía influir en la organización del psiquismo del infante.

1.2.2.3. *Un yo innato y funcional*²⁰

Es sabido que Klein se mantuvo más cercana a la segunda tópica freudiana que a la primera. Desde el comienzo hasta el final de su producción el yo y el superyó ocuparon un lugar destacadísimo en prácticamente todos sus artículos. Describió un yo innato concebido a la manera de un primer núcleo psíquico que era capaz de relacionarse con objetos desde el nacimiento. Era además fuente de las proyecciones y agente de las introyecciones. Le otorgó también un gran protagonismo en los procesos defensivos, en vivenciar la angustia, en la simbolización, en la sublimación, en la reparación y en el uso de las fantasías. El yo que Klein concibió era capaz de responder a las excitaciones externas e internas; dentro de estas últimas otorgó especial importancia al instinto de muerte. El yo se enfrentaba a Tánatos mediante la escisión, la deflexión y la proyección. La acción combinada de estos mecanismos de defensa determinaba que el yo generase la polaridad bueno - malo, que en los comienzos de la vida se manifestaba bajo sus formas más extremas: la idealización y la persecución. Esta disociación o clivaje implicaba tanto al yo arcaico como a los objetos primigenios.

Estas ideas respecto del yo, aparecidas muy tempranamente en su obra, fueron desarrolladas tras la postulación en 1934 de la posición depresiva y posteriormente alcanzaron pleno desarrollo en el periodo 1946-1960. En *EyG* (1957) postuló que esta oposición bueno - malo era primordial y, por lo tanto, anterior a otras oposiciones: yo-objeto, interior-exterior, etc. Se puede inferir que para ella habría un estado primitivo en que la discriminación yo-no yo o interior-exterior no estaban establecidas.

También le adjudicó a dicha instancia una proclividad congénita a la integración, aunque los avatares del desarrollo evolutivo de cada niño podían catalizar o retardar esa tendencia. *Su* yo temprano era capaz de percibir angustia prácticamente desde el primer día de vida y asimismo procesarla mediante los mecanismos defensivos.

Pese a la brevedad de lo dicho, se deduce que el yo en la teoría kleiniana era poseedor e instrumentador de una fuerza propia, congénita, constitucional, cuyo *quantum* variaba en cada recién nacido.

1.2.2.4. *El superyó temprano*²¹

En cuanto al superyó también podría decirse que sus conceptualizaciones fueron variando a medida que iba progresando la elaboración de su teoría. Klein sorprendió al mundo psicoanalítico dando a conocer una de sus observaciones clínicas: los niños pequeños sentían culpa y, a veces, muy intensas. Dedujo a partir de ello la existencia de un superyó temprano, al que además calificó de cruel. Consideró que el superyó era –en última instancia– un retoño del sadismo infantil proyectado y, posteriormente, introyectado bajo la forma de objetos internos persecutorios. Pese a los innumerables retoques de su teoría acerca de la formación del superyó jamás dejó de adjudicar a la proyección del sadismo infantil un rol fundamental en la estructuración de dicha instancia. Al comienzo de II, 6.3.1. se incluyó un esquema que muestra el ciclo de proyecciones e introyecciones que retroalimenta la instalación de objetos persecutorios en el superyó. Téngase presente que en la primera etapa de su producción (1919-1933) ella había postulado la existencia de una fase de sadismo máximo, que se extendía desde la oralidad sádica hasta el final de la etapa anal.

Estas ideas básicas permanecieron incólumes hasta el final de su obra, aunque a partir de 1934, con la introducción de la posición depresiva y lo que en ella se elaboraba, aparecieron nuevos matices. Estas innovaciones consistieron en adjudicar progresivamente funciones más protectoras y benignas a esta instancia psíquica, tendencia que se acentuó a partir de *NAME* (1946). Remarcar la

existencia de aspectos buenos del superyó supuso un cambio significativo en su teoría sobre esta instancia: la crueldad con que siempre lo describió se vio matizada con estas nuevas ideas.

1.2.2.5. *Las relaciones objetales*²²

Klein consideró que ellas se establecían muy precozmente –desde el nacimiento–, a diferencia de Freud que había postulado un periodo autoerótico y narcisístico previos al establecimiento de las relaciones objetales. Según ella, las relaciones de objeto eran un factor de primerísimo orden para la maduración del psiquismo infantil. Su experiencia en el trabajo clínico con niños la condujo a valorar en grado sumo la temprana relación del lactante con la madre; y, al ser esta el prototipo de toda ulterior relación de objeto, el periodo inicial de la vida ejercería una influencia vitalicia en todas las personas. Este modelo, en el que lo posterior remite siempre a situaciones del pasado y, en última instancia, a las experiencias primigenias con el pecho, primó en el mundo interno concebido por Klein, y le dio realce a lo oral. Este es otro aspecto que caracterizaba al funcionamiento de la mente según la óptica de la pionera del psicoanálisis con niños: un *avant-coup*: el pasado de la persona determinaba siempre su futuro.^{23*} De esta manera lo más arcaico devino a la vez lo más profundo y lo más determinante en las conductas del individuo. En esto intervino también una concepción estratigráfica de la mente: lo primero en el tiempo quedaba situado en las capas más profundas de la misma; los acontecimientos posteriores se iban superponiendo en los siguientes estratos.

Klein no sólo refirió relaciones del niño (y del adulto) con los objetos externos sino y también entre los objetos internos en la psique; esa fue otra vía por la que otorgó un lugar privilegiado al mundo interno y a la preeminencia de la fantasía inconsciente. Por momentos, las *relaciones de objeto internas* primaban sobre los vínculos y con las personas reales del mundo externo y sus características. Mejor dicho, toda referencia a un rasgo de un objeto externo –sea del tipo que fuere– era considerado una proyección de yo sobre el objeto. En la práctica esto implicaba no tener en cuenta el papel del otro en las relaciones de objeto.

Es evidente que un enfoque de este tipo encontró apoyo en su ostensible instintivismo, constitucionalismo y endogenetismo [véase *infra*, 1.2.4.]. Las preguntas insisten: ¿qué rol otorgaba Klein a las experiencias con los objetos reales externos? ¿Cómo conciliar la tendencia a privilegiar el mundo interno con la propensión a destacar simultáneamente la importancia de las relaciones objetales? El autor de esta tesis sostiene que esas líneas directrices bien distintas pudieron marchar juntas en su obra porque los objetos externos funcionaban como pantallas para las proyecciones del yo y como punto de partida de retornos de lo proyectado –bajo la forma de introyecciones–. Daba la impresión que los objetos no cumplían –en lo básico– otras funciones que las de un frontón que devuelve lo proyectado. Ya se habló de este mismo aspecto en páginas anteriores, aunque desde otra perspectiva, al tildar a la teoría kleiniana de la identificación de ptolomeica: los objetos reales externos no intervenían –al menos explícitamente en su teoría– en la trasmisión de rasgos psíquicos constituyentes de la psique del niño. Los objetos “están ahí presentes”, se establecen relaciones con ellos, pero ellos no implantan marcas en el aparato psíquico infantil.^{24*}

1.2.3. La dinámica psíquica

Para Klein el conflicto fundamental de la vida psíquica se daba entre el amor y el odio en las relaciones de objeto, tanto en las más incipientes como en las tardías. Subyacente a este enfrentamiento estaba la dualidad instintiva Eros – Tánatos. Estas ideas le diferenciaron de Freud y de Lacan, quienes consideraron que el conflicto principal tenía como contendientes al inconsciente deseante –también las pulsiones– y los mecanismos de defensa. Por supuesto, la concepción del conflicto llegó a ser mucho más compleja en las tres teorías, pero lo que se acaba de señalar resume esquemáticamente el núcleo de las diferencias principales. A partir de ellas se entiende que el objetivo fundamental de los procedimientos defensivos fuera, para Klein, desembarazar al yo de afectos insoportables (esencialmente, la angustia) y no el de impedir el retorno de lo reprimido. En tanto la angustia se manifestaba desde los primeros días de vida del lactante, la matriarca del psicoanálisis se vio llevada a postular la existencia de mecanismos de defensa muy arcaicos que

redujeran esas ansiedades tempranas causadas por las manifestaciones psíquicas del instinto de muerte.^{25*} Y así lo hizo en *EPN* (1932), donde mencionó las siguientes defensas primitivas: la deflexión de Tánatos, la proyección masiva, la escisión, la idealización, la desmentida, la negación de la realidad psíquica, etcétera.²⁶ Las designó también con el nombre de *defensas psicóticas*. Según Klein, todos los bebés manifestaban ansiedades psicóticas e implementaban esas defensas primitivas. Lo cierto que estos mecanismos lograban sólo muy parcialmente sus objetivos en tanto el desvío de Tánatos hacia el exterior, bajo la forma de destructividad y sadismo hacia los objetos, generaba –por retaliación– objetos hostiles al yo; éstos, al ser introyectados, devenían objetos internos persecutorios que se sumaban a los externos, en la generación de angustia. Klein insistió en diferenciar estas defensas tempranas de las más tardías (represión y defensas obsesivas).

A todo lo largo de su obra, aunque especialmente en K_1 [véase *infra* 1.4., las tres etapas que se establecieron de sus obras utilizando las abreviaturas K_1 , K_2 y K_3], desarrolló una teoría acerca del funcionamiento psíquico temprano que puso el acento en las tendencias destructivas infantiles, dirigidas especialmente al cuerpo de la madre. En K_2 [1934-1946], con la introducción de la posición depresiva, se inició el camino que condujo a un cierto equilibrio entre agresión y amor. En K_3 [1946-1960] la batalla entre ambas tendencias se renovó mediante los conceptos de envidia y gratitud.

Otro motor de la dinámica psíquica era la angustia. Toda su obra estuvo atravesada por dicha problemática y la consideró –tanto por sus influencias positivas como negativas– un factor determinante del desarrollo psíquico; más aún, llegó a sostener que era el motor del desarrollo mental. Consideraba que el bebé era capaz de sentirla desde los primeros días de vida y que el yo innato implementaba precozmente mecanismos para defenderse de ella. De manera insistente explicaba las causas de su surgimiento, reprocesaba en cada texto las formas prototípicas de la misma, describía los modos en que la psique se defendía de ese afecto y a la vez iba estableciendo las articulaciones de la misma con otros conceptos suyos: sadismo, simbolización, culpa, duelo, fantasía, simbolización, proyección, etc.

1.2.4. Los acentos kleinianos

En este apartado se señalarán algunas tendencias predominantes en la teoría de la pionera del psicoanálisis con niños. Podría decirse que son aspectos metateóricos que tuvieron influencias en su modo de tratar muchos puntos específicos de su andamiaje conceptual. Entre ellos cabe mencionar la perspectiva instintivista, el endogenetismo, su jerarquización de lo innato y constitucional; por último se hará referencia a la presencia de una concepción genético-evolutiva en su manera de entender la conformación de la psique.

Instintivismo: se entiende por tal aquella perspectiva que en el marco del psicoanálisis sitúa a los instintos de vida y muerte como determinantes últimos de todas las manifestaciones psíquicas y conductas de una persona.²⁷ Este enfoque alcanzó en Klein un desarrollo extraordinario a partir de K_2 ; ningún fenómeno psíquico escapaba a esa dupla y, a partir de 1932, prácticamente todos sus artículos hicieron referencia a los instintos –sus conflictos, mezclas, ligámenes con el amor y el odio, sus *quantums* congénitos y los modos en que ellos se manifestaban en la psique–. En cierto sentido, los instintos podrían ser considerados como la causa última de todos los fenómenos psíquicos. Pero, mientras que en la teoría del vienés las pulsiones operaban de manera mediatizada –a través de los representantes psíquicos de la pulsión (primer dualismo)– o de manera silenciosa (segunda polaridad pulsional), en la kleiniana lo hacían más directamente, a través de manifestaciones mentales directamente relacionadas con los impulsos instintivos, a saber: fantasías, sadismo, envidia, avidez, gratitud, etc. Esta tendencia hizo que la teoría kleiniana tuviera un mayor anclaje en lo biológico que la freudiana y lacaniana.

En el mundo interno descrito por Klein se desplegaba un combate intenso, constante y desde el comienzo de la vida, entre Eros y Tánatos. Dicha confrontación tendría varios correlatos: la pugna entre las tendencias que promueven la integración y la desintegración, la oposición entre el amor y el odio, entre la envidia y la gratitud, entre los ataques y los cuidados a los objetos, etc.

Endogenetismo: es otra forma de denominar la preeminencia del mundo interno sobre la realidad externa. Es endogenética la perspectiva que en el terreno de la causalidad pone el acento en los factores internos. Y sin duda, la teoría kleiniana se caracterizó por esa tendencia; entre otras manifestaciones de la misma encontramos aquello que en esta tesis ha sido denominado *ptolomeísmo*, concepción que sitúa al propio niño como gestor y engendrador de su aparato psíquico. También se desprende de esta orientación una serie de actitudes técnicas predominantes en los análisis kleinianos: interpretar lo dicho por el analizante en términos de proyección de objetos internos sobre los externos. En cierto sentido ha sido una suerte de generalización de la *personificación* en los juegos de niños.

Constitucionalismo – innatismo: Klein otorgó especial importancia a los factores psíquicos congénitos. Según ella, cada neonato llegaría al mundo con características psicológicas propias y específicas que lo harían diferente a todos los otros recién nacidos. Pensaba también en la existencia de una vida psíquica compleja desde los primeros días de vida. Una manifestación concreta de esas ideas fue la de haber considerado innato al yo: el bebé nacería con una instancia yoica capaz de percibir las manifestaciones del instinto de muerte –la angustia de aniquilación sobre todo– y de tomar a su cargo algunas funciones defensivas; entre ellas: la deflexión de Tánatos, la escisión y la proyección. También le adjudicó a dicha instancia una tendencia congénita a la integración. Se deduce entonces que para ella el yo tenía –e instrumentaba– una fuerza propia, congénita, constitucional, aunque el *quantum* de la misma, variaba de un recién nacido a otro. Ya se ha señalado que la combinación de los mecanismos de defensa recién nombrados hacía que el yo primigenio generase desde el comienzo la polaridad bueno-malo, bajo sus formas extremas: idealización y persecución. Este clivaje comprometerá tanto al yo arcaico como a los objetos primigenios. A finales de K₃ –ver *infra*, 1.4. – postuló que el bebé llegaba al mundo con una preconcepción del objeto bueno externo: el pecho.

Su tendencia constitucionalista e innatista también se apreciaba en su idea de que cada bebé nacería con un *quantum* determinando de pulsión de vida y de pulsión de muerte, y que los factores externos, ambientales, difícilmente modificarían esa ecuación personal, constitucional e innata. Que el yo tuviera un muy buen desempeño de sus funciones era un indicador de que el fiel de la balanza instintiva se inclinaba hacia el lado de Eros. En esos casos, salvo si se producían fallos catastróficos por parte del entorno objetal, el yo será potente, tendrá una alta capacidad de amar y de sentir gratitud hacia el objeto. De manera concomitante, habrá escasa agresividad y, por ende, los temores a la retaliación y al superyó arcaico serán menores.²⁸

Evolucionismo o punto de vista psicogenético: esta perspectiva de la teoría kleiniana señalaría las influencias del darwinismo en su obra. Atendiendo a esa presencia, la ontogenia reproduciría la filogenia también en el territorio de lo psíquico. Por lo tanto, si el niño mostraba, por ejemplo, fantasías de devoración, éstas serían una reproducción de algo que efectiva y concretamente pudo acontecer en un estadio anterior del desarrollo evolutivo de la humanidad. Además de ese enfoque evolucionista respecto del conjunto de los seres humanos, Klein sostuvo el punto de vista psicogenético: cada etapa del desarrollo evolutivo del niño tomaría como base al precedente y determinaría, a su vez, al periodo posterior. Estas ideas, que también estuvieron presentes en Freud –piénsese en las secuencias evolutivas oral, anal, fálica o autoerotismo-narcisismo- relaciones de objeto– y que alcanzaron una hipersistemización en Abraham²⁹, repercutieron en el pensamiento kleiniano que, por momentos adquiriría la forma de una teoría del desarrollo evolutivo del niño.

1.3. Ideas novedosas que Klein introdujo en el psicoanálisis

Es difícil evaluar con ecuanimidad el aporte de M. Klein al campo fundado por Freud, sin hacer una estimación de la incidencia de dos factores que si bien diferentes, condujeron a las mismas consecuencias: por un lado, la importancia que tuvo Ernest Jones (1879-1958) en la Sociedad Británica de Psicoanálisis en la década de los años 30; y por otro lado, las sordinas que la propia M. Klein y sus discípulas más cercanas debieron imponerse para que las ideas de ellas pudieran seguir circulando pese al calificativo de heréticas con las que fueron tildadas. Entre los efectos potenciados de ambos factores pueden señalarse los siguientes: 1) la suavización –cuanto

menos a nivel de las manifestaciones públicas— de las aristas más polémicas de su concepción; 2) el esfuerzo por demostrar cierta continuidad de las ideas kleinianas con las del fundador del psicoanálisis y 3) la utilización de una terminología formalmente similar a la de Freud, aunque dotada de una significación que en muchos casos era radicalmente distinta.

Una segunda dificultad surge cuando se quiere remarcar entre sus innumerables aportes, cuáles serían los más importantes. Existen algunos que son indiscutibles; otros dependerán de las ópticas con las que se hace la selección. Esta última quedará siempre sometida a factores personales de quien escoge. La que aquí se realizó tuvo especialmente en cuenta las innovaciones en la teoría de la identificación y aquellas otras que repercutieron de manera directa en la concepción de la organización de la psique, temas centrales de esta tesis. En muchas de las puntualizaciones que se harán a continuación se señalará entre corchetes los capítulos y apartados de esta segunda parte en que el tema será tratado con más detalle. Reseñar sus contribuciones implicará reiterar algunas ideas de las vertidas en páginas anteriores.

- Fundamentó teórica y clínicamente el psicoanálisis con niños, creando una técnica específica: el juego en las sesiones, al que consideró un equivalente de la asociación libre en los análisis de adultos. De manera concomitante, juzgó que el infante era capaz de generar transferencias y otorgar sentido a todas las experiencias por él vividas. Por supuesto esta capacidad iba siendo mayor a medida que avanzaba el desarrollo evolutivo. Estos fueron presupuestos básicos de la teoría kleiniana. Puede considerarse sin temor a equívocos, que gran parte de sus desarrollos teóricos y sus aportes clínicos se fundaron en la clínica psicoanalítica con infantes.
- Creó una compleja teoría acerca del funcionamiento psíquico temprano. Un pilar de dicha concepción fue la existencia de un yo innato, muy rudimentario y poco integrado, pero capaz de sentir angustia desde los primeros días de la vida y defenderse de ella mediante mecanismos proyectivos [II, 3.3.1]. Este yo era además competente para establecer relaciones objetales precoces y, como un pequeño gran gladiador, luchaba y combatía de manera denodada contra las manifestaciones psíquicas de la pulsión de muerte. Este yo asumía las funciones de sujeto en las vínculos con los objetos.
Esta segunda puntualización muestra ya diferencias notables con la teoría freudiana y lacaniana; para estas últimas habría constitución del yo más que un yo constitucional. Según el vienés, el yo se estructuraba durante el narcisismo primario [I, 1.4.], según el psicoanalista francés, en el estadio del espejo [II, 10.1. a II, 10.5]. Klein desplegó desde el principio hasta el final de su obra una concepción psicogenética: el desarrollo evolutivo del niño estuvo siempre en el centro de sus preocupaciones teóricas y clínicas. Su “técnica” se apoyó sin duda sobre sus conceptualizaciones acerca de las ansiedades tempranas, las defensas arcaicas y las emociones de los lactantes.
- En la clínica de adultos puso también el acento en la reviviscencia de las primeras fantasías y ansiedades con el pecho materno.
- Propuso una teoría acerca de la construcción del aparato psíquico que se basaba en sucesivas proyecciones de lo tanático (sadismo) hacia objetos que posteriormente eran introyectados, dando pie a la formación los objetos internos constitutivos de la psique. La búsqueda de nuevos objetos para descargar el sadismo favorecería la ampliación del campo relacional y representacional [II, 2.4]. El primer objeto que recibiría estas proyecciones sería el pecho materno —objeto *princeps* de la teoría kleiniana—, que devendría un objeto persecutorio al que el niño fantasea destruir mediante su vaciamiento o por incorporación oral canibalística. Klein postuló también que el niño pretende atacar, dominar y destruir el cuerpo materno y sus contenidos mediante la colocación en su interior de sustancias peligrosas como las heces y la orina. En la última etapa de su obra añadió en calidad de mecanismo constituyente de la psique la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo. [II, 7.3.4].
- Desarrolló sus ideas acerca de la constitución del psiquismo en la criatura humana bajo el rótulo de *construcción del mundo interno o desarrollo evolutivo infantil*. Ambas expresiones serían equivalentes de aquello que Freud denominó *formación del aparato psíquico* y de lo

que en la teoría lacaniana se conoce bajo el sintagma de *estructuración subjetiva*. Aunque sea obvio decirlo, las tres teorías plantearon puntos de vista diferentes respecto del surgimiento de lo psíquico en el recién nacido humano. Para Klein, las posiciones esquizo-paranoide y depresiva eran cruciales para la conformación y evolución de la psique infantil; también, las identificaciones proyectivas e introyectivas. [II, 8 y II, 9].

- En consonancia con esta teoría de organización de la mente infantil postuló un nuevo modelo de funcionamiento de la psique en el cual los factores decisivos fueron las emociones humanas y las fantasías, que a su vez expresaban las dos grandes tendencias: el amor y el odio, fundamentados ambos –en última instancia– en la polaridad instintiva Eros – Tánatos [II, 6.1]. La alternancia de mecanismos proyectivos e introyectivos seguirían operando de forma vitalicia. [II, 8 y II, 9].
- Fue la primera psicoanalista que llevó a cabo tratamientos con niños psicóticos.^{30*}
- Pensó el psiquismo –mundo interno, en su lenguaje habitual o “asamblea de objetos internos”– como un conjunto de objetos internos relacionados entre sí por medio de fantasías inconscientes. [II, 3.2.3].
- Consideró que existían relaciones objetales desde el inicio de la vida; la objetividad desde el nacimiento fue un aporte importante de M. Klein al psicoanálisis. Se opuso a la teoría del narcisismo primario absoluto de Freud, que postulaba un periodo anobjetal en los inicios de la vida psíquica. Podría decirse que en este aspecto Klein y Lacan coincidieron.
- Modificó la concepción clásica sobre la sucesión de las fases libidinales, considerando que desde muy temprano existía en el bebé la combinación de impulsos orales, anales, uretrales y genitales. Jerarquizó los aspectos sádicos del niño y propuso una fase de sadismo máximo en el desarrollo evolutivo, que posteriormente abandonó.
- Creó el concepto de posición; ella integraba un conjunto de factores a saber: ansiedades predominantes, relaciones de objeto, grados de integración del yo (o del psiquismo), defensas prevalentes y fantasías específicas. Propuso dos modalidades de posiciones: la esquizo-paranoide (PEP) y la depresiva (PD) [véase II, 3.1]. Las posiciones implicaban no sólo un orden secuencial: la esquizoparanoide podía restablecerse, si las circunstancias psíquicas lo determinaban, en momentos posteriores de la vida. Estos conjuntos organizacionales y relacionales dieron un cierto toque estructural a la teoría de la construcción del psiquismo, que también puede caracterizarse como un avance de los procesos de integración en lucha contra los movimientos disociativos.
- Produjo una teoría de la angustia en la que atribuyó a este afecto el carácter de motor de la vida psíquica. Ya desde el nacimiento el bebé debía defenderse de una angustia de aniquilación relacionada con el instinto de muerte. La deflexión de Tánatos hacia el exterior era la determinante última del establecimiento de relaciones persecutorias con los objetos. [II, 4 y II, 3].
- Elaboró el concepto de identificación proyectiva, clave en su teoría [II, 8]. Muchas de sus ideas giraron en torno a este articulador. En la última etapa de su obra apareó este concepto con el de la identificación introyectiva [II, 9]. Ambas, actuando al unísono, constituyeron una especie de sístole y diástole psíquica en la teoría kleiniana; debe considerárselas componentes fundamentales de la TIK. Estas modalidades identificatorias son de claro cuño kleiniano y son diferentes a todas las identificaciones postuladas por Freud y Lacan.
- Plasmó una teoría personal sobre el instinto de muerte, al que entendió en clave sádica. Una derivación importante de esa concepción fue el concepto de la envidia primaria, aparecida tardíamente en su obra. [II, 8 y II, 6]. Describió en detalle el rol de la envidia en el funcionamiento de la psique y en las relaciones objetales.
- Hizo notables descripciones acerca de la fantasía inconsciente, aunque no elaboró una concepción metapsicológica de las mismas. Según Klein, la fantasía inconsciente impregnaría todos los vínculos, las actividades y los comportamientos del ser humano; ellas participarían en todos los aspectos de la vida psíquica. [II, 5]. Otorgó a la fantasía inconsciente una organización triádica y vincular: un sujeto, un objeto y un verbo. El sujeto y el

- objeto tendrían siempre a hacerse algo –bueno o malo–, entre ellos. El verbo –generalmente transitivo– venía a indicar una acción instintiva que vinculaba a los otros dos.
- Según Klein, los bebés manifestaban desde muy temprano una intencionalidad en sus conductas, actitud que, de alguna manera, el adulto conservará. El lactante, en su fantasía, hacía siempre algo a alguien o contra alguien. Serían en cierta forma respuestas a intenciones –buenas o malas– atribuidas a entes u objetos agentes externos. Estaban basadas en tendencias instintivas o reactivas tras esa adjudicación al otro de propósitos benévolos o malévolos. Esta intencionalidad propia y la atribución de intenciones a los objetos constituyó un axioma en la teoría kleiniana.
 - Su forma de incluir lo inconsciente en su teoría fue a través de la fantasía; de allí las diferencias notables entre la concepción de esta instancia en los tres analistas que se están cotejando. [II, 5.10].
 - Antedató el Edipo y el superyó. Este último se formaría muy tempranamente y sería tanto más sádico cuanto más precoz. [II, 6.2 y II, 6.3].
 - Reivindicó que el conflicto fundamental en la vida psíquica era entre el amor y el odio en las relaciones de objeto, tanto en las incipientes como en las más tardías. Esto le diferenció de Freud y de Lacan, quienes consideraron que el conflicto era entre lo inconsciente y los mecanismos de defensa.
 - Creó una concepción propia acerca de los mecanismos defensivos; el objetivo de los mismos era luchar, básicamente, contra la angustia. Diferenció entre las defensas arcaicas –disociación (escisión o clivaje primitivo), identificación proyectiva, omnipotencia, negación de la realidad interna, idealización, etcétera– y las tardías (formas más evolucionadas de la identificación proyectiva e introyectiva, represión, etcétera). En este aspecto sostuvo ideas diferentes al vienés y al psicoanalista francés para quienes la defensa se dirigía esencialmente contra las mociones inconscientes.
 - Produjo una teoría propia acerca del simbolismo, la sublimación y la reparación [II, 6.4].
 - Desarrolló el concepto de envidia primaria y describió sus repercusiones en el desarrollo evolutivo ulterior. De manera concomitante expuso sus ideas sobre la voracidad, los celos y la gratitud. [II, 7].
 - Forjó modalidades identificatorias propias, desde las más conocidas como la identificación proyectiva, de gran repercusión en el campo psicoanalítico, hasta la identificación introyectiva, la identificación femenina, etc. La mayoría de las puntualizaciones anteriores muestran que buena parte del andamiaje conceptual que Klein construyó estaba relacionado con la conformación del aparato psíquico en la infancia; de ahí que la TIK haya quedado íntimamente relacionada con todos los articuladores teóricos que dan cuenta del *desarrollo evolutivo infantil*.

1.4. Establecimiento de etapas en la obra kleiniana

El establecimiento de una periodización en la obra de un autor conlleva casi siempre una dosis de arbitrariedad y más en un caso como éste, que se caracteriza: a) por su extensión –abarca un amplio arco temporal que va desde 1919 hasta 1960³¹–, b) por la gran cantidad de artículos que la componen y c) por los múltiples inflexiones que fue introduciendo a lo largo de la misma. Por otra parte, instaurar hitos de cierre y apertura de fases tiene como prerequisite un cabal conocimiento de los movimientos intrateóricos acaecidos durante toda su producción; también, de los cambios conceptuales que la autora fue introduciendo y de las consecuencias derivadas de estos últimos. ¿Dónde y por qué se establecieron los mojones? A esta pregunta se intentará responder en estos tres apartados que siguen:

1.4.1. Visión panorámica del conjunto de su obra

1.4.1.1. *Primera etapa, K₁ (1919-1933)*

1.4.1.2. *Segunda etapa, K₂ (1934-1946)*

1.4.1.3. *Tercera etapa, K₃ (1946-1960)*

1.4.2. Hipótesis fundamentales de cada etapa

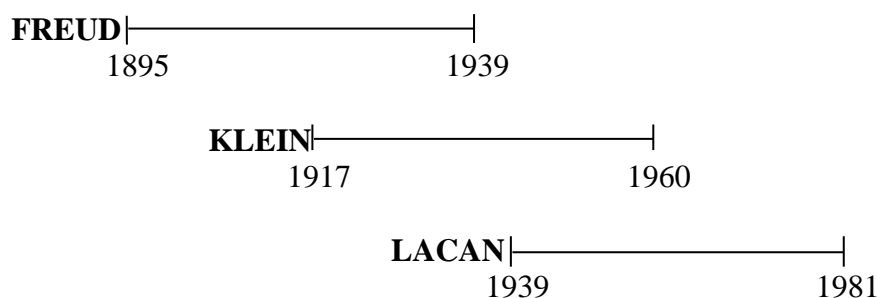
1.4.3. Sobre los modos de conceptualización de Klein y su estilo de escritura

1.4.1. Visión panorámica del conjunto de su obra

Con atención a los factores recién mencionados se la dividió en tres períodos, previo establecimiento de dos jalones importantes en base a sendos artículos suyos: *Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* [CPM-D (1934)] y *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [NAME (1946)]. El primero introdujo la posición depresiva –concepto que devendría clave de su teoría– e inició la larga serie de trabajos centrados en los procesos psíquicos a ella asociados; el segundo texto dio comienzo a la plasmación escrita de sus investigaciones sobre los mecanismos esquizoides y la introyección del objeto bueno en el yo, en un contexto de jerarquización progresiva de la relación del bebé con el objeto materno. Ambos escritos delimitaron un lapso central de su producción y, simultáneamente, determinaron la fase previa y la posterior (última). De esta manera quedaron establecidas las tres etapas.

Para las innumerables alusiones que se harán a ellas se empleará el mismo sistema que el utilizado para la obra de Freud³²: una abreviatura constituida por la inicial del apellido y un subíndice numérico que señala la etapa. En este caso, las siglas K_1 , K_2 o K_3 .³³

En otro orden de cosas, resultó llamativo que las obras de los tres autores que se están comparando se hayan desplegado, a grandes rasgos, durante algo más de cuatro décadas, y que el comienzo de cada una coincidiera con 20 años de diferencia respecto de su predecesor. El diagrama siguiente representa tales hechos.



1.4.1.1. Primera etapa, K_1 : 1919-1933

En su transcurso Klein sentó las bases del psicoanálisis con niños, creando una técnica específica para el juego en las sesiones. También estableció su concepción sobre el complejo de Edipo temprano y la formación del superyó arcaico, atribuyendo a ambos un origen pregenital; jerarquizó los procesos de escisión, proyección e introyección como formadores del mundo interno e hizo hincapié sobre el predominio del sadismo en la temprana vida psíquica de todo niño. Por entonces situó el comienzo del complejo de Edipo en los momentos de apogeo del sadismo. Atribuyó especial importancia a la fase oral y le asignó una influencia imperecedera sobre la vida psíquica; describió la existencia de ansiedades psicóticas en todos los niños, incluso en aquellos que más tarde se conformarían como neuróticos.

Podría decirse que en esta etapa llevó a cabo buena parte de las observaciones clínicas que, elaboradas conceptualmente, le permitieron asentar los cimientos y pilares de su teoría. Los principales artículos de este lapso –que enseguida se mencionarán– muestran en *status nascendi* sus ideas primigenias acerca del funcionamiento del aparato psíquico, a saber: la alternancia de los mecanismos de proyección e introyección que mantienen el continuo intercambio entre el mundo interno y externo; describió también las nociones inaugurales de lo que más tarde se convertiría en uno de sus conceptos fundamentales: el de fantasía inconsciente; esta última se manifestaba, según Klein, en cada átomo de vida psíquica y, muy especialmente, en las relaciones de objeto.

Con el paso de los años ratificó una parte importante de estas ideas primigenias; algunas de ellas perduraron hasta el final su obra. Otras fueron remozadas o descartadas. Entre los artículos

más notables de ese período destacan: *El desarrollo de un niño*, [EDN (1921)], *Principios psicológicos del análisis infantil* [PPAI, (1926)], *Simposium sobre análisis infantil* [SAI, (1927)], *Estadios tempranos del conflicto edípico* (ETCE, 1928), *La personificación en los juegos de niños* [PJN, (1929)], *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo* [IFSY, (1930)] y *Desarrollo temprano de la conciencia en el niño* [DTCN, (1933)].

En su libro *El psicoanálisis de niños* [EPN, (1932)], obra cumbre de esta etapa, condensó gran parte de las hipótesis que había elaborado durante más de una década acerca de la práctica psicoanalítica con infantes. En este volumen se adhirió a la segunda dualidad pulsional de Freud, cuestión que marcó un vuelco profundo en su producción. Como podrá leerse en II, 6.1. y en II, 10.1.2., construyó una concepción propia sobre dicha polaridad. Se consideró que este primer ciclo se cerró antes de la publicación de *CPM-D* (1934), texto inaugural de la posición depresiva. Algunos buenos conocedores de su obra consideran este lapso como el más creativo de su producción.

1.4.1.2. Segunda etapa, K₂: 1934-1946

El escrito mencionado en último término fue un gran catalizador teórico. Una mirada retrospectiva desde el final de su obra permite visualizar que por entonces empezó a producirse otro giro de gran calado –imposible de separar del acaecido en 1932– que, sin prisas pero sin pausas, complementó y en algunos casos modificó algunas de las elaboraciones de K₁. Los esquemas básicos de K₁ se iba refundando al ritmo marcado por las elaboraciones ligadas a la PD: la presencia de objetos totales y el temor a dañarlos o perderlos; las ansiedades depresivas y las defensas correspondientes, que fueron ocupando territorio a expensas de las angustias paranoides y del sadismo rampante; la elaboración de los duelos, facilitada en la PD por la disminución de la disociación (clivaje) entre objetos idealizados y persecutorios. Describió, asimismo, nuevas defensas –la reparación, por ejemplo– y actitudes novedosas hacia el buen objeto total: amor y devoción.³⁴ Esta relación más estable con el objeto promovería los procesos de simbolización y la adquisición del lenguaje.

La elaboración de la posición depresiva iniciada en 1934, fue desarrollada y ajustada en los tres lustros siguiente en *DEM-D* (1940), *STAC* (1948) y en sus textos de 1952: *CTEL* y *OCB*. Apuntaba a establecer en el núcleo del yo del niño un objeto interno bueno, total y estable. De manera consecuente la brújula terapéutica empezó a señalar un nuevo norte: la reparación de los objetos dañados por el sadismo. Otro cambio significativo: hasta los comienzos de este periodo Klein sostuvo que el Edipo se iniciaba en la fase de apogeo del sadismo (véase *supra*, K₁) y que su comienzo era estimulado por la experiencia del destete. Esta idea implicaba que el establecimiento del complejo tenía lugar en pleno fulgor del odio. En K₂ –tras renunciar a su idea de fase de máximo sadismo – postuló otro cambio: el Edipo comenzaba en la posición depresiva. Esta rectificación conllevaba vincularlo a un conflicto entre el amor y el odio, en el cual el primero adquirió un rol relevante. El tema de la fantasía inconsciente ocupó también un lugar clave en este período, en el que tuvieron lugar las célebres *Controversias*.³⁵

Entre los artículos más destacados de esa segunda fase cabe nombrar: *El destete* [ED (1936)], *Amor, culpa y reparación* [ACR (1937)], *El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos* [DEM-D (1938-1939)], *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas* [CEAT (1945)]. Su escrito *NAME* (1946) ha servido de jalón para marcar la clausura de K₂.^{36*} A lo largo de este periodo el concepto mismo de posición depresiva fue variando, cosa que paradójicamente incidió con fuerza en dar entrada a la PEP y, con ella, a los mecanismos esquizoides.

1.4.1.3. Tercera etapa, K₃: 1946-1960

A partir de *NAME* la teoría kleiniana comenzó a adquirir su forma definitiva. En este lapso realizó elaboraciones importantes sobre la posición esquizoparanoide y la identificación proyectiva e introyectiva; el acento recayó decididamente sobre los avatares de la angustia más que sobre los fenómenos del desarrollo libidinal basados en la sucesión de zonas erógenas prevalentes (oral, anal, fálica); se produjo una mayor insistencia sobre las relaciones de objeto precoces y las defensas arcaicas, que diferenció con más claridad de las tardías; describió nuevas facetas de las fantasías inconscientes y el mundo interno. Insistió hasta el hartazgo que la realidad se construía siempre a través del prisma de

la vida fantasmática de cada quien; que los contenidos de la fantasía rehusaban a adaptarse a la realidad y se resistían a aceptar los conocimientos realísticos. Consideró que sólo tardíamente podría producirse una *transacción* y *coexistencia* entre la fantasía y realidad, sobre la siguiente premisa: la fantasía no será abandonada jamás ni se dejará domesticar. Así pues, para Klein, no habría adaptación a la realidad por renuncia o desmantelamiento de la fantasía, sino algo de otro orden: una suerte de componenda negociada que aseguraba su convivencia.³⁷

También introdujo cambios en su teoría del simbolismo y en algunos vocablos que ya había utilizado, por lo que éstos acabaron adquiriendo la categoría de conceptos; entre ellos: envidia, voracidad y gratitud. La intensidad de la proyección, del sadismo y de los objetos malos/persecutorios que caracterizaron a K_1 y gran parte de K_2 se vio equilibrada en K_3 con la importancia otorgada a las introyecciones de objetos buenos. Las distintas variedades de envidia y la voracidad heredaron los desarrollos previos acerca del sadismo y las tendencias destructivas.

Podría decirse que en la segunda mitad de este periodo Klein fue más allá de su concepto de posición al otorgar un rol de primer orden a las funciones defensivas del yo frente al *quantum* congénito de las cargas instintivas (equilibrio singular entre Eros y Tánatos con que cada bebé llegaba al mundo). Estos planteamientos anclaron con mayor intensidad su teoría a la biología y acentuaron las tendencias constitucionalistas y endogenetistas, movimientos que no estuvieron exentos de contradicciones.

Los tres artículos más significativos de este lapso, además del ya mencionado de *NAME* (1946), fueron: *Observando la conducta de bebés* [*OCB* (1952)], *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante* [*CTEL* (1952)] y *Envidia y gratitud* [*EyG* (1957)]. Cabría citar además: *Los orígenes de la transferencia* [*OT* (1951)], *Sobre identificación* [*SI* (1955)], *Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia* [*MARI* (1959)], *El sentimiento de soledad* [*SS* (1959)], *Relato del psicoanálisis de un niño* [*RPN* (1961)] y *Algunas reflexiones sobre La Orestíada* [*ARLO* (1963)]. Los textos citados, además de sus valores intrínsecos, son esenciales para apreciar los cambios progresivos y los vaivenes habidos en K_3 .

1.4.2. Hipótesis fundamentales en cada etapa

Además de reseñarlas, se indicará entre corchetes los capítulos y apartados en que ellas son desarrolladas con amplitud.

Primera etapa, K_1 (1919-1932):

- Presencia precoz e intensa del sadismo en las fantasías infantiles; agresión y destructividad hacia el pecho y la madre; vivencias paranoides por retaliación. Adhesión a la fase de sadismo máximo postulada por Abraham.³⁸ [II, 2.4.3.; II, 6.1. y II, 6.1.3].
En las postrimerías de K_1 postuló que la disminución del sadismo se produciría por descarga del mismo en sucesivos objetos que, por desplazamiento, representaban el cuerpo de la madre. [II, 6.4.1. y II, 6.4.2].
- Abandonó la idea de las fases libidinosas sucesivas –oral, anal y genital infantil– para postular la mezcla y superposición temprana de las mismas en los niños. A las tres recién nombradas sumó la uretral.
En otros términos extendió temporalmente la noción de perversidad polimorfa postulada por Freud a casi todo el período de la sexualidad infantil.
- Elaboró su teoría superyó temprano [II, 6.3 y II, 6.3.1.] y antedató el complejo de Edipo [II, 6.2.] respecto de Freud.
- Postuló la *fase de identificación femenina* para la niña y el varón [II, 6.2.2]. Que los impulsos orales aparezcan prematuramente mezclados con los genitales determinaba que la sexualidad edípica precoz quedase entrelazada con tendencias agresivas: surgimiento del Edipo en la fase oral canibalística y en el destete.
- Planteó la existencia de la fantasía de los padres combinados [II, 5.3].
- Conformación del aparato psíquico basado en la alternancia de proyecciones e introyecciones que establecían objetos internos. Estos últimos configuraban el mundo interno.

Segunda etapa, K₂ (1934-1946):

Puede considerarse como el periodo en que su teoría se consolidó y adquirió mayor consistencia. Klein recentró sus planteos básicos de K₁ en torno al concepto de posición, que vino a sustituir al modelo freudiano-abrahamiano del desarrollo evolutivo en base a la sucesión de zonas erógenas (oral, anal, fálica). La PD fue el centro de sus elaboraciones. La deconstrucción del concepto de posición muestra las siguientes hipótesis fundamentales:

- Las tendencias instintivas mezcladas se dirigían a los objetos. [II, 6.1.; II, 6.1.1. y II, 6.1.2].
- Estas tendencias conllevaban fantasías inconscientes que se hacían presentes en todas las relaciones; ellas intervenían siempre y de manera constante en cualquier actividad psíquica. [II, 5].
- Ampliación de los tipos de objetos y de las relaciones con los mismos [II, 3.2].
- La PD quedó asociada a una angustia prevalente: la depresiva [II, 4.2]. A finales de K₂ y comienzos de K₃, introdujo la PEP. Atribuyó la ansiedad paranoide como característica propia de esa posición.
- Mecanismos de defensa que tenían por función mitigar la angustia. Concepto de defensas tempranas y tardías. [II, 3.3].
- Desarrollo evolutivo entendido como conflicto entre los movimientos de disociación/integración. [II, 10.1.4].
- Conflictos entre amor y odio motivados por la polaridad instintiva Eros-Tánatos. [II, 8.4].
- La noción de cuerpo, especialmente del materno ocupó un lugar importante en sus teorizaciones.^{39*}
- Promediando K₂ –1940– extendió sus desarrollos sobre la PD incluyendo la elaboración de los duelos como una parte importante de la misma. Los vinculó con los procesos de simbolización en tanto se abría la posibilidad de internalizar al objeto perdido en el *self*.
- Defensas maníacas respecto de los sentimientos de pérdida y de culpa. [II, 3.3.6].
- Al final de K₂ e inicio de la K₃ introdujo la identificación proyectiva [II, 8] y describió a la que años más tarde denominaría identificación introyectiva. [II, 9].

Tercera etapa, K₃ (1946-1960):

- Desarrollos sobre la identificación introyectiva. [II, 9].
- La introyección de objetos buenos en el núcleo del yo. [II, 9.3. a II, 9.7].
- Últimos desarrollos sobre la identificación proyectiva. [II, 8.6].
- La envidia constitucional, primaria y endógena. Teorizó formas de envidia que eran independientes de las frustraciones por parte de los objetos externos. [II, 7.2 y II, 7.3].

1.4.3. Sobre los modos de conceptualización de Klein y su estilo de escritura

Ha sido un comentario bastante extendido entre los estudiosos y lectores de su obra que ésta no configuró un *corpus* de ideas metódicamente entrelazadas ni expuestas de manera clara. Incluso, es posible apreciar estas características leyendo con detenimiento cualquier artículo suyo. Todo indica que el don o el arte de la escritura no ha sido su fuerte. Otro factor importante: el modo con que plasmó por escrito sus hipótesis teóricas. Ya se dijo que estas últimas tuvieron mayoritariamente como punto de partida los observables clínicos; en sus escritos predominaron descripciones o relatos –en general, poco conceptuales– en los que reflejaba el mundo interno de sus pacientes, elevados explícita o implícitamente a la categoría de vivencias, mecanismos o funcionamientos universales. Las cuestiones epistemológicas solían brillar por su ausencia en sus escritos. El conjunto está por lo tanto muy lejos de constituir un sistema, si es que eso se considera un ideal para los escritos psicoanalíticos.

Se formulará esta cuestión en tono de pregunta: ¿es siempre virtuoso un texto psicoanalítico bien tramado –un dechado de organización– y poseedor de una gran coherencia? ¿No estaríamos

ante la intención –siempre vana– de querer reglarlo todo, en problemáticas particularmente complejas y escurridizas? Los conceptos en la disciplina creada por Freud no son fijos, inmutables y, menos aún, definitivos. Por otra parte, el rigor conceptual no tiene por qué estar reñido con la flexibilidad. Tal vez en eso resida la riqueza del psicoanálisis. Cuando una teoría deviene rígida y dogmática su fragilidad se acentúa. Y así parece haberlo entendido Klein quien, pese a su escasa sistematicidad a la hora de plasmar por escrito sus ideas, fue especialmente creativa. Ella supo aventurarse en áreas jamás transitadas por otros analistas, por lo que acabó siendo pionera en varias facetas de la clínica y teoría psicoanalítica. No clausuró temas a pesar de que en ocasiones su pensamiento era más circular que dialéctico. Escribiera en alemán o en inglés, siempre se empeñó en transmitir su propia manera de ver y hacer las cosas. Y, sin duda, lo logró. Fue modificando sus enfoques, cosa que no deja de ser habitual –e incluso imprescindible– en cualquier teoría en proceso de elaboración. En cambio, llama la atención que sólo en muy pocas ocasiones explicitara esos abandonos o sustituciones, cosa que ha producido bastante perplejidad a sus lectores. Con frecuencia, al adoptar conceptos de otros psicoanalistas, les atribuía significados propios, ausentes en las fuentes originales; tampoco se esforzó demasiado en definir con precisión los articuladores teóricos que ella acuñó. Por otra parte, en sus artículos se encontrarán muchas afirmaciones radicales sin los fundamentos empíricos necesarios y a veces las incongruencias embargaban sus textos, fruto de enfocar una misma cuestión desde perspectivas contradictorias entre sí.⁴⁰

Pero, más allá de esas características de su estilo de escritura –¡al fin y al cabo cada quien tienen el suyo!–, es evidente que el conjunto de su obra muestra un pensamiento psicoanalítico vivo, sólido, en evolución permanente, que estuvo sustentado en un trabajo clínico constante, realizado con intuición, audacia y perseverancia. Mujer de férreas convicciones, las defendió con vehemencia. Por lo tanto, no debería asombrar que, por lo dicho y por su temple personal, sus ideas y actitudes hayan provocado innumerables polémicas y más de un escándalo. En cada una de las etapas de su obra hubo alguna disputa sonada y muchas otras, en sordina. He aquí las principales:

- *En la primera etapa. Simposiun sobre análisis infantil [SAI (1927)]* fue una alocución –luego texto– “de combate”. Salió a debatir con fuerza “contra” Anna Freud acerca del tratamiento psicoanalítico con niños. Los puntos de vista de ambas sobre ese tema fueron radicalmente opuestos.⁴¹ Es muy probable que esas diferencias hayan sido la causa por la cual Sigmund Freud no aceptó las tesis de Klein, pese a que ella se consideró siempre discípula y continuadora del vienés.
- *En la segunda etapa.* Las llamadas *Controversias* muestran palmariamente el enfrentamiento entre Klein más sus discípulas con el grupo que sostenía las ideas provenientes de Viena. Glover, que encabezaba ese núcleo, intentó expulsarla de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, acusándola de alejarse de los principios psicoanalíticos básicos. Otra pugna por esa misma época fue con su hija, Melitta Schimberg, también psicoanalista, que se había alineado junto a Glover. El distanciamiento entre las dos fue muy doloroso para ambas.
- *En la tercera etapa.* Las ideas que expresó en *EyG* (1957) provocaron el alejamiento de varios colegas; entre ellos, Heimann, Winnicott, Guntrip, Bowlby y otros. [véase II, 7].

1.5. ¿Sobre cuál de las diversas Klein se escribirá en esta segunda parte?

Enmarcar el título de este apartado entre signos de interrogación presupone que su vida y obra pueden ser enfocadas desde diversos ángulos. Para este contexto se eligió un acercamiento a los aspectos conceptuales de su producción y, más específicamente, a aquellos vinculados con el tema central de esta tesis: la identificación y el surgimiento de la actividad psíquica en la primera infancia. Por lo tanto, se realizó una aproximación sesgada a sus escritos: se puso el foco en aquella problemática que bajo su pluma apareció frecuentemente bajo el rótulo de *desarrollo evolutivo del niño o formación de mundo interno infantil*. Todos los conceptos que directa o indirectamente confluían a ese tronco temático fueron tenidos en cuenta y serán expuestos a lo largo de los próximos nueve capítulos. El índice analítico de esta segunda sección los precisa uno a uno. Incluso serán tratadas aquellas nociones que estuvieron temporalmente vinculadas al tema en cuestión y que

posteriormente fueron abandonadas. Adoptar este criterio resultó útil para comprender los virajes de pequeño y de gran calado habidos en la construcción de su teoría sobre el surgimiento de lo psíquico en el niño.

También se dará continuidad a otro objetivo propuesto en la primera página de la *Introducción General (I.G.)*: la realización de un estudio comparativo de los fundamentos de las teorías identificatorias de Freud, Klein y Lacan. De estos tres psicoanalistas Klein fue sin duda la que más centró su obra en dicha problemática; fue también la que mayor experiencia tuvo en los tratamientos psicoanalíticos con niños. Elaboró una concepción propia sobre el *desarrollo evolutivo infantil* que será confrontada con la teoría freudiana acerca de la formación del aparato psíquico y la lacaniana sobre la estructuración subjetiva. La excepcionalidad de Klein respecto de los otros dos analistas reside en que prácticamente toda su producción giró alrededor de estos asuntos.

Los principales conceptos con los que ella dio cuenta del surgimiento del psiquismo en un recién nacido humano se irán desplegando a lo largo de los diferentes capítulos de esta segunda parte. El abordaje de los mismos dio pie a parangones circunscritos: así, se compararon las concepciones de estos tres psicoanalistas sobre la introyección, la proyección, los mecanismos de defensa, las teorías sobre la angustia, las tres concepciones del yo y del superyó, las del narcisismo, etcétera.

Se dejaron de lado las consideraciones sobre los siguientes aspectos: los datos biográficos, las características psíquicas personales de la autora, sus vínculos con otros analistas, las consecuencias técnicas de las propuestas teóricas kleinianas, las cuestiones relacionadas con la clínica de niños y adultos. Se evitaron los chismorreos, las disputas sobre quienes eran más freudianos que otros y las derivaciones político-sociales de su pensamiento, a saber: hacia el feminismo, hacia un rousseauismo de nuevo cuño, hacia movimientos que privilegian la bondad y la reparación en los vínculos comunitarios, etc.

Para los objetivos de un trabajo de esta índole se ha escogido la combinación de una lectura retroactiva y otra cronológica. Se consideró imprescindible perfilar de manera clara el estado de su teoría en 1960, año de su muerte. Las escasas publicaciones póstumas no agregaron elementos significativos a la TIK y a su conceptualización sobre la formación de la psique. Se utilizó la misma escansión temporal establecida para el conjunto de su obra –las ya mentadas K₁, K₂ y K₃– en el tratamiento de sus hipótesis y conceptos relativos al *surgimiento de lo psíquico*. La lectura cronológica puso banderillas –primero– sobre los diversos hilos que conducían conceptualmente a *NAME* (1946) y, luego, desde ese hito a los artículos que escribió en K₃. No se tratará –se lo apreciará con el correr de los capítulos– de un estudio histórico sino de una reseña de las concepciones vigentes en 1960, de las que se buscaron los antecedentes que prepararon tal plataforma tardía o final. Podrá avizorarse que Klein no fue sólo la creadora de la técnica del juego en las sesiones con niños sino que forjó otra manera de entender el psicoanálisis. Puede considerársele como la cabeza de una nueva escuela en psicoanálisis, tal como se verá en el apartado siguiente.

1.6. La institucionalización de su teoría: kleinismo y post-kleinismo

Con el nombre de kleinismo se ha bautizado al fenómeno de institucionalización del pensamiento de M. Klein. Dicho movimiento se ha desarrollado especialmente después de su muerte, sobre todo en Europa y América, aunque la expansión abarcó países de otros continentes. Un germen del mismo podría situarse en las célebres *Controversias* de los años 1941-1945 en la sociedad Británica de Psicoanálisis, que dio pie al entonces denominado *grupo kleiniano*, en franca oposición a Anna Freud. Con el correr de los años se constituyó como una nueva escuela –denominada, indistintamente, “kleiniana” o “inglesa”–; lo mismo sucedería lustros más tarde con la teoría de Lacan; pero a diferencia de éste, los ámbitos de difusión del kleinismo fueron las instituciones pertenecientes a la IPA. Convertidas en doctrina, sus ideas se enseñaron en múltiples instituciones formativas de candidatos. Klein, es bien sabido, no sólo creó conceptos novedosos sino y también una nueva manera de entender el psicoanálisis, que tuvo muchas repercusiones en la manera de dirigir los tratamientos. Las originalidades técnicas fueron asimismo objeto de enseñanza detallada y se constituyeron en una parte importante de la formación didáctica.

Ella y sus continuadores ampliaron el campo del psicoanálisis haciéndolo extensivo al tratamiento de la psicosis, los estados fronterizos, los trastornos de la personalidad y del *self*, creando y perfeccionando la técnica del juego en el análisis de niños, a los que consideraron capaces de generar transferencias. Dicha técnica supuso un rechazo frontal a todo influjo pedagógico sobre el infante.⁴² En el apartado 1.3. de este mismo capítulo se reseñaron sus principales aportaciones al psicoanálisis y también sus diferencias con las ideas de Freud; no se las reiterará. Sólo agregar tres cuestiones no mencionadas: Klein y sus discípulos –al igual que Lacan– situaron la locura en el centro de la subjetividad humana; consideraron que todo niño pasaba por un periodo psicótico durante el desarrollo evolutivo y que todos los humanos podían potencialmente psicotizarse. Por otra parte, otorgaron especial énfasis a la cuestión del encuadre y sostuvieron la necesidad de trabajar las defensas y elaborar intensivamente la denominada transferencia negativa.

El kleinismo reconoció siempre la paternidad del psicoanálisis a Freud y no mantuvo una actitud revisionista –a la manera de Jung o Adler, por ejemplo–; tampoco ha revisado los fundamentos epistemológicos del freudismo pero se ha construido como una nueva corriente tanto por méritos propios –extensamente aludidos en apartados anteriores– como por críticas a muchas formulaciones del pensamiento del vienés y del primer núcleo de analistas que le acompañaron. Como en todas las institucionalizaciones nacidas para dar soporte a una doctrina, en el kleinismo no faltaron: la idolatría a su maestra fundadora, comentaristas hagiográficos, epígonos y herejes. Gracias a la trasmisión de su doctrina se formó una pléyade de analistas que se relacionaron lúcidamente con su teoría, connaturalizándola consigo mismos y *re-creándola*. También estaban, por supuesto, los poco afanosos que repetían sus conceptos y los aplicaban casi mecánicamente.

Además de su riqueza clínica, las aportaciones kleinianas abrieron nuevos horizontes; su temple batallador y algo desenfadado frente al *establishment* generaba atracción, por no decir entusiasmo. Tanto su manera de concebir el funcionamiento psíquico como el proceso analítico –en el que estaba omnipresente cierto clima de tragedia (pérdidas, duelos, etc.), un fragor combativo (ataques fantaseados a los objetos y ataques recibidos de los objetos) y la audacia de sus interpretaciones– generaron cierta fascinación. Cuando comienzan a proliferar los lugares de enseñanza de una teoría, no escasean las repeticiones de fórmulas vacías; se sienta doctrina y el pensamiento original –vivo y en movimiento– acaba sustituyéndose por frases hechas e ideas sueltas que adquieren celebridad. El aprendizaje se torna escolástico y rígido. Desaparecen las preguntas o los comentarios que cuestionan lo establecido. Las luchas fratricidas por el poder en las instituciones completan la faena y sucede lo evitable (¿o lo inevitable?): la instauración de un nuevo dogmatismo sin que se generen las suficientes críticas internas. La implosión suele ser el paso siguiente.

1.7. Principales referencias bibliográficas

Se mencionarán los valiosísimos estudios sobre la producción kleiniana, realizados desde perspectivas muy diferentes, que han provisto guías y linternas al autor de esta tesis, durante la investigación bibliográfica de la obra de esta psicoanalista. Se trata de los siguientes volúmenes:

— *Introducción a la obra de Melanie Klein* de Hanna Segal; la primera edición en inglés apareció en 1964, publicada por W. Heinemann; la segunda en 1973, The Hogarth Press. Se trata de un escrito espléndido por su precisión y por reflejar de manera ajustada lo que fueron las ideas de su maestra, cuestión que cabe apreciar en un libro de este tipo, que se autodefinió como introductorio. Se caracterizó por una lógica expositiva rigurosa y en algunos aspectos fue más claro que los textos de la propia Klein. La mejor, sin duda, en la categoría de pórticos de acceso al estudio de su pensamiento. Ha sido también una síntesis proverbial de los principales conceptos de la creadora del psicoanálisis de niños. Quedó incluida en el volumen 1 de las OCKPA, Paidós, Buenos Aires. Se consultó con frecuencia otro libro de la misma autora, que le otorgó un título muy escueto: *Klein*. Fue publicado por primera vez en 1979 por Fontana, William Collins Sons & Co.; en 1985 Alianza Editorial, Madrid, entregó una versión castellana, agregando a su título el nombre de pila de la analista en cuestión. Segal recogió en él buena parte del contenido de las clases que dictó en la

cátedra Sigmund Freud Memorial, en el University College de Londres. En II, 5.4.2., apartado en el que se abordará el concepto de fantasía inconsciente, habrá referencias especiales a esta autora, en tanto ella trató este tema en el primer capítulo de su *Introducción a la obra de Melanie Klein*.

— Los dos tomos de Jean-Michel Petot. El primero llevaba por título: *Melanie Klein. Premières découvertes et premier système. 1919-1932*; Dunod, París, 1979. De este volumen hubo una traducción castellana publicada por Paidós, Buenos Aires, 1982: *Primeros descubrimientos y primer sistema. 1919-1932*. Del segundo tomo: *Melanie Klein. Le moi et le bon objet. 1932-1960*, Dunod, París, 1982, no se hizo traducción al español. Ambos tomos perfilaron un excelente análisis histórico y epistemológico de la obra en cuestión; en ella su autor examinó con minuciosidad el surgimiento de las ideas kleinianas, la elaboración conceptual subsiguiente de las mismas y las relaciones entre su teoría y la praxis. El propio Petot resumió en el prólogo del primer volumen los objetivos de su trabajo; no fueron otros que los de dar respuestas a las siguientes preguntas: “¿Cuál fue el punto de partida de Melanie Klein? ¿Qué intentó por sobre todo hacer y decir? ¿Qué transformaciones impusieron sus descubrimientos sucesivos a sus creencias iniciales, sus actitudes profundas y, quizá, su proyecto mismo? ¿Qué funciones indispensables cumplieron provisionalmente tales o cuales tesis que no fueron mantenidas en sus concepciones posteriores? ¿Y cuáles eran, si existían, los aspectos permanentes de su enfoque teórico, clínico y técnico?”

Las virtudes de estos dos volúmenes sobrepasan largamente las críticas que se les podría hacer; entre estas últimas: el no poner de manifiesto las contradicciones de la autora ni los callejones sin salidas a los que condujeron, velar algunos pensamientos circulares y establecer un exceso de sistematización en la obra comentada, cuestión sobre la que se volverá más adelante.

— Los tres tomos de Elsa del Valle que llevan por título: *La obra de Melanie Klein*. Los volúmenes I y II, fueron publicados por Lugar editorial, Buenos Aires, en 1979 y 1986 respectivamente; el volumen III, *Melanie Klein: cierre y apertura*, fue editado por Lumen, Buenos Aires, 1999. Se ha recurrido en múltiples ocasiones a esta meritoria obra cada vez que fue necesario resolver dudas conceptuales y bibliográficas. Realizó una lectura cronológica y minuciosa de la obra de Klein que incluyó algunos comentarios sobre artículos de algunas de sus discípulas (Segal, Isaacs, Rivière, etcétera). Mostró también el movimiento de progresión de las ideas kleinianas, la mayor trabazón del conjunto teórico a medida que fue “madurando” su obra; también sus saltos, novedades y contradicciones. Planteó algunas críticas a Klein –pocas– y no las escatimó a los detractores de la misma. En fin, llevó a cabo un estudio riguroso y sistemático, que tuvo además el mérito de presentar a sus lectores un pensamiento vivo, en evolución. Elsa del Valle privilegió asimismo las formas finales que adquirieron los conceptos en la obra de la autora en cuestión. Estos tres volúmenes –sobre todo el tercero– reflejan también las “incomodidades teóricas” que supuso mantener su firme adhesión al pensamiento kleiniano, tras la irrupción e implantación del lacanismo como tendencia hegemónica en Argentina. En ese contexto ella no podía obviar las objeciones formuladas a la teoría y clínica kleinianas desde dicha corriente. Muchas veces las aceptó indirectamente; en otras ocasiones se opuso con fundamento a ellas y, en no pocas ocasiones, ante algunas críticas, parecía defender lo indefendible.^{43*}

— *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein* (1971), de Willy Baranger; ediciones Kargieman, Buenos Aires. El autor realizó un inestimable recorrido temático; cada capítulo fue destinado a exponer algún(os) concepto(s) fundamental(es) de Klein, dando cuenta de las sucesivas reformulaciones que ella fue introduciéndoles con el paso de los años. Esta especie de reconstrucción genealógica conllevó la jerarquización de una perspectiva crono-lineal en la exposición de los articuladores teóricos que comentó. Mostró el linaje de cada uno de ellos y, a la par, iba anticipando aquellas ideas que más tarde alcanzarían pleno desarrollo. Mencionó, como de soslayo, las concepciones que se encaminaron a su desvanecimiento. Libro esencial para entender dos problemáticas claves de la obra kleiniana: posición y objeto –más la primera que la segunda–; también, las conexiones de ambas con el resto del andamiaje conceptual de la autora.

También en II, 5.4.2., se citará explícitamente a este autor referidas a la temática de la fantasía inconsciente.

— *El genio femenino 2. Melanie Klein*, de Julia Kristeva, Fayard, Paris, (2000); versión castellana de Paidós, Buenos Aires, 2001. Este libro, a diferencia de los cuatro anteriores, va más allá de los territorios de la clínica y de la teoría psicoanalítica: abordó el tema del genio femenino y formó parte de una trilogía, cuyo primer y tercer tomo están dedicados a Hanna Arendt y a la escritora Colette respectivamente. Las vidas y obras de estas tres mujeres ilustres mostraron, además de sus potencias intelectuales, unas fuerzas inquebrantables para sostener –contra viento y marea– sus convicciones: Arendt, en el campo de la filosofía y de la política; Klein en psicoanálisis y Colette en el universo de la literatura, otra casa de la palabra. Kristeva pudo encarar con éxito esta aproximación peculiar dados sus amplísimos conocimientos en psicoanálisis, lingüística, filosofía, semiología, teoría literaria y sociología. La ensayista consideró que estas mujeres constituyeron fulguraciones geniales en el mundo de la cultura; un trío que supo dejar con sus producciones improntas significativas en sus respectivos territorios de actuación... y más allá de ellos. Ofreció a los lectores una mirada distinta sobre Melanie Klein: su desafío a las ideas psicoanalíticas establecidas y al inmovilismo de aquellos freudianos que en cierta manera conformaron la ortodoxia de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Destacó especialmente la actitud rupturista en la concepción del complejo de Edipo, del superyó, de las fantasías y el simbolismo del temprano mundo infantil, incluso del anterior a la adquisición del lenguaje por parte del niño; también alabó su inmersión en la psicosis y las descripciones de una infancia para nada sacrosanta, con sus instintos, sus síntomas, inhibiciones y angustias. Los elogios que le prodigó no hicieron pantalla cuando al final del volumen describió el afán combativo y cierto maquiavelismo que, como jefa de escuela, ejerció contra sus adversarios y también hacia sus aliados. Se adentró en sus dramas personales al relatar como sintió en carne propia las fantasías violentas y reparatorias de los hijos hacia sus madres que había explorado en sus pequeños pacientes. Kristeva también observó la vida y obra de Klein desde el prisma del desamparo y las situó en el corazón de un siglo XX brutal, guerrero, que no dejó de generar malestar pero que a la vez supo interrogarse sobre cuestiones de gran calado: ¿qué es la vida?, ¿cómo y con qué bagajes llegamos a ella?, ¿en qué consiste la locura?, ¿de qué manera el interior se conectaba con el mundo externo? y un largo etcétera más.

A destacar especialmente el capítulo III, titulado: *Prioridad e interioridad del otro y del vínculo: el bebé nace con sus objetos* y el VI: *¿Culto a la madre o elogio al matricidio?*

— *Melanie Klein. Su mundo y su obra*, de Phyllis Grosskurth, Hodder and Stoughton, Londres (1986); versión castellana de Paidós, Buenos Aires, 1990. Muy bien documentado, es un texto básicamente biográfico, pródigo en información histórica. Enlazó el pensamiento de la psicoanalista estudiada y lo entramó con soltura en las circunstancias vitales –personales y de los entornos psicoanalíticos– que le tocó vivir. A veces se deslizaba hacia un chismorreó, nada exagerado por cierto, pero, hurgar en los archivos de las sociedades psicoanalíticas no siempre es fácil ni agradable y, por lo que dice en las primeras palabras del prólogo, tampoco lo ha sido para ella. Contó con inestimables colaboraciones pero también con puertas y cofres cerrados. Hanna Segal, que conoció muy de cerca a Klein, agradeció a Grosskurth por este estudio y se mostró de acuerdo con la interpretación y el retrato que ella hizo de su maestra.

Sin duda todas estas obras influyeron en mí a la hora de redactar los sucesivos capítulos de esta segunda parte; razón por la cual debo un reconocimiento a estos autores. Quiero destacar sin embargo que me he alejado de aquellos párrafos –a veces capítulos enteros– en que los cuatro autores citados en primer lugar se excedían –a mi juicio– en la tarea de sistematizar el pensamiento de Klein. El “empuje a la ordenación” es una tendencia que casi insoslayablemente hizo acto de presencia en todos los estudiosos de dicha obra y en muchos comentaristas de la misma. ¿Podría hablarse de un efecto inducido por su estilo, bastante pobre en cuanto al rigor expositivo se refiere? Lo que Klein solía ganar con su gran capacidad microscópica para la observación clínica, que le permitía descubrir tonalidades y pequeños realces, lo perdía por su desprolijidad teórica y

expositiva, a veces rayana en reiteraciones machaconas. Pero, las sistematizaciones forzadas de sus exégetas no resolvieron los problemas; por el contrario, en múltiples casos tornaron romas ciertas aristas incisivas de su pensamiento. El autor de esta tesis sostiene –y muestra– en diversos capítulos de esta segunda parte, que en los orillos y pliegues de esa escritura poco esmerada –y por momentos carente de enlaces suficientes para seguir su pensamiento–, se encontraban o bien ideas psicoanalíticas valiosas, o bien algunas de sus contradicciones flagrantes. Recaltar estas últimas y los impasses a los que la condujeron fueron de ayuda para entender el genio propio de su teoría; permitieron visualizar también los motivos por los que algunos de sus seguidores tomaron caminos diferentes.

He de reconocer que no siempre he podido escapar a ese influjo hacia la sistematización; y que no siempre he creído conveniente hacerlo, aunque invariablemente he alertado sobre mis injerencias ordenadoras cada vez que las hacía.

Sin menoscabar la extraordinaria –y ya reconocida– ayuda que supusieron los libros recién comentados para desentrañar los pasajes oscuros de sus artículos y para relacionar las partes con el conjunto de su obra, el autor de esta tesis desea comentar una suerte de descubrimiento “metodológico” acontecido tras múltiples travesías por lo largo y ancho de sus obras completas: a Klein conviene leerla atravesando las barreras que suponen, primero: su estilo –es decir: los obstáculos planteados por su modo de plasmar, negro sobre blanco, sus ideas– y segundo, las dificultades provenientes del contenido argumental “bruto” de sus artículos. Sólo después de trascender esos estorbos podrá atisbarse, como si se atravesara la materialidad de las páginas, aquello que espoleaba su pensamiento: aquello que quería decir, aquello que necesitaba decir, casi como un grito; también aquello a lo que quería llegar.

Klein exige a sus lectores superar esas resistencias –me incluyo y en ese sentido, no creo ser un caso único– ante aspectos formales y de contenido de sus textos, que generan con frecuencia cierta sensación de descreimiento, ante la cual no cabe en muchas ocasiones más que actos de fe, a los cuales, confieso, no soy muy propenso. A veces se me hizo difícil creer o aceptar lo que ella decía acerca del mundo instintivo del bebé o del complejo de fantasías sádicas orales, anales, uretrales con las que agredía al vientre materno; o lo que comentaba sobre los ataques furiosos a los objetos con materias fecales y orinas acompañados de posteriores tormentos por temor a la retaliación. Lo mismo podría decir acerca de cómo vivía y reaccionaba el niño ante la fantasía de la pareja combinada o frente a las magnitudes extremas que alcanzan las persecuciones y las idealizaciones de los infantes. Todo esto en la mente de un bebé de pocos días o meses de vida. El lactante parece por momentos quedar perfilado como una especie de pequeño samurai, combatiendo a diestra y siniestra con objetos tremendamente hostiles. Y el descreimiento persiste pese a saber que muchos analistas de niños –y también de adultos– confirmaron estas ideas de Klein.

Hay que atravesar varios muros propios –además de los atribuibles a su escritura– para entender que su adelantamiento del complejo de Edipo y del superyó no era sino un intento de decir que el bebé tenía una vida mental muy anterior a la que se le supone corrientemente. Que su manera de entender dicho complejo era para hablarnos acerca de un espacio-tiempo primigenio en el cual, desde el primer día de vida, se iba construyendo el aparato psíquico del niño. Y que a través del superyó arcaico, ella quería transmitir que las permisiones y prohibiciones también se inscribían –a sangre y fuego–, muy tempranamente en la mente del niño. De ahí también sus convicciones acerca de la presencia de relaciones objetales desde el primer día de vida y la adjudicación al niño de una prematura capacidad para establecer transferencias.^{44*}

1.8. Los capítulos de esta segunda parte

El capítulo 2 será una introducción a la teoría identificatoria kleiniana (TIK). Se harán las primeras referencias a la proyección, introyección, identificación proyectiva e introyectiva en el contexto de sus teorizaciones sobre el sadismo, el complejo de Edipo y el superyó tempranos. Se pondrán de relieve los antecedentes teóricos de la TIK y las influencias recibidas: Freud, Ferenczi, Abraham, Fairbairn y Jones. Se hará también una referencia a Tausk, de quien podría decirse que fue uno de los primeros en describir la identificación proyectiva, aunque sin haberla nominado como tal.

El capítulo 3 estará centrado en los conceptos de posición, objetos y mecanismos de defensa. Al final del mismo se presentará un cotejo de la negación kleiniana con la negación (*Verneinung*) y renegación o desmentida (*Verwerfung*) de Freud, con la forclusión de Lacan y la escotomización de Laforgue.

El capítulo 4 tendrá como tema único la angustia. Se expondrá la perspectiva de Klein al respecto seguida de las teorías freudianas y lacanianas sobre este afecto. El siguiente abordará otro concepto clave del andamiaje conceptual kleiniano: el de fantasía inconsciente. Se hará un detenido estudio de la misma, incluyendo el texto clásico de Susan Isaacs sobre esta cuestión: *Naturaleza y función de la fantasía* y algunos pasajes de *La fantasía* de Hanna Segal. Se referirá la caracterización de la fantasía en Freud y del fantasma en la teoría lacaniana, para finalmente realizar una confrontación de las tres.

El capítulo 6 enfocará los instintos de vida y de muerte, el complejo de Edipo y la fase de identificación femenina, la concepción kleiniana del superyó, sus teorizaciones acerca del simbolismo, sublimación, reparación y del narcisismo.

El capítulo 7 se dedicará al estudio de la envidia y la gratitud y se encarará la resignificación de su teoría sobre la formación del aparato psíquico a partir de su famosa obra de 1957 sobre tales afectos.

El capítulo 8 será dedicado íntegramente a la proyección, a la identificación proyectiva y a los conceptos con ellas vinculados.

El noveno tratará acerca de la introyección e identificación introyectiva. Se referirán los procesos que participan en la creación del mundo interno. Finalmente, se cotejará la TIK con la TIF y la TIL.

En el décimo y último se expondrá sobre el yo en la teoría de Klein. Se realizará un último cotejo; en este caso, con la concepción freudiana y lacaniana sobre dicha instancia. Contiene un inciso sobre el yo en Hartmann, padre de la corriente conocida como Psicología del yo. En el anexo a este capítulo –y a manera de colofón– se propondrá una definición kleiniana de la identificación y de sus variantes proyectivas e introyectivas.

1.9. Síntesis del capítulo

Al comienzo del mismo se hicieron algunas consideraciones metodológicas y éticas sobre los abordajes de las teorías psicoanalíticas –en general– y de la kleiniana en particular. El autor de esta tesis cree que los miramientos exigidos para el caso de su obra eran –y son– especialmente necesarios porque, al elaborar ella una concepción con puntos de vista muy personales y, además, haber creado una nueva escuela, fue inevitable que su pensamiento generase polémicas, pasiones, grandes adhesiones y muchos detractores. Nadie en el mundillo psicoanalítico permaneció indiferente ante su pensamiento.

No ha sido una tarea sencilla llevar a cabo esta investigación en sus escritos, evitando tanto la hagiografía como las exaltaciones fáciles de su obra, que con tanta frecuencia puede leerse en las publicaciones de sus seguidores. Hubo también un esfuerzo por evadir dos tendencias polares –la idealización y las críticas furibundas–, quizá con la ilusión de crear la distancia adecuada para evaluar con ecuanimidad sus aportes y para sostener una neutralidad valorativa a la hora de cotejar su producción con la de Freud y Lacan.

Melanie Klein produjo la primera gran conmoción de la teoría freudiana; su pensamiento marcó un giro significativo en el psicoanálisis: abrió nuevas perspectivas, no sólo por la extensión del mismo a las curas de niños y de pacientes psicóticos, sino también por acreditar una forma novedosa de entender algunas problemáticas psíquicas. La pionera del psicoanálisis con infantes puso un acento diferente a muchas temáticas elaboradas por sus predecesores y creó, además, nuevos conceptos que posibilitaron lecturas e interpretaciones novedosas de los materiales clínicos. En pocas palabras: generó otra manera de enfocar la organización y funcionamiento del psiquismo, cosa que a su vez condujo a una práctica clínica distinta de la que entonces predominaba.

En los sucesivos capítulos de esta segunda parte de la tesis se irán precisando los significados de sus conceptos que utilizó para dar cuenta de la formación de la psique del niño, comarca teórica que de

aquí en adelante será aludida mediante la abreviatura TIK. Se apreciarán los múltiples itinerarios que, partiendo de sus observaciones clínicas en los tratamientos de niños –su base empírica, podría decirse– culminaban habitualmente en una elaboración conceptual de esa experiencia. Un hito fundamental de los comienzos de su producción fue la creación de la técnica del juego y su interpretación en los tratamientos de infantes. Con ese instrumental abrió un yacimiento prácticamente virgen hasta entonces que ella supo explorar y explotar con agudeza.

Una parte significativa de sus contribuciones al psicoanálisis provienen de esas experiencias con los pequeños. Su genialidad consistió en haber transformado una expresión “natural” y “espontánea” del niño –la actividad lúdica–, en una fuente de información acerca de los procesos psíquicos inconscientes. Dicho de otro modo, el juego cumplía en el psicoanálisis con niños una función similar a las que tenían la asociación libre y la actividad onírica en los análisis de adultos. Consideró asimismo que las modificaciones del juego a lo largo del tratamiento eran fieles indicadores de la evolución terapéutica del púrpulo.

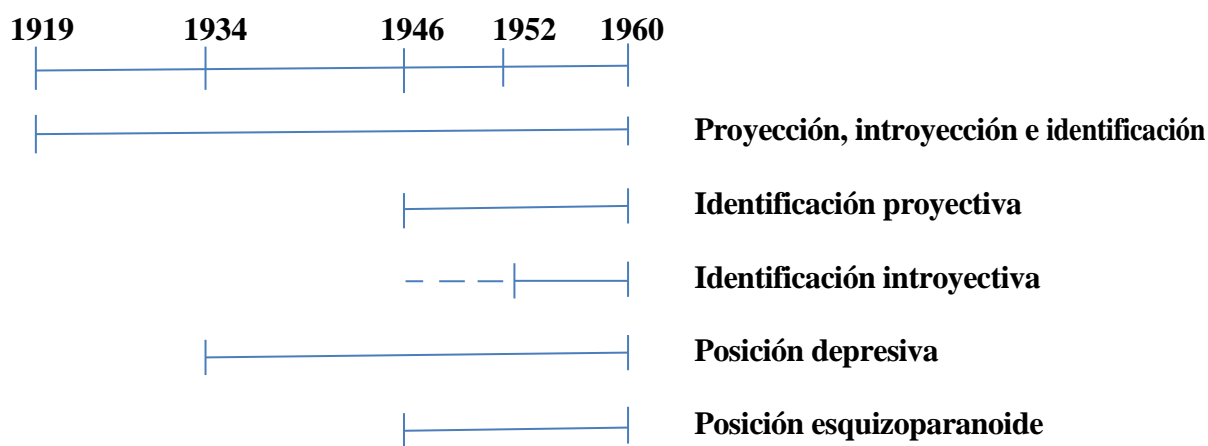
Así pues, seguir sus pasos desde la clínica hasta la elaboración teórica fue otra forma de acercamiento a la genealogía de sus conceptos. Se sabe que esos caminos se hicieron con avances y retrocesos, con oscilaciones y contradicciones.

Rehacer la trayectoria de cada concepto –desde sus fuentes y antecedentes hasta la aparición de las formas finales de los mismos– será, de hecho, transitar por las nervaduras principales de su doctrina. Junto a esta mirada cronológica se recurrió a la lectura retroactiva de sus textos, tal como se hizo con la obra de Freud y se hará con la de Lacan, en la parte III de esta tesis.

La combinación de ambas aproximaciones se hizo en el marco que he denominado: *Klein desde Klein*. Esta expresión lleva implícita la exigencia de conocer la lógica interna de su teoría, para luego exponerla, comentarla y señalar –“desde dentro”– sus coherencias y contradicciones. Se pretendía evitar lecturas proyectivas de su producción desde otras teorías. En este capítulo y en los nueve restantes de esta segunda parte de la tesis se irá cotejando la lógica y las bases conceptuales kleinianas con las homólogas en Freud y Lacan. Esto último, bajo la premisa de que comparar es algo muy diferente de denigrar.

Tras esta introducción al capítulo se abordó su propuesta sobre la constitución del aparato psíquico –o del mundo interno–; el modelo era sumamente complejo y articulaba la conformación de sus componentes con la dinámica operativa de los mismos. Se estudiaron los siguientes aspectos:

1. **Los mecanismos y las posiciones que organizan la psique.** Una visión sintética de los mismos aparece en el siguiente diagrama, que señala asimismo los años en que fueron introducidos.



2. **Arquitectónica de la mente:** se consideró la estructura de los objetos internos, de la fantasía inconsciente; del yo innato, del superyó temprano y de las relaciones de objeto.
3. **La dinámica psíquica:** para Klein el conflicto fundamental de la vida psíquica se daba entre el amor y el odio en las relaciones de objeto, tanto en las más incipientes como en las tardías. Subyacente a este enfrentamiento estaba la dualidad instintiva Eros – Tánatos. Estas ideas le diferenciaron de Freud y de Lacan, quienes consideraron que el conflicto principal

tenía como contendientes al inconsciente deseante –también las pulsiones– y los mecanismos de defensa. Por supuesto, la concepción del conflicto era mucho más compleja en las tres teorías, pero lo dicho resumía esquemáticamente el núcleo de las diferencias principales.

4. **Los acentos kleinianos:** cabría nombrar al instintivismo, endogenetismo, constitucionalismo, innatismo y evolucionismo o punto de vista psicogenético.

A diferencia de las concepciones de Freud y Lacan para quienes el concepto de identificación suponía que los otros proveían rasgos para la estructuración de la psique infantil, en Klein los objetos no cumplían tales funciones *identificantes*: el infante era quien *se identificaba* con los objetos –proyectiva o introyectivamente– para crear su propio aparato psíquico. La kleiniana es una teoría “infanto-céntrica”, si se permite el uso de este neologismo: el punto de partida y el epicentro de la gestación del psiquismo era el propio niño. Esta forma de pensar la estructuración psíquica fue calificada de “*ptolomeica*”.

El capítulo siguió con un apartado en el que se comentó las ideas novedosas que Klein introdujo en el psicoanálisis. Fueron muchas y en este resumen se las enunciará brevemente.

- Fundamentó teóricamente el psicoanálisis con niños, creando una técnica específica.
- Creó una compleja teoría acerca del funcionamiento psíquico temprano.
- Describió un yo innato que era capaz de establecer relaciones objetales precoces y de instrumentar defensas contra las manifestaciones psíquicas de la pulsión de muerte.
- Desplegó desde el principio hasta el final de su obra una concepción psicogenética: el desarrollo evolutivo del niño estuvo siempre en el centro de sus preocupaciones teóricas y clínicas.
- Propuso una teoría acerca de la construcción del aparato psíquico que se basaba en sucesivas proyecciones de lo tanático (sadismo) hacia objetos que posteriormente eran introyectados, dando pie a la formación los objetos internos persecutorios. La búsqueda de nuevos objetos para descargar el sadismo favorecería la ampliación del campo relacional y representacional. El primer objeto que recibiría estas proyecciones era el pecho materno –objeto *princeps* de la teoría kleiniana–.
- En consonancia con esta teoría de organización de la mente infantil postuló un nuevo modelo de funcionamiento de la psique en el cual los factores decisivos eran las emociones humanas y las fantasías, que a su vez expresaban las dos grandes tendencias: el amor y el odio, fundamentados ambos –en última instancia– en la polaridad instintiva Eros – Tánatos.
- Fue la primera psicoanalista que llevó a cabo tratamientos con niños psicóticos.
- Pensó el psiquismo –mundo interno, en su lenguaje habitual– como un conjunto de objetos internos relacionados entre sí por medio de fantasías inconscientes.
- Consideró que existían relaciones objetales desde el inicio de la vida.
- Modificó la concepción clásica sobre la sucesión de las fases libidinales: desde muy temprano coexistirían impulsos orales anales, uretrales y genitales.
- Creó el concepto de posición que integraba cinco elementos: la ansiedad predominante, las relaciones de objeto, el grado de integración del yo (o del psiquismo), las defensas prevalentes y las fantasías. Propuso dos modalidades: la esquizoparanoide (PEP) y la depresiva (PD).
- Produjo una teoría de la angustia en la que este afecto tenía el carácter de motor de la vida psíquica. Desde su nacimiento el bebé se defendía de la angustia de aniquilación provocada por Tánatos.
- Elaboró los conceptos de identificación proyectiva e identificación introyectiva. Ambas constituyen la sístole y diástole psíquica en la teoría kleiniana y son componentes fundamentales de la TIK.

- Plasmó una teoría personal sobre el instinto de muerte, al que entendió en clave sádica. Una derivación importante de esa concepción fue el concepto de la envidia primaria, aparecido en 1957.
- Hizo notables descripciones acerca de la fantasía inconsciente, aunque no elaboró una concepción metapsicológica de las mismas. Incluyó lo inconsciente en su teoría a través de estas fantasías.
- Antedató la aparición del complejo de Edipo y la formación del superyó.
- Reivindicó que el conflicto fundamental en la vida psíquica era entre el amor y el odio en las relaciones de objeto, tanto en las incipientes como en las más tardías. Esto le diferenció de Freud y de Lacan, quienes consideraron que el conflicto era entre lo inconsciente y los mecanismos de defensa.
- Creó una concepción propia acerca de los mecanismos defensivos; el objetivo de los mismos era luchar contra la angustia. Diferenció entre defensas *arcaicas* –escisión o clivaje primitivo, identificación proyectiva, omnipotencia, negación de la realidad interna, idealización, etcétera– y *tardías* (formas más evolucionadas de la identificación proyectiva e introyectiva y la represión).
- Produjo una teoría propia acerca del simbolismo, la sublimación y la reparación.
- Desarrolló el concepto de envidia primaria y describió sus repercusiones en el desarrollo evolutivo ulterior. De manera concomitante expuso sus ideas sobre la voracidad, los celos y la gratitud.

Tras la reseña de las innovaciones kleinianas se estableció una temporización de su obra:

Primera etapa, K₁: 1919-1933: En su transcurso Klein sentó las bases del psicoanálisis con niños y afinó su técnica. Estableció su concepción sobre el complejo de Edipo temprano y la formación del superyó arcaico, atribuyendo a ambos un origen pregenital; jerarquizó los procesos de identificación, proyección, introyección y escisión como formadores del mundo interno e hizo hincapié sobre el sadismo en la temprana vida psíquica de todo niño. Por entonces situó el comienzo del complejo de Edipo en los momentos de apogeo del sadismo. Atribuyó especial importancia a la fase oral y le asignó una influencia imperecedera sobre la vida psíquica; describió la existencia de ansiedades psicóticas en todos los niños, incluso en aquellos que más tarde se conformarían como neuróticos.

Segunda etapa, K₂: 1934-1946: Una mirada retrospectiva desde el final de su obra permitió visualizar que en este periodo empezó a producirse un giro de gran calado que complementó y en algunos casos modificó algunas elaboraciones de K₁, recreándolas al ritmo marcado por las elaboraciones sobre la PD: la presencia de objetos totales y el temor a dañarlos o perderlos; la ansiedad depresiva y las defensas correspondientes, que fueron ocupando territorio a expensas de la angustia paranoide y del sadismo rampante; la elaboración de los duelos, facilitada durante la PD por la disminución de la disociación (clivaje) entre objetos idealizados y persecutorios. Describió, asimismo, nuevas defensas –la reparación, por ejemplo– y actitudes novedosas hacia el buen objeto total: amor y devoción. Esta relación más estable con el objeto promovería los procesos de simbolización y la adquisición del lenguaje.

Tercera etapa, K₃: 1946-1960: En este lapso realizó elaboraciones importantes sobre la PEP y la identificación proyectiva e introyectiva; el acento recayó decididamente sobre la angustia más que sobre los fenómenos del desarrollo libidinal basados en la sucesión de zonas erógenas prevalentes (oral, anal, fálica); insistió sobre las relaciones de objeto precoces y las defensas arcaicas; describió nuevas facetas de las fantasías inconscientes y del mundo interno. Insistió hasta el hartazgo acerca de que la realidad se construía siempre con el prisma de la vida fantasmática de cada quien. También introdujo cambios en su teoría del simbolismo y en algunos vocablos que ya había utilizado; entre ellos: envidia, voracidad y gratitud. La intensidad de la proyección, del sadismo y de los objetos malos/persecutorios que caracterizaron a K₁ y gran parte de K₂ se vio equilibrada en K₃ con las introyecciones de objetos buenos. Aludió a un *quantum* congénito de las cargas instintivas (equilibrio singular entre Eros y Tánatos con que cada bebé llegaba al mundo). Estas ideas anclaron más aún su teoría en la biología y

acentuaron las tendencias constitucionalistas y endogenetistas, movimientos que no estuvieron exentos de *impasses*.

Los dos apartados siguientes se dedicaron a la institucionalización de la teoría kleiniana y a reseñar las principales referencias bibliográficas utilizadas por el autor de esta tesis. Se mencionaron es:

— *Introducción a la obra de Melanie Klein*, de Hanna Segal; la primera edición en inglés apareció en 1964, publicada por W. Heinemann; la segunda en 1973, The Hogarth Press. Se trata de un escrito espléndido por su precisión y porque refleja de manera ajustada las ideas de su maestra, cuestión que cabe valorar en un libro de este tipo, que se autodefinió como introductorio.

— Los dos tomos de Jean-Michel Petot. El primero: *Melanie Klein. Premières découvertes et premier système. 1919-1932*; Dunod, París, 1979. De este volumen hubo una traducción castellana: Paidós, Buenos Aires, 1982: *Primeros descubrimientos y primer sistema. 1919-1932*. Del segundo tomo: *Melanie Klein. Le moi et le bon objet. 1932-1960*, Dunod, París, 1982, no se hizo traducción al español. Se trata de un excelente análisis histórico y epistemológico de la obra en cuestión; en ella examinó con minuciosidad el surgimiento de las ideas kleinianas –mayoritariamente, a partir de la práctica clínica–; la elaboración conceptual subsiguiente de las mismas y las relaciones entre su teoría y la praxis.

— Los tres tomos de Elsa del Valle que llevan por título: *La obra de Melanie Klein*. Los volúmenes I y II, fueron publicados por Lugar editorial, Buenos Aires, en 1979 y 1986 respectivamente; el volumen III, *Melanie Klein: cierre y apertura*, fue editado por Lumen, Buenos Aires, 1999. Se ha recurrido en múltiples ocasiones a esta meritoria obra cada vez que fue necesario resolver dudas conceptuales y bibliográficas. Se trata de una lectura cronológica y minuciosa de la obra de Klein que muestra el movimiento de progresión de sus ideas, la mayor trabazón del conjunto teórico a medida que fue “madurando” su obra; también sus saltos, novedades y contradicciones. Plantea algunas críticas a Klein y no las escatima a los detractores de la misma. En fin, es un estudio riguroso y sistemático, que tiene además el mérito de presentarnos un pensamiento vivo, en evolución.

— *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein* (1971), de Willy Baranger; ediciones Kargieman, Buenos Aires. El autor realizó un inestimable recorrido temático; cada capítulo fue destinado a exponer algún(os) concepto(s) fundamental(es) de Klein, dando cuenta de las sucesivas reformulaciones que ella fue introduciéndoles con el paso de los años. Esta especie de reconstrucción genealógica conllevó la jerarquización de una perspectiva crono-lineal en la exposición de los articuladores teóricos que comentó. Mostró el linaje de cada uno de ellos y, a la par, iba anticipando aquellas ideas que más tarde alcanzarían pleno desarrollo. Mencionó, como de soslayo, las concepciones que se desvanecieron. Libro esencial para entender dos problemáticas claves de la obra kleiniana: posición y objeto; también, las conexiones de ambas con el resto del andamiaje conceptual de la autora.

— *El genio femenino 2. Melanie Klein*, de Julia Kristeva, Fayard, Paris, (2000); versión castellana de Paidós, Buenos Aires, 2001. Este libro, a diferencia de los cuatro anteriores, va más allá de los territorios de la clínica y de la teoría psicoanalítica: aborda el tema del genio femenino y forma parte de una trilogía, cuyo primer y tercer tomo están dedicados a Hanna Arendt y a la escritora Colette respectivamente. La vida y obra de estas tres mujeres mostraron, además de sus potencias intelectuales, unas fuerzas inquebrantables para sostener –contra viento y marea– sus convicciones: Arendt, en el campo de la filosofía y de la política; Klein en psicoanálisis y Colette en el universo de la literatura. Kristeva pudo encarar con éxito esta aproximación peculiar dados sus amplísimos conocimientos en psicoanálisis, lingüística, filosofía, semiología, teoría literaria y sociología.

— *Melanie Klein. Su mundo y su obra*, de Phyllis Grosskurth, Hodder and Stoughton, Londres (1986); versión castellana de Paidós, Buenos Aires, 1990. Muy bien documentado, es un texto básicamente biográfico, pródigo en información histórica. Enlazó el pensamiento de la psicoanalista

estudiada y lo entramó con soltura en las circunstancias vitales –personales y de los entornos psicoanalíticos– que le tocó vivir. Contó con inestimables colaboraciones pero también con puertas y cofres cerrados. Hanna Segal, que conoció muy de cerca a Klein, agradeció a Grosskurth por este estudio y se mostró de acuerdo⁴⁵ con la interpretación y el retrato que ella hizo de su maestra.

NOTAS DEL CAPÍTULO 1

¹ En los capítulos “Marcos de las conferencias” y “Remontar el desencanto” de mi libro de *El oficio de analista* –tercera edición, pp. 44 y 479 respectivamente– describí algunas características del kleinismo en la época de su máximo esplendor en Argentina y en otros países latinoamericanos, en la década de los años 60 y 70. Allí se remite a quienes estén interesados en este tema.

² Ella misma afirmó estas ideas en *La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado* (1953).

³ Se entrecorrió estas palabras para señalar el carácter relativo de esas mismas: el juego tiene lugar cuando las características psíquicas de los infantes lo posibilita. Es bien sabido que síntomas e inhibiciones del niño afectan su actividad lúdica y hasta pueden llegar a obstaculizarla marcadamente.

⁴ Klein utilizó este término para hacer referencia a la distribución de roles o personajes que el niño suele hacer en sus juegos. Son especialmente significativas las que realizan al jugar en sesión: permiten descubrir las identificaciones yoicas y superyoicas que muchas veces son contradictorias entre sí. Los mecanismos que intervienen en la personificación son la disociación y la proyección: escinden y colocan en otros –los personajes del juego– aspectos propios y personales. En el artículo *La personificación en el juego de los niños* (1929) hay una concepción de la identificación proyectiva –que tardaría aún muchos años en aparecer–. Este aspecto de la actividad lúdica fue considerada por Klein como una función defensiva.

⁵ Un segundo atravesamiento será al comienzo de la tercera parte, dedicada a la doctrina lacaniana.

⁶ Véase en III, 1. 4., lo que se designa con el nombre de *procesamiento*. El cuerpo central de la tercera parte, está dedicado a exponer seis procesamientos realizados por Lacan en el contexto de la teoría identificatoria lacaniana (TIL), a partir de las ciencias sociales, lingüística, lógica, topología, filosofía y matemáticas.

⁷ ¿Quién define cuáles son las fronteras de la disciplina creada por Freud? ¿Cómo se precisa en la actualidad qué es y qué deja de ser psicoanálisis? ¿Quién le pone el cascabel al gato en momentos como los actuales en que aparecen decenas de corrientes y prácticas que se dicen psicoanalíticas y otras decenas que no se dicen psicoanalíticas, aunque se basen en el pensamiento de vienés? Se trata de un problema complejo y de difícil resolución, que en este contexto sólo puede ser enunciado. Freud dio algunas respuestas a este asunto que aún siguen siendo válidas: en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914) afirmó que el pilar fundamental era la represión; luego, la transferencia y la resistencia –“cualquier línea que admita estos dos hechos y los tome como punto de partida de su trabajo tiene derecho a llamarse psicoanálisis, aunque llegue a resultados diversos a los míos.”– (OCFAE, vol. XIV, p. 16) Y, por último, la teoría acerca de la sexualidad infantil. Tal vez, cien años más tarde, sea necesario ampliar esas exigencias mínimas.

Los conflictos internos dentro del campo psicoanalítico muestran que éste no está exento de las crueldades, rudezas y rivalidades que caracterizan a la especie humana. ¿Podría esperarse algo distinto? Para quienes no quieren pecar de ingenuidad, basta leer la extensa y documentadísima obra de Phyllis Grosskurth para enterarse, con muchos detalles, de los sordos combates entre analistas, las desacreditaciones y los rasgos paranoides que surgieron en los debates en la Sociedad Británica de Psicoanálisis, a comienzo de los años cuarenta. Otra muy documentada fuente de información es el volumen de Riccardo Steiner y Pearl King titulado *Les Controverses, Anna Freud : Melanie Klein (1941-1945)*, PUF (1996). Existe versión castellana: *Las controversias. Ana Freud – Melanie Klein (1941-1945)*, Editorial Síntesis, Madrid, 2003.

⁸ En base a esta consideración, a lo largo de esta segunda parte se utilizará el vocablo *instinto* y sus derivados en lugar de pulsión.

⁹ Serían “*ptolomeicas*” todas aquellas concepciones que impliquen considerar al sujeto psíquico en formación como el punto de partida y epicentro de su constitución subjetiva; en cambio, serían “*copernicanas*” aquellas concepciones que jerarquizan el rol de los adultos en la conformación del futuro sujeto psíquico. Estas últimas otorgan función *identificante* al objeto; jerarquizan el papel de los otros en la conformación del aparato psíquico del infante y no descartan la intervención del niño en la metabolización y organización de las marcas identificatorias que recibió de sus objetos.

¹⁰ Lacan se enroló con firmeza en la línea copernicana.

¹¹ Como se verá *infra*, a partir de 1953 se produjo un distanciamiento progresivo entre Klein y una de sus principales discípulas: Paula Heimann. Este alejamiento adquirió carácter definitivo a partir de 1955, tras su alocución en el Congreso Psicoanalítico de Ginebra, en el que leyó su artículo “Un estudio sobre la envidia y la gratitud”, que sirvió de base al libro *Envidia y gratitud* (1957) que publicaría dos años más tarde. Para más detalles sobre estos asuntos puede consultarse el capítulo 3 de la sexta parte del libro de Phyllis Grosskurth, *Melanie Klein. Su mundo y su obra*, p. 428 y ss., Paidós, Barcelona, 1990.

¹² No se insistirá en este apartado sobre las inflexiones conceptuales que Klein introdujo en los conceptos freudianos, que las hubo y muchas. Ellas serán ampliamente comentadas en los diversos capítulos que conforman esta segunda parte. Ahora bien: ¿cabe adjudicar un valor especial a la fidelidad a Freud o, para distanciarlo de su persona, al texto

freudiano? Mientras se permanezca dentro del campo psicoanalítico -y no hay dificultad en delimitar sus fronteras a partir de los cuatro elementos que él propuso (véase nota al pie nº 7 de este mismo capítulo)-, el autor de esta tesis considera que cuánta más originalidad y creatividad, por parte de sus continuadores, ¡mejor! Aunque ello implique sostener ideas diferentes a las freudianas. Es evidente que muchas de las afirmaciones de Klein sobre su fidelidad a Freud o la reiteración de que sus ideas estaban en consonancia con las del vienés eran una estrategia para evitar ser descalificada o expulsada de la SBP. Hubo, sin dudas, centenares de divergencias entre ella y el padre del psicoanálisis, cosa que no está ni bien ni mal; pero lo cierto es que ella se mantuvo siempre dentro del marco psicoanalítico, e, incluso, contribuyó a ampliarlo. Se volverá sobre este tema más adelante, en II, 1.5.

¹³ En *NAME* (1946) se refirió minuciosamente a la identificación proyectiva y describió, también, la identificación introyectiva, aunque sin otorgarle nombre; fue en *CTEL* (1952) donde esta última fue nominada y perfilada con precisión. Para más detalles véase II, 9.6.

¹⁴ La temática de la introyección en la producción kleiniana será tratada en diversos apartados de esta segunda parte, a saber: 2.5.2.; 2.6.2.1.; 2.6.2.2. y en todo el capítulo 9.

¹⁵ Véase la parte inferior del diagrama introducido en I, 4.7., que muestra esquemáticamente lo dicho: en Freud y Klein el sujeto en vías de formación se identifica con el objeto; en Lacan: el objeto identifica al sujeto.

¹⁶ Klein, especialmente al principio de su obra, consideró que el narcisismo primario no existía. En cambio desarrolló la idea de relaciones narcisistas de objeto [*NAME* (1946)]. Los vínculos narcisistas fueron entendidos como relaciones establecidas con un objeto interno idealizado. Al final de su producción, en *EyG* (1957), apareció tematizado el narcisismo primario de Freud a través de la noción de *fusión prenatal con la madre* (véase II, 7.3.2.).

¹⁷ Para más detalles sobre los objetos internos véase II, 3.2.3.

¹⁸ Estos aspectos fueron tratados extensamente en I, 2.2. y I, 3.4. Sobre la diferencia entre introyección e incorporación, véase I, 2.2.3.

¹⁹ Véase I, 2.1.1. y I, 2.5.

²⁰ La instancia yoica en la teoría kleiniana será objeto de un estudio detallado en II, 10.

²¹ El concepto de superyó, su evolución y sus diferencias con Freud y Lacan sobre este asunto será tratado en II, 6.3.

²² Este tema será tratado *in extenso* en II, 3.2.

²³ Por sus grandes diferencias puede cotejarse esta perspectiva de la temporalidad psicoanalítica con la postulada por Lacan; véase al respecto III, 2.5.5. Resignificación retroactiva y tiempos lógicos. Por otra parte, puede leerse también en II, 7.5., otras consideraciones acerca de la ausencia de la significación retroactiva en su obra. El aspecto que se está comentando permite calificar la teoría kleiniana de orocéntrica a diferencia del falocentrismo de la freudiana.

²⁴ Este *impasse* de su teoría fue el punto de partida para los desarrollos winnicottianos acerca de la madre suficientemente buena y los de Bion referidos a la madre con *reverie*. Ellos vinieron a decir que algunas funciones debían cumplir las madres respecto de las proyecciones de sus hijos sobre sus personas.

²⁵ Mientras que para Freud la pulsión de muerte fue un concepto deducido y que operaba en silencio, para Klein tenía manifestaciones concretas y claramente perceptibles en el sadismo. De ahí que su manera de entender a Tánatos -en clave sádica- le llevaran a postular mecanismos que lo desviarán o expulsaran hacia el exterior: la proyección, primero, y luego en asociación con la identificación proyectiva a partir de 1946. Ambas eran defensas que el bebé empleaba desde el primer día de vida.

²⁶ Los aspectos teóricos ligados a los mecanismos de defensa “a la kleiniana” son tratados en II, 3.3.

²⁷ Este aspecto es tratado con más detalle en II, 7.3.1.

²⁸ En II, 10.1.2. se enfocan las múltiples cuestiones que se derivan de este posicionamiento de Klein y los interrogantes que suscitan.

²⁹ Véase II, 2.6.3.

³⁰ Incluso antes de que Leo Kanner publicara sus ideas acerca del autismo infantil precoz, en 1943. Klein, siguiendo los postulados freudianos postuló que en la paranoia se proyectaba sobre la realidad; en cambio, en la esquizofrenia ocurría la huida de la realidad y la búsqueda de refugio en el mundo fantasmático. También, pueden producirse introyecciones extremas. Es justamente por estas últimas manifestaciones que las psicosis infantiles pueden adoptar la apariencia de cuadros de déficit psíquico, retraso o debilidad mental. Los primeros que trabajaron con niños psicóticos en esta línea kleiniana fueron el ya mentado L. Kanner, Diaktine, Levobici, Ajurriaguerra y otros.

³¹ El punto de partida de este vector temporal -1919- hace referencia a su primera alocución pública, que tuvo lugar en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, el 13 de Julio de ese año. Como ya se indicó con más detalles, al comienzo de esta segunda parte, en “Ordenación cronológica de los textos de Melanie Klein”, esa conferencia -convertida luego en texto- se publicó junto a otros tres artículos suyos en su libro *Contribuciones al psicoanálisis*, vol. 2, OCKPA, bajo el título general de “El desarrollo de un niño”, fechados en 1921. El otro extremo del arco -1960- corresponde al año de su muerte.

³² Véase el capítulo 4 de la primera parte.

³³ Es evidente que para esta escansión se ha tenido muy en cuenta la opinión de los grandes estudiosos de su obra. En el apartado 1.7. de este mismo capítulo, titulado “Principales referencias bibliográficas” se deja constancia de quienes han sido y se les agradece las ayudas que sus libros prestaron.

³⁴ El capítulo 3 de esta segunda parte está íntegramente dedicado a los conceptos kleinianos de posición, objetos y mecanismos de defensa.

³⁵ Debates en el seno de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Léase *Les Controverses, Anna Freud: Melanie Klein (1941-1945)*, PUF (1996) *op. cit.*, de Riccardo Steiner y Pearl King. Existe versión castellana: *Las controversias. Ana Freud – Melanie Klein (1941-1945)*, Editorial Síntesis, Madrid, 2003.

³⁶ La Dra. Elsa del Valle, gran estudiosa argentina de la obra de M. Klein consideraba que ese texto funcionaba como bisagra entre la segunda y la tercera etapa de la misma, idea que comparte el autor de esta tesis. De ahí que en la temporización propuesta aparezca *NAME* (1946) como culminación de K_2 y, a la vez, como comienzo de K_3 .

³⁷ En el capítulo II, 5. se analizará en detalle este aspecto de la fantasía en la teoría kleiniana, que fue concebida como una organización en la que confluían múltiples componentes; entre ellos interesa señalar, para esta cuestión de la relación con la realidad, la concurrencia de ciertos caracteres que Freud había atribuido al inconsciente y a las pulsiones.

³⁸ Este acento puesto en la agresividad del niño, derivada posteriormente al adulto, sentó las bases de la concepción kleiniana acerca de la psicosis, trastornos *borderline* y otras patologías severas.

³⁹ Acerca de la concepción del cuerpo en la teoría lacaniana, véase III, 6.8.

⁴⁰ En II, 5 se apreciará lo recién dicho en las elaboraciones de su concepto de fantasía; en varios apartados de otros capítulos se pondrá de relieve ciertas incompatibilidades entre la perspectiva instintivista y la relacional.

⁴¹ En diferentes apartados de esta segunda parte se irán señalando diferencias puntuales entre Klein y Anna Freud; en 2.6.5. se apuntan las principales diferencias bajo la forma de pares de opuestos.

⁴² Esta fue una de las discrepancias más importantes con Anna Freud.

⁴³ Tras el fulgor de los años sesenta y setenta, la teoría kleiniana entró en un cono de sombra en Argentina, quizá también en toda América Latina. ¿Las causas? En parte, por propia implosión; debida a los excesos de dogmatismo y por el auge de la teoría lacaniana en esos lares. El lacanismo militante, a diferencia del propio Jacques Lacan -que tuvo palabras de reconocimiento hacia la obra de Klein-, se dedicó a una crítica sistemática y, en ocasiones, poco afortunada, a la obra de Klein.

⁴⁴ Valga el siguiente comentario para retomar en este contexto el objetivo de comparación de las tres teorías psicoanalíticas: cuando Lacan sostuvo que las fases preedípicas, tal como las había descrito Freud, no existían y postuló tres tiempos en el Edipo [véase III, 4.7.3. y el final de III, 10.11.], también “adelantó” el complejo al primer día de vida del recién nacido. Las diferencias entre Klein y Lacan surgen cuando este último considera que el primer tiempo de *su* Edipo implicaba la constitución de una célula narcisista/madre fálica. La posición de Freud sobre el complejo de Edipo es suficientemente conocida y es innecesario reiterarla aquí.

2

TEORÍA IDENTIFICATORIA KLEINIANA (TIK). CONTEXTOS, ANTECEDENTES E INFLUENCIAS

Una de las características de la TIK, tal vez la más significativa, fue la de haber sido construida en estrecha relación con la experiencia clínica en análisis de niños; para esa práctica inventó y aplicó la técnica del juego en las sesiones. A partir de sus observaciones en dicho ámbito Klein comenzó a elaborar sus hipótesis psicoanalíticas sobre la organización temprana de la mente infantil y sobre las fases del desarrollo evolutivo de la psique.¹ Por vocación y decisión empleó todas sus energías en la investigación del surgimiento de lo psíquico en el recién nacido humano. Lo que para Freud y Lacan fueron hipótesis deducidas a partir de prácticas clínicas centradas en adultos, para Klein se trató de un interjuego muy estrecho entre la clínica infantil y la elaboración teórica de esa experiencia. Este aspecto marcó desde el principio unas tendencias muy definidas en su producción. Se trató de un contexto muy diferente al de la elaboración de la TIF y la TIL. Sin embargo —y lo mismo podría ser dicho acerca de la TIL—, la inmensa mayoría de sus ideas sobre la conformación de la mente infantil encajaron dentro de la segunda teoría identificatoria freudiana: la estructural; es decir, aquella que consideraba a la identificación como estructurante de lo psíquico.²

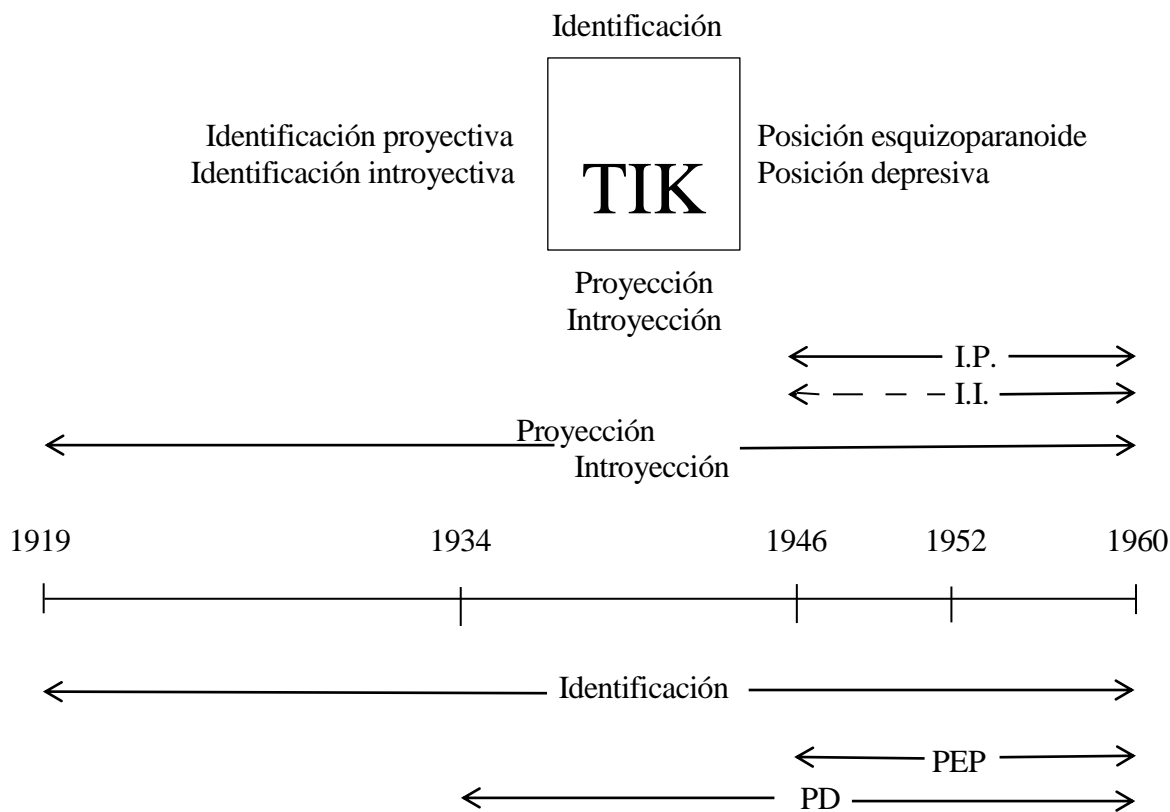
Cabrá tener siempre presente la siguiente afirmación respecto de la TIK: la identificación y la alternancia de los mecanismos proyectivos e introyectivos —tal como las empleó en K_1 y K_2 — han jugado un rol muy importante, pero no exclusivo; deben compartir ese sitio con las posiciones esquizo-paranoide y depresiva (K_2 y K_3) y con las identificaciones proyectivas e introyectivas que surgieron en el escenario teórico en K_3 . A ambas —posiciones e identificaciones— les fueron adjudicadas funciones estructurantes de la psique. En el primer apartado de este capítulo se introducirá un esquema en que se presentará ese cuaternario conceptual. Cada vez que aparezca la abreviatura TIK, deberá ser conectada con esos cuatro factores que intervienen, según Klein, en la estructuración del aparato psíquico del niño. En su teoría, los términos *desarrollo psíquico* o *desarrollo evolutivo* —también *formación del mundo interno*— equivaldrían aproximadamente a aquello que Freud aludía con los términos de *organización del aparato psíquico*. Su correspondiente en la teoría lacaniana sería: *estructuración subjetiva*.

En este capítulo se expondrá lo cardinal de sus elaboraciones sobre esta problemática. Se comenzará con una introducción general a la TIK; luego seguirá un apartado dedicado a reseñar los fundamentos empíricos y conceptuales que le dieron sostén; se continuará con la exposición de sus elaboraciones sobre la formación de la psique infantil realizadas durante los periodos K_1 , K_2 y K_3 , cuestión ésta que posibilitará apreciar la evolución de su pensamiento al respecto. Por último se pondrán de relieve las fuentes conceptuales de las que bebió: Freud, Ferenczi, Abraham, Fairbairn y Jones, señalando los articuladores teóricos que tomó en préstamo de cada uno de ellos. En el apartado dedicado a Jones se ponderará en qué medida las luchas por el poder en la Sociedad Británica de Psicoanálisis la llevaron a limar el filo de algunas sus proposiciones teórico-clínicas; allí mismo se señalarán sus principales divergencias con Anna Freud. Así pues, se seguirá el siguiente orden expositivo:

- 2.1. Introducción general a la TIK
- 2.2. Parámetros empíricos y conceptuales que dieron fundamento a la TIK
- 2.3. Tiempos en la construcción de la TIK. Circuitos de textos
- 2.4. Primer y segundo periodo de la TIK: 1919-1946. Componentes fundamentales
 - 2.4.1. La proyección
 - 2.4.2. La introyección
 - 2.4.3. El sadismo
 - 2.4.4. El superyó y el complejo de Edipo temprano. La fase de identificación femenina
 - 2.4.5. Citas y comentarios de textos kleinianos sobre la identificación
 - 2.4.5.1. *Estadios tempranos del conflicto edípico* [ETCE (1928)]
 - 2.4.5.2. *La personificación en el juego de los niños* [PJM (1929)]
 - 2.4.5.3. *Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos* [CPM-D (1934)]
 - 2.4.5.4. *Amor, culpa y reparación* [ACR (1937)]
 - 2.4.5.5. *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas* [CEAT (1945)]
 - 2.4.5.6. *Notas sobre la identificación en Klein antes de 1946* (K_1+K_2)
- 2.5. Tercer periodo de la TIK: 1946-1960
 - 2.5.1. La identificación proyectiva
 - 2.5.2. La identificación introyectiva
- 2.6. Antecedentes
 - 2.6.1. Sigmund Freud: el psicoanálisis, la sexualidad infantil y la proyección
 - 2.6.2. Sandor Ferenczi. La introyección y el simbolismo
 - 2.6.3. Karl Abraham: el desarrollo evolutivo y la pérdida de objeto
 - 2.6.4. Ronald Fairbairn (1889-1964): la posición esquizoide
 - 2.6.5. Ernest Jones entre los Freud (Sigmund y Anna) y Melanie Klein
 - 2.6.6. Víctor Tausk: la identificación proyectiva innominada
- 2.7. Sinopsis del capítulo

2.1. Introducción general a la TIK

Ya se alertó en el capítulo anterior sobre las dificultades y riesgos que implicaba establecer etapas en la obra de un autor/a; incluso, cuando esa tentativa se limita –como es el caso– a una temática específica dentro de la misma. Ha sido con gran cautela que se evaluaron uno a uno de los artículos de Klein que directa o indirectamente trataron el tema de la formación de la psique en el niño; finalmente se optó por validar también para la TIK las tres etapas comentadas en el apartado 1.4. del capítulo anterior: K_1 , K_2 y K_3 . Se dejará nomás consignada una segunda opción que se tuvo en cuenta: dividirla en dos partes y considerar a su texto *NAME* (1946) como aquél que marcó un antes y un después en la construcción de la TIK. Como bien se sabe, en ese escrito introdujo la identificación proyectiva, también la posición paranoide, que luego rebautizó como esquizoparanoide y describió, aunque sin nombrarla como tal, a la identificación introyectiva. De esa manera coronó lo que podría considerarse el complejo posicional e identificatorio definitivo, a falta de algunos matices que fue agregando años más tarde –en la década de los años cincuenta– y de un último viraje significativo generado por *Envidia y gratitud* (1957). La decantación por la primera opción se debió a que las dos modalidades de identificación que ella postuló configuraron tan solo *una parte* de su doctrina acerca de la conformación del aparato psíquico del infante y que resultaba impropio no tomar en cuenta el rol capital que tuvo en su concepción sobre el desarrollo evolutivo el concepto de *posición*, introducido en 1934. La temporalización K_1 , K_2 y K_3 tenía la virtud de contemplar ambos aspectos: el identificatorio –que incluye los usos de este vocablo antes de *NAME* (1946)– y el posicional. Lo concernido por los mecanismos de proyección e introyección que ella venía utilizando profusamente desde 1919 con significados propios y originales, fueron incorporados, en 1946, a los conceptos de identificación proyectiva e introyectiva, respectivamente. A partir de entonces solía utilizarlos de manera apareada asociando la proyección a la I.P. y la introyección con la I.I. Lo cierto es que estos cuatro mecanismos fueron considerados por ella no sólo constitutivos de lo psíquico sino también modos permanentes y vitalicios del funcionamiento mental. Dos esquemas sintetizarán lo dicho respecto de lo concernido por la abreviatura TIL, el cuaternario a ella asociado y los años en que se introdujeron.



En K_1 y K_2 la palabra identificación se encontraba especialmente en aquellos escritos que se referían a la formación del superyó y del yo. Las funciones estructurantes que Freud había otorgado a la identificación a partir de 1920 aparecían en la obra kleiniana subsumidas por el vaivén proyectivo –introyectivo entre el yo y los objetos externos. Esos movimientos alternantes eran generadores de psique puesto que constituían a los objetos internos. Su teoría del desarrollo evolutivo se basó y desplegó dentro de esa perspectiva: la circulación de materia psíquica entre el yo y los objetos –siempre mediada por fantasías–, dejaba como resto la presencia de objetos internos.

En sus escritos iniciales se perciben con nitidez las influencias teóricas de Ferenczi y de Abraham; el primero puso a su disposición el concepto de introyección y simbolismo; el segundo, el modelo “etapista” del desarrollo de la libido –véase infra, 2.6.3. – y los usos que él le había dado a nociones tales como incorporación, introyección y proyección. A esta última, el psicoanalista berlinés le había otorgado el significado de una expulsión violenta, relacionándola especialmente con los impulsos sádico-anales. En diversos capítulos de esta segunda parte, aunque muy especialmente en II, 8 podrá apreciarse que esas orlas semánticas quedaron incluidas en su identificación proyectiva.^{3*} También fueron de base abrahamista sus primeras versiones sobre el desarrollo evolutivo basado en las predominancias de las zonas erógenas, que luego abandonó por considerar que había más simultaneidad que sucesión en el funcionamiento de lo oral, anal y genital.⁴ Por esta vía ella amplió la duración de la etapa *perversa polimorfa* que Freud había postulado. Pero el distanciamiento de Abraham se hizo mayor aún con la creación del concepto de *posición*, que cambió radicalmente los parámetros con que ella pensó la formación de la psique infantil.⁵

Un seguimiento minucioso de su obra muestra que en K_2 (1934–1946) Klein fue preparando el lecho conceptual que le permitió introducir, al final de esa etapa, la posición esquizoparanoide (PEP) y la identificación proyectiva (I.P.). Una lectura retroactiva de su obra a partir de *NAME* (1946) permite apreciar que, sin referirse explícitamente a la I.P., utilizaba el término *proyección* con varios de los sentidos que luego adquirió esa modalidad identificatoria. En realidad hubo un trasvase de la una a la otra más la inclusión de algunas innovaciones: la I.P. devino simultáneamente una relación de objeto agresiva y un mecanismo de defensa. En todo caso, la asociación de la I.P. con el concepto de posición esquizoparanoide constituyó un impulso renovador de su teoría que se extendió, primero, a buena parte de sus colegas más cercanos y, después, a los de varios continentes, que encontraron en esa

combinatoria la materia prima para nuevas elaboraciones. Supuso también –tal como se verá en las páginas siguientes– un cambio de dirección importante en su teoría sobre el desarrollo evolutivo. El viraje se inició en 1934 con la introducción de la posición depresiva (PD) –con la ya comentada ruptura con las concepciones de Abraham y Freud sobre la evolución libidinal– y se completó en 1946 con las novaciones recién comentadas. Si bien la teoría de las posiciones no es incompatible con la segunda tópica freudiana, Klein se vio exigida a repensar al yo y al superyó –y más ampliamente: todo el funcionamiento psíquico– a partir de las categorías conceptuales integradas en la posición esquizoparanoide y depresiva.⁶

Una vez introducida la identificación proyectiva –pieza clave de su teoría– la identificación introyectiva fue ganando espacio, pero jamás alcanzó el fulgor ni la trascendencia de la primera.⁷ Su presencia era imprescindible para equilibrar la TIK: lo proyectado por el yo necesitaba una vía de retorno, a riesgo del vaciamiento de dicha instancia. Los procedimientos identificatorios kleinianos eran impensables en K_3 sin un funcionamiento sinérgico de la I.P y la I.I. Pese a ello, en la buena parte de sus textos inmediatamente posteriores a 1946 siguió poniendo el acento sobre la agresividad y el sadismo del niño, privilegiando la proyección y la identificación proyectiva, manifestaciones ambas de la pulsión de muerte. Por esta razón, el papel de Eros y de la introyección/identificación introyectiva, quedaban con frecuencia eclipsados.⁸ Esta tendencia se vio contrarrestada a partir de los textos canónicos de 1952 (*CTEL* y *OCB*); ellos y los siguientes ya no exigían tanto al lector el esfuerzo casi continuo de hacer presente un instinto de vida implícito.

La identificación introyectiva fue descrita en *NAME* (1946) como un mecanismo que instalaba un objeto bueno (total) en el corazón del yo, para favorecer su integración. También se le atribuyó funciones en la formación del superyó. A partir de 1952 adquirió nuevos atributos. (Véase II, 9.6).

De manera paralela al surgimiento de estos nuevos conceptos se produjo el abandono de la “fase de identificación femenina”⁹ postulada por primera vez en *Estadios tempranos del complejo de Edipo* (1927) y que – se fue empalideciendo en sus escritos posteriores, pero sin que desapareciera la trama de ideas que la sostenían teóricamente. En atención al tema central de esta tesis, se le dedicará un apartado especial a esa identificación: el II, 6.2.2.

2.2. Parámetros empíricos y conceptuales que dieron fundamento a la TIK

Se los presentará bajo la forma de puntualizaciones sintéticas; los desarrollos de buena parte de estas apreciaciones pueden leerse en los apartados 1.3. *Ideas novedosas que Klein introdujo en el psicoanálisis* y 1.2.4. *Acentos kleinianos* del capítulo anterior; también, en los párrafos a los que se remite en cada uno de los siguientes enunciados.

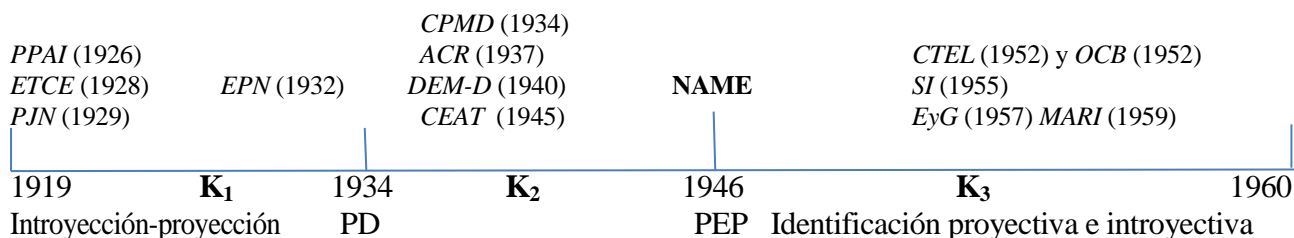
- Enraizamiento de la obra de Klein en el psicoanálisis de niños. Desde el primero hasta el último de sus textos puede apreciarse este hecho con facilidad. La clínica fue siempre un referente explícito de sus elaboraciones teóricas.
- El instintivismo. Klein adhirió tempranamente a las tesis freudianas del instinto de muerte, interpretándolas en clave sádica. Otorgó especial importancia al *quantum* congénito de Eros y Tánatos. Estos aspectos de su teoría se debatirán especialmente en II, 6.1. y en II, 10.1.2.
- Constitucionalismo e innatismo. [Véase II, 10.1.1].
- Endogenetismo. Preeminencia de la fantasía y de la realidad psíquica respecto de la realidad externa. Más detalles sobre este aspecto pueden leerse en todos los apartados del capítulo 5 y en II, 5.7.
- Lo dicho en las cuatro puntualizaciones anteriores permite entender que en el debate entre el endogenetismo y el ambientalismo, ella se inclinara hacia la primera opción.
- Introdutora conceptual y ferviente partidaria de la existencia de relaciones objetales desde el nacimiento. A partir de esta idea se afianzaron los conceptos de objeto y mundo interno. Se opuso a la teoría del narcisismo primario absoluto de Freud, que postulaba un periodo anobjetal en los inicios de la vida psíquica.
- La angustia y su procesamiento por medio de los mecanismos de defensa ocuparon un lugar destacado en su obra [II, 4.2]. El yo según Klein, más que buscar el placer intentaba huir de la

angustia. Esto originó un modo peculiar de entender los mecanismos defensivos: no estaban dirigidos a mantener reprimido los contenidos inconscientes sino a desembarazar al yo de la angustia. [Véase II, 3.3].

- El sadismo y sus consecuencias ocuparon un lugar destacadísimo en sus artículos. [II, 6.1.3].
- Antedatación del superyó y del complejo de Edipo. [II, 6.2. y II, 6.3].
- Elaboró una teoría acerca del desarrollo evolutivo basada en las posiciones. [II, 3.1].
- Ausencia del concepto de retroacción en su teoría.

2.3. Tiempos en la construcción de la TIK. Circuitos de textos

La lectura cronológica de los textos de Klein permitió apreciar con claridad la existencia de antecedentes de la posición esquizoparanoide y de las identificaciones proyectiva e introyectiva en la primera etapa. Las descripciones que hizo de las proyecciones e introyecciones en K_1 y sobre todo en K_2 le atribuyeron no sólo un carácter defensivo sino y también funciones estructurante de lo psíquico. Por aquel entonces no las había asociado con el vocablo identificación, aunque se sabe que conocía las principales tesis freudianas sobre esta materia; especialmente, las elaboradas por el vienés en el periodo 1920-1923. Expuso sus ideas primigenias en varios artículos previos a *EPN* (1932), libro en que reunió buena parte de sus ideas de los 15 primeros años de su producción. Un jalón importante fue la introducción de la posición depresiva (PD) en 1934, a la que siguió una década prolífica en conceptos relacionados con esta posición. A partir de *NAME* (1946) la TIK adquirió mayor consistencia teórica: allí introdujo la posición esquizoparanoide (PEP) y las identificaciones proyectiva (I. P.) e introyectiva (I. I.); dicho texto marcó el fin de la segunda etapa de su construcción y el inicio de la tercera. Esta lectura secuencial puso de relieve un pensamiento dinámico, vivo, en movimiento y siempre en relación con la clínica.¹⁰ Establecidos esos hitos, una segunda lectura –cronológica, esta vez– fue a la búsqueda, dentro del conjunto de escritos publicados antes de 1946, de las ideas que merecen ser consideradas antecedentes de lo desarrollado a partir de *NAME* en adelante. Se encontraron múltiples hilos conceptuales que convergían hacia ese último texto, que podría ser considerado un escrito de síntesis, de continuidad y de incorporación de novedades teóricas significativas. A continuación se señalan los principales textos en los que fue elaborando sus conceptos sobre el surgimiento de la psique en los niños (TIK).



A continuación se esbozará una panorámica general de las tres etapas de la TIK.

2.4. Primer y segundo periodo de la construcción de la TIK: 1919-1933 y 1933-1946. Sus componentes fundamentales

Se considerará conjuntamente ambas etapas porque en lo básico existió una continuidad conceptual en lo que a la construcción de la TIK se refiere. Se referirán los procesos de introyección y proyección que junto con la identificación fueron los principales mecanismos “psiquizantes” durante el lapso 1919-1946. Son conocidas las tempranas formulaciones kleinianas sobre las identificaciones yoicas y superyoicas como así también sus hipótesis sobre una fase de identificación femenina durante el complejo de Edipo, tanto en la niña como en el varón. El sadismo y sus consecuencias fue otra problemática que impregnó a la TIK durante ambas etapas; lo mismo podría decirse de sus elaboraciones sobre el complejo de Edipo y el superyó temprano. Tras el abordaje de estos conceptos

se presentarán algunos fragmentos de los textos de Klein de aquellas épocas en que aludió específicamente al vocablo identificación. Se seguirá pues el siguiente orden:

2.4.1. La proyección

2.4.2. La introyección

2.4.3. El sadismo

2.4.4. El superyó y el complejo de Edipo temprano. La fase de identificación femenina

2.4.5. Citas y comentarios de textos kleinianos sobre la identificación

2.4.1. La proyección

Siguiendo a Abraham, Klein otorgó a la proyección una base instintiva y un prototipo corporal: el erotismo anal y la expulsión de las materias fecales. Destinada a ocupar un rol preponderante en la TIK tanto por sus usos primigenios como por haber sido incluida en el concepto de identificación proyectiva (1946), la proyección “a secas” fue utilizada con frecuencia por Klein a partir de *La personificación en los juegos de niños* (1929).¹¹ Con anterioridad el término apareció esporádicamente en sus textos. La cita siguiente, extractada de *El desarrollo de un niño* (1921) tiene el mérito de mostrar que ya en esas tempranas y escasas alusiones a la proyección ella conllevaba ya un sello teórico personal. En el artículo recién citado y en referencia a Fritz (su hijo Erick), escribió:

“En una fantasía subsiguiente el miedo se mostró como la proyección de sus deseos agresivos inconscientes.” (OCKPA, vol. 2, p. 51).

Páginas más adelante, analizando un sueño de Fritz en que un oficial le había amenazado y no le dejaba levantarse, Klein interpretó que el oficial era su padre. Y luego escribió:

“... [Fritz] proyecta sobre su padre su propia agresividad contra este último.” (OCKPA, vol. 2, p. 55).

En estas breves frases se aprecia la asociación que introdujo entre el concepto de proyección, la agresión que ella vehiculizaba y el temor a la retaliación. Fritz sentía miedo tras la proyección de su agresividad. No sólo proyectaba sus deseos agresivos inconscientes sino que, inmediatamente, se sentía embargado por el temor a la venganza.

Las restantes peculiaridades que Klein le imprimió a dicho concepto serán expuestas más adelante, en el apartado 2.6.1. de este mismo capítulo; asimismo, en II, 3.5.1., se señalarán otras características que le atribuyó, a la luz de la discriminación que estableció respecto de conceptos conexos (deflexión, eyección, expulsión, etcétera). Se remite a dichos apartados.

2.4.2. La introyección

En el contexto teórico kleiniano la introyección adquirió una importancia inusitada, mayor incluso que la que tuvo en la obra de Freud. En primer lugar, porque para M. Klein se trataba de un mecanismo fundamental en la constitución de los objetos del mundo internos y, por ende, esencial en la estructuración del aparato psíquico infantil. La sucesión inacabable de proyecciones-introyecciones-reproyecciones tejía la trama de las relaciones con los objetos externos cuyas percepciones y representaciones –*imagos*– eran fundamentales para la construcción del mundo interno. Éste –como se sabe– terminaba estableciéndose en su teoría por una compleja combinatoria de elementos internos y externos asimilados y decantados¹² en la psique. Lo que se introyectaba era una mezcla de cualidades “reales” más las atribuidas a los objetos externos; la introyección recogía lo que la proyección sembraba. La noción de objeto introyectado no surgió al principio de K₁ como fruto de una comprensión afinada del mecanismo introyectivo –cosa que Klein lograría años más tarde–, sino a partir de la idea de retaliación. Por entonces una característica del objeto introyectado era la de no corresponderse con una percepción realista del mismo, a consecuencia de la distorsión que padecía por ser depositario de las proyecciones del niño y al estar embebido en las fantasía infantiles.

La escasa presencia de una perspectiva estructural en su teoría dotó a los antropomorfizados objetos internos y, en general, al conjunto de sus articuladores conceptuales, de una movilidad extraordinaria. De ahí que un interrogante formulable a su doctrina sería: ¿cómo se alcanzaba la estabilidad –siempre relativa– en una psique que está en intercambios tan vertiginosos con su entorno.

La versión kleiniana de la introyección será presentada a grandes rasgos en 2.6.2.2. de este mismo capítulo, tras hacer la descripción de los usos y significados de dicho concepto por parte de Ferenczi -su introductor-, Freud y Abraham. El tema será retomado en II, 9.1. a II, 9.5. Lo afirmado en cada uno de estos apartados complementa lo dicho en los restantes; también varió el ángulo de enfoque en las distintas ocasiones. Aquí se abordará especialmente la faceta de la introyección que se relaciona con la identificación.

Una de las inflexiones que ella introdujo en el empleo de este mecanismo es la articulación sistemática con la proyección. El vaivén introyectivo-proyectivo ha sido el elemento clave con el que pensó el surgimiento de lo psíquico en el recién nacido humano durante más de veinticinco años. Esta idea se trasvasó a partir de 1946 a la balanceo entre identificación proyectiva e introyectiva, por lo que se puede afirmar que esos movimientos alternantes estuvieron vigente a lo largo de toda su obra. Según esta autora, la introyección –y la proyección– operaban desde los primeros momentos de vida y lo hacían implicándose con toda la gama de objetos que había teorizado: parciales, totales, idealizados, persecutorios, buenos, malos, despedazados, completos, etc. Siguiendo a Abraham, ella estudió con detenimiento la introyección en los procesos de duelos y su presencia en la posición depresiva. Tras su alejamiento de las tesis de su maestro berlinés los desarrollos kleinianos posteriores tuvieron el mérito de no reiterar una indiscriminación bastante difundida entre los analistas post-freudianos respecto de los usos y significados de los términos introyección, incorporación, identificación, etc. Ella le otorgó sentidos propios y diferenciados a cada uno de ellos. Lo introyectado generaba objetos internos -que se iban sumando a los ya existentes; la morada permanente de los mismos era lo que ella denominaba *mundo interno*-. También se refirió a los mismos bajo el término de “asamblea de objetos internos”. Aquello que era introyectado podía –o no– devenir identificación. Para que esta última aconteciera, el introyecto debía ser *asimilado* al yo o al superyó. La asimilación en tanto concepto psicoanalítico fue introducida por P. Heimann (véase II, 9.8.5.) y Klein lo hizo suyo. Lo consideró un paso necesario –tras la introyección–, para la consumación de una identificación; de esta manera, lo introyectado no permanecía como un cuerpo extraño: devenía un componente psíquico integrado a la organización del yo o del superyó. Así pues, la introyección quedó diferenciaba tanto de la incorporación como de la identificación.¹³

A diferencia de Freud, las identificaciones kleinianas fueron concebidas *siempre* como concomitantes con la relación de objeto; según ella no era imprescindible resignar el objeto para identificarse al mismo.¹⁴ La dialéctica primaria/secundaria que tuvo gran importancia en la TIF (véase I, 3.1.6), perdió trascendencia en la TIK, puesto que sus identificaciones no eran anteriores ni posteriores a la pérdida del objeto (melancolía) o a la resignación del mismo (identificaciones secundarias edípicas del vienés), sino siempre simultáneas a la relación de objeto. De ahí que en cierta forma desligó la introyección de la temática de la pérdida o renuncia de los objetos, que en Freud fue el antecedente inmediato de las identificaciones narcisistas y de las secundarias a un rasgo o detalle del objeto.

En realidad, para Klein las identificaciones se realizaban también con objetos internos, producto de la introyección de *imago*s; es decir, constructos peculiares que eran versiones deformadas de los objetos reales externos. Esto era a su vez consecuencia de haber pensado la proyección en neta asociación al sadismo y a la retaliación por parte del objeto.

¿Cuál era el destino final de esa materia psíquica proyectada y luego introyectada? Esta cuestión merece ser considerada como un problema específico y complejo. Ese interrogante recibió diferentes respuestas, según las distintas etapas de su producción, pero todas tuvieron un elemento en común: lo que se enviaba hacia debía retornar, so pena de un vaciamiento psíquico. Dada por buena y vitalicia esta acción coligada de ambos mecanismos, lo que iba variando era el contenido de aquello que se proyectaba o introyectaba en cada momento de la vida. Durante el desarrollo evolutivo esta cuestión fue puesta en estrecha dependencia con lo que se procesaba en cada etapa libidinal, primero, y en cada posición, después. Klein se encargó de explicitar siempre los tipos de objetos concernidos por estos mecanismos, los contextos psíquicos en que operaban y las tendencias

instintivas que eran puestas prevalentemente en acción. A su vez, se evaluaba el desarrollo evolutivo por medio del grado de disociación-integración yoica que iba logrando el niño.

Lo que K_1 y K_2 fue alternancia de proyecciones e introyecciones (“a secas”) adquirió, en la tercera etapa de la construcción de la TIK, la forma de una sinergia entre las identificaciones proyectivas e introyectivas, tal como se verá más adelante en 2.5.1. y 2.5.2. Se apreciará también allí que el mecanismo introyectivo quedó relacionado en su teoría con Eros; en cambio, la proyección, con Tánatos.

Si se observan los movimientos psíquicos recién descritos desde cierto ángulo, podría sustentarse la siguiente hipótesis: entre los factores que ponen en movimiento a la introyección estaría no sólo la tendencia introyectiva e incorporadora del yo sino y también el “rebote” de las proyecciones enviadas hacia el objeto. Se conforma un “retorno de lo proyectado” que se dirige nuevamente al punto de origen: la instancia yoica. La potencia de las expulsiones promueve que el objeto devuelva (“rebote”) las proyecciones y que ese efecto –última consecuencia de la “bomba expelente” del yo– sea la fuerza que impulsa a la introyección, que sería una suerte de retorno de lo proyectado. El objeto real externo, destinatario de las proyecciones, actuaría como una especie de frontón: reintegraría al yo lo que recibió de él, potenciando la tendencia incorporadora e introyectora del lactante, subsidiada por Eros.

Esta era, a grandes rasgos, su teorización acerca de cómo el niño construiría las representaciones mentales de los objetos externos, para construir las versiones internas de los mismos. Esta idea fue repetida incansablemente en sus textos, siempre con comentarios en los que remarcaba las diferencias entre los objetos reales y las versiones fantasmáticas que de los mismos construía todo niño. Fueron los discípulos de Klein, percatados de estas características de su teoría, quienes comenzaron a otorgar un rol más significativo a la madre real –y, también, aunque tímidamente, al padre– en las funciones de metabolización de las proyecciones del niño, motor y producto de los movimientos defensivos. Winnicott y Bion tuvieron el mérito de ser los primeros en producir ese giro creando las figuras de la madre suficientemente buena y de la madre con *reverie*; muchos les siguieron.¹⁵

La introyección kleiniana operaba sobre los tipos de objeto que la *escisión* construía: parciales/totales, idealizados/persecutorios, buenos/malos, en un contexto instintivizado y narcisístico, en el que el lactante “emitía” permanentemente juicios atributivos: es bueno o malo, correlatos a su vez del amor-odio y del par Eros/Tánatos. En algunos aspectos su postura estuvo en la antípoda de Freud: para éste, la introyección era de rasgos parciales o detalles de los objetos –*einzigiger Zug*–; acontecían en pleno Edipo y sobre todo, durante la declinación del mismo; es decir: una vez traspasado el narcisismo primario y antes de la entrada en la latencia, en plena etapa fálica, en la que el amor y el odio acostumbra a convertirse en par antitético y, además, en un contexto donde impera el deseo inconsciente. Freud y Klein compartieron, sí, la idea de un yo activo en la introyección.

2.4.3. El sadismo

En un artículo titulado *La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado*, basado en una conferencia leída en la Royal Medico-Psychological Association, el 12 de febrero de 1953, Klein rememoró sus comienzos en la práctica clínica con niños y trajo a colación las enseñanzas de sus primeros análisis conocidos como los casos Rita, Trude, Ruth, Peter y otros. Esta visión retrospectiva hecha por ella misma nos permitirá acercarnos al tema del sadismo en tanto se lo considera otro de los componentes importantes de la TIL.

Ese asunto acaparó tempranamente su atención y no es ajeno a ello haber residido en Berlín donde se analizó y tomó contacto con las ideas de Abraham. El análisis de Rita la había enseñado mucho acerca de la hostilidad de la niña hacia su madre; por entonces la interpretó básicamente en términos de rivalidad edípica por el amor del padre. Dicho de otro modo, la consideró una manifestación de las pulsiones genitales heterosexuales, aunque sin desconocer que podían originarse en otras zonas erógenas, cuestión que efectivamente investigó en los años siguientes de su elaboración. Se dirigió entonces y de manera especial a las manifestaciones sádicas de las tendencias pregenitales –orales, anales y después uretrales–, que se mezclaban con las tendencias genitales incipientes. Esta

combinación de impulsos provenientes de distintas zonas erógenas –junto con las fantasías correlativas– se integraron años más tarde en su forma de concebir el Edipo temprano.

En *La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado* (1953) refirió que el primer jalón de su evolución teórica provino de los análisis de Rita y Trude, niñas pequeñas que le permitieron aproximarse conocimiento del sadismo anal y uretral en los infantes:

“Al estudiar los ataques imaginados en el cuerpo de la madre, pronto di con impulsos anal y uretro-sádicos. Mencioné antes que reconocí la severidad del superyó en Rita (1923) y que su análisis me ayudó mucho para comprender el modo en que los impulsos destructivos hacia la madre se convierten en causa de sentimientos de culpa y persecución. Uno de los casos en que la naturaleza anal y uretro-sádica de estos impulsos destructivos se me aclaró, fue en el de Trude, de tres años y tres meses de edad, que analicé en 1924. Cuando vino a mí por tratamiento, sufría de varios síntomas, tales como terrores nocturnos e incontinencia de orina y excrementos. En la primera etapa de su análisis me pidió que fingiera estar en cama y dormir. Ella entonces decía que iba a atacarme y que buscaría excrementos en mis nalgas (según comprobé los excrementos también representaban niños) y que ella iba a sacarlos. Después de esos ataques se acurrucaba en un rincón, jugando a que estaba en cama, cubriéndose con almohadones (que protegían su cuerpo y que también representaban niños); al mismo tiempo orinaba realmente y demostraba claramente que temía ser atacada por mí. Sus ansiedades acerca de la peligrosa madre internalizada confirmaron las conclusiones a que había llegado antes en el análisis de Rita. Estos análisis fueron de corta duración, parcialmente porque los padres pensaron que se había logrado suficiente mejoría.

Poco después me convencí que tales impulsos destructivos podían siempre remontarse a impulsos oral-sádicos.

[...] Pero en otros análisis, efectuados en 1924 y 1925 (Ruth y Pedro, ambos descritos en *El psicoanálisis de niños*), también descubrí la parte fundamental que los impulsos oral-sádicos desempeñan en las fantasías destructivas y en las ansiedades correspondientes, encontrando así confirmación completa de los descubrimientos de Abraham en el análisis de niños pequeños.” (OCKPA, vol. 4, pp. 32-33).

Es sabido que Freud fue el primero en relacionar las pulsiones anales con la agresividad; atribuyó la crueldad infantil a la pulsión de dominio (*Bemächtigungstrieb*), no sexual –en principio– pero que puede unirse precozmente a la sexualidad para constituir el sadismo. Así, pues, esta tendencia a apoderarse activamente del objeto y dominarlo otorga el componente sádico a la etapa sádico-anal.¹⁶ Abraham distinguió dos fases en la etapa sádico-anal –véase *infra*, en 2.6.3.1., los sectores III y IV del cuadro allí insertado–: en el erotismo anal el placer se obtiene, en primer lugar, mediante la *expulsión* de las heces y, luego, mediante la *retención* de las mismas. También en el registro sádico aparecen dos tendencias: destruir al objeto o retenerlo y dominarlo. Todas las tendencias descritas pueden relacionarse y/o potenciarse entre sí. Abraham estableció esa secuencia y un orden genético: traspasar la frontera entre ambas establece la predisposición a la neurosis; en cambio, las fijaciones en las etapas I, II y III pueden conducir a la psicosis. Ese límite marca asimismo el inicio del amor objetual y la tendencia a la conservación del objeto. Klein, por su parte, aceptó al principio de su producción buena parte de estas ideas de su maestro berlinés.

Para Klein, el sadismo era primario y dejaba inscripciones imborrables. Su concepción estratigráfica de la mente –en que lo más arcaico quedaba alojado en los planos más profundos de la psique– le llevó a sostener que el sadismo quedaba inscripto en las napas más profundas de lo inconsciente. Es otra manera de constatar el poder de las fantasías del niño: se trata más de un sadismo imaginario que real y, probablemente, ese carácter fantaseado le otorgue una fuerza determinante sorprendente en la psique; el sadismo es tan imaginario como la misma reparación que él promueve y, justamente, por eso los mecanismos reparatorios que el sadismo promueve suelen ser siempre fallidos: nunca alcanzan los objetivos que se propone.

2.4.4. El superyó y el complejo de Edipo temprano. La fase de identificación femenina

Estos temas serán ampliamente desarrollados en los apartados II, 6.2. y II, 6.3. En este contexto se ofrecerá una visión sintética de esas elaboraciones de Klein, con la finalidad de poner de relieve la trama fáctica y conceptual en la que se engarzan activamente los procesos que “psiquizan” al niño. Se apreciará la íntima trabazón de los comentados hasta ahora –proyección, introyección, sadismo– con los tres conceptos enunciados en el título de este apartado.

Como pudo leerse en la extensa cita insertada en el apartado anterior, Klein descubrió el sadismo uretro-anal antes que el propio de la oralidad. En 1924 consideraba que las tendencias sádico-anales no

buscaban sólo controlar los objetos sino también, en su fase más arcaica, tendían a la destrucción del mismo. También en los análisis de Ruth y Pedro descubrió los sentimientos de culpa en los infantes, que ella consideró una consecuencia del sadismo infantil. Por esa época percibió también que en lo inconsciente regía la ley del Talión; o sea el “ojo por ojo diente por diente”. Si el niño agrede al objeto sentirá que el objeto quiere agredirle a él; más ampliamente, cada fantasía sádica generará su contrapartida especular específica en la que el objeto se venga: retaliación.¹⁷ En la mente del niño, los objetos reales externos atacados devienen vengativos y calcan sus propias fantasías destructivas, pero cambiando su destinatario.

Con ese trasfondo teórico configurado por el sadismo, Klein postuló en *ETCE* (1928) un adelantamiento de la aparición del complejo de Edipo respecto de la datación clásica propuesta por Freud. En ese artículo relacionó e hizo participar al sadismo en la hostilidad edípica, que alcanzaba su máxima expresión en los deseos de muerte hacia el rival. Sadismo tanto anal y uretral percibido en Trude y, finalmente, el sadismo oral observado en Ruth y Pedro, que Klein universalizó para todo infante, que permanecieron incólumes hasta el fin de su obra e influyeron directamente en su concepción sobre el Edipo y superyó tempranos. Ambos surgían en pleno fervor del sadismo. O sea que las tendencias genitales tempranas que auspician el surgimiento del Edipo precoz surgen en medio de intensas fantasías sádicas. Klein, entre otras observaciones, percibió que la rivalidad del niño hacia el progenitor del mismo sexo durante el complejo, se expresaba mediante la gama de fantasías sádicas antes descrita. Esta fase edípica inicial era común a la niña y al varón; a ella le seguía otra, a la que denominó fase femenina o de identificación con la madre. En el caso de la niña esta identificación la vuelca hacia el padre –Edipo positivo–, mientras que en el niño es la consecuencia de la angustia de castración frente al padre, cosa que implica un pasaje del Edipo positivo al Edipo negativo.

Dicho de otra manera: el nacimiento del complejo de Edipo temprano y su evolución requiere que las tendencias genitales del infante devengan prevalentes respecto de los impulsos sádico-anales y los remanentes sádicos orales y uretrales.

También en *ETCE* (1928) Klein sostuvo que tanto la niña como el niño manifiestan en la etapa oral un apego extraordinario a la madre. Al principio el bebé se relaciona intensamente con el pecho materno. Luego sobreviene una gran frustración debida al destete y a la inculcación de hábitos de control esfinteriano. Esto conduce al varón a cambiar de posición libidinal –pasaje de lo oral y anal a lo genital–; además, le lleva a modificar el fin receptivo de los instintos orales y anales al penetrativo de la fase genital. La niña realiza cambios: coincide con los del varón respecto del canje de la posición libidinal, pero ella conserva el fin receptivo, que pasa de la boca a la vagina. El inicio del Edipo despierta en ambos el impulso epistemofílico –ansias de conocer– que se dirigirá, como ya ha sido expresado, hacia los contenidos fantaseados del interior del cuerpo de la madre, donde fantasea encontrar todo lo deseable: leche, alimento, orina, heces, bebés y el pene del padre. Desearán apoderarse de todo lo que sus fantasías les dicta sobre lo que existe ahí dentro. Confluirá entonces, tanto en la niña como en el varón, la epistemofilia con el sadismo: querrán hacer suyo todo lo existente en el vientre materno. Querrán, incluso, ser como ella; recibir el pene del padre y tener hijos de él. Se está ante aquello que Klein denominó *fase femenina*, o de la *identificación con la madre*, que asienta sobre las bases instintivas recién nombradas.

En tanto se van haciendo prevalentes las tendencias y fantasías genitales respecto de las sádicas, estas últimas comienzan a transmutarse: las heces son equiparadas al niño que se desea tener y surge el anhelo de quitar a la madre el pene del padre que ella portaría en su interior.¹⁸ Después de esta fase de identificación femenina el desarrollo evolutivo de la niña y el varón siguen caminos distintos, que serán explicitados en II, 6.2.3.1. y II, 6.2.3.2. A partir de 1934 el complejo de Edipo situado en plena posición depresiva: en la mitad del primer año de vida. En páginas siguientes, en el apartado 2.5. se volverá sobre esta fase femenina a través de citas y comentarios sobre *ETCE* (1928).

Respecto del superyó podría decirse que durante K₁ concibió el surgimiento del mismo en un vínculo estrecho con el sadismo: los objetos persecutorios y retaliativos introyectados conformaban su núcleo y, por ese origen, se constituía como una instancia cruel y sádica, que atormentaba desde el interior. Cabe recordar que en *SIA* (1929) había hecho su aparición fulgurante el concepto de sadismo máximo. Solo más tarde, con la introducción de la PD, y con la mediación de lo procesado

psíquicamente en ella, podían aparecer aspectos algo más benévolo del superyó, tendencia está última que se irá acentuando en su obra con el correr de los años.

Ya sobre el escenario creado por la PD, continuó explicando el surgimiento del superyó temprano por medio de introyecciones; pero, comenzaban a percibirse algunas innovaciones: el superyó era considerado por entonces como un objeto interno complejo, producto de la convergencia y superposición de dos modalidades introyectivas con puntos de partida en objetos diferentes; idealizado uno, persecutorio otro, aunque desenraizados ambos de la problemática edípica, cosa que supuso una diferencia importante con Freud. De los caracteres heterogéneos y brutalmente contradictorios de estos objetos introyectados surgían, desde entonces, las características antagónicas del superyó precoz: crueldad, autoridad para el castigo, dación de recompensas, exigencias de perfección, etc. En II, 6.3. y en los apartados que le siguen se hace un estudio minucioso de la evolución del concepto de superyó en K₁, K₂ y K₃, como así también, de la organización y funcionamiento de dicha instancia. Allí se remite.

2.4.5. Citas y comentarios de textos kleinianos sobre la identificación (1919-1946)

De una serie de escritos seleccionados por su relación significativa con el primer y segundo tiempo de elaboración de la TIK se expondrán párrafos e ideas sobre el tema en cuestión, que permitirán desentrañar cuáles fueron las orlas semánticas que atribuyó al concepto de identificación durante el periodo aludido en el título. Se apreciará que por aquel entonces dicho vocablo englobaba diversos significados, muchos de ellos surgidos de su propia fragua. Se ha elegido los siguientes artículos para extractar algunos fragmentos que serán comentados: *ETCE* (1928), *PJN* (1929), *CPM-D* (1934), *ACR* (1937) y *CEAT* (1945).

2.4.5.1. *Estadios tempranos del conflicto edípico [ETCE (1928)]*

En este texto, ya mencionado anteriormente en este mismo capítulo por otros motivos, Klein postuló una fase de *identificación femenina*, en la que tanto la niña como el varón se identificaban con la madre. Ella estaba precedida por una etapa en que varones y niñas –por igual– tenían una estrecha ligazón *oral* a la madre, derivada de la lactancia, que inexorablemente acababa con la frustración propia del destete. Dadas las disparidades que esa fase presentaba en unas y otros consideró que debían ser examinadas separadamente. Esta identificación materna, a la que otorgó “vital importancia” en este escrito, fue perdiendo relevancia con el paso de los años. En *ETCE* (1928), y en clara referencia a esta fase en el **varón**, afirmó lo siguiente:

“Tiene sus bases en el nivel sádico anal y da a este nivel nuevo contenido ya que las heces son ahora equiparadas con el hijo anhelado, y ahora el deseo de robar a la madre se dirige tanto al niño como a las heces. Aquí debemos distinguir dos fines, que se combinan entre sí, uno surge del deseo de tener hijos, y la intención es apropiarse de ellos; mientras que el otro está motivado por los celos de los futuros hermanos y hermanas, cuya aparición se espera y por el deseo de destruirlos dentro de la madre (un tercer objeto de las tendencias sádico-orales del niño, dentro de la madre, es el pene del padre).” (OCKPA, vol. 2, p.182).

A renglón seguido consideró que en el varón existía un complejo de castración equivalente a la envidia al pene de las niñas: se trataba del deseo frustrado de poseer órganos especiales para la concepción, el embarazo y el parto, además de codiciar los pechos, fuente de leche usufructuada desde la fase libidinosa oral (p.182). Las tendencias sádico-anales que dan fundamento a esta fase identificatoria se mezclan rápidamente con las nacientes fantasías edípicas, que proporciona un nuevo contenido a las primeras: el varón desea *ser como la madre* y tener hijos del padre. Este deseo de *ser como ella* es uno de los impulsores de la identificación materna; pero, si en la niña, como se verá enseguida, esta identificación hace que se vuelque hacia el padre -tendencias genitales mediante- e instituya un Edipo positivo, en el varón conduce a la forma invertida del mismo.

“De este modo la fase femenina está caracterizada por ansiedad en relación con el vientre de la madre y el pene del padre, ansiedad que somete al niño a la tiranía de un superyó que devora, desmembra y castra y que está formado por la imagen del padre y de la madre.”

[...] Cuanto mayor es la preponderancia de las fijaciones sádicas, tanto más la identificación del niño se corresponde con una actitud de rivalidad hacia la mujer, con su mezcla de envidia y odio, porque de acuerdo con sus deseos de tener un hijo, se siente en desventaja e inferioridad con respecto a su madre.

[...] Si por el contrario la identificación [del varón] con la madre está basada en una posición genital más fuertemente establecida, por un lado su relación con las mujeres será de carácter positivo y por el otro, el deseo de tener un niño y el componente femenino, que juega un papel tan fundamental en el trabajo, encontrará oportunidades más favorables para la sublimación.” (OCKPA, vol. 2, p. 183).

O sea que la genitalidad del niño se afianza si puede resolver adecuadamente su conflicto con la temprana *imago* de la madre castradora —producto de sus propias tendencias sádicas— y si su identificación con la madre asienta sobre una libido genital predominante, que viene a indicar, a su vez, que las tendencias anal-sádicas están declinando. Si por el contrario la identificación materna acontece en un momento en que el sadismo pregenital es muy intenso, se constituye un superyó especialmente cruel que obstaculiza el desarrollo evolutivo.

La incipiente posición genital está desde el principio mezclada con múltiples tendencias pregenitales.¹⁹ Las mociones genitales impulsan al varón hacia la madre, pero ese amor objetal basado en la libido genital debe luchar contra el odio dirigido simultáneamente hacia ella, producto de las fantasías sádicas recién comentadas y de las frustraciones orales (destete) y anales (aprendizaje del control esfinteriano). Esta identificación femenina genera ansiedad en el niño porque él cree que destruyó el cuerpo de la madre y que recibirá un castigo por ello; también teme la venganza del padre por los ataques orales y anales que dirigió a su pene, en el interior del vientre materno.

“El niño está aún dominado por la posición sádico-anal de la libido, la que le impulsa a desear *apropiarse* de los contenidos del cuerpo [de la madre]. De esta modo comienza a tener curiosidad, por lo que [ella] contiene, cómo es, etc. De esta manera el instinto epistemofílico y el deseo de tomar posesión llegan pronto a estar íntimamente conectados el uno con el otro, y al mismo tiempo con el sentimiento de culpa provocado por el incipiente conflicto edípico. Esta significativa conexión anuncia en ambos sexos una fase de desarrollo de vital importancia, y que no ha sido hasta aquí suficientemente valorizada. Consiste en una identificación con la madre muy precoz.” (OCKPA, vol. 1, p. 181). Las cursivas son de la autora; en cambio, lo que está entre corchetes es mío.

En cuanto a esta fase en la **niña**, Klein escribió:

“La identificación de la niña con la madre resulta directamente de los impulsos edípicos: toda la lucha provocada en el niño por su angustia de castración no existe en ella. En las niñas, tanto como en los niños, esta identificación coincide con las tendencias anal-sádicas de robar y destruir a la madre. Si la identificación con la madre tiene lugar predominantemente en un estadio en que las tendencias oral sádicas y anal sádicas son todavía muy fuertes, el miedo a un superyó maternal primitivo conducirá a la represión y fijación en esta fase e interferirá con el futuro desarrollo genital. El temor hacia la madre impulsa también a la niñita a renunciar a la identificación con ella y comienza entonces la identificación con el padre.” (OCKPA, vol. 2, pp. 184-185).

“[...] La identificación con el padre está menos cargada de ansiedad que la identificación con la madre, además el sentimiento de culpa hacia ella impulsa a sobrecompensarla con una nueva relación amorosa con ella. En contra de esta relación amorosa con ella actúa el complejo de castración que dificulta una actitud masculina y también el odio hacia ella que proviene de situaciones más tempranas. El odio y la rivalidad con la madre, sin embargo la lleva a abandonar nuevamente la relación con el padre y acercarse a él como objeto para amar y ser amada” (OCKPA, vol. 2, p. 185).

En este artículo utilizó con frecuencia el vocablo identificación en el contexto del complejo de Edipo arcaico y en algunos pasajes que hizo referencia a la formación del superyó temprano. En el primer caso, tratándose de una identificación con la madre, la basó en un deseo de ser como ella. Difícil saber si en Klein la palabra deseo remitía al sistema inconsciente o aparecía simplemente como un sinónimo de “anhelo” o de querer asemejarse a la madre. En todo caso, el genio propio de la teoría de Klein quiere que las tendencias genitales que apoyan esos movimientos aparezcan entremezcladas con las sádicas; por esos motivos dicha identificación va también acompañada de fantasías destructivas dirigidas al objeto. De manera tal que no es sólo el amor lo que conduce a esa identificación sino y también, la rivalidad, el odio, la destructividad. Esta forma de identificación aparece implícitamente asociada a la idea de procuración, en tanto algunos de sus objetivos son: tener las posesiones de la madre, investigar los contenidos de su vientre (epistemofilia), controlarla, satisfacer la curiosidad, robar

aquello que fantasea que existe en su cuerpo y, en el límite, destruirla. Así pues, amor, odio, rivalidad, sadismo e identificación convergen en un mismo objeto. En el mismo artículo que se está comentando se insinúa un componente proyectivo importante en esta identificación. De la lectura del artículo y de las citas no se desprende que lo esencial de esta identificación con la madre consista en que el niño o la niña adquieran un rasgo de ella y lo hagan formar parte de su aparato psíquico. En cierto sentido se insinúa como una identificación centrífuga, transitiva, que parte del yo para dirigirse al objeto. No es el objeto o un rasgo del mismo que se hace presente en el niño –el otro en el sujeto– sino el infante quien, para penetrar en el interior del cuerpo de la madre y realizar sus tendencias instintivas, utiliza a la identificación como instrumento.²⁰

En este mismo texto aludió a las identificaciones en el superyó del siguiente modo:

“El análisis de niños pequeños revela que la estructura del superyó se origina en identificaciones que datan de diferentes periodos y estratos de la vida mental. Estas identificaciones son sorprendentemente contradictorias en su naturaleza, excesiva bondad y excesiva maldad coexisten juntas. Encontramos en ellas una explicación de la severidad del superyó que se manifiesta especialmente en análisis infantiles.” (OCKPA, vol. 2., p. 180).

2.4.5.2. *La personificación en el juego de los niños [PJM (1929)]*

Se presentará una extensa cita de este artículo que ilumina varios temas tratados en los apartados anteriores:

“Las *imago*s adoptadas en estas fases tempranas del desarrollo del yo llevan el sello de los impulsos instintivos pregenitales aunque estén estructurados en realidad sobre la base de objetos edípicos reales. Estos niveles tempranos son responsables de las *imago*s fantásticas que devoran, cortan y dominan en las cuales vemos una mezcla de varios impulsos pregenitales. Siguiendo la evolución de la libido estas *imago*s son introyectadas bajo la influencia de puntos de fijación libidinosa. Pero el superyó en su totalidad está hecho de varias **identificaciones** adoptadas en los diferentes niveles del desarrollo cuyo sello llevan. Cuando comienza el periodo de latencia, termina el desarrollo tanto del yo como de la libido.

Ya durante el proceso de su construcción el yo emplea sus tendencias de síntesis tratando de formar una **totalidad de estas identificaciones parciales**, cuanto más extremas y contrastantes las *imago*s tanto menos exitosa será la síntesis y tanto más difícil será mantenerlas. La influencia excesivamente fuerte ejercida por estos tipos extremos de *imago*s, la intensidad de la necesidad de figuras bondadosas opuestas a las amenazadoras, la rapidez con la cual los aliados pueden transformarse en enemigos (que también es la razón por la cual la realización de deseos en el juego se quiebra tan frecuentemente), todo eso indica que **el proceso de sintetizar identificaciones** ha fallado. Este fracaso se manifiesta en la tendencia a la ansiedad, la falta de estabilidad con que ésta puede ser derrumbada, y la defectuosa relación hacia la realidad característica de los niños neuróticos.

[...] Llegué a la conclusión de que esta disociación del superyó en sus **identificaciones primarias**, introyectadas en los diferentes estadios del desarrollo es un mecanismo análogo a la proyección con la que está estrechamente conectado. (OCKPA, vol. 2, p. 195-196).²¹ Lo subrayado en negrita es mío.

Como se sabe Klein fue antedatando en varias ocasiones el surgimiento del complejo de Edipo en los niños hasta que finalmente en 1934 lo situó en los comienzos de la PD. En *CEAT* (1945), artículo que se comentará en las próximas páginas, ratificó su aparición en el sexto mes de vida; es decir, cuando comienza la PD. Con posterioridad no planteó ninguna modificación. De esta cita se desprende que cuanto mayor es la antedatación más se ahoga la genitalidad en el fárrago del sadismo pregenital.

La frustración oral más el aprendizaje control anal convierten a la madre buena en mala, estimulando la eclosión del sadismo pregenital: fantasías de ataque al cuerpo de la madre y sus contenidos con todas las armas del sadismo oral y anal. En este artículo situó tal fase antes de la primera fase anal de Abraham. Durante la misma se despiertan tendencias edípicas tempranas y se instala el superyó sádico. Subraya una vez más el despertar edípico bajo la completa dominación del sadismo e insiste en que el sadismo se supera en la medida que el sujeto se afirma en el nivel genital. Señaló también la importancia de la fase oral de succión, que posibilitará la introyección de una madre buena; esto es de gran trascendencia para el posterior afianzamiento de la posición genital. En esta fase oral se producirían introyecciones de la madre que gratifica en y con la alimentación; esta modalidad de introyección que acontece bajo imperio de la libido de succión puede ser considerada como un antecedente de la futura identificación introyectiva, que aparecerá insinuada en 1946 y explícitamente

desarrollada en 1952. La libido de succión –ligada a Eros– fue considerada por Klein como decisiva a los efectos de la introyección de un objeto bueno, entero y no disociado previamente, en el núcleo del yo.

En *PJN* (1929) hicieron aparición los conceptos de madre buena y madre mala. Se destaca en este punto el surgimiento de una madre hacia la que hay sentimientos de amor; ante una madre de este tipo cede en parte el fulgor del sadismo que manifestó en artículos anteriores y va dejando lugar en sus textos a la existencia de sentimientos bondadosos hacia ella que, a su vez, repercutirán en la formación de imagos superyoicas protectoras. Se inician los conflictos entre el amor y el odio. Si el sadismo se dirigía principalmente al interior del cuerpo materno, el amor –y el odio (ambivalencia) – se dirigirán hacia los pechos.

En este mismo escrito se desprende que en la *personificación* que el niño hace en sus juegos – véase la nota final nº 4 del capítulo anterior– se basa en la disociación y en la proyección: escinden y colocan en otros –los personajes creados para el juego– aspectos propios y personales. Podría decirse que se trata de una proyección identificante: partes del yo del niño se proyecta en los personajes del juego. Se entrevé aquí nuevamente la asociación entre la identificación y la proyección, antecedentes de la identificación proyectiva que surgirá diecisiete años más tarde. La identificación que interviene en la personificación es funcional –es decir: no estructural–, es proyectiva (centrífuga) y transitoria (dura lo que dura el juego).

Por otra parte, también se trasluce a partir de la cita presentada una cierta estratificación de las identificaciones superyoicas en función de los momentos del desarrollo evolutivo en que se consumaron; llevarían un sello: una marca que atestigua cuando se produjeron. Más adelante alude a la capacidad del yo de realizar una síntesis de las mismas –reunirlas en una totalidad–, pero se trata de una tarea que requiere condiciones favorables, cosa que no siempre sucede, tal como Klein lo señala en su texto. De estas frases se deduce que no habría metabolización ni mezcla de identificaciones; tampoco reorganizaciones retroactivas de las mismas; ellas perdurarían como reliquias. Si la síntesis se de estas identificaciones se hace imposible o se pierde por algún motivo la que se logró, puede acontecer un desmontaje del superyó en sus identificaciones constituyentes,²² formadas en base a imagos muy extremas y contradictorias. En situaciones de este tipo surge un aumento de la ansiedad, dificultades para mantener la estabilidad psíquica y una problemática relación con la realidad característica de los niños neuróticos.

Al comienzo de la cita de *PJN* aparecen subrayadas en negrita las palabras identificaciones *parciales* y al final de la misma los vocablos identificaciones *primarias*. Ninguna de las dos tienen que ver con las homónimas descritas por Freud; en el texto kleiniano, el término *parcial* se relaciona (y opone) a la idea de formar una *totalidad* o un conjunto de identificaciones; no aluden a la parcialidad del rasgo introyectado (*einziguer Zug*) propio de las secundarias edípicas del vienés (I, 3.2.); por otra parte, con la palabra *primarias* Klein se está refiriendo a su temprana aparición en la vida del niño.²³

2.4.5.3. Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos [*CPM-D* (1934)]

En primer lugar cabe recordar que este artículo estableció uno de los cuatro pilares sobre los cuales se asentó la teoría kleiniana que dio cuenta del surgimiento de lo psíquico en la criatura humana: el concepto de posición. En *CPM-D* mencionó por primera vez la posición depresiva (PD) y a partir de entonces se abrió un extenso periodo –que se prolongó prácticamente hasta el final de su obra– en que fue reelaborando sus ideas acerca de este articulador teórico. Un hito importante en esa labor de torneado del concepto fue *NAME* (1946), donde introdujo otra posición: la esquizoparanoide. Ambas devinieron claves en su conceptualización sobre el desarrollo evolutivo del niño. En tanto los aspectos generales de las posiciones serán abordados extensamente al comienzo del capítulo siguiente, en este párrafo nos atendremos a los fenómenos ligados a la introyección e identificación tal como han sido expuestos en este texto.

La ruptura con el modelo de desarrollo evolutivo abrahámico le permitió a Klein desarrollar una de sus hipótesis de mayor trascendencia: habría relaciones objetales desde el inicio de la vida. Descartó la idea de un periodo anobjetal que proponía el psicoanalista berlinés y postuló que el primer objeto del bebé era el pecho de la madre. Afirmó que el lactante establecía dos tipos de vínculos: uno, con el pecho bueno que gratificaba y otro, con el pecho malo, frustrante, pero añadió algo novedoso: al

comienzo al comienzo de la PD se producía el pasaje de objeto parcial a total. La escisión o clivaje disminuía y se podía reunir en un único objeto –total– las características buenas y malas de los objetos parciales. Por otra parte, la preeminencia de lo erógeno sobre lo tanático en la PD estimulaba los procesos introyectivos; la presencia de objetos totales favorecería los procesos de identificación del yo con los mismos. Asimismo, la percepción del objeto materno en tanto total y bueno daría pie a considerarla como persona a la que se pueda amar, aspecto éste que promovería la **identificación** con ella. Este viraje marcaba el inicio de la posición depresiva. Por otra parte, en la PD habría una percepción de la realidad menos distorsionada por las fantasías y las proyecciones, factor que aumenta la posibilidad de identificarse con objetos totales y buenos.

Las principales líneas de fuerza de la TIK, especialmente lo que se ha denominado su perspectiva ptolomeica, determina que a mayor maduración psíquica haya más capacidad de identificación²⁴ y que mientras el sadismo sea intenso el potencial identificatorio del yo se reduzca, ya sea porque la cohesión yoica es escasa, ya sea porque los objetos persecutorios no estimulan especialmente la identificación. Klein lo explicaba, como no podía ser de otra forma, en base a las generatrices de su pensamiento: el aumento de los procesos introyectivos, la percepción más realista de los objetos, la mayor integración yoica, la mejora de las relaciones objetales, la existencia de objetos buenos, son factores madurativos que incrementan las identificaciones del yo con objetos externos e internos y éstas, a su vez, determinan nuevos avances en el desarrollo evolutivo. Se establecía, así, un círculo virtuoso en toda la línea, que contrarrestaba al omnipresente circuito malo, sádico, destructivo, persecutorio. La reparación se sumaba a esta tarea y potenciaba los progresos.

Tres fragmentos de este artículo, relacionados con los vaivenes y oscilaciones en la instalación de la posición depresiva en el lactante, refrendarán y ampliarán lo dicho hasta aquí.

“Otro estímulo para el aumento de la introyección, es la fantasía de que el objeto amado puede ser conservado a salvo dentro del sujeto. En este caso los peligros internos son proyectados sobre el mundo exterior.” (OCKPA, vol. 2, p. 256).

Otro párrafo muy elocuente sobre la concepción kleiniana de la introyección e identificación puede leerse en el siguiente fragmento

“[...] En mi experiencia he visto que hay además una profunda ansiedad por los peligros que esperan al objeto una vez introyectado. No puede ser mantenido a salvo en el interior puesto que éste es considerado como un lugar peligroso y venenoso donde el objeto amado moriría. Aquí vemos una de las situaciones que he descrito como fundamental para la angustia ante ‘la pérdida del objeto amado’, es decir, la situación de angustia en la que el yo se identifica ampliamente con sus objetos buenos internalizados y al mismo tiempo –por el aumento de la percepción de la realidad psíquica– se da cuenta de su propia incapacidad para protegerlo contra los objetos internalizados perseguidores y contra el ello. Esta ansiedad está justificada psicológicamente, porque el yo, aun cuando se identifica más ampliamente con el objeto, no abandona sus primeros mecanismos de defensa.” (OCKPA, vol. 2, p. 256).

Un tercer y último fragmento:

“El yo se siente impelido (y ahora puedo agregar: impelido por la identificación con el objeto bueno internalizado) a llevar a cabo una reparación por todos los ataques sádicos que en sus fantasías regresivas anteriores ha dirigido contra el objeto. Cuando se ha logrado una división tan marcada entre los objetos buenos y malos, el sujeto trata de reparar a los primeros, compensando en la reparación todos sus ataques sádicos en cada detalle. Pero el niño pequeño todavía no puede creer en la bondad del objeto y en su propia capacidad para realizar una restitución. Por otra parte, por medio de su identificación con el objeto bueno y por medio de otros progresos mentales, el yo se ve forzado a un mayor reconocimiento de la realidad psíquica, y esto lo expone a conflictos terribles. Algunos de sus objetos –un número indefinido– son sus perseguidores, listos para devorarlo y aniquilarlo. De todos modos ellos ponen en peligro al yo y a los objetos buenos.” (OCKPA, vol. 2, p. 257).

2.4.5.4. Amor, culpa y reparación [ACR (1937)]

Este texto conforma la segunda parte del libro *Amor, odio y reparación*; es la parte escrita por Klein; la primera sección del mismo fue redactada por Joan Rivière. De este extenso trabajo –unas treinta y cinco páginas–, se prestará sólo atención a un par de ellas: las que llevan por título *Identificación y labor de reparación*. De allí se extrajo el siguiente fragmento:

“La simpatía genuina consiste en poder colocarse en lugar del otro, esto es ‘identificarse’ con él. La capacidad de identificación es un importantísimo elemento en las relaciones humanas en general y una condición del amor intenso y auténtico. Solo si tenemos capacidad de identificación con el ser amado llegamos a descuidar y hasta cierto punto sacrificar nuestros propios sentimientos y deseos, anteponiendo así temporariamente a los nuestros los intereses y emociones ajenos. Puesto que al identificarnos con otro ser compartimos la ayuda o la satisfacción que le proporcionamos, recuperamos por una vía lo que sacrificamos por la otra.” (OCKPA, vol. 6, p. 140).

Así, pues, una condición para sentir un amor intenso y auténtico sería la identificación con el otro. Esta última aparece caracterizada como “colocarse en el lugar del otro”. La identificación quedó asociada con la simpatía. Se echa de menos una definición más psicoanalítica del concepto, aun tratándose de un escrito destinado a un público amplio, como ha sido el caso. Se ama al otro porque existe una identificación previa; se trataría de una identificación. Ponerse en el lugar del otro, ¿no es acaso la definición misma de empatía? Puede traerse a colación las identificaciones en el seno de las masas (véase I, 3.6.), a las que Freud atribuyó la participación de la empatía (*Einführung*). Pero inmediatamente las relacionó con el mecanismo de *ligazón* (I, 2.8.) y con el hecho de que los miembros de la masa proyectaban su Ideal del yo sobre el líder de la misma.

Otra diferencia con Freud reside en que mientras el vienés consideraba que en toda identificación había una dosis de violencia –ya se comentó anteriormente que el término *apropiación* (I, 2.4.) así lo indicaba– para Klein, la identificación constituía el fundamento del amor.

Otro aspecto que se deduce del fragmento citado es el haber situado a esta identificación en un contexto de oblatividad, término introducido en psicoanálisis por Édouard Pichon.²⁵ Un sujeto se manifiesta oblativo cuando se preocupa por el otro, cuando está muy interesado en “comprenderlo” y adaptarse a su situación y es capaz de renunciar a su egoísmo y a su propia satisfacción en pro del placer del otro. En otros términos: cuidado y entrega al otro que, incluso, podría llegar a cierta domesticación de las pulsiones. Estas ideas estaban implícitas en el famoso texto de Abraham de 1924 sobre el desarrollo evolutivo, que se comentará extensamente en el 2.6.3.1. de este mismo capítulo; especialmente en la etapa VI, caracterizada como “amor genital”. Según el psicoanalista berlinés, con la llegada al punto culminante de la evolución –etapa VI, genital definitiva– el sujeto sería sexualmente maduro, capaz de conciliar la sexualidad con el amor y la capacidad procreativa con el placer; habiendo renunciado, claro está, a su narcisismo y ambivalencia. La entrega al otro y la oblatividad (palabra no mencionada por Abraham), anularía todo rasgo de egoísmo.

Es muy probable que Klein no conociera la introducción de ese vocablo en psicoanálisis ni la crítica que Lacan le dedicó, pero es indudable que sí tuvo contacto con estas ideas a través de su maestro berlinés.

También la reparación era para Klein un componente importante de las relaciones amorosas, tal como se desprende de la siguiente frase:

“Este mecanismo de ‘reparación’ es, a mi juicio, un elemento fundamental en el amor y en todas las relaciones humanas; [...]” (OCKPA, vol. 6, p. 141).

2.4.5.5. *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas [CEAT (1945)]*

Klein se propuso en este artículo aislar algunas situaciones de ansiedad tempranas y mostrar su conexión con el complejo de Edipo, con la PD y con el desarrollo libidinal. Otro propósito era el de comparar sus propias conclusiones sobre el complejo de Edipo con las opiniones de Freud sobre el mismo tema. Trabajó estos temas a través de fragmentos y comentarios de los historiales clínicos de Ricardo –de quien presentó varios dibujos– y de Rita, de la cual aportó algunos ejemplos del material clínico.

En este contexto se abordarán brevemente algunas de las ideas que expuso en *CEAT* sobre los objetos internos y externos, las relaciones entre ambos y la manera en que operaban sobre ellos los mecanismos de proyección e introyección. Su forma de entender el complejo de Edipo y la formación del superyó en este escrito será tratada e incluida en los apartados II, 6.2. y II, 6.3., respectivamente.

Para Klein, las interacciones entre el mundo interno y el externo tenían, sin duda, gran influencia sobre la formación del aparato psíquico en la infancia. A través de la cita de un extenso fragmento del caso Ricardo, al que trató en 1941, plena guerra mundial, se tendrá ocasión de evaluar el peso determinante de ella atribuyó a los factores constitucionales, a los internos y a los externos en el desarrollo evolutivo. Es sabido que ella privilegió en todos los avatares psíquicos la función de las *imago*s introyectadas, basamento de la formación de los objetos internos. Ella sostuvo que los síntomas, las inhibiciones y las angustias se originaban, fundamentalmente, en relaciones objetales del mundo interno. Sin embargo, no dejó de lado la incidencia de los factores externos: cualquier circunstancia exterior capaz de reactivar o mitigar un conflicto tendrá sus reflejos correspondientes en los vínculos internos. Y a la inversa también, cualquier agravamiento o resolución de un conflicto interno repercutirá en la realidad exterior, en los vínculos con los objetos reales externos. Pero Klein estaba lejos de dejar zanjado el asunto en los términos recién expresados; a la hora de definir con más precisión su pensamiento vuelve a otorgar un mayor poder determinante a los factores internos y constitucionales. Dirá, por ejemplo, que si hay un predominio de las tendencias instintivas libidinales –Eros–, se instalará más temprano que tarde un buen objeto en el yo, que facilitará un desarrollo evolutivo “normal”. Y que en caso de preeminencia de Tánatos, habrá fracasos notables en la “psiquización”.

Klein muestra a través de Ricardo que la introyección sádica del pecho convirtió a la madre interna en un pájaro horrible y al padre en un monstruo terrible y en un devorador interno. Resulta evidente que, con tales *imago*s introyectadas de los padres, se creará una fuente interior de ansiedad. Tampoco ha de asombrar que tales vínculos y fantasías internas se pongan en juego en la relación transferencial:

“Repitiendo situaciones anteriores de frustración, Ricardo se había identificado –en los ataques que fantaseaba contra mí– con el Hitler-padre bombardeador y peligroso, y temía la retaliación. Por lo tanto me convertí para él en un sujeto hostil y vengativo.” (OCKPA, vol. 2, p. 309).²⁶

El siguiente fragmento ilustra de manera paradigmática lo afirmado sobre las relaciones interior-exterior y sobre el papel del mundo fantasmático, tanto en el desarrollo evolutivo normal como en el patológico. Al respecto, en la primera de este escrito, citó a Freud para sostener que la exageración que muestra la patología pone de relieve aspectos que hubieran permanecido ocultos. Con ello justificaba el hecho de derivar del análisis de niños con severas problemáticas algunas conclusiones sobre el curso normal del desarrollo edípico.

“En su mente, Ricardo había devorado a su madre siendo ella un objeto destructor y devorador. Cuando al tomar el desayuno, internalizó a la madre buena, sintió que ella le estaba protegiendo contra el padre malo internalizado, es decir, contra los ‘huesos de su estómago’. Cuando internalizó a la madre pájaro ‘horrible’, sintió que ella se había unido con el padre monstruo, y que en su mente esta madre terrorífica de padres unidos le estaba atacando desde fuera y le castraba.

Así Ricardo se sentía mutilado y castrado por los padres malos internos y externos, que le devolvían sus ataques contra ellos; expresaba estos temores en el Dibujo VI, porque en él el pájaro aparecía sin cabeza. Como un resultado de sus oralsádicos hacia sus padres en el proceso de internalizarlos, ellos, en su mente, se habían convertido en enemigos tan hambrientos y destructivos como él. Además, como sentía que devorando a sus padres los había cambiado en monstruo y en pájaro, experimentaba, no sólo temor de estos perseguidores internalizados, sino también culpa, tanto mayor cuanto que temía que había sido él mismo quien había expuesto a la madre buena interna los ataques del monstruo interno. Su culpa también dependía de sus ataques anales contra los padres externos e internos, lo que él había expresado por “lo mayor horrible” que caía del pájaro. (OCKPA, vol. 2, p. 321).

En esta cita se aprecia con claridad: a) la interacción entre las *imago*s internas y las figuras parentales reales externas; b) el rol de la fantasía en la actividad psíquica de Ricardo; c) el sadismo y sus vicisitudes, d) la interiorización del conflicto con ellos; e) la manera en que ella entendía la función de la fantasía en construcción de la realidad externa e interna; f) el poder determinante del mundo interno sobre el afuera; g) la actuación de la proyección y la introyección en todos estos fenómenos, h) la culpa superyoica; i) las incidencias de lo edípico, etc. Por lo dicho anteriormente, lo que describió en este párrafo, podría generalizarse a todo niño e, incluso, a los adultos, con las singularidades de cada caso.

Comparada con Freud, Melanie Klein multiplicó exponencialmente la descripción de los lazos objetales que se recreaban en la psique; ella desplegó con profusión y variedad la temática expuesta por

el vienés en *Duelo y melancolía* (1915): ya no se trataba sólo de la relación sadomasoquista la que se interiorizaba, sino todas las modalidades de vínculos, que quedaban embebidos en fantasías inconscientes cuyo contenido revelaba las tendencias instintivas predominantes en cada momento –oral, anal, uretral, genital–, sobre un fondo combinado de las mismas: perversidad polimorfa. Los objetos internos –puede leerse en la última cita y en otros miles de fragmentos que surgieron bajo la pluma de Klein– muerden, despedazan, son despedazados, devoran y son devorados, destruyen, penetran, vacían, ensucian, agreden, castran, sufren y hacen sufrir, en dramas persecutorios e idealizados que sólo se apaciguarán con la entrada en la posición depresiva y la subsiguiente elaboración de la misma. En otras palabras, los objetos internos –parciales, totales, combinados– poseen vida propia y una cierta autonomía, aunque responden a los mecanismos que operan sobre ellos y que les van adjudicando un destino posicional; hacia afuera: proyección –a la espera aún de la identificación proyectiva pronta a nacer–; hacia dentro: introyección. También sostuvo que se producían identificaciones con (y entre) objetos internos. Estos últimos eran cuasi-personas, o monstruos, o animales –“otros” que casi siempre aparecían muy deformados por las proyecciones y fantasías infantiles–, y que las introyecciones establecían en el mundo interno. Klein postuló replicas internas de los objetos reales externos: madre – pájaro – horrible y padre monstruoso, tan hambrientos y destructivos como sus propias tendencias sádicas (orales y anales). También sostuvo una duplicación interna de los vínculos establecidos con ellos en la realidad. Si bien las angustias de Ricardo tienen su punto de partida en los conflictos internos, no cabe duda de que ellos surgieron por interiorización de conflictos con los objetos reales externos en momentos especialmente delicados del desarrollo evolutivo: las dificultades de la lactancia obstruyeron la introyección de un pecho bueno.

Su sagacidad clínica le hizo comprender que las dificultades de relación con los padres reales – en las que buscaba indicios- la conducirían a descubrir imagos internas muy distorsionadas. Sus observaciones y su temple le condujeron a multiplicar las construcciones teóricas en las que abundaban pares antitéticos: interno - externo, idealizado - persecutorio, bueno - malo; amor - odio, vida - muerte, destrucción – reparación, cohesión (yoica) – desintegración y, ya casi al final, envidia y gratitud.

Toda la dinámica psíquica descrita incluyendo, por supuesto, las elaboraciones de la PD, eran “psiquizantes”, generadoras de aparato psíquico, motores del desarrollo evolutivo “normal” o patológico. Y aglutinando todo ese conjunto: la fantasía inconsciente. Mente constituida con los acentos ya enunciados: endogenetismo, ptolomeísmo, constitucionalismo, innatismo, instintivismo, psicogenetismo. Mente estratificada, pero fluida, cambiante, oscilante. Cada acento con un ligero contra-acento.

2.4.5.6. *Notas sobre la identificación en Klein antes de 1946 (K₁+K₂)*

- Las identificaciones en Klein no fueron concebidas como tipificantes de la identidad sexual psicológica porque el niño y la niña nacerían con ella, en coincidencia con el sexo biológico.
- Las identificaciones eran indisociables del resto de factores que Klein hizo participar en la trama de su Edipo temprano.
- La identificación del varón con la madre se producía para obtener sus posesiones (contenidos del vientre).
- Las identificaciones tendrían lugar tras la introyección de imagos sádicas.
- El sadismo era, según ella, dinamizante de la vida psíquica. Factor clave para entender el pensamiento kleiniano en general y el de la TIK, en particular.
- La identificación como condición del amor.
- Identificaciones entendidas como colocarse en lugar del otro: identificaciones simpáticas (o empáticas).
- El interjuego de proyecciones e introyecciones -más que la identificación- aparecía claramente como lo que estructuraba el psiquismo. Era también generadora de relaciones de objeto.
- No quedó bien especificada la diferencia entre la identificación y la introyección.
- En la identificación confluían diversas categorías conceptuales: proyección, introyección, instintivismo, constitucionalismo, sadismo, superyó temprano y Edipo precoz.

- Las identificaciones con la madre no estaban basadas sólo en el amor; aparecían también asociadas al sadismo y al odio. Tenían por objetivo procurarse las posesiones corporales de la madre.
- La identificación fue pensada como un movimiento de asemejarse al otro sino que el otro interviniese como dador de rasgos psíquicos.
- Identificaciones superyoicas estratificadas; mejor o peor conjuntadas, según la naturaleza de las mismas y según la capacidad de síntesis del yo.
- Distinción entre identificaciones transitivas y reflexivas; en las primeras se reconoce como iguales o idénticas (recuérdese la raíz *idem* del vocablo identificación) entre sí a dos cosas; en las segundas habría una homologación o semejanza de uno con otro o de otro con uno mismo; en estas últimas intervendrían los mecanismos de introyección y proyección. Cuando el niño reconoce a la madre como objeto total, bueno y semejante a sí mismo –desde la instauración de la PD–, y se identifica con ella, se tratará de una modalidad reflexiva. Las identificaciones reflexivas pueden ser por proyección –que permiten al yo colocarse en lugar del otro –, y por introyección: el otro es colocado en uno.
- No refiere explícitamente el carácter inconsciente de la identificación.
- Identificaciones estratificadas según la época y los momentos de su consumación; la mente está organizada estratigráficamente: lo más arcaico aparece como lo más profundo y como lo más determinante de la patología psíquica.

2.5. Tercer periodo de la TIK: 1946-1960

Lo más significativo de este lapso fue la entrada en escena de las dos modalidades identificatorias más importantes que postuló Klein: la proyectiva e introyectiva.

Ellas dieron la forma última y definitiva al pensamiento kleiniano sobre las identificaciones. Lo que se dirá en las próximas páginas debe ser considerado tan sólo una introducción al estudio de la I.P. e I.I., ya que los capítulos octavo y noveno estarán enteramente dedicados a ellas.

2.5.1. La identificación proyectiva

Posee todas las características de una *proyección identificante*; fue concebida como una identificación centrífuga puesto que se dirigía desde el yo al objeto; la proyección que le era consustancial colocaba en el objeto partes del yo. Lo proyectado sobre (o dentro) del objeto se mantenía en continuidad con el yo, razón por la cual la I.P. asumía una triple función: era a la vez una identificación, una relación narcisista de objeto y el prototipo de toda actitud agresiva dirigida hacia el exterior.

Al reunir en la identificación proyectiva dos términos que casi siempre aparecieron disjuntos en Freud –identificación y proyección–, Klein concluyó una serie de inflexiones sobre varios conceptos del vienés. Se describirán sucintamente los principales:

- En el concepto de I.P. se entrevé la fusión de dos circuitos que en Freud aparecían nítidamente separados: el de la elección de objeto (la serie autoerotismo-narcisismo-elección de objeto) y el pulsional. La influencia de Abraham en la realización de esta confluencia ha sido indudable. Se remite a I, 1.4.3. y I, 1.3.1., donde se trataron minuciosamente estas cuestiones.
- La identificación proyectiva resultó ser un procedimiento mitigante de la angustia tanática vivenciada por el yo; pero, esta instancia, al proyectar su agresión sobre el objeto, determinaba que este último deviniese sádicamente vengativo, con lo que aumentaba la ansiedad paranoide. Esta función evacuatoria de la angustia no formó parte de las identificaciones freudianas ni lacanianas.
- A través de la I.P. otorgó al término identificación un acentuado carácter centrífugo respecto del yo; mucho mayor que el apreciado en la TIF.²⁷ En la TIL este aspecto estuvo ausente: todas eran centrípetas.

- En tanto el yo mantendría una continuidad con sus partes proyectadas en el objeto, la identificación proyectiva sería –simultáneamente– una relación de objeto y una identificación. Esta idea subvirtió la dialéctica freudiana entre el ser y el tener, alternativa excluyente para el vienés. En otros términos, la identificación proyectiva, además de una identificación era una relación narcisista de objeto.
- La caracterizó como una relación agresiva, de control y dominio omnipotente del objeto. En la TIL no se atribuyó a las identificaciones tales funciones de coacción sobre el objeto; más bien al contrario, habría una violencia ejercida por el objeto identificante (el Otro) al candidato a sujeto, al implantarle o inyectarle activamente marcas o significantes. (Véase III, 2.3.3). La TIF incluyó cierta reciedumbre hacia el objeto por parte del sujeto en vías de formación, al implementar la *apropiación* –véase I, 2.4–, mecanismo que el vienés consideró partícipe activo de algunas identificaciones.

2.5.2. Identificación introyectiva

Tanto por su aspecto direccional –va desde los objetos hacia el yo–, como por su carácter estructurante, esta modalidad de identificación kleiniana era más próxima a las ideas predominantes en la TIF y la TIL. En efecto, la identificación introyectiva fue descrita como centrípeta, remodeladora del yo innato e instituyente de instancias del aparato psíquico. Existirían, por lo tanto, puntos de contacto entre la identificación introyectiva, la secundaria edípica de Freud (véase I, 3.1.6., I, 3.2., I, 3.4. y I, 4.6.6) y la identificación simbólica de Lacan (III, 2.3.5. y III, 9). Los tres autores, cada uno desde su perspectiva, consideraban que las identificaciones recién nombradas eran tributarias de mecanismos introyectivos.²⁸ Sin embargo, la diferencias entre ellos es perceptible en una cuestión clave: las características del objeto que se internaliza: la identificación introyectiva se consume con un objeto *total*; no sucede así en las secundarias edípicas de Freud, que son a un rasgo o detalle muy delimitado (*einziguer Zug*) del objeto, ni en las simbólicas de Lacan, al significante.²⁹

Precisado estos primeros aspectos podría agregarse, para señalar otros contrastes, que desde la perspectiva freudiana, la denominación "identificación introyectiva" contendría una redundancia, salvo que se quisiera precisar el mecanismo que intervienen en ella (introyección, incorporación, proyección, interiorización, etcétera), cosa que no fue precisamente la intención de Klein.³⁰ La introducción de la identificación introyectiva no fue para otorgarle un carácter más estructural a su teoría identificatoria; lo hizo sobre todo para equilibrar la acción externalizadora de la identificación proyectiva. Sin embargo, y aunque fue de manera marginal, gracias a la I.I., la TIF incrementó su carácter estructurante de lo psíquico. Lacan le cuestionó haber apareado la I.P. con la I.I., el psicoanalista francés no estuvo de acuerdo con que las colocase en un mismo plano, como si fueran carriles de dirección contraria en una ruta; para él, habría una gran disparidad: la introyección pertenecía al registro simbólico mientras que la proyección era imaginaria.

Después de 1946 las funciones atribuidas anteriormente a la introyección quedaron trasvasadas en la identificación introyectiva, que poco a poco fue adquiriendo un papel importante en la remodelación del yo innato. La I.I. pasó a ser el paradigma de toda introyección. Hasta K₃ Klein no se había ocupado por teorizar la constitución de esa instancia, porque el carácter congénito que le había atribuido le eximía (parcialmente) de esas exigencias; en cambio, estuvo obligaba a dar cuenta de su evolución en el seno de conflictos psíquicos, que quedaron cada vez más definidos como una lucha permanente entre la tendencia a la disociación y la integración yoica.

A partir de 1952 aparecieron nuevos matices: la I.I. suponía la internalización de un pecho bueno formador de un núcleo del yo, que favorecía una mayor integración del mismo. De manera implícita la consideró también una identificación que establecía un narcisismo trófico.³¹ Klein situaba su consumación en los momentos en que predominaba lo libidinal sobre lo tanático. Acontecía especialmente durante la posición depresiva; lo introyectado era un objeto externo bueno, percibido como total e íntegro, pero –y en esto consistía la novedad de *CTEL* (1952) y *OCB* (1952) – la totalidad del objeto no se debía a la fusión de las partes buenas (gratificantes) y malas (frustrantes) del mismo: se trataba, por el contrario, de un objeto entero que nunca estuvo disociado. [Véase II, 3.2.4. y II, 9.5]. La identificación introyectiva adquirió a partir de *CTEL* y *OCB* un carácter más estructurante y quedó

asociada a funciones madurativas o integradoras del yo. Si se atiende a la dirección del movimiento psíquico –desde el objeto hacia el yo– y a las características del objeto en juego –su totalidad–, podría afirmarse que la I.I. es, formalmente, bastante cercana a la identificación narcisista descrita por Freud. (Véase I, 1.4.4. y I, 4.4.2). Y conceptualmente, se acercó a las funciones adscritas por el vienés a las secundarias edípicas, aunque se diferenciaban de éstas por aquello que se introyectaba: según Klein, un objeto total, entero, sin disociación previa; según Freud: rasgos parciales y detalles de los objetos (*einziguer Zug*). La versión que dio de la I.I. en sus artículos de 1952 introdujo también un ligero toque ambientalista en su teoría –mayor importancia del entorno objetal en la psiquización del niño–; pero, años más tarde, en *EyG* (1957), retornó a su consuetudinario enfoque instintivista, endogenetista y constitucionalista.

Dígase, como al pasar, que en este tercer periodo de la TIK la psicoanalista de niños siguió utilizando el vocablo introyección (a secas); es decir: sin que se tratase de una identificación. En una teoría endopsíquica, instintivista, no ambientalista, como la de ella, la presencia de la introyección era necesaria para equilibrar las "salidas" o "*outputs*" del yo (proyecciones). En otras palabras, la introyección no tenía su punto de partida y motor en los rasgos de los objetos externos ni suponía inducción psíquica alguna por parte de ellos, sino que mostraba en acción la libido de succión del yo, tendiente a compensar la bomba expelente, proyectiva; primera, en buena lógica kleiniana.³² Se aprecia en lo dicho a lo largo de este apartado, que todas las operaciones psíquicas tenían por epicentro al yo; y esto, desde los primeros días de vida. Justo lo contrario de las propuestas de Lacan para quien la dirección fuera → dentro era algo que iba de suyo, porque pensaba la constitución del sujeto con punto de partida en el inconsciente del Otro. En coherencia con esa idea, el psicoanalista francés jerarquizó la incidencia del psiquismo de los padres en la conformación de la psique del *infans*.

La identificación introyectiva era indisociable del resto de articuladores teóricos kleinianos, cuya visión condensada puede presentarse bajo el término compacto de *posiciones*. Actuaba en el seno de los pares antes señalados: Eros/Tánatos, objetos parciales/totales, internos/externos, etc. y estaba inmersa –fundamentalmente– en las relaciones de amor-odio; es decir, en un contexto narcisístico. Si predominaba lo sádico-destructivo (odio), el pecho introyectado era vivido como persecutorio y se constituía un objeto interno con todas esas características. Por el contrario, si lo que preponderaba era el amor, las identificaciones introyectivas conformaban objetos internos buenos, que ayudaban a la integración yoica. Todo este conjunto se expresaba en un lenguaje fantasmático que a su vez traducía el de los instintos. Esta conformación de los objetos internos por vía de la identificación introyectiva confluía con los efectos que, apuntando a los mismos fines, llevaba a cabo la disociación, al clivar dentro del propio yo las partes buenas de las malas.

Ya se dijo que al poner el acento sobre las vicisitudes del instinto de muerte y la agresividad sádica, en sus artículos quedaba eclipsado el papel de Eros. Pero va de suyo que el niño también proyectaba e introyectaba los instintos de vida. Este último aspecto se fue haciendo más explícito a partir de 1952, fecha de la publicación de *CTEL* y *OCB*.

Tras estos comentarios sobre las características fundamentales de la TIK en el tercer periodo de su obra, puede apreciarse que Klein reforzó el biologismo freudiano en el terreno de la identificación y que usufructuó el carácter transitivo del verbo identificar para sostener la bi-direccionalidad de las mismas; esto implicó resaltar el componente centrífugo de las mismas, sobre todo a través de la I.P. Se pudo apreciar también que el yo kleiniano era hiperactivo en las identificaciones, que estaba atravesado por el dualismo instintivo y que era menos determinado por el contexto, perspectiva ésta muy diferente a la lacaniana. Estos y otros caracteres de la TIK aparecen resumidos en un esquema insertado en I, 4.7., donde se la coteja con la TIF y la TIL.

2.6. Antecedentes

En este apartado se estudiará las principales influencias teóricas que recibió Klein de sus antecesores y contemporáneos. Las huellas de ellos son fácilmente detectables en algunos de sus escritos; por otra parte, ella misma señaló explícitamente –y en muchas ocasiones– los nombres de sus mentores: Freud, Ferenczi y Abraham. Por otra parte, cabe mencionar a algunos colegas que colaboraron estrechamente con Klein mientras vivió en Londres, aunque aquí no se haga una

evaluación individualizada de sus aportaciones; se trata de: Paula Heimann, Susan Isaac, Joan Riviere, Hanna Segal, Ernest Jones, Elliot Jacques, Wilfred Bion, R. E. Money-Kyrle, Herbert Rosenfeld y, en otro plano, Donald Winnicott.

La obra de Freud debe ser considerada, sin duda, como el antecedente fundamental de la producción kleiniana. Conviene ahorrar palabras sobre lo obvio: las innovaciones, las renovaciones –incluso todo lo que ha sido original y de estricto cuño kleiniano– son impensables fuera del campo inaugurado por el vienés. Klein no abandonó los conceptos fundamentales postulados por Freud, aunque consolidó un corpus psicoanalítico diferente al del vienés. Se ha escogido la proyección –por la importancia extrema que alcanzó esta categoría en la TIK– como concepto puente entre ambos edificios teóricos del psicoanálisis. Por otra parte, es bien sabido que los vasos comunicantes entre ambas teorías fueron múltiples.

Abraham y Ferenczi, los “padres analíticos” más directos de Melanie Klein, también abrevaron en Freud. La lectura en paralelo de artículos de estos cuatro psicoanalistas revelará un par de fenómenos invariablemente presentes en toda producción analítica; primero: la presencia de lazos transferenciales entre psicoanalistas –ya sean directos o transgeneracionales, ya sean intensos o atenuados–; segundo: que las ideas en psicoanálisis –como probablemente también suceda en otras disciplinas– no surgen de la nada; derivan casi siempre de los predecesores y en ellas se van introduciendo cambios más o menos significativos. A veces, también analistas de la misma generación pueden ser referentes importantes: en el caso de Klein, lo han sido Fairbain, por ejemplo, inductor de la posición esquizoide, que dio pie a la PEP y, en menor medida, Ernest Jones, otro personaje decisivo durante su residencia en Inglaterra. Fue él quien la invitó a dar unas conferencias en Londres –año 1925– que se convirtieron en la antesala de su posterior instalación en dicha ciudad. El biógrafo de Freud merecerá unos párrafos de este capítulo –el apartado 2.6.5– por aquello que allí se designará “efecto Jones”. Asimismo, aunque diferidamente –en II, 6.4.1.1.– se precisará la ascendencia de este psicoanalista sobre la teoría del simbolismo en Klein.

A todos esos referentes se ha añadido el de Víctor Tausk. Esta inclusión no obedece estrictamente a la influencia que haya tenido sobre la pionera del psicoanálisis de niños; se debe más bien a la descripción y análisis que él hizo de ciertos mecanismos proyectivos en pacientes psicóticos que tenían muchas analogías con las formas extremas de identificación proyectiva postuladas, veintisiete años más tarde, por Klein. Sin ser nombrada como tal, la futura identificación proyectiva kleiniana puede ser descubierta en el texto de Tausk titulado *Sobre el origen del aparato de influencia en la esquizofrenia* (1919). Klein, sin habérselo propuesto –y tal vez sin saberlo–, erigió retroactivamente a Tausk como un antecesor suyo en lo concerniente a esa modalidad identificatoria.

Los psicoanalistas nombrados serán considerados en este apartado, atendiendo al siguiente orden expositivo:

2.6.1. Sigmund Freud: el psicoanálisis, la sexualidad infantil y la proyección

2.6.2. Sandor Ferenczi: la introyección y el simbolismo

2.6.2.1. *La introyección según Ferenczi*

2.6.2.2. *La introyección en la obra de M. Klein*

2.6.2.3. *El simbolismo*

2.6.3. Karl Abraham: el desarrollo evolutivo y la pérdida de objeto

2.6.3.1. *El desarrollo evolutivo según Abraham*

2.6.3.2. *Acuerdos y desavenencias de Klein con su maestro berlinés*

2.6.3.3. *Sobre la pérdida del objeto en la melancolía. La introyección en la teoría de Abraham*

2.6.4. Ronald Fairbain (1889-1964): la posición esquizoide

2.6.5. Ernest Jones entre Anna Freud y Melanie Klein

2.6.6. Víctor Tausk: la identificación proyectiva innominada

En tanto todos estos conceptos serán retomados con detalle en los capítulos siguientes, aquí se los tratará desde la perspectiva de lo transmitido y recibido por Klein; es decir, se referirán y caracterizarán especialmente aquellos conceptos que tienen “denominación de origen” y fueron utilizados en un momento u otro de la producción kleiniana. Las formas adquiridas por tales

articuladores heredados y hechos propios durante la construcción del edificio teórico kleiniano se estudiarán en los ocho capítulos siguientes.

2.6.1. Freud: el psicoanálisis, la sexualidad infantil y la proyección

Freud fue un referente permanente para Klein; no obstante, ella introdujo inflexiones y nuevas perspectivas en prácticamente todos los conceptos fundamentales establecidos por el vienés. Pese a esas innovaciones, ella siempre se consideró fiel al pensamiento freudiano y lo reafirmó en muchas ocasiones, aunque no dejó de señalar sus diferencias con el padre del psicoanálisis. A continuación se ofrecen algunos fragmentos de su texto *Los orígenes de la transferencia*, que ella leyó en el 17º Congreso Psicoanalítico Internacional, realizado en Amsterdam en agosto de 1951, para evaluar las características de esa fidelidad al pensamiento freudiano. Estos párrafos pueden ser considerados como un patrón que se ha reiterado en muchos de sus artículos.

“Algunas de mis conclusiones acerca de los primeros estadios de la infancia son una continuación de los descubrimientos de Freud. En ciertos puntos, sin embargo, surgen divergencias, y uno de estos importa mucho para mi tema. Me refiero a la afirmación de que las relaciones de objeto operan desde el comienzo de la vida posnatal.

Hace muchos años que sostengo la opinión de que el autoerotismo y el narcisismo son en el bebé contemporáneos de la primera relación con objetos -externos e internalizados-.”

[...] Esta hipótesis contradice el concepto de Freud de *estadios* autoeróticos y narcisísticos, que prescindirían de una relación objetal. Sin embargo la diferencia entre la opinión de Freud y la mía es menos grande de lo que puede aparecer a primera vista, ya que las afirmaciones de Freud sobre este punto no son inequívocas.” (OCKPA, vol. 6, p. 264).

“La utilización que hace Freud de la palabra ‘objeto’ es aquí [*El psicoanálisis y teoría de la libido* (1922)] algo distinta de la mía porque se refiere al objeto de una finalidad instintiva, mientras que yo implico, además de esto, una relación objetal que incluye las emociones, las fantasías, angustias y defensas del lactante. Sin embargo, en la frase citada habla claramente del ligamen libidinal a un objeto, el pecho materno, que precede al autoerotismo y el narcisismo.” (OCKPA, vol. 6, p. 265). Lo que está entre corchetes es mío.

“Deseo recordarles también los descubrimientos de Freud acerca de las identificaciones tempranas. En *El yo y el ello*, hablando de las catexias de objeto abandonadas, escribe: ‘Los efectos de las primeras identificaciones realizadas en la más temprana edad son siempre generales y duraderos. Esto nos lleva a la génesis del ideal del yo’. Freud define entonces la primera y más importante identificación que yace escondida detrás del ideal del yo como la identificación con el padre o con los padres, y la ubica, como dice ‘en la prehistoria de cada persona’. Estas formulaciones están muy cerca de lo que describí como los primeros objetos introyectados, ya que, por definición, las identificaciones son el resultado de la introyección.” (OCKPA, vol. 6, p. 265).

[...] No conozco la opinión de Anna Freud acerca de este aspecto de la obra de Freud [Se refiere a los estadios tempranos del desarrollo, especialmente en la niña]. Pero en lo que concierne al problema del autoerotismo y del narcisismo, parece solamente haber tomado en cuenta la conclusión de Freud de que un estadio autoerótico y narcisístico precede a las relaciones con el objeto, y no haber dado importancia a las otras posibilidades implicadas en algunas de las afirmaciones de Freud [...]. Es uno de los motivos por los cuales la divergencia entre la concepción de Ana Freud sobre la primera infancia y la mía, es mucho más grande que la divergencia entre las opiniones de Freud tomadas en su totalidad, y las mías”. (OCKPA, vol. 6, pp. 265-266). Lo que está entre corchetes es mío.³³

De todos los conceptos que Klein heredó de Freud, en este capítulo se considerará sólo lo concerniente a la proyección. Es evidente que ningún desarrollo del psicoanálisis con niños –de la que ella fue pionera– hubiera existido sin las elaboraciones freudianas acerca de la sexualidad infantil.³⁴ En I, 2.5., se señalaron los usos y funciones que el vienés otorgó a la proyección; convendrá tenerlos presente para apreciar mejor las inflexiones que ella le introdujo. Klein comenzó a utilizar sistemáticamente dicho vocablo a partir de 1929: con anterioridad lo había empleado de manera esporádica encuadrándolo dentro de la acepción freudiana más genérica: mecanismo externalizador que pone en los objetos externos algo que es propio del sujeto o del yo. A partir de *EPN* (1932), la deflexión se convirtió en el precursor ontogenético de la proyección.³⁵ En los textos del vienés, la proyección no aparecía *esencialmente* vinculada con la mitigación de Tánatos, aunque sí

refirió en *El problema económico del masoquismo* (1924) que la función de la libido era la de desviar la pulsión de muerte hacia los objetos del mundo exterior. (OCFAE, XIX, p. 169). Esta derivación del instinto de muerte hacia afuera –fundamental en la teoría de Klein en tanto constituye el inicio de la psiquización del bebé– podría encuadrarse, aplicando un criterio muy elástico, dentro de la segunda acepción del término descrita en I, 2.5: (b) puesta afuera de las excitaciones internas displacenteras, sobre todo, las relacionadas con las actividades pulsionales. Además del término *deflexión* Klein empleó en ocasiones el vocablo *Ausstossung* –expulsión, también traducido como eyección–. Asimismo, atribuyó un papel esencial a la proyección –junto con la disociación– en la personificación (véase lo ya comentado en 2.4.5.2). También la incluyó en el fenómeno de la transferencia, a la que entendió como una proyección sobre el analista de las imagos y objetos internos. En cambio, la psicoanalista de niños soslayó conceptualmente el potencial diferenciador neurosis-psicosis que la proyección tuvo en la doctrina de Freud [I, 2.5. a)], porque no se planteó la exigencia de perfilar un mecanismo específico para la psicosis.

Por otra parte, Klein construyó su propia teoría sobre la formación de síntomas: la represión –y los mecanismos a ella asociada; entre ellos, la proyección– fueron perdiendo peso como factor determinante de los mismos y, como contrapartida, ganó importancia la escisión, disociación, identificación proyectiva e introyectiva, etc. Ya se dijo –y se volverá sobre esta cuestión en II, 3.5.1.–, que ella asoció la proyección al temor a la retaliación: miedo a sufrir los mismos daños que los ocasionados al objeto. La proyección de la agresividad sobre el objeto generaba *ipso facto* angustia por miedo a las venganzas de éste. Dicho en otros términos, Klein introdujo un matiz personal en la proyección: una de las orlas semánticas del concepto incluía el miedo derivado del retorno al yo de los ataques imaginarios que había infligido al objeto.

A grandes rasgos podrían postularse las siguientes diferencias entre ambos psicoanalistas: mientras que para Freud la proyección operaba sobre ideas, derivados pulsionales, afectos, actitudes, en Melanie Klein este mecanismo –y más aún la identificación proyectiva, por su carácter fantasmático– implicaba al yo, a los objetos internos, a la angustia, a sustancias corporales, a la fantasía inconsciente, a la retaliación, etc. Tal vez las distinciones fundamentales entre ambos pueda resumirse en tres aspectos fundamentales: a) la proyección en Klein vehiculaba partes del yo y operaba prácticamente desde el inicio de la vida; en cambio, en la teoría freudiana era un mecanismo que comenzaba a implementarse más tardíamente³⁶; b) su asociación al componente retaliativo, y c) las diferencias respecto de lo que se ha dado en llamar la “profundidad” de la proyección: las modalidades descritas por Klein serían más “profundas”: no permanecerían *sobre* la superficie del objeto sino que lo penetran, se abren paso hacia el interior del cuerpo del objeto; básicamente, de la madre, pero también en el de otros.

2.6.2. Sandor Ferenczi (1873-1933): la introyección y el simbolismo

Se trata de dos legados del psicoanalista húngaro que enriquecieron al conjunto del psicoanálisis y especialmente al pensamiento de Klein. La introyección devino un componente clave de su teoría sobre el desarrollo evolutivo: el vaivén de materia psíquica entre el lactante y sus objetos del que ella forma parte, se convirtió en uno de los componentes principales del sistema identificatorio kleiniano. Además, los procesos de simbolización postulados por el húngaro le sirvieron como de punto de partida para su teoría sobre la formación de símbolos en el niño; aunque con posterioridad introdujo en este asunto perspectivas distintas a las de Ferenczi. Ambos conceptos –introyección y simbolismo– fueron adquiriendo nuevos significados en los diferentes momentos de la producción kleiniana.

Klein consideró al húngaro como “el psicoanalista más sobresaliente.” En su *Autobiografía*, afirmó:

“Es mucho lo que debo agradecer a Ferenczi. Una de las cosas que me transmitió y consolidó en mí fue la convicción de que el inconsciente existía y de su importancia en la vida psíquica. Gocé también del contacto con alguien que poseía extraordinario talento. Tenía también una vena de genio.”³⁷

En el prefacio a *El Psicoanálisis de niños* (1932); le agradeció también el que le hubiera hecho comprender la verdadera esencia y significado del psicoanálisis; asimismo, su fuerte y directa comprensión del inconsciente y del simbolismo y, por último, que la haya alentado a dedicarse al psicoanálisis de niños. (OCKPA, vol. 1, pp. 127-128). Años más tarde le criticó no haberse ocupado de su transferencia negativa hacia él durante su análisis personal y por haberse distanciado de Freud al preconizar la técnica activa.

Mucho antes de que apareciera en la escena teórica la *identificación introyectiva*, la introyección, engranada con la proyección, fue considerada por ella como uno de los motores del *desarrollo evolutivo*. La interacción de ambos mecanismos tejía, destejía y retejía la trama de relaciones que el niño establecía con los objetos externos. Por medio de tal vaivén se conformaba el psiquismo infantil –creación de los objetos del mundo interno– y se favorecía la integración progresiva del yo. Los mecanismos proyectivos, que fulguraron en sus textos, son impensables sin su apareamiento con la introyección. Con esta última sucedió algo similar a lo comentado en el apartado anterior respecto de la proyección: Klein le otorgó significados propios y específicos. Algunos de ellos fueron señalados brevemente al final de I, 2.1., en un contexto que propendió a diferenciarla de los usos freudianos de la introyección. A continuación se explicitarán los elementos básicos de la concepción de Ferenczi sobre dicho concepto para luego abordarla desde la perspectiva kleiniana. El cotejo de los empleos que hicieron otros psicoanalistas de este mismo articulador teórico permitirá apreciar el genio propio de la introyección en la producción de Klein. Luego, se explicitará el pensamiento del húngaro sobre la simbolización; las derivaciones de esas ideas en la obra de la pionera del psicoanálisis infantil serán expuestas en II, 6.4.1.1. y en II, 6.4.1.2. Allí se remite.

2.6.2.1. La introyección según Ferenczi³⁸

En sus primeros estudios sobre el psiquismo infantil la creadora de la técnica del juego utilizó profusamente este concepto que el psicoanalista húngaro había dado a conocer a través de dos textos que hoy han devenido clásicos: *Transferencia e introyección* (1909) y *El concepto de introyección* (1912)³⁹. Allí, además de acuñar el término, le otorgó sus nervaduras principales.

Ferenczi concibió la introyección como un movimiento ameboideo, asociado a las pulsiones y al narcisismo, que introducía el (los) objeto(s) en el yo. Por entonces primaba en su obra un enfoque que daba magnificencia al yo y que tenía expresiones concretas en un expansionismo “anexionista” de objetos. Esto le otorgó al vocablo una cierta aureola triunfalista en sus orígenes que, posteriormente, se fue apagando cuando otros analistas, tras hacerla suyas, la articularon con la pérdida del objeto –en la melancolía, primero, y con toda pérdida objetal, después–. El primer artífice de estos cambios fue Abraham; muchos le siguieron, Klein entre ellos: la posición depresiva y los duelos, entre otras ideas, son huellas patentes de esa herencia.

Por el contrario, los dos escritos de Ferenczi recién mencionados daban a entender con claridad que aquello que dinamizaba el proceso de introyección no era una pérdida del objeto –o la angustia ante la posibilidad de la pérdida–, sino la *presencia* del mismo y lo que éste tenía de promesa para un yo sediento de introyecciones. Esta “reaparición” en escena del objeto era una cuestión clave para Ferenczi, con la que Abraham –y todos aquellos que siguieron sus lineamientos– establecieron una diferencia crucial. El húngaro, situado en la ventana temporal que va desde *Tres ensayos* (texto de 1905 pero con muchas ampliaciones posteriores) a *Introducción al narcisismo* (1914) –que tardaría unos años más en publicarse– buscaba afanosamente por entonces un concepto que hiciera referencia al pasaje desde el autoerotismo y narcisismo infantil hacia la objetividad. Entonces, concibió a la introyección como un conector adecuado.⁴⁰

La lectura de ambos artículos muestra inmediatamente que las observaciones brillantes que ellos contienen, quedaron, en buena medida, difuminadas por ciertas oscuridades terminológicas y algunas imprecisiones conceptuales. Tales limitaciones eran, seguramente, difíciles de sortear en aquella época, que bien podría ser caracterizada como tiempos de gestación de la teoría psicoanalítica. En efecto, la metapsicología freudiana comenzaba recién a ver la luz del día. Con los instrumentos rudimentarios de ese período, Ferenczi concibió la introyección como un movimiento

que capturaba objetos y los englobaba en el yo. Sobre la base de estas ideas claves, fue también uno de los primeros en correlacionar la introyección con la oralidad y otros mecanismos internalizadores y la proyección con impulsos anales.⁴¹

El cuarto de siglo posterior (1910-1935) hizo florecer el concepto. Retomado por Freud, fue inscripto en sus desarrollos de ese período; especialmente, en la teoría estructural de las identificaciones y en las elaboraciones referidas a la construcción de la realidad por parte del sujeto psíquico (véase I, 2.3). Su empleo en el primer contexto supuso relacionarla con la introyección de *rasgos parciales –altamente limitados- del objeto (einziger Zug), paso previo y necesario para la consumación de las identificaciones secundarias edípicas.*

Promediando ese mismo lapso, Abraham hizo suyo este vocablo, utilizándolo profusamente e imprimiéndole una nueva inflexión. Él inició la extensa progenie de autores que concibieron la introyección como una reacción a *la pérdida de objeto*. Esta ligadura supuso, por una parte, la aparición de nuevas nevaduras en el término, aunque también, el surgimiento de algunas confusiones conceptuales que se tratarán de dilucidar. Un primer acercamiento a la versión kleiniana de la introyección se realizará en dos apartados de este mismo capítulo, se apreciará en ellos la influencia de Abraham sobre el pensamiento de Klein, especialmente en lo que respecta a la problemática de los duelos. Lacan, por su parte, también empleó dicho vocablo y lo engranó con sus tres registros: en la introyección, simbólico e imaginario se articulan para cernir un real en juego. La introyección –para Lacan– era eminentemente simbólica; ella inscribía al significante proveniente del Otro.

Los dos artículos de Ferenczi citados al comienzo de este apartado más un tercero, *El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios* (1913)⁴², serán de utilidad para esclarecer la trama conceptual en la que el vocablo estuvo engarzado. El húngaro sostuvo la existencia de una indiferenciación entre el yo y el mundo externo en los comienzos de la vida; denominó *fase de introyección* a ese estadio y lo calificó de autoerótico, tomando este último vocablo de Freud. Así pues, el bebé ignoraría la insatisfactoria realidad apelando a las alucinaciones desiderativas, bajo el imperio del principio de placer. Sentiría al mundo y a sí mismo como uno; no distinguiría entre un estímulo exterior y uno interior. Monismo, dijo Ferenczi. De manera gradual, y mediando las decepciones surgidas por la ineficacia de la alucinación realizadora de deseos, iban apareciendo situaciones dolorosas que alteraban ese estado. Cuando el bebé discriminaba por primera vez –dentro de la masa indiferenciada de sus percepciones– aquéllas correspondientes a los objetos del mundo exterior de las provenientes de vivencias subjetivas, podía oponer al conjunto de las primeras su propio yo, que, a partir de entonces se le aparecía como más nítido. En esas condiciones le era posible llevar a cabo la *proyección primordial*; ella tendía a desembarazar al yo de una perturbación interna, colocando la causa del malestar en el afuera.⁴³ Va de suyo que esto generaba un embrionario reconocimiento del mundo externo –el bebé descubría que había cosas que no obedecían a sus deseos– y se establecía concomitantemente una frontera entre el afuera y el yo. El monismo dejaba paso progresivo al dualismo: entonces ya se podía distinguir entre una percepción objetiva y una vivencia subjetiva. Desaparecía poco a poco la indiferenciación inicial y se instalaba el principio de realidad.

Acaecida la proyección primordial, el yo puede enfrentarse a lo displacentero utilizando otros recursos diferentes de la proyección o de la interrupción del contacto con el mundo externo: por ejemplo, la represión⁴⁴. Estas transformaciones en síntomas no eran totales, de manera que siempre subsistirá un resto de excitación libremente flotante que intentará neutralizarse en los objetos externos. De ahí que Ferenczi imputase a esta excitación residual la disposición de la neurosis a transferir: búsqueda perpetua de objetos de transferencia que tratarán de ser incluidos en la esfera de intereses del yo, fenómeno –este último– que el húngaro designaba con el nombre de introyección. Transferencia e introyección debieron conceptos solidarios; más aún, parecía que formaban parte de un único movimiento.⁴⁵

Del texto de 1909 puede desprenderse que la introyección intentaba restablecer con los objetos del mundo exterior un equilibrio que se había desbaratado con el repliegue de la pulsión sobre su fuente, para constituir el autoerotismo. Esta apertura a la objetividad –en realidad: reapertura– implicaba, claro está, un enlace "transferencial" con ellos. Ferenczi utilizó el término transferencia en sentido muy amplio, casi como sinónimo de **catectización de objeto**. Estas transferencias y las introyecciones a ellas asociadas eran efectos de la represión y complementaban el trabajo realizado

por ésta. Pese a las ambigüedades terminológicas, hay una secuencia y una implicación claras: de la represión a la liberación de excitación libremente flotante; de ésta a la transferencia y de la transferencia a la introyección. La comprensión de este conjunto de movimientos se vio favorecida porque Ferenczi señaló la diametral oposición entre el neurótico y el psicótico en el uso de estos mecanismos. Así lo planteó en su artículo *El concepto de introyección* (1912)⁴⁶:

- I. “He descrito la introyección como un mecanismo que permite expandir al mundo externo los intereses primitivamente autoeróticos, incluyendo así los objetos del exterior en la esfera del yo.
- II. “He puesto el acento en esta «introducción» queriendo significar con ello que concibo *todo amor objetal* (o toda *transferencia*), como un extensión (o ensanchamiento) del yo, es decir, como una introyección, tanto en el individuo normal como en el neurótico (y también en el paranoico, en la medida en que conserva esa facultad, naturalmente).”
- III. “En última instancia, el amor del hombre recae precisamente sobre sí mismo; amar a otro equivale a integrar al otro en su propio yo [...]. He denominado introyección a esta unión de nosotros mismos con los objetos amados, a esa fusión de los objetos con nuestro yo y estimo que el mecanismo dinámico de todo amor objetal y de toda transferencia sobre un objeto es una extensión del yo, una introyección.”

En *Transferencia e introyección* (1909) escribió:

- IV. “Para entender mejor el carácter fundamental del psiquismo de los neuróticos comparemos su comportamiento con los pacientes que sufren demencia precoz y paranoia. El demente precoz retira completamente su interés por el mundo externo y deviene infantil y autoerótico.”
- V. “El paranoico intenta hacer lo mismo pero no lo logra enteramente; es incapaz de retirar su interés del mundo exterior sobre el que proyecta sus deseos y sus tendencias (Freud) y cree reconocer en los otros todo el amor o todo el odio que niega en sí mismo. [...] En la neurosis observamos un proceso diametralmente opuesto ya que mientras el paranoico proyecta al exterior las emociones desagradables, el neurótico busca incluir en su esfera de intereses la mayor parte posible del mundo externo, para hacerlo objeto de sus fantasías conscientes o inconscientes.”
- VI. “Propongo designar a este proceso inverso de la proyección con el nombre de introyección.”

Se harán algunas consideraciones sobre estos fragmentos colocando como telón de fondo los textos escritos por Freud hasta 1913, año en el que ya habían aparecido los tres artículos aludidos de Ferenczi.

En (I) y (II) la introyección fue caracterizada como una extensión de los primitivos intereses autoeróticos hacia los objetos externos, proceso que culminaba con la inclusión de los mismos en yo. Este ensanchamiento yoico se llevaba a cabo mediante un movimiento en dos tiempos: al primero lo designó con el nombre de amor objetal y/o transferencia, mientras que el segundo sería —propriadamente— la introyección. Ambos estaban incluidos, evidentemente, en circuitos libidinales.

En (II) Ferenczi aludió, también, bajo la expresión "todo amor objetal (o toda transferencia)" al fenómeno que Freud había designado como **catexización** (o carga) libidinal de objetos. La imprecisión puede evidenciarse fecunda: Ferenczi intuyó que *cada investimento objetal suponía un movimiento transferencial con punto de partida en el sujeto y que todo ligamen con un objeto se sostenía siempre en la transferencia*. El húngaro utilizó aquí este término con gran amplitud, percatándose de su carácter universal. La transferencia se produce natural y espontáneamente en toda relación humana: el sujeto psíquico es siempre transferente. No ignoraba que la genialidad de Freud consistió, justamente, en transformar ese acontecimiento de orden general en un instrumento de la clínica: la *transferencia analítica*. También percibió el resorte transferencial de todo amor (II). En esa misma frase, la transferencia aparecía reducida a la vertiente narcisista, afectiva (amores y odios), quedando excluida —al menos en lo explícito— la dimensión deseante. En cambio, de la

síntesis inicial y de las frases citadas se desprendía que Ferenczi enfatizaba la mediación de la subjetividad (incluso de la incipiente) en toda relación con los objetos del mundo externo.

El movimiento de transferencia-introyección supone el pasaje desde el autoerotismo de los comienzos de la vida⁴⁷ a la objetividad. Ferenczi no aclara si se trata del *autoerotismo pulsional* o del *autoerotismo ligado a la dimensión narcisística*⁴⁸, pero, al no diferenciar adecuadamente ambos planos –el pulsional y el narcisístico– terminó vinculando la introyección tanto con los movimientos pulsionales (y su objeto parcial) como con los objetos de amor; es decir: objetos totales, propios de la serie de elección de objetos (III). Respecto de este punto, Freud aportará en *El yo y el ello* (1923) una precisión importante: la introyección recaía sobre *rasgos o detalles* de los objetos amados y deseados; el objeto (parcial) de la pulsión quedaba al margen de los procesos introyectivos; estos últimos se asociarán con la identificación estructurante. De todas formas, Freud no deshizo completamente el problema porque la identificación por él concebida estaba motorizada por la pulsión, razón por la cual, la introyección seguía vinculada a lo pulsional. O sea, un telescopado: pulsión –introyección– identificación. Esto dio pie a la idea muy expandida -que conviene revisar- de una posible integración de las pulsiones por medio de la introyección. Es necesario tener claro que, pese a dirigirse a los mismos objetos empíricos, la pulsión y el movimiento identificatorio lo hacen con finalidades diferentes: la pulsión intentará recortar en ellos su objeto parcial para satisfacerse, en tanto la identificación irá a buscar rasgos o detalles del objeto para hacerlos propios mediante la introyección.

Tal y como se desprendía de su texto de 1909, la introyección intentaba restablecer con los objetos del mundo exterior un equilibrio que se desbarató con el proceso represivo; esto implica, claro está, un enlace "transferencial" con ellos. La presencia del objeto era, entonces, clave; sobre él se realizan los investimentos libidinales propios de las primitivas elecciones objétales y a partir de esos vínculos acontecen las inscripciones intrapsíquicas de los objetos; éstas se articulan en deseos (Freud) y se escenifican en fantasías (V).

El movimiento introyectivo, tal como fue originariamente descrito implicaba el ingreso al mundo "interior" de representaciones de los objetos externos. La noción revelaba en ese plano dinámico y económico de la metapsicología, una sintonía perfecta con lo etimología del vocablo: del latín *intro* (dentro; también entrar, franquear) y *jactare* (echar, arrojar, lanzar). La pregnancia del término colaboró para su gran difusión pero, también, para velar un interrogante que necesariamente debía ser abierto: ¿de qué interior y exterior se trataba? Ferenczi respondió rápidamente a esta cuestión en (II): estas inscripciones psíquicas suponían la ampliación del yo por inclusión de objetos externos. Aquí, obviamente, no se trataba de la instancia yoica propia de la segunda tópica (aún no elaborada), sino probablemente del yo del narcisismo. O quizá revelara una imprecisión mayor por parte de Ferenczi, al tomar al yo como equivalente de aparato psíquico o de sujeto. De todas formas, en los párrafos citados se expresa nítidamente el papel activo que jugaba dicha instancia en la introyección. Lacan planteará una objeción a esa idea.

En los textos ferenczianos no estuvieron explicitadas las características de los objetos sobre los que recaían las introyecciones, pero todo lleva a pensar que para él se trataba del objeto en su totalidad. El término "*introducción*" que utiliza (II), es también vago, pero claramente diferente del de incorporación. Como se verá luego, cada teoría especificó a su manera estos aspectos: introyección de rasgos parciales de objetos amados y deseados (Freud), de objetos parciales y totales con sus biparticiones (Abraham, Klein), de significantes (Lacan).

En (II) y (III) se aludía -aunque de manera implícita- al narcisismo. Sin haber escrito aún su *Introducción al mismo* –se tuvo que esperar hasta 1914 –, Freud ya había utilizado este término en su acepción psicoanalítica en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910). Los textos de Ferenczi recogieron las ideas freudianas sobre el amor como fenómeno narcisista. En cambio, estaban ausentes las referencias explícitas al deseo inconsciente y al complejo de Edipo. La escasa discriminación conceptual en Ferenczi (y otros) entre el circuito pulsional, el narcisístico y el del deseo inconsciente, ha dado pie a gran cantidad de confusiones teórico-clínicas por indiscriminación de estos planos, escasamente diferenciados por Freud, y que Lacan contribuyó a poner en evidencia. Por sus repercusiones sobre el tema de la identificación cabe recordar tales imprecisiones generaron desconciertos –aún vigentes – en los usos de términos emparentados con

el de “introyección”, a saber: “incorporación”, “internalización”, “identificación”, “interiorización”, “asimilación” y, en un plano distinto, “proyección”.

En los párrafos (IV) a (VI) se aprecia un intento de contraponer y distinguir la neurosis de la psicosis, en función de las diferencias entre introyección y proyección: Ferenczi asoció, lúcida-mente, la introyección con la neurosis y la proyección con la paranoia. En el primer caso, el complejo Edipo, aunque tácito, se hacía de algún modo presente en tanto complejo nuclear de la neurosis. En la segunda situación, evocada en (IV) y (V) se observa que el vocablo proyección tenía en ese contexto un significado que lo conectaba con la –futura– *Verwerfung* freudiana⁴⁹: defensa primaria constitutiva de la psicosis. Si bien Freud ya había manifestado la idea de un mecanismo propio de la psicosis, fue recién en 1918, en el historial del Hombre de los lobos que aludió por primera vez de forma explícita a la *Verwerfung*.

Se aprecia que desde su acuñación, la introyección no recubría únicamente el campo semántico referido al ingreso de algo externo al mundo psíquico, sino que, además, incluía un potencial diferenciador de organizaciones clínicas en tanto distinguía regímenes de funcionamiento mental a predominio introyectivo (neurosis) o proyectivo (paranoia): en la psicosis se proyectaba en demasía mientras que en las neurosis sucedía otro tanto con la introyección. Estas afirmaciones de tinte “cuantitativo” hablan de la ausencia, por entonces, de un mecanismo propio y específico de la psicosis.

“He puesto el acento en esta `introducción´ queriendo significar con ello que concibo *todo amor objetal* (o toda *transferencia*) como una extensión (o ensanchamiento) del yo, es decir, como una introyección, tanto en el individuo normal como en el neurótico (y también en el paranoico, en la medida en que conserva esa facultad, naturalmente).” [El concepto de introyección (1912)].

La presencia del objeto era, entonces, fundamental; sobre él recaían los investimentos libidinales propios de las elecciones infantiles de objeto, cuyas representaciones quedaban inscritas en la psique, articulándose con deseos inconscientes que se escenificaban en fantasías. La identificación en Ferenczi aludía claramente a la construcción del objeto en el yo *durante* la relación.

Dos cosas son obvias: aunque Ferenczi no lo dijo textualmente: a) lo que ingresaba al yo eran *representaciones* de los objetos; b) no se trataba de la instancia yoica propia de la segunda tópica freudiana (aún no elaborada), sino probablemente del yo del narcisismo, en momentos en que éste pretendía abrirse *activamente* a la objetividad.⁵⁰

2.6.2.2. La introyección en la obra de M. Klein

En su estancia en Berlín, ella tomó contacto directo con la versión abrahamista del concepto de introyección, que será expuesta en 2.6.3.3. y que convendrá tener presente como telón de fondo de este apartado. Klein conocía la paternidad de Ferenczi sobre dicha acepción y las orlas semánticas que aquél le había otorgado; sin embargo, al principio de su obra, ella la utilizó con las inflexiones que le había introducido el psicoanalista alemán.

Como ocurrió con otros articuladores, el de introyección se mostró permeable a la recepción de nuevas valencias conceptuales a consecuencia de su inclusión en edificios teóricos diferentes. Ya se ha dicho que Klein le dio un viraje al concepto cuando lo articuló con la proyección, poniendo ambos mecanismos en un mismo plano y convirtiendo el vaivén proyectivo-introyectivo en:

- a) Modalidad de la defensa
- b) Forma privilegiada de relación entre el yo y los objetos
- c) Determinante de la psiquización del bebé, desde los primeros días de vida

Estas tres facetas de la introyección deben considerarse articuladas entre sí y entretrejidas, a su vez, con la proyección. Por (a) la introyección merece ser considerada una actividad del yo; forma parte de los mecanismos de defensa *primitivos* y esto no sólo porque actuaban, según Klein, desde el comienzo de la vida sino y también porque combatían las angustias provocadas por el instinto de muerte. Se trataba de una de las primeras defensas frente al sadismo y la destructividad.

Cabe recordar que consideró a la represión como una defensa más tardía. Por la segunda faceta la introyección se relaciona con los instintos que marcan el camino hacia el objeto; secundando a la proyección, actuará de manera sinérgica con la *incorporación*, ligada a los instintos orales y a las fantasías de colmarse con algunos atributos del objeto. El desarrollo evolutivo, determinante de las progresivas transformaciones del yo y del objeto, influenciaba asimismo en las características de lo que se introyectaba. Se profundizará sobre los puntos (a) y (b) en II, 3.5.3.

Por (c) la introyección quedó comprometida con la identificación y los procesos de formación de la identidad, experiencias mediante las cuales el yo adquiere una cierta integración y consistencia. Este sesgo repercutió especialmente sobre la TIK, razón por la cual se le dedicará un capítulo –el noveno– en el que también se estudiará su posterior trasvase al concepto de identificación introyectiva, insinuado en *NAME* (1946) y ampliamente expuesto en *CTEL* y *OCB* (1952).⁵¹

Por otra parte, la matriarca del psicoanálisis no otorgó importancia al potencial diferenciador neurosis – psicosis que el concepto tuvo para Freud, Ferenczi y Lacan; en su teoría cabe hablar de un *continuum* neurosis – psicosis.⁵²

Otro aspecto a destacar es que en Klein, la introyección no tuvo como punto de partida a los objetos externos: la actividad introyectante era realizada por el yo del niño, proceso motorizado por la libido de succión –Eros–. Esta cuestión implicaba una gran diferencia con Lacan: el Otro era introyectante e identificante.

En la TIK los objetos no proveían la materia psíquica que la introyección transportaba hacia el yo; los padres no ofrecían ni inscribían sus propios rasgos psíquicos en el yo ni en el superyó de sus hijos; la formación de instancias y sistemas respondían, en su teoría, a otra lógica. Este asunto ya fue referido con anterioridad en este mismo capítulo y se volverá a él en II, 3.1. Esta fue indudablemente la perspectiva privilegiada en la TIK; ella atendió más a los factores instintivos del niño –endogenetismo– que al papel del entorno objetal en la conformación de la psique infantil. Y si bien siempre se podrá traer a colación algún fragmento de un texto en que ella afirmó la importancia de un buen contexto objetal para el adecuado desarrollo evolutivo del niño, también sería cierto que, en lo esencial, esas citas serían insuficientes para modificar la perspectiva predominante en su obra –aquello que podría denominarse su nervio y genio propio–: haber colocado a lo instintivo –y más ampliamente: a lo endógeno del niño– como motor principal y último determinante del desarrollo evolutivo. La materia psíquica que transportaba la introyección kleinianamente concebida no pertenecía a los padres; era más bien el producto de una percepción deformada de los objetos reales externos tras la proyección sobre ellos de objetos internos y fantasías. La capacidad introyectiva del yo infantil recuperaba lo que la proyección había depositado previamente en los objetos del mundo exterior.

Con posterioridad, cuando ella integró este mecanismo a la identificación introyectiva, lo dejó definitivamente articulado con el resto de sus conceptos: posición, Edipo temprano, superyó arcaico, angustia, fantasía inconsciente, defensas, simbolismo, diferentes tipos de objetos escindidos, etc. Para más detalles sobre la proyección véase II 3.3.3.

2.6.2.3. *El simbolismo*

La concepción de Ferenczi sobre este tema, que tuvo gran influencia sobre Klein, fue elaborada durante los años 1913-1916, en el contexto de las polémicas con Jung sobre el simbolismo y la función de la libido. Un antecedente importante sobre este tema en su propia obra fue su artículo *El concepto de introyección* (1912) recién comentado, donde había sostenido que la identificación estaba en la base del simbolismo. Pero más importante aún que esa afirmación es la descripción que hizo de esa modalidad de identificación; releerla en páginas anteriores permitirá apreciar que se trata de un verdadero antecedente y precursor de la identificación proyectiva de kleiniana. Klein hizo suya la concepción sobre el simbolismo de Ferenczi combinándola con las ideas de E. Jones al respecto. Se consideró que la exposición de este tema encajaría mejor en los apartados II, 6.4.1 y II, 6.4.2., dedicados a la simbolización, en la obra Klein, en el que se señalarán los antecedentes y su teoría de la formación de símbolos. Allí se remite.

2.6.3. Karl Abraham: el desarrollo evolutivo y la reacción ante la pérdida de objeto

Todos los estudiosos de la producción de M. Klein resaltaron el rol fundamental que tuvo Karl Abraham (1877-1925) en su vida y obra, cosa que ella también reconoció en distintas ocasiones.⁵³ Además de haber sido su analista en Berlín, él la estimuló para que continuase sus tareas como analista de niños, actividad que con el correr de los años se transformaría en un eje vertebrador de su clínica y teoría. Por otra parte, en él se inspiraron buena parte de los primeros textos kleinianos –en especial los de los años veinte y principios de los treinta–. La impronta abrahamiana puede percibirse en sus ideas primigenias sobre el desarrollo evolutivo, la proyección anal, la ambivalencia, el énfasis que dio a los elementos agresivos –sadismo oral y anal–; también, en el empuje hacia el instintivismo, en sus primeros usos del vocablo introyección, etc.⁵⁴

Los comentarios siguientes se referirán básicamente a dos círculos de ideas del psicoanalista berlinés; uno, sobre el desarrollo libidinal y el otro, sobre los efectos de la pérdida del objeto en la melancolía. El primer tema atravesó los escritos postreros de este analista, aunque ha estado presente implícitamente en toda su obra; tratarlo será una aproximación a la médula de su pensamiento; en su esquema evolutivo se condensan un cúmulo de problemáticas: los impulsos destructivos, la ambivalencia, el sadismo, la proyección, etc. El segundo asunto será evocado en este contexto porque se trata de una cuestión clave para comprender el pensamiento kleiniano sobre el narcisismo, los estados maníaco-depresivos y la introyección. Las próximas páginas harán pues referencia a esa tierra fértil en que empezaron a florecer las ideas de esta pionera del psicoanálisis de niños. Si de Freud ella había recibido el legado del psicoanálisis en sentido amplio, de Abraham obtuvo una manera personal de entenderlo y ejercerlo.

2.6.3.1. El desarrollo evolutivo según Abraham

Su propuesta fue, básicamente, madurativa: algo que existía en potencia debía desplegarse y se haría siguiendo etapas regladas de antemano hasta alcanzar el punto culminante –promulgado como el más adecuado y “normalizante” – de no mediar accidentes importantes (fijaciones). Los escalones preestablecidos eran recorridos, según él, a la manera de un tren que circula por sucesivas estaciones antes de arribar a destino. La exposición más detallada de sus ideas apareció en *Breve estudio del desarrollo de la libido a la luz de los trastornos mentales* [BEDL (1924)]. Este texto tuvo gran trascendencia a juzgar por la influencia que ejerció -y ejerce- sobre muchos psicoanalistas. En efecto, en Abraham se inició la larga serie de los que encarrilaron –nunca mejor dicho- el psicoanálisis en una concepción genético-evolutiva.

Un antecedente de BEDL fue *Preliminares a la investigación y tratamiento de la locura maníaco-depresiva y sus estados vecinos* [PIMD (1912)]. Freud incluyó algunas tesis de ese trabajo en *Duelo y melancolía* (1915). En ese mismo año, en una adenda a sus *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), introdujo bajo el influjo de Abraham la fase oral o canibalística, postulando la *incorporación* como fin pulsional propio de ésta, pero no se dejó seducir por el psicogenetismo virulento del alemán. Como contrapartida, este último utilizó la plataforma conceptual freudiana y produjo sus propias síntesis, en una empresa con apariencias de completamiento y afinación de *Tres ensayos..., empleando para tales fines* las elaboraciones del vienes posterior a 1914: la teoría del narcisismo, la fase fálica y la temática de la pérdida de objeto. Abraham asoció las fases libidinales freudianas a diferentes modalidades de relación de objeto y las investigó clínicamente estudiando los efectos de las pérdidas de dichos objetos. Pero lo esencial de su esquema evolutivo no dependía de cómo el objeto se relacionaba con las zonas erógenas del niño, sino más bien de un orden preestablecido: las sucesivas supremacías de las fuentes pulsionales: primero lo oral, luego la analidad, lo fálico y por último la genitalidad adulta. En otros términos: un modelo genético-evolutivo con epicentro en la organización pulsional del niño y en el objeto, a través de la temática del amor. Una visión sintética de su enfoque está reflejada en el siguiente cuadro sinóptico, que fue extractado de BEDL. Las referencias a las entidades clínicas que aparecen en la columna de la derecha, no figuran en el diagrama original; se las ha establecido teniendo en cuenta varios textos del autor.⁵⁵

ESQUEMA DEL DESARROLLO EVOLUTIVO DE ABRAHAM

	<i>Etapas de la organización de la libido</i>	<i>Etapas del desarrollo del amor objetal</i>		
VI	Etapa genital definitiva	Amor objetal	Post ambivalente	Normalidad
V	Etapa genital precoz	Amor objetal con exclusión de los genitales	Ambivalente	Histeria-Frigidez, impotencia
IV	Etapa sadicoanal tardía (retentiva)	Amor parcial	Ambivalente	Neurosis obsesiva Perversiones
III	Etapa sadicoanal temprana (expulsiva)	Amor parcial con incorporación	Ambivalente	Paranoia-Manía
II	Etapa oral tardía (canibalística)	Narcisismo (Total incorporación del objeto)	Ambivalente	Melancolía
I	Etapa oral precoz (succión)	Autoerotismo (anobjetal)	Preambivalente	Demencia precoz

La primera columna muestra la clara presencia del instintivismo en la concepción de Abraham. A simple vista, parecería que no hizo más que dividir en dos las fases libidinales –oral, anal, fálica–, que Freud había postulado, pero una lectura atenta de sus textos nuestra otra cosa: éstas aparecen como *naturalmente* predestinadas a constituirse en zonas erógenas y, además, se van sucediendo siempre en ese orden. Esto hacía depender el desarrollo evolutivo del niño factores biológicos más que de las relaciones objetales familiares (características psíquicas de quienes conforman ese entorno). Esto es consecuencia directa de una idea que atravesó su pensamiento: la erógeno, la sexualidad, era “segregada” espontáneamente por el cuerpo; más que un producto sobredeterminado de una fina e insistente tarea por parte de los adultos sexuados sobre el soma infantil, se trataría del despliegue de algo innato; es decir, pre-programado. La raíz embriológica de su pensamiento se hizo evidente en estos planteos. La singularidad de cada sujeto, producto de erotizaciones *sui generis*, personales, “aberrantes” o “adecuadas”, fue sustituida por una secuencia pautada previamente y muy determinada por el orden biológico. La influencia del psiquismo de los objetos primarios quedó rebajada a la producción de experiencias que generan fijaciones (lo que indicaba una pervivencia de la teoría traumática en su forma de pensar esta cuestión). Desde allí había un sólo paso para el establecimiento de la ecuación siguiente: patología = infantil = arcaico; también, para postular ciertas biparticiones que hablaban de la persistencia del niño en el adulto, de lo infantil en lo más avanzado, pero no a partir de una resignificación retroactiva sino de un modelo del psiquismo que podría asimilarse al de las muñecas rusas, embutidas unas dentro de otras.

El concepto freudiano de fase –asociado a la organización retroactiva de las inscripciones pulsionales inconscientes (representantes representativos)– fue reemplazado por el de *etapa*, entendida ésta como tramo a recorrer de una evolución energética, libidinal, que se haría siempre bajo las pautas marcadas por el desarrollo neurobiológico. Al no operar en Abraham la retroacción, las etapas se tornaron rígidamente cronológicas y se perdió el falocentrismo resignificante de la teoría freudiana. Quedó así consumado un esquema evolutivo lineal, en el que cada “progreso” suponía haber dejado atrás unas pautas que sólo la “vuelta atrás” (regresión) actualizaría. En tal contexto, los conceptos de fijación-regresión adquirieron un valor inusitado y rizaron más el rizo: el

supuesto carácter arcaico de algunos fenómenos (oralidad, sadismo) fue valorado como el determinante mayor en la psicopatología.⁵⁶ Tampoco llamará la atención, entonces, la total ausencia en *BEDL* de referencias a la pulsión de muerte freudiana, que hablaba del carácter disruptivo e inasimilable de la sexualidad. En otras palabras, el modelo que funcionó como paradigma para Abraham fue el de la homeostasis biológica, con su marcha triunfal hacia el orden y su tendencia a la adaptación. Podríamos decir que Abraham, hombre ordenado y optimista por naturaleza, hizo patentes esos rasgos en este esquema evolutivo.

De la **segunda columna** –etapas del desarrollo del amor objetal– se desprende una condensación de diversas vertientes del sujeto y objeto que aparecen bien discriminadas y separadas en Freud.⁵⁷ En la concepción abrahamista del objeto se fusionan a) el objeto de la pulsión; b) el objeto de amor; y en cierta medida, c) el objeto de la necesidad biológica. Se configuró así una noción de objeto *sui generis* que luego derivó hacia Klein. A lo dicho debe sumarse la fusión de la dimensión narcisista y pulsional del sujeto que Freud había diferenciado, aunque no con suficiente claridad- (véase al respecto I, 1.4.3. y el esquema allí insertado).

La travesía propuesta por Abraham comenzaba en un autoerotismo caracterizado como anobjetal –etapa I– y finalizaba con la constitución de un sujeto genitalizado, capaz de discriminarse claramente respecto de su objeto –VI–. Situar la anobjetalidad como punto de partida le condujo –como a tantos otros psicoanalistas– a los callejones sin salida propios de una concepción que sostiene un inicio del psiquismo cerrado sobre sí mismo. Como sucede siempre que se parte de esas premisas, se hace difícil precisar cómo se pasaría de ese repliegue sobre sí a la objetividad. En asociación con lo recién dicho se suele postular la conservación de las antiguas etapas, ya sea en estado virtual ya sea por desplazamiento a otros estamentos de la psique; en el primer caso estas fases podrían reactivarse si se produce una regresión; en el segundo caso implicaría la constitución de instancias psíquicas, que serían relicarios de los estadios primigenios. En ese contexto, el inconsciente fue caracterizado como infantil, arcaico, irracional, inmaduro; a las fantasías se las consideró relicarios de organizaciones “primitivas”. La llegada al punto final del proceso evolutivo supondría la existencia de un sujeto sexualmente maduro, capaz de conciliar la sexualidad con el amor y la capacidad procreativa con el placer. Incluso podría renunciar a su propia satisfacción en aras del objeto, habiendo abdicado, claro está, de su narcisismo y ambivalencia. La entrega al otro anularía todo rastro de egoísmo; la indiscriminación inicial con el objeto cedería. En otros términos, en VI se arribaba, según Abraham, a un estado de salud mental: la “normalidad” psíquica; fruto de una adecuada dosificación de gratificaciones y frustraciones recibidas.⁵⁸ Como contrapartida, una economía imperfecta de estas últimas, asociada a factores constitucionales, estará en la base de los accidentes del desarrollo. Cuanto más temprano haya acontecido la fijación, mayor será la propensión a la psicosis.

La superposición del circuito pulsional y narcisístico hizo que la pulsión basculara hacia una vertiente genético-moralista. En este contexto, al final del trayecto evolutivo, la pulsión devendría bondadosa; correlativamente, las etapas anteriores fueron vistas como arcaicas y hostiles, pero justificadas por una inmadurez que se “curaría” llegando al destino final –VI–. Esto conllevaba también deshacer la diferencia freudiana entre la finalidad biológica de lo sexual –reproducción– y la sexualidad –pulsiones parciales– operando en la realidad psíquica y en las relaciones intersubjetivas. Para Abraham la sexualidad seguiría una línea de maduración más o menos paralela (aunque con algún retraso) respecto del desarrollo orgánico y quedaría limitada entre los polos placer-displacer. Para Freud en cambio, la sexualidad quedó desde *Tres ensayos...* al margen de las funciones adaptativas y a partir de 1920 se asoció al “más allá del principio del placer” y no se sojuzgaba al principio de realidad.

¿Qué pudo dar pie a esta fusión de los circuitos pulsional y narcisístico en Abraham? Es probable que se haya debido a que el *autoerotismo* apareciera en Freud como el momento primero, tanto del circuito pulsional como del narcisístico. Este enredo y sus consecuencias se dilucidaron en I, 1.4.3. En cierta medida la manera abrahamista de entender el narcisismo se trasvasó a Klein.

Abraham distinguió en la oralidad una primera etapa –de succión– y una segunda, sádica. Plasmó sintéticamente estas ideas en el cuadro sinóptico de *BEDL* insertado en páginas anteriores,

donde puede leerse que en I no existe ambivalencia; el fin instintivo es la succión, pero no hay amor ni odio en esa actividad.

En II el bebé se relaciona de forma ambivalente con el objeto; lo ama pero a la vez quiere morderlo y devorarlo canibalísticamente. El berlinés fue el primero en señalar y otorgar importancia a la existencia de ese tipo de fantasías en la fase oral; subrayó también la relación que ella mantenía con el sadismo anal de III y con la pérdida expulsiva de objetos.⁵⁹ A diferencia de Freud, pensaba que un duelo normal conllevaba estos aspectos de destrucción canibalística del objeto, que suele alcanzar su máxima manifestación en la melancolía.⁶⁰ El narcisismo aparece en esta etapa como un producto de la incorporación total del objeto, formulación abrahamista que recogía la masividad que Freud atribuyó a la identificación narcisista (“la sombra del objeto cayó sobre el yo”), pero difería del vienés en otros aspectos: para Abraham lo incorporativo quedó definido como fin pulsional (oral o anal, según se trate de la melancolía o paranoia) y no como fantasma asociado a la identificación narcisista, como en *Duelo y melancolía* (1915). Por otra parte, el narcisismo carecía en Abraham de referencias a lo corporal. La ambivalencia a tambor batiente propia de este peldaño quedó resaltada mediante el fin pulsional: la devoración, ligada al canibalismo.

A III le adscribió el carácter expulsivo y sádico; aparecían a asociadas la incorporación parcial del objeto y el amor parcial, formulaciones que, como ya se dijo, estaban ausentes en Freud. La primera aludía a la incorporación –en calidad de fin pulsional– de una parte del cuerpo del objeto que puede desembocar en una identificación con dicho fragmento; la segunda refería un amor posible de esta etapa: hacia un objeto parcial podía experimentarse tan sólo un amor parcial.

En IV, fase anal retentiva, al disminuir gradualmente la hostilidad descrita en II y III, emergía una primigenia tendencia –que calificó de amistosa– hacia la conservación del objeto parcial, pero a condición de hacerlo propiedad inalienable suya. Surge la preocupación por el objeto, pero se trata de un amor concentrado sobre ciertas partes corporales de éste; era aún un amor desconsiderado y egoísta, en tanto ignoraba la existencia del otro como individuo completo y separado. Era imposible diferenciarse de él y amarle “totalmente”, eventualidad que recién aparecerá en VI, momento en que puede alcanzarse el amor objetal, que es total y objetivo; es decir, se reconoce al otro como persona y se le ama íntegramente. Con su lógica implacable consideraba que IV era un avance respecto de III porque se *retenía* al objeto resguardándolo de su destrucción y pérdida. Abraham situó entre III y IV la barrera entre neurosis y psicosis; con coherencia, postuló que el cruce de ese linde implicaba el comienzo de las relaciones objetales propiamente dichas.

Otro avance importante en el desarrollo evolutivo es la llegada a V. Las características más sobresalientes de esta fase están señaladas en el cuadro sinóptico, en el que pueden observarse también que entidades clínicas tienen sus puntos de fijación en esta etapa.

En VI el sujeto se discrimina claramente de su objeto de amor. Esta presunta objetividad, punto máximo y final del desarrollo coincide con la posibilidad del acoplamiento sexual. En esos momentos culminantes acontece una confluencia y sinergia de varias vertientes: se está en presencia de un sujeto que ha alcanzado el estadio libidinal genital definitivo, es biológica y sexualmente maduro y adquirió, además, capacidad para desplegar un amor total, objetivo.⁶¹

* * * * *

Se ha hecho evidente a lo largo de este recorrido que la idea de la estructuración del aparato psíquico tal como quedó configurada con la segunda teoría identificatoria freudiana, fue sustituida por una idea de organización progresiva y madurativa del psiquismo. Por otra parte, los términos *parcial-total* adquirieron en Abraham sentidos propios y específicos, distintos a los que tenían en Freud; ellos fueron trasvasados a Klein, quien a su vez le otorgó otros tintes de su cuño. Se referían, por un lado, a la parte o al todo del cuerpo del objeto introyectado y, por otro, en el plano del amor, a la calidad de éste, o sea, al grado de discriminación y reconocimiento del objeto. El esquema implicaba un sistema valorativo, ya que al calificar de “inmaduros” ciertos caracteres permanentes de la pulsión, se convertía automáticamente en “arcaica” toda relación de objeto que evidenciara las propiedades estructurales de la misma. Abraham creía que la pulsión era domesticable; que la sexualidad tendría un comienzo “erróneo” pero terminaba doblegándose ante el principio de realidad. Al encajar uno en otro el circuito pulsional y el narcisístico no discriminó entre objeto de

amor y objeto pulsional. El modelo de inconsciente que Abraham hizo intervenir en todos estos procesos es el de reservorio de huellas de antiguas experiencias; el narcisismo fue visto como un defecto típico de la niñez que la evolución corregiría, si es que ésta marcha bien. La pérdida del objeto en la estructura –presente en Freud y subrayada por Lacan– que Abraham no tomó en cuenta, le llevó a privilegiar las pérdidas empíricas -duelos- y le condujo a una teoría del conocimiento que sustentaba la posibilidad de contactar adecuadamente con la realidad si se despejaban las fantasías que la enturbiaban; la llegada a VI otorgaría una buena percepción de la realidad.

En la **tercera columna** conectó el desarrollo evolutivo con la ambivalencia; la consideró un indicador más de la evolución psicosexual: su intensidad revelaba el nivel de maduración alcanzado; cuánto más etapas se atravesaban, menor era la ambivalencia. En otros términos, ella adquirió también un carácter genético-evolutivo. Abraham siempre se mostró interesado en las manifestaciones variadas del sadismo y la hostilidad; intuyó el papel importante que estos fenómenos tienen en la vida psíquica pero hizo de ellas una característica relativamente pasajera, que la evolución apaciguaba, como puede deducirse de la propuesta de un estado post-ambivalente en VI.⁶² Su proclividad a establecer jalones evolutivos le alejó de percibir el papel estructural de la agresividad. Como contrapartida tuvo el mérito de haber sido uno de los primeros en interesarse en los fenómenos precoces del sadismo oral, anal, devoración, canibalismo, y lo hizo, claro está, desde su óptica: colocándolos en la “base” del desarrollo psíquico. Es muy probable que estos tempranos aspectos de la vida pulsional hayan sido los que despertaron más la atención de Melanie Klein. Prueba de ello es la extraordinaria importancia que ella otorgó al sadismo en toda su obra. Sin embargo, también sostuvo diferencias importantes con Abraham; para ella no había una etapa preambivalente ni un periodo anobjetal.

La **cuarta columna** no aparece explícitamente en el cuadro que él presentó en *BEDL* –véase el esquema en páginas anteriores– pero está implícito en ese y otros textos, ya que su modelo del desarrollo evolutivo fue construido –según afirmó en el título de ese escrito– “a la luz de los trastornos mentales”. A través de esa columna se aprecia que construyó un esbozo de nosología psicoanalítica al relacionar las características de las etapas que describió con diferentes entidades clínicas. Ahí residen a la vez los aciertos e insuficiencias de su intento nosográfico. Entre los primeros, cabe señalar que primaban criterios psicoanalíticos y no los de la vieja y moderna usanza psiquiátrica: reunión de síntomas y signos. Entre los segundos, destacaba la rigidez “etapista”, la creación de compartimentos estancos y la ausencia de organización retroactiva de las fases. En conjunto podría afirmarse que estableció correspondencias forzadas, perdiendo de vista, por ejemplo, lo oral de las histerias o lo fálico del obsesivo, expresado en clave anal. La misma pauta nosográfica se extendió a las psicosis. Abraham tenía experiencia en tratamientos de esos pacientes y sabía de las importantes diferencias clínicas entre ellos y los neuróticos. En el plano teórico, la distinción que estableció entre ambas no remitía a mecanismos diferenciales que estructuran el aparato psíquico de manera diversa; la fundamentó, en cambio, en los puntos de fijación establecidos durante el desarrollo evolutivo y, por ende, en los niveles de regresión.⁶³ El desencadenamiento del brote psicótico ocurriría si la regresión temporal llegaba hasta la etapa sádico-anal temprana (III, en el esquema) o a la oral (I y II). Él sentó las bases del *continuum* psicosis-neurosis que se transmitió a través de Melanie Klein y, por su intermedio, a la mayoría de miembros de la escuela inglesa.

Cotejado con Freud, vemos que Abraham realizó una trasposición de conceptos: el término incorporación -que el vienés utilizaba para designar el destino del objeto en la melancolía- fue sustituido por la introyección. Por otra parte, el alemán deslizó el vocablo incorporación hacia el circuito pulsional oral, para postularle como fin de éste. Cabe decir respecto de este último desplazamiento que Freud hizo suya tal denominación para la referida meta pulsional: el vienés “incorporó” a Abraham (véase I, 2.2). Estos cambios no fueron meramente semánticos; han acarreado efectos en el plano conceptual. Así, el fenómeno incorporativo (literalmente: introducir en el cuerpo) propio de la función alimentaria, al ser trasladado al registro de la pulsión oral, indujo a errores, ya que el objeto de la pulsión no se incorpora; se contornea, se merodea, se roza para obtener la satisfacción, pero jamás se introduce a la manera de un comestible. Nada de ese orden

sucede con la pulsión y sólo en el terreno del fantasma podría hablarse –metafóricamente– de incorporación.

Este acortamiento de las distancias entre el cuerpo biológico y el erógeno llevó a Abraham a describir funciones eminentemente psíquicas por medio de procesos fisiológicos. La introyección fue asemejada a la alimentación: se engulle al objeto –total o parcialmente– se lo muerde y devora; la asimilación post-introyectiva del mismo fue concebida a la manera de los procesos metabólicos biológicos. La exoneración fecal era la reacción frente a un objeto que decepciona. Su pérdida fue asimilada a una expulsión anal, igual que la proyección. Esta concretización conceptual es particularmente evidente en Abraham respecto de sus consideraciones sobre el canibalismo. Recurrirá a las conductas gastronómicas de los depresivos cíclicos para una demostración empírico-pedagógica de dicho fenómeno. Por esa vía obstruyó el abordaje e interpretación simbólica del canibalismo que, esencialmente fantasmático para el psicoanálisis, se transformó en un fenómeno conductual. Las fantasías canibalísticas quedaron anudadas exclusivamente a la oralidad, impidiendo pensar que pueden también representar –en clave oral– una problemática fálica y/o anal.

2.6.3.2. Acuerdos y desavenencias de Klein con su maestro berlinés

Las ideas de Abraham recién comentadas eran muy conocidas por Klein; los escritos de ella, sobre todo los primeros, estuvieron impregnados en esas concepciones. Luego evidenció tener genio propio y desarrolló otras perspectivas innovadoras. Klein tomó de Abraham cierto intuitivismo y psicogenetismo, aunque con el correr de los años planteó –como ya se ha dicho– un modelo evolutivo original, diferente al de su maestro: el de las posiciones, término que apareció por primera vez en *Principios psicológicos del análisis infantil* (1926) y que desarrolló en *CPM-D* (1934) y *NAME* (1946).⁶⁴ Lo que pervivió de Abraham en la teoría kleiniana son algunos vocablos que ella tomó de su maestro, pero en muchos sentidos fue subvirtiendo las ideas de aquél. Para ella, los movimientos instintivos –tanto libidinales como agresivos– no se sucedían de forma tan encadenada como quería Abraham; lo oral, anal y fálico *coexistía* precozmente en la vida psíquica del niño. Llegó a postular una fase de máximo sadismo, ausente en Abraham, y finalmente anudó las tendencias sádicas con la pulsión de muerte, dúo al que se añadió la angustia, para conformar un triángulo conceptual solidario.

Algo que se mantuvo en sus artículos fue la manera abrahamiana de entender cierto *continuum* entre neurosis y psicosis. También hizo suyas las creaciones de su maestro sobre la relación parcial de objeto y aquello que se desprende de una relación con un objeto total, una vez superada la ambivalencia (VI, en el cuadro de *BEDL*). Klein reforzó la dicotomía parcial – total pero la aparición de este último no implicaba la desaparición de la ambivalencia. Las nociones asociadas a las dos etapas de la fase anal-sádica –la III, expulsiva y la IV, retentiva– postuladas en el esquema de *BEDL* (1924) quedaron incluidas y transformadas en la teoría de Klein; ellas fueron los antecedentes de su concepción acerca de los objetos parciales. En efecto, ya en *ETCE* (1928), Klein puso el acento en el cuerpo de la madre y en los impulsos del niño a apropiarse de sus contenidos. (Véase *supra*, 2.4.5.1; especialmente el tercer fragmento citado). Klein estrenó allí, probablemente sin pleno conocimiento, la que sería su doctrina sobre los objetos parciales. Esto puede apreciarse a través de la siguiente línea directriz: ella se refería a penes, pechos, heces, etc., (o sea, a objetos parciales), cuando estaba aludiendo a las etapas pregenitales; en cambio utilizaba la palabra padre o madre (objetos totales) cuando trataba acerca de la etapa genital.

Ya se dijo que la *depresión primaria* de Abraham puede considerarse un antecedente de la PD kleiniana, pero ella creó un contexto diferente al oponerse radicalmente a la anobjetalidad como punto de partida del desarrollo libidinal, planteando la existencia de relaciones de objeto desde el primer día de vida. Los textos del psicoanalista berlinés sobre la melancolía influyeron en Klein.

Otorgó a la pulsión de muerte –interpretada a su manera– un lugar importante en la arquitectura de su teoría, diferenciándose por esta vía de Abraham. En íntima relación con esta cuestión debe entenderse su hipótesis de un yo innato que desde el mismo momento del nacimiento deflexiona Tánatos hacia el exterior.⁶⁵ Lo mismo cabe decir del Edipo y del superyó precoces. Por otra parte, para Abraham, la oral I estaba libre de impulsos agresivos; no era esa la idea de Klein

En *EyG* (1957), Klein señaló coincidencias con Abraham respecto de la envidia, pero remarcó que mientras ella afirmaba que ese sentimiento se hacía presente desde el comienzo de la vida, según su maestro aparecía en periodos posteriores.

2.6.3.3. Sobre la pérdida del objeto en la melancolía. La introyección en la teoría de Abraham

El psicoanalista berlinés substituyó el término incorporación (o identificación narcisista) que Freud utilizaba para referirse a la pervivencia psíquica del objeto perdido en la melancolía, por el de introyección. Conviene subrayar este cambio porque gran parte de la literatura analítica actual habla de “*introyección del objeto perdido en la melancolía*”, como si se tratase de una idea freudiana cuando ha sido Abraham quien asoció ese mecanismo con dicha entidad clínica. Esta conexión entre ambas no fue sistemática en Freud; no se la encontrará, por ejemplo, en *Duelo y melancolía* (1915), su texto príncipe sobre estas cuestiones. Los alcances de esa inflexión abrahamista pueden apreciarse mejor si se tiene en cuenta que la introyección freudiana –ligada a rasgos parciales del objeto y paso previo, pero no obligado para una identificación– se vio substituida por la introyección de un *objeto totalizado*. Según Freud, la introyección posibilitaría renunciar o resignar al objeto⁶⁶; en cambio, para Abraham era la reacción ante la pérdida del mismo, con la consiguiente recreación de aquél en la psique. Por esta vía se fue gestando en la teoría del alemán la idea de un mundo interno que sería una duplicación del externo, idea que de cierta manera –aunque con algunos cambios–, halló resonancias en Klein. La introyección, fundamentalmente edípica en Freud, fue trasladada a los dominios del narcisismo por Abraham, para quien quedó íntimamente relacionada con la posterior tarea psíquica realizada sobre los objetos internalizados: lo que podría ser denominado proceso “digestivo” del objeto: introyección por devoración oral que finalmente acababa en la expulsión anal. Se aprecia que la introyección en Abraham abarcaba y subsumía el concepto de *interiorización*, entendido en su acepción más clásica: introducción del objeto y *del vínculo con él* existente en la psique (véase I, 2.3).

Otra articulación importante de la introyección en Abraham ha sido con el sadismo: cuanto más intenso este último, mayor era la destrucción del objeto en la fantasía y más veloz la evacuación consecutiva. Esto rebajaba las posibilidades de hacer propios los atributos del objeto mediante una identificación secundaria. Los estadios II y III (ver *supra*, 2.6.3.1.) constituyen los paradigmas de semejante desenlace; ellos contrastan ligeramente con lo que acontece en las dos etapas siguientes y, de forma radical, con lo observable en VI, donde tiene lugar según Abraham un irreprochable proceso introyectivo que supone una *completa asimilación del objeto perdido*, mediante su recuperación y reconstrucción en el psiquismo. La ausencia de ambivalencia y narcisismo en VI favorecería esta eventualidad. Los primeros escritos de Klein (1922-1932) remarcaron intensamente la presencia del sadismo en los niños, aspecto que se reflejaba en sus juegos; como ya se ha dicho, llegó incluso a postular una fase de sadismo máximo, idea que posteriormente se fue desvaneciendo.⁶⁷

* * * * *

Las siguientes puntualizaciones enuncian de manera sintética los usos y significados con que Abraham utilizó la introyección:

- Perdió el potencial diferenciador neurosis-psicosis que tuvo en Ferenczi-Freud. Conservó su significación etimológica: introducir, meter dentro.
- Adquirió el carácter de una respuesta a la pérdida de objeto, aspecto éste ausente tanto en el húngaro como en el vienés; estos últimos consideraban la presencia del objeto como condición necesaria para su realización. Abraham concibió el proceso evolutivo en términos de pérdida e introyección objetual consecutiva: duelo. La elaboración de los mismos pasó a ocupar el papel estructurante de lo psíquico que la identificación tenía en la teoría freudiana.
- El berlinés le adjudicó a este mecanismo una potente raíz oral, razón por la cual cualquier introyección, incluso las muy ulteriores, actualizaban el pasado infantil caníbal. Se generó por esta vía cierto orocentrismo en su teoría.

- Su concepto de introyección incluyó como otra de sus orlas semánticas la posterior tarea psíquica realizada sobre los objetos internalizados. Abraham generalizó para este aspecto el modelo que Freud había postulado para el destino del objeto perdido en la melancolía; describió más el proceso "digestivo" del objeto (introyección por devoración oral y expulsión anal consecutiva) que los posibles efectos estructurantes de tal introyección en el sujeto, sobre todo si acaba en identificación (Freud).
- La introyección en Abraham abarcaba y subsumía el concepto de *interiorización*, entendido en su acepción más clásica: introducción del objeto y del vínculo con él existente en la psique. Ésta deviene el escenario, ahora interiorizado, para la repetición de un antiguo modo de ligazón con el objeto.
- El autor de *BEDL* (1924) se ocupó especialmente del destino ulterior del objeto tras ser introyectado; estudió este aspecto a través del prisma de la ambivalencia y concluyó formulando una especie de escala invertida: cada disminución del sadismo se acompañaba de un aumento del amor objetal. Obsérvese nuevamente el esquema del desarrollo evolutivo presentado anteriormente: el sadismo disminuye en la dirección I → VI, mientras que el amor se incrementa por reducción de la ambivalencia.

El grado de sadismo constituía un factor clave para la introyección en Abraham: cuánto más elevado, mayor era la destrucción del objeto. Esto reducía las posibilidades de hacer propios los atributos del objeto. Los jalones II y III constituyeron los paradigmas de semejante desenlace, que contrastaban parcialmente con lo que acontecía en las dos etapas siguientes y de forma radical, con lo observable en VI. En esta última tenía lugar, según Abraham, un irreprochable proceso introyectivo que supone una *completa asimilación del objeto perdido*, mediante su recuperación y reconstrucción en el psiquismo. De ahí en más no había temor a una posible pérdida ni abandono, ya que al haberlo restituido de forma inmaculada en el interior, jamás se lo podrá perder. La ausencia de ambivalencia y narcisismo favorecería esta eventualidad.

Las introyecciones quedaron implícitamente asociadas de esta forma a un sistema valorativo: las habría "buenas" y "malas". Las primeras serían indicadoras de un buen arribo al punto culminante del desarrollo psicosexual; esto condicionaba favorablemente las introyecciones ulteriores y suponían una cierta inmunidad frente a las catástrofes psíquicas. Las "malas" no eran sino repeticiones de introyecciones fallidas en la temprana infancia.

Las fijaciones acontecidas favorecerían las regresiones pertinentes; ellas reactivarían modos relacionales típicos de los peldaños donde tuvieron lugar las experiencias traumáticas, con las consiguientes manifestaciones sintomáticas. Abraham diferenciaba formas arcaicas de introyección (periodos II, III, IV y V) de las más tardías; las primeras estarían teñidas de una gran ambivalencia, destructividad y narcisismo. Ellas hablan de antiguas pérdidas objetales, seguidas de introyecciones perturbadas por un sadismo mayor del conveniente. Abraham, sin decirlo explícitamente, creó en ese contexto, un círculo vicioso entre pérdida de objeto y sadismo que, mutuamente potenciado, infiltraba la vida psíquica.

Pero esta respuesta no hacía sino plantear nuevos interrogantes: ¿cuáles eran las causas de los primigenios fracasos introyectivos que condicionaban las repeticiones fallidas? Él atribuyó al sadismo exacerbado la responsabilidad de tal avatar, y fiel a su enfoque instintivista y endogenetista acabó subrayando los factores constitucionales y hereditarios que lo determinaban, los que a su vez propiciaban las posteriores fijaciones a etapas pregenitales.

Estos caracteres innatos de la vida pulsional acentuaban la habitual respuesta intolerante a las frustraciones, dándole un viso extremo, absoluto: odio potentísimo. Las inevitables decepciones posteriores –con o sin esta base constitucional– completaban la faena y, también, el haz causal explicativo. Un lugar central dentro de estas frustraciones lo ocupó el destete, que fue calificado de castración primaria –tomó este vocablo de Starcke–. El desprendimiento del pecho era capaz de generar una reacción desmedida de sadismo vengativo y contaminante de cualquier otro vínculo posterior. Conviene recordar que no en todos los niños el sadismo sobrepasaría los límites convenientes y que la marcha hacia VI podría continuar con una cierta normalidad.⁶⁸

En 2.6.2.2. se comentaron algunos trasvases conceptuales de Abraham a Klein; en los próximos capítulos –tercero a décimo– se tendrá la ocasión de apreciar cómo, cuándo y de qué manera ella instrumentó esta herencia y en qué momentos se diferenció de su maestro.

2.6.4. Ronald Fairbain (1889-1964): la posición esquizoide

Nació y vivió toda su vida en Edimburgo; este dato biográfico no es banal: su distancia de Londres redujo considerablemente su implicación en las convulsiones psicoanalíticas producidas tras la radicación de M. Klein a dicha ciudad. A la par, esta lejanía propició un escaso reconocimiento de su obra. Realizó estudios de teología, filosofía y medicina para, finalmente, dedicarse al psicoanálisis y las psicoterapias. Klein y Fairbain reconocieron haber tomado ideas del otro, aunque todo indica que fue mayor el ascendiente de la primera sobre el segundo. El escocés tomó en préstamo el concepto kleiniano de *posición* para desarrollar teóricamente lo que él denominó *posición esquizoide*. Klein hizo parcialmente suyas las ideas que expresaba su colega para incluirla, finalmente, en su posición esquizoparanoide, aparecida tardíamente en su obra, tal como lo reconoce en su escrito de 1946, en el que afirmó:

“El enfoque de Fairbain está hecho en gran medida desde el ángulo del desarrollo del yo en relación con los objetos, mientras que el mío ha sido hecho predominantemente desde el ángulo de las ansiedades y vicisitudes. Fairbain denomina a la fase más temprana “posición esquizoide” y afirma que ésta forma parte del desarrollo normal y constituye la base de la enfermedad esquizoide y esquizofrénica adulta. Estoy de acuerdo con ese concepto y considero su descripción de los fenómenos esquizoides del desarrollo muy importante y esclarecedora, y de gran valor para nuestra comprensión de la conducta esquizoide y de la esquizofrenia. También considero que el punto de vista de Fairbain de que el grupo de perturbaciones esquizoides y esquizofrénicas es mucho más amplio de lo que se ha creído es correcto e importante, y que el énfasis particular que pone sobre la intrínseca relación entre histeria y esquizofrenia merece suma atención.

Su denominación ‘posición esquizoide’ parece adecuada, si se entiende que abarca tanto el temor persecutorio como los mecanismos esquizoides.

Estoy en desacuerdo, para mencionar los puntos básicos, con su revisión de la teoría de la estructura mental y de los instintos.

También estoy en desacuerdo con su concepto de que en un comienzo sólo se internaliza el objeto malo, concepto que creo contribuye a la importante diferencia que existe entre nosotros con respecto al desarrollo de las relaciones de objeto y al desarrollo del yo. Yo por mi parte, sostengo que el pecho bueno introyectado forma una parte vital del yo, ejerce desde un comienzo una influencia fundamental en el proceso del desarrollo del yo y afecta tanto a la estructura yoica como las relaciones de objeto. Disiento también con su concepto de que ‘el mayor problema del esquizoide es como amar sin destruir su amor, mientras que el mayor problema del depresivo es cómo amar sin destruir su odio’.⁶⁹ Esta conclusión está de acuerdo no sólo con su rechazo del concepto de instintos primarios, sino también con su subestimación del papel que desempeñan la agresión y el odio desde el principio de la vida. Como resultado de este enfoque no da suficiente importancia a la ansiedad y conflictos tempranos y a sus efectos dinámicos sobre el desarrollo.” [NAME (1946), OCKPA, vol. 3, pp. 255-256).

Klein expuso claramente en este párrafo sus coincidencias y divergencias con Fairbain. Desde la otra ribera, el psicoanalista escocés le criticó a ella su perspectiva endogenética o endopsíquica. Fairbain enjuiciaba que la madre mala kleiniana fuera una consecuencia del sadismo intenso del niño, sea por un trastorno del desarrollo evolutivo sea por un *quantum* congénito elevado de su pulsión de muerte. Él consideraba que la maldad materna se debía a una falencia de ella; es decir: no haber prestado una adecuada atención al infante. Se trataba para él de una carencia del objeto primario. Estas ideas, aunque elementalmente reseñadas, muestran una perspectiva bien diferente: hay un vínculo intersubjetivo en acción. Fairbain construyó una teoría basada en las relaciones objetales muy original, que ha fundamentado a muchos adeptos del llamado psicoanálisis relacional; su obra encontró también eco entre los teóricos del apego y en la corriente conocida como Psicología del yo. Una de sus tesis más fuertes fue la de afirmar que la libido no buscaba la descarga sino al objeto. Fue uno de los primeros analistas en criticar las concepciones energetistas en psicoanálisis; también la concepción de la psique basada en impulsos y defensas; para él, la mente operaba en el seno de configuraciones relacionales con los objetos y de los objetos con el *self*. Criticó indirectamente la concepción de la identificación proyectiva kleiniana porque ella daba cuenta de un niño que trataba de desembarazarse de una maldad propia –muchas veces concebida como innata– para arrojarla sobre los otros; la madre

en primer lugar. Tampoco aceptó la teoría kleiniana sobre la fantasía inconsciente ni su noción de mundo interno. El escocés decía que ese modelo propiciaba la existencia de dos mundos para acabar dando preeminencia a lo interno sobre lo externo y relacional.

2.6.5. Ernest Jones entre los Freud (Sigmund, Anna) y Melanie Klein

Tras el fallecimiento de Abraham, Klein se quedó un tanto aislada en Berlín y sin el sostén que le brindaba su maestro. Por otra parte, ella no gozaba de mucho aprecio entre los analistas locales, a excepción de Alix Strachey, que vivió allí temporalmente. Menos aún lo tenía entre los colegas que atendían niños, que estaban enrolados mayoritariamente en la perspectiva de un análisis pedagógico, orientación patrocinada por Anna Freud. Invitada por Jones a dictar conferencias, viaja en 1925 a Londres, lugar en que se radicará al año siguiente. Al principio, sus ideas tuvieron buena recepción entre los analistas de esa ciudad, pero luego las posturas se fueron enconando y alcanzar uno de sus puntos culminantes en 1927, a raíz de las ponencias de ella y de Anna Freud en el Simposio de psicoanálisis infantil. Las discrepancias se acentuaron más aún a partir de su artículo *CPM-D* (1934), que fue comentado *supra*, en 2.4.5.3. Con la llegada de los Freud, en 1938, tras el la anexión alemana de Austria, aumentaron también las suspicacias. Glover, que también se había analizado con Abraham y tenía en análisis a la hija de Klein –Melitta Schimideberg– criticó violentamente a Klein llegando a sostener, incluso, que sus ideas traspasaban las fronteras de lo que era el psicoanálisis.

Las diferencias teóricas y clínicas con Anna Freud eran, sin duda, muy grandes, algunas de fondo y otras formales. No sería disparatado pensar que las discrepancias reales fueron exacerbadas e instrumentadas políticamente dentro del movimiento psicoanalítico y en la Sociedad Británica de Psicoanálisis (SBP).

A continuación se expondrán las divergencias principales por medio de puntualizaciones, procedimiento usado con frecuencia a lo largo de esta tesis y que, para la ocasión, adquirirá la forma de pares antitéticos. En cada puntualización aparecerá, primero, la posición de Klein y, luego, en cursiva, la de Anna Freud.

- Surgimiento la de transferencia desde el inicio del análisis. *En los niños no se establecería la transferencia.*
- Psicoanálisis en sentido estricto. *Psicoanálisis con tendencia educativa para reforzar al superyó, siguiendo la línea propuesta inicialmente por Hermine von Hug-Helmuth.*
- Prestó especial atención al mundo interno del niño y a la naturaleza de las figuras transferidas al analista. *En tanto el niño estaba todavía muy ligado a sus padres, no podía producirse la reedición transferencial porque “la antigua edición todavía no se había agotado”.*
- Existencia de transferencia negativa que debía interpretarse como forma de acceso al inconsciente del infante; si se insiste en que siempre haya transferencia positiva el niño volcará sus sentimientos hostiles en sus padres u otras personas del entorno y el superyó persecutorio quedará sin analizar. *Evitación de la transferencia negativa; el trabajo con niños sólo podría realizarse en un contexto de transferencia positiva.*
- Los niños carecerían de conciencia de enfermedad a la manera de los adultos, pero serían conscientes de la necesidad de ayuda. *El niño llega al análisis sin conciencia de enfermedad.*
- El análisis se dirige al inconsciente del niño. *Se dirige al yo.*
- Equiparación entre juego y asociación libre. *No existiría asociación libre en el niño.*
- Klein no temía la irrupción de lo pulsional del niño en el análisis. *Pensaba que esa irrupción era peligrosa.*
- Superyó y Edipo tempranos. *Superyó heredero del complejo de Edipo.*
- Superyó persecutorio, constituido por introyecciones de imagos parentales distorsionadas. *Superyó que oscila entre ser una organización interna de la psique y tener apoyo en los objetos reales externos (padres); énfasis en el superyó benévolo.*

- El superyó cruel –que nada tiene que ver con los padres reales– es un factor *causal* importantísimo de la neurosis del niño. *Un superyó severo en el niño sería una consecuencia de la neurosis, no su causa; el superyó depende del mundo exterior; cambia de acuerdo a las relaciones con los padres.*
- Los cambios de actitud de los padres no incidirían en los síntomas del niño, que serían refractarios a toda influencia externa. *Una modificación en la actitud de los padres puede transformar los síntomas del niño.*
- Las defensas se instrumentaban desde el inicio contra la angustia. *Los mecanismos de defensa eran instrumentados por una parte inconsciente del yo; no eran conscientes ni sólo resistenciales. Pero el carácter inconsciente de la defensa se diluyó y propendió a reforzar al yo; esta tendencia le valió ser considerada una analista del yo, en sintonía con la escuela americana del mismo nombre, con la cual mantuvo vínculos después de la guerra mundial (Véase II, 10.3).*
- Todo niño sería analizable. *Proponía estudiar la situación de cada niño para ver si el análisis era viable.*

Ambas defendieron sus ideas con gran firmeza e intransigencia, al punto tal que John Bowlby sostuvo que ellas eran tal para cual: “obstinadas y negadas a abrir sus mentes a ideas ajenas. [...] Ana Freud era devota de San Sigmund y Klein lo era de Santa Melanie”⁷⁰

Jones (1879-1958), valedor y defensor de Klein ante Sigmund Freud, trató de mediar *oficiosamente* en el conflicto entre las dos psicoanalistas cuyas posiciones fueron casi siempre antagónicas. Sus esfuerzos contemporizadores y sus negociaciones tuvieron poco éxito. En realidad la actitud de Jones fue algo más ambigua: evitó criticar de manera *directa* a Anna Freud aunque se sabe que elogiaba los resultados positivos obtenidos por Klein en el análisis de niños, idea ampliamente difundida en la Sociedad Británica de Psicoanálisis (SBP) y que Jones hizo saber a Sigmund Freud. Asimismo, el biógrafo de Freud alentó a Melanie para que se enfrentase abiertamente con Anna sobre las cuestiones que hacían a la práctica analítica con niños.

Ernest Jones fue fundador de la SBP en 1919 y al año siguiente creó el *International Journal of Psycho-Analysis*. En 1922 –en ocasión del Congreso de la I.P.A. realizado en Berlín– inició un debate sobre la sexualidad femenina. En 1926 ayudó activamente en la radicación de Klein en Londres con lo que dio un gran empuje al psicoanálisis con niños en Gran Bretaña, cuestión que no dejó de provocar escozor en Anna Freud y su padre. Tal vez para Freud, Jones fue un hombre indispensable, por sus excelencias como negociador y por su capacidad resolutive en la gestión de los asuntos políticos del movimiento psicoanalítico. La intensa correspondencia que mantuvieron entre ambos fue recopilada en un grueso volumen de más de novecientas páginas. [Existe versión castellana de editorial Síntesis, Madrid, 2001]. Fue también organizador de la I.P.A., de la que llegó a ser su presidente. Se solía presentar ante el vienés como Thomas Henry Huxley ante Charles Darwin: el primer discípulo de la doctrina freudiana en suelo inglés.

Los principales temas psicoanalíticos que abordó fueron: el simbolismo, la sexualidad femenina, la superstición –que le permitió conocer los modos más arcaicos de funcionamiento de la mente– y un estudio sobre el carácter anal; a él se debió la introducción en psicoanálisis del concepto de afánisis: desaparición, en ambos sexos, del deseo sexual.⁷¹

H. Segal, en su libro *Melanie Klein* (Londres, 1979)⁷², comentó que incluso antes de la llegada de Klein a Londres ya habían surgido diferencias con Viena: Jones dudaba de la existencia de una fase fálica y, al igual que Klein, consideraba que la estructura de la misma era defensiva. Discrepaba de la opinión freudiana acerca del carácter central y único del temor a la castración, sería la fuente, el origen, de todos los otros miedos. Por el contrario, Jones estaba firmemente convencido de la existencia de una ansiedad más básica a la que en cierto modo pensó en denominar “pulsión de miedo”. Según él habría un temor a perder toda fuente de gratificación libidinal –miedo a la afánisis– y que el temor a la castración era tan sólo la forma concreta de una idea más amplia y básica: la afánisis. Por otra parte, pensaba que los colegas de Viena no prestaban importancia a la problemática de la agresión.

En un intento de apaciguar las tempestades ocasionadas por el aumento de las discrepancias entre Londres y Viena, Jones organizó un ciclo de intercambio con la sociedad psicoanalítica vienesa que permitiera debatir las diferencias y acercar, si fuera posible, las posiciones confrontadas. Fue él quien primero presentó en la ciudad de Freud, en 1935, una ponencia sobre la *Sexualidad femenina temprana*; en ella sostuvo que la angustia más profunda de la niña se debía al temor a un ataque contra el interior de su cuerpo por parte de una madre mala, que la conduciría a una afánisis completa. Jones incluyó en esa alocución algunas ideas de M. Klein. Al año siguiente se discutió la ponencia presentada por J. Rivière, que trataba sobre la génesis del conflicto psíquico en la primera infancia; en ella seguía los postulados de Klein acerca de los estados maníaco-depresivos tal como fueron planteados en *PEM-D* (1934). Esta conferencia fue la respuesta a una anterior, de R. Wälder, que tuvo lugar en Londres. Una versión sintética del propio Jones sobre las controversias y el clima psicoanalítico londinense pre y post segunda guerra mundial puede leerse en su introducción a *Contribuciones al Psicoanálisis*, recopilación de artículos de la autora escritos entre 1921 y 1945. Lo que allí escribió estuvo parcialmente liberado de los equilibrios que hizo en vida de Freud.

Los trasvases conceptuales del pensamiento de Jones a la teoría de Klein han sido sobre algunos aspectos menores, salvo en la cuestión del simbolismo. Sin embargo podría hablarse de un "efecto Jones" sobre la obra de ella, que consistió en los siguientes impactos:

- Ernest Jones otorgó a la doctrina kleiniana una mayor pendiente hacia el psicogenetismo, incrementándola en varios grados respecto de los que ya poseía por propio cuño de la autora. Colaboró entonces para la conversión de esta teoría en una *psicología del desarrollo*. La perspectiva "evolutiva" así acentuada se transmitió a todos aquellos que buscaron abrevaderos en las fuentes psicoanalíticas londinenses. Esta inclinación puede detectarse en la mayoría de los trabajos de inspiración kleiniana, tanto en los de aquella época como en los actuales.
- El biógrafo de Freud postuló una teoría del simbolismo que sirvió de punto de partida para el pensamiento de M. Klein sobre este tema. Ella reconoció explícitamente haberse inspirado para estas cuestiones en un texto de él y en otro de Ferenczi, cuyas ideas fundamentales serán expuestas de manera resumida en II, 6.4. Ambos marcaron las primeras ideas que, sobre este tema, elaboró Klein. Más tarde, en K_2 , ella introdujo cambios importantes respecto al panorama dibujado por el inglés y el húngaro sobre esta cuestión.
- Jones, a la manera del bifronte Jano (o del pirómano bombero), espoleó por una parte a Melanie para que se enfrentase con Anna, mientras que por otro lado intentaba conciliar las posturas de ambas. Para mayor precisión: su talante le inclinaba hacia las posiciones contestatarias de la primera mientras que su olfato político le llevaba a inquietarse por las crecientes divergencias entre Londres y Viena. Como telón de fondo estaba el no querer malquistarse con el fundador del psicoanálisis quien, en sucesivas cartas le describió abiertamente su malestar por estos asuntos, además de su posicionamiento en favor de su hija.
- Un efecto colateral del intento de Jones de amalgamar las posiciones de Anna y Melanie fue favorecer que la clínica psicoanalítica se centrara en el denominado "análisis de las defensas". Esta actitud técnica fundada en un modelo estratigráfico de aparato psíquico, generó la exigencia de hacer declinar los mecanismos de defensa como precondition para que el inconsciente pueda desvelarse. Se difundió así el imperativo técnico de "trabajar las defensas".

La mayor inclinación hacia psicogenético que Jones le imprimió a la doctrina kleiniana fue facilitada por el anclaje de ésta en la obra de Abraham. Buena parte de las tesis de Klein (en especial las que configuran su concepción sobre el desarrollo psicosexual) tuvieron su raigambre en el evolucionismo madurativo abrahámico comentado en páginas anteriores. Ya se mencionaron también algunas diferencias entre Klein y el psicoanalista berlinés, a partir del establecimiento del concepto de posición, que no puede ser entendido como una simple sucesión de etapas cronológicas, en las que una supera a la otra, tal como lo pensaba Abraham. Las posiciones persisten a lo largo de toda la vida pueden volver a instaurarse, de mediar ciertos factores predisponentes y condicionantes.

La teoría de las posiciones abrió las puertas a una cierta perspectiva estructural en su pensamiento, que estuvo en constante competencia con la ya señalada óptica evolutiva. Si bien es

cierto que en su obra el segundo enfoque primó sobre el primero, cabe decir que este último fue tenazmente relegado en la trasmisión de su enseñanza, motivo por el cual su teoría se difundió como una especie de *psicología evolutiva*. El concepto de *posición* en Klein no era sinónimo de estadio, etapa o fase que utilizaron otros analistas; tampoco tenía que ver con el de estructura, empleado por Lacan. Klein se refirió a posiciones masculina, femenina, libidinal, paranoide, oral y otras, queriendo designar con ese término a un conjunto de ansiedades y defensas, que tenían un carácter móvil y desafiaban la cronología establecida por los adeptos a la sucesión estricta de estadios o de fases.⁷³ Las posiciones abandonadas podían restablecerse ulteriormente, bajo condiciones determinadas.

Los términos *desarrollo* y *evolución* están muy presentes en sus artículos y hablan de la influencia del pensamiento “embriológico” de Karl Abraham: se trata del despliegue de algo programado previamente. Es probable que su trabajo con niños haya sido otro elemento decisivo que la llevó a imprimir ese sesgo evolutivo a su obra; aunque quizá no menos importante fue la ausencia de una concepción de la temporalidad psicoanalítica que fuera significando retroactivamente el pasado. Este conjunto de factores indujo la falsa creencia de que ella describía lo directamente observable en los infantes, cuando básicamente estaba revelando el *mundo interno*, inconsciente, instintual y fantasmático de los niños.

2.6.6. Víctor Tausk: la identificación proyectiva innominada

Tausk, en su célebre artículo *Sobre el origen del “aparato de influencia” en la esquizofrenia* (1919), relacionó la identificación con la proyección en el análisis de varios casos de psicosis.⁷⁴ No se trataba de una yuxtaposición ni de una simple sucesión en el empleo de dichos mecanismos psíquicos por parte de los pacientes sino de una verdadera combinación sinérgica de ambos, que se acercaba muchísimo a las descripciones que, sobre la identificación proyectiva, hizo posteriormente M. Klein. Puede decirse que en este texto Tausk describió taxativamente la identificación proyectiva pero no le puso nombre. La genealogía de este concepto ilustra a las claras lo afirmado en I.G.4.5. e I.G.4.6., sobre el surgimiento de ideas originales en el campo psicoanalítico: casi nunca aparecen de la nada sino por el agregado de ideas sorprendentes –que dan nuevas formas o giros copernicanos a lo ya conocido–. Es bastante probable que Tausk haya leído los textos de Ferenczi sobre el simbolismo citados anteriormente y que M. Klein conociera el artículo sobre el aparato de influencia. En todo caso conviene citar algunos párrafos de Tausk que permiten sostener la existencia de la identificación proyectiva innominada en ese escrito suyo. Se trata de una muchacha que fue internada en una clínica después de una disputa con su novio.

“La señorita *Emma A.* se sentía influida por su amado de manera singular; sostenía que sus ojos no estaban ya bien colocados en su cabeza sino que estaban completamente torcidos y fuera de su lugar, y esto lo atribuía al hecho de que su amado era una mala persona, solapada, que torcía ojos.⁷⁵ Un día en la iglesia sintió súbitamente una sacudida, como si la hubiesen transformado, lo cual tenía su causa en el hecho de que su amado fingía ser otro y que a ella la había arruinado ya y la había vuelto tan mala como él.

Esta enferma no se siente simplemente perseguida e influida por un enemigo; su caso es el de ser influida por *identificación* con el perseguidor. [...] La identificación es aparentemente una tentativa de proyectar las sensaciones de cambio, en el mundo exterior. Constituye un puente entre las sensaciones de un cambio de la personalidad sin causa externa y la atribución de estos cambios al poder de una persona exterior, una especie de intermediario entre la sensación de un propio extrañamiento y la alucinación de referencia.” (p. 495). Las cursivas son del autor.

En síntesis: en su delirio, él le ha torcido los ojos; ella tiene ahora los ojos torcidos, esos ya no eran más sus ojos; ella ve el mundo con otros ojos. En páginas posteriores Tausk aportó otro testimonio clínico:

“La paciente es la señorita *Natalija A.* de 31 años, en otros tiempos, estudiante de filosofía. [...] Declara que durante seis años y medio estuvo bajo la influencia de una máquina eléctrica fabricada en Berlín, aunque el uso de esta máquina estaba prohibida por la policía. Tiene la forma de un cuerpo humano, realmente la forma de la paciente, aunque no en todos sus detalles. Su madre así como sus amigos y amigas están bajo la influencia de esta máquina o de máquinas similares. [...] El hecho principal respecto a la máquina es que en cierto modo es manipulada por alguien y que cualquier cosa que le ocurra a la máquina le sucede también a ella. Cuando

alguien golpea a la máquina ella siente el golpe en la parte correspondiente de su propio cuerpo. [...] La parte interna de la máquina consiste en baterías eléctricas que supone representan los órganos internos del cuerpo humano. Los malhechores que manejan la máquina producen una sustancia viscosa en su nariz, olores desagradables, sueños, pensamientos, sentimientos, y la molestan mientras ella está pensando, leyendo o escribiendo. En una etapa anterior, se produjeron en ella sensaciones sexuales a través de manipulaciones en los genitales de la máquina; pero ahora la máquina ya no posee genitales aunque ella no puede decir cómo y cuándo desaparecieron. Desde que la máquina perdió sus genitales, la paciente cesó de experimentar sensaciones sexuales.”

Después de agregar más elementos descriptivos sobre quien manejaba el aparato, y los efectos sobre ella, Tausk concluyó que la máquina “no solo representa los genitales de la paciente, sino, evidentemente, su persona total.” Los movimientos psíquicos que describió implicaban por un lado la proyección de su cuerpo en el mundo exterior, pero, por otro, ella seguía manteniendo una identificación con lo proyectado. El autor extendió esa idea al desarrollo del yo infantil: todo niño vive al comienzo de su vida las diferentes partes de su cuerpo como si estuvieran dispersas y le fueran ajenas; más tarde estos fragmentos se integran formando una totalidad unificada. Proyecta en sus objetos partes del propio cuerpo y mantiene una identificación con los mismos.

Salvando todas las distancias y los contextos teóricos diferentes, estas descripciones no sólo se acercan a la identificación proyectiva de Klein sino que muestran, también, un punto de contacto con aquellas elaboraciones de Lacan en que describe la instauración retroactiva de la vivencia de fragmentación corporal, tras el pasaje por el estadio del espejo. Pero mientras para Tausk –y Klein– se trataba de una secuencia evolutiva –pasaje a un momento posterior del desarrollo infantil–, para el psicoanalista francés era un efecto *après-coup*: la experiencia especular, que otorga una imagen corporal unitaria genera la vivencia retroactiva de cuerpo despedazado. Por otra parte, la presencia de las ideas de Ferenczi y Jones sobre el simbolismo es también evidente en este escrito del psicoanalista austríaco.

2.7. Sinopsis del capítulo

Una de las características más significativas de la teoría identificatoria kleiniana (TIK) fue la de haber sido construida a partir de la experiencia clínica con niños. Para dicha práctica ella inventó y aplicó la técnica del juego en las sesiones. A partir de sus observaciones en ese ámbito Klein comenzó a elaborar sus hipótesis psicoanalíticas sobre la organización temprana de la mente infantil y sobre las fases del desarrollo evolutivo de la psique. Por vocación y decisión empleó todas sus energías en la investigación del surgimiento de lo psíquico en el recién nacido humano. Lo que para Freud y Lacan fueron hipótesis deducidas de prácticas clínicas centradas en adultos, para Klein se trató de un interjuego muy estrecho entre la clínica con niños y la elaboración teórica de esa experiencia. Este punto de partida marcó desde el principio unas tendencias muy definidas en la producción de esta psicoanalista

En su teoría sobre el surgimiento de lo psíquico en el niño ha jugado un rol muy importante, pero no exclusivo, la identificación y la alternancia de los mecanismos proyectivos e introyectivos –tal como las empleó desde el comienzo al final de su obra. A ellos deben sumarse las funciones estructurantes de lo psíquico otorgadas a las posiciones depresiva y esquizoparanoide, surgidas en 1934 y 1946, respectivamente. Como cuarto componente estaría la identificación proyectiva (I.P.) e introyectiva (I.I.), surgidas en K₃. Así pues, siempre que se mencione la abreviatura TIK ésta deberá ser conectada con el cuaternario conformado por: a) la identificación; b) la asociación proyección -introyección; c) las posiciones y d) la I.P e I.I. Las cuatro intervienen significativamente según Klein en la estructuración del aparato psíquico del niño durante sus primeros años de vida. En su teoría, los términos *desarrollo psíquico* o *desarrollo evolutivo* –también *formación del mundo interno*– equivaldrían aproximadamente a aquello que Freud aludía con los términos de *organización del aparato psíquico*. Su correspondiente en la teoría lacaniana sería: *estructuración subjetiva*.

El capítulo siguió con un apartado dedicado a reseñar los fundamentos empíricos y conceptuales que dieron sostén a la TIK. Para el estudio de esta última se aplicó la misma la temporalización –K₁, K₂ y K₃– que se postuló en el capítulo anterior para el conjunto de su obra. Adoptarla igualmente en este contexto más restringido –el de la TIK– tenía la virtud de contemplar tanto el aspecto identificatorio

como el posicional. Lo concernido por los mecanismos de proyección e introyección que ella venía utilizando profusamente desde 1919 con significados propios y originales, fueron incorporados, en 1946 y 1952, a los conceptos de I.P. e I.I., respectivamente. A partir de entonces comenzó a utilizarlos de manera apareada asociando la proyección a la I.P. y la introyección con la I.I. Lo cierto es que estos cuatro mecanismos fueron considerados por ella no sólo constituyentes de lo psíquico sino también modos permanentes y vitalicios del funcionamiento mental.

En K_1 y K_2 la palabra identificación se encontraba especialmente en aquellos escritos en que se refirió a la formación del superyó y del yo. Las funciones estructurantes que Freud había otorgado a la identificación a partir de 1920 (teoría estructural) aparecían en la obra kleiniana subsumidas por el vaivén proyectivo - introyectivo entre el yo y los objetos externos. Esos movimientos alternantes eran generadores de psique puesto que constituían a los objetos internos. Su teoría del desarrollo evolutivo se basó y desplegó dentro de esa perspectiva: la circulación de materia psíquica entre el yo y los objetos – siempre mediada por fantasías–, dejaba como resto la presencia de objetos internos. Durante K_1 (1919 - 1936) adoptó el esquema de Abraham sobre el desarrollo de la libido, basado en las predominancias sucesivas de las zonas erógenas; pero luego abandonó ese esquema por considerar que había más simultaneidad que sucesión en el funcionamiento de lo oral, anal y genital.

El seguimiento paso a paso de su obra puso de manifiesto que en K_2 (1934–1946) Klein fue preparando el lecho conceptual que le permitió introducir, al final de esa etapa, la posición esquizoparanoide (PEP) y la identificación proyectiva (I.P.). Una lectura retroactiva de su obra a partir de *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [NAME (1946)] permitió apreciar que, sin referirse explícitamente a la I.P., utilizaba el término *proyección* con varios de los sentidos que luego adquirió esa modalidad identificatoria. En realidad hubo un trasvase de la una a la otra más la inclusión de algunas innovaciones: la I.P. devino simultáneamente una relación de objeto agresiva y un mecanismo de defensa. En todo caso, la asociación de la I.P. con el concepto de posición esquizoparanoide constituyó un impulso renovador de su teoría que se extendió, primero, a buena parte de sus colegas más cercanos y, después, a los de varios continentes, que encontraron en esa combinatoria la materia prima para nuevas elaboraciones. Supuso también un cambio de dirección importante en su teoría sobre el desarrollo evolutivo. El viraje se inició en 1934 con la introducción de la posición depresiva (PD) –y la ya comentada ruptura con las concepciones de Abraham y Freud sobre la evolución libidinal– y se completó en 1946 con las novaciones recién comentadas. La teoría de las posiciones añadió matices estructurales en su pensamiento, que estuvieron en constante competencia con la perspectiva evolutiva, que fue la más difundida de su enseñanza. El concepto de *posición* en Klein no era sinónimo de estadio, etapa o fase que utilizaron otros analistas (Abraham, entre ellos y los que siguieron sus lineamientos); tampoco tenía que ver con el de estructura, empleado por Lacan. Ella se refirió a posiciones masculina, femenina, libidinal, paranoide, oral y otras, queriendo designar con ese término a un conjunto de ansiedades y defensas, que tenían un carácter móvil y desafiaban la cronología establecida por los adeptos a la sucesión estricta de estadios o de fases. Las posiciones abandonadas podían restablecerse ulteriormente, bajo condiciones determinadas.

Una vez introducida la PEP, la PD y la identificación proyectiva –pieza clave de su teoría– la identificación introyectiva fue ganando espacio, pero jamás alcanzó el fulgor ni la trascendencia de la primera. Su presencia era imprescindible para equilibrar la TIK: lo proyectado por el yo necesitaba una vía de retorno, a riesgo del vaciamiento de dicha instancia. Los procedimientos identificatorios kleinianos eran impensables en K_3 sin un funcionamiento sinérgico de la I.P. y la I.I. Pese a ello, en la buena parte de sus textos inmediatamente posteriores a 1946 siguió poniendo el acento sobre la agresividad y el sadismo del niño, privilegiando la proyección y la identificación proyectiva, manifestaciones ambas de la pulsión de muerte. Por esta razón, el papel de Eros y de la introyección/identificación introyectiva, quedaban con frecuencia eclipsados. Esta tendencia se vio contrarrestada a partir de los textos canónicos de 1952: *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante* y *Observando las conductas del bebé*; éstos y los siguientes artículos ya no exigían tanto al lector el esfuerzo casi continuo de hacer presente un instinto de vida mayormente implícito en sus escritos. La identificación introyectiva descrita en 1946 y nominada recién en 1952 fue concebida como un mecanismo que instalaba un objeto bueno (total, no despedazado) en el corazón del yo, para favorecer su integración. También se le atribuyó funciones en la formación del superyó.

Tras estas observaciones iniciales sobre la I.P, la I.I. y las posiciones, se pasó revista a los principales artículos de K₁ + K₂ (1919-1946) para investigar el uso del concepto de identificación durante ese largo período. Las conclusiones fueron las siguientes:

- Las identificaciones en Klein no fueron concebidas como tipificantes de la identidad sexual psicológica porque el niño y la niña nacerían con ella, en coincidencia con el sexo biológico.
- Las identificaciones eran indisolubles del resto de factores que Klein hizo participar en la trama de su Edipo temprano.
- La identificación del varón con la madre se producía para obtener sus posesiones (contenidos del vientre).
- Las identificaciones tendrían lugar tras la introyección de imagos sádicas.
- El sadismo era, según ella, dinamizante de la vida psíquica. Factor clave para entender el pensamiento kleiniano en general y el de la TIK, en particular.
- La identificación como condición del amor.
- Identificaciones entendidas como colocarse en lugar del otro: identificaciones simpáticas (o empáticas).
- El interjuego de proyecciones e introyecciones -más que la identificación- aparecía claramente como lo que estructuraba el psiquismo. Era también generadora de relaciones de objeto.
- No quedó bien especificada la diferencia entre la identificación y la introyección.
- En la identificación confluían diversas categorías conceptuales: proyección, introyección, instintivismo, constitucionalismo, sadismo, superyó temprano y Edipo precoz.
- Las identificaciones con la madre no estaban basadas sólo en el amor; aparecían también asociadas al sadismo y al odio. Tenían por objetivo procurarse las posesiones corporales de la madre.
- La identificación fue pensada como un movimiento de asemejarse al otro sin que el otro interviniese como dador de rasgos psíquicos.
- Identificaciones superyoicas estratificadas; mejor o peor conjuntadas, según la naturaleza de las mismas y según la capacidad de síntesis del yo.
- Distinción entre identificaciones transitivas y reflexivas; en las primeras se reconoce como iguales o idénticas (recuérdese la raíz *idem* del vocablo identificación) entre sí a dos cosas; en las segundas habría una homologación o semejanza de uno con otro o de otro con uno mismo; en estas últimas intervendrían los mecanismos de introyección y proyección. Cuando el niño reconoce a la madre como objeto total, bueno y semejante a sí mismo –desde la instauración de la PD–, y se identifica con ella, se tratará de una modalidad reflexiva. Las identificaciones reflexivas pueden ser por proyección –que permiten al yo colocarse en lugar del otro –, y por introyección: el otro es colocado en uno.
- No refiere explícitamente el carácter inconsciente de la identificación.
- Identificaciones estratificadas según la época y los momentos de su consumación; la mente está organizada estratigráficamente: lo más arcaico aparece como lo más profundo y como lo más determinante de la patología psíquica.

A renglón seguido se prestó atención a la identificación proyectiva (I.P.) e introyectiva (I.I.). La primera fue descrita como poseyendo todas las características de una *proyección identificante*; es decir: una identificación centrífuga, que se dirige desde el yo al objeto; la proyección que le es consustancial coloca en el objeto partes del yo. Lo proyectado sobre (o dentro) del objeto se mantiene en continuidad con el yo, razón por la cual la I.P. asumía una triple función: era a la vez una identificación, una relación narcisista de objeto y el prototipo de toda actitud agresiva dirigida hacia el exterior. Al reunir en la identificación proyectiva dos términos que casi siempre aparecieron disjuntos en Freud – identificación y proyección–, Klein concluyó una serie de inflexiones sobre varios conceptos del vienés, que fueron puntualizadas con precisión en el apartado 2.5.1. del texto.

Sobre la identificación introyectiva se afirmó que tanto por su aspecto direccional –el dirigirse desde los objetos hacia el yo–, como por su carácter estructurante de lo psíquico, era más próxima a las

ideas predominantes en las teorías identificatorias freudiana y lacaniana. En efecto, la I.I. fue descrita como centrípeta, modeladora del yo innato e instituyente de instancias del aparato psíquico. Existirían, por lo tanto, puntos de contacto entre la identificación introyectiva, la secundaria edípica de Freud y las identificaciones simbólicas de Lacan. Los tres autores, cada uno desde su perspectiva, consideraban que las identificaciones recién nombradas eran tributarias de mecanismos introyectivos. Sin embargo, la diferencias entre ellos se hace perceptible en una cuestión clave: las características del objeto que se introyecta: la identificación introyectiva se consume con un objeto *total*; no sucede así en las secundarias edípicas de Freud, que son a un rasgo o detalle muy delimitado (*einziguer Zug*) del objeto, ni en las simbólicas de Lacan, al significante.

En la segunda parte del capítulo se pusieron de relieve las principales influencias teóricas que recibió Klein de sus antecesores y contemporáneos. Las huellas de ellos son fácilmente detectables en sus escritos; por otra parte, ella misma señaló explícitamente –y en muchas ocasiones– los nombres de sus mentores: Freud, Ferenczi y Abraham. Se mencionaron también a los colegas que colaboraron estrechamente con Klein mientras vivió en Londres, aunque no se evaluaron de manera individualizada sus aportaciones; se trata de: Paula Heimann, Susan Isaac, Joan Riviere, Hanna Segal, Ernest Jones, Elliot Jacques, Wilfred Bion, R. E. Money-Kyrle, Herbert Rosenfeld y, en otro plano, Donald Winnicott.

La obra de Freud debe ser considerada, sin duda, como el antecedente fundamental de la producción kleiniana. Conviene ahorrar palabras sobre lo obvio: las innovaciones, las renovaciones –incluso todo lo que ha sido original y de estricto cuño kleiniano– son impensables fuera del campo inaugurado por el vienés. Klein no rechazó los principales conceptos freudianos, aunque consolidó un corpus psicoanalítico diferente al del vienés. Por otra parte, es bien sabido que los vasos comunicantes entre ambas teorías fueron múltiples. Se ha escogido la proyección –por la importancia extrema que alcanzó esta categoría en la TIK– como concepto puente entre ambos edificios teóricos del psicoanálisis; se las estudió detenidamente y se subrayaron las principales diferencias entre Freud, Klein y Lacan en el empleo de la misma.

Abraham y Ferenczi, los “padres analíticos” más directos de Melanie Klein, también abrevaron en Freud. La lectura en paralelo de artículos de estos cuatro psicoanalistas reveló fenómenos invariablemente presentes en toda producción analítica; primero: la presencia de lazos transferenciales entre psicoanalistas –ya sean directos o transgeneracionales, ya sean intensos o atenuados–; segundo: que las ideas en psicoanálisis –como probablemente también suceda en otras disciplinas– no surgen de la nada; derivan casi siempre de los predecesores y en lo dicho por ellos se van introduciendo cambios más o menos significativos. De Abraham se estudió con muchos detalles su esquema del desarrollo evolutivo postulado en 1924 y el trasvase de algunas nociones del mismo a la teoría de Klein. Se señalaron los puntos y momentos en que ella se distanció de su maestro.

El continuó con un análisis en profundidad del concepto de introyección de Ferenczi; luego se compararon los usos y funciones que tuvo ese vocablo en las obras de Freud, Abraham, Klein y Lacan. También se evocaron a algunos analistas de la misma generación de Klein que fueron referentes importantes para ella: uno de ellos fue R. Fairbain, introductor de la posición esquizoide, que dio pie a la PEP; otro ha sido Ernest Jones, personaje decisivo durante su residencia en Inglaterra. Fue él quien la invitó a dar unas conferencias en Londres –año 1925– que se convirtieron en la antesala de su posterior instalación en dicha ciudad. Al biógrafo de Freud se le dedicaron algunos párrafos de este capítulo dada la influencia que tuvo en la teoría de la simbolización elaborada por Klein y la función mediadora que cumplió entre ella y los Freud (Sigmund y Anna). En este mismo apartado se señalaron sucintamente las discrepancias entre Klein y Anna Freud.

A todos esos referentes se ha añadido el de Víctor Tausk. Esta inclusión no obedeció estrictamente a una influencia directa sobre la pionera del psicoanálisis de niños; se debió más bien a la descripción y análisis que él hizo de ciertos mecanismos proyectivos en pacientes psicóticos que tuvieron muchas analogías con las formas extremas de identificación proyectiva postuladas, veintisiete años más tarde, por Klein. Se dejó constancia de que la identificación proyectiva kleiniana fue fenomenológicamente descrita por Tausk en su texto *Sobre el origen del aparato de influencia en la esquizofrenia* (1919), pero sin denominarla como tal. Klein, sin habérselo propuesto –y tal vez sin

saberlo—, erigió retroactivamente a Tausk como un antecesor suyo en lo concerniente a esa modalidad identificatoria.

NOTAS DEL CAPÍTULO 2

¹ Véase *infra*, 2.6.3.1. las ideas de Abraham acerca de las fases del desarrollo evolutivo, con las cuales Klein coincidió durante K₁, para distanciarse posteriormente. En II, 1.2. se pasó revista al modelo propuesto por la psicoanalista de niños sobre la organización del psiquismo y en II, 10.1.7., se aludirá al funcionamiento psíquico temprano.

² Véase I, 4.2.

³ Cabe apuntar aquí una primera diferencia con Freud, para quien la identificación fue siempre un retoño de la pulsión oral; en Klein, la identificación proyectiva quedó asociada a lo anal.

⁴ Klein prefería el término *genital* al de fálica. El texto abrahámico de referencia fue para ella —y también para muchos otros psicoanalistas— el que llevaba por título *Breve estudio del desarrollo de la libido a la luz de los trastornos mentales* (1924), que en el contexto de esta tesis será aludido mediante las siglas *BEDL*. Klein fue menos “etapista” que Abraham; ella consideraba que muy precozmente en la vida del lactante se activaban de manera *simultánea* las pulsiones orales, anales, uretrales y genitales.

⁵ Véase II, 3.1.

⁶ Véase nuevamente II, 3.1.

⁷ Véase II, 9.

⁸ Los defensores acérrimos de su teoría acudirán rápidamente a plantear quejas ante afirmaciones como las precedentes. Arguirán que allí están los conceptos de reparación, gratitud, sublimación y otros que desmienten lo dicho; suelen sostener además que si no predominara lo libidinal —es decir: lo erógeno sobre lo tanático—, acontecería la muerte psíquica. Sin duda es así, pero a libro abierto no cabe dudas de que lo más destacado en sus textos fueron todas y cada una de las manifestaciones del instinto de muerte.

⁹ Klein consideró que tanto la niña como el varón pasaban por esa fase de identificación femenina; para más detalles acerca de la misma, léase II, 6.2.2.

¹⁰ Estos criterios metodológicos empleados en el acercamiento a la obra de Klein fueron similares a los utilizados en el estudio de la TIF —expuesta en este mismo tomo, en la primera parte de la tesis—. Asimismo se recurrirá a ellos y que se los empleará al abordar la TIL. Tales principios fueron expuestos en I. G. 6.

¹¹ Se designa con el término *personificación* a la distribución de roles o de personajes que los niños introducen en sus juegos; especialmente importante es el repartimiento que hacen durante la actividad lúdica en las sesiones. Los mecanismos operantes son la disociación y proyección. La personificación permite descubrir las identificaciones yoicas y superyoicas, muchas veces contradictorias entre sí. Es una función defensiva y lúdica a la vez.

¹² He elegido este término en tanto me parece que es el más adecuado para transmitir cierta idea de capas superpuestas de complejos pulsionales, fantasmáticos, objetales, cuya inscripción configura el inconsciente kleiniano. Esto se asocia con la idea de que lo más “profundo” es lo más importante, razón por la cual habrá una constante remisión al pecho —ya sea parcial o total— y una jerarquización de orocentrismo. Además, dado el sistema de ecuaciones simbólicas que le es propio, todo objeto ulterior —y sus cualidades— remiten a las del primero. Su introyección, no podría ser de otra manera, actuaba sobre objetos así caracterizados.

¹³ En II, 9.8. se precisan los significados propiamente kleinianos de la internalización, introyección, identificación, incorporación y asimilación.

¹⁴ Véase al respecto I, 4.6.4., la agrupación de las identificaciones kleinianas en base a las modalidades de investiduras de objeto.

¹⁵ Se utilizó el símil del frontón con el objetivo de subrayar la escasa incidencia del objeto en la metabolización de lo proyectado por el lactante. Lo dicho carece de intención crítica; intenta señalar las líneas de fuerza predominantes en su pensamiento, aquellas que le han dado perfil propio, y a las que la propia autora retorna una y otra vez, subrayándolas de mil maneras y matizándolas de tanto en tanto. Llama más la atención la actitud de sus defensores, dispuestos a contrarrestar cualquier observación —como si las teorías no pudieran tener puntos débiles—. Esta actitud no ocurre sólo con los kleinianos; pasaría tres cuartos de lo mismo si se dijera, con cierto fundamento, que Lacan no prestó especial atención a los afectos en su teoría. Se dirá inmediatamente que dedicó un seminario completo a la angustia —cosa que efectivamente fue así— y que recurriendo a sus clases se encontrarán frecuentes alusiones al duelo, la alegría, la tristeza, el dolor, la pena, la vergüenza y muchos más. ¡También es cierto! Pero, ¿esas presencias constatables, invierten la predominancia —a todas luces evidente— de una teoría del significante y del goce, al privilegio otorgado a un sujeto desustancializado, desencarnado, lógico y topológico? Su tendencia estuvo dirigida, especialmente al final de su obra, hacia la formalización matemática, tarea opuesta al relevamiento de lo emocional y afectivo. Son predomios que

marcan los ejes fundamentales de cada teoría. Tal vez, con un poco de ironía, se podría decir que Klein otorgó tanta importancia al entorno objetual como Lacan a los afectos del sujeto.

¹⁶ *Tres ensayos de teoría sexual* (1905); OCFAE, VII; pp. 143 y ss.; *La predisposición a la neurosis obsesiva* (1913); OCFAE, XII, p. 342. La corriente anal pasiva fue relacionada por Freud con la erogeneidad de la mucosa anal. Etcheverry tradujo *Bemäßigungstrieb* por pulsión de apoderamiento.

¹⁷ Es evidente que en la retaliación operaba uno de los destinos de la pulsión descrito por Freud: la vuelta -el retorno- hacia la persona propia. Para más detalles sobre este punto léase *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), OCFAE, vol. XIV, pp. 122 y ss.

¹⁸ Klein hizo suya en este contexto una de las equivalencias simbólicas inconscientes establecidas por Freud en *Sobre la trasposición de la pulsión, en particular del erotismo anal* (1917); se trata de la siguiente: *heces = pene = niño (hijo)*. La otra equivalencia freudiana es la de *heces = dinero = regalo*. Para más detalles puede leerse dicho artículo en OCFAE, Vol. XVII, pp. 117 y ss.

¹⁹ Cuanto más adelantó la aparición del Edipo más participación tuvo que dar en el complejo a las tendencias orales y anales sádicas, haciéndolas coincidir temporalmente con las genitales. Por estos motivos, el desarrollo evolutivo kleiniano no estuvo tan pautado en etapas como el de Abraham.

²⁰ Es obvio que así sea; lo que Klein describió en este escrito no es la identificación estructurante freudiana del tipo *secundaria edípica*. (Véase I, 1.6. y I, 4.5.1., columna derecha del cuadro allí insertado. El genio kleiniano otorgó a sus identificaciones caracteres bien distintos a los que Freud y Lacan dieron a las suyas. Esto es justamente lo que se quiere resaltar en el cuerpo del texto de donde partió esta nota final.

²¹ Las identificaciones primarias que nombra en esta última frase, nada tiene que ver con lo conceptualmente concernido en la homónimas de Freud; Klein alude simplemente a su carácter temprano, primitivo.

²² Algo similar había comentado Freud en referencia al desmontaje del yo en sus identificaciones constitutivas. La histeria y la neurosis obsesivas aglomeran las identificaciones; la paranoia puede desmontar el conjunto. Para más detalles, véase I, 7.1.4. y I, 7.4.1.

²³ Ninguna relación con las identificaciones primarias de Freud, descritas en I, 3.1. Conviene recordar que la dialéctica diferencial primaria/secundaria que sí opera en la TIF (véase al final de I, 3.1.5.) no tiene cabida en la TIK, ya que las identificaciones que ella describió no eran ni primarias ni secundarias sino concomitantes con las relaciones de objeto.

²⁴ No es éste el caso de la TIL, donde el objeto (Otro y otro) es identificante. Identificaciones habría siempre; la escasa integración del yo no impediría que éstas se consumasen. La TIL se caracteriza por ser copernicana; Freud se ha quedado a mitad de camino entre ambos.

²⁵ A este psicoanalista y gramático de la lengua francesa se le dedica el apartado III, 4.7.7.2; en cuyo contenido hay una llamada que remite a una extensa nota -la nº 102- que detalla las vicisitudes del concepto de oblatividad en psicoanálisis.

²⁶ El análisis de Ricardo reveló que Hitler devino un claro objeto persecutorio interno y externo.

²⁷ Véase I, 4.6.6.; allí se agrupó las identificaciones freudianas en base a la dirección: a) centrípetas, b) centrífugas y c) a doble vía.

²⁸ Lacan, aunque usó el vocablo introyección, prefirió el término *Privación* para referirse a la inscripción de los primeros significantes en el cachorro humano. Véase III, 6.6.2.1.

²⁹ Recuérdese que en la teoría freudiana esta totalización del objeto impera sólo en las identificaciones narcisistas, incorporativas; no ocurre lo mismo en las secundarias edípicas, introyectivas, que sirvieron de punto de partida para las identificaciones simbólicas de Lacan, al rasgo unario implantado por el Otro -véase III, 2.1.3. y III, 9-. Estas últimas se diferencian marcadamente de la identificación introyectiva, no sólo por la totalización del objeto; también por lo que la I.I. tiene en tanto factor narcisizante del yo. Para Lacan el narcisismo y el yo se estructuraban en el estadio del espejo por medio de las identificaciones imaginarias o especulares; en ellas, más que la introyección opera la captación visual del pequeño otro. [III, 2.1.1. y III, 10.1. a III, 10.5].

³⁰ Véase en I, 4.6.10. el agrupamiento de las identificaciones según el mecanismo internalizador empleado: incorporativas, introyectivas, proyectivas, por interiorización, por ligazón.

³¹ Klein no comulgó con el narcisismo primario absoluto, anobjetual, de Freud; sólo tardíamente en su obra aparecieron ciertos desarrollos que parecen concordar con algunas ideas freudianas acerca de ese tema, aunque en ningún momento aludió explícitamente al narcisismo primario. Pueden leerse al respecto los apartados II, 6.5.1., II, 6.5.2. y II, 7.3.2.

³² En páginas anteriores se postuló la idea de que el motor de la introyección pudiera ser el remanente de fuerza proveniente de la proyección -expulsión anal potente- que rebota en el objeto para volver al yo como introyección, transportando imagos de los objetos reales externos. La introyección kleiniana transporta, en buena medida, el retorno de lo proyectado.

³³ ¿Consideraba seriamente Klein que era fiel al pensamiento freudiano? ¿Fue una estrategia para defender su lugar y seguir produciendo nuevas ideas? ¿Negaba, en el sentido estrictamente psicoanalítico del término? En todo caso, ¿cuál sería el valor de esa fidelidad al vienés, que no sólo ella sino muchos otros proclamaron? Algo sobre este asunto ya fue comentado en la nota final nº 12 del capítulo anterior. Pero si se releen estos cuatro párrafos recién citados, se apreciará que ya en el primero ella expresaba claramente una diferencia de grandísimo calado con el creador del psicoanálisis. Sin embargo, enseguida la minimizó. En la segunda cita explicitó también significativas diferencias en cuanto al uso del vocablo *objeto*. Pero, por otra parte, recordar la referencia de Freud al abandono del pecho real externo

como condición del establecimiento del autoerotismo no puede servir para soslayar la trascendencia que el objeto pecho había adquirido en 1951 –año de publicación de *Los orígenes de la transferencia*– en la teoría de Klein y las diferencias con Freud que esto representaba. La tercera cita, en medio de verdades parciales, escamotea una discrepancia fundamental: Freud situó *al padre* como objeto de la identificación primaria. Por otra parte, el *einziguer Zug* desapareció de la escena teórica kleiniana. La cuarta cita retoma la temática de la primera, para concluir que sus divergencias con Anna Freud eran mayores que con su padre.

También se ha dicho en el apartado 1.6. del capítulo anterior que Klein reconoció siempre a Freud como el creador del psicoanálisis y que no había mantenido una actitud revisionista, a la manera de Jung o Adler. Klein siempre se mantuvo dentro de las fronteras del psicoanálisis. Entonces, ¿qué más da ser fiel a Freud?! ¿Qué necesidad habría para exigir tal actitud reverencia? Gracias a que Klein planteó ideas diferentes, el psicoanálisis se ha enriquecido con nuevos aportes. Se podrá o no estar de acuerdo con ellos, pero la fidelidad no debería ser en estos ámbitos un valor en sí mismo. El kleinismo se ha constituido como una nueva corriente psicoanalítica por sus críticas a muchas formulaciones de Freud y de los primeros analistas que le acompañaron.

³⁴ Sin duda ha sido este descubrimiento freudiano y el historial conocido como el caso Juanito, lo que se constituyó en plataforma de lanzamiento para la realización de tratamientos psicoanalíticos con niños. Entre las iniciadoras de esa práctica figuran: Hermine Hug-Hellmuth, Sophie Morgenstern, Anna Freud y Melanie Klein, quien fue la primera en sistematizar la técnica del juego en las sesiones y de distanciar el psicoanálisis infantil de la pedagogía.

³⁵ Con el correr de los años Klein diferenció de manera específica la proyección (*Projektion*) de la deflexión (*Abdrängung*), reservando este último término para la operación que aleja fuera de sí los efectos del instinto de muerte, enviándolos al exterior. Una vez establecida esa diferencia y habida cuenta de que la deflexión comienza a operar desde el primer día de vida –es decir: antes de la proyección–, la primera fue considerada un precursor de la segunda. Para más detalles, sobre este asunto específico, véase II, 3.5.1.

³⁶ Este aspecto tiene su lógica: la diferenciación entre el yo y los objetos existe desde el nacimiento para la psicoanalista, por lo tanto la puesta “afuera” puede acontecer precozmente. Recuérdese que según ella, el niño nacía con un yo rudimentario y operativo.

³⁷ Citada por P. Grosskurth, *op. cit.*, p. 88, Klein

³⁸ Publiqué un estudio más extenso sobre este importante articulador teórico en *Trencadís, gaudianas psicoanalíticas*, Korman, V. (2010), *op. cit.*, p. 153 y ss., bajo el título de “A propósito de un legado de Ferenczi: el concepto de introyección.” Me permito hacer una remisión a ese libro ya que las características de esta tesis impiden comentarios amplios sobre el concepto original y sobre las acepciones que adquirió en otros autores. El carácter nodal y multifacético de este articulador teórico en la obra de M. Klein determinó la necesidad de tratarlo en diferentes contextos: con anterioridad, en el apartado 2.4.2., de este mismo capítulo, en que se expusieron las facetas que la ligan a la teoría identificatoria kleiniana. Se volverá al tema en 2.6.2.2., de este mismo capítulo para trazar un panorama de la introyección en el conjunto en su obra; en II, 3.5.3., se estudiarán sus funciones en tanto mecanismo de defensa y, por último, en II, 9., se analizarán las consecuencias teóricas de su integración a la identificación introyectiva. En tanto se evitó reiterar ideas, convendrá revisar lo comentado en estos cuatro sitios para conformar una visión de conjunto de dicho concepto.

³⁹ Ferenczi, S., *Psicoanálisis*, Tomo I, pp. 99 y 217 respectivamente, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1981.

⁴⁰ Obsérvese que aquello que era un problema –un obstáculo– que incitó la capacidad creativa de Ferenczi, no lo fue en absoluto para Klein, dado que el bebé, según ella, era capaz de establecer relaciones objetales desde el inicio de su vida.

⁴¹ Como se verá enseguida, Abraham hizo suyo no sólo este concepto sino y también los mecanismos pulsionales que se ponen en juego en la introyección y proyección. Sobre la acepción con que se utiliza en esta tesis el término internalización -y sus derivados- léase la introducción de I, 2.1.

⁴² Ferenczi S., *op. cit.*, tomo II, p. 63. Este texto junto con el de Karl Abraham (1924) titulado *Breve estudio del desarrollo de la libido a la luz de los trastornos mentales*, (en adelante *BEDL*) son los más claros exponentes, dentro de la producción de los psicoanalistas de la primera generación, de un pensamiento genético-evolutivo. Ambos autores han tenido una influencia notable sobre Melanie Klein.

⁴³ Ferenczi señaló que esta proyección primordial como recurso ante lo displacentero interno, dejaba una huella facilitadora que el paranoico transitará hasta la exasperación.

⁴⁴ El texto ferencziano de 1909 se hace aquí poco claro; describe con una terminología compleja lo que seis años más tarde Freud expondrá en *La represión* como separación entre el representante representativo (ideativo) y el *quantum* de afecto. Este último es designado por Ferenczi con el nombre de excitación (o afecto) libremente flotante; esta excitación huye de los complejos ideacionales que se han reprimido, y pueden convertirse en síntoma orgánico (histeria) o reforzar una idea de carácter compulsivo (neurosis obsesiva).

⁴⁵ Ferenczi, en *Transferencia e introyección*, *op. cit.* p. 112, insistió mediante una nota al pie: “dada su importancia práctica excepcional, el término «transferencia» creado por Freud debe ser conservado para designar las introyecciones que se manifiestan en el curso de un análisis y que tienen como objeto a la persona del médico. El término «introyección» sería aplicable a todos los otros casos que impliquen el mismo mecanismo psíquico”.

⁴⁶ Se estableció la versión castellana de las frases siguientes –y otras que aparecerán luego– después de cotejar la edición francesa (Payot) con la española (Espasa-Calpe) y la argentina (Hormé y Paidós). La española es una traducción de la primera mientras que la argentina lo es de una inglesa (The Hogart Press, London). Al ser traducciones

de traducciones del húngaro se han multiplicado los problemas que insoslayablemente se presentan en toda traslación. Los párrafos extractados fueron numerados para facilitar la remisión y localización de los fragmentos que se comentarán.

⁴⁷ Es conocida la clásica polémica respecto de si Freud sostuvo o no un primer período anobjetal, tal como lo afirmó el húngaro. En realidad fue Abraham quien introdujo taxativamente tal concepción. En Freud, y más allá de algunos titubeos –teoría del narcisismo primario absoluto– la idea predominante es otra: relaciones iniciales con los objetos primarios (acción específica, vivencia de satisfacción, “pulsionarización” del instinto) y luego repliegue autoerótico de la pulsión. El autoerotismo no es entonces primario sino secundario a estas relaciones con los objetos «auxiliares», especialmente con la madre [Cfr. *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), capítulo III, punto 5, «El hallazgo del objeto»]. No es de los méritos menores de Melanie Klein haber establecido, sin ningún tipo de ambigüedad, la existencia de relaciones objetales desde los primerísimos momentos de la vida psíquica, descartando toda idea de anobjetalidad. Este aspecto, varias veces aludido en el presente capítulo, será tratado extensamente en II, 3.8.

⁴⁸ Conviene recordar que Freud, además de relacionar taxativamente el autoerotismo con la pulsión, lo refirió también al circuito narcisístico, al postularlo como iniciador de la serie autoerotismo-narcisismo-elecciones de objeto. Respecto de la diferenciación de estos dos autoerotismos, véase I, 1.4.3. y el apartado siguiente, dedicado a Abraham. Es frecuente que ambos autoerotismos aparezcan indiscriminados en la literatura psicoanalítica, con las consecuencias del caso. Se verá a continuación los efectos de tal superposición en Ferenczi.

⁴⁹ Repudio o desestimación, en castellano; forclusión, según Lacan. En *Proyecto de Psicología* (1895) Freud ya había referido una *proyección masiva* operando en la psicosis. La volvió a referir en el “caso Schreber” (1911), como uno de los tres tiempos del mecanismo paranoico.

⁵⁰ Se quiere remarcar la actividad del yo en esa empresa. Lacan planteó una objeción a esa idea; se verá enseguida porqué.

⁵¹ En la primera parte del capítulo II, 9. se dedicará especial atención a la introyección en el primero y segundo período de su obra ($K_1 + K_2$). Luego se abordarán sus consideraciones sobre la misma en K_3 , período en que se produjo el trasvase de las orlas semánticas de la misma a la identificación introyectiva. En II, 9.6.2. se diferenciará esta última de la introyección y en 9.8.2. se señalarán los rasgos más característicos de la misma, cotejándolas con la introyección en Freud y Lacan.

⁵² En esta nota se aludirá a las características que adquirió la introyección en Lacan, diferenciándola de los usos que esta tuvo en Ferenczi, Freud, Abraham y Klein. El psicoanalista francés articuló la introyección con sus tres registros: en la introyección, simbólico e imaginario se articularían para cernir un real en juego. La introyección era para él eminentemente simbólica; se introyectaban significantes provenientes del campo del Otro. La diferenciación de la proyección, a la que consideró imaginaria. No se trataba de la *introyección de un objeto*, como en Ferenczi, Abraham y Klein; ni siquiera de rasgos parciales del objeto, como en Freud. Lacan, al despersonalizar el proceso identificatorio –también la introyección–, hizo a ambas tributarias del discurso del Otro. Además, la desconexión que realizó entre la identificación y la pulsión (diferencia importante con todos los psicoanalistas hasta aquí comentados) determinó que la introyección quedase también fuera del circuito pulsional. En su teoría, la introyección no propendía a ninguna integración psíquica ni introducía objetos o rasgos de éstos, sino que vehiculaba lo simbólico, los significantes y el inconsciente parental (que en lógica lacaniana era el discurso del Otro). Para más detalles sobre estos asuntos véase la tercera parte de esta tesis; todos los capítulos tratan estos aspectos, aunque de manera especial el primero, el segundo y el noveno. En cuanto a la diferenciación neurosis – psicosis, Lacan, más que recurrir a la proyección, las refirió a mecanismos fundantes distintos: represión, en el caso de la primera, *forclusión*, para la segunda. A la vez, transformó en irrelevante la insistencia de Ferenczi sobre el aspecto direccional fuera → dentro [en *Transferencia e introyección* (1909) la consideró explícitamente un “proceso inverso de la proyección”]. Lacan, a diferencia de Freud, Ferenczi y Klein pensó al sujeto determinado, básicamente, por el Otro; la dirección devino más que evidente: desde el Otro hacia el candidato a sujeto. Por las mismas razones, también en Lacan se perdió el carácter activo que el yo tenía en la introyección, característica ésta que aparecía en Ferenczi, Freud, Abraham y Klein. Si para estos últimos el concepto reflejaba –de diferentes maneras para cada uno– la capacidad internalizante del yo y hablaba de la sed identificatoria del *infans*, para Lacan se trataba del potencial introyectante e identificante del Otro: el sujeto era efecto del significante (rasgo unario) proveniente de los objetos primarios que encarnan al Otro. La captura de rasgos para hacerlos propios (Freud), el movimiento ameboideo englobante (Ferenczi), la “succión” activa (Abraham), el vaivén proyectivo - introyectivo (Klein) quedaron sustituidos por la “inyección” del significante realiza por el Otro. Es pertinente recordar, al respecto, que Ferenczi explicitó algo de estas diferencias de organizaciones psíquicas –estructuras clínicas, dirá Lacan–, cuando relacionó proyección con la paranoia (psicosis) y la introyección con la neurosis. Esta distinción es inhallable en Klein; ella diferenció –es evidente– psicosis de neurosis, pero no de manera excluyente: estableció más bien un *continuum* entre ellas y situó ambos mecanismos en un mismo plano, tanto si operaban en una u otra categoría nosográfica. Variaba, eso sí, la intensidad y el contenido de lo proyectado-introyectado.

⁵³ Véase, por ejemplo, el prefacio a *EyG* (1957); OCKPA, vol. 6, p. 11 y la introducción a *EPN* (1932) OCKPA, vol. 1, p. 128.

⁵⁴ El vocablo *sadismo* bajo la pluma de Klein debe entenderse como equivalente de agresividad –en un sentido amplio–. Por lo tanto es otra diferencia con Freud y Lacan: ambos lo utilizaron con la acepción específica de perversión sexual, diferenciada de la agresividad.

⁵⁵ En “Abraham o un retrato en collage”, incluido en mi libro *Trencadís, gaudianas psicoanalíticas* (2010), no ediciones, Barcelona, pp. 89 y ss., he realizado un análisis minucioso de este esquema del desarrollo evolutivo.

⁵⁶ Como ya se ha dicho, Klein, que en principio había hecho suyo este modelo evolutivo, se distanció del psicoanalista berlinés a partir de 1934, con la introducción de la posición depresiva.

⁵⁷ Es imposible describir aquí la apertura operada por el vienes en la problemática del objeto. Además de las diferenciaciones entre los objetos del deseo, de la pulsión, fantasmático, de amor, de identificación, cabe señalar otras aportaciones al tema por medio de los objetos fétiche y fóbico, como así también la importante diferenciación de todos ellos respecto del objeto de la necesidad biológica.

⁵⁸ Esta concepción del amor objetual dio pie a toda una corriente dentro del psicoanálisis que constituyó a la oblatividad como meta y objetivo a alcanzar en la finalización del mismo. Véase al respecto III, 4.7.7.2 y la extensa nota nº 102 que tiene punto de partida en ese apartado.

⁵⁹ Klein recreará esta última idea en el contexto de su posición depresiva como temor a la pérdida de objetos internos.

⁶⁰ Abraham postuló la existencia de una *depresión primaria* en la infancia a la que se regresaría tanto en duelo normal como en las crisis melancólicas. Por otra parte estableció una lúcida relación entre la melancolía y la neurosis obsesiva: los afectados por la primera tienden a funcionar en los periodos entre crisis a la manera del neurótico obsesivo. Klein fue sensible a estas ideas de Abraham y puede considerarse que su PD tiene un antecedente en la depresión primaria postulada por este último. Las diferencias entre ambos serán señaladas más adelante en 2.6.3.2.

En la carta del 7 de Octubre de 1923, Abraham le escribió a Freud: "En mi trabajo sobre la melancolía [...] hice la hipótesis de una proto-depresión en la infancia como paradigma de la melancolía ulterior. Ahora bien; estos últimos meses, la doctora Klein ha llevado a cabo con pericia y buen resultado terapéutico el psicoanálisis de un niño de tres años. Ese niño presentó con exactitud la proto-melancolía supuesta por mí, y por cierto en estrecha relación con el erotismo anal. Este caso proporciona asombrosos vislumbres de la vida instintiva infantil." Correspondencia Freud-Abraham; Editorial Gedisa, Barcelona (1979), pp. 372-373.

Sin duda, el psicoanalista berlinés apreciaba mucho las confirmaciones de sus teorías sobre la depresión infantil, sobre el sadismo pregenital y las tendencias canibalísticas de la etapa oral tardía, aunque sin preguntarse demasiado sobre el rol que jugaba la transferencia analítica en estas ratificaciones.

⁶¹ Lacan, en el seminario 4, *La relación de objeto*, dedica un comentario crítico al esquema del desarrollo evolutivo de Abraham. Comienza diciendo que hasta entonces —se supone que es hasta 1924, fecha de publicación de *BEDL*— la evolución del sujeto se había considerado por reconstrucción, de forma retroactiva, a partir de una experiencia central, la de la tensión del conflicto entre consciente e inconsciente. Continuó así: "Pero esa perspectiva fue abandonada [...] Todo se centró en la función de un objeto y, más precisamente, de su estado terminal. Mientras que nosotros, por nuestra parte, vamos hacia atrás para comprender como se alcanza ese punto terminal, que por otra parte no siempre se observa, puesto que el objeto ideal es literalmente impensable — en la nueva perspectiva, ese objeto ideal es concebido, por el contrario, como un punto de mira, una culminación a la que están dirigidas toda una serie de experiencias, de elementos, de nociones parciales del objeto. Esta perspectiva se impuso progresivamente desde que Abraham la formuló en 1924, en su teoría del desarrollo de la libido. Su concepción funda para muchos la ley misma del análisis, el marco de todo lo que en él sucede, traza el sistema de coordenadas en el interior de las cuales se sitúa toda la experiencia analítica y determina su punto de culminación, ese famoso objeto ideal, terminal, perfecto, adecuado, presentado como si él solo indicara el objetivo alcanzado, o sea la normalización del sujeto. El termino normalización introduce ya, por sí mismo, un mundo de categorías bien ajeno al punto de partida del análisis."

⁶² Esta idea influyó marcadamente en Klein que, incluso, fue más lejos que Abraham en este asunto. Según ella, a diferencia de los estadios pregenitales fuertemente marcados por el sadismo, la libido genital estaría liberada tales tendencias destructivas. Los elementos hostiles del complejo de Edipo tardío, que sí pueden existir, serían relicarios atenuados del temprano sadismo oral y anal.

⁶³ En una de las escasísimas críticas que le hizo, —véase *Correspondencia Freud-Abraham, op. cit.*, 1979, pp. 250-251, la carta del 4 de mayo de 1915— el vienes le escribió:

"Hay sólo dos cosas que quiero señalar: que Ud. no marca suficientemente el aspecto esencial de su hipótesis, es decir, el aspecto tópico, la regresión de la libido y el abandono de las catexias objetales inconscientes; y que Ud. pone en primer plano, en lugar de ello, el sadismo y el erotismo anal como elementos explicativos. Si bien en esto Ud. tiene razón, deja de lado la verdadera explicación. El erotismo anal, el complejo de castración, etc., son fuentes ubicuas de excitación, que necesariamente intervienen en *cualquier* enfermedad. Unas veces resulta de ellos una cosa, otras, una distinta. Por supuesto parte de nuestra tarea es averiguar qué ha sido de ellos, pero la explicación del trastorno *sólo puede darla el mecanismo*, considerado dinámica, tópica y económicamente".

Abraham le contestó que por supuesto está de acuerdo con él; sin embargo siguió privilegiando casi en exclusiva la regresión temporal y sus consecuencias, constituyéndola en el elemento diferenciador clave entre neurosis y psicosis, planteando la conocida barrera entre III y IV, tal como puede leerse en *BEDL*. (Las cursivas son mías).

⁶⁴ Véase al respecto II, 3.1.

⁶⁵ Es importante señalar esta asociación porque puede ser uno de los puntos de partida de las visiones diferentes sobre el instinto de vida en Freud y en Klein. Freud, en *Más allá del principio de placer* (1920) sostuvo que el *organismo*, amenazado por la pulsión de muerte, desviaba a esta última hacia el exterior; Klein sostenía que era el *yo* quien hacía lo propio. El uso de la palabra *organismo* permite sostener con fundamento que se trataba de una entidad biológica y no de una instancia psíquica. Klein, por el contrario, con su tesis de la existencia de un *yo* operativo desde el nacimiento, sitúa a la psique incipiente como deflexionadora del instinto tanático. Dado que el *yo* primitivo es capaz,

además de esa acción defensiva -que muchos autores kleinianos designan con el término de proyección- de establecer relaciones de objeto y de fantasear, se entiende que atribuyera a la psique esa función. Ella no veía un *organismo biológico* -palabras con las que posteriormente Lacan caracterizará al recién nacido- desviando hacia el exterior a la pulsión de muerte sino un yo que proyecta al instinto de muerte como una defensa ante el miedo a la aniquilación. Las primeras deflexiones dan pie a un objeto persecutorio sobre el cual recaerán las futuras proyecciones de Tánatos: según Klein no se proyecta hacia un inespecífico exterior vacío sino hacia un objeto malo, perseguidor. En II, 3.1. se dirá porque dentro del contexto kleiniano se prefiere hablar de *instinto* y no de *pulsión* de muerte; asimismo en 3.5.1., se explicarán las diferencias entre deflexión, proyección y expulsión (eyección).

⁶⁶ Véase I, 2.1. y I, 3.2.4.2. Conviene tener presente las diferencias entre el abandono y pérdida del objeto en la melancolía y la resignación o renuncia al objeto por parte del sujeto, como ocurre en la declinación del complejo de Edipo y en muchas otras situaciones posteriores de la vida.

⁶⁷ Freud y Abraham fueron los primeros en reconocer esta violencia sádica en la melancolía y la hicieron extensiva a las tempranas fases -oral y anal- del desarrollo evolutivo. Klein consideraba que el sadismo infantil era muy intenso y lo atribuyó -a partir de admitir la segunda teoría pulsional del vienes- a la crueldad extrema del instinto de muerte. Cuanto mayor sea esa dotación instintiva constitucional, más intenso será el sadismo del niño.

⁶⁸ En este contexto es fácil entender que las finalidades de un proceso analítico se perfilan como una tarea de reparación de las introyecciones fallidas: habrá que reactualizar aquellos momentos en los que la introyección sufrió el accidente y reparar -elaboración mediante- sus consecuencias, de manera tal que los impulsos libidinosos regresivos puedan efectuar la progresión necesaria hasta la etapa genital definitiva y de amor objetal completo. Dice Abraham: "solo el individuo normal con una libido relativamente alejada de las formas infantiles de la sexualidad permanece mayormente libre de ambivalencia, pues su libido a alcanzado una etapa post-ambivalente que le permite una completa capacidad de adaptación al mundo exterior".

⁶⁹ Klein agregó aquí una nota a pie de página en la que señaló al artículo de Fairbairn (1941) *Revisión psicopatológica de las psicosis y neurosis*, como la fuente de esta cita.

⁷⁰ Frase citada por Phyllis Grosskurth en *Melanie Klein. Su mundo y su obra* (1986), p. 343, editorial Paidós, Buenos Aires.

⁷¹ La palabra *afánisis* es de origen griego y significa: desaparición, hacer desaparecer.

⁷² *Op. cit.*, Alianza editorial, Madrid, 1985; p. 82.

⁷³ Para más detalles, véase II, 2.3.1.

⁷⁴ Ese texto fue publicado por primera vez en 1919; se citará según la versión castellana incluida en la *Revista de Psicoanálisis*, Año II, 1945, editada por la Asociación Psicoanalítica Argentina, pp. 490 y ss. El artículo fue incluido en una recopilación de varios escritos suyos, bajo el título de *Trabajos psicoanalíticos*, Granica Editor, Barcelona, 1977; pp. 181 y ss. El autor muestra a través de material clínico de varios pacientes las convicciones delirantes de los mismos sobre la existencia de un aparato o máquina persecutoria, formado por cajas, manubrios, palancas, ruedas, botones (de luz, de timbres) alambres, baterías, cables -conjunto que en algunos casos adquiriría la forma de un cuerpo humano-. Dichos aparatos hostiles producen y extraen pensamientos o sentimientos mediante ondas o rayos, hacen ver imágenes, generan sensaciones de extrañamiento, extraen sustancias del cuerpo, acciones motoras corporales, etc. Son manejados por personas que han sido objetos de amor, pretendientes, amantes, médicos que, en un momento dado del proceso psicótico, devienen persecutorios.

⁷⁵ La expresión *augenverdreher*, que aparece en el texto significa literalmente "torcedor de ojos". En la lengua alemana de uso corriente funciona como una expresión metafórica que alude a personas que tergiversan, que hacen ver las cosas distintas a lo que son, que enredan, que enmarañan dando vuelta las situaciones; en fin, que son simuladores. Tausk había puesto a disposición de Freud este artículo antes de publicarlo en 1919. Freud aludió a este escrito en *Lo inconsciente* (1915), OCFAE, vol. 14, pp. 194-196; lo citó para ejemplificar mediante las expresiones verbales de la paciente ciertas formaciones lexicales en la esquizofrenia. Según Freud, esas palabras tenían un sesgo hipocondríaco, había devenido "lenguaje de órgano". Una paciente histérica, frente a un problema con su amado, hubiera torcido convulsivamente sus ojos; un esquizofrénico en cambio puede elaborar el delirio de tener los ojos torcidos por la acción de su novio, que es un torcedor de ojos (*Augenverdreher*). Freud señaló a continuación que en la esquizofrenia las palabras eran sometidas al mismo proceso que, a partir de los pensamientos oníricos, crea las imágenes del sueño (proceso psíquico primario). El autor de esta tesis añade, en base a su experiencia clínica con estos pacientes, que ellos muestran ciertas dificultades en comprender y utilizar las metáforas del lenguaje; el déficit de su capacidad simbólica les lleva a literalizar y a emplear un lenguaje corporal. Vale la pena la lectura de este interesante trabajo de Tausk y las tres páginas de Freud en que comenta los casos clínicos.

POSICIONES, OBJETOS Y MECANISMOS DE DEFENSA

Introducción

Se trata de tres articuladores fundamentales de la teoría kleiniana que, a través del concepto de posición, formaron parte del cuaternario que dio basamento a su concepción sobre el surgimiento de lo psíquico en la criatura humana (TIK).¹ La matriarca del psicoanálisis estableció los siguientes componentes de cada posición: los objetos y las relaciones que se establecían con ellos de cada una, los mecanismos de defensa empleados por el incipiente aparato psíquico, la angustia específica, las fantasías inconscientes que impregnaban los vínculos objetales y el grado de integración yoica que se iba logrando. En este capítulo y en los dos siguientes se procesarán cuatro de los cinco conceptos incluidos en las posiciones; el quinto se abordará en el capítulo 10, dedicado al examen del yo.

El estudio de las posiciones será ocasión de apreciar la importancia histórica de dos textos suyos *Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos* [CPM-D (1934)] y *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [NAME (1946)].² En este último describió por primera vez la posición esquizoparanoide (PEP); a partir de entonces el binario posicional adquirió su forma definitiva. En el primer artículo, además de introducir explícitamente la posición depresiva (PD), sintetizó buena parte de sus reflexiones anteriores sobre el complejo de Edipo, la formación del superyó, los objetos parciales/totales, la proyección e introyección, los conflictos instintivos; asimismo recordó sus reflexiones sobre la paranoia, la melancolía, la manía, la hipocondría, etcétera. Todas estas categorías y pensamientos fueron reprocesados en *CMP-D* (1934) a la luz del concepto de posición depresiva. En este sector de la teoría kleiniana puede reconocerse la influencia de Freud –a través de *Duelo y melancolía* (1915)– y la de Abraham, a través de *BEDL* (1924), *Preliminares a la investigación y tratamiento psicoanalítico de la locura maniaco-depresiva y sus estados vecinos* (1912) y *La primera etapa pregenital de la libido* (1916). De estas fuentes surgieron en los escritos kleinianos la noción de pérdida de objeto y la subsiguiente introyección (Abraham) –o incorporación (Freud)– del mismo, que ella utilizó para dar cuenta de algunos síntomas de la depresión, de la melancolía y de los estados de duelo, fenómenos éstos que finalmente quedaron relacionados con la PD.

Mediante una lectura retrospectiva de su obra podría apreciarse que todas las innovaciones que entonces aparecieron en su obra determinaron el inicio de su distanciamiento de las ideas de Abraham: en *CPM-D* (1934) sentó las bases de un nuevo modelo de desarrollo evolutivo, basado en el concepto de posición con el abandono del esquema basado en la sucesión de zonas erógenas predominantes (oral, anal, fálica). De la multiplicidad de temas tratados en ese texto se prestó especial atención a las páginas en que describió la formación de la mente infantil.

Pocos años más tarde publicó *DRM-D* (1940), escrito que tuvo gran sintonía con el recién comentado; en él, además de ratificar las afirmaciones sostenidas seis años antes, postuló ideas novedosas sobre la función del duelo en la PD: vino a decir que las elaboraciones adecuadas de los mismos sacaba a luz los aspectos más amorosos, reparadores y creativos del infante. *CPM-D* (1934) y *DRM-D* (1940) introdujeron matices en la descripción del “niño kleiniano” que predominaba hasta entonces: el pequeño gran batallador que utilizaba todos los medios sádicos a su alcance para defenderse –atacando– de la pulsión de muerte, era también capaz de sentir amor por sus objetos y velar por la integridad de ellos. Con las elaboraciones propias de la PD el niño salía de su egocentrismo y se sentía responsable por el bienestar de los demás y por la integridad de los objetos; en primer lugar, de la madre.

Con antelación a 1934 había empleado el vocablo posición de manera laxa: se refería, por ejemplo, a situaciones libidinales en términos de posición homosexual, heterosexual, masculina, femenina, etcétera; también usó ese término para aludir a predominios de zonas erógenas: posición oral, anal, uretral, sádica. Como puede apreciarse, la acepción tuvo primigeniamente un cierto sentido topográfico: marcaba un lugar, un estado, un reducto de la psique, una zona erógena predominante; pero, en el escrito de 1934 le otorgó nuevas orlas semánticas y mayor precisión, elevando la PD a la categoría de concepto nodal de su teoría. Como tal persistió hasta el final de su obra, aunque con el paso de los años fue adquiriendo solera: Klein, sus colaboradores cercanos y sus discípulos directos e indirectos fueron describiendo con lujo de detalles las especificidades de la misma, engrosando sus funciones y las características de los estados psíquicos relacionadas con ella. Lo mismo ocurrió años más tarde con la introducción de la PEP en *NAME* (1946), con la que completó el giro iniciado en 1934. Su teoría sobre el desarrollo evolutivo ganó riqueza y sutilidad al introducir flexibilidad en un territorio donde campeaban a sus anchas la cronología rígida y el psicogenetismo abrahámico. La psicodinamia alcanzó cotas más altas gracias a las fluctuaciones y alternancias que otorgó a ambas posiciones. Estas innovaciones rompieron moldes propios y ajenos. El enfoque endogenético permaneció sin embargo incólume: el epicentro de la actividad psíquica siguió —y seguiría— estando en el niño/a; si bien dio importancia al entorno objetal, éste no adquirió el carácter de determinante fundamental en la psiquización del infante. A finales de la década de los años cuarenta y comienzos de la cincuenta³, la PEP y la PD daban nombre y connotaban dos formas complejas de organización de la vida psíquica, con todos sus correlatos. Ellas no sólo vertebraban el desarrollo evolutivo del niño: eran también modalidades vitalicias de funcionamiento de la mente, que podían volver a reinstalarse en determinadas circunstancias.

Haber puesto el acento en la articulación de los cinco factores señalados al comienzo del capítulo supuso conceder al concepto una gran consistencia: se debía tomar siempre en cuenta las múltiples variables que las componían. En sentido amplio, la perspectiva inaugurada en el escrito de 1934 mostraba una faceta de la teoría kleiniana que podría calificarse de estructural, en atención a las siguientes razones: se trataba, por un lado, de constelaciones de elementos sincrónicos y solidarios —caracteres estos últimos que vertebran la definición misma del vocablo estructura—; por otro lado, las alternancias posibles entre las dos posiciones la alejaron del “etapismo” puro y duro, configuración claramente genético-evolutiva e historicista. Si bien no dejó de instituir una secuencia —el bebé atravesaba primero la PEP y luego la PD—, la faceta estructural del concepto de posición tuvo mayor peso específico que la cronológica.⁴

La revisión del concepto de posición, sus dos variedades y cada uno de sus elementos constitutivos, tiene por objetivo examinar las ideas kleinianas sobre el funcionamiento psíquico temprano —es bien conocida la importancia que atribuyó a las relaciones de objeto incipientes— y a sus hipótesis sobre el surgimiento del complejo de Edipo y del superyó durante el primer año de vida del niño. En ese contexto se describirá a grandes rasgos cómo ella entendió la tempranísima actividad psíquica del bebé y el ulterior desarrollo evolutivo. Estas últimas fueron palabras claves en sus escritos.⁵

En varios apartados del capítulo se hará referencia a la audaz introducción de una propuesta suya que marchaba a contracorriente del pensamiento psicoanalítico prevalente por entonces: la existencia de relaciones de objeto desde el momento mismo del nacimiento. Su argumentación al respecto implicó un enfrentamiento serio con todos aquellos que sostuvieron un periodo anobjetal en los inicios de la vida psíquica (véase II, 10.1.7).

La sola enunciación de estas temáticas indica el estrecho vínculo de las mismas con su teoría acerca de la conformación de la mente infantil (TIK), asunto que Klein conceptualizó minuciosamente. La linterna se dirigirá, precisamente, a sus principales hipótesis sobre dicho tema. Ella dedicó a esas cuestiones una actividad investigadora apasionada; buena parte de sus escritos, por no decir la casi totalidad, se centraron en ellas. Su tarea clínica con niños la aproximó de manera notable a esos momentos iniciales de la existencia humana, a los que puso luz propia.⁶ En los tratamientos que llevó a cabo exploró “en vivo y en directo” aquellos tiempos que Freud —clínico de adultos— se había propuesto rescatar del olvido/represión (amnesia sobre los primeros años de vida), por medio del recuerdo, la elaboración y las construcciones. El abordaje escogido y su exposición en las próximas

páginas permitirán apreciar cómo ella tomó contacto directo con aquellos momentos en que se establecen habitualmente las fijaciones infantiles predisponentes a las neurosis, psicosis y perversiones. Pero sería ingenuo pensar que ella transcribía directamente lo que observaba; lo suyo consistió más bien en ver, escuchar y aprehender lo que acontecía en las sesiones, para postular hipótesis sobre dichos fenómenos. En otros términos: creaba teoría.

Los temas enunciados se desgranarán a través de los siguientes apartados:

- 3.1. Las posiciones
- 3.2. Objetos y relaciones de objeto en la teoría kleiniana
- 3.3. Los mecanismos de defensa
- 3.4. Para un cotejo de la negación kleiniana con otros conceptos conexos
- 3.5. Sinopsis

Esta revisión de conceptos kleinianos se continuará en los capítulos 4 a 7, en que se pondrán bajo lupa otras categorías teóricas de su puño y letra relacionados con la TIK, a saber: los instintos de vida y de muerte, el sadismo, el complejo de Edipo y superyó tempranos, la angustia, el simbolismo, la sublimación, el narcisismo, la fantasía, la envidia y gratitud. Las identificaciones proyectivas e introyectivas apenas serán comentadas en este capítulo ya que el octavo y el noveno estarán enteramente dedicados a ellas. Al yo en la teoría kleiniana se le dedicará el capítulo 10.

La veintena de articuladores teóricos recién enunciados conforman una red; están por lo tanto conectados entre sí y se remiten unos a otros por múltiples vías. Se trata de una constelación conceptual kleiniana básica y clásica, que girará por expresa voluntad del autor de esta tesis en torno a un eje: la conformación identificatoria del aparato psíquico en la niñez. Por lo tanto, habrá omisiones: las nociones y conceptos que no están directamente implicados con dicho tema. Más que una justificación, estas palabras son una remisión –única e inicial– desde cada acepción que se irá abordando a las restantes categorías dispersas por los capítulos de esta segunda parte. Son, justamente, las articulaciones entre todos estos conceptos las que dieron una consistencia firme a la TIK.

3.1. Las posiciones

El concepto de posición es de genuino cuño kleiniano; sin embargo, cada uno de los cinco elementos constitutivos de la misma tuvo antecedentes en Freud –y fueron a su vez reelaborados por Lacan–; pero, ni el uno ni el otro los conjuntaron en una categoría más compleja que diera cuenta de modos peculiares de estructuración y funcionamiento de la vida psíquica. De ahí que sea un concepto idiosincrásico que, en tanto tal, dio perfil propio a la doctrina kleiniana. Gracias a él, la TIK adquirió mayor riqueza, profundidad, multiplicidad de dimensiones y caracteres diferenciales respecto de sus homólogas en las obras freudiana y lacaniana.

3.1.1. Los cinco conceptos combinados y solidarizados

Se recuerdan los elementos que Klein correlacionó: ansiedad básica, relación de objeto, defensas predominantes, fantasías concomitantes y grado de organización del yo; cada componente reenviaba a los cuatro restantes. En ese sentido, el concepto de posición fue aglutinante: ninguno de sus módulos operaba de manera aislada; fue justamente su reunión –regular, habitual– lo que confirió un significado original a dicha acepción. Ese conjunto de factores determinaba funcionamientos psíquicos y estados emocionales asociados a los que Klein prestaba especial atención. Puede decirse que el concepto de posición otorgó cierto carácter estructural a su concepción, aunque la noción de estructura implícita en su teoría era distinta a la saussureana, lévi-straussiana, lacaniana y la de tantas otras versiones del término que circularon –con mayor o menor fortuna– pocos años después de su muerte.⁷

¿Podría desentrañarse de sus textos un elemento factible de ser considerado el núcleo vertebrador de sus dos posiciones? Los estudiosos de su obra difieren en las respuestas; buena parte de ellos señalan a la angustia como factor clave, apoyándose en las palabras de la propia Melanie, en ocasión de señalar sus diferencias con Fairbairn (véase II, 2.6.4). Entonces insistió en que su enfoque

se dirigía “predominantemente” hacia las ansiedades y sus vicisitudes más que a la relación de objeto.⁸ Así, pues, quienes se hicieron eco de esas afirmaciones subrayaron la asociación entre un determinado tipo de situaciones angustiantes y mecanismos específicos de defensa que las combatían. Otros, en cambio, remarcaron que la posición describía –en lo esencial– la postura del yo frente a sus objetos, aspecto éste que se pondría de manifiesto a través del grado de integración del mismo y de la forma en que dicha instancia construía y trataba en la fantasía a sus objetos. Por supuesto, estos últimos tomaban apoyatura en escritos kleinianos distintos que los referidos por el primer grupo. El autor de esta tesis sostiene que el no privilegiar un(os) elemento(s) sobre otros y sí la conjunción entre ellos refleja mejor la postura de Klein. En todo caso, se trataría de una estructura sin centro neurálgico. Lo que se hizo claro es que mediante las posiciones –que no fueron totalmente ajenas a la perspectiva cronológica– Klein huyó de las sucesiones rígidas y caracterizó un espacio-tiempo y unas modalidades de funcionamiento de la vida psíquica, válidas tanto para el desarrollo evolutivo como para la adultez.

A diferencia de las etapas o fases del desarrollo cuyas características ya fueron comentadas –véase la nota final nº 4 de este mismo capítulo–, las posiciones persistirían según Klein durante toda la vida y podrían reinstalarse, sustituyendo una a otra en régimen de predominancia, si los conflictos inconscientes determinaban progresiones o regresiones.⁹ Estas tesis presuponían otras subsidiarias: a) que ninguna experiencia psíquica vivida se borra; b) que la PD nunca desaparece por completo ni reemplaza enteramente a la PEP; c) que la integración yoica alcanzada jamás será definitiva y que algunos conflictos psíquicos más tardíos –incluso en la edad adulta– podían producir desmoronamientos de dicha instancia; d) que todas las personas podrían encontrarse en situaciones que reverberen ansiedades tempranas; en esos contextos, si los apremios son importantes, sería factible la reactivación de la constelación de elementos propios de la PEP: restablecimiento del modo de funcionamiento esquizoparanoide y de clivajes superados tanto en el Yo como en los objetos-. Aunque más raro, también sería posible en determinadas circunstancias, la reaparición simultánea de fenómenos propios de ambas posiciones, con predominio de una de ellas. Las implicancias clínicas y nosográficas de estas ideas se discuten en la nota final nº 26 de este mismo capítulo.

Hanna Segal, en *Introducción a la obra de Melanie Klein*, en OCKPA, vol. 1, p.16, situó temporalmente a las dos posiciones, considerándolas una subdivisión de la etapa oral; mientras la primera de ellas ocupaba los tres o cuatro meses iniciales de la vida, la otra se desplegaba en la segunda mitad del primer año. Más allá de estas referencias cronológicas aproximativas, el paso de la PEP a la PD se producía cuando la percepción de la madre como objeto parcial –fundamentalmente, el pecho– dejaba lugar a su reconocimiento como objeto total; este cambio conllevaba evidentemente avances en la integración del yo, la reducción de la ansiedad persecutoria, la aparición de la angustia depresiva y modificaciones del contenido de las fantasías puestas en juego. En síntesis: ligera victoria de la pulsión de vida sobre Tánatos. Se volverá sobre estas cuestiones más adelante. Mientras tanto, la siguiente cita, extractada de la nota al pie nº 16 de *CPM-D* (1934), muestra al concepto de posición en estado naciente:

“Esto está relacionado con otro problema de terminología. En mi trabajo anterior he descrito las ansiedades psicóticas y los mecanismos de defensa del niño usando los términos de fases de desarrollo. La conexión genética entre ellos, en verdad, ha sido respetada en mi descripción y también la fluctuación que continúa entre ellas bajo la presión de la ansiedad hasta que se alcanza más estabilidad, pero desde que en el desarrollo normal las ansiedades psicóticas y los mecanismos nunca predominan aislados (un hecho que por supuesto yo he puntualizado), el término fases psicóticas no es realmente satisfactorio. Uso ahora el término “posición”, en relación con las primeras ansiedades y defensas psicóticas en el desarrollo del niño. Me parece más fácil asociarlas con este término que con las palabras “mecanismos” o “fases”, para las diferencias entre las ansiedades psicóticas del desarrollo del niño y las psicosis del adulto: por ejemplo, el rápido cambio que tiene lugar de una ansiedad de persecución o de un sentimiento depresivo a una actitud normal, cambio que es tan característico del niño.” (OCKPA, vol. 2, nota al pie de p. 266).¹⁰

Con antelación Klein aludió de manera imprecisa a las posiciones paranoide, maníaca, obsesiva, depresiva, etc., pero, finalmente, restringió su uso a la última, por considerar que las tres primeras no eran sino defensas típicas frente a la angustia. Años más tarde, tras la introducción de la PEP en 1946, nombrar una u otra devino una manera sintética de referirse a dos constelaciones más o

menos prototípicas de funcionamiento psíquico o, dicho de otra manera, dos regímenes de actividad psíquica: el esquizoparanoide y el depresivo. Ambos se reflejarán en los comportamientos, en los talentos, en las maneras de vivir las experiencias, en las emociones y –en términos más amplios– en todo lo que tenga que ver con la vida mental, sea del niño o del adulto. Lo interesante del planteamiento kleiniano consistió en que los procesos propios de cada una podían resurgir con contenidos y formas diferentes: los propios de los momentos vitales que se estuviesen atravesando. Así, un niño se situaría –o actuaría– en posición esquizoparanoide si mantiene una actitud en la que prevalece notoriamente la no aceptación de límites, el rechazo, el negativismo. En cambio, funcionaría en posición depresiva si, por amor a su madre, declina su actitud de oposición constante. Lo mismo puede decirse de un adolescente que para reafirmar su yo trata sistemáticamente a sus padres como enemigos, los enfrenta, discute, se pelea, comete trasgresiones; en cambio operará en posición depresiva cuando realiza un duelo por las *imágenes* parentales idealizadas. Con las modificaciones pertinentes, algo similar podría decirse sobre los adultos. En fin: predominios alternantes de la PEP y la PD, coexistencias y fluctuaciones, según los casos y las cosas.

Klein otorgó a estas organizaciones posicionales-relacionales un alto carácter dinámico; la relativa estabilidad de cada una se obtendría por reequilibrios tras las oscilaciones que acontecen permanentemente. Se sobreentiende el carácter inconsciente y repetitivo de cada uno de estos modos de funcionamiento psíquico. La cualidad inconsciente recién aludida estaba asociada en Klein a las fantasías puestas en juego y no tanto a un *sistema* que funcionase bajo las leyes del *proceso primario*.¹¹

En *NAME* (1946), engarzó la identificación proyectiva (I. P.) con otros mecanismos de defensa y le otorgó un rol privilegiado junto con los otros que son los prototípicos de la PEP: disociación, proyección, introyección, idealización y negación.

Ya casi al final de su obra –en *EyG* (1957) – añadió la envidia primaria a la que consideró un factor *constitucional* de primerísimo orden para el desarrollo evolutivo. La aparición de este nuevo articulador teórico impuso la necesidad de una interpretación retroactiva del concepto de posición, porque el artículo recién nombrado volvió a situar en un lugar secundario el rol del contexto ambiental en la psiquización del niño. Recuérdese que la década 1946-1956 fue la más “ambientalista” de Klein.

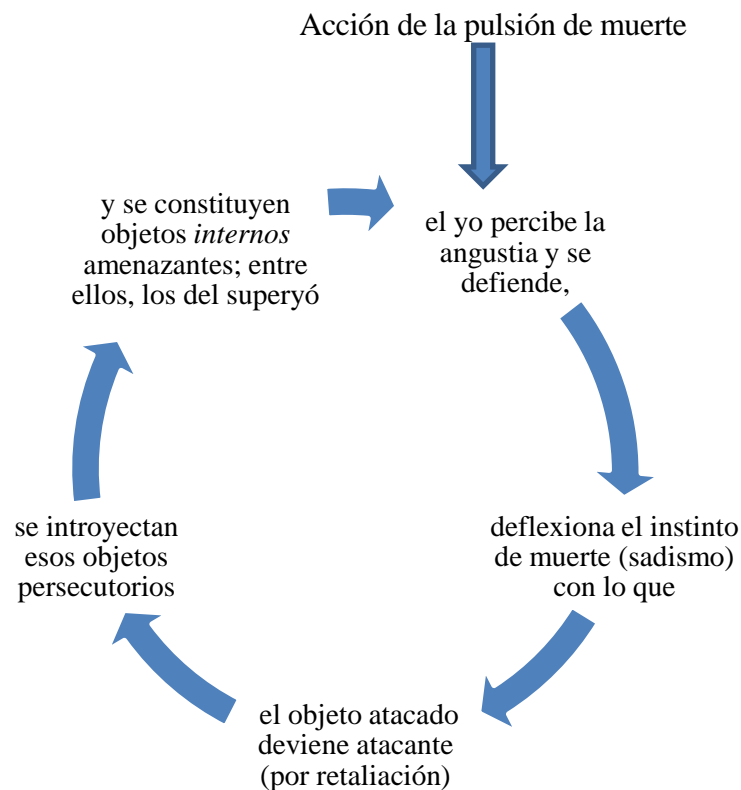
3.1.2. La posición esquizoparanoide (PEP)

El nombre que Klein otorgó a esta posición habla de la coexistencia de una intensa división de la mente y de los objetos (**esquizo**, del griego *schizein*: dividir, separar, escindir) más la presencia de una abrumadora de ansiedad persecutoria (**paranoide**). El primer calificativo indica asimismo el uso prevalente de mecanismos esquizoides (véase *infra* 3.3.2. Escisión o clivaje)-. Fue denominada así por primera vez en *NAME* (1946), aunque Klein ya había utilizado la expresión *posición paranoide* para describir situaciones en las que predominaba este tipo de angustia primitiva, derivándola de la acción del instinto de muerte en el interior de la psique y de las amenazas provenientes, secundariamente, de objetos externos, devenidos persecutorios, pro las proyecciones sádicas recibidas. Cuando a mediados de los años cuarenta labró un lugar para la PEP en su teoría, el terreno conceptual ya estaba bien roturado para el encaje de esa pieza clave. Las elaboraciones previas que lo habían facilitado eran las siguientes: a) ya había ligado lo sádico a las fuentes instintivas: sadismo oral, anal y uretral; b) había articulado el instinto de muerte con la angustia, trabazón que ella mantuvo hasta el final de su obra; c) ya tenía descrita la intensa defusión instintiva en el momento del nacimiento; d) ya había sostenido la existencia de un yo innato, capaz de sentir ansiedad y de responder a ella mediante los mecanismos de defensa.

Ese yo incipiente, sede y gestor precoz de la angustia, al percibir a esta última, deflexionaría el instinto de muerte hacia el exterior mediante la identificación proyectiva, procedimiento que estaba asociado a una escisión del yo y de los objetos.

Ahora bien, la expulsión de esa destructividad instintiva –concebida como sadismo– no se dirigía hacia un exterior vacío; se descargaba sobre los objetos del entorno que, en ese mismo acto, quedaban constituidos como objetos atacados y –por retaliación–, atacantes. El objeto externo, depositario del sadismo, devenía entonces persecutorio y generaba a su vez angustia. Dicho en otros términos: si la defensa buscaba eliminar la ansiedad persecutoria, el expediente utilizado fracasaba

rotundamente. La amenaza interna quedaba replicada en el exterior, con un agravante: ese objeto *parcial* persecutorio, externo, al ser introyectado, generaba objetos internos de la misma cualidad. Klein consideró que una buena parte de esas introyecciones constituían el núcleo del superyó arcaico, muy cruel, cuyo efecto inmediato era crear otro frente persecutorio; en este caso, también interno.¹² Esto obligaba a re proyectar el sadismo, generándose de ese modo un círculo vicioso autoalimentado, del tipo que se representa en el esquema siguiente:



La escisión antes mencionada –esquizoide, por cierto– divide al yo y a los objetos en idealizados y lo persecutorios; aunque se trataba de diferencias extremas, introducían un orden primigenio en el caos inicial, porque: a) abría la posibilidad de encontrar refugio en lo idealizado ante la intensa persecución, b) se protegía al menos una parte del objeto, que era aceptada por no ser amenazante; c) concomitantemente, se salvaguardaba esa parte del yo. En esta construcción teórica, la acción de la I.P. daba el primer paso hacia la instauración de relaciones con el mundo externo; básicamente con la madre o, mejor dicho, con el pecho –objeto parcial–. Se trataba de relaciones de objeto que creaban una continuidad entre el yo y el objeto arcaicos; en ese sentido, el vaivén de materia psíquica entre ambos generaba “*yobjetos*”, neologismo con el que se pretende reflejar esta fusión e indiscriminación entre el yo primigenio y los objetos.¹³ La tempranísima deflexión del instinto de muerte fue sustituida por su derivado: la proyección, que inmediatamente se acoplaba con la introyección; ambas mediaban entre los objetos externos y el yo; en esas relaciones intervenían siempre fantasías inconscientes que, dados esos momentos de extrema dependencia del bebé, eran de neto corte oral: morder, chupar, vaciar el objeto, destruirlo. La PEP fue caracterizada por un anhelo ilimitado de gratificación oral (voracidad). Klein fue en este punto clarísima: las fantasías, a las que entendió como correlatos mentales del instinto, no eran fugas de la realidad; según ella, actuaban desde los inicios de la vida mental –y lo seguirán haciendo de forma vitalicia–, impregnando todos los vínculos y entretejiéndose en todas las experiencias de la realidad interna con la externa. Su actividad constante determinaría –intensamente– la naturaleza de esos vínculos.

Pero no sólo se proyectaba Tánatos; también Eros, facilitando la creación del objeto idealizado inconmensurablemente gratificador en la fantasía; de manera concomitante el yo se escindía en una parte libidinal y otra tanática. En ese aspecto la autora describía un paralelismo entre lo que ocurría con el yo y los objetos. Estos últimos, en su versión idealizada, gratificante, podían ser reactivados

alucinatoriamente. Aparece la fantasía de un pecho inagotable que despierta la voracidad del bebé. El eterno –y omnipresente– conflicto entre los instintos de vida y de muerte que atraviesa el pensamiento kleiniano se manifestaba en estos momentos incipientes de la existencia como un combate entre la parte libidinal del yo y otra parte destructiva del mismo, ambas muy separadas. La primera buscará identificarse con el objeto idealizado, para mantener lejos a los perseguidores. La idealización operaba en estos contextos como protectora de los objetos malvados. Va de suyo que la angustia predominante en esta posición es la persecutoria. La lógica kleiniana era en este asunto implacable: si al sadismo oral se suma rápidamente el anal y uretral, la índole de las proyecciones generará retornos retaliativos muy persecutorios. El temor es a la destrucción –aniquilación– del yo primitivo y de los objetos ideales; ante tal peligro, se reforzaban los mecanismos de escisión ya comentados, pudiendo aparecer como defensa extrema la negación omnipotente de los objetos persecutorios internos y externos (véase *infra*, 3.3.5. y 3.3.6).¹⁴

Una caracterización sintética de la PEP correspondiente al final de su producción, podría ser la siguiente: configuración psíquica en la que se combate la angustia persecutoria mediante mecanismos de defensa específicos –escisión, disociación, identificación proyectiva, negación, idealización–, que dan pie a relaciones con objetos parciales también disociados –persecutorios e idealizados–, y su contrapartida: miedos a la destrucción del yo, ya sea por retaliación¹⁵ o por vaciamiento de lo bueno. La angustia paranoide propia de esta posición surge por el temor a los ataques retaliativos de los objetos malos internos y externos. En la PEP predomina la proyección del sadismo¹⁶, que se acompaña de fantasías inconscientes en sintonía con las tendencias instintivas en juego. Se crea, así, una doble fuente de persecución: interna y externa, que da pie a la retroalimentación de la ansiedad paranoide. Si bien esta disociación del yo y de los objetos es de carácter fantasmático, el bebé las percibe como totalmente reales, de manera que sus sentimientos –y después, sus pensamientos primarios– son modelados por tales vivencias.

¿Cómo se pasa de la posición esquizoparanoide a la depresiva? Se trata siempre de un tránsito gradual, nunca absoluto, que habitualmente supone obstáculos; las transiciones menos perturbadas se producen cuando las buenas experiencias predominan sobre las malas, balance en el que intervienen factores diversos.¹⁷ Dentro de esas condiciones, el yo siente que los objetos idealizados prevalecen sobre los persecutorios y que el instinto de vida va ganando la batalla al instinto de muerte. Ese pasaje posibilita que el yo vaya logrando más integración y adquiera mayor capacidad para defenderse de las situaciones angustiantes y, así, dejar de implementar mecanismos proyectivos potentes. Si el “círculo virtuoso” continúa, disminuirá el miedo a los perseguidores y cederá la idealización de los objetos, tanto internos como externos. Estaríamos ya en la antesala de los objetos totales; al ser la escisión menos potente, el yo tolera mejor su propia agresividad y la ansiedad que ésta le provoca; las partes buenas y malas del objeto pueden aproximarse, entrar más en contacto y sintetizarse; la comentada integración del yo favorece asimismo la de los objetos y viceversa. Queda así preparado el terreno para la *posición depresiva* que, como ya se ha dicho, no hace caducar definitivamente a la posición esquizoparanoide.

Un factor importante para este pasaje es la correlación de fuerzas entre las tendencias libidinales y las agresivas: si el balance se inclina hacia las primeras, el tránsito se favorece. Va de suyo que lo recién descrito no siempre sucede en las condiciones más favorables; los motivos de tales infortunios pueden ser variados: a) el predominio de las malas experiencias con los objetos del entorno; b) el uso intensivo de la identificación proyectiva o la implementación de sus formas patológicas; c) auge de clivajes desintegradores; d) presencia de una carga congénita exacerbada del instinto de muerte y de envidia, etc. Estos serían los principales factores determinantes de fijaciones en la PEP que, a su vez, predispondrían a la psicosis y a otras patologías psíquicas graves.

3.1.3. La posición depresiva (PD)

Klein consideró que entre el cuarto y sexto mes de vida del bebé se producían cambios significativos en las diferentes facetas del psiquismo que ella había incluido dentro del concepto de

posición, razón por la cual postuló la existencia de un funcionamiento mental cualitativamente diferente al del semestre anterior. Otorgó el nombre de PD a esta nueva organización, atendiendo especialmente a la aparición de una angustia diferente a la de los meses previos: la depresiva. Esta ocupaba ahora el primer plano de la psique, aunque al comienzo de la nueva posición persistirían todavía remanentes de la angustia paranoide, propia de la PEP. La ansiedad depresiva se manifestaba como tristeza por la pérdida fantaseada o por la posibilidad de pérdida del objeto bueno; también, culpa por el daño infligido al mismo y cierta inseguridad del lactante respecto de su capacidad para conservar esos objetos. Buena parte de sus temores afloraban a causa de su propia destructividad. En su teoría, la capacidad del yo de amar a sus objetos buenos –si es que ese avatar llega a producirse–, lo hace tras haber atravesado por un intenso sentimiento de culpa.

Ahora bien, los cambios no sólo ocurrían en el plano de los afectos; también acontecían transformaciones en el plano instintivo: las tendencias libidinales (Eros) aumentaban y se mezclaban con las destructivas; un mismo objeto podía recibir las manifestaciones de unas y otras: amor y odio. Se instituía la ambivalencia en sentido pleno del término. Así, las relaciones que se establecían a partir del segundo semestre eran con objetos totales: la madre, por ejemplo, comenzaba a percibirse como una persona completa; asimismo, la disociación prevalente hasta entonces –idealización/persecución– se sustituía por la de bueno/malo. De manera concomitante, el yo y los objetos iban ganando integración; estos últimos podían ser percibidos como buenos y malos a la vez; estaban menos disociados. En otros términos: se reducía la escisión intensa de la PEP. Al comienzo de la PD el sadismo es todavía intenso; los objetos reciben tanto el amor como el odio.¹⁸

Sin duda, la maduración neurobiológica expresada en varios registros –mayor coordinación psicomotora, percepción y memoria más afinadas, adquisición de la deambulación al final del primer año– repercutía favorablemente sobre las funciones psíquicas. Entre otras, cabría nombrar: la reducción de la distorsión fantasmática entre el objeto interno y el externo; este último era percibido de una manera más “realista”.

El conjunto de defensas implementadas por el yo en este nuevo contexto eran las mismas que operaban en la posición esquizoparanoide, pero, en tanto el terreno psíquico y la ansiedad a la que combatían habían cambiado, también divergían sus efectos: ya no se dirigían contra la angustia persecutoria –interna o externa– sino que enfrentaban a la depresiva. Por esos motivos Klein calificó esas defensas con el nombre genérico de *maníacas*: se enfrentaba la depresión con actitudes propias de la manía. Sobre esta cuestión se volverá más adelante. La proyección y la identificación proyectiva se atenuaban en tanto se toleraba mejor al instinto de muerte en el interior. Se intensifican, en cambio, los mecanismos de introyección e identificación introyectiva, uno de cuyos fines era establecer y preservar al objeto bueno en el mundo interno, prerequisite para nuevos avances en el desarrollo evolutivo y en la integración yoica. Una vez establecida la PD, las introyecciones se realizaban tomando como punto de partida a objetos totales (“toda” la madre, ya no el pecho; todo el padre y no sólo el pene); en esas nuevas circunstancias y únicamente sintiendo amor por sus objetos totales, el bebé vivenciaría dolorosamente la posible pérdida de los mismos.

“Sólo después de que el objeto haya sido amado como un todo, su pérdida puede ser sentida como tal.” [CPM-D (1934); OCKPA, vol. 2, p. 256].

Cuando se cumplía esa premisa, el trabajo de duelo quedaba instalado en el centro de esta posición; de su elaboración emergerán las tendencias *reparatorias* para con los objetos internos y externos (fundamentos kleinianos de la sublimación y del cuidado por el objeto).¹⁹ En *DRM-D* (1940) Klein sostuvo que la elaboración del duelo tenía mayor relación con el objeto interno que con la pérdida de la persona real y que, por otra parte, era realizado más fácilmente si lograba evitarse la regresión a los sentimientos paranoides y el uso de defensas maníacas potentes. Por lo tanto, la PD imponía al bebé la difícil tarea –a causa de su extrema dependencia psíquica respecto del entorno– de aprender a tolerar la ausencia temporal del objeto externo, sin exacerbar sus ánimos controladores y el uso consiguiente de la identificación proyectiva para tales fines. Como puede apreciarse, la pérdida del objeto que Freud había teorizado inicialmente en *DyM* (1915) fue reprocesada por Klein desde dos vertientes: a) la pérdida del objeto ocurre en la fantasía y está causada por los daños imaginarios

cometidos por el niño; b) en los duelos, la pérdida no es la de un objeto real externo sino la del objeto bueno y amado interno. Para Klein, el duelo real repite las características de esa pérdida primitiva e imaginaria.

Con la instalación firme de la PD comenzaban: el complejo de Edipo, la formación de símbolos y el establecimiento de las bases para los procesos intelectivos del yo.²⁰ A las fantasías sádicas orales, anales y uretrales ya se les sumaban, ahora, las edípicas. Por eso era posible la coexistencia de los celos y la rivalidad propias del complejo con las tendencias destructivas; no serían extrañas, entonces, situaciones complejas como las siguientes: si el objeto destruido se asimilaba a las heces, las tendencias depresivas y maníacas podían dar pie a una preocupación angustiante por la pérdida de los excrementos; en tales ocasiones se tendería a retenerlas, dando pie a estreñimientos severos; por otra parte, ante la misma situación podrían producirse reacciones opuestas: entonces, serán expelidas, para desembarazarse rápidamente del objeto.

También en esta posición se implantarían los procesos de simbolización y se modificaría la relación del infante con la realidad: las variaciones comentadas respecto del funcionamiento psíquico determinaban que la realidad se construyera en la PD de manera distinta²¹; entre otras cosas, porque mediaban fantasías diferentes: sus contenidos no eran tan persecutorios y los objetos se percibían menos distorsionados que en la PEP. Lo dicho significaba que las fantasías inconscientes seguían mediando en las relaciones objetales de esta nueva posición y participaban activamente en la construcción subjetiva de la realidad.²² Además, cedía la creencia del lactante en la omnipotencia del pensamiento y se hacía posible la distinción entre los objetos mundanos –reales– y sus símbolos, precondition para la adquisición del lenguaje. El establecimiento de las equivalencias simbólicas facilitaba los desplazamientos de un objeto a otro y en cada uno de estos pasajes, el sadismo se iba reduciendo. Para la creadora de la técnica del juego en las sesiones con niños, al final del primer año de vida el niño/a era capaz de discriminar entre él mismo y los otros miembros de la familia: padre y madre podían ya ser percibidos separadamente, a diferencia de la imago terrorífica de los padres combinados de la PEP.

Es bien sabida la gran importancia que Klein otorgó a los factores emocionales de este año inicial de la existencia del infante; si en ese lapso predominaron las experiencias buenas habrá repercusiones benéficas sobre el desarrollo evolutivo posterior; también, sobre el periodo de latencia y la adolescencia, cosa que a su vez favorecerá una vida adulta sana y creativa [Cfr. MARI (1959)].²³

Un nuevo recorrido por los elementos constitutivos de la PD permitirá apreciar la crucial importancia de la misma para la evolución psíquica del infante. En ella, el yo tendrá que cuidarse de su propio amor y odio exacerbados. ¿Cómo podría defenderse este yo algo más integrado de su propia ambivalencia, de su tristeza –incluso, desesperación– ante la fantasía de haber perdido al objeto bueno por su destructividad? La respuesta de Klein fue clara: apelando moderadamente a las defensas *maníacas*; las calificó así porque combatían con cierto aire triunfalista la ansiedad depresiva; con ellas, el lactante pretendía controlar omnipotentemente a un objeto (total) del que dependía mucho y que a la vez estaba siempre a punto de perder por el odio con que también lo trataba. Esas defensas intentaban negar, en principio, la importancia que tenían para él los objetos buenos, sean internos o externos. Desde esa actitud maníaca los desvalorizaba, los menospreciaba y los trataba con un cierto desaire. Al inicio de la posición depresiva, esos mecanismos, especialmente si no son intensos, distaban de ser patológicos; más bien protegían al yo y calmaban su culpa inquietante, enojosa. Con posterioridad podría aparecer un recurso más apto para los mismos fines: la *reparación*; pero ella se tomaba un tiempo para llegar y establecerse. Cuando comparecía, el bebé imaginaba que con su amor y su preocupación por el objeto podría restaurar el daño causado por su sadismo. El conflicto en la PD se manifestaba como un enfrentamiento constante entre dos tendencias contradictorias del lactante: por un lado, el odio y la destructividad –Tánatos en acción–, y por otro, su amor y las corrientes reparadoras. De todas formas, estas últimas –expresiones de Eros– no surgían fácilmente ni lo resolvían todo: restaurar el objeto era rehacerlo tal como se lo fantaseó: precioso y perfecto. Pero, devolverle esas cualidades resultaba ser una exigencia tremenda, cuando no imposible. Klein afirmó:

“La idea de perfección es, además, tan apremiante, porque refuta la idea de desintegración.” [CPM-D (1934); *op. cit.* p. 261].

En otros términos: volver a erigir un objeto excelso después de haberlo dañado sería una labor ímproba, pero más ardua aún si sostenía una formación reactiva que evitaba el desmoronamiento del yo. Por ambos motivos, los objetos buenos podían volverse persecutorios, porque los requerimientos para su reparación terminaban siendo excesivos.

Aun así, Klein dejó abierta otra posibilidad: vivenciar los dolores de la pérdida, padecer el duelo y permitir la actuación de las tendencias reparatorias —eludiendo en buena medida las defensas maníacas— y acabar obteniendo éxito en la reconstrucción del objeto perdido —interno y externo—. En otros términos, que haya simbolización del objeto, creatividad y sublimación, procesos que en su teoría fueron concebidos mancomunados. De manera correlativa habrá que inhibir, al menos en buena parte, la agresividad.

En otro registro algo diferente al de las defensas maníacas cabría mencionar la operatividad de la identificación proyectiva. Ella seguiría actuando, aunque de manera atenuada, en la PD; allí funcionaría como un mecanismo de control del objeto. Otro lugar y función muy diferente le cabía a la identificación introyectiva, postulada en 1946. Ella encontraba en la posición depresiva un terreno propicio para implantar al objeto bueno en el núcleo del yo.²⁴ Como novedad teórica de aquella época: la identificación proyectiva podía recaer también sobre los objetos internos.

En el tercer periodo de construcción de la TIK —1946-1960—, consolidadas conceptualmente la PEP, la PD, la identificación proyectiva e introyectiva, la resolución del complejo de Edipo suponía establecer en el yo, de manera afianzada, una madre buena, un padre bueno y una pareja *ídem*, muy distinta a la otrora terrorífica imagen de los padres combinados. En la PD se procesaría también la diferencia de los sexos y aunque Klein no lo haya mencionado explícitamente —dado que consideraba innata la identidad sexual psíquica—, la discriminación que establecía el infante entre padre y madre edípicos preanunciaba cierta comprensión de las diferencias sexuales y favorecía el acceso mayoritario a la heterosexualidad. En ese mismo período de su obra puede considerarse definitivamente balanceado el sadismo puro y casi exclusivo que caracterizó a sus textos de los años veinte y comienzos de los treinta: el niño, si podía lograr un buen manejo de sus defensas maníacas e implementar adecuadamente la reparación, introyectaba *también* objetos buenos y sentaba las bases para una adecuada actividad sublimatoria.

Sin embargo, el pasaje por la PD no significaba para el niño transitar por un lecho de rosas; la tarea psíquica que él debía llevar a cabo era ardua y dolorosa. Varios pueden ser los motivos para que no pueda realizarla cabalmente: a) porque las experiencias con el ambiente le hayan sido desfavorables; b) por un instinto de muerte muy intenso; c) por la envidia constitucionalmente excesiva; d) porque se defendió masivamente del sufrimiento que ella conllevaba. Frente a estas circunstancias podían desencadenarse regresiones capaces de reinstalar la PEP, dificultando el desarrollo evolutivo y la adquisición de nuevas habilidades psíquicas. Klein ya lo había anticipado en *CPD-M* (1934):

“Es verdad que, ahora que los objetos buenos y malos están más claramente diferenciados, el odio del niño se dirige más bien contra los últimos, mientras que su amor y sus intentos de reparación se hallan más enfocados hacia los primeros; pero el exceso de sadismo temprano y ansiedad frena el avance de su desarrollo mental. Todo estímulo externo o interno (toda frustración real, por ejemplo) está lleno de mayores peligros: no sólo los objetos malos, sino también los buenos están así amenazados por el ello, porque todo acceso de odio y de ansiedad puede temporariamente abolir la diferenciación y dar así por resultado una `pérdida del objeto bueno amado'. Y no es solamente la vehemencia del odio incontrolable del sujeto, sino también la de su amor la que pone en peligro al objeto. Porque en este estadio de su desarrollo, amar un objeto y devorarlo están íntimamente relacionados. Un niño que cree, cuando su madre desaparece, que él la ha comido y destruido (ya sea por amor o por odio) se halla atormentado por la ansiedad tanto por sí mismo como por la madre.” (OCKPA, vol. 2, p. 258)

Si pese a estos peligros logra relacionarse con objetos buenos y conservar un recuerdo de esas figuras puede surgir una suerte de nostalgia o una vivencia de pérdida comparable con la del duelo. Ya se ha dicho que ese dolor podría revelarse fructífero; lo mismo podría decirse del sentimiento de culpa por la fantasía de haber destruido al objeto: de ellos nacerán los intentos reparatorios. Por estos motivos, el duelo quedó situado en la médula de la PD: la posibilidad de vivenciarlo inauguraba un camino alternativo a la manía; abría las puertas a un amor menos

ambivalente hacia el objeto y facilitaba la sublimación. También influía en la organización de la conciencia moral: la introyección de objetos buenos daría lugar a un superyó progresivamente más benévolo y protector. El siguiente cuadro sinóptico presenta las principales diferencias entre la PEP y la PD:

POSICIÓN ESQUIZOPARANOIDE	POSICIÓN DEPRESIVA
El yo es precoz, débil y puede fragmentarse con facilidad; se escinde en partes idealizadas y persecutorias; por efectos de la I.P. el yo se confunde con el objeto.	El yo está más integrado y expuesto a impulsos emocionales contradictorios. La disociación del yo y de los objetos es menor que en la PEP.
Las relaciones de objeto se inauguran mediante la I.P.; se establece con objetos parciales; es egocéntrica y voraz; el yo y los objetos están escindidos en persecutorios e idealizados. Cuando estos últimos se introyectan conforman el núcleo ideal y persecutorio del superyó.	La relación es con objetos totales; buenos y malos: madre, padre y pareja parental discriminados. Estos objetos están menos escindidos que en la PEP; convergen amor y odio hacia el mismo objeto. Las introyecciones del objeto bueno constituyen los aspectos más benignos del superyó.
La angustia básica es de tipo persecutoria: miedo a la acción de la pulsión de muerte en el interior; temor a la aniquilación del yo o pánico a que los perseguidores destruyan al <i>self</i> y al objeto ideal. La pareja de los padres combinados es la figura terrorífica por antonomasia.	La ansiedad predominante es depresiva: temor a la pérdida del objeto por el daño que el propio sadismo le infligió. Aparece la culpa y la tristeza por la posibilidad de perderlo. Duelos y nacimiento de las tendencias simbolizantes, reparatorias y sublimatorias.
Las defensas principales son: identificación proyectiva, proyección, escisión, negación y control omnipotente.	Las defensas son las mismas que en la PEP, pero, al defender de la angustia depresiva, se denominan <i>maníacas</i> .
Las fantasías son básicamente de contenido sádico oral, anal y uretral.	Las fantasías: persisten, atenuadas, las de la PEP y aparecen las edípicas. Comienzo del complejo de Edipo.

Se ha de tener en cuenta que la PEP no es sinónimo de esquizofrenia ni de paranoia. Tampoco es homologable la depresión clínica con la PD; esta última no es una entidad nosográfica; es más bien a una constelación psíquica de defensas y relaciones de objeto en los que predominan sentimientos de tristeza y de culpabilidad que son muy diferentes de lo que se percibe en una depresión patológica. En cierto modo, las depresiones hablarían de un fracaso de la posición depresiva. La angustia de esta posición se domina mediante la reparación del objeto y por la reducción e inhibición de la agresividad.

3.1.4. Las posiciones, el desarrollo evolutivo y la vida psíquica ulterior

Mediante el concepto de posición Klein no sólo daba cuenta del surgimiento de la psique en la primera infancia²⁵ –tema central de esta tesis–, sino y también de dos modos prototípicos de funcionamiento psíquico *a lo largo de toda la vida*. Esta ha sido una peculiaridad de la teoría kleiniana; las posiciones eran organizaciones y modalidades de trabajo mental vitalicias. Importa subrayarlo: ella nunca caracterizó a sus posiciones como *estructuras*, en el sentido que dicho término adquirió en la década de los años setenta; esa palabra aparecía de tanto en tanto en sus artículos, pero sólo cuando hacía referencia a la segunda tópica freudiana. Pese a ello, cabe considerar que las posiciones pusieron –*de facto*– un acento estructural en su teoría. Muchos de sus seguidores realizaron la perspectiva genético-evolutiva de su obra, que evidentemente existe, pero en ese mismo movimiento eclipsaron los aspectos más estructurales de su concepción. Una lectura cronológica de sus textos permite apreciar que ella se fue alejando de una concepción del desarrollo evolutivo “etapista”. Cuando contraponía las posiciones era a los efectos de diferenciar una de otra, pero a renglón seguido refería la coexistencia de ambas, aunque siempre con predominio de una de las dos. Dejó siempre abierta la posibilidad de reinstalaciones de la PEP a lo largo de toda la vida.²⁶ Esas coexistencias, fluctuaciones, alternancias y restablecimientos posibles es el aspecto más rico de su teoría de las posiciones. El próximo apartado se dedicará al examen de estas facetas.

En síntesis: las posiciones fueron elementos claves de la teoría kleiniana para pensar la conformación del aparato psíquico en la infancia. Dentro de ellas, las identificaciones proyectivas e introyectivas desempeñaron un papel relevante. Estas modalidades identificatorias no pueden equipararse con las identificaciones estructurantes de Freud (véase I, 1.4.2. y I, 4.5.1.) ni con las imaginarias y simbólicas de Lacan, que serán estudiadas en III, 9 y III, 10. Klein otorgó a la I. P. y a la I. I. funciones estructurantes de la psique infantil pero les dio también un carácter vitalicio: las convirtió en la sístole y diástole de la mente.

Klein pensó la formación del psiquismo infantil con punto de partida en el propio niño; él era el epicentro.²⁷ En ese aspecto, ella se mantuvo más cercana a la perspectiva freudiana que a la de Lacan, ya que este último teorizó la estructuración del sujeto a partir de los objetos (Otro y otro). Para la pionera del psicoanálisis de niños los objetos eran, básicamente, depositarios de las proyecciones e identificaciones proyectivas del infante. El movimiento proyectivo – introyectivo y la creación de objetos internos más la sedimentación de experiencias psíquicas que ese interjuego producía fueron para ella los determinantes principales de la formación de la psique. Claro está, sobre la base de un psiquismo rudimentario, poseedor de una gran potencialidad de evolucionar en el seno de las relaciones objetales recién comentadas. En el contexto teórico kleiniano, los objetos no inducían, ni implantaban ni trasmitían rasgos psíquicos al niño. La fuerte impronta instintiva, endogenética y constitucional de su teoría la llevó por derroteros distintos al de la *trasmisión psíquica intergeneracional*. Ella no pensó al objeto como *identificante*. Es obvio que sabía que el contexto objetal era imprescindible para que el niño pudiera psiquizarse; más aún, seguramente pensaba que sin ese entorno familiar –o sus sustitutos–, el niño no podría sobrevivir. Incluso, se refirió en varios de sus escritos a la gran importancia de la vida psíquica de los padres para el hijo. Todo eso es cierto, pero también lo es que su teoría sobre la conformación del aparato psíquico infantil no partía del psiquismo de los otros sino de la rudimentaria psique del bebé al nacer.

Fueron los poskleinianos quienes se vieron obligados a reconsiderar la influencia del psiquismo de los padres sobre la psique del bebé. La identificación introyectiva, tal como la concibió en *CTEL* (1952) –es decir: aquella que situaba un objeto bueno completo, no escindido previamente, en el núcleo del yo– fue el único concepto que entreabrió las puertas a la implantación de rasgos psíquicos desde la mente de los padres a la del niño. Sin embargo pocos años después, en *EyG* (1957) volvió a cerrarla, haciéndose aún más constitucionalista. Existe una evidencia palmaria: ella produjo varios articuladores teóricos que le hubieran permitido pensar esa trasmisión psíquica de padres a hijos; sin ir más lejos, la identificación proyectiva que creó, si la hubiera pensado con una dirección contraria –es decir desde los padres al hijo/a– le hubiera sido suficiente. Pero lo cierto es que esta perspectiva está prácticamente ausente en su obra.

Si de la teoría lacaniana puede decirse: al principio están los otros, en Klein cabría decir: al comienzo está la pulsión de muerte. En su teoría, el niño, al defenderse de Tánatos para sobrevivir, iba construyendo su psique. Los otros estaban presentes, pero funcionaban esencialmente como depositarios de las proyecciones que, luego, retornarán al yo mediante introyecciones. La perspectiva kleiniana estaba centrada en lo que hacía o dejaba de hacer el niño. La identificación, la proyección, la introyección y todos los otros procesos generadores de psique eran puestos en acción por el crío. Eran funciones a cargo del yo; incipiente al principio y más organizado, después. El objeto parece estar para que las proyecciones y las identificaciones proyectivas no caigan en el vacío. Dicho en otros términos, los objetos externos no eran los determinantes principales del surgimiento de la vida psíquica del infante.

No existió un artículo de ella cuyo contenido se centrara en la trasmisión de materia psíquica desde los padres a los hijos; tampoco hubo excesivas referencias respecto de las habilidades o inhabilidades de los padres para la “psiquización” del hijo. La cuestión solía quedar reducida a si el niño tuvo o no experiencias buenas (o malas) con el objeto. Su teoría no pensó qué de lo psíquico del infante surgía a partir de lo psíquico de los otros.

Veamos una frase de Didier Anzieu y René Kaës en el Prefacio al libro *Nacimiento a la vida psíquica* de Albert Ciccone y Marc Lhopital²⁸:

“*Nacimiento a la vida psíquica* más bien que *Nacimiento de la vida psíquica*. La vida psíquica preexiste en efecto al recién nacido, bajo la forma de un aparato psíquico propio de la pareja, de la familia y del grupo que están como trasfondo, que son la matriz de la cual ella [la naciente vida psíquica del bebé] se nutre y de donde tendrá que separarse. Es en ese aparato psíquico común que el niño encuentra su lugar como ser psíquico y que él puede, si todo va bien, construir su aparato psíquico personal.” La traducción y lo que está entre corchetes son míos.

El contenido esencial de este breve fragmento de los prologuistas de este volumen no se encontrará jamás bajo la pluma de Klein. Se trata de frases sencillas pero plantean de manera muy sintética no sólo la importancia del contexto objetal en la psiquización del recién nacido, sino y

también, que existe una matriz ajena al propio bebé en la que éste *se nutre* psíquicamente para constituirse como ser psíquico. En ese contexto se produce el nacimiento a la vida psíquica. Se dejarán de lado las expresiones “aparato psíquico propio de la pareja, de la familia y del grupo” que aparecen en esta frase y que podrían ser objeto de polémicas, para ir a las palabras claves en este fragmento: “matriz de la cual ella se nutre”. Esta oración reconoce un papel significativo al psiquismo de los otros para aquél que tiene que nacer a su vida psíquica. Este trozo de texto del Prefacio tampoco puede considerarse de corte lacaniano pese a ciertas apariencias que pueden llevar a engaño. Y no lo es en tanto el “aparato psíquico propio de la pareja, de la familia o del grupo” no es *identificante* sino que está allí para que el niño capture nutrientes psíquicos. La identificación, en el fragmento citado, estaba pensada desde la perspectiva metapsicológica freudiana, no desde la lacaniana.

¿Se está pidiendo que Klein sea lacaniana? ¡No! Se pretende más bien subrayar –por contraste– el genio de su propia forma de teorizar. De manera coherente con su endogenetismo e instintivismo, ella no escribió sobre los posibles déficits de los objetos reales externos; tampoco sobre la psicopatología parental ni sobre las consecuencias de ello en el desarrollo psíquico del niño. Describió más bien, y con lujo de detalles, el funcionamiento de la psique del niño.

¿Se centró en la patología psíquica de los padres? No

¿Afirmó que los objetos no son importantes? Tampoco.

¿El psiquismo de los objetos que constituyen el entorno familiar está en el centro de la psiquización del niño? No.

¿Otorga importancia a lo constitucional? Sí.

Si en Freud el niño capturaba rasgos de los objetos y los hacía propios; si en Lacan el Otro implanta significantes para estructurar al \$, habría que decir que para Klein se inscribían o se construían objetos internos mediante el vaivén proyectivo introyectivo y que en cada uno de esos latidos mentales sedimentaba algo de materia psíquica que construía el yo y el superyó.

3.2. Objetos y relaciones de objeto en la teoría kleiniana

La dialéctica parcial/total referida a los objetos adquirió en M. Klein un significado distinto del que tenían en Freud; para éste, el objeto de la pulsión era *parcial* mientras que el objeto de *amor* era total. En Klein se relacionó con el tipo de percepción y la modalidad de investidura que realizaba el lactante del cuerpo del objeto: era parcial cuando se trataba de una parte de cuerpo –pecho, pene, etcétera–, y era total cuando se percibía la globalidad del mismo. En la PEP, la relación es con objetos parciales; en la PD, con objetos totales. La postulación de ambos tipos de objeto y el pasaje de objeto parcial a objeto total –inexistente en la teoría freudiana– hablan de la influencia del pensamiento de Abraham y de su terminología en la teoría de Klein, sobre todo, en las elaboraciones iniciales de la psicoanalista (periodo K₁). Los objetos y las relaciones de objeto se convirtieron en un elemento esencial de las posiciones: les otorgaba movimiento a los otros componentes de las mismas.

La relación de objeto y las variantes de estos últimos –la llamada objetología kleiniana– fue la manera singular que ella tuvo de elaborar la antigua problemática filosófica acerca de la relación sujeto-objeto. Freud también la había abordado desde distintos ángulos y acabó incluyendo la relación sujeto – objeto en las redes libidinales e inconscientes. El objeto devino entonces aquello que se contraponía al sujeto y con el cual éste establecía algún tipo de relación inconsciente y libidinal. No siempre el objeto resultaba ser otra persona; podría tratarse también de partes de ella –como es el caso de los objetos parciales kleinianos–, o de una cosa o de un ente mundano cualquiera.²⁹ Además de la inmersión en contextos libidinales e inconscientes Klein sumergió los objetos en una lógica atributiva: el niño, en función de sus emociones y vivencias imputaba motivaciones malignas o benignas a dichos objetos. Las sensaciones corporales influían mucho en esas atribuciones; el malestar del hambre podría generar un pecho persecutorio y/o una madre mala; el bienestar posterior a la lactancia produciría un pecho bueno y una madre *ídem*. Esta atribución de motivaciones sigue una lógica binaria, de oposiciones; de ahí que los objetos fueran presentados casi siempre apareados.

Klein postuló una amplia gama de objetos originales, pero todos ellos compartían un rasgo común: devenían tales porque sobre ellos recaían cargas instintivas originadas en el yo, sea con fines

de placer, de satisfacción de necesidades, de realización de deseos o de alivio de tensiones y angustias. Su teoría sobre los objetos comenzó a construirse desde muy temprano; sus primeras elaboraciones al respecto fueron reunidas y sintetizadas en *EPN* (1932), pero fue en *CPM-D* (1934) donde las profundizó considerablemente al proponer la PD; los últimos hitos fueron *NAME* (1946) y, fundamentalmente, los textos canónicos de 1952 -*OCB* y *CTEL*- en los que expuso con claridad su concepción definitiva sobre los objetos y las posiciones. Sin restarle méritos a sus elaboraciones sobre estos asuntos en K_1 y K_2 , las páginas siguientes se centrarán en lo que produjo al respecto durante K_3 . Se pondrá el acento en cuestiones epistemológicas.

Ya desde las primeras páginas de *CTEL* (1952), Klein alertó:

“Las hipótesis de que las primeras experiencias del lactante con el alimento y *la presencia de la madre* inician una relación de objeto con ella es uno de los conceptos básicos presentados en este libro. Esta relación es primeramente una relación con un objeto parcial, porque las pulsiones oral-libidinales y oral-destructivas están dirigidas desde el principio de la vida hacia el pecho de la madre en particular. [...] Las vivencias recurrentes de gratificación y frustración son estímulos poderosos de las pulsiones libidinales y destructivas, del amor y del odio. En consecuencia, en la medida que gratifica, el pecho es amado y sentido como “bueno”; y en la medida en que es la fuente de frustración, es odiado y sentido como “malo”. Esta marcada antítesis entre el pecho bueno y el pecho malo se debe en gran parte a la falta de integración del yo, así como a los procesos de escisión dentro del yo y en la relación de objeto. [...] El pecho de la madre, en sus aspectos bueno y malo, también parece estar unido para él *a su presencia corpórea*, y su relación con ella como persona se construye así gradualmente a partir de este primer estadio.” (OCKPA, vol. 3, p. 178; las cursivas son mías).³⁰

A renglón seguido Klein afirmó que además de las experiencias de gratificación y frustración con el objeto externo existía una serie de procesos endopsíquicos –la proyección y la introyección, especialmente– que participaban en una relación a doble vía con el objeto primitivo.

“El lactante proyecta sus pulsiones de amor y las atribuye al pecho gratificador (bueno), así como proyecta sus pulsiones destructivas al exterior y las atribuye al pecho frustrador (malo). Simultáneamente, por introyección, un pecho bueno y un pecho malo se instalan en el interior. En esta forma la imagen del objeto, externa e internalizada se distorsiona en la mente del lactante por sus fantasías ligadas a la proyección de sus pulsiones en el objeto.” (OCKPA, vol. 3, p. 179).

En estas pocas frases ya están presentados los elementos fundamentales de su manera de pensar la constitución de los objetos por parte del yo, las relaciones dentro – fuera, el papel de las pulsiones y las fantasías, etc. El yo incipiente va construyendo sus objetos a base de realizar proyecciones sobre el objeto real externo privilegiado: la madre y su pecho, que luego se introyectan. En los vínculos tanto con los objetos internos como externos, la angustia será una manifestación a tener especialmente en cuenta. Sería por lo tanto espurio presentar separadamente al objeto y al yo -con sus circunstancias concretas-, a saber: conflictos en los que está inmerso, mecanismos defensivos que implementa, ansiedades que padece, etc. Las propias fantasías inconscientes concebidas kleinianamente son relaciones entre el yo y un objeto al que también se atribuye intencionalidades buenas o malas respecto del yo.

Tomando apoyo en estos objetos reales externos el yo construye los objetos que, una vez introyectados, formarán el mundo interno, término que en la teoría kleiniana vino a reemplazar con frecuencia a la acepción *aparato psíquico* que utilizaba Freud. El yo y sus objetos se redefinían constantemente, en una relación recíproca. Klein caracterizó en un momento de su obra al mundo interno como una asamblea de objetos introyectados.

El objeto kleiniano puede aproximarse a la antigua noción de *imago*: el otro, el objeto real externo queda inscripto en el psiquismo del niño con las deformaciones propias que él mismo les ocasionó mediante los mecanismos defensivos y las fantasías. De hecho, en sus primeros textos empleó profusamente ese vocablo latino, que luego sustituyó por el de objeto interno. Una vez introyectados, se produce una duplicación interna de los objetos exteriores y de los vínculos con ellos establecidos, generándose de esta manera una serie de duplas objetales: interno/externo, idealizado/persecutorio, bueno/malo. A esta diversidad objetal vino a agregarse posteriormente el objeto bueno introyectado en el núcleo del yo. De manera tal que en su obra se podrían distinguir, como mínimo:



Entre los objetos reales externos, Klein privilegió a la madre justamente por la relación estrecha que el bebé mantiene con ella y su pecho, desde los primeros momentos de la vida. Klein hizo una aproximación empírica al fenómeno de la lactancia y a la relación materno-filial. Como es lógico suponer, no se encontrará en su teoría aquello a lo que Lacan otorgó especial importancia: lo simbólico como un registro que preexiste y determina la relación de la madre con su hijo. Para la psicoanalista el punto de partida –al que volvió reiteradamente– fue siempre el pecho y la relación del bebé con el mismo. Allí estaba lo primigenio, lo primordial. Basta leer la siguiente cita, extractada de las primeras páginas de *EyG* (1957), texto considerado por algunos estudiosos de su obra como el testamento psicoanalítico de la autora, para comprobar lo dicho:

“A lo largo de mi trabajo he atribuido importancia fundamental a la primera relación de objeto del niño pequeño -la relación con el pecho y con la madre- y he llegado a la conclusión de que si este objeto primario que es introyectado se arraiga en el yo con relativa seguridad, está dada entonces la base para un desarrollo satisfactorio. Hay factores innatos que contribuyen a este vínculo. Bajo el dominio de los impulsos orales, el pecho es instintivamente percibido como la fuente de alimento y por lo tanto, en un sentido más profundo, como origen de la vida misma. Esta unión física y mental con el pecho gratificador restaura en cierta medida -si todo marcha favorablemente- la perdida unidad prenatal con la madre y el sentimiento de seguridad que le acompaña.” [*EyG* (1957), OCKPA, vol.5, p. 14].

Así, pues, dentro de la multiplicidad de objetos que describió hubo uno al que le atribuyó una importancia fundamental: el pecho. Cabe tener muy presente que, cuando Klein hablaba del pecho en tanto objeto, no se refería a la protuberancia carnosa en su más pura y simple realidad; se trataba de un objeto “subjetivo”, para cuya construcción concurrían tendencias instintivas, fantasías inconscientes, procesos disociativos y atribuciones de intenciones buenas o malas, que acaban otorgando a ese objeto externo cualidades muy diferentes a las reales. Es fundamental entender la prioridad que Klein le otorgó a la interiorización de ese objeto y a la relación establecida con el mismo; es importante captar en su nervio vivo la construcción de ese objeto en la psique. El bebé introyectaba esa *imagen*, que se instalaba en la mente infantil en calidad de objeto interno. Éste “cargaba” con todas las características fantasmáticas con las que el bebé había impregnado al objeto real externo que le sirvió de base para constituir el objeto interno³¹, que acaba siendo una construcción singular, una especie de *collage* en el que a más de la representación fantasmática y distorsionada del objeto externo participan sustancias corporales (leche, orina, heces), emociones, componentes sensoriales y fragmentos buenos o malos del pecho externo introyectados en el yo, conjunto que, luego, podrá ser reprojectado sobre el pecho materno.

Con el pecho idealizado el yo pretende enfrentar al objeto perseguidor; pero, más allá de este propósito defensivo, la exageración de lo bueno del objeto habla de sentimientos intensos que aspiran a un ideal sin límites.

En el combate entre lo idealizado y lo persecutorio se entrevé -como en transparencia- a Eros luchando contra Tánatos, eterno telón de fondo del conflicto psíquico en la teoría kleiniana. Según ella, si prevalece lo esquizoparanoide y el objeto idealizado es insuficiente para contrarrestar al objeto persecutorio, el bebé **niega** esa vivencia dolorosa y la expulsa junto con partes del yo (véase *infra*, 3.5.5). Se trata de una defensa extrema que conlleva el peligro de una pérdida de la realidad. Klein, por el genio propio de su teoría, no diferenció *taxativamente* este mecanismo operando en situaciones “normales” y en aquellas otras que podrían conducir a la psicosis.³² No es que para ella sea lo mismo una u otra situación, tal como pudo apreciarse en la cita del apartado 3.1.1., pero la predisposición a la psicosis era para ella universal; todas las personas podrían psicotizarse en caso de reactivación de la PEP.

Otro aspecto a tener en cuenta es la ausencia en la teoría kleiniana del concepto de retroacción –el *nachträglich* freudiano; el *après-coup* de Lacan–. A consecuencia de ello, el pecho adquirió una relevancia extraordinaria en su doctrina; por ser el primer objeto del bebé, cualquier

otra relación posterior reverberará –por los motivos recién apuntados– la antigua relación con el pecho.³³ Con él se habrán de establecer también importantes ecuaciones simbólicas (véase II, 6.4.1).

3.2.1. Objetos parciales (idealizados y persecutorios)

Según Klein, hacen acto de presencia a partir del comienzo de la vida posnatal. Ya desde sus primeros escritos planteó que tras la deflexión del instinto de muerte, del sadismo y las fantasías destructivas del lactante, el objeto depositario de tales proyecciones devenía persecutorio. En ese contexto, la escisión, en tanto mecanismo de defensa, se sumaba a la tarea y generaba dos tipos de objetos y dos partes del yo. De manera correlativa, se organizaban sendos ámbitos en la incipiente existencia psíquica del bebé: por un lado, el pecho persecutorio, con el que se relacionaba lo que era vivenciado como angustiante, peligroso, doloroso y todo lo sentido como una amenaza para el yo, muy inmaduro todavía. Por otro lado, en torno al pecho idealizado, giraban las experiencias de gratificación, de placer y bienestar en el vínculo con la madre. Cuanto mayor era el dolor o el temor a la aniquilación, más se exacerbaba el carácter idealizado de este objeto parcial. Éste era básicamente un objeto bueno, pero, las inevitables perturbaciones en vida del lactante llevaban a acentuar el carácter ideal del mismo. Cabe agregar que este objeto idealizado era tan distorsionado como el persecutorio. La constitución de ambos presuponía disociaciones muy intensas que a su vez implican clivajes profundos dentro del propio yo. Su fantástica, desmesurada e irrealista perfección producía también inseguridad.

Cuanto más temprana era la proyección e introyección más deformados y escindidos acababan siendo los objetos. Fueran persecutorios o idealizados, una vez internalizados, conformaban el superyó precoz del niño –especialmente cruel– y ejercían sus amenazas desde el interior. Pero sucedía que estas amenazas internas volvían a ser proyectadas sobre los objetos reales externos –eyección o expulsión mediante, mecanismo anal por excelencia (véase infra 3.5.1.) –, cosa que a su vez conducía a nuevas introyecciones de objetos sádicos. Según Klein, este círculo “persecutorio” se autoalimentaba y podía no tener fin si la intensidad de las proyecciones sádicas se mantenía. Asimismo sostuvo que el pasaje de la PEP a la PD conllevaba una atenuación de las proyecciones sádicas, mengua imprescindible para la formación de los objetos buenos y malos, cuyas características serán examinadas a continuación. Al final de su obra postuló que el objeto idealizado era utilizado en la lucha contra la envidia. Cabe tener presente que los objetos parciales podían ser, a su vez, internos y externos; sobre ambos solía actuar la identificación proyectiva.

3.2.2. Objetos totales (buenos y malos)

La característica diferencial más importante de estos objetos respecto de los dos recién descritos es que son más “realistas” o menos distorsionados: se percibe mejor los rasgos propios de los objetos reales externos porque en la PD las proyecciones e identificaciones proyectivas del yo son menos distorsionantes. Los objetos buenos y malos no se oponen tan radicalmente entre sí como los idealizados y persecutorios; en ese sentido se podría decir que los dos primeros son más sintónicos con el yo que los segundos, aunque es evidente que sólo el objeto bueno constituye un apoyo firme para la instancia yoica; la clínica suele ser también elocuente al respecto.

Recién en la posición depresiva el objeto adquiere un sentido cabal en tanto puede ser netamente discriminado del yo, a diferencia de lo que sucedía en la PEP, a la que se adscribieron los “yobjetos”.

Los avances psíquicos que esta construcción de objetos totales implica son indisociables de la maduración biológica que permite percibir y discernir mejor los objetos con los que el infante se relaciona; pero, dicha capacidad no depende únicamente de los avances neurológicos; también cuenta la disponibilidad del yo para tolerar la ambivalencia en su relación con el objeto. Cualquier dificultad por parte del niño para soportar ese estado emocional puede provocar regresiones a la PEP.

Con el adjetivo *total* Klein denotaba no sólo que el yo percibía y se relacionaba con un objeto completo sino y también que aceptaba progresivamente la existencia de matices diferentes dentro de un mismo objeto: lo bueno y lo malo podían aproximarse y convivir en un mismo objeto.

El objeto bueno otorga seguridad; el yo que lo ha podido construir está más integrado y no necesita de su presencia constante ni de su perfección ni de su omnipotencia. Esta variedad de objeto total –a diferencia del objeto parcial idealizado– era para Klein fuente de vida, de amor y de bondad. También resultaba más fácil para el yo introyectar un objeto de tales características, asimilarlo e identificarse con él; no sucedía lo mismo con los objetos malos y los persecutorios. El establecimiento de la PD y la predominancia de objetos totales hacían que la realidad psíquica y la externa se configurasen de otra manera para el niño. Ya no concebía, por ejemplo, que su hambre se debía a la acción una madre mala que le atacaba desde el interior ni que la satisfacción de esa necesidad fuera simplemente el efecto de una madre buena; el progreso en el desarrollo evolutivo permitirá que algo de las dos se fusionen en un mismo objeto. Los múltiples objetos buenos solían asociarse en un conjunto y, a su vez, cada uno podía mostrar distintas facetas. El concepto “objeto bueno” connota en el niño la sensación psíquica y corporal de gratificación; en la noción kleiniana de objeto está implícita una dimensión subjetiva del mismo.

El objeto malo, por el contrario, connotaba una diferencia significativa: era una amenaza para el yo. Provenía de la misma escisión que dio pie al bueno. Como ya se ha dicho, la constitución de los objetos en la teoría kleiniana estaba asociada a la atribución de intenciones a los mismos; el niño interpretaba que su displacer o malestar era causado por los propósitos malévolos de un objeto que, por consiguiente, será considerado “malo”. Surge tras haber proyectado sobre él todo su odio. Pese al tratarse de una creación suya, otorgaba a objetos de este tipo -y a su polar contrapuesto- un carácter de realidad. Pero, a medida que avanzaba la instalación de la PD –reducción del sadismo y todos sus correlatos– podía llegar a confluír y sintetizarse con el bueno, en un único objeto.³⁴

Los objetos descritos por Klein no perseguían un afán meramente clasificatorio; ella dijo muy claramente que algunos propendían a un desarrollo evolutivo “normal” mientras que otros favorecían trastornos del mismo y la formación consiguiente de síntomas. El objeto bueno o el objeto de síntesis (bueno-malo fusionado) entraba dentro de la primera categoría; el persecutorio, idealizado y malo, dentro de la segunda. Estos últimos eran considerados como menos asimilables por el yo. Lo asimilable –o no asimilable– del objeto fue la manera kleiniana de introducir matices respecto de la materia psíquica que se internalizaba. La noción de *asimilación* sería equivalente o semejante a la de *apropiación* propuesta por Freud (véase I, 2.4).

Si se tratara de señalar otra correspondencia con la teoría del vienés, cabría apuntar que el objeto total kleiniano tenía algunas resonancias con el descrito en *Duelo y melancolía* (1915), sobre todo si tenemos en cuenta las formas con que la psicoanalista describió la pervivencia interna de los objetos introyectados. Ella desplegó con audacia y profusión esta temática, al multiplicar frondosamente las ligazones con objetos externos que eran recreados en la psique. Tales vínculos eran más variopintos que los descritos por Freud e iban mucho más lejos que el caso particular de la melancolía, que interiorizaba la relación sadomasoquista que otrora existía con el objeto.

3.2.3. Objetos internos y externos

La kleiniana, a diferencia de las otras dos teorías con las que se la está cotejando, postulaba que el bebé percibía desde muy temprano los límites de su yo y podía discriminar primariamente el adentro del afuera. Esa afirmación es solidaria de esta otra: existencia de un yo congénito, que si bien es muy rudimentario, puede establecer relaciones de objeto desde el comienzo de la vida.³⁵ Este discernimiento interior-exterior precoz se basa sobre todo en las sensaciones corporales del bebé, en sus estados emocionales y en sus fantasías inconscientes, que condicionan sus percepciones. Será después, con la implementación del vaivén de identificaciones proyectivas e introyectivas, que esos límites primigenios se difuminarían en función del tipo de continuidades que tales modalidades identificatorias establecían entre el yo y los objetos. El narcisismo atravesaba la TIK de cabo a rabo.

Esto significaba que los campos “interior” y “exterior” no eran fijos ni permanentes: es el propio yo quien los va reformulando. La teoría kleiniana se sitúa desde la perspectiva del infante en la determinación y apreciación de los lindes de cada coto; la perspectiva del niño es muy diferente de lo

que contemplaría un observador adulto, “objetivo”.³⁶ El principio de realidad se establecería arduamente en el niño, tras las atenuaciones progresivas de las distorsiones del objeto externo generadas por las fantasías y los procesos proyectivos e introyectivos.

El *objeto externo* era, pues, para Klein mucho más que una realidad física; lo dijo textualmente en múltiples ocasiones y podrá apreciarse asimismo en la próxima cita de *EyG* (1957). El objeto externo era también quien resolvía a la criatura humana sus necesidades básicas para la supervivencia. Se trataba de objetos reales que se situaban por fuera del espacio del yo y conformaban el contexto con el que el recién nacido se encontraba al ver por primera vez la luz del día. Esa realidad material, “objetiva”, comenzará muy rápidamente a entrelazarse con la incipiente subjetividad del bebé. El objeto externo es asimismo el soporte material necesario para la construcción de los objetos fantasmáticos que se están examinando en este apartado. Como ya se ha dicho, *objeto externo* no es sinónimo de persona; las que conforman el ambiente familiar entran dentro de esa categoría de objetos externos, pero estos últimos van más allá de las personas. El objeto externo debe entenderse en el contexto de su relación y oposición al objeto interno, que se estudiará enseguida.

El objeto interno es un concepto que denota una vivencia, experiencia o fantasía inconsciente de la existencia de un objeto situado en el interior del yo —o del cuerpo del lactante— que tiene intenciones hacia él y hacia otros objetos. Las relaciones entre los objetos internos y los externos serán debatida más adelante, pero es digno destacar desde los comienzos mismos de este apartado que la acción, la movilidad de estos objetos internos y su autonomía —no absoluta— ha sido uno de los legados más importante del pensamiento kleiniano al psicoanálisis. Fue una manera original de reformular la temática de la realidad psíquica y la importancia de la misma para pensar la relación entre la subjetividad humana y el entorno.³⁷ Esa originalidad se hizo extensiva a su modo de pensar la *construcción de la realidad* por parte de las personas: los objetos internos y las fantasías —la realidad psíquica— prevalecían sobre la llamada realidad material.

Pese a la innegable jerarquía que ella otorgó a lo interno, no se puede adscribir sus concepciones a una posición filosófica idealista.³⁸ Se trata de un debate que se viene prolongando durante décadas y tal vez convendría matizar algunas ideas. Se le ha reprochado a menudo menospreciar la realidad externa, jerarquizar el mundo interno, considerar a los objetos exteriores como simple reflejo de la actividad del yo o meros productos por él contruidos. Sin duda, ella insistió de manera incansable en la importancia de las *representaciones* que el niño se construía de la realidad. También es cierto que no le otorgó la misma importancia a la realidad interna que a la externa. Pero ¿significa eso un menosprecio o desconocimiento de la última? Por otra parte, sus énfasis ¿no se corresponderían acaso con los que siempre privilegió el psicoanálisis en tanto se ha centrado en lo subjetivo y, más aún, en lo inconsciente? Sería idealista si el mundo interno que ella postuló se hubiese basado **únicamente** en sí mismo y que la realidad externa fuera una “idea” —a la manera platónica—, o una simple prolongación de la psique. Para Klein siempre existieron dos mundos: el interno y el externo; pero, al haberse abocado a conceptualizar el funcionamiento psíquico temprano —raíces de la dinámica mental del adulto— le llevó a poner el acento en el mundo interno. Es cierto también que no articuló teóricamente con claridad los lazos entre ambos mundos, motivo por el cual la lectura de sus escritos suele dar la impresión de que jerarquizó doblemente la *realidad psíquica*.

El cotejo de las tres teorías sitúa sin duda a Klein en una posición más “internista”, endogenética e intuitivista que la de Freud y Lacan. El significativo énfasis que puso en los factores constitucionales acentuó más aun esta perspectiva. En el terreno de la teoría identificatoria, la postura de Lacan, particularmente ambientalista, hizo resaltar —*après-coup*, evidentemente— los caracteres recién aludidos de la orientación kleiniana. De las dos modalidades identificatorias que ella describió, la que privilegiaba más la función organizativa del objeto externo sobre el psiquismo del bebé era la identificación introyectiva, no así, la proyectiva. Pero, a la evidente polarización entre los posicionamientos teóricos de ambos psicoanalistas, habría que sumar el énfasis que los discípulos de Klein pusieron en la identificación proyectiva —y sus consecuencias sobre las percepciones de los objetos de la realidad—, para que la antítesis se hiciera más ostensible aún.³⁹

Otra problemática a dilucidar tiene que ver con las distintas facetas que fue describiendo de *sus* objetos, sin distinguir muchas veces entre la descripción fenomenológica y empírica del estatus conceptual o metapsicológico de los mismos.

Los objetos internos, “personalizados”, interactúan en la psique en toda clase de vínculos saturados de fantasías; ellos tienen intencionalidades, muerden, despedazan, son despedazados, vacían, ensucian, agreden, sufren y hacen sufrir, sienten. Se configuran dramas de diversos tipos que tienen al mundo interno como escenario. Los personajes van variando, la propia escena es ubicua y los conflictos se despliegan entre los objetos internos, “cuasi-personas”. En dos palabras, los objetos internos –parciales, totales, combinados– tienen vida propia y una cierta autonomía; sólo responden a los mecanismos que operan sobre ellos y que les van adjudicando un destino posicional: proyección, introyección, escisión, identificación proyectiva, etc. Sobre los objetos internos recaen los movimientos psíquicos que tienden a la disociación e integración del yo. También tienen lugar identificaciones proyectivas entre objetos internos.

En realidad la descripción de los objetos realizada hasta ahora podría decirse que es básica o, tal vez, esquemática. Marca tan sólo una orientación general. Klein exponía habitualmente, incluso con abundante ejemplificación clínica, variantes de relaciones de objeto más complejas donde el vínculo entre el yo –ubicado como polo sujeto– y sus objetos poseía mayores matices, se realizaba en múltiples planos, ya sea de manera simultánea o sucesiva, debido a los variados clivajes del yo, del objeto y del superyó, que siempre entraban en juego. También describía cambios repentinos en la intensidad y en la calidad de las relaciones objetales. La angustia tampoco las redujo a la paranoide y depresiva; además de las combinaciones de ambas refirió otra variedad: la confusional. Este conjunto versátil le daba a las relaciones objetales un carácter dinámico, fluido, cambiante. Si todo marchaba más o menos bien, la propia construcción del mundo interno permitía el establecimiento del mundo externo y una buena diferenciación entre ambos. La construcción de ese mundo interno conllevaba la conformación de un yo integrado y un superyó no sólo persecutorio sino benévolo. Pero sin duda la formación de una nueva subjetividad tenía su factor esencial en la constitución de “la asamblea de objetos internos”, conglomerado que daba consistencia al mundo interno. El objeto interno kleiniano dista mucho de ser una simple representación del objeto real externo; en páginas anteriores se ha caracterizado su construcción como un *collage*. Se trata en todo caso de una amalgama de componentes heterogéneos, casi nunca descritos con precisión por Klein, pero que dieron pie a investigaciones clínicas muy ricas, por lo multifacéticas.⁴⁰

Sin duda la concepción del aparato psíquico en los tres analistas ha sido bien diferente. Para señalar lo determinante, en Freud el elemento central eran los rasgos o detalles de los objetos que el niño capturaba a sus objetos primarios, para identificarse con ellos a través de un proceso complejo de apropiación estudiado con detalle en la primera parte de este trabajo. Para Klein consistía en que el niño construyera ese conglomerado de objetos internos; para Lacan, que el Otro implantase rasgos unarios constituyentes del \$ y que el pequeño otro hiciera surgir al yo (moi) mediante imágenes identificantes (véase el comienzo de III, 1 y III, 10). Esta ultra síntesis no puede dejar de mencionar que el mundo interno kleiniano, intensamente cargado de fantasías e imaginación difiere notablemente del registro imaginario de Lacan, en tanto el vínculo que el estadio del espejo y narcisismo-madre fálica que caracteriza al primer tiempo de su complejo de Edipo se sostenga en la terceridad introducida por el falo imaginario, en ese tiempo lógico. Pero además, tanto en Freud como en Lacan la triangularidad edípica viene condicionada por la importante función simbólica atribuida al padre (más en Lacan que en Freud).

3.2.4. El objeto bueno en el núcleo del yo y el objeto mordido y despedazado

Con estos objetos culminará la descripción de las principales variantes de objetos descritos en la teoría kleiniana y enunciados a poco de comenzar el apartado 3.2.2. Se trata de dos objetos aparecidos tardíamente en la obra de Klein. Los comentarios sobre ellos serán especialmente breves, dado que se los examinará en detalle en II, 9.5 junto con la identificación introyectiva, por sus íntimas relaciones con esta última. Con algunos antecedentes que pueden encontrarse en escritos anteriores, el

primero de los dos objetos que da título a este apartado hizo su aparición en *NAME* (1946) y alcanzó su estatus conceptual definitivo en *CTEL* (1952). En el primero de ellos refirió un objeto bueno que se incluía en el núcleo del yo y coadyuvaba a la integración del mismo. (Véase al respecto el fragmento de *NAME* que citado al final del apartado II, 8.2., fragmento al que se otorgó el número X. Reiteró esta idea al final del mismo artículo en la nota al pie n° 22, p. 271 del vol. 3 de las *OCKPA*).⁴¹ La introyección que daría lugar a este objeto interno se consumaría en los momentos en que la ansiedad es baja y predomina la libido oral de succión, situación muy diferente a cuando prevalecen las tendencias instintivas oral-canibalísticas que, por sus características, tienden a incorporar un objeto despedazado.

En *CTEL* (1952) incorporó algunas ideas nuevas respecto de este objeto. En primer lugar cabe decir que en este escrito dio el nombre de identificación introyectiva al mecanismo que internalizaba al objeto bueno en el núcleo del yo. Además caracterizó a este objeto bueno como poseyendo propiedades distintas a las del objeto bueno que conformaba un par con el objeto malo, ambos descritos en páginas anteriores de este mismo capítulo –apartado 3.2.2–. ¿En qué consistían las diferencias? En primer lugar, este objeto bueno descrito en 1952 no resultaba de una escisión defensiva previa que dividía en dos a un único objeto, sino que se trataba de un objeto que nunca había sido disociado; la introyección del mismo obedecía a los fines de las tendencias instintivas orales de succión. Se correspondía con lo libidinal (Eros). Para diferenciarlo del otro objeto bueno (total), operante en la PD, podría denominarse a este: *objeto interno bueno, entero y completo*, asociado a la fase libidinal de succión. La introyección de este último ayudaba constituir el núcleo del yo y contribuía a su cohesión porque contrarrestaba los procesos de escisión y dispersión yoica. En cambio, el objeto bueno que se introyecta durante la posición depresiva es un objeto “mixto” en tanto proviene de una fusión de los aspectos buenos y malos del objeto. *El objeto interno bueno, entero y completo* no tiene esas características: se instala por introyección directa, puede constituirse desde los primeros momentos de la vida y se liga sólo con las experiencias objetales gratificantes.

Se insiste: este objeto es distinto de todos los objetos comentados hasta ahora: persecutorio, idealizado, bueno, malo y, por supuesto, del roto por despedazamiento. Este cambio introducido en 1952 debe considerarse una innovación kleiniana, que sitúa a este objeto bueno en un estatus metapsicológico distinto a los anteriormente descritos.

La introyección de este *objeto bueno, entero y completo* conduce a una identificación yoica, operación que podría realizarse desde los primeros momentos de la vida –así lo afirmaba Klein– y, con mayor intensidad, en la posición depresiva, caracterizada por la prevalencia de introyecciones no sádicas, ligadas a Eros. La naturaleza y función de este objeto quedó correlacionada con la implantación de elementos narcisistas tróficos en el yo por parte del objeto real externo –madre y pecho–; por esta vía Klein otorgó cierta participación al entorno objetal en el desarrollo evolutivo infantil. *OCB* (1952) y *CTEL* (1952) fueron los textos en que se refirió especialmente a las identificaciones introyectivas. En esos años la perspectiva ambientalista alcanzó las cotas más altas en su teoría. ¿Influencias de Winnicott? ¿Sugerencias de Bion y otros analistas del entorno kleiniano? ¿Críticas de otros colegas suyos a su “ego-centrismo”? Las respuestas son difíciles; lo que sí es cierto que tiempo después –*EyG* (1957) – volvió sobre sus fueros y se distanció de estas tesis para reafirmar, tal vez con más fuerza que antes, lo endogenético y constitucional: algunos bebés nacerían con unos montantes de envidia y de pulsión de muerte muy intensos; factores decisivos e irreductibles.

Sea como sea, la identificación subsiguiente a esta introyección no fundaba al yo porque éste era innato en la teoría kleiniana, pero fue considerado un factor impulsor del desarrollo y la integración de dicha instancia. Sin duda, esta propuesta –la introyección de un *objeto bueno entero y completo* desde el inicio de la vida psíquica, con carácter narcisizante y trófico– tesis nunca desmentida con posterioridad vino a agregar un matiz importante en su teoría de la organización del aparato psíquico infantil: una acción precisa, concreta, específica y, además, explicitada, del objeto materno que “inyecta” materia psíquica conducente a favorecer el desarrollo evolutivo. Se insiste sobre un aspecto: este objeto quedó estrechamente relacionado con la madre; fue también un modo de compensar el privilegio que le había otorgado al sadismo, lo persecutorio/malo y la destructividad, dando poco espacio a un objeto bueno interno y al masoquismo. Este último fue

escasamente tenido en cuenta por Klein. El objeto mordido y despedazado quedó situado en el mismo plano metapsicológico que el *objeto bueno, entero y completo*. Dada la lógica binaria que empleaba Klein, al crear uno tuvo que crear a su par antitético. El objeto mordido y despedazado está en la antípoda del *objeto bueno, entero y completo*. Por lo tanto las características del mismo serían las siguientes: respondía a las tendencias instintivas sádico-orales; representaban a Tánatos; su introyección ocurría en los momentos en que la ansiedad tanática y el sadismo serían elevados.

3.2.5. Las transformaciones del objeto durante del desarrollo

Las dos grandes tendencias de la vida psíquica, una hacia la integración, la síntesis el progreso y la otra, hacía la desintegración, el caos, la inestabilidad, que tanto eran para Klein manifestaciones del combate entre Eros y Tánatos, tenían dos termómetros: el grado de integración del yo y las transformaciones progresivas de los objetos. Un desarrollo evolutivo normal debería producir avances en ambos procesos. Entre las tendencias esencialmente integradoras está la simbolización, que permite una transformación de la calidad de los objetos. El proceso de constitución de estos últimos comenzaba con la PEP; el equilibrio entre los procesos proyectivos-introyectivos era imprescindible para una adecuada integración yoica y asimilación de objetos internos. Su alteración afectaba el intercambio mundo interno – mundo externo y empujaba hacia el uso de una I.P. patológica. A su vez, esto conllevaba una perturbación en la integración de los objetos y a la persistencia de las configuraciones fantasmáticas del psiquismo temprano.

A continuación se reseñan los factores que favorecerían la integración del yo y la transformación progresiva de los objetos; va de suyo que estos procesos se alteraban cuando las siguientes condiciones se cumplían de manera insuficiente:

- Intercambios proyectivos e introyectivos equilibrados durante la implementación de las defensas tempranas, favorecen las primeras cohesiones del yo y la asimilación de objetos internos. Si la angustia es demasiado potente se ralentizan o detienen los procesos madurativos y pueden aparecer trastornos globales del desarrollo evolutivo.
- Clivajes temperados: ni muy violentos ni débiles, de manera que el niño pudiese diferenciar lo bueno de lo malo y, a la vez, morigerar la angustia.
- Uso de una I.P. moderada, no violenta.
- Fluidez en los intercambios entre el mundo interno y el externo
- Utilización de un abanico amplio de defensas.
- Pasaje suave de la PEP a la PD.
- Que la culpa y la depresión sean bien toleradas durante la PD y no se fuerce una regresión hacia la PEP.
- Enriquecimiento progresivo del mundo de la fantasía (véase II, 5.5).
- Buena capacidad de simbolización, de sublimación y reparación. Estos mecanismos producen un empuje decisivo y muy favorable a los avances en la conformación y funcionamiento del aparato psíquico.
- Los avances en la integración del yo favorecen a su vez la realización de una labor interna dentro de esa misma instancia sobre los objetos en él introyectados (asimilación de los mismos en el yo y superyó, mayor discriminación entre objetos internos y externos, favorecimiento de la sublimación y reparación, etcétera).

Se aprecia que las puntualizaciones recién hechas describen procesos que, además de mantener vínculos entre sí, están todos relacionados con el instinto de vida (Eros).

3.3. Los mecanismos de defensa

Se trata de procedimientos que tienen por misión mantener las condiciones adecuadas para el mejor funcionamiento mental; dentro de esta tarea está la de evitar o afrontar aquello que despierte malestar psíquico. Son, por lo tanto, de vital importancia para el funcionamiento de la psique en tanto

intervienen en todos los conflictos y también en la formación de síntomas; el abanico de mecanismos defensivos es amplio pero es clásico reconocer agrupamientos y predominios de los mismos según las entidades nosográficas reconocidas por cada orientación teórica: así se hablará de defensas psicóticas, perversas y neuróticas; dentro de esta última se consideran defensas de tipo histérico, obsesivo y fóbicas. Las tres teorías cotejadas están de acuerdo en considerar que es el yo quien instrumenta la defensa, pero, al mismo tiempo mantienen serias diferencias en cuanto a cómo y cuándo se constituye dicha instancia y cuáles son los objetivos que le adjudican a tales mecanismos.

Klein, al considerar innato al yo, postuló que las operaciones defensivas comenzaban desde el primer día de vida y describió, entonces, modalidades muy tempranas de las mismas, a las que consideró de naturaleza psicótica e insistió en diferenciarlas de las más tardías (represión, defensas obsesivas). Se entiende también que los mecanismos defensivos instrumentados por el yo incipiente sean diferentes de los que emplea un yo más estructurado. A partir de la segunda etapa de la obra kleiniana (K₂:1934-1946) la defensa quedó indisociablemente unida con los otros elementos que se articulan en las posiciones: las relaciones de objeto, las fantasías, las ansiedades básicas, etc. Fue en ese nuevo contexto teórico que la noción de *mecanismo de defensa* adquirió pleno sentido en su obra. *CPM-D* (1934) –introducción de la posición depresiva– marcó una verdadera divisoria de las aguas en su manera de conceptualizarlos. En todo caso se trataba de operaciones de muy diverso tipo, utilizados por el yo, para desprenderse de representaciones inaceptables y afectos penosos; especialmente: la angustia. Ahora bien, cuando las defensas se hacen rígidas o se estereotipan o se emplea una parte muy restringida del abanico defensivo, se crean predisposiciones para los trastornos mentales.

Conviene recordar en este contexto que Freud atribuyó a la represión un lugar especial dentro de los mecanismos de defensa porque la consideró constitutiva del sistema inconsciente. Describió una represión primaria, fundante de la división psíquica establecida en su primera tópica y una represión secundaria cuya función era hacer desaparecer de la conciencia ciertas representaciones –que cambian de estatus tópico–, para impedir luego su retorno mediante contracargas. Las otras defensas que él había descrito se sumaban a esa acción de la represión para conseguir los mismos fines.

El sitio privilegiado otorgado por Freud a la represión fue consecuencia de haberse abocado prevalentemente al estudio de la neurosis. La psicosis y la perversión –para las que también describió mecanismos de defensa específicos (véase *infra* 3.4.)– ocuparon un lugar secundario en su obra. De ahí que en esta última, el significado fundamental del vocablo “defensa” quedara vinculado sobre todo a la tarea de evitar el retorno de lo reprimido; para el vienés (y también para Lacan) la defensa se ejercía primordialmente “contra” lo que retornaba de lo inconsciente. Esta fue una de las grandes diferencias de ambos psicoanalistas con Klein. Es sabido que para ella la represión era un mecanismo que el yo implementaba tardíamente; además, la psicoanalista de niños se centró en el estudio de las defensas pre-represivas –escisión, defensas maníacas (control omnipotente y desprecio del objeto), identificación proyectiva, negación de la realidad psíquica, etc.– y concluyó que la tarea más importante de los procedimientos defensivos era desembarazar al yo de afectos insoportables: esencialmente, la angustia. De la lectura comparada de las obras de los tres psicoanalistas podría destacarse estas orientaciones prevalentes: en Freud, defensa frente a la irrupción de lo inconsciente; en Lacan, radical tendencia del yo a mantener fuera de la conciencia a lo inconsciente; para ambos se trataba de una tarea eminentemente intrapsíquica. Klein sostuvo que la defensa se erigía frente a la angustia y que era una operación relacional, en tanto hacía intervenir a los objetos internos y externos en los procesos defensivos. Este tema será retomado más adelante en II, 3.5.10. 4. *Sus defensas externalizadoras*⁴² (deflexión, proyección, expulsión e identificación proyectiva) serían paradigmáticas respecto de lo dicho, aunque también las restantes involucraban en su accionar al objeto. Para ella, la defensa no era sólo una respuesta del yo ante la angustia sino y también una actividad psíquica que participaba en todas las relaciones que dicha instancia establecía con los objetos.

El giro teórico que supuso la introducción del concepto de posición depresiva y su posterior consolidación en K₂ (1934–1946) y K₃ (1946–1960) indujo al autor de esta tesis a pensar retroactivamente el rol que ella había atribuido a la defensa durante los tres lustros iniciales de su obra (K₁:1919 –1933). El objetivo de esa revisión iba más allá del estudio de la genealogía de dicho concepto: se buscaba precisar las continuidades y saltos conceptuales que permitieran establecer

precisiones sobre las funciones específicas que, a lo largo de los años, fue atribuyendo a cada mecanismo defensivo. Como se verá enseguida, Klein no fue sistemática al respecto.

Otro hito que merece citarse por su estrecha relación con el tema que se está tratando fue su libro *El psicoanálisis de niños* (1932); entonces hizo suyo el segundo dualismo pulsional postulado por Freud en *MAPP* (1920). A partir de dicha publicación, la actividad defensiva tuvo a su cargo proteger al yo de las manifestaciones de Tánatos en la psique.

A continuación se pasará revista a los principales mecanismos de defensa que ella describió:

- 3.3.1. Deflexión, proyección, expulsión
- 3.3.2. Escisión
- 3.3.3. Introyección
- 3.3.4. Idealización
- 3.3.5. Negación
- 3.3.6. Las defensas maníacas
- 3.3.7. La identificación proyectiva
- 3.3.8. La reparación y la simbolización en tanto defensas
- 3.3.9. Las defensas obsesivas
- 3.3.10. El lugar de la represión en la obra de Klein

No se incluirá en este contexto un examen de la identificación introyectiva –que será abordada en el capítulo 9– porque ella no tuvo el carácter de mecanismo defensivo que sí le fue adjudicado a la identificación proyectiva. Sobre esta última se hará una breve introducción y se remitirá a los diversos capítulos y apartados de esta segunda parte en que ella es tratada.

3.3.1. Deflexión, proyección, expulsión

Si bien Klein no consideraba a estos vocablos como sinónimos estrictos, sustituía unos a otros con extrema frecuencia. Sólo en algunas ocasiones apuntó ideas que permitieron delimitar significados algo más específicos y diferenciales para cada uno de ellos. Los tres mecanismos compartían la función de enviar elementos psíquicos del yo hacia el exterior, pero se diferenciaban entre sí, justamente, por aquello que derivaban hacia el mundo externo, por cómo lo realizaban y en qué momentos del desarrollo evolutivo lo llevaban a cabo (qué, cómo y cuándo).

En las páginas siguientes se precisará las variaciones de uso que hubo en las distintas etapas de la obra kleiniana y se señalarán los alcances semánticos de cada uno de estos procedimientos, señalando los puntos de contacto y también las disparidades entre ellos. La escasa rigurosidad en el empleo de tales acepciones por parte de Klein ocasionó bastantes quebraderos de cabeza cuando se intentaba establecer por qué en algunas frases o textos utilizaba unos y, sin embargo, en contextos similares podía emplear algunos de los otros dos. Asimismo se encontraron bajo su pluma otras variantes que generaban confusión: hacia operar un mismo mecanismo en contextos psíquicos claramente distintos; en una misma frase podía decir extrayección y al lado, entre paréntesis, proyección (OCKPA; vol. 2, p. 234)⁴³; en otros casos recurría a palabras del lenguaje corriente para aludir a las externalizaciones de componentes psíquicos yóicos.

El conjunto no daría pie a decir algo así como: aquello que perdía en sistematicidad lo ganaba en riqueza expresiva. No es el caso. A veces las dificultades para aclarar confusiones o para encontrar respuestas en sus artículos a los interrogantes que estas cuestiones despertaban, se revelaron como insuperables. En este territorio se apreciaba a Klein oscilando entre una actitud meramente descriptiva y otra más conceptual. Muchos estudiosos de su obra reconocieron que la redacción de sus textos no solía ser especialmente cuidadosa.⁴⁴

A todo esto se sumaron problemas derivados de las traducciones, tanto de los artículos que escribió en alemán –primera época– como en inglés. En muchos momentos se cotejaron los textos en su lengua original con las correspondientes versiones en castellano y francés. Como suele ser habitual, también se observaron disparidades en la denominación de estos tres mecanismos en las distintas traducciones en circulación.

3.3.1.1. Deflexión, proyección, expulsión. Primera ronda

Se expondrá una caracterización general de cada miembro de esta terna con la intención de establecer una definición en base más los usos y significados prevalentes que les otorgó al final de su obra. En una segunda vuelta se examinará con detalle los antecedentes que cada mecanismo tuvo en las primeras etapas, procurando establecer discriminaciones entre ellos.

Deflexión —Alemán: *Abdrängung* —Ingles: *deflection* —Francés: *déviaton*
—Italiano: *deviazione* —Portugués: *deflexão*

Mecanismo de defensa que operaría desde los inicios de la vida psíquica desviando hacia el exterior al instinto de muerte bajo la forma de agresión.

Klein comenzó a emplear dicho vocablo con ese significado específico a partir de 1932 –EPN–, cuando adhirió al segundo dualismo pulsional del vienés. Con anterioridad había descrito un mecanismo muy primitivo que tenía ciertos puntos de contacto con la deflexión: consistía en que el bebé *desplazaba fuera de sí*⁴⁵ al sadismo y a los objetos que habían recibido ataques sádicos. Por lo tanto, no le resultó difícil aplicar esa misma acción externalizadora sobre las manifestaciones psíquicas de Tánatos. Para otros procedimientos más complejos de “poner afuera” –por ejemplo: de la angustia, de partes del yo o del *self*, etc.– acabó empleando con mayor frecuencia la palabra proyección y, más tarde, la identificación proyectiva (véase los primeros apartados de II, 8).

La deflexión conllevaba una descarga sádica sobre el objeto externo e implicaba, asimismo, una primera forma de derivación hacia afuera de las primigenias angustias percibidas por el yo, como consecuencia de la actividad de la pulsión de muerte en la psique. De estas ideas emanó la propensión –que se fue afianzando en los escritos kleinianos a partir de EPN (1932)– de considerar a la deflexión del instinto de muerte y del sadismo como la causa del establecimiento de las primerísimas relaciones de objeto y, más ampliamente, de los vínculos arcaicos con la realidad externa. Considerarla un *precedente* de la proyección –mecanismo más sofisticado–, permitiría discriminar mejor estos dos mecanismos.⁴⁶ La deflexión era significada como un procedimiento muy primitivo, en el límite: preobjetal; sería justamente la deflexión de la pulsión de muerte la que iniciaría las relaciones de objeto. La puesta en marcha esta acción es, al mismo tiempo, el punto de arranque el eterno combate entre los dos instintos, porque el yo innato sólo podría llevar a cabo la deflexión con energía prestada por las pulsiones de vida. Se verá enseguida que cuando el yo lograba una mayor integración, utilizaba la proyección para realizar la misma acción: desviar a Tánatos al exterior. Habría pues, para este mismo fin, una secuencia temporal: primero la deflexión y en períodos posteriores del desarrollo evolutivo: la proyección; el desvío del instinto de muerte hacia afuera sería tan sólo una de las funciones de esta última.

Proyección —Alemán: *Projektion* —Inglés: *projection* —Francés: *projection*
—Italiano: *proiezione* —Portugués: *projeção*

Mecanismo que localiza en el exterior –en personas o cosas– ciertos aspectos psíquicos del yo a los fines de la defensa.⁴⁷ Esa base freudiana del concepto quedó incorporada a la versión kleiniana de la proyección pero las inflexiones que ella le otorgó a este articulador teórico le acabaron dando significados y usos propios.

En el contexto de una teoría en que la conjunción de los mecanismos proyectivos e introyectivos en sus diversas modalidades, incluidas las identificaciones homónimas, adquirió una importancia superlativa, podría decirse que este concepto fue altamente recreado y merecería hablarse, en sentido estricto de una *proyección kleiniana*. Ella “forjó” un nuevo concepto a partir de los antecedentes freudianos sobre la materia. Esto era inevitable: el genio propio de su pensamiento psicoanalítico hizo que la índole de lo externalizado adquiriera contornos específicos: proyección de objetos internos, de la angustia, del instinto de muerte, del sadismo, de conflictos internos, de partes del

yo o del *self*, etcétera, con lo que la propia proyección fue adquiriendo significados muy propios y diferentes a los de Freud y Lacan. Un ejemplo: la noción de retaliación mantuvo estrecha conectividad con este mecanismo defensivo. Una de las funciones especialmente privilegiadas por Klein dentro de la proyección fue la derivación hacia el exterior a la pulsión de muerte, tarea que en los inicios del desarrollo evolutivo atribuía a la deflexión. La proyección de Eros fue poco teorizada en su obra, aunque implícitamente vigente. Otro aspecto propio y específico de la proyección kleiniana fue su articulación con la introyección. Ese par se convirtió en la sístole y diástole de la psique. Los objetos reales externos eran los depositarios de las proyecciones, que casi siempre iban seguidas de introyecciones, reproyecciones y reintroyecciones. Dicha alternancia era permanente y vitalicia; perduró hasta el final de su obra.

Klein explicitó con más fuerza que Freud dos aspectos complementarios de la proyección: por un lado, su carácter defensivo —externalización de lo displacentero, angustioso, amenazante, destructivo— y por otro lado, una función elaborativa, que favorecería la discriminación entre el adentro y el afuera. Buena parte de estas funciones de la proyección fueron trasvasadas a partir de *NAME* (1946) hacia la identificación proyectiva.

Una manera suplementaria de perfilar la proyección kleiniana pasa por recordar algunas diferencias al respecto con el vienés. Klein, siguiendo a Abraham, otorgó a la proyección una base instintiva y un prototipo corporal: el erotismo anal y la exoneración de las materias fecales; aunque, como se verá enseguida, para estos últimos menesteres también empleó el vocablo alemán *Ausstößung*, traducido habitualmente al castellano como expulsión.⁴⁸ Otro aspecto diferencial importante consistió en que la proyección kleiniana fue engarzada tempranamente en su obra con el sadismo y su consecuencia: el ya mentado temor a la retaliación. En cambio, soslayó el potencial diferenciador neurosis - psicosis que este mecanismo tuvo en la doctrina del vienés [véase I, 2.5. (a)], porque según ella podían coexistir aspectos neuróticos y psicóticos en una misma persona.⁴⁹

La proyección “a secas” —es decir, sin su asociación a la identificación— fue utilizada por Klein desde sus primeros trabajos; por ejemplo, en *El desarrollo de un niño* (1921), sobre todo para referir la externalización de deseos agresivos inconscientes (véase OCKPA, vol. 2, p. 51).

A partir de *EPN* (1932) comenzó un lento proceso en el que fue inyectándole nuevas significaciones a la proyección; mejor dicho, a partir de entonces se inició un camino que terminó situando a este mecanismo en el mero centro del pensamiento kleiniano, mediante dos enlaces capitales: por un lado, poniéndola en interacción con la introyección, basamento para el perpetuo intercambio entre los objetos internos y externos que caracterizó a su pensamiento psicoanalítico; por otro lado, convirtiéndola en el mecanismo *princeps* en el establecimiento de la transferencia, a la que entendió como una proyección de objetos internos sobre el analista.

Cabría decir que en K_2 la proyección —sus funciones y sus precedentes— quedó mejor perfilada y, de rebote, sucedió algo parecido con los otros vocablos afines: deflexión (*Abdrängung*) y la expulsión (*Ausstößung*), cuyo primer examen se encarará a continuación. La noción de desplazamiento (*Verlegung* o *Verschiebung*) hacia afuera cayó paulatinamente en desuso.

Expulsión — Alemán: *Ausstößung* — Inglés: *expelling* — Francés: *expulsion* — Italiano: *espulsione* — Portugués: *expulsão*

Es la acción de arrojar con violencia fuera de sí al sadismo y al objeto que ha recibido los ataques sádicos. La diferencia entre la proyección y la expulsión parece radicar en aquello que se externaliza y en el carácter más violento de este procedimiento.

El significado corriente de *Ausstößung* es: expeler, arrojar, expulsar; los vocablos que aparecen en la versión inglesa de sus obras son: *expelling* y *expulsion*⁵⁰; Klein las empleaba especialmente —aunque no de manera sistemática— en los escritos en que se refería a situaciones especialmente persecutorias y abrumantes para el niño; el contexto prototípico sería la fase de máximo sadismo, en la que confluían la oralidad sádica y la analidad expulsiva. La expulsión del sadismo aliviaba al bebé de su angustia de aniquilación, pero generaba como contrapartida un gran temor a la retaliación. En muchas ocasiones Klein utilizó indistintamente expulsión y proyección,

pero la primera aparecía más cuando lo expulsado tenía que ver con lo anal; fue un término que empleó con frecuencia en K₁ periodo en que simultaneó su uso con la proyección y, a partir de 1932, con la deflexión del instinto de muerte. Aunque Klein no lo dijo de forma explícita, el autor de esta tesis considera que la expulsión podría ser considerada en su obra como una variante de la proyección. De ser así, podría establecerse un puente entre la expulsión con la modalidad de proyección que Freud postuló para la paranoia [Véase la variante (a) de la proyección descrita en I, 2.5. y la nota nº 24 que parte de allí]. Sería una defensa temprana que, como se ya se ha dicho, se caracterizaba por ser más violenta que las tardías; realizaría una potente externalización del sadismo y del objeto dañado.

A partir de 1946 lo connotado por el vocablo expulsión pasó a formar parte de la identificación proyectiva; sus formas más violentas quedaron subsumidas en la noción de identificación proyectiva *patológica*. Este movimiento produjo una peculiaridad en el contexto de la TIK: la presencia de lo anal en el territorio de las identificaciones. Freud, aunque reconoció un aspecto proyectivo en las identificaciones no lo asoció a la analidad; para él estas fueron siempre un retoño de la pulsión oral. Lacan, por su parte, desconectó la identificación del registro pulsional (véase III, 9. y III, 10).

3.3.1.2. Deflexión, proyección, expulsión. Segunda ronda

Lo que se dirá a continuación es un intento del autor de esta tesis de establecer algunas líneas predominantes en los usos tan asistemáticos de esta terna defensiva. El referente principal será siempre la letra de sus textos. Para ello se han seleccionado tres citas que son elocuentes respecto de cómo concebía estos mecanismos de externalización y, a la vez, cómo empleaba los tres vocablos en cuestión. La primera de ellas fue extractada de *Principios psicológicos del análisis infantil* (1926):

“Por la división de roles el niño logra *expulsar* al padre y a la madre que en la elaboración del complejo de Edipo *ha absorbido* dentro de sí y que ahora lo atormentan internamente con su severidad. El resultado de esta *expulsión* es una sensación de alivio, que contribuye en gran medida al placer extraído del juego.” [PPAI (1926); OCKPA, vol. 2, p. 131; las cursivas son mías].

En este texto y especialmente en otro posterior –*La personificación en los juegos de niños* (1929)⁵¹ – se puede apreciar otra función, además de la de enviar hacia afuera el sadismo y el objeto dañado, que atribuyó a la expulsión: la externalización de conflictos para hacerlos más tolerables. Era otro modo de aliviar la persecución interna. Cuando declinaba la fase de sadismo máximo, la proyección se hacía cargo de esa misma tarea; finalmente, en la última etapa de su obra (1946-1960), ese desempeño quedó a cargo de la identificación proyectiva. Ambos textos –PPAI y PJJN– son anteriores a su adhesión a la segunda teoría pulsional de Freud; a través de ellos se puede observar que antes de hacerla suya ya había descrito un mecanismo que enviaba fuera de sí algo del orden de lo psíquico. En la traducción al castellano de la cita de PPAI (1926) se apela en la primera frase al verbo *expulsar* y en la segunda a una acción derivada del mismo: la *expulsión*. En la versión inglesa se lee en el primer caso: *the child succeeds in expelling* (el niño logra expulsar), mientras que en el segundo se expresa: *The result of this expulsion...*

Se aprecia que Klein utilizaba palabras claras y concisas del lenguaje corriente que, en el fragmento citado, se aplicaban a *imágenes* maternas y paternas atormentadoras –alusión evidente al superyó–. Es cierto, también, que tales términos precisan con certeza la dirección del procedimiento –externalización– y connotan, a la vez, una cierta violencia. Sin embargo, hay más fenomenología que metapsicología en estos usos; esos vocablos no alcanzan el estatuto de concepto; la idea aparece indicada mediante una perífrasis. No ha de extrañar entonces que para un movimiento de sentido contrario –de afuera hacia adentro– utilizara en la misma frase de PPAI otras palabras con esas mismas características: *it has absorbed into itself* –*ha absorbido* dentro de sí–. Para Klein eran muy asequibles los vocablos incorporación o introyección. ¿Por qué no los usó en este fragmento?⁵² ¿Por qué recurrió a la absorción?

La segunda cita constituye otro botón de muestra de situaciones reiteradas: la proyección y la expulsión eran utilizadas por Klein muchas veces –aunque no siempre– como sinónimas; o, cuanto menos, como intercambiables:

“A medida que su análisis progresaba, se vio claramente que al arrojarlos fuera de la habitación de esa forma [se refiere a los juguetes] estaba expresando la *expulsión*, tanto del objeto dañado [un carrito] como de su propio sadismo (o de los recursos por éste utilizados), que de este modo era *proyectado* al mundo exterior.”
[...] Se hizo evidente que en su fantasía las materias fecales, la orina y el pene eran los objetos con los que atacaba al cuerpo de su madre, representando por consiguiente un peligro para sí mismo. Estas fantasías aumentaban su temor a los contenidos del cuerpo de la madre y, en particular, al pene del padre que él imaginaba en el interior del vientre de ella.” [IFS (1930); OCKPA, vol. 2, p. 215; lo que está entre corchetes y en cursiva me pertenece].

De la primera frase de este fragmento podría extraerse una “cuasi definición” de la expulsión, basándola en aquello que se echa afuera: el objeto dañado y el sadismo. Esta asociación fue bastante habitual bajo su pluma. No es una definición estricta –véase en el Diccionario de María Moliner, *op. cit.*, pp. XIV a XVIII, las interesantes reflexiones de esta autora sobre la teoría de la definición– pero otorga un significado más específico a esa palabra dentro del psicoanálisis. Por otra parte, su correlación prevalente con situaciones en las que imperaba un sadismo pertinaz, precisa mejor aún a este mecanismo. Tomar en cuenta ese factor –aquello que es externalizado– permitiría a su vez deslindar la expulsión de la deflexión; la primera se ejercería sobre el sadismo y el objeto dañado, dando lugar a un alivio de la persecución interna; la segunda, sobre el instinto de muerte y sus manifestaciones en la psique.⁵³ La parte siguiente de la misma cita muestra la implicación fantasmática del propio cuerpo y el de la madre en este mecanismo y sus contrapartidas persecutorias por retaliación.

La cita siguiente, proveniente de *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa* (1948) –texto de los comienzos de la tercera etapa de su obra– muestra continuidades y algunos aspectos diferenciales con los fragmentos mencionados en páginas anteriores: permanece la escasa sistematicidad en el uso de los vocablos y la falta de esclarecimiento respecto de los cambios terminológicos habidos. Aquí no emplea el término deflexión para la operación que externaliza al instinto de muerte hacia el exterior sino proyección y, como si esa palabra no alcanzara, la refuerza con el verbo desviar.

“Para resumir: el pecho externo frustrador (malo) se convierte, mediante la proyección, en el representante externo del instinto de muerte; a través de la introyección refuerza la situación primaria interna de peligro; esto conduce a una necesidad mayor por parte del yo de desviar (proyectar) los peligros internos (principalmente la actividad del instinto de muerte) en el mundo externo. Hay por consiguiente una fluctuación constante entre el temor a los objetos internos y externos, entre el instinto de muerte actuando dentro y [el que es] desviado hacia fuera.” [STAC (1948); OCKPA, vol. 3, pp. 241-242; lo que está entre corchetes es un agregado mío].

Es posible deducir de estas frases, por la referencia al objeto malo, que se trata de un momento evolutivo más tardío, con un yo más integrado y capaz de defenderse mejor. En esos contextos apelaba, para referirse a la externalización del instinto de muerte, al término proyección más que al antecedente de la misma: la deflexión. Por otra parte, también es cierto que en esta última etapa de sus elaboraciones, el privilegio de la proyección sobre la expulsión y la deflexión era francamente notorio en sus escritos. En el fragmento citado se aprecia también la articulación entre la proyección y la introyección. Cuatro años más tarde, a partir de *CTEL* (1952), esta alternancia será en gran medida trasladada al interjuego identificación proyectiva – identificación introyectiva. La deflexión sería, pues, la acción *psíquica* más precoz realizada el bebé; ella inaugura la existencia de relaciones de objeto.⁵⁴ También sería anterior a la proyección, cuya consumación necesitaría dos prerequisites: la existencia de incorporaciones de objeto y de un yo algo más integrado. ¿La deflexión era para Klein una precursora de la proyección? Ella nunca se formuló explícitamente esta pregunta; lógicamente, tampoco la zanjó. La respuesta podría ser un sí restrictivo o un no firme. Sí..., porque la proyección tuvo siempre, según ella, una base instintual. Recuérdese que su prototipo corporal era la exoneración de las materias fecales, idea que tomó de Abraham y nunca renunció a ella pese al distanciamiento teórico de su maestro berlinés a partir de *CPM-D* (1934). No..., porque a medida que fue avanzando su producción dejó de confundirse una y otra: el concepto de proyección se diferenció mejor de la deflexión durante K_2 (1934-1946) y K_3 (1946-1960): la deflexión fue menos mencionada y se aplicaba a lo instintivo “puro” –es una manera de decir–, mientras que la proyección se instrumentaba para externalizar objetos internos, fantasías y situaciones psíquicas más complejas (que no dejaban de incluir en su seno lo instintual). No –otra vez–, porque las deflexiones llevadas a cabo por el yo incipiente del bebé fueron

consideradas por ella acontecimientos psíquicos tan primigenios que ni siquiera podía comprobarse su existencia mediante el análisis infantil. La deflexión no sería, entonces, ni una forma arcaica ni el fundamento de la proyección; no era tampoco un antecedente sino un precedente de la proyección; actuaría en un tiempo anterior; sería su preámbulo.

Se hace evidente que la deflexión adquiere más peso dentro de la perspectiva instintivista e innatista de Klein, mientras que la proyección quedó asociada a la dimensión relacional. Se trata de dos modelos teóricos que coexisten en su obra, que se intersecaron por momentos, pero que también podrían disecarse, separarse, a los fines de su estudio. Siempre mantuvo ese doble punto de vista en su teoría. Con la introducción de las dos posiciones, las relaciones de objeto adquirieron más significación y el interjuego proyectivo - introyectivo devino una pieza caudal de su concepción sobre la formación del mundo interno; entonces –entre 1932 y 1946– la proyección fue ocupando progresivamente la plaza más importante entre los mecanismos externalizadores; la expulsión una vez atravesada la fase de máximo sadismo cedía terreno y la deflexión quedó situada como antecedente de la proyección.

Se deduce de sus textos de aquella época que, el pasaje del uso de la deflexión a la proyección presuponían avances evolutivos, especialmente en la cohesión yoica: la proyección era considerada por Klein un mecanismo más tardío y sofisticado que la deflexión. La consecuencia inmediata de que el yo usara la deflexión consistió en que los primeros objetos internos fueran de naturaleza persecutoria: el efecto benéfico de desviar hacia afuera al instinto de muerte quedaba contrarrestado en parte, dado que la fuente de peligro externalizada retornaba a la psique. Pero en este “circulo persecutorio” nunca se volvía al punto inicial; ya se comentó que la búsqueda de nuevos objetos para descargar el sadismo –procesos de simbolización mediante– ayudaban a reducir la angustia (véase 6.4.1.2).⁵⁵ Se trataba de un circuito helicoidal que promovía al mismo tiempo el desarrollo evolutivo; las futuras operaciones de *puesta afuera* comenzaban a ser más complejas: era el turno de la proyección; ella tomaba el relevo de la deflexión y, por lo que se verá enseguida, ella compartiría –por un tiempo más– las funciones externalizadoras con la expulsión. Los instintos que se desviaban hacia afuera dejaban de ser “puros” y se presentaban encarnados en fantasías de un nivel de elaboración progresivamente mayor. Klein, en las primeras etapas de su obra, se refirió a la expulsión situando su accionar en la fase de máximo sadismo –coexistencia del sadismo de la segunda fase oral y del sadismo anal expulsivo (primera etapa anal) –; en ella, la expulsión iba seguida de una introyección de objetos persecutorios que despertaba angustia desde el interior. Durante esa época la externalización asumía la forma de una expulsión (*Ausstoßung*) sádico-anal: se expulsaba un objeto *parcial* malo interiorizado. Esta expulsión del sadismo y del objeto dañado, podría ser considerada como una modalidad de la proyección; sería implementada antes de la frontera entre los puntos de fijación propios de las psicosis y las neurosis. Por lo tanto se correspondería con la modalidad de proyección paranoica. Una fijación en esta etapa daría pie a episodios delirantes del adulto.⁵⁶

La expulsión recaía sobre un objeto *parcial* –no total–; su prototipo corporal sería la exoneración de las materias fecales. Esos requisitos simultáneos se daban –y en alto grado– en la etapa sádico-anal temprana, en la que esta forma particularmente violenta de externalización funciona a tope. Se entiende: la intensidad del sadismo –y sus consecuencias: la reintroyección de la persecución– exigía expulsar dosis ingentes de objetos parciales terroríficos. El niño –y el adulto fijado a esta etapa– construían una realidad distorsionada por esta modalidad proyectiva virulenta, pero en todo caso contactaban con la realidad, a diferencia de los que quedaban fijados a etapas anteriores: autismo y psicosis esquizofrénicas. El desarrollo evolutivo normal implicará el abandono de este mecanismo de defensa primitivo frente sadismo. Lo nefasto de este “círculo persecutorio” tenía una contrapartida positiva: el temor a la retaliación conllevaba un cierto estado de alerta, de observación prolija y suspicaz de la realidad pero era, a la vez, una forma de estar conectado con la misma.

De manera paradójica, para que la realidad externa adquiriera interés –cuestión muy importante para multiplicar las relaciones con objetos y actividades– debía despertar una dosis adecuada de persecución. Ni mucha ni poca, podría decirse; demasiada persecución generaría una angustia excesiva; si era escasa, produciría indiferencia; no habría una medida justa y universal, pero sí una franja que permitiría al niño un grado de angustia tolerable para despertar un interés por los objetos que

fomentaría, a la vez, su capacidad para simbolizar y sublimar, estimulando las actividades más o menos prototípicas de cada edad. Lo dicho en la primera y segunda ronda sobre estas tres defensas permite establecer los siguientes puntos firmes sobre ellas:

- Deflexión, expulsión y proyección son tres mecanismos externalizadores que pueden ser diferenciados entre sí por los contextos en que operan y por la índole de la materia psíquica del infante que cada uno “pone fuera”.
- Klein “no dio de baja” a ninguno de los tres, pero es evidente que la proyección ganó terreno e importancia especialmente a partir de que fue engranada con la introyección y se estableció el interjuego proyectivo – introyectivo como fundamental para la objetividad, para las relaciones entre el mundo interno y el externo y, por ende, para la buena marcha de la “psiquización”.
- Conviene precisar los momentos del desarrollo evolutivo en que cada una operaba y cuáles fueron los que privilegió en las diversas etapas de su obra: primero, la deflexión, que es relevada por la proyección; la expulsión coexiste con esta última durante la fase de sadismo máximo.
- La *deflexión* defendía al yo desde el nacimiento mediante el desvío del instinto de muerte hacia el exterior; sería el primer mecanismo externalizador que se pone en acción: inmediatamente después de llegar al mundo. Se manifestaba como una tendencia agresiva hacia los objetos del mundo externo. Mantenía una relación estrecha con el instinto de muerte.
- El yo incipiente y poco integrado deflexionaba una parte del instinto de muerte, acometiendo esa acción gracias a la energía que le prestaba la pulsión de vida. Operaba desde los primeros momentos de la vida psíquica.
- La pulsión de muerte deflexionada originaba la primera relación de objeto. De allí provenía la tendencia casi permanente en la obra kleiniana de considerar al sadismo como promotor de la relación con el exterior. Lo libidinal seguiría los pasos a lo tanático.
- El instinto de muerte deflexionado adquiría carácter sádico –tendencias agresivas hacia el objeto externo–; la parte que permanecía en el interior se orientaba hacia el masoquismo.
- Cuanto mayor era el *quantum* congénito del instinto tanático más intensa sería la deflexión.⁵⁷
- La deflexión generaba objetos externos que devenían representantes externos de Tánatos.
- La deflexión precedería a la expulsión y la proyección.
- La *expulsión* es una forma violenta de externalización del sadismo y el objeto interno dañado.
- Actuaba en la fase del sadismo en su máximo esplendor –confluencia del sadismo oral, anal y uretral–. Más específicamente se encargaría de externalizar las tendencias de la primera fase anal, punto de fijación de la paranoia. Por lo tanto, podría dar pie a formaciones delirantes. De ahí, el adjetivo de *psicóticas* que Klein adjudicó a algunas modalidades de la defensa temprana, entre ellas, a la expulsión.
- Operaba en contextos de máxima persecución, tanto interna como externa; generaba un intenso temor a la retaliación.
- En la literatura kleiniana la expulsión fue utilizada muchas veces como sinónimo de proyección; la primera podría considerarse un subgrupo de la segunda, de la que se distinguiría por su carácter más virulento y porque actuaría electivamente sobre las tendencias anales. Coexistiría con formas menos violentas de proyección.
- La *proyección* actuaba colocando fuera del yo no sólo lo instintivo sino y también las fantasías, partes del *self*, conflictos, angustias y objetos internos.
- Se trataba de un mecanismo de defensa más sofisticado que la deflexión –a quien sustituía en la tarea de desviar hacia afuera el instinto de muerte– y la expulsión.
- Operaba en momentos evolutivos en que la integración yoica era mayor y las relaciones objetales más “maduras”. Se implementaría especialmente a partir de la posición depresiva.
- Buena parte de las funciones de la proyección y la expulsión se integraron, a partir de 1946, en el concepto de identificación proyectiva (véase II, 5).

3.3.2. Escisión o clivaje

- **Alemán:** *Spaltung* — **Inglés:** *Splitting-off* — **Francés:** *Clivage* — **Italiano:** *scissione*
- **Portugués:** *clivagem*

Procedimiento psíquico descrito por Melanie Klein, quien lo consideraba un mecanismo de defensa esencial y muy temprano contra la angustia. Consistía en una división del objeto y del yo, que generaba objetos persecutorios e idealizados, buenos y malos en la PEP y la PD, respectivamente. Actuaría con especial intensidad en la primera de las posiciones, en que recaía sobre objetos parciales. Se acompañaba de una escisión del yo en partes homónimas a las recién nombradas.

El antecedente freudiano de este mecanismo defensivo al que Klein aludió con profusión fue la “escisión del yo en el proceso de defensa” que fue descrita inicialmente por el vienés en *Fetichismo* (1927). Según Freud esta división del yo daba lugar a dos actitudes psíquicas opuestas frente a una realidad externa que contrariaba a una moción pulsional: una parte del yo tenía en cuenta la realidad, mientras que otra la negaba (o desmentía) y la reemplazaba mediante una producción deseante. Ambas actitudes cohabitan en el yo sin anularse y sin influirse entre sí. Que esto ocurriese implicaba un cierto fracaso de la función sintética de dicha instancia. En el artículo recién mencionado Freud afirmó que la escisión operaba en la perversión y en la psicosis –sin especificar en cuales– y que los pensamientos opuestos eran respecto de la castración. Luego, la fue haciendo extensiva a diversos aspectos de la relación del sujeto con la realidad y, en la última etapa de su obra afirmó que el empleo de cualquier mecanismo de defensa requería una escisión previa del yo.⁵⁸ De esta manera generalizó la operatividad del mecanismo para todas las organizaciones psíquicas.

El estudio de la genealogía de este concepto indica que el creador del psicoanálisis hizo suyo –y transformó– una idea que comenzó a circular, a partir del siglo XVIII, entre los filósofos y los estudiosos del funcionamiento mental. Se sostenía la posibilidad de que la mente podía fracturarse en diversas partes. Bleuler la introdujo en la psiquiatría para designar un síntoma que consideraba de fundamental importancia en la esquizofrenia: la *Spaltung* –disociación o escisión– de la mente. A finales del siglo XIX buena parte de los textos psicopatológicos incluían expresiones tales como “personalidad múltiple”, “doble conciencia”, disociación de la personalidad”, etc. En Freud, la palabra *Spaltung* tuvo un cariz más descriptivo que explicativo; para él, la división fundamental era *intersistémica*; es decir, entre lo inconsciente y lo preconscious-consciente; en un contexto así concebido, la represión producía el establecimiento y mantención de esa división subjetiva, que daba pie a una secuencia clásica: represión → retorno de lo reprimido → formación de compromiso transaccional entre lo inconsciente y los mecanismos de defensa. En el caso de la escisión del yo, no se trataba de una división intersistémica (primera tópica) sino *intrasistémica*; es decir: dentro de una misma instancia –el yo–. En este último coexistirían dos tendencias y/o pensamientos opuestos y simultáneos, imposibles de dialectizar. En todo caso, la escisión fue siempre para el vienés la resultante de un conflicto psíquico. La escisión freudianamente concebida comportaba una propensión a desconocer y ocultar. La noción estuvo gravada con un tinte psicopatológico que pareció diluirse al ser universalizada, pero fue nuevamente recogida cuando se quería hacer referencia a formas exacerbadas de la misma.

Klein aludió por primera vez la escisión en *La personificación en el juego de los niños* (1929). En los escritos de esa época la asoció a la proyección y a la angustia: para que la primera pudiera consumarse, el yo debía escindirse previamente. Una vez acontecida la escisión, se eliminaba la angustia mediante la proyección. Con posterioridad, cuando el concepto de posición ocupó un lugar clave en su teoría, la consideró –junto con la proyección e introyección–, el trío de defensas más arcaicas.⁵⁹

A diferencia de Freud, el clivaje podía afectar tanto al yo como al objeto y no necesariamente precedería a la represión. Según Klein, los clivajes podían ser múltiples: del yo, de otras instancias psíquicas, de *imagos*, de objetos, entre lo externo y lo interno, entre fantasía y realidad, etc. También tomó en consideración el tipo de segmentación que se producía: en dos –por ejemplo: objetos parciales idealizados y persecutorios; objetos totales buenos y malos–, o en múltiples partículas, al que designó con el nombre de *clivaje fragmentante*. Klein insistió sobre el ligamen directo y estrecho entre la escisión, las relaciones de objeto parciales y la angustia persecutoria. Las tres se presentaban conjuntamente en la PEP.

En *EPN* (1932) la escisión apareció como un mecanismo primordial de la segunda etapa anal, la retentiva. Entonces la consideró una defensa relativamente tardía, más cercana temporalmente al surgimiento de la represión, a la que entendía como una defensa neurótica. Por entonces —no estaba aún creado el concepto de posición— diferenciaba dos modalidades de escisión, condicionadas por sendos momentos evolutivos: una, durante la fase de máximo sadismo y otra, posterior a su apogeo. La descripción de la segunda permitirá comprender lo que sucedía en la precedente.

“El aumento de los componentes libidinosos y la concomitante disminución de los agresivos también sirve para moderar las tendencias sádicas primarias que estaban dirigidas hacia el objeto. Cuando esto sucede el yo parece hacerse más consciente de su miedo de sufrir retaliaciones por parte del objeto. Así reconoce el poder del objeto además de someterse y aceptar las prohibiciones del superyó. Su aceptación de la realidad externa depende así de la aceptación de la realidad intrapsíquica y más cuanto que su esfuerzo es hacer converger el superyó y el objeto.” [*EPN* (1932), vol. 1, p. 278].

Así, pues, en la segunda etapa anal, el yo se defendía de la angustia tratando de conciliarse con los objetos internos y externos. Esto garantizaba la seguridad de los objetos. Klein, todavía fiel a Abraham, situaba estos avatares en la etapa anal II. La escisión de las *imago*s —la materna y la paterna, por ejemplo— en buenas y malas cumplía en este nuevo contexto un rol trascendente: permitía establecer relaciones con objetos buenos que ya no estaban dominadas por el sadismo. Este último —atenuado— se dirigía hacia los objetos malos, que se multiplicaban por los procesos de simbolización que serán comentados en el capítulo sexto, posibilitando la distribución y dosificación de la angustia. Lo dicho, fue desarrollado por Klein en *EPN* (véase *OCPKA*, vol. 1, pp. 278-280), y permitiría deducir que la escisión vino a sustituir en 1932 a la *Zerlegung* (acción de desmontar, desarmar, vocablo al que se hará referencia enseguida), empleada en *PJN* (1929). Un efecto colateral de la escisión era imponer un cierto orden en las relaciones de objeto, calificarlas de buenas o malas y lograr la reducción de la angustia por el camino comentado. Esta escisión del yo y de los objetos debería diferenciarse de la *escisión del ello*, otra defensa que el yo implementaba contra Tánatos: este mecanismo creaba una brecha dentro de esa instancia y reorganizaba al polo instintivo del aparato psíquico.

La traslación al castellano del vocablo *splitting-up* que Klein empleó en *PJN* (1929) y sustituyó poco después por *splitting-off* no presentó excesivos problemas ya que la propia autora expresó a quienes tradujeron su obra a nuestra lengua la voluntad de que se usara el término *clivaje*, porque consideraba que la palabra disociación —que vertía habitualmente el vocablo *Spaltung*— estaba demasiado cargada de connotaciones psiquiátricas. Sin embargo, los distintos traductores de las *OCPKA* no siguieron al pie de la letra dicha recomendación y aplicaron indistintamente las palabras clivaje, escisión y disociación, como se tendrá ocasión de verificar en la exposición de algunos fragmentos de sus textos. En el contexto de este trabajo, se recurrirá a los dos primeros términos, salvo cuando que se reproduzcan citas textuales de las *OCPKA*.

Petot, J.-M., *op. cit.*, tomo I, p. 199, señaló un hecho curioso: en la primera época de su producción, cuando todavía redactaba sus textos en alemán, Klein no usó la palabra *Spaltung* —seguramente muy conocida por ella y que luego emplearía más sistemáticamente—, sino *Zerlegung*. Este vocablo es de uso cotidiano en alemán; proviene de la química, donde significa descomponer o analizar; también se la emplea en mecánica con la significación de desarmar. Implica la idea del desmontaje de un objeto que no es destructivo porque sigue las líneas de separación de sus partes constitutivas; por lo tanto, deja abierta la posibilidad de restablecer el conjunto.⁶⁰ *Zerlegung* fue la manera de designar inicialmente uno de los procesos que más tarde —cuando ya escribía en inglés— fue denominado, como ya fue dicho, *splitting-up*, primero, y *splitting-off*, más tarde (y definitivamente).

Con la introducción de la I.P. en *NAME* (1946), hizo nuevas consideraciones sobre el clivaje: estableció una correlación más firme entre la escisión de los objetos (o de las *imago*s) y la del yo: siempre acontecían simultáneamente las dos. Por otro lado alertó sobre algunas consecuencias de un uso excesivo de tal defensa: debilitamiento del yo, vivencias esquizoides y confusión. De manera consecuente, perdió el estigma de patología: se trataba de una defensa habitual y hasta imprescindible para proteger al yo de los efectos de Tánatos. En otros términos, adquirió carácter funcional.⁶¹

Al precisar las características diferenciales entre el clivaje operando en la PEP y la PD quedó implícito que la escisión comenzaba a actuar más precozmente –diferencia con *EPN* (1932)–. En la PEP, la escisión era intensa y afectaba a los objetos y a diversos sectores del yo; se activaba por la presencia de una angustia persecutoria importante; la creación de objetos idealizados y persecutorios era en sí misma un modo de defensa contra la angustia, los primeros eran aliados en su lucha contra los segundos. Si la escisión llegaba a ser extremada podía producir una fragmentación del yo y generar una gran ansiedad confusional porque se intentaba, fuera como fuera, dispersar la angustia sobre múltiples objetos. En la PD el clivaje se moderaba; creaba objetos buenos y malos que no estaban separados tan radicalmente como en la PEP: ambos aspectos llegan a ser relacionados con un mismo objeto; esta escisión no conducía a una fragmentación del yo ni del objeto y tendía a proteger al objeto bueno de los ataques del objeto malo. Estas ideas fueron desarrolladas con más finura que las expuestas en su artículo de 1932. Las formuló así:

“Se plantea el interrogante de si algunos procesos activos de escisión del yo no pueden tener lugar incluso en una época muy temprana. Como suponemos, el yo temprano escinde en forma activa al objeto y a su relación con él, lo que puede implicar una disociación activa del yo mismo. De cualquier modo, el resultado de la escisión es una dispersión del impulso destructivo que es sentido como fuente de peligro. Sugiero que la ansiedad primaria de ser aniquilado por una fuerza destructiva interior, con la respuesta específica del yo de hacerse pedazos o escindir, puede ser de mucha importancia en los procesos esquizofrénicos.” [NAME (1946); OCKPA, vol. 3, p. 257].

Y en la página siguiente escribió:

“Creo que el yo es incapaz de escindir al objeto -interno y externo- sin que lleve a cabo una escisión correspondiente dentro del yo mismo. Por lo tanto las fantasías y sentimientos respecto al estado del objeto interno influyen vitalmente en la estructura del yo. Cuanto más sadismo prevalece en los procesos de incorporación del objeto y cuanto más se siente que el objeto está hecho pedazos, tanto más está el yo en peligro de escindirse en relación con los fragmentos del objeto internalizado” [NAME (1946); OCKPA, vol. 3, p. 258].

Un comentario más sobre el clivaje: a medida que la integración del yo iba aumentando, se reducía la distancia entre los objetos generados por la escisión; éstos se aproximaban cada vez más a los objetos de la realidad; devenían menos fantasmáticos. Dicho en otros términos: la unificación progresaba. Asimismo, el clivaje llevaba a cabo funciones de distinción: la imagen terrorífica de los padres combinados dejaba lugar al padre y a la madre nítidamente diferenciados.

Los artículos de 1952 –*CTEL* y *OCB*– constituyeron las formas canónicas del tratamiento de este tema antes del giro propuesto en *EyG* (1957), donde señaló que una envidia excesiva perjudicaba a los procesos de escisión del objeto en persecutorios/ idealizados y buenos/malos y, también, la discriminación de los mismos, cosa que a su vez perturbaba la creación de un objeto bueno total:

“En la exploración de los primitivos procesos de disociación es esencial diferenciar entre un objeto bueno y uno idealizado, aunque esta distinción no pueda hacerse en forma neta. Una disociación muy profunda entre los dos aspectos del objeto indica que no son el objeto bueno y el malo los que se mantienen separados sino que es el idealizado de uno extremadamente malo. Esta división tan profunda y definida revela que los impulsos destructivos, la envidia y la ansiedad persecutoria son muy fuertes y que la idealización sirve principalmente como defensa frente a esas emociones.

Si el objeto bueno se halla profundamente arraigado, la disociación es de naturaleza fundamentalmente distinta, permitiendo entonces la operación de los tan importantes procesos de integración del yo y de síntesis de los objetos. De este modo puede producirse, en cierta medida, la mitigación del odio por el amor, consiguiéndose elaborar la posición depresiva. Como resultado, con tanta más seguridad es establecida la identificación con el objeto bueno total. Esto también presta fuerza al yo y lo capacita para preservar su identidad y crear el sentimiento de que posee bondad propia.” [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 33].

Las siguientes puntualizaciones constituyen una síntesis de las principales consideraciones vertidas sobre la escisión en las páginas anteriores:

- Klein centró su teoría de la formación del aparato psíquico en torno a la idea de bipartición de los objetos en el seno de las posiciones; en consonancia otorgó a la escisión un lugar central en

- los procesos defensivos. El clivaje era imprescindible para que las proyecciones, introyecciones, identificación proyectiva e introyectiva cumplieran su función.
- Los objetos parciales o totales, productos de la escisión, además de ser objetos del instinto sufrían los influjos de las fantasías que los conforman. Su carácter “bueno” o “malo” no se correspondía únicamente al hecho de ser gratificantes o frustrantes sino que eran también consecuencia de recibir las proyecciones de los instintos libidinales y destructivos.
 - La escisión operaba de manera precoz; prácticamente desde el nacimiento. Su misión última: evitar o reducir las manifestaciones de Tánatos en la psique del bebé. Una vez producido el clivaje podía externalizarse lo malo y persecutorio.
 - En tanto defensa buscaba reducir la angustia pero, cuando ésta era muy intensa, la instrumentación de la escisión podía debilitar al yo. Si era moderada ayudaba a la discriminación de los objetos.
 - El clivaje recaía sobre el yo y los objetos.
 - La escisión operaba sobre diversos aspectos de la psique creando biparticiones; en cambio, si el fraccionamiento era múltiple se producía un clivaje fragmentante con proyección posterior de partículas.
 - Klein remarcó el carácter funcional del clivaje; lo consideró un medio de preservar al yo y al objeto bueno de las persecuciones; también, como medio de diferenciar y discriminar, en estadios más evolucionados, las situaciones en que se encontraba el yo.
 - Sus funciones positivas le hicieron perder su primera asociación con lo psicopatológico: se trataba de una defensa necesaria para proteger al yo de las angustias persecutorias intensas.
 - La finalidad del tratamiento psicoanalítico consistiría en reducir los clivajes y propender a la integración del yo y los objetos.
 - La envidia excesiva y el *quantum* elevado de carga tanática daban pie a formas patológicas de clivaje.

3.3.3. Introyección⁶²

— **Alemán:** *Introjektion* — **Inglés:** *introjection* — **Francés:** *introjection* — **Italiano:** *introiezione* — **Portugués:** *introjeção*

Acorde con su hipótesis sobre la existencia de un yo rudimentario innato, Klein retrotrajo el inicio de la operatividad de este mecanismo al principio de la vida; además, le otorgó un rol fundamental en la creación del mundo interno del niño. También enfatizó sobre los destinos del objeto introyectado en el aparato psíquico: podía ser *asimilado* e integrado de manera estable a una instancia psíquica o podía permanecer como un cuerpo extraño en el *self*. En el primer caso, el proceso de asimilación —término forjado por Paula Heimann en 1942, que Klein hizo suyo— abocaba a la identificación en el sentido que esta autora le dio a dicho término: creación de un objeto interno que se instalaba con el yo.⁶³ El segundo caso constituía un fracaso de la asimilación post-introyectiva. Una tercera variante ocurría cuando la introyección no devenía identificación sino que culminaba en la implantación de un objeto interno en una parte clivada del yo que establecía relaciones con la otra parte de la misma instancia; en ese contexto se reproducían en el mundo interno relaciones semejantes a las interpersonales. Esta idea, formulada inicialmente por Heimann, mantuvo puntos de contacto con el mecanismo de *interiorización* descrito en I, 2.3. y con el proceso que Freud explicitó en *DyM* (1915): incrustación del objeto en el yo que acababa recibiendo los embates críticos de la conciencia moral.

La introyección, tal como Klein la entendió, fue tratada de manera sintética al final de I, 2.1 y de un modo más extenso en II, 2.4.2 y II, 2.6.2.2. En estos dos apartados se destacaron las inflexiones que ella introdujo en este concepto forjado por Ferenczi y que fuera profusamente utilizado por Freud, Abraham y muchos otros psicoanalistas. Por último, en el capítulo 9 de esta segunda parte, se la examinará conjuntamente con la identificación introyectiva. En esos apartados se formularon ideas diferentes a las que serán expresadas acá sobre este mecanismo de defensa; será útil articular lo dicho en los distintos apartados mencionados.

Cuando Klein comenzó a exponer sus argumentos sobre la existencia de un superyó temprano no tuvo grandes dificultades para pensar la formación del mismo en términos de introyección/

identificación; es decir, siguiendo a grandes trazos las ideas que Freud había elaborado al respecto a partir de 1920.⁶⁴ Sin embargo, y tal como ella lo explicitó, la tarea clínica con niños le llevó a percibir grandes diferencias entre el superyó de los infantes –habitualmente muy severo– y el de los padres reales (supuestas figuras de identificación para la constitución de dicha instancia, según el vienés). En los años 20 ella pensaba que era la propia introyección la causante de las diferencias entre las *imágenes* superyoicas y los objetos parentales reales. Por entonces siguió utilizando ese término con los usos que Ferenczi había dado a ese concepto. Se recuerda que el psicoanalista húngaro incluía elementos proyectivos antes de que ocurriese la introyección. Como es bien sabido, Klein llevó hasta su paroxismo la idea de que la introyección transportaba buena parte de lo que previamente había sido proyectado por el yo sobre el objeto. Siguiendo ciertas pautas de Abraham, afirmó que la introyección tenía como prototipo a la incorporación, que había sido a su vez asociada a los instintos orales. Interesa señalar que durante la década mencionada la introyección no interactuaba aún con la proyección; ese interjuego se inauguró en 1929. Al año siguiente, en *IFSY* postuló que otra de las funciones de la introyección era proteger al objeto amado dentro de sí mismo. Con posterioridad –1932 en adelante– se produjo una cierta subordinación de la introyección a la proyección (véase II, 9.7.); a partir de entonces concibió el funcionamiento del aparato psíquico como una alternancia permanente de los fenómenos de proyección – introyección. En tanto la acción combinada de estos mecanismos tenía la tarea –entre muchas otras– de reducir el montante de angustia, merece ser considerada una forma de la defensa. Y dado que la angustia activaba la proyección habrá necesariamente introyecciones de lo proyectado; la lógica que sostiene esta circulación de materia psíquica entre el yo y los objetos externos fue descrita minuciosamente en II, 2.2.2.2. Instalado ese circuito siempre acababa retornando al yo lo que éste había proyectado. Si se trataba de una identificación proyectiva hostil sobre un objeto determinado, se introyectarán un objeto persecutorio que generará nuevamente angustia y será necesaria la reproyección del mismo. De ahí que la teoría kleiniana de la introyección muestre estas tres características: su retroalimentación con la proyección; la presencia de lo proyectado en la misma; su asociación con el temor a la retaliación. Klein, atraída inicialmente por el sadismo infantil, se focalizó en el denominado circuito “malo” y tuvo muchas dificultades para pensar la introyección de objetos buenos; estos últimos aparecieron en la escena teórica a partir de 1932 (véase II, 9.1. a II, 9.4).

3.3.4. Idealización

—Alemán: *Idealisierung* — Inglés: *idealization* — Francés: *idéalisiation* —Italiano: *idealizzazione* — Portugués: *idealização*

Operación psíquica que otorga una altísima valoración al objeto, ya sea por adjudicarle características que no posee, ya sea por exagerar algunas cualidades de la que sí es portador. En el contexto de la PEP generaba al objeto parcial idealizado; en la PD, la idealización era menos intensa y recaía sobre el objeto (total) bueno. Estos objetos internos idealizados se proyectaban sobre los objetos reales externos.

Freud describió la idealización en el amor, en la hipnosis, en las masas enaltecedoras del líder (*PMAY*); en la novela familiar del neurótico (padres idealizados), en el fetichismo; en este último caso correlacionó la idealización del objeto fetiche con la escisión psíquica propia de toda perversión. Sostuvo que el narcisismo intervenía tanto en la idealización como en la denigración de los objetos, apuntando diferencias si era el narcisismo primario o el secundario que estaba prevalentemente en juego. Lacan, por su parte, correlacionó la idealización con el registro imaginario (véase III, 10).

Klein relacionó los procesos de idealización con los objetos internos y externos. Durante un tiempo corto de K_1 mantuvo la idea freudiana de la participación del narcisismo en el surgimiento de la idealización, pero luego la desconectó radicalmente del mismo, sobretudo de su variante primaria; como se sabe, el narcisismo primario perdió sentido para ella porque en su teoría no había constitución del yo sino un yo innato.⁶⁵ Respecto del narcisismo secundario, ella invirtió la relación causal: éste no era el punto de partida y sostén de la idealización sino al revés: la idealización engendraba modalidades narcisistas de relación de objeto. La concibió también como mecanismo de defensa en tanto operaba enfrentándose a las vivencias de persecución interna. En ese contexto, la idealización fue asociada a los

efectos de las primeras escisiones: las que creaban los objetos idealizados y persecutorios. En 1934, con la creación del concepto de posición, se integró rápidamente a la PD; posteriormente, en 1946, a la PEP. En la PD esta defensa era menos intensa que en la otra posición. También la incluyó dentro del grupo de defensas maníacas, tal como se verá más adelante en el apartado 3.5.7. A partir de *EyG* (1957), con la introducción del concepto de envidia, la consideró un tipo específico de defensa contra ese afecto.

Tal vez lo más original del pensamiento de Klein al respecto consistió en vincularla a la mitigación de la angustia generada por los tempranos objetos persecutorios que llevan a límites superlativos la “maldad” del pecho. En lógica kleiniana, al tratarse de un procedimiento muy arcaico –téngase presente que a partir de 1946 quedó asociada a los primeros clivajes de la PEP– las regresiones profundas podrían reactivarla con una intensidad similar a la de otrora. La idealización apareció en la teoría kleiniana como un mecanismo subsiguiente a la escisión –yoica y objetal–; ella era una modalidad de defensa contra los instintos destructivos generadores de objetos persecutorios. El pecho idealizado, inagotable y disponible en todo momento, era a la vez un refugio y un medio de combatir a la ansiedad paranoide. En *Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos* [CPM-D (1934)] afirmó que el objeto idealizado –producto asimismo de clivajes tempranos– podría también esclavizar al yo con las exigencias severas y crueles propias de objetos amados extremadamente perfectos. Años más tarde, en *El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos* [DEM-D (1938-1940)] ya atisbaba que la idealización intervenía como defensa no sólo para reducir la angustia persecutoria sino también para hacer lo propio con la angustia depresiva. El apaciguamiento de las angustias tempranas permitiría disminuir la idealización facilitando, así, la síntesis de los aspectos buenos y malos de los objetos y la mayor integración del yo.

En *EyG* (1957), texto caracterizado por un importante vuelco teórico, vino a sostener algunas hipótesis que llevaron al extremo sus postulados innatistas (constitucionalistas).⁶⁶ Una extensa cita de este libro permitirá observar el estado de la cuestión a finales de la década de los años cincuenta:

“Los niños con fuerte capacidad para amar sienten menos necesidad de idealizar que aquellos en los prevalecen impulsos destructivos y ansiedad persecutoria. La idealización excesiva denota que la persecución es la fuerza impulsora principal. Según describí hace muchos años en mi trabajo con niños pequeños, la idealización es el corolario de la ansiedad persecutoria -una defensa contra ésta- y el pecho ideal es la contraparte del pecho devorador.

El objeto idealizado se halla mucho menos integrado en el yo que el objeto bueno, puesto que proviene sobretodo de la ansiedad persecutoria y no tanto de la capacidad para amar. Hallé asimismo que la idealización se deriva del sentimiento innato de la existencia de un pecho extremadamente bueno, lo que lleva al anhelo de un objeto bueno ya a la capacidad de amarlo. [De aquí sale una nota al pie, que se comentará tras la finalización de la cita]. Esto parece ser una condición para la vida misma, es decir, una expresión del instinto de vida. Puesto que la necesidad de un objeto bueno es universal, la distinción entre un objeto idealizado y uno bueno no puede ser considerada como absoluta.

Algunas personas se enfrentan con su incapacidad (derivada de la envidia excesiva) para poseer un objeto bueno, idealizándolo. Esta primera idealización es precaria pues la envidia experimentada hacia el objeto bueno está destinada a extenderse hasta su aspecto idealizado. Lo mismo es valedero para la idealización de otros objetos y la identificación con ellos, a menudo inestable e indiscriminada. La voracidad es un factor importante en estas identificaciones poco discriminadas, puesto que la necesidad de obtener lo mejor de todas partes, interfiere con la capacidad para seleccionar y diferenciar. Esta capacidad también está ligada a la confusión entre bueno y malo que surge en la relación con el objeto primario.” (*EyG*, OCKPA, vol. 6, p. 33 y 34). Lo que está entre corchetes es mío.

En la nota al pie recién mencionada Klein insistió en la idealización de la situación prenatal y de algunos momentos particularmente buenos de la temprana relación bebé-madre. Agregó que aquellas personas que no han sido suficientemente felices en ese vínculo, serían las que más tienden a idealizar los escasos momentos en que sí lo fueron. Del extenso fragmento recién citado podría deducirse un cambio en la concepción de la idealización: más que un mecanismo de defensa aparecía descrita como una tendencia general del ser humano –“una necesidad esencial”, afirmó textualmente en la nota al pie comentada–, que persistiría durante toda la vida. Resulta interesante recordar que Freud había remitido a esas mismas situaciones –estado intrauterino del feto o ensambladuras materno-filiales de lactancia muy placenteras en la temprana vida posnatal– para describir su narcisismo

primario absoluto, categoría que Klein, como ya se ha dicho, no aceptó. En cambio ella postuló una nostalgia vitalicia en *todos* los humanos respecto de la situación prenatal.

3.3.5. Negación

—**Alemán:** *Verneinung* —**Inglés:** *denial* —**Francés:** *(de)négation*. —**Italiano:** *negazione*
—**Portugués:** *negação*

Este mecanismo de defensa requerirá —tal vez más que otros— ser examinado a la luz de las nervaduras principales de la teoría kleiniana para poder otorgarle su verdadero alcance semántico.⁶⁷ Se trataba de una acepción conocida dentro del psicoanálisis cuando Klein comenzó a emplearla. Freud le había dedicado un artículo especial —*La negación* [*Die Verneinug*, (1925)]—, en el que precisó con claridad la relación estrecha de la misma con la represión y la neurosis⁶⁸. La psicoanalista de niños, después de hacerla suya, le imprimió inflexiones importantes y nuevos significados. En realidad elaboró otro concepto que devino muy importante en su concepción; pero, en este aspecto cabe lamentar que no le adjudicara una denominación novedosa y que siguiera utilizando una acepción que ya tenía solera psicoanalítica. La disparidad de los significados y de los campos de su acción fue tan grande comparada con la negación freudiana, que conviene considerarlos conceptos bien diferentes.

Las diversas formas de negación en Klein —usó cinco expresiones inglesas diferentes para referirse a ella— se incluyen dentro del conjunto de las llamadas *defensas primitivas o psicóticas*. A diferencia de Freud y Lacan, *su* negación era pre-represiva; enfrentaba ansiedades violentas en momentos muy tempranos del desarrollo evolutivo y daba cuenta de un funcionamiento psicótico del psiquismo.

Estas importantes variaciones semánticas introducidas por Klein en dicho vocablo impusieron la tarea de deshacer la homonimia e impulsaron la idea de incluir en este capítulo un apartado más, el cuarto, al que se ha titulado: *Para un cotejo de la negación kleiniana con otros conceptos conexos*. En él se perfilarán cinco conceptos psicoanalíticos que aluden a problemáticas relacionadas con la negación kleiniana. Tres de ellos se originaron en Freud (negación, renegación o desmentida y repudio); uno en Lacan (la forclusión) y el quinto fue acuñado por Laforgue: la escotomización.⁶⁹ Buena parte de ellos están emparentados con lo que era medular en el concepto de negación (*denial*) en la obra de la psicoanalista que se radicó en Londres: el carácter de defensa psicótica, universal —según ella— puesto que todos los niños la empleaban en los tempranos momentos de la vida psíquica, para abandonarla en momentos posteriores si se trataba de un desarrollo evolutivo “normal”. Pero también podría persistir o, incluso, intensificarse su uso, en cuyo caso daría pie a la aparición de una psicosis esquizofrénica o paranoica.

Se remite al apartado 3.4. de este mismo capítulo por considerar conveniente una lectura del mismo en paralelo con las páginas siguientes. En varios sentidos, cuatro de los cinco conceptos allí abordados son los principales antecedentes de la negación kleiniana.

A lo largo de su obra Klein aludió a la negación y a los procesos psíquicos cercanos a la misma mediante las siguientes expresiones: *negation* (negación), *denial* (negación), *negation of intra-psychic reality* (negación de la realidad intrapsíquica), *escotomization* (escotomización), *disavowal* (repudio). Esta pluralidad terminológica planteó exigencias de esclarecimiento semántico; ella utilizó estas expresiones de manera poco sistemática, sin precisar en ningún momento las diferencias entre los mismos, ni las connotaciones y denotaciones de cada uno. Tampoco explicitó los motivos por los que abandonaba unos para elegir otros. En sus primeros artículos empleó el término *negation* y más tardíamente *denial*; los dos fueron igualmente traducidos al castellano por negación. La homonimia con el vocablo freudiano no debe conducir a errores: *negation* y *denial* tuvieron ya desde los primeros textos de Klein significados diferentes a la negación freudiana. Por ejemplo: ella la hizo operar muy precozmente; es decir, *antes* de la instalación de la represión. La negación (*Verneinug*) en el sentido freudiano estaba indisolublemente unida a la represión (neurosis).

Las otras dos variantes —*negation of intra-psychic reality* y *escotomization*— fueron utilizados por ella casi como sinónimos, como se tendrá ocasión de comprobar en las citas extractadas de *EPN* (1932) y *CPM-D* (1934). Sin embargo, al recurrir a los artículos del introductor de la palabra escotomización en psicoanálisis —René Laforgue— se apreciará que hubo también diferencias

importantes en los significados que él había atribuido a dicho vocablo. A partir de los años cuarenta *escotomization* fue desapareciendo de los textos kleinianos, imponiéndose el escueto *denial*, que heredó lo connotado por negación de la realidad intrapsíquica; a la vez, extendió sus efectos patológicos de la misma a la percepción de la realidad externa, afectando también –y severamente– la integración del yo.

Por último: *disavowal*. Tal vez esta acepción haya sido la menos usada por ella; la entendía como una defensa extrema, primitiva y de carácter psicótico, frente a la agresión, producto esta última de impulsos destructivos proyectados, que retornaban retaliativamente desde el objeto. Suponía también un intento extremo de aniquilar a los perseguidores.

Un primer paso para precisar el significado propiamente kleiniano del concepto que se está examinando consistirá en abordar con especial detenimiento la variedad del mismo introducido en *EPN* (1932), que designó con el nombre de *negación de la realidad intrapsíquica*. Ésta, a diferencia de las otras expresiones, fue la que más se mantuvo: perduró hasta el final de su obra, aunque le fue introduciendo algunos cambios con el correr de los años.

En *EPN* (1932), y en el curso de sus consideraciones sobre las situaciones que despertaban ansiedades intensas en épocas tempranas del desarrollo, Klein planteó que el yo podía recurrir a dicho mecanismo defensivo, pero, en caso de que ese uso deviniese permanente, se favorecería la eclosión de una esquizofrenia. Luego continuó afirmando respecto del niño:

“Si su ansiedad es excesiva o si su yo no puede tolerarla, tratará de eludir el miedo de sus enemigos externos poniendo fuera de acción sus mecanismos de proyección; éstos, a su vez, evitarán que se produzca una introyección posterior de objetos, lo que pondrá fin a la desarrollo de su relación con la realidad y le dejará expuesto más que nunca al miedo a sus objetos introyectados. Estaría aterrado de ser dañado de diversos modos por un enemigo interno del que no podría escapar. Un temor de esta clase es quizá una de las fuentes más profundas de la hipocondría, y un sobrante de él, no susceptible de ser modificado o desplazado, es obvio que exigiría métodos de defensa más violentos. Una perturbación como ésta del mecanismo de proyección, parece ser paralela a una **negación de la realidad psíquica** [*negation of intra-psychic reality*]. La persona así afectada **niega** [*denies*], y dentro de ciertos límites **elimina** [*eliminates*], no sólo la *fuerza* de su ansiedad, sino también sus afectos. Un gran número de fenómenos pertenecientes al síndrome esquizofrénico puede ser explicado como un intento de defenderse, dominar o luchar contra un enemigo interno. La catatonia, por ejemplo puede ser considerada como un intento de paralizar los objetos introyectados y mantenerlos inmóviles, haciéndolos inocuos.” [*EPN* (1932), OCKPA; vol. 1, pp. 270-271. Las negritas son mías; igualmente, las palabras inglesas que están entre corchetes, que fueron las que empleó M. Klein en este texto. Se han introducido ligeras modificaciones a la versión castellana de las OCKPA en base a su cotejo con la versión inglesa].

En este fragmento puede apreciarse la ya comentada pluralidad de términos con que refirió la acción de negar; en sólo tres renglones utilizó estas palabras diferentes: “*negation*”, “*denies*” (derivada de “*denial*”) y “*eliminates*”. Asimismo, la última parte del fragmento citado fue punto de partida de varias notas al pie que remitían a trabajos propios -*IFSY* (1930)- y ajenos: uno, de Ferenczi ; otro, de su hija Melitta Schmeideberg y un tercero de René Laforgue.⁷⁰ Se comentará brevemente las ideas de estos tres analistas a los que Klein recurrió para apoyar sus elaboraciones.

- Sandor Ferenczi; “*Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad*” (1913); hay versión castellana de este artículo; está incluido en el su libro *Sexo y psicoanálisis*, Ediciones Hormé, pp. 153 y ss., Buenos Aires, 1959. En este escrito, el húngaro expuso el pasaje que el niño efectúa desde el principio del placer al principio de realidad o, lo que es equivalente, la transición desde la megalomanía de la infancia al reconocimiento del poder de las fuerzas naturales. Describió varios estadios en los que la omnipotencia iba cediendo gradualmente en favor de la distinción entre su ego y el mundo externo (que no obedecía a sus deseos). Centró su estudio en los pacientes obsesivos, afirmando que la *negación de la realidad* era en ellos la persistencia de una forma de reacción psíquica habitual en la muy temprana infancia. Como se aprecia, en Ferenczi, estas ideas aparecían relacionadas con la denominada realidad *externa*, no con la interna.
- M. Schmeideberg: *Contribution to the Psychology of persecutory ideas and delusions* (1931); en este texto, su hija Melitta sostuvo que la negación de los afectos de ansiedad era utilizada en parte para negar la existencia de objetos introyectados con los que estos afectos se equiparan.

También señaló que el esquizofrénico suspendía sus vínculos con el mundo externo para refugiarse en sus objetos internos buenos, estado narcisista que le permitía evadirse de los objetos malos internos y externos.

- René Laforgue: con punto de partida en la palabra “elimina” [*eliminates*] del fragmento citado, Klein remitió en nota al pie a un artículo de este psicoanalista que llevaba por título *Über Skotomisation in der Schizophrenie* (1928). En ese texto y en otros –especialmente el capítulo II de *Essais sur la schizonoïa*–, no referido por Klein, Laforgue describió y abordó psicoanalíticamente situaciones que suscitaban la idea de una anulación de la percepción, una especie de “ceguera del espíritu”, mediante la cual se hacía desaparecer hechos de la realidad, de la memoria o de la conciencia. Se trataba de un rechazo de la realidad, a consecuencia de dos motivos: la ineptitud del sujeto para reprimir y la tendencia a la escotomización, que tendría antecedentes en la infancia. La conjunción de ambos factores podría potenciar sus efectos y provocar trastornos del equilibrio psíquico; este tipo de fenómenos se observarían especialmente en la esquizofrenia.

Se aprecia que tanto Ferenczi como Laforgue aludieron sobre todo a negaciones de la realidad externa; en cambio, la noción kleiniana implicaba –en ese periodo: años treinta– a la realidad psíquica. Pero lo cierto es que para Klein, cuando se producía tal *negation of intra-psychic reality* se perdía concomitantemente la discriminación entre lo interno y lo externo, entre el yo y los objetos; asimismo, se instalaba la omnipotencia y las alteraciones del yo. Se aliviaban las intensas angustias a costa de mutilaciones psíquicas importantes.

Páginas más adelante del mismo texto –capítulo IX de *EPN* (1932)–, volvió a referirse a Laforgue:

“Hasta ahora el excesivo miedo [del niño] al superyó y a sus objetos que ha dominado los tempranos estadios de la vida, acarreó proporcionalmente reacciones violentas de su yo. Parecería que el yo trata de defenderse al principio del superyó escotomizándolo -para usar el término de Laforgue- y expulsándolo.” (OCKPA, vol. 1, p. 278). Lo que está entre corchetes es mío; se han introducido un par de modificaciones en la versión OCKPA, teniendo en cuenta la versión inglesa.

Bajo la pluma de Klein, la noción de escotomización adquirió, en cierto sentido, un carácter más radical: se trataba de una “ceguera psíquica” respecto de *toda* una instancia: ni más ni menos que el superyó entero; en otro sentido, al asociarla con la expulsión (véase *supra*, al final del apartado 3.3.1.1.) le cambió sus alcances semánticos. Seguramente la noción de clivaje, tan caro a Klein, se inmiscuyó en la escotomización. Un par de citas de *CPM-D* (1934) mostrarán continuidad y cambios respecto de *EPN* (1932):

“Uno de los primeros métodos de defensa contra el miedo a los perseguidores, ya sentidos en el mundo externo o ya internalizados (eventualmente después de la proyección sobre un objeto real), es el de la escotomización -*la negación de la realidad psíquica [denial of psychic reality]* -; esto puede llevar a una restricción considerable de los mecanismos de introyección y proyección y a la negación de la realidad externa, formando la base de las psicosis graves. Muy pronto, también, el yo trata de defenderse de los perseguidores internos mediante los procesos de expulsión y proyección. Al mismo tiempo, puesto que el miedo a los objetos internalizados no es de ningún modo extinguido con su proyección, el yo dirige contra los perseguidores dentro de su cuerpo las mismas fuerzas y medios que emplea contra el mundo externo. Estos contenidos de ansiedad y mecanismos de defensa forman la base de la paranoia. [*CPM-D* (1934); OCKPA, vol. 2, pp. 253-254; las cursivas son de M. Klein].

En este fragmento se subrayarán dos aspectos: Klein utilizó *denial of ...* en lugar de *negation of ...* y la consideró sinónima de escotomización; por otra parte, la negación de la realidad psíquica concernía también –en tanto afectados– a la realidad externa y al yo. Se entiende, entonces, porqué a partir de los años cuarenta comenzó a nombrar a este mecanismo sin el aditamento de “realidad psíquica”, denominándola simplemente *denial*. La segunda cita de *CPM-D* (1934) permitirá conocer mejor dónde y cuándo despuntaba la operatividad de la *negación de la realidad psíquica*:

El sentimiento de omnipotencia es en mi opinión, lo que primero y principalmente caracteriza a la manía, y después como lo ha declarado Helene Deutsch, la manía está basada en el mecanismo de la *negación*. Yo

difiero, sin embargo de Helene Deutsch en el punto siguiente: ella sostiene que esta “negación” está conectada con la fase fálica y el complejo de castración (en las niñas es la negación de la falta de pene), mientras que mis observaciones me han llevado a la conclusión de que este mecanismo de negación se origina en aquella fase muy temprana en la que el yo aún no desarrollado, se esfuerza por defenderse de la más abrumadora y profunda de las ansiedades, o sea su temor a los perseguidores internalizados y al ello. Es decir, lo que se niega *primeramente es la realidad psíquica*, y el yo puede seguir negando una gran parte de la realidad exterior.” [CPM-D (1934); OCKPA, vol. 2, p. 267]. Las cursivas son de la autora.

Aquí Klein polemizaba con Freud por interpósita persona: H. Deutsch. Ésta no hacía sino repetir las tesis del vienés sobre las diferentes actitudes de la niña y del varón respecto de la diferencia de los sexos, *en plena etapa fálica*; mientras que la creadora del psicoanálisis con niños situaba *su* negación “en una fase muy temprana”, librando un combate contra los perseguidores internos y no contra el complejo de castración. Estas ideas persistieron hasta sus escritos póstumos, cosa que marcó diferencias importantes con Freud y Lacan; para ella se trataba de un mecanismo de defensa que operaba “primeramente” en el seno de relaciones intrapsíquicas de objeto. Habría, por un lado, más correspondencias entre la negación (*denial*) kleiniana con el repudio de Freud (*Verwerfung*) y con la forclusión de Lacan: estos tres mecanismos son postulados como fundantes de la psicosis. En cambio, nada que ver con la negación freudiana (*Verneinung*). Fuera de la equivalencia recién mencionada, todo lo demás es diferente, cosa que no ha de extrañar tratándose de tres perspectivas teóricas distintas. Para Klein, *la negación de la realidad psíquica* y la *escotomización*, estaban en la base del hecho psicótico, pero ella entendía tal fundamento de manera diferente al repudio freudiano y a la forclusión lacaniana. El mecanismo propuesto por Klein se dirigía, básicamente a la realidad psíquica; el enemigo era interior: se eliminaba o se escotomizaba algo del mundo interno; era una defensa contra los perseguidores internos a los que se intentaba eliminar (por ser fuentes de una ansiedad desmedida) al igual que los afectos correlacionados. Klein ni siquiera trató de perfilar buscó un mecanismo propio y específico de la psicosis clínica; la persistencia en el uso del *denial* –calificada de defensa temprana, psicótica– le bastaba para justificar la psicosis. Además, el hecho de ser un mecanismo universal –todo lactante la implementaría– determinaba que la potencialidad para devenir psicótico era también general. Bastaría solamente una regresión a la PEP. Es sabido: para ella había un *continuum* neurosis-psicosis. El empleo de estos mecanismos de defensa primitivos, muy anteriores a la represión, se retroalimentan porque se hacía cada vez más necesario controlar la hostilidad de los objetos perseguidores que, propiamente, no se eliminaban y por eso retornaban, vía introyección. El uso excesivo de estos procedimientos llevaba a un vaciamiento del yo y al establecimiento –al modo de una fijación– de esos sistemas defensivos. Se creaba así la propensión a los estados regresivos y a la reactivación de la psicosis infantil universal. Con lo afirmado hasta aquí se hará una caracterización sucinta de este mecanismo postulado por Klein, que servirá para el cotejo del mismo con conceptos equivalentes en Freud, Lacan y Laforgue.

La negación de la realidad psíquica o, simplemente, la negación es un mecanismo de defensa temprano que combate los terrores persecutorios internos mediante la anulación activa de la realidad psíquica. A consecuencia de esta negación se paralizan los intercambios a doble vía entre el mundo interno y el mundo externo, con las inevitables y severas alteraciones de la percepción de la realidad externa y del yo. Su intensidad, su radio de acción, sus efectos y su duración son variables en cada niño y dependerá del desarrollo evolutivo de cada quien, el dejar de implementarla o persistir en su uso. Sus formas violentas y duraderas sientan las bases de la esquizofrenia y la paranoia, afectando todo el funcionamiento de la mente. Formas más atenuadas de la misma pueden hacerse presente en los duelos de la posición depresiva.

En un desarrollo normal tendería a ser sustituida por mecanismos de defensa más evolucionados, neuróticos. La consideró como una de las defensas maníacas (véase *infra*, 3.5.6.), por lo que quedó relacionada con el desdén y menosprecio del objeto, el control omnipotente, los clivajes potentes, la idealización, etc. Según M. Klein, este mecanismo puede resurgir en cualquier momento de la vida de una persona por efectos de una regresión y reactivación de la PEP.

A partir de 1946, postuló que las formas muy intensas de la identificación proyectiva o las variantes patológicas de la misma eran la causa principal del establecimiento de una psicosis. La negación quedó relegada a la categoría de mecanismo coadyuvante.

3.3.6. Las defensas maníacas

Se trata de mecanismos psíquicos que combaten la angustia depresiva propia de la posición homónima. Enfrentan el dolor mental, el pesar, la culpa y los sentimientos de pérdida del objeto amado. Sus formas extremas se ponen en marcha para combatir ansiedades más intensas, ligadas a las mismas problemáticas; por ejemplo: las hipocondríacas, la culpa por haber destruido completamente al objeto amado y las de muerte.

En sí mismas no serían patológicas, salvo las que actúan en los estados de manía o hipomanía clínicas. Estas defensas se utilizarían también para luchar contra la angustia, el duelo, la culpa y la ambivalencia (amor-odio), situaciones éstas que no sólo surgirían durante la PD en la infancia sino que podrían presentarse en cualquier momento de la vida adulta. Desempeñan un rol positivo durante el desarrollo evolutivo porque protegen al yo ante la desesperación por el destino del objeto amado, especialmente porque la reparación tarda su tiempo en llegar (véase II, 6.4.3). Sus variedades son múltiples –denigración, triunfo maníaco sobre el objeto, control omnipotente del mismo, negación de la realidad psíquica e incorporación maníaca–. Comparten el carácter omnipotente y el hecho de dirigirse contra los propios sentimientos. En la K_1 (1919-1933) reunió tres de estas defensas –omnipotencia, negación e idealización– bajo la denominación genérica de posición maníaca; la describió especialmente en los estados maníaco-depresivos. A partir de *DEM-D* (1938-1940), abandonó esa denominación al perfilar con mayor precisión su concepto de posición depresiva.

De la lectura del conjunto de su obra podrían deducirse dos teorías respecto de estas defensas; la que apareció primeramente sostenía que los mecanismos maníacos se ponían en juego contra la angustia depresiva; la segunda y posterior a 1946 afirmaba que las defensas maníacas actuaban contra ambas modalidades de angustia: la depresiva y la paranoide. En continuidad con las utilizadas en la PEP, durante la PD estos mecanismos defensivos se empeñaban en controlar de manera omnipotente al objeto que se teme perder; y lo hacían con un cierto desdén –menosprecio, trato despectivo– y de un modo triunfalista. Lo esencial de estas defensas era la utilización del sentimiento de omnipotencia para controlar y dominar a los objetos.⁷¹ Las más importantes que ella describió fueron las siguientes:

Control del objeto: se intentaba dominar y controlar a los objetos de los que el lactante dependía con la finalidad de desmentir el miedo que le provocaban; por otra parte, este procedimiento allanaba el camino a la reparación, que comenzaba a actuar más tarde.

Triunfo maníaco sobre el objeto: se evitaba reconocer la importancia que tenían los objetos buenos de los cuales el yo dependía. Este modo de triunfar dificultaba la reparación del objeto bueno y amado, aumentando la persecución y la culpa. Podía establecerse un círculo vicioso que potenciaba el uso de este tipo de defensas.

Desprecio por el objeto: Actuaba en asociación frecuente con la anterior; se evitaba la gratitud hacia el objeto porque debilitaba la sensación de omnipotencia y, en esas situaciones era posible que afloraran los sentimientos de dependencia.

En síntesis: el yo maníaco y omnipotente castiga de tres modos al objeto: mediante el control, el triunfo despectivo y el menosprecio. En situaciones extremas, se añade la negación de la realidad psíquica.

3.3.7. La identificación proyectiva.

—**Alemán:** *Projektionsidentifizierung* — **Inglés:** *projective identification* — **Francés:** *identification projective*. — **Italiano:** *identificazione proieiva* — **Portugués:** *identificação projetiva*

A partir de *NAME* (1946) este proceso identificatorio –a la vez, fantasía y defensa– se integró al conjunto de mecanismos con la que el yo se protege de la angustia. Subsumió buena parte de los mecanismos externalizadores comentados *supra*, en 3.5. 1. El capítulo 8 de esta segunda parte está íntegramente dedicado al examen de este complejo procedimiento psíquico que tanta trascendencia tuvo en el contexto teórico kleiniano; para evitar reiteraciones, se remite al mismo. Se destacará solamente que desde 1946 la I. P., junto con la identificación introyectiva (I. I.), se constituyeron en componentes habituales de la dinámica mental. Vinieron a sustituir en parte al interjuego proyectivo –introyectivo que, a partir de 1932, Klein había considerado como propio de la dinámica psíquica desde los primeros momentos de la vida.

3.3.8. La reparación y la simbolización en tanto defensa

Más allá de sus amplias y diversas funciones, que serán expuestas en II, 6.4.3 y 6.4.1., respectivamente, se las menciona en este contexto porque la reparación y la simbolización operan también reduciendo la angustia, razón por la cual Klein los consideró mecanismos de defensa. Este aspecto fue anticipado brevemente en la nota nº 55 de este capítulo.

En los apartados antes mencionados se referirán los modos específicos en que una y otra logran reducir la angustia. A ellos se envía para evitar reiteraciones. Estas remisiones se hacen extensivas al apartado II, 4.2., titulado *La concepción kleiniana de la angustia*, en que se hace mención a los diversos procedimientos que consiguen yugularla. Entre ellos se nombra a la simbolización y reparación.

3.3.9. Las defensas obsesivas

Los desarrollos teóricos fundamentales sobre este tema pueden rastrearse en cuatro textos suyos: *CTTI* (1931), *EPN* (1932), *NAME* (1946) y *CTEL* (1952). En K_1 (1919-1933) hubo referencias bastantes frecuentes a este tipo de defensas en sus relatos de casos clínicos, pero, por entonces, Klein apenas había configurado una teoría propia sobre el funcionamiento de las mismas. Aunque ya se insinuaban algunos aspectos diferenciales con la concepción freudiana, ella sostenía en lo básico las ideas del vienés y de Abraham; a saber, su relación de estas defensas con: a) lo anal; b) con la paranoia y melancolía; c) su función de contrarrestar los impulsos sádicos (formaciones reactivas). Fue en su artículo de 1931, y en el contexto de un estudio sobre las inhibiciones intelectuales, donde esbozó su teoría inicial sobre estos mecanismos defensivos, que también expuso en el escrito del año inmediatamente posterior. En el siguiente párrafo, extractado de *CTTI* (1931), ella condensó buena parte de los argumentos de esa caracterización:

“Mis observaciones de este caso [se refiere a John], tanto como de otros neuróticos obsesivos, me han llevado a establecer conclusiones sobre los mecanismos obsesivos especiales relacionados con el fenómeno de la inhibición intelectual que nos interesa en este momento. Antes de enunciarla brevemente, dejadme decir que a mí entender, como enseguida estableceré con detalles, los mecanismos y síntomas obsesivos en general sirven al propósito de ligar, modificar y detener la angustia perteneciente a los niveles más primitivos de la mente, de modo que la neurosis obsesivas están edificadas sobre la angustia de las primeras situaciones de peligro.” [*CTTI* (1931), OCKPA, vol. 2, p. 236]. Lo que está entre corchetes al principio de la cita es mío.

En términos generales podría decirse que estas tempranas “situaciones de peligro” derivaban de la destrucción que, tanto niñas como varones, imaginaban haber infligido a la madre por medio de sus ataques sádico-orales; especialmente, al interior del cuerpo de ella y a los penes allí contenidos. Otra fuente de angustia eran los miedos a posibles ataques desde el interior de su propio cuerpo por parte de objetos internos persecutorios. Un tercer punto de partida tenía que ver con la intensa culpa generada el superyó precoz y cruel. Cualesquiera que fueran los orígenes de estos escenarios amenazantes, se activaban mecanismos obsesivos que fenomenológicamente aparecían como actos, ideas repetitivas o rituales; con ellos, los niños trataban de controlar la angustia “perteneciente a los niveles más primitivos de la mente”, ocasionada sobre todo por los impulsos destructivos.

En estas ideas se percibía de nuevo el modelo estratigráfico que ella otorgó a la mente: lo primero está en la base y persistiría como tal; a esto vendrán a superponerse las sucesivas capas de acontecimientos subsiguientes; el sustrato último podría reactivarse siempre. Las defensas obsesivas combatían estas tempranas ansiedades. Para los casos particulares de las inhibiciones intelectuales, donde las tendencias epistemofílicas y la curiosidad exacerbada no podía canalizarse adecuadamente, las defensas obsesivas controlaban rígidamente tales impulsos al precio de síntomas variados; por ejemplo: dificultades en la maduración del yo, proclividad a medir, sumar, enumerar, etc. Klein fundamentó el carácter reiterativo de estas defensas obsesivas en: a) el objetivo —nunca logrado definitivamente— de apresar sustancias y objetos buenos para detener, con la ayuda de ellos, la acción de los objetos y sustancias malos⁷² y b) acumular suficientes reservas dentro de sí para resistir los ataques de objetos externos. Pero...

“Como sus intentos de hacer esto por medio de actos obsesivos están continuamente perturbados por apariciones de angustia de muchas fuentes contrarias (por ejemplo, su duda de si lo que acaba de incorporar dentro suyo es realmente “bueno” y si lo que ha arrojado fuera era realmente la parte “mala” de su interior; o su temor de que al poner más material dentro de sí fue culpable una vez más de robar al cuerpo de su madre) podemos comprender por qué estaba bajo la constante obligación de repetir sus intentos y cómo esta obligación es en parte responsable del carácter compulsivo de su conducta.” (*CTTI, OCKPA*, vol. 2, p. 236).

Ambas citas de su texto de 1931 nos muestran a las defensas obsesivas operando en el seno de una teoría que ya tenía perfilada algunas de sus nevaduras principales (véase II, 1.2. y II, 1.3). Destacaba en esta primera concepción el carácter “psicótico” de las ansiedades que combatían las defensas obsesivas. Con la aparición de la PD (1934) y los cambios de enfoque sobre la culpa, las defensas obsesivas comenzaron a perder importancia en favor de las maníacas, con las cuales se combinaba.⁷³ La anulación retroactiva con la que antaño se pretendía borrar el daño infligido a un objeto fue sustituida por la reparación. Este movimiento de reemplazo se intensificó a partir de *NAME* (1946): allí Klein comenzó a otorgarle importancia a los mecanismos esquizoides en desmedro de los obsesivos; las llamadas defensas tempranas (deflexión, escisión, proyección, negación, etc.) pasaron a ocuparse de la angustia paranoide y de las consecuencias del clivaje. En la PD, las funciones que otrora fueron adjudicadas a los mecanismos obsesivos se repartieron entre las defensas maníacas y la reparación; en especial las formas maníacas de esta última (véase *supra* 6.4.3.3 y el sector derecho del cuadro insertado en 3.1.3., en que se alude a las defensas maníacas). Las tendencias obsesivas precocísimas no desaparecieron totalmente pero Klein consideró que se colocaban en el centro del escenario psíquico del niño durante el segundo año de vida, tal como se tendrá ocasión de comprobar al comienzo de la próxima cita. Por otra parte, y también en referencia a la PD, subrayó los vínculos de las defensas obsesivas con la culpa, la reparación y la omnipotencia.

Por último, también en *NAME* (1946), las defensas obsesivas adquirieron una nueva faceta por su relación con la flamante identificación proyectiva: ésta, al colocar aspectos propios del yo en el objeto, imponía la necesidad de un control férreo sobre el depositario de lo proyectado. Las defensas obsesivas devinieron una modalidad de la relación objetal, siguiendo las pautas generales de estas últimas.

A partir de *NAME* (1946) estas defensas quedaron asociadas no sólo con los impulsos sádicos provenientes de diversas zonas erógenas sino y también con el tipo de angustia que se combatía: paranoide en la PEP y depresiva en la PD. Esta última perspectiva devino prevalente.

Estos y otros giros intrateóricos aparecen recogidos con claridad en *CTEL* (1952), artículo en el que condensó desarrollos anteriores y añadió aspectos novedosos. Podría considerarse que este texto contiene su última concepción acerca de cómo, cuándo y de qué manera operaban las defensas obsesivas, habida cuenta que por entonces tenía ya elaboradas los conceptos fundamentales de su doctrina. No hubo al respecto cambios significativos hasta el final de su obra.

“Durante el segundo año, las tendencias obsesivas se colocan en primer plano; a la vez que expresan o ligan ansiedades orales, uretrales y anales. Se pueden observar rasgos obsesivos en rituales al acostarse, rituales relacionados con la limpieza, la alimentación, etc., y en una necesidad general de repetir (por ejemplo, el deseo de escuchar incansablemente el mismo cuento, a veces contado con la misma expresión o de repetir los mismos juegos). Estos fenómenos, aunque forman parte del desarrollo normal del niño, pueden ser descritos como síntomas

neuróticos. La disminución o superación de estos síntomas conduce a una modificación de las ansiedades orales anales y uretrales; esto a su vez implica una disminución de la ansiedad depresiva.

[...] En el estadio más primitivo (esquizo-paranoide) la ansiedad es contrarrestada por defensas extremas y poderosas, tales como escisión, omnipotencia y negación. En el estadio siguiente (posición depresiva) las defensas sufren, según hemos visto, importantes cambios caracterizados por la mayor capacidad del yo para tolerar la ansiedad. En el segundo año, con el progreso en el desarrollo del yo, el niño utiliza su creciente adaptación a la realidad externa y su creciente control de las funciones corporales para poner a prueba los peligros internos por medio de la realidad externa.” [CTEL (1952), OCKPA, vol. 3, pp. 199 y 200].

En la primera frase del fragmento citado puede leerse que las defensas obsesivas actuaban no sólo frente a impulsos anales sino y también contra los orales y uretrales. Según Klein, ellas expresaban o ligaban precozmente las diversas variantes del sadismo, sean cuales fueran las zonas erógenas de las que nacieran. Estas ideas ya mostraban definitivamente el genio de su teoría: por un lado, hizo caer la ecuación freudiana *obsesivo = anal* y por otro, retrotrajo los momentos en que empezaban a actuar tales defensas: los trasladó de la anal II (Abraham) a la oral sádica. Esto último fue una consecuencia de haber simultaneado las diversas fases evolutivas que el psicoanalista alemán había encadenado sucesivamente, tal vez con exceso de pulcritud y de haber otorgado al sadismo un lugar clave en la vida psíquica del lactante.

En esos tempranos momentos, las defensas que se están examinando combatirían ansiedades de naturaleza psicótica.

Se encarará, ahora, el otro aspecto: ¿cuándo comienzan a ser operativas tales defensas? Si echamos una mirada retrospectiva desde sus últimos escritos percibimos a Klein haciendo marchas y contramarchas respecto de los momentos en que surgían las defensas obsesivas en el niño. En *K₁* (1919-1933) las hizo operativas muy precozmente; a partir de *NAME* (1946) las reubicó en el contexto de ambas posiciones, pero sin darles en su seno el carácter de defensas principales; finalmente, en *CTEL* (1952), sin desdecirse de lo afirmado seis años antes, les otorgó fulgor durante el segundo año de vida, adjudicándoles un papel importante en el desarrollo “normal”. Pero aquí no acabó el asunto porque también sostuvo que estas manifestaciones obsesivas de los primeros años de vida no se mostraban en toda su potencia y amplitud; sólo lo hacían a partir del periodo de la latencia, en que el yo era más maduro, había modificado sus relaciones con la realidad y la represión –defensa tardía, según Klein– era ya operativa.

Recién entonces podría realizarse la elaboración y la síntesis de tales mecanismos, activos como ya se dijo, desde los primeros años de vida; a partir de esos momentos aparecerían las verdaderas neurosis obsesivas.

Dicho en otros términos: presencia de mecanismos obsesivos desde épocas muy tempranas del desarrollo, luchando contra ansiedades psicóticas y contra las exigencias de un superyó precoz; luego, rasgos obsesivos formando parte del desarrollo evolutivo normal y por último, las posibles neurosis obsesivas típicas del periodo escolar, con o sin inhibiciones intelectuales.

En *CTEL* (1952), además de considerar a las defensas obsesivas como elementos estructurantes de la psique –habituales y necesarios–, hizo algunas incursiones en el terreno de la psicopatología: si la ansiedad paranoide a la que combatían era excesiva y se intensificaba el uso de estas defensas en desmedro de las otras, podían generarse obsesiones graves. También dijo que en los casos en que estas defensas fracasaban estrepitosamente podían manifestarse las ansiedades paranoides subyacentes o la eclosión de una paranoia. La descripción de Freud y Abraham sobre las estrechas relaciones entre melancolía, paranoia y obsesión encontraron eco en algunas conceptualizaciones clínicas de Klein.

Las modificaciones descritas en la parte final de la cita anterior fueron retomadas y continuadas en el párrafo siguiente de *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante* (1952):

“Todos estos cambios son característicos de los mecanismos obsesivos, los que también pueden ser considerados como una defensa muy importante. Por ejemplo, al adquirir hábitos de limpieza, las ansiedades del bebé referentes a sus heces peligrosas (es decir, referentes a su propia destructividad), a sus objetos malos internalizados y a su caos interno, disminuyen temporariamente una y otra vez. El control de esfínteres le prueba que puede controlar los peligros internos y los objetos internos. Más aún, los excrementos reales sirven como prueba en contra de sus temores fantásticos de destructividad. Pueden ser ahora expulsados conforme al pedido de la madre o niñera, quienes al aprobar las situaciones en que expulsan excrementos parecen también aprobar la naturaleza de los mismos, y esto los vuelve “buenos”. De ello resulta que el niño llega a sentir que el daño hecho

por sus excrementos en sus fantasías agresivas a sus objetos internos y externos, puede ser anulado. La adquisición de hábitos de limpieza disminuye por lo tanto su culpa y satisface su deseo de reparar.

Los mecanismos obsesivos constituyen una parte importante del desarrollo del yo. Capacitan a éste para mantener temporariamente a raya la ansiedad. Esto a su vez ayuda al yo en el logro de mayor integración y fuerza; en esta forma es posible la gradual elaboración, disminución y modificación de la ansiedad. No obstante, los mecanismos obsesivos constituyen en este estadio tan sólo una de las defensas. Si son excesivos y llegan a ser la defensa principal, esto puede considerarse como una indicación de que el yo no puede manejar eficazmente la ansiedad de naturaleza psicótica y de que se está desarrollando en el niño una grave neurosis obsesiva.” [CTEL (1952), OCKPA, vol. 3, p. 200].

En síntesis: a partir de 1952 las defensas obsesivas adquirieron un perfil definitivo en su teoría: empezaron a ser consideradas constituyentes del psiquismo “normal”; permitían elaborar las angustias propias de la PEP y PD, facilitaban el procesamiento de la destructividad procedente de todas las fuentes (orales, anales, uretrales) y ayudaban a la integración del yo. Su participación en la adquisición de hábitos higiénicos las convirtieron en el centro neurálgico de los intercambios entre el yo y el mundo externo. En CTEL los aspectos psicopatológicos fueron descritos ya sea como efectos del uso excesivo de tales defensas que las tornaba rígidas, ya sea por fracasos de las mismas en la contención de las ansiedades psicóticas.

A modo de síntesis de la perspectiva kleiniana sobre este tema se incluyen algunas puntualizaciones que servirán para el cotejo con Freud:

- Klein hizo operativas las defensas obsesivas antes que el vienés: en la PEP y PD.
- Les otorgó por función reducir y controlar las ansiedades; entre ellas, las muy primitivas, a las que calificó de psicóticas. Esta modalidad de angustia –la de los primeros momentos de la vida y de la conformación del aparato psíquico–, no existió como tal en las concepciones de Freud y Lacan.
- Combatían también la culpa originada en el superyó temprano, instancia cuyo surgimiento era más precoz que en la teoría freudiana.
- Para la psicoanalista de niños las defensas obsesivas enfrentaban y trataban de yugular la angustia derivada de Tánatos y de los impulsos destructivos; según el vienés, intentaban evitar el retorno de lo reprimido, especialmente de las inscripciones inconscientes ligadas a lo anal.
- Klein destituyó la ecuación obsesivo = anal, pilar en la obra freudiana de su concepción sobre la neurosis obsesivas.
- Según la matriarca del psicoanálisis, estas defensas actuaban contra los impulsos sádicos tanto si ellos nacían en la zona erógena anal como en la oral y uretral. La vinculación entre defensas obsesivas y lo anal era, según ella, preferencial pero no exclusiva.
- Consideró que la reiteración de actos e ideas obsesivas reflejaban el carácter esencialmente repetitivo de toda pulsión. También fundamentó tales repeticiones en la intención de apresar sustancias y objetos buenos para contrarrestar la acción de los objetos y sustancias malos.
- Cualquier moción pulsional, nazca de la zona erógena que nazca, puede activar defensas obsesivas. No fue este el punto de vista del vienés; tampoco el de Lacan.
- En Klein estas defensas estaban asociadas sobre todo a fantasías en que participaba lo *corporal*, ya sea el propio cuerpo, ya sea el de la madre. Más tarde se asociaban a procesos estrictamente *psíquicos* como pueden ser la formación de hábitos higiénicos, el estudio, la adquisición de conocimientos, etc. Para Freud, las defensas y síntomas de las neurosis obsesivas tenían un carácter estrictamente mental y más que relacionarse con la madre (y/o su cuerpo) estaban vinculadas a conflictos con el padre.
- Para Klein, las neurosis obsesivas aparecerían por igual en niñas y varones; según Freud surgían más en los varones.
- Formaban parte del desarrollo evolutivo normal del yo, aspecto en el que coincide con Freud.
- Se combinaban con las defensas maníacas y las formas elementales de las defensas obsesivas compartían con aquellas varias características: control, omnipotencia, intento frustrado de reparación, etc. En sus formas más evolucionadas se oponen a la defensa maníaca.
- La intensidad de las mismas estaba en relación directa con el *quantum* de la angustia psicótica que las ponían en marcha; a mayor ansiedad más defensas obsesivas y más rigidez.

3.3.10. El lugar de la represión en la obra de Klein

Este tema será desarrollado en los cuatro apartados siguientes:

3.3.10.1. *Introducción*

3.3.10.2. *La represión en CTEL (1952). Sus antecedentes*

3.3.10.3. *Después de CTEL (1952)*

3.3.10.4. *Puntualizaciones sobre la represión en Klein, para cotejarlas con Freud y Lacan*

3.3.10.1. *Introducción*

Sus consideraciones sobre la represión, escasas y esparcidas por diversos artículos, no han sido especialmente esclarecedoras respecto del *status* metapsicológico que le otorgó a dicho concepto. Salvo excepciones, ella no precisó las funciones de la misma y brindó versiones diferentes acerca de cómo y cuándo comenzaba a operar. En todo caso, el rol que Klein le dio en su teoría fue secundario respecto del que atribuyó a las defensas tempranas; también difirió con los cometidos que le fueron adjudicados por Freud y Lacan: constituir lo inconsciente y la división psíquica que le es correlativa (*Inc.-Prec.-Cc.*); dicho en otros términos: fundar la organización neurótica. Es probable que buena parte de las diferencias con Freud y Lacan se debieran, en lo esencial, a que Klein postuló la existencia de defensas pre-represivas, a las que consideró de fundamental importancia y a las que dedicó un espacio conceptual más amplio, tal vez por considerarlas su aportación personal al psicoanálisis. Una consecuencia de haber jerarquizado esas defensas primitivas fue postular una especie de psicosis infantil universal de los inicios de la vida que luego, en caso de lograrse una mayor integración, daría pie al funcionamiento neurótico de la psique del niño. Pero hubo otras disparidades derivadas del genio propio de su teoría que influyeron en su manera de entender la represión: las hipótesis sobre el superyó y Edipo temprano, las posiciones, la culpa, su trabajo clínico con niños, etc.

En tanto es imposible disociar su concepción sobre esta defensa del conjunto de elementos que conformaron su andamiaje conceptual, se tomará como eje central para el examen de la misma su texto *CTEL (1952)*; allí fue donde trató con mayor extensión el tema; por entonces ya había creado la mayoría de los conceptos de cuño propio y las ideas principales sobre el funcionamiento de la mente del niño. Situar la lupa en dicho artículo no será obstáculo para presentar citas y realizar comentarios sobre escritos anteriores y posteriores al recién nombrado. La opacidad con que trató el tema, las marchas y contramarchas que hizo, promovieron en el autor de esta tesis el intento de desentrañar —a partir de lo explicitado en sus artículos— los componentes de una posible teoría sobre la represión en su obra. Se evitó una sistematización excesiva de lo dicho por ella —el plasmación escrita será más bien descriptiva— y se propondrán algunas posibles respuestas para los interrogantes que despertó esa lectura. El mayor de ellos fue: cómo surgía lo inconsciente —y sus correlatos— en el aparato psíquico del infante, teniendo en cuenta dos factores que se presentaban a primera vista como contradictorios: lo tardío de la represión y la presencia muy temprana, desde el primer día de vida, podría decirse, de fantasías *inconscientes*. Una de las respuestas podría ser la siguiente: lo inconsciente en Klein surgiría por sedimentación y oposición de esas fantasías. La fundación del inconsciente no correría a cargo de la represión primaria. De hecho ella privilegió la segunda tónica freudiana en desmedro de la primera. Todas estas cuestiones han sido particularmente tenidas en cuenta en atención al tema central de esta tesis: la estructuración del aparato psíquico. Una visión panorámica desde el atalaya de *CTEL (1952)* —periodo final de su obra— permite reseñar las siguientes facetas de su represión:

- La situó actuando en las fronteras entre *Inc./Prec.-Cc.* Esta función era equivalente a la que le otorgó Freud: separar y desalojar fuera del preconscious-consciente las representaciones, impulsos y fantasías, enviándolas al sistema *Inc.* Ahora bien, como todos los conceptos nombrados adquirieron nuevas significaciones en su obra, necesariamente su manera de entender la represión resultó distinta a la del vienés.
- Le concedió como misión específica rechazar objetos, impulsos y fantasías de carácter *psicótico*, incluyendo objetos idealizados y persecutorios remanentes del superyó primitivo. El

yo comandaba esta tarea de la represión y decidía qué se dejaba pasar desde lo inconsciente a la conciencia y a qué se le impedía ese pasaje. En este aspecto, las orlas semánticas conexas a la represión fueron muy distintas a las que tuvo en Freud y a las que le otorgó Lacan, puesto que ambos consideraron a la represión en estrecha relación con la neurosis y propusieron otros mecanismos para los fenómenos psicóticos. Esta faceta de la labor de la represión suponía un esfuerzo de contracatexis permanente.

- Le confirió una participación significativa en la formación de inhibiciones.
- Consideró que había represiones funcionales y otras relacionadas con la psicopatología.
- La consideró una defensa tardía; algunas de sus características las hizo dependientes de la intensidad de los mecanismos esquizoides previos.

Atendiendo a estas puntualizaciones y a los efectos de resaltar contrastes entre las tres teorías que se están cotejando, se expondrán a continuación dos apretadas síntesis de las ideas de Freud y Lacan sobre este mecanismo de defensa.

Para Freud, la represión consistía en enviar o mantener en lo inconsciente ciertas representaciones, recuerdos, pensamientos, e imágenes ligados a la pulsión. Se mantienen alejados a tales elementos porque suscitarían displacer en la conciencia. El vienés describió una represión *primaria* –fundante de la división inherente a su primera tópica–, y represiones *secundarias* que contarían –gracias a los efectos de la represión primaria–, con un núcleo capaz de atraer desde lo inconsciente; a tal fuerza atrayente se sumaría otra, que desde la conciencia empujaba hacia lo inconsciente a aquello que de reprimir se trataba. La *represión era constitutiva lo inconsciente*; de allí esta frase de Freud:

“La doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis, su pieza esencial.” [En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914); OCFAE, vol. XIV, p. 15].

Consideró que antes de la instalación de la represión operaban otros mecanismos sobre las representaciones y mociones pulsionales: el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la propia persona. (Cfr. *Pyp*, OCFAE, vol. XIV, p. 122). Las importaciones lingüísticas de Lacan –véase III, 4.4. – le permitieron caracterizar la represión del siguiente modo: elisión de un significante de la conciencia, que pasa al sistema inconsciente. Se reprimirían las mociones pulsionales orales, anales, escópicas e invocantes que se originaban en los orificios naturales del cuerpo. Represión e inconsciente fueron considerados correlativos por Lacan –como también lo habían sido para Freud–. La función paterna y la trasmisión de la castración simbólica ejercían influencias significativas sobre la operatividad de este mecanismo: se reprimiría lo que relacionado con el falo.

3.3.10.2. La represión en CTEL (1952). Sus antecedentes

En *IFSY* (1930), después de afirmar que los estadios tempranos de este complejo estaban dominados por el sadismo oral, anal, uretral, etc., escribió:

“Es sólo en los estadios posteriores del conflicto edípico cuando aparece la defensa contra los impulsos libidinosos; en los estadios tempranos la defensa se dirige contra los impulsos *destructivos* asociados. La primera defensa erigida por el yo va dirigida contra del propio sadismo del sujeto y contra el objeto atacado, ya que ambos son considerados como fuentes de peligro. Esta defensa tiene carácter violento y difiere de los mecanismos de represión. En el varón, esta poderosa defensa se dirige también contra su propio pene, como el órgano ejecutor del sadismo, y es una de las causas más frecuentes de todas las perturbaciones de la potencia sexual.” [*IFSY* (1930), OCKPA, vol. 2, p. 220]. La cursiva es de la autora; se han introducido algunas modificaciones en la primera frase de esta cita, tras cotejarla con la versión inglesa.

En este fragmento ya se anticipaba lo que un par de años más tarde se haría patente: a partir de su adhesión a la teoría freudiana de la pulsión de muerte -1932- Klein diferenció netamente los territorios de Tánatos y Eros, asociando a este último todo lo referente a lo libidinal. De manera correlativa introdujo una distinción entre los mecanismos de defensa: los que se dirigían contra la angustia derivada del instinto de muerte, por un lado, y la represión por otro, que actuaba

específicamente para combatir la angustia proveniente de conflictos *libidinales*. La introducción de la PD permitió que la represión comenzara a vincularse con los principales acontecimientos psíquicos que en ella ocurrían: disminución de la intensidad de los procesos de escisión y una menor distorsión en la percepción de la realidad interna y externa –véase *supra* 3.1.3–. En esas circunstancias, la represión se iría instalando poco a poco, combinando su labor defensiva con la de los mecanismos primitivos, que iniciarían su lento declive. Klein siempre destacó –y lo volvió a reiterar en las páginas finales de *IFSY* (1930) – que las defensas tempranas contra el sadismo empobrecían al yo, dificultaban el despliegue de la fantasía y el establecimiento de la relación con la realidad; sostuvo incluso que si estos mecanismos en vez de menguar se exacerbaban, podían dar lugar a una demencia precoz. En situaciones “normales” o de neurosis las cosas no llegaban tan lejos; en esos casos y en los estadios más avanzados del complejo de Edipo se daban las mejores condiciones para que actuara la represión, que no generaba tantas perturbaciones como las defensas primitivas.

Las tesis de Klein sobre la represión también formaron parte de las famosas disputas con los annafreudianos. Estos últimos le criticaron que llevara adelante tareas psicoanalíticas con niños tan pequeños porque se corría el riesgo de levantar represiones útiles y provocar, así, irrupciones de tendencias instintivas hasta entonces controladas. Klein se mostró contraria a esta tesis; en *AI* (1923) y en *SAI* (1927) sostuvo, a grandes rasgos, que existían dos tipos de represión; una, “normal”, que por contención de las incitaciones instintivas facilitaría actividades placenteras del yo, a las que se sumaría la formación simultánea de símbolos que favorecerían la vía sublimatoria –véase II, 6.4.1 y II, 6.4.2. –; la segunda variante sería más bien patológica: al reprimir ciertas tendencias instintivas se afectaría la realización de labores yoicas concretas, generando inhibiciones específicas, como las que describió en *CTII* (1931). Ella sostenía que el análisis infantil no tenía por qué atacar a las represiones benéficas ni a las formaciones reactivas útiles ni a las sublimaciones y que, por el contrario, la resolución de las inhibiciones exigía esclarecer lo que estaba reprimido.

Entre los dos artículos kleinianos antes referidos (*AI* y *SAI*) Freud había publicado *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), texto en el que introdujo un giro de ciento ochenta grados: antes de la aparición de este escrito el vienés consideraba que la angustia era efecto de la represión; en cambio, a partir del mismo sostuvo que era la angustia la que ponía en movimiento a la represión.⁷⁴ Klein no tuvo demasiados problemas para aceptar estas tesis, pero sus preocupaciones iban por otros derroteros: así, en *PPAI* (1926) relacionó la culpa en los niños muy pequeños con las presencias de un superyó precoz y de estadios tempranos del complejo de Edipo. Estas ideas repercutieron sobre su concepción de la represión: el yo, endeble todavía, la implementaría por orden del superyó arcaico; pero, tratándose de los incipientes momentos de la vida psíquica –fases pregenitales en que el sadismo era muy intenso–, Klein pensó que la represión no actuaba sobre las tendencias libidinales –tesis de Freud– sino sobre las sádico-orales y sádico-anales (tanáticas). Ella reiteró este pensamiento en *TCNN* (1927) pero se desdijo parcialmente en *IFSY* (1930), tal como pudo leerse en la cita de ese artículo insertada en la página anterior: la represión sería más tardía y actuaría sobre los impulsos libidinosos.

Las defensas primitivas actuarían primero, contra los impulsos destructivos; ellas se dirigirían contra el sadismo del propio niño, pero también contra el supuesto sadismo retaliativo del objeto atacado. Insistió en el carácter violento de esta defensa –tal como puede leerse en el fragmento citado–, cosa que la diferenciaba de la represión. Esta última fue considerada en 1930 como un mecanismo defensivo más sutil, que actuaba en momentos de mayor integración del yo, aunque también podía aparecer en caso de que los impulsos libidinosos se mezclaran con los sádicos.

Entre 1934 y los comienzos de la década de los años cincuenta las elaboraciones sobre esta defensa entraron en un cono de sombra, salvo un texto de 1936 que luego será comentado, se trataba de referencias aisladas, la nombraba de tanto en tanto sin hacer consideraciones metapsicológicas acerca de la misma. En *NAME* (1946), cuando desarrolló sus ideas sobre la PEP y PD, la represión estaba prácticamente ausente, tal vez por el privilegio que le otorgó entonces a los mecanismos esquizoides. Fue en *CTEL* (1952), al reacomodar todas sus piezas teóricas sobre el tablero, que ofreció una versión definitiva sobre la represión. En las últimas páginas de este escrito, después de referir con lujo de detalles una gran variedad de defensas tempranas caracterizadas por su violencia, Klein aludió a la represión, considerando previamente los avances de la psique que eran necesarios para que ella pudiera comenzar a actuar:

“Otro cambio fundamental de las defensas caracteriza al estadio en que se fortalece la libido genital. Cuando esto sucede, según vimos anteriormente, el yo se halla más integrado; la adaptación a la realidad externa ha progresado; se ha desarrollado la función de la conciencia, también el superyó está más integrado; se ha producido una síntesis más completa de los procesos inconscientes, es decir entre las partes inconscientes del yo y del superyó; es más nítida la demarcación entre lo inconsciente y lo consciente. *Estos progresos permiten a la represión desempeñar el papel dominante entre las defensas.* Un factor esencial de la represión es el aspecto censor y prohibidor del superyó, aspecto éste que se fortalece como consecuencia del progreso en la organización del superyó. Las exigencias del superyó de mantener fuera de la conciencia determinadas pulsiones y fantasías de carácter agresivo y libidinal, las cumple el yo más fácilmente porque ha progresado en su integración y en la asimilación del superyó. [...] Se da otro paso en el desarrollo de las inhibiciones instintivas cuando el yo puede hacer uso de la represión.” [CTEL, (1952); OCKPA, vol. 3, p. 201]. Lo que está en cursiva me pertenece.

Lo sustancial de este párrafo respecto del tema que se está tratando sería lo siguiente: el surgimiento e implementación de la represión estaba vinculado con el fortalecimiento de la libido genital. Esto implicaba progresos en todos los estamentos de la psique infantil. Entre los que ella nombra en el párrafo citado se subrayará la aparición de una nítida demarcación entre lo inconsciente y la conciencia. No aclaró como surgía esa división dentro del aparato psíquico ni sus causas. Ninguna referencia a la represión primaria. La presencia y actuación de la represión parece ser más una resultante del acrecentamiento de lo libidinal que de las renunciadas instintivas; tampoco era accionada por las exigencias del superyó. Esta instancia estaría en esos momentos más integrada, sería menos exigente y, según lo que se desprende de la parte final de la cita, el yo la habría asimilado; habría una cierta sinergia entre ambos. Se daba a entender que la división entre lo inconsciente y lo consciente sería un corolario de estos progresos. La propia evolución psíquica genera esta frontera –disociación– estratigráfica de la mente, calificada habitualmente de horizontal– surgida gracias a la dinámica propia de la PD y de la elaboración del complejo de Edipo tardío. A esos avances se asocian cambios cualitativos en la intrincación de Eros-Tánatos: el fortalecimiento del primero neutraliza más y mejor al segundo; en ese contexto lo genital se afianza. El yo, haciendo uso de la represión da paso o mantiene fuera de la conciencia a las mociones inconscientes. La división *Inc.-Prec.-Cc.* aparecía más un efecto de la reordenación psíquica motivada por los cambios ya comentados que acción de las represiones primaria y secundaria. Cuanto más porosa era la barrera entre ambos sistemas menor será la tendencia a la producción sintomática.⁷⁵ En CTEL (1952) Klein se refirió también a las relaciones entre la represión y la escisión; asimismo, marcó diferencias entre ambas. Estableció taxativamente que los procesos primitivos de escisión determinaban los modos en que actuará posteriormente la represión:

“Hemos visto las formas en que el yo utiliza la escisión durante la fase esquizo-paranoide. El mecanismo de la escisión subyace a la represión (lo que está implícito en el concepto de Freud), pero en contraste con las formas primitivas de escisión que conducían a estados de desintegración, la represión no tiene normalmente como resultado la desintegración del Yo. Ya que en este estadio existe una mayor integración tanto dentro de las partes conscientes como inconscientes del psiquismo y ya que en la represión, la escisión efectúa predominantemente una división entre lo inconsciente e inconsciente, ninguna de las partes del yo está expuesta al grado de desintegración que podría surgir de estadios anteriores. Sin embargo, el grado en que se recurre a los procesos de escisión en los primeros meses de vida influye vitalmente en el empleo de la represión en un periodo ulterior. Porque en caso de no ser suficientemente superados los mecanismos esquizoides tempranos, puede resultar que, en lugar de un límite fluido entre lo consciente y lo inconsciente, surja entre ellos una barrera rígida; esto indica que la represión es excesiva y que, por lo tanto, el desarrollo está perturbado. Por otra parte, con una represión moderada, el inconsciente y la conciencia tiene mayores probabilidades de permanecer “porosos” uno con respecto al otro y por lo tanto, las pulsiones y sus derivados son, en cierta medida, autorizados a emerger una y otra vez del inconsciente y son sujetos por parte del yo a procedimientos de selección y rechazo. [CTEL, (1952); OCKPA, vol. 3, p. 201].

Klein pensaba que la escisión subyacía a la represión y que la intensidad de los mecanismos disociativos determinaban el tipo de represión que se implementaba: cuanto más intensas hayan sido las escisiones menos permeable será la frontera represiva. Una buena porosidad –es decir: un flujo fluido de materia psíquica entre el inconsciente y la conciencia– sería más funcional, habría menos tendencia a la formación de síntomas e inhibiciones y permitiría:

- la circulación intrapsíquica de fantasías, emociones y derivados pulsionales posibles de ser procesados por el yo; la vida psíquica consciente sería así más rica;

- enlaces con los niveles más profundos de la mente. Recuérdese en relación a este punto el modelo estratigráfico de la psique vigente en Klein;
- una progresiva integración de las distintas instancias psíquicas y objetos disociados. PD y represión “porosa” se retroalimentarían;
- incrementos de movilidad de los objetos internos.

El último fragmento citado, si bien aclara algunas ideas de Klein respecto a la represión, deja en pie preguntas del tipo: ¿qué se reprime? ¿Qué mociones pulsionales inconscientes eran autorizadas por el yo a pasar a la conciencia? ¿Cuáles se rechazaba? Los siguientes párrafos de *CTEL* ofrecieron algunas respuestas:

La elección de las pulsiones, fantasías y pensamientos que deben ser reprimidos, depende de la creciente capacidad del yo para aceptar las normas de los objetos externos. Esta capacidad está ligada a la mayor síntesis dentro del superyó y a la creciente asimilación del superyó por el yo.”

[...] los cambios característicos de la iniciación del periodo de latencia pueden resumirse como sigue: relación con los padres es más segura; los padres introyectados se aproximan más a la imagen de los padres reales; sus normas, advertencias y prohibiciones son aceptadas e internalizadas y por lo tanto la represión de los deseos edípicos es más eficaz. [*CTEL* (1952); OCKPA, vol. 3, p. 202].

De la lectura atenta de los párrafos citados de este texto se deducen cuatro ideas kleinianas sobre la represión: la primera se refiere a que la división psíquica entre lo inconsciente y la conciencia se instalaría “naturalmente” como producto de la maduración yoica, superyoica y libidinal; la segunda: los afectos también se reprimen; la tercera sería que la represión, especialmente cuando se abocaba intensamente a mantener alejados de la conciencia retornos de lo reprimido que angustiarían mucho, requería inversión de energía psíquica para sostener las contraccatexias; la cuarta y última: los deseos edípicos eran sometidos a la represión. La primera y la segunda son tesis kleinianas que divergen de Freud y Lacan; en la tercera y cuarta, coinciden los tres psicoanalistas.

3.3.10.3. Después de *CTEL* (1952)

No hubo cambios importantes respecto de la represión en esta última parte de su obra y vida. Se aludirá sobre todo a dos textos suyos publicados en 1957: *Sobre el desarrollo del funcionamiento mental (SDFM)* y *Envidia y gratitud (EyG)*. En el primero retomó algunas afirmaciones suyas de *Amor, culpa y reparación* (1936), donde había referido la presencia en lo inconsciente de fantasías y deseos sexuales que se expresaban habitualmente en los comportamientos y en los juegos de los niños. Sin que Klein lo dijera taxativamente, estas manifestaciones podrían considerarse retornos de lo reprimido que infiltraban las conductas y actividades lúdicas de los niños. En ese contexto comentó que si la represión resultaba ser muy potente y no permitía la salida a tales fantasías y deseos, se inhibía la imaginación y las tareas propias del infante. Afirmó, también, que esta afectación podría llegar a manifestarse incluso en la vida adulta por medio de síntomas en la esfera de las relaciones sexuales. Casi veinte años más tarde volvió sobre estas ideas para referir la persistencia de pensamientos, impulsos instintivos, figuras terroríficas e idealizadas en los estratos más profundos de la mente; es decir, en lo inconsciente. Puede que tales elementos psíquicos jamás tengan acceso a la conciencia; tampoco podrían integrarse en la psique. Todo indica que mantener fuera de la conciencia esta materia psíquica inconsciente exigirá una represión más potente que la descrita en 1936: mantener a raya a los componentes arcaicos de la mente, tal como fueron postulados en *SDFM* (1957), necesitaría además una asimilación avanzada del superyó por parte del yo, tesis avanzada en escritos anteriores.

Estas afirmaciones retomaron una vieja cuestión: ¿sobre qué actuaba la represión? En este texto subrayó que la represión operaba básicamente sobre lo destructivo, sobre lo que era “malo” para el yo. Éste no tendría otra posibilidad que rechazar tales contenidos fuera de la conciencia, procedimiento que se prolongaría interminablemente. Se reprimirían fundamentalmente los impulsos y las fantasías edípicas *destructivas*; en cambio, las fantasías e impulsos *libidinales* se rechazan de la conciencia después de la represión de los elementos destructivos. Además, en *SDFM*

(1957), planteó que la represión podría surgir antes de lo que había postulado en artículos anteriores.

EyG (1957) no supuso cambios sustanciales en el tema que se está tratando; tal vez la novedad más importante consistió en orientar la represión más hacia el campo de la neurosis mientras que la escisión o clivaje, especialmente en sus formas más primitivas e intensas, fue apuntada como causa de las psicosis. Las otras referencias a la represión reiteraban ideas anteriores.

3.3.10.4. Puntualizaciones sobre la represión en Klein, para cotejarlas con Freud y Lacan

- La situó actuando en la frontera intersistémica *Inc./Prec.-Cc.* En ocasiones le atribuyó funciones equivalentes a las que le había otorgado Freud (y Lacan), aunque la división psíquica propia de la primera tópica no era engendrada, según ella, por la represión primaria sino por la mayor integración mental, producto de los progresos de la PD.
- Le adjudicó al yo la función represora, tarea más fácilmente realizable cuanto mayor haya sido la asimilación del superyó al yo. En la primera parte de esta afirmación habría consenso entre los tres analistas; la segunda parte fue una tesis estrictamente kleiniana.
- También le atribuyó a la represión la acción de mantener fuera de la conciencia objetos e impulsos y fantasías de carácter *psicótico*. Había en este asunto una divergencia importante con Freud y Lacan, quienes relacionaron muy estrechamente represión con neurosis y propusieron otros mecanismos para dar cuenta del hecho psicótico.
- Diferenció dos tipos de represiones: una más funcional y otra que empujaba a la formación de síntomas e inhibiciones. En este aspecto puntual predominaron las coincidencias sobre las divergencias entre los tres.
- Las formas de la represión se establecían según la intensidad y cualidad de los clivajes previos. Si estos últimos fueron muy violentos la represión será rígida; si han sido leves o más moderados, la represión será más porosa y facilitará una comunicación intrapsíquica más fluida. Estas tesis eran estrictamente kleinianas, fundadas en la importancia que le otorgó a los mecanismos esquizoides.
- El clivaje siempre coexiste con la represión; Klein concibió estas defensas en sucesión temporal; por eso afirmó que el clivaje subyacía a la represión; esta última se implantaba más tardíamente. Estas fueron ideas surgidas de su puño y letra que será vano buscarlas en la teoría freudiana y lacaniana.
- Para que la represión pudiera establecerse era menester que existiese una cierta integración del yo y del superyó; por eso sólo podía instalarse tras el advenimiento de la PD. Esta forma de entenderla fue propia de la psicoanalista de niños. Consideró que era un mecanismo tardío, que actuaba tras la implementación de las defensas arcaicas.
- Durante muchos años Klein sostuvo que la represión se dirigía contra los impulsos libidinales (Eros), mientras que el clivaje combatía las tendencias y fantasías sádicas (Tánatos). Con posterioridad afirmó que la represión intervenía también manteniendo a raya pensamientos, impulsos instintivos muy destructivos y figuras terroríficas que jamás tendrían acceso a la conciencia. Lo libidinal dejó de ser objeto de la represión, recayendo ésta sobre lo destructivo. Eros se reprimiría en caso de estar fusionado con lo tanático. Para Freud y Lacan la represión recaía esencialmente sobre la sexualidad.
- En los desarrollos evolutivos que tendían hacia la “normalidad” el superyó no incitaba especialmente la operatividad de la represión. En esta cuestión hubo diferencias marcadas con los otros dos analistas.
- También en el período final de su obra relacionó con cierta firmeza la represión con los aspectos más neuróticos de la personalidad mientras que el clivaje quedó asociado al funcionamiento psicótico. Así pues, en K_3 disminuyeron las diferencias importantes sobre este punto con los otros dos analistas.
- La represión —y esta es una diferencia notable con la perspectiva freudiana y lacaniana— recaía también sobre los diversos tipos de objetos que ella describió y también sobre los afectos.

3.4. Cotejo de la negación kleiniana con otros conceptos conexos

Tal como se anticipó en 3.3.5 de este mismo capítulo, en este apartado se harán referencias a cinco conceptos elaborados por Freud, Lacan y Laforgue, que poseen conexiones con la negación kleiniana. Los siguientes desarrollos conducirán a perfilar mejor –por contraste– los mecanismos negadores postulados por ella y que fueron examinados en 3.3.5. De la pluralidad de significados de cada acepción sondeada se eligieron sólo los esenciales; es decir: se han dejado de lado las polisemias propias de la negación, la renegación o desmentida, el repudio o rechazo, la forclusión y la escotomización; también, las hesitaciones, marchas y contramarchas de quienes crearon dichas locuciones. Por último, se deja sentado que se han tomado como base las caracterizaciones hechas de tales categorías en la etapa final de las respectivas obras de los psicoanalistas concernidos por esta comparación.

3.4.1. Negación en Freud (*Verneinung*)

Es un sustituto intelectual de la represión; lo reprimido tiene acceso a la conciencia pero bajo la condición de ir acompañada de la partícula “no”. Al comienzo de su artículo homónimo de 1925 Freud transcribió el siguiente comentario de un paciente:

“Ahora usted va pensar que yo quiero decir algo ofensivo, pero realmente no tengo ese propósito. Lo comprendemos: es el rechazo por proyección de una ocurrencia que acaba de aflorar.” (OCFAE, XIX, p. 253).

Este ejemplo podría considerarse prototípico de lo que el vienés entendía por negación. Para la interpretación de esa secuencia verbal propuso prescindir del adverbio de negación “no” y extraer el contenido puro de la ocurrencia. Luego, generalizando, sostuvo que con la mediación de una negación podía irrumpir en la conciencia un contenido hasta entonces reprimido. La condición para que ello acontezca era clara: negar –en el mismo momento en que afloraba– la idea, pensamiento, representación o deseo –todos ellos hasta entonces inconscientes–. Se trataba de un levantamiento parcial de la represión, que permitía adquirir al analista conocimientos sobre lo que el paciente reprimía. La *Verneinung* suponía, según Freud, sólo una aceptación intelectual de lo reprimido, porque persistiría lo fundamental de la represión. Los lazos de la negación con los juicios de atribución y de existencia en la construcción de la realidad se abordaron en I, 2.1.1.2.; allí también se profundizó acerca de los puentes entre la vida pulsional y la actividad intelectual. Lo dicho es suficiente para apreciar que la *Verneinung* se activa frente a la irrupción de un retorno de lo reprimido; de ahí las conexiones esenciales de la misma con la represión, con el trabajo del inconsciente y con la neurosis.

Estos factores determinaron que la negación freudiana fuese radicalmente distinta de la kleiniana (*denial*), que estaba estrechamente relacionada con la psicosis. Pese a estas diferencias habría dos puntos de contacto entre ambas: a) el *denial* también se desencadenaba frente a algo interno; concretamente: el desbordamiento de ansiedades psicóticas; se intentaba defender al yo de esa angustia y por eso se dirigía primariamente contra los objetos internos persecutorios; b) el concepto de *negation* o *denial of intra-psychic reality* incluía implícitamente el juicio de atribución bueno – malo que Freud había dejado a cargo del yo-placer purificado; este juicio atributivo estuvo omnipresente en la obra de Klein: su mecanismo de defensa se dirigía indudablemente contra objetos considerados malos.

La *Verneinung* no debe confundirse con la renegación o desmentida (*Verleugnung*) que se examinará a continuación; esta última es otra forma de negación, pero ella no operaba, según Freud, ante un retorno de lo reprimido sino respecto de percepciones de la realidad externa.⁷⁶

3.4.2. Renegación o desmentida freudiana (*Verleugnung*)⁷⁷

Mecanismo de defensa fundante de las perversiones: el sujeto rehúsa el reconocimiento de percepciones intolerables, especialmente, las relacionadas con la diferencia de los sexos. Esta percepción es traumatizante porque está condicionada por una teoría sexual infantil: aquella que sostiene la premisa de que todos los humanos tendrían pene y su ausencia se debería a una castración. En 1927 la asoció al fetichismo y a la psicosis y en el final de su obra la hizo extensiva también a las

neurosis. Podría decirse que mientras en las perversiones se renegaba –de manera específica– lo que concernía al falo y a la problemática de la castración, en las neurosis y psicosis podían desmentirse otro tipo de percepciones de la realidad externa: aquellas que en lo manifiesto no parecen estar implicadas *directamente* con el complejo de castración y la diferencia de los sexos.⁷⁸

Sería factible establecer dos etapas en la obra de Freud relacionadas con la tarea de otorgarle sentido propiamente psicoanalítico a un vocablo del lenguaje corriente como *Verleugnung*. El primer periodo se extiende de 1905 a 1926 y el siguiente de 1927 a 1938; su artículo *FET* (1927) marcó un punto de inflexión importante en dichas elaboraciones.

Tres citas servirán de telón de fondo para la elucidación de la desmentida: la inicial fue extractada de *LOGI* (1923) –adición postrera a sus *TE* (1905) –, donde condensó las ideas que había pergeñado sobre ella durante el primer lapso nombrado; la segunda se extrajo de *FET* (1927) donde expuso una nueva manera de entender la *Verleugnung*; la tercera, de *EP* (1940 [1938]), aludirá a la escisión del yo y a la presencia de esta defensa tanto en las perversiones como en las neurosis y psicosis. En *LOGI* (1923) afirmó:

“Es notoria su reacción [la de los niños] frente a las primeras impresiones de la falta de pene. Desconocen [*leugnen*] esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y le va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. **La falta de pene es entendida como resultado de una castración** y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona. Los desarrollos que sobrevienen son demasiado notorios para que sea necesario repetirlos aquí. Me parece, eso sí, que *sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta la génesis en la fase del primado del falo*. (OCFAE, vol. XIX, p. 147). Las negritas son mías; también, lo que está entre corchetes: la palabra [*leugnen*] -traducida por desconocen- que es la que aparece en el texto original.⁷⁹

De *FET* (1927), se extractaron los dos fragmentos siguientes

“He aquí, pues, el proceso: el varoncito **rehusó darse por enterado** de un hecho de su *percepción*: a saber, que la mujer no posee pene. No, eso no puede ser cierto, pues si la mujer está castrada, su propia posesión del pene corre peligro [...]” (OCFAE, vol. XXI, p. 148). Las negritas son mías.

Probablemente a ninguna persona del sexo masculino le es ahorrado el terror a la castración al ver los genitales femeninos. ¿Por qué algunos se vuelven homosexuales a consecuencia de esa impresión, otros se defienden de ella creando un fetiche y la inmensa mayoría la supera? He ahí algo que por cierto no sabemos explicar. (OCFAE, vol. XXI, p. 149). La negrita me pertenece.

En *EP* (1940 [1938]) retomó este asunto y escribió:

“Por un lado, [los fetichistas] **desmienten el hecho de su percepción**, a saber, que en los genitales femeninos no han visto pene alguno; por el otro reconocen la falta de pene de la mujer y de ahí extraen las conclusiones correctas. Las dos actitudes subsisten una junto a la otra durante toda la vida sin influirse recíprocamente. Es lo que tiene derecho a llamarse una *escisión del yo*.” (OCFAE, vol. XXIII, p. 205). Las negritas y lo que está entre corchetes me pertenece; las cursivas son del autor.

A partir de estas tres citas se intentará precisar en qué consistía, según Freud, la especificidad este tipo específico de (re)negación: la *Verleugnung*. De la primera –*LOGI* (1923) – y de *TE* (1905 y agregados posteriores) se desprenden los siguientes enunciados:

- a) Durante la fase fálica los niños descubrían que había diferencias de sexos; existirían dos categorías de seres: los que están provistos de pene y los que no lo tienen.
- b) Interpretaban estos hechos bajo el imperio de una teoría sexual infantil construida en base al primado del falo: en su momento todos los humanos tuvieron pene y la ausencia del mismo en algunos era debida a una castración.
- c) A partir de entonces, ambos –niña y varón, pero especialmente este último– tendrán que vérselas con la propia castración. El niño quedaba embargado por el temor a sufrirla y atribuía casi siempre al padre la posible ejecución de la misma.

- d) Las niñas reconocerían fácilmente su supuesta castración, mientras que el varón rehusaría aceptar esa ausencia de pene en ellas; por medio de este desconocimiento combate la amenaza de castración y la angustia que le es correlativa.
- e) Tras esa desmentida *transitoria*, el niño acababa aceptando la diferencia de los sexos pero sin renunciar totalmente a la teoría explicativa de la “castración” de la niña.
- f) Con posterioridad **reprimiría** los restos de dicha teoría sexual infantil; alojaba sus diversos componentes en el sistema inconsciente desde donde seguirá ejerciendo sus efectos durante toda la vida. De adulto, y en su calidad de sujeto **neurótico** –la represión sería en este caso el mecanismo fundante de su organización psíquica– podrá hacer sus elecciones de objeto (más o menos anaclíticas y/o narcisistas), pero, de tanto en tanto podrían surgir síntomas en la esfera sexual, en cuya sobredeterminación influirían elementos ligados a la teoría sexual infantil que retornarían de lo reprimido.

Hasta aquí las elaboraciones freudianas de la primera etapa. Estas descripciones, si bien sucintas, permiten deducir una idea implícita: las percepciones –y más ampliamente, las construcciones de la realidad–, estarían siempre condicionadas por la subjetividad de cada quien. Esto comenzaba a insinuarse en la infancia y se acentuaría en la adultez. Las puntualizaciones recién expuestas muestran que los niños dilucidaban hechos o percepciones y que algunas de sus interpretaciones, no por ser erróneas dejaban de tener efectos psíquicos. Cabrá decir, entonces, que Freud no pretendió elaborar una psicología o una lógica de la percepción; señaló en cambio que esta última estaba siempre condicionada, ya sea por los afectos o por lo inconsciente y su memoria peculiar. Tratándose de la diferencia de los sexos, las huellas mnémicas que jugarán un rol esencial en el futuro serán las relacionadas con la cuestión fálica, el complejo de castración y las teorías sexuales elaboradas en los primeros años de vida.

Sin duda, el pensamiento de Freud supuso un desafío a todo racionalismo. Son ideas que podrían ser cuestionadas –de hecho lo fueron–; incluso rebatidas. Pero de todos modos quedaría incólume una cuestión de gran envergadura: a través de ellas el vienés mostró –una vez más– que la percepción y la construcción de la realidad era siempre subjetiva y estaba condicionada por lo inconsciente. En otros términos: la *realidad psíquica* participaba ineludiblemente –y de manera importante– en la percepción y construcción de la llamada realidad externa.⁸⁰ La lenta elaboración del concepto de *Verleugnung* –cuyos primeros hitos se están recordando– hablaba del anhelo de Freud por establecer un mecanismo de defensa específico frente a la realidad exterior, que es “subjetiva” más que objetiva.

FET (1927) abrió una nueva perspectiva respecto de la *Verleugnung* tras haberla articulado con esa modalidad específica de perversión.⁸¹ Porque, estrictamente hablando, a partir de este artículo, ella adquirió significados nuevos y precisos. Dejó de ser tratada como un simple rehusarse o negarse a reconocer lo percibido –lo que eventualmente la hubiera acercado a la noción de *escotomización* (véase más adelante) – y devino un mecanismo más complejo. Aunque Freud no lo dijo explícitamente, puede deducirse que tomó al fetichismo como modelo para pensar otras formas de perversión. Podría avalar esta hipótesis sus comentarios sobre la homosexualidad masculina, en los que afirmó que a ninguna persona del sexo masculino le es ahorrado el terror a la castración al ver los genitales femeninos.⁸² (Cfr. OCFAE, vol. XXI, p. 149). Luego dijo no saber a ciencia cierta cómo y por qué cada uno construía el camino que conducía a los desenlaces singulares.

El artículo que se está comentando supuso continuidad con los anteriores y, también, introducción de nuevas inflexiones. La persistencia vino dada porque la desmentida descrita en 1927 subsumió los seis enunciados recién descritos a partir de *LOGI* (1923): el rehusamiento a darse por enterado que la mujer no posee pene seguía entendiéndose sobre el telón de fondo de una subjetividad embargada por un silogismo muy peculiar –sin duda *lógicamente* incorrecto–, que partía de la siguiente proposición universal: todos los seres humanos tienen pene; luego vendría la premisa menor: hay algunos que no lo tienen; y por último, a guisa de conclusión: los que no lo tienen están castrados. Construcción silogística falsa, que no se corresponde con la verdad lógica ni con la realidad “objetiva”, pero era, sin embargo, una potente verdad subjetiva (véase III, 5.7 y III, 5.11.2) con la que el niño se había explicado otrora la diferencia de los sexos.

¿Cuál era el destino de esa teoría sexual infantil? Esta pregunta guiará los rodeos que se harán para explicar el cambio fundamental que introdujo el artículo de 1927. La cuestión podría plantearse en los siguientes términos: en los niños “futuros neuróticos” dicha teoría es relativizada y sus elementos residuales son inscritos –**represión mediante**– en lo inconsciente. Allí pervivía “para siempre”, a pesar de que en el plano de la conciencia se comenzase a sostener otra concepción más acorde con la realidad (mal) llamada objetiva⁸³. Pero, si no se la reprime; es decir, si permanece en la conciencia –caso del “futuro perverso” – deberá ser tratada con otro mecanismo potente: la *Verleugnung*, bien diferente de la *Verdrangung* (represión). En el fetichista, “la percepción permanece y se emprendió una acción muy enérgica para sustentar su desmentida.” (OCFAE, vol. XXI, p. 149).

Los perversos se verían abocados a lidiar *de modo permanente* con esa percepción/representación –y sus consecuencias–, porque los genitales femeninos “castrados” despiertan en ellos una angustia particularmente intensa. Deben, por lo tanto, emplear un mecanismo que niegue de **manera continua** las representaciones creadas por la percepción de algo que fue, a la vez, patente e intolerable. Según Freud, la desmentida era respecto de algo que, efectivamente, había sido percibido [Cfr. *FET* (1927), OCFAE, vol. XXI, p. 148]. La renegación supondría dos movimientos *casi* simultáneos: percepción/representación de algo insoportable y negación subsiguiente de lo percibido/representado, con una salvedad: la segunda no anula a la primera; por lo tanto, el procedimiento bifásico que la caracteriza deberá reiterarse *ad infinitum*. En el caso del fetichista podría tratarse de un enunciado como el siguiente: “si ya sé; las mujeres no tienen pene, pero... no puedo admitirlo”; la creación del fetiche es como un monumento a esa no aceptación. Ese objeto funcionaría como sustitutorio del pene femenino. Al ser amplias las variedades de perversiones sexuales, también pueden engendrarse otras formas de reemplazo que conducirán a actitudes específicas y reiteradas en el terreno de las elecciones de objetos sexuales. Estas elecciones son, en sí mismas, una renegación en acto de la diferencia de los sexos. Cumplirían respecto de la desmentida un papel análogo al que tienen las contracatexis: impiden el retorno de lo reprimido; refuerzan a la represión desde la conciencia (situación prototípica de las neurosis). En el caso de la renegación perversa, frenan el retorno de la representación desmentida: el objeto fetiche perdurará como un signo del triunfo sobre la amenaza de castración. Victoria pírrica del narcisismo exacerbado de estos sujetos, que puede fácilmente trocarse en derrota cuando caen las defensas omnipotentes y la hipomanía.

Freud inició en *FET* (1927) un movimiento que le llevó a extender esta defensa más allá de la perversión. Citó concretamente el caso de dos jóvenes –no psicóticos, aclaró– que habían desmentido la muerte de su padre, tal como el fetichista lo hace con la castración de la mujer.

Se enfocará a continuación la tercer cita, la de *EP* (1940-[1938]), insertada *supra*. En este escrito y en *EYPD* (1940-[1938]) Freud dejó sentadas dos opiniones: la *Verleugnung* se asociaba a una escisión del yo y la presencia de ambas –renegación más bipartición del yo– no era exclusiva de las perversiones; también los neuróticos y los psicóticos podían renegar y escindir su yo.⁸⁴ El vienés consideraba que la renegación, al funcionar del modo paradójico antes comentado producía una escisión del yo (*Ichspaltung*), una división intra-sistémica, que él diferenció netamente de la inter-sistémica, propia de la primera tópica: *Inc.* por un lado y *Prec.-Cc.*, por el otro. El *modus operandi* de la renegación imposibilita resolver definitivamente el conflicto; por esa razón, desmentir una percepción / representación –sea de tipo que fuere, no sólo la “castración” femenina– exigirá siempre un esfuerzo arduo, permanente e inacabable. Las dos actitudes o juicios opuestos en el yo –la mujer tiene pene, la mujer no tiene pene– son simultáneos y no se anulan entre sí. O, en los casos de fallecimiento antes comentado, el padre está muerto, el padre no está muerto. En esto consistiría la escisión del yo.⁸⁵

A partir de 1938 la *Verleugnung* quedó asociada a procesos de calado más amplio: la escisión del yo.⁸⁶ Una lectura retrospectiva de su obra a partir de sus escritos póstumos permitiría afirmar, para el caso de las perversiones, que Freud dejó establecida una conexión entre cinco elementos: la *Verleugnung*, el complejo de castración, la escisión del yo, el desafío a la ley y elecciones peculiares de objetos sexuales [“se escogieron aquéllos órganos u objetos que también en

otros casos subrogan el pene en calidad de símbolos.” (*FET*, vol. XXI, p. 149)]. Estos enunciados posibilitaron alejarse de una visión simplista que concebía la perversión como una aberración o desvío respecto de un supuesto acto sexual “normal”: el coito entre personas de distinto sexo, en el que se obtendría placer mediante la introducción del pene en la vagina. Ese criterio social, digamos, bastante difundido, no debería presidir en el psicoanálisis la caracterización de una perversión. Que lamentablemente sea imposible tratar este tema sin que esté presente en el horizonte esa norma convencional es una cosa, pero tomarla como punto de partida para definir qué sería una sexualidad “normal” y qué sería -por consecuencia- una sexualidad “desviada” es perder de vista que *todas* las formas de sexualidad se juegan en el terreno del deseo, de las pulsiones, de las pasiones, del primado del falo y del complejo de castración. Las clasificaciones de las perversiones en base al tipo de objeto sexual elegido y de las metas sexuales perseguidas -las de Kraft-Ebing, Havelock Ellis y otros-, impiden ver la complejidad de las organizaciones pulsionales y deseantes humanas.

Freud sentó las bases para pensar la perversión como uno de los avatares posibles de la estructuración subjetiva en el contexto de las relaciones objetales primarias en las familias. Abordó las perversiones sexuales desde diferentes perspectivas y no habría que perderlas de vista sobre todo, si como es el caso, se intenta hacer una lectura retro-conclusiva de sus textos. Por lo tanto, además de *LOGI* (1923), *FET* (1927) *EP* y *EYPD* (1940-[1938]) habría que tomar en cuenta *RILV* (1910) y *TE* (1905). En esta última abordó la perversión desde el punto de vista pulsional -pervivencia de las pulsiones parciales, escasa confluencia de las mismas en torno a lo fálico-. En *RILV* (1910) incluyó la perspectiva identificatoria y la hiper-ternura de la madre en la conformación de la homosexualidad masculina.⁸⁷ Por último, *IN* (1914) y *DyM* (1915) permitieron pensar la importancia del narcisismo en estas organizaciones psíquicas y sus manifestaciones en la cuestión de las elecciones de objeto.⁸⁸

Klein desconectó taxativamente *su* negación de la cuestión de la diferencia de los sexos, que Freud describió como si se tratara de una *Verleugnung* temporal en los niños. En el apartado 3.5.5.2., se insertó una cita de la matriarca del psicoanálisis donde expuso sus discrepancias con H. Deutsch, quien sostenía una posición similar a la de Freud. Para ella el *denial* operaba desde los más tempranos estadios del desarrollo; es decir: antes de la etapa fálica y del complejo de castración. Por otra parte, su concepción de las perversiones difería también de la freudiana; no podría ser de otro modo en tanto para ella se nacía psicológicamente como niña o varón.

Algo que también está implícito en *denial* es el esfuerzo psíquico para mantenerlo. Al igual que la renegación freudiana, el *denial* exigiría ser sostenido constantemente.

3.4.3. Repudio o rechazo (*Verwerfung*) en la obra del vienés

En la producción freudiana puede percibirse la búsqueda de un mecanismo de defensa específico de la psicosis, que tuviese en esta última un rol equivalente al que cumpliría la represión en la neurosis. Si bien Freud expresó en reiteradas ocasiones el anhelo de precisarlo y circunscribirlo, no llegó a manifestar con contundencia qué procedimiento llevaba a cabo tal tarea. El término *Verwerfung* (repudio, rechazo) sería el que más se aproximó en su obra a concretar tal empeño. Dicha acepción tenía una de sus raíces en la idea de expulsar fuera de la conciencia -**hacia el exterior del aparato psíquico y mediante una proyección “enérgica”** (véase I, 2.5) - una idea o representación insoportable. Convendrá recordar dos textos suyos respecto de esta problemática, aunque cabrá consignar que el asunto se hizo presente en muchos otros, especialmente en los que se refirió a la psicosis. se trata de *Las neuropsicosis de defensa* (1894) y *De la historia de una neurosis infantil*. (1918). En el primero de ellos escribió:

“Ahora bien, existe una modalidad defensiva mucho más enérgica y exitosa que consiste en que el yo rechaza {*verwerfen*} la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido. *Sólo que en el momento en que se ha conseguido esto, la persona se encuentra en una psicosis [...].*” (OCFAE; vol. III, p. 59). Las cursivas son del autor. Se tradujo el vocablo *verwerfen* del original por “rechaza” en lugar de “desestima”, que aparece en las OCFAE.

En la página siguiente puede leerse:

“El yo se arranca [se aparta] de la representación insoportable, pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva, y en tanto el yo lleva a cabo esta operación se desase [desprende] también, total o parcialmente, de la realidad objetiva.” (OCFAE; vol. III, p. 60). Lo que está entre corchetes es mío; se introdujo estos vocablos para la mejor comprensión del fragmento, tras el cotejo con la versión alemana.

Del historial clínico de 1918, conocido también como “El hombre de los lobos”, se reseña el famoso fragmento en que Freud refirió las tres corrientes psíquicas del paciente respecto de la castración:

"Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba de la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y consolarse con la feminidad como sustituto. La tercera corriente, la más antigua y profunda, que simplemente había rechazado [*verworfen*] la castración, en la cual no estaba todavía en cuestión el juicio acerca de la realidad objetiva [de ésta], seguía siendo sin duda activable." (OCFAE, vol. XVII, p. 78). Se introdujeron ligeros cambios en la versión castellana de las OCFAE, tras compararla con la original alemana; se tradujo *verworfen* por rechazada (en vez de desestimada). Lo que está entre corchetes es mío.

Otros dos textos freudianos que merecerían citarse sobre estas cuestiones son *Neurosis y psicosis* (1924) y *La pérdida de la realidad en la neurosis y psicosis* (1924) en los que habló de procesos y mecanismos diferenciales entre ambos tipos de organizaciones psíquicas.

Se consigna desde ya que la negación kleiniana tiene varios puntos de contacto con el repudio (*Verwerfung*) freudiano; el principal: ambos son fundantes de la psicosis. Los dos mecanismos se asemejan también por el hecho de estar asociados a una violenta proyección.

3.4.4. Forclusión o Preclusión

Nombre que dio Lacan al mecanismo fundante de la psicosis. Si bien él propuso la forclusión como traducción de la *Verwerfung* freudiana, se los considerará vocablos diferenciados, pese a las indudables conexiones que existen entre ellos. Sucede que la consistencia y los significados específicos de cada uno de esos términos sólo pueden aprehenderse tomando en cuenta las nervaduras principales de las teorías en que están incluidos. Para el caso de la lacaniana, la forclusión no se entendería fuera de la estrecha relación de la misma con los tres registros –Real, Imaginario y Simbólico–, con las interpretaciones que el psicoanalista hizo de las categorías metapsicológicas freudianas a la luz de su teoría del significante (véase III, 4) y con las elaboraciones topológicas, especialmente, la de los nudos borromeos (III, 6.7).

El vocablo forclusión –largamente gestado en los seminarios de la década de los años cincuenta y en *CPTP* (1957-1958) – vino a poner un nombre al mecanismo que sería, según Lacan, el determinante de la estructura psicótica. Está claro que llegó a tal concepto después de reprocessar el *repudio* o *rechazo* de Freud mediante sus propias categorías⁸⁹, contando también con que Damourette y Pichon ya habían importado para la gramática francesa el término forclusión, originario del discurso jurídico.⁹⁰

La forclusión consistiría en un rechazo primordial de un significante fundamental –el significante del Nombre del Padre– fuera del universo simbólico del sujeto. Dicho significante no quedaría inscrito en el inconsciente. Se trataba, por lo tanto, de una abolición simbólica, detallada por Lacan del siguiente modo:

“Tratemos de concebir ahora una circunstancia de la posición subjetiva en que, al llamado del Nombre-del-Padre, responda, no la ausencia del padre real, pues esta ausencia es más que compatible con la presencia del significante, sino la carencia del significante mismo.” (*CPTP*, E 2, p. 533).

Aquello que se forcluyó en lo simbólico, retorna desde lo real, bajo la forma de alucinaciones o delirios. La forclusión de ese significante fundamental –y las consecuencias que de ella se desprenden– sería el defecto que otorga a la psicosis su carácter diferencial con la neurosis. No habría, pues, *retorno de lo reprimido* –tras la represión de un significante– como en la neurosis,

sino *retorno de lo forcluído* desde lo real (lo que queda por fuera de lo simbólico e imaginario). Lo que vuelve no viene desde el interior de la psique –lo inconsciente– sino desde lo real.

El *denial* sólo compartiría con la forclusión el ser causa de psicosis; es evidente que los fundamentos teóricos de ambas defensas eran distintos; no se debería criticar a Klein, como frecuentemente se hace, por no ser lacaniana; ella pensó las defensas y la psicosis de otro modo. Lo que sí podría afirmarse es que en su teoría predominaba lo imaginario –lo narcisista– y una concepción de la simbolización muy distinta a la de Lacan (véase II, 6.4.1). Lo mismo cabría reiterar si en lugar de la *denial* se tomase en cuenta la identificación proyectiva patológica –surgida en 1946–, que devino el nuevo fundamento teórico del hecho psicótico en Klein.

3.4.5. Escotomización⁹¹

Aunque la historia del psicoanálisis recuerda casi exclusivamente a René Laforgue como introductor del vocablo escotomización, cabe recordar que el artículo en que se hace la primera referencia a dicho mecanismo fue redactado junto con Édouard Pichon –psicoanalista, gramático y pediatra francés–. El texto se titulaba “La notion de schizonoïa” (1926) y fue publicado en la obra colectiva *Le rêve et la psychanalyse*, Malonie, pp. 173- 210.⁹² No deja de ser cierto, al mismo tiempo, que Laforgue fue quien más escribió sobre ella y quien con mayor brío defendió la utilidad de tal noción, ante Freud y la comunidad psicoanalítica.

La escotomización era para Laforgue un mecanismo inconsciente mediante el cual el sujeto hacía desaparecer de su memoria o de su conciencia ciertas percepciones penosas o intolerables. Podría decirse que la persona afectada adquiriría una ceguera psíquica parcial. La nominación de este mecanismo deriva de *escotoma*, palabra que proviene en última instancia del griego antiguo, donde significaba *oscuridad*. Siglos después su uso se hizo frecuente en oftalmología para referir puntos ciegos o a cegueras en zonas más o menos amplias del campo visual debidas, mayoritariamente, a lesiones de la retina. Ésta deja de formar imágenes en la parte dañada. Con el paso del tiempo, el término fue ampliando su uso metafórico y se extendió ampliamente, más allá de la patología ocular; comenzó a emplearse como metáfora de una imposibilidad o de una voluntad psíquica de “no querer percatarse de algo”. Esto permitiría aludir, por ejemplo, a escotomas... *acústicos*, para referir la ausencia de audición en una franja de sonidos que tienen tal o cual longitud de onda. También, la predisposición psíquica a no querer escuchar ciertas palabras o ideas.

El estatus metapsicológico de la escotomización de Laforgue resulta ambiguo; aspecto éste que le fue señalado por Freud en su carta del 28 de febrero de 1926. Esta crítica era válida especialmente en lo que al punto de vista tópico se refería, porque Laforgue por momentos le atribuyó carácter inconsciente y en otras ocasiones la describió como un procedimiento consciente.

Asimismo, la ausencia de percepción visual afectaba tanto a la realidad exterior como a la interna (los afectos); por último, la hizo intervenir primordialmente en la psicosis (palabra técnica) pero también en situaciones corrientes (uso metafórico), en las que nombraba un rechazo a tener en cuenta una presencia:

“La palabra escotomización era empleada con frecuencia en la sala de guardia cada vez que alguien quería ignorar a otro.” (“Memorial”; *op. cit.*, Carta del 1/5/1925 de Laforgue a Freud, *NRP*, p. 262). La traducción es mía.

Si se acepta el carácter inconsciente que él le atribuyó, la escotomización implicaría una forma específica de desconocimiento de la realidad –una especie de “ceguera” selectiva–.

“La *escotomización* es un punto particularmente importante si se quiere disecar la esquizofrenia. Podemos conducir este desconocimiento de la realidad al deseo infantil –*ajeno a la represión*– de no reconocer el mundo exterior, situando al propio yo en lugar de ésta. [...] Creo que no se avanza en [el conocimiento de] la patogenia de la esquizofrenia, cosa que nos interesa mucho, si no es posible hacerse una idea clara de la tendencia de estos enfermos a escotomizar.” (“Memorial”; *op. cit.*, Carta del 15/6/1925 de Laforgue a Freud, *NRP*, p. 266). Las cursivas son del autor; la traducción me pertenece; es menos literal en algunas palabras pero expresa más enfáticamente el pensamiento de Laforgue en su debate con Freud.⁹³

En “La noción de esquizonoia” Laforgue planteó un ejemplo didáctico para explicar este fenómeno: propuso imaginar la situación de una mujer que rehusaba aceptar la muerte de su hijo. “Ella escotomiza esa realidad.” Para alejar de su espíritu tan dolorosa situación, utilizaba un trozo de madera al que dedicaba los mismos cuidados que otrora consagraba al hijo que la muerte le arrancó. La descripción corresponde a una posible psicosis. Allí mismo aludió a otra forma de presentación del fenómeno: refirió la situación de niños que escotomizan el odio violento hacia sus padres; y en una carta a Freud comenta una experiencia que probablemente provenga de su práctica médica en las guardias hospitalarias:

Para E. Roudinesco la escotomización remite a una teoría psicológica de la percepción, incluso si pone en juego un mecanismo inconsciente.

[...] en efecto, sigue dependiendo de una problemática de la relación con el otro, sin hacer que intervenga la castración; no traduce la *Verleugnung*, sino que reemplaza a la alucinación negativa [de Bernheim], abandonada por Freud.” Lo que está entre corchetes es mío.⁹⁴

Laforgue sostuvo ante Freud su preferencia por el término escotomización en vez de negación. Al tratarse de un mecanismo vinculado con la pérdida de la realidad, cabría relacionarla con el repudio (*Verwerfung*) de Freud y con lo que —décadas más tarde—, Lacan concibió como forclusión. Sin embargo, tiene grandes diferencias con esos dos vocablos. Lo mismo podría decirse respecto de la *Verleugnung*, con la que sólo compartiría el hecho de referirse a una percepción de la realidad exterior.

El vienés, por su parte, sostuvo en *Fetichismo* (1927); OCFAE, vol. XXI, p. 148, que “un término nuevo se justifica cuando describe o destaca una nueva relación entre las cosas” y, como este no era el caso, él prefería usar *Verleugnung* para el destino de la representación, descartando por inapropiada la noción de escotomización. Recuérdese que por entonces Freud asociaba *su* vocablo tanto a las perversiones como a la psicosis. Un año antes, en la adenda a *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), OCFAE, vol. XX, p. 148, había mencionado a Laforgue y su mecanismo en el contexto de algunas disquisiciones sobre la histeria. Lo cierto es que este psicoanalista francés jamás la había asociado a esa neurosis.

Klein utilizó en varias ocasiones el término escotomización; en algunas lo empleó como si fuera lisa y llanamente un sinónimo de su *negación de la realidad intrapsíquica*, aunque la descripción que hizo previamente de esta última tuviese muy poco que ver con el vocablo de Laforgue, salvo en un punto: para ambos este mecanismo defensivo podía estar dirigido contra *afectos* intolerables. En otras ocasiones Klein usó dicho vocablo con un sentido más radical que Laforgue, tanto en la extensión de lo afectado como por la intensidad con que se podía escotomizar: según ella, el superyó íntegro. Por último, parece haberle dado a la escotomización un significado similar a *su* clivaje, posteriormente con una proyección potente. En Klein apareció como un activo corte y una desconexión defensiva del yo de una parte de la personalidad a la que se consideraba como no existente.

Autoras muy relacionadas con Klein como Joan Rivière y Susan Isaacs, en sendos artículos publicados en *Desarrollos en psicoanálisis* (19529, vol. 3 de las OCKPA, utilizaron este término siguiendo las ideas de Klein.

3.5. Sinopsis del capítulo

En este capítulo, el más extenso de la segunda parte, se abordaron tres conceptos fundamentales —los enunciados en el título— de la teoría kleiniana sobre la organización de la psique en la primera infancia. El concepto de posición, junto con el de identificación, más los movimientos alternantes de proyección e introyección y las identificaciones proyectivas e introyectivas, constituyeron los cuatro pilares sobre los que se edificaron su concepción sobre el surgimiento de lo psíquico en el recién nacido humano.

El estudio de las posiciones fue la ocasión de apreciar la importancia histórica de dos textos suyos *Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* [CPM-D (1934)] y *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [NAME (1946)]. En el primer artículo, además de introducir explícitamente la posición depresiva (PD), la autora reinterpretó buena parte de sus reflexiones

anteriores sobre el complejo de Edipo, la formación del superyó, los objetos parciales/totales, la proyección e introyección y los conflictos instintivos a la luz de la flamante posición depresiva. Asimismo, introdujo algunas inflexiones en sus elaboraciones previas sobre la paranoia, la melancolía, la manía, la hipocondría, etcétera.

En *NAME* (1946) describió por primera vez la posición esquizoparanoide (PEP) y la identificación proyectiva (I.P.); a partir de entonces el binario posicional adquirió su forma definitiva. La revisión del concepto de posición, sus dos variedades, la secuencia con que aparecían y cada uno de sus elementos constitutivos –tipos de objeto, relaciones de objeto, fantasías y angustia prevalente en cada una de ellas, mecanismos de defensa y grados de integración del yo– tuvo por objetivo examinar las ideas kleinianas sobre el funcionamiento psíquico temprano como así también sus hipótesis sobre la aparición del complejo de Edipo y del superyó durante el primer año de vida del niño. En esos apartados se expuso su manera de entender la tempranísima actividad psíquica del bebé y el ulterior *desarrollo evolutivo*. Estas últimas dos palabras, que salieron de su pluma miles de veces, han sido consideradas por el autor de esta tesis como un equivalente –en su teoría– de la expresión freudiana *formación del aparato psíquico* y del sintagma lacaniano *estructuración subjetiva*. Los tres psicoanalistas hicieron operativa la identificación en ese contexto.

En estos mismos apartados se hizo referencia a una audaz propuesta suya que iba a contracorriente del pensamiento psicoanalítico prevalente por entonces y que, con posterioridad, fue aceptada por la inmensa mayoría de los psicoanalistas. Se trataba de la existencia de relaciones de objeto desde el momento mismo del nacimiento. Su argumentación a favor de tal idea implicó un enfrentamiento serio con todos aquellos que sostuvieron un periodo anobjetal en los inicios de la vida psíquica.

Una vez introducidas estas dos posiciones, su teoría sobre el desarrollo evolutivo ganó riqueza y sutileza; gracias a ellas otorgó mayor flexibilidad a un espacio teórico donde campeaba a sus anchas la cronología rígida y el psicogenetismo agarrotado de Abraham. El funcionamiento de la psique alcanzó las cotas más altas de dinamismo gracias a las fluctuaciones y alternancias que otorgó a ambas posiciones. Estas innovaciones rompieron moldes propios y ajenos. Su enfoque endogenético permaneció sin embargo incólume: el epicentro de la actividad psíquica siguió -y seguiría- estando en el niño/a hasta el final de su obra. Si bien dio importancia al entorno objetal, éste no adquirió el carácter de determinante fundamental en la psiquización del infante. A finales de la década de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, la PEP y la PD daban nombre y connotaban dos formas complejas de organización de la vida psíquica, con todos sus correlatos. Ellas no sólo vertebraban el desarrollo evolutivo del niño: eran también modalidades vitalicias de funcionamiento de la mente, que podían volver a reinstalarse en determinadas circunstancias, regresión mediante.

Buena parte de lo afirmado en los diversos apartados dedicados a este concepto se reflejó en el siguiente cuadro sinóptico:

POSICIÓN ESQUIZOPARANOIDE	POSICIÓN DEPRESIVA
El yo es precoz, débil y puede fragmentarse con facilidad; se escinde en partes idealizadas y persecutorias; por efectos de la I.P. el yo se confunde con el objeto.	El yo está más integrado y expuesto a impulsos emocionales contradictorios. La disociación del yo y de los objetos es menor que en la PEP.
Las relaciones de objeto se inauguran mediante la I.P.; se establece con objetos parciales; es egocéntrica y voraz; el yo y los objetos están escindidos en persecutorios e idealizados. Cuando estos últimos se introyectan conforman el núcleo ideal y persecutorio del superyó.	La relación es con objetos totales ; buenos y malos: madre, padre y pareja parental discriminada. Estos objetos están menos escindidos que en la PEP; convergen amor y odio hacia el mismo objeto. Las introyecciones del objeto bueno constituyen los aspectos más benignos del superyó.
La angustia básica es de tipo persecutoria: miedo a la acción de la pulsión de muerte en el interior; temor a la aniquilación del yo o pánico a que los perseguidores destruyan al <i>self</i> y al objeto ideal. La pareja de los padres combinados es la figura terrorífica por antonomasia.	La ansiedad predominante es depresiva: temor a la pérdida del objeto por el daño que el propio sadismo le infligió. Aparece la culpa y la tristeza por la posibilidad de perderlo. Duelos y nacimiento de las tendencias simbolizantes, reparatorias y sublimatorias.
Las defensas principales son: identificación proyectiva, proyección, escisión, negación y control omnipotente.	Las defensas son las mismas que en la PEP, pero, al defender de la angustia depresiva, se denominan <i>maníacas</i> .
Las fantasías son básicamente de contenido sádico oral, anal y uretral.	Las fantasías : persisten, atenuadas, las de la PEP y aparecen las edípicas. Comienzo del complejo de Edipo.

Finalizado el examen de las posiciones se abordó la “objetología” kleiniana. Se revisaron todas las variedades de objeto que ella describió para, a renglón seguido, examinar las características de las relaciones del yo con los objetos.

Klein acabó postulando una amplia gama de objetos; entre ellos: los parciales (persecutorios e idealizados); los totales (buenos y malos); los internos y externos; el objeto bueno en el núcleo del yo; el objeto roto y despedazado. Cada uno fue estudiado minuciosamente subrayándose el hecho de que todos compartieron un rasgo común: devenían objetos del yo porque sobre ellos habían recaído previamente cargas instintivas originadas en dicha instancia psíquica, sea con fines de placer, de satisfacción de necesidades, de realización de deseos o de alivio de tensiones y angustias. Su teoría sobre los objetos comenzó a construirse desde muy temprano; sus primeras elaboraciones al respecto fueron reunidas y sintetizadas en *El psicoanálisis de niños* [EPN (1932)], pero fue en *Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* (1934) donde las profundizó considerablemente al proponer la PD; los últimos hitos fueron *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946) y, fundamentalmente, los textos canónicos de 1952: *Observando conductas de bebés* y *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante*, en los que expuso con claridad su concepción definitiva sobre: los objetos, las relaciones que el yo establecía con ellos y las posiciones.

Klein pensó la formación del psiquismo infantil con punto de partida en el propio niño; él era el motor y epicentro de su psiquización. Por ese rasgo, el autor de esta tesis ha calificado a su teoría identificatoria de “ptolomeica”, “infanto-céntrica”. Cabe decir que en ese aspecto, ella se mantuvo más cercana a la perspectiva freudiana a la que Lacan postulara años más tarde, en la que teorizó la estructuración del sujeto (\$) y el yo (*moi*) a partir de los objetos (Otro y otro). En cambio, para la pionera del psicoanálisis de niños, los objetos eran, básicamente, depositarios de las proyecciones e identificaciones proyectivas del infante.

El interjuego proyectivo - introyectivo más la creación de objetos internos y la correspondiente inscripción psíquica de las experiencias vivenciadas en las relaciones de objeto, fueron para ella los determinantes de la formación de la psique. Claro está, sobre la base de un psiquismo rudimentario que el niño traía al nacer, poseedor de una gran potencialidad de evolucionar en el seno de los vínculos objetales recién comentados. En el contexto teórico kleiniano los objetos no inducían, ni implantaban ni transmitían rasgos psíquicos al niño. La fuerte impronta instintiva, endogenética y constitucional de su teoría la llevó por derroteros distintos al de la *trasmisión psíquica intergeneracional* de padres a hijos. Ella no pensó al objeto como *identificante*. Es obvio que sabía que el contexto objetal era imprescindible para que el niño pudiera psiquizarse; más aún, seguramente pensaba que sin ese entorno familiar –o sus sustitutos–, el niño no podría sobrevivir. Incluso, se refirió en varios de sus escritos a la gran importancia de la vida psíquica de los padres para el hijo. Todo eso es cierto, pero lo es más aún que su teoría sobre la conformación del aparato psíquico infantil no tenía su punto de partida en el psiquismo de los otros; el epicentro estaba en la rudimentaria psique del lactante y del niño. De él nacían las proyecciones/identificaciones proyectivas; él era también el agente de las introyecciones y de las identificaciones introyectivas.

El tercer tema –los mecanismos defensivos– dio pié a una extensa última parte del capítulo en la que se expuso sus elaboraciones sobre las trece modalidades principales de defensa, a saber: deflexión, proyección, expulsión, escisión o clivaje, introyección, idealización, negación, las defensas maníacas y obsesivas, identificación proyectiva, reparación, simbolización y represión. Muchas de ellas pertenecen a su propia forja teórica; otras, fueron acuñadas por Freud y algunos analistas de la primera generación. Sin embargo, unas y otras fueron recibiendo nuevas inflexiones en el segundo y tercer periodo de su obra [K₂ (1934-1946) y K₃ (1946-1960)], de manera tal que todas acabaron adquiriendo un alcance semántico singularmente kleiniano.

Se señaló en un primer momento que, a diferencia de Freud y Lacan, para quienes la defensa se instrumentaba a efectos de evitar retornos de lo reprimido, Klein entendió que se dirigía básicamente a reducir la angustia, fuera cual fuera su origen. Por otra parte, la psicoanalista de niños, al sostener que el yo era innato, postuló que las operaciones defensivas comenzaban desde el primer día de vida y describió, entonces, modalidades muy tempranas de las mismas, a las que consideró de naturaleza psicótica e insistió en diferenciarlas de las más tardías (represión, defensas obsesivas). También consideró que los mecanismos defensivos instrumentados por el yo incipiente eran diferentes de los

que llegaría a emplear un yo más estructurado. A partir de K_2 la defensa quedó indisociablemente unida con los otros elementos que se articulaban en las posiciones: las relaciones de objeto, las fantasías, las ansiedades básicas, etc. Fue en ese nuevo contexto teórico que la noción de *mecanismo de defensa* adquirió pleno sentido en su obra.

De cada defensa examinada se ofreció una definición específica y se parangonó sus características, funciones y usos con las homónimas en Freud y Lacan. Se prestó especial atención al mecanismo de *negación* que, a lo largo de su obra fue aludida por ella mediante cinco expresiones diferentes: *negation* (negación), *denial* (negación), *negation of intra-psychic reality* (negación de la realidad intrapsíquica), *escotomization* (escotomización) y *disavowal* (repudio). Esta pluralidad terminológica planteó la exigencia de esclarecer con qué significados propios y diferenciales utilizó estos mecanismos defensivos. Ella fue poco sistemática en el empleo de los mismos; no precisó en ningún momento las disparidades entre ellos; menos aún, las connotaciones y denotaciones de cada uno. Tampoco explicitó los motivos por los que abandonaba unos para elegir otros. En sus primeros artículos hizo servir el término *negation* y, más tardíamente, *denial*; los dos fueron igualmente traducidos al castellano por negación. La homonimia con el vocablo freudiano no debe inducir errores: *negation* y *denial* tuvieron ya desde los primeros textos de Klein significados diferentes a la negación (*Verneinung*) freudiana.

A lo largo de los apartados dedicados al estudio de estos mecanismos se insertaron citas de sus textos y se cotejó su perspectiva teórica con la freudiana y lacaniana. Como uno de los muchos ejemplos allí descritos se menciona el siguiente: Klein hizo operativa a la negación (*negation, denial*) en los albores de la vida del niño; más específicamente: *antes* de que se instalase en su psique la represión. Se trataba según ella de mecanismos pre-represivos; además era una defensa psicótica. En cambio, la negación en el sentido freudiano estaba íntimamente asociada a la represión y a la neurosis.

Las otras dos variantes —*negation of intra-psychic reality* y *escotomization*— fueron utilizados por ella casi como sinónimos, tal como se tuvo ocasión de comprobar en citas extractadas de *EPN* (1932) y *CPM-D* (1934). Pero, al recurrir a los artículos de René Laforgue, introductor de la palabra escotomización en psicoanálisis, se apreció que también hubo diferencias importantes entre los significados que él había atribuido a dicho vocablo y los que le había adjudicado Klein. A partir de los años cuarenta la *escotomization* fue desapareciendo de sus textos y se impuso el escueto *denial*, que heredó lo connotado por negación de la realidad intrapsíquica; a la vez, extendió los efectos patológicos de la misma a la percepción de la realidad externa, afectando también —y severamente— la integración del yo. Por último: *disavowal*. Tal vez esta acepción haya sido la menos usada por ella; la entendía como una defensa extrema, primitiva y de carácter psicótico frente a la agresión, producto esta última de impulsos destructivos proyectados, que retornaban retaliativamente desde el objeto. Suponía también un intento extremo de aniquilar a los perseguidores. Todo esto conllevaba mutilaciones psíquicas.

Estas importantes variaciones semánticas introducidas por Klein en los vocablos que se están comentando impusieron la tarea de deshacer homonimias e impulsaron la idea de incluir en este capítulo un apartado más, el cuarto y último, que fue titulado: *Para un cotejo de la negación kleiniana con otros conceptos conexos*. En él se perfilaron cinco conceptos psicoanalíticos que aludían a problemáticas connotadas por la negación kleiniana. Tres de ellos se originaron en Freud (negación, renegeación o desmentida y repudio); uno, en Lacan (forclusión) y el quinto, en Laforgue: la escotomización. Buena parte de ellos estaban emparentados con lo que era medular en el concepto de negación (*denial*) en la obra de la psicoanalista: el carácter de defensa psicótica. Pero con una diferencia clave: el uso de estas defensas era, según ella, universal: *todos* los niños la empleaban en los tempranos momentos de la vida psíquica, aunque podían abandonarla en momentos posteriores, si se encaminaban hacia un desarrollo evolutivo “normal”.

Así, pues, el capítulo quedó cerrado con el examen de estos cinco vocablos; la exposición de cada uno de ellos fue entrelazada con comentarios en los que se señalaban las semejanzas y diferencias con la negación kleinianamente entendida. Demás está decir que no se trató simplemente de un análisis semántico de vocablos; lo que estaba en el centro del debate eran las ideas acerca de la estructuración identificatoria de la psique en la infancia. Klein, como ya se dijo, postuló un período de la misma en la que *todos* los niños implementaban defensas arcaicas o psicóticas, con lo que indirectamente vino a

sostener que la predisposición a la psicosis era universal. *Todos* los humanos podrían –potencialmente– devenir psicóticos. Estas ideas abrieron un debate que sigue vigente hasta hoy en día.

NOTAS DEL CAPÍTULO 3

¹ En los dos capítulos anteriores se afirmó que la TIK se sustentaba en un cuaternario compuesto por: a) la identificación; b) los movimientos proyectivos e introyectivos; c) las posiciones y d) las identificaciones proyectivas e introyectivas. En las páginas que siguen se comenzará el estudio de las posiciones.

² Estos dos escritos se utilizaron como hitos para señalar los pasajes de K_1 a K_2 y de K_2 a K_3 , respectivamente. Para más detalles, véase II, 1.4.

³ Cfr. con *STAC* (1948), *CTEL* (1952) y *OCB* (1952).

⁴ Se pueden comprender mejor las diferencias comparando la concepción estructural con la de fases del desarrollo evolutivo. La noción de etapa enlazaba habitualmente las ideas de transitoriedad y secuencia predeterminada: cada etapa aparecía, alcanzaba su acmé y declinaba para dar lugar a otra nueva. Las llamadas *oral*, *anal* y *fálica* subdivididas y encadenadas como lo hizo Abraham en *BEDL* (1924) -modelo expuesto en II, 2.6.3.- puede servir como ejemplo paradigmático de lo que se está comentando que, dicho sea de paso, tuvo muchos seguidores. Klein tomó distancias de la misma a partir de 1934: en K_2 y K_3 las palabras oral, anal, uretral y genital ya no denotaban en Klein etapas evolutivas preestablecidas y ordenadas secuencialmente: pasaron a significar simplemente los instintos en juego en cada momento y situación. Esto no significó que desapareciera de su *corpus* teórico la idea de una cierta progresión de las fuerzas instintivas -libidinales y destructivas- desde la oralidad a lo genital, pero no con la manera ordenada y pulcra propuesta por Abraham sino superpuestas, simultáneas, mezcladas. Sobre sus diferencias con el maestro berlinés puede leerse II, 2.6.3.2.

⁵ Dicho sintagma, que apareció bajo su pluma miles de veces, será considerada en este trabajo como el equivalente -en su teoría- de la expresión freudiana *formación del aparato psíquico* y de la lacaniana: *estructuración subjetiva*.

⁶ Esta es una de las pocas ocasiones en que levantaré la veda –autoimpuesta- de posponer hasta la parte IV de este trabajo algunas opiniones personales sobre aspectos de la obra de los psicoanalistas que se están cotejando. Cuando afirmo que Klein puso luz propia mediante sus proposiciones acerca del nacimiento a la vida psíquica no puedo evitar algunos comentarios sobre mi asombro y estremecimiento por los hechos que describe, por las fantasías del bebé que relata, por la intensidad de las vivencias persecutorias que le adjudica a los niños pequeños, por la fiereza del sadismo (defensivo y constitucional). Lo que diré no pretende validar ni refutar sus tesis sino sólo comentar una impresión: esas ráfagas de luz que arroja no dejan de ser, por momentos, despiadadas, brutales. Dejemos de lado, por el momento, el debate sobre la demostración de esas hipótesis; muchos analistas de niños podrían presentar materiales clínicos similares a los de Klein que, sin duda, las corroborarían. Lo que me interesa señalar es otro aspecto: si la vida psíquica funciona así en los momentos iniciales de la existencia, esto no dejará de tener importantísimas consecuencias para el resto de la vida. Es evidente que estas reflexiones apuntan a lo que suele llamarse la condición humana. Aquello que la analista de niños afirmó entronca, salvando todas las diferencias, con las tesis lacanianas respecto de la agresividad. Volveré sobre este asunto en la cuarta parte de esta tesis.

⁷ Respecto de estas diversas formas de entender la noción de estructura, véase III, 3. 6.

⁸ Véase *NAME* (1946), *OCKPA*, vol. 3, p. 255. En II, 2.2.4. se citó el párrafo completo y el contexto en que Klein afirmó esa tesis.

⁹ Sobre mi posición personal respecto de la regresión, véase IV, 1.5.2. El concepto de regresión formó parte del andamiaje conceptual que utilizó M. Klein; para ella la regresión era una parte ineludible de la dinámica psíquica en relación dialéctica con la progresión, de la que a veces constituía un escalón necesario.

¹⁰ Klein aclaró posteriormente algunas confusiones que se habían creado respecto de si los niños atravesaban (o no) periodos de psicosis; afirmó taxativamente que una cosa son las ansiedades psicóticas del desarrollo evolutivo del niño y otra, la psicosis como tal, sea del niño o del adulto.

¹¹ Los vocablos puestos en cursiva son freudianos.

¹² Fue sobre todo en la primera parte de su obra que Klein insistió en el llamado “circulo malo”, paranoide, que autoalimentaba la persecución; en esos contextos el superyó arcaico así formado habría de ser necesariamente muy sádico y cruel. Súmesele a esto que en él anidaban también los remanentes del instinto de muerte que no eran deflexionados. Por otra parte, las introyecciones de objetos *idealizados* devenían asimismo persecutorias, aunque por otra vía: creaban objetos internos con grandes y pesadas exigencias de perfección. Sólo más tarde, con la introyección de objetos *buenos* -distintos de los idealizados, contracara de los persecutorios-, se permitiría la conformación de los aspectos más benignos del superyó. La situación creada por esa introyección de objetos buenos, con una disociación a la baja, acompañada de fantasías menos destructivas, posibilitaría establecer un puente teórico con las formulaciones de Freud acerca de la realización alucinatoria de deseos y del autoerotismo (véase I, 1.4.3. y I, 1.2.1). Más adelante se regresará sobre este asunto, apuntando las diferencias entre ambas teorizaciones.

¹³ Sobre el neologismo “*yobjeto*” que aquí propongo, véase el final de IV, 2.7. Sin duda la perspectiva kleiniana dio pie a pensar instancias psíquicas y objetos arcaicos, aglomerados, aglutinados, sincréticos, simbióticos

—como puede apreciarse, los adjetivos usados por sus discípulos fueron múltiples—. Pero, tales caracterizaciones generan inmediatamente la necesidad de postular procesos subsiguientes de separación, discriminación e individuación. La cuestión se hizo más evidente a partir de la inclusión de la I.P. y de sus modos de operar: el establecimiento de relaciones narcisistas de objeto, los clivajes con sus aspectos integradores y desintegradores, la calidad misma del objeto que se crea a partir del uso de tal mecanismo, asuntos que serán tratados en los próximos capítulos y, en especial, en el octavo. Lacan se alejó decididamente de este tipo de concepciones, postulando que los orígenes del psiquismo eran míticos y que se iban redefiniendo retroactivamente.

¹⁴ Nos encontramos aquí con la manera kleiniana de referirse a los fenómenos descritos por Freud como realización alucinatoria de deseos y autoerotismo. Klein encaraba esta alucinación infantil de manera distinta a Freud; para éste, si el bebé ha tenido repetidas experiencias en que le fueron complacidas sus necesidades, era capaz de representarse —en imágenes— esa satisfacción, en ausencia del objeto real externo. Según Klein, en la PEP no ocurriría tal fenómeno, porque el bebé sentía la ausencia del objeto como si fuera una resultante de la acción de un objeto malo. La lógica atributiva bueno/malo, que atravesaba su teoría era el fundamento de esa manera de pensar. Klein afirmó taxativamente que el bebé podía llegar a renegar tanto la frustración como el objeto persecutorio —alucinación negativa del objeto malo— pero que, junto con esto, evacuaba la realidad psíquica y partes del yo. Ella consideró a estos mecanismos de renegación omnipotente y maníaca como muy empobrecedoras del yo y postuló que su presencia exacerbada podía causar cuadros psicóticos, con delirios persecutorios o megalomaníacos.

¹⁵ Neologismo derivado de la llamada ley de Talión: ojo por ojo, diente por diente. Se trataría de una venganza por parte de quien recibió los ataques -reales o fantaseados-.

¹⁶ Sobre esta cuestión véase II, 2.4.3.; II, 6.1.3. y III, 10.1.7.1.

¹⁷ Sobre los factores constitucionales y ambientales que influyen de manera favorable o desfavorable en esa transición, véase II, 10.1.4.

¹⁸ Téngase presente que para Klein libido y destrucción se encuentran entremezclados desde el principio de la vida, a pesar de que ella privilegió en sus descripciones a las tendencias sádicas. Por esto mismo la ambivalencia se instala en Klein desde la primera fase oral, a diferencia de Abraham que la consideraba preambivalente. Véase sobre este punto el cuadro insertado en II, 2.6.3.1. La psicoanalista de niños insistió en que las tendencias libidinales se iban haciendo progresivamente más notables en la PD.

¹⁹ El duelo, tema kleiniano por excelencia, con implicancias clínicas y teóricas importantes, fue el modo en que esta analista trató lo que Freud refirió como *objeto perdido*. En el capítulo siguiente, que versará sobre la angustia en la teoría kleiniana se harán algunas precisiones más detalladas sobre la función del duelo en su teoría. Por otra parte, en el texto titulado “Fin de análisis ¿duelo o separación?” de mi libro *El oficio de analista*; p. 303 y ss., segunda edición, 2013, hago referencia a este tema tomando en cuenta la perspectiva freudiana, kleiniana y lacaniana sobre el duelo, diferenciándolo de la separación.

²⁰ Ya se comentó en el capítulo anterior que la PD tuvo algunos antecedentes en la obra de Abraham —véase II, 2.6.3.—; pero, lo afirmado en el presente apartado permite apreciar que se trataba básicamente de un préstamo de vocabulario de la teoría de la evolución de la libido que el psicoanalista alemán sistematizó en *BEDL* (1924). Con palabras similares Klein elaboró una teoría evolutiva sustancialmente diferente a las ideas que sustentaron el cuadro abrahámico presentado en II, 2.6.3.1. Podría decirse que Klein sacó del territorio de la psicopatología la *depresión primaria* postulada por su maestro berlinés, la universalizó como PD y la convirtió en una estructura clave en el desarrollo evolutivo de todos los niños.

²¹ Para Klein, igual que para Freud y Lacan, la realidad no viene dada sino que es construida; esta premisa estableció una diferencia importante con la corriente conocida como Psicología del yo; para más detalles, véase II, 7.3.

²² Por lo tanto no tienen como en Abraham y, en cierta medida, en Ferenczi, el carácter de elementos perturbadores que es necesario despejar o diluir. Para Klein, las fantasías son componentes estructurales, enraizados —claro está— en cada posición: el pasaje de una a otra modifica también la constelación fantasmática y los modos de percepción de la realidad. En su teoría ellas son consideradas como correlatos mentales del instinto y se acercan más a la idea de *phantasieren*, entendida como imaginación. En algún sentido ocupan el lugar que lo inconsciente tienen en la teoría de Freud. Lo expuesto por este último en *La negación* (1925) respecto de los signos de realidad, es sustituido en la teorización kleiniana por una moderación en la “distorsión” fantasmática que el pasaje de la posición esquizoparanoide a la depresiva conlleva. Respecto del surgimiento de lo inconsciente en el aparato psíquico del niño, véase el apartado 3.5.10. de este mismo capítulo.

²³ Están implícitas en estas ideas algo que podría denominarse *avant-coup*: el pasado que determina el presente y el futuro. Ya se ha dicho que en su teoría no opera el concepto de retroacción (la *nachträglichkeit* freudiana y el *après-coup*, de Lacan).

²⁴ Sobre ambas modalidades de identificación véase los capítulos 8 y 9, dedicados a ellas.

²⁵ Cfr. con Segal, Hanna; *Introduction to the work of Melanie Klein* (1973); Karnak Books, London; hay diferentes versiones castellanas; entre ellas: *Introducción a la obra de Melanie Klein*; OCKPA, vol. 1., p. 16.

²⁶ Este asunto tiene sus migas por las repercusiones diagnósticas y nosográficas: según Klein la predisposición a la psicosis existe en todas las personas. Esta potencialidad psicótica universal sería la consecuencia lógica de: a) sus postulados sobre la interrelación de las posiciones esquizoparanoide y depresiva; b) de la ausencia de una temporalidad retroactiva en sus teorizaciones; c) de la escasa diferenciación —o la sinonimia que establecía a veces— entre primitivo (arcaico, temprano, originario, etc.) y psicosis; d) de los usos que realizó del concepto de regresión; y e) del *continuum* neurosis-psicosis que, implícitamente, planteó.

²⁷ Por este rasgo, en esta tesis, se ha calificado a su teoría identificatoria de “ptolomeica”. Léase al respecto la nota nº 9 de II, 1.

²⁸ *Naissance à vie psychique* Dunod, Paris, 1997. No caben dudas sobre los autores del libro ni sobre quienes escribieron su prólogo. Ninguno de ellos están enrolados en el pensamiento lacaniano. Albert Ciccone un autor de clara filiación kleiniana, reconoce abiertamente en otro libro suyo -*La transmission psychique inconsciente* (1999), Dunod, Paris, p. 7-, la ausencia de teorización sobre la trasmisión psíquica intergeneracional en la obra de Klein, a tal punto que en dicho libro se propone elaborar una a partir de conceptos de la psicoanalista mencionada .

²⁹ Freud había diferenciado varios tipos de objeto: el de la necesidad, el objeto parcial de la pulsión, el total de amor, el objeto del deseo, objetos edípicos, el yo como objeto de las pulsiones en el narcisismo, etc. En I, 1.1.3. se hizo una exposición detallada sobre el objeto en la obra de Freud y, páginas más adelante, en I, 1.1.5. se presentó una versión sintética sobre las teorías del sujeto y objeto en las obras de M. Klein y J. Lacan.

³⁰ Se subraya esas palabras como anticipo de lo que se afirmará más adelante acerca de la importancia del objeto madre en el pensamiento de Klein, especialmente en cuanto a la constitución del psiquismo en la infancia.

³¹ Sin duda, Lacan apreció estos aspectos de la producción kleiniana, pero los incluyó en el contexto de su registro imaginario, criticándole a la psicoanalista el desconocimiento de lo simbólico.

³² No existe para ella lo que Lacan, con posterioridad, denominó *clínica diferencial* de la neurosis y psicosis.

³³ Léase su texto *Los orígenes de la transferencia* (1952) y el apartado 4.5., del capítulo siguiente.

³⁴ Además los cuatro descritos hasta ahora, Baranger (1971, *op. cit.* p. 200) describe un quinto objeto al que designó con el nombre de *presencia de la madre*. Aunque no esté constituida estructuralmente como objeto en el sentido cabal del término, ella tiene un lugar muy especial ya que su presencia, percibida al principio como muy inconexa, va consolidándose cada vez más, en la medida que el mundo percibido se va unificando. Por eso está relacionado a la vez con el objeto bueno, con el malo y con la madre real. Es una anticipación del objeto total y completo que se construirá en la PD. Con esta idea Baranger reiteró una vez más el rol central que Klein adjudicó en su teoría a la madre. De manera indirecta, se volverá enseguida sobre esta cuestión al tratar sobre las relaciones entre lo externo y lo interno en Klein y sobre lo descriptivo fenomenológico y lo conceptual. Sin duda, en el plano empírico, fáctico, el primer objeto -tanto de la niña como del niño- es la madre o, hasta si se quiere, el pecho de ella. La distinta manera de pensar lo simbólico marca otra diferencia entre Klein y Lacan; este último, reconociendo la estrecha relación madre-hijo a través de la noción de narcisismo-madre fálica con que designó el primer tiempo del complejo de Edipo, no dejó de evocar la *presencia del padre* en estas relaciones primigenias. Por otra parte, el psicoanalista francés, a diferencia de Freud y Klein, pensó el Edipo desde los objetos -caracterizados como Otro y otro- y situó al recién nacido como falo de la madre. Para más detalles sobre este punto, véase III, 10.11.

³⁵ Para Freud no había tal unidad corporal al nacer -se alcanzaba más tarde, con el establecimiento del narcisismo primario- ni yo congénito sino autoerotismo; es decir: satisfacción local y parcelaria de las pulsiones. Para Lacan: cuerpo fragmentado, percibido como tal retroactivamente, a partir del estadio del espejo.

³⁶ El vocablo “objetivo” está puesto entre comillas porque aún en el caso del adulto su percepción de la realidad también estará atravesada por su subjetividad.

³⁷ Afirmar que el objeto interno es un concepto -o una categoría metapsicológica- implica sostener que no es un ente real, tangible, asible; esa inmaterialidad no es óbice para que ejerza efectos psíquicos importantes.

³⁸ Uno de los rasgos fundamentales del idealismo es que toma como punto de partida al mundo de las ideas -o lo que se suele denominar el yo, el sujeto o la conciencia- para sus reflexiones filosóficas. Parten justamente de la *representación* del mundo más que del mundo en sí.

³⁹ Como no podría ser de otra manera, las concepciones kleiniana y lacaniana son muy diferentes, sobre ésta y otras cuestiones teórico-clínicas. El problema surge cuando estas diferencias quedan rápidamente sobrecargadas de valores y se idealiza lo propio, denigrando lo ajeno, fenómeno que ocurre con frecuencia en los medios analíticos.

⁴⁰ Esto puede percibirse en la lectura de textos de orientación kleiniana; muchos de sus discípulos y seguidores suelen hacer observaciones clínicas muy ricas; basadas en una semiología fina. Toman muy en cuenta la diversidad de dimensiones psíquicas y las variadas facetas de cada una de ellas. Ahora bien; lo dicho tampoco puede generalizarse a todos los autores de esta corriente: como siempre ocurre -y esto pasa también en otras escuelas psicoanalíticas- es de lamentar la aplicación de clichés teóricos sobre el material clínico. Esto dificulta la posibilidad de dejarse impactar por lo novedoso que la singularidad de cada caso plantea.

⁴¹ En K₁ no aparecía nítidamente perfilado un objeto bueno; su introducción a partir de 1946 supuso también un giro en su teoría de la formación del yo (véase *infra* 3.6. y II, 10.5., donde se comparan las teorías del yo en Freud, Klein y Lacan).

⁴² Recuérdese que al comienzo de I, 2. se ha agrupado bajo el rubro de *externalizaciones* a todos los mecanismos que envían materia psíquica hacia el exterior. Todos ellos tienen, por lo tanto, un carácter centrífugo respecto del yo.

⁴³ Extrayección es un término acuñado por el psicoanalista triestino Edoardo Weiss.

⁴⁴ Este aspecto fue tratado en II, 1.4.3.

⁴⁵ Este sintagma muestra la amplitud del abanico terminológico empleado por ella para aludir a los mecanismos externalizadores; a las ya nombradas deflexión, proyección y expulsión cabría añadir los vocablos *Verschieben/Verschiebung* (desplazar/desplazamiento) y *Verlegen/Verlegung* (trasladar/ traslado), acompañadas de la expresión: “fuera de sí”. Mencionaremos luego otro mecanismo: la eyección. Esta pluriformidad revela un enfoque más descriptivo que conceptual en la primera mitad de su obra. Como puede apreciarse, este *desplazamiento fuera de sí* es más bien descriptivo que conceptual; está expresado mediante palabras corrientes del lenguaje más que por un

acepciones pertenecientes a un vocabulario técnico. Con posterioridad ese sintagma fue desapareciendo poco a poco y se sustituyó por deflexión, primero, y por proyección, después, términos cargados con claros significados psicoanalíticos. La noción de *deflexión de la pulsión de muerte* apareció, como se acaba de señalar en el cuerpo del texto, a partir de 1932; la proyección –mecanismo aludido desde antaño– fue recreada a partir de engranarla con la introyección. Ese interjuego alternante se convertiría en un elemento clave de la PEP, de la PD y del desarrollo evolutivo en su conjunto.

Cabe recordar que la palabra *Verschiebung* -desplazamiento-, ya tenía carácter de concepto psicoanalítico: Freud dio ese nombre a uno de los mecanismos del proceso primario inconsciente.

⁴⁶ En esta frase se utiliza la palabra *precedente* -y no antecedente o precursor- con un sentido estrictamente temporal: se considera que la deflexión es anterior en el tiempo a la proyección; esta última requiere de un yo más integrado para ser implementada. Pero, como se verá enseguida, el factor cronológico no es el único; la deflexión y la proyección se distinguen asimismo por: a) la índole de la materia psíquica que cada una externalizaba y b) por las características del contexto psíquico en que operaban.

⁴⁷ La proyección en la obra de Freud se examinó detenidamente en I, 2.5. En II, 2.4.1. y II, 2.4.6. se volvió sobre este asunto y se señalaron algunas inflexiones introducidas por Klein, que serán recordadas escuetamente a continuación, en el cuerpo del texto. Se recuerda lo dicho en una nota anterior: Klein refirió en algunas ocasiones el vocablo extrayección, acuñado por Edoardo Weiss; por ejemplo: en *CTII* (1931); OCKPA, vol. 2, p. 234. Fue otra forma –muy ocasional– de referir una acción similar a la proyección.

⁴⁸ La *Ausstößung* fue traducida ocasionalmente al castellano por eyección. El autor de esta tesis ha preferido utilizar sistemáticamente el vocablo expulsión, reservando el de eyección para el procedimiento fisiológico de la defecación.

⁴⁹ Recuérdese el *continuum* neurosis-psicosis que caracterizó a su teoría, planteo diametralmente opuesto al Lacan de las estructuras clínicas.

⁵⁰ *Expelling* es el participio presente del verbo *to expel*: expeler, expulsar, arrojar, echar y tiene como sinónimo *expulsion*, que a su vez deriva de *to expulse*.

⁵¹ En estos dos artículos le otorgó un papel importante en la atribución de roles -*personificación*- que el niño realiza al jugar: imagina personajes que son representados por otros o por él mismo; Klein interpretará especialmente los roles que se le adjudica a un otro privilegiado: el analista. Los análisis con niños le permitieron descubrir que los niños, al jugar, proyectaban sus conflictos internos y se aliviaban. Llegó a sostener la idea de que se eso procedía el placer del juego infantil.

⁵² En la versión francesa de este texto *absorbed* fue vertido por incorporación, y *expelling/expulsion* por proyección. La confusión, como puede apreciarse, está muy extendida e incluye a las traducciones.

⁵³ El concepto kleiniano de deflexión tuvo un antecedente en el procedimiento que Freud describió de la siguiente manera en *El problema económico del masoquismo* (1924):

“La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desempeña **desviándola** en buena parte -y muy pronto con la ayuda de un sistema de órgano particular, la musculatura- **hacia afuera**, dirigiéndola hacia los objetos del mundo exterior. Recibe entonces el nombre de pulsión de destrucción, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Un sector de esta pulsión es puesto directamente al servicio de la función sexual donde tiene a su cargo una importante operación. Es el sadismo propiamente dicho. Otro sector no obedece a ese **traslado hacia afuera**, permanece en el interior del organismo y allí es ligado libidinosamente con la ayuda de la coexcitación sexual antes mencionada; en ese sector tenemos que discernir el masoquismo erógeno, originario.” (OCFAE, XIX, 169; las negritas son mías).

Interesa precisar los términos utilizados por Freud para contrastarlos con los kleinianos. Las palabras que han sido subrayadas con negrita en la primera frase de esta cita aparecieron en el texto original así: *nach außen ableitet* -desviada hacia afuera-. Lo resaltado en la última frase del mismo fragmento -“traslado hacia afuera”- es la traducción de los términos alemanes: *Verlegung nach außen*. Como puede apreciarse, Freud no utilizó la palabra *Abdrängung* (deflexión) -que empleó Klein para nombrar al mecanismo que envía hacia afuera al instinto de muerte-. Los significados corrientes de esta última acepción alemana son: acción de separar de un grupo, alejar a empujones. Ambas ideas son perfectamente aplicables al acto de enviar hacia afuera al instinto de muerte, previa separación de una parte de todo. Aunque Freud no lo mencione explícitamente en sus artículos posteriores a *MAPP* (1920), sería posible incluir esta desviación de la pulsión de muerte dentro de una de las modalidades de proyección que él postuló: -la que expele las excitaciones pulsionales displacenteras [véase el punto (b) de I, 2.5]. También en *La negación* (1925) Freud hizo derivar la actividad intelectual –concretamente: el juicio de atribución– de la vida pulsional: la afirmación y la negación tendrían su basamento en la oralidad: “quiero comer o quiero escupir esto”; “quiero introducir esto en mí o quiero excluir esto de mí” (OCFAE, XIX, p. 254). Este asunto fue tratado con más detalles en I, 2.1.1.2.

Klein se refirió en varias ocasiones a este fragmento de *El problema económico del masoquismo* (1924) y se apoyó en él para modelar su concepto de deflexión, pero hizo más hincapié que el vienés en que este desvío hacia el exterior comprometía también a Eros, no sólo a Tánatos. Los objetos sobre los que recaían las cargas de ambos instintos devenían, según ella, representantes externos de Eros y Tánatos. Consideró asimismo que el *quantum* congénito de ambos era un factor decisivo que determinaba la futura capacidad de integración del yo y de la fuerza del mismo. Por otra parte, mientras Freud consideraba que la pulsión de muerte era muda para ella, en cambio, era altisonante.

⁵⁴ Las itálicas en la palabra “psíquica” pretende remarcar otra diferencia de pensamiento entre Freud y Klein; para el primero la pulsión era en última instancia una excitación biológica (*Reitz*) que se inscribía en lo psíquico y no tenía un objeto preestablecido sino contingente; para Klein, el instinto tenía su objeto desde el nacimiento –o, incluso, desde antes: preconcepción innata del objeto adecuado– y, además, la pulsión era estrictamente psíquica. No era el

“organismo biológico” quien desviaba Tánatos hacia afuera, como lo sostuvo el vienés, sino la psique incipiente del bebé –actividad defensiva tempranísima para desembarazarse de la angustia–. Por otra parte, Klein pensaba las relaciones de objeto no sólo como existiendo desde el nacimiento sino y además, con punto de partida en el bebé. En la cuarta parte de esta tesis se expondrá un punto de vista personal que considera también la existencia de relaciones de objeto desde el nacimiento, pero con un punto de partida en aquellos que conforman el contexto objetual del neonato. Este último quedaría incluido –de hecho– en el preexistente mundo psico-corporal de los adultos.

⁵⁵ Para Klein la formación de símbolos era un modo de ofrecer una salida al instinto de muerte y al sadismo, con la consiguiente disminución de la angustia. Esa misma vía servía al niño para ampliar las relaciones con el mundo objetual. Los procesos de simbolización adquirieron entonces el carácter de defensa en tanto quedaron involucrados en los procedimientos que reducen la angustia. Páginas más adelante, en el apartado 3.3.8. *La reparación y la simbolización en tanto defensas* se volverá sobre esta cuestión, que es también desarrollada al final de 6.4.1.2.

⁵⁶ Véase en II, 2.6.3.1. el cuadro de Abraham que puede ayudar en la comprensión de lo que se está examinando. Allí puede leerse que algunas de las características de la etapa sádico anal temprana (expulsiva), nivel III.

⁵⁷ Sobre esta cuestión, véase II, 10.1.2. a 10.1.5.

⁵⁸ Esta escisión del yo comportaba según Freud –véase *Fetichismo* (1927), *La escisión del yo en el proceso de defensa* (1938) y *Esquema de Psicoanálisis* (1938), especialmente su capítulo VIII–, la coexistencia de dos corrientes psíquicas respecto de una determinada realidad. En el primero de los tres artículos se refirió especialmente a la castración y afirmó que una de esas corrientes no reconocía la falta de pene en la mujer (renegación o desmentida) y que la otra, la aceptaba. Si esta desmentida era circunscrita y se desplazaba sobre otros objetos que se convertían en fetiches (prendas íntimas de mujer, zapatos, etc.) la escisión yoica abocaba a esa forma peculiar de perversión; si era llevada a grados tales que la acercaban a la alucinación y a la existencia de ideas delirantes se estaría frente a una pérdida de la realidad, propia de la psicosis.

⁵⁹ Bien entendido, estaba hablando de los momentos en que las formas más evolucionadas de la proyección habían tomado el relevo a la deflexión y a las primigenias formas expulsivas de las mismas –propias de la analidad– tal como fue comentado en el apartado anterior.

⁶⁰ Recuérdese que Freud afirmó que la escisión de la psique, cuando se producía, la fragmentación ocurría siguiendo las líneas de fuerza establecidas en el momento de la estructuración. Como cuando se rompe un cristal, la fragmentación dependerá del punto de impacto y de las líneas de menor resistencia.

⁶¹ Se trata de otra diferencia entre Klein y Freud.

⁶² Para una definición ferencziana de la misma véase II, 2.6.2.1. Enseguida se mencionarán los distintos capítulos y apartados en que se examinaron las inflexiones que Klein introdujo en este concepto acuñado por el psicoanalista húngaro. En II, 9.2.1. se incluyó una caracterización kleiniana de este concepto; se remite a esa definición para tenerla como telón de fondo en la lectura del presente apartado.

⁶³ En I, 2.4, se correlacionó la asimilación con la *apropiación*, mecanismo aludido por Freud.

⁶⁴ Véase I, 4.5.2.; allí se presenta un panorama de las dos teorías identificatorias que postuló Freud, mediante de un diagrama. Las ideas del vienés a las que se hacen referencia corresponden al último período de sus elaboraciones sobre este tema (F₄). En I, 3.7.2. se expusieron sus ideas fundamentales acerca de la conformación del superyó por medio de identificaciones con el superyó de los padres en el momento de la declinación del complejo de Edipo.

⁶⁵ Recuérdese que Freud había relacionado el narcisismo primario con la estructuración del yo. Para más detalles sobre este punto, véase: I, 1.4.2.

⁶⁶ Para más comentarios sobre este libro, véase el capítulo 7 de esta segunda parte.

⁶⁷ Se deja para el final de este apartado la formulación de una definición de este concepto.

⁶⁸ La palabra alemana *Verneinung* fue vertida al inglés por Strachey como *negation*. En 3.5.5.2. se tendrá ocasión de comprobar que Klein utilizó al principio de su obra este término inglés, pero rápidamente lo sustituyó por *denial* y otras expresiones conexas.

⁶⁹ Se incluye también este término pues Klein recurrió explícitamente a él, citando con nombre y apellido a quien introdujo ese vocablo en psicoanálisis: René Laforgue.

⁷⁰ Sobre la vida y obra de René Laforgue pueden leerse los apartados III, 4.7.7.2. y III, 4.7.7.3.

⁷¹ Ferenczi, en “Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad”; op. cit., p. 157, caracterizó a la omnipotencia como “el sentimiento de que uno tiene todo lo que desea y que no hay nada más que uno pueda desear.”

⁷² Dentro de este apresamiento estaría la colección y acumulación compulsiva de cosas por parte del niño, incluidas el conocimiento voraz.

⁷³ Recuérdese que las defensas que operaban en la PD, en tanto combatían la ansiedad depresiva, acabaron recibiendo genéricamente el nombre de defensas maníacas.

⁷⁴ Este asunto será tratado *in extenso* en el capítulo siguiente, en el apartado 4.1.2.

⁷⁵ En esta última cuestión, Klein sigue más cercanamente las formulaciones freudianas; Lacan dará un giro a esta cuestión planteando una relación möbiana entre lo inconsciente y la conciencia. Véase al respecto III, 6.

⁷⁶ En el capítulo VIII de *Esquema de psicoanálisis* (1938-1940) Freud esclareció de manera póstuma las diferencias entre dos mecanismos: la **represión**, que se aplicaría como defensa contra las exigencias internas -sean las pulsionales sean las del inconsciente- y la **desmentida**, defensa frente a los reclamos de la realidad externa.

⁷⁷ El término *Verleugnung* -una de las múltiples formas de negación en lengua alemana- fue traducido al castellano por medio de distintas palabras: negación, rechazo, repulsa, denegación y, también, repudio. Cuando aparece en los escritos freudianos su traslación es más complicada porque en ese contexto fue adquiriendo significados propios

y específicos. Sin duda, el vienés usufructuó el carácter polisémico de dicha acepción; por otra parte, también empleó otras expresiones para referirse al mismo mecanismo; ellas fueron verdidas, según los casos, mediante: renegar, desmentir, rehusar y desconocer. Recién a partir de *FET* (1927) esa palabra adquirió el carácter de concepto psicoanalítico. En tanto la tradición psicoanalítica castellano-hablante ha impuesto la traducción de López Ballesteros por *renegación* y la más moderna de Luis Etcheverry, *desmentida*, en este contexto se utilizarán indistintamente ambos vocablos. Y, también, la palabra alemana *Verleugnung*. Véase también la ampliación de estas ideas en la nota nº 79. Por último quiero reconocer que me ha sido especialmente útil para precisar los significados de este y otros vocablos del vienés, el excelente *Diccionario de términos alemanes de Freud*, de Luiz Alberto Hanns (1996); grupo Editorial Lumen, Buenos Aires.

⁷⁸ Un excelente estudio sobre el repudio y la renegación en la obra freudiana puede leerse en sendos artículos de Luis Sales publicados en la revista *Intercambios* números 22 y 24, bajo los títulos de “*Verwerfung und Verleugnung* o el más allá de la represión en Freud” y “La *Verleugnung* y su relación con el saber. Un estudio sobre el concepto de *desconocimiento*”, Barcelona, Junio de 2009 y Junio de 2010, respectivamente.

⁷⁹ *Verleugnung* es el sustantivo derivado del verbo compuesto *verleugnen*, que comprende el prefijo “*ver*” y el verbo *leugnen* (negar, desmentir, cuestionar la veracidad, etcétera). El traductor de las OCFAE eligió, en esta ocasión, la acepción castellana *desconocer*, también válida. En la cita de *FET* (1927) Freud empleó otra expresión para lo mismo: *der Knabe sich geweigert hat...*, traducido muy correctamente por: el varoncito *rehusó* darse por enterado... De los múltiples usos de la partícula “*ver*” se resaltarán su capacidad para indicar que la acción propia del verbo persiste, que se mantiene en el tiempo o, incluso, que se intensifica. Una simple ojeada a un diccionario alemán permitiría comprobar que existen muchísimos verbos de esa lengua asociados al prefijo “*ver*”, y que a partir de ellos se derivan sustantivos. Por nombrar sólo algunos de los que interesan al psicoanálisis: *drängen*, que da pie a *Verdrängung* (represión); *werfen* que permite *Verwerfung* (repudio o rechazo); *neinen*, del que deriva *Verneinung* (negación). La *Verleugnung* da cuenta de un proceso en que la negación debe ser **reiterada** porque la “empecinada realidad” -enseguida se aclarará porqué estas palabras van entrecomilladas- muestra lo que muestra... y la confrontación con ella no cesa. En síntesis: no existe en castellano un único vocablo que exprese adecuadamente el verbo *verleugnen* y sus derivados; menos aún, uno que asevere aquello que Freud quiso significar mediante *Verleugnung*. Todas las traducciones generaron contrapartidas indeseadas pero lo cierto es que el carácter reiterativo de tal negación queda más explícito en *renegación* que en *desmentida*. El prefijo castellano “*re*” evoca mejor la insistencia comentada.

⁸⁰ Las elaboraciones topológicas de Lacan facilitan pensar de otro modo las relaciones entre la realidad interna y la externa. La unilateralidad de la banda de Möbius es particularmente apta para mostrar la continuidad entre esas dos realidades. Véase al respecto Korman, V. (2004); *op. cit.*, pp. 62-74.

⁸¹ En este texto también relacionó la *desmentida* con la psicosis y años más tarde la hizo extensiva –aunque diferenciadamente- a la neurosis. La universalización de esta defensa permitirá algunas consideraciones más adelante, pero no será una cuestión central en este apartado.

⁸² ¿Residirá allí, tal vez, el hecho de que predominen las perversiones en los hombres?

⁸³ Siempre que esté implicado el sujeto se tratará de una realidad subjetiva.

⁸⁴ El autor de esta tesis sostiene que el psicótico es -comparado con el neurótico y el perverso- quien menos **desmiente** la realidad. En la aseveración precedente se da al vocablo “desmentir” un carácter estrictamente conceptual: defensa frente a percepciones traumatizantes de la realidad. Lo que el psicótico hace es, sobretudo, construir una versión “psicótica” de la realidad -¡valga la redundancia!-, que es detectable, incluso, en los períodos en que está compensado. Tras el brote establece una neo-realidad delirante, como intento de “autocuración”. El mecanismo prevalente empleado por el psicótico es, como se verá en el apartado siguiente, el repudio o rechazo (*Verwerfung*), según Freud o la forclusión, según Lacan. Es esencialmente la *Verwerfung* la que condiciona, primero, la organización del conjunto del aparato psíquico y, subsidiariamente, determina que la construcción de la realidad sea muy peculiar.

⁸⁵ Me permito añadir un ejemplo de mi propia clínica que abona estas mismas ideas: se trata de un adulto que sabe que su madre ha muerto en el parto y que su padre se ha casado con otra mujer años después. Consideró a la nueva pareja de su padre como madre suya y terminó sufriendo un shock afectivo e intelectual muy intenso al verse –sorpresivamente– en fotografías que evidenciaban su presencia en la fiesta de las segundas nupcias de su padre.

⁸⁶ Tal vez la escisión en el aparato psíquico sea más amplia y no quede restringida sólo al yo; se trata de una escisión psíquica que tiene manifestaciones en múltiples dimensiones del funcionamiento psíquico.

⁸⁷ En I, 4.4.2. puede leerse una resignificación retroactiva de la identificación homosexual propuesta por Freud en *RILV* (1910), tomando como punto de partida las ulteriores elaboraciones del vienés –aquellas que dieron consistencia a su teoría estructural de la identificación.

⁸⁸ Lacan desarrolló su propia teoría sobre las perversiones teniendo en cuenta las formulaciones freudianas recién expuestas. Respecto de este tema, las innovaciones más importantes serían las siguientes: a) considerar al complejo de Edipo como estructura estructurante de lo psíquico -con sus tres tiempos-; la conformación de la estructura perversa -al igual que las neurosis y psicosis- tendría lugar en su seno. b) La articulación del significante del Nombre del Padre con la Ley de prohibición del incesto. c) La discriminación entre castración imaginaria y simbólica. d) El establecimiento taxativo de una estructura perversa, cuyo prototipo sería el fetichismo y su mecanismo fundante: la *desmentida* o *renegación*. e) La elevación del falo al rango de función fálica. f) Establecer para los *hablanteseres* que el deseo sexual está íntimamente relacionado con el significante y, por ende, con lo inconsciente (determinación simbólica de la sexualidad). g) Una aproximación lógica a la problemática de la sexuación (Véase III, 5. 11.2 y III, 5.11.4).

Desde el punto de vista de su estructuración, la perversión implicaría fallos importantes de la función paterna durante el primer y segundo tiempo del Edipo. No se llevó a cabo la “castración materna”: el vástago no fue abocado a desprenderse de la identificación fálica (véase III, 10.11. y III, 4.7.3.), ya sea por anhelos incestuosos exacerbados de la madre o porque el padre fue incompetente en su tarea de vectorizar la castración y Ley simbólica.

⁸⁹ En su lectura personal de *La negación* (1925), Lacan caracterizó la *Verwerfung* (repudio, rechazo) en su relación con un proceso primario que comporta dos operaciones complementarias: la primera es *Einbeziehung ins Ich* (introducción en el sujeto) -que el psicoanalista francés denominó también simbolización o *Bejahung* (afirmación primaria)-, mientras que la segunda es la *Ausstoßung aus dem Ich* (expulsión fuera del sujeto), que constituye lo real, lo que queda por fuera de la simbolización; desde ese real, retornaría lo forcluido. Lacan tradujo, como se acaba de apreciar, la palabra *Ich* por sujeto y no por yo. En la forclusión se combinarían la ausencia de simbolización y la expulsión fuera del sujeto.

⁹⁰ Pichon, además de analista fue un profundo estudioso de la lengua francesa y junto con su tío, Jacques Damourette, escribieron un monumental tratado de gramática de dicha lengua. Postularon denominar *forclusivos* a las partículas que conforman la segunda parte de la negación francesa (para más detalles véase III, 4.7.7.2. y III, 4.7.7.3). Esta forclusión en lingüística fue correlacionada con la *escotomización* en el campo de la patología mental. Así lo afirmaron ambos -tío y sobrino- en un artículo que firmaron conjuntamente en 1928, que llevaba por título: “Sur la signification psychologique de la négation en français”, cuya reedición puede leerse en la revista *Le Bloc-notes de la psychanalyse*, n° 5, 1985, pp. 111-133.

⁹¹ Véase en *Nouvelle Revue de Psychanalyse* n° 15, 1977, pp. 233 y ss., el excelente artículo de André Bourguignon titulado “Memorial” que incluye en calidad de DOCUMENTO una versión completa -sin censuras- de la correspondencia mantenida entre Freud y Laforgue. El texto ofrece comentarios sobre el nacimiento del movimiento psicoanalítico en Francia, las discusiones teóricas habidas entonces y el rol ejercido por este psicoanalista francés -entre otros-, en tal situación. El intercambio de cartas con Freud fue muy intenso durante el periodo 1923-1930; posteriormente, se hizo más espaciado y escueto, finalizando en 1937. Entre los varios temas comentados por ambos, el punto fuerte del debate fue la noción de escotomización (véase especialmente las cartas de mayo y junio de 1925 y algunas siguientes). Estas misivas son también muy elocuentes respecto de las relaciones que mantuvo Freud con sus discípulos.

⁹² El término *schizonoia*, fue acuñado por E. Pichon a partir de la conjunción de los vocablos *esquizofrenia* y *paranoia*. Esta acepción no hizo fortuna: ni psiquiatras ni psicoanalistas hicieron uso de ella posteriormente. Respecto de la relación de Pichon con la escotomización, se remite de nuevo al apartado III, 4.7.7.3, más específicamente a su parte final, que contiene un párrafo titulado “Sobre la forclusión y los forclusivos en lingüística. Allí se cita una frase de él y de Damourette en que vinculan la forclusión *en gramática* -fenómeno “normal” en el uso de la lengua- con la escotomización “descrita en patología mental por Laforgue y uno de nosotros [Pichon]”, que sería la “exageración patológica” de la primera. (Lo que está entre comillas fue extractado de *Des mots à la pensée. Essai...*, *op. cit.*, vol. 1, p. 140).

⁹³ En esta misiva Laforgue responde a una carta anterior del vienés replicándole que se trataba de un fenómeno relacionado con la psicosis -sin intervención de la problemática de la castración- y, por lo tanto, alejado de la represión/neurosis.

⁹⁴ Elisabeth Roudinesco (1986), *La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*, vol. 1 (1885-1939); Editorial fundamentos, 2ª edición, p. 353.

LA ANGUSTIA; FUENTES Y FUNCIONES

Introito

En este capítulo será estudiado otro de los articuladores fundamentales de la teoría kleiniana: la angustia. Más allá de precisar el alcance conceptual y las formas de presencia de este vocablo en su obra, se subrayará las funciones de la misma en la construcción del aparato psíquico, tema central de esta tesis. Ya sea aisladamente, como sucedió durante K_1 , ya sea formando parte del concepto de posición (K_2 y K_3), la angustia atravesó de cabo a rabo la obra de Klein; merecería ser considerada un componente importante de la TIK.

La angustia, palabra del lenguaje corriente que ya pertenece por derecho propio al andamiaje conceptual del psicoanálisis, ha sido estudiada también en el contexto de otras disciplinas. En ellas el vocablo en cuestión obtuvo significaciones diferenciales y específicas, que fueron precisadas ya sea de manera directa –mediante definiciones de la angustia propias para ese campo– ya sea de forma indirecta, a través del engarce con otros articuladores teóricos de esas esas disciplinas. Por ambas vías, adquirieron orlas semánticas peculiares y distintivas, propias de cada área de estudio.

Lo dicho, vuelve a confirmar que los usos y significados de los conceptos están en íntima relación con el contexto teórico del que forman parte. De ahí, la enorme dificultad de cotejar homónimos pertenecientes a disciplinas distintas. Por ejemplo, la angustia, tal como fue pensada en filosofía, poco tiene que ver con la concebida por el psicoanálisis. Podría haber, sí, cierto aire de familia; existirán seguramente semantemas coincidentes; será posible establecer también correspondencias zonales, casi siempre tras haber realizado transfiguraciones y/o “estiramientos” del concepto en ambas disciplinas para posibilitar contactarlas. Sin embargo, las diferencias seguirán siendo significativas. Esto no ha de extrañar, dadas las especificidades de cada espacio doctrinario.¹

En cambio, llama más la atención que dentro de un mismo campo –el psicoanalítico– haya sucedido con muchísima frecuencia que un concepto determinado fuera concebido de manera distinta por cada escuela o corriente teórica. El ejemplo paradigmático de este tipo de situaciones haya sido el de la angustia. Su intelección varió significativamente en las obras de los analistas que se vienen cotejando a lo largo de esta tesis. Un rápido repaso de las redes conceptuales en las que la angustia quedó engarzada permitirá apreciar las primeras semejanzas y diferencias entre los tres. Así, en Freud, la angustia se articuló básicamente con: formación de síntomas, represión, inconsciente, pulsión, castración, trauma, complejo de Edipo, los puntos de vista tópico, dinámico y económico de su metapsicología, etc. Si se exigiera establecer un orden de importancia en estos enlaces, cabría nombrar a la castración en primer lugar y a los aspectos económicos de su metapsicología, en segundo término. La angustia fue siempre para el vienés angustia de castración y estuvo invariablemente asociada a lo cuantitativo.

No han sido precisamente esas conexiones la que prevalecieron en la teoría kleiniana; en ella los enlaces principales fueron con los articuladores amalgamados en el concepto de posición (véase II, 3.1.), con el instinto de muerte y con el sadismo.² Esto marcó muy tempranamente en su obra (K_1 y K_2) diferencias notables con el vienés, especialmente en lo que a la castración se refiere. Es obvio decir que la integración de este afecto a la red conceptual kleiniana supuso innovaciones importantes: la angustia devino la principal manifestación psíquica del instinto de muerte; además, a

los mecanismos de defensa les adjudicó la función de yugarla. Por otra parte, Klein propuso nuevas modalidades de angustia: la paranoide, la depresiva, la confusional, etc.

En la obra de Lacan, la angustia quedó inseparablemente ligada a conceptos tales como: real, imaginario, simbólico, \$, significante, deseo, deseo del Otro, objeto *a*, falo y goce. El psicoanalista francés se ocupó menos de la vertiente económica de este afecto e hizo hincapié en la relación del mismo con la dialéctica del deseo y con el fantasma. Algunos fundamentos filosóficos le sirvieron de apoyatura para sus elaboraciones sobre este asunto; cabría mencionar especialmente a Kierkegaard y Heidegger, aunque en el curso de sus elaboraciones sobre el tema, debatió también con Hegel y la corriente existencialista francesa, Sartre sobre todo. Buena parte de los rasgos diferenciales de la “angustia lacaniana” respecto de las concepciones del vienés y de la matriarca del psicoanálisis se debe a ese trasfondo filosófico; aunque también, al hecho de haberla articulado con el objeto *a*, con el deseo inconsciente y con el deseo del Otro.

Su esfuerzo se dirigió, no tanto a explicar o describir la angustia, como a precisar su función en el sujeto y su articulación con los significantes y matemas que, por su estructura, le estaban asociados. De modo tal que una primera caracterización lacaniana de la angustia podría ser la siguiente: es el afecto que se despierta en el sujeto cuando se ve confrontado con el deseo del Otro. Más breve aún: la angustia es signo del deseo del Otro.

El psicoanalista francés tomó distancias respecto del vínculo establecido por Freud entre la angustia y la reemergencia de lo traumático. Para él era más un efecto de la vacilación de la estructura psíquica que el resultado –o la amenaza– de revivir un trauma.

Dos diferencias con otros capítulos de esta segunda parte: se comenzará con la exposición de la teoría freudiana sobre la angustia, en vez de la kleiniana, dado que las ideas de la primera constituyeron el telón de fondo sobre el que ella trabajó inicialmente, antes de desarrollar su propia concepción sobre esta temática. También lo fueron para Lacan. Por otra parte, no habrá un apartado especial, como viene siendo habitual en esta tesis, para cotejar las tres teorías. El parangón se hará a medida que se vayan desgranando las especificidades de cada una de las teorías. Para tales efectos se utilizará el siguiente orden expositivo:

- 4.1. Antecedentes freudianos sobre la angustia
 - 4.1.1. Primera teoría: la angustia como efecto de la represión
 - 4.1.2. Segunda teoría: la angustia promueve la represión. La angustia señal
- 4.2. La concepción kleiniana de la angustia
 - 4.2.1. Introducción
 - 4.2.2. Reelaboración permanente del concepto de angustia en la obra kleiniana
 - 4.2.3. Nuevas modalidades de angustia
 - 4.2.4. Síntesis: las ideas cruciales sobre la angustia en la teoría kleiniana
 - 4.2.5. La angustia como motor del desarrollo evolutivo
- 4.3. La angustia en la teoría lacaniana
 - 4.3.1. Angustia y deseo
 - 4.3.2. Angustia y lo real. Goce
 - 4.3.3. Angustia y objeto
 - 4.3.4. Angustia y clínica
- 4.4. Principales ideas vertidas en este capítulo

4.1. Antecedentes freudianos sobre la angustia

A nivel descriptivo la consideró un afecto: “algo sentido” (*etwas Empfundenes*); más específicamente, un estado afectivo (*Affektzustand*) displacentero que clínicamente podía manifestarse de múltiples formas, desde las muy atenuadas -simple malestar- hasta las modalidades muy intensas e invasoras.³ Al principio de su producción consideró que el surgimiento de la misma se debía a una acumulación de excitación (libido) que buscaba descargarse cada vez que se traspasaba cierto umbral. El correlato anímico de dicha plétora y de la descarga posterior era lo que el sujeto vivenciaba como angustia. La secuencia referida: excitación aumentada y almacenada →

descarga → angustia, se mantuvo a lo largo de su obra, aunque en los sucesivos períodos de la misma fueron variando, ya sea las causas de estos incrementos (factor cuantitativo), ya sean las instancias psíquicas que intervenían en su surgimiento y los factores mentales implicados en su aparición (lo cualitativo). Pese a tales cambios, la tesis central se conservó: la angustia siguió siendo un avatar de la libido. En tanto afecto displacentero, el yo trataba siempre de evitar su aparición; para tales efectos empleaba diversos recursos; también estos últimos fueron variando en los distintos períodos de su producción.

Incluyó dentro de las características de este estado afectivo su manifestación a través de sensaciones somáticas prototípicas: taquicardia, sudoración, opresiones (nudo en la garganta o en el estómago, en el pecho), hiperventilación, etc. Algunos psicoanalistas posteriores consideraron que la asociación con estos síntomas corporales diferenciaba a la angustia de la ansiedad.

Se afirma corrientemente que Freud elaboró dos teorías sobre la angustia; sus líneas directrices esenciales pueden describirse así: en la primera, ella surgía a consecuencia de un exceso de energía libidinal mal tramitada; en la segunda, el elemento clave era la angustia-señal, que alertaba al yo sobre un peligro inminente y forzaba la activación de mecanismos de defensa. Otra diferencia importante entre ambas concepciones radicó en la relación que establecían entre la represión y la angustia; en la primera teoría la angustia era una consecuencia de la represión; en la segunda, al revés: la angustia activaba el mecanismo represivo. Los múltiples matices de una y otra concepción serán expuestos sucintamente en las próximas páginas.

Como antecedentes de estas dos teorías puede señalarse un corto período, al inicio de su obra (1893-1897), en que abordó la angustia en las *neurosis actuales*; en particular, la neurosis de angustia y la neurastenia.⁴ Consideró que en estos casos, las causas de la acumulación de excitación eran de índole *somática*; es decir, ajenas a un conflicto psíquico. La excitación sexual incrementada, que no encontraba vías de descarga adecuadas, se transformaba directamente en angustia. Estas neurosis se debían a desórdenes de la vida sexual *actual* y no a acontecimientos del pasado; sus síntomas no eran una expresión simbólica de conflictos mentales sino de una inadecuada satisfacción sexual en el presente. La conclusión que se derivó de esta perspectiva fue que las *neurosis actuales* no eran tributarias de un tratamiento psíquico a la manera de las psiconeurosis y que la angustia que se presentaba en ellas desaparecía cuanto se resolvían las causas *actuales* –no históricas– del trastorno. El vienes propuso como ejemplos de tales situaciones angustiígenas a la abstinencia sexual prolongada, el *coitus interruptus*, la virginidad mantenida hasta edades tardías, las perturbaciones que bloqueaban o reducían las satisfacciones ligadas a la sexualidad, etc. Cabe recordar que en esa época –finales del siglo XIX– aún no había conceptualizado el inconsciente ni la transferencia.

4.1.1. Primera teoría: la angustia como efecto de la represión

Este primer y breve momento dejó paso al estudio de la angustia en la histeria de conversión, neurosis obsesiva y, sobretudo, en la fobia, cuadros clínicos en los que la acumulación de excitación no descargada era ajena a causas somáticas. En efecto, el *conflicto psíquico* aparecía como el meollo de la angustia en estas entidades clínicas que más tarde fueron calificadas como neurosis *de transferencia*, para diferenciarlas, justamente, de las neurosis actuales y de las psicosis.⁵ Este vuelco quedó también reflejado en las cartas a Fliess del año 1897 en las que se refirió a la participación de la represión y del fantasma en la producción de síntomas neuróticos y de angustia (especialmente en las fobias). Este es el nódulo de la llamada primera teoría freudiana sobre la angustia: ella surgía como efecto de la represión. Esta elaboración más compleja relegó a la categoría de antecedente a su aproximación inicial al tema, en el contexto de las neurosis actuales. En esta teoría, elaborada a partir de sus observaciones en las neurosis de transferencia, predominaba la explicación económica, aunque también entraba en juego el aspecto dinámico: la angustia podía emanar por conflictos entre el yo y el polo pulsional o el yo y la conciencia moral (antecedente del superyó).

Esta teoría inicial respecto de la angustia alcanzó su forma casi completa en *El caso Juanito* (1909) y perduró durante tres lustros. Por entonces, los conceptos fundamentales del psicoanálisis –inconsciente, represión, pulsión, transferencia– ya estaban establecidos; asimismo, la fantasía había sustituido a la teoría traumática. De manera ultra-sintética podría expresarse así: la represión

era la que producía angustia. Según lo establecido, por la acción de los mecanismos represivos se separaba el representante representativo de la pulsión del *quantum de afecto*; el primero cambiaba de *status* tópico: pasaba de la conciencia al sistema inconsciente; en cambio, el montante de afecto jamás se volvía inconsciente. Ese *quantum*, desligado de la representación reprimida, podía: a) devenir angustia, después de articularse con otra representación consciente; b) transformarse en otro afecto y c) ser suprimido. O sea, tres destinos posibles.⁶

Las diferencias con el modelo propuesto para las neurosis actuales eran netas y muy importantes: ya no se trataba de una excitación somática mal descargada sino de representaciones reprimidas –ligadas a deseos y fantasmas edípicos– que dejaban libre un montante de afecto que se vivenciaba como angustia (primer destino de los tres nombrados). Las fobias son las que mejor ilustraban esta relación entre represión, angustia y formación del síntoma. Hubo una primera represión formadora del síntoma; el representante representativo de la pulsión, habitualmente incestuoso y relacionado por lo tanto con la castración, pasó al inconsciente; el montante de afecto liberado se transformó en angustia asociada a un objeto mundano, que devino fóbigeno (en el caso Juanito: el caballo). Tales eran los mecanismos de la formación del síntoma y de la angustia. La operación permitía ligar la excitación libidinal. Si al síntoma fóbico se le sumaba la inhibición mediante la cual se eludía en encuentro con el objeto fóbigeno creado en el paso anterior, se prevenía más aún el desarrollo de angustia; claro está, que a costa de limitaciones y creación de espacios vedados. Así, Juanito no salía a la calle (inhibición) para evitar encontrarse con el caballo. La acción combinada del síntoma más la inhibición tendía al cercenamiento del afecto displacentero. La angustia frente al padre y a la castración quedó desplazada al caballo, pero aun así, la represión no fue totalmente exitosa porque la angustia, aunque aminorada, persistió. La represión se consideraba mejor lograda cuanto más yugulaba el desarrollo de angustia.

También abordó el tema en la histeria, neurosis que presentaba algunas especificidades: al *convertir* la energía libidinal en inervación motora y síntoma corporal, no se desarrolla angustia (*belle indiférence*). Los rituales de las neurosis obsesivas cumplían esa mismo rol: obturar la emergencia del afecto. Generalizando: el síntoma, en tanto liga la excitación libidinal, evita o disminuye la aparición de la angustia.

“El hecho de que la angustia neurótica nace de la libido, es el producto de la trasmutación de esta y mantiene con ella la relación del vinagre con el vino es uno de los resultados más significativos de la investigación psicoanalítica.” [OCFAE, t. VII, p. 205. Se trata de una adición de 1920 a los *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905)].

En 1917 y 1919 publicó dos artículos –la 25ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* y *Lo ominoso*– en que afinó un poco más esta teoría y preparó el viraje fundamental que acabaría explicitando en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), ideas que conformaron su segunda concepción sobre este afecto. En el texto mencionado distinguió entre angustia realista y angustia neurótica –tema que se tratará más adelante– y nombró apenas a la angustia señal (*Cfr.* OCFAE, t. XVI, p. 359), que vino a ocupar un lugar clave después de 1926.

Lo ominoso (1919) se situó en cierto sentido a caballo entre las dos teorías: por un lado la angustia siguió siendo efecto de la represión, pero, por otro lado, se la comenzó a asociar con la castración, vínculo que acabaría teniendo una importancia crucial en esta temática. En ese escrito sostuvo que la vivencia de lo siniestro surgía, básicamente, en tres tipos de situaciones: cuando algo muy familiar devenía extraño, cuando lo inanimado se tornaba animado o en lo que se denominó la experiencia del doble. Atendió especialmente a la primera circunstancia y afirmó que lo que actualmente resultaba extraño (*unheimlich*) –y por lo tanto, desencadenador de angustia–, fue en otras épocas familiar (*heimlich*) pero, que entre esas dos estados había ocurrido una represión. El prefijo *un*, que diferenciaba ambas expresiones alemanas era, según Freud, la marca de la represión acontecida. Asimismo, en la interpretación del cuento *El hombre de la arena* de E. T. A. Hoffmann que él realizó en este texto de 1919, señaló que lo reprimido era el deseo de muerte del padre y que el *quantum* de afecto liberado se había transformado en angustia, que se conectó con otra representación: la posibilidad de padecer daños en los ojos, cosa que el vienés remitía, en última instancia, al complejo de castración:

“Por lo tanto, nos atreveríamos a conducir lo ominoso [lo siniestro] del Hombre de la Arena a la angustia del complejo infantil de castración.” (OCFAE, t. XVII, p. 233; lo que está entre corchetes es mío).

4.1.2. Segunda teoría: la angustia como promotora de la represión. La angustia señal

Freud fue elaborando los fundamentos de la misma a lo largo de casi una década. Plasmó las primeras ideas al respecto en el texto recién citado de 1919; luego, en *Más allá del principio de placer* (1920) y en *El Yo y el ello* (1923). En el primero postuló que dicho afecto podía operar **fuera** del campo regulado por dicho principio; es decir, en su “*más allá*”, articulando la angustia con las situaciones traumáticas y con la compulsión a la repetición. Caracterizó la angustia como un estado de espera ante un peligro difuso, no identificado con claridad (a diferencia del miedo, que tendría un objeto específico y determinado).⁷ En *YyE* (1923), además de exponer su segunda tópica, precisó que los conflictos entre instancias podían desencadenar angustia; por otra parte, diferenció la angustia por amenazas externas de la que surgía ante las pulsiones (peligros internos). Estos antecedentes fueron esenciales para un texto clave sobre este asunto: el ya nombrado *Inhibición, síntoma y angustia* [ISyA (1926)].⁸ En él se elaboraron y afinaron las claves de sus conclusiones definitivas sobre la angustia. Allí hizo converger varios ejes conceptuales: la nueva tópica, la segunda concepción de las pulsiones, la compulsión repetitiva, una renovada manera de entender el trauma psíquico, las elaboraciones más avanzadas sobre el Edipo, la castración, la temporalidad retroactiva, etc. La ampliación de la perspectiva fue notable: por un lado, siguió considerando que la angustia podía provenir de una transformación directa y *actual* de la libido –caso específico de las neurosis *actuales* y de los componentes de ese tipo que podían inmiscuirse en las neurosis de transferencia– y, por otro lado, dejó espacio para una concepción más amplia de la angustia, en la que quedaron involucradas las vicisitudes de las relaciones de objeto, la reactivación de antiguos traumas que dejaron huellas y la reviviscencia de los sentimientos de desamparo, indicador este último del grado de desvalimiento del yo. Describió a esta instancia como el “almácigo de la angustia”, el lugar donde esta última era cultivada para ser instrumentada. Lo hizo del siguiente modo: las defensas del yo, guiadas por el principio del placer reprimían las pulsiones y eludían, así, el displacer a que podía conducir la satisfacción de la misma. Se trataba de la *angustia señal*, una especie de contraseña que utilizaba el yo para reprimir la pulsión. Años después explicó de manera prístina el giro teórico que esto supuso:

“No puedo exponerles los diversos pasos de una indagación de esta índole; baste consignar que el sorprendente resultado fue lo contrario a nuestra expectativa. No es la represión la que crea la angustia, sino que la angustia está primero ahí, ¡es la angustia la que crea a la represión!” [32ª Conferencia. *Angustia y vida pulsional* (1933), t. XXII, p. 79].

En el artículo de 1926 además de explayarse sobre la angustia señal se refirió a la angustia automática y, nuevamente, a la realista. A partir de entonces, el yo fue declarado definitivamente como la sede de este afecto. La angustia **automática** era un estado displacentero intenso, correlativo a la presencia en el aparato psíquico de cantidades muy grandes de excitación, imposibles de ser dominadas o tramitadas adecuadamente. El factor fundamental de esta modalidad de angustia era, en última instancia, una reviviscencia de alguna situación traumática y del desvalimiento del yo en aquella situación. Como telón de fondo de la misma: el trauma de nacimiento, asunto sobre el que se volverá enseguida. El yo se sentía inerte ante un aumento más o menos súbito de estímulos o de cantidades de excitación, que no podía tramitar. Su aparición venía a señalar el fracaso de la angustia señal, ya sea porque ésta no se emitiera, ya sea a causa de que los mecanismos defensivos del yo no atinaban a responder adecuadamente ante la alarma emitida. Para el caso, los resultados eran los mismos: el yo se veía repentinamente inundado por la angustia; su desencadenamiento podía ocurrir por igual, tanto si ese cúmulo de excitación respondía a causas internas o externas. Era la respuesta espontánea –de ahí el calificativo de **automática**– ante una situación traumática o ante la reproducción o evocación de la misma. Ahora bien, ningún trauma psíquico –salvo los primerísimos– acontece sin antecedentes: el telón de fondo –o prototipo– era el desvalimiento psíquico y biológico del lactante. Estaba implícito que este último habrá recibido en más de una ocasión un aflujo incontrolable de excitaciones. Este carácter masivo de la angustia automática era

la diferencia esencial con la **angustia-señal**. Esta última se caracteriza por *destilarse a cuentagotas*; era una alarma que activaba los mecanismos de defensa.

Este dispositivo alertaba al yo para que evitara aflujos de excitaciones mayores, que podrían ser desbordantes. La angustia-señal reproducía, en forma muy atenuada, aquella angustia intensa experimentada otrora, en la situación traumática originaria. Ha de tener una dosis suficiente y adecuada para desencadenar los mecanismos represores. La angustia-señal es la respuesta ante la **amenaza** de una situación traumática; en eso consistía, según Freud, su principal diferencia con la angustia realista. La sola presunción de peligro sería suficiente para activar las defensas.

Como puede apreciarse, en la segunda teoría se minimizó la vigencia del punto de vista económico y jerarquizó, en cambio, el punto de vista dinámico: el conflicto entre el yo y las pulsiones (ello) o el yo y el superyó era lo determinante. La angustia-señal conllevó otorgar importancia a las marcas históricas, en el contexto de una temporalidad concebida retroactivamente: ella funcionaba como símbolo recordatorio o símbolo afectivo de una situación angustiosa intensa ya vivida, no reproducida aún, pero cuya reiteración se quería evitar. Todo indicaba que su función era la de prevenir angustias más extremadas; por ello se convirtió en motor y causa de la represión. Pero esa no fue la única innovación de esta segunda teoría: si bien la angustia automática remitía a situaciones traumáticas anteriores cabría señalar también que estas últimas eran (re)significadas retroactivamente desde el Edipo y la castración. En las reformulaciones de 1926 toda angustia remitía siempre y en última instancia, a la de castración. La angustia-señal no era otra cosa que la señal de la castración. Los complejos de Edipo y de castración están en el meollo de esta nueva teoría: se reprimirían las representaciones ligadas a las mociones pulsionales o a los deseos inconscientes; su retorno movilizaba la angustia-señal; se consideraban básicamente los peligros internos. Frente a las contingencias externas, calificadas de amenazas reales, el yo respondía con una angustia que Freud calificó de *realista*, por oposición a una angustia neurótica. Se encarará este aspecto del tema, antes postergado.

“Y bien, la angustia realista aparece como algo muy racional y comprensible. De ella diremos que es una reacción frente a la percepción de un peligro exterior, es decir, de un daño esperado, previsto; va unida al reflejo de huida, y es lícito ver en ella una manifestación de la pulsión de autoconservación.” [25ª Conferencia de Introducción al psicoanálisis. *La angustia* (1917); t. XVI, p. 358].

Después de ofrecer varios ejemplos de contextos y personas diferentes en que se desencadenaba tal modalidad de angustia, afirmó que el hecho de declararla “racional y adecuada” debería ser revisada a fondo, entre otras cosas, “porque el desarrollo de angustia nunca es adecuado.” (*Ídem*, p. 359).

El término utilizado por Freud –*Realangst*– fue traducido al castellano por J. Etcheverri, en las OCFAE mediante: *angustia realista*. Laplanche y Pontalis la vertieron al francés por medio de un sintagma más largo, pero muy preciso: *angoisse devant de un danger réel* (angustia ante un peligro real). Los autores del emblemático *Diccionario de psicoanálisis* aclararon con pertinencia que en *Realangst*, la parte inicial –*Real*– de dicho vocablo compuesto era un sustantivo, no un adjetivo; es decir: no calificaba a la angustia sino a lo que la motivaba: un peligro *real*. Esa modalidad de angustia –ante un peligro real exterior, amenazante para el sujeto–, se contraponía, como hemos visto en la cita de Freud, a la angustia neurótica; a aquella que surgía ante la pulsión (lo interno, por antonomasia). Estas diferencias entre ambas, planteadas ya en la 25ª Conferencia de Introducción al psicoanálisis (1917) fueron validadas en ISyA (1926) y en la 32ª Conferencia (1933); OCFAE, t. XXII, pp. 75-76.

Respecto de la angustia ante los peligros internos, se apreciará enseguida que Freud pensaba que variaba en las diferentes etapas de la vida, pero sus distintas expresiones tenían como común denominador la implicación de una separación o pérdida del objeto.⁹

En el contexto de la segunda teoría de la angustia, que conllevaba la nueva distinción entre angustia automática y angustia-señal, ya no hubieron más motivos para seguir diferenciando entre angustia realista y angustia neurótica: tanto el peligro interior como el exterior remitían, en última instancia, al mismo origen: un trauma que el organismo no pudo tramitar siguiendo el principio del placer.

La angustia, el dolor y el displacer son efectos de la pulsión y la represión que desencadenaba empujará, luego, a la formación de síntomas. La hipótesis implícita es que los síntomas se creaban para evitar la irrupción de la angustia.

“En el curso de estas indagaciones nos llamó la atención un vínculo en extremo significativo entre desarrollo de angustia y formación de síntoma, a saber, que ambos se subrogan y se relevan ente sí.” [32ª Conferencia... (1933), t. XXII, p. 77].

La angustia devino, entonces, insoslayable para todo sujeto; tanto neuróticos como perversos atraviesan, cada uno a su manera, la cuestión de la diferencia de los sexos; en la psicosis, el asunto quedó planteado de otro modo: ante el retiro de la catexis de las representaciones cosa en el inconsciente y la retracción de la carga objetual, la cantidad de excitación no podía ser ligada y se generaba más bien el tipo de angustia automática.

El capítulo XI de *ISyA* (1926), titulado “Addenda”, es particularmente interesante porque, llevado tal vez por una especie de insatisfacción teórica Freud se vio conducido a precisar algunas ideas sobre el afecto que se está comentando. De ahí que recapitulara pensamientos ya vertidos en los diez capítulos anteriores de ese mismo escrito e incluso reiterara ideas de artículos anteriores, además de añadir nuevas consideraciones sobre el tema. Los títulos de las tres partes que conforman esta Addenda, son muy elocuentes respecto los asuntos tratados: A. “Modificación de opiniones anteriores”; B. “Complemento sobre la angustia” y C. “Angustia, dolor y duelo”. En esta última diferenció dichos afectos y estados, enunciando también sus interrelaciones:

“[...] deberíamos decir que la angustia nace como reacción frente al peligro de la pérdida del objeto. Ahora bien, ya tenemos noticias de una reacción así, frente a la pérdida del objeto; es el duelo. Entonces, ¿cuándo sobreviene uno y cuándo sobreviene la otra?” (OCFAE, XX, p. 158).

En la página siguiente precisó:

“El dolor es, por tanto, la genuina reacción frente a la pérdida del objeto; la angustia lo es frente al peligro que esa pérdida conlleva y en ulterior desplazamiento, al peligro de la pérdida misma del objeto”.

Dado que lo aludido en el punto A de la Adenda ya ha sido comentado en páginas anteriores de este apartado, se hará una breve referencia al punto B, que Freud inició con esta frase:

“El afecto de angustia exhibe algunos rasgos cuya indagación promete un mayor esclarecimiento. La angustia tiene un inequívoco vínculo con la *expectativa*; es angustia *ante* algo. Lleva adherido un carácter de *indeterminación* y *ausencia de objeto*; y hasta el uso lingüístico correcto le cambia el nombre cuando ha hallado un objeto, sustituyéndolo por el de miedo {*Furcht*}.” (OCFAE, XX, p. 154; lo que está en cursiva es del autor).

Esta cita, más allá de su importancia intrínseca, ha sido incluida también porque la tesis freudiana que era enunciada en ella –ausencia de objeto en la angustia, idea ya expresada en *MAPP* (1920) y en la 25ª Conferencia de introducción al psicoanálisis (1916)– fue rebatida por Lacan en diversas ocasiones, como se tendrá ocasión de comprobar en 4.3. La segunda frase de ese fragmento, en su versión original, después de aludir a la inequívoca relación de la angustia con la *Erwartung* –expectativa, tradujo Etcheverry, aunque admitiría también: “espera” –, Freud terminó la oración afirmando: *sie ist Angst vor etwas* (ella es angustia *ante* algo) y subrayando en itálica la partícula *vor*, que tiene varios usos en alemán: delante de, ante, antes de, según los contextos. Algunas traducciones francesas utilizaron *devant*, vocablo más relacionado con “delante”.¹⁰ La angustia no tendría un objeto preciso, según Freud, pero sí alguna causa. Sucede a veces que este afecto se dispara frente a una situación real o ante un objeto exterior determinado, pero la desproporción entre el peligro real y la angustia despertada es tan grande que es fácil suponer que hay en juego algo interior e inconsciente, desplazado sobre dicha situación. Freud apeló, como ya se ha visto, a la idea de un traumatismo que fue real en su momento y toda situación que lo reverbera recrearía una angustia similar a la de entonces. El contexto puede ser nuevo pero la angustia tiene sus raíces históricas.

Dígase, por último, que el reconocimiento que Freud le hizo a Rank –se lo leerá enseguida, en la próxima cita– no le impidió criticar sus ideas: el trauma no es por el hecho de que el nacimiento

sea una situación de peligro sino porque representa de manera paradigmática la separación de la madre, destinada a repetirse cada vez que la ausencia del objeto tenga que encontrar en el sujeto una elaboración. Cuestionó así la idea rankiana de que el sujeto fuera más o menos neurótico en función de la intensidad del trauma del nacimiento. Ya lo había dicho en *ISyA* (1926) cuando sostuvo que si un objeto exterior, perceptible, era capaz de calmar el afecto ligado a una situación peligrosa— que en algún sentido reverberaba la del nacimiento—, el contenido del peligro se había desplazado de la situación económica a lo que era su condición determinante: la pérdida del objeto.

“Otto Rank, a quien el psicoanálisis debe muchas contribuciones hermosas, tiene también el mérito de haber destacado de manera expresa la significación del acto de nacimiento y de la separación de la madre [Rank, 1924]. Es cierto que todos nosotros hallamos imposible aceptar las conclusiones extremas que él extrajo de este factor para la teoría de las neurosis y aun para la terapia analítica. El ya encontró preparado el núcleo de su doctrina, a saber, que la vivencia de angustia del nacimiento es el arquetipo de todas las situaciones posteriores de peligro. Si nos atenemos a esto podremos decir que en verdad a cada edad del desarrollo le corresponde una determinada condición de angustia, y por lo tanto una situación de peligro, como la adecuada a ella. El peligro del desvalimiento psíquico conviene al estadio de la temprana inmadurez del yo; el peligro de la pérdida del objeto (de amor), a la heteronomía de la primera infancia; el peligro de la castración, a la fase fálica; y, por último, la angustia ante el superyó, angustia que cobra una posición particular, al periodo de latencia. A medida que avanza el desarrollo, las antiguas condiciones de angustia tienen que ser abandonadas, pues las situaciones de peligro que le corresponden han sido desvalorizadas, por el fortalecimiento del yo. Pero esto ocurre de manera solo incompleta.” [32ª Conferencia... (1932); OCFEA, t. XXII, pp. 81-82].

Si bien Freud describió en este párrafo varios tipos de angustia, la de castración pasó a ocupar un lugar central en su segunda teoría. Décadas más tarde, Lacan, al subrayar estos aspectos de la conceptualización del vienés, pudo decir sobre la angustia que, antes que comprenderla o describirla, era más útil precisar su posición estructural, para pensar, por ejemplo, el posicionamiento del sujeto ante la castración, las consecuencias clínicas que de esto se derivaban y las precisiones diagnóstico-nosográficas que permitirían establecer. Cabe destacar pues en las elaboraciones freudianas de su última época dos aspectos: por un lado, la angustia devino un componente estructural en el sujeto; por otro, la persistencia de marcas históricas sometidas a la (re)significación retroactiva: la fuente última de algunos afectos está en los sedimentos de acontecimientos traumáticos antiguos que serían reactualizados como símbolos mnémicos en el curso de situaciones similares. La presencia de pérdidas tempranas resignificadas como castración y la de marcas traumáticas precoces reavivadas hablaba a las claras de la compleja temporalidad en la que estuvo inmersa la teoría freudiana de la angustia.

4.2. La concepción kleiniana de la angustia

Tema kleiniano por excelencia, ocupó un lugar preponderante en sus investigaciones clínicas y en sus escritos, prácticamente desde el inicio de su producción. No sería un equívoco afirmar que toda su obra estuvo atravesada por dicha problemática; de manera infatigable explicaba las causas de su surgimiento, reprocesaba en cada texto las formas prototípicas de la misma, describía los modos en que la psique se defendía de ese afecto y establecía las articulaciones con otros conceptos suyos: sadismo, simbolización, culpa, duelo, fantasía, simbolización, proyección, etc. Si se exigiera precisar una categoría de fundamental importancia en cada una de las tres teorías que se están cotejando, cabría sostener que la angustia tuvo ese carácter en la kleiniana, a título equivalente del concepto de inconsciente en la freudiana y del significante en la lacaniana.

Consideró que la angustia —tanto por sus influencias positivas como negativas— era un factor determinante del desarrollo evolutivo; más aún, sostuvo que era el *motor* del mismo.¹¹ La angustia, en dosis adecuadas, favorecía la conformación de la psique infantil, al estimular los procesos relacionados con el cuaternario conceptual que dio fundamento a la TIK.¹²

El panorama teórico-clínico de la angustia, brevemente esbozado en el párrafo anterior, será desplegado a continuación a través de los siguientes apartados:

4.2.1. Angustia y pulsión de muerte

4.2.2. Reelaboración permanente del concepto de angustia en la obra kleiniana

4.2.3. Nuevas modalidades de angustia

4.2.4. Síntesis: las ideas cruciales sobre la angustia en la teoría kleiniana

4.2.5. La angustia como motor del desarrollo evolutivo

4.2.1. Angustia y pulsión de muerte

Klein hizo suya las tesis freudianas de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) que situaban al yo como sede de la misma y como lugar tópico desde donde se implementaban los mecanismos defensivos para atenuarla. Con el correr de los años ella elaboró su propia teoría de la angustia, en la que fue introduciendo modificaciones sucesivas.

En K₁ y en buena parte de K₂ recalcó la relación estrecha entre angustia, la pulsión de muerte y sadismo; en K₃, sin abandonar sus ideas anteriores, vino a sostener que otra fuente de angustia era el temor a la pérdida de la madre.

Para la creadora de la técnica del psicoanálisis de niños, la angustia, las inhibiciones y los síntomas eran consecuencia del sadismo –expresión tanática– más que de la represión de la libido. Su trabajo clínico y la exploración del mundo interno de los niños le llevaron a sostener que este afecto hacía su aparición desde el momento mismo del nacimiento, como correlato de la presencia de Tánatos en la psique incipiente. (Véase el esquema insertado en II, 3.1.2). De Klein podría decirse, parafraseando el precepto bíblico: “al principio era la pulsión de muerte.”

Mientras escribió en alemán se refirió a ella mediante el término *Angst*; cuando comenzó a redactar sus escritos en inglés, empleó la palabra *anxiety*. En las versiones castellanas de sus textos y, más ampliamente, en la literatura psicoanalítica de autores kleinianos hispano-americanos se suele utilizar indistintamente ambos vocablos: angustia y ansiedad, aunque parece predominar la palabra *angustia* en las ocasiones que se la describe en como manifestación psíquica del instinto de muerte; en cambio, el término *ansiedad* se encontraría con más frecuencia cuando tratan sobre las posiciones: ansiedad esquizoparanoide y ansiedad depresiva. Si bien es cierto que en castellano *ansiedad* no es un sinónimo estricto de angustia –las diferencias de uso son múltiples– en esta tesis se las empleará como tales dado que ambos provienen en última instancia de la *Angst* freudiana, término que plantea serias dificultades de traducción a las lenguas latinas, tal como se explicitó *supra*, en la nota final nº 10 de este mismo capítulo.

Como se verá enseguida, la angustia para Klein no remitía en última instancia a la castración, como en Freud, sino al instinto de muerte. En tanto consideraba que el nacimiento suponía una defusión de los instintos de vida y de muerte, la necesidad de expulsar al exterior a este último hacía que Tánatos quedara inscrito en la trama relacional desde los primeros instantes de la vida. Klein fue una de las primeras analistas que aceptó de buen grado las tesis de Freud expuestas en *Más allá del principio del placer* (1920)¹³, aunque las desarrolló de un modo personal, produciendo una importante transmutación respecto de las conceptualizaciones del vienés. En efecto, al considerar la agresividad como traducción directa de la pulsión de muerte, el sadismo devino primario, posición antitética a la descrita por Freud en el ensayo recién mencionado. Si bien ambos coincidieron en señalar al yo como sede y gestor de la angustia, discreparon en cuanto al surgimiento de esa instancia psíquica.¹⁴ En lo que a la angustia se refiere conviene recordar que según Klein, el bebé es capaz de sentirla desde los primeros días de vida y que, además, puede implementar mecanismos para defenderse de ella.

La relacionó con todo aquello que despertaba en el yo la sensación de peligro o amenaza, que se sentía como proveniente de un objeto hostil, sea interno o externo. Según Klein, el exceso de angustia ponía en marcha las primerísimas defensas del yo, pero ¿a qué se debía ese exceso de angustia? Una de las respuestas posibles se encontrará en su teoría sobre el funcionamiento psíquico temprano; en ella, la destructividad era uno de sus componentes esenciales; la expulsión de la misma generaba objetos hostiles al yo, que al ser introyectados devenían objetos internos persecutorios que se sumaban a los externos, en la generación de angustia.

Klein no adoptó el punto de vista de la primera teoría freudiana de la angustia, que la relacionaba con la represión (véase *supra*, 4.1.1), porque, según ella, dicho mecanismo de defensa aparecía más tardíamente que la angustia (véase II, 3.3.10).

Un último apunte antes de acabar esta introducción: Klein asoció estrechamente la angustia con los procesos de simbolización, la culpa y los duelos. Los dos últimos fueron considerados en el capítulo anterior al examinar la PD (II, 3.1.3.); la simbolización en tanto reductora de la angustia fue abordada en II, 3.1.8 y en II, 6.4.1.

4.2.2. Reelaboración permanente del concepto de angustia en la obra kleiniana

La angustia –latente o manifiesta– fue una de las nervaduras importantes en su producción, a tal punto que toda su obra podría ser considerada como una gran teoría sobre la angustia y los modos de procesarla psíquicamente. La utilizó también para orientarse en la clínica: buscaba hacer patente sus formas latentes, tanto en su tarea con niños y adultos; consideraba que había que interpretarla en todas y cada una de sus manifestaciones. Lo enunciado muestra ya algunas diferencias con Freud y Lacan: para estos dos analistas la angustia no era latente; pertenecían al registro de la conciencia; ni siquiera al del preconsciente: para ellos, los afectos –por definición–, se sentían, se percibían; la represión no actuaba sobre la angustia.¹⁵ Para Klein, la angustia era básicamente inconsciente, aunque podía manifestaciones conscientes; en su teoría, este afecto ocupó un lugar más importante que en la producción de los otros dos psicoanalistas. Para ella la angustia siempre tenía un significado.

Sus primeros artículos sobre este tema giraron en torno a los vínculos entre la angustia y las inhibiciones intelectuales de los niños. En 1919 presentó en la Sociedad Psicoanalítica húngara su primer artículo –*Notas sobre el desarrollo intelectual de un niño*– basado en las observaciones realizadas sobre su hijo Erich (Fritz). En ese escrito sostuvo la necesidad de esclarecer a los niños sobre la sexualidad y la religión; también se refirió a la importancia de que los padres no trataran de manera autoritaria a sus hijos. Tales actitudes evitarían las perturbaciones intelectuales y favorecerían la curiosidad, la capacidad crítica y creadora de los infantes, cosas que a su vez, les llevarían a una mejor relación con la realidad. Proponía una suerte de crianza basada en conceptos psicoanalíticos. Los momentos precoces de su producción estuvieron marcados por esas tendencias pedagógicas; dentro de ese contexto planteó que las inhibiciones del desarrollo intelectual del niño se debían a un exceso de represión. Lo terapéutico consistía, según ella, en no reprimir la curiosidad sexual; con ello se evitarían los desarrollos de angustia correlativos a la implementación de ese mecanismo de defensa. Los niños establecían inhibiciones, según Klein, para no sentir angustia y, a la vez, se angustiaban porque reprimían.

El fondo conceptual de estas ideas de los inicios de K_1 fue la primera teoría sobre la angustia de Freud; pero Klein fue más allá del vienés al considerar que la angustia era esencialmente inconsciente y que, en ese tipo de situaciones, era menester descubrirla e interpretarla –ponerla en evidencia– como paso previo para su disminución o eliminación. Era necesario resolver la angustia –entendida por entonces como subproducto de la represión, según lo expuesto en 4.1.1– para que la inhibición desapareciera. Esos primeros trabajos ya contenían en estado germinal su teoría del Edipo temprano: si había angustia era porque se reprimía; si la angustia era precoz, la represión también lo era; por lo tanto: había representaciones incestuosas que debían cambiar de *status* tópico y devenir inconscientes. En los inicios de K_1 , la angustia tuvo mayor presencia en sus textos que las elaboraciones sobre el yo. Con posterioridad se ocupó de las defensas tempranas, anteriores a la represión, y comenzó a desvincular la angustia de la represión, para asociarla con el instinto de muerte y el sadismo. Incluyó también en su andamiaje conceptual a la segunda teoría freudiana sobre la angustia –ver *supra* 4.1.2–, aunque no la aceptó en su totalidad; por ejemplo, el concepto de angustia señal no lo hizo suyo; no se encontrará un equivalente de la misma en toda su obra.

Años más tarde, concretamente en 1932, tras aceptar –con salvedades– el segundo dualismo pulsional freudiano, su pensamiento sobre la angustia dio un giro importante: en primer lugar, comenzó a utilizar con frecuencia palabras como “situación ansiógena” o “situación angustiosa”: la angustia quedó ubicada en un contexto espacial y relacional. Luego fue sustituyendo estos términos por “angustia temprana”; como es evidente, el factor temporal adquirió preeminencia. La aparición de ese nuevo sintagma fue consecuencia de un viraje teórico de gran calado: haber concebido por entonces a la angustia como una manifestación del instinto de muerte: consideró que el bebé, desde

su primer día de vida, era capaz de percibir la acción de Tánatos. Esto no supuso que la angustia quedara descontextualizada: ni de las relaciones objetales, ni de las fantasías ni de los mecanismos de defensa para desembarazarse de ella. Más bien recalcó que todo ese conjunto se ponía en juego precozmente. Poco tardó en darle el carácter conceptual a través de articular todos esos factores en un concepto más amplio e integrador: posición. En *CPM-D* (1934), perfiló la PD y la angustia que le era correlativa. Entre líneas aparecía la angustia paranoide que vendría a integrarse definitivamente a la PEP, en 1946. A partir de entonces las dos angustias se mantuvieron vigentes hasta sus últimos escritos.

La angustia depresiva tuvo antecedentes en las tesis de Abraham y Freud sobre la pérdida de objeto en la melancolía, pero ella la desarrolló desde una perspectiva personal, planteando que si de una pérdida se trataba, era un objeto interno (véase al respecto II, 3.1.3).

La articulación entre la angustia y el instinto de muerte –y su derivado: el sadismo –estuvo ausente en la obra freudiana; debe considerársela una manera propiamente kleiniana de pensar esta cuestión. Freud había relacionado la pulsión de muerte con la compulsión repetitiva y con el masoquismo primario pero no con la angustia. Esta última no era tanto un revelador de lo libidinal sino más bien un índice de las vicisitudes del sadismo (aumentos, disminuciones, desplazamientos, etcétera). Las actitudes sádicas se enfilaban especialmente hacia la figura de los padres combinados, forma kleiniana de tematizar la escena primaria. (Véase II, 5. 3). Klein utilizó la angustia –especialmente las tempranas– a la manera de una brújula que orientaba su tarea interpretativa en la clínica.

Por otra parte, Klein, al asociar este afecto con la fantasía inconsciente, creaba escenificaciones o narrativas imaginarias con las que interpretaba sistemáticamente aquello que ella denominaba el *contenido* de la angustia.

Ahora bien: no sólo corresponde subrayar el puente que estableció con el par instintivo Eros/Tánatos sino también la relación inextricable que introdujo entre la angustia y los objetos: no habría angustia sin objeto; formulación, que en lo explícito, coincide casi punto por punto con otra expresada por Lacan años más tarde, según podrá leerse *infra*, en el apartado 4.3.3. El objeto real externo preexistía al nacimiento del bebé, pero éste lo *instituye* como tal sólo tras hacerlo depositario de las deflexiones y/o proyecciones del instinto de muerte; si se lo introyecta, deviene objeto interno. Obsérvese, de paso, el carácter estrictamente psicoanalítico de la teoría de la constitución del objeto elaborada por la matriarca del psicoanálisis: el objeto alcanza tal estatuto cuando se subjetiva; en este caso, tras recibir las proyecciones del yo. De esta manera, el objeto se acaba estructurando como persecutorio y en él se focalizan los temores; simultáneamente, una parte del yo se paranoidiza.¹⁶

Para Klein, todas las actividades del niño, fueran reales o fantaseadas, se organizaban como defensa contra la angustia y debían considerarse formas de metabolización de la misma. Ella sostenía que el juego infantil cumplía esencialmente esa función: comportaba un modo típico y muy habitual de controlar o disminuir la angustia. La propensión de los niños a jugar se fundaba en tales finalidades: les ayudaban a defenderse contra las vivencias de peligro –tanto internas como externas– y disipaban algunos de sus miedos. De ahí se derivaba el carácter severo de la problemática de aquellos infantes que no juegan. La actividad lúdica era para Klein una manifestación de Eros que se contraponía a Tánatos, generador de la angustia. Eso implicó otra diferencia con Freud en lo que respecta a las relaciones que ambos establecieron entre la angustia y las actividades sexuales.

“Los análisis tempranos muestran que en el juego el niño no sólo vence una realidad dolorosa, sino que también domina sus miedos instintivos y los peligros internos, proyectándolos al mundo exterior.” [*PN* (1932); OCKPA, vol. 1, p. 302].

Pero, con su actividad lúdica, el varón y la niña no sólo dominaban sus temores a los peligros del mundo interno y externo; también ponían en juego su deseo y establecían un puente entre fantasía y realidad.

“El análisis de las niñas normales muestra que estos juegos, junto al cumplimiento de deseos, contienen las más profundas ansiedades correspondientes a las situaciones tempranas de ansiedad, y que detrás de este repetido deseo de la niña de tener más hijas –las muñecas–, yace una necesidad de consuelo y de aliento. La

posesión de muñecas es una prueba de que su madre no le ha robado los niños, de que su cuerpo no ha sido destruido por ella y de que será capaz de poseer niños. Además, criando y vistiendo sus muñecas, con las que se identifica ella misma tiene pruebas de que su madre la ama, y disminuye su miedo a ser abandonada y quedar sin hogar y sin madre. Este propósito también sirve, en cierto modo, para otros juegos jugados por los niños de ambos sexos, como por ejemplo, juegos de amueblar casas y viajes. Estos juegos surgen del deseo de encontrar un nuevo hogar, es decir, de redescubrir a la madre.” [PN (1932); OCKPA, vol. 1, p. 306].

Luego refirió el juego de los varones con carros, caballos y trenes mediante los que ellos escenificaban –con muchas variantes– las luchas contra el padre castrador, al que imaginaban en el vientre de la madre. Klein atribuyó una doble finalidad a estas actividades: la realización de deseos y el dominio de la angustia. Consideró también que, con la entrada en la latencia, la intensidad del juego se atenuaba, porque por entonces el niño ya había aprendido a manejar mejor la ansiedad; lo lúdico perdía el carácter imaginativo de otrora y las preocupaciones por los aprendizajes escolares –que sólo al principio conservan ciertas características del juego– reemplazaban ampliamente a los juguetes.

Estas ideas de Klein llevaban implícitas la posibilidad de que se constituyesen dos tipos de círculos; vicioso uno y virtuoso otro: a más agresión, mayor angustia, menos gratificación. Y, cuanto mayor gratificación, menor agresión, menos angustia. Lo interesante de ambos círculos era que se podía penetrar en ellos por cualquiera de sus miembros constitutivos; además: siempre estaba presente el objeto. La gratificación libidinal –expresión de Eros– favorecía el desarrollo evolutivo, reforzaba la creencia del niño en sus imagos benévolas y atenuaban los peligros derivados de la acción del instinto de muerte y del superyó cruel.

Muy tempranamente en su obra, y siguiendo los pasos de Ferenczi, Klein asoció la identificación con la formación de símbolos y consideró que la angustia era la que ponía en marcha los mecanismos identificatorios. Las relaciones entre angustia, identificación y simbolización serán tratadas con más detalle en II, 6.4.1.

En *CPM-D* (1934), además de discriminar mejor la angustia paranoide de la depresiva, postuló la existencia de una modalidad específica y propia de los estados de desintegración. En relación a las dos primeras –OCKPA, vol. 2, p. 260– señaló que pese a todas las dificultades que existían para trazar una frontera entre ambas, debido a las interrelaciones e imbricaciones que ellas tenían, podía constatarse el siguiente hecho diferencial: el contenido de la angustia paranoide estaba especialmente focalizada en el yo: éste registraba una inquietud por amenazas provenientes tanto de objetos internos como externos persecutorios y tenía que defenderse; además debía preservar los objetos buenos internalizados (totales) con los cuales el yo se identificaba. En cambio, el contenido de la angustia depresiva revelaba una preocupación por los objetos, especialmente por los buenos, a los que imaginaba maltrechos por los ataques a ello prodigados. Estos daños imaginarios provocaban remordimientos y grandes esfuerzos por cuidarlos y salvarlos (reparación). Esta segunda ansiedad se revelaba como más compleja y muy insidiosa. El tránsito desde el predominio de la angustia paranoide a la supremacía de la depresiva no acontecía de un modo abrupto sino paulatino y con oscilaciones.

“Me parece que sólo cuando el yo ha introyectado el objeto como un todo y ha logrado mejores relaciones con el mundo externo y con personas reales, es capaz de comprender ampliamente el desastre creado por su sadismo y especialmente por su canibalismo, y sentirse apenado por ello. [...] El yo se encuentra entonces enfrentado con el hecho psíquico de que sus objetos de amor se encuentran destruidos -en trozos- y la desesperación, el remordimiento y ansiedad que se derivan de este reconocimiento forman la base de numerosas situaciones de ansiedad, entre las que citaré: cómo juntar los trozos de manera correcta y a su debido tiempo; cómo recoger los trozos buenos y deshacerse de los malos; cómo hacer revivir el objeto una vez que se han juntado los trozos, y ver esta tarea obstaculizada por los objetos maños y el propio odio.” (OCKPA, vol. 2, pp. 260-261).

A renglón seguido dedicó unas palabras a la *ansiedad depresiva de desintegración*, a la que consideró el motor de todas las sublimaciones.

En *NAME* (1946) introdujo otra variedad de angustia: la esquizoide. En un apartado de dicho artículo titulado “Ansiedad latente en pacientes esquizoides”, después de aludir a la carencia de emociones que hace a estos pacientes parcos en sus respuestas afectivas, afirmó que la falta de

angustia en ellos era sólo aparente y se debía a que los mecanismos esquizoides llevaban a cabo una dispersión de las emociones; la angustia entre ellas.

“Estos pacientes tienen cierta forma de ansiedad latente, la que es mantenida latente por el temor particular de dispersión. El sentimiento de estar desintegrado, de ser incapaz de experimentar emociones, de perder los propios objetos, es en realidad el equivalente de la ansiedad. Esto es más evidente cuando se han hecho progresos en la síntesis. El gran alivio que entonces experimenta el paciente deriva de sentir que su mundo interno y externo no sólo se ha achicado más, sino también que han vuelto a la vida. En esos momentos se hace evidente, retrospectivamente, que cuando faltaban las emociones, las relaciones eran vagas e inciertas y se sentían perdidas partes de la personalidad, todo parecía muerto. Todo esto es el equivalente de una ansiedad muy seria. Esta ansiedad, que mantenida latente por dispersión, es hasta cierto punto, experimentada todo el tiempo, pero su forma difiere de la angustia latente que podemos reconocer en otros tipos de casos.” [NAME (1946), OCKPA, vol. 3, p. 272].

Se aprecia en este párrafo lo comentado anteriormente sobre un aspecto del pensamiento kleiniano: la existencia de angustia latente, no percibida por el sujeto.¹⁷ Ella podría hacerse manifiesta en momentos muy avanzados del análisis, tras haber reducido la esquizoidía o, expresado en otros términos, después de lograr una mayor integración psíquica. Klein estableció también una equivalencia u analogía entre la angustia ordinaria –la de los neuróticos–, y los sentimientos de desintegración, de incapacidad de experimentar emociones y de aceptar la pérdida de objetos, en los pacientes esquizoides. Cabe agregar que por entonces –1946– estas vivencias de desintegración fueron explicadas como un efecto de una actividad muy intensa de la recién introducida identificación proyectiva o de variantes patológicas de la misma.

4.2.3. Nuevas modalidades de angustia

Otros hitos que conviene mencionar respecto de sus elaboraciones sobre la angustia son los artículos que publicó en 1952. Ellos no se caracterizaron por las nuevas aportaciones al tema, pero sí por haber dado la forma casi definitiva a las dos variedades más importantes de angustia que ella había teorizado: la esquizoparanoide y la depresiva. En *OCB* y *CTEL*, ambos de 1952, remarcó las diferencias entre ambas, señaló algunas transiciones más específicas de una a otra y puso el acento en la cercanía entre la angustia depresiva, el sentimiento de culpa y los duelos. Estos aspectos fueron extensamente tratados en II, 3.1.

Hubo que esperar unos pocos años más –*EyG* (1957) – para que apareciese en la escena teórica la angustia *confusional*, diferente de la paranoide y depresiva, aunque con alguna relación con la angustia de desintegración. En el periodo que va desde 1946 hasta la publicación de este nuevo texto, había profundizado en el estudio de la identificación proyectiva (IP), sobre todo en sus variantes más intensas y patológicas. Si las formas más normales generaban de por sí una relación narcisista de objeto que hacía difícil la discriminación entre yo y no yo o, si se quiere: entorpecía la posibilidad de distinguir quién es quién en dichos vínculos, el fenómeno se exacerbaba, creando una indiferenciación extrema entre el yo (sujeto) y el objeto, en los casos en que se instrumentaba una I.P. patológica. La angustia confusional –noción que creó junto con Herbert Rosenfeld– podía ser una clara consecuencia de ese funcionamiento tan agravado de la IP. Pero también dio a entender que el yo podía verse embargado por esta variedad de angustia como forma de encubrimiento de otras modalidades de ansiedad.

En el terreno clínico Klein consideró a la angustia era una encrucijada en la que convergían el yo, las relaciones con los objetos, los instintos y las fantasías inconscientes. Según ella, la angustia poseía siempre un *contenido* a interpretar: era angustia ante algo que se fantaseaba hacer o que ya se estaba haciendo, cuestión que implicaba tanto al yo como a sus objetos.

4.2.4. Síntesis: las ideas cruciales sobre la angustia en la teoría kleiniana

La relacionó estrechamente con el instinto de muerte y la agresividad, lo que situó su concepción sobre este afecto en pleno corazón de los conflictos entre Eros y Tánatos. Además:

- El yo era la sede y el gestor de la misma
- La angustia podía ser latente o manifiesta; incluso inconsciente

- La angustia quedó estrechamente ligada a las relaciones de objeto, sean internas o externas; también con los mecanismos de defensa que intentan yugularla.
- Correlacionó la angustia con el superyó temprano; este último fue considerado como una fuente interna de angustia muy importante, dado su carácter cruel y tiránico.
- Describió formas precoces de angustia, derivadas de la acción temprana del instinto de muerte. En ese contexto describió la angustia de aniquilación. Esta propuesta se basaba en la existencia de un yo innato, escasamente integrado en el momento del nacimiento, pero capaz de percibirla y de defenderse de ella.
- Consideró al juego de los niños como modo de elaboración de la angustia; la actividad lúdica convertía la angustia en placer.
- A comienzos de K₂ conceptualizó las dos modalidades principales de angustia que puede encontrarse en su obra: la paranoide y la depresiva, propias de la PEP y la PD, respectivamente.
- La angustia era proclive a aparecer ante algo que se hará o que ya se está haciendo. Su articulación con las fantasías otorgaba muchas veces un carácter inconsciente a dicha angustia.
- La lectura de artículos de los tres periodos de su obra (K₁, K₂ y K₃) permite deducir cuál de las dos teorías freudianas de la angustia estaba implementando, ya que adhirió tanto a la primera como a la segunda concepción del vienés, aunque a ambas le agregó nuevas facetas o descartó aspectos con los que no coincidía.
- Atribuyó especial importancia a la angustia generada por el superyó arcaico.
- La angustia pone en marcha en el niño el mecanismo de identificación que lleva a reencontrar partes de su propio cuerpo en objetos del mundo exterior. Por esta vía la angustia quedó relacionada con la simbolización.
- Postuló otras variedades de angustia que si bien no alcanzaron la relevancia de la paranoide y la depresiva, abrieron nuevas líneas de investigación clínica: la angustia de *aniquilación*, propia de los primeros momentos de vida, pero que podía persistir o retornar —vía regresiva— en momentos particularmente difíciles de la existencia; la angustia *confusional*, caracterizada por la gran indiscriminación con el objeto, producto de la implementación abusiva de la I.P. Por último cabe mencionar su reiterada insistencia en la angustia psicótica, tema retomado por varios de sus discípulos (H. Rosenfeld, W. Bion, etcétera).
- Utilizó la angustia como una brújula para la clínica; precisar su origen e interpretarla guió su labor con los pacientes, tanto en el análisis de niños como en los de adultos. Este afecto estuvo siempre en el meollo de su tarea clínica.
- Dio importancia a la angustia en sí, pero más aún al contenido de la misma, ya que éste le ayudaba a precisar los instintos puestos en juego en las relaciones objetales angustiantes, las fantasías intervinientes y las posibles vivencias psíquicas. Este conjunto le era esencial para la elaboración de sus interpretaciones en la clínica.
- Podría decirse que para ella la angustia fue la vía regia hacia lo inconsciente; allí residió otra diferencia con Freud, quien había otorgado al deseo ese acceso privilegiado.
- En la clínica, la angustia orientaba la labor interpretativa. En cierto sentido también implementó una idea que —salvando todas las distancias— Lacan vino a formular años más tarde: “la angustia es el único afecto que no engaña”. Pero, mientras el psicoanalista francés lo utilizó como brújula para orientarse respecto del deseo del Otro (véase *infra*. 4.3.1.), Klein la empleó para cerciorarse sobre el ámbito espacio-temporal y conflictivo del que ella emergía.

4.2.5. La angustia como motor del desarrollo evolutivo

Con la síntesis precedente sobre las fuentes, manifestaciones y funciones de la angustia podrá entenderse, sin la necesidad de grandes comentarios, porqué ella, en dosis no excesivas, estimulaba la psiquización del infante. El esquema insertado en II, 3.1.2 servirá de punto de partida. En él se graficó la manera en que la angustia movilizaba al yo incipiente a buscar objetos sobre los

cuales descargarla; el circuito descrito, repetido insistentemente, iba ampliando el mundo objetual del bebé y, luego, del niño. Una de las consecuencias de estos recorridos era la creación de objetos internos, vía introyección de lo proyectado. Si la angustia era excesivamente alta la persecución generada sería intensa y el desarrollo evolutivo sufriría perturbaciones. Una angustia baja haría perder al yo acicates (autismo, retardos psíquicos, etcétera).

La apertura al mundo externo era promovida, en primera instancia, por las manifestaciones tanáticas pero, la libido (Eros) le seguía de manera inmediata los pasos, produciendo objetos externos idealizados que generaban los correspondientes objetos internos. La “asamblea de objetos internos” (véase II, 1.2.2.1.) comenzaba a formarse, así, en la PEP y seguiría ampliándose durante la PD, aunque dando pie a objetos internos y externos menos persecutorios. El yo, en proceso de cohesión progresiva, iba gestionando mejor la angustia y era más capaz de tolerarla. Los procesos sublimatorios y reparatorios se sumaban a la faena de reducir la angustia, favoreciendo el círculo virtuoso de las relaciones con objetos buenos (II, 6.4.1 y II, 6.4.3). Lo mismo podría decirse de la ampliación de las actividades lúdicas del infante, otro medio de mantener la angustia a niveles favorecedores de la maduración psíquica.

4.3. La angustia en la teoría lacaniana

El psicoanalista francés abordó desde diferentes ángulos y en distintos momentos esta problemática; incluso le dedicó un seminario completo –el décimo–, durante el curso 1962/1963. Como él mismo se encargó de decir en la primera clase del *S 10*:

“La angustia es muy precisamente el punto de encuentro donde les espera todo lo relacionado con mi discurso anterior. Verán ustedes como ahora podrán articularse entre sí cierto número de términos que antes habrían podido no parecerles conjugados. Verán Uds., así lo creo, cómo, al anudarse más estrechamente en el terreno de la angustia, cada uno de ellos ocupará mejor su lugar.” (*S 10*, p. 11).

Al igual que con la mayoría de conceptos heredados de Freud, Lacan procesó el de angustia con categorías provenientes de otras disciplinas, entre ellas: filosofía, lógica, lingüística, matemáticas, topología, sociología, etc.

En la clase del 14/11/62 del seminario *La angustia*, Lacan aludió a varios pensadores que habían abordado dicho tema; entre ellos citó a Søren Kierkegaard, Gabriel Marcel, León Chestov, Nicolai Berdiaeff, Jean Paul Sartre y algunos otros. Refirió el interés de los filósofos existencialistas por ese tema y, de manera tácita o explícita, debatió con todos ellos. Afirmó que había existido otro filósofo que se ocupó de dicho asunto, para insistir a renglón seguido que a él no podía situarlo en la misma lista de los recién nombrados: se trataba de Heidegger. Lacan le otorgó un lugar privilegiado y se refirió a varios de sus desarrollos sobre la angustia –y a temas conexos a ella– afirmando sentirse muy cerca de la derelicción original del pensador de la selva Negra. Sin embargo, el cotejo de las ideas de ambos sobre la misma cuestión, muestra diferencias importantísimas. Aunque parezca obvio decirlo, uno hablaba o escribía sobre psicoanálisis; el otro hacía mismo, pero en el marco de la filosofía. Una síntesis de las líneas directrices de cada uno puede esclarecer esas disparidades y orientar en el recorrido que se emprenderá a continuación: si para Heidegger la angustia revelaba la nada sobre la que se sustentaba el ser, para Lacan ella era reveladora del deseo del Otro y señal de lo real. Conviene tener presente la ausencia de la categoría de inconsciente en Heidegger y su ajenidad a la problemática de la diferencia de los sexos, cuestiones que estuvieron omnipresentes en la enseñanza Lacan.

Al comienzo de este capítulo se señalaron los conceptos lacanianos con los que la angustia quedó engarzada en su teoría. La simple reseña de los mismos habla, por sí sola, de las importantes inflexiones que introdujo en las ideas de Freud sobre el tema. La forma en que abordó el concepto muestra de manera casi paradigmática su *modus operandi* habitual: señalamiento de las coincidencias y discrepancias con el vienés, virajes respecto de algunas consideraciones de éste, introducción de facetas novedosas y reciclado permanente de los conceptos propios, sometidos, aquí y allá, a nuevas reformulaciones. Luego, articulación de las elaboraciones sobre este el tema con el resto del andamiaje conceptual de su teoría. Lo dicho es válido, también, respecto de los referentes filosóficos que utilizó, que serán examinados en III, 7. Su esfuerzo se dirigió, no tanto a explicar o

describir la angustia, como a precisar su función y a articularla con los significantes y matemas que le estaban asociados por estructura.

El psicoanalista francés tomó distancias respecto del vínculo establecido por Freud entre la angustia y la reemergencia de lo traumático. Para él, la angustia era más un efecto de la vacilación de la estructura psíquica que el resultado –o la amenaza– de revivir un trauma (véase *supra*, 4.2). En concreto, sostuvo la tesis siguiente: la aparición de la angustia era el correlato del desfallecimiento de la función amortiguadora del fantasma de lo real. Este fallo y sus consecuencias –el impacto de lo real sobre el sujeto– sería una de las posibles causas de aparición de la angustia. El fantasma hacía habitualmente de pantalla –de resguardo– frente a lo real, impidiendo de esa manera el surgimiento de la angustia. Dentro de esta perspectiva, la angustia surgiría siempre en la frontera donde se contacta con lo real.

Hubieron otras diferencias con el vienés: Lacan no la consideró una reacción ante peligros externos o internos (pulsionales); más bien la concibió como el afecto que atravesaba al sujeto cuando éste se ve confrontado con el deseo del Otro. De modo tal que una primera caracterización lacaniana de la angustia podría ser la siguiente: es el afecto que se despierta en el sujeto cuando se ve confrontado con el deseo del Otro. Más breve aún: la angustia es signo del deseo del Otro. También deshizo la relación entre las diferentes pérdidas propias en cada momento evolutivo y la angustia que habían sido postuladas por Freud en la 32ª Conferencia de introducción al psicoanálisis (1932), de la que se citó un fragmento *supra*, casi al final de 4.1.2. Este desanudamiento fue la consecuencia lógica de considerar la pérdida como inscrita estructuralmente en la subjetividad, cosa que le permitió diferenciar esta última de las pérdidas empíricas, circunstanciales, que, en todo caso podrían conducir a un duelo. De ahí que el concepto de castración simbólica –inflexión importante respecto de la manera freudiana de entender la castración– fuera considerada salvífica por Lacan, más que promotora de dicho afecto, porque “inmunizaba” al sujeto de la gran angustia que le embargaría en caso de quedar atrapado en una relación dual. La angustia, por el contrario, surgiría según Lacan cuando *falta la falta*; es decir, en caso de no operar la castración simbólica. Ésta, al devenir estructurante del sujeto, tuvo amplias repercusiones sobre la teoría de la angustia y, también, en el abordaje de otras cuestiones clínicas.

Sus principales aportes al tema podrían resumirse del siguiente modo: la angustia es reveladora del deseo del Otro y señala la inminencia o cercanía de algo del registro de lo real. Si la articulación con el deseo planteará necesariamente el papel del objeto *a* y del fantasma, la relación con lo real implicará un rodeo por la castración simbólica y el goce. El debate sobre el objeto (y su pérdida como fuente de angustia) conducirá a otro par de formulaciones lacanianas originales; primera: “**la angustia no es sin objeto**”, objeto éste que se revelará entroncado con La cosa, el *das Ding* de Freud; segunda: “**sin objeto *a* no hay angustia**”.¹⁸ Estas ideas nodales deben leerse sobre el telón de fondo representado por la subversión del sujeto: ni esencia ni sustancia sino lugar; atravesado por el lenguaje –*hablanteser*¹⁹–; intrincado estrechamente con el goce; marcado por la falta (castración); ajeno a toda idea de plenitud. Quien percibirá la angustia como señal –del deseo del Otro, de lo real– emitida por el yo, es el sujeto del inconsciente, sujeto del goce, de la castración, del deseo. Sujeto siempre relacionado con el Otro; Otro que es también castrado y deseante, marcado por el significante de la falta: *S(A)*.

A continuación se desplegarán con detalle los aspectos recién enunciados de la teoría lacaniana sobre la angustia; se incluirán también las repercusiones clínicas de esta manera renovada de concebirla. Se hará a través de cuatro apartados que llevan los siguientes títulos:

- 4.3.1. Angustia y deseo
- 4.3.2. Angustia y lo real. Goce
- 4.3.3. Angustia y objeto
- 4.3.4. Angustia y clínica

La relación inextricable entre todas estas facetas se pondrá rápidamente de manifiesto: las cuatro perspectivas estarán de un modo u otro copresentes, pese a esta arbitraria división que se ha impuesto, a fines expositivos.

4.3.1. Angustia y deseo

El punto de partida para estas consideraciones será una frase del seminario *La angustia*; más específicamente, de la clase del 13/7/63:

“Desde el primer abordaje [de la cuestión, dos años antes: seminario *La identificación*] indiqué que la función angustiante del deseo del Otro estaba ligada a esto: yo no sé qué objeto *a* soy para ese deseo.” (Lo que está entre corchetes es mío).

Esta breve cita condensa una de sus ideas nodales: la angustia es una vía de acceso al objeto *a*; ella surge ante la percepción del deseo del Otro. La presencia deseante del Otro genera angustia en el sujeto.

Lacan vino a decir que el objeto *a* está siempre en juego en la angustia, aunque el sujeto desconozca qué de sí mismo funciona como activador del deseo en el Otro. En todo caso, la angustia viene a indicar la presencia de ese objeto *a* en lo real. Por otra parte, en tanto dicho objeto se articula en el fantasma, según su conocida fórmula $-\$ \langle \rangle a-$, la angustia viene a indicar que el sujeto quedó incluido en el fantasma del Otro.

En la frase anterior se enunció un conjunto de conceptos lacanianos enlazados con la angustia; todos ellos alcanzaron en su teoría el estatus de matemáticas: $\$$ (sujeto barrado, sujeto del deseo), *a* (objeto *a*), *d* (deseo), $\$ \langle \rangle a$ (fantasma) y *A* (Otro).²⁰ También se sabe que, a su manera y por medio de estos matemáticas, Lacan escribió la subversión del sujeto operada por Freud.

En lo que a la angustia respecta, ella no fue situada del lado del yo (*moi*) ni de lo imaginario sino del lado del sujeto del deseo ($\$$). En este aspecto Lacan se distanció tanto de Freud como de Klein. La angustia emergería siempre en relación al Otro y mostraría de manera patente las múltiples dependencias del sujeto respecto de ese Otro. Lo novedoso del *S 10* consistió en avanzar –interrogativamente– la idea de que la angustia podía ser un modo de comunicación entre el sujeto y el Otro (Cfr. la clase del 23/1/63) y, en situaciones extremas, ser el último hilo que mantenga el lazo entre ambos.²¹ Esta dependencia se alimentaba –paradójicamente– de las decepciones a sus demandas: el Otro no las podía satisfacer siempre ni le sería posible dar garantías sobre la existencia del sujeto. Sin embargo, desde el narcisismo, se impone concebir al Otro como no castrado y soslayar que, al igual que él mismo, el Otro está barrado y es, también, deseante.

La toma de contacto con ese deseo del Otro deja al sujeto sin palabras; por unos instantes queda anulada su capacidad de simbolización. La angustia es heterogénea al significante, al igual que lo real y una parte del objeto *a*.²² Todo esto conduce a que la angustia sea un afecto imposible de reprimir.

Confrontado con el capricho indescifrable del deseo del Otro; ignorando qué de sí ha podido despertarlo, el sujeto se pregunta: ¿qué quiere el Otro de mí? ¿*Che Vuoi?* ¿Qué le hace deseante de mí? El fantasma, que en esos instantes podría detener esa interrogación caótica, desfallece. Entonces, vacila momentáneamente el marco que sostiene su realidad (construida con la mediación de su complejo fantasmático). Aquello que la ha permitido instalarse en el mundo circundante, tambalea. Aparece la angustia con toda su fenomenología, que incluye las manifestaciones somáticas ya comentadas al comienzo de 4.1.: taquicardia, sudoración, opresiones en el pecho, garganta o abdomen, etc., asociadas a un dolor o malestar psíquico más o menos intenso, según los casos.

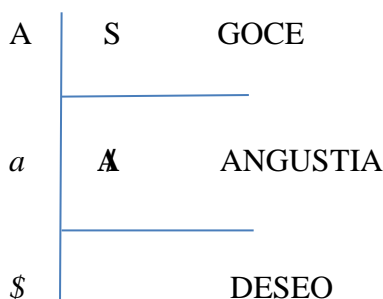
En la angustia el objeto *a* revela de manera paradigmática su eficacia: despierta, a espaldas del sujeto, el deseo del Otro, que se le aparece irrumpiendo desde lo real, que emerge desnudo, en su máxima expresión y desprovisto del efecto de significación. Se produce una confrontación con el Otro –con su falta [castración: $S(\mathcal{A})$], con su deseo– sin que ningún artificio acuda a velarla. En ese instante es imposible para el sujeto introducir la mediación del significante (registro simbólico) o de la imagen (registro imaginario). El deseo del Otro se presenta como certeza, como evidencia. Ignorándolo, el sujeto encarna al *a*, ese objeto que él es en el Otro. Al activar el deseo del Otro, se revela al mismo tiempo la falta en el Otro: \mathcal{A} : el Otro también está castrado.²³ Esta mediación del objeto *a* y del deseo en la relación sujeto – objeto (Otro) está reglada, como se verá enseguida, por el goce.

4.3.2. Angustia y lo real. Goce

La fórmula del fantasma ponía en evidencia el carácter relacional del mismo: siempre hay un objeto articulado al sujeto. El fantasma cumplía, según Lacan, una función estabilizadora de la psique: protegía al sujeto de los impactos de lo real. Cuando el fantasma vacilaba, lo real impactaba al sujeto y, entonces, emergía la angustia. La irrupción de lo real, concomitante al desfallecimiento del fantasma, que sorprendía al sujeto, entraba en resonancia con las formulaciones de Heidegger acerca del “retroceso ante la percepción de la nada”.

La angustia denunciaría la inminencia de lo real²⁴; en ese sentido, ella también tuvo para Lacan la función de señal: advertía al sujeto sobre la posible irrupción de lo real. Ante esa posibilidad, la angustia movilizaba las defensas. Sin embargo, al decir de Lacan, resultaba imposible defenderse de la angustia (véase *S 9*, clase del 4 de Abril de 1962). La angustia revelaba también algo que era específicamente inherente a lo real: el goce.

El psicoanalista francés situó la angustia entre el goce y el deseo. La angustia, vino a decir en el *S 10*, clase del 13/3/63, tenía una función media (*médiane*), que no mediadora (*médiatrice*), entre ambos. Y esquematizó esa idea en el siguiente cuadro que, con algunos agregados del autor de esta tesis, reproduce el que aparece en la p. 189 del *S 10*; Editorial Paidós, 2006.²⁵



Esa función y posición de la angustia entre goce y deseo puede apreciarse en la parte derecha del diagrama. Fue relacionada con una representación del esquema del surgimiento del sujeto deseante en el campo del Otro (sector izquierdo de la figura). El objeto *a* –se sabe– surge como resto de esa operación. En clases anteriores del mismo seminario ya se había referido a esta estructuración subjetiva en tres tiempos, pero en la lección recién citada del mes de marzo avanzó en su procesamiento y le condujo a introducir la cuestión de lo Real en la angustia, lo que a su vez permitió situar a esta última en su relación con el deseo y el goce.

En el comienzo mítico, el sujeto del goce (S) se relaciona con el Otro (A), no barrado; recibe de éste el objeto de la necesidad más un plus no demandado: el lenguaje. Se está en el nivel del goce. En el rellano siguiente aparece el Otro castrado (A), que vendrá a estructurar al sujeto barrado (\$), más un resto, que es el objeto *a*.²⁶ El sujeto del inconsciente (\$) es efecto de una doble pérdida: una, del lado del goce; otra, del lado del deseo. La angustia quedaba así inscrita entre el deseo y el goce; en la dirección que va de arriba hacia abajo, ella es ese momento próximo a *a* en que el goce no está más y el deseo no está todavía; en la otra dirección –de abajo hacia arriba– la angustia aparece cuando el deseo se apaga y las “puntas” de goce no está aún. Se reitera: para Lacan la angustia está a mitad de camino entre el goce y el deseo. Otra cuestión que diferenciará a Lacan de Freud y Klein reside en que el psicoanalista francés no relacionó la angustia con el yo (*moi*) sino con el sujeto del inconsciente.

Goce y deseo no preexisten a la angustia; esta última es lógicamente primera. Deseo y goce se constituirán a partir de la angustia, como efecto de su función. Si *S* es el sujeto mítico del goce absoluto, en relación a un Otro no castrado (primer nivel horizontal del cuadro), el objeto *a* quedará como resto de la operación de estructuración del sujeto como dividido (\$) y articulado al deseo (tercer plano). El objeto *a* evocará de allí en más el mítico goce absoluto, perdido; el goce previo a

la castración. El segundo nivel muestra la relación ya anticipada entre el objeto *a* y el Otro barrado (castrado).

Es imprescindible el franqueamiento de la angustia de castración para que puedan instalarse los goces parciales –goce fálico, goce Otro– y la dimensión deseante. De ahí que goce y deseo sean posteriores a la angustia. La castración, alejada de sus versiones imaginarias (mutilación, cercenamiento, etc.) y situada como estructurante del sujeto, dejaba de ser disparadora de angustia: protegía al sujeto de la posibilidad de quedar atrapado en una relación dual, invasora, devorante, gran generadora de ese afecto. Como consecuencia de la instalación de la función fálica, con la que la castración está íntimamente relacionada, surgen las dos variantes fundamentales de los goces parciales recién mencionados. El falo ordenaba así el goce en base a las diferencias sexuales, con la consiguiente hegemonía de lo simbólico en el logro de la satisfacción pulsional. La existencia de estos goces parciales suponía la asunción de la castración simbólica: inmunidad frente a la psicosis y al goce absoluto que le es propio.

Un breve inciso sobre el goce aclarará más esta cuestión.²⁷ En primer lugar, conviene precisar el sentido de dicho término en la teoría lacaniana, debido a los frecuentes equívocos que suscita al evocar casi automáticamente la idea de voluptuosidad, placer, placer sexual, etc., que son muy diferentes de la significación que el psicoanalista francés le otorgó. El concepto puede entenderse mejor sobre el telón de fondo configurado por el anhelo –inlograble– de obtener una satisfacción *total* en la posesión o usufructo del objeto. Aunque jamás se cumpla ese anhelo –alimentado y sostenido por la pulsión–, no por ello deja de insistir; y al no cesar se produce un aferramiento encarnizado al objeto. Se establece una manera compulsiva, repetitiva, de quedar adherido, fijado a él, con la intención de extraerle satisfacción. Esa modalidad de vínculo hace patente al goce en sentido lacaniano. Ejemplos clínicos pueden ser la relación que establece el adicto con su droga o la bulímica con la comida. La buscan desesperadamente, se enganchan, no la sueltan, se abrochan a esos objetos. Saben que la práctica del consumo de sustancias o los atracones seguidos de vómitos les hacen daño, pero esto no es obstáculo para que sigan unido a los objetos correspondientes, buscando empedernidamente satisfacer la pulsión con tales prácticas. Intentarán sonsacarle al objeto una y mil veces –siempre habrá otra ocasión nueva– alguna gota más de satisfacción para la pulsión. La droga o el alimento son sólo medios. La relación que les liga a tales objetos es de goce; están en el *más allá del principio del placer*: la pulsión de muerte y el automatismo de repetición intervienen allí; la reiteración que inducen exacerba el goce.

La angustia y el dolor psíquico que conlleva es otra forma de goce; muchas veces buscado, anhelado, aunque simultáneamente el sujeto quiera desprenderse del afecto y del dolor. El objeto *a* es, también, un flujo de goce que, al encarnarse en objetos determinados, activa los bordes erógenos.

Una originalidad –entre otras– del concepto lacaniano de goce reside en su articulación con el \$, que se constituye en tanto deseante por su relación con el lenguaje y la palabra: el que goza es el hablanteser (*parlêtre*); el cuerpo es el lugar del goce; la pulsión goza. Las zonas erógenas están henchidas de goce. Conviene, pues, alejarlo de toda concepción naturalista: el goce concierne a los significantes; participa de las redes simbólicas; se conjuga con el lenguaje y se articula al deseo inconsciente. Es imprescindible tener presente que, según Lacan, los placeres, displaceres, deseos y satisfacciones pulsionales del ser humano están incluidos en sistemas simbólicos y enlazados con las redes del significante. Por lo tanto, no considero adecuado pensar estas cuestiones mediante las nociones de carga, descarga, homeostasis y, en términos más amplios, con el modelo económico propuesto por Freud, basado en leyes de la termodinámica. Al tratarse del hablanteser (*parlêtre*) la relación del sujeto con sus objetos no es inmediata ni directa: está siempre mediatizada por las palabras.²⁸ En lo dicho se aprecia nítidamente que Lacan tomó distancias de la posición freudiana: no hizo hincapié en el punto de vista económico cuando elaboró su propia teoría sobre la angustia. Tras esto rodeos, una visión sintetizadora de lo dicho permitirá ceñir mejor las relaciones entre este afecto, lo real y el goce. La posibilidad de angustiarse, indica:

- Que la castración ha operado; que el \$ se ha estructurado; que ha habido inscripción de la Ley; que ha surgido la dimensión deseante, que el sujeto se ha articulado al objeto *a* en el

fantasma; que es posible construir la realidad con la mediación del fantasma y, por lo tanto, existirá un velamiento que protegerá ante la irrupción de lo real. Si ese velo cae o si la irrupción de lo Real es muy brusca, emergerá la angustia.

- Que ha acontecido la renuncia al goce absoluto [S = sujeto mítico del goce], quedando abierta la posibilidad del goce fálico y goce Otro. Los goces son siempre parciales, aunque el *hablanteser* aspire a totalizarlos. La angustia, como pudo apreciarse, es lógicamente anterior al deseo, a la constitución del \$ y al goce.
- Que en el goce está implicada la pulsión de muerte y la compulsión repetitiva.
- Que la reducción del mismo –una de las metas de un psicoanálisis– no puede lograrse sino indirectamente y por diferentes vías, pero siempre con Eros neutralizando a Tánatos.
- Que es imposible paliar la división constitutiva del sujeto. La condición prematura de su llegada al mundo lo conminó a la relación con el Otro, causante de su división irreversible: corte original en el cual el sujeto ha cedido algo de sí, algo que en adelante es impensable e inaccesible, que sólo la experiencia de la falta irá dando testimonio. De manera concomitante, quedará asegurado para siempre el sentimiento nostálgico de retorno fantasmático al seno materno.

4.3.3. Angustia y objeto

Como ya fue anticipado, Lacan deshizo la relación que Freud había establecido entre angustia y pérdida de objeto (o ante la amenaza de tal pérdida). También se opuso a la idea tradicional que diferenciaba miedo de angustia en base a la ausencia de objeto en la segunda. Freud, Heidegger y más ampliamente, los filósofos existencialistas, cada uno a su manera, se hicieron eco de tal distinción. En cambio, para el psicoanalista francés, “la angustia no es sin objeto”. Dicho por la afirmativa: la angustia tenía objeto y era el objeto el que creaba la angustia.

Para Lacan, no era la separación del pecho (o de la madre) ni la amenaza de castración lo que produciría angustia. Al contrario, una angustia masiva surgiría según él si habría *falta de la falta* –ausencia de castración– o cuando el *infans* se vería confrontado a una alteridad todopoderosa, omnipresente, que no da respiro y que podría destruir *ab initio* la estructuración de la dimensión deseante. Estas ideas conforman otro pilar de la teoría lacaniana de la angustia; ellas serán reiteradas de otro modo: la angustia no surgiría por la amenaza de la castración simbólica sino cuando el sujeto está a un paso de poder ocultarla. No sería el alejamiento del pecho materno lo que provoca angustia al niño, sino más bien su excesiva proximidad y presencia. Por diferentes motivos con cada uno, Lacan se alejó, con estos considerandos freudianos y keimianos.

Otro estado que la desencadenaba era la precipitación en la situación propia de lo siniestro u ominoso. (Cfr. el artículo de Freud sobre el tema, al que se hizo mención al final de 4.1.1). Si la angustia no era sin objeto, ese objeto tenía una dimensión *unheimlich*, siniestra, ominosa.

Lacan diferenció la pérdida estructural del objeto, por efecto del significante, de las experiencias empíricas de pérdida (duelos, separaciones). Por eso correlacionó la angustia con ese objeto perdido estructuralmente, “el objeto más profundo, el objeto último, La Cosa” (clase del 25/6/63), en conexión con aquello que Freud denominó *das Ding*, en *Proyecto de psicología para neurólogos* (1895). En otros términos, en su teoría, la pérdida del pecho no genera angustia; sí, en cambio, puede aparecer cuando el pecho invade con su omnipresencia. Cualquier presencia completante sería para Lacan productora de angustia.

Al final de la clase del 28 de noviembre de 1962 del seminario *La angustia* sostuvo que ésta se constituía cuando algo –no importa qué, insistió– viene a ocupar el lugar del objeto causa del deseo. Tal idea alcanzó el rango de aforismo en la expresión: “sin objeto *a* no hay angustia.” La angustia señalaría la proximidad del objeto *a* y su posible reaparición desde lo real. Esta frase obtiene una precisión conceptual mayor si se la conecta con la cita que se insertó al comienzo del apartado titulado 4.3.1. *Angustia y deseo*.²⁹

4.3.4. Angustia y clínica

Las inflexiones introducidas por Lacan en el concepto de angustia tuvieron repercusiones importantes en la clínica. Así, la afirmación que a continuación se citará, de su seminario 10, dedicado a este tema, clase del 6 de marzo de 1963, sirvió de orientación en la clínica para una aproximación a lo real.

“Ese *etwas* (algo) ante lo cual la angustia opera como señal es para el hombre algo ‘necesario’, es del orden de ese irreductible de lo real. En ese sentido es que aventuré para Uds. la fórmula de que, de todas las señales la angustia es aquella que no engaña.”³⁰

La angustia sería pues una señal **inequívoca** de la presencia de lo real. Justamente por eso, la angustia no engaña. Y es a ese encuentro con lo real que todo analizante debería acudir, como condición insoslayable para que se pueda operar sobre lo real del síntoma por medio de lo simbólico. Como el síntoma no es sin angustia, ésta sirve de guía para aproximarse a lo real implicado en él. De ahí la inconveniencia de apaciguar prematuramente la angustia en tanto implicaría la pérdida de un orientador clínico; se obstaculizaría la detección del goce. No debe entenderse esta idea como promoción de angustia en el paciente. Sin yugularla ni exacerbarla, se aprovechará su doble capacidad:

- 1) Para abocar el síntoma a la transferencia, cosa que facilitará la constitución del sujeto supuesto saber.
- 2) Para señalar dónde está lo real en juego.

¿Cómo valorar el monto de angustia que puede tolerar un analizante? Cuestión delicada en la que el tacto clínico podría ayudar. El análisis habrá de conducir al analizante a esa peculiar experiencia de encuentro con lo real, imprescindible para la transformación subjetiva, pero debe hacerlo no de cualquier manera. En ese contexto es útil tener presente la siguiente observación suya: la angustia es un afecto que va a la deriva, que se va desplazando; no está reprimida; sólo lo están los significantes que la amarran. Es necesario el descubrimiento de tales significantes, para que el aplacamiento de la angustia sea de índole analítica y no sugestiva o por un efecto de transferencia. Conviene tener presente en la clínica que una de las ligaduras más frecuentes de la angustia son las fobias y que el paciente las prefiera –con el consiguiente aferramiento al síntoma– antes que soportar una angustia desarrumada, desanclada.

El psicoanalista francés insistió en que el deseo del analista debía conducir la cura de manera tal que hiciese contactar al analizante con lo Real, con eso que está fuera de lo simbólico y lo imaginario. El deseo del analista debería posibilitar la realización de una clínica de lo real en la que el sujeto se vea remitido a esa falta de significación, a esa castración esencial, que está más allá de los significados otorgados y otorgables. En ese derrotero, la angustia indicaría el camino, lo *señala*. De ahí la conveniencia de que el analizante pueda contener y tolerar su angustia, condición para su instrumentación, hasta que el análisis de sus conflictos logre la atenuación o desaparición de la misma.³¹

Producida en el yo, la angustia advierte al sujeto de algo (ese *etwas* freudiano). Y si queda advertido, se confirma que la castración ha operado en él: su relación con el mundo quedó mediatizada por sus fantasmas, que le protegen de una invasión masiva de lo real.³² La estabilidad psíquica lograda por esa vía no suele ser carente de oscilaciones: habrá desfallecimientos del fantasma que mostrarán una punta de lo real, pero aun así el objeto permanecerá parcialmente recubierto; dicho en otros términos, continuará siendo objeto fantasmático; en ese contexto, la angustia, será llevadera. Otra situación diferente predomina en la experiencia de *lo siniestro*: el velo protector del fantasma se esfumaría repentinamente, la cortina se abriría, lo Real aparecería de manera brusca, el sujeto trastabillará, retrocederá. Ha caído, momentáneamente, la realidad sostenida por (desde) el fantasma: ocurrirá un eclipse instantáneo del sujeto por anonadamiento.³³ Sin embargo, tras el impacto, el analizante podría descubrir que allí existe un punto nuevo para sostenerse; un lugar que –aunque fuera de lo simbólico– puede servirle de anclaje.

Goce y la angustia son las manifestaciones clínicas de lo real. El objeto *a* –resto que persiste del goce mítico después de la operación significativa constitutiva del sujeto– establece el fundamento del sujeto deseante. En un giro que va más allá de lo postulado en los seminarios *Las formaciones del inconsciente* (1957-58), *El deseo y su interpretación* (1958-59) y en el texto “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (1962), incluido en *Escritos*, el sujeto deseante quedó caracterizado en el seminario *La angustia* (1962-63), como aquél que quiere lo imposible: hacer entrar el goce en el campo del significante, en el campo del Otro. Allí residía, justamente, la imposibilidad de la realización completa del deseo. Es difícil, mejor dicho: es quimérico, pretender capturar mediante un significante aquello que se define por ser lo que queda por fuera de él. El sujeto buscará en el significante el sentido perdido de lo Real; pide al significante que le dé sentido cuando es, precisamente, el propio significante el que se lo arrebató. La comentada reverencia a Heidegger de los inicios del seminario *La angustia* quedó balanceada, a lo largo de los restantes encuentros del *Seminario 10* (1962-1963), con alusiones a diversos pensadores y un elogio final a Kierkegaard, verdadero pionero en la renovación del planteamiento filosófico sobre esa temática. De él remarcó su audacia, su osadía, al elevar la angustia a la categoría de un concepto –recuérdese no sólo el título sino el contenido de su libro *El concepto de la angustia*–. Hay función de concepto, dijo en la clase del 3 de Julio de 1963, cuando se produce una verdadera captura de lo real por lo simbólico. En esa misma clase, la última del seminario, bajo el patrocinio de Kierkegaard, Lacan reunió algunos hilos del discurso desplegado a lo largo del año y culminó su trabajo reformulando –desde la perspectiva metapsicológica que le era propia– algunas de las ideas freudianas expuestas en el apéndice de *Inhibición síntoma y angustia* (1926) y en *Duelo y melancolía* (1915). Interesa destacar sus comentarios sobre el duelo, la pérdida de objeto, la función del objeto *a* y del Ideal del yo, la imagen del otro $-i(a)$ –, el suicidio, etc. Una breve recapitulación de algunas ideas expuestas a lo largo del seminario permitirá comprender el abigarrado discurso de esa última lección del curso. Según Lacan, una pérdida conllevará un duelo cuando se cumplan los siguientes tres requisitos, íntimamente relacionados con su tópica R.S.I.:

- Que la pérdida haya producido un agujero en lo *real*.
- Que ese alguien –o algo– perdido haya funcionado para el sujeto como soporte *imaginario*.
- Que el sujeto haya sido objeto de deseo (registro *simbólico*) para ese alguien perdido.

Se realizará un duelo por aquél para el que se ha estado –a veces, sin saberlo– en el lugar de su falta: por aquél para quien se ha encarnado el objeto *a*. Se pierde lo que se ha sido (o significado) para ese otro.

Se ha de colocar como telón de fondo de estas afirmaciones, la distinción lacaniana entre la falta de objeto en lo simbólico y la pérdida de objeto en lo real. En el duelo, el deseo está como suspendido; imaginario y simbólico se alían para ir rellenando el agujero producido en lo real por la pérdida. Las reverberaciones imaginarias –recuerdos que giran en torno al objeto perdido, historias vividas en común, culpa, rabia, etc.– dan tiempo para que las elaboraciones simbólicas concomitantes puedan ser realizadas.³⁴ Esta es la manera lacaniana de referir el trabajo de duelo que Freud había postulado como propio de esas circunstancias. El duelo implica una compleja elaboración simbólica de la pérdida; predomina el dolor psíquico, la angustia está presente y los vínculos psíquicos con el Otro siguen vigentes. Al final del proceso, la libido queda disponible para el investimento de nuevos objetos. Hay, en contraposición con lo que se verá enseguida, un “triumfo” del sujeto sobre el objeto.

En cambio, en terrenos fuertemente abonados por el narcisismo, las vicisitudes son diferentes; el duelo es muy difícil de ser realizado; en el límite, puede tornarse imposible. Se conjugan, para tales efectos, varios factores: una elaboración simbólica deficiente, el narcisismo exacerbado que conduce a una identificación imaginaria con el objeto perdido, predominio de los sistemas idealizantes originados en el yo ideal y existencia de fantasmas omnipotentes. Se suma a esto la presencia de la agresividad: vínculo sado-masoquista con el objeto incorporado, odio a gran orquesta, goce intenso, predominio del más allá del principio de placer y de Tánatos. La melancolía es el paradigma de esta situación, pero no es la única circunstancia en que aparece; la clínica señala

que son frecuentes estos avatares en otros cuadros. El objeto es el que “triumfa” y el duelo deviene imposible.

Si acontece la ruptura de los vínculos con el Otro, puede precipitarse un *pasaje al acto* suicida. Es habitual la ausencia de angustia en esos momentos; en ocasiones la frialdad ocupa el centro de la escena suicida acompañada de una gran inhibición. Si así sucede, se corrobora el desasimiento de relación con el Otro. Por el contrario, la detección de angustia señala la persistencia de cierto lazo. Como ya fue dicho anteriormente, a veces, la angustia puede ser la última hebra de tal ligamen. Con toda la dificultad del cuadro, su existencia permitiría apostar por la elaboración psíquica de la situación, relativizando los poderes del ideal narcisista, mortífero y reencausar, así, el tortuoso trabajo de duelo. La angustia operando entre lo real y lo simbólico puede permitir el desvelamiento del objeto *a*, recubierto por un narcisismo exacerbado [*i(a)*], permitiendo que algo del orden del deseo despunte.

Es fácil deducir de todas estas formulaciones, que el autor de esta tesis ha recreado a partir de algunas ideas de Lacan, contienen una la concepción acerca del duelo muy distinta de la kleiniana. Para finalizar, cabe recordar que la angustia de castración para Lacan era motivada por la caída de la omnipotencia fálica.

4.4. Principales ideas vertidas en este capítulo

En este capítulo se examinó otro de los articuladores fundamentales de la teoría kleiniana: la angustia. Más allá de precisar el alcance conceptual y las formas de presencia de este vocablo en su obra, se subrayaron las funciones de la misma en la construcción del aparato psíquico, tema central de esta tesis. Ya sea aisladamente, como sucedió durante K_1 , ya sea formando parte del concepto de posición (K_2 y K_3), la angustia atravesó de cabo a rabo su obra; merecería, sin duda, ser considerada por derecho propio un componente importante de lo que en esta tesis se denomina *teoría identificatoria kleiniana* (TIK).

El capítulo 4 quedó conformado por tres secciones; en cada una de ellas se aludió a la concepción de la angustia en Freud, Klein y Lacan.

Antecedentes freudianos. Primera y segunda teoría sobre la angustia

A nivel descriptivo Freud la consideró un afecto: “algo sentido” (*etwas Empfundenes*); más específicamente, un estado afectivo (*Affektzustand*) displacentero. Que fuera un afecto significaba que, por definición, era registrado en el plano de la percepción-conciencia; se correspondía con oscilaciones de las cantidades de excitación libidinal provenientes del cuerpo. Consideró que el aumento de esa excitación producía displacer y su reducción, placer. Su teoría sobre la angustia estuvo siempre impregnada por este factor cuantitativo.

Al principio de su producción consideró que el surgimiento de la misma se debía a una acumulación de excitación (libido) que buscaba descargarse cada vez que se traspasaba cierto umbral. El correlato anímico de dicha plétora y de la descarga posterior era lo que el sujeto vivenciaba como angustia. La secuencia referida: excitación aumentada y almacenada → descarga → angustia, se mantuvo a lo largo de su obra, aunque en los sucesivos períodos de la misma fueron variando, ya sea las causas de estos incrementos (factor cuantitativo), ya sean las instancias psíquicas que intervenían en su surgimiento y los factores mentales implicados en su aparición (lo cualitativo).

A continuación se comentaron las dos teorías elaboradas por Freud sobre la angustia; sus líneas directrices esenciales se describieron así: en la primera, ella surgía a consecuencia de un exceso de energía libidinal mal tramitada; en la segunda, el elemento clave era la angustia-señal, que alertaba al yo sobre un peligro inminente y forzaba la activación de mecanismos de defensa. Otra diferencia importante entre ambas concepciones radicó en la relación que establecían entre la represión y la angustia; en la primera teoría la angustia era una consecuencia de la represión; en la segunda, al revés: la angustia activaba el mecanismo represivo. Como antecedentes de estas dos teorías se hizo referencia a un corto período, al inicio de su obra (1893-1897), en que abordó la angustia en las *neurosis actuales*; en particular, la neurosis de angustia y la neurastenia

(posteriormente añadió la hipocondría). Afirmó que en estos casos, las causas de la acumulación de excitación eran de índole *somática*; es decir, ajenas a un conflicto psíquico. La excitación sexual incrementada, al no encontrar vías de descarga adecuadas, se transformaba directamente en angustia.

La **primera teoría sobre la angustia** había alcanzado su forma casi completa en *El caso Juanito* (1909) y se mantuvo vigente durante tres lustros. Según su conocida concepción acerca de la represión, ésta separaba el representante representativo de la pulsión del *quantum de afecto*; el primero cambiaba de *status* tópico: pasaba de la conciencia al sistema inconsciente; en cambio, el montante de afecto jamás se volvía inconsciente. Ese *quantum*, desligado de la representación reprimida, podía: a) devenir angustia después de articularse con otra representación consciente; b) transformarse en otro afecto y c) ser suprimido. O sea, tres destinos posibles. En este punto se comentó que Klein, mientras se mantuvo cercana a ciertos aspectos de la primera teoría freudiana de la angustia, sostuvo que no existía ese triple destino para el *quantum* de afecto sino sólo uno; el primero: la conversión en angustia.

En la 25ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1917) afinó un poco más esta teoría: distinguió entre angustia realista y angustia neurótica y apenas se refirió a la angustia señal que, en 1926, vendría a ocupar un lugar clave. En *Lo ominoso* (1919) Freud se situó en cierto sentido a caballo entre sus dos teorías: por un lado la angustia siguió siendo efecto de la represión, pero, por otro lado, comenzó a asociarla con la castración, vínculo que acabaría teniendo una importancia crucial en esta temática.

Freud siguió elaborando los fundamentos de la **segunda teoría de la angustia** en *Más allá del principio de placer* [MAPP (1920)] y en *El Yo y el ello* [YyE (1923)]. En el primer texto postuló que dicho afecto podía operar **fuera** del campo regulado por ese principio; es decir, en su “*más allá*”: articuló la angustia con las situaciones traumáticas y con la compulsión a la repetición. Caracterizó la angustia como un estado de espera ante un peligro difuso, no identificado con claridad (a diferencia del miedo, que tendría un objeto específico y determinado). En YyE (1923), además de exponer su segunda tópica, precisó que los conflictos entre instancias podían desencadenar angustia; por otra parte, diferenció la angustia por amenazas externas de aquella otra que surgía ante las pulsiones (peligros internos). Estos antecedentes fueron esenciales para la elaboración del escrito en que plasmó su segunda teoría sobre este asunto: *Inhibición, síntoma y angustia* [ISyA (1926)]. Allí hizo converger varios ejes conceptuales: la nueva tópica, la segunda concepción de las pulsiones, la compulsión repetitiva, una renovada manera de entender el trauma psíquico, las elaboraciones más avanzadas sobre el Edipo, la castración, la temporalidad retroactiva, etc. La ampliación de la perspectiva fue notable: también quedaron involucradas con la angustia las vicisitudes de las relaciones de objeto, la reactivación de antiguos traumas que dejaron huellas y la reviviscencia de los sentimientos de desamparo, indicador este último del grado de desvalimiento del yo. Esta instancia devino el “almárgico de la angustia”, el lugar donde esta última era cultivada para ser instrumentada. Lo explicó del siguiente modo: las defensas del yo, guiadas por el principio del placer reprimían las pulsiones y eludían, así, el displacer. Si se producía algún retorno de lo reprimido el yo emitía la *angustia señal*, una especie de contraseña que utilizaba el yo para volver a reprimir.

En las reformulaciones de 1926 toda angustia remitía siempre y en última instancia, a la de castración. La angustia señal se caracterizaba por recordarle al yo, *a mínima*, aquellas situaciones que otrora despertaron angustia; era una alarma que activaba la defensa; en última instancia era una señal de la castración.

En ISyA (1926) además de explayarse sobre esta angustia señal se refirió a la angustia automática y, nuevamente, a la realista. Caracterizó a la nombrada en primer lugar como un estado displacentero intenso, correlativo a la presencia en el aparato psíquico de *cantidades muy grandes de excitación*, imposibles de ser dominadas o tramitadas adecuadamente. El factor fundamental en la angustia automática era la reviviscencia de alguna situación traumática y del desvalimiento del yo en aquella situación. Como telón de fondo de la misma: el trauma de nacimiento. Si bien la angustia automática remitía a situaciones traumáticas anteriores cabría señalar también que estas últimas eran (re)significadas retroactivamente desde el Edipo y la castración. La presencia de pérdidas

tempranas resignificadas como castración y la de marcas traumáticas precoces reavivadas hablaba a las claras de la compleja temporalidad en la que estuvo inmersa la teoría freudiana de la angustia. Este carácter masivo de la angustia automática era la diferencia esencial con la angustia señal.

La angustia *realista* era la respuesta del yo frente a las contingencias *externas*. Freud la calificó de ese modo para oponerla a la angustia neurótica, que surgía ante la pulsión (lo interno, por antonomasia). El término alemán –*Realangst*– fue traducido al castellano por J. Etcheverri, Amorrortu Editores, mediante: *angustia realista*. Laplanche y Pontalis la vertieron al francés por medio de un sintagma más largo, pero muy preciso: *angoisse devant de un danger réel* (angustia ante un peligro real). Los autores del emblemático *Diccionario de psicoanálisis* aclararon con pertinencia que en *Realangst*, la parte inicial –*Real*– de dicho vocablo compuesto era un sustantivo, no un adjetivo; es decir: no calificaba a la angustia sino indicaba qué la motivaba: un peligro *real*.

La concepción kleiniana de la angustia

Esta segunda sección del capítulo empezó subrayando que Klein había considerado a la angustia como un factor determinante del desarrollo evolutivo; más aún: llegó a sostener que era el *motor* del mismo. Ella adhirió parcialmente a la primera teoría freudiana; estuvo de acuerdo con que el yo fuera sede y gestor de la angustia, pero a diferencia del vienés sostuvo que los mecanismos de defensivos no se dirigían contra lo inconsciente sino contra la angustia, para atenuarla; eso implicó desconectarla de la represión, porque, según ella, ese mecanismo de defensa aparecía más tardíamente que la angustia. Con el correr de los años elaboró su propia teoría; en K_1 y en buena parte de K_2 recalcó la relación estrecha de la angustia con la pulsión de muerte y el sadismo; en K_3 , sin abandonar sus ideas anteriores, agregó que otra fuente de la misma era el temor a la pérdida de la madre. Recalcó que la angustia, las inhibiciones y los síntomas eran consecuencia del sadismo –expresión tanática– más que de la represión de lo libidinal. Su exploración del mundo interno de los infantes le llevó a sostener que este afecto hacía su aparición desde el momento mismo del nacimiento, en consonancia con sus ideas acerca de la temprana presencia de Tánatos en la psique. De Klein podría decirse, parafraseando al precepto bíblico: “al principio era la pulsión de muerte.” Según ella, la angustia no remitía a la castración –como sostenía Freud–, sino al instinto de muerte. Pensaba que en el nacimiento se producía una defusión de los instintos de vida y de muerte, que hacía necesario deflexionar (proyectar o expulsar) a este último hacía el exterior. Tánatos quedó inscrito en la trama relacional desde los primeros instantes de la vida. Al sostener que la agresividad era una traducción directa de la pulsión de muerte, el sadismo devino primario, posición antitética a la descrita por Freud. Además, su concepción de un yo innato incluía la idea de que el bebé era capaz no sólo de sentir la angustia desde los primeros días de vida sino y también, implementar mecanismos para defenderse de ella.

Relacionó la angustia con todo aquello que despertaba en el yo la sensación de peligro o amenaza, que era sentida como proveniente de un objeto hostil, interno o externo. Según Klein, la angustia ponía en marcha las primerísimas defensas del yo, pero ¿a qué se debía ese exceso de angustia? Una de las respuestas posibles se encontrará en su teoría sobre el funcionamiento psíquico temprano; en ella, el sadismo (Tánatos) era un componente esencial; la expulsión del mismo generaba objetos hostiles al yo, que al ser introyectados devenían objetos internos persecutorios que se sumaban a los externos, en la generación de angustia. Se volverá sobre este circuito “malo”, persecutorio, enseguida.

Después de 1934 –introducción de la posición depresiva– asoció la angustia con los procesos de simbolización, sublimación, la culpa y los duelos. Para ella, todas las actividades del niño, fueran reales o fantaseadas, se organizaban como defensa contra la angustia y debían considerarse formas de metabolización de la misma. Decía que el juego infantil cumplía esa función: comportaba un modo típico y muy habitual de controlar o disminuir la angustia. La propensión de los niños a jugar se fundaba en tales finalidades; les ayudaban a defenderse contra las vivencias de peligro –tanto internas como externas– y disipaban algunos de sus miedos. La actividad lúdica era una manifestación de Eros que se contraponía a Tánatos, generador de la angustia.

Al final de esta segunda sección del capítulo se volvió sobre el tema de la angustia como motor del desarrollo evolutivo. Se partió del circuito “malo”, persecutorio, antes descrito: el yo incipiente, al percibir la angustia –manifestación temprana de Tánatos en la psique–, buscaba objetos externos para descargarla mediante la proyección. Una de las consecuencias de estos recorridos era la creación de objetos internos, vía introyección de lo proyectado. Ese circuito, repetido insistentemente, iba ampliando el mundo objetal del niño. Si la angustia era excesivamente alta la persecución generada sería intensa y el desarrollo evolutivo sufriría perturbaciones. Una angustia baja haría perder al yo acicates (autismo, retardos psíquicos, etcétera). Así pues, la angustia forzaba la apertura al mundo externo. Pero, la libido (Eros) le seguía de manera inmediata los pasos a Tánatos, produciendo objetos externos idealizados que generaban los homónimos objetos internos. Se iba conformando así “la asamblea de objetos internos”, elementos esenciales de la arquitectura de la mente, según Klein. Este proceso que se iniciaba en la posición esquizoparanoide, seguiría durante la posición depresiva, aunque dando pie a objetos internos y externos menos persecutorios. El yo, en proceso de cohesión progresiva, iba gestionando mejor la angustia y era más capaz de tolerarla. Los procesos simbolizantes, sublimatorios y reparatorios se sumaban a la faena de reducir la angustia, favoreciendo el círculo virtuoso de las relaciones con objetos buenos. Lo mismo podría decirse de la ampliación de las actividades lúdicas del infante, otro medio de mantener la angustia a niveles que favorecieran la maduración psíquica.

Lacan: el deseo, lo real, el goce y el objeto en la angustia

El psicoanalista francés abordó desde diferentes ángulos y en distintos momentos esta problemática; incluso le dedicó un seminario completo –el décimo–, durante el curso 1962/1963. Al igual que con la mayoría de conceptos heredados de Freud, Lacan procesó el de angustia con categorías provenientes de otras disciplinas, entre ellas: filosofía, lógica, lingüística, matemáticas, topología, etc.

En la clase del 14/11/62 del seminario *La angustia*, Lacan aludió a varios pensadores que habían abordado dicho tema; entre ellos citó a Søren Kierkegaard, Gabriel Marcel, León Chestov, Nicolai Berdiaeff, Jean Paul Sartre y algunos otros. Refirió el interés de los filósofos existencialistas por ese tema y, de manera tácita o explícita, debatió con todos ellos. Afirmó su predilección por los desarrollos de Heidegger sobre la angustia. Sin embargo, el cotejo de las ideas de ambos sobre este tema, mostraba diferencias importantísimas. Aunque parezca obvio decirlo, uno hablaba o escribía sobre psicoanálisis; el otro pensaba y redactada en el marco de la filosofía. Una síntesis de las líneas directrices de cada uno puede esclarecer esas disparidades: si para Heidegger la angustia revelaba la nada sobre la que se sustentaba el ser, para Lacan ella era reveladora del deseo del Otro y señal de lo real. Conviene tener presente la ausencia de la categoría de inconsciente en Heidegger y su ajenidad a la problemática de la diferencia de los sexos, cuestiones que estuvieron omnipresentes en la enseñanza Lacan.

El psicoanalista francés tomó distancias respecto del vínculo establecido por Freud entre la angustia y la reemergencia de lo traumático. Para él, la angustia era más un efecto de la vacilación de la estructura psíquica que el resultado -o la amenaza- de revivir un trauma. En concreto, sostuvo la tesis siguiente: la aparición de la angustia era el correlato del desfallecimiento de la función amortiguadora del fantasma respecto de lo real. Este fallo y sus consecuencias –el impacto de lo real sobre el sujeto– sería una de las posibles causas de aparición de la angustia. El fantasma hace habitualmente de pantalla –resguardo frente a lo real–, impidiendo de esa manera el surgimiento de la angustia. Dentro de esta perspectiva, ella surgiría siempre en la frontera donde el sujeto contacta con lo real.

Hubieron otras diferencias con el vienés: Lacan no la consideró una reacción ante peligros externos o internos (pulsionales); más bien la concibió como el afecto que atraviesa al sujeto cuando éste se ve confrontado con el deseo del Otro. De modo tal que una primera caracterización lacaniana de la angustia podría ser la siguiente: es el afecto que se despierta en el sujeto cuando se ve confrontado con el deseo del Otro. Más breve aún: la angustia es signo del deseo del Otro. También deshizo la relación entre la angustia y las diferentes pérdidas propias en cada momento evolutivo que habían sido postuladas por Freud en la 32^a Conferencia de introducción al

psicoanálisis; [(1932), OCFAE, t. XXII, pp. 81-82]. Este desanudamiento fue la consecuencia lógica de considerar la pérdida como inscrita estructuralmente en la subjetividad, cosa que le permitió diferenciar esta última de las pérdidas empíricas, circunstanciales, que, en todo caso podrían conducir a un duelo. De ahí que el concepto de castración **simbólica** –inflexión importante respecto de la manera freudiana de entender la castración– fuera considerada salvífica por Lacan, más que promotora de ese afecto, porque “inmunizaba” al sujeto de la gran angustia que le embargaría en caso de quedar atrapado en una relación dual, con la madre. La angustia surgiría según Lacan cuando *falta la falta*; es decir, en caso de no operar la castración simbólica. Ésta, al devenir estructurante del sujeto, tuvo amplias repercusiones sobre su teoría de la angustia y, también, en el abordaje de otras cuestiones clínicas.

Sus principales aportes al tema podrían resumirse del siguiente modo: la angustia es reveladora del deseo del Otro y señala la inminencia o cercanía de algo del registro de lo real. Si la articulación con el deseo planteará necesariamente el papel del objeto *a* y del fantasma, la relación con lo real implicará un rodeo por la castración simbólica y el goce. El debate sobre el objeto (y su pérdida como fuente de angustia) conducirá a otro par de formulaciones lacanianas originales; primera: **“la angustia no es sin objeto”**, objeto éste que se revelará entroncado con La cosa, el *das Ding* de Freud; segunda: **“sin objeto *a* no hay angustia”**. Estas ideas nodales deben leerse sobre el telón de fondo representado por un sujeto subvertido que: no era esencia ni sustancia sino lugar; que estaba atravesado por el lenguaje –se trataría de un *hablanteser*–, e intrincado estrechamente con el goce; también, marcado por la falta (castración) y lejano a la idea de completud y de lo absoluto. Quien percibirá la angustia señal –de la presencia del deseo del Otro, de lo real– emitida por el yo, es el sujeto del inconsciente, sujeto del goce, de la castración, del deseo. Sujeto siempre relacionado con el Otro; Otro que es también castrado y deseante, marcado por el significante de la falta: *S(A)*. El capítulo finalizó con un desarrollo en profundidad de los aspectos recién enunciados de la teoría lacianiana sobre la angustia. Asimismo se expusieron algunas ideas de Lacan sobre el duelo, tema que en Klein apareció estrechamente vinculado a la posición depresiva. Se incluyeron finalmente comentarios del autor de esta tesis sobre las repercusiones clínicas de esta manera renovada de concebirla.

NOTAS DEL CAPÍTULO 4

¹ Las relaciones entre el psicoanálisis –especialmente el lacianiano– y la filosofía serán ampliamente desarrolladas en III, 7.

² Véase II, 2.4.3.; II, 6.1.3. ; II, 10.1.2. y II, 10.1.7.2.

³ Que para Freud fuera un afecto significaba, por definición, que era registrado en el plano de la percepción-conciencia; se correspondía con oscilaciones de las cantidades de excitación libidinal provenientes del cuerpo. Consideró que el aumento de esa excitación producía displacer y su reducción, placer. Su teoría sobre la angustia estuvo siempre impregnada por este factor cuantitativo.

⁴ Con posterioridad incluyó a la hipocondría dentro de las neurosis actuales. Buena parte de sus ideas al respecto quedaron reflejadas en la correspondencia que mantuvo durante ese periodo con W. Fliess.

⁵ En términos generales, el mecanismo explicativo de la angustia en las **neurosis actuales** siguió en pie a lo largo de toda su obra; en cambio, sus maneras de entender la angustia en las **neurosis de transferencia**, fueron variando con los años, como se tendrá ocasión de comprobar en las páginas siguientes.

⁶ Reténgase por el momento que Klein, mientras se mantuvo cercana a la primera teoría freudiana de la angustia, sostuvo que no existía un triple destino para el *quantum* de afecto sino sólo uno; el primero: la conversión en angustia. Sobre el concepto de *supresión*, véase la entrada que le dedica el *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis.

⁷ Por entonces, tal diferenciación estaba muy admitida y circulaba en diversos medios; Kierkegaard la enunció en su libro *El concepto de la angustia* (1844), Freud la suscribió en *Más allá del principio del placer* (1920), Heidegger la reiteró en *El Ser y el Tiempo* (1927) y en *¿Qué es la metafísica?* (1929). Sin embargo, esta distinción entre el miedo -producido por un objeto determinado- y la angustia, como carente de objeto, no fue sistemática en la obra del fundador del psicoanálisis. Lacan, por su parte, adoptó una postura más tajante: para él, “la angustia no es sin objeto”, posición que le acercó a Melanie Klein.

En otro orden de cosas, en su texto de 1920 Freud recicló el concepto de trauma y consideró que la angustia era algo que protegía contra el terror. Retomó allí una idea ya expresada en la 25ª *Conferencia de introducción al psicoanálisis* (1917): “el hombre se defiende del terror con la angustia”.

⁸ Hubo un artículo postrero: la número 32 de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933), que llevaba por título “Angustia y vida pulsional”. Se trataba de un texto en que había recopilado buena parte de lo que había sostenido anteriormente sobre este afecto. Según dijo en el prólogo, dichas conferencias estaban dirigidas a lectores no especializados en psicoanálisis sino:

“[...] a personas cultas a quienes uno querría atribuirles un interés benévolo, aunque reservado, por la peculiaridad y las adquisiciones de la joven ciencia.”

Enseguida se hará una cita del mismo escrito.

⁹ Freud describió en su texto de 1933 diferentes modalidades de angustia que no pueden ser examinadas en esta apretada síntesis sobre sus ideas: angustia ante la pérdida o separación de un objeto amado, angustia ante la pérdida de su amor, angustia ante el superyó, angustia de muerte, etc.

¹⁰ El contenido de los comentarios que siguen se inspiró en la entrada “Angustia, ansiedad miedo: *Angst*”, del *Diccionario de términos alemanes de Freud*, escrito por Luiz Alberto Hanns (1996), Lumen, Buenos Aires, 2001, p. 70 y siguientes.

Como ya se dijo, los traductores al castellano de las obras de Freud vertieron mayoritariamente el vocablo alemán *Angst* por angustia; algo similar sucedió con las versiones francesas (*angoisse*). Con menor frecuencia se usó el término ansiedad, forma esta última más empleada en los contextos de la escuela inglesa. Strachey –*Standard Edition*– adoptó ese término (*anxiety*), sin dejar de señalar sus dudas al respecto.

Estas tendencias fueron más allá del psicoanálisis y han existido antes del surgimiento del mismo: las traducciones de obras literarias o filosóficas alemanas al inglés, francés y castellano, en el siglo XVIII y XIX seguían por entonces las pautas comentadas.

Pese a tales antecedentes y costumbres, el significado del término *Angst* no se corresponde exactamente con angustia ni con ansiedad. Ni una ni otra son buenas palabras castellanas para traducir los significados corrientes de *Angst* en alemán. Se intentará precisar los usos más frecuentes de dicho vocablo en los escritos freudianos. Por otra parte, el diccionario *Langenscheidt*, señala en la entrada correspondiente a *Angst* los siguientes significados: angustia, miedo y susto; sin embargo, existen otros términos más precisos para referir los dos últimos estados: *Furcht* y *Schreck*, respectivamente.

Angst significa literalmente miedo, abarcando las acepciones que van en un gradiente desde el temor, la aprehensión, hasta el pánico y el terror. En los usos corrientes de la lengua germánica no es fácil diferenciar entre miedo, ansiedad y angustia. *Angst* indica un sentimiento de gran inquietud ante una amenaza real o imaginaria de peligro. En la última cita de Freud se lee: “lleva adherido un carácter de indeterminación”; se sobreentiende que en estos casos, la amenaza es inespecífica; en tales contextos se suele utilizar sólo la palabra *Angst*. Pero el vienés la utilizó muchas veces en formas compuestas; por ejemplo: *Angstschweiß* (sudoración por angustia), *Angstneurose* (neurosis de angustia), *Angstsignal* (angustia señal) y en expresiones en las que aparece la fórmula *Angst vor...* [miedo/angustia/ansiedad ante... (tal o cual factor)]: el perro, la noche, un vuelo en avión, etc. En estos casos el objeto quedaba especificado por Freud, cosa que –de hecho– relativizaba su propia idea de ausencia de objeto en la angustia. *Angst* evoca también la idea de que se está en estado de alerta y preparado para la acción, ya sea para atacar ya sea para darse a la fuga.

El término ansiedad se refiere a una expectativa, que aunque siempre inquieta, puede serlo por una alegría venidera (por ejemplo, un viaje que se supone agradable), pero también ante una situación amenazante (espera de los resultados de análisis clínicos) o por el desenlace de algo (si se será o no elegido para un trabajo interesante).

La angustia está más centrada en la persona; en cambio, en la ansiedad predomina más lo situacional. Sea cual sea el término con que se traduce el vocablo *Angst* en los escritos freudianos, es importante tener presente que se trata de un sujeto que está preparado para reaccionar rápidamente; conlleva sensaciones viscerales intensas, asociadas a manifestaciones corporales exteriores -sudoración, sofocación, respiración acelerada, etc.-, y que tiene raíces en lo inconsciente (proceso primario).

¹¹ Si por motor se entiende una maquinaria –término que puede utilizarse en sentido literal o figurado– que genera movimiento a expensas de otra fuente de energía, la angustia cumplió taxativamente esa función en la teoría kleiniana que daba cuenta de la aparición de lo psíquico en la criatura humana, bajo la condición de pensar que la energía la aportaba en última instancia la pulsión de muerte. Cabría recordar que la angustia fue considerada como una manifestación de Tánatos en la psique, idea que se mantuvo incólume desde 1932 hasta su muerte. En este punto reside una de las paradojas de la TIK: parte de la energía impulsora para la psiquización del niño provenía de ese polo instintivo. Otra parte la aportaba Eros a través de la introyección y de la identificación introyectiva. Se volverá sobre estas cuestiones en 4.2.5.

Freud otorgó esa fuerza motriz a las pulsiones; la energía de las mismas era la impulsora de los procesos identificatorios que organizaban el aparato psíquico. Lacan, en cambio, tras desconectar la identificación de cualquier fuente energética pulsional, adjudicó ese rol propulsor al Otro, que asumía las funciones estructurantes por ser punto de partida del significante (identificaciones simbólicas); también se las adjudicó al otro (con minúscula; al semejante), por ser generador de imágenes especulares identificantes. En III, 1., III, 9. y III, 10. se volverá sobre estas cuestiones propias y específicas de la concepción lacaniana. En II, 8. y II, 9. se tratará acerca de las identificaciones proyectivas e introyectivas en Klein.

¹² Véase en II, 2.1. los esquemas que representan los cuatro pilares conceptuales que sostienen la teoría identificatoria kleiniana (TIK) o su equivalente: la formación de la psique del infante (desarrollo evolutivo).

¹³ Introdujo el instinto de muerte en *El psicoanálisis de niños* (1932) para dar cuenta de las causas últimas del sadismo infantil; con anterioridad había adherido a las tesis de Abraham, explicitadas en II, 2.6.3.1.

¹⁴ Yo innato para Klein; constitución del yo –según Freud– durante el narcisismo primario, tal como fue descrito en *Introducción al narcisismo* (1914).

¹⁵ El vienés sólo atribuyó a la culpa un carácter inconsciente, pero se cuestionó seriamente si era posible considerarla con ese estatus tópico. Lacan relacionó los afectos –la angustia entre ellos– con el registro imaginario.

¹⁶ Nuevamente, y salvando todas las diferencias teóricas, cabe recordar la manera en que Lacan concibió la constitución del yo mediante el estadio del espejo: allí se genera lo que él denominó *conocimiento paranoico*. Para más detalles sobre esta cuestión y las diferencias entre ambas teorías, véase III, 10.4.4.

¹⁷ Klein no precisó el *status* tópico de esa angustia latente, pero de sus textos se desprende el carácter inconsciente de la misma; cuanto menos, su pertenencia al inconsciente dinámico. En este sentido las formulaciones de Lacan son muy diferentes: para él, la angustia no podía ser objeto de represión; por lo tanto, no puede ser inconsciente.

¹⁸ Estas consideraciones forman parte del acervo elaborado en el Seminario *La angustia* (1962-63). De etapas anteriores cabe destacar sus referencias a la angustia ligada al *cuerpo fragmentado*, es decir, a aquella que aparece retroactivamente tras la experiencia especular o a la que emerge cuando se han producido pasajes fallidos por el estadio del espejo.

¹⁹ Al caracterizarlo como *hablanteser*, el sujeto no es para Lacan ni esencia ni existencia. Salvando todas las distancias, puede apuntarse aquí una diferencia importante con Heidegger y Sartre, quienes a su vez discrepaban entre sí. Para el primero la esencia del hombre reside en la ex-sistencia mientras que para el segundo, la existencia precede a la esencia.

²⁰ Para más detalles al respecto, véase III, 8.1.2.

²¹ Esta cuestión fue retomada por Lacan en la última clase del seminario que se está comentando, en relación al *acting out* y el *pasaje al acto*, cuestiones que serán tratadas más adelante en este mismo capítulo.

²² Se recuerda que Heidegger, en su particular visión de la angustia, reconoció también ese efecto: la angustia deja mudo, afirmaba. Respecto de la tripartición real, simbólica e imaginaria del objeto *a*, véase el esquema insertado en III, 10.10. Ella aparece acompañada de las triparticiones del yo y del fantasma.

²³ La castración en Lacan es una de las formas de la falta; nada tienen que ver con la pérdida del órgano peniano. Esta cuestión será desarrollada en III, 4.7.7.1.

²⁴ Lo Real en Lacan nada tiene que ver con lo que Freud denominaba angustia realista (*Realangst*), cuyas características fueron precisadas en páginas anteriores. Real es lo que está por fuera de lo simbólico y lo imaginario; por lo tanto, es un registro extraño al significante y a la imagen. Para más detalles, véase III, 7.7.; asimismo, en III, 10., se harán unos breves comentarios acerca de la relación del yo con lo real.

²⁵ En el esquema se ha introducido una línea vertical y dos horizontales –que no figuran en la citada edición–. Ellas facilitarán la comprensión de las articulaciones que en él se inscriben y que se comentarán a continuación en el cuerpo central del texto.

²⁶ En III, 7.11.2. se presentará otro esquema de la estructuración subjetiva conocida con el nombre de alienación-separación. Por otra parte, en III, 9.4. se harán una serie de precisiones acerca del matema $\$$.

²⁷ Me permito aludir nuevamente a mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004), *op. cit.*, páginas 203 y 352 en las que se incluyen párrafos que tratan este tema con más detalle. El lector encontrará al final de los capítulos correspondientes una extensa bibliografía psicoanalítica sobre el tema.

²⁸ Estas precisiones son por demás útiles para entender por qué en Lacan este vocablo no hace referencia a las emociones, a las impresiones, a los afectos ni a los sentimientos: se trata de una relación del sujeto con el objeto del deseo mediado, como siempre en el humano, por los significantes inconscientes y reglados por los efectos de la palabra. El concepto lacaniano de goce se ajusta más a estas cuestiones porque da cuenta, de manera precisa, que la satisfacción o insatisfacción no depende sólo de un equilibrio de energías dentro del aparato psíquico sino del juego de tensiones en

el campo del lenguaje. Estos vínculos son siempre contradictorios, exceden la autoconservación y la homeostasis, van al encuentro de la muerte.

²⁹ En la misma clase que se acaba de citar afirmó que el texto de Freud *Lo ominoso* (1919) era de capital importancia para la comprensión de la angustia, del mismo modo que *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905), lo era para el estudio del inconsciente.

³⁰ El uso del vocablo alemán *etwas* era una clara alusión a la frase de Freud de *ISyA* (1926), en la que el vienés afirmaba que la angustia es esencialmente ante algo: *Angst vor etwas*.

³¹ Tras esta última afirmación, puede ser útil traer a colación unos de los giros extraordinarios de Kierkegaard, que aparece en el quinto y último capítulo de su libro *El concepto de la angustia* (1844), página 181 de la edición de Espasa Calpe, 1940, Madrid. Allí recomendaba “aprender a angustiarse”, como práctica imprescindible para la educación. Si bien lo incluyó dentro de una perspectiva religiosa, la visión que expone trasciende la teodidáctica y es en muchos aspectos más rica que algunas concepciones pedagógicas actualmente en uso u otras que circulan en libros llamados de autoayuda. *Mutatis mutandis*: el analizante debería aprender a soportar su angustia, para luego enfrentarla.

³² Situación opuesta a la del psicótico, que carece de ese escudo protector.

³³ Sobre esta función del fantasma, véase lo afirmado en II, 5.9.

³⁴ Véase Korman, V. *El oficio de analista*, *op. cit.*, pp. 303-312.

EL CONCEPTO DE FANTASÍA EN LA OBRA DE KLEIN

Presentación del tema

Este concepto tuvo una importancia enorme en la producción de Klein, en la que adquirió un carácter heterogéneo y multifacético. Se encontrará ese vocablo casi en cada página de sus textos, pero el empleo tan profuso que hizo del mismo ha contrastado con su escasa elaboración teórica. No sin cierto toque de ironía, Darian Leader se hace eco de un fenómeno que sucede de manera habitual cuando los seguidores o comentaristas de su obra abordan este tema: suelen recurrir más a un artículo de Susan Isaacs –*Naturaleza y función de la fantasía* (1943)– que a los libros de la propia Klein. Tal como se tendrá ocasión de apreciar en el apartado 5.4. de este capítulo, ese escrito esclareció algunos aspectos de la concepción de Klein acerca de la fantasía inconsciente pero, a la vez, al privilegiar ciertas ideas en desmedro de otras y al haber tenido una gran difusión, hizo que el concepto quedara cristalizado, haciéndole perder su versatilidad originaria. En referencia a ese texto, Darian Leader sostuvo:

“El artículo de Isaacs tiene una importancia particular en la historia del psicoanálisis porque proporciona una exposición detallada de la teoría kleiniana (exposición que falta en la propia obra de Klein). A menudo los comentaristas han discutido la frase “la fantasía es el representante psíquico de la pulsión”, pero el problema real está en la función representativa del artículo de Isaacs. Resulta sorprendente que, siempre que un estudioso intenta una exposición de las ideas de Klein, al llegar a la teoría de la fantasía leemos más o menos lo siguiente: ‘Isaacs proporciona una explicación clara de la teoría de Klein, de modo que vamos a citarla’. Esta práctica está tan difundida que cabe incluso hacerse una pregunta: ¿tuvo realmente Melanie Klein una teoría de la fantasía? Cualquiera acceso a ella está bloqueado por su representante psíquico.” [En posible alusión a S. Isaacs].¹* Lo que está entre corchetes es mío.

Otro texto que se menciona con frecuencia en las mismas circunstancias suele ser: “Fantasía”, capítulo primero del libro *Introducción a la obra de Melanie Klein*, de Hanna Segal (OCKPA, vol. 1, p. 19). Con paso seguro esta psicoanalista fue desgranando los aspectos esenciales de la teoría kleiniana sobre dicho concepto. Subrayó: su presencia constante y activa en todo individuo; la mediación del yo en la creación de las mismas, sus funciones defensivas y su participación insoslayable en todas y cada una de las experiencias reales vividas por las personas. También reiteró la caracterización esencial sobre la fantasía realizada por Isaacs –expresión [o representación] mental de los instintos–, pero rápidamente le dio un giro a la cuestión y se adentró por derroteros muy diferentes. La perspectiva personal de Segal sobre este tema será expuesta brevemente en el apartado 5.4.2. Para el estudio de la fantasía inconsciente en la obra de Klein se puso el foco, en primera instancia, en lo que aparecía escrito –negro sobre blanco– en sus Obras Completas. Se realizaron reseñas de las miles de referencias que ella hizo a esta noción y se estuvo atento a los usos –la mayoría de ellos clínicos, descriptivos, fenomenológicos– de dicho concepto, por parte de la matriarca del psicoanálisis. Se investigaron especialmente las múltiples articulaciones que ella estableció entre la fantasía y las restantes categorías de su teoría, aspecto que será presentado en 5.2.1. Asimismo se llevó a cabo una lectura retroactiva, conceptual y complementaria de las anteriores. Las reseñas escritas provenientes de ambas modalidades de lecturas de su obra se sometieron a los criterios metodológicos y a las modalidades de procesamiento de textos expuestas en la *Introducción general* de esta tesis (apartados I.G.5. e

I.G.6). En ocasiones se ha recurrido a argumentos de discípulas directas suyas: las dos nombradas anteriormente^{2*}, más Joan Riviere y Paula Heimann; a los escritos de ellas se les aplicó las mismas pautas del método recién mencionado. Sin que Klein la haya elaborado ni, menos aún, expuesto por escrito, se presupuso –y confirmó después– la existencia *implícita* en su obra una teoría sobre la fantasía inconsciente. Dada esa situación, surgió la idea de deducirla, inferirla, desentrañarla, despejarla, a partir de lo que escribió explícitamente acerca de este articulador; también se tuvieron en cuenta los modos con que lo empleó en los relatos que hizo de su propia práctica. Los resultados de este trabajo de “lectura interpretativa” fueron volcados en el primero y segundo apartado de este capítulo, mientras que en el sexto se intentó llenar el ya comentado vacío en su obra –la carencia de un abordaje conceptual del tema–, elaborando una propuesta de metapsicología del concepto de fantasía inconsciente en el pensamiento kleiniano.

Dada la importancia que adquirió en su obra la *fantasía de los padres combinados*, se decidió destinar un apartado específico –el tercero– a dicha temática. Lo mismo puede decirse acerca del rol de la fantasía inconsciente en la formación del aparato psíquico infantil, tema central de esta tesis. En ese ámbito se expondrá un estudio de las funciones de las fantasías en el contexto de las posiciones esquizoparanoide (PEP) y depresiva (PD), como así también en las identificaciones proyectivas e introyectivas. Sin duda, estos cuatro articuladores teóricos fueron capitales en su manera de concebir la estructuración de la psique del niño.

En el séptimo apartado se presentará una definición de la fantasía inconsciente a la manera de un diccionario de psicoanálisis; ella condensará las principales líneas de fuerza del concepto. Se seguirá luego con una exposición sucinta de las elaboraciones de Freud y Lacan sobre este mismo tema, que conducirá a un posterior cotejo de las tres teorías sobre la fantasía/fantasma. Esto último –además de su importancia intrínseca– tiene como objetivo añadido evitar un fenómeno que se observa con frecuencia en la literatura psicoanalítica contemporánea: reprocharle a Klein que no haya sido suficientemente freudiana o lacaniana. Por el contrario, se destacará el genio propio de su concepción acerca de este tema y las diferencias que mantuvo con los otros dos psicoanalistas.^{3*} El capítulo se cerrará con un resumen de las principales ideas vertidas en el mismo.

Antes de entrar en los pormenores, el autor de esta tesis quiere consignar las dificultades encontradas cuando ha pretendido hilvanar las sucesivas referencias que Klein hizo sobre el tema en cuestión, a lo largo de su producción. Esas articulaciones se hicieron especialmente difíciles cuando se trató de realizarlas entre artículos temporalmente distanciados; en cambio, las complicaciones fueron menores al conectar textos más o menos coetáneos, porque, en términos generales, conservaban perspectivas conceptuales similares. La investigación bibliográfica realizada permitió apreciar, además, que sus anotaciones sobre la fantasía inconsciente aparecían casi siempre en relación a diferentes aspectos de su práctica clínica.

Tal vez este sea otro de los motivos por los cuales sus comentarios carecieron –en términos generales– de fundamento metapsicológico, y que estuvieran mayoritariamente supeditados al esclarecimiento de observables clínicos. De ahí también el estilo descriptivo, fenomenológico, que caracterizó a su producción escrita. El uso tan libre e irrestricto que hizo del vocablo fantasía no tuvo el mismo vuelo en los momentos en que le cabía elevar la teoría a la altura de la clínica que practicaba.⁴

Ese telón de fondo determinó una doble actitud a la hora de plasmar por escrito el contenido de la mayoría de apartados de este capítulo: por un lado, se fue dejando constancia de algunas incongruencias conceptuales encontradas; por otro lado, se evitó construir y ofrecer versiones demasiado “coherentes” de sus ideas –actitud bastante frecuente entre algunos comentaristas de su obra–, porque hubiera significado cercenar, por aquí y por allá, las aristas contradictorias presentes en lo que ella escribió de su puño y letra.^{5*} En otras palabras: se intentó dialectizar sólo lo dialectizable y no se dio prolijidad ni encajes perfectos a pasajes de sus escritos que carecieron de los mismos bajo su pluma. En esas salientes y orillos se encontraron también muchos pensamientos psicoanalíticos valiosos de la autora. Por último convendrá reiterar que muchas de sus formulaciones y descripciones –sobre todo las más audaces; incluidas algunas de la clínica–

carecieron con frecuencia de las debidas argumentaciones explicativas y validadoras. Se dejará constancia de aquéllas que, a juicio del autor, fueron las más llamativas.

Las diversas facetas que fue adquiriendo este concepto en sus textos exigieron un abordaje minucioso de los matices con que lo describió; los resultados del análisis de esos realces, más el procesamiento bibliográfico –y las posteriores elaboraciones teóricas realizadas en base al mismo– se expondrán en la siguiente secuencia de apartados:

- 5.1. Qué se aprecia en una primera lectura cronológica de su obra
 - 5.1.1. Primera etapa, K₁: 1919-1933
 - 5.1.2. Segunda etapa, K₂: 1934-1946
 - 5.1.3. Tercera etapa, K₃: 1946-1960
- 5.2. Una segunda lectura, retroactiva, conceptual y complementaria de la anterior
 - 5.2.1. Nodos en una red de alta conectividad
 - 5.2.2. Continuidad genética. Las napas
 - 5.2.3. La interpretación kleiniana de las fantasías
- 5.3. La fantasía de los padres combinados
- 5.4. Susan Isaacs, una referencia obligada, pero sin grandes reverencias
 - 5.4.1. El texto en sí
 - 5.4.2. Una lectura crítica
- 5.5. El rol de la fantasía en la formación del aparato psíquico
- 5.6. Hacia una metapsicología de la fantasía inconsciente en Klein
 - 5.6.1. Punto de vista tópico
 - 5.6.2. Punto de vista dinámico
 - 5.6.3. Punto de vista económico
- 5.7. Caracterización concepto de fantasía inconsciente en la obra de Klein
- 5.8. El concepto de fantasía en Freud
- 5.9. Las elaboraciones de Lacan sobre el fantasma
- 5.10. Cotejos de las tres teorías sobre la fantasía inconsciente/fantasma
- 5.11. Breve reseña del capítulo

5.1. Qué se aprecia en una primera lectura cronológica de su obra

Realizada a vuelo de pájaro, cabría agregar. Llama la atención que la pionera del psicoanálisis con niños no haya dedicado un sólo escrito específico y exclusivo a este tema; más, si se tiene presente que sus apreciaciones sobre la fantasía atravesaron de cabo a rabo su obra. Podría decirse sin temor a equívocos que ningún texto salido de su puño y letra careció del término fantasía o *fantasía inconsciente*. Este uso tan profuso del vocablo instó a realizar la lectura cronológica bajo la forma de “barridos” sucesivos de sus artículos, para cernir en cada pasaje qué aspectos de esta problemática iba resaltando y qué enlaces establecía con otros conceptos suyos. Dar cuenta de esa alta conectividad intrateórica de la fantasía obligó a realizar múltiples remisiones a los capítulos anteriores o posteriores de esta tesis, en que los conceptos coligados al de fantasía fueron tratados en extensión. Para la exposición de lo recogido en esas lecturas diacrónicas se empleó la periodización de la obra de Klein establecida en el capítulo 1 de esta segunda parte.⁶ Se las complementó mediante un segundo tipo de aproximación a su obra: retroactiva y conceptual.

5.1.1. Primera etapa, K₁: 1919-1933

En *EDN* (1921), segunda parte, titulada “Análisis temprano”, Klein expuso varios ejemplos de lo que ella consideraba fantasías; las mismas pueden leerse en la p. 45 del volumen 2 de las *OCKPA*. Se trataba de historias contadas con “mucho deleite” por el niño. Que ella considerase esos relatos como fantasías, nos informa que por entonces utilizaba dicho término con un significado muy amplio, porque eran más bien narraciones conscientes. En momentos determinados el infante interrumpía el relato y se quedaba en silencio. Klein interpretaba esas detenciones como

un acercamiento del contenido de la narración a conflictos inconscientes. Tras las pertinentes interpretaciones, el niño seguía con sus historias. En la página siguiente del mismo texto aludió inequívocamente al contenido edípico de dichos relatos y de la actividad lúdica del infantil sujeto:

“Sus juegos, como sus fantasías [las narraciones antes mencionadas], mostraban extraordinaria agresividad contra el padre y también su ya claramente indicada pasión por la madre.”⁷ [EDN (1921), OCKPA, vol. 2, p. 46]. Lo que está entre corchetes es mío.

En la p. 50 del mismo escrito avanzó un par de ideas que fueron retomadas en publicaciones posteriores:

“Así como las fantasías inconscientes se expresan generalmente en los juegos parece probable que en este caso, como sin duda en otros casos similares, la inhibición de la fantasía era la causa de la inhibición del juego y ambas desaparecieron simultáneamente.”

En *IDSO* (1922) y *PEDL* (1923) afirmó que si el niño resolvía esas inhibiciones o si se levantaban sus represiones, afluirían a la conciencia una cantidad y variedad desbordante de fantasías. Por esta época parece dar por buena, cuanto menos, una cierta parte de la caracterización freudiana de las fantasías: aquella en que el vienés sostenía que la fantasía podía mantenerse en la conciencia sin ser perturbada, pero, si se producía un cierto acercamiento a lo inconsciente, se disparaba la represión.⁸ Según Klein, las fantasías seguirían el destino de las tendencias sexuales que en ellas se expresaban; si eran reprimidas, daban pie a síntomas o inhibiciones.^{9*} Por vía del retorno de lo reprimido, las fantasías participaban también en la formación de síntomas. Asimismo planteó la posibilidad de que las mociones instintivas fueran sublimadas. La articulación entre fantasía y sublimación, apenas mencionada en este texto, fue desarrollada en escritos posteriores.

En *PT* (1925) sostuvo que los tics –considerados hasta entonces como el prototipo de las descargas de impulsos sin objeto– iban acompañados de fantasías masturbatorias; también señaló la importante presencia del sadismo en esas fantasías asociadas a ese acto involuntario y automático. Al año siguiente, en *PPAI* (1926), aparecieron múltiples comentarios sobre el tema en cuestión y sobre conceptos conexos. Retomó las fantasías sádicas pero planteando variantes significativas: éstas se dirigían especialmente al vientre de la madre, concebido fantasiosamente como pleno de objetos valiosos. Las frustraciones del destete, el aprendizaje del control de los esfínteres y la rivalidad edípica daban alas al sadismo que se expresaba en fantasías agresivas. Cabe recordar que en este artículo se refirió por primera vez al complejo de Edipo y al superyó temprano, motivo por el cual las fantasías correspondientes quedaron automáticamente antedatadas.¹⁰ Además, en este escrito se apreciaba en *statu nascendi* algunos de los rasgos que acabarían otorgando un perfil netamente kleiniano al concepto de fantasía: su presencia precoz en la vida del lactante; su articulación con la actividad instintiva, su función dadora de sentidos y su carácter de protopensamientos. A esta altura, Klein dejó de seguir parcialmente, como lo había hecho hasta entonces, la caracterización freudiana de la fantasía. En 1926 ella inició un camino propio que transitó hasta el final de su vida y obra. Un indicador de estos cambios es que desde ese año comenzó a utilizar en sus artículos –de manera sistemática– el sintagma *fantasía inconsciente*, conjunción que no abandonaría jamás.

En este mismo texto describió la noción de repudio de la realidad y el subsiguiente refugio en el mundo de la fantasía. Esas mismas temáticas reaparecieron en *PJN* (1929), en sus comentarios al caso Jorge:

“Jorge, de seis años de edad, me traía durante meses una serie de fantasías en las que él, como líder poderoso de una banda de cazadores salvajes, de animales feroces, luchaba, conquistaba y mataba cruelmente a sus enemigos que a su vez tenían animales feroces para defenderse. Los animales eran entonces devorados. La lucha nunca terminaba porque siempre aparecían nuevos enemigos. En el curso del análisis de este niño se revelaron no sólo rasgos neuróticos, sino también, rasgos marcadamente paranoicos. Jorge se sentía siempre rodeado y amenazado (por magos, brujas y soldados), pero, al contrario de Erna, trataba de defenderse de ellos con el auxilio de figuras que le ayudaban, aunque eran por cierto seres muy fantásticos. Su realización de deseo en la fantasía era, hasta cierto punto análoga a la del juego de Erna.” (OCKPA, vol. 2., p. 192).

Estas situaciones muestran otra función de las fantasías: conformaban un espacio psíquico al que era posible replegarse ante una realidad interna o externa insoportable. Los casos reseñados en estos dos textos tenían un carácter extremo y mostraban una disociación importante entre ambos territorios, pero, en términos generales, Klein sostuvo que la realidad psíquica y la fantasía inconsciente interactuaban desde el nacimiento y no estaban en oposición tan franca como en las viñetas comentadas.

Otro aspecto a remarcar del final de la cita: la alusión a la realización del deseo en la fantasía. Revela o bien una concepción propia, o bien un traslado de la realización del deseo desde el campo de los sueños a las fantasías. En cierto sentido puede considerarse que Klein hizo, con su concepción de la fantasía inconsciente, una ampliación de la realización alucinatoria de deseos que Freud describió como respuesta ante la tensión de la necesidad. En todo caso las fantasías parecen ser para ella el deseo mismo, realizado o frustrado. Se echa de menos la presencia de puntualizaciones teóricas que dieran cuenta de sus modos personales de empleo del vocablo. Es de lamentar, pero esta situación se mantuvo invariablemente en K_1 , K_2 y K_3 .

En los dos últimos escritos citados sostuvo que el juego de los niños era el medio por excelencia para expresar fantasías; la actividad lúdica les producía placer y alivio porque les permitía descargar fantasías masturbatorias; de esta manera se hacía innecesario reprimirlas, con el consiguiente ahorro de energía psíquica. También señaló la presencia del simbolismo en la construcción de las fantasías y en los juegos, actividad esta última a la que consideraba una forma de sublimación.¹¹ Por la misma época estableció las primeras correspondencias entre:

JUEGO – SIMBOLIZACIÓN – FANTASÍA – SUBLIMACIÓN,

un cuaternario que permaneció imbricado y solidario hasta el final de K_3 . En *PPAI* (1926) se refirió a otras dos cuestiones ligadas al tema que nos ocupa:

- Aparecieron las menciones iniciales del término *posición* –que no tuvo por entonces el carácter de concepto que adquiriría a partir de 1934–; también se apuntaron las primeras articulaciones entre ese vocablo y fantasía.
- Propuso que la construcción de representaciones mentales tenía siempre como pivote a la fantasía. Se trataba de una hipótesis fuerte del pensamiento kleiniano, que quedó huérfana de fundamentos.^{12*}

En artículos posteriores, pero siempre dentro del periodo inicial de su obra (K_1 :1919-1933), ya atribuía al bebé una actividad fantaseadora compleja; predominaban por entonces en sus descripciones las fantasías de contenido sádico-anal, pregenital, dirigidas al vientre de la madre, en el contexto del complejo de Edipo temprano. En *PJN* (1929) le adjudicó a la fantasía inconsciente un rol enjundioso en las personificaciones que el niño realizaba en las sesiones.¹³

IFSN (1930), texto clave sobre el simbolismo tal como fue entendido por Klein, ha sido comentado extensamente en II, 5.4.1. Allí se menciona el papel de la identificación en la creación de símbolos y la integración de éstos en la formación de fantasías. La simbolización era para Klein una función que el yo empleaba para “modelar” la fantasía inconsciente. Estas ideas complejizaron las relaciones entre los componentes del cuaternario antes nombrado y le dieron una mayor trabazón; por otra parte, prepararon el terreno para que Klein describiera formas de organización de las fantasías con grados crecientes de complejidad, desde las primeras y más elementales hasta las más evolucionadas y sofisticadas. Esta faceta será tratada *infra*, en el apartado 5.2.2.

Klein hizo de este quehacer fantástico y simbólico del niño una actividad instauradora de sentido, tanto respecto de la realidad interna como de la externa. Esta función de la fantasía –otorgación de significados a lo experimentado subjetivamente– merece ser subrayada como una componente capital de la caracterización kleiniana de la misma. La lectura demasiado aforística de los escritos de Klein y, especialmente, del texto Susan Isaacs ha llevado a privilegiar la conexión entre el instinto y la fantasía, en desmedro –muchas veces– de su función dadora de sentido que, por otra parte, abre un abanico de conexiones con otras instancias y cometidos psíquicos. Toda fantasía es portadora de un significado; expresa un pensamiento y es, a la vez, una forma de representación. Estos aspectos –se insiste– merecerían un lugar privilegiado en una definición de la fantasía

kleinianamente concebida. Klein lo dijo, pero como una simple anotación más, en medio de un sinnúmero de consideraciones sobre el tema, diseminadas sin jerarquizaciones.

En las postrimerías de esa etapa, vio la luz su libro *EPN* (1932), que puede considerarse la primera gran síntesis de sus reflexiones acerca del funcionamiento de la mente infantil. En él volcó los resultados de las exploraciones que había llevado a cabo durante los primeros quince años de práctica analítica. Entre las conclusiones que ahí describió respecto del tema que se está tratando figuraba que la psique del niño –incluso la del bebé– estaba atravesada, empapada, por fantasías; estado que igualmente continuará en la vida adulta. La fantasía se convirtió en el elemento primario de todos los procesos psíquicos; Klein la hizo omnipresente allí donde hubiera un átomo de vida mental.

En el volumen citado reunió buena parte de sus consideraciones sobre la fantasía inconsciente ya expresadas en trabajos anteriores y aportó algunas novedades. Entre las primeras cabe consignar las siguientes: sin simbolización no hay progresos en la formación de fantasías; ella es imprescindible para que la fantasía adquiera niveles más evolucionados de organización; la actividad instintiva se simboliza mediante una actividad del yo; la sublimación consiste en derivar la energía instintiva –desexualizada– hacia una actividad yoica (pensamiento, actividades físicas, etc.), con la necesaria colaboración de los procesos de simbolización.¹⁴ Los déficits de simbolización afectarán al desarrollo del yo y a todas las tareas sublimatorias que él se hace cargo. Klein retomó extensamente las fantasías sádicas en varios capítulos de esta síntesis de 1932, de donde se extrajo este fragmento como botón de muestra:

“El niño tiene fantasías en las cuales sus padres se destruyen mutuamente mediante sus genitales y excrementos, imaginados por él como armas muy peligrosas. Estas fantasías tienen efectos importantes y son muy numerosas, conteniendo ideas como aquella del pene incorporado a la madre, que se convierte en animal peligroso o en armas con sustancias explosivas, o la de que su vagina se transforma también en un animal peligroso o en algún instrumento de muerte, por ejemplo, una ratonera envenenada. Puesto que estas fantasías son deseadas, y sus teorías sexuales se alimentan principalmente de deseos sádicos, el niño tiene un sentimiento de culpa por los daños que en su imaginación los padres se causan uno al otro. (OCKPA, vol. 1, pp. 259-260).^{15*}

Renglones más abajo señaló que si bien los impulsos pregenitales son todavía intensos, surgen deseos genitales hacia el progenitor del sexo opuesto y odio por el del mismo, en el contexto del complejo de Edipo temprano. Para que surjan los aspectos creativos de la fantasía inconsciente ha de haber una disminución del sadismo (de la pregenitalidad) y un viraje hacia el predominio de la genitalidad, factor libidinal que no sólo favorece la presencia de fantasías más organizadas sino y también la integración yoica.

Entre las innovaciones de *EPN* (1932) cabe nombrar: el haber hecho suyo –con diferencias– el segundo dualismo pulsional descrito por Freud.¹⁶ El instinto de muerte kleiniano no era mudo: se expresaba en la psique a través de la angustia y de fantasías. Fue así como pudo conectar las fantasías pregenitales, sádico-anales, destructivas, con Tánatos y las amoroso-idealizantes con Eros. Asimismo vinculó la agresividad con las teorías sexuales infantiles, sentando las bases de un elemento clave de su pensamiento que pervivió, aunque de manera atenuada, hasta el final de su obra: el sadismo infantil, con sus manifestaciones en las fantasías.¹⁷ Así pues, la conexión directa entre instintos y fantasías se renovó mediante una agrupación precisa de los primeros en el par Eros – Tánatos. En tanto esta polaridad hacía acto de presencia, según Klein, desde el primer día de vida, también lo haría la fantasía en esos mismos momentos. Esta existencia ultra precoz de fantasías en la psique del bebé constituyó una hipótesis tan audaz como difícilmente demostrable. No se trata de argüir que para Freud la fantasía era un constructo complejo que aparecía más tardíamente –sería un argumento crítico basado simplemente en la autoridad del vienés–; pero se echan de menos algunos fundamentos para una aseveración tan significativa; incluso, si no se toma esa afirmación en términos absolutos.

En este mismo volumen también incluyó cambios importantes acerca del aspecto relacional del instinto; es decir, a su tendencia buscadora de objetos: con el avance del desarrollo evolutivo se reemplazaban los objetos primarios por secundarios; la simbolización mediaba en estas sustitucio-

nes. Estos progresos tenían, según la autora del libro, repercusiones insoslayables en la textura y el contenido de las fantasías. El conjunto colaboraba a los progresos en la formación y funcionamiento del aparato psíquico.

En los últimos capítulos de *EPN* (1932) Klein se refirió a los afectos que se articulaban con las fantasías inconscientes; entre los mencionados figuraba la angustia, que iba adquiriendo nuevos matices a medida que los impulsos pregenitales comenzaban a combinarse con los genitales; simultáneamente, también las relaciones de objeto adquirían nuevas cualidades. Asimismo describió el surgimiento de sentimientos como la esperanza, el optimismo y la confianza que vinculó al instinto de vida, mientras que los de signo contrario quedaron enlazados con Tánatos. Las combinaciones y predominancias de esa polaridad, tendría repercusión directa sobre el fondo caracterial afectivo de cada persona.

5.1.2. Segunda etapa, K₂: 1934-1946

Dos son los textos más relevantes del comienzo de este período *CPM-D* (1934) y *DREM-D* (1938). En el primero incluyó a la fantasía dentro de un concepto más amplio –el de posición–; de allí surgió una articulación muy estrecha ya no sólo con el instinto sino y también, con las relaciones de objeto, la angustia, el yo y los mecanismos de defensa. Sucedió que cada uno de estos elementos fue concebido en un estado de movilidad y cambio permanente a consecuencia de los procesos elaborativos de la PD; éstos, a su vez, no dejaban de impactar sobre la organización y contenido de las fantasías inconscientes. Así, los instintos podían ser sublimados; la carga o energía de los mismos –no necesariamente desexualizada–, podía dedicarse a motorizar actividades propias del momento evolutivo. El objeto primigenio del instinto era trocado, simbolización mediante, por objetos secundarios. Esto suponía modificaciones significativas en la calidad de las relaciones de objeto, aspecto éste que ya había sido mencionado en *EPN* (1932). Respecto de los mecanismos de defensa, Klein consideró que la introyección, incorporación, proyección, disociación, etc., se ponían en acción junto con las fantasías inconscientes y, a la vez, se expresaban por medio de fantasías: la introyección, por ejemplo, implicaba una fantasía de introducción de un objeto en la mente; la proyección suponía una fantasía expulsiva, generalmente anal, mediante la cual se ponían objetos fuera de sí. Igualmente concibió desde esta perspectiva a las identificaciones proyectivas e introyectivas. Esto favorecía, a su vez, un intercambio entre los objetos internos y externos en los que siempre participaban fantasías. A resultas de esas nuevas articulaciones con los otros elementos de la PEP y la PD el concepto en estudio se fue enriqueciendo; también surgieron dos nuevas modalidades: las fantasías reparatorias y las maníacas, propias de la posición depresiva.¹⁸

En *CPM-D* (1934) también se refirió a la posición paranoide, que fue homologada a lo que con anterioridad denominó “fase de sadismo máximo”; ambas constituyeron antecedentes importantes de la PEP, que fue introducida años más tarde, al comienzo de K₃, en *NAME* (1946). Las fantasías tenían lógicamente tonalidades depresivas o paranoides, según las posiciones, los momentos, las situaciones y las preponderancias en cada persona. En este texto diferenció también la reparación –sea depresiva, sea maníaca– de la sublimación (nuevamente, véase II, 6.4.3).

En *DREM-D* (1938), el estudio de los procesos de duelo de la PD le llevó a privilegiar las referencias a temores por las fantasías de destrucción del objeto bueno; igualmente describió fantasías culposas y de reparatorias. El texto no aporta grandes novedades sobre las fantasías inconscientes, aunque implícitamente se prosiguió el avance hacia una fundación del inconsciente kleiniano sobre el pilar de las fantasías *ídem*.

Si se tiene presente lo escrito por Klein durante K₁ y el primer quinquenio de K₂, puede decirse que en ese lapso de tiempo ya estaban distribuidas por la extensa geografía de su producción muchas referencias que indicaban una evolución en la organización de las fantasías: perspectiva psicogenética. Ella no planteó explícitamente ninguna secuencia de los niveles de complejidad, pero señaló una y mil veces que existían diferencias entre las etapas más tempranas y las fases evolutivas posteriores.¹⁹ Quien desplegó y fundamentó por primera vez esa perspectiva fue Susan Isaacs, en su

artículo *Naturaleza y función de la fantasía* [1948 (1943)], que será comentado más adelante, en 5.4.2.

5.1.3. Tercera etapa, K₃:1946-1960

Al inicio de este periodo, el concepto de fantasía inconsciente ya estaba decididamente incorporado con perfil propio en el vocabulario psicoanalítico kleiniano. Pero en el transcurso de los años cincuenta fue adquiriendo las orlas semánticas definitivas. Y no tanto por elaboraciones directas sobre el tema sino por las que hizo respecto de otros articuladores teóricos con los que la fantasía mantenía conexiones importantes. Los referentes bibliográficos fundamentales en esta última etapa son tres: *OCB* (1952), *CTEL* (1952) y *EyG* (1957). En ellos se manifestó un retorno fervoroso a su enfoque instintual –no sólo en lo que a la fantasía respecta– y la recuperación en otro nivel de algunas ideas de K₂ respecto del tema en cuestión. También introdujo innovaciones que pusieron en evidencia que esas dos décadas no habían pasado en vano. El conjunto constituye un ejemplo paradigmático del desarrollo sinusoidal de su pensamiento.

La fantasía quedó finalmente conformada como un conglomerado heterogéneo en el que confluían diferentes registros: instintos, sensaciones, afectos, deseos, dación de significados, pensamientos, actos, simbolizaciones, sublimaciones y elementos sensoriales (visuales, auditivos, kinestésicos, gustativos, verbales y no verbales). Esa pluralidad de registros tal vez pueda llegar a ser útil en la clínica por los diferentes matices que pueden explorarse en las sesiones, pero no lo es tanto cuando se pretende elevar a la categoría concepto anotaciones múltiples y dispersas sobre un tema específico.

Ahora bien: ¿será necesario organizar ese conjunto de ideas dispersas? Si se responde afirmativamente: ¿qué parámetros usar? ¿Qué aspectos privilegiar?

En sus textos, cuando se refería a las fantasías inconscientes, nunca aludía simultáneamente a *todos* esos elementos recién nombrados; aparecían nos pocos, aspectos más bien aislados, circunscritos, pero, también es cierto que algunos solían ser nombrados casi siempre, sobre todo a partir de K₂; entre ellos: a) el componente instintivo; puesto que así lo exigía la caracterización canónica de la misma: expresión mental del instinto; b) la fantasía era un componente mental primario; ella estaba presente en toda actividad psíquica; c) el yo participaba en su conformación d) vehiculizaba un pensamiento, un significado, una intencionalidad, en aquel que era vivido subjetivamente.²⁰ El extenso recorrido bibliográfico realizado muestra la enorme cantidad de matices que le fue otorgando a este articulador teórico-clínico.

Acabada esta primera lectura cronológica, llama la atención la ausencia de referencias a la problemática de la *castración* y a las consecuencias estructurales de la misma. Algo similar puede decirse respecto del *deseo inconsciente*, que desapareció del escenario teórico kleiniano, arrastrando en cierto modo consigo a la sexualidad. Ya se ha visto: no es que el vocablo deseo se haya esfumado de sus textos, pero ese concepto, que tan trascendental ha sido en la teoría freudiana y lacaniana, brillaba por su ausencia. No es que debería estar, pero merecería un estudio detallado saber si las problemáticas que se intentaron explicar mediante estos conceptos en las otras dos teorías, encontraron respuestas alternativas en Klein. Quizá la cuestión de la diferencia de los sexos se resolvía en la teoría de ella de manera fácil, por no decir más simple, mediante la hipótesis del conocimiento innato del propio sexo: la identidad sexual psíquica se montaba sobre una base biológica; para Klein se nacía *psíquicamente* niña o varón; una y otro “saben” eso desde que ven la luz del día. Justo donde Freud y Lacan hicieron especialmente operativa la dimensión fantasmática, la matriarca del psicoanálisis –que había otorgado omnipresencia a la fantasía– generó un binarismo neto, simétrico, innato y de raigambre biológica.

5.2. Una segunda lectura, retroactiva, conceptual y complementaria de la anterior

Este nuevo “barrido” de la obra completa de Klein será retroactivo, en tanto se tendrá especialmente en cuenta las formas finales que alcanzaron los conceptos. Se mencionarán sólo de

pasada los antecedentes y precursores de los mismos. En todo caso, se intentará ir más allá de la literalidad de sus enunciados sobre el tema en cuestión: se buscará poner de relieve las articulaciones entre la fantasía inconsciente y los restantes conceptos de su obra. La materia prima recogida en la primera aproximación a las fuentes y parcialmente expuesta en el apartado anterior – un tesoro de citas, extractos, fragmentos, descripciones, notaciones, pinceladas a vuelapluma, delineaciones y comentarios– fue agrupada en diferentes bloques temáticos, establecidos tras ponderar –una a una– las facetas y funciones que Klein adscribió a la fantasía. Esos nodos conceptuales deberán concebirse como partes de una red interconectada. Serán expuestos en el presente apartado mediante breves párrafos, cuyos títulos anticiparán sus contenidos. No faltarán realces ni recodos.

Esta segunda lectura tuvo también por objetivo roturar el terreno para la elaboración de una metapsicología de la fantasía en la teoría de Klein –que será expuesta *infra*, en 5.6.– y que servirá para el posterior cotejo de las tres teorías –freudiana, kleiniana, lacaniana–, que podrá leerse, más adelante, en 5.10.

Dada la importancia de algunos bloques conceptuales –la interpretación de las fantasías, el punto de vista genético y la fantasía de la pareja combinada– se ha decidido dedicarles, en exclusiva, dos apartados: 5.5.2. y 5.5.3.

5.2.1. Nodos en una red de alta conectividad

➤ **Fantasía e instintos**

Más allá de la definición canónica que relaciona ambos elementos, Klein sostenía que la presencia de un instinto en la mente se vivenciaba mediante sensaciones y afectos que eran las materias primas con que se elaboraban las fantasías primigenias. Éstas se asociaban automática e indefectiblemente a otras fantasías: las de un objeto adecuado para satisfacer cada uno de esos impulsos. Así, por ejemplo, la sensación psíquica y física de hambre coligaba con el deseo de alimento que, a su vez, despertaba las fantasías de succión y las de un pecho pródigo (objeto apropiado). El instinto fue siempre bifronte para Klein: sensorio-afectivo y buscador objetual; además, los libidinales y tanáticos nunca aparecían en sus escritos desconectados entre sí; más bien siempre combinados y, de ese modo, se vehiculizaban en fantasías hacia los objetos. Las zonas erógenas de las que partían determinan también, y de forma electiva, qué objetos y qué fines alcanzar.

En la cuestión de la presencia de elementos sensoriales en la conformación de fantasías, Klein sostuvo que era fiel al pensamiento freudiano y lo fundamentaba en un párrafo del capítulo VI de *La interpretación de los sueños* (1900), que se incluyó *infra*, al comienzo del apartado 5.8.2., en que el vienés señalaba, que el segundo tramo de la formación del sueño emprendía un camino regresivo, desde la censura hacia el polo perceptivo del aparato psíquico. Igualmente, ella se hizo eco de algunas ideas de *Notas sobre la “pizarra mágica”* (1925) vol. XIX, p. 239 y ss., en especial, las referidas a la conservación de las huellas mnémicas.

Al final de su obra, la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo y las fantasías que acompañaban a tal procedimiento, dio un giro relevante a su obra. Desde antes de *EPN* (1932) se encontrarán centenares de ejemplos en que describía las fantasías vinculadas a la proyección e introyección de objetos malos y persecutorios, ligados obviamente a Tánatos. Desde los inicios de *K₃*, la presencia de fantasías vinculadas a Eros fue aumentando progresivamente.

La manera en que ellas se constituían quedó siempre en un cono de sombra: ¿de qué modo y por qué derroteros, una entidad de raigambre biológica –el instinto– sufría una transmutación tan importante que le hacía devenir una entidad psíquica? ¿Cómo se hacía la travesía desde un mundo donde regían las necesidades fisiológicas –satisfechas o no– a un universo de simbolizaciones pleno de significados?

La fantasía en Klein –concepto límite entre el soma y la psique–²¹ acababa componiéndose con ingredientes que no eran sólo corporales y ni siquiera materiales, en el sentido empírico del término. Su puño y letra no clarificó el enigma de los eslabones de esa metamorfosis.

La creación de fantasías no dependía exclusivamente de las tendencias instintivas; Klein también implicó al yo en la construcción de las mismas. A su vez ellas participaban activamente en la remodelación del yo innato y del superyó temprano.

La conformación de las fantasías era el resultado de actividades provenientes de dos registros diferentes: el instintivo y el yoico. En 5.8.2. se volverá sobre este punto importante y polémico en la obra de Klein y se plantearán algunas contradicciones que se detectaron en sus planteos. Será conveniente saber que de esta cuestión ha dependido la inclinación de la balanza teórica: ya sea hacia lo instintivo o ya sea hacia lo yoico-relacional. Hubo múltiples oscilaciones en su obra sobre este asunto.

➤ **Fantasía y la noción de representación**

La noción de representación fue utilizada en filosofía, psicología, lógica, artes escénicas y plásticas, etcétera. La manera en que cada disciplina la empleó fue descrita en I, 5.3., donde se subrayó, entre otros aspectos, la influencia de Kant en este aspecto del pensamiento del Freud. En I, 5.4., se describieron las innovaciones introducidas por el vienés en dicho vocablo y se revisaron las comarcas de su doctrina en las que fue utilizado; a saber: en la teoría de la represión, en el marco de la primera teoría pulsional y en la percepción/construcción de la realidad. En el primer contexto afirmó que toda represión implicaba la separación entre las representaciones que pasaban al sistema *Inc.* (pensamientos, recuerdos, imágenes) y el *quantum de afecto* a ellas ligadas, que se transformaba en angustia o se conectaba con otra representación consciente o se sometía a la supresión. La represión fue considerada por Freud como una operación defensiva del yo. La acción comentada sobre las representaciones operaba en las llamadas represiones secundarias. Se habrá de tener en cuenta que para la matriarca del psicoanálisis, las primeras fantasías se creaban antes de que la represión estuviese operativa.²²

En el contexto de la teoría pulsional el vienés utilizó un término compuesto *Vorstellungsrepräsentant*, o sea: el representante-representativo de la pulsión en lo psíquico. En ese entorno teórico la representación fue caracterizada de “diplomática” (véase I, 5.3.3.2): el soma – más específicamente, una zona del cuerpo en estado de excitación (*Reiz*)– enviaba un representante a la psique; esa excitación corporal devenía pulsión en la mente.

La palabra *Vorstellung* fue muy utilizada en filosofía y Freud se hizo cargo de algunos significados que ella tuvo en esa disciplina. Klein mencionó en este territorio a Cassirer, mientras que Lacan por su parte, recuperando la tradición griega sobre el vocablo, asoció la representación con la apariencia, con lo visible del *eidos* (idea), en clara oposición a Klein que en su exploración clínica de las edades tempranas rescató lo arcaico *preverbal*, desligando la noción de representación de sus orígenes etimológicos y metafísicos helénicos. En cambio, la saturó con realidades instintivas, de contenidos muy primarios ligados a lo oral, anal, uretral y fálico, según se ha visto en apartados anteriores y se verá también más adelante. La fantasía inconsciente temprana llevaba en sus entrañas una noción de representación preverbal que, según la lógica kleiniana, permanecerá en lo más profundo de la psique de cada persona.

La fantasía en Klein llevaba implícita una concepción de relación cuerpo-mente (véase el punto siguiente) vía representación: la fantasía *representaba* al instinto; la fantasía *expresaba* al instinto, en la psique. Su origen era somático; su destino: el psiquismo, donde moraba como representación. En un sentido amplio era, también, una representación de tipo “diplomática” (véase nuevamente I, 5.3.3.2), pero ella intrincó –más que Freud y Lacan– la psique con el cuerpo.

Para el vienés el instinto quedaba decididamente del lado de lo biológico bajo la forma de una excitación (*Reiz*), mientras que la pulsión era un “concepto puente entre lo psíquico y lo somático. Lacan, consideró a la pulsión como enteramente psíquica, añadiendo que se constituía como tal en el campo del Otro, dejando al instinto como una categoría somática. El psicoanalista francés cortó decididamente los lazos entre el psicoanálisis y lo biológico.

➤ **Fantasía y la relación cuerpo-mente**

El hecho de que fuera definida como “la representación del instinto en la psique”, permitiría establecer una conexión conceptual entre la fantasía kleinianamente concebida y la noción freudiana

de *Vorstellungrepräsentant* (representante-representativo de la pulsión). Para ambos no había unidad ni fusión entre el cuerpo y la mente sino mediaciones, entrelazamientos, injerencias mutuas, representaciones de un territorio en el otro. La fantasía inconsciente y el representante-representativo de la pulsión eran conceptos que articulaban el cuerpo con lo psíquico. Pero sin duda, algunos aspectos de la fantasía kleiniana –su omnipresencia y ubicuidad– hizo que las imbricaciones entre la psique y el soma se multiplicaran. No pocos la criticaron atribuyéndole una tendencia biologizante de lo psíquico.

Debe recordarse que Klein utilizó el término instinto y no pulsión, cosa que creó bastantes confusiones. Kristeva, en su lúcida aproximación a la obra de Klein percibió que su manera de entender la fantasía constituía una anamorfosis del cuerpo en espíritu; conectó esa idea –y la diferenció– con aquello que el cristianismo había designado con la palabra *encarnación*:

“Pero a la inversa de las tendencias idealistas e idealizantes del cristianismo, que utilizan la lógica de la encarnación para reprimir el cuerpo y el sexo en beneficio de la espiritualidad, Melanie Klein rehabilita la carne en el verbo, y privilegia el cuerpo pulsional y pasional en la imagería y el simbolismo que tejen las fantasías de los pacientes.”^{23*}

Klein siguió en este aspecto la senda abierta por Freud, que inscribió el lenguaje y el pensamiento en la pulsión sexual y en el cuerpo; para él el *vienés* lo inconsciente constituía una auténtica mediación entre lo corporal y anímico.^{24*} Klein, con su peculiar concepto de fantasía acrecentó los enlaces mutuos entre la psique y el soma.

➤ **Fantasía y posiciones**

La articulación de la fantasía con las posiciones implicó una conexión conceptual con todos y cada uno de los componentes de la posición: las relaciones de objeto, la angustia predominante, el yo y los mecanismos de defensa prevalentes. En el contexto de la PEP el sujeto atribuirá intenciones malévolas al objeto y el yo responderá en consecuencia: causando daños en la fantasía al otro, lo que a su vez cerraba un circuito autoalimentado, retaliación mediante. Si el objeto gratificaba y dispensaba amor, la respuesta era la creación de fantasías con una alta carga de idealización.

Las fantasías siempre incluyeron una atribución de intenciones maléficas o benéficas y generaban respuestas acordes a esos propósitos atribuidos. La fantasía inconsciente en Klein era una suerte de proto-pensamiento que atribuía lo vivenciado por esa subjetividad incipiente a los efectos de acciones intencionadas de objetos malévolos o benévolos.

Tanto para Klein como para Freud el yo realizaba juicios atributivos (véase II, 3.4.1.) y en base a ellos se organizaba la respuesta de esa instancia psíquica. El *vienés* imputaba al yo este accionar: esto es “bueno”, por lo tanto lo introyecto, lo hago mío; esto es “malo”, lo rechazo, lo escupo. Según Klein, el yo reaccionaba por medio de fantasías agresivas o de gratitud. En la PD surgían también las fantasías culposas, reparatorias y amorosas.

➤ **De la fase de máximo sadismo a la gratitud y otras bondades**

Al principio de su obra, las consideraciones tan insistentes de Klein acerca del sadismo infantil, dejaron sus textos muy saturados con fantasías de tendencias destructivas; especialmente: las de devoración, de intrusión, de vaciamiento, de estallidos y ataques furibundos al objeto, que iban seguidos de las consiguientes retaliaciones y persecuciones. Fue más tarde, tras la aparición de la PD, y con la elaboración de los duelos más el acceso a la posibilidad de simbolizar, que las fantasías sádicas quedaron equilibradas con las presencias de otras, de carácter libidinal, bondadosas, ligadas a Eros.

Que esto ocurriera tenía como prerrequisito la disminución del sadismo. La presencia en sus textos de fantasías ligadas a lo amoroso-libidinal se hicieron progresivamente más habituales; especialmente en sus artículos de la segunda mitad de K₂. Ese movimiento se aceleró hacia el final de su obra, propiciado por la noción de introyección del objeto bueno en el núcleo del yo. *EyG* (1957) terminó de dar carta de ciudadanía a fantasías que ya había descrito ocasionalmente: las de gratitud y las envidiosas.²⁵

➤ **Sobre la organización interna de la fantasía**

Una vez afinado el concepto de fantasía en la década de los años treinta, la organización interna de la misma y su espacio de actuación quedaron establecidos de manera clara y precisa: la fantasía intervenía siempre en el seno de las relaciones que entablaba el yo con los objetos que, indefectiblemente, se transformaban en bidireccionales. Klein postuló allí una especie de toma y daca: si el sujeto en su fantasía le hacía algo al objeto, inmediatamente le aparecía una fantasía recíproca, en espejo: el sujeto recibía esa misma acción de parte del objeto. Con una salvedad importante: el punto de partida de ese vaivén fantasmático era siempre el niño. Ese carácter “infanto-céntrico” en la estructuración de lo psíquico hizo que en el contexto de esta tesis se haya calificado a la TIK de concepción *ptolomeica*. Entre el infante y sus objetos se tejían vínculos bidireccionales cuyos caracteres dependían de las tendencias instintivas puestas en juego; estas últimas eran expresadas mediante un verbo, generalmente transitivo: chupar, morder, expulsar, destruir, incorporar, exonerar, ensuciar, amar, querer satisfacer, reparar, etcétera. Dicho en términos más abstractos, toda fantasía implicaba un sujeto, un objeto y una acción; esta última se expresaba mediante un verbo. De esto se desprendía que la fantasía kleiniana era situacional y relacional; siempre se desplegaba en el seno de una relación sujeto-objeto; la angustia acudía también a esa cita. El concepto de posición estaba implícito en lo dicho. Sólo a partir de la existencia de esta organización ternaria bien establecida cabría adjuntar a la fantasía el adjetivo de inconsciente. [Véase *infra*, 5.2.2, las descritas a partir de c)]. Una fantasía implicaba una creencia subjetiva acerca de la actividad de objetos internos, percibidos de manera concreta; en otros términos: era más del orden de lo vivencial que del pensamiento, aunque este último también participaba. Esas sensaciones eran interpretadas por el niño en términos de una relación de objeto; a este último, como ya se dijo, se le atribuía buenas o malas intenciones, en atención a si la experiencia había sido placentera o displacentera. Se trataba al decir de J.-M. Petot, de una presencia actuante de guiones fantasmáticos; es probable que el vocablo “actuante” que utilizó este autor aludiera a la capacidad de la fantasía inconsciente de generar actos (*Agieren*).²⁶ Otros autores –Elsa del Valle, entre ellos– la calificaban de proto-pensamiento. Lo displacentero produciría *una representación psíquica* (o fantasía, podría decirse, si se aceptara una de las caracterizaciones posibles de la misma) de una relación con un objeto “malo” que tenía la *intención* de perjudicar o dañar al sujeto. Si por lo contrario, el punto de partida era una vivencia placentera, se generaba una fantasía en la que participaba un objeto bueno.^{27*}

➤ **Las fantasías y las funciones del yo**

Para que lo dicho en el párrafo anterior funcionase de la manera descrita era imprescindible *suponer* –y Klein así lo hacía–, que el yo atribuía a todos los estímulos e impulsos que recibía el carácter de acciones deliberadas o intencionadas por parte de los objetos. Construcciones eminente-mente fantasmáticas, pero construcciones al fin, que mostraban que la teoría kleiniana no solo postulaba un yo operativo desde el nacimiento, sino y también, un yo capaz de dar sentido o de significar las experiencias por medio de patrones preestablecidos.²⁸ El bebé vivía produciendo ese tipo de interpretaciones de su realidad. En la conformación de estas fantasías el yo cumplía un rol importante: procesaba las sensaciones y sentimientos provocados por estímulos provenientes del mundo externo y del interno. Ante cada estímulo importante que recibía, el bebé respondía elaborando una fantasía que intentaba explicar lo sucedido. Luego actuaba en base a ese “conocimiento”.

➤ **Formación de las fantasías. Lo instintivo versus lo relacional**

Podría decirse que Klein propuso varios “paquetes” –virtuales, se sobreentiende– de argumentos respecto de cómo se generaban las fantasías. Destacaron, por el número de referencias explícitas al asunto, los tres siguientes: a) el más difundido: consideraba a la fantasía como un correlato mental de los instintos; b) la fantasía era una actividad del yo; c) una combinación de a) y b). Dejaremos de lado la tercera opción que, en caso de ser posible, debería considerarse una combinación de las dos primeras, más que una simple sumatoria de las mismas.

En sus obras completas se encontrarán cientos de formulaciones que explícita o implícitamente sostuvieron una u otra perspectiva; incluso, muchas veces aparecían ambas en un mismo texto. Sin embargo, lo que quedaba sin aclarar era la radical diferencia entre una y otra postura; esta omisión favorecía soluciones un tanto fáciles: la alternativa c). Conviene tener muy en cuenta que las consecuencias de cada línea directriz eran bien diferentes.

La postura (a) –la fantasía como correlato mental del instinto– determinaba: la omnipresencia de las fantasías inconscientes “detrás” o “debajo” de todos y cada uno de los fenómenos psíquicos; ellas “subyacerían” a cada conducta de la vida corriente de todas las personas. Otros dos corolarios de ese posicionamiento serían:

- La fantasía precedería temporalmente a las relaciones de objeto y a toda otra manifestación psíquica. Lo primero sería el eje instinto → fantasía. Luego –inmediatamente, cabría decir– el instinto y la fantasía se volcaban hacia los objetos.
- La recién dicho conllevaba implícitamente que la fuente u origen de la fantasía sería el instinto y, en última instancia, lo corporal. Además, el instinto sería el buscador de objetos, tesis originada en Fairbairn, que Klein parecía aceptar de manera tácita, pese a las polémicas que mantuvo con este analista.²⁹

La postura (b) suponía que el punto de partida de la fantasía sería más bien el yo; que éste procesa lo instintivo y creaba la fantasía como entidad definidamente psíquica. Además de generarlas, percibirlas y ponerlas en juego en las relaciones objetales, también las podría reprimir. Esta concepción implicaba otorgar una mayor *entidad psíquica* a la fantasía, reduciendo en ella la implicación de lo instintivo-biológico. Además, concedía al yo el rango de artífice de la misma, mediante el procesamiento de estímulos provenientes de diversas dimensiones de la mente y del mundo externo. Por provenir de lo *inconsciente* del yo, la fantasía adquiriría esa cualidad psíquica que le caracterizaba. Esta segunda aproximación otorgaba asimismo una mayor influencia a los objetos en el contenido de las fantasías: por un lado, y mediante la introyección e identificación introyectiva (consideradas, también, fantasías), ellas participaban en las sucesivas remodelaciones de un yo considerado a la vez el forjador de las mismas.

Los escritos en que Klein dio una preeminencia a la propuesta tipo (a), el fiel de la balanza se inclinaba hacia el endogenetismo y al innatismo, con una *subestimación*^{30*} de los factores ambientales en el desarrollo evolutivo. En esos mismos textos se encontrarán referencias a categorías como *quantum* congénito de los instintos (de vida y de muerte), que según la autora, sería un determinante muy significativo del futuro psíquico de cada persona. Dentro de esta misma perspectiva se hallarán igualmente referencias sobre la existencia innata de representaciones de objetos adecuados al instinto, montos congénitos de envidia (primaria, en este caso), de destructividad, etc. Estas formulaciones planteaban un interrogante importante a su teoría: si la fantasía era siempre inconsciente y además hacía acto de presencia desde el nacimiento, ¿cómo se constituía el inconsciente? ¿Se diferenciaba lo inconsciente de lo instintivo? Este aspecto será abordado enseguida.

El predominio instintivista tuvo un cierto contrapeso tras incluir a la fantasía dentro de las posiciones. Su teoría pareció alcanzar un cierto equilibrio y una superación de algunas contradicciones, dando mayor cabida a los factores vinculados al contexto objetal (el entorno ambiental). A partir de entonces cuatro de los cinco componentes de cada posición (véase II, 3.1.), en relaciones de multi-reciprocidad, tenían capacidad de influir sobre la producción fantasmática: la forma y el contenido de las mismas quedaron subordinados desde entonces no sólo al instinto sino y también a la acción del yo, de los mecanismos de defensa, de la angustia prevalente y de las relaciones de objeto. Así pues, el carácter situacional-relacional propio de las posiciones, se trasvasó, en alguna medida, hacia el concepto de fantasía.

En este nuevo contexto teórico (K_2 y comienzos de K_3) se hizo evidente que la fantasía no era sólo el correlato de lo instintivo: se trataba de un producto heterogéneo en cuya formación actuaban sobredeterminadamente varios factores. La integración de estos últimos quedaron a cargo del yo, instancia a la que se le otorgó, entre otras funciones, la de modular lo instintivo, gestionando

—por vía de la admisión o rechazo—, las mociones y exigencias provenientes de las zonas erógenas. El yo kleiniano, como el freudiano, era un mediador entre los instintos y la realidad.

En el apartado 5.4.2. se investigará a fondo las contradicciones lógicas entre las posturas (a) y (b), mientras que en el 5.6., titulado “Hacia una metapsicología de la fantasía inconsciente en Klein” se abordarán las consecuencias clínicas y teóricas de la elección de uno u otro posicionamiento.

➤ **Fantasía temprana**

De lo escrito por Klein podría desprenderse que, en la exploración analítica de la primera infancia, cuanto más atrás se retrocediera, siempre se encontraría un yo capaz de crear fantasías y, por lo tanto, de vivenciarlas. Si las fantasías eran el correlato mental del instinto y si el par Eros - Tánatos se manifestaba desde el primer día de vida, otro tanto sucederá con las fantasías. El yo innato de Klein, aunque muy inmaduro, era capaz de éstas y otras proezas. Incluso podría sostenerse que en los lactantes —antes de ponerse en acción el mecanismo de la represión— fantasías y vida psíquica se solapaban enteramente.

Anna Freud se manifestó contraria a la idea de que el recién nacido tuviese capacidad de fantasear; para ella se trataba de construcciones más tardías que luego eran retro-proyectadas a la temprana infancia.

➤ **Omnipresencia de las fantasías**

Las fantasías kleinianas no están, como suele decirse, en el centro de su teoría sino más bien en *todos* los intersticios de la misma; sucedió que las hizo operativas e influyentes en cada recoveco de la vida psíquica; no había actividad anímica en que ellas faltasen: estaban siempre, “detrás” o “debajo” de todos los fenómenos mentales; “subyacentes” a cada conducta o pensamiento de las personas; ejercían un influjo constante e intenso sobre la actividad mental; la percepción de las realidades internas y externas, ya se dijo, estaban mediadas por fantasías. Ellas participaban también en la construcción de objetos internos y externos. Los vocablos *detrás*, *debajo* y *subyacentes* aparecieron entrecomillados en la frase anterior para destacar el modelo estratigráfico (un plano sobre otro) y secuencial (una etapa después de otra, sin retroacción) que primó en la manera kleiniana de teorizar el aparato psíquico. Esto influyó de manera decisiva en la forma de interpretar las fantasías en la clínica, según se verá más adelante, en 5.2.3.

Que las fantasías ejercieran una influencia *permanente* sobre la actividad psíquica de cada persona, desde el nacimiento hasta el final de toda vida —afirmación presente en casi todos los escritos de Klein de K_2 y K_3 —, suponía una nueva concepción de la conformación y funcionamiento del aparato psíquico, según se verá *infra*, en 5.5.

Ahora bien, que las fantasías intervengan en la vida mental de cada persona no era una novedad dentro de la disciplina creada por Freud. Sí lo fue, en cambio, la extensión, omnipresencia y ubicuidad que ella le otorgó a la misma. En este aspecto nadie, ni antes ni después de ella, le arrebató ese cetro. De los artículos, ensayos y libros que mostraban especialmente su quehacer clínico se desprendía que en cada fragmento de sesión, en cada cuestión que relataba el paciente, en toda conducta, en toda defensa o rasgo de carácter participaba la fantasía inconsciente. Esta idea recorrió su producción escrita por todas las nevaduras, cosa que se correspondía con la presencia cuasi absoluta que le otorgó en las múltiples manifestaciones de la actividad mental.

➤ **Fantasía y percepción/construcción de la realidad**

La concepción kleiniana sobre este punto fue estricta y clara: la percepción y la elaboración de representaciones psíquicas de la realidad circundante estarían fuertemente influenciadas por las fantasías y, más ampliamente, por el prisma configurado por el mundo interno de cada persona. Ninguna percepción tendría lugar sin la mediación de tales factores. Este punto fue esencial en la concepción kleiniana sobre el tema que se está tratando; ella llevó más lejos las ideas de Freud respecto de la influencia de la subjetividad en la construcción singularizada de la realidad externa.^{31*} Todo objeto percibido incluía trazas de fantasías previamente proyectadas sobre el mismo; todo objeto era un constructo cuya representación llevaba en su seno partículas psíquicas

del sujeto. La actividad imaginativa³² del bebé y del niño, que el adulto heredaría, participaba en esas construcciones.

La fantasía en Klein no estaba desconectada del principio de realidad; si en Freud el principio del placer dejaba paulatinamente un espacio al principio de realidad, en Klein ambos principios funcionaban al unísono desde el inicio de la vida, entronizando una interacción entre la realidad externa y la vida de fantasía. El pensamiento que Klein denominaba *realista* no funcionaba enteramente disociado de las fantasías inconscientes aunque, obviamente, eran dos registros bien diferenciados. Según ella, desde el nacimiento se establecerían relaciones objetales en dos mundos: en la fantasía y en la realidad; ambos estaban entreverados. Ellas otorgaban un sostén fantaseoso a la relación con la realidad. Como puede apreciarse, Klein no opuso la realidad a la fantasía; las concibió en interacción; salvo en los casos de disociación extrema, en que el refugio en la fantasía podría ser una defensa ante una realidad muy desoladora.

➤ **Fantasía y realidad externa**

Lo dicho en la puntualización anterior no se contradice con otra posible afirmación que podría sostenerse teniendo en cuenta su obra completa: Klein privilegió en grado sumo el mundo interno respecto de la realidad exterior; se podría hablar de una preeminencia de la realidad interna sobre el mundo circundante, mal llamado “objetivo”. No caben dudas respecto de que el peso enorme que ella le otorgó a las funciones y a la presencia de la fantasía en la vida psíquica determinó ese rasgo peculiar de su teoría, que a su vez condujo al endogenetismo. La realidad psíquica era para ella tan importante, tan fuerte, que la realidad material quedaba muy influenciada –determinada– por los objetos internos. No hay en estas consideraciones ánimo crítico sino un intento de describir lo que fue su genio y nervio.

El esfuerzo máximo de Klein –y en eso fue seguida por muchos de sus colaboradores, a excepción de Winnicott y Bion –estuvo dedicado a explorar los modos en que la fantasía inconsciente penetraba en los “sucesos reales” del mundo circundante para otorgarles forma y sentido. No debería decirse así nomás que ella desconociera las influencias de lo exterior sobre la psique, pero no fue justamente sobre esa direccionalidad en la que hizo hincapié.

Klein fue criticada por esa tendencia endogenética; se le acusó de desconocer el papel de la realidad externa sobre la mente. Ella se defendió argumentando que *para la vida psíquica*, las angustias y los miedos fantaseados tenían mayor influencia que las *situaciones reales* que pudieran provocar tales sentimientos –sean estas calamitosas o no tanto–. La fantasía se creaba y fomentaba en un contexto emocional; eran interpretaciones afectivas e intencionales de las sensaciones corporales. Esto no dejaba de ser cierto, pero era indudable que la construcción de la fantasía en Klein estaba ligada casi exclusivamente a factores del mundo interno –instintos, afectos, yo, sensaciones propioceptivas angustias, objetos sobre los que recaían intensas proyecciones, emociones– y estaba escasamente determinada o influenciada por la realidad externa.³³ La fantasía kleiniana era una amalgama de múltiples registros representacionales. Ni el mejor de los análisis haría que la fantasía desapareciese; en todo caso podría producir una reducción de la ansiedad paranoide y depresiva; una elaboración de las experiencias de duelo; una mayor integración del superyó y del Yo, con un incremento de la estabilidad y del sentido de realidad de este último; una reducción de las disociaciones y una mejor integración de lo instintivo a través del trabajo minucioso sobre el complejo fantasmático de cada paciente, pero la fantasía, en todo caso, continuará operando.

➤ **Fantasía, inconsciente y proceso primario**

Las fantasías constituían, según ella, el contenido fundamental de lo inconsciente; podría decirse que el inconsciente kleiniano era la fantasía. Dicho de otro modo: ella pensó *su* inconsciente desde la fantasía *ídem*. Hubo en esto una diferencia sustancial con Freud que concibió básicamente al sistema *Inc.* a partir del deseo y de la pulsión; también con Lacan, que lo fundamentó en el significante: el inconsciente está estructurado como un lenguaje (véase III, 4.4).

El surgimiento de un núcleo primario de lo inconsciente no sería un efecto de la represión originaria en Klein. *Sus* fantasías funcionaban con todas las características del proceso primario; no obedecían al principio de contradicción, eran atemporales (ausencia de ordenación cronológica),

carecían de coordinación, la negación no las afectaba. Todo esto otorgaba un carácter omnipotente a la fantasía. Lo inconsciente del niño y del adulto acerca –a quienes sepan escucharlo– al misterioso universo de la fantasía: un tipo de “conocimiento” que se resiste a adaptarse a la realidad; con mucha lentitud el niño llegaría a diferenciar entre el deseo y el acto, entre la realidad exterior y sus sentimientos acerca de ella. Estas ideas han tenido también amplias repercusiones en la clínica kleiniana, tal como se verá en 5.2.3.

➤ **Fantasía, simbolización, sublimación**

La fantasía promovía simbolizaciones: se simbolizaba con la mediación de la fantasía. Esta función requería indudablemente la actuación del yo. Se trataba de otra faceta de la fantasía que Klein introdujo con las posiciones: el yo procesaba la inscripción mental del instinto y creaba fantasías simbolizantes; especialmente cuando predominaba la ansiedad depresiva. La existencia de simbolizaciones indicaba que se estaba en momentos del desarrollo evolutivo más avanzados; esto permitía el surgimiento de fantasías más elaboradas. En los primeros meses de vida la fantasía funcionaba a la manera de un proto-pensamiento; luego, formarían parte de ellas pensamientos más complejos.

➤ **Fantasía y psicopatología: síntomas e inhibiciones**

Las fantasías intervendrían en la formación de síntomas, inhibiciones y en los mecanismos de defensa del yo. O sea: formaban parte de ambos polos de los conflictos psíquicos. El conflicto fundamental según Klein no era entre lo *Inc.* y *Prec-Cc* sino el que se generaba entre Eros y Tánatos, entre el amor y el odio.

5.2.2. Continuidad genética. Las napas

Cada etapa del desarrollo evolutivo presentaba fantasías prototípicas acordes con las tendencias instintivas libidinosas y destructivas en juego. En tanto aquello que Freud denominó perversidad polimorfa comenzaba para Klein más tempranamente y acababa más tarde, se generaba la posibilidad de una larga coexistencia de fantasías alimentadas desde diferentes zonas erógenas. La mezcla permanente de distintas tendencias instintivas fue una característica temprana del pensamiento kleiniano. Esas mociones, además de expresarse por medio de fantasías propias y específicas, se relacionaban con objetos con los que era posible satisfacer los instintos. En *EyG* (1957) Klein consideró que los bebés tenían un conocimiento innato acerca del objeto correspondiente a algunas tendencias instintivas, especialmente la oral.³⁴

El modelo estratigráfico con que Klein pensó el aparato psíquico hizo que concibiera planos o niveles mentales en los que quedaban superpuestas de manera cronológica las experiencias vividas, los recuerdos y las fantasías. Se trataba de un patrón de tipo arqueológico, pensado como capas sucesivas que se iban agregando una sobre otra. Lo más antiguo sería, a la vez, lo más profundo y lo más determinante; de ahí la prevalencia del orocentrismo en Klein –todo acaba remitiendo finalmente a la relación oral con el pecho–, a diferencia del falocentrismo freudiano y lacaniano que reenviaba, en el territorio de la fantasía, a la castración (resignificación retroactiva). Así, según la matriarca del psicoanálisis, lo vivido más tempranamente en la vida, conformaría los niveles más primitivos y profundos de la mente. La producción fantasmática de los niños quedó incluida dentro de esa concepción general del pensamiento kleiniano: durante el desarrollo evolutivo las fantasías ganarían grados de complejidad y de organización, y se irían “depositando” en sucesivas napas. Lo dicho podría resumirse diciendo que la temporalidad que Klein privilegió fue esencialmente la cronológica, con la consiguiente ausencia de la significación retroactiva.

Sin embargo, Klein nunca expuso *explícitamente* una secuencia evolutiva de las fantasías ni estableció grados de organización estrictamente definidos de las mismas. Pese a ello, es imposible no tener en cuenta una perspectiva psicogenética en su obra porque de un modo u otro ese enfoque siempre estaba como a “flor de texto”. La secuencia que se ha construido y se presentará en este apartado es producto de un “barrido” especial de la obra de Klein, que intentó reunir material estrictamente relacionado con este aspecto; por lo tanto, lo que se expondrá estará más apegado a

sus afirmaciones que a la propuesta de continuidad genética de S. Isaacs que claro está, también se tuvo en cuenta. Se propondrá una secuencia temporal de cinco modalidades de organización de la fantasía que, por lo dicho anteriormente, configurarían otros tantos estratos de la mente.

- a) Las más primigenias –y, por consiguiente, las más rudimentarias–, se relacionaban estrechamente con las derivaciones psíquicas de experiencias somáticas muy primitivas; se conformaban, además, con elementos emocionales y sensoriales precoces, vividos por el bebé en cada momento concreto de su existencia. Eran anteriores a la operatividad de la represión y del proceso secundario. Estaban estrechamente ligadas a las actividades instintivas muy tempranas y a funcionamientos fisiológicos; esas fantasías primitivas incorporaban sobre todo vivencias y sensaciones corporales. Arcaicas y escasamente elaboradas, serían más cercanas a lo biológico que a lo psíquico; indicaban la presencia de Eros y Tánatos –dimensión instintiva– en la psique. Klein resaltó su carácter altamente corporal.
- b) De manera inmediata los instintos se relacionaban con objetos y la fantasía devenía una actividad psíquica que otorgaba sentido a esos vínculos. El lactante, aún en esos momentos tan inaugurales de su vida, “interpretaba” las causas de sus vivencias –tanto las buenas como malas–, atribuyéndolas a objetos internos. Si sentía hambre, lo imputaba a la existencia de un objeto en su panza que, con malignidad, intentaba destruir y dañar; si por el contrario, sentía placer, lo adjudicaba a objetos buenos internos gratificantes, a los que idealizaba. El bebé era un “intérprete” de sus realidades primigenias. Es posible apreciar que ya en esos momentos primigenios se adjudicaba intencionalidad a los objetos; también, a lo que el propio bebé hacía y a lo que fantaseaba que le estaban haciendo. En tanto el bebé no había adquirido aún el lenguaje, Klein –y Isaacs– las consideraban preverbales; los niños no podían ponerle palabras a las experiencias importantes que vivían.³⁵ En todo caso, se trataría de proto-pensamientos que revelaban una marcada omnipotencia y una cierta tonalidad persecutoria, acorde con lo que acontecía en la PEP.
- c) El desarrollo evolutivo conllevaba la aparición de formas más complejas de fantasías debido a los progresos en la organización de todas las instancias y sistemas del aparato psíquico. Entre éstos, los avances en la integración del yo se manifestaban en el tipo de fantasías que se conformaban. La percepción del mundo circundante comenzaba a proporcionar imágenes plásticas y más definidas de los objetos externos; los sensorialidad acústica, visual, gustativa, táctil y kinestésica, proveía materia prima para el contenido de las fantasías; también eran favorecidas las conexiones témporo-espaciales. Por entonces se consolidaba la posibilidad de construir representaciones de los objetos internos y externos, si bien con un alto grado de distorsión respecto de los objetos reales. Se creaban las fantasías prototípicas de la PD, que asentaban como un tercer manto sobre las descritas anteriormente. Mostraban una relación estrecha con los objetos, con las ansiedades específicas y con mecanismos de defensa adecuados para combatir la angustia depresiva, predominante en esa posición. Las fantasías de este tercer nivel seguían guardando todavía una íntima relación con las sensaciones corporales y persistía algo del carácter preverbal de las anteriores, aunque lo verbal comenzaba a reflejarse en el contenido de las mismas.
- d) Una mayor participación yoica en la conformación de las fantasías sería la característica principal del cuarto nivel de organización; se asociaban a procesos de simbolización rudimentarios, que permitían la sustitución de los objetos primarios por secundarios y el cambio de los fines primarios de los instintos por operaciones yoicas, que podían incluir sublimaciones embrionarias y actos de reparación, con las fantasías correspondientes.
- e) El nivel de organización superior estaría constituido por versiones de la fantasía que poseían una clara participación del lenguaje y del pensamiento. A partir de entonces podían adquirir

un carácter verbal, con su correspondiente expresión lingüística, según se verá enseguida. Estas fantasías más evolucionadas de la primera infancia poseen ya una organización estable y definida, que incluía representaciones e ideas más complejas: un sujeto y un objeto articulados por un verbo que expresa una acción instintiva: chupar, morder, tragar, dislacerar, defecar, quemar (con orina), penetrar, etc. Estas acciones eran, o bien realizadas de manera activa por el niño, o bien eran sufridas pasivamente por él; en este último caso, el objeto las llevaba a cabo. Klein atribuyó a estas acciones un carácter bidireccional; toda fantasía en la que el niño era el agente activo tenía su complemento en una fantasía de signo contrario en que –retaliativamente– sufría lo que él ocasionó al otro (al objeto). Esta especie de especularidad o reversibilidad de la fantasía ha sido una constante en su pensamiento y quedó reflejada con profusión en sus textos. El comienzo de la acción podía hallarse en cualquiera de los dos polos, aunque en las descripciones de la pionera del psicoanálisis con niños predominaron las que comenzaban en el niño. Si por el contrario, se iniciaba en el objeto, el sujeto respondía con acciones análogas en la fantasía, a modo de defensa. Las angustias sentidas por el bebé derivaban de estas acciones ejercidas o padecidas. Se puede detectar en los verbos antes nombrados cuáles serían las tendencias instintivas que se descargaban en las acciones. Ellas establecían el *contenido* de las fantasías: las primeras cuatro acciones instintivas corresponden a la zona erógena oral; las dos siguientes a la anal y uretral; la última nace de la genitalización del cuerpo infantil. En última instancia las fantasías inconscientes que se ponían en juego en los vínculos determinaban las características específicas de la relación de objeto. Hacían acto de presencia en toda experiencia de la realidad psíquica, a lo largo de la vida. No existía actividad psíquica sin fantasías subyacentes.

5.2.3. La interpretación kleiniana de las fantasías

Una de las causas de la exuberante presencia del vocablo *fantasía* en su obra se debe, sin duda, a la gran tendencia al fantaseo que tienen los niños mientras despliegan sus actividades lúdicas; también, al hecho de que Klein las interpretaba intensivamente desde los comienzos del tratamiento. Ella comprobaba indefectiblemente –y lo hacía saber– que después de resuelta una inhibición, acudían a la mente infinidad de fantasías. Este segundo aspecto viene a colación ya que la interpretación de las mismas debe considerarse como formando parte del concepto de fantasía kleinianamente concebida, cuestión que será abordada enseguida, junto a otros motivos que explicarían la presencia tan constante de dicho término en sus textos.

Del relato de viñetas o de ejemplos clínicos aparecidos en sus textos puede desprenderse la línea interpretativa predominante en Klein: ella solía incluir los materiales que los niños aportaban en las sesiones en su propia versión del complejo de Edipo freudiano –antedatado y aumentado en sus aspectos sádicos³⁶–. Por lo tanto el sentido –o el contenido– de la fantasía que ella ponía de manifiesto y proponía a los pequeños pacientes no era cualquiera. Ella trataba de significar o simbolizar –introducir un cierto orden– en el caos de las batallas instintivas, insertándoles la terceridad que los signos lingüísticos conllevan. El caso Dick es particularmente ejemplar al respecto. En cierta manera, lo vivencial de las fantasías recibía una modelación edípica por medio de las palabras de la analista, que tenían por objetivo lograr avances en el desarrollo evolutivo, a la par que procuraban yugular la angustia. Klein, que como ya se ha visto, recalca el carácter preverbal de muchas fantasías, no dejaba de atribuir un papel destacado a la interpretación verbal del analista quien, mediante sus propias palabras, conducía un pensamiento del niño en *statu nascendi* –asociado a un estado afectivo determinado, generalmente angustioso– a una puesta en palabras; es decir, a una versión relatada de la fantasía. En otros términos: *su* interpretación consumaba el pasaje desde una pre-narración hacia un relato –en el sentido estricto del término– de la fantasía.³⁷ Esa travesía espoleaba al pensamiento arcaico del niño hacia un nivel superior, más complejo, que ella denominaba *simbólico*. Que esto ocurriese suponía progresos en la maduración. La angustia nominada, reconocida y aliviada con la intervención de la analista favorecía que el niño “hiciese suya” la interpretación ofrecida. Va de suyo que esta verbalización implicaba un

acabamiento de la “construcción” de la fantasía, y que eso implicaba, a su vez, poner palabras a lo inconsciente.

Ya se ha dicho que según Klein, todas las expresiones del paciente o, más ampliamente, de cualquier persona tenían –“detrás” o “debajo”– unas actividades fantaseadoras inconscientes que las determinaban y, por lo tanto, podían ser objeto de interpretación. A tales efectos les aplicó su manera de entender el par manifiesto/latente (inconsciente), que tomó, básicamente, de *La interpretación de los sueños* (1900), a pesar de que Freud matizó y complementó esas ideas en textos posteriores [*Lo inconsciente* (1915); *18ª Conferencia de introducción al psicoanálisis* (1917), etcétera]. Esta manera de intervenir implicaba un refuerzo de las tesis freudianas sobre el determinismo inconsciente, pero, simultáneamente invalidaba el carácter disruptivo que el vienés atribuyó a las manifestaciones de dicho sistema. La supuesta omnipresencia de lo inconsciente en todo lo que hacía o decía una persona era tributaria en Klein de una concepción en la que habían dos corrientes paralelas y simultáneas en lucha: la consciente y la inconsciente; siendo la primera una expresión deformada de la segunda; por lo tanto, siempre estaba abierta la posibilidad de interpretar el significado “profundo”, liberándolo de los disimulos. Todo material del paciente sería potencialmente interpretable porque “detrás” o “debajo” estaban operando fantasías inconscientes. Este modelo se asoció con la ya mentada concepción estratigráfica de la psique y con la ausencia de la resignificación retroactiva (*Nachträglichkeit* de Freud, *après-coup* de Lacan).

5.3. La fantasía de los padres combinados

Esta fantasía, muy habitual en los niños, representaba la reunión del padre y de la madre en una sola persona; Klein la describió como particularmente terrorífica y amenazante para los infantes. La fuente que las generaba era, habitualmente, una frustración oral que despertaba envidia y odio hacia los padres.

En *EPN* (1932) Klein reunió una serie de consideraciones expresadas en varios artículos previos –*PEDL* (1923), *PPAI* (1926), *SIA* (1927), *ETCE* (1928), *CTII* (1931), etcétera–, que aludían a fantasías de los niños respecto de la sexualidad de los padres; entre ellas: a) la concepción sádica del coito³⁸; b) la teoría sexual infantil que sostenía la incorporación oral del pene del padre por parte de la madre a través de un coito oral, con la consiguiente presencia del pene paterno en el cuerpo de la madre, c) las fantasías sádicas de los niños dirigidas al útero de la madre que contenía el pene del padre. Ese conjunto determinaba que los objetos en que se descargaba el sadismo del niño –madre castradora y pene terrorífico del padre– quedaran unidos en la fantasía. Con esos antecedentes, en *EPN* (1932) describió una fantasía infantil en la que los padres aparecían unidos en una relación sexual continua y establecían una alianza contra el niño. Le dio el nombre de *fantasía de los padres combinados*; frente a ella, el niño se sentía absolutamente excluido y rabioso.

Esta fantasía formaba parte del complejo de Edipo temprano, pregenital. Según Klein, por entonces, en la mente del niño bullían fantasías sádicas de todo tipo –orales, anales, uretrales–; imaginaba que la madre incorporaba el pene y el semen del padre y que este último hacía lo propio con los pechos maternos. Además, los genitales de ambos padres podían unirse: que el pene estaba metido en el cuerpo de la madre o se combinaba con el pecho de la madre en una especie de pecho-pene; los penes se multiplicaban en el interior del útero materno, que albergaba también excrementos, orina, otros bebés; los padres intercambiaban semen, leche, heces, orina, a través de todos los orificios del cuerpo. Se trataba de una fantasía en la que intervenían muchos objetos parciales que podían combinarse entre ellos, embutirse unos en otros, en una especie de bricolaje psíquico fantasmático, de carácter persecutorio. Todo ello en medio de un sadismo rampante en el niño que se descargaba mediante ataques dirigidos a esa pareja combinada y excluyente.

En síntesis, los padres así reunidos podían estar enzarzadas en un coito sádico o prodigarse un placer ilimitado y exclusivo; en ambos casos el niño se sentía desterrado de la escena y frustrado, cosa que movilizaba su odio y destructividad. La introyección de esta pareja *sui generis* se dirigirá al superyó y formará parte del mismo (véase II, 5.3)³⁹. La fantasía de los padres combinados permaneció incólume a lo largo de toda la obra kleiniana. Con la lógica temporal que le fue propia consideró que si bien surgían en las etapas iniciales del desarrollo evolutivo, permanecían

sepultadas en los estratos más profundos de la mente de todo ser humano. Todas las fantasías, incluso aquellas que se manifestaban durante las actividades lúdicas, tenían algún punto de contacto con la escena primaria, aunque en versiones menos sádicas que ésta.

5.4. Susan Isaacs, una referencia obligada, pero sin grandes reverencias

A continuación se emprenderá el análisis del artículo de S. Isaacs, ya aludido en varias ocasiones: *Naturaleza y función de la fantasía* (1943); inicialmente se expondrá *–a la letra–* los aspectos más relevantes de su contenido y, en un segundo tiempo, se llevará a cabo una aproximación crítica al mismo.

5.4.1. El texto en sí

En él se expresan las ideas de Klein respecto de las fantasías; muchas de ellas fueron mencionadas en los apartados 5.1. y 5.2.; por lo tanto, se hará especial hincapié en los aspectos del tema no aludidos hasta ahora, aunque será inevitable algunas reiteraciones.

En el comienzo de este escrito *–en la Introducción–* Isaacs hizo referencia a los estudios psicoanalíticos previos sobre el tema e incidió en la necesidad de explorar las fantasías que se creaban durante las primeras fases del desarrollo mental, tema que según ella había quedado soslayado hasta entonces en la literatura analítica. Señaló que los conocimientos que se tenían sobre esta cuestión provenían principalmente de observaciones de conductas y de deducciones clínicas:

“Nuestras concepciones sobre la fantasía en esos primeros años se basan totalmente en inferencias, pero lo mismo sucede en cualquier edad. Las fantasías inconscientes son siempre inferidas, nunca observadas como tales; en realidad toda técnica psicoanalítica se basa más ampliamente en dichas inferencias”. (OCKPA, vol. 3, p. 75).

Luego continuó con cuestiones metodológicas vinculadas a la observación de conductas de bebés y de niños pequeños, señalando que el psicoanálisis tenía tres medios fundamentales para recoger pruebas sobre los procesos mentales en esas edades:

[...] *–registrar el contexto, observar los detalles y enfocar cualquier hecho particular como parte de un proceso evolutivo–* son aspectos esenciales de la labor psicoanalítica y tienen en ella su máximo ejemplo.” (OCKPA, vol. 3, p. 80).

Así, pues, ya desde las primeras páginas de su texto postuló el principio de continuidad genética, que luego desplegó en estos términos:

“En la mente del analista siempre estará presente el reconocimiento de la manera en que el contenido y la forma de la fantasía en cada momento dado, están ligados a las fases sucesivas del desarrollo instintivo y el reconocimiento del desarrollo del yo.” (OCKPA, vol. 3, p. 81).⁴⁰

Cabe pensar que el núcleo de ideas principales de la parte central de su trabajo quedó expresado en las siguientes frases, que ella misma se encargó de reiterar, a manera de resumen, al final de dicho artículo:

“Un estudio de las conclusiones que surgen del análisis de los niños pequeños, conduce a pensar que las fantasías son el contenido primario de los procesos mentales inconscientes.” [OCKPA, vol. 3, p. 85].

“La fantasía es (en primera instancia) el corolario mental, el representante psíquico del instinto. No hay impulso, ni respuesta instintiva, que no sea vivida como fantasía inconsciente.” [OCKPA, vol. 3, p. 85]. El texto se ha modificado ligeramente tras su cotejo con la versión inglesa.

“Todos los impulsos, todos los sentimientos, todas las formas de defensa son experimentados en fantasías que les dan vida *mental* y muestra su dirección y propósito.

Una fantasía representa el contenido particular de las pulsiones o sentimientos (por ejemplo, deseos, temores, ansiedades, triunfos, amor o pesar) que dominan la mente en ese instante” [OCKPA, vol. 3, p. 86].

“Las fantasías inconscientes ejercen una influencia continua durante toda la vida, tanto en las personas normales como en las neuróticas, estando la diferencia en el carácter específico de las fantasías dominantes, en el deseo o ansiedad asociadas a ellas y a su interrelación mutua y con la realidad externa.” [OCKPA, vol. 3, p. 110].^{41*}

Este nódulo del artículo tenía amplios alcances y expresaba, sin duda, ideas de Klein comentadas en los apartados anteriores. La noción de *representación* era clave en el enunciado de la segunda cita; pero lo que quedó sin fundamentar con rigurosidad fue la capacidad del recién nacido humano de crearlas tan precozmente. Isaacs argumentó que ella y otros estudiosos del tema se basaban en observaciones directas de niños y que las hipótesis psicoanalíticas debían verificarse siguiendo esa metodología. Por otra parte, la actividad fantaseadora –fenómeno psíquico por excelencia– quedó conectada en demasía con los instintos, básicamente por dos motivos: por un lado Isaacs desarrolló escasamente el papel del yo en la creación y modelación de las fantasías y por otro, no prestó excesiva atención a la integración de la fantasía inconsciente en el concepto de posición, giro teórico importante gracias al cual la misma quedó engarzada con otros articuladores teóricos distintos al instinto, a saber: relaciones de objeto, ansiedad básica, mecanismos de defensa y grados de integración del yo.

El texto prosiguió con referencias a la “realización alucinatoria de deseos” y la introyección en Freud. Un tanto forzosamente planteó una homologación de estos procesos descritos por el vienés con las fantasías inconscientes. Cuando abordó la relación entre fantasías y palabra surgieron aspectos interesantes:

“Las fantasías primarias, representativas de los primeros impulsos de deseo y agresividad, se expresan y manejan con procesos mentales muy alejados de las palabras y del pensamiento consciente relacional, y están determinados por la lógica de las emociones. En un periodo ulterior pueden en ciertas condiciones (a veces en el juego espontáneo de los niños, otras sólo en el análisis) llegar a expresarse en palabras.

Existen numerosas pruebas que demuestran que las fantasías están activas en la mente mucho antes del desarrollo del lenguaje, y que aún en el adulto continúan actuando conjunta e independientemente de las palabras. Lo significados y los sentimientos son mucho más antiguos que el lenguaje, tanto en la experiencia de la raza como en la de la niñez.” (OCKPA, vol. 3, p. 90).

Se desprende que las palabras eran, según Isaacs, un instrumento tardío para la expresión de las fantasías. Antes de la adquisición del lenguaje, el bebé ya había recorrido un largo camino y en su trascurso elaboró muchísimas fantasías. En este punto surgiría una contradicción: si según Klein la fantasía sería una especie de proto-pensamiento, la pregunta que inmediatamente se plantearía es acerca de si puede haber pensamientos en el niño antes de que éste haya incorporado al lenguaje. Las opiniones son contrapuestas aunque es sabido que clásicamente se consideró al lenguaje como instrumento imprescindible para el pensamiento.

Las primeras realizaciones de deseos fantaseadas, las primeras alucinaciones, estarían ligadas a *sensaciones* de diverso tipo y cualidades; entre ellas: las táctiles, olfativas y térmicas, generadas en el contacto corporal, las satisfacciones del amamantamiento y del chupeteo, los malestares del hambre, etc. Las primeras fantasías nacerían a partir de impulsos instintivos que se entretrejarían con sensaciones corporales y afectos; no incluirían el lenguaje. Expresan de un modo primitivo una realidad interna, subjetiva, muy temprana. Pero, por más limitadas y estrechas que sean esas experiencias, no dejan de ser significativas para el bebé. Por otra parte son las únicas vicisitudes posibles de ser vividas en esos momentos tan precoces de la existencia. En este punto de su artículo Isaacs desarrolló sus ideas acerca de continuidad genética en el territorio de las fantasías, tema que tan sólo había enunciado al comienzo de su texto. Entonces mostró detalladamente la complejización progresiva del mundo fantasmático del niño, a medida que avanzaba el desarrollo evolutivo.⁴²

También le adscribió a las fantasías la posibilidad de ir mutando por cambios de las tendencias instintivas provocadas por circunstancias internas y externas. Otra posibilidad –dado que ellas operaban en proceso primario– era que las fantasías coexistieran en la psique y se expresaran

conjuntamente, aun siendo contradictorias. Por otra parte y sin que la autora lo manifieste de manera explícita, se infiere la existencia de un equilibrio entre esa alta mutabilidad del complejo fantasmático del individuo y cierta estabilidad del mismo; esto último coadyuvaba a la *identidad* de la persona; le daba permanencia; lo primero, permitiría una adecuación a las situaciones cambiantes y otorgaba un carácter fluente, móvil, a la fantasía, lo que posibilitaba que pudieran variar de un momento a otro.

Luego, reseñó las relaciones entre las fantasías tempranas y el proceso primario:

“Las fantasías más tempranas y rudimentarias, ligadas a la experiencia sensorial, y siendo interpretaciones afectivas de sensaciones corporales, se caracterizan naturalmente por aquellas cualidades que Freud describió como pertenecientes al ‘proceso primario’: falta de coordinación del impulso, falta de sentido del tiempo, de contradicción y de negación. Además, en este nivel no existe discriminación de la realidad externa. La experiencia está gobernada por respuestas de ‘todo o nada’ y la ausencia de satisfacción es sentida como la existencia de un verdadero daño. El abandono, la insatisfacción o la privación son vivenciadas como verdaderas experiencias dolorosas.” (OCKPA, vol. 3, p. 96).

Su texto continuó con un intento de despejar confusiones terminológicas habituales, discriminando vocablos interconectados pero a la vez diferenciados: fantasía, mecanismo psíquico e instinto. Isaacs parece lamentarse de que en discusiones sobre las fantasías orales de devorar o *incorporar* un objeto, se utilice con frecuencia expresiones como: “el objeto introyectado”, o “pecho introyectado”, mezclando así algo del orden de la fantasía corporal concreta con un proceso mental general. Según ella

“Debe mantenerse clara la distinción entre una fantasía específica de incorporar un objeto y el mecanismo mental general de la introyección. Este último tiene un significado mucho más amplio que el primero, aunque está íntimamente relacionado con él. Para comprender la relación entre fantasías y mecanismos psíquicos debemos investigar más íntimamente la relación de ambos con los instintos. En nuestra opinión, la fantasía es el vínculo afectivo entre instinto y mecanismo del yo.” (OCKPA, vol. 3, pp. 98-99).⁴³

Al final del artículo abundó sobre las relaciones entre fantasía, identificación, simbolización, sublimación y los vínculos de ese conjunto con la realidad exterior. Parafraseando a su maestra, escribió:

Melanie Klein demostró por medio de un claro material clínico, cómo la función simbólica primaria de los objetos externos permite la elaboración de la fantasía por el yo, y permite que las sublimaciones se desarrollen en juego y manipulación, y construye un puente desde el mundo interno hacia el interés por el mundo exterior y el conocimiento de objetos físicos y acontecimientos. [...] *El mundo físico externo está, en realidad, libidinizado en gran parte por el proceso de formación de símbolos.* (OCKPA, vol. 3, pp. 107-108). Las cursivas son de S. Isaacs.

5.4.2. Una lectura crítica

Naturaleza y función de la fantasía (NFF) vino a llenar un verdadero vacío en la obra de Klein, aunque cabría preguntarse de qué modo lo colmó. Lo primero que podría decirse es que el artículo de Isaacs se convirtió en el representante del pensamiento de Klein en el territorio de la fantasía inconsciente; además: sentó doctrina. Esto generó, como se verá enseguida, unos cuantos cuestionamientos, tanto de sus adversarios como de algunos seguidores de su enseñanza. Como ha sucedido con frecuencia en el movimiento psicoanalítico, esta alocución (1943) –luego convertida en escrito (1948; 1952)– sufrió una segunda metamorfosis: acabó transformándose en una escritura sagrada. Muchos acudieron a él para extraer y citar frases célebres que, además de ser muy reiteradas, parecieron convertirse en dogmas de fe que no podían ser criticados. Si bien no puede imputarse enteramente estos efectos a la autora, es cierto que su estilo asertivo tal vez propiciara una lectura demasiado aforística y acrítica. Este asunto era doblemente preocupante por la conveniencia de huir de los apotegmas y eslóganes para una mejor comprensión de la complejidad del concepto de fantasía en la obra de la pionera del psicoanálisis con niños.

El texto en cuestión tenía demasiados “claros” y pocos “oscuros”, cosa que no dejaba de levantar sospechas, sobre todo cuando trataba de un tema tan espinoso como el de los momentos inaugurales de la vida psíquica. Más que dar cuenta de las arenas movedizas que conformaban ese territorio y la multiplicidad de enigmas que encerraba, Isaacs fue avanzando en su texto con certezas sobre certezas. Sus principales virtudes eran a la vez sus mayores defectos. La formación académica de su autora⁴⁴, su claridad de pensamiento y un estilo de exposición un tanto taxativo le permitieron un relato preciso, ajustado, de las ideas de Klein y de sus colaboradoras. Pero, como contrapartida, las tornaron más rígidas. Sin duda, los comentarios y definiciones de Susan Isaacs, que devinieron clásicos, constituyeron un aporte importante, aunque también se alejaron de la tónica bastante matizada que caracterizó lo escrito por su maestra, sobre dicho concepto. Lo recién dicho pudo apreciarse en los apartados 5.1. y 5.2., de este mismo capítulo. Lo que Klein ganaba en tonalidades y realces lo perdía por su desprolijidad teórica y expositiva. Del texto de Isaacs se podría decir casi lo opuesto. Es cierto que esta última contó con la “bendición” de la matriarca del psicoanálisis. Por algo fue designada la portavoz del denominado “Grupo kleiniano” en las famosas *Controversias* de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, que tuvieron lugar entre 1941 y 1945. Además, se sabe, Klein supervisó de cabo a rabo el texto de Isaacs que se está comentando,⁴⁵ y que esta última expuso con ardor ante los adeptos y los adversarios que apoyaban las tesis de los Freud –padre e hija–. Isaacs recibió un reconocimiento *post-mortem* de su maestra; en efecto, en uno de sus artículos tardíos –*MARI* (1959)– Klein escribió:

“He sugerido ya que, desde un cierto ángulo, es necesario considerar los procesos de proyección e introyección como fantasías inconscientes. Como señalara mi difunta amiga Susan Isaacs en su trabajo sobre este tema: ‘la fantasía es (en primera instancia) el corolario mental, el representante psíquico del instinto. No hay impulso, no hay una necesidad o respuesta instintiva que no sea experimentado como fantasía inconsciente. (OCKPA, vol. 6, pp. 222-223). Se introdujeron pequeñas modificaciones tras el cotejo con la versión inglesa.

El texto de Isaacs no puede evaluarse fuera del contexto y de la situación en que tuvo lugar la alocución. Leído en 1943, en medio de acalorados debates y disputas que llevaron a una fragmentación institucional, su contenido mostraba marcas de esos momentos: por un lado, ella se esforzó en presentar con claridad las ideas que Klein y sus colaboradoras habían elaborado sobre la fantasía inconsciente, mientras que por otro lado, trataba de apaciguar las notables diferencias que guardaban esas concepciones con las de Freud. Klein, ausente en buena parte de los debates, movía los hilos a distancia: envió al combate a sus colegas más cercanas y las dirigió con destreza y tesón. Alrededor de ella se formó un grupo que se movió con espíritu militante: Joan Riviere, Paula Heimann y la autora del texto, interesada más que nadie en dar un estatuto científico a las ideas de Melanie Klein, lo cual supuso apelar a fundamentos filosóficos y epistemológicos.

En calidad de escrito, *Naturaleza y función de la fantasía* se publicó por primera vez en 1948, justo el año de su muerte; posteriormente fue incluido en una obra colectiva que, bajo el título de *Desarrollos en psicoanálisis*, se publicó en 1952. Nacido pues como un texto “de circunstancias”, para ser leído en medio de una batalla dialéctica, el futuro le deparó a ese artículo un destino casi oracular. Es de lamentar, pero en el contexto de la literatura psicoanalítica de raigambre kleiniana, se tuvo poco en cuenta cómo en la concepción de este artículo pudo haber incidido el contexto para el que fue preparado.

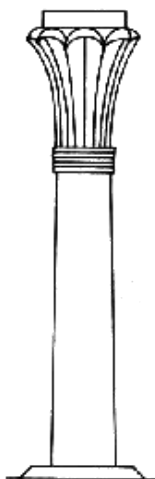
Para el que escribe esta tesis, las discrepancias entre Klein y el grupo que defendía las ideas del vienés no hubieran debido ser un problema. Klein –y quien sea– tenía el derecho a defender sus puntos de vista, aunque fuesen diferentes de los de Freud. Lo mismo podría decirse de las disparidades teóricas que pudieran surgir –y que de hecho surgieron– con la propia Klein. O con el mismísimo Lacan. Sin diferencias no se avanza en ninguna disciplina, pero también es cierto que deberían existir parámetros que permitan determinar qué es y qué no es psicoanálisis. Si la fidelidad al maestro se acaba imponiendo por disciplina o como etiqueta de pertenencia se producen, entre otros muchos efectos perniciosos, uno como el siguiente: se fuerzan los textos hasta hacerles decir lo que no dicen; por otra parte, se acaba desperdiciando un yacimiento de posibles buenas ideas. Un ejemplo claro de lo primero –y hay varios en este artículo de S. Isaacs– lo encontramos en la pp.

102-103, versión de las OCKPA, en el que comentó un pasaje de *La negación* (1925) de Freud. Ella escribió textualmente:

“Refiriéndose a ese aspecto del juicio que afirma o niega que una cosa tenga una propiedad particular, Freud dice: Expresado en el lenguaje de los impulsos instintivos orales arcaicos, la alternativa significa: “Quisiera tomar esto dentro de mí y mantener fuera esto otro”. Es decir, tiene que estar *dentro de mí* o *fuera de mí*. El deseo así formulado es lo mismo que una fantasía.

Freud llama aquí pintorescamente “el lenguaje del impulso oral” a lo que en otra parte denomina la “expresión mental” de un instinto, es decir, las fantasías que son los representantes psíquicos de un fin corporal. En este ejemplo Freud nos está mostrando que la fantasía es el equivalente mental de un *instinto*. Pero está formulando al mismo tiempo el aspecto subjetivo del *mecanismo* de introyección (o proyección).” [Todas las cursivas son de la autora].^{46*}

Otro aspecto contradictorio –que en realidad es un reflejo del existente en la obra de Klein– se apreciará en el gran arco que describió Isaacs entre el inicio de su artículo, en que la fantasía inconsciente quedó definida como expresión mental del instinto y como contenido primario de los procesos psíquicos inconscientes, y el desarrollo expositivo hasta el final del mismo, donde la fantasía inconsciente acabó subyaciendo en cada aspecto de la vida psíquica. Isaacs –portavoz de Klein y sus colaboradoras– pretendía dar cuenta de ese modo tanto de los aspectos instintivos y corporales de las fantasías como de su presencia vitalicia en todos los fenómenos psíquicos más evolucionados y organizados. Si lo que se procuraba era remarcar la presencia e influencia de la fantasía en todo lo que fuera psíquico, el objetivo fue logrado, pero pagando por ello un peaje conceptual alto: las incongruencias. Porque, al haberla concebido así, convirtió *implícitamente* a la fantasía en *el* concepto fundamental –no uno más sino el que está en la base– de la estructuración y funcionamiento del aparato psíquico; las restantes funciones serían lógicas y temporalmente posteriores y, a la vez, subsidiarias de la fantasía. Se podría figurar esta concepción de la autora mediante una columna palmiforme, de cuyo fuste (o tronco) emergería, en su parte superior (capitel), las ramas que darían sostén al yo, al superyó, a las relaciones de objeto, a los mecanismos de defensa, y a todas las actividades psíquicas mencionadas en el párrafo 5.2.1., titulado “Omnipresencia de la fantasías”. El “nervio” de esa columna sería el instinto. Una representación esquemática de la misma sería la siguiente:



Dicho de manera más conceptual: la fantasía *precedería* y *sería la causa psíquica* que promovería el desarrollo del yo, superyó y del resto de instancias y funciones mentales. Parafraseando otra vez el precepto bíblico, al comienzo era el eje instinto-fantasía. Claro está que esto no se dice explícitamente, pero es fácil deducirlo por medio de una lectura atenta de la obra de Klein y los trabajos de sus colaboradoras más estrechas.

La contradicción se haría más evidente si se contrastara *Naturaleza y función de la fantasía* con el también célebre artículo de H. Segal “Fantasía”, capítulo I de su *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Si bien ella partió de ideas del mismo cuño, rápidamente giró hacia otra dirección y

llegó, como era de esperar, a conclusiones bien diferentes. En los primeros párrafos Segal expresó su adhesión al tándem Klein-Isaacs:

“Según Melanie Klein, la fantasía es la expresión mental de los instintos y por consiguiente existe, como éstos, desde el comienzo de la vida.” (OCKPA, vol. 1, p. 20).

Pero, en pocos renglones más abajo, en esa misma página, acabó escribiendo algo muy diferente:

“*Crear fantasías es una función del yo.* La concepción de la fantasía como expresión mental de los instintos supone mayor grado de organización yoica del que postula Freud. Supone que desde el nacimiento el yo es capaz de establecer –y de hecho los instintos y la ansiedad lo impulsan a establecer– relaciones objetales primitivas en la fantasía y la realidad. Desde el momento del nacimiento el bebé se tiene que enfrentar con el impacto de la realidad, que comienza con las experiencias del nacimiento mismo y prosigue con innumerables experiencias de gratificación y frustración de sus deseos. Estas experiencias con la realidad influyen inmediatamente en la fantasía inconsciente, que a su vez influye en ellas. La fantasía no es tan solo una fuga de la realidad; es una concomitante constante e inevitable de las experiencias reales, en constante interacción con ella.” (Las cursivas del principio de la cita son mías).

Al comienzo de la frase Segal resaltó claramente que era el yo quien creaba las fantasías; luego volvió a las tesis de Isaacs/Klein: “la concepción de la fantasía como expresión mental de los instintos...”⁴⁷; sin embargo, en el despliegue posterior del texto desarrolló aquello que sostuvo al principio de la cita.

¿En qué residirían las diferencias? Si la fantasía inconsciente era forjada por el yo, –tesis a la que preponderantemente se abonó Segal–, éste procesaría la materia prima proporcionada por los instintos y la integraría en la producción de las fantasías. En cambio, según Isaacs, la fantasía surgiría a partir del instinto; la fantasía inconsciente sería para esta autora la heredera de la actividad polimorfa instintiva. Una vez creada, la fantasía intervendría en las múltiples remodelaciones madurativas del yo innato kleiniano, que también participaría, *a posteriori*, en la formación de las fantasías: circularidad que tiene punto de partida en los instintos. Pese a algunas apariencias, Isaacs y Segal no están diciendo lo mismo, aunque ambas estén subrayando dos ideas enunciadas por Klein, que no por ello dejaban de ser contradictorias: es imposible que puedan ser verdaderas las dos. En ese contexto es inviable la “tercera posición”; no podría afirmarse que, pese ser antagónicas, se trata de ideas complementarias. El *surgimiento* de la fantasía será, o bien expresión del instinto, o bien efecto de una actividad del yo. La segunda opción no niega que haya manifestaciones de los instintos en la psique ultra-rudimentaria del recién nacido, pero viene a sostener que esas expresiones no son, estrictamente hablando, la fantasía. Esta última sería producto de la labor de un yo innato, capaz de procesar esas vivencias mentales provenientes del polo instintivo.

Para el dúo Klein-Isaacs la fantasía –lo psíquico– estaría surgiendo de lo biológico; para el tándem Klein-Segal, lo psíquico surgiría de lo psíquico; la fantasía sería el efecto de un trabajo del yo, que no sólo estaría capacitado de crearla, sino y también, de vivenciarla, actuarla, transformarla, combinarla con otras y, eventualmente, someterla a la represión. Resulta imposible congeniar esas dos líneas de pensamiento.^{48*} Pese a ello múltiples autores kleinianos, probablemente sin apreciar esta incompatibilidad, reiteraron esos dos enunciados juntos. La disparidad entre ambos se aprecia mejor al observar las consecuencias bien diferentes de las mismas una: una refuerza el instintivismo y el endogenetismo, la otra –la que apuntala al yo como forjador de fantasías y de vínculos objetales precoces–, reduce el biologismo e inclina la teoría hacia lo relacional.^{49*} Tal vez una posible salida a esta contradicción consista, primero, en el reconocimiento de que existen esas dos teorías bien diferentes acerca del surgimiento de las fantasías en la obra de Freud–algo similar sucede con las dos concepciones sobre la constitución del narcisismo primario en Freud; véase I, 1.4.2–; una vez reconocida esa duplicidad, cabra elegir a cuál de ellas se adhiere.

Para el autor de esta tesis es más plausible la segunda concepción y piensa que la fantasía tendría su mejor ubicación dentro del concepto de posición –véase II, 3.1.–, en articulación con el yo, con la angustia, con las relaciones de objeto y los mecanismos de defensa. No se desconocería la

existencia de lo instintivo pero se situaría al concepto de posición –con sus cinco categorías reunidas, todas ellas eminentemente psíquicas– como el gran organizador del psiquismo infantil y el motor impulsor del desarrollo evolutivo junto a las otras tres que conformaron el cuaternario que dio sustento a la TIL.^{50*}

Otra fuente de malentendidos del texto de Isaacs y que según Willy Baranger ha provocado estragos, proviene de la confusión entre el psicoanálisis y la psicología evolutiva. Según este autor, Melanie Klein cayó de forma constante en esa confusión; también Isaacs, con su principio de continuidad genética.

“No dudo que este principio de continuidad genética tenga valor en psicología evolutiva. Donde me rebelo es cuando se equiparan los estudios de psicología experimental evolutiva (perfectamente válidos en su campo) y las conclusiones que se pueden sacar del análisis de niños y adultos acerca del desarrollo. En esta confusión la clásica teoría de las “fases” de la evolución libidinal tendrá que responder por su papel de obstáculo epistemológico y S. Isaacs tendrá que cargar con el pecado de confundir “observación” analítica (prescindiendo de las condiciones absolutamente peculiares de esta) y la observación en psicología evolutiva.” (*Posición y objeto en la obra de Melanie Klein, op. cit., p. 106*).

En esta aproximación crítica al texto de Susan Isaacs se han evitado las críticas provenientes de otras escuelas; se trata más bien de un cuestionamiento de la lógica interna de su teoría. Lo contrario hubiese sido pretender que Klein fuera freudiana o lacaniana.^{51*}

5.5. El rol de la fantasía en la formación del aparato psíquico

Buena parte de lo comentado en las cuatro páginas anteriores podría caer bajo el título de este apartado ya que cualquiera sea el punto de vista adoptado respecto del surgimiento de la fantasía en el seno de la teoría kleiniana –el instintivo o el yoico– ellas serían igualmente estructurantes del aparato psíquico. Klein desarrolló su propia concepción acerca de la formación del aparato mental tomando como punto de partida la existencia de un psiquismo temprano, en el que los factores emocionales jugaban un rol determinante. Se ha reiterado varias veces y conviene hacerlo una vez más, que aquello que Freud describió como formación del aparato psíquico y Lacan como estructuración subjetiva tiene su correspondiente en la teoría kleiniana en todo lo comprendido bajo el sintagma *desarrollo evolutivo*. Se trataba de un proceso complejo y multidimensional en el que la fantasía cumplía un papel importante. Sería así, tanto si se consideraba la evolución psíquica del niño desde las categorías de posición esquizoparanoide y depresiva como si se lo hacía desde la perspectiva de la proyección/ identificación proyectiva y de la introyección/identificación introyectiva. En el primer caso, la fantasía jugaba un papel clave dentro de la constelación de factores que se amalgamaban en dicho concepto. Hasta se podría decir que la idea misma de posición era una fantasía compleja en la que se articulaban una relación de objeto con ansiedades específicas y mecanismos de defensa.

Para la segunda alternativa, –no excluyente de la anterior– se recordará simplemente que Klein concibió la identificación proyectiva e introyectiva como fantasías, sin que por ello dejaran de ser relaciones de objeto. Las introyecciones e identificaciones introyectivas estaban subtendidas por fantasías incorporativas y de asimilación, vinculadas a mociones instintivas orales muy primitivas. En el caso de la proyección/identificación proyectiva se trataba generalmente de fantasías expulsivas de tipo anal o uretral. Esas fantasías inconscientes, sean incorporativas o expulsivas, daban significado a aquello que, siendo propio del sujeto era puesto fuera (expulsión, proyección, identificación proyectiva). Y también a todo aquello con lo que el niño se identificaba introyectivamente: se trataba de fantasías que acompañaban a los procedimientos internalizadores. Fuera como fuera, el yo innato y su conformación ulterior a través de los procesos proyectivos e introyectivos cumplía un papel muy importante en la organización del aparato psíquico (siempre dentro del modelo kleiniano de formación de la mente, que se ha sido calificado de ptolomeico). Por muchas vías, la fantasía era estructurante de lo psíquico. Ella promovería las remodelaciones del yo, del superyó y de los objetos internos. También participaba en la percepción/construcción de los

objetos externos y, más ampliamente, de la realidad circundante, proceso que asimismo influirían en la organización y maduración del psiquismo.

Klein no se ocupó especialmente de conceptualizar la formación de la psique desde la perspectiva de la primera tópica; se sabe que esta última perdió importancia en favor de la segunda tópica, aunque correspondería señalar que la fantasía se convirtió en el punto nodal de su manera de entender lo inconsciente. Como toda función yoica, la producción de fantasías era para Klein una actividad libidinal que ligaba el instinto a representaciones eidéticas y afectivas a través del otorgamiento de significación. Las fantasías, tal como se sostuvo *supra*, en 5.2.2., una vez que alcanzaban un nivel alto de organización implicaban tres tipos de representaciones: la de un agente, la de una acción y la de un objeto. Esta articulación ternaria podría equipararse con la estructura gramatical del tipo: *sujeto-verbo-complemento de objeto*; y esto, seguramente por motivos nada fortuitos: el lenguaje expresaría el propio movimiento del pensamiento, incluyendo sus orígenes en la fantasía. Tal vez toda actividad de la fantasía y, más aún, del pensamiento, pueda ser entendida como un sistema de transformaciones de esta estructura de base, por rotación del sujeto y del objeto alrededor de la acción (en el balanceo actividad-pasividad), por cambio de los objetos y por sustitución de los sujetos. El sujeto psíquico nacería y se consolidaría siguiendo estas mismas transformaciones.

Tanto el concepto de posición como los de identificaciones proyectivas e introyectivas se referían no sólo a la formación del aparato psíquico sino a su dinámica y funcionamiento. La gran pregunta –y ella tendría incidencia en la noción de desarrollo evolutivo– es cómo se daría el pasaje de estos niveles primarios de creación de fantasías, muy relacionadas con lo corporal, hacia un mundo pleno de simbolismos –con sus correspondientes significados–, que suelen ser más abstractos. Es obvio que ello implicaba avances en la maduración psíquica del infante.

Cuando en el contexto de la teoría kleiniana se suele mencionar al complejo de Edipo temprano, a las posiciones, a las relaciones de objetos, a los objetos internos, al superyó, etc., se está haciendo una referencia tácita a ciertas configuraciones más o menos universales de la fantasía inconsciente, que adquirirán forma singular en cada persona concreta. Igualmente, si se afirmaría que tal o cual individuo implementa mecanismos de defensa determinados. Se estaría agrupando fantasías inconscientes que indicarían cómo la persona estaría procesando sus angustias.

En el apartado 5.2.2. se correlacionaron los distintos niveles de organización de las fantasías con el desarrollo evolutivo del niño, pero conviene saber que este último tuvo en Klein un factor determinante en el *quantum* constitucional de la pulsión de muerte⁵²: ella sostuvo con firmeza que ningún bebé llegaba al mundo como una tabula rasa; que poseía al nacer una serie de características muy personales y singulares, dentro de las cuales la pionera del psicoanálisis con niños dio especial importancia a la intensidad de los instintos de vida y muerte, determinantes a su vez de los pesos relativos de las fantasías destructivas y amorosas. También tuvo en cuenta la capacidad congénita para tolerar la angustia y las frustraciones, factores que hizo subsidiarios del grado de cohesión del yo con que el niño llega al mundo.

5.6. Hacia una metapsicología de la fantasía inconsciente en Klein⁵³

Cada teoría psicoanalítica posee un modelo acerca de la estructuración y funcionamiento de la psique; la metapsicología es la forma más abstracta de presentar esas particularidades. En este apartado se volcará un esbozo circunscrito de una construcción metapsicológica realizada por el autor de esta tesis sobre la fantasía inconsciente en la teoría kleiniana. El desafío consistió en organizar conceptualmente la serie de afirmaciones extraídas de sus textos y expuestas en los apartados anteriores de este mismo capítulo. La pregunta que orientó esas elaboraciones fue: ¿cómo extraer de esas puntualizaciones seriadas sobre la fantasía –mayoritariamente de tipo descriptivas– un corpus teórico consistente? Las respuestas a ese interrogante conformarán este ensayo; para construirlo se tuvo muy presente las principales nevaduras de su teoría; entre ellas: el modelo estratigráfico de aparato psíquico; el instintivismo, innatismo, endogenetismo y el principio de evolución psicogenético que desembocó en una perspectiva evolutiva en psicoanálisis; sus ideas acerca de las funciones del yo, del superyó y de la angustia; el predominio de la temporalidad

cronológica (o, si se quiere, ausencia del concepto de retroacción), el *continuum* neurosis-psicosis, el cariz estructural apenas insinuado en algunos de sus conceptos, las funciones que le otorgó a los mecanismos de defensa, el estatuto de la representación en sus escritos. Otras tres cuestiones trascendentales que se tuvo en cuenta fueron: la estrecha relación de la fantasía con los instintos, la manera kleiniana de pensar las relaciones de objeto y lo inconsciente.

El tema en cuestión será encarado desde varios ángulos, tal como lo hizo la propia Klein en su obra; por ello se tuvo en cuenta, además: la relación instinto-fantasía y los vínculos de esta última con la realidad externa. Respecto de la primera se consideró la polaridad Eros-Tánatos y los estadios de la libido basados en las zonas erógenas (oral, anal, uretral, fálica y vaginal); en relación a lo segundo: la preeminencia de la fantasía –o más ampliamente: del mundo interno– sobre la realidad exterior. Klein concibió la fantasía como una participante plenaria y omnipresente del mundo interno; ella aparecía siempre en sus textos subyaciendo a toda actividad psíquica, formando parte de todas las experiencias del individuo, fueran cuales fueran las situaciones que él viviera. También se tomaron en consideración sus dos concepciones acerca de la formación de las fantasías, más allá de las críticas que se le ha formulado a su co-presencia; se tendrá en cuenta por lo tanto aquella que la hacía derivar directamente de la actividad instintual como la que consideraba que era una creación del yo. Siguiendo la tripartición que Freud estableció para la metapsicología, los diferentes comentarios se agruparán en torno a los puntos de vista tópico, dinámico y económico.

5.6.1. Punto de vista tópico

Como ya se dijo, Klein otorgó más importancia a la segunda tópica freudiana que a la primera. Ella pensó al inconsciente a partir de la fantasía y esta última fue considerada, a su vez, como la materia prima de los pensamientos del niño. Sería redundante aplicar el adjetivo inconsciente a la fantasía kleiniana, ya que ambos términos se implicaban mutuamente: no habría inconsciente sino fuera por las fantasías y estas no podían ser sino inconscientes. Ellas constituían el contenido fundamental del sistema *Inc.*, cuyo núcleo primario no surgía como efecto de la represión originaria. *Sus* fantasías operaban en base al proceso primario; no obedecían al principio de contradicción, eran atemporales (ausencia de ordenación cronológica), carecerían de coordinación, la negación no les afectaba. Esto otorgó un carácter omnipotente a la fantasía. Con lentitud el niño podía llegar a diferenciar entre el deseo y el acto, entre la realidad exterior y sus sentimientos acerca de ella. El principio de realidad acababa logrando una transacción entre la realidad externa y la fantasía inconsciente; esta última permanecía activa pero se le imponía cierta renuncia a la satisfacción instintiva directa. La energía del instinto sería utilizada para impulsar diversas actividades yoicas, sublimadas, según se verá al abordar el punto de vista económico. El principio del placer y el principio de realidad funcionaban para Klein al unísono, desde el comienzo de la vida; por lo tanto, desde esos momentos se establecerían relaciones objetales simultáneas en la realidad y en la fantasía, estando ambas entrelazadas. Así pues, la percepción y la construcción de la realidad circundante estarían intensamente sometidas al dictado de la fantasía. Todo objeto percibido incluiría trazas de fantasías previamente proyectadas sobre el mismo; todo objeto sería una construcción en la que siempre participaría el prisma fantasmático propio de cada persona.

Klein consideró a las fantasías primitivas –las de los niveles (a) y (b) descritas en 5.2.2.– en estrecha relación con el instinto; la participación del yo sería mínima en estas modalidades incipientes, más cercanas al Ello y al cuerpo que al yo. Las vivencias corporales les otorgaban sus contenidos. Otra fuente de estos últimos era el superyó temprano, que alimentaba fantasías crueles, de carácter sádico. Este aspecto se atenuó a partir de K_2 , en que concibió facetas benévolas en esta instancia que daban pie a fantasías más benignas. Las más evolucionadas –las del tipo (d) y (e)– involucraban las relaciones entre el yo y el objeto más las ansiedades y emociones propias de esa dinámica vincular. Se trataba de una estructura ternaria organizada en torno a relaciones entre un sujeto, un objeto y una acción expresada mediante un verbo. Incluían lo verbal y el pensamiento. En estas modalidades de fantasía, el objeto externo o interno solía ser un representante simbólico del objeto originario. Involucraban al yo, al pensamiento y al lenguaje. En la medida en que iba haciendo suyas las fantasías, dándoles forma y sometiéndolas –muy parcialmente– al proceso

secundario, el yo ganaba en cohesión y madurez. Esto, a su vez, repercutía en la creación de fantasías más complejas.

Por otra parte, la integración de la fantasía al concepto más amplio de posición extendió las articulaciones de la misma con otras funciones psíquicas: con las relaciones de objeto, con la angustia y con los mecanismos de defensa prevalentes; factores que serán abordados en el apartado siguiente.

La teoría más instintivista de la fantasía –aquella que la definía esencialmente por ser una representación mental del instinto– daba una participación muy importante al Ello, aunque esto no fue obstáculo para que también le atribuyera al yo un rol en la conformación de las mismas. Klein sostuvo que la presencia del instinto en la psique se vivenciaba mediante sensaciones y afectos que eran la materia prima con que se elaboraban las fantasías primigenias.⁵⁴

En síntesis: la fantasía kleiniana tenía una influencia intensa y persistente sobre cada resquicio de la vida psíquica. Podría aplicársele las mismas palabras que Freud dedicó a la pulsión: ella ejercía una fuerza constante (*konstante Kraft*) sobre todo acontecimiento de la vida.

5.6.2. Punto de vista dinámico

Lo dicho en la frase anterior sobre el carácter infatigable y omnipresente de la fantasía en la teoría kleiniana hizo que ésta se constituyese como factor dinámico de primer orden en la psique. Además, su particularidad de modificarse con mucha frecuencia y de sustituirse unas a otras, sea por cambios del mundo interno o de la realidad externa, otorgaban dinamismo y diligencia a las funciones psíquicas a ella asociadas.

Por otra parte, las fantasías funcionaban en la teoría kleiniana como el polo inconsciente (*Inc.*) en conflicto con el sistema *Prec.-Cc.*, pero, se ha de recalcar que éste no fue para ella el conflicto principal en la psique; el que ella erigió como tal fue el que se suscitaba entre Eros y Tánatos o sus derivados: el amor y el odio. Además, según Klein, la represión comenzaría a actuar en el niño más tarde de lo propuesto por Freud –primero intervendrían las defensas arcaicas, calificadas por ella de psicóticas–, por lo tanto, las fantasías sólo podían verse afectadas tardíamente por la represión. Sólo a partir de entonces, la fantasía participaría en la formación de síntomas neuróticos e inhibiciones. Esto no era un impedimento para que la fantasía participara en las expresiones del psiquismo temprano.

La fantasía inconsciente conectaba tanto al instinto como al yo hacia los objetos específicos; en la aproximación a estos últimos se sumaban factores emocionales. El yo se vinculaba con los objetos por medio de las fantasías inconscientes. El instinto fue siempre bifronte en Klein: sensorio-afectivo y buscador de objetos. Esta última empresa se sostenía también en fantasías sobre un objeto capaz de satisfacer cada uno de esos impulsos. Desde el nacimiento, las fantasías ayudaban a dotar de sentidos a las relaciones y a los afectos del bebé; entre estos últimos merece citarse a la angustia consciente e inconsciente. Y daba sentido a través de otorgar intencionalidades benévolas o malévolas a los objetos. El lactante –y el niño después– adjudicaba significados a todo lo que experimentaba en esas relaciones. Las fantasías promovían estos intercambios constantes con los objetos del mundo externo y, a su vez, esos movimientos de materia psíquica favorecían la formación de nuevas fantasías. Fantasías y relaciones de objeto se potenciaban mutuamente. Las fantasías incorporativas producían las vivencias de poseer internamente los objetos; las de tipo expulsivo generaban la sensación de desprenderse de objetos internos, en este caso mayoritariamente persecutorios o malos. La representación interna de los objetos mundanos sólo se lograba con un paso previo: ser significadas mediante fantasías inconscientes.

La manera kleiniana de concebir la fantasía implicó también una teoría implícita acerca de la relación cuerpo-mente. El hecho de haberla caracterizado como una representación del instinto en la psique, permitiría establecer una conexión conceptual entre ella y la noción freudiana de representante-representativo de la pulsión. Para Freud y para Klein no había unidad ni fusión entre el cuerpo y la mente sino mediaciones, entrelazamientos, injerencias mutuas. La fantasía inconsciente y el representante-representativo de la pulsión serían “conceptos puente entre lo somático y lo psíquico” (Freud). Pero sin duda, ciertas ideas acerca de la operatividad de la fantasía

en Klein –más específicamente: su omnipresencia y ubicuidad– hizo que las imbricaciones entre la psique y el soma resultaran más notables que en la teoría del vienés. Ella fue criticada por esta tendencia biologizante de lo psíquico.

5.6.3. Punto de vista económico

La energía de los instintos era para Klein el motor de la vida psíquica. Según ella, cada bebé nacía con un *quantum* determinando de instinto de vida y de instinto de muerte; cuanto mayor era el de uno tanto menor era el del otro. Los factores externos difícilmente podían modificar esa ecuación personal congénita. Que el yo se desempeñase bien en sus funciones era un indicador de que el fiel de la balanza se había inclinado hacia Eros. En esos casos, salvo si se producían fallos catastróficos en el entorno objetal, el yo será potente, al igual que su capacidad de amar y sentir gratitud hacia el objeto. De manera concomitante, habrá escasa agresividad y, por ende, menos temores a la retaliación y al superyó arcaico. Estos postulados implicaban un posicionamiento constitucionalista fuerte, que llevaron a plantearse la pregunta acerca de cuál era la influencia del medio ambiente y de los acontecimientos realmente vividos –en la primera infancia y también más tarde– sobre la organización del psiquismo y, más ampliamente, sobre el desarrollo evolutivo en su conjunto.

El yo innato, débil, no integrado, rudimentario, se mostraba como un batallador temprano que enfrentaba a la pulsión de muerte y a su manifestación fundamental –la angustia– mediante los mecanismos de defensa arcaicos (escisión, deflexión, proyección, identificación proyectiva, etcétera). Se podría deducir entonces que ese yo tenía e instrumentaba una energía o fuerza propia, congénita, constitucional, aunque el *quantum* de la misma, variara de un recién nacido a otro. La combinación de los mecanismos de defensa recién nombrados hacía que este yo primigenio generase de entrada la polaridad bueno-malo, bajo sus formas extremas: idealización y persecución. Clivaje que comprenderá tanto al yo arcaico como a los objetos primigenios.

Valga lo dicho como introducción para señalar que las tendencias libidinales (Eros) y las agresivo-destructivas (Tánatos) se inscribían psíquicamente a través de las fantasías; el yo mediaba en esa labor y conectaba al instinto –incluido en la fantasía– con un objeto, una angustia y un tipo específico de defensas (que también eran fantasías). Estas últimas tenían, al igual que las posiciones en las que estaban incluidas, un carácter situacional-relacional; ella participaba en el logro de las metas del instinto y en conectarlo con los objetos. Puede decirse entonces que la fantasía era la promotora de relaciones con los objetos externos; gracias a ella se ampliaban los círculos de intereses del yo. Dicho de otro modo, la fantasía llevaría a cabo la función de ligar al instinto con su objeto. Otra forma importante de ligadura realizada por la fantasía consistiría en otorgar intencionalidad y significado a las vivencias del yo.

La energía de los instintos podía ser utilizada para potenciar actividades yoicas o para las sublimaciones. Estas últimas, según Klein –a diferencia de Freud–, no requerían como condición previa la desexualización del instinto, aunque en algunas situaciones ésta se produjera. Con o sin desexualización, la sublimación ponía a disposición del yo energías para la realización de actividades que lo expansionaban. De manera concomitante se lograba la descarga instintiva, ya sea por vía directa o sublimada, sobre un objeto. Todos estos procesos requerían insoslayablemente de fantasías. Ellas también operaban en la simbolización, que se llevaba a cabo con mediación de la identificación –en un sentido peculiar que Klein le dio al término–.⁵⁵

La actividad lúdica era también para ella un proceso de descarga de las fantasías y de sus contenidos instintivo-emocionales-eidéticos.

En la creación de las fantasías Klein otorgaba un rol muy significativo a las percepciones olfativas, gustativas, táctiles, cenestésicas y kinestésicas. La propiocepción sería básica e imprescindible para la elaboración de las fantasías del nivel a) y b) –las más primitivas–; luego participaría la vista y la audición –exterocepción– que permitirían un conocimiento más afinado de la realidad exterior. A partir de entonces, las fantasías serían elaboradas mediante materia prima interna y externa.

También es significativa la relación entre fantasía y angustia. El sadismo fue durante cierto tiempo el articulador entre ambas. La acción de Tánatos en la psique se manifiesta como angustia y esta es eliminada mediante deflexiones o proyecciones en las que necesariamente participan fantasías que intervendrán también en la creación de objetos externos sádicos y su posterior introyección. En este sentido las fantasías y los mecanismos de defensa, que en Klein adquirieron la función de yugular la fantasía, actúan conjuntamente, se solapan; incluso podría caracterizarse a la defensa como una modalidad de la fantasía.

5.7. Caracterización del concepto de fantasía inconsciente en la obra de Klein

Ya se sabe: hubiera sido mejor –o tal vez más cómodo– si ella nos hubiese legado su propia definición del concepto; pero no ha sido así; esa actitud –llamémosla puntillosa– no formó parte de su genio y figura. Dejó a sus lectores, quizá intencionadamente, la tarea de elaborarla. Las páginas que siguen constituyen un intento más, entre los muchos habidos, de llevar a cabo esa labor. Como todas las realizadas hasta el presente, esta nueva tentativa mostrará el influjo de los prismas personales con que se han leído sus elaboraciones y, más específicamente, de los alcances semánticos que le fueron atribuidos a lo escrito por ella sobre el tema en cuestión. Entender psicoanalíticamente un concepto psicoanalítico implica aceptar previamente que lo inconsciente de un autor está siempre concernido en lo escrito sobre tal articulador. Que así sea, no nos debería extrañar, pero ello no quita que comprender de ese modo y en ese contexto una acepción dista mucho de ser una tarea fácil; implica percibir las diversas hebras con las que fue tejido; apreciar las diferentes cadencias y tonalidades con las que fue apareciendo a lo largo de los años; detectar las distintas líneas de fuerza teóricas que lo atravesaron, divisar los *tempos* en que se fue modelando, advertir las discordancias y contradicciones que lo tornaron rígido, precisar las articulaciones con otros conceptos suyos, entender los motivos por los cuales ciertas facetas devinieron obsoletas y porqué otras fueron resurgiendo; reconocer las ideas implícitas y valorar las referencias marginales. Y sobre todo, saber reencontrar el hilo conductor que uniría las miles de presencias del vocablo a lo largo de cuarenta años de elaboraciones clínico-teóricas plasmadas por escrito. Esa continuidad, esa supervivencia semántica, puede apreciarse con nitidez en su obra, pese a los innumerables matices que fue añadiendo al concepto de fantasía y a las variadas inflexiones que lo transformaron. Sin embargo, más allá de los cambios, subsistió un cordón medular. Como todo meollo conceptual, el de la fantasía quedó constituido por varios componentes, que cabrá poner de relieve.

Ha de quedar claro, entonces, que la aproximación al concepto de fantasía que se expondrá a continuación exigió ir más allá de las definiciones clásicas y al uso. Incluso, la meticulosa combinación de la lectura cronológica y retrospectiva presentada en 5.1. y 5.2., resultó insuficiente a la hora de componer la caracterización de este concepto. En cambio, para esos fines se mostraron especialmente útiles las categorías de *persistencia*, *latencia*, *dilema* y *bifurcación conceptual* como así también las *refutaciones* que Klein hizo a las ideas de otros psicoanalistas sobre el tema en cuestión. La fantasía inconsciente resultó ser en su obra un concepto hipercomplejo en que confluyeron múltiples y heterogéneos registros.⁵⁶ Como en otras ocasiones se presentarán los frutos de esa tarea bajo el formato de entradilla de un virtual Diccionario de psicoanálisis kleiniano. En ella se reiterará de manera sintética buena parte de las ideas expresadas en todos los apartados anteriores.

FANTASÍA INCONSCIENTE

— Alemán: *Unbewusste Phantasie* — Inglés: *Unconscious phantasy* — Francés: *fantasme inconscient* — Italiano: *fantasmi (o fantasie) inconscio* — Portugués: *fantasia inconsciente*

Es una creencia o un proto-pensamiento *inconsciente* forjada al otorgar, de manera automática, significación a las sensaciones y emociones percibidas en la psique y en el cuerpo; crear fantasías sería una actividad mental primaria y vitalicia. Desde el nacimiento hasta el final de la vida el yo conferirá significados a todas las vivencias psíquicas, a las reacciones corporales, a las relaciones con la realidad externa e interna, a todo lo que se hace o dice y, más ampliamente, a

todas las experiencias vitales. El yo “interpretaría” esas vivencias como si fueran efectos de las acciones de objetos (internos o externos) a los que se adjudicó previamente intenciones -buenas o malas- respecto de su persona. Toda fantasía contiene o expresa un proto-pensamiento de las siguientes características: “lo que experimento se debe a las acciones malévolas o benévolas de un objeto”. Ante tales vivencias, las respuestas suelen ser actos y/o sentimientos –en realidad: otras fantasías–, que pueden tener carácter defensivo o reactivo: hacer activamente al objeto lo que sintió “recibir” de él.

La creación de la fantasía conlleva el uso de representaciones psíquicas de diversos tipos; mayoritariamente, imágenes. Las fantasías subyacen a todas y cada una de las actividades mentales; por eso fantasía y realidad psíquica se mezclan en la teoría kleiniana: terminan conformando una unidad. La conexión fantasía–instinto estuvo siempre presente en sus escritos; de ese enlace proceden tres características importantes de las fantasías: a) la energía que las alimentaba, b) el contenido argumental de las mismas, que variaba según las zonas erógenas de las que emanan las mociones instintivas (oral, anal, uretral, genital), c) la temprana presencia ellas en la psique del bebé. Klein estudió antes que nadie el surgimiento y las funciones de la fantasía en los lactantes y niños, pero dejó bien claro que los adolescentes y adultos continuaban con esa actividad fantaseadora.

En cuanto al surgimiento de la fantasía, Klein postuló dos teorías. En una sostenía que era, lisa y llanamente, un representante del instinto en la psique, una manifestación mental de los impulsos instintivos nacidos en las zonas erógenas clásicas, a las que ella añadió la uretral. En esta concepción el yo tendría un papel importante en el procesamiento de las mismas, pero la fuente *última* en este caso sería de naturaleza biológica. La segunda hipótesis afirmaba que la *creación* de la fantasía era una función del yo: éste procesaba diversos tipos de estímulos psíquicos y corporales, incluidas las recién mentadas manifestaciones instintivas en la mente. En ambas teorías la fantasía intervenía en el contexto de relaciones objetales; en la primera, porque el propio instinto iba a la búsqueda de objetos; en la otra, porque el yo era el punto de partida de las relaciones objetales al investir libidinalmente la realidad. Esas relaciones se establecían desde el mismo momento del nacimiento. Las dos concepciones coexistieron en su obra, pese al carácter contradictorio de las mismas. La primera otorgaba –implícitamente– una mayor inclinación de su teoría hacia el constitucionalismo, instintivismo y endogenetismo; suponía asimismo una concepción –latente en su obra– acerca de las relaciones entre cuerpo y mente. La segunda –muy asociada al concepto de posición– la escoraba hacia lo relacional. Las fantasías se inmiscuían tanto en las relaciones con los objetos reales externos como con los internos. Klein incluyó en el concepto de fantasía el procesamiento por parte del bebé de las sensaciones provenientes de su cuerpo: la experiencia de satisfacción alimentaria, asociada a un estómago pleno, daría pie a fantasías en las que la gratificación era atribuida a un objeto interno, dador generoso e inagotable, modelado sobre una representación del pecho bueno.

A tenor de su obra completa, la fantasía quedó finalmente conformada por la confluencia de componentes heterogéneos, a saber: instintos, vivencias, afectos, deseos, significados otorgados, pensamientos, actos, procesos de simbolización y sublimación, elementos sensoriales (visuales, auditivos, kinestésicos, gustativos, olfativos, térmicos, verbales y no verbales), etcétera.

Klein afirmaba que el bebé traía al nacer una dotación constitucional muy propia, singular, y que desde sus primeros días tenía una vida emocional muy intensa –idealizaciones extremas e impulsos destructivos violentos, alimentados por Eros y Tánatos–; además, su yo incipiente era capaz de fantasear; es decir, de otorgar significados a todo aquello que iba experimentando. Esas “interpretaciones” eran al comienzo muy rudimentarias, concretas; registros, apenas, de la presencia del instinto en su cuerpo-mente incipiente; posteriormente, adquirirían la forma de proto-pensamientos, pero, a medida que avanzaba el desarrollo evolutivo, se iban haciendo más complejos y elaborados. Esas vivencias eran parte de las materias primas con las cuales se conformaban las fantasías. Klein señaló reiteradamente el vínculo entre fantasía e instinto; Susan Isaacs inmortalizó esa ligazón en nombre propio y en el de la pionera del psicoanálisis con niños, al definirla como correlato mental del instinto.

Cuando Klein aludía al complejo de Edipo, a las posiciones, a las relaciones de objeto, a los objetos internos o al superyó —por señalar tan sólo algunos conceptos, instancias y funciones—, estaba haciendo referencia implícita a ciertas configuraciones más o menos universales de la fantasía inconsciente⁵⁷, que acababan adquiriendo formas singulares en cada persona concreta. Igualmente, cuando afirmaba que tal o cual persona implementaba determinados mecanismos de defensa, estaba sosteniendo tácitamente que usaba un grupo de fantasías inconscientes mediante las cuales el yo luchaba activamente contra las angustias generadas por otras fantasías. Así, la identificación proyectiva e introyectiva, consideradas como defensas, serían fantasías (de tipo expulsivo o incorporativo, respectivamente) que combatirían otras fantasías: las persecutorias o depresivas, asociadas a las angustias homónimas.

Desde los inicios de su producción estableció una relación entre la fantasía y el juego de los niños a través de la noción de *personificación*. Explicó las inhibiciones de las actividades lúdicas infantiles como efecto de la represión de las fantasías, por el carácter sexual de sus contenidos. También la relacionó: con la simbolización —sin esta última no habría progresos en la formación de las mismas—, con la sublimación y con la reparación. La perspectiva genética se manifestó en esta comarca de su teoría a través de un punto de vista “etapista” y cronológico: estarían las fases más primitivas, preverbales, muy relacionadas con los procesos corporales hasta las más tardías, que tendrían carácter verbal, con elementos derivados de la percepción visual y auditiva. Una vez que se accedía a sus formas más evolucionadas, el contenido argumental de las mismas adquiriría una forma trinitaria: siempre quedaban implicados un sujeto, un objeto y una acción que se manifestaba mediante una expresión verbal, correlacionada a una fuente instintiva (chupar, morder, expulsar, quemar, etcétera). Tal vez, sólo a partir de esta organización ternaria bien establecida, cabría asociar al sustantivo *fantasía* el adjetivo de *inconsciente*.

Al comienzo de su obra la fantasía estuvo muy asociada a la proyección e introyección de objetos malos y persecutorios, ligados al sadismo (Tánatos). En la etapa final de la misma la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo —y las fantasías que acompañaban a tal procedimiento—, dio un giro relevante a su obra: desde entonces, la presencia de fantasías vinculadas a Eros fue en aumento.

Las fantasías constituían los componentes fundamentales de lo inconsciente; podría decirse que en la teoría de Klein, lo inconsciente está conformado por la fantasía. El núcleo primario del sistema *Inc.* no sería un efecto de la represión originaria. Las fantasías funcionaban según ella con todas las características del proceso primario; no obedecían al principio de contradicción, eran atemporales (ausencia de ordenación cronológica), carecían de coordinación y la negación no las afectaba. Todo esto otorgaba un carácter omnipotente a la fantasía.

Un enriquecimiento notable de la concepción de la fantasía aconteció cuando Klein la articuló en las posiciones; ello implicó el entrelazamiento conceptual de la misma con los restantes componentes de cada posición: angustia predominante, grado de integración del yo, relaciones de objetos y mecanismos de defensa prevalentes. En el contexto de la PEP el yo atribuirá intenciones malévolas al objeto y, por lo tanto, responderá en consecuencia: causando daños en la fantasía al otro. Por el contrario, si el objeto gratifica, las respuestas serán fantasías idealizantes y amorosas respecto del objeto. En la PD describió también la existencia de fantasías culposas, de gratitud y de reparación. A toda fantasía le corresponde otra “en espejo”: tras atribuir intenciones maléficas al objeto, el yo respondía con fantasías agresivas; si se adjudicaba propósitos buenos al objeto, habrá respuestas fantasmáticas acordes: de gratitud, de amor. De esto se desprendía con claridad que la fantasía kleiniana era situacional y relacional; siempre se desplegaba en el seno de una relación sujeto (yo)-objeto.

La omnipresencia de las fantasías —ellas acompañan a todo átomo de vida psíquica; ejercían un influjo constante e intenso sobre la actividad mental— ha conducido sin duda a una peculiar concepción de la organización del aparato psíquico, a una modalidad interpretativa kleiniana acorde con ciertos rasgos de su teoría (concepción estratigráfica de la mente, ausencia de temporalidad retroactiva, etcétera), y a cierta preeminencia de la realidad psíquica respecto de la realidad externa. En la teoría de Klein, lo inconsciente debe buscarse en los contenidos de las fantasías. Según ella, todas las expresiones del paciente —o del individuo, en general— tendrían “detrás” o “debajo” una

actividad fantaseadora inconsciente que la determinaría y, por lo tanto, podría ser objeto de interpretación. Si bien estas hipótesis implicaban un reforzamiento de las ideas freudianas sobre el determinismo inconsciente, simultáneamente invalidaban el carácter disruptivo que el vienés atribuyó a las manifestaciones de dicho sistema. Que la fantasía inconsciente estuviera presente en *todo* lo que hace, dice o experimenta una persona determinó implícitamente la existencia en la vida psíquica de dos corrientes paralelas y simultáneas, en lucha constante: una consciente y otra inconsciente; la primera sería una expresión deformada de la segunda; por lo tanto, siempre quedaba abierta la posibilidad de interpretar el significado “profundo”, liberándolo de los disimulos y deformaciones. Todo material del paciente sería potencialmente interpretable porque “detrás” o “debajo” estarían operando fantasías inconscientes.⁵⁸

De sus textos se desprendería asimismo que la reiteración de ciertos vectores subjetivos en la creación de las fantasías otorgaba la persistencia de los rasgos psíquicos de cada persona, cosa que a su vez determinaba la identidad; pero, por otra parte, ella describió cómo las fantasías que se ponían en juego en cada ocasión podían cambiar de manera frecuente y repentina.

5.8. El concepto de fantasía en Freud⁵⁹

La fantasía hizo pronta aparición en la escena psicoanalítica: en el año 1897. Su presencia puede detectarse en los primeros artículos de Freud, aunque su procesamiento como concepto fue progresivo. Sus textos más importantes sobre este tema fueron: *La interpretación de los sueños* (1900), *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908), *El creador literario y el fantaseo* (1908 [1907]), *Los dos principios del suceder psíquico* (1911), *Lo inconsciente* (1915), *Historia de una neurosis infantil. [El hombre de los lobos]* (1918) y *Pegan a un niño* (1919). A través de citas y comentarios de algunos pasajes de estos artículos se trazará una breve genealogía de este concepto en la obra de Freud.

5.8.1. Introducción

Al principio de su producción utilizó este concepto de manera muy amplia: incluía las fantasías conscientes, preconscientes e inconscientes; también, los ensueños o sueños diurnos o devaneos; luego, en 1918, agregó las fantasías originarias. Estas últimas tuvieron, desde el momento en que las describió, un *status* metapsicológico específico y diferencial. Con el correr de los años, y sin cerrar el abanico de modalidades fantasmáticas, el vienés fue jerarquizando un uso propiamente psicoanalítico del concepto bajo la forma de fantasía *inconsciente*. Las características fundamentales de la misma serán perfiladas en el apartado siguiente.

En este articulador teórico forjado por el vienés confluyeron diversas e importantes dimensiones psíquicas: el sujeto concebido psicoanalíticamente, el deseo inconsciente, la pulsión, el complejo de Edipo y una manera específica de entender las relaciones cuerpo-mente.⁶⁰ El giro copernicano introducido por Freud tuvo su punto culminante en la inscripción del lenguaje y el pensamiento en lo inconsciente y en la pulsión sexual; a partir de esto, y en sus propias palabras: “lo inconsciente constituye una auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico.”⁶¹ Asimismo, al postular que la pulsión era un concepto puente entre lo somático y la psique, entrelazó íntimamente ambos campos; el cuerpo humano acabó siendo para el psicoanálisis un ensamble biológico erogenizado; la biología inicial del recién nacido se trasmataba por la presencia de lo psíquico y lo social; por ello guardaba importantes diferencias con la biología de otros animales. El cuerpo –sin duda prodigioso en el mantenimiento de su homeostasis– dejaba de ser, poco después del nacimiento, un simple organismo viviente, una maquinaria biológica que respondería perfectamente a los principios de la autoconservación. Eros y Tánatos lo atravesaban; la sexualidad y la muerte lo marcaban; el principio del placer y su “más allá” determinaban que no respondiese exclusivamente a las leyes de la biología.

Con estas consideraciones el psicoanálisis trascendió –aunque sin abandonarlos– sus objetivos terapéuticos y participó, junto con otras disciplinas, en la crítica a la metafísica y sus categorías dicotómicas: cuerpo/alma; sujeto/objeto; espacio/tiempo, realidad interna/realidad

externa, etc. La noción freudiana de fantasía solicita ser integrada, necesariamente, dentro del marco recién descrito. El comienzo de la actividad fantasmática en el bebé fue situado por Freud en los momentos del repliegue autoerótico de la pulsión, cuando ésta abandonaba al objeto real externo de la misma (pecho materno, erógeno), y se erigía un objeto psíquico fantaseado; en torno a este último se generaba un importante dinamismo mental, que se asociaba a la obtención de placer por chupeteo.⁶² Así pues, al abandono de un fragmento de realidad externa (el seno, en este caso) le seguía un incremento de la actividad psíquica autocentrada e independizada –relativamente– del objeto exterior: se trataba de la constitución del autoerotismo. A partir de entonces se inauguraba una dialéctica peculiar que hacía más compleja las relaciones del sujeto con su mundo objetual, puesto que esta nueva dimensión subjetiva –la fantasmática–, mediará en todos los vínculos que el sujeto establezca con la realidad externa.

5.8.2. Fantasías conscientes e inconscientes. Fantasías originarias

Rastros del comienzo de la elaboración de su teoría pueden encontrarse en la carta 69 dirigida a Fliess, fechada el 21 de setiembre de 1897 (OCFAE, I, p. 301). En la misma afirmó: “Ya no creo más en mi “neurótica””. La etiología de la histeria no se debía –al menos en todos los casos– a la existencia de un traumatismo sexual real producido en la infancia sino a fantasías elaboradas por estos pacientes. La realidad de esas escenas no era otra cosa que *realidad psíquica*; ésta, sin embargo, poseía una alta capacidad determinante en la formación de síntomas y en la psicopatología de la vida cotidiana. Esto se debía a que,

“[...] en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto”. (Carta 69; OCFAE, I, pp. 301-302).

El planteamiento fue claro: si en lo inconsciente no había un signo de realidad, dicho sistema no era capaz de diferenciar las fantasías de los acontecimientos realmente acaecidos. La realidad psíquica devino para Freud una forma peculiar y nada anodina de existencia, que cabía discriminar de la realidad material. Pocos años más tarde –en *La interpretación de los sueños* [IS (1900), OCFAE, V, p. 565] –, expresó:

“El primer tramo [de la formación del sueño] se extiende, en sentido progrediente, desde las escenas o fantasías inconscientes hasta lo preconsciente; el segundo tramo vuelve, desde el límite de la censura, hasta las percepciones.” (Lo que está entre corchetes es mío).

O sea que el deseo onírico, al no poder abrirse paso hacia la conciencia por acción de la censura, emprendería un camino *regresivo* hacia el polo perceptual del aparato psíquico y el sueño cobraba figurabilidad: las ideas del sueño se transformaban en imágenes que podían ser percibidas por el soñante.⁶³

En el capítulo VI del mismo libro [IS (1900)], titulado “El trabajo del sueño”, Freud aludió al rol de las fantasías en los procesos oníricos y en los síntomas histéricos. Vale la pena la inserción de una extensa cita, por los efectos esclarecedores que tendría sobre las cuestiones recién comentadas.

“Ahora bien, hay un caso en que el trabajo de construirle al sueño una fachada [elaboración secundaria], digamos, le es ahorrado en buena medida por el hecho de que dentro del material de los pensamientos oníricos se encuentra, ya listo. Un producto así, que no espera sino que se lo use. A ese elemento de los pensamientos oníricos a que aludo suelo designarlo como ‘fantasías’; quizá despeje posibles malentendidos si enseguida lo llamo *sueño diurno* {*Tagtraum*}, por ser análogo al sueño que encontramos en la vida de vigilia.⁶⁴ [...] La importancia del sueño diurno no ha escapado a la penetrante y certera mirada del literato; es de todos conocida la descripción que hace Daudet, en *Le Nabab*, de los sueños diurnos de los personajes secundarios de ese cuento. El estudio de las psiconeurosis nos depara un sorprendente hallazgo: estas fantasías o sueños diurnos son las etapas previas más inmediatas de los síntomas histéricos –al menos de toda una serie de ellos–; no de los recuerdos mismos, sino de las fantasías construidas sobre la base de ellos, dependen sobre todo los síntomas histéricos.

La frecuente emergencia de fantasías diurnas conscientes nos pone en conocimiento de estas formaciones; pero así como las hay conscientes, son abundantísimas las fantasías inconscientes que tienen que permanecer tales a causa de su contenido y por provenir de material reprimido. Una mayor profundización en los caracteres de estas fantasías diurnas nos enseña que con todo derecho conviene a estas formaciones el mismo nombre que llevan nuestras producciones mentales nocturnas: el nombre de *sueños*. [...].

Como los sueños [nocturnos], ellos son cumplimiento de deseos; como los sueños [nocturnos], se basan en buena parte en las impresiones de vivencias infantiles; y como ellos gozan de cierto relajamiento de la censura respecto de sus creaciones.” (OCFAE, vol. V, p. 487-488). Lo que está entre corchetes es mío; las cursivas son del autor.

Por otra parte, en el capítulo VII de dicha obra afirmó, en un intento de diferenciar la noción de representación de la de fantasía, que esta última era una producción propiamente psíquica que no tenía una relación *directa* con la realidad, mientras que la primera provendría esencialmente de las relaciones con el mundo exterior.

En el año 1908 publicó dos breves ensayos en los que trató este asunto: *El creador literario y el fantaseo* y *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. En el primero afirmó que los poetas utilizan sus fantasías o sueños diurnos como fuente para la creación literaria; transformaban sus fantasías en obras de arte.⁶⁵

“Ahora bien, el poeta hace lo mismo que el niño que juega; crea un mundo de fantasía al que toma muy en serio, vale decir, lo dota de grandes montos de afecto, al tiempo que lo separa tajantemente de la realidad efectiva. [...] Ahora bien, de la irrealidad del mundo poético derivan muy importantes consecuencias para la técnica artística, pues muchas cosas que de ser reales no depararían goce pueden, empero, pueden depararlo en el juego de la fantasía; y muchas excitaciones que en sí mismas son en verdad penosas pueden convertirse en fuentes de placer para el auditorio y los espectadores del poeta.” [*El creador literario y el fantaseo* (1908); OCFAE, vol. IX, p. 128].

Más adelante, después de señalar que el adulto sustituía el juego por la fantasía, remató estos pensamientos con la siguiente idea: las mociones pulsionales insatisfechas son las fuerzas impulsoras de las fantasías; luego añadió:

“[...] Es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho. Deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales de la fantasía y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad.” (*Ídem*, pp. 129-130).

En las páginas siguientes afirmó:

“No puedo omitir el nexo de las fantasías con el sueño. Tampoco nuestros sueños nocturnos son otra cosa que unas tales fantasías, como podemos ponerlo en evidencia mediante su interpretación. El lenguaje con su insuperable sabiduría, hace tiempo que ha decidido el problema de la esencia de los sueños {*Traum*} llamando también “*sueños diurnos*” {“*Tagtraum*”} a los castillos en el aire de los fantaseadores.” (*Ídem*, p. 131).

Comentó que el paciente muchas veces ocultaba sus fantasías por avergonzarse de su contenido; además, pensaba que en caso de comunicarlas, no depararía ningún placer a quien le escuchaba. Luego, prosiguió con esta conclusión:

“En cambio, si el poeta juega sus juegos ante nosotros como su público, o nos refiere lo que nos inclinamos a declarar sus personales sueños diurnos, sentimos un elevado placer, que probablemente tenga tributarios de varias fuentes. Cómo lo consigue, he ahí su más genuino secreto.” (OCFAE, IX, pp. 134-135).

En *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908) se ocupó de las fantasías conscientes (sueños diurnos o devaneos) y reprocessó las relaciones que había establecido tempranamente entre fantasías inconscientes y la formación de síntomas; las primeras son precursoras de las segundas. Escribió también sobre la relación entre los sueños diurnos y las fantasías inconscientes. El vienés no siempre diferenció con claridad el estatus tópico de las fantasías y si bien a muchas les adjuntó el adjetivo inconsciente, hubo ocasiones –sobre todo en sus primeros textos– en que al usar la palabra *Phantasien* se refería a los devaneos, ficciones o novelas que el sujeto creaba y se narraba a sí mismo, en estado de vigilia.^{66*}

En *Los dos principios del suceder psíquico* (1911) se refirió a las relaciones de la fantasía con la realidad y postuló que el fantaseo era una actividad que quedaba al margen del principio de realidad; ella se iniciaba con la actividad lúdica infantil para continuarse con los sueños diurnos; reiteró también lo que había dicho tres años antes acerca de la participación de la misma en la creación literaria y poética.

Como puede apreciarse en estos fragmentos citados hasta ahora, Freud usaba el término fantasía para formaciones que se originaban en los distintos sistemas de la primera tópica; en cierto sentido puede decirse que la consideraba un fenómeno psíquico trans-sistémico, aunque, como se verá a continuación, con el correr del tiempo acabó jerarquizando las modalidades inconscientes.

En el capítulo VI de *Lo inconsciente* (1915), titulado “El comercio entre los dos sistemas”, después de referirse a que no existía una separación límpida entre los sistemas *Inc.* y *Cc.*, Freud afirmó que las fantasías reunían notas contrapuestas: por una parte presentaban una alta organización, estaban exentas de contradicciones, habían aprovechado todas las adquisiciones del sistema consciente y por otra parte eran inconscientes y no susceptibles de devenir conscientes.

“Por tanto, cualitativamente pertenecen al sistema *Prec.*, pero, de hecho, al *Inc.* Su origen sigue siendo decisivo para su destino. Hay que compararlos con los mestizos entre diversas razas humanas que en líneas generales se han asemejado a los blancos, pero dejan traslucir su ascendencia de color por uno u otro rasgo llamativo [...]. De esta clase son las formaciones de la fantasía tanto de los normales cuanto de los neuróticos, que hemos individualizado como etapas previas de la formación del sueño y en la del síntoma, y que, a pesar de su alta organización, permanecen reprimidas y como tales no pueden devenir conscientes.” (*Lo inconsciente* (1915), OCFAE, vol. XIV, pp. 187-188).

Fue finalmente en *Pegan a un niño* (1919) en que la concepción freudiana acerca de la fantasía adquirió un carácter emblemático. Describió la compleja estructura de una fantasía masoquista, que producía gran excitación sexual y desembocaba en masturbación. Aparecía con más frecuencia en mujeres; la primera fase de esta fantasía podría formularse mediante el siguiente enunciado: “el padre pega a un niño.” Entre esta fase y la siguiente ocurren grandes cambios; la nueva articulación sería: “yo soy azotado/a por el padre.” Este tiempo es una construcción del análisis; nunca antes fue consciente; tendría un carácter *inconsciente* y masoquista: el análisis acababa revelando que el propio sujeto fantaseador era pegado, que gozaba con el castigo (masoquismo). Esta faceta había sido, obviamente, opaca a la consciencia y se revelaba gracias a la interpretación. Lo que espontáneamente llegaba a la consciencia –tercer tiempo de la construcción fantasmática–, era un guión similar al del primer tiempo, pero el que pegaba nunca era el padre ni un subrogado suyo; la persona del niño(a), creador(a) de esa fantasía ya no aparecía en el relato; se trataba generalmente de otro niño; la fórmula se hacía más genérica e indefinida: *pegan a un niño*.

Si se trataba de escenas fantaseadas por una mujer, la fantasía de ser azotada por el padre se correspondía con el Edipo positivo; en cambio, si la había creado un varón, el escenario era la del Edipo negativo. Estas fantasías infiltraban los celos y las rivalidades infantiles con los hermanos. Lo descrito en este texto mostraba claramente una fantasía inconsciente, la represión que la sojuzgaba, la relación de la misma con los celos y la acción de los mecanismos de defensa –represión, transformación en lo contrario, negación, proyección, etc.–, que disfrazaba al deseo en juego. Freud consideraba que este texto era una contribución al conocimiento de las perversiones, la masoquista en particular, aunque sirvió también para esclarecer que los deseos escenificados en la fantasía se relacionaban con las pulsiones parciales; de ahí el “toque” perverso de todas las fantasías de los neuróticos. Lo “prohibido” y la pulsión parcial estaban siempre presentes en el guión del fantasma.

El historial clínico conocido como “El hombre de los lobos” (1918), merecerá una consideración especial ya que en él Freud introdujo el concepto de fantasías originarias. Las consideró innatas y universales -estarían presentes en todo sujeto- y serían “precipitados de la historia de la cultura humana” filogenéticamente transmitidos (*Cfr.* OCFAE, XVII, pp. 108-109). Fueron las fantasías más enigmáticas que postuló el vienés; serían portadoras de verdades prehistóricas y, por lo tanto, no construidas por el sujeto, pero organizaban toda la vida fantasmática. Retornaban desde un inconsciente primario –que no era fruto de la represión– y sus formas típicas se relacionaban con la vida intrauterina, con la escena primaria, la castración y la

seducción. Todas ellas se referían a los orígenes y daban respuestas pre-confeccionadas a preguntas vinculadas al nacimiento, a la diferencia de los sexos, al surgimiento de la sexualidad, etc.

Las últimas elaboraciones de Freud –*La negación* (1925), por ejemplo– permitirían una conclusión del siguiente tipo: el mundo fantasmático mediará siempre en los vínculos del sujeto con el exterior; la organización fantasmática de cada sujeto participará ineludiblemente en la construcción de la realidad.

Sin haberle atribuido la omnipresencia que le adjudicó Klein, en la teoría freudiana la fantasía ocupó un lugar clave en la estructuración y el funcionamiento del aparato psíquico. Si se reúnen sintéticamente los aspectos recién comentados, se comprueba que ella quedó vinculada a: la formación de los sueños, lapsus, actos fallidos y síntomas; también, a las percepciones, a los recuerdos, a los sueños diurnos; se inmiscuían en las elecciones de pareja, en las relaciones sexuales y amistosas, inducían elecciones profesionales, participaban en la creación artística y en las prácticas masturbatorias; funcionaban como prisma tanto en la percepción como en la construcción de la realidad; intervenía en los celos.

5.8.3. Caracterización freudiana de la fantasía *inconsciente*⁶⁷

Esta modalidad de fantasía puede ser definida como una producción mental inconsciente en la que siempre aparecía el sujeto y en la que se escenifica un deseo. Por medio de su trama argumental o guión, el fantasma sostendría la actualidad del deseo inconsciente, la vigencia del mismo en tiempo presente. La atemporalidad que Freud atribuyó al inconsciente echaba por tierra cualquier intento de catalogar los deseos y las fantasías en función del tiempo cronológico (arcaicas, más tardías, actuales, etcétera). Al tratarse de una actividad psíquica, específica e irreducible a las otras, corresponde remarcar aquello que la particularizaba. Aunque la fantasía escenificaba al deseo, convendría diferenciar la primera del segundo; igualmente, cabría discriminar el objeto de la fantasía de la huella mnémica desiderativa, y ambos de la actividad pulsional que la subtiende. La fantasía difiere también del sueño, aunque mantiene importantes conexiones con él.

Para el vienés, la constitución del aparato psíquico era inseparable de la actividad fantasmática. En términos amplios y más allá de la oralidad, los objetos de identificación, es decir, aquellos que ofrecerían los rasgos identificatorios estructurantes, quedaban involucrados en las fantasías del infante. Un momento clave sería la instalación y posterior declive del complejo nuclear de las neurosis, en que la madre y el padre edípicos fueron objeto de fantasías. Cabría recordar, también, el carácter fantasmático del mecanismo incorporativo que Freud atribuyó a las identificaciones primarias y narcisistas. Por otra parte, el vienés entrevió muy tempranamente las relaciones entre síntoma y fantasía inconsciente.⁶⁸

5.9. Las elaboraciones de Lacan sobre el fantasma

Lacan profundizó las ideas de Freud sobre este tema y las desarrolló dentro de su propia concepción teórica, donde le adjudicó nuevas valencias conceptuales. Hizo especial hincapié en el fantasma inconsciente.⁶⁹ El concepto fue rápidamente articulado con los tres registros y con el lenguaje. De esta manera quedó caracterizado como un dispositivo simbólico e imaginario que hace pantalla a lo real.⁷⁰ Subrayó que sólo los fantasmas *inconscientes* contaban cuando se intentaba definir psicoanalíticamente este concepto. Como se ha visto en páginas anteriores, en Freud, dicha acepción tuvo diferentes estatus tópicos. En cambio, Klein y Lacan jerarquizaron las fantasías inconscientes. El psicoanalista francés dedicó un seminario completo a este tema: *La lógica del fantasma* (1966-1967.) En él planteó las múltiples implicancias teóricas y clínicas de la inscripción del fantasma en la estructura significante inconsciente. En varios textos de sus *Escritos* también abordó el mismo asunto.

Sus elaboraciones alcanzaron un altísimo nivel de formalización; así lo atestigua la fórmula general del fantasma: $\$ \langle \rangle a$, que Lacan definió como un matema que precisaba la estructura en juego. Con esa escritura el psicoanalista francés relacionó al sujeto del inconsciente – elesebarrado⁷¹ – con el objeto causa del deseo (objeto *a*).

Esa fue la fórmula general, abstracta y algoritmizada con la que Lacan escribió la estructura del fantasma. Era por lo tanto válida para todos los fantasmas singulares que se descubrirían en los análisis de neuróticos, más allá de las múltiples variaciones y arborescencias imaginarias del mismo. Se trataba también en este caso de una estructura ternaria: el \$, el $\langle \rangle$ (losange) y el objeto *a*.

- La barra sobre el sujeto $-\$-$ indicaba la división del mismo a consecuencia de su entrada en el orden del lenguaje; recuérdese al respecto el célebre aforismo lacaniano: el sujeto es efecto del significante. Por este componente, el fantasma mostraba su pertenencia al registro simbólico.
- El objeto *a*, causa del deseo, incluía dentro de sus significados la noción freudiana del objeto perdido. El objeto *a*, en tanto objeto perdido, creará un lugar vacío que el sujeto intentará llenar imaginariamente durante toda su vida mediante sucedáneos: los diversos objetos *a* que la singularidad de su historia le haya llevado a privilegiar. No habría éxitos en esa tarea. Ciertas partes y funciones del cuerpo se prestarán para dar sostén a los objetos *a*: seno, heces, mirada, voz.

El objeto *a* tenía varias funciones: sostendría al deseo en la escenificación fantasmática; protegería al sujeto de los embates de lo real y resguardaría al sujeto de los efectos de su división, consecuencia de la castración simbólica.

- El *losange* ($\langle \rangle$) operaba articulando dos elementos dispares: el \$ y el objeto *a*. En los seminarios de mediados de los años sesenta este *losange* fue presentado como un signo lógico complejo que reunía en su estructura otros signos más elementales: \langle , \rangle , \wedge , \vee . Considerados por separado, cada uno representa una relación lógica determinada: conjunción, disyunción, inclusión, mayor, menor, etc. El rombo de la fórmula del fantasma puede leerse como: conjunción, disyunción entre el \$ y el objeto causa del deseo; una y a la vez separa ambos elementos constitutivos del fantasma. Este $\langle \rangle$ puede leerse también así: a) como un borde que permitiría suturas y b) como un corte que separa. Estos dos aspectos adquirieron especial importancia en la aproximación topológica al concepto en cuestión.

El matema del fantasma indicaba con claridad que éste poseía un carácter relacional: siempre había un objeto articulado al sujeto. Asimismo, el fantasma cumplía una función estabilizadora de la psique protegiendo al sujeto de los impactos de lo real. Cuando el fantasma vacilaba, lo real golpeaba y la angustia se insinuaba.

Lacan procesó topológicamente este concepto por medio de la superficie conocida con el nombre de *cross-cap* (gorro cruzado).^{72*} Lo propuso como forma material, concreta, de pensar el fantasma. Se trataba de una alternativa diferente a la manera clásica de definir un concepto: en vez de exponer una caracterización conceptual del fantasma, como se ha hecho en los párrafos anteriores, se podría mostrar el *cross-cap* y afirmar: ¡he aquí el fantasma! Para Lacan el *cross-cap* no era una ilustración ni recurso didáctico para referirse al fantasma, porque según él, existía homeomorfismo de estructura entre dicho objeto topológico y el fantasma. Esa superficie topológica era idónea para mostrar la articulación del sujeto del inconsciente⁷³ con el objeto de deseo (objeto *a*). Como demostración de esa tesis Lacan propuso un corte del *cross-cap* en forma de ocho interior, que desprendía dos partes: una banda de Möbius $-\$-$ representativa del $-\$-$ y un disco, equivalente al objeto *a*.⁷⁴

El fantasma podría ser considerado, también, como aquello que ataba o ligaba a los tres registros $-\text{RSI}-$, para constituir lo que Freud llamaba la “realidad psíquica”.

En el terreno de la clínica, Lacan postuló “el atravesamiento del fantasma” como una de las metas de un psicoanálisis. Otra forma de decirlo: el analizante debía modificar su posición subjetiva en el fantasma. Un elemento importante para la clínica del fantasma fue la consideración de que había que tomar muy en cuenta los pequeños detalles o características de los personajes que participan de la escenificación fantasmática, casi más que a la totalidad de las figuras que suelen aparecer en los relatos del mismo. Lacan enseñó a prestar especial atención a ciertos rasgos y

detalles, a elementos aislados, a las palabras que se repiten, a los fonemas que insisten, a las partes del cuerpo aludidas, a los objetos que aparecen en la escena, cuando se relata el contenido argumental del fantasma y en las asociaciones subsiguientes. Pese a la variedad enorme de construcciones fantasmáticas singulares y propias de cada sujeto, Lacan describió dos modalidades fundamentales de los mismos: el fantasma histérico y el obsesivo; en el primer caso, se mantenía el deseo insatisfecho; en el segundo se lo sostenía como imposible. La histeria –sea femenina o masculina– no buscaba en el otro el objeto de su fantasma sino al Otro-amo, Otro absoluto. El del obsesivo mostraba al deseo amordazado, imposibilitado de realizarse.

El fin del análisis conduciría a desentrañar el fantasma fundamental de cada analizante y el lugar que en él ocupaba el sujeto; en otros términos, debía lograrse una modificación de la posición subjetiva en el fantasma. Esta última era también determinante de las modalidades individuales de goce.

Se finalizará este apartado mencionando que Lacan, en el *Seminario I*, clase 24/2/1954, planteó una serie de comentarios y críticas a la concepción kleiniana de la fantasía. Hizo alusiones al caso Dick y planteó que habían sido las interpretaciones de la analista –los significantes que la señora Klein había propuesto– las que provocaron cambios en un niño que comprendía el lenguaje pero que apenas hablaba: solo escasas referencias a los trenes, a las puertas, a las manijas o pomos de las mismas, alguna referencia a un lugar negro y poco más. Lacan acotó: “para él lo real y lo imaginario son equivalentes.” Tras aludir a la intervención de Klein –“*Dick tren pequeñito, tren grande papá-tren*”– Lacan recordó que entonces el niño se puso a jugar con el trenecito y dijo la palabra “estación”, a lo que Klein replicó: “*La estación es mamá, Dick entrar en mamá.*” En ese momento, según el psicoanalista francés, se esbozaba la unión del lenguaje con lo imaginario del sujeto. Entonces, afirmó:

[...] ¿Qué ha hecho Melanie Klein? Tan solo aportar la verbalización. Ha simbolizado una relación efectiva: la de un ser, nombrado por otro ser. Ha enchapado la simbolización del mito edípico, para llamarlo por su nombre. A partir de entonces, y después de una primera ceremonia, que consistirá en refugiarse en el espacio negro para volver a tomar contacto con el continente, la novedad surge para el niño.

El niño verbaliza el primer llamado: un llamado hablado. Solicita a su niñera, con quien había entrado y a quien había dejado partir como si nada. Por primera vez se produce una reacción de llamado [...] un llamado verbalizado que supone, entonces, una respuesta. Se trata de una primera comunicación, en el sentido propio, técnico, del término.” (*S I*, pp. 136-137)

En el fragmento citado Lacan señaló en qué consistía, a su juicio, la eficacia terapéutica de Klein: era efecto de la verbalización sobre la fantasía inconsciente. Gracias a la palabra de la analista se enlazó lo imaginario a lo simbólico y se facilitó el acceso al juego, que había sido muy escaso hasta esos momentos.

5.10. Cotejo de las tres teorías sobre la fantasía inconsciente/fantasma

- Para **Freud** la fantasía tenía un grado de organización muy alto; las consideraba formaciones en las que el sujeto –siempre presente en ella– escenificaba al deseo inconsciente; también estaba el objeto y un verbo que venía a señalar el tipo de acción en juego. En **Klein** no se trataba de una escenificación y la hipótesis de su existencia desde el primer día de vida hacía que bajo el paraguas de fantasías inconscientes se agrupasen un amplio abanico de modalidades: desde algunas muy elementales, primitivas hasta otras muy sofisticadas, correspondientes a momentos evolutivos más avanzados. En la teoría de **Lacan**, el matema $\$ \langle a \rangle$ era la plasmación escrita de la estructura del fantasma inconsciente; era una fórmula altamente condensada en la que se articulaba *lógicamente* el sujeto barrado con el objeto *a*, causa del deseo.
- Para **Freud** –primeros años de su producción–, la fantasía era un proceso defensivo con el que se pretendía evitar las frustraciones de la realidad o las provocadas por conflictos internos, mediante productos transaccionales (entre *Inc.-Prec.-Cc.*) que llevaban a cabo realizaciones de deseos.

“Las fantasías provienen de lo *oído*, entendido con *posterioridad*, y desde luego son genuinas en todo su material. Son edificios protectores, sublimaciones de los hechos, embellecimiento de ellos, y al mismo tiempo sirven para el autodescarga.” [Carta 61 a Fliess, del 2 de mayo de 1897; OCFAE, vol. 1, p. 288).⁷⁵

La finalidad del embellecimiento era la de no entrar en contradicción con las normas éticas y/o estéticas, ya que en el argumento del fantasma entraban en juego elementos derivados de la pulsión parcial e implicaban algo prohibido. La fantasía ponía en escena al deseo inconsciente y a la vez lo enmascaraba. Esto último permitiría pensarla, también, como un mecanismo de defensa. Pueden leerse más detalles acerca de ese uso defensivo en la última puntualización de esta serie.

Para **Klein** la fantasía era una actividad primordial que subyacía a todo proceso mental afectivamente significativo; la consideraba el representante de los instintos en la mente. Según ella, intervenía en todas las relaciones objetales y otorgaba significado a las vivencias subjetivas. Siendo la actividad psíquica más temprana, continuaba activa toda la vida. Referir el carácter inconsciente de la fantasía sería casi una redundancia en Klein. Los mecanismos de defensa –no se dirigen contra lo inconsciente sino a reducir la angustia– fueron considerados fantasías por Klein; por ejemplo: la expulsión –también algunas proyecciones– fueron entendidas como la fantasía inconsciente que eliminaba activamente al objeto a través de las materias fecales.

Para **Lacan**, si de algo defendía el fantasma era de la irrupción de lo Real, no se trataba de un mecanismo de defensa destinado a impedir el retorno de lo reprimido. Por el contrario, el fantasma lacaniano era un escenario, un montaje que sostenía y hacía presente –de manera deformada– al deseo inconsciente. Esta era la dimensión simbólica del fantasma, que además poseía una dimensión imaginaria y real. El psicoanalista francés subrayó el carácter esencialmente lingüístico del fantasma: estar hecho de palabras; recentró el debate sobre el fantasma en torno a su manera de entender el significante (véase III, 4.3.2). La posición kleiniana al respecto, manifestada especialmente por Susan Isaacs, en “Naturaleza y función de la fantasía”, era muy diferente:

“Las fantasías primarias, representativas de los primeros impulsos de deseos y agresividad, se expresan y manejan con procesos mentales muy alejados de las palabras y del pensamiento consciente racional, y están determinadas por la lógica de la emoción.

Existen numerosas pruebas que demuestran que las fantasías están activas en la mente mucho antes del desarrollo del lenguaje, y que aún en el adulto continúan actuando conjunta e independientemente de las palabras. Los significados y los pensamientos son mucho más antiguos que el lenguaje, tanto en la experiencia de la raza como en la de la niñez.” (OCKPA, vol. 3, p. 90).

Estas ideas de Isaacs no sólo hablaban acerca de la precocidad con que aparecían las fantasías en el niño –antes de la adquisición del lenguaje– sino y también de una concepción de lo inconsciente para nada *lingüística* (véase III, 4.4).

- Freud, Klein y Lacan coincidieron en una cuestión: reconocían que la fantasía inconsciente (o el fantasma) organizaba la realidad psíquica y la externa; para ninguno de ellos habría oposición tajante entre realidad y fantasía.
- **Freud** pensó el inconsciente desde el deseo y las inscripciones pulsionales; **Klein** lo concibió a partir de la fantasía; **Lacan**, además de centrarse en el deseo, dijo que el inconsciente estaba estructurado como un lenguaje, con lo que dio relevancia a la noción de significante inconsciente.
- La fantasía en **Freud** tenía su punto de origen en la constitución del autoerotismo y alcanzaba especial relieve en el complejo de Edipo. En **Klein** era una actividad psíquica mucho más primitiva: se hacía presente desde los primeros días de vida. **Lacan** planteaba como condición previa para su conformación el que hubiera un sujeto barrado constituido.

El sujeto se encontraba indefectiblemente representado en el fantasma y éste ponía siempre en relación a dicho sujeto con el objeto (causa) del deseo: *a*.

- Según **Freud**, la fantasía, en consonancia con su origen más tardío, era un proceso secundario en el que los elementos visuales de las representaciones de cosa se ordenaban, sintetizaban y jerarquizaban a través de las representaciones de palabra. La fantasía actuaba como un producto de unión entre el inconsciente y preconscious; aproximaba las representaciones de cosa y de palabra hasta llegar a una escenificación imaginaria donde se manifestaba el deseo, sorteando la represión. A esta vinculación intersistémica que posibilitaba el enlace de ambas representaciones, Freud lo llamó “cooperación”. En **Klein** la fantasía era inconsciente (descriptivamente hablando): no era producto del inconsciente en tanto sistema. Las fantasías primarias representativas de los primeros impulsos instintivos –libidinales y agresivos– se expresaban y manejaban con procesos mentales muy alejados de las palabras y el pensamiento. Sin embargo, según Isaacs, pueden llegar a hacerse conscientes por excepción y expresarse verbalmente, pero esta era una modificación secundaria que de hecho desvirtuaba ya su condición de fantasía inconsciente. Para **Lacan** el sujeto efecto del significante (\$) estaba siempre presente en el fantasma.

- En **Freud** los elementos constitutivos de la fantasía eran: 1) lo perceptual (visto y vivenciado); 2) lo oído (la palabra de los padres); 3) lo pulsional, motor y energía (deseo); 4) lo edípico (que incluía la resignificación de experiencias anteriores) y 5) los efectos organizativos de las fantasías originarias. Estas últimas eran matrices provenientes del periodo arcaico de la humanidad, transmitidas filogenéticamente, dadas *a priori* como esquemas formales a rellenar con los datos de la experiencia personal. En **Klein** los elementos constitutivos de la fantasía eran en primer lugar los instintos, tanto de vida como de muerte, pero a ellos se sumaban las sensaciones corporales, los afectos, las emociones, los movimientos y las acciones. El yo participaba activamente en la organización o creación de las mismas. Eran situacionales: contenían una relación sujeto-objeto, una angustia determinada y una defensa específica. La fantasía kleiniana era un híbrido, una construcción heterogénea. Klein no propuso una concepción teórica consistente de la misma; su escaso rigor conceptual suele enardecer a los puristas de la teoría pero satisface a los clínicos en tanto les ofrece diferentes registros a explorar con sus pacientes. **Lacan** cuestionó la categoría de fantasmas originarios (y su transmisión filogenética) y en cuanto a la estructura del fantasma fue muy conciso: sujeto del inconsciente en conjunción-disyunción con el objeto del deseo.

- Para Freud, las fantasías eran formaciones de compromiso entre *Inc-Prec.-Cc*. En **Klein**, el yo era imprescindible para la constitución de la fantasía, tanto si lo consideraba creador de la misma como si sostenía su surgimiento a partir de los instintos. Para **Lacan** el yo no era forjador de fantasmas; el epicentro del mismo era el \$ y el deseo inconsciente. El yo (*moi*) intervenía en las reverberaciones imaginarias del fantasma.

- En **Freud**, las percepciones visuales y auditivas, junto con los esquemas originarios eran los materiales de mayor importancia para la construcción de la fantasía. En **Klein** participarían tanto las sensaciones propioceptivas (cenestésicas, kinestésicas, olfatorias, táctiles y térmicas) como las exterocepciones (percepciones distales: vista y oído); las primeras intervenirían especialmente en las fantasías arcaicas; las segundas, en las más tardías. Dada la injerencia de las percepciones en las fantasías, Joan Rivière consideraba que todas ellas eran mezclas de realidades externas e internas. **Lacan** y en referencia al objeto *a* –componente estructural de la fórmula del fantasma– sostuvo que algunas partes y funciones del cuerpo le daban sostén: el seno, las heces, la mirada y la voz.

- Para **Freud**, la fantasía era una manera de negar, deformar y embellecer la frustrante realidad externa. En **Klein** la realidad era deformada y distorsionada por la proyección de los propios impulsos del bebé. Gracias al interjuego de proyecciones e introyecciones la fantasía entraba gradualmente al servicio del desarrollo y por ende al conocimiento del mundo externo. Fantasía y realidad estaban siempre enlazadas. **Lacan** enfatizó la indisoluble unidad entre fantasma y realidad.
- El objeto era un elemento omnipresente en la fantasía descrita por **Freud**: no habría deseo sin la búsqueda de la identidad de percepción, o sea: reactivación de la huella mnémica del objeto desiderativo. En **Klein**, también en la organización típica de la fantasía había una relación objetal en juego, sea con objetos internos sea con los externos. **Lacan** remitió al objeto *a*, causa del deseo.
- El contenido temático de la fantasía era en **Freud** el conflicto edípico. En **Klein** era más variado y abarcaba todos los niveles de la vida instintiva, de la defensa y del desarrollo, incluyendo lo preedípico. Para **Lacan** se relacionaba básicamente con el Edipo, entendido como una estructura estructurante de lo psíquico.
- La fantasía en Freud obedecía a un mecanismo de regresión tópica y temporal. Es decir que las fantasías preconsciouses, como el sueño, llevaban a la realización del deseo, lo que implicaba una regresión hacia lo inconsciente y hacia la infancia. Pero no había realización alucinatoria como en el sueño (regresión formal) sino una progresión desde las representaciones de cosa a las representaciones de palabra. Klein, con su concepción de la fantasía inconsciente, llevó a cabo una ampliación de la realización alucinatoria de deseos que Freud había descrito como respuesta ante la tensión de la necesidad. Lacan, por su parte, introdujo al fantasma en la estructura *lingüística* del inconsciente (véase III, 4.4).
- En **Freud**: fantasías originarias; en **Klein**, no; para ella eran siempre producto de una actividad de significación individual; tenían ciertas líneas organizadoras que concordaban con las tendencias instintivas y su evolución, que serían comunes a todo género humano. **Lacan** no estuvo de acuerdo con la noción de fantasías originarias.
- **Freud** describió diversos tipos de fantasías; según su estatus tópico, las calificó de conscientes (sueños diurnos o devaneos), preconsciouses e inconscientes. Se refirió también a las fantasías originarias, de transmisión filogenética. Las fantasías preconsciouses podían ser reprimidas cuando devenían peligrosas por su proximidad con la conciencia. Las fantasías inconscientes podían pasar como productos preformados al contenido manifiesto de un sueño.
En **Klein** todas las fantasías eran inconscientes e individuales. Las fantasías evolucionan hacia niveles de mayor complejidad con el desarrollo. La pionera del psicoanálisis con niños postuló diferentes modalidades o tipos de fantasías, cuyas características específicas dependían no sólo del momento evolutivo sino también del impulso instintivo en juego, del vínculo objetal característico y de la ansiedad predominante; fantasías orales, anales, uretrales, genitales; fantasías persecutorias y depresivas; el yo colabora en su conformación. Para **Lacan**, los fantasmas eran inconscientes.
- Para **Freud** la castración resignificaba lo oral y lo anal; estas últimas quedaban incluidas en las fantasías de castración; el destete era una versión retrospectiva del dicho complejo. Para **Klein** era lo contrario: las fantasías orales impregnaban el complejo de castración. **Lacan** hizo hincapié, al igual que Freud, en el *après-coup* y distinguió la castración imaginaria de la simbólica.

- Freud, Klein y Lacan subrayaron las funciones defensivas de la fantasía, pero cada uno postuló motivos diferentes para activar ese desempeño: según **Freud**, ella reemplazaba la realidad desagradable por otra más placentera; por otra parte, intentaba detener o paralizar la evocación de la castración. En tanto defensa inhibía el juicio de realidad, el conocimiento y el pensamiento racional. Según **Klein**, la gratificación que la fantasía inconsciente producía sería una defensa destinada a luchar contra las privaciones impuestas por la realidad exterior; también podía actuar como defensa contra la realidad interna (por ejemplo, ante el hambre o la rabia); por último podía tratarse de una defensa contra otras fantasías: así, las de tinte maniaco batallarían contra las fantasías depresivas subyacentes. Era una actividad que otorga significados a las experiencias vividas. Aunque la participación instintiva deformaba y negaba el principio realidad, de hecho contribuía al conocimiento gradual de la misma. Como actividad mental primaria servía al desarrollo del yo y a la estructuración del aparato psíquico. Como mediadora entre instinto y realidad, era objetivante: permitía que los objetos cobrasen vida en la medida en que eran catectizados. Como propulsora de procesos yoicos y sublimaciones, y como fundante de equivalencias simbólicas era estructurante de los mundos interno y externo. Para **Lacan** el fantasma funcionaba como pantalla defensiva que impedía o protegía de la irrupción de lo Real.

5.11. Breve reseña del capítulo

El capítulo comenzó resaltando la gran importancia que tuvo el concepto de fantasía en la producción de Klein, donde adquirió un carácter heterogéneo y multifacético. Se subrayó la contradicción entre el empleo tan extendido del mismo –dicho vocablo podría encontrarse en cada página de sus textos– y la escasa elaboración conceptual, metapsicológica, del mismo.

Para el estudio de la fantasía inconsciente en la obra de Klein se puso el foco, en primera instancia, en lo que aparecía escrito –negro sobre blanco– en sus artículos. Se recopilaron los millares de referencias que ella fue haciendo sobre esta categoría, desde el comienzo hasta al final de su producción; se estuvo especialmente atento a los usos y significados –la mayoría de ellos clínicos, descriptivos y fenomenológicos– que dio a la fantasía. Tras esta lectura cronológica se llevó a cabo otra, de carácter retroactivo, conceptual y complementario de la anterior. Las reseñas escritas provenientes de ambos tipos de aproximación a su obra se sometieron a los criterios metodológicos y a las modalidades de procesamiento de textos expuestas en la *Introducción general* de esta tesis (apartados I.G.5. e I.G.6). Ese material sirvió para establecer las múltiples conexiones que Klein estableció entre la fantasía y otros articuladores teóricos que conformaron una compleja red, compuesta por los siguientes nodos conceptuales: los instintos, las representaciones, el cuerpo, las posiciones, el sadismo, la envidia, las teorías acerca de la formación de fantasías, la gratitud, el complejo de Edipo, la angustia, la simbolización y sublimación, el psiquismo temprano, las relaciones de objeto, el yo y sus funciones, la organización interna de la fantasía, la percepción, la construcción de la realidad, la realidad externa, etc. Todas estas nociones y conceptos fueron desarrollados en la primera parte del capítulo.

Luego se realizó un estudio de las funciones de la fantasía en el contexto de las posiciones esquizoparanoide (PEP) y depresiva (PD); también se examinó sus roles en las identificaciones proyectivas e introyectivas. Sin duda, estos cuatro articuladores teóricos fueron capitales en su manera de concebir la estructuración infantil de la psique.

Klein no elaboró una teoría sobre la fantasía inconsciente. Dada esta situación, el autor de esta tesis se planteó deducirla, desentrañarla, a partir de lo escrito explícitamente por ella acerca de este tema. Los resultados de este trabajo de “lectura interpretativa” fueron volcados en el apartado del capítulo titulado: *Hacia una metapsicología de la fantasía inconsciente en Klein*, del que se comentará, a continuación, sus aspectos principales siguiendo la tradicional tripartición de la misma.

Punto de vista tópico: Klein otorgó más importancia a la segunda tópica freudiana que a la primera. Ella pensó al inconsciente a partir de la fantasía y esta última fue considerada, a su vez, como una de las materias primas para los pensamientos del niño. Sería redundante aplicar el

adjetivo inconsciente a la fantasía kleiniana, ya que ambos términos se implicaban mutuamente: no habría inconsciente sino fuera por las fantasías y éstas no podían ser sino inconscientes. Ellas constituían el contenido fundamental del sistema *Inc.*, cuyo núcleo primario no surgía en su teoría por efecto de la represión originaria. Sus fantasías operaban en base al proceso primario; no obedecían al principio de contradicción, eran atemporales (ausencia de ordenación cronológica), carecerían de coordinación, la negación no las afectaba. Esto otorgó un carácter omnipotente a la fantasía. Con lentitud el niño podía llegar a diferenciar entre el deseo y el acto, entre la realidad exterior y sus sentimientos acerca de ella.

El principio de realidad acababa logrando una transacción entre la realidad externa y la fantasía inconsciente; esta última permanecía activa pero se le imponía cierta renuncia a la satisfacción instintiva directa. La energía del instinto era utilizada para impulsar diversas actividades yoicas, sublimadas, según se pudo apreciar al exponer acerca del punto de vista económico (véase *infra*). El principio del placer y el principio de realidad funcionaban para Klein al unísono, desde el comienzo de la vida; por lo tanto, desde esos mismos momentos se establecerían relaciones objetales simultáneas en la realidad y en la fantasía, estando ambas entrelazadas. Así pues, la percepción y la construcción de la realidad circundante estarían intensamente sometidas al dictado de la fantasía. Todo objeto percibido incluiría trazas de fantasías previamente proyectadas sobre el mismo; todo objeto sería una construcción en la que siempre participaría el prisma fantasmático propio de cada persona.

Klein consideró a las fantasías tempranas –las de los niveles (a) y (b) descritas en 5.2.2.– en estrecha relación con el instinto; la participación del yo sería mínima en estas modalidades incipientes, que estarían más próximas al Ello y a las vivencias corporales que al yo. Estas últimas les otorgaban sus contenidos. Otra fuente de contenidos era el superyó temprano, que alimentaba fantasías crueles, de carácter sádico. Este aspecto se atenuó a partir de K_2 , en que concibió facetas benévolas en esta instancia que daban pie a fantasías más benignas. Las más evolucionadas –las del tipo (d) y (e)– involucraban relaciones entre el yo y el objeto más las ansiedades y emociones propias de esa dinámica vincular. Se trataba de una estructura ternaria organizada en torno a vínculos entre un sujeto, un objeto y una acción expresada mediante un verbo. En estas modalidades de la fantasía, el objeto externo o interno solía ser un representante simbólico de los objetos primarios (madre, padre, etcétera). Involucraban al yo, al pensamiento y al lenguaje. En la medida en que iba haciendo suyas las fantasías, dándoles forma y sometiéndolas –muy parcialmente– al proceso secundario, el yo ganaba en cohesión y madurez. Esto, a su vez, repercutía en la creación de fantasías más complejas.

Por otra parte, la integración de la fantasía al concepto más amplio de posición aumentó las articulaciones de la misma: con las relaciones de objeto, con la angustia y con los mecanismos de defensa prevalentes.

La teoría más instintivista de la fantasía –aquella que la definía esencialmente por ser una representación mental del instinto– daba una participación muy importante al Ello, aunque esto no fue obstáculo para que también le atribuyera al yo un rol en la conformación de las mismas. Klein sostuvo que la presencia del instinto en la psique se vivenciaba mediante sensaciones y afectos que eran la materia prima con que se elaboraban las fantasías primigenias. Una segunda teoría afirmaba que el yo era creador de fantasías. Las diferencias y contradicciones entre ambas teorías fueron analizadas minuciosamente.

En síntesis: Klein otorgó a la fantasía una influencia intensa y persistente sobre cada resquicio de la vida psíquica. Podría aplicársele las mismas palabras que Freud dedicó a la pulsión: ella ejercía una fuerza constante (*konstante Kraft*) sobre todo acontecimiento vital.

Punto de vista dinámico: Lo dicho en la frase anterior sobre el carácter infatigable y omnipresente de la fantasía en la teoría kleiniana hizo que se constituyese como factor dinámico de primer orden en la psique. Además, su particularidad de modificarse con mucha frecuencia y de sustituirse unas a otras, sea por cambios del mundo interno o de la realidad externa, otorgaban dinamismo y diligencia a las funciones de la mente asociadas a ella.

Por otra parte, las fantasías funcionaban en la teoría kleiniana como el polo inconsciente (*Inc.*) en conflicto con el sistema *Prec.-Cc.*, pero, se ha de recalcar que éste no fue para ella el conflicto principal en la psique; el que ella erigió como tal fue el que se suscitaba entre Eros y Tánatos o sus derivados: el amor y el odio. Según Klein, la represión comenzaba a actuar en el niño más tarde de lo propuesto por Freud –primero intervendrían las defensas arcaicas, calificadas por ella de psicóticas–, por lo tanto, las fantasías sólo podían verse afectadas tardíamente por la represión. Recién cuando ella se hiciese operativa, la fantasía comenzaría a participar en la formación de síntomas neuróticos e inhibiciones. Esto no era impedimento para que ella interviniera en las expresiones del psiquismo temprano.

La fantasía inconsciente vehiculizaba al instinto y al yo hacia los objetos específicos; en la aproximación a estos últimos se sumaban factores emocionales. El yo se vinculaba con los objetos por medio de las fantasías inconscientes. El instinto fue siempre bifronte en Klein: sensorio-afectivo y buscador de objetos. Esta última empresa se sostenía también en fantasías: las de un objeto capaz de satisfacer cada uno de esos impulsos. Desde el nacimiento, las fantasías ayudaban a dotar de sentidos a las relaciones a través de otorgar intencionalidades benévolas o malévolas a los objetos. El lactante –y el niño después– adjudicaba significados a todo lo que experimentaban en esas relaciones. Las fantasías promovían estos intercambios constantes con los objetos del mundo externo y, a su vez, esos movimientos de materia psíquica favorecían la formación de nuevas fantasías. Éstas y las relaciones de objeto se potenciaban mutuamente. Las fantasías incorporativas producían las vivencias de poseer internamente los objetos; las de tipo expulsivo generaban la sensación de desprenderse de objetos internos, en este caso mayoritariamente persecutorios o malos. La representación interna de los objetos mundanos sólo se lograba con un paso previo: ser significada mediante fantasías inconscientes.

La manera kleiniana de concebir la fantasía implicó también una teoría implícita acerca de la relación cuerpo-mente. El hecho de haberla caracterizado como una representación del instinto en la psique, permitiría establecer una conexión conceptual entre ella y la noción freudiana de representante-representativo de la pulsión. Para Freud y para Klein no había unidad ni fusión entre el cuerpo y la mente sino mediaciones, entrelazamientos, injerencias mutuas. La fantasía inconsciente y el representante-representativo de la pulsión serían “conceptos puente entre lo somático y lo psíquico” (Freud). Pero sin duda, ciertas ideas acerca de la operatividad de la fantasía en Klein –más específicamente: su omnipresencia y ubicuidad– hizo que las imbricaciones entre la psique y el soma resultaran más notables que en la teoría del vienés. Ella fue criticada por esta tendencia biologizante de lo psíquico.

Punto de vista económico: La energía de los instintos era para Klein el motor de la vida psíquica. Según ella, cada bebé nacía con un *quantum* determinando de instinto de vida y de instinto de muerte; cuanto mayor era el de uno tanto menor era el del otro. Los factores externos difícilmente podían modificar esa ecuación personal congénita. Que el yo se desempeñase bien en sus funciones era un indicador de que el fiel de la balanza se había inclinado hacia Eros. En esos casos, salvo si se producían fallos catastróficos en el entorno objetal, el yo será potente, al igual que su capacidad de amar y sentir gratitud hacia el objeto. De manera concomitante, habrá escasa agresividad y, por ende, menos temores a la retaliación y al superyó arcaico. Estos postulados implicaban un posicionamiento constitucionalista fuerte, que llevó a plantear la pregunta respecto de cuál era la influencia del medio ambiente y de los acontecimientos realmente vividos –en la primera infancia y también más tarde– sobre la organización del psiquismo y, más ampliamente, sobre el desarrollo evolutivo en su conjunto.

El yo innato, débil, no integrado y rudimentario se mostraba como un batallador temprano que enfrentaba a la pulsión de muerte y a su manifestación fundamental –la angustia– mediante los mecanismos de defensa arcaicos (escisión, deflexión, proyección, identificación proyectiva, etcétera). Se deduce entonces que ese yo tenía e instrumentaba una energía o fuerza propia, congénita, constitucional, aunque el *quantum* de la misma, variara de un recién nacido a otro. La combinación de los mecanismos de defensa recién nombrados hacía que este yo primigenio generase de entrada la

polaridad bueno - malo, bajo sus formas extremas: idealización y persecución. Este clivaje comprendía tanto al yo arcaico como a los objetos primigenios.

Valga lo dicho como introducción para señalar que las tendencias libidinales (Eros) y las agresivo-destructivas (Tánatos) se inscribían psíquicamente a través de las fantasías; el yo mediaba en esa labor y conectaba al instinto –incluido en la fantasía– con un objeto, una angustia y un tipo específico de defensas (que también eran fantasías). Estas últimas tenían, al igual que las posiciones en las que estaban incluidas, un carácter situacional-relacional; la fantasía participaba en el logro de las metas del instinto y en conectarlo con los objetos. Puede decirse entonces que la fantasía era la promotora de relaciones con los objetos externos; gracias a ella se ampliaban los círculos de intereses del yo. Dicho de otro modo, la fantasía llevaría a cabo la función de ligar al instinto con su objeto. Otra forma importante de ligadura realizada por la fantasía consistiría en otorgar intencionalidad y significado a las vivencias del yo.

La energía de los instintos podía ser utilizada para potenciar actividades yoicas o para las sublimaciones. Estas últimas, según Klein –a diferencia de Freud–, no requerían como condición previa la desexualización del instinto, aunque en algunas situaciones ésta se produjera. Con o sin desexualización, la sublimación ponía a disposición del yo energías para la realización de actividades que lo expansionaban. De manera concomitante se lograba la descarga instintiva, ya sea por vía directa o sublimada, sobre un objeto. Todos estos procesos requerían insoslayablemente de fantasías. Ellas también operaban en la simbolización, que se llevaba a cabo con mediación de la identificación –en un sentido peculiar que Klein le dio al término–.

La actividad lúdica era también para ella un proceso de descarga de las fantasías y de sus contenidos instintivo-emocionales-eidéticos.

En la creación de las fantasías Klein otorgaba un rol muy significativo a las percepciones olfativas, gustativas, táctiles, cenestésicas y kinestésicas. La propiocepción sería básica e imprescindible para la elaboración de las fantasías del nivel a) y b) –las más primitivas–; luego participaría la vista y la audición –exterocepción– que permitían un conocimiento más afinado de la realidad exterior. A partir de entonces, las fantasías serían elaboradas mediante materia prima interna y externa.

También era significativa la relación que Klein estableció entre fantasía y angustia. El sadismo fue durante cierto tiempo el articulador entre ambas. La acción de Tánatos en la psique se manifiesta como angustia y esta era eliminada mediante deflexiones o proyecciones en las que necesariamente participan fantasías que intervendrán también en la creación de objetos externos sádicos y su posterior introyección. En este sentido las fantasías y los mecanismos de defensa, que en Klein adquirieron la función de yugular la fantasía, actúan conjuntamente, se solapan; incluso podría caracterizarse a la defensa como una modalidad de la fantasía.

Tres aspectos ocuparon la parte final del capítulo: a) el establecimiento de una definición de la fantasía inconsciente. Se la expuso como si formara parte de un diccionario de psicoanálisis; en ella se condensaron las principales líneas de fuerza del concepto; b) una exposición sucinta de las elaboraciones de Freud y Lacan sobre este mismo tema, que condujeron a c) un cotejo posterior de las tres teorías sobre la fantasía/fantasma. Esta comparación –además de su importancia intrínseca– tuvo como objetivo añadido evitar un fenómeno que se observa con frecuencia en la literatura psicoanalítica contemporánea: reprocharle a Klein que no haya sido suficientemente freudiana o lacaniana. Se destacó el genio propio de su concepción de la fantasía y las diferencias que mantuvo con los otros dos psicoanalistas.

Definición de fantasía inconsciente en la obra de Klein: Es una creencia o protopensamiento *inconsciente* forjada al otorgar, de manera automática, significación a las sensaciones y emociones percibidas en la psique y en el cuerpo; crear fantasías sería una actividad mental primaria y vitalicia. Desde el nacimiento hasta el final de la vida el yo conferirá significados a todas las vivencias psíquicas, a las reacciones corporales, a las relaciones con la realidad externa e interna, a todo lo que se hace o dice y, más ampliamente, a todas las experiencias vitales del individuo. El yo “interpretaría” esas vivencias como si fueran efectos de las acciones de objetos

(internos o externos) a los que se adjudicó previamente intenciones –buenas o malas– respecto de su persona. Toda fantasía contiene o expresa un proto-pensamiento de estas características: “lo que experimento se debe a las acciones malévolas o benévolas de un objeto”. Ante tales vivencias, las respuestas suelen ser actos y/o sentimientos –en realidad: otras fantasías–, que pueden tener carácter defensivo o reactivo: hacer activamente al objeto lo que sintió “recibir” de él.

Al comienzo de su obra la fantasía estuvo muy asociada a la proyección e introyección de objetos malos y persecutorios, ligados al sadismo (Tánatos). En la etapa final de la misma la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo –y las fantasías que acompañaban a tal procedimiento–, dio un giro relevante a su obra: desde entonces, la presencia de fantasías vinculadas a Eros fue en aumento.

Las fantasías constituían los componentes fundamentales del inconsciente kleiniano. A tenor de su obra completa, la fantasía quedó finalmente conformada por la confluencia de componentes heterogéneos, a saber: instintos, vivencias, afectos, deseos, significados otorgados, pensamientos, actos, procesos de simbolización y sublimación, elementos sensoriales (visuales, auditivos, kinestésicos, gustativos, olfativos, térmicos, verbales y no verbales), etcétera.

NOTAS DEL CAPÍTULO 5

¹ Darian Leader (2000); en *Los diálogos sobre Klein-Lacan*; Paidós, Buenos Aires, pp. 145 y ss. Se trata de un libro que recoge las intervenciones y debates habidos en varias reuniones de analistas kleinianos y lacanianos, realizada en Nueva York, durante los años 1994-1995. El artículo citado forma parte del capítulo 6 de dicho volumen, titulado “La fantasía en Klein y Lacan”.

² S. Isaacs expuso por vez primera los fundamentos metapsicológicos del concepto kleiniano de fantasía inconsciente en las *Controversias* que tuvieron lugar en la Sociedad Británica de Psicoanálisis en el año 1943, donde defendió la posición de su maestra; esa alocución, posiblemente con algunos retoques, fue publicada por primera vez en 1948 y posteriormente en el libro *Desarrollos en psicoanálisis* (1952), junto con los escritos de Joan Rivière, Paula Heimann y varios de la propia Klein.

Hanna Segal, por su parte, publicó inicialmente su libro *Introducción a la obra de Melanie Klein* en 1964 y en 1973 entregó una versión ampliada y definitiva del mismo. Se trataba, según sus propias palabras, de un volumen basado en una serie de clases que dictó durante varios años en el Instituto de Psicoanálisis de Londres. El objetivo de dichos cursos fue el de presentar las aportaciones de Klein a la teoría y práctica psicoanalíticas.

³ El autor de esta tesis opina que la única kleiniana debería haber sido Melanie Klein y que el único laciano debería haber sido Lacan. Y que los muchos discípulos de ambos hubieran podido hacer clínicas que llevaran los nombres propios de cada uno de ellos más que el de sus maestros; incluso, con muchos seguidores de Freud pasó lo mismo. Estas ideas propenden a que cada psicoanalista pueda desarrollar sus propios modos de pensar y llevar a cabo su

práctica. Así como cada paciente es singular, el análisis también habrá de serlo. En la parte IV de esta tesis se amplían estas ideas.

⁴ Sobre sus modos de conceptualización y su estilo de escritura véase II, 1.4.3.

⁵ En cierto sentido es lo que ocurrió en algunos pasajes del artículo de S. Isaacs.

⁶ Esta periodización y las características de los conceptos tratadas en cada etapa fueron estudiados en detalle en los tres apartados de II, 1.4.

⁷ Estamos a unos pocos años de sus primeras referencias explícitas a un complejo de Edipo y superyó tempranos; habrá que esperar a *PPAI* (1926) y *ETCE* (1928). Para más detalles, véase II, 6.2.1.

⁸ Véase *infra*, el apartado 5.8.2., en que Freud alude a este tipo de fantasías –sueños diurnos {*Tagtraum*} o devaneos–, tópicamente conscientes.

⁹ Si bien al comienzo de su producción relacionó la fantasía con el deseo, es evidente que el uso que hizo de este último término no se correspondió con lo que desde Freud se conocía con el sintagma *deseo inconsciente*. Por lo tanto, no puede considerarse que su fantasía sea una escenificación del deseo inconsciente. Ella construyó una teoría propia acerca de la fantasía inconsciente, diferente de la freudiana (véase *infra*, 5.8 y I, 1.5.) y de la lacaniana. Acerca de esta última puede leerse *El espacio psicoanalítico*, Korman V.; (2004); *op. cit.*, capítulo 10, titulado: *El sujeto y su relación con el objeto causa del deseo: el fantasma*. En ese capítulo se desarrolla la proposición del psicoanalista francés de utilizar el *cross-cap* como forma material y concreta de presentar al fantasma. Más adelante, en 5, 9. Se hará referencia a esta superficie topológica.

¹⁰ Véase los apartados II, 6.2.1. y 6.3.

¹¹ Sublimación a la kleiniana: aporte de energía de los instintos para una actividad del yo; diferencia con la concepción freudiana de sublimación, según se verá en II, 6.4.1. y II, 6.4.2.

¹² Es importante saber fehacientemente si la mente del bebé puede crear estas representaciones mentales apoyadas en fantasías desde el nacimiento. Si bien el psicoanálisis no es una ciencia exacta es necesario establecer ciertos límites para las inferencias y conjeturas que se sostienen.

¹³ Véase en II, 2.4.5.2, los comentarios que se realizaron sobre este artículo.

¹⁴ Se reitera: la simbolización y la sublimación en la teoría kleiniana serán tratadas en II, 6.4.1. y II, 6.4.2.

¹⁵ Nuevamente, al final de la cita, imprecisiones acerca del término deseo: “las fantasías son deseadas” y “deseos sádicos”. En el primer caso parece utilizarlo como un sinónimo de: apetecidas, anheladas, ambicionadas, etc.; en el segundo caso, asocia el deseo al instinto y da la impresión de emplearlo como sinónimo de tendencia, impulso, moción. En todo caso no es el deseo inconsciente de Freud ni de Lacan.

¹⁶ Algunas de estas diferencias serán expuestas en II, 6.1.3. y II, 10.1.2.

¹⁷ Véase: El sadismo, en II, 2.4.3.

¹⁸ Acerca de la PD véase 3.1.3. Para más detalles sobre la reparación, véase II, 6.4.3.

¹⁹ La perspectiva psicogenética implícita en la teoría kleiniana de la fantasía se abordará en el apartado 5.2.2., titulado: “Continuidad genética. Las napas”.

²⁰ Cabe destacar que en la literatura kleiniana se recuerda con mucha más frecuencia el aspecto a) que el b) y el c). Y aún sería posible agregar d), e), f), etcétera.

²¹ Se transcribe aquí la frase de Freud en referencia a la pulsión, haciéndola valer para el concepto kleiniano de fantasía.

²² Se ha referido el *modus operandi* de las represiones secundarias en el contexto de las teorías de Freud sobre la angustia; véase especialmente II, 4.1.1.

²³ En este punto Julia Kristeva, en su libro *El genio femenino 2. Melanie Klein*, *op. cit.* p. 169, aporta una cita interesante un artículo de Nenuca Amigorena-Rosemberg, Leopoldo Bleger y Eduardo Vera Ocampo titulado “Melanie Klein ou la métaphore incarnée”, texto incluido en *Psychanalyse: cent ans de diván, Panoramiques*; Arléa-Corlet, 1995, nº 22, p. 101.

²⁴ Estas elaboraciones freudianas fueron tenidas especialmente en cuenta cuando el autor de esta tesis elaboró el esquema del sujeto, insertado en IV, 2.5. En la parte superior de ese diagrama se hace referencia a las relaciones mutuas entre la psique y el soma bajo los rubros de “inscripción psíquica de lo corporal” e “incidencias de lo psíquico en lo somático”. Previamente se consideró al cuerpo como una biología erogenizada, transformada por la presencia y la acción de lo psíquico y lo social.

²⁵ Véase II, 7.

²⁶ Freud utilizó el vocablo actuar (*Agieren*) para designar la repetición en la transferencia: el paciente en lugar de evocar y poner sus recuerdos en palabras, actuaría movido por sus deseos y fantasmas inconscientes, desconociendo el origen y el carácter repetitivo de sus conductas. En este sentido, contrapuso recordar (*Erinnern*) a actuar (*Agieren*). Se trata de una suerte de memoria actuante, sometida a la compulsión a la repetición.

²⁷ Lacan criticó este carácter especular del contenido de las fantasías en Klein; eso determinaba según él la enorme predominancia de lo imaginario en su teoría.

²⁸ Esto llevó a postular en I, 1.4.7. –véase el cuadro insertado en ese apartado– que el sujeto en la teoría freudiana era pensado desde la melancolía, en la teoría kleiniana desde la fobia y en la lacaniana desde la paranoia

²⁹ R. Fairbairn sostuvo que la libido buscaba al objeto más que al placer; la motivaba más el contacto objetal que la descarga instintiva. Para más detalles véase II, 2.6.4.

³⁰ Este término fue meditado largamente: ni ausencia ni, menos aún, privilegio del factor ambiental. Ese es el genio de la teoría kleiniana y no se le puede inyectar a *piacere* lo que no hubo o quitarle lo que hubo en exceso.

³¹ Sobre la perspectiva freudiana en este tema véase I, 2.1.1. Lacan retomó estas mismas ideas a través de las diferencias entre real y realidad, incluyendo esta problemática dentro de su tópica RSI.

³² Se prefiere estos vocablos en lugar de actividad imaginaria, para evitar las confusiones con el registro imaginario de Lacan, integrado a la tópica RSI. (Véase al respecto III, 10).

³³ La intensidad con que Klein defendió esta preeminencia de lo psíquico sobre la realidad exterior, provocó urticaria no sólo entre sus adversarios sino y también entre los defensores de sus ideas (Winnicott, Bion y muchos otros). Su pensamiento contrastaba especialmente con dos elementos importantes de la teoría de Lacan: el *ambientalismo* y la conformación de la pulsión en el campo del Otro. Es probable que la vehemencia de los planteamientos kleinianos acerca del instintivismo y el endogenetismo llevaran a pensar otros modelos de relación entre realidad psíquica y realidad material. Uno de esos modelos alternativos fue la concepción topológica de Lacan respecto de las relaciones entre lo interno y lo externo. El psicoanalista francés, tomando apoyo en la banda de Möbius postuló la continuidad entre el adentro y el afuera. Más detalles sobre esta cuestión podrían leerse en III, 6. y en el capítulo 3 de mi libro *El espacio psicoanalítico, op. cit.*

³⁴ Véase II, 7.3.4.

³⁵ En estas cuestiones residen las principales diferencias entre la concepción kleiniana de la fantasía y las propias de Freud y Lacan. En primer lugar: la tempranísima presencia de las fantasías en la vida psíquica. A partir de esa disparidad se desprenderán muchas otras. Para Lacan también era evidente que el bebé no tenía capacidad para operar con el lenguaje, pero sostenía que quedaba inmerso en el mismo desde su primer día de vida. El lenguaje estaba siempre presente y era estructurante: está en los otros y en el Otro. Para una lectura lacaniana de la fantasía en Klein, puede leerse el artículo de Darian Leader, en *Diálogos sobre Klein-Lacan, op. cit.*, pp. 156 y ss.

³⁶ Para una visión más amplia del Edipo en Klein, véase II, 5.2. Respecto del complejo edípico en la teoría freudiana puede leerse I, 1.6. Por otra parte, en III, 4.3.3., en un párrafo que lleva por título “El falo como significant”, se recuerdan muy someramente los tres tiempos del Edipo en Lacan. Se vuelve sobre este mismo tema en III, 10.11. “La identificación fálica”.

³⁷ En I, 5.2.2. puede leerse acerca de las tres vertientes de la discursividad freudiana: la teórica, la narrativa y la mítica. La segunda, resulta de particular interés para los temas que se están tratando aquí.

³⁸ Puede leerse *supra*, al final de 5.1.1. Primera etapa, K₁: 1919-1933, una cita de *EPN* que relata fantasías de este tipo.

³⁹ A diferencia de Freud para quien el superyó se formaba mediante la identificación/desexualización de rasgos de ambos progenitores, la introyección de esta figura combinada hacía del superyó una instancia sexualizada (sádica).

⁴⁰ En II, 2.6.3. se hicieron amplias consideraciones sobre la perspectiva evolutiva en la obra de Klein. Allí mismo se refirieron las ideas de Abraham al respecto, que tanto marcaron al pensamiento kleiniano y al de sus continuadores. Allí se remite para más detalles sobre este enfoque.

⁴¹ Esta idea fue extensamente desarrollada años más tarde por Hanna Segal en el primer capítulo de su libro (1964, reimpresso en 1973). Eduard Glover, en los debates de las controversias reaccionó con vehemencia ante la idea de que las fantasías primitivas permanecieran vitaliciamente activas en la mente y las tildó de ser ajenas al pensamiento freudiano. Consideró que pensar la cuestión de esa manera implicaba crear un *enclave* de actividad mental arcaica que tenía cierta autonomía en lo inconsciente. Es de lamentar no tanto la crítica a las ideas de Klein sino haberlas considerado una herejía en relación a Freud. Él pensaba que ese *enclave* destituía al complejo de Edipo de la posición central que éste tenía en psicoanálisis. Resulta llamativo que casi al final de su vida Klein acabara otorgándole la razón a Glover: en 1958 ella vino a decir que en la psique existía ese enclave: se trataba de un área muy primitiva, formada por objetos arcaicos, que ella relacionó con el superyó.

⁴² Este asunto se expuso *supra*, en 5.2.2.

⁴³ Sobre los usos de la introyección en Klein, véase II, 2.4.2. y II, 2.6.2.2. También en I, 2.1. se expuso sintéticamente las diferencias con Freud en el empleo de este vocablo.

⁴⁴ Susan Isaacs estudió filosofía en Manchester y psicología en Cambridge para devenir posteriormente psicoanalista. Entre sus referentes filosóficos más importantes estarían John Locke y James Ward. Se dedicó a la enseñanza de pedagogía, psicología y lógica. Fue miembro del Real Instituto de Antropología. Publicó diversos textos de psicoanálisis y pedagogía.

⁴⁵ Véase en *Les Controverses*, Anna Freud : Melanie Klein (1941-1945), King, Pearl y Steiner, Riccardo; capítulo “Le contexte des controverses scientifiques”, p. 240, PUF (1996). Hay versión castellana: *Las controversias. Ana Freud – Melanie Klein (1941-1945)*. Editorial Síntesis, 2003.

⁴⁶ Vale la pena leer las frases de Freud aludidas por Isaacs y cotejarlas con lo que ella dijo en el párrafo recién citado de su artículo. Las del vienés se encontrarán en la pp. 254 y 255 de las OCFAE, vol. XIX. Es obvio que en esa comparación no se trata de ver “quién tenía razón”; simplemente, conviene acotar los límites para una interpretación de un texto. Isaacs los forzó para mostrar la “fidelidad” de Klein a Freud.

⁴⁷ En cierto sentido Segal, en el fragmento citado da por válidas ambas tesis.

⁴⁸ Desde la lógicas clásicas y también desde las contemporáneas dos enunciados contradictorios no pueden ser verdaderos a la vez. Sobre este punto véase III, 5.5.1 y III, 5.5.2.

⁴⁹ Es interesante referir en este contexto la posición de Willy Baranger, gran conocedor de la obra de Klein. En *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein, op. cit.*, p. 107 y ss., sostuvo haberse posicionado inicialmente en la senda de Isaacs pero que, con posterioridad, cambió de parecer. Este autor afirmó que el principio de continuidad genética y la sucesión de fases evolutivas devinieron para él “aspectos *inesenciales* del descubrimiento de Klein.”

Luego agregó: “En la actualidad, habiéndose descartado el principio de continuidad genética en psicoanálisis, no cabe otorgar a la fantasía inconsciente ninguna prioridad estructural respecto del objeto (interno).”

⁵⁰ Véase al respecto en II, 2.1., los dos esquemas que sintetizan lo concernido por la abreviatura TIL y el cuaternario a ella asociado.

⁵¹ Quienes estén interesados en una crítica “desde afuera”, pueden leer el texto de Darian Leader referido a la fantasía en una obra colectiva titulada *Los diálogos sobre Klein-Lacan; op. cit.*, pp. 145 y ss. Este autor se hace eco de algunos comentarios de Lacan sobre el la manera kleiniana de concebirla. Sostiene que tanto ella como sus seguidores confundieron la fantasía con la imaginación y que hubieran evitado ese error de tener presente la categoría de significante. Claro está que si eso hubiera sido posible Klein habría sido lacaniana. Leader utiliza, justamente, esa categoría connaturalizada al psicoanálisis por Lacan, para reinterpretar los ejemplos clínicos que aportó Isaacs en *Naturaleza y función de la fantasía* (1943).

⁵² Véase II, 6.1. y II, 10.1.5.1.

⁵³ En I, 6.1. y en I, 6.2. se detalló el significado, la extensión y la comprensión del neologismo *metapsicología*, creado por Freud. Lo comentado en esos apartados puede servir de telón de fondo para las siguientes consideraciones.

⁵⁴ La posición “salomónica” de afirmar que las fantasías primigenias serían más instintivas y las posteriores más yoicas, debería responder a los siguientes interrogantes: cómo, cuándo y porqué dejaría el Ello de tener menos injerencia en la creación de fantasías.

⁵⁵ Sobre las características de la sublimación y simbolización en la teoría kleiniana, véase II, 6.4.1 y II, 6.4.2.

⁵⁶ Esa pluralidad de registros tal vez pueda llegar a ser útil en la clínica por los diferentes matices que pueden explorarse en las sesiones, pero no lo es tanto cuando se pretende elevar a la categoría concepto anotaciones múltiples y dispersas sobre un tema específico.

⁵⁷ Este esbozo de similitud no se debía en su teoría a las fantasías originarias a la freudiana sino a semejanzas en las apetencias instintuales de los niños, que posteriormente se singularizaban.

⁵⁸ En todos sus desarrollos sobre la fantasía inconsciente es digno de destacar la ausencia casi absoluta de referencias a la problemática de la castración y al deseo inconsciente, en el sentido freudiano de ambos términos.

⁵⁹ Este apartado desarrolla lo expuesto de manera sintética en I, 1.5.

⁶⁰ Para más detalles acerca de la concepción freudiana de estos articuladores teóricos, véase los siguientes apartados de la primera: I, 1.1.; I, 1.2.; I, 1.3. y I, 1.6. Una síntesis de la concepción freudiana de la fantasía puede leerse en I, 1.5.

⁶¹ En *Correspondencia S. Freud - G. Grodeck* (1977); p. 38, Anagrama, Barcelona.

⁶² Para más detalles de estos aspectos de la teoría freudiana, véase I, 1.5 y I, 1.3.5. Se aprecia desde ya que para Freud, el surgimiento de la fantasía era más tardío que para Klein.

⁶³ Reténgase por el momento este segundo movimiento –regresivo– al que Klein apeló para construir su concepto de fantasía. Se retomará este aspecto *infra*, en 5.10.

⁶⁴ Strachey, editor de la *Standard Edition* recuerda en una nota al pie que parte de este punto, las traducciones inglesa y francesa de *Tagtraum*, palabra que podría verse al castellano, de manera literal, por *sueño de día* o *sueño diurno*. Luego añade: “ese vocablo no era familiar para los lectores alemanes y requería elucidación.” Por otra parte, en *La interpretación de los sueños* (1900) también utilizó *Tagesphantasie* (fantasía diurna) como sinónimo de *Tagtraum*. Una versión menos literal de esta última palabra podría ser el vocablo castellano *devaneo*.

⁶⁵ En el artículo “El inconsciente en la literatura de ficción” incluido en mi libro *Trencadís, op. cit.*, pp. 111 y ss., abordé el tema de la creación literaria y sostuve la siguiente idea: en un texto literario –como en cualquier otro tipo de discurso– siempre se escribe (o dice) algo más o algo menos de lo que conscientemente se quiere escribir (o expresar). Este fenómeno es insoslayable y está determinado por la presencia de lo inconsciente en la subjetividad y, además, por el carácter simbólico del lenguaje.

Abordé también las maneras en que el escritor logra que sus ficciones produzcan un efecto de realidad en los lectores, a la vez que activan el placer de la lectura. Freud, en el texto que se está comentando alude a las fantasías conscientes o sueños diurnos del poeta más que a lo inconsciente, aunque refirió los nexos que unen este fantaseo despierto con la producción onírica.

⁶⁶ Algunas precisiones metapsicológicas acerca del sueño diurno (devaneo) permitirá delimitarlo mejor: es una forma de pensamiento de la vigilia comandado, básicamente, por el principio del placer. Se trata de una construcción psíquica con importantes ingredientes visuales e imaginativos, de improbable concreción. No conducen generalmente a la acción, como sería el caso del pensamiento práctico; en caso de hacerlo pierde el carácter de devaneo. Es una imaginación flotante que no tendría una meta preestablecida. Tomaría distancias de la realidad y por momentos podría suplantarla con otra más agradable para la persona. En síntesis, sería una fuga placentera de la realidad; sustitución de una realidad por otra más liviana; su estatus tópico suele ser consciente o preconscious; estas últimas emplean contracargas que impedirían el acceso a la conciencia; una actitud prolongada o la intensificación del devaneo, que rechaza enfrentar la realidad, empobrece la psique.

Lo dicho sirve para resaltar –a contrario sensu– la mayor importancia que tiene para el psicoanálisis las fantasías *inconscientes*. Cabe consignar que después de 1920 la fantasía inconsciente deberá correlacionarse también con el *más allá del principio del placer*: las repeticiones tanáticas de la misma y las elaboraciones del trauma psíquico.

⁶⁷ Se precisarán básicamente los rasgos de la fantasía que tienen ese status tópico, dejando de lado las que son preconscious y conscientes.

⁶⁸ Véase *Manuscrito N*, anexo a la carta dirigida a Fliess, del 31 de mayo de 1897, OCAE, I, p. 292.

⁶⁹ Lacan defendió el uso del vocablo fantasma, en lugar de fantasía, como traducción del término alemán *phantasie* empleado por Freud.

⁷⁰ Lo real designa lo indecible, lo que escapa a la simbolización, lo que vuelve con insistencia a lo mismo (repetición) y es difícil de asimilar. Lo real está por fuera de lo simbólico y lo imaginario; es heterogéneo al significante.

⁷¹ En la tercer aparte de esta tesis he propuesto este neologismo para referir al sujeto del inconsciente o el sujeto barrado, castrado, en dependencia con el gran Otro. Véase especialmente en III, 9.4. cuáles son sus características principales en la teoría lacaniana.

⁷² Para más detalles sobre esta perspectiva topológica véase en III, 6. algunos comentarios dedicados a la superficie aludida. También me permito remitir al capítulo 10 de mi libro *El espacio psicoanalítico, op. cit.*, pp. 206 a 236, dedicada exclusivamente a esta superficie topológica. La fórmula del fantasma apareció por primera vez en el grafo del deseo presentado en el S 5. *Las formaciones del inconsciente*. Las ampliaciones y los agregados posteriores a este seminario pueden seguirse en el capítulo 12 del mismo libro citado en esta nota. A través del llamado grafo del deseo Lacan instituyó al fantasma como una respuesta del sujeto ante el enigma del deseo del Otro (el famoso *¿Che vuoi?*, tomado de *El diablo enamorado* de Cazotte).

⁷³ Véase III, 10.

⁷⁴ Remito nuevamente a *El espacio psicoanalítico; op. cit.*, pp. 215-224.

⁷⁵ El término sublimación que aparece en esta frase es anterior al que Freud comenzó a utilizar a partir del caso Dora, con el significado de desexualización de la pulsión.

OTROS CONCEPTOS KLEINIANOS RELACIONADOS CON LA FORMACIÓN DE LA PSIQUE

En este capítulo se continuará la labor emprendida en los anteriores; es decir, se examinarán aquellos conceptos kleinianos vinculados con la formación del aparato psíquico que no fueron aún considerados hasta el momento, a saber: los instintos de vida y muerte, el complejo de Edipo y el superyó tempranos, sus teorías acerca del simbolismo, la sublimación, la reparación y el narcisismo. Cada uno será estudiado teniendo especialmente en cuenta la inmersión de los mismos en su concepción sobre el desarrollo psico-evolutivo del niño, asunto que entronca con la temática central de esta tesis. La psicoanalista de niños trató estos conceptos a lo largo y ancho de su obra y los fue renovando de manera constante. Como ha podido apreciarse en los tres capítulos previos, la identificación no fue el único ni el principal concepto de su teoría sobre la conformación de la mente infantil. Las identificaciones proyectivas e introyectivas, pese al importantísimo lugar que ocuparon en ambas posiciones, no bastarían para aprehender como Klein pensó la estructuración de la psique. Para comprender en profundidad estos procesos será imprescindible tener en cuenta todas las categorías que se constelaron en torno a las posiciones (véase II, 3.1.); asimismo, se ha de prestar atención al modo kleiniano de entender la polaridad instintiva y las correlaciones que ella estableció entre esta última con el amor, el odio y el sadismo del niño; también cabrá considerar los adelantamientos que postuló en la aparición del complejo de Edipo y del superyó.¹ Lo dicho se abordará en los siguientes apartados:

- 6.1. Los instintos de vida y de muerte. El sadismo
- 6.2. Complejo de Edipo kleiniano y la fase de identificación femenina
- 6.3. El superyó en la obra de Melanie Klein
- 6.4. Teoría del simbolismo, sublimación y reparación
- 6.5. El narcisismo
- 6.6. Resumen del capítulo

6.1. Los instintos de vida y de muerte. El sadismo

A partir de 1932 el segundo dualismo instintivo propuesto por Freud en *MAPP* (1920) devino un concepto clave de la teoría kleiniana. Como tal perduró hasta el final de su vida y obra, claro está que con las múltiples inflexiones que ella introdujo en las elaboraciones del vienés sobre el tema.

En II, 3.5.1., en el marco del estudio de los mecanismos de defensa en la producción de Klein, se sostuvo que la deflexión de la pulsión de muerte daba pie al sadismo y establecía al mismo tiempo la primera relación objetal. También se afirmó que en momentos más avanzados del desarrollo evolutivo, la proyección se hacía cargo de esa misma función. Así, pues, según Klein, lo que pondría en movimiento el proceso de estructuración psíquica del infante sería el desvío hacia afuera de algunas manifestaciones de Tánatos en la psique; en este caso, el sadismo y la agresividad. Luego, las catexias libidinales –ligadas a Eros– seguirían los pasos a las tendencias destructivas y contrarrestarían las cargas de estas últimas. Por lo tanto: habría dos tipos secuenciados de investimiento objetal.

Con la ayuda de las pulsiones de vida el yo primigenio se encargará de la deflexión/proyección/expulsión del instinto de muerte (véase II, 3.3.1). Una parte de este último –la que permanecía en dicha instancia psíquica– sería constitutiva del masoquismo erógeno. Sobre esta

fracción de Tánatos ligada interiormente actuaría otro mecanismo de defensa: aquel que escindiría al Ello; esta acción sería un antecedente necesario para la conformación del superyó (véase *infra* 6.3.1.) y la remodelación del yo innato (II, 10.1.1. y II, 10.1.2).

La doctrina kleiniana puede caracterizarse a muy grandes trazos con estos términos: instintivista, endogenetista, constitucionalista y, a la vez, relacional. De estos cuatro aspectos se considerarán a continuación los dos primeros; el tercero será estudiado en II, 10.1.5 y el cuarto lo fue en II, 3.2., aunque comentarios sobre el mismo están dispersos por todos los capítulos de esta segunda parte. Klein consideraba que en todos los conflictos psíquicos intervenía el enfrentamiento de estos dos instintos; ellos también incidirían en el funcionamiento de cada una de las instancias y sistemas de la mente.

Según Klein, el rudimentario yo con que llega el recién nacido al mundo sería capaz de percibir al instinto de muerte –y la angustia que le es correlativa– e intentará desembarazarse de ellos poniendo en marcha los mecanismos de deflexión/proyección. Esta hipótesis inicial le condujo años más tarde a engranar la proyección con la introyección; la alternancia permanente de ambas –activa desde el nacimiento hasta el fin de la vida– devino una pieza caudal en su forma de pensar la estructuración psíquica: las sucesivas interiorizaciones de materia psíquica que por esa vía se realizaba generaban estados más complejos de organización de la mente. El interjuego proyectivo-introyectivo –que luego sería reemplazado por el de identificación proyectiva e introyectiva– sería responsable de la conformación del mundo interno. Estas ideas, brevemente expuestas en esta introducción, serán desarrolladas de la siguiente manera:

6.1.1. El principio de los principios

6.1.2. Omnipresencia de los instintos de vida y muerte a partir de 1932

6.1.3. La clave sádica; concordancias y divergencias con Freud

6.1.4. El dualismo instintivo y la cuestión de la frustración interna y externa

6.1.5. Eros, Tánatos y la teoría identificatoria kleiniana

6.1.1. El principio de los principios

Frente a las opciones interno-externo o subjetivismo-ambientalismo Klein otorgó especial jerarquía a los primeros términos de ambos pares. Sin embargo, sería un despropósito sostener que ella desconsideró la influencia de los factores externos y, menos aún los específicamente vinculados al entorno familiar. Una evaluación ecuánime de estos aspectos de su teoría, que tome distancias con los partidismos tan habituales en psicoanálisis, podrían enunciarse así: ella *priorizó* la interioridad –el yo, el superyó, los instintos, la fantasía inconsciente, la angustia, etcétera– en los vínculos con los otros, pero, la creación de esa interioridad fue pensada siempre por ella en el seno de relaciones con objetos externos. Una vez constituidos los objetos internos –forma peculiar de concebir la presencia de los otros en la psique desde momentos muy tempranos de la vida–, eran proyectados sobre los objetos reales externos, cosa que a su vez condicionaba la percepción de la realidad. En este aspecto –prioridad de lo interno; preeminencia de lo subjetivo– Klein fue más radical que Freud. Esto le acarrió la severa crítica de haber menospreciado la influencia de lo ambiental en el funcionamiento de la psique.²

Conformado el mundo interno³, éste no dejará de inmiscuirse en la realidad exterior. Sin embargo, el aspecto relacional –omnipresente en su teoría– no implicó que los adultos que rodeaban al infante fueran considerados transmisores intergeneracionales de lo psíquico; más bien, el punto de partida y el epicentro del proceso de psiquización era el niño. Las profusas relaciones de objeto –tanto las tempranas como las más tardías– no comportaban efectos *identificantes* por parte de los padres. Este es un aspecto que ha de ser subrayado en atención al tema central que se está tratando. No debe verse ánimo de crítica en esta caracterización sintética de su perspectiva en el terreno de la estructuración del psiquismo; se trata más bien de reconocer un elemento nodal de su posicionamiento en este aspecto específico de la teoría psicoanalítica. Se pretende describir aquello que le dio perfil propio a su concepción sobre la organización del aparato psíquico, y que la diferencio de Freud y Lacan. Klein consideró a los adultos que conformaban el entorno objetal del niño más como depositarios de proyecciones e identificaciones proyectivas del niño que dadores o implantadores de rasgos

psíquicos. Sólo tardíamente concibió la introyección de un objeto bueno en el núcleo del yo (véase II, 7.3.4. y II, 9.5.). Lo que para ella marcaba el nacimiento a la vida psíquica era la deflexión/proyección del instinto de muerte sobre los objetos externos, punto de partida de los infinitos ciclos proyectivos-introyectivos. Para Freud, la identificación –principal mecanismo estructurante del aparato psíquico– estaba motorizada por la pulsión oral del niño; el movimiento partía del infante y regresaba a él portando rasgos del objeto para constituirse como sujeto psíquico (véase el esquema y lo afirmado en los apartados I, 4.7. y I, 6.4.1). Al situar a la pulsión como motor de la identificación, el vienés emplazó una perspectiva endogenética que sólo suavizó –o modificó parcialmente– a partir de 1923. Klein, por el contrario, acentuó esta manera de teorizar el tema al otorgarle gran peso determinante al *quantum* congénito de la pulsión de muerte en la estructuración del psiquismo. Lacan, por su parte, dio un giro a estas tesis: desconectó la identificación de la pulsión y la conectó con el inconsciente del Otro (identificación simbólica) y con la imagen del pequeño otro (identificaciones imaginarias). El significante proveniente del Otro es el que identifica activamente al sujeto.

6.1.2. Omnipresencia de los instintos de vida y muerte a partir de 1932

El segundo dualismo pulsional freudiano entró en la teoría kleiniana en *EPN* (1932) para quedarse definitivamente. No fue una presencia simple ni circunstancial; ella lo hizo operativo en cada comarca de su teoría. Klein estuvo dentro del pequeño grupo de psicoanalistas que aceptó estas especulaciones de Freud y, también formó parte del núcleo –aún más restringido– que se dedicó a desarrollar tales ideas. Algunos estudiosos de su obra consideraron incluso que la pionera del psicoanálisis con niños otorgó base clínica a esas elaboraciones del vienés, haciendo bajar las hipótesis freudianas desde las alturas de la abstracción al territorio de la praxis. Ella situó a Eros y Tánatos en el corazón de los conflictos psíquicos y lo sometió a la acción de los procesos defensivos (véase II, 3.3.); por otra parte, describió todas sus formas de manifestación en la clínica, tanto de niños como de adultos. Sostuvo que el combate entre ambas tendencias instintivas duraba toda la vida.

Si en Freud la pulsión de muerte laboraba en silencio, en Klein "hablaba" de manera permanente y en voz alta, con expresiones concretas y constantes: el sadismo, el masoquismo primario, la angustia, la compulsión a la repetición y, más ampliamente, en las tendencias autodestructivas. Sin duda ella se refirió más explícitamente al instinto de muerte que al de vida; Eros comenzó a aparecer a partir de K_2 y, con mayor insistencia, en K_3 . Pero no se avanzará un ápice en la comprensión de su teoría si no se reconoce su presencia tenaz, aunque más no fuera de manera implícita. Es necesario leer sus artículos entrelíneas para percibir el trabajo subliminal –y sin claudicaciones– de Eros, en su enfrentamiento a Tánatos. Como se verá al final del apartado 6.1.3., en una cita de *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa* [*STAC* (1948)], ella sostuvo que en las capas más profundas de la mente había una reacción al instinto de muerte.

No es descabellado deducir de muchos otros fragmentos de sus textos un posicionamiento suyo que, de manera sintética, podría expresarse así: la psique implementaría mecanismos que –en beneficio de la vida– combatirían los temores a la aniquilación. El debate que mantuvo con Freud en *STAC* fue superficial; hasta se podría decir: aparente, porque si bien en un primer plano resaltaba sus diferencias con el vienés –para quien no había representación de la muerte en el inconsciente–, también era cierto que ella conectaba con otros desarrollos de él en los que atribuía a la psique acciones favorables a la vida; para no ir más lejos: Eros, el deseo, el narcisismo en algunas de sus versiones, etc.

Por otra parte, la basculación de Klein hacia lo innato –con el consiguiente biologismo que esto conllevó– hizo que no sólo dotase a este par pulsional de un *quantum* congénito de carga sino que también le considerase uno de los elementos decisivos del desarrollo mental del niño. El conflicto psíquico por excelencia fue para ella el existente entre Eros y Tánatos, con sus correlatos de amor/odio. Del escenario teórico configurado por ella desapareció la conflictividad entre el Ello y el yo –tal como Freud la había concebido– mientras que la angustia, clarísima manifestación de Tánatos en su teoría, se convirtió en un elemento clave; ella movilizaba a los mecanismos defensivos para apaciguarla. En toda su obra remarcó la sensibilidad del humano ante la angustia; ésta fue entendida como expresión y medida de las amenazas que pendían sobre la vida. De ahí que en Klein el instinto de muerte fuera a la vez motor y obstáculo para el desarrollo evolutivo de los primeros años de vida y, posteriormente, para

el funcionamiento psíquico a lo largo del resto de la vida. Resulta imprescindible captar en su nervio vivo esta función que le otorgó a Tánatos para entender la manera en que ella concibió la psiquización del niño. Ese núcleo paradójico de su teoría, pocas veces expuesto explícitamente, hablaba también de la precoz y necesaria intrincación de Tánatos con Eros.

El mundo interno que Klein concibió la enroló decididamente en una perspectiva endopsíquica, constitucionalista, instintivista: el bebé –desde el primer día de vida– y, luego, el niño, fueron siempre para ella el punto de partida de *todos* los fenómenos mentales; no sólo de aquellos vinculados a la estructuración psíquica. Los factores internos –sobre todo instintivos– eran según ella los decisivos; esta línea de pensamiento se vio potenciada por la jerarquización de lo constitucional.⁴ Podría decirse que el entorno objetal constituía el escenario exterior imprescindible para desplegar el drama psíquico interno –bastante terrorífico, por cierto–, del niño o de la niña. A los objetos externos les cabía, como máximo, el papel de modular –algo, poco, exiguamente– la intensidad de estos procesos que venían determinados *en última instancia* por la carga constitucional de Tánatos⁵, responsable de las primeras angustias y de aquellas generadas por las tendencias sádicas del yo. Esto llevó a que en la teoría kleiniana la deflexión/proyección/expulsión (véase II, 3.3.1.) se convirtieran en los procedimientos clave para la mitigación de los efectos de Tánatos en el psiquismo incipiente y tardío. Este aspecto del funcionamiento de la proyección no se encontrará en la concepción freudiana ni en la de Lacan.⁶ Si este último recordó el precepto bíblico: “al principio era el verbo”, Klein juzgó que al comienzo era el instinto de muerte y su manifestación psíquica: la angustia. Su deflexión/proyección provocaba, por un lado, la apertura a las relaciones de objeto⁷ y, por otro, el sadismo. El rebote de tal actitud agresiva –y, también, defensiva– sería percibido según Klein como miedo a la retaliación por parte del objeto. Para decirlo en una sola palabra: persecución. Cada fuente y fantasía de agresividad conllevaba una angustia correlativa, por retaliación, cuestión ésta que se abordará en el apartado siguiente. Lo descrito constituye los fundamentos de la posición esquizoparanoide, comentada en II, 3.1.2.

6.1.3. La clave sádica; concordancias y divergencias con Freud

Su concepción sobre la polaridad instintiva no constituyó un calco de las tesis freudianas. Además de las diferencias antes comentadas, ella hizo una lectura en clave sádica del segundo dualismo pulsional establecido en 1920. Klein incluyó este segundo par en el mismo territorio conceptual en que Freud había situado al primero sin dedicar especial atención al deslizamiento teórico que hubo entre la propuesta dualista inicial –pulsiones sexuales y de autoconservación– respecto del par Eros-Tánatos. A pesar de que Freud conservó el mismo término –pulsión– para ambos dualismos, hubo un cambio semántico muy importante en ese concepto cuando pasó de la primera a la segunda polaridad. Klein no dio señales de haber percibido las disparidades entre el vocablo pulsión en *TE* (1905) y en *MAPP* (1920). Más bien telescopó el segundo dualismo dentro del primero, relacionando lo pregenital con Tánatos y lo genital infantil con Eros.

El niño kleiniano aparecía en sus artículos, básicamente, como pregenital. El sadismo en su máximo esplendor fue entendido por ella como la conjunción de las tendencias orales, anales y uretrales en fantasías de ataques a los objetos parciales. Si no se lograba atenuar la angustia, efecto de las fantasías sádicas, se producían inhibiciones del juego, un empobrecimiento y parálisis psíquica, ensimismamiento y ausencia de creatividad. La angustia proveniente del sadismo, no controlada, se manifestaría mediante síntomas e inhibiciones

¿Qué hizo Klein con este conjunto de indicadores que para ella eran signos inconfundibles de la existencia de grandes montos de angustia en los niños pequeños? En primera instancia los nominó y en un tiempo segundo los transformó en categorías de bajo nivel de abstracción, mejor o peor formuladas, mal o bien articuladas entre sí. Se refirió, entonces, a la destructividad, a la crueldad del superyó –tanto mayor cuanto más arcaico era éste–, a la rivalidad edípica temprana, a la violencia frente a la escena primaria, a los miedos a la retaliación y al intenso sentimiento de culpa. En síntesis: introducción de inflexiones en algunas categorías ya conocidas desde Freud y creación de otras nuevas. En conjunto: surgimiento de una nueva constelación conceptual, cuya clave de bóveda era el sadismo que inicialmente apareció como una manifestación de la rivalidad edípica precoz pero luego fue relacionado de manera irreductible con el instinto de muerte y su fuente. De ahí su descripción de

diferentes sadismos: oral, anal, uretral y de un periodo de coexistencia simultánea de todas esas tendencias en la antes comentada fase de sadismo máximo.⁸ Claro está que ese sadismo traía de la mano a la retaliación con sus consecuencias: la persecución; es decir, toda actitud sádica conllevaba la creación de nuevos montantes de angustia asociados, en estos casos, a fantasías en las que el objeto atacado respondía con una agresión similar a la recibida. El carácter especular de estos movimientos de ida y vuelta resulta patente. La ley del Talión persistió a lo largo de las tres etapas de la obra de Klein. Por esto, en K_1 (1917-1933) describió al niño pequeño manteniendo una doble relación: con objetos reales y con imagos persecutorias muy distorsionadas de los mismos. Estas últimas fueron referidas –se podría añadir: *casi exclusivamente*– como sádicas y vengativas.⁹ El concepto clave en esa época fue la retaliación –reverso del sadismo–. Ella resultó ser más importante, incluso, que la introyección, que años más tarde sería relacionada con la fantasía sádico-oral de incorporación canibalística de objetos dañados por la voracidad del niño.

Klein descubrió y describió objetos introyectados antes de tener elaborado su propio concepto de introyección y, más aún, antes de haber clarificado el alcance conceptual de la misma (finales de K_1 y comienzos de K_2 , aproximadamente). La noción de retaliación y la persecución interna la empujaron hacia ese sendero conceptual.¹⁰

En lo tocante al segundo dualismo pulsional, las divergencias con el vienés fueron más importantes que las coincidencias; comenzando por estas últimas cabría señalar: el instinto de muerte fue siempre considerado por Klein como una tendencia autodestructiva que propendía a la desunión; como ya fue dicho, una parte era deflexionada al exterior y daba pie al sadismo mientras que la cuota que permanecía ligada –en el organismo Klein; en el yo según Freud– engendraba el masoquismo. Las pulsiones de vida fueron entendidas por ella como fuerzas de unión y ligazón. Aquí acababan las convergencias.

Respecto a las divergencias: ella otorgó al instinto de muerte el carácter de principio energético de las tendencias destructivas y le adscribió la serie de observables clínicos antes señalados, de esa manera Tánatos quedó alejado del terreno especulativo en que lo había situado el vienés y adquirió un cariz clínico específico en cada una de sus manifestaciones.

A diferencia de Freud, que hizo coexistir pero sin solapar sus pares antitéticos (consciente e inconsciente; pulsiones del yo y pulsiones sexuales, amor-odio, etc.), articulándolos finamente y evitando las superposiciones de los dualismos pulsionales con los diferentes modelos de conflictos psíquicos (entre pulsión y defensa; entre las tres instancias de la segunda tópica, etc.), Klein “aglomeró” todas las oposiciones: instinto de vida/instinto de muerte; amor/odio; integración /desintegración; yo/superyó; gratitud/envidia; objeto bueno/malo, etc. El compuesto surgido tras reunir los primeros y segundos miembros en grupos acabó dando rasgos propios a la teoría kleiniana sobre el funcionamiento psíquico, que la distinguieron de los modelos propuestos por Freud y Lacan. Estas diferencias son, desde la perspectiva metapsicológica, más importantes que las surgidas a consecuencia de la antedatación del complejo de Edipo y del superyó.

Una diferencia más con Freud: Klein, en su artículo *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa* (1948), después de citar unas frases de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) en las que el padre del psicoanálisis afirmaba que el inconsciente no parece contener nada que pueda alimentar el concepto de destrucción de la vida, escribió:

“Yo no comparto su enfoque porque mis observaciones analíticas muestran que hay en el inconsciente un temor a la aniquilación de la vida. Pienso también que si suponemos la existencia de un instinto de muerte, también debemos suponer que en las capas más profundas de la mente hay una reacción a ese instinto en la forma de temor a la aniquilación de la vida. Así, a mi entender, el peligro que surge del trabajo interno del instinto de muerte es la primera causa de ansiedad.” (OCKPA, vol. 2., p. 239).

6.1.4. El dualismo instintivo y la cuestión de la frustración interna y externa

Klein, en *PPAN* (1926), primera presentación condensada de sus ideas directrices sobre el análisis de niños, puso de relieve la magnitud de los impulsos destructivos en los infantes. Desde entonces buena parte de sus desarrollos posteriores pivotaron sobre las manifestaciones del sadismo infantil. Seis años más tarde, en el capítulo VIII de *EPN* (1932), dicha tesis encontró un nuevo

fundamento: el instinto de muerte. Por esa vía, la impronta “constitucionalista” de su teoría llegó a hacerse más profunda: planteó que el bebé llegaba al mundo con una determinada carga congénita del instinto de muerte y que de ella dependía –en gran medida– el futuro psíquico del niño. Cuanto mayor fuera ese *quantum* más intensos serían el sadismo, el odio, las mociones destructivas, la tendencia a la frustración y, finalmente, la envidia primaria del infante.

En la segunda etapa de su obra (1934-1946) adquirió especial importancia la noción de frustración; lo más llamativo de su manera de entenderla residía en que la consideraba menos determinada por las actitudes del entorno objetal hacia el niño que por la intensidad de las tendencias instintivas tanáticas.¹¹

El estudio de esta cuestión nos llevará a exponer algunas observaciones sobre este y otros aspectos controvertidos de su teoría; en este mismo contexto se discutirá sobre el asunto –ya enunciado en 6.1.1. y postergado hasta ahora– del endogenetismo en Klein.

Según la pionera del psicoanálisis con niños las intensidades innatas del instinto de vida y de muerte guardaban entre sí una relación de proporción inversa: a mayor potencia de uno, menor la del otro. Esa correlación de fuerzas venía dada constitucionalmente y tenía expresiones concretas en todos los aspectos de la vida psíquica del infante y, luego, en la del adulto. ¿Era modificable por medio de un análisis esa relación inversamente proporcional entre Eros y Tánatos que a cada uno le había tocado? ¿Podría cambiar de manera favorable dicha correlación gracias a los efectos de un psicoanálisis clínico? ¿Cómo incidía lo terapéutico sobre ese fundamento constitucional? Klein, que tanto insistió sobre ese basamento jamás se formuló de manera explícita preguntas del tipo que se acaban de formular. Aproximó a ese debate una serie de reflexiones que podrían sintetizarse así: los buenos entornos familiares no hacen mella a esa “cifra” y sólo los malos pueden empeorarla algo.¹² Este planteamiento –fuerte donde los haya– situó una especie de roca basal, dura e inamovible, con la que toparía cada análisis; la bondad o maldad del entorno poca mella le haría. Sin embargo, el pesimismo terapéutico que podría derivarse de estos planteamientos no pareció embargar a nuestra psicoanalista.

Tras este rodeo clínico se volverá al examen del meollo de estas tesis. Una lectura detenida de su obra muestra que un registro posible y particularmente afinado para evaluar la mezcla propia y singular de ambas tendencias en cada lactante era la intensidad de su voracidad. Una avidez congénita particularmente enérgica –más si es potenciada por un entorno objetal desfavorable–, podría generar rupturas de los equilibrios previos, ya de por sí inestables, entre los instintos de vida y de muerte. Buena parte de los relatos clínicos de esta psicoanalista refieren que una introyección ávida y devoradora del objeto arrastraba al yo a dispersar sus pulsiones de destrucción para salvaguardar al objeto bueno que, a la sazón, protegía frente al objeto perseguidor.

El yo arcaico, pese a su fragilidad, sabría dirigirse “instintivamente” al pecho. Klein, al final de su obra, llegó a postular que el recién nacido llegaba al mundo poseyendo una representación innata de ese objeto, pero, si se lo anhelaba imperativamente, se exigía satisfacciones inmediatas y totales, sin cortapisa alguna. Esa demanda destemplada, tanto más intensa cuanto mayor sea la carga del instinto de muerte –avidez y envidia primaria exageradas–, no podía sino generar frustración y violencia. Se hacía difícil al lactante esquivar el dolor, la rabia, la impotencia y los desgarros psíquicos; para más estorbos, la tendencia voraz retornaba al sujeto como fantasías de ser destruido o envenenado por un pecho persecutorio: la lógica retaliativa aumentaba la ansiedad esquizoparanoide. Para que este círculo vicioso logre atenuarse y la integración del yo pudiera avanzar, sería necesario un predominio del amor sobre el odio hacia el objeto. Por momentos, leyendo *EPN* (1932) podía tenerse la impresión que ese círculo se retroalimentaba indefinidamente porque, en última instancia, Klein lo hizo depender de la correlación de fuerzas entre Eros y Tánatos. Parecía haber introducido una causa última e inapelable. Sólo con la introducción de la posición depresiva en 1934 y los desarrollos posteriores sobre la misma se hizo posible desactivar esa andadura circular (véase II, 3.1.3), sin que ello implicara ceder un ápice respecto de la capacidad determinante del *quantum* congénito.

Fue en ese contexto que ella elaboró su propia teoría sobre la frustración que, como no podía ser de otra manera, quedó estrechamente relacionada con motivaciones endógenas, como se tendrá ocasión de apreciar enseguida. En este tema Klein produjo un giro de 180° respecto del pensamiento

psicoanalítico entonces vigente: los agentes causales de la frustración eran prioritariamente internos, sobre todo constitucionales; los factores ambientales quedaron en un segundo plano.

Ese tipo de formulaciones suyas provocaron fuertes reacciones: muchos le criticaron por su menosprecio de la realidad externa, mientras que desde el otro polo, la elogiaron por su audacia, al jerarquizar una cuestión que para el psicoanálisis era vital: valorar la influencia de lo psíquico sobre la realidad exterior. Pero, quizá no fueron sólo los excesos de su posicionamiento sino su falta de matizaciones y sus generalizaciones: adoptó muchas veces posiciones maximalistas, radicalizadas aún más en K₃, que le impidieron valorar las circunstancias singulares de cada persona. Cabe subrayar que el endogenetismo kleiniano constituyó sin duda una señal de identidad de su teoría al igual que un instintivismo muy arraigado en el cuerpo del bebé.¹³ Una manifestación particular de estos rasgos en la temática de la frustración la llevó a oponerse a Karl Abraham, su tan respetado maestro. Éste, en *La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter* (1924), texto bien conocido por Klein, había sostenido que en los primerísimos momentos del desarrollo evolutivo –etapa I, oral precoz; véase el cuadro inserto en II, 2.6.3.1.– el placer estaba relacionado con la succión. El berlinés escribió: “Sea que en este primer periodo de la vida el niño no haya tenido placer o lo haya tenido en exceso, el efecto es el mismo. Abandona esa etapa con dificultades [...] y se adhiere con particular intensidad a las posibilidades de placer que se presentan en la etapa siguiente.” Esta última no es otra que la etapa II, oral tardía, canibalística, “que es también la forma más primitiva de sadismo.”¹⁴ En otros términos: exceso de placer o demasiada frustración provenientes del exterior conducía a fijaciones y también a posibles regresiones. Para Abraham, la segunda situación era claramente provocada por un entorno objetal poco satisfactorio; para él, la agresividad y el sadismo eran *secundarios* a la frustración. Klein, en cambio, pensaba así:

“La opinión de Abraham de que la incapacidad del niño para obtener suficiente placer en el periodo de succión depende de las circunstancias en las cuales es alimentado, ha sido plenamente confirmada por la observación analítica general. También sabemos que las enfermedades y deficiencias del desarrollo en los niños se deben en parte a la misma causa. Sin embargo, las condiciones desfavorables de nutrición, que podemos considerar como frustraciones externas, no son, según parece, la única razón por la cual el niño obtiene poco placer en el período de succión. Esto se puede ver porque algunos niños son incapaces de gozar chupando –son malos comensales’ (*bad feeders*)– aunque reciban suficiente alimento. Creo que la inhabilidad de gozar chupando es la consecuencia de una frustración interna y se deriva, según mi experiencia, de un incremento anormal del sadismo oral. Parecería que la polaridad entre los instintos de vida y los instintos de muerte se manifiestan ya en estos fenómenos de la primera infancia, porque podemos considerar la fuerza de fijación del niño al estadio oral de succión, como una expresión de la fuerza de su libido, y análogamente, la temprana y pujante emergencia de su sadismo oral, como una señal de preponderancia de sus componentes instintivos-destructivos.” [EPN (1932), OCKPA, vol. 1, p. 152].

Más allá de la reverencia a Abraham al comienzo de esta cita, su posicionamiento fue muy nítido: Esta visión quedó reforzada en *EyG* (1957), donde expuso su teoría sobre la envidia.¹⁵ Una lectura retrospectiva de su obra situaría a *EPN* (1932) como un precedente significativo de las tesis tajantes sustentadas 25 años más tarde. Pero, ya en los comienzos de la década de los años treinta, se apreciaba el empuje teórico hacia el constitucionalismo, el endogenetismo y el instintivismo.

6.1.5. Eros, Tánatos y la teoría identificatoria kleiniana

Esta polaridad instintiva, una vez introducida en su teoría, dio nuevos fundamentos a la TIK. Y no sólo porque la deflexión/proyección de Tánatos devino determinante de la apertura hacia las relaciones objetales –requisito indispensable para la estructuración de la psique–, sino y también porque el trabajo de la pulsión de muerte incitaba a Eros a entrar en la batalla por la defensa de la vida. Este par instintivo otorgaba según Klein la energía necesaria para consumir las identificaciones proyectivas e introyectivas. Tánatos con sus manifestaciones psíquicas –sobre todo la angustia de aniquilación y las fantasías sádicas retaliativa que se generan– era el promotor de las nuevas proyecciones e identificaciones proyectivas. Este es un rasgo peculiar de la TIK, que la diferenció notablemente de la TIF y la TIL: quedó acentuado el carácter centrífugo de las identificaciones por la importancia que adquirió la variante proyectiva de la misma. Esta última, al mantener una continuidad entre las partes proyectadas y el yo, devino al mismo tiempo una relación objetal –agresiva, de control

y de dominio— y una identificación. Con Tánatos se articulaba a) la identificación proyectiva; b) las relaciones con objetos persecutorios/malos; c) el odio; d) la desintegración yoica; e) la envidia. En el otro polo, Eros estaba al servicio de: a) la identificación introyectiva; b) el circuito de las relaciones con objetos idealizados/buenos; c) el amor; d) la integración del yo y e) la gratitud.

Al sostener que estos movimientos de materia psíquica a través de las dos variantes identificatorias —centrífugos y centrípetos respecto del yo— creaban al mundo interno, Klein enlazó su teoría identificatoria con el dualismo instintivo. Además, se hizo patente que situaba al niño como motor y epicentro de su propia constitución psíquica: infanto-centrismo (véase I.G. 4.6).

6.2. El complejo de Edipo temprano y la fase de identificación femenina¹⁶

La ya comentada ausencia en la doctrina kleiniana de la lógica retroactiva (el *nachträglich* freudiano) le llevó a privilegiar la oralidad, a la que consideró no sólo la primera etapa del desarrollo evolutivo sino la más importante, por ser la base sobre la que se construye toda la organización psíquica. Lo más arcaico resultaba ser, entonces, lo más determinante en el funcionamiento futuro de la mente. La concepción kleiniana sobre el complejo de Edipo y el superyó debe incluirse dentro de ese marco. Klein consideró que ambos aparecían en la etapa oral del desarrollo evolutivo de los niños; es decir, mucho antes de lo que había postulado Freud¹⁷, y que tendrían efectos a la largo de toda la vida.

Sostuvo, fundándolo en su experiencia clínica, que había manifestaciones edípicas a partir de los seis meses de vida.¹⁸ En su concepción desapareció la importancia que Freud —y luego Lacan— otorgaron al complejo de castración y a la problemática de la diferenciación de los sexos; según Klein, se nacía psíquicamente niña o varón; la identidad sexual psicológica quedó independizada de la dialéctica fálica y se arraigó más en lo biológico.

Si Freud elaboró su doctrina sobre el complejo de Edipo en la niña tomando como referente el del varón, Klein lo hizo al revés: pensó la travesía edípica del varón en base al esquema que había elaborado previamente para la niña. Si en la teoría del vienés las conceptualizaciones en torno al padre y al falo fueron referentes primordiales para pensar la constitución del sujeto; en la kleiniana fueron sustituidos por la madre y el pecho. El canibalismo de la teoría freudiana y sus consecuencias —el complejo paterno—, pasaron de la prehistoria de la humanidad¹⁹ a la protohistoria individual (primeros años de vida) en la teoría de la psicoanalista de niños.

A comienzos de los años veinte, al iniciar su práctica con infantes detectó la existencia de sentimientos de culpa y dedujo que si ese afecto aparecía en ellos era porque estaba operando el superyó y, por ende, los conflictos edípicos ya estaban en curso. Esta idea condensaba la lógica kleiniana de sus primeros textos. El superyó kleiniano, íntimamente enlazado con el Edipo, no surgía con la declinación de éste (Freud) sino mucho antes; por eso, la conformación y las funciones de dicha instancia psíquica se entreveraban en y con los conflictos edípicos. La organización precoz del superyó y la presencia del yo desde los primeros momentos de vida del bebé hizo que en su teoría los conflictos psíquicos —los edípicos incluidos— adquiriesen muy tempranamente el carácter de *intersistémicos* —entre el yo y el superyó— y de *intrasistémicos*: en el interior de ambas instancias se producían combates entre objetos internos de diferentes tipos.²⁰ Con el correr de los años Klein elaboró una teoría propia sobre el superyó y el Edipo que incluyó una declinación del complejo que no implicaba la renuncia al objeto incestuoso. Como no podía ser de otro modo, hubo algunos puntos de contacto y muchas diferencias entre su manera de entender el Edipo y las que tuvieron Freud y Lacan.²¹

La concepción kleiniana del Edipo tuvo alcances mucho más vastos que la antedatación del mismo; supuso: a) incluir las problemáticas sádicas; b) revisar ampliamente la teoría de la sexualidad femenina elaborada por Freud; b) reinterpretar la envidia del pene; c) plantear la existencia de un complejo de feminidad del varón que se correspondería con el complejo de masculinidad de la niña d) articular estrechamente los conflictos superyoicos y edípicos.

A continuación se tratará en detalle esta comarca de su doctrina y sus efectos sobre la TIK; será también ocasión para dedicarle unos párrafos a la *fase de identificación femenina* que ella había postulado en la misma cuando realizó sus primeras elaboraciones sobre el Edipo. Se abordarán, entonces, los siguientes ítems:

- 6.2.1. La fase previa compartida y la identificación con la madre
- 6.2.2. Estadios tempranos del conflicto edípico
- 6.2.3. Transformaciones posteriores del complejo en el la infancia

6.2.1. La fase previa compartida y la identificación con la madre

Con el nacimiento se inicia la primitiva etapa oral en la que, debido a la lactancia, los bebés de ambos sexos establecen una estrechísima relación con el pecho de la madre (objeto parcial). En Klein se trataría de una muy corta etapa preedípica; como su nombre lo indica, en ella no habría *aún* trazas de conflictos edípicos. A las tendencias orales recién mencionadas se sumarían rápidamente las anales y uretrales y, con el destete –aparecerían los impulsos genitales –segunda mitad del primer año–. Tras ese periodo de relación intensa con el pecho sobrevendría una etapa de identificación con la madre, también compartida por ambos sexos. Esta fase femenina se establecería especialmente sobre el sadismo anal que, sumado al oral, generaba grandes ambivalencias hacia la madre. Niña y varón que hasta hacía muy poco tiempo se relacionaban casi en exclusiva con el pecho de la madre –vínculo que tenía múltiples facetas además de la estrictamente alimenticia–, pasaban a interesarse por el interior del cuerpo de la madre; en la fantasía del niño ese vientre materno estaría lleno de riquezas; contendría todo lo que él desea: leche alimento, orina, heces, otros bebés y el pene del padre, al que los infantes, en plena fase oral lo imaginan como habiendo sido incorporado por la madre durante la relaciones sexuales. El cuerpo materno estimularía en el bebé grandes deseos de explorarlo –despertar del impulso epistemofílico²²– y de apoderarse de todo lo que él contenía. El cuerpo de la madre se transformaría en un objeto de deseo, de amor, odio y envidia a la vez.

Ese anhelo de quedarse con todas las posesiones maternas favorecía una identificación con ella, basada en las mociones instintivas recién nombradas. Los niños de ambos sexos se identificaban con la madre porque quería disponer de todas las capacidades femeninas de ella. En la niña esta identificación sería ya una manifestación muy incipiente del conflicto edípico, en el varón sería el resultado de la angustia de castración frente al padre, por sus fantasías sádicas de apoderamiento de su pene.

Esta relación con la madre no era sólo amorosa; se acompañaba de odio, rivalidad y hostilidad sádica. Si éstas alcanzaban cotas muy altas, las etapas iniciales del conflicto edípico quedaban intensamente dominadas por lo pregenital y dificultaban el desarrollo evolutivo.

“La identificación de la niña con la madre resulta directamente de los impulsos edípicos: toda la lucha provocada en el niño por su angustia de castración no existe en ella. En las niñas como en los niños esta identificación coincide con las tendencias anal sádicas de robar o destruir a la madre. Si la identificación con la madre tiene lugar predominantemente en un estadio en que las tendencias oral sádicas y anal sádicas son todavía muy fuertes, el miedo al superyó maternal primitivo conducirá a la represión y fijación a la fase a esta fase e interferirá en el futuro desarrollo mental.” [ETCE (1928), OCKPA, vol. 2, pp. 184-185].

Para el varón planteó otro panorama: éste se identificaba a la madre y deseaba poseer sus órganos de procreación, su capacidad de tener bebés, sus pechos plétóricos de leche y también el pene del padre alojado en el vientre materno. El niño se sentía en desventaja e inferioridad frente a la mujer –complejo de feminidad– correlato del complejo de castración en las niñas por la no posesión del pene.

“Lo mismo que en el complejo de castración de las niñas, también en el complejo femenino del varón hay en el fondo el deseo frustrado de un órgano especial. Las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa existen en la madre y además con la vagina y los pechos, fuente de leche, que son codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la época en que la fase libidinosa es puramente oral.” [ETCE (1928), OCKPA, vol. 2., p. 182].

En la página siguiente incluyó dentro del complejo femenino los deseos del varón de tener hijos, como su madre.²³ Estos anhelos femeninos del varón al igual que los masculinos de la niña estaban condenados a su incumplimiento; la frustración de estos deseos dejará marcas psíquicas indelebles en ambos y generarán malestares que nunca podrán mitigarse mediante las sustituciones simbólicas posteriores.

Como síntesis “estructural” de esta fase femenina podrían señalarse los siguientes aspectos: coexistencia de tendencias orales, anales, uretrales y genitales, en diferentes grados; a mayor sadismo más dificultades para el tránsito edípico. El niño y la niña se identificaban con las capacidades femeninas de la madre y en torno a esa identificación giraban: a) la rivalidad con la madre; b) el instinto epistemofílico; c) el deseo de poseer los contenidos del vientre materno y d) en el varón: la envidia a la capacidad reproductiva de la mujer; en la niña: la envidia al pene. A partir de esta fase de identificación con la madre, los conflictos edípicos tempranos adquirirán características diferenciales en la niña y el varón.

6.2.2. Estadios tempranos del conflicto edípico

El título de este apartado repite, palabra por palabra, el de un artículo suyo escrito en 1928. En dicha frase cabría subrayar dos vocablos: *tempranos* y *conflicto*. Por un lado, el factor temporal: Klein adelantó la aparición de lo edípico en los niños, cosa que le otorgó al complejo un marcado carácter pregenital, cuestión ésta que fue comentada con anterioridad. Por otra parte, llama la atención que utilizara la expresión *conflicto* en lugar de complejo, término este último más usual en los escritos psicoanalíticos.

Respecto de la primera cuestión se apreciará en las páginas siguientes que el niño no se instalaba en el Edipo como culminación de la evolución sexual infantil perverso-polimorfa con la subsiguiente confluencia de las pulsiones parciales en torno a lo fálico, como en Freud²⁴; más bien entraba al Edipo en momentos en que el sadismo oral, anal y uretral era muy intenso y cuando apenas empezaban a insinuarse las tendencias genitales. El destete funcionaba en la teoría kleiniana como el motor de arranque de los conflictos edípicos por la frustración que generaba.

Buena parte de las elaboraciones de los conflictos edípicos tempranos consistirían en desanudar la fantasía terrorífica de los padres combinados²⁵ —máxima representación del sadismo infantil— posibilitando por esa vía la instalación en la psique de figuras parentales separadas. Esto permitiría procesar con cada uno de ellos —ya desacoplados— las angustias ligada al Edipo positivo y negativo. Esto lograría, finalmente, que el sadismo se redujese.

Estos efectos eran fruto de las elaboraciones propias a la posición depresiva (PD), donde Klein instaló su Edipo temprano a partir de 1934 —de manera implícita— y explícitamente en *CEAT* (1945). Esta ubicación temporal del complejo se mantuvo hasta el final de su obra. En todo caso se trataba de obtener la reducción de la angustia persecutoria, favorecer la introyección de objetos buenos y sustituir las defensas arcaicas por las maníacas.²⁶

Respecto del segundo asunto —los motivos por los que usó del vocablo conflicto—, cabría decir que ella no se explayó sobre los porqués de esa elección. Es probable que estuviera en juego su concepción más amplia del conflicto psíquico, que comprendía la presencia de exigencias o tendencias internas contradictorias o de fuerzas antagónicas en interacción; a saber: las pugnas entre Eros y Tánatos o entre el amor y el odio. Los conflictos edípicos tempranos mostraban paradigmáticamente esas luchas entre fuerzas contrarias; la más mencionada en sus textos fue el combate entre la destructividad sádica por un lado y el amor, por el otro. El Edipo en Klein quedó definitivamente envuelto en grandes pasiones ambivalentes.²⁷

Klein retrotrajo su surgimiento del Edipo en varias ocasiones; en primera instancia situó su comienzo a finales del segundo año o comienzos del tercero; posteriormente, cuando acababa el primer año de vida o al inicio del segundo; finalmente, en *EPN* (1932), a los seis meses. Esta última fecha se mantuvo estable y a partir de *CPM-D* (1934) lo asoció estrechamente con de la P.D. En *CEAT* (1945)²⁸ confirmó esa datación, que puede considerarse como la definitiva. Se hizo evidente que con cada adelantamiento el Edipo transcurría en un escenario más sádico y pregenital.²⁹

Una vez consumada la *fase femenina o de identificación a la madre* comienzan a adquirir mayor importancia las fantasías de la niña y del varón respecto el pene del padre —alojado en el interior del cuerpo de la madre—; tales circunstancias serían indicadores inequívocos de la plena vigencia de conflictos edípicos tempranos y de cierta prevalencia de las tendencias instintivas genitales sobre las pregenitales, sádicas. Las primeras entradas en escena del padre serían a través de su pene; es decir, en tanto objeto parcial.

6.2.3. Transformaciones posteriores del complejo

A continuación se considerará por separado el camino libidinal de la niña y del varón, dejando constancia que Klein tuvo más claro el esquema evolutivo de la primera, gracias a los análisis de Rita, Trude, Erne. En base a ese modelo pensó, luego, el complejo de Edipo del varón.

6.2.3.1. El esquema edípico en la niña

Las primeras manifestaciones del complejo de Edipo en la niña se debían a una frustración oral ligada al destete que lleva a un cambio de objeto de amor: de la madre al padre. Klein consideró que la privación del pecho era la causa principal de que la abandonase a ella como objeto principal de su libido y se dirigiera hacia el padre. A este factor fundamental agregó otro: las frustraciones anales que recibía la niña por el aprendizaje de los hábitos de higiene; éstos contribuían a incrementar el odio hacia a la madre y a direccionarla hacia el padre. De manera paralela, en la segunda mitad del primer año aparecían las primeras tendencias genitales, de receptivo. El dirigirse hacia el padre era un índice de que esta etapa era de Edipo positivo.

“[...] la envidia y el odio a la madre, poseedora del pene del padre, parecen constituir en el periodo en que surgen estos primeros impulsos edípicos, un motivo más para que la niña se vuelva hacia el padre. Sus caricias tienen ahora el efecto de una seducción y se las ve como la atracción del sexo opuesto.” (OCKPA, vol. 2, p. 184; con algunos cambios a partir de un cotejo con la versión inglesa).

El complejo en la niña incluiría un desplazamiento de la libido desde lo oral a los genitales, conservando el fin receptivo del instinto. Klein se inspiró respecto de esta cuestión en Helene Deutsch, aunque dio una versión personal de tales cambios: ese desplazamiento era muy precoz –se produciría con la aparición de las primeras tendencias genitales– y otorgaban un *quantum* de energía libidinal genital indispensable para encaminarse hacia el padre.³⁰ Según la psicoanalista de niños, la libido de la niña no era primero masculina o fálica como sostenía Freud, sino que tenía, desde el comienzo mismo, una meta femenina y receptiva. Esta comunidad de metas receptivas entre la libido oral y la genital facilitaba el desplazamiento de la primera a la segunda. Pero no sólo eso: las tendencias edípicas, sobre todo las primeras, tendrían en las niñas un carácter oral y genital, a la vez. Había en estas ideas matices muy kleinianos respecto de la femineidad, a las que se sumaría esta otra: la eclosión de las pulsiones genitales de la niña estaría acompañada de un conocimiento inconsciente de la vagina y de su carácter receptivo, con sensaciones físicas en el propio órgano y en el resto del aparato genital, fenómenos que darían pie a formas femeninas de masturbación (ETCE, OCKPA, vol. 2, p. 184). Recuérdese que para Klein habría un conocimiento innato de la existencia de la vagina y que los bebés llegarían al mundo con una identidad sexual psicológica determinada por la anatomía; otra diferencia con Freud y Lacan.

El objeto que sustituía al pecho de la madre era el pene del padre. A las importantes frustraciones orales sufridas con la madre –el destete como representante máximo de ellas– se agregarían las frustraciones orales y genitales prodigadas por el padre (ETCE, p. 184). Sus deseos de maternidad, obviamente, no se concretaron y la masturbación no le ofrecía buenas vías de descarga. La decepción volvía a ser muy importante; la manera de sobrellevar estas nuevas frustraciones estaría en estrecha dependencia de cómo fue procesada la anterior, la del destete. El *avant-coup* consuetudinario de Klein determinó las ideas siguientes:

- La relación preedípica con la madre influirá marcadamente en la relación edípica arcaica con el padre.
- Si en la posición edípica inicial el odio a la madre fue muy potente y se constituyó en factor de primerísimo orden para dirigirse al padre, éste será abandonado en la segunda posición edípica con mucho odio y será considerado como un gran frustador.³¹

Los grados de odio hacia el padre serían variables en cada niña como así también el tiempo que tardarían en apaciguarse las frustraciones por él ocasionadas. La niña se alejaba del padre porque éste –como no podría ser de otra manera– decepcionaba y frustraba sus tendencias pregenitales y

genitales. Reprimiría su amor por el padre, llevando a primer plano la rivalidad y la envidia hacia él. La niña se acercaría nuevamente a la madre; esto último es característico de la fase fálica de la niña: ella adopta imaginariamente una posición masculina: desea ser un varón, sueña con dar hijos a la madre, con apoderarse del pene de su padre para alejarlo y excluirlo. Es una fase fálica puramente defensiva, no tiene ninguna posibilidad de provocar la aparición del complejo de Edipo clásico porque, como lo apuntó Freud era imprescindible que la niña renunciara a la masculinidad para entrar al Edipo.

Sin embargo, como trasfondo de esa vuelta a la madre, existirían fuerzas psíquicas perturbadoras: el sadismo y la retaliación. Ese retorno a la madre sería para aplacarla o, más precisamente, aproximaría a la madre real para apaciguar a la madre introyectada, cruel y severa. El sentimiento de culpa hacia la madre la impulsaba a compensarla con una nueva relación amorosa (fundamento de lo que dos años más tarde describirá como reparación). En contra de esta nueva relación con ella actuaba el complejo de castración que dificultaba una actitud masculina; también, el odio hacia la madre, proveniente de situaciones más tempranas. Este odio y la rivalidad con la madre, la llevará finalmente a abandonar la identificación con el padre y acercarse de nuevo a él como objeto para amar y ser amada (*ETCE*, p. 185). Este tercer y último cambio de posición en el complejo de Edipo sólo sería posible con la disminución de las tendencias sádicas; en ese caso se invertiría la relación de fuerzas en favor de las tendencias genitales, que conllevaría un apaciguamiento de la madre introyectada. Esta mejora de la relación con la madre permitiría instalarla como un modelo a imitar.

Esta última etapa, con el sadismo disminuido y las tendencias genitales aumentadas, presupondría una mejor instalación en la fase fálica, que tendría algunos puntos de contacto con la concepción freudiana del complejo de Edipo en la niña que, según Klein, tenía muchas especificidades y no podía encajar en el modelo del varón. El ingreso a la fase fálica –que ella prefería designarla con el nombre de etapa genital³²– supondrá finalmente la frustración de su erotismo infantil. Dicho en otros términos y recapitulando: la niña, según Klein, atravesaría tres fases en su Edipo; la primera: Edipo positivo; la segunda: negativo y la tercera, nuevamente positivo. En la primera etapa edípica, la niña y la madre introyectada rivalizaban en un contencioso sádico recíproco; en la posición edípica definitiva competirían en su ternura y amor por el padre.

6.2.3.2. *El Edipo temprano en el niño*

También las primeras manifestaciones de lo edípico se producirían en él tras un apego oral a la madre, seguida de la frustración por el destete. Fue el análisis de Peter, posterior al de las niñas nombradas al comienzo de 6.2.3, lo que permitió a Klein concebir las etapas iniciales del Edipo en el varón. La fase compartida de identificación femenina (ver *supra*, 6.2.1.) provocaba una gran ansiedad en el varón: temía ser castigado por haber odiado, atacado, robado y envidiado el cuerpo de la madre. En otros términos: gran rivalidad sádica oral y sádica anal con el objeto materno.

“Bajo la influencia de sus impulsos genitales el niño comienza a dirigirse a su madre como un objeto de amor. Pero sus impulsos sádicos están en plena actividad, y el odio originado en las más tempranas frustraciones se opone fuertemente a su amor objetal del nivel genital. Un obstáculo aún mayor a su amor es el temor a ser castrado por el padre [...]. El grado que alcance la posición genital dependerá en parte de su capacidad de tolerar esta ansiedad. En esto la intensidad de las fijaciones oral sádicas y anal sádicas es un factor importante. Condicionan el monto de odio que el niño siente hacia su madre y esto a su vez le impide en mayor o menor grado alcanzar una relación positiva con ella.” (OCKPA, vol. 2., p. 181).

“En el desarrollo del niño, la fase femenina es seguida por una prolongada lucha entre la posición pregenital y genital de la libido. Esta lucha, que está en su apogeo entre los tres y cinco años, es claramente reconocible como el conflicto edípico. La ansiedad asociada con la fase femenina conduce al niño a la identificación con su padre, pero este estímulo de por sí no conduce a una firme base para una posición genital, ya que lleva principalmente a la represión y a una sobrecompensación de los instintos anal sádicos y no a superarlos. El temor a la castración por el padre refuerza la fijación a los niveles anal sádicos.” (OCKPA, vol. 2, pp. 183-184).

Así, pues, a la figura de una madre persecutoria, castradora, se unía, en los estratos profundos de la mente del niño, la imagen del padre castrador, porque los ataques al interior del cuerpo materno concernieron también al pene paterno al que se suponía allí alojado. Esta ansiedad conducía al varón

hacia una variante positiva del complejo y hacia una consolidación de la posición genital, no sin una pugna entre las tendencias genitales y las pregenitales.

Según Klein, el complejo de castración que el vienés había descrito –castración ejercida por el padre– tenía como antecedente y era, por lo tanto, la culminación de un proceso iniciado muy tempranamente, durante la fase femenina del varón: un miedo primario a la castración ejercida por una madre que mutilaba, destruía y devoraba. Estas imagos formarían parte del superyó tiránico y cruel del niño.³³

La fase femenina del varón fue una idea surgida en el periodo 1923-1928 que se incorporó a la concepción kleiniana sobre el complejo de Edipo masculino. En *ETCE* (1928), p. 183, ella describió los destinos más frecuentes del complejo de feminidad en el hombre: a) su sublimación en el deseo de tener un hijo y convertirse en padre b) una modalidad revanchista: hombres agresores y despreciativos de las mujeres c) la vivencia de desventaja frente a la mujer sería encubierta y contrarrestada mediante un sentimiento de superioridad fundado en la posesión del pene; se exacerbaría así una supuesta virilidad que podría manifestarse cercana al tipo revanchista d) la envidia a la maternidad podría tener otro desenlace: el sentimiento de desventaja respecto de la mujer quedaría también velado y sobrecompensado gracias a un desplazamiento hacia lo intelectual, terreno en que supuestamente mantendría una superioridad respecto de ella.

Klein sostuvo también que los componentes antisociales y agresivos en el hombre solían ser más intensos con las mujeres que con otros hombres. Estas actitudes respecto de las mujeres estaría enraizado en el miedo a la madre, a quien el niño quiso robarle, con sadismo sus órganos sexuales, los contenidos de su vientre (otros niños y el pene del padre), etc. La rivalidad con los hombres sería menos intensa porque suele proceder de una fuente genital, aunque no se descartaría la confluencia de tendencias sádicas.

En *CEAT* (1945) expuso sus ideas definitivas sobre Edipo en su teoría; las innovaciones fundamentales consistieron en incluir los estadios tempranos del mismo en el corazón de la PD, razón por la cual el Edipo quedó entreverado con las ansiedades depresivas, la culpa, la reparación y las defensas típicas de esa posición, las tendencias instintivas y las fantasías que la caracterizaban. Como se ha visto en los apartados anteriores, en K_1 pensaba que el Edipo se iniciaba en la fase de máximo sadismo y era activado por el destete; por lo tanto, su comienzo se situaba bajo la égida del odio. A partir de K_2 renunció a su conceptualización de una fase de máximo sadismo y aunque continuó afirmando que los conflictos edípicos surgían en la segunda fase oral, con la instalación de la PD. Toda la evolución edípica quedó encuadrada en el contexto de las posiciones³⁴, y todos los fenómenos vividos en la trayectoria edípica estarían exacerbados o mitigados según la predominancia de la angustia paranoide o depresiva.

“El núcleo de los sentimientos depresivos infantiles, o sea el temor a la pérdida de los objetos queridos, como consecuencia de su odio y agresión, entra desde un comienzo en sus relaciones de objeto y en su complejo de Edipo.” [*CEAT* (1945), OCKPA, vol. 2, p. 339].

Los remanentes de la posición paranoide, generadoras de ansiedades persecutorias originadas, en última instancia, por las proyecciones sádicas del niño, si son excesivas pueden afectar a las tendencias genitales y, más ampliamente, al conjunto del desarrollo evolutivo. Por ello, si bien la entrada en la PD supondría un pasaje del pecho (objeto parcial) a la madre (objeto total), –movimiento que se reproduciría entre el pene y el padre–, no obstante en los conflictos edípicos aparecían ambos tipos de objetos. Dicho en otros términos: la transición lenta, insegura, paso a paso, no era sólo de lo pregenital a lo genital, sino y también, de lo paranoide a la PD. Los deseos genitales se dirigirían tanto a objetos totales –madre y padre– como a los parciales: pecho, vagina, pene. Las triangulaciones más nítidas permitirían que el deseo y el amor hacia uno de los padres coexistieran con la ambivalencia hacia el otro progenitor. La aparición de manifestaciones edípicas incrementa habitualmente ambas ansiedades: las persecutorias y las depresivas.

En *CEAT* (1945), el amor, que siempre se había originado en tendencias libidinales (Eros) se veía reforzado por los impulsos reparatorios propios de la PD; el odio, originado en Tánatos y manifestado en las relaciones con el pecho y el pene, se verían incrementados por la frustración y las

rivalidades edípicas. Los balanceos entre los Edipo positivo y negativo, tanto en la niña como en el varón, se deberían a las oscilaciones de las ansiedades paranoide y depresiva que cada una de esas posiciones genera frente al progenitor rival y a los obstáculos que surgen para una identificación con un progenitor atacado y dañado.

Indicadores importantes de una elaboración avanzada de lo edípico sería un predominio neto de lo libidinal (Eros) y la identificación del yo con un objeto bueno interno creado por la introyección del progenitor del mismo sexo. Esto, a su vez, tendría las siguientes manifestaciones: a) la obtención de una identidad sexual estable sobre la base de aquella que le fue otorgada constitucionalmente; b) un desanudamiento de la pareja de padres combinados que daría pie a una satisfactoria separación y discriminación de la madre y el padre; c) una introyección de una madre buena, un buen padre y una pareja creadora; d) disminución de las fantasías incestuosas respecto del progenitor del mismo sexo; e) concomitante aumento de fantasías incestuosas de coito respecto de progenitor del sexo opuesto; f) fantasear e imaginar las relaciones sexuales como actos reparadores, dispensadores de placer y fecundantes (dar nacimiento a otros bebés); g) el acceso a la heterosexualidad sería la resolución óptima del Edipo en el marco de la posición depresiva; h) finalmente, no sería entonces el miedo a la castración lo que llevaría al niño a renunciar a sus deseos edípicos en plena etapa fálica (Freud) sino que mucho antes, y gracias a los mecanismos reparatorios, el varón podría dominar sus impulsos edípicos y convertirlos en creatividad. Por el rodeo de la reparación se realizaría finalmente la renuncia al objeto, con trabajo de duelo mediante. Ese conjunto de procesos más o menos sincrónicos daría un buen pasaporte para el ingreso en la latencia.

En fin, y ya para terminar este apartado dedicado al Edipo en la obra de Klein, cabría señalar que ella amplió la gama de fenómenos relacionados con dicho complejo. Lo describió como un tránsito complicado, por momentos tórpido, con recodos, vaivenes, superposiciones, ambivalencias y retornos a posiciones anteriores, en procesos más bien de tipo sinusoidal. En su trascurso se producían oscilaciones marcadas; las posiciones establecidas eran casi siempre inestables, transformables, reversibles, como consecuencia de los cambios de fantasías, de tendencias instintivas y de alternancias o combinaciones de vínculos con objetos, ya fueran parciales o totales. El Edipo se extendía desde el destete al periodo de latencia, porque a sus manifestaciones tempranas se añadía luego el Edipo tardío, tradicional. Esta temporalidad dilatada le permitió relacionarlo prácticamente con todos los aspectos de la vida psíquica de los infantes y con las consiguientes repercusiones del mismo en la vida adulta. La conformación, evolución y funciones del superyó fue relacionada también con el complejo.

6.3. El superyó en la obra de Melanie Klein

Abordar los múltiples aspectos que hacen a la constitución del superyó en la teoría kleiniana supone, simultáneamente, aproximarse a un aspecto crucial de la estructuración psíquica del niño. En efecto, el superyó –junto con el yo– han sido las instancias psíquicas a las que la psicoanalista de niños prestó especial atención. La revisión del concepto de superyó mostrará más claramente que el examen de otros articuladores teóricos suyos, las virtudes entre una lectura cronológica y retroactiva combinadas. Mediante la primera podrá percibirse que, con fluctuaciones, la actividad teorizante que dedicó este componente estructural del aparato psíquico fue permanente. La infinidad de “retoques”, revisiones y cambios que fue introduciendo a lo largo de décadas así lo muestran. Ellas serán comentadas en las páginas que siguen y constituirán un reflejo elocuente de un pensamiento en movimiento, rico en matices, polifacético, versátil y, tal vez por eso mismo, contradictorio en algunos momentos. No faltaron los párrafos confusos, las redacciones enrevesadas y las discordancias al cotejar lo escrito sobre un mismo aspecto en distintos artículos.³⁵ Seguir la secuencia temporal de sus escritos permitirá apreciar igualmente que ciertos aspectos de sus elaboraciones iniciales permanecieron incólumes hasta el último momento de su producción; también, que el camino que ella fue trazando, desde sus textos inaugurales hasta el postrero, tuvo más curvas y vericuetos que líneas rectas.

Para esta exploración *cronológica* del concepto de superyó se ha creído conveniente seguir las tres etapas –K₁, K₂ y K₃–, tal como fueron establecidas en el primer capítulo de esta segunda parte (véase II, 1.4). En cada una de ellas se considerará: a) su manera de entender la formación de esa instancia psíquica; b) la estructura del superyó que pueda desentrañarse de la literalidad de sus artículos

y c) las funciones que le fue otorgando a dicha instancia. Se apreciará que su conceptualización sobre este tema ha sido más intensa, acalorada y potente en la primera fase (K₁: 1919-1933). La época intermedia (K₂: 1934-1946) no fue, estrictamente hablando, un periodo de transición suave y continuo entre la primera y postrera forma de entenderlo. Si bien ese lapso fue muy fecundo en renovaciones y creaciones conceptuales en casi todas las comarcas de su teoría, éstas sólo ocasionalmente repercutieron de manera *directa* en su concepción del superyó; la mayoría lo hizo de un modo más velado, a través de recodos y con efectos diferidos. A partir de 1934, se redujeron las innovaciones sobre el superyó porque, al quedar integrado “naturalmente” al contexto de la posición paranoide y depresiva, siguieron las fluctuaciones y cadencias de las elaboraciones sobre aquéllas. La introducción de la PD en 1934 marcó, sin ninguna duda, un punto de inflexión en su pensamiento sobre dicha instancia porque la temática de la culpa –tradicionalmente ligada al superyó– fue trasvasada y quedó inmersa en una concepción más amplia, que incluía los duelos y la reparación. Estas tendencias se acentuaron en K₃, tras haber sido integrado en el seno de las ya definitivas posiciones esquizoparanoide y depresiva, junto a las novísimas identificación proyectiva e introyectiva. En K₂, y sobre todo en K₃, el superyó, sin perder su carácter precoz, terrorífico y cruel, se fue conformando de más en más con otro tipo de objetos internos, producto de la introyección de objetos buenos. (Véase II, 9.5).

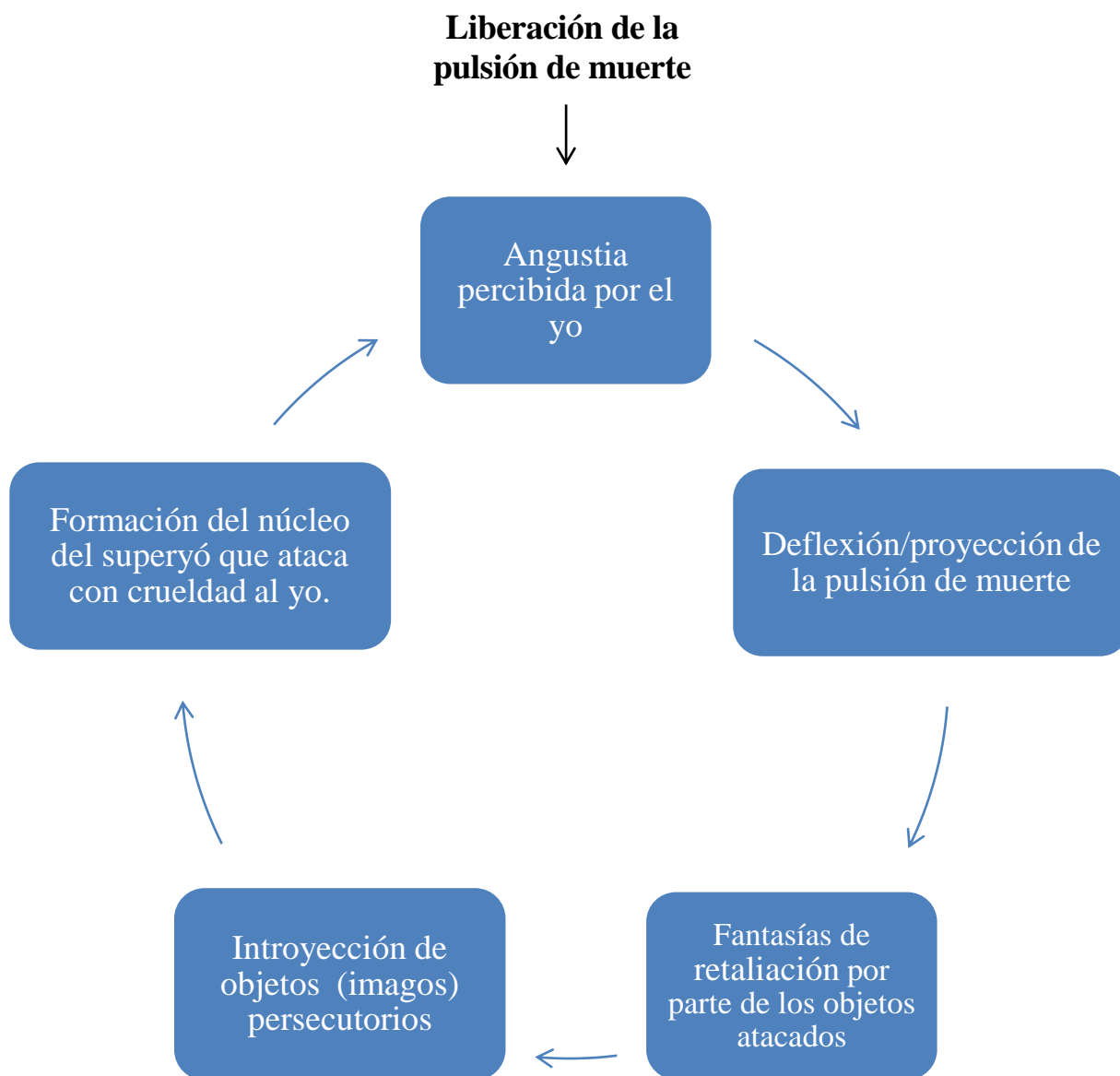
La lectura *retroactiva* –a partir sus últimos textos y de los póstumos– posibilitará establecer la forma final que adquirió el superyó en su teoría. Esta cuestión, ya de por sí importante, alcanzará más relieve aún porque permitirá descubrir –esparcidos en muchos de sus artículos anteriores– los antecedentes de la versión conclusiva sobre esta instancia.

Una última acotación importante: la concepción kleiniana acerca del concepto de superyó estuvo envuelta, como es bien sabido, en virulentas polémicas con Anna Freud. En realidad, expresarlo así sería una manera de reducir el conflicto ya que ellas fueron sólo las cabezas visibles de grupos que quedarían mal definidos si se los refiriese como “las corrientes vienesa y londinense” del movimiento psicoanalítico de aquel entonces. Lo observable mediante una lectura retroactiva admitiría la metáfora de un embudo con filtro: visto desde su orificio más pequeño (digamos: K₃) sale una teoría más mansa, depurada, decantada y bastante ajena a las turbulencias y remolinos de la gran boca de entrada (K₁), por la que ingresaron –a través del superyó– diferencias teórico-clínicas de todo tipo.³⁶

No estaría demás ensayar algunas interpretaciones de lo ocurrido en las famosas *Controversias* de los años cuarenta. Ellas no tendrían sólo un valor histórico; podrían ser preventivas respecto de la reiteración de un tipo de prácticas desafortunadas dentro del movimiento psicoanalítico. Pero esa tarea excede los objetivos de este trabajo por lo que el autor de esta tesis se limitará a señalar tan sólo una impresión personal: se esté de acuerdo (o no) con las formulaciones kleinianas sobre el superyó, ellas conformaron un legado clínico-conceptual importante y fueron, asimismo, un ejemplo de defensa valiente de su modo de pensar este asunto. La actitud de Klein vino a corroborar que lo escrito adquiere *realmente* valor si logra procesar y transmitir las verdades propias; si se las descubrió, fundamentó y puso a prueba en la praxis; si luego se actuó con coherencia al articularlas con el resto de categorías de la teoría; y si, finalmente, lo pensado evolucionó y permitió que otros desarrollasen nuevas ideas. Lo publicado por Klein cumplió en alta dosis con esas exigencias y por eso merece admiración, más allá de los acuerdos o discrepancias que puedan existir con ella. Leerle a contraluz de la teoría freudiana sobre esta y otras temáticas ayudará –por contraste– a perfilar mejor su pensamiento. Ese cotejo estará alejado de todo juicio valorativo y más aún de uno condenatorio por unas supuestas desviaciones –que no fueron tales, porque se trató de una elaboración concienzuda de *otra* teoría–. Por lo tanto, hubo de ser necesariamente diferente a la freudiana y también, a la lacaniana.

6.3.1. El superyó en la primera etapa (K₁:1919-1933)

Lo anticipado en el apartado 6.1.3 de este mismo capítulo y en II, 3.5.1., permitiría presentar bajo la forma de un diagrama un ciclo o circuito –descrito centenares de veces por esta analista-, aunque sin acompañarlo de excesivas explicaciones. En él quedaron reunidas muchas de sus primeras consideraciones acerca de la formación del superyó y sobre la textura psíquica en que tal evento acontecía.³⁷



El esquema presenta un entrelazado básico de los factores que Klein hizo jugar en K_1 para explicar la génesis del superyó arcaico.

Puede apreciarse que ya antes de acuñar el concepto definitivo de *posición* ella utilizaba los cinco elementos que luego acabaría reuniendo bajo su égida: angustia, mecanismos de defensa, fantasía, relaciones de objeto y estado del yo (y, en este caso, también del superyó).

Las ideas con que se construyó esta figura fueron extractadas sobre todo de *PPAI* (1926) donde apareció su primera alusión explícita al superyó, de *SAI* (1927), *ETCE* (1928), *IFSY* (1930), *EPN* (1932) y *DTCN* (1933).

La base clínica de la que provinieron estas conceptualizaciones fueron los análisis de niños muy pequeños; entre ellos: Fritz, Erna, Rita, Trude, Jorge, etcétera. La clave de bóveda de esta construcción teórica fue el sadismo infantil.

Las defensas implementadas por el yo frente a la angustia —manifestación de la acción de Tánatos en la psique, vivenciada por el bebé como peligro de aniquilación— fracasaban porque conducían inexorablemente a duplicar las fuentes de la ansiedad: por un lado, la retaliación de los objetos externos y, por otro, el superyó, que atacaba con crueldad al yo desde dentro.

La concepción representada en el diagrama hacía depender la formación del superyó del *quantum* innato de la pulsión de muerte; mucho más de este último factor que de las identificaciones

con el superyó de los padres (tesis freudiana). Se precisarán, luego, algunas consecuencias metapsicológicas de tal enfoque.

Según la matriarca del psicoanálisis, las deflexiones/proyecciones agresivas sobre el objeto se continuarían con procesos introyectivos oral-sádicos, responsables de la instalación del núcleo del superyó en la vida mental del lactante. A partir de entonces, esta nueva instancia atormentará desde el interior con su severidad.

En otras palabras, esas *imago* –vocablo que más tarde sería sustituido por el de objeto interno– serían en último término una variable dependiente de la intensidad de las tendencias sádicas (orales, anales, uretrales). Los introyectos que daban pie a la conformación del superyó eran imágenes parentales enormemente distorsionadas; de ahí la escasa correspondencia de las mismas con los padres reales, cuestión sobre la que ella insistió en reiteradas ocasiones.

Estas imago, una vez introyectadas, generan terror y son brutalmente crueles; incitan angustia por vía de la culpabilidad. Se cerraba así el conocido círculo “malo” que se retroalimentaba: a mayor angustia, mayor deflexión/proyección del sadismo sobre el objeto, que se trastrueca finalmente en más angustia. Por la ley del Talió, el yo esperaba del objeto atacado una respuesta similar a la que él le había infligido.

El ciclo representado en la figura puede considerarse el “alma” de su concepción sobre la formación del primigenio superyó; su pensamiento jamás cedió acerca del rol que adjudicó al sadismo en la estructuración y funcionamiento del mismo. Téngase presente que por entonces ella había pergeñado la noción de fase de sadismo máximo (véase *supra*, 6.1.3.) que se extendía desde la oralidad sádica hasta el final de la etapa anal. Pese a las innumerables modificaciones que fue introduciendo en las tres décadas siguientes en todos y cada uno de los componentes de ese ciclo y en su *primus movens* –el instinto de muerte–, las ideas básicas condensadas en el gráfico permanecieron incólumes, aunque comenzaron a conjugararse con adiciones y nuevos matices.

Salvando todas las distancias llama la atención cierta resonancia entre este circuito “malo” y lo descrito por Freud en *Duelo y melancolía* (1915) respecto de la relación sadomasoquista intrapsíquica entre el superyó y el yo, a consecuencia de la identificación narcisista con el objeto perdido (véase I, 3.4.2).

Existiría en ambas situaciones un meollo “ultrasádico”. Sobre este aspecto también debatió con Anna Freud, quien sostenía que el superyó infantil era demasiado inmaduro, demasiado dependiente de su objeto, para controlar espontáneamente las exigencias de los instintos; también afirmaba que había que evitar los pasajes al acto de los niños, debidos a la debilidad de esta instancia.

Klein, basándose en su experiencia, se mostró contraria a esas ideas: el superyó infantil no era nada endeble; en todo caso, no menos que el de los adultos; además, el posible pasaje al acto de los niños se debía a un superyó potente y abrumador, generador de temor y angustia que podía incitar actos de violencia [véase *infra*, los comentarios a *TCNN* (1927), *DTCN* (1933) y *SC* (1934)]. Estas ideas las siguió manteniendo a lo largo de toda su producción. Una revisión bibliográfica de aquella etapa precisará su pensamiento respecto del superyó:

6.3.1.1. *Simposiun sobre análisis infantil [SAI (1927)]*

Ese encuentro tuvo como telón de fondo el debate sobre un libro de Anna Freud –*El tratamiento psicoanalítico de niños*, Imago Publishing Co., Londres, 1946–. Son bien conocidas las diferencias entre ambas respecto del análisis de infantes; ellas fueron recordadas en II, 2.6.5. De esa alocución leída en la Sociedad Británica de Psicoanálisis, el 4 y 18 de mayo de 1927, se hará referencia únicamente a la teoría que expuso sobre el superyó. Esta última podría resumirse mediante las siguientes pinceladas:

- Se constituía muy precozmente; vinculó su surgimiento con el del complejo de Edipo y con la frustración del destete. Lo situó entre el final del primer año de vida y el inicio del segundo.
- Afirmó: “El superyó [de los niños], por otra parte, se aproxima estrechamente al del adulto y no está influido tan radicalmente por el desarrollo posterior como lo está el yo.” (OCKPA, vol. 2, p. 151). Previamente había subrayado que el yo de los niños no era comparable al del adulto.

- El núcleo del mismo fue caracterizado como “resistente e inalterable”; roca dura con el que chocará, posteriormente, todo psicoanálisis. Años más tarde agregó que sobre este nódulo primigenio del superyó violento, que nunca desaparecerá, podían “superponerse” capas más benévolas.
- Le atribuyó un carácter tremendamente cruel; su gran severidad no guardaba relación con la actitud de los padres.
- La formación del superyó tenía lugar sobre la base de varias identificaciones (p. 151).

6.3.1.2. *Estadios tempranos del conflicto edípico [ETCE (1928)]*

“El análisis de niños pequeños revela que en la estructura del superyó se origina en identificaciones que datan de distintos periodos y estratos de la vida mental. Estas identificaciones son sorpresivamente contradictoria en su naturaleza, excesiva bondad y excesiva severidad coexisten juntas. Encontramos en ellas también una explicación de la severidad del superyó, que se manifiesta especialmente en los análisis infantiles. Parece incomprensible que un niño de cuatro años albergue por ejemplo en su mente una imagen irreal y fantástica de padres que devoran, cortan y muerden. Pero es claro porqué en un niño de alrededor de *un año* la ansiedad causada por el comienzo del conflicto edípico toma la forma de un temor a ser devorado y destruido. El niño mismo desea destruir su objeto libidinoso mordiéndolo, devorándolo y cortándolo, lo que le provoca angustia, ya que el despertar de las tendencias edípicas es seguido por la introyección del objeto, el que se transforma entonces en alguien de quien se debe esperar un castigo.” [ETCE, (1928), OCKPA, vol. 2, p. 180].

6.3.1.3. *La personificación en los juegos de niños [PJN (1929)]*

En este artículo señaló tres cuestiones importantes sobre el superyó:

- Cuanto más progresaba el desarrollo de la libido desde los niveles pregenitales a los genitales acontecía una evolución del superyó hacia versiones menos severas, debidas a una menor distorsión de las figuras paternas que se introyectaban (OCKPA, vol. 2, p. 195); este aspecto fue retomado por Klein en *DTCN* (1933).
- Cuando comenzaba el periodo de latencia el yo hacía esfuerzos por mantener una síntesis (cohesión) del superyó para llegar a un mayor equilibrio entre el superyó, el ello y la realidad (p. 196).^{38*}
- La persistencia y “primacía de un superyó terrorífico que ha sido introyectado en los estadios más tempranos del desarrollo del yo, es un factor básico en el trastorno psicótico.” (p. 198).

6.3.1.4. *La importancia de la formación de síntomas en el desarrollo del yo [IFSY (1930)]*

En la primera página de este escrito estableció un quintuple enlace: entre los conflictos edípicos tempranos, el superyó precoz, el sadismo en su máxima expresión, los ataques al interior del cuerpo de la madre y la *imago* de la pareja combinada. Sobre esta última escribió:

“De este modo los ataques sádicos del niño tienen por objeto a ambos padres unidos, y esta angustia también es internalizada a consecuencia de la introyección oral-sádica de los objetos y así se dirige hacia el superyó temprano. He podido observar que estas situaciones de angustias de las primeras fases del desarrollo mental son muy profundas y abrumadoras” (OCKPA, vol. 2, p. 209).

Es importante registrar estas conexiones conceptuales múltiples que se mantuvieron hasta *PEM-D* (1934), inicio de K_2 , porque fue justamente en este último texto donde desconectó la génesis del superyó del complejo de Edipo (haciendo más franca las diferencias con Freud y, en otras cuestiones, con Abraham) para articularlo –de manera concluyente y definitiva– a la temprana introyección de objetos. En la página siguiente volvió sobre el sadismo, señalando que despertaba angustia y movilizaba las defensas más primitivas del yo. En otros términos, insistió en el círculo presentado supra, al comienzo del apartado 6.3.

“Según lo que he podido observar en el análisis, la primera defensa impuesta por el yo está en relación con dos fuentes de peligro: el propio sadismo del sujeto y el objeto que es atacado. Esta defensa, en correlación con el grado

del sadismo, es de carácter violento y difiere fundamentalmente del ulterior mecanismo de represión. En relación con el sadismo del sujeto, *la defensa implica expulsión*, mientras que en relación con el objeto atacado implica destrucción. El sadismo se convierte en una fuente de peligro porque ofrece ocasión para la liberación de angustia y, también, porque el sujeto siente que las armas empleadas para destruir al objeto apuntan a su propio yo. El objeto atacado se convierte en una fuente de peligro porque el sujeto teme de él ataques similares (retaliatorios).” [(*IFSI* (1930), OCKPA, vol. 2, p. 210)]. Lo que está en cursiva es mío; pretende subrayar la especificidad de esta defensa, examinada en detalle en II, 3.5.1].

6.3.1.5. *El psicoanálisis de niños [EPN (1932)]*

EPN fue un libro de síntesis sobre su teoría y práctica clínica hasta la fecha de publicación. Respecto del tema que se está tratando cabría señalar un elemento importante: con su adhesión a la segunda polaridad instintiva, el superyó y el sadismo derivarían del instinto de muerte. La parte de pulsión de muerte que no ha sido deflexionada y que permaneció en el yo –constituyendo su masoquismo– anidará también en ese núcleo del superyó temprano y potenciará los fenómenos tanáticos superyoicos. Este cambio de basamento –las actitudes sádicas ya no se originarían por rivalidad edípica– tuvo repercusiones en su manera de pensar al superyó: éste, al igual que los conflictos edípicos, aparecían cada vez más relacionados con lo pregenital; además, si bien ambos se seguían originando en la misma época Klein desconectó los orígenes del superyó y del complejo de Edipo. Los impulsos genitales “permanecen escondidos por largo tiempo” (vol. 1, p. 276), pero cuando prevalecen y las tendencias sádicas han disminuido, “las amenazas hechas por el superyó se reducen algo en violencia y las reacciones del yo también sufren un cambio.” (p, 278). Adelantó la formación del superyó a los seis meses, dándole un mayor carácter pregenital (sadismo oral especialmente, más el uretral y anal). Tornó a insistir en que lo introyectado eran *imago*s que no guardaban correspondencia con los padres reales. Por último, anticipó otro mecanismo que poseía el yo –además de la deflexión– para enfrentarse a los impulsos destructivos: la *escisión o disociación* –II, 3.3.2–, que daba pie a una diferenciación en su propio seno:

“Me parece que el yo tiene otros medios de dominar los impulsos destructivos, todavía adheridos al organismo. Puede organizar parte de ellos como una defensa contra la otra parte. De este modo el yo sufrirá una división que, según creo, es el primer paso para la formación de las inhibiciones instintivas y del superyó, lo cual puede ser similar a la represión primaria. Podemos suponer que una división de este tipo se hace posible por el hecho de que tan pronto como empieza el proceso de incorporación del objeto, el objeto incorporado se convierte en el arma de defensa contra los impulsos destructivos que están en el interior del organismo.” [*EPN* (1932); OCKPA, vol. 1, p. 255.]

La primera parte de este fragmento supone otra versión sobre el surgimiento del superyó: por división y diferenciación del yo. Al superyó así formado iría a alojarse una parte del instinto de muerte que no fue deflexionado al exterior. Se trataba de otra forma de pensar la aparición del superyó: mediante un procedimiento *intrapsíquico*. ¿Podría considerársela complementaria de la vía relacional presentada en el diagrama incluido al comienzo de este apartado?³⁹ El superyó así constituido utilizaría el instinto de muerte acampado en su seno para combatir a las cargas tanáticas del ello. Esta doble versión de la conformación del superyó coexistió desde entonces a lo largo de toda su obra, generando no pocas confusiones y tensiones intra-teóricas. Klein nunca se ocupó de articularlas; las dio como un hecho que no necesitaba mayores explicaciones. Se verá enseguida algunas consecuencias de esta forma tan peculiar de escisión del yo.⁴⁰

Se refirió también a la imagen pavorosa por excelencia: la de los *padres combinados*⁴¹, que unidos en goce permanente, dejaban al chiquillo excluido y rabioso. Describió entonces la fantasía infantil de una madre poseyendo en su vientre al pene de padre o al padre entero y a posibles hermanitos; padre con la madre incorporada; padres prodigándose entre sí continuas gratificaciones libidinales (nutrición, succión, intercambio de orinas y heces, penetraciones anales, coito permanente). Contra estas figuras, que también quedaban incrustadas en el núcleo del superyó, el niño dirigirá todas las armas sádicas que dispone.⁴²

Quedó también claro en este libro que la construcción/percepción de la realidad externa no podría hacerse sino a través del prisma subjetivo conformado por estas vivencias persecutorias, efecto y causa del sadismo que se retroalimentaba en un círculo vicioso. Los objetos externos, depositarios de

las proyecciones del lactante, eran percibidos a través de la lente sesgada que imponía Tánatos y el superyó. Al otorgarle al superyó una base instintiva más que identificatoria, Klein se vio llevada a enfrentar los estímulos constantes de las fuentes erógenas –ante las cuales será imposible huir– por medio del uso *permanente* de las defensas: a fuerza instintiva constante, defensa continua. El superyó nació –y persistió– en la teoría kleiniana en relación estrecha con el instinto más que en oposición a éste. Este fundamento instintual y el tipo de imagos introyectadas determinó que los objetos inscritos en el superyó kleiniano permaneciesen siempre sexualizados. Esta es otra diferencia con Freud, para quien esta instancia se conformaría mediante identificaciones superyoicas –variante de las secundarias edípicas– que suponían la resignación previa de las investiduras libidinales –edípicas– de objeto (véase I, 3.7.2). Además, estas identificaciones conllevan –casi por definición– un proceso de desexualización que le era propio, tal como fue explicitado en I, 6.4.1.

6.3.1.6. *Desarrollo temprano de la conciencia del niño [DTCN (1933)]*

De este texto que marca el fin de K₁, podría decirse que fue un monolito erigido y dedicado al superyó. En él reordenó las elaboraciones que había hecho sobre esta instancia hasta entonces –más de tres lustros– y avanzó algunos matices nuevos.

La descripción que hizo en este artículo de las imagos introyectadas en el superyó fue dantesca: las describió como “altamente increíbles y fantásticas”: lobos comedores de hombres, dragones vomitadores de fuego, monstruos y animales malignos, que despedazaban, trituraban, mordían, aniquilaban; describió al superyó como “una fuerza amenazadora, despótica, que emitía órdenes insensatas y contradictorias, que el yo era totalmente incapaz de cumplir (pp. 240 y 242).⁴³ Las identidades que se ocultaban detrás de estas *imago*s aterradoras eran la de los padres del niño, fantásticamente deformadas. ¿Cómo y por qué crea el niño estas imágenes tan distorsionadas? La respuesta de Klein fue: por sus impulsos agresivos reprimidos. Otra vez el sadismo, fondo de los fondos de la mente infantil, según la matriarca del psicoanálisis; otra vez el niño como punto de partida –y de llegada– de todo lo que a él le acontecía y de todo lo que en él acontecía.⁴⁴

Se mencionarán algunas ideas novedosas de este texto en relación al tema en cuestión.

— *Antedató nuevamente su surgimiento:*

“No podía haber duda de que un superyó había estado en plena actividad, durante cierto tiempo, en mis pequeños pacientes de entre dos y cuatro meses y cuatro años de edad [...]. Más, aún, mis datos demostraban que este primer superyó era inconmensurablemente más riguroso y cruel que el del niño mayor o el del adulto, y que, literalmente, aplastaba al débil yo del niño pequeño.” (OCKPA, vol. 2, p. 239).

“Según mis observaciones, la formación del superyó comienza al mismo tiempo que el niño efectúa la primera introyección oral de sus objetos. [...] el chiquillo es dominado por el temor de sufrir ataques inimaginablemente crueles, tanto de sus objetos reales como de su superyó.” (*Ídem*, pp. 241-242).

La génesis del superyó se iniciaría prácticamente tras el nacimiento, con la primera introyección oral de objetos.

— *Anudó con más claridad la angustia, la persecución y la agresividad reprimida:*

“Al penetrar en las capas más profundas de la mente del niño y descubrir esas enormes cantidades de ansiedad –esos temores hacia objetos imaginarios y esos terrores de ser atacado de todos los modos posibles– dejamos también al desnudo una cantidad correspondiente de impulsos agresivos reprimidos y podemos observar la relación causal que existe entre los temores del niño y sus tendencias agresivas.” (*Ídem*, p. 240).

Esta última articulación fue desplegada dos páginas más adelante del siguiente modo:

“Su ansiedad sirve para aumentar impulsos sádicos, al acicatearle a destruir dichos objetos hostiles a fin de escapar a sus embestidas. El círculo vicioso que de tal modo queda establecido en el que la ansiedad

del niño le impulsa a destruir su objeto, produce un aumento de su propia ansiedad, cosa que, a su vez, le lanza contra su objeto, constituye un mecanismo psicológico que, en mi opinión, se encuentra en el fondo de las tendencias asociales y criminales del individuo. Así, debemos suponer que la responsable de la conducta de las personas asociales y criminales es la excesiva severidad y la aplastante crueldad del superyó, y no la debilidad o la falta de dicha severidad, como se cree habitualmente.” (*Ídem*, p. 242).

La última frase de esta cita es una crítica implícita a Freud, que sostenía que la debilidad del superyó impedía poner coto a las tendencias antisociales, delictivas o criminales. Para Klein la causa de las mismas no eran las flaquezas del superyó sino su poderío: a mayor severidad del mismo más ansiedad persecutoria de la que el yo se defendería mediante nuevos ataques al objeto; y se recreaba el círculo vicioso entre el temor, el odio y la retaliación. En otras palabras: el sadismo primario del niño acababa transformándose en componentes sádicos superyoicos, cuyas amenazas se transferían a los objetos reales y el infante se defendía de ellos contraatacando.⁴⁵ En niños algo mayores y en adultos podía llegarse, incluso, hasta la incitación de actuaciones sádicas en el plano de la realidad.⁴⁶

Estas ideas, aunque desarrolladas en otro registro, fueron retomadas en el brillante final del artículo que se está examinando, donde la matriarca del psicoanálisis sentó las bases para una posible clínica psicoanalítica del superyó y donde parece responder a preguntas del tipo: ¿qué efectos puede tener un análisis sobre el superyó? ¿Qué se puede esperar —y qué no— en relación al superyó en una experiencia analítica? Klein sostuvo simultáneamente la existencia de un núcleo superyoico originario, duro, “persistente e inalterable” según sus palabras pero refirió a la vez la posibilidad de suavizar la severidad del mismo si se lograba disminuir la operatividad de sus constituyentes sádicos más arcaicos. Incluso, fue más allá de la experiencia singular de cada caso y se preguntó sobre la destructividad inherente a la humanidad en su conjunto y sus reflejos en la sociedad (pp. 246-247). Si el sadismo estaba presente en todos los humanos en “las capas más profundas de la psique” —según su modo de expresarse—, era imposible que no se manifestase en la cultura:

“No se puede borrar por completo el instinto agresivo del hombre, en tanto tal instinto; pero sí se puede, disminuyendo la ansiedad que acentúa a ese instinto, quebrar el refuerzo mutuo que se produce continuamente entre su odio y su temor.”⁴⁷

— *El desarrollo del superyó se debería a otra medida defensiva del yo: la escisión del ello.*

No se trataría, ahora, de la división del yo descrita en *EPN*, que daba origen al superyó sino la del ello. Este nuevo clivaje constituiría “la piedra fundamental del desarrollo del superyó —otra más—.

“Se produce una división en el ello, o en los planos instintivos de la psique, debido a la cual una parte de los impulsos instintivos es dirigida contra la otra.

Esta medida defensiva por parte del yo, aparentemente la primera, constituye, creo, *la piedra fundamental del desarrollo del superyó*, cuya excesiva violencia en esa primera etapa quedaría así explicada por el hecho de que es un producto de intensísimos instintos destructivos y de que contienen, juntamente *cierta proporción de impulsos libidinales*, cantidades sumamente grandes de impulsos agresivos.” [*DTCN* (1933), OCKPA, vol. 2, p. 241]. Lo que está en cursivas es mío.

A Tánatos le surgió un contrincante dentro de sus propias filas. Esta especie de *Spaltung* intrasistémica determina que una parte del ello se enfrentara a la otra.⁴⁸ Cabría considerarla como una apertura teórica significativa llevada a cabo, probablemente, porque percibió el callejón sin salida que representaba el infernal círculo vicioso representado en el diagrama, al comienzo de 4.3.1. Se trató de una antesala de las innovaciones que surgieron a partir del año siguiente en que introdujo la posición depresiva.

— *Aparición de impulsos genitales y reducción del sadismo.*

Con la aparición de la etapa genital y la reducción del sadismo las relaciones con los objetos adquirirían un carácter menos destructivo que repercutiría en la naturaleza del superyó. Esto tendría su reflejo en el funcionamiento del superyó, que “comienza a ejercer un gobierno más suave y más persuasivo y a presentar exigencias posibles de cumplir.” (p. 242). A su vez el yo puede emplearía otras defensas y las relaciones con los objetos adquieran un carácter menos destructivo. Recién entonces sería posible la aparición del sentimiento de piedad, formación reactiva a la crueldad.

La libido también se defendería de los impulsos tanáticos. Esta presencia de lo libidinal alzándose contra lo tanático adquirirá fuerza posteriormente en la conformación del superyó.

— *Presencia de “cierta proporción de impulsos libidinales” en la conformación del superyó.*

Esta idea que será ampliamente desarrollada en K_2 y K_3 , abrió un cierto espacio teórico para la futura presencia de aspectos benévolos en las sus funciones del superyó.

6.3.2. El superyó en la segunda etapa (K_2 :1934-1946)

El inicio de este periodo se estableció a partir de la introducción de la posición depresiva (PD) en su teoría (Véase I, 1.4). Ocurrió en *PEM-D* (1934), artículo muy importante en la progresión de su pensamiento. El concepto de superyó evolucionó en este periodo al ritmo de las novedades que Klein fue introduciendo en la noción de posición que, como ya fue dicho, estaba en estado naciente en K_1 , eclosionó en K_2 y adquirió sus formas definitivas en K_3 . Puede considerarse que buena parte de lo explicitado en la etapa anterior sobre lo pregenital y la persecución fue trasvasado y reorganizado en la noción de posición *paranoide* a la que vino a agregarse la novísima posición *depresiva*. Esta última tuvo una incidencia fundamental sobre la teoría del superyó. La noción de “posición paranoide”, utilizada de manera muy amplia en la segunda mitad de K_1 , adquirió en *NAME* (1946) un uso más definido y específico, al quedar asociada a los mecanismos esquizoides en la denominada posición *esquizoparanoide* (PEP).⁴⁹

El viraje principal en los desarrollos teóricos sobre el superyó en la década 1934-1945 consistió en adjudicarle funciones protectoras y benignas. Los textos de esta etapa en que se hicieron los comentarios más importantes sobre esta instancia psíquica fueron: *PEM-D* (1934), *ACR* (1937), *DEM-D* (1938) y *CEAT* (1945)⁵⁰; a partir de ellos se establecieron las puntualizaciones que serán comentadas enseguida. Al final de cada formulación, se pondrá entre paréntesis los apartados específicos en que lo enunciado se dilucidó más ampliamente.

- Existencia de relaciones objetales desde el comienzo de la vida. La alternancia de los procesos proyectivos e introyectivos –vitalicios– comenzaría asimismo en los albores de la existencia. Se podría deducir que en esos momentos y circunstancias se internalizaban, bajo la forma de objetos internos, los núcleos primigenios del superyó temprano. Recuérdese que en *DTCN* (1933) Klein había sostenido que la formación de la esta instancia psíquica se iniciaba con las primeras introyecciones. De ahí a sostener la nada descabellada hipótesis de que su constitución se entablaba a partir del nacimiento había un solo paso que, explícitamente, Klein no dio. Sí dijo que la introyección era intrínseca a toda relación objetal y que, por lo tanto, habría intercambios de materia psíquica con el entorno objetal a partir de la llegada del bebé al mundo (II, 2.4.2.2. y II, 9.1 a II, 9.7).
- La introyección fue adquiriendo un sentido más específico: empezó a ser considerada por Klein el mecanismo básico de formación del aparato psíquico; las más tempranas, sobre todo las orales-sádicas, a pesar de ser fuente de conflictos, eran también estructurantes de la psique porque daban pie a las primeras identificaciones –con pechos y penes buenos y malos– que a su vez originaban los núcleos del superyó. En los textos arriba mencionados fueron adquiriendo mayor peso las fuerzas libidinales, manifestaciones de Eros. (II, 9.4).
- El pecho de la madre además de ser el primer objeto devino el objeto por excelencia; con él se establecían dos tipos de vínculos: de gratificación, con el pecho bueno y de frustración con el malo. Estos objetos parciales se constituían con esas cualidades mediante proyecciones de Eros y Tánatos sobre ellos. Eso dio pie a teorizar un superyó algo más complejo y matizado, porque recibía no sólo introyecciones sádicas (idealizadas y persecutorias) sino también las generadas en la PD a partir de objetos buenos. Esto suavizaba más precozmente que en sus concepciones anteriores su carácter terrorífico.
- El superyó fue concebido en K_2 como un conjunto de objetos internos cuya conformación acontecía y evolucionaba en simultaneidad con la progresión del yo. Sus componentes eran

- múltiples y variados y su carácter de estructura venía dada más por la aglomeración de esas partículas que por ser de una sola pieza. No se trataba ya de un superyó monolítico.
- El superyó generaba sentimientos de culpa que estimulaban los mecanismos de reparación, nuevo concepto que apareció en los comienzos de K_2 . Ellos restauraban al objeto bueno y, de manera concomitante, al yo. Se instalaba el circuito “bueno” y la tendencia a la disminución del sadismo. Para más detalles sobre este asunto y sobre sus relaciones con la sublimación, véase *infra*, apartado 6.4.2.
 - La reparación sólo podía entenderse mediante la identificación previa del yo con el objeto bueno interno, con la posibilidad de sentir dolor por el maltrato al objeto. (II, 3.1.3 y II, 6.4.3).
 - Realizó sus primeras afirmaciones acerca de la asimilación del superyó al yo, proceso que sería retomado con mayor énfasis en *CTEL* (1952).
 - La maduración psíquica llevaba a que la percepción fuera más realista, con la consiguiente reducción de la distorsión y de componentes “fantásticos e irreales” del superyó. La severidad del mismo se reducía.
 - El superyó más tardío organizaba los objetos internos de los estratos más altos de la mente infantil. Los aspectos más bondadosos del mismo –relacionados con la introyección de objetos buenos– actuaban alentando el crecimiento del yo, mientras que el superyó amenazador lo inhibía.
 - En K_2 amplió sus elaboraciones sobre la fantasía, señalando su presencia constante en cada acto de la vida psíquica; ellas incidían también en la percepción y construcción de la realidad y en la capacidad de dotar de significado a las experiencias vividas. El contenido y variedad de las fantasías se amplió sustancialmente con la posición depresiva. De manera concomitante variaron las fantasías vinculadas con la función del superyó. Si en los artículos de K_1 primaban fantasías acordes con el sadismo y el odio se dirigía –tanto en el varón como en la niña– hacia el pecho y hacia el pene paterno (alojado en el vientre de la madre), con el surgimiento de la PD se dio más espacio a los sentimientos de amor del infante en sus relaciones objetales. El amor y el odio mantendrían una interacción permanente. [II, 6. 4., comentarios sobre *ACR* (1937)].
 - En *PEM-D* (1934) Klein desconectó la génesis del superyó del complejo de Edipo. La buena resolución del mismo exigía la introyección un pecho bueno en el núcleo del yo. Tarea nada fácil, porque ello presuponía la elaboración de las ansiedades depresivas y sus duelos correspondientes. Cuando se los resolvía con éxito se abrían las puertas a la reparación: entonces, el yo podía restaurar por esa vía los objetos y hacer frente a la culpa provocada por sus impulsos destructivos. Esto conllevaría la disminución del sadismo y la persecución.
 - En *CEAT* (1945) Klein recuperó el concepto de represión, defensa más tardía que se dirigiría contra los deseos incestuosos. Klein se diferenció de Freud en este aspecto: para el vienés la represión secundaria era activada por el superyó, cuya instauración exigía que en la declinación del Edipo haya habido renuncia a los objetos edípicos; para la psicoanalista de niños la represión actuaría más precozmente y entorpecería el planteamiento de las relaciones edípicas.
 - Para Klein, el origen de la culpa no tenía que ver con los impulsos libidinales sino las tendencias destructivas (sadismo). Sólo en el Edipo tardío se invertía esta situación.

Se finalizarán las consideraciones sobre el superyó en K_2 mediante una extensa cita de *CEAT*, que reflejará el estado de sus elaboraciones en 1945 y a la vez permitirá unas observaciones adicionales no incluidas en las puntualizaciones anteriores.

“En mi opinión, tanto el niño como la niña experimentan deseos genitales dirigidos hacia la madre y el padre, y tienen un conocimiento inconsciente tanto de la vagina como del pene. Por esta razón, los términos ‘fase genital’ de Freud, me parecen más adecuados que su concepto ulterior de ‘fase fálica’.

El superyó se inicia en la fase oral en ambos sexos. Con el influjo de la vida de fantasía y de emociones en conflicto, el niño en cada estadio de su organización libidinosa introyecta sus objetos -ante todo sus padres- y crea el superyó a partir de estos objetos. Por esta razón, aunque el superyó corresponde de varios modos a las personas reales en el mundo del niño pequeño, tiene varios componentes y rasgos que reflejan las imágenes fantásticas

existentes en su mente. Todos los factores que intervienen en algo en sus relaciones de objetos, cumplen un papel desde el comienzo en la formación del superyó.

El primer objeto introyectado, el pecho materno, forma la base del superyó. Así como la relación con el pecho materno precede e influye fuertemente en la relación con el pene del padre, la relación con la madre introyectada afecta de diferentes formas a todo el curso del desarrollo del superyó. Algunos de los rasgos más importantes del superyó ya sea amante y protector o destructivo y devorador provienen de estos componentes tempranos maternos del superyó. Los primeros sentimientos de culpabilidad en los dos sexos provienen de los deseos oralsádicos de devorar a la madre y, ante todo, sus pechos (Abraham). Es, por lo tanto, en la primera infancia donde se originan los sentimientos de culpabilidad.” [CEAT (1945), OCKPA, vol. 2, p. 345, con algunas modificaciones tras consultar con la versión inglesa].

El comienzo de esta cita permitió apreciar que Klein expresó claramente su desacuerdo con Freud acerca de la fase fálica, denominación con la que el vienés quiso dar carácter simbólico a la cuestión de la diferencia de los sexos jugada a través del par falo/castración. Klein consideraba que tanto la niña como el varón tenían desde el nacimiento un conocimiento del pene y de la vagina y que la identidad sexual psicológica venía determinada de manera innata. Por eso –ya se comentó *supra*, en II, 6.2.– el concepto de falo estuvo ausente en su teoría; ella se refirió siempre a una fase genital.

Para ambos sexos el primer objeto interiorizado era el pecho materno, que formaba la base del superyó. Esta simple enunciación conllevaba en Klein la equiparación del superyó del niño y la niña; otra diferencia con Freud quien sostuvo que en el varón el superyó es más firme porque el temor a la castración le llevaba a abandonar rápidamente el complejo de Edipo e instituir a igual velocidad la formación del superyó; en la niña ese factor dinámico no existiría lo que determinaba la formación de esbozos de superyó que no se robustecían por la ausencia de la amenaza de castración.

Se ha ido acentuando el carácter bifronte del superyó: no sólo destructivo y devorador sino y también amante y protector. La culpabilidad –sentimiento arcaico en el niño/a kleinianos– era un correlato de las tendencias oralsádicas, destructivas.

6.3.3. El superyó en la tercera etapa (1946-1960)

Para la elaboración de este apartado se ha contado con lo afirmado por Klein en sus siguientes escritos: *NAME* (1946), *STAC* (1948), *IMYE* (1951), *CTEL* (1952), *OCB* (1952), *EyG* (1957), *SDFM* (1957), *MARI* (1959), *SS* (1959) y *RPN* (1961). De allí se extrajeron –y, a veces, dedujeron– las ideas que directa o indirectamente repercutieron en propuestas sobre la constitución y funcionamiento de esta instancia de la psique.

En el primer lustro de ese periodo se renovaron algunos fundamentos constituyentes del superyó: disminuyó aún más la preponderancia que le había otorgado al sadismo –sobre todo en K_1 aunque también en K_2 – y la formación del mismo quedó subordinada a la introyección de objetos orales parciales. *NAME* (1946) señaló con vigor la apertura de esta nueva fase de su pensamiento, en la que se consolidaría su teoría sobre las posiciones y su célebre identificación proyectiva abriendo al incipiente yo a las relaciones (narcisistas) de objeto. Así, pues, el engendramiento del superyó quedó asociado a las primeras proyecciones e introyecciones –comenzando por las orales– de objetos parciales idealizados/persecutorios, buenos/malos.⁵¹

La posición depresiva posibilitaba una cierta primacía de las introyecciones no sádicas que a su vez facilitaba la introyección precoz del objeto bueno –el pecho *íntegro, completo*– en el núcleo del yo. (Véase 6. 6. 1. y II, 6.6.2). Va de suyo que la génesis de la instancia psíquica que se está estudiando se desconectó –más aún que antes– de las vicisitudes del complejo de Edipo, tal como puede apreciarse en esta cita:

“He expuesto a menudo mi punto de vista de que las relaciones de objeto existen desde el comienzo de la vida, siendo el primer objeto el pecho de la madre, el que es escindido en un pecho bueno (gratificador) y un pecho malo (frustrador), conduciendo esta escisión a una separación entre amor y odio. Sugerí, además, que la relación con el primer objeto implica su introyección y proyección, y de esta manera, desde un comienzo las relaciones de objeto son modeladas por la interacción entre introyección y proyección, entre objetos y situaciones internas y externas. *Estos procesos intervienen en la construcción del yo y del superyó* y preparan el terreno para el advenimiento del complejo de Edipo en la segunda mitad del primer año. [*NAME* (1946); vol. 3, p. 254. Las cursivas me pertenecen].

Fragmento especialmente sintético, claro e ilustrativo acerca de las relaciones y mecanismos que participan en la construcción de estas dos instancias fundamentales del aparato psíquico. Muestra también que esas conformaciones se inician antes del complejo de Edipo “a la kleiniana”. Lo dicho en estas frases es casi afirmar que la génesis del superyó empieza con las primeras proyecciones e introyecciones de la vida.⁵² Se aprecia también que por la escisión en pecho bueno/malo, la bondad del objeto se hace presente desde el primer día de vida, aunque bajo la forma idealizada; Klein, en *K₃*, superó ampliamente su antigua dificultad para teorizar introyecciones tempranas de objetos buenos, aunque siguió sosteniendo –*NAME* p. 254– que las fantasías de ataques oralsádicos se dirigen desde el comienzo al pecho y, luego, al cuerpo de la madre con todos los recursos del sadismo, con la intención de robarle sus contenidos buenos y de colocar proyectivamente allí sus excrementos. La PD logrará otro equilibrio entre los aspectos buenos/malos del objeto introyectado. Quedaron sentadas las bases para la internalización de aspectos benévolos en el superyó. Las frustraciones de origen interno y externo entorpecían esa adecuada marcha estructurante; si los obstáculos eran mayúsculos podía sentarse las bases de una esquizofrenia o paranoia.

Al inicio de *STAC* (1948), *OCKPA*, vol. 3, p. 238, afirmó su intención de hacer una recapitulación de lo que fue sosteniendo a lo largo de su producción anterior sobre la ansiedad y la culpa. En ese contexto recordó lo afirmado en su libro *EPN* (1932) sobre ambos términos y el enlace que estableció entre la ansiedad persecutoria y el instinto de muerte, recién incorporado a su teoría en aquellos años. Hizo alusión también a *CPM-D* (1934), donde sostuvo que la ansiedad persecutoria se relacionaba principalmente con la fantasía de aniquilación del yo mientras que la depresiva estaba ligada con la culpa y la tendencia a la reparación. Evocó lo dicho en *NAME* (1946), texto en el que llegó a la conclusión de que en la PEP, si bien predominaban los impulsos destructivos y la angustia persecutoria, también se manifestaban la ansiedad depresiva y la culpa en la primera relación objetal del bebé (pecho materno). Las posiciones no serían absolutamente estancas; habría superposiciones y recubrimientos que Klein correlacionó con los momentos primigenios de mayor integración:

“Parece que hay estados transitorios de integración incluso en bebés pequeños -que se vuelven más frecuentes y duraderos a medida que progresa el desarrollo- en que el clivaje entre el pecho bueno y el malo está menos marcado.” [*STAC* (1948); vol. 3. p. 244].

Por las razones expuestas inmediatamente antes de la cita, en la PD persistiría la ansiedad persecutoria; esta última quedó definida en lo esencial por su ligazón con Tánatos, mientras que la ansiedad depresiva, la culpa y el impulso a reparar se experimentan cuando los sentimientos de amor hacia el objeto predominaban sobre los destructivos (pp. 247-248). Reiteró estas ideas con más claridad en la p. 251: “el instinto de muerte (impulsos destructivos) es el factor primario de la causación de la ansiedad” y “la tendencia reparatoria es una expresión del instinto de vida en su lucha contra el instinto de muerte.”

Se ha insistido en estas afirmaciones porque en ellas fueron anticipadas implícitamente las razones de un cambio de gran calado de su teoría: leído a vuelo de pájaro *STAC* permitiría sostener que no sólo la ansiedad, la culpa y la reparación están subtendidas por la dualidad instintiva sino toda la estructuración del aparato psíquico –cuestión que interesa especialmente subrayar dado el tema central de esta tesis–. Luego, cualquier manifestación psíquica será una resultante de las fuerzas relativas de los instintos de vida y de muerte. Por lo tanto, bajo la apariencia de nada nuevo..., mucho nuevo: Eros y Tánatos –se dijo al principio de este capítulo– estuvieron omnipresentes desde 1932 en adelante en su obra; sin embargo, esta potentísima reafirmación de su presencia en *STAC* (1948) –en todo los fenómenos psíquicos, desde el trauma del nacimiento hasta el ocaso de la vida de cualquier persona– hizo que este enfoque instintivista quedara en pie de igualdad con la perspectiva objetal. (Véase II, 1.2.4). Esta correlación de fuerza entre ambos instintos y entre la angustia de origen interno y externo permanecería vigente y produciendo sus efectos durante toda la vida.⁵³ Era de suponer que el superyó entrara en las generales de esta ley:

“El pecho bueno internalizado y el pecho malo devorador forman el núcleo del superyó en sus aspectos bueno y malo; son los representantes dentro del yo de la lucha entre los instintos de vida y de muerte.”

El segundo objeto parcial a ser introyectado es el pene del padre, a quien también se atribuye cualidades buenas y malas. Estos dos objetos peligrosos -el pecho malo y el pene malo- son los prototipos de perseguidores internos y externos. [STAC (1948); vol. 3. p. 242].

Las ideas expresadas en la primera parte de esta cita se reiterarán en otros textos posteriores. Conforman el esquema básico instintivista y relacional, a la vez, de su pensamiento en el último periodo de su obra (K_3). Convendrá tener presente que esos objetos buenos y malos que se acaban internalizando fueron creados por la proyección de Eros y Tánatos sobre objetos reales externos, con lo cual el punto de partida de este enfoque era los instintos del propio niño/a. En pocas y otras palabras: los objetos reales eran representantes externos de ambos instintos. Esto no excluyó el reconocimiento de algunas fuentes externas de ansiedad. Estas perspectivas en su concepción del superyó se hicieron más explícitas aún en *CTEL* (1952):

Además de las experiencias de gratificación y de frustración provenientes de factores externos, una serie de procesos endopsíquicos -principalmente introyección y proyección- contribuyen a la doble relación con el objeto primitivo. El lactante proyecta sus pulsiones de amor y las atribuye al pecho gratificador (bueno), así como proyecta sus pulsiones destructivas al exterior y las atribuye al pecho (malo). Simultáneamente, por introyección, un pecho bueno y un pecho malo se instalan en el interior.

En este punto apareció una llamada de nota al pié que resulta especialmente interesante para el asunto que se está tratando:

“Estos primeros objetos introyectados (el pecho bueno y el malo) constituyen el núcleo del superyó. A mi entender, el superyó comienza con los muy primeros procesos introyectivos y se construye a partir de las figuras buenas y malas que son internalizadas en situaciones de amor y de odio en los diversos estadios del desarrollo y son gradualmente asimiladas e integradas por el yo.” [*CTEL* (1952), nota al pie n° 6, OCKPA, vol. 3, p.179].

Así, pues, la formación del núcleo del superyó mostraría la incidencia del pecho bueno y malo. Los objetos buenos del superyó reducían las tendencias al odio y la destrucción, propendían al cuidado y al amor del objeto bueno externo e incitaban la autocrítica. Se establecía y reforzaba el circuito bueno, que también se retroalimentaba: el amor a los objetos y los sentimientos de confianza hacia ellos, potenciaba la realización de introyecciones de objetos y situaciones buenas. Las distorsiones fantásticas de los objetos reales externos se reducían, razón por la cual lo introyectado se aproximaba más a la realidad. Iba de suyo una disminución concomitante de la angustia.

Es evidente que esta insistencia en los aspectos buenos del superyó supuso un reequilibrio de su posición anterior –sobre todo la de K_1 , modificada parcialmente en K_2 – acerca de la preeminencia de objetos sádicos y destructivos en esta instancia psíquica. No cabe duda que las versiones iniciales tan terroríficas del superyó en sus artículos de K_1 se “dulcificó” en este escrito en varios grados:

“Sin embargo, aún durante el estadio primitivo, la ansiedad es en cierta medida contrarrestada por la relación del lactante con el pecho bueno. Indiqué más arriba que aunque sus sentimientos se centran en la relación alimentaria con la madre, representada por el pecho, otros aspectos de la madre intervienen ya en la primera relación con ella, pues aún el niño muy pequeño responde a la sonrisa de la madre, a sus manos, a su voz, al hecho de que lo alce en brazos o atienda sus necesidades. La gratificación y amor que el bebé experimenta en esas situaciones ayudan a contrarrestar la ansiedad persecutoria y aun los sentimientos de pérdida y persecución despertados por la experiencia del nacimiento. Su proximidad física a la madre durante la alimentación -esencialmente su relación con el pecho bueno- lo ayuda constantemente a superar la añoranza de un estado anterior perdido, alivia la ansiedad persecutoria y fortalece la confianza en el objeto bueno.” [*CTEL* (1952), OCKPA, vol. 3, pp. 179-180].

Tal vez lo más llamativo de este párrafo fue, además de la potenciación del circuito bueno, el hecho de que en el transcurso de la propia PEP –no explícitamente nombrada en esta cita pero sí aludida al comienzo de la misma– se hacía sentir los efectos de introyecciones tempranas del objeto bueno. Ni siquiera se habría que esperar la instalación de la PD en los infantes para que los efectos del pecho bueno internalizado se manifestasen: lo dijo textualmente en las frases siguientes: la gratificación y el amor que el bebé sentía contrarrestaban la ansiedad persecutoria y los padecimientos por la pérdida de la fusión intrauterina prenatal. La vertiente estructural de su pensamiento aparece más nítida en estos fragmentos de *CTEL*. Lo mismo podría decirse de los efectos benéficos de la cercanía

física de la madre. Para expresarlo esquemáticamente: no es que el superyó nacería malvado y después se suavizaría sino que sus aspectos persecutorios y benevolentes surgirían conjuntamente, aunque con predominios según cual de las posiciones –PEP o PD– esté más activa.

Podría decirse que esta versión del superyó es casi la última en su obra, a la espera de los retoques que vendría a introducir la envidia introdujo y que serán comentados a continuación. El andamiaje conceptual kleiniano ya estaba prácticamente construido. Lo cierto es que estas últimas consideraciones acerca del superyó lo mostraban muy integrado a operatividad de las posiciones, tal como pudo apreciarse en las citas escogidas de *NAME*, *STAC* y *CTEL*. En ellas se apreció múltiples alusiones a la angustia, a las relaciones de objetos, a las defensas implementadas por el yo y a los estímulos instintivos en juego. Resaltaban también las escisiones del objeto, del yo y superyó. Una visión del mundo interno del niño, rica y compleja estaba implícita, aunque operaba como telón de fondo.⁵⁴

La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello [*IMYE* (1952)] fue un escrito breve en que condensó gran parte de lo afirmado en las páginas anteriores. De él se referirán sólo las innovaciones. Planteó que los desarrollos del yo y del superyó estaban ligados entre sí desde el comienzo de la vida y que ambas eran estrechamente dependientes de los impulsos instintivos y de los procesos de proyección e introyección. Añadió la vinculación de estos procesos con lo inconsciente:

“Como he descripto con frecuencia, los objetos internalizados también forman parte del núcleo del superyó que se desarrolla durante los primeros años de la infancia y llega a su cúspide cuando, de acuerdo con la teoría clásica, llega a ser el heredero del complejo de Edipo.” [*IMYE* (1952), *OCKPA*, vol. 6, p. 281].

La palabra superyó de esta cita aparecía marcada por una llamada de nota al pie. En ella Klein se preguntó: ¿cuándo un objeto internalizado pasaba a formar parte del yo y cuándo del superyó? Reconoció que la respuesta no era fácil, que el tema era oscuro y quedaba a la espera de ser esclarecido. Sin embargo nombró a P. Heimann que había dado pasos en esa dirección. En II, 9.8.5., en el contexto del examen de la noción de *asimilación*, se apuntarán unas breves notas sobre esta cuestión y sobre un texto de 1952 de la autora mencionada. En la página siguiente de *IMYE* escribió:

“Se trata del reconocimiento de que el inconsciente es la raíz de todos los procesos mentales, determina toda la vida mental y que sólo explorando el inconsciente en toda su extensión podremos analizar la personalidad total.”

De su libro *EyG* (1957) se remarcarán exclusivamente los aspectos vinculados al superyó; una visión más amplia de las ideas contenidas en dicho escrito se presentará en el capítulo siguiente: el séptimo. Sorprendió, tras el leve giro “ambientalista” de algunos textos de K_3 recién comentados, la fuerza con la que en este volumen acentuó la importancia de los factores constitucionales e instintivistas en la psique: los procesos de proyección/identificación proyectiva y los de introyección/identificación introyectiva quedaron en estrechísima dependencia de los instintos de vida y de muerte; lo mismo podría decirse de los movimientos psíquicos de integración/desintegración. Se trataba sin lugar a dudas de procesos que intervenían directamente en la constitución de superyó, razón por la cual se reforzó hasta el extremo una idea suya de larga data acerca del carácter “persistente e inalterable” de los núcleos del mismo (véase *supra*, K_1). Podría decirse que el férreo enfoque de este escrito dio a tales nódulos un perfil casi inmutable, en estricta subordinación al *quantum* congénito de Eros y Tánatos. Apareció en escena el “superyó envidioso”, que perturbaría o aniquilaría todo intento de reparación o creatividad. También sometería al individuo a exigencias de gratitud constantes y exorbitantes.

El contexto de esta cita y el mismo fragmento extractado mostraron que Klein concebía una proyección de la envidia desde el yo al superyó y, también, desde los objetos (internos o externos). Esto generaba un potente superyó envidioso –cuyo carácter furibundo trae a la memoria el perfil sádico y terrorífico que le dio en K_1 –. Crítico despiadado del yo, este superyó envidioso le atacaba con juicios incisivos y destructivos que afectaban todo intento de reparación y creatividad, perturbando en caso de los niños muy pequeños la elaboración de la posición depresiva, tal como se desprendería del siguiente pasaje:

“El comienzo temprano de la culpa parece ser una de las consecuencias de la envidia excesiva. Si esta culpa es experimentada por el yo cuando aún no es capaz de soportarla, es entonces vivida como persecución y el objeto que la despierta se convierte en perseguidor. Por consiguiente el bebé no puede elaborar la ansiedad depresiva ni la persecutoria porque se confunden una con otra. Unos meses más tarde, al surgir la posición depresiva, el yo más integrado y fuerte tiene mayor capacidad de soportar el dolor de la culpa y desarrollar las defensas correspondientes, sobre todo la tendencia a reparar.

El hecho de que en el período más temprano (es decir, durante la posición esquizo-paranoide) la culpa prematura incrementa la persecución y la desintegración, trae como consecuencia el fracaso en la elaboración de la posición depresiva.” [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 37].

La constante desvalorización que el superyó envidioso sometía al yo recordaba en parte lo descrito por Freud en *DyM* (1915): la relación sadomasoquista entre ambas instancias que inundaba al yo con reproches y descalificaciones.

Sobre el desarrollo del funcionamiento mental [SDFM (1957)] fue como un desvío extraño, un raro montículo en el camino que venía trazando Klein en sus teorizaciones sobre el superyó. Los comentarios al mismo restringirán las referencias a ideas ya conocidas de esta autora para centrarse en las nuevas. Se obviarán las posibles motivaciones de Klein para introducir cambios teóricos significativos –que fueron más allá del superyó–, en esta comunicación al XX Congreso Internacional de Psicoanálisis realizado en París (1957), luego convertida luego en escrito.⁵⁵ Las cuatro páginas del mismo dedicadas al superyó –desde la 91 a la 94 del vol. 6 de la OCKPA– son densas y por momentos confusas. Se optó por comentarlas bajo la manera de puntualizaciones –formato al que se ha recurrido con frecuencia en esta tesis– siguiendo el orden expositivo de la autora:

- La temprana introyección de los pechos bueno y malo sería el fundamento del superyó, cuya formación se iniciaría *desde el nacimiento*; sería incluso anterior a la aparición de la PD.
- Postuló otro modo de conformación del mismo: por disociación y diferenciación de una parte del yo, tesis ya sostenida en *EPN* (1932) y *STAC* (1948). Para acometer esta tarea el yo debía fortalecerse previamente y lo lograba gracias a la identificación introyectiva con el objeto bueno (véase II, 9.5). Lo novedoso de este artículo consistió en que el yo proyectaba defensivamente *ambos* instintos en el superyó, que recibía asimismo las introyecciones comentadas en la puntualización anterior. La desviación de una parte del instinto de muerte hacia el superyó iba acompañada de aquella parte del instinto de vida que estaba fusionada con él. El superyó surgiría de ambos instintos intrincados y de las introyecciones antes comentadas. Junto con estas desviaciones, una parte de los objetos buenos y malos eran disociados del yo hacia el superyó, por lo que este último adquiriría *al mismo tiempo* cualidades protectoras y amenazantes.
- La frase siguiente es muy ilustrativa de estas ideas:

“Como resultado, la acción del superyó va desde la limitación de los impulsos destructivos, la protección del objeto bueno y la autocrítica, hasta las amenazas, quejas inhibitorias y persecución.

El superyó –encontrándose ligado con el objeto bueno y aun esforzándose por su preservación– se asemeja a la madre buena real que alimenta y cuida al niño, pero puesto que el superyó está también bajo la influencia del instinto de muerte, se convierte en parte en el representante de la madre que frustra al niño, despertando ansiedad, con su prohibiciones y acusaciones (p. 91).

- Lo dicho implicaba jerarquizar otra vía –la *intrapsíquica*– en la formación del superyó; es decir: mediante las proyecciones *conjuntas* de Eros y Tánatos desde el yo hacia el superyó. Esto contradecía lo afirmado en la primera puntualización, que sostenía la ruta introyectiva desde los objetos. En rigor, esa contradicción ya existía desde antes, pero estas dos líneas genéticas parecían convivir mejor: la objetalista, expresada paradigmáticamente en el diagrama inserto al comienzo de 6.3.1. y la manifestada en *EPN* (1932), por medio de una doble escisión: la del yo y la del ello (véase *supra*, también en 6.3.1., los párrafos dedicados a este libro).⁵⁶ Las diferencias eran importantes: aquel superyó era un coto exclusivo de la pulsión de muerte; éste incubaba tanto a Eros como Tánatos y se parecía más bien a una sucursal o agencia del yo, con

- lo que el superyó perdía la relativa autarquía que siempre tuvo en su obra; además, quedó “dulcificado” *desde el inicio* porque acantonaba ambas tendencias de la polaridad instintiva.
- Resultaba muy llamativa su afirmación sobre la existencia en el niño, incluso en los de muy corta edad, de un deseo de ser sometido a prohibiciones, a controles de sus impulsos destructivos. Eso, que había sido hasta entonces el producto –siempre incompleto– de intensas y dolorosas elaboraciones de la PD se convirtió en un efecto al alcance de la mano gracias, en este caso, a Eros. La marmita instintiva puede explicarlo todo y siempre.
 - Señaló algunos porqués de sus cambios: las figuras del superyó terroríficas que había descrito hasta el presente –desde 1926 hasta 1957– estaban basadas en la noción de *defusión instintiva* atribuida al trauma del nacimiento–; su correlato: la liberación del instinto de muerte desligado de Eros. En ese contexto Tánatos era deflexionado/proyectado y luego reintroyectado en el superyó. Ahora, en *SDFM* (1957), el surgimiento del superyó precoz quedó desconectado de dicha defusión instintiva que liberaba la pulsión de muerte para ser referido a una *fusión* de ambas tendencias libidinales, con la evidente neutralización de Tánatos. El yo y el superyó podían ir de la mano y compartir el mismo objeto bueno. El sadismo y la crueldad que caracterizaron siempre a su superyó precoz pudo ser entonces sustituido por la benevolencia y la protección; se trataba de un superyó capaz de controlar los impulsos instintivos, sin dejar de ser admonitorio. “De este modo las figuras extremadamente malas no son aceptadas por el yo y son constantemente rechazadas.” (p. 92). No aclaró si era mediante la represión u otro mecanismo de defensa.⁵⁷ Pero todo indica que ella se preocupó por darle un lugar destacado a la represión, ausente en muchos otros escritos, como forma de eliminar del yo y del superyó los impulsos destructivos y las fantasías que los expresaban. El malévolo niño kleiniano aparecía “más bueno”.
 - Sin embargo, las anteriores figuras superyoicas crueles y sádicas no desaparecieron totalmente de la escena: fueron desplazadas a los planos más profundos del inconsciente. No se sabe a ciencia cierta si es otro viraje brusco en su teoría o si está insistiendo en las ideas de *IMYE* (1952) citadas *supra*. En todo caso tuvo que situar allí mismo –en lo inconsciente– a las figuras idealizadas para proteger al yo de las terroríficas. “En estos procesos el instinto de vida reaparece y se afirma.”
 - Más lo hará con la aparición de la posición depresiva: los objetos dañados, que son sentidos como malos, mejoraban en la mente del niño y se asemejaban a los padres reales; mientras tanto, el yo desarrollaba su función mediadora con el mundo. Para que eso pudiera suceder Eros debía predominar sobre Tánatos, que seguirá insistiendo. De ahí arrancaba una mención especial a la represión, que junto con la disociación combatían las ansiedades persecutorias que necesariamente subsistían.
 - Otro párrafo de difícil interpretación: “Con el comienzo del periodo de latencia, la parte organizada del superyó –por lo común muy severa– está mucho más separada de su parte inconsciente. Este es el estadio en que el niño proyecta estricto superyó en el ambiente –en otras palabras, lo externaliza y trata de llegar a un acuerdo con aquellos que ejercen la autoridad. [...] cuando penetramos en las capas más profundas del inconsciente hallamos que las figuras peligrosas y persecutorias todavía persisten con las idealizadas.” (p. 93).
¿Cabría entenderlo como que su parte más organizada del superyó era severísima y que su parte inconsciente, terrorífica en grado sumo? Nuevamente se estaría ante dos superyó en diferentes estratos de la mente.

Su último escrito, *Algunas reflexiones sobre “La Orestíada”* [ARLO (1963), OCKPA, vol. 6, p. 191 y ss], fue publicado después de su muerte. Es un texto de psicoanálisis aplicado y, como su título indica, tomó como referente la famosa trilogía de Esquilo. En II, 8.6.7., en ocasión del estudio de los procesos proyectivos a la luz de este artículo, se incluyó un comentario general sobre este escrito póstumo Klein; allí mismo se recordó muy sintéticamente el contenido argumental de esta tragedia y se resumieron los principales elementos de su trama. Se remite a dicho apartado porque la lectura previa de esos fragmentos permitirá seguir mejor las consideraciones de las páginas siguientes.

La tragedia en su conjunto fue un *bocato di cardenale* para Klein, porque le sirvió en bandeja la posibilidad de distribuir aspectos de su teoría entre los diversos protagonistas de la obra –incluso, a veces, entre distintos parlamentos de un mismo personaje–. En cuanto al superyó, resultaba evidente que la secuencia de crímenes y castigos, envidias y remordimientos que se manifestaban en la trilogía le dieron la posibilidad de mostrar las distintas versiones de dicha instancia que ella había elaborado a lo largo de su producción. Casos patentes fueron las persecuciones que sufría Orestes por parte de las Erinias o Furias después del matricidio –que dieron pie a sus reflexiones sobre el superyó temprano cruel y tiránico– y la actitud de Atenea, al final del juicio a Orestes, en el Areópago, que le permitió que Klein refiriese al superyó “maduro”. De igual modo puso de relieve en los actos o palabras de los restantes personajes, distintas cuestiones vinculadas a esta instancia psíquica e, incluso, a otros aspectos diferentes de su teoría, que no serán encaradas en este contexto.

En el terreno conceptual Klein retomó sus tesis principales sobre el superyó –un decantado conceptual elaborado durante más de treinta años– acompañándolas de algún apunte novedoso. Esas ideas se recordaron en páginas anteriores a través del recorrido por K_1 , K_2 y K_3 . Tal vez el mérito mayor de *ARLO* ha sido contener sus ideas sobre el superyó y sobre el desarrollo evolutivo en la infancia que ella juzgó, poco antes de morir, como las fundamentales. Que fuera un texto de “psicoanálisis aplicado” no constituyó un obstáculo: dada la extensión de la trilogía y la exuberancia de la pluma de Esquilo, Klein encontró miles de ocasiones para conectarla con su andamiaje conceptual e ilustrarlo.

Sería un despropósito resumir este artículo tan rico y denso, capaz de producir gran placer en los lectores; por lo tanto se harán algunas pinceladas sobre la treintena de páginas que lo conformaron. Cabría reconocer la muy ingeniosa manera de presentar a su superyó “clásico” través de esta joya literaria más que clásica. Klein ya había utilizado el género psicoanálisis aplicado en su escrito *Sobre la identificación* [*SI* (1955)], basado en novela *Si yo fuera usted* de Julien Green.⁵⁸ Pero este artículo presentaba una diferencia notable con *ARLO* (1963): el instrumento kleiniano “interpretaba” –casi exclusivamente– las conductas de sólo uno de los personajes de la novela: Fabián Especel. Del relato literario se deducían rasgos y modalidades de funcionamiento de la psique de Fabián, y se los usaba para ilustrar aspectos de su teoría; en especial, lo relativo a la operatividad de las identificaciones proyectivas. Por momentos su lectura psicoanalítica de la narración resultaba algo forzada, demasiada tendenciosa y en todo caso, indemostrable. *ARLO*, al pecar menos de lo mismo, eludió esos escollos; seguramente el fabuloso texto de Esquilo le ofrecía más ventajas que el de Green: la profusión de objetos kleinianos y su concepción sobre el desarrollo temprano –y las improntas que éste dejaba en el adulto–, encontraron casi siempre un encaje cómodo en la multiplicidad de personajes, de situaciones y de discursos que brindaba la trilogía. Esquilo, hace dos milenios y medio, supo contactar con todos los recovecos de la mente humana y con los aspectos inconscientes de la misma. Y no sólo eso sino plasmarlo por escrito. Además, hubo otra diferencia crucial: en *SI* (1955) el conjunto de la teoría *convergía* sobre un solo protagonista: Fabián. En *ARLO* por el contrario, de cada uno de los conceptos kleinianos partía un haz divergente que se proyectaba sobre *múltiples* personajes de la tragedia. No caben dudas que su práctica con niños y *las personificaciones* que ellos realizan en sus juegos le facilitó este modo de abordaje.⁵⁹

La interpretación de dicha tragedia realizada por la matriarca del psicoanálisis situó retroactivamente a Esquilo –veinticinco siglos más tarde– como un kleiniano *avant la lettre*. Y como contrapartida, la intérprete de su tragedia quedó ubicada como una excelente dramaturga de la mente, que supo mostrar que lo mejor y lo peor del ser humano, ya aparecía en los albores de la vida: las persecuciones internas y externas, el sadismo, lo malvado y malévolos, las venganzas, la envidia, la crueldad, los actos criminales (de los grandes y de los pequeños), la pulsión de muerte, el odio, las culpas persecutorias y depresivas, los rencores, los crímenes, castigos y, más ampliamente el mundo hostil que existiría en la mente del infante, con sus relicarios en el adulto. Y también, por supuesto, las contracasas: el amor, la pulsión de vida, la integración, la creatividad, la reparación, el equilibrio, la paz, la benevolencia, la bondad, la armonía y otro extenso etcétera más. Todo ayudó para que *ARLO* adquiriera la forma de un escrito preciso y precioso; incluso, la tendencia kleiniana a que las fantasías inconscientes otorgasen formas de persona a los múltiples objetos internos, consiguió un sitial en la interpretación de la tragedia. Klein misma, al actualizar su concepción al final de su vida, sin haber

realizado una estricta lectura retroactiva de su obra como en esta tesis se realiza, se acercó a ella en este artículo evaluando la vigencia de sus ideas sobre el superyó en los textos, ensayos y libros que había escrito con anterioridad.⁶⁰ En lo que a esa instancia respecta, en *ARLO* Klein recalcó los siguientes aspectos:

- Suele coexistir un superyó implacable y persecutorio junto a relaciones con padres amados e idealizados. Los primeros meses de la vida emocional del bebé estaban plagadas de figuras terroríficas que representaban los aspectos terribles de la madre y amenazaban al niño con toda la maldad que éste, en sus momentos de odio y de rabia dirigía contra su objeto primario. El amor por la madre tendería a contrarrestar estas figuras (*ARLO*, p. 193).
- Desde el principio, después de las proyecciones, las introyecciones internalizaban al objeto primero y fundamental: el pecho materno (objeto parcial) y la misma madre, tanto en sus aspectos más temidos como en sus aspectos buenos. Dicha internalización constituía la base del superyó. Incluso el niño que tenía una relación cariñosa con su madre, experimentaba también, inconscientemente, el terror de ser devorado, despedazado y destruido por ella (p. 193).
- El texto mostró una fuerte tendencia a relegar las figuras terroríficas a estratos más profundos del inconsciente, hipótesis de *SDMF* (1957), sobre las que Klein insistió en este texto.
- El odio y la agresividad del niño, proyectados en los padres, desempeñaban un papel importante en el desarrollo del superyó. Los impulsos sádicos de naturaleza oral anal y uretral se expresaban a través de sentimientos hostiles contra los padres; esos ataques suscitaban temores retaliativos y hacían que el superyó del niño albergase figuras internalizadas amenazadoras (p. 194). En este fragmento reiteró el nódulo central de su pensamiento de K_1 sobre el circuito retroalimentado: proyección del sadismo → introyección de figuras amenazantes → mayor sadismo → nuevas proyecciones del mismo, con la diferencias de que abandonó el término *imago* (véase diagrama inserto al comienzo de II, 3.1.2).
- Cuando la ansiedad propia de la PEP estaba en su apogeo, la culpa y la depresión eran vividas, persecutoriamente; de manera gradual, con el afianzamiento de la PD y de sus consecuencias psíquicas, comenzaba a predominar la ansiedad depresiva (p. 195). La culpa iba cambiando también de tonalidad: oscilaba desde su forma persecutoria a la depresiva durante la transición de una posición a otra, hasta el establecimiento firme de la PD.⁶¹

“Durante esta etapa, el superyó se percibe como conciencia moral: prohíbe las tendencias destructivas y asesinas y fortifica la necesidad que tiene el niño de que sus padres reales lo guíen y pongan límites. El superyó constituye la base de toda ley moral, la cual es común a toda la humanidad. Sin embargo, incluso en los adultos normales, en épocas de intensa presión interna y externa, los impulsos escindidos y apartados y las figuras temibles y persecutorias escindidas y apartadas reaparecen temporariamente y gravitan sobre el superyó, haciendo que las ansiedades que se experimentan en ese momento se asemejen bastante a los terrores del bebé, aun cuando adopten una forma distinta” (p. 195).

- Convendrá hacer un alto en el camino para incluir un par de precisiones. En esta cita Klein expresó –sin hacer mención alguna y como al pasar– una diferencia crucial con Freud respecto de sobre qué recaían las interdicciones: *su* superyó “prohíbe las tendencias destructivas y asesinas”, intenta controlar y vigilar atentamente cualquier posible expresión de la pulsión de muerte (jugando a favor de Eros); en cambio el superyó de la teoría freudiana fiscalizaba las pulsiones sexuales y el incesto.

La segunda puntualización tendrá forma de pregunta: ¿qué pacificaba al superyó y lo convertía en más benévolo –o en “adulto”–, como ella solía decir? Leyendo entrelíneas y cruzando textos se desprenderían dos direcciones de pensamiento distintas, que darían pie a sendas concepciones sobre el origen del superyó:

a) *La expresada en SDFM* (1957): por introyección de objetos buenos y malos, representantes directos de Eros y Tánatos, que formarían parte del mismo desde el inicio de la vida, más una disociación y aislamiento en lo inconsciente de ciertas tendencias destructivas (véase en páginas anteriores las puntualizaciones con que se comentó este artículo). Este superyó, así engendrado, sería protector y benévolo porque en él anidaría Eros *desde el comienzo de la vida*, y sería al mismo tiempo punitivo, prohibidor, por sus componentes tanáticos que frenarían las tendencias

destructivas mantenidas intactas, aunque disociadas y alojadas en lo inconsciente (sin sufrir modificación alguna)⁶². Esta propuesta implicaba no tanto un origen dual del superyó sino una dualidad del mismo, uno de ellos se acercaría a la concepción punitiva del superyó freudiano, mientras que el otro sería más protector y benevolente.

b) *La surgida en PEM-D (1934), asociada conceptualmente a las posiciones*, con antecedentes en K₁. En esta proposición, la pacificación del superyó se debería esencialmente a los efectos de la PD: transformación y *reducción* considerable de la destructividad, razón por la cual no se necesitaría *tanto* un superyó “penitenciario”, gran controlador y vigilante de las tendencias sádico-destructivas que podrían retornar desde lo inconsciente. Se trataría en este caso de un único superyó, *bifronte* sin duda, como siempre lo fue en su teoría, que no conllevaría la creación de un bastión de destructividad inconsciente que requeriría, para evitar su retorno, una acción psíquica altamente punitiva y constante. Ahora bien, que los efectos de la PD sobre la destructividad no eran absolutos, ni el amor se imponía definitivamente al odio, ni que la integración yoica fuera total, es cosa sabida, pero Klein se encargó de recordárnoslo así:

“En la vida mental temprana, incluso si esta es normal, la escisión nunca llega a ser total, por ende, los objetos internos terroríficos siguen siendo hasta cierto punto, operativos.” (p. 207).

Lo que viene a significar que Eros nunca lograba dominar totalmente a Tánatos; será necesario, entonces, que el superyó funcione como conciencia moral –suave pero atenta–, aunque siempre distinta a la versión tiránica del mismo, anterior a 1934, año de introducción de la PD.⁶³

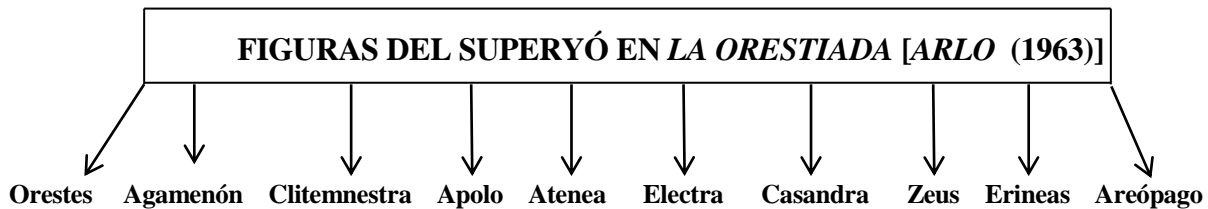
“Si se consigue elaborar la posición depresiva -no solo durante su fase culminante sino a lo largo de toda la infancia y en la edad adulta-, el superyó se limitará a encausar y controlar los impulsos destructivos, desvaneciéndose gran parte de su severidad. Cuando el superyó no es excesivamente severo representa un apoyo y una ayuda para el individuo, puesto que fortalecerá los impulsos amorosos y fomentará la tendencia a la reparación.” (p. 196).

- Esta elaboración de la PD conllevaba cierta asimilación del superyó por el yo, explicitada anteriormente en *CTEL* (1952) como proceso en que la aumentada capacidad del yo para aceptar las normas de los objetos externos se ligaba con una mayor síntesis del superyó, que facilitaba una *cierta* –aunque no total– asimilación de éste por el yo. El superyó no desaparece totalmente pero una parte del mismo deviene conciencia moral.
- Klein mencionó un aspecto del superyó basado en figuras dañadas y quejosas, cuya venganza retaliativa teme el bebé (p. 208).
- Respecto del superyó y relación con la Ley sostuvo que así como en la vida social y política debían existir normas que controlaran los impulsos destructivos y envidiosos que siempre surgirían en las relaciones humanas, con el fin de afianzar una convivencia pacífica, lo mismo sería válido para el mundo interno, si se quería lograr cierta armonía y el equilibrio psíquico.
- De todas formas, la integración del superyó nunca sería total, porque la síntesis no supondrá jamás una fusión tan completa en que Eros someta íntegramente a Tánatos.

6.3.4. La trilogía de Esquilo y las figuras del superyó.

Como ya se anticipó, los diversos personajes de *La Orestíada* fueron vistos por Klein como figuras u objetos internos. En este contexto se referirán sólo los vinculados con el superyó. Lo que dijo respecto de ellos configuraba su última versión escrita sobre esta instancia psíquica.

Antes de desgranar las interpretaciones que ella hizo de los personajes incluyó comentarios sobre dos conceptos helénicos: *hubris* y *dike*. La primera se traduciría por petulancia o arrogancia. *Hubris* ambicionaba siempre más, vorazmente; rompía barreras y corrompía el orden. *Dike* era la Justicia y se encargaba de mantener el orden. Valoró con esos conceptos a varios de los personajes de la Trilogía, cuyos rasgos se comentarán a continuación. Se tuvo especialmente en cuenta los aspectos superyoicos que Klein atribuyó a los principales protagonistas de la tragedia de Esquilo.



Orestes: al asesinar a su madre cumplía con la prescripción impuesta por el Oráculo de Delfos; mandato que en última instancia provenía de Apolo. Klein consideró que esa faceta de Apolo representaba la crueldad y las tendencias vengativas de Orestes. Resulta llamativa su compenetración con la “relegada, infortunada y lúgubre Electra”, su hermana; este rasgo hablaría de los resentimientos que también Orestes sentía contra su madre que le abandonó. También contra su padre que le había desterrado siendo muy pequeño. Sin embargo, la internalización de su padre –Agamenón– parecía fundarse en la admiración y el amor; este aspecto tuvo una importancia trascendental en su conducta posterior, ya que el padre muerto constituyó una parte importante del superyó de Orestes. Éste ilustraría el estado mental característico de la transición entre la PEP y la PD, periodo en que la culpa se vivía como persecución.

Cuando la posición depresiva era alcanzada y elaborada –faceta ésta que aparecería simbolizada en la trilogía por el cambio de actitud de Orestes frente al Areópago– predominaría la culpa y se debilitaría la persecución. *Hubris* no predominaba en él. Fue capaz de superar sus ansiedades persecutorias y elaborar la PD porque jamás renunció a purificarse de su crimen. De ahí sus impulsos a la reparación.

Tras haber asesinado a su madre se veía acosado por los sentimientos de culpa y tal vez por eso –opinó Klein– fue absuelto por Atenea en el juicio. Se sentía invadido por los remordimientos y el horror por sí mismo, simbolizados por las Furias que tras el acto del crimen se lanzaron sobre él. El hecho de que Orestes fuera el único que podía ver a las Furias revelaba que la sensación de persecución era de naturaleza interna.

Agamenón: Personaje que hizo un despliegue desmedido de *hubris*. No sentía ninguna compasión por el pueblo de Troya al que acababa de aniquilar y, además, se creía con todo el derecho de haberlo hecho. Incluso se manifestaba orgulloso de ese exterminio. Su agresividad afectó también a su propio pueblo, Argos, que tras la guerra quedó sembrada de viudas y madres enlutadas.

Según Klein esa violencia destructiva iba dirigida también contra sus objetos amorosos infantiles. Petulante, arrogante, ambicioso, buscaba siempre el triunfo sobre los demás. Odiaba a los otros y deseaba destruirlos; el placer que le proporcionaban esas devastaciones era porque los había envidiado previamente. No era digno de amor ni era capaz de amar.

Ponía en juego las tempranas emociones del niño –especialmente las del varón– que no sólo admiraba la bondad sino la crueldad y el poder: era una identificación al padre poderoso, idealizado y temido a la vez. La rivalidad y la ambición formaban parte también de *hubris*. Las victorias de Agamenón gratificaron su *hubris*; se engrandeció y endureció su carácter. Sea real o sea fantaseada por los infantes, esa violencia podría dar pie a tendencias criminales, incluso en niños normales.⁶⁴ Estas tendencias estarían en la base de la formación de un superyó temprano, cruel y violento. Aparece también, aunque implícitamente y como al pasar, el superyó envidioso.

Es también el aspecto del superyó percibido como un padre vuelto a la vida que apoya a sus hijos; es una faceta de esa instancia que se fundaría en el amor y la admiración por el padre.

Clitemnestra: aparece inicialmente como *dike*, el instrumento de la justicia, ante el exceso de *hubris* desplegado por Agamenón. En su discurso ante los Ancianos, previo al regreso de Agamenón, ella trazó una semblanza de los sufrimientos del pueblo de Troya y lo hizo con palabras de compasión. No se mostraba admiradora de las victorias de su marido en esa guerra. En cambio, después de matarlo, *hubris* se apoderó de sus sentimientos y no manifestó el menor vestigio de remordimiento. Al dirigirse de nuevo a los Ancianos estaba orgullosa del crimen que acababa de cometer y le invadió una sensación de exaltación y triunfo. Alegó que con ese asesinato ella quiso vengar la muerte de su hija

Ifigenia, a la que Agamenón no dudó sacrificarla a los dioses, para contar con vientos favorables en su travesía hacia Troya. Tras la muerte de Agamenón Clitemnestra apoyó a Egisto en la tarea de usurpar el trono de aquél.

Klein subrayó esta secuencia: Agamenón afectado de *hubris*; Clitemnestra funcionó primero como *dike* (la justicia) frente a Agamenón; después ella es atacada de *hubris* y, entonces, Orestes actuó como *dike*.

La psicoanalista cita un par de frases que Esquilo puso en boca de Clitemnestra:

“No es digno de envidia el que no es envidiado.” (ORLA, p. 198).

Al borde de cometer el asesinato Orestes escuchó estas palabras de su madre:

“Detente, ¡oh hijo! Respeta, hijo de mis entrañas, este pecho sobre el cual tantas veces te quedaste dormido, mientras mamaban tus labios la leche que te crió...” (p. 204).

Klein consideró que en tanto Orestes había dañado y matado a su madre, ésta se había convertido en uno de esos objetos dañados, cuya venganza se temía luego. Resultó obvio que correlacionase esta situación con la del bebé que fantaseaba destruir con su agresividad a los objetos. Éstos, menoscabados y quejosos, al ser internalizados contribuían a despertar los sentimientos de culpa; además ellos infiltrarían las pesadillas de los bebés e intervendrían en todas sus fobias. Clitemnestra era uno de esos objetos quejosos y damnificados, que formaría parte del superyó de Orestes.

Apolo: simbolizaba los impulsos destructivos de Orestes proyectados en el superyó. Esta parte del superyó impulsaba a Orestes a la violencia y amenazaba con castigarlo si no asesinaba a su madre. Y puesto que Agamenón se sentiría agraviado si no se vengara a su muerte, tanto Apolo como el padre representaban aspectos del superyó cruel. Su odio a las mujeres se manifestó también en la orden que impartió a Orestes de matar a su madre. Klein hizo en este contexto una referencia a un aspecto paradójal del superyó: éste, por un lado actuaría como incitador del crimen y, por otro, castigaba por el crimen cometido.⁶⁵ Siendo entre los helenos que la venganza era un deber impuesto a los descendientes resultaba contradictorio que se la castigase, posteriormente, como un crimen.

La actitud sometida de Apolo a Zeus, estaba ligada al odio hacia las mujeres del primero y a su Edipo negativo.

Atenea: Descrita como bondadosa y servicial, no tuvo madre porque nació del cerebro de Zeus. Era el superyó sabio y atemperado en contraste con el superyó primitivo representado por las Erinias. Ella contribuía a la paz y al equilibrio; representaba una etapa madura del superyó, cuya meta era reconciliar discursos antitéticos. Promovió un cambio en las Erinias: las hizo más serenas y clementes, actitud que expresaba una tendencia a la reconciliación y a la integración. Estos rasgos estaban ligados al establecimiento firme de un objeto bueno internalizado –primariamente: la madre– que era portadora del instinto de vida.

Atenea orientaba pero no dominaba –característica del superyó maduro construido en torno al objeto bueno–. Esto se manifestaba en el hecho de que ella no haya querido decidir de entrada la suerte de Orestes, por lo que creó un Tribunal formado por los hombres más sabios de Atenas –el Areópago– reservándose un voto final.

Klein correlacionó: si el bebé lograba erigir de manera estable en su interior un objeto bueno, el superyó se volvería más indulgente y la tendencia a la integración sería más fuerte. Pero incluso este superyó benévolo exigía el control de los impulsos y tendía a establecer un equilibrio entre los sentimientos de amor y destrucción.

Esquilo puso en boca de Atenea las siguientes palabras, que expresaban, según Klein, la necesidad de controlar los impulsos destructivos:

“... no rindáis culto ni a la anarquía ni al despotismo; pero no desterréis de la ciudad todo temor, que sin temor no hay hombre justo. Mirad, pues, con temerosa y merecida reverencia la majestad de este senado, porque así tengáis un baluarte defensor de vuestra ciudad y patria...” (ORLA, p. 216).

Electra: el odio de Electra, hermana de Orestes, hacia su madre –Clitemnestra– se debía a que no fue suficientemente amada por ella; este odio se potenció tras el asesinato de Agamenón por Clitemnestra. A ello se sumaba el odio hija-madre por rivalidad edípica.⁶⁶ Klein concluyó: la perturbación temprana de las relaciones con la madre perturbaron su tránsito por el complejo de Edipo. La introyección de figuras odiadas y atacadas favorecería la presencia de elementos sádicos en el superyó.

Casandra: como superyó, ella profetizaba grandes males; por sus dotes de adivina conocía el destino que le esperaba a ella y el infortunio que se abatiría sobre Agamenón y su familia; pero nadie prestaba oídos a sus advertencias. Esta desconfianza a sus palabras era atribuida a una maldición de Apolo.

Klein relacionó esa incredulidad con el mecanismo de negación –especialmente de la culpa–, que se utilizaba para no reconocer y hasta para justificar la destructividad. Quienes tenían un mayor *insight* de los procesos internos y en consecuencia no necesitaban negar tanto, estaban mucho menos expuestos a ceder a sus impulsos destructivos; como resultado eran también más tolerantes con los demás (p. 211). Casandra, amante de Apolo, mantuvo una relación extremadamente hostil con Clitemnestra.

Zeus: encarnaba otro aspecto del superyó de enorme trascendencia: él era el padre (el Padre de los Dioses) que había aprendido a través del sufrimiento a ser más tolerante con sus hijos. Zeus, que había pecado contra su propio padre y que se había sentido culpable por ello, se mostraba por lo tanto, bondadoso con el suplicante. Representaba una parte importante del superyó: el padre indulgente introyectado; simbolizaba una fase en la que ya se habría elaborado la posición depresiva. El hecho de detectar y comprender las propias tendencias destructivas dirigidas hacia los padres que se ama contribuiría a desarrollar una mayor tolerancia para con uno mismo y los defectos ajenos, una mejor capacidad de discernir y, en general, una mayor sabiduría. (p. 213). Se trataría de un superyó benévolo.

Las Furias o Erinias: eran las figuras persecutorias y crueles por excelencia; representaban al superyó precoz, tiránico y aterrorizante. Las torturas con las que las Erinias amenazaban a Orestes eran de naturaleza sádico-anal y oral: sus ronquidos despedían un aliento ponzoñoso y de sus cuerpos emanaba un vaho letal. Tales manifestaciones equivaldrían a las proyecciones de las fantasías destructivas del bebé.

Las Furias perseguían y acosaban a Orestes; eran la personificación de la conciencia culpable y no aceptaban sus excusas de haber cometido el crimen impulsado por un mandato de Apolo. Las Furias hacían caso omiso de que éste le hubiera ordenado cometer el asesinato. En todo caso Apolo era la encarnación de la crueldad del propio Orestes.

La naturaleza inexorable del superyó y las ansiedades persecutorias que provocaba se expresaban, según Klein, en el mito helénico de que el poder de las Furias perduraba incluso después de la muerte. Era una forma de castigar al pecador. Esta idea formaría parte de la mayoría de las religiones.

Las Erinias estaban asimismo relacionadas con un aspecto del superyó basado en figuras dañadas y quejasas. Sus ojos y sus labios destilaban sangre, lo cual revelaba que también ellas padecían torturas.

El Senado o Areópago: representaba la integración del yo que se lograba cuando las distintas partes que lo conformaban (objetos internos) lograban unirse a pesar de las tendencias antagónicas que pudieran existir. El yo estará en mejores condiciones de reconocer esos distintos aspectos y reconciliarlos en cierta medida, a diferencia de la infancia, en que estuvieron fuertemente escindidos. Y Klein añade a continuación:

“Tampoco el superyó se ve despojado de su poder, ya que aún en su forma más benévola sigue siendo capaz de provocar sentimientos de culpa. La integración y el equilibrio constituyen la base para una vida más plena y más rica.” (p. 216).

6.3.5. Caracterización del superyó en la obra de Klein. Sincronía y diacronía

Este apartado tendrá el formato de una entradilla de un supuesto diccionario de psicoanálisis kleiniano; tratará sobre la génesis, organización y funcionamiento de dicha instancia psíquica. Será el producto de una lectura combinada –cronológica, retroactiva y epistemológica– de su obra, que tendrá en cuenta las líneas de fuerza predominantes de la misma, que también se expresan en su doctrina sobre el superyó. Entre esos surcos directrices cabrá mencionar: el instintivismo (con una aproximación en clave sádica al instinto de muerte), el endogenetismo, el “infanto-centrismo” de su teoría identificatoria, las relaciones objetales precoces, la concepción estratigráfica de la mente y el peso determinante de lo constitucional. Junto a estos parámetros cruciales, un cuarteto conceptual inseparable: sadismo, angustia, mecanismos de defensa y retaliación.

SUPERYÓ

— Alemán: *Über Ich* — Inglés: *Superego* — Francés: *Surmoi* — Portugués: *Superego* — Italiano: *Super-io*

Fue introducido por Freud en 1923 como una de las instancias constitutivas de su segunda teoría sobre el aparato psíquico. Según Klein su formación se remontaba a una época muy temprana de la vida mental, razón por la cual en su concepción aparecía compuesto por elementos pregenitales. Se trataba de un sistema complejo, organizado como un conglomerado de múltiples objetos internos relacionados entre sí, que guardaban vínculos especiales con el yo y con el Ello. Dichos objetos se internalizaban mediante introyecciones desde objetos externos sobre los que previamente recayeron proyecciones de los instintos de vida y muerte; éstas los convertían en objetos parciales idealizados/persecutorios y objetos totales buenos/malos.

La introyección de los mismos y sus relaciones con el yo y el ello les otorgaría una organización relativamente estable y una operativa que se manifestaría a través de las funciones de autocritica, de censura, de auto-observación, de regulación de la culpa, de la autoestima y de los sentimientos de inferioridad. Se constituía como conciencia moral y participaba en la formación de ideales.

Klein describió un superyó temprano, que en sus versiones primigenias era especialmente cruel y tiránico, debido a su estrecha relación con el sadismo. En su conformación, Klein no otorgó especial importancia a las identificaciones con el superyó de los padres. Con la evolución de su pensamiento adquirió los caracteres de una instancia bifronte: severa y benévola a la vez.

6.3.5.1. Hitos principales en su teorización

- 1926: Detección de culpa inconsciente en los análisis de niños pequeños (Fritz, Erna, Rita, Trude, Jorge, etcétera) y constitución de un superyó temprano severo como parte de las vicisitudes del sadismo. Fue en *PPAI* (1926) donde apareció por vez primera el término superyó.
- 1927: En *Simposium sobre análisis infantil* expuso claramente su teoría sobre esta instancia tal como la pensaba en ese período. Allí manifestó todas sus diferencias con Anna Freud sobre el superyó, como así también las discrepancias fundamentales en lo referente al psicoanálisis infantil. El núcleo del superyó sería resistente y duradero.
- 1929: Conformación del superyó mediante objetos internos múltiples; carácter pregenital del superyó; relaciones importantísimas entre el superyó y el sadismo. Cuanto más progresaba el desarrollo de la libido desde los niveles pregenitales hacia los genitales acontecía una evolución del superyó hacia versiones menos severas, debidas a una menor distorsión de las figuras paternas que se introyectaban
- 1932: En *EPN* relacionó el superyó con el instinto de muerte; el primero derivaría del segundo. Reiteró la injerencia del “circuito malo” en la conformación de esta instancia psíquica. Postuló el surgimiento del superyó como producto de una escisión y diferenciación del yo.
- 1933: En *DTCN* antedató nuevamente su surgimiento: a las primeras introyecciones orales. El origen del superyó se debería a una medida defensiva del yo: la escisión del ello.

- 1934: Posición depresiva y culpa, tema esencialmente superyoico. La culpa estimulaba los mecanismos reparatorios. El viraje principal en los desarrollos teóricos sobre el superyó en la década 1934-1945 consistió en adjudicarle funciones protectoras y benignas.
- 1945: en *CEAT* afirmó que el primer objeto introyectado, el pecho materno, forma la base del superyó.
- 1946: En *NAME* relacionó al superyó con la identificación proyectiva. Las relaciones de objeto eran modeladas por la alternancia de identificaciones proyectivas e introyecciones. Esos procesos intervenían activamente en la construcción del yo y del superyó.
- 1948: En *STAC* sostuvo que el pecho bueno internalizado y el pecho malo devorador formaban el núcleo del superyó en sus aspectos bueno y malo; eran los representantes dentro del yo de la lucha entre los instintos de vida y de muerte.
- 1952: En *OCB* y *CTEL* propuso una síntesis e integración de las diversas figuras del superyó. Se reforzó la idea de la existencia de facetas benévolas del superyó, a través de las introyecciones precoces de objetos buenos.
- 1957: *EyG*: Superyó envidioso; introyección de objetos buenos desde el inicio de la vida psíquica del bebé.
- 1963: En *ARLO* presentó las múltiples figuras del superyó.

6.3.5.2. Génesis del superyó

Siempre, prácticamente siempre, concibió la formación del superyó en base a procesos introyectivos, posteriores a la proyección, *primum movens* en su teoría. También, aunque con menor frecuencia, se refirió a su constitución vía identificatoria, pero ya se dijo que la alternancia proyección – introyección suplía en Klein buena parte de las funciones atribuidas por Freud a la identificación. La variación que introdujo a partir del inicio de K_3 fue la convivencia de estos movimientos proyectivos–introyectivos con los de la identificación proyectiva e identificación introyectiva (véase II, 8. y II, 9).

Asociada a esa vía de constitución muy privilegiada –que en última instancia era instintivista aunque con un pasaje por los objetos externos (por eso podría llamársela instintivo-*objetal* o instintivo-*relacional*)–, estuvo aquella otra, menos enfatizada en sus escritos, que fue caracterizada como *intrapsíquica*: formación del superyó a partir del yo, por escisión y diferenciación, tal como lo sostuvo a partir de *EPN* (1932), según se recordó en los comentarios a ese libro en II, 6.3.1.

Ambas líneas de pensamiento que siempre coexistieron, podrían igualmente ser calificadas de *ptolomeicas* atendiendo a lo dicho *supra*, en la parte final de 4.1.1. La génesis del superyó en Klein tuvo muy poco que ver con la transmisión intergeneracional de rasgos psíquicos de padres a hijos. Este aspecto dual de la conformación del superyó no fue obstáculo para que señalase otros elementos que intervenían en su génesis: por ejemplo la interacción con figuras externas, objeto de proyecciones, la distorsión *imagógica* de los mismos, el sadismo, etcétera. Como a lo largo de su producción ella fue modificando su doctrina sobre el sadismo, también fue cambiando la concepción del superyó y de la angustia. Al principio –análisis de Rita– el sadismo era fruto de la rivalidad edípica; luego se articuló el sadismo con las fuentes pulsionales: sadismo anal, uretral, y por último el sadismo oral que vino a ocupar un lugar clave en su teoría. A partir de 1932 vinculó el sadismo a Tánatos: el clásico ciclo: angustia ante las manifestaciones de la pulsión de muerte en la psique, implementación de mecanismos de defensa (proyección, deflexión) sadismo volcado hacia un objeto exterior; objeto atacado que contraatacará por retaliación.

La formación del superyó comenzaba muy tempranamente según Klein –en las etapas pregenitales y en la fase de máximo sadismo–. Cuanto más precoz, más severo era. La lectura cronológica realizada mostró palmariamente que durante K_2 y K_3 se fue produciendo una mitigación del superyó sádico temprano hasta alcanzar la forma que ella denominó superyó maduro o adulto. Esta evolución implicaba lograr una síntesis y cohesión de las primitivas tendencias excesivamente contrapuestas (imágenes retaliativas persecutorias y protectoras idealizadas) y volcar al superyó hacia ideales y valores más abstractos.

Al describir en varios textos la relación entre el yo y superyó, Klein mencionó dos procesos: la introyección proyectiva desde el yo al superyó (1952) y la asimilación del superyó por parte del yo.

Otra problemática que abordó fue la relación del superyó con el ello, en tanto polo instintivo. Este asunto fue tratado en la puntualización f) de los comentarios a *ARLO* (1963) y en *SDFM* (1957). A partir de *EPN* (1932) y *ETCN* (1933) elaboró con cierta sistematicidad la teoría sobre el origen del superyó a partir del instinto de muerte, hipótesis que con pequeños cambios mantendría hasta el final de su obra. Este procedimiento incluyó escisiones del yo y del ello. Al adoptar este punto de vista endogenetista e instintivista se entiende que fuera abandonado progresivamente la idea de conformación del superyó a partir del complejo de Edipo, incluso del más temprano y propio de su teoría. Podría decirse que son escasísimas las correspondencias entre los rasgos psíquicos de los objetos externos y las introyecciones que tienen allí su punto de partida. Además, el fundamento instintivista -más que identificatorio- y la precocidad de su aparición determinó que las figuras materna y paterna que lo componen sean, además de distorsionadas, sexualizadas. El paradigma es la imago de la pareja combinada, en coito permanente.⁶⁷

En algunos textos -*ETCE* (1928) puede ser un ejemplo- se refirió explícitamente a la presencia de identificaciones en la conformación del superyó, pero esto no fue la regla. Tampoco fue caracterizarlo explícitamente como una estructura.

“El análisis de niños pequeños revela que en la estructura del superyó se origina en identificaciones que datan de diferentes periodos y estratos de la vida mental. Estas identificaciones son sorpresivamente contradictorias en su naturaleza, excesiva bondad y excesiva severidad coexisten juntas.” [*ETCE*, (1928) *OCKPA*, vol. 2, p. 180].

6.3.5.3. Organización del superyó

Se trata de una cuestión no zanjada taxativamente por Klein y que podría enunciarse de forma interrogativa, de la siguiente manera: Superyó, ¿estructura u organización funcional? En todo caso, el superyó kleiniano no adquirió la forma de una estructura súper-autónoma ni de estar hecha “de una sola pieza”: más bien, a partir de K_2 , consideró que el superyó estaba constituido por una multiplicidad de objetos internos con funciones superyoicas. Éstos, además de relacionarse entre sí, participan en pie de igualdad en la “asamblea de objetos internos”. Pero, dando por válida esta metáfora que ella propuso: ¿están aglomerados en dicha asamblea todos los objetos internos superyoicos? ¿Permanecen desperdigados? ¿Era una organización psíquica consistente? ¿O se trataba de objetos internos diferenciados por las funciones que realizaban? El problema no era tanto la ausencia de respuestas a estos interrogantes sino saber los motivos por los cuales no se formuló estas preguntas. ¿Habría sido porque lo fue concibiendo como una entidad funcional, con una organización más bien laxa, pero con potentes efectos? ¿Quiso alejarse de cosificar las instancias psíquicas de la mente? ¿No se sintió presionada a pensar al superyó como una organización de la psique bien diferenciada topográficamente del yo y el ello? Lo cierto es que los múltiples elementos que lo conformaron no aparecían fuertemente amalgamados; la reunión de sus aspectos contradictorios parece derivarse más bien de la tarea de integración propiciada por el yo que por el propio superyó.

En estas cuestiones, se hace inevitable la comparación con Freud, porque desentrañar de sus escritos una respuesta a estas cuestiones sería más fácil: para él, a pesar de posibles orígenes fusionados e indiferenciados, habría una tripartición más neta del aparato psíquico. Con su segunda tópica -incluso si se considera metafórica la tripartición propuesta- quedaban configuradas instancias bien separadas, con desempeños suficientemente discriminados. No es el caso de la teoría kleiniana, donde más allá de las importantes oscilaciones en el uso de los vocablos -núcleos de superyó, estructura de superyó, objetos internos con función de superyó, asimilación de superyó por parte de yo, introyecciones e identificaciones en el superyó, etcétera-, se apreciaba una tendencia progresiva en sus escritos a deslizarse desde la idea del superyó como estructura compacta y bien delimitada, hacia otra concepción más funcional, en la que los objetos que lo constituían serían unos más dentro de la profusión de objetos internos kleinianos. Eso sí, salvo las excepciones ya apuntadas, en que el superyó parecía diluirse y “perdersé” en el yo, casi siempre sostuvo la idea de una instancia con relativa independencia que ejercía una intensa gravitación sobre el yo. Nacida del yo, se revelaba y a la vez colaboraba con él. El carácter de organización compuesta y compleja determinaba que en momentos regresivos pudiera haber escisiones o fragmentaciones del mismo o que aparecieran facetas que operasen de manera disociada de su núcleo central, al que calificó de inalterable y permanente.

La concepción estratigráfica del pensamiento kleiniano se expresa en estos territorios bajo la forma de “niveles” o estratos del superyó: los núcleos primarios del mismo serían más arcaicos y profundos; habrían planos intermedios y finalmente, otros superiores, vinculados al sistema consciente. Klein no cometió el error de plantear líneas de contacto milimetradas y perfectamente horizontales entre los planos; conviene tomarlo como una expresión metafórica, pero esa modalidad “geológica” de pensamiento imperó en sus escritos.

Otra problemática plantea la incidencia del ello sobre el superyó; sin duda al principio de su obra, el peso relativo del instinto de muerte en esta instancia fue enorme; luego, a partir de K_2 , con la introducción de la posición depresiva y el posterior perfilamiento de los funciones que ella cumplía durante el desarrollo infantil, la presencia de objetos buenos equilibró los platillos de la báscula, por la mayor presencia del instinto de vida. Sobre estas cuestiones el artículo *SFDM* (1957) fue una excepción.

Por otra parte, las identificaciones yoicas y superyoicas de Klein no son secundarias a la pérdida, abandono o resignación del objeto (véase I, 3.2.4.) sino siempre concomitantes a una relación de objeto. La misma lógica de la teoría kleiniana, que postulaba relaciones de objeto desde el nacimiento, descartaba también las identificaciones primarias de Freud, a las que éste caracterizó como “directa, inmediata {no mediadas}, y más temprana que cualquier investidura de objeto.”

6.3.5.4. *Funcionamiento del superyó*

Juez y censor del yo el superyó precoz fue descrito, sobre todo en K_1 y K_2 como implacable y aterrador, características autónomas e independientes en su teoría del superyó de los padres. Despertaba sentimiento de culpabilidad y dadas sus funciones normativas, podía inhibir algunas conductas del yo. Productor de remordimientos y de censuras el superyó quedó situado en el centro de las cuestiones morales.

En *DTCN* (1933), Klein se preguntó en qué medida un psicoanálisis podía producir una reducción importante de la severidad del mismo. Su respuesta no fue especialmente alentadora y la fundamentó en razones de orden clínico y teórico. Sostuvo que con el incremento de las tendencias genitales podría producirse una reducción de su severidad pero en un psicoanálisis sólo existiría cierto margen para la transformación de la libido pregenital en genital. Siempre permanecería un resto de libido pregenital ligada, al sadismo, inmodificable. Y esto a pesar de que lo genital se haya establecido como predominante. En síntesis y utilizando su estilo habitual de expresión, siempre quedarían núcleos duros del superyó, inamovibles, habitando en las capas profundas de la psique.

Adjudicó a dicha instancia el rol de fomentar las sublimaciones y reparaciones. Durante la PEP era generador de culpa persecutoria (PEP), distinta de la culpa depresiva que aparecía en la PD, como producto también de una mayor síntesis e integración yoica. En Klein, la represión no aparecía esencialmente activada por el superyó sino, indirectamente, por la reacción del yo ante las ansiedades. También otorgó al superyó funciones en la regulación de la autoestima y en la conformación de los ideales de la persona. La envidia alojada en el superyó sería un importante destabilizador de las funciones psíquicas y torpedearía todo intento creativo.

En *ARLO* (1963) describió una dimensión ética del superyó, personificada especialmente en Atenea. Se trataba de un mandato inmanente, de origen psicológico, que prescindía de órdenes ajenas al individuo y/o de preceptos trascendente. Implicaba en cierta forma el reconocimiento de la autoridad, sea de algunas personas o de instituciones. Por esa vía el superyó se articulaba con lo social y la cultura.

6.4. Teoría del simbolismo, sublimación y reparación

Eran tres procesos psíquicos con gran repercusión en el desarrollo evolutivo de los infantes. Los dos primeros fueron conceptos que ya existían en el psicoanálisis pero ella introdujo en los mismos inflexiones de gran calado; el tercero fue de estricto cuño kleiniano; adquirió gran relevancia durante K_2 , tras la creación de la PD. Se trataba de un procedimiento que tenía estrecha relación con la sublimación y con todos los procesos creativos. Serán abordados en los apartados siguientes:

6.4.1. Simbolización

6.4.1.1. *Antecedentes: Freud, Ferenczi, Jones, Sachs y Rank*

6.4.1.2. *La concepción kleiniana sobre la formación de símbolos*

6.4.2. La sublimación

6.4.2.1. *K₁: primeros enfoques sobre la sublimación*

6.4.2.2. *K₂: Posición depresiva y sublimación reparatoria*

6.4.2.3. *K₃: la sublimación en el sistema kleiniano tardío*

6.4.3. La reparación

6.4.3.1. *Primeras presencias*

6.4.3.2. *Reparación y posición depresiva. Desarrollos ulteriores*

6.4.3.3. *La reparación maníaca y obsesiva*

6.4.1. Simbolización

Klein estudió intensivamente la formación de símbolos en el niño, señalando la importancia que ellos tenían en el desarrollo evolutivo, en tanto eran imprescindibles para los procesos de integración del psiquismo. Todo avance madurativo requería de procesos de simbolización. A la vez, las modificaciones de la capacidad de representación simbólica eran claros indicadores de los progresos en la formación del aparato psíquico. Además, tuvo muy claro que se trataba de una actividad exclusivamente humana.

La aproximación kleiniana a este asunto, especialmente en K₁, se basó en los antecedentes freudianos en la materia y, sobre todo, en varios textos de Jones y Ferenczi publicados entre 1912-1916, en los dos últimos abordaron este tema de manera muy directa y específica. Ellos fueron quienes se encargaron de rebatir las concepciones de Jung sobre el simbolismo, a la sazón fundadas en la desexualización de la libido y en un inconsciente colectivo, puntos de partida muy diferentes a los de vienés. Si éste había señalado el trasfondo sexual de la moral y de la religión, Jung, a contrapelo, otorgó un fundamento místico a la sexualidad, descartando la libido y postulando en su lugar una especie de energía psíquica indiferenciada cuya tendencia era constituir representaciones universales y abstractas: los arquetipos.⁶⁸

Tras esta apoyatura inicial en los artículos del galés y del húngaro, Klein fue incorporando nuevas ideas hasta acabar creando su propia teoría del simbolismo. A continuación se describirá ese recorrido conceptual incluyendo las referencias iniciales.

6.4.1.1. *Antecedentes: Freud, Ferenczi, Jones, Sachs y Rank*

Freud no elaboró una teoría sobre el simbolismo en psicoanálisis, pero dejó planteadas algunas ideas al respecto en múltiples párrafos desperdigados por su obra. Si a partir de ellos se quisiera desentrañar, aunque más no fuera un esbozo de doctrina acerca de la misma, sus fundamentos serían: lo inconsciente, la faceta simbolizante de la elaboración onírica y la sublimación -en tanto destino pulsional-. En *La interpretación de los sueños* (1900) expuso su posición contraria a un simbolismo universal y a un diccionario de símbolos oníricos: cada quien elabora en cada ocasión sus propios símbolos y se requerirá las asociaciones libres para desvelar su significado.⁶⁹ Esto no obstaba para que pudiera descubrirse en un sujeto psíquico determinado cierta constancia en las formas simbólicas con que se hacen presentes sus huellas mnémicas o pensamientos inconscientes, ya sea en los contenidos manifiestos de sus sueños, ya sea en el discurso asociativo en la sesión. En este sentido, toda manifestación del inconsciente -sueños, lapsus, chistes, síntomas- serían formaciones simbólicas.⁷⁰

En síntesis y para señalar lo fundamental: se trataba de *símbolos inconscientes*, forjados por el proceso primario con participación de las pulsiones y sus objetos, que aparecen en la consciencia como retornos de lo reprimido desfigurados, que no servirían a los fines de la comunicación interpersonal y se originaban en la infancia para transformarse, luego, conservando algunos elementos arcaicos. Freud

comparó el simbolismo a un lenguaje antiguo casi desaparecido, pero que ha dejado reliquias esparcidas.

De lo dicho se deduce que los simbolismos que interesan al psicoanálisis no se enseñan; se forman “espontáneamente” durante la constitución del aparato psíquico; ese significado original y primigenio no se pierde nunca, incluso, cuando posteriormente obtiene, además, significados sociales y culturales. Porque el simbolismo va más allá de este carácter estrictamente idiosincrásico e íntegramente subjetivo; participa también en las convenciones construidas y aceptadas por los seres humanos, que abrieron la posibilidad para que una cosa pudiera representar siempre a otra. En esos contextos sociales, los símbolos pueden oscilar entre los muy concretos e instrumentales hasta los más abstractos. Ejemplos de los primeros podrían ser los que aparecen en las carreteras (que, con rigurosidad, deberían denominarse señales), las banderas representativas de los países o las que indican el estado del mar, los símbolos deportivos, las letras que se usan para representar los elementos químicos, los símbolos religiosos, etcétera-. Estos son polares respecto del simbolismo psicoanalítico: no enmascaran nada y se exige de ellos claridad en la relación símbolo-simbolizado porque constituyen medios de comunicación. Formas más abstractas de estos símbolos sociales serían los modos diversos de representación figurada de ideas, conflictos, pensamientos, deseos, imágenes, en todos los ámbitos de la cultura, que pueden adquirir distintas formas de presencia: mitos, relatos tradicionales, lenguaje, folklore, etc. Entre ellos: la paloma o el olivo como símbolos de la paz o el papel moneda como símbolo del valor de las cosas. Están asimismo las aproximaciones simbólicas a temas humanos universales y transculturales: la vida, la muerte, la juventud, la vejez, el nacimiento, los orígenes, etc. Por último, también se encuentran representaciones simbólicas de este tipo en los mitos, las leyendas, las expresiones artísticas, en la cinematografía, la dramaturgia, el humorismo, etc.

La teoría psicoanalítica del simbolismo debería abarcar y diferenciar tanto la vertiente estrictamente subjetiva –al que se denominará simbolismo *psicoanalítico estricto*– como la dimensión social del mismo, para descubrir las complejas relaciones de cada sujeto singular mantiene con el universo simbólico y cultural al que pertenece.

S. Ferenczi, otro antecedente del pensamiento kleiniano en materia de simbolismo, publicó entre 1913 y 1916 –época de las ya comentadas discusiones con Jung– varios textos que trataron esta temática; entre ellos pueden citarse: *La representación simbólica de los principios de placer y de realidad en el mito de Edipo* (1912), *El simbolismo de los ojos* (1913), *Simbolismo de las sábanas* (1913), *La cometa, símbolo de erección* (1913), *Crítica de “Metamorfosis y símbolos de la libido”, de Jung* (1913), *Ontogénesis de los símbolos* (1913), *Piojo, símbolo del embarazo* (1914) *Dos símbolos típicos fecales e infantiles* (1915), *El abanico como símbolo genital* (1915), *Una variante del símbolo “calzado” para representar la vagina* (1916), *El simbolismo del puente* (1921) y otros. Un año antes, en *El concepto de introyección* (1912) había escrito que en la base del simbolismo estaba la identificación. Describió a esta última de manera muy peculiar y hasta podría decirse de ella que fue un precursor de la identificación proyectiva de M. Klein. La ejemplificó por medio de un paciente que realizaba identificaciones entre algunos de sus órganos y determinados objetos externos, a los que trataba en concordancia con lo que él proyectaba sobre ellos: así, las patatas del huerto eran equivalentes a sus genitales; las tuberías de la casa se correspondían con el sistema vascular.

Estas ideas fueron generalizadas un año más tarde en *Ontogénesis de los símbolos* (1913), donde afirmó que el psiquismo del niño (y la tendencia inconsciente que subsiste en el adulto) tiende a establecer relaciones simbólicas entre las partes y las funciones de su cuerpo con los objetos del mundo exterior.

En este estadio, el niño sólo ve reproducciones de su corporeidad en el mundo y, por otro lado, aprende a representar por medio de su cuerpo toda la diversidad de objetos mundanos. Cierta especularidad narcisista estaba implícita en tales ideas: el niño construiría la realidad a imagen y semejanza de su propio cuerpo; la libidinización de la realidad era secundaria a la del cuerpo, idea que Klein hará suya.

Ferenczi calificaba esta realidad de arcaica, primitiva, irreal y según él, debía dejar lugar a otra, más adulta. No obstante, estas relaciones simbólicas entre el cuerpo del niño y el mundo objetual persistirían durante toda la vida. Por otra parte, en *El simbolismo de los ojos* (1913) sostuvo:

“En un trabajo sobre *El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios* (1913), he tratado de explicar el origen del simbolismo mediante la tendencia del niño a representar [figurar] como realizados sus deseos por medio de su propio cuerpo. La identificación simbólica de los objetos del mundo exterior a los órganos del cuerpo le permite por una parte hallar en su propio cuerpo todos los objetos externos deseados, y por otra volver a hallar en los objetos concebidos de modo animista los órganos altamente valorados de su propio cuerpo. El simbolismo de los dientes y los ojos ilustran el hecho de que los órganos del cuerpo (y sobre todo las partes genitales) pueden ser representados [figurados] no sólo mediante objetos del mundo exterior sino también por medio de otros órganos del propio cuerpo. Es incluso probable que sea el modo más primitivo de formación de símbolos.” [Lo que está en cursiva es del autor; la palabra *figurar* entre corchetes es mía; establecí el texto después de cotejar la versión francesa, española y argentina (en *Sexo y psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires)].

Al final de este mismo artículo describió también una especie de plegado corporal en función del cual la mitad inferior del cuerpo encontraba sus equivalentes en la mitad superior, a la vez que el conjunto así establecido se identificaba con los objetos del mundo exterior.

Aclaró también que estas identificaciones sólo se transformaban en símbolos –psicoanalíticamente entendidos– si uno de los términos del par devenía inconsciente.

Estaba implícito en esta última frase –reiterada en *Ontogénesis de los símbolos* (1913)– que para el húngaro los símbolos surgirían del conflicto psíquico entre lo reprimido y las defensas represoras: serían símbolos sólo aquellos “en los que un miembro de la ecuación está reprimido en el inconsciente”; de allí que también haya podido afirmar que las ideas conscientes cargadas de un afecto inexplicable e infundado desde el punto de vista racional, debían su intensidad exagerada a una identificación inconsciente con otra idea, a la cual correspondería ese exceso de afecto.

“Imagino que esta asimilación [equiparación] simbólica de los órganos genitales a otros órganos y con objetos externos sucede, en su origen, al modo de un juego, por exuberancia para expresarlo de algún modo. Sin embargo, las paridades simbólicas así surgidas son puestas secundariamente al servicio de la *represión* que busca debilitar a uno de los miembros de la ecuación acentuando con exceso al otro –más nimio– en razón de la sobrecarga de afecto reprimido. De esta forma la mitad superior del cuerpo, considerada más anodina, adquiere su significación simbólica sexual y tiene lugar lo que Freud ha llamado ‘*el desplazamiento de lo bajo hacia lo alto*’. En este trabajo de represión, los ojos, por sus formas y dimensiones variables, por su sensibilidad y su gran valor, se revelaron particularmente aptos para recibir los afectos desplazados de los órganos genitales. Es probable que este desplazamiento no hubiese sido tan exitoso si el ojo no hubiera tenido desde un principio el importante valor libidinal que Freud le atribuye en su teoría sobre la sexualidad a la pulsión de ver (escópica).”

El criterio psicogenético era claro en Ferenczi –como también lo fue, según se verá en Jones y Klein-. Esos principios quedaron coronados con la afirmación siguiente: a medida que se desarrollaba el sentido de la realidad se descomponían estos productos aglomerados en sus elementos constitutivos, que podían reencontrarse únicamente en el inconsciente que, así concebido, devino el ya comentado relicario de épocas primitivas.⁷¹

Es evidente que el uso que hizo el analista de Budapest del término *identificación* en el contexto de su teoría del simbolismo, es diferente a la acepción que Freud le dio en el marco de su segunda teoría identificatoria freudiana –la estructural–.⁷² Aquí hay que entenderla como un *establecimiento de equivalencias* asociado a una proyección. Podría considerársela una proyección identificante de partes del cuerpo sobre los objetos del mundo externo que funciona en base al principio de identidad –carácter inconsciente del procedimiento– y que va produciendo “igualdades” simbólicas.

Mediante esa proyección identificante el objeto externo queda constituido como semejante o equivalente a una parte del cuerpo.

Ferenczi fue más exigente que Jones al respecto puesto que además de esta identificación en lo inconsciente, exigía una equiparación entre el cuerpo y los objetos exteriores. Por ese rodeo, el primitivo interés libidinal relacionado con las zonas erógenas de la superficie corporal, tras proyectarse, envolvía sucesivamente los objetos externos.

Tal era, según Ferenczi, el fundamento de la epistemofilia: los elementos del mundo “se hacen” interesantes porque están cargados libidinalmente.

La construcción de la realidad y la atracción que ella despierta está determinada por cierta “sexualización del universo”, según palabras del húngaro.

E. Jones, en su extenso ensayo *La teoría del simbolismo* (1916)⁷³, comenzó diferenciando usanzas del simbolismo y describió entonces uno que se relacionaba con objetos concretos (emblemas, distintivos, amuletos, talismanes, etc.); otro, vinculado con "varias figuras del habla y modos de pensar como: la comparación, la metáfora, el apólogo, la metonimia, la sinécdoque, la alegoría, la parábola [...]", y una tercera modalidad que opera por medio de signos, contraseñas y costumbres. Estas últimas fueron ejemplificadas con el uso de camisas negras —que asoció con fascismo— o el color rojo —comunismo—, la lejana costumbre francesa en que el vendedor de un terreno hacía entrega de una piedra de dicha parcela como símbolo de la transacción a realizar; igualmente, el hábito en el antiguo derecho bávaro, de entregar al comprador una rama del bosque que se vendía. (*Op. cit.*, p. 9). Tras estos comentarios se propuso elucidar que atributos tenían en común las variadas ideas y actos denotados por la palabra símbolo o simbólico recién comentadas. Señala propiedades compartidas muy características, que tienen conexiones muy estrechas con otras que fueron descritas por Sachs y Rank, según se verá más adelante. Así, un símbolo en el sentido amplio del término —no se trata aún del simbolismo verdadero o estricto— quedaría especificado por los siguientes factores:

- Es una representación o sustitución de alguna otra idea; del símbolo deriva una significación secundaria que no le es propia sino recibida por desplazamiento: así, el trozo de paño con que se elabora una bandera carece en sí mismo de especial significación, pero la adquiere por desplazamiento de las ideas de patria, nación, estado, país, etc.
- Representa a un elemento primario con el que tiene algo en común: la asociación entre el símbolo y lo simbolizado puede ser interna o externa; una relación que para la razón es superficial o nimia puede ser significativa para la percepción, especialmente en el sistema inconsciente.
- Es sensorial y concreto, mientras que la idea representada puede ser relativamente abstracta y compleja. El símbolo tiende a ser más condensado que la idea simbolizada.
- Los modos de pensamiento simbólico son los más primitivos, tanto ontogenética como filogenéticamente, y representan una reversión a una etapa más temprana y simple del desarrollo mental.⁷⁴ Con esta afirmación, el biógrafo de Freud instaló su teoría del simbolismo en una concepción genética y sentó bases para contestar su auto-pregunta: ¿por qué se identifican dos ideas, a las cuales la mente consciente no encuentra que sean similares? Respuesta: "[...] es la mente primitiva la que establece la comparación entre las dos ideas, no la mente adulta consciente." (p. 27).
- En la mayoría de los usos de la palabra, un símbolo es expresión manifiesta de una idea más o menos oculta, secreta o guardada en reserva. La persona que lo emplea no es ni siquiera consciente de lo que el símbolo representa.
- Los símbolos parecen ingeniosidades hechas de manera espontánea o automática, aunque interviene el inconsciente. Aquí anticipó la clave de bóveda del simbolismo estrictamente psicoanalítico, que de alguna manera también interviene en esta otra modalidad más genérica y amplia.

Claro está que estos comentarios tenían un sentido propedéutico: pretendían abrir las puertas para dar paso al simbolismo *verdadero*⁷⁵ o *estricto*, sobre el que enunció sus dos características claves:

[...] que el proceso sea *completamente* inconsciente y "[...] que el afecto que inviste la idea simbolizada, en lo que concierne al simbolismo, no ha probado tener la capacidad cualitativa denotada por el término sublimación. Respecto a ambos, el simbolismo difiere de todas las otras formas de representación indirecta." (p. 66).

Como puede apreciarse, para Jones, la simbolización y la sublimación eran excluyentes, primer punto con el que Klein difirió. En cambio coincidieron en que los símbolos creados por la mente infantil persistirían durante toda la vida en el sistema *Inc.* (p. 27). Así pues, como trasfondo, en toda formación de símbolos habría siempre identificaciones inconscientes entre cosas disímiles.

"Justamente, así como la comparación está en la base de toda metáfora lingüística, una identificación original es la base de todo simbolismo; juzgo importante no confundir estos dos procesos." (p. 28).

Esta tendencia a resaltar el parecido y no las diferencias entre las cosas, es más acentuada “en las regiones primitivas de la mente” (niños, sueños, enfermedades mentales, en los salvajes), y se realizaba en base al principio del placer, según Jones.⁷⁶ Se trataba de una peculiar interpretación de dicho principio: dos objetos o actividades podían equipararse por el hecho de generar placeres semejantes. Además, cuando la mente primitiva estaba ante una experiencia nueva, capturaba más las semejanzas con lo vivido anteriormente –aunque fueran débiles–, que las diferencias; y esto era por dos motivos: a) porque le resultaba más provechoso y más placentero quedarse con los rasgos de lo nuevo que sintonizaba con ideas familiares: la mente primitiva captaría especialmente rasgos de los objetos que ya antes despertaron interés; b) porque privilegiar las semejanzas facilitaría la asimilación de experiencias nuevas, al referenciar lo desconocido a lo conocido (p. 30). En otras palabras, se tendería a *identificar* cosas diferentes por la semejanza del placer vivenciado con ellas o por el interés que despertaron.⁷⁷ Klein retuvo esta idea de equivalencia de placer para el establecimiento de las identificaciones pero añadió un paso previo que relacionaba las distintas partes del cuerpo entre sí, antes de hacerlo con los objetos externos, tal como se comentará en el apartado siguiente.

De lo dicho por Jones podría desprenderse dos ecuaciones; una, la más evidente: inconsciente = primitivo = infantil = arcaico = salvaje = neurosis; y otra, entrelineada, en la que se anticipa como en filigrana -y a baja potencia- la famosa ecuación simbólica, que Hanna Segal vendría a proponer y difundir en 1957.⁷⁸

Jones, refutando a Jung, siempre recalcó que *su* simbolismo estricto remitía a algo concreto y personal y no a ideas abstractas, generales y universales. Fundamentó el simbolismo “verdadero” en seis características que tomó prestadas de O. Rank y H. Sachs, de quienes reprodujo, también, una definición de símbolo que tenía gran interés porque ambos autores propusieron un acercamiento específicamente psicoanalítico al asunto, cosa que se advierte desde el primer renglón de la cita:

“El símbolo es un modo de expresión final del material reprimido, uno de los cuales se presta por sí mismo a un uso generalizado por motivo de su especial conveniencia para disfrazar el inconsciente y adaptarlo (por formaciones de compromiso), a nuevos contenidos de la conciencia. Con este término entendemos una clase especial de representación indirecta, la cual se distingue por ciertas peculiaridades, de la comparación, metáfora, alegoría, alusión y otras formas de presentación pictórica de material del pensamiento (a la manera de un jeroglífico), a todas las cuales está relacionado el símbolo.

El símbolo representa una unión casi ideal de todos estos medios de expresión: es un sustituto, una expresión conceptual instintiva de algo oculto, con lo cual tiene evidentes características en común, o está ensamblado por conexiones asociativas internas. Su esencia anota en su haber dos o más significados, como originada en sí misma en una especie de condensación, una amalgama de elementos individualmente característicos. Su tendencia a pasar de lo conceptual a lo perceptual, indica su proximidad al pensamiento primitivo: por este parentesco, la simbolización concierne esencialmente al inconsciente, aun cuando en su funcionamiento como un compromiso, de ninguna manera el faltan factores conscientes determinantes, que en condiciones de diverso grado, determinan junto con lo inconsciente, la formación de símbolos y su comprensión.”⁷⁹

Las referencias de Jones a estos autores continuaba con la presentación de las seis características que ellos consideraban imprescindibles –se las ha puesto en cursivas– para que los símbolos fuesen verdaderos:

- *Representación de material inconsciente*. La simbolización se lleva a cabo en el sistema *Inc.*: la persona era completamente ajena al significado del símbolo que empleaba. Incluso, muchas veces desconocía que, para percibir o expresarse, usó un símbolo. Y, sin embargo, pese a dicho desconocimiento, el símbolo era activo en la percepción/construcción de la realidad psíquica.
- *Significado constante*. Aunque un símbolo puede tener varios significados, sorprenderá su constancia en los diferentes campos del simbolismo (sueños, mitos, etcétera).
- *Independencia de factores individuales condicionantes*. Los factores determinantes fundamentales son comunes a grandes grupos sociales o a menudo la humanidad entera. El galés mostró cierta incomodidad ante esta puntualización de Sachs y Rank. Jones lo atribuyó a la ambigüedad de los autores o, tal vez, a diferencias de matices de significados entre el idioma alemán y el inglés. En fin, que para el galés, la *independencia* no era tal o que a lo sumo sería “no dependencia de” o que quizá hayan querido decir que el simbolismo no está sólo

determinado por factores individuales. Se ha de tener presente que Jones estaba interesado en refutar la universalidad que Jung había atribuido a los arquetipos, por lo tanto le era muy importante sostener que la constancia de significados –puntualización anterior– no equivalía a trasmisión intergeneracional de los arquetipos. Jones se manifestó contrario al carácter hereditario del simbolismo antropológico: para él cada niño creaba sus símbolos y el simbolismo era recreado más allá de lo individual. La estereotipia y cierta universalidad de algunos símbolos se debería a que los intereses fundamentales y permanentes de los seres humanos serían similares. Por otra parte, mientras el individuo no podía elegir qué idea será representada por un símbolo (por la determinación inconsciente del mismo), sí le sería posible elegir qué símbolo utilizará, entre muchos posibles, para representar una idea dada.

- *Bases evolutivas*. Se refiere a lo comentado *supra*: era la mente infantil poco evolucionada la que creaba la comparación entre dos ideas, fundamento de todo símbolo, según Jones.
- *Conexiones lingüísticas*. Aunque la palabra que denotaba el símbolo podía no tener connotación con la idea simbolizada, los estudios etimológicos y semánticos mostraban que en épocas pretéritas existió alguna conexión entre ambas.
- *Paralelos filogenéticos*. Un símbolo que en la actualidad podría encontrarse en un chiste obsceno, por ejemplo, podría ser hallado también en escritos de la antigua Grecia; y otro símbolo, descubierto a través del análisis de un sueño, ya figuraba en libros sagrados de Oriente. (*Op. cit.*, pp. 19-24).

Tras esta reseña comentada de las ideas de Sachs y Rank, Jones dijo por su cuenta y riesgo que:

“Todos los símbolos representan ideas acerca de sí mismo, de los padres consanguíneos o de los fenómenos del nacimiento, el amor y la muerte.” (p. 25).

Dio a entender también que el símbolo era una formación de compromiso entre lo inconsciente y las fuerzas represoras (defensas). Finalizó la tercera sección de su escrito, que versaba sobre la génesis del simbolismo, con estas palabras:

“Solo lo que está reprimido está simbolizado; sólo lo que está reprimido necesita ser simbolizado. Esta conclusión es la piedra de toque de la teoría psicoanalítica del simbolismo.” (p. 40).

Examinadas las principales referencias de Klein acerca de este tema, se encarará a continuación:

6.4.1.2. *La concepción kleiniana sobre la formación de símbolos*

Los antecedentes recién expuestos, sobre todo las ideas de Ferenczi y Jones, influyeron especialmente en la primera etapa de la producción kleiniana sobre este tema; con posterioridad, ella fue introduciendo giros importantísimos en las ideas heredadas e innovaciones radicales, que dieron pie a una teoría propia sobre la simbolización. Salvo al final de su obra –más específicamente en *ARLO* (1963)⁸⁰–, no hizo grandes exploraciones en la vertiente social del simbolismo, pero estudió con ahínco la formación de símbolos en el niño, señalando la importancia que tenían para el desarrollo evolutivo del mismo y remarcando, a la par, que se trataba de una actividad estrictamente humana. Tuvo claro que los símbolos psicoanalíticos se constituían por interacciones entre las tendencias instintivas, las defensas, la angustia y la función integradora del yo; también participarían las percepciones del propio cuerpo y de la realidad externa. Todo esto, en el seno de relaciones objetales. Visto desde otro ángulo se podría decir que brotan de colusiones entre las sensaciones somáticas y la aprehensión emocional e intelectual del entorno objetal primario. Sostuvo asimismo que la formación de símbolos comenzaba desde el nacimiento y perduraba toda la vida, aunque con el paso del tiempo éstos iban adquiriendo nuevas significaciones, sin que se borrasen las originarias. Los creados en la primera infancia representan casi insoslayablemente a padres, hermanos, abuelos y otros personajes cercanos al lactante. Como se apreciará más adelante, a partir de 1930-1932, la angustia y el sadismo vinculados a la pulsión de muerte fueron considerados el motor principal de la simbolización. Con anterioridad –años veinte–, la formación de símbolos estuvo más ligada a la libido. De aquella época

datan dos escritos suyos *El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño* [PEDL] y *Análisis infantil* [AI], ambos de 1923. En ellos formuló articulaciones metapsicológicas entre la simbolización, la sublimación y las inhibiciones en los infantes. Estas últimas –fueran intelectuales o físicas– surgirían por la represión de placeres sexuales ligados a tales actividades; en esos casos quedaban impedidas las sublimaciones primarias (ver *infra* 6.4.2.1) porque el significado simbólico-sexual placentero atraía sobre sí a la represión (AI, OCKPA, vol. 2. p. 81). Ejemplificó estas situaciones con las dificultades de Fritz (Erich) en las actividades escolares y las de Félix para jugar al fútbol. Correspondería, entonces, interpretar las fantasías subyacentes, ligadas a las tareas de la escuela –en el primer caso– y a las de ese deporte en el segundo, con el fin de que apareciera la angustia que impedía las sublimaciones correspondientes.

Pero, más que profundizar en el contenido de estos escritos interesará subrayar algunos aspectos de lo allí dicho; primero: la participación fundamental de la libido (Eros) en ese primer modo de concebir la simbolización; años después ella perdería su sitial privilegiado, al ser desplazada por la pulsión de muerte y el sadismo; segundo: en la génesis de inhibiciones participaban la castración, el complejo de Edipo y la represión –mecanismo éste que luego quedó reportado a etapas posteriores, al jerarquizar las llamadas defensas primitivas–; por último: la catectización libidinal de la realidad, que siempre fue para Klein secundaria a la carga libidinosa del propio cuerpo, que tenía como punto de partida a las zonas erógenas primarias. El niño recubriría con valores simbólicos los objetos del mundo externo. Ya en esta concepción temprana se apreciaba una convergencia de tres facetas de un mismo y único proceso que persistiría a lo largo de toda su obra: la formación del símbolo, la catexia libidinal del propio cuerpo y la del mundo externo. También intervenían otros procesos subjetivos en la simbolización: los afectos y factores cognitivos. Klein, tras citar en este contexto a Ferenczi, Jones y Sperber, concluyó:

“Entonces cuando la represión comienza a actuar y se progresa de la identificación a la formación de símbolos, es este último proceso el que proporciona una oportunidad a la libido de desplazarse a otros objetos y actividades [distintos] de los de la autoconservación, que originariamente no poseían una tonalidad placentera. Aquí llegamos al mecanismo de la sublimación.

De acuerdo con esto vemos que la *identificación* es un estadio preliminar no sólo de la formación de símbolos, sino al mismo tiempo de la evolución del lenguaje y de la sublimación. Esta última se produce por medio de la formación de símbolos, las fantasías libidinosas quedan fijadas en forma simbólica-sexual sobre objetos, actividades e intereses especiales.” [AI (1923), OCKPA, vol. 2, pp. 88-89]. Las cursivas son de la autora; lo que está entre corchetes es mío.

Se aprecia que el primer y principal mecanismo puesto en juego por Klein en la formación de símbolos era esa mezcla tan peculiar de identificación-proyección propuesta por Ferenczi, a la que asoció una idea de Jones acerca de la participación del principio del placer en el establecimiento de equivalencias (véase *supra*: 6.4.1.1). Pero ya entonces despuntaban algunas diferencias: para el húngaro, la identificación creadora de símbolos permitía al niño redescubrir sus órganos en los objetos reales con que se topaba y relacionaba; percibía al mundo a través de sus propios órganos; se trataba de una expansión de intereses autoeróticos a la realidad externa. El trasfondo de esta concepción era más bien la teoría freudiana de un narcisismo primario anobjetal –etapa del desarrollo libidinal insinuada en la 26ª conferencia de introducción al psicoanálisis (1916) y desarrollada a partir de la segunda tópica–, que planteaba el difícil problema de la apertura a la objetividad. Esta teoría del narcisismo anobjetal estuvo también presente –aunque entrelíneas– en dos escritos del psicoanalista de Budapest: *El desarrollo del sentido de la realidad* (1913) y *Ontogénesis de los símbolos* (1913), textos que la psicoanalista de niños conocía muy bien. En el primero de ellos sostuvo que la construcción del sentido de la realidad dependía del pasaje de cargas libidinales autoeróticas y narcisistas desde el propio cuerpo hacia el exterior –es decir: una progresiva transformación de la libido narcisista en objetal–.

Klein, como ya se anticipó, introdujo algunos cambios en esta concepción ferencziana: a) generalizó la identificación más allá del terreno circunscrito en que el húngaro lo empleó; la hizo valer para el establecimiento de toda relación objetal⁸¹; b) postuló un tiempo previo en que el niño establecería equivalencias entre las diversas partes del cuerpo entre sí, para instituir las, después, con los objetos del mundo exterior y c) no se trataba de expansiones del autoerotismo y del narcisismo sino de relaciones de objeto primitivas: era el cuerpo de la madre que el infante utilizaba como base de sus

equiparaciones simbólicas. Lo expresado en b) le permitió esbozar una concepción psicoanalítica muy novedosa de la *imagen del propio cuerpo* que era ajena a los procesos cognoscitivos porque se basaba en movimientos libidinales regidos por el principio del placer. Una vez conformada la imagen del cuerpo de esa manera, la libido podrá dirigirse a los objetos externos, iniciando la cadena de sustituciones de objeto que enseguida se describirá y que tenía por objetivo atenuar la angustia del niño.

La relación con la realidad era a doble vía; por un lado los objetos exteriores recibían las cargas libidinales del niño y, por otra parte, la percepción y exploración del cuerpo ajeno –en primer lugar, el de su madre– le ofrecían una configuración espacial de un conjunto que le permitía configurar de manera unitaria su propio cuerpo. Estas ideas se descubrirán fácilmente en los comentarios clínicos de aquella época – “caso” Erich, por ejemplo–, pero no formaron parte de una exposición teórica. En esto consistió a grandes rasgos la que podría denominarse *primera* teoría de la simbolización en Klein.

En los inicios de la década de los años treinta se produjo un cambio radical en este tema: *IFSY* (1930) y *EPN* (1932) constituyeron la plataforma giratoria que condujo hacia otros rumbos. En un esfuerzo de síntesis podría decirse que las innovaciones principales fueron tres:

- Convirtió la angustia (Tánatos) –más que la libido y el principio del placer (Eros)– en promotora de la “identificación” ferencziana, fundamento de la simbolización.
- Relacionó la formación de símbolos con el sadismo y la pulsión muerte.
- Consideró al simbolismo como base de toda sublimación. Ambos conceptos devinieron solidarios en su teoría.

Por lo afirmado en apartados anteriores se comprenderá fácilmente que estos cambios fueron muy significativos, más profundos de lo que parecen a simple vista y con múltiples repercusiones en el resto de su teoría.⁸² Si el simbolismo pasó a ser promovido por la angustia, Tánatos devenía el comandante de dicho procedimiento; a la par, lo libidinal pasaba a un segundo plano, siempre más implícito en sus escritos que explicitado. Por más que Klein aludiera a una supuesta continuidad entre *IFSY* y *AI*, las diferencias fueron muy notables y se acentuaron con el paso de los años. La ansiedad impulsaría la deflexión del instinto de muerte hacia el exterior y se iniciaría ese movimiento circular, retroalimentado, tan característico del pensamiento kleiniano, tal como fue esquematizado al comienzo de 6.3.1. y II, 3.1.2. Este desvío hacia afuera de lo tanático no era una simple proyección –“a la freudiana”–, sino una descarga agresiva “de superficie” *sobre* los objetos. A partir de *NAME* (1946), la identificación proyectiva colocaba una carga de mayor profundidad: el sadismo era dirigido *adentro* de los objetos. La destructividad adquirió supremacía en detrimento de lo libidinal. K_2 y K_3 quedaron atravesados por dos líneas de pensamiento que se entrecruzaban en muchos puntos: una, más explícita, es la que describía los centenares de efectos del instinto de muerte y su expresión en clave sádica; la segunda, evocada de tanto en tanto pero que necesariamente debía estar presente incluso en ausencia, que se manifestaba como otros cientos modos de ir compensando, neutralizando, equilibrando, disminuyendo, transformando, limando, las consecuencias de la acción tanática.

Los objetos externos –principalmente cuerpo de la madre y su interior– al ser atacado, devenía una nueva fuente de angustia paranoide. Como el trasfondo instintivo seguía activo, la proyección de Tánatos debía continuar y se buscaban nuevos objetos sobre los que descargar el sadismo. Éstos se iban sumando a la cadena gracias al establecimiento de nuevas identificaciones y equivalencias simbólicas. La formación de símbolos era promovida por la imperiosidad de morigerar la angustia derivada de las fantasías sádicas dirigidas contra el cuerpo de la madre; incitación ésta más acuciante que la necesidad de multiplicar equivalencias simbólicas en base a movimientos libidinales (Eros). Cada nuevo objeto receptor de destructividad amortiguaba, consumía, atenuaba, algo del sadismo, sin que nunca se llegase a la reducción total de la misma:

“Una cantidad suficiente de angustia es una base necesaria para la abundante formación de símbolos y fantasías; para que la angustia pueda ser satisfactoriamente elaborada, para que esta fase fundamental tenga un desenlace favorable y para que el yo pueda desarrollarse exitosamente, es esencial que el yo tenga adecuada capacidad de tolerar la angustia.” [*IFSY* (1930), OCKPA, vol. 2, p. 211].

Con la entrada en la posición depresiva, el niño será capaz de procesar y tolerar mejor la pulsión de muerte en la psique.

Klein consideraba que la carga simbólica del cuerpo de la madre era de fundamental importancia para el niño porque le permitía percibir y representarse un cuerpo completo. Implicaba un modo primitivo de constitución psíquica del niño surgido a partir del cuerpo materno, asociado a una incorporación oral.⁸³

Algo se mantuvo firme desde esos momentos hasta el final de su teoría: la relación de la simbolización, la sublimación y la reparación con la angustia. Pero sucedió que mientras en K₁ mantuvo su adhesión a la primera teoría de la angustia freudiana –ella era efecto de la represión–,⁸⁴ en K₂ y K₃ la desconectó de la represión para asociarla con el instinto de muerte.

En *IFSY* (1930), Klein se refirió a los diversos aspectos de los procesos de simbolización y sus repercusiones en la evolución psíquica del infante. Los tres cambios teóricos antes mencionados fueron especificados microscópicamente en dicho texto: la simbolización cumplía un rol destacado en el proceso de integración del yo y en la síntesis del objeto; participaba en los síntomas, en la sublimación, en la fantasía y en la satisfacción de la epistemofilia, en los progresos del uso de las palabras y de los movimientos corporales, en lo lúdico y en lo onírico, en el contacto con el mundo exterior y la realidad en general. Posibilitaba que los niños inventasen personajes en sus juegos y les atribuyesen roles en consonancia con fantasías específicas. También era el fundamento del pensamiento abstracto.⁸⁵ En síntesis, era condición imprescindible para la evolución de toda la vida psíquica. *IFSY* comienza así:

“El planteo de este artículo se basa en la suposición de que hay una etapa temprana del desarrollo mental en que se activa el sadismo en cada una de las diversas fuentes del placer libidinoso. Según mi experiencia, el sadismo alcanza su punto culminante en dicha fase, que se inicia con el deseo oral-sádico de devorar el pecho de la madre (o toda ella) y desaparece con el advenimiento de la primera etapa anal. En el periodo a que me refiero, el fin predominante en el sujeto es apoderarse del contenido del cuerpo de la madre y destruirla con todas las armas que el sadismo tiene a su alcance. Esta fase constituye, al mismo tiempo, la introducción al complejo de Edipo. Las tendencias genitales comienzan ahora a ejercer su influencia, aunque esta no es todavía evidente porque los impulsos pregenitales dominan el campo. Mi planteo se apoya en el hecho de que el conflicto edípico comienza en un periodo en que predomina el sadismo.

El niño espera que en el interior del cuerpo de su madre encontrará: a) el pene del padre, b) excrementos y c) niños, y homologa todas estas cosas con sus ansias comestibles. De acuerdo con las más primitivas fantasías (“o teorías sexuales”) infantiles sobre el coito de los padres, durante el acto el pene del padre (o todo su cuerpo) es incorporado por la madre. De este modo, los ataques sádicos del niño tienen por objeto a ambos padres a la vez, a quienes muerde, despedaza o tritura en sus fantasías. Esos ataques despiertan angustia porque el niño teme ser castigado por los padres unidos y esta angustia también es internalizada a consecuencia de la introyección oral sádica de los objetos y así se dirige ya hacia el superyó temprano.” (OCKPA, 2, p. 209).

Las primeras deflexiones de Tánatos y la carga sádica sobre los objetos, no amainaban la angustia –más bien, lo contrario–, porque el objeto agredido devenía retaliativamente peligroso, con lo que no cesaba de regenerarse persecución y miedo. El yo, como parte de su estrategia defensiva, comenzaba a buscar otros objetos externos –distintos a la madre–, para seguir descargando el sadismo. En esa tarea Klein atribuyó un papel destacado a la simbolización, dado que los desplazamientos a nuevos objetos se realizaban gracias a equivalencias simbólicas. Se constituía así una cadena de objetos simbólicamente asociados. El círculo *ataque* → *venganza* → *más angustia* → *nueva agresión* tendía a reproducirse con cada nuevo objeto; cuando estos quedaban saturados, el infante debía extender aún más su búsqueda a otros objetos “vírgenes” de cargas sádicas. Ellos –objetos parciales al principio, totales, después– se alejaban cada vez más del original materno, aunque se mantenían simbólicamente conectados con ella. Estos desplazamientos tampoco pueden ser infinitos y, por otra parte, el sadismo se iría disipando a medida que se hacía mayor la distancia con el objeto primitivo. Esa era una de las vías por las que disminuiría el sadismo y la correspondiente retaliación; igualmente, la angustia que puso en marcha todos estos movimientos.

Puede apreciarse de nuevo que en el pensamiento kleiniano todo tenía sus contrapartidas: el aspecto defensivo de la simbolización –aminoración de la angustia, desvío al exterior de montantes del instinto de muerte– conllevaba un incremento del interés por los objetos mundanos y una ampliación de las relaciones. Gracias al sadismo se le ofrecía al yo nuevos objetos que saciaban,

siempre parcialmente, el ansia de conocimiento (instinto epistemofílico). La formación de equivalentes simbólicos entre objetos devino un elemento clave en su teoría sobre las simbolizaciones. En esta confluyeron: la proyección, la identificación entendida en el sentido ferenciano y el establecimiento de equivalencias entre partes del cuerpo y los objetos externos (véase nuevamente 6.4.1.1., los párrafos dedicados a Ferenczi); como objeto privilegiado, el cuerpo de la madre, como prototipo y principal objeto real externo. Estas co-presencias permitirían pensar retroactivamente lo sostenido en *IFSY* (1930) como un antecedente del concepto de identificación proyectiva que tardaría aún quince años en aparecer.

En su teoría sobre el simbolismo Klein puso en práctica el célebre aforismo: “al enemigo, puente de plata”; se trataba de construir una pasarela de salida para el instinto de muerte y el sadismo –y yugular así la angustia–; pero, ese mismo viaducto servía al niño para ampliar las relaciones con el mundo objetal. La simbolización así descrita adquirió además carácter defensivo en tanto estaba involucrada en los procedimientos de reducción de la angustia.⁸⁶ Klein lo explicó así:

“Hace algunos años, escribí un artículo [se refiere a *Análisis infantil* (1923)] basado en estos conceptos, en el que llegué a la conclusión de que el simbolismo es el fundamento de toda sublimación y de todo talento, ya que es a través de la ecuación simbólica que cosas, actividades, e intereses se convierten en temas de fantasías libidinosas.”

Puedo ampliar ahora lo expresado entonces y afirmar que, junto al interés libidinoso, es la angustia que surge en la fase descrita la que pone en marcha el mecanismo de identificación [se refiere a la identificación de la que hablaba Ferenczi]. Como el niño desea destruir los órganos (pene-vagina-pecho) que representan los objetos, comienza a temer a estos últimos. Esta angustia contribuye a que se equipare dichos órganos con otras cosas; debido a esta equiparación, éstas a su vez, se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsado a hacer nuevas ecuaciones que constituyen la base de su interés en los nuevos objetos, y del simbolismo.

Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general. He señalado que el objeto del sadismo en su punto culminante –y el impulso epistemofílico surge simultáneamente con el sadismo– es el cuerpo materno con sus contenidos fantaseados. Las fantasías sádicas dirigidas contra el interior del cuerpo materno constituyen la relación primera y básica con el mundo exterior y con la realidad.” [*IFSY* (1930), OCKPA, vol. 2, pp. 210-211. Lo que está entre corchetes es mío].⁸⁷

Se deduce que el eje de todos estos procesos –simbolización, sublimación, epistemofilia, etc.– no era para Klein la libido –como en Freud–, sino las tendencias tanáticas; ellas determinaban el desarrollo evolutivo, la angustia, la simbolización y la sublimación; claro está, en la medida en que el *quantum* de su carga congénita no fuera exagerada. Caso contrario, al tenerse que activar excesiva y prematuramente las defensas del yo contra el sadismo, el establecimiento de relaciones con la realidad y el desarrollo fantasmático, se verá dificultado:

“La posesión y exploración sádica del cuerpo materno y del mundo exterior (el cuerpo de la madre por extensión), quedan detenidas y esto produce la suspensión más o menos completa de la relación simbólica con las cosas y objetos que representan el cuerpo de la madre y, por ende, del contacto del sujeto con su ambiente y la realidad en general.” [*IFSY* (1930), OCKPA, vol. 2, p. 221].

En cambio, si el yo progresaba en su integración, la primera realidad del niño –calificada de totalmente fantástica, irreal– era sustituida gradualmente por otra, menos deformada. El acceso a la realidad que propuso Klein a partir de *IFSY* y *EPN* seguía la vía abierta por la ontogénesis de los símbolos, con una originalidad añadida: ella vinculó los serios problemas de Dick para manejar los símbolos verbales a una distorsión en las funciones de simbolización. En principio, cuando presentó a Dick, ella describió la situación de su pequeño paciente en términos de carencia: Dick no tenía relaciones simbólicas con las cosas; la simbolización se había detenido; los objetos no tenían de valor afectivo para él; su juego no era una representación simbólica basada en fantasías; estaba desconectado y aislado de la realidad y sólo se interesaba por los trenes, las estaciones, las puertas (sus picaportes, sus aperturas y cierres); pocas cosas más (p. 213). Pero las conclusiones a las que llegó mostraron que las dificultades de Dick no se debían a una falta de significado simbólico o a un déficit en la catexis de la realidad sino a un exceso de significaciones simbolizantes muy angustiosas, que desbordaban al niño y no le permitían una descarga sublimada del sadismo ni reproducir en sus fantasías su relación sádica con el cuerpo materno y le resultaba imposible yugular. Por eso no podía manejar tijeras, cuchillos o cualquier otro instrumento de corte, dificultades éstas que se conectaban con la anterior incapacidad

para morder los alimentos. La defensa contra los impulsos sádicos dirigidos al cuerpo materno y sus contenidos produjeron el cese de las fantasías y la detención de la formación de símbolos.⁸⁸

A partir de *EPN* (1932) el instinto de muerte devino el *factor dinámico* por excelencia no sólo de la simbolización sino de todos los aspectos del desarrollo psíquico. Pero justamente en este texto Klein se encargó de afirmar que no era sólo el sadismo y la agresividad los que estaban en la base de la simbolización y de las relaciones objetales; también participaban las fantasías libidinales. La existencia de personajes benévolos ya descrita al abordar la problemática del superyó –(véase *supra*, 6.3.3.)–, posibilitaba una construcción más realista de los objetos.⁸⁹

Esta perspectiva que se acentuó en *CTEL* (1952), mostraba una teoría del simbolismo integrada definitivamente en la PD: el yo proyectaba tanto el instinto de muerte como Eros. Una culpa morigerada y la capacidad de reparar moderaban el sadismo y contribuía a crear nuevos objetos e intereses, que fomentaban las sublimaciones por el resto de la vida. La formación de símbolos devino un acto creativo en el que participaba el dolor psíquico, las elaboraciones de los duelos y las tareas reparatorias. (Véase *infra*, 4.4.3). Más de treinta años después, en *ORLA* (1963), escribió:

“Para poder comprender cuál es el papel que desempeña el simbolismo en la vida mental, es preciso que tomemos en cuenta las múltiples formas en que el yo en desarrollo maneja los conflictos y las frustraciones. Las maneras de expresar sentimientos de satisfacción y de resentimiento, y toda la gama de las emociones infantiles, se van modificando gradualmente. Puesto que las fantasías ocupan la vida de la mente desde el nacimiento, existe un poderoso impulso que tiende a ligarlas a diversos objetos -reales o fantaseados-, los cuales se convierten en símbolos y proporcionan un escape para las emociones del bebé. Estos símbolos representan primero objetos parciales y, luego de unos pocos meses, objetos totales (es decir, personas). El niño coloca todo su amor y odio, sus conflictos, sus satisfacciones y sus anhelos en la creación de estos símbolos, internos y externos, que entran a formar parte de su mundo. El impulso de crear símbolos es tan poderoso debido a que ni siquiera la madre más amante es capaz de satisfacer las intensas necesidades emocionales del bebé; de hecho ninguna situación de realidad puede colmar las urgencias y deseos, frecuentemente contradictorios de la vida de fantasía del bebé.” [*ORLA* (1963), OCKPA, vol. 6, p. 217].

La lectura cotejada de las teorías de Freud, Klein y Lacan permitirá un breve apunte suplementario. La equivalencia simbólica entre objetos parciales que la psicoanalista de niños propuso tenía un antecedente en las ecuaciones simbólicas $pene = niño = heces = regalo$ que Freud había descrito en *Sobre la transmutación de los instintos y especialmente el erotismo anal*. Sin embargo la propuesta kleiniana fue diferente; entre otras cosas, por la enorme ampliación que hizo de las posibles ecuaciones entre objetos. Freud planteaba que los objetos igualados eran intercambiables únicamente en lo inconsciente; Klein hizo actuar a estas ecuaciones simbólicas sobre los objetos de la realidad. Esto le acercó a la concepción lacaniana del significante en psicoanálisis (véase III, 4.3.): no existe correspondencia biunívoca entre el objeto y su representación simbólica, entre el símbolo y lo simbolizado. En el inconsciente, un mismo objeto puede ser “objeto” de diferentes representaciones y una sola representación puede aludir a diferentes objetos. Cualquier objeto nimio –una taza un vaso, una prenda de vestir–, podría producir el mismo temor/terror que el pecho materno persecutorio; a cualquier alimento sería posible adscribirle propiedades que envenenan.

6.4.2. La sublimación⁹⁰

Las exigencias de un orden expositivo no deberían empañar la inextricable relación que –desde el comienzo hasta el final de su obra– Klein estableció entre simbolización, sublimación y reparación. Esta última, al haber surgido en el quinquenio final de K_1 , hizo que la hermandad conceptual de las dos primeras fuese más prolongada. Las tres fueron consideradas por ella manifestaciones de la pulsión de vida en la psique y tuvieron repercusiones en su forma de encarar la actividad clínica.

La psicoanalista radicada en Londres vinculó la sublimación con los avances en el desarrollo evolutivo infantil, que a su vez, dejaban sentir sus efectos en la vida psíquica adulta. Los comentarios iniciales que ella hizo sobre la misma se encuadraron –a grandes rasgos– dentro de la perspectiva freudiana, en cuyo enfoque predominaba el punto de vista económico de la metapsicología. También la pensó como un destino pulsional diferente y alternativo a la represión. Sin embargo los desarrollos posteriores sobre el tema por parte de Klein indicaban que ese primer marco le resultaba un tanto

estrecho: lo amplió conectándola con la simbolización, con la reparación y con la inclusión de diversas actividades adaptativas. Al final de K_1 la sublimación quedó integrada a las tareas reparatorias y en K_2 (1933-1945) se articuló con la posición depresiva, que exigía al yo restaurar a los objetos atacados y dañados por un sadismo que, desde entonces, fue una expresión del instinto de muerte.

Klein pensaba por aquellos años que la formación de símbolos producía el cambio de objeto y fin pulsional que Freud había propuesto como elementos esenciales de la sublimación; por lo tanto: no era necesaria la desexualización del instinto para que ella se consumase. En K_3 (1946-1960) compuso un nuevo conjunto que enlazaba y sintetizaba –hasta donde eso era posible– las ideas anteriores: los sentimientos de culpa de la posición depresiva motorizaba una sublimación puesta íntegramente al servicio de las tareas reparatorias del objeto destruido sádicamente. La importancia que Freud había otorgado a un proceso íntimo de la pulsión –la desexualización era, obviamente, *intrapsíquica*– quedó definitivamente anulada y desplazada hacia la combinación de operaciones simbólicas, sublimatorias y reparatorias en las que desde el comienzo estaba implicado *el objeto*, pero con efectos de retorno sobre el sujeto.

La envidia, introducida en 1957, devino finalmente el obstáculo principal para toda reparación, sublimación y creatividad. Lo anticipado en esta introducción será desarrollado con detalle en los siguientes apartados:

6.4.2.1. K_1 : primeros enfoques sobre la sublimación

6.4.2.2. K_2 : posición depresiva y sublimación reparatoria

6.4.2.3. K_3 : la sublimación en el sistema kleiniano tardío

6.4.2.1. K_1 : primeros enfoques sobre la sublimación

Según sus constataciones clínicas –Fritz (Erich) y Félix (1919-1924)–, la sublimación aparecía muy tempranamente en la vida de los niños. Dos años más tarde generalizó estas observaciones elaborando su teoría de las *sublimaciones primarias*, que sentaban las bases de las más tardías. Al comienzo de 6.4.1.2. se sostuvo que las mismas estaban incluidas dentro de una concepción más amplia acerca de la catexia libidinal de la realidad externa; allí mismo se incluyó una cita de AI (1923) en la que Klein hizo referencia a la génesis de la sublimación, mediante el desplazamiento de la libido hacia otros objetos y actividades diferentes de los relacionados con la autoconservación; básicamente: el uso de la palabra y el placer del movimiento corporal (inicio de la deambulación, deportes y juegos diversos, natación, deslizamiento en tobogán, bríos atléticos, etcétera). Las sublimaciones se llevaban a cabo mediante descargas de libido superflua que investían tendencias o actividades yoicas. Así se expresó en AI (1923):

“Las situaciones placenteras realmente experimentadas o fantaseadas, permanecieron sin embargo inconscientes, y fijadas, pero se les dio intervención en una tendencia del yo y así pudieron descargarse. Cuando reciben esta clase de representación, las fijaciones quedan despojadas de su carácter sexual; marchan de acuerdo con el yo y si la sublimación tiene éxito –es decir, si se fusionan con una tendencia del yo– no son reprimidas. Cuando esto sucede, proporcionan a la tendencia del yo el motivo de afecto que actúa como estímulo y como fuerza impulsora del talento y, como la tendencia del yo les proporciona campo libre para actuar en consonancia con el yo, permiten a la fantasía desplegarse sin restricciones y en esta forma ellas mismas son descargadas.” [AI (1923), OCKPA, vol. 2, p. 90]

“... el desarrollo de un interés por el arte o de un *talento* creador dependerían en parte de la riqueza e intensidad de las fijaciones y fantasías representadas en la sublimación. Sería importante no sólo en qué cantidad están presentes los factores constitucionales y accidentales involucrados y cuán armoniosamente cooperan, sino también cual es el grado de actividad genital que podrá ser desviada para la sublimación.” (*Ídem*, p. 91)

“[...] Al examinar el problema de la sublimación, sugerí que un factor determinante de su éxito era que las fijaciones destinadas a la sublimación no hayan sufrido una represión demasiado temprana, porque esto impide la posibilidad de desarrollo. De acuerdo con esto tenemos que postular una serie complementaria entre la formación de síntomas por una parte, y la sublimación exitosa por otra. Estas series incluirían también posibilidades de sublimación menos exitosas. En mi opinión, encontramos que la fijación que conduce a un síntoma estaba ya en vías de sublimación, pero fue apartada de ella por la represión. Cuanto más pronto ocurre esto, mayor será el grado en que la fijación retendrá el

verdadero carácter sexual de la situación placentera y tanto más sexualizará la tendencia en que ha colocado su catexia libidinosa, en vez de fusionarse con esa tendencia. También será más inestable esa tendencia o interés porque estará continuamente expuesta a la arremetida de la represión.” (*Ídem*, p. 91). Las cursivas son de la autora.

Los fragmentos citados son elocuentes respecto del posicionamiento de Klein en esa época: la primera cita muestra cierta adhesión al pensamiento freudiano en relación al mecanismo interviniente: las actividades sublimadas debían atraer las fuerzas de la pulsión sexual hacia actividades no sexuales, hipótesis planteada por el vienés en *RILV* (1910).⁹¹ También ratificó que la represión y sus posibles consecuencias –formación de síntomas e inhibiciones– era un destino pulsional muy diferente –más bien opuesto– a la sublimación.

Dos cuestiones novedosas aparecieron en este párrafo: la relación que estableció entre fijación y sublimación, asunto sobre el que se volverá enseguida, y el despliegue de las fantasías –“sin restricciones”– en las actividades sublimadas.

En el segundo párrafo destacaban los factores constitucionales y accidentales que entraban en juego en la capacidad sublimatoria de cada quien e insistió en el punto de vista económico y energético: ella dependía del *quantum* de carga genital desplazada hacia actividades no sexuales. Ejemplificó el primer asunto con Leonardo da Vinci sobre quien afirmó que probablemente haya tenido una identificación (a lo Ferenczi) muy amplia con los objetos reales externos más una precoz y portentosa transformación de libido objetal en narcisista.⁹² Respecto del segundo aspecto, cabe recordar que lo denominado *genital* por Klein –*fálico* para Freud– será a partir de *EPN* (1932) una manifestación neta de la pulsión de vida.

En el tercer fragmento desarrolló el cariz novedoso antes mencionado: a partir de una fijación podría surgir una sublimación pero el camino no era fácil: dicho movimiento podía toparse con la represión –que en K_1 operaba precozmente– y, en caso de imponerse, se bloqueaba el proceso, generándose síntomas e inhibiciones. De ahí el objetivo clínico que se impuso en aquella época: levantar las represiones para que la sublimación abortada o frenada adquiriera un nuevo empuje y desaparecieran las inhibiciones. Removida la represión, renacía la sublimación malograda o bien se creaba una nueva.

En el apartado anterior, dedicado a la simbolización, se destacó la participación de la misma en el surgimiento de actividades sublimadas. Conviene señalar el verdadero alcance de esta articulación porque significó el primer paso de un distanciamiento teórico del vienés en este asunto: la sublimación se jugaba en el plano de las relaciones con objetos (identificación y simbolización mediante) y dejaba de ser una trasmutación íntima de la pulsión (proceso intrapsíquico en Freud). De allí que años más tarde Klein pensase que no era necesaria la desexualización de la pulsión: la sublimación conllevaba un procedimiento mediante el cual una tendencia instintiva se había hecho sintónica con el yo y potenciaba actividades de éste.

6.4.2.2. K_2 : posición depresiva y sublimación reparatoria

En *CPM-D* (1934) la sublimación quedó integrada a las tareas reparatorias pero Klein no las consideró conceptualmente sinónimas: toda sublimación era una reparación pero no toda reparación tenía carácter sublimatorio. Esta última siguió siendo, al igual que en la teoría freudiana, un destino del instinto; en cambio, la primera era un mecanismo yoico y se expresaba más bien en los territorios propios de la fantasía inconsciente.

Cabe consignar que esta diferenciación no implicó relegación de la primera por la segunda ni que dejaran de funcionar sinérgicamente.

La sublimación junto con la reparación intervenían en la ruptura del círculo vicioso sádico tantas veces comentado, pero, para que ello ocurriese era imprescindible el aumento de las tendencias genitales (Eros).

El conjunto de estos procedimientos acontecía en el seno de la posición depresiva, donde la culpa depresiva exigía, dado el amor por el objeto, restaurar los daños ocasionados. Se trataba de la contracara del infierno sádico: en el paraíso de la sublimación/reparación se curaban las heridas infligidas fantasiosamente. Sin embargo el objeto casi nunca podía beneficiarse de una *restitutio ad integrum*.

6.4.2.3. K_3 : la sublimación en el sistema kleiniano tardío

En este tema también *CTEL* y *OCB*, ambos de 1952, vinieron a condensar las ideas de periodos anteriores de su obra; por aquel entonces ya tenía solera el trasvase de la sublimación hacia la reparación, la participación de las tendencias libidinales y del instinto de vida para ambos mecanismos, la culpa como promotora de ambas y la integración de estos procesos en los duelos prototípicos de la posición depresiva. En dicho texto puede leerse:

“En este estadio el deseo de reparar al objeto dañado entra en juego de lleno. Según hemos visto anteriormente, esta tendencia se halla inextricablemente ligada a sentimientos de culpa. Al sentir el bebé que sus pulsiones y fantasías de destrucción están dirigidos contra la persona total de su objeto amado, surge la culpa en toda su fuerza y, junto con ella, la necesidad dominante de reparar, preservar o revivir el objeto amado dañado. En mi opinión estas emociones conducen a estados de duelo; y las defensas movilizadas, a tentativas por parte del yo de superar el duelo.

Puesto que la tendencia a reparar deriva en última instancia del instinto de vida, origina fantasías y deseos libidinales. Esta tendencia forma parte de todas las *sublimaciones* y constituirá, a partir de ese estadio en adelante, el medio más poderoso por el cual se mantienen a raya y se disminuye la depresión.

Parece que no existe ningún aspecto de la vida mental que en los estadios tempranos no sea utilizado por el yo como defensa contra la ansiedad. También la tendencia a reparar, utilizada en un principio en forma omnipotente, es transformada en defensa. El sentimiento (fantasía) del bebé puede describirse como sigue: ‘Mi madre está desapareciendo, tal vez no vuelva nunca, está sufriendo, está muerta. No, esto no puede ser, porque yo puedo revivirla.’

La omnipotencia decrece a medida que el bebé adquiere gradualmente confianza a la vez en sus objetos y en sus capacidades de reparación.” [*CTEL* (1952); *OCKPA*, vol. 3, pp. 189-190]. Las cursivas son mías.

Este fragmento es muy elocuente y no necesita grandes comentarios; puede ser tomado como un puente que conectara este apartado con el siguiente, dedicado a la reparación; allí se abordará también los aspectos defensivos de esta última (su carácter omnipotente) y los reacomodos conceptuales que implicó la introducción de la PEP. En páginas posteriores de *CTEL* recordó que la reparación no sólo se dirigía a objetos externos sino y también a objetos internos y partes de la propia persona.⁹³ Por último, en *EyG* (1957), la envidia ligada a Tánatos fue descrita como el sentimiento que más atentaba contra la reparación, la sublimación y la creatividad.

Es interesante traer a colación aquí el carácter conflictivo de las relaciones entre los instintos y el superyó. Según el punto de vista kleiniano, la *renuncia a la satisfacción pulsional*⁹⁴ no acontecería por domesticación de la pulsión ni porque ellas se volvieran más consideradas hacia el objeto –propuesta de Abraham–, sino por procesos que respondían a otros condicionantes, a saber: puesta en marcha de mecanismos de sublimación y reparación en el contexto de la posición depresiva, que apaciguaban indirectamente al superyó, que también “maduraba” psíquicamente.

Para Freud, en cambio, la tensión entre las pulsiones y el superyó se rebajaban ya sea por la desexualización de la pulsión, ya sea por las renunciadas a la satisfacción de las mismas. En esta última situación, la naturaleza íntima de la pulsión no se modificaba –como sería en el caso de la desexualización / sublimación–; tan sólo quedaba coartada o inhibida en su meta y se buscaba otra satisfacción sustitutiva, de índole narcisista: el yo se sentía orgulloso y enaltecido por la inhibición de la pulsión en su fin. La *no* modificación de las características intrínsecas de la pulsión en el caso de las renunciadas pulsionales, las diferenciaba de la desexualización propia de la identificación y sublimación (véase I, 6.4.1).

Cabría recordar que en K_3 la sublimación ya no tenía como requisito previo la desexualización; la caracterización más amplia que hizo de ella fue: tendencias y actividades del yo que reciben una fuerza motriz extra por parte de una tendencia instintiva libidinal que se hacía sintónica con el yo. El instinto quedaba integrado de manera cónsona con esas acciones.

Una breve comparación entre Freud y Klein sobre la sublimación permitirá apreciar la ubicación de las piezas teóricas de ambos sobre el tablero psicoanalítico. Para el vienés, la sublimación era el resultado de una exitosa trasmutación/desexualización de la pulsión –con cambio de fin y objeto incluido– tras la renuncia al objeto edípico en la declinación del complejo. Se sublimaban las pulsiones parciales; el proceso dejaba como efecto un montante de pulsión de muerte liberado tras la desexualización pulsional (I, 6.4.1).

Para Klein la sublimación no requería desexualización; desde el principio hasta el final acontecía en el seno de relaciones objetales; la simbolización jugaba un rol importante en la misma y si una renuncia había no era al objeto sino a las actitudes sádicas hacia él, motivada por la culpa y los procesos de duelo propios de la PD. Las tendencias libidinales y el instinto de vida estaban siempre implicados; el proceso no suponía la liberación de Tánatos. Si el yo podía restaurar al objeto –evitando las variantes obsesiva y maníaca de la reparación– surgirá la actividad creativa propia de la sublimación que englobaría en su seno el dolor del trabajo de duelo.

6.4.3. La reparación

El término *reparación* apareció por primera vez en *Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador* [*SIA* (1929)]; vino a nominar los esfuerzos que hacían los niños por restaurar las imágenes dañadas de los padres y, en términos más amplios, de todos los objetos con los que ellos entraban en contacto y sentían haberlos atacado. Con anterioridad –por ejemplo en *ETCE* (1928)–, Klein se había referido a esta misma actividad con los términos de arreglar, enmendar, restituir los daños causados. Por lo tanto, se trataba de un nombre nuevo –que resultó ser definitivo en su teoría– para procedimientos que había descrito con anterioridad. Lo dicho permite afirmar que la reparación apareció antes que el concepto de posición y después de que adjudicase claro protagonismo a las tendencias sádicas en la mente infantil. En tanto este vocablo persistió hasta el final de su obra, se prestará especial atención a la evolución del concepto desde *SIA* (1929) en adelante, dejando de lado los antecedentes comentados. Se reseñarán también algunas inflexiones que le fueron introducidas durante los treinta años siguientes a su aparición. Se resaltará desde ya el carácter inconsciente e imaginario de este procedimiento.⁹⁵

6.4.3.1. Primeras presencias

A través de la técnica de juego Klein se percató tempranamente de las actitudes de los niños hacia los juguetes que rompían: algunos trataban de arreglarlos, recomponerlos, hacerlos funcionar nuevamente, mientras que otros negaban su existencia, arrinconándolos o escondiéndolos. A partir de estas observaciones dedujo la existencia de sentimientos de culpa, seguidos de diversas reacciones: los primeros trataban de restaurarlos; los segundos, negar la angustia y el dolor que podían sentir. Allí estuvo la raíz de la posterior división –en K_2 – entre una reparación fundada en el amor al objeto y otras de carácter más defensivo, ya sean de tinte maníaco u obsesivo.

En *SIA* (1929) Klein llevó a cabo un análisis aplicado de dos producciones artísticas; la ópera de Ravel *L'enfant des sortilèges*, con guión de Colette y la obra pictórica de Ruth Kjär, a través del relato *El espacio vacío*, de Karin Michaelis, amiga de la artista. En ambas partes de *SIA* Klein puso en juego casi toda la batería conceptual que había desarrollado hasta entonces. Se ilustró especialmente el mecanismo reparatorio y su carácter reactivo al sadismo, primero en la lógica kleiniana. Carece de sentido sintetizar el guión y su puesta en escena operística ni el artículo de Michaelis; Klein ya lo hizo en este texto que es muy asequible. Se incluirán en cambio dos comentarios de ella que subrayan algunos aspectos ligados al tema que se está tratando:

“En el desarrollo ontogenético el sadismo es superado cuando el sujeto avanza al nivel genital. Cuando más poderosamente se instaura esta fase, más capaz se vuelve el niño de amor objetal y de vencer su sadismo por medio de compasión y simpatía.” [*SIA* (1929), OCKPA, vol. 2, p. 204].

“Es obvio que el deseo de reparar, de arreglar el daño psicológicamente hecho a la madre, y también de restaurarse a sí misma, estaban en el fondo del impulso a pintar estos retratos de sus parientes. El de la anciana, en el umbral de la muerte, parece ser la expresión del deseo primario sádico de destruir. El deseo de la niña de destruir a su madre, de verla vieja, gastada, desfigurada, es la causa de la necesidad de representarla en plena posesión de fuerza y belleza [en un cuadro posterior]. Al hacerlo la hija puede apaciguar su propia angustia y puede tratar de reparar a la madre y hacerla nueva a través del retrato. En los análisis de niños, cuando la representación de deseos destructivos es seguida de la *expresión de tendencias reactivas*, encontramos constantemente que el dibujo y la pintura son utilizados como medios de reparar a la gente. El caso de Ruth Kjär muestra claramente que esta angustia en la niña es de la mayor importancia para el desarrollo del yo en las mujeres y es uno de los incentivos de realizaciones. Pero,

por otra parte, esta angustia puede ser la causa de grave enfermedad y muchas inhibiciones. Como en el miedo de castración en el varón, el efecto de la angustia sobre el desarrollo del yo depende del mantenimiento de cierto equilibrio óptimo y del interjuego satisfactorio entre los diversos factores.” [SIA (1929), OCKPA, vol. 2, pp. 207-208]. Las cursivas y lo que está entre corchetes es mío.

Su aparición en la escena psíquica implicaba ya por entonces un avance en la maduración psíquica del infante: revelaba una relación con el objeto distinta a la existente durante la fase de apogeo del sadismo. Tales cambios estaban promovidos por la presencia más significativa de tendencias instintivas genitales, que reducían el sadismo y facilitaban el surgimiento del amor, la compasión y simpatía hacia el objeto. El sadismo era primario, es decir, anterior cronológicamente a la aparición de la reparación que por entonces era considerada reactiva, tal como puede apreciarse en las palabras subrayadas con *itálicas* en la cita anterior. Allí también se lee que los objetos concernidos por la reparación eran, tanto externos como internos (“restaurarse a sí misma”) dada la solidaridad teórica establecida entre ambos. Fue una constante en la concepción kleiniana que los objetos internos y los externos corrieran una suerte similar; la reparación no fue una excepción a esta regla. Cada fantasía reparatoria ponía de relieve otra anterior, de contenido sádico hacia el objeto, que era necesario contrarrestar. Bastaba saber cómo alguien reparaba para inferir cómo ese alguien había destruido anteriormente. Dime como reparas que sabré como has destruido, vino a decir Klein, aunque utilizando otros términos. Para ella, las fantasías destructivas quedaban inscritas de manera *imborrable e inmodificable* “en los estratos más profundos del inconsciente”, constituyendo un núcleo que, desde ese lugar tópico, exigía también reparaciones. Así pues, fantasía sobre fantasía apiladas en capas: una –reparatoria, ligada a Eros– era la contracara de la anterior, tanática y sádica. La presencia de las mismas –entendidas como correlatos de los instintos– y su capacidad determinista formó siempre parte de su manera de entender la realidad psíquica del niño. No por fantasioso e imaginario, el sadismo dejaba de ser causa de actitudes psíquicas.

Es importante reconocer este aspecto del pensamiento de Klein, que constituyó una de sus líneas de fuerza; esta faceta está estrechamente relacionada con su concepción “endogenética”. En otro contexto se consideró que ese rasgo teórico operaba como un *avant-coup*: función determinante de lo anterior sobre aquello que sucederá en el futuro. Este rasgo se apreciará claramente en su manera de entender la reparación en K_1 : reacción a las fantasías destructivas previas. En pocas palabras: las tendencias crueles “fozaban” la piedad y el remordimiento posterior, que necesitaban de un contexto adecuado para manifestarse. Los efectos fantaseados e imaginarios de la destructividad se compensaban con una reparación también imaginaria y fantasiosa. Sin duda era primordial evaluar cuál fue el destino de esta manera de entenderla en las elaboraciones sobre este tema en K_2 y K_3 .

6.4.3.2. Reparación y posición depresiva. Desarrollos ulteriores

Tras la creación del concepto de posición depresiva (1934), la reparación pasó a formar parte del conjunto de procesos ligados a la pulsión de vida que favorecían el desarrollo evolutivo, conservando el carácter de una fuerza constructiva y creativa tanto en el mundo interno como en el externo. Efecto directo de la angustia depresiva y de la culpa, su meta era cuidar de aquello que había sido agredido sádicamente; se integró por lo tanto al trabajo de duelo propio de esta posición. Para llevarla a cabo era condición previa sentir amor hacia el objeto, pero era la culpa la que desencadenaba la reparación.

La introducción de la PD y la pulsión de muerte a comienzos de la década de los años treinta ocasionó un efecto teórico colateral: se sustituyó el combate “sadismo en su máxima expresión” *versus* “sublimación – reparación”, por la lucha entre el instinto de muerte que alimentaba las tendencias sádicas y el instinto de vida que apuntalaba la simbolización, la sublimación y reparación.

En la PD el yo era capaz de experimentar remordimientos y dolor por los daños infligidos al objeto por sus tendencias sádicas; se identificaba con el objeto bueno (total) y se ponían en marcha las fantasías de restitución del objeto. Tarea nada fácil, en tanto el odio, el sadismo y los objetos malos estaban también presentes; pero, si se reiteraba, ayudaba al yo a integrarse. Estos comportamientos aparecían cuando se podía tolerar sentimientos opuestos respecto de un mismo objeto; esa

ambivalencia atemperada permitiría separar el amor del odio con lo que se facilitaban las relaciones edípicas.

Es evidente que la integración de la reparación a la PD significó una inflexión importante en los alcances conceptuales de dicho concepto: dejó de ser sólo una formación reactiva al sadismo –tendencia predominante en K_1 – para devenir una pieza significativa de todos los procesos que favorecían el desarrollo psíquico. Dicho en otros términos: su pertenencia dejó de ser exclusiva al campo de las *defensas* y se constituyó en parte fundamental, junto al trabajo de duelo, de las labores adjudicadas a la PD. Pero, el autor de esta tesis considera que el giro no fue de 180° porque el sadismo intenso siguió vigente, aunque afinado a partir de 1946 en la PEP.⁹⁶ Al comienzo de K_2 también estableció las diferencias ya apuntadas entre sublimación y reparación.

Con el inicio de K_3 , la antigua fase de sadismo máximo fue desapareciendo de la escena teórica por trasvase de la misma a la PEP; por otra parte la PD propiciaba un mayor contacto con la realidad y una reducción concomitante del sadismo. Colaboraban en dicha tarea los avances en la integración del objeto –ahora total– cosa que permitía a los niños sentir pena y dolor por los estragos causados al objeto bueno, a causa de su sadismo.

En 6.4.2.3. se avanzó lo que Klein pensaba en *CTEL* (1952) y en *EyG* (1957) sobre la reparación. En este último texto sostuvo que la envidia –representante del instinto de muerte– era un obstáculo de gran envergadura para su consumación; en cambio la gratitud alentaba la reparación, la sublimación y las actividades creativas. Ella operaba sobre un objeto que había recibido los ataques envidiosos.⁹⁷

Las referencias a la reparación en los últimos años de su obra, al quedar ligadas fundamentalmente al amor y a la gratitud hacia el objeto bueno imbuyeron a sus textos de cierto tono místico y por momentos, romántico: se acercaban a una versión psicoanalítica del triunfo del amor, de la bondad y de las tendencias ligadas al instinto de vida. El odio, la maldad y Tánatos no desaparecieron de la escena teórica, pero, así como en K_1 y K_2 estaban omnipresentes y las tendencias ligadas a Eros brillaban por ser escasas, al final de K_3 pareció invertirse dicha propensión.⁹⁸ La proclividad a reparar más una adecuada elaboración de duelos y el logro de una mayor integración del yo y del superyó se convirtieron en los objetivos y metas del análisis, que llevaban a su final.⁹⁹ Al término de su obra, Klein pareció reencontrarse teóricamente con su maestro Abraham, que a inicios de los años veinte había escrito sobre el *amor objetal* propio de la etapa genital definitiva (la VI) y culminación del desarrollo de la libido. Este asunto fue abordado en II, 2.6.3.1., a través de comentarios sobre el cuadro evolutivo propuesto por el analista berlinés, quien caracterizó al *amor objetal* como aquél que prodigaba grandes cuidados al objeto y el sujeto podía hasta renunciar a la propia satisfacción de sus pulsiones en aras del otro. Esta entrega al objeto borraría todo rastro de egoísmo.¹⁰⁰ A continuación se encararán las otras formas de reparación –especialmente la maníaca y la obsesiva– y se harán algunas consideraciones sobre los aspectos defensivos de la simbolización.

6.4.3.3. La reparación maníaca y obsesiva

Han sido consideradas básicamente, como variantes fallidas de la reparación; Klein otorgó a ambas un neto carácter defensivo. Estas modalidades diferían de la reparación motivada por la culpa depresiva porque se asociaban con la negación de la misma y el desprecio omnipotente del objeto que, por otra parte, se intentaba restaurar. Consideró que estas modalidades reparatorias no surgían del amor hacia el objeto –sea interno o externo– ni del reconocimiento de los daños que se les había ocasionado. Por eso se extinguía fácilmente y afloraba el desapego del objeto: se lo juzgaba no merecedor de esfuerzos reparadores. Se trataba de formas mágicas y omnipotentes de reparación, inevitablemente ineficaces, asociadas a actitudes desdeñosas y despreciativas hacia el objeto. Si se expresara en el lenguaje de los adultos el fundamento de estas actitudes podría usarse expresiones como las siguientes: “no vale la pena”, “qué sentido tiene tomarse la molestia de cuidarlos”, “para qué ese esfuerzo”, etc. Como estos desplantes acaban produciendo más estragos al objeto, resultaba frecuente la generación de un círculo vicioso: a mayor desprecio mayor daño y más necesidad de reparaciones maníacas. Estas constituirían un fiel reflejo invertido de la omnipotencia destructiva.

Las formas obsesivas de reparación suelen consistir en rituales poco creativos, alejados de las formas típicamente depresivas, porque, más que estar fundadas en el amor y el respeto hacia el objeto, perseguirían controlarlo de manera omnipotente. Son pobres desde el punto de creativo; intentarían aplacar al objeto.

6.5. El narcisismo

Esta problemática no ocupó en la producción kleiniana un lugar tan destacado como el que tuvo en las obras de Freud y Lacan. Para los dos últimos el narcisismo fue el centro de muchas elaboraciones. En el caso particular del psicoanalista francés cabría mencionar su famoso texto sobre el estadio del espejo y todos sus desarrollos sobre el registro imaginario, que atravesaron de cabo a rabo sus escritos y seminarios. En Freud fue un articulador teórico de gran envergadura tanto por sus implicancias clínicas como por el hecho de constituir una zona en la que muchas áreas de su teoría se superpusieron y convergieron. Se podría decir que en su obra todos los conceptos tuvieron un lazo de unión con él. En el terreno de la clínica sucedió otro tanto ya que en todos los sujetos podrían observarse manifestaciones narcisísticas. Es que el narcisismo, al estar relacionado en estos dos autores con la formación del yo, acabó haciéndose presente de manera inexorable en todas las referencias a la subjetividad. En el caso de Klein sería pensable que al haber postulado un yo innato, no necesitó de ninguna teoría que diese cuenta del surgimiento del yo. De ahí que se haya mostrado contraria a la idea de un narcisismo primario.¹⁰¹ Sin embargo se pueden reconocer otras formas de presencia del mismo en sus textos: así, refirió la existencia de relaciones narcisistas de objeto, básicamente generadas por la acción de la identificación proyectiva; también usó la expresión “estados narcisistas” en oposición a una etapa libidinal narcisista (que Freud había situado entre el autoerotismo y las relaciones de objeto) y también hizo algunas alusiones al carácter narcisista. Se examinará esta temática en los dos apartados siguientes.

6.5.1. Una visión panorámica. El narcisismo primario cuestionado

Si por narcisismo *primario* se entiende un estado estrictamente anobjetal y sin diferenciación entre sujeto y mundo exterior, cabe decir que desde comienzos de K_2 tal noción fue explícitamente descartada –y con fundamentos– de su teoría. En efecto, en *CPM-D* (1934) tras su alejamiento teórico de Abraham y de Freud en estas cuestiones, postuló que se establecían relaciones de objeto desde el nacimiento. Ese posicionamiento rotundo era antinómico a la existencia de un narcisismo primario anobjetal, sostenido por Freud con mayor énfasis a partir de su segunda tópica.¹⁰² En cambio, durante K_1 aludió a un narcisismo *secundario* como efecto de regresiones desde posiciones edípicas débiles. Dichos estados se expresaban por el rechazo al mundo externo con repliegues al universo de la fantasía y por posibles actitudes asociales. ¿Implicaba esto un reconocimiento implícito de un narcisismo primario, eventual punto de fijación al que podía volverse en movimientos regresivos? Así, en *Una contribución a la psicogénesis de los tics* (1925), tras afirmar algunas coincidencias con lo expresado por Ferenczi en *Reflexiones psicoanalíticas sobre el tic* (1921), puntualizó una divergencia importante con el húngaro que permitirá especificar la perspectiva kleiniana sobre el narcisismo en K_1 :

“Pero aquí surge cierto desacuerdo esencial con Ferenczi. Él considera al tic como un síntoma narcisístico primario que tiene una fuente común con las psicosis narcisísticas. La experiencia me ha convencido de que el tic no es accesible a la influencia terapéutica hasta que el fin del análisis no ha logrado descubrir las relaciones objetales en que se basa. He descubierto que subyacentes al tic había impulsos genitales, anal-sádicos y oral-sádicos dirigidos al objeto. Es verdad que el análisis tuvo que penetrar a los estadios más tempranos del desarrollo infantil y el tic no desapareció totalmente hasta que las fijaciones predisponentes del periodo infantil hubieran sido minuciosamente exploradas.

No puede sostenerse el argumento de Ferenczi de que en el caso del tic no parece de ningún modo que haya relaciones objetales escondidas tras el síntoma. La relación objetal se tornó clara en el curso del análisis en los dos casos que he descrito; meramente habían sufrido una regresión al estado narcisista, bajo la presión del complejo de castración.” [CPT, OCKPA, vol. 2, p. 120].

Los estados narcisistas que refirió se encuadraban dentro de las variantes *secundarias* descritas por Freud en tanto eran posteriores al establecimiento de relaciones de objeto e implicaba el retorno de

la libido objetal al yo. Reiteró estas ideas en su informe sobre el tratamiento de su paciente Félix, en quien describió una regresión al estadio sádico-anal y narcisista. Tenían por condición la transformación de la libido objetal en narcisista. Descartada la anobjetalidad en 1934, el narcisismo primario siguió la misma suerte; se abrieron las puertas para un desarrollo más audaz sobre el tema: los estados narcisistas no tenían por qué implicar el retiro de la carga libidinal del objeto. Cambió también el significado prevalente del término narcisismo bajo su pluma: se trataba de estados caracterizados por sentimientos de exaltación y grandeza yoica, omnipotencia vivencias de completud e indiscriminación yo-no yo. Se aproximaba más bien a una modalidad de relación objetal que de un movimiento regresivo de la libido.

Estos desarrollos llevaron a que desde el principio de K_3 –*NAME* (1946), introducción de la identificación proyectiva (I.P.)– aludiera insistentemente a la existencia de *relaciones narcisistas de objeto*, con las características recién apuntadas. Se trataba de la proyección de partes del yo dentro del objeto la que determinaba esa continuidad e indiscriminación yo-objeto, que llevaba a percibir a este último como una extensión de sí mismo. Klein refirió en *NAME* que quienes utilizan en exceso ese mecanismo –sobre todo: pacientes esquizoides– generaban dependencias extremas con el objeto o padecían sensaciones de vaciamiento.

Con las innovaciones teóricas posteriores –I. P. “intrapísica” – esas fusiones podían darse no sólo con objetos externos sino también con los internos: ambos podían recibir partes del yo odiadas o idealizadas.¹⁰³ Por esa vía, los objetos internos idealizados podían participar también en relaciones narcisísticas. Así lo dijo en su alocución al 17º Congreso Internacional de Psicoanálisis, celebrado en Amsterdam en 1951, titulada *Los orígenes de la transferencia*. Con el telón de fondo configurado por dicha problemática –a la que consideró una reedición de impulsos y fantasías inconscientes arcaicas en el vínculo con el analista– trató sobre las primeras etapas de la vida mental. La versión escrita de esa ponencia, incluida en sus Obras Completas, es tal vez el texto en que comentó con mayor claridad a su postura acerca de las primitivas relaciones de objeto y sobre el narcisismo. Lo hizo en momentos en que ya tenía sólidamente acuñados sus propios conceptos y cuando las grandes disputas con Anna Freud entraron en un cono de sombra.

“Algunas de mis conclusiones acerca de los primeros estadios de la infancia son una continuación de descubrimientos de Freud: en ciertos puntos surgen sin embargo divergencias, y una de éstas importa mucho para mi tema. Me refiero a mi afirmación de que las relaciones de objeto operan desde el comienzo de la vida.

Hace muchos años que sostengo la opinión de que el autoerotismo y el narcisismo son en el bebé contemporáneos de la primera relación con objetos -externos e internalizados-. Volveré a expresar mi hipótesis: el autoerotismo y el narcisismo incluyen el amor por la relación con el objeto bueno internalizado, que, en la fantasía forma parte del propio cuerpo amado y del propio *self*. Es hacia ese objeto internalizado que, en la gratificación autoerótica y en los *estados narcisísticos*, se produce el *retraimiento*. Paralelamente, desde el nacimiento en adelante, está presente una relación con objetos, especialmente con la madre (su pecho). Esta hipótesis contradice el concepto de Freud de *estadios* y *narcisísticos*, que prescindirían de una relación objetal.” [*LOT* (1951), *OCKPA*, vol. 6, p. 264]. Todas las cursivas son de la autora.

Klein era consciente de las diferencias que estas ideas tenían con las postuladas con Freud; trato de suavizarlas afirmando que la posición del vienés no había sido unívoca ni rotunda.¹⁰⁴ Por otra parte, sus hipótesis acerca de la existencia de relaciones de objeto desde el nacimiento ganaron muchos adeptos y era evidente que el autoerotismo y el narcisismo –incluso el freudiano– no se sostendrían sin las relaciones de objeto previas: las propias de la autoconservación. El autoerotismo surgiría, según el vienés, cuando se producía el desapuntamiento de las pulsiones sexuales respecto de las pulsiones de autoconservación.

Otro aspecto genuinamente kleiniano: el narcisismo se constituía también como fantasía de fusión con un objeto interno idealizado. Pero será importante subrayar que la indiferenciación con el objeto no era *primaria* –otra diferencia con Freud– sino secundaria a los efectos de la I.P. Para la psicoanalista radicada en Londres, el yo, desde el nacimiento, era capaz de discriminarse bien de su objeto. Esta idea funcionó en K_1 y sobre todo en K_2 como una hipótesis básica de su teoría, pero a partir de *NAME* (1946) esa conjetura se enturbió a consecuencia de la tempranísima actuación de la I.P.; esta última, al generar relaciones narcisistas de objeto, producía una indiscriminación entre el yo y el otro.

En *EyG* (1957) la envidia fue descrita como un ataque directo al objeto bueno, cosa que la diferenciaba netamente de las embestidas sádicas contra el objeto malo persecutorio. En su forma *primaria*, constitucional, ella se dirigía no sólo a las posesiones –lo que el objeto *tenía*– sino a lo que el objeto *era*. En los casos de envidia primaria intensa –al no poderse tolerar la bondad del objeto– quedaba necesariamente afectada, según Klein, la introyección del objeto bueno, entero, no disociado, en el núcleo del yo (véase II, 9.5.) y se perturbaban concomitantemente todos los procesos constituyentes del aparato psíquico.

En este texto Klein radicalizó su postura constitucionalista y endogenetista: la elevada intensidad de la envidia congénita sería la desencadenante de heridas narcisistas que impedirían aceptar el amor y la dependencia hacia el objeto bueno. En esas situaciones el niño atribuía a sus objetos –el primero: la madre– la posesión ilimitada de todo aquello que él necesitaba o anhelaba. La idealización subyacente y la fantasía de complementariedad absoluta hablaban a las claras de las conexiones entre la envidia y el narcisismo del niño, que nuevamente deberá ser entendido en términos de completud, sensación de omnipotencia, ausencia de límites e indiscriminación. En este mismo texto Klein refirió, aunque sin nominarlo como tal, una especie de narcisismo primario fetal que dejaría en todo ser humano una huella imborrable y propiciaría vitaliciamente una nostalgia de aquella inconmensurable completud que se perdió con el nacimiento. Se reenvía nuevamente a II, 7.3.2.

Fue la importancia que adquirió en la última etapa de su obra la I.P. elevó a la enésima potencia las creaciones y recreaciones de vínculos narcisistas del niño y del adulto. Vista desde cierta perspectiva, la teoría kleiniana en su conjunto –en especial, su configuración al final de su vida y obra–, puede ser entendida como ejercicios de estilo sobre el narcisismo, a punto tal que surgen interrogantes acerca de cómo se saldría del narcisismo.¹⁰⁵ Klein se percató de ese obstáculo teórico y trató de equilibrar su teoría a costa de otorgarle importancia a conceptos tales como la reparación y la gratitud, lo que acabó generando nuevas dicotomías, francamente polarizadas. Muchos han criticado como deriva mística lo escrito por ella en la última etapa de su obra. La superposición y agrupamiento en dos bandos de conceptos tales como: agresividad - destrucción - envidia, por un lado y libido, amor y gratitud, por otro, abocó a una nueva lucha de Titanes en que la supervivencia requería tomar partido por las segundas tendencias, aunque más no fuera como triunfadoras temporales, con la consiguiente introducción de valores morales en su teoría.

6.5.2. Visión sintética del narcisismo en Klein. Cotejo con Lacan y Freud

Las tesis de los dos últimos han sido extensamente desarrolladas en I, 1.4. y III, 10. Allí se remite para tenerlas presente en este contexto. Asimismo, a la nota final n° 3 de III, 2., donde se señalaron las diferencias fundamentales entre las concepciones de Freud y Lacan sobre el narcisismo primario. Aquí se comentarán sólo las características del narcisismo en Klein que marcaron diferencias con las teorías de los otros dos psicoanalistas.

- Klein rechazó la noción freudiana de narcisismo primario entendido como anobjetal. Al sostener la existencia innata de un yo capaz de establecer relaciones de objeto desde el nacimiento, los fenómenos de autoerotismo y narcisismo descritos por Freud como anobjetales fueron cuestionados por la teoría kleiniana.
- Para Klein el narcisismo no implicaba, por lo tanto, ausencia de relación objetal. Lacan siguió esta misma línea.¹⁰⁶
- Describió sobre todo estados narcisísticos secundarios a las relaciones de objeto.
- Caracterizó al narcisismo como una relación con el objeto interno idealizado. La retracción hacia este último era refugio frente a las frustraciones. Esto podía coincidir con disminución o, incluso, con un alejamiento total de los vínculos con objetos externos.
- El autoerotismo y el narcisismo quedaron ligados a las relaciones de objeto, ya sea a través de la I.P. e I.I. y de las fantasías inconscientes: ambos incluían al amor por el objeto bueno internalizado que, en la fantasía, formaba parte del propio cuerpo y del *self* amados.
- Para Klein (a diferencia de Freud) no sólo era esencial el propio cuerpo sino y también el de la madre; Lacan acordó con esta tesis pero en lugar de relacionarlo en exclusiva con el cuerpo materno, lo vinculó –más ampliamente– al otro.

- Se ha de aceptar axiomáticamente la discriminación –desde el nacimiento– entre el yo y los objetos del mundo externo. Será la IP la que introduzca la confusión entre yo - no yo.
- La IP es el mecanismo por el que se establece la relación narcisista de objeto, tanto con los objetos internos como los externos. presupone una continuidad –más o menos extensa– entre el yo y sus objetos.
- La IP proyecta tanto las partes buenas como las malas del yo; si se desprende de las partes malas, se destruye fantasmáticamente al objeto; si se proyectan las partes buenas, puede llevar a una idealización del objeto y, concomitantemente, a una desvalorización del yo. En todo caso, la IP es la causa del establecimiento de relaciones narcisistas de objeto.
- La IP excesiva puede conducir a un ligamen fusional con el objeto; se hace difícil la separación del mismo en tanto devino depositario de partes del self.
- Klein insinuó diferencias entre estados y estructuras narcisista; el primero remitía a una identificación con el objeto ideal interno; la segunda tenía que ver con las relaciones de objeto fundadas en identificaciones proyectivas.
- La introyección del objeto bueno –entero, no disociado– en el núcleo del yo fue descrito como un factor que favorecía el desarrollo del yo. Aunque Klein no la haya dicho explícitamente se trataba de una identificación que promovía un narcisismo trófico. Fue la expresión máxima de la intervención del otro –en tanto implantador de características psíquicas– en la vida mental del niño.

6.6. Resumen del capítulo

Se continuó con el examen de conceptos kleinianos vinculados con la formación del aparato psíquico que no fueron considerados hasta ahora; se trataba de: los instintos de vida y muerte, el complejo de Edipo y el superyó tempranos, sus teorías acerca del simbolismo, la sublimación, la reparación y el narcisismo. Cada uno fue estudiado atendiendo a su inmersión en la concepción kleiniana sobre el desarrollo evolutivo del niño, asunto que entronca con la temática central de esta tesis: la trasmisión intergeneracional de lo psíquico. La psicoanalista de niños trató los conceptos recién nombrados a lo largo de su obra y los fue renovando de manera constante. Para comprenderlos en profundidad resultó imprescindible tomar en cuenta todas las categorías que ella consteló en torno a las posiciones esquizoparanoide (PEP) y depresiva (PD); asimismo, se prestó atención a cómo entendió la polaridad instintiva Eros-Tánatos y las relaciones que estableció entre ese dualismo con el amor, el odio y el sadismo infantil. También se consideraron las consecuencias de haber adelantado la aparición del complejo de Edipo y del superyó.

1. Los instintos de vida y de muerte. El sadismo

Frente a las opciones interno-externo o subjetivismo-ambientalismo Klein otorgó especial jerarquía a los primeros términos de ambos pares. Sin embargo, sería incorrecto afirmar que ella desconsideró la influencia de los factores externos, entre ellos, los provenientes del entorno familiar. Una evaluación ecuaníme de estos aspectos de su teoría llevó al autor de esta tesis a sostener que ella *priorizó* la interioridad –el yo, el superyó, los instintos, la fantasía inconsciente, la angustia, la envidia endógena, los procesos sublimatorios, etcétera– en los vínculos con los otros, pero, la creación de esa interioridad fue pensada siempre en el seno de relaciones con objetos externos. Una vez constituidos los objetos internos –forma peculiar de concebir la presencia de los otros en la psique desde momentos muy tempranos de la vida–, ellos eran proyectados sobre los objetos reales externos. En este aspecto –endogenetismo, preeminencia de lo subjetivo– Klein fue más radical que Freud. Esto le acarrió la crítica de haber menospreciado la influencia de lo ambiental sobre la psique.

El segundo dualismo pulsional freudiano entró en la teoría kleiniana en *EPN* (1932) para quedarse definitivamente. Ella lo hizo operativo en cada comarca de su teoría. Klein estuvo dentro del pequeño grupo de psicoanalistas que aceptó estas especulaciones de Freud y, también formó parte del núcleo –aún más restringido– que desarrolló tales ideas. Situó a Eros y Tánatos en el corazón de los conflictos psíquicos, describió todas sus formas de manifestación clínica y sostuvo que el combate entre ambos instintos duraba toda la vida. Si en Freud la pulsión de muerte laboraba en silencio, en

Klein "hablaba" de manera permanente y en voz alta, con expresiones concretas y constantes: el sadismo, el masoquismo primario, la angustia, la compulsión a la repetición y, más ampliamente, en las tendencias autodestructivas.

Por otra parte, la basculación de Klein hacia lo innato –con el consiguiente biologismo que esto conllevó– hizo que no sólo dotase a este par pulsional de un *quantum* congénito de carga sino que también le considerase uno de los elementos decisivos del desarrollo mental del niño. La angustia, clarísima manifestación de Tánatos, se convirtió en un elemento clave; ella fue entendida como expresión y medida de las amenazas que pendían sobre la vida. De ahí que en Klein el instinto de muerte fue a la vez motor y obstáculo para el desarrollo evolutivo y para el funcionamiento psíquico durante el resto de la existencia. Resulta imprescindible captar en su nervio vivo la función que le otorgó a Tánatos en la psiquización del niño. Ese núcleo paradójico de su teoría, pocas veces expuesto explícitamente por ella, hablaba también de la precoz y necesaria intrincación de Tánatos con Eros.

El mundo interno que Klein concibió la enroló decididamente en una perspectiva endopsíquica, constitucionalista, instintivista: el bebé –desde el primer día de vida– era el punto de partida de *todos* los procesos mentales. La temprana presencia de Tánatos en la psique del niño, bajo la forma de angustia, hizo que la proyección (deflexión, expulsión) del mismo fuera clave para mitigarla. Este aspecto externalizador del instinto de muerte no se encontrará en la concepción freudiana ni lacaniana sobre la proyección. Ella provocaba, por un lado, una apertura hacia los objetos externos pero, por otro, implicaba descargar de sadismo sobre ellos. El rebote de tal actitud agresiva –y, también, defensiva– sería percibido por el infante como miedo a la retaliación (venganza) por parte del objeto. Para decirlo en una sola palabra: persecución. La introyección de estas *imago*s formaría el núcleo del superyó precoz. Estos fundamentos de la PEP mostraron claramente la clave sádica con que ella interpretó el segundo dualismo pulsional freudiano. El niño aparecía en sus artículos, básicamente, como pregenital: predominio de tendencias sádicas orales, anales y uretrales, con fantasías de ataques a los objetos parciales.

Fue en ese contexto que elaboró su propia teoría sobre la frustración que, como no podía ser de otra manera, quedó estrechamente relacionada con motivaciones endógenas. En este tema Klein produjo un giro de 180° respecto del pensamiento psicoanalítico entonces vigente: los agentes causales de la frustración eran internos, sobre todo constitucionales: la voracidad y la inhabilidad para el placer de succión tenían que ver con el sadismo exacerbado; los factores ambientales quedaron en un segundo plano. A partir de K₃ Tánatos se vio más contrarrestado por la acción de Eros, favorecedora de introyecciones de objetos buenos en el núcleo del yo.

2. Complejo de Edipo kleiniano

Sostuvo, fundándolo en su experiencia clínica, que había manifestaciones edípicas a partir de los seis meses de vida. En su concepción desapareció la importancia que Freud –y luego Lacan– otorgaron al complejo de castración y a la problemática de la diferenciación de los sexos; según Klein, se nacía psíquicamente niña o varón; la identidad sexual psicológica quedó independizada de la dialéctica fálica y se arraigó más en lo biológico. Si Freud elaboró su doctrina sobre el complejo de Edipo en la niña tomando como referente el del varón, Klein lo hizo al revés: pensó la travesía edípica del varón en base al esquema que había elaborado previamente para la niña. Si en las teorías del vienés y de Lacan las conceptualizaciones sobre el padre y el falo fueron referentes primordiales para pensar la constitución del sujeto, Klein los sustituyó por la madre y el pecho. El canibalismo de la teoría freudiana y sus consecuencias –el complejo paterno–, pasaron de la prehistoria de la humanidad a la protohistoria individual (primeros años de vida) en la teoría de Klein.

A comienzos de los años veinte, al iniciar su práctica con infantes detectó la existencia de sentimientos de culpa y dedujo que si ese afecto aparecía en ellos era porque estaba operando el superyó y, por ende, los conflictos edípicos ya estaban en curso. Esta idea condensaba la lógica kleiniana de sus primeros textos: el superyó temprano, íntimamente enlazado al Edipo, no surgía con la declinación de éste (Freud) sino mucho antes; por eso, la formación y las funciones de dicha instancia psíquica se entreveraban en y con los conflictos edípicos.

La concepción kleiniana del Edipo tuvo alcances mucho más vastos que la antedatación del mismo; supuso: a) incluir las problemáticas sádicas; b) revisar ampliamente la teoría de la sexualidad

femenina elaborada por Freud; b) reinterpretar la envidia del pene; c) plantear la existencia de un complejo de feminidad del varón que se correspondía con el complejo de masculinidad de la niña d) articular estrechamente los conflictos superyoicos y edípicos.

Estas ideas, esbozadas aquí sintéticamente, fueron objeto de estudio minucioso en este capítulo: se comentó una primera fase edípica común a niñas y varones a la que luego seguía una etapa femenina o de identificación a la madre. Como resumen “estructural” de esta última podrían señalarse los siguientes aspectos: coexistencia de tendencias orales, anales, uretrales y genitales, en diferentes grados; a mayor sadismo más dificultades para el tránsito edípico. El niño y la niña se identificaban con las capacidades femeninas de la madre y en torno a esa identificación giraban: a) la rivalidad con la madre; b) el instinto epistemofílico; c) el deseo de poseer los contenidos del vientre materno y d) en el varón: la envidia a la capacidad reproductiva de la mujer; en la niña: la envidia al pene. A partir de esta fase de identificación materna, los conflictos edípicos tempranos adquirirían características diferenciales en la niña y el varón. Se expusieron, entonces, las diferentes vicisitudes edípicas de una y otro.

Indicadores importantes de una buena elaboración edípica sería un predominio neto de lo libidinal (Eros) y la identificación del yo con un objeto bueno interno creado por la introyección del progenitor del mismo sexo. Esto, a su vez, tendría las siguientes manifestaciones: a) la obtención de una identidad sexual estable sobre la base de la otorgada constitucionalmente; b) un desanudamiento de la figura de los padres combinados que daría pie a una discriminación de la madre y del padre; c) la introyección de una madre buena, un buen padre y una pareja creadora; d) disminución de las fantasías incestuosas respecto del progenitor del mismo sexo; e) concomitante aumento de fantasías incestuosas respecto de progenitor del sexo opuesto; f) fantasear e imaginar las relaciones sexuales como actos reparadores, dispensadores de placer y fecundantes; g) el acceso a la heterosexualidad si fuera el caso; según Klein esa sería la resolución óptima del Edipo en el marco de la PD; y finalmente, h) no sería entonces el miedo a la castración lo que llevaría al niño a renunciar a sus deseos edípicos en plena etapa fálica (Freud) sino que mucho antes, y gracias a los mecanismos reparatorios, el varón podría dominar sus impulsos edípicos y convertirlos en creatividad. Por el rodeo de la reparación se realizaría finalmente la renuncia al objeto, con trabajo de duelo mediante. Ese conjunto de procesos más o menos sincrónicos daría un buen pasaporte para el ingreso en la latencia.

Klein amplió la gama de fenómenos relacionados con el complejo de Edipo. Lo describió como un tránsito complicado; por momentos tórpido, con recodos, vaivenes, superposiciones y ambivalencias, en procesos más bien de tipo sinusoidal. En su trascurso se producían oscilaciones marcadas; las posiciones establecidas eran inestables a consecuencia de cambios en las fantasías, en las tendencias instintivas y en las relaciones con los objetos. El Edipo kleiniano se extendía desde el destete al periodo de latencia; a sus manifestaciones tempranas se añadía luego el Edipo tardío. Esta dilatada temporalidad permitió que Klein lo relacionara con todos los aspectos de la vida psíquica de los infantes y con las consiguientes repercusiones en la vida adulta, algunas de las cuales fueron comentadas.

3. El superyó en la obra de Melanie Klein

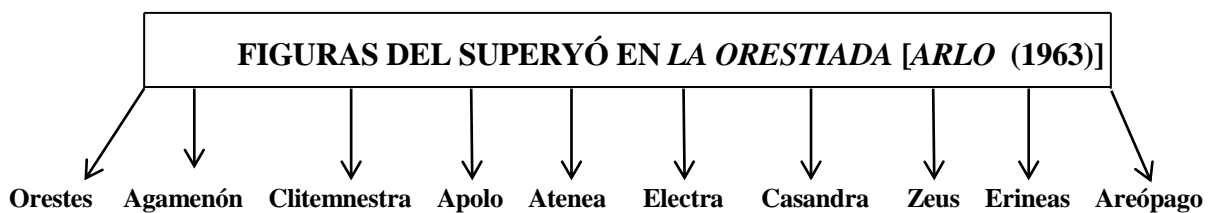
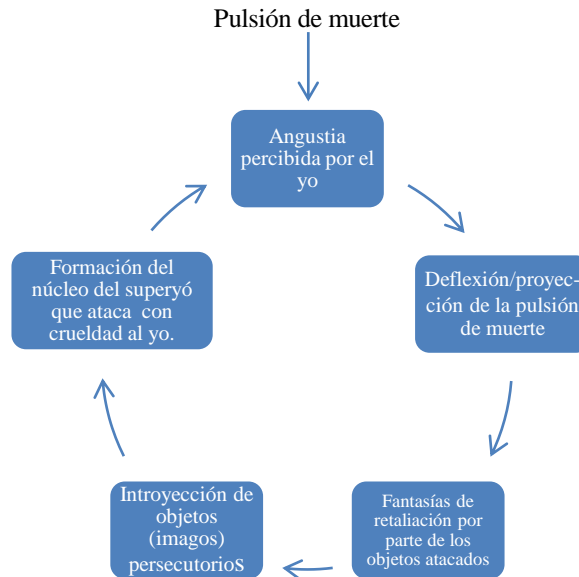
Abordar la constitución del superyó en la teoría kleiniana supuso aproximarse a un aspecto crucial de la estructuración psíquica del niño. En efecto, el superyó –junto con el yo– fueron las instancias psíquicas a las que la psicoanalista de niños prestó máxima atención. Seguir la secuencia temporal de sus escritos permitió apreciar que el camino que ella fue trazando, desde sus textos inaugurales hasta el postrero, tuvo más curvas y vericuetos que líneas rectas. Sin embargo, ciertos aspectos de sus elaboraciones iniciales permanecieron incólumes hasta el final de su producción. Para la exploración *cronológica* del concepto de superyó se siguieron las tres etapas –K₁, K₂ y K₃–, tal como fueron establecidas en el primer capítulo de esta segunda parte. En cada una de ellas se consideró a) su manera de entender la formación de esa instancia psíquica; b) la estructura del superyó que se desentrañaba de la literalidad de sus artículos y c) las funciones que le fue otorgando a dicha instancia. Su conceptualización sobre este tema ha sido más intensa, acalorada y potente en la primera fase (K₁: 1919-1933). La época intermedia (K₂: 1934-1946) no fue, estrictamente hablando, un periodo de transición suave y continuo entre la primera y última forma de entenderlo. Si bien ese lapso fue muy fecundo en renovaciones y creaciones conceptuales en casi todas las comarcas de su teoría, éstas sólo ocasionalmente repercutieron de manera *directa* en su concepción del superyó; la mayoría lo hizo de

un modo más velado, a través de recodos y con efectos diferidos. A partir de 1934, las innovaciones específicas sobre el superyó bajaron el ritmo porque, al quedar integrado “naturalmente” al contexto de la posición paranoide y depresiva, siguieron las fluctuaciones y cadencias de las elaboraciones sobre aquéllas. La introducción de la PD en 1934 marcó, sin ninguna duda, un punto de inflexión en su pensamiento sobre dicha instancia porque la temática de la culpa –tradicionalmente ligada al superyó– fue trasvasada y quedó inmersa en una concepción más amplia, que incluía los duelos y la reparación. Estas tendencias se acentuaron en K₃, tras haber sido integrado en el seno de las ya definitivas posiciones esquizoparanoide y depresiva, junto a las novísimas identificación proyectiva e introyectiva. En K₂, y sobre todo en K₃, el superyó, sin perder su carácter precoz, terrorífico y cruel, se fue conformando de más en más con otro tipo de objetos internos, producto de la introyección de objetos buenos. Surgió entonces un superyó más benévolo.

La lectura *retroactiva* –a partir sus últimos textos y de los póstumos– posibilitó establecer no solo la forma final que adquirió el superyó en su teoría sino también los precursores de la misma en sus escritos anteriores. En uno de los apartados correspondientes a este tema se recordó que la concepción kleiniana acerca del superyó estuvo envuelta en virulentas polémicas con Anna Freud. No estaría demás ensayar algunas interpretaciones de lo ocurrido en las famosas *Controversias* de los años cuarenta. Ellas no tendrían sólo un valor histórico; podrían ser preventivas respecto de la reiteración de un tipo de prácticas desafortunadas dentro del movimiento psicoanalítico. Pero esa tarea excede los objetivos de esta tesis, por lo que el autor se limitará a señalar una única opinión personal: se esté o no de acuerdo con las formulaciones kleinianas sobre el superyó, ellas conformaron un legado clínico-conceptual importante y fueron, asimismo, materia de una defensa valiente de su modo de pensar esta temática. Su actitud vino a corroborar que lo que se escribe adquiere *realmente* valor si logra procesar y transmitir las verdades propias; si se las descubrió, fundamentó y puso a prueba en la praxis; si luego se actuó con coherencia al articularlas con el resto de categorías de la teoría; y si, finalmente, lo pensado evolucionó y permitió que otros desarrollasen nuevas ideas. Lo publicado por Klein cumplió en alta dosis con esas exigencias y por eso merece admiración. Haberla leído a contraluz de la teoría freudiana ayudó –por contraste– a perfilar mejor su pensamiento.

A modo de sinopsis de las ideas recogidas sobre el superyó en la extensa revisión de sus textos –más de treinta– se incluirán dos esquemas; el primero muestra un circuito característico de K₁ (1919-1934) generador de un superyó precoz, tiránico y cruel; el segundo fue elaborado a partir de un texto póstumo: *Algunas reflexiones sobre “La Orestíada”* [ARLO (1963)], que tiene el mérito de contener sus últimas ideas sobre el superyó. La Trilogía de Esquilo fue un *bocciato di cardenale* para Klein, porque le sirvió en bandeja la posibilidad de conectar aspectos de su teoría con diversos protagonistas de la obra. En cuanto al superyó, resultaba evidente que la secuencia de crímenes y castigos, envidias y remordimientos que se manifestaban en dicha tragedia le dieron la posibilidad de mostrar los distintos aspectos del superyó que ella había elaborado a lo largo de su producción. Casos patentes fueron las persecuciones que sufría Orestes por parte de las Erinias o Furias después del matricidio –que dieron pie a sus reflexiones sobre el superyó temprano cruel y tiránico– y la actitud de Atenea, al final del juicio a Orestes, en el Areópago, que le permitió referirse al superyó “maduro”. Tal vez el mérito mayor de ARLO ha sido contener sus ideas sobre esta instancia y sobre el desarrollo evolutivo en la infancia que ella juzgó –poco antes de morir–, como las fundamentales. Que fuera un texto de “psicoanálisis aplicado” no fue un obstáculo: dada la extensión de la trilogía y la exuberancia de la pluma de Esquilo, Klein encontró miles de ocasiones para conectarla con su andamiaje conceptual e ilustrarlo.

La interpretación de dicha tragedia realizada por la matriarca del psicoanálisis convirtió retroactivamente a Esquilo –veinticinco siglos después de su muerte– en un kleiniano *avant la lettre*. Y, como contrapartida, la intérprete de su tragedia quedó situada como una excelente dramaturga de la mente, que supo mostrar que lo mejor y lo peor del ser humano, ya aparecía en los albores de la vida: las persecuciones internas y externas, el sadismo, lo malvado y malévolo, las venganzas, la envidia, la crueldad, los actos criminales (de los grandes y de los pequeños), la pulsión de muerte, el odio, las culpas persecutorias y depresivas, los rencores, los crímenes, castigos y, más ampliamente el mundo hostil que existiría en la mente del infante, con sus relicarios en el adulto. Y también, por supuesto, las contracaras: el amor, la pulsión de vida, la integración, la creatividad, la reparación, el equilibrio, la paz, la benevolencia, la bondad, la armonía y otro extenso etcétera más.



Orestes: superyó culpógeno. Tras asesinar a su madre se sintió invadido por remordimientos y por el horror a sí mismo.

Agamenón: sus tendencias destructivas lo relacionaron al superyó precoz, cruel y violento. También, al superyó envidioso.

Clitemnestra: representaba objetos dañados y quejosos que, tras ser introyectados, formarían parte de un superyó con rasgos especialmente culpabilizantes.

Apolo: simbolizaba los impulsos destructivos del superyó.

Atenea: superyó sabio y atemperado en contraste con el superyó primitivo representado por las Erineas. Revelaba una etapa madura del superyó, cuya meta era reconciliar discursos antitéticos. Este superyó orientaba pero no dominaba.

Electra: mostraba la presencia de elementos sádicos en el superyó.

Casandra: faceta profetizadora del superyó; vaticinaba grandes males. Por sus dotes de adivina conocía el destino que le esperaba a ella y el infortunio que se abatiría sobre Agamenón y su familia.

Zeus: ilustraba una faceta importante del superyó: el padre indulgente: más tolerancia para con uno mismo y con los defectos ajenos; capacidad de discernimiento; sabiduría. Superyó benévolo.

Erineas o Furias: superyó persecutorio y tremendamente cruel.

Areópago: manifestaba al superyó integrado, poseedor de un poder equilibrado.

Los apartados del capítulo destinados al superyó finalizaron con una caracterización del mismo que tuvo el formato entradilla de un virtual diccionario de psicoanálisis kleiniano; fue el producto de una lectura combinada de su obra –cronológica, retroactiva y epistemológica–, que tuvo en cuenta las líneas de fuerza predominantes de la misma, que también se expresaron en su doctrina sobre esta instancia psíquica.

SUPERYÓ

— Alemán: *Über Ich* — Inglés: *Superego* — Francés: *Surmoi* — Portugués: *Superego*

Introducido por Freud en 1923 como una de las instancias constitutivas de su segunda teoría sobre el aparato psíquico. Según Klein su formación se remontaba a una época muy

temprana de la vida mental, razón por la cual en su teoría aparecía compuesto por elementos pregenitales. Se trataba de un sistema complejo, organizado como un conglomerado de múltiples objetos internos relacionados entre sí, que guardaban vínculos especiales con el yo y con el Ello. Dichos objetos internos se internalizaban mediante introyecciones desde objetos externos sobre los que previamente recayeron proyecciones de los instintos de vida y muerte; éstas los convertían en objetos parciales idealizados/persecutorios y objetos totales buenos/malos. La introyección de los mismos y sus relaciones con el yo y el ello les otorgaría una organización relativamente estable y una operativa que se manifestaría a través de las funciones de autocrítica, de censura, de auto-observación, de regulación de la culpa, de la autoestima y de los sentimientos de inferioridad. Se constituía como conciencia moral y participaba en la formación de ideales. Klein describió un superyó temprano, que en sus versiones primigenias era especialmente cruel y tiránico, debido a su estrecha relación con el sadismo. En su conformación, Klein no otorgó especial importancia a las identificaciones con el superyó de los padres. Con la evolución de su pensamiento adquirió los caracteres de una instancia bifronte: severa y benévola a la vez.

El capítulo continuó con:

4. Teoría del simbolismo, sublimación y reparación

Tras unas extensas referencias a las teorías del simbolismo que incidieron en el pensamiento de Klein –Freud, Ferenczi, Jones, Sachs, Rank, Sperber, etc.– se expusieron sus propias ideas sobre el tema. Ella no hizo grandes exploraciones sobre la vertiente social del simbolismo, pero estudió con ahínco la formación de símbolos en el niño, especialmente en *IFS* (1930), donde señaló la trascendencia que tenían para el desarrollo evolutivo del mismo, remarcando, a la par, que se trataba de una actividad estrictamente humana. Tuvo claro que los símbolos psicoanalíticos se constituían por interacciones entre las tendencias instintivas, las defensas, la angustia, la función integradora del yo, las percepciones del propio cuerpo y de la realidad externa. Todo esto, en el seno de relaciones objetales. Sostuvo asimismo que la formación de símbolos comenzaba desde el nacimiento y perduraba toda la vida, aunque con el paso del tiempo éstos iban adquiriendo nuevas significaciones, sin que se borrasen las originarias. Los creados en la primera infancia representaban casi insoslayablemente a padres, hermanos, abuelos y otros personajes cercanos al lactante. A partir de 1930-1932, la angustia y el sadismo vinculados a la pulsión de muerte fueron considerados el motor principal de la simbolización. Con anterioridad –años veinte–, la formación de símbolos estuvo más ligada a la libido.

El niño recubriría con valores simbólicos los objetos del mundo externo. Ya en esta concepción temprana se apreciaba una convergencia de tres facetas de un mismo y único proceso que persistiría a lo largo de toda su obra: la formación del símbolo, la catexia libidinal del propio cuerpo y la del mundo externo. En su teoría sobre el simbolismo Klein puso en práctica el célebre aforismo: “al enemigo, puente de plata”; se trataba de construir una pasarela de salida para el instinto de muerte y el sadismo –y yugular así la angustia–; pero, ese mismo viaducto servía al niño para ampliar las relaciones con el mundo objetal y saciar parcialmente sus impulsos epistemofílicos. La simbolización adquirió, así, carácter defensivo: por desplazamientos de un objeto a otro se reducía la angustia ligada al sadismo. Para Klein los procesos de simbolización eran esenciales para el desarrollo de la capacidad de pensar.

En cuanto a la sublimación, sus comentarios iniciales se encuadraron –a grandes rasgos– dentro de la perspectiva freudiana. Sin embargo los desarrollos posteriores sobre el tema indicaban que ese primer marco le resultaba un tanto estrecho: lo amplió conectándola con la simbolización y con la reparación. Describió las sublimaciones *primarias* que se llevaban a cabo mediante descargas de libido superflua que investían tendencias o actividades yoicas. Al final de K_1 la sublimación quedó integrada a las tareas reparatorias y en K_2 (1933-1945) se articuló con la posición depresiva, que exigía al yo restaurar a los objetos atacados y dañados por un sadismo que, por entonces, ya era una expresión del instinto de muerte. Klein pensaba por aquellos años que la formación de símbolos producía el cambio de objeto y fin pulsional que Freud había propuesto como elementos esenciales de la sublimación; por lo tanto: no era necesaria la desexualización del instinto para que ella se consumase. En K_3 (1946-

1960) compuso un nuevo conjunto que enlazaba y sintetizaba –hasta donde eso era posible– las ideas anteriores: los sentimientos de culpa de la posición depresiva motorizaba una sublimación puesta íntegramente al servicio de las tareas reparatorias del objeto destruido sádicamente. La importancia que Freud había otorgado a la desexualización quedó definitivamente anulada y sustituida por la combinación de operaciones simbólicas, sublimatorias y reparatorias en las que desde el comienzo estaba implicado *el objeto*, pero con efectos de retorno sobre el sujeto.

En K_3 ya tenían solera: a) el trasvase de la sublimación en la reparación; b) la participación de las tendencias libidinales y del instinto de vida en ambos mecanismos; c) la culpa como promotora de ambas y d) la integración de estos procesos en los duelos prototípicos de la posición depresiva. La envidia, introducida en 1957, devino finalmente el obstáculo principal para toda reparación, sublimación y creatividad.

El término *reparación* apareció por primera vez en *Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador* [SIA (1929)]; vino a nominar los esfuerzos que hacían los niños por restaurar las imágenes dañadas de los padres y, en términos más amplios, de todos los objetos que habían atacado y dañado. Con anterioridad –por ejemplo en *ETCE* (1928) –, Klein se había referido a esta misma actividad con los términos de arreglar, enmendar, restituir los daños causados. Por lo tanto, se trataba de un nombre nuevo para procedimientos que había descrito con anterioridad. La reparación apareció antes que el concepto de posición y después que adjudicase claro protagonismo a las tendencias sádicas en la mente infantil.

Tras la introducción de la PD (1934), la reparación pasó a formar parte del conjunto de procesos ligados a la pulsión de vida que favorecían el desarrollo evolutivo, conservando el carácter de una fuerza constructiva y creativa tanto en el mundo interno como en el externo. Efecto directo de la angustia depresiva y de la culpa, su meta era cuidar de aquello que había sido agredido sádicamente; se integró por lo tanto al trabajo de duelo propio de esta posición. Para llevarla a cabo era condición previa sentir amor hacia el objeto, pero era la culpa la que desencadenaba la reparación.

En K_3 las referencias a la reparación quedaron ligadas al amor y a la gratitud hacia el objeto bueno. Estas ideas imbuyeron sus textos de cierto tono místico y por momentos, romántico: se acercaban a una versión psicoanalítica del triunfo del amor, de la bondad y de las tendencias ligadas al instinto de vida sobre el odio y la maldad. Tánatos no desapareció de la escena teórica, pero, así como en K_1 y K_2 estaba omnipresente y las tendencias ligadas a Eros brillaban por ser escasas, al final de K_3 pareció invertirse dicha propensión. En los apartados destinados a este tema se resaltó el carácter inconsciente e imaginario que tenía en el niño tanto la destrucción como la reparación.

5. El narcisismo

Si por narcisismo *primario* se entiende un estado estrictamente anobjetal y sin diferenciación entre sujeto y mundo exterior, cabe decir que desde comienzos de K_2 tal noción fue explícitamente rechazada –y con fundamentos– por Klein. En efecto, en *CPM-D* (1934) tras su alejamiento teórico de Abraham y de Freud, postuló que las relaciones de objeto se establecían desde el nacimiento. Esa idea era antinómica a la existencia de un narcisismo primario anobjetal, que fue sostenido por el vienés con mayor énfasis a partir de su segunda tópica. Durante K_1 ella había aludido a estados narcisísticos *secundarios* como efecto de regresiones desde posiciones edípicas débiles. Dichos estados se expresaban por el rechazo al mundo externo con repliegues al universo de la fantasía y, en algunos casos, mediante conductas antisociales. Eran *secundarios* porque comportaban un retorno de la libido desde los objetos al yo. Descartada la anobjetalidad en 1934, el narcisismo primario siguió la misma suerte; se abrieron las puertas para un desarrollo más audaz sobre el tema: los estados narcisistas no tenían por qué implicar el retiro de la carga libidinal del objeto. Cambió también el significado prevalente del término narcisismo bajo su pluma: se trataba de estados caracterizados por sentimientos de exaltación y grandeza yoica, omnipotencia vivencias de completud e indiscriminación yo-no yo

Desde el principio de K_3 –*NAME* (1946), introducción de la identificación proyectiva (I.P.)– aludió insistentemente a la existencia de *relaciones narcisistas de objeto*, con las características recién apuntadas. La proyección de partes del yo dentro del objeto determinaba esa continuidad e indiscriminación yo-objeto, que llevaba a percibir a este último como una extensión de sí mismo. Con

las innovaciones teóricas posteriores –I. P. “intrapísica”– esas fusiones podían darse no sólo con objetos externos sino también con los internos: ambos podían recibir partes del yo odiadas o idealizadas. Por esa vía, los objetos internos idealizados podían participar también en relaciones narcisísticas. En las postrimerías de su producción, con la noción de introyección del objeto bueno –entero, no disociado– en el núcleo del yo (que promovía un narcisismo trófico) y el estado de fusión prenatal entre la madre y el feto se acercó a las ideas freudianas de un narcisismo primario, aunque no utilizó esa terminología.

NOTAS DEL CAPÍTULO 6

¹ Sobre la polaridad instintiva, véase II, 10.1.2; sobre el Edipo y el superyó temprano, véase II, 6.2 y II, 6.3. de este mismo capítulo.

² Este aspecto de su concepción merecerá una evaluación ajustada más adelante (véase *infra*, apartado 4.1.4).

³ Salvando todas las diferencias, la expresión *formación del mundo interno* podría considerarse en su teoría como un equivalente de *organización del aparato psíquico* –Freud– y de *estructuración subjetiva* –Lacan–.

⁴ *Envidia y gratitud* (1957), considerado por muchos su testamento teórico, muestra a las claras lo recién afirmado; esto no excluye que en uno u otro de sus textos puedan encontrarse alusiones a la importancia de los factores -y objetos- externos.

⁵ Como ya se anticipó en II, 2.4.2., Winnicott, con su "madre suficientemente buena", y Bion -"madre con *reverie*"- fueron los primeros, en el contexto de la escuela inglesa, que otorgaron mayor importancia que Klein al papel de los objetos primarios en la organización de la psique del bebé y en metabolización de la angustia que éste sufre, relativizando el determinismo potente que ella atribuyó a la pulsión de muerte. Como se tendrá ocasión de ver detalladamente en la tercera parte de esta tesis -TIL-, la perspectiva del psicoanalista francés fue radicalmente opuesta a la kleiniana.

⁶ Se utiliza sólo el término proyección por economía de escritura, cabrá tener presente lo expuesto en II, 3.5.1. sobre la deflexión, eyección, expulsión, identificación proyectiva, etc., conceptos asociados al primero, pero también diferenciados.

⁷ Podría decirse metafóricamente que la proyección de Tánatos fue concebida como una especie de la lanzadera que conectaba al yo con los objetos.

⁸ Resulta llamativo que Klein describiera primero el sadismo anal y luego el oral. Este último, que hoy se asocia tan estrechamente con la teoría kleiniana, fue una elaboración más tardía respecto del sadismo anal. Le ayudaron a descubrirlo los análisis de Rita y de Trude, que le dieron a conocer el rol jugado por fantasías destructivas orales y todos sus correlatos.

⁹ Klein tardó un tiempo en concebir introyecciones de objetos buenos (véase II, 9. 3.2.). Por otra parte, la noción de imago, introducida en *PPAI* (1926) fue reprocesada en *PJN* (1929): se trataría de figuras que representan estadios intermedios entre el cruel superyó arcaico y las identificaciones menos distorsionadas de los objetos, que serían más realistas. Posteriormente dejó de utilizar la palabra imago y la sustituyó por *objeto interno*.

¹⁰ Se podría decir que en ese período la introyección fue usada y concebida de una manera muy amplia e imprecisa a partir de sus efectos; es decir: por la existencia de objetos en la mente infantil fantiosamente distorsionados y conectados de forma lejana con objetos externos reales. Se trataba de un mecanismo de internalización no bien definido; muy distinto a como la emplearía ella misma más tarde y a como la había concebido Freud. Tal vez acercaba un poco más a la descripción que había hecho originariamente Ferenczi, cuando introdujo esa noción: movimiento amiboideo gracias al cual el yo introducía un objeto dentro de sí. Para más detalles, sobre este asunto véase II, 2.6.2. y II, 2.4.2. Observada a contraluz de las posteriores significaciones que ella le otorgó Klein al concepto, esta proto-introyección parecía referir simplemente la comentada deformación que sufría el objeto al entrar en el mundo interno y formar parte de la fantasía, en momentos en que le niño no distinguía esta última de la realidad.

¹¹ Para más detalles al respecto véase II, 7.3.3 y III, 4.7.7.1.

¹² Lacan por su parte fue también radical, situándose en el polo opuesto de Klein en cuanto a la incidencia del entorno en la estructuración subjetiva. En el apartado II, 10.1.5., se analizará en detalle este y otros aspectos de la base constitucional que ella atribuyó a todo recién nacido humano y su manera de entender los posibles efectos de los factores externos -medio ambiente- sobre ese fundamento instintivo innato de los infantes.

¹³ Recuérdese que para Freud la pulsión era un concepto límite entre lo psíquico y lo somático. Lacan sin desmentir esa idea añadió que la pulsión se acaba de constituir en el campo del Otro.

¹⁴ Los fragmentos entrecomillados pertenecen al artículo nombrado y pueden leerse en *Obras Escogidas* de K. Abraham; RBA, Barcelona, 2006, p. 318.

¹⁵ Véase II, 7.

¹⁶ Una visión sintética de esta temática se anticipó en II, 2.4.4.

¹⁷ Esta ausencia de la significación retroactiva en su teoría le llevó a privilegiar lo primitivo -la oralidad canibalística y el sadismo anal- en el desarrollo evolutivo. La teoría kleiniana estuvo centrada en torno a lo oral y lo anal en contraposición al falocentrismo freudiano y lacaniano.

¹⁸ Según Freud, las relaciones edípicas se establecían más tardíamente, en la fase fálica (véase I, 3.2.2). Lacan postuló que el cachorro humano era acogido *desde el nacimiento* por una red edípica a la que consideró una estructura estructurante de lo psíquico. Este aspecto le acercó teóricamente a Klein, pero, al diferenciar tres tiempos en el Edipo e incluir el falo, lo simbólico, la castración, la ley y la metáfora paterna, su planteamiento global sobre dicho complejo fue muy diferente al kleiniano. Sobre el complejo de Edipo en Lacan, véase III, 10.11 y III, 4.7.7.3.

¹⁹ Véase en I, 3.1. lo escrito sobre este asunto y la relación del mismo con las identificaciones primarias de Freud.

²⁰ Por eso ella pudo afirmar ya en K_1 la posibilidad de existencia de las neurosis infantiles y, por lo tanto, del establecimiento de una neurosis de transferencia en el tratamiento de niños. Se sabe que en este punto mantuvo serias discrepancias con Anna Freud.

²¹ Sobre las tesis freudianas acerca del complejo de Edipo y del superyó véase I, 6 y I, 1.7.2., respectivamente. Las mismas pueden servir como telón de fondo para evaluar las diferencias más significativas y algunos puntos de contacto entre ambas teorías. Las ideas de Freud al respecto fueron, en general, aceptadas en el movimiento psicoanalítico, aunque la doxa que se difundió no tomó en cuenta algunos matices que aparecían entrelíneas en sus artículos. Klein irrumpió con planteamientos teóricos muy diferentes sobre ambos asuntos, suscitando intensas polémicas en el movimiento psicoanalítico.

²² Por esta vía quedó enlazada la epistemofilia con el sadismo: se trataba de una incautación violenta del contenido del cuerpo materno. Los momentos más de su Edipo temprano estaban muy determinados por el sadismo oral y anal en ambos sexos.

²³ La envidia hacia el vientre materno y sus capacidades creativas fue desarrollado más extensamente por Klein en *EyG* (1957) véase -II, 7. 4.3.-, aunque la idea ya había sido expuesta anteriormente, tal como puede ser leída en *ETCE* (1928), p.184.

²⁴ Véase al respecto I, 1.6. y I, 3.2.

²⁵ En II, 5.3. se describe con detalle esta fantasía.

²⁶ Para una versión sintética de ambas posiciones y los cambios que se producen con el pasaje de la PEP a la PD, léase el cuadro inserto al final de II, 3.1.3.

²⁷ Freud, al situar el complejo en la fase fálica, lo alejó de la ambivalencia propia de lo oral y lo anal. Recuérdese que en la fase fálica el amor se constituye como antítesis del odio, por lo que uno y otro quedan bien diferenciados; como consecuencia, la ambivalencia se reduce. Respecto de las características del terreno edípico según Freud, véase 3.2.2.

²⁸ Véase en II, 2.4.5.5. los comentarios que se realizaron sobre este artículo.

²⁹ Para una lectura crítica del complejo de Edipo en la obra kleiniana puede leerse el capítulo “Melanie Klein en los senderos de Sade”, especialmente las pp. 58-62, del libro *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica* (1988), de Diana Rabinovich, Ediciones Manantial, Buenos Aires.

³⁰ H. Deutsch consideraba que ese desplazamiento era la culminación del desarrollo genital de la mujer; Klein, por el contrario, apreciaba que era parte de los conflictos edípicos tempranos.

³¹ Según Klein, este odio intenso al padre podría transferirse posteriormente a otros hombres. Se constituiría así en plena infancia una predisposición a la homosexualidad femenina.

³² Klein no aceptaba que los niños reconocieran un sólo órgano genital y sostenía que tanto el niño como la niña tendrían conocimiento de la existencia de la vagina. Como se ha dicho al comienzo de 6.2. el concepto de falo no tuvo cabida en su doctrina.

³³ El superyó empezaría a conformarse con la aparición de las tendencias genitales. Véase en el apartado siguiente, dedicado al superyó, que estos componentes constitutivos del superyó obedecían a introyecciones de objetos sobre los cuales habían recaído las proyecciones sádicas del niño. Por esa vía, la persecución se duplicaba: devenía interna y externa; el temor a la retaliación quedaría situada en el centro del escenario. La culpa por las destrucciones fantaseadas, también.

³⁴ Aunque la posición esquizo-paranoide no había sido nominada como tal en *CEAT* (1945) -ella aparecerá en la escena teórica al año siguiente, en *NAME* (1946)- sus caracteres principales ya estaban perfilados en los años anteriores. Con frecuencia apareció con el nombre de posición paranoide.

³⁵ Dicho sea de paso, se ha preferido señalar esas disparidades antes que limarlas; más allá del esfuerzo interpretativo que exigen al lector y la sensación farragosa que por momentos produce, quizá sea también síntoma de otro tipo de fenómenos: Klein acaba descubriendo retroactivamente que lo escrito por ella no agotó lo que quería decir; que hay nuevos enfoques posibles del asunto tratado, que no quiere ni puede dar por acabado el tema y por eso retorna a él más tarde, porque sus puntos de vista se ampliaron o cambiaron. Desde esta perspectiva -que no desmiente las oscuridades de su prosa- podría decirse que no le agradaba sentirse encorsetada ni siquiera por sus propios esquemas; no fue complaciente con sus propias ideas, aunque las supiera defender bien.

³⁶ Véase en II, 2.6.5. los principales desacuerdos entre ambas.

³⁷ En II, 3.1.2. se insertó una figura similar a ésta, pero aquella se refería más ampliamente a las alternancias proyectivas introyectivas en sentido más amplio, mientras que ésta se refiere específicamente al superyó.

³⁸ En este mismo texto -p. 196- refirió una posible disociación del superyó en sus identificaciones primarias introyectadas en los diferentes estadios del desarrollo. Esta disociación junto con la proyección es la posibilitaría la personificación en el

juego. Al parecer Klein describe aquí un superyó conformado por un conglomerado de identificaciones que puede desmontarse en sus diversos componentes, algo similar a lo que Freud describió en el caso Schreber (véase I, 7.4.1). Otro aspecto que enunció en *PJN* (1929), p. 195, fue el siguiente: la evolución ulterior del superyó hacia la genitalidad dependía de si las fijaciones orales predominantes tomaron la forma de succionar o de morder. Si era en la de succión -la primera de todas en el esquema de Abraham, al que Klein aún adhería por aquel entonces (véase II, 2.6.3.1.)- se introyectaban imagos apaciguadoras y útiles; pero si la fijación era en la oral canibalística (devorar, morder), se introyectan imagos que despedazan. El superyó llevaba esta seña de identidad -una marca de origen que también indicaba el punto de partida de las introyecciones que lo constituyeron-.

³⁹ Llama la atención en esta primera parte del fragmento la alusión a la represión, mecanismo un tanto descuidado en su obra, pero lo cierto que a través de ese rodeo encontramos en Klein la función de activar la represión, que Freud había atribuido al superyó. Por otra parte estas dos versiones sobre la conformación del superyó coexistieron relativamente bien durante lustros, pero fue cuestionada por la propia Klein en *Sobre el desarrollo del funcionamiento mental* (1957), texto que se comentará más adelante, en este mismo apartado, en el marco de la tercera etapa de las elaboraciones sobre el superyó.

⁴⁰ La matriarca del psicoanálisis introduce también en este contexto -capítulo VIII de *EPN*- una referencia al Freud lamarckiano y filogenetista de *Tótem y Tabú* (1913): habría “[...] un factor filogenético en el origen de toda ansiedad temprana e intensa que el niño siente frente a los objetos internalizados. El padre, en la horda primitiva, era el poder externo que obligaba a una inhibición de los instintos. En el transcurso de la historia del hombre, el temor al padre, adquirido cuando empieza a internalizar los objetos, servirá en parte como una defensa contra la ansiedad, a la que dio lugar el instinto destructivo.” (p. 264).

⁴¹ Para más detalles al respecto véase II, 3.4.3.

⁴² Esta asociación inicial entre el superyó y la fase de sadismo máximo se fue deshaciendo sobre todo porque la segunda noción menguó su presencia, hasta desaparecer de la escena teórica. Podría decirse que en cierto sentido la posición esquizoparanoide introducida en *NAME* (1946) -comienzo de K_3 - fue la heredera del sadismo exacerbado que tanta presencia tuvo en K_1 .

⁴³ De nuevo, salvando todas las distancias, esta descripción permitiría establecer puntos de contacto con el superyó “obsceno y feroz” descrito por Lacan, instancia insensata que empuja al goce.

⁴⁴ Segal, H.; *op. cit.*, p. 51, aludiendo a una paciente de Klein, afirmó: Muchos de los juegos de Erna acababan en figuras paternas que eran asadas y devoradas. Sus impulsos sádicos y canibólicos eran muy evidentes. Por ejemplo, mientras cortaba papel asociaba que estaba haciendo carne picada y que del papel salía sangre; poco después se ponía enferma. En otras ocasiones hacia lo que ella llamaba ensalada “de ojos” y decía que estaba cortando trozos de la nariz de Klein. Estos juegos simbolizaban los ataques sádicos y canibales contra los padres y, por transferencia, contra Klein. [...] Consecuentemente, Erna tenía fantasías en las que era cruelmente perseguida por su madre: “ladrona” que le “quitaría todo lo que había en ella.”

⁴⁵ Si este sadismo es muy intenso se reprimen las fantasías sádicas y la culpabilidad pero se dificulta o impide la reducción del sadismo por medios simbólicos: a través de las fantasías y la actividad lúdica. Los retornos de lo reprimido están al acecho y la culpabilidad inconsciente puede manifestarse a través de actos delictivos. Estos adquieren tres significados: a) satisfacción del sadismo; b) defensa inadecuada por parte del yo contra el superyó cruel y c) satisfacción de una necesidad de ser castigados. El fracaso de la defensa y su integración en el círculo vicioso “malo” fue balanceado a partir de 1934-posición depresiva- y la formación del circuito “bueno”, según se verá en K_2 .

⁴⁶ Klein ya había dado pistas sobre estas ideas en *Tendencias criminales en niños normales* (1927) y volvió sobre el tema en *Sobre la criminalidad* (1934). Las tendencias asociales -es decir el ensimismamiento, la toma de distancias y el evitar los objetos externos- tendría que ver con las mismas causas: el miedo exacerbado. La culpa *inconsciente*, noción que Klein dijo que tomaba en préstamo a Freud, era la fuerza que impulsaba a los actos criminales. En realidad, el vienés manifestó sus dudas por usar ese adjetivo relacionado con la primera tópica -le parecía una contradicción en los términos, por haber sostenido que en el inconsciente no había afectos-.

⁴⁷ Estas ideas kleinianas entran en resonancia con las de Lacan, expresadas en su artículo *La agresividad en psicoanálisis* [(1948), *E I*, p. 108 y ss.]. El psicoanalista francés vino a decir unos cuantos años más tarde que Klein, que la agresividad era constitutiva de lo humano. En la cuarta de las cinco tesis que presentó en dicho texto dejó constancia acerca de todo lo que “por ella [la Señora Klein] sabemos” sobre esos asuntos. Para más detalles sobre esta cuestión dirigirse al texto citado de Lacan y a III, 7.9. donde se realiza un breve comentario sobre las tesis sobre la agresividad propuestas por el psicoanalista francés y su relación con la identificación especular o narcisista.

⁴⁸ Ya había anticipado algo de esto en *ETCE* (1928), p.180.

⁴⁹ PEP y PD conformaron el binario posicional definitivo, que fue objeto de un examen muy detallado en II, 3.1., por lo que allí se remite para evitar reiteraciones.

⁵⁰ Una revisión de estos textos se lleva a cabo en II, 6.4., en el contexto de un estudio del concepto de introyección.

⁵¹ Dada la importancia que adquirió en K_3 la alternancia de la proyección/identificación proyectiva y la introyección/identificación introyectiva en la conformación de la mente infantil -superyó incluido- es conveniente complementar lo aquí dicho con los desarrollados de II, 8. y II, 9., dedicados íntegramente al examen de esos procesos.

⁵² La instancia yoica también se *construía* mediante estos procedimientos que son a la vez defensivos y establecedores de relaciones objetales, pero, ya se sabe: Klein sostenía que el bebé llegaba al mundo con un yo innato y muy rudimentario. En *NAME* (1946) describió -pero sin nominarla como tal- la identificación introyectiva que adquirirá gran importancia en la formación del yo, a partir de *CTEL* (1952).

⁵³ Sobre la teoría kleiniana de la angustia véase II, 4.2.

⁵⁴ OCB, publicado el mismo año que CTEL no plantea ideas novedosas sobre el superyó

⁵⁵ Para más detalles sobre las razones de estas innovaciones introducidas en esta alocución, se remite a los comentarios que realiza Elsa M. del Valle Echegaray en su libro *Melanie Klein, cierre y apertura* (1999), Editorial Lumen, Buenos Aires, pp. 129 y ss. Se transcribe un par de frases de esta gran estudiosa y conocedora de la obra de la matriarca del psicoanálisis, nada sospechosa de ser antikleiniana: “Si el propósito de Klein fue mostrarse como una continuadora leal del Freud, creo que no tuvo éxito. Si el propósito fue exponer nuevas ideas sobre el superyó, tampoco lo consigue, porque no las introduce como cambios en la teoría, y porque no las fundamentan las continúa en sus últimos trabajos. Me inclino a suponer que quiso lavarles la cara a sus ideas para hacerlas oficialmente respetables [en el Congreso Internacional], con el resultado que el conocedor de su obra se desorienta.” (*Op. cit.*, p. 131. Lo que está entre corchetes me pertenece, aunque es una opinión de la autora expresada con anterioridad).

⁵⁶ Por eso se sostuvo en esos párrafos que se trataba de dos versiones sobre el origen del superyó y se dejó entre signos de interrogación la complementariedad de la misma. En 1957 esta conjunción estalló de hecho. Entonces se hace pertinente otra pregunta: ¿era Klein consciente de esa contradicción?

⁵⁷ Se remite a 3.5.10., donde se aborda la represión en la obra de Klein.

⁵⁸ También lo hizo en *SIA* (1929), a partir del libreto de Colette para la ópera de Ravel “La palabra Mágica” y en un análisis de las obras pictóricas de Ruth Kjär, en un artículo suyo la reparación (véase *infra*, 6. 4.3). En II, 8.6.2., se comentará el artículo de 1955 recién mencionado, en el contexto del abordaje de la identificación proyectiva. Por otra parte, en mi libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* (2010), *op. cit.*, pp. 112 y ss., en el capítulo titulado “El inconsciente en la literatura de ficción”, se hacen algunas reflexiones sobre el alcance y los límites del llamado psicoanálisis aplicado.

⁵⁹ Sobre la *personificación* véase la nota final n° 4 de II, 1., los comentarios a *PJN* (1929) en II, 2.4.5.2 y las breves notas que se expusieron en 6.3.1.3. de este mismo capítulo.

⁶⁰ A comienzos del apartado 6.3. se mencionó una larga lista de escritos sobre el tema en cuestión.

⁶¹ Klein describió aquí brevemente las muy significativas transformaciones psíquicas del bebé en esta posición; ellas han sido extensamente desarrolladas en II, 3.1.3.

⁶² Se estaría tentado de decir “reprimidas”, pero este concepto no encaja demasiado con la concepción kleiniana, para quien la represión actuaría más tarde; son más válidos, entonces, términos como escisión y aislamiento, que quedarían alojadas en lo inconsciente. Es la tesis nueva que fue expuesta *supra*, al final de 6.3.3. en los comentarios a *SDMF* (1957).

⁶³ Un inciso derivado de la clínica con pacientes adictos tal vez aclare más estas propuestas. Es casi indefectible que estos sujetos soliciten en las primeras entrevistas algo que les permita “controlar” -palabra mágica- sus tendencias impulsivas; piden ayuda para fortalecer su superyó o para que sea más severo y efectivo contra los consumos “desmedidos”. Quieren “manejar” a su gusto las pulsiones, lo que equivale a: “consumir cuando yo quiera... y basta”. Rechazan, en principio, el procesamiento de su organizaciones pulsionales y, más ampliamente, todas las transformaciones subjetivas necesarias que conllevarían una posible atenuación o desaparición del consumo. Aunque las siguientes sean afirmaciones un tanto esquemáticas podría decirse que, en términos kleinianos, ellos evitan la elaboración de la posición depresiva; en conceptos de Freud: se sustraen al pasaje por la castración; y en lenguaje lacaniano: eluden la simbolización de lo imaginario y todo lo que esa tarea implica. Dicho de una manera más coloquial: quieren un freno más potente pero no aflojar el acelerador.

⁶⁴ Tendencias criminales en niños normales (1927) fue el título de un artículo suyo, donde trató este tema.

⁶⁵ Véase respecto de este punto los comentarios sobre *DTCN* (1933) realizados al final de 6.3.1.4.

⁶⁶ Recuérdese el denominado complejo de Electra, descrito por Jung, como el equivalente del complejo de Edipo positivo del varón.

⁶⁷ Este enfoque contrasta con la teoría freudiana en la que la conformación del superyó por identificación conllevaba una doble desexualización: a) la asociada a la renuncia al objeto edípico, que suponía el retiro de las cargas de objeto y el trueque de libido objetal por narcisística; b) la inherente a toda identificación secundaria edípica. (Véase I, 1.7.2. y I, 6. 4).

⁶⁸ Los arquetipos eran imágenes provenientes de sueños, de fantasías, de relatos religiosos, mitológicos o de leyendas que serían constitutivas del inconsciente colectivo. Según Jung, “no se trata de *representaciones* heredadas sino de *posibilidades* heredadas de representaciones. Tampoco son herencias individuales, sino, en lo esencial, generales, como se puede comprobar por ser los arquetipos un fenómeno universal.” [Jung, C. G. (2002). *Obra completa*, vol. 9, I: “Los arquetipos y lo inconsciente colectivo”, Madrid, Editorial Trotta. Estas imágenes arquetípicas *universales* y *ancestrales* permitirían deducir ideas muy abstractas y generales, orientadas por el contenido simbólico de las mismas. Los arquetipos se expresarían tanto a nivel personal como colectivo. Entre los arquetipos más conocidos estarían: el nacimiento, la muerte, dios, cuaternidad, el anciano sabio, un amigo traicionero, grupos numéricos, un padre dominante, la madre, el héroe, etc. Descubierta la presencia de un arquetipo en una persona, se desprenderían múltiples verdades establecidas *a priori* sobre la vida de la misma, sin necesidad de asociaciones por parte de ella: el arquetipo “lo diría todo.”

⁶⁹ Planteó una excepción a esta técnica interpretativa: cuando se comprobara *categoricamente* la ausencia o un déficit de asociaciones a un elemento del contenido manifiesto del sueño, se lo podía interpretar *simbólicamente*. Se trataba de un asunto excepcional, que implicaba haber topado con la represión primaria. En su escrito *Sobre el sueño* [(1901), OCFAE, V, p. 613 y ss.], Freud agregó en 1911 una sección -la XII-, en la que afirmó: “Hay símbolos traducibles de manera casi universalmente unívoca; así emperador y emperatriz (rey y reina) significan los padre; las habitaciones figuran mujeres y las entradas y salidas de ellas, las aberturas del cuerpo.” (p. 665). Luego planteó una larga lista de objetos que pueden simbolizar a los genitales femeninos y masculinos; otros tendrían en principio carácter bisexual y sólo el contexto permitiría adscribirlo a uno u otro género. De hecho, el volumen V de las OCFAE, pp. 713-714 incluye un *Índice de símbolos* oníricos elaborado por los editores de la *Standard Edition*, a partir de los textos freudianos sobre sueños de 1900 y 1901 (con el

agregado de 1911). Por esta vía Freud dejó abiertas tres variantes en la simbolización onírica: a) las relaciones símbolo-simbolizado propias de un soñante singular en cada uno de sus sueños; b) las relaciones símbolo-simbolizado “universalmente unívocas” y c) los procesos de simbolización que se generan en las interacciones de a) y b). Es evidente que este triple viaducto fue más allá de los sueños y abarcó los diversos aspectos de la vida psíquica en que participa la simbolización; entre ellas, la construcción de la realidad. Los símbolos, las introyecciones y las fantasías son constitutivas de la realidad psíquica que cada uno construye. (Véase I, 2.1.1 y I, 5.1). Por eso no son útiles las fórmulas preestablecidas para descifrar símbolos; ellos deben ser interpretados no sólo en función de cada proceso psicoanalítico singular sino y también, atendiendo a los distintos momentos del análisis. El significado de un mismo símbolo puede variar según los contextos y los momentos.

⁷⁰ De ahí que no sea extraño que Freud denominase *parálisis funcional simbólica* a uno de los síntomas que presentaba Isabel de R. Incluso, en sentido más amplio, en sus primeros escritos -1895 y 1896- caracterizó el síntoma histérico como *símbolo mnémico* de un trauma o conflicto. En la primera de las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* [(1910); OCFAE, XI, p. 13] afirmó que los síntomas histéricos “son restos y símbolos mnémicos de ciertas vivencias (traumáticas)” y los comparó con los monumentos de las grandes ciudades.

⁷¹ Puede leerse al respecto el apartado *Anticipaciones e insuficiencias de Ferenczi en Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas*; Korman, V. (2010), *op. cit.*, p. 162 y ss.

⁷² Para una visión sintética de la misma, véase I.G. 1.1.; en I, 4.2. se la trató minuciosamente.

⁷³ Este texto fue leído por primera vez en la British Psychological Society en 1916 y publicado el mismo año en el *British Journal of Psychology*. Existe versión castellana del mismo -Letra Viva, Buenos Aires, 1980-. Se citará según esta edición, pero no se seguirá estrictamente el orden expositivo que siguió su autor. El trabajo está constituido por cinco capítulos, el primero de los cuales era una introducción general, el segundo abordó la perspectiva psicoanalítica sobre el simbolismo; el tercero estuvo dedicado a cuestiones vinculadas con la génesis de dicho simbolismo; el cuarto enjuiciaba otras perspectivas en esta temática -las de Adler, Jung, Silberer, Steckel, etc. a quienes criticó la reinterpretación de los hallazgos psicoanalíticos excluyendo lo inconsciente y otros conceptos fundamentales, reteniendo los términos técnicos forjados por Freud, pero vaciándolos de su contenido-. El quinto y último capítulo era una reseña de conclusiones. Aquí se prestará especial atención a las tres primeras secciones del escrito de Jones.

Desde otra perspectiva cabe consignar que Lacan escribió un artículo -*En memoria de Ernest Jones. Sobre su teoría del simbolismo* [(1959); E, 2, pp. 663 y ss.]- en que hizo comentarios elogiosos sobre este texto señalando asimismo los *impasses* que el galés no pudo superar en el abordaje de este asunto. La concepción lacaniana sobre lo simbólico y su articulación con la tópica R-S-I, se abordará en III, 7.7.

⁷⁴ La versión castellana del texto de Jones utiliza en esta frase el término *reversión*; quizá el vocablo *regresión* sea más adecuado.

⁷⁵ A juicio del autor de esta tesis se trataba de un adjetivo desafortunado, porque negaba “veracidad” a las restantes representaciones simbólicas. Sin duda, Jones pretendía diferenciarlo del simbolismo *psicoanalítico* -cuyas bases freudianas ya fueron descritas *supra*-, que tenía diferencias significativas con el inherente al lenguaje y a los objetos recién comentados.

⁷⁶ De paso Jones iba refutando a Jung: este primitivismo en la producción de símbolos los anclaba en cosas concretas, diferentes a las ideas abstractas, trascendentales, que subyacen al sistema jungiano. Todos los símbolos, dijo el galés, representaban ideas acerca de sí mismo y de los parientes consanguíneos o de los fenómenos del nacimiento, el amor y la muerte (p. 25). Se ha visto que Ferenczi afirmó algo parecido, pero utilizando al cuerpo propio como fundamento para la formación de símbolos.

⁷⁷ A esta altura de su exposición Jones plantea un tercer factor que empuja a la identificación -o si se quiere, a la tendencia a captar en las situaciones nuevas lo ya asimilado-; remite nuevamente a Sachs y Rank a sabiendas de que ellos atribuyeron tal inclinación *no* al principio del placer-displacer sino al de realidad. La siguiente cita de ambos autores lo ratifica:

“Así, el simbolismo aparece como el precipitado inconsciente de medios primitivos de adaptación a la realidad que han devenido superfluos e inservibles, una especie de desván de la civilización, al cual el adulto huye rápidamente en estados de reducción o de deficiencia de la capacidad para adaptarse a la realidad, con el fin de recuperar su viejos y hace mucho tiempo olvidados juguetes de la niñez.” [De *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften* (1913) [La importancia del psicoanálisis para las ciencias humanas].

También mencionó en este contexto un artículo del filólogo sueco Sperber, publicado en la revista *Imago* en 1912, para quien el desarrollo del lenguaje estuvo muy influenciado por la sexualidad. La concepción de este último fue resumida tanto por Jones como Klein; el primero, en el texto que se está comentando y la segunda, en *Análisis infantil* (1923); OCKPA, vol.2. p. 88.

⁷⁸ La *ecuación simbólica* se caracteriza por el hecho de que la distancia entre el símbolo y lo simbolizado se reduce a cero; es prototípica de la psicosis. En cambio, en la representación simbólica hay separación entre ambos; Klein se refería a esta última con la denominación de símbolo *verdadero*.

⁷⁹ Jones indicó que esta cita fue extractada del texto de Sachs y Rank titulado *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften* (1913) [La importancia del psicoanálisis para las ciencias humanas]; no especificó editorial ni números de página de donde se hizo la extracción, aunque sí la ciudad donde probablemente haya sido impreso: Wiesbaden. Existe versión francesa de esta obra bajo el título *Psychanalyse et sciences humaines*, Paris, PUF, 1980.

⁸⁰ Véase *supra*, al final de 6.3.3., 6.34 y II, 8.6.7.

⁸¹ Como es sabido, posteriormente ella abandonó estas tesis al afirmar que había relaciones objetales desde el nacimiento y referir, a partir de la introducción de la identificación proyectiva, la existencia de relaciones narcisistas de

objeto. También desapareció la noción de narcisismo *primario*, dado que no necesitaba de él para dar cuenta de la constitución del yo, que en su teoría era innato.

⁸² En este mismo capítulo se han descrito las correspondientes al superyó; también los hubo en el yo, en las relaciones de objetos y en todas las dimensiones de lo psíquico.

⁸³ Aquí Klein parece acercarse a la noción de *identificación primaria* de Freud (véase I, 3.1.); tampoco habría que forzar demasiado las cosas para encontrar algunas conexiones con el estadio del espejo de Lacan. Las diferencias con este último tal vez sean mayores que con el vienés, en tanto el primero postuló la vía visual –y no la incorporativa oral– en la consumación de las identificaciones imaginarias (véase III, 10).

⁸⁴ Véase II, 4. 1.1.

⁸⁵ Conviene distinguir simbolización de pensamiento abstracto; el segundo implica a la primera, pero la inversa no es válida. La abstracción sería tan sólo *una* consecuencia –entre otras– de la simbolización.

⁸⁶ Recuérdese que para Klein las defensas no estaban básicamente dirigidas contra el retorno de lo reprimido sino a disminuir las manifestaciones de Tánatos en la psique; entre ellas, la angustia. (Véase II, 3.3.)

⁸⁷ En términos generales, las consideraciones sobre el tema del simbolismo en la obra kleiniana han sido tomadas de este trabajo y de *Psicoanálisis de niños* (1932), vol. 1, p. 125 de la misma edición.

⁸⁸ Lacan planteó una concepción estructural de lo simbólico en articulación con lo imaginario y real (véase al respecto III, 7.7).

⁸⁹ Un análisis pormenorizado de algunos claro-oscuros de la teoría del simbolismo en Klein excede los objetivos de esta tesis. El lector interesado en dichas precisiones puede acudir a Petot, J.-M.; *op. cit.*, tomo I, pp. 186- 197. Se apuntará una única discrepancia con lo allí afirmado: si bien las ideas de Hanna Segal sobre la formación de símbolos aclaraban algunas ambigüedades de Klein –tesis de Petot–, también es cierto que crearon nuevas complicaciones porque esta última se vio llevada a postular –en *Notas sobre la formación de símbolos* (1957)– dos simbolismos: uno, primitivo desconectado de la sublimación y otro, más evolucionado, en que ambos procesos serían solidarios (tesis kleiniana por excelencia). Por otra parte puso en cuestión la existencia de relaciones de objetos desde el nacimiento reintroduciendo cierta anobjetalidad inicial.

⁹⁰ He realizado un estudio pormenorizado de la concepción freudiana de la misma en el capítulo “Los senderos literarios de la sublimación”, de mi libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* (2010); *op. cit.*, pp. 253 y ss. De allí reproduzco un par de párrafos que caracterizan a dicho vocablo en la teoría del vienés, que funcionará como telón de fondo para su cotejo con las ideas de Klein al respecto. La sublimación es el concepto que utiliza la teoría psicoanalítica para explicar las actividades o realizaciones del ser humano en los campos de la creación artística, literaria y científica. Estos acontecimientos de la cultura tienen como características compartidas las de estar alejada de la satisfacción sexual directa y la de obtener su energía de una fuente que, en sus orígenes, es sexual: la pulsión. Es la capacidad de producir algo nuevo, transformador de la realidad, a partir de raíces sexuales en tanto que el proceso acaba en una realización no sexual conforme a ideales. El Ideal del Yo cumple respecto de la pulsión una doble función: incita la sublimación –aunque no puede obtenerla de manera forzada– y actúa como guía y orientación, ofreciendo modelos. El fantasma, en tanto soporte que escenifica el deseo inconsciente, proveerá materia prima desiderativa y, a la par, alimentará la imaginación, ingrediente imprescindible para estas producciones. Es imprescindible para estos menesteres que el sujeto haya producido la resignificación fálica de la sexualidad. Sólo los remanentes no integrados a este torrente pueden ser objeto de sublimación. Dicho en otros términos, ésta recae únicamente sobre las pulsiones parciales que no han confluído bajo la primacía fálica. Todo esto presupone un pasaje adecuado por el complejo de Edipo e implica, a su vez, que el yo –impregnando sus actividades con un narcisismo transformado, destilado, por la castración– pueda poner el sello personal a las creaciones. Tras una necesaria escala en el yo (transformación de libido objetal en narcisista), *la sublimación implica una desexualización de la pulsión que le otorga un nuevo fin y objeto*. En I, 6 4.1. se hicieron referencias al proceso que trasmuta tan radicalmente a la pulsión. Con la sublimación, algo del oscuro mundo pulsional de cada uno, ve la luz del día de otro modo. Sin duda se trata de un reciclaje pulsional exitoso, si lo comparamos con la represión, generadora de retornos de lo reprimido que empujan a la formación de síntomas. Lacan trató especialmente el tema de la sublimación en el capítulo VIII de su seminario *La ética del psicoanálisis*. Tras recordar que para el vienés la sublimación era uno de los destinos de la pulsión, sostuvo que la satisfacción que ella era capaz de depararle a la pulsión (*Trieb*, en el alemán de Freud), servía justamente para poner de relieve la naturaleza misma de esta última: aquello que la hacía diferente del instinto (*Instinkt*). Esta distinción entre pulsión e instinto fue, como ya se ha dicho, escasamente reconocido por Klein y, más ampliamente, por la escuela inglesa. La disparidad se funda en que la sublimación permite relacionar la pulsión con lo que Freud denominó *Das Ding* –la Cosa–, en tanto que ella es diferente del objeto. De ahí la caracterización lacaniana de la sublimación como aquello *que eleva un objeto a la dignidad de la Cosa*. Precisó luego que debía haber una disponibilidad del objeto para que pudiera ser promocionado, elevado, a la dignidad de la Cosa. Páginas más adelante, siempre dentro del capítulo VIII del seminario mencionado, ilustró esta situación con el fenómeno del coleccionismo: una sencilla caja de cerillas adquiriría una dignidad diferente al quedar situada junto a otros centenares de ejemplares de las mismas. El conjunto insufla a cada cajita algo nuevo.

Una ilustración más amplia y magnífica del fenómeno de la lógica del coleccionismo –en este caso, de obras pictóricas– pudo apreciarse en una exposición recientemente realizada en el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid; su título fue muy sugerente: *Coleccionismo y Modernidad*. Dos casos de estudio: Colecciones Im Obersteg y Rudolf Staechelin. Se aprecia que no se trata de la importancia o valor intrínseco de los objetos sino de los mecanismos íntimos con los que la sublimación opera sobre ellos.

⁹¹ Como trasfondo de estas ideas estaba la teoría del surgimiento de las pulsiones sexuales por *apoyo o apuntalamiento* en las pulsiones de autoconservación. La sublimación implicaba –en cierto sentido– emprender la dirección

opuesta, siguiendo las mismas vías. Para una visión sintética de esta problemática, véase el *Diccionario de Psicoanálisis*, J. Laplanche y J.-B. Pontalis; entradas “apoyo o anáclisis” y “sublimación”.

⁹² Aquí Klein apela a un Freud posterior a *Introducción del narcisismo* (1914): la desexualización inherente a la sublimación de la libido implicaría una escala de la misma en el yo, antes de dirigirse nuevamente a objetos y fines distintos de los originarios (Véase I, 6.4.1.)

⁹³ En *CTEL* (1952) Klein retomó ideas ya expresadas en *ETCE* (1928) y en *SIA* (1929): la sublimación/ reparación no sólo actuaba sobre el objeto; también tenía efectos en cuerpo y en mente propia. En el primero de los artículos citados afirmó que una de las raíces de la frecuente preocupación de las mujeres por su belleza personal, se relacionaba con el temor a que ésta fuera destruida por la madre (retaliación). En el impulso a embellecerse y adornarse, existiría siempre la idea de reparar la belleza dañada, que se originaría en la angustia y el sentimiento de culpa. Más adelante, en 6.4.3.1., se incluyó una cita del segundo artículo en el que se ha subrayado con cursivas este aspecto restaurador de sí mismo que puede adquirir la reparación.

⁹⁴ Se trata de un procedimiento diferente de la desexualización de la pulsión. Véase *infra* y I, 6.4.1.

⁹⁵ La reacción reparatoria será tan imaginaria e inconsciente como la destructividad sádica; se trata en ambos casos de fantasías. Sin embargo revelan el importantísimo lugar que ocupan los aspectos fantasmáticos e imaginarios en el niño.

⁹⁶ El giro que introdujo la PD no fue copernicano; el psicogenetismo siguió vigente, aunque modificado por la perspectiva estructural que representó el concepto de posición: el sadismo siguió siendo primario en lógica kleiniana como así también, la tendencia endogenetista -ptolomeísmo- e instintivista con punto de partida en la biología del bebé. Este asunto será debatido más extensamente en la sección IV en la que se propondrá otra perspectiva: pensar la influencia de la pulsión de vida y de muerte de los padres sobre el psiquismo del niño, desde su primer día de vida. Esto supone una influencia simultánea de Eros y Tánatos sobre el bebé, sin preeminencias temporales.

⁹⁷ El próximo capítulo –el séptimo- estará íntegramente dedicada a la envidia y a la gratitud. En ese contexto y más específicamente en II, 7.4.3. se volverá sobre la reparación y la creatividad.

⁹⁸ No es momento de puntualizar esas líneas de fuerza prevalentes en su obra; donde sí se realizó esta tarea fue en II, 1.2., en II, 1.3 y en volverá a ellas en II, 7.4.

⁹⁹ En *El oficio de analista*, *op. cit.*, dediqué dos capítulos a las terminaciones de los análisis; sobre todo en “Fin del análisis ¿duelo o separación?” planteé algunas diferencias cruciales entre el fin de análisis freudiano y kleiniano.

¹⁰⁰ Ya se ha señalado que estas tendencias dieron pie a una corriente de pensamiento dentro del movimiento psicoanalítico centrada en la oblatividad. Fue Édouard Pichón quien introdujo dicho término en psicoanálisis; E. Jones, F. Dolto, S. Nacht y otros. Se comentan estos avatares en III, 4.7.7.2 y en la nota final nº 102 que nace en ese apartado.

¹⁰¹ Salvo al final de su obra, en que hizo algunos comentarios que pueden considerarse cercanos a los postulados freudianos sobre el narcisismo primario, aunque ni siquiera en ellos utilizó la palabra narcisismo. El tema que trató en esas circunstancias fue el de la pérdida de la fusión prenatal con la madre. Para más detalles sobre esta cuestión, véase II, 7.3.2.

¹⁰² Las ideas de Freud sobre el narcisismo primario y secundario fueron expuestas en I, 1.4.1. y I, 1.4.2.; las de Lacan en III, 10., en el contexto de un estudio sobre las identificaciones imaginarias. Ambos tuvieron que fundamentar -y cada uno lo hizo a su manera-, el surgimiento del yo, cuestión que, como ya se ha dicho, no se le planteó a Klein.

¹⁰³ Las variadas vicisitudes de la I. P. serán tratadas extensamente en el capítulo 8. En cuanto al concepto de identificación proyectiva en un objeto interno se recordará que fueron Roger Money Kirlé (1965) y Donald Meltzer (1966) los primeros que se refirieron a ella.

¹⁰⁴ Klein reconoció que la noción de objeto que utilizaba Freud en el contexto de la caracterización del autoerotismo y del narcisismo era diferente a la suya: él se refería al objeto *parcial* de la pulsión (véase I, 1.3.1), mientras que para ella se trataba de una relación objetal (externa o interna) que incluía emociones, fantasías angustias y defensas del lactante. Que la polémica con Ana Freud estuviera apaciguada no fue obstáculo para que Klein expresara estas frases en dicho Congreso: “No conozco la opinión de Ana Freud acerca de este aspecto de la obra de Freud. Pero, en lo que concierne al autoerotismo y al narcisismo, parece solamente haber tomado en cuenta la conclusión de Freud de que un estadio autoerótico y narcisístico precede a las relaciones de objeto, y no haber dado importancia a otras afirmaciones de Freud, como las que acabo de citar.” (*LOT*, pp. 265-266).

¹⁰⁵ Sin duda Lacan, atento lector de Klein, percibió la preeminencia del narcisismo y de lo imaginario en la teoría de la psicoanalista de niños, considerándolo un callejón sin salida de su pensamiento. Es bastante probable que su tópica de los tres registros y, especialmente, sus consideraciones sobre lo simbólico, tuvieran una de sus fuentes en la percepción de lo que él consideraba un *impasse*.

¹⁰⁶ Para Lacan, el yo se estructuraba a imagen y semejanza del pequeño otro, mediante la identificación imaginaria. La captación de la alteridad estaba ligada a un fenómeno gestáltico: la percepción precoz, antes del establecimiento del lenguaje, de la forma corporal unitaria del otro humano. Se trataba pues de un narcisismo en que el otro -entendido como semejante-, intervenía de manera decisiva.

ENVIDIA Y GRATITUD

7.1. Introducción

Parecía que Klein ya había dicho todo cuanto tenía por decir cuando, en 1957, sacudió nuevamente al estamento psicoanalítico con su osada *Envidia y Gratitud (EyG)*, publicación que avivó viejas y nuevas controversias. Como se podrá apreciar en los comentarios de las páginas que siguen, en ese escrito Klein abordó ambos afectos a través de sus conexiones ramificadas con los demás componentes del andamiaje conceptual que ella había construido a lo largo de cuarenta años. Buena parte de sus elaboraciones precedentes fueron reprocesadas mediante las ideas novedosas de 1957, por lo que aquellas acabaron recibiendo luces retroactivas. Esto permite decir que, por su contenido, *EyG* implicó: continuidad, ruptura, avances y paradojas.

El presente capítulo, cuyo título replica al de su libro, pretende realizar algo más que una aproximación a la letra de dicho texto: se intentará desentrañar la metapsicología implícita en él y se realizará un estudio de los significativos cambios categoriales que esa publicación introdujo, comentando también sus consecuencias clínico-teóricas. Asimismo, las múltiples ideas dispersas por el centenar de páginas que lo conforman serán agrupadas en torno a varios nudos teóricos con la intención de desmontar la alta condensación conceptual que acabaron adquiriendo esos dos vocablos. Poner de relieve tal propiedad –difícil de ser percibida en una primera ojeada–, requirió llevar a cabo una lectura entre líneas y relacionar su contenido con muchos de los escritos anteriores. En otras palabras, se hizo necesario combinar una lectura cronológica y retroactiva de su producción.

El instintivismo que caracterizó a la primera etapa de su obra –y que jamás fue recusado por ella–, declinó parcialmente en la década posterior a *NAME* (1946), para volver por sus fueros, con más bríos, en esta publicación de 1957.

La jerarquización de esa perspectiva conllevó un aumento de la importancia atribuida a los factores constitucionales en el desarrollo evolutivo, aspecto éste al que se dedicará especial atención en este capítulo, dado que entronca con el tema central de esta tesis.

De manera paralela se acrecentó el endogenetismo; éste cariz hizo más patente su “concepción *ptolomeica*” de la conformación del psiquismo.¹ *EyG* (1957) contiene giros significativos respecto de su forma de entender la organización del aparato psíquico y del rol jugado en ella por las identificaciones proyectivas e introyectivas.

La evolución del psicoanálisis en los sesenta años transcurridos desde la aparición de esa publicación, –especialmente la irrupción del pensamiento de Lacan y la importancia por él otorgada al entorno y a la alteridad en su teoría identificatoria– produjo que el endogenetismo, instintivismo y constitucionalismo kleinianos adquiriesen mayor relieve por un efecto de contraste con la perspectiva adoptada por él. En efecto, a esas características que la matriarca del psicoanálisis imprimió a su obra,² el psicoanalista francés contrapuso: a) la preeminencia determinante de la alteridad –Otro y el otro– en la estructuración subjetiva; b) una concepción en que las pulsiones se constituían en el campo del Otro y c) un fuerte posicionamiento ambientalista; en la teoría lacaniana, los identificantes eran el Otro y el otro, perspectiva que se ha calificado de *copernicana*, en oposición a la *ptolomeica*.

Quizá la excesiva rigidez con que Klein expuso algunos de sus puntos de vista le restó validez a sus tesis, facilitó las críticas de sus enjuiciadores y dejó en una posición incómoda a muchos de sus adeptos. Por supuesto, y como suele suceder habitualmente, hubo un sinnúmero de colegas que abrazaron elogiosamente las nuevas ideas. Las polémicas entre sus partidarios y sus críticos estaban siempre en el orden del día; el debate no se acabó todavía.³ Tal vez, el tiempo transcurrido desde entonces permita interpretar mejor la verdadera valía de este libro; asimismo, determinar qué aspectos de la formación del aparato psíquico se han podido iluminar mediante la introducción de los conceptos de envidia y la gratitud. Las posiciones polares de Klein y Lacan en las comarcas teóricas que hacen a la estructuración del aparato psíquico, sitúan las propuestas de Freud respecto de esta misma problemática, como una especie de posición intermedia, aunque con profundas diferencias con ellos.⁴ Sin embargo, el vienés fue considerado por los otros dos psicoanalistas como el referente mayor; el ser ovacionado tanto por una como por otro no fue un obstáculo para que ambos le sometieran a diferentes “*liftings*” teóricos.

Está claro: *EyG* (1957) no debería ser considerado *todo Klein*, pero sin duda ese texto llevó al rojo vivo las nervaduras recién nombradas de su producción. Se esté o no de acuerdo con su posición sobre el innatismo, endogenetismo e instintivismo, conviene saber acerca del filo acerado que ella otorgó a esas aristas de su teoría. Sus ya atrevidas hipótesis anteriores acerca de la temprana vida psíquica fueron antedatadas aún más: saltaron la cota del nacimiento para afirmar que ciertos aspectos de la vida fetal eran antecedentes y condicionantes de las relaciones de objeto post-natales; sostuvo que el bebé nacía con un conocimiento innato de un pecho bueno y que la pérdida de la fusión prenatal con la madre conllevaba una herida incurable: una nostalgia irreductible por aquel paraíso intrauterino perdido.

Otro giro notable de 1957 fue la trascendencia que concedió al objeto bueno. Su infinita insistencia en K_1 y K_2 acerca del sadismo, la angustia, la pulsión de muerte y la preeminencia de los objetos persecutorios y malos, apenas dejaban pequeños resquicios para las referencias *explícitas* al objeto bueno y otras manifestaciones del instinto de vida en la psique. Al leer las obras de ese periodo se hacía necesario reconocerle una presencia implícita, porque, caso contrario, el desarrollo evolutivo y el funcionamiento de la psique, hubieran sido imposibles en presencia de una maldad sin límites o en ausencia de fuerzas que la contrarrestaran. Sólo en K_3 –especialmente al final–, el circuito bueno salió de un estado casi virtual, para reclamar su encaje definitivo como pieza teórica fundamental. Por supuesto, siempre podrá encontrarse alguna que otra excepción a las tendencias recién comentadas, pero aún y así, el viraje impetuoso que supuso otorgar gran importancia a la introyección del objeto bueno no puede atribuirse simplemente a un arrebatado kleiniano, sino a una exigencia de equilibrar su sistema teórico. La vehemencia de ese nuevo giro produjo vibraciones en todo el andamiaje conceptual kleiniano.

A partir de *EyG*, al autor de esta tesis se le impuso reiteradamente preguntas del tipo: ¿qué quedaba en pie de sus anteriores elaboraciones sobre el sadismo y el circuito malo?, ¿cómo entender a partir de entonces las posiciones, los objetos, el superyó y, más ampliamente, el complejo de Edipo temprano? No se encontraron muchas respuestas explícitas en el libro de la autora.

La jerarquización del objeto bueno y de la capacidad de amor –bien *explícita* a partir de entonces– renovaron la omnipresente lucha entre Eros y Tánatos propia de su concepción, aunque con el agregado de dos nuevos representantes: la gratitud y la envidia. En correlación con este giro debe entenderse la potencia y las funciones otorgadas a una fantasía del bebé acerca de la existencia de un objeto –el pecho bueno– que sería capaz de colmar todas sus necesidades y deseos. Esta versión kleiniana de la lucha entre el bien y el mal adquirió ciertos tintes religiosos en algunos pasajes de *EyG*:

“Una gran envidia hacia el pecho nutricio interfiere con la capacidad para el goce pleno, socavando así el desarrollo de la gratitud. Existen razones psicológicas muy apropiadas que explican por qué la envidia se halla entre los siete ‘pecados mortales’. Yo sugerí asimismo que inconscientemente es percibida como el mayor pecado de todos porque ataca y daña al objeto bueno que es fuente de vida. Este punto de vista es coincidente con el descrito por Chaucer en *The Pearson’s Tale* [El relato del párroco]: ‘Es cierto que la envidia es el peor pecado que existe, pues todos los demás pecados lo son contra una virtud, en tanto la envidia es un pecado contra toda virtud y toda bondad.’

El sentimiento de haber dañado y destruido al objeto primario menoscaba la confianza del individuo en la sinceridad de sus relaciones posteriores y le hace dudar de su propia capacidad para amar y ser bondadoso.” [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 28].

En otras páginas del mismo libro no faltaron –como era de esperar–, las contrapartidas de estas ideas: la fusión del amor, la gratitud, la generosidad y la confianza hacia los objetos.

Otras dos problemáticas ocuparán sendos apartados de este capítulo; una: la aparición en EyG de alusiones indirectas de Klein al narcisismo primario descrito por Freud; ellas tomaron como punto de partida la noción de fusión prenatal con la madre⁵; la segunda cuestión giraba en torno a la teoría de la frustración y sus vínculos con la gratificación, privación y agresión. Por último, y cerrando el capítulo, se hará un nuevo enfoque sobre su concepción acerca de la formación del aparato psíquico; en esta oportunidad se incluirán las innovaciones introducidas sobre esta cuestión en EyG. En 1957, tanto la envidia como la gratitud fueron concebidas como factores determinantes de primer orden en la organización del psiquismo infantil y, más ampliamente, en la dinámica de la vida psíquica a lo largo de toda la existencia.

Se finalizará este apartado introductorio subrayando que uno de los pilares de su nueva manera de pensar la envidia en el libro que se está comentando fue la noción de *conocimiento innato del pecho bueno*. Debe pensarse que la atribución de ese saber al feto adquirió en su teoría el carácter de un axioma; es decir: una evidencia. No era necesario demostrar ni fundamentar tal hipótesis, aunque de ella se dedujera múltiples efectos.

Los conceptos mencionados en las páginas anteriores serán expuestos en los siguientes apartados:

7.2. Caracterizaciones y formas de la envidia

7.3. La envidia y su espacio teórico-clínico en el sistema kleiniano tardío

7.4. Gratitud y creatividad

7.5. Resignificación de su teoría sobre la formación del aparato psíquico a partir de *Envidia y gratitud* (1957)

7.2. Caracterizaciones y formas de la envidia

Klein ya había utilizado el vocablo envidia en varios de sus artículos de los periodos K₁ y K₂; por ejemplo en *ETCE* (1928) y *EPN* (1932) pero, sólo en las postrimerías de su obra le otorgó un alcance y una significación importante. De hecho, la concepción de 1957 supuso un giro trascendente respecto de sus anteriores puntos de vista sobre este afecto. Al comienzo de EyG hizo una descripción fenomenológica de la misma; la consideró una emoción compleja, de múltiples caras, que realizaba un trabajo de zapa sobre los sentimientos de amor y de gratitud. Incluyó su presencia y acción en la trama de relaciones objetales precoces del bebé con el pecho materno, pero también consideró que era un sentimiento que podía hacerse presente en los vínculos posteriores, en todas las etapas de la vida. Pese a este acercamiento inicial a este sentimiento –básicamente, de tipo descriptivo–, el desarrollo que llevó a cabo en los siete capítulos y en las conclusiones finales de dicho volumen, excedió largamente la aproximación fenomenológica primera. Se esté o no de acuerdo con ella, se trata de una concepción psicoanalítica original de la misma. Para señalar desde el inicio su meollo –y a la vez, para diferenciarla de otras teorías respecto del mismo afecto– se la denominará *teoría de la temprana envidia al pecho*. Este sintagma condensaría las ideas más importantes de su concepción sobre la envidia: en primer lugar, porque dejó especificado el objeto al que se dirigía⁶; en segundo término, porque precisó que su presencia y acción tenía efectos desde los inicios de la vida.

En el primer capítulo del libro, y siempre con el estilo que le era propio, fue aludiendo a varias características de la envidia; éstas permiten precisar diferentes modalidades de la misma, que a continuación serán anunciadas; no faltaron imprecisiones acerca de los alcances semánticos de cada una. Se cree útil diferenciarlas mediante pares antitéticos que arrojen luz sobre las especificidades de cada variante. No fue ésta la manera en que Klein las presentó, pero se considera que una buena discriminación de las mismas puede aventar algunas confusiones teóricas.⁷ Por otra parte, y según se

miere, la ausencia de sistematicidad en sus escritos no debería ser siempre denigrada, especialmente si, como era el caso, obedecía a que se trataba de descripciones fundadas en observables clínicos.⁸

7.2.1. Formas de la envidia

Se las apreciará a través de los siguientes pares de opuestos:

a) *Envidia primaria – envidia secundaria*

La primera quedaría precisada por dos elementos claves: a) por el objeto al que se dirige –el pecho–, al que se consideraría *primario*; b) por ser primera en el tiempo; se trataría, en este aspecto, de un factor temporal. La envidia *secundaria* sería más tardía.⁹ La *primaria* era una modalidad tempranísima de envidia; ella se manifestaría según Klein desde los albores de la vida. Ella consideraba al pecho no sólo como el primer objeto nutriente sino y a la vez, un objeto *primario* y fundamental para el desarrollo psíquico del recién nacido humano. Se verá enseguida que la postulación de una envidia primaria suponía que el pecho –objeto parcial– era percibido por el lactante como poseedor de todo lo que él deseaba.¹⁰ A esa envidia tan incipiente, le contrapuso otra a la que calificó de *envidia secundaria o tardía*: en esta variante el objeto hacia el que se orientaban los impulsos envidiosos no era el pecho –en tanto objeto parcial– sino la madre y sus contenidos, pero ya en calidad de objeto total. Un ejemplo de este segundo tipo podría ser la envidia dirigida a las siguientes capacidades maternas: la de recibir el pene del padre, la de alojar muchos bebés en su vientre, la de dar nacimiento y alimentar a otros niños. [Léase sobre esta cuestión lo descrito en *ETCE* (1928) respecto de las capacidades envidiadas; también, lo afirmado en II, 5.2.2.1. a 5.2.2.4].

b) *Envidia primitiva – envidia reactiva.*

La primera era una envidia de origen endógeno: su fuente sería la psique –ya sea del niño, ya sea del adulto–. Se trataba de una variedad cuyo origen era interno; surgía del interior de la persona: era independiente de las actitudes más o menos frustrantes del objeto y/o del medio ambiente hacia el yo. A esa modalidad le opuso la *envidia reactiva*, que sería un correlato de las frustraciones padecidas por el lactante. El par *primitiva-reativa* devino esencial en el sistema kleiniano tardío y marcó un giro respecto de su pensamiento previo; con anterioridad ella había insistido en que las causas de la envidia eran factores externos: las frustraciones y privaciones; sobre todo, las orales. En cambio, a partir de 1957 reconoció otra modalidad, tal vez la más significativa, que no se generaba por actitudes frustrantes de los objetos reales externos (véase *infra* 6.2.3.2.); se trataba de una envidia primitiva, endógena y, además, constitucional, aspecto este último que se abordará enseguida. Dentro de su manera peculiar de concebir la frustración (véase *infra*, 6.3.3.), Klein se percató de una diferencia: la envidia reactiva cesaría si el entorno frustrase menos; en cambio, la envidia endógena, primitiva, no se vería reducida por esos cambios ambientales favorables. El apaciguamiento de la variante endógena requeriría importantes transformaciones analíticas personales. Ambas formas de envidia coexistirían siempre en la psique, con predominios de una u otra. Esta dupla puede superponerse con el par envidia endógena-envidia exógena.

c) *Envidia constitucional – envidia adquirida*

“Considero que la envidia, siendo expresión oral-sádica y anal-sádica de impulsos destructivos, opera desde el comienzo de la vida y tiene base constitucional.” [EyG (1957), OCKPA, vol. 6, p. 11]

Ella no fundamentó de un modo conceptual porque la envidia tendría ese basamento instintivo que hacía tan temprana su presencia en la psique del bebé; simplemente la incluyó dentro de consideraciones generales: los bebés no llegaban al mundo como tabulas rasas –cosa por otra parte comprobable–, siempre traían algo consigo; entre ellas, según Klein, montantes de envidia que variaban de una criatura a otra. Esta concepción tenía importantes puntos de contacto con la de Abraham, quien consideraba la envidia como una manifestación de la oralidad sádica, aunque también le atribuía fuentes anales. Para el psicoanalista alemán la fuerza de los instintos orales estaba

determinada constitucionalmente; si tales tendencias eran muy poderosas darían pie a lo que él denominó *carácter oral*, que predisponía a la melancolía, y que tenía en la envidia uno de sus rasgos principales.¹¹ Pero las ideas de Klein no fueron un calco de las de su maestro berlinés; ella consideró que la envidia era innata, que se manifestaba muy precozmente y que era una de las expresiones fundamentales de la acción del instinto de muerte en la psique. Así pensada, esta emoción vino a reforzar –como ya se explicitó– las perspectivas endopsíquica, instintivista y constitucionalista de su teoría. No se trataba de la freudiana envidia al pene sino de una actitud envidiosa –destructora– inicialmente dirigida al pecho y más tarde a la madre; especialmente, a su capacidad creadora. Luego, se dirigiría a otros objetos externos. La envidia *adquirida* sería aquella que surge en la ontogenia; es aquella que nace de las vicisitudes de la vida, producto de las interacciones con los objetos. Dentro de la envidia, la fracción que no era constitucional ni endógena, sería adquirida. La fuente principal de esta envidia son las privaciones y frustraciones a las que inevitablemente se ve sometido todo niño durante su crianza.

En la clínica es muy difícil discriminar y evaluar que parte de la envidia es endógena/constitucional y cuánta es reactiva (fruto de las experiencias con objeto objetos externos). También es difícil sopesar con precisión las interacciones acontecidas entre lo constitucional y las experiencias vividas. La envidia se presenta como un todo y es en calidad de tal que se pondrá en juego en la relación transferencial como en el resto de los vínculos de ese individuo. Sólo se puede apreciar cómo es la envidia del paciente, cuán severa es, cómo se expresa en la relación con el analista y las defensas que se desplegaban contra ese afecto. Aunque Klein haya puesto el acento en la envidia procedente de factores internos –endógenos y constitucionales– no dejó de señalar, de tanto en tanto, que también influían causas provenientes del entorno.

d) *Envidia elemental o pura – envidia compuesta*

Klein no se refirió en demasía a esta manera de entenderla, pero sus sucesores le han discutido mucho que considerara la envidia primaria al pecho como una forma elemental o pura por el hecho de ser una expresión directa del instinto. En oposición a esta forma pura, simple, irreductible estaría la envidia compuesta; es decir, aquella que se manifestaría en asociación a otros elementos psíquicos – voracidad, narcisismo, etc. –, cosa que le daría un carácter compuesto.

7.2.2. Propiedades, características y efectos de la envidia

En las páginas previas de este mismo capítulo y en los capítulos anteriores de esta segunda sección se vertieron comentarios sobre la envidia; a continuación –y junto a nuevas consideraciones acerca de la misma– se los reunirá bajo la forma de puntualizaciones. Se situará como telón de fondo un par de citas extractadas del capítulo I y II de *EyG* (1957); la primera de ellas plantea una caracterización general de la envidia y precisa los alcances psicoanalíticos que Klein le otorgó por entonces; se incluirán las diferencias que ella explicitó respecto de otros sentimientos conexos; a saber: los celos y la voracidad. El segundo fragmento ofrecerá una clave fundamental para comprender la concepción kleiniana de la misma.

“La envidia es el sentimiento enojoso contra otra persona que posee y goza de algo deseable¹², siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo. La envidia implica la relación del sujeto con una sola persona y se remonta a la relación más temprana y exclusiva con la madre. Los celos están basados sobre la envidia, pero comprenden una relación de por lo menos dos personas y conciernen principalmente al amor que el sujeto siente que le es debido y le ha sido quitado, o está en peligro de serlo por su rival.

En la concepción corriente de los celos un hombre y una mujer se sienten privados de la persona amada por alguien.

La voracidad es un deseo vehemente, impetuoso e insaciable, y que excede lo que el sujeto necesita y lo que el objeto está dispuesto a dar. En el nivel inconsciente, la finalidad primordial de la voracidad es vaciar por completo, chupar hasta secar y devorar el pecho; es decir, su propósito es la introyección destructiva. La envidia en cambio, no sólo busca robar de este modo, sino también colocar en la madre y especialmente en su pecho, maldad, excrementos y partes malas de sí mismo con el fin de dañarla y destruirla. Este proceso, derivado de impulsos uretral y anal sádicos, ha sido definido por mí como un aspecto destructivo de la identificación proyectiva que parte desde el comienzo de la vida. [*EyG* (1957); OCKPA, vol. 6, p. 17].

“Si consideramos que la privación aumenta la voracidad y la angustia persecutoria, y que en la mente del niño existe la fantasía de un pecho inagotable que es su mayor deseo, se hace comprensible que la envidia surja aun cuando esté adecuadamente alimentado. Los sentimientos del niño parecen ser de tal naturaleza, que al faltarle el pecho éste se convierte en malo, porque guarda para sí la leche, el amor y el cuidado que estaban asociados con el pecho bueno. El niño odia y envidia lo que siente como un pecho mezquino y que se da de mal grado.” [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 22].¹³

A partir de ambas citas se precisarán los alcances semánticos de estos vocablos en la obra de la pionera del psicoanálisis con niños.

- Situó la envidia en un contexto objetal temprano y la consideró, básicamente, una expresión directa del instinto de muerte. En ella participaba de manera activa el sadismo oral, aunque también el anal y uretral. Estos impulsos destructivos envidiosos operarían desde el comienzo de la vida.
- La especificidad de la envidia *primaria* consistiría en ataques altamente devastadores al objeto bueno, a causa de la bondad del mismo. Esta peculiaridad permitiría distinguirla de los embates dirigidos a los objetos malos, persecutorios. Así pues, no se trataba del odio hacia un objeto malo, frustrante, al que se siente avaricioso con lo que tiene; tampoco, de afectos violentos hacia un rival que monopolizaba los objetos buenos. Era precisamente la *bondad* del objeto la que provocaba el ansia de aniquilarlo.
- Lo recién dicho diferenciaba asimismo la envidia de la ambivalencia.
- Las características mencionadas le otorgaban especial virulencia; su acción afectaba la introyección del objeto bueno, con todas las consecuencias que ello conllevaba (véase *infra*, 6.3.4.2). La precocidad de las perturbaciones perjudicaba seriamente la estructuración del aparato psíquico; una envidia exacerbada alteraba todas y cada una de las facetas del desarrollo evolutivo.
- Al hacer acto de presencia desde el nacimiento, intervenía en los vínculos tempranos con el pecho materno, afectándolos; una de sus manifestaciones más frecuentes consistiría en la dificultad –que podía llegar hasta la incapacidad– para amamantarse de un modo placentero. Con posterioridad, todas las posibles gratificaciones de la vida se verán perturbadas (*avant-coup*). De esto puede deducirse que el pecho, para Klein, no era sólo un objeto pulsional y alimenticio para el bebé sino un *partenaire* objetal que tenía la potestad de dispensar (o no) la gratificación; era además, el primer objeto “social” del recién nacido.
- Consideró que la envidia se manifestaba en la clínica como una resistencia muy pertinaz, capaz de generar reacciones terapéuticas negativas.
- La consideró estrechamente ligada a la dotación instintual; su intensidad dependería del *quantum* congénito de la carga del instinto de muerte.¹⁴
- Originaría sentimientos de irritación y enfado contra el objeto; en primer lugar, contra el pecho materno, porque éste poseía o gozaba de algo que el sujeto quería para sí. Luego, estas vivencias se hacían extensivas a la vida adulta. Se acompañaban del impulso a quitar o destruir las posesiones o gozos del otro.
- La envidia era, según Klein, universal: todos los humanos se verían embargados por este afecto, aunque su intensidad diferiría de unos a otros. Otro tanto podía decirse de los pesos relativos de la envidia endógena y la reactiva.
- La presencia del objeto generador de envidia resultaba insoportable, pero también lo era la distancia o la separación del mismo.
- La envidia excesiva trastornaría la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo con lo que se vería afectada la constitución del narcisismo trófico; también quedaba perjudicada la asimilación de dicho objeto en el yo. Esto retroalimentaba la envidia y se constituía un círculo vicioso: la envidia acababa produciendo más envidia.
- Obstaculizaba el surgimiento de la gratitud hacia el objeto, estimulaba la voracidad y alargaba la PEP; la transición hacia la PD se hacía más complicada.

- En el apartado II, 6.3.3. se insertó una cita de la p. 37 de *EyG*, que hacía mención a otra consecuencia de la envidia excesiva: la temprana aparición de la culpa. Si el yo no era capaz de soportarla, esta culpa será vivida de manera persecutoria.
- La envidia entorpecería el tránsito por el complejo de Edipo porque, para huir del sadismo oral, se establecía una genitalidad precoz. En estas situaciones sería frecuente reiterar con el padre los anteriores conflictos con el pecho y con la madre; más tarde se reproducirá con los objetos exogámicos.
- La envidia podría generar idealización; Klein lo formuló así:

“Algunas personas se enfrentan con su incapacidad (derivada de la envidia excesiva) para poseer un objeto bueno, idealizándolo. Esta primera idealización es precaria, puesto que la envidiada experimentada hacia el objeto bueno está destinada a extenderse hasta su aspecto idealizado. Lo mismo es valioso para la idealización de otros objetos y la identificación con ellos, a menudo inestable e indiscriminada.” [*EyG* (1957); OCKPA, vol. 6, p. 34].

- Produciría una necesidad de mantener muy escindidos los objetos buenos y malos; el clivaje no sería adecuado en estos casos. En situaciones de envidia extrema, en vez de clivaje podría producirse la dispersión o fragmentación múltiple; se afectaría la integración del yo y de los objetos. Un efecto habitual de esta vicisitud sería la aparición de ansiedad confusional, fruto de un inadecuado clivaje entre el objeto bueno y el objeto malo. Cuando por envidia el objeto bueno era transformado en malo, también fallaba la disociación entre el amor y el odio, con todas sus consecuencias.
- Engendraría al superyó envidioso (véase en II, 6.3.3., los párrafos dedicados a *EyG*).
- En un desarrollo evolutivo adecuado, el amor y la gratitud permitirían modular la envidia.
- La envidia exacerbada frenaba o paralizaba el análisis y fomentaba la reacción terapéutica negativa.
- De la segunda cita expuesta en páginas anteriores se desprendía la existencia en la mente del niño de una fantasía de un pecho inagotable; Klein sostuvo que el bebé tenía un conocimiento innato del pecho bueno y esto determinaba que la envidia apareciera incluso en el caso de un bebé bien alimentado.
- Este conocimiento innato del objeto bueno otorgaba un carácter oscilante al mismo: bueno, en cuanto fuente inagotable de todo aquello que era deseable; malo, en tanto se daba de mal grado.
- Así pues, el conocimiento innato del pecho bueno estaba en la base del sentimiento de envidia. Cuanto mayor era la bondad del objeto más se lo envidia. Esto especificaba el carácter peculiar de la envidia dentro de los instintos destructivos: los ataques envidiosos se dirigían al pecho bueno en tanto que las restantes tendencias destructivas se encaminaban al pecho malo.
- El bebé envidiaba y destruía al pecho que él vivenciaba como mezquino.
- La envidia tal como apareció en 1957 rompía con sus concepciones previas sobre la destructividad. Por primera vez en su obra se expresaba la idea de tendencias agresivas que se dirigían a un objeto bueno. Redoblaba esta novedad la idea de que esos impulsos surgirían muy precozmente en el bebé. La envidia que fue propuesta en *EyG* transfiguraba el objeto bueno en malo, sin mediación alguna de ataques sádicos realizados por el lactante ni de las retaliaciones subsiguientes. En las tesis kleinianas de K_1 y K_2 —extensamente desarrolladas en II, 3.2.— el objeto devenía malo por las proyecciones hostiles del bebé. En 1957 aparecía una secuencia claramente invertida: el objeto devenía malo por las tendencias envidiosas y sólo entonces era atacado en las fantasías.
- La identificación proyectiva vehiculaba los ataques envidiosos; la identificación introyectiva era el medio privilegiado para internalizar el objeto bueno.

De lo afirmado en las puntualizaciones anteriores puede inferirse que Klein utilizó el vocablo envidia con varias acepciones. Veamos un primer sentido: la envidia sería un afecto específico derivado de una situación —real o imaginada— de frustración, a la que se asociaba habitualmente un displacer proveniente de la privación (no haber recibido lo esperado). En este caso de trataría de *afecto envidioso*. Una segunda significación: si al sentimiento recién descrito se añadían fantasías de agresión

al objeto con la intención de apoderarse de aquello que él tenía de bueno, se estaría en presencia de *ataques envidiosos*, expresión que también apareció bajo la pluma de Klein. Un tercer significado –tal vez se trate de una variante de la segunda acepción porque conllevaba agresiones objetales– sería el de dañar específicamente la bondad del objeto. Estos ataques envidiosos serían formas de identificaciones proyectivas malas. Que se trate justamente de una agresión al objeto bueno, marcaba la diferencia de la envidia respecto a todas las restantes tendencias destructivas.

Es posible precisar mejor los alcances conceptuales de la envidia a través de su apareamiento con sus pares antitéticos y antagonistas. Si se la considera desde su faceta instintiva, su opuesto sería la gratitud; una y otra se inscribían en el contexto de los instintos de muerte y de vida, respectivamente.

Encarada como un proceso psíquico, su antípoda sería la reparación: la envidia transformaba al objeto bueno en malo; la reparación transformaba en bueno al objeto dañado por las fantasías sádicas.

Una última consideración: la renovación impetuosa de esta noción se inició en 1952, a través de dos importantes artículos de ese año: *OCB* y *CTEL*. No es ajeno a este giro la introducción de otra idea nodular de ese periodo: la del conocimiento innato del pecho bueno.

Este vuelco teórico supuso la transformación concomitante del concepto de pecho, tan caro a la psicoanalista de niños: este devino algo más que objeto de los instintos; se convirtió en el objeto *príncipe* de todas las relaciones objetales del lactante. Los textos recién citados constituyeron la plataforma de lanzamiento de múltiples nociones aparecidas en *EyG*; por ejemplo, en los textos de 1952 introdujo una diferencia sutil en las actitudes del bebé respecto del pecho y de la madre: Klein discriminó entre aquellos lactantes que estaban centrados predominantemente en la alimentación –la leche que recibían del pecho– y aquellos otros que establecían una relación objetal intensa con el seno materno, que iba más allá del amamantamiento: vivían experiencias táctiles, visuales, auditivas, olfatorias, etc. Los primeros mostraban tendencias ávidas marcadas sin manifestar otros intereses por el pecho; los segundos parecían jugar y establecer un cuasi diálogo con el apéndice mamario. A partir de estas observaciones clínicas ella distinguió entre el seno como objeto estrictamente instintivo que relacionó con la alimentación y un “otro seno” –aunque anatómicamente el mismo– con el que algunos bebés experimentaban sensaciones olfativas, táctiles, térmicas, de ternura, gratitud, envidia.¹⁵

7.3. La envidia y su espacio teórico-clínico en el sistema kleiniano tardío

Una lectura atenta de los textos del lustro 1952-1957 muestra que la recuperación de la noción de envidia para catapultarla al centro de la escena teórica, no fue un hecho aislado; coincidió con otras innovaciones teóricas, a saber: a) la idea de un conocimiento innato del objeto bueno; b) la discriminación recién comentada entre el seno como objeto instintivo y el seno en tanto objeto de las primeras relaciones “sociales” extra-alimenticias; c) la antedatación del surgimiento de la envidia: aquello que había escrito 20 años antes [*EPN* (1932)], como características fundamentales de la relación envidiosa con la madre en tanto objeto total, fue desplazada –retrotraída, antedatada, traspuesta– a la primitivísima relación del bebé con el pecho (objeto parcial).

Si se comparase la triangulación descrita en 1932 (hijo–madre–padre del complejo de Edipo temprano) con la de 1952, esta última resulta ser más arcaica: bebé–seno (en tanto proveedor del alimento) y bebé–seno (en tanto objeto de relaciones complejas). Justamente porque la relación con el pecho era bifronte podía surgir el sentimiento de frustración, tal como se lo estudiará más adelante, en 7.3.3. Otra innovación importante fue la referencia al pecho como símbolo por excelencia de la creatividad, tema que será tratado en 7.4.; esto supuso modificaciones en su concepción sobre la reparación y sublimación. El calado profundo de estas inflexiones y las repercusiones generadas sobre el conjunto de su obra serán abordados en los apartados siguientes:

7.3.1. Nuevo y último empuje teórico hacia el instintivismo

7.3.2. Una presunta y tardía alusión al narcisismo primario de Freud en la teoría de Klein: la fusión prenatal con la madre

7.3.3. Frustración, gratificación y privación en la teoría kleiniana

7.3.3.1. *Preámbulo: precisiones lingüísticas*

7.3.3.2. *La frustración antes y después de EyG*

- 7.3.4. La introyección del objeto bueno en el núcleo del yo y el conocimiento innato del mismo
 - 7.3.4.1. *Sobre la conformación del objeto bueno*
 - 7.3.4.2. *Efectos de la introyección del objeto bueno*
- 7.3.5. Defensas contra la envidia

7.3.1. Nuevo y último empuje teórico hacia el instintivismo

Se entenderá como perspectiva instintivista en psicoanálisis aquella que considere que todas las manifestaciones de la vida psíquica estarían regidas –en última instancia– por el conflicto entre los instintos de vida y de muerte. Esa perspectiva suele fundamentarse habitualmente en algunos textos freudianos relacionados con el segundo dualismo pulsional, pero es muy frecuente no apreciar que el propio concepto de pulsión era distinto en *Pyp* (1915) que en *MAPP* (1920). El enfoque instintivista alcanzó en Klein un desarrollo e intensidad extraordinarios; ningún fenómeno psíquico escapaba a esa dupla y toda ocasión le era buena para hacer referencia a los instintos –sus conflictos, mezclas, ligámenes con el amor y el odio, sus *quantums* congénitos y los modos en que ellos se manifestaban en la psique–. En cierto sentido, los instintos podrían ser considerados como la causa última de todo. Pero, mientras que en la teoría del vienés operaban de manera mediatizada –a través de los representantes psíquicos de la pulsión (primer dualismo) o de manera silenciosa (segunda polaridad pulsional)–, en la kleiniana lo hacían sin interposiciones: se trataba de expresiones psíquicas directas de los impulsos instintivos, a saber: fantasías, sadismo, envidia, aidez, gratitud, etc.

Una lectura secuencial de la obra kleiniana desde los comienzos de K_2 (1934-1945) permitiría apreciar que la introducción del concepto de *posición* –y los desarrollos ulteriores del mismo–, pusieron el acento sobre las relaciones objetales y los circuitos “bueno” y “malo”, relegando a un segundo o tercer plano la perspectiva instintiva. Pero la continuación de esa misma lectura haría también patente que en K_3 –con *NAME* (1946), *CTEL* (1952) y *OCB* (1952) al frente–, el estudio más afinado de los fenómenos esquizoides y paranoides hizo que el instintivismo retornara al centro de la escena y ganara protagonismo de manera progresiva, hasta alcanzar su clímax justamente en *EyG* (1957).

Desde *EPN* (1932), en que hizo suya las tesis freudianas acerca de la pulsión de muerte expuestas en *Más allá del principio del placer* (1920), su manera de concebir el desarrollo evolutivo infantil –y, aún más ampliamente: todo el psiquismo–, quedó subordinado al determinismo instintivo, con Tánatos como mascarón de proa, bien visible y manifiesto a través de sus manifestaciones sádicas (véase II, 5.1). Esta orientación se eclipsó parcialmente entre 1934 y 1946, por las razones expuestas al comienzo de este mismo capítulo, pero resurgió con más fuerza tras la introducción de la PEP, para alcanzar su punto culminante en *EyG* (1957). Cada uno de esos polos instintivos amplió el abanico de sus manifestaciones psíquicas: así, Eros se mostraba a través de la gratitud, el amor, la devoción por los otros, la generosidad, la introyección de los objetos buenos, la bondad, etc., mientras que Tánatos lo hacía por medio de la envidia, la devoración, la aidez, la desconfianza, la proyección y las identificaciones proyectivas exacerbadas. La concepción kleiniana de la fantasía inconsciente estuvo siempre ligada a esa perspectiva instintivista ya que por definición ellas eran el correlato mental del instinto (véase II, 5.2.1. y II, 5.4). Las fantasías tenían a su cargo dirigir los impulsos instintivos hacia los objetos que los satisfacían. Convendrá recordar que el fantaseo por parte del bebé comenzaba prácticamente con el nacimiento, según Klein.

El instintivismo se extendió hasta el punto tal de afirmar la existencia de una preconcepción innata del pecho: desde el nacimiento mismo, bajo el empuje de los impulsos orales, el bebé percibiría instintivamente al pecho como la fuente del alimento y, en sentido más amplio, como una fuente de vida. Dotado de ese “saber” instintivo, el bebé establecerá un contacto estrecho con el seno en tanto objeto real. Se configurará, así, un objeto fuera de él –el pecho bueno– que aportará lo necesario para satisfacer sus necesidades y deseos. Ese objeto será luego introyectado en el yo en calidad de objeto interno, movimiento con consecuencias esencialmente “psiquizantes” para el bebé.

La lógica implícita en estos procesos subjetivantes era bastante compleja: sólo tras el encuentro entre un objeto preconcebido de manera innata y otro perteneciente al orden de la realidad se configuraba el objeto bueno real externo, que devendrá interno por introyección, engrosando la psique. Klein, matizó su enfoque innatista y endogenético, insistiendo en que los objetos internos se erigían con elementos pertenecientes a la realidad externa. Algo similar sostuvo para la construcción del objeto malo: los ataques envidiosos sobre el objeto bueno –gratificador y cuidadoso– lo acababan malignizando. Las experiencias de frustración, que no podrían ser evitadas incluso en relaciones materno-filiales excelentes, hará que siempre se construyan objetos malos. *EyG* amplió la variedad de objetos y las formas en que ellos se establecerían: por un lado se mantuvo la teoría clásica –la predominante en K_1 y K_2 –, que se basaba en la disociación de un objeto en bueno/idealizado y malo/persecutorio; por otra parte, el objeto bueno teorizado en 1957, era un objeto entero, completo, no surgido por disociación.

Por otra parte, no sólo el conocimiento del objeto bueno sería innato y la envidia, constitucional sino que también lo serían la capacidad de amar y odiar.

7.3.2. Una presunta y tardía alusión al narcisismo primario de Freud en la teoría de Klein: la fusión prenatal con la madre¹⁶

Klein comenzó a interesarse por la vida prenatal y por la estrecha unión intrauterina del feto con su madre a comienzos de los años cincuenta [*LOT* (1951) y *CTEL* (1952)]; ya entonces se refirió a la fusión con la madre y a cómo ella proveía todo lo que el ser en formación requería durante la gestación. Por otra parte, consideró que ese estado homeostático tan bien cuidado biológicamente podía perturbarse a veces durante el embarazo por factores maternos –ya sean orgánicos o emocionales– y también por causas originadas en el feto.

“Además, si el niño es o no adecuadamente alimentado y cuidado, si la madre disfruta ampliamente de los cuidados del niño, o está ansiosa y tiene dificultades psicológicas con la alimentación –todos estos factores influyen en la capacidad del infante para aceptar la leche disfrutando y para internalizar el pecho bueno–.” [*EyG* (1957, OCKPA, vol. 6, p.11 y ss.).

Esa unidad que mantenía tan estrechamente ligados a la madre y el feto durante la gestación, se perderá irremisiblemente con el nacimiento; tan sólo parecería “reinstalarse” durante los momentos particularmente plácidos de la lactancia. El desarrollo evolutivo, que empujaba hacia una separación progresiva del objeto materno, crea a la vez la nostalgia por el paraíso fusional perdido. Esa añoranza podría relacionarse metafóricamente con la situación posterior al corte del cordón umbilical: se generó una herida incurable que acompañará de manera vitalicia al ser humano. Imposible soslayarla; sería como una marca de fábrica de todos los humanos. Las reales uniones intrauterinas habidas y sus réplicas imaginarias en las vivencias extáticas del amamantamiento fomentarían el anhelo permanente de un retorno a esos estados y se convertiría en una fuente de idealizaciones. Este mecanismo psíquico se sostendría según Klein en la creencia por parte del bebé acerca de la existencia de un pecho pródigo, inagotable, placiente.

Resultan evidentes algunas coincidencias entre estas ideas expuestas en *EyG* (1957) y la descripción que Freud realizó del narcisismo primario absoluto, anobjetal, en *Esquema de psicoanálisis* [(1940); OCFAE, vol. XXIII, p. 148; para más detalles respecto de esta cuestión, véase I, 1.4.2] y en *Conferencias de introducción al psicoanálisis* [(1916-1917), OCFAE, vol. XVI, pp. 378-379]. La potencia de esa añoranza podría apreciarse en las situaciones clínicas cada vez que resurgiesen las vivencias de desamparo (*Hilflosigkeit*).

A través de estas ideas se perfilaba la presencia de un remiso y tardío narcisismo primario en Klein. Sin que refiriese explícitamente esos vocablos, hubo que esperar hasta el final de su obra para que un concepto como éste –nuclear aunque contradictorio en el pensamiento freudiano–, basamento del narcisismo secundario, fuera tan sólo aludido por la matriarca del psicoanálisis. Klein se opuso radicalmente a la idea de un estadio anobjetal, que Freud había introducido de rondón con la noción de narcisismo primario absoluto; para ella, y a partir de *CPM-D* (1934), había relaciones de objeto desde el nacimiento. Por estas mismas razones afirmaba que era incorrecto

referir una *fase narcisista*; en cambio, aludió a *estados narcisistas*, cuya característica esencial sería la del retorno de la libido a los objetos internos. El narcisismo adquirió verdadera importancia en su teoría cuando conceptualizó las denominadas relaciones narcisistas de objeto, fundadas en el uso de la identificación proyectiva [NAME (1946); véase II, 8.3]. Esta noción no implicaba la ausencia de objeto sino una relación de objeto indiscriminada y omnipotente.¹⁷

EyG (1957) pareció aludir a otra faceta de la psiquización no tratada anteriormente: la acción de un narcisismo trófico, esencial para la constitución del yo y del aparato psíquico en su conjunto. La matriarca del psicoanálisis otorgó efectos narcisizantes a la introyección del pecho bueno en el núcleo del yo (véase II, 9.5 y II, 9.6). En las postrimerías de su obra, y a su manera, labró un lugar para el narcisismo dentro de su teoría, cuestión bastante descuidada con anterioridad. La variante primaria del mismo aparece bajo la forma de fusión prenatal con la madre; su existencia durante la gestación y posterior desaparición generaba la nostalgia antes comentada; también dio pie a la siguiente hipótesis:

“Puede muy bien ser que el haber formado parte de la madre en el periodo prenatal, contribuya al sentimiento innato del lactante de que fuera de él mismo existe algo que le dará todo lo que necesite y desea. El pecho bueno es admitido y llega a ser parte del yo, de modo que el niño que antes estaba dentro de la madre, tiene ahora a la madre dentro de sí.” [EyG (1957); OCKPA; vol. VI, p.15].

En esta frase está implícita la idea de que el comienzo de las relaciones objetales post-natales están modeladas por las experiencias fetales; en ambas se percibiría la existencia de un objeto que todo lo satisfaría. De ahí que al bebé le sea posible construir fantasías sobre la existencia –fuera de él–, de un objeto que le dará todo lo que necesita y desea. Después del nacimiento se inicia la búsqueda de reencuentros con objetos de ese tipo, supuestamente inagotables y siempre capaces de colmar. Estas experiencias vividas en el útero materno más ciertas preconcepciones innatas serían antecedentes importantes de las primeras relaciones de objeto post-natales.

7.3.3. Frustración, gratificación, privación en la teoría kleiniana

En los apartados siguientes se intentará definir y diferenciar estas tres nociones que aparecieron con gran frecuencia en la producción kleiniana.

7.3.3.1. *Preámbulo: precisiones lingüísticas*

El vocablo frustración, de amplio uso en el lenguaje corriente, fue incorporado a la psicología, primero, y después al psicoanálisis, donde Freud le otorgó algunas significaciones diferenciales y específicas. A su vez, Klein y Lacan le dieron significados propios y acordes con las nervaduras principales de sus teorías.

En entornos *psicológicos* se la ha caracterizado como una situación, un estado o una condición afectiva desagradable que padece una persona cuando no se cumplirían sus esperanzas, anhelos, deseos e ilusiones. En esos mismos contextos se ha precisado muchas veces su alcance semántico al conectarla con su contrario: la gratificación, a la que se definía habitualmente como una sensación placentera o de satisfacción debida a la presencia de objetos o estímulos que eran agradables para el sujeto.

El término alemán que Freud utilizaba era *Versagung*, traducido al castellano –y más ampliamente a las lenguas latinas– por frustración. Ese vocablo apareció muy esporádicamente en su obra con la acepción que tenía en psicología: frustración como ausencia de un objeto externo susceptible de satisfacer. Con ese significado se encontrará la palabra *Versagung* en artículos en que hizo referencia a su primera teoría pulsional; más específicamente, cuando aludía a situaciones en las que la pulsión no encontraba el objeto adecuado para alcanzar su fin. El mismo término aparecía con mayor frecuencia bajo su pluma con significados diferentes al recién comentado. Ellos derivan de los usos que el término *Versagung* posee en la lengua germánica.

En su *Diccionario de términos alemanes de Freud*, Luiz Alberto Hanns, *op. cit.*, pp 287 y ss., sostuvo que la palabra castellana frustración no se correspondía exactamente con el término

alemán *Versagung*. El verbo *versagen* tiene tres vertientes de sentido: a) usado en forma intransitiva indica: “fallar”, “dejar de funcionar”, “fracasar”, “no dar resultado”, “no cumplir las exigencias”; b) cuando se lo emplea en forma reflexiva, señala: “privarse”, “abdicar de”, “renunciar a”; y c) en forma transitiva, posee los sentidos de “vedar el acceso al objetivo”, impedir”, “prohibir”, “denegar”, “no conceder”. Todas las variantes de estas tres nevaduras semánticas indicarían que no se alcanza el objetivo. Los sustantivos derivados de dicho verbo *-das Versagen* o *die Versagung* tienden a diferenciarse entre sí: por regla general *Versagen* suele utilizarse para “fracaso” o “falla” y *Versagung* para “privación”, “rechazo” o “denegación de acceso”. Es interesante remarcar que estas palabras alemanas no hacen referencia *centralmente* al sentimiento de decepción, contrariedad, desilusión, etc., que pueden acompañar al fracaso, a la falla o a la denegación de acceso, a diferencia de la palabra castellana “frustración”, cuyos usos habituales recalcan esa faceta. Esta es una de las fuentes que hace a la no correspondencia entre frustración y *Versagung*.

Para más diferencias, la raíz *sagen* –presente en *Versagen* y *Versagung*– que significa “decir”, sitúa a estas dos palabras en un entorno de intercambios verbales. Esta presencia de “decir” en ambos significantes de la lengua germana es completamente ajena al término frustración. Esto permitiría entender por qué, en la obra de Freud, el término *Versagung* no aludía a las manifestaciones meramente fácticas de ausencia de gratificación. En los escritos del vienés se la encontrará con más frecuencia en contextos relacionales y en medio de intercambios verbales: por los motivos que sean un sujeto expresa una exigencia –mejor o peor formulada– que adquiriría el carácter de demanda y a ella se le opondría una actitud de rehusamiento a satisfacerla por parte de otro. En este caso, el causante de la *Versagung* rechaza satisfacer la demanda del sujeto; de alguna manera dice: no. Este “decir no” es el contenido literal de *versagen*, que incluye asimismo la idea de incumplimiento de una promesa.¹⁸ Por otra parte, cabría tener en cuenta que el término alemán *Versagung* no designaba en absoluto *quién* rechazaba: el agente de la frustración podía ser no sólo el otro (el objeto) sino también el propio sujeto, que llevaría a cabo el acto de privarse o renunciar a la satisfacción (sentido reflexivo de la acción). Esta segunda opción determinó que el término *Versagung* fuera utilizado por Freud en el seno de conflictos intrapsíquicos. El vienés usufructuó con asiduidad esa característica del vocablo, haciéndolo intervenir en los compromisos intersistémicos.

Lo recién comentado permitiría entender buena parte de las nuevas connotaciones y denotaciones que Freud introdujo en los usos que, de este término, hacía la Psicología. Alentado probablemente por el genio de la lengua alemana y por el suyo propio, la hizo salir del cauce empírico, de la lógica binaria gratificación/ frustración, del uso exclusivo en territorios afectivos, para situarla en contextos relacionales en que mediaba la palabra.

También cabrían algunas precisiones respecto de cómo aparecían estos términos en la obra de Klein. Se ha de recordar que hasta 1932 Klein escribió en alemán y utilizaba el vocablo *Versagung*, pero éste ya estaba entrelazado con la red conceptual de K_1 : la frustración –sus causas, su intensidad, su resolución– quedó articulada con su concepción de los objetos y con sus teorías acerca de las relaciones de objetos y del sadismo arcaico. Los objetos persecutorios y malos eran radicalmente frustrantes; la deflexión /proyección del instinto de muerte constituía el punto de partida de un círculo vicioso retroalimentado de sadismo que comportaba consecuencias; una de estas últimas era la generación de objetos malos, frustrantes.¹⁹ En su artículo *El destete* (1936), Klein escribió:

“El Dr. Ernest Jones encontró [(también “descubrió” o “halló”); *found* en la edición inglesa] que la frustración [*frustration*,] es siempre sentida como privación [*deprivation*]: si el niño no obtiene el objeto deseado, siente que la madre mala, que tiene poder sobre él, se lo retiene (o se lo niega).” OCKPA, vol. 6, p. 252. Texto establecido en base a la versión inglesa.

Para Jones la *deprivation* era algo más que una *frustration*, en tanto comportaba una dimensión intersubjetiva en la que el objeto rechazaba, decía no, se oponía, denegaba, privaba (véase *supra*, en este mismo apartado, la coincidencia entre *deprivation* y la tercera vertiente semántica (c) de *versagen*. J.-M. Petot, *op. cit.*, insinúa que fue la propia Klein, conocedora de los

usos de *Versagung*, quien sugirió a Jones utilizar de manera discriminada ambas acepciones inglesas.²⁰

En *El destete* (1936) –texto de psicoanálisis aplicado a la puericultura– ella articuló mejor algunas tesis sobre la frustración, en torno a la versión más paradigmática de la misma: el destete. Lo consideraba una experiencia trascendental de pérdida que reactivaba todas las ansiedades, afectos y defensas propias de la posición depresiva. Dado que el bebé no mantenía una relación permanente con el pecho, vivenciaba pequeñas pérdidas cada vez que dejaba de mamar. Se trataría de una especie de destete reiterado, a mínima, anticipatorio del último y definitivo. El bebé atribuiría al objeto la intencionalidad de privarlo, justamente, de aquello que él deseaba, tal como se aprecia en el fragmento citado, en el que también sostuvo que la ausencia del objeto sería interpretada por el lactante como un objeto malo que frustra (o un objeto bueno muerto).²¹ En el próximo apartado se estudiará cómo las frustraciones y las experiencias desdichadas de la vida despertaban envidia, pero se anticipa desde ya que Klein otorgaba gran importancia a los factores endógenos y constitucionales de la misma.

Lacan, como era de esperar, subrayó el carácter *lingüístico* (véase III, 4) de la frustración en Freud, recalcando su relación con el decir (*sagen*) y especialmente con la idea de *Versagung* como ruptura o anulación de una promesa pronunciada. El psicoanalista francés la relacionó con sus tres registros y, por lo tanto, pudo afirmar que la frustración era una falta imaginaria de un objeto real y que el agente de la frustración era siempre simbólico. En *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* (1953), emplazó la frustración en el marco de la relación especular con el otro, pero al mismo tiempo dejó de considerarla como una experiencia vivida en una relación dual con un otro “real”, para articularla con lo simbólico y con el Otro en tanto agente, al que diferenció del objeto como real, dándole otras dimensiones y características a esta vivencia subjetiva imaginaria. Este lugar tercero –el del agente– era inseparable del registro simbólico que fundaba esa vivencia de daño imaginario asociada a la frustración. Estas elaboraciones permitieron a Lacan pensar la frustración más allá de lo empírico y concebirla de una manera distinta a la simple presencia o ausencia de gratificación por parte de un objeto real –perspectiva adoptaba por muchos post-freudianos, algunos kleinianos entre ellos–, con su correlato de fijaciones por exceso de gratificaciones o frustraciones. Su enfoque abrió la posibilidad de conectar lo real del objeto frustrante con lo simbólico del agente; en este caso la madre.²²

7.3.3.2. La frustración antes y después de *EyG* (1957)

En la teoría kleiniana, la frustración –como así también la gratificación– acontecería siempre en el seno de las relaciones de objeto. Desde K_1 venía sosteniendo que las frustraciones orales y anales prefiguraban las frustraciones más tardías, y que todas ellas generaban angustia porque tenían la significación de actos punitivos infligidos por los padres. Esta “interpretación” por parte del niño agravaba la frustración. La privación real produciría un sentimiento abrumador. La serie que había constituido antes de *EyG* podría esquematizarse así: frustración → agresión → envidia. La concepción de 1957 adoptó la secuencia siguiente: envidia → agresión.

En K_1 , Klein no tenía ninguna necesidad de fundamentar la intensificación de la frustración en un factor instintivo específico; le bastaba con las tesis sobre el sadismo –ideas adoptadas inicialmente de Abraham– para dar cuenta de ella. A partir de K_2 , el distanciamiento de su maestro por un lado y haber comenzado a escribir en inglés, la llevaron a diferenciar entre *deprivation* y *frustration*, entonces invocó un factor pulsional capaz de transformar la primera en la segunda: la avidez. Cuanto mayor fuera esta última más intensa sería la frustración. Ésta, en 1957, aparecía también como una de las consecuencias de la envidia; ella destruía al amor y la gratitud en su propia fuente; el primer objeto de envidia era, como ya se ha dicho, el pecho de la madre.

“Mi trabajo me enseñó que el primer objeto a ser envidiado es el pecho nutricional. El bebé siente que aquél posee todo lo que él desea y además, un fluir ilimitado de leche y amor, que es retenido para su propia gratificación. Este sentimiento se suma a la sensación de agravio y odio, y da como resultado disturbios en la relación con la madre. Si la envidia es excesiva, a mi modo de ver, esto indica que los rasgos paranoides y esquizoides son anormalmente fuertes; en tal caso el niño puede ser considerado enfermo.” [*EyG* (1957), OCKPA, vol. 6, p. 21].

El pecho avaro, al ser frustrante, era objeto de la destructividad envidiosa. El bebé atribuía al pecho la actitud mezquina de guardar para sí sus propiedades y abundancias. La avidez incrementaba la frustración. La fantasía de la existencia de un pecho inagotable hacía, según Klein, que ese objeto despertase envidia tanto si de él fluía –o no– la leche. En el primer caso –gratificación alimentaria intensa, amor y cuidados maternos adecuados– la envidia aparecía porque el pecho y su capacidad gratificante eran cualidades inalcanzables para él. En la segunda alternativa, la envidia se potenciaba porque el bebé sentía que el pecho se había guardado para sí las capacidades de amar y cuidar. Era inevitable que el pecho, en todos los casos, apareciese como un objeto frustrante, defraudador y lo era tanto más cuanto mayor fuera la envidia. De la cita podría desprenderse que la presencia de intensos rasgos paranoides y esquizoides son indicadores de una envidia exacerbada.

En *EyG* planteó que era imposible evitar completamente las frustraciones del lactante y postuló que una cuota adecuada de la misma podía ser útil para el desarrollo evolutivo del niño. Sin duda, las dificultades y desajustes que inevitablemente acontecían en la alimentación producían frustración: resulta imposible satisfacer plenamente al bebé en todo momento: el retorno al estado de fusión prenatal con la madre no dejaba de ser una quimera.

Klein comentó que las madres muy ansiosas suelen ofrecer el pecho rápidamente y de manera reiterada, verbigracia, cada vez que el bebé lloraba. Lo consideraba contraproducente ya que una buena dosis de frustración ayudaba también a fomentar el sentido de realidad y favorecía la adaptación progresiva al mundo externo.

Tras la frustración, si la gratificación llega, el bebé se sentirá complacido porque ha podido hacer frente a la angustia sin haberse desmoronado y sin que se haya destruido el objeto. Por otra parte, los anhelos insatisfechos estimulaban las actividades creativas; los impulsos para superarlos eran elementos fundamentales para el desarrollo de la creatividad (véase *infra*, 6.2.5).

Era evidente que la resolución de estos conflictos dependía de la capacidad que cada bebé tenía para soportar la ansiedad; Klein atribuía esa facultad a factores innatos, constitucionales. En trabajos anteriores la había remitido a las potencialidades de integración yoica que cada recién nacido traía al mundo; en 1957 la asoció a la capacidad ínsita de amar.

7.3.4. La introyección del objeto bueno en el núcleo del yo y el conocimiento innato del mismo²³

La introyección precoz de este objeto se insinuaba como el núcleo vertebrador de las últimas elaboraciones de Klein.

La importancia que le otorgó en 1957 a esa internalización vino a culminar un movimiento iniciado a mediados de K_2 , que tuvo todas las apariencias de un intento de equilibrar su teoría, al otorgar una mayor presencia explícita del circuito bueno, capaz de contrarrestar al instinto de muerte, manifestado a través del llamado circuito malo.²⁴

En la primera parte de su obra, al desarrollar intensivamente sus tesis sobre el sadismo, tuvo dificultades para pensar la introyección de objetos buenos (véase II, 8.3.2). Este aspecto empezó a subsanarse a partir de *NAME* (1946) y más aún en *EyG* (1957), pero en este último escrito lo hizo de manera tal que provocó un crujido en el andamiaje conceptual que ella había elaborado con anterioridad. Como un botón de muestra podría comentarse que por entonces Klein postuló que el feto, en estados avanzados del desarrollo embrionario, ya tendría una preconcepción del objeto bueno; una vez nacido, la presencia y las funciones del mismo tomaron la delantera respecto de los objetos malos.

El giro fue violento y contrastante respecto de sus ideas de K_1 y K_2 , periodos en que había privilegiado las acciones del circuito malo (véase II, 5.1.3. y II, 5.3.1.); los objetos malos precedían a los buenos en el establecimiento de las relaciones objetales.

De todos estos cambios se hará especial hincapié en ese objeto bueno cuya introyección en el núcleo del yo favorecería de manera notable el desarrollo evolutivo normal. Esto permitirá precisar qué clase de objeto era y sus diferencias con los objetos postulados en etapas previas de su obra.

7.3.4.1. Sobre la conformación del objeto bueno

Para la construcción del *objeto bueno real externo* el bebé contaba, según Klein, con una preconcepción innata del mismo. Ese conocimiento prenatal del pecho bueno se convirtió en otro puntal del instintivismo y de lo constitucional. Sus descripciones acerca de la interacción entre lo congénito y las experiencias vividas con el objeto clarificaron cómo las concebía. Klein enfatizó la necesidad de buenas vivencias de lactancia –y, más ampliamente, una bienhechora relación con la madre– para la conformación del pecho bueno real externo que, una vez introyectado conformaría el núcleo del yo, en calidad de objeto bueno *interno*. De todas formas dejó bien establecido que ese tipo de objeto no se superponía jamás punto a punto con el de la fantasía universal y omnipotente de un pecho absolutamente placiente e inagotable.

La hipótesis del conocimiento innato del pecho bueno y el papel que dicho saber jugaba no dejaba de ser inquietante en cuanto a su verificabilidad. Su bien su estudio y discernimiento correspondería más a la etología humana que al psicoanálisis, la idea de que un objeto o un acontecimiento pudiera estar prefigurado antes de ser vivenciado en la realidad, no era del todo ajena a la disciplina creada por Freud. El mismo había elaborado hipótesis de ese tipo; verbigracia, en el territorio de las fantasías originarias, para las que señaló la interacción entre lo filo y ontogenético. En Klein, las muestras de esa misma manera de pensar fueron más numerosas; se recordarán tan sólo tres ejemplos de los varios que propuso en *EPN* (1932): presencia del pene paterno en el vientre de la madre, conocimiento inconsciente de la vagina en la niña y fantasía de satisfacción oral ininterrumpida. Se mencionó ese texto de finales de K_1 para señalar también que por entonces era el encuentro con el pecho en la realidad lo que permitía la introyección de los objetos buenos y malos. En *EyG*, como ya se dijo, la construcción de ese objeto fue concebida de manera diferente: el ligamen con el pecho de la madre no era creado únicamente por las experiencias de la lactancia y por los cuidados que ella prodigaba: intervenía además un saber instintivo acerca del seno que orientaba al recién nacido hacia él. Bastará con acercarse al mamelón al bebé para que –en la mayoría de los casos– se inicie la succión y, simultáneamente, la constitución de ese objeto bueno. Esta preconcepción innata del pecho ya había sido postulada en *OCB* (1952), texto en el que esa idea apareció bajo la forma de una nota al pie –la n° 1, del capítulo VII–; *OCKPA*, vol. 3, p. 231. En ese escrito y en consonancia con algunas de las consideraciones allí volcadas, retomó la idea de la superioridad de la lactancia natural respecto del biberón –batalla que ya había iniciado en *El destete* (1936)– fundamentándola en la amplia variedad de estímulos –olfativos, térmicos, táctiles, sonoros, de sostén, etc. – que acompañaban a los estrictamente alimenticios ligados al amamantamiento. El pecho para Klein era un objeto más amplio que aquel que satisfacía la oralidad y las necesidades alimenticias: se trataba en cierto sentido de un objeto “social”; mejor dicho, el primer objeto social que procuraba las primigenias satisfacciones vinculares, más allá de lo alimenticio. Ese pecho, sin perder su ligazón con lo oral, podía aportar otro tipo de placeres: generaba amor, gratitud, ayudaba a combatir la angustia persecutoria y a defenderse de los objetos malos. Esta nueva manera de entender al objeto bueno –su construcción y sus funciones– implicó un cambio profundo en la noción de oralidad, de instinto y de objeto en la teoría kleiniana a partir de 1957, tal como se verá a continuación.

7.3.4.2. Efectos de la introyección del objeto bueno

Una de las funciones más importantes que le adscribió al objeto bueno era la de conformar el núcleo del yo, que a su vez se transformaba en un promotor de nuevas relaciones objetales. Este objeto favorecería asimismo los avances evolutivos; entre ellos, la mayor integración de la instancia yoica. En otras palabras, ese objeto devino un factor positivo y de primerísimo orden para la conformación del aparato psíquico. Ahora bien, este y otros efectos harían pensar de que se trataba de una clase de objeto distinta de aquella a la que pertenecían los cuatro descritos para la PEP y PD: idealizado, persecutorio, bueno, malo. Éstos surgirían –así lo postuló ella misma– a partir de la disociación de un objeto, que necesariamente tenía como correlato la escisión del yo. En cambio este objeto bueno no provenía de una escisión: se trataba de un *objeto bueno entero, no disociado*.

Estas ideas ya estaban esbozadas en *NAME* (1946) pero adquirieron mayor consistencia en el libro que se está comentando; el objeto bueno, más que un objeto de la fantasía –a la manera descrita en K_1 y K_2 –, aparecía bajo su pluma como un precipitado en el que se reunían elementos cognoscitivos y emocionales de las experiencias de gratificación plena con el objeto.

De todas formas, y pese a los cambios ya apuntados, ella siguió utilizando el mismo término “objeto” sin hacer ninguna referencia a que el origen del mismo y las funciones que le había atribuido, lo hacían distinto a los cuatro nombrados. Tampoco mencionó que se tratase de un giro teórico con el consiguiente abandono de lo previo. La cuestión no dejaba de ser compleja porque estas mutaciones afectaron no sólo a la concepción de los objetos; también conmovieron su manera de pensar el sadismo, la formación del superyó, el concepto de posición elaborado arduamente K_1 y K_2 , la oralidad y la correlación de fuerzas instintivas a partir del nacimiento. La onda expansiva era inevitable debido a la estrecha articulación entre los componentes de su andamiaje conceptual. Se recordará como muestra de esto último la mancomunidad entre objeto, fantasía, defensa, angustia y grado de integración del yo que caracterizó al concepto de posición; en II, 3.1., se hizo hincapié en que cualquier variación de alguno de estos cinco componentes repercutiría necesariamente sobre los otros. Durante los primeros años de su obra y hasta el final de K_2 ella sostuvo que el objeto malo era *irreal*, distorsionado; que se constituía así por efectos de la deflexión/proyección del instinto de muerte sobre él más las consecuencias subjetivas del temor a la retaliación. En cambio, el objeto bueno era *real*; o mejor dicho: más cercano a la realidad, menos distorsionado que el objeto malo. Este solapamiento entre el objeto bueno y el objeto real se mantuvo durante todo el periodo de sus elaboraciones sobre la posición depresiva (K_2): lo real tenía que ser bueno para contrarrestar las fantasías e imagos persecutorias, malas. En esta perspectiva la *imago* del pecho bueno y de la madre buena debían fundarse –insoslayablemente– en experiencias satisfactorias. En 1957 esto ya no era tan así porque el pecho bueno adquirió fundamento constitucional: se trataba de un antiguo futuro objeto; un objeto ya conocido desde antes del nacimiento, que se construiría en la realidad –como objeto bueno real externo– a partir del encuentro y las experiencias placenteras con el seno materno. La lógica kleiniana clásica, que en este aspecto se mantuvo, dictaba que ese objeto era introyectado precozmente y, en calidad de objeto interno, pasaba a ser decisivo para el desarrollo evolutivo posterior. Klein afirmó que el bebé sentía como un don supremo lo que el pecho materno le entregaba; representaba para él no sólo el alimento sino la bondad, la generosidad y la paciencia inagotable de la madre, así como su capacidad creadora vital. Se trataba al decir de Klein de “una fuente de vida”.

Ese pecho bueno, introyectado reiteradamente bajo el predominio de la libido de succión, otorgaba mayor fuerza y cohesión al yo, que se autolibidinizaba; aumentaba su capacidad de amor y gratitud y le hacía capaz de vencer con más facilidad los procesos de desintegración, fragmentación y dispersión. El objeto bueno parecía tener una función antropogénica, vitalista. Todas esas características le otorgaban un estatuto teórico distinto al que tenían los objetos bueno/malo, persecutorio/idealizado, descritos con anterioridad.

Klein no explicitó que sus puntos de vista habían cambiado ni que este nuevo objeto perteneciese a una clase distinta. A partir de las introyecciones reiteradas del objeto bueno se generaría un núcleo *narcisístico* trófico y estimulante del crecimiento psíquico. Ni la palabra narcisismo ni sus derivados aparecieron en lo escrito por ella. Menos aún se encontrará *explícitamente* la idea de una narcisización del bebé por parte de la madre aunque, forzando las cosas, se lo podría leer entre líneas.²⁵ ¿No se lo permitiría su anclaje a una concepción *ptolomeica* del engendramiento del aparato psíquico del niño? Klein teorizó en 1957 una suerte de identificación narcisista a lo Freud, situando al objeto como dador, como influyente directo en la psiquización del infante. (No sería una identificación especular a lo Lacan). Aunque pareciera describir una especie de narcisismo primario, rehusó referirse a él (véase *supra* 6.2.2). Tuvo que referir la fusión intrauterina con la madre –y su pérdida en el parto– para conceptualizar una posible recuperación de un vínculo fusional en los momentos más plácidos de la lactancia.²⁶

La íntima unión física y psíquica con el pecho restauraba en cierta medida la pérdida de la unidad prenatal con la madre. La introyección de ese objeto bueno en el yo entrañaba el sentimiento de seguridad y era fuente de felicidad. Si antes él estaba dentro de la madre, tras la introyección, portará a la madre buena dentro suyo.²⁷

“Esta íntima unión física y mental con el pecho gratificador restaura en cierta medida –si todo marcha favorablemente– la perdida unidad prenatal con la madre y el sentimiento de seguridad que le acompaña. Esto depende en gran parte de la capacidad del niño pequeño para catectizar el pecho o su representante simbólico, el biberón. De esta manera la madre es convertida en un objeto amado.” [EyG (1957), OCKPA, vol. 6, pp. 14-15].

La insistencia de Klein sobre el carácter vital del pecho no podría entenderse sin tener en cuenta la gran diferencia entre el pecho bueno y el objeto parcial de la pulsión. También cabría decir que la relación del bebé con la madre no se restringía al pecho; menos aún, a su capacidad alimenticia. Al bebé le interesaría también el rostro de la madre, el calor y el tacto de sus brazos, el tono de la voz con que le hablaba o cantaba. Se entenderá entonces las perturbaciones de los niños voraces: no conocerían otras satisfacciones que las orales alimentarias; no lograrían investir el cuerpo de la madre más allá de sus intereses gástricos inmediatos, no llevarían a cabo juegos ni “diálogos” con el pecho, que serían los primeros signos del establecimiento de una relación de amor. Esos bebés ávidos tendrán grandes dificultades para pasar de la relación con el pecho (en tanto objeto parcial) a una relación con la madre en tanto persona (objeto total). Se quedaban sin el pasaporte adecuado para entrar en buenas condiciones en la elaboración de la posición depresiva.

Una última consideración respecto de la voracidad antes de concluir este apartado. Ya en *OCB* (1952) Klein opuso la avidez a la aproximación exploratoria del pecho, independientemente de la alimentación. En *EyG* la recalcó y postuló con más fuerza aún una oposición entre la envidia y la gratitud. De manera contraria a lo que ocurrió muchas veces en la obra kleiniana, ese giro no tuvo por motor la agresividad ni la angustia; no se pasaba directamente de la avidez a la envidia. La conceptualización acerca del interés por el objeto como gratitud por las gratificaciones recibidas era lo que permitiría ese movimiento decisivo. La introyección del objeto bueno lo posibilitaba.

7.3.5. Defensas contra la envidia

Se mencionarán tal como aparecen enunciadas en el capítulo VI de *EyG*, al que se remite para más detalles sobre esta cuestión (OCKPA, vol. 6, pp. 61 y siguientes).

La lectura del mismo mostrará otro giro: los mecanismos de defensas ya no se dirigían como antes contra la angustia, –tesis kleiniana por excelencia, según se ha visto en II, 4.2. –, sino contra la envidia. No precisó si la acción de los mismos servían para eludir, para elaborarla o modificarla. En todo caso, comentó haberlas descubierto en su trabajo clínico. Refirió las siguientes defensas:

- El refuerzo de la omnipotencia, la negación, la disociación e idealización. Se trataba de defensas usualmente empleadas en la PEP, que también defenderán de la envidia.
- Confusión.
- Huida de la madre para protegerla de los ataques envidiosos, dirigiéndose al padre. Se sustituía la oralidad por la genitalidad. Esta defensa estaba asociada a la dispersión de los sentimientos relacionados con la madre, que serían dirigidos a otros objetos.
- Desvalorización del objeto y también de la propia persona; en este último caso se adquiriría un tinte depresivo.
- La voracidad.
- Despertar la envidia de otros.
- Sofocar los sentimientos de amor e intensificar el odio (o la indiferencia). Se buscarían razones para justificar el odio.
- Apartamiento del contacto con otras personas.
- Disociación de la parte envidiosa de la personalidad.

Klein afirmó que las variedades de defensa eran infinitas y que la exacerbación de las mismas también podía provocar una reacción terapéutica negativa. Los mecanismos defensivos descritos eran muy variopintos y por momentos parecería que todo podía despertar envidia y que todo podía defender de ella.

7.4. Gratitud y creatividad

Este apartado será la ocasión de apreciar nuevos aspectos del terremoto conceptual que representó *EyG*. Se señalarán las innovaciones en ciertas comarcas que no han sido examinadas hasta ahora en el presente capítulo –la gratitud y la creatividad– y se harán también referencias a la continuidad con sus ideas anteriores, acompañadas de preguntas acerca del lugar que sus nuevas formulaciones otorgaron a lo que ella había escrito en K_1 , K_2 y principios de K_3 . Tales objetivos serán desarrollados en los siguientes apartados:

7.4.1. Una faceta: el paraíso reencontrado

7.4.2. La otra cara: el viejo-nuevo infierno envidioso

7.4.3. Creatividad y sublimación a partir de 1957

7.4.3.1. *La creatividad y su símbolo excelso: el pecho bueno*

7.4.3.2. *¿Y las antiguas ideas sobre la creación y la reparación?*

7.4.4. Continuidad y cambios en *EyG*; lo explícito y lo implícito

7.4.1. Una faceta: el paraíso reencontrado

La gratitud surgiría en el bebé al experimentar vivencias de satisfacción *plenas* durante la lactancia; pero, la aptitud para sentirla estaría íntimamente relacionado con la capacidad innata de amar que, a su vez, dependería de la dotación instintiva de cada bebé. El *quantum* de esta capacidad sería diferente en cada recién nacido humano, pero la gratitud constituiría siempre uno de los derivados más importantes de dicho potencial. En palabras de Klein:

“El sentimiento de gratitud es uno de los más importantes derivados de la capacidad para amar. La gratitud es esencial en la estructuración de la relación con el objeto bueno, hallándose también subyacente a la apreciación de la bondad en los otros y en uno mismo. Su raíz se halla en las emociones y actitudes que surgen en las épocas más tempranas de la infancia, cuando la madre es sólo y único objeto para el bebé. Me he referido a este vínculo temprano como base para todas las relaciones posteriores con una persona amada.”
[*EyG* (1957); OCKPA, vol. 6, p. 26].

En esta cita –también en las siguientes– irán apareciendo ideas que podrían ser consideradas bases nuevas del pensamiento kleiniano, surgidas al final de su obra. Así, pues, la gratitud del lactante, del niño y, muy posteriormente, la del adulto tendrían su origen más arcaico en el placer y la gratificación vivenciada durante la lactancia y, más remotamente aún, en el *quantum* de la dotación instintiva innata para amar. “En” o “detrás de todo esto estaría el instinto de vida (Eros). Aunque Klein no dejó de considerar la influencia de los elementos externos, la gratitud estaba intensamente determinada por factores internos, de tipo constitucional. En el apartado siguiente se apreciará que esa misma lógica la llevó a afirmaciones análogas respecto de los impulsos destructivos: una envidia elevada, también determinada constitucionalmente, interferiría el temprano vínculo del niño con su madre, dificultando las gratificaciones orales.

Habría una retroalimentación circular entre el placer del amamantamiento y la gratitud; esta última no surgiría sin satisfacciones *plenas*, pero esas gratificaciones no podrían ser completas sin que la gratitud fuera experimentada por el bebé. En las últimas frases se ha estado subrayando la palabra *plena* con cursivas para indicar que no se trataba de la simple satisfacción de una zona erógena instintiva sino de gratificaciones más amplias y completas –en las que entrarían en juego variados estímulos– vividas siempre en el marco de una relación objetal. La satisfacción de sentirse alimentado sin grandes perturbaciones daba pie a las formas más primigenias de gratitud y facilitaba la introyección del pecho bueno, formador del núcleo del yo. En esas situaciones, la gratitud logrará atemperar los impulsos tanáticos y sus manifestaciones más habituales: la envidia, el odio y la voracidad. Su presencia será un indicador del establecimiento de una temprana y adecuada relación con el objeto bueno. Esta base instintiva y afectiva facilitará enfrentar a lo largo de toda la vida aquellos momentos en que –indefectible-mente– harán acto de presencia las frustraciones y las experiencias dolorosas. Cabría agregar que, según Klein, la gratitud favorecerá las de actitudes de

generosidad; estas últimas serán también indicadoras de que se ha asimilado el objeto bueno, cosa que permitiría al individuo compartir sus dones y posesiones con otros.

“En el análisis de nuestros pacientes hallamos que el pecho, en su aspecto bueno, es el prototipo de la bondad, la paciencia y generosidad materna inagotable, así como de la capacidad creadora. Son estas fantasías y necesidades instintivas las que tanto enriquecen al objeto primario, de modo que este permanece como fundamento de la esperanza y confianza y la creencia en la bondad.” [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 16].

La reunión de las ideas recién comentadas llevarían a la conclusión siguiente: una apropiada capacidad innata de amar favorecería la satisfacción plena en el amamantamiento, que a su vez determinaría gratitud y estimularía la introyección del objeto bueno, productor de los sentimientos de esperanza, confianza y creencia en la bondad de los objetos. El objeto bueno interno –introyección del externo–, tendría por prototipo la bondad, la paciencia y la generosidad materna. Esto se manifestará –tanto en la infancia como en la adultez–, mediante las siguientes actitudes: generosidad, confianza hacia los objetos, creencia en la bondad de los mismos y también, a través de una mayor capacidad creativa, sublimatoria y reparatoria.²⁸ Klein incluyó dentro de este círculo virtuoso la posibilidad de sentir devoción hacia otras personas, la proclividad a regirse por principios éticos y el volcarse hacia causas sociales. Sumémosle a todas estas probidades, las siguientes:

“[...] he descrito el proceso subyacente a la confianza en el pecho bueno como derivado de la capacidad del bebé para investir con libido el primer objeto externo. De esta manera se establece un objeto bueno que ama y protege al individuo, siendo a su vez amado y protegido éste. Aquí es donde se halla el fundamento de la creencia en la propia bondad.” [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 27].

Algunos párrafos de EyG parecen rebosar una bondad expansiva. La fusión materno-filial adquirió, por momentos, motas místicas:

“El pecho bueno es admitido y llega a ser parte del yo, de modo que el niño, que antes estaba dentro de la madre, tiene ahora a la madre dentro de sí.” (OCKPA, vol. 6, p. 15).

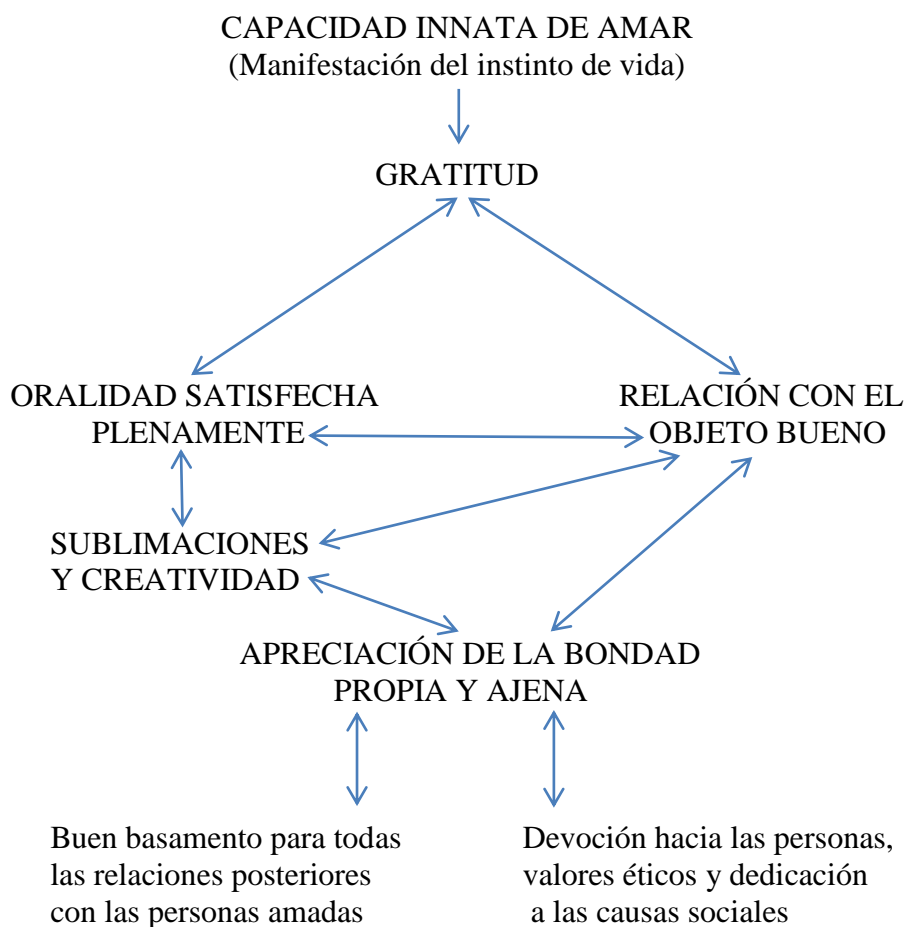
Al sentirse amado, protegido y seguro el niño podrá insuflar su vivenciada bondad en el cuidado de ese objeto en su interior, manteniendo a raya su voracidad y demás tendencias destructivas. Klein sostuvo que las raíces de la gratitud iban más allá de la satisfacción de las necesidades biológicas y del placer del amamantamiento antes comentado: con la internalización del objeto bueno el bebé recibiría una inyección de vitalidad –el pecho como “fuente de vida”–, de creatividad y de bondad, que le permitirían sentir confianza y seguridad hacia los objetos y hacia sí mismo.²⁹ Fortalecido con ese objeto bueno en su interior, el infante podrá hacer frente a las manifestaciones de Tánatos en su mente:

“Contrastando con el bebé que a causa de su envidia, no ha logrado estructurar con seguridad un objeto interno bueno, el niño con una fuerte capacidad para el amor y la gratitud tiene una relación profundamente arraigada con el objeto bueno y puede resistir estados temporarios de envidia, odio y sensación de perjuicio sin ser fundamentalmente dañado. Estos estados surgen aún en niños que son amados y reciben buenos cuidados maternos. De este modo, cuando los estados negativos son pasajeros el objeto bueno es recuperado una y otra vez. Este es un factor esencial para su consolidación y crea el cimiento de un yo fuerte y la estabilidad.

En el curso del desarrollo, la relación con el pecho de la madre se convierte en el fundamento de la devoción hacia personas, valores y causas. Así es asimilado algo del amor que originariamente fue experimentado hacia el objeto primario”. [EyG (1957), OCKPA, vol. 6, p. 26].

Klein distinguió asimismo entre una gratitud genuina, fundada en la capacidad de amar, de aquella otra que estaría motivada por los sentimientos de culpa, incitantes de reparaciones. Sin embargo admitió que las formas puras no existían y que generalmente había mixturas –en grados variables– de ambas. El esquema siguiente resumirá algunos aspectos de lo recién afirmado acerca del círculo virtuoso retroalimentado que giraba en torno a la gratitud y a un objeto de características novedosas aparecido en 1952-1957: el *objeto interno bueno, entero y completo*, representante interior del pecho bueno externo, introyectado durante la fase libidinal de succión.³⁰ La introyección

de este último ayudaría a constituir el núcleo del yo y contribuiría a su cohesión al contrarrestar los procesos de escisión y dispersión yoica. El diagrama –que incluye aspectos que serán tratados en 7.4.3., sobre la creatividad– será el preámbulo de su contracara: los efectos de la envidia.



7.4.2. La otra cara: el viejo-nuevo infierno envidioso

La extensión de este apartado no será muy larga, por un doble motivo: al comienzo de este capítulo se han hecho descripciones de las diferentes formas de envidia y los efectos de la misma en la temprana relación con el pecho; se señalaron las consecuencias subsiguientes de tales avatares. El segundo motivo reside en que se acabaría describiendo el reverso de lo afirmado en el apartado anterior. Se dirá, simplemente, que los ataques envidiosos dañan a todo lo que el pecho posee y podría dar; en ese contexto la introyección del objeto bueno se verá afectada, porque el niño vivenció que la gratificación de la que fue privado, ha quedado retenida en el pecho avaricioso que lo frustró. Se generaran incertidumbres acerca de la propia bondad y quedarán afectadas las capacidades creativas. Como correlato aparecerá una voracidad incrementada. El *quantum* de odio y envidia serían también innatos y dependientes de la intensidad de la pulsión de muerte en cada quien. Estas ideas aparecen sintetizadas en un esquema insertado páginas más adelante, en 7.5.

7.4.3. Creatividad, reparación y sublimación a partir de 1957

Estos temas serán tratados con detalle en II, 6.4.; donde se dará una versión panorámica acerca de cómo fueron abordados a lo largo de toda su obra. En este contexto serán referidas, básicamente, sus ideas de *EyG*, eslabonando esa perspectiva con algunos conceptos conexos de K_2 .

7.4.3.1. La creatividad y su símbolo excelso: el pecho bueno

“El pecho bueno que alimenta e inicia la relación amorosa con la madre, es el representante del instinto de vida siendo además vivido como la primera manifestación de la actividad creadora. En esta relación fundamental

del bebé no sólo recibe la gratificación que desea, sino que también se siente mantenido en vida. Porque el hambre, que es el que despierta el miedo a la inanición –y posiblemente todo dolor físico y espiritual- es sentido como una amenaza de muerte.” [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 45].

Renglones más abajo, en la misma página, tras afirmar que la capacidad de dar y preservar la vida era percibida como la mayor dote, añadió que por esos motivos la facultad creadora se convertía en la causa más profunda de envidia:

Mi experiencia psicoanalítica me enseñó que la envidia de la facultad creadora es un elemento fundamental en la perturbación del proceso de creación. Dañar y destruir la fuente inicial de la bondad pronto lleva a destruir y atacar a los niños que la madre contiene. Su resultado es que el objeto bueno queda convertido en hostil, crítico y envidioso. [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 45].

El pecho bueno no sólo constituía una fuente de satisfacciones orales y sociales; también era vivido como una fuente de vida. El objeto bueno interno y externo se convirtió, así, en el representante de la pulsión de vida y era vivenciado como la manifestación más significativa de la capacidad creativa. Mediante estas ideas renovó dos antiguos temas –la sublimación y la reparación–, desde un nuevo horizonte teórico.

Cuanto con mayor frecuencia se experimenta y acepta con plenitud la gratificación en el acto de mamar, tanto más a menudo son sentidos el goce y la gratitud en el nivel más profundo, desempeñando un papel importante en toda sublimación y en la capacidad de reparar. [EyG (1957); OCKPA, vol. 6, p. 27].³¹

En la página siguiente Klein diferenció las expresiones de gratitud impulsadas por sentimientos de culpa de aquellas otras promovidas por la capacidad de amar, aunque siempre –sentenció– aparecería un *quantum* de culpa en el sentimiento de gratitud más genuino.

Una lectura retroactiva rastreando los antecedentes de estos temas nos conduce a dos textos claves sobre estas cuestiones *EPN* (1932) y *ACR* [*Amor, culpa y reparación* (1937)]. En el primero de ellos relacionó la creación con la genitalidad. Aquello que definía para Klein la dimensión propiamente genital de los órganos y de las pulsiones, no era sólo la unión en el coito; el fin creador se expresaba directamente en la procreación y en las tendencias reparadoras. La creatividad tenía por núcleo y por figura primordial la generación de nuevas vidas. Para ella, la felicidad conyugal era una de las condiciones del reforzamiento de la creatividad tanto en el hombre como en la mujer. En *ACR* [*Amor, culpa y reparación* (1937)], –aunque esta idea estuvo ya presente en *EPN* (1932)– la niña admiraba al pene del padre en tanto era creador de niños. Según Klein para la niña el pene paterno era símbolo de toda creatividad, de todo poder y de toda bondad”. Veinticinco años antes de *EyG* escribió sobre la relación simbólica que unía al pene con la creatividad; esta idea prefiguró la que sostuvo en 1957: el vínculo estrecho entre el pecho bueno y la creación. La necesidad y la capacidad creativa se manifestaban en y a través de la genitalidad. El giro fue importante: en 1957 era a partir del pecho bueno que los órganos sexuales extraían el valor fálico y el impulso a la creatividad. Ese valor le era conferido al pecho antes de ser atribuido a los órganos genitales. De lo que resulta que las formas sublimes de la creatividad reposaban, en último análisis, sobre la identificación al pecho bueno. Klein destronó al falo y al padre de la teoría freudiana para poner en su lugar al pecho y a la madre.

La afirmación acerca del valor fálico del seno supuso un cuestionamiento radical a sus ideas sobre la sublimación y reparación. Con anterioridad a 1957 había afirmado que toda creatividad tenía por finalidad restituir lo que había sido destruido por el sadismo (dolor y duelo en la creación). El motor de la dinámica psíquica en general y de la creación en particular se relacionaba con las tendencias destructivas (sadismo primario); la creatividad era necesariamente un tiempo segundo y reactivo. El adecuado pasaje por la PD y la elaboración exitosa de los duelos fueron en K_2 los estímulos mayores para las actividades creativas, reparación mediante.

EyG produjo un giró significativo: habría una continuidad genética entre la oralidad feliz y el conjunto formado por la creatividad y las sublimaciones. Los tiempos de ese proceso eran los siguientes: a) el goce (en la lactancia) confirmaría la fantasía de una bondad perfecta del pecho, fuente de vida; b) la gratitud que se desarrollaba entonces reforzaba el amor al pecho y la tendencia

a la identificación introyectiva; c) la identificación a un seno generoso y fuente de vida otorgaba al sujeto capacidad de creación. El mecanismo central era la introyección del pecho bueno. En lugar de reposar sobre la piedad y sobre la identificación empática con el objeto dañado –cosa que suponía una reducción del clivaje y la unificación del objeto– la introyección del pecho bueno dependía de la gratitud, factor pulsional primario del reconocimiento de la bondad del pecho bueno.

7.4.3.2. ¿Y las antiguas ideas sobre la creación y la reparación?

Los mecanismos de reparación parecieron pasar a un segundo plano; fueron menos mencionados y costaría precisar la función que les atribuyó en los movimientos que iban desde la gratitud a la creatividad. La reparación pareció estar más bien determinada por la creatividad que a la inversa. La corriente principal que llevaba de la oralidad satisfecha plenamente a las sublimaciones y a las expresiones personales, subjetivas, de creatividad parece que ya no se encuentra con la agresividad ni con la angustia persecutoria. En K_2 surgía, justamente, de ese encuentro, según la secuencia: agresividad (sadismo) \rightarrow culpabilidad \rightarrow reparación. En 1957, el enfrentamiento entre el amor y el odio implícito en la serie anterior cedió protagonismo; pasó a ser un factor secundario de la creatividad.

¿Qué se hizo de la gratitud y de un amor fundado en la reparación creativa, que había constituido uno de los pilares principales del pensamiento kleiniano en las postrimerías de K_1 ? ¿Qué lugar pasaron a ocupar los procesos reparatorios y sublimatorios, tan significativos en la posición depresiva (PD), inaugurada en K_2 ? ¿Fueron desatendidos, abandonados, descuidados, desechados, mantenidos? No se encontrarán respuestas explícitas a estas preguntas en sus postreros textos. Nada sabemos de ello por su puño y letra. Leyendo con lupa y entrelíneas podría decirse que pasaron a un segundo plano. No hubo un cuestionamiento de la secuencia antes comentada ni fue declarada su insolvencia. Tal vez, y no deja de ser una hipótesis, porque la destructividad sádica rampante de K_1 y K_2 fue trasvasada y puesta a cuenta de la envidia. Si en K_2 los vínculos implícitos en la serie *agresividad \rightarrow culpabilidad \rightarrow reparación* ampliaban el círculo de las relaciones de objeto en la PD como forma de reducir el sadismo y la angustia (véase II, 6.4.2. y II, 6.4.3.), promoviendo la cohesión yoica, en *EyG* Klein fue por otros derroteros: la relación objetal –con los sentidos últimos que le dio a la misma– quedó centrada definitivamente en torno a la relación con el pecho bueno y a la introyección *del objeto bueno entero y completo* en el núcleo del yo.

La lupa y la lectura entre líneas permitieron percibir que, pese a los cambios comentados, ella siguió valorando muy positivamente las funciones del clivaje primario bueno-malo propio de la PD, ya que le permitía al bebé mantener una relación de amor y confianza con el objeto. En otros términos, siguió manteniendo sus ideas previas acerca de cuál era el factor más dañino para el desarrollo evolutivo: la anulación del clivaje primario entre lo bueno y lo malo. Eso era, justamente, lo que hacía la envidia.

7.4.4. Continuidad y cambios en *EyG*; lo explícito y lo implícito

En las diversas citas presentadas en los apartados anteriores podría apreciarse una línea de pensamiento habitual de esta psicoanalista: aquella que sostenía que las experiencias más arcaicas están siempre determinando lo mejor y lo peor de todas las vivencias posteriores de una persona. Lo más arcaico devino, así, el factor causal de mayor peso en su forma de concebir la psicopatología. La tempranísima relación con el pecho aparecía como el determinante último y fundamental en la vida psíquica de cada persona. Esa filia por lo arcaico impregnó sus concepciones; además creó una doble ilusión: que yendo a lo más primitivo se llegaba a las raíces más profundas de los síntomas y que –por eso mismo– se era más eficaz en el plano terapéutico. De más está decir que, si se parte de esos presupuestos, se irá con criterio empírico al encuentro de las más tempranas experiencias de vida y a sus supuestas reiteraciones transferenciales, con el secreto designio de descubrir las causas últimas de la psicología y psicopatología de una persona. Se completaban estos razonamientos agregando que ese camino regresivo permitiría deshacer las tempranas fijaciones. Esa línea de pensamiento fue llevada al extremo en *EyG* y, a posteriori, impregnó la tarea clínica de muchísimos

analistas enrolados en el kleinismo; las remisiones al vínculo temprano con el pecho eran constantes.³² Así, el placer pleno en la temprana relación con el dicho objeto constituía para Klein el fundamento de toda posterior experiencia de placer, sea cual sea su origen. *Mutatis mutandi*, las experiencias adversas, las infelicidades en ese mismo vínculo también marcarían negativamente el resto de la existencia. Esta lógica, que tiene su grano de verdad en tanto el pasado determina efectivamente el futuro, se convierte en aplastante cuando forma parte de teorías que se rigen sólo por una temporalidad cronológica y madurativa; en Klein indujo una concepción del desarrollo evolutivo orocéntrica y endogenética, que le valió las críticas no sólo de sus detractores sino de sus compañeros de fila: Winnicott y Bion, entre ellos.³³

En *EyG* junto a las novedades ya examinadas y expuestas se reencontraron las siguientes proclividades kleinianas, puestas de manifiesto en etapas anteriores de su obra:

- Los círculos retroalimentados, sean tanáticos o eróticos.
- La posibilidad del niño y del adulto de vivenciar sentimientos y fantasías muy complejas.
- Las filias por lo arcaico que condujo al orocentrismo. La relación con el pecho lo determinaría todo.
- Preeminencia de la presencia de la madre, que en *EyG* fue descrita “como sólo y único objeto para el bebé” en determinados momentos del desarrollo evolutivo. Eclipse del padre.
- Autolibidinización; no era el otro quien libidinizaba.
- Concepción “ptolomeica” del surgimiento de lo psíquico en el bebé.
- Constitucionalismo, innatismo, endo y psicogenetismo.

Para Klein, la buena relación con el pecho constituía la base de la felicidad y de las relaciones afectivas profundas; sintiendo gratitud el niño –y el adulto, posteriormente– podrían ser generosos con los otros, promoviendo el círculo virtuoso del dar y recibir. En *EyG* (1957) Klein situó una etapa intermediaria entre la satisfacción instintiva y la introyección del pecho bueno: la constitución del pecho como un objeto bueno. En los textos de K_1 y K_2 , la instalación del objeto bueno en el yo era una variable dependiente de la estabilidad, duración y gratificación recibida en la relación con el seno. En cambio, en *EyG* la construcción de ese objeto interno no hacía sino tomar el relevo del objeto bueno real externo. Todavía en *CTEL* (1952) y en *OCB* (1952) esa instalación era la resultante final de un movimiento psíquico que se iniciaba con las proyecciones de partes buenas del yo sobre dicho objeto. Estas ideas presuponían la participación activa del niño en dicho proceso, mediante identificaciones proyectivas buenas; a partir de 1957 la punta de lanza devino el sentimiento de gratitud; la confianza en el objeto derivaba de la capacidad del lactante de investir de libido el primer objeto externo. En esta perspectiva el establecimiento del objeto bueno se efectuaba, básicamente, en relación a un objeto exterior; la introyección de un buen objeto se confundía pura y simplemente con la interiorización de un seno provisto de cualidades muy positivas. No era por lo tanto la introyección la que aseguraba la estabilidad psíquica, la seguridad, etc.; esas propiedades aparecieron en *EyG* como derivadas de la relación con el objeto bueno real, que se formaba en el punto de encuentro entre la preconcepción innata de un pecho buenos y las experiencias buenas que vienen a completarlo. Lo que se introyectaba –simultáneamente con el objeto– era una relación confiable, serena y gratificante.³⁴ Por lo tanto, la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo era el medio por excelencia para que las disposiciones constitucionales pasasen de la potencia al acto.

7.5. Resignificación de su teoría sobre la formación del aparato psíquico a partir de *Envidia y Gratitud*

Como ha podido apreciarse a lo largo del presente capítulo, la envidia y la gratitud fueron tratadas en este texto de 1957 desde distintos ángulos, por lo que se pudieron apreciar aspectos de ellas que iban más allá de su carácter de manifestaciones afectivas. No es que estas últimas sean una cuestión menor para el psicoanálisis, pero lo cierto es que los múltiples engarces que conectaron ambos sentimientos con otros componentes de la red conceptual kleiniana, transformaron a la

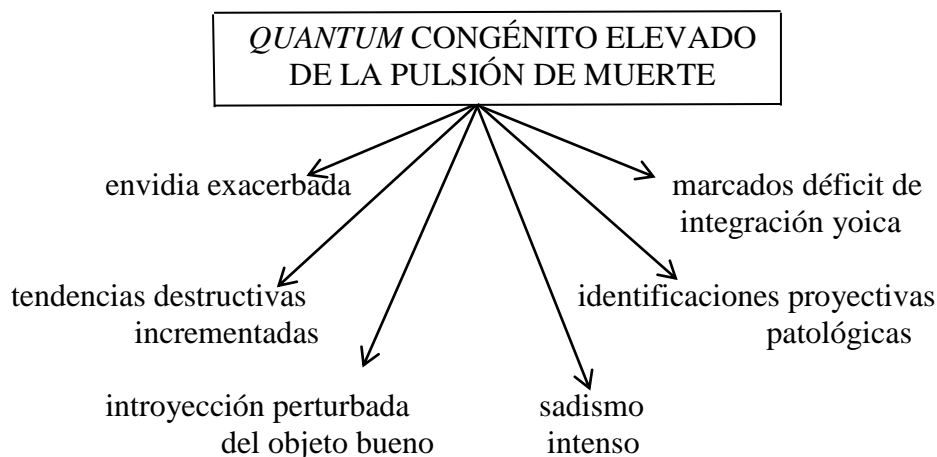
gratitud y la envidia en articuladores teóricos de gran envergadura. La praxis también se vio conmovida tras la aparición de este libro.

Sin duda, *EyG* creó un nuevo atalaya teórico-clínico en las postrimerías de su obra; desde él pueden divisarse retrospectivamente cuarenta años de elaboraciones y reelaboraciones constantes de sus ideas. Pero, ese libro supuso un giro –o un salto, si se quiere– en su propia trayectoria; una discontinuidad dentro del orden que había establecido. Algunos cambios introducidos en esta publicación hicieron crujir al andamiaje conceptual que había construido hasta entonces, pero, en muy pocas ocasiones ella reconoció explícitamente que lo nuevo matizaba mucho o hacía perder vigencia –ya sea parcial ya sea total– a lo que había sostenido con anterioridad. Por lo tanto, las apreciaciones que a continuación se realizarán al respecto, corresponden al autor de esta tesis, que considera que no siempre las postrimerías de una obra superan los periodos previos ni integra “felizmente” las buenas aportaciones anteriores. Por otra parte, en estos comentarios no se buscará acomodar lo viejo a lo nuevo –ni lo novedoso a lo antiguo–; además, se evitará introducir sistematizaciones de sus ideas allí donde no las hubo.

Al situar la gratitud y la envidia como expresiones directas de Eros y Tánatos respectivamente, Klein articuló estos afectos con su teoría instintivista clásica, que resultó así ampliada y renovada. Por esta conexión, ambos sentimientos se convirtieron en determinantes importantes de la formación del aparato psíquico.

Va de suyo que una excesiva envidia al pecho perturbará la constitución del psiquismo desde sus mismos comienzos, generando una bola de nieve de fracasos en todas y cada una de las etapas posteriores del desarrollo evolutivo. Por el contrario, una envidia baja o moderada, asociada a una adecuada capacidad de amar favorecería el pasaje de la PEP a la PD, con la consiguiente integración del yo y la ampliación de las relaciones de objeto. La incipiente y progresiva remodelación del yo –innato en su teoría– conllevaba simultáneamente la constitución psíquica de la alteridad (los otros), del mundo externo y de los objetos de la realidad. Esto acontecía en un contexto relacional de apego y hostilidad hacia el objeto primario. Formaban parte de esa temprana e intensa actividad psíquica las fantasías inconscientes y las identificaciones proyectivas e introyectivas. Las primeras eran el vehículo de los ataques envidiosos al pecho mientras que las segundas internalizaban al objeto bueno entero, no disociado, en el núcleo del yo, en momentos de predominio de la libido de succión y de amamantamiento placentero.

A partir de *EyG*, la conformación del aparato psíquico se enraizó con más fuerza en lo biológico: las tendencias instintivas y constitucionalistas de su teoría quedaron robustecidas. El objeto bueno introyectado en el yo generaba crea un núcleo narcisístico trófico –Klein no lo expresó en esos términos– que favorecía y alentaba la integración yoica. En cierto sentido el circuito bueno pasó, de un modo explícito y contundente, al centro de la escena teórica, ganándole espacio al círculo malo, otrora omnipresente. A partir de 1957 la pulsión de vida se manifestaba de un modo más ostensible y lo hacía por medio de la capacidad ínsita de amar, la gratitud y los procesos introyectivos, que sinérgicamente facilitaban la integración del yo. La pulsión de muerte seguía hablando en voz alta (véase *supra*, 7.3.1., y II, 10, 1.2). El siguiente cuadro muestra sus manifestaciones más notorias



Este conjunto de estas consecuencias solidarias y sincrónicas perturbaría seriamente los procesos introyectivos, generaría tránsitos tórpidos por la PEP, dificultando el pasaje a la PD y crearía serias dificultades para llevar a cabo las elaboraciones propias de esta segunda posición. Por ello un elevado montante de envidia primaria, endógena, constitucional, era para Klein un indicador o termómetro de la intensidad de las tendencias destructivas del individuo de la misma manera, que la gratitud lo era respecto del instinto de vida. Por esa vía la envidia y gratitud devinieron determinantes fundamentales de la organización del psiquismo del niño e indicadores acerca de la posible evolución en un tratamiento psicoanalítico. No llamará la atención, entonces, que basándose en esta ideas de Klein, muchos analistas enrolados en su escuela considerasen que una envidia exacerbada estaba en la base de las patologías psicóticas y *borderlines*.

EyG situó al pecho como objeto principalísimo –y, por momentos, único–. De manera correlativa a la importancia otorgada a dicho objeto, y más ampliamente a la madre, en la conformación del aparato psíquico, la figura del padre fue perdiendo espacio; incluso la presencia de la triangularidad propia del complejo de Edipo temprano que ella había descrito desde *ETCE* (1928) en adelante, quedó desdibujada en 1957.

De las diversas innovaciones de *EyG* las que más repercusiones tuvieron en la manera de concebir el desarrollo evolutivo del niño fueron, sin duda, estas dos tesis: la temprana introyección del objeto bueno en el núcleo del yo y el conocimiento innato de ese mismo objeto. Respecto de la primera, Klein sostuvo:

“Si el buen objeto está bien establecido, la identificación con el mismo refuerza la capacidad de amar, las tendencias instintivas constructivas y la gratitud; [...] los fundamentos de la salud mental, de la formación del carácter y de un desarrollo exitoso del yo son establecidos.”

En el intento de establecer puentes y puntos de contacto entre las TIF, la TIK y la TIL, podría preguntarse: ¿qué conceptos freudianos y lacanianos generaban unos efectos análogos a los que Klein atribuyó en esta cita a la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo? ¿Qué favorecía en las otras dos teorías una estructuración subjetiva “exitosa” (para usar las mismas palabras que la matriarca del psicoanálisis)? Salvando todas las distancias, ¿qué produce efectos equivalentes a los de la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo en la TIF y la TIL? Las respuestas no podrían ser sino parciales y aproximativas.

En la teoría del vienes no se circunscribiría a un solo concepto; habría que repartirlos entre: a) una represión primaria exitosa; b) un narcisismo primario bien plantado que permita una buena salida del mismo (lo que habitualmente se refiere como pasaje del narcisismo a la objetividad); c) confluencia de las pulsiones parciales en torno a lo fálico; d) planteamiento y resolución del complejo de Edipo. Todos estos factores eran fundamentales, según Freud, para una estructuración subjetiva neurótica.

En Lacan también habría que referir varios factores: a) represión primaria exitosa; b) buen tránsito por el estadio del espejo y los tres tiempos del complejo de Edipo; c) función paterna eficiente que metaforice el deseo materno; d) consumación de la privación -inscripción de los primeros significantes provenientes del Otro en el recién nacido humano-; e) buen establecimiento de la separación, tras la alienación inicial.³⁵

Otros aspectos a tener en cuenta de la teoría kleiniana acerca de la formación del aparato psíquico es la temporalidad cronológica que la caracterizó y cierta visión “etapista” matizada por el enfoque estructural que supuso la introducción de las posiciones. El primer aspecto, que podríamos referir como predominio del *avant-coup* adquirió el rango de paradigma en *EyG*; en este escrito estableció que el determinante fundamental del desarrollo evolutivo era la temprana relación con el pecho. Ya se comentó que tal forma de pensamiento se basaba en una creencia más simplificadora que equivocada de que lo acontecido en los primeros meses de vida marcaba a fuego un repertorio fijo de angustias, defensas y fantasías que acompañarían ineluctablemente al sujeto a lo largo de toda su vida. ¿Qué duda cabe acerca de que el pasado de cada quien determina su futuro? Pero, ¿se tratará de futuros preestablecidos y decididos siempre allá y entonces, para toda la vida? Esa perspectiva ¿no desmentiría, acaso, las posibles influencias de situaciones posteriores que pudieran modificar las organizaciones psíquicas previas? Los que se aferraron y rigidizaron esta lógica

kleiniana del *avant-coup* descartaron posibles autoorganizaciones posteriores del psiquismo que transformarían lo acontecido en los primeros años de vida.³⁶

Otras preguntas que merecen una respuesta ecuaníme serían las siguientes: ante su ostensible instintivismo, constitucionalismo y endogenetismo, ¿qué rol otorgaba Klein a las experiencias con los objetos reales externos? ¿Cómo conciliar estas tendencias con una nunca desmentida importancia otorgada a las relaciones objetales, que, por otra parte están omnipresentes en sus escritos? El autor de esta tesis sostiene que estos aspectos pudieron marchar juntos en su obra porque los objetos externos y las relaciones con ellos establecidos no cumplían –en lo básico– funciones de inducción ni de transmisión de rasgos. Los objetos “estaban ahí presentes”, el niño establecía relaciones con ellos, pero estos últimos no eran *identificantes* en el sentido estricto de ese término. Funcionaban a la manera de pantalla o receptáculo de las proyecciones o devolvían –bajo la forma de introyecciones– lo anteriormente proyectado. El niño era el punto de partida y el motor de su propio proceso de organización psíquica; se trataba sin duda de una concepción *ptolomeica* de la estructuración subjetiva.

7.6. Sinopsis del capítulo

En este capítulo se examinaron los significativos cambios categoriales que Klein introdujo en su famoso libro *Envidia y gratitud* [EyG (1957)]. Se tuvo especialmente en cuenta las modificaciones planteadas en esa publicación sobre su teoría sobre la formación del aparato psíquico. Las múltiples ideas de la autora, dispersas por el centenar de páginas que lo conformaron, fueron agrupadas en torno a varios nudos teóricos con la intención de desmontar la alta condensación conceptual que acabaron adquiriendo los dos vocablos del título. Poner de relieve los aspectos mencionados –difíciles de ser percibidos en una primera ojeada–, requirió realizar una lectura entre líneas y relacionar su contenido con muchos de los escritos anteriores. En otras palabras: se combinó una lectura cronológica y retroactiva de este escrito y del conjunto de su producción, atendiendo a los preceptos metodológicos planteados en la Introducción general de esta tesis.

El instintivismo que caracterizó a la primera etapa de su obra (K₁: 1919-1933) –y que jamás fue recusado por ella–, declinó parcialmente a partir de *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [NAME (1946)], para volver por sus fueros, con más bríos, en esta publicación de 1957. Esto conllevó un aumento de la importancia atribuida a los factores constitucionales en el desarrollo evolutivo, aspecto éste al que se dedicó especial atención en cuatro de los cinco apartados de este capítulo, dado su entronque con el tema central de esta tesis. De manera paralela se acrecentó el endogenetismo; éste cariz hizo más patente su “concepción *ptolomeica*” de la conformación del psiquismo.

La evolución del psicoanálisis en los sesenta años transcurridos desde la aparición de esa publicación, –especialmente la irrupción del pensamiento de Lacan y la importancia por él otorgada al entorno y a la alteridad en su teoría identificatoria– produjo que el endogenetismo, instintivismo y constitucionalismo kleinianos adquiriesen mayor relieve por un efecto de contraste con la perspectiva adoptada por él. En efecto, a esas características que la matriarca del psicoanálisis imprimió a su obra, el psicoanalista francés contrapuso: a) la preeminencia determinante de la alteridad –Otro y el otro– en la estructuración subjetiva; b) una concepción en que las pulsiones se constituían en el campo del Otro y c) un fuerte posicionamiento ambientalista; en la teoría lacaniana, los identificantes eran el Otro y el otro, perspectiva que se ha calificado de *copernicana*, en oposición a la *ptolomeica*. Las posiciones polares de Klein y Lacan en las comarcas teóricas que hacen a la estructuración del aparato psíquico, situaron las propuestas de Freud respecto de esta misma problemática, como una especie de posición intermedia, aunque con profundas diferencias con ellos. Sin embargo, el vienés fue considerado por los otros dos psicoanalistas como el referente mayor; el ser ovacionado tanto por una como por el otro no fue obstáculo para que ambos le sometieran a diferentes “*liftings*” teóricos.

EyG (1957) no debería ser considerado *todo Klein*, pero sin duda ese texto llevó al rojo vivo las nevaduras recién nombradas de su producción. Se esté o no de acuerdo con su posición sobre el innatismo, endogenetismo, instintivismo y constitucionalismo, conviene saber acerca de estos aspectos de su teoría. Sus ya atrevidas hipótesis anteriores acerca de la temprana vida psíquica fueron antedatadas aún más: saltaron la cota del nacimiento para afirmar que ciertos aspectos de la vida fetal

eran antecedentes y condicionantes de las relaciones de objeto post-natales; sostuvo que el bebé nacía con un conocimiento innato acerca del pecho bueno y que la pérdida de la fusión prenatal con la madre conllevaba una herida incurable: una nostalgia irreductible por aquel paraíso intrauterino perdido.

Otro giro notable de 1957 fue la trascendencia que concedió al objeto bueno y a la introyección del mismo. Su infinita insistencia en K_1 y K_2 acerca del sadismo, la angustia, la pulsión de muerte y la preeminencia de los objetos persecutorios y malos, apenas dejaban pequeños resquicios para las referencias *explícitas* al objeto bueno y otras manifestaciones del instinto de vida en la psique. Al leer las obras de ese periodo se hizo necesario reconocerle una presencia implícita, porque, caso contrario, el desarrollo evolutivo y el funcionamiento de la psique, hubieran sido imposibles en presencia de una maldad sin límites o en ausencia de fuerzas que la contrarrestaran. Sólo en K_3 –especialmente al final–, el “circuito bueno” salió de un estado casi virtual, para reclamar su encaje definitivo como pieza teórica fundamental. La vehemencia de este nuevo giro hizo vibrar en todo su andamiaje conceptual.

EyG (1957) impuso al autor de esta tesis preguntas del tipo: ¿qué quedaba en pie de sus anteriores elaboraciones sobre el sadismo y el circuito malo?, ¿cómo entender a partir de entonces las posiciones, los objetos, el superyó y el complejo de Edipo temprano? No se encontraron respuestas específicas a estos interrogantes en el libro de la autora. Fue necesario deducirlas.

La jerarquización del objeto bueno y de la capacidad de amor –bien *explícita* a partir de entonces– renovaron la omnipresente lucha entre Eros y Tánatos que caracterizó a su concepción, ahora, con el agregado de dos nuevos representantes: la gratitud y la envidia. En correlación con este giro debe entenderse la potencia y las funciones otorgadas a una fantasía del bebé acerca de la existencia de un objeto –el pecho bueno– que sería capaz de colmar todas sus necesidades y deseos. Esta versión kleiniana de la lucha entre el bien y el mal adquirió ciertos tintes religiosos en algunos pasajes de *EyG*.

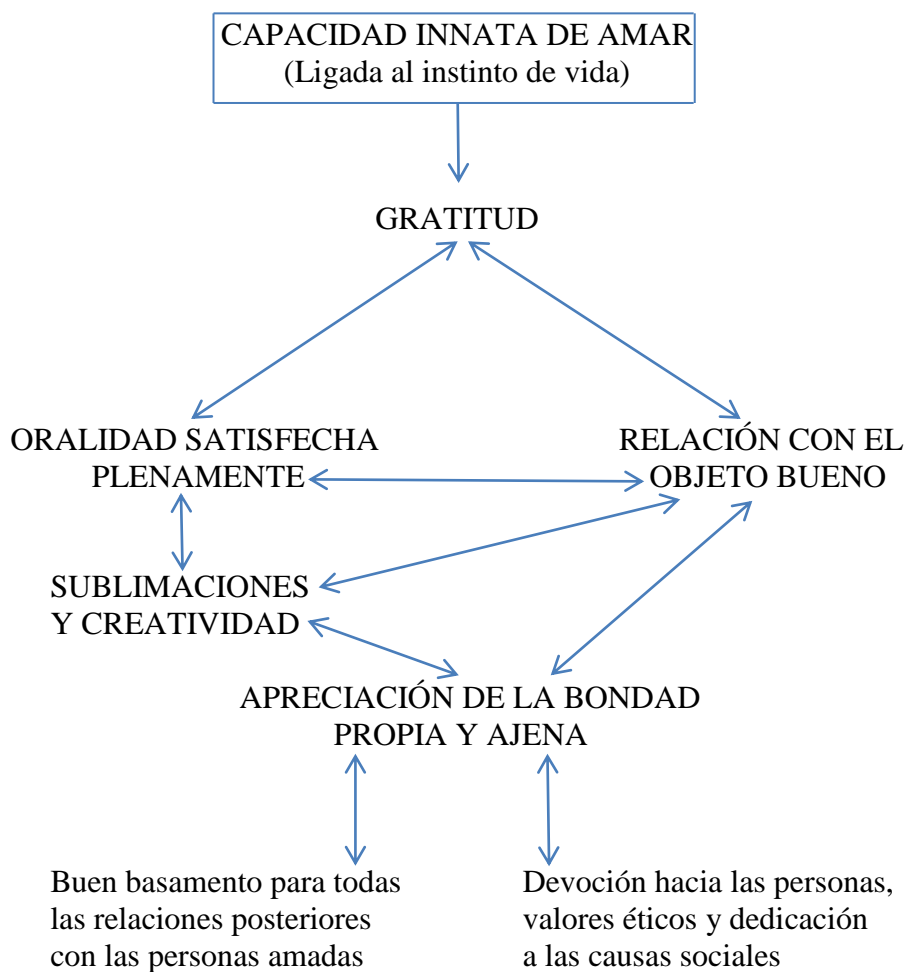
En el segundo apartado de este capítulo se realizó un examen detallado de las diferentes formas y efectos de la envidia. De allí se extrajo el siguiente resumen de sus ideas sobre estos asuntos.

- Klein situó la envidia en un contexto objetal temprano y la consideró una expresión directa del instinto de muerte. En ella participaba de manera activa el sadismo oral, aunque también el anal y uretral. Estos impulsos destructivos envidiosos operarían desde el comienzo de la vida.
- La especificidad de la envidia *primaria* consistiría en ataques altamente devastadores al objeto bueno, a causa de la bondad del mismo. Esta peculiaridad permitiría distinguirla de los embates dirigidos a los objetos malos, persecutorios. No se trataba del odio hacia un objeto malo, frustrante, al que se siente avaricioso con lo que tiene; tampoco, de afectos violentos hacia un rival que monopolizaba los objetos buenos. Era la *bondad* del objeto lo que provocaba el ansia de aniquilarlo.
- Lo recién dicho diferenciaba asimismo la envidia de la ambivalencia.
- Las características comentadas le otorgaban especial virulencia; su acción afectaba la introyección del objeto bueno, con todas las consecuencias que ello conllevaba. La precocidad de las perturbaciones perjudicaba seriamente la estructuración del aparato psíquico.
- Al hacer acto de presencia desde el nacimiento, intervenía en los vínculos tempranos con la madre, afectándolos; una de sus manifestaciones más frecuentes consistiría en la dificultad –que podía llegar hasta la incapacidad– para amamantarse de un modo placentero. Con posterioridad, todas las posibles gratificaciones de la vida se verían perturbadas. De esto puede deducirse que el pecho, para Klein, no era sólo un objeto pulsional y alimenticio para el bebé sino un *partenaire* objetal con potestad de dispensar (o no) la gratificación; era además, el primer objeto “social” del bebé.
- La consideró estrechamente ligada a la dotación instintual; su intensidad dependería del *quantum* congénito de la carga del instinto de muerte.
- Originaría sentimientos de irritación y enfado contra el objeto; en primer lugar, contra el pecho materno, porque éste poseía o gozaba de algo que el sujeto quería para sí. Estas

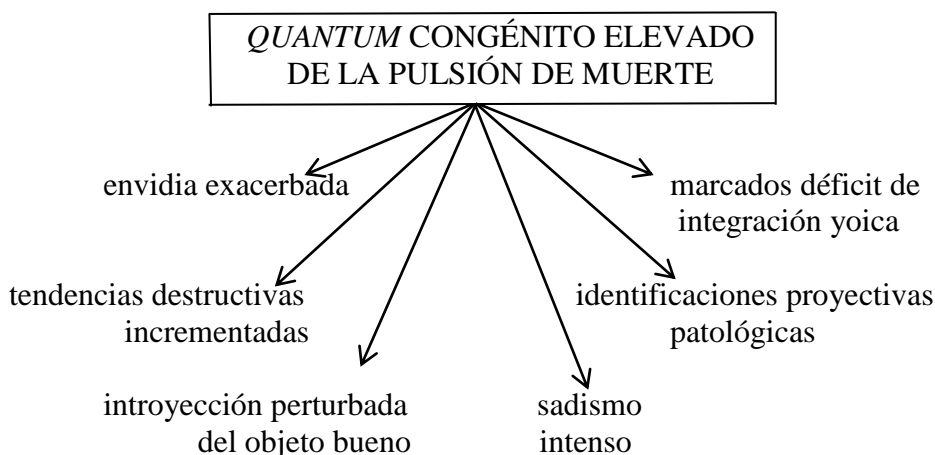
- vivencias se harían extensivas a la vida adulta. Se acompañaban del impulso a quitar o destruir las posesiones del otro.
- La envidia era universal: todos los humanos se verían embargados por este afecto, aunque su intensidad diferiría de unos a otros. La presencia del objeto generador de envidia resultaba insoportable, pero también lo era la distancia o la separación del mismo.
 - La envidia excesiva trastornaría la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo con lo que se vería afectada la constitución del narcisismo trófico; también quedaba perjudicada la asimilación de dicho objeto en el yo. Esto retroalimentaba la envidia y se constituía un círculo vicioso: la envidia acababa produciendo más envidia.
 - Obstaculizaba el surgimiento de la gratitud hacia el objeto, estimulaba la voracidad y alargaba la posición esquizoparanoide; la transición hacia la posición depresiva se hacía más complicada.
 - La envidia entorpecería el tránsito por el complejo de Edipo porque, para huir del sadismo oral, se establecería una genitalidad precoz. En estas situaciones se reiterarían con el padre los anteriores conflictos con el pecho y con la madre; más tarde podrían reproducirse con los objetos exogámicos.
 - La envidia podría generar idealización del objeto envidiado. Produciría una necesidad de mantener muy escindidos los objetos buenos y malos; el clivaje no sería adecuado en estos casos. En situaciones de envidia extrema, en vez de clivaje podría producirse la dispersión o fragmentación múltiple; se afectaría la integración del yo y de los objetos. Un efecto habitual de esta vicisitud sería la aparición de ansiedad confusional, fruto de un inadecuado clivaje entre el objeto bueno y el objeto malo. Cuando por envidia el objeto bueno era transformado en malo, también fallaba la disociación entre el amor y el odio, con todas sus consecuencias.
 - Engendraría al superyó envidioso.
 - En un desarrollo evolutivo adecuado, el amor y la gratitud permitirían modular la envidia.
 - La envidia exacerbada frenaba o paralizaba el análisis, fomentaba la reacción terapéutica negativa.
 - Klein refirió la existencia en la mente del niño de una fantasía de un pecho inagotable; esto determinaba que la envidia apareciera incluso en el caso de bebés bien alimentados. El pecho nunca estaría a la altura de lo que de él se espera en la fantasía.
 - El conocimiento innato del objeto bueno otorgaba un carácter oscilante al mismo: bueno, en cuanto fuente inagotable de todo aquello que era deseable; malo, en tanto se daba de mal grado. Este conocimiento innato del pecho bueno estaba en la base del sentimiento de envidia. Cuanto mayor era la bondad del objeto más se lo envidiaba. Esto especificaba el carácter peculiar de la envidia dentro de los instintos destructivos: los ataques envidiosos se dirigían al pecho bueno en tanto que las restantes tendencias destructivas se encaminaban al pecho malo.
 - El bebé envidiaba y destruía al pecho que él vivenciaba como mezquino.
 - La envidia tal como apareció en 1957 rompía con sus concepciones previas sobre la destructividad. Por primera vez en su obra se expresaba la idea de tendencias agresivas que se dirigían a un objeto bueno. Redoblaba esta novedad la idea de que esos impulsos surgirían muy precozmente en el bebé. La envidia que fue propuesta en *EyG* transfiguraba el objeto bueno en malo, sin mediación alguna de ataques sádicos realizados por el lactante ni de las probables retaliaciones subsiguientes. En las tesis kleinianas de K_1 y K_2 el objeto devenía malo por las proyecciones hostiles del bebé. En 1957 aparecía una secuencia claramente invertida: el objeto devenía malo por las tendencias envidiosas y sólo entonces era atacado en las fantasías.
 - La identificación proyectiva vehiculaba los ataques envidiosos; la identificación introyectiva era el medio privilegiado para internalizar el objeto bueno.

Tres problemáticas ocuparon el tercer apartado de este capítulo: a) la aparición en *EyG* de alusiones indirectas de Klein al narcisismo primario descrito por Freud; ellas tomaron como punto de partida la noción de fusión prenatal con la madre; b) la teoría de la frustración y sus vínculos con la gratificación, privación y agresión; c) la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo.

El cuarto apartado estuvo dedicado a la gratitud y sus múltiples consecuencias. Se elaboró un esquema en el que señalaron los principales efectos de la misma y que, se reproduce a continuación.



Por último, y cerrando el capítulo, se incluyó un apartado sobre la resignificación de su teoría de la formación del aparato psíquico a partir de *EyG*. En 1957, tanto la envidia como la gratitud fueron concebidas como factores determinantes de primer orden en la organización del psiquismo infantil y, más ampliamente, en la dinámica de la vida psíquica a lo largo de toda la existencia. Complementando el esquema anterior se incluyó en este apartado otro diagrama que muestra los efectos de lo tanático en la estructuración infantil de la psique.



NOTAS DEL CAPÍTULO 7

¹ Véase la nota nº 9 del primer capítulo de esta segunda parte.

² Una aproximación sintética a estas cuestiones se expuso en I, 1.2.4.

³ La perspectiva conceptual adoptada por la pionera en el psicoanálisis de niños en su libro de 1957 tuvo, entre otras consecuencias, la ruptura personal y teórica de una de sus colaboradoras más cercanas: Paula Heimann, que había sido paciente suya y portavoz del grupo kleiniano en la Sociedad Británica de Psicoanálisis. En una relación tan compleja como la que existió entre ambas, es obvio que no puede considerarse que las discrepancias con dicho texto fueran la única causa del distanciamiento: se sabe que dos años antes la matriarca del psicoanálisis le había escrito solicitándole que presentase su renuncia a la Fundación Melanie Klein, que acababa de crearse, porque había perdido la confianza en su persona. No se entrará en otros aspectos escabrosos de la relación de Klein–Heimann; el autor de esta tesis ha manifestado en reiteradas ocasiones la preferencia por los debates conceptuales y la voluntad de evitar comentarios sobre las rencillas personales. Phyllis Grosskurth, en *op. cit.* p. 438 y ss., trató como al pasar algunos aspectos del vínculo entre ambas.

Otro que se distanció de Klein a raíz de la publicación de *EyG* fue Winnicott; criticado en dicho volumen – aunque no de manera personalizada – por haber sentimentalizado la relación madre-hijo. Por otra parte, el psicoanalista inglés disenta de aspectos esenciales de ese libro; tampoco comulgaba con la posición esquizoparanoide ni con la importancia que Klein otorgó a lo endógeno y constitucional en desmedro del factor medioambiental.

⁴ Véase en I, 4.7., el cuadro en que se comparan esquemáticamente la TIF, TIK y TIL.

⁵ Klein escribió muy poco sobre el narcisismo primario, pero en este texto de 1957, a partir de postular un estado de fusión prenatal, se acercó a las tesis de un narcisismo primario absoluto que Freud había descrito en *Esquema de psicoanálisis* [1940 1938]. Para más detalles sobre esta concepción del vienés véase I, 1.4.2.

⁶ Salvando todas las diferencias conceptuales, Klein siguió en este aspecto el modelo propuesto por Freud cuando, en 1908, remitió su teoría de la envidia *al pene*.

⁷ Ha sido de especial utilidad para la redacción de estos fragmentos un esclarecedor artículo de Etchegoyen, H. y Rabih, M., titulado “Las teorías psicoanalíticas de la envidia”; Revista de la Asociación psicoanalítica de Buenos Aires, Vol. VIII, Nº 2/3, 1981.

⁸ No es de poca importancia que haya materiales de sesión, viñetas o presentaciones sucintas de casos en las publicaciones de los analistas. Entre la pura descripción clínica y el hiperteoricismo habría una amplia y fértil franja por la que se podría transitar.

⁹ Véase al respecto la dialéctica primaria/secundaria en Freud, explicitada en I, 3.1.6.

¹⁰ No cabe duda acerca de que el pecho materno es un objeto nutriente, pero aun así, cabría incluir esta función alimenticia en el contexto creado por el desamparo originario del bebé (*Hilflosigkeit*); éste le otorgaría características especiales a la lactancia: su realización devendría una variable *dependiente del inconsciente materno*: el bebé queda siempre a merced del inconsciente de los objetos primarios. Por otra parte, la discusión histórica no se centró –esencialmente– sobre las propiedades nutritivas del pecho de la madre sino acerca de si el bebé era capaz de sentir tan precozmente un afecto complejo como la envidia y sobre si los vínculos incipientes que él establecía eran verdaderas relaciones de objeto. El autor de esta tesis ha dado a conocer su posición sobre esta última cuestión en *El oficio de analista*; *op. cit.* p. 214.

¹¹ Abraham había situado las fijaciones correspondientes a ese carácter en la etapa II, oral sádica, tal como aparece en el cuadro de II, 2.6.3.1.; la envidia era una manifestación de tal carácter. La etapa I, oral de succión, no era una fuente de envidia ya que según él, era preambivalente. Para Klein la envidia era constitucional, al igual que la capacidad de amar, y se hacía patente desde el primer día de vida. Por lo tanto operaba en la primera etapa oral. Es evidente que estas afirmaciones deben incluirse en el contexto de su concepción de un yo innato que, si bien rudimentariamente, era capaz de llevar a cabo importantes funciones psíquicas: sentir angustia, envidia, gratitud, fantasear, utilizar mecanismos de defensa, etc. (Véase II, 9.1).

¹² Klein utilizó en este contexto el término *deseable*, tal como se lo reproduce en esta cita. Esto muestra un uso muy amplio de dicho vocablo. El empleo que ella hizo fue más allá de lo que se desprende del concepto de deseo en *La interpretación de los sueños* (1900). Allí –se sabe– Freud lo articuló con lo inconsciente y sostuvo que tiende a realizarse, sometándose a las leyes del proceso primario, para restablecer los signos de las primeras experiencias de satisfacción. En muchos fragmentos de la obra kleiniana la palabra *deseo* careció de esos significados freudianos, cosa que llevó en reiteradas ocasiones a que no se diferenciaron bien los órdenes de la *necesidad* (biología) y del deseo inconsciente. Este último apareció integrado en la teoría kleiniana al concepto de fantasía. Lacan, por su parte, diferenció con claridad la triada necesidad – demanda – deseo. Una tarea de esclarecimiento respecto de lo postulado por Freud fue realizado por Jean Laplanche en su libro *Vida y muerte en psicoanálisis*, *op. cit.*, en el que estableció una diferencia neta entre el dominio de la necesidad –ligado a las funciones vitales (alimentación, excreción, respiración) –, el orden de la sexualidad (oral, anal, fálica, genital) y el de la fantasía.

¹³ Véase *infra*, en 6.6.3., las diferencias que Jones y Klein señalan entre las palabras inglesas *privation* y *frustration*.

¹⁴ Este aspecto de su teoría despertó críticas importantes porque al asociarla tan directamente la envidia con el instinto de muerte, resultaba difícil articularla con otros factores; básicamente: no hacerla dependiente de la actitud de los objetos reales externos y de las frustraciones que éstos pueden provocar. Estos postulados implicaban un posicionamiento constitucionalista muy fuerte. Tal posicionamiento generó interrogantes: ¿cuál sería la influencia del medio ambiente y de los acontecimientos realmente vividos –en la primera infancia y también más tarde– sobre la organización del psiquismo y, más ampliamente, sobre el desarrollo evolutivo en su conjunto? Esta temática se mencionó en II, 5.5. y en II, 5.2.1., en el párrafo titulado *Formación de las fantasías. Lo instintivo vs. lo relacional*. Se volverá a este asunto en II, 10.1.2.

¹⁵ Klein no distinguió con precisión los objetos del deseo, de la pulsión y de la necesidad, tal como fueron establecidos en I, 1.1.3. Para ella, el pecho del que manaba la leche que nutría era un objeto del instinto sexual. Freud primero –y posteriormente J. Laplanche– establecieron claras diferencias entre el objeto de la necesidad y el objeto (parcial) de la pulsión oral. Esto no fue obstáculo para que, a partir de 1952, Klein prestase atención a la relación del bebé con el pecho materno, diferenciándola de la relación con el pecho en tanto alimentario. Por otro lado, consideró al pecho como poseyendo todo lo que el bebé deseaba; deseo este último que difícilmente puede entenderse en términos del deseo inconsciente freudiano.

¹⁶ Lo escrito en este apartado complementa lo sostenido en II, 6.5., a cerca del narcisismo en la obra de Klein.

¹⁷ Recuérdese que Klein sostuvo durante las dos décadas anteriores a *EyG* (1957) que la existencia de un yo innato y funcional permitía relaciones de objeto *discriminadas*; fue a partir de la introducción de la identificación proyectiva, en 1946, que se generaba la indiscriminación en las relaciones sujeto-objeto.

¹⁸ Puede ser útil la lectura de la nota final 79 del capítulo 3; allí, en el contexto de un estudio sobre la *Verleugnung* se hace referencia al prefijo “*Ver*”, tan habitual en la lengua alemana, y que aparece con frecuencia en el vocabulario psicoanalítico: *Verdrangung*, *Verwerfung*, etc.

¹⁹ Este tema ha sido tratado extensamente en II, 3.1.2. y en II, 3.3.1.

²⁰ El término inglés *deprivation* se suele traducir al castellano, según los contextos, mediante privación, carencia, pérdida; también, por privar, desposeer. *Frustration* se vierte habitualmente por medio de frustración y, en ocasiones, por desaliento.

²¹ Klein llegó a comparar el final del análisis con la experiencia del destete y le aplicó las mismas conclusiones.

²² Este tema será ampliamente desarrollado en III, 4.7.7.1. *Privación, frustración, castración*, donde se abordan las matrices lacanianas de la negación o de la falta de objeto. En ese contexto se abordará la función de la madre en tanto destinataria de las demandas de amor del niño y cómo ella es elevada al rango de símbolo, por las razones que allí se exponen. Conviene no olvidar el contexto de gran dependencia del protosujeto respecto el Otro. Es ella quien frustra al niño, retirándole el pecho. El carácter imaginario de este daño puede comprobarse en el hecho de que una vez producido el destete, puede reabrirse esa “herida” ante la simple contemplación de un hermanito en el acto de amamantamiento.

²³ Para más detalles sobre la introyección, la identificación introyectiva y la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo, véase el capítulo 8 de esta segunda parte; en especial: II, 8.5.

²⁴ Recuérdese que el círculo malo ocupó el centro de la escena teórica durante los primeros veinte años de su obra. Puede verse un esquema del mismo en el apartado II, 6.3.1., donde aparece en relación a la formación del superyó temprano.

²⁵ El autor de esta tesis se pregunta si esta no sería una “lectura laciana” de Klein, con la que se pretendería enmendarle la plana por no haber otorgado a los objetos primarios la capacidad de transmitir lo psíquico de una generación a otra. Si se observa bien, no es el objeto real externo el que crea la subjetividad del niño; es el propio niño quien la forja por medio de las introyecciones subsiguientes a las proyecciones sobre los objetos. Por eso el circuito que ella describe sería –primeramente– de autolibidinización; el propio infante aparece creando su núcleo yoico del cual irradiaría, en un segundo tiempo, la libidinización de... los objetos. En esa misma línea podrá leerse en la próxima cita que la marcha favorable del desarrollo evolutivo “depende en gran parte de la capacidad del niño pequeño para catectizar el pecho o su representante simbólico, el biberón.”

²⁶ Del lado del niño esta situación puede entenderse como un estado similar al que Freud describió con el nombre de yo de placer purificado (*Lust Ich*), heredero del narcisismo primario.

²⁷ Véase la larga cita de Klein incluida casi al final de II, 9.5., en el contexto del estudio de la introyección en K₃.

²⁸ Estas últimas cuestiones serán abordada en el apartado subsiguiente (7.4.3).

²⁹ Esto remite nuevamente a la pregunta sobre la naturaleza de este objeto bueno introyectado en el núcleo del yo, cuestión que ha sido tratada en el apartado 6.3.2.5.

³⁰ Ya se han hecho referencias a este tipo peculiar de objeto en II, 3.2.4. y se volverá al mismo en II, 9.5 y II, 9.6

³¹ Para más detalles sobre la sublimación y la reparación véase II, 6.4.2 y II, 6.4.3

³² El autor de esta tesis sostiene que la resolución de un síntoma no se produce por recorrer, en sentido inverso, los derroteros que llevaron a su surgimiento. Ese camino de retorno no prácticamente imposible de ser transitado porque el síntoma surgió por sobredeterminación y una vez que eclosionó se fue resignificando con el paso del tiempo. El síntoma es actual, aunque lleva en su seno un pasado resignificado. No pienso que exista una reversibilidad causa-efecto. No hay retorno posible a un tiempo anterior ni se puede disolver los síntomas por remoción de las causas porque éstas se han

agotado en la producción sintomática. El cambio psíquico siempre implica una apertura al futuro. Creer en la existencia de una regresión cronológica y que en ese contexto regresivo se produzcan las elaboraciones que hagan desaparecer un síntoma alentó durante décadas -y sigue alentando- interpretaciones favorecedoras de la regresión, para reparar lo habido en exceso o defecto en la infancia. La idea-eje de esta manera de pensar es: si descubrimos cómo y qué ha generado un problema, podremos resolverlo: se tratará entonces de rememorar el pasado, haciendo conscientes los recuerdos reprimidos (el famoso relleno de las lagunas mnésicas).

¿Qué hace creer que el efecto terapéutico del psicoanálisis se sustente en las llamadas regresiones operativas y en la recuperación del pasado? Básicamente, una concepción de la temporalidad reversible, los restos de una teoría traumática de la neurosis y la creencia en el poder modificador del *hacer consciente lo inconsciente*. Esta visión reconstructiva, arqueológica, del psicoanálisis quedó asociada a una visión acumulativa y gradualista de los cambios psíquicos, atribuidos a la tarea de elaboración.

³³ En las teorías que tienen en cuenta la resignificación del pasado por el presente –la retroacción; es decir: la *nachträglichkeit* freudiana, el *après-coup* de Lacan– esta lógica aplastante se atenúa, se relativiza o desaparece: el pasado si bien determina el futuro, es también resignificado por las experiencias posteriores de los sujetos. (Véase III, 2.5.5). Los que conciben únicamente una temporalidad cronológica excluyen -por ejemplo- que algunas problemáticas hayan podido subsanarse o compensarse en momentos más tardíos de la estructuración infantil o incluso en la adolescencia, gracias a una mejor resolución de los conflictos, ya sea por un cambio de actitud por parte de los padres, del *infans*, o más generalmente, de todos. Se retomará este asunto al final del apartado 7.5. de este mismo capítulo.

³⁴ Podría decirse que acontece una interiorización, tal como fue descrita en I, 2.3.

³⁵ Todos los conceptos recién mencionados están ampliamente desarrollados en la primera y tercera parte de esta tesis.

³⁶ Véase III, 2.5.5. y la cuarta parte de esta tesis, el apartado dedicado a la autoorganización.

LA IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

Este capítulo y el siguiente –dedicado a la identificación introyectiva– conforman una unidad conceptual que ha sido dividida sólo a efectos expositivos; ambas identificaciones –componentes claves del cuaternario que da sostén de la TIK¹– fueron concebidas por Klein funcionando sinérgicamente. Y así se las presentará en las próximas páginas. Sin embargo, cada una asumirá, según el capítulo, mayor protagonismo. Las dos llevan –¡qué duda cabe!– la marca de fábrica del pensamiento kleiniano, aunque la variante proyectiva ha sido la más conocida y difundida en la literatura psicoanalítica.

Hasta la publicación de *NAME* (1946), las únicas identificaciones que ella había descrito eran las que surgían por medio de mecanismos de internalización, a veces introyectivos, a veces incorporativos. Con la identificación proyectiva (I. P.) generó un giro notable no sólo dentro de su teoría sino más allá, en el psicoanálisis en su conjunto: inauguró modalidades de identificación también que podían consumarse mediante mecanismos proyectivos. En tanto el sujeto seguía manteniendo un vínculo con sus partes proyectadas del yo en el objeto, la I. P. adquirió un triple característica: era una identificación; a la vez, una relación de objeto narcisista y, por último, el prototipo de actitudes agresiva dirigidas hacia el exterior. (Véase II, 2.5.1. y, más ampliamente, en 8.3. de este mismo capítulo). Ese viraje supuso un rechazo del narcisismo primario postulado por Freud y, también, de las diferencias que éste había establecido entre *ser* y *tener*. La I. P., al reunir bajo su égida estas dos funciones, hizo innecesarias esas categorías diferenciales.²

Los antecedentes de esta modalidad identificatoria pueden encontrarse en varios textos de finales de K₁, especialmente en *EPN* (1932). En algún sentido el nuevo concepto recogía entre sus valencias semánticas buena parte de sus consideraciones anteriores sobre la temprana relación del bebé con el cuerpo de la madre, hacia el que se orientaban las tendencias libidinales, las agresivas y las derivadas de los impulsos epistemofílicos.³

Muchos analistas postkleinianos hicieron suya la I. P. y le añadieron nuevos significados –complicando aún más la polisemia que dicho concepto tuvo en origen–. Otros, que no se definieron necesariamente como kleinianos, pero que también hicieron uso de ella, la han recortado y aislado de los contextos originarios en que Klein la hizo operar, para asignarle el rol de un mecanismo más de la psique. El estudio de la identificación proyectiva que se hará a continuación privilegiará: sus funciones estructurantes de lo psíquico, sus anudamientos con los restantes articuladores teóricos kleinianos y, cuando se crea oportuno, se precisarán sus antecedentes y usos. El tema en cuestión se desplegará a través de los siguientes apartados:

- 8.1. Introducción a la identificación proyectiva
- 8.2. La identificación proyectiva; momento inaugural
- 8.3. Puntos de impacto, funciones y efectos de la identificación proyectiva en *NAME*
- 8.4. La polaridad integración-desintegración
- 8.5. La identificación proyectiva antes de 1946
- 8.6. Desarrollos sobre la identificación proyectiva en la última etapa de su obra
- 8.7. Resumen del capítulo

8.1. Introducción a la identificación proyectiva

¿Qué pone en funcionamiento al yo innato, rudimentario, que el bebé trae consigo al mundo? ¿Cuál es el *primum movens* en la teoría kleiniana? ¿Qué se configura como el motor de arranque en la dialéctica del yo con los objetos? La mayoría de estudiosos de su obra estarían de acuerdo en responder que es el propio yo del recién nacido, movido por su necesidad de deflexionar hacia el exterior la pulsión de muerte –causa de su angustia desde el primer día de vida, según Klein–. Más específicamente, la I. P. fue concebida como un mecanismo encargado –junto con otros– de llevar a cabo esa tarea. Por lo tanto, más allá de sus funciones defensivas, quedó caracterizada como promotora de la conexión inicial del recién nacido con el mundo exterior.

Claro está que desentrañar esas respuestas de los escritos de Klein llevó necesariamente a descubrir otras facetas de su teoría –algunas más circunscritas, otras más generales– elaboradas antes o al mismo tiempo que la I. P.; a saber: la angustia, el funcionamiento temprano del yo, el sadismo, el establecimiento de las relaciones de objeto, la operatividad de los mecanismos de defensa ante la angustia, las fantasías inconscientes, etc. En otros términos, hubo elaboraciones progresivas y convergentes antes de que el concepto de identificación proyectiva alcanzara su forma primigenia, aunque bien compuesta, en *NAME* (1946). Como telón de fondo cabría colocar la siguiente sentencia, deducida a partir de sus elaboraciones: la mente humana –desde los inicios de su conformación – operaría atribuyendo a la acción de objetos, sean internos o externos, todas las vivencias, impulsos, sensaciones y emociones que experimentaba. Sería como si el bebé actuara bajo el siguiente lema: “si algo pasa es por algún motivo”; entonces creaba interpretaciones –significados, sentidos– sobre tales acontecimientos atribuyéndolos a la acción de objetos benévolos o malévolos hacia él.

La angustia que activaría la identificación proyectiva estaría relacionada inicialmente con las manifestaciones del instinto de muerte en la psique. Se manifestaba básicamente como miedo a la aniquilación del yo, que podía concretarse de diversas maneras: por desgarramiento, por estallidos, por envenenamientos, desmembramientos, etc.

A la acción de Tánatos se sumarían luego los efectos ansiógenos generados por objetos persecutorios internos y externos vinculados a *imago*s terroríficas de los padres. A partir de K_3 la I. P. fue considerada por ella el mecanismo *princeps* para desembarazarse de ese tipo de angustia, presente especialmente en la PEP.

Su experiencia clínica con niños la llevó a sostener que el recién nacido llegaba al mundo con la capacidad de instrumentar mecanismos que le aliviaban las tempranas angustias terroríficas. En ese sentido Klein fue taxativa: el bebé, si no mediaban trastornos congénitos, estaba en condiciones de expulsar las manifestaciones de Tánatos en su psique –básicamente: la angustia– sobre los objetos de su entorno. Esto supuso concebir una apertura a la objetividad desde el nacimiento. Estas ideas le condujeron a tomar distancias con Abraham –su maestro más cercano–, que concibió la existencia de un estadio anobjetal en el desarrollo libidinal del niño (véase II, 2.2.3.1.) y, también, con Freud, que al final de su obra había propuesto un narcisismo primario absoluto, anobjetal, anterior al surgimiento del yo.⁴ Según ella, el bebé establecía relaciones de objeto desde los primeros momentos de su vida. Con la creación de los conceptos de posiciones y de identificación proyectiva e introyectiva se alejó definitivamente de la perspectiva cronológica, “etapista”, de su maestro berlinés, aunque su teoría siguió conservando cierto sesgo psicogenético e innatista.^{5*} Estas innovaciones teóricas introdujeron un rasgo estructural en la metapsicología kleiniana. El anudamiento permanente del yo a sus objetos debe ser considerado, también, parte de ese enfoque.

Con el correr de los años y el desarrollo de su teoría, aquello que en K_1 se describieron como proyecciones e introyecciones –“a secas”– se convirtieron en identificaciones proyectivas e introyectivas, respectivamente; ellas, en su vaivén, en su accionar sinérgico, devinieron las organizadoras del psiquismo infantil. Ambas identificaciones propuestas por Klein eran estructurantes de la mente del niño: permitían establecer los objetos internos, constituyentes esenciales del modelo de psique propuesto por ella.

En ese sentido las identificaciones kleinianas podrían inscribirse también dentro del marco generado por la segunda teoría identificatoria de Freud: la estructural (véase I, 4.2). Pero, sobre esta cuestión, caben dos precisiones; la primera, de orden semántico: ella se refería al proceso que

organizaba la psique mediante los términos *desarrollo evolutivo* (del bebé, del lactante, del niño) –incluso, más sucintamente, utilizando sólo la primera de esas dos palabras–; también utilizaba la expresión *formación del mundo interno* o de la *realidad psíquica*; la segunda puntualización tendría que ver con el hecho de que las funciones de las identificaciones proyectivas e introyectivas no se agotaban en la estructuración infantil de la psique; para Klein, la I. P. y la I. I. actuaban a lo largo de toda la vida porque, además de formadoras del mundo interno, fueron concebidas como mecanismos funcionales permanentes y vitalicios de la mente. Esa fue otra característica diferencial de la TIK respecto de la TIF y de la TIL: en Freud –especialmente después de su segunda teoría identificatoria– y en Lacan, desde el inicio de su obra, las identificaciones fueron entendidas como categorías metapsicológicas que daban cuenta de la *estructuración* de lo psíquico. El par identificatorio kleiniano no sólo se inscribiría en ese contexto sino también en el marco del *funcionamiento* cotidiano de la mente. En ese sentido encajarían también dentro de la primera teoría de la identificación freudiana: la funcional (véase I.G.1.1). Entendidas desde esa perspectiva, podría decirse –metafóricamente– que ambas operan como una suerte de sístole y diástole psíquica, durante toda la vida. Tener en cuenta su vertiente funcional –**mecanismo defensivo permanente y estable de la mente** que participaba en la formación de síntomas–, exigirá desentrañar y poner de relieve por qué vías y de qué manera ella cumplía específicamente su tarea de organizar la vida psíquica en la primera infancia. Ese será justamente uno más de los objetivos de este capítulo.

El carácter funcional y universal recién descrito descentraba parcialmente a ambas identificaciones del territorio de la psicopatología, situándolas *asimismo* en el contexto del “desarrollo normal”, términos éstos utilizados con frecuencia por Klein. Esta operatividad en ambos campos era, a la vez, causa y consecuencia de su enfoque nosográfico, que mostraba una continuidad –incluso, una coexistencia– entre neurosis y psicosis.^{6*} Pero, en una obra como la suya, esencialmente ligada a la clínica, la I. P. aparecía mencionada con más frecuencia en el contexto de los trastornos psíquicos –“perturbaciones psicóticas”, “efectos perniciosos del desarrollo”, “excesivos retraimientos en el mundo interno”, “estados esquizoides”, etcétera– que en la “normalidad”. De hecho describió formas patológicas de la misma, atribuidas ya sea a *excesos* de su presencia, a la asiduidad desmesurada de su empleo (factores cuantitativos); ya sea a las cualidades de la misma: profundidad de la disociación previa a la proyección, tipo de materia psíquica proyectada, estados psíquicos que exacerbaban su funcionamiento, grado de la intrusión en el objeto, etc.

Activada la potencialidad defensiva innata en los primeros días de vida, el desarrollo evolutivo ulterior llevará a que la identificación proyectiva de los impulsos instintivos (orales, anales, uretrales, genitales) vinculase al yo con objetos externos. Estos últimos quedarán involucrados por el bebé en sus primitivas fantasías inconscientes, cuyos contenidos serán acordes con las fuentes instintuales en juego. Estos objetos eran también procesados por los mecanismos de defensa (véase II, 3.5.), que les otorgaban un carácter persecutorio o idealizado. Las gratificaciones y frustraciones de tales instintos devenían elementos constitutivos esenciales de las experiencias primigenias. La proyección de dichas mociones determinaba que el yo quedase finalmente relacionado con objetos frustrantes (persecutorios) y gratificantes (idealizados), asociándose estas ligaduras con los afectos correspondientes: amor y odio, respectivamente.

Tanto las proyecciones como las identificaciones proyectivas, fueron concebidas inicialmente en clave anal –Abraham en Klein– aunque luego la autora agregó las fuentes sádico-orales, uretrales y fállicas. En *NAME* (1946) fue asociada a la etapa anal pero ya en *CTEL* (1952) la hizo activa en la fase oral sádica, en la que tomaba rápidamente el relevo a la deflexión.⁷

Se entiende fácilmente ese punto de partida inicial: la expulsión anal posibilitó el establecimiento frecuente de analogías con cualquier otro tipo de externalización violenta. El haber resaltado la presencia del sadismo en el infante la llevó a caracterizar una etapa en que todas las tendencias instintivas confluían en él con una intensidad máxima. De manera concomitante y en consonancia con las variedades de lenguaje instintuales, las fantasías inconscientes fueron ganando también en complejidad y riqueza.^{8*}

Téngase presente que para Klein el recién nacido era un portador de un *quantum* congénito de instinto de muerte que, en cierto modo, condicionaba el destino psíquico del niño y del futuro adulto.

8.2. La identificación proyectiva; momento inaugural

El acta de nacimiento de este concepto se encontrará en *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [NAME (1946)], texto que puede considerarse la culminación de veinticinco años de práctica clínica y de elaboraciones teóricas por parte de nuestra psicoanalista. Esa introducción del concepto se transformó luego en el punto de arranque de nuevos desarrollos. En su contenido NAME incluyó además de la I. P. otras propuestas de gran trascendencia: la posición esquizo-paranoide (PEP), la identificación introyectiva (I. I.) y la existencia de relaciones narcisistas de objeto.

El artículo mentado fue leído por primera vez a principios de diciembre de 1946 en una sesión de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Pocos días antes de ese fin de año apareció en el “International Journal of Psychoanalysis” (IJP) y con posterioridad fue incluido en un libro colectivo que llevó por título *Desarrollos del Psicoanálisis* (1952). Dicho volumen, pese a su autoría múltiple, fue integrado a las llamadas *Obras Completas* de Melanie Klein, publicada por Paidós en Buenos Aires –constituye el volumen 3 de dicha edición– y se citará a partir de la misma. Existieron algunas diferencias entre las dos versiones –la leída y publicada en 1946 y la definitiva, de 1952–. Así lo declaró la propia autora en la primera nota al pie del tomo colectivo recién nombrado. La nota nº 4 del mismo se transcribirá textualmente, dada la importancia que tiene para dirimir influencias y autorías de conceptos. En ella afirmó:

“Cuando publiqué por primera vez este trabajo en 1946 utilizaba el término ‘posición paranoide’ como sinónimo de la ‘posición esquizoide’ de W. R. D. Fairbairn. Habiéndolo pensado más, decidí combinar el término de Fairbairn con el mío y utilizar la expresión ‘posición esquizo-paranoide’”. (OCKPA, vol. 3, p. 254).⁹

Si bien en textos previos [*Principios psicológicos del análisis infantil* (1926), *La personificación en el juego de los niños* (1929), *El psicoanálisis de niños* (1932) y *Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* (1934)] se había ocupado más de la posición depresiva –la primera que describió–, recorriendo las páginas de esos escritos, se detectaban ya alusiones a presencias tempranas de lo paranoide en la vida psíquica del bebé. Se podría decir que en cierto sentido estaban configurados los elementos característicos de aquello que años más tarde –en la versión de 1952–, denominaría PEP. La designación más cercana a esta última fue “posición paranoide”; así apareció en el *IJP* (diciembre de 1946) y con anterioridad: “fase persecutoria”. Estas consideraciones sobre la PEP se podrían hacer extensivas a la identificación proyectiva: ella también se fue gestando paulatinamente en trabajos anteriores, especialmente a través de algunas orlas semánticas propias y novedosas que ella había otorgado desde K_1 a la noción de proyección. (Véase *infra*, 8.6.1). Lo cierto es que a partir de 1946, la hasta entonces presencia de lo depresivo y lo paranoide en la vida psíquica del lactante fue combinada por la alternancia de ambas identificaciones, con el consiguiente intercambio de materia psíquica entre el yo y los objetos. El vaivén de los procesos proyectivos-introyectivos entre el yo y los objetos se convirtió más explícitamente en organizador de la psique: la conjunción de ambos dejaba, como saldo psíquico, objetos internos que interaccionaban entre sí y con los objetos externos. El conjunto de estas innovaciones le dio a su teoría de las posiciones y a la TIK un carácter pulsátil, oscilatorio. El yo actuaba siempre como mediador de estos intercambios; además intentaba metabolizar y asimilar algunas introyecciones o, caso contrario, las volvía a proyectar.

A continuación se transcribirán las tres primeras páginas del apartado de NAME titulado *La escisión en relación con la introyección y la proyección* (pp. 259 a 261, vol. 3, OCKPA). Ellas contendrían las ideas fundamentales sobre la I. P. y los mecanismos asociados. El objetivo será dar la palabra a la propia Melanie Klein, para hacer patente su caracterización de la misma; igualmente, las funciones que ella le atribuyó y los contextos en que la hizo operar. Se incluirán unos breves comentarios a los párrafos citados y algunas apostillas que harán presente otra de las ideas vertebradoras de esta tesis: el estudio comparativo entre sus ideas y las de Freud y Lacan. La extensa cita se dividirá en fragmentos numerados para remitir a ellos en las acotaciones posteriores.

- I. “Me he referido hasta ahora particularmente al mecanismo de escisión como uno de los mecanismos y defensas más tempranos del yo contra la ansiedad. La introyección y proyección son también usadas desde el principio de la vida al servicio de este propósito primario del yo. La proyección, como la describió Freud, se origina por la desviación hacia afuera del instinto de muerte y, desde mi punto de vista, ayuda al yo a superar la ansiedad liberándolo de lo peligroso y lo malo. La introyección del objeto bueno es también utilizada por el yo como una defensa contra la ansiedad.”

La escisión, la introyección y la proyección —aún no se refirió a la I. P.— aparecían claramente descritos como *mecanismos de defensa* del yo contra la ansiedad.^{10*} Se apreciará que en el mismo artículo en que introdujo explícitamente la I. P. y de forma implícita a la I. I., ella siguió utilizando los vocablos proyección e introyección. Esto exigirá establecer si para ella eran sinónimos —¿se trataba de recursos estilísticos de escritura para no reiterar términos?— o si consideraba que había diferencias conceptuales claras entre proyección e I.P. proyectiva, y entre introyección e I. I. Estas cuestiones se dilucidarán más adelante, en 8.3.2., y en los dos apartados de 8.6.

La escisión que refirió en (I) era la del yo; en cambio, en el párrafo siguiente, se ocupará de la escisión del objeto, solidaria de la anterior; la disociación de los objetos era paralela y simultánea a la del yo; *siempre*. Fueran cuales fueran los objetos sobre los que operasen. En (I) Klein atribuyó a Freud la idea de que la proyección desviaba hacia afuera el instinto de muerte. Esta cuestión se discutió en la primera parte de esta tesis, donde se comparó los usos que hicieron de la proyección los tres psicoanalistas que se están cotejando (parte final de I, 2.5). Allí se dijo que el vienés no había vinculado *taxativamente* a esta última con la mitigación de los efectos de Tánatos en la psique y que sólo con un criterio muy elástico la propuesta kleiniana podría incluirse dentro de la acepción siguiente: puesta afuera de excitaciones internas displacenteras o dolorosas ligadas a las actividades de las pulsiones (véase I, 2.5). Otras diferencias con Freud: según éste, los mecanismos de defensa se empleaban para impedir el retorno de una representación reprimida a la conciencia; en la teoría kleiniana, ellos actuaban para desembarazar al yo de la angustia e impedir su regreso, “liberándolo de lo peligroso y malo”. A esto debe sumarse el hecho de que ella hizo una lectura en clave sádica de la pulsión de muerte freudiana (II, 6.1.3).

- II. “Íntimamente relacionados con la proyección y la introyección hay algunos otros mecanismos. Me interesa particularmente la relación entre escisión [*splitting*], idealización y negación. Con respecto a la escisión del objeto, debemos recordar que en estados de gratificación los sentimientos de amor se dirigen hacia al pecho gratificador, mientras que en estados de frustración el odio y la ansiedad persecutoria se ligan al pecho frustrador.

La idealización está ligada a la escisión del objeto, ya que se exageran los aspectos buenos del pecho como salvaguardia contra el temor al pecho persecutorio. La idealización es, así, el corolario del temor persecutorio, pero surge también del poder de los deseos instintivos, que aspiran a una gratificación ilimitada y crean, por tanto, el cuadro de un pecho inagotable y siempre generoso, un pecho ideal.” (Lo que está entre corchetes es mío; se han introducido ligeros cambios, tras contrastar estas frases con la versión inglesa):

La escisión aparece nuevamente, pero en este fragmento ya no se refería a la que acontecía en el yo sino en el objeto: la disociación creaba un pecho gratificador y otro frustrador; a ellos se dirigían, respectivamente, el amor y el odio del yo. Las características de la PEP llevaban a exagerar los aspectos buenos —y malos, agrega el autor de esta tesis, aunque esta idea no aparecía de manera explícita en (II)—, generándose así la disociación del pecho en uno idealizado y otro persecutorio. El primero “salvaba” del segundo. Esta idealización tenía, según la autora, una doble finalidad: protegerse del pecho persecutorio y contar con un pecho inagotable, capaz de colmar —en la fantasía— la tendencia voraz e innata a la gratificación ilimitada. Podría leerse entre líneas lo afirmado en páginas anteriores acerca de que el objeto externo kleiniano era una construcción del yo. El objeto estaba ahí —no podría ser de otra manera; su ausencia llevaría a la muerte del bebé—, pero no se trataba de un objeto empírico —madre o pecho— sino de uno construido por el bebé: disociado, embebido en fantasías, envuelto y horadado por proyecciones, idealizaciones, denigraciones, galvanizado por amores y odios, según gratificara o frustrara. En síntesis: un objeto que se le aparecía al niño como amenazante o salvífico. Ese mismo objeto, así creado, era el que se introyectaba.

- III. “Un buen ejemplo de semejante clivaje lo constituye la gratificación alucinatoria infantil. Los principales procesos que entran en juego en la idealización actúan también en la gratificación alucinatoria, principalmente la escisión del objeto y la negación tanto de la frustración como de la persecución. El objeto frustrador y persecutorio es mantenido muy separado del objeto idealizado. No obstante, el objeto malo no sólo es mantenido separado del bueno, sino que su misma existencia es negada, como también la entera situación de frustración y los malos sentimientos (dolor) a que da lugar la misma. Esto está ligado a la negación de la realidad psíquica.”

El término inglés *splitting* y, a veces *split-off*, que Klein utilizó en la versión inglesa de este texto fue traducido al castellano por “escisión”; también por “disociación” y “clivaje”.^{11*} Ella empleó ese vocablo para referir divisiones, separaciones, escisiones en el yo y en el objeto; por lo tanto, la presencia de esa acepción en sus textos aludían a lo *esquizoide*. Este párrafo es ilustrativo de lo dicho: el objeto frustrante ha de estar muy separado –distanciado– del objeto idealizado; debe haber un alejamiento entre ambos. La escisión era útil como defensa si lograba mantener apartados ambos aspectos, tanto en el yo como en los objetos. Pero Klein planteó en (III) algo más: cuando la simple disociación no bastaba, el bebé podía recurrir a la negación lisa y llana del objeto persecutorio. Se trataba de un mecanismo potente que conducía a la *negación de la realidad psíquica* (II, 3.3.5).

- IV. La negación de la realidad psíquica sólo se hace posible a través de fuertes sentimientos de omnipotencia, característico y esencial de la mente infantil. La negación omnipotente de la existencia del objeto malo y de la situación dolorosa equivale, en el inconsciente, a la aniquilación por medio del impulso destructivo. Sin embargo, no es sólo una situación y un objeto lo que se niega y aniquila; es *una relación de objeto* la que sufre ese destino, y por tanto, también es negada y aniquilada una parte del yo, de quien emana los sentimientos hacia el objeto.”

Esa negación de la realidad psíquica se fundaba en la omnipotencia infantil, en el pensamiento mágico que hacía “desaparecer” lo que no le gustaba al yo o, a la inversa, hacía aparecer lo que deseaba. Esta segunda alternativa era la conocida *realización alucinatoria de deseos* descrita por Freud, que Klein recordará inmediatamente, al comienzo del párrafo siguiente (V); pero mientras que para el vienés, la ausencia del objeto podía reemplazarse tan sólo *temporariamente* mediante la alucinación, cosa que hacía posible la satisfacción; según Klein, esa *no* presencia del objeto era vivida de manera dramática por el bebé, debido a la voracidad sin límites con que lo caracterizó. El lactante interpretará dicha situación como si hubiera sido creada por las acciones de un objeto persecutorio. Klein señaló además que lo aniquilado no es sólo el objeto sino y también las partes del yo correspondientes. Por eso este mecanismo de defensa potente conllevaba la mutilación psíquica. Se hacían evidentes aquí las diferentes acepciones de los vocablos proyección y negación en Klein y Freud: para la primera, lo que se expulsaba o lo que se eliminaba eran partes del objeto y *del yo*; tanto buenas/malas como idealizadas/persecutorias. La proyección freudiana no incluía ese avatar yoico. Lacan, por su parte, asoció la proyección a lo imaginario; además entendió toda esta dimensión de la producción kleiniana como propia del registro homónimo, en tanto pensó que la I. P. podía ser considerada como un avatar del narcisismo. Se recuerda que ni Freud ni Lacan concibieron al yo como innato.^{12*}

- V. De esta manera, en la gratificación alucinatoria tienen lugar dos procesos interrelacionados: la conjuración omnipotente del objeto y situación ideales, y la igualmente omnipotente aniquilación del objeto malo persecutorio de la situación dolorosa. Estos procesos están basados en la escisión tanto del objeto como del yo. Mencionaré, al pasar, que en esta fase temprana la escisión, la negación y la omnipotencia desempeñan un papel similar al que cumple la represión en una época posterior al desarrollo del yo. Al considerar la importancia de los procesos de negación y omnipotencia en un estadio caracterizado por temores persecutorios y mecanismos esquizoides, podemos recordar las ideas delirantes de grandeza y de persecución en la esquizofrenia.

En la primera frase aseveró nuevamente que la escisión era el tiempo primero, necesario, para la implementación de otros mecanismos de defensa. Del empleo de esa escisión quedará como relicario un fondo esquizoide –mayor o menor– en toda personalidad. El modelo estratigráfico que operaba en la teoría kleiniana hacía de lo primero (arcaico) lo más profundo y, a la vez, lo más

determinante de la patología. Podrá leerse en (V) que la escisión, la negación y la omnipotencia (defensas tempranas, “psicóticas”) eran operativas antes del establecimiento de la represión (defensa tardía), pero lo cierto es que en el conjunto de su obra estos tres mecanismos –junto con la proyección– estuvieron más presente que la represión. Esta última no fue la clave de bóveda de su teoría de la formación de síntomas, como en Freud y Lacan. De manera correlativa, en sus artículos se encontrarán más referencias a la división esquizoide que a la *división subjetiva* introducida por Freud mediante el concepto de inconsciente, sobre la que Lacan insistió reiteradamente. Lo dicho no debería entenderse como una crítica sino como un simple hecho, fácil de ser constatado leyendo sus escritos. Ya se ha dicho en el capítulo 1 de esta segunda parte que la obra del vienés no era utilizada aquí como un parámetro de verdad, como un metro patrón para descartar o descalificar lo diferente; los de Freud son considerados, aquí, textos de referencia y no de reverencia. Lo afirmado, ¿significa que no hubo alusiones a lo inconsciente y a la represión en la producción de Klein? La respuesta es tajante: las hubo y numerosas, pero lo que ella *privilegió*, los que aparecieron más asiduamente bajo su pluma fueron los mecanismos disociativos y proyectivos; las citas de las páginas anteriores pueden considerarse un claro botón de muestra. Al inconsciente kleiniano se lo encontrará buceando en el concepto de fantasía, como una cualidad de ésta. En el caso de la psicoanalista de niños se estaría ante a lo que Freud designó con el nombre de inconsciente dinámico: el inconsciente como adjetivo. El inconsciente sistémico, como sustantivo, será difícil encontrarlo en la producción de ella. En cambio, la relación tan estrecha de las fantasías con el inconsciente kleiniano le otorgó a este último un carácter relacional desde el inicio de la vida.^{13*} En síntesis: la división subjetiva adquirió otra forma en la doctrina kleiniana: escisión del yo (y de los objetos); secundariamente, el eje disociación-integración adquirió un importantísimo relieve (ver *infra*, 8.4).^{14*} Seguiremos con su texto:

- VI. “Hasta ahora, al referirme al temor persecutorio, me referí sólo al elemento oral. Sin embargo, mientras la libido oral mantiene la primacía, impulsos y fantasías libidinales y agresivos de otras fuentes entran en contacto y provocan una confluencia de deseos orales, anales y uretrales, tanto libidinales como agresivos. Los ataques contra el pecho de la madre evolucionan también hacia ataques de naturaleza similar contra su cuerpo, el que pasa a ser sentido, por así decirlo, como una continuación del pecho, aún antes de que la madre pueda ser concebida como persona total.”

Encontramos aquí otro aspecto interesante: los impulsos instintivos y las fantasías tendrían sus fuentes en *todas* las zonas erógenas. Lo primero –la importancia otorgada al sadismo oral y anal– fue una herencia de Abraham; la presencia de la uretralidad era una idea propiamente kleiniana; lo segundo, era una consecuencia lógica de su caracterización de la fantasía como correlato mental del instinto. Las tres fuentes instintivas coadyuvaban para la configuración de lo persecutorio por proyección –en sus primeros textos– y por I. P., a partir de 1946; lo *anal* jugaba por entonces un rol importante en esta identificación. Esta fue otra diferencia significativa con Freud que siempre consideró que la identificación era un retoño de la actividad pulsional *oral*.^{15*} Lacan se mantuvo ajeno a estas cuestiones en tanto desconectó completamente la identificación de la pulsión.

- VII. “Los fantaseados ataques a la madre siguen dos líneas principales: una es el impulso predominantemente oral de chupar hasta la última gota, arrancar con los dientes, vaciar y robar del cuerpo de la madre los contenidos buenos.” [...] “La otra línea de ataque deriva de los impulsos anales y uretrales e implica el expulsar sustancias peligrosas (excrementos) fuera del yo y dentro de la madre. Junto con esos excrementos dañinos, expelidos con odio también son proyectados en la madre, o, como prefería decirlo, dentro de la madre. Esos excrementos y partes malas del yo no sólo sirven para dañar al objeto sino también para controlarlo y tomar posesión de él. En la medida en que la madre pasa a contener las partes malas del yo, no se la siente como un ser separado, sino como el yo malo.”

La PEP se instalaba en la fase en que el sadismo estaba en su apogeo. Estas proyecciones intentaban un control y posesión del objeto, otra función que le atribuyó a la identificación proyectiva. Mucho se discutió en los ambientes kleinianos si se trataba de una proyección *en* (o sobre) el objeto o *dentro* del mismo. Klein y el grupo de analistas más cercano a ella, utilizaban la

partícula “*dentro*” (de la madre), casi como seña de identidad; los no estrictamente kleinianos que hicieron uso de dicho concepto referían más bien la proyección *sobre* el objeto. El primer modismo, tal como podría deducirse del texto que se está comentando, implicaba la idea de penetrar e invadir al objeto; la segunda escritura trasmitía la idea de un revestimiento de la superficie del objeto. El plus de violencia que implicaba irrumpir adentro del objeto se justificaba por una motivación intensa de mantener fuera, lo más alejado posible, lo proyectado. De ahí las resistencias que podían aparecer en algunos pacientes ante las interpretaciones que intentaban (re)introyectar lo proyectado.

La última frase de VII añadió un elemento importante: la continuidad entre el yo y la madre. Puede apreciarse que con su accionar la identificación proyectiva generaba una relación narcisista de objeto. Se volverá sobre esta cuestión más adelante; en cambio podrá observarse enseguida que esa continuidad constituía para Klein una modalidad de identificación.

- VIII. “Mucho del odio contra las partes del yo se dirige ahora contra la madre. Esto lleva a una forma especial de identificación que establece el prototipo de una relación agresiva de objeto. Sugerí para estos procesos el nombre de ‘identificación proyectiva’. Cuando la proyección deriva del impulso de dañar o controlar a la madre, el niño la siente como un perseguidor.”

En este párrafo se encuentra la definición que Klein hizo de la I. P.; el odio dirigido contra la madre establecía no sólo una *relación de objeto* agresiva sino y también una identificación. La escisión del yo, antes referida, estaba implícita en esta frase. Era necesario ese paso previo para poder proyectar lo persecutorio (o lo idealizado) y establecer una relación de objeto/identificación de carácter narcisista, que instalaba una cierta mancomunidad entre la instancia yoica y los objetos. Podría comprobarse también que le atribuyó a la I. P. el propósito de atacar y destruir al objeto odiado y/o robarle sus contenidos. Esta caracterización de la misma muestra con claridad que se trataba de un mecanismo psíquico que era, a la vez, una fantasía. Esta última daba sostén a la I. P.

De *NAME* (1946) se deduce que ella operaba sobre la base de una escisión previa particularmente intensa. En 8.5. se verá que en artículos más tardíos describió formas menos patológicas de la misma, en las que la disociación era poco intensa. Pero hay más:

- IX. “[...] Empero, no son sólo las partes malas del yo las que se expulsan y proyectan, sino las partes buenas del yo. Los excrementos tienen entonces el significado de regalos, y las partes del yo que junto con los excrementos se expulsan y proyectan en el otro representan las partes buenas, es decir, las amorosas, del yo. La identificación basada en este tipo de proyección influye de nuevo vitalmente en las relaciones de objeto.”
“La proyección de sentimientos buenos y de partes buenas del yo dentro de la madre es esencial para la capacidad del niño de desarrollar buenas relaciones de objeto y de integrar su yo. Pero, si este proceso de proyección es excesivo, se sienten perdidas partes buenas de la personalidad y de este modo la madre se transforma en el ideal del yo; este proceso también debilita y empobrece al yo. Muy pronto estos procesos se extienden a otras personas, y el resultado puede ser una extrema dependencia de estos representantes externos de las propias partes buenas.”

No sólo se proyectaban las partes malas del yo sino también las buenas. La expulsión del segundo tipo, la de índole amorosa, no era agresiva; por el contrario —ella lo dice de manera taxativa— era esencial para desarrollar buenas relaciones de objeto y favorecer la integración yoica, salvo si se tornaba excesiva, en cuyo caso se empobrecía el yo. Más adelante correlacionó la proyección de aspectos buenos con el enamoramiento y con la relación de la masa con el líder: en ambos casos se idealizaría al objeto.¹⁶

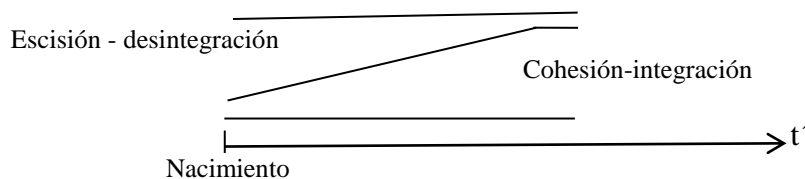
- X. [...] “El efecto de la introyección en las relaciones de objeto es igualmente importante. La introyección del objeto bueno, ante todo el pecho de la madre, es una precondition para el desarrollo normal. Ya he descrito como el pecho interno bueno pasa a constituir un punto central en el yo y contribuye a su cohesión.”

Estas frases muestran un punto de inflexión en su exposición: ya no se trata sólo de la proyección —sea de partes buenas o malas del yo— sino de su contrapartida: la introyección; en este caso, del pecho bueno de la madre, que se constituye en un objeto interno bueno importantísimo, en tanto se ha erigido en un núcleo central del yo que será esencial para la integración del mismo y para favorecer un desarrollo “normal”. Esta es una novedad que apareció en *NAME*. En esta misma

línea puede situarse la nota al pie nº 22, al final de este mismo artículo, donde afirma que la introyección del pecho bueno podría fortalecer e integrar el yo. Estos apuntes preanuncian la identificación *introyectiva*, que vendrá a matizar ligeramente su idea de un yo innato. Esta modalidad identificatoria adquirirá un rol decisivo en la modelación de dicha instancia, como se tendrá ocasión de apreciar en el capítulo noveno, dedicado íntegramente a la misma. El fragmento (X) corrobora lo afirmado en páginas anteriores sobre el carácter universal de los procesos introyectivos y su participación en el desarrollo evolutivo. La autora de este texto reafirmó y amplió una de sus tesis –1932– acerca de la articulación entre las introyecciones de objetos gratificantes y la pulsión de vida.

Otra cuestión importante: si bien Klein no habla taxativamente de estructuración psíquica, es evidente su presencia en el vocablo *desarrollo* que aparece en el párrafo recién citado y centenares de veces más a lo largo de su obra. Ese término condensa en lenguaje kleiniano la idea de organización progresiva de la mente infantil. Las tareas estructurantes de la identificación proyectiva e introyectiva se perciben mejor atendiendo a dos pares conceptuales caros a M. Klein: escisión-cohesión y desintegración-integración.

A partir de la inclusión implícita de la identificación introyectiva (I. I.) en *NAME*, las relaciones objetales aparecían modeladas por una interacción/alternación permanente entre las dos modalidades identificatorias descritas; el movimiento de materia psíquica que esta alternancia conllevaba, coadyuvaba a la formación de objetos internos. Sería posible deducir de sus textos que en cada ciclo proyectivo/introyectivo quedaba un resto de materia psíquica que pasaba a formar parte del mundo interno. Estos residuos “decantados” eran estructurantes y permitían avances en la integración y desarrollo de la mente. La constitución de lo psíquico suponía alternancias entre momentos de desintegración e integración; el desarrollo “normal” como lo solía llamar Klein implicaría el pasaje de los primeros miembros de cada par a los segundos, con aproximaciones asintóticas. A mayor integración menor escisión; tal como se expresa en el siguiente esquema:



- XI. “Un rasgo característico de la relación temprana con el objeto bueno, interno y externo, es la tendencia a idealizarlo. En estados de frustración o de ansiedad incrementada, el niño se ve obligado a huir hacia su objeto interno idealizado, como medio de escapar de los perseguidores. Este mecanismo puede dar origen a varias perturbaciones graves: cuando el temor persecutorio es muy intenso, la fuga hacia el objeto idealizado se hace excesiva, y esto entorpece severamente el desarrollo del yo y perturba las relaciones de objeto. Como resultado puede sentirse el yo como enteramente subordinado y dependiente del objeto interno -como si fuera sólo la cáscara que lo recubre-.

En la PEP y en los momentos de ansiedad incrementada de la PD, cabría la posibilidad de refugiarse en el objeto bueno/idealizado interno, pero eso no era sin consecuencias. Tanto el exceso de introyección –como también de la proyección– tenía efectos sobre el yo y las relaciones de objeto. Sobre el segundo caso, ya se dijo que llevaba a un debilitamiento y empobrecimiento yoico, resultante de la excesiva escisión e identificación proyectiva; lo primero generaba una gran dependencia hacia el objeto bueno interno; además, desvalorización y desvitalización del yo.

Los fragmentos de *NAME* citados hasta aquí permiten un comentario adicional sobre la objetología kleiniana. El clivaje del objeto en persecutorio e idealizado por efectos de la escisión y la identificación proyectiva, determinaba que el pecho de la teoría kleiniana estuviera lejos de ser la protuberancia biológica que alimentaba; era un *constructo* bifronte del bebé, depositario de las proyecciones del mismo, impregnado de fantasías inconscientes del lactante. Era ese pecho así construido –y no la mama biológica– la que participaba del interjuego de identificaciones proyectivas e introyectivas del infante. Por eso, los objetos internos no eran simples duplicaciones de objetos reales externos. Se trataba de objetos nuevos y distintos, creados en la intersección de un elemento real –la

protuberancia carnosa femenina, en este caso— con lo proyectado sobre o dentro de ella.¹⁷ Eros y Tánatos significaban de entrada a este objeto —y a otros— de la PEP como idealizados y persecutorios.

- XII. “Junto a un objeto idealizado no asimilado se encuentra el sentimiento de que el yo no tiene ni vida ni valor propio. Yo sugeriría que el estado de fuga hacia un objeto idealizado no asimilado requiere aún más procesos de escisión dentro del yo. Ya que algunas partes del yo intentan unirse con el objeto ideal, mientras otras luchan por hacer frente a los perseguidores internos.”

En esta frase apareció el término: asimilación. Fue una noción creada por P. Heimann en 1942¹⁸, que Klein hizo suya. Sus características esenciales serán descritas en II, 9.8.5.; allí se remite.

- XIII. “Las diversas formas de escindir al yo y a los objetos internos, traen como consecuencia el sentimiento de que el yo está hecho pedazos. Este sentimiento puede llegar hasta el estado de desintegración. En el desarrollo normal, los estados de desintegración que experimenta el bebé son transitorios. Entre otros factores la gratificación por parte del objeto externo bueno lo ayuda reiteradamente a superar estos estados esquizoides.”

En la última frase de este párrafo, la autora insertó la siguiente nota al pie:

“Enfocado desde este punto de vista, el amor y la comprensión de la madre puede ser considerado como el mayor aliado que tiene el niño para superar estados de desintegración y angustias de naturaleza psicótica.”

Este párrafo puede considerarse conceptualmente, una extensión de (X) por lo que se afirmaba, al final del mismo, sobre las funciones integrativas del objeto externo bueno, del que se había dicho que formaba un punto central y cohesivo del yo.^{19*} Se trataba de la tendencia opuesta a las fragmentaciones masivas del objeto y del yo, propio de los estados esquizoides y resultantes del uso de escisiones e identificaciones proyectivas intensas. Por otra parte refirió los movimientos de integración, de signo contrario, cuyas funciones fueron nuevamente subrayadas en la nota al pie. El par integración—desintegración devino un indicador clave de la marcha del proceso evolutivo y un termómetro respecto de cómo avanzaba la organización de la mente del niño, aspecto éste especialmente relevante para el tema central de esta tesis. A esta cuestión le será dedicado el apartado 8.4. de este mismo capítulo. Los aspectos integrativos, vía I. I. y las funciones de la madre en este aspecto —subrayados en la nota— serán objeto de un extenso análisis en los apartados II, 9.1. a II, 9.7. En sus textos de K₃ ella fue introduciendo reajustes en el fiel de la balanza en relación a su posicionamiento respecto del par *endogenetismo—ambientalismo*, claramente decantado hacia el primer miembro. Digamos, como al pasar, que ella reforzó esta perspectiva presente en la TIF. Lacan, en cambio, privilegió el factor contextual (Otro y otro). Después de *NAME*, texto en el que ella se mostró más sensible a las críticas de sus colegas ingleses respecto del rol y las funciones del objeto real externo en el desarrollo evolutivo, reforzó sus posiciones instintivistas y endogenetistas.

También se desprendería del escrito de 1946 la existencia en el bebé de angustias psicóticas — “sentimiento de que el yo está hecho pedazos” —, cuestión que tocaba de refilón la problemática de la nosografía. Este tema, que no fue aludido de manera explícita, estuvo constantemente presente: no había en su teoría una clínica diferencial, fundada en mecanismos estructurantes radicalmente diferentes (Lacan) sino un *continuum* neurosis-psicosis. Por otra parte —y tal vez también como otro botón de muestra— en las páginas de *NAME* recién citadas no apareció ninguna referencia al padre; salvo que se lo quiera ver en la última frase (IX), donde afirmó que la proyección de partes buenas, después de tomar al pecho y al cuerpo de la madre como objeto, se extendía a otras personas.

Entre otras funciones atribuidas a la I. P. cabría citar su participación importante en la formación de símbolos (véase II. 6.4.1.); asimismo, en su texto *Sobre la identificación* (1955) la consideró el fundamento de la empatía y de la relación de la masa con el líder.²⁰

Desde sus primeros trabajos, la proyección actuaba otorgando significaciones especiales a las figuras parentales; significaciones que tenían su punto de partida en los instintos y sus correlatos: la fantasía. Para Klein, la llamada realidad psíquica se constituía de ese modo. A su vez, la realidad interna modelaba los objetos que luego eran introyectados por el niño y devenían objetos internos. La secuencia descrita podría ser una de las versiones kleinianas de la I. I. La identificación

proyectiva descrita en *NAME* era, en cierto sentido, una extensión de estas primeras ideas; ya no era sólo la combinación de un mecanismo externalizador asociado a fantasías porque lo proyectado hacia el exterior incluían partes del yo. Esta concepción, implícita como ya se dijo en los usos de la proyección “a secas”, se hizo por demás claro y explícito con el advenimiento de la I. P. La fantasía siguió siendo el cañamazo, la trama, sobre la que actuaba dicho mecanismo que era defensivo e identificatorio a la vez. Ella le posibilitaba al yo liberarse de sus partes odiadas, muchas veces, al precio de una especie de confusión psíquica y física con el objeto.

8.3. Puntos de impacto, funciones y efectos de la identificación proyectiva en *NAME*

En este apartado se llevará a cabo una segunda ronda del examen de este concepto introducido en 1946. Se estudiarán algunas facetas no abordadas hasta ahora y se dará un nuevo giro en torno a algunas ideas ya expuestas.

8.3.1. La triple convergencia: instinto, proyección, narcisismo

De este artículo (versión 1952), se desprende que la identificación proyectiva operaba desde los primeros momentos de la vida, sobre la base de una escisión del yo. Ella transportaba tanto los primitivos impulsos sádico-orales, anales y uretrales como los impulsos libidinales, dirigidos en principio hacia el pecho. Se creaba de esta manera un pecho persecutorio y uno idealizado. Si bien en sus descripciones son ambas tendencias instintivas las que se proyectaban, Klein insistió singularmente en los de carácter sádico, que se dirigirían al interior del cuerpo de la madre, ya sea para atacarla oralmente o con excrementos, ya sea para controlarla, poseerla. Junto con estas cargas instintuales iban las partes del yo disociadas que también se alojaban en el interior del objeto; básicamente, la madre o el pecho. Estos aspectos de su funcionamiento llevaron a que Klein caracterizase a la I. P. como un mecanismo de defensa: su objetivo fundamental era desembarazar al yo de la angustia, sea la ocasionada por el instinto de muerte, sea la derivada del propio sadismo. El yo se liberaba así de sus partes malas –perseguidores internos– y de la angustia a ellos asociada. Era un intento de controlar a las fuentes de hostilidad; pero, en tanto la identificación proyectiva generaba objetos persecutorios externos, la angustia acababa reproduciéndose. Klein se vio obligada a explicar, cómo se detenía o transformaba ese círculo infernal.²¹

Si predominaba Tánatos, se alargaban los momentos esquizoides de desintegración, se entorpecía la instauración del objeto bueno en el yo y la integración de este último no avanzaba. H. Segal, comentó estas formas extremas de identificación proyectiva descritas por Klein, del siguiente modo:

“Cuando los mecanismos de proyección, introyección, escisión, idealización, negación e identificación proyectiva e introyectiva no alcanzan a dominar la ansiedad y ésta invade al yo, puede surgir la desintegración del yo como medida defensiva. El yo se fragmenta y escinde en pedacitos para evitar la experiencia de ansiedad. Este mecanismo, muy dañino para el yo, generalmente aparece combinado con la identificación proyectiva: de inmediato se proyectan las partes fragmentadas del yo. Este tipo de identificación proyectiva es de carácter patológico cuando se la utiliza extensamente.

[...] La desintegración es el más desesperado de todos los intentos del yo para protegerse de la ansiedad. A fin de no sufrirla el yo hace lo que puede por no existir, intento que origina una aguda ansiedad específica: la de hacerse pedazos y quedar pulverizado.” (OCKPA, I, pp. 34-35).

Otras formas muy intensas de este mecanismo pueden producir angustias claustrofóbicas porque las partes proyectadas del yo quedarían encerradas en el objeto depositario de las mismas; no son infrecuentes en estos casos las vivencias de ser controlado por ese objeto, tanto física como psíquicamente. En casos más favorables, la identificación proyectiva va cediendo su vehemencia; subsistía más atenuada en la PD, pero podía reactivarse en momentos posteriores de la vida, ante el incremento de ansiedad.

Lo proyectado y dirigido al interior del objeto, además de generar una relación narcisista, creaba un vínculo de continuidad entre el yo “proyectante” y el objeto depositario. Era justamente esa mancomunidad lo que establecía una identificación “centrífuga” –(véase I, 4.6.6.)–, vehiculada por una proyección que narcisizaba la relación. Por esta vía, el narcisismo secundario infiltró de

cabo a rabo a la TIK, cumpliendo un rol equivalente al que tenía la pulsión oral en la TIF. Este aspecto de la misma favorecía la indiscriminación entre el yo y los objetos. La forma de salir de esa confusión yo-no yo era mediante la recuperación de las partes escindidas y proyectadas sobre los objetos, cosa que no siempre se lograba fácilmente.²²

En la identificación proyectiva convergían el sadismo (oral, anal, uretral), la proyección de partes del yo dentro del objeto y el establecimiento de una relación narcisista. Este triple encuentro dio originalidad a la manera kleiniana de pensar la identificación y marcó diferencias claras con la TIF y la TIL. En Freud, el narcisismo participaba fundamentalmente en la identificación de la melancolía y en las secundarias edípicas posteriores a la pérdida de un objeto elegido narcisísticamente (véase los tres cuadros insertados en I, 3.2.3.1). En Lacan intervenía en la consumación de las identificaciones imaginarias, especulares. (Véase III, 10).

El otro aspecto de la identificación proyectiva, el que externalizaba aspectos buenos e idealizados del yo (IX), fue considerado esencial para el desarrollo de buenas relaciones de objeto, que ayudaban al niño a integrar su yo y a progresar en el desarrollo evolutivo. Cuando trasportaba esas partes buenas, la identificación proyectiva parecía perder su aspecto estrictamente defensivo y atacante, para adquirir funciones estructurantes y de integración. Para tales fines actuaba asociada a la identificación introyectiva y al instinto de vida (Eros).

Entre otras funciones de la I. P. estaban las de mantener la relación con los objetos y poner las partes buenas del yo a resguardo de la maldad interna.^{23*} Según afirmó más tarde –en *Sobre la identificación* (1955) – ella intervendría también en el fenómeno de la empatía, en el vínculo que se creaba con el líder de la masa y en la formación de símbolos (véase II, 6.3).

8.3.2. Proyección e identificación proyectiva: continuidad y salto

Hay quienes sostuvieron que habría continuidad entre la proyección y la identificación proyectiva; entre ellos, James S. Grotstein que, en *Identificación proyectiva y escisión* (1981), *op. cit.*, p. 129 y ss., sostuvo que “proyección e identificación proyectiva son términos intercambiables” (*op. cit.*, p. 137). Advirtió además que la I. P. era una fantasía inconsciente.²⁴

En la misma línea de este autor parece situarse Elizabeth Bott Spillius quien, en “*Some developments from de work of Melanie Klein*” (1983), *IJP* n° 64, pp.321-332, sostuvo:

“No me parece útil distinguir proyección de identificación proyectiva. A mi parecer, lo que hizo Klein fue sumar profundidad y sentido al concepto de Freud de proyección, en tanto señaló que es imposible proyectar impulsos sin proyectar una parte del yo, lo que supone una escisión y, además, que los impulsos no se distinguen cuando son proyectados; entran en un objeto y distorsionan la percepción de este.”

Otros consideraron que bajo la pluma de Klein, ambos términos implicaban importantes diferencias conceptuales. Elsa del Valle sostuvo esta idea, en *op. cit.*, tomo II, p. 286 y ss; donde hizo un análisis exhaustivo y muy pertinente de las diferencias entre proyección e identificación proyectiva, abogando por discriminar ambos mecanismos, pese a la intrincación de los mismos en la obra de la psicoanalista radicada en Londres. Otros autores como Odgen (1978, 1979), Langs (1976, 1978), Meissner (1980) hicieron el mismo intento; lo mismo podría decirse de Willy Baranger.²⁵ Lo cierto es que la descripción que hizo en *NAME* muestra diferencias entre una proyección “a la kleiniana clásica”, y la I. P.: esta última la describió como un mecanismo más complejo basado en una combinación peculiar de defensas y funciones: clivaje del yo + proyección violenta y “más profunda” (al interior del objeto) + ataque y el control del objeto + identificación + establecimiento de una relación narcisista con el depositario de lo proyectado. Pese a estas distinciones apuntadas, Klein no fue sistemática en el uso de las mismas: era bastante frecuente que a partir de K_3 utilizara ambas expresiones indistintamente.

Para el autor de esta tesis, el meollo de la cuestión residió en los *usos* que hizo de ambas y las *funciones* que Klein le atribuyó a cada una. Es cierto que la proyección, tal como la empleaba desde K_1 tenía entre sus valencias semánticas el transporte de partes previamente escindidas del yo, aspecto éste que no estuvo taxativamente presente en Freud.²⁶ Pero a la I. P. se le adscribieron funciones identificatorias (centrífugas respecto del yo) y de narcisización de las relaciones; éstas no

existieron con anterioridad. Por lo tanto puede decirse que la I. P. implicó, a la vez, continuidad y salto conceptual.

Tras la introducción de la I. P. ¿cambiaron las funciones del objeto en la estructuración psíquica del niño? La respuesta ha de ser en este caso negativa, con algunos pocos matices que vendrían a añadirse a partir de 1952 con la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo. En realidad fue Bion quien dio pasos en otra dirección, en un intento de evadir los impasses teóricos de Klein, al postular la función *continente* de la madre, mediante la cual ella metabolizaba los elementos beta que el niño expulsaba.

La identificación introyectiva, en cambio, cumplía funciones estrictamente estructurantes. Cotejada con Freud sería una redundancia denominarla así, en tanto cada identificación suponía para él una introyección –o incorporación– previa. Con la creación de la I. I. Klein reequilibró su sistema teórico, demasiado inclinado hacia los procesos proyectivos. Esta potente bomba expulsiva yoica dotaba de fuerza al movimiento de retorno hacia el mismo yo, vía introyección y/o identificación introyectiva. Esto, más allá de si Klein pensaba que el yo tenía *sed identificatoria*; es decir, si existía en él una tendencia activa a llevar a cabo introyecciones. En todo caso estas últimas serían concebidas en el sentido ferencziano del vocablo, que es como ella lo utilizó inicialmente: una especie de anexión colonialista del yo respecto de los objetos. (Véase II, 2.6.2.1).

La escisión, la idealización y la negación, defensas tempranas asociadas a la I. P., fueron estudiadas con detalle en tres apartados de II, 3.3.; allí se remite. Según *NAME*, la escisión era sustituida posteriormente por un mecanismo más complejo: la represión.

8.3.3. La puerta giratoria

A los efectos de construir una teoría de la identificación que tuviera carácter estructurante de lo psíquico Klein tuvo que discriminar entre las formas claramente patológicas de la I. P. –que fueron las inicialmente descritas por ella– y otras, más atenuadas o “normales”. Ese movimiento tuvo lugar promediando K_3 . Ello supuso restarle poder patógeno a la identificación proyectiva –caso contrario la hubiera quedado exclusivamente en el territorio de la psicopatología– para otorgarle presencia y funciones en el contexto del desarrollo evolutivo “normal”. El pivote que permitió tal giro fue, paradójicamente, la modificación introducida en su concepción sobre la escisión: describió formas más atenuadas de la misma, seguidas de identificaciones proyectivas menos extremas.

Podría establecerse un símil: la I. P. y la I. I. funcionarían a la manera de una puerta giratoria de un edificio: conectan el interior con el exterior y viceversa. En lógica kleiniana, lo que sale debe retornar, para evitar el vaciamiento del yo. La metáfora utilizada remite a una concepción topográfica –no topológica– del espacio psíquico, que es la predominante en Klein. Tal enfoque, en que el adentro y el afuera quedan claramente diferenciados y tabicados está presente también en la teoría freudiana, aunque ambos espacios entraban en contacto mediante mecanismos que los interrelacionaban (véase I, 2). Klein hizo suya esta concepción y, a los mecanismos heredados del vienés, hechos propios con diferencias, agregó otros nuevos; entre los más significativos: la I. P. y la I. I. Ellas conectaban a doble vía el mundo interno con el externo y, a la par, mantenían una separación entre ambos. La referencia a “dos mundos”, el interno y el externo, tan frecuente en el lenguaje kleiniano, corroboraría esa idea. La fuerza para activar esa puerta giratoria provenía de la I.P. (*outputs*), que a su vez la recibía de las tendencias instintivas; pero ella se hacía extensiva a los *inputs*; es decir, a los movimientos de materia psíquica de sentido inverso: desde el objeto al yo, vehiculizada a través de la identificación introyectiva. Pese a estos intercambios, la concepción del espacio seguía siendo topográfica en Klein.^{27*}

8.3.4. Pasaje desde mecanismo de defensa a proceso organizador de la mente

Se lo pudo apreciar: la I.P. no apareció *explícitamente* definida como un mecanismo estructurante de lo psíquico; ni en *NAME* ni en otros artículos posteriores, que luego se comentarán. Klein subrayó especialmente su carácter de un mecanismo de defensa frente a la ansiedad persecutoria, aunque mencionó su participación en el *desarrollo* normal y anormal. En realidad,

esas funciones estructurantes fueron notoriamente otorgados a la introyección –en K_1 y K_2 – y a la I. I. en K_3 . Esta última tomó a su cargo el establecimiento en la psique de todas las variedades de objetos internos. Pero ambas modalidades internalizadoras no eran operativas si previamente no ha actuado la escisión, la proyección y la identificación proyectiva. Podría acuñarse el siguiente aforismo para su teoría: la introyección y la identificación introyectiva recogían e introducían en el mundo interno aquello que la proyección y la identificación proyectiva dispersaban por el mundo externo. La función estructurante –es decir: la formación del aparato psíquico–, aparecía más claramente asociada a los procesos introyectivos que a los proyectivos, en el bien entendido de un accionar siempre sinérgico de ambas. Por otra parte, la operatividad de ambas en el seno de las posiciones, les otorgó un plus de función estructurante de lo psíquico, en tanto la PEP y la PD fueron explícitamente consideradas organizadoras del desarrollo evolutivo. (Véase II, 3.1).

Que concibiera la identificación proyectiva como un mecanismo de defensa se explica porque el eje de sus preocupaciones clínicas y teóricas fue la angustia. Esto la diferenció de Fairbairn, tal como ella mismo lo señaló con claridad en *NAME*. (Véase también II, 2.2.6.4). En ese escrito suyo puso un doble acento en la identificación proyectiva: la consideró una modalidad de la defensa pero a la vez un mecanismo de ataque. O, dicho más sintéticamente: la defensa conllevaba ataques al objeto; era bifronte: se desembarazaba la angustia y, como consecuencia, se agredía o atacaba al objeto en la fantasía. Pero la ansiedad así aliviada se regeneraba: surgía de manera inmediata el temor a la retaliación. Se crea así un círculo vicioso inacabable de no mediar otros procesos mentales amortiguadores, que permiten el pasaje a la posición depresiva.

A la espera de esos momentos pacificantes, la descripción que hizo Klein del bebé lo mostraba inmerso en luchas virulentas, utilizando sus proyecciones y fantasías inconscientes para atacar al pecho persecutorio, objeto que aunque construido por sus propias proyecciones, no dejaba de ser percibido como muy hostil. Klein describió el clásico circuito cerrado y retroalimentado de lo paranoide/paranoico, [véase *supra*, en 8.2., el fragmento (VII)] que ya había sido perfilado por Freud, pero afirmando su existencia desde los primeros días de vida del bebé. Éste devoraba, chupaba, vaciaba, mordía, arrancaba con los dientes exprimía, vampirizaba; a estas performances orales se le sumarían, de manera rápida, las acciones originadas en otras fuentes instintivas, que tenían fines propios: dañar con las heces, quemar con orinas el interior del cuerpo de la madre, controlar y tomar posesión del objeto, etcétera. Todas ellas eran formas de atacar al objeto en la fantasía. Dada la transitividad propia de estas organizaciones fantaseadas, todo lo descrito retornaba al yo, creando y recreando escenarios dantescos. Lacan, conocedor de estas ideas kleinianas, las tuvo en cuenta al redactar su segunda versión del estadio del espejo, que tenía como uno de sus efectos, instalar a *su* yo en el “conocimiento paranoico” y lo hizo constar explícitamente en *De nuestros antecedentes* (1966).^{28*} Salvando todas las diferencias de ambos contextos teóricos, las descripciones kleinianas encajaban perfectamente en el registro imaginario de Lacan.

La PEP no se reducía sólo a este toma y daca de lo hostil; también lo libidinal y amoroso se proyectaba e introyectaba tempranamente, creando otro circuito similar aunque disociado del anterior, por el que circulaba la pulsión de vida, la gratificación, los sentimientos amorosos, las idealizaciones [léase *supra*, cita (IX)]. La circulación de materia psíquica por esa otra pista, a velocidades y ritmos adecuados, facilitaba la integración del yo. Los excesos y los déficits de estos dos circuitos presentes en ambas posiciones generarán, nuevamente, efectos sintomáticos.

Ahora bien, en sentido estricto, el vaivén entre identificación proyectiva e introyectiva, tal como lo postuló Klein no consistía en *intercambios* de materia psíquica entre los protagonistas de la relación. Lo que circulaba pertenecía en exclusiva al bebé. Esta perspectiva es la preponderante en su teoría –de ahí que se la haya calificado de endogenética y *ptolomeica*–.²⁹ El bebé no sólo era el punto de partida y de retorno de esa materia psíquica sino el centro neurálgico de todas esas proyecciones, introyecciones y re-proyecciones. El tráfico era a doble vía, pero lo que circulaba pertenecía al niño. Lo característico de Klein, con las debidas excepciones, fue haber perfilado una madre que funcionaba como pantalla sobre la que rebotaban las proyecciones del hijo, pero ella no aparecía implantando rasgos psíquicos propios en su vástago. Fueron especialmente Winnicott y Bion quienes, dentro de la escuela inglesa, criticaron este aspecto de la teoría kleiniana, y plantearon que el objeto materno tenía funciones que cumplir en relación a las proyecciones del lactante.

Bion postuló la idea de que toda vida psíquica se originaba gracias a la participación de otra vida psíquica; atribuyó a la madre la capacidad de *reverie* para procesar los elementos beta que el hijo depositaba en ella y para –I. P. mediante–, fantasear sobre la vida psíquica de su bebé. Winnicott, con su concepto de *madre suficientemente buena* apuntó en la misma dirección: la participación del medio ambiente en la psiquización del bebé.³⁰

Se retornará a Klein. En sus textos ella señaló preponderantemente los aspectos agresivos de la I. P. Lo dijo con todas las letras en *NAME*, donde la caracterizó como prototipo de una relación agresiva que, de rebote, acentuaba la ansiedad paranoide; reiteró la misma idea cuando se refirió a ella como una forma de control y dominio del objeto; amplificó ese aspecto cuando insistió en sus aspectos intrusivos e invasores dentro del objeto y también, cuando nombró los variados efectos perniciosos que sobre el desarrollo del yo y sobre las relaciones con los objetos pueden determinar su uso... *exacerbado*. Lo volvió a repetir en todos sus escritos posteriores.

Por supuesto, ella afirmó también –como fue recordado antes– que el bebé proyectaba partes buenas y que establecía vínculos amorosos con el objeto; asimismo dijo que la I. P. solía servir a los fines de comunicar y empatizar con el objeto, pero lo cierto es que esas facetas no fueron tan mencionadas ni desarrolladas como las del primer tipo. Otro aspecto interesante a destacar es lo que podría llamarse el *gradualismo*: desde las formas más simples de proyección hasta la identificación proyectiva con todas sus variantes. Dentro de estas últimas el abanico se extendía desde las formas más atenuadas –siempre dentro de un contexto agresivo– hasta las muy exacerbadas, que podían dar pie a organizaciones psicóticas: esquizoidías, esquizofrenias, paranoias, etc. Cabría subrayar que la proyección kleiniana –a diferencia de la freudiana– estaba más asociada a la analidad que a la oralidad. El gradualismo comentado aparece también en la nosografía: *continuum* neurosis–psicosis.

En síntesis: resulta claro que en la época de su introducción –principios de K₃–, el concepto de identificación proyectiva fue entendido más como una modalidad de la defensa y un modo de establecer relaciones narcisistas de objeto que como un mecanismo estructurante de lo psíquico. Sólo las formas benignas de escisión que darían cierto carácter “normal” a la I. P. cumplirían tales funciones estructurantes.

Conviene recordar que en *NAME* [fragmento (X), en 8.2.] también describió la I. I. pero no la denominó identificación introyectiva; esto ocurrió años más tarde en *CTEL* (1952).³¹ En el primer artículo mencionado, después de afirmar que los impulsos oral-sádicos hacia el pecho de la madre eran activos desde el nacimiento y se hacían más intensos con la dentición (canibalismo), sostuvo que en estados de frustración las tendencias instintivas recién descritas se reforzaban y el niño acababa incorporando un pezón y un pecho hecho pedazos.

“De esta manera, junto a la división entre un pecho bueno y uno malo en la fantasía del niño, el pecho frustrador-atacado en fantasías sádico-orales es sentido como hecho pedazos mientras que el pecho gratificador, incorporado bajo el dominio de la libido de succión, es sentido como completo. Este primer objeto interno bueno actúa como un punto central del yo. Contrarresta los procesos de escisión y dispersión, contribuyendo a la cohesión e integración y constituye un factor en la construcción del yo.” (OCKPA, vol. 3, p. 257).

Este objeto gratificador, asociado a la identificación introyectiva e incorporado gracias a la libido de succión no era el objeto idealizado de la posición esquizo-paranoide, sino otro: un objeto entero, completo, que no había sido disociado previamente. Éste era introyectado bajo el predominio del instinto de vida. Este objeto bueno, que actuaba como un núcleo central del yo fue considerado en *NAME* –y en escritos posteriores–, de suma importancia para un desarrollo normal, según se expondrá en II, 9.5. En síntesis: la introducción del concepto de I. P. produjo, entre otros efectos, el surgimiento de otro mecanismo estructurante y funcional: la I. I., que vino a complementar y/o sustituir a las introyecciones “a secas”, que había utilizado con anterioridad a 1946. Se podrá observar nuevamente la tendencia a las simetrías y a los reequilibrios en la teoría kleiniana.

8.4. La polaridad integración-desintegración

El primer término de este par estuvo siempre asociado en su obra al *desarrollo evolutivo*; éste tendería a la integración de la psique; concomitantemente, se reduciría la disociación. Klein

ideó un modelo de aparato psíquico diferente al concebido por Freud y Lacan. Tomó la forma de una población (o asamblea) de objetos internos que interactuaban entre sí. Esta perspectiva tuvo algunos puntos de contacto con las descripciones freudianas sobre las relaciones intrapsíquicas entre el yo y el superyó. El punto de partida de ella fue el siguiente: el yo, cuando el bebé llegaba al mundo tenía escasa integración y, a lo largo de la evolución –sobre todo si no hubo grandes tropiezos o patologías en juego– iba adquiriendo cohesión. De ahí que para referir sintéticamente los avances evolutivos del niño, valorara el grado de cohesión psíquica. Claro está que dicha integración no suele ir en aumento rectilíneo; la organización de la mente del niño supone siempre alternancias de integración y desintegración, incluso pueden atravesarse momentos de desmoronamiento psíquico. La tendencia a la integración dependió siempre en Klein de factores internos y externos, pero ella otorgó un especial peso determinante a los internos, entre ellos, los *constitucionales*. En *NAME*, en la nota al pie de la p. 256 sostuvo:

La mayor o menor cohesión del yo en el comienzo de la vida posnatal debe considerarse en conexión con la mayor o menor capacidad del yo para tolerar ansiedad, la cual, como ya sostuve (*El psicoanálisis de niños*; OCKPA, vol. 1, p. 65) es un factor constitucional. Pienso que esas fluctuaciones son características de los primeros meses de vida.

Allí mismo afirmó que estos movimientos alternantes eran particularmente evidentes en la PEP. Con anterioridad, el movimiento hacia la unificación acontecía significativamente en la etapa depresiva. La tendencia excesiva a la desintegración y dispersión puede ser importante en los niños que desarrollaban una esquizofrenia (p. 257).

“En lo que se refiere a la personalidad normal puede decirse que el curso del desarrollo del yo y de las relaciones de objeto depende del grado en que pueda lograrse un óptimo equilibrio entre la introyección y la proyección en los estadios tempranos del desarrollo. Esto a su vez influye en la integración del yo y de los objetos internos.” (p. 262).

En la polaridad que se está comentando se perfilaban claramente las dos tendencias instintivas conocidas, a las que también adscribió caracteres constitucionales (innatismo): el instinto de vida favorecería la integración mientras que Tánatos empujaba hacia el polo opuesto; ambos instintos se manifestaban desde el nacimiento del bebé en concordancia con sus *quantum* congénitos (véase II, 10. 1.1.y II, 10.1.2). A mayor intensidad de Eros más predisposición a un desarrollo evolutivo normal. Como ya se dijo anteriormente, Klein asoció a Eros: la introyección, la identificación introyectiva y la integración, mientras que la proyección, la identificación proyectiva y la desintegración actuaban sintónicamente con Tánatos.

Hanna Segal insistió en que el bebé, si bien atravesaba por periodos de ansiedad propios de la PEP, no estaba constantemente en estado de angustia ni, por lo tanto, luchando para desembarazarse de ella. Por el contrario, pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, mamando, disfrutando de placeres reales o alucinados y asimilando gradualmente su objeto ideal e integrando su yo. (OCKPA, vol. 1, p. 39).

8. 5. Desarrollos sobre la identificación proyectiva en la última parte de su obra (K₃)

Se hará un seguimiento de la I. P. en los textos más significativos de ese período:

8.5.1. *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante* [CTEL (1952)]

8.5.2. *Sobre la identificación* [SI (1955)]

8.5.3. *Envidia y gratitud* [EyG (1957)]

8.5.4. *Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia* [MARI (1959)]

8.5.5. *El sentimiento de soledad* [SS (1959)]

8.5.6. *Relato del psicoanálisis de un niño* [RPN (1961)]

8.5.7. *Algunas reflexiones sobre “La Orestíada”* [ARLO (1963)]

8.5.1. Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante [CTEL (1952)]

En este artículo, quizá uno de los más sistematizados que ella escribió, introdujo un cambio en su teoría que tuvo implicancias directas con el tema central de esta tesis: estableció un cierto equilibrio entre la I. P. y la I. I. en los procesos de formación de la mente infantil. La I. P. comenzó a salir de su cauce psicopatológico para convertirse, junto con la I. I., en un factor estructurante de la psique y en un componente importantísimo del cuaternario que sostenía a la TIK.³² Podría considerarse que en *CTEL* equilibró su tendencia a referirse mayoritariamente a los procesos proyectivos, incluyendo de más en más a los introyectivos. Así, pues, reguló el fiel de su balanza teórica: sin el retorno de la materia psíquica proyectada el yo se vaciaría; era necesario que de *manera explícita* apareciera en sus escritos una fuerza contraria a Tánatos en la vida psíquica.

Buena parte de estos reajustes –que también se expusieron en otro artículo canónico de 1952: *OCB*– se debieron a la introyección del objeto bueno –entero, completo, no disociado previamente– en el núcleo del yo que, una vez implantado, se convertía en un factor trófico y estimulante del desarrollo evolutivo.³³ Quedaron bien perfilados dos circuitos retroalimentados y *coexistentes* que, sin haber sido adjetivados por Klein como a continuación se propondrá, podrían considerarse vicioso uno y virtuoso el otro: a mayor *quantum* de Tánatos, más odio, envidia y angustia; más intensas las identificaciones proyectivas por el intento del lactante de desprenderse de la ansiedad, mayor desintegración. En el otro círculo: Eros y su tendencia a la unificación; a ella se sumaba el amor, la gratitud y la presencia del *objeto bueno entero y completo*, que promovería I. P. menos violentas seguidas de identificaciones introyectivas integradoras dirigidas hacia el núcleo del yo. En el apartado siguiente se ampliarán las facetas de ambos círculos y se presentarán un par de esquemas que condensarán éstas y otras ideas al respecto.

En *CTEL* señaló también algunos factores de los que dependía la buena marcha de la evolución: refirió un equilibrio óptimo entre proyecciones, introyecciones e integraciones; un incremento de los procesos proyectivos perturbaría la integración del yo; en cambio, la repetición de experiencias gratificantes con el pecho y con la figura materna introduciría una cierta pacificación en la vida de este pequeño gladiador, otorgándole seguridad y tal vez cierta sensación de tener un aliado protector.

Hubo otro tema que siguió permaneciendo en un cono de sombra: el rol jugado por el psiquismo de la madre o, más ampliamente, la influencia del entorno objetal, para que aconteciera un adecuado desarrollo psíquico. Si se buscaría conocer su opinión al respecto habría que leer o bien entre líneas o bien en las notas al pie; allí se encontraría que el amor y comprensión de la madre favorecerían la integración. [Véase la nota (XIII) que se cita supra, en 8.2]. Cuanto menos, podría decirse que la influencia de factores ligados al mundo externo no fue excesivamente teorizado por ella; en cambio, se percibía que lo constitucional era para ella un elemento de peso.

A continuación se presentarán un par de citas de *CTEL* que mostrarán sus concepciones sobre la I.P. y la I. I. por entonces como así también referencias parciales a elementos de los dos circuitos mencionados:

“En estas distintas fantasías el yo se posesiona por proyección del objeto externo -en primer lugar de la madre- y lo transforma en una extensión del yo. La identificación por introyección y la identificación por proyección parecen ser procesos complementarios. Los procesos que subyacen a la identificación proyectiva operarían ya en la primitiva relación con el pecho. El mamar como acto de “vampirismo”, el vaciamiento del pecho, se desarrollan en la fantasía del bebé como un abrirse camino dentro del pecho y luego dentro del cuerpo materno. Por lo tanto la identificación proyectiva empezaría simultáneamente con la voraz introyección oral-sádica del pecho. Esta hipótesis concuerda con la opinión a menudo expresada por mí de que la introyección y la proyección interactúan desde el principio de la vida.” (OCKPA, vol. 3, p. 184).

Cabría destacar que al principio de esta cita se refirió a las identificaciones proyectivas e introyectivas, y finalizó la frase –sin cambiar de tema–, aludiendo a la introyección y proyección como si fueran sinónimos de las recién nombradas. Interesante remarcar en esta cita la relación de continuidad que estableció entre el yo y los objetos; éstos últimos se transformaban en una

extensión del primero y se generaba, así, una indiscriminación –narcisista– entre el yo y el objeto. Más adelante, en las pp. 184-185, sostuvo:

“La introyección de un objeto bueno estimula la proyección de sentimientos buenos hacia el exterior y esto, a su vez, por reintroyección, fortalece el sentimiento de poseer un objeto interno bueno.”

En sus textos posteriores profundizó en esta línea de sus pensamientos.

8.5.2. *Sobre la identificación [SI (1955)]*

En este artículo de psicoanálisis aplicado³⁴ volvió sobre la I. P., para ilustrarla a través de fragmentos de la novela de Julien Green titulada *Si yo fuera usted*. En la introducción de *SI* hizo referencia a *Duelo y melancolía* (1915) de Freud, escrito que marcó el comienzo de las investigaciones sobre el rol de la identificación en la conformación del aparato psíquico en la primera infancia.³⁵ Siguió luego con una extensa puesta al día sobre sus propias ideas acerca de la formación del aparato psíquico durante las fases tempranas del psiquismo para centrarse luego en lo que ella había escrito en *NAME* (1946) sobre la PEP y la I. P. También volvió sobre sus primeros hallazgos clínicos expuestos en *Psicoanálisis de niños* (1932); fue en la descripción de los casos de niños tratados en los comienzos de su práctica que refirió las fantasías e impulsos infantiles orales, uretrales y anal-sádicos de atacar el cuerpo materno, incluyendo la proyección de excrementos y partes del yo en ella. Estas descripciones fueron en algún sentido los precursores de la identificación proyectiva que explicitó en 1946. En *SI* se explayó también, sobre las identificaciones yoicas y superyoicas y, como era su costumbre, sobre la proyección e introyección, aunque sin determinar claramente qué diferencias habría entre ellas y los usos de esos mecanismos en asociación con la palabra identificación.

Entre *NAME* y *SI* se produjeron cambios importantes en la conceptualización de la I.P. En el primero de los artículos mencionados la I. P. estaba centrada en torno a posesionarse, atacar y controlar el pecho y el cuerpo materno, aunque también mencionó que se proyectaban partes buenas del yo. En los comentarios formulados en el apartado anterior sobre *CTEL* y *OCB* comenzaron a perfilarse cambios importantes, que se profundizaron aún más en *SI*: Klein extendió el área de influencia de la I.P. más allá de la psicopatología y de lo arcaico; convirtió a la I. I. y a los procesos introyectivos en general en factores importantísimos del desarrollo evolutivo; la sinergia entre I.P. e I. I. devino la sístole y diástole del psiquismo; ambas empezaron a formar parte del funcionamiento normal de la psique y quedaron convertidos en mecanismos que operaban vitaliciamente. Aunque mantuvo la existencia de formas extremas y patológicas de I. P., sus formas normales eran benignas y ya no conducían al empobrecimiento del yo sino que podían enriquecerlo.

Extendió la presencia de la I. P. a la vida cotidiana de cualquier persona adulta. Ejemplo de esto fue haberla postulado como fundamento del fenómeno de la empatía.

“[...] el mecanismo proyectiva que fundamenta la empatía es familiar en la vida diaria.” [...] Sugerí la denominación de identificación proyectiva para estos procesos que forman parte de la posición esquizo-paranoide.” (OCKPA, vol. 4, p. 303)

Renglones más abajo, reafirmó sus principales ideas sobre la I. P. poniendo el acento en las cualidades específicas de la escisión o disociación previa a la proyección:

“La identificación proyectiva se vincula con procesos evolutivos que aparecen durante los tres o cuatro primeros meses de vida (la posición esquizo-paranoide) cuando la disociación es máxima y la ansiedad persecutoria predomina. El yo se encuentra todavía en gran medida no integrado y es susceptible por ende de disociarse, así como disociar sus emociones y sus objetos internos y externos, pero la disociación es también una de las defensas fundamentales contra la ansiedad persecutoria. La identificación por proyección implica una combinación de la disociación de partes del yo y de la proyección de las mismas sobre (o mejor en) otra persona. Estos procesos tienen muchas ramificaciones e influyen fundamentalmente en las relaciones objetales.” (OCKPA, vol. 4, p. 303)

Como ya se ha anticipado, las novedades más importantes de *SI* estuvieron relacionadas con la introyección del *objeto bueno, entero y completo* en el núcleo del yo. Correlacionó estas ideas con la integración de la instancia yoica y con la *capacidad ínsita de amor*. La I. I. ya tenía por entonces un lugar asegurado en su doctrina.

Con lo descrito como telón de fondo conceptual se hará un rodeo por el texto literario.

El relato de Julien Green le vino a Klein como anillo al dedo para ilustrar la identificación proyectiva, porque el personaje central del relato –Fabián Especel–, joven huérfano y enfermizo, que aborrecía su destino, quería ser otro. Para tales fines hizo un pacto secreto con el Diablo, que le concedió esa posibilidad. Esta línea narrativa central de la ficción le sirvió en bandeja a Klein la posibilidad de entender –en clave de identificaciones proyectivas– las sucesivas transformaciones de Fabián en otros personajes. Su padre, muerto ya, había despilfarrado su dinero en el juego y en aventuras con mujeres. La madre, mujer muy devota y a la vez fría y distante, intentaba imponer sus convicciones al hijo.

El matrimonio había sido un fracaso y el único vástago –Fabián– resultó ser una persona triste, alicaída, descontenta con su situación y con su aspecto físico. Le había resultado imposible establecer una pareja por lo que se sentía carente de amor y también de amigos. Padecía una enfermedad cardíaca, al igual que su padre, que había muerto a causa de ella.

La novela, de tintes pedagógicos, relató las sucesivas mutaciones de personaje principal: primero, se convirtió en Poujars, su jefe; luego, en Paul Esménard y en Emmanuel Fruges; por último, en el joven Camille. A ellos se sumaron dos intentos más que no llegaron a concretarse: con George, un niño de seis años, y con Elise, muchacha que formaba parte del círculo íntimo de Camille.

En todos los casos asumía la identidad de sus personajes, pero acababa sintiéndose como aprisionado en ellos. Aunque buscaba apoderarse de lo que envidiaba de ellos, siempre terminaba encontrándose con las características y las limitaciones de esas personas. Entonces sentía la necesidad de retrotraer la transformación y volver a ser quien era. Finalmente, acabó por reconciliarse consigo. En ese estado y sintiéndose sobrecogido por una extraña sensación de felicidad, murió.

Klein, en su texto, siguió las aventuras y desventuras del personaje a través de los múltiples e interesantes comentarios psicológicos que J. Green hizo de él. No son, justamente, esos aspectos los que interesan más al tema de esta tesis, por lo tanto se colocará el foco en algunas precisiones que ella hizo en el apartado final de este artículo, que se refieren a las identificaciones proyectivas de Fabián. Las desgranó enfocando la cuestión desde tres ángulos: a) la relación con las partes disociadas y proyectadas de la personalidad; b) los motivos de la elección de la persona con la que se realizaba la identificación proyectiva, y c) en qué medida la parte proyectada quedaba sumergida en el objeto o adquiría control sobre él.

En cuanto a lo primero, comentó, que las personas que implementaban ese mecanismo solían tener la sensación de que las partes proyectadas en el objeto dejaban de pertenecerle, quedaban extrañadas, desterradas de su yo; eso les producía también la vivencia de empobrecerse. No saber dónde han ido a parar las partes dispersadas en el mundo exterior era, asimismo, fuente de ansiedad.

Respecto de b), Klein especificó las elecciones de Fabián de la siguiente manera: proyectarse en Poujars implicaba querer volverse rico y poderoso robarle todas sus posesiones y castigarlo. Incluía el deseo de fustigar a su propio padre. La crueldad de su jefe representaba la propia crueldad de Poujars. Mediante la conversión en Esménard lograba proyectar sus tendencias destructivas.

Continuó luego comentando las identificaciones proyectivas con Fruges y Camille. Adujo que los motivos de tales elecciones habían sido variados: sobre todo, la voracidad y la envidia –temas que hicieron su aparición con fuerza en *SI*, preanunciando lo que desarrollaría extensamente dos años más tarde en *EyG* (1957)–; también refirió como causas: el anhelo de inmortalidad de Fabián (tal vez alimentado por su estado enfermizo), su afán de hacerse con las facetas idealizadas de los otros y, a la vez, proyectar en ellos aspectos suyos que le desagradaban. En las páginas

siguientes generalizó estos motivos, señalando que la consumación de una identificación proyectiva implicaba dos etapas:

“[...] a) hay una cierta base común [con el objeto elegido], b) la identificación se produce. Pero tal proceso como lo observamos en nuestra labor analítica no está tan dividido.

Porque la sensación individual de tener mucho en común con la otra persona es concomitante con la proyección de sí mismo en esa persona (y lo mismo se aplica a la introyección). Estos procesos varían en intensidad y duración y de estas variaciones dependen la fuerza y la importancia de las identificaciones y sus vicisitudes. A este respecto deseo llamar la atención hacia el hecho de que mientras los procesos que he descrito parecen operar simultáneamente, debemos considerar con cuidado en cada estado o situación si, por ejemplo, la identificación proyectiva tiene primacía sobre los procesos introyectivos o viceversa.” (OCKPA, vol. 4, p. 330; lo que está entre corchetes es mío).

En cuanto al tercer punto (c), Klein sopesó, tomando siempre como referente al relato de Julien Green, la intensidad con que operaba la disociación y la proyección de Fabián en cada una de sus identificaciones proyectivas.

“A grandes rasgos sostengo que el grado en que el individuo siente su yo sumergido en los objetos con que se ha identificado por proyección o introyección, es de la mayor importancia para el desarrollo de relaciones objetales y determina también la fuerza o debilidad del yo.” (OCKPA, vol. 4, p. 331).

En *SI* (1955) relacionó también la identificación proyectiva con el enamoramiento y con la relación de los miembros de una masa con el líder. Se manifestó partidaria de las tesis de Freud expuestas en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1920), aunque un cotejo con las identificaciones que allí describe mostrará diferencias muy marcadas con como las entendió Klein, por medio de su I. P.

Para señalar las disparidades más importantes se recordará que el componente proyectivo de la identificación en el seno de las masas se reducía, según Freud, a colocar el Ideal del yo de cada uno de los miembros del grupo en el líder, identificación ésta que contenía ingredientes narcisistas importantes. Por otra parte, el vienés postuló una identificación “horizontal”, yoica, entre todos los miembros del grupo. En *SI* no faltaron opiniones sobre la I. I.:

“Quisiera agregar algo a mi trabajo sobre `Notas sobre algunos mecanismos esquizoide´. Sugeriría que un objeto bueno establecido con seguridad, que implica un amor por el mismo seguramente establecido, proporciona al yo un sentimiento de riqueza y abundancia que permite una efusión de libido y una proyección de partes buenas del yo en el mundo externo, sin que surja un sentimiento de depleción. El yo puede sentir entonces que es capaz de reintroyectar el amor que ha repartido, así como incorporar bondad de otras fuentes, y de este modo enriquecerse con todo el proceso. En otras palabras, en tales casos hay un equilibrio entre el dar y el recibir, entre proyección e introyección.

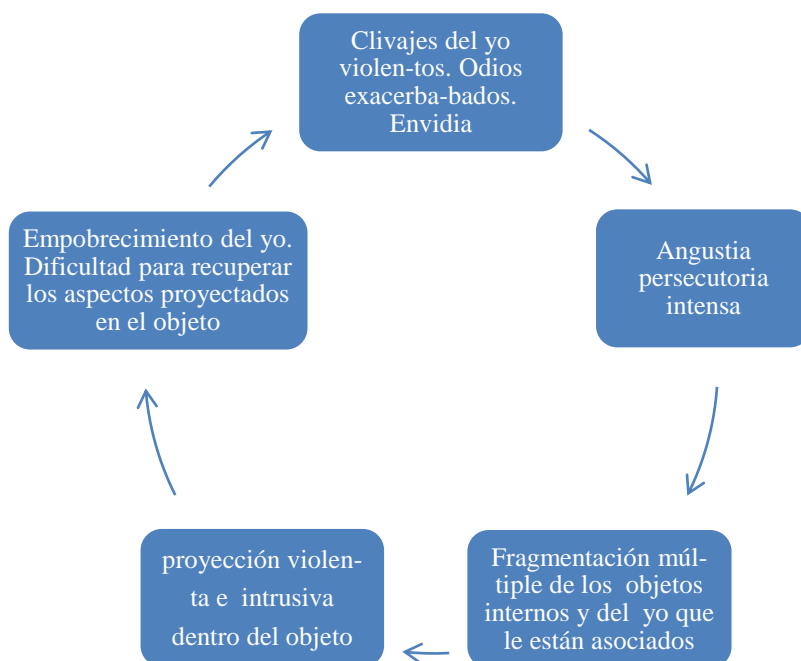
Además, cada vez que es incorporado un pecho indemne, en estado de gratificación y amor, esto afecta los modos en que el yo disocia y proyecta. Como he sugerido, existen una variedad de procesos disociativos (acerca de los cuales nos queda todavía mucho que averiguar) y su naturaleza es de gran importancia para el yo. El sentimiento de contener un pezón y un pecho indemnes -si bien coexiste con fantasías de un pecho devorado, por ende en pedazos- tiene como efecto que la disociación y la proyección no estén *predominantemente* relacionadas con partes fragmentadas de la personalidad, sino con partes más coherentes del propio yo. Esto implica que el propio yo no está expuesto a un fatal debilitamiento por dispersión, y por esta razón es más capaz de contrarrestar repetidamente la disociación y alcanzar la integración y la síntesis en su relación con los objetos.

Recíprocamente, el pecho introducido con odio y por ello vivido como destructivo, se convierte en el prototipo de todos los malos objetos internos, impulsa al yo a una mayor disociación y deviene el representante interno del instinto de muerte.” (OCKPA, 4, pp. 304-305).

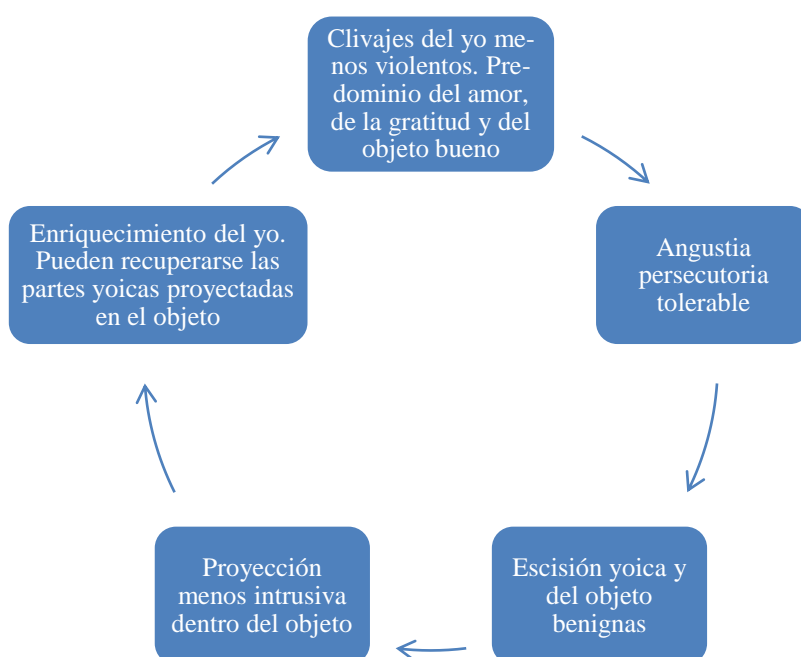
A modo de resumen de los avances teóricos se insertará un par de esquemas que condensan buena parte de las ideas de K₃ respecto del funcionamiento psíquico temprano; ambos circuitos operaban simultáneamente.

La descripción completa o fragmentaria de estos círculos destructivos y erógenos – libidinales– ocuparon muchas páginas de casi todos sus escritos.

EFFECTOS DE TÁNATOS



EFFECTOS DE EROS



8.5.3. *Envidia y gratitud* [EyG (1957)]³⁶

Publicado como libro, contiene una versión ampliada de una ponencia que hizo en el XIX Congreso Internacional de Psicoanálisis, realizado en Ginebra, en 1955 y que llevó por título “Un estudio sobre la envidia y gratitud”. Su contenido fue considerado por muchos como su testamento psicoanalítico: algo así como sus últimas voluntades teóricas, dado que la introducción a gran orquesta del concepto de envidia primaria supuso implícitamente un reacomodamiento de muchos conceptos creados previamente.³⁷ Lo mismo cabe decir respecto del acento y subrayado que volvió a poner sobre la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo, apenas esbozada en *NAME* (1946), claramente expuesta en *CTEL* y *OCB* (1952), recordada en *SI* (1955) y ampliada en sus

efectos en el escrito que ahora se está comentando. En *EyG* (1957) vuelve a enfatizar los factores constitucionales que influían en el desarrollo evolutivo, con el consiguiente refuerzo de sus posturas endogenetistas.

En este pequeño libro trató muchos temas, pero en lo que a la I. P. respecta sostuvo que la envidia condensaba todos los aspectos destructivos de la I. P. Las formas envidiosas y arcaicas de la I. P. podrían llevar al extremo la indiferenciación narcisista en las relaciones de objeto o entre el mundo interno y el externo, con la consiguiente aparición de una ansiedad intensa y específica del estado patológico descrito, a la que denominó junto con H. Rosenfeld angustia *confusional*. La I.P. vehiculizaba la envidia primaria hacia los objetos; de ahí el carácter proyectivo que le otorgó a la envidia, a diferencia de la voracidad, que ligó a los procesos introyectivos.

El volumen en cuestión otorgó un primerísimo lugar al concepto de “pecho” con lo que el complejo de Edipo y la relación con el padre fueron perdiendo importancia. *El avant-coup* que caracterizó a su teoría alcanzó las cotas más altas: orocentrismo, relación privilegiada con el pecho y con la madre; las relaciones objetales posteriores resultaban cada vez más dependientes de los primeros vínculos con el pecho.

Reafirmó sus conocidas tesis acerca de que el sadismo, la envidia y el odio exacerbados llevaban a la fragmentación y dispersión del yo y del objeto, con la posibilidad de no recuperar las partes del yo depositadas en los objetos con las consecuencias ya descritas del empobrecimiento yoico. Se explayó también sobre la identificación introyectiva y sobre el objeto bueno en el núcleo del yo, temáticas que ya fueron abordadas en el capítulo anterior –II, 7.4.1.– y que serán retomadas en el II, 9.5. y II, 9.6.

8.5.4. *Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia* [MARI (1959)]

No agregé elementos importantes sobre el tema que se está examinando pero incidí sobre un aspecto que no ha sido comentado hasta ahora en el contexto de esta tesis: los efectos derivados del tipo peculiar de proyección presente en la I. P. No se trataba de una proyección simple, “a la freudiana”, que consistía en colocar aspectos de la propia persona en los otros sino más bien de penetrar intrusivamente dentro del objeto, invadirlo y controlarlo, para apropiarse de algunos aspectos de su personalidad. Lo esencial en la I. P. sería la fantasía de penetración en el objeto, que perseguiría fines variados; los más habituales: apoderarse de algo que se desea o que se envidia del otro.. Esta segunda modalidad –descrita parcialmente *supra*, al comentar *SI* (1955)– conllevaba a que el sujeto se considerase a sí mismo como otro (a diferencia de la forma más sencilla de proyección en que, a la inversa, se considera al otro como yo).

En este artículo se hizo patente la basculación que Klein realizó progresivamente desde el vocablo `yo´ (*ego*) al término *self* o sí mismo, que comenzó a utilizar para denominar “el conjunto de la personalidad [que] no sólo comprende al yo, sino que incluye toda la vida pulsional designada por Freud por el término *ello*.” (Sobre esta cuestión véase II, 10.1.1).

8.5.5. *El sentimiento de soledad* [SS (1959)]

En este artículo en que refirió extensamente los factores externos e internos que influían en el incremento o disminución del sentimiento de soledad, introdujo un par de comentarios respecto de la I. P.: su interpretación de la claustrofobia a la luz de este mecanismo³⁸ y la participación del mismo en la capacidad de comprender y de ser comprendido. Respecto de la primera cuestión, afirmó:

“Me he referido a la necesidad obsesiva que experimentaba este paciente de estar al aire libre, necesidad que estaba vinculada a su claustrofobia. Como ha he explicado en otra ocasión, la claustrofobia tiene dos grandes fuentes de origen: la identificación proyectiva con la madre, que provoca el temor de quedar aprisionado dentro de ella; y la reintroyección, cuyo corolario es la sensación de que, dentro de sí mismo está aprisionado por los objetos internos vengativos. (OCKPA, vol. 6, p 184).

En caso de consumarse un I. P. que vehiculizaba aspectos valiosos imposibles de ser recuperados, se incrementaría la sensación de soledad y nostalgia por la vivencia de haber perdido

los aspectos ideales que fueron depositados en el objeto. No sería raro, entonces, que en esas situaciones se acabase idealizando al objeto depositario de dicha I.P. Esto a su vez aumentaría la distancia respecto del objeto, dificultando las reintroyecciones. Por esas vías se generaba un estado de dependencia respecto de dicho objeto.

En cuanto a la participación de la I. P. en la comunicación humana, expresó:

“En el momento de goce la ansiedad se apacigua y lo que prevalece es la contigüidad con la madre y la confianza en ella. La identificación introyectiva y la identificación proyectiva, cuando no son excesivas, desempeñan un papel importante en esta sensación de contigüidad, porque subyacen a la capacidad de comprender y contribuyen a la experiencia de ser comprendido.” (OCKPA, vol. 6, p 186).

8.5.6. *Relato del psicoanálisis de un niño [RPN (1961)]*

En este volumen, el quinto de las OCKPA, presentó sesiones del caso Richard, un niño de diez años. Ese análisis, que había expuesto parcialmente en *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas* (1945), fue reprocesado al final de su vida y constituyó su obra póstuma. En él transcribió el material que había recogido en las sesiones con el paciente y las notas que escribió durante el transcurso del mismo. Incluyó también dibujos del niño. Se trata de una serie completa de noventa y dos sesiones. Con esta obra quiso dejar constancia sobre su técnica de trabajo y, en términos más amplios, sobre su forma de instrumentar la teoría que ella había construido sobre el desarrollo evolutivo de los niños, normal y patológico. Se rescata para este contexto una parte de sus *Notas de la sesión número veinticuatro*, en la que se refiere a la I. P. Allí escribió:

“En esta misma hora había expresado ya, mediante el dibujo de la estrella de mar-imperio, la internalización voraz de la madre, de mí y de todo el mundo. Ahora, el borde rojo representa un proceso de identificación proyectiva. La parte ávida de sí mismo -la estrella- ha invadido a la madre, y la ansiedad que el niño siente, los sentimientos de culpa que padece y su simpatía, se refieren al sufrimiento de ésta, motivado tanto por la intrusión en ella como por el padre malo que la controla y daña desde adentro. En mi opinión, los procesos de identificación proyectiva y de la internalización son complementarios, y están en funcionamiento desde el principio de la vida posnatal, determinando de una manera vital las relaciones de objeto. El niño vivencia que incorpora a su madre con todos los objetos internos de ésta y también el objeto que entra en otra persona, es vivido como si llevara consigo sus propios objetos (y la relación que guarda con ellos). La exploración posterior de las vicisitudes por las que pasan las relaciones de objeto internalizadas, las cuales se encuentran en cada etapa relacionadas con procesos proyectivos, esclarece, a mi parecer, todo el proceso del desarrollo de la personalidad y de las relaciones objetales. (OCKPA, vol. 5, p. 119).

En principio nada especialmente nuevo respecto del tema en cuestión. En la cita aparece un término no demasiado usual en sus textos: *internalización*; ésta debería entenderse como una denominación que abarcaba genéricamente a todos los mecanismos que hacían ingresar materia psíquica en la mente del niño.³⁹ Por el contexto se deduce que con dicho vocablo se está refiriendo a la introyección o a la identificación introyectiva.

8.5.7. *Algunas reflexiones sobre “La Orestíada” [ARLO (1963)]*⁴⁰

Fue otro sus textos de psicoanálisis aplicado; en este caso, referido a la famosa tragedia de Esquilo. Klein comenzó su artículo resumiendo las tres partes de *La Orestíada*: Agamenón, Las Coéforas y Las Euménides. Después expuso su última versión –recuérdese el carácter póstumo de esta publicación– de sus conocidas ideas sobre la vida psíquica temprana, el desarrollo evolutivo infantil y sobre el complejo de Edipo y superyó, aspectos que no se detallarán aquí –se remite a las pp. 193-196 del vol. 6 de las OCPKA–, pero que constituyeron una excelente síntesis de su manera de concebir el desarrollo evolutivo. No hubo grandes novedades respecto de la I. P. en esas páginas y más bien pareció incluirla dentro de los genéricos procesos proyectivos en alternancia con los introyectivos. Después de exponer estas y otras ideas de su concepción, las aplicó a los personajes y discursos del drama. A partir de entonces desgranó interesantísimos comentarios que tocaron el tema central de esta tesis –la organización del psiquismo infantil–: la importancia de las fantasías,

de la simbolización, las tempranas relaciones de objeto, la angustia persecutoria y depresiva, el sadismo, los mecanismos de defensa, etc.

A continuación se resumirán los elementos claves del relato de Esquilo, imprescindibles para seguir la trama del presente apartado.

En la **primera parte**, Agamenón, rey de Argos, que volvía triunfante de la guerra de Troya, fue víctima de un asesinato tramado y llevado a cabo por su esposa Clitemnestra y por su amante, Egisto (primo de Agamenón que, desheredado, pretendía recuperar el trono que según él le pertenecía). Clitemnestra justificó el uxoricidio como venganza por el sacrificio de su hija Ifigenia ordenado por Agamenón, a fin de contar con buenos vientos en su travesía hacia Troya.

En la **segunda parte** de la trilogía su autor relató la venganza planeada por Electra y su hermano Orestes, que de pequeño había sido desterrado por su padre. Ambos hijos de Clitemnestra y Agamenón, se encontraron ante la tumba del padre. Allí, alentados por las Coéforas tramaron el asesinato de su madre y de su amante, para vengar la muerte del padre. Este mandato ratificaba al que le fuera impuesto a Orestes por el Oráculo de Delfos, prescripción que en última instancia, procedía de Apolo.

En la **tercera parte**, que transcurría años después de ambos asesinatos, hacía aparición un Orestes que se había sentido durante todo ese tiempo atormentado por las Erinias. Sólo él percibía esas acusaciones y persecuciones: voces que clamaban castigo por los crímenes cometidos. Lejos de su patria y del trono, su meta era llegar a Delfos, donde esperaba ser perdonado. Apolo le aconsejó que acudiese a Atenea, diosa de la justicia y la sabiduría. Ella resolvió formar un tribunal con los hombres más sabios de Atenas –el Areópago– para que lo juzgasen. Tras recibir los testimonios de Apolo, Orestes y las Erinias, el número de votos del tribunal a favor del indulto fue igual al de los adversos. Empatados en el veredicto, Atenea resolvió la situación mediante su voto decisivo a favor de la absolución de Orestes. Las Erineas se mostraron muy contrarias al veredicto definitivo, y proclamaron con insistencia que Orestes debía ser castigado. Atenea trató de apaciguarlas, proponiéndoles compartir con ellas su poder sobre Atenas; les prometió que serían honradas para siempre como guardianas de la ley y el orden. Estos argumentos provocaron un cambio en las Erinias, quienes se transforman en las Euménides: las “benévolas”. Ellas aceptaron que Orestes fuera absuelto y que pudiera retornar a su ciudad natal, liberado de las persecuciones, para convertirse en el sucesor su padre.⁴¹

La maravillosa trilogía de Esquilo se tejió sobre esa trama básica. Klein, antes de “aplicar” su psicoanálisis a la interpretación de la tragedia, preparó a los lectores con una exposición milimetrada de su propio universo teórico –derivado de sus hallazgos clínicos, subrayó–, que después proyectó sobre todos y cada uno de los personajes literarios. En el caso de *La Orestíada* sus interpretaciones aparecen menos forzadas que las de *Si yo fuera Ud.*, de Jules Green, tal vez porque en este caso no estuvieron centradas en un único personaje. Podría decirse que este artículo fue una exposición ilustrada –mediante fragmentos de *La Orestíada*– de sus ideas psicoanalíticas.^{42*}

Como lejano telón de fondo de sus comentarios puede suponerse un debate entre ella y Freud: ambos recurrieron a las antiguas piezas literarias griegas, pero el genio propio de sus pensamientos les llevó a escoger dramas diferentes; el vienés acudió a la tragedia de Edipo que giraba en torno al parricidio, Klein apeló a la de Orestes, una historia matricida.⁴³ Es fácil percibir que los dos escogieron en base a las figuras principales que gravitan en sus teorías: el padre en la freudiana; la madre, en la kleiniana. Según el vienés “parece como si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre”; es decir: superarlo, “matarlo” simbólicamente^{44*}; para Klein se trataría de un matricidio..., también simbólico: liberarse de la madre... *de la mater necessaria ad vitam*. En la tragedia de Esquilo la muerte –en realidad: el asesinato– de la madre fue para Orestes una liberación, aunque no exenta de castigos: los remordimientos propios y las persecuciones de las Erinias.⁴⁵ ¿Por qué, más allá de lo ya dicho, Klein eligió esa tragedia? ¿Sería muy aventurado interpretar que el matricidio concernía en definitiva a su concepción de la estructuración subjetiva? La pulsión de muerte no dejó de obrar nunca en su teoría e, incluso, apareció de manera paradigmática en *ARLO*, artículo de los finales de K₃, periodo en que por otra parte el amor, la gratitud y la reparación sonaban a tambor batiente. Podría decirse que ese texto suyo, más que muchos otros, puso en evidencia de manera nítida –aunque metafóricamente– un aspecto bifronte de su pensamiento: por un lado, la exaltación de la madre acompañada de reparaciones y gratitudes; por otro lado, la necesidad de perderla, de matarla simbólicamente.^{46*} No ha de llamar la atención, entonces, que al culminar su artículo Klein retomara la cuestión del simbolismo en la vida mental:

“Puesto que las fantasías ocupan la vida de la mente desde el nacimiento, existe un poderoso impulso que tiende a ligarlas a diversos objetos –reales o fantaseados–, los cuales se convierten en símbolos y proporcionan un escape para las emociones del bebé.”

[...] “El impulso a crear símbolos es tan poderoso debido a que ni siquiera la madre más amante es capaz de satisfacer las intensas necesidades emocionales del bebé; de hecho ninguna situación de la realidad puede colmar las urgencias y deseos, frecuentemente contradictorios, de la vida de fantasía del bebé” (OCKPA, vol. 6, p. 217).

Estos comentarios suyos aparentan ser una respuesta a varias preguntas implícitas e inquisitivas que giraban en torno a un mismo tema: ¿por qué los símbolos? ¿Por qué la simbolización? ¿Por qué era tan necesaria su formación para favorecer el desarrollo evolutivo? Al final de su vida y obra, la respuesta que el autor de esta tesis sostiene que ella dio fue simple en las formas pero tal vez de mayor calado en su fondo: la madre sola no bastaba, porque la madre –“ni siquiera la más amante”– era incapaz de satisfacer *todas* las necesidades emocionales del bebé. Palabras éstas de la cita que adquirieron la forma de “mensaje dentro de una botella lanzada al océano”, dirigido al púber, al adolescente, al adulto joven: por más importante que haya sido tu madre, déjala caer, ya no necesitas de ella; conviértela en un símbolo; “mátala” simbólicamente; séparate, gana tu cuota de libertad. Para decirlo con las palabras del título de su famoso artículo, esa sería “la importancia de la formación de símbolos para el yo”.^{47*}

La *Orestiada* “historia implícitamente incestuosa y explícitamente asesina” (Kristeva, *op. cit.* p. 152), le sirvió a Klein para “escenificar”, “dramatizar” las comarcas más significativas de su teoría y las vivencias más arcaicas de los humanos: en primer lugar, el sadismo agresivo llevado hasta el asesinato; también, la pervivencia vitalicia de las inscripciones de lo vivido en la infancia, los procesos proyectivos e introyectivos propios de la TIK y la presencia de variadas figuras del superyó en cada sujeto.^{48*}

8.6. Los “procesos proyectivos”: el tándem proyección – identificación proyectiva

A libro abierto hay diferencias claras entre la proyección y la I. P. descrita en *NAME* y desarrollada en otros artículos posteriores. La proyección, tal como la venía empleando desde K_1 tenía entre sus valencias semánticas la vehiculización de partes del yo –*previamente escindidas*– hacia el objeto. Este clivaje yoico no estuvo asociado a la proyección freudiana; fue una idea de estricto cuño kleiniano. A la I. P. le adscribió, además, funciones identificatorias (centrífugas respecto del yo) y de narcisización de las relaciones con el depositario de lo proyectado. Ni una ni otra función estuvo presente en la proyección durante K_1 y K_2 .

Si en apartados anteriores de este mismo capítulo se aludió a la continuidad y a los cambios habidos entre la proyección y la I. P., en éste se pondrá el acento en las especificidades de cada una, para resaltar por esa vía sus diferencias. La continuidad mencionada vino dada por el hecho de que la I. P. podría tener un mejor encaje en la categoría “*proyección*” que en la de “*identificación*”, por ser esencialmente una modalidad de la primera; la identificación resultaba ser, en todo caso, secundaria a la proyección. En muchos escritos de K_3 ella englobó al tándem dentro de la expresión *procesos proyectivos*, sin hacer distingos explícitos entre ambos mecanismos; de ahí el título del presente apartado.

8.6.1. Sobre la proyección kleiniana⁴⁹

Desde K_1 el empleo kleiniano de este concepto incluyó orlas semánticas que le dieron un perfil propio y la diferenciaron de sus homónimos en la teoría freudiana y lacaniana. Ya casi en los comienzos de ese periodo de su producción expuso la idea de que lo proyectado servía para atacar y dañar al cuerpo materno de diversas formas y en mediante todas las tendencias instintivas. Se trataba básicamente de derivar hacia afuera el sadismo; su consecuencia: la construcción de objetos persecutorios o malos internos y externos. Por entonces, la proyección ya vehiculizaba partes escindidas del yo hacia el cuerpo de la madre, razón por la cual ella devenía persecutoria. La proyección estuvo precozmente subtendida por una fantasía que incluía la intencionalidad omnipotente

de controlar al objeto, destruirlo o tomar posesión de él. De ahí que esta defensa quedara estrechamente asociada a la noción de retaliación a lo largo de toda su obra. Estas nociones, originadas a partir de sus primeros análisis de infantes, las expresó en algunos escritos de los años veinte; más tarde fueron recopiladas en su libro *EPN* (1932) y finalmente, en *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946), fueron trasvasadas hacia algunas funciones que desde entonces quedaron anexadas a la I. P.

Ahora bien, no eran sólo las partes malas del yo las que se expulsaban sino y también las buenas; éstas eran esenciales para poder establecer relaciones con objetos idealizados y buenos que propendían a la integración del yo. Operativa desde los primerísimos momentos de la vida, la proyección adquirió un papel relevante en la posición paranoide y, a partir de 1946 en la PEP, que devino el contexto *princeps* de actuación de este mecanismo junto a la novísima I. P. Recuérdese que el interjuego proyectivo/introyectivo que caracterizó a K_1 y K_2 se amplió en K_3 con el vaivén entre la I. P. y la I. I. Este es otro aspecto propio y específico de los procesos proyectivos “a la kleiniana”: estar engranados estrechamente con los movimientos introyectivos. La originaria discriminación que existiría entre yo-no yo quedaba deshecha a consecuencia de estas circulaciones alternantes y pulsátiles de materia psíquica.

A partir de *EPN* (1932) y durante $K_2 + K_3$, la proyección incluyó entre sus funciones la derivación hacia el exterior del instinto de muerte, de objetos internos, de la angustia de partes del *self*. Este novedoso contenido de lo proyectado le otorgó otro sello diferencial respecto de su homónimo en la teoría freudiana. La proyección de Eros fue menos mencionada por ella, aunque debe considerarse que estuvo vigente. En cambio, no la utilizó a efectos de una discriminación nosográfica entre neurosis y psicosis, tal como lo había hecho Freud, al postular “una proyección masiva” en la paranoia y esquizofrenia; el continuum neurosis-psicosis de su concepción hacía innecesaria esa labor. La metapsicología kleiniana explicaba la formación de síntomas de una manera diferente, prescindiendo en la temprana infancia de la represión –y de los mecanismos a ella asociada–; ella la consideró una defensa tardía. La represión fue perdiendo importancia determinante y fue reemplazada por las llamadas defensas arcaicas o psicóticas: escisión, disociación, negación de la realidad psíquica, identificación proyectiva e introyectiva, etc. El concepto de conflicto psíquico también varió en M. Klein: se trataba de la lucha constante entre las tendencias a la disociación e integración; entre Eros y Tánatos; entre el amor y el odio.

A grandes rasgos podrían trazarse estas líneas diferenciales: mientras en Freud la proyección era de ideas, derivados pulsionales, afectos, actitudes, en Melanie Klein este mecanismo –y más aún la identificación proyectiva, por su carácter fantasmático– implicaba a las partes del yo, a los objetos internos, a la angustia, a las sustancias corporales, etc.

Otro rasgo específico de la proyección en la teoría kleiniana reside en haberla postulado como impulsora de las relaciones objetales. En cierto sentido podría afirmarse que en su teoría, la proyección *daba el pitido inicial* para el establecimiento de los vínculos con los objetos. No sería demasiado aventurado suponer que M. Klein buscaba un procedimiento que eludiera la anobjetalidad postulada por Abraham y Ferenczi para los comienzos de la vida psíquica. La intermediación de ambos en su interpretación de la obra freudiana la llevó a tener que resolver un problema que los tres habían generado al postular un periodo anobjetal en los inicios de la psiquización de un recién nacido. La constitución de un nuevo sujeto psíquico sería impensable fuera de las relaciones con los objetos primarios, cosa que presupondría descartar la anobjetalidad, cuestión que Klein tuvo el mérito de ser la primera en señalarlo.⁵⁰ Se recordará que Ferenczi necesitó crear la acepción “proyección primaria” para dar cuenta de una posible salida de ese estado autoerótico.

Buena parte de las funciones de la proyección recién descritas fueron trasvasadas a partir de *NAME* (1946) hacia la identificación proyectiva.

8.6.2. Una caracterización de la identificación proyectiva en la obra de Klein

Como se ha hecho ya en otras ocasiones, este apartado tendrá el formato de una entradilla dedicada a la I. P. en un diccionario virtual de psicoanálisis kleiniano. Se planteará una definición amplia y específica de la misma, que abarque las distintas modalidades de la misma que describió a lo

largo de K₃. Convendrá registrar las diferencias con los usos y funciones recién descritas de la proyección kleiniana a secas.

IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA (I. P.)

— **Alemán:** *Projektionsidentifizierung* — **Inglés:** *projective identification* — **Francés:** *identification projective* — **Portugués:** *Identificação projetiva* — **Italiano:** *Identificazione proiettiva*

Mecanismo psíquico introducido por Melanie Klein en 1946 que consistía en una modalidad peculiar de identificación posterior a una escisión del yo y a una proyección penetrante e intrusiva de esas partes escindidas en el interior del objeto. Fue asociada al instinto de muerte y a la posición esquizo-paranoide. Le fue otorgado un vigoroso carácter fantasmático e imaginario. Mediante la I. P. el yo experimentaría la fantasía inconsciente de colocarse a sí mismo (*self*) o de colocar algunos aspectos propios en un objeto (identificación), con fines de defensa que suelen adquirir formas de ataque. El yo puede liberarse de aspectos indeseados escindiéndolos y modificando su ubicación por medio de un desplazamiento hacia el exterior. También pueden tener la fantasía de penetrar en el objeto para atacarlo o controlarlo.

Con la creación del concepto de I. P. Klein generó un giro notable dentro de su teoría y, más ampliamente, en el conjunto del psicoanálisis: supuso generar una modalidad de identificación que podía consumarse mediante mecanismos *proyektivos*, a diferencia de las más conocidas hasta entonces, que se basaban en la introyección. En la descripción que hizo de ella por primera vez en *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946) la asoció estrechamente con la PEP y le otorgó una triple característica: en primer lugar, se trataba de una *identificación*, en la que el otro era asimilado o asemejado al sujeto; a la vez, producía una *relación de objeto* narcisista, porque el sujeto seguía manteniendo un vínculo con las partes del yo proyectadas en el objeto, y, por último, la consideró también el prototipo de una actitud agresiva hacia el objeto, básicamente la madre, por aquel entonces. La I. P. fue elaborada inicialmente a partir de la experiencia clínica con esquizofrénicos o con personas que presentaban estados esquizoides graves. Klein relacionó los sentimientos de vacío, futilidad, apatía, confusión, con los mecanismos de escisión del yo y los estados de desintegración yoica que presentaban estos pacientes, que sentían con frecuencia que las partes perdidas de su yo pertenecían a un objeto externo. Estas experiencias le condujeron a pensar la identificación proyectiva como un mecanismo psíquico basado en una escisión del yo seguida de una proyección de esas partes clivadas.

Después de *NAME* (1946) volvió sobre la I.P. en *CTEL* (1952), *OCB* (1952), *SI* (1955), *EyG* (1957), *MARI* (1959), *SS* (1959) y otros textos posteriores. A partir de 1952 ya era operativa desde los inicios de la vida y funcionaba en estrecha relación con la I. I., introducida *explícitamente* en 1952. La evolución del concepto a lo largo de K₃ siguió varias líneas: en primer lugar, se extendió su presencia a estados menos patológicos e incluso la hizo participar —apareada con la I. I.— en el desarrollo evolutivo normal, por lo que la acción sinérgica de ambas se convirtió en vertebradora del psiquismo del infante. La alternancia entre la I. P. y la I. I. devino la sístole y diástole del psiquismo; ambas empezaron a formar parte del funcionamiento normal de la psique y quedaron convertidos en mecanismos que operaban a lo largo de toda la vida de los humanos. Estas formas más “normales” o benignas de I. P. adquirieron presencia en las diversas manifestaciones psíquicas de la vida cotidiana: en los fenómenos de empatía (saber ponerse en el lugar del otro), como forma de comunicación interpersonal inconsciente, en los vínculos amorosos. O sea que la I. P. podría realizarse con aspectos buenos o idealizados del yo.

En términos generales, Klein fue extendiendo progresivamente el área de influencia de la I.P. más allá de lo psicopatológico y de lo arcaico; en esos territorios ya no conducía necesariamente al empobrecimiento del yo sino que, por lo contrario, podían enriquecerlo; operando en esos contextos, las escisiones eran poco intensas y las proyecciones menos intrusivas. Quedaba abierta la posibilidad de recuperar las partes del yo depositadas en el interior del objeto.⁵¹ Cabe señalar la íntima articulación entre la I. P. y el narcisismo.

Se complementará lo ya dicho a través de dos párrafos que tratarán acerca de la naturaleza de la I. P. y las funciones atribuidas a sus diversas modalidades.

I) Naturaleza

La descripción que hizo de ella en *NAME* (1946) mostraba diferencias importantes con los usos y funciones que había otorgado a la proyección “a secas” descrita en el apartado anterior; es decir, sin el aditamento de la palabra *identificación*. En el artículo citado, que marcó el comienzo del tercer y último periodo de su obra (K₃: 1946-1960) fue descrita como un mecanismo complejo basado en una combinación peculiar de defensas y funciones encadenadas, a saber: clivaje del yo seguido de proyecciones violentas y “más profundas” (al interior del objeto; especialmente, al cuerpo de la madre) con la finalidad de atacarlo, dañarlo y controlarlo, a lo que se sumaba una identificación centrífuga y el establecimiento de una relación narcisista con el depositario de lo proyectado. La conectó con el instinto de muerte y la consideró especialmente operativa en la PEP, donde tenía la función de desembarazar al yo de la angustia persecutoria. La pensó a la vez como un prototipo de una relación de objeto agresiva. La proyección que le era inherente tuvo en 1946 las características de una expulsión anal, aunque en los artículos posteriores recién citados ya se aplicaba a las tendencias sádico-orales, sádico-anales y uretrales.

Al asociar en la identificación proyectiva dos términos –que en principio aparecieron separados en Freud– M. Klein introdujo implícitamente una serie de inflexiones en varios conceptos descritos por el vienés. Se describirán sucintamente los principales:

- A la identificación proyectiva le adjudicó la función de mitigar a Tánatos en la psique, pero al proyectar la agresión sobre el objeto, éste devenía sádicamente vengativo, con lo que aumenta la ansiedad paranoide.
- La identificación secundaria a la escisión y proyección tuvo un acentuado carácter centrífugo respecto del yo. Poseía todas las características de una *proyección identificante* que se dirigía al interior objeto.
- En el concepto de identificación proyectiva se entrevé la fusión de los circuitos freudianos de la elección de objeto (autoerotismo-narcisismo-elección de objeto) y del pulsional (autoerotismo-narcisismo-heteroerotismo). Este asunto fue tratado minuciosamente en I, 1.4.3. y convendrá recordar lo allí planteado para entender algunas especificidades de la I. P. y sus diferencias con Freud en esos territorios.
- En tanto el yo mantenía continuidad con sus partes proyectadas en el objeto, la I. P. era –simultáneamente– una relación objetal y una identificación. Klein subvirtió la dialéctica freudiana entre el ser (ligado a la identificación) y el tener (asociado a la noción de relación de objeto), ya que dejó de constituir una alternativa excluyente: o identificación o relación de objeto. En otros términos, la I. P. deshizo la exclusión entre ambos conceptos, ya que se trataba *simultáneamente* de una identificación y de una relación de objeto (de índole narcisista).

II) Funciones

Describió diferentes formas de I.P. que tenían finalidades distintas; por ejemplo: a) la de escindir y librarse de partes no deseadas del yo o del *self* (sí mismo) que causaban angustia, malestar o dolor; b) escindir y proyectar partes del self dentro de un objeto para dominarlo, controlarlo y poseerlo, evitando, así, los sentimientos de estar separado de él; c) introducirse en el objeto para apoderarse de sus capacidades y hacerlas propias (variantes envidiosas de la I. P.); d) invadir intrusivamente al objeto para dañarlo y destruirlo sádicamente; e) empatizar y poderse colocar en el lugar de los otros, etc. Podría establecerse un gradiente desde formas muy patológicas en estados esquizoides graves, hasta formas más benignas y normales. Como niveles intermedios, los bebés o adultos que continuasen utilizando intensivamente este mecanismo evitaban, según las modalidades de la misma, tomar conciencia de la separación del objeto, de la dependencia respecto del mismo o de su idealización; también soslayar la vivencia de pérdida de rabia o de envidia. Estas formas instauraban ansiedades persecutorias retaliativas, vivencias claustrofóbicas por temor a quedar encerrados en el objeto, empobrecimientos o debilitamientos del yo. Los objetos depositarios de estas I. P., al quedarse

impregnados, por las características de la persona proyectante, “perdían” parte sus rasgos propios y distintivos para convertirse en objetos malos.

Cuando los efectos de la I. P. se estabilizaban se generaba una relación narcisista de objeto; este fenómeno era vivenciado como una extensión del propio yo, en tanto el objeto se convertía en depositario de lo odiado o idealizado por el yo o *self*. Las consecuencias de este tipo de vínculos puede ser variadas; entre lo más habituales estaría el temor a la retaliación, la dependencia, los sentimientos de empobrecimiento del yo y las ansiedades confusionales por la indiscriminación que se establece entre el yo y el objeto. Las personalidades esquizoides muestran estos rasgos de manera paradigmática, pero en tanto la I. P. acabó haciéndose extensiva al desarrollo normal, estos mismos síntomas –a baja orquesta– podrían aparecer en todas las personas.

8.7. Resumen del capítulo

Para el estudio de la identificación proyectiva –mecanismo de defensa/fantasia/relación de objeto– se hizo un repaso histórico y conceptual del mismo desde su aparición en el escenario teórico en *NAME* (1946) hasta *ARLO* (1963), último artículo de Klein, que fue publicado tres años después de su muerte. Esa revisión exigió en muchas ocasiones ir más allá del tono dramático, épico y a veces hasta dantesco, con el que Klein describió las luchas del incipiente yo “paranoide” contra la angustia proveniente de Tánatos y de los objetos persecutorios internos y externos.

Ese ir más allá concernió no sólo a las agresiones-persecuciones recién comentadas sino y también a las delicias extremas de la bondad, de los flujos idealizados y amorosos hacia los otros, que impregnaron sus escritos, sobre todo en la segunda mitad de K_3 . Yendo más allá de esas descripciones podría percibirse lo esencial de su teoría identificatoria: en el mundo relacional precoz del bebé había un tráfico intenso de materia psíquica entre él y sus objetos; ese tránsito de elementos psíquicos a doble vía, que partía siempre del infante y volvía invariablemente a él, era el motor de la conformación del aparato psíquico.

La matriarca del psicoanálisis fue sin duda la creadora una concepción original acerca del funcionamiento temprano de la mente infantil y puso dos pares de nombres a ese vaivén: proyección/identificación proyectiva e introyección/identificación introyectiva. Que a su vez la angustia fuera el motor de arranque de esos movimientos psíquicos hacia los objetos (véase II, 4.2.), no fue una cuestión menor, porque le llevó a construir otros dos puntales fundamentales de su teoría: el Edipo y el superyó temprano.

En ese recorrido tuvo el gran mérito de alejarse de cualquier planteamiento de anobjetividad como punto de partida de la vida psíquica, eludiendo los callejones sin salida hacia los que conducían generalmente esa manera de concebir los comienzos de la “psiquización”.

“He expuesto a menudo mi punto de vista de que las relaciones de objeto existen desde el comienzo de la vida, siendo el primer objeto el pecho de la madre, el que es escindido en un pecho bueno (gratificador) y en un pecho malo (frustrador), conduciendo esta escisión a una separación entre el amor y el odio. Sugerí además que la relación con el primer objeto implica su introyección y proyección, y de esta manera, desde un comienzo, las relaciones de objeto son modeladas por la interacción entre introyección y proyección, entre objetos y situaciones internas y externas. Estos procesos intervienen en la construcción del yo y del superyó y preparan el terreno para el advenimiento de complejo de Edipo en la segunda mitad del primer año.” [*NAME* (1946) OCKPA, vol. 3, p. 254]. Las cursivas son mías.

De la última frase de este fragmento se desprenden un par de cuestiones; en primer lugar, que el Edipo en la teoría kleiniana podría ser entendido como un complejo relacional en el que intervendrían introyecciones y proyecciones múltiples –cabría incluir también las identificaciones homónimas que en esa cita no se mencionan– sustentadas en las fantasías del hijo respecto de sus padres; en segundo término, en este fragmento aparece explicitado con claridad que ese mismo vaivén tenía un carácter vertebrador del psiquismo infantil: el aparato psíquico del bebé –el yo, el superyó, etc.– se construía en el seno de esas relaciones con los objetos. Que para ella el punto de partida y el epicentro de los procesos proyectivos e introyectivos estuvieran en el niño –concepción que fue calificada de *ptolomeica*– permitió enrolar a la TIK dentro de la perspectiva freudiana sobre

dicho tema, aunque como ya se dijo en otras ocasiones, ella amplificó ese aspecto de la teoría del vienés. Lo mismo podría decirse respecto de su filogenetismo:

El hecho de que al principio de la vida posnatal existe un conocimiento inconsciente del pecho y que se experimenten sentimientos hacia el pecho sólo puede concebirse como herencia filogenética. [*Observando la conducta de bebés* (1952), OCKPA, III, p. 231; esta frase contiene una errata en la edición mencionada, ya que hace referencia “al principio de la vida *prenatal*” cuando es obvio que se refiere a la posnatal].

A lo largo de este capítulo se dejó también constancia que, con la creación del concepto de I. P., Klein generó un giro notable dentro de su teoría y, más ampliamente, en el conjunto del psicoanálisis, en tanto supuso generar una modalidad de identificación que podía consumarse mediante mecanismos *proyectivos*, a diferencia de las más conocidas hasta entonces, que se basaban en la introyección. En la descripción que hizo de ella por primera vez en *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946) la asoció estrechamente con la PEP y le otorgó una triple característica: en primer lugar, se trataba de una *identificación*, en la que el otro era asimilado o asemejado al sujeto; a la vez, producía una *relación de objeto* narcisista, porque el sujeto seguía manteniendo un vínculo con las partes del yo proyectadas en el objeto, y, por último, la consideró también el prototipo de una actitud agresiva hacia el objeto, básicamente la madre, por aquel entonces. La I. P. fue elaborada inicialmente a partir de la experiencia clínica con esquizofrénicos o con personas que presentaban estados esquizoides graves. Klein relacionó los sentimientos de vacío, futilidad, apatía, confusión, con los mecanismos de escisión del yo y los estados de desintegración yoica que presentaban estos pacientes, que sentían con frecuencia que las partes perdidas de su yo pertenecían a un objeto externo. Estas experiencias le condujeron a pensar la identificación proyectiva como un mecanismo psíquico basado en una escisión del yo seguida de una proyección de esas partes clivadas.

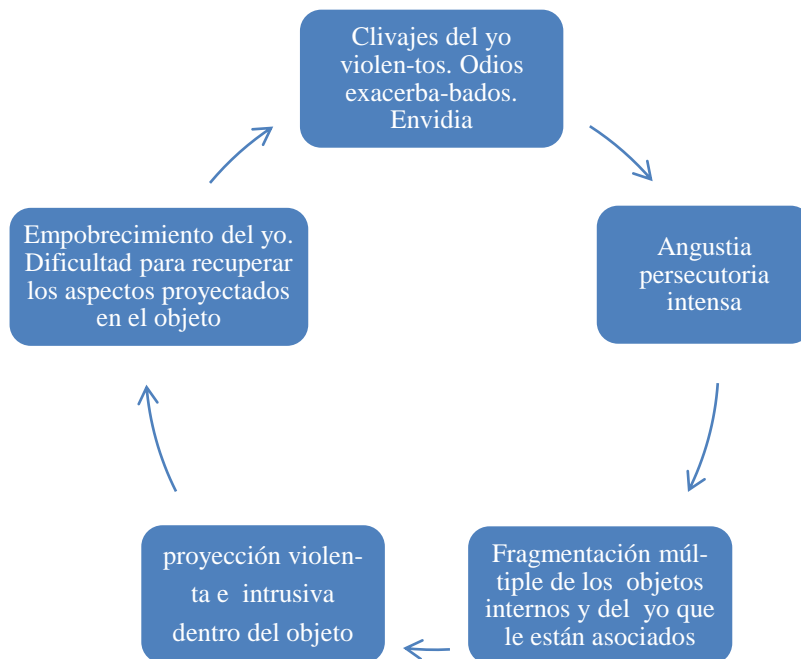
Después del examen de la I. P. en *NAME* (1946) el capítulo continuó con un seguimiento de sus desarrollos acerca de este mecanismo en textos posteriores, a saber: *CTEL* (1952), *OCB* (1952), *SI* (1955), *EyG* (1957), *MARI* (1959), *SS* (1959), *RPN* (1961) y *ARLO* (1963). A partir de 1952 la I. P. ya era operativa desde los inicios de la vida y funcionaba en estrecha relación con la I. I., introducida *explícitamente* en 1952. La evolución del concepto a lo largo de K_3 siguió varias líneas: en primer lugar, se extendió su presencia a estados menos patológicos e incluso la hizo participar –apareada con la I. I.– en el desarrollo evolutivo normal, por lo que la acción sinérgica de ambas se convirtió en vertebradora del psiquismo del infante.

La alternancia entre la I. P. y la I. I. devino la sístole y diástole del psiquismo; ambas empezaron a formar parte del funcionamiento “normal” de la psique y quedaron convertidos en mecanismos que operaban a lo largo de toda la vida de los humanos. A estas formas más “normales” o benignas de I. P. se le atribuyeron funciones en la vida cotidiana; es decir, fuera del campo psicopatológico: en los fenómenos de empatía (saber ponerse en el lugar del otro), como forma de comunicación interpersonal inconsciente, en los vínculos amorosos. En otros términos, Klein fue extendiendo progresivamente el área de influencia de la I.P. más allá de la patología y de lo arcaico; en los nuevos territorios ya no conducía necesariamente al empobrecimiento del yo sino que, por el contrario, podían enriquecerlo. Las I. P. que operaban en esos contextos estaban precedidas por escisiones poco intensas mientras que las proyecciones que le eran inherentes tenían un carácter menos intrusivo. Quedaba abierta la posibilidad de recuperar las partes del yo depositadas en el interior del objeto.

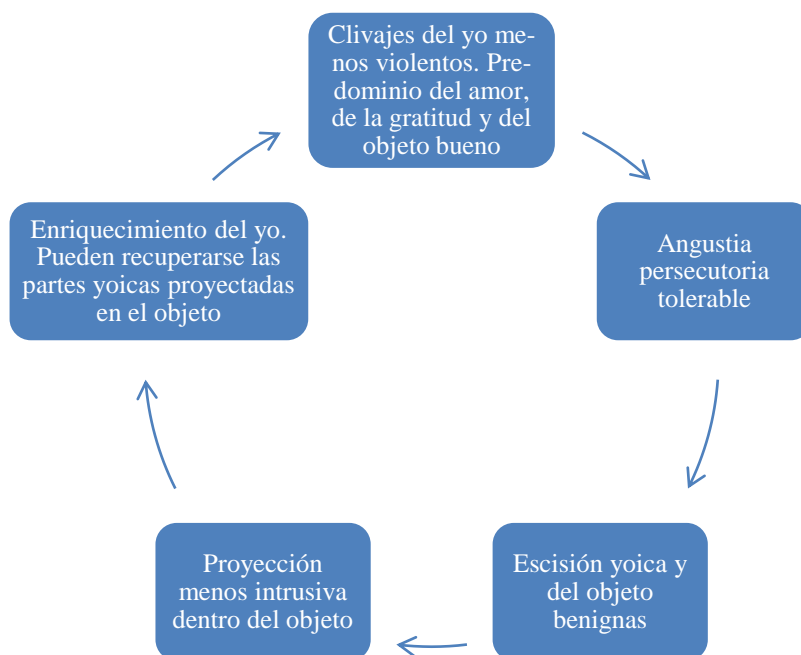
Por otra parte, la identificación proyectiva, al dar origen a relaciones narcisistas de objeto, hizo que en K_3 el narcisismo secundario ocupara un lugar destacadísimo en su teoría. Este aspecto de la I. P. favorecía la indiscriminación entre el yo y los objetos. La forma de salir de esa confusión yo-no yo era mediante la recuperación de las partes escindidas y proyectadas en los objetos, cosa que no siempre se lograba fácilmente; dependía de la relación de fuerzas entre Eros y Tánatos, como se verá enseguida.

El seguimiento de la realizada I. P. en los textos posteriores a *NAME* permitió al autor de esta tesis construir un par de esquemas en que se condensaron sus ideas principales sobre la I. P. al final de su obra. Lo reflejado en ambos circuitos operaba de manera simultánea en la psique del niño/a.

EFFECTOS DE TÁNATOS



EFFECTOS DE EROS



Se complementó lo recién enunciado acerca de la I. P. mediante dos parágrafos que trataron acerca de la naturaleza de la misma y de las funciones que ella le atribuyó a sus diversas modalidades.

Naturaleza de la I. P.

La descripción que hizo de este mecanismo-fantasía en *NAME* (1946) mostraba diferencias con los usos y funciones que ella había otorgado a la proyección “a secas”, utilizada durante K_1 y K_2 ; es decir, sin el aditamento de la palabra *identificación*. En el artículo citado, que marcó el comienzo del tercer y último periodo de su obra (K_3 : 1946-1960) fue descrita como un mecanismo-fantasía complejo basado en una combinación peculiar de defensas y funciones encadenadas, a saber: clivaje del yo seguido de proyecciones violentas y “más profundas” (al interior del objeto; especialmente, al cuerpo de la madre) con la finalidad de atacarlo, dañarlo y controlarlo, a lo que se sumaba una identificación centrífuga y el establecimiento de una relación narcisista con el depositario de lo proyectado. La conectó con el instinto de muerte y la consideró especialmente

operativa en la PEP, donde tenía la función de desembarazar al yo de la angustia persecutoria. La caracterizó a la vez el prototipo de una relación de objeto agresiva. La proyección que le era inherente tuvo en 1946 las características de una expulsión anal, aunque en los artículos posteriores la hizo operar sobre las tendencias sádico-orales, sádico-anales y uretrales. Al asociar en la I.P. —que en principio aparecieron separados en Freud— M. Klein introdujo implícitamente una serie de inflexiones en varios conceptos descritos por el vienés. Se describirán sucintamente los principales:

- A la identificación proyectiva le adjudicó la función de mitigar a Tánatos en la psique, pero al proyectar la agresión sobre el objeto, éste devenía sádicamente vengativo, con lo que aumenta la ansiedad paranoide.
- La identificación secundaria a la escisión y proyección tuvo un acentuado carácter centrífugo respecto del yo. Poseía todas las características de una *proyección identificante* que se dirigía al interior del objeto.
- En el concepto de identificación proyectiva se entrevé la fusión de los circuitos freudianos de la elección de objeto (autoerotismo-narcisismo-elección de objeto) y del pulsional (autoerotismo-narcisismo-heteroerotismo). Este asunto fue tratado minuciosamente en I, 1.4.3. y convendrá recordar lo allí planteado para entender algunas especificidades de la I. P. y sus diferencias con Freud en esos territorios.
- En tanto el yo mantenía continuidad con sus partes proyectadas en el objeto, la I. P. era —simultáneamente— una relación objetal y una identificación. Klein subvirtió la dialéctica freudiana entre el ser (ligado a la identificación) y el tener (asociado a la noción de relación de objeto), ya que dejó de constituir una alternativa excluyente: o identificación o relación de objeto. En otros términos, la I. P. deshizo la exclusión entre ambos conceptos, ya que se trataba *simultáneamente* de una identificación y de una relación de objeto (de índole narcisista).

Funciones de la I. P.

Describió diferentes formas de I.P. que tenían finalidades distintas; por ejemplo: a) la de escindir y librarse de partes no deseadas del yo o del *self* (sí mismo) que causaban angustia, malestar o dolor; b) escindir y proyectar partes del self dentro de un objeto para dominarlo, controlarlo y poseerlo, evitando, así, los sentimientos de estar separado de él; c) introducirse en el objeto para apoderarse de sus capacidades y hacerlas propias (variantes envidiosas de la I. P.); d) invadir intrusivamente al objeto para dañarlo y destruirlo sádicamente; e) empatizar y poderse colocar en el lugar de los otros, etc. Podría establecerse un gradiente desde formas muy patológicas en estados esquizoides graves, hasta formas más benignas y normales. Como niveles intermedios, los bebés o adultos que continuasen utilizando intensivamente este mecanismo evitaban, según las modalidades de la misma, tomar conciencia de la separación del objeto, de la dependencia respecto del mismo o de su idealización; también soslayar la vivencia de pérdida de rabia o de envidia. Estas formas instauraban ansiedades persecutorias retaliativas, vivencias claustrofóbicas por temor a quedar encerrados en el objeto, empobrecimientos o debilitamientos del yo. Los objetos depositarios de estas I. P., al quedarse impregnados, por las características de la persona proyectante, “perdían” parte sus rasgos propios y distintivos para convertirse en objetos malos. Cuando los efectos de la I. P. se estabilizaban se generaba una relación narcisista de objeto; este fenómeno era vivenciado como una extensión del propio yo, en tanto el objeto se convertía en depositario de lo odiado o idealizado por el yo o *self*. Las consecuencias de este tipo de vínculos puede ser variadas; entre lo más habituales estaría el temor a la retaliación, la dependencia, los sentimientos de empobrecimiento del yo y las ansiedades confusionales por la indiscriminación que se establece entre el yo y el objeto. Las personalidades esquizoides muestran estos rasgos de manera paradigmática, pero en tanto la I. P. acabó haciéndose extensiva al desarrollo normal, estos mismos síntomas —a baja orquesta— podrían aparecer en todas las personas.

Una caracterización de la identificación proyectiva (I. P.)

Se la llevó a cabo dándole la forma de una entradilla de un diccionario virtual de psicoanálisis kleiniano. Se planteó una definición amplia y específica de la misma, capaz de abarcar las distintas modalidades y funciones que le fue adjudicando a lo largo del último periodo de su obra (K₃).

IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

— Alemán: *Projektionsidentifizierung* — Inglés: *projective identification* — Francés: *identifi-cation projective* — Portugués: *Identificação projetiva* — Italiano: *Identificazione proiettiva*

Mecanismo psíquico introducido por Melanie Klein en 1946 que consistía en una modalidad peculiar de identificación posterior a una escisión del yo y a una proyección penetrante e intrusiva de esas partes escindidas en el interior del objeto. Fue asociada al instinto de muerte y a la posición esquizo-paranoide. Le fue otorgado un vigoroso carácter fantasmático e imaginario. Mediante la I. P. el yo experimentaría la fantasía inconsciente de colocarse a sí mismo (*self*) o de colocar algunos aspectos propios en un objeto (identificación), con fines de defensa que suelen adquirir formas de ataque. El yo puede liberarse de aspectos indeseados escindiéndolos y modificando su ubicación por medio de un desplazamiento hacia el exterior. También pueden tener la fantasía de penetrar en el objeto para atacarlo o controlarlo.

NOTAS DEL CAPÍTULO 8

¹ Véase II, 2.1.

² La cuestión del *ser* fue referenciada por el vienes a la identificación, mientras que el *tener*, a la relación de objeto.

³ Estas ideas fueron comentadas en II, 6.2.1.

⁴ Este tema fue tratado en diversos apartados de esta tesis: en I, 4.1.2.; II, 1.2.2.5.; II, 6.5.1. etc.

⁵ Se recuerda que la primera vez que utilizó el término posición, sin explicitar el significado que le otorgaba, fue en su texto *Principios psicológicos del análisis infantil* (1926); más tarde escribió sobre la posición depresiva en *Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* (1934) y acabó de construir el sistema completo de las posiciones —que devino definitivo en *NAME* (1946), donde introdujo la posición esquizo-paranoide. Véase II, 3.1.

⁶ Sobre este “gradualismo” de la teoría kleiniana se volverá más adelante, en 8.3., de este mismo capítulo. No es raro encontrar términos como “excesivo”, “intensas”, “demasiado potentes”, etc., como forma de adjetivar, por ejemplo, a la proyección o identificación proyectiva.

⁷ Sobre esta defensa muy arcaica véase II, 3.3.1.

⁸ En II, 5.2.2. se describen las diversas modalidades de fantasías desde las más precoces y rudimentarias hasta las más sofisticadas. Vale la pena remitirse a ese apartado porque el tema allí tratado puede ser un buen telón de fondo para el que se encarará a continuación.

⁹ Para sus coincidencias y divergencias con Fairbairn véase *NAME*, pp. 254 a 256. Se hicieron también algunos comentarios sobre este asunto II, 1.4. y en II, 8. Asimismo puede leerse P. Grosskurth, *op. cit.*, pp. 338, 343 y 389.

¹⁰ Sobre estos y otros mecanismos de defensa que a continuación se aludirán, véase II, 3.3. Será especialmente útil recordar lo sostenido en II, 3.3.5. sobre la negación. Se quiere destacar que estas funciones defensivas de la I. P. aparecieron nítidamente resaltadas en su obra.

¹¹ Arminda Aberastury, que tradujo el primer tomo de las *OCKPA*, en el que está incluida la *Introducción a la obra de Melanie Klein* de Hanna Segal, hizo la siguiente aclaración sobre la versión castellana de algunas palabras utilizadas por esta autora. En la nota al pie de la página 16, afirmó: “Se ha traducido *splitting* por escisión cuando el texto no indica claramente en cuántas partes se ha dividido al objeto o al yo, y por disociación cuando indica claramente que se lo ha dividido en dos partes. *Splitting* proviene del verbo *to split*, que significa hender, partir, separar, dividir, desdoblarse, descomponer, etc.” En la página 24, “en otra nota al pie, señala que *split off* utilizado por Hanna Segal se ha traducido por “escindida y apartada”, para designar el resultado de un proceso en el que después de una escisión se apartó o separó o aisló una de las partes escindidas. Hebe Friedenthal, que vertió al castellano el tomo 3 de las *OCKPA*, empleó los términos escisión y, a veces, clivaje. Ya fueron comentadas en II, 3.3.2., las precisiones aportadas por Jean Michel Petot, sobre estas cuestiones terminológicas.

¹² Véase en II, 10 la comparación entre las tres teorías sobre el yo.

¹³ El carácter relacional, transobjetivo —transferencial, podría decirse también— del inconsciente, ha sido subrayado especialmente por Lacan. Si Klein le atribuyó fantasías a su inconsciente, Lacan le adscribió una batería virtual de significantes.

¹⁴ Es llamativa la actitud de los que se embanderan con una teoría —situación muy diferente de la que tienen los que la han connaturalizado consigo mismo—: Cuando se comenta una tendencia ya sea predominante, ya sea exclusiva, en dicha concepción, sus partidarios lo viven como una crítica a su teoría y tienen siempre a mano alguna frase o un escrito del maestro/a de turno en los que ellos matizaron esa proclividad. En este caso, por ejemplo, argüirían que Klein sí habló —¡y mucho!— de represión e inconsciente sistemático. Algo parecido sucedería con los lacanianos militantes o

los freudianos fervientes. El telón de fondo de esta situación es casi siempre la idealización de la propia teoría. Se parte de la base que ella no tiene falencias y que resuelve todas las cuestiones problemáticas. ¿Será posible ser freudiano, lacaniano, kleiniano y otros “ianos”, sin hacer de esa pertenencia un “ismo” denigrador de lo ajeno? ¿Será esa una *condición humana* insalvable en los medios psicoanalíticos?

¹⁵ Otra diferencia con Freud vendría dada por el hecho de que tanto la identificación proyectiva como la introyectiva y, más allá de ellas, todas las otras modalidades identificatorias que Klein describió fueron *concomitantes con relaciones de objeto*. En el contexto de la teoría kleiniana perdieron sentido los adjetivos *primaria* y *secundaria* con los que el vienés calificaba a sus identificaciones. Las *primarias* eran anteriores a toda investidura de objetos [*El yo y el ello* (1923)], o anteriores a toda elección de objeto [*Psicología de las masas y análisis del yo* (1920)] mientras que las secundarias se consumarían tras la pérdida o renuncia al objeto.

¹⁶ Ver en I, 2.8., I, 3.6. y I, 4.4.3., los comentarios realizados por Freud acerca de los mecanismos libidinales e identificatorios que ligan a los miembros de una masa entre sí y a ésta con el líder de la misma.

¹⁷ Para dar cuenta de escenarios similares, Lacan se apoyó en la intersección de conjuntos y en el significante como fundamento de la lógica de clases (véase III, 8.4). Winnicott tuvo la virtud de describir de manera excelente esa zona de cruce y unión –fabricación de algo nuevo– con su célebre objeto transicional.

¹⁸ Heimann, P. (1942); “Una contribución al problema de la sublimación y su relación con el proceso de internalización”; publicado en el *International Journal of Psycho-Anal.* 23: 8-17. Klein utilizó ese vocablo en varios de sus artículos; por ejemplo, en *CTEL* (1952); *OCKPA*, vol. 3., p. 255 y ss.

¹⁹ Se trataba de un antecedente de la introyección del objeto bueno, entero, no disociado previamente, que fue descrito por Klein en *CTEL* (1952). Se hicieron ya múltiples a él y se lo describirá minuciosamente en II, 9.5.

²⁰ Véase *infra*, 8.6.2.

²¹ En II, 6.4.1.2 se ha tratado este tema con detenimiento; en esencia, Klein debía encontrar una forma adecuada de reducción de la angustia; caso contrario ese círculo vicioso se haría eterno. En tanto las proyecciones de Tánatos se mantenían activas, se buscaban nuevos objetos sobre los cuales descargar el sadismo. Éstos se iban sumando a la cadena gracias al establecimiento de nuevas *equivalencias simbólicas*. La formación de símbolos era promovida para lograr un aplacamiento de la angustia derivada de las fantasías sádicas dirigidas contra el cuerpo de la madre. Esta situación incitaba a multiplicar esas equivalencias simbólicas. Cada nuevo objeto receptor de destructividad amortiguaba, consumía, atenuaba, algo del sadismo, sin llegar nunca a la reducción total del mismo.

²² Revocado el narcisismo primario por Klein, el secundario pasó a ocupar un lugar destacado en su teoría.

²³ Hanna Segal en *op. cit.* p. 32, incluyó dentro de los propósitos de la identificación proyectiva de aspectos buenos del yo, el de mejorar el objeto externo a través de una especie de primitiva reparación proyectiva. Es probable que haya tenido en cuenta las ideas del texto de Klein *Amor, culpa y reparación* (1937).

²⁴ No deja de llamar la atención que autores como J. Grotstein, W. Baranger, L. Grinberg y otros hayan sostenido que la I. P., tal como la había descrito Klein, estuviera presente en algunos textos de Freud. Baranger llega a sostener que el vienés estaba en posesión cabal del concepto aunque no utilizara los términos acuñados por ella y que lo había descrito en numerosos contextos y en múltiples formas, aunque los ejemplos concretos que aporta podrían ser objeto de un buen debate. León Grinberg se alegra de haberla descubierto también en algunos artículos del padre del psicoanálisis. El autor de esta tesis pregunta: ¿Freud fue un kleiniano *avant la lettre*? El autor de esta tesis considera la conveniencia de evaluar diferentes aspectos. En primer lugar, que los conceptos de proyección e identificación proyectiva, no valen solamente por sus significados intrínsecos –en los que ya habría muchas diferencias con los empleos que hizo Freud de la proyección y de la identificación– sino y también por sus enlaces con el resto de articuladores de cada teoría; además, sería necesario tener en cuenta las grandes disparidades entre las nevaduras principales de cada concepción. Quizá una hipótesis más plausible sería sostener que la *creación* kleiniana del concepto de I. P. generó –retroactivamente– posibles precursores en obras anteriores –ya se ha mencionado en II, 2.6.6. a Víctor Tausk, más cercano a las ideas de Klein sobre este mecanismo, que el propio Freud–. En la teoría del vienés el componente proyectivo en las identificaciones fue siempre *a mínina* –predominaba más bien el carácter introyectivo, centrípeto, de las mismas – y sobre todo aparecía en las modalidades no estructurantes, por ejemplo: identificación del espectador con el actor o en los miembros de la masa con su líder. Más adelante se señalarán otras diferencias.

²⁵ Véase *Posición y objeto en la obra de Klein; op. cit.*, p. 250 y ss.

²⁶ Véase I, 2.5; II, 4.1.

²⁷ Lacan, por el contrario, introdujo una perspectiva topológica en el espacio psicoanalítico: lo más íntimo era éxtimo, lo más interno era a la vez, externo y viceversa. Estableció una relación de continuidad “dentro-fuera.” Ninguna de las manifestaciones fenomenológicas del sujeto –sean o no sintomáticas– eran ajenas a la intimidad pulsional e inconsciente (véase III, 6).

²⁸ En la p. 8 de *Escritos I*, puede leerse: “Para localizarlo en el estadio del espejo, sepamos en primer lugar, leer en él el paradigma de la definición propiamente imaginaria que se da de la metonimia: la parte por el todo. Pues no omitamos lo que nuestro concepto envuelve de la experiencia analítica de la fantasía, esas imágenes llamadas parciales, únicas que merecen la referencias de un arcaísmo primero, que nosotros reunimos bajo el título de imágenes del cuerpo fragmentado, y que se confirman por el aserto, en la fenomenología de la experiencia kleiniana, de las fantasías de la fase llamada paranoide.” Por otra parte, él amplificó algunos aspectos de la posición paranoide y de la PEP al definir al yo como una instancia de conocimiento paranoide (la otra cara del desconocimiento por parte del yo); es decir, que concibió la instancia yoica a la manera de una organización paranoica. Incluso en *La agresividad en psicoanálisis* (1948) llegó a definir la cura como una *paranoia dirigida* encaminada a deshacer los desconocimientos del yo: “uno de

los aspectos de la acción analítica consiste en operar la proyección de aquello que Melanie Klein denominó los *objetos malos internos*, mecanismo paranoico ciertamente, pero bien sistematizado aquí, filtrado y contenido a medida.” (p. 109 de *Écrits*; Éditions du Seuil, París, 1966). Sus concepciones sobre lo imaginario se fundaron parcialmente en algunas ideas de Klein, quien calificó de “tripera inspirada”.

²⁹ Para nuestro estudio comparativo de las tres teorías cabe decir que ella acentuó esta perspectiva presente en la obra de Freud. Lacan, por el contrario, fue más ambientalista. Sobre lo *ptolomeico* véase la nota final n° 9 de II, 1.

³⁰ Estas ideas de Bion y Winnicott han llevado al autor de esta tesis a sostener que, si se pensara la identificación proyectiva con punto de partida en los padres y dirigida hacia los hijos, se encontraría algunas de las afirmaciones de la concepción metapsicológica lacaniana respecto de la identificación.

³¹ Las implicancias teóricas de dicha innovación conceptual se expondrán con detalle en el capítulo próximo.

³² Véase II, 2. 1.

³³ La introyección de este objeto ocupará buena parte de los apartados del capítulo 9, dedicado íntegramente a los procesos introyectivos. Véase especialmente: II, 9.5. y II, 9.6.

³⁴ Sobre los aspectos metodológicos del psicoanálisis aplicado me he explayado en mi libro *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas*; op. cit., pp. 112-114.

³⁵ *Duelo y Melancolía* (1915) e *Introducción del narcisismo* (1914) fueron dos textos claves que le permitieron a Freud realizar el pasaje desde la primera teoría de la identificación –la funcional– a la estructural. Para más detalles sobre esta transición asunto véase I.G.1.1. y II, 4.2.

³⁶ El capítulo 7 fue enteramente dedicado a la envidia y gratitud.

³⁷ Véase al respecto las primeras páginas del capítulo 7. En su alocución al Congreso recordó los antecedentes sobre la envidia y la gratitud en algunos de sus trabajos previos: *El psicoanálisis de niños* (1932), en especial el capítulo dedicado a su pacientita Erna, *Estadios tempranos de complejo de Edipo* (1928), *Sobre la identificación* (1955), etc.

³⁸ Ya se había referido a la claustrofobia en *NAME* (1946) y en *SI* (1955) –en la nota al pie n° 25, OCKPA, vol. 4, p. 326– donde señaló que se podía surgir ante el temor de que la parte perdida del yo, por efectos de la identificación proyectiva, nunca pudiera ser recobrada, por estar sepultada en el objeto.

³⁹ Para más detalles sobre la internalización puede leerse el comienzo de I, 2.

⁴⁰ Este artículo fue comentado también en II, 6.3.3. en el contexto de un examen del concepto de superyó.

⁴¹ Al final de II, 6.3.3. y en II, 6.3.4. se trató sobre *ARLO* (1963), en un contexto en que se examinaron sus consideraciones sobre el superyó.

⁴² Klein no se refirió demasiado al carácter metafórico de esta obra de Esquilo, quizá porque la dimensión social y política de esta trilogía le interesaba menos para sus fines. En ella Esquilo describió la transición desde una justicia primitiva (“tomada por la propia mano”, basada en las venganzas personales) a una administración de la misma por medio de un tribunal “imparcial”. Esta transformación era un reflejo de otra más amplia: la evolución desde una sociedad arcaica, regida por los instintos, a otra más avanzada, gobernada por la razón. En la antigua Grecia, el orden provenía de las leyes, pero las leyes provenían de los dioses, que de tanto en tanto exigían sacrificios. A Klein sí le interesó la dimensión ética, relacionada con el superyó y lo expresó, en este caso, a través de Atenea. Respecto del superyó en su obra, véase II, 6.3.; en relación a los aspectos éticos y morales: II, 6.3.5. y II, 6.3.5.3.

⁴³ Freud reincidió en esta línea con su creación del mito del asesinato del padre de la Horda Primitiva.

⁴⁴ Léase *Carta a Romain Rolland [Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis* (1936)]–, OCFAE, XXII, pp.220-221. Me permito también remitir a mi texto “El padre en psicoanálisis”, incluido en el libro *El oficio de analista*; op. cit., tercera edición, p. 469 y ss.

⁴⁵ Recuérdese que en la antigua Grecia no era mal visto vengar la muerte *violenta* de los seres queridos; en este caso, la del padre.

⁴⁶ Vale la pena recordar en este contexto la expresión de Lacan acerca de los estragos maternos.

⁴⁷ Sería incorrecto equiparar el orden simbólico de Lacan –tópica RSI– con la teoría del simbolismo en Klein, basado en analogías y equiparaciones de las formas y las funciones del propio cuerpo, de los objetos originarios (madre, padre) y los objetos del mundo exterior, tal como se expuso en II, 6.4.1. Para el psicoanalista francés la situación era distinta: el recién nacido ingresaba a un orden simbólico preexistente que tendrá que hacer suyo. Lo simbólico estuvo muy ligado en Lacan al lenguaje, a los fenómenos estructurales y estructurantes de los discursos materno, paterno, social. (Véase III, 7.1.4. y III, 7.7).

⁴⁸ Sobre este último asunto véase II, 6.3.4.

⁴⁹ Este asunto fue tratado en otros contextos que complementan lo que se afirmará a continuación; puede leerse en II, 2.4.1. y II, 3.3.1. En este último apartado se incluyó una definición kleiniana de proyección. Para una visión sintética de los significados y usos freudianos del término proyección y sus diferencias con Klein y Lacan, véase I, 2.5.

⁵⁰ Especialmente a partir de *Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos* (1934), en el que se produjo la ruptura de su fidelidad al pensamiento de Abraham. En sus textos de K₁ existió cierta ambivalencia respecto de esta cuestión.

⁵¹ Caso contrario era habitual la aparición de manifestaciones claustrofóbicas, tal como se señaló *supra* en 8.3.1. y 8.5.5.

9

INTROYECCIÓN E IDENTIFICACIÓN INTROYECTIVA

9.1. Introducción

En las próximas páginas se pasará revista a estos dos articuladores claves del andamiaje conceptual de M. Klein. Se abordará inicialmente la introyección y, como primer paso -prolegómeno a nuevas puntualizaciones- se resumirá lo ya dicho sobre ella en diversos capítulos de esta segunda parte.^{1*} Luego, se dedicarán varios apartados a la identificación introyectiva (I. I.), surgida en la tercera y última etapa de su obra. Ambas fueron consideradas por Klein formas primordiales de la internalización de objetos y categorías fundamentales de su teoría del desarrollo psíquico del niño. Cabe considerarlas, por lo tanto, miembros de pleno derecho de la TIK y de aquello que en esta tesis se ha denominado *estructuración subjetiva*.

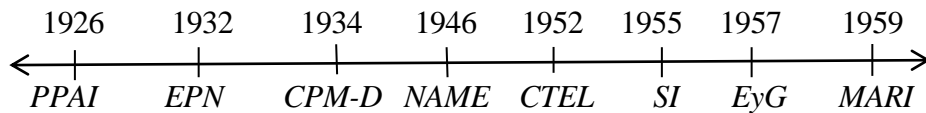
La introyección, considerada inicialmente como mecanismo y luego como proceso, hizo acto de presencia en todos sus textos, desde los primeros hasta los últimos. En cambio, la identificación introyectiva irrumpió de manera tardía -NAME (1946)- en el escenario teórico; allí la describió, simplemente, pero sin nominarla, cosa que sí hizo en CTEL (1952). Sin embargo, ella no vino a sustituir a la introyección, cosa que puede comprobarse con facilidad en sus artículos del periodo 1946-1960, en los que siguió empleando ambos términos.^{2*} Esto impuso una tarea: la de dilucidar en su obra los vínculos entre ambas. Dicha labor estuvo guiada por los siguientes interrogantes: ¿Klein las diferenció realmente? ¿Las consideró sinónimas? ¿Una fue concebida como sub-especie de la otra? Más allá de las respuestas a estas preguntas, que serán desgranadas en las páginas siguientes, es cierto que a partir de los textos recién nombrados, la TIK quedó conformada por tres pares de componentes: proyección/identificación proyectiva; introyección/identificación introyectiva, objetos externos/objetos internos, todos ellos operativos en las posiciones esquizoparanoide (PEP) y depresiva (PD), contextos cardinales, según ella, para la psiquización de un infante.

Tras un abordaje diacrónico y sincrónico de la I. I., este capítulo continuará con el estudio de conceptos relacionados con los procesos introyectivos: incorporación, asimilación, identificación, etc. Se expondrán las versiones kleinianas de estos articuladores teóricos y se los cotejará con sus homólogos en Freud y Lacan. Esta comparación se hará extensiva a las tres teorías identificatorias tal como ellas quedaron configuradas al final de sus respectivas obras. Pero, en esta oportunidad se utilizará como referente y punto de partida a la TIK; se la situará en primer plano y se señalarán, entonces, las coincidencias y divergencias más relevantes con la TIF y la TIL. Luego seguirá un par de apartados dedicados a profundizar dos cuestiones que otorgaron peculiaridades específicas a este mecanismo en la producción kleiniana: la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo y la subordinación de la introyección a la proyección A manera de conclusión se incluirá un resumen de las principales ideas expuestas.

* * * * *

En este capítulo se han plasmado los resultados de un trabajo de revisión bibliográfica de la obra de M. Klein, orientado fundamentalmente a la investigación de la introyección y la I. I. En esa labor se han seguido los principios metodológicos expuestos en el apartado I.G.6. de la Introducción General. Se realizó una doble lectura -cronológica y retroactiva- de sus textos, seguida de la correspondiente

interpretación de los mismos. Una vez establecidas las caracterizaciones de la introyección e identificación introyectiva vigente en la etapa final de su producción, se pesquisaron los antecedentes de ambas acepciones en sus escritos anteriores. Esa lectura retroactiva se complementó con otra, de carácter cronológico, que permitió apreciar aspectos singulares de la evolución de ambos articuladores teóricos y las inflexiones que adquirieron desde la aparición de los mismos hasta sus artículos póstumos. El esquema siguiente pretende ilustrar los hitos textuales y temporales de esa doble lectura.



El rastreo retrospectivo desde *MARI* (1959) hasta *NAME* (1946) permitió saber que fue en *CTEL* (1952) donde aludió por primera vez a una *identificación por introyección* y que en los artículos posteriores –los tres últimos de la derecha, en el diagrama– perfiló mejor ese concepto.

En cambio, la introyección, sin el aditamento de identificación, ha estado siempre presente en sus producción: desde sus primeros textos –se detectó su uso en *AT* (1921)– hasta el último: *ARLO* (1963). En otros términos, la introyección –muchas veces apareada con la proyección– ha sido empleada por ella a lo largo y ancho de su obra. En esa perspectiva longitudinal, su escrito *CPM-D* (1934) marcó un antes y después: punto de viraje entre una primera concepción de la introyección –la descrita en *PPAI* (1926)– y la postrera, de 1934, que se mantuvo, con pequeñas modificaciones, hasta el final de su producción (K_2+K_3). Esta lectura cronológica permitió apreciar que Klein fue variando las funciones y los significados otorgados a dicho vocablo. Ya en *PPAI* (1926)^{3*} –y más aún en *EPN* (1932)– se detectaron nítidas diferencias entre su propia concepción sobre la introyección y las de Ferenczi, Freud y Abraham, que fueron examinadas en II, 2.4.2.; II, 2.6.2.1. y 2.6.3.3.

9.2. La introyección en la obra kleiniana. Panorama general y caracterización del concepto

Este concepto fue cincelado poco a poco hasta alcanzar su forma definitiva promediando K_3 . Su renovación fue causa de transformaciones de su doctrina y, a la vez, ella recibió influjos de los cambios que se iban operando en otras comarcas de su teoría. No cabía esperar algo distinto, tratándose de un pensamiento como el suyo –vivo, en movimiento y en constante relación con la clínica–. Pese a esas mutaciones, algo se mantuvo incólume: la articulación de la misma con la proyección; Klein las hizo funcionar entrelazadas, en vaivén permanente, desde los umbrales de la vida psíquica. Este accionar asociado, alternante y, por lo tanto, sinérgico, puede considerarse una característica diferencial de su teoría respecto de la de Freud y Lacan, sobre este mismo asunto.

Para ella se trataba de un mecanismo fundamental en la constitución de los objetos internos y, por ende, de la psique infantil. Estos objetos internos no fueron caracterizados como una *estructura* –aunque con frecuencia los describió como tal–; los concibió más bien a la manera de un conjunto representacional embebido en fantasías y afectos.⁴ No todas las introyecciones iban seguidas de una *asimilación e identificación* posterior, para integrarse al yo o superyó; como lo sostuvo P. Heimann los objetos introyectados podrían mantenerse como tales y establecer relaciones objetales *intrapsíquicas*.⁵

El modelo que presidía la conformación de la mente infantil se basaba en los efectos estructurantes de la sucesión inacabable de proyecciones-introyecciones-reproyecciones entre el yo y los objetos reales externos: la psique terminaba organizándose, según ella, por una compleja combinatoria de objetos internos introyectados, asimilados y decantados^{6*} en la mente. Lo introyección transportaba un conglomerado complejo de materia psíquica; se trataba de una mezcla de características reales del objeto externo más otras que el yo le atribuía mediante proyecciones y fantasías. En sus primeros textos denominó *imago*s a esas representaciones y, en tanto tales eran introyectadas; posteriormente, este mecanismo conformaba los objetos internos.

Conviene recordar lo ya dicho en II, 1.2.2.2: en su teoría, las fantasías inconscientes y los objetos internos cumplían un rol destacadísimo en la construcción subjetiva de la realidad exterior por parte del niño; Klein condujo hasta límites extremos una idea expuesta inicialmente por Freud (véase I, 2.1.1.) respecto de la realidad (*Wirklichkeit*): la construcción psíquica de la misma por parte del sujeto estará siempre mediada por fantasías; se tratará, en todo momento, de una realidad *subjetiva* y *subjetivada*, percibida y pensada con (y desde) lo inconsciente: la realidad externa se “leería” desde la realidad psíquica (*psychische Realität*). Klein exacerbó esta perspectiva y recibió críticas por el privilegio enorme que otorgó a las fantasías en esas funciones; se le recriminaba porque ese proceder le llevaba a menospreciar las posibles influencias de la realidad externa sobre la mente. Como se verá en 9.3.1., para ella siempre había diferencias, mayores o menores, entre el objeto real externo y el objeto introyectado. Valgan estos comentarios para entender por qué la omnipresencia de la introyección en sus artículos y por qué este mecanismo adquirió mayor importancia que la que tuvo en las obras de Freud y Lacan: ella y la proyección cargaban con la responsabilidad de establecer relaciones entre el mundo interno y externo. A lo largo de K_1 , K_2 y K_3 fue un mecanismo internalizador y constituyente del psiquismo infantil. Por tales motivos se la incluyó en el cuadrípodo que daba sustento a la TIK.^{7*}

9.2.1. Definiciones

Se presentará un perfil de dicho concepto, tal como quedó conformado en la etapa final de su obra; como ya se hizo en otras ocasiones se la presentará a la manera de una entrada en un diccionario de psicoanálisis kleiniano.

INTROYECCIÓN

—Alemán: *Introjektion* —Inglés: *introjection* —Francés: *introjection* —Italiano: *introiezione*
—Portugués: *introjeção*.

Mecanismo yoico que introduce representaciones de los objetos en la psique, donde devienen objetos internos. Es una actividad mental que comienza muy precozmente: el bebé, desde sus primeros días de vida, toma en sí algo de lo que percibe en el mundo externo. La introyección es indisociable de los restantes articuladores teóricos kleinianos, a saber: proyección, fantasía, angustia, posiciones, simbolización, envidia, pares antitéticos: amor-odio, instintos de vida y de muerte, integración-desintegración, etc. Le adjudicó funciones importantes en la estructuración del psiquismo infantil, especialmente durante la posición depresiva, aunque su operatividad se mantenía a lo largo de toda la vida adulta, en tanto participaba junto a la proyección y otros mecanismos defensivos (disociación, negación, etc.) en ese ir y venir constante de materia psíquica con que Klein caracterizó las relaciones de objetos. La introyección —junto con la proyección— esta presente en toda relación objetal. Esta última idea se hizo extensiva, a partir de 1946, a las identificaciones proyectivas e introyectivas. La introyección kleinianamente concebida conllevaba la idea implícita de una diferencia —distorsión, deformación— del objeto externo respecto del objeto introyectado. Quedó también íntimamente asociada a la retaliación.

En K_1 (1919-1933) y K_2 (1934-1946) le adjudicó a la introyección algunas de las funciones que cumplía la identificación en la teoría freudiana. La innovación fundamental de Klein respecto de este mecanismo fue engranarla con la proyección y convertirlas en un motor de la vida mental.^{8*} Ese vaivén proyectivo-introyectivo operaría a lo largo de toda la vida de un ser humano. Utilizando una aproximación metafórica se calificó dicha alternancia de *sístole* y *diástole* psíquica. Este aspecto *funcional* de ambos mecanismos fue posteriormente trasvasado a la I. P. y a la I. I. En K_1 se introyectaba sobre todo *imago*s persecutorias de objetos que habían recibido proyecciones sádicas. Durante ese periodo brillaron por su ausencia las introyecciones de objetos buenos, aspecto éste que se modificó en K_2 . En efecto, fue recién en *EPN* (1932) que ella mencionó por primera vez este tipo de introyecciones. Esta “tardanza” se debió a dos obstáculos teóricos asociados: haber establecido que la deflexión del instinto de muerte era el primer movimiento psíquico realizado por el recién nacido y

considerar que el superyó temprano se conformaba por *imago*s persecutorias. Como consecuencia de estos posicionamientos surgieron las siguientes ideas cien por cien kleinianas: la distorsión de los objetos introyectados por las proyecciones sádicas y el temor a la retaliación. Bosquejado el panorama de esa manera, se le hizo difícil mentar la internalización de objetos buenos. Para Klein siempre fue importante el análisis de la angustia y del sentimiento de culpabilidad; de la percepción de tales afectos en niños muy pequeños arrancó la oposición persistente entre los padres internos terribles y los padres reales buenos –o más o menos buenos–. La severidad de las *imago*s internas que conformaban el superyó arcaico no provenían de la severidad de los padres reales, que era, según ella, siempre inferior al de sus réplicas psíquicas. Estas conceptualizaciones condujeron a un *impasse*, fruto de haber impuesto la siguiente dicotomía: objeto introyectado feroz *versus* objeto real bondadoso. Este esquema le impidió pensar durante largo tiempo la existencia de *imago*s benévolas. Para un examen detallado de la introyección, tal como fue concebida en estos dos periodos de su obra, se hizo un desmontaje de la misma que tomó en cuenta los siguientes caracteres:

- Su naturaleza transportadora de materia psíquica; se trataría de la introyección propiamente dicha.
- Su punto de partida: las representaciones de los objetos reales externos, deformados por las proyecciones previas.
- El destino final: la psique de cada persona, donde lo introyectado se establecería en calidad de objeto interno.
- Las funciones atribuidas al conjunto del proceso.

Naturaleza transportadora: la introyección partiría de objetos reales externos *subjetivados* –es decir: de las representaciones *psíquicas* de los mismos–. Se trataba de objetos “deformados” intensamente por las proyecciones y fantasías primitivas del niño (y, posteriormente, del adulto, aunque se presuponía que en la adultez, en situaciones “normales”, esta distorsión sería menor). La introyección cosechaba y acarrea lo que la proyección y la disociación sembraban; las representaciones de los objetos se inscribían en la mente en calidad de *objetos internos*.

Punto de partida: las representaciones psíquicas de objetos parciales y totales, sean éstos persecutorios/malos o idealizados/buenos. Dentro de la polisemia del término objeto en Klein, éste apareció intensamente connotado como *objeto de la satisfacción instintual*, es decir, como persona o cosa que intervenía para que el instinto alcanzase su fin. Los objetos externos actuaban pues como soportes reales que eran utilizados para la *construcción* del objeto que de introyectar se trataba. En la primera etapa de su producción denominó *imago* a las representaciones de los mismos que eran acarreados e implantados en la psique infantil. Con posterioridad comenzó a emplear –y lo hizo con asiduidad– los términos *introyección del objeto* y *objeto introyectado*. En estas dos expresiones habitualmente usadas por Klein, el acento recaía en aspectos diferentes: en la primera se remarcaba el proceso internalizador mientras que en la segunda se subrayaba los efectos del acarreo. Una vez que se franqueaba la frontera de la psique –pasaje del mundo externo al interno–, lo introyectado se implantaba en las instancias mentales –básicamente, yo y superyó– en calidad de *objeto interno*. En sus artículos predominó la descripción de procesos introyectivos de objetos malos y persecutorios; de ahí algunas facetas diferenciales de la introyección kleiniana respecto de cómo la entendieron otros analistas: la subordinó a la proyección y, además, incluyó en ella el fenómeno del temor a la retaliación.^{9*} Esta caracterización continuó después de *CPM-D* (1934) y de *NAME* (1946), artículos en que Klein comenzó a otorgar mayor importancia a la introyección de objetos buenos e idealizados. En el segundo de los escritos mencionados, aludió a la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo, operación llevada a cabo por la identificación introyectiva.

El destino final: la psique, donde lo introyectado se convertiría en objeto interno (bueno, malo, persecutorio, idealizado). Los introyectos se inscribían y conformaban las instancias psíquicas. La introyección establecía de manera necesaria una relación objetal intrapsíquica y, de manera contingente, podía dar pie a identificaciones, aunque no era obligado que eso sucediese. Si tras la introyección acontecía la *asimilación*¹⁰ del objeto interno se estaría en presencia de una identificación

kleinianamente entendida. La psique –el mundo interno, en lenguaje kleiniano– se estructuraba mediante esa constelación de representaciones –ahora internas– que replicaban, con diferencias importantes, a los objetos externos. Los objetos internos participaban y afectaban de diversas maneras al funcionamiento de las instancias psíquicas e intervenían en la construcción de la identidad.

Funciones estructurantes del psiquismo durante la infancia y *funcionales* a lo largo de toda la vida, en tanto formaba parte de los mecanismos que utilizaba la psique en toda relación de objeto. Una vez introyectados los objetos, entre ellos podía surgir una amplia gama de relaciones intrapsíquicas, dependiendo de las instancias en que se inscribieran, de las fantasías que impregnaron la relación con los objetos externos y de los instintos satisfechos con ellos. Se establecen así vínculos complejos entre realidad, fantasía y entre las manifestaciones de los instintos de vida y de muerte. Al final de su obra fue especialmente asociada a Eros y a los movimientos de integración de la psique, a través de la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo.

Cada introyección responde a diferentes causas y tiene su motivación específica, pero de sus escritos se deduce que habría, de base, una sed introyectiva por parte del bebé, correlato necesario de la necesidad de proyectar por motivos de defensa. Esta última podría alentar introyecciones para preservar al objeto amado dentro de sí mismo. [RPN (1961)]

Dada la frecuente indiscriminación entre mecanismo, instinto y fantasías en la literatura de filiación kleiniana, será útil diferenciar la introyección de las fantasías incorporativas orales correlatos, a su vez, de la dinámica instintual oral que busca la satisfacción. Esa tarea se encarará con detalle más adelante, en 9.8. Digamos por ahora que la fundadora del psicoanálisis de niños consideró a la incorporación como el prototipo y fundamento instintivo de la introyección. Cuando en sus primeros textos refirió la introyección de figuras parentales durante el complejo de Edipo temprano, la describía como un mecanismo asociado a ese tipo de fantasías inconscientes. Con el correr de los años, al considerar que estas últimas eran la expresión mental del instinto, conectó implícitamente la introyección con la actividad instintiva oral. Susan Isaacs fue una de las primeras analistas en alertar sobre las confusiones en el uso de estos conceptos; lo hizo en *Naturaleza y función de la fantasía* (1943); OCKPA, vol. 3, p. 98. A esos desconciertos deben agregarse los derivados del solapamiento entre ciertas funciones psíquicas (introyección, identificación, fantasías y actividad instintual) con actividades biológicas relacionadas con la nutrición, en las que el objeto entra *realmente* en el cuerpo. Esta última cuestión fue abordada con detalle en I, 2.2; allí se remite.

9.2.2. Contextos en los que Klein hizo operar a la introyección

- En su teoría evolutiva: ella fue concebida como un agente activo en el surgimiento de lo psíquico en el niño; actuaba desde el primer día de vida del bebé aunque su función era particularmente importante durante la PD –cuatro a seis meses de edad–.
- En los procesos defensivos: un ejemplo de ello era cuando utilizaba la introyección del objeto bueno para fortalecer la defensa frente a objetos persecutorios que acosaban y hacían peligrar la integración del yo.
- Forma privilegiada de relación entre el yo y los objetos, desde los comienzos de la vida, psíquica.
- A partir de 1934 quedó incluida en su teoría de las posiciones (véase II, 3.1).

9.3. La introyección I. Primer periodo de su obra (K₁:1919-1933)

En sus textos iniciales la introyección no estuvo incluida en una teoría *general* acerca de la constitución del aparato psíquico; aparecía más bien vinculada con un sector circunscrito de la misma: la formación del superyó. Esto tenía su lógica dado que ella siempre consideró que el bebé llegaba al mundo con dos de las tres instancias de la segunda tópica freudiana ya operativas: el yo y el ello. El superyó temprano fue caracterizado como un objeto interno complejo, producto de la convergencia y superposición de dos modalidades de introyecciones provenientes de sendos objetos: idealizado uno, persecutorio otro, aunque desenraizados de la problemática edípica. De los caracteres heterogéneos y

contradictorios de estos objetos introyectados surgían las características antagónicas del superyó precoz: crueldad, autoridad para el castigo y las recompensas, exigencias de perfección, etc.

Es sabido que el punto de partida de sus elaboraciones fue la clínica con niños; en ese contexto le despertaron su atención los fenómenos del sadismo infantil expresados a través de los juegos y en los relatos de los niños pequeños. De manera concomitante percibió en ellos ataques de angustia e intensos sentimientos de culpa, que atribuyó a la presencia del superyó. A diferencia de Freud consideró que el surgimiento del mismo era anterior a la declinación del Edipo. Fue justamente al teorizar la formación de esa instancia psíquica que recurrió a la introyección: ella internalizaba las *imago*s persecutorias constitutivas del superyó. Pensaba que esa organización psíquica era tanto más severa cuanto más arcaica; explicaba esta situación afirmando que su conformación dependía menos de las características los objetos externos (padres) que de las proyecciones del yo sobre ellos.^{11*} El yo, mediante la introyección –recuérdese que esta última era un mecanismo yoico– internalizaba esas *imago*s manteniendo abierto un camino de retorno desde los objetos a la psique. Esas *imago*s incluían lo que el yo había expulsado previamente –deflexión, proyección del instinto de muerte: sadismo– por lo que se internalizaban figuras predominantemente persecutorias y retaliativas. Las introyecciones descritas en esa época eran de *imago*s terroríficas. Hubo que esperar a *PJN* (1929), *EPN* (1932) y *CPM-D* (1934) para que los procesos introyectivos acarreasen también representaciones de objetos buenos a la psique y para que Klein construyese una teoría consistente sobre la introyección. (Véase *infra*, 9.4 y 9.7).

9.3.1. La introyección entre el sadismo y el establecimiento de *imago*s en la psique

Los empleos iniciales del vocablo contenían la acepción principal que Ferenczi le había otorgado –procedimiento internalizador de objetos– más otras significaciones heredadas de Abraham y de Jones sobre el sadismo oral y anal. De ahí el enlace privilegiado de la introyección kleiniana con lo sádico. En *PPAI* (1926), donde utilizó profusamente el concepto en cuestión –al igual que el de identificación–, se esbozaba ya esa orla semántica propiamente kleiniana del concepto que se mantuvo hasta el final de su obra: el mecanismo internalizador establecía *imago*s –primeros textos– y objetos internos –después–, que eran muy diferentes de los *objetos reales externos* que servían de punto de partida. Como ya se dijo, estas ideas exacerbaban hasta límites insospechados la noción freudiana de *realidad psíquica*, tiñéndola de un intenso sadismo. Su prototipo: la introyección de *imago*s^{12*} maternas y paternas persecutorias, cuyas descripciones se encontrarán en todos los textos de esa época. Por entonces si bien Klein utilizaba el término introyección, no se refería tanto al mecanismo en sí, sino esencialmente a los efectos de la actuación de la misma: la creación de *objetos* introyectados.¹³ A título de ejemplos pueden mencionarse *MSCI* (1924) o *PPAI* (1926); de este último se extrajo el siguiente pasaje referido al caso Rita:

“Pero aquí la prohibición del deseo infantil ya no provenía de la madre *real*, sino de la madre introyectada, cuyo rol representó ante mí en diversas formas, y quien ejercía una influencia más severa y cruel sobre ella que lo que su madre real hubiera hecho nunca.” (OCPKA, vol. 2, p. 130). Las cursivas son de la autora.

Esta frase fue reiterada en múltiples ocasiones por Klein en referencia a la formación y funciones del superyó: las prohibiciones instauradas por los padres reales eran siempre menos severas que las provenientes de sus representantes internos. Aunque en la oración extractada se refirió sólo a la madre, en otras páginas de este mismo artículo replicó estas aseveraciones respecto del padre introyectado. Estas ideas sentaron las bases de su forma peculiar de dirigir el tratamiento psicoanalítico: sus interpretaciones aludían y ponían de relieve las *imago*s introyectadas, a las que consideraba diferentes de los padres de carne y hueso. Según se apreciará enseguida, ella mostró también facetas distintas de estas *imago*s, que se desplegaban en la transferencia, a partir de la adjudicación de roles en el juego infantil (personificación). El análisis según Klein, debía operar sobre la realidad psíquica (*psychischer Realität*). De ahí también que excluyera a los padres de los tratamientos de niños.¹⁴

Esta concepción conllevaba implícitamente una idea: los niños no eran inocentes, puros ni angelicales; Klein puso de relieve que el sadismo y los impulsos mortíferos que formaban parte de la condición humana ya se manifestaban desde la cuna, en los síntomas y fantasías de niños de corta

edad.¹⁵ Estas apreciaciones despertaron tremendas reacciones en los medios analíticos y fuera de ellos. Algunos psicoanalistas se escandalizaron por estas ideas, como así también por su forma directa –y sin tapujos– de hablar con los niños sobre la sexualidad. Pese a todo, ella siguió insistiendo sobre la participación –indirecta– de las fantasías del niño en la formación del superyó y del carácter terrorífico e irreal de las *imago*s que lo constituían. Sus ideas, insistía, derivaban de lo que percibía en la clínica con niños. Ellas iban a contracorriente de lo sostenido por Freud –y su hija Anna– sobre la formación de esa instancia psíquica.¹⁶

Desde entonces dataría su actitud de subrayar las diferencias bastante radicales entre esas figuras internas y los padres reales. Con esa base teorizó una suerte de coexistencia de dos mundos que por momentos parecían funcionar de manera independiente y paralela. Mantuvo ese esquema básico, aunque lo matizó posteriormente, ante las críticas de algunos colegas londinenses –Winnicott entre ellos– de menospreciar la realidad externa. Esos mundos paralelos se juntaban –no en el infinito, como en las matemáticas– sino cuando los procesos defensivos eran menos intensos y los sucesivos momentos de elaboración morigeraban el sadismo infantil. Así, sea cual fuere la denotación más importante, la noción kleiniana de objeto introyectado connotaba en el sexenio 1926-1932 una diferencia significativa entre la *imago* “irreal” y el punto de partida de su construcción: el objeto real externo. Klein verá en ese contraste una forma de la escisión. Dicho sea de paso, esta disociación entre mundo externo e interno iba acompañada de la preeminencia de lo interior sobre las experiencias de la realidad; se trataba de uno de los pilares sobre el que asentaba la teoría kleiniana, tal como se afirmó en II, 1.2.2.2. y II, 1.2.2.5.

Estos usos iniciales de la introyección no pueden ser entendidos sin enmarcarlos en un contexto teórico que dio especial importancia a la proyección y a la correspondiente producción de objetos malos/persecutorios. La introyección ya era por entonces subsidiaria de la proyección, como podrá apreciarse en la próxima cita, que mostrará, además, el uso poco sistemático de ambos mecanismos. En las frases siguientes empleó *absorción* como equivalente a introyección y *expulsión* casi como sinónimo de proyección:

“Un mecanismo fundamental y universal en el juego de representar un papel sirve para separar estas identificaciones operantes en el niño, que tienden a formar un todo único. Por la división de roles [personificación], el niño logra expulsar al padre y a la madre que en la elaboración del complejo de Edipo ha absorbido dentro de sí, y que ahora lo atormentan con su severidad. El resultado de esta expulsión es una sensación de alivio que contribuye en gran medida al placer extraído del juego.” (OCPKA, vol. 2, p. 131). Lo que está entre corchetes es un agregado mío.^{17*}

En *PPAI* (1926), además de presentar una primera exposición de su técnica de juego en el análisis de niños, antedató el complejo de Edipo y la aparición del superyó precoz. En *ETCE* (1928) reiteró estas últimas tesis, pero más importantes que el adelanto de las fechas fueron las modificaciones introducidas de las etapas de la evolución libidinal, tal como se las conocía por entonces:

- a) la basada en el predominio sucesivo de las zonas erógenas –oral, anal, fálica, muy sistematizadas por Abraham–. Klein rompió con esa secuencia a favor de la simultaneidad: aparición de impulsos genitales aún bajo el predominio de lo oral y anal.
- b) la fundamentada en las relaciones de objeto: la conocida serie autoerotismo-narcisismo-relaciones objetales, postulada por el vienés. Klein cuestionó seriamente el narcisismo primario postulado por Freud en su texto introductorio de 1914 (véase I, 1.4.2.): el escenario ya no era el cuerpo propio –las pulsiones tomando por objeto la representación unitaria del mismo– sino el cuerpo de la madre, a cuyo vientre se dirigían fantasías sádicas.

Klein sentó las bases de una teoría propia de la estructuración subjetiva: creación de un *mundo interno* forjado por objetos introyectados que interactuaban entre sí, correlato distante y diferenciado del mundo externo. La introyección instalaba en la mente objetos malos y persecutorios –por las razones ya explicitadas–.

Recién en *PJN* (1929) se refirió a *imago*s internas buenas, pero sin relacionarlas de manera explícita con la introyección:

“En el análisis de un chico de cuatro años y medio aparecía una “mamá-hada” que solía venir de noche y traer cosas ricas para comer, las que compartía con el niño. [...] En otro análisis, la mamá-hada” solía curar con una varita mágica las heridas infligidas al niño por sus padres crueles, entonces, él y ella juntos mataban a estos padres severos. Llegué a convencerme que a la actuación de tales *imago*s con características buenas y malas es un mecanismo general, tanto en adultos como en niños.” (OCKPA, vol. 2, p. 194). Las cursivas son de la autora.

9.3.2. Sobre la dificultad de pensar la introyección de objetos buenos

Tras mencionar por vez primera en *PJN* (1929) la coexistencia en la psique de *imago*s internas buenas con las malas, fue tres años más tarde, en *EPN* (1932), que Klein mencionó con mayor claridad la existencia de introyecciones de objetos buenos. Esta “tardanza” se debió a dos obstáculos teóricos asociados: a) establecer que la deflexión de la pulsión de muerte era el primer movimiento psíquico y b) considerar que el superyó temprano se conformaba por *imago*s persecutorias. Las consecuencias teóricas de estos puntos de partida condujeron a postular la distorsión de los introyectos y el temor a la retaliación. Bosquejado el panorama de esa manera, se le hizo difícil mentar la internalización de objetos buenos. En otros términos, le resultó complicado delimitar con exactitud la extensión de aquello que descubrió en los primeros análisis de niños: el superyó temprano y cruel. Para Klein siempre fue importante el análisis de la angustia y del sentimiento de culpabilidad. De la percepción de tales afectos en los niños arrancó la oposición persistente entre los padres internos terribles y los padres reales buenos –o más o menos buenos–. La severidad de las *imago*s internas que conformaban el superyó arcaico no provenían de la severidad de los padres reales, que era siempre inferior al de sus réplicas psíquicas. Este esquema le impidió pensar la existencia de *imago*s benévolas, incluso de aquellas que podían ser caracterizadas con la misma irrealidad que tenían las *imago*s retaliativas. En *EPN* (1932) pudo hacer los primeros movimientos teóricos de salida de este *impasse*; así, tras la sempiterna descripción de las fantasías sádicas del niño en relación al vientre de la madre, agregó que no eran sólo las tendencias destructivas las que actuaban sino y también las libidinales (Eros):

“Su libido actúa también al mismo tiempo [que la agresión y las fantasías sádicas] y su influencia se hace sentir. La relación libidinosa con los objetos y la influencia ejercida por la realidad neutralizan su temor a los enemigos internos y externos. Su creencia en la existencia de figuras bondadosas y útiles -creencia que se basa en la eficacia de su libido-, permite así que sus objetos reales emerjan cada vez con más fuerza y que sus *imago*s fantásticas retrocedan a último término.

[...] En los primeros estadios la proyección de sus *imago*s aterradoras al mundo externo transforma este mundo en un lugar de peligro y a sus objetos en enemigos; mientras la introyección simultánea de objetos reales, de hecho bien dispuestos para con él, trabaja en dirección contraria y disminuye la fuerza de su temor a las *imago*s aterradoras.” (OCKPA, vol. 1., pp. 273-274; lo que está entre corchetes en la primera frase de esta cita es mío).

La introyección comenzó a relacionarse en *EPN* (1932) con los objetos buenos, pero en tanto eran reales. Cabe subrayar esta idea porque nada de ese texto hace referencia a la posibilidad de una transformación o deformación interna que sea de sentido inverso al empleado para construir los objetos internos persecutorios; es decir, que se crearan –en la fantasía- objetos irrealmente buenos, a partir de objetos reales neutros o moderadamente buenos. En cambio sí se explicita –en la segunda frase de la cita– la suavización del temor a las *imago*s internas terribles por efectos de la introyección de objetos reales benevolentes.¹⁸

Los doce extensos capítulos de *EPN* (1932) describen –con abrumadora mayoría– las introyecciones posteriores a proyecciones de aspectos sádico-orales del niño, con la consiguiente producción de objetos persecutorios o malos, retaliativos. Recuérdese que durante seis años –1926 a 1932– seguía considerando que la introyección “malignizaba al objeto”; le resultaba por lo tanto dificultoso separar el mecanismo introyectivo de la connotación “mala” que le había atribuido para explicar la distorsión de tintes persecutorios que experimentan los objetos al ser internalizados. Y si bien es cierto que aparecía la idea de introyecciones de objetos buenos, esto sólo aparecía esporádicamente. El fragmento recién transcrito fue una de las excepciones y por eso se lo reprodujo. En 1932 quedaba camino por recorrer en la construcción de la teoría kleiniana de la introyección.

Como se verá en el apartado siguiente, *CPM-D* (1934) y algunos textos posteriores de esa misma década aportaron sus granos de arena, pero fue realmente a partir de *NAME* (1946) que ella superó definitivamente el escollo, estableciendo el objeto idealizado –correlato del objeto persecutorio–

en la PEP. Para ello acudió a la combinación de la proyección con disociación –que operaba tanto sobre partes del yo como de los objetos–, creando objetos idealizados tan fantasmáticos e irreales como los persecutorios. Ambos podían ser introyectados.

Recién entonces pudo precisar una nueva oposición, apenas esbozada en *EPN* (1932): la de los objetos internos idealizados, (sean buenos o malos) y los objetos reales externos. Fantasía y realidad adquirieron, a mediados de la década de los cuarenta, algunos matices dialécticos que suavizaron la antigua posición dicotómica: la fantasía comenzó a ser portadora de una pizca de realidad (introyectada) y la realidad se construía siempre con la mediación de mecanismos proyectivos que otorgan carácter subjetivo a toda experiencia.

9.3.3. Articulaciones de la introyección con otros conceptos kleinianos

Además del conocido engarce entre la introyección y la proyección –salvo en un breve periodo inicial, comentado en la nota final nº 7 de este mismo capítulo– el mecanismo que se está estudiando apareció en su teoría indisolublemente ligada al resto de articuladores teóricos reunidos bajo el concepto compacto de “posiciones”. De ahí también su relación con los siguientes pares antagónicos: Eros/Tánatos, objetos parciales/totales, mundo interno/externo, amor/odio. Si predominaba lo sádico-destructivo (odio), el pecho introyectado era vivido como persecutorio y se constituía un objeto interno con todas esas características. Al contrario, si lo que preponderaba era el amor, los objetos introyectados –idealizados o buenos, según las posiciones– conforman objetos internos a semejanza, que ayudaban a la integración yoica. Todo este conjunto se expresaba en un lenguaje fantasmático, correlato de las tendencias instintivas (orales, anales, uretrales, etcétera).

La ausencia de enclaves o coagulaciones estructurales en la teoría kleiniana dotó a sus antropomorfizados objetos internos, y en general, al conjunto de sus articuladores conceptuales, de una movilidad extraordinaria, de modo tal que un interrogante formulable a su doctrina podría ser el siguiente: ¿cómo se alcanzaría cierta estabilidad en la psique?

La conformación de los objetos internos por vía introyectiva confluía con los efectos que, apuntando a los mismos fines, llevaba a cabo la disociación, al clivar dentro del propio yo sus partes buenas y malas. La introyección kleinianamente concebida operaba sobre el tipo de objetos que ella había construido: parciales/totales –véase II, 3.2.–, en un contexto oral y claramente narcisístico, de juicios atributivos buenos/malos, correlatos del amor-odio. Su postura en este asunto fue antipódica a la de Freud, para quien se trataba de la introyección de rasgos o detalles de los objetos *-einzigsten Zug-* en pleno Edipo; es decir, tras la “salida” del narcisismo primario: falicidad, presencia de deseos edípicos y transformación del amor-odio en par antitético (véase I, 3.2.2).

En la concepción de la matriarca del psicoanálisis, la introyección mantuvo e incluso vio jerarquizado su papel como mecanismo internalizante.¹⁹ En una teoría endopsíquica, instintivista, no ambientalista –perspectiva que constituye una de las líneas de fuerza principales de su obra– la introyección devino necesaria para equilibrar las “salidas” o “*outputs*” del yo. En otras palabras, la introyección no tenía su motor o punto de partida en los objetos externos ni suponía una trasmisión psíquica intergeneracional, sino que mostraba en acción la “bomba aspirante” del yo, tendiente a compensar su carácter expelente (proyección); primero, en buena lógica kleiniana. Todas las operaciones tenían por epicentro al yo, desde los primeros días del nacimiento.^{20*}

Por otra parte, durante K_1 , al poner Klein el acento en sus descripciones sobre las vicisitudes de la pulsión de muerte y la agresividad sádica, el papel de Eros quedó eclipsado en lo explícito. Fue a partir de K_2 que comenzó a hacerse patente que también se proyectaba e introyectaba las tendencias libidinales. En K_3 estas ideas ya estuvieron nítidamente expuestas y establecidas.

9.4. La introyección II. De la posición depresiva a los mecanismos esquizoides (K_2 :1934-1946)

Los textos más importantes de este periodo fueron: *Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos* [CPM-D (1934)], *Amor, culpa y reparación* [ACR (1937)], *El duelo y su*

relación con los estados maníaco depresivos [DRM-D (1938-1939)], El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas [CEAT (1945)]. De estos artículos serán enfocados especialmente los fragmentos dedicados a la introyección.

CPM-D (1934) marcó un hito importante en la obra de M. Klein; a tal punto fue así que se consideró a dicho artículo como el inicio de una nueva etapa de su pensamiento: K₂. En ella se consumó la ruptura teórica con Abraham, que había ejercido una gran influencia sobre ella. En este texto Klein hizo confluir las diversas líneas teóricas que había desarrollado en la década anterior, pero también introdujo algunas novedades significativas; verbigracia: el concepto posición, que llegaría a ocupar un lugar de privilegio en su andamiaje teórico. Si bien se centró en la PD –a la que situó entre el cuarto y sexto mes de vida–, también aludió a la PEP. Subrayó que en la PD ocurría el pasaje de objeto parcial a objeto total (véase II, 3.1.3.) y que, concomitantemente, se acrecentaba la madurez e integración del yo. El pecho de la madre quedó erigido definitivamente como el primer objeto parcial que, dividido en objeto pecho bueno y malo, daba pie a introyecciones diferenciadas:

“La evolución de los niños pequeños está gobernada por los mecanismos de introyección y proyección. Desde el comienzo el yo introyecta objetos “buenos” y “malos”, siendo el pecho de la madre el prototipo de ambos: de los objetos buenos cuando el niño lo consigue y de los malos cuando le es negado.” (*CPM-D, OCKPA*, vol. 2, p. 253)

Esta frase, breve y compacta, es ilustrativa respecto de los progresos operados en su teoría de la introyección: a partir de este escrito de 1934 se internalizaban tanto objetos buenos como malos. Klein resolvió la dificultad comentada en 9.3.2.: sostuvo que se proyectaba e introyectaba tanto la agresividad (Tánatos) como la libido (Eros), a resultas de lo cual se generaban los dos tipos de objetos internos recién nombrados. La proyección apareció entonces más asociada a la *escisión*. La conjunción de ambos hacía que sobre los objetos externos se dirigieran no sólo impulsos sádicos, sino y también, libidinales. Por esta razón se creaban objetos idealizados/buenos y persecutorios/ malos, prolegómenos necesarios a la introyección de todos ellos. Desde el punto de vista teórico, esto supuso la convergencia –ya comentada anteriormente– de dos conjuntos de mecanismos que años antes funcionaron relativamente independientes: la proyección y el supuesto precedente de la escisión por un lado, y la internalización, introyección e incorporación por otro.

Además, la percepción de la madre como objeto total y bueno –propio de la posición depresiva– permitía que el niño la considerase como *persona* completa y que la pudiera amar e identificarse con ella. Esa situación marcaba el surgimiento de temores a la pérdida del objeto amado y sentimientos de culpa por el daño que se le infligió mediante las proyecciones agresivas.

Me parece que sólo cuando el yo ha introyectado el objeto como un todo y ha logrado mejores relaciones con el mundo externo y con personas reales, es capaz de comprender ampliamente el desastre creado por su sadismo y especialmente por su canibalismo, y sentirse apenado por ello. Este dolor se relaciona no sólo con el pasado sino también con el presente, puesto que en este temprano estadio del desarrollo el sadismo está en su apogeo. Se necesita una mayor identificación con el objeto amado. El yo se encuentra entonces enfrentado con el hecho psíquico de que sus objetos de amor se encuentran destruidos –en trozos–, y la desesperación, remordimiento y ansiedad que se derivan de este reconocimiento, forman la base de numerosas situaciones de ansiedad [...]. (*OCKPA*, vol. 2, pp. 260-261).

Mientras el sadismo está en su máximo apogeo –fase que Klein resituó en este artículo en la posición paranoide; es decir como antecedente de la futura PEP–, la capacidad de introyección de objetos buenos era escasa; será necesario esperar al declive de la actividad sádica. Sólo entonces podría establecerse firmemente un objeto total y bueno que, además de ser amado, de pie a identificaciones con él. El sadismo exacerbado lo impediría; entre otras cosas, porque no posibilitaba construir un objeto total. En la PD se producían tres fenómenos simultáneos: descenso del sadismo, percepción más realista del objeto y aumento de las introyecciones. Estas últimas ya no operan tanto sobre objetos parciales (PEP) sino sobre objetos totales. La introyección de un objeto total tenía como precondition la existencia de progresos en la percepción: que el bebé pudiera capturar visualmente a su madre como persona real y total.

En *CPM-D (1934)* afirmó también que la introyección podía ser útil a los fines de la defensa contra la angustia; así, en la PEP, puede combatirse la ansiedad paranoide internalizando el objeto

persecutorio para atacarlo adentro; en la PD, para que los objetos buenos puedan combatir adecuadamente a los objetos malos; también, para rebajar la angustia ocasionada por las fantasías de haber destruido sádicamente al objeto bueno. Otro aspecto que convendrá subrayar de este artículo es un breve párrafo al comienzo del mismo (OCKPA, vol. 2, p. 255), en que planteó la cuestión de la introyección del objeto perdido en la melancolía, mencionando a Freud y a Abraham. Ella se preguntó:

“Ahora bien, ¿por qué el proceso de la introyección es tan específico para la melancolía? Creo que la diferencia principal entre la incorporación en la paranoia y en la melancolía, está relacionada con *cambios en la relación del sujeto con el objeto*, aunque también se trata de un cambio en la cuestión del yo introyectante.” Lo que está en cursiva me pertenece.

Dentro de las ambigüedades terminológicas habituales —en su auto-pregunta se refiere a la introyección; en su respuesta nombra a la incorporación; finalmente introduce al yo introyectante— pareciera que intentar aclarar alguna característica diferencial de la introyección: la califica como un proceso más que como un mecanismo. Y después da la impresión que la considere una modalidad de relación del *sujeto* (expresión nada habitual en ella) con el objeto. Lo que sí es seguro que adhirió al pensamiento de Abraham acerca de la pérdida de objeto en la melancolía y su posterior *introyección*.^{21*} Se volverá enseguida sobre esta cuestión desde otro ángulo, al examinar su escrito *DRM-D* (1938-1939).

Una de las condiciones para la buena elaboración de la PD —recuérdese que su fracaso predispone a estados depresivos importantes; incluso, a la melancolía— era que el bebé pudiera sentir seguridad sobre la bondad de sus objetos y sobre sus capacidades reparatorias. Pero, a la vez, estas últimas fueron consideradas efectos de la instalación del objeto bueno en el yo, que suponía la introyección de un objeto total y una posterior identificación del yo a ese objeto bueno (véase *infra*, 9.8.1. a 9.8.5). Estos procesos abocaban al yo a la PD, porque despertaban la vivencia de haber dañado al objeto —culpa y ansiedad depresiva— y la consiguiente tendencia a repararlo.

En 1937 se publicó *Amor, odio y reparación*, libro dividido en dos partes; la primera, titulada “Odio, voracidad y agresión” fue escrita por Joan Rivière mientras que la segunda —“Amor, culpa y reparación” (*ACR*)— surgió bajo la pluma de M. Klein. Articuladas entre sí, la primera sección hacía referencia a los intensos sentimientos de odio y agresión que aparecían tempranamente en los bebés y que habitaban, luego, a lo largo de la vida, caracterizando naturaleza humana; la segunda era la descripción de fuerzas igualmente precoces y poderosas: el amor y el impulso a la reparación. Se trataba de un libro de divulgación, escrito de manera clara y asequible. En su contenido se refirieron los procesos psíquicos, actos y sentimientos que podían ser vividos por cualquier persona, en tanto no remitían necesariamente a la psicopatología. La tesis que atravesaba el volumen vino a remarcar la conexión y continuidad entre la vida emocional infantil y la del adulto. En cierto sentido podrían considerarse escritos en los que cada una de las autoras retomó y desarrolló con detalle lo que acontecía en las *posiciones*, concepción que Klein había planteado pocos años antes en *CPM-D* (1934); los títulos de ambas secciones son elocuentes: Rivière escribió sobre los afectos predominantes en la posición “paranoide” mientras que Klein se hizo cargo de los homólogos de la posición depresiva. Tánatos y Eros respectivamente, estaban en el centro de los dos escenarios. Al comienzo de su escrito Klein explicitó y asumió el riesgo que significaba haber separado la descripción de esas dos tendencias instintivas y sus formas de manifestación: no transmitir adecuadamente la constante interacción entre el amor y el odio.

Aquí se abordará únicamente la parte escrita por Klein y se harán comentarios a un breve apartado del mismo dedicado a la identificación. Se pasará por alto las tesis de años anteriores que reiteró en este pequeño volumen y se dirá solamente que en él anticipó ideas que constituyeron el núcleo de otro texto importante suyo: *CEAT* (1945), al que se hará referencia en las próximas páginas. En *ACR* sostuvo:

“La simpatía genuina consiste en poder colocarse en el lugar del otro, esto es, ‘identificarse’ con él. La capacidad de identificación es un importantísimo elemento en las relaciones humanas en general y una condición de amor intenso y auténtico. Sólo si tenemos capacidad de identificación con el ser amado llegamos a descuidar y hasta cierto punto sacrificar nuestros propios sentimientos y deseos, anteponiendo así temporariamente a los nuestros los intereses y emociones ajenos. Puesto que al identificarnos con otro ser compartimos la ayuda o la satisfacción que

le proporcionamos, recuperamos por una vía lo que perdemos por la otra. Los sacrificios por la persona amada y la identificación con ella nos colocan en el papel de un padre bueno, y nos comportamos con ella como nuestros padres a veces lo han hecho con nosotros, o como hemos deseado que lo hicieran. A la vez desempeñamos el papel del niño bueno hacia sus padres, realizando en el presente lo que hubiéramos querido hacer en el pasado.” OCKPA, vol. 6, pp. 140-141).

Con estas actitudes se reparan inconscientemente los agravios realizados a los padres. Klein acabó señalando que la “reparación” era un componente fundamental en el amor y en todas las relaciones humanas. Para que la capacidad reparatoria pueda establecerse se requería una identificación del yo con el objeto bueno interno. El amor hacia el objeto externo tenía por requisito esa misma identificación. Veamos las ideas que se desprenden de este párrafo sobre dicho mecanismo:

- Supone colocarse en el lugar del otro.
- Da pie a la simpatía.
- Es la condición del amor.
- Genera una actitud de renuncia a lo propio en favor de los demás (oblatividad).
- Permite recuperar lo dado al compartir con el otro la satisfacción que le proporcionamos.

En este artículo puede apreciarse el concepto de identificación ya comenzaba a tener características propias y diferenciadas de las que le había otorgado Freud. En primer lugar, colocarse en lugar del otro –que dará carácter transitivo a algunas de sus identificaciones– implicaba una dirección centrífuga respecto del yo, planteamiento inverso al que Freud. Aunque no fue explicitado por Klein, era notoria la presencia de un componente proyectivo en la misma, que estaba en la base del contacto “simpático” con el otro. Hubo aquí un anticipo de lo que sostuvo años más tarde en *NAME* (1946) sobre la identificación proyectiva: su participación en la comunicación humana. Las tres últimas características muestran otra inversión respecto del pensamiento del vienés: para éste la condición del amor era el narcisismo, no la identificación; esta última requería de un objeto amado (u odiado), dador de rasgos psíquicos. El sujeto en vías de formación se dirigía a estos objetos edípicos para tomar de ellos trazas o detalles y hacerlos propios. Era el caso prototípico de las identificaciones secundarias edípicas. Pero Klein tampoco diferenció entre identificaciones primarias y secundarias; igualmente, entre relación de objeto e identificación ya que ambas eran coincidentes. Sumémosle a éstas otras diferencias: mientras que para Freud la identificación conllevaba siempre un ingrediente agresivo –la apropiación; véase I, 2.4.– para Klein, la identificación estaba en la base del amor.

Desde el inicio mismo de *El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos* [*DRM-D* (1938-1939)], Klein anticipó que las ideas principales de este artículo eran un desarrollo del concepto de la PD introducido en el texto que recién se comentó [*CPM-D* (1934)]. Se apoyó en *Duelo y melancolía* [*DyM* (1915)] de Freud para sostener que el niño, durante el desarrollo psíquico, atravesaba por estados mentales similares a los del duelo en el adulto: ante cada pérdida a lo largo de la vida podrían reverberar esos sentimientos penosos. Asemejó, pues, la PD con el duelo normal y consideró los conflictos que le eran inherentes como los más dolorosos del complejo de Edipo. De estos escritos de K₂ (1934-1946) surgió la tendencia en la clínica kleiniana de hacer hincapié sobre la elaboración de los duelos. Pero además la equiparación fue más allá:

“Dije que el niño experimenta sentimientos depresivos que llegan a su culminación antes, durante y después del destete. Este es un estado mental del niño que denomino ‘posición depresiva’ y sugiero que es una melancolía en *statu nascendi*. El objeto del duelo es el pecho de la madre y todo lo que el pecho y la leche han llegado a ser en la mente del niño: amor, bondad y seguridad.” (OCKPA, vol. 2, p. 280). Las cursivas son de la autora.

Luego continuó con argumentos que se reiteraron en sus trabajos posteriores: el niño sentía que esas pérdidas se debían a su voracidad y a sus fantasías e impulsos destructivos contra el pecho de la madre. La agresión fantaseada se dirigía también a los hermanos, con quienes mantenía relaciones ambivalentes. Estos hermanos podían ser reales o fantaseados (los que habitaban en el vientre materno). Es de fundamental importancia para el tema en cuestión –la estructuración subjetiva– señalar las diferencias teóricas entre la pionera del psicoanálisis de niños y Freud. Aunque la primera frase de este artículo de Klein haya sido una cita del vienés de *DyM* (1915) acerca del trabajo de duelo

–proceso psíquico ocasionado por la pérdida de un objeto– las formulaciones de ella supusieron un giro importante respecto del *vienés*. A continuación se expondrá los alcances de ese viraje; pero, para tales efectos, será útil recordar lo tratado en varios apartados de la primera parte de esta tesis: I, 1.4., I, 1.6., I, 3.2. y I, 3.4. Del conjunto de cuestiones allí abordadas se mencionarán sólo dos: a) que el trabajo de duelo consistía según Freud en el lento retiro de las catexias libidinales que otrora recaían sobre el objeto perdido, para retornarlas al yo (narcisismo secundario) y, tras recuperar esas cargas, redirigirlas hacia otros vínculos; b) el melancólico, en cambio, rehusaba llevar a cabo ese desprendimiento del objeto, lo incorporaba, consumaba una identificación narcisista y perpetuaba la relación intrapsíquica con el mismo, con todas sus consecuencias. Con posterioridad, en el capítulo III de *El yo y el ello* (1923) Freud extendió –con diferencias– este procedimiento para las identificaciones secundarias edípicas: debiendo renunciar al objeto edípico el niño introyectaba un rasgo o detalle del objeto. Sobre las importantes disparidades entre las identificaciones melancólicas y narcisistas se insistió extensamente en I, 3.2.4.2.

Melanie Klein planteó las cosas de una manera distinta: el proceso de duelo tendría éxito si lograba instalar al objeto perdido en el mundo interno, restableciendo un vínculo libidinal intrapsíquico. La pérdida del objeto se compensaba con la erección de un objeto interno:

“En el desarrollo normal estos sentimientos de dolor, aflicción y temores se vencen mediante varios métodos. Junto con la relación del niño, primero con su madre y pronto con el padre y otras personas, se produce el proceso de internalización que he subrayado tanto en mi obra. El niño, al incorporar a sus padres, los siente como personas vivas dentro de su cuerpo, del modo concreto en que él experimenta sus fantasías. Ellas son, en su mente, objetos “internos” o internalizados, tal como los he denominado. Así se edifica un mundo interno en la mente inconsciente del niño, correspondiendo a las experiencias reales y a las experiencias del mundo exterior, aunque alterado por sus propias fantasías e impulsos. Si lo que rodea al mundo es predominantemente un mundo de personas en paz unas con otra y con su yo, resulta de esto una integración, una armonía interior y un sentimiento de seguridad.” (OCKPA, vol. 2, pp. 280-281).

Se lee claramente: según Klein el objeto es *incorporado* y restablecido en el mundo interno, se lo revive en la psique, donde se constituye en un objeto estable y permanente de la misma, proceso que debe considerarse como estructurante de lo psíquico. Se trata más bien de la internalización que recae *siempre* sobre un objeto dañado, atacado previamente y, en el mejor de los casos, reparado. En rigor no se produjo la pérdida del mismo en tanto se lo mantiene redivivo en la mente. El yo es una asamblea de objetos *vivos* –lo dice textualmente en la cita anterior: “los siente como personas vivas dentro de su cuerpo” –; donde actúan como representantes deformados de los objetos reales externos. El acrecentamiento de la independencia respecto del objeto externo se logra mediante la transformación en objeto interno

Si se leen estas propuestas a través del prisma freudiano se puede sostener que Klein le dio un tono melancólico a la estructuración subjetiva; generalizó para la estructuración de todo niño el procedimiento que el *vienés* había postulado para la melancolía. De ahí que Klein haga uso del término *in-corporación* y sitúe a estos objetos internos “dentro del *cuerpo*”. Si se hace una lectura inversa se aprecia que el yo freudiano aparece como un cementerio de antiguas relaciones de objeto perdidas o abandonadas que dejaron inscritos –vía *introyección*– sólo algunos de sus pequeños rasgos o detalles (*einziguer Zug*).²² No son los mismos objetos en una y otra teoría: en Freud no existe el objeto interno, total, completo, salvo el caso de la melancolía; además, las secundarias edípicas se consuman siempre con rasgos parciales del objeto. Lo que en la TIF fue excepcional –identificación melancólica o narcisista– en la TIK fue la regla.

Si el éxito en el trabajo de duelo consistía para Freud en “olvidar” al objeto –por aceptación de lo que dicta el juicio de realidad: la pérdida irrevocable del mismo–, en Klein se trataba de mantenerlo vivo tras la reparación para recrearlo en la psique en calidad de objeto interno. Por otra parte, Freud diferenció entre la *pérdida* de objeto en la identificación melancólica y la *resignación* del mismo en las identificaciones secundarias edípicas –véase el cuadro n° 3 en I, 3.2.4.2.– distinguiendo lo que ocurría en el territorio de una entidad clínica específica y en la estructuración subjetiva infantil. Otras diferencias derivan de la teoría kleiniana acerca de los objetos internos: cuasi personas incorporadas *in toto*, y sentidas como vivas recreando la presencia fantasmática del otro –madre, padre, entorno objetual–, en la psique.

Por otra parte, cada pérdida que acontecía durante el resto de la vida reactivaba los duelos primitivos –los propios de la posición depresiva–. Con las diferencias debidas a las elaboraciones ya logradas, estas repeticiones del pasado en el presente colocan a la persona en un estado de reprocesamiento casi permanente de las pérdidas sufridas en la posición depresiva. No es extraño que en algunos medios kleinianos suela referirse este estado de la persona mediante un neologismo; se dice de ella que está “duelando”.

A las consabidas diferencias entre los objetos externos y sus correspondientes internos –deformados, como tantas veces se comentó aquí– cabe sumar también la transitividad/continuidad que se generaba entre unos y otros, determinante de que la identificación kleiniana fuera creadora de relaciones narcisistas de objeto. Además, por la involucración de las fantasías, organizadas en napas estratigráficas (véase II, 5.2.2.), este complejo de objetos fue pensado por Klein como si estuvieran asentados en diferentes estratos del inconsciente –más o menos profundas–.

“Como he señalado a menudo, el proceso de introyección y proyección, desde los comienzos de la vida, conduce a la institución, dentro de nosotros mismos, de objetos amados y odiados, que son sentidos como “buenos” y “malos”, que están interrelacionados los unos con los otros y con el sujeto; es decir, constituyen un mundo interno. Ese conjunto de objetos internalizados se organiza junto con la organización del yo, y en *los más altos estratos de la mente* llega a hacerse perceptible como superyó. En términos generales, lo que Freud vio como las voces y la influencia de los padres reales establecidos en el yo, es, de acuerdo con mis hallazgos, un mundo complejo de objetos sentidos por el individuo *en las más profundas capas de su inconsciente* como algo concreto dentro de sí, razón por la cual yo y algunos de mis colegas usamos los términos ‘objetos internalizados’ y ‘mundo interno’. Este mundo interno consiste en una gran cantidad de objetos dentro del yo que corresponden a una multitud de aspectos variados buenos y malos en que los padres (y las otras personas) aparecen en el inconsciente del niño, a través de las varias fases del desarrollo. Aún más, también representan todas las personas que internaliza continuamente en una gran variedad de situaciones que provienen de las múltiples y siempre cambiantes experiencias del mundo externo, tanto como de las fantasías.” (OCKPA, vol. 2, pp. 295-296). La que está en cursiva me pertenece.

En esta larga cita de Klein se hicieron patentes algunas características de la estructuración psíquica del niño –TIK–, proceso que en sus propios términos podría expresarse así: formación del mundo interno durante el desarrollo infantil. Se señalan algunas peculiaridades de su pensamiento al respecto mediante las siguientes puntualizaciones:

- La introyección y proyección operarían desde el comienzo de la vida.
- La acción conjunta de ambos mecanismos internaliza objetos amados y odiados que son sentidos como buenos y malos, con sus sub-variedades: idealizados y persecutorios.
- El mundo interno se constituye por las interacciones de esos múltiples objetos; ellos se relacionan entre sí y con el sujeto, cuya representación era asumida, en su teoría, por el yo.
- Los objetos internos se sienten de manera concreta y corporal, “como personas” en el cuerpo y en la mente; en las relaciones entre los mimos median las fantasías inconscientes.
- Al estar inmersos todos estos procesos en fantasías inconscientes, la estructuración psíquica adquiere también esa cualidad. Se recuerda el carácter estratigráfico que tuvo el inconsciente en la teoría kleiniana: lo más arcaico era a la vez lo más profundo.
- El yo, innato en su teoría se remodelaba y ganaba en cohesión gracias a la internalización de objetos; paralelamente se organizaba el superyó por medio de la introyección de objetos. Ambas instancias se formaban de manera simultánea.
- La interacción entre proyección e introyección era vitalicia; igualmente, la que existía entre realidad y fantasía.^{23*}

En *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas* (1945) abordó temas psicoanalíticos fundamentales pero no aportó grandes novedades respecto de la introyección. Lo más destacado del comienzo de este extenso artículo fue la reaparición de la represión que, como pudo constarse en la revisión bibliográfica de K₂ que realiza hasta ahora, prácticamente no fue mencionada. Klein la consideraba una defensa *tardía*; aparecería bien avanzada la PD y se dirigía contra los deseos libidinales incestuosos.

A través de la revisión de algunos casos clínicos por ella tratados –Ricardo y Rita, especialmente–, la psicoanalista de niños abordó la relación entre las *imago*s introyectadas de los

objetos parentales y las características de esos objetos reales externos. Insistió en que si bien el surgimiento de las ansiedades en los niños tenía que ver con el vínculo *interno* con los objetos primarios, las circunstancias externas podían funcionar ya sea como activadoras ya sea como apaciguadoras de estas angustias.²⁴

En este escrito reiteró que tanto el pecho bueno como el pecho malo eran objetos de introyecciones y proyecciones desde el nacimiento. Pero, finalizando el escrito, al exponer por separado el desarrollo edípico de la niña y el niño, sostuvo que las modalidades de introyección dependerían de qué impulsos prevalecían: si los de succión o los canibalísticos. Pero, también dejó entrever que esa divisoria no era tan taxativa ya que la libido de succión podría devenir destructiva por fantasías de vaciamiento o vampirismo, ligadas a la voracidad. Estas ideas las desarrolló en *NAME* (1946) y en otros artículos posteriores; en ellos atribuyó a la libido de succión la base instintiva para la introyección del objeto bueno entero, no disociado previamente, en el núcleo del yo. Las tendencias canibalísticas intervendrían en el surgimiento del objeto roto y despedazado, tal como se verá en II, 9. 6.

9.5. La introyección III. Últimas consideraciones (K₃: 1946-1960)

En K₃ la introyección y la recién aparecida I. I., quedaron incluidas en la categoría de *procesos introyectivos*. Se hará una breve revisión de las inflexiones que les introdujo en esta última etapa de su obra. En ella destacaron los siguientes artículos: *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* [*NAME* (1946)]; *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa* [*STAC* (1948)]; *Los orígenes de la transferencia* [*OT* (1951)]; *Observando las conductas del bebé* [*OCB* (1952)]; *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante* [*CTEL* (1952)]. *Sobre la identificación* [*SI* (1955)], *Envidia y Gratitud* [*EyG* (1957)], *Sobre el desarrollo del funcionamiento mental* [*SDFM* (1957)], *Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia* [*MARI* (1959)], *Algunas reflexiones sobre La Orestíada* [*ARLO* (1963)].

En el capítulo anterior –más específicamente en II, 8.2.– se incluyeron citas y comentarios a diversos fragmentos de *NAME* (1946); se remite especialmente a aquellos que llevan los números I, II y X, que aluden a la introyección. El X incluía una descripción de la I. I., pero sin que apareciera nombrada como tal; en XI Klein alertó sobre la excesiva idealización del objeto introyectado, y señaló las posibles perturbaciones que tal evento podría acarrear.

En *STAC* (1948), mostró como la actividad instintiva afectaba al psiquismo del bebé, generando situaciones de ansiedad que activaban los mecanismos de proyección e introyección. Consideró al superyó como el destino de las introyecciones; tanto de los objetos persecutorios como de los gratificantes. Los objetos internos buenos y malos –producto de introyecciones– se convertían en representantes de los instintos de vida y de muerte, respectivamente. El círculo completo incluía la catectización libidinal y tanática –vía proyección– de objetos externos gratificadores y frustrantes; se generaban, así, las deformaciones “fantásticas” de los mismos; a ellos les seguían las introyecciones, con sus efectos estructurantes de la psique: generación de objetos internos. Este círculo se reiteraba indefinidamente mediante nuevas proyecciones y reintroyecciones. La relación de amor con el objeto bueno era una expresión de Eros mientras que el odio y la agresión hacia el objeto malo (perseguidor) eran manifestaciones de Tánatos.

En *OT* (1951) no le resultó difícil aplicar a la relación con el analista las ideas de *STAC* recién descritas. Los conceptos de transferencia positiva y negativa mostraban, respectivamente, la preeminencia de los vínculos de amor, relacionados con Eros o los de odio, vinculados con Tánatos. La transferencia fue entendida como una externalización –proyección– sobre la persona del analista de las inscripciones psíquicas ligadas a las primeras relaciones con los objetos. Se recreaban, así, las situaciones de angustia, las modalidades de las relaciones objetales vividas históricamente y las tendencias instintivas que les subyacían.

En 1952 se publicaron dos artículos fundamentales relacionados con la introyección y la I. I.: *CTEL* y *OCB*. No se aludirá aquí a sus contenidos ya que ambos serán examinados en el apartado siguiente, que se dedicará a esa modalidad identificatoria, que surgió para formar pareja con la I. P. En dichos textos describió un nuevo objeto, clave para la I.I.: el objeto bueno, entero, indemne y no disociado previamente.

En relación a los procesos introyectivos cabe mencionar un interesante escrito de P. Heimann²⁵, en que desarrolló la concepción kleiniana acerca de una hipótesis de Freud sobre la formación del Ideal del yo a partir del yo. Apoyándose en *NAME* (1946), vino a decir que esto ocurría por efecto de una disociación:

“El yo se disocia y separa una parte del resto. Esta parte disociada del yo contiene el objeto introyectado, y sobre la base de la separación entre ésta y el yo restante, la introyección del objeto no conduce a una identificación; pero en su lugar se establece *una relación objetal intrapsíquica*, similar a las relaciones interpersonales, como se ha demostrado en el ejemplo citado.” (OCKPA, vol. 4, p. 250). Las cursivas son de la autora.

Pareciera que intentaba diferenciaba entre dos modalidades de introyección; la primera, que seguiría a grandes rasgos la que se describió *supra*, en 9.8.5.: el yo introyectaba un objeto y lo iba asimilando paulatinamente. La segunda modalidad –la descrita en esta cita– conllevaba la participación de un clivaje en el yo. Ella no lo planteó explícitamente pero se puede percibir cierto paralelismo con lo descrito respecto de la I. P. En ambas situaciones la escisión del yo estaba involucrada. Las diferencias estribarían en que para el caso de la I. P., el yo mantendría en relación *externa* con su parte escindida y proyectada (relación narcisista de objeto), mientras que en el otro caso se generaba una *relación intrapsíquica con el objeto introyectado*.

En *Envidia y Gratitud* (1957) Klein produjo un giro teórico de gran calado que sacudió el andamiaje conceptual que había elaborado durante casi cuarenta años. En la Introducción del capítulo 7, íntegramente dedicado a este escrito, se hizo una extensa descripción de ese viraje y en todos los apartados restantes se fue describiendo en detalle los alcances de las inflexiones introducidas en ese volumen. Se remite a dicho capítulo si se quiere tener presente las implicancias conceptuales de esa publicación. Será de especial utilidad recordar lo desarrollado en II, 7.3.4., en relación a la introyección del objeto bueno en el núcleo del yo y lo dicho acerca del conocimiento innato del mismo. En *EyG* (1957), Klein escribió:

“A lo largo de mi trabajo he atribuido importancia fundamental a la primera relación de objeto del niño pequeño -la relación con el pecho y con la madre- y he llegado a la conclusión de que si este objeto primario que es introyectado se arraiga en el yo con relativa seguridad, está dada entonces la base para un desarrollo satisfactorio. Hay factores innatos que contribuyen a este vínculo. Bajo el dominio de los impulsos orales, el pecho es instintivamente percibido como la fuente de alimento y por lo tanto, en un sentido más profundo, como origen de la vida misma. Esta íntima unión física y mental con el pecho gratificador restaura en cierta medida -si todo marcha favorablemente- la perdida unidad prenatal con la madre y el sentimiento de seguridad que le acompaña. Esto depende en gran parte de la capacidad del niño pequeño para catectizar suficientemente el pecho o su representante simbólico, el biberón. De esta manera la madre es convertida en un objeto amado. Puede muy bien ser que el haber formado parte de la madre en el periodo prenatal, contribuya al sentimiento innato del lactante de que fuera de él mismo existe algo que le dará todo lo que necesita y desea. El pecho bueno es admitido y llega a ser parte del yo, de modo que el niño, que antes estaba dentro de la madre, tiene ahora a la madre dentro de él.” [*EyG* (1957), OCKPA, vol. 6, p. 14].

En este fragmento se reitera que la introyección del objeto bueno se produciría desde el comienzo de la vida. Klein ya había sorteado en 1957 las dificultades de K_1 para concebir la introyección de ese tipo de objetos. (Véase II, 9.3.2). Pero las superó mediante un *tour de force* teórico: un reforzamiento del innatismo, del endogenetismo y de lo constitucional.

De tenderse algunos puentes con la TIF y la TIL, podría decirse que la introyección del objeto bueno, entero, completo en el núcleo del yo cumplía funciones equivalentes a la identificación primaria en Freud y a la Privación en Lacan; la introyección y la I. I. colocaban la piedra fundamental del futuro sujeto psíquico. Esta frase condensaría buena parte de las concepciones de Klein por aquel entonces: anobjetalidad, importancia de las primeras relaciones objetales, ausencia de temporalidad retroactiva, jerarquización de los factores innatos, íntima fusión con el pecho de la madre que venía a restaurar la perdida unidad prenatal con ella madre. Si Freud y Lacan privilegiaron al padre y al falo, ella hizo lo propio con la madre y al pecho.

En caso que el objeto bueno se enraizara adecuadamente en el yo, quedaban sentadas las bases para un desarrollo evolutivo “normal”. La lactancia satisfactoria favorecía ese proceso de internalización.

El pecho era vivido como fuente de vida y los placeres del amamantamiento quedaban inscritos como prototipo de toda felicidad posterior. El niño percibiría al pecho como un don que representaba la bondad, la generosidad y la paciencia inagotables de la madre, así como su capacidad creadora de vida. La introyección adecuada del objeto bueno, bajo el imperio de la libido de succión, generará un proceso de múltiples consecuencias interconectadas; ellas fueron detalladas en 7.3.4.

Klein postuló que el bebé tenía un conocimiento innato del objeto bueno y que eso fomentaría la fantasía de un pecho pletórico e inagotable, que le brindaría todo lo él que necesita. Se trataba de una clara reedición imaginaria de los modos de satisfacción propios de la vida intrauterina.

“Puede ser que el haber formado parte de la madre en el periodo prenatal, contribuya al sentimiento del lactante de que fuera de él mismo existe algo que le dará todo lo que necesita y desea.” (*EyG*; OCKPA vol. 6, p. 15).

De las múltiples ideas que desarrolló en *SDFM* (1957) se señalarán únicamente las siguientes:

- El desarrollo mental fue tratado en términos que giraban en torno a su concepción sobre las posiciones y la integración yoica.²⁶
- Reiteró que el conflicto psíquico fundamental era entre los instintos de vida y de muerte.
- Sobre la introyección sostuvo que ella comenzaba simultáneamente con la proyección. Estaba al servicio de la vida, pues possibilitaba que el bebé recibiera, junto con el alimento, el objeto bueno (pecho) que organizaba un núcleo trófico en el yo, favorecedor del desarrollo evolutivo.
- La fuerza del yo, reflejaba el estado de fusión de Eros y Tánatos estaría constitucionalmente determinada. Esta fuerza del yo podría ser mantenida y aumentada por factores externos, entre ellos, la actitud de la madre hacia el niño. (OCKPA, vol. 6, p. 90).
- “[...] De este modo, la temprana introyección de los pechos bueno y malo, es el fundamento del superyó e influye en el desarrollo del complejo de Edipo (Ídem, p. 91).
- Se proyectarían ambos instintos y se introyectarían tanto objetos buenos como malos.

De *MARI* (1959) se extractó la siguiente cita, elocuente en cuanto su forma de concebir los procesos introyectivos:

“Ya he mencionado que la madre es introyectada y que ello constituye un factor fundamental en el desarrollo. Considero que las relaciones de objeto comienzan casi con el nacimiento. La madre en sus aspectos buenos –que ama, ayuda y alimenta al niño– es el primer objeto bueno que el bebé transforma en una parte de su mundo interno. Me atrevería a sugerir que su capacidad para hacerlo es, hasta cierto punto innata. La posibilidad de que el objeto bueno se convierta suficientemente en una parte del *self* depende en cierto grado, de que la ansiedad persecutoria – y, por ende, el resentimiento– no sea demasiado marcada; al mismo tiempo, una actitud amorosa por parte de la madre contribuye en buena medida al éxito de este proceso. Si el bebé introyecta a la madre en su mundo interior como un objeto bueno y seguro, se suma al yo un elemento de fuerza. Pues considero que el yo se desarrolla en gran parte en torno a ese objeto bueno, y que la identificación con las características buenas de la madre se convierte en la base para ulteriores identificaciones beneficiosas. (OCKPA, vol. 6, p. 223).

La posibilidad de que el objeto bueno se convirtiera en parte del *self* implicaba una referencia a la identificación; ella se reiteró explícitamente al final de la cita. Como ha podido apreciarse a través de la lectura de este párrafo, Klein no estableció ninguna diferencia –cosa que sí hizo en textos anteriores– entre las introyecciones/identificaciones que se establecían en el yo y en el superyó. Tampoco refirió distingos entre una introyección y una identificación. En este y otros fragmentos del artículo se refirió más bien a la introyección que a la I. I., fenómeno que ya fue puesto de relieve en apartados anteriores de este capítulo. Sin embargo, la alusión inicial a la madre en tanto objeto bueno permitiría pensar en una referencia implícita a la I. I.

ARLO (1963) y *SI* (1951) fueron dos artículos de psicoanálisis aplicado y en ellos ilustró más la I. P. que los procesos introyectivos.

En primero fue comentado en detalle en II, 6.3.4., en relación a las figuras del superyó, mientras que en II, 8.6.7. se aludió al mismo en el contexto del examen de los procesos proyectivos. En 8.6.2. se incluyó un comentario de su escrito *SI* (1951). Se remite a dichos apartados para evitar reiteraciones.

9.6. La identificación introyectiva. Introducción, evolución y torneado final del concepto

A continuación se pasará revista a los ítems consignados en este título, atendiendo especialmente a los efectos –retroactivos y de anticipación– determinados por las ideas de *NAME* (1946). En efecto, este texto vino a marcar un antes y un después en su teoría. Además de la definición de esta modalidad original de identificación, se señalarán las consecuencias doctrinarias de su introducción, los impactos conceptuales que produjo y las nuevas correlaciones establecidas en su pensamiento. Estas ideas se desplegarán en los siguientes apartados:

- 9.6.1. Caracterización de la identificación introyectiva
- 9.6.2. Diferencias entre la identificación introyectiva y la introyección
- 9.6.3. Correlaciones
- 9.6.4. Precisiones

9.6.1. Caracterización de la identificación introyectiva

IDENTIFICACIÓN INTROYECTIVA

— **Alemán:** *Introjektionsidentifizierung* — **Inglés:** *introjective identification* — **Francés:** *Identification introjective* — **Portugués:** *identificação introjetiva* — **Italiano:** *Identificazione introiettiva*

Proceso psíquico mediante el cual se internaliza el pecho bueno –íntegro, completo, no disociado– en el núcleo del yo. Acontece en los momentos en que predomina el instinto de vida y la libido de succión. Opera desde los primeros días de vida, especialmente, si las condiciones de crianza son favorables; contribuye a la cohesión del yo y es un factor importante para el desarrollo evolutivo del niño. Se trata de un concepto aparecido tardíamente en la obra de Klein; fue descrita por primera vez en *NAME* (1946), aunque sin nominarla como tal y, con posterioridad, adquirió significados más precisos, en consonancia con las últimas elaboraciones kleinianas (1952-1960). En ocasiones hizo confluir la identificación introyectiva y la introyección en la categoría de “procesos introyectivos”. La consideró complementaria y sinérgica de la identificación proyectiva. Ambas poseían una doble pertenencia: a la teoría de la estructuración subjetiva y a la concepción de las relaciones de objeto.

En efecto, Klein consideraba que sus dos identificaciones eran, a la vez, relaciones de objeto. Esa doble correspondencia devino irreductible; no se la resolverá, por ejemplo, si se las reuniese bajo el sintagma “relación de objeto estructurante” –noción que existía en su concepción: las que tenían lugar durante el desarrollo evolutivo–; pero en tal caso, dicha expresión no integraría, por ejemplo, el hecho de que la I. I. continuaría operando a lo largo de toda la vida de una persona y sólo cesaría con su muerte. Además, se trataba de una modalidad específica de relación de objeto, bien diferente a la que establecería una I. P. Serían distintas tanto por el objeto implicado como por la actividad instintiva que las subtiende y motoriza, cuestión ésta sobre la que se harán, luego, algunas precisiones.

La introducción y desarrollo del concepto de I. I. en el tercer periodo de su obra (1946-1960) impuso la tarea de pensar retroactivamente los reajustes ocasionados en todo el bagaje conceptual kleiniano construido previamente. En efecto, la preeminencia otorgada hasta entonces a la PD fue cediendo terreno en favor de los mecanismos esquizoides y de la envidia. Por otra parte, que la identificación introyectiva instalase objetos buenos en el yo desde el comienzo de la vida psíquica, vino a suavizar la excesiva dicotomía que inicialmente tuvo el esquema de las posiciones. También introdujo matices en su teoría sobre la formación del yo: además de su carácter innato y poco integrado, esta modalidad identificatoria establecería un núcleo organizador en el centro mismo de dicha instancia, apenas iniciada la vida. Por lo tanto, las primeras relaciones con objetos buenos incidirían de manera significativa en su conformación, contrarrestando así la excesiva presencia de introyectos persecutorios y malos en el mundo interno. Por esta misma vía se equilibró el balance entre Eros y Tánatos; ambas fuerzas instintivas heredaron los conflictos que, con anterioridad, se habían planteado en términos de

oposición amor-odio. La I. I. devino, por todos estos motivos, un mecanismo importante en la estructuración subjetiva.

Estos movimientos teóricos se iniciaron en *NAME* (1946) y se consolidaron en *STAC* (1948); en este último artículo sostuvo que durante la PEP aparecían operaciones de integración psíquica –antes sólo tenían lugar a partir de la PD– y también afirmó que en la primera posición podían aparecer ansiedades depresivas. Tales ideas llevaron a reforzar una perspectiva estructural en su obra: las posiciones ya no eran sólo secuenciales: conformaban estructuras generatrices. La situación se complejizó aún más con la aparición –en 1957– del concepto de envidia primaria y su participación en los más precoces procesos de identificación. Klein volvió sobre sus pasos, radicalizando sus posiciones innatistas. Si era fácil entender la implicación directa de este afecto en las características e intensidad de la identificación proyectiva –y, más ampliamente, de la PEP–, se hizo más difícil evaluar la incidencia de la envidia primaria sobre la I. I., puesto que dicho afecto no soportaba la presencia del objeto bueno.

9.6.2. Diferencias entre la identificación introyectiva y la introyección

Klein nunca las especificó de manera explícita. La lectura de muchos textos suyos produce inicialmente la impresión que le adjudicó a ambas funciones similares. Sin embargo, en otros escritos se atisban diferencias significativas entre ellas. Lo cierto es que durante 33 años –desde 1919 hasta 1952– empleó de manera intensiva y exclusiva el vocablo introyección; en *NAME* (1946) apenas la describió y fue en *CTEL* (1952) donde ella entró definitivamente en la escena teórica. En este último artículo, después de comentar las fantasías sádicas –tanto las orales, en las que se devora y vacía el pecho, como las anales, que llenan el cuerpo materno con sustancias malas y partes del yo escindidas, para dañar, destruir o controlar al objeto atacado–, afirmó:

“En estas distintas fantasías el yo se posesiona por proyección de un objeto externo –en primer lugar de la madre– y lo transforma en una extensión del Yo. El objeto se transforma, hasta cierto punto, en representante del yo, y estos procesos constituyen a mi entender, la base de la identificación por proyección o ‘identificación proyectiva’. La *identificación por introyección* y la identificación por proyección parecen ser procesos complementarios. Los procesos que subyacen a la identificación proyectiva operarían ya en la primitiva relación con el pecho. El mamar como acto de ‘vampirismo’, el vaciar el pecho, se desarrollan en la fantasía del bebé como un abrirse camino dentro del pecho y luego dentro del cuerpo materno. Por lo tanto la identificación proyectiva empezaría simultáneamente con la voraz introyección oral-sádica del pecho. Esta hipótesis concuerda con la opinión a menudo expresada por mí de que la introyección y la proyección interactúan desde el principio de la vida. Como hemos visto, la introyección de un objeto perseguidor está en cierta medida determinada por la proyección de una pulsión destructiva en el objeto.” (*CTEL*, OCKPA, vol. 3, p. 184). Las cursivas son mías.

La *identificación por introyección* nació, sin duda, con el objetivo de constituir un par –opuesto y complementario– con la I. P., también aludida en esta cita. Cabría destacar que al comienzo del párrafo mencionó a las dos, pero, al finalizarlo –y sin haber cambiado en absoluto de tema– se refirió a la introyección y proyección, sin utilizar la palabra *identificación*. Pareciera que en este fragmento trató al segundo par como sinónimo del primero. Eso sí: sobre ambas parejas sos-tuvo igualmente su interacción y complementariedad desde el comienzo de la vida. Al final de la misma página y al comienzo de la siguiente se centró en la introyección, respecto de la cual afirmó:

“La proyección de los sentimientos de amor –que subyacen al proceso de inversión de la libido en el objeto– es, según lo sugerí, la condición preliminar del hallazgo de un buen objeto. La introyección de un objeto bueno estimula la proyección de sentimientos buenos hacia el exterior y esto, a su vez, por reintroyección, fortalece el sentimiento de poseer un objeto interno bueno. A la proyección del Yo malo en el objeto y en el mundo externo, corresponde la proyección de partes buenas del Yo o de todo el Yo bueno. La reintroyección del objeto bueno reduce la ansiedad persecutoria. Así pues la relación con ambos mundos, interno y externo, mejora simultáneamente, y el yo adquiere mayor fuerza e integración.” (*CTEL*, OCKPA, vol. 3, pp. 184-185)

De nuevo, en estas oraciones, no utilizó los términos I. P. ni I. I.; aparecieron, en cambio, los vocablos introyección, proyección y reintroyección. A comienzos de la década de los años cincuenta ya no era tan novedosa la proyección de sentimientos de amor que abrió las puertas a la introyección de un objeto bueno. Éste no existiría *a priori* ni por sí mismo; se trataba casi siempre de una construcción del

niño; en este caso, sobre la base de proyectar sentimientos amorosos en el objeto. La perspectiva endogenética de Klein vuelve a hacerse patente: la existencia un objeto bueno en el exterior se debe a que previamente se proyectaron tendencias libidinales (Eros) sobre él. Este fragmento de *CTEL* (1952) recién citado puede considerarse una ampliación de la siguiente idea, aparecida seis años antes de *NAME*:

“De esta manera, junto a la división entre un pecho bueno y uno malo en la fantasía del niño, el pecho frustrador-atacado en fantasías sádico-orales, es sentido como hecho pedazos mientras que el pecho gratificador, incorporado bajo el dominio de la libido de succión, es sentido como completo. Este primer objeto interno bueno actúa como un punto central del yo. Contrarresta los procesos de escisión y dispersión, contribuyendo a la cohesión e integración y constituye un factor en la construcción del yo.” (*NAME*, OCKPA, vol. 3., p. 257).^{27*}

Este párrafo de *NAME* y los dos anteriores de *CTEL* refieren una nueva variedad de introyección que después se afianzó definitivamente en el vocabulario kleiniano bajo la denominación de I. I. Tres factores dieron especificidad a esta variedad de introyección novedosa, asociada a una identificación:

- a) El objeto, caracterizado como bueno, entero y completo.
- b) La predominancia de la pulsión de vida en su consumación (libido de succión).
- c) El destino de lo introyectado: el núcleo del yo.

Estas cuestiones no estaban del todo precisadas en el período 1946-1952, pero los textos posteriores resolvieron las dudas y lagunas al respecto. De esos artículos se desprendieron algunas conclusiones que permitieron elaborar las siguientes puntualizaciones sobre los tres ítems mencionados:

- a) **El objeto:** era distinto del objeto bueno de la PD y del objeto idealizado de la PEP. En *NAME* (1946) ya se había insinuado que era diferente de los tradicionales (bueno, malo, persecutorio e idealizado), porque esos cuatro surgían tras un proceso de escisión. En cambio el *objeto bueno, entero, completo*, no sufría escisión previa antes de su introyección. Ese objeto no disociado formaba un par con el pecho hecho pedazos (frustrador). Esta idea –la de un par formado por un pecho hecho pedazos (frustrador) y un pecho completo (gratificador) ya había sido enunciada en *PEM-D* (1934) –, aunque entonces no fue desplegada. La recuperó y desarrolló doce años más tarde. Por otra parte, a este mismo objeto –a diferencia del que participa en la identificación proyectiva–, Klein le atribuyó una cierta autonomía y una participación activa en el surgimiento de la modalidad depresiva de angustia.
- b) **Factores libidinales:** el predominio relativo del instinto de vida (Eros) era determinante para Klein a los efectos de *incorporar* un objeto bueno y gratificante.^{28*} En cambio, la prevalencia de Tánatos determinaba la construcción de un pecho fragmentado, roto, hecho pedazos (frustrador).
- c) **El destino:** la I. I. instalaba un objeto interno bueno en el núcleo del yo, que contribuía a su integración y cohesión. Esto sentaba las bases para un desarrollo evolutivo normal. Allí radicaban las diferencias con las introyecciones que, según Klein, constituían al superyó precoz.

Después de 1952, la I. I. *yoica*, con los caracteres descritos en *CTEL*, pasó a ser el prototipo de todas las otras identificaciones introyectivas. Ella se consumaba en los momentos en que predominaba lo libidinal sobre lo tanático. Se consumaban desde los comienzos de la vida, aunque especialmente durante la PD. Lo introyectado sería la contrapartida interna de un objeto externo, percibido como total e íntegro: con sus aspectos gratificantes y frustrantes. La I. I. adquirió carácter estructurante y, por otra parte, quedó más asociada a funciones madurativas o de integración del yo.

9.6.3. Correlaciones

Es digna de ser subrayada la escasa discriminación con que Klein empleó los mecanismos de internalización. Así, en *NAME*, tal como puede verse en la última cita, refirió la *incorporación* de un objeto bueno en el yo bajo el dominio de la libido de succión; en *EyG* (1957) llamó indistintamente introyección o I. I. La participación de la libido y el tipo de objeto se mantuvo, pero utilizó indistintamente los tres mecanismos mencionados, lo que generó cierta dosis de ambigüedad y desconcierto. Por otra parte, en *CTEL* tras nominarla por primera vez, no relacionó la “identificación

por introyección” con el objeto bueno. Por el contrario, a partir de los tres artículos recién aludidos quedaron definitivamente correlacionados los siguientes pares antitéticos:

Instinto de vida – Instinto de muerte
Amor – Odio
Cohesión del yo – Escisión del yo y del objeto
Integración – Desintegración
Gratitud – Envidia

Los dos primeros deben considerarse pilares indiscutibles de la teoría kleiniana; ellos devinieron: a) fundamento último del desarrollo psíquico; b) determinantes de las disociaciones que engendraban los cuatro objetos clásicos (bueno/malo, idealizado/persecutorio), que despertaban, respectivamente, amor y odio; c) factores importantes de los procesos de integración/desintegración del objeto y del yo. A partir de *CTEL* (1952), la angustia de aniquilación no sólo tenía su fuente en los objetos malos/ persecutorios que amenazaban desde dentro al yo, sino y también, en la pérdida del objeto bueno interno, pues éste se sentía como indispensable para la preservación de la vida.

Del sexenio 1946-1952 puede rescatarse como novedad más importante que la introyección podía operar internalizando tanto objetos buenos como malos. Por lo tanto, podría decirse que en ese lapso fue superada la dificultad apuntada en 9.3.2. La lógica del pensamiento kleiniano otorgó simultaneidad a los siguientes procesos: formación del pecho externo malo y del pecho externo bueno, a consecuencia de una disociación –y proyección posterior– de las tendencias instintivas de muerte y de vida, respectivamente. Se trataba en última instancia de objetos externos “distorsionados”, “transformados” y empapados en fantasías derivadas de la actividad de Tánatos y Eros. Ambos tipos de objetos fueron considerados por Klein “representantes externos” de los dos instintos. En tanto ellos eran sometidos a la introyección –un proceso inevitable y automático, según Klein, siempre que existiera una relación de objeto–, se convertían en objetos internos vivenciados en la psique como amenazantes y protectores. El conjunto de ideas expuestas en las últimas páginas fueron sintetizadas por Klein en el capítulo IV de *STAC* (1948), del siguiente modo:

“[...] el pecho externo frustrador (malo) se convierte, debido a la proyección, en el representante externo del instinto de muerte; a través de la introyección refuerza la situación primaria interna de peligro; esto conduce a una necesidad mayor por parte del yo de desviar (proyectar) los peligros internos (principalmente la actividad del instinto de muerte en el mundo externo).” [...] La externalización de las situaciones internas de peligro es uno de los primeros métodos de defensa del yo contra la ansiedad y sigue siendo fundamental a lo largo del desarrollo. (*STAC*; OCKPA, vol. 3, pp. 241-242).

“La actividad del instinto de muerte vuelto hacia afuera, tanto como su operación interna, no puede ser considerada aparte de la actividad simultánea del instinto de vida. Lado a lado con la desviación hacia afuera del instinto de muerte, el instinto de vida se liga por medio de la libido al objeto externo, el pecho gratificador (bueno), que se convierte en el representante externo del instinto de vida. La introyección de este objeto bueno refuerza el poder del instinto de vida dentro. El pecho bueno internalizado, que se siente como fuente de vida, forma una parte vital del yo y preservarlo se convierte en una necesidad imperiosa. La introyección de este primer objeto amado está por consiguiente inextricablemente ligada a todos los procesos engendrados por el instinto de vida. El pecho bueno internalizado y el pecho malo devorador forman el núcleo del superyó en sus aspectos buenos y malos; son los representantes dentro del yo de la lucha entre los instintos de vida y de muerte.” (*STAC*; OCKPA, vol. 3, p. 242).

9.6.4. Precisiones

En *STAC* (1948) y *CTEL* (1952) se lee que el pecho gratificador inducía una identificación que se instalaba en el núcleo del yo, mediatizada por una introyección de un *objeto bueno, entero y completo*. Este objeto es, como ya se dijo, distinto del objeto bueno de la PD, porque este último se constituye tras un proceso de escisión y posterior síntesis (reunión). Estos pasos no ocurren en el caso del objeto que participa de la I. I. Por eso se ha insistido en caracterizar a este último mediante una triple adjetivación: bueno, entero (no disociado) y completo. Esta I. I. sería más precoz que la introyección del objeto bueno en la PD y se vivenciaría como una fuente de vida. Tales fueron las grandes novedades sobre los procesos introyectivos postulados por Klein en torno al año 1950. Ellas

fueron reforzadas en artículos posteriores en los que se daba a entender que se trataba de una identificación trófica, asociada a la gratificación intensa con un objeto bueno. Todo ello redundaba en que la identificación por introyección favorecía el desarrollo y la integración del yo.^{29*} De manera implícita ella añadió una orla semántica original y propia a los procesos introyectivos: los vinculó y los puso definitivamente al servicio del instinto de vida. Esta idea quedó integrada con mayor firmeza en la I. I., por lo que se podría considerarlo un elemento más –en el contexto de la tercera etapa de su producción– para la diferenciación entre ésta y la introyección (“a secas”), no asociada al término identificación.^{30*} Esta nueva significación era propiamente kleiniana. Las conexiones principales del vocablo fueron distintas en Freud y Lacan. El primero asoció la introyección con la identificación secundaria edípica, a rasgos *parciales* del objeto; el segundo, al registro simbólico y al Otro, en su función introyectante.³¹

Estas nuevas apreciaciones kleinianas supusieron, también, un añadido de matices en su teoría de la formación del yo, tal como podrá comprobarse en II, 10.1., donde se expondrá más extensamente sobre este asunto. En cierto sentido, en este periodo, rompió varias lanzas en favor de lo ambiental –lo que podría llamarse en su lenguaje: la madre real externa– en la psiquización del bebé. Es probable que hayan influido sobre ella algunas críticas de sus colegas por menospreciar las características reales del objeto externo sobre el desarrollo evolutivo del niño. Algo..., algo..., pareció que cambiaba en su teoría: la realidad externa –y no sólo las fantasías del lactante– comenzaron a tener más incidencia en la psiquización del niño. Ese viraje fue seguido de un contra-giro: en *EyG* (1957) volvió a insistir en lo primario y lo interno.

9.7. Subordinación de la introyección a la proyección

La introyección y la proyección generaban fluctuaciones constantes en la relación del yo con sus objetos. Ambos mecanismos participaban de la formación del superyó temprano y también iban remodelando al yo innato; fueron, pues, mecanismos estructurantes de lo psíquico. La importancia que Klein otorgó a estos tempranos movimientos de proyección e introyección y las relaciones que ella estableció entre tales mecanismos y los objetos –en primer lugar, la madre y el pecho– pecho, le diferenciaron sustancialmente de Freud. Si bien éste se refirió al pecho como primer objeto de la pulsión oral, lo hizo para explicar el surgimiento del autoerotismo. Para la psicoanalista de niños, el alcance de este primer objeto fue mucho mayor y muy determinante del desarrollo evolutivo. Si el lactante vivenciaba que poseía objetos buenos introyectados, sentía confianza y seguridad. Lo contrario le despertaba persecución y sospecha.

Ahora bien, pese a la importancia que los mecanismos de proyección e introyección adquirieron en su teoría, ella no había elaborado una concepción acabada de los mismos hasta bien avanzado K_1 . Durante ese periodo, la introyección estuvo asociada a la internalización de objetos malos, retaliativos. El hecho de que este mecanismo pudiera generar *imágenes* internas buenas pudo concebirse recién en *PJN* (1929) y más definitivamente en *EPN* (1932). Esto no se contradice con que ya en *PPAI* (1926) empleara muchas veces el vocablo “introyección” u “objeto introyectado”, pero tales expresiones no se referenciaban al mecanismo en sí sino a sus efectos: la inscripción de una representación del objeto en la psique. En ese contexto y momento, los objetos reales externos era la contrapartida de los objetos introyectados. Estos últimos connotaban siempre la ya comentada deformación fantasiosa de los primeros. Durante lustros, al considerar equivalentes al objeto introyectado y al objeto distorsionado por el miedo a la retaliación, a Klein le resultó muy complicado explicar la existencia de objetos buenos por introyección de los mismos, tema éste que se trató en 9.3.2. Hasta 1932 la introyección aludía más bien a las distancias entre una *imagen* interna –irreal, fantasmática– y el objeto real externo. Recién en 1934 elaboró una teoría consistente de la introyección que, con muy escasas modificaciones, persistió hasta el final de su obra.

Con la proyección pasó otro tanto; no tuvo una definición precisa hasta 1932; su temprana introducción no coincidió con un empleo sistemático y bien definido del concepto. Recién a partir de *DEM-D* (1934) dispuso de una teoría bien elaborada, tanto de la proyección como de la introyección y de la articulación entre ambos. Durante K_1 y buena parte de K_2 la introyección constituía un tiempo segundo respecto de la proyección, primera en lógica kleiniana. Tendría que hablarse de una

subordinación del concepto de introyección al de proyección; esta modalidad específica de internalización seguía los pasos de los procesos proyectivos. (Véase II, 8.3.2. a II, 8.3.4).

En K_3 al postular que tanto la proyección y la I. P. como la introyección y la I. I. operaban desde el nacimiento, esta subordinación se fue diluyendo poco a poco.

9.8. Procesos que participan en la formación del mundo interno^{32*}

El enunciado *formación del mundo interno* que aparece en el título de este apartado sería equivalente a la expresión freudiana “organización del aparato psíquico” y a la lacaniana de “estructuración subjetiva”. La noción kleiniana de *mundo interno* devino, en cierto sentido, un sinónimo de psique; desde esa perspectiva, conformó un par antitético con la expresión *mundo externo*. Ambas recubrían la comarca psicoanalítica dedicada a conceptualizar la relación del sujeto con los objetos, tema del que Klein se ocupó desde los comienzos mismos de su producción.³³ Fue en el seno de ese territorio teórico donde quedó inmersa la TIK.

El par de opuestos recién mencionado era utilizado con extraordinaria insistencia; generó así una visión un tanto dicotómica y tabicada entre ambos mundos. Dos fueron las características del pensamiento kleiniano que matizaron esa división tajante: el intercambio fluido y permanente entre esos mundos y la preeminencia siempre subrayada de lo interior en la construcción de la realidad externa. Podría decirse que en estos aspectos, el posicionamiento de Klein fue más radical que el de Freud. En ese mismo territorio, Lacan se caracterizó por el despliegue de una perspectiva topológica –de continuidad– en la relación del sujeto con el otro (semejante) y el Otro. (Véase III, 6).

Klein empezó a emplear la noción de *mundo interno* a comienzos de la década de los años 30 y, tras una relativa ausencia de la misma, reapareció en *CPM-D* (1934) y adquirió el estatus de concepto a partir de *El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos (DEM-D)*, escrito en 1938 y publicado en 1940. Por aquel entonces, la introyección, en tanto constitutiva de los objetos internos que conformaban el mundo homónimo, quedó situada en primer plano. De manera simultánea dio forma conceptual a una idea que ya había repetido en centenares de ocasiones: toda relación con un objeto externo daría pie a la internalización del mismo bajo la forma de objeto interno; la introyección era considerada una actividad insoslayable y automática del yo, asociada a los procesos fantasmáticos de incorporación ligados al instinto oral. La naturaleza de estos objetos introyectados fue considerada en II, 3.2.

La palabra “mundo” dentro de la expresión *mundo interno* debe entenderse en el sentido estricto del término: conjunto de todos los objetos (se sobreentiende: internos) que existen en la mente. Quedaba incluido dentro de esos vocablos la variedad e intensidad de las relaciones entre dichos objetos, como así también, los afectos y las fantasías que se ponían, allí en juego. La idea de mundo interno era equivalente a la noción freudiana de realidad psíquica. Klein describió de una manera extremadamente rica y fina el plexo de vínculos multilaterales que entrelazaban a todos los miembros singulares de esa “asamblea de objetos internos”, sometidos a movimientos permanentes y vitalicios de integración, desorganización y reorganización. Lo mismo podría decirse de sus comentarios sobre las relaciones entre ese mundo interno (*Innenwelt*) y el mundo externo (*Umwelt*).³⁴ Pese a la férrea división en dos compartimientos que embargaba a su teoría, se trataba sin duda de una concepción muy dinámica y fluida del funcionamiento psíquico, sujeta a cambios constantes. Iba de suyo que la conformación del mundo interno era en cierto sentido un reflejo de lo que acontecía en el mundo externo; Melanie Klein lo dijo taxativamente: si en el entorno del niño predomina la “paz” y “armonía”, habrá “armonía interior y seguridad.” [Véase la frase final de la próxima cita, extractada de *DEM-D* (1934), en la página siguiente].

El mundo externo era según ella el contexto objetual que rodea al niño –y también, a cada adulto–: otros seres humanos y todos los objetos que son percibidos. La noción de mundo externo integraba entre sus orlas semánticas la idea de “realidad objetiva”.^{35*} La postulación de esta noción le impuso la tarea de fundamentar las vías de acceso a esa objetividad. En sus textos aparecían descritas de diferentes maneras, pero todas ponían de manifiesto la necesidad de lograr una percepción más “realista” de los objetos mediante una renuncia progresiva a las *imágenes* iniciales, a un aumento de la discriminación entre fantasía y realidad, a un alejamiento creciente de la situación infantil en que las

fantasías y la realidad aparecían confundidas. La diferenciación de ambos mundos no era primigenia; no se trataba de un punto de partida sino de llegada, al que se arribaba tras un largo proceso evolutivo.

Entre los principales conceptos que Klein utilizó para referir los movimientos psíquicos centrípetos –desde el mundo externo hacia el interno–, cabe consignar los siguientes: interiorización, introyección, identificación e incorporación. También utilizó la expresión: establecimiento (o instalación) del objeto dentro del yo. Una noción afín a las cinco mencionadas, creada por P. Heimann, fue la de *asimilación*: transformación de un objeto interno en parte constitutiva del yo o superyó. En las próximas páginas se pasará revista a todas las expresiones recién aludidas. Klein no las utilizó de manera bien discriminada ni definió estrictamente el significado de cada una; sin embargo, de sus escritos puede deducirse algunas líneas de fuerza conceptuales predominantes que permitirá trazar un perfil específico para cada una de estas nociones. Para más complicaciones, se trataba de procesos interrelacionados; ello impuso llevar a cabo una fina tarea de disección para diferenciarlos. Lo que a continuación se expondrá fue el fruto no sólo de un estudio minucioso de sus textos, sino y también, del cotejo de las versiones inglesas y alemanas de los artículos citados.

9.8.1. La internalización

Esta acepción adquirió un sentido riguroso en la obra de Klein a partir de *CPM-D* (1934)³⁶, aunque fue utilizada esporádicamente por ella con anterioridad. De este texto se puede concluir que la consideraba un mecanismo cuya función consistía en ingresar objetos externos en la psique, donde, una vez transformados en objetos internos, eran percibidos por el yo de forma muy concreta y viva. En las OCKPA se vertió al castellano la acción y el efecto del verbo inglés *to internalize* y del verbo alemán *verinnerlichen* por medio del vocablo *internalización*. Es un término que no aparece en el Diccionario de la Real Academia Española, pero ha sido profusamente utilizada por los traductores de las OCKPA y, más ampliamente, por los psicoanalistas argentinos adscriptos a la escuela kleiniana. En la versión inglesa de este escrito apareció el vocablo *internalization*, por lo que es dable suponer que los traductores recurrieron a una castellanización directa y sin muchos miramientos de dicha palabra. Era frecuente que ella utilizase el adjetivo derivado del participio pasado de tal verbo, por ejemplo, en la expresión: objeto *internalizado*. En todo caso, se trataba del vocablo de mayor extensión, comparado con los otros cuatro afines: introyección, identificación, incorporación, instalación del objeto en el yo. Así pues, se puede definir la internalización como la acción y efecto de transportar materia psíquica desde el mundo exterior hacia el mundo interno.

Los objetos, una vez internalizados, eran involucrados en –y se manifiestan por medio de– las fantasías inconscientes. El contenido (argumento) de estas fantasías y las mociones instintuales implicadas en ellas trasmitían la impresión de una participación activa de estos objetos internos en la psique. Si se hiciera un esfuerzo semántico para desentrañar en sus comentarios y descripciones clínicas la idiosincrasia de algunas internalizaciones podría establecerse estas dos figuras-tipo:

- a) Los objetos internalizados se vivenciaban básicamente como existiendo en el cuerpo, junto con la sensación de no poder liberarse de ellos y con un empuje más o menos imperio de actuar (*Agieren*), se trataría de una *incorporación*; es decir: la acción y el efecto de los verbos *to incorporate* y *einverleiben*; incorporar en castellano. Esta relación íntima con lo corporal, plasmada en el significante **in-corporación**, provenía del vínculo que Klein, siguiendo a Abraham estableció entre este mecanismo con las fuerzas instintivas –orales, anales, uretrales, etc.– y con el correlato mental de las mismas: la fantasía. Por eso es descrita y definida esencialmente como una fantasía... incorporativa.
- b) Si esa presencia era vivida en el plano mental, cabrá hablar, entonces, de introyección. Susan Isaacs, tal vez más que la propia Klein, diferenció entre la “fantasía específica de incorporar y el mecanismo mental general de la introyección.”^{37*}

Por otra parte, una vez acontecida la internalización –sobre todo, la variante que implicaba introyectar (*to introjet; introjisieren*)– podría producirse una identificación (*identification, Identifizierung*) por parte del yo con algunos de esos objetos, ahora convertidos en internos. En

ocasiones Klein se refirió también a otra modalidad de internalización mediante la expresión “establecer el objeto en el yo” (*to establish the object inside oneself, errichten das Objekt im Ich*). Para que la identificación con un objeto introyectado tenga lugar era necesaria la participación de otro mecanismo: la asimilación (ver *infra*, 6.8.5).

Las angustias propias de la posición paranoide como las de la PD eran vivenciadas, según Klein, tanto respecto de los objetos externos como de los internos. El siguiente párrafo ilustra, tal vez mejor que cualquier otro, el uso por parte de Klein de estos conceptos. Cabe decir que en otros artículos suyos el empleo de las mismas acepciones no ha sido tan claro y preciso como en esta cita. En algunas ocasiones se hace imposible saber por qué utiliza tal o cual de estos conceptos; en otras la internalización, la introyección y la incorporación son muy difíciles de discernir entre sí.

“Junto con la relación del niño, primero con la madre y pronto con el padre y otras personas, se produce el proceso de *internalización* que he subrayado tanto en mi obra. El niño, al *incorporar* a sus padres, los siente como personas vivas dentro de su cuerpo, del modo concreto con que él experimenta estas fantasías inconscientes. Ellas son, en su mente, *objetos “internos” o “internalizados”*, tal como los he denominado. Así se edifica un *mundo interno* en la mente inconsciente del niño, correspondiendo a las experiencias reales y a las experiencias del mundo exterior, aunque alterado por sus propias fantasías e impulsos. Si lo que rodea al niño es predominantemente un mundo de personas en paz unas con otras y con su yo, resulta de esto una integración, una armonía interior y un sentimiento de integración.” [CPM-D (1934); OCKPA, vol. 2, p. 280-281. Las cursivas son mías].

9.8.2. La introyección

Este mecanismo ha sido examinado y caracterizado en los primeros cinco apartados de este capítulo y también en II, 2.6.2. A continuación, y mediante una serie de puntualizaciones, se sintetizarán las características con las que operó en la teoría kleiniana; a la par, se la cotejará con sus homólogas en las de Freud y Lacan.

- La psicoanalista de niños realzó su carácter internalizador, convirtiéndola en el principal de estos mecanismos. Salvo esta acentuación, su teoría no se diferenciaba en este punto de Ferenczi, Freud y Abraham; tampoco, de Lacan. Para todos ellos, la introyección era inconsciente, aunque Klein la asoció más estrechamente que los otros a la fantasía inconsciente.
- Klein y los tres analistas recién mencionados consideraron que el agente activo de la introyección era el yo; para Lacan, en cambio, el Otro era quien se hacía cargo de esa función. Según el vienés, la introyección comenzaba a operar tras la constitución del yo de placer purificado (*Lust-Ich*); éste, juicio de atribución mediante, determinaba si las propiedades del objeto eran buenas o malas, beneficiosas o perjudiciales –véase I, 2.1.1.1. y I, 2.1.1.2.– En función de tal veredicto, decidía: si era bueno, lo introyectaba, lo hacía propio; si era malo lo proyectaba y lo consideraba ajeno. De manera esquemática: lo bueno → adentro; lo malo → afuera. Para Freud, lo que regocijaba al yo de placer purificado era amado e introyectado; lo malo, incluso si era propio, se expulsaba y consideraba ajeno. Para Klein las cosas eran diferentes: el yo innato y poco cohesionado con que el bebé llegaba al mundo, no sólo era capaz de diferenciarse de los objetos, sino de introyectar y proyectar tanto lo bueno como lo malo: bueno y malo → adentro, bueno y malo → afuera. La introyección operaba más tardíamente según Freud; para Klein actuaba inmediatamente después de las primeras manifestaciones de Tánatos en el yo, que provocaba una expulsión de los instintos agresivos. Lacan, estructuralista y partidario de los tiempos lógicos, postuló un *entorno introyectante* desde que el cachorro humano llegaba al mundo; consideró que en los inicios de la subjetivación predominaba la constitución de lo imaginario: estadio del espejo y matrices simbólicas del yo.
- Klein no le otorgó capacidad diferenciadora de las estructuras neuróticas y psicóticas. En este aspecto específico adhirió al pensamiento de Abraham (véase al respecto su modelo de desarrollo evolutivo pautado por etapas preestablecidas, expuesto en II, 2.2.3.) y se distanció de Ferenczi, Freud y Lacan. La idea de *continuum* neurosis-psicosis se afianzó en la doctrina de la creadora de la técnica del juego con niños.

- Le arrogó funciones estructurantes de lo psíquico al interjuego de la introyección con la proyección. El desarrollo evolutivo del niño pequeño estaba gobernado, según ella, por ambos mecanismos, que se activaban, básicamente, por la angustia, a la que buscaban yugular o reducir. Estas fueron otras diferencias con Freud y Lacan; para ambos, sólo la identificación era estructurante; por otra parte, no creían que la angustia fuera necesaria para ponerlas en funcionamiento.³⁸
- Ella concibió la introyección como una operación que trocaba los objetos del yo —externos, reales pero distorsionados por las proyecciones y fantasías del bebé— en *imagos* interio-rizadas (en K_1), y en objetos internos en K_2 y K_3 . La ausencia del *après-coup* en su teoría configuró un inconsciente en el que se almacenaban, por estratos, objetos y fantasías en base a su mayor o menor carácter arcaico. Para Freud, lo que se introyectaba eran las *representaciones* de los objetos (véase I, 5.4.); las percepciones y las representaciones eran pasibles de ser transformadas retroactivamente. Según Lacan, la introyección operaba en el registro simbólico e implantaba significantes (rasgos unarios), portadores de la semejanza y la diferencia (identificaciones simbólicas; III, 2.3.1). Más específicamente, la introyección kleiniana actuaba sobre objetos parciales y totales concebidos a la manera de Abraham, aunque renovados en su teoría. Ya se han señalado las diferencias con Freud, para quien la introyección operaba sobre detalles o rasgos parciales de los objetos (identificación secundaria edípica).
- Estaba al servicio de una configuración de un mundo interno más próximo al de Abraham y distinto del que postularon Freud y Lacan.
- La hacía actuar sobre objetos que se inscribían en los circuitos narcisístico y pulsional fusionados. Se trataba de una herencia abrahámica en Klein, que diluía las importantes puntuaciones de Freud respecto a estos circuitos. Véase al respecto las observaciones apuntadas en I, 1.4.3., sobre estas cuestiones.
- Las diferencias entre incorporación e introyección se diluían por momentos en la obra de Klein. A veces parecía utilizarlos como sinónimos; en otras ocasiones subrayaba la relación estrecha de la incorporación con los instintos y sus correlatos fantasiosos mientras que la introyección fue considerada como una función del yo, estructuradora por excelencia del mundo interno y paso previo necesario para que lo introyectado pudiese devenir identificación. Ambas quedaron intrínsecamente relacionadas con las fantasías. La incorporación —tal como su nombre lo indicaba— mantuvo en Klein una mayor participación de lo corporal; en cambio, la introyección remitía más a lo psíquico. Por efecto de la antedatación del surgimiento del complejo de Edipo, la introyección comenzaba a operar antes de la instauración de la etapa fálica. En I, 2.2.3. se indicaron las diferencias entre introyección e incorporación en Freud.
- La identificación introyectiva fue concebida como una modalidad de proceso introyectivo caracterizada por el hecho de acabar en identificación: ella establecería un objeto interno en el núcleo del yo capaz de estimular un buen desarrollo evolutivo. En el seno de su teoría la conjunción de estos dos términos tenía sentido en tanto conformaba un par antagónico y sinérgico con la identificación proyectiva; pero, cotejada con Freud, podría decirse que la expresión *identificación introyectiva* sería redundante, porque, según el vienés, la identificación —especialmente la secundaria edípica— presupondría una introyección.³⁹
- En Klein, la introyección devino equilibrante de los procesos proyectivos, a los que había otorgado una importancia muy grande desde el comienzo de su obra. Se trataba de una introyección que incluía en su seno aquello que previamente había sido proyectado sobre los objetos externos. Tánatos quedó asociado a la proyección, en cambio, Eros, a la introyección. En la TIK, los objetos de identificación (madre, padre, etcétera) no transmitían ni implantaban rasgos psíquicos en el niño. Este sería otro aspecto diferencial con la TIF y la TIL.
- La matriarca del psicoanálisis situó en un mismo plano la proyección y la introyección —como si fueran carriles de ida y vuelta en una carretera—. Esta idea fue objeto de una acerada crítica por parte de Lacan, que consideraba que las dos operaban en registros diferentes: se proyectaba lo imaginario y se introyectaba lo simbólico.
- Tanto en Klein como en Freud, la introyección —mecanismo yoico— no necesariamente iba seguida de identificación. Para la primera, lo introyectado daba pie a un objeto interno, al cual

el yo podía identificarse –de manera aleatoria; es decir: no obligadamente–; por ejemplo: identificación del yo con el objeto interno bueno. En la TIL, la inscripción de los primeros significantes (Privación) era identificante, pero esta función estaba a cargo del Otro.

- Para el vienés, las representaciones introyectadas –componentes fundamentales de la realidad psíquica involucrada en la construcción de la realidad externa– permanecían relativamente discriminadas entre sí y no fusionadas con el yo; eran las introyecciones “a secas” –véase I, 2.1.2. –, que inscribían al contexto social en la mente. Para Klein, lo introyectado podía ser proyectado de nuevo; la asimilación (ver *infra*, 6.8.5) casi nunca era definitiva. El mundo interno kleiniano se caracterizaba por un movimiento perpetuo: se sucedían proyecciones, introyecciones, reproyecciones y reintroyecciones. ¿Cuándo era exitosa una introyección? Cuando instalaba de manera estable un objeto interno. Esto no iba de suyo y, para que tal evento aconteciera, se requerirían determinadas condiciones, que estaban ausentes en los primeros meses de vida; en cambio, el ingreso a la PD y los procesos que en ella acontecían, favorecería la introyección. Dicho logro parecía tener su determinante fundamental en la identificación con el objeto bueno (véase *infra*, 9.6.3).
- Sería posible tener un indicador del grado de consolidación de una introyección mediante la siguiente evaluación: que el objeto interno permaneciera incólume a pesar de la ausencia temporaria del objeto externo que había dado pie a dicho introyecto. En otros términos: que la salida del objeto del campo perceptivo actual del bebé, no generara grandes angustias. La teoría freudiana concebía de manera más estable los resultados de la introyección; ese enriquecimiento paulatino del mundo representacional psíquico favorecería los procesos de pensamiento. Para Lacan, las inscripciones significantes eran irreversibles; el marcaje simbólico por parte del Otro dejaba huellas indelebles, aunque siempre podían resignificarse.
- La introyección kleiniana era siempre concomitante a una relación de objeto y no requeriría, para producirse, una pérdida de objeto previa (diferencia con Abraham). En Freud se encontrarán tres posibilidades; que la introyección sea: a) simultánea a la relación de objeto; b) posterior a la renuncia a los objetos edípicos y c) sin relación previa con el objeto.⁴⁰ La segunda alternativa tiene lugar al final del complejo de Edipo: la resignación del objeto se “compensaría” con introyecciones. En Lacan la cuestión se planteó de manera totalmente distinta: siempre estará presente el objeto puesto que éste es el que la lleva a cabo.
- Klein estimó que la introyección era el mecanismo principal de la PD; esto determinó el establecimiento de una relación estrecha con la reparación, que a su vez dependía de la identificación al objeto bueno. Si el bebé fracasaba en el establecimiento del objeto amado dentro de él –la introyección del objeto bueno no era exitosa– aparecería la predisposición a la melancolía [*CPM-D* (1934); p. 276]. En 1946 postuló una introyección más estable –no asociada a reproyecciones– en los comienzos de la vida, con una *asimilación* directa: se trataba de la introyección del objeto bueno, entero y completo en el núcleo del yo (identificación introyectiva). Las ideas expuestas en esta puntualización fueron originales de Klein y no se encontrarán equivalentes en las obras de Freud y Lacan.

9.8.3. La identificación

La inclusión de un apartado dedicado a la identificación es a los efectos de ofrecer un panorama completo de los mecanismos internalizadores que participan en la conformación del mundo interno kleiniano. El tema ha sido profusamente tratado a lo largo de todos los capítulos de esta segunda parte, razón por la cual aquí se harán algunas someras observaciones sobre el asunto, que se complementarán con lo que se dirá más adelante, en 9.9.

Klein utilizó este vocablo desde los comienzos de su producción, pero hubieron tres hitos particularmente significativos en sus elaboraciones sobre el tema: la identificación con el objeto bueno postulada en *CPM-D* (1934) y la introducción, de la I. P. en *NAME* (1946) y de la I. I. en *CTEL* (1952).

Al principio de su obra, la identificación, más que estar al servicio de la estructuración subjetiva, se relacionaba con la simbolización y sublimación. Era subsidiaria de ésta; ya entonces hacía uso del carácter transitivo del sustantivo identificación, a su vez derivado del verbo identificar: acción

de reconocer una cosa como idéntica a otra: la identificación fue concebida en aquel entonces como una equiparación de órganos del cuerpo con objetos externos.⁴¹ Así entendida, el yo la utilizaba para conocer el propio cuerpo y la realidad externa. Klein utilizó este concepto con la misma significación que Ferenczi le había dado en su teoría sobre la formación de símbolos. (Véase II, 4.3). Para Klein, la diferencia entre una identificación y un símbolo estaba en el grado de conocimiento que la persona tenía respecto de la separación o distancia que mediaba entre el símbolo y lo simbolizado. En la identificación no hay tal distancia y los dos se confunden en una unidad; cuando un símbolo funcionaba como tal había discriminación entre ambos y se podía emplear el símbolo en reemplazo de lo simbolizado.

Las identificaciones que ella concibió eran concomitantes a las relaciones de objeto, aspecto éste que la diferenció de Freud. El primer jalón nombrado muestra otra originalidad de su pensamiento en este tema: la identificación con un objeto interno.

Para que se produjese esta identificación era necesario el cumplimiento de ciertos requisitos, que se verificaban habitualmente al ingresar en la PD; se trataba de las siguientes condiciones: a) la existencia de una mayor integración del yo; b) que se haya realizado pasaje desde las relaciones de objeto parciales a las totales; c) una disminución de la angustia persecutoria; d) una percepción más realista de los objetos externos y de la realidad psíquica; e) que se haya consumado la transformación del lazo libidinal al objeto –atracción erógena– en sentimientos amorosos⁴². Según Klein el yo construye sus objetos de amor pasando por un desfiladero estrecho: el sentimiento de culpa. En esta problemática ella estableció una de sus clásicas perspectivas helicoidales: a más amor → mayor introyección del objeto bueno → más identificación a dicho objeto → más amor con el objeto externo → nuevas introyecciones, y así sucesivamente.

Klein precisó de manera clara y contundente en *CPM-D* (1934) los cinco requerimientos aludidos. Señaló también que el niño siente dolor y culpa por los ataques fantaseados y reales a estos objetos, con la consiguiente culpa. La identificación al objeto bueno empuja al yo a la reparación por una vía típicamente depresiva: por identificación a los sufrimientos del objeto bueno.

La I. P. fue objeto de estudio en el capítulo anterior y la I. I fue tratada *supra*, en 9.6.; allí se remite para más detalles. En los párrafos siguientes se cotejarán a grandes rasgos las líneas de fuerza fundamentales del concepto de identificación en las tres teorías.

Klein usufructuó del carácter transitivo del verbo identificar para sumir sus últimas propuestas identificatorias en el contexto de un vaivén de materia psíquica entre el mundo interno y los objetos externos. Este movimiento centrífugo-centrípeto le diferenció de Freud y Lacan, porque para ellos la dirección del movimiento identificatorio iba del objeto al sujeto. La TIK resultó ser más "instintivista" que "ambientalista", a pesar de que su teoría estaba fundada en las relaciones objetales. Al bebé le dio por otorgado desde el nacimiento una instancia cuya constitución no dejó de plantear grandes interrogantes para la teoría freudiana y lacaniana: el yo. La ausencia en su doctrina de la lógica retroactiva (el *nachträglich* freudiano, el *après-coup* de Lacan) le llevó a privilegiar lo arcaico (lo oral, la relación con el pecho) y le condujo a adelantar el surgimiento del complejo de Edipo y del superyó. Klein abrió una perspectiva interesante al considerar la existencia de relaciones de objeto desde el momento mismo del nacimiento –en oposición a Freud, que en algunos de sus textos había postulado un período anobjetal de la libido–. De manera consecuente, otorgó al narcisismo carácter relacional. Lacan asumió estos aspectos de la doctrina kleiniana. Si en Freud y Lacan, padre y falo constituyeron referentes claves para comprender la estructuración del sujeto, estos fueron destronados en Klein y sustituidos por la madre y el pecho. Obviamente el vaivén de identificaciones proyectivas e introyectivas dejaba inscripciones que estructuraban o remodelaban instancias psíquicas.

9.8.4. La incorporación

La consideró como una de las fantasías más arcaicas, y la asoció –siguiendo a Abraham– con las pulsiones orales canibalísticas dirigidas al pecho materno. Klein sostenía que estas fantasías incorporativas acompañaban a las introyecciones y a las identificaciones introyectivas. La incorporación reverberaba en el plano de la fantasía los fenómenos relacionados con la nutrición, que se inscribirían, evidentemente, en el registro biológico. Que el bebé –o cualquier adulto– introduzca

alimentos dentro de sí, los digiera y asimile en su cuerpo dio pie a pensar –por analogía– un proceso psicológico con características similares: la incorporación. Pero ese prototipo biológico facilitó también que en múltiples ocasiones se confundieran ambos registros; este solapamiento es detectable en algunos textos de Klein y en los de muchos de sus seguidores. Sólo en la nutrición el objeto entra realmente en el cuerpo; en la dimensión psíquica se trataría de una fantasía o de una realización alucinatoria de deseos. Lo que estaba en juego no era un ente material –el comestible– sino una *representación* psíquica de un objeto que alimentaba o del acto de la lactancia (y sus sucedáneos). Esta falta de discriminación entre lo psíquico y lo biológico fue asimismo fomentada por la definición kleiniana de fantasía: “correlato mental de instinto”. Un instinto no diferenciado de la pulsión, cosa que anclaba con fuerza a la fantasía en lo biológico.^{43*}

En muchos de sus textos dio por sobreentendido el carácter fantasmático de la incorporación. A esto se sumó su estilo expositivo que, sin duda, tenía sus bemoles⁴⁴; cabe repetir en este contexto que en sus artículos predominaba la descripción fenomenológica –lo “dado”, la empiria– más que el uso de categorías metapsicológicas. Estas últimas se echaban de menos cuando lo relatado eran las “conductas de bebés”, en los que sin duda prevalecía la oralidad. Todo esto coadyuvó para que se solaparan demasiado dos actividades decididamente diferentes: la psíquica (pulsión, realización alucinatoria, fantasma, identificación) y la biológica (nutrición). Sólo en esta última se ingiere el objeto; en el caso de la *incorporación* se trataría de una metáfora, de una fantasía. Estas confusiones se derivaron –no podía ser de otro modo– hacia la introyección e identificación, mecanismos psíquicos que tuvieron a la incorporación como matriz.

Klein otorgó a la incorporación un carácter esencialmente oral y consideró que en los albores de la vida, ella era el primer y único mecanismo de internalización.^{45*} La consideró canibalística –por lo tanto, destructora del objeto– y, como ya se dijo, en estrecha relación con los instintos; si ella era predominante, podía obstaculizar los procesos introyectivos. La conexión de la incorporación con la pulsión de muerte era nítida en su obra y se expresaba en los términos de sadismo oral, canibalismo, devoración del objeto, etc. Ella describió algunas de sus manifestaciones y consecuencias: síntomas de anorexia, por el temor a dañar al objeto que se incorporaba o la fantasía de que la propia avidez maltrataba al objeto.

La incorporación no sólo fue relacionada con las primitivas manifestaciones del canibalismo oral sino y también con las formas más evolucionadas de la introyección y de la I. I.: la del objeto bueno. Las fantasías incorporativas acompañan y “subyacen” a todo proceso introyectivo.

En *EPN* (1932) Klein sostiene que tras las deflexiones iniciales de la pulsión de muerte la primera internalización que lleva a cabo el bebé es una *incorporación parcial*. Esta expresión tiene ciertas resonancias abrahámicas, pero como se verá a continuación, la psicoanalista de niños, utilizando los mismos vocablos que su maestro alemán, giró completamente el significado de esta expresión. En efecto, si se volviera al esquema del desarrollo evolutivo insertado en I, 2.6.3.1., y se lo leería horizontalmente, podría apreciarse que en la etapa II (oral tardía o canibalística) acontecía una incorporación total del objeto que tendía a devorarlo y destruirlo completamente (al objeto). En cambio, en la etapa siguiente (III) –sádico anal expulsiva– aparecían asociadas la recién mentada *incorporación parcial* y el amor parcial hacia el objeto. Para Abraham la *incorporación parcial* era un procedimiento prototípico de (III); es decir, de primera etapa anal y la calificaba de *parcial* porque el lactante renunciaba a devorar *completamente* al objeto. Esta devoración completa era la meta del canibalismo, en la segunda etapa oral, tardía (II). Si el objeto se devoraba sólo en parte, era para conservarlo. Hasta aquí Abraham. Para Klein, en cambio, la *incorporación parcial* aludía a que este mecanismo de defensa operaba sobre objetos *parciales*: sobre todo el pecho, pero también, el pene, las heces, etc., y todo apuntaba a que eran las tendencias orales sádicas y canibalísticas las que subtendían este proceso incorporativo *parcial*. Para ella se trataba de un proceso canibalístico:

“El conflicto edípico y el superyó aparecen, creo, bajo la supremacía de los impulsos pregenitales y los objetos que han sido introyectados en la fase oral sádica [...] forman los comienzos del superyó.” [*EPN* (1932); OCKPA. vol. 1, p. 263].

Se sobreentiende que dado su carácter devorador y destructivo, esta incorporación parcial estaba íntimamente relacionada con la pulsión de muerte.

Para finalizar este apartado, un breve comentario acerca del el uso tan diferente del par parcial/total por parte de Abraham, Klein y Freud, cuestión que cabrá tener muy claro cuando se lee a estos autores. Para el vienés, el objeto *parcial* aludía única y estrictamente al objeto con el que se satisfaría la pulsión (también parcial); refirió también un objeto *total*, pero éste no pertenece al circuito pulsional sino al narcisístico: se trataba del objeto *total* de amor (del yo). En Abraham tendríamos una incorporación *parcial*, específica de la analidad (etapa III), que no destruye totalmente al objeto y una incorporación *total*, propia de la segunda etapa oral, canibalística, que lo devora íntegramente. En Klein, la dialéctica parcial/total referida a los objetos acabó adquiriendo un significado distinto del que tenían en Freud; no aludían ni al objeto (parcial) de la pulsión ni al objeto (total) de amor, recién aludidos; implicaban más bien la percepción, por parte del lactante, de un fragmento o parte del objeto (en ese caso: objeto parcial, propio de la PEP) o de la globalidad del mismo (objeto total, que aparece recién en la PD). Este pasaje de objeto parcial a objeto total no existía en Freud (véase la parte final de I, 1.4.3). Si se tratara de establecer algún puente entre ambos psicoanalistas, cabría apuntar ciertas resonancias entre la incorporación del objeto total que Freud describió en *Duelo y melancolía* (1915) – “la sombra del objeto cayó sobre el yo” – y la introyección/ identificación kleiniana con el objeto total, sobre todo teniendo en cuenta cómo ella hacía pervivir psíquicamente a los objetos internalizados. Las identificaciones kleinianas no eran ni primarias ni secundarias, como en Freud, sino siempre concomitantes con las relaciones de objeto (véase I, 3.1.5). En este aspecto específico congeniaron Klein y Lacan.

9.8.5. La asimilación

¿Cuál es el destino del objeto externo una vez que ha sido introyectado?, se preguntaba P. Heimann en “Una contribución al problema de la sublimación y su relación con el proceso de internalización” (1942); publicado en el *International Journal of Psycho-Anal.* 23: 8-17. En caso de *asimilación*, respondió, el objeto externo devenido interno, se integraba al yo, lo reforzaba y le otorgaba habilidades, cualidades y defensas para implementarlas a partir de ese momento. En caso contrario, los objetos internos no asimilados actuaban como cuerpos extraños en el yo. El fenómeno se hacía más evidente si se trataba de objetos malos, aunque también ocurría con los buenos; sobre todo si el yo buscaba compulsivamente su preservación, para constituir un refugio, un lugar idealizado, al cual poder “fugarse”, para protegerse.⁴⁶ Sin duda ella concibió la asimilación sobre el modelo de los procesos metabólicos biológicos: los alimentos que una vez digeridos acaban *asimilándose* al organismo.

En “Algunas funciones de la introyección y proyección en la temprana infancia” incluido en *Desarrollos en psicoanálisis* (1952); OCKPA, vol. 3, p. 128, Heimann se formuló otra pregunta: ¿Cuándo un acto de introyección contribuye a la formación del yo y cuando a la del superyó?

Varios factores decidirían el destino y dependería de la motivación predominante en los momentos en que el niño introyectaba un objeto. Si su interés se centraba en la inteligencia de su padre o madre, en sus habilidades o capacidades manuales funciones pertenecientes a la esfera intelectual o motora– el objeto será introyectado en el yo. Si el niño se hallaba involucrado en un conflicto afectivo (amor-odio) o si estaba especialmente perceptivo a los atributos éticos de su objeto, la introyección se dirigirá al superyó. Como la realidad psíquica no suele ser tan esquemática, Heimann se vio llevada, seguramente, a plantear situaciones más complejas: si el niño que introyectaba a su madre mientras ésta le estaba higienizando, aprenderá a lavarse, a mantenerse limpio. En ese caso acontecerá una introyección yoica que fomentará destrezas higiénicas; en cambio, si la limpieza se aplicaba a un objeto dañado por el niño (reparación), el destino final del introyecto será el superyó. Esta aproximación al asunto, aunque poco consistente, suele ser citado con mucha frecuencia en la literatura psicoanalítica kleiniana, por lo que se han constituido como ejemplos clásicos. Ellos soslayaban otros conceptos –la sublimación, la imitación la identificación–que también podrían aclarar la cuestión del destino final de lo introyectado; además esas explicaciones otorgaban poca o nula consideración a la actitud de los padres en esos menesteres: quizá cariñosa, rezongona, estimulante, autoritaria, comprensiva, etc. Klein utilizó el vocablo *asimilación* en algunas ocasiones –por ejemplo, en *CTEL* (1952); OCKPA, vol. 3., p. 255 y ss.–, a pesar de ya haber reconocido la importancia de la

identificación con el objeto interno bueno y la reparación, procedimientos propios de la PD que serían precondiciones para la adquisición tanto de habilidades instrumentales como de principios éticos.

9.9. Último cotejo de la TIK con la TIF y la TIL

La teoría identificatoria kleiniana, al final de la obra de su autora, quedó básicamente constituida por la I.P y la I. I., cuyo interjuego colaboraba en la remodelación de un yo innato y en la constitución del superyó. Obvio es decirlo, ellas deben ser incluidas en el contexto de su doctrina y son indisociables de sus teorizaciones sobre las posiciones, la introyección, el superyó y el Edipo temprano, los pares antagónicos objetos parcial/objeto total, mundo interno/ mundo externo, Eros/Tánatos, amor/ odio, etc. Klein usufructuó el carácter transitivo del verbo identificar, por lo que sus identificaciones quedaron incluidas en el vaivén de materia psíquica entre el yo y los objetos externos. Este movimiento centrífugo-centrípeto respecto del yo le diferenció de Freud y Lacan; los dos subrayaron la dirección que iba desde los objetos –otro y Otro en el caso del psicoanalista francés– hacia el sujeto.

Al multiplicar los lazos objetales que se recreaban en la psique, ella desplegó con profusión la temática expuesta por el vienés en *DyM* (1915): no era sólo la relación sadomasoquista melancólica la que se interiorizaba, sino todas las modalidades de vínculos, que quedaban embebidos en fantasías inconscientes cuyo contenido revela el lenguaje de instintos específicos (oral, anal, uretral y fálico). Los objetos internos muerden, despedazan, son despedazados, devoran, penetran, vacían, ensucian, agreden, sufren y hacen sufrir, en dramas persecutorios e idealizados que sólo se apaciguarán luego, en la posición depresiva.

En otras palabras, los objetos internos –parciales, totales, combinados– poseen vida propia y una cierta autonomía, aunque responden a los mecanismos que operan sobre ellos y que les van adjudicando un destino posicional; hacia afuera: identificación proyectiva; hacia dentro: identificación introyectiva. También sostuvo que se producían identificaciones con (y entre) objetos internos. Estos últimos eran cuasi personas –“otros” que a veces aparecían muy deformados por las proyecciones y fantasías de los niños–, que las introyecciones establecían en el psiquismo (objetos internos). Klein postuló que la introyección y la identificación introyectiva generaban replicas internas de los objetos reales externos; también sostuvo una duplicación interna de los vínculos establecidos con ellos en la realidad.⁴⁷ Esas construcciones teóricas generaron una serie de parejas objetales: interno/externo, idealizado/ persecutorio, bueno/malo. El *einzigiger Zug* freudiano, es decir, el rasgo o detalle mínimo del objeto, que las identificaciones inscribían en el sujeto, desapareció de la escena teórica kleiniana.

El sujeto kleiniano –o más bien *su yo*– fue pensado desde el instinto; Klein realizó una peculiar interpretación del par freudiano Eros-Tánatos, y lo convirtió en motor de la constitución subjetiva. La basculación hacia lo innato hizo que ella no sólo dotara a este par pulsional de un *quantum* congénito de carga (mayor o menor), sino que además, le atribuyese al mismo el carácter de factor decisivo en el desarrollo evolutivo del niño.

A diferencia de Lacan, la concepción kleiniana fue más “instintivista” que “ambientalista”, a pesar de que su teoría estuviera basada en las relaciones objetales. Al bebé le dio por otorgado desde el nacimiento una instancia cuya constitución no dejó de plantear grandes interrogantes para la teoría freudiana y lacaniana: el yo. La ausencia en su doctrina de la lógica retroactiva (el *nachträglich* freudiano, el *après-coup* de Lacan) le llevó a privilegiar lo arcaico (lo oral, la relación con el pecho) y le condujeron a las antedataciones: complejo de Edipo y superyó tempranos. M. Klein abrió una perspectiva interesante al considerar la existencia de relaciones de objeto desde el momento mismo del nacimiento –en oposición a Freud, que en algunos de sus textos había postulado un período anobjetal de la libido–. De manera consecuente, otorgó al narcisismo carácter relacional. Lacan asumió estos aspectos de la doctrina kleiniana.

Si en Freud y Lacan, padre y falo constituyeron referentes claves para comprender la estructuración del sujeto, estos fueron destronados en Klein y sustituidos por la madre y el pecho. El vaivén de identificaciones proyectivas e introyectivas dejaba inscripciones que estructuraban o remodelaban instancias psíquicas. A continuación se reseñarán de manera sintética las principales características de ambas, descritas con minuciosidad en el capítulo anterior y en éste.

9.9.1. Identificación proyectiva

Poseía todas las características de una proyección identificante; era centrífuga respecto del yo: se dirigía al objeto. Al asociar en la identificación proyectiva dos términos –que en principio aparecían separados en Freud–, Klein concluyó una serie de inflexiones sobre varios conceptos del vienés. Se describirán sucintamente los principales:

- La I. P. resultó ser un elemento mitigante de Tánatos para el yo, pero, al proyectar su agresión sobre el objeto, éste devenía sádicamente vengativo, con lo que aumentaba la ansiedad paranoide.
- La I. P. tuvo un acentuado carácter centrífugo respecto del sujeto.
- En ella se entrevé la fusión del circuito freudiano de la elección de objeto (autoerotismo-narcisismo-elección de objeto) y el pulsional. La influencia de Abraham ha sido en esto indudable.
- En tanto el yo mantenía continuidad con sus partes proyectadas en el objeto, la I. P. era –simultáneamente– una relación objetal y una identificación. Este enfoque se subvirtió la dialéctica freudiana entre el ser y el tener, ya que dejaba de ser una alternativa excluyente. En otros términos, la I. P., además de una identificación era una relación narcisista de objeto.
- Tenía las características de una relación agresiva, de control y dominio omnipotente del objeto.

9.9.2. Identificación introyectiva

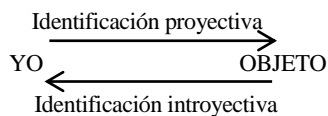
Tanto por su aspecto direccional –hacia el yo– como por su carácter estructurante, esta segunda modalidad de identificación kleiniana era más próxima al pensamiento de Freud, en el tema que nos ocupa. En efecto, la I. I. era centrípeta, remodelaba al yo y conformaba instancias del aparato psíquico. Existirían, por lo tanto, puntos de contacto entre la I. I. y la secundaria edípica de Freud. Ambos autores, cada uno desde su perspectiva, las consideran tributarias de mecanismos introyectivos. Sin embargo, es perceptible la diferencia entre ellos en una cuestión clave: la totalización del objeto que se introyectaba: la I. I. era con un objeto total; no sucedía así con las secundarias edípicas de Freud, que eran al rasgo o detalle del objeto.⁴⁸

La I. I. no se consumaba por acción de los objetos reales externos ni éstos transmitían rasgos suyos a su descendencia; ella acontecía por la acción “aspirante” del yo, que tendía a compensar las proyecciones del yo. Desde la perspectiva freudiana, los vocablos “identificación introyectiva” –así reunidos– serían términos redundantes, salvo que se quisiera precisar cuál era el mecanismo internalizador operante (¿introyección?; ¿incorporación?), cosa que no fue justamente el objetivo de Klein, que la inventó con el objetivo de que hiciese pareja con la I. P. Ya se dijo que Lacan cuestionó a Klein ese apareamiento; para el psicoanalista francés existía una gran disparidad entre ellas ya que la introyección operaba en el registro simbólico mientras que la proyección, lo hacía en el imaginario.

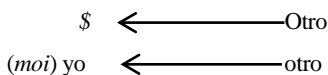
En síntesis, M. Klein reforzó el biologismo y el endogenetismo freudiano en el terreno de las identificaciones; subrayó la bidireccionalidad de las mismas, por lo que acabó resaltado el carácter centrífugo de la identificación proyectiva. Este aspecto la distanció de Freud –que consideró mínima la presencia del componente proyectivo en la identificación– y más aún de Lacan, que lo descartó. El yo kleiniano era hiperactivo en lo que a la identificación se refiere; estaba fundado en el instinto y menos determinado por el contexto, perspectiva ésta opuesta a la lacaniana. Pese a las apariencias y pese a que Lacan tomó a Freud como su gran referente, la metapsicología de la identificación kleiniana era quizá menos lejana a Freud que la del psicoanalista francés. Este último modificó *radicalmente* el enfoque del asunto: el agente activo dejó de ser el infante –en eso Freud y Klein congeniaron– para situarse en la alteridad: otro y Otro. Por otra parte, Lacan desconectó la identificación del registro pulsional, introduciendo un viraje muy significativo en este tema, que le diferenció del vienés y de la pionera del psicoanálisis de niños. Klein, fue evidente, creó su propio sistema identificatorio y, si bien sus ideas partieron inicialmente de la teoría freudiana, acabó otorgando matices muy personales a sus conceptos. En cambio mantuvo el esquema básico de Freud, al situar al yo como punto de partida de la estructuración psíquica: el movimiento se originaría en el yo innato, se dirigiría al objeto (proyección y escisión mediante) y volvería al yo, vía introyección. El trazado del movimiento es el mismo en Klein que Freud, aunque todos los conceptos con que se construyeron esos recorridos hayan sido –a nivel de

significados–, diferentes. Lo que transportaba la introyección era también distinto, pero el esquema general se mantuvo. Lo dicho puede ser representado esquemáticamente de la siguiente manera:

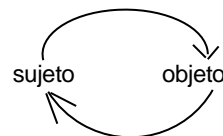
ESQUEMA BÁSICO DE KLEIN



ESQUEMA BÁSICO DE LACAN



ESQUEMA BÁSICO DE FREUD



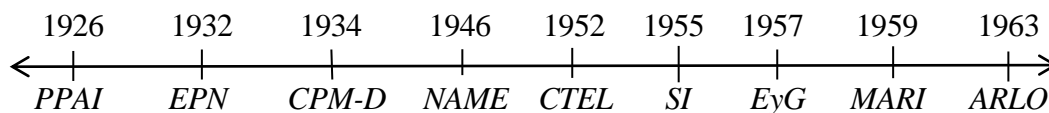
Klein: la I. P. y la I. I. promovían el desarrollo evolutivo del niño y organizaban su mundo interno. El constitución de la psique del infante era realizaba activamente por éste en el seno de sus relaciones objetales; el punto de partida de la psiquización era el niño (*ptolomeísmo*). La I. P. era una forma peculiar de identificación; se trataba de una proyección identificante y fantasmática de partes escindidas del yo, que se dirigían inicialmente al interior del cuerpo materno, con el fin de atacar y dañar a la madre desde el interior. En este caso, el otro era asimilado al sujeto. Con posterioridad describió formas más benignas de I. P., que no sólo tenían por objeto a la madre. En la I. I., en cambio, era el sujeto quien se asimilaba al otro. En ambas, el sustantivo identificación se usaba en el sentido reflexivo del verbo identificar.

Freud: el sujeto se identificaba con el objeto. La acción se representaba mediante la forma pronominal del verbo identificar. Los movimientos que estructuraban el aparato psíquico partían del niño pero los objetos, en tanto ofrecían rasgos, coadyuvaban en la conformación de la psique. Movido por su pulsión oral, el niño se dirigía a los objetos para capturar trazas psíquicas del objeto. (*Ptolomeísmo con improntas copernicanas*).

Lacan: El sujeto era identificado por el significante que provenía del campo del Otro, que identificaba activamente. Se trataba de la identificación *simbólica*. El psicoanalista francés postuló una teoría de la trasmisión psíquica intergeneracional con punto de partida en el inconsciente del Otro. En la identificación *imaginaria*, era la imagen del pequeño otro (el semejante) la que identificaba; sus efectos: surgimiento del yo. Concepción identificatoria *copernicana*.

9.10. Ideas principales expuestas en este capítulo

Se ha plasmado por escrito los resultados de un trabajo de revisión bibliográfica de la obra de M. Klein, orientado fundamentalmente a la investigación de la introyección y de la identificación introyectiva (I. I.). En esa labor se han seguido los principios metodológicos expuestos en el apartado I.G., 6. de la Introducción General. Una vez establecidas las caracterizaciones de la introyección y de la I. I. vigentes en la etapa final de su producción, se buscaron los antecedentes de ambas acepciones en sus escritos anteriores. Esa lectura retroactiva se complementó con otra, de carácter cronológico, que permitió apreciar aspectos singulares de la evolución de estos dos articuladores teóricos y las inflexiones que ella les fue introduciendo desde sus primeros artículos hasta los póstumos. En el esquema siguiente se representaron los hitos textuales y temporales de esa doble lectura.



El rastreo retrospectivo desde *MARI* (1959) hasta *NAME* (1946) permitió saber que si bien fue en *CTEL* (1952) donde nominó por primera vez a la *identificación por introyección*, no fue precisamente allí donde mejor perfiló ese concepto; sí lo hizo en los artículos que se mencionan, en el diagrama, a la derecha de *CTEL*.

La introyección, en cambio, ha estado siempre presente en su producción: desde sus primeros escritos –*AT* (1921)– hasta el último: *ARLO* (1963). En esa secuencia temporal, *CPM-D* (1934) marcó un antes y un después: constituyó el punto de viraje entre una primera concepción de la introyección –la descrita en *PPAI* (1926)– y la postrera, de 1934, que se mantuvo, con algunas modificaciones, hasta el

final de su producción. Esa lectura cronológica permitió apreciar que Klein fue variando las funciones y los significados otorgados a dicho vocablo durante K₁, K₂ y K₃. Ya desde PPAI (1926) –y, más aún, a partir de EPN (1932)– se detectaron nítidas diferencias entre su concepción sobre la introyección y las de Ferenczi, Freud y Abraham, comentadas en II, 2.4.2.; II, 2.6.2.1. y 2.6.3.3.

Klein la consideró un mecanismo fundamental en la constitución de los objetos internos y, por ende, de la psique infantil. El modelo que presidía la conformación de la mente del niño se basaba en los efectos estructurantes de la sucesión inacabable de proyecciones-introyecciones-reproyecciones entre el yo y los objetos reales externos. La psique terminaba organizándose, según ella, por una compleja combinatoria de elementos internos y externos que eran introyectados, asimilados y *decantados* en la mente. El vocablo decantados fue puesto en *itálica* para subrayar un aspecto de su concepción: la estructuración psíquica se llevaba a cabo por sedimentación de capas sucesivas, que se iban superponiendo a medida que avanzaba el desarrollo evolutivo. Se trataba de mantos conformados por complejos pulsionales, fantasías, objetos internos, relaciones objetales, mecanismos de defensa, etc., cuyas inscripciones iban configurando las diversas instancias y funciones psíquicas. En sus primeros textos se refirió a la introyección de *imagos*; posteriormente, responsabilizó a este mecanismo de la formación de objetos internos. En ese contexto se recordó lo afirmado en el primer y quinto capítulo de esta segunda parte: en la teoría kleiniana primaron las fantasías inconscientes y los objetos internos en las experiencias con la realidad exterior. Klein condujo hasta límites extremos una idea expuesta inicialmente por Freud (véase I, 2.1.1.) respecto de la realidad (*Wirklichkeit*): la construcción psíquica de la misma por parte del sujeto estaría siempre mediada por fantasías; se trataba de una realidad **subjetiva** y **subjetivada**, percibida y pensada con la intervención de lo inconsciente y de la fantasía: la realidad externa se “leería” desde la realidad psíquica (*psychische Realität*).

Se consignó también que Klein siempre subordinó la introyección a la proyección; para ella, esta última era la que invariablemente actuaba en primer término; por lo tanto, las introyecciones incluían aquello que la proyección había colocado en el mundo externo. Tales ideas fueron trasvasadas a la I. P. e I. I.

Tras la caracterización del concepto de introyección, el capítulo continuó con tres apartados dedicados a revisar las diversas funciones que le fueron otorgadas en K₁, K₂ y K₃. Como viene siendo habitual en esta tesis se presentó una definición del vocablo, deducida de sus escritos, bajo la forma de una entradilla de un diccionario de psicoanálisis kleiniano, que a continuación se reproducirá.

INTROYECCIÓN

— **Alemán:** *Introjektion* — **Inglés:** *introjection* — **Francés:** *introjection* — **Portugués:** *introjeção*
— **Italiano:** *introiezione*

Mecanismo yoico que introduce representaciones de los objetos en la psique, donde devienen objetos internos. Es una actividad mental que comienza muy precozmente: el bebé acoge en su incipiente psique algo de lo que percibe en el mundo externo, desde sus primeros días de vida. La introyección es indisociable de los restantes articuladores teóricos kleinianos, a saber: proyección, fantasía, angustia, posiciones, simbolización, envidia, los pares antitéticos amor-odio, instintos de vida y de muerte, integración-desintegración, etc. Sus funciones son importantes para la estructuración del psiquismo infantil, especialmente durante la posición depresiva, aunque su operatividad continúa a lo largo de toda la vida adulta, en tanto participa junto a la proyección y otros mecanismos defensivos (disociación, negación, etc.) en ese ir y venir constante de materia psíquica con que Klein caracterizó a las relaciones de objetos. La introyección -junto con la proyección- está presente en toda relación objetal. Esta idea se hizo extensiva, a partir de 1946, a las identificaciones proyectivas e introyectivas. La introyección kleinianamente concebida conllevaba la idea implícita de una diferencia –distorsión, deformación– del objeto externo respecto del objeto introyectado. Ella quedó íntimamente asociada a la retaliación

En K₁ (1919-1933) y K₂ (1934-1946) le adjudicó a la introyección algunas de las funciones que cumplía la identificación en la teoría freudiana. La innovación fundamental de Klein respecto de este

mecanismo fue engranarla con la proyección y convertirlas en un motor de la vida mental. Ese vaivén proyectivo-introyectivo operaría a lo largo de toda la vida de un ser humano. Utilizando una aproximación metafórica se calificó dicha alternancia de *sístole* y *diástole* psíquica. Este aspecto funcional de ambos mecanismos fue posteriormente trasvasado a la I. P. y a la I. I. En K_1 se introyectaba sobre todo *imágenes* persecutorias que habían recibido proyecciones sádicas. Durante ese periodo brillaron por su ausencia las introyecciones de objetos buenos, aspecto éste que se modificó en K_2 . En efecto, fue recién en *EPN* (1932) que ella mencionó por primera vez este tipo de introyecciones. Esta “tardanza” se debió a dos obstáculos teóricos asociados: haber establecido que la deflexión del instinto de muerte era el primer movimiento psíquico y considerar que el superyó temprano se conformaba por *imágenes* persecutorias. Consecuencias: distorsión de los introyectos y temor a la retaliación. Bosquejado el panorama de esa manera, se le hizo difícil mentar la internalización de objetos buenos. Para Klein siempre fue importante el análisis de la angustia y del sentimiento de culpabilidad; de la percepción de tales afectos en niños muy pequeños arrancó la oposición persistente entre los padres internos terribles y los padres reales buenos —o más o menos buenos—. La severidad de las *imágenes* internas que conformaban el superyó arcaico no provenían de la severidad de los padres reales, que era, según ella, siempre inferior al de sus réplicas psíquicas. Se instaló un *impasse* a consecuencia de haber impuesto la siguiente dicotomía: objeto introyectado feroz *versus* objeto real bondadoso. Este esquema impedía pensar la existencia de *imágenes* benévolas, incluso de aquellas que podían ser caracterizadas con la misma irrealidad que tenían las persecutorias y retaliativas.

Para un examen detallado de la introyección, tal como fue concebida en estos dos periodos de su obra, se hizo un desmontaje de la misma que tomó en cuenta los siguientes caracteres:

- Su naturaleza transportadora de materia psíquica; esta sería la introyección propiamente dicha.
- Su punto de partida: las representaciones de los objetos externos.
- El destino final: la psique del niño, donde lo introyectado se establecía en calidad de objetos internos.
- Las funciones atribuidas al conjunto del proceso.

Naturaleza transportadora: la introyección partiría de objetos reales externos *subjetivados*; es decir, de las representaciones *psíquicas* de los mismos. Se trataba de objetos “deformados” intensamente por las proyecciones y fantasías primitivas del niño (y, también, del adulto, aunque a esas edades, en situaciones “normales”, esta deformación sería menor). La introyección cosecha y acarrea lo que la disociación y la proyección siembran; las representaciones de los objetos se inscribirían en la mente en calidad de *objetos internos*.

Punto de partida: los objetos externos o mejor dicho, las representaciones de los mismos, sean objetos parciales (persecutorios o idealizados), sean totales (malos o buenos). Dentro de la polisemia del término objeto en Klein, éste aparecía intensamente connotado como *objeto de la satisfacción instintual*, es decir, como persona o cosa que intervendría para que el instinto alcanzase su fin. Los objetos externos actuaban pues como soportes reales que servían de base para la *construcción* del objeto que de introyectar se trataba. En la primera etapa de su producción denominó *imago* a las representaciones de los mismos que eran acarreados e implantados en la psique infantil. Con posterioridad comenzó a emplear —y lo hizo con asiduidad— los términos *introyección del objeto* y *objeto introyectado*. Estas dos expresiones habitualmente usadas por Klein, acentuaban aspectos diferentes: en la primera se remarcaba el proceso internalizador mientras que en la segunda se subrayaba los efectos del acarreo. Una vez franqueada la frontera —pasaje del mundo externo al interno—, lo introyectado se implantaba en las instancias psíquicas —básicamente, yo y superyó— en calidad de *objeto interno*.

El destino final: la psique, donde lo introyectado se convertiría en objeto interno (bueno, malo, persecutorio, idealizado). La introyección establecía de forma necesaria una relación objetal intrapsíquica y, de manera contingente, podía dar pie a identificaciones, aunque no era obligado que eso sucediese. Si tras la introyección acontecía la *asimilación* del objeto interno se estaría en presencia de una identificación kleinianamente entendida. La psique —el mundo interno, en lenguaje kleiniano— se

estructuraba mediante esa constelación de representaciones -ahora internas- que replicaban, con diferencias importantes, a los objetos externos. Los objetos internos participaban y afectaban de diversas maneras al funcionamiento de las instancias psíquicas e intervenían en la construcción de la identidad.

Funciones estructurantes del psiquismo durante la infancia y *funcionales* a lo largo de toda la vida, en tanto formaba parte de los mecanismos que utilizaba la psique en toda relación de objeto. Una vez introyectados los objetos, entre ellos puede darse una amplia gama de relaciones intrapsíquicas, dependiendo de las instancias en que se inscribieron, de las fantasías que impregnaron la relación con los objetos externos y de los instintos satisfechos con ellos. Se establecían así vínculos complejos entre realidad, fantasía y entre las manifestaciones de los instintos de vida y de muerte. La introyección fue especialmente asociada a Eros y a los movimientos de integración de la psique.

El capítulo continuó con el estudio de la I. I., de la que se ofreció la siguiente caracterización, elaborada a partir de *CTEL* (1952) y otros escritos posteriores:

IDENTIFICACIÓN INTROYECTIVA

— **Alemán:** *Introjektionsidentifizierung* — **Inglés:** *introjective identification* — **Francés:** *Identification introjective* — **Portugués:** *identificação introjetiva* — **Italiano:** *Identificazione introiettiva*

Proceso psíquico mediante el cual se internaliza el pecho bueno —íntegro, completo, no disociado— en el núcleo del yo. Acontece en los momentos en que predomina el instinto de vida y la libido de succión. Opera desde los primeros días de vida, especialmente, si las condiciones de crianza son favorables; contribuye a la cohesión del yo y es un factor importante para el desarrollo evolutivo del niño. Se trata de un concepto aparecido tardíamente en la obra de Klein; fue descrita por primera vez en *NAME* (1946), aunque sin nominarla como tal y, con posterioridad, adquirió significados más precisos, en consonancia con las últimas elaboraciones kleinianas (1952-1960). En ocasiones hizo confluir la identificación introyectiva y la introyección en la categoría de “procesos introyectivos”. La consideró complementaria y sinérgica de la identificación proyectiva. Ambas poseían una doble pertenencia: a la teoría de la estructuración subjetiva y a la concepción de las relaciones de objeto.

La introducción y desarrollo del concepto de I. I. en el tercer periodo de su obra (1946-1960) impuso la tarea de pensar retroactivamente los posibles reacomodamientos de todo el bagaje conceptual kleiniano construido previamente. En efecto, la preeminencia otorgada hasta entonces a la posición depresiva (PD) fue cediendo terreno en favor de los mecanismos esquizoides y de la envidia. Por otra parte, que la I. I. instalase objetos buenos en el yo desde el comienzo de la vida psíquica, vino a suavizar la excesiva dicotomía que inicialmente tuvo el esquema de las posiciones; también introdujo matices en su teoría sobre el surgimiento del yo: además de innato y poco integrado, esta modalidad identificatoria establecería un núcleo organizador en el centro mismo de esa instancia yoica, apenas iniciada la vida. Finalmente, la I. I. vino a contrarrestar la excesiva presencia de introyectos persecutorios y malos en el mundo interno. En definitiva, resultó ser un mecanismo importante en la estructuración subjetiva.

En el apartado siguiente del capítulo se abordaron las diferencias entre la I. I. y la introyección. Klein nunca las discriminó de manera explícita. La lectura de muchos textos suyos produce la impresión de haberles adjudicado funciones similares; sin embargo, en otros escritos se atisban diferencias significativas entre ellas. Lo cierto es que durante 33 años —desde 1919 hasta 1952— empleó de manera intensiva y exclusiva el vocablo introyección, ya que la I. I. recién entró *explícitamente* en la escena teórica a partir de *CTEL* (1952). A continuación se reiterará una cita de este artículo, incluida en el apartado 9.6.2., que podría ser un botón de muestra del empleo poco discriminado que hacía entre I. I. y la introyección.

“En estas distintas fantasías el yo se posesiona por proyección de un objeto externo -en primer lugar de la madre- y lo transforma en una extensión del Yo. El objeto se transforma, hasta cierto punto, en representante del yo, y estos

procesos constituyen a mi entender, la base de la identificación por proyección o ‘identificación proyectiva’. La *identificación por introyección* y la identificación por proyección parecen ser procesos complementarios. Los procesos que subyacen a la identificación proyectiva operarían ya en la primitiva relación con el pecho. [...] Por lo tanto la identificación proyectiva empezaría simultáneamente con la voraz introyección oral-sádica del pecho. Esta hipótesis concuerda con la opinión a menudo expresada por mí de que la introyección y la proyección interactúan desde el principio de la vida.” (CTEL, OCKPA, vol. 3, p. 184). Las cursivas son mías.

Es interesante destacar que al comienzo de este párrafo mencionó tanto a la I. P. como a la I. I. que ya constituían un par de opuestos complementarios y sinérgicos. Pero, al final de la cita —y sin haber cambiado de tema— se refirió a la introyección y proyección, pero sin el aditamento del vocablo *identificación*. Cabe pensar que en este fragmento, o bien trató al segundo par como sinónimo del primero; o bien consideró que la actividad sinérgica de la I. P. e I. I. vino a sustituir al par proyección - introyección. Eso sí: respecto de ambas parejas sostuvo que actuaban engranadas y en interacción desde el comienzo de la vida. De los textos posteriores a 1952 se desentrañaron tres factores que se consideraron propios y exclusivos de la I. I., y que permitirían, por lo tanto, diferenciarla de la introyección clásica. Se trataba de los siguientes:

- La I. I. internalizaba un objeto novedoso, caracterizado como *bueno, entero, completo y no disociado previamente*.
- La I. I. se consumaba cuando había un predominio de la pulsión de vida (libido de succión).
- El destino: se dirigía al núcleo del yo, favoreciendo el desarrollo del mismo.

El objeto bueno, entero, completo y no escindido que se internalizaba vía I. I. era distinto del objeto bueno de la PD y del objeto idealizado de la PEP. En NAME (1946) ya se había insinuado que se trataba de un objeto diferente de los tradicionales (bueno, malo, persecutorio e idealizado), porque esos cuatro surgían tras un proceso de disociación. En cambio este *objeto bueno, entero, completo*, no sufría ningún clivaje antes de ser introyectado. Ese objeto —nuevo y específicamente asociado a la I. I. — formaba un par antagónico con otro objeto: un pecho fragmentado en pedazos, frustrador. La idea de un par antagónico constituido por un pecho despedazado (frustrante) y un pecho completo (gratificador), había sido apenas esbozada y mencionada en PEM-D (1934), pero no fue desarrollada ahí sino tres lustros años más tarde. Por otra parte, a este mismo objeto —a diferencia del que participa en la identificación proyectiva—, Klein le atribuyó una cierta autonomía y una participación activa en el surgimiento de la modalidad depresiva de angustia: sólo ante un pecho bueno, gratificador, amado, podía sentirse esa modalidad de ansiedad, por haberle hecho daño.

Factores libidinales: el predominio relativo del instinto de vida (Eros) sobre Tánatos era determinante para Klein a los efectos de que se consumase la I. I. de un objeto bueno, entero y gratificante. En cambio, la prevalencia del instinto de muerte determinaba la construcción de un pecho fragmentado, roto, hecho pedazos, frustrador y generador de angustia persecutoria.

El destino: la I. I. instalaba un objeto interno *bueno, entero, completo* en el núcleo del yo, que contribuía a su integración y cohesión: un posible narcisismo trófico que sentaba las bases para un desarrollo evolutivo normal. Allí radicaban las principales diferencias con las introyecciones que constituían al superyó temprano. La identificación introyectiva adquirió carácter estructurante.

En el apartado siguiente del capítulo se hizo una revisión de los mecanismos y procesos que participaban en la conformación del mundo interno kleiniano. La expresión “*formación del mundo interno*” sería equivalente a la fórmula freudiana “organización del aparato psíquico” y a la lacaniana de “estructuración subjetiva”. *Mundo interno* devino, en cierto sentido, un sinónimo de psique y conformó un par antitético con la expresión *mundo externo*. Ambas recubrían la comarca psicoanalítica dedicada a conceptualizar la relación del sujeto con los objetos, tema del que Klein se ocupó desde los comienzos de su producción. Fue en ese territorio teórico donde quedó inmersa la TIK. Ese par de opuestos, que era mencionado con extraordinaria frecuencia, generó una visión un tanto dicotómica y tabicada de ambos mundos. Dos factores matizaron esa división tajante: el intercambio fluido y

permanente entre exterior e interior y la preeminencia siempre subrayada de lo interior en la construcción de la realidad externa.

Klein empezó a emplear la noción de *mundo interno* a comienzos de la década de los años 30 y tras una corta ausencia de la misma, reapareció en *CPM-D* (1934); adquirió el estatus de concepto a partir de *El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos (DEM-D)*, escrito en 1938 y publicado en 1940. Por aquel entonces, la introyección, en tanto constitutiva de los objetos internos que conformaban el mundo homónimo, quedó situada en primer plano. De manera simultánea dio forma conceptual a una idea que ya había repetido en centenares de ocasiones: toda relación con un objeto externo daba pie a la internalización del mismo bajo la forma de objeto interno; la introyección era considerada una actividad insoslayable y automática del yo, asociada a los procesos fantasmáticos de incorporación ligados al instinto oral. La palabra “mundo” dentro de la expresión kleiniana *mundo interno* debe entenderse en el sentido estricto del término: conjunto de todos los objetos (se sobreentiende: internos) que existían en la mente. Quedaba incluido dentro de esos vocablos la variedad e intensidad de las relaciones entre dichos objetos, como así también, los afectos y las fantasías que se ponían, allí, en juego. Mundo interno equivalía a la noción freudiana de realidad psíquica. Klein describió de una manera extremadamente rica y fina el plexo de vínculos multilaterales que entrelazaban a todos los miembros singulares de esa “asamblea de objetos internos”, sometidos a movimientos permanentes y vitalicios de integración, desorganización y reorganización.

Los principales conceptos que Klein utilizó para referir los movimientos psíquicos centrípetos –desde el mundo externo hacia el interno–, cabe consignar los siguientes: interiorización, introyección, identificación, identificación introyectiva e incorporación. También utilizó la expresión: establecimiento (o instalación) del objeto dentro del yo. Otra noción afín a los procesos mencionados, constituyentes del mundo interno, fue la creada por P. Heimann: la asimilación.

Klein no utilizó de manera bien discriminada ni definió estrictamente los mecanismos recién mencionados; sin embargo, de sus escritos puede deducirse algunas líneas de fuerza conceptuales predominantes. Ellas permitirían trazar un perfil específico para cada uno de estos procesos.

La internalización: Esta acepción adquirió un sentido riguroso en la obra de Klein a partir de *CPM-D* (1934), aunque fue utilizada esporádicamente por ella con anterioridad. De este texto se puede concluir que la consideraba un mecanismo cuya función consistía en hacer ingresar objetos externos en la psique, donde, una vez transformados en objetos internos, eran percibidos por el yo de forma muy concreta y viva.

La introyección y la identificación introyectiva: fueron ampliamente descritas y diferenciadas en páginas anteriores; nada que agregar entonces, salvo que a partir de K_2 la introyección clásica quedó asociada a los mecanismos reparatorios, comentados en II, 6.4.3.

La identificación: Klein utilizó este vocablo desde los comienzos de su producción, pero hubieron dos hitos particularmente significativos en sus elaboraciones sobre el tema: la identificación con el objeto bueno postulada en *CPM-D* (1934) y la introducción en el periodo 1946-1952 de la I. P. y de la I. I. Antes de 1946 la identificación, más que estar al servicio de la estructuración subjetiva, se relacionaba con la simbolización y sublimación. Ya entonces hacía uso del carácter transitivo del sustantivo identificación, derivado del verbo identificar: acción de reconocer una cosa como idéntica a otra: la identificación fue pensada en aquel entonces como un mecanismo que equiparaba órganos del cuerpo con objetos externos (véase II, 6.4.1). Así entendida, el yo la utilizaba para conocer el propio cuerpo y la realidad externa.

Las identificaciones que ella concibió eran siempre concomitantes a las relaciones de objeto, aspecto éste que la diferenció de Freud. Otra originalidad de su pensamiento en este tema: la identificación podía acontecer con un objeto interno e, incluso, entre ellos.

Para que se produjese esta identificación era necesario que se cumplieran ciertos requisitos, que se daban habitualmente al ingresar en la PD: a) la existencia de una mayor integración del yo; b) que se haya realizado el pasaje desde las relaciones de objeto parciales a las totales; c) una disminución de la angustia persecutoria; d) una percepción más realista de los objetos externos y de la realidad psíquica;

e) que se haya consumado la transformación del lazo libidinal al objeto –atracción erógena– en sentimientos amorosos.

La incorporación: Klein la consideró como el prototipo y fundamento instintivo de la introyección. Se trataría, básicamente de fantasías incorporativas orales. Cuando en sus primeros textos refirió la introyección de figuras parentales durante el complejo de Edipo temprano, la describía como un mecanismo asociado a ese tipo de fantasías inconscientes. Con el correr de los años, al considerar que estas últimas eran la expresión mental del instinto, conectó implícitamente la introyección con la actividad instintiva oral. Dada la frecuente indiscriminación entre mecanismo, instinto y fantasía en la literatura de filiación kleiniana, conviene diferenciar la introyección de la incorporación. Esta última está asociada, como ya se dijo, a fantasías orales, arcaicas, correlatos a su vez de la dinámica instintual oral buscadora de la satisfacción. La psicoanalista de niños la mancomunó –siguiendo a Abraham– con las tendencias instintivas orales de tipo canibalísticas, dirigidas al pecho materno. Sostuvo que estas fantasías incorporativas acompañaban a la introyección y a la I. I.

La incorporación reverberaba en el plano de la fantasía los fenómenos relacionados con la nutrición que se inscribían, evidentemente, en el registro biológico. Que el bebé hiciera entrar los alimentos dentro de sí, los digiriera y los absorbiera en su cuerpo dio pie a pensar un proceso psicológico con características similares: así nació el concepto de incorporación. Pero otorgarle ese prototipo biológico facilitó que en múltiples ocasiones se confundieran ambos registros; este solapamiento se detectó en algunos textos de Klein y, también, en los de muchos de sus seguidores. Sólo en la nutrición el objeto entra *realmente* en el cuerpo; en la dimensión psíquica se trataría tan sólo de una fantasía o de una realización alucinatoria de deseos. Lo que estaba en juego no era un ente material –un comestible– sino una *representación* psíquica o una fantasía, ya sea del objeto que alimentaba, ya sea del acto de la lactancia y sus sucedáneos.

La asimilación: ¿Cuál era el destino del objeto externo después de ser introyectado? Esta pregunta fue formulada por P. Heimann en artículo suyo de 1942. Y respondió que una posibilidad era la *asimilación*; es decir, la transformación de ese objeto interno introyectado en parte constitutiva del yo o del superyó. La representación del objeto devenida interna, al integrarse al yo, lo reforzaba y le otorgaba habilidades, cualidades y defensas para implementarlas a partir de ese momento. En caso contrario los objetos internos no asimilados actuaban como cuerpos extraños en el yo. También podían asimilarse al superyó, cuando estaban en juego cuestiones de normas, prohibiciones o permisiones. En la primera parte de esta tesis, más específicamente en I, 2.4., se hicieron referencias a la asimilación, tal como la entendió esta autora; se la cotejó con la noción freudiana de *apropiación*, con la que guardaría cierta familiaridad. Sin duda Heimann concibió la noción de asimilación, que para ella era exclusivamente de orden psíquico, sobre el modelo de los procesos biológicos: los alimentos, una vez metabolizados, acaban formando parte del organismo.

El capítulo se cerró con un cotejo de la TIF, TIK y TIL, tema central de esta tesis. Se creyó adecuado realizarlo en las postrimerías de esta segunda parte, para que sirviera como telón de fondo para la tercera, dedicada íntegramente a la TIL.

Una visión panorámica de la obra completa de Klein, permitiría afirmar que su teoría identificatoria quedó sostenida por cuatro pilares: a) la proyección-introyección; b) la I. P. y la I. I., c) las posiciones y d) las identificaciones. Este cuaternario debe articularse con los restantes componentes de su andamiaje teórico. Klein usufructuó el carácter transitivo del verbo identificar, por lo que sus identificaciones quedaron incluidas en el vaivén de materia psíquica entre el yo y los objetos externos. Este movimiento alternante –centrífugo/centrípeto– respecto del yo le diferenció de Freud y Lacan; los dos últimos subrayaron más bien la dirección que iba desde los objetos –otro y Otro en el caso del psicoanalista francés– hacia el sujeto.

Al multiplicar los lazos objetales que se recreaban en la psique, ella desplegó con profusión la temática expuesta por el vienés en *DyM* (1915): no era sólo la relación sadomasoquista melancólica la que se interiorizaba, sino todas las modalidades de vínculos, que quedaban embebidos en fantasías

inconscientes cuyo contenido revelaban el lenguaje de instintos específicos (oral, anal, uretral y fálico). Los objetos internos –parciales, totales, combinados– poseían vida propia y una cierta autonomía, aunque respondían a los mecanismos que operaban sobre ellos y que les iban adjudicando un destino posicional; hacia afuera: identificación proyectiva; hacia dentro: identificación introyectiva. Klein postuló replicas internas –distorsionadas por las proyecciones y fantasías– de los objetos reales externos; también sostuvo una duplicación interna de los vínculos establecidos con ellos en la realidad. Esas construcciones teóricas generaron una serie de parejas objetales: interno/externo, idealizado/persecutorio, bueno/malo. El *einzigster Zug* freudiano, es decir, el rasgo o detalle mínimo del objeto, que las identificaciones inscribían en el sujeto, desapareció de la escena teórica kleiniana.

Klein pensó al sujeto –o más bien el yo– desde el instinto; ella realizó una peculiar interpretación del par freudiano Eros-Tánatos, y lo convirtió en motor de la constitución subjetiva. La basculación hacia lo innato hizo que no sólo dotara a este par instintivo de un *quantum* congénito de carga (mayor o menor), sino que además, le atribuyese el carácter de factor decisivo en el desarrollo del niño. (Véase al respecto II, 10.1.1). La concepción kleiniana fue más "instintivista" que "ambientalista", a pesar de que su teoría estaba basada en las relaciones objetales. Al bebé le dio por otorgado desde el nacimiento una instancia cuya constitución no dejó de plantear grandes interrogantes para la teoría freudiana y lacaniana: el yo. La ausencia en su doctrina de la lógica retroactiva (el *nachträglich* freudiano, el *après-coup* de Lacan) le llevó a privilegiar lo arcaico (lo oral, la relación con el pecho) y le condujeron a las antedataciones: complejo de Edipo y superyó tempranos.

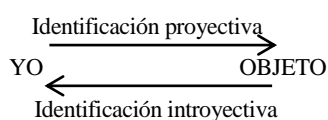
La matriarca del psicoanálisis abrió una perspectiva interesante al considerar la existencia de relaciones de objeto desde el momento mismo del nacimiento –en oposición a Freud, que en algunos de sus textos había postulado un período anobjetal de la libido–. De manera consecuente, otorgó al narcisismo carácter relacional. Lacan asumió estos aspectos de la doctrina kleiniana.

Si en Freud y Lacan, padre y falo constituyeron referentes claves para comprender la estructuración del sujeto, éstos fueron destronados en Klein y sustituidos por la madre y el pecho. El vaivén de I. P. e I. I. dejaba inscripciones que estructuraban o remodelaban instancias psíquicas. Lacan cuestionó a Klein el hacer situado a ambas en un mismo plano; para el psicoanalista francés existía una gran disparidad entre las dos ya que la introyección operaba, según él, en el registro simbólico en tanto la proyección, en el imaginario.

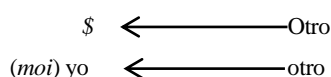
En síntesis, M. Klein reforzó el biologismo y el endogenetismo freudiano en el terreno de las identificaciones; subrayó la bidireccionalidad de las mismas, por lo que acabó resaltado el carácter centrífugo de la identificación proyectiva. Este aspecto la distanció de Freud –que consideró mínima la presencia de un componente proyectivo en la identificación– y más aún de Lacan, que lo descartó.

El yo kleiniano era hiperactivo en lo que a la identificación se refiere; estaba fundado en el instinto y menos determinado por el contexto, perspectiva ésta opuesta a Lacan. Este último modificó radicalmente el enfoque del asunto: el agente activo dejó de ser el infante –en eso Freud y Klein congeniaron– para situarse en la alteridad –otro y Otro–. Por otra parte, el psicoanalista francés desconectó la identificación del registro pulsional, con lo que introdujo un viraje muy significativo en este tema, que le diferenció del vienés y de la pionera del psicoanálisis de niños. Klein, se lo pudo apreciar especialmente en este capítulo y el anterior, creó su propio sistema identificatorio y, aunque sus ideas partieron inicialmente de la teoría freudiana, acabó otorgando matices muy personales a la TIK. En cambio mantuvo el esquema básico de Freud, al situar al yo como punto de partida de la estructuración psíquica: el bucle se originaría en el yo innato, se dirigiría al objeto (escisión y proyección mediante) y volvería al yo, vía introyección. El trazado del movimiento es similar al de Freud, aunque todos los conceptos con que se construyeron esos recorridos hayan sido –a nivel de los significados–, diferentes. Lo que transportaba la introyección era también distinto, pero el esquema general se mantuvo. La perspectiva lacaniana fue significativamente distinta de la freudiana y kleiniana, aspecto que puede percibirse en las siguientes bosquejos.

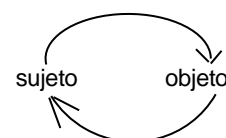
ESQUEMA BÁSICO DE KLEIN



ESQUEMA BÁSICO DE LACAN



ESQUEMA BÁSICO DE FREUD



NOTAS DEL CAPÍTULO 9

¹ En II, 2.2.2.1. se ha referido el pensamiento de Sandor Ferenczi, introductor de este concepto en el psicoanálisis; en II, 2.2.3.3. se aludieron a las inflexiones que Abraham le otorgó a dicho vocablo; en II, 2.2.2.2. se examinaron las principales facetas de esta acepción en la obra de Klein; en II, 2.2.4.2. se profundizó sobre el papel que esta autora le adjudicó a la misma en el desarrollo evolutivo y en la construcción del mundo interno de los niños; en II, 3.5.3. se expuso sobre su participación en los procesos defensivos; en II, 3.3.3. en el contexto de los mecanismos defensivos y, por último, en II, 7.3.4., en su relación con la envidia. Además de lo puntualizado en estos párrafos, convendrá tener presente, como parte del telón de fondo para este capítulo, lo expuesto en I, 2. respecto de la introyección, incorporación, interiorización y apropiación en la teoría freudiana.

² Otro tanto ya había sucedido con la pareja proyección/identificación proyectiva.

³ En 1926 ya estaba configurado el primer andamiaje conceptual de la teoría kleiniana; entre ellos, la introyección. En ese mismo artículo apareció por primera vez el vocablo *posición*, aunque fue en el texto de 1934 que lo elevó a la categoría de concepto fundamental de su teoría.

⁴ Véase II, 1.2.2.1.

⁵ Léase *Una combinación de mecanismos de defensa en estados paranoides*; OCKPA, vol. 4, p. 239 y ss. Véase especialmente el apartado IV de dicho artículo, titulado “Relaciones objetales intrapsíquicas”; p. 248 y ss.

⁶ He elegido este término en tanto me parece que es el más adecuado para transmitir cierta idea de capas superpuestas de complejos pulsionales, fantasmáticos y de procesos proyectivos-introyectivos, cuyas inscripciones configuran al inconsciente kleiniano. Esto se asoció con la idea de que lo más “profundo” era lo más arcaico, razón por la cual Klein hacía remisiones constantes al pecho –ya sea parcial o total–. Además, dado el sistema de ecuaciones simbólicas que describió, las cualidades de todo objeto ulterior remitían a las del primero. Esta jerarquización de lo oral –fundamento del orocentrismo de la teoría kleiniana–, la diferenció de Freud y Lacan, que dieron primacía a lo fálico. La introyección kleiniana –no podría ser de otra manera–, actuaba sobre objetos que se iban transformando dado que también se modificaban las fantasías y la intensidad de las defensas puestas en juego. Lo dicho, más la ausencia de reorganizaciones retroactivas en su teorización dieron pie a un modelo estratigráfico de la psique.

⁷ Véase II, 2.1. Será útil tener presente este esquema a lo largo de todo el capítulo.

⁸ Sólo durante unos pocos años –inicios de la década de los años veinte; comienzos de K_1 – la introyección no actuaba engranada con la proyección; funcionaba independientemente de esta última. Desde *PPAI* (1926) en adelante, pasando por *PJN* (1929) hasta llegar a *EPN* (1932) se percibe un movimiento progresivo de confluencia entre la escisión y la proyección por un lado, y la introyección junto con la incorporación, por el otro. En su escrito póstumo *RPN* (1961) afirmó que los procesos de internalización –la introyección y la I. I. estarían entre ellos– y la I. P. son complementarias y operaban desde el nacimiento.

⁹ Término derivado de la conocida como ley del talión: “pena que consiste en hacer sufrir al delincuente un daño igual al que causó.” (DRAE, tomo II, p. 1936). El vocablo talión proviene, a su vez, del latín *talio*, *-onis*. En el lenguaje corriente se la suele enunciar así: ojo por ojo, diente por diente.

¹⁰ Véase *infra*, 9.8.5.

¹¹ Véase II, 6.3.5.

¹² Tal vez haya llegado el momento de caracterizar la noción de *imago* que se ha venido utilizando a lo largo de este capítulo. Se trataba de una representación psíquica de objetos externos que incluían una transformación fantasmática de los mismos. En Klein predominaba las deformaciones que le otorgan un carácter persecutorio a las mismas, aunque en K_2 y especialmente en K_3 también hizo referencias a la distorsión producida por la idealización. Fuera como fuera, el objeto introyectado se erigía a partir de esta imagen desfigurada de los objetos reales externos; entre ellos y sobre todo, la de los padres. ¿Por qué se deformaban esos objetos para devenir en la psique *imago* persecutorias? La primera respuesta que podría extraerse de sus escritos sería la siguiente: por las proyecciones de Tánatos y el subsiguiente temor a la retaliación; desde 1934 en adelante se encontrará la misma e insistente explicación: la proyección de las tendencias sádicas eran las causas últimas del temor a la retaliación. Los objetos a partir de los cuales se construyen las *imago* serían vengativos, según el niño. Según Klein, el infantil sujeto piensa y siente en base a la ley del talión. En un periodo muy circunscrito de su obra – (1926-1932)– asoció esta “distorsión” del objeto con la introyección, más que con la proyección: la primera era, por sí misma, la productora de la deformación que diferenciaba enormemente a la *imago* de los objetos reales. Lo que escribió en ese período permitiría pensar que el objeto no sería vengativo por haber sido agredido en la fantasía, sino que el propio proceso de introyección lo volvía castigador. En otros términos: no era tanto que se introyectara un objeto atacado y retaliativo sino que la introyección “malignizaba” al objeto.

¹³ Más adelante, en 9.7., se volverá sobre estas cuestiones.

¹⁴ Estos “principios psicológicos del análisis infantil” permanecieron incólumes hasta el final de su obra, de ahí que Klein no incluyese a la presencia real y concreta de los padres en el tratamiento de los niños. Los analistas de niños enrolados en la teoría lacaniana partieron de principios opuestos: el niño sería el síntoma de los padres y convenía, por lo tanto, incluirlos.

¹⁵ De ahí que, con un cierto humor, se decía que para Klein sólo los adultos podían ser “buenos”; mientras que los niños no: su sadismo se lo impediría.

¹⁶ Sobre el superyó en la obra de Klein, véase II, 6.3. En I, 3.72., en el contexto de un estudio sobre las identificaciones superyoicas se señalaron algunas diferencias entre Freud, Klein y Lacan acerca de esta instancia psíquica.

¹⁷ Sobre el término *personificación* puede leerse la nota final nº 4 del capítulo 1.

¹⁸ Petot, en *op. cit.*, tomo I, p. 219, se pregunta si sería posible considerar en la teoría kleiniana de 1932 la existencia de objetos buenos introyectados distintos de los objetos buenos reales y que serían tan reales como los malos sin ser réplicas invertidas de éstos. ¿Puede admitirse la posibilidad de una introyección deformante que produzca objetos “buenos”? Aunque la orientación general que seguía Klein hasta 1932 haría prever una respuesta negativa, hay dos argumentos que permiten establecer *in extremis*, la posibilidad de una introyección de esta clase, en esa etapa de su obra. Petot hace referencia, en primer lugar, a una frase de Klein en la que describe una identificación de Dick con el objeto atacado y, como segunda excepción, la nota al pie nº 27 de *EPN* (1932) que a continuación se transcribe:

“En el capítulo VIII he mostrado cómo el pecho “bueno” se transforma en “malo” a consecuencia de los ataques imaginarios que el niño realiza contra él (porque el niño dirige todos sus impulsos sádicos, en primer lugar, contra el pecho porque no le da suficiente gratificación); así, una introyección primaria de ambas imago maternas, una buena y una mala, tiene lugar antes de que se formen otras imago.” (OCKPA, Vol. 1, p. 330).

Esto indica que en 1932 ya se estaban preparando -en el terreno de la introyección- los movimientos que habrían de conducir a la posición depresiva, que aparecería en *CPM-D* (1934).

¹⁹ Ferenczi concibió la introyección importando para el psicoanálisis un vocablo de uso corriente, dotándole de nuevas valencias y aprovechando su pregnancia de la etimología de este término: introducir, meter dentro. Véase al respecto II, 2.6.2.1. También: II, 2.4.2.

²⁰ En la tercera parte de este trabajo, dedicada a la TIL, se expondrán los motivos por los cuales devino innecesario precisar en la teoría lacaniana la dirección fuera → dentro: iba de suyo que tanto la introyección como la identificación eran centrípetas respecto del yo. El objeto era introyectante e identificante. Lacan pensó la constitución del sujeto desde el inconsciente del Otro y elevó, entonces, al psiquismo de los padres a la categoría de determinante fundamental de la conformación de la psique del *infans*. Si se caracterizó a la teoría kleiniana como endogenetista e innatista, cabría señalar, entonces, que la lacaniana era ambientalista, “copernicana” y ontogenética. Él atribuyo un peso determinante extraordinario a lo relacional -Otro y otro (el semejante)-.

²¹ En IV, 1.6.2., desarrollaré algunas ideas personales sobre esta supuesta pérdida del objeto en la melancolía, sostenida por Abraham, Klein, y muchos otros que siguieron estas ideas. Freud no fu sistemático en esta cuestión y mencionó tanto la incorporación como la introyección en la internalización del objeto perdido. Sobre las diferencias entre ambos mecanismos me he explayado extensamente en mi libro *El oficio de analista*, p. 196 y ss. de la segunda edición.

²² Sobre las diferencias entre incorporación e introyección véase I, 2.2.3.

²³ Los años posteriores al artículo que se acaba de comentar fueron de relativo silencio, enfrascados como estaban en las famosas controversias comentadas en II, 1. Posteriormente, en 1952 se hizo una recopilación de varios artículos de Klein y de otras psicoanalistas que llevó por nombre *Desarrollos en psicoanálisis*, volumen 3 de las OCKPA. Además de los textos de Klein que se seguirán comentando a continuación se mencionará el texto *Algunas funciones de la introyección y proyección en la primera infancia*, de P. Heimann, OCKPA, vol. 3, p. 117 y ss.

²⁴ Las influencias mutuas entre lo constitucional y los factores de la realidad externa en la obra de Klein serán estudiadas en II, 10, 1.5.

²⁵ En “Una combinación de mecanismos de defensa en estados paranoides”, integrado en la recopilación *Nuevas direcciones en Psicoanálisis* (1955).

²⁶ Sobre esta última cuestión, véase II, 10.1.4.

²⁷ En este punto, Klein introdujo una nota al pie en que aludió a un colega suyo: “Winnicott se refiere al mismo proceso, aunque desde otro punto de vista, al describir como la integración y la adaptación a la realidad dependen esencialmente de la experiencia del niño, del cuidado y del amor a la madre.” Los puntos de vista de Klein y Winnicott eran muy diferentes. Éste puso el acento sobre todo en el factor ambiental y en la madre *suficientemente buena*. La concepción kleiniana subrayaba lo instintivo y endopsíquico; el punto de partida y epicentro de los fenómenos psíquicos era, para ella, el niño; en cambio Winnicott centraba su postura alrededor de la actuación de la madre. “El bebé sin la madre no existe”, llegó a decir. Para más detalles sobre estas diferencias, véase el capítulo añadido a la segunda edición de mi libro *El oficio de analista*; titulado “Remontar el desencanto”, p. 479.

Más allá de estas cuestiones, lo que cierto es que con este objeto bueno, completo, no disociado previamente, Klein dio un giro teórico: conceptualizó de manera diferente el rol de la madre que, tal como se afirmó en el capítulo anterior, parecía reducirse a ser un mero sustrato para que las identificaciones proyectivas e introyectivas acontecieran, sin tener relevancia alguna en la trasmisión de rasgos psíquicos a su hijo.

²⁸ En esta frase se utiliza el término *incorporar* porque éste es el vocablo que empleó Klein en la última cita referida. Sobre el empleo poco sistemático que hizo de los mecanismos internalizadores, se harán algunas consideraciones enseguida y un estudio más detallado en el apartado 9.8. de este mismo capítulo.

²⁹ Si bien Klein no utilizó en esos contextos vocablos derivados del concepto de narcisismo, la función que le otorgó a esta identificación podría ser considerada *narcisizante*. En II, 7.3.2. se aludió a esta cuestión, al examinar algunos párrafos de *EyG* (1957).

³⁰ Aunque es cierto que en una lectura retrospectiva pueda considerarse que la introyección ya estaba asociada a Eros, aunque más no sea porque su opuesto -la proyección- fue precozmente enlazada a Tánatos.

³¹ Véanse más detalles sobre estas diferencias en I, 2.1.; I, 3.2.; I, 4.6.3. y III, 9.3.

³² Las ideas que se expondrán en este apartado tienen como trama y fondo lo sostenido en el capítulo 2 de la primera parte. Allí se cotejaron brevemente los usos y significados de estos mecanismos psíquicos en la TIF, TIK y TIL. En este apartado se hará especial hincapié en los mecanismos internalizadores de materia psíquica que serían los verdaderos arquitectos de la mente en tanto construyen las instancias psíquicas permanentes. Es cierto que sin la proyección, la escisión y otros mecanismos, éstos no podrían funcionar, pero también lo es que la proyección –y otros mecanismos externalizadores, fueron abordados extensamente en capítulos anteriores: II, 8, II, 3.3.1. etc.

³³ La relación del sujeto-objeto fue tratada desde la perspectiva freudiana, en diversos apartados de la primera parte; se señalan los más importantes. Esa misma relación, dentro de la teoría lacaniana será enfocada en los siguientes capítulos de la tercera parte, dedicada a la TIL: III, 6.4 (enlazamiento de dos toros); III, 6. 5.; III, 7.1. y III, 9.

³⁴ Estas palabras, de uso extendido en la lengua alemana corriente, fueron enriquecidas por Jacob von Uexküll (1864-1944). Es probable que Klein conociera las ideas de este biólogo germano, ampliamente difundidas a principios del siglo XX. Para más detalles sobre este asunto, léase la nota final nº 6 de III, 10.

³⁵ Las comillas puestas a este término pretende poner de relieve la contradicción que supone el uso de tal adjetivo: la llamada realidad “objetiva” es siempre subjetiva (véase I, 2.2.1.); es el sujeto quien interpreta y otorga sentidos a esa realidad. Veremos enseguida las ideas de Klein acerca de cómo el yo accede a esa realidad “objetiva”.

³⁶ Este artículo fue traducido del inglés para las OCKPA por Arminda Aberastury con la revisión y ampliación de Enrique Racker, a partir del original alemán.

³⁷ De *Naturaleza y función de la fantasía* [1943 (1952)] se extractó esta cita: “Debe mantenerse clara la distinción entre una fantasía determinada de incorporar un objeto y un mecanismo mental general de la introyección. Este último tiene un significado más amplio que la primera, aunque está íntimamente relacionado con ella. Para comprender la relación entre fantasía y mecanismos debemos investigar más íntimamente la conexión de ambos con los instintos. En nuestra opinión, la fantasía es el vínculo activo entre instintos y mecanismos del yo.” (OCKPA, vol. 2, p. 9 8).

³⁸ Sobre las teorías de la angustia de estos tres psicoanalistas, véase II, 4.1 a II, 4.3.

³⁹ Véase al respecto I, 3.2. Por otra parte, en IV, 1.6.2., en el contexto de la exposición de algunas elaboraciones propias sobre este tema, propondré dos modalidades de identificación primaria: por incorporación y por introyección.

⁴⁰ En I, 3.2.4. se describieron estas tres posibilidades.

⁴¹ Según el Diccionario de la Real Academia, “identificar es hacer que dos o más cosas en realidad distintas aparezcan y se consideren como una misma.” Esta definición encaja exactamente con los que describe Klein para la simbolización, elemento clave en sus primeras consideraciones sobre la sublimación. Para María Moliner, identificar es: “Reconocer. Comprobar que una persona o cosa es la misma conocida en otras circunstancias o de la que se poseen ciertos datos.”

⁴² Se aprecia en el punto e) la operación comentada al final de I, 1.4.3.: fusión del circuito pulsional con el narcisístico.

⁴³ Es por demás conocido que la pionera del psicoanálisis con niños pasó por alto la diferenciación que Freud realizaba entre instinto (*Instinkt*) y pulsión (*Trieb*).

⁴⁴ Sobre su estilo de escritura se hicieron algunos comentarios en II, 1.4.3.

⁴⁵ Freud consideró que además de la oral podía haber otras vías de incorporación: la respiratoria, cutánea, etc. La posición de Lacan respecto de la incorporación fue expuesta al final de I, 2.2.2.

⁴⁶ En la primera parte de esta tesis, más específicamente en I, 2.4., se hicieron referencias a la asimilación, tal como la entendió Heimann, mientras se la cotejaba con la noción freudiana de *apropiación*.

⁴⁷ Véase al final de II, 2.4.5. una extensa cita extractada de *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas* (1945), que ilustra referido en un material clínico.

⁴⁸ Recuérdese que en la teoría freudiana esta totalización del objeto impera en las identificaciones narcisistas, no en las secundarias edípicas.

EL YO EN LA TEORÍA KLEINIANA. COTEJO CON LAS CONCEPCIONES DE FREUD Y LACAN SOBRE DICHA INSTANCIA

Preludio

Dada la profusa presencia del yo en las elaboraciones kleinianas se ha decidido dedicar un capítulo entero a este tema y aprovechar ese marco para realizar nuevas comparaciones entre los tres psicoanalistas, parangón que, por otra parte, ha sido uno de los hilos conductores de esta tesis. En tanto el yo tenía a su cargo múltiples funciones psíquicas en las tres teorías, se presentará una ocasión proverbial para estudiar las diversas facetas del mismo y las formas en que cada uno de los psicoanalistas las articuló en su concepción. Además de la importancia intrínseca de la teoría del yo, un motivo adicional para el abordaje minucioso del mismo es el hecho de haber despertado grandes pasiones y polémicas en la historia del psicoanálisis. Las concepciones post-freudianas sobre dicha instancia psíquica fueron tan divergentes que acabaron por convertir este asunto en un filón interesante e inagotable para el estudio de las derivaciones del pensamiento del vienés, tanto en el plano metapsicológico como en el clínico. Al presentar los resultados de esta aproximación comparativa a los escritos de cada uno se hará evidente que bajo una misma, única y breve denominación –“yo”– las perspectivas de Freud, Klein, Lacan y otros psicoanalistas hicieron gala de unas disparidades enormes respecto de su conformación y de las funciones a él atribuidas. Para esta ocasión se ha sumado a Heinz Hartmann al corro.

Lo que se expondrá a continuación mostrará que se está ante un vocablo psicoanalítico complejo, polisémico y articulado con casi todos los restantes conceptos de la disciplina creada por Freud. Lo dicho podrá constatarse con el correr de las páginas de este capítulo que, además, por ser el último de esta segunda parte, tendrá una conexión radiada con todos los anteriores.

El estudio del yo implicará enfrentarse a una nada desdeñable cantidad de ambigüedades conceptuales por parte de los psicoanalistas cotejados. Esas contradicciones serán puestas de relieve y, en la medida de lo posible, se tratarán de contextualizar. En realidad, la existencia de ese panorama diverso no debería resultar extraño, tratándose de psicoanalistas que demostraron reiteradamente tener genio propio. Las obras de Freud, Klein y Lacan fueron tan ricas en renovaciones que exigieron reelaboraciones específicas sobre esta instancia para mantener las coherencias de sus doctrinas.

Al abordar la obra de Freud se apreciaría que algunos desempeños que en determinados períodos de su producción fueron otorgados a otras instancias y sistemas del aparato psíquico recayeron, en momentos posteriores, sobre el yo. De tales movimientos podrán observarse también sus contracorrientes: la distribución, entre otros estamentos psíquicos, de las tareas otrora asignadas al yo. Estos vaivenes y redistribuciones de tareas exigieron una lectura e interpretación de sus textos que relacionaran –estructural y funcionalmente– las sucesivas versiones del yo que el vienés fue creando.

En la exposición de la teoría kleiniana se hará evidente su acentuación de algunos aspectos yoicos constitucionales. Para ella el yo era innato, protagonista precoz y principal de grandes e innumerables batallas psíquicas desde el momento mismo del nacimiento. La importancia otorgada a dicha instancia fue tan magna que por momentos el yo aparecía hipostasiando toda la vida psíquica, con excepción del superyó, instancia que también activó sus desvelos teóricos. Según Klein, el recién nacido, con la mediación de su yo incipiente, era capaz de sentir angustia e implementar frente a ella

las defensas correspondientes desde el primer día de vida. Poco integrado cuando el niño llegaba al mundo, ganará cohesión progresivamente mientras atraviesa la PEP, la PD y el largo proceso evolutivo posterior.

Al final de su obra, la *capacidad ínsita de amor* y la envidia primaria, expresiones de los instintos de vida y de muerte respectivamente, vinieron a acentuar su perspectiva constitucionalista y endogenética.¹

Lacan, por su parte, prestó especial atención a esta instancia desde el comienzo de su obra, tal como puede apreciarse en la primera y segunda versión de su texto sobre el estadio del espejo (1936 y 1949, respectivamente) y en sus artículos *La familia* (1938) y *La agresividad en psicoanálisis* (1948). Fue el momento inicial y a la vez paradigmático del acercamiento teórico del psicoanalista francés al estudio de la relación del humano con su propia imagen y con la del semejante, fundamento del registro imaginario. En los años cincuenta abordó el tema por medio de los esquemas –ópticos, L, Z, R– y del grafo del deseo; durante esos dos lustros trabajó la articulación entre lo imaginario y lo simbólico. La tercera fase supuso la plena consolidación de lo simbólico –década de los años sesenta–: el yo quedó subordinado a este registro. La cuarta y última etapa de sus elaboraciones sobre el yo estuvo asociada a los nudos borromeos y lo real; entonces, reformuló su concepción sobre los rasgos de carácter del yo, a los que consideró estructuras metafóricas cristalizadas. En esos momentos se hizo más transparente que los tres registros –imaginario, real y simbólico– participaban de la estructura del yo.^{2*}

No sólo en el caso de la teoría lacaniana sino y también para las otras dos se fueron precisando los tiempos de sus construcciones. Para establecerlos se combinó la lectura retroconclusiva con la cronológica y se fueron remarcando las prefiguraciones anticipatorias y las significaciones retroactivas producidas por las innovaciones que cada uno de ellos fue introduciendo en su concepción. A la vez, se subrayaron los vínculos del yo con otras subestructuras psíquicas.

La plasmación escrita de esas aproximaciones –el contenido de todas las páginas que conforman este capítulo– pondrá en evidencia marchas y contramarchas más que un progreso lineal del pensamiento de estos tres psicoanalistas. En sus obras se detectaron, por igual, la existencia de ideas que, apenas esbozadas en un momento dado, al ser recuperadas años más tarde, permitieron algunos desarrollos notables.

Tal vez la ausencia de aseveraciones definitivas sobre el tema y las recuperaciones de lo que parecía abandonado –reciclajes que compaginaron lo anterior con las nuevas postulaciones teóricas–, fue otro punto compartido por las concepciones cotejadas. Si se agrega a lo ya dicho que en las tres doctrinas se detectaron formulaciones contradictorias –a veces imposibles de ser dialectizadas–, se terminará entendiendo por qué todas ellas configuraron panoramas caleidoscópicos y, a veces, sorprendentes sobre el yo. Se las presentará siguiendo la modalidad del *paso a paso*; sobre todo en el examen de la genealogía del concepto *yo* en cada una de ellas. También habrá referencias a los saltos conceptuales, que muchas veces siguieron el estilo de los movimientos del caballo de ajedrez. Se comprobará que no faltaron los enroques teóricos. Se ha descartado la pretensión, imposible por otra parte, de agotar el tema. En otros términos: habrá más menciones de hitos que presentación exhaustiva de la problemática.

Se comenzará con la presentación de la teoría del yo en Klein; se seguirá con la de Freud, a la que también se le dedicará un amplio espacio, dado que la exposición de las ideas del vienés sobre este tema se mantuvo a la espera hasta esta oportunidad, para poder cotejarlas con las de la pionera del psicoanálisis con niños. A continuación, el inciso ya comentado sobre Hartmann. Por último y tras la presentación de un cuadro sinóptico de las ideas de Lacan al respecto se hará un cotejo de las tres teorías sobre el yo. A grandes rasgos, el capítulo tendrá las siguientes seis secciones:

- 10.1. Claves del yo en la teoría kleiniana
- 10.2. Jalones para una teoría del yo en Freud
- 10.3. Un inciso: el yo en Hartmann
- 10.4. El yo en la teoría lacaniana. Sinopsis
- 10.5. Cotejo de las teorías del yo en Freud, Klein y Lacan
- 10.6. Compendio del capítulo

10.1. Claves del yo en la teoría kleiniana

La lectura realizada de su obra arrojó como resultado que los fundamentos de su teoría sobre esta instancia tenían dos premisas:

- El carácter innato del yo
- El atravesamiento del yo por el par de opuestos bueno-malo

La primera propuesta no necesitará explicación alguna; en todo caso, exigirá descripciones de sus consecuencias más que una fundamentación de su presencia. Se estará o no de acuerdo con ella, pero éste ha sido el zócalo indiscutiblemente de su pensamiento en la materia. Respecto de la segunda premisa cabría decir que fue una nervadura que atravesó *toda* su teoría, e incluyó por lo tanto al yo. Sin prestar atención a ese factor, no se entendería la lógica interna de su concepción. La dupla bueno - malo, resultante de un sistema atributivo precoz y veloz, estuvo omnipresente en sus textos; se la encontrará acoplada al yo, al superyó, a los objetos y a la teoría instintual.

Con arranque en estos dos principios fueron ordenados un conjunto de conceptos, procesos y funciones que le otorgaron al yo kleiniano el carácter de instancia *encrucijada*. Los elementos capitales articulados con el yo serían: la angustia, los procesos defensivos, los fenómenos de integración y desintegración del yo, la intervención del mismo en el conflicto psíquico, además, claro está, de su participación como núcleo central en esas configuraciones espacio-temporales conocidas con el nombre de posición. (Véase II, 3.1). No se hará un orden de prelaciones en la constelación enunciada ya que todos esos factores funcionaban sincrónicamente y otorgaba consistencia a su modo de pensar el yo y el psicoanálisis en su conjunto. Por lo tanto, el orden expositivo siguiente no implicará grados de importancia de los temas que se tratarán:

- 10.1.1. El yo innato y funcional. La noción de *self* y sus diferencias con el yo
- 10.1.2. El yo, los instintos y la angustia. El conflicto psíquico en Klein
- 10.1.3. El yo y las funciones defensivas
- 10.1.4. La integración (cohesión): factor importante para el desarrollo del yo
- 10.1.5. Rol del entorno objetal en la conformación del yo y del aparato psíquico
 - 10.1.5.1. *Caminos zigzagueantes*
 - 10.1.5.2. *Abordaje del tema a la luz de la sobredeterminación*
- 10.1.6. Abordaje metapsicológico del yo en Klein
- 10.1.7. El yo y el funcionamiento psíquico temprano
 - 10.1.7.1. *Fase del sadismo en su máximo esplendor*
 - 10.1.7.2. *Las psicosis infantiles y los procesos de simbolización*
 - 10.1.7.3. *Relaciones de objeto desde el nacimiento*
 - 10.1.7.4. *Los mecanismos de reparación*

10.1.1. El yo innato y funcional. La noción de *self* y sus diferencias con el yo

Desde los comienzos de su producción escrita esta instancia estuvo en el centro de sus intelecciones, ya sea por haberla considerado fuente de las proyecciones y agente de las introyecciones, ya sea porque lo entronizó como el núcleo psíquico primigenio que se relacionaba con los objetos. Le adjudicó también un rol fundamental en los procesos defensivos, en vivenciar la angustia, en la simbolización, en la sublimación, en la reparación y en la creación e implementación de las fantasías. Estas ideas se asentaron y alcanzaron un significado pleno en K₃ (1946-1960). Según Klein, el bebé nacía con un yo capaz de tomar a su cargo algunas de las actividades que se acabaron de mencionar. Cabría pensar entonces que la cría humana llegaba al mundo con rudimentos psíquico-motores que tenían una capacidad operatoria potencial y que ésta se activará –con mayor o menor fuerza– después del nacimiento. Ese yo precocísimo respondería a las excitaciones externas e internas. Dentro de estas últimas, Klein se refirió especialmente al instinto de muerte. El yo arcaico era también portador de tendencias congénitas a la integración y desintegración.

Débil, no integrado, rudimentario, pero..., al fin y al cabo se reveló como un batallador temprano que enfrentaba a la pulsión de muerte y a su manifestación fundamental –la angustia– mediante la escisión, la deflexión y la proyección.. Se dedujo entonces que ese yo tenía e instrumentaba una fuerza propia, congénita, constitucional, aunque el *quantum* de la misma, según ella sostuvo, variaba de un neonato a otro. La combinación de los mecanismos de defensa recién nombrados más la escisión hacía que este yo inicial generase de entrada la polaridad bueno - malo, bajo sus formas extremas: idealización y persecución.^{3*} Este clivaje concernía tanto al yo arcaico como a los objetos primigenios. En *EyG* (1957) planteó que la oposición bueno - malo era primordial y, por lo tanto, anterior a las otras oposiciones: yo-objeto, interior-exterior, etc.^{4*}

¿Qué papel cumplirían las identificaciones para el yo, si éste era innato? Por lógica no tendrían funciones estructurantes primarias, porque el yo ya estaba constituido al nacer. A la espera de lo que se discutirá al respecto más adelante y con detalles (véase 10.1.4.), podría adelantarse ahora que ella les atribuyó un rol de primerísimo orden en la integración del mismo: la identificación introyectiva (I. I.) le brindaba al yo un principio de cohesión.⁵ El interjuego de I. P. e I. I., al intervenir en la instalación de objetos en el mundo interno, resultaban ser algo más que mecanismos de defensa que aliviaban la angustia: remodelaban, transformaban y otorgaban cohesión al yo innato. No existió en la TIK un equivalente del concepto freudiano de *primario* (véase I, 3.1.5.), entendido como aquello que *en la ontogenia* marcaría un antes y un después: antes, ausencia de la estructura psíquica; después: presencia de la misma. La formación del superyó seguía otras vías: introyección de los objetos persecutorios externos, creados por los mecanismos de defensa. Los procesos proyectivos e introyectivos, además de las funciones de remodelación del yo participaban en la construcción subjetiva de la realidad externa y eran *modos de funcionamiento* de lo psíquico durante toda la vida. Se esbozaba ya una diferencia con las tareas que le atribuyó Freud, para quien las defensas operarían como contracarga para mantener las representaciones bajo represión. Eran mecanismos de defensa contra la irrupción de lo inconsciente en la conciencia.⁶

El desarrollo del yo, la maduración libidinal, las luchas entre las fuerzas instintivas y entre el amor y el odio, las variaciones en el contenido de las fantasías y de las modalidades de angustia eran todas operaciones sincrónicas; pero, al tratarse de un sistema abierto, la estructuración psíquica implicaba, concomitantemente, construcciones progresivas de la realidad externa. En esos contextos, el interjuego proyectivo–introyectivo (después de 1946: al alternancia entre identificaciones proyectivas e introyectivas) cumplirían un rol fundamental. Lo interno era para ella más determinante en la construcción de la realidad que la propia realidad “objetiva”. Por otra parte, el yo era fundamental en la dinámica de las posiciones; aspecto éste que se trató extensamente en II, 3.1.

En cuanto a la noción de *self* podría afirmarse que a partir de la década de los años cuarenta se observó en sus textos un lento y subrepticio pasaje desde el vocablo “yo” al término *self*. Ya en 1940, utilizó esta acepción en relación con el mundo interno: el sujeto tenía una representación de sí mismo que formaba parte de su psique. Durante K₂, yo y *self* aparecieron en muchas ocasiones como sinónimos. Un ejemplo de esto podría ser el empleo de estas palabras *NAME* (1946), donde se refirió indistintamente tanto a la escisión del yo como a la del *self*. Sin embargo, a partir de 1952 los usos de yo y de *self* empezaron a estar mejor discriminados. Años más tarde, en *MARI* (1959), escribió:

“Antes de proseguir con mi descripción del desarrollo infantil, pienso que debería definir con pocas palabras los términos *self* y *yo* desde el punto de vista psicoanalítico. Según Freud, el yo es la parte organizada del *self*, sometida a la influencia constante de los impulsos instintivos, pero ejerciendo control sobre ellos a través de la represión; además, dirige todas las actividades y establece y mantiene la relación con el mundo externo. El *self* cubre la personalidad total, que incluye no sólo al yo sino también la vida instintiva que Freud denominó el *ello*.” [*MARI* (1959); OCKPA, vol. 6, p. 221].⁷

El *self*, puede leerse en esta cita, “cubre la personalidad total” –en otras versiones se tradujo de esta manera: “el *self* designaba al conjunto de la personalidad”–. En ese sentido el yo formaría parte del *self*. Con *self* –si mismo– se aludiría a cierta vivencia de unidad del sujeto, conformada como una amalgama de partes del ello, del yo, de imágenes del propio cuerpo y de objetos diversos. Era una unidad dinámica y al mismo tiempo heterogénea, del aparato psíquico; tópicamente, se trataba más bien de una representación de sí más consciente que inconsciente.

Klein fue una de las primeras psicoanalistas que utilizó el concepto de *self* como formando parte del mundo interno. Sin embargo muchas veces utilizó yo y *self* como sinónimos. Se observa este fenómeno en *NAME*, donde Klein se refiere igualmente a escisión del yo o del *self*. A partir de 1952 los usos de yo de *self* quedaron mejor diferenciados y en el último fragmento citado de *MARI* (1959) pudo apreciarse una caracterización de ambos vocablos.

10.1.2. El yo, los instintos y la angustia. El conflicto psíquico en Klein

Klein fue una de las primeras analistas que adhirió al segundo dualismo pulsional de Freud, aunque hizo del mismo -y de sus derivaciones conceptuales- una interpretación muy peculiar, tal como se verá a continuación. En Freud, el par Eros-Tánatos fue el primer aspecto visible de un sismo teórico que llevaría a la segunda tópica y a la segunda teoría identificatoria (la estructural); la nueva trama conceptual -por sí misma- complejizó la organización y el funcionamiento. Por otra parte, el vienés no renunció al primer dualismo de las pulsiones ni a la primera tópica.^{8*} De esto resultó que el Ello -polo pulsional indiscutido en su teoría- devino el reservorio energético de todas las pulsiones que había descrito. Pero su operatividad era indisociable de la *represión*, porque Freud continuó sosteniendo que ella seguía impidiendo los retornos a la conciencia (o al yo) de los representantes representativos de la pulsión, inscritos en el inconsciente. Por otra parte, y pese a algunas ambigüedades y contradicciones -véase *infra*, 10.2.4.-, quedó claro que el Ello se constituía como verdadera instancia de la segunda tópica, cuando el yo se diferenciaba de él y a su vez daba lugar posteriormente a una nueva dehiscencia en su seno: el superyó, que también hundía sus raíces en el ello. De manera simultánea, el Ello se convirtió en un polo bien definido del conflicto psíquico, porque todas las pulsiones (de autoconservación y sexuales -resituadas como pulsiones de vida- y las tanáticas) podían ser objeto de represión, aunque no del mismo modo.

Ninguno de estos postulados quedó en pie en la concepción kleiniana. Para seguir con el último punto, la represión era un mecanismo que aparecía tardíamente según la psicoanalista de niños, una vez atravesada la PD infantil; las defensas no se dirigían a lo inconsciente sino a mitigar la angustia y la idea de una defensa que antagonizara con las pulsiones estuvo ausente en su teoría; el conflicto tampoco se establecía entre las pulsiones y el yo, sino entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte. Ese era el conflicto básico y último; los demás, subsidiarios de éste. Lo dicho permite comprender que tampoco hubiera referencias en su obra a la idea de un reservorio energético común -el Ello- para *todos* los instintos. Es más: la referencia al Ello, en tanto instancia, casi no aparece bajo su pluma, salvo cuando cita a otros autores. La diferenciación del yo a partir del Ello, por contacto con la realidad -una de las teorías con las que Freud explicaba el surgimiento del yo- fue completamente ajena a la manera de pensar de Klein: para ella no existía ese estado de indiferenciación inicial y apostaba por el innatismo yoico. El yo innato y el superyó arcaico coexistirían tempranamente en la psique y estarían en lucha; el asunto problemático era como pasaban de esa oposición virulenta a una reconciliación relativa; no se trataba de una diferenciación de uno respecto del otro sino de su aproximación.

Las inscripciones de los representantes representativos de la pulsión en lo inconsciente -destino psíquico de la excitación somática propia de la pulsión- no fue recordada prácticamente por Klein y era ajena a su andamiaje doctrinario. Ella hizo compatible su planteamiento básico, de índole instintivista, biólogo, con la presencia del instinto en la psique. No le era necesario el aparataje conceptual ideado Freud para la inscripción psíquica de la pulsión, después de haber definido a esta última como concepto límite entre lo psíquico y lo somático. Por otra parte, y tal como lo señaló J.-M. Petot:

“Para el individuo, peligro alguno puede derivarse de las pulsiones de vida; todos provienen de las pulsiones de muerte. No es sino secundariamente y, lo más frecuente, en razón de sus asociaciones con retoños de la pulsión de destrucción que las tendencias libidinales pueden entrar en conflicto con el yo. La oposición entre lo bueno y lo malo, fuera de la cual la tópica kleiniana no tiene ningún sentido, no es sino la oposición de los valores afectivos y biológicos que se vinculan respectivamente a las pulsiones de vida y de muerte. Para que la noción de ello devenga compatible con las concepciones kleinianas, sería necesario oponer un buen ello, fuente de las energías libidinales, y un ello malo, fuente de energías de destrucción. Apenas se manifiestan en el psiquismo, ellas son sentidas inmediatamente como buenas o malas. La angustia no es en el pensamiento kleiniano una cualidad psíquica que responde a cantidades de excitación que traspasa un umbral -siempre y en definitiva de eso se trata en Freud-; ella es la reacción inmediata a la percepción endopsíquica de la pulsión de muerte. La noción de un exceso de libido no

tiene sentido alguno en Klein. Generadora inmediata de placer, de amor y de confianza, el aumento de cantidades libidinales tienen efectos afortunados.” (*Melanie Klein. Le moi et le bon objet*, tomo II, p. 250; la traducción me pertenece).

Recalcar que el conflicto fundamental en Klein era la oposición instintos de vida – instintos de muerte, no implicaba desdeñar otros pares de conceptos que también entraban en conflicto. Sin embargo, convendría tener presente que en su obra, los primeros miembros del par eran parte de un mismo bando del conflicto, mientras que los segundos, lo eran del otro. Esquemáticamente:

instinto de vida – instinto de muerte
amor – odio
integración del yo – desintegración del yo
gratitud – envidia
objeto bueno – objeto malo

Otro aspecto importante de su manera de pensar la cuestión: estos pares de opuestos estaban correlacionados entre sí y atravesados por el punto de vista económico de la metapsicología, que fue el que más interesó a Klein; si un bando se afirmaba era con un menoscabo del otro. A nivel singular: la fuerza de un miembro del par significaba la debilidad concomitante de su opuesto; el predominio del odio y la persecución sería siempre en desmedro de la capacidad de amor; la energía de un grupo pulsional implicaba el detrimento de la del otro. Si se centrara el enfoque en el primer par, determinante por excelencia de los restantes en Klein, surgiría inmediatamente la pregunta: ¿qué determinaba la proporción con que se presentaban en cada persona? Esos pesos relativos o esa dosificación de fuerzas eran para Klein de carácter innato, constitucional. Cada sujeto nacía, según la autora, con un *quantum* determinando de pulsión de vida y de pulsión de muerte, y los factores externos difícilmente modificaban esa ecuación personal congénita. Que el yo pudiera tener un muy buen desempeño de sus funciones era un indicador de que el fiel de la balanza se había inclinado hacia el lado de las pulsiones de vida. En esos casos, salvo si se producían fallos catastróficos por parte del entorno objetal, el yo será potente, al igual que su capacidad de amar, de sentir gratitud hacia el objeto. De manera concomitante, habrá escasa agresividad y, por ende, pocos temores a la retaliación y al superyó arcaico.

Claro está que este tipo de postulados suponían un posicionamiento constitucionalista fuerte, que conducía rápidamente a la pregunta respecto de la influencia del medio ambiente y de los acontecimientos realmente vividos –en la primera infancia y también después– sobre la estructuración psíquica. Además planteaba una cuestión clínica y terapéutica de primer orden: si tan decisivos son esos factores innatos, ¿cuáles serían las posibilidades de éxito de un tratamiento psicoanalítico? Esta cuestión por demás significativa ha merecido la dedicación de un apartado especial: el 10.1.5.

Claro está que las concepciones sobre lo instintivo/pulsional en los tres autores que se están parangonando tuvieron efectos sobre las respectivas teorías identificatorias. En Klein y más allá de lo innato, podría decirse que la formación del aparato psíquico tenía su punto de partida y epicentro en el dualismo instintivo. De ahí que la suya sea la teoría más innatista y endogenética, a pesar de su insistencia sobre las relaciones de objeto. Dicho de manera breve y esquemática: lo psíquico surgiría en última instancia de lo instintivo del bebé. Lacan se situó en cierta forma en las antípodas: lo psíquico en el *infans* nacería a partir de lo psíquico de los otros, de la alteridad. Lacan desconectó la identificación del registro pulsional; Otro y otro (semejante) eran los identificantes. Para Freud, el niño, movido por sus pulsiones se acercaba a los objetos del entorno para capturar de ellos rasgos con los cuales constituir su aparato psíquico. El infante se identifica con rasgos de sus objetos.

10.1.3. El yo y las funciones defensivas

Muy tempranamente el yo ha de empeñarse en su lucha contra la angustia de aniquilación, vivida como altamente persecutoria. Ella se origina con el nacimiento porque en ese instante se produce una defusión parcial de los instintos que deja libre una parte del instinto de muerte. Entonces, se ponen rápidamente en marcha los mecanismos de defensa examinados en II, 3.3. –deflexión,

expulsión, proyección, escisión, introyección, idealización, negación, identificación proyectiva, etc.– cuya función principal consistiría, según Klein, en mitigar la angustia. En el transcurso de la PEP y a los efectos de la defensa, el yo deflexionaba al instinto de muerte, pero, ese mismo movimiento de la psique primitiva trocaba un temor interno por otro, que era vivenciado como proveniente de los objetos externos. De manera concomitante, el yo se escindía en el proceso defensivo y proyectaba una parte de sí que contenía el instinto de muerte sobre el pecho real externo. Se constituían así los objetos persecutorios exteriores que, luego, serán introyectados. La necesidad de equilibrar el sistema, le llevó a postular otro movimiento análogo en la esfera del instinto de vida, a resultados del cual se constituían los objetos idealizados. Ambos objetos eran parciales (véase II, 3.2). El yo se involucraba desde el nacimiento en relaciones con los objetos, que quedaban impregnadas por las fantasías –correlatos mentales de los instintos–. El mundo objetual así creado, con las distorsiones propias de las fantasías, será internalizado mediante los procesos introyectivos, generándose por esta vía el mundo interno. En síntesis, y para recordar lo más importante: las defensas desencadenaban la escisión del yo, de los objetos externos y, secundariamente, de los objetos internos; en un contexto de intercambios proyectivos e introyectivos continuos que –a partir de la tercera parte de su obra– adquirieron la forma de interjuego entre la I. P. y la I. I. La escisión de los objetos en buenos y malos colaboraba para el logro y mantenimiento de la estabilidad emocional del infante porque separaba el objeto bueno del malo y preservaba, así, al primero de los ataques destructivos. Claro está que esta disociación primaria más la deflexión – proyección no era tarea sencilla: se hacía necesario un yo relativamente fuerte desde el nacimiento, para combatir en esas batallas. La escisión requería un mínimo de integración yoica para ser acometida.

Para Klein, las fantasías eran ingredientes “naturales” y permanentes de la materia psíquica que se transportaba –de manera bi-direccional– entre los objetos externos y el yo; ellas no eran una fuga de la realidad sino una producción insoslayable en la vida anímica; había que contar con ellas. Omnipresentes, aparecían entretrejidas en todo intercambio con la realidad externa y eran determinantes fundamentales de la percepción y construcción *subjetiva* de la realidad.

Otra fuente de angustia para el yo se originaba en el superyó precoz, que recriminaba cruel y severamente al yo. Klein sindicaba a los impulsos sádicos con sus fantasías correspondientes –en última instancia, manifestaciones clínicas de la pulsión de muerte– como la causa del temor a la retaliación que sentía el yo: los objetos atacados fantasiosamente devenían vengadores. Las represalias podían provenir del exterior –objeto malo externo (persecutorio)- o del interior: objeto malo interno, que conformaba el núcleo inicial del superyó.

Habida cuenta del peso que le otorgó a los factores innatos, si predominaban las experiencias buenas (balance en el que intervenían factores internos y externos), la intensidad de las ansiedades y de los mecanismos empleados para enfrentarlas se atemperaban y se preparaba el terreno para la integración progresiva del yo que facilitaba el pasaje a la PD. En esta última, el bebé reconocía un objeto total que, al ser introyectado, favorecía más aún la integración yoica. La angustia paranoide cedía y la depresiva ocupaba el primer plano de la vida psíquica: la culpa por los impulsos agresivos hacia la madre, ahora claramente percibidos, producían el temor a perderla. La ansiedad predominante en esta posición se fundamentaba en el miedo del bebé de haber destruido o dañado al objeto amado.

La capacidad de amar al objeto bueno llegaba tras haber conocido un intenso sentimiento de culpa. El conjunto de defensas eran –en principio– las mismas que operaban en la PEP, pero en tanto el terreno psíquico era diferente y la ansiedad a la que combatían, distinta, sus efectos diferían. Así la disociación producirá en este contexto un objeto bueno y malo, la proyección era menos masiva porque se toleraba más al instinto de muerte en el interior. Se intensificaban en cambio, los mecanismos introyectivos cuyo fin sería preservar adentro al objeto bueno, que modelará al yo. Las introyecciones serían de objetos totales; la madre era ahora percibida en calidad de tal; como contrapartida, el yo se “totalizaba”, devenía más integrado. Las defensas utilizadas en esta posición, en tanto enfrentaban sentimientos depresivos, de culpa y de pérdida que resultaban agobiantes al yo, recibían el nombre genérico de defensas *maníacas*. Vistas globalmente se caracterizaban por el triunfo y el control omnipotente de los objetos y el desprecio hacia los mismos.

El duelo quedaba instalado en el centro de esta posición, en la que también surgían las tendencias reparatorias para con los objetos internos y externos (fundamentos kleinianos de la

sublimación). Era el momento de la formación de símbolos y del establecimiento de las bases de los procesos intelectivos del yo.

Durante la elaboración de la PD cambiaba el vínculo con la realidad. Mientras que en la PEP los objetos externos se percibían muy distorsionados por las proyecciones agresivo-libidinales, en la depresiva se los reconocía en sus aspectos buenos y malos, menos deformados. Las fantasías inconscientes seguirán mediando en la relación interior-exterior y participarán activamente en la “construcción” de la realidad subjetiva.

Un concepto que vino a integrarse posteriormente (1957) en la teoría de las posiciones fue el de envidia primaria. Al considerarla constitucional, vale decir no reactiva, M. Klein la independizó de las actitudes más o menos frustrantes de los objetos externos y/o del medio ambiente hacia el yo. Era por lo tanto, una envidia primaria, endógena, manifestación del instinto de muerte, que podía caracterizarse por el ataque que realizaba a todo aquello que el objeto tiene de valioso.

Así planteado, este concepto reforzó su postura teórica endopsíquica. Los factores internos –sobre todo instintivos– eran, en última instancia, los decisivos. Los objetos externos se convirtieron en soportes, mejor o peor adecuados, para el interjuego proyectivo-introyectivo; constituyeron escenarios sobre los que se desplegaba el drama interno. Como máximo, les cabía el papel de moduladores de la intensidad de estos procesos que venían determinados por el quantum de carga constitucional del par Eros-Tánatos.

10.1.4. La integración (cohesión): factor importante para el desarrollo del yo

Desde sus primeros trabajos, Klein postuló que la mente infantil actuaba de manera poco integrada, sin mucha coherencia aunque tampoco describió un funcionamiento caótico de la misma. La polaridad desintegración – integración devino otro termómetro para evaluar el desarrollo evolutivo del niño. Podría decirse que este último se medía por el grado de integración yoica. En K_1 (1919-1933) el indicador era el grado de integración de las *imago*s parentales en el superyó; en K_2 (1934-1946) postuló que la integración del yo y de los objetos dependía esencialmente de un buen tránsito por la PD; en la última época (1946-1960) la integración del yo quedó especialmente asociada a las funciones de la I. I. y de la introyección del *objeto bueno, entero, completo y no disociado previamente*, en el núcleo del yo.⁹

En las páginas que siguen se tratará de dar cuenta del estado final de su teoría al respecto. En esa perspectiva, *NAME* (1946) se constituyó como un hito que marcó un antes y un después: recogió lo esencial de lo producido hasta entonces sobre la PD, la articuló con la PEP, introdujo la P. D. y describió la I. I., elemento clave para la integración yoica. Los textos posteriores no supusieron virajes de gran envergadura, pero introdujeron algunas precisiones que serán destacadas. Dentro de ese marco temporal y conceptual se podría establecer dos momentos claves para la integración del yo, pautadas por la PEP y la PD. Claro está –y Klein lo repitió en muchas ocasiones– que tras la PD, la integración continuaba y que incluso podría ser pensada como un proceso asintótico, interminable, cuyo fin coincidiría con la muerte de la persona. ¿Integración terminable o interminable? Esta sería una pregunta que podría dirigirse a la obra de Klein y que ella nunca se la formuló explícitamente. Se la podría acompañar de esta otra: ¿cuáles serían los indicadores que permitirían evaluar los grados de integración yoica? De sus escritos podrían desentrañarse los siguientes:

- La calidad de las relaciones de objeto. Habría una correlación directa entre el grado de integración yoica y la calidad de las relaciones objetales.
- La capacidad para tolerar la privación, las frustraciones y la angustia, sin responder inmediatamente con pataletas, reacciones de odio y de envidia.
- La magnitud de las aptitudes psicológicas y sociales adquiridas: la organización psicomotriz, la incorporación del lenguaje y de las normas (las prohibiciones y permisiones), las expresiones de bondad y de gratitud, la generosidad, la tolerancia a las imperfecciones del objeto, etc. Todos estos fenómenos van más allá de las relaciones de objetos, aunque ellos proceden, en última instancia, de la calidad de la relación con el objeto primario.

- El establecimiento del objeto bueno en el yo, vía I. I., que generaría un factor de cohesión en el propio yo.
- La asimilación del superyó por el yo. Cuando el bebé introyecta una realidad externa tranquilizadora, mejora su mundo interno y esto a su vez –por proyección– mejora la imagen del mundo externo. Este círculo virtuoso se completaría con la instalación en la psique de objetos totales e indemnes que producen progresos esenciales en el superyó, que harían asimilar progresivamente el superyó en el yo.^{10*}

Estos indicadores valorarían también lo que ella denominaba *la fortaleza del yo*. Enumerarlos no facilitó la tarea de discriminar entre: a) aquello que hacía a la fuerza del yo; b) aquello que se contentaba con acompañarla; c) aquello que determinaría la integración del yo y la fortaleza del mismo. La mayoría de los textos de K₃ coincidieron en señalar la solidez del enraizamiento del objeto bueno. De ese factor parece depender las manifestaciones recién comentadas de esa fuerza yoica. Pero la introyección del pecho bueno –conducta activa del yo– no era la causa primera de la fuerza del yo, También era esencial que el objeto externo fuera reconocido como un buen objeto, cosa que dependía finalmente de una capacidad innata de amor [EYG (1957)]. ¿Si todo envía a lo constitucional, cual es el papel acordado por ella a los factores del medio?

Durante la PEP la integración sería lenta, y pareciera girar en torno a la reunión de algunas experiencias gratificantes con el pecho bueno indemne que, mediante la I. I., establecería un núcleo trófico que favorecería la cohesión del yo. El yo innato más las primeras vivencias de satisfacción vividas genera un yo rudimentario bueno que queda separado de las partes malas del yo mediante la escisión. La poca organización del sistema mnémico dificultaría ligar las experiencias. Las de gratificación permitirían un primer pasaje del yo no cohesionado a un estado de integración incipiente del mismo.

En la PD el yo hacía otro movimiento importante hacia la integración; esto implicaba reconocer mejor su realidad psíquica, que incluía aspectos ávidos, sádicos y envidiosos. El temor de dañar al objeto llevaba a la angustia depresiva con todos sus correlatos (véase II, 3.1). En esta posición acontecería la integración del objeto bueno y del malo; el yo debía reconocer que conformaban un único objeto, proceso que no acabaría con el final de la posición depresiva infantil, aunque en ella se llevaría a cabo una parte importante de dicha integración.

Tal como fue descrita originariamente, la I. I. establecería una matriz libidinal en el yo. Por esta vía el objeto materno asumiría la función de otorgar al yo un factor integrador, libidinal, narcisístico –aunque ella no haya utilizado este último adjetivo–. Pero lo cierto es que estas identificaciones introyectivas cumplían en la teoría kleiniana un rol equivalente al del narcisismo primario [IN, (1914)] y su derivado –el yo ideal– en la concepción freudiana.^{11*} En K₃ (1946-1960), pareciera haber surgido un equivalente del narcisismo primario freudiano (Véase II, 7.3.2. y II, 6.5). También podría decirse que planteó una intervención más directa del objeto externo en la conformación e integración del yo, cosa que podría ser considerada como la introducción de un factor compensatorio de su tendencia constitucionalista.¹²

10.1.5. Rol del entorno objetal en la conformación del yo y del aparato psíquico

El debate sobre la importancia de estos dos factores –lo constitucional y lo adquirido– en la estructuración de una nueva subjetividad venía de lejos, se mantuvo hasta hoy en día y probablemente continuará en el futuro. La teoría identificatoria de la estructuración subjetiva se ha visto sacudida de tanto en tanto por pequeños movimientos sísmicos que, en los últimos tiempos, se originaron especialmente en las neurociencias y en los estudios genéticos contemporáneos. La identificación, concepto relacional por donde se lo mire, se situaría definitivamente en el platillo de lo ambiental y toda teoría que fundamente tal perspectiva debería escuchar los tambores que suenan en las disciplinas afines. Freud, se sabe, abordó esta problemática por medio de sus series complementarias; siempre consideró que lo constitucional debía tenerse en cuenta, aunque difirió para el futuro -nuestro presente- un mejor conocimiento de los elementos biológico-hereditarios que determinaban lo congénito. Tampoco le faltaron motas filogenéticas y lamarckistas a su teoría, pero el conjunto de su obra puede considerarse una monumental aportación a la comprensión de aquello que se construye psíquicamente después del

nacimiento. De las tres teorías que se están cotejando, la del vienés se sitúa a medio camino entre el predominio de la tendencia innatista en Klein y la ambientalista en Lacan.

10.1.5.1. Caminos zigzagueantes

Resulta difícil estimar *con ecuanimidad* el peso determinante que la psicoanalista de niños otorgó a lo innato y a lo ambiental en el desarrollo evolutivo y en la psicopatología. Los obstáculos para tal evaluación son variados y de distinta índole. En primer lugar, ella nunca postuló una teoría explícita y bien definida sobre las relaciones entre esos dos grupos de factores en la estructuración subjetiva; tampoco precisó la influencia de los mismos. En su obra se encontrarán muchas frases en las que subrayaba la gran importancia de lo congénito, pero..., también otras en que manifestaba exactamente lo mismo sobre las experiencias posnatales con la madre y, más ampliamente, con el entorno familiar. Por lo tanto, defensores y detractores de su teoría podrían seguir esgrimiendo citas kleinianas de uno u otro tipo y continuar, así, debatiendo eternamente estos aspectos de su teoría.

A libro abierto se percibirá que ella puso el acento sobre lo constitucional. Esas reiteraciones no fueron esporádicas. Con suaves oscilaciones, tales ideas aparecieron una y otra vez a lo largo de toda su obra y, con más fuerza aún, en sus últimos escritos. Pero tampoco sería necesario hacer el cómputo de sus aseveraciones innatistas o ambientalistas para decidir cuáles fueron más numerosas; esa sería una vía muerta. Menos aún serviría, otorgar a tales o cuales pasajes un carácter definitorio y absoluto, cosa que sucedió –y sigue sucediendo– en los acalorados debates sobre sus ideas o en las confrontaciones entre teorías. Existiría una complicación más, aunque de orden diferente, para la valoración que se intenta realizar: en sus textos, lo constitucional y lo ambiental aparecen entrelazados desde el primer día de vida del niño. Resulta muy arduo discriminar qué corresponde a qué.

Una primera –y seguramente apresurada– conclusión de la lectura de su obra podría ser: ella fue constitucionalista –¡y punto!–; además, tenía derecho a serlo. Privilegió lo innato aunque sin desconocer la importancia de lo ambiental; dio preeminencia a lo endógeno por sobre las experiencias vividas con el entorno objetal; los objetos eran simples pantallas para la proyección de impulsos instintivos y fantasías del niño. Se podría agregar, como también se ha dicho, que desmereció la importancia de los otros –la alteridad– en la conformación de la psique del niño. ¡Qué duda cabe que frases como estas estarían pintando con brocha gorda *un rasgo* –quizá el más estridente– de su teoría! Pero resulta que ella –constitucionalista confesa– fue simultáneamente la primera y la que mejor describió –la riqueza de detalles solía ser extraordinaria– los acontecimientos vividos, las emociones y las fantasías de los niños desde sus primeros días de vida. Apreciaciones de este segundo tipo también estuvieron presentes –y de manera continua– en sus artículos. Ya desde sus primeros escritos aludió a lo experimentado tempranamente por el bebé y como esto quedaba inscrito, según sus propias palabras, “en las capas más profundas de lo inconsciente.”^{13*} En los albores de su obra podrían encontrarse afirmaciones sobre la lactancia acompañadas de comentarios al estilo de: si las experiencias eran buenas, suscitaban amor, mientras que las de signo contrario, generaban odio. Décadas más tarde escribió:

“[...] cuando el bebé introyecta una realidad externa más tranquilizadora, mejora su mundo interno; y esto a su vez por proyección, mejora la imagen del mundo externo. Por lo tanto, gradualmente, a medida que el bebé reintroyecta una y otra vez un mundo externo más realista y tranquilizador y también, en cierta medida, establece dentro de sí objetos totales e indemnes, se producen progresos esenciales en la organización del superyó. Sin embargo, a medida que se unen los objetos internos buenos y malos –siendo los aspectos malos atenuados por los buenos– se altera la relación del yo y el superyó; es decir, se produce una asimilación progresiva del superyó por el yo.” [CTEL (1952), vol. 3, p. 189].^{14*}

En *EyG* (1957) fue aún más elocuente: un niño bien tratado y alimentado era capaz de sentir y expresar amor, acceder a la gratitud y a todos los correlatos benéficos de tal situación: mayor fortaleza del yo, mejor calidad de las relaciones de objeto, menos agresividad, etc. Por el contrario, el niño que sufría privaciones o carencias se sentirá inundado por la angustia, la envidia y la avidez empeorarán sus vínculos, el yo será más endeble y las relaciones de objeto adquirirán un marcado tinte paranoide.

Círculo virtuoso en un caso y vicioso en el otro. Todo esto acontecía, según ella, desde momentos muy precoces del desarrollo evolutivo, previos a la comunicación directa –verbal y simbólica– con el niño.

Lo dicho hasta aquí sería suficiente para pensar que la evaluación comentada al principio de este apartado no podría hacerse sólo mediante la confrontación de frases aisladas; sería necesario sopesar el conjunto de su obra y las bases sobre la que ella se sustentaba, teniendo en cuenta además la lógica interna de su teoría y las líneas de fuerza predominantes en la misma. Convendrá incluir una revisión histórico-crítica de su pensamiento. La cuestión exigiría más aún, porque también cabría tener presente cuáles fueron las incidencias de estas concepciones en las actitudes clínicas –es decir: cómo actuaron esos postulados en su quehacer con los niños y adultos–. Klein no se caracterizó precisamente por el pesimismo terapéutico que fácilmente podría derivarse de una posición teórica constitucionista. Ella argumentaba que su insistencia sobre lo innato se debía a la subestimación o desestimación de esa problemática por parte de los analistas.^{15*} Klein instaba a tenerlo presente, pese a las críticas que recibió de su entorno inmediato –y lejano también– por no atender a lo vivido individualmente. No sería descabellado pensar que quiso ser fiel a sus observaciones en la tarea con niños de muy corta edad: la indiscutible presencia de variedades singulares de lo congénito en los engramas psico-motores con los que cualquier bebé llegaba al mundo. Asimismo, de las influencias que estas características innatas tenían sobre el desarrollo evolutivo. Tal vez quería ser consecuente con los hechos clínicos – más adelante serán referidos algunos–, que con frecuencia se imponían como enigmas difíciles de resolver, si todo se cargaba en la cuenta de lo ambiental. La incidencia de lo congénito –evaluada de maneras diferentes, según cada analista– es algo casi universalmente aceptado hoy, aunque no lo fuera entonces; es decir, en un tiempo histórico en que el psicoanálisis trataba de darse a conocer y establecer definitivamente sus objetos y objetivos específicos. En esos momentos, lo congénito establecía el borde del campo psicoanalítico.

MARI (1959), uno de sus postreros escritos, es casi un paradigma de la manera que encaró estos asuntos en K_3 , cuando el peso que le acabó otorgando a lo constitucional fue, si se quiere, mayor que antes. Porque, a la temprana importancia concedida a la carga congénita de los instintos de vida y de muerte le sumó la envidia primaria postulada en *EyG* (1957). Dos años más tarde agregó que el niño tenía una percepción inconsciente innata de la existencia de la madre y del pecho (véase *supra*, 10.1.4). Asimismo, por entonces, ella había incorporado a su *corpus* teórico las ideas de su discípula Susan Isaacs, quien sostenía la existencia de una dotación cognitiva innata, gracias a la cual el bebé podía diferenciar de entrada entre algo con intenciones hacia el bien –reconocería cuando estaba ante un objeto “bueno”– y de algo que le podía causar daño (objeto “malo”). Según la misma psicoanalista, esa capacidad innata permitiría también diferenciar el *self* del no *self*. En síntesis, capacidad para discriminar antes de cualquier experiencia con los objetos.

Sin embargo, y también en *MARI* (1959), Klein no dejó de aludir a la influencia de los factores ambientales sobre el niño y a las consecuencias de las identificaciones con rasgos –positivos, negativos– de los objetos primarios, en los primeros años de vida. O sea: volvió a recordar los efectos del entorno y de la realidad “objetiva” sobre el bebé. Pero, en el mismo instante en que acabó de afirmar eso, añadió que los factores externos eran siempre procesados por los factores endógenos. Por un lado reconocía que los factores ambientales –sobre todo, los relacionados con los progenitores y contexto familiar más cercano– podían incidir en la frecuencia, intensidad y duración con que se manifestaban, por ejemplo, el amor y el odio, pero, por otro lado, volvía sobre lo interno.

Interrogemos más incisivamente: ¿pueden estos factores ambientales trastocar el *quantum* congénito de los instintos de vida y de muerte con que el bebé llegaba al mundo? Esa es la gran pregunta que se le podría plantear a la obra de Klein. Y esta otra también: ¿en algún lugar surgió de su pluma algo que permitiera zanjar esa cuestión? Decididamente, no. En otros términos, quedaría por ensayar interpretaciones de sus textos que permitiesen precisar su posición, tarea que se continuará en el próximo apartado. Para tales objetivos convendrá partir de puntos firmes: fue escrito de su puño y letra que las experiencias insatisfactorias y de privación exaltaban la agresividad. También lo opuesto: que las experiencias buenas favorecían el surgimiento de amor y la gratitud hacia el objeto. Así pues, el ambiente, influía... algo, un poco. Pero también se leerá, como ya fue comentado, que esos factores externos eran procesados por lo innato, con lo que esto último adquirió un rango jerárquico mayor. En

otros términos: los factores internos eran, para ella, los determinantes principales. El concepto de sobre-determinación parece estar en juego, en las afirmaciones de Klein, aunque sin nombrarlo como tal.^{16*}

10.1.5.2. Abordaje del tema a la luz de la sobredeterminación

Se continuará con el examen de estos asuntos con la linterna del concepto de sobredeterminación. Precisados el determinante principal y las con-causas coadyuvantes pueden destacarse algunos aspectos más específicos del pensamiento de esta psicoanalista. Así, se apreciará la tendencia prevalente en ella a otorgar mayor peso determinante a los factores constitucionales en las experiencias de crianza favorables –“buenas”, según la terminología cara a Klein– que en las de signo contrario. Ella remarcó especialmente la escasa capacidad de ciertos niños de sacar provecho –beneficiarse, psicológicamente hablando– de un entorno objetal favorable. En esa misma dirección –que volvía a subrayar el peso de lo innato– iba esta otra consideración: muchos niños padecían carencias y privaciones y, sin embargo, podían salir casi indemnes de esas situaciones. Los observables comentados son claros; es posible que todos los psicoanalistas puedan aportar ejemplos que las ratifiquen. Se las podría generalizar así: ¿cómo sería posible que hubiera niños tan dañados psicológicamente con padres “más o menos buenos”? ¿Cómo hay niños que estén tan bien pese a la gran carga patógena parental? Klein llegó a la conclusión que eso se debía, básicamente, a factores innatos. Ahora bien: se puede considerar que lo congénito sea *una* de las causas posibles de esas evoluciones poco favorables, pero... ¡no necesariamente habría de ser la única!^{17*}

Si la importancia otorgada a lo congénito se llevaría al extremo, el peso determinante del ambiente debería considerarse casi nulo. Klein nunca sostuvo esa posición; por el contrario, de tanto en tanto también dejaba entrever la influencia de factores exteriores e incluso llegó a sostener que los instintos tenían cierta plasticidad. Habría que admitir, entonces, que la economía instintiva era, *de alguna manera*, sensible a las experiencias vividas; de lo contrario, serían aquellas ocasiones en que se debería decir: ¡paga y vámonos! Si la carga genético-instintiva generara un destino psíquico ineluctable no tendría sentido ningún tratamiento psicoanalítico.

Dicho esto, se volverá a la pregunta clave formulada con anterioridad: ¿podría lo ambiental alterar el equilibrio constitucional innato entre Tánatos y Eros? Después de una revisión exhaustiva de su obra, el autor de esta tesis considera que Klein nunca se planteó taxativamente esa pregunta; por lo tanto, sólo se han encontrado en sus textos respuestas implícitas o tangenciales. En cambio sus explicaciones zigzagueantes pueden interpretarse en la línea de que su posición constitucionalista le creaba constantemente atolladeros; de ellos salía reiterando la importancia de los factores ambientales, en una especie de oscilación pendular. Pero el fiel de la balanza en reposo, volvía a situar la aguja del lado de lo innato.

Quien escribe esta tesis considera que el innatismo operó en su teoría como un *obstáculo* en el sentido pleno que esta palabra tiene en *epistemología*. A Klein le ocurrió lo que suele suceder con bastante frecuencia: una idea, un concepto o una noción que amplía la posibilidad de explicar ciertos fenómenos, al ser llevada a sus límites, deviene un estorbo que el propio autor parece no percibir. Atribuir un carácter innato a la intensidad de la pulsión de muerte –más las consecuencias que de ello se derivan– y aferrarse a esta idea quizá de una manera rígida, lastró su pensamiento. De ahí entonces que no llamase la atención el vaivén –*MARI* fue en ese sentido prototípico– que solía aparecer en sus artículos: cada vez que aludía a un factor medioambiental, enseguida multiplicaba sus reservas y remarcaba restricciones a su influencia. Un reflejo de esto aparece en otras facetas de su obra: a pesar de la omnipresencia del objeto –idea imposible de desmentir, al punto tal de que permitiría proclamar que fue una “objetalista” empedernida–, sus escritos respirasen un aire solipsista, como consecuencia de un yo enfrascado en resolver conflictos internos. Estos, vía proyección, se imprimen sobre la realidad externa y determinan formas peculiares de percibirla.

Esta preponderancia tan marcada de lo interno –sea innato o posnatal– en la teoría kleiniana, le valió críticas y elogios; las primeras, argumentaban que su manera de concebir el funcionamiento de la psique implicaba una escasa consideración del entorno objetivo. Los apólogos subrayaban el estricto carácter psicoanalítico de su postura –por que situaba la subjetividad en el centro de la escena–. Es

probable que lo inusitado de algunas de sus afirmaciones le dificultara sostener una posición que conjugase de manera más equilibrada lo endógeno y lo externo.^{18*}

De sus escritos se desprende otra paradoja: la incidencia de los factores externos sería mayor cuando se trata de ambientes inadecuados –frustrantes, privadores–, que cuando son satisfactorios o gratificantes. Según ella, las cosas sucederían así: las cantidades innatas de agresividad –instinto de muerte– podrían aumentar por la acción de ambientes familiares “malos”; en cambio, los contextos favorecedores no parecerían tener resultados similares sobre Eros.

En síntesis: lo innato fue para ella lo prevalente; por otra parte, nunca afirmó que un ambiente cuidadoso fuera capaz de cambiar lo dado constitucionalmente. Eso hubiera requerido abandonar una idea a la que se mantuvo fiel en sus casi cuarenta años dedicados al psicoanálisis: las intensidades de los instintos de vida y de muerte estaban establecidas desde el nacimiento, para toda la existencia. Este pensamiento fue un factor clave de su metapsicología. Que se sepa, jamás se desdijo de ello.

10.1.6. Abordaje metapsicológico del yo en Klein

Se hará una aproximación a esta problemática a través de los tres puntos de vista clásicos de la metapsicología: tópico, dinámico y económico.¹⁹

10.1.6.1. Punto de vista tópico

Para entender el yo es necesario percibir, primero, las características principales de su tópica y la relación de la misma con los instintos. El yo y el superyó forman parte de la segunda tópica freudiana –privilegiada por Klein respecto de la primera: *Inc.-Prec- Cc.*– Incluso, dentro de la segunda tópica, el Ello estuvo prácticamente ausente de sus elaboraciones; sólo aparecía esporádicamente aludido en sus textos, más bien cuando citaba a Freud y a otros psicoanalistas que lo mencionan.

Los vínculos entre las instancias psíquicas de la segunda tópica –los de la primera también, pero de otro modo– estaban determinados por un dualismo que repartía las fuerzas en juego entre dos territorios bien separados; por un lado el yo –unido y sin duda confundido con el objeto bueno– sostenido por los instintos de vida; por el otro, todo lo que era alimentado por los instintos de muerte: lo malo, el yo envidioso, lo agresivo, la retaliación y todo aquello que reforzaba estos aspectos (privaciones, frustraciones, etcétera). Como ya se dijo, el dualismo Eros-Tánatos era el determinante principal, pero no sólo del conflicto psíquico sino de toda la vida mental. A mayor fuerza de uno, más debilidad del otro.

En K_1 y K_2 , la tópica kleiniana en general y la del yo en particular oponía al yo todo lo que era del orden del sadismo: los objetos persecutorios, superyó cruel y los afectos que despiertan estos objetos malos (internos o externos): agresividad, odio, miedo, desconfianza. El conjunto de estas actitudes y afectos caracterizaron al *self* malo o, tal vez con mayor precisión, las partes malas del *self*.

Podría decirse que la tópica kleiniana no constituyó un punto de partida autóctono, primario, sino un reflejo la dualidad instintiva. Este enfoque general incluyó –no podía ser de otra manera– al yo.

10.1.6.2. Punto de vista dinámico

El conflicto fundamental, como ya se ha dicho, fue a partir de *EPN* (1932) entre Eros y Tánatos. La conflictividad entre las instancias psíquicas (yo, superyó, ello) era secundaria porque cada una de ellas estaba a su vez atravesada por este dualismo instintivo. El conflicto entre instancias no era el que mejor explicaba la dinámica psíquica concebida por Klein, en la que básicamente contaban los significados “bueno” – “malo” y las cantidades de energía.

10.1.6.3. Punto de vista económico

De los tres puntos de vista éste fue el privilegiado por Klein. El yo primigenio funcionaba con la energía de Eros y Tánatos. La primera tendería a la ligazón, a la integración y a la búsqueda del pecho bueno, guiado por el conocimiento innato del mismo. En cuanto a la pulsión de muerte ella sería

deflexionada o proyectada, con la actitud firme aunque silenciosa –y poco destacada en sus textos– de la pulsión de vida. La proyección de Tánatos generaría objetos persecutorios y retaliación; la de Eros, objetos idealizados o buenos. Habría, pues, dos modalidades de investimentos instintivos de objetos y de instancias intrapsíquicas: uno, libidinal y generador del círculo “bueno”; el otro sádico-agresivo, productor de angustia (circuito “malo”). Ambos fueron representados mediante esquemas al final del capítulo anterior bajo los títulos de efectos de Tánatos y de Eros. Esta oposición y coexistencia de ambos circuitos tuvo una extraordinaria vigencia en todos los recodos de la vida psíquica concebida kleinianamente. Pese a las complejidades y riqueza de detalles con que describió la mente de niños y adultos, las investiduras de este dualismo gobernaron todos los resortes del psiquismo. Estos pares de opuestos (instinto de vida–instinto de muerte, amor-odio, integración-desintegración, envidia-gratitud, objeto bueno-objeto malo), establecieron diferencias más importantes con el pensamiento freudiano y lacaniano que las surgidas por el adelantamiento temporal del complejo de Edipo o del superyó.

* * * * *

De lo dicho hasta aquí se desprende que hasta (*NAME*) 1946 las características fundamentales del yo concebido kleinianamente eran las siguientes:

- Lo consideró innato; si bien poco organizado y fragmentable, no era caótico: procesaba e integraba mociones instintivas y afectos desde el primer día de vida.
- Era una variable dependiente del par instintivo Eros-Tánatos; si Eros alimentaba su tendencia a la integración, Tánatos era la causa última del terror que lo embargaba y fundamento de su agresividad hacia los objetos. El yo no fue entendido, por lo tanto, como una entidad autónoma sino en radical dependencia del instinto.
- Lo entendió como una entidad funcional que se hacía cargo de los mecanismos de defensa y de la puesta en juego de las fantasías; estas últimas, de fuerte raigambre instintual.
- Aparecía de entrada en calidad de “polo sujeto”, en la relación con los objetos. Se deduce de esto que Klein le presuponía la capacidad de percibir el sentimiento de mismidad que, a su vez, determinaba una relativa discriminación entre yo y no-yo, desde el comienzo de la vida.

La introducción de la I. P y la I. I. –*NAME* (1946)– le permitió desplegar algunas ideas sobre el yo que ya había esbozado muchos años antes, en sus trabajos sobre el complejo de Edipo temprano: la presencia de factores identificatorios en su conformación.²⁰ En el texto recién mencionado afirmó que gracias a la I. I. el pecho gratificante era introyectado bajo el dominio de la libido de succión y se asimilaba directamente en el yo donde pasaba a constituir su punto central y contribuía a su cohesión. (OČKPA, vol. 3, p. 261).²¹ Se contrarrestaban de este modo los procesos de escisión y dispersión, constituyendo un factor importante para la integración yoica. Se agregan entonces, a los efectos de completar la caracterización del yo kleiniano, las dos puntualizaciones siguientes:

- La integración del yo se lograba, básicamente, por medio del interjuego de las identificaciones proyectivas e introyectivas. Más específicamente, la identificación introyectiva fue considerada desde entonces –1946-1952– como formadora del pecho bueno interno, factor cohesivo por excelencia del yo. Obsérvese que se está hablando de la función de *integración del yo* y no de su estructuración identificatoria. En Klein, la I. I. era un factor *integrador*; no debe ser considerada como un mecanismo *estructurante* del yo, por la sencilla razón de que el yo es innato en su teoría. Esta modalidad identificatoria, si bien actúa desde el comienzo de la vida, su labor es mayor durante la posición depresiva; es decir, en los momentos en que la ansiedad persecutoria se reduce.
- Klein postuló la existencia de identificaciones yoicas durante el complejo de Edipo temprano; ellas remodelaban el yo constitucional.

La matriz básica del pensamiento kleiniano sobre el yo, resumida por medio de estos seis puntos, será la que se utilizará como base para el cotejo con la teoría del yo de Freud y Lacan.

10.1.7. El yo y el funcionamiento psíquico temprano

La teoría kleiniana acerca de la actividad mental en los albores de la vida ha tenido uno de sus pilares fundamentales en la idea de un yo innato que sería capaz de percibir la angustia y de defenderse de la misma por medio de la deflexión y la proyección. Otras columnas de dicha concepción han sido:

- la existencia de relaciones objetales desde el nacimiento, de la que derivó la idea de *mundo interno*.
- La existencia de complejo de Edipo y del superyó precoz.
- Su teoría del instinto de muerte que implicó el uso incipiente de la deflexión y proyección
- Las proposiciones sobre el uso universal de defensas arcaicas o psicóticas, relacionadas con su concepción acerca de las psicosis infantiles.
- La postulación de una fase de máximo sadismo que, por vías indirectas, llevó a la descripción de los mecanismos de reparación.
- La propuestas de las posiciones con sus cinco elementos mancomunados. El vaivén proyectivo-introyectivo al que posteriormente se añadió el de la I. P. e I. I.
- La envidia primaria y constitucional.

Todas estas elaboraciones surgieron de las experiencias de análisis con niños pequeños, la mayoría de ellos severamente perturbados –trastornos esquizoides y psicosis–, en las que aplicó su técnica original del juego en las sesiones. La plasmación escrita de estas importantes innovaciones tuvo varios hitos; en K₁: *PJN* (1929), *SIA* (1929), *IFSY* (1930) y *EPN* (1932); en K₂: *CPM-D* (1934); *DEM-D* (1940) y *CEAT* (1945) y en K₃: *NAME* (1946), *OCB* (1952), *CTEL* (1952) y *EyG* (1957).

Cada uno de los pilares mencionados ha sido objeto de un examen minucioso en diversos apartados de esta segunda parte; incluso, a algunos de ellos se les dedicó capítulos enteros. El índice analítico que figura al comienzo de este tomo permitirá dirigirse a esos párrafos. En este apartado se harán comentarios sobre algunos temas a los que no se ha prestado especial atención anteriormente; son ellos: la fase de sadismo máximo; las psicosis infantiles y algunos aspectos relacionados con el uso de los mecanismos de reparación. Se incluirá también una cita de Klein acerca de las relaciones objetales incipientes.

10.1.7.1. Fase del sadismo en su máximo esplendor²²

La idea del apogeo del sadismo fue elaborada probablemente en 1928 durante el análisis de Egon, un niño psicótico; luego lo describió sin mencionarlo como tal en *SIA* (1929) y finalmente le puso ese nombre en *IFSY* (1930). Por entonces ya había postulado que el sadismo surgía en distintas fuentes instintivas: oral, anal y uretral. Dijo, además, que las manifestaciones de estas tendencias podían coexistir.

J.-M. Petot –*op. cit.*, vol. 1, p. 160-161– hizo saber que Klein, para referirse a esta fase, utilizó la siguiente expresión germana: *Höchste Blüte des Sadismus*, abreviada como *Höchstblüte des Sadismus*; el mismo autor comunicó que se trataba de una articulación lingüística muy poco utilizada y que resultaba algo extraña para la conciencia lingüística alemana contemporánea; añadió que no era fácil traducirla con exactitud. “En sentido figurado significa la ‘más alta prosperidad del sadismo’; en sentido propio, quiere decir literalmente: ‘la más alta flor del sadismo’. “[...] es la más alta manifestación del sadismo porque se da la conjunción y la acumulación de tres factores de intensificación (*Steigerung*) de la agresividad. Uno de ellos se relaciona con las metas pulsionales sádicas que, en razón de la superposición de las etapas pregenitales, se suman o incluso se potencian muy poco tiempo después del comienzo de la etapa canibalística.” Sería aquello que Klein formulaba mediante la expresión: *con todos los medios del sadismo*; es decir, con las tendencias sádicas provenientes de todas sus fuentes: oral, anal y uretral. .

Las metas de estas tendencias (morder, despedazar, ensuciar con excrementos, cortar, quemar, etcétera) eran vehiculizadas por las fantasías hacia los objetos con la intención de destruirlos. La fase de sadismo máximo se establecería sólo cuando *todos* los instintos concurrieran –junto con las

tendencias sádicas propiamente dichas (las orales canibalísticas)– para producir ataques fantaseados contra los objetos; la idea del *apogeo* suponía asimismo que *todos* los objetos pudieran ser diana de los ataques. La etapa del apogeo sádico coincidía con las situaciones de máxima ansiedad y terror del niño, por el temor a la venganza por parte de los objetos (retaliación). La fantasía de los padres combinados sería el ejemplo paradigmático de generación de angustia (véase II, 5.3).

Tal vez una respuesta al porqué de esa generalización de los ataques a todo objeto podría ser la siguiente: en tanto el instinto de muerte seguía activo, las proyecciones sádicas sobre los objetos continuaban y la angustia iba en aumento por efectos de la retaliación; en otros términos: no cesaba de generarse persecución y miedo. El yo, como parte de su defensa, buscaría nuevos objetos externos – distintos a la madre–, para seguir descargando el sadismo. En esa tarea Klein atribuyó un papel destacado a la simbolización porque, los desplazamientos del mismo hacia objetos renovados se realizaban mediante equivalencias simbólicas. Se constituía así una cadena de objetos simbólica-mente asociados. El círculo *ataque* → *venganza* → *más angustia* → *nueva agresión* se reproducía con cada nuevo objeto, por lo que el niño debía ampliar el radio de su búsqueda hacia objetos “vírgenes” de cargas sádicas. Estos últimos –objetos parciales al principio, totales, después– se alejaban cada vez más del cuerpo materno, aunque se mantenían simbólicamente conectados con él. El sadismo empezaba a menguar a medida que se hacía mayor la distancia con el objeto primitivo (la madre). Esa era una de las vías por las que disminuía el sadismo y la retaliación correspondiente; de manera concomitante se reducía la angustia que había puesto en marcha todos estos movimientos. En 6.4.1.2. se describió este proceso más detalladamente.

Atravesada la etapa del fulgor sádico, comenzaba una lenta declinación del mismo a través de procesos en que participaban la simbolización y la identificación; o mejor dicho, una modalidad específica de esta última: la que llevaba al niño a reencontrar partes de su propio cuerpo en los objetos del mundo exterior. En esos momentos, las tendencias genitales se intensificaban.

10.1.7.2. *Las psicosis infantiles y los déficits de simbolización*

El punto de partida de Klein en estas cuestiones fue sin duda las elaboraciones de Abraham, su maestro berlinés. Tal como pudo apreciarse en 2.6.3.1., en el esquema de evolución libidinal que él había postulado, su punto de vista era psicogenético y “madurativista”: sucesión estricta de etapas evolutivas que podían transformarse en puntos de fijación de los trastornos psíquicos. A cada fase del desarrollo le correspondería una –y sólo una enfermedad–, según se puntualizó en la columna derecha del diagrama mencionado. Si bien Klein aceptó en términos generales ese esquema abrahámico, no acordó con la correspondencia bi-unívoca entre *una* fase y *un* trastorno psíquico determinado. Le fue imposible aceptar ese tipo de correlación, entre otros motivos, porque ella venía sosteniendo que los puntos de fijación de la neurosis eran más precoces. Según Klein había neurosis que eclosionaban muy tempranamente y tenían sus raíces en la oralidad incipiente y en el complejo de Edipo precoz. Otra innovación importante fue su concepción acerca de las defensas arcaicas, a las que consideró psicóticas: todo niño atravesaría una fase de esas características, de la que habitualmente acababa saliendo.^{23*} Luego, en *EPN* (1932) se refirió a la afinidad entre analidad y las psicosis: algunas neurosis obsesivas graves “esconderían” elementos paranoides importantes; si los mecanismos obsesivos fracasaban esos rasgos “subyacentes” se hacían manifiestos y hasta podía desencadenarse una psicosis paranoica franca [DRM-D (1940)].

En la segunda mitad de K_1 y especialmente en *IFSY* (1930) ya había descrito, a raíz de los análisis de Erna, Dick y Egon, que las perturbaciones de la simbolización estaban en la raíz de las psicosis.

Según comentó Klein, Erna le ayudó a entender que el superyó arcaico se formaba cuando las tendencias instintivas y las fantasías orales estaban en su nivel más alto y que estas podían dar pie a una esquizofrenia si el sadismo oral era muy intenso.

Las tesis básicas de Klein respecto de las psicosis infantiles –que para ella eran irreductibles a las del adulto– consistían en la enorme dificultad del yo de estos niños para dominar con las defensas adecuadas el sadismo rampante que les embargaba; esto dificultaba enormemente los procesos simbolizantes del infante.

10.1.7.3. Relaciones objetales desde el nacimiento

No es de los méritos menores de Melanie Klein haberse enfrentado con quienes habían postulado –Freud, Ferenczi y Abraham– un periodo de anobjetalidad en los comienzos de la vida psíquica. Ella planteó taxativamente que el bebé establecía relaciones objetales desde el momento mismo de su nacimiento, lo que suponía adjudicarle una incipiente capacidad para discriminar su yo del no-yo. La indiferenciación surgía para M. Klein posteriormente, a consecuencia del empleo de los mecanismos de I. P. –establecimiento de relaciones narcisistas– y de las escisiones del objeto y del yo. Una cita de nos mostrará sus ideas al respecto:

“El análisis de niños muy pequeños me ha enseñado que no hay ninguna necesidad instintiva, ninguna situación de angustia, ningún proceso mental que no implique objetos, externos o internos; en otros términos, las relaciones objetales están en el centro de la vida emocional. Lo que es más, el amor y el odio, las fantasías las angustias y las defensas actúan también desde el comienzo y están *ab initio* indisolublemente ligadas con relaciones objetales. Este *insight* me ha permitido ver numerosos fenómenos bajo una nueva luz.” [Los orígenes de la transferencia (1951), OCKPA, vol. 6, p. 266].

10.1.7.4. Los mecanismos de reparación

El tema fue tratado extensamente en 6.4.3. Volver sobre ellos en este contexto es debido a que las elaboraciones kleinianas sobre ese tema merecen incluirse dentro de sus conceptos originales relativos a su teoría sobre el funcionamiento psíquico temprano. Los mecanismos de reparación eran activados cuando se producía la antes mencionada reducción del sadismo, asociada a una disminución de la angustia, ya sea frente al superyó o la proveniente de objetos externos vengativos. Esto acontecía habitualmente durante la segunda etapa anal y alcanzaban mayor expresión en la etapa genital. En su teoría había una relación evidente entre la disminución del sadismo, el aumento de las tendencias libidinales y de la reparación. Los sentimientos de culpa también influían en la puesta en marcha de la reparación.

La fase de máximo sadismo, con la mediación de la culpa, daba pie a la operatividad de los mecanismos de reparación; cuánto más intensas eran las tendencias sádicas mayores serán los intentos reparatorios. La sucesión cronológica y conflictiva entre sadismo y reparación era uno de los fenómenos fundamentales de su novedosa teoría del funcionamiento mental temprano.

10.2. Jalones para una teoría del yo en Freud²⁴

Freud escribió diversos ensayos sobre el yo; esto dio pie a que en distintos momentos de su obra atendiera a diversas facetas del mismo. También fueron cambiando los ángulos de enfoque. De ese extenso recorrido se han elegido momento claves de su teorización sobre dicha instancia:

10.2.1. El yo en *Estudios sobre la histeria* (1895) y en el *Proyecto de psicología* (1895)

10.2.2. De la *Traumdeutung* (1900) a *Introducción del narcisismo* (1915)

10.2.3. Del narcisismo introducido y sus consecuencias. Aledaños

10.2.4. El yo en tiempos de la segunda teoría de las pulsiones y segunda tónica

10.2.5. Última época

10.2.6. Visión de conjunto. Confluencias y disparidades

10.2.1. El yo en *Estudios sobre la histeria* (1895) y en el *Proyecto de psicología* (1895)

En el *Proyecto de psicología* (*PdeP*, más específicamente en su apartado [14], titulado “Introducción del ‘yo’”, éste fue concebido como un grupo de neuronas que estaba constantemente catectizadas y que cumplía funciones inhibitorias sobre el proceso primario. (Cfr. OCFAE, t. I, pp. 368 y ss.). En otros términos, el yo era una “organización” que gracias a su carga energética estable asumía tareas de frenado del proceso primario^{25*}; tanto de aquellos que recargaban la imagen mnémica desiderativa de la vivencia de satisfacción, como la de los que podían provocar *displacer*. De esta

manera el yo evitaba que se produjesen los mismos efectos de realidad que una percepción “objetiva”. Con algunas diferencias respecto del mecanismo recién expuesto, describió la función del yo frente a las experiencias de dolor: el yo ayudaba también a discriminar entre el dolor representado y el dolor efectivamente vivido. En ambos casos, las tareas adjudicadas al yo eran inhibitorias de la alucinación y se realizaban creando ligazones estables entre recuerdos; catectizando otras representaciones para comparar y diferenciar. El yo, al impedir o aquietar el libre desplazamiento de la energía, posibilitaba el proceso secundario y aportaba signos de realidad. Este yo teorizado en los umbrales de su producción comienza a operar de la manera descrita a partir de las experiencias que le permitieron “constatar” que la realización alucinatoria de deseos es inútil a los efectos de satisfacer las pulsiones de autoconservación.

“Es entonces *la inhibición por el yo la que suministra un criterio para distinguir entre percepción y recuerdo.*” [*PdeP* (1895)], OCFAE, t. I, p. 371; las cursivas son del autor.

Así pues, el yo del *PdeP* intervenía en los procesos necesarios para distinguir las percepciones (“objetivas”) de aquellas que pueden crearse por la reinvestidura de representaciones interna. Dicho de otra manera: ese yo posibilitaba que no se confundiesen los procesos endopsíquicos y la realidad exterior. ¿Por qué medios? No por tener un acceso privilegiado a lo real sino por impedir la recarga de la huella mnémica correspondiente. Freud propuso un sistema neuronal que se encargaría de la percepción directa de la realidad; lo bautizó con las letras «W o ω». En cambio, el yo pertenecía al sistema neuronal «Ψ», que no estaba implicado rectamente con la percepción. Ambos sistemas funcionarían de manera diferenciada y cada uno con una legalidad propia. El yo, inhibiendo la alucinación, creaba un proceso secundario incipiente. Este asunto de la percepción de la realidad preocupó a Freud siempre y retornó a este asunto en artículos de distintas épocas: *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico* (1912), *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), *La negación* (1925), etc. Se volverá sobre esta cuestión en 10.2.4. y en 10.4.; en este segundo caso, al tratar la teoría del yo en Hartmann.

La propuesta de un yo inhibitorio en *PdeP*, considerado como un conjunto de neuronas –o representaciones, en un lenguaje freudiano más tardío– cargadas de forma estable debe considerarse asimismo como un antecedente del yo –reservorio libidinal–, que hizo su aparición en *YyE* (1923). El yo descrito en el ocaso del siglo XIX era también un participante activo en la teoría del conflicto psíquico, donde se constituía en uno de los polos del mismo, luchando contra representaciones que le eran incompatibles. Por entonces presentó dos variantes del conflicto:

- a) El yo, como campo de la conciencia, intervenía en una situación conflictiva; si no la podía dominar, se defendía evitándola: no queriendo saber nada de ella; en este caso, era el yo quien debía ser preservado por medio de esa actividad defensiva.
- b) El yo, “como masa dominante de representaciones”, al verse amenazado por *una* representación considerada inconciliable con él, hacía actuar a la represión.

Freud consideraba que en ambos conflictos era importante esclarecer los símbolos mnémicos en los que aparecía un deseo inconsciente incompatible con la imagen de sí misma que la paciente –caso Lucy R; *ESH* (1895)– quería mantener. Justamente porque el yo participaba del conflicto sentía un cierto displacer, que se derivaba directamente de la incompatibilidad. En *PdeP*, describió, igualmente, los mecanismos defensivos del yo en la histeria; no los concibió como puramente conscientes y voluntarios porque se acompañaban de efectos sólo detectables en los procesos primarios: en la formación de los símbolos, todo el *quantum* de afecto se desplazaba de lo simbolizado al símbolo, cosa que no ocurre en el pensamiento sometido al proceso secundario.

Nunca, dentro del arco temporal que va de *PdeP* (1895) a *YyE* (1923) –incluso, podría alargarse hasta el final de su obra– el yo apareció en Freud como un equivalente de la persona en su conjunto, ni del organismo biológico en su totalidad ni del sujeto psíquico en su conjunto. El yo fue siempre una instancia más –entre otras– del aparato psíquico. Con todo Laplanche y Pontalis plantean en su diccionario que esta tesis debe ser complementada, ya que la relación del yo con el individuo,

tanto en la dimensión biológica de éste como en su dimensión psíquica, ha sido de gran importancia. Los autores remarcaron esa ambigüedad constitutiva en la teoría del yo en Freud, que se reflejaba en la dificultad de dar un sentido unívoco a la noción de interior o de excitación interna. Esto se hace patente si se siguen los textos a la letra –al menos en primera instancia– y se evitan interpretaciones apresuradas y tendenciosas del texto. Así, por ejemplo, subrayan:

“La excitación endógena se concibe sucesivamente como viniendo del interior del cuerpo, más tarde del interior del aparato psíquico, y por último como almacenada en el yo definido como reserva de energía (*Vorrasträger*): hay aquí una serie de encajamientos sucesivos, que, si se prescinde de los esquemas explicativos mecanicistas que Freud da de ellos, inducen a concebir el yo como una especie de metáfora realizada del organismo.” (*Op. cit.*, p. 481).

10.2.2. De la *Traumdeutung* [*IS* (1900)] a la *Introducción del narcisismo* [*IN* (1914)]

Entre el yo de 1895 y *La interpretación de los sueños* se produjo un reajuste conceptual: el texto inaugural de la primera tópica describió un aparato psíquico que, por acción de lo inconsciente –proceso primario– tendería a la realización de deseos; en cambio, el yo de *PdeP* fue concebido como un freno de dicho proceso.

La *Traumdeutung* introdujo una tópica –la primera– en la que no intervenía explícitamente la noción de yo. Sin embargo, éste no fue ajeno a los deseos inconscientes; también estaba infiltrado por ellos. Se lo puede percibir con claridad cuando en *IS* trató las relaciones del yo con la identificación onírica (véase I, 1.2.2. y I, 3.8). Las imágenes del sueño ponían en pantalla un yo que no era unitario, que podía dividirse, desmontarse; que podía representarse de manera dispersa por medio de múltiples identificaciones.

La interpretación de los sueños (1900) y los trabajos metapsicológicos hasta *IN* (1914) insistieron en la primera tripartición tópica del aparato psíquico, sin dedicarle especial atención al yo. Las funciones atribuidas al mismo en escritos anteriores aparecieron distribuidas, durante el período 1900-1914, por diversos sistemas:

- **La función inhibidora del proceso primario** fue adjudicada al preconscious. En ese sistema imperaba el proceso secundario, mientras que en *PdeP* el yo, por las características de su propia organización, era el inductor de esos procesos.
- **La función defensiva** recayó sobre la censura y sobre el sistema *Prec-Cc*.
- **Su carácter de organización libidinal** reapareció a través de un yo que se hacía cargo del deseo de dormir.

Laplanche y Pontalis señalan que el periodo 1900-1915 fue de tanteos respecto de la noción de yo e indican cuatro direcciones de la investigación freudiana:

- Los textos más teóricos se centraron en la primera tripartición –*Inc. Prec.-Cc.*–, sin hacer intervenir al yo en las consideraciones tópicas. Tampoco dedicó espacio a las pulsiones del yo o de autoconservación en sus reflexiones energéticas (punto de vista económico de su metapsicología). Las representaciones de palabra, propias del sistema *Prec.*, se asociaron al yo. El preconscious y el yo se van constituyendo durante los avatares de la sexualidad infantil.
- Para las relaciones entre el yo y la realidad la referencia principal siguió siendo la experiencia de satisfacción y la realización alucinatoria de deseos. En *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911), sostuvo que las exigencias del principio de realidad se imponían, primero, a las pulsiones del yo o de autoconservación; luego, con la energía propia de ellas se detenía la satisfacción alucinatoria del deseo. El acceso a la realidad dejaba –temporalmente– de ser conflictivo (véase I, 2.1.1).
- En la teoría del conflicto psíquico elaborada en aquel periodo, el yo aparecía como el polo que se oponía a la pulsión y al deseo. Preocupado por otorgar también un soporte pulsional al yo, describió el conflicto psíquico como la oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones del yo (autoconservación).

- En *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910) y en el caso Schreber (1911), se esbozó una nueva concepción del yo —como objeto de amor—, que alcanzó pleno desarrollo pocos años más tarde en *IN* (1914), tal como se verá a continuación.

10.2.3. Del narcisismo introducido y sus consecuencias. Aledaños

La última palabra del título de este apartado evoca al conjunto de desarrollos freudianos expuesto en el circuito de textos aludido en múltiples ocasiones en la primera parte de esta tesis: *Introducción al narcisismo* [*IN* (1914)] → *Duelo y melancolía* [*DyM* (1915)], → *Psicología de las masas y análisis del yo* [*PMAY* (1920)] → Más allá del principio del placer [*MAPP* (1920)] → *El yo y el ello* [*YyE* (1923)]. Fueron los escritos en que se plasmó la gran convulsión que Freud introdujo en su teoría en aquellos años: pasaje desde la primera a la segunda tópica, transición desde la primera a la segunda teoría pulsional y sustitución de la teoría identificatoria funcional por la estructural. Ese itinerario conceptual abrió la posibilidad de concebir el yo —y demás instancias psíquicas— como producto de identificaciones. Las implicancias de la introducción del narcisismo en la doctrina freudiana y sus consecuencia sobre la clínica psicoanalítica fueron tratadas en los diversos apartados de I, 1.4.; allí se remite. Aquí se abordará lo que esta renovación teórica implicó en la caracterización del yo y de las instancias ideales del aparato psíquico: yo ideal e Ideal del yo.

El narcisismo introducido en 1914 fue definido como amor a sí mismo, un enamoramiento de la propia imagen. Freud subrayó la importancia que tenía la imagen del cuerpo en este autoamor. Las pulsiones tomaban como objeto a ese yo primigenio —representación— y lo investían libidinalmente. El Yo y el narcisismo primario se constituirían de manera simultánea. Estas ideas implicaron una doble consecuencia: el nuevo yo, narcisista por definición, tendrá la pretensión de arrogarse la representación de todo el sujeto; por otro parte, ese yo no formaba pareja con el objeto, en tanto él mismo era objeto de las pulsiones. En calidad de tal, devendrá reservorio de la libido —obviamente narcisista— y punto de partida de investiduras de investiduras de objeto, con la consiguiente transformación de la libido narcisista en objetal. Las principales novedades respecto del yo en el período 1914-1920 pueden sintetizarse así:

- El yo no era innato para Freud; debe constituirse mediante “un nuevo acto psíquico.”^{26*}
- Fue concebido como **objeto** de las pulsiones. La constitución del yo y del narcisismo primario implicaba un anudamiento temporario del circuito pulsional y el de las relaciones de objeto (véase I, 1.4.3).
- Al quedar situado como polo objeto, lógicamente no podía ser el representante de toda la persona, tampoco se le consideraba autónomo.²⁷
- El yo devino el gran reservorio de libido (narcisista); el establecimiento de relaciones de objeto implicaría un trasvase de esta libido a los objetos.
- Al discriminar entre las elecciones de objeto las narcisistas de las anaclíticas resultó que las primeras suponían elegir a imagen y semejanza del yo.
- Postuló la existencia de instancias ideales —yo ideal e Ideal del yo—, de raigambre narcisista, que fueron consideradas como pertenecientes al sistema del yo (véase I, 1.8.4. y I, 3.6).
- Posibles escisiones dentro del yo que daban pié, por ejemplo, a que una parte del mismo —en calidad conciencia moral— criticase a otra parte.

En otro texto suyo de esta época —*Pyp* (1915)— refirió dos subestructuras pertenecientes al sistema del yo: el yo—placer purificado (*Lust-Ich*, en alemán) y el yo-realidad. La evolución del pensamiento freudiano sobre estas instancias fueron comentadas en I, 2.1.1. Las repercusiones del narcisismo sobre la TIF y las de ésta sobre el yo —incorporación del objeto perdido en el yo (identificación melancólica); “la sombra del objeto cayó sobre el yo”, etcétera— ha sido tratado en diversos capítulos de la primera parte; se señalarán los apartados principales: I, 1.4.; I, 1.8.4.; I, 3.4.; I, 3.5.; I, 4.4.2. I, 5.6.; I, 6.4.2. y I, 6.4.3. Sus títulos informan sobre las facetas del narcisismo tratadas. A ellos se remite para apreciar la importancia de la introducción de este concepto en la caracterización del yo en Freud. Se agregará nomás que es muy probable que en la genealogía del yo de la segunda tópica

lo desarrollado por Freud sobre la melancolía en su texto de 1915 haya sido de fundamental importancia. Podría decirse asimismo que la división del yo postulada en *DyM* –una parte con el objeto incorporado– y otra que se alza como conciencia moral es un antecedente de la escisión del yo que el vienés formularía veintitrés años más tarde en *Esquema de Psicoanálisis* (1938).

10.2.4. El yo en tiempos de la segunda teoría de las pulsiones y segunda tópica

La oposición entre las pulsiones de vida y muerte constituyó el gran telón de fondo de las reflexiones freudianas en las casi dos décadas posteriores a la introducción de este segundo dualismo pulsional. Se rescatará de su proteiforme ensayo *MAPP* (1920) las referencias al yo. Un hilo conductor para esta empresa puede ser la temática de la destructividad, que se hallaba en el corazón mismo de ese texto. Aunque presente en momentos anteriores de su obra, el tema adquirió en 1920 su máximo nivel especulativo. A través de la pulsión de muerte se vislumbró que la agresividad era constitutiva de lo humano. La misma parece hipostasiarse por momentos en el texto citado en una tendencia biológica más general o en un principio metafísico universal.

Esta destructividad aparece volcada inicialmente sobre el propio individuo o persona –se utiliza ex-profeso estos dos vocablos, por ser los que más empleó Freud– y se reserva, entonces, la acepción *sujeto* para la parte III, dedicada a Lacan, por haber sido este último quien elevó dicho término a la categoría de concepto. Freud parecía agrupar bajo estos vocablos tanto al organismo humano biológico como a la actividad psíquica que le era propia. El atravesamiento del yo por la pulsión de muerte dejaba como residuo un yo *masoquista* que, con ese carácter participaba, desde entonces, en el conflicto psíquico. El vienés postuló en ese ensayo la idea de un masoquismo originario encarnado en el yo –aunque no sólo en él–, que aportó un elemento nada desdeñable para entender su dinámica. Se elaboró de manera explícita la noción de un yo primariamente masoquista que, como toda novedad, tenía algo de antiguo: se encontrarán reelaboradas algunas consideraciones sobre rasgos masoquistas del yo que habían sido teorizados de manera diferente en *Pyp* (1915). En este último escrito se afirmaba que el masoquismo del yo era secundario y, obviamente ajeno por entonces, a la pulsión de muerte. Introducida ésta, el yo devino otro campo de batalla del nuevo par pulsional. En *MAPP* apareció también la noción de fusión-defusión pulsional, reelaborada posteriormente en *El malestar en la cultura* (1929). Esta desmezcla de las pulsiones de vida y de muerte, producto de los procesos de desexualización y sublimación, acrecientan el carácter sádico del superyó y el masoquismo del yo por el anidamiento de Tánatos –desligado de Eros– en esas instancias psíquicas (véase I, 6.4.1).

La complejidad que aportó *YyE* (1923) en relación al yo, podrían ser desglosadas en dos rubros: los referidos a su estructuración y los vinculados con sus funciones. En cuanto a su constitución, el vienés refirió dos teorías un tanto contradictorias entre sí:

[...] "el yo es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior, con mediación de Prec-Cc. [...]. Además se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus propósitos propios; se afana por reemplazar el principio del placer, que rige irrestrictamente en el ello, por el principio de realidad. Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión" (*El yo y el ello*, OCFAE, XIX, p. 27).

Un par de ideas a subrayar respecto de esta concepción: el yo vehiculaba la influencia del mundo exterior hacia el ello –las pulsiones– y se afanaba por imponer el principio de realidad a dicha instancia. Por momentos, la realidad dejaba de ser un dato exterior y se convertía en otra instancia que imponía su poder en el conflicto psíquico. También se planteaba el interrogante de la procedencia de la energía con la que operaba el yo. La respuesta más frecuente fue: de la libido *desexualizada*. Cuestión que no deja de tener sus contradicciones.

La segunda concepción sostenía que el yo surgía como efecto de identificaciones, modalidad de estructuración del yo que fue comentada en I, 1.1.7. y en I, 3.7. En esta perspectiva el yo surgiría a partir de rasgos psíquicos de los humanos que conformaban el entorno objetal; la relación del yo con el mundo externo y la percepción quedaba resituada, aunque no suprimida; devenía el marco de los vínculos con otros sujetos. El yo más que una emanación del ello se transformaba en un objeto de dicha instancia; las ideas de *IN* (1914) siguieron en lo esencial vigentes con la segunda tópica; el

cambio fundamental se registró en este punto: el narcisismo del yo era secundario: la libido retornaba al yo desde los objetos.

Para Freud este yo de la segunda tópica era ante todo un yo corporal; según sus propias palabras, agregadas en 1927 a la edición inglesa de *YyE* aa81923) bajo la forma de una nota al pie –que no apareció en las ediciones posteriores en alemán– afirmó:

“O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico.” (OCFAE, XIX, nota al pie nº 16, pp. 27-28).

Este yo fue concebido como multifuncional: se le adjudicó el control de la percepción y de la motilidad, la psico-síntesis, la prueba de realidad, tareas de ligazón libidinal, de organización del pensamiento y del lenguaje, pero también, y con cierto signo divergente: racionalización, implementación de las defensas contra las pulsiones y los contenidos inconscientes, etc. Las funciones atribuidas anteriormente al sistema *Prec.* se trasvasaron, en su mayoría, al yo de la segunda tópica.

La variedad de tareas que se le adjudicó en 1923 derivaba y reflejaba a la vez la “triple servidumbre” del yo y su mediación en las relaciones con el ello, el superyó y la realidad exterior. De su articulación con la primera tópica surgía que era en parte consciente y en parte inconsciente –“se comporta exactamente igual que lo reprimido”–, heterónomo y autónomo (relativamente), fuente de conocimiento y de desconocimiento, perceptivo y tendencioso, imprescindible para las tareas de elaboración analítica a la vez que obstáculo a la misma. Se trataba de un yo que recogió tanto las funciones defensivas de sus predecesores –el yo de *PdeP* (1895) y de *ESH* (1895)–, como el carácter narcisista del yo de *IN* (1914).

"El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino él mismo, la proyección de una superficie". En una nota a la edición inglesa, se añade: "Cabe considerarlo entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico" (*YyE*, OCFAE, XIX, pp. 27 y 28).

En tanto instancia no sería posible rebatirla enteramente sobre el sistema percepción-conciencia de la primera tópica porque las operaciones defensivas que ejecutaba eran en buena medida inconscientes. Por lo tanto el yo era una instancia que asumía las funciones clásicas del sistema percepción-conciencia y se hacía cargo también de las defensas inconscientes. Era asimismo fuente de resistencias y sede de la angustia. La ambigüedad de este yo era evidente y esto dio pie a las variadas interpretaciones que las corrientes psicoanalíticas post-freudianas han realizado del mismo, cosa que se tendrá ocasión de comprobar en las próximas páginas.

A ésta, como a otras regiones del pensamiento freudiano, habrá que acercarse con un enfoque abierto que permita apreciar cierta dialéctica profunda en medio de contradicciones aparentes. Aun así no se aventarán, seguramente, todas las paradojas; quedarán algunas por resolver, razón por la cual en la historia del movimiento psicoanalítico hubo más interpretaciones que comentarios de los textos de Freud.

Cabrá preguntarse también si el vienés no jugó deliberadamente con estas ambigüedades, en tanto refería una instancia necesariamente desdoblada en función de los múltiples vasallajes a los que estaba o se veía sometida, por su manera de concebirla teóricamente. Ciertos enigmas parecerían resolverse si se admitiese duplicidades o triplicidades en esta instancia; Freud las explicitó del siguiente modo:

"[...] el yo tendrá la posibilidad de evitar la ruptura hacia cualquiera de los lados deformándose a sí mismo, consintiendo menoscabos a su unicidad y, eventualmente, segmentándose y partiéndose." [*Neurosis y Psicosis* (1924); OCFAE., XIX, p. 158].

En *El problema económico del masoquismo* (1924) postuló una forma peculiar de angustia –sentimiento de inferioridad– cuando el yo actual percibía una diferencia muy grande con el Ideal del yo. Esta otra especificación –yo actual– fue relacionado por Freud con la autoestima; tenía que ver con cómo el yo se percibía a sí mismo.

10.2.5. Última época

En los textos de este periodo aparecieron, de manera dispersa, algunos contrapuntos al escrito inaugural de la segunda tópica, pero no constituyeron un nuevo viraje en su teoría acerca de esta instancia. Así, el ya mencionado *La negación* (1925) mostró al yo sin un acceso tan privilegiado a la realidad como el descrito en algunos párrafos de *YyE* (1923). Si la realidad se perdió por acción del principio de placer-displacer, cuando se la reencontraba (yo-realidad definitivo), era con mediaciones; es decir, a través de una función judicial no simple y cuyos fundamentos freudianos resultará importante no desconocer. En I, 2.1.1., se afirmó que el yo –a los efectos de la percepción– quedaba subordinado a la mediación de un proceso simbólico (Cfr. OCFAE, XIX, p. 257). El examen de la realidad estará siempre mediado por una subjetividad cuya constitución vino marcada por la pérdida del objeto primordial. Ello determinará que, cuando el yo crea percibir una realidad “objetiva”, “realista”, estará guiado –sin saberlo– por la compulsión a reencontrar el objeto perdido.

La problemática del examen de la realidad, tuvo otras consideraciones diferentes a las explicitadas en *YyE* (1923), en el cap. VIII de *PMAY* [(1920), OCFAE, XVIII, p. 108) y en *Neurosis y Psicosis* (OCFAE, XIX, pp. 156 y siguientes): en esos textos la tarea de proveer signos de realidad fue atribuida al Ideal del yo y al superyó respectivamente.

Un aspecto que adquirió importancia en esta última época de su obra fue la escisión yo en el proceso de defensa. En su texto inconcluso *Esquema de psicoanálisis* [*EP* (1938)] Freud volvió a insistir, bajo la forma de una síntesis apretada, sobre lo que había afirmado anteriormente respecto de la polifuncionalidad y ubicuidad del yo. Se remite especialmente a los capítulos I y VIII de ese escrito, señalando previamente que, quince años más tarde de la publicación de *YyE* (1923), reafirmó en lo fundamental las ideas entonces postuladas sobre el yo. Antecedentes sobre la escisión del yo pueden entreverse en la cita de *Neurosis y Psicosis* insertada al final del punto anterior (10.2.4) y en *Fetichismo* (1927), mientras que un desarrollo más extenso apareció en un par de trabajos posteriores: *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1938) y en capítulo VIII de *Esquema de psicoanálisis* (1938). De ese último se extrajo la siguiente cita:

“[...] el llamado yo, se ha desarrollado a partir del estrato cortical del ello, que por su dispositivo para recibir estímulos y apartarlos permanece en contacto directo con el mundo exterior (*la realidad objetiva*). Partiendo de la percepción consciente, ha sometido a su influjo, distritos cada vez más amplios, y estratos más profundos del ello; y el vasallaje en que se mantiene respecto del mundo exterior muestra el sello imborrable de su origen (como si fuera su *‘made in Germany’*.” [*EP* (1938), p. 200].

En las páginas siguientes, y hasta el final del capítulo VIII, Freud se prodigó en consideraciones sobre la escisión del yo en la psicosis y el fetichismo para terminar extendiendo este mecanismo a las neurosis, en un camino zigzagueante en la que describió el conflicto psíquico intersistémico –entre el yo y la pulsiones– para referirse finalmente a una escisión dentro del propio yo, tanto en las neurosis como en las psicosis:

“Probablemente tengamos derecho a conjeturar, con universal validez, que lo sobrevenido en tales casos es una *escisión* psíquica. Se forman dos posturas psíquicas en lugar de una postura única: la que toma en cuenta la realidad objetiva, la normal, y otra que bajo el influjo de lo pulsional desase al yo de la realidad. Las dos coexisten una junto a la otra. El desenlace depende de la fuerza relativa de ambas. Si la segunda es o deviene más poderosa, está dada la condición de la psicosis. Si la proporción se invierte, el resultado es una curación aparente de la enfermedad delirante.”

“[...] El punto de vista que sitúa en todas las psicosis una *escisión* del yo no tendría títulos para reclamar tanta consideración si no demostrara su acierto en otros estados más semejantes a la neurosis y, en definitiva, en estas mismas.”

Respecto del tema que se está tratando, la novedad más importante que aportó *Esquema de psicoanálisis* (1938) fue una modalidad de escisión del yo que no venía precedida por los dos primeros tiempos de esta secuencia, prototípica de la melancolía: pérdida de objeto → incorporación del mismo → división entre una parte del yo que acoge al objeto y otra que alza su voz crítica contra él. Se trataba de un tabicamiento intrasistémico diferente del de la primera tópica y el de la psicosis.

10.2.6. Visión de conjunto. Confluencias y disparidades

Si este extenso –y por qué no decir, también, interesante– recorrido por la obra freudiana sirvió para visualizar la amplitud del espectro de sus consideraciones sobre el yo, la tarea estaría bien justificada. Si además lograrse evitar el encaje su pensamiento sobre el yo en un sistema, los beneficios se multiplicarían, entre otras cosas, por las incidencias que esto podría tener en la clínica. Se pretende con ello escapar a maniqueísmos del tipo “Freud lúcido/despistado” o “Freud joven/viejo”, que suelen imponer elecciones forzadas. Se ha preferido ofrecer una visión panorámica que permitiera observar ciertos hilos conductores que fueron estableciendo continuidad entre sus textos; también, las formulaciones rupturistas que introdujeron cambios. Quedaría por confrontar lo explicitado con los grandes ejes teóricos de su obra para que esta tarea de exégesis no se resuelva en mera escolástica. Precisar qué aspectos de sus consideraciones sobre el yo congeniaba mejor con las nervaduras principales del conjunto de su obra, no es tarea que se pueda obviar.

Ante tantas y tan variadas disquisiciones sobre el yo, las diversas escuelas psicoanalíticas han encontrado siempre fundamentos “freudianos” en los cuales apoyarse, para validar sus propios puntos de vista. Este aspecto será encarado más adelante –en 10.5.– tras un rodeo por la teoría del yo en Hartmann y Lacan. Mientras tanto y como introducción al mismo, se precisarán los parámetros generales de la concepción de Freud sobre el yo. A grandes rasgos, podrían trazarse dos direcciones:

- El yo sería una diferenciación del ello, producida por el contacto y la influencia del mundo exterior, gracias a una mediación del sistema percepción-conciencia. Este yo así originado acabaría por imponer un dominio relativo al ello, del cual surgió por diferenciación. Se trataba de una concepción monádica, “madurativa”, en la que el yo aparecía como un casquete o corteza, producto de la interacción del ello con la realidad. Así teorizado el yo, la realidad adquirió la significación de una cuasi-instancia estructurante, que actuaría sobre un ello muy enraizado en lo biológico, carácter éste que, en cierta medida se trasladó hacia el yo. Dentro de esta perspectiva sobre el yo, las funciones que a él adjudicadas fueron eminentemente adaptativas; también le atribuyó poseer una energía desexualizada. De manera correlativa, el ello quedaba reducido a lo irracional, cargado de bajas pasiones y con necesidad de ser dominado o sofocado.
- La segunda versión freudiana era la de un yo estructurado por medio de identificaciones, que encontrará en la alteridad psíquica –en el entorno objetal– los fundamentos de su constitución. Este yo advendría como resultado de elecciones objetales abandonadas y sedimentadas. En esta perspectiva el yo resultó ser un producto reciclado del narcisismo, vía identificación. Este movimiento convirtió al yo en un objeto de amor del ello. Lo heteróclito y variado de las antiguas relaciones de objeto que dejaron marcas identificatoria en el yo, daba al mismo las características de una instancia “compuesta”, caleidoscópica, constituida como un precipitado. En síntesis, todo lo contrario a una entidad unitaria. Las corrientes pulsionales, deseantes, narcisistas, que componen la trama edípica, se habrían resuelto en el mosaico identificatorio yoico. Su estructuración supuso el trueque de relaciones de objetos por rasgos constitutivos. Era un yo que asumía funciones de ligazón más que de adaptación; aparecía unido a la vez que separado del ello y sometido a múltiples vasallajes.

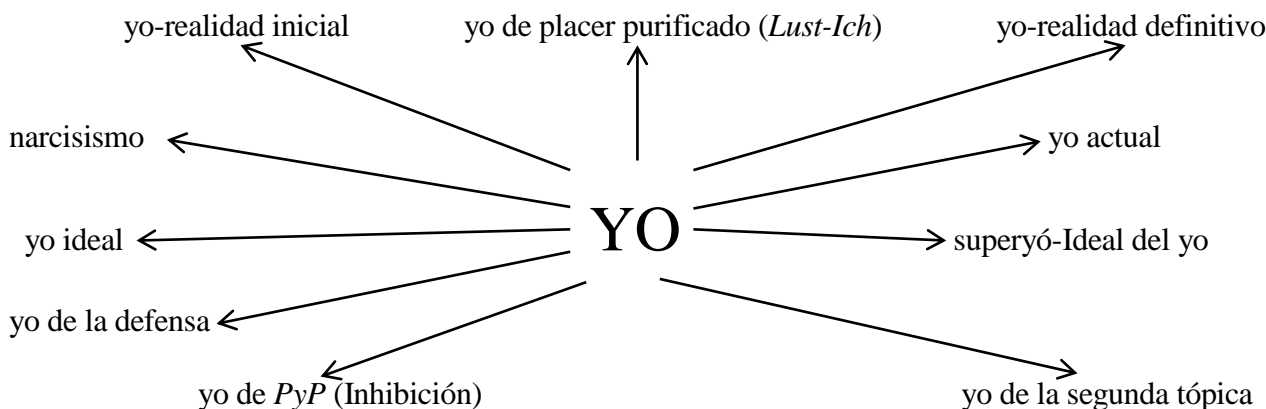
La segunda teoría hablaba de una estructuración identificatoria; la primera, en cambio, postulaba una génesis por diferenciación funcional. Llamaba poderosamente la atención que formas de constitución tan dispares –que necesariamente desembocaban en modos de funcionamientos divergentes– fueran vistas por Freud como complementarias. Esto último podría corroborarse fácilmente en el al leer, en *YyE* (1923), el final de su capítulo II y el comienzo del III. Este yo, constituido por identificaciones, se haría cargo de las tareas de investigación, de construcción, de represión, de sublimación, de conocimiento y desconocimiento. Núcleo opaco, intentará velar los determinantes inconscientes de la vida psíquica. Se encargará de la defensa en el conflicto psíquico. Se trataba un yo que estaba conformado por las representaciones que construía de sí mismo y por las cualidades que se

atribuía (raigambre narcisista del mismo). Era el yo que mediaba en las elecciones de objeto y el que estaba sometido a los ideales intrapsíquicos.

Disparaba la angustia señal que posibilitaba evitar aquellas situaciones que, por traumáticas, reavivarían el fondo de los fondos de toda criatura humana: su desamparo y desvalimiento. También era la sede de la angustia que emergía frente a la irrupción de lo inconsciente o ante la pérdida de amor del superyó o ante la realidad (angustia real).

Su situación mediadora entre las otras instancias lo compulsaba a transacciones y su función de reservorio libidinal le permitía recoger la libido que retornaba de los objetos, para ofrecerle nuevos destinos. Freud señaló al yo como lugar de metabolización de pulsiones y deseos, convirtiéndolo así en apto para mediar en el establecimiento de sublimaciones. Sin desconocer su carácter masoquista, el yo hará su aportación al chiste (originado en lo inconsciente) y al humor (forma momentánea de neutralización del masoquismo). Se perfilaban otras características: el yo era en sí mismo conflicto y participaba con ese carácter en todo acto psíquico; no se igualaba al conjunto de la psique sino que era parte de ella. Como colofón podría decirse que ante el yo de Freud si no se dialectiza lo dialectizable, habrá pérdidas conceptuales y tendencias sesgadas.

A manera de síntesis de lo afirmado sobre las distintas facetas del yo en la teoría freudiana se ha bosquejado el siguiente diagrama que describe esencialmente las diferentes funciones que el vienés le atribuyó al mismo:



Las únicas ideas que no habían sido comentadas hasta ahora y que aparecen incluidas en el esquema serían: el yo-placer purificado (*Lust-Ich*) y el yo actual. El primero, puede ser considerado como el núcleo inicial a partir del cual se constituye el yo del narcisismo. Si se quisiera diferenciar estas dos estructuras -*Lust Ich* y yo narcisista- a través del prisma de la TIF, podría decirse que las identificaciones primarias se relacionan con la constitución del yo-placer purificado en tanto *Duelo* y *melancolía* (1915) ofrecería un modelo para pensar la estructuración del yo narcisista. Este último aspecto fue resuelto por Lacan mediante las identificaciones imaginarias del estadio del espejo (véase III, 10). A Klein, la constitución del yo no le planteaba problema alguno: según se ha visto *supra*, el bebé nace con un yo rudimentario, aunque operativo. Sólo a partir de los años cincuenta, tras la introducción de la identificación introyectiva, modificó su teoría sobre dicha instancia.

10.3. Un inciso: el yo en Hartmann

La inclusión en este capítulo de la faceta de su obra referida al yo servirá para poner en evidencia la variedad de interpretaciones que se hizo del pensamiento de Freud sobre este asunto. Las que elaboradas por Hartmann y Lacan fueron radicalmente opuestas. También hubo grandes diferencias entre las concepciones de Hartmann y Klein sobre el yo: el primero asumió buena parte de las tesis de Anna Freud sobre dicha instancia; ellas diferían considerablemente de las hipótesis de la autora de *Envidia y gratitud*. Hartmann, Kris y Anna Freud fundaron en 1945 la revista *Psychoanalytic Study of de Child*, desde cuyas páginas se difundió internacionalmente el annafreudismo en el campo del psicoanálisis de niños.

Las ideas que se expresarán enseguida permitirán entender los motivos de la adhesión de los dos psicoanalistas radicados en EE.UU. a las tesis expresadas por la hija del fundador del psicoanálisis en su libro *El yo y los mecanismos de defensa* (1936). Obvio es decirlo, las ideas de S. Freud, Klein, Hartmann, Anna Freud y Lacan eran bien diferentes respecto del yo. Ponerlas en evidencia ha sido el objetivo de este capítulo. Se percibirá que los cuatro nombrados en último término se manifestaron explícitamente como seguidores de S. Freud, a pesar de que las diferencias con él fueron más que notables. Cabría agregar que, respecto del yo, todos ellos manifestaron haber encontrado apoyos para sus ideas en los textos del creador del psicoanálisis.

Hartmann transformó el psicoanálisis en una teoría de la adaptación al medio; pensaba que debía ser una ciencia natural, abocada al estudio y resolución pragmática de las problemáticas mentales. Dicho en otros términos: ciencia de las causas y de su remoción práctica más que un psicoanálisis de orientación hermenéutica dirigido a describir, comprender y transformar la subjetividad del paciente sobre la base de una teoría compleja del funcionamiento mental que tuviese como eje el concepto inconsciente y el de conflicto psíquico.

El psicoanalista radicado en EE. UU. pensaba que Freud había elaborado su teoría –incluida la del yo– tomando como referente al neurótico, sujeto más perturbado que el humano promedio. Su postulación de “un área libre de conflicto en el yo” suponía una visión optimista, por no decir un tanto ingenua, de la práctica clínica, que venía a reforzar una tendencia ya existente en el psicoanálisis americano. Esta perspectiva le distanció remarcablemente de la concepción de Freud quien, con su *Más allá del principio de placer* (1920) –introducción de la pulsión de muerte y sus manifestaciones; entre ellas la compulsión a la repetición–, manifestó una esperanza *limitada* en cuanto a las posibles transformaciones clínicas del paciente y, también, en los progresos de la humanidad.

Con su elaboración del concepto de inconsciente en el año 1900, Freud sacudió a la humanidad afirmando no sólo la existencia del mismo sino y también su primacía sobre la conciencia. Volvió a hacerlo en 1920 con la introducción del par Eros-Tánatos. Luego siguieron las innovaciones propias de la segunda tópica. El conjunto supuso postular una teoría del funcionamiento psíquico basado en la noción de conflicto intra e intersistémico. A partir de estas elaboraciones, la relación con la realidad no podía ser de armonía plena ni muy duradera. En todo caso, la realidad llamada “objetiva” –*Wirklichkeit* era la palabra alemana que empleaba el vienés para referirse a ella–, era construida *siempre* subjetivamente con la mediación de la realidad psíquica –*psychische Realität*–. Esta última estaba indisolublemente ligada a los procesos inconscientes, la sexualidad y las fantasías. Se esté o no de acuerdo con estas ideas, tal fue la perspectiva *predominante* en Freud que, evidentemente, no estuvo libre de contradicciones ni de argumentos rebatibles. Esto exigió interpretaciones por parte de sus lectores, cosa que por otra parte sucedería con todo pensamiento que no estuviera cerrado a cal y canto. Es probable que en esa virtud resida la capacidad de una teoría para conservar su valor heurístico e instrumental y, por lo tanto, su vigencia. Convendrá partir de esta premisa: ningún pensamiento complejo está exento de contradicciones.

Pero, además de lo dicho, cabría agregar que toda interpretación tiene sus límites y, si se los traspasara, dejaría de ser una tarea hermenéutica para convertirse, o bien en una lectura proyectiva o bien en una nueva teoría, distinta de la que se ha pretendido interpretar. Llevar a confines extremos las ideas de un autor –Freud en este caso–, no debería considerarse un falta grave; especialmente, si se reconociera las consecuencias conceptuales que tal movimiento conlleva. Más aún: podría tratarse de aportaciones novedosas. El debate sobre estas cuestiones dará sustancia a las próximas páginas.

Los que adhirieron a la *Ego Psychology* sostuvieron una posición muy diferente a la de Freud respecto del yo: se desprendieron de *casi* todo lo que para vienés implicaba conflicto: comenzaron por idear un yo autónomo libre de aprietos, capaz de controlar unas pulsiones supuestamente maleables –en especial, las agresivas–, cosa que les permitió concebir una relación menos determinada por lo endopsíquico en los vínculos con la realidad externa. Para esta corriente psicoanalítica, el narcisismo no concernía al yo sino al *self*. El yo no se constituía como tal conjuntamente con el narcisismo freudiano, tesis freudiana por excelencia. De ahí que no lo considerara sexualizado.

Por otra parte, un superyó amansado, despojado de su sadismo y transformado en una pura instancia educadora y trasmisora de los valores familiares, liberaba también al yo de otras presiones para que éste pudiera operar con mayor autonomía y fuerza en la realidad social –que para nada se

confundía con la realidad psíquica, la del deseo inconsciente—. El yo resolvería las múltiples exigencias de la vida cotidiana con su capacidad de síntesis y de integración, dando una respuesta unitaria y equilibrada de la persona a su medio. La adaptación del yo a esta triple exigencia –realidad, superyó y ello– pasaría por un justo medio que no rompería sensiblemente la armonía entre esas instancias del aparato psíquico –siempre, las de la segunda tópica, y casi sin mencionar la primera–. Partes de las defensas empleadas por el yo se consideraron adaptativas. En los apartados siguientes se ampliarán estas ideas.

- 10.3.1. Hartmann, padre de la Psicología del yo
- 10.3.2. Yo autónomo y el área libre de conflictos
- 10.3.3. La noción de adaptación
- 10.3.4. Introducción del *self*. Rechazo de la teoría freudiana del narcisismo y de la pulsión de muerte
- 10.3.5. Hacia una Psicología psicoanalítica general (abordaje psicológico del yo)

10.3.1. Hartmann, padre de la Psicología del yo

Nacido en Viena, emigró a Nueva York en 1941 donde, junto con Kris y Loewenstein, fundó la corriente psicoanalítica conocida como *Ego Psychology*, que tuvo amplia repercusión en Estados Unidos y después en el mundo entero, especialmente en las décadas de los años cincuenta y sesenta.²⁸ Esta corriente se desarrolló en el seno de la IPA y, dentro de la misma, más en algunas de sus filiales nacionales que en otras.

Hartmann (1894-1970), al diferenciar y separar las funciones del yo por un lado y las del *self* por otro, vació al yo de las investiduras narcisistas y concibió un yo “pura función” que operaba desde el nacimiento gracias a dispositivos sensorio-motrices congénitos y autónomos. Sostuvo que las funciones a su cargo eran las siguientes: percepción, lenguaje, motilidad, memoria, inteligencia, intuición, comprensión, etc. Gracias a ellas se lograría la adaptación al medio. Para la *Psicología del yo* habría un yo autónomo, innato, libre de conflictos, y otro yo que participaría en los conflictos psíquicos, implementando los mecanismos de defensa contra las exigencias pulsionales del ello. Si la conflictividad era resuelta, se generaba una ganancia de autonomía –secundaria, en este caso– que ampliaba la primaria. La adaptación a la realidad de los inicios de la vida –bastante precaria–, iría mejorando gracias a los procesos de maduración y aprendizaje del niño, siempre y cuando estuviera rodeado de un “entorno esperado promedio”.

El yo fue considerado por Hartmann como el órgano por excelencia de la adaptación; lo modeló teóricamente como una instancia especialmente apta para establecer la relación con la realidad social. La lectura de sus textos despertó interrogantes como los siguientes: ¿fue su interés por el yo que desembocó en la problemática de la adaptación? O, por el contrario, ¿fue la adaptación su punto de partida y a partir de ésta trazó las líneas directrices de su propia concepción del yo? Quien escribió esta tesis se decantó más por lo segundo que por lo primero. La inclinación de la balanza hacia esa alternativa se fundamentaría en que Hartmann ya se había preocupado por ese tema mientras vivió en Viena y lo había considerado de gran importancia. En dicha ciudad dictó una conferencia –¡en 1937!– sobre este asunto. La tituló *La psicología del yo y el problema de la adaptación*, y allá mismo fue publicada dos años más tarde. En términos más amplios, podría decirse que su lectura de la segunda tópica freudiana estuvo mediada por el prisma de la adaptación. Sin embargo, su perspectiva no debería evaluarse simplistamente como una adecuación de su pensamiento al medio estadounidense, lograda mediante la creación de un “psicoanálisis a la americana”, como tantas veces se dijo. Tampoco cabe tildarle rápidamente de adaptacionista puro y duro, entendiendo esta actitud en el sentido de: ajustar al paciente a las condiciones de la sociedad en que vivía. Pero aun así, lo cierto es que “su” psicoanálisis tuvo amplias posibilidades de difundirse en una sociedad con las características que tenía la norteamericana en la inmediata post-guerra mundial. Algunos pensaron que Hartmann estaba desarrollando las ideas de su compatriota Alfred Adler (1870-1937) quien con anterioridad había hecho un intento de edificar una psicología del yo –y de su participación en la realidad social–, sin que lo inconsciente y la sexualidad fueran factores determinantes para dicha instancia. Tal vez fuera más

probable —por ser un proyecto iniciado en los años 60— que Hartmann y sus colaboradores concibieran un ambicioso plan para elaborar una Psicología general de carácter psicoanalítico, en articulación con algunas disciplinas que ellos consideraban afines, a saber: biología, psicofisiología, psicología infantil inclinada al psicogenetismo, psicología social, etc.

Hartmann y sus seguidores soslayaron el carácter sexual del yo. Recuérdese que para Freud el narcisismo primario suponía que la representación corporal unitaria —yo primigenio— era considerada un objeto de amor —en consonancia con el mito griego— y además, un objeto de las pulsiones. Es obvio que estas ideas, expuestas en *Introducción al narcisismo* (1914), no hacían del yo una instancia autónoma.²⁹ Para los psicólogos del yo, en cambio, esta instancia estaría dotada de una energía *asexual*, neutralizada, capaz de enfrentar a las pulsiones del ello. También se distanció de las tesis freudianas que hacían del pensamiento consciente un rodeo para la consecución de los mismos fines que perseguía el proceso primario: la realización de deseos. No era de extrañar entonces que quienes adscribieron a esta corriente privilegiaran la segunda tópica de Freud en desmedro de la primera y apoyaran —relativamente— *una* de las tesis del vienés sobre el surgimiento del yo: la que le consideraba una diferenciación del Ello a partir del contacto con la realidad. De manera decidida, rechazaron la constitución identificatoria del mismo [Capítulos II y III de *YyE* (1923), comentada en 10.2.4 y también en I, 1.1.7. y I, 3.7]. Estaba claro: si el yo se constituía mediante identificaciones con el otro, no podría ser autónomo. Pero también cuestionaron la primera concepción porque consideraban que ella dejaba al yo demasiado apegado al Ello; por eso acabaron asignándole una base más biológica que pulsional.

Incluso los conceptos concebidos por Freud antes del llamado codo de 1920 fueron reformulados por Hartmann y sus colaboradores desde la perspectiva estructural; por lo que la especial importancia que otorgaron a las funciones del yo se completó con un menoscabo de la otorgada a los procesos inconscientes y otros conceptos metapsicológicos, de los que Freud se había ocupado entre 1900-1920, sin renunciar a ellos, pese a haber elaborado una segunda tópica. La revisión de Hartmann alcanzó a buena parte de los conceptos y nociones que daban soporte a la primera tópica del vienés. Con la idea de modernizar varios pares de opuestos creados por Freud, el psicoanalista radicado en EE. UU. enfatizó la multifactorialidad, policausalidad y sobredeterminación, criticando de “simplista” los pares antitéticos: catexis del yo-catexis de objeto; pulsiones (o deseos inconscientes)- defensa del yo; energía libre-energía ligada, principio del placer-principio de realidad, etc. Freud los había forjado para diferenciar y contraponer dos legalidades muy diferentes del funcionamiento de la psique: la del sistema *Inc.* y la del *Prec.-Cc.* Pero no era esa tópica la que interesaba a los psicólogos del yo.

10.3.2. Yo autónomo y el área libre de conflictos

Afirmada la premisa de que el yo era el órgano de la adaptación y habiéndolo desenraizado del Ello, le asignó un anclaje en lo biológico. Soporte que sin duda alguna existe pero que era insuficiente para dar cuenta del funcionamiento de una instancia *psíquica*. El paso siguiente fue otorgarle un carácter congénito e innatamente facilitador de las interacciones con el ambiente.³⁰ El área del yo libre de conflictos llevaba a cabo funciones autónomas primarias —sobre las que más insistió Hartmann fueron: la percepción, la memoria y la inteligencia—; aunque también fue variando el número y el tipo de funciones primarias que acordaba al yo, agregando y quitando algunas, en sus diferentes artículos y publicaciones. Las que permanecieron incólumes fueron las tres recién nombradas. El bebé realizaba estas tareas desde su nacimiento —mediante “aparatos congénitos”, según la terminología de este autor—, lo que implicaba la existencia de diferencias entre un recién nacido y otro.³¹

La autonomía secundaria del yo era lograda cuando se podía resolver el conflicto entre el yo y las otras instancias psíquicas, especialmente con el ello. El yo lograba posponer de manera estable alguna exigencia pulsional para satisfacer, por ejemplo, al superyó. Las defensas cambian de función y devienen adaptativas. Igualmente, los rasgos de carácter. El yo libre de conflictos opera con energía neutralizada, proceso que la psicología del yo relaciona con la sublimación y la desexualización freudianas, aunque sin tener presente todas las implicancias que el vienés le adjudicó a tales procesos: la defusión de Eros y Tánatos con sus consecuencias sado-masoquistas (véase I, 6.4.1).

Hartmann consideraba que la autonomía del yo podía no ser permanente y describió casos incluso de reversión de la misma: si la intensidad de la carga pulsional aumentaba reaparecían los

conflictos, se perturbaba la función de síntesis del yo y disminuía la adaptación. De la lectura de sus escritos parece desprenderse por momentos que el fortalecimiento del yo conllevaba una acentuación de la represión –o, más ampliamente, de las defensas–, o una potenciación de los rasgos de carácter, pero considerándolas adaptativas. Las críticas fueron en estos contextos muy explícitas: Freud escribió lo que escribió porque había elaborado su teoría a partir del análisis de personas neuróticas y, por esos motivos, tenía una visión más conflictiva del ser humano. Hartmann se proponía en cambio, formular una teoría del yo que fuera más allá de lo psicopatológico; se trataba del ya comentado proyecto de una *Psicología general* de corte psicoanalítico.

Sostuvo que el yo poseía una energía propia que no era de carácter libidinal; esa energía neutralizada podía contrarrestar con éxito a las pulsiones sexuales. Además, esa energía propia podría incrementarse secundariamente tras la resolución de los conflictos.

En la misma línea situó al superyó al que consideró como una instancia relacionada con la educación y con el cumplimiento de ciertas reglas sociales. Un superyó de esas características –bien integrado– podría ser funcionalmente hábil para asumir y responder a las exigencias de la sociedad. Consideró que si el yo era suficientemente fuerte y los conflictos poco intensos –porque se empleaban las defensas idóneas– era posible renunciar o posponer las exigencias del Ello para satisfacer las del superyó.

A la compulsión a la repetición no le otorgo excesiva importancia; más bien consideró que había repeticiones adaptativas; en ese rubro situó los hábitos útiles. En *Ensayos sobre la psicología del Yo*, más específicamente en el capítulo titulado “Comentarios sobre la teoría psicoanalítica de los impulsos instintuales”³², dijo:

“Si aceptamos una hipótesis de que una forma de energía agresiva neutralizada actúa sobre el yo, podemos poner en duda aquella idea trascendental de Freud que en su sentido más estricto quiere decir que la autodestrucción es la única alternativa para la destrucción. H no sabe qué hacer con el masoquismo.

10.3.3. La noción de adaptación³³

El privilegio otorgado a esta noción determinó que las relaciones del yo con el mundo externo quedaron situadas en el centro de las reflexiones de esta corriente. Hartmann consideró que la adaptación podía ser auto o aloplástica; la primera suponía que el yo era quien se ponía de acuerdo con la realidad externa; la segunda implicaba esforzarse por modificar la realidad para que concordase con el yo. Una tercera posibilidad era la de tomar distancia con la situación que generaba conflictos; retirarse de esos contextos era, también, una actitud adaptativa. Dentro de ese contexto, también criticó el par antitético *principio del placer-principio de realidad* y la secuencia establecida por Freud: el principio de realidad preexistiría al principio del placer. Según el autor que se está comentando, el principio de realidad estaría presente desde el comienzo de la vida. Funcionar según la realidad, oponiéndose al principio del placer, es lo que permitiría el progreso del sujeto hacia la salud; a la vez, esa actitud era un indicador de la fortaleza yoica.

La adaptación era para este autor un fenómeno necesario; imprescindible. Este fue un punto de partida y el psicoanálisis debía conducir a la persona a asumir esa realidad. Era necesario ampliar las funciones adaptativas. Para ello, se contaba con aparatos congénitos que pertenecían al yo y que facilitaban la adaptación. Hartmann interpretó la teoría freudiana desde esa perspectiva o desde esa premisa suya. De ahí que considerase que su concepción resolvía muchos problemas de la teoría de Freud.³⁴ Para él, la adaptación era el fundamento del concepto de salud psíquica. Supuso que Freud habría creado la segunda tópica para dar cuenta y resolver la cuestión de la adaptación.

10.3.4. Introducción del *self*. Rechazo de la teoría freudiana del narcisismo y de la pulsión de muerte

Ya se anticipó en 10.1.1. que Klein fue una de las primeras analistas que utilizó la noción de *self*, cuyo uso se extendió luego en la escuela británica. Hartmann la introdujo en la Psicología del yo y posteriormente Edith Jacobson –una de sus colaboradoras más estrechas– integró este vocablo de

manera concluyente en el psicoanálisis americano, a partir de su obra *The self and the object world* (1964). Una expresión suya hizo, por entonces, fortuna: *representaciones del self y del objeto*.^{35*}

Hartmann sabía que Freud nunca había descrito al yo desde una perspectiva fenomenológica y que más bien insistió en que se trataba de una instancia o incluso, más ampliamente, de un sistema, tal como pudo apreciarse en el esquema insertado al final de 10.2.6. La noción de *self*, entendida como experiencia subjetiva de sí mismo, podía ser en todo caso una función del yo, pero no constituía al yo como tal. El vocablo adquirió una presencia enorme en el psicoanálisis anglosajón; esta acepción acabó sustituyendo prácticamente al vocablo yo.^{36*} En los EE. UU. sucedió otro tanto: el *self* ocupó un sitio relevante en de casi todas las escuelas psicoanalíticas; especialmente después que Kohut denominara *self-psychology* a su manera de entender el psicoanálisis. De manera concomitante esos usos llevaron a un florecimiento de múltiples interpretaciones acerca de sus alcances semánticos, razón por la cual la metapsicología del *self* devino muy imprecisa; por momentos ambigua y polisémica. Como suele suceder con toda tendencia que se pone de moda e impone, finalmente le surge una contracorriente. En la actualidad son muchos los psicoanalistas contemporáneos que lamentan que el *self* haya ocupado la escena clínico-teórica y se hayan tornado casi imposibles las reflexiones sobre el conflicto psíquico.

Lo afirmado en los apartados anteriores permitió apreciar con claridad que los miembros de esta corriente del psicoanálisis privilegiaron al yo, al *self* y a la noción de persona con menoscabo de lo inconsciente y el Ello.

Basados en el pragmatismo filosófico y en las nociones de profilaxis social o higiene mental, dieron fundamento a un psicoanálisis al que consideraban “moderno”, medicalizado, pasible de asociarse con la psiquiatría dinámica y practicable en las instituciones hospitalarias; opusieron ese conjunto al “antiguo psicoanálisis europeo” al que consideraron embargado por la pulsión de muerte, la negatividad y por una actitud demasiado pesimista en el plano terapéutico. Se manifestaron contrarios a cualquier referencia acerca del “malestar en la cultura” y a la orientación endogenetista de las corrientes kleinianas. En cambio, privilegiaron, una concepción de la realidad psíquica construida mediante los aparatos de adaptación sin la mediación de lo inconsciente –con su carácter deseante, disruptivo, repetitivo y atemporal–. En otros términos: redujeron el descentramiento de la conciencia que Freud había producido con la creación de un sujeto deseante y pulsional.

La *Psicología del yo* tampoco adhirió a las tesis freudianas de la pulsión de muerte; hizo otro tanto con las tendencias filogenéticas y lamarckianas del vienés (transmisión hereditaria de las fantasías originarias y de ciertos caracteres adquiridos). Se sintieron conceptualmente más cercanos a la versión kleiniana del par Eros-Tánatos que a las propuestas freudianas. Fueron más sensibles a los postulados culturalistas³⁷ y a ciertas posiciones críticas del feminismo que a las ideas del psicoanálisis clásico respecto de los contenidos originarios y universales del inconsciente. En la transferencia el analista debía ocupar el lugar de un yo fuerte con el que el paciente se habría de identificar; en el plano técnico privilegiaron el análisis de las resistencias.

10.3.5. Hacia una Psicología psicoanalítica general (abordaje psicológico del yo)

Hartmann fue un personaje siempre abierto a los avances en la biología, la neurobiología, la medicina, las teorías sobre el desarrollo evolutivo, la filosofía, antropología, sociología, etología, etc. Quería amalgamar los saberes de esas y otras disciplinas articulándolas con el psicoanálisis, al que otorgaba un lugar privilegiado en su proyecto de construir esa psicología general. Para ese propósito, su concepción sobre las áreas autónomas del yo era un elemento fundamental, dado que le permitió estudiar al yo en un territorio muy amplio: el situado más allá de la psicopatología y los conflictos psíquicos. La hipótesis hartmanniana acerca de la autonomía del yo hizo que situase entre la pulsión y las normas sociales, una instancia mediadora que relativizaba tanto el radicalismo freudiano de las pulsiones como el determinismo social del sujeto.

La integración del psicoanálisis a una psicología general conllevó la adhesión a una perspectiva genética –psicología evolutiva–, que a su vez promovió la creación de teorías acerca de los estadios del desarrollo.³⁸ Una de las cuestiones que interesaron especialmente a los psicólogos del yo fue dar cuenta de los aprendizajes del niño y de su capacidad para adaptarse. Ernest Kris cumplió un rol significativo en ese aspecto al organizar un Centro de Estudios sobre la infancia, en la Universidad de

Yale. En ese contexto se llevó a cabo una investigación longitudinal sobre el desarrollo del niño en las primeras etapas evolutivas. El método básico de la investigación fue la observación directa de niños. Spitz y Mahler contribuyeron substancialmente al estudio y comprensión del funcionamiento de la psique infantil. El primero tomó como eje al objeto libidinal para sus investigaciones, mientras que la segunda contribuyó a la psicología del yo con sus nociones de simbiosis e individuación. Más allá de la psicología infantil los psicólogos del yo ensayaron articular el psicoanálisis con la psicofisiología, la psicología social y la psicología del aprendizaje.

El proyecto de una psicología general condujo también a Hartmann a restringir –aunque sin negarle importancia– a la influencia de la pulsión sexual en la vida psíquica; en la misma dirección operó su impugnación de la pulsión de muerte y su sustitución por el concepto de agresión, al que situó en un mismo plano respecto de la libido (Eros); con estos cambios, el segundo dualismo pulsional freudiano quedaba completamente atemperado en sus alcances originales.

Un verdadero puntal para los objetivos de construir una psicología general fueron los aportes metodológicos de D. Rapaport, quien consideraba que el psicoanálisis podía construir una teoría general del aprendizaje y de la motivación; según él los procesos mentales eran motivados por la necesidad de descargar la tensión. Trabajó también sobre la interpretación psicoanalítica de test psicológicos y escribió sobre dicho tema un libro –en colaboración con R. Schafer y M. Gill– titulado *Experimentación en diagnóstico psicológico* (1945-1946). Trató de articular la segunda tópica freudiana con los puntos de vista de Hartmann. Propuso, asimismo, la verificación empírica del psicoanálisis. A continuación se abordará la teoría del psicoanalista francés sobre la instancia yoica

10.4. El yo en la teoría lacaniana

Lacan creó una teoría estructural –no fenomenológica– del sujeto, al que diferenció del *moi* y del *Je*, alejándose de los conceptos de yo y *self* kleinianos. También se situó en la antípoda de Hartmann: su yo era imaginario, narcisista y, por ende, sexualizado; además, estaba lejos de ser autónomo. El sujeto (\$), constituido como efecto del significante proveniente del campo del Otro, quedó determinado por lo inconsciente e imposibilitado de escapar a ese influjo estructural; no podía por lo tanto adaptarse a la realidad.

Entre las dos teorías del vienés respecto del surgimiento del yo: a) como instancia narcisista y b) como ser viviente sometido a exigencias adaptativas, Lacan optó por la primera. Desde el *EE* (1949) hasta sus últimos seminarios y escritos, siempre tomó como punto de partida las tesis de *Introducción al narcisismo* y las de la primera tópica. Profundizó en las elaboraciones freudianas sobre el narcisismo y la estructuración yoica teniendo como referente importante la imagen unitaria del cuerpo. Esta perspectiva le llevó a introducir aspectos novedosos en su concepción sobre el narcisismo, que la distinguieron de sus homónimas en Klein y Freud.

Abordar el yo en la obra de J. Lacan exigirá, de manera imprescindible, presentarlo dentro del contexto teórico del cual formó parte. De ahí que encontrará un lugar natural para ser comentado en la tercera parte de esta tesis, dedicada a la TIL. El capítulo III, 10 de la misma estará íntegramente consagrado al yo. Tras abordar esta problemática en su obra se han establecido cuatro tiempos en sus elaboraciones, ya mencionadas al comienzo de este resumen. Las principales ideas expuestas en III, 10. se resumen en el cuadro de la página siguiente, en el que el segundo y tercer período se presentan conjuntamente.

Al final de su obra quedó claro que tanto lo imaginario, como lo real y simbólico eran determinantes de la estructura y funcionamiento yoicos. Por lo tanto, en Lacan podría distinguirse:

- Un yo imaginario: $moi \leftrightarrow i(a)$. Se trata de las relaciones del yo con la imagen del otro.
- Un yo determinado simbólicamente; por lo tanto, tampoco era autónomo. Si el kleiniano dependía de los instintos, éste estaba subordinado a lo simbólico.
- Un yo relacionado con lo real y con el goce. Se introdujo la cuestión de la inercia del yo, la problemática del masoquismo y las manifestaciones de la pulsión de muerte; entre ellas: la compulsión a la repetición.

CUADRO SINÓPTICO: EL YO EN LA TEORÍA LACANIANA

PERIODOS	CATEGORÍAS CONCEPTUALES	REFERENCIAS DE TEXTOS
PRIMER PERIODO EL YO Y LO IMAGINARIO	Fundación del yo y del registro imaginario. Un yo opuesto a toda filosofía derivada del cogito El estadio del espejo y la identificación imaginaria. La omnipotencia del yo La alienación imaginaria y el yo ideal. La fascinación por la imagen El cuerpo fragmentado. Transítivismo y agresividad Celos y rivalidad. Viraje del yo especular al yo social El conocimiento paranoico	<i>De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad</i> (1932) <i>El estadio del espejo como formador de la función del yo ["je"] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica</i> (1936-1949) <i>La familia</i> (1938) <i>La agresividad en psicoanálisis</i> (1946) <i>Acerca de la causalidad psíquica</i> (1946)
SEGUNDO Y TERCER PERIODO EL YO Y LO SIMBÓLICO	Primeras articulaciones simbólico-imaginarias del yo Introducción del sujeto mediante los esquemas ópticos Incorporación del estadio del espejo en la tópicá RSI Articulación del Nombre de padre con los tres registros Anudamiento de la necesidad, demanda y deseo con la cadena signifiante Versión minimalista del estadio del espejo: $m \leftrightarrow i(a)$ * * * * * Regulación simbólica de lo imaginario. El sujeto y el objeto a , causa del deseo El asentimiento materno frente a la imagen especular El ideal del yo, instancia simbólica y pacificante. Diferenciación entre el yo ideal y el Ideal del yo El yo como síntoma	<i>Lo simbólico, lo imaginario y lo real</i> (1953) <i>Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis</i> (1953) Esquemas: L, Z y R. El grafo del deseo. Los modelos ópticos <i>Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache...</i> (1960). * * * * * Seminario 8: <i>La transferencia</i> Seminario 9: <i>La identificación</i> Seminario 11: <i>Los cuatro conceptos...</i> Seminario 14: <i>La lógica del fantasma</i> Seminario 15: <i>El acto psicoanalítico</i> Seminario 16: <i>De un Otro al otro</i> Seminario 17: <i>El reverso del psicoanálisis</i>
CUARTO PERIODO EL YO Y LO REAL	Tripartición (RSI) del yo y sus articulación con las triparticiones del objeto a y del fantasma Lo imaginario del yo y su articulación con lo real y simbólico en los nudos borromeos El goce del yo: masoquismo erógeno. Las manifestaciones de la pulsión de muerte en el yo Rasgos de carácter del yo como estructuras metafóricas cristalizadas. La inercia del yo El carácter del yo es la definición misma de lo real: lo que insiste, lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo que resiste al signifiante	Seminario 19: <i>...O peor</i> Seminario <i>El saber del analista</i> (dictado en el Hospital Sainte-Anne). Seminario 20: <i>Aun</i> Seminario 21: <i>Los desengañados se engañan o los Nombres del padre</i> Seminario 22: R.S.I. Seminario 23: <i>El sinthome</i> Seminario 26: <i>La topología y el tiempo</i>

10.5. Cotejo de las teorías del yo en Freud, Klein y Lacan

- Para Klein, el yo era innato. Según Freud y Lacan no había un yo constitucional sino constitución del yo. Ambos postularon la vía identificatoria para la estructuración del mismo: identificaciones imaginarias con punto de partida en el otro, en la teoría del psicoanalista francés e identificación secundaria a la resignación o pérdida del objeto –yo, instancia de la segunda tópica– en la del vienés. El yo que surgía de manera coetánea al narcisismo primario era producto una identificación incorporativa de un objeto totalizado, tal como fue descrita en *DyM* (1915). Lacan criticó el mecanismo freudiano de *incorporación* y la sustituyó por la *captación visual* de la imagen completa del otro. Klein, a partir de 1946-1952, planteó que la identificación introyectiva yoica participaba en la *remodelación* del yo innato, en momentos en que la angustia persecutoria disminuía y, siempre, en momentos de predominio de Eros (libido de succión). La introyección del objeto bueno, entero, indemne, creaba un núcleo central en el yo que favorecía su integración. Esta modalidad identificatoria no estructuraría al yo –porque era congénito– pero favorecía, en cambio, la cohesión del mismo al crear una matriz libidinal dentro de dicha instancia. De este modo, los efectos de la I. I. eran parecidos o equivalentes a los que tenía el narcisismo primario en la teoría freudiana. Se volverá al tema del narcisismo casi al final de este parangón.
- Lacan diferenció de manera tajante el yo del \$. La identificación simbólica, llevada a cabo por el significante (rasgo unario) proveniente del Otro, fundaba al sujeto, que quedaba ligado desde entonces al orden simbólico. Tanto la conciencia como el yo giraban en la órbita de lo imaginario, del narcisismo. Esta diferenciación entre el \$ y el yo fue propia de Lacan; no apareció como tal en Freud ni en Klein. Se podría considerar que la distinción establecida por el vienés entre lo edípico y lo narcisista era un antecedente de dicha discriminación.
- Para Klein, el yo innato procesaba e integraba mociones pulsionales desde el primer día de vida. Si bien al principio era poco organizado y podía fragmentarse, no funcionaba caóticamente. El yo kleiniano llegaba al mundo aterrorizado por el instinto de muerte. Para Lacan, el yo se estructuraba en el estadio del espejo, fundador también del registro imaginario. En Freud, el *Lust-Ich* –yo del placer purificado– constituía el núcleo inicial del yo a partir del cual se formaba el yo del narcisismo. El yo, en tanto instancia de la segunda tópica, se conformaba durante el complejo de Edipo y debía responder a las exigencias del Ello (polo pulsional), del superyó y de la realidad: “tripe vasallaje del yo”. En su esfuerzo por servir a tres amos simultáneamente, el yo –que mantenía según Freud relaciones complejas con la represión y lo inconsciente–, se deformaba.
- Lacan atribuyó al yo un rol esencialmente defensivo; su concepto de defensa era cercano a Freud: evitar la irrupción de lo inconsciente en la consciencia. Para Lacan, el yo cumplía una función de desconocimiento; no quería saber nada de lo inconsciente; era una instancia resistencial por antonomasia. Estas resistencias tenían su fuente en las tres dimensiones del yo: a) la imaginaria; b) la simbólica –por la resistencia que imponía la cadena significante–; y c) lo real, por la inercia repetitiva propia del carácter. Se trataba de un yo omnipotente, opuesto a toda filosofía derivada del *cogito*, estrechamente relacionado con el yo ideal, fundamento de la alienación imaginaria (fascinaciones por la imagen). Fuente, asimismo, de los fenómenos de transivismo, agresividad, celos, rivalidad y conocimiento paranoico (véase III, 10). El psicoanalista francés le otorgó escasísimo relieve a las funciones no defensivas que Freud le había adjudicado al yo (véase *supra*, 10.2.4 y 10.2.5). Klein concibió las defensas como mecanismos que mitigaban la angustia; no estaban dirigidas a evitar el retorno de lo reprimido. De ahí la ausencia de un equivalente en su teoría del yo inhibitorio propuesto por Freud en el *Proyecto...* (1915) y otros yoes, a los que el vienés les atribuyó activar la represión y otros mecanismos de defensa. En la teoría de Klein no había proceso primario que frenar. Cabría decir, en cambio, que las huellas mnémicas del objeto desiderativo y del objeto hostil de la vivencia de satisfacción freudianas podría ser equiparados a los objetos idealizados (-buenos) y persecutorios (-malos), respectivamente, de las posiciones kleinianas.

- Para Lacan, el sistema percepción-conciencia que el vienés describió como función del yo, estaba determinado desde lo simbólico y lo inconsciente. Desechó las tesis de Freud de la diferenciación del yo a partir del ello, por contacto con la realidad. El yo kleiniano era una variable dependiente del par instintivo Eros-Tánatos. Si Eros alimentaba su tendencia a la integración, Tánatos era la causa del terror que lo embargaba y fundamento de la agresividad del yo hacia los objetos. No era por lo tanto una entidad autónoma –gran diferencia con Hartmann– sino en radical dependencia del instinto. Esta concepción del yo en Klein era próxima a una de las tesis freudianas expuestas en *YyE* (1923): surgimiento del yo a partir del Ello –por contacto con la realidad–, gracias a la mediación del sistema percepción-conciencia (véase *supra* 10.2.4). Convendrá señalar un aspecto diferencial: esa versión del yo freudiano aparecía más "impresionado" por la realidad que el kleiniano, empapado en fantasías. Cabrá comentar asimismo que Klein fue una de las primeras analistas que aceptó y desarrolló el dualismo pulsional de *Más allá del principio del placer* (1920), pero interpretó la pulsión de muerte en clave sádica.
- El yo lacaniano participaba de la función fantasmaticante, alimentando sobretudo lo imaginario del fantasma; el psicoanalista francés consideró que lo propiamente inconsciente del fantasma hacía un rodeo que evitaba la instancia yoica. La fórmula $\$ \langle \rangle a$ expresaba estas ideas de manera condensada. El yo kleiniano podría ser visto como un precipitado de fantasías. Por esta vía, y en ciertos sentidos, ella acentuó más que Freud y Lacan la dimensión fantasmática en la psique. La fantasía en la teoría kleiniana –correlato mental del instinto– fue calificada de inconsciente y considerada como el contenido de este último; cuestión que marcó diferencias con el inconsciente freudiano y el lacaniano. La división del sujeto psíquico y los efectos que la represión primaria determinaba en las concepciones de Freud y Lacan, fueron reemplazados en la teoría kleiniana por la disociación del yo y los mecanismos proyectivos e introyectivos (con o sin identificaciones) y las correspondientes biparticiones de los objetos (internos y externos).
- Freud y Lacan coincidieron respecto de los posibles desmontajes del yo en sus elementos constitutivos: desagregación de las identificaciones que lo conformaron. El yo kleiniano estaba siempre en riesgo de desintegración. Al no operar en su teoría la significación retroactiva, ella insistió sobre las posibles regresiones del yo.
- Lacan pudo diferenciar dentro de territorio del yo dos aspectos: el *moi* y el *Je*. Se lo permitió el genio de la lengua francesa. Redobló estas distinciones por medio del par *sujeto del enunciado* y *sujeto de la enunciación*, que importó al psicoanálisis desde la lingüística. El primero hacía referencia a lo efectivamente dicho, mientras que el segundo era el acto de enunciar el enunciado; era el proceso de fabricación del enunciado. El enunciado se relacionaba con el *moi*-yo (instancia narcisista, imaginaria); la enunciación con el *Je* (*shifter*), que estaba en estrecho vínculo con lo simbólico; si el primero denotaba autoconciencia narcisizada, el segundo apuntaba a lo inconsciente.³⁹ El yo lacaniano no era unitario. Esta partición entre el *Je* y el *moi* no tuvo antecedentes en Freud ni en Klein. Esta última diferenció entre yo y *self*. Otro aspecto: la raíz exclusivamente oral de los procesos de simbolización en M. Klein constituyó otra diferencia importante con Freud, y más aún con Lacan, que elaboró una concepción de lo simbólico muy distinta.
- Para Lacan, la agresividad era constitutiva y correlativa de la estructuración narcisista del yo por efectos de la identificación especular. Era producto de la tensión imaginaria que se generaba en la relación con el otro, el semejante. Klein relacionó la agresividad del yo con los instintos oral y anal sádicos especialmente dominantes en la posición esquizoparanoide. El concepto de envidia primaria, que apareció tardíamente en su obra (1956) era otra fuente de hostilidad hacia el objeto. Al considerarla constitucional, vale decir, no reactiva, la independizó de las actitudes más o menos frustrantes del objeto y/o del medio ambiente hacia el yo. Era por lo tanto una envidia primaria, endógena, manifestación del instinto de muerte, que se caracterizaba por el ataque que realizaba a todo lo que el objeto tenía de valioso. En la teoría freudiana, las actitudes agresivas del yo hacia el objeto o los intentos de dominio sobre él tenían su punto de partida en: a) el sadismo pulsional; b) el odio proveniente de fuentes narcisistas; c) la lucha del yo por su conservación y autoafirmación. Tanto en Freud como en

- Lacan, la agresividad estaba relacionada con el narcisismo, pero no era una traducción directa de la pulsión de muerte (Klein); para ambos, lo primario era el masoquismo –después de *Más allá del principio del placer* (1920) – y el sadismo, secundario. La agresividad era inmanente al narcisismo (Freud) y al registro imaginario (Lacan).
- El yo de Klein ocupaba el "polo sujeto" en las relaciones objetales desde el comienzo de la vida; también desde esos tempranos momentos existía una cierta discriminación yo-no yo. Su yo –incluso, el incipiente– no se confundía con los objetos. Esto fue coherente con su rechazo a la anobjetalidad propuesta por Ferenczi y Abraham de la que Freud se hizo eco. Que el yo ocupase para Klein el polo *sujeto* en la relación con el objeto supuso un diferendo con Freud, quien situaba a dicha instancia en calidad de *objeto* de las pulsiones.
 - Para Lacan, la llegada al mundo del recién nacido no era en posición de sujeto sino de objeto: era el falo de la madre. La identificación del cachorro humano con el falo imaginario se revelaba para el psicoanalista francés como la más primordial de todas las identificaciones. Freud, al principio de su obra, postuló al autoerotismo como el primer momento de la estructuración del aparato psíquico. Después de la segunda tópica, planteó un comienzo indiferenciado: narcisismo primario absoluto, anobjetal. Klein y Lacan se opusieron, cada uno a su manera, a esta idea.
 - Según Klein, existían relaciones de objeto desde el inicio de la vida, y el yo se diferenciaba de los objetos con los que se relacionaba. Esta primigenia diferenciación yo-no yo se veía afectada, luego, por la intensa actividad de los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva y por las escisiones del yo y del objeto; entonces –y de manera secundaria– los límites entre el interior y el exterior se hacían más difusos y complejos. Postuló en base a estas ideas, las relaciones de objeto narcisistas.
Freud osciló entre relaciones primigenias de objeto –anteriores al autoerotismo y favorecedoras de la instauración del mismo– y un comienzo narcisístico absoluto, cuyo modelo sería la situación intrauterina del feto. En este aspecto, Lacan se situó en la misma senda que la psicoanalista de niños.
 - Para Klein y Freud, el yo era la sede de la angustia, pero ambos tuvieron una concepción diferente de la misma; para la primera se trataba de la angustia persecutoria, depresiva y de aniquilación; para el segundo, eran derivados de la angustia de castración, aunque también angustia señal frente a un peligro real. Lacan pensaba que la angustia era, básicamente, la respuesta del sujeto ante la aparición del deseo del Otro. No se trataba, como en Freud, de una señal ante la falta de objeto –destete, castración, etc. –; según el autor de *Escritos*, la angustia, no era sin objeto. La consideró como el único afecto al que el psicoanálisis debía dirigirse.⁴⁰
 - La relación del yo con el narcisismo primario era muy clara en Freud: la representación corporal completa devenía objeto de amor y objeto de las pulsiones. Las identificaciones secundarias edípicas suponían un incremento del narcisismo, secundario en este caso, por retorno de la libido desde los objetos abandonados. Como es sabido, ella no concordaba con las tesis freudianas respecto del narcisismo primario, sobre todo del llamado "absoluto" y anobjetal. En cambio, buena parte de sus trabajos giraron alrededor de lo que bien podrían ser denominadas "*relaciones narcisistas de objeto*". Por otra parte, si se pensara en el mecanismo de identificación introyectiva recién comentado como así también en las defensas que producían la idealización del objeto en la PEP, se trataba del narcisismo freudiano en plena acción, aunque no nombrado como tal. Lo mismo podría decirse de algunas defensas maníacas de la posición depresiva, especialmente aquellas mediante las cuales el yo incorporaba un objeto ideal, para contrarrestar –si existiera, caso más frecuente en la teoría kleiniana– la fantasía de contener un objeto interno moribundo o irreparablemente destruido. Podría decirse que en Klein se desdibujó el aspecto económico del narcisismo, en tanto desapareció la diferenciación libido objetal-libido narcisista; en cambio, fueron jerarquizados los aspectos del mismo ligados a los fenómenos de idealización y, en menor medida, los vinculados con la libidinización del yo. Como en filigrana, diseñó un narcisismo, constituido en base a identificaciones del yo, ya sea con objetos idealizados externos que se introyectaban (PEP), ya sea con objetos buenos interiorizados (PD). Se trataba de un narcisismo construido sobre el

vaivén proyectivo -introectivo; era, por lo tanto, más relacional que la propuesta explícita del narcisismo en Freud.

Un último comentario respecto de este tema. Para el vienés -y más aún para Lacan- el narcisismo estaba íntimamente relacionado con la agresividad, pero esta agresividad no era la manifestación directa de la pulsión de muerte como en Klein. Ambos consideraron que la agresividad era propia e inmanente a la relación narcisista. Klein sostenía lo contrario: la envidia era lo primario, incluso constitucional; de ahí los ataques agresivos al objeto, independientemente de si el yo se sentía atacado o injuriado por ellos. La salida a esta situación no venía dada, como en Freud, por la pacificación que el pasaje por el complejo de Edipo y la castración suponían, sino por una mayor consideración hacia el objeto, cuando la ambivalencia se atenuaba (cierta presencia de Abraham en Klein). Entonces, la reparación, concepto genuinamente kleiniano, tomaba la delantera.

- Las identificaciones del complejo de Edipo temprano no tuvieron en la teoría de Klein la importancia tipificante de la sexualidad que Freud le había otorgado a sus identificaciones secundarias edípicas. Esto se debía a que en Klein, tanto el yo como la identidad sexual venían dados “de fábrica”: se nacía con un yo y, además, se llegaba al mundo con una identidad sexual psíquica en plena concordancia con el sexo biológico. En la teoría kleiniana, las identificaciones no eran secundarias a la pérdida o resignación del objeto; es decir, no eran posteriores a una pérdida de objeto que se saldaba con identificación. En términos generales, las identificaciones en Klein no eran ni primarias ni secundarias; eran siempre concomitantes a las relaciones objetales. La identidad sexual fue tratada por Lacan desde una perspectiva lógica mediante las llamadas fórmulas de la sexuación (véase III, 5.11.2. y 5.11.4). Ellas referían la determinación simbólica de la sexuación de los *hablanteseres* de manera formalizada.
- Un último apunte: si se aceptaran algunos trazos caricaturales podría decirse que el kleiniano era un yo “fóbico” (o fobizado); el de Freud tenía toques “melancoloides” y el Lacan fue pensado desde la paranoia.

10.6. Compendio del capítulo

Se ha llevado a cabo una presentación minuciosa de las elaboraciones de Klein sobre el yo y se las ha comparado con las concepciones de Freud y Lacan sobre el mismo tema, parangón que, por otra parte, ha sido el hilo conductor de esta tesis. En tanto la constitución del yo fue concebida de distintas maneras por los tres psicoanalistas y además, como cada uno le adjudicó múltiples funciones, el tema ofreció una ocasión proverbial para estudiar y confrontar las diversas facetas que le fueron atribuidas al mismo, en cada concepción. Para esta ocasión se ha sumado a Heinz Hartmann al corro, a quien se dedicó un apartado especial. Lo expuesto a lo largo del capítulo sobre las cuatro concepciones acerca de esta instancia mostró que se estaba ante un concepto complejo, polisémico y articulado con casi todas las restantes categorías psicoanalíticas.

Al exponer la teoría kleiniana sobre el yo se hizo evidente, en contraste con Freud y Lacan, el acento que ella puso en los factores constitucionales. *Su* yo era innato; ella no necesitó, por lo tanto, elaborar una teoría acerca de su formación, como fue el caso de los otros dos psicoanalistas. El carácter congénito del yo kleiniano le hizo ser un protagonista precoz de grandes e innumerables batallas psíquicas desde el momento mismo del nacimiento. La importancia otorgada a dicha instancia fue tan magna que por momentos el yo aparecía hipostasiando toda la vida psíquica, con excepción del superyó, instancia que también activó sus desvelos teóricos. Poco integrado cuando el bebé llegaba al mundo, el yo ganaba cohesión al atravesar la PEP, la PD y el largo proceso evolutivo posterior. Al final de su obra, la *capacidad ínsita de amor* y la *envidia primaria*, afectos vivenciados por el yo y expresiones del par instintivo Eros-Tánatos respectivamente, vinieron a acentuar su perspectiva constitucionalista y endogénica.

El abordaje de la teoría freudiana sobre el yo permitió apreciar que algunas funciones, otorgadas en principio a otras instancias, acabaron recayendo posteriormente sobre él. De tales movimientos se observaron también sus contracorrientes: la distribución, entre otros estamentos psíquicos, de tareas que otrora le habían sido asignadas a la instancia yoica. Estos fenómenos exigieron

una lectura e interpretación de sus textos que relacionaron –estructural y funcionalmente– las sucesivas versiones del yo que fue dando.

Lacan, por su parte, prestó especial atención a esta instancia desde el comienzo de su obra, tal como se apreció en sus escritos más tempranos: la primera y segunda versión sobre el estadio del espejo (1936 y 1949, respectivamente), *La familia* (1938) y *La agresividad en psicoanálisis* (1948). Fue el momento inicial y a la vez paradigmático del estudio de la relación del humano con su propia imagen y con la del semejante, fundamento del registro imaginario. Luego, en los años cincuenta abordó el tema por medio de los esquemas –ópticos, *L*, *Z*, *R*– y del grafo del deseo; durante esos dos lustros forjó su *lingüística* (véase III, 4) y trabajó la articulación entre lo imaginario y lo simbólico. La tercera fase –década de los años sesenta– se correspondió con el inicio de las formalizaciones lógicas, topológicas y matemáticas; precisó entonces la subordinación del yo a lo simbólico. La cuarta y última etapa de sus elaboraciones sobre el yo estuvo asociada a los nudos borromeos, a lo real y al goce; entonces, reformuló su concepción sobre los rasgos de carácter del yo, a los que consideró estructuras metafóricas cristalizadas y se hizo más claro que imaginario, real y simbólico participaban al unísono en la estructura y funcionamiento del yo. La plasmación escrita de esas aproximaciones a lo largo del capítulo evidenció marchas y contramarchas en los pensamientos de estos tres psicoanalistas. Se las presentó siguiendo la modalidad del *paso a paso*; sobre todo en el examen de la genealogía del concepto *yo* en cada una de ellas. Asimismo hubo referencias a los saltos conceptuales habidos, que muchas veces siguieron el estilo de los movimientos del caballo de ajedrez. Se comprobó que no faltaron los “enroques” teóricos. Para el examen de estas cuestiones se descartó la pretensión, imposible por otra parte, de agotar el tema. En otros términos: hubieron más menciones de hitos que una presentación exhaustiva de la problemática. Se comenzó el capítulo con la presentación de la teoría kleiniana del yo; se siguió con la de Freud y la de Hartmann. Por último se presentó un cuadro sinóptico con las ideas de Lacan sobre el tema. Finalmente, se hizo un cotejo de las tres teorías Del yo.

1. Claves del yo en la teoría kleiniana

La doble lectura realizada de su obra –cronológica y retroactiva– permitió establecer que las bases de su teoría sobre el yo fueron dos premisas: el carácter innato del mismo y el atravesamiento del yo por el par de opuestos bueno-malo. La primera proposición no necesitó explicación alguna; en todo caso, exigió descripciones de sus consecuencias más que una fundamentación de su presencia. Se esté o no de acuerdo con Klein, éste ha sido el zócalo de su pensamiento en esta materia. Respecto de la segunda premisa cabría decir que fue una nevadura que atravesó *toda* su teoría y, por lo tanto, incluyó al yo. El par bueno/malo, efecto de un sistema atributivo precoz y veloz, estuvo presente en todos sus textos; se la encontró acoplada al yo, al superyó, a los objetos, a la teoría instintual, etc.

El yo tuvo en su doctrina el carácter de *instancia encrucijada*: participó en casi todas las cuestiones clínicas y teóricas que Klein describió en su obra: la angustia, los procesos defensivos, los instintos, las fantasías, los fenómenos de integración y desintegración del yo, la función mediadora de esta instancia en las relaciones con los objetos; la intervención del mismo en los conflictos psíquicos, además, claro está, de su participación en las posiciones. Las problemáticas que fueron examinadas en los capítulos precedentes se obviarán en este resumen,⁴¹ que se centrará en las facetas del yo que no fueron abordados hasta ahora: el carácter innato y funcional del yo; la noción de *self*; el conflicto psíquico en Klein; el par integración-desintegración; la influencia de los factores constitucionales y los ambientales en el desarrollo evolutivo. Por último, se explicitará el enfoque metapsicológico realizado sobre el yo en la obra kleiniana.

El yo innato y funcional. Klein pensaba que la cría humana llegaba al mundo con engramas psíquico-motrices importantes y con un yo rudimentario aunque capaz de vivenciar la angustia, de realizar múltiples funciones defensivas y de responder a las excitaciones externas e internas. Le consideró fuente de proyecciones y agente de las introyecciones y lo entronizó como el núcleo psíquico primigenio que establecía relaciones con los objetos. El yo arcaico era portador de tendencias congénitas a la integración y desintegración; cuando estaba más integrado asumía roles fundamentales

en la simbolización, en la sublimación, en la reparación y en la creación e implementación de las fantasías.

Débil, no integrado, rudimentario, pero..., al fin y al cabo se mostraba como un batallador temprano que enfrentaba a Tánatos y a su manifestación fundamental –la angustia– mediante la escisión, la deflexión y la proyección. *Su* yo tenía e instrumentaba una fuerza propia, congénita, constitucional, aunque el *quantum* de la misma variaba de un neonato a otro. La combinación de los mecanismos de defensa recién nombrados más la escisión hacía que este yo inicial generase de entrada la polaridad bueno - malo, bajo sus formas extremas: idealización y persecución. Este clivaje concernía tanto al yo arcaico como a los objetos primigenios. En *EyG* (1957) planteó que la oposición bueno - malo era primordial y, por lo tanto, anterior a las otras oposiciones: yo-objeto, interior-exterior, etc.⁴²

¿Qué papel cumplían las identificaciones en la conformación del yo? Al ser éste innato, no tenían funciones estructurantes *primarias* del mismo; en cambio, les atribuyó un rol de primer orden en la integración del mismo, a través de la I. I.⁴³

Sobre la noción de self y sus diferencias con el yo: En los textos de Klein puede advertirse un lento y subrepticio pasaje desde el vocablo “yo” al término *self*, entendido como una *representación de sí mismo*. Durante K₂, yo y *self* fueron utilizados muchas veces como sinónimos; por ejemplo en *NAME* (1946), donde se refirió indistintamente a la escisión del yo o del *self*. A partir de 1952 empezó a usarlos de manera más discriminada. Años más tarde, en *MARI* (1959), especificó las diferencias:

“Antes de proseguir con mi descripción del desarrollo infantil, pienso que debería definir con pocas palabras los términos *self* y *yo* desde el punto de vista psicoanalítico. Según Freud, el yo es la parte organizada del *self*, sometida a la influencia constante de los impulsos instintivos, pero ejerciendo control sobre ellos a través de la represión; además, dirige todas las actividades y establece y mantiene la relación con el mundo externo. El *self* cubre la personalidad total, que incluye no sólo al yo sino también la vida instintiva que Freud denominó el *ello*.” [MARI (1959); OCKPA, vol. 6, p. 221.]

En esta cita puede leerse que el yo era una parte del *self*; La más organizada. El *self* “cubre la personalidad total”. En otras versiones distintas a la castellana se tradujo esta última frase así: “el *self* designaba el conjunto de la personalidad.” Con *self* –si mismo– se aludiría a cierta vivencia de unidad del sujeto, conformada como una amalgama de partes del ello, del yo, de imágenes del propio cuerpo y de objetos diversos. Se trataba de una representación de sí más consciente que inconsciente.

El conflicto psíquico en Klein. El fundamental era entre los instintos de vida y de muerte; ahora bien, definirlo como el principal no debería desdeñar las otras modalidades de confrontaciones. Sin embargo, convendría tener presente que en su obra, los primeros miembros de los pares en pugna que se señalarán a continuación pertenecían a un mismo polo del conflicto, mientras que los segundos, lo eran del otro bando. Esquemáticamente:

instinto de vida - instinto de muerte
amor - odio
integración del yo - desintegración del yo
gratitud - envidia
objeto bueno - objeto malo

Estos pares de opuestos estaban correlacionados entre sí y atravesados por el punto de vista económico de la metapsicología, que fue el que más interesó a Klein. Si uno de los polos primaba era con un menoscabo del otro. Las intensidades relativas de esas fuerzas eran para Klein de carácter innato, constitucional. Cada sujeto nacía con un *quantum* determinando de pulsión de vida y de pulsión de muerte, y los factores externos difícilmente modificaban esa ecuación personal congénita. Que el yo temprano tuviera un muy buen desempeño de sus funciones era un indicador de que el fiel de la balanza vino inclinado hacia el lado de los instintos de vida. En esos casos, si no se producían fallos catastróficos por parte del entorno objetal, el yo será fuerte, al igual que su capacidad de amar y de sentir gratitud hacia el objeto. De manera concomitante, habrá escasa agresividad y, por ende, pocos temores a la retaliación y al superyó arcaico. La integración yoica estaría facilitada.

Estos postulados presuponían un posicionamiento constitucionalista fuerte, en tanto el determinante último era el *quantum* congénito de energía de Eros y Tánatos del neonato. ¿Cuál sería entonces, la influencia del medio ambiente y de los acontecimientos realmente vividos –en la primera infancia y, también, después– sobre la estructuración psíquica? Si tan decisivos eran esos factores constitucionales, ¿cuáles eran las posibilidades de éxito de un tratamiento psicoanalítico?

Las concepciones sobre lo instintivo/pulsional en los tres autores que se están parangonando tuvieron efectos sobre las respectivas teorías identificatorias. En Klein, podría decirse que la formación del aparato psíquico tenía su punto de partida y epicentro en un yo muy determinado por el dualismo Eros-Tánatos. De ahí que la suya haya sido la teoría más innatista, instintivista y endogenética. Y esto, a pesar de su insistencia sobre las relaciones de objeto. Lacan se situó en las antípodas: lo psíquico en el *infans* aparecería a partir de lo psíquico de los otros; Otro y otro serían los *identificantes*. Él desconectó la identificación del registro pulsional. Para Freud, el niño, movido por sus pulsiones se acercaba a los objetos del entorno para capturar en ellos rasgos con los cuales constituir su aparato psíquico. Más sintéticamente: el infante se identificaba con rasgos de sus objetos.

La integración (cohesión): factor importante para el desarrollo del yo. La polaridad integración–desintegración devino otro termómetro para evaluar el desarrollo evolutivo del niño, que sería tanto más adecuado cuanto mayor fuera la integración yoica conseguida. En K₁ (1919-1933) un indicador fue la relación yo-superyó y el grado de integración de las *imagenes* en la instancia superyoica; en K₂ (1934-1946) postuló que la cohesión del yo y de los objetos dependía esencialmente de un buen tránsito por la PD; en la última época (1946-1960) la integración del yo quedó especialmente asociada a la introyección del *objeto bueno, entero, completo y no disociado* en el núcleo del yo, vía I. I. ¿Cuáles eran los indicadores para evaluar la integración yoica? De sus escritos de K₃ se desentrañaron estos:

- Habría una correlación directa entre el grado de integración yoica y la calidad de las relaciones objetales, manifestada a través de una buena lactancia, de la presencia en el bebé de gratitud, amor, escasa persecución y envidia, la presencia procesos proyectivos e introyectivos buenos.
- La capacidad para tolerar la privación, las frustraciones y la angustia, sin responder inmediatamente con agresiones, reacciones de odio y de envidia.
- La magnitud de las aptitudes psicológicas y sociales adquiridas: organización psicomotriz, grado de incorporación del lenguaje y de las normas (las prohibiciones y permisiones), las expresiones de bondad y de gratitud, la generosidad, la tolerancia a las imperfecciones del objeto, etc. Todos estos fenómenos van más allá de las relaciones de objetos, aunque proceden, en última instancia, de la relación con el objeto primario.
- El establecimiento del objeto bueno en el yo, vía I. I., que generaría un factor de cohesión dentro del propio yo.
- La asimilación del superyó por el yo. Cuando el bebé introyecta una realidad externa tranquilizadora, mejora su mundo interno y esto a su vez –por proyección– mejora la imagen del mundo externo. Este círculo virtuoso se completaría con la instalación en la psique de objetos totales e indemnes que producen progresos en el superyó que, a su vez, conducirían a la asimilación progresiva del superyó en el yo.

Estos indicadores valorarían también lo que Klein denominaba *fortaleza del yo*. Enumerarlos no facilitó la tarea de discriminar entre: a) aquello que determinaría directamente la integración y la fuerza del yo; b) aquello que se contentaba con ser correlato de las mismas; c) los efectos que esta mayor cohesión y fortaleza yoicas tenían sobre las restantes funciones psíquicas. Los textos canónicos de 1952 (*CTEL* y *OCB*) y algunos posteriores coincidieron en señalar que el factor más importante era la solidez del enraizamiento del objeto bueno en el yo porque se creaba un núcleo en su interior con capacidad integradora. Pero, para que la introyección de ese pecho bueno aconteciera –recuérdese que se trataba de una conducta activa del yo– era esencial que el objeto externo fuera reconocido como un buen objeto, cosa que dependía finalmente de la capacidad *innata* de amor de cada bebé [EyG (1957)]. Ahora bien; si esto remitía a lo constitucional, ¿cuál era el rol que Klein otorgaba al entorno objetal en

la psiquización? Respuesta: la de generar experiencias gratificantes para el bebé que activaran esa capacidad ínsita de amar, que a su vez favorecería, por vía de la I. I., la instalación del pecho bueno en el yo, que actuaría como matriz libidinal interna. Si bien Klein no lo mencionó explícitamente, esos movimientos hablarían de una aparición tardía en su teoría de un narcisismo (¿primario?) que ella rechazó frontalmente, según se vio en II, 6.5.1.⁴⁴ En sus últimos textos Klein pareció acercarse a la idea de un narcisismo trófico del yo. Esto implicaba una intervención más directa del objeto real externo en la conformación del aparato psíquico y en integración del yo. Si así fuera, estas ideas podrían ser consideradas como la introducción de un factor “ambientalista”, que compensaría muy parcialmente su tendencia al constitucionalismo.

Los factores constitucionales y las influencias del entorno objetal en el desarrollo evolutivo. Se aprecia en lo dicho que ha sido muy difícil evaluar *con ecuanimidad* el peso determinante que Klein otorgó a lo constitucional y a lo ambiental en el desarrollo evolutivo y en la psicopatología. Los obstáculos para tal valoración son variados y de distinta índole. En primer lugar, ella nunca postuló una teoría explícita y bien definida sobre las relaciones entre esos dos grupos de factores en la estructuración subjetiva; tampoco precisó la influencia que cada uno de ellos tenía. En su obra se encontrarán muchas frases en las que subrayaba la gran importancia de lo congénito, pero..., también otras en que manifestaba exactamente lo mismo sobre las experiencias posnatales con la madre y, más ampliamente, con el entorno familiar. Por lo tanto, defensores y detractores de su teoría podrían seguir esgrimiendo citas kleinianas de uno y otro calado y continuar, así, debatiendo eternamente estos aspectos de su teoría.

A libro abierto se percibirá que ella puso el acento sobre lo constitucional. Esas reiteraciones no fueron esporádicas. Con suaves oscilaciones, tales ideas aparecieron una y otra vez a lo largo de toda su obra y, con más fuerza aún, en sus últimos escritos. Pero de nada serviría hacer el cómputo de sus aseveraciones innatistas o ambientalistas para decidir cuáles fueron más numerosas; esa sería una vía muerta. Menos utilidad tendría aún otorgar a tales o cuales pasajes de sus escritos un carácter definitorio y absoluto hacia uno u otro lado, cosa que sucedió –y sigue sucediendo– en los acalorados debates sobre sus ideas o en las confrontaciones entre teorías.

Existió una complicación más, aunque de orden diferente, para la valoración que se intentó realizar: en sus textos, lo constitucional y lo ambiental se entrelazaban –como no podía ser de otro modo– desde el primer día de vida del niño.

Una primera –y seguramente apresurada– conclusión de la lectura de su obra podría ser: ella fue constitucionalista –¡y punto!–; además, tenía todo el derecho de serlo. Privilegió lo innato aunque sin desconocer la importancia de lo ambiental; también dio preeminencia a lo endógeno por sobre las experiencias vividas con el entorno objetal; por momentos, los objetos parecían funcionar como meras pantallas para la proyección de impulsos instintivos y fantasías del niño. Se podría agregar, como también se ha dicho, que desmereció la importancia de los otros –la alteridad– en la conformación de la psique del niño: no hubo lugar en su teoría para una transmisión intergeneracional e inconsciente de rasgos psíquicos de padres a hijos. ¡Qué duda cabe que frases como las recién enunciadas, sin dejar de ser ciertas, estarían pintando con brocha gorda *un* rasgo –quizá el más estridente– de su teoría! Pero resulta que ella –constitucionalista confesa– fue simultáneamente la primera y la que mejor describió –su riqueza de detalles solía ser extraordinaria– los acontecimientos vividos, las emociones y las fantasías de los niños, desde sus primeros días de vida. Apreciaciones de este segundo tipo también existieron –y de manera continua– en sus artículos. Ya desde sus primeros artículos aludió a lo experimentado tempranamente por el bebé y como esto quedaba inscrito, según sus propias palabras, “en las capas más profundas de lo inconsciente.”⁴⁵

Décadas más tarde escribió:

“[...] cuando el bebé introyecta una realidad externa más tranquilizadora, mejora su mundo interno; y esto a su vez por proyección, mejora la imagen del mundo externo. Por lo tanto, gradualmente, a medida que el bebé reintroyecta una y otra vez un mundo externo más realista y tranquilizador y también, en cierta medida, establece dentro de sí objetos totales e indenes, se producen progresos esenciales en la organización del superyó. Sin embargo, a medida que se unen los objetos internos buenos y malos -siendo los aspectos malos atenuados por los buenos- se

altera la relación del yo y el superyó; es decir, se produce una asimilación progresiva del superyó por el yo.” [CTEL (1952), vol. 3, p. 189].

En *EyG* (1957) fue aún más elocuente: un niño bien tratado y alimentado era capaz de sentir y expresar amor, acceder a la gratitud y a todos los correlatos benéficos de tal situación: mayor fortaleza del yo, mejor calidad de las relaciones de objeto, menos agresividad, etc. Por el contrario, el niño que sufría privaciones o carencias se sentirá inundado por la angustia, la envidia y la avidez empeorarán sus vínculos, el yo será más endeble y las relaciones de objeto adquirirán un marcado tinte paranoide. Círculo virtuoso en un caso y vicioso en el otro. Todo esto acontecía, según ella, desde momentos muy precoces del desarrollo evolutivo, previos a la comunicación directa –verbal y simbólica– con el niño.

Lo dicho hasta aquí sería suficiente para pensar que esta evaluación no debería hacerse sólo mediante la confrontación de frases aisladas; sería necesario sopesar el conjunto de su obra y las bases sobre la que ella se sustentaba, teniendo en cuenta además la lógica interna de su teoría y las líneas de fuerza predominantes en la misma. Convendrá incluir una revisión histórico-crítica de su pensamiento.

Klein no se caracterizó precisamente por el pesimismo terapéutico que fácilmente podría derivarse de una posición constitucionalista. Es probable que su insistencia sobre lo innato se debiera a la subestimación o desestimación de esa problemática por parte de otros analistas. Ella instaba a tenerlo presente, pese a las críticas que recibió de su entorno inmediato –y lejano también–, por no atender a lo vivido en la ontogenia. No sería descabellado pensar que quiso ser fiel a sus observaciones en la tarea con niños de muy corta edad, que le permitió descubrir la presencia de variedades singulares de lo congénito en los engramas psico-motores que todo bebé traía consigo al mundo. Quizá pretendió dejar constancia de las influencias que lo innato tenía sobre el desarrollo evolutivo. O, tal vez, quería ser consecuente con sus observaciones clínicas –más adelante serán referidas algunas–, que con frecuencia le imponían enigmas difíciles de resolver, si todo se cargaba en la cuenta de lo ambiental, posición diametralmente polar a la marmita genética y constitucional. La incidencia de lo congénito –evaluada de maneras diferentes, según cada analista– sería bastante aceptado hoy en día, aunque antes lo fue menos; especialmente, en un tiempo histórico en que el psicoanálisis trataba de darse a conocer y establecer sus objetos y objetivos específicos.

MARI (1959), uno de sus últimos escritos, es casi un paradigma de la manera que encaró estos asuntos en la tercera etapa de su obra, cuando el peso que le acabó otorgando a lo constitucional fue, si se quiere, mayor que antes. Porque, a la temprana importancia concedida a la carga congénita de los instintos de vida y de muerte le sumó la envidia primaria postulada en *EyG* (1957). Dos años más tarde agregó que el niño tenía una percepción inconsciente innata de la existencia de la madre y del pecho. Asimismo, por entonces, ella había incorporado a su *corpus* teórico las ideas de su discípula Susan Isaacs, que sostuvo la existencia de una dotación cognitiva innata, gracias a la cual el bebé diferenciaba entre algo o alguien con buenas intenciones hacia él –reconocería cuando estaba ante un objeto “bueno”- y asomos de lo que le podía causar daño (objeto “malo”). Según la misma psicoanalista, esa capacidad innata permitiría también diferenciar el *self* del no *self*. En síntesis, se trataría de una facultad discriminadora que se tenía con anterioridad a cualquier experiencia vivida con los objetos.

Sin embargo, y también en *MARI*, Klein no dejó de aludir a la influencia de los factores ambientales sobre el niño y a las consecuencias de las identificaciones con rasgos –positivos, negativos– de los objetos primarios, en los primeros años de vida. O sea: volvió a recordar los efectos del entorno y de la realidad “objetiva” sobre el bebé. Pero, en el mismo instante en que acabó de afirmar eso, añadió que los factores externos eran siempre procesados por los factores endógenos. Por un lado reconocía que los factores ambientales –sobre todo, los relacionados con los progenitores y contexto familiar más cercano– podían incidir en la frecuencia, intensidad y duración con que se manifestaban, por ejemplo, el amor y el odio, pero, por otro lado, volvía sobre lo interno.

Interroguemos más incisivamente: ¿podían estos factores ambientales trastocar el *quantum* congénito de los instintos de vida y de muerte con que el bebé llegaba al mundo? Esa es la gran pregunta que se le podría plantear a la obra de Klein. Y esta otra también: ¿en algún lugar surgió de su pluma algo que permitiera zanzar esa cuestión? Es más fácil responder a esta última cuestión. ¡Decididamente, no! Klein dejó para los analistas de las generaciones posteriores interpretar sus textos y precisar su posición al respecto. Para tales objetivos convendría partir de puntos firmes: aquello que fue escrito de su puño y letra. Ella afirmó que las experiencias insatisfactorias y de privación exaltaban

la agresividad. También lo opuesto: que las experiencias buenas favorecían el surgimiento de amor y la gratitud hacia el objeto. Así pues, el ambiente, influía... algo. Pero también se leerá, como ya fue comentado, que esos factores externos eran procesados por lo innato, con lo que esto último adquirió un rango jerárquico mayor. En otros términos: los factores internos eran, para ella, los determinantes *principales*. Se siguió investigando este asunto con la linterna del concepto de sobredeterminación.

Precisado el determinante principal y las con-causas coadyuvantes podrían destacarse algunos aspectos más específicos del pensamiento de esta psicoanalista. Así, se apreciará su tendencia a otorgar mayor peso determinante a los factores constitucionales en las experiencias de crianza “buenas” –según la terminología cara a Klein– que en las de signo contrario. Ella remarcó especialmente la escasa capacidad de ciertos niños de sacar provecho –beneficiarse, psicológicamente hablando– de un entorno objetal favorable.

En esa misma dirección –que volvía a subrayar el peso de lo innato– iba esta otra consideración: muchos niños padecían carencias y privaciones y, sin embargo, podían salir casi indemnes de esas situaciones. Los observables comentados son claros; además, sería posible que muchos psicoanalistas aportaran ejemplos ratificadores. Se los podría generalizar interrogativamente: ¿cómo es posible que haya niños tan dañados psicológicamente con padres “suficientemente buenos”? ¿Cómo es que algunos niños están bien (o muy bien) pese a la gran carga patógena parental? Klein llegó a la conclusión que eso se debía, básicamente, a factores innatos. Ahora bien: se podría considerar que lo congénito fuera *una* de las causas posibles en esas evoluciones de doble signo, pero... ¿no habría de ser necesariamente la única causa!

Ahora bien, si esta importancia otorgada a lo congénito se llevaría al extremo, el peso determinante del ambiente acabaría siendo nulo. Klein nunca sostuvo esa posición; por el contrario, de tanto en tanto, dejaba entrever cierta plasticidad de los instintos. Habría que admitir, entonces, que la economía instintiva era *de alguna manera* sensible a las experiencias vividas; caso contrario, habría que decir: ¡paga y vámonos! Si la carga genético-instintiva generara un destino psíquico ineluctable no tendría ningún sentido plantear un tratamiento psicoanalítico.

Dicho esto, se volverá a la pregunta clave formulada con anterioridad: ¿podría lo ambiental alterar el equilibrio constitucional innato entre Tánatos y Eros? Después de una revisión exhaustiva de su obra, el autor de esta tesis consideró que Klein nunca se planteó esa pregunta; por lo tanto, no hubo respuestas. En sus textos sólo se encontraron comentarios indirectos o tangenciales. Sus explicaciones zigzagueantes podría interpretarse en la línea de que su posición constitucionalista le creaba constantemente atolladeros; de ellos salía reiterando la importancia de los factores ambientales, en una especie de oscilación pendular. Sin embargo, el fiel de la balanza, volvía a situar la aguja del lado de lo innato.

Tal vez el innatismo haya operado en su teoría como un *obstáculo epistemológico*. A Klein le ocurrió lo que suele suceder con bastante frecuencia: una idea, un concepto o una noción que amplía la posibilidad de explicar ciertos fenómenos, al ser llevada a sus límites, acaba deviniendo un estorbo que el propio autor parece no percibir.

Atribuir un carácter innato a la intensidad de la pulsión de muerte –más las consecuencias que de ello se derivan– y aferrarse a esta idea quizá de una manera rígida, lastró su pensamiento. De ahí entonces que no llame la atención el vaivén que solía aparecer en sus artículos: cada vez que aludía a un factor medioambiental, enseguida multiplicaba sus reservas y remarcaba restricciones a su influencia. Lo inusitado de algunas de sus afirmaciones le dificultó conjugar de manera más equilibrada lo endógeno y lo externo.

De sus escritos se desprende otra paradoja: la incidencia de los factores externos sería mayor cuando se trata de ambientes inadecuados -frustrantes, privadores-, que cuando son satisfactorios o gratificantes. Según ella, las cosas sucederían así: las cantidades innatas de agresividad –quantum congénito alto del instinto de muerte– pueden aumentar por la acción de ambientes familiares “malos”; en cambio, los contextos favorecedores no parecen tener resultados similares sobre Eros. En síntesis: lo innato fue para ella lo prevalente; nunca afirmó que un ambiente cuidadoso fuera capaz de cambiar lo dado constitucionalmente: las intensidades de los instintos de vida y de muerte quedaban establecidas desde el nacimiento, para toda la existencia.

Este pensamiento fue un factor clave de su concepción metapsicológica. Que se sepa, jamás se desdijo de esa idea.

Abordaje metapsicológico del yo en la obra kleiniana. Se hizo a través de las tres perspectivas clásicas:

Punto de vista tópico: Para una comprensión cabal del yo kleiniano fue necesario percibir, primero, las características principales de su tópica y la relación de la misma con los instintos. Ella privilegió la segunda tópica freudiana respecto de la primera, pero incluso dentro de la, el ello estuvo prácticamente ausente de sus elaboraciones; sólo aparecía cuando citaba a Freud y a otros psicoanalistas. Los vínculos entre las instancias psíquicas de la segunda tópica estaban atravesados por el dualismo principal: por un lado el yo –unido y sin duda confundido con el objeto bueno– sostenido por los instintos de vida; por el otro, todo lo alimentado por los instintos de muerte: lo malo, el yo envidioso, lo agresivo, la retaliación y aquello que reforzaba estos aspectos (privaciones, frustraciones, etcétera). En K_1 y K_2 , la tópica kleiniana en general y la del yo en particular oponía al yo todo lo que era del orden del sadismo: los objetos persecutorios, superyó cruel y los afectos que despiertan estos objetos malos (internos o externos): agresividad, odio, miedo, desconfianza. El conjunto de estas actitudes y afectos caracterizaron al *self* malo o, tal vez con mayor precisión, las partes malas del *self*. Podría decirse que la tópica kleiniana no era autóctona, primaria, sino un reflejo de la dualidad instintiva mencionada, que según Klein atravesaba toda la vida psíquica. El yo no podía ser una excepción.

Punto de vista dinámico. A partir de *EPN* (1932), la correlación de fuerzas antagónicas fue, como ya se ha dicho, entre Eros y Tánatos. La conflictividad entre las instancias psíquicas (yo, superyó, ello) era secundaria porque cada una de ellas estaba a su vez surcada por esa polaridad instintiva. El conflicto entre instancias no fue lo que mejor explicó la dinámica psíquica concebida por Klein: para ella contaron más los significados “bueno” – “malo” y las cantidades de energía instintiva en juego.

Punto de vista económico. De los tres puntos de vista éste fue el privilegiado por Klein. El yo primigenio funcionaba con la energía de Eros y Tánatos. La primera tendería a la ligazón, a la integración y a la búsqueda del pecho bueno, guiado por el conocimiento innato del mismo. En cuanto a la pulsión de muerte ella sería deflexionada o proyectada, con la actitud firme aunque silenciosa –y poco destacada en sus textos– de la pulsión de vida. La proyección de Tánatos generaría objetos persecutorios y retaliación; la de Eros, objetos idealizados o buenos. Habría pues dos modalidades de investimientos instintivos de objetos y de instancias intrapsíquicas: uno, libidinal y generador del círculo “bueno”; el otro sádico-agresivo, productor de angustia (circuito “malo”). Ambos círculos fueron representados mediante sendos esquemas al final del capítulo anterior bajo los títulos de “Efectos de Tánatos” y “Efectos de Eros”. Esta oposición y coexistencia de ambos circuitos tuvo una extraordinaria vigencia en todos los recodos de la vida psíquica concebida kleinianamente. Pese a las complejidades y riqueza de detalles con que Klein describió la mente de niños y adultos, las investiduras de este dualismo gobernaban todos los resortes del psiquismo. Los pares de opuestos subsidiarios de la polaridad Eros-Tánatos (amor-odio, integración-desintegración, envidia-gratitud, objeto bueno-objeto malo, etc.), establecieron diferencias más importantes con el pensamiento freudiano y lacaniano que las surgidas por el adelantamiento temporal del complejo de Edipo o del superyó.

2. Jalones para una teoría del yo en Freud

En su larga obra se han establecido los siguientes hitos claves de su teoría sobre dicha instancia:

2.1. El yo en *Estudios sobre la histeria* [*ESH* (1895)] y en el *Proyecto de psicología* [*PdeP* (1895)].

Como puede apreciarse por las fechas de publicación de estos artículos, el yo hizo su aparición al inicio de la obra freudiana. En el primero de los textos nombrados afirmó que la conciencia o “conciencia del yo” funcionaba como un filtro que no dejaba pasar más que un sólo recuerdo del material patógeno inconsciente. Las resistencias del paciente provenían de su yo, pero esa instancia estaba a su vez atravesada por elementos inconscientes de ese núcleo patógeno. *ESH* mostraba ya esa intrincación entre lo inconsciente y la defensa, cuestión que posteriormente dio pie a dos orientaciones de pensamiento: la existencia de un yo inconsciente y la noción de resistencias del ello.

En el segundo artículo, más específicamente en su apartado [14], titulado “Introducción del ‘yo’”, éste fue concebido como un grupo de neuronas que estaba constantemente catectizadas y que cumplía funciones inhibitorias sobre el proceso primario. (Cfr. OCFAE, t. I, pp. 368 y siguientes). Freud propuso un sistema neuronal que se encargaba de la percepción directa de la realidad; lo bautizó con las letras «W o ω». En cambio, el yo pertenecía al sistema neuronal «Ψ», que no estaba implicado directamente con la percepción. Ambos sistemas funcionaban de manera diferenciada y cada uno con una legalidad propia. El yo fue descrito como una “organización” que gracias a su carga energética estable asumía tareas de frenado del proceso primario; tanto de aquél que recargaba la imagen mnémica desiderativa de la vivencia de satisfacción, como la del que podía provocar displacer. De esta manera, el yo evitaba que se produjesen los mismos efectos de realidad que una percepción “objetiva”. Con algunas diferencias respecto del mecanismo recién expuesto, describió la función del yo frente a las experiencias de dolor: en esas situaciones, el yo ayudaba a discriminar entre el dolor representado y el dolor efectivamente vivido. En ambos casos, las tareas adjudicadas al yo eran inhibitorias de la alucinación y se realizaban creando ligazones estables entre recuerdos; catectizando otras representaciones para comparar y diferenciar. El yo, al impedir o aquietar el libre desplazamiento de la energía, posibilitaba el proceso secundario y aportaba signos de realidad. El yo inhibitorio de *PdeP* podría considerarse como un antecedente del yo-reservorio libidinal, que hizo su aparición en *YyE* (1923). Por otra parte, el yo descrito en 1895 era también un participante activo en el conflicto psíquico, donde se constituía en uno de los polos del mismo, luchando contra representaciones que le eran incompatibles.

2.2. De la *Traumdeutung* [IS (1900)] a *Introducción del narcisismo* [IN (1915)]

Entre el yo de 1895 y *La interpretación de los sueños* –texto inaugural de la primera tópica– se produjo un reajuste conceptual. En *IS* describió un aparato psíquico que, por acción de lo inconsciente –proceso primario–, tendía a la realización de deseos; en cambio, el yo de *PdeP* fue concebido como un freno de dicho proceso. En la primera tópica no intervenía explícitamente la noción de yo; sin embargo, éste no fue ajeno a los deseos inconscientes, dado que estaba infiltrado por ellos, según puede en el escrito de 1900, cuando trató las relaciones del yo con la identificación onírica. (Véase I, 1.2.2. y I, 3.8). Ahí mostró que las imágenes del sueño representaban un yo que no era unitario y que podía desmontarse por desagregación de sus múltiples identificaciones constitutivas. Durante el período 1900-1914, las funciones atribuidas al yo en escritos anteriores aparecieron redistribuidas por diversos sistemas; a saber: *la función inhibidora del proceso primario* fue adjudicada al preconscious; *la función defensiva* recayó sobre la censura y sobre el sistema *Prec-Cc*; *su carácter de organización libidinal* reapareció a través de un yo que se hacía cargo del deseo de dormir.

La teoría del conflicto psíquico que fue elaborada por entonces situó a esta instancia como el polo que se oponía a la pulsión y al deseo. En *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910) y en el *caso Schreber* (1911), esbozó una nueva concepción del yo –como objeto de amor–, que alcanzó pleno desarrollo pocos años más tarde en *IN* (1914), tal como se verá a continuación.

2.3. Del narcisismo introducido y sus consecuencias. Aledaños

La última palabra del título de este apartado hizo referencias a los desarrollos freudianos expuestos en el siguiente circuito de textos, importantísimo para la comprensión de la TIF: *Introducción al narcisismo* [IN (1914)] → *Duelo y melancolía* [DyM (1915)] → *Psicología de las masas y análisis del yo* [PMAY (1920)] → *Más allá del principio del placer* [MAPP (1920)] → *El yo y el ello* [YyE (1923)]. En ellos Freud introdujo una gran convulsión en su teoría: pasaje desde la primera a la segunda tópica, transición desde la primera a la segunda teoría pulsional, sustitución de la teoría identificatoria funcional por la estructural. Ese itinerario conceptual abrió la posibilidad de concebir al yo –y demás instancias psíquicas– como producto de identificaciones. *IN* (1914) postuló que el yo y el narcisismo primario se constituían simultáneamente. Esto implicó un doble efecto: la tendencia de este yo narcisista a arrogarse la representación de todo el sujeto; por otro parte, ese yo no formaría pareja con el objeto, en tanto él mismo era objeto de las pulsiones. El yo devino asimismo reservorio de la libido –obviamente narcisista– y punto de partida de investiduras de objeto, mediante la libido objetal. Las principales novedades respecto del yo producidas en el período 1914-1920 fueron éstas:

- El yo no era innato para Freud (como en Klein); se constituía por “un nuevo acto psíquico.”
- Fue concebido como *objeto* de las pulsiones. La constitución del yo y del narcisismo primario implicaba un anudamiento temporario del circuito pulsional y el de las relaciones de objeto (véase I, 1.4.3).
- Al quedar situado como polo objeto, no podía ser el representante de toda la persona, tampoco era autónomo.
- El yo devino el gran reservorio de libido (narcisista); el establecimiento de relaciones de objeto implicaría un trasvase de esta libido a los objetos.
- Al discriminar en las elecciones de objeto las narcisistas de las anaclíticas resultó que las primeras suponían elegir a imagen y semejanza del yo.
- Postuló la existencia de instancias ideales -yo ideal e Ideal del yo-, de raigambre narcisista, que fueron consideradas como pertenecientes al sistema del yo (véase I, 1.8.4. y I, 3.6).
- Freud planteó posibles escisiones del yo que darían pie, por ejemplo, a que una parte del mismo -en calidad conciencia moral- criticase a otra parte.
- En *Pyp* (1915) refirió dos nuevas subestructuras pertenecientes al sistema del yo: el yo-placer purificado y el yo-realidad. (Véase I, 2.1.1).
- La división del yo postulada en *DyM*, entre una del mismo que contendría al objeto incorporado y la otra que se constituía como conciencia moral, fue un antecedente de la escisión del yo que el vienés formularía veintitrés años más tarde en *Esquema de Psicoanálisis* (1938).

2.4. El yo en tiempos de la segunda teoría de las pulsiones y segunda tópica

La complejidad que aportó *YyE* (1923) en relación al yo, podrían ser desglosadas en dos rubros: los referidos a su estructuración y los vinculados con sus funciones. En cuanto a su constitución, el vienés refirió dos teorías un tanto contradictorias entre sí: a) como una diferenciación del ello y b) como producto de identificaciones estructurante. (Véase I, 1.1.7. y en I, 3.7). En esta segunda perspectiva el yo surgiría a partir de los rasgos psíquicos de quienes conformaban el entorno objetal. Para Freud el yo de la segunda tópica derivaba en última instancia de sensaciones corporales, principalmente de las que partían de la superficie del cuerpo.

Este yo fue concebido como multifuncional: se le adjudicó el control de la percepción y de la motilidad, la psico-síntesis, la prueba de realidad, tareas de ligazón libidinal, de organización del pensamiento y del lenguaje, pero también, y con cierta orientación divergente: racionalización, implementación de las defensas contra las pulsiones y los contenidos inconscientes, etc. Las funciones atribuidas anteriormente al sistema *Prec.* se trasvasaron, en su mayoría, al yo de la segunda tópica. La variedad de tareas que se le adjudicó en 1923 derivaba y reflejaba a la vez la "triple servidumbre" del yo: al ello, al superyó y a la realidad exterior. De su articulación con la primera tópica surgía que era en parte consciente y en parte inconsciente -“se comporta exactamente igual que lo reprimido”-, heterónomo y autónomo (relativamente), fuente de conocimiento y de desconocimiento, perceptivo y tendencioso, imprescindible para las tareas de elaboración analítica a la vez que obstáculo a la misma. Se trataba de un yo que había recogido tanto las funciones defensivas de sus predecesores -el yo inhibitorio de *PdeP* (1895) y de *ESH* (1895)- y el yo narcisista de *IN* (1914).

En tanto instancia no podía rebatirse enteramente sobre el sistema percepción-conciencia de la primera tópica porque las operaciones defensivas que ejecutaba eran en buena medida inconscientes. Por lo tanto, se trataba de una instancia que asumía las funciones clásicas del sistema percepción-conciencia, pero, a la vez, se hacía cargo también de las defensas inconscientes. Era asimismo fuente de resistencias y sede de la angustia. Las múltiples -y a veces contradictorias- funciones que cumplía este yo dieron pie a las disímiles interpretaciones que las corrientes psicoanalíticas post-freudianas han realizado del mismo.

El autor de esta tesis sostuvo que la teoría freudiana del yo exigía enfoques abiertos que permitieran apreciar cierta dialéctica profunda en medio de las contradicciones aparentes. Cabrá preguntarse también si el vienés no planteó deliberadamente con estas ambigüedades, en tanto se refería a una instancia desdoblada por los múltiples vasallajes a los que estaba sometida. Ciertos

enigmas podrían resolverse si se admitieran duplicidades o triplicidades en esta instancia, que Freud las explicitó así:

"[...] el yo tendrá la posibilidad de evitar la ruptura hacia cualquiera de los lados deformándose a sí mismo, consintiendo menoscabos a su unicidad y, eventualmente, segmentándose y partiéndose." [*Neurosis y Psicosis* (1924); OCFAE., XIX, p. 158].

2.5. Última época

En los escritos del final de su producción aparecieron, de manera dispersa, algunos contrapuntos al texto inaugural de la segunda tópica, pero éstos no deberían considerarse como un nuevo viraje en su teoría del yo. Así, el artículo *La negación* (1925) mostró al yo sin un acceso privilegiado a la realidad como el descrito en algunos párrafos de *YyE* (1923). Si la realidad se perdió por acción del principio de placer-displacer, cuando se la reencontraba (yo-realidad definitivo), era con mediaciones; es decir, a través de una función judicativa no simple y cuyos fundamentos freudianos importará no desconocer. Ya se afirmó en I, 2.1.1., que el yo —a los efectos de la percepción— quedaba subordinado a la mediación de un proceso simbólico (*Cfr.*, además, OCFAE, XIX, p. 257). El examen de la realidad estará siempre prismatizado por una subjetividad cuya constitución vino marcada por la pérdida del objeto primordial. Esto condicionará que, cuando el yo crea percibir una realidad “objetiva”, “realista”, estará guiado —sin saberlo— por la compulsión a reencontrar el objeto perdido.

Un aspecto que adquirió importancia en los momentos finales de su obra fue un avatar referido bajo el nombre de *escisión yo en el proceso de defensa*. En su texto inconcluso *Esquema de psicoanálisis* [EP (1938)] Freud volvió a insistir, bajo la forma de una síntesis apretada, sobre lo que había afirmado anteriormente respecto de la polifuncionalidad y ubicuidad del yo. (Véase especialmente los capítulos I y VIII de ese escrito). Antecedentes sobre la escisión del yo podrían leerse en *Neurosis y Psicosis* (1924) y en *Fetichismo* (1927), mientras que un desarrollo más extenso apareció en un par de trabajos posteriores: *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1938) y en capítulo VIII de *Esquema de psicoanálisis* (1938). En este último, Freud se prodigó en consideraciones sobre la escisión del yo en la psicosis y el fetichismo y terminó extendiendo este mecanismo a las neurosis, en un camino zigzagueante en el que describió el conflicto psíquico intersistémico —entre el yo y la pulsiones— para referirse finalmente a una escisión dentro del propio yo, tanto en las neurosis como en las psicosis. La novedad más importante que aportó *Esquema de psicoanálisis* (1938) fue una modalidad de escisión diferente de la melancolía, que estaba precedida por dos tiempos: pérdida de objeto → incorporación del mismo → división entre una parte del yo que acoge al objeto y otra que alza su voz crítica contra él. La escisión de 1938 era, decididamente diferente: se trataba de un tabicamiento *dentro del yo*; distinto, por lo tanto, de la división propia de la primera tópica y el de la *Spaltung* en la psicosis.

2.6. Visión de conjunto. Confluencias y disparidades

Si este extenso recorrido por la obra freudiana sirvió para visualizar el amplio abanico de sus consideraciones sobre el yo, la tarea realizada estaría bien justificada. Si además lograrse evitar el encaje de su pensamiento sobre el yo en un sistema cerrado, los beneficios se multiplicarían; entre otras cosas, por las incidencias que esto suele tener en la clínica. Se pretendió en todo momento escapar a maniqueísmos del tipo “primer Freud”/ “último Freud”, “yo autónomo”/ “yo heterónimo”, “yo unitario”/ “yo compuesto”, etc., que suelen imponer elecciones forzadas. Se ha preferido ofrecer una visión panorámica que permitiera observar tanto los hilos conductores que establecieron continuidad entre sus textos, como las formulaciones rupturistas que introdujeron cambios. También se correlacionó lo explicitado con los grandes ejes teóricos de su obra, para que esta tarea de exégesis no se resolviera en mera escolástica. Precisar qué aspectos de sus consideraciones sobre el yo congeniaron mejor con las nervaduras principales de su obra, no era una tarea que se pudiera obviar.

Ante tantas y tan variadas disquisiciones sobre el yo, todas las escuelas psicoanalíticas armaron ascuas a sus sardinas y “encontraron” fundamentos en los que apoyarse, para validar *freudianamente* sus propios puntos de vista. No estará demás precisar los aspectos principales de su teoría sobre el yo, que él expuso negro sobre blanco. A grandes rasgos, podrían trazarse dos direcciones:

- El yo sería una diferenciación del ello, producida por el contacto y la influencia del mundo exterior, con la mediación del sistema percepción-conciencia. Este yo así originado acabaría por imponerse al ello. Se trataba de una concepción monádica, "madurativa", en la que el yo aparecía como un casquete o corteza en la intersección del ello con el mundo externo. En esta perspectiva, la realidad adquirió la significación de una cuasi-instancia estructurante, que actuaría sobre un ello muy enraizado en lo biológico, carácter éste, que en cierta medida se traspasó al yo. Dentro de esta dirección del enfoque freudiano respecto del yo, las funciones que le fueron adjudicadas eran eminentemente adaptativas; también le atribuyó una energía desexualizada. Correlativamente, el ello quedaba reducido a lo irracional, cargado de bajas pasiones y con necesidad de ser dominado o sofocado.
- La segunda versión freudiana es la de un yo estructurado por medio de identificaciones, que encontrará en la alteridad psíquica –entorno objetal– los fundamentos de su constitución. Este yo advendría como resultado de elecciones objetales abandonadas y sedimentadas. En esta perspectiva el yo resultó ser un producto reciclado del narcisismo, vía identificación. Este movimiento convirtió al yo en objeto de amor del ello. Lo heteróclito y variado de las antiguas relaciones de objeto que dejaron marcas identificatorias en el yo, le otorgó también las características de una instancia "compuesta", caleidoscópica, constituida como un precipitado. En síntesis, todo lo contrario a una entidad unitaria. Las corrientes pulsionales, deseantes, narcisistas, que compondrían la trama edípica, se plasmarían en el mosaico identificatorio yoico. Su estructuración supuso el trueque de relaciones de objetos por rasgos constitutivos. Era un yo que realizaba funciones de ligazón más que de adaptación; aparecía unido a la vez que separado del ello y sometido a múltiples vasallajes.

Si la primera teoría postuló una génesis por diferenciación funcional, la segunda concepción propuso una estructuración identificatoria. Fue llamativo constatar que formas de constitución tan dispares –que desembocaban en modos de funcionamientos divergentes– fuesen vistas por Freud como complementarias. Esto podría corroborarse especialmente, en el pasaje del capítulo II al III de *YyE* (1923). Este yo, constituido por identificaciones, se haría cargo de las tareas de investigación, de construcción, de represión, de sublimación, de conocimiento y desconocimiento. Núcleo opaco, intentará velar los determinantes inconscientes de la vida psíquica. Se encargará de la defensa en el conflicto psíquico. Se trataba un yo que estaba conformado por las representaciones que construía de sí mismo y por las cualidades que se atribuía (raigambre narcisista del mismo); además, mediaba en las elecciones de objeto y estaba sometido a los ideales intrapsíquicos. Disparaba la angustia señal que posibilitaba evitar aquellas situaciones que, por traumáticas, reavivarían el fondo de los fondos de toda criatura humana: su desamparo y desvalimiento. También era la sede de la angustia que emergía frente a la irrupción de lo inconsciente o ante la pérdida de amor del superyó o ante la realidad (angustia real).

Su situación mediadora entre las otras instancias lo compulsaba a transacciones y su función de reservorio libidinal le permitía recoger la libido que retornaba de los objetos, para ofrecerle nuevos destinos. Freud señaló al yo como lugar de metabolización de pulsiones y deseos, convirtiéndolo así en apto para mediar en el establecimiento de sublimaciones. Sin desconocer su carácter masoquista, el yo hará su aportación al chiste originado en lo inconsciente y al humor (forma momentánea de neutralización del masoquismo). Se perfilaban otras características: el yo era en sí mismo conflictivo y participaba con ese carácter en todo acto psíquico; no se igualaba al conjunto de la psique sino que era parte de ella. Como colofón podría decirse que ante la teoría del yo de Freud si no se dialectiza lo dialectizable, habrá pérdidas conceptuales y tendencias interpretativas sesgadas.

3. Un inciso: el yo en Hartmann (1894-1970)

La inclusión de sus concepciones sobre el yo sirvió para poner en evidencia la variedad de interpretaciones que se hizo del pensamiento de Freud sobre este tema. Las propuestas de Hartmann y Lacan fueron radicalmente opuestas entre sí. También hubo grandes diferencias entre las concepciones de Hartmann y Klein: el primero asumió buena parte de las hipótesis de Anna Freud sobre el yo, que diferían considerablemente de las de la autora de *Envidia y gratitud*. Hartmann, Kris y Anna Freud fundaron en 1945 la revista *Psychoanalytic Study of de Child*, desde cuyas páginas se difundió internacionalmente el annafreudismo en el campo del psicoanálisis de niños. Obvio es decirlo –y tiene su lógica que así haya sido–, las ideas de S. Freud, Klein, Hartmann, Anna Freud y Lacan respecto del yo han sido bien diferentes. Ponerlas en evidencia fue uno de los

objetivos de este capítulo. Hartmann transformó el psicoanálisis en una teoría de adaptación al medio; pensaba que debía ser una ciencia natural, abocada al estudio y resolución pragmática de las problemáticas mentales. Sostuvo que Freud había elaborado su teoría del yo tomando como referente al neurótico, sujeto más perturbado que el humano promedio. Su postulación de “un área libre de conflicto en el yo” supuso una visión optimista, por no decir un tanto ingenua, de la práctica clínica, que vino a reforzar una tendencia ya existente en el psicoanálisis americano.

Los que adhirieron a la *Ego Psychology* se desprendieron de casi todo lo que para vienés implicaba conflicto: comenzaron proponiendo un yo autónomo libre de aprietos, capaz de controlar unas pulsiones supuestamente maleables –en especial, las agresivas–, cosa que les permitió concebir una relación menos lastrada por lo endopsíquico en los vínculos con la realidad externa. Por otra parte, concibieron un superyó amansado, despojado de su sadismo y transformado en una pura instancia educadora y trasmisora de los valores familiares, que liberaba al yo de otras presiones para que éste pudiera operar con mayor autonomía y fuerza en la realidad social –que para nada se confundía con la realidad psíquica, la del deseo inconsciente–. El yo resolvería las múltiples exigencias de la vida cotidiana con su capacidad de síntesis y de integración: la persona daría así una respuesta unitaria y equilibrada a su medio. La adaptación del yo a esta triple exigencia –realidad, superyó y ello– pasaría por un justo medio que no rompía la armonía entre las instancias del aparato psíquico –siempre, las de la segunda tópica–. Una parte de las defensas empleadas por el yo fueron consideradas adaptativas.

Al diferenciar y separar las funciones del yo por un lado y las del *self* por otro, Hartmann vació al yo de las investiduras narcisistas y concibió un yo “pura función” que operaba desde el nacimiento gracias a dispositivos sensorio-motrices congénitos y autónomos. Sostuvo que las funciones a cargo del yo eran las siguientes: percepción, lenguaje, motilidad, memoria, intuición, comprensión, inteligencia, etc. Gracias a ellas se lograría la adaptación al medio. Junto a ese yo autónomo, innato y libre de conflictos, habría otro yo que participaría en los conflictos psíquicos, implementando mecanismos de defensa contra las exigencias pulsionales del ello. Si esa conflictividad era resuelta, se generaba una ganancia de autonomía –secundaria, en este caso– que engrosaba la inicial. La adaptación a la realidad de los inicios de la vida –bastante precaria–, iría mejorando gracias a los procesos de maduración y aprendizaje del niño, siempre y cuando estuviera rodeado de un “entorno esperado promedio”.

El yo fue considerado por Hartmann como el órgano por excelencia de la adaptación; fue concebido como especialmente apto para establecer las relaciones con la realidad social. La lectura de sus textos despierta interrogantes como los siguientes: ¿fue su interés por el yo que desembocó en la problemática de la adaptación? O, por el contrario, ¿fue la adaptación su punto de partida y a partir de ésta trazó las líneas directrices de su propia concepción del yo? Quien escribe esta tesis considera más probable lo segundo que lo primero. La inclinación de la balanza hacia esa alternativa se fundamenta en que Hartmann ya se había preocupado por ese tema mientras vivía en Viena y lo había considerado de gran importancia. Allí dictó una conferencia –¡en 1937!– sobre este asunto, bajo el título *La psicología del yo y el problema de la adaptación*; esta alocución fue publicada dos años más tarde. En términos generales, podría decirse que su lectura de la segunda tópica freudiana estuvo mediada por el prisma de la adaptación. Sin embargo, su perspectiva no debería evaluarse simplistamente como una adecuación de su pensamiento al medio social estadounidense, lograda mediante la creación de un “psicoanálisis a la americana”, como tantas veces se dijo. Tampoco cabe tildarle rápidamente de adaptaciónista puro y duro, en el sentido de ajustar al paciente a las condiciones de la sociedad en que vivía. Pero también es cierto que “su” psicoanálisis se difundió ampliamente en una sociedad con las características que tuvo la norteamericana tras la segunda guerra mundial.

Hartmann y sus seguidores soslayaron el carácter sexual del yo. Recuérdese que para Freud el narcisismo primario suponía que la representación corporal unitaria –yo primigenio– era considerada un objeto de amor –en consonancia con el mito griego– y además, objeto de las pulsiones. Para los psicólogos del yo, en cambio, esta instancia estaría dotada de una energía *asexual*, neutralizada, capaz de enfrentar a las pulsiones del ello. También se distanció de las tesis freudianas que hacían del pensamiento consciente un rodeo para la consecución de los mismos fines que perseguía el proceso primario: la realización de deseos. No sorprenderá entonces que quienes adscribieron a esta corriente privilegiaran la segunda tópica de Freud en desmedro de la primera y apoyaran –parcialmente– una de las dos tesis del vienés sobre el surgimiento del yo: la que le consideraba una diferenciación del Ello a partir del contacto con la realidad. De manera decidida, rechazaron la constitución identificatoria del

mismo [Véase I, 1.1.7. y I, 3.7]. Incluso cuestionaron en parte la otra teoría –surgimiento por diferenciación del ello– porque consideraban que el yo, por ese origen, quedaba demasiado apegado a la sexualidad. Esto les llevó a asignarle una base más biológica que pulsional. La gran importancia otorgada a las funciones del yo se completó con un menosprecio de la primera tópica y de los procesos inconscientes. Con la idea de modernizar varios pares de opuestos creados por el vienés, los psicólogos del yo pusieron el énfasis en la multifactorialidad, la policausalidad y la sobredeterminación, calificando de simplistas los pares antitéticos catexia del yo-catexia de objeto; pulsiones (o deseos inconscientes)- defensa del yo; energía libre-energía ligada, principio del placer-principio de realidad, etc. Esas duplas fueron forjadas por Freud para diferenciar y contraponer el funcionamiento del sistema *Inc.* del *Prec-Cc.* Pero no era esa tópica la que interesaba a los psicólogos del yo.

Los pasos siguientes fueron: otorgarle un carácter innato; pensarlo como facilitador de las interacciones con el ambiente; considerar que existía una parte del mismo que no participaba en los conflictos del yo con las pulsiones ni con el superyó; adjudicarle *funciones autónomas primarias* –las más mencionadas: la percepción, la memoria y la inteligencia–, llevadas a cabo por el bebé desde su nacimiento mediante “aparatos congénitos”, según la terminología de esta corriente.

La *autonomía secundaria* del yo era lograda cada vez que se resolvía algún conflicto entre el yo y las otras instancias psíquicas, especialmente con el ello. El yo conseguiría posponer de manera estable alguna exigencia pulsional para satisfacer, por ejemplo, al superyó. Las defensas cambiaron de función y devinieron adaptativas. Igualmente, los rasgos de carácter. El yo libre de conflictos operaba con energía neutralizada, proceso que la psicología del yo relacionaba con la sublimación y la desexualización freudianas, pero sin tener en cuentas las implicancias que el vienés le adjudicó a tal proceso: la defusión de Eros y Tánatos con sus consecuencias: aumento del sadismo del superyó y del masoquismo del yo. (Véase I, 6.4.1). Hartmann se propuso crear una teoría del yo que fuera allende lo psicopatológico. Más ampliamente, quiso construir una *Psicología general* de corte psicoanalítico, articulada con disciplinas que él consideraba afines: biología, psicofisiología, psicología infantil inclinada al psicogenetismo, psicología social, etc.

4. El yo en la teoría lacaniana. Cuadro Sinóptico

Lacan creó una teoría estructural –no fenomenológica– del sujeto. El \$ quedó diferenciado del *moi* y del *Je*, alejándose así de los conceptos de yo y *self* kleinianos. También se situó en la antípoda de Hartmann: su yo era imaginario, narcisista y, por ende, sexualizado; además, estaba lejos de ser autónomo. Entre las dos teorías del vienés respecto del funcionamiento del yo: a) como instancia narcisista y b) como instancia sometida a exigencias adaptativas, Lacan optó por la primera. Desde el *EE* (1949) hasta sus últimos seminarios y escritos, siempre tomó como punto de partida las tesis de *Introducción al narcisismo* y las de la primera tópica. Profundizó en las elaboraciones freudianas sobre el narcisismo y la estructuración yoica teniendo como referente importante la imagen unitaria del cuerpo. Esta perspectiva le llevó a introducir aspectos novedosos en su concepción sobre el narcisismo, que la distinguieron de sus homónimas en Klein y Freud.

Abordar el yo en la obra de J. Lacan exigió presentarlo dentro del contexto teórico del cual formó parte. De ahí que encontrará un lugar natural en la tercera parte de esta tesis, dedicada a la TIL. El capítulo III, 10 de la misma estará íntegramente consagrado al yo. Tras abordar esta problemática en su obra se han establecido cuatro tiempos en sus elaboraciones, que fueron mencionadas al comienzo de este resumen.

Al final de su obra quedó claro que tanto lo imaginario, como lo real y simbólico eran determinantes de la estructura y funcionamiento del yo. En Lacan podría distinguirse:

- Un yo imaginario: $moi \leftrightarrow i(a)$, atravesado por las relaciones del yo con la imagen propia y la del otro.
- Un yo determinado por lo simbólico; era carente, por lo tanto, de autonomía. Si el kleiniano dependía de los instintos, éste estaba subordinado a lo simbólico.
- Un yo relacionado con lo real y con el goce, aspecto éste que puso de relieve la inercia del yo, su masoquismo y el ser sede de las manifestaciones de la pulsión de muerte; entre ellas: la compulsión a la repetición.

EL YO EN LA TEORÍA LACANIANA

PERIODOS	CATEGORÍAS CONCEPTUALES	REFERENCIAS DE TEXTOS
PRIMER PERIODO EL YO Y LO IMAGINARIO	Fundación del yo y del registro imaginario. Un yo opuesto a toda filosofía derivada del cogito El estadio del espejo y la identificación imaginaria. La omnipotencia del yo La alienación imaginaria y el yo ideal. La fascinación por la imagen El cuerpo fragmentado. Transítivismo y agresividad Celos y rivalidad. Viraje del yo especular al yo social El conocimiento paranoico	<i>De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad</i> (1932) <i>El estadio del espejo como formador de la función del yo ["je"] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica</i> (1936-1949) <i>La familia</i> (1938) <i>La agresividad en psicoanálisis</i> (1946) <i>Acerca de la causalidad psíquica</i> (1946)
SEGUNDO Y TERCER PERIODO EL YO Y LO SIMBÓLICO	Primeras articulaciones simbólico-imaginarias del yo Introducción del sujeto mediante los esquemas ópticos Incorporación del estadio del espejo en la tópica RSI Articulación del Nombre de padre con los tres registros Anudamiento de la necesidad, demanda y deseo con la cadena significante Versión minimalista del estadio del espejo: $m \leftrightarrow i(a)$ * * * * * Regulación simbólica de lo imaginario. El sujeto y el objeto a , causa del deseo El asentimiento materno frente a la imagen especular El ideal del yo, instancia simbólica y pacificante. Diferenciación entre el yo ideal y el Ideal del yo El yo como síntoma	<i>Lo simbólico, lo imaginario y lo real</i> (1953) <i>Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis</i> (1953) Esquemas: L, Z y R. El grafo del deseo. Los modelos ópticos <i>Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache:</i> (1960). * * * * * Seminario 8: <i>La transferencia</i> Seminario 9: <i>La identificación</i> Seminario 11: <i>Los cuatro conceptos...</i> Seminario 14: <i>La lógica del fantasma</i> Seminario 15: <i>El acto psicoanalítico</i> Seminario 16: <i>De un Otro al otro</i> Seminario 17: <i>El reverso del psicoanálisis</i>
CUARTO PERIODO EL YO Y LO REAL	Tripartición (RSI) del yo y sus articulación con las triparticiones del objeto a y del fantasma Lo imaginario del yo y su articulación con lo real y simbólico en los nudos borromeos El goce del yo: masoquismo erógeno. Las manifestaciones de la pulsión de muerte en el yo Rasgos de carácter del yo como estructuras metafóricas cristalizadas. La inercia del yo El carácter del yo es la definición misma de lo real: lo que insiste, lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo que resiste al significante	Seminario 19: <i>...O peor</i> Seminario <i>El saber del analista</i> (dictado en el Hospital Sainte-Anne). Seminario 20: <i>Aun</i> Seminario 21: <i>Los desengañados se engañan o los Nombres del padre</i> Seminario 22: <i>R.S.I.</i> Seminario 23: <i>El sinthome</i> Seminario 26: <i>La topología y el tiempo</i>

El capítulo terminó con un cotejo de las teorías del yo en Freud, Klein y Lacan.

ANEXO AL CAPÍTULO 10

DEFINICIÓN DE LOS MECANISMOS ESTRUCTURANTES DE LA PSIQUE Identificación proyectiva, identificación introyectiva, proyección e introyección, según Klein

IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA (I. P.)

— **Alemán:** *Projektionsidentifizierung* — **Inglés:** *projective identification* — **Francés:** *identification projective* — **Portugués:** *Identificação projetiva* — **Italiano:** *Identificazione proiettiva*

Mecanismo psíquico introducido por Melanie Klein en 1946 que consistía en una modalidad peculiar de identificación posterior a una escisión del yo y a una proyección penetrante e intrusiva de esas partes escindidas en el interior del objeto. Fue asociada al instinto de muerte y a la posición esquizo-paranoide. Le fue otorgado un vigoroso carácter fantasmático e imaginario. Mediante la I. P. el yo experimentaría la fantasía inconsciente de colocarse a sí mismo (*self*) o de colocar algunos aspectos propios en un objeto (identificación), con fines de defensa que suelen adquirir formas de ataque. El yo puede liberarse de aspectos indeseados escindiéndolos y modificando su ubicación por medio de un desplazamiento hacia el exterior. También pueden tener la fantasía de penetrar en el objeto para atacarlo o controlarlo.

El concepto de I. P. generó una modalidad de identificación que se consumaba mediante mecanismos *projectivos*, a diferencia de las más conocidas hasta entonces, que se basaban en la introyección. En la descripción que hizo de ella por primera vez en *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946) la asoció estrechamente con la PEP y le otorgó una triple característica: en primer lugar, se trataba de una *identificación*, en la que el otro era asimilado o asemejado al sujeto, por las proyecciones en juego; a la vez, producía una *relación de objeto* narcisista, porque el sujeto seguía manteniendo un vínculo con las partes del yo proyectadas en el objeto, y, por último, la consideró también el prototipo de una actitud agresiva hacia el objeto, básicamente la madre, por aquel entonces. A partir de 1952 ya era operativa desde los inicios de la vida y funcionaba en estrecha relación con la I. I., introducida *explícitamente* en 1952. La evolución del concepto a lo largo de K_3 siguió varias líneas: en primer lugar, se extendió su presencia a estados menos patológicos e incluso la hizo participar — apareada con la I. I.— en el desarrollo evolutivo normal, por lo que la acción sinérgica de ambas se convirtió en vertebradora del psiquismo del infante. La alternancia entre la I. P. y la I. I. devino la sístole y diástole del psiquismo; ambas empezaron a formar parte del funcionamiento normal de la psique y quedaron convertidos en mecanismos que operaban a lo largo de toda la vida de los humanos.

IDENTIFICACIÓN INTROYECTIVA (I. I.)

— **Alemán:** *Introjektionsidentifizierung* — **Inglés:** *introjective identification* — **Francés:** *Identification introjective* — **Portugués:** *identificação introjetiva* — **Italiano:** *Identificazione introiettiva*

Proceso psíquico mediante el cual se internaliza el pecho bueno —*íntegro, completo, no disociado*— en el núcleo del yo. Acontece en los momentos en que predomina el instinto de vida y la libido de succión. Opera desde los primeros días de vida, especialmente, si las condiciones de crianza son favorables; contribuye a la cohesión del yo y es un factor importante para el desarrollo evolutivo del niño. Se trata de un concepto aparecido tardíamente en la obra de Klein; fue descrita por primera vez en *NAME* (1946), aunque sin nominarla como tal y, con posterioridad, adquirió significados más precisos, en consonancia con las últimas elaboraciones kleinianas. En ocasiones hizo confluir la identificación introyectiva y la introyección en la categoría de “*procesos introyectivos*”. La consideró complementaria y sinérgica de la identificación proyectiva. Ambas

poseían una doble pertenencia: a la teoría de la estructuración subjetiva y a la concepción de las relaciones de objeto.

La introducción y desarrollo del concepto de I. I. en el tercer periodo de su obra (1946-1960) impuso la tarea de pensar retroactivamente los posibles reacomodamientos de todo el bagaje conceptual kleiniano construido previamente. En efecto, la preeminencia otorgada hasta entonces a la posición depresiva (PD) fue cediendo terreno en favor de los mecanismos esquizoides y de la envidia. Por otra parte, que la I. I. instalase objetos buenos en el yo desde el comienzo de la vida psíquica, vino a suavizar la excesiva dicotomía que inicialmente tuvo el esquema de las posiciones; también introdujo matices en su teoría sobre el surgimiento del yo: además de innato y poco integrado, esta modalidad identificatoria establecería un núcleo organizador en el centro mismo de esa instancia yoica, apenas iniciada la vida. Finalmente, la I. I. vino a contrarrestar la excesiva presencia de introyectos persecutorios y malos en el mundo interno. En definitiva, resultó ser un mecanismo importante en la estructuración subjetiva.

PROYECCIÓN

— **Alemán:** *Projektion* — **Inglés:** *projection* — **Francés:** *projection* — **Portugués:** *projeção*
— **Italiano:** *proiezione*

Mecanismo que localiza en el exterior –en personas o cosas– ciertos aspectos psíquicos del yo a los fines de la defensa. Esa base freudiana del concepto quedó incorporada a la versión kleiniana de la proyección pero las inflexiones que ella le otorgó a este articulador teórico le acabaron dando significados y usos propios. Entre éstos figuran: la proyección de objetos internos, de la angustia, del instinto de muerte, del sadismo, de conflictos internos, de partes del yo o del *self*, etcétera. La noción de retaliación mantuvo estrecha conectividad con este mecanismo defensivo. Una de las funciones especialmente privilegiadas por Klein dentro de la proyección fue la derivación hacia el exterior a la pulsión de muerte, tarea que en los inicios del desarrollo evolutivo atribuía a la deflexión. La proyección de Eros fue poco teorizada en su obra, aunque implícitamente vigente.

El genio propio de su pensamiento psicoanalítico hizo que la índole de lo externalizado, vía proyección, tuviera contornos específicos. Otro aspecto propio y específico de la proyección kleiniana fue su articulación con la introyección. Los objetos reales externos eran los depositarios de las proyecciones, que casi siempre iban seguidas de introyecciones, reproyecciones y reintroyecciones. Dicha alternancia era permanente y vitalicia; perduró hasta el final de su obra. Buena parte de estas funciones de la proyección fueron trasvasadas a partir de *NAME* (1946) hacia la identificación proyectiva.

Una manera suplementaria de perfilar la proyección kleiniana pasa por recordar algunas diferencias al respecto con el vienés. Klein, siguiendo a Abraham, otorgó a la proyección una base instintiva y un prototipo corporal: el erotismo anal y la exoneración de las materias fecales; aunque, para estos últimos menesteres también empleó el vocablo alemán *Ausstoßung*, traducido habitualmente al castellano como expulsión. Otro aspecto diferencial importante consistió en que la proyección kleiniana soslayó el potencial diferenciador neurosis - psicosis que este mecanismo tuvo en la doctrina del vienés [véase I, 2.5. (a)], porque según ella podían coexistir aspectos neuróticos y psicóticos en una misma persona.

INTROYECCIÓN

— **Alemán:** *Introjektion* — **Inglés:** *introjection* — **Francés:** *introjection* — **Portugués:** *introjeção*
— **Italiano:** *introiezione*

Mecanismo yoico que introduce representaciones de los objetos –y cualidades propias de los mismos– en la psique, donde devienen objetos internos. Es una actividad mental que comienza

muy precozmente: el bebé acoge en su incipiente psique algo de lo que percibe en el mundo externo, desde sus primeros días de vida. La introyección es indisociable de los restantes articuladores teóricos kleinianos, a saber: proyección, fantasía, angustia, posiciones, envidia, simbolización, los pares antitéticos amor-odio, instintos de vida y de muerte, integración-desintegración, etc. Sus funciones son importantes para la estructuración del psiquismo infantil, especialmente durante la posición depresiva, aunque su operatividad continúa a lo largo de toda la vida adulta, en tanto participa junto a la proyección y otros mecanismos defensivos (disociación, negación, etc.) en ese ir y venir constante de materia psíquica con que Klein caracterizó a las relaciones de objetos. La introyección -junto con la proyección- está presente en toda relación objetal. Esta idea se hizo extensiva, a partir de 1946, a las identificaciones proyectivas e introyectivas. La introyección kleinianamente concebida conllevaba la idea implícita de una diferencia –distorsión, deformación– del objeto externo respecto del objeto introyectado.

NOTAS DEL CAPÍTULO 10

¹ Sobre estos aspectos, véase II, 7.5.

² Estos cuatro tiempos de la elaboración de su teoría sobre el yo serán expuestos mediante un cuadro sinóptico en el apartado 10.4. de este mismo capítulo. Será la antesala para el cotejo de las tres teorías que se hará en el apartado siguiente. El tema volverá a tratarse en III, 10. *El yo al final de la producción de Lacan.*

³ Sobre la deflexión, proyección y expulsión, véase II, 3.3.1.; la escisión fue tratada en II, 3.3.2. Según Freud era el organismo quien cumplía la función de deflexionar al exterior la pulsión de muerte. Klein transformó ese proceso, que para el vienés era biológico, en psíquico. Una de las características de estas defensas era su carácter violento. El yo kleiniano incipiente se hizo cargo de esas defensas primitivas (deflexión, proyección, expulsión, escisión, identificación proyectiva, etcétera).

⁴ Durante K₁ y K₂ concibió que, desde el principio de la vida, la existencia de un yo innato permitía establecer una discriminación incipiente entre el yo y el no yo (o entre interior y exterior). La introducción de la identificación proyectiva en K₃ hizo que se perdiera esa capacidad discriminativa inicial ya que ese mecanismo establecía relaciones narcisistas de objeto, acompañadas de la pérdida de límites y confusiones entre el yo y los objetos.

⁵ Véase al respecto II, 9.6. y II, 9.8.

⁶ Acerca de la represión en la obra de M. Klein, véase II, 3.3.10.

⁷ Klein refirió en este fragmento el sometimiento del yo a las influencias de impulsos instintivos sobre los que ejercía control mediante la represión. Esta última actuaría sobre impulsos instintivos –se sobreentiende que provendrían del Ello– y no sobre los retornos de lo reprimido desde lo inconsciente. Para ella la represión era un mecanismo tardío.

⁸ Esta cuestión es importante de ser subrayada ante quienes devinieron fervientes sostenedores de la primera tópica con soslayos más o menos importantes de la segunda (Lacan y buena parte de sus continuadores) y ante los que consideraron a esta última un avance teórico importante, que dejaba a la primera tópica fuera de combate (Klein y sus discípulos). Freud, en los últimos tres lustros de su vida y obra, intentó articular ambas tópicas.

⁹ Sobre este último punto véase: II, 9.6, II, 9.8 y II, 7.3.4.

¹⁰ Estas ideas fueron desplegadas más extensamente en *CTEL* (1952); en páginas siguientes se incluirá la cita de este artículo en que hizo referencia a la asimilación del superyó en el yo.

¹¹ El narcisismo *primario* de Freud –entendido como repliegue sobre sí mismo previa a la apertura objetal y como momento en que el yo que está surgiendo deviene objeto de las pulsiones– es un concepto “lógicamente” ausente en la teoría kleiniana por dos motivos básicos: ella postuló un yo innato y la existencia de relaciones de objeto desde el nacimiento. El narcisismo con que se asocia la identificación proyectiva no es ni primario ni secundario sino simplemente trófico. El narcisismo en Klein –¡ese aparente ausente!– se crea y recrea permanentemente con cada proyección proyectiva, que genera *relaciones narcisistas de objeto*.

¹² En la teoría lacaniana, la madre –o mejor dicho: la función materna–, llevaría a cabo la libidinización –narcisización– del cuerpo del candidato a sujeto, en el primer tiempo del complejo de Edipo.

¹³ O sea que, desde la década de los años veinte, ya era patente su concepción estratigráfica de la mente y de lo inconsciente. En función de esta perspectiva pudo sostener que cuanto más arcaico fuera el acontecimiento vivido, tanto más “profundamente” quedaba inscrito en ese sistema. Sobre las concepciones freudiana y lacaniana del sujeto, véase III, 7.1. y la nota final nº 5 de ese mismo capítulo; también, los apartados I, 1.1.4. y I, 1.1.5.

¹⁴ Al final de esta cita Klein remite a una nota –la nº 2– donde trató sobre las implicancias clínicas de este último punto: la asimilación del superyó por parte del yo. El abordaje de esta cuestión escapa a los objetivos centrales de esta tesis pero se recuerda lo afirmado anteriormente respecto de que la mejor integración del yo supone esta asimilación del superyó.

¹⁵ Y no le faltaban razones: en los medios psicoanalíticos se consideraba que lo congénito era una cuestión que incidía de algún modo en la clínica, pero la actitud predominante de los analistas era despachar rápidamente estos asuntos con afirmaciones del siguiente tenor: “esto no pertenece a nuestro campo”. Argumento válido, sin duda, aunque perezoso. La cuestión se retomará en la cuarta parte de esta tesis, dedicada a la perspectiva personal sobre la identificación.

¹⁶ El concepto de sobredeterminación se diferencia de los modelos de policausalidad convergente en lo siguiente: mientras en la segunda los diversos factores causales concurren separadamente –con mayor o menor independencia– a la producción de un fenómeno, en la sobredeterminación hay un factor principal y las causas coadyuvantes actúan, justamente, a través del que se considera determinante fundamental. Dicho sea de paso, los contrincantes teóricos de Klein en estos aspectos –sobre todo Winnicott, en aquel entonces y Lacan después– también operaron con una concepción de causalidad sobredeterminada, aunque situaron como determinante fundamental al entorno y colocaron lo innato como una de las concausas coadyuvantes. Recuérdese esa frase tan elocuente de Winnicott: el bebé sólo –aislado de su ambiente– no existe.

¹⁷ En la cuarta parte de esta tesis, en la que se volcará las apreciaciones personales sobre estas cuestiones, se plantearán algunas ideas diferentes al pensamiento innatista de Klein y al filogenetista de Freud: se postulará la posibilidad de que las experiencias infantiles establezcan modelos, maneras de interpretación y de dación de sentido, que orientan las experiencias subjetivas posteriores del niño y el otorgamiento de significado a las mismas. El concepto de repetición de experiencias tempranas está concernido en estas ideas, que intentan reducir el peso determinante que Klein otorgó a lo congénito y Freud, a la herencia filogenética. Ponen el acento en la ontogenia. Se trataría de matrices precoces, obviamente pos-natales, con una capacidad determinante relativa, nunca absoluta. De esta manera la forma en que se vivió servirá de grilla para la interpretación de los acontecimientos futuros. Se trataría de una especie de molde o esquema construido en las experiencias anteriores, que anticipa –*avant-coup*– y organiza la interpretación idiosincrásica de los acontecimientos que se vivirán más adelante. Se postula la existencia de una relación dialéctica entre estas matrices y el *après-coup*.

¹⁸ Sin duda, la posición del psicoanálisis implica dar una máxima prioridad a lo subjetivo, pero la clave reside en poder aunar esa perspectiva con cierto reconocimiento de lo que sucede en la realidad exterior. Pero esta última no viene dada sino que es construida por el sujeto. Por esta razón la realidad es siempre subjetiva y así se internaliza. Este asunto fue tema central del apartado I, 2.1.1.; allí se remite. La diferencia que Freud estableció entre realidad psíquica (*psychische Realität*) y realidad “material” (*Wirklichkeit*) iba en ese camino; puede leerse al respecto *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, OCFAE, XVI, p. 336. Lo mismo puede decirse del peso que le otorgó a la realidad a partir de la segunda tópica (véase *infra*, 7.2.4). Lacan optó por la perspectiva topológica en el abordaje de esta cuestión: continuidad interior-exterior (véase III, 6). Pero el genio de la teoría kleiniana quería otra cosa. En la cuarta parte de esta tesis expondré sobre de mi perspectiva personal respecto de estos asuntos.

¹⁹ Véase en I, 6.1. algunas precisiones acerca del concepto de metapsicología

²⁰ Se emplea este último término en lugar de *constitución* o *estructuración* en tanto es más acorde con la teorización de Klein respecto al carácter innato del yo.

²¹ Véase 7.3.4.

²² Sobre las expresiones *generales* del sadismo se han hecho referencias en varios capítulos precedentes; algunas de las consideraciones más destacadas pueden encontrarse en II, 2.4.3.; en II, 3.1.2.; en II, 6.1.3.; en II, 6.3.1.; en II, 7.2.; en II, 8.2. y II, 8.3. Aquí se hará referencia a la noción de *apogeo del sadismo*.

²³ Klein sostuvo un *continuum* entre neurosis y psicosis, postura que fue muy combatida por Lacan.

²⁴ La revisión de los escritos de Freud sobre el tema estuvo orientada por el *Diccionario de Psicoanálisis*, de Laplanche y Pontalis; *op. cit.* La entrada correspondiente es una de las más extensas y ricas de dicho volumen.

²⁵ Los vocablos *proceso primario* – *proceso secundario* se derivan en última instancia de haber postulado la existencia de fenómenos inconscientes. Freud se refirió por primera vez a ese par en el capítulo [15] del *Proyecto...* y lo desarrolló en el séptimo de *La interpretación de los sueños* (1900). Algunas ideas de esa época fueron reprocesadas treinta años más tarde en *La negación* (1925), al tratar el asunto de la construcción subjetiva de la realidad (véase I, 2.1.1).

²⁶ Freud no precisó taxativamente en qué consistía ese “nuevo acto psíquico”; sólo afirmó que dicho acto permitía pasar del autoerotismo –satisfacción de la pulsión en su zona erógena– al narcisismo, forma más unitaria de satisfacción pulsional. Por medio de una lectura retroactiva de sus textos podría conjeturarse que la identificación narcisista, descrita al año siguiente en *DyM* (1915), podría ocupar esa función. Lo afirmado en *YyE* (1923) –estructuración identificatoria del yo y extensión de las ideas de *DyM* para las identificaciones secundarias edípicas– avalaría también esa presunción. En la teoría lacaniana los efectos del estadio del espejo parecen coincidir con el susodicho “nuevo acto psíquico”.

²⁷ Como se verá *infra*, las ideas de Hartmann sobre un yo autónomo no conciliar con la hipótesis de Freud del yo como objeto de las pulsiones.

²⁸ Antes de marchar a EE. UU., Hartmann había sido director de la revista *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse* durante varios años; una vez radicado en Nueva York, fue presidente de la Sociedad Psicoanalítica de esa ciudad entre 1952 y 1954. Alcanzó la presidencia de la *IPA* en 1953, puesto que ocupó hasta 1959. Poco tiempo después fue

nombrado presidente honorario de esa institución. Durante su mandato gestionó algunos de los asuntos que condujeron, años después, a la separación de Lacan de la IPA; se opuso a éste con firmeza durante los procesos de escisión en las instituciones psicoanalíticas oficiales en Francia. Entre sus publicaciones más importantes destacan: *La psicología del yo y el problema de la adaptación* (1939), editado por primera vez en Viena -conviene retener este dato- y en 1958 en Nueva York, Inter. Univ. Press; “Comentarios sobre la teoría psicoanalítica del yo” (1950), publicada en *Revue française de Psychanalyse* nº 31, vol. 3, pp. 339-366; “Las influencias recíprocas entre el yo y el ello en el desarrollo” (1952), en la misma revista, pp. 379-402; *Essays on Ego Psychology* (1964), International Universities Press, Nueva York; *Selected Papers on Psychoanalytic Theory* (1964), International Universities Press, Nueva York. Junto con Kris y Lowenstein publicó *Elementos de psicología psicoanalítica* PUF, París, 1975. Para más detalles sobre su vida y obra puede consultarse el *Diccionario de Psicoanálisis* de E. Roudinesco y M. Plon, op. cit. pp. 423-424.

²⁹ Menos aún a partir de *Duelo y melancolía* (1915) que permiten postular -retroactivamente- que el yo del narcisismo primario podría constituirse por medio de las identificaciones narcisistas.

³⁰ A pesar de las distancias que separan a Hartmann de algunas orientaciones psicoanalíticas contemporáneas, es fácil entrever la influencia que la primera tuvo en la teoría del apego (Bowlby y otros) y en el llamado psicoanálisis relacional e intersubjetivo.

³¹ Esta cuestión, sobre la que casi todos los neonatólogos, puericultores y psicoanalistas podrían coincidir ya había sido formulada por Freud en *Análisis terminable e interminable* (1937) bajo los términos de “variaciones congénitas primarias de yo”, idea que Hartmann desarrolló en su artículo de 1939.

³² Hartmann aludía a las pulsiones con esos términos: *impulsos instintivos*.

³³ La adaptación a la realidad es una noción que procede de la biología; igualmente, conceptos como los de maduración, “organizadores” de la psique, simbiosis, etc.

³⁴ En realidad, los problemas irresueltos que Hartmann atribuye a Freud existen como tales a partir de sus propias premisas.

³⁵ Entre los colaboradores más cercanos a Hartmann puede citarse además a E. Kris, R. Lowenstein, R. Spitz, M. Mahler, D. Rapaport y otros.

³⁶ En *Comentarios sobre la teoría psicoanalítica del yo* (1950), Hartmann introdujo *su* distinción entre yo y *self*. Winnicott, Guntrip y otros psicoanalistas ingleses utilizaron con profusión este término; Kohut, se lo verá enseguida, hizo del *self* una instancia específica y la aplicó al estudio de los trastornos narcisistas.

³⁷ En III, 3.7. se harán algunas referencias a los movimientos culturalistas surgidos en los años sesenta.

³⁸ Fue una perspectiva que ya había sido explorada por Abraham y Klein, tal como se comentó en II, 2.6.3. y en II, 2.5.2., pero, en el caso de la psicología del yo, fue menos psicoanalítica y más ligada, en cambio, a categorías sociológicas y biológicas. En las cuestiones relativas al desarrollo evolutivo descollaron los ya mencionados R. Spitz y M. Mahler.

³⁹ Sobre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación, véase III, 4.6. y III, 9.4.14.

⁴⁰ Para más detalles sobre las teorías de Freud, Klein y Lacan sobre la angustia véase II, 4.1. a II, 4.3.

⁴¹ Se señalará entre corchetes los capítulos y apartados de esta segunda parte en que fueron tratados temas relacionados con el yo: los instintos [II, 6. 1], la angustia [II, 4.2.], la fantasía [II, 5.2.2. y II, 5.4.], los mecanismos de defensa [II, 3.3]; las relaciones de objetos [II, 3.2.], las posiciones [II, 3.1.], la simbolización [II, 6.4.1.], la sublimación [II, 6.4.2.], la reparación [II, 6. 4.3.], la envidia y gratitud [II, 7.3.2., II, 7.3.4. y II, 7.4.4.], la identificación introyectiva y otros mecanismos que participan en la conformación del yo [II, 9. 5. y II, 9. 8], las funciones del yo en la identificación proyectiva [II, 8].

⁴² Durante K₁ y K₂ concibió que desde el principio de la vida, la existencia de un yo innato permitía establecer una discriminación incipiente entre el yo y el no yo (o entre interior y exterior). En K₃ se “perdió” esa capacidad discriminativa inicial porque la operatividad de la I. P. establecía relaciones narcisistas de objeto (confusión entre el yo y los objetos).

⁴³ Véase al respecto II, 9.6. y II, 9.8.

⁴⁴ El narcisismo *primario* de Freud -entendido como *su* teoría del surgimiento de yo, que tuvo un equivalente en el estadio del espejo lacaniano- fue un concepto que “lógicamente” estuvo ausente en la teoría kleiniana por dos motivos fundamentales: porque ella postuló un yo innato y porque afirmó que existían relaciones de objeto desde el nacimiento. El narcisismo de las relaciones narcisistas de objeto creadas por la I. P. no era primario ni secundario (términos que sólo serían válidos en la teoría freudiana). El narcisismo en Klein -¡ese aparente ausente!- se recreaba permanentemente con cada I. P. Por otra parte estuvo este narcisismo trófico ligado a la introyección del pecho bueno en el núcleo del yo.

⁴⁵ O sea que, ya en los años veinte era patente su concepción estratigráfica de la mente y de lo inconsciente.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Segunda parte. Teoría identificatoria kleiniana

- Abello Blanco, A. y Liberman, A.: *Winnicott hoy*, Psimática, Madrid, 2008.
- Abram, J.: *Le langage de Winnicott*, Édition Popesco, París, 2003.
- Álvarez Lince, B.: *Melanie Klein: teoría y técnica*, Polemos, Buenos Aires, 2012.
- Arnoux, D. J.: *Melanie Klein. Vida y pensamiento psicoanalítico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
- Baranger, W.: *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*, Ediciones Kargieman, Buenos Aires, 1971.
- Baranger, W. y col.: *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2001.
- Bion, W. R.: *Transformaciones del aprendizaje al crecimiento*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.
- Bion, W. R.: *Volviendo a pensar*, Horme, Buenos Aires, 1972.
- Bleichmar, N. M. y Liberman de Bleichmar, C.: *El psicoanálisis después de Freud*, Eleia editores, México, 1989.
- Bollas, C.: *La sombra del objeto*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1991.
- Burgoyne, B. y Sullivan, M.: *Los diálogos sobre Klein-Lacan*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Ciccone, A.: *La transmission psychique inconsciente*, Dunod, París, 1999.
- Ciccone, A. y Lhopital, M.: *Naissance à la vie psychique*, Dunod, París, 1997.
- Colina, F.: *Melancolía y paranoia*, Síntesis, Madrid, 2011.
- Del Valle, E.: *La obra de Melanie Klein. Vol I*, Lugar Editorial, 1986.
- Del Valle, E.: *La obra de Melanie Klein. Vol II*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1986.
- Del Valle, E.: *Melanie Klein: cierre y apertura*, Lumen, Buenos Aires, 1999.
- Etchegoyen, H.: *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1991.
- Etchegoyen, H. y Minuchin, L.: *Melanie Klein. Seminarios de introducción a su obra*, Ediciones Biebel, Buenos Aires, 2014.
- Fendrik, S.: *Desventuras del psicoanálisis*, Ariel, Buenos Aires, 1993.
- Fendrik, S.: *Psicoanalistas de niños. La verdadera historia*, Letra Viva, Buenos Aires, 2004.
- Fleischer, D.: *Testimonios de una práctica de enseñanza. M. Klein, D. Winnicott y W. Bion*, JCE, Buenos Aires, 2009.
- Galimberti, F.: *Wilfred R. Bion*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2006.
- Grinberg, L., Sor, D. y Tabak de Bianchedi, E.: *Introducción a las ideas de Bion*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973.
- Grinberg, L.: *Teoría de la identificación*, Tecnicpublicaciones, Madrid, 1985.
- Grosskurth, P.: *Melanie Klein. Su mundo y su sombra*, Paidós, Barcelona, 1990.
- Grotstein, J. S.: *Identificación proyectiva y escisión*, Gedisa, México D.F, 1983.
- Guillaumin, J.: *L'objet, L'Esprit du Temps*, Bordeaux, 1996.
- Hinshelwood, R.: *Diccionario del pensamiento kleiniano*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1989.
- Houzel, D.: *La transmission psychique*, Odile Jacob, París, 2010.
- Jiménez Avello, J.: *Para leer a Ferenczi*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.
- Jones, E.: *La teoría del simbolismo*, Letra Viva, Buenos Aires, 1980.
- Kaes, R. y Faimberg, H. y otros: *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2006.
- Klein, M.: *Envy and Gratitude*, Vintage, Londres, 1997.
- *Lettres à Marcelle Spira*, Presses Universitaires de France, París, 2013.
 - *Love, Guilt and Reparation*, Vintage, Londres, 1998.
 - *Narrative of a Child Analysis*, Vintage, Londres, 1998.
 - *The Psycho-Analysis of Children*, Vintage, Londres, 1997.
- Klein, M.: *Obras completas*, Paidós, Buenos Aires. Edición en seis volúmenes. Véase la ordenación cronológica de sus escritos y las abreviaturas de sus textos citados después del índice de este tomo.
- Kristeva, J.: *El genio femenino 2. Melanie Klein*, Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Lauret, M. y Philippe Raynaud, J.: *Melanie Klein, une pensée vivante*, Presses Universitaires de France, París, 2008.
- Luquet, P.: *Les identifications*, Presses Universitaires de France, París, 2003.
- Mijolla, A.: *Les visiteurs du moi*, Société D'Édition Les Belles Lettres, París, 1986.
- Nasio, J D.: *Introduction aux œuvres de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein, Winnicott, Dolto, Lacan*, Rivages Psychanalyse, París, 1994.
- Ogden, T. H.: *Projective identification and psychotherapeutic technique*, Karnac, London, 1992.
- Parmentier, S.: *Comprendre Melanie Klein*, Armand Colin, Francia, 2009.
- Paz, R.: *Cuestiones disputadas en la teoría y la Clínica Psicoanalítica*, Biebel, Buenos Aires, 2008.
- Petot, J-M.: *Melanie Klein. Primeros descubrimientos y primer sistema (1919-1932)*, Paidós, Buenos Aires, 1982.
- *Melanie Klein. Le moi et le bon objet*, Dunod, París, 1982.
- Rabinovich, D.: *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*, Manantial, Buenos Aires, 1998.
- Rodríguez Sutil, C.: *Introducción a la obra de Ronald Fairbairn*, Ágora Relacional, Madrid, 2010.
- Rosenfeld, H. A.: *Estados psicóticos*, Horme, Buenos Aires, 1974.
- Roudinesco, E.: *Dictionnaire de la psychanalyse*, Fayard, Francia, 1997.
- Rousseau-Dujardin, J.: *Couché par écrit*, Galilée, París, 1981.

- Rycroft, C.: *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1976.
- Sandler, J.: *Proyección, Identificación, Identificación proyectiva*, Tecnipublicaciones, Madrid, 1989.
- Segal, H.: *Melanie Klein*, Alianza, Madrid, 1985.
- Tausk, V.: Sobre el origen del “aparato de influencia” en la esquizofrenia, en *Revista Argentina de psicoanálisis*, Buenos Aires, 1945.
- Thomas, M. C.: *Lacan lector de Melanie Klein*, Epee, México, 2008.
- Varios Autores: *Destins des identifications et cures psychanalytiques*, Éditions in press, París, 2003.
- Varios Autores: Homenaje a Melanie Klein, en *Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1981.
- Varios Autores: Identifications; en *Journal de la psychanalyse de l'enfant*, nº 10, Centurion, París, 1991.
- Varios Autores: La fonction paternelle, en *Journal de la psychanalyse de l'enfant*, Bayard, París, 1992.
- Varios Autores: *Lecturas de Winnicott*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1996.
- Varios Autores: *Le Traumatisme psychique*, Presses Universitaires de France, París, 2005.
- Varios Autores: *Melanie Klein Aujourd'hui*, Césura Lyon Edition, Lyon, 1985.
- Varios Autores: *Melanie Klein en Buenos Aires. Desarrollos y perspectivas. Encuentro teórico-Clinico*, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.
- Varios Autores: *Revista de psicoanálisis*, Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, 1956.
- Varios Autores: *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, Facultad de Psicología. UBA, Buenos Aires, 2011.

TESIS DOCTORAL

Víctor Korman

Director: Profesor Gerardo Gutiérrez



LA IDENTIFICACIÓN EN LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

TOMO 2

TERCERA PARTE: TEORÍA IDENTIFICATORIA LACANIANA

CUARTA PARTE: PERSPECTIVA TEÓRICA PERSONAL

SOBRE LA IDENTIFICACIÓN

FACULTAD DE MEDICINA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

2015

ÍNDICE

TERCERA PARTE. TEORÍA IDENTIFICATORIA LACANIANA (TIL)

ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LA TERCERA PARTE	14
---	----

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN GENERAL A LA TEORÍA IDENTIFICATORIA DE LACAN

1.1. Identificación simbólica e imaginaria	17
1.2. Freud, Klein, Lacan; diferencias y semejanzas	18
1.3. De Freud a Lacan	20
1.4. Procesamientos	22
1.4.1. TIL e ciencias sociales	23
1.4.2. Procesamiento lingüístico de la TIL.....	23
1.4.3. Importaciones lógicas en la TIL.....	24
1.4.4. Procesamiento topológico de la identificación.....	24
1.4.5. TIL <> filosofía.....	25
1.4.6. Procesamiento matemático de los conceptos de la TIL.....	25
1.5. Referencias específicas sobre la identificación en los seminarios de Lacan	26
1.6. Síntesis	26
Notas del capítulo 1	28

CAPÍTULO 2. TIEMPOS DE CONSTRUCCIÓN DE LA TIL. COMPONENTES FUNDAMENTALES DE LA MISMA

2.1. Introducción	29
2.1.1. Primer tiempo: 1936-1953. Identificación imaginaria. Estadio del espejo y yo.....	30
2.1.2. Segundo tiempo: 1953-1961. Bases lingüísticas de la identificación: significante y sujeto barrado (\$). La estructura.....	30
2.1.3. Tercer tiempo: 1961-1971. La identificación simbólica. Topología del sujeto.....	30
2.1.4. Cuarto tiempo: 1971-1981. Nudos borromeos e identificación. Reversiones del toro	32
2.2. Elementos de la teoría lacaniana de la identificación. Componentes e inmersiones	34
2.3. Componentes fundamentales	35
2.3.1. Potencial identificante del significante (rasgo unario).....	35
2.3.2. Capacidad identificante de la imagen.....	35
2.3.3. Otro como fuente de los rasgos unarios	35
2.3.4. El otro (semejante) en tanto proveedor de las imágenes estructurantes	36
2.3.5. Identificación simbólica como causación (parición) del sujeto	36
2.3.6. Identificación imaginaria: surgimiento del yo (<i>moi</i>).....	37
2.4. Articuladores complementarios	37
2.4.1. El Nombre del padre y la metáfora paterna	37
2.4.2. La repetición; semejanzas y diferencias.....	38
2.4.3. La noción de marca	38
2.4.4. El nombre propio.....	39
2.4.5. La negación	39
2.5. Inmersiones	40
2.5.1. Perspectiva lingüístico-estructural	40
2.5.2. Tópica de los tres registros	41
2.5.3. Formalización lógica-matemática	41
2.5.4. Inmersión topológica.....	41
2.5.5. Resignificación retroactiva y tiempos lógicos. La temporalidad en psicoanálisis.....	42
2.6. La desustancialización del <i>esebarrado</i>. Sus repercusiones: identidad e identificación	45
2.7. El <i>esebarrado</i> (\$) y el sujeto de la ciencia	46
2.8. Epílogo y síntesis	48
Notas del capítulo 2	53

CAPÍTULO 3. TIL Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Introducción	57
---------------------------	----

3.1. Lacan y las ciencias sociales	59
3.2. La sociología francesa de comienzos del siglo XX. Influencias de Durkheim	60
3.3. En torno a un texto de 1938: CFFI o La familia	63
3.3.1. La noción de familia en Lacan, año 1938.	63
3.3.2. Los complejos.....	64
3.3.2.1. <i>El complejo del destete</i>	64
3.3.2.2. <i>El complejo de intrusión</i>	65
3.3.2.3. <i>El complejo de Edipo</i>	66
3.3.3. Las identificaciones en <i>La familia</i> (1938).....	66
3.4. La declinación de la <i>imago</i> paterna	67
3.5. Acercamientos a la antropología estructural y a la lingüística. Lévi-Strauss	68
3.6. Un inciso sobre los conceptos de estructura y estructuralismo(s)	70
3.6.1. Definiciones del concepto de estructura.....	71
3.6.2. El estructuralismo en lingüística	73
3.6.3. La antropología estructural de Claude Lévi-Strauss	73
3.6.4. Lacan y el estructuralismo en psicoanálisis	75
3.7. La etnología y el psicoanálisis	77
3.8. Mitología y religión: Lacan sin Freud	79
3.8.1. Psicoanálisis y mitología	79
3.8.2. Psicoanálisis y religión	80
3.9. Las identificaciones en el período 1936-1953	82
3.10. Resumen del capítulo	85
Notas del capítulo 3	88

CAPÍTULO 4. PROCESAMIENTO LINGÜÍSTICO DE LA TIL

4.1. Lingüística y <i>lingüistería</i>	94
4.2. Elementos básicos de lingüística. Saussure y sus discípulos	95
4.2.1. La lingüística saussureana	96
4.2.1.1. <i>Las diferencias entre lengua, lenguaje y habla</i>	97
4.2.1.2. <i>El signo lingüístico según Saussure</i>	99
4.2.1.3. <i>La arbitrariedad del signo</i>	100
4.2.1.4. <i>La mutabilidad e inmutabilidad del signo</i>	100
4.2.1.5. <i>Carácter lineal del significante</i>	101
4.2.1.6. <i>El valor lingüístico</i>	101
4.2.1.7. <i>La lengua como pensamiento organizado en la materia fónica</i>	102
4.2.2. Las aportaciones de Trubetzkoy, Jakobson, Hjelmslev y Martinet	103
4.2.2.1. <i>Nikolai S. Trubetzkoy (1890-1938). La escuela de Praga</i>	103
4.2.2.2. <i>Roman Jakobson (1896-1982). Los polos metafórico y metonímicos del lenguaje</i>	104
4.2.2.3. <i>Louis T. Hjelmslev (1899-1965). La escuela de Copenhague</i>	106
4.2.2.4. <i>André Martinet (1908-1999). La escuela funcionalista de París</i>	107
4.3. El significante, concepto <i>lingüístico</i> fundamental de la teoría lacaniana	108
4.3.1. Significante y significado en Lacan; las diferencias con Saussure	108
4.3.2. El significante lacaniano y su relación con otros conceptos psicoanalíticos	
Periodo 1953-1961	112
4.3.3. Desarrollos posteriores sobre el significante. Periodo 1961-1981	113
4.4. <i>Lingüistería</i> e inconsciente. La metáfora y la metonimia	115
4.4.1. El inconsciente <i>lingüístico</i>	116
4.4.2. Instancia de la letra en el inconsciente.....	117
4.4.3. Metáfora y metonimia.....	119
4.4.3.1. <i>Metáfora</i>	119
4.4.3.2. <i>Metonimia</i>	121
4.4.3.3. <i>La cuádruple convergencia: Freud, Heidegger, Saussure y el estructuralismo</i>	123
4.5. Ejes y cadenas	124
4.5.1. Eje sintagmático y paradigmático.....	124
4.5.2. La cadena significante consciente e inconsciente	125
4.6. División del sujeto por el orden significante. Sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación	128

4.7. Fundamentos lingüísticos de la TIL	131
4.7.1. La imbricación del significante con la identificación y el sujeto. El rasgo unario.....	132
4.7.2. La partición de la alteridad: Otro y otro	132
4.7.3. El Nombre del Padre y la metáfora paterna.....	133
4.7.4. La repetición	134
4.7.5. La noción de marca.....	136
4.7.6. El nombre propio	137
4.7.7. Articulaciones lingüístico-gramaticales y psicoanalíticas sobre la negación. Su relación con el \$.....	139
4.7.7.1. <i>Matrices de la negación o de la falta de objeto</i>	139
4.7.7.2. <i>Édouard Pichon, gramático y psicoanalista</i>	142
4.7.7.3. <i>Gramática de la negación: el ne pletivo, el ne discordancial y los forclusivos</i>	144
4.8. Argumentos principales del capítulo	149
Notas del capítulo 4	151

CAPÍTULO 5. IMPORTACIONES LÓGICAS EN LA TIL

5.1. Lacan y la Lógica	164
5.1.1. Relación friccionada con la lógica.....	164
5.1.2. El lenguaje formalizado y los matemas. Filtrados de la lógica	165
5.2. Introducción a las formalizaciones en el psicoanálisis lacaniano	167
5.3. Lógica del significante y del sujeto (\$)	170
5.4. La logistería en acción	172
5.5. El cuadrante de Peirce	174
5.5.1. El cuadrante y el cuadrado.....	175
5.5.2. Peirce y sus diferencias con las leyes de oposición clásicas	176
5.5.3. <i>Lexis</i> y juicio de existencia	179
5.5.4. <i>Phasis</i> o las diferencias entre afirmar y negar	179
5.5.5. Las leyes de subordinación.....	180
5.6. Lacan y el cuadrante de Peirce	181
5.6.1. Significante y sujeto. La identificación.	181
5.6.2. La privación y la inscripción significativa.....	184
5.6.3. Articulaciones lingüísticas y lógicas sobre la negación.	185
5.6.4. Las dobles negaciones y el cuadrante.....	187
5.7. Lógica, verdad y realidad. La verdad en psicoanálisis	188
5.8. Las clases desde la perspectiva lógica y su relación con el rasgo unario	190
5.9. El nombre propio desde la perspectiva lógica	193
5.10. Tiempos lógicos y temporalidad retroactiva	195
5.11. Otros fragmentos del discurso lacaniano formalizados lógicamente	196
5.11.1. Los cuatro discursos	197
5.11.2. Fórmulas de la sexuación; primera parte.....	198
5.11.3. Lacan y la lógica modal.....	202
5.11.4. Fórmulas de la sexuación, segunda parte; su articulación con la lógica modal.....	204
5.11.5. Formas modales del amor y el amor de transferencia.....	206
5.12. Recapitulación	210
Notas del capítulo 5	212

ANEXO AL CAPÍTULO 5. NOCIONES ELEMENTALES DE LÓGICA

A_{5.1}. ¿Qué es lógica?	217
A_{5.2}. Definiciones	218
A_{5.3}. Ramas de la lógica	219
A_{5.4}. Nociones elementales sobre el lenguaje formal de la lógica	220
A_{5.5}. Formalización de proposiciones simples en lógica simbólica	221
A_{5.6}. Composición de enunciados y conectores	222
A_{5.7}. Vacuidad de contenido e interpretación	224
A_{5.8}. Reglas y leyes	225
A_{5.9}. El concepto lógico de verdad. Verdad y realidad	226
A_{5.10}. Notas sobre las lógicas referidas e instrumentadas por Lacan	228
A _{5.10.1} . Lógica proposicional o de conectores	228

A ₅ .10.2. Lógica cuantificacional o lógica de predicados	229
A ₅ .10.3. Lógica sentencial. Los estoicos antiguos	231
A ₅ .10.4. Implicación y tablas de verdad	232
A ₅ . 10.5. Lógica modal	233
A ₅ .10.5.1. Lógica modal aristotélica y megárico-estoica.....	234
A ₅ .10.5.2. Lógica modal del Medioevo temprano y escolástica.....	235
A ₅ .10.5.3. Lógica modal moderna y simbólica.....	236
A₅.11. Lógica simbólica (o matemática, o logística).....	238
A ₅ .11.1. El giro copernicano de Boole y Frege	239
A ₅ .11.2. De Peano a Hilbert.....	246
A ₅ .11.3. Gödel: un nuevo cuestionamiento de los fundamentos.....	250
A ₅ .11.4. Desarrollos lógicos desde 1950 hasta la actualidad	251
A₅. 12. Antecedentes del cuadrante de Peirce en la historia de la Lógica	251
A ₅ .12.1. Visión cronológica.....	251
A ₅ .12.2. Visión retrospectiva.....	253
A₅. 13. Resumen del Anexo al capítulo 5.....	253
Notas del Anexo al capítulo 5.....	262

CAPÍTULO 6. PROCESAMIENTO TOPOLÓGICO DE LA TIL

6.1. La topología en la teoría lacaniana (topologería)	270
6.2. Las identificaciones en el grafo del deseo y en el esquema R.....	272
6.2.1. Las identificaciones freudo-lacanianas en el grafo del deseo	272
6.2.2. Las identificaciones imaginarias y simbólicas en el grafo del deseo	274
6.2.3. Las identificaciones imaginarias y simbólicas en el esquema R	274
6.3. Un hito importante: el seminario <i>La identificación</i>	276
6.4. El toro y las identificaciones.....	277
6.5. La botella de Klein: identificación, transferencia y demanda.....	280
6.6. Las identificaciones al final de su enseñanza. Reversiones del toro y topología nodal	282
6.6.1. La identificación en la década de los años setenta	282
6.6.2. Reversiones del toro.....	283
6.6.2.1. I_1 ; identificación a lo real del Otro real	284
6.6.2.2. I_2 ; identificación a lo simbólico del Otro real	287
6.6.2.3. I_3 ; identificación a lo imaginario del Otro real.....	289
6.6.3. Identificación y nudos borromeos	290
6.7. Reformulación de lo inconsciente a la luz de la topología nodal y de la lógica modal	292
6.8. El cuerpo en el discurso lacaniano	293
6.8.1. <i>Ex-sistencia</i> , insistencia y consistencia	294
6.8.2. La teoría los incorporeales en el antiguo estoicismo.....	296
6.8.3. Fragmentos de <i>Radiofonía</i>	297
6.8.4. La identificación primaria y la primera consistencia corporal. Lo incorpóreo y la incorporación.....	298
6.8.5. La identificación secundaria (I_2) y segunda consistencia del cuerpo.....	299
6.8.6. La identificación histórica (I_3) y la tercera consistencia corporal.....	299
6.9. Últimas consideraciones y resumen del capítulo.....	300
Notas del capítulo 6	303

CAPÍTULO 7. TIL <> FILOSOFÍA

7.1. El sujeto del inconsciente y el sujeto de la filosofía.....	308
7.1.1. La noción de sujeto en psicoanálisis. El <i>esebarrado</i> de Lacan.....	308
7.1.2. El sujeto cartesiano y el \$.....	310
7.1.3. <i>Cogito</i> cartesiano y <i>cogito</i> psicoanalítico.....	313
7.1.4. El sujeto sujetado al lenguaje: hablanteser (<i>parlêtre</i>).	314
7.1.5. Lenguaje, palabra y pensamiento; antecedentes filosóficos.	315
7.1.5.1. Los estoicos. <i>Lekton</i> o significado, el significante y la cosa.	316
7.1.5.2. De todos los Nietzsche..., el filólogo.....	318
7.1.5.3. Wittgenstein y los juegos de lenguaje.....	322
7.1.6. El lenguaje habla a través del hombre. Heidegger	324
7.1.6.1. “Una fraternidad en el decir.”	327

7.1.6.2. <i>El lugar estratégico de la etimología en el pensamiento de Heidegger</i>	328
7.1.6.3. <i>Silencio y pregunta</i>	329
7.1.6.4. <i>Poesía. Pensamiento poetizador</i>	330
7.1.7. <i>El sujeto del deseo</i>	332
7.1.7.1. <i>Spinoza: “El deseo es la esencia del hombre”</i>	333
7.1.7.2. <i>Hegel: “El deseo es el deseo del otro”</i>	338
7.1.7.3. <i>Sartre: falta de ser y deseo de ser</i>	340
7.1.7.4. <i>El deseo es el deseo del Otro. Desidero; el cogito lacaniano</i>	341
7.2. El Otro barrado y la alteridad en el discurso filosófico	346
7.2.1. <i>Versiones filosóficas del otro: Platón, Descartes, Hegel, Brentano, Husserl, Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty</i>	347
7.2.2. <i>El Otro barrado, correlato del sujeto del inconsciente, también barrado</i>	350
7.3. La repetición con diferencias: Kierkegaard	352
7.3.1. <i>Kierkegaard (1813-1855), un osado investigador del alma</i>	352
7.3.2. <i>La repetición significativa es siempre con diferencias</i>	353
7.4. El rasgo unario y la cuestión del Uno	354
7.4.1. <i>El Uno en la filosofía: Parménides, Jenófanes, Platón, Aristóteles, Plotino, santo Tomás, Leibniz, Kant</i>	356
7.4.2. <i>El Uno y lo unario en Lacan</i>	359
7.5. Nombre propio. Antecedentes filosóficos	361
7.6. La negación. Elucidaciones filosóficas	363
7.6.1. <i>Las perspectivas de Hegel, Wittgenstein, Sartre, Hyppolite</i>	363
7.6.2. <i>La negación en Lacan. El discordancial <i>ne</i> y el no-todo (<i>pas-tout</i>)</i>	364
7.7. La tópica lacaniana R.S.I. Hegel, Lévi-Strauss, Marx	364
7.8. La temporalidad psicoanalítica. Heidegger, Sartre	366
7.8.1. <i>El ser y el tiempo</i>	366
7.8.2. <i>El ser y la nada</i>	369
7.9. La agresividad, correlato de las identificaciones imaginarias. Hegel	369
7.10. La causalidad psíquica. Las causas en filosofía y en psicoanálisis	370
7.10.1. <i>Las causas en el contexto filosófico</i>	371
7.10.2. <i>La identificación como causa: estructuración de un nuevo sujeto psíquico</i>	374
7.10.3. <i>Determinismo inconsciente una vez estructurado el sujeto</i>	377
7.10.4. <i>Lo Real como causa</i>	378
7.11. La alienación imaginaria y simbólica. El par alienación-separación. Hegel, Marx	379
7.11.1. <i>La alienación imaginaria y la simbólica</i>	379
7.11.2. <i>El par alienación – separación</i>	380
7.12. La verdad en filosofía	380
7.13. Resumen	381
Notas del capítulo 7	382

CAPÍTULO 8. PROCESAMIENTO MATEMÁTICO DE LOS CONCEPTOS DE LA TIL

8.1. Las relaciones de Lacan con la matemática	399
8.1.1. <i>¿Qué de las matemáticas en el psicoanálisis lacaniano?</i>	400
8.1.2. <i>Efectos del procesamiento matemático en las categorías lacanianas</i>	401
8.2. Fundamentos matemáticos del rasgo unario	403
8.2.1. <i>El pilar freudiano: <i>einzigster Zug</i></i>	404
8.2.2. <i>Apoyaturas lingüísticas</i>	404
8.2.3. <i>Antecedentes filosóficos del Uno de Lacan</i>	405
8.2.4. <i>El sostén matemático y lógico</i>	405
8.3. El infinito en psicoanálisis	408
8.3.1. <i>Los infinitos en matemáticas. Georg Cantor, antecedentes y sucesores</i>	409
8.3.2. <i>El infinito y la teoría lacaniana</i>	409
8.4. Teoría de los conjuntos	410
8.4.1. <i>Elementos básicos de la teoría de conjuntos</i>	410
8.4.1.1. <i>Nuevas definiciones</i>	411
8.4.1.2. <i>Igualdad entre conjuntos. Subconjuntos y superconjuntos</i>	412
8.4.1.3. <i>Reunión de conjuntos</i>	413
8.4.1.4. <i>Intersección de conjuntos</i>	413

8.4.1.5. Diferencia.....	414
8.4.1.6. La diferencia simétrica.....	415
8.4.1.7. Complemento de un conjunto.....	417
8.4.2. Los conjuntos en la teoría lacaniana.....	417
8.5. El número de oro y la sucesión de Fibonacci	419
8.5.1. Repaso de los números.....	419
8.5.2. La serie de Fibonacci.....	421
8.5.3. Φ (Phi); el número de oro.....	422
8.6. La teoría de los juegos	426
8.6.1. Nociones básicas sobre la teoría de los juegos.....	427
8.6.2. Lacan y la teoría de los juegos.....	430
8.6.3. Improntas de la teoría de los juegos en los <i>Escritos</i> y seminarios de Lacan.....	430
8.6.3.1. <i>El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma</i>	430
8.6.3.2. <i>Seminario sobre “La carta robada” (SCR) y S 2</i>	431
8.6.3.3. <i>Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis (1953)</i>	432
8.6.3.4. <i>La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud</i>	432
8.6.3.5. <i>Instancia de la letra en el inconsciente freudiano o la razón desde Freud</i>	433
8.6.3.6. <i>Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956</i>	433
8.6.3.7. <i>Dirección de la cura y los principios de su poder</i>	434
8.6.3.8. <i>Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano</i>	434
8.6.3.9. <i>De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis y S3, S4 y S5</i>	435
8.6.3.10. <i>Seminario I. Los escritos técnicos de Freud</i>	435
8.6.3.11. <i>Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis</i>	435
8.6.4. Lectura lacaniana de la teoría de los juegos.....	436
8.7. Las inclinaciones del deseo	436
8.7.1. Álgebra y su lenguaje.....	436
8.7.2. Monomios y polinomios.....	437
8.7.3. Los números imaginarios y complejos. Un poco de historia.....	438
8.7.4. Coordenadas cartesianas y la inscripción de un punto.....	439
8.7.5. Nociones básicas de trigonometría.....	440
8.7.6. La cifra del deseo. Las inclinaciones del sujeto.....	441
8.8. El concepto de función matemática y su derivación al psicoanálisis lacaniano	442
8.8.1. El concepto de función en matemáticas.....	442
8.8.2. El concepto de función en el psicoanálisis lacaniano.....	445
8.9. Consideraciones conclusivas sobre el rasgo unario y la identificación	445
8.10. Clasificación de los números	447
8.11. Síntesis del capítulo	449
Notas del capítulo 8	450

CAPÍTULO 9. LA IDENTIFICACIÓN SIMBÓLICA. EL SUJETO BARRADO

9.1. Fundamentos de la identificación simbólica. Significante y sujeto	458
9.2. La identificación simbólica en los tiempos de la topologización nodal	459
9.3. El sujeto que emerge de las identificaciones simbólicas	460
9.4. Precisiones sobre qué es el \$	461
9.4.1. <i>Elesebarrado</i> es lo representado por un significante para otro significante.....	461
9.4.2. <i>Elesebarrado</i> se aprehende entre dos significantes.....	461
9.4.3. <i>Elesebarrado</i> es el sujeto del inconsciente.....	461
9.4.4. <i>Elesebarrado</i> es efecto del lenguaje: el sujeto sujetado a la palabra.....	461
9.4.5. <i>Elesebarrado</i> está determinado simbólicamente.....	462
9.4.6. <i>Elesebarrado</i> es efecto de la repetición.....	462
9.4.7. <i>Elesebarrado</i> es sujeto del deseo.....	462
9.4.8. <i>Elesebarrado</i> es efecto de la identificación por el significante.....	463
9.4.9. <i>Elesebarrado</i> es sujeto dividido.....	463
9.4.10. <i>Elesebarrado</i> está marcado por la falta (castración).....	463
9.4.11. <i>Elesebarrado</i> está relacionado con el goce.....	463
9.4.12. <i>Elesebarrado</i> no tiene sustancia.....	464
9.4.13. <i>Elesebarrado</i> es ajeno a la ontología.....	464

9.4.14. <i>Elesebarrado</i> está relacionado con el sujeto de la enunciación	464
9.4.15. <i>Elesebarrado</i> es evanescente.....	464
9.4.16. <i>Elesebarrado</i> es una entidad lógica.....	465
9.4.17. <i>Elesebarrado</i> es topológico, tiene carácter möbiano	465
9.4.18. <i>Elesebarrado</i> es carente de ser	465
9.4.19. <i>Elesebarrado</i> está articulado al objeto <i>a</i> en el fantasma	465
9.4.20. <i>Elesebarrado</i> se capta en la experiencia analítica	465
9.4.21. <i>Elesebarrado</i> está relacionado con el sujeto de la ciencia	465
9.4.22. <i>Elesebarrado</i> es un saber inconsciente.....	466
9.4.23. <i>Elesebarrado</i> fue conectado por Lacan con la teoría de los juegos	466
9.4.24. <i>Elesebarrado</i> se manifiesta en el campo de la verdad	467
9.4.25. <i>Elesebarrado</i> es transubjetivo y generador de transferencias	467
9.5. Qué no es el \$.	467
9.5.1. <i>Elesebarrado</i> no es el sujeto de la filosofía.....	468
9.5.2. <i>Elesebarrado</i> no es el sujeto de la psicología.....	468
9.5.3. <i>Elesebarrado</i> no es el sujeto de la biología ni la anatomía	469
9.5.4. <i>Elesebarrado</i> no es la persona ni el ser humano ni el individuo.....	469
9.5.5. <i>Elesebarrado</i> no es el sujeto de la información ni de la comunicación.....	469
9.5.6. <i>Elesebarrado</i> no es idéntico a sí mismo	469
9.5.7. <i>Elesebarrado</i> no es descriptible fenomenológicamente.....	470
9.5.8. <i>Elesebarrado</i> no es pasible de una psicogénesis.....	470
9.5.9. <i>Elesebarrado</i> no es el yo de la segunda tópica ni el yo del narcisismo	470
9.6. Síntesis del capítulo	470
Notas del capítulo 9	472

CAPÍTULO 10. IDENTIFICACIONES IMAGINARIAS. FUNDACIÓN DEL YO Y DEL REGISTRO IMAGINARIO. LA IDENTIFICACIÓN FÁLICA

Presentación	475
10.1. El estadio del espejo	476
10.2. La identificación imaginaria	477
10.3. Fundación del yo y del registro imaginario. La imagen del propio cuerpo	479
10.3.1. El yo; primeras consideraciones	480
10.3.2. La imagen del propio cuerpo	480
10.3.3. Un yo opuesto a toda filosofía derivada del cogito	481
10.3.4. El registro imaginario	482
10.4. Alienación imaginaria; el yo ideal. Espejularidad y conocimiento paranoico	482
10.4.1. La alienación imaginaria y el yo ideal	483
10.4.2. La espejularidad	483
10.4.3. <i>Je y moi</i>	484
10.4.4. Conocimiento paranoico.....	484
10.5. Resignificación del estadio pre-espejular: la fragmentación corporal.	485
10.6. Creación del umbral para la percepción de los objetos del mundo	486
10.7. Aparición del transactivismo y de la agresividad. Celos y rivalidad.	486
10.7.1. El transactivismo	487
10.7.2. La agresividad	487
10.7.3. Los celos y la rivalidad. El viraje del yo espejular al yo social	487
10.8. Lo imaginario y la teoría del yo en la década de los años cincuenta	488
10.8.1. Los esquemas L y Z.....	489
10.8.2. Modelos ópticos.....	489
10.8.3. El esquema <i>R</i>	492
10.8.4. El grafo del deseo	493
10.9. Nuevas aportaciones sobre el yo a partir del establecimiento del objeto <i>a</i> y del \$.	
Asentimiento e Ideal del yo.....	493
10.9.1. El sujeto barrado y el objeto <i>a</i>	493
10.9.2. El asentimiento	494
10.9.3. El Ideal del yo	495
10.9.4. Revestimiento imaginario y simbólico de los objetos.....	495
10.10. El yo al final de la producción de Lacan	496

10.10.1. El yo y lo imaginario	497
10.10.2. Yo relacionado con lo simbólico	497
10.10.3. El yo vinculado con lo real y el goce.....	499
10.11. La identificación fálica.....	499
10.12. Resumen del capítulo.....	500
Anexo al capítulo 10. Definición lacaniana de la identificación	502
Notas del capítulo 10	502

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA. Tercera parte. Teoría identificatoria lacaniana.....	507
--	------------

**INDICE DE LA CUARTA PARTE
PERSPECTIVA TEÓRICA PERSONAL
SOBRE LA IDENTIFICACIÓN**

CAPÍTULO 1. RECREAR A NUESTROS MAESTROS DEL PSICOANÁLISIS

1.1. Introducción	515
1.2. Un marco general para las consideraciones personales sobre la identificación	516
1.3. Sobre filiaciones.....	517
1.4. Ptolomeísmo, copernicanismo.....	519
1.5. Fundamentos para un sistema identificatorio estructurante del psiquismo.....	520
1.5.1. La incidencia significativa del entorno objetal en la psiquización del recién nacido humano	520
1.5.1.1. <i>Un copernicanismo limitado por la autoorganización.....</i>	520
1.5.1.2. <i>Relaciones de objeto desde el nacimiento.....</i>	521
1.5.2. La concepción retroactiva de la temporalidad psicoanalítica	522
1.5.2.1. <i>La resignificación retroactiva.....</i>	522
1.5.2.2. <i>La regresión</i>	523
1.5.2.3. <i>Pasaje del narcisismo primario a la objetividad edípica. Los pseudópodos.....</i>	524
1.5.3. La relación indisociable entre el narcisismo y el complejo de Edipo	525
1.6. Principales componentes del sistema identificatorio de mi propuesta	526
1.6.1. La identificación primaria y sus dos modalidades: incorporativa e introyectiva	526
1.6.2. La identificación narcisista	528
1.6.3. La identificación secundaria edípica	529
1.7. Resumen del capítulo	531
1.8. Notas del capítulo 1	534

CAPÍTULO 2. ALGUNAS ELABORACIONES PROPIAS

2.1. Unos esquemas como punto de partida	537
2.2. Lo transgeneracional	539
2.3. Identificación, primera definición	540
2.3.1. Recién nacido → Operativo identificación → Sujeto. Primer pasaje	541
2.3.2. Recién nacido → Operativo identificación → Sujeto. Segundo pasaje.....	541
2.4. Identificación, segunda identificación.....	542
2.4.1. Desvelar la traza inconsciente	543
2.4.2. Los otros, el tiempo y el espacio analítico.....	544
2.4.2.1. <i>Los otros.....</i>	544
2.4.2.2. <i>El tiempo.....</i>	545
2.4.2.3. <i>El espacio analítico.....</i>	546
2.5. El diagrama del sujeto	548
2.6. Autoorganización. El sujeto como estructura disipativa	550
2.7. Asimetría de la relación identificante	551
2.8. ¿Cuál es el destino de las identificaciones estructurantes.....	553
2.9. El antiguo futuro sujeto.....	554
2.10. Resumen del capítulo	554
Notas del capítulo 2	558

CAPÍTULO 3. DERIVACIONES CLÍNICAS DE LA PERSPECTIVA TEÓRICA PERSONAL

3.1. Preliminares para una clínica de las identificaciones	561
3.1.1. Insuficiencias de la deducción genealógica	562
3.1.2. La “fabricación” de padres	563
3.1.3. Cotejo de los dos procedimientos.....	564
3.1.4. No sólo lo <i>ídem</i>	564
3.2. Dialectizar los modelos causales son la transformabilidad clínica	565
3.3. Identificación y transferencia	566
3.3.1. El sujeto transferente	566
3.3.2. Dos prototipos de transferencia	567
3.4. Identificación y repetición	568
3.5. Implicancias clínicas derivadas del carácter inconsciente de la identificación	568
3.6. En la clínica se abordan los efectos de las identificaciones: la psique	569
3.7. El trabajo autoorganizativo y su repercusión en la clínica	570
3.8. La identidad: un correlato de la identificación	570
3.9. La estructuración subjetiva infantil: una relación asimétrica	571
3.9.1. Amplio espectro de posibilidades	571
3.9.2. La misma pregunta pensada desde el vástago	572
3.10. Clínica de la identificación primaria	573
3.11. Clínica de las identificaciones narcisistas	574
3.12. Clínica de la identificación edípica. Siniestrar	575
3.12.1. Una intensa seducción intrapsíquica	575
3.12.2. Siniestrar	575
3.13. Recomposición del mosaico identificador	577
3.14. La función del hijo	577
3.14.1. Indicios convergentes sobre los posicionamientos vitales	578
3.14.2. Abandonar a los padres de la infancia	579
3.15. Compendio del capítulo	582
Notas del capítulo 3	587

CAPÍTULO 4. TESTIMONIOS LITERARIOS SOBRE LA IDENTIFICACIÓN

4.1. María Zambrano	590
4.2. Marguerite Yourcenar	590
4.3. Jorge Luis Borges	591
4.4. Sándor Márai	593
4.5. José María Valverde	595
4.6 Joan Manuel Serrat	596
4.7. António Lobo Antunes	596
4.8. Antonio Machado	597
4.9. Síntesis	598

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA. Cuarta parte. Perspectiva teórica personal

sobre la identificación	599
--------------------------------------	-----

RESUMEN DE LA TESIS DOCTORAL	603
---	-----

SUMMARY OF VICTOR KORMAN'S PhD THESIS	607
--	-----

ABREVIATURAS EMPLEADAS EN ESTA TERCERA PARTE

Seminarios. Se citarán con arreglo al siguiente esquema: S + nº del seminario

- S 1 - *Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954).
- S 2 - *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (1954-1955).
- S 3 - *Las psicosis* (1955-1956).
- S 4 - *La relación de objeto* (1956-1957).
- S 5 - *Las formaciones del inconsciente* (1957-1958).
- S 6 - *El deseo y su interpretación* (1958-1959).
- S 7 - *La ética del psicoanálisis* (1959-1960).
- S 8 - *La transferencia* (1960-1961).
- S 9 - *La identificación* (1961-1962).
- S 10 - *La angustia* (1962-1963).
- S 11 - *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964).
- S 12 - *Problemas cruciales para el psicoanálisis* (1964-1965).
- S 13 - *El objeto del psicoanálisis* (1965-1966).
- S 14 - *La lógica del fantasma* (1966-1967).
- S 15 - *El acto psicoanalítico* (1967-1968).
- S 16 - *De un otro al Otro* (1968-1969).
- S 17 - *El reverso del psicoanálisis* (1969-1970).
- S 18 - *De un discurso que no fuese semblante* (1970-1971).
- S 19 - *...o peor* (1971-1972).
- S 20 - *Aun* (1972-1973).
- S 21 - *Los desengañados se engañan o los nombres del padre* (1973-1974).
- S 22 - *R.S.I.* (1974-1975).
- S 23 - *El sinthome* (1975-1976).
- S 24 - *L'insu que sait de l'une bévue s'aile a mourre* (1976-1977).
- S 25 - *El momento de conclure* (1977-1978).
- S 26 - *La topología y el tiempo* (1978-1979).
- S 27 - *Disolución*

Otros seminarios:

- NP - *Los nombres del padre*; una sola clase: 21 de noviembre de 1963.
- SP - *El saber del psicoanalista* (1971-1972), dictado en el Hospital Sante-Anne.
- CAR - *El seminario de Caracas*, dictado el 12 de julio de 1980, en dicha ciudad.

Alocuciones y textos

E I: *Escritos* tomo I (1966)

E II: *Escritos*, tomo II (1966)

Se citará según la versión castellana de Editorial Siglo XXI, México, en dos tomos; Tomo I, tercera edición (1976); Tomo II, primera edición (1975). Los artículos de *Escritos* se citarán mediante las abreviaturas que se consignarán a continuación, que han sido ordenadas alfabéticamente, para facilitar la búsqueda de las referencias. Cuando se trate de artículos aparecidos en la versión original –*Écrits*– que no fueron incluidos en la edición recién mencionada en castellano, se citará según la Éditions du Seuil, Paris, 1966.

AE: *Autres écrits* (2001); Éditions du Seuil, Paris

IyT: *Intervenciones y textos* (2002); Manantial, Buenos Aires.

TR: *Le triomphe de la religion* (1974), Éditions du Seuil, Paris, 2005. Existe edición castellana.

Las citas de artículos de los libros recién mencionados, se hará con arreglo a las siguientes siglas:

ACP: *Acerca de la causalidad psíquica* (1946), *Écrits*, p. 51. Hay versión castellana, Editorial Homo Sapiens.

AP: *La agresividad en psicoanálisis* (1948). Tomo 2, p. 65.

CPTP: *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* (1957-1958). Tomo 2, p.509.

DAC: *Discours aux catholiques* (1960), Éditions du Seuil, Paris, 2005. Existe edición castellana de Paidós.

DC: *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958). Tomo 1, p. 217.

DS: *De un designio* (1965-1966); Tomo I, p. 140.

- EE*: El estadio del espejo como formador de la función del yo [*Je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (1949). Tomo I, p. 11.
- EPE*: El psicoanálisis y su enseñanza (1957). Tomo II, p. 160.
- FCPL*: Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis (1953). Tomo I, p. 59.
- FPC*: Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología (1950), *Écrits*, p. 125.
- ICJH*: Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la "Verneinung" de Freud (1954). Tomo II, p. 130.
- IDSF*: Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina (1960). Tomo I, 290.
- ILIF*: La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud (1957), Tomo I, p. 179.
- INP*: Introducción a los nombres del padre (1963), en *De los nombres del padre*, Paidós, 2005, Buenos Aires.
- IT*: Intervención sobre la transferencia (1951), Tomo I, p. 37.
- JS*: Joyce le symptôme (1979), AE, p. 565.
- KS*: Kant con Sade (1962-1963). Tomo II, p. 337.
- LE*: L'étourdit (1973); AE, p.449
- LCF*: La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis (1955), Tomo I, p. 145.
- LCV*: La ciencia y la verdad (1965), Tomo I, p. 340.
- LF*: Les complexes familiaux dans la formation de l'individu (1938). Versión castellana publicada bajo el título *La Familia*, Ediciones Homo sapiens, Buenos Aires, 1977.
- LT*: La tercera (1974).
- MAPR*: Más allá del principio de realidad (1936); ediciones Homo Sapiens, Buenos Aires (1978).
- MIN*: El mito individual del neurótico (1953); *Ornicar?*, n° 17-18. Publicado en castellano en la recopilación *Intervenciones y textos I*, pp. 37-59, Manantial, 2002, Buenos Aires.
- NI*: Nota italiana (1982), AE, p. 307
- OIDL*: Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad" (1960). Tomo II, p. 269.
- PE*: El psicoanálisis y su enseñanza (1957), Tomo II, p. 160.
- PI*: Posición del inconsciente (1960), Tomo II, p. 365.
- PPRP*: Psicosis paranoica en sus relaciones con las personalidad (1932). Tesis doctoral
- PROP*: Proposición del 9 de Octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela (1967); AE, p.242.
- RAD*: Radiofonía (1970).
- RCJH*: Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la "Verneinung" de Freud (1954). Tomo II, p. 142.
- RyT*: Radiofonía (1970) y Televisión (1974), p. 509. Versión castellana en la que se reunieron ambas alocuciones; Editorial Anagrama, Barcelona, 1977.
- SC*: De un sujeto por fin cuestionado (1966) Tomo I, p. 51.
- SCR*: El seminario sobre "La carta robada" (1955), Tomo II, p. 11.
- SIR*: Lo simbólico, lo imaginario y lo real; discurso pronunciado en ocasión de la fundación de la Société Française de Psychanalyse (1953). Versión castellana en *De los nombres del padre*, Paidós, 2005, Buenos Aires.
- SF*: La significación del falo (1958). Tomo I, p. 279.
- SPFP*: Situación del psicoanálisis y la formación del psicoanalista en 1956 (1956), Tomo II, p. 182.
- SS*: Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano (1960). Tomo I, p. 305.
- STS*: En memoria de Ernest Jones: sobre la teoría del simbolismo (1960); Tomo II, 307.
- TELE*: Televisión (1974).
- TFDA*: Del "Trieb" de Freud y del deseo del psicoanalista (1964), Tomo II, p. 387.
- TLAC*: Tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma (1945), Tomo I, p. 21.
- VCT*: Variantes de la cura-tipo (1955) Tomo II, p. 91.

1

INTRODUCCIÓN GENERAL A LA TEORÍA IDENTIFICATORIA LACANIANA (TIL)

1.1. Identificación simbólica e imaginaria

La identificación simbólica funda al sujeto -\$; el sujeto es efecto de la identificación por el significante, que proviene del Otro.

La identificación imaginaria es constitutiva del yo (moi) y es producto de la actividad identificante de la imagen del semejante (otro).

Estas dos afirmaciones condensan lo medular de las tesis de Lacan sobre el tema en cuestión. Claro está que los distintos componentes de estos enunciados tienen que ser especificados: es necesario dar cuenta de cada uno de los articuladores teóricos presentes en esas frases. Reclama, también, explicitar la galaxia conceptual de la que ambas sentencias emergen. Tales requisitos serán cumplimentados en los diez capítulos que conforman esta tercera parte. Se anticipa que la clave de bóveda de ese edificio la constituye el significante, convertido en la TIL, en *causa* del sujeto y en su *representante*. El Otro y sus significantes identifican simbólicamente al sujeto, engendrándolo primero y, una vez constituido, el significante asume la representación del mismo. La otra modalidad identificatoria referida –la imaginaria o especular– se consume gracias al potencial identificante que tiene la imagen del semejante –otro, con minúscula– sobre el cachorro humano. Este tipo de identificación da nacimiento al yo y al registro imaginario. Las ideas expresadas hasta el momento se esquematizan en las dos columnas que se presentan a continuación. Las flechas verticales que aparecen en ellas equivalen a los siguientes vocablos: engendran, determinan, causan el surgimiento.



A estas modalidades identificatorias fundamentales propuestas por Lacan cabría sumar otras dos, que tuvieron menor trascendencia teórica que las recién señaladas; son ellas: la **fantasmática** y la **fálica**, relacionadas con la simbólica y la imaginaria, respectivamente. Una y otra serán consideradas en los capítulos 9 y 10 de esta tercera parte. Mientras tanto, los dos matemáticos siguientes servirán para avanzar nuevas consideraciones sobre las identificaciones simbólicas:



La notación de la izquierda reafirma, bajo la forma de un algoritmo o matema, lo dicho en la frase que inició este capítulo; se lee así: el sujeto es efecto de la identificación por el significante. La de la derecha tiene varias lecturas, a saber:

- *El significante representa a un sujeto -\$- para otro significante.* La división del sujeto, derivada de la introducción del inconsciente por parte de Freud, se patentizó en la teoría lacaniana mediante la barra que atraviesa la S (sujeto). De aquí en adelante se utilizará indistintamente y con los mismos significados el matema $\$$ y el neologismo *esebarrado*.¹
- *El significante - S_1 - representa a un $\$$ (no a un significado) para otro significante - S_2 - (no para otro sujeto).* Si se excluye lo escrito entre paréntesis, se lee la definición canónica del significante en Lacan, muy diferente a la enunciada por Ferdinand de Saussure. Una segunda lectura, que integre lo que figura entre paréntesis, resaltarán las diferencias entre las definiciones del significante aportadas por uno y otro.²
- *El significante representa a un sujeto para Otro significante.* Este Otro debe ser entendido, aquí, como tesoro de los significantes. Es una formulación prácticamente idéntica a la anterior salvo que sustituye otro (con minúscula) por Otro. Mediante esta modificación se quiere subrayar que el sujeto no sólo se localiza entre uno y **otro** significante sino que, además, está en radical dependencia del **Otro**. Éste, en tanto atesora los rasgos unarios que se implantarán en un organismo viviente, es imprescindible para la aparición del sujeto. Se remarca: a) la anterioridad lógica del Otro respecto del sujeto y b) el carácter simbólico tanto del $\$$ emergente como de la identificación que lo funda.³
- *El sujeto es lo representado por un significante - S_1 - para otro significante - S_2 -.* Se recalca aquí la función de representación; el sujeto nunca aparece de manera directa sino representada; la representación corre a cargo de un significante. Además, esta representación es de breve duración y va seguida de su desvanecimiento. Esta secuencia temporal podría sintetizarse así: el sujeto hace acto de presencia por medio de un significante; luego, desaparece, para reaparecer, más tarde. Dicho más sucintamente: irrupción, eclipse y retorno del sujeto del inconsciente, representado siempre por un significante. Destellos del *esebarrado*.

Lo recién afirmado implica que el Otro -y sus significantes- preexisten al sujeto. No hay $\$$ sin Otro, ya que éste provee los significantes que habrán de identificarle -constituirle-. El Otro designa la alteridad radical, determinante fundamental de la estructuración del sujeto barrado^{4*}. En el contexto de la TIL el significante adquirió el nombre de rasgo unario. El potencial identificatorio del mismo es un elemento clave de dicha teoría. El $\$$ se estructura por identificación y emerge como un sujeto dividido, barrado por la represión; su causación deja un resto no significantizable: el objeto a , causa del deseo.⁵

1.2. Freud, Klein, Lacan; diferencias y semejanzas

Ya en esta primera aproximación a la TIL pueden apreciarse algunas diferencias significativas con las ideas expuestas en la primera (I) y segunda parte (II), dedicadas a las teorías de Freud y M. Klein, respectivamente. Ninguno de ellos discriminó de manera tan tajante -como sí lo hizo el psicoanalista francés- las dos estructuras creadas por sus identificaciones: el sujeto barrado y el yo (*moi*), correlacionadas con lo simbólico y lo imaginario, respectivamente. Esos registros apenas estuvieron esbozados en la obra del vienés; en la teoría kleiniana lo simbólico entendido como registro a la manera de Lacan estuvo obviamente ausente; en cambio, los procesos de simbolización y lo imaginario -entendido en un sentido cercano al de imaginación- tuvo viva presencia, al punto tal que podría afirmarse que el conjunto de su teoría operaba mayoritariamente en ese plano. Además, para ella el yo era innato; no requería, por lo tanto, de identificaciones para constituirse. Las disparidades con la TIF y la TIK aumentaron cuando, con el correr de los años, a las formalizaciones lingüísticas de la TIL se sumaron las lógicas y topológicas. El sujeto barrado y el significante acabaron siendo entidades formales, matemáticas. Por otra parte, las identificaciones, al estar inmersas en la tónica de los tres registros, adquirieron en Lacan un perfil propio y específico, muy diferente del freudiano y el kleiniano. La pertenencia de la identificación por el rasgo unario a lo *simbólico* y el carácter *imaginario* de las especulares se mantuvieron a lo largo de toda la obra del psicoanalista francés; la presencia de lo *real* en las identificaciones adquirió notoriedad en la parte final de su enseñanza (véase el cuadro y el esquema insertados en III, 2.1.4).

Este cotejo inicial entre las tres perspectivas se ampliará a continuación. Se hará simultáneamente un anticipo de las principales tesis de Lacan sobre el tema, que se presentarán bajo la forma de un contrapunto con las otras dos teorías, ampliamente expuestas en I y II. Se subrayarán las zonas de contacto y las distancias entre esas tres formas de pensar la identificación. La primera consideración en cada una de esas puntualizaciones corresponderá a la óptica de Lacan; seguirán, luego, los puntos de vista freudiano y kleiniano; tales aseveraciones serán ampliadas en diversos momentos y lugares de los capítulos que conforman esta tercera parte. Se puede considerar lo que se dirá a continuación como marco de referencia y orientación para la lectura de todos los capítulos de esta tesis dedicados a la TIL.

- Para Lacan, el punto de partida del proceso identificatorio es el gran Otro (identificación simbólica) y el pequeño otro (identificación imaginaria). Freud consideró que el movimiento identificatorio partía del sujeto en vías de estructuración mientras que Klein sostuvo que las identificaciones proyectivas e introyectivas se originaban en el yo, innato en su teoría.
- El sujeto es efecto de la identificación por el significante. Esta formulación viene a reafirmar que el Otro es el agente activo de la misma. Se trata de otra gran disparidad con Freud y Klein. El primero adjudicaba esta actividad a las pulsiones del niño mientras que la segunda consideraba que el yo, en su esfuerzo por deflexionar la pulsión de muerte, iniciaba la identificación proyectiva.
- El yo es efecto de la capacidad identificante de la imagen del otro, según Lacan. Esta función de la imagen del otro en el terreno identificatorio aparece esbozado en las identificaciones narcisistas del vienés (Cfr. *Duelo y melancolía*; también: I, 2.4.; I, 4.4. y I, 6.6.) y estaba prácticamente ausente en la concepción kleiniana. El yo en Freud y Lacan fue concebido como producto de identificaciones; Klein lo consideró innato, aunque, en *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides* (1946), expuso la idea de la remodelación del mismo por medio de identificaciones introyectivas.⁶ Estas disparidades son, a su vez, consecuencia de las diferentes teorías que cada uno de ellos elaboró sobre el narcisismo: en Lacan más ligado a la imagen que a la pulsión (Freud). Melanie Klein planteó algo original al respecto: el concepto de relaciones narcisistas de objeto, que se establecerían gracias a las identificaciones proyectivas e introyectivas. En II, 10.5. se realizará un cotejo de las teorías del yo de estos tres psicoanalistas.
- Lacan discriminó conceptualmente la dimensión simbólica, imaginaria y real en sus identificaciones. En Freud se encontrará un esbozo de distinciones entre lo simbólico y lo imaginario al tratar las diferencias entre lo edípico y lo narcisista. Las observaciones sobre lo real son muy escasas (neurosis traumáticas y repeticiones del más allá del principio del placer). En Klein, lo simbólico y lo real está prácticamente ausente; predomina lo imaginario.
- La acción del significante determina que la identificación simbólica no sea reproducción de lo idéntico sino introducción de una marca diferencial. Esta inscripción simultánea de la semejanza y la diferencia no aparece en las obras de los otros dos psicoanalistas.
- A diferencia de Freud y Klein, Lacan desconectó el circuito pulsional del identificatorio. El Otro y sus significantes -ni la pulsión ni el instinto- motorizan el proceso identificante.
- Lacan despersonalizó el procedimiento identificatorio: no es con personas ni objetos sino con el Otro, terceridad radical. Este rasgo está ausente en los otros dos marcos referenciales.
- Las inscripciones simbólicas tienen punto de partida en el inconsciente parental, que, en lógica lacaniana, era el discurso del Otro. Esta idea fue insinuada por Freud en su segunda teoría identificatoria -1920 en adelante-.^{7*} Algunos desarrollos post-kleinianos sobre la identificación proyectiva de los padres hacia los hijos guardan cierta analogía con la identificación simbólica de Lacan; en ambos casos el objeto es identificante.
- El psicoanalista francés postuló un mecanismo significante transidentificatorio que abarcaba incluso a las especulares; fue otra forma de recalcar que lo imaginario estaba regulado por lo simbólico. Estos aspectos no estuvieron presentes en la TIF ni en la TIK.
- Presencia de formalizaciones lingüísticas, lógicas, topológicas y matemáticas en la TIL. Por esta vía produjo la desustancialización del sujeto; simultáneamente, lo alejó de los determinismos biológicos que, a uno u otro nivel, estuvieron presentes en las otras dos teorías, aunque

más manifiestamente en la de Klein. Lacan expurgó asimismo los elementos mitológicos que pueden detectarse en la teoría identificatoria de Freud y criticó el predominio radical de lo imaginario en Klein.

- La TIL fue elaborada empleando múltiples importaciones desde la filosofía; en la TIF y la TIK no se detectan trasvases significativos desde esta disciplina.
- La perspectiva estructural es clara y definida en Lacan mientras que está algo insinuada en Freud y Klein: segunda tópica y segunda teoría identificatoria, en el caso del primero; carácter estable y permanente de las posiciones esquizoparanoide y depresiva, en la segunda. (Véase II, 3. 3.1).
- Ausencia de la tripartición R.S.I. en Freud y Klein.
- La TIL está inmersa en una concepción temporal retroactiva; Lacan utilizó de manera consecuente el *après-coup* postulado inicialmente por Freud, quien, sin embargo, no lo empleó sistemáticamente. En Klein este componente está ausente; predomina una concepción lineal del tiempo, sobre un eje temporal en que se producen regresiones y progresiones.

1.3. De Freud a Lacan

Que Lacan partió del legado freudiano, es una evidencia; él lo reconoció y valoró esa herencia. En cambio, los analistas postfreudianos fueron casi siempre objeto de críticas por parte del psicoanalista francés. Para la construcción de la TIL implementó la trama teórica freudiana creada a partir de 1920 y designada con la sigla F₄ en I, 5.5.2. Sus elementos fundamentales fueron los siguientes: a) identificación estructurante; b) articulación de la misma con lo inconsciente; c) sujeto en vías de estructuración como agente activo; d) pulsión como motor del proceso; e) presencia de elementos míticos; d) jerarquización del entorno objetal en la consumación de las identificaciones, pero, sin considerarlo determinante **fundamental** de las mismas.^{8*}

En síntesis: una herencia fenomenal en la que cabe reconocer cierta preeminencia de lo descriptivo sobre lo estructural –la pluralidad de variedades identificatorias freudianas, que enseguida serán evocadas, da testimonio de ello–, más la presencia de ingredientes intuitivistas, filogenéticos, biológicos y míticos. Estos últimos componentes del patrimonio transmitido no fueron del agrado conceptual de Lacan, quien más temprano que tarde se encargó de expurgarlos; lo hizo en el mismo momento en que jerarquizó la capacidad identificante del significante. Lo recibido y aceptado fue procesado por Lacan mediante categorías procedentes de la lingüística, filosofía, lógica, topología, álgebra, matemáticas, antropología estructural y las ciencias sociales. Una mirada a vuelo de pájaro sobre la obra de Lacan, cuyo objetivo específico sea observar las diversas elaboraciones sobre la identificación, constatará un retorno reiterado al texto freudiano y la introducción de sucesivas flexiones e inflexiones en el mismo, en función de los distintos asuntos que iba abordando en sus seminarios. Si bien es cierto que las referencias a los escritos fundadores se mantuvieron hasta sus últimos seminarios, también lo es que, desde buen inicio, sus elaboraciones sobre el tema progresaron a partir de un Freud más “lacanizado”. Esta afirmación requiere ser fundamentada y, para tales fines, se recordarán sumariamente las modalidades identificatorias propuestas por Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) para precisar, luego, las primeras inflexiones introducidas por Lacan:

- Identificación primaria, como forma más temprana de lazo afectivo con un objeto, anterior a toda **elección** objetal; padre idealizado como objeto de la misma; mecanismos incorporativos ligados a la pulsión oral.
- Identificación secundaria edípica con sus variantes:
 - a) a la persona no amada o identificación con el rival; prototípicamente histérica;
 - b) a la persona amada o identificación regresiva, en la que la elección de objeto sería sustituida por una identificación. Estas identificaciones son parciales, limitadas en grado sumo pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto;
 - c) identificación *del pensionado*, mancomunidad inconsciente con una persona con la que no existe relación de objeto previa: “la identificación por el síntoma pasa a ser así el

indicio de un punto de coincidencia entre los dos “yo”, que debe mantenerse reprimido”.

- Identificación en la homosexualidad masculina.
- Identificación melancólica.
- Identificación en el seno de las masas.⁹

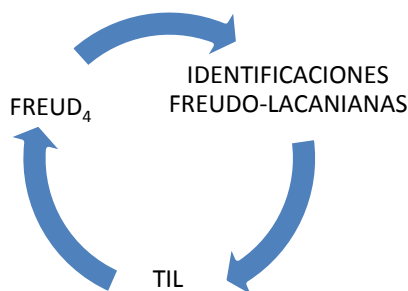
Por medio de una tarea de selección y reagrupamiento —realizados con criterios estructurales— el psicoanalista francés “produjo”, tomando como punto de partida al conjunto recién citado, tres modalidades identificatorias, a las que otorgó especial relevancia:

identificación primaria, al padre, incorporativa
identificación secundaria, al rasgo unario
identificación histórica.^{10*}

Lacan, y tras él los comentaradores de su obra, comenzaron a llamarlas “las tres identificaciones de Freud”. En realidad, este ternario fue el producto de una primera labor de refundición y reordenamiento de lo que el vienés había expuesto. Estos aspectos inaugurales del procesamiento lacaniano sobre la materia prima heredada suelen ser soslayados. La lectura atenta de la clase citada —y otras más— del *S 9* muestran que ya entonces había introducido algunas inflexiones importantes en las ideas de Freud: la primera modalidad quedó definida como una identificación al Otro de la necesidad y fue relacionada con los desarrollos freudianos de *Tótem y tabú* (padre primordial) y *Psicología de las masas y análisis del yo* (identificación al líder). La secundaria fue conectada con sus elaboraciones sobre el significante (rasgo unario) y considerada una identificación con el Otro del deseo. Por último, la histórica fue concebida como una identificación al deseo del deseo del Otro. Esta primera “lacanización” de Freud debe ser tenida en cuenta si se pretende, como es el caso, un análisis comparativo de las teorías identificatorias.^{11*} Al giro recién comentado se sumaron otros que condujeron a excluir de la TIL todo vestigio de culturalismo, mitología, psicologismo, biologismo y filogenetismo presentes en la TIF. Se cambió la perspectiva metapsicológica freudiana: el objeto devino *identificante* (ambientalismo en lugar de endogenetismo); la pulsión quedó desconectada de la identificación y se consideró al inconsciente parental como punto de partida de las identificaciones simbólicas.

Poco después de postular estas tres modalidades identificatorias, subrayó las diferencias entre ellas y afirmó que no podían ser incluidas en una misma categoría. En los lustros siguientes al *S 9* llevó a cabo un trabajo intenso y prolongado sobre esas tres modalidades, procesándolas a la luz de sus propias elaboraciones psicoanalíticas y, también, mediante conceptos importados de disciplinas afines.

Para remarcar lo acontecido en el primer tramo de sus elaboraciones —que está en la base de todas las subsiguientes—, **no** se considerará a estas identificaciones como de estricto cuño freudiano. Se prefiere el calificativo de *freudo-lacanianas*, porque se ajusta más a lo sucedido. Por esa razón, de aquí en adelante, las referencias a estas identificaciones —primaria, secundaria e histórica— se harán mediante las siguientes abreviaturas I₁, I₂ e I₃, respectivamente. Esas siglas recordarán el carácter híbrido de su origen. Se representan los pasajes desde Freud a Lacan mediante el siguiente esquema, que anticipa las consideraciones que se harán en los capítulos 3 al 8, inclusive.



El movimiento que se muestra en el diagrama fue realizado decenas de veces: Lacan volvía una

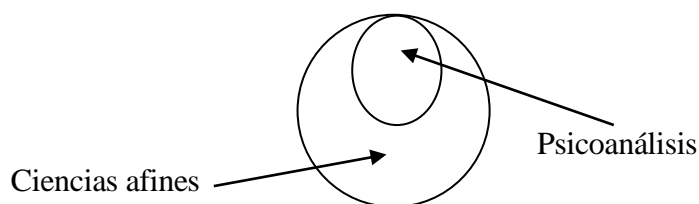
y otra sobre las I_1 , I_2 e I_3 para procesarlas mediante sus propias categorías y por medio de conceptos importados de la lógica, topología, lingüística, filosofía, ciencias sociales y matemáticas.

1.4. Procesamientos

Se designará con este término -y otros de similar valor semántico- a las diversas facetas de la reelaboración del patrimonio freudiano que Lacan llevó a cabo mediante el uso de ideas provenientes de otras ciencias. La incorporación de estos conceptos fue seguida de transformaciones para hacerlos operativos dentro del psicoanálisis. El término *procesamiento* se utilizará, entonces, con uno de los significados que adquirió en las últimas décadas: modificación de un objeto o materia mediante procedimientos variados, que dan pie a un producto original y diferente al del punto de partida. El sintagma *procesamiento de textos* tan utilizado en informática puede ser otro referente.

Los vocablos propios de las disciplinas afines adquirieron nuevas significaciones al ser implantados en la teoría lacaniana. Sus procedencias eran más o menos reconocibles, pero, las nuevas orlas semánticas que les fueron inyectadas subvirtieron los significados y los usos que tenían en las fuentes. Una vez “convertidos” al psicoanálisis, los vocablos o ideas importadas recibían las influencias de los restantes articuladores y quedaban, así, conectadas con la red conceptual lacaniana. Se reforzaba, así, la naturalización. Puede vislumbrarse, ya, que estos procesamientos distaron de ser pacíficos; supusieron una dosis de violencia porque se despojó a esos vocablos de algunas significaciones que poseían en origen y se otorgaron nuevas, de estricto cuño psicoanalítico. Tales procesamientos han sido de enorme importancia en la construcción de la TIL. En esta tercera parte, además del término *procesamiento*, serán utilizados con el mismo significado, las siguientes acepciones y símbolos:

- Importación, naturalización, implantación.
- *Apropiación + transformación*, abreviado mediante las siglas A+T. Será otra forma de aludir a la coacción ejercida sobre los conceptos de las disciplinas afines para transformarlos en articuladores teóricos psicoanalíticos.
- El losange, símbolo que significa conjunción-disyunción; por ejemplo: TIL \diamond filosofía. Esta escritura indica que ciertas ideas filosóficas ingresaron, tras ser trasmutadas, en la TIL.
- La superficie topológica conocida como ocho interior. Se pretende resaltar por esta vía la relación de vecindad con las ciencias afines y, a la vez, las diferencias que las separan.



El bucle externo se continúa con el interno; el círculo pequeño -psicoanálisis- retiene algo del más grande -ciencias afines- en su interior. Se esquematiza así la continuidad y diferencia de una misma noción en un territorio y en otro. El procesamiento (importación, connaturalización, etc.) instauró una diferencia respecto de los significados de vocablos como alienación, verdad lógica, signifiante, etc. Aquello que ingresó al círculo pequeño fue sometido a una la A+T: devino, entonces, un concepto de la teoría de Lacan. El ocho interior es especialmente útil para visualizar estas “entradas” al psicoanálisis de conceptos originarios de otras ciencias.^{12*}

De estos procedimientos, profusamente utilizados por el psicoanalista francés en los diversos fragmentos de su discurso teórico, se hará referencia única y exclusivamente a los que tuvieron especial presencia en la elaboración de la TIL. Se anticipan los principales:

- TIL Θ ciencias sociales
- Procesamiento lingüístico de la TIL
- Importaciones lógicas en la TIL

- Procesamiento topológico de la identificación
- TIL \leftrightarrow filosofía
- Procesamiento matemático de los conceptos de la TIL

Se hará un estudio pormenorizado de estas A+T en el bloque central de esta tercera sección: capítulos tres a ocho. Antes, el segundo ofrecerá una visión panorámica de la construcción de la TIL, sus etapas y las diversas categorías elaboradas en cada una de ellas. A poco de andar se apreciará la presencia de un entramado complejo, creado por imbricaciones, cruces y puntos de contacto entre los conceptos psicoanalíticos heredados y los surgidos tras las importaciones desde las disciplinas recién apuntadas. Se señalarán las conexiones sincrónicas y diacrónicas de los conceptos, de manera que pueda tenerse siempre presente los componentes fundamentales de la TIL. La savia circulante por estas ramificaciones dio lugar a sinergias conceptuales y enriquecimientos teóricos. Enseguida se hará un resumen de estos procesamientos, que serán ampliados en los capítulos dedicados a cada uno de ellos.

1.4.1. TIL e ciencias sociales

El capítulo 3 se centrará en las elaboraciones lacanianas que tomaron apoyatura en estas disciplinas. Ha sido especialmente en sus primeros escritos donde recurrió a las ideas de sociólogos, antropólogos, historiadores, etnólogos, etc. Lacan fue un atento lector de las obras de Émile Durkheim y Marcel Mauss, eminentes sociólogos franceses. Frecuentó los textos de Le Play y Tarde; citó a B. Malinowski, Fauconnet, W. H. Rivers y en algunos de sus artículos del inicio de su enseñanza se refirió a las investigaciones de Ruth Benedict y Margaret Mead. Quien tuvo mayor significación en su obra ha sido, sin duda, el antropólogo Claude Lévi-Strauss. Éste le aportó la perspectiva estructural y lingüística que influyó de manera determinante en el cambio de orientación teórica iniciado en 1953 con el *Discurso de Roma*. La eficacia de lo simbólico postulada por Lévi-Strauss condujo a una reorganización sustancial de su pensamiento, que se inició en la década de los años cincuenta, mediante la incorporación al psicoanálisis de la triada simbólico, imaginario y real. Conceptos tales como sujeto del inconsciente, deseo, fantasma, síntomas y en general, todas las formaciones del inconsciente, fueron repensadas a la luz de esa nueva tópica. Los aportes de la antropología levi-straussiana, que habían convertido a lo simbólico en el gran organizador de los sistemas de parentesco, le permitió despejar las estructuras de lenguaje en el discurso freudiano. Lacan construyó su concepto de sujeto del inconsciente mediante un engarce íntimo con lo simbólico. El concepto de estructura persistió incólume desde 1950 hasta el final de su obra.

1.4.2. Procesamiento lingüístico de la TIL

Tras plantear la primacía del lenguaje en la estructuración del inconsciente Lacan postuló nuevas formas de concebir el sujeto y, más allá de él, a toda la experiencia analítica. Como es lógico, las inflexiones que introdujo en el concepto fundamental del psicoanálisis –“el inconsciente está estructurado como un lenguaje” – le condujeron a una revisión y reformulación progresiva de los restantes articuladores metapsicológicos de cuño freudiano. El de identificación atravesó ese mismo desfiladero y las sucesivas elaboraciones que fue haciendo sobre el tema la dejaron indisolublemente ligada a la *lingüistería*.^{13*} En ese contexto subrayó la capacidad identificatoria del significante. La implantación de marcas –rasgos unarios– en un real biológico es la generadora de psique en el *infans*; supone la introducción seriada de elementos identitarios.

La identidad no tiene nada de sustancial; surge por identificación, es decir, por la introducción y combinación de rasgos unarios. *Inconsciente e identificación quedaron articulados por el significante y, en tanto este último era el soporte de la diferencia, cada marca inscribe lo semejante y lo diferente*. La *lingüistería* lacaniana fundamentó al hablanteser (*parlêtre*). El inconsciente dejó de ser la sede de los instintos y devino cadena virtual significante, primero, y enjambre de significantes, luego, con la llegada de las formalizaciones topológicas nodales.^{14*} Esta articulación entre el *esebarrado* y el significante permitió a Lacan desustancializar al sujeto, no ontologizarlo ni hacer de él un sustrato material sino un efecto del significante.

En síntesis, creó un sujeto carente de corporalidad y espacialidad, una estructura no tributaria de la psicología y menos aún de su vertiente genética; en cambio, lo relacionó con *lalengua*. Puro efecto del significante, no existe antes de él ni fuera de su campo. El sujeto hará acto de presencia fugaz, gracias a un significante que lo representa. Se trata de un sujeto "verbapulable"^{15*}, es decir, transformable mediante operaciones de lenguaje: metáfora paterna, interpretación analítica, etc. La estrecha dependencia de este sujeto respecto del Otro le hace excéntrico respecto de la biología que lo porta. Estos temas se tratarán en: II, 4.3.; III, 4.4.; III, 7.1.; (especialmente en 7.7.1.); y en III, 9). Entre las categorías de la lingüística importadas y aclimatadas al psicoanálisis que intervinieron en la elaboración de la TIL pueden citarse: significante, significado, metáfora, metonimia, sujeto del enunciado, de la enunciación, cadena significante, nombre propio, letra, marca. También hizo consideraciones gramaticales y semánticas: en el S 9 se explayó sobre la partícula latina *ídem*, raíz del vocablo identificación; allí mismo afirmó que el discordancial *ne* –cuando no va asociado al *pas* en una negación– era un indicador de la presencia fugaz del sujeto del inconsciente.^{16*} Sus referentes principales en lingüística fueron: F. de Saussure, R. Jakobson, N. S. Troubetzkoy, A. Martinet y L. Hjelmslev. En III, 4 se referirá la A+T que tuvo su punto de partida en la lingüística; allí serán comentadas, también, las principales aportaciones de los estudiosos de la lengua recién mencionados.

1.4.3. Importaciones lógicas en la TIL

En el quinto capítulo se expondrán los procesamientos que dieron presencia relevante a la lógica en la TIL. El rigor formalístico de dicha disciplina ha sido el caldo de cultivo en el que pudo ejercitarse el empeño de Lacan por logicizar la teoría identificatoria y otros fragmentos del discurso psicoanalítico. Con el advenimiento de la lógica simbólica a mediados del siglo XIX y el gran despliegue de la misma en el XX, la formalización logró cotas jamás alcanzadas anteriormente. Supuso, además, el inicio de la utilización de lenguajes artificiales que operan con letras vaciadas de contenido. La lógica simbólica fue su gran fuente de inspiración y una base importante para su tarea de formalización lógica de múltiples sectores de su teoría.

En el marco de la TIL permitió una versión renovada del significante y del sujeto. Este recurso a la lógica tuvo un triple efecto: a) coadyuvó a la recusación de las referencias a lo biológico, a lo mítico, a la empatía, a la incorporación, imitación, etc., presentes en la conceptualización freudiana de los procesos identificatorios; b) permitió la elaboración de una perspectiva lógica para conceptos metapsicológicos clásicos como identificación, fantasma, negación, sexualidad, temporalidad psicoanalítica, etcétera; y c) abrió las puertas para la inclusión de articuladores teóricos nuevos, de raigambre lógica: privación, nombre propio, significante, etc.

Las ramas de la lógica en que abrevó fueron las siguientes: la proposicional, la cuantificacional, la simbólica y la modal. Aristóteles, Boole, Frege, Peano, Russell, Gödel y lógicos de todas las épocas –la lista es enorme– fueron citados en múltiples ocasiones en sus seminarios y *Escritos*.

1.4.4. Procesamiento topológico de la identificación

Dada la importancia de la topología en el enfoque lacaniano de la identificación se decidió dedicarle a ella un capítulo específico el –sexto– aunque, por ser una rama de las matemáticas hubiese sido factible incluirlo en dicho procesamiento (véase *infra*, 1.4.6.). Las referencias explícitas y continuas a la topología aparecieron, justamente, a partir del S 9 dedicado a la identificación, aunque en los lustros anteriores pueden detectarse algunos comentarios puntuales y aislados a dicha disciplina. Lacan utilizó conceptos y objetos provenientes sobre todo de una de las ramas de la topología: la combinatoria. En el S 9 comenzaron las referencias a las llamadas *superficies topológicas*: banda de Möbius, toro, botella de Klein, *cross-cap*, etc. De ellas, la segunda y la tercera tuvieron gran incidencia en la elaboración de la TIL. Una vez puesta en marcha la topologización de su discurso –década de los años sesenta–, pudo apreciarse retrospectivamente que la del significante había sido en realidad su primera topología. De ese período anterior –años cincuenta– definido *a fortiori* como topológico, destacan los esquemas Z, R y el grafo del deseo; todos ellos incluían elementos sobre la identificación. En la última década de su enseñanza, la topología nodal ocupó el centro de la escena teórica. De esa

etapa datan las reversiones del toro –forma topológica de escribir las identificaciones– y algunas relaciones de éstas con los nudos borromeos.

1.4.5. TIL <> filosofía

La lectura de cualquier clase de sus seminarios o de los *Escritos* muestra la presencia reiterada de citas filosóficas y de conceptos provenientes de esa disciplina. En el terreno específico de la TIL puede constatarse con facilidad tal aserción: abundan vocablos como dialéctica, sujeto, objeto, verdad, deseo, alienación, repetición, negación, Uno, Otro, etc. Todos ellos poseen claros antecedentes en la filosofía y fueron procesados de manera tal que enriquecieron los articuladores teóricos analíticos. Sin embargo, y pese a recurrir con tanta frecuencia a la filosofía, las elaboraciones de Lacan pertenecieron estrictamente al psicoanálisis. Siempre sostuvo que este último debía elaborar una teoría del sujeto -de su advenimiento, de su operatividad- acorde con la experiencia freudiana. Si la referencia a tantos y tantos pensadores le pudo otorgar a su teoría un cierto aire filosofoide, conviene desmontar tales apariencias: el psicoanálisis lacaniano -los otros también- tiene especificidades que lo distinguen de dicha disciplina.

Por otra parte, Lacan no dejó de criticarla acerbamente; la consideró una de las formas del discurso del amo. Sumó su voz a la de Freud para dejar constancia del obstáculo concienialista que la embargaba. Cabe señalar, también, que las importaciones desde ella declinaron en la segunda mitad de su enseñanza, concomitantemente con el auge de las formalizaciones lógicas, matemáticas y topológicas. A continuación se expondrá, mediante series de tres elementos –nombres de filósofos, temas que ellos trabajaron y aspectos de la TIL que afectaron– las principales referencias filosóficas:

- Hegel y la dialéctica del amo y del esclavo, en las identificaciones imaginarias y en el reconocimiento del deseo. Lacan estudió con Kojève las tesis fundamentales de Hegel.
- Descartes y su *cogito*, en buena parte de sus elaboraciones sobre el sujeto, la verdad y la certeza.
- Heidegger, Nietzsche y Wittgenstein en los diversos momentos en que estableció las relaciones del \$ con la palabra y el lenguaje.
- Plotino, Parménides, santo Tomás, Leibnitz y otros en la cuestión del Uno.
- Kant, de quien tomó las distinciones entre la *Einheit* (unidad) y la *Einzigkeit* (unicidad), que tuvieron gran importancia en la elaboración de precisiones relativas a las identificaciones simbólicas.
- Jean Hippolyte y F. Brentano, cuya presencia puede detectarse en sus consideraciones sobre la negación.
- Kant y Heidegger, nuevamente, Fichte y Merleau-Ponty, estuvieron presentes en sus elaboraciones sobre el Otro.
- Kierkegaard colaboró para la recreación lacaniana de los conceptos de repetición y angustia.

Referencias filosóficas secundarias en relación a la TIL han sido Averroes, San Agustín, Sócrates, Platón, etc. El séptimo capítulo será dedicado a las relaciones complejas que Lacan mantuvo con la filosofía.

1.4.6. Procesamiento matemático de los conceptos de la TIL

La matemática, por las características de los objetos con que trabaja, contribuyó notablemente a los esfuerzos de Lacan por desustancializar al sujeto del inconsciente. Las formalizaciones propias de ese campo, combinadas con las topológicas y lógicas, dieron cuerpo al proyecto de formalización del \$ y, más ampliamente, al de matematizar al psicoanálisis o, cuanto menos, algunas partes del mismo. Lacan consideró que la formalización matemática era su meta e ideal, porque sólo el mate-ma era, según él, íntegramente transmisible y evitaba los deslizamientos imaginarios en la comprensión de los conceptos psicoanalíticos. Acorde con esto matem(at)izó algunas estructuras que están en juego en la experiencia psicoanalítica. El conjunto se denomina habitualmente *álgebra lacaniana*.

Los matemáticos, sobre todo los del siglo XIX y XX, fueron citados en sus seminarios en reiteradas ocasiones. Entre ellos, G. Fregue, que fundamentó el cero y la serie de los números enteros

mediante la correspondencia biunívoca de conjuntos, apoyándose en la noción de extensión de los conceptos. La presencia de sus ideas en la elaboración de la perspectiva matemática del rasgo unario y del sujeto fue significativa. También utilizó ampliamente la teoría de conjuntos (G. Cantor y continuadores) en sus elaboraciones psicoanalíticas sobre los infinitos; en la representación de la estructuración subjetiva según los tiempos lógicos de alienación y separación, empleó los círculos de Euler-Venn. Asimismo caracterizó al sujeto como $\sqrt{-1}$. (Recuérdese que la raíz cuadrada de menos 1 dio pie a la creación de los números imaginarios). El Uno de la diferencia le sirvió como soporte para algunas de sus intelecciones sobre el rasgo unario. Justamente porque no es idéntico a sí mismo, el significante puede encarnar el Uno de la diferencia, el Uno contable, bien dispar del Uno de la unidad. Por esas características del significante, la identificación simbólica inscribe las semejanzas y las diferencias, al mismo tiempo. Procesó asimismo la reducción del fantasma a un matema: $\$ \langle \rangle a$.

El *número de oro* fue objeto de consideraciones en varios de sus seminarios. Lo relacionó con el objeto *a*, con el falo y la castración. En el *S 14* utilizó la construcción cantoriana de los números irracionales -como límite para los números racionales- en su esquema del objeto *a* como número de oro. También recurrió a lo que en matemáticas se conoce como *series periódicas* -secuencias de números que se reiteran en el mismo orden: 0,33, 0,33, 033; 417, 417, 417-. No fueron necesarias grandes argumentaciones para relacionar tales series con la repetición, componente fundamental de la TIL. En el *S 9* construyó otra serie en la que articuló los números quebrados con las elaboraciones psicoanalíticas en torno al *cogito* cartesiano.

Cabe mencionar, asimismo, las múltiples correlaciones que estableció entre el sujeto y la moderna teoría de los juegos, especialmente aquellos que incluyen la estrategia. Por último, merece también aludirse a la A+T que recayó sobre el (los) infinito(s) matemático(s). En el capítulo octavo se ampliarán todas y cada una de las importaciones recién aludidas.

* * * * *

Tras los seis capítulos -del tercero al octavo inclusive- que se dedicarán a los procesamientos aludidos, habrá otros dos -el noveno y el décimo-. En el capítulo 9 se abordará con detalle las peculiaridades de la identificación simbólica y su producto: el $\$$. Se estudiará qué es y qué no es esa entidad que Lacan escribió mediante el matema $\$$. En la primera parte del capítulo 10 se estudiarán las diversas facetas de la identificación imaginaria y la instancia que aquélla engendra: el yo, que será examinada desde diversas perspectivas. Ocupará un lugar destacado la relación del yo con la tópica lacaniana RSI. Se recuerda nuevamente que en II, 10.5. se cotejarán las teorías que sobre el yo elaboraron Freud, Klein y Lacan.

1.5. Referencias específicas sobre la identificación en los seminarios de J. Lacan

S 5 (1957-58); *Las formaciones del inconsciente*; ver especialmente la clase XXIV.

S 8 (1960-61); *La transferencia*; en especial, las clases XXIV y XXVI

S 9 (1961-62); *La identificación*.

S 10, *La angustia*; clases del 28/11/62, 9 y 23/1/63, 5/6/63.

S 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, versión francesa p. 217 y 222.

S 12, *Problemas cruciales para el psicoanálisis*; clase del 13/1/65.

S 14, *La lógica del fantasma*, clase del 15/2/67. Véase las referencias al Cuadrante de Peirce.

S 22, *R-S-I*, clase del 18/3/75.

S 24: *L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre*, clase de 16/11/76. Se publicó también en *Ornicar* N° 12-13, p. 5).

1.6. Síntesis

El capítulo comenzó con las siguientes definiciones:

La **identificación simbólica** funda al sujeto - $\$$ -; el sujeto es efecto de la identificación por el significante que proviene del Otro.

La **identificación imaginaria** es constituyente del yo (*moi*) y es producto de la actividad identificante de la imagen del semejante (otro).

Se precisaron, luego, todos y cada uno de los articuladores teóricos presentes en las sentencias anteriores, que condensan lo más importante de las afirmaciones de Lacan sobre esas dos modalidades identificatorias. Luego se agregó: el significante no sólo estructura al sujeto del inconsciente sino que también asume su representación una vez que éste se ha creado. Las identificaciones especulares además de engendrar al yo fundan el registro imaginario.

A renglón seguido y con ese telón de fondo se anticiparon las principales tesis de Lacan sobre las identificaciones y se cotejaron los parámetros fundamentales de la TIF, la TIK y la TIL. Se afirmó que ni Freud ni Klein habían discriminado de manera tan tajante –como sí lo hizo el psicoanalista francés– las dos estructuras creadas por sus identificaciones: el sujeto barrado (\$) y el yo (*moi*), correlacionados con lo simbólico y lo imaginario, respectivamente. Esos registros apenas estuvieron esbozados en la obra del vienés. En Klein, lo simbólico fue escaso; en cambio, lo imaginario tuvo gran presencia; podría decirse que su teoría operaba mayoritariamente en ese registro. Por otra parte, según ella, el yo no requiere de identificaciones para constituirse porque es innato.

Las disparidades de la TIL con la TIF y la TIK aumentaron cuando, con el correr de los años, a las formalizaciones lingüísticas se sumaron las lógicas y topológicas. El sujeto y el significante se convirtieron en entidades formales, casi matemáticas. Las identificaciones lacanianas, al estar inmersas en la tónica de los tres registros, en una concepción estructural y en una temporalidad lógica y retroactiva, adquirieron un perfil propio, muy diferente del freudiano y el kleiniano. La pertenencia de la identificación por el rasgo unario a lo *simbólico* y el carácter *imaginario* de las especulares se mantuvieron a lo largo de toda su obra; la presencia de lo *real* en las identificaciones adquirió notoriedad en la parte final de su enseñanza.

Los apartados siguientes del capítulo se dedicaron a estudiar los movimientos conceptuales que llevaron a la construcción de la TIL. El punto de partida de Lacan fue la TIF, pero una mirada más atenta constatará no sólo un retorno reiterado a los textos freudianos sino también la introducción de flexiones e inflexiones en los mismos desde el inicio de su producción. Con el paso de los años progresaron las elaboraciones propiamente lacanianas sobre el tema. La primera de todas ellas consistió en una de selección y reagrupamiento de las identificaciones freudianas –realizados con criterios estructurales–; gracias a esta labor el psicoanalista francés “produjo” tres modalidades identificatorias, a las que otorgó especial relevancia: la **identificación primaria**, al padre, incorporativa (I_1); la **identificación secundaria**, al rasgo unario (I_2) y la **identificación histérica** (I_3).

Lacan se refirió a ellas considerándolas como “las tres identificaciones de Freud”; sus discípulos reiteraron esa apreciación. En realidad, ese ternario fue el resultado de una primera labor de refundición y reordenamiento de las que el vienés había descrito [Cfr. *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)]. Esta primera “lacanización” de Freud debe ser tenida en cuenta si se pretende, como es el caso, un análisis comparativo de las teorías identificatorias. A los giros recién comentados se sumaron otros que condujeron a excluir de la TIL todo vestigio de culturalismo, mitología, psicologismo, biologismo y filogenetismo presentes en la TIF. Lacan cambió la perspectiva metapsicológica freudiana: el objeto, en posición de Otro y otro, devino *identificante* –ambientalismo en lugar de endogenetismo–; se desconectó la pulsión de la identificación y se consideró al inconsciente parental como punto de partida de las identificaciones simbólicas. Para remarcar lo acontecido en ese primer tramo de sus elaboraciones –que está en la base de todos los subsiguientes–, **no** se considerará a las tres identificaciones antes nombradas como de estricto cuño freudiano. Se prefiere el calificativo de *freudo-lacanianas*, porque se ajusta más a lo sucedido. De ahí que las abreviaturas I_1 , I_2 e I_3 , con las que serán presentadas de aquí en adelante servirán también para recordar el carácter híbrido de su origen.

En los años sesenta –especialmente a partir del S 9– introdujo otras inflexiones importantes: la I_1 quedó definida como una identificación al Otro de la necesidad; al I_2 fue conectada con sus elaboraciones sobre el significante (rasgo unario) y considerada una identificación con el Otro del deseo; por último, la I_3 fue concebida como una identificación al deseo del deseo del Otro. En la década de los setenta volvió una y otra vez sobre esas identificaciones “freudo-lacanianas” para llevar a

cabo un trabajo intenso y prolongado sobre las mismas. Las procesó a la luz de sus propias elaboraciones psicoanalíticas –tópica de los tres registros, privación, frustración castración y nudos borromeos (véase cuadro y esquema insertado en III, 2.1.4)– y mediante conceptos importados de la lógica, topología, lingüística, filosofía, antropología, matemáticas, etc. Finalmente acabó produciendo sus dos modalidades fundamentales: la simbólica y la imaginaria y una sub-variante de cada una la fantasmática y la fálica.

El capítulo se cerró con una descripción somera de estos de las importaciones provenientes de las ciencias sociales, lingüística, lógica, topología, filosofía y matemáticas. A cada una de ellas se le dedicará un capítulo de los seis que siguen

NOTAS DEL CAPÍTULO 1

¹ En III, 9.4. y III, 9.5. se precisará qué es y qué no es el *esebarrado* -\$.-

² En III, 4.2., se hará referencia a las ideas principales de este lingüista suizo y se señalarán las diferencias entre el significante lacaniano y el de Saussure.

³ Sobre lo simbólico en Lacan, véase III, 2.3.1.; III, 2.3.4. y III, 7.7.

⁴ A lo largo de los diez capítulos de esta tercera sección, dedicada a la TIL, se estudiarán las equivalencias conceptuales entre sujeto barrado y las siguientes expresiones: sujeto dividido, sujeto del inconsciente, sujeto del deseo, sujeto de la represión, sujeto de la castración, etc. En III, 9 se volverá con más detalles sobre este sujeto y las identificaciones simbólicas que lo fundan.

⁵ Sobre este asunto, véase en la parte final de III, 7.11.2. el esquema sobre la estructuración subjetiva.

⁶ Véase II, 5. y II, 11.

⁷ Se recuerda la escasa conceptualización de Freud respecto de las funciones *identificantes* de los padres.

⁸ Conviene recordar que la función del contexto objetal en la TIF consistía, básicamente, en ofrecer rasgos para que el movimiento pulsional y los mecanismos de introyección e incorporación satisficieran la sed identificatoria del sujeto en formación. En la teoría freudiana el sujeto era el agente activo él se identificaba con los objetos. Si bien el codo de los años 1920 jerarquizó el papel de la psique de los padres en la estructuración del psiquismo del infante, Freud no sacó el máximo partido posible a ese viraje de su pensamiento. Siguió considerando que la pulsión -origen somático, destino psíquico- del infante era la propulsora de la identificación. Lo esencial de su teoría no definía al inconsciente parental como punto de partida de las identificaciones; ese giro lo propició Lacan. Lo heredado de Freud poseía, como ya se dijo, trazas de endogenetismo y biologismo: la energía necesaria para consumir las identificaciones provenía, **en última instancia**, de la excitación (*Reiz*) del cuerpo de la niña o del niño, inscrita psíquicamente como pulsión.

⁹ Para más detalles sobre las principales identificaciones descritas por Freud, véase I, 3.

¹⁰ Así se refiere a ellas en la clase del 26 de junio de 1962 del S 9.

¹¹ No se está evaluando la importancia teórica de los cambios introducidos por Lacan; sólo se pretende subrayar la existencia de tales giros, productos de la introducción de una perspectiva estructural en el psicoanálisis, que posibilitaron, primero, el engarce con los tres registros, y más tarde, la logización y topologización del sujeto efecto de las identificaciones.

¹² Estas A+T no sólo renovaron los conceptos psicoanalíticos; ellas dieron pie a intercambios fructíferos con la antropología, sociología, lógica, filosofía, teoría literaria, topología, etc. Se crearon y multiplicaron los vínculos con los practicantes de todas esas disciplinas. Como era de prever, tales movimientos fueron acompañados de contrapartidas negativas. No podría ser de otra manera: *las Luces*, cuando avanzan, suelen llevar a sus contrarios en las entrañas: aparecieron los “especialistas” en esos temas y con ellos, las divagaciones, reduccionismos y despistes por caminos sin salida. También: los hiperteoricismos, las derivas metafísicas, matemáticas y topológicas, que conllevaron, muchas veces, pérdidas del norte respecto (y en) la práctica clínica, por diluciones de las especificidades propiamente psicoanalíticas.

¹³ Véase en III, 4. 1., qué se entiende por *lingüistería* y *lalengua*.

¹⁴ La noción de *enjambre* de significantes fue planteada en el S 20; se trata de un conjunto (en el sentido matemático del término) de significantes que pueden articularse de maneras diferentes a como lo hacen en la cadena; si ésta implica la ordenación en una serie -S₁, S₂, S₃, S₄,... S_n - el enjambre posibilita estudiar las relaciones de *vecindad* (concepto topológico).

¹⁵ Neologismo construido en base al vocablo *manipulable*.

¹⁶ Véase III, 5.6.3. y 5.6.4.; también: III, 4.7.7.3.

2

TIEMPOS DE CONSTRUCCIÓN DE LA TIL. COMPONENTES FUNDAMENTALES DE LA MISMA

2.1. Introducción

Si casi siempre el establecimiento de periodos en una obra supone una dosis de arbitrariedad, en este caso será relativamente pequeña en tanto se fundamenta en la existencia de tres momentos claves de su producción: a) *el Discurso de Roma* (1953), que marcó el inicio del llamado “retorno a Freud” y el reordenamiento de la metapsicología freudiana en torno a ejes lingüísticos y estructurales; b) el seminario *La identificación* (1961-1962), pieza fundamental de la TIL y comienzo de las consideraciones lógicas y topológicas; y c) la refundación del psicoanálisis mediante la topología nodal iniciada en 1972. La importancia de estos hitos en su enseñanza es unánimemente reconocida. En lo que a la identificación respecta, cada uno de esos jalones supuso un giro teórico significativo, que conllevó la introducción de conceptos novedosos y modos originales de acercamiento al tema.

En base a estos tres mojones quedaron determinados cuatro tiempos lógicos en la elaboración de la TIL. El primero se extendió desde 1936 hasta 1953 y fue especialmente importante en lo relativo a las identificaciones imaginarias o especulares. El segundo –de 1953 a 1960– fue el lapso en que se sentaron las bases de la identificación simbólica, llevada a cabo por el significante. El tercer momento abarcó desde el *S 9* (1961-1962) hasta el *S 18* (1970-1971); fue una década plena de elaboraciones sobre el tema; confluyeron, por entonces, las formalizaciones lingüísticas, topológicas y lógicas con las A+T provenientes del permanente debate con la filosofía. El último periodo se inició con el *S 19*, primera referencia a los nudos borromeos; a partir de entonces, las formalizaciones lógico-matemáticas y la topología nodal estuvieron en el centro de su producción.

Estos cuatro tiempos no fueron estancos; como suele suceder, existieron imbricaciones y solapamientos entre los mismos; también, eclosiones de ideas incubadas en periodos anteriores. No faltaron golpes de timón que produjeron giros teóricos de envergadura. Estos últimos determinaron que la sucesión descrita no pueda considerarse una elaboración continua; la misma idea de tiempos lógicos viene a subrayar la discontinuidad producida por las aperturas de nuevas sendas teóricas. Los acentos novedosos y los giros innovadores no supusieron que Lacan lanzara por la borda sus adquisiciones conceptuales previas. El conjunto requiere ser considerado a la luz de uno de los componentes más importantes de su concepción de la temporalidad: la resignificación retroactiva (*après-coup*).¹ Las escansiones temporales propuestas conformaron la siguiente secuencia cuyas características más sobresalientes se expondrán a renglón seguido:

Primer tiempo: 1936-1953. Identificación imaginaria. El estadio del espejo y el yo

Segundo tiempo: 1953-1961. Bases lingüísticas de la identificación: significante y sujeto barrado (\$). La estructura

Tercer tiempo: 1961-1971. La identificación simbólica. Topología del sujeto

Cuarto tiempo: 1971-1981. Nudos borromeos e identificación. Reversiones del toro

2.1.1. Primer tiempo: 1936-1953. Identificación imaginaria. El estadio del espejo y el yo

En los textos de este periodo se encuentra el acta de nacimiento de la identificación imaginaria^{2*}; puede leerse en *EE*, trabajo expuesto en el Congreso Internacional de Psicoanálisis de Zúrich (1949) e incorporada, años más tarde, en los *Escritos* (1966). Se trata de una versión más desarrollada que aquella que presentó en 1936 en el Congreso Internacional de Psicoanálisis celebrado en Marienbad. Dado este antecedente, se considera que el primer tiempo lógico de la construcción de la TIL se inició ese año; su finalización fue pautaada por el llamado *Discurso de Roma* y su texto correspondiente: *FCPL* (1953). Este lapso fue especialmente interesante respecto de la identificación, no sólo por la presentación de la modalidad recién nombrada, sino por las elaboraciones aledañas a ese asunto: tópica de lo imaginario, agresividad y narcisismo. La identificación imaginaria se corresponde con una concepción renovada de este último, que, a diferencia del teorizado por Freud, quedó muy articulado con los efectos de la imagen.^{3*} Hubieron otros textos de esa época vinculados al estadio del espejo, al narcisismo y las identificaciones; son ellos: *CFFI* (1938), *AP* (1948) y *MIN* (1950).

La identificación imaginaria, aparecida tempranamente en su obra, fue reelaborada en varias ocasiones a lo largo de las décadas siguientes; sin embargo, las ideas fundamentales que le dieron vida, siguieron integradas al cuerpo central de la TIL, hasta el final de su enseñanza. El cierre de este periodo vino marcado por el encuentro crucial con Lévi-Strauss, quien le acercó las formulaciones de la antropología estructural y la lingüística, a las que Lacan adhirió con entusiasmo, aunque planteando desde el inicio algunas diferencias con aquél, respecto del concepto de estructura.

2.1.2. Segundo tiempo: 1953-1961. Bases lingüísticas de la identificación: significante y sujeto barrado (§). La estructura

El *Discurso de Roma* –septiembre de 1953⁴– puede considerarse como el inicio de un giro teórico pletórico de significaciones; supuso dejar de lado algunas de sus tesis anteriores –tanto sociológicas como psicoanalíticas– y un acercamiento a constelaciones conceptuales novedosas: las de Saussure, Lévi-Strauss, Heidegger, etc. Meses antes, la alocución SIR anticipó, de manera clara, la nueva senda que entonces se abrió. Fue el periodo de sus producciones *lingüísticas*, lapso en el que redefinió las categorías metapsicológicas freudianas a la luz de la teoría del significante. Aparecieron, también, desarrollos más afinados sobre el sujeto del inconsciente y algunas elaboraciones psicoanalíticas que tomaron apoyatura en la filosofía heideggeriana (develamiento del ser, la verdad, la relación con el lenguaje).

La identificación imaginaria, aparecida con anterioridad, fue reubicada en función de las novedosas conceptualizaciones sobre la tópica de los tres registros; la identificación simbólica comenzó a ocupar el centro de su interés durante ésta y las décadas siguientes. Pueden leerse muchas referencias a estas dos modalidades de identificación propiamente lacanianas en los ocho seminarios del período 1953-1960 y en algunos de sus escritos de ese mismo período. Se detectan con claridad en los esquemas *Z*, *R* y en el grafo del deseo. El esquema *R* propulsó a primer plano un concepto novedoso por aquel entonces –el Nombre del Padre– articulador teórico importante en el conjunto de su teoría y también en el campo de la identificación. Su introducción marcó una ruptura con las concepciones “familiaristas” del periodo anterior al anudar la función del padre con lo simbólico, diferenciándolo del padre real e imaginario. Las identificaciones inscritas en esos grafos centrarán buena parte de las consideraciones que se realizarán en III, 6.2. Las identificaciones en el grafo del deseo y en el esquema *R*. Las puntualizaciones sobre el tema que aparecieron aquí y allá en los seminarios de este lapso, supusieron el roturado conceptual del terreno que permitió el gran florecimiento conceptual que se produjo en la TIL, en los años siguientes.

2.1.3. Tercer tiempo: 1961-1971. La identificación simbólica. Topología del sujeto

Se hace coincidir el comienzo de este periodo con el *S 9, La identificación* (1961-1962), que constituyó un hito muy significativo en sus elaboraciones; especialmente, en lo que a la identificación

simbólica se refiere. Allí y entonces recurrió en reiteradas ocasiones a las propuestas freudianas sobre el tema, a las que fue incorporando –paso a paso– sus propias elaboraciones. A consecuencia de estas inflexiones, los conceptos que Freud había forjado adquirieron nuevos significados. En el *S 9* comenzó el procesamiento lógico y topológico sistemático de las I_1 , I_2 , e I_3 , sobre un terreno ya balizado por la teoría del significante, elaborada en el tiempo lógico anterior.

No estuvieron ausentes en este período las importaciones filosóficas, referidas someramente en III, 1.4.5 y que serán tratadas en detalle en III, 7. A ellas deben sumarse las adquisiciones provenientes de la topología (Möbius, Jordan, Euler, F. Klein, Riemann, etc.) y de la lógica matemática o simbólica (Peirce, Russell, Frege, Peano, Gödel, entre otros).

En su reelaboración del concepto de identificación primaria de Freud, Lacan se apoyó en el cuadrante de Peirce^{5*} y articuló en torno a él su concepto de privación: operación lógica de inscripción de los primeros significantes en lo real. La identificación primaria adquirió una nueva significación. Desde entonces, la pregunta sobre la aparición de lo psíquico en el recién nacido tuvo en Lacan la siguiente respuesta: privación; continuidad del significante, que pasa desde el Otro al candidato a sujeto.

En otros términos: implantación de significantes en un real biológico y comienzo de la subjetivación del organismo viviente (cachorro humano al nacer). Lacan acabó subsumiendo dentro de sus identificaciones simbólicas –al significante– algunos aspectos de aquello que Freud teorizó por medio de la identificación primaria.^{6*}

Esta inflexión lógica supuso una reformulación –en diversos niveles– de la categoría freudiana de lo primario. Si al tratar este aspecto, el vienés enviaba, en última instancia, al mito del padre de la horda primitiva [*Tótem y tabú* (1913)], Lacan propuso una solución de raigambre lógico-matemática: la privación. Si Freud remitía a la incorporación-devoración del objeto (oralidad), Lacan utilizó la lógica –cuadrante de Peirce–, la teoría de conjuntos (para reelaborar y representar la estructuración subjetiva en dos tiempos: alienación-separación) y las matemáticas: sujeto como $\sqrt{-1}$.

El factor cronológico –recuérdese que según Freud las primarias eran, también, las primeras– fue sustituido en la teoría lacaniana por los tiempos lógicos: no había, según él, origen de lo psíquico; en su concepción, el comienzo era algo que se iba redefiniendo *après-coup*; no es un principio absoluto sino mítico. Además, si Freud mantuvo una cierta ambigüedad respecto del padre –planteó la multiplicidad de sus funciones pero no diferenció claramente las que corresponden a la transmisión psíquica vinculada con el padre originario (*Urvater*) y las pertenecientes a sus funciones claves en el Edipo–, Lacan las discriminó mediante sus tres registros: padre real, padre simbólico y padre imaginario.

Por otra parte, formalizó esta función desde la perspectiva significante: metáfora paterna. A la pregunta de: ¿qué es un padre?, Lacan respondió: un significante.⁷

Para las reelaboraciones correspondientes a la I_2 –identificación secundaria– empleó el toro. Después de articular sobre esa superficie la demanda, el deseo y la repetición, se refirió a la relación del sujeto con el Otro mediante el anudamiento de dos toros, según se verá en I, 6.4. En ese mismo contexto continuó con las disquisiciones que le permitieron derivar su rasgo unario del *einzigem Zug* freudiano. La I_2 quedó reformulada como identificación al rasgo unario implantado por el Otro del deseo. El rasgo unario adquirió desde entonces carta de ciudadanía en la TIL.^{8*}

Para la I_3 subrayó el hecho de que era una identificación a un deseo insatisfecho y se apoyó en la figura topológica del ocho interior o doble bucle.⁹ Mostró como la economía deseante de la histérica ponía de relieve la estructura misma del deseo humano: deseo del deseo del Otro.

También procesó esta modalidad mediante la figura topológica del ocho interior y del *cross-cap*, poniendo de relieve su relación con el objeto *a*. Esta identificación estaba estructurada sobre el modelo del trazo unario: se trataba, también, de una identificación por el significante. Como síntesis de este primer procesamiento de las identificaciones freudo-lacanianas en el *S 9*, pueden presentarse las siguientes correlaciones:

Identificación primaria, al padre (I_1) → PRIVACIÓN → inscripción de los primeros significantes
Identificación secundaria, al rasgo unario (I_2) → FRUSTRACIÓN → demanda
Identificación histérica o del pensionado (I_3) → CASTRACIÓN → deseo¹⁰

Lo expuesto sintéticamente hasta ahora sobre los primeros tres tiempos lógicos de la construcción de la TIL, permite apreciar que las formulaciones de Lacan no fueron simples traducciones de lo escrito por Freud a otra lengua psicoanalítica. Se trató más bien de un procesamiento complejo de lo heredado mediante categorías importadas desde otras disciplinas (topología, lingüística, lógica, filosofía, matemáticas) y elaboraciones psicoanalíticas de cuño propio. Con el correr del tiempo y con la acentuación de las formalizaciones topológicas y lógico matemáticas, la TIL acabó teniendo un perfil propio y se profundizaron las diferencias con lo postulado por Freud y, más aun, con la TIK. Las elaboraciones de este tercer tiempo condujeron al siguiente estado de la cuestión en los inicios de la década de los años 70:

- La identificación quedó íntimamente ligada al significante.
- Que I_1 , I_2 e I_3 fueran referenciadas al Otro permitió un ordenamiento de dicho trío en una nueva y única categoría: las identificaciones simbólicas, al rasgo unario del Otro. Se trató de un giro importante en su teoría; se volverá sobre este asunto enseguida.
- Las imaginarias o especulares introducidas durante el período 1936-1953, junto con las simbólicas, conformaron desde entonces el par principal de identificaciones lacanianas.^{11*}
- Una articulación más precisa de I_1 , I_2 , e I_3 con los tres registros -R.S.I.- y con las tres formas de la falta: privación, frustración, castración, convertidas también en nombres de otros tantos tiempos lógicos con que Lacan concibió la constitución del sujeto.
- La identificación quedó desconectada del registro pulsional: el significante (y no la pulsión) motoriza la identificación; esta es una gran diferencia con la TIF y la TIK.
- Al ser identificación por el significante, éste transmite a la vez la semejanza y la diferencia.¹² Su identificación no es reproducción de lo mismo sino inclusión de una marca diferencial. Lacan resolvió de manera original la paradoja implícita en toda identificación: la transmisión simultánea de la semejanza y la diferencia.

Que el Otro ejerciera un papel identificante supuso un cambio notable con la TIF y la TIK: con Lacan es el objeto, en el lugar del Otro, quien identifica. Ese Otro implanta las marcas significantes. La identificación se dirige desde el Otro al futuro sujeto. Esto implicó un cambio de perspectiva respecto de Freud, que consideraba que el movimiento identificatorio partía del sujeto, se dirigía al objeto donde capturaba un rasgo y volvía al primero, para inscribirlo¹³. Esa disparidad se representa gráficamente así:



Lo implícito en esta tesis lacaniana es la anterioridad lógica del Otro y del significante respecto del sujeto. Al situar al Otro como *identificante*, Lacan despersonalizó el proceso: no sería estrictamente con personas u objetos sino con el Otro –un lugar–; y más específicamente, con los rasgos unarios del Otro. Los diferentes objetos que conforman el contexto familiar y social vendrán ocupar ese lugar del Otro y de manera inconsciente identificarán al protosujeto. Se aprecia desde ya que se trata de una concepción *copernicana* de la identificación. (Véase I. G.4.6. y IV, 1.4).

2.1.4. Cuarto tiempo: 1971-1981. Nudos borromeos e identificación. Reversiones del toro

A principios de los años setenta se produjo un nuevo giro en la obra de Lacan: se trató de un proceso complejo que no puede ser considerado como una mera acentuación del proyecto de formalización iniciado tempranamente, y llevado a cabo sin prisas pero sin pausas durante veinte años.

Este nuevo impulso en su empresa de “logización” del psicoanálisis, configuró un verdadero salto: condujo a una teoría matem(at)izada e hiperformalizada del sujeto, depurada de todo lastre psicológico e intuitivo. Este viraje conllevó radicalizar la formalización del significante, llegándose a una metateoría del mismo. El movimiento arrastró al sujeto que, múltiplemente procesado, vio reforzado su carácter de entidad lógico matemática, aunque más no sea por depuración (o expurgación) de aquellas descripciones que lo mantenían –en los primeros seminarios– cercano a la idea de un ser humano, si bien psicoanalíticamente descrito.

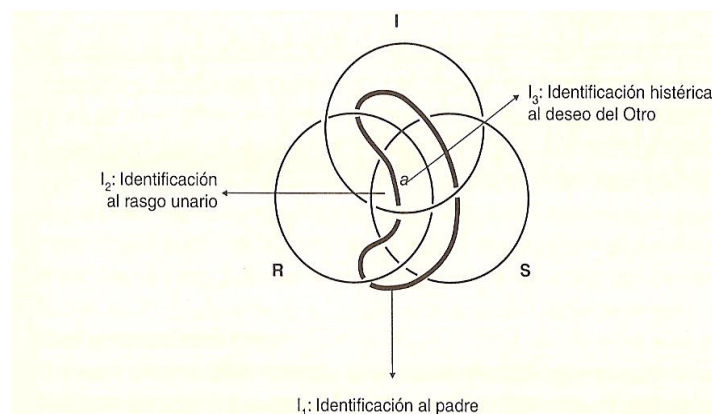
A esas alturas, el punto de partida freudiano había quedado muy atrás. La TIL adquirió su configuración definitiva al final de este cuarto tiempo. A las tesis fundamentales desarrolladas en los tres periodos anteriores se sumaron las provenientes de la topología nodal. La lógica modal influyó también en los retoques teóricos finales. Las últimas remodelaciones permiten trazar un perfil definitivo de lo creado por Lacan en relación a la identificación; sus componentes principales serán enunciados y desarrollados en el apartado siguiente. Este impulso renovador, formalizante, se correlacionó con la aparición fulgurante de los cuatro discursos, las fórmulas de la sexuación, la topología nodal y las elaboraciones en torno a lo real. Tales movimientos, registrables en una decena de seminarios –desde el S 17 al S 27– repercutieron de un modo significativo sobre la TIL. Se tomará como referente de este periodo al S 22 (1974-1975)- en el que presentó nuevas formas de articulación de los tres registros mediante los nudos borromeos. Un fragmento de la clase del 18 de marzo de 1975¹⁴ permitirá observar la evolución habida en la TIL, quince años después del S 9:

“Que todo esto esclarezca la práctica del discurso analítico, es lo que les dejo para decidir. Yo les propongo como clausura de esta sesión de hoy, esta formulación de la identificación triple tal como Freud la avanza. Si hay un Otro real, no está en otra parte que en el nudo mismo, y es en eso que no hay Otro del Otro. Identifíquense a lo imaginario de ese Otro real, y esto es la identificación del histérico al deseo del Otro -lo que sucede en el punto central. Identifíquense a lo simbólico del Otro real, ustedes tienen entonces la identificación del rasgo unario. Identifíquense a lo real del Otro real, ustedes obtienen lo que he indicado con el Nombre del Padre, donde Freud designa lo que la identificación tiene que ver con el amor”.

Estas nuevas inflexiones introducidas en I₁, I₂ e I₃, sumadas a las establecidas en los tres tiempos anteriores, permiten construir el siguiente cuadro sinóptico:

Identificación primaria, al padre	Privación	Inscripción significante	Identificación con lo real del Otro real
Identificación secundaria, al rasgo unario	Frustración	Demanda	Identificación con lo simbólico del Otro real
Identificación histórica o del pensionado	Castración	Deseo	Identificación con lo imaginario del Otro real

Asimismo, estas tres identificaciones quedaron conectadas con la topología nodal; la figura que sigue lo muestra de manera condensada y esquemática.¹⁵



Dos años más tarde, en el S 24, volvió sobre el tema para articular la identificación con el fin del análisis; propuso –bajo forma de pregunta– si esta terminación no implicaba que el analizante se identificara a su síntoma. En la clase del 16/11/76 de dicho seminario, después de presentar varias maneras de revertir al toro, propuso a su auditorio realizar un trabajo que pusiese en correspondencia las diferentes reversiones de ese objeto topológico con las tres modalidades identificatorias que extractó de Freud. Fue Jean Jacques Bouquier quien se hizo cargo de esa tarea. Producto de la misma ha sido su artículo “Retournements de tores et identification”.^{16*}

* * * * *

Tras esta visión panorámica de la construcción de la TIL, se reseñarán los componentes fundamentales de la misma, los articuladores complementarios y las inmersiones.

2.2. Elementos de la teoría lacaniana de la identificación. Componentes e inmersiones

Sistematizar el pensamiento de Lacan sobre la identificación –o sobre cualquier otro tema– además de imposible, sería incorrecto. Es un autor refractario a esa idea. Podría ser de utilidad, en cambio, organizar de manera puntual el enorme caudal de ideas, hallazgos, conceptos y elaboraciones sobre la identificación, realizadas a lo largo de casi cuatro décadas de enseñanza, que se hallan muy dispersos por sus seminarios y escritos. Aun así, es decir, sin pretensiones exhaustivas ni furores ordenantes, se estaría ante una tarea difícil. En primer lugar, porque el establecimiento de los criterios que rijan la disposición de los elementos serán siempre discutibles; en segundo término, porque siempre habrá una dosis de arbitrariedad respecto de lo que se incluye o se excluye; por último, porque algunos articuladores que son fundamentales en el conjunto del discurso lacaniano pueden tener menor importancia en lo que a la TIL respecta.

En ese mar proceloso se ha optado por primar la sintonía con su perspectiva estructural; en concordancia con tal elección se ofrecerán los elementos últimos a los que puede reducirse la TIL. Se los agrupará en tres series, a saber: componentes fundamentales, articuladores complementarios e inmersiones en el contexto general de su teoría. Los próximos apartados serán dedicados a la exposición y desarrollo de esta terna. A poco de iniciar la andadura se harán evidentes las múltiples relaciones entre todos estos elementos; además, las inmersiones de los mismos en un contexto más amplio –la doctrina lacaniana en su conjunto–, pondrá de relieve la interconexión entre esta última y la TIL. Los tres grupos antes enunciados quedaron conformados así:

2.3. Componentes fundamentales

- 2.3.1. Potencial identificante del significante (rasgo unario)
- 2.3.2. Capacidad identificante de la imagen
- 2.3.3. El Otro como fuente de los rasgos unarios
- 2.3.4. El otro (semejante) en tanto proveedor de imágenes estructurantes
- 2.3.5. Identificación simbólica: como causación (parición) del sujeto
- 2.3.6. Identificación imaginaria: surgimiento del yo (moi)

2.4. Articuladores complementarios

- 2.4.1. El Nombre del padre y la metáfora paterna
- 2.4.2. La repetición
- 2.4.3. La noción de marca
- 2.4.4. El nombre propio
- 2.4.5. La negación

2.5. Inmersiones

- 2.5.1. Perspectiva lingüístico-estructural
- 2.5.2. Tópica de los tres registros
- 2.5.3. Formalización lógica-matemática

2.5.4. Inmersión topológica

2.5.5. Resignificación retroactiva y tiempos lógicos. La temporalidad en psicoanálisis

Los brevísimos comentarios que se harán a continuación sobre estos conceptos serán ampliados en distintos apartados de los ocho capítulos siguientes. Como cierre, y antes de la recapitulación de lo expuesto, se harán algunas consideraciones sobre la desustancialización del sujeto realizada por Lacan.

2.3. Componentes fundamentales

Nada hay que agregar después del adjetivo elegido para caracterizar a este primer agrupamiento. La sola reseña de los articuladores teóricos que lo componen permite afirmar que acreditan méritos suficientes para formar parte de este bloque principal.

2.3.1. Potencial identificante del significante (rasgo unario)

La identificación simbólica es, radicalmente, por el significante y el sujeto del inconsciente es su efecto. Inconsciente e identificación quedaron articulados por el significante que recibió en ese contexto el nombre de rasgo unario.^{17*} Se trata del elemento mínimo a través del cual el Otro se hace presente en la estructura del sujeto. La operación que determina su advenimiento lo constituye de entrada como sujeto dividido; produce, además, un resto: el objeto *a*. En las consideraciones sobre la noción de marca o inscripción y en las dedicadas al nombre propio –véase *infra*: 1.4.3. y 1.4.4.– se aludirán a otros aspectos del rasgo unario.

2.3.2. Capacidad identificante de la imagen

En sus primeros escritos (*EE* y *AP*) Lacan expuso los efectos que produce –entre los seis y dieciocho meses– la imagen del semejante en el infans, afectado durante ese periodo de incoordinación motora, pero con un adelantamiento de la capacidad perceptiva visual respecto de las otras funciones del neuroeje. La prematuración con la que llega al mundo determina su estado de indefensión y su dependencia radical respecto del entorno. En esas condiciones, la captación de la imagen completa –unitaria– del otro tiene efectos identificantes sobre el cachorro humano. Describió esa situación estructural, del siguiente modo:

“Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen [...]”(*EE*, p. 12)

Capturado, cautivado por esa imagen completa de sí mismo, responderá con júbilo ante ella, más aún si, tras reconocerse a sí mismo en dicha imagen, recibe la validación de tal percepción por parte del adulto que lo sostiene, que viene a ratificarle que ése que él está viendo en el espejo es una imagen de sí mismo. Los elementos de este conjunto permiten conectar el estadio del espejo con lo clásicamente descrito por el mito de Narciso y con las elaboraciones freudianas acerca del narcisismo.

Estos efectos identificantes de la imagen completa del semejante sobre el yo sustituyeron, en la teoría lacaniana, aquello que Freud denominó incorporación del objeto, mecanismo de raigambre pulsional oral, que asoció a la identificación primaria y narcisista.¹⁸

2.3.3. El Otro como fuente de los rasgos unarios

El Otro y el otro son los que identifican activamente. Esta perspectiva conllevó la despersonalización del proceso identificatorio en la teoría lacaniana y la desconexión entre la identificación y la pulsión, cuestiones éstas que diferencian significativamente a la TIL de la TIF y la TIK. El Otro barrado –tesoro de los significantes– inscribe en un organismo viviente los rasgos unarios que harán surgir al sujeto: identificación simbólica. Esta operación no está exenta de

violencia en tanto supone una implantación activa de marcas que perdurarán por el resto de la vida. Salvando todas las distancias, que son muchas, podría asemejarse esta rudeza al procedimiento de la yerra en los animales.

Esta determinación del \$ por el Otro impondrá nuevas observaciones. Concebir al Otro como lugar y como alteridad identificante exigirá –en un segundo momento– considerar quienes encarnan a ese Otro; es decir, qué sujetos concretos ejercen la función engendrante de un nuevo sujeto.

El lugar del Otro –registro simbólico– será ocupado por sujetos ya constituidos: los que conformaban el entorno objetal del *infans*. Son sujetos divididos que determinan la aparición de otro sujeto dividido. Lacan otorgó especial importancia a esta determinación del protosujeto por el Otro, pero recalcó que se ejerce desde lo inconsciente de aquellos que lo ocupan ese lugar.

Al pensar la estructuración del \$ –y la del yo– de esta manera, llevó mucho más lejos una idea apenas insinuada por Freud en su segunda teoría identificatoria: Lacan no sólo jerarquizó el rol identificante de los objetos primarios; los convirtió en factor determinante principal –o, tal vez, exclusivo– del advenimiento de un nuevo sujeto.^{19*} Otorgó, así, mayor profundidad y consistencia a la idea de que lo psíquico de un recién nacido surge a partir del objeto; de lo psíquico de aquellos que encarnan al Otro y al otro. La base neurobiológica del cachorro humano al nacer es tan sólo uno de los factores necesarios para el surgimiento de lo psíquico, pero hace falta más: es imprescindible la transmisión de lo psíquico; son indispensables las inscripciones de los rasgos unarios del Otro.

El *esebarrado* acabará siendo la resultante de una combinatoria de rasgos unarios; una versión más formalizada de esa frase podría ser la siguiente: $\$ = C_{ru}$

2.3.4. El otro (semejante) en tanto proveedor de imágenes estructurantes

El otro provee las imágenes que estructuran al yo del *infans*. La forma completa del cuerpo del semejante le brinda al niño la representación de la unidad del cuerpo, que él carece por entonces. La fundación del yo es correlativa a la asunción de esta imagen completa. Dicho en otros términos, la imagen especular es estructurante; constituye el punto de partida de las identificaciones imaginarias. Estas imágenes proveen una forma completa del cuerpo antes de que el *infans* pueda sentirla gracias a su sistema propioceptivo. Es una anticipación que le llega desde afuera –del otro– y que, además de fundar al yo y al registro imaginario, pone fin a las vivencias de *cuerpo fragmentado*. Puede apreciarse que estas imágenes también provienen de los objetos primarios, aunque situados en posición de otro. Se volverá sobre estas cuestiones enseguida, en 2.3.6 de este mismo capítulo y también en III, 4.7.2., en III, 9.1, en III, 10.1 y en III, 10.2.

2.3.5. Identificación simbólica como causación (parición) del sujeto

El significante originario de la lingüística sufrió varias trasmutaciones en su ingreso a la teoría lacaniana. La fórmula del mismo –S/s– tal como la escribía Lacan debe ser considerada un algoritmo; en consonancia con ese carácter lógico-formal del significante, el sujeto barrado (\$), efecto de la identificación simbólica, devino una entidad lógica, no ontológica. La posición del \$ se deduce lógicamente de los efectos y del modo de funcionamiento del significante (ser soporte de la diferencia). Este \$ está “arrancado” de lo empírico; no es un observable clínico ni es tributario de ninguna psicología genética. Llevando hasta el límite las intenciones de Lacan, debería decirse que el \$ era para él una entidad lógico-matemática. Además de la causación identificatoria recién comentada, planteó otros aspectos ligados al sujeto; se enunciará estos últimos, haciendo también mención, entre paréntesis, a los seminarios en que aparecieron:

- División subjetiva por efectos de la represión primaria. (S 3).^{20*}
- Surgimiento en los tiempos lógicos Privación - Frustración - Castración (S 4)
- En tanto deseante y en relación al Otro (S 6).
- Como efecto de la repetición significante (S 9).
- Emergiendo de la alienación-separación (S 11).

2.3.6. Identificación imaginaria: surgimiento del yo (moi)

El yo se constituye gracias al poder identificante de la imagen: la forma completa del cuerpo que el semejante ofrece como *Gestalt* otorga al infans una unidad corporal de la que carece por entonces. Esta representación unitaria, una vez asumida, constituye al yo. Se trata del efecto identificante de una forma –la imagen completa del cuerpo del otro– que anticipa al infans, entre los seis y dieciocho meses, una completud que aún no posee. Dicho en otros términos, la imagen especular le provee la forma completa de su propio cuerpo antes de que pueda obtenerla mediante los sistemas propioceptivos, todavía por madurar neurológicamente. Esta anticipación pone fin a las vivencias de cuerpo fragmentado.

La identificación propia del estadio del espejo genera el ligamen a una imagen fascinante y alienante de sí mismo; su empuje interno lleva de la insuficiencia –prematuration natal fisiológica– a la anticipación (*EE*, p.15). Que esta conquista de una imago unitaria del cuerpo sea promovida desde el exterior, mediante una imagen de simetría invertida –fenómeno propio de la reflexión del espejo–, determina en el yo así estructurado una forma paranoica de conocimiento: el saber no viene dado desde el sujeto sino desde fuera. La experiencia especular es bifronte: por una parte otorga una protoidentidad imaginaria pero, por otro, instauro en el humano un desconocimiento sobre la verdad de su ser y sobre su alienación en la imagen de sí mismo. En las relaciones con sus semejantes se produce la proyección –registro imaginario– de algo de sí sobre los otros; el otro deviene pantalla del propio yo y se establece una relación de confusión y transactivismo: “yo soy otro; el otro es yo.”

La experiencia especular y los precoces efectos de imagen que en ella acontecen dejan marcas “para siempre” en la vida psíquica: no se trata pues de un simple momento madurativo sino de la puesta en evidencia de un fenómeno de estructura: el carácter imaginario del yo. Sus correlatos: conocimiento paranoico, transactivismo, función de desconocimiento, fijación a una imagen alienante, organización pasional (amor-odio), tensión agresiva con el semejante –celos, rivalidad– (*AP*, p. 77), relación dual, acción resistencial en la clínica. Este conjunto pone de relieve la sujeción del humano a lo imaginario y funda la diferencia tajante entre el yo (*moi*) y el $\$$.²¹

2.4. Articuladores complementarios

Conforman una segunda categoría de elementos significativos dentro de la TIL. Si bien son de rango inferior que los seis conceptos expuestos en el apartado anterior –puesto que no son los pilares fundamentales de la misma–, algunos de ellos funcionan como articuladores claves en otras regiones de la teoría lacaniana; es el caso del Nombre del padre y la repetición, que serán abordados en primer lugar. Luego, serán referidas las nociones de marca y de nombre propio; ambos elementos están en estrecha relación con el significante y el rasgo unario. Por último, la negación, mecanismo descrito originariamente por Freud y procesado por Lacan en diferentes contextos, será visto desde sus facetas que las enlazan con la identificación y con el sujeto del inconsciente.

2.4.1. El Nombre del padre y la metáfora paterna

Lacan introdujo flexiones importantes en la concepción del padre elaborada por Freud, aunque siguió la senda marcada por éste.²² Además de diferenciar entre padre imaginario, simbólico y real postuló la necesidad de discriminar la figura del padre de su función en el complejo de Edipo. A la pregunta de ¿qué es un padre?, respondió: es un significante. Tras caracterizarlo de esta manera, consideró que el ejercicio de su función requería su inscripción metaforizante: un nuevo significante –el Nombre del padre– viene a reemplazar a otro significante –el deseo de la madre–. Esta sustitución significativa que instauro la metáfora paterna, introduce la significación fálica y asigna un destino neurótico al sujeto, en tanto lo excluye del campo del deseo de la madre.

Estas referencias, aunque escasas permiten apreciar el giro intrateórico que se produjo durante los años 50: Lacan dejó de centrarse en la importancia social del padre –cosa que puede detectarse de manera clara en *LF* (o *CFFI*)– para otorgar un valor simbólico a su nombre.²³ A partir

de entonces, la metáfora paterna ocupó un lugar clave en la subjetivación; el padre simbólico fue considerado el vector de la ley y promotor de identificaciones simbólicas ligadas a la tipificación sexual. Son las que permiten al sujeto –castración mediante– asumir su deseo, aceptar la ley y sexuarse.²⁴

Así, pues, en el contexto de la TIL, el significante del Nombre del padre y la metáfora que instituye, culmina el marcaje identificatorio simbólico del *infans*; colaboran de manera eficiente en transformar los efectos de la identificación fálica, propia del primer tiempo del Edipo.²⁵

2.4.2. La repetición; semejanzas y diferencias^{26*}

Si la identificación inscribe un significante (rasgo unario) en la estructura psíquica, éste pasará a formar parte de la batería de significantes inconscientes del sujeto y, luego, tenderá a repetirse. Por este motivo, el rasgo unario está en el centro mismo de la repetición, que es siempre repetición significativa y, por ende, simbólica. Se tratará de un significante que retorna, que insiste, que vuelve una y otra vez en el discurso del sujeto; y así ocurre porque ese significante es uno de los que le han conformado, es parte de su estructura y buscará manifestarse. En otros términos: la repetición –modo de funcionamiento de la psique– hará reaparecer los significantes fundamentales del sujeto.

Lacan articuló la repetición con los tres registros y la consideró como un efecto de la estructura del lenguaje. Se organizaba, según él, en torno a una pérdida, a una falta, a un borramiento originario: un significante primero que desapareció para siempre (represión primaria) y que el sujeto insiste en hacerlo resurgir. En el *S 9* afirmó:

“[...] el rasgo unario es el significante no de la presencia sino de la ausencia borrada.”

En el mismo seminario aludió a esta primera inscripción (privación) y su borramiento posterior mediante la célebre huella de Viernes en la isla desierta, tomada en préstamo de la novela de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*. En ese contexto planteó la triple escansión temporal, a saber: 1º) presencia de una huella; 2º) borramiento de la huella, 3º) borramiento del borramiento y sostuvo, además, que la repetición evoca y hace resurgir ese rasgo unario primitivo, borrado.²⁷

En tanto el significante (rasgo unario) no es igual a sí mismo, la repetición tampoco lo será: se trata siempre de una repetición con diferencias: Lacan conectó a Freud con Kierkegaard.²⁸ Este último consideró que en cada repetición hay algo nuevo; ninguna repetición es igual a sí misma. Al ser el significante el soporte de la diferencia, cada repetición tiene asegurada un elemento distintivo, un Uno diferencial.

Con estas consideraciones como telón de fondo, Lacan acabó contraponiendo el Uno de la unidad al Uno de la diferencia. El primero se relaciona con la totalidad, con la completud; el segundo, con la unicidad, con lo único, con lo singular. El Uno de la diferencia se emparenta estructuralmente con el rasgo unario que funciona, justamente, como un soporte de la diferencia.^{29*} Por estos senderos, Lacan llevó hasta sus límites la paradójal tensión entre lo mismo y lo diferente que está presente en el concepto de repetición.

En la clínica, el \$ se manifiesta en el discurso del paciente; en las asociaciones libres de éste, los significantes que se repiten dan pistas o referencias acerca de la presencia y posición del sujeto del inconsciente.

2.4.3. La noción de marca

Lacan se refirió en reiteradas ocasiones a ella relacionándola con la identificación. La marca introduce elementos distintivos, diferenciales. Es una de las tantas formas singularizadas y singularizantes de la inscripción significativa. Esta marcación por el rasgo unario fue otra manera de referirse a la causalidad psíquica –engendramiento del sujeto en el organismo viviente que es el cachorro humano al nacer– y, además, otro modo de reiterar que el generador de la identificación es el Otro, que se encarna en los diversos miembros del entorno objetal. El Otro es el que realiza esa marcación simbólica; inscribe significantes en el real biológico que es el recién nacido humano. El \$

surgirá, entonces, como efecto de la combinatoria de esos rasgos unarios implantados. Tras las inscripciones, lo real queda transformado; ahora posee marcas transmitidas y asimiladas, que han dado pie a la constitución del sujeto. La marca tiene una función distintiva; ella transporta e introduce un elemento de identidad y de diferencia.

La noción de marca viene a reafirmar, en el contexto de la TIL, la idea de que el sujeto, se estructura de manera altamente singular, en función de las marcas –significantes, rasgos unarios– que le son implantados. Queda así marcado –identificado– por el Otro. De ahí que según Lacan, toda estructuración subjetiva sea, simultáneamente, una alienación: estructuración alienante o alienación estructurante.³⁰

2.4.4. El nombre propio

Este asunto, que tiene antecedentes en filosofía y lógica, fue importada por Lacan al psicoanálisis, donde acabó articulándose con la teoría del significante y con la TIL. El nombre propio funciona como trazo, como marca; es identificante. Su valor reside en su capacidad de instituir una diferencia.³¹ El nombre propio es afín a la noción de marca; en realidad es una marca específica que el Otro introduce en el recién nacido (protosujeto), identificándolo por medio de una nominación. Por ejemplo: Dolores Castillo, Eduardo Zapatero. Se trata de una marca privilegiada, importante, porque acompañará al sujeto durante toda su vida; siempre será llamado así, incluso después de su muerte. Si bien el apellido no es, en principio, de libre elección, sí suele serlo el nombre de pila. Lacan insistió en la sobredeterminación inconsciente en la asignación, por parte de los padres, de nombres a sus hijos.

Otra característica del nombre propio es que no se traduce de una lengua a otra. Subrayar que opera en tanto marca distintiva, en tanto significante, equivale a desconectarlo de todo significado o sentido; en otros términos: denota pero no significa. Así, los apellidos Taza, Herrero, Regla, para proponer algunos ejemplos elegidos ex profeso por ser también sustantivos, al funcionar como nombres propios, refieren personas (función denotativa, nominativa) pero no significan; carecen de interés desde el punto de vista semántico, son triviales desde el punto de vista del sentido. El apellido Taza no remite al objeto hueco, con asa, capaz de contener líquidos; Herrero no convoca al artesano que trabaja el hierro como tampoco Zapatero al remendón de calzado. El nombre de pila Dolores no reenvía a las algas físicas. Es el sonido –la masa fónica– lo que tiene valor en el nombre propio; es la diferencia sonora lo que distingue un nombre de otro; actúa en tanto significante puro. La proximidad conceptual entre nombre propio, marca, significante y rasgo unario son por demás evidentes.

2.4.5. La negación

En *ICJH* Lacan se refirió al artículo *La negación* de Freud (1925), poniendo de relieve en ese escrito la determinación simbólica de la misma y los aspectos lógico–filosóficos de dicho texto. Entre estos últimos subrayó: a) la forma en que el vienés trató la afirmación primordial –*Bejahung*– y la expulsión –*Ausstossung*–; b) las consideraciones sobre las funciones del juicio, ya sea las de atribución, ya sea las de admitir/impugnar la existencia de una representación en la realidad; y c) las relaciones de la negación con la represión y pulsión de destrucción. Lacan tomó como punto de partida estas ideas y procesó esa trama metapsicológica y filosófica desde varios ángulos:

- Mediante los desarrollos lingüístico-gramaticales de Damourette y Pichon relacionados con la doble negación en la lengua francesa (*ne-pas*). Relacionó al \$ con el discordancial *ne*: por su modo de operar, este *ne* funciona como una huella evanescente, como una estela que indica el paso fugaz del sujeto del inconsciente; su presencia evoca fugazmente al sujeto barrado en el acto de la enunciación (véase III, 4.6).
- Desde la perspectiva lógica. Para ello recurrió a Franz Brentano^{32*} y a Charles S. Peirce. Del primero tomó algunas consideraciones sobre los juicios atributivos y de existencia; estos últimos afirman o niegan la existencia en la realidad de un objeto representado; del segundo apreció su forma peculiar de entender la negación: en articulación con la afirmación. Este último punto será tratado en III, 5.5.4. y III, 5.6.3.

- A partir de sus propios desarrollos, Lacan abordó la negación articulándola con la falta, la nada, la hiancia, el agujero, etc. En este tema, otros hitos fueron sus elaboraciones sobre los tres registros de la falta –privación, frustración, castración–, entendidos como matrices de la negación y como tiempos de la estructuración del sujeto.
- También apeló a la lógica cuantificacional que le permitió plantear enunciados con dobles negaciones para operar con ellas.

* * * * *

Se acaba aquí la explicitación de estos dos grupos de elementos que conforman la TIL. Los diez articuladores expuestos no agotan, ni mucho menos, el entramado conceptual ligado a la identificación. Se enumeran algunos más, por los vínculos estrechos que mantienen con el sujeto del inconsciente, producto de la identificación simbólica:

Objeto a: resto insoslayable de toda operación de advenimiento del sujeto por efecto del significante.

Deseo: el sujeto se constituye como deseante en relación al deseo del Otro.

Fantasma: articulación del sujeto con el objeto *a*.

Goce: el sujeto goza en tanto es un hablanteser; el significante es la causa del goce.

Sexuación: identificación sexual del sujeto basada en la función fálica, la castración y el goce.

2.5. Inmersiones

El título de este apartado hace alusión a la relación indisoluble que mantiene la identificación –tal como fue concebida por Lacan– con el resto de su teoría. En efecto, las mismas nevaduras que atraviesan a las diversas regiones de esta última pueden vislumbrarse en la TIL. Es que en última instancia se trata de las líneas de fuerza principales de su discurso y, como se verá enseguida, ellas se superponen con las inmersiones, que señalan con mayor precisión lo que en el capítulo anterior se designó con el nombre genérico de procesamientos. Las referencias siguientes no son propias y exclusivas de la TIL; inficionan más bien cada intersticio de su teoría.

Las consideraciones de las páginas siguientes amplían en diversos aspectos lo dicho en el capítulo precedente respecto de la importación de conceptos desde las ciencias afines y las consecuencias teóricas subsiguientes a tales implantes. Se seguirá a la espera de una exposición más detallada de estas inmersiones, que será realizada en los próximos seis capítulos, cada uno de ellos dedicados a las principales A+T realizadas por Lacan.

2.5.1. Perspectiva lingüístico-estructural

El año 1949 –inmediata posguerra– marcó un giro inusitado en la producción de Lacan, a consecuencia de su encuentro con Claude Lévi-Strauss. Si no se presta atención a ese cruce de caminos entre ambos, es imposible entender el viraje que supuso el *Discurso de Roma* (1953), que dio inicio al llamado “retorno a Freud”. Estas importaciones supusieron no sólo un giro en la enseñanza de Lacan –a punto tal que sus escritos anteriores quedaron instalados en la categoría “de nuestros antecedentes”^{33*}– sino el comienzo de una nuevo enfoque teórico en el campo psicoanalítico: el estructuralista. Las consecuencias de tal encuentro no se hicieron esperar: abandono de las tesis de Durkheim en las que Lacan se había apoyado en tiempos anteriores^{34*}, adhesión al enfoque estructuralista de Levi-Strauss y redefinición del inconsciente desde la perspectiva lingüística, más todos los correlatos que implicaron considerarlo estructurado como un lenguaje. Las alforjas teóricas se llenaron, por entonces, con categorías lingüístico-estructurales. Estas adhesiones persistieron hasta el final de su obra, aunque cabe decir que Lacan fue introduciendo permanentemente innovaciones en los conceptos de estructura y significante. El posterior recurso a la topología vino a renovar esa filiación; el *analysis situs*^{35*} le brindó –desde el campo de las matemáticas– las formalizaciones de las estructuras más avanzadas de aquella época.

2.5.2. Tópica de los tres registros

Fue explicitada por primera vez en una conferencia pronunciada en julio de 1953, en oportunidad de la fundación de la Société Française de Psychanalyse, constituida como escisión de la SPP, filial de la IPA. Llevaba por título *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* y precedió en un par de meses al *Discurso de Roma*, cuyas tesis fueron recogidas posteriormente en *FCPL*. En términos generales puede afirmarse que en las tres décadas siguientes de su enseñanza hubo una reelaboración continua de estas categorías, con privilegios sucesivos en el estudio de cada uno de los registros: lo imaginario, primero; lo simbólico, después; y por último: lo real. Estos tres registros jugaron un rol importantísimo en la construcción del discurso lacaniano; se convirtieron en una malla o red mediante la cual se resignificaron las categorías metapsicológicas freudianas.

Al final de su obra, la homogeneización de los tres registros anuló la supremacía otorgada tiempo atrás a alguno de ellos y vino a revelar su verdadero alcance estructural: la articulación del trío alcanzó su formalización topológica. Artífice y condición de posibilidad de tal fenómeno fue la introducción y el uso psicoanalítico de la cadena borromeica.

Este ternario constituyó una tópica de claro cuño lacaniano: “son mis tres”, afirmó en el llamado *Seminario de Caracas*. Por entonces, cerca de los postreros momentos de su vida y obra, ya estaba precisada la trabazón trinitaria de sus tres registros y la formalización topológica del RSI.

La importancia de esta tópica en el tema que nos ocupa quedó explicitada en este mismo capítulo, en el apartado 2.1.4. Cuarto tiempo: nudos borromeos e identificación. Reversiones del toro.

2.5.3. Formalizaciones lógico-matemáticas

Tanto el $\$$ como el $\$$ deben ser entendidos desde una perspectiva lógica para que pueda captarse su *modus operandi*. Ambos acabaron configurando entidades lógico-matemáticas. De ahí la preeminencia de la formalización lógica en la TIL. Como ya fue anticipado, Lacan aplicó los sofisticados métodos formalizantes de dicha disciplina a diferentes sectores de su teoría.

A continuación se hará referencia a algunos de los conceptos de la TIL procesados a partir de los trabajos de Peirce y Frege. De este último valoró especialmente su ideografía, sus elaboraciones sobre la serie de los números naturales y sobre el cero. De ellas derivó nociones referidas al $\$$ y la repetición.

Para Lacan, el surgimiento del sujeto implicaba el marcaje por una función numérica. Correlacionó la operatividad del número cero -concepto que no subsume ningún objeto- con el modo de funcionamiento del $\$$: ambos operan sin estar presentes. El número cero –pese a referir lo que no existe o lo que no hay– es pasible de ser simbolizado; tan es así que se convirtió en el primer –e imprescindible– elemento de la serie de números naturales. Este cero debe ser contado como uno para que pueda establecerse la sucesión de los números enteros naturales; es decir: cuenta como primer elemento de la serie. Es necesario que así sea para que la serie pueda constituirse; justamente, el cero es el que permite el comienzo de dicha serie; en ella, el sucesor será siempre $n + 1$, siendo n el antecesor (si $n = 4$, $n + 1 = 5$). Este 1 se repite en cada elemento de la serie puesto que todo número acaba siendo n (el número anterior) + 1. La reiteración de este 1 evocaba para Lacan a la repetición; más aún, la consideró un paradigma de la misma. Luego, relacionó este 1 con el trazo unario -uno de la diferencia, no de la unidad-.

De Peirce recogió, entre otras ideas, su cuadrante y la definición del signo –para contrastarla con la del significante–.³⁶ Tomó apoyatura en su Cuadrante (véase III, 5.5.) para procesar los conceptos psicoanalíticos siguientes: la privación, la negación, las dobles negaciones, la presencia y ausencia del sujeto, la lógica de clases articulada al rasgo unario, la función paterna, etc.^{37*}

2.5.4. Inmersión topológica

Una mirada panorámica que abarque la totalidad de su obra, permitirá apreciar que siempre ha existido una dimensión topológica en la misma. A primera vista llamará la atención el S_9 ; allí se

inició el uso explícito e intensivo de la topología; pero, una observación más detenida descubrirá que antes y después del mismo utilizó soportes topológicos en torno a los cuales expuso alguna faceta de su pensamiento. Así, en los primeros años de sus elaboraciones empleó esquemas (*L*, *Z*, *R* e *I*); en la década de los años 50 implementó los grafos (verbigracia, el de *SSDD*); en los dos lustros siguientes (1960-1970) utilizó las superficies topológicas (toro, banda de Möbius, cross-cap, botella de Klein, ocho interior) y, en el periodo final (1972-1981), los nudos borromeos. En esta última época se produjo un desarrollo importante de la formalización topológica.

Que esta perspectiva haya estado omnipresente puede deberse a la revisión constante de la tópica de los tres registros, introducida precozmente en su obra. En tanto este ternario fue revisado año tras año; la topología hacía sus reapariciones con la misma cadencia. Los registros guardaron siempre entre sí una relación topológica, aunque sólo tardíamente pudo ser presentada como articulación borromeica. Queda por añadir como un determinante más de esta omnipresencia de la topología, el tratamiento, a la luz de esta disciplina, de los conceptos freudianos y de los creados por el propio Lacan. Esta tarea fue realizada, año tras año, en cada uno de sus veintisiete seminarios.

2.5.5. Resignificación retroactiva y tiempos lógicos. La temporalidad en psicoanálisis

El *après-coup* y la preeminencia de los tiempos lógicos sobre los cronológicos fueron dos piezas claves de la manera lacaniana de entender la temporalidad psicoanalítica; a ellas habría que añadir su concepción de la historización del *hablanteser* (diferenciada de la noción difusa de recuperación del pasado, por parte del paciente, en la cura) y la función del tiempo en la realización del sujeto (temporalización). La exposición más detallada de los aspectos lógicos ligados a su concepción del tiempo en el psicoanálisis será realizada en III, 5.10., mientras que en III, 7.8., se hará referencia a las principales fuentes filosóficas de las que se sirvió Lacan para la elaboración de estas ideas. Los siguientes comentarios conforman un marco general para lo que se dirá en ambos apartados.

Lacan se alejó de los modelos crono-lineales; relativizó las ideas de desarrollo o evolución, tan caras a M. Klein; contrapuso a la psicología genética, evolutiva, la estructuración identificatoria del sujeto en tiempos lógicos.

De Freud había recibido ideas muy sugerentes sobre estas cuestiones: la atemporalidad del inconsciente, las nociones de anticipación y de resignificación retroactiva, las cadencias peculiares que instala la repetición, los modos singulares de presencia del tiempo en los síntomas y los sueños –refractarios, como se sabe, al vector temporal clásico: pasado → presente → futuro–, un sistema especial de memoria–olvido basado, en las huellas mnémicas y sometido a la represión. Tal vez las dos ideas más interesantes de Freud respecto del tiempo en psicoanálisis fueron las siguientes: a) la retroactividad (*Nachträglichkeit*), que apareció precozmente en su teoría e implicaba la modificación de la significación otorgada con anterioridad a ciertos acontecimientos, huellas mnémicas, impresiones e interpretaciones, en función de las nuevas experiencias vividas. Ejemplificó este fenómeno con el desencadenamiento de una neurosis ocurrida tras una segunda escena, que resignificaba a la primera; b) la atemporalidad del inconsciente. Junto a esta manera de entender el tiempo, Freud teorizó una forma peculiar de funcionamiento de la memoria cuyos archivos –huellas mnémicas– son inconscientes y pueden ser reactivadas en cualquier momento, si la represión lo permite. Rememorar suponía, entonces, el levantamiento de la represión con la consiguiente aparición de recuerdos: el pasado se hace presente aunque en estos casos, se conserva la noción de distancia temporal con aquello que vuelve a la conciencia. Situación distinta es la memoria ligada al actuar (*Agieren*)³⁸, que trae –en acto– el pasado al presente: en lugar de recordar y expresar lo evocado con palabras, se actúa movido por los deseos y fantasmas inconscientes, sin poder reconocer el carácter repetitivo ni el origen de esas conductas que, por otra parte, se juzgan acordes con la realidad. En esas circunstancias pasado y presente están fundidos, ambos confluyen en el mismo instante, ambos están co-presentes.

En síntesis: al tiempo más o menos acelerado de la conciencia vino a superponerse –o mejor: a imponerse–, a partir de Freud, una temporalidad especial: la fundada en los deseos inconscientes y en la compulsión repetitiva. Experimentarlas en la cura analítica otorga al analizante

la convicción de que el tiempo del inconsciente es muy diferente del que marca el calendario y los relojes. Allí mismo el sujeto puede comprobar, también, como su presente incide sobre su pasado, vía resignificación retroactiva. Y también sobre el futuro, especialmente si logra disolver algunos anacronismos psíquicos. Pero en tres textos suyos -*Un caso de paranoia que contradice a la teoría psicoanalítica* [(1915), OCFAE, XIV, p. 269], en la 23^a conferencia. *Los caminos de la formación de síntomas* [(1916), OCFAE, XV, p. 338] y en el historial del *Hombre de los lobos* [(1918), OCFAE, XVII, pp. 55-56 y p. 89], al desarrollar el tema de los fantasmas originarios (“fantasías primordiales, según la traducción de J. Etcheverry), Freud introdujo otras ideas que complejizaron aún más su modelo de temporalidad y constituyeron un cierto contrapunto al concepto de retroactividad. En efecto, la hipótesis de la trasmisión *filogenética* de esos fantasmas suponía que se cortocircuitaba el campo de las experiencias psíquicas personales y se traspasaba –de una generación a la siguiente– ese patrimonio prehistórico. Los fantasmas originarios se comportarían como matrices que organizarían y darían sentido a experiencias posteriores. Según esta concepción habría un auténtico *avant-coup*, que explicaría la existencia universal de fantasías con idéntico contenido en todos los niños.

Lacan recusó este último aspecto y aceptó las otras facetas de la herencia freudiana sobre la temporalidad psicoanalítica; a ellas le sumó –en las décadas de los años cuarenta y cincuenta– las aportaciones personales siguientes: sustitución del tiempo cronológico por los tiempos lógicos y la utilización **sistemática** del *après-coup*. Los tiempos lógicos se alejan de cualquier concepción cronológica; en *TLAC* los presentó en estos términos: instante de la mirada; tiempo para comprender y momento de concluir. Asimismo puntualizó las diferencias entre historia y pasado: la historia no era para él el pasado; la historia era, más bien, el pasado historizado en el presente. Así, en *FCPP* (1953) escribió:

“Es que no se trata para Freud ni de memoria biológica, ni de su mistificación intuicionista, ni de la paramnesia del síntoma, sino de rememoración, es decir de historia, que hace descansar sobre el único fiel de las certidumbres de fecha la balanza en la que las conjeturas sobre el pasado hacen oscilar las promesas del futuro.” (*E*, I, p. 77).

“Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia; es decir que le ayudamos a perfeccionar la historización actual de los hechos que determinaron ya en su existencia un cierto número de ‘vuelcos’ históricos.” (*E*, I, p. 82).

Con esta forma de historización se abre la función del tiempo en la realización del sujeto. En el transcurso de la cura analítica el analizante va haciendo la experiencia de los tiempos propios del inconsciente y del espacio que le es solidario. Por otra parte, en *FCPL*, *E I*, p. 135, sostuvo:

“Es decir que del mismo modo que el automatismo de repetición, al que se desconoce igualmente si se quiere dividir sus términos, no apunta a otra cosa que a la temporalidad historizante de la experiencia de la transferencia, de igual modo el instinto de muerte expresa esencialmente el límite de la función histórica del sujeto. Ese límite es la muerte, no como vencimiento eventual de la vida del individuo, ni como certidumbre empírica del sujeto, sino según la fórmula que da Heidegger, como ‘posibilidad absolutamente propia, incondicional, irrebasable, segura y como tal indeterminada del sujeto’, entendámoslo del sujeto definido por su historicidad.

En efecto, ese límite está en cada instante presente en lo que esa historia tiene de acabada.”

En *S II* profundizó la brecha abierta por Freud, con la que se consumó la ruptura –cada vez mayor– con las coordenadas habituales con que se piensa el tiempo; allí propuso que el inconsciente fuera tratado en términos de pulsaciones temporales. Al año siguiente, en *S I2*, en la clase del 13/1/65, planteó la articulación del objeto topológico conocido con el nombre botella de Klein con los tres tiempos lógicos: el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir. Consideraba que estos tiempos eran, asimismo, las coordenadas del Otro; Otro como lugar y Otro como compañero del lenguaje; en la clase recién aludida dijo:

“Ese campo del Otro se inscribe en eso que yo llamaría las coordenadas cartesianas, una suerte de espacio de tres dimensiones, pero, de tal manera, que no se trata ya del espacio sino del tiempo.”

En la última etapa de su enseñanza –y muy especialmente en *S 22* y *S 26*– articuló las categorías de espacio y de tiempo con los llamados tiempos lógicos y las pulsaciones temporales del inconsciente –postulados por primera vez en *S 11*– en un espacio que, por entonces, ya era concebido topológicamente (nudos borromeos). En ese contexto, el tiempo comenzó a ser entendido como un efecto de la estructura.

Ahora bien, esta ligazón entre tiempo y el espacio no fue una idea original de Lacan –Einstein, por ejemplo, ya la había postulado–. La novación propuesta por el psicoanalista consistió en eludir tanto la espacialización del tiempo como la temporalización del espacio, rehuyendo el tiempo cronológico y el espacio euclidiano, ajenos ambos al inconsciente. Lacan fue preciso y tajante: al psicoanálisis no le interesaba el tiempo de la física ni el espacio de la geometría; sí, en cambio, los ligámenes estrictamente psicoanalíticos entre dichas categorías, coordinadas unas a otras, a saber:

- a) la articulación de los tiempos lógicos y los tiempos del inconsciente;
- b) enlaces entre esos dos tiempos con el espacio analítico concebido topológicamente;
- c) inclusión del Otro y del \$ en el conjunto postulado en los puntos a + b.

Se trataba, si así puede decirse, de la espacialización de la relación temporal del sujeto al Otro; formulación sintética, que conviene leer teniendo en cuenta los significados específicos de cada uno de esos cuatro términos tienen en la teoría lacaniana. Lacan formalizó tales ideas usufructuando las virtudes de la botella de Klein, cuya propiedad fundamental –continuidad entre interior y exterior– le permitió pensar topológicamente (vecindad, continuidad) dos relaciones: las del sujeto con el Otro y las que existen entre un significante (S_1) –que se manifiesta en la asociación libre– y el resto de significantes (S_2), que conforman la batería virtual inconsciente.

Además de esta primera articulación entre topología y tiempo hubo otra: la que realizó a partir de los tres registros ensamblados borromeicamente y concebidos como morada del *hablanteser*. En ese contexto, el tiempo en psicoanálisis devino efecto de la estructura significativa. Los antecedentes de esta concepción estaban ya presentes en *TLAC* (1945), pero alcanzaron su forma definitiva en *S 24* y *S 26* a la luz de la topología nodal. Tras las consideraciones sobre el espacio y tiempo recién realizadas se hace posible una nueva lectura del esquema presentado al final del apartado 2.1.4. de este mismo capítulo, en el que se articularon los nudos borromeos con las I_1 , I_2 , e I_3 ; puede decirse, entonces que el sujeto del inconsciente, efecto de las identificaciones simbólicas, es topológico y tiene por morada a los tres registros anudados. También es topológica la relación del \$ con el Otro. Asimismo, el \$ muestra pulsaciones temporales; son los latidos de un inconsciente, concebido, por entonces, como enjambre de significantes (ver nota al pie nº 14 del capítulo 1 de esta tercera parte).

* * * * *

Tras esta visión a vuelo de pájaro de la temporalidad en la obra de Lacan, se remite a III, 5.10., donde serán señaladas las repercusiones habidas en la TIL a consecuencia de la implementación del *après-coup* y de la jerarquización de los tiempos lógicos. Podrá verse como las nuevas marcas identificatorias organizan las previamente inscritas de manera tal que les otorga a todas ellas una actualidad que cuestiona seriamente la noción de regresión e impide cualquier ordenación de las identificaciones según estratos temporales. Se verá asimismo como esas marcas, que se van reorganizando retroactivamente cada día, adquieren un carácter indeleble; ellas seguirán vigentes durante toda la vida; ese rasgo de permanencia resalta si se lo contrasta con el carácter efímero de las manifestaciones del sujeto del inconsciente.

En III, 7.8 se complementará este recorrido haciendo referencia a ciertos antecedentes filosóficos en el tratamiento de la noción de temporalidad. Heidegger y Sartre acudirán a esa cita. Por último, en la cuarta parte de este trabajo –aportaciones personales a la teoría identificatoria–, se debatirá sobre los efectos que la exclusión radical de la perspectiva cronológica en la estructuración subjetiva ha tenido sobre el psicoanálisis contemporáneo. Se apreciará que en el justo

enfrentamiento con la perspectiva psicogenética –enfoque madurativo, “etapista”, desarrollo de lo preestablecido– la doxa lacaniana descartó toda diacronía en la conformación identificatoria de la estructura subjetiva.

2.6. La desustancialización del esebarrado. Sus repercusiones: identidad e identificación

El *esebarrado* no tiene sustancia y es ajeno a la ontología. Nada hay en él que sea del orden de lo material, de lo tangible, de la sustancia. No es una cosa, ni un objeto ni un ser. Es incorpóreo; inasible; carece de la consistencia de un objeto material, concreto, de la realidad. Existe sólo fugazmente en sus efectos. Por este conjunto de razones –no ser cosa ni objeto ni ser tangible– el inconsciente y el *esebarrado* nada tienen que ver con la ontología. Posee una existencia similar a la de un objeto matemático; un número o una ecuación, por ejemplo.

Dicho en otras palabras: el estatuto del $\$$ es preontológico; no es del orden del ser y del no ser; pertenece a la categoría de lo aún no realizado o lo que está en estado de realización. Podrá advenir, pero, en todo caso, de manera sorpresiva y evanescente. Tampoco es individual ni colectivo; es más bien, relacional –transferencial, para mayor precisión–. Podría decirse que es una estructura transindividual.

Fueron necesarios muchos siglos para que pudiera pensarse una entidad con las características recién comentadas. Un breve panorama histórico mostrará los obstáculos que debieron ser superados para acceder a tal desustancialización. Aún en la época actual, donde lo virtual impregna gran parte de la vida cotidiana, las matrices de pensamiento predominantes siguen siendo las del sustancialismo. Es que éste ha tenido larga historia en la filosofía. Para Aristóteles la identidad del sujeto se jugaba del lado de la sustancia (*ousia*) mientras que las formas de la diferencia se expresaban por medio del predicado de la proposición.

Más allá de los múltiples contextos en que empleó este vocablo y más allá también de los variados significados que le atribuyó –cosa que no ha dejado de provocar confusiones entre sus comentaristas– resulta evidente que los usos aristotélicos de la noción de sustancia deben enmarcarse en su pugna con las ideas platónicas. Esto se aprecia con claridad en su metafísica: Aristóteles privilegió las sustancias sensibles –en contraposición a las suprasensibles de Platón–. Pero esto mismo supuso una severa limitación para su Lógica: al quedar inmersa en la ontología se redujo su capacidad formalizante.³⁹ La tendencia sustancialista, que impregnó el pensamiento filosófico y científico hasta la época contemporánea, ha sido la principal responsable de que las lógicas post-aristotélicas siguiesen padeciendo el maridaje con la ontología. Este fenómeno comenzó a fracturarse tibiamente a comienzos del siglo XVIII, especialmente con Leibniz, y se intensificó en las dos centurias posteriores. En esencia el pensamiento sustancialista sostiene que las diferencias de propiedades de los seres se fundan en sustancias concretas; de ahí que les sea imposible concebir un sujeto desustancializado. Saussure fundamentó seres de esa índole: partió de realidades concretas y las redujo a oposiciones sin sustancia. El concepto de estructura es antisustancialista.

Una lectura retrospectiva, desde la filosofía y lógica contemporáneas, permite afirmar que una de las mayores limitaciones del pensamiento antiguo y medieval fue su impotencia para pensar un sujeto sin sustancia.

Leibniz (1646-1716) fue uno de los primeros que comenzó a fracturar el sustancialismo filosófico y lógico de sus predecesores; este paso inicial se aceleró en las centurias siguientes; el siglo XX, sobretodo, vino a introducir grandes avances. Leibniz, un adelantado a su época, sentó las bases de un nuevo universo conceptual por medio de varios principios que pasaron a la historia (el de no contradicción, el de identidad, el de la razón suficiente, el de continuidad, etc.). Sobre ellos construyó un sistema complejo y rico basado en sustancias y *relaciones*. La sustancia dejó de remitirse simplemente a la materialidad; devino núcleo de actividad. Allí radicó la originalidad de este pensador y fue, justamente, ese giro el que le permitió superar los obstáculos que tuvieron atascados a sus antecesores. Las relaciones –entre las que destacan las de espacio y tiempo– carecen de sustancialidad. Habilitó así un terreno no transitado hasta entonces, que le permitió, junto a Jacob Bernoulli (1654-1705), inaugurar el sentido moderno del término **función**. Ella se aplicó

inicialmente a las matemáticas, donde fue entendida como una relación entre variables, una de ellas dependiente y otra independiente; a esta última se le asignaba arbitrariamente valores para ver cómo se modificaba la primera.

El ya mencionado predominio de la noción de sustancia en el pensamiento antiguo y medieval –que se corresponde lógica, lingüística y conceptualmente al sujeto de una proposición– dificultó seriamente pensar en términos de funciones productoras de efectos. A partir del siglo XVIII, las relaciones recíprocas entre variables comenzaron a sustituir a las simples atribuciones predicativas sobre el sujeto, componentes esenciales de la proposición aristotélica y escolástica. El pensamiento devino en la modernidad más funcionalista y relacional.

La lógica contemporánea retomó por su cuenta este aspecto vincular implícito en el concepto de función matemática leibniziana⁴⁰; la llamada lógica relacional que surgió en el siglo XX, centró sus enfoques en tres variedades relacionales: de uno a muchos, de muchos a uno y de uno a uno. En otra dirección, casi dos siglos más tarde, Frege (1848-1925) propuso considerar los conceptos como funciones. Poco hay que agregar para ver en estas ideas una manera rigurosa de entender la noción de función. Los lógicos y matemáticos del siglo XX ahondaron en esta perspectiva formalizante. En el terreno de la filosofía contemporánea, las especulaciones de Sartre sobre la existencia, entendida como porvenir y como negatividad, supusieron un paso más en el alejamiento de la concepción sustancialista. Desde esta perspectiva, el concepto de Para-sí de este filósofo es un antecedente del *esebarrado* y su carácter insustancial.⁴¹

Fue imprescindible este cambio de paradigmas conceptuales para que pudiese surgir el proyecto lacaniano de formalizar la experiencia clínico-teórica del inconsciente y del sujeto que le es propio.⁴² Estos desarrollos contemporáneos dieron pie a innumerables A+T desde estas disciplinas. Para dar sólo un ejemplo: Lacan importó la noción de función a su teoría y la aplicó en diversos contextos: función del analista, función materna, paterna, de la palabra, del lenguaje, etc.

En el *S 9* realizó una articulación entre el cuadrante de Peirce y la función paterna: introdujo esta última en las proposiciones de cada sector del cuadrante e hizo entrar al sujeto barrado (entidad lógica, sin sustancia, inmaterial, efecto puro del significante) en una dialéctica diferente a la del sujeto aristotélico y post-renacentista; *esebarrado* se convirtió, así, en una variable dependiente de la función paterna, aquélla que realiza la operación significativa de metaforizar el deseo de la madre.⁴³

Esta desustancialización del *esebarrado* llevó a que el sujeto fuera pensado en la teoría lacaniana como carente de identidad; no hay nada de orden material que se la pueda otorgarla, y menos de forma permanente. Esta carencia básica de identidad le hace permeable a recibir implantes identificatorios de significantes; con una consecuencia: ese sujeto sólo podrá aparecer o manifestarse mediante significantes que lo representen. Será siempre una presencia fugaz. Esas representaciones tendrán que renovarse de manera continua.⁴⁴

2.7. *Elsebarrado* (\$) y el sujeto de la ciencia

Este sujeto nació en Occidente, en el siglo XVII, a partir de la andadura cartesiana. Es sabido que Lacan, haciendo suyas las tesis de A. Koyré, consideró pioneros de la ciencia moderna al filósofo francés y a Newton, en tanto ambos sentaron las bases para un cambio de paradigma.⁴⁵ Por sus aportes, la modernidad de la ciencia quedó caracterizada mediante un doble movimiento:

- *Por la exclusión* de las cuestiones teológicas que tanto la hipotecaron en la antigüedad y en el Medioevo.
- *Por la inclusión* de los referentes matemáticos. Para la nueva científicidad, lo real es calculable, pero necesita ser aprehendido por las matemáticas.

Respecto del primer punto se recuerdan los cuestionamientos que la Iglesia de Roma recibió de la Reforma, con Lutero a la cabeza. Estas críticas, que conmovieron los dogmas y los poderes religiosos crearon un contexto que permitió avanzar en la separación de la ciencia y la teología. Respecto del segundo punto cabe decir que si bien hubo otros antecedentes, fue Descartes quien

fundamentó esa perspectiva en sus textos *Dioptras, Meteoros y Geometría*.⁴⁶ Junto con la ciencia moderna –que Lacan denominó en muchas ocasiones *La ciencia*– nació algo que le es inherente: el *sujeto de la ciencia*; este último surgió en el mismo momento en que comenzó a exigirse que el saber científico se sujetara a la demostración matemática. Sus precursores: Descartes, Galileo y Newton. La nueva ciencia introdujo la diferenciación entre saber y verdad. Esto provocó una demarcación novedosa respecto de lo que se consideraba ciencia por aquel entonces; a partir de ese momento era científico sólo lo que podía ser demostrado matemáticamente. En “La ciencia y la verdad” (1966), Lacan afirmó:

“Decir que el sujeto sobre el cual operamos en psicoanálisis no puede sino ser el sujeto de la ciencia puede parecer paradójica.” (E, I, p. 343).

“[...] su praxis [la del psicoanálisis] no implica otro sujeto sino el de la ciencia”. (E, I, p. 348).

Pero, ¿qué es *sujeto de la ciencia*? ¿Se trata del humano cuya actividad se centra en un laboratorio de investigaciones, por ejemplo? ¿Se refiere al sabio de la ciencia moderna? ¿Es lo que habitualmente designa el sustantivo científico o con el sintagma “hombre de ciencia”? La respuesta es, rápidamente, negativa. El *sujeto de la ciencia* no incumbe a una persona concreta, sea mujer u hombre, sino a un sujeto desustancializado, desontologizado, vaciado de cualquier traza de subjetivismo que pueda enturbiar lo que ha de ser *objetivo, verdadero, cierto* e independiente de las creencias y de los estados de ánimo subjetivos. Es un sujeto abstracto que se desprende del *modus operandi* de la ciencia. Lacan se orientó en esta dirección cuando consideró la división de *su* sujeto entre verdad y saber, anticipada –en cierta forma– por Descartes quien, para poner en marcha su andadura necesitó: a) identificar el saber pleno con la certeza; b) rechazar los saberes establecidos; y c) aplicar la duda metódica, para discriminar lo verdadero de lo falso.

Esta división entre el saber y la verdad, sobre la que el psicoanalista francés insistió repetidamente, aclara el momento inaugural de la ciencia, presidido por el *cogito*. Y el sujeto que adviene de esta división es común a la ciencia y al psicoanálisis. Así lo afirmó en las frases antes citadas: el sujeto del psicoanálisis es el mismo que el de la ciencia moderna. Pero dijo algo más: este sujeto, nacido en Occidente en el siglo XVII, que tuvo por basamento al *cogito* cartesiano, dio pie a una serie de efectos sin los cuales hubiera sido imposible el surgimiento de la teoría freudiana.

“Me atrevo enunciar como una verdad que el campo freudiano no era posible más que cierto tiempo después de la emergencia del sujeto cartesiano, en cuanto que la ciencia moderna no empieza más que después de que Descartes haya dado su paso inaugural.” (S II, clase del 5 de febrero de 1964).

Como antecedente de este pasaje a la modernidad científica cabe reivindicar la obra de Galileo. Sin establecer principios metodológicos –Descartes fue quien lo hizo– él inició, *prácticamente*, esta nueva manera de entender la ciencia al cuestionar la concepción geocéntrica del sistema planetario, pagando por ello el tributo de su vida. En sus planteamientos astronómicos había una visión renovada del ser y, por supuesto, de la verdad, que cuestionaba las verdades divinas.

Descartes, tras enterarse del fatal destino de Galileo, renunció a la publicación de su ensayo *El mundo*, donde también sostuvo la idea de que la tierra giraba alrededor del sol. A pesar de que el filósofo francés se había dedicado a probar “la existencia de Dios y la de nuestras almas cuando están separadas del cuerpo”, supo distanciar la ciencia de las creencias religiosas, al elaborar un método con el cual se habría de extender a todo conocimiento la certeza de las demostraciones matemáticas. Pero colocó a Dios como garante de la verdad de esos procedimientos matemáticos. Si el genio maligno puede engañar, Dios todopoderoso, inmutable y omnisciente era, para él, el encargado de velar por la verdad.⁴⁷ La andadura cartesiana produjo una divisoria de aguas: por un lado, el saber matemático y sus verdades formalizadas en un lenguaje propio –fórmulas, ecuaciones, etc. – y por otro: la verdad divina, eterna, los dogmas de fe.

Se trataba de los momentos inaugurales de un saber que empezaba a ser vaciado de la metafísica, que tanto había impregnado al conocimiento hasta el final de la edad media. Los saberes de las matemáticas y de la física se le aparecían a Descartes como portadores de certezas y podían

constituir, por lo tanto, un auténtico principio al que tendría que ajustarse la ciencia. Ésta requirió, a partir de entonces, verdades evidentes, claras y distintas. La ciencia moderna pudo constituirse cuando se cuestionaron los aspectos esenciales del saber antiguo y pudo ponerse en marcha una actividad científica crítica.

“La ciencia sólo nació el día que alguien, en un movimiento de renuncia a este saber, mal adquirido, si puedo decirlo así, extrajo por primera vez la función del sujeto de la relación estricta de S_1 con S_2 , me refiero a Descartes.” (S 17, clase del 26 de noviembre de 1969).

La operación cartesiana marcó un hito: el saber debía ser **producido**; esta **producción** ha de entenderse como creación de algo nuevo, original. Esto está en la antípoda del discurso universitario, que trasmite lo sabido; su paradigma: la enseñanza medieval, escolástica, que divulgaba un saber ya constituido, doctrinario, dogmático. La ciencia moderna surgió en lucha contra la autoridad religiosa y el dogmatismo; por eso se emparenta con el discurso histórico, opuesto al discurso universitario y diferente también del discurso del amo (véase 5.11.1). El discurso histórico no se fortalece mediante un saber sino que lo cuestiona, mostrando donde éste flaquea. En síntesis, el sujeto de la ciencia:

- es el correlato de la ciencia moderna;⁴⁸
- hay que distinguirlo del sujeto que habla;
- es el sujeto implicado en la praxis psicoanalítica;
- es un sujeto no suturado, pero calculable, reductible a una matriz de combinaciones significantes.⁴⁹

Para Lacan, la ciencia no es exterior al campo psicoanalítico; ella lo estructura desde el interior; se trata de una exterioridad interna, sólo pensable mediante categorías topológicas: la ciencia moderna determina al psicoanálisis desde un “fuera-dentro”. En esto se constata otra diferencia con Freud, que pensaba la ciencia –sobre todo la física y la biología– más allá de las fronteras del psicoanálisis y en una relación de independencia respecto de la disciplina por él creada. Por eso convirtió la ciencia de Helmholtz, Brücke, Du Bois-Reymond, Fechner y tantos otros, en un ideal según el cual conformar al psicoanálisis. Buscaba por ese rodeo alejarlo de una filosofía que estaba dominada por el idealismo.

Al no haber existido para Lacan el ideal de la ciencia, tampoco concibió la idea de una ciencia ideal, a cuya imagen y semejanza moldear el psicoanálisis. Postuló, en cambio, que el *sujeto de la ciencia* estaba estrechamente asociado con el *esebarrado*. Estas elaboraciones le permitieron situar mejor la relación del psicoanálisis con la ciencia, al resolver una doble aporía que podría ser enunciada así:

- *El psicoanálisis es una ciencia.* Tal afirmación es falsa; quererlo hacer entrar en el territorio de la ciencia le conduce a un callejón sin salida: le condena a un cientificismo de poca monta y a la pérdida de sus especificidades; no es necesario que sea científico para que pueda operar como una psicoterapia que “no sea como las demás”.
- *El psicoanálisis no es una ciencia.* Tampoco es cierto. Su carácter racional y transmisible, aunque particularizada para cada sujeto, le diferencia de la mística, de la religión, de la magia y de otros procedimientos ancestrales de “sanación”.

2.8. Epílogo y síntesis

Tres hitos fundamentales en la enseñanza de Lacan permitieron establecer al inicio de este capítulo cuatro momentos en la construcción de la TIL. Esos tres jalones fueron: el *Discurso de Roma* (1953); el seminario *La identificación* (1961-1962) y c) la incorporación de los nudos borromeos a su teoría (1972 en adelante). Si se sitúa al año 1936 como el primero en que apareció un texto suyo referido a la identificación, quedarían establecidos cuatro tiempos que no fueron estancos ni cerrados;

por el contrario, se detecta entre ellos continuidad, anticipaciones, transformaciones de lo escrito previamente, imbricaciones y solapamientos. Las notas que acompañan a la siguiente secuencia temporal indican cuales fueron las elaboraciones esenciales de Lacan sobre la identificación en cada uno de esos períodos.

Primer tiempo: 1936-1953

Identificación imaginaria. El estadio del espejo, fundación del yo y del registro imaginario.

Segundo tiempo: 1953-1961

Bases lingüísticas de la identificación simbólica: significante y sujeto barrado. La noción de estructura.

Tercer tiempo: 1961-1971

La identificación simbólica. Confluencia de las formalizaciones lingüísticas, lógicas y topológicas en torno a la identificación.

Cuarto tiempo: 1971-1981

Nudos borromeos e identificación. Reversiones del toro. Homogeneización de los tres registros.

Tras exponer con más detalle esta periodización se señalaron: a) los componentes fundamentales de la TIL; b) sus articuladores complementarios y c) la inmersión de la misma en el conjunto de la teoría lacaniana.

A) COMPONENTES FUNDAMENTALES DE LA TIL

Constituyen los pilares de la misma; determinaron las diferencias principales con la TIF y la TIK. Articulados entre sí, se remiten mutuamente. Son ellos:

— El potencial identificante del significante (rasgo unario)

Quien identifica simbólicamente es el significante proveniente del Otro. El sujeto del inconsciente es su efecto. Inconsciente e identificación quedaron articulados por el significante que recibió en ese contexto el nombre de rasgo unario. Este último es el elemento mínimo a través del cual el Otro se hace presente en la estructura del sujeto.

— La capacidad identificante de la imagen

Lacan consideró que la imagen del semejante es también estructuradora de la psique. Esta tesis conllevó una teoría propia sobre el yo y el narcisismo.

— El Otro como fuente de los rasgos unarios

En la TIL, el punto de partida de la identificación es el objeto, bajo las subespecies de Otro y otro. Esta perspectiva radicalmente distinta a la TIF y la TIK conllevó la despersonalización del proceso identificatorio y la desconexión entre la pulsión y la identificación. El Otro –tesoro de los significantes– inscribe en un organismo viviente los rasgos unarios que harán surgir al sujeto por medio de la identificación simbólica.

— El otro (semejante) en tanto proveedor de las imágenes estructurantes

El otro provee las imágenes que estructuran al yo del *infans*. La forma completa del cuerpo del otro le brinda al niño la representación de la unidad corporal que él carece por entonces. Cuando asume esta imagen, constituye su yo. Dicho en otros términos, la imagen especular es estructurante; provee una forma completa del cuerpo antes de que el *infans* pueda sentirla mediante su sistema propioceptivo, inmaduro por entonces. Esta anticipación que le viene desde afuera –del otro, del

semejante—, además de fundar al yo y al registro imaginario, pone fin a las vivencias de cuerpo fragmentado.

— **La identificación simbólica** funda al sujeto —\$—; el sujeto es efecto de la identificación por el significante, que proviene del Otro.

— **La identificación imaginaria** es constitutiva del yo (*moi*) y es producto de la actividad identificante de la imagen del semejante.

B) ARTICULADORES COMPLEMENTARIOS

Conforman una segunda categoría de elementos significativos de la TIL; son de rango inferior que los seis conceptos expuestos en el apartado anterior, pero colaboran en darle un perfil propio a la misma. Algunos de ellos funcionan como conceptos claves en otras regiones de la teoría lacaniana, como es el caso del Nombre del padre y la repetición.

— El Nombre del padre y la metáfora paterna

En el contexto de la TIL, el significante del Nombre del padre y la metáfora que instituye culmina el marcaje identificatorio, simbólico, del *infans*; colabora de manera eficiente en transformar los efectos de la identificación fálica, propia del primer tiempo del Edipo.

— La repetición; semejanzas y diferencias

Si la identificación inscribe un significante (rasgo unario) en la estructura psíquica, éste pasará a formar parte de la batería de significantes inconscientes del sujeto y, por lo tanto, tenderá a repetirse. Por este motivo el rasgo unario no es sólo fundamental en la TIL sino también en la concepción de la repetición que, en la doctrina del psicoanalista es *repetición significativa* y, por ende, simbólica. Se tratará de un significante que retorna, que insiste, que vuelve una y otra vez en el discurso del sujeto; y así ocurre porque ese significante es uno de los que le han conformado, es parte de su estructura y buscará manifestarse. En otros términos: la repetición —modo de funcionamiento de la psique— hará reaparecer los significantes fundamentales del sujeto. Posteriormente en *S 11* asoció esta modalidad de repetición al *automatón*, para diferenciarla de la relacionada con la *tyché* (III, 7.10.4).

— La noción de marca

Ella viene a ratificar, en el contexto de la TIL, la idea de que el sujeto del inconsciente se estructura de manera altamente singular, en función de las marcas —significantes, rasgos unarios— que recibe. El *esebarrado* queda marcado —identificado— por el Otro. La identificación deja *marcas* en la estructura subjetiva.

— El nombre propio

El nombre propio funciona como una marca identificante especial que acompañará al sujeto a lo largo de toda su vida y continuará operando, incluso, después de su muerte. Su valor reside en la capacidad de instituir una diferencia respecto de los otros, que también están nominados. El nombre propio opera como significante. Es afín a la noción de marca; en realidad es una marca simbólica específica que el Otro implanta al recién nacido (candidato a sujeto).

— La negación

Para la consideración de este tema Lacan partió del artículo *La negación* (1925), en el que subrayó el carácter simbólico con que allí fue presentada por Freud. Remarcó asimismo los aspectos lógico-filosóficos de dicho texto a través de nociones como la afirmación primordial (*Bejahung*), la expulsión (*Ausstossung*) o las consideraciones sobre los juicios atributivos y de existencia. Subrayó las relaciones de la negación con la represión y con la pulsión de destrucción. Sobre la base de esa lectura del texto freudiano, Lacan siguió procesando el tema desde varios ángulos:

- Mediante los desarrollos lingüístico-gramaticales de Damourette y Pichon relacionados con la doble negación en la lengua francesa (*ne-pas*). Vinculó al \$ con el discordancial *ne*; su presencia solitaria, no asociada al *pas*- señala la presencia fugaz del sujeto del inconsciente, relacionado con el sujeto de la enunciación.
- Dentro de la perspectiva lógica recurrió a Franz Brentano y a Charles S. Peirce. Del primero tomó algunas consideraciones sobre los juicios atributivos y de existencia (son los que afirmaban o negaban la existencia *en la realidad* de un objeto representado); del segundo apreció su forma peculiar de entender la negación: en articulación con la afirmación.
- Lacan relacionó la negación con la falta, la nada, la hiancia, el agujero, etc. Otro hito en sus elaboraciones sobre este tema fue entender a los tres registros de la falta –privación, frustración, castración–, como matrices de la negación y como tiempos de la estructuración del sujeto (*S 4*).
- También apeló a la lógica cuantificacional que le permitió plantear enunciados con dobles negaciones para operar con ellas.

C) INMERSIONES

Este título hace referencia a la integración de la TIL en el conjunto de la teoría del psicoanalista francés. Existe una relación indisociable entre la identificación –tal como fue concebida por Lacan– con el resto de su teoría. Todas las regiones que la componen están atravesadas por las mismas nervaduras conceptuales. Es que en última instancia constituyen las principales líneas de fuerza de su discurso.

Para referir esta integración hubiera podido utilizarse el singular: “inmersión”. Sin embargo, y tal como se verá enseguida, esas líneas de fuerza se superpusieron con los *procesamientos* –véase en el capítulo anterior el sentido que se le otorgó a este término–. Se podría decir que su teoría es la resultante de *procesar* la herencia psicoanalítica –especialmente, la freudiana– mediante importaciones provenientes de las ciencias sociales, lingüística, lógica, topología, filosofía y matemáticas. Los efectos de esas A+T no fueron propios ni exclusivos de la TIL; ellas inficionaron más bien cada intersticio de su teoría.

Se recuerda a continuación las principales derivaciones que tuvieron en la TIL tales importaciones. Se añadirán, luego, algunas consideraciones sobre la temporalidad psicoanalítica y el *après-coup*.

—Perspectiva lingüístico-estructural

Se trata de la presencia en su teoría de nociones importadas desde la lingüística de Saussure y de la antropología de Lévi-Strauss. Ellos dieron pie a conceptos psicoanalíticos *lingüisteros*, como los de significante, metáfora, metonimia, sujeto del enunciado, sujeto de la enunciación, etc. (Véase III, 4.3 a III, 4.8). También incorporó al psicoanálisis el concepto de estructura, al que le dio una caracterización personal (III, 3.6.4).

—Tópica de los tres registros

Fue explicitada por primera vez en julio de 1953, en una conferencia que llevaba por título *Lo simbólico, lo imaginario y lo real*. En las tres décadas siguientes de su enseñanza la reelaboró permanentemente, otorgando privilegios sucesivos a lo imaginario, primero, a lo simbólico, después, y por último, a lo real. Estos tres registros jugaron un rol importantísimo en la construcción del discurso lacaniano en su conjunto y de la TIL, en particular; se convirtieron en un prisma con el que reprocesó las categorías metapsicológicas freudianas. Al final de su obra, la homogeneización de los tres registros anuló la supremacía otorgada tiempo atrás a alguno de ellos y vino a revelar su verdadero alcance estructural: la articulación del trío alcanzó su formalización topológica. Artífice y condición de posibilidad de tal fenómeno fue la introducción y el uso

psicoanalítico de la cadena borromeica. Se terminó de construir una nueva tópica, que merece el adjetivo de lacaniana. “Son mis tres”, afirmó en el llamado *Seminario de Caracas*.

—Formalización lógica-matemática

Tanto el significante como el \$ deben ser entendidos desde una perspectiva lógica para que pueda captarse su *modus operandi*. Ambos acabaron configurándose como entidades lógico-matemáticas. De ahí la preeminencia de la formalización lógica en la TIL. Como ya fue anticipado, Lacan aplicó los sofisticados métodos formalizantes de dicha disciplina a diferentes sectores de su teoría. Sus principales referentes fueron Frege y Peirce, aunque recurrió también a los lógicos de todos los tiempos. Del primero valoró especialmente su ideografía, sus elaboraciones sobre la serie de los números naturales y sobre el cero. De ellas derivó nociones referidas al \$ y la repetición. Para Lacan, el surgimiento del sujeto implicaba el marcaje por una función numérica. Correlacionó la operatividad del número cero —concepto que no subsume ningún objeto— con el modo de funcionamiento del \$: ambos operan sin estar presentes.

De Peirce recogió su definición del signo —para contrastarla con la del significante— y las ideas implícitas en el Cuadrante que lleva su nombre. Se apoyó en este último para procesar los conceptos psicoanalíticos siguientes: la privación, la negación, las dobles negaciones, la presencia y ausencia del sujeto, la lógica de clases articulada al rasgo unario, la función paterna, etcétera. (Véase III, 5).

—Inmersión topológica

Siempre ha existido una dimensión topológica en su obra. En el *S 9* se inició el uso explícito e intensivo de la topología; pero, una observación más detenida descubrirá que ya antes la había utilizado para exponer alguna faceta de su pensamiento. Así, en los primeros años de sus elaboraciones construyó esquemas con carácter topológico (*L*, *Z*, *R* e *I*); en la década de los años 50 implementó los grafos (verbigracia, el de *SSDD*); en los dos lustros siguientes (1960-1970) utilizó las superficies topológicas (toro, banda de Möbius, cross-cap, botella de Klein, ocho interior) y, en el periodo final (1972-1981), los nudos borromeos. En esta última época se produjo un desarrollo importante de la formalización topológica nodal. En III, 6 se abordarán las elaboraciones topológicas relacionadas con la TIL.

—Resignificación retroactiva y tiempos lógicos. La temporalidad en psicoanálisis

Las consideraciones sobre este tema cerraron el capítulo. Se reseñó el legado freudiano en estos asuntos: la atemporalidad del inconsciente, las nociones de anticipación y de resignificación retroactiva, las cadencias peculiares que instala la repetición, los modos singulares de presencia del tiempo en los síntomas y los sueños, un sistema especial de memoria-olvido basado, en las huellas mnémicas y sometido a la represión. Sin duda Lacan hizo un uso más sistemático del *après-coup* que Freud. Introdujo también el concepto de *tiempos lógicos* en sustitución de los cronológicos. En *TLAC* presentó los tiempos lógicos en estos términos: instante de la mirada; tiempo para comprender y momento de concluir.

Habría que añadir su concepción de la historización del *hablanteser* (muy diferente de la noción difusa de “recuperación del pasado”, por parte del paciente en la cura) y la función del tiempo en la realización del sujeto (temporalización). Lacan se alejó de los modelos evolutivos, crono-lineales, tan caros a Abraham y M. Klein; contrapuso a la psicología genética la estructuración identificatoria del sujeto en tiempos lógicos.

En la última etapa de su enseñanza —y muy especialmente en *S 22* y *S 26*— articuló las categorías de espacio y de tiempo con los llamados tiempos lógicos y las pulsaciones temporales del inconsciente, postulados por primera vez en *S 11*.

NOTAS DEL CAPÍTULO 2

¹ Al final de este capítulo, en 2.5.5. se retomará este tema.

² El capítulo 10 de esta tercera parte está íntegramente dedicado a la identificación imaginaria, a la fundación del yo y del registro imaginario.

³ En Freud el narcisismo primario supone la confluencia de dos series: la de las relaciones de objeto y la pulsional. El narcisismo quedó definido como amor a sí mismo; las pulsiones toman como objeto al yo, recién surgido. Los efectos de la imagen no están ausentes en esa teoría -la transformación de un mito, el de Narciso, en concepto psicoanalítico, así lo atestiguan-; sin embargo, la imagen del otro no ocupó el lugar central que tuvo, luego, en Lacan. En la teoría de Freud primó el mecanismo incorporativo, oral; tal como se desprende de *Duelo y melancolía* (1915): “el objeto entra por la boca”, fantasmáticamente. El narcisismo, según el vienés, estaba estrechamente relacionado con la pulsión.

Para el psicoanalista francés, por el contrario, los determinantes principales del narcisismo y de la constitución del yo son los efectos identificantes de la imagen del semejante: el otro, estructurante del yo, “entra por los ojos”. Para más detalles sobre el narcisismo primario en Freud, véase I, 1.4.1 y el esquema inserto en I, 1.4.3. El mismo tema, desde la perspectiva de Lacan, se trata en detalle en los primeros apartados de III, 10.

⁴ Véase *FCPL*.

⁵ Véase en III, 5.5. una extensa exposición acerca del cuadrante de Peirce; en III, 5.6. se referirán los usos que hizo Lacan del mismo.

⁶ Recuérdesse que la misma pregunta sobre el surgimiento de lo psíquico en el nacido humano tuvo la siguiente respuesta en Freud: identificación primaria.

⁷ El tema será tratado con minuciosidad en III, 4.7.3. *El nombre del padre y la metáfora paterna*. Respecto del padre originario en Freud, véase I, 3.1.2. *¿De qué padre se trata?* En la segunda parte de esta tesis, dedicada a Klein, se señaló que ella destronó al padre del sitio que le otorgó Freud y después, Lacan. Sobre el significante y sus funciones en la teoría del psicoanalista francés, véase III, 4.3.

⁸ Ya se ha señalado en la primera parte de esta tesis -TIF- que entre el *rasgo unario* de Lacan y el *einzigster Zug* de Freud había semejanzas y diferencias. Se las examinara con mayor precisión: el primero deriva, efectivamente del segundo pero, en el contexto de la teoría lacaniana el rasgo unario fue adquiriendo sentidos distintos del que tenía el *einzigster zug* en la obra de freudiana. En esta última operaba a manera de adjetivo; sirvió para calificar de *parcial* (sólo en un único rasgo) a la identificación secundaria edípica que, de esta manera, quedaba contrapuesta a la identificación primaria y narcisista (véase I, 4.1. y I, 4.4.), dada la mayor extensión -carácter masivo- de lo incorporado en estas últimas. Sobre la identificación secundaria edípica, en que la elección de objeto se troca en identificación, Freud afirmó en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis de yo* [(1921) OCFAE, XVIII, p. 101] que era parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado sólo un único rasgo de la persona objeto ([...] *eine partielle, höchst beschränkte ist, nur einen einzigen Zug von der Objektperson entlehnt*).

En cambio, el trazo unario de Lacan debe considerarse un sustantivo y no un adjetivo, como en la teoría freudiana. Habla de la *operatividad lógica del significante* en la causación del sujeto. Tiene, pues, un valor estructurante, pero forma parte, además, de la estructura del sujeto por él engendrado. Para decirlo en dos palabras, el trazo unario es estructurante y estructural. Nunca mejor dicho, entonces, que entre el *einzigster Zug* freudiano y el *trait unaire* de Lacan hay... rasgo unario; vale decir: semejanza y diferencia. Por todo lo dicho, debe considerarse que no son sinónimos.

⁹ Puede verse la figura topológica llamada *ocho interior* en III, 1.4. *Procesamientos* -capítulo anterior-, donde la he implementado para mostrar las relaciones entre el psicoanálisis y las ciencias afines.

¹⁰ Páginas más adelante, en 2.1.4. *Cuarto tiempo: nudos borromeos e identificación*, se incluyen estas afirmaciones en un cuadro, junto a otras surgidas posteriormente.

¹¹ Dada la primacía del significante, las identificaciones especulares, quedaron sometidas al gobierno de lo simbólico en tanto este registro ordenaba, por entonces, a lo imaginario. En las elaboraciones ulteriores, esta primacía de lo simbólico fue replanteada. Hubo una homogeneización de los tres registros; ausencia de predominancias y formulaciones en términos de articulación borromeica de los mismos. Estas aportaciones de los últimos años de su vida y obra serán objeto de estudio del capítulo 6, dedicado a la topología, especialmente en los apartados III. 6.6. *Las identificaciones al final de su enseñanza. Reversiones del toro y topología nodal* y en III, 6.7. *Reformulaciones de lo inconsciente a la luz de la topología nodal y de la lógica modal*.

¹² Véase en III, 5., lo afirmado respecto de este punto.

¹³ El tema fue tratado extensamente en I, 5 y en I, 7.4.1.

¹⁴ Puede leerse el texto establecido por J.-A. Miller en la revista *Ornicar?*, números 2, 3, 4, y 5.

¹⁵ Esta figura ha sido tomada de *Una lectura de R.S.I.* de Elmer, D. (2000), página 216, LecTour Editorial, Buenos Aires. Se han introducido algunas modificaciones. Tratándose de inflexiones de las identificaciones freudianas, la autora las presenta inscritas –con la debida fundamentación– en un nudo de cuatro elementos. Como se dijo, Lacan pensaba que los tres registros ya estaban presentes en la obra freudiana, pero sin anudar. Consideró que aquello que establecía el anudamiento era el complejo de Edipo (o la realidad psíquica), que tenía la función de cuarto nudo. Que los tres registros estuviesen ya presentes en la obra del vienés –aunque sin estar anudados– es una cuestión que merecerá un debate en la IV parte de esta tesis. Se tratará este asunto desde una perspectiva amplia: la frecuencia con la que tanto del psicoanalista francés como Melanie Klein hacían valer sus propias ideas afirmando que ya estaban presentes en la obra de Freud.

¹⁶ Publicado en *Analytica*, volumen 46, Navarin Editeur, Paris. En III, 6.6.2. se tratará en detalle las reversiones del toro y se ilustrará mediante ese procedimiento la identificación primaria, la secundaria y la histórica. En III, 6.6.3. se expondrá sobre las relaciones entre la identificación y los nudos borromeos.

¹⁷ Promediando la elaboración de la TIL, en el S 9, este rasgo unario fue considerado también como fundador de las clases, en el sentido lógico del término. Lacan criticó la noción de clase de la lógica tradicional, basada esencialmente en la "extensión" de las mismas (factor cuantitativo; universalidad del enunciado). Para la revisión de esta noción, recurrió a los aportes de la lógica simbólica; en especial, a la llamada lógica de predicados. No basó la clase en la extensión - cantidad sino en la presencia - ausencia de un elemento diferencial: el rasgo unario. Éste, en su calidad de significante, ejerce su eficacia simbólica en la ordenación de lo Real. Para más detalles, véase III, 5.8. *Las clases desde la perspectiva lógica y su relación con el rasgo unario.*

¹⁸ Sobre este último punto, véase lo expuesto en I, 3.2., en I, 4.1. y en I. 4.4.

¹⁹ En muy pocas ocasiones M. Klein y Freud hicieron alusión al inconsciente de los padres en sus relaciones con el hijo/a. Sólo en dos escritos el vienés se refirió explícitamente al asunto: en *El tabú de la virginidad* (1918 [1917]) y en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910).

²⁰ El S 3, dedicado a la psicosis, dejó claro como la represión primaria coparticipa en la fundación del sujeto dividido, sujeto del inconsciente, propio de la neurosis. En dicho seminario fundamentó el hecho psicótico en el fracaso de la afirmación primordial (*Behajung*), que impide el establecimiento de la represión y de la inscripción de la metáfora paterna, dando pie, en cambio, a la instalación del mecanismo forclusivo.

²¹ En el capítulo 10. *La identificación imaginaria. El yo*, se desarrollará con detenimiento las características de esta instancia en Lacan y sus diferencias con Freud y Klein. El capítulo 9 abordará el tema del sujeto -\$. De la conjunción de ambos se desprenderán las disparidades entre \$ y moi.

²² En *El oficio de analista* (1996), *op. cit.*, p. 445 y ss., expuse un panorama de la concepción freudiana sobre el padre.

²³ Véase al respecto los comentarios que se hacen en III, 4.4.3.1. sobre el concepto de metáfora y, más específicamente, lo que se afirma acerca de la metáfora paterna en III, 4.7.5. Asimismo, en III, 3.4. se hace mención a la declinación de la imago paterna.

²⁴ Años más tarde, en el S 20, clase del 13/3/73, introdujo las fórmulas lógicas de la sexuación en los *hablanteseres*.

²⁵ La cría humana se identifica con el falo imaginario - φ - supuesto deseo del objeto primordial materno. Lacan consideró al *infans* -momentos iniciales de su existencia- como **a-sujeto**, como sujeto en potencia. Tras referir esta identificación fálica del primer tiempo del Edipo afirmó, consecuentemente, que el recién nacido llegaba al mundo en posición de falo imaginario que completa a la madre y no como niña o niño -vocablos que implican una identidad sexual biológica definida desde el nacimiento-. Puede apreciarse en estas consideraciones otra diferencia con los postulados de M. Klein, para quien la identidad sexual psíquica sería congénita y predeterminada por el sexo biológico. No fue el punto de vista de Lacan: sin desconocer que se nace macho o hembra, consideraba que tal consideración pertenece al orden biológico y no al psicoanalítico.

No acaban ahí las diferencias; sostuvieron una concepción radicalmente distinta sobre las funciones del padre en ambas teorías: para Klein la subjetivación del bebé giraba fundamentalmente en torno a la madre y el papel del padre era secundario. Lacan consideraba clave la consumación de la metáfora paterna en la estructuración subjetiva.

²⁶ Este tema será retomado en III, 4.7.4.

²⁷ Sobre la repetición en la teoría lacaniana, véase también III, 4.7.4. y III, 7.3.2.

²⁸ Para más detalles, véase III, 7.3.1.

²⁹ La identificación en la teoría lacaniana, al ser identificación por el rasgo unario, vehiculiza tanto la semejanza como la diferencia. Esta conjunción de la semejanza y la diferencia es uno de los aportes más originales de Lacan a este tema.

³⁰ La noción de marca será estudiada con mayor detenimiento en III, 4.7.5. Por otra parte, en IV, 2.7. se harán unas consideraciones personales respecto de la denominada alienación estructurante o estructuración alienante.

³¹ En III, 5.9., se volverá sobre el nombre propio, desde una perspectiva lógica.

³² *La negación* (1925) muestra con claridad las influencias que este filósofo ejerció sobre Freud; recuérdese que el vienés asistió a cursos dictados por F. Brentano. En III, 7. 2.1., en el contexto de algunas consideraciones sobre el Otro barrado y la alteridad, se incluyeron algunos párrafos sobre la vida y obra de este filósofo.

³³ Este es el título del apartado Uno de los *Escritos* (1966).

³⁴ La presencia del pensamiento de Durkheim puede vislumbrarse en algunos textos de Lacan, especialmente *LF* (o *CFFI*) y *MIN*. Es de dicho sociólogo la idea de la “declinación de la imago paterna”, que el psicoanalista francés hizo suya.

³⁵ Leibniz, en una clara anticipación a su época, bautizó a la topología con este nombre, en 1679. Debe considerársele el pionero de esta disciplina.

³⁶ Véase III, 5.5. y III, 5.6.

³⁷ Los trasplantes conceptuales desde la obra de Peirce a la teoría lacaniana no se redujeron al Cuadrante y a la definición de signo. En III, 5. *Importaciones lógicas de la TIL*, especialmente en el apartado 5.5., se ampliarán estas referencias.

Se anticipa que Lacan encontró en el fundador de la semiótica una rica red de conceptos lógico-simbólicos, que le sirvió de fuente de inspiración para su empresa de formalización del psicoanálisis.

³⁸ Freud contrapuso el recordar (*Erinnern*) al actuar (*Agieren*); ambos son retornos de lo reprimido, pero presentan características diferenciales. Véase al respecto Korman V. (2004); *op. cit.*, pp. 241 y ss.

³⁹ Sobre la formalización lógica véase el apartado A₅.2.1. *Lógica proposicional o de conectores*, en el Anexo al capítulo 5.

⁴⁰ Esta lógica leibniziana de las modalidades relacionales puede ser útil para pensar la problemática de la identificación desde la perspectiva lacaniana.

⁴¹ En 7.2.1. se volverá sobre esta cuestión; allí se dedican unas palabras a su teoría desustancializada del sujeto.

⁴² El psicoanálisis tampoco fue ajeno a este sustancialismo; incluso puede percibirse entre los discípulos de Lacan. Ejemplos de esto es cuando se predica mediante formulaciones del tipo: "el inconsciente está constituido por las cadenas significantes", o "contiene los representantes pulsionales" o "es el reservorio de las huellas mnémicas", etc. Al cosificar al inconsciente se le confiere un estatus ontológico y se pierde de vista que es una hipótesis. Tal “entificación” alcanza su cenit cuando en referencia a Freud se suele decir que fue el *descubridor* del inconsciente, como si hubiera encontrado o destapado algo **preexistente** y oculto. En todo caso, si cabe algún adjetivo, sería el de *inventor*.

⁴³ En III, 5.6.1. *Significante y sujeto. La identificación*, se expuso esta articulación entre el citado cuadrante y la función paterna.

⁴⁴ Sucede que esta carencia básica de identidad, apenas paliada por los emblemas identificatorios, más que ser asumida para convivir con ella -se trata de otra condición de lo humano- es, con frecuencia, la generadora ya sea de identidades ortopédicas exacerbadas, ya sea de ilusiones siempre renovadas de querer ser otro. La angustia asociada a percibir que sólo de manera vacilante e inestable puede tenerse apoyo en los rasgos identificatorios, promueve las pseudosoluciones comentadas.

⁴⁵ Uno de los textos principales de Lacan sobre este tema fue “La ciencia y la verdad”, *E*, tomo I. Allí recogió las ideas que Koyré había expuesto inicialmente en tres conferencias dictadas en la ciudad de El Cairo, en el año 1937. Posteriormente, dichas alocuciones fueron recopiladas en el libro *Du monde clos a l'univers infini* (1988), Gallimard, Paris. Otro texto importante de Koyré sobre este tema es *Etudes newtoniennes* (1968), Gallimard, Paris. Lacan conocía muy bien las ideas de este pensador, interesado especialmente en la historia del pensamiento científico; había asistido a disertaciones y cursos que él dictó.

⁴⁶ Descartes afirmaba que lo importante no eran sólo tomar en consideración el factor cuantitativo -números, cantidad de objetos sobre una superficie o en el espacio, etc.-; lo esencial residía en los actos de entendimiento realizados mediante operaciones matemáticas que establecían nexos más o menos permanentes entre los objetos y los fenómenos estudiados.

⁴⁷ Esta nueva concepción implicó una ruptura con los paradigmas científicos medievales que, a su vez, habían resignificado los de la antigua ciencia griega. Una versión de esta última puede leerse en el *Teeteto* de Platón.

⁴⁸ *Sujeto de la ciencia* en Lacan debe entenderse como un correlato del nacimiento de la ciencia moderna, como un fenómeno co-extensivo al advenimiento de la misma. Es decir, un sujeto que hace posible la ciencia en tanto “pensamiento que calcula, verifica, experimenta con exclusión de la percepción, de la conciencia y de todos los modos de sentimiento.” J.-A. Miller, “Action de la structure”, en *Cahiers pour l'Analyse*, nº 9, p. 105, Paris.

⁴⁹ Muy distinto es el papel de la ciencia hoy en día, que busca a toda costa o bien suturar la herida que supone la división del sujeto postulada por el psicoanálisis o bien negar lisa y llanamente tal división. La ciencia actual tiende a no tomar en consideración la singularidad subjetiva; distancian al sujeto de su goce y de su deseo. El psicoanálisis circula contracorriente de esa tendencia masificadora de la ciencia contemporánea.

3

TIL Y LAS CIENCIAS SOCIALES¹

Introducción

Cuatro afirmaciones escuetas servirán para reafirmar que en el tema de las identificaciones, los vínculos entre el psicoanálisis y las ciencias sociales son estrechísimos y van más allá de una simple afinidad o vecindad conceptual: existe entre ellos un solapamiento significativo de sus objetos de estudio. Formulaciones como las siguientes así lo demuestran:

- Lo psíquico es lo social subjetivado, con la mediación de lo inconsciente parental.
- El surgimiento de lo psíquico en el recién nacido está determinado por el psiquismo de aquellos que conforman el entorno familiar y social del neonato.
- La identificación –transmisora intergeneracional inconsciente de la vida psíquica– es un concepto límite entre lo psíquico y lo social.
- Otro y otro, fuentes de rasgos unarios e imágenes identificantes, son constitutivos de lo social; ambos términos aluden a sendas alteridades con las que el sujeto establece relaciones sociales.

Los vínculos con las ciencias sociales sobrepasan el tema de la identificación; abarcan prácticamente todas las regiones teóricas del psicoanálisis. Dicho esto, cabe agregar que la cuestión no puede limitarse a señalar las afinidades con dichas disciplinas; deben considerarse, también, las disparidades en tanto cada una de ellas tiene sus propios objetos. Estas diferencias comprenden los métodos de investigación, las categorías teóricas empleadas, los fines, los ángulos de enfoque, las dimensiones y perspectivas con que cada una estudia las temáticas compartidas. Mientras la sociología, la antropología y la etnología, por ejemplo, abordan las múltiples facetas de los vínculos en los grandes grupos humanos, el psicoanálisis tiene predilección por el sujeto singular y dirige insistentemente su linterna hacia el carácter inconsciente y libidinal de las relaciones del \$ en contextos sociales; en ellos desvela los componentes transferenciales que las constituyen. El prisma analítico se dirige electivamente hacia esas dimensiones para poner de relieve que *lo social* –objeto de estudio de dichas ciencias– es una combinatoria de transferencias múltiples, recíprocas, cruzadas, entre los seres humanos. Dicho en otros términos, el psicoanálisis, cuando echa su mirada sobre los ligámenes micro o macrosociales, profundiza en la determinación inconsciente, fantasmática, deseante, pulsional y narcisista de los mismos. Esta singularidad de su aproximación no anula la de las otras disciplinas; por lo tanto, pueden generarse intercambios e importaciones conceptuales que generen enriquecimientos mutuos.

Desde la perspectiva psicoanalítica se considera que toda relación social está inmersa en el fenómeno inconsciente de la transferencia. Cualquier sujeto que ingrese en el espacio psíquico de otro humano devendrá **obligadamente** objeto de transferencias. Será “envuelto”, “capturado”, “inmerso” en las redes transferenciales que genera el primero. En ese mismo instante, el segundo, hará lo mismo con su congénere; el fenómeno es recíproco en tanto ambos son generadores de transferencias; cuanto más miembros en las redes, mayor será la combinatoria de las mismas. El sujeto del inconsciente es, por definición, transferente. Con matices muy diferentes, Freud, Melanie

Klein y Lacan estuvieron de acuerdo en esta idea. Asimismo, cada uno a su manera, consideró al entorno social y familiar inmediato del recién nacido como el lugar primero y fundamental de la subjetivación identificatoria. La familia –entendida en un sentido amplio– es la mediadora entre lo social y la subjetividad en ciernes; ella posibilita que lo social se haga carne y psique en el organismo viviente que acaba de llegar al mundo. Pero, desde la perspectiva psicoanalítica, no existe una determinación social directa sino mediada por lo inconsciente, el narcisismo y los fantasmas de aquellos que conforman el entorno objetal del recién nacido. Más tarde, una vez constituido el sujeto, la relación de éste con el contexto social tampoco será inmediata: se interpondrán transferencias múltiples.

El cachorro humano es social desde el mismo momento en que ve la luz; al principio lo es de hecho, puesto que sin ser aun \$, queda incluido en las tramas familiares y sociales que le preexistían. A ellas ingresa y en ellas estructurará su subjetividad; estas redes son constitutivas del aparato psíquico del infans. Acontecida la estructuración subjetiva de la primera infancia –declinación del complejo de Edipo y entrada en la latencia– el sujeto psíquico será, también, sujeto social y de la cultura; pero ahora, por derecho propio y en toda regla, puesto que desde entonces es un nuevo sujeto. Fue objeto de identificaciones que le estructuraron y, a su turno, transformará en objetos de transferencias a todos aquellos con quienes entre en contacto.

Interesa subrayar en lo recién dicho que la estructuración identificatoria del \$ tiene, según Lacan, **su punto de partida en el inconsciente parental**. Esa es la “sociabilidad” que según él le interesaba al psicoanálisis: la que tomaba en cuenta el determinismo inconsciente. Las primigenias relaciones que se establecían entre los adultos –sujetos ya constituidos– y un bebé –candidato a sujeto– eran “sociales” y, por lo tanto, *transferenciales*. (La inversa también sería válida). Lo inconsciente, lo pulsional, lo fantasmático, lo narcisista de los padres operaba activamente en los vínculos que conformaban esa nueva subjetividad.²

El psicoanálisis no desconocía lo macrosocial, simplemente insistía en revelar, en descubrir y en tener en cuenta cómo lo inconsciente incidía en el tejido de relaciones humanas, sean estas a pequeña escala o muy extendidas. En torno a esa cuestión clave –presencia y función de lo inconsciente– giraron buena parte de los debates habidos, y aún existentes, entre psicoanalistas, antropólogos y sociólogos.

En las páginas que siguen se desarrollarán más ampliamente las ideas recién esbozadas. Se pasará revista a las influencias que sobre el discurso lacaniano han ejercido las investigaciones llevadas a cabo por la sociología, la etnología, la antropología; se harán también algunas referencias a la mitología y a los estudios sobre las religiones.

Cuando se considere oportuno se señalarán los antecedentes freudianos de las cuestiones tratadas; M. Klein no estará ausente, dado que entre los fines del presente trabajo está el análisis comparativo de las tres teorías. Se tomará siempre como punto de partida los textos de Lacan y desde ellos se remontará hacia las fuentes originarias de tales influencias; recién entonces serán señaladas las afinidades y las discrepancias con aquellas nociones de las ciencias sociales que Lacan reelaboró hasta hacerlas operativas en el psicoanálisis.

Algunas de estas importaciones arraigaron en su teoría; otras han tenido presencias sólo temporales. Los diferentes aspectos enunciados en esta introducción serán expuestos en los siguientes apartados de este capítulo:

- 3.1. Lacan y las ciencias sociales
- 3.2. La sociología francesa de comienzos del siglo XX. Influencias de Durkheim
- 3.3. En torno a un texto de 1938: *CFFI* o *La familia*
- 3.4. La declinación de la *imago* paterna
- 3.5. Acercamientos a la antropología estructural y a la lingüística. Lévi-Strauss
- 3.6. Un inciso sobre los conceptos de estructura y estructuralismo(s)
- 3.7. La etnología y el psicoanálisis
- 3.8. Mitología y religión: Lacan sin Freud
- 3.9. Las identificaciones en el período 1936-1953
- 3.10. Resumen del capítulo

3.1. Lacan y las ciencias sociales

Los analistas de la primera generación, con Freud a la cabeza, hicieron múltiples incursiones en los territorios explorados por las ciencias humanas y aportaron interpretaciones psicoanalíticas a muchos fenómenos sociales que fueron, desde siempre, objeto de estudio de dichas disciplinas. Nombres como los de K. Abraham, G. Roheim, S. Rado, S. Ferenczi, O. Rank y otros han quedado ligados a ese tipo de ensayos. La perspectiva abierta por Freud –presencia de lo inconsciente en todos los campos de la cultura– tuvo un primer hito en *Tótem y tabú* (1913)³. Luego, el giro teórico que supuso *Más allá del principio del placer* (1920) se convirtió en claro prolegómeno de las reflexiones sociales que pueden hallarse en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1927), *El malestar en la cultura* (1930 [1929]) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-1938]). Los “problemas culturales” ocuparon un lugar central en los textos de sus últimos años de vida.⁴ En estos escritos no sólo el sujeto neurótico sino y también la condición humana –la cultura en general– se reclinaron en el diván. Los ensayos recién citados pueden ser considerados como hitos de un recorrido en que el vienés fue enlazando lo individual, lo grupal, lo social y la historia de la humanidad.⁵

Lacan retomó a su manera estas relaciones con las ciencias sociales y siguió insistiendo en la eficacia inconsciente, en contraposición a concepciones deterministas que excluían lo imprevisible, lo incalculable, en las relaciones humanas. Recalcó la necesidad de ir más allá de la intencionalidad conciente y yoica en el estudio de los lazos sociales. Por razones geográficas y temporales, las influencias que recibió fueron distintas a las de las generaciones anteriores de analistas; entre ellas pueden nombrarse: E. Durkheim, M. Mauss, Lévi-Strauss, Jakobson, Benveniste, Trubetzkoy, Martinet, etc. Frecuentó también los textos de etnólogos como W. H. Rivers, B. Malinowski, M. Mead, R. Benedict. Lector voraz, se acercó a una parte importante de los estudios sociales realizados en su época y a la luz de ellos reflexionó sobre las categorías clínicas y teóricas heredadas de Freud. Como era de suponer, sus elaboraciones psicoanalíticas basadas en esas importaciones conceptuales, generaron muchas polémicas.

Del conjunto de las importaciones conceptuales que Lacan llevó a cabo desde las ciencias sociales se tratarán sólo las relacionadas con la TIL; serán por lo tanto parciales y restringidas al tema en cuestión. Lo recogido en este rastreo específico de sus seminarios y *Escritos* será comentado en tres lugares diferentes de esta tercera parte, a saber:

- En el presente capítulo se expondrán las primeras A+T que Lacan llevó a cabo bajo la influencia de la sociología francesa y de los antropólogos funcionalistas (periodo 1936-1950). Se describirá también su aproximación, a mediados del siglo XX, a la antropología estructuralista de Lévi-Strauss y a la lingüística. Durante este periodo elaboró sus tesis sobre la identificación imaginaria y las expuso ampliamente en *EE*, *AP* y *LF*.
- En el capítulo 4 se tratarán las relaciones con la lingüística. El significante y sus primeras elaboraciones sobre la tónica de los tres registros -RSI- estarán en el centro de la escena. El referente último será la identificación simbólica, que será tratada en el capítulo 9.
- El capítulo 10 se dedicará al estudio de las identificaciones imaginarias y las modalidades de relación social que se establecen en el marco de lo imaginario (celos, rivalidad, transiti-vismo, agresión, ilusión, engaño, fascinación).

El recurso a las ciencias sociales ha sido particularmente importante en las dos primeras décadas de la producción de Lacan; posteriormente, las formalizaciones lógico-matemáticas y topológicas ganaron la delantera, sobre el basamento consolidado por la *lingüistería*. Por lo tanto, rastrear las A+T realizadas desde las ciencias sociales implicará revisar sobre todo los primeros textos y alocuciones de Lacan; es decir, los elaborados entre 1936 –primera versión del *EE*– hasta 1953, ocasión del *Discurso de Roma (FCPL)*. Su escrito *Les complexes familiaux dans la formation de l'individu* (1938), traducido al castellano bajo el título escueto de *La familia*, ocupará un lugar central en este capítulo.⁶ Se apreciarán los matices y las influencias con que abordó el estudio de la misma y las funciones importantes que le otorgó en la consumación de las identificaciones

estructurantes (imaginarias y simbólicas). Convendrá tener presente durante la lectura de las próximas páginas que en el debate ambientalismo – endogenetismo, Lacan se situó como un ferviente defensor de la primera línea.

El estudio detallado de estos primeros textos permitirá apreciar el gran influjo que tuvo sobre Lacan, en aquel entonces, la sociología francesa –especialmente Durkheim– y la corriente antropológica funcionalista. A consecuencia de esas apoyaturas privilegió los condicionantes sociales y la imagen del semejante. Las teorías sobre las que se reclinaba le dificultaron centrarse –como lo haría más tarde– en el inconsciente parental –fuente de los rasgos identificatorios– para pensar la estructuración subjetiva. Lo propio del pensamiento psicoanalítico no alcanzó las cotas más altas en sus artículos de aquella época; las tesis sociológicas y el relativismo cultural en que se basó apuntaban hacia otros objetivos. Había, sí, una adhesión general a la segunda teoría identificatoria de Freud –la estructural–; un rechazo de los factores biológicos en el estudio de la familia, que se manifestó en el privilegio otorgado a las instancias sociales sobre las naturales e instintivas; y un estudio detallado de las modalidades de relación social que imponía lo imaginario (*EE* y *AP*). Prevalcieron asimismo formulaciones basadas en una teoría propia sobre el narcisismo. La especularidad y el transitivismo⁷ –aspectos microscópicos de lo social– carecían por entonces de las articulaciones con lo simbólico y lo real; éstas tardarían unos lustros en llegar. Sin embargo, su teoría sobre el yo le alejó de cualquier filosofía derivada del *cogito* y le acercó, en cambio, a la dialéctica del amo y del esclavo (Hegel).⁸

La influencia comentada duró unos quince años: a comienzos de la década de los años cincuenta se produjo un vuelco teórico en la producción lacaniana que desembocó en un acercamiento al pensamiento antropológico de Lévi-Strauss y a la lingüística estructural de Saussure. Una de las consecuencias de este viraje fue el abandono de las tesis sociológicas de Durkheim. Surgieron entonces las categorías RSI, Otro y otro; el significante y lo simbólico ocuparon el centro de la escena. A estas primeras elaboraciones se sumaron otras, en base a importaciones de la antropología estructural y de la lingüística; a la luz de esta última, acometió una amplísima reformulación de los conceptos metapsicológicos freudianos. El denominado *retorno a Freud* ya estaba en marcha. Los esquemas L, Z, R, el grafo del deseo y los modelos ópticos, más allá de las especificidades de cada uno, mostraron que el sujeto en relación –lo social– era esencial en el pensamiento de Lacan: el Otro y el otro aparecían en todos ellos.⁹

Estos movimientos teóricos y las elaboraciones concomitantes cuestionaron –de hecho– buena parte de las ideas que había expuesto en *LF* (1938) y en *FPC* (1950). Su producción adquirió un sesgo distinto a partir de 1953; la creciente importancia que otorgó a lo simbólico y a las formalizaciones lingüísticas en sus elaboraciones sobre el sujeto le llevó a concebir de otra manera los lazos de parentesco, el narcisismo, el complejo de Edipo y las identificaciones. *El esbarrado* –efecto de la identificación simbólica– fue pensado como *hijo del significante*; el Otro devino proveedor de los rasgos unarios constitutivos del mismo. Madre y padre convencionales fueron sustituidos por funciones; al hijo le correspondía preguntarse sobre el lugar que vino a ocupar en la red simbólica que le acogió, que le estructuró y que le asignó un destino. Luego, a partir de los años sesenta, vendrían los usos de las superficies topológicas, de la lógica y matemática, sobre el fondo permanente del debate con la filosofía. Enunciar sintéticamente esta evolución de su pensamiento en aquellas décadas será de utilidad a la hora de revisar los primeros textos de Lacan. Esto permitirá medir la amplitud del giro teórico acontecido al promediar el siglo XX.

A continuación se estudiarán las A+T que el psicoanalista francés llevó a cabo en esos primeros años, con conceptos e ideas provenientes de sociólogos y antropólogos funcionalistas. Con ellos procesó viejos y nuevos conceptos psicoanalíticos que tuvieron -y tienen- incidencia en la manera de entender las relaciones sociales: identificación, culpa, las funciones materna y paterna, responsabilidad, ley, crimen, castigo, diferencia sexual, etc.

3.2. La sociología francesa de comienzos del siglo XX. Influencias de Durkheim

La presencia del pensamiento de Émile Durkheim puede constatarse fácilmente en *LF*¹⁰, especialmente en algunas de las ideas allí expuestas sobre la familia y en la tesis que refiere la

“declinación de la *imago* paterna”. El sociólogo se refirió a esta última a partir de estudiar el fenómeno de la contracción familiar –reducción del número de miembros de la familia en el pasaje de la forma patriarcal a la forma conyugal de la misma– asociándola a otros cambios de carácter *cualitativo*: modificación de aquello que ligaba entre sí a los miembros del grupo doméstico, *pérdida del poder del padre* y, en términos más amplios, decadencia de la institución familiar.¹¹

Lacan hizo suya buena parte de estas reflexiones y las volcó en el contenido de *LF*, aunque conectándolas con categorías psicoanalíticas. Las consecuencias teóricas de esta A+T se irán comentando en las páginas siguientes; por el momento interesa resaltar que, según Lacan, la capacidad identificante de la familia conyugal se vio reducida, a causa de una degradación del complejo de Edipo. La conjunción de estos factores obstaculizaba, según su opinión de aquel entonces, la adecuada maduración subjetiva y social de los hijos e hijas. En ese escrito –p.112– afirmó que esta declinación de la figura paterna –idea que posteriormente adquirió gran difusión en la literatura lacaniana–, tenía incidencia directa en las manifestaciones clínicas de las neurosis de aquella época.¹²

Pero, ¿quién fue Émile Durkheim (1858-1917)?

Se le considera el padre de la moderna sociología francesa; fue profesor en Burdeos y en la Sorbona, a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Defendió con ahínco que la sociología debía establecer leyes que fueran expresiones bien precisas de las relaciones descubiertas entre los diversos grupos sociales, evitando siempre las generalidades abstractas. La noción de *función* fue capital en su pensamiento; una explicación funcional en las ciencias sociales debería relacionar los diversos factores en juego en una situación determinada. En otros términos, al funcionalismo en sociología se le exige estudiar la manera en que las instituciones, los sistemas de creencias y de acción que se despliegan en una sociedad, se relacionan con la sociedad en su conjunto.

También elaboró una clasificación de las formas sociales –su *tipología*–. Describió tanto las más simples como las más complejas, y dentro de ambas, las “normales” y las más patológicas. La anormalidad puede surgir en cualquier forma social y es el resultado de un debilitamiento –o, en el límite, de una ausencia– de relaciones funcionales. Su concepto de *anomia* y su ensayo sobre el suicidio fueron de estudio obligado en las ciencias sociales contemporáneas; asimismo, sus reglas metodológicas para las investigaciones sociológicas. Respecto de éstas, se opuso férreamente al uso exclusivo del método deductivo a partir de supuestas leyes universales. Abordó una multiplicidad de temas, pero aquí sólo se enunciarán –de manera escueta– algunas de sus tesis sobre la familia que dieron fundamento sociológico a lo escrito por Lacan en *LF*. Sus principales ideas al respecto fueron:

- En la antigüedad las familias eran muy extensas y las relaciones del grupo doméstico se basaban sobretudo en la posesión colectiva de objetos, en especial los de labranza. Se trataba de una especie de comunismo primitivo. Esta propiedad compartida determinaba y circunscribía la composición –extensión– de la familia: las relaciones de trabajo eran más importantes que las de consanguinidad.
- Con el surgimiento de la propiedad privada aparece la familia patriarcal con la figura clave del jefe: el *pater familiae*. Ésta incluía al padre, a la madre y todas las generaciones originadas en ellos, salvo las hijas y sus descendientes.
- La forma actual –compacta y reducida– de la institución familiar se basa en los lazos de consanguinidad. Según Durkheim, “la familia conyugal resulta de una contracción de la familia paterna. La familia conyugal ya no incluye más que al marido, la mujer y los hijos menores y solteros.”¹³
- La familia conyugal mantiene su complejidad y es, en cierta medida, heredera de las formas anteriores. Es producto de la evolución histórica y de influencias de carácter económico.
- El debilitamiento de la institución familiar se acompaña de la pérdida de poder del padre: declinación de su figura.
- Estos fenómenos tienen a su vez incidencias sobre los miembros del grupo doméstico: acentuación marcada del individualismo y del egoísmo; expansión de la anomía, de la

miseria social y de la mediocridad moral; incremento de los desarreglos afectivos y de los suicidios.

En estas breves puntuaciones puede apreciarse que para Durkheim la evolución histórica comportaba no sólo la reducción del número de integrantes del grupo familiar sino también de los fundamentos de la constitución del grupo doméstico, de la relación que ellos mantenían con los bienes y del tipo de lazos que unían a sus miembros. Este conjunto de ideas fue, sin embargo, seriamente cuestionado por las investigaciones sociológicas y de demografía histórica realizadas en la segunda mitad del siglo XX, por estudiosos ingleses y franceses. Según tales trabajos, la familia conyugal ha existido en *todos* los períodos históricos y tal vez ésta haya sido la forma más difundida ancestralmente. Las afirmaciones de Durkheim se revelaron, entonces, carentes de consistencia y una de sus consecuencias inmediatas fue que los miles de trabajos inspirados en ellas vieron sacudidos sus fundamentos. Ya no se podía sostener la idea de una estricta evolución secuencial desde las primitivas formas extensas hasta el grupo conyugal actual, reducido. Estos nuevos estudios, muy bien documentados, hicieron saber que siempre coexistieron varias formas de organización familiar.

Así pues, la idea de la declinación del poder padre, correlato del surgimiento de la familia conyugal, acabó siendo seriamente cuestionada. Tal vez, en todas las épocas y en todas las latitudes, la importancia del padre tuvo fluctuaciones. Y no sólo a la baja; también cabría consignar contextos en que se produjeron fenómenos inversos a los sostenidos por Durkheim: paso desde formas familiares reducidas a más extensas; potenciación del poder de los jefes tribales, etc. Tal vez sea más adecuado decir que la institución familiar estuvo –y está– en reorganización permanente, como producto de influencias múltiples: sociales, culturales, jurídicas, económicas, etc. Ejemplo de ello son las familias ensambladas, las monoparentales, las homoparentales, que se han multiplicado a finales del siglo XX y comienzos del XXI. A partir de 1953 Lacan dejó de insistir en la declinación de la *imago* paterna; sin embargo es fácil percibir en los textos de sus seguidores, incluso en los escritos de hoy en día, una adhesión y defensa firme de esa idea. Abundan tanto citas puntuales de esa tesis como extensos trabajos basados en ella.¹⁴

El *Discurso de Roma* de ese mismo año, que inició el llamado retorno a Freud, más el cambio de apoyaturas teóricas –de Durkheim a Lévi Strauss– condujeron a nuevos enfoques: Lacan comenzó un largo periplo en el que jerarquizó, cada vez más, el valor simbólico de la función paterna: acuñó el sintagma *Nombre-del-padre* y otorgó al padre el carácter de función y de significante. El giro fue más amplio, sin duda, pero estas escasas y breves formulaciones son suficientes para apreciar la incompatibilidad que desde entonces surgió entre el “nuevo” Lacan y las ideas de Durkheim, que el psicoanalista había hecho suyas durante el periodo 1936-1953. Es importante reconocer esa etapa inicial en la que se apoyó en el sociólogo, para calibrar con exactitud el amplio giro que supuso su adhesión al estructuralismo y la lingüística. La antropología lévi-straussiana le permitió dejar de lado las formulaciones sociológicas de Durkheim y cierta nostalgia de un padre potente.

M. Zafiropoulus¹⁵ comenta que no deja de ser llamativo que la tesis socio-clínica que vincula la declinación de la *imago* paterna con efectos catastróficos en la estructuración subjetiva de los hijos en las épocas actuales, circula en las diversas corrientes psicoanalíticas, tanto dentro la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) como en el campo lacaniano. Sociólogos contemporáneos de prestigio se suman a la idea de la desinvestidura generalizada de las instituciones, entre ellas, la familiar. El autor nombrado considera que en este punto existe una complicidad entre la sociología posmoderna y el psicoanálisis: ambos subrayan en las actuales patologías narcisistas la incidencia de ciertos fenómenos mórbidos de las sociedades posmodernas; entre ellas: la falta de perspectivas históricas, la pérdida de investiduras institucionales y de autoridad. A Zafiropoulus le asombra también la vigencia **inalterada** de estas tesis lacanianas de 1938-1950 (*LF, FPC*), y más todavía su defensa actual por parte de psicoanalistas y estudiosos de los fenómenos sociales, “como si ni el tiempo, ni la pluralidad de los paradigmas científicos, ni las divisiones del medio analítico tuvieran poder sobre ella, y esto con tanto mayor seguridad cuanto que los expertos en ciencias sociales se esfuerzan por confirmar aún más esta armazón.”¹⁶ Esta

perdurabilidad sorprende especialmente tras lo evidenciado por las investigaciones sociológicas y demográficas posteriores, que no validaron las ideas de Durkheim sobre la familia conyugal ni las referidas a la declinación del padre. A su juicio, esto impone evaluar de manera crítica las incidencias que tuvieron en el campo psicoanalítico el hecho de que Lacan se basara en ellas para elaborar algunos de sus textos.

3.3. En torno a un texto de 1938: *CFFI* o *La familia*¹⁷

CFFI –Les complexes familiaux dans la formation de l’individu– publicado en castellano bajo el título de *La Familia*, es el texto más durkheimiano de Lacan. Consta de una introducción –“La institución familiar” – y dos capítulos titulados: I. “El complejo, factor concreto de la psicología familiar” y II. “Los complejos familiares en patología”. Esta última parte será soslayada por su escasa conexión con el tema TIL <> ciencias sociales. A las numerosas ideas del padre de la sociología francesa se sumaron, ya desde la introducción misma de este escrito, otras referencias a estudiosos de las ciencias sociales: Fauconnet, Rivers, Malinowski, etc. Las tesis de Durkheim sobre la familia, comentadas de manera sintética en el apartado anterior, aparecen allí expuestas de manera explícita o implícita, pero siempre engarzadas a propuestas y conceptos psicoanalíticos: complejo, *imago*, inconsciente, identificaciones, narcisismo, pulsiones, creencias delirantes, etc., que son

“[...] estudiados en relación con la familia y en función del desarrollo psíquico que organizan, desde el niño educado en la familia hasta el adulto que la reproduce.” (*LF*, p. 59)

Se analizarán las tesis fundamentales de este texto de Lacan en los siguientes apartados:

3.3.1. La noción de familia en Lacan, año 1938

3.3.2. Los complejos

3.3.3. Las identificaciones en *La familia* (1938)

3.3.1. La noción de familia en Lacan, año 1938

Lacan apoyó las ideas que expuso sobre la familia en sus conocimientos de la teoría freudiana y en los textos socio y etnológicos de su época; como buen lector de Durkheim refirió la tendencia histórica a la contracción familiar, el surgimiento de la moderna familia conyugal, la declinación de la *imago* paterna¹⁸, la acentuación del individualismo, las formaciones sociales anómalas, la anomia, etc. Tales circunstancias originaron “la forma degradada del Edipo” (*LF*, p. 135) y la “adherencia narcisista” del sujeto (*LF*, p. 137).

“En efecto, el grupo reducido que compone la familia moderna no aparece, ante el examen, como una simplificación sino más bien como una contracción de la institución familiar. Muestra una estructura profundamente compleja, en la que más de un aspecto puede ser aclarado en mayor medida por las instituciones positivamente conocidas de la familia antigua que mediante la hipótesis de una familia elemental que no se encuentra en lugar alguno.” (*LF*, pp. 53-54).

“De esta ‘anomia’ que favoreció el descubrimiento del complejo depende la forma de degradación bajo la cual la conocen los analistas, forma que definiremos por una represión incompleta del deseo hacia la madre, con reactivación de la angustia y de la investigación, inherentes a la relación del nacimiento; por un envilecimiento narcisista de la idealización del padre que determina el surgimiento en la identificación edípica de la ambivalencia agresiva inmanente a la primordial relación con el semejante.” (*LF*, pp. 135-136).

Lacan se alejó de los estudios naturalistas e instintivistas de la familia humana para acentuar un enfoque psicoanalítico y sociocultural de la misma:

[...] en este campo, las instancias sociales dominan a las naturales: hasta un punto tal que no se pueden considerar como paradójicos los casos en los que la reemplaza, como por ejemplo, en la adopción.” (*LF*, p. 48).

“[...] `la familia como objeto y circunstancia psíquica´ nunca objetiva instintos sino, siempre, complejos.” (LF, p. 55).

“[...] el complejo está dominado por factores culturales.” (LF, p. 56).

Puede deducirse de estas últimas citas la presencia en filigrana de una proto-noción de registro simbólico, que tardaría tres lustros en aparecer explícitamente. Son los lazos simbólicos –y no los naturales (la consanguinidad, por ejemplo, inexistente con los hijos adoptados) – los que inciden en el funcionamiento de la familia y determinan las modalidades de relación en su seno. Dicho más sintéticamente: en la familia, lo social predomina respecto de lo natural. Sobre la base de este principio, revocó todo intento de aproximación biológica e instintiva a esa institución. Diferenció tajantemente la familia biológica de la “estructura cultural de la familia humana”. Ésta ha de entenderse a la luz de la noción de complejo, nudo de relaciones que responde a factores culturales.

Estas consideraciones marcaban distancias con Freud; para este último no existía ningún relativismo cultural e histórico en relación al complejo de Edipo; todo lo que en él se jugaba, especialmente el valor inconsciente de la *imago* paterna, poco y nada tenían que ver con las diversas formas históricas de la familia ni con factores socio-culturales: el complejo era universal.

En 1938 Lacan fue crítico con Freud; discrepaba con el mito del asesinato del padre de la horda primitiva y con los efectos que el vienés atribuyó al mismo. Al seguir a Durkheim (oposición a las leyes universales y abstractas en lo social, contracción familiar, decadencia del padre) y a Malinowski (que hizo del Edipo una variable de la estructura familiar), consideró que el complejo era dependiente de los factores sociales; entre ellos, los cambios de forma de la familia. Para Freud, como recién se dijo, era universal; su existencia se remontaba al final de la horda primitiva y era una invariante; en última instancia, el Edipo constituía para él una de las tantas formaciones reactivas al acto parricida originario; la propia formación del inconsciente se basaba en la represión de los deseos primitivos, prehistóricos.

En LF y en consonancia con su rechazo de la idea del parricidio originario¹⁹, Lacan adhirió a un enfoque según el cual la importancia del *pater familiae* -al igual que el complejo- dependía de las condiciones sociales e históricas. Esto significaba la posibilidad que el padre ejerciera su autoridad de diferentes maneras, según el contexto. Quedaba eliminado el factor transgeneracional, permanente -que se remontaba hasta el asesinato del padre primitivo- en beneficio de las influencias circunstanciales.²⁰ Se los describirá a grandes trazos.

3.3.2. Los complejos

En el primer capítulo de LF formuló una teoría de la estructuración subjetiva que avanzaba mediante los complejos del destete, de intrusión y de Edipo. Se los describirá a grandes trazos.

3.3.2.1. El complejo del destete

Fue definido como una crisis vital y psíquica; la primera tribulación seria de la vida, sin dudas, que deja huellas indelebles en todos los humanos. En este contexto se explayó sobre la *imago* del seno materno, las tempranas captaciones exteroceptivas de la forma humana, las sensaciones propioceptivas vinculadas a la succión y a la prensión, el malestar interoceptivo²¹, la prematuración específica del recién nacido, la fusión oral, el canibalismo fusional, la ambivalencia y cierta nostalgia de la madre²² (pp. 60 a 70).

Las descripciones que hizo Lacan tuvieron algunas resonancias kleinianas:

“[...] la imago materna [...] da lugar a los sentimientos más arcaicos y más estables que une al individuo con la familia.” (LF, p. 60).

“[...] la imago del seno materno domina toda la vida del hombre.” (LF, p. 67).

Durante esa época, la *imago* inconsciente materna tuvo una presencia importante en los textos de Lacan; ella formaba parte de los fundamentos de toda subjetividad y de la institucionalización familiar. La relación de los hijos con la madre era asimismo capital, no sólo en lo cotidiano sino estructuralmente hablando; se puede decir que por entonces le adjudicó un lugar preponderante en el Edipo. La proximidad con las tesis de Klein son notables: relaciones tempranas con el pecho y soslayo de la figura paterna.²³ Lacan sostuvo también que la tendencia psíquica a la muerte, bajo la forma original que le otorga el destete, se revelaba en los suicidios “no violentos”, en la anorexia mental y en las toxicomanías.

3.3.2.2. *El complejo de intrusión*

Fue asociado a los celos, “arquetipo de los sentimientos sociales”: un hermano, un amigo, es vivido imaginariamente como un rival que viene a perturbar la relación con la madre.²⁴ Durante este complejo se produce el pasaje del yo especular -sostenido por la imagen virtual de sí mismo- al yo social, soportado en la imagen de un semejante de carne y hueso.

“Se comprueba, así, que en este estadio la identificación específica de las conductas sociales se basa en un sentimiento del otro que se desconocería si se carece de una concepción correcta de su valor totalmente imaginario.” (*LF*, p. 74).

Coherente con las tesis que expuso en las dos versiones de *EE* –una anterior y otra posterior a *LF*– Lacan fundó el narcisismo en la identificación especular. La *imagen del semejante* pasó a ocupar un lugar fundamental en su teoría del narcisismo; pretendía por esta vía rectificar a Freud que lo había vinculado con la pulsión de muerte.²⁵

La lectura de *LF* se hace más compleja en las páginas siguientes. Poco se entendería de la próxima cita si no se precisara previamente, como también Lacan lo hizo en las pp. 76 y 77, que durante el tiempo del masoquismo primario existe un desdoblamiento del sujeto que implica, simultáneamente, una alternativa:

- permanecer adherido al malestar por el destete, quedar fijado a la madre, a la apetencia por la muerte y al masoquismo; o:
- asumir a través de los primeros actos de juego (*fort/da*) la reproducción del malestar mismo y, de ese modo, superar o sublimar el desasosiego. Esta segunda posibilidad significa optar por el sadismo, que conllevará necesariamente el “asesinato” del hermano.

Masoquismo y sadismo, aunque polares, están asociados; la segunda opción implica el progreso; le permite al *infans* deshacerse de la tentación suicida al precio de una identificación con el hermano y su “asesinato” sádico.

“La identificación con el hermano es lo que permite completar el desdoblamiento así esbozado en el sujeto: ella proporciona la imagen que fija uno de los polos del masoquismo primario. Así, la violencia del suicidio primordial engendra la violencia del asesinato imaginario del hermano. Esta violencia, sin embargo, no tiene relación alguna con la lucha por la vida [referencia a Darwin]. El objeto que elige la agresividad en los primitivos juegos de la muerte, es, en efecto, sonajero o desperdicio, biológicamente indiferente: el sujeto lo elimina gratuitamente, en cierto modo por placer, se limita a consumir así la pérdida del objeto materno”. [(*LF*, p. 77). Lo que está entre corchetes es mío].

Se subraya en esta cita la importancia de la identificación con el hermano, realizada en la dimensión imaginaria y ampliamente fundamentada en *EE* y *AP*. El cachorro humano hacía su ingreso a lo social por vía de la imagen del otro, del semejante. Forma peculiar de relación social, pero relación social al fin, en cuyo seno acontecen las identificaciones imaginarias.²⁶ El mundo especular del *complejo de intrusión*, pese al intenso narcisismo que le caracteriza, es una salida al *complejo del destete*. Pero, esa misma escapatoria anticipa un posible nuevo obstáculo: que el sujeto quede capturado en las reverberaciones imaginarias. Para salir de los posibles *impasses* narcisísticos

que Lacan refirió en el capítulo II de *LF* –homosexualidad, fetichismo, psicosis paranoica, delirios de filiación, usurpación, expoliación, intrusión– haría falta aquello que su intelección construyó años más tarde: el concepto de Otro, la alteridad radical y simbólica. Por entonces, y a falta de esa categoría, la *imago* del padre, pese a las consideraciones sobre su declinación, tenía reservado un lugar especial en el texto que se está comentando: permitía salir al hijo/a de un mundo narcisista, imaginario. Pero es cierto que su importancia estaba por entonces debajo de la que le asignaría años más tarde, cuando lo elevó a la categoría de función y de significante fundamental.

3.3.2.3. *El complejo de Edipo*

Tercero y último de los propuestos en *LF*; allí revisó los principales conceptos de Freud respecto del nudo relacional edípico: sexualidad, castración, identificación, construcción de la realidad, sublimación, represión, etc. En ese contexto aludió, en primer lugar, a la *frustración* impuesta al niño en relación al padre de sexo opuesto.

“En efecto, la frustración que sufre se acompaña por lo general, con una represión educativa, cuyo objeto es el de impedir toda culminación de estas pulsiones y, especialmente, su culminación masturbatoria. [...] el progenitor del mismo sexo se le aparece simultáneamente al niño como el agente de la prohibición y el ejemplo de su trasgresión.” *LF*, p. 87.

La represión de las tendencias sexuales hace que el padre del mismo sexo sea a la vez interdictor y transgresor. Este doble proceso se internaliza bajo la forma de instancias psíquicas estables: superyó e Ideal del yo, respectivamente.

Dentro de una crítica más amplia a la concepción freudiana de la familia (p. 89), Lacan enjuició el mito del parricidio original (p. 91) y sus consecuencias: el rol del padre como sostén de la Ley. Según el psicoanalista francés, Freud quedó prisionero de un Edipo universal y de una concepción de la familia que no tuvo en cuenta los cambios históricos en ella habidos; el vienés también habría desvalorizado a la madre al no tomar en cuenta su rol en las culturas matriarcales (p. 105) y menospreciado la importancia de su *imago* en la subjetivación. En franca oposición a las ideas freudianas sobre la represión de la sexualidad, ligadas sobre todo al fantasma del padre como agente de la castración, Lacan propuso su tesis del superyó maternal arcaico:

“Para definir en el plano psicológico esta génesis de la represión, se debe reconocer en la fantasía de castración el juego imaginario que la condiciona, en la madre el objeto que la determina. Se trata de la forma radical de las contra pulsiones que se revela en la experiencia analítica por constituir el núcleo más arcaico del superyó y por representar la represión más masiva.” (*LF*, p. 99).

La importancia de la madre como agente represor “masivo” se vio redoblada tras considerar al fantasma del cuerpo fragmentado (p. 98) como otro determinante de la represión.²⁷

3.3.3. Las identificaciones en *La familia* (1938)

Lacan dedicó un par de páginas del capítulo I de *LF* a la identificación edípica. Resaltó la antinomia de las funciones que desempeñan en el sujeto las *imago*s parentales que, por un lado, inhiben la función sexual y por otro, la propician, preparando las vías de su futuro retorno (pubertad). La identificación “mimética” con el progenitor del mismo sexo es propiciatoria de la sexualidad.

“Al hacer surgir al objeto que su posición sitúa como obstáculo al deseo, ese momento lo presenta con la aureola de la trasgresión a la que se siente como peligrosa; le aparece al yo al mismo tiempo como el sostén de su defensa y el ejemplo de su triunfo. Por ello este objeto ocupa normalmente el lugar del doble con el que el yo se identificó inicialmente y a través del cual puede confundirse aún con el prójimo; le proporciona al yo una seguridad, al reforzar ese marco, pero, al mismo tiempo, se le contrapone como un ideal que, alternativamente, lo exalta y lo deprime.” (*LF*, p. 103).

Al declinar el Edipo, las figuras parentales no sólo se perciben como interdictoras; están también idealizadas por la niña y el niño. Los objetos de identificación edípicos les capturan justamente en ese registro, en el del ideal, “con la aureola de la trasgresión”; a la que sin embargo se “siente como peligrosa.” Que la identificación sea con el objeto que ocupa el lugar del doble indica que acontece con el progenitor del mismo sexo, objeto sin duda idealizado, que mientras prohíbe, promete –diferidamente– el ejercicio exogámico de la sexualidad. Si bien el objeto exige esa posposición, no deja de introducir al sujeto en los arcanos de una modalidad trasgresora -deseada y temida a la vez- con todos los riesgos, resaltados en la cita, de confundirse con ese objeto. La idealización del mismo por parte del niño/a le convierte en fuente de los rasgos que fundan -identificación mediante- el Ideal de yo en la infancia. El *infans* saldrá del Edipo con esa instancia estructurada y la pondrá en juego en sus relaciones futuras con otros sujetos.

La doble y antinómica actitud de los padres -represores y favorecedores de la sexualidad- tendrán sus repercusiones en la esfera afectiva: depresión ante la primera; exaltación ante la segunda.²⁸

3.4. La declinación de la *imago* paterna

Con este título Lacan abrió un apartado, al final del capítulo I de *LF*, en el que explicitó y adhirió a esta idea de Durkheim.

“Un gran número de efectos psicológicos, sin embargo se origina, en nuestra opinión, en una declinación social de la *imago* paterna. Declinación condicionada por el retorno al individuo de efectos extremos del progreso social, declinación que se observa principalmente en la actualidad en las colectividades más afectadas por estos efectos: concentración económica, catástrofes políticas.” (*LF*, pp. 112-113).

Afirmó también (p.113) que quizá la aparición misma del psicoanálisis deba relacionarse con esta crisis y que en el núcleo caracterial –que otorgaría especificidad a las neurosis contemporáneas– podía reconocerse los efectos de:

“[...] la personalidad del padre, carente siempre de algún modo, ausente, humillada, dividida, postiza.” (*LF*, p. 114).²⁹

Esta misma tesis fue utilizada años más tarde en *Funciones del psicoanálisis en criminología* [*FPC* (1950)] –comunicación escrita en colaboración con M. Cénac– para fundamentar el porqué de la proliferación de las psicopatías. Mientras el individuo “normal” se instalaría en lo social de manera más o menos confortable, debido a la riqueza de intercambios en su familia –identificaciones adecuadas– el psicópata, rodeado de un medio familiar y social deficiente, tiene imposibilitada esa salida. Su Edipo degradado, su déficit de identificaciones y un padre debilitado le propulsan hacia la actuación, la delincuencia y el crimen. El psicópata sólo tendría acceso a un *simbolismo parcelario* a diferencia del sujeto “normal”, que adquiriría un simbolismo completo.³⁰

FPC (1950) es otro texto durkheimiano de Lacan. En él resaltó el papel fundamental del superyó en la subjetividad, aunque dio una versión peculiar del mismo: con el telón de fondo de algunas de las tesis del sociólogo estudió esa instancia a los efectos de esclarecer como operaba en sujetos con tendencia a cometer delitos.

En criminología mantuvo su enfoque “culturalista”: las estructuras psíquicas siguen siendo determinadas por las condiciones sociales más que por el inconsciente parental. Sustituyó la función que Freud le atribuyó al parricidio en el pasaje de la naturaleza a la cultura, por una concepción del superyó en la que amalgamó sus tesis de *EE* con las de M. Klein -relativas al surgimiento temprano de esta instancia-, más las sociológicas del tándem Durkheim-Mauss y las antropológicas de Ruth Benedict, que no fue citada, aunque aparecía en filigrana al sostener que todas las culturas crean su tipo propio de organización familiar y social e influyen de manera directa en la conformación de la subjetividad. La proximidad con la noción de *pattern* de Benedict es clara.

No debe llamar la atención que en textos del período 1936-1950, Lacan afirmara estas ideas. Formaban parte del saber de la época, y eran sostenidas por reconocidos estudiosos de las ciencias sociales. Como ya fue anticipado, las investigaciones realizadas en las décadas siguientes demostraron que el prototipo de la familia conyugal había existido siempre, mientras que la forma patriarcal ha sido históricamente minoritaria. La llamada ley de la contracción familiar de Durkheim cayó por su propio peso. Cuestionadas y rebatidas dichas hipótesis –y las que de ella se desprendían– carecía de sentido seguirlas sosteniendo. Por lo tanto, no corresponde atribuir linealmente al padre “carente”, “ausente”, “humillado”, la conformación del núcleo caracterial de las neurosis contemporáneas, tal como lo sostuvo Lacan en *LF*. Si la familia conyugal ha existido en todos los tiempos, es impropio atribuir a ésta el déficit de redes identificatorias significativas y el incremento de la anomia. En todo caso y en el supuesto de existir, tal defecto no sería debido a la contracción familiar. Además, ¿cabe explicar la patología en base a déficits identificatorios? ¿No se tratará, quizá, de sujetos *demasiado* identificados por rasgos patológicos de unos padres singulares y concretos? Lo recién dicho se hace extensivo a las tesis lacanianas sobre las psicopatías, expuesta en *FPC*. Por las mismas razones cabe tomar con pinzas que la forma degradada del Edipo y el eclipse de la imago paterna estén en la base de la invención del psicoanálisis.

Es evidente que alguna relación existe entre lo social y el sujeto del inconsciente, pero estas no serán, justamente, las que propone un determinismo social directo. Se hace necesario estudiar con mayor precisión tales conexiones, teniendo presente la eficacia inconsciente. Los síntomas narcisistas y los rasgos de carácter patológicos de las neurosis contemporáneas no pueden atribuirse de manera directa al predominio de la forma conyugal de la familia ni son fruto, por lo tanto, de un supuesto pasaje de las formas más extensas al tipo más reducido de domesticidad actual. Vale la pena reiterar una vez más el giro conceptual de Lacan, a mediados del siglo XX: lo que en *LF* (1938) –y también en *FPC* (1950)– era tributario del poder de la imago paterna –que a su vez dependía de los condicionantes sociales del Edipo– se desplazó a la función simbólica del padre. Es justamente este pasaje el que se encarará en el próximo apartado.

3.5. Acercamientos a la antropología estructural y a la lingüística. Lévi-Strauss

El año 1953 fue crucial respecto de los temas que se están tratando en este capítulo. Lacan inició el llamado retorno a Freud, que coincidió con el abandono de las tesis sociológicas de Durkheim y la adhesión al pensamiento estructuralista de Lévi-Strauss y a la lingüística. A partir de entonces comenzó a modificar sus puntos de vista sobre el inconsciente, el deseo, el sujeto, el síntoma, el lugar de la *imago* paterna en la familia, la interpretación y la dirección de la cura. Si bien hubo algunos antecedentes, el *Discurso de Roma* debe considerarse como la primera y más notoria expresión del terremoto conceptual habido. Se inició entonces una nueva etapa en el pensamiento de Lacan, en la que éste circunscribió con mayor precisión el territorio específico del psicoanálisis y definió su objeto y sujeto propios. Este movimiento le alejó del culturalismo, biologismo, psicologismo, y de lo mitológico en psicoanálisis. Afirmar del inconsciente que estaba estructurado como un lenguaje³¹ suponía superar una de las grandes contradicciones de Freud: anhelar que la disciplina por él fundada formara parte de las ciencias naturales mientras, simultáneamente, preconizaba la función primordial de la palabra en los fenómenos psíquicos y en la clínica, mediante referencias nodales -no contingentes- a los mitos, poemas, obras de teatro, novelas, tragedias griegas, etc.

El encuentro personal entre Lacan y Lévi-Strauss, en 1949, generó plenitud de consecuencias; la publicación de *Las estructuras elementales del parentesco* (1947) abrió una nueva perspectiva en los estudios sociológicos y antropológicos de la familia que tuvieron inmediata repercusión en el psicoanálisis. La subversión, en su vertiente antropológica, se apuntaló en Franz Boas (1858-1942), etnólogo radicado en EE. UU; y en los lingüistas Roman Jakobson (1896-1982), afincado también en Norteamérica y Nicolai Trubetzkoy (1890-1938).³² El primero subrayó la importancia de la actividad inconsciente en el lenguaje; el segundo le brindó a Lévi-Strauss una magnífica plataforma para desarrollar su tesis, que consistía en que todo problema en las ciencias sociales y humanas era una cuestión de lenguaje (entendido en un sentido muy amplio, incluyendo

en él a los sistemas no verbales). El antropólogo francés reconoció abiertamente como fuentes inspiradoras de su pensamiento los modelos que le brindaron Marx, Freud y la ciencia geológica; los tres iban más allá de lo manifiesto buscando el armazón que daba cuenta de lo fenomenológico. El recién mencionado F. Boas fue otro de sus mentores.³³ Cabe decir entonces que la aproximación de Lacan al estructuralismo y a la lingüística se hizo con la mediación de Lévi-Strauss. El enfoque *estructuralista* de este último supuso una suerte de rebelión contra las ideas prevalentes por entonces, saber: a) las de Durkheim; b) las del funcionalismo de Malinowski y c) las del culturalismo, tanto en antropología como en ciertas corrientes del psicoanálisis norteamericano.

Esta doble conexión favorecida por el antropólogo francés –con la lingüística y con el estructuralismo– estimuló la reorientación epistemológica de Lacan. Cabe inscribir este cambio suyo en un marco más amplio: la modificación de los paradigmas científicos tras la segunda contienda mundial. Por otra parte, estas adscripciones no fueron masivas, menos aún exclusivas; por entonces mantenía relaciones teóricas con la fenomenología y con el pensamiento de Heidegger.³⁴ Utilizó **todas** esas fuentes para elaborar un discurso propio, aunque basado en el pensamiento de Freud. Más allá de sus vínculos fluidos con otras disciplinas, su producción siguió conservando la especificidad del psicoanálisis.

Se podría decir que hasta 1950 Lacan no era (todavía) freudiano; al menos en el sentido que el mismo le atribuyó a ese adjetivo años más tarde. Por entonces continuaba marcando algunas distancias con Freud: *EE* y *FPC* (1950) podrían ser ejemplos de ello. A partir de 1953, reordenó su pensamiento y producción en torno al estructuralismo propuesto por Lévi-Strauss y a la lingüística saussureana. Aunque él hablara de un retorno a Freud –que efectivamente existió, en tanto vino a subrayar lo más portentoso de aquello que el vienés había escrito– puede considerarse que en esos años también se inició un derrotero propiamente lacaniano, sobre todo si se aplica una mirada retrospectiva desde el final de su obra.³⁵ Las elaboraciones sobre el orden simbólico, el lenguaje, sus leyes y el significante pasaron a ocupar el centro de la escena. Concibió al organismo viviente que llegaba al mundo como un candidato a *hablanteser*; por lo tanto estaba sometido a los efectos de la palabra y de los símbolos desde el nacimiento; necesariamente quedaría atravesado por el significante. El padre fue poco tiempo después elevado a la categoría de función y lograba su valor cumbre tras pasar por la prueba de la muerte: conversión en significante-del-Nombre-del-Padre. El *Discurso de Roma* es muy revelador del cambio de Lacan respecto al complejo paterno: su valor estructural ya no dependía ni de su poder personal ni del grupo en el que podía ejercer su liderazgo. Se trataba de otra cuestión: de su capacidad simbólica; de su poder en tanto significante de metaforizar al deseo de la madre. Función simbólica por excelencia, que conllevaba un cambio de acento radical: desde el valor social del padre (1936-1950) al valor simbólico de su nombre (1953 en adelante).

De todas formas, las discrepancias con *Tótem y tabú* (y otros textos de Freud) no desaparecieron instantáneamente; se observaba, sí, una mayor coincidencia entre esta naciente teoría sobre la función simbólica del padre y el Padre Muerto de Freud: comenzaba a perfilarse una de las triparticiones lacanianas más significativas: padre real, padre simbólico, padre imaginario. Y con ella, la jerarquización de los efectos inconscientes de la función del Nombre del padre. Esta tríada y la noción de funciones (materna, paterna) permitieron pensar la posibilidad de una buena travesía por el Edipo aún en ausencia del padre, a condición de que alguien se hiciera cargo de dicha función.

De ahí la siguiente paradoja: la ausencia del padre en lo real no significa automáticamente la carencia de su función; y a la inversa, su presencia en lo real no garantiza que la cumpla adecuadamente. Los cambios de perspectiva implícitos en estas ideas son de gran envergadura; sin que Lacan lo dijera explícitamente, hubo un abandono de las tesis de Durkheim –aproximación sociohistórica y un tanto realista a la familia– y una adhesión al pensamiento estructuralista de Lévi-Strauss. La verdadera declinación que aconteció, entonces, fue la del cuerpo doctrinario que sostuvo buena parte de las afirmaciones de *LF*, *FPC* más algunas de *EE* y *AP*. Mientras tanto, proseguía paso a paso con la reformulación de las categorías metapsicológicas freudianas a la luz de la teoría del significante.

Dos citas dan cuenta de estos movimientos:

“Claude Lévi-Strauss nos daba el otro día una perspectiva que implica la relativización radical de la realidad familiar, y que deberíamos aprovechar para revisar lo que puede tener para nosotros de demasiado fascinante, demasiado absorbente, la realidad que tenemos que manejar cotidianamente. [...]

Reducir así la familia a la sólida realidad de la experiencia del niño tenía por cierto toda su importancia: situar el centro de la experiencia analítica en el hecho de que cada individuo es un hijo. Pero esta misma intervención atestiguaba la inclinación de la mente a centrar nuestra experiencia analítica en la experiencia personal, psicológica. Eso es lo que no hay que hacer.” (S 2, clase del 8/12/54).

“El padre es una metáfora [...]. Ése es el motor, el motor esencial, el único motor de la intervención del padre en el complejo de Edipo.” (S 5, clase del 15/1/58).

La primera muestra el abandono de las tesis psicologistas sobre la familia para centrarse en los efectos inconscientes; la segunda muestra la definición del padre como significante, que ha de metaforizar a otro significante: deseo de la madre.

3.6. Un inciso sobre los conceptos de estructura y de estructuralismo(s)

El uso del vocablo estructura se remonta a la antigüedad; durante centenares de años fue empleado en contextos relacionados con la construcción y la arquitectura. La etimología lo avala: *estructura* proviene de la palabra latina *structura*, que a su vez deriva del verbo *struere*, cuyo significado es construir. En el siglo XVII se produjo una significativa extensión: se la asoció al ser humano, desde una doble vertiente: en tanto cuerpo –que comenzó a ser visto como una construcción– y en tanto usuario del lenguaje, al que ya se percibía organizado en estructuras. El término atrajo, entonces a lingüistas y anatomistas. A comienzos del siglo XX la teoría de la *Gestalt* difundió su uso y desde 1930 en adelante la acepción *estructura* se expandió a muchísimas disciplinas: lingüística, sociología, geografía, economía, crítica (literaria, teatral, cinematográfica), matemáticas, psicología, psicoanálisis, etc. En cada una de ellas se constituyó una corriente estructuralista, aunque, por las razones que serán expuestas en las próximas páginas, la lingüística ha tenido siempre un rol privilegiado en la concepción e implementación del método estructural.³⁶ Esta expansión explica, también, el carácter polisémico de la palabra y la existencia de amplias variedades de estructuralismos. No extrañará, entonces, que la definición y la extensión del término *estructura* –y sus derivados– hayan despertado tantas controversias. Igualmente, quién merece o quién se auto-adjudica el adjetivo *estructuralista*.

Para huir de tales polémicas, que no son esenciales para los fines de este trabajo, se enfocará exclusivamente el estructuralismo francés posterior a la segunda guerra mundial. Entre sus cultores más eminentes estuvieron Lévi-Strauss, Althusser, Barthes, Foucault y Lacan. Se prefiere este estrechamiento geográfico –y tal vez conceptual– a la inmersión en discusiones sobre las fronteras exactas del mismo. Pero ni siquiera con esta restricción ni con la que implica dejar de lado las resonancias filosóficas de esta corriente –que también se hará aquí– es posible soslayar (completamente) el debate: algunos de los recién citados cuestionaron o relativizaron su pertenencia al estructuralismo. Es menester decirlo con todas las letras: las afinidades entre ellos fueron tan grandes como las diferencias. En todo caso se podría afirmar que cada uno fue estructuralista a su manera.³⁷

Sea como sea, a mediados del siglo pasado, el lenguaje y las hipótesis estructuralistas o las referencias a Lévi-Strauss se extendieron como un reguero de pólvora. En muchísimas disciplinas –sociología, lingüística, psiquiatría, psicoanálisis, historia, semiología, política, matemáticas, filosofía, literatura, crítica literaria y otras– el pensamiento estructuralista permitió sostener ideas que hasta esos momentos no se habían formulado. Muchos lo hicieron sin haberse adscrito a esa corriente del pensamiento, pero lo cierto es que el antropólogo francés había generado *categorías para pensar*, que se aplicaron profusamente en las ciencias humanas.³⁸

Para los objetivos de este trabajo es importante estudiar los antecedentes inmediatos del estructuralismo galo de posguerra: las investigaciones lingüísticas de F. de Saussure, R. Jakobson, N. S. Troubetzkoy, A. Martinet, L. Hjelmslev y otros. Esto es así en tanto se puede señalar como carácter diferencial de la perspectiva estructuralista de Lacan –que le distanció de los otros cultores

antes nombrados— el haber incluido —y reiterado en infinidad de ocasiones— la dependencia del sujeto al significante. Ésa ha sido la seña de identidad del estructuralismo lacaniano.

El abordaje más detallado de estas cuestiones se hará con el siguiente orden:

3.6.1. Definiciones del concepto de estructura

3.6.2. El estructuralismo en lingüística

3.6.3. La antropología estructural de Claude Lévi-Strauss

3.6.4. Lacan y el estructuralismo en psicoanálisis

La interpenetración de estos asuntos y la existencia de zonas de confluencia inevitablemente producirán algunas reiteraciones.

3.6.1. Definiciones del concepto de estructura

Se ofrecerán tres caracterizaciones complementarias del término: las que aportan A. Lalande, C. Lévi-Strauss y J. Ferrater Mora; no serán citas textuales sino reelaboraciones de sus propuestas. Como era de prever, las tres tienen puntos en común; pero, más allá de ellos, cada una aporta algunas ideas ausentes en las restantes. Se las ha escogido de un fondo más numeroso justamente por ese doble motivo: por lo que comparten y por las especificidades que agregan. Existe algo común en las estructuras despejadas por diversas disciplinas: matemáticas, psicología, psicoanálisis, lógica, antropología, sociología o biología, etc. Son los elementos que conforman la definición más genérica del término. Lo diferencial busca precisar la caracterización del concepto mediante consideraciones complementarias.

La primera definición proviene del *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía* de Lalande (1951): la estructura, en oposición a una simple combinación de elementos, es una unidad o un todo formado por elementos solidarios en la que cada uno de ellos está en relación de dependencia respecto de los otros; cada componente es lo que es en función de su relación con las restantes partes del conjunto.

En esta definición ya se aprecia que la complejidad preside la organización de los elementos y que la relación entre ellos agrega un *plus* a lo que cada uno sería si no estuviese integrado en una estructura. Se reiteran de manera lacónica las ideas esenciales de esta definición por que son —se lo comprobará enseguida— las compartidas con las dos restantes. Esta base resaltará los aportes complementarios de las otras. Así, pues, el término estructura alude, simultáneamente, a:

- un conjunto, unidad o todo,
- los elementos de ese conjunto y
- las relaciones de regulación mutua que los diferentes elementos del conjunto tienen entre sí.

La segunda definición proviene de Lévi-Strauss³⁹, quien asignaba como objeto de estudio para las ciencias estructurales aquello que presentara un carácter de sistema, es decir, todo conjunto del cual ninguno de los elementos puede ser modificado sin provocar modificaciones de todos los demás. Proponía como instrumento de dichas ciencias la construcción de modelos y como ley de su inteligibilidad, los grupos de transformación que gobiernan la equivalencia entre modelos y presiden sus encajes.

Se destaca como esencialmente novedoso en estas afirmaciones la introducción, al principio de la frase, del término sistema y, al final de la misma, la idea de modelos y grupos de transformación, con funciones específicas. La estructura podría entenderse, entonces, como un grupo de sistemas; el conjunto estaría compuesto por diversos sistemas; se trataría, por lo tanto de una estructura más compleja. Los sistemas funcionan en virtud de la estructura que tienen. Insistir en la interdependencia de los elementos, estudiar el conjunto como totalidad —sean elementos del conjunto o un conjunto de sistemas— centrándose en *la relación* de estos componentes más que en

conocimiento exhaustivo y por separado de los mismos –como lo haría el atomismo en ciencia– ha sido otra de las peculiaridades del estructuralismo.

La construcción de modelos o esquemas, en los que se plasma las estructuras develadas a partir de lo empírico, permite el cotejo y el establecimiento de equivalencias entre las diversas realidades estudiadas. La búsqueda de una estructura interviene en un segundo momento, después de haber observado lo que existe. Se trata entonces de precisar los elementos estables y siempre parciales que permitirán comparar y clasificar. En diversos textos, Lévi-Strauss hizo referencia a las condiciones mínimas exigibles para que un modelo sea estructural; se señalan las que mencionó en *Anthropologie structurale*.⁴⁰

- Debe tener el carácter de un sistema.
- Todo modelo pertenece a un grupo de transformaciones; cada una de éstas corresponde a un modelo de la misma familia.
- Debe ser posible prever la manera en que reaccionará el modelo en caso de que se modifique uno de los elementos.
- El funcionamiento del modelo debe explicar todos los hechos observados.

El método permite comparar conjuntos disímiles; luego, se tratará de ordenar las diferencias. Se volverá enseguida sobre este asunto, pero acéptese por el momento que los resultados del estudio estructural de una determinada realidad no son producto de inducciones generalizadoras –al estilo de las que hacía Malinowski–; tampoco constituyen realidades últimas de carácter metafísico. La concepción de Lévi-Strauss, si bien privilegiaba la sincronía, no se oponía tajantemente a la noción de causa ni a la posibilidad de cambios históricos (dentro de las fronteras de la estructura), más bien entendía las relaciones causales y los desarrollos diacrónicos en función de relaciones de significación y de formaciones sincrónicas. Están implícitas en estas ideas que:

- Lo fundamental para el estructuralismo levi-straussiano eran las relaciones entre los elementos del sistema; las propiedades de los mismos dependían del *lugar* que ocupaban en dichas relaciones.
- Que la existencia de un “grupo de transformaciones” y de cambios -siempre dentro de una misma estructura- presupone la existencia de una especie de casilla vacía, que permite el movimiento de los elementos que la conforman o de permutaciones entre los mismo, que dan pie a diferentes combinatorias.

La tercera caracterización se desprende de lo afirmado por Ferrater Mora⁴¹: *estructura* es un conjunto o grupo de elementos relacionados entre sí según ciertas reglas. Los elementos en cuestión están funcionalmente correlacionados y cumplen los requisitos establecidos por Husserl para los “todos”: enlazamiento mutuo de los miembros de manera que la independencia esté ausente y que haya, en cambio, compenetración mutua de los mismos. Este conjunto es un “todo” y no una “mera suma”. Comenta también, haciéndose eco de Lévi-Strauss, que todos los sistemas que constituyen una estructura son sistemas lingüísticos, de modo que una estructura es, *mutatis mutandis*, una estructura lingüística.

Ferrater Mora aporta, pues, el pensamiento de Husserl como fundamento de la noción de “todo” y la idea de que el todo es más que las partes. Destaca la importancia de la lingüística en la concepción estructural, aspecto que será abordado enseguida, en los apartados 3.6.2. y 3.6.3.

Conviene tener presente que el estructuralismo es un método de comprensión de la realidad; más concretamente, de las realidades humanas que se han constituido socialmente. La estructura no se manifiesta a plena luz del día; es invisible, no se la percibe de manera directa; sin embargo organiza aquello que se presenta a los ojos del observador, a su escucha o a su intelección. La estructura se deduce de lo empíricamente observable; ella “sostiene” u organiza lo que se aprecia en la fenomenología. Por eso, el método estructuralista, en tanto instrumento de análisis, va a la búsqueda de las relaciones latentes que existen entre los elementos de un conjunto; va más allá de las formas de manifestación para dar cuenta de otra realidad, la que no se muestra abiertamente en

los observables empíricos. Esta modalidad de aproximación funda la afinidad entre el estructuralismo, el marxismo y el psicoanálisis.

Algunos estructuralistas denominan *estructuras profundas* a las que estarían “debajo”, “sosteniendo” a las *estructuras superficiales*. Los que adoptaron esta terminología binaria consideraron que también lo observable está estructurado. Se les planteó, entonces, la necesidad de estudiar las relaciones entre ambos niveles.⁴²

3.6.2. El estructuralismo en lingüística

Si se dan por buenas las definiciones y los comentarios recién ofrecidos del vocablo estructura, cabrá agregar como algo que va de suyo, que la investigación de las estructuras del lenguaje llevan tantos siglos como los estudios de las lenguas. Desde que éstas fueron descritas, desde que los gramáticos las desarticulaban como paso previo para enseñar su posible mejor uso, se han puesto de relieve estructuras diversas que dan cuenta de la compleja organización de las lenguas. Qué otra cosa es sino la clasificación de sus unidades más simples en verbos, nombres, artículos, pronombres, preposiciones, etc. y haber introducido un orden en tales categorías y en sus articulaciones. El nombre, por ejemplo, fue dividido en común y propio; el artículo en definido o indefinido; los verbos en regulares o irregulares. Los modos (indicativo, subjuntivo, condicional, imperativo, etc.), los tiempos (presente, futuro imperfecto, pretérito indefinido, etc.) y las personas (primera, segunda, tercera; singulares, plurales) organizan tan exactamente la conjugación regular de los verbos, que determinan que cada forma verbal asuma una –y sólo una– manera de expresión. Estas observaciones, si bien se refieren a aspectos poco sofisticados de la lengua, dejan claro que no fue el estructuralismo del siglo XX el que introdujo la noción de estructura en lingüística; estaba allí desde el comienzo, aunque innominada o tal vez descrita con otro nombre. Podría decirse que ese campo ha sido estructuralista *avant la lettre*. Esto no le resta ningún mérito a Ferdinand de Saussure (Ginebra, 1857-1913), que fue uno de primeros en afirmar explícitamente que la lengua era un sistema de signos, diferenciándose de todos aquellos que la veían como una simple nomenclatura; es decir, como nombres correspondientes a cosas dadas. El suizo revolucionó las investigaciones lingüísticas al añadir la perspectiva sincrónica al tradicional estudio diacrónico de las lenguas. Merece ser considerado el precursor del estructuralismo del siglo XX.

Sus seguidores sustituyeron rápidamente la palabra *sistema*, uno de sus términos privilegiados, por el de *estructura*. Estos discípulos se repartieron por las distintas corrientes de la lingüística generadas después de su muerte; dos fueron las escuelas que más influyeron sobre el estructuralismo francés: la *funcionalista* a la que pertenecieron Trubetzkoy, Jakobson y A. Martinet, y la *glosemática*, dirigida por Hjelmslev. Los que adhirieron a la primera corriente vieron en la lengua un instrumento de comunicación; encararon el estudio de la misma investigando las funciones desempeñadas por los elementos, las clases y los mecanismos que intervienen en ella. No pensaban así los de la segunda escuela, que atribuyeron un rol capital a los aspectos lógico-formales de la misma; L. Hjelmslev y H. J. Uldall fueron los creadores de la glosemática, inventaron una terminología propia, acorde con sus ideas. El primero de ellos fue la cabeza visible del denominado Círculo Lingüístico de Copenhague, cuya presidencia ejerció durante muchos años.

N. S. Trubetzkoy fue el fundador de la moderna fonología; sus contribuciones fueron desarrolladas por algunos miembros de la escuela de Praga, especialmente por R. Jakobson que se instaló en Checoslovaquia entre las dos guerras y acabó emigrando a los EE. UU. Allí trabajó amistad con Lévi-Strauss, a quien transmitió sus propias ideas y las de Trubetzkoy en relación a la lingüística y fonología. Jakobson prestó particular atención a los que denominó *polos metafórico y metonímico* y derivó de ellos las dos modalidades más frecuentes de las afasias.⁴³

3.6.3. La antropología estructural de Claude Lévi-Strauss

En su artículo *El análisis estructural en lingüística y en antropología* (1945)⁴⁴ Lévi-Strauss citó a Marcel Mauss, quien había afirmado veinte años antes que: “la sociología habría avanzado mucho más por cierto, de haber procedido en todos los casos imitando a los lingüistas”.

Lévi-Strauss sostuvo que todas las ciencias sociales -por supuesto, la antropología incluida- debían seguir los pasos de la lingüística. En ese contexto comentó las importantísimas aportaciones de Trubetzkoy, del siguiente modo: “La fonología no puede dejar de cumplir, respecto de las ciencias sociales, el mismo papel que la física nuclear, por ejemplo, ha desempeñado en las ciencias exactas.”

Para el antropólogo francés, las de parentesco y muchas otras relaciones que la antropología estudiaba presentaban las mismas estructuras que los fenómenos lingüísticos; más aún, llegó a afirmar que “el sistema de parentesco es el lenguaje”. Desarrolló ampliamente tales ideas en *Las estructuras elementales del parentesco* (1949).⁴⁵ Los hechos antropológicos son hechos de lengua en tanto están comprendidos dentro del sistema significante / significado, se adaptan a la red de comunicación y de allí reciben su estructura. Por eso mismo pueden ser estudiados desde una perspectiva estructuralista. Centró a la antropología en el estudio de los sistemas de señales y de sus códigos. Para ello utilizó un método análogo al fonológico (Trubetzkoy, Jakobson) y pudo enunciar hipótesis iluminadoras sobre los problemas básicos de dicha disciplina. Al emplearlo, descubrió elementos comunes en muy diversos sistemas de representación y simbolización; se trataba de las invariantes estructurales. De ahí partió un proyecto inicial suyo muy ambicioso: aplicar los principios estructurales de la fonología al estudio de los fenómenos sociales; más aún, al conjunto de las ciencias humanas. Incluso concibió la posibilidad de que la nascente ciencia cibernética pudiera emplearse en tales investigaciones. No dejó de señalar que el pasaje desde la lingüística hacia lo social implicaba un trabajo de aclimatación conceptual. Una de sus ideas que más interesa en este contexto es la siguiente: por el hecho de poseer un lenguaje, toda sociedad humana acaba estableciendo un sistema de prohibiciones, permisiones y prescripciones que intervienen en las alianzas matrimoniales y en las relaciones de parentesco de ellas derivadas. En cierto sentido se apoyó también en la tesis freudiana que sostenía la universalidad de la interdicción del incesto con todos sus correlatos: la prescripción de la exogamia y el establecimiento de leyes simbólicas de intercambio que organizan los modos de circulación en base a las interdicciones establecidas en cada sociedad.

Su conocimiento de la fonología le llevó a postular en el artículo citado anteriormente, las siguientes ideas:

“En el estudio de los problemas de parentesco (y sin duda también en el estudio de otros problemas), el sociólogo se encuentra en una situación formalmente semejante a la del lingüista fonólogo: como los fonemas, los términos de parentesco son elementos de significación; como ellos, adquieren esta significación a condición de integrarse en sistemas; los `sistemas de parentesco`, como los `sistemas fonológicos`, son elaborados por el espíritu en el plano del pensamiento inconsciente; la renuencia, en fin, en regiones del mundo alejadas unas de otras y en sociedades profundamente diferentes, de formas de parentesco, reglas de matrimonio, actitudes semejantes prescritas entre ciertos parientes, etcétera, permite creer que, tanto en uno como en otro caso, los fenómenos observables resultan del juego de leyes generales pero ocultas. El problema se puede formular entonces de la siguiente manera: en `otro orden de realidad` los fenómenos de parentesco son fenómenos `del mismo tipo` que los fenómenos lingüísticos.” (*El análisis estructural en lingüística y antropología; op. cit. p. 3*).

En *Las estructuras elementales del parentesco* (1949) propuso un modelo de circulación regulada de las mujeres entre los clanes análoga a cómo pueden comprenderse los signos en el interior del sistema lingüístico. El propio lenguaje era a su entender quien instituí, ordenaba, representaba y determinaba el cumplimiento de estas leyes; se hacía cargo de las mismas al establecer diferencias netas dentro del conjunto de las mujeres, por ejemplo: entre madre, hermana, esposa, etc. Puso en evidencia la determinación del humano por la función simbólica y definió la cultura como un conjunto de sistemas simbólicos.

Lévi-Strauss insistió, asimismo, en la primacía de la dimensión sincrónica sobre la diacrónica, de ahí que su estructuralismo se haya opuesto al historicismo; lo que habitualmente se llama *historia* de una comunidad fue pensada por él como una peculiar combinación de elementos interdependientes y funcionalmente correlacionados —es la definición misma de estructura— a los que consideraba operativos tanto en el pasado como en el presente. Para él había continuidad de la estructura en el tiempo. Se apoyó en el psicoanálisis para destacar la dimensión inconsciente en los

comportamientos humanos que estudió. Concibió la antropología en el sentido etimológico pleno del término: *ciencia del hombre*.

Es conocida su controversia con la corriente funcionalista predominante en la etnología y antropología norteamericana. Ferrater Mora⁴⁶ inicia un extenso y aclaratorio párrafo sobre el enfoque lévi-straussiano partiendo, justamente de sus discrepancias con Malinowski –jefe de filas del funcionalismo– para quien “se trata de estudiar [las] relaciones entre hechos observables y sacar conclusiones inductivamente. El resultado es una variación al infinito de sociedades humanas, sin que se descubra ninguna estructura o sistema estructural común a todas ellas y sin que ni siquiera puedan descubrirse relaciones estructurales entre diversos sistemas de normas dentro de una misma sociedad. Lévi-Strauss, por el contrario, estima que todas las sociedades funcionan con la misma ‘mentalidad’, es decir, según un mecanismo que está constituido por un conjunto de normas invariables dentro de las cuales pueden descubrirse, tanto a través de la historia como del presente, muy diversos contenidos. Además, y concomitantemente, las diversas ‘manifestaciones’ humanas estudiadas por etnólogos, antropólogos, sociólogos, historiadores, etc. –modos de clasificar objetos, de vestirse o de adornarse, modos de cocinar, relaciones de parentesco, sistemas de intercambio económico, etc. –, se hallan estructuralmente relacionadas. En el fondo se trata de lenguajes para descifrar de los cuales es menester conocer la sintaxis. El estudio de la sintaxis -verbal y no verbal- [...] es lo característico de la antropología estructural y del pensamiento estructuralista de Lévi-Strauss.”

Se lo verá enseguida: las ideas del antropólogo impactaron en Lacan; *FCPL* o *El discurso de Roma* (1953) es la evidencia primera. Lo simbólico inició allí su larga andadura; el inconsciente -dijo- estaba estructurado como un lenguaje. Se trata de una afirmación capital de Lacan y tal vez sea la síntesis más acabada de la conjunción entre el psicoanálisis y el estructuralismo. Se lo verá enseguida.

3.6.4. Lacan y el estructuralismo en psicoanálisis

El concepto de estructura fue para Lacan aquello que ordenaba el conjunto de efectos que la combinatoria pura y simple del significante determina en la realidad donde se produce. La introducción del concepto de estructura en psicoanálisis le permitió asignar un nuevo estatuto al inconsciente y le permitió repensar, desde la perspectiva lingüística y estructural muchas de las categorías psicoanalíticas heredadas de Freud: teoría de los sueños, síntomas, psicopatología de la vida cotidiana, pulsiones, primera y segunda tópica, complejo de Edipo, nosografía clínica, etc. Años más tarde le serviría también para su aproximación a la estructura del sujeto desde la topología.

Lacan utilizó inicialmente el concepto de estructura en un sentido amplio: trataba de pensar con esa categoría teórica el funcionamiento del aparato psíquico y el carácter relacional del sujeto, en tanto no lo concebía aisladamente. Criticaba también la oposición tajante entre lo subjetivo (“individual”) y lo colectivo. El concepto le permitió explorar lo simbólico y postular la estructuración del inconsciente a la manera de un lenguaje.⁴⁷ Así, en el *S III*, al comienzo de la clase del 11/4/56, afirmó:

“La noción de estructura merece de por sí que le prestemos atención. Tal como la hacemos jugar eficazmente en análisis, implica cierto número de coordenadas, y la noción misma de coordenadas forma parte de ella. La estructura es primero un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante.

Dije un *conjunto*, no dije una *totalidad*. En efecto, la noción de estructura es analítica. La estructura siempre se establece mediante la referencia de algo que es coherente a alguna otra cosa, que le es complementaria. Pero la noción de totalidad no interviene si estamos ante una relación cerrada con un correspondiente, cuya estructura es solidaria. Puede haber, por el contrario, una relación abierta, a la que llamaremos de suplementariedad. A quienes se han dedicado a un análisis estructural, siempre les pareció que lo ideal era encontrar lo que ligaba a ambas, la cerrada y la abierta, descubrir del lado de la apertura una circularidad.

Pienso que ya tienen la orientación suficiente para comprender que la noción de estructura es ya en sí misma una manifestación del significado. Lo poco que acabo de indicarles sobre su dinámica, sobre lo que implica, los dirige hacia la noción de significante. Interesarse por la estructura es no poder descuidar el significante. En el análisis estructural encontramos, como en el análisis de la relación entre significante y significado,

relaciones de grupo basadas en conjuntos, abiertos y cerrados, pero que entrañan esencialmente, referencias recíprocas. En el análisis de la relación entre significante y significado aprendimos a acentuar la sincronía y la diacronía y encontramos lo mismo en el análisis estructural. A fin de cuentas, al examinarlas de cerca, la noción de estructura y la de significante se presentan como inseparables. De hecho, cuando analizamos una estructura, se trata siempre, al menos idealmente, del significante. Lo que más nos satisface en un análisis estructural, es lograr despejar al significante de la manera más radical posible.”

En esta cita puede apreciarse que su concepto de estructura estaba unido inextricablemente al significante y que tal ensamblaje es de alcance metódico más que metafísico; los límites asignados a sus componentes son aquellos que propone el observador. Esta articulación con el significante –esencial en su pensamiento– fue un elemento distintivo importante respecto del estructuralismo lévi-straussiano; pero no se trataba de la única diferencia, como se constatará enseguida.

Un texto recientemente publicado, rescata la intervención de Lacan tras una alocución de Claude Lévi-Strauss –*Sobre las relaciones entre la mitología y el ritual*– dictada en la Sociedad francesa de filosofía, el 26 de mayo de 1956, es decir un mes y medio después de la clase en que afirmó lo transcrito en la cita anterior. Vale la pena recordar un trozo extenso de dicha intervención, que fue seguida de una respuesta de Lévi-Strauss⁴⁸:

“Si quisiera caracterizar en qué sentido he sido sostenido y transportado por el discurso de Claude Lévi-Strauss, diría que es en el acento que ha puesto sobre lo que llamaré la función del significante, en el sentido que este término tiene en lingüística, en la medida en que este significante no sólo se distingue por sus leyes, sino que prevalece sobre el significado al que las impone.”

“Claude Lévi-Strauss nos muestra por todas partes dónde la estructura simbólica domina las relaciones sensibles. El nos mostró que las estructuras del parentesco se ordenan según una serie que las posibilidades de la combinatoria explican en última instancia; al punto de que casi todas estas posibilidades se realizan en algún lado, en las estructuras que registramos en el mundo. Es decir que, por una parte, se puede dar cuenta de las que no encontramos debido a algún callejón sin salida al que llevaría su uso, y que, por otra parte, si hay clases posibles que permanecen vacías, uno debe esperar hallar algún día lo que las llene.”

“A fin de cuentas, lo que hace que una estructura sea posible son razones internas al significante; lo que hace que cierta forma de intercambio sea concebible o no lo sea son razones propiamente aritméticas.”

Con el correr del tiempo, Lacan fue suavizando este reconocimiento fervoroso que mostró en aquella ocasión hacia Lévi-Strauss, especialmente notable al comienzo de los párrafos citados; las discrepancias entre ellos se hicieron mayores. Es cierto que el psicoanalista francés acabó elaborando su propia concepción de estructura que le alejó del antropólogo; se inclinó desde una inicial, ligada al significante y a la lingüística, hacia otra, en la que puede percibirse claras influencias de las matemáticas y de la topología, como se tendrá ocasión de apreciar enseguida. Lo simbólico y el carácter algorítmico del significante lacaniano sirvieron de puente en este pasaje. Por entonces pudo explicitar con mayor precisión algo que anteriormente ya estaba implícito: la distancia que le separaba de la concepción *gestáltica* de estructura, muy cercana a la fenomenología, mientras que la suya era más afín a la topología.

Es innegable la presencia del pensamiento estructuralista en la teoría lacaniana, como también lo han sido sus intentos de diferenciarse de esta gran corriente que atravesó todas las disciplinas. Lacan se negaba a ser uno más dentro de ese tornado que atravesó el pensamiento europeo –y mundial– en la post-guerra.

Por otra parte, las especificidades del psicoanálisis, que le diferencian de la antropología, hicieron inevitable el surgimiento de otras discrepancias con Lévi-Strauss. Se reseñarán escuetamente las más importantes. Lacan, cuando comenzó a insistir sobre lo Real y el límite que éste representa para lo simbólico, introdujo inflexiones distintivas en su concepto de estructura. En general los estructuralistas fueron reacios a aceptar esta presencia de lo Real. Por otra parte él se apoyó en Saussure y Jakobson; el antropólogo, además de los nombrados, en Trubetzkoy. Huelga decir que el saber de la lingüística no es el saber de la *lingüística*.⁴⁹ Se ha de tener presente, asimismo, que para el psicoanálisis, el factor temporal es esencial a la estructura, aunque sólo sea por el tiempo que se necesita para el despliegue de la palabra en sesión. La noción de “todo” en el

estructuralismo encontró una contrapartida en el “no-todo” de Lacan: para él siempre existía una falta y ella estaba en el seno mismo de la estructura. Esta idea, clave para el psicoanalista, no encontró ecos en los estructuralismos en boga, en Francia, en la década de los años sesenta. Esta falta era distinta de la casilla vacía nombrada en páginas anteriores, porque remitía a la castración y a la inconsistencia del Otro: $\$(A)$.

Una disparidad: la inclusión del sujeto en la estructura; los estructuralismos de aquel entonces consideraban antinómicos ambos términos. El acoplamiento del $\$$ a la estructura del lenguaje supuso la introducción de una serie de inflexiones *lingüísticas* en las teorías de Saussure y Jakobson.⁵⁰ Se podría decir que lo más original del estructuralismo lacaniano ha sido, justamente, esta inserción del sujeto en la estructura; la cadena significante quedó implicada en esa misma operación. Al final de su obra, la estructura por excelencia pasó a ser el nudo borromeo; esto significó el pasaje desde una estructura con tres registros a los tres registros como estructura; en ella habita el *hablanteser*. De esto se deriva que para Lacan la estructura no es una construcción; en tanto la estructura es la del lenguaje, ella es anterior a todo nuevo recién nacido humano que hablará. Por ser preexistente, es una estructura estructurante; por lo tanto, es causa y tiene efectos.

La expurgación progresiva en la teoría lacaniana de las referencias mitológicas fue otro punto de discrepancia con el antropólogo. En el *S 7* criticó a Lévi- Strauss, -eso sí, en medio de elogios- por no haber percibido que el incesto fundamental era entre madre e hijo y no entre padre e hija; este último fue el único al que se había referido el antropólogo.

“La ley tiene como consecuencia excluir siempre el incesto fundamental, el incesto hijo-madre, que es aquel que Freud enfatiza. [...] El deseo por la madre no podría ser satisfecho puesto que sería el fin, el término, la abolición de todo el mundo de la demanda, que es lo que estructura más profundamente el inconsciente del hombre”. (*S 7*, pp. 84-85). [Introduje algunos ligeros cambios respecto de la versión de la edición Paidós de este seminario, tras cotejarla con el original francés].

En el *S 14* fue más contundente aún; sucedía por entonces la inclusión de la teoría de los conjuntos en el pensamiento de Lacan; esto le distanció drásticamente de la oposición naturaleza/cultura, esencial en la obra cumbre del antropólogo –*Las estructuras elementales del parentesco*– porque reemplazó el binarismo allí imperante por otro, fundado en la pura diferencia. En este distanciamiento se hicieron notar las influencias que ejercieron sobre Lacan las tesis del grupo de matemáticos que se dieron el nombre de Bourbaki, por un lado, y la teoría de los conjuntos, por otro.⁵¹

3.7. La etnología y el psicoanálisis

En los primeros apartados de este capítulo fueron comentadas las influencias que los estudios de Bronislaw Malinowski, Ruth Benedict, Margaret Mead, Williams Rivers y otros antropólogos tuvieron sobre el pensamiento de Lacan hasta comienzos de la década de los años cincuenta. Éstas y las de Durkheim le dieron un aire culturalista y sociológico a sus textos de aquella época.

B. Malinowski (1884-1942) nació y estudió en Cracovia; se trasladó luego a Leipzig y más tarde a Inglaterra, donde se abocó a la investigación de los escritos disponibles –allí y entonces– sobre los aborígenes australianos. Realizó luego estudios de campo en Nueva Guinea. Reconoció la influencia de Durkheim y rechazó el modelo evolucionista de Darwin, sobre el que Freud había basado su ensayo *Tótem y tabú*. Hizo tambalear las construcciones de este texto mediante estudios de grupos sociales diferentes de los occidentales. Fue el primer antropólogo que aplicó algunas ideas de Freud en su propia disciplina y las aplicó a la observación de poblaciones primitivas. Estudió especialmente las etnias de las islas melanesias de Tobriand (Nueva Guinea). Su conocimiento de la lengua de los nativos le permitió trabajar sobre el terreno mediante “encuestas participativas”, que le situaron lejos de los estudios eruditos de biblioteca, carentes de relación directa con observables empíricos, como los de Frazer, por ejemplo. Se le considera el fundador de la moderna escuela funcionalista en antropología. Sus observaciones fueron realizadas en un marco muy peculiar: llevaba a cabo aventuras iniciáticas en las que ponía en juego su propia subjetividad

en los vínculos con los objetos que investigaba. Al estudiar las poblaciones de Tobriand comprobó que la filiación era matrilineal y que allí se desconocían las leyes biológicas que ligan a un hombre con la procreación. Según afirmó en su libro⁵², en esos parajes,

“[...] la descendencia, el parentesco y todas las relaciones sociales siguen la línea materna y [...] las mujeres tienen considerable participación en la vida de la tribu.” (p. 109).

“Los tobianos poseen una institución matrimonial bien establecida, pero ignoran la participación del hombre en la generación de los hijos. Por eso consideran al “padre” según una definición puramente social; es el hombre casado con la madre, que vive con ella en la misma casa y forma parte del hogar. En toda conversación en torno al parentesco, los nativos describían al padre como *Tomakava*, como forastero, un extraño.” (p. 111).

Un personaje importante que ocupa en cierta manera el lugar del padre es un tío perteneciente a la rama materna, que vive fuera del hogar, al que el niño llama *kadagu* (el hermano de mi madre). Los varones y niñas, hijos de un mismo matrimonio, eran separados a partir de la adolescencia, siguiendo uno de los tabúes mejor impuestos entre los melanesios. Por otra parte, estos vástagos mantenían relaciones cordiales con su padre biológico. Según Malinowski⁵³

“El único complejo reconocido por la escuela freudiana y considerado por ella de alcance universal -me refiero al complejo de Edipo-, corresponde esencialmente a nuestro tipo de familia aria, basada en la descendencia patrilineal, en el reconocimiento de la patria potestad desarrollada y amalgamada por el derecho romano y la moral cristiana, acentuada por las condiciones económicas modernas de la burguesía acomodada.” (p. 16).

Como puede apreciarse, el antropólogo cuestionaba la universalidad del “complejo de Edipo esencialmente patriarcal” y al tipo de familia “tal como es conocida en la práctica psicoanalítica”. Fundamentó sus opiniones en las indagaciones que realizó sobre algunas sociedades matriarcales o con sistemas de parentesco alejados de los predominantes en Europa. Las resonancias de estas ideas en el texto lacaniano *LF* (1938) fueron evidentes, tanto como las diferencias que separaban a Malinowski de Robertson Smith, Atkinson y Frazer, que dieron soporte antropológico a las intelecciones de Freud, para que éste pudiera afirmar que el neurótico expresa en el síntoma lo que el primitivo tiene institucionalizado en el tabú.

Conmocionado por sus experiencias lejanas en Nueva Guinea, volvió a Londres, donde fue nombrado profesor; en tanto tal visitó EE. UU., país en el que vivió hasta su muerte. Allí se sumó al debate entre la antropología y el psicoanálisis sobre las tesis freudianas, a las que, dicho sea de paso, él se había acercado con sincero interés, para distanciarse, luego. A las críticas sobre la universalidad del Edipo se sumaron las que dirigió al parricidio originario. No negaba la existencia del conflicto nuclear edípico descrito por Freud; pero decía que este variaba según el tipo de constitución familiar y según las diferentes formas de sociedad.

La reapertura de la antigua polémica entre culturalistas y universalistas ya estaba servida y Malinowski se sumó a ella. Entre los primeros, M. Mead, R. Benedict, R. Linton, A. Kardiner, C. Dubois, criticaron el universalismo de los grandes sistemas de pensamiento surgidos en Occidente. Tiempo después, Lévi-Strauss vendría a situarse claramente entre los segundos; en el terreno psicoanalítico se sumaron a la discusión, en posiciones pro-freudianas, Ernest Jones y Geza Roheim; este último fue un psicoanalista que tuvo una buena formación etnológica.

Los antropólogos y psicoanalistas culturalistas propusieron los conceptos de *pattern* y *personalidad básica*. El primero alude a la forma específica que adopta una cultura para diferenciarse de las otras; cada cultura posee su tipo propio e irreductible de organización familiar y social. R. Benedict fue una de las valedoras del concepto. El segundo fue elaborado por Kardiner, antropólogo y psicoanalista norteamericano, para quien la personalidad de los sujetos singulares era forjada por la influencia de las condiciones económicas y demográficas; cada sistema sociocultural creaba una personalidad básica propia. Consideró al yo como un “precipitado cultural”.

La tendencia culturalista norteamericana en antropología fue más lejos en la vía abierta por Malinowski; pensaron un modelo para el individuo, su familia y el grupo en el cual los conflictos ya no eran inherentes a la naturaleza humana sino atribuibles a las condiciones culturales y al

funcionamiento social. Son los factores económicos o demográficos los que forjan la personalidad de los sujetos; cualquier forma de determinación inconsciente quedaba excluida.

Karen Horney (1885-1952) fue una de las representantes más importantes del psicoanálisis culturalista, junto con Harry Stark Sullivan y Erich Fromm. Nacida en Hamburgo, emigró a EE. UU., donde entró en contacto con los antropólogos culturalistas de su país de acogida. Al igual que la mayor parte de los psicoanalistas y psicoterapeutas de esta corriente, dentro de la cual puede incluirse también –aunque con diferencias– a W. Reich y Frieda Fromm-Reichmann, se alejó de los conceptos freudianos de inconsciente y de sexualidad. Insistió, junto con sus colegas, que lo colectivo condicionaba y modelaba lo individual, desconectando a las instituciones sociales de cualquier referencia al inconsciente. Criticó la mayor parte de los postulados freudianos; empezando por la primera y segunda tópica, la teoría de las pulsiones y más acerbamente aún sus propuestas sobre la diferencia de los sexos – “obra del genio masculino”, según Horney–. Se abocó a fundamentar la psicología femenina basada en una identidad propia, en ruptura con la noción de universalismo relativo al género humano. La sociedad masculina, afirmó, reprime la envidia de maternidad de los hombres.

También sustituyó el antagonismo necesidades-exigencias sociales por un conflicto entre reglas y modelos sociales contradictorios. La socialización de un sujeto quedó desconectada de la represión y la sublimación, mecanismos propuestos por Freud; ésta se lograba mediante la *aculturación*, una suerte de adaptación del neurótico a las normas propias de su ambiente. También en estas cuestiones lo inconsciente y lo pulsional brillaban por su ausencia. Los trabajos de los miembros de esta corriente, más o menos coincidentes en los puntos básicos recién reseñados, se difundieron especialmente por Europa y América del sur.

Levi-Strauss se mostró crítico con ellos, tal como se señaló en ocasiones anteriores. El orden y la función simbólica permitieron –salvando las diferencias que supone la aplicación a diferentes campos– la convergencia entre una etnología de nuevo tipo, la antropología estructural y el psicoanálisis. Así lo testimonian los trabajos de Marie-Cécile y Edmond Ortigues quienes sostuvieron que la cuestión del padre se planteaba en África con la misma constancia que en Europa, tanto en las poblaciones matrilineales como patrilineales. Se mostraron contrarios a la idea de que el complejo de Edipo variara en función de las sociedades. Para los africanos, el orden simbólico incluye también un significante tercero; pero, entre ellos, las figuras de los antepasados cumplen una función especialmente importante: mediatizan el movimiento que va de lo real a lo imaginario.

3.8. Mitología y religión: Lacan sin Freud

El título de este apartado pretende mostrar de entrada las diferencias notables que hubo entre ambos respecto de estas cuestiones. Las disparidades se debieron a las diferentes líneas de fuerza de las dos teorías: el genio propio de cada una hizo que sus relaciones con la mitología y los estudios sobre la religión hayan sido disímiles: Lacan, a diferencia de Freud, expulsó los mitos de su teoría y planteó, haciendo uso de su tópica *RSI*, que la religión tenía su existencia asegurada en tanto dadora de sentido a lo real.⁵⁴ A continuación se desarrollarán tales ideas.

3.8.1. Psicoanálisis y mitología

Las alusiones mitológicas han sido constantes en los textos de Freud.⁵⁵ En el capítulo 6 de la primera parte se consideró extensamente el rol que los mitos cumplían en su teoría; resumidamente puede decirse que:

- El argumento de los mitos funcionó como punto de partida para la creación y desarrollo de conceptos psicoanalíticos importantes: narcisismo, complejo de Edipo, padre muerto, fantasmas originarios, pulsiones⁵⁶, Eros, Tánatos, etc.
- Los utilizó para ampliar o ilustrar aspectos puntuales de su teoría.

- Funcionaron como testimonio de las relaciones imperantes en otras épocas, cosa que le permitió a Freud sostener la ecuación primitivo = niño = neurosis.
- Los empleó para corroborar indirectamente sus conclusiones teóricas.
- Le sirvieron para la reconstrucción de lo arcaico y para teorizar sobre los orígenes de instancias psíquicas, afectos, instituciones sociales, etc.
- Fueron usados como argumentos persuasivos: “[...] la mitología le infundirá ánimo para creer en el psicoanálisis”, le dijo Freud a su interlocutor imaginario en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926), p. 198.

Cierta filia por lo arcaico y lo originario –véase al respecto la nota final nº 6 de I, 5. – explica la afinidad del vienés por los mitos que, como es sabido, se los ha utilizado para crear versiones de lo primigenio, de lo remoto, de las supuestas causas primeras y de los orígenes, ya sea de la vida, de la humanidad o del sujeto. En ese mismo capítulo –I, 5.5.; I, 5.6.; I, 5.7. – se subrayó la presencia significativa de la mitología en la TIF: mito del asesinato del Padre de la horda primitiva; mito de Edipo y de Narciso.

Muy otra ha sido la relación de Lacan con los mitos; si bien no faltaron referencias ni alusiones a los mismos en sus escritos, seminarios, conferencias o entrevistas –especialmente en la primer época de su enseñanza–, éstos no tuvieron la significación ni el alcance teórico que les atribuyó el vienés. En una conferencia dada en 1953 en el Colegio filosófico Jean Wahl, bajo el título *El mito individual del neurótico*, se refirió al tema pero desde una perspectiva distinta a la de Freud: se mostró interesado en el análisis estructural del mismo mito, construcción simbólica capaz de expresar una verdad del sujeto bajo la forma de una construcción mítica.

La influencia del pensamiento estructuralista le alejó del historicismo y del empeño por desvelar los orígenes. Igualmente, el uso sistemático de una concepción temporal psicoanalítica basada en la retroacción iba en contra de esa búsqueda; el *après-coup* hace innecesario e improductivo remontarse a los orígenes; el punto de partida se redefine constantemente; el origen no está confinado en los comienzos. La concepción del tiempo fundada en la retroacción es uno de los componentes fundamentales de la TIL –véase III, 2.5.5. i III, 7.8. – y, más ampliamente, de la teoría lacaniana en su conjunto. Aplicada, por ejemplo, a articuladores teóricos como transferencia, inconsciente, regresión, identificación, repetición, etc., permitió una renovación conceptual de los mismos.⁵⁷ Así, por ejemplo, en el contexto de la TIL, la reorganización de las inscripciones identificatorias anteriores por parte de las subsiguientes, ayudó a concebir de manera distinta la estructuración subjetiva. Rompió con el modelo de las capas psíquicas superpuestas según antigüedad y con la consigna kleiniana de cuánto más arcaico el fallo, más patógeno. Por las mismas razones, restó importancia –aunque sin revocarla totalmente– a la determinación infantil de la neurosis.

Se entiende, entonces, porqué se propuso expurgar los mitos de su teoría. Consideraba que éstos fomentaban lo imaginario y que no tenían capacidad alguna para dar consistencia a los conceptos psicoanalíticos. Además, la teoría del significante va a contracorriente de lo histórico-mitológico: lo que se escucha son efectos actuales del significante. Por último, en tanto el mito es una fábula dramática heredada culturalmente, está alejada de los efectos singulares del inconsciente de un sujeto concreto.

3.8.2. Psicoanálisis y religión

La religión puede ser entendida como un conjunto de creencias, ritos, reglas, contenidos proposicionales y especulaciones expuestas habitualmente mediante un lenguaje especial. Configura en cierto modo un discurso específico que además de su cuerpo doctrinario implica prácticas concretas.

La etimología del término⁵⁸ remite al vocablo latino *religio*, -onis, relacionado con *religatio*, que es la sustantivación del verbo *religare* que significa religar, vincular, atar, ligar, unir, reunir. Pero también remite a *religiosus* y *religens*: escrupulo, delicadeza. La primera línea indica que lo esencial de la religión está en el vínculo establecido con Dios y en la subordinación a él: ser religioso es estar religado a una divinidad. En esta vertiente se acentuaba la gran dependencia del hombre con respecto

del Supremo; *religatio* incluía también al tipo particular de lazos establecidos entre los individuos que cumplieran con sus prácticas religiosas. En la segunda perspectiva, ser religioso equivalía a ser escrupuloso, cuidadoso y delicado en el cumplimiento de los deberes del ciudadano; entre ellos, el culto a los dioses del Estado-Ciudad; esta acepción acentúa las motivaciones ético-jurídicas.

Interesa subrayar ambos horizontes ya que en términos amplios, se podría afirmar que mientras Freud se interesó básicamente por la primera vertiente, Lacan privilegió la segunda. La historia reconoce respecto de estas dos interpretaciones de *religio* un par de tendencias extremas e infinidad de combinaciones intermedias: en un polo estaría la absorción de lo ético en lo religioso –el pensamiento de S. Kierkegaard sería un ejemplo–; en el opuesto, la integración de lo religioso en lo ético, cuenta a E. Renan entre sus cultores.

La religión fue objeto de estudio permanente por parte de filósofos e historiadores; los psicoanalistas, en cambio, se acercaron de manera ocasional y lo hicieron desde una perspectiva diferente y específica. Los estudios de los primeros pusieron en evidencia –una y otra vez– que todas las doctrinas religiosas generaban sus sistemas de ideas y sus propias exégesis con el fin de otorgarles fundamento y credibilidad. De ahí que una revisión histórica de cada una muestre la presencia infaltable de profetas, exegetas, fieles, herejes y apóstatas. Los estudiosos de las religiones, tras un análisis detallado de los documentos existentes, establecieron las características generales de todas ellas, evaluaron sus propuestas doctrinarias y los ritos para, finalmente, realizar estudios comparativos de las mismas. Muy distintas fueron las aproximaciones llevadas a cabo por psicoanalistas, dado que sus focos de estudio y objetivos diferían del de los filósofos e historiadores.

Freud, por ejemplo, se interesó especialmente por los motivos conscientes e inconscientes que llevaban al ser humano a adherir a tales creencias; indagó también sobre las funciones que estas cumplen tanto para el sujeto singular como para la sociedad. Se propuso estudiar las etapas preliminares e iniciales –orígenes de los orígenes– de las religiones y los sistemas de creencias. Estudió la Iglesia como uno de los fenómenos de masas más característicos. Para él, los sentimientos religiosos surgían sobre el fondo de una marcada dependencia infantil –ligada en última instancia al desamparo originario– que fomentaba la nostalgia de un padre protector. El empuje a crear y creer en un ser todopoderoso –para luego venerarlo– encuentra en esa situación subjetiva una causa potente.⁵⁹ Freud, en consonancia con la filosofía de la Ilustración, consideró que los seres humanos debían asumir el pacto social, pero creyó firmemente que eso podía hacerse sin la necesidad de pagar el peaje que imponía la religión: quedar fijado a la infancia.

Lacan abordó este mismo asunto desde otras perspectivas e introdujo inflexiones sugerentes al formular sus apreciaciones en base a la tópica RSI. Sus aportes más originales están en las relaciones que estableció entre la religión y lo real y sus esfuerzos por alejar al psicoanálisis tanto del discurso médico como del religioso. En ese camino propuso una ética propiamente psicoanalítica. Temas como la Ley, el pecado, el crimen, el castigo, la responsabilidad, la culpa, etc., han tenido presencia permanente en sus seminarios y *Escritos*. Se refirió a casi todas las religiones, a sus principales pensadores y a los santos que dejaron improntas importantes en la literatura y filosofía. Creyentes de todas las confesiones, ex seminaristas y sacerdotes asistieron regularmente a sus clases.

Más allá de las diferencias personales con Freud y de las inscripciones de ambos en tradiciones distintas –el vienés perteneció a una familia judía, fue introducido en el estudio de la Biblia y demás textos sagrados hebreos; Lacan, nació en una familia católica practicante y estudió en su juventud con los hermanos maristas– ambos declararon expresamente su no adhesión a confesión religiosa alguna.⁶⁰ Pero hubo otras disimilitudes: Freud, adhirió a la Ilustración y pensó que la religión desaparecería con el desarrollo y difusión de las ideas científicas. Lo sostuvo explícitamente en *El porvenir de una ilusión* (1927); pp. 38 y 53. Lacan pensaba lo contrario a tenor de lo que sostuvo en la conferencia de prensa de Roma recién mencionada; según él, la única religión verdadera, la romana, la cristiana, tendría un gran futuro en tanto le sobran recursos para dedicarse con todas sus energías a dar sentido a la intrusión de lo real. Ella acabará encontrando una correspondencia de todo con todo. Ésa es su función [*Le triomphe de la religion* (TR), pp. 80-82]. Luego afirmó taxativamente:

“A fuerza de ahogar en el sentido, en el sentido religioso, entendámoslo bien, se llegará a reprimir ese síntoma [que es el psicoanálisis]”. (TR, p. 82). Las versiones castellanas de ésta y las siguientes citas de TR (2005) son mías.

Consideró que las cuestiones éticas no se podían dejar únicamente en manos de la religión; cuestionó, al igual que Freud, la ética basada en el amor al prójimo; criticó los principios éticos kantianos del bien soberano; estudió las relaciones entre el deseo, la Ley y la culpa; diferenció moral de ética y elaboró una ética propia del psicoanálisis: la del deseo, la del bien decir. Las coincidencias con el vienés se dieron especialmente en los aspectos simbólicos e imaginarios de las religiones; en cambio la referencia a lo Real dentro de esta cuestión no tuvo antecedentes en la obra de Freud. Lacan consideró a las instituciones religiosas como maestras en el uso de los símbolos, del lenguaje y de las imágenes piadosas; subrayó el poder inmenso que les otorgaba el saber activar y manejar las emociones más recónditas de los seres humanos. Las instituciones religiosas, sus preceptos y los efectos fascinantes de las imágenes religiosas estuvieron presentes en muchos de sus textos; igualmente los sistemas morales y punitivos que ellas establecieron. Los principales monoteísmos y sus correspondientes textos sagrados fueron aludidos con frecuencia en los seminarios. Consideró que las llamadas “concepciones sobre el hombre” –la religiosa entre ellas– eran remedios que se ensayaban contra la angustia (*TR*, p. 70); tal vez se trate del calmante más antiguo y difundido ya que la religión forma parte de la herencia cultural de la mayoría de las personas, desde hace muchísimos siglos; además, en tanto cada ser humano está marcado por el desamparo originario, tenderá a recurrir a ella. Las instituciones religiosas facilitan este acercamiento en tanto buscan aumentar sus feligreses; Lacan les auguraba una larga vida.

Siempre que pudo señaló las diferencias entre el psicoanálisis y la religión, descartó cualquier aproximación posible entre ambos; no hay nada de confesión en las sesiones, afirmó; asociar libremente es distinto de confesar los pecados; no se va al análisis a descargar las culpas sino para asumir con *responsabilidad* los actos propios –los realizados y los omitidos–; incluso, aquellos que son determinados por el inconsciente. Insistió en que el psicoanálisis se ocupaba de lo real; de eso que no marcha, de eso que cojea, que anda mal (*TR*, p. 76) y en relación a esta cuestión, afirmó:

“[...] la religión está hecha para eso, para curar a los hombres, es decir, para que ellos no se den cuenta de aquello que no marcha” [lo real]. (*TR*, p. 87)

“Los seres humanos demandan sólo eso: que las luces sean temperadas. La luz en sí es absolutamente insoportable.” (*TR*, p. 90).

Lacan consideraba que tanto el deseo como la culpa estaban inscritos en lo inconsciente y que si bien Freud achacó a la moralidad sexual reinante la neurosis en la civilización moderna, no pretendió dar una solución a ese asunto en lo general, mediante un mejor manejo de esa moralidad; en todo caso, podrían obtenerse resoluciones personales de estos asuntos. No fue tan optimista como Freud:

“[La religión] no triunfará solamente sobre el psicoanálisis; triunfará sobre muchas otras cosas. Ni siquiera se puede imaginar el poder de la religión. He hablado hace un instante de lo real. Lo real, por poco que la ciencia ponga de lo suyo, se extenderá y la religión tendrá allí más razones aún para pacificar los corazones. [...] La religión, sobre todo la verdadera, tiene recursos inimaginables. Basta observar cómo se mueve (o cómo está en ebullición). Es absolutamente fabuloso. Le han dedicado tiempo, pero comprendieron de golpe cual era su oportunidad con la ciencia. Será necesario que dé sentido a todos los sacudimientos que la ciencia introducirá. Y de eso, dar sentido, ellos conocen un montón. Son capaces de dar sentido a cualquier cosa. Un sentido a la vida humana, por ejemplo. Se han formado para eso. Desde el comienzo, todo lo que es religión consiste en dar sentido a cosas que en otras épocas eran naturales. Y no es porque las cosas devendrán menos naturales gracias a lo real que se cesará de secretar sentido. Y la religión dará sentido incluso a las experiencias más curiosas”. [(*TR*, p. 79). Lo que está entre paréntesis es otra versión posible, en castellano, del original *comme elle grouille*].

3.9. Las identificaciones en el período 1936-1953

Durante este lapso hubo un amplísimo despliegue conceptual en torno a las identificaciones imaginarias, fundamentadas en una teoría del narcisismo propia, diferente en muchos aspectos de la de Freud. Esta modalidad identificatoria persistió hasta el final de su obra, tras recibir múltiples inflexiones. Su carácter fundador del yo y del registro imaginario permitió a las identificaciones

imaginarias y al registro homónimo encontrar un encaje interesante en lo que dio en llamarse la tópica lacaniana: real, simbólico, imaginario. Una vez que ella fue establecida, no hubo un sólo seminario en que Lacan dejara de añadir nuevas consideraciones sobre dicha triada.

La profusión de alocuciones y escritos sobre las identificaciones imaginarias contrasta con la escasez de ideas y materiales preparatorios relacionados con la futura identificación simbólica. Poco y nada produjo durante ese periodo al respecto. Esto es muy llamativo, especialmente si se considera que tuvo al alcance de su mano la segunda teoría identificatoria freudiana –la llamada estructural– a la que el psicoanalista francés había adherido de hecho.

Se sabe que a partir de 1920 Freud comenzó a pensar que el aparato psíquico de cada sujeto se estructuraba mediante identificaciones. A diferencia de su primera teoría identificatoria –la funcional–, en la segunda aumentó la importancia de los padres en la estructuración del aparato psíquico del niño/a. Sin embargo, el epicentro del movimiento que hacía propio los rasgos de otros no estaba situado en el entorno objetal; éste no quedó definido como el determinante fundamental de la identificación. Su función estaba restringida a ofrecer rasgos para satisfacer la sed identificatoria del sujeto en vías de constitución. Freud, con su segunda teoría sobre la identificación, llegó hasta ese punto; sus limitaciones se debieron a que siguió considerando a las pulsiones del niño o niña como los elementos activos del mecanismo identificatorio; el epicentro del mismo no eran los otros sino las pulsiones del propio infante. El entorno objetal –madre, padre, hermanos, abuelos, tíos, etc. – ofertaba inconscientemente rasgos; los fantasmas incorporativos del niño/a, ligados a la pulsión, por un lado y los mecanismos introyectivos, por otro, realizaban lo más importante: capturaban los rasgos psíquicos de los miembros de la familia, los internalizaban y una vez inscritos se convertían en elementos estables de la psique. Aunque de manera lacónica acaban de exponerse las ideas nodales de la identificación estructurante freudianamente concebida; nada en estas frases trasluce la existencia de una inducción psíquica activa por parte de los padres.⁶¹ Hasta aquí Freud... “y su revolución inacabada”, al decir de Jean Laplanche.

Aún con las limitaciones señaladas, esta herencia freudiana era valiosa. A Lacan le hubiera bastado con extender a las otras variantes de identificación lo que ya había hecho con las imaginarias: situar *en el otro* la capacidad identificante. En términos diferentes, invertir el sentido del movimiento identificatorio: desde el otro al protosujeto. El equivalente a lo que hizo con las identificaciones especulares –atribuir el potencial identificante a la imagen del otro– hubiera sido situar al inconsciente parental como punto de partida del implante de rasgos.

A tales efectos no le era imprescindible contar con una teoría del significante, que todavía estaba en espera de ser construida a partir de las importaciones lingüísticas; le bastaba simplemente con la noción menos compleja de rasgo único –derivado del *einzigster Zug* de Freud–. Era suficiente dotar de poder identificante a la fuente de dichos trazos –el inconsciente de los padres–, restándoselo a la pulsión y al afán incorporativo - introyectivo del *infans*. Y eso no era difícil entonces teniendo en cuenta que ya había huido del biologismo, del filo y endogenetismo y de la afinidad por la mitología que Freud había mostrado.

Este panorama recién descrito, impone algunas preguntas: ¿porqué Lacan no dio *entonces* ese paso? ¿Porque no extendió lo que ya había llevado a cabo con las imaginarias a las secundarias edípicas, por ejemplo, claro antecedente freudiano de su futura identificación simbólica? ¿Por qué hubo que esperar dos décadas para ese avance crucial dentro de la TIL? En los próximos párrafos se señalarán algunos factores que pueden dar cuenta de tales interrogantes. En todo caso, ninguna de las posibles causas que se señalarán a continuación actuó de manera aislada; debería entenderse como un complejo sobredeterminado.

— Ya se comentó que hasta 1950 Lacan no era (aún) freudiano. Incluso se podría elevar la potencia de esa afirmación diciendo que no sólo no lo era sino que, probablemente, no lo quería ser. Lo que se quiere subrayar con esta afirmación –que tiene en cuenta la evolución ulterior de su pensamiento– es que hasta 1950 parecía empeñado en ir a contracorriente de Freud. Más que estar buscando un camino propio quería diferenciarse o distanciarse de las ideas del vienés; tal vez, también, corregir lo que para él eran concepciones erróneas.

- Es cierto, también, que ciertas apoyaturas sociológicas y antropológicas que Lacan utilizó entre 1936-1953 le extraviaron del camino que conducía a los factores inconscientes en la trasmisión psíquica de una generación a otra. Debido a ello, el derrotero que desembocó en la creación de las identificaciones simbólicas fue más tortuoso; no encontró con facilidad el atajo que tenía tan cercano. Necesitó otras balizas y señales. Si Freud quedó atenazado en esta cuestión por el privilegio que había otorgado a la pulsión en su teoría de la identificación, Lacan, en la era pre-estructuralista, se vio limitado por la jerarquía que dio a los factores sociales y al relativismo cultural del Edipo, en la estructuración subjetiva.
- Se ha visto en páginas anteriores su crítica severa al mito del parricidio originario y a muchas de las tesis de *Tótem y tabú*. Si bien es cierto que ese texto no tuvo un sólido fundamento etnológico ni antropológico, no es menos verdadero que Freud jamás se propuso como objetivo –ni siquiera secundario– un estudio de esa naturaleza. Lo dijo taxativamente en la introducción de ese ensayo: su punto de partida fue la clínica y lo que ella le mostró. Tales hallazgos fueron los que le movieron a postular algunas hipótesis de carácter histórico sobre el surgimiento de los sistemas de prohibiciones y permisiones en las sociedades primitivas. También incitaron sus reconstrucciones del nacimiento de la cultura y sus instituciones: el derecho, la ética y la protoreligión. En el periodo que se está comentando Lacan adhirió a las críticas –seguramente acertadas– que desde la antropología y las corrientes culturalistas le dirigieron a dicho texto freudiano. Sin embargo, esos juicios no invalidaron el valor psicoanalítico de ese ensayo.
- En diversos apartados anteriores del presente capítulo se apuntaron las diferencias con Freud; éstas no fueron sólo respecto de *Tótem y tabú* ni del mito del parricidio originario. Las hubieron también en relación a otros conceptos básicos: complejo de Edipo, narcisismo, superyó, nostalgia del padre, etc. Todas estas cuestiones se conectan con la identificación. Resulta claro, por ejemplo, que su oposición al mito del asesinato del padre de la horda primitiva, conllevó un rechazo de todo aquello que estaba implícitamente relacionado con la identificación primaria y con el complejo paterno en Freud; componentes todos ellos que más tarde se revelaron como singularmente importantes en su futura identificación simbólica. Lo mismo puede decirse de su cuestionamiento del padre como sostén de la Ley y la promoción de la madre a la categoría de represora fundamental.⁶²
- Como otro elemento en la comentada sobredeterminación, cabe agregar la añoranza de un padre fuerte –que debe entenderse como un correlato de haber hecho suya la tesis durkheimiana sobre la declinación de la *imago* paterna–. Esta tesis, desmentida por las investigaciones posteriores, instauró la exigencia de una *imago* distinta a la de un “padre humillado”, débil, cuya pérdida de poder le hacía incapaz de transmitir la Ley. Cuando años más tarde el acento recayó en la capacidad simbólica y metaforizante de la función paterna, la nostalgia de un padre socialmente fuerte se deshizo. Ya no hacía falta la fuerza de su poder sino *poder transmitir con fuerza la falta*. Desde entonces, el camino hacia la identificación simbólica quedó expedito.
- Otro factor: apuntarse a las tesis de la decadencia de la institución familiar y la pérdida del poder del padre le llevó a considerar que en la familia conyugal las identificaciones eran necesariamente deficitarias, pobres, como consecuencia de un entorno familiar y social perturbado, anómalo, patológico. Este planteamiento, en principio seductor, pierde rápidamente su consistencia si se piensa que ni los síntomas sociales, ni la anomia, ni la miseria simbólica, llevan obligada y linealmente a un déficit de inscripciones inconscientes. En todo caso, éstas presentarán cualidades peculiares que podrán –o no– implantarse posteriormente en la psique del candidato a sujeto, siempre y cuando estén inscriptas en el inconsciente de los padres. Desde la lógica inconsciente –a diferencia de un planteamiento sociológico con barniz psicoanalítico– no hay *sensu strictu* pobreza identificatoria; puede haber, sí, identificaciones con rasgos más o menos patológicos de los padres, que éstos han hecho suyos, con anterioridad, en sus propios procesos estructurantes. Como puede apreciarse, no se trata de una determinación directa por parte de los factores sociales, tesis a la que Lacan adhirió durante el periodo 1936-1950, pero luego abandonó. El que años más tarde sería su caballito de batalla, por entonces, no había nacido. Estaba demasiado entretenido con la crítica a la universalidad del Edipo postulada por Freud.

Tal vez la combinatoria de los factores recién reseñados explica –se trata de una hipótesis– que durante el lapso 1936-1953 no se produjeran los antecedentes de las identificaciones simbólicas. Como se sabe, éstas están íntimamente relacionadas con lo inconsciente, el significante y el rasgo unario. A partir de 1950, los aportes del estructuralismo y la lingüística le condujeron, entre otras cosas, al significante y al rasgo unario, concepto de cuño propio y elemento clave en la TIL. Las características del significante–ser soporte de la diferencia; ser lo que los otros no son– le vino estupendamente a Lacan para resolver la paradoja que late en toda identificación en la que el inconsciente está en juego: conjugar la semejanza y la diferencia con el objeto de identificación. El Otro –y no la pulsión, como en Freud– devendría el motor de la identificación.

Se finalizará el capítulo mencionando otra gran paradoja: las ideas de Lévi-Strauss y Saussure prepararon –en muchos sentidos– el *retorno a Freud* de Lacan. Antes de 1950 Freud, el cercano, era en muchos aspectos insondable para el psicoanalista francés. Para acceder a lo más original del pensamiento del vienés requirió la mediación de *otros* pensamientos. Recién entonces se le hizo asequible lo que con anterioridad no había percibido: el yacimiento de ideas freudianas aún por explotar. La antropología estructural y la lingüística le proporcionaron, sin duda, las herramientas importantes. Tal vez siempre sea necesaria una mirada extranjera a lo demasiado próximo...

3.10. Resumen del capítulo

Después de señalar los vínculos estrechos entre las ciencias sociales y la TIL se afirmó la existencia de un solapamiento significativo de sus objetos de estudio, constatable en las siguientes tesis, cuyo desarrollado constituyó lo esencial del contenido de este capítulo:

- Lo psíquico es lo social subjetivado, con la mediación de lo inconsciente parental.
- El surgimiento de lo psíquico en el recién nacido humano está determinado por el psiquismo de aquellos que conforman el entorno familiar y social del neonato.
- La identificación –transmisora intergeneracional inconsciente de la vida psíquica– es un concepto límite entre lo psíquico y lo social.
- Otro y otro, fuentes de rasgos unarios e imágenes identificantes según Lacan, son constitutivos de lo social; ambos términos aluden a sendas alteridades con las que el sujeto establece relaciones sociales.

Con ese telón de fondo se encararon las importaciones que Lacan realizó desde las ciencias sociales al psicoanálisis; se hizo especial hincapié en las provenientes de la sociología, antropología, estructuralismo, lingüística, etnología, mitología y ciencia de las religiones.

Luego se recordaron las tesis de Freud sobre la presencia de lo inconsciente en todos los campos de la cultura y los aportes de los analistas de la primera generación –Abraham, Roheim, Rado, Ferenczi, Rank– que, siguiendo su huella, enlazaron el estudio de lo individual, lo grupal, lo social y la historia de la humanidad a la luz de los conceptos del vienés.

Lacan retomó a su manera estas relaciones del psicoanálisis con lo social y con las ciencias que de ello se ocupan. Recalcó la necesidad de ir más allá de la intencionalidad conciente y yoica en el estudio de los lazos sociales. Entre las influencias que recibió merecen nombrarse las de Durkheim, Mauss, Lévi-Strauss, Jakobson, Benveniste, Trubetzky, Martinet, Rivers, Malinowski, Mead y Benedict.

Del conjunto de importaciones conceptuales que Lacan llevó a cabo desde las ciencias sociales, en este capítulo se trataron sólo las relacionadas con la TIL. Se expusieron inicialmente las A+T que llevó a cabo entre 1936 y 1950 desde la sociología francesa y la antropología funcionalista. Durante este periodo elaboró sus tesis sobre la identificación imaginaria que fueron expuestas ampliamente en *EE*, *AP* y *LF*. Al comentar estos textos se subrayó que ya desde los primeros momentos de su producción Lacan se erigió, en el debate ambientalismo – endogenetismo, en un ferviente defensor del primer enfoque.

El estudio detallado de estos primeros textos permitió apreciar el influjo que tuvo sobre Lacan la sociología francesa –especialmente Durkheim– y la corriente antropológica funcionalista. A consecuencia de esas apoyaturas privilegió los condicionantes sociales y la imagen del semejante en la estructuración psíquica. Las teorías sobre las que se reclinó le dificultaron centrarse –como lo haría más tarde– en el inconsciente parental como fuente de los rasgos identificatorios. Lo más propio de su pensamiento psicoanalítico no había alcanzado aún cotas altas; las tesis sociológicas y el relativismo cultural en que se basó le llevaron por otros derroteros. Manifestó, sí, una adhesión general a la segunda teoría identificatoria de Freud –la estructural– y un rechazo de los factores biológicos en el estudio de la familia, que se expresó en el privilegio otorgado a las instancias sociales sobre las naturales e instintivas. Refirió también las consecuencias que tenía la presencia de lo imaginario en las relaciones sociales (*EE* y *AP*). Estas formulaciones estuvieron basadas en una teoría sobre el narcisismo que difería sustancialmente de la freudiana. La especularidad y el transitivismo –aspectos microscópicos de lo social– carecían por entonces de las articulaciones con lo simbólico y lo real; éstas tardarían unos lustros en llegar. Sin embargo, su teoría del yo estaba ya alejada de cualquier filosofía derivada del *cogito* y más cerca, en cambio, de Hegel (dialéctica del amo y del esclavo).

Se comentó también que esta influencia duró unos quince años; a comienzos de la década de los años cincuenta se produjo un vuelco teórico en la obra lacaniana, producto de su aproximación al pensamiento antropológico de Lévi-Strauss y a la lingüística de Saussure. La existencia de esta ruptura intrateórica impuso hacer un inciso en este capítulo en que se expusieron las definiciones del concepto de estructura y los rasgos más conspicuos del estructuralismo de Lévi-Strauss, como paso previo al estudio de la presencia de esta corriente del pensamiento en la obra de Lacan.

Se apuntó que una de las consecuencias de este viraje fue el abandono de las tesis sociológicas de Durkheim y las de la antropología culturalista. Aparecieron las categorías RSI, Otro y otro; el significante y lo simbólico ocuparon el centro de la escena. A estas primeras elaboraciones se sumaron otras, con las que acometió una amplísima reformulación de todos los conceptos metapsicológicos freudianos en base a importaciones desde la lingüística. Surgió aquello de “el inconsciente está *estructurado* como un lenguaje”. Las relaciones del sujeto con el Otro y el otro devinieron esenciales. Su producción adquirió un sesgo distinto; a partir de 1953, la importancia que otorgó a lo simbólico y a las estructuras lingüísticas le llevó a concebir de otra manera los lazos de parentesco, el narcisismo, el complejo de Edipo y las identificaciones. Estas nuevas ideas cuestionaron –de hecho– buena parte de las que había expuesto en *LF* (1938) y en *FPC* (1950), textos en los que marcó distancias con Freud.

Las elaboraciones sobre el orden simbólico, el lenguaje, sus leyes y el significante pasaron a ocupar el centro de la escena. Concibió al recién nacido humano como un candidato a *hablanteser*; le veía sometido desde el nacimiento mismo a los efectos de la palabra y de los símbolos. Poco tiempo después el padre fue elevado a la categoría de función y lograba su lugar cumbre tras pasar por la prueba de la muerte: su conversión en significante-del-Nombre-del-Padre. El *Discurso de Roma* es muy revelador del cambio de Lacan respecto al complejo paterno: su función ya no dependía ni de su poder personal ni del grupo en el que podía ejercer su liderazgo. Se trataba de otra cuestión: de su fuerza simbólica; de su capacidad, en tanto significante, para metaforizar al deseo de la madre. Función simbólica por excelencia, que conllevaba un cambio de acento radical: desde el valor social del padre (1936-1950) al valor simbólico de su nombre (1953 en adelante). El concepto de *estructuras* clínicas –neurosis, psicosis, perversiones– no tardaría en aparecer.

La presencia del pensamiento estructuralista es incuestionable en la teoría del psicoanalista francés, pese a su negativa de identificarse en tanto tal. Lacan se negaba a ser uno más dentro de ese tornado que atravesó el pensamiento europeo –y mundial– en la post-guerra. Las especificidades del psicoanálisis respecto de la antropología y la lingüística hicieron inevitables las diferencias con Lévi-Strauss y Saussure; de ahí, también, que acabase elaborando una teoría propia sobre la(s) estructura(s). A estas diferencias se dedicó especial atención en este capítulo; se las resume a continuación:

- Desde una concepción inicial de la estructura ligada al significante y a la lingüística viró hacia otra, de carácter topológico, lógico y matemático. Lo simbólico y el carácter algorítmico del significante lacaniano sirvieron de puente para este pasaje.
- Por entonces –años sesenta– pudo explicitar con precisión algo que era tácito: la distancia que le separaba de la concepción *gestáltica* de estructura, muy cercana a la fenomenología. La suya era afín a la topología.
- Incluyó al sujeto en la estructura, a diferencia de los estructuralismos en boga que consideraban antinómicos ambos términos. Este aspecto ha sido el más innovador de Lacan. La cadena significante quedó implicada en dicha operación; el primer paso en ese itinerario fue el acoplamiento del *esebarrado* a la estructura del lenguaje, cosa que supuso la introducción de una serie de inflexiones *lingüísticas* en las teorías de Saussure y Jakobson.
- Al final de su obra, la estructura por excelencia pasó a ser el nudo borromeo; esto significó el pasaje desde una estructura con tres registros a los tres registros como estructura, en la que habita el *hablanteser*.
- En esa estructura de los tres registros lo real implicaba un límite para lo simbólico. En términos generales los estructuralistas fueron reacios a aceptar el concepto de lo real.
- Remarcó, asimismo, que el factor temporal era esencial en su concepción de la estructura.
- A la noción estructuralista de “todo” o de “conjunto” contrapuso el “no-todo”: para él siempre existía una falta y ella estaba en el seno mismo de la estructura. Sus elaboraciones sobre la castración, la incompletud, el barramiento del sujeto y del Otro, así lo demuestran. Esta idea, clave para el psicoanalista, no encontró eco en los estructuralismos en boga, en la década de los años sesenta y setenta.

En el apartado siguiente se abordaron los mitos y la religión. Tras recordar su texto titulado *MIN* (1953) se señaló el posterior esfuerzo de Lacan por excluir la perspectiva mitológica del psicoanálisis. En cuanto al tema de la religión se señalaron inicialmente algunas coincidencias entre Freud y Lacan: ambos declararon expresamente que no comulgaron con religión alguna, pero, mientras Freud adhirió a la Ilustración y creyó que ella desaparecería con el desarrollo y difusión de las ideas científicas, Lacan pensó lo contrario: que ella tendrá futuro porque se dedicará a otorgar sentidos a las intrusiones de lo Real. Los acuerdos con el vienés se dieron especialmente en los aspectos simbólicos e imaginarios relacionados con las religiones; en cambio la referencia lacaniana a lo real en esta cuestión no tuvo antecedentes en la obra de Freud.

Se recordaron también los esfuerzos del psicoanalista francés por alejar al psicoanálisis del discurso médico y religioso. Consideró que las cuestiones éticas no se podían dejar únicamente en manos de la religión; cuestionó, al igual que Freud, la ética basada en el amor al prójimo; criticó los principios éticos kantianos del bien soberano; estudió las relaciones entre el deseo, la Ley y la culpa; diferenció moral de ética y elaboró una ética propia del psicoanálisis: la del deseo, la del bien decir. Además trató temas como el pecado, el crimen, el castigo, la responsabilidad, la culpa, etc., dejando en ellas su propia impronta. En sus seminarios y *Escritos* se refirió a las religiones, a quienes reflexionaron sobre ellas y a los santos que dejaron improntas importantes en la literatura y filosofía.

Lacan consideró a las instituciones religiosas como maestras en el uso de los símbolos, del lenguaje y de las imágenes piadosas; subrayó el poder inmenso que les otorgaba el saber activar y manejar las emociones más recónditas de los seres humanos. Las alusiones a las instituciones religiosas, sus preceptos y los efectos fascinantes de las imágenes religiosas estuvieron presentes en muchos de sus textos; igualmente los sistemas morales y punitivos que ellas establecieron. Consideró que las llamadas “concepciones sobre el hombre” –la religiosa entre ellas– eran remedios que se ensayaban contra la angustia; entre ellas, la relacionada con el desamparo originario.

El capítulo terminó con algunas consideraciones sobre las identificaciones en la teoría lacaniana durante el período 1936-1953. Se indicó que durante este lapso hubo un amplísimo despliegue conceptual en torno a las identificaciones imaginarias, fundamentadas en una teoría del narcisismo propia, diferente en muchos aspectos a la de Freud. Las identificaciones imaginarias y el registro homónimo encontraron un encaje interesante en lo que dio en llamarse, a partir de 1953, la tópica de los tres registros: SIR que, una vez establecida, fue adquiriendo nuevos matices en cada

seminario. Esta profusión de alocuciones y escritos sobre las identificaciones imaginarias contrasta con la escasez de ideas sobre la identificación simbólica. Poco y nada produjo durante ese periodo al respecto, cosa llamativa si se tiene en cuenta que tuvo al alcance de su mano la segunda teoría identificatoria freudiana -la llamada estructural- a la que el psicoanalista francés había adherido de hecho.

NOTAS DEL CAPÍTULO 3

¹ No se abordará en este contexto las elaboraciones lacanianas a partir de la lingüística, que se examinarán en el próximo

² En la cuarta parte de este trabajo -*Consideraciones personales sobre la identificación*- he avanzado la tesis siguiente: la estructuración identificatoria de un nuevo sujeto acontece en el seno de relaciones transferenciales entre los padres y el hijo que acaba de llegar al mundo. La índole de estos vínculos hace que sean muy asimétricos, pero no dejan de ser transferenciales en el sentido pleno que el psicoanálisis otorga a este vocablo.

³ Los editores de la *Standard Edition* elaboraron como apéndice a este texto, un listado de artículos de Freud que aluden a temas tratados por la sociología, la antropología, mitología e historia de las religiones. Aparece reproducida en OCFAE, XIII, pp. 163-164.

⁴ Véase al respecto el postfacio del año 1935 a su *Presentación autobiográfica* (1925); OCFAE, XX, p. 68. A los artículos recién citados en el cuerpo del texto cabe agregar su carta abierta a Einstein publicada bajo el título de *¿Por qué la guerra?* (1933) y la 35ª de la *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*: “En torno a una cosmovisión” (1933).

⁵ Para más detalles, véase I, 3.1.3.; I, 3.1.5. y I, 3.6.

⁶ *Les complexes familiaux dans la formation de l'individu* será citado abreviadamente tanto por el título francés -*CFFI*- como por el que se le otorgó en la versión castellana: *LF*. Un espacio muy secundario ocupará *Introduction théorique aux fonctions de la psychanalyse en criminologie -FPC-* (1950), escrito conjuntamente con M. Cénac; se aludirá a él en el apartado 3.4. *La declinación de la imago paterna*, de este mismo capítulo. Otros textos de esa época -*EE* y *AP*- serán objeto de un estudio detallado en III, 10.

⁷ Estos temas serán tratados en III, 10.1. y III, 10.7.1.

⁸ El tema será tratado en III, 7.9.1.

⁹ Para más detalles, véase III, 10. 8. *Lo imaginario y la teoría del yo en la década de los años cincuenta*.

¹⁰ Todas las citas que se harán a continuación de este escrito corresponden a la versión castellana cuyas referencias fueron señaladas al comienzo del capítulo 1 de esta tercera parte. Se abreviará su título ya sea como *CFFI* o *LF*.

¹¹ En la página siguiente se definen a grandes rasgos estas y otras formas de familia y se amplían algunas de las consideraciones recién expuestas.

¹² Como comentario al margen se indica que en ese mismo contexto -en la p. 113, para mayor exactitud- Lacan insinuó que dicha pérdida de poder del padre y, más ampliamente, de la institución familiar, habrían influido en la aparición del psicoanálisis y la puesta en relieve del complejo de Edipo por parte de Freud.

¹³ Esta definición de *familia conyugal* fue expuesta por Durkheim en un curso dictado en la Universidad de Bordeaux en 1892. Con posterioridad fue incluida en *Textes*, recopilación de artículos y conferencias del sociólogo que Les Editions de Minuit, Paris, publicó en 1975.

¹⁴ Se volverá sobre esta cuestión al finalizar este apartado.

¹⁵ Zafiroopoulos, M. (2001); *Lacan y las ciencias sociales*, editorial Nueva Visión, Buenos Aires.

¹⁶ *Idem*, p. 18.

¹⁷ Este texto le fue solicitado a Lacan para ser incluido en el tomo VIII de la *Encyclopédie Française*.

¹⁸ Este punto concreto será tratado enseguida, en el apartado 3.4. de este mismo capítulo.

¹⁹ *LF*, p. 91. En realidad, como se podrá apreciar en las páginas siguientes, ésta es sólo una de las muchas recusaciones de las ideas de Freud que aparecieron en este escrito.

²⁰ Estas cuestiones serán retomadas, luego, en el apartado 3.7. de este mismo capítulo. Sobre el recién mentado *factor transgeneracional*, véase I, 3.1.2 y I, 3.1.5.

²¹ Sobre esta división de la sensibilidad en interoceptiva, propioceptiva y exteroceptiva véase III, 10.3.2. *La imagen del propio cuerpo*.

²² Se trata de otra discrepancia con Freud: para éste, la nostalgia era respecto del padre y no de la madre; el padre apareció siempre, según el vienés, como el fundamento del lazo social. Lacan volverá años más tarde sobre sus pasos.

²³ Este párrafo no pretende entrar en el debate sobre la importancia de la madre en la subjetivación; señala simplemente que por aquella época la posición de Lacan fue distinta de la que tuvo décadas más tarde, en que otorgó gran trascendencia a la función paterna.

²⁴ El tema será tratado en extensión en III, 10.3.3. *Los celos y la rivalidad. El viraje del yo especular al yo social*. Allí se cita la famosa frase de las *Confesiones* de san Agustín con las que Lacan ilustró la problemática de los celos en muchos momentos de su enseñanza.

²⁵ Estas y otras diferencias entre ambas teorías sobre el yo y el narcisismo serán tratadas en varios apartados de III, 10. También en II, 10, en que se abordará la teoría del yo en Freud, Klein y Lacan; en II, 10.5. se hará un cotejo de las mismas.

²⁶ Como fue comentado al comienzo de este capítulo, la identificación imaginaria, cuya elaboración comenzó coetáneamente a *LF*, será tratada ampliamente en III, 10.2.

²⁷ Son muy conocidas las posiciones más tardías de Lacan sobre estas mismas cuestiones: a partir de 1953 su acercamiento a las tesis de Freud fue notable. En III, 10.5. se hacen alusiones al fantasma del cuerpo fragmentado.

²⁸ Estas breves notas sobre la identificación, tal como fue concebida en 1938, pueden ser contrastadas con la forma acabada y final de la TIL, expuesta en III, 2.2. *Elementos de la teoría lacaniana de la identificación. Componentes e inmersiones*, que será retomada en III, 9. y III, 10. Las diferencias son muy significativas.

²⁹ Tal vez esta primer referencia a la personalidad humillada del padre que aparece en *LF* y reiterada en *FPC* tenga su fuente en un texto de Paul Claudel titulado *Le père humilié*. La referencia al escritor no aparece explicitada en los artículos mencionados, sí en cambio en *El mito individual del neurótico* (1953) -es decir, quince años más tarde de *LF*- donde escribió: “Al menos en una estructura social como la nuestra, el padre es siempre por algún aspecto, un padre discordante en relación a su función, un padre carente, un padre *humillado*, como diría Claudel.” (MIN, en *Intervenciones y textos I*, Manantial, Buenos Aires, p. 56).

³⁰ Lacan hizo suya la noción de simbolismo parcelario de M. Mauss (Alsacia, 1872-1950), sobrino de Durkheim, que realizó estudios sociológicos, antropológicos y de historia de las religiones. Para este autor, lo simbólico es una característica general de la especie humana; sin embargo, la riqueza simbólica es más grande en lo colectivo que en lo individual.

³¹ Las consecuencias clínicas y teóricas de esta formulación serán abordadas en III, 4. *Procesamiento lingüístico de la TIL*.

³² Todos los estudiosos e investigadores que se citarán de aquí en adelante serán objeto de breves consideraciones en éste y en los próximos tres apartados, ya sea en el cuerpo del texto ya sea en alguna nota al pie; lo mismo vale para algunas problemáticas que se mencionan ahora a vuelapluma y que serán objeto de consideraciones más amplias en las páginas siguientes. En lo que se refiere específicamente a los lingüistas aquí citados, el apartado 4.2. del capítulo siguiente aportará más detalles sobre sus ideas fundamentales y las principales obras que han publicado.

³³ Franz Boas nació en Alemania donde estudió física, matemáticas y geografía; fue profesor de esta última materia en Berlín, después de doctorarse en Kiel. Emigró a EE. UU, donde profesó en la universidad de Columbia. Su influencia se extendió a Canadá y México; se le considera fundador del moderno trabajo de campo en Norteamérica. Formó a una generación de antropólogos brillantes. Publicó más de 600 artículos y entre sus libros más famosos se encuentran: *La mentalidad del hombre primitivo* (1911), *Cultura y raza* (1913), *Antropología y vida moderna* (1938). Investigó durante más de 40 años a los indios *kwakiutl* del Canadá. Consideraba que todas las culturas son iguales y comparables y que no había culturas superiores ni inferiores; es por lo tanto imposible ordenarlas en un esquema evolutivo.

³⁴ Véase III, 7. *TIL <> filosofía*.

³⁵ Si se acepta esta idea, podría considerarse que allí estuvo el punto de partida de una superposición de dos caminos, que luego habrían de separarse. Durante esa imbricación inicial, llamada habitualmente *retorno a Freud*, hubo no sólo una vuelta a los textos del vienés sino una actualización de las referencias a otras ciencias; tal vez allí residan las causas de la futura y clara bifurcación, que llevarían a la elaboración de una teoría psicoanalítica propiamente lacaniana.

³⁶ Para referir un par de ejemplos menos trillados, se dirá que un crítico de cine con enfoque estructuralista, tenderá a revelar un determinado tipo de organización presente en un mismo género de películas (drama, melodrama, comedia, etc.); incluso podrá precisar las características más generales del lenguaje cinematográfico, y sus diferencias con otros lenguajes. Otro ejemplo que pertenece a un contexto totalmente diferente: la diversidad de formas y modelos de motores a explosión coexiste con la existencia de una *estructura* similar en todos ellos: cilindros, pistones, bielas, mezcla de combustible, chispa y un sistema de trasmisión del movimiento generado.

³⁷ Ha sido interesante la respuesta que al respecto dio Lacan a Pierre Daix -su entrevistador-: “Lévi-Strauss y yo sólo estamos unidos por una posición puramente analógica, cada uno en nuestro campo”. [...] “Que de esas referencias a los campos que nosotros revelamos, Michel Foucault extraiga su filosofía, esa es otra operación que él prosigue en total independencia y que no compromete a las precedentes.” [...] que Althusser y Roland Barthes encuentren allí sustancia e instrumentos para aclarar sus propios caminos, es simplemente un signo de su apertura y de su acuidad.” Esta entrevista fue publicada en el libro *Claves del estructuralismo* (1969), ediciones Calden, Buenos Aires; la respuesta citada puede leerse en la p.129. El volumen contiene, en su primera parte, un artículo de Daix sobre el estructuralismo; la segunda parte es una recopilación de entrevistas realizadas por el autor a R. Barthes, É. Benveniste, F. Wahl y J. Lacan.

A principios de diciembre de 1966, en “Petit discours à l’ORTF”, incluido en *AE*, p. 225, Lacan sostuvo: “El estructuralismo durará lo que duran las rosas, los simbolismos y los Parnasos: un estación literaria, lo que no quiere decir que esta no vaya a ser fecunda.” Dos días antes, en el *S 14*, ya había manifestado su desconfianza hacia dicha corriente de pensamiento, afirmando que ella se beneficiaba por el simple hecho de estar de moda. Como puede apreciarse, en ambas citas vaticinaba su carácter efímero.

³⁸ En nombre del estructuralismo se podía afirmar casi todo, puesto que casi todo había sido tocado por la varita de esa tendencia. Sea para adoptarlo, abrazarlo, rechazarlo, criticarlo, ceñirlo, ignorarlo, adecuarlo o revisarlo, a

partir de los años sesenta y durante varias décadas, el estructuralismo estuvo en el centro del debate teórico. Es muy probable que el impacto de las reflexiones críticas de Lévi-Strauss deba ser interpretado a la luz de las grandes transformaciones del pensamiento de los años sesenta en Francia. La oposición frontal entre estructuralismo e historia, por parte de unos y los intentos de reconciliarlas, por parte de otros, ocupó buena parte del debate. Como nada es eterno, al estructuralismo le llegó también su declive; pero, aún cuestionado, se lo sigue debatiendo. Es significativo, en ese sentido, que buena parte de los nuevas corrientes de pensamiento sean calificadas de post-estructuralistas.

³⁹ Lévi-Strauss, C. (1958); *Anthropologie structurale*, Tomo I, p. 306, Plon, Paris.

⁴⁰ *Idem*, pp. 306 en adelante.

⁴¹ *Diccionario de filosofía; op. cit.*, entradillas *estructura, estructuralismo y Lévi-Strauss*.

⁴² Lacan criticó este modelo opositivo y estratigráfico *superficial/profundo*, tan caro a algunos estructuralistas y a muchos de sus comentadores. Para él lo profundo está en la superficie. Esta mitología o metáfora de los niveles psíquicos -y el modelo de las esferas concéntricas con el que va frecuentemente asociado- tuvieron serias consecuencias en la clínica y en la forma de teorizar en psicoanálisis.

⁴³ Para más detalles sobre los autores y las cuestiones recién mencionadas, véase III, 4.2.

⁴⁴ Publicado en la revista *Word, Journal of the Linguistic Circle of New York*, vol. 1, n° 2, 1945, pp. 1-21.

⁴⁵ Además de este importantísimo volumen, cabe destacar otros libros de su vasta obra: *Tristes trópicos* (1955), *Antropología estructural* (1958), *El pensamiento salvaje* (1962), *El totemismo en la actualidad* (1962), y los cuatro volúmenes de la serie Mitológicas: I. *Lo crudo y lo cocido* (1964); II. *De la miel a las cenizas*, (1967); III. *Los orígenes de las maneras de mesa* (1968) y IV. *El hombre desnudo* (1971). Escribió asimismo centenares de artículos, introducciones y contribuciones varias; se han publicado algunas de las entrevistas que le realizaron y las “conversaciones” que mantuvo con personajes célebres sobre temas diversos. No estuvieron ausentes las polémicas con los personajes de su época. Resalta entre ellas el debate con Jean-Paul Sartre, quien le objetaba a Lévi-Strauss que el devenir de la estructura quedara fijado, cosa que engendraba, a su parecer, coacciones a la libertad humana. El antropólogo dedicó buena parte de *El pensamiento salvaje* a rebatir al filósofo.

⁴⁶ *Diccionario de filosofía; op. cit.* vol. 3, p. 1957.

⁴⁷ Lacan sostuvo en reiteradas ocasiones que la noción de estructura estaba ya presente en Freud. Semejante modestia es encubridora; tenía otros objetivos. La aseveración podría ser cierta sólo en un sentido muy amplio, en tanto el vienés, efectivamente, *describió* estructuras psíquicas; la segunda tópica es un claro ejemplo. Sin embargo los hechos muestran que Lacan se respaldó inicialmente en el pensamiento estructuralista de Lévi-Strauss y a partir de entonces pudo descubrir, desentrañar y/o construir estructuras en el pensamiento freudiano. Una cosa es la *descripción* de sistemas y estructuras; otra muy distinta es utilizar el método estructural de una manera sistemática. Seguir sosteniendo sin más que las estructuras ya estaban en los textos fundadores del psicoanálisis sería desconocer todo el trabajo conceptual y epistemológico que el psicoanalista francés realizó sobre los mismos; en eso consistió justamente la lectura lacaniana de Freud. Se reitera en este contexto que el autor del presente trabajo considera a esta última como parte de la obra de Lacan.

⁴⁸ Este material completo puede leerse en la reciente publicación de la nueva edición en castellano (Paidós, Buenos Aires, 2009) de *El mito individual del neurótico* (1953).

⁴⁹ Neologismo creado por Lacan; véase III, 4.1.

⁵⁰ Es imposible extenderse aquí en este asunto; los que estén interesados en profundizar esta cuestión pueden remitirse a *Matemas II*, recopilación de artículos de Miller, J.-A., (1988); Manantial, Buenos Aires, en “S’truc dure”, pp. 99 y siguientes.

⁵¹ *Idem*, p. 98. Allí pueden leerse los comentarios de J.-A. Miller a las duras críticas que Lévi Strauss dirigió a Lacan en “El hombre desnudo”, cuarto tomo de sus *Mitológicas*. Por otra parte sobre el giro lacaniano respecto de la estructura, véase III, 8. *Procesamiento matemático de la identificación*. En cuanto a la cuestión de cómo un nuevo sujeto hace suya la estructura, será tema de debate en la cuarta parte de este trabajo. Se discutirá allí las tesis de algunos analistas lacanianos que sostienen la adquisición *sin crónica* de la estructura por parte del futuro *hablanteser*. Esta manera de entenderla -entrada repentina de la misma, de un sólo golpe- descarta toda perspectiva cronológica para dicho avatar.

⁵² *Estudios de psicología primitiva*, que llevaba por subtítulo *El complejo de Edipo*; se cita según la tercera edición de Paidós, Buenos Aires, 1963.

⁵³ En *Sex and repression in savage society* (1927); Se cita según la versión catalana *Sexe i repressió en les societats primitives*, Edicions 62, Barcelona, 1969. (La traducción del catalán es mía).

⁵⁴ En la teoría kleiniana, la mitología y la religión ocuparon un discretísimo cuarto o quinto plano. Para más detalles sobre la relación entre la discursividad freudiana y los mitos, véase I, 5.2.

⁵⁵ En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926), OCFAE, XX, p. 230, asignó gran importancia al estudio de los mitos y la “psicología de la religión” al punto de considerar imprescindible su inclusión en las actividades formativas de un psicoanalista.

⁵⁶ “Las pulsiones son seres míticos en su imprecisión” afirmó Freud en su 32ª de las *Nuevas conferencias de Psicoanálisis* (1933).

⁵⁷ Véase en *El espacio psicoanalítico*, Korman V. (2004), *op. cit.*, los capítulos 3, 5, 7 y 11.

⁵⁸ Para más detalles, ver *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* de J. Corominas y J. A. Pascual, *op. cit.* y el *Diccionario de Filosofía* de J. Ferrater Mora, *op. cit.*, entradilla religión.

⁵⁹ Los principales artículos de Freud que tratan el tema de la religión son: *Acciones obsesivas y prácticas religiosas* (1927); *Más allá del principio del placer* (1920), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El provenir de una ilusión* (1927), *Una vivencia religiosa* (1928), *Esquema del psicoanálisis* (1930), 35ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933); “En torno a una cosmovisión”; *Moisés y la religión monoteísta* (1938). De la lectura de estos textos puede extraerse algunas de las siguientes funciones y características que Freud atribuyó a la religión: 1) La situó como un calmante de los dolores del vivir junto con las distracciones, satisfacciones sustitutorias, sustancias embriagadoras y el goce estético. Pero ese calmante supone una transformación delirante de la realidad efectiva; se trata de un delirio de masas. 2) Calma la angustia ante la muerte mediante la promesa de otra vida más allá de la existencia terrenal. Muchos se han planteado la pregunta por el fin de la vida; pero todavía no se ha hallado una respuesta satisfactoria; tal vez haya que desautorizar la pregunta. La idea misma de un fin de la vida depende por completo del sistema de la religión. 3) La religión es una formación reactiva al asesinato del padre primitivo y encuentra su fundamento en el complejo paterno y en la nostalgia del padre. La *schuld* -culpa y deuda en castellano- surgida del parricidio e inscrita en lo inconsciente estimula los sentimientos religiosos. Las religiones pretenden redimir a la humanidad de ese sentimiento, que ellas relacionan con el pecado. 4) Si en la antigüedad, encomendarse a Dios funcionaba como protección ante los efectos destructivos de los accidentes de la naturaleza, en la actualidad el reinado de una Providencia divina, bondadosa, sigue apaciguando la angustia frente a los peligros de la vida. 5) Si lo que se anhela es evitar el sufrimiento, la religión prescribe para todos el mismo remedio: cumplir con aquello que la religión exige. Pero esto supone un empuje a la fijación infantilista y la permanencia en el delirio. 6) Las creencias religiosas son ilusiones; no son errores. Se acercan a las ideas de tipo delirante, pero no se las percibe como delirio porque son compartidos por amplios sectores de la población. Ningún practicante admitirá que sus creencias son delirantes. Las doctrinas religiosas se sustraen a las exigencias de la razón; están por encima de ellas; sólo es preciso sentir interiormente su verdad. Estas ilusiones derivan de deseos humanos pero prescinden de los nexos con la realidad; son indemostrables. 7) Consideró que la religión era una cosmovisión (*Weltanschauung*); es decir, una construcción intelectual que pretendía solucionar de manera unitaria todos los problemas de la existencia humana a partir de una hipótesis suprema. Dentro de esa cosmovisión, ninguna cuestión permanece sin respuesta y todo lo que tiene algún interés para el sujeto halla en ella su lugar preciso. 8) Dios está hecho a la medida del hombre y no al revés.

⁶⁰ Freud lo expresó en *El provenir de una ilusión* (1927) y lo reiteró, de manera indirecta, en *Una vivencia religiosa* (1928). Lacan lo afirmó en las pp. 28-29 de *Discours aux catholiques*, publicado por *Éditions du Seuil* en 2005. Este pequeño volumen contiene la versión escrita de dos conferencias dictadas por él, los días 9 y 10 de marzo de 1960 en la Universidad de Saint-Louis de Bruselas. En ellas aludió a los temas que estaba desarrollando en esos momentos en su seminario sobre la ética. Dos semanas después de pronunciarlas, se refirió a estas alocuciones en la clase del 23 de marzo de 1960 (p. 217 de la edición castellana; 212 en la francesa), llamándolas “*mon discours aux catholiques*”. Esas palabras fueron mal traducidas al castellano en la edición Paidós; dice: “mi discurso *de* los católicos”, donde debería decir “mi discurso *a los* católicos”. Cabe aclarar la filiación religiosa de la universidad belga en la que pronunció sus alocuciones. Tal vez provenga de allí el título de portada que dio J.-A. Miller a este pequeño volumen: *Le triomphe de la religion* precedido de *Discours aux catholiques*. La primera es la conferencia de prensa que Lacan ofreció el 19/10/74 en Roma. La traducción de todas las citas extractadas de *DC* y *TR* son personales.

⁶¹ Para más detalles, véase I, 4.1. y I, 4.2.

⁶² Ver *supra*, apartado 3.3.2.3. *El complejo de Edipo*.

PROCESAMIENTO LINGÜÍSTICO DE LA TIL

Las primeras menciones de Lacan a la lingüística estructural datan de comienzos de los años cincuenta; a partir de esa época y durante algo más de una década, ella se constituyó en su disciplina de referencia. Lo dicho puede comprobarse en los seminarios y escritos de esa etapa de su enseñanza –la segunda, según la escansión propuesta al comienzo de III, 2 (periodo 1953-1960)–. En ese lapso se cuentan por centenas las ocasiones en que aludió implícita o explícitamente a la lingüística. Ese mismo lapso estuvo signado por su encuentro con el pensamiento de Claude Lévi-Strauss, que influyó en el giro de Lacan hacia el estructuralismo y en la inauguración de esa perspectiva en psicoanálisis. De aquel entonces datan los primeros elementos de la tópica R.S.I., los desarrollos sobre el orden simbólico, la metáfora paterna, la trasmutación de los conceptos de la metapsicología freudiana a la luz de la teoría del significante, las estructuras clínicas, etc. Puede afirmarse que en la década de los años cincuenta se sentaron las bases *lingüísticas* de la TIL¹, proceso acontecido dentro de un marco más amplio: el denominado “retorno a Freud”.^{2*}

Finalizada esta etapa e incorporados de manera estable a su teoría los productos de esta A+T sobre las ideas provenientes de esas ramas del conocimiento –que siempre fueron procesadas por Lacan con todo tipo de licencias– las citas de lingüistas y semiólogos comenzaron a espaciarse, coincidiendo con el inicio de las formalizaciones lógicas, topológicas y matemáticas.

Este capítulo empezará con algunos comentarios sobre las diferencias entre la lingüística y la *lingüistería*, para seguir con la exposición de las ideas fundamentales de Saussure y las de sus discípulos más importantes: Trubetzkoy, Jakobson, Hjelmslev, Martinet, etc. Luego, se pasará revista a los principales conceptos *lingüísticos* de Lacan, comenzando por el significante y siguiendo con el estudio de las siguientes nociones: cadena significante, puntada de acolchado, significancia, metáfora, metonimia, eje sintagmático y paradigmático, letra, sujeto del enunciado y de la enunciación, inconsciente, etc. Se finalizará el capítulo enfocando las categorías que, por una faceta u otra, quedaron articuladas con la identificación lacanianamente concebida; en ese contexto se harán comentarios sobre: el rasgo unario, Otro, metáfora paterna, Nombre-del-Padre, repetición, nombre propio y marca.

Cabría agregar a este listado las elaboraciones sobre la negación –realizadas desde una perspectiva gramático-lingüística–, que le permitieron a Lacan precisar otras características del *esebarrado*. Al estudiarlas se subrayarán las notables diferencias que se acabaron generando entre los conceptos originarios de la lingüística y aquellos que pasaron a formar parte de la doctrina del psicoanalista francés. No podría ser de otra manera: en cuanto se hace ingresar un concepto al psicoanálisis –provenga de donde provenga– recibe nuevos significados y se impregna inmediatamente de las orlas conceptuales propias del contexto de acogida; ya no existe más que en su relación y oposición con los restantes conceptos de la red que lo ha recibido. Los mismos términos –por ejemplo: significante, significado, signo, metáfora, metonimia, sujeto de la enunciación, etcétera–, acabaron poseyendo acepciones dispares en la teoría lacaniana y en la lingüística.

Los diversos asuntos comentados serán abordados en los siguientes apartados:

- 4.1. Lingüística y *lingüistería*
- 4.2. Elementos básicos de lingüística. Saussure y sus discípulos
- 4.3. El significante, concepto *lingüistero* fundamental de la teoría lacaniana
- 4.4. *Lingüistería* e inconsciente. La metáfora y la metonimia
- 4.5. Ejes y cadenas
- 4.6. División del sujeto por el orden significante. Sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación
- 4.7. Fundamentos *lingüisteros* de la TIL
- 4.8. Argumentos principales del capítulo

4.1. Lingüística y *lingüistería*

Se recuerda que este último término es un neologismo acuñado por Lacan –véase *RyT*, p. 87– para hacer referencia a un par de hechos más que evidentes: en primer lugar, que la suya no fue una producción lingüística sino estrictamente psicoanalítica; en segundo término, que se otorgó todo tipo de libertades cuando trasvasó conceptos de dicha disciplina con el fin de crear nuevos articuladores para su teoría. Lacan no abordó el estudio de la lengua sino de *lalengua*, es decir: la función y campo de la palabra y del lenguaje en el seno de la praxis psicoanalítica. No se refirió a las personas que formaban parte de la masa social que empleaba una lengua determinada sino al *hablanteser* singular, cuyo discurso sufre sobresaltos o se ve afectado por *la otra escena*. Atendió menos a la función comunicativa del lenguaje –consideración esencial para la mayoría de los lingüistas– y se centró en los malos entendidos que el uso de la palabra suele generar de manera frecuente. En fin, se alejó del estudio de aquello que hace funcionar “adecuadamente” al lenguaje, para abocarse a las interferencias que se producen en su uso, prestando especial atención a esos fenómenos en la sesión analítica. Para tales fines partió del discurso del analizante en asociación libre y bajo transferencia, ocupándose de los lapsus, olvidos, sueños, síntomas, repeticiones, homofonías, polisemias de los vocablos y de los significados aparentemente contradictorios de los mismos. Estos fenómenos, que son secundarios para el lingüista, muestran al inconsciente en acción. Lacan consideraba que no se podían eliminar los fallidos ni los malentendidos al hablar, pero, más que valorarlos como obstáculos en los intercambios verbales, los pensó como aquello que impedía a una lengua convertirse en un sistema de significaciones clausuradas y entumecidas. El lenguaje no sirve para comunicarse sino para malentenderse, solía decir. Pareciera que hizo suyo el pensamiento de Roman Jakobson quien, a diferencia de muchos lingüistas, siempre se resistió a definir al lenguaje como un *medio* de comunicación, porque lo consideraba *fundamento* de toda comunicación humana. En esa dirección, el psicoanalista francés fue más lejos: pensó que el lenguaje estaba en la base de la estructuración de todo sujeto: el *hablanteser* es un ser hecho de palabras.

* * * * *

Lacan no afirmó abiertamente ni de entrada que lo que él hacía era *lingüistería*; tampoco, que se refería a *lalengua*; hasta que forjó esos neologismos no explicitó **taxativamente** sus diferencias con la lingüística ni subrayó las enormes torsiones y distorsiones que introducía en los conceptos provenientes de aquella, al punto tal de evacuar los usos y sentidos originarios. Apuntó tenuemente algunas de esas disparidades mientras que la mayoría quedaron en el terreno de la ambigüedad y de lo nebuloso; mientras tanto usufructuaba los laureles que dicha disciplina había adquirido, sobre todo después que Lévi-Strauss exaltara sus virtudes para las investigaciones en ciencias sociales.^{3*}

Es posible que la A+T operada sobre la lingüística haya sido la más violenta de todas las que Lacan llevó a cabo; la virulencia puede medirse por la magnitud y la profundidad de los cambios introducidos en cada concepto de aquella. El asunto devino más complicado en tanto que desde los primeros seminarios en que se abocó a la reinterpretación *lingüistera* de la metapsicología freudiana, afirmaba continuamente que las estructuras lingüísticas que describía estaban presentes en la obra del fundador del psicoanálisis y que él no hacía otra cosa que ponerlas de relieve.^{4*}

Lo que Lacan llevó a cabo mediante esta A+T no fue, en rigor, una unión del psicoanálisis con la lingüística; menos aún, una conjunción de ésta con la teoría freudiana; se dio algo más complejo: hubo un procesamiento de la lingüística (la saussureana y la de otros autores) por medio del –incipiente, por entonces– discurso lacaniano; esto condujo, a su vez, a una interpretación peculiar de los textos de Freud. A resultas de estos movimientos⁵ se forjaron nuevos articuladores teóricos *psicoanalíticos lingüísticos* –se remarcan ambos adjetivos–. Puede afirmarse con seguridad que no existen conceptos estrictamente lingüísticos en la teoría lacaniana sino categorías psicoanalíticas; algunas de ellas muestran marcas que recuerdan su procedencia de esa disciplina. Esto no quita que haya elaborado una peculiar teoría sobre algunos aspectos del lenguaje a partir de la experiencia psicoanalítica.

La lingüística fue un filón que el psicoanalista supo explotar; pero, una vez que las ideas y vocablos de esa rama del conocimiento ingresaron a su teoría, buena parte de los lazos con los conceptos homónimos de la fuente languidecieron o se destruyeron. Las grandísimas diferencias entre el significante saussureano y el lacaniano pueden considerarse paradigmáticas respecto de lo que se acaba de decir.⁶

Tales fenómenos exigen que, respecto de la producción *lingüística* de Lacan haya que moverse con muchas precauciones: una cosa es la teoría lacaniana; otra cosa es la de Freud y una tercera es la lingüística, sea la de Saussure, Jakobson, Trubetzkoy, Hjelmslev, Martinet, Benveniste o de los filósofos del lenguaje. Esas y otras diferencias se irán señalando en cada página del presente capítulo. Este procedimiento, además de despejar algunas confusiones –creadas con buenas o malas intenciones– evitará críticas que hoy en día ya pueden considerarse superfluas; por ejemplo, las de aquéllos que se empeñan en seguir afirmando la existencia de un descarrilamiento lingüístico de Lacan. En sentido estricto no hubo tal descarrío; hubieron, sí, otras actitudes enjuiciables –por ejemplo: no subrayar de entrada y con claridad las disparidades con la lingüística o con Freud– pero ello no invalida el intento de crear nuevos conceptos psicoanalíticos, y que para tales objetivos se inspirase en otra(s) disciplina(s). Al fin y al cabo tampoco ha sido el primero en utilizar esos procedimientos en el psicoanálisis. Lo que cabrá discutir es si esas importaciones fueron epistemológicamente correctas y si supusieron (o no) avances para la teoría y práctica psicoanalítica. Hoy debería estar fuera de dudas que el *significante lacaniano* poco o nada tiene que ver con el de Saussure ni con el de la lingüística, en general. Y eso no está ni bien ni mal; simplemente, es así. Lacan no fue lingüista. La contrapartida también es evidente: ningún estudioso de la lingüística consideró al inconsciente como objeto central de su trabajo ni dedicó su tiempo a investigar los efectos de las palabras asociadas libremente y bajo transferencia. Una tercera cuestión sería la de saber el alcance –fuera del campo psicoanalítico– de las categorías *lingüísticas* y de las tesis lacanianas sobre un *hablanteser* excéntrico a la conciencia, determinado y representado por significantes.

En todo caso lo que sí puede decirse es que la *lingüística* otorgó fundamento al *esebarrado*, al sujeto del inconsciente teorizado por Lacan. Asumiendo los riesgos de la reiteración se dirá que a él no le preocupaba el sujeto psicológico que hablaba; le interesaba, y muy especialmente, el sujeto dividido, hablado por el inconsciente. Su propuesta de tratamiento psicoanalítico se centraba en el *hablanteser -parlêtre-* y no en el sujeto pensante del cogito cartesiano.^{7*}

4.2. Elementos básicos de lingüística. Saussure y sus discípulos

Antes de entrar de lleno al estudio de los aspectos *lingüísticos* de la teoría lacaniana se expondrán algunos conceptos de Saussure que permitirán entrever cuál era su perspectiva en dicha ciencia. Gracias a sus descripciones, métodos y enfoques dicha disciplina se convirtió en pleno siglo XX en una referencia para antropólogos, etnólogos, sociólogos, psicoanalistas y, más ampliamente, para todos los estudiosos de las ciencias sociales. A sus importantes innovaciones se añadieron las de sus discípulos, que fomentaron un debate que perduró a lo largo de la centuria pasada. Muchos de ellos dirigieron escuelas y círculos lingüísticos creados tras la muerte de Saussure y fueron, asimismo, referentes de Lacan; sus nombres e ideas han sido citados con

frecuencia en los seminarios y *Escritos*. La exposición de este apartado estará dividida en dos secciones, dedicadas al pionero, la primera, y a sus continuadores, la segunda.

4.2.1. La lingüística saussureana

4.2.2. Las aportaciones de Trubetzkoy, Jakobson, Hjelmslev y Martinet

4.2.1. La lingüística saussureana

Ferdinand de Saussure (Ginebra, 1857-1913) es considerado el fundador de la lingüística estructural y un verdadero renovador de dicha disciplina, en la que introdujo cambios radicales en diversos aspectos. Modificó las perspectivas de acercamiento al objeto de estudio y sobre todo propendió a la integración de los conceptos por él creados –o renovados– en un sistema bien articulado.

“La lengua es un sistema riguroso y la teoría debe ser un sistema tan riguroso como la lengua. Ese es el punto difícil, pues no es nada enunciar una tras otra afirmaciones, apreciaciones sobre la lengua: todo el problema consiste en combinarlas en un sistema.”⁸

Nadie, por aquella época, mostraba esas inquietudes por la sistematización en los dominios de la lingüística; lo habitual por entonces era la búsqueda de escritos u otros materiales específicos para someterlos a comparaciones o para elaborar referencias etimológicas. No se asumía como imperiosa la tarea de establecer el objeto y los fundamentos de la disciplina. Saussure asumió esta labor y lo que ella acarrea: la necesidad de construir conceptos propios, diferenciales, estrictamente lingüísticos, para delimitar un territorio en el que había incursionado la psicología, la sociología, la neurología, etc. Deslindó dos perspectivas: la lingüística sincrónica y la diacrónica; a la primera le adjudicó como objeto de estudio el funcionamiento del sistema lingüístico existente en un momento dado; lo que él denominaba el *estado* de la lengua; o sea: los aspectos estáticos de la misma, el equilibrio del sistema. A la segunda le encargaba el análisis de las evoluciones históricas de la lengua, las fases y las alteraciones producidas con el paso del tiempo.^{9*} Si bien enalteció ambas lingüísticas, lo cierto es que las innovaciones teóricas que él propuso jerarquizaron a la sincrónica, centrada siempre en la perspectiva de los hablantes. Ella se ocupa de las relaciones lógicas y psicológicas entre términos coexistentes en un estado determinado de la lengua (*simultaneidad*); estudia el sistema tal como aparece en la conciencia colectiva. La diacrónica asume el análisis de las relaciones que unen términos *sucesivos* “que se sustituyen unos a otros en el tiempo” [*Curso*, p. 247], sin que puedan ser percibidos por una misma conciencia colectiva; en esta perspectiva se considera que la inmovilidad de la lengua no existe y que todas las partes de la misma están sometidas a cambios; analiza la evolución de la lengua y adopta una mirada bifronte: prospectiva y retrospectiva.^{10*}

Para la masa hablante, la sincronía “es la verdadera y única realidad” [*Curso*, p. 168]; la evolución histórica de la lengua carece de importancia en los momentos en que se utiliza la lengua. Desde el punto de vista metodológico, para Saussure era evidente que el aspecto sincrónico prevalecía sobre el otro, pues si el lingüista “se sitúa en la perspectiva diacrónica no será la lengua lo que perciba, sino una serie de acontecimientos que la modifican” [*Curso*, p. 168]. Todo cuanto es diacrónico en la lengua sólo lo es por el habla, cuyos elementos a su vez deben subordinarse a la ciencia de la lengua.

Lo dicho permite inferir que el propio Saussure reconoció que sus innovaciones jerarquizaban lo sincrónico, mientras que el aspecto diacrónico –ya abordado por sus antecesores– quedaba en cierto sentido subordinado al primero.^{11*} Sin embargo, el ginebrino no menospreciaba la diacronía; pensaba que el valor lingüístico de un signo era fundamentalmente social e histórico; todo lo relativo a la lengua proviene de generaciones anteriores y es siempre herencia del pasado. Postulaba una dialéctica no excluyente entre historia y sistema (estructura); el predominio del segundo punto de vista sobre el primero formaba parte de una fase precisa y delimitada de una investigación que, sin embargo, no debe perder de vista su inserción histórica.

“En cada instante el lenguaje implica a la vez un sistema establecido y una evolución; en cada momento es una institución actual y un producto del pasado. Parece a primera vista muy sencillo distinguir entre el sistema y su historia, entre lo que es y lo que ha sido; en realidad la relación que une esas dos cosas es tan estrecha que es difícil separarlas.” [Curso, p. 50].

Resaltar el par diacronía/sincronía en este primerísimo abordaje de las ideas de Saussure y hacerlo con todos los matices que él pretendió otorgarle, tiene por objetivo establecer un telón de fondo para el análisis de un fenómeno posterior: tras la segunda guerra mundial, el fulgor del estructuralismo en las ciencias sociales, veló la dialéctica historia-sistema presente en Saussure. La vía elegida consistió en privilegiar notablemente lo sincrónico en desmedro o disolución de la perspectiva diacrónica.¹² La enseñanza de Lacan -como así también las obras de aquellos que de una manera u otra se inscribieron en las corrientes estructuralistas-, se situó en esa línea; todos ellos libraron un duro combate contra el historicismo. Es de ese contexto que surgió -no del propio Saussure- calificar su lingüística de *estructural*.

R. Jakobson, al que se hará referencia en las próximas páginas, dijo que el lingüista ginebrino supo poner de relieve las grandes antinomias que atravesaban el campo de la lingüística, a saber: lo articulatorio y lo acústico; el sonido y el sentido; el individuo y la sociedad; la lengua y el habla; lo material y lo insustancial; lo sintagmático y lo paradigmático; la identidad y la diferencia; lo sincrónico y lo diacrónico, etc.¹³ En tanto se trataba de entidades o niveles relacionales, carentes de sustancia, cada término de estas parejas valía por su oposición al otro.¹⁴

A continuación se referirán los siguientes conceptos e ideas de cuño saussureano:

4.2.1.1. *Las diferencias entre lengua, lenguaje y habla*

4.2.1.2. *El signo lingüístico según Saussure*

4.2.1.3. *La arbitrariedad del signo*

4.2.1.4. *La mutabilidad e inmutabilidad del signo*

4.2.1.5. *Carácter lineal del significante*

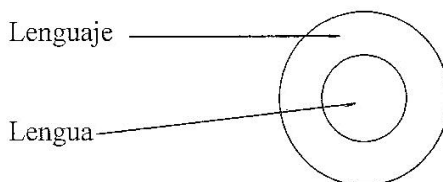
4.2.1.6. *El valor lingüístico*

4.2.1.7. *La lengua como pensamiento organizado en la materia fónica*

El texto de referencia permanente será su *Curso*; de él se extractaron múltiples citas con el objetivo de exponer fielmente sus ideas. Las frases y párrafos entre comillas pertenecen a la edición comentada en la nota al pie n° 9.

4.2.1.1. *Las diferencias entre lengua, lenguaje y habla*

Con las distinciones que estableció entre estos tres elementos Saussure produjo un impacto significativo en la lingüística; en primer lugar, la lengua fue separada del lenguaje aunque siguió formando parte del mismo, pero sin confundirse con él. En una primera aproximación, este desglose puede representarse por medio de los círculos de Euler-Venn:

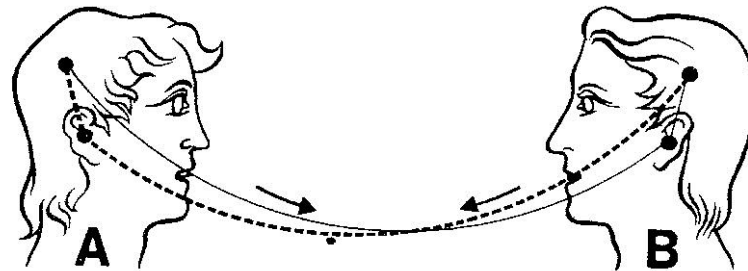


En palabras del propio Saussure:

“Para nosotros, la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. Tomado en su conjunto el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a

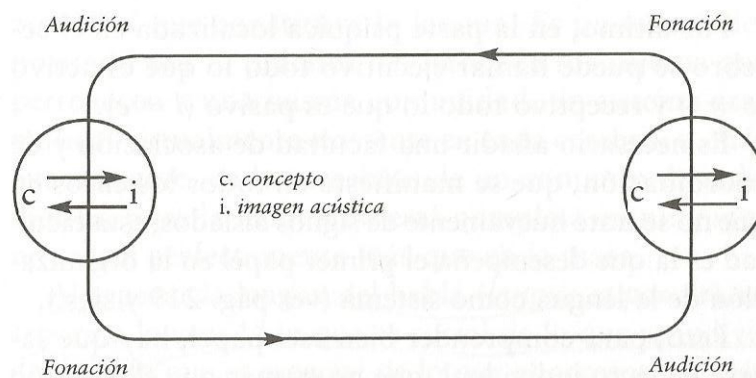
la vez físico, fisiológico y psíquico; pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En tanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.” [Curso, p. 51].

La lengua es pues un sistema de expresiones convencionales usadas por una comunidad; en última instancia es léxico convenido, preestablecido y compartido; es el conjunto de signos distintos y distintivos que conforman el código; cada uno se corresponde con una idea diferente.^{15*} La lengua siempre es heredada; lo que se trasmite es ese conjunto de signos y sus modos habituales de combinación. Saussure precisó el lugar de la lengua en los hechos del lenguaje mediante estos dos esquemas, extraídos de las páginas 54 y 55 del *Curso*:



Con este diagrama como telón de fondo describió de manera minimalista el acto individual que permite reconstruir el circuito de la palabra; este acto supone, por lo que puede apreciarse en la figura, al menos dos individuos:

“El punto de partida del circuito está en el cerebro de uno de ellos, por ejemplo, en el de A, donde los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos, se hallan asociados con las representaciones de los signos lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión. Supongamos que un concepto dado desencadena en el cerebro una imagen acústica correspondiente: éste es un fenómeno enteramente *psíquico*, seguido a su vez de un proceso *fisiológico*: el cerebro trasmite a los órganos de la fonación un impulso correlativo a la imagen; luego las ondas sonoras se propagan de la boca de A al oído de B, proceso puramente *físico*. A continuación el circuito sigue en B un orden inverso: del oído al cerebro, transmisión fisiológica de la imagen acústica; en el cerebro, asociación psíquica de esta imagen con el concepto correspondiente. Si B habla a su vez, este nuevo acto seguirá -de su cerebro al de A- exactamente en la misma marcha que el primero y pasará por las mismas fases sucesivas que representamos con el siguiente esquema:”



El ejercicio de la facultad del lenguaje implica la participación de aspectos físicos (ondas sonoras), fisiológicos (fonación, audición) y psíquicos (imágenes verbales y conceptos). Saussure aclaró que la imagen verbal no se confunde con el sonido mismo, y que es tan legítimamente psíquica como el concepto que le está asociado. Los individuos ligados por una determinada lengua deberán usar los mismos signos para los mismos conceptos. En eso consiste específicamente el

sistema lingüístico: en él se acaudala todas las convenciones –signos lingüísticos– para uso de quienes comparten un mismo idioma.¹⁶

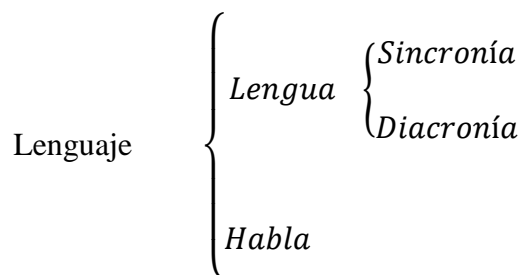
La lengua no depende del sujeto hablante; es algo que el ser humano va incorporando por medio de un sometimiento a las convenciones establecidas antes de su nacimiento; en este sentido la lengua es coercitiva, imperativa; es la parte social del lenguaje; es exterior al usuario hasta que éste la incorpora; existe con independencia de él. El sujeto hablante singular no puede crear ni modificar a su libre arbitrio el contrato implícitamente establecido por los se expresaron históricamente en dicho idioma. Todo humano que llega al mundo en esa comunidad necesitará aprender y conocer los signos y su funcionamiento; hará suyo, en mayor o menor medida, el catálogo de los mismos y las leyes que rigen su operatividad. Mientras el lenguaje es heterogéneo, la lengua es homogénea; “es un sistema de signos que expresan ideas” [Curso, p. 59]; en él, lo esencial es la unión entre el sentido y la imagen acústica; es decir, entre el significado y el significante. El habla, en cambio, es un acto individual en el que se utiliza la lengua; incluye la fonación, que es de orden psicofísico. La lengua, social en su esencia, es necesaria para que el acto de habla sea inteligible y produzca todos sus efectos. Históricamente el habla es imprescindible para que una lengua pueda establecerse; el hecho de habla precede siempre: tuvo que haber una primera vez en que se asoció una idea a una imagen verbal en un acto de habla [Curso, p. 64]. El habla es lo que hace evolucionar a la lengua.

“El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad e inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1° las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua para expresar su pensamiento personal; 2° el mecanismo psicofísico que le permite exteriorizar esas combinaciones.” [Curso, p. 57].

Esta coerción no es, sin embargo, un obstáculo para que el hablante produzca lapsus, equívocos, expresiones que posean dobles o triples sentidos, que considerados fallos por los teóricos de la comunicación, interesan especialmente al psicoanalista.

Al final de la primera parte del *Curso* [p. 180] puede leerse:

“El cuadro siguiente indica la forma racional que debe adoptar el estudio lingüístico.”



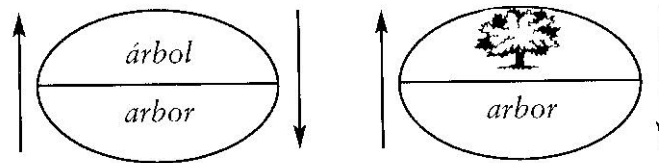
Estas primeras definiciones y precisiones de Saussure servirán para ser cotejadas con la concepción lacaniana sobre la función del lenguaje y la palabra en el psicoanálisis, que será expuesta en los apartados 4.3. a 4.7.

4.2.1.2. El signo lingüístico según Saussure

En las pp. 134-135 del *Curso*, propuso la siguiente definición de signo en la que unía un concepto a una imagen acústica: “el signo lingüístico es, pues, una entidad psíquica de dos caras, que puede representarse por la siguiente figura:”



Pese a su sencillez este esquema implicó una ruptura con la concepción clásica, según la cual todo signo lingüístico remitía a un objeto. El punto de vista de Saussure era muy diferente: no unía un nombre a una cosa sino un concepto a una imagen acústica. Esta última no era el sonido material –cosa puramente física–, sino la huella psíquica de ese sonido, la representación que otorga el testimonio de los sentidos. Ambos componentes del signo estaban para él unidos de manera íntima y se reclamaban recíprocamente. Lo ejemplifica mediante la palabra latina *arbor* (imagen acústica), que designa el concepto de árbol



Luego propuso sustituir *concepto* e *imagen acústica* por significado y significante, respectivamente.

La lengua dejó así de ser una simple nomenclatura, un listado para referirse a objetos o un repertorio de nombres que supuestamente se corresponderían con cosas dadas en la realidad: el sistema pertenece y funciona exclusivamente en el ámbito simbólico. Este puede ser considerado el giro copernicano que Saussure introdujo en las investigaciones lingüísticas; permitió cernir la verdadera naturaleza del signo.¹⁷ Lacan explotó esta idea de mil maneras.

4.2.1.3. La arbitrariedad del signo

Para Saussure, el significado y el significante eran dos aspectos complementarios e indisolubles; ambos daban unidad al signo; consideraba también que el lazo que unía un significante al significado era arbitrario; ningún ligamen natural determinó dicha asociación, pero una vez que quedó establecida, regía para todos los hablantes de una misma lengua. Prueba de esta arbitrariedad del signo es el hecho de que un mismo significado –por ejemplo: el utensilio formado por una mina de grafito embutido en un cilindro de madera que sirve para escribir– tiene un significante distinto en cada lengua: lápiz en castellano, *pencil* en inglés, *crayon* en francés, *Bleistift* en alemán.

Aunque constituida de manera arbitraria, esa ligadura entre significado y significante permanece (relativamente) constante en cada lengua y no es potestad del hablante cambiarla a su libre albedrío.¹⁸ Una vez creado el anudamiento entre el significante y la idea o el concepto que representa, éste se impone a la comunidad de hablantes de un mismo idioma.

4.2.1.4. La mutabilidad e inmutabilidad del signo

Saussure se refirió a esta relación estable y bastante duradera entre un significante y su(s) significado(s) afirmando que el signo era inmutable. Pero, a renglón seguido señaló que a lo largo de la historia pueden acontecer cambios en los signos, cuestión tratada centralmente por la lingüística diacrónica. Por ejemplo, la antigua palabra castellana *anteojos* ha sido sustituida en el español moderno por *gafas*.

Ahora bien, una vez acontecida tal transformación, el nuevo significante empezó a regir –y lo sigue haciendo hasta hoy– con el mismo carácter coercitivo que el anterior, sobre la masa social de usuarios de esa lengua.^{19*}

A la luz de lo observado sobre la evolución de las lenguas durante siglos puede enunciarse la siguiente paradoja: la perdurabilidad de un signo va dando pie a modificaciones del mismo. Cabe entonces matizar esa noción de inmutabilidad introduciendo la posible existencia de evoluciones del signo en el decurso del tiempo. Existen ocasiones históricas en que la inercia colectivamente sostenida a toda innovación lingüística se quiebra y se crean nuevos significantes que a su vez son

socialmente refrendados por su uso. En síntesis: convención arbitrariamente escogida más fijación temporal de tal elección y posibilidad de modificaciones en el decurso de la historia.

En realidad lo que es verdaderamente inmutable es el sistema lingüístico –las relaciones complejas y recíprocas entre sus componentes–; en cambio puede observarse –y la época actual es elocuente al respecto– el ingreso de nuevos signos a la estructura, las caídas en desuso de otros, acompañados o no de sustitutos.

En todo caso, la arbitrariedad del signo permanece, pero a él se asocian dos fenómenos bien opuestos que convendrá tener presente: su mutabilidad en el tiempo y la estabilidad del sistema. O, dicho de otra manera, mientras los significantes y significados pueden transformarse, el sistema lingüístico se mantiene.

4.2.1.5. *Carácter lineal del significante*

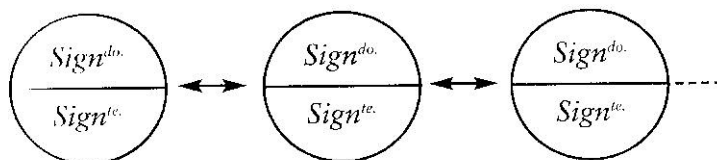
En la página 139 del *Curso* puede leerse:

“El significante, por ser de naturaleza auditiva, se desenvuelve en el tiempo únicamente y tiene los caracteres que toma del tiempo: a) *representa una extensión*, y b) *esa extensión es medible en una sola dimensión*; es una línea. [...] Todo el mecanismo de la lengua depende de este hecho. Por oposición a los significantes visuales (señales marítimas, por ejemplo), que pueden ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones, los significantes acústicos no disponen más que de la línea del tiempo; sus elementos se presentan uno tras otro; forman una cadena.”

Cuando se hace uso de la palabra se emiten signos (significantes con sus correspondientes significados) que se suceden unos a otros en el tiempo; se considera que tal despliegue acontece sobre el denominado eje diacrónico o sintagmático del discurso, tal como se verá *infra*, en el apartado 4.5.²⁰

4.2.1.6. *El valor lingüístico*

“[...] la lengua es un sistema en donde todos los términos son solidarios y donde el valor de cada uno no resulta más que de la presencia simultánea de los otros, según este esquema.” [*Curso*, p. 207).



“Cuando se habla del valor de una palabra, se piensa generalmente, y sobre todo, en la propiedad que tiene la palabra de representar una idea, y, en efecto, ése es uno de los aspectos del valor lingüístico. Pero si fuera así ¿en qué se diferenciaría de lo que se llama la significación?” ¿Serían sinónimos estas dos palabras?” [*Curso*, p. 206].

Saussure respondió por la negativa y agregó que incluso fuera del campo lingüístico, los valores están siempre constituidos, establecidos, y que ellos parecen regirse por los siguientes principios contradictorios:

- 1° por una cosa *desemejante* susceptible de ser trocada por otra cuyo valor está por determinar;
- 2° por cosas *similares* que se pueden *comparar* con aquella cuyo valor está por ver.” [*Curso*, p. 208].

El signo, al formar parte de un sistema –recuérdese que para el ginebrino la lengua era un sistema complejo de signos–, no sólo manifiesta una relación positiva entre el significante y el significado sino, también, una relación negativa y diferencial con otros signos. Este es un carácter esencial en todo sistema lingüístico: el factor diferencial entre signos. La lengua es fundamentalmente un sistema de diferencias y de oposiciones entre los elementos que la constituyen. Cada término asume un valor que se determina por las relaciones que mantiene con

todos los demás términos. Este valor es diferencial y viene dado por los caracteres que lo distinguen de los otros valores.

“En la lengua no hay más que diferencias” [Curso, p. 215].

La identidad de cada unidad la hace distinta de las otras, pero estas diferencias se establecen por oposición a las restantes unidades del sistema. Cada elemento es distintivo.²¹

Saussure otorgó especial importancia a esta noción de valor lingüístico y a las diferencias que instituye en tanto era el soporte de su concepción de la lengua como sistema.

“Arbitrario y diferencial son dos propiedades correlativas” [Curso p. 212].

El valor lingüístico tenía para Saussure un aspecto conceptual y otro material.

“El valor tomado en su aspecto conceptual, es sin duda un elemento de la significación” [206].

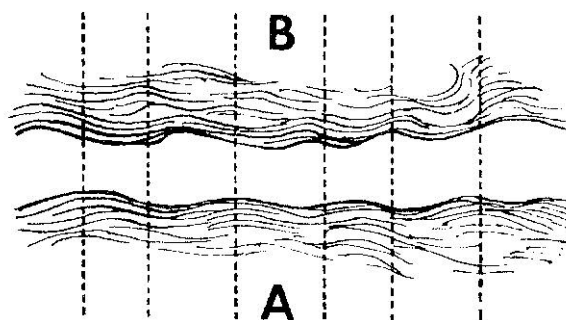
Esta faceta muestra la capacidad que posee cada palabra para representar un concepto. Sobre el otro aspecto –el material– dijo lo siguiente:

“Lo que importa en las palabras no es el sonido por sí mismo, sino las diferencias fónicas que permiten distinguir a una palabra de todas las demás, pues son ellas las que llevan la significación”. [Curso, p. 211].

4.2.1.7. La lengua como pensamiento organizado en la materia fónica

“Para darse cuenta de que la lengua no puede ser otra cosa que un sistema de valores puros, basta considerar los dos elementos que entran en juego en su funcionamiento: las ideas y los sonidos. [...] Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua.

Frente a ese reino flotante, ¿ofrecen los sonidos por sí mismos entidades circunscriptas de antemano? Tampoco. La sustancia fónica no es más fija ni más rígida; no es un molde a cuya forma el pensamiento deba acomodarse necesariamente, sino una materia plástica que se divide a su vez en partes para suministrar los significantes que el pensamiento necesita. Podemos, pues, representar el hecho lingüístico en su conjunto, es decir la lengua, como una serie de subdivisiones contiguas marcadas a la vez sobre el plano indefinido de las ideas confusas (A) y sobre el no menos indeterminado de los sonidos (B). Es lo que aproximadamente podríamos representar en este esquema”:



“El papel característico de la lengua frente al pensamiento no es el de crear un medio fónico material para la expresión de las ideas, sino el de servir de intermediaria entre el pensamiento y el sonido, en condiciones tales que su unión lleva necesariamente a deslindamientos recíprocos de unidades. El pensamiento, caótico por naturaleza, se ve forzado a precisarse al descomponerse. No hay pues ni materialización de los pensamientos, ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el ‘pensamiento-sonido’ implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas.” [Curso, pp. 203-204].

Poco después Saussure introdujo la comparación –que se hizo célebre– con la hoja de papel: el pensamiento sería el anverso y el sonido el reverso del folio.

4.2.2. Las aportaciones de Trubetzkoy, Jakobson, Hjelmslev y Martinet

Dadas las metas de este trabajo y la imposibilidad de dar cabida en él a todos los desarrollos post-saussureanos, se ha optado por comentar sólo a grandes rasgos las producciones de estos cuatro lingüistas reconocidos por sus obras y sus participaciones en los debates abiertos tras la muerte del maestro. Ellos fueron mencionados con frecuencia por los que en el campo de las ciencias sociales se enrolaron en las diversas corrientes estructuralistas y post-estructuralistas; los tres primeros fueron, junto con Benveniste, los lingüistas más citados por Lacan en sus seminarios y *Escritos*.

Sucedió con los discípulos de Saussure algo similar a lo que pasó con los de Freud: para todos ellos las obras de los dos maestros han permanecido como referencias insoslayables; ambas han estado siempre en el centro de los debates y los puntos de vista originales -modificados, matizados, discutidos o rechazados- siguieron vigentes en las producciones de los seguidores. Para ambos, sin duda, sus lugares de fundadores han sido irrevocables; pero ello no menoscaba la originalidad de los cuatro lingüistas mencionados. Ellos convirtieron sus ciudades de residencia en centros –coyunturales o permanentes– de producción y debates sobre cuestiones lingüísticas. La historización, siempre elocuente, indica esta secuencia: Praga, Copenhague, París.²²

A *grosso modo*, las escuelas post-saussureanas más importantes fueron dos, a saber: la *funcionalista* a la que adhirieron Trubetzkoy, Jakobson y Martinet y la *glosemática*, dirigida por Hjelmslev. Los primeros, sosteniendo postulados personales diferentes, partieron de una de las tesis del suizo que sostenía el papel esencial de la lengua en la comunicación; encararon el estudio de la misma investigando las funciones que desempeñaban los elementos, las clases y los mecanismos que intervienen en ella. Los de la segunda corriente atribuyeron, en cambio, un rol capital a la forma en la lengua, expurgándola de toda realidad semántica o fónica. La lengua es forma y no sustancia; la lengua es a la vez expresión y contenido. Estas dos ideas fundamentales de Saussure fueron desplegadas con originalidad por Hjelmslev. A continuación se señalarán los aspectos más significativos de los enfoques de estos cuatro lingüistas y de las escuelas a las que ellos pertenecieron. Otros estudiosos contemporáneos sólo serán evocados por sus nombres.

4.2.2.1. Nikolai S. Trubetzkoy (1890-1938). La escuela de Praga

El Círculo lingüístico de la capital checa recibió en su seno –dos años más tarde de su creación, acaecida en 1926– a quien llegaría a ser un prestigioso lingüista, reconocido internacionalmente pese a su corta vida: N. Trubetzkoy. Nacido en Moscú, profesó en la Universidad de Sofía, donde se hizo cargo de la cátedra de lingüística indoeuropea y, posteriormente, en la de Viena, donde dictó clases sobre filología eslava. Fue el fundador de la moderna fonología; sus contribuciones fueron desarrolladas por los miembros de la escuela de Praga, por R. Jakobson y A. Martinet.

Sus puntos de partida fueron, como ya se ha dicho, las ideas de Saussure. En ellas introdujo una perspectiva personal e innovadora. En el marco de las diferencias entre lengua y habla que había postulado el ginebrino, Trubetzkoy propuso la creación de una nueva rama dentro de la lingüística a la que adjudicó como objeto de estudio los *sonidos* del habla. Dentro de ese contexto, diferenció la fonética, conocida y desarrollada con anterioridad, de la fonología; esta última debía abocarse específicamente al análisis de los elementos diferenciales que el oído era capaz de percibir, empleando métodos lingüísticos, psicológicos o sociológicos. En esa dirección definió a los fonemas como las principales unidades distintivas; de ahí el nombre de la disciplina que creó. Trubetzkoy dedicó a esta faceta de la lingüística la mayor parte de sus textos, como puede constatarse a través de los títulos de sus principales publicaciones: *La fonología actual* (1933), *Introducción a las descripciones fonológicas* (1935), *La neutralización de las oposiciones fonológicas* (1936) y *Principios de fonología* (1939), obra póstuma e inacabada, que vio la luz gracias al empeño de sus colegas del Círculo Lingüístico de Praga.

Para los fonólogos, un fonema es un segmento fónico que posee las siguientes propiedades^{23*}:

- a) Tiene una función distintiva.
- b) Es, a la vez, la unidad distintiva mínima; por lo tanto no puede deconstruirse en una sucesión de segmentos más pequeños que conserven dicha función.
- c) Se define por los caracteres que en él tienen valor distintivo, rasgos que los fonólogos llaman pertinentes.

En palabras textuales de Trubetzkoy, los fonemas son:

“unidades fonológicas que, desde el punto de vista de la lengua en cuestión, no pueden ser analizadas en unidades más pequeñas y sucesivas..., el fonema es la suma de las unidades fonológicamente pertinentes que comporta una imagen fónica.” De *Principios de fonología* (1933); *op. cit.*

Como ya fue anticipado, los sonidos de los fonemas se distinguen de aquellos otros que son objeto de la fonética. Ducrot, en la obra citada, aportó el siguiente ejemplo: los sonidos *i* de “*vide*” (vacío) y “*vite*” (rápido), de la lengua francesa, son fonéticamente muy distintos; sin embargo, constituyen, en virtud de lo afirmado en c), un solo fonema, ya que los rasgos por los cuales difieren no son pertinentes (los fonólogos expresan esto diciendo que los dos sentidos no conmutan: la sustitución de uno por otro no puede cambiar un signo en otro). Si bien las presencias de las letras *d* y *t* después de la *i* determinan la duración –longitud o brevedad– de dicha vocal en la pronunciación de las palabras aludidas, éstas son sólo variantes contextuales de un mismo y único fonema.

La fonética estudia los factores materiales de los sonidos emitidos y, sobre todo, las formas de pronunciación en el lenguaje hablado. La fonología, en cambio, se interesa más por las diferencias que el hablante percibe, pues éstas son las que posibilitan apreciar el sentido de las palabras. La fonología recogió las ideas de Saussure sobre el carácter distintivo y diferencial de los signos y la extendió a los fonemas, según se ha visto en las puntualizaciones a), b) y c); por el contrario, tomó distancias del par sincronía/diacronía y concibió un enfoque más dinámico, estudiando los determinantes que afectan a la transformación del sistema fonológico. Este último tiende a un fin (perspectiva teleológica), posee una lógica interna y un sentido cuya explicación corresponde a la fonología histórica.²⁴ Como puede apreciarse, la fonología es menos descriptiva que la fonética; está más preocupada por la percepción y discriminación de las palabras, le interesa el valor expresivo de estas últimas y las razones de su evolución.

Otro aspecto interesante del pensamiento de Trubetzkoy es que fue uno de los primeros en utilizar el término *inconsciente* en el campo de la lingüística.^{25*} Así en su artículo “La fonología actual” (1933)²⁶, describió los siguientes aspectos de su metodología: a) ir más allá del estudio de los fenómenos lingüísticos conscientes para aprehender sus estructuras inconscientes; b) no abordar los términos como entidades independientes, tratando, en cambio, sus relaciones recíprocas; c) no limitarse a declarar que el conjunto de fonemas conforma un sistema sino estudiar sistemas fonológicos concretos para poner en evidencia su estructura; d) descubrir las leyes generales que rigen dichos sistemas, ya sea por inducción, ya sea deducción lógica; éstas otorgarían el carácter *necesario* –que se desprende de toda ley– a los fenómenos y relaciones estudiadas.

Estas ideas, muy difundidas y aceptadas en la actualidad, fueron de avanzada a comienzos de la década de los años treinta; ellas inspiraron aspectos importantes de las investigaciones antropológicas de Lévi-Strauss –según se ha visto en III, 3.6.3.– y de muchos otros estudiosos de las ciencias sociales.

4.2.2.2. Roman Jakobson (1896-1982). Los polos metafórico y metonímico del lenguaje

Nació en Moscú; estudió en el Instituto Lazarev de Lenguas orientales y en la Universidad de dicha ciudad. A los 24 años emigró a Praga, donde se doctoró en 1930. Siguió manteniendo contactos con la corriente formalista rusa, que reunió a un grupo de investigadores en Leningrado y Moscú, dedicados a la crítica literaria. Con la invasión nazi de Checoslovaquia se trasladó a EE. UU. donde trabajó amistad con Lévi-Strauss. Fue un autor prolífico, que abordó temas muy diversos (lingüística, poesía, folklore, literatura); entre sus principales artículos y libros están: *Notas sobre la evolución fonológica del ruso comparada con la de otras lenguas eslavas* (1929); *Sobre la teoría de*

las afinidades fonológicas entre las lenguas (primera versión: 1938; reelaborada en 1949), *Observaciones sobre la clasificación fonológica de las consonantes* (1939); en este texto puede leerse los esbozos de su posterior teoría de las oposiciones binarias en fonología; en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, se recopilaron artículos suyos sobre Khlevnikov (1921), Maïakovsky (1930) y Pushkin (1937). Escribió también sobre las obras de los poetas checos Erben (1936) y Macha (1938). En *Notas marginales sobre la prosa del poeta Pasternak* (1935) aparecieron sus primeras consideraciones sobre la metáfora y la metonimia. *Los lenguajes paleosiberianos* fue publicado en 1952 y *Fundamentos del lenguaje* en 1956; este libro incluyó el ensayo *Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia*, texto ya mencionado con anterioridad y que será evocado nuevamente a continuación. *Ensayos de lingüística general* se editó en 1956; existe una versión francesa de este libro de Les Éditions de Minuit, 1963; contiene un interesante prefacio de Nicolas Ruwet que destaca aspectos importantes de la vida y obra de Jakobson.

Si Trubetzkoy estudió con ahínco las unidades *mínimas* que el oído podía diferenciar, Jakobson se ocupó de los fenómenos que acontecen cuando los signos se combinan para crear unidades sintácticas más complejas. Consideró que los polos metafórico y metonímico eran fundamentales en esas investigaciones y que ellos ponían de manifiesto la mecánica sintáctico-estructural del lenguaje. Jakobson reinterpreto las nociones de relación sintagmática y asociativa descritas por Saussure [*Curso*, pp. 219 y ss.] y a partir de ellas sostuvo que al hablar se realizan dos operaciones simultáneas: la *selección* de las unidades lingüísticas y la *combinación* de las mismas mediante su encadenamiento para construir el sintagma por excelencia: la oración. Situado en la cadena hablada, cada término adquiere su valor porque se opone al que le precede o al que le sigue o a los dos. A su vez, cada una de esas expresiones está *asociada* en la memoria con otras, con las que tienen algo en común; si se eligió, verbigracia, el vocablo enseñanza, las palabras: enseñar, educación, instrucción, aprendizaje, maestro, profesor, etc. “forman parte de ese tesoro interior que constituye la lengua de cada individuo. Las llamaremos relaciones asociativas.” [*Curso*, p. 220]. Jakobson dijo, más escuetamente, que formaban parte del mismo paradigma.²⁷ Consideró, también, que la interpretación de una unidad lingüística desencadenaba en cada momento la puesta en marcha de dos mecanismos intelectuales independientes pero entrelazados: la comparación con ciertas unidades semejantes, que por lo tanto podrían reemplazarla –por pertenecer al mismo paradigma– y el análisis de la relación con las unidades que conforman el sintagma. De esta manera, el sentido de una palabra queda determinado por la influencia de las que la preceden y postceden (*in praesentia*, dijo Saussure [*Curso*, p. 220] y por el recuerdo (“que una términos *in absentia* en una mnemónica virtual” [*Curso*, p. 220] de las que podrían haber estado en su lugar. Jakobson, en cambio, se expresa así:

“Todo signo lingüístico implica dos tipos de ordenamiento:

1) la combinación: todo signo está compuesto de signos constituyentes y/o aparece en combinación con otros signos. Esto significa que toda unidad lingüística sirve al mismo tiempo de contexto a las unidades más simples y/o encuentra su propio contexto en una unidad más compleja. De donde se sigue que todo conjunto efectivo de unidades lingüísticas las reagrupa en una unidad superior: combinación y contexto son los dos aspectos de una misma operación.

2) la selección: la selección entre términos alternativos implica la posibilidad de sustituir uno de los términos por otro, equivalentes del primero bajo un aspecto y diferente bajo otro. En efecto, selección y sustitución son dos aspectos de una misma operación”.^{28*}

A renglón seguido añadió que Saussure había percibido la importancia de ambas operaciones, pero privilegió las asociaciones sintagmáticas por que quedó capturado en las ideas tradicionales sobre el carácter lineal del significante.^{29*}

Este doble carácter del lenguaje asociado a las funciones de combinación y selección que el hablar implica, puede percibirse con especial nitidez en las perturbaciones del lenguaje conocidas con el nombre de afasias; en base a las ideas recién expuestas, Jakobson postuló dos modalidades fundamentales de las mismas; en una, la dificultad mayor consiste en seleccionar del tesoro lexical los elementos a ser utilizados; en la segunda variedad, la alteración mayor reside en *combinar* los

elementos entre sí; es decir: en construir sintagmas. La descripción que hace el lingüista de estas patologías es algo más completa y compleja:

“Siguiendo este punto de vista distinguimos dos tipos fundamentales de afasia, según que la carencia principal resida en la selección y la sustitución, permaneciendo relativamente estables la combinación y el contexto; o que por el contrario incida en la combinación y el contexto con una relativa conservación de las operaciones normales de selección y sustitución. [...] Para los afásicos del primer tipo (deficiencia en la selección) el contexto constituye un factor indispensable y decisivo. Cuando se le pregunta a tal enfermo fragmentos de palabras o de frases, las completa con mucha facilidad. (*op. cit.*, pp. 33-34).”^{30*}

Por el contrario, cuando lo que falla principalmente es la combinación de las palabras, disminuyen la extensión y riqueza de las frases. Este tipo de afasias, deficiente en cuanto al contexto, se podría llamar perturbaciones de la *contigüidad*. Se han perdido las reglas sintácticas que organizan las palabras en unidades superiores. El orden de las palabras deviene caótico; los lazos de coordinación y subordinación gramaticales están disueltos; por esto es frecuente que utilicen enlaces incorrectos de palabras, especialmente cuando se trata de aquéllas que derivan de una misma raíz —como: grande, grandeza, grandiosa—. Este tipo de afásicos se manifiesta con un estilo telegráfico porque a la disminución de la capacidad de combinar se le añade, con frecuencia, la pérdida del uso de preposiciones, conjunciones, pronombres y artículos; aprovechan las similitudes y lo que pronuncian tiene un cierto tinte metafórico. El texto de Jakobson aporta los siguientes ejemplos: *larga vista* en lugar de *microscopio*; *fuego* en lugar de *luz de gas*.

Esta manera de entender las afasias es más interesante que la descripción clásica que las agrupaba en afasias de emisión (codificación de mensajes) y de recepción (decodificación de los mismos) en tanto se basa en dos operaciones —selección, combinación— que intervienen en cada instante en el ejercicio del lenguaje. En efecto, la importancia del eje sintagmático (combinación, operaciones metonímicas) y paradigmático (selección, operaciones metafóricas) va más allá del terreno de la patología; como ya se ha dicho, todo discurso se despliega siempre según dos tipos de operaciones: las metafóricas (eje de la selección) y las metonímicas (eje de las combinaciones):

“El desarrollo de un discurso puede hacerse a lo largo de dos líneas semánticas diferentes: un tema lleva al otro, sea por similitud, sea por contigüidad. Sería mejor, sin duda, hablar de proceso metafórico en el primer caso y de proceso metonímico en el segundo, porque encuentran su expresión más condensada en la metáfora, uno; en la metonimia, otro.”³¹

En los párrafos anteriores se aludieron especialmente las ideas de Jakobson que fueron trasvasadas al psicoanálisis; cabe agregar ahora que su vastísima producción abarcó todos los dominios de la lingüística estructural: gramática, semántica, fonología, poética, retórica, etc. También, realizó estudios interdisciplinarios y se ocupó de temas ligados con las artes plásticas y la creación literaria.

4.2.2.3. Louis T. Hjelmslev (1899-1965). La escuela de Copenhague

Hjelmslev, danés de nacimiento, inició sus estudios de filología comparada en la Universidad de Copenhague. Fue uno de los fundadores, en el año 1931, del Círculo lingüístico de la capital de Dinamarca y creador, junto con Jorgen Uldall de la escuela conocida con el nombre de *glosemática*, caracterizada por un enfoque formalizante y lógico que acercó la lingüística al cálculo matemático. Se presentó bajo la forma de una axiomática que pretendía mostrar y describir las interdependencias de los distintos componentes de la lengua, organizados jerárquicamente y de los sistemas semióticos de diversos tipos. Este énfasis formalista y axiomatizante, inclinó los conceptos saussureanos de los que casi siempre partía, hacia una perspectiva lógica. El mérito de Hjelmslev no reside únicamente en haber elaborado una teoría coherente del lenguaje sino y además, en haber reflexionado en los fundamentos teóricos de la lingüística.

Entre sus principales obras destacan: *Estudios bálticos* (1932) en que trata sobre la fonología de las lenguas de esos países, sobre todo el lituano; *Prolegómenos de una teoría del lenguaje* (1943); versión castellana de Gredos, Madrid, 1971; *Principios fundamentales del lenguaje* (1943),

El lenguaje, publicado en 1963; editado en francés por Gallimard, colección Folio/Essais, con un interesante prefacio de A. J. Greimas; *Ensayos lingüísticos* [(1959); Gredos, Madrid, 1972].

Criticó, junto con otros miembros del círculo lingüístico de Copenhague, el enfoque que la escuela de Praga había dado a la fonología. Enjuició el establecimiento del sistema fonológico a partir de “ideas de sonidos” y “del sentimiento de la lengua”. Propuso una ciencia que tratase de los fonemas exclusivamente como elementos de la lengua; la llamó *cenemática* (del griego *cenema*: vacío). La denominación aludía al vaciamiento de contenido propio de todo concepto formal; los que él preconizó tenían tal carácter.

Al comienzo del apartado 4.2.2., se anticipó que Hjelmslev había desarrollado con originalidad las siguientes tesis de Saussure: la lengua es a la vez expresión y contenido; la lengua es forma y no sustancia. Respecto de la primera precisó las complejas condiciones de la interdependencia de ambos aspectos, tratando de dar a estos términos una definición operativa y formal: el **contenido** alude a la manera en que se presenta la significación y la **expresión** se refiere a los sonidos que elige para transmitir dicha significación. Son vocablos que desarrollaron con originalidad la dicotomía saussureana significante/significado. Sin embargo, se distanció del maestro en lo que respecta al signo: éste no era para él la unidad lingüística fundamental; tal alejamiento le fue facilitado por los fonólogos, que ya habían postulado la existencia de unidades menores: los fonemas.

“La función semiótica es en sí misma una solidaridad: expresión y contenido son solidarios y se presuponen necesariamente uno al otro.” (De *Prolegomènes à une théorie du langage* (1968), p. 72, Minuit, París.

Precisó las complejas condiciones de la interdependencia de ambos aspectos recién nombrados, tratando de dar a estos términos una definición operativa y formal. Respecto de la segunda tesis –la lengua es forma y no sustancia– afirmó que sus unidades debían definirse sobre todo por las reglas de su combinación. En la medida en que la glosemática adjudicaba un papel central a la forma, depurada de toda realidad semántica o fónica, relegó a un segundo plano la función comunicativa de lenguaje. Esto le separó de sus colegas funcionalistas de la escuela praguense. Sus planteamientos más formales le permitieron relacionar las lenguas naturales con otros lenguajes diferentes, cosa que abrió un campo más amplio: el de la semiología. Acabó proponiendo una tipología de los lenguajes basada en sus propiedades formales.³²

Asimismo, asimiló el par saussureano lengua-habla a dos modelos de alcance general: el **sistema** y el **proceso**, términos complementarios que se implican mutuamente. Hjelmslev quiso fundar un método exacto para la descripción lingüística y que al mismo tiempo sirviera de guía para las demás ciencias humanas. La complementariedad entre proceso y sistema permitiría superar la etapa de la simple descripción y convertir a la lingüística en una ciencia que, según sus términos, debía ser sistemática, exacta y generalizadora. Su mayor esfuerzo estuvo dirigido a sentar nuevas y sólidas bases no sólo para la rama del conocimiento que él cultivaba sino, más ampliamente, para convertir los hechos humanos en objetos de ciencia.

4.2.2.4. André Martinet (1908-1999). *La escuela funcionalista de París*

Saussure consideró esencial el papel de la lengua como instrumento de comunicación; los lingüistas posteriores que reafirmaron este principio, fueron llamados *funcionalistas* porque sus investigaciones se centraron en las *funciones* desempeñadas por los elementos, las clases y los mecanismos que intervienen en la lengua. Los discípulos de la escuela praguense, mayormente adscritos al funcionalismo, relacionaron el término función con la significación; se refirieron entonces a la función de la frase, de la palabra, de los fonemas, siempre dentro del marco de la significación.³³

En el contexto de la comunicación, ¿cuál es la función de los sonidos elementales cuya combinación constituye la cadena hablada? No todos los sonidos son portadores de significación; el sonido [a] en “alto”, “bajo”, “mar”, no lo es.

“Su función, por lo tanto, consiste ante todo en hacer que se distingan otras unidades que tienen sentido. [...] no todos los caracteres físicos que aparecen en una pronunciación de [a] tienen ese valor distintivo; su elección no siempre está motivada por una intención comunicativa. [...] El funcionalismo lleva a aislar, entre los rasgos fonéticos *físicamente* presentes en una pronunciación dada, los que tienen un valor distintivo, es decir los elegidos para que sea posible comunicar una información. Sólo estos son considerados *fonológicamente pertinentes*.”³⁴

En un principio fueron los atributos del signo saussureano (arbitrariedad, linealidad del significante) los que guiaron los estudios de esta corriente; pero, en la segunda mitad del siglo XX, los trabajos de Martinet dieron un nuevo impulso a la lingüística funcional, especialmente a partir de su propuesta de la *doble articulación del lenguaje*, presidida por la noción de *elección*.³⁵ Para este lingüista, describir una lengua es referir el conjunto de elecciones que puede llegar a realizar quien la habla y, también, que puede reconocer quien la comprende. Por otra parte, todo aquel que utiliza la lengua se comunica mediante mensajes doblemente estructurados.

Las elecciones de la primera articulación tienen un valor significativo: se refieren a unidades provistas de sentido –los monemas–.^{36*} Ducrot, *op. cit.*, p. 69, aporta este ejemplo: lo distinto entre “Juan ha empezado después de ti” y “Juan ha empezado después de la guerra”, se explica por la diferencia que existe entre “ti” y “la guerra”.

Las elecciones de la segunda articulación son las de unidades mínimas distintivas –es decir: **no significativas**–; se trata de los fonemas³⁷, cuya única función es permitir la distinción de los monemas. La letra t, en ti, no tiene que ver con la intención de significar, salvo, de manera indirecta, en tanto ese sonido se hace necesario por la elección del monema “ti”, al cual distingue, por ejemplo, de “mí”. Para Martinet, en el uso de cada una de estas partículas hay una articulación presidida por una elección; se trata de elecciones mínimas (en este caso el fonema “t”); por otra parte, éstas constituyen la base de la elección de los segmentos superiores. El principio de la doble articulación se convirtió en un buen fundamento para los estudios semiológicos posteriores.

Además de Martinet, cabe citar como miembros de la escuela parisina a É. Benveniste, A. J. Greimas, G. Mounin y L. Prieto. Otro grupo de estudiosos de temas lingüísticos y semióticos se nuclearon en torno a la conocida revista *Tel Quel*; en ella publicaron, entre otros, J. Kristeva, R. Barthes, J. Derrida y P. Sollers.

4.3. El significante, concepto *lingüístico* fundamental de la teoría lacaniana

Un repaso somero de los vocablos utilizados por Freud muestra que la mayoría provenían del lenguaje corriente (represión, identificación, repetición, representación, etc.) o de las ciencias en auge de su época (principio de constancia, de inercia, descarga, arco reflejo); esos términos, al ser incorporados a la teoría psicoanalítica recibieron nuevos significados y, posteriormente, fueron elevados a la categoría de conceptos metapsicológicos. Algo parecido sucedió con las acepciones que Lacan importó de la lingüística; ellas dieron pie a varios articuladores teóricos *lingüísticos*, que serán estudiados en detalle en este y en los cuatro apartados siguientes. El actual, dedicado al estudio del significante, estará dividido en tres partes:

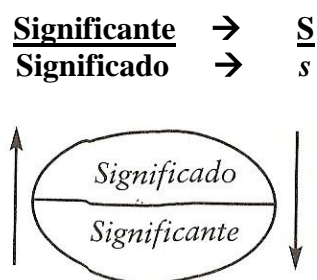
- 4.3.1. Significante y significado en Lacan; las diferencias con Saussure
- 4.3.2. El significante lacaniano y su relación con otros conceptos psicoanalíticos. Periodo 1953-1961
- 4.3.3. Desarrollos posteriores sobre el significante. Periodo 1961-1981

4.3.1. Significante y significado en Lacan; las diferencias con Saussure

Es a todas luces evidente que el contexto de la experiencia psicoanalítica es muy distinto al de la lingüística. Por lo tanto no llamará la atención que pueda plantearse una definición lacaniana del significante como la siguiente: elemento del discurso del analizante en el que se pueden detectar dimensiones conscientes e inconscientes; el significante –operando en y desde la dimensión inconsciente– engendra, determina y representa al sujeto del inconsciente; la repetición significativa

da pistas sobre las características singulares de cada *esebarrado*. La represión sustrae al significante de la conciencia. En el contexto de las asociaciones libres el significante lacanianamente concebido no remite al significado sino a otro (s) significante(s), porque carece de un significado preestablecido. El cierre momentáneo de una cadena asociativa permite el establecimiento retroactivo de un significado para el significante –en principio asemántico– que fue emitido con anterioridad.

La caracterización plasmada en la frase precedente muestra –no podía ser de otra manera– diferencias importantísimas con Saussure; el significante laciano opera en otro contexto teórico-práctico y su elaboración ha seguido caminos muy distintos a los de la lingüística; finalmente, quedaron pocas semejanzas entre uno y otro.³⁸ Tal vez el parecido principal resida en la inmersión del mismo en el orden simbólico: tanto para el lingüista como para el psicoanalista, el significante no remite a lo empírico, a cosas ni a objetos reales. Lacan trasmutó los componentes del signo saussureano y creó con ellos un algoritmo. Siguió utilizando los mismos vocablos –significante, significado, signo– pero el sistema del ginebrino fue íntegramente transformado, como puede apreciarse en la siguiente figura, en la que se compara el algoritmo laciano con el esquema del signo de Saussure.



La A+T que llevó a cabo a partir de la lingüística fue una de las primeras que realizó. Esas importaciones perduraron a lo largo de toda su enseñanza y recibieron nuevas acepciones en cada seminario. A continuación se detallan los cambios más importantes introducidos por Lacan en la concepción del signo de Saussure:

- Invertió la posición del significante y del significado; al primero lo situó arriba, al segundo, abajo. Lacan indicó la conveniencia de leer este algoritmo S/s (ese mayúscula sobre ese minúscula), en lugar de significante sobre significado, para acentuar más aún su carácter formal.^{39*}
- Dio *autonomía* al significante respecto del significado; esto conllevó la ruptura de la unidad que Saussure les había atribuido a ambos. El psicoanalista subrayó la importancia del primero en la producción de efectos de significación. Sin embargo, esta primacía otorgada al significante no diluyó las diferencias entre significante y significado. La preeminencia que concedió al significante le distanció de la concepción lingüística del signo; también, de la idea que la función esencial del lenguaje era la comunicación.⁴⁰
- Eliminó la elipse del esquema de Saussure; ella rodeaba ambos términos y representaba la unidad estructural del signo. Esta ruptura de la unión quedó también reforzada por lo comentado en la puntualización anterior acerca de la supremacía del significante. Significado y significante, más que dos caras de un signo (Saussure) devinieron dos etapas de un algoritmo: S₁... S₂... S₃... S_n → producción retroactiva del significado (Lacan). Para la teoría de este último, el significado jamás está dado de entrada; se llega a él por medio de una serie de operaciones que incluye necesariamente el despliegue de la cadena significante. Quedó suprimida, por lo tanto, la biunivocidad que marcaban las flechas en el esquema del signo de Saussure.
- La barra que separa la S (significante) de la s (significado) simboliza “una barrera resistente a la significación” (*ILIF*, p. 183). Ella recibió toda la carga del concepto psicoanalítico de represión y a través de esa conexión la asoció a la noción de división subjetiva (primera

tópica freudiana). La barra reforzaba también la idea de la autonomía del significante y la toma de distancia respecto de todo significado preestablecido. El significado de una secuencia de significantes será siempre una incógnita a resolver en cada ocasión.

- Como consecuencia de esta separación que introdujo la barra se establecieron dos órdenes diferentes: el del significante y el del significado, que quedaron radicalmente separados. Lo que en Saussure era relación de reciprocidad, de asociación estable entre ambos, adquirió en Lacan la forma de dos reinos independientes; la barra ofrece resistencia al surgimiento del significado; supone un borde que habrá que saltar para llegar a la significación, que nunca está preestablecida; se accederá a ella con posterioridad al despliegue de la cadena de significantes. La hipótesis del inconsciente está implícita en lo dicho.
- También modificó las nociones saussureanas de flujo de ideas y flujo de palabras (véase *supra*, el esquema incluido en 4.2.1.7.), que llevó al lingüista a sostener aquello de que el pensamiento sería el anverso y el sonido el reverso de un mismo folio. Para Lacan las cosas eran muy distintas: la circulación de significantes y significados no es paralela; no existe un anudamiento estable entre ellos; por eso mismo la relación entre ambos puede desbaratarse en cualquier momento:

“[...] la relación del significante y del significado siempre parece fluida, siempre lista a deshacerse. [...] Aquí hay que dar un paso adelante, para dar a lo que está en juego un sentido *verdaderamente utilizable en nuestra experiencia.*” (S 3, p. 374; las cursivas son mías).

De lo afirmado hasta aquí se desprende que el algoritmo S/s poco tiene que ver con el signo de Saussure. Se trataba de un matema fundamentalmente con la experiencia analítica; era una aproximación a la palabra y al lenguaje según los usos y funciones de ésta en la cura. Por lo tanto, ese algoritmo es, en principio, inherente al psicoanálisis.⁴¹

Para la inmensa mayoría de los lingüistas, el lenguaje está al servicio de la comunicación y han pensado siempre su operatividad en el plano de la conciencia. Lacan, en cambio, estaba interesado en la tarea evocadora que es propia del lenguaje y en la capacidad que posee para manifestar lo inconsciente.

“Pues la función del lenguaje no es informar, sino evocar.

Lo que busco en la palabra es la respuesta del otro. Lo que me constituye como sujeto es mi pregunta.” (FCPL; p. 117).

La ruptura con el signo saussureano fue prácticamente total; sólo algunos hilos siguieron ligando al significante en lingüística con la versión lacaniana del mismo; a grandes rasgos los nexos que persistieron fueron los siguientes: considerarlo el soporte de la diferencia; ser lo que los otros no son; los significantes nunca aparecen aislados, se combinan y se remiten unos a otros; los significantes siempre se definen por su oposición y diferencia con otro(s) significante(s). Fuera de estos puntos comunes, el resto era diferencias. Para el ginebrino un significante siempre iba asociado a un significado predeterminado y los signos —así entendidos— se unían a otros signos en las secuencias —orales o escritas— de palabras.

Lacan, tras dismantelar la unidad del signo saussureano, otorgó primacía al significante.^{42*} Postuló a este último como causa del sujeto —vía identificación— y como representante del mismo. Por otra parte, el significante en psicoanálisis está siempre a la espera de otros significantes con los que formar cadena, para que se produzca un efecto —siempre retroactivo— de sentido. Las ideas de Lacan que sustentaron el desmontaje del signo saussureano le llevaron a considerar más pertinente la definición del mismo que había aportado Peirce: “es lo que representa algo para alguien.”

Así pues, el significante lacaniano no es la masa fónica, sonora, correspondiente a un significado preciso y preestablecido; no es el rastro acústico manifiesto que remite al significado. Tampoco debe entenderse al significante como la palabra que remite a una cosa o situación. Si un analizante dice al comenzar la sesión: “está lloviendo”, no cabe comprobar si, efectivamente, tal avatar ocurre; no es éste el aspecto del lenguaje que interesa al psicoanálisis; será necesario seguir la secuencia asociativa —cadena de significantes— para descifrar, luego, el sentido posible de estas

palabras. La escucha en la experiencia analítica revela más palmariamente que cualquier otro contexto la distancia entre el significante y el supuesto objeto al que la palabra remitiría. El analista está atento a *la otra escena*; fomenta la asociación libre para que emerjan las manifestaciones del inconsciente: significantes cargados de *un saber no sabido* que comprometen al *esebarrado*. El significante lacaniano no significa nada a priori: es asemántico; el significado será siempre una incógnita; al final de un enunciado puede obtenerse una significación del mismo que no dejará de ser propia y exclusiva de ese sujeto singular. El encadenamiento de significantes en asociación libre resulta productivo cuando acaba generando, como *efecto* –tardío, secundario, a posteriori– un significado singular: el de cada analizante. Mientras fluyen los significantes, el significado se va deslizando, pero en ningún momento se tratará de un significado preestablecido para un significante. Ahora bien, para frenar el deslizamiento perpetuo de significantes Lacan recurrió a la “puntada de acolchado” (*point de capiton*): la relación siempre fluida y a punto de deshacerse (o rehacerse) entre el significante y el significado es constituida mediante esa forma particular de puntada.^{43*} Se trata de una operación en la que el significante detiene su deslizamiento –que de otro modo sería indefinido–, y genera una significación. En otros términos: mediante este cierre, se otorga retroactivamente un significado a lo dicho: la significación llega siempre *a posteriori*.

Dicho en otros términos, el significante lacaniano no está articulado como el de Saussure a un(os) significado(s) convencionalmente fijado(s); para el psicoanalista francés esta relación biyectiva entre ambos debía ser desatada. De ahí que pueda afirmarse que él introdujo una ruptura con el signo entendido como átomo de la lengua. Los lingüistas, en cambio, y no sin razón, consideraban que tales ligaduras eran el fundamento de todo intercambio posible en una lengua; para ellos, la red de significantes, significados y signos permite que los sujetos se comuniquen entre sí; idealmente, sin perturbaciones.

Tal vez la transformación más radical que introdujo residió en la función otorgada a la barra: articulación con la represión y resistencia a la significación. Esto constituyó una carga de profundidad en la línea de flotación del signo, tal como lo concibió Saussure. El matema S/s pertenece decididamente al psicoanálisis *lingüístico*.

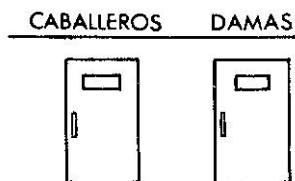
En *ILIF* (1957) –artículo al que se dedicarán las próximas páginas y al que se volverá luego, en 4.4.2. – Lacan, criticó al positivismo lógico y, sin referirse explícitamente a Saussure, recaló la necesidad de desprenderse de la ilusión de que el significante responda a la función de representar al significado (p. 185). Su discurso continuó, luego, con estas palabras y esquemas:

“Para captar su función empezaré por producir la ilustración errónea con la cual se introduce clásicamente su uso. Es ésta:



donde se ve hasta qué punto favorece la dirección antes indicada como errónea.”^{44*}

“La substituiré para mis oyentes por otra, que sólo podría considerarse como más correcta por exagerar en la dimensión incongruente a la que el psicoanalista no ha renunciado todavía del todo. Con el sentimiento justificado de que su conformismo sólo tiene valor a partir de ella. Esa otra es la siguiente:



“donde se ve que, sin extender demasiado el alcance del significante interesado en la experiencia, o sea, redoblando únicamente la especie nominal sólo por la yuxtaposición de dos términos cuyo sentido complementario parece deber consolidarse por ella, se produce la sorpresa de una precipitación de sentido

inesperada: en la imagen de dos puertas gemelas que simbolizan junto con el lugar excusado ofrecido al hombre occidental para satisfacer sus necesidades naturales fuera de su casa, el imperativo que parece compartir con la gran mayoría de las comunidades primitivas y que somete su vida pública a las leyes de la segregación urinaria.” (*ILIF*, p.467-468).

Lacan despliega estas consideraciones para “mostrar cómo el significante entra de hecho en el significado [...]”. Y para ejemplificar esa aparición de un sentido sorprendente propuso la siguiente situación: el tren se detiene en una estación de ferrocarril; una niña y un niño –dos hermanos– sentados en el vagón, cada uno frente al otro, del lado de la ventanilla, observan las dos puertas gemelas.

“¡Mira, dice el hermano, estamos en Damas! ¡Imbécil!, contesta la hermana, ¿no ves que estamos en Caballeros?”

A renglón seguido Lacan, con su estilo característico, insistió en que el significante y el significado no están en relación biunívoca; además, los niños no escogieron el significado (baños) sino el significante y que esa elección no era ajena a la diferencia de los sexos y la castración (“damas” el varón; “caballeros”, la niña).

“Aparte de que en efecto los rieles en esta historia materializan la barra del algoritmo saussureano bajo una forma bien adecuada para sugerir que su resistencia pueda ser de otra clase que dialéctica, sería necesario, y esta es sin duda la imagen que conviene, no tener los ojos enfrente de los agujeros [dicho popular francés que significa no ver lo que está bien visible] para embrollarse sobre el lugar respectivo del significante y del significado, y no seguir hasta el centro radiante desde donde el primero viene a reflejar su luz en la tiniebla de las significaciones inacabadas. (p. 186; lo que está entre corchetes es una nota del traductor de los *Escritos*).

Trece años más tarde, en *Radiofonía* Lacan afirmaba:

“[Yo] definí al significante como nadie ha osado hacerlo.” (*RyT*; p. 24).

Y efectivamente fue así porque nadie antes lo desarticuló del significado dándole primacía, ni lo había asociado con el inconsciente, con la represión, con la transferencia, con la repetición y con otras categorías psicoanalíticas, algunas de las cuales se describirán a continuación.^{45*}

4.3.2. El significante lacaniano y su relación con otros conceptos psicoanalíticos. Periodo 1953-1961

Este apartado y el siguiente estarán consagrados a señalar a grandes rasgos las transformaciones del significante a lo largo de la enseñanza de Lacan. Cabe anticipar que dicho concepto fue adquiriendo nuevas inflexiones año tras año porque lo iba articulando con los temas centrales que trataba en cada seminario. En las próximas páginas se expondrán los enlaces producidos en los años iniciales de su acercamiento a la lingüística estructural; en el apartado siguiente se tratarán las que derivaron de las formalizaciones topológicas, lógicas y matemáticas del significante, que tuvieron lugar en la segunda mitad de su producción. En el periodo 1953-1961, el significante quedó asociado a:

- **El inconsciente.** Estructurado como un lenguaje, quedó conformado en la teoría como una batería virtual de significantes. Esto puso al inconsciente en relación de dependencia respecto del orden significante y del registro simbólico. “Eso habla” (*Ça parle*). La metáfora y la metonimia, entendidas como sustitución de significantes, fueron equiparadas a la condensación y desplazamiento de Freud.⁴⁶ Lacan, reafirmando la hipótesis del inconsciente, señaló que el sujeto siempre dice algo más o algo menos de lo que pretendía decir.
- **El deseo.** Devino “la metonimia de la falta en ser en la que se sostiene”. El lugar donde se sostiene el deseo de un sujeto viene impuesto por los significantes. El deseo es el deseo del

Otro y el falo, significante del deseo.⁴⁷ El significante nombra al deseo de manera alusiva, metafórica o metonímica.

- **La represión.** Fue concebida como la desaparición de un significante de la conciencia por pasaje del mismo al inconsciente.
- **La asociación libre.** Supone un flujo de significantes y abre la posibilidad de establecer sentidos en el instante en que el analizante realiza una última combinación significativa, pautada ya sea por su propio silencio, ya sea por una intervención del analista; la puntada de capitón que cierra la secuencia, establece la significación. En este momento preciso –cierre de la cadena significativa– se establece un significado idiosincrásico, propio del sujeto que hizo uso de la palabra; un significado que no forma parte de las convenciones habituales en el uso social de una lengua. Por eso se afirmó que el algoritmo S/s tenía dos tiempos: primero, despliegue de la cadena de significantes; segundo: establecimiento retroactivo del sentido. En el análisis no basta aplicar el código convencional y preexistente, compartido por todos los usuarios de la lengua. No son estos significados los que interesan; importa más descubrir los propios –e inconscientes– de cada sujeto.
- **La repetición.** Es un significante que insiste; lo que se repite son significantes. La repetición significativa es siempre con diferencias. El sujeto en análisis puede reconocer la reiteración de determinados significantes, pero desconoce su significación, pese a que en muchas ocasiones padece por ellas. En la clínica, se la detecta como repetición de partículas fonéticas, de palabras, expresiones, giros o tipos de conflictos que, por su insistencia, adquieren valor significativo. Inicialmente no se sabe su significación, ni siquiera en el caso en que el sujeto esté interesado en conocerla; si advierte que esas repeticiones le conciernen, se inicia la tarea de descubrirla.⁴⁸
- **Las formaciones del inconsciente.** Son estructuras lingüísticas organizadas en base a combinaciones de significantes que escapan a la regulación del sujeto; el significante participa de todas ellas. Un lapsus, por ejemplo, es la intrusión de un significante que, proviene de otra cadena y se instala de manera disruptiva en la que se estaba desplegando. El olvido fue entendido como un significante sustraído a la conciencia; el sueño: un jeroglífico o un rebús a descifrar; el síntoma fue conceptualizado como una formación metafórica cuyo significado es desconocido. El chiste supone muchas veces una “violación del código”. (Cfr. S 5, clase del 13 de noviembre de 1957).
- **El Otro** es la alteridad radical, simbólica; es también el compañero del lenguaje: tesoro de los significantes.

Como puede apreciarse a través de estas puntualizaciones, la perspectiva psicoanalítica diverge de la lingüística: para el primero, el inconsciente está en el centro de su praxis; cuando alguien hace un lapsus, por ejemplo, o más ampliamente, cuando pronuncia algo distinto de lo que pretendía decir, es porque el discurso va determinando al sujeto –y no al revés–. Este último carece de dominio pleno sobre lo que dice, en tanto está atenazado por los significantes inconscientes. Aquello que va diciendo lo determina y, de golpe, el *hablanteser* se encuentra situado en una posición que no pretendía ocupar: se generó –inesperadamente– algo que le retornó, que le volvió como viniendo desde afuera, aunque ese supuesto exterior haya sido conformado a partir de sus propias palabras. Se trata de la irrupción de un discurso Otro: desde el inconsciente se dice algo sobre el sujeto; el significante proferido lo representa, lo alude, y determina su posición de sujeto.

4.3.3. Desarrollos posteriores sobre el significante. Periodo 1961-1981

A los primeros desarrollos *lingüísticos* del significante, comentados en el apartado anterior, se fueron sumando nuevas inflexiones en los seminarios de los años sesenta y setenta. Estos giros implicaron un progresivo pasaje desde la *lingüistería* a una lógica y una topología del significante. El comienzo de esos cambios se percibe en el S 9; allí formuló la idea de “una lógica elástica del significante”, que fue articulada a una concepción topológica del espacio analítico y del sujeto. Para tales fines recurrió en los seminarios de los años sesenta a las superficies conocidas con los nombres

de banda de Möbius, toro, botella de Klein, *Cross-cap*, etc. Se trataba -estrictamente hablando- de la segunda topología lacaniana, aquélla que de un modo retroactivo situó a la *lingüistería* como la primera. Había ya una topología del significante en los seminarios de los años cincuenta; por lo tanto, la *lingüistería* debe ser considerada, a justo título, como la primera topología en la obra de Lacan, previa al uso de las superficies topológicas en sus seminarios. La existencia de un lecho conceptual compartido entre ambas disciplinas permite conjeturar que Lacan -después de introducir nuevas acepciones en los conceptos importados de la lingüística- fuera conducido por ésta hacia la topología combinatoria.^{49*} Gracias a ella el inconsciente fue caracterizado como una estructura de agujero y borde; las aperturas y cierres del primero permiten o impiden la irrupción de significantes en la conciencia. Años más tarde, con la aparición de la topología nodal, el significante devino la causa del goce, a la vez que señalaba el lugar donde éste se producía.^{50*} La topología y la lógica le permitieron elaborar una nueva serie de articulaciones *psicoanalíticas* del significante, que las teorías lingüísticas al uso, por razones obvias, no establecieron. A continuación se señalan brevemente las principales:

La repetición significativa fue procesada por medio del ocho interior. Entre ambos bucles del mismo -o entre los significantes que se repiten- se inscribe una diferencia, un desfase, un espacio. El ocho interior muestra la semejanza y la diferencia entre significantes que se repiten. Al final del apartado 4.7.4 de este mismo capítulo se presenta el ocho interior en su relación con la repetición.

El S_1 como punto frontera: la botella de Klein fue utilizada como demostración de las relaciones entre un significante - S_1 - que irrumpe en la conciencia y el resto de significantes inconscientes -virtuales, latentes- designados como S_2 . El S_1 fue definido por Lacan como un punto frontera en tanto es compartido por la conciencia y el inconsciente. El agujero de la botella de Klein fue considerado en el *S 12* -clase del 20/1/1965- como el lugar de "salida" de las manifestaciones del inconsciente. Estas nuevas formulaciones fueron posibles gracias a los cambios introducidos en el *S 11* respecto del significante; ellos implicaron la acentuación de las distancias con Saussure. Veámoslo: a partir de 1964 el significante se articuló a la lógica y se produjo un vuelco en la fórmula canónica que afirmaba: "un significante (S_1) es lo que representa al sujeto para otro significante (S_2)." Los componentes del par S_1 y S_2 comenzaron a considerarse, a diferencia de lo que sucedía hasta entonces, heterogéneos. Promediando la década de los años sesenta, Lacan los pensó como un par ordenado: los dos significantes ya no podían ser conmutados. Con posterioridad, el par ordenado fue a su vez sustituido por la noción de enjambre de significantes, tal como se verá en III, 6.7.

El falo como significante: ya desde sus primeros seminarios Lacan le otorgó un estatuto teórico importante al falo al instituir la identificación al mismo por parte del candidato a sujeto como un componente esencial del primer tiempo del Edipo; en ese contexto se trataba del falo imaginario que mediaba en la constitución de la célula narcisismo - madre fálica.⁵¹ En el segundo tiempo del Edipo, el padre actúa como privador de la madre y frustrador del hijo; introduce una separación en la primigenia relación dual, asegurando la instalación de la triangularidad; entonces, el padre queda investido por el atributo fálico. La inscripción del significante del Nombre-del-Padre vendrá a metaforizar el deseo de la madre, determinando la entrada en el lenguaje y la simbolización de la ley. El falo, después de estar del lado del hijo (identificación fálica, imaginaria) y del padre -que lo tenía pero no lo era-, se restituye a la cultura, tras el tercer tiempo del Edipo, en calidad de falo simbólico. Esta circulación del mismo durante la estructuración subjetiva muestra el papel importante que tuvo este significante desde los primeros momentos de su enseñanza. Puede entreverse en este breve esbozo que para Lacan, la función de la palabra iba más allá de ser un medio de comunicación o transmisión de información: el falo en tanto significante y la inscripción el significante del Nombre-del-Padre -en dos palabras: el lenguaje- intervenían para él, y de manera significativa, en la estructuración del sujeto.

Años más tarde articuló el significante fálico a lo que podría llamarse una lógica atributiva del falo (*SF* y *S 10*); en los *S 18* y *S 19*, preparó el terreno para las elaboraciones del *S 20* sobre la

sexuación.⁵² La lógica fálica de la década precedente no desapareció; fue resituada en este nuevo contexto.

La identificación por el significante como causa del \$: la identificación simbólica funda al sujeto por medio del significante proveniente del campo del Otro. El *esebarrado* es efecto del significante. Tales son las tesis expuestas en el *S 9*, que quedaron definitivamente incorporadas a la teoría lacaniana.

El significante como aquello que representa al sujeto –una vez estructurado– ante otro significante: la articulación del \$ con el significante permitió la desustancialización del sujeto; éste, al ser efecto del significante estará más relacionado con el Otro que con la biología que lo porta. El *esebarrado* no tiene existencia material; no está en ningún sitio antes que en el significante ni tiene existencia fuera del orden significante. Está en posición de enunciación y es diferente de aquél que desde la conciencia, habla en el enunciado.^{53*} El significante (rasgo unario) engendra un sujeto dividido y genera, además, un resto no significantizable: el objeto *a*, causa del deseo. Una vez constituido el sujeto, el significante asume su representación.

El significante y la interpretación: esta última fue caracterizada por Lacan como la intrusión de un significante; la interpretación apunta a poner en evidencia los significantes amos del sujeto, reducir el goce y revelar el deseo. La interpretación instala –por mediación del significante– un saber en tanto verdad.⁵⁴ Su meta: las transformaciones subjetivas.

Significante como causa del goce: Las relaciones del *parlêtre* con sus objetos no son inmediatas: están siempre mediatizadas por la palabra. El sujeto goza por su relación con la palabra y el lenguaje; por lo tanto, es la presencia y los efectos del significante lo que causa el goce. La satisfacción o insatisfacción del sujeto con sus objetos está determinada por el juego de tensiones en el campo del lenguaje. Por lo tanto: el significante concierne al goce y éste es inherente al *hablanteser*. Tales son las tesis de la última época de la enseñanza de Lacan.

4.4. *Lingüistería* e inconsciente. La metáfora y la metonimia

Si el inconsciente está estructurado como un lenguaje, si el inconsciente es el discurso del Otro, será a través de las formaciones del inconsciente que el *esebarrado* hablará, como resultado de una combinatoria de significantes cuya regulación no depende del sujeto.

Estas tesis atravesaron de cabo a rabo la enseñanza de Lacan; de las centenares de consecuencias que el psicoanalista francés extrajo de ese enunciado, se remarcará, en función de los temas que se están tratando en este capítulo, la siguiente observación: la palabra, elemento esencial con que el psicoanálisis opera –y llega a sus fines–, actúa sobre formaciones que están hechas de su misma estofa. Lacan consideró que todas las manifestaciones del inconsciente eran estructuras de lenguaje; es decir: combinatorias o encadenamientos de significantes.

“E incluso ¿cómo un psicoanalista de hoy no se sentiría llegado a eso, a tocar la palabra, cuando su experiencia recibe de ella su instrumento, su marco, su material y hasta el ruido de fondo de sus incertidumbres? Nuestro título [El sentido de la letra] da a entender que, más allá de esa palabra, es toda la estructura del lenguaje lo que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente.” (*ILIF, E I*, p. 180; lo que está entre corchetes es mío).

Si un síntoma muta o desaparece por efecto de la interpretación es dable pensar que desmonta algo que también está hecho de palabras. La clínica psicoanalítica está basada en el poder de la palabra y en el lenguaje en tanto estructura.

“El síntoma psicoanalizable [...] está sostenido por una estructura que es idéntica a la estructura del lenguaje. [...] Así, si el síntoma puede leerse, es porque él mismo ya está inscrito en un proceso de escritura. En cuanto formación particular del inconsciente, no es una significación, sino una relación con una estructura significante que lo determina.” (*EPE, E II*, p. 167).

Por lo tanto, si de psicoanálisis se trata, el instrumento utilizado, aquello sobre lo que se opera, la operación misma y sus resultados, han de ser de naturaleza idéntica: la propia de los fenómenos de lenguaje. En la experiencia analítica, la palabra opera sobre los efectos que el

lenguaje ha dejado inscrito en el sujeto; el analista lacaniano realiza una lectura de las manifestaciones de ese inconsciente estructurado como un lenguaje, que además fue pensado como discurso del Otro. El sujeto recibe su propio mensaje olvidado. El lenguaje hablado –más que el escrito– es el que permite captar mejor las expresiones del inconsciente. Éste, al decir de Lacan, es un buen “retoricador”.^{55*} Los temas de este apartado serán abordados en tres secciones, a saber:

4.4.1. El inconsciente *lingüístico*

4.4.2. Instancia de la letra en el inconsciente

4.4.3. Metáfora y metonimia

4.4.1. El inconsciente *lingüístico*

Todas las formulaciones *lingüísticas* han tenido como punto de partida las tesis sobre el significante y sobre el inconsciente aludidas en 4.3.2.; ellas implican el sometimiento del inconsciente al orden del lenguaje. Ahora bien, ¿de qué lenguaje y de qué inconsciente se trataba? Respecto de lo primero, ya se ha dicho que Lacan tomó distancia de los que consideraban a la comunicación como la función principal del lenguaje; el uso de la palabra en la praxis analítica le llevó a enfatizar una concepción contraria a la del código preestablecido que determina significaciones fijadas. En consonancia con estas ideas se abocó a mostrar otras caras del lenguaje: aquellas que generan constantemente malos entendidos y equívocos; jerarquizó la capacidad creativa –neogénica– del significante en la producción de chistes; subrayó las ambigüedades de la palabra y los usos de la misma que muestran y ocultan a la vez, para eludir la censura; explotó los dobles sentidos y las homofonías, las expresiones alusivas o indirectas, el decir a medias, las irrupciones sorpresivas de palabras inesperadas, las articulaciones lenguajeras del síntoma, etc.

Y del inconsciente *lingüístico* ¿qué? Además de lo ya dicho, reformuló la escisión tópica del aparato psíquico propuesta por Freud mediante varios sintagmas: *división del sujeto*, *sujeto del inconsciente*, *sujeto del deseo*, etc. Asimismo, recuperó para las lenguas latinas una orla semántica que posee la expresión alemana *das Unbewusste*, cuya traslación literal al castellano sería: lo no sabido. La amplia difusión que tuvo su traducción por *inconsciente* supuso que a nivel del significante desapareciera esta alusión al saber que la palabra germana sí tiene. Lacan la rescató al caracterizar a este sistema como *un saber no sabido* o, versión afirmativa, como *saber del inconsciente*. A continuación se reseñarán algunos aspectos de la perspectiva lacaniana sobre el inconsciente mediante breves consideraciones:⁵⁶

- Se trata de un inconsciente que no tiene sustancia; no hay nada en él que sea del orden de lo material, de lo tangible, al igual que el significante. Es incorpóreo, virtual, carece de la consistencia de algo asible. No es, pues, una cosa ni un objeto, ni un ser; por lo tanto, es ajeno a la ontología. El estatuto del inconsciente no es ontológico; es ético: el deseo de analista es lo que le hace existir. Adquiere presencia porque el psicoanalista lo postula como hipótesis y en tanto es objeto de una práctica, de una experiencia. Luego, no hay *advenimiento* del inconsciente sin la participación del psicoanalista. La puesta en marcha del dispositivo analítico y los actos que le son inherentes, propician la aparición de sus manifestaciones. Se puede apreciar desde ya la diferencia entre el inconsciente lacaniano –que *advendrá*, que está *por-venir*, que se creará– y aquél otro, que supuestamente preexistiría y que impondría la tarea de “*des-velarlo*” o “*des-cubrirlo*”. La escucha peculiar del analista detecta al inconsciente.
- Al desontologizar y desustancializar el inconsciente –y al sujeto que le era inherente– Lacan tomó distancia con tres perspectivas muy difundidas sobre ese sistema: a) la de concebirlo como una especie de diablillo oculto que produce efectos; b) reificarlo y atribuirle las características de un ente sobre el que se predica; c) imaginarlo como un recipiente en el que bullen sus contenidos o como una alforja –más o menos cerrada– a la que se accedería desde fuera para capturar lo que habría dentro.

Como contrapartida a estos modelos que criticó, en la clase del 22 de Abril de 1964 del *S II* propuso el artilugio conocido con el nombre de nasa.^{57*}

- El advenimiento de este inconsciente en la práctica clínica ocurre siempre por la mediación de la palabra del analizante. El inconsciente irrumpe en la trama que se configura con los dichos del paciente. No está ni arriba ni abajo ni adelante ni atrás de lo que él dice, sino *en* la red misma del discurso asociativo y en los actos que el sujeto realiza. Por eso, no es necesario ir a buscarlo en las supuestas honduras de la mente. El inconsciente lacaniano no es profundo: aparece en la *superficie* del discurso del analizante; es extraplano. No es producto de la actividad de una fuente, instancia o sistema psíquico específico del cual emergerían sus manifestaciones. Es, más bien, efecto del lenguaje y se ofrece a la interpretación.
- Lo dicho hasta aquí permite deducir que el inconsciente que Lacan postuló no esté *dentro* de un sujeto: no es *intrapsíquico* —en el sentido con que habitualmente se utiliza ese término—; es, más bien, una estructura transubjetiva, ligada a la interlocución. Si bien pertenece a una subjetividad determinada no puede ponerse en acto sino en la relación con otro sujeto. De ahí que este inconsciente sea indisoluble de la transferencia —que quedó definida por Lacan como la puesta en acto de la realidad del inconsciente—. El analista no es exterior ni al inconsciente ni a la experiencia analítica que conduce.
- Tampoco tiene existencia previa a sus efectos: no es un durmiente que, de repente, despierta; no está en estado latente, agazapado, listo para actuar; al contrario, trabaja día y noche. Por consiguiente, no es un inconsciente articulado al pasado —*ya estaba ahí*— sino al futuro: *advendrá*. Existirá fugazmente en sus efectos y manifestaciones, que suelen ser puntuales, concretas, sorprendidas; del tipo de un destello, de un guiño; un *lapsus*, por ejemplo. El sujeto del inconsciente es efímero.
- “El inconsciente es el discurso del Otro”. Y esto, en un doble sentido: es del Otro que se trata en aquello que se dice, pero es también a partir del Otro que se habla y desea.
- Decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje conlleva afirmar que es vacío. Lacan llevó a cabo un “vaciamiento” del inconsciente freudiano (véase la nota al pie nº 4 de este mismo capítulo); para él, no tenía contenidos o, mejor dicho, su contenido era virtual: la batería de significantes inconscientes propios de cada sujeto. Su representación mediante el par ordenado S_1 y S_2 exoneró al inconsciente de verdades psicológicas almacenadas que deberían ser cazadas, capturadas y puestas en evidencia. La interpretación lacaniana no perseguía tales fines; buscaba, en cambio, potenciar la división del sujeto y su resto: el objeto *a*. El estatuto lógico de este último determina la imposibilidad de reducir el inconsciente a la mera articulación significativa. Al final de su obra, con la elaboración más acabada de su teoría sobre los goce, estos significantes devinieron enjambre y, además, significantes del goce. En el esquema de los nudos borromeos el inconsciente quedó situado en el intervalo entre imaginario y simbólico.
- Resulta relativamente fácil concebir que un análisis presidido por una noción de inconsciente como la expuesta hasta aquí no tiene por finalidad *descubrir* contenidos *preexistentes*, supuestamente alojados en una instancia psíquica determinada: el sistema *Inc*. En la perspectiva lacaniana se trata más bien de *crear* lo inconsciente; construir junto al analizante algo de ese orden, a partir de sus producciones psíquicas. Es la interpretación la que promueve, la que crea el inconsciente. La interpretación —la cura en su conjunto— tendrá esa finalidad: *causar lo inconsciente*.

Se entenderá que una concepción de estas características sobre el inconsciente haya conducido a replantear la orientación de la escucha analítica para la aprehensión de las manifestaciones del inconsciente. Supuso también una renovación de las modalidades de intervención del analista y, más ampliamente, de la dirección de la cura.

4.4.2. Instancia de la letra en el inconsciente

El vocablo *instancia* deriva del verbo instar, que se emplea para referir la insistencia en una petición, un reclamo o un exhorto. Ejemplos de estos usos son las frases siguientes: “se ha instado la pronta solución de... tal o cual asunto”; se instó a Juan para que se hiciera cargo de esta...

“función.” Instar y su derivado instancia alude, entre otras cosas, a la acción de elevar una solicitud con cierta fuerza y perseverancia. Ambos términos provienen del verbo latino *instare* que significa: estar arriba; connota pues la idea de un cierto poder o fuerza de aquél a quien se dirige la demanda, debido a su posición “superior”. De ahí la expresión “*elevar una instancia*”; ello implica reconocer –implícita o explícitamente– que el destinatario de la misma tiene autoridad y capacidad para decidir el asunto. De estas consideraciones generales y de lo expresado por Lacan en *ILIF*, conferencia dictada en La Sorbona en 1957 y transformada luego en escrito, puede deducirse que la letra *insta* en el inconsciente, que ella es coercitiva, posee fuerza, y capacidad de producir efectos. También, que la letra insiste, persevera, prescribe, manda.

La letra en el inconsciente determina al *esebarrado*; ello impone aprehender al sujeto en la letra; Lacan hizo del inconsciente un sistema en el que la letra –soporte material del significante– juega un rol de primer orden. Un ejemplo ilustrará algunos aspectos relativos a esta cuestión. Se trata de un lapsus cometido por un analizante en su sesión; la expresión *jabón* de Jabugo vino a sustituir a aquello que pretendía decir: *jamón* de Jabugo. Las tres palabras pertenecen al código convencional de los castellano-hablantes, pero la asociación de jabón con la denominación de origen de un jamón muy apreciado –Jabugo– crea una expresión que posee valor significativo, que interroga a quien profirió esas palabras y las hace dignas de una interpretación. Se ve claramente en el acto fallido que el cambio de una simple letra –desprovista de sentido– adquiere valor significativo en función del lugar que ocupa entre las otras; esto informa que su articulación posicional es decisiva. La determinación inconsciente condujo a que la *b* ocupase el lugar de la *m*; el paciente se sorprendió; el lapsus le inquirió; le otorgó un giro a su anterior posición de sujeto. A su vez, esas palabras le crearon un enigma; el inconsciente alteró su discurso intencional; algo que provino de la otra escena y estuvo fuera de su control hizo un brusco acto de presencia: la letra, instando en el inconsciente, repercutió en el discurso.

“Pero esa letra, ¿cómo hay que tomarla aquí? Sencillamente, al pie de la letra.

Designamos como letra ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje.” [De *ILIF*, *E I*, p. 181].

Esta materialidad no debe ser pensada a la manera clásica; no hay en ella nada de sustancia, no es asible; la letra es materia insustancial; es pura virtualidad. Se habla de materialidad por su capacidad de producir efectos; se trata de un *materialisme*, al decir de Lacan, que creó otro neologismo al suplantarse la letra *o* por la *a*, condensando por esa vía *mot* (palabra) y *materialisme*. En este sentido, “el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo.” (*FCPL*) El sujeto y su discurso están determinados por ese materialismo de la letra que insta en el inconsciente. Para captar el valor significativo de aquello que escucha, el psicoanalista debe estar más atento a la dimensión formal del lenguaje que a los significados convencionales de las palabras del analizante; en otras palabras, debe tomar distancia del plano semántico, del lenguaje que funciona informando acontecimientos o transmitiendo ideas conscientes.⁵⁸ En este aspecto Lacan siguió hasta cierto punto a Freud, pero fue más allá de él, tras otorgar al significante y a la letra –tal como él los entendía– un rol de primer orden en todo lo referente a la dirección de la cura. La teoría lacaniana *insta* al analista a escuchar las manifestaciones lingüísticas de *un inconsciente estructurado como un lenguaje, pero que no es un lenguaje*. Esa dimensión formal concierne tanto al significante como a la letra; Lacan situó a esta última como elemento diferencial mínimo constitutivo y “manifestativo” de un inconsciente “insensato”, hábil para crear encadenamientos originales de letras y palabras, pero incapaz de otorgar sentido a aquello que crea su trabajo combinatorio. En un segundo tiempo, después que la letra instó en lo inconsciente, y se consumaron sus efectos sobre el discurso, la interpretación podrá aportar un sentido singular, propio de ese analizante y siempre en base a sus asociaciones. Por medio de las distintas composiciones de la letra se articula otro discurso, que es diferente del consciente. La letra –lo literal– y más ampliamente el significante, producen efectos de significación que van más allá de lo establecido por el código de la lengua compartida. Los significantes inconscientes, afectados por la repetición, “dan alcance” al sujeto; le “pillan” y lo determinan sin que él lo sepa. Lacan se apoyó en el hecho de que este elemento diferencial mínimo –la letra– carece de sentido, para subrayar otra vez más la dimensión formal del lenguaje, que hizo

extensiva al significante. Pero no redujo el significante a la letra; también puede ser significativa una palabra, una parte de la palabra, un sintagma, una frase; incluso una imagen.

4.4.3. Metáfora y metonimia

En el contexto una lectura *lingüística* de los textos de Freud sobre la primera tópica^{59*}, Lacan equiparó la condensación y desplazamiento –proceso primario– con la metáfora y metonimia. A continuación se hará un repaso sucinto de la concepción lingüística de estas figuras retóricas y se expondrá las inflexiones que introdujo Lacan para hacerlas operativas en psicoanálisis. Estos temas serán tratados con el siguiente orden:

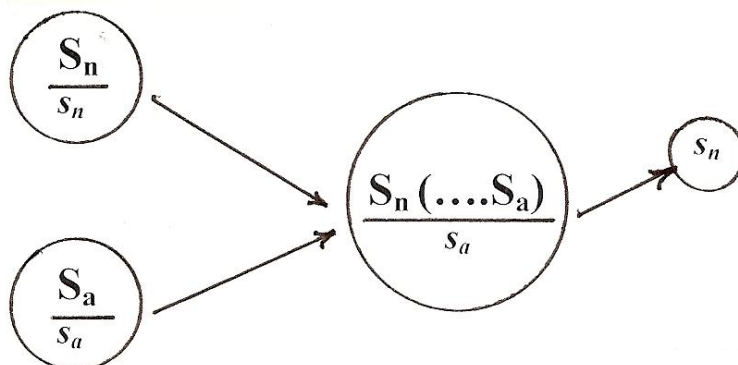
4.4.3.1. Metáfora

4.4.3.2. Metonimia

4.4.3.3. La cuádruple convergencia: Freud, Heidegger, Saussure y el estructuralismo

4.4.3.1. Metáfora

Este vocablo proviene del griego, donde combina dos palabras: *meta* –más allá– y *phorein* –pasar, llevar, trasladar–. Consiste en usar una palabra con un significado distinto al que tiene propiamente. A través de una metáfora se hace referencia a algo mediante un *sentido figurado*; por ejemplo: astro rey en lugar de sol; primavera de la vida por juventud.^{60*} Los nuevos significantes – S_n : astro rey, primavera de la vida– sitúan a los anteriores – S_a : sol, juventud– en posición de significado. La metáfora emplea una palabra con un sentido parecido pero a la vez diferente del sentido habitual. La formalización de la metáfora **lingüística**, es decir: en tanto tropo de la retórica –que convendrá recordar para su cotejo con la versión lacaniana–, es la siguiente:



La sustitución de un significante (S_a) por otro (S_n) ha sido completa en los ejemplos recién ofrecidos y se lleva a cabo en base a ciertas conexiones entre los significantes intervinientes: se considera habitualmente a la juventud como una etapa *florecente* de la vida. Uno de ellos –juventud– es literal, mientras que el otro –primavera– no está refiriendo la estación del año, sino uno de sus sentidos figurados; póngase por caso, la lozanía. “Peinar canas”, es otra metáfora con la que se suele aludir, por el contrario, a la vejez. En las figuras metafóricas un significante hace pasar a otro –el sustituido– debajo de la barra; el signo primigenio (S_a/s_a) deviene el significado de S_n). La comprensión de la metáfora exige un proceso mental que descubra la relación entre S_n y S_a/s_a . La poesía es una fuente permanente de producción de nuevas metáforas.

“Se ve que la metáfora se coloca en el punto preciso en que el sentido se produce en el sin-sentido.” (*ILIF*, p. 193).

Gran cantidad palabras y de sentidos figurados que se usan actualmente son antiguas metáforas incorporadas al lenguaje corriente.^{61*} Así, una expresión lexical tan utilizada en la vida cotidiana como *copa* de un árbol, ha perdido buena parte de su carácter metafórico de antaño; nació

como metáfora en tanto extendió el uso del término *copa* –recipiente estrecho por debajo que se va ampliando hacia arriba– para designar una parte de otro objeto que tenía una forma (otras veces: una funcionalidad) similar; algo de la *copa* se trasladó, pasó, fue llevado (*phorein*) a *árbol*. El ejemplo permite apreciar también que la metáfora genera relaciones novedosas entre las palabras, poniendo de relieve atributos sorprendentes de las mismas que son, justamente las que posibilitan las sustituciones significantes; de ahí su extendida utilización en la literatura y poesía.^{62*}

Ahora bien, es importante subrayar las diferencias entre la metáfora lingüística y la lacaniana; en la primera, el proceso mental que se exige tanto para la producción como para la comprensión de la misma ocurre, básicamente, en la conciencia; si no se descubren en ese estatus tópico las relaciones entre las palabras sustitutas y las sustituidas, no se entenderá el significado de la metáfora. Es muy habitual que las sustituciones que presiden su formación/uso sean entendidas por la mayoría de los usuarios de cada idioma.

En el caso de la metáfora *lingüística*, producida por el proceso primario (*Inc.*), las conexiones que favorecen la sustitución entre significantes no son evidentes ni generalizables para todos los hablantes de una lengua: son singulares y deben ser descubiertas mediante la asociación libre; ellas son válidas exclusivamente para el sujeto que las establece; es decir, son idiosincrásicas. Por eso no pueden existir diccionarios que ligen, por ejemplo, imágenes del sueño con significados fijos y preestablecidos; lo dicho también es válido para los lapsus y las metáforas que dan pie a síntomas. En estos últimos, un nuevo significante –el síntoma– suplanta a otro, que permanece reprimido. Su creación y funcionamiento ocurre a espaldas del sujeto; éste no las decide ni las regula; en dos palabras: son inconscientes.^{63*}

El sujeto no es el agente de la significación; la intención de su discurso se ve frecuentemente alterada, desviada: surge otro mensaje distinto del que se pretendía y como efecto rebote, sus propias palabras le colocan en una posición inesperada: ser el significado de un significante que lo nombra desde fuera.

Así, pues, desde la perspectiva lacaniana se podría definir la metáfora como una sustitución significativa **inconsciente** por medio de la cual el *esebarrado*, al hablar – (porque eso habla (*ça parle*) – dice algo sobre lo reprimido. Más concretamente, ella implicaría que en una cadena de significantes (cad_1), se incluya un significante proveniente de una segunda cadena (cad_2); dados ciertos puntos de contacto inconscientes entre ambos se produce una sustitución: un significante de la cad_2 reemplaza – “palabra por palabra” (*ILIF, E I*, p. 192) – a otro de la cad_1 ; el significante metaforizante se manifiesta en la conciencia, pero sólo dice la verdad a medias. Se genera un efecto inicial de sin-sentido que deja al sujeto descolocado; luego, se acabará capturando la significación en juego.

Freud hizo ver el carácter inacabable y siempre renovado de la producción de condensaciones, tanto en las imágenes del sueño como en el resto de formaciones del inconsciente. Su punto de partida fue que el sueño tenía un significado encriptado y que se lo podía descifrar, interpretar, deshaciendo condensaciones y retrotrayendo desplazamientos. Lacan, a su vez, explotó al máximo estas ideas freudianas y equiparó tales mecanismos a las estructuras retóricas de lenguaje.

En *ILIF*, p. 196, sostuvo que la imagen del sueño que debe ser descifrada estaba separada de su significación por efectos de: a) la *Enstellung* (trasposición) o “deslizamiento del significado bajo el significante, siempre en acción (inconsciente, observémoslo) en el discurso”; b) de la *Verdichtung* (condensación), “estructura de sobreimpresión de los significantes donde toma su campo la metáfora”; y c) la *Verschiebung* o desplazamiento, “ese viraje de la significación que la metonimia demuestra.”

Tal vez por estar demasiado interesado en establecer la triple alianza *Freud-lingüística-Lacan*, este último afirmó con prisa que nada distinguía a la condensación y desplazamiento operando en la elaboración del sueño de la función que la metáfora y metonimia cumplen en el discurso.

Eso sí: explicitó la salvedad relativa al cuidado de la representabilidad (*Rücksicht auf Darstellbarkeit*), que sólo interviene en la producción onírica.⁶⁴ En *ILIF*, p. 200, Lacan formalizó su metáfora del siguiente modo:

$$f\left(\frac{S'}{S}\right) S \cong S (+) s$$

El operador \cong indica congruencia; viene a decir que lo que está a la izquierda de este símbolo es congruente con lo que aparece a la derecha. Del lado izquierdo, la f indica función; (S'/S) es la sustitución de un significante por otro; es el término productivo del efecto significante. Del lado derecho, el signo $+$ colocado entre $()$ indica que la barra resistente a la significación fue franqueada; surgirá, por lo tanto, la significación inducida por la metáfora: s . Cabe insistir en el carácter inconsciente de dichas operaciones.

En síntesis: un nuevo significante sitúa al anterior debajo de la barra, que, al ser traspuesta $(+)$, genera un plus de significación: s . Con estas puntualizaciones la lectura de esta fórmula podría ser la siguiente: la función significante (fS) de la sustitución de un significante por otro significante es congruente con la trasposición de la barra, que genera un plus de significación.

El franqueamiento de la barra tiene un papel clave en el surgimiento de un nuevo significado. Las diferencias con la metáfora tal como se la concibe en retórica son patentes; basta cotejar con lo dicho al comienzo de este apartado.

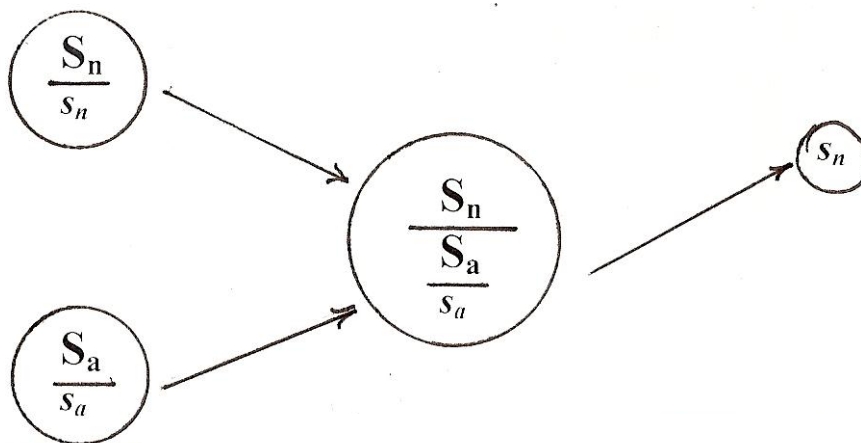
4.4.3.2. Metonimia

La etimología de esta palabra indica taxativamente como se construye este tropo: *metonomazein* (recibir un nuevo nombre) integra las raíces *metá* (cambio) y *ónoma* (nombre); se trata de una trasnominación; es decir, de un fenómeno por el cual se designa algo con el nombre de otra, utilizando alguna relación de contigüidad que existe entre ellas; verbigracia, cuando se toma la parte por el todo; el efecto por la causa, el instrumento por el agente, el signo por la cosa, lo abstracto por lo concreto, etc.

Ejemplos de metonimias: dormirse en los laureles; las que se están utilizando constantemente en este escrito cuando se dice *el vienés* por Freud o el *psicoanalista francés* por Lacan. Una metonimia más, en este caso escogida de la poesía de J. Luis Borges titulada *La fundación mítica de Buenos Aires*.

“¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la Patria?”

En el segundo verso, *las proas* remiten a los navíos y, más específicamente, a los navegantes. A este tipo particular de metonimia –la que toma la parte por el todo– se la llama sinécdoque. Las restantes metonimias presentan relaciones de contigüidad diferentes: en *bebió un vaso de agua* la relación es de continente a contenido; *es un Van Gogh* (autor por obra); es un Jabugo (lugar en que se produce algo en vez del producto).



A diferencia de la metáfora –véase supra–, el significante sustituido no pasa debajo de la barra de la significación. Se mantiene la relación contigua entre S_n y S_a . La metonimia hace patente la función que cumple la *ausencia* en la cadena significante: llamar a un nuevo significante. Si éste llega tratará de colmarla, pero es en vano porque al sumarse a la cadena, él mismo produce de inmediato otro vacío; y así..., de seguido.

En cada instante, el significante que se va agregando extiende la cadena, rellena el hueco, pero crea uno nuevo. La metonimia se genera en el eje sintagmático del lenguaje⁶⁵; lo dicho conlleva la idea de que tanto ella como la metáfora no existen en la realidad de las cosas sino en el mundo simbólico de las palabras.

Lacan relacionó el desplazamiento –mecanismo que Freud atribuyó al proceso primario, inconsciente– con la metonimia; esta última puede caracterizarse, en el contexto de su teoría, del siguiente modo: la metonimia es una ligazón **inconsciente** de significantes por contigüidad – “palabra a palabra” –, que muestra el meollo del deseo inconsciente: deseo de otra cosa que siempre falta, aspecto éste que debe correlacionarse con la *ausencia* recién evocada. La metonimia hace patente la falta en ser. En *ILIF*, p. 200, la formalizó así:

$$f(S \dots S') \overline{S} \cong S (-) s$$

La función f consiste en conectar un significante – S – con otro – S' –, con el que mantiene relaciones de contigüidad y en base a ellas lo reemplaza; el signo – entre () indica que la barra, ligada al mecanismo represivo, no ha sido franqueada: se mantiene la significación inicial; el significante sustituido no pasa debajo de la barra de la significación. Esta ausencia de trasposición muestra que la metonimia es, en cierto modo, la censura misma: resistencia a la significación: se repite siempre lo mismo, aunque también es cierto que de manera diferente. Los significantes en contigüidad, metonimizadas sobre el eje sintagmático, no hacen surgir una significación nueva.

Es necesaria una operación de pensamiento para captar el sentido de las expresiones metonímicas y establecer los nexos entre S y S' . Producida la metonimia, ella impacta en quienes la escuchan –o leen– en tanto suponen un salto en la lógica del discurso: producen un sinsentido inicial a partir del cual se rescata, luego, un nuevo sentido.

Cuando se afirma: *es un Rioja*, se acaba sabiendo que se alude a un vino producido en esa provincia. O que al decir: *se fumó una pipa*, lo referido es el tabaco que está dentro de ella. En este último caso la sustitución es del tipo continente por contenido.^{66*} Lacan ligó esa remisión de una palabra a otra con el deseo inconsciente; éste, para hacerse oír, está obligado a pasar por la palabra –hacerse demanda–; entonces se pierde en los desfiladeros del significante, alienándose en él. Al pasar de palabra a palabra, de objeto a objeto, el deseo muestra su carácter metonímico.

La metonimia es, sin duda, una precondition para que la metáfora pueda consumarse, cuestión que Freud formuló a su modo diciendo que la condensación requería desplazamientos convergentes hacia una misma representación.

Metáfora y metonimia han sido los dos pilares fundamentales de la concepción *lingüística* de los procesos inconscientes: ellas sostuvieron la tesis del inconsciente estructurado como un lenguaje. Tras su revisión de la metapsicología freudiana a la luz de estas ideas resultó: a) que el síntoma, el lapsus y la condensación fueran entendidos como estructuras metafóricas^{67*}; b) que los neologismos, el lenguaje delirante y el chiste se consideraran construcciones metaforo-metonímicas; y c) que el deseo poseyese un carácter metonímico; y d) que la función paterna, promotora del acceso a lo simbólico, funcionase como una sustitución significante que metaforizaba al deseo materno, tal como se verá más adelante, en 4.7.3.

Aquello que Freud había descrito como modos de funcionamiento diferentes en el sistema *Inc.* (proceso primario) y en el *Prec.-Cc.* (proceso secundario), quedó reformulado en estas otras ideas: el deseo inconsciente es una metonimia; la metonimia es la represión misma porque las sustituciones significantes impiden el acceso a la conciencia del significante sustituido (que queda en estado reprimido). A la vez, la palabra es reveladora del deseo: represión y retorno de lo reprimido son dos caras de la misma moneda.

4.4.3.3. La cuádruple convergencia: Freud, Heidegger, Saussure y el estructuralismo

La década de los años cincuenta, en que Lacan llevó a cabo estas A+T sobre los conceptos de la lingüística, estuvieron también marcados por la presencia en su obra del pensamiento de Heidegger, el filósofo del siglo XX que más se ocupó del lenguaje.⁶⁸ En los textos lacanianos de esa época se percibe el intento de conformar su propia argamasa teórica a partir de cuatro fuentes principales: la freudiana, la filosofía del ser de Heidegger, el estructuralismo y la lingüística de Saussure, Jakobson, etc. Esa cuádruple convergencia podría resumir así:

con Freud, pero distinto de Freud;
con la lingüística estructural, pero *lingüística*;
con Heidegger, pero algo de Heidegger trasmutado;
con el estructuralismo, pero un estructuralismo muy singular.⁶⁹

La mixtura de estas ideas más las suyas propias dio pie a lo que retrospectivamente puede considerarse el inicio de un psicoanálisis propiamente lacaniano, uno de cuyos pilares más sólidos fue la *lingüística*. A la espera del rasgo unario, que aparecerá a comienzos de la década siguiente (*S 9*), su proyecto por entonces pasaba por revelar la función del significante –tal como él lo entendía– y demostrar que la experiencia psicoanalítica suponía la presencia del lenguaje en el inconsciente. En una especie de carrera al infinito extrajo mil y una consecuencias de estas tesis intentando asir aquello que en *la otra escena* comandaba al comandante.

Esa argamasa no se constituyó por la mezcla simple de los cuatro conjuntos de ideas recién aludidos; el amasado se fue haciendo con selecciones, eliminaciones, inflexiones, críticas, adiciones de ingredientes propios y cambios que, también, fueron objeto de polémicas. Lacan no siguió a estos pensadores al pie de la letra; los interpretó, los “malentendió”, los “torció”; escogió entre las ideas de ellos, aquéllas que más le interesaban, desechando las que consideraba prescindibles o modificándolas respecto de sus coordenadas originarias, desfondando sus significados, agregándoles otros, para acabar situando el conjunto en el territorio psicoanalítico.

Valoró muchísimo la *poiesis* del inconsciente^{70*} manifestada en el discurso asociativo del analizante. La versión que Lacan forjó del inconsciente freudiano la acercó, en cierto sentido, a la creación poética: no sólo dijo que el inconsciente estaba articulado como un lenguaje, sino que ese inconsciente hablaba – [“ese corazón hablante que es el inconsciente” (*S 9*)] – y, que al hacerlo, utilizaba los tropos de la retórica –metáfora, metonimia, principalmente, pero también pleonasmos, elipsis, sinécdoques, alegorías, etc. –, los mismos que se emplearon desde siempre en las obras poéticas. Consideraba que esas producciones que se manifiestan en las asociaciones libres -y bajo transferencia- eran verdaderas creaciones y que los procesos simbolizantes que le son inherentes facilitan una mejor convivencia del sujeto con la *carencia de ser* que le es constitutiva. Esta manera de entender la *poiesis* –en su ligazón al funcionamiento inconsciente– era ajena a la filosofía; incluso, a los lingüistas. Las leyes que rigen el proceso primario son favorecedoras de esta *poiesis* que alivia la carencia de ser.

De paso, polémica con Heidegger: para este último la metáfora expresaba *lo real del ser*; para Lacan, ella transformaba *la falta de ser* en palabra creadora. Para este último, la metáfora representaba la forma más elocuente de hablar sobre el ser: revelación del mismo a través de la palabra, que oculta y muestra –al mismo tiempo–, la verdad del sujeto.⁷¹

Todavía más extrañas para los filósofos y lingüistas resultarían las afirmaciones del psicoanalista por medio de las cuales hizo de una metáfora –la paterna– el eje de la estructuración subjetiva: un nuevo significante –el Nombre del padre– sustituye al deseo de la madre, priva a ésta de su producto –el *infans*–, e introduce la castración simbólica y la vigencia de la Ley.

No faltaron otras disputas: desde *ILIF* (véase la p. 192) debatió también con los surrealistas sobre la chispa creadora de la metáfora: esta última no implicaba para el psicoanalista la presencia simultánea de dos significantes conectados por semejanzas sino sustitución de uno por otro; el destello creativo surgirá con más potencia cuanto mayor sea la disparidad entre el significante sustituto y el sustituido; es decir: no por la co-presencia ni por la similitud de los mismos. Se

entiende: cuanto más distancia entre ambos significantes sin que se rompa el hilo que los conecta —a fin de cuentas: el o los semantemas que comparten y permiten el reemplazo— más impactante será la nueva creación significativa.^{72*}

Las discrepancias con Jakobson recayeron también sobre este punto: para el lingüista, la metáfora designaba un objeto por el nombre de un objeto *semejante*; esta conexión semántica era la que daba fundamento a este tropo. Lacan atribuyó mayor importancia a la máxima disparidad entre los significantes, sin intervención alguna de imágenes ni de significados: sólo permanencia de una conexión metonímica entre el significante oculto y el resto de la cadena:

[la metáfora] “Brota entre dos significantes de los cuales uno ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena significativa, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena.” (De *ILIF, E I*, p. 192).

Tres implícitos en esta frase de Lacan:

- su adhesión a las ideas de Jakobson que relacionaban la metáfora con el eje paradigmático y la metonimia con el sintagmático;
- su desafección de la concepción de los lingüistas sobre la metáfora: el psicoanalista se alejó de la oposición sentido propio-sentido figurado que según los retóricos presidían la formación de esta figura;
- en consonancia con la idea de un significante sin significado, puso el acento en el campo del sin-sentido, del que emergería ese acto supremo de creación que es la metáfora.⁷³

4.5. Ejes y cadenas

En la práctica, la inmensa mayoría de los enunciados de una lengua se presentan como asociaciones de varias unidades que van apareciendo en orden sucesivo; ese orden puede representarse por medio de una línea recta —o mediante una sucesión de puntos, si se quiere hacer patente el carácter discontinuo del discurso—. Se designa con el nombre de relación sintagmática la que existe entre esos elementos que se suceden en el tiempo, al hablar. Se denomina paradigma a un conjunto de elementos lingüísticos que están asociados entre sí porque forman parte de un mismo conjunto de ideas (Saussure), o porque guardan semejanza entre sí (Jakobson). Dos unidades forman parte de un mismo paradigma si son capaces de reemplazarse mutuamente en un sintagma. Lo dicho suele representarse habitualmente mediante dos líneas que se cruzan: una, horizontal, que representa el orden sintagmático de las unidades lingüísticas; la otra, vertical, es el eje paradigmático, que figura al conjunto de unidades que hubieran podido suplantar a la que efectivamente apareció.

Lacan otorgó especial importancia a las relaciones sintagmáticas; ellas ponen de relieve que la lengua es, por sobre todas las cosas, una combinatoria de elementos; más específicamente, se trataría de una combinatoria de significantes que, al sucederse, forman una cadena. Articuló a esta última con la tónica freudiana, razón por la cual aludió en infinidad de ocasiones a las cadenas significantes consciente e inconsciente.

Los temas recién esbozados se desarrollarán en los dos sub-apartados siguientes:

4.5.1. Eje sintagmático y paradigmático

4.5.2. La cadena significante consciente e inconsciente

4.5.1. Eje sintagmático y paradigmático

Tal como se anticipó en 4.2.2.2 de este mismo capítulo, Jakobson desarrolló las nociones de relación sintagmática y asociativa descritas por Saussure en su *Curso* [pp. 219 y ss.]. Las retomó a su manera, postulando que al hablar se realizan dos operaciones simultáneas: la *selección* de las unidades lingüísticas y la *combinación* de las mismas mediante encadenamientos para construir una frase. En condiciones habituales esos procedimientos son casi automáticos y fluidos. Situado en una

cadena –sea hablada o escrita– cada signo adquiere su valor porque se opone al que le precede o al que le sigue (o a ambos). Estos signos se suceden en una dirección orientada que recibió el nombre de eje sintagmático.⁷⁴

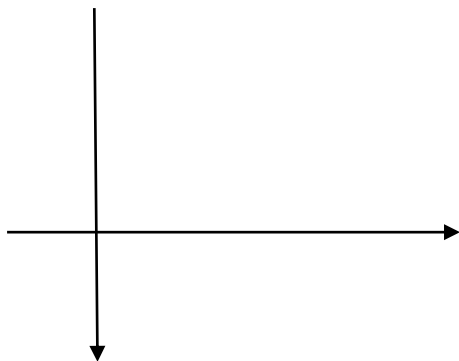
A su vez cada palabra elegida mantiene en la memoria una relación *asociativa* con otras porque poseen algo en común: comparten semantemas. En otros términos: cada unidad lingüística de una frase se *selecciona* de un conjunto de palabras que tienen un valor lingüístico similar; es decir: que tienen –con pequeñas diferencias– una capacidad análoga para representar una idea determinada. La *selección* implica escoger dentro del código una de esas palabras con significados semejantes. Se parte de la base de que no existen sinónimos perfectos; que sólo se superponen algunos de los significados de esas palabras y es eso, justamente, lo que permite intercambiarlas.

La *combinación*, en cambio, se refiere a la articulación sucesiva de los signos lingüísticos sobre el eje sintagmático. Si se siguiera un orden creciente de complejidad en la articulación de las unidades de significación se podría construir la siguiente serie de elementos capaces de entrar en combinación: fonemas → monemas → palabras → frase. Se aprecia que la combinación interviene en la tarea de concatenar los signos en una frase; éstos, al sucederse en el tiempo (diacronía), acaban estableciendo relaciones de contigüidad entre sí, tal como lo representa el esquema de Saussure insertado en el apartado 4.2.1.6.

La elaboración de todo discurso implica insoslayablemente la realización de ambas operaciones.^{75*} Se puede sintetizar lo dicho reuniendo las categorías nombradas en dos grupos: con el eje *sintagmático* se relacionan: a) la diacronía; b) la combinación, c) la contigüidad de los signos y d) las sustituciones metonímicas. El eje paradigmático atiende a la sincronía (en cada momento se ha de seleccionar una palabra dentro de las parecidas que ofrece el código), a la selección, a la semejanza y a las sustituciones metafóricas. Lo dicho se resume en este esquema:

EJE PARADIGMÁTICO

sincronía
selección
semejanza
metáfora



EJE SINTAGMÁTICO

diacronía (concatenación de las palabras en el tiempo)
combinación
contigüidad
metonimia

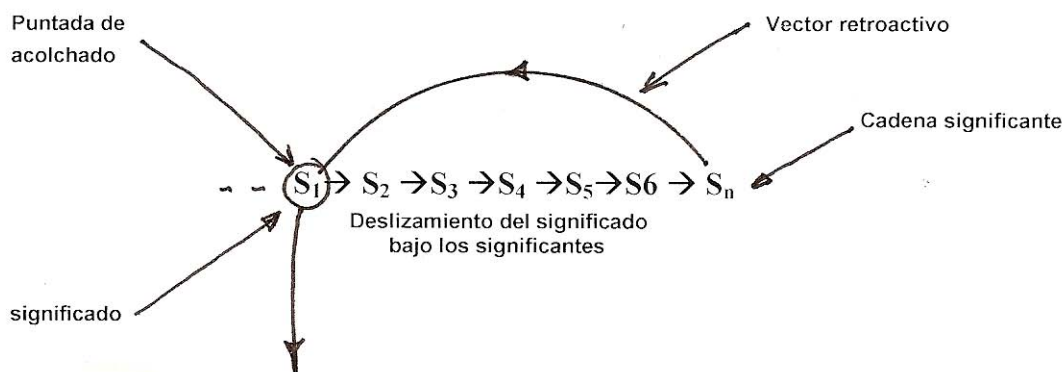
4.5.2. La cadena significativa consciente e inconsciente

Con el telón de fondo de la práctica clínica y de algunas de las ideas recién expuestas, Lacan elaboró los siguientes conceptos psicoanalíticos *lingüísticos*: cadena significativa, deslizamiento del significado bajo los significantes, punto de capitón, resignificación retroactiva y producción de la significación por el significante. Estas inflexiones supusieron la jerarquización de las combinaciones en la cadena significativa. Esta última, en el contexto de la teoría lacaniana, podría definirse así: secuencia de significantes que se suceden en un discurso; esta cadena –y el discurso correspondiente– pueden ser conscientes o inconscientes. Dos aspectos nodales a ser remarcados:

- La priorización de cadena significativa conllevaba una ruptura con la concepción atómica del signo lingüístico –un significante ligado de manera estable a un significado predeterminado–.

— La inmersión del encadenamiento de significantes en la tópic *Inc.-Prec.-Cc.* es ajena a la lingüística saussureana.

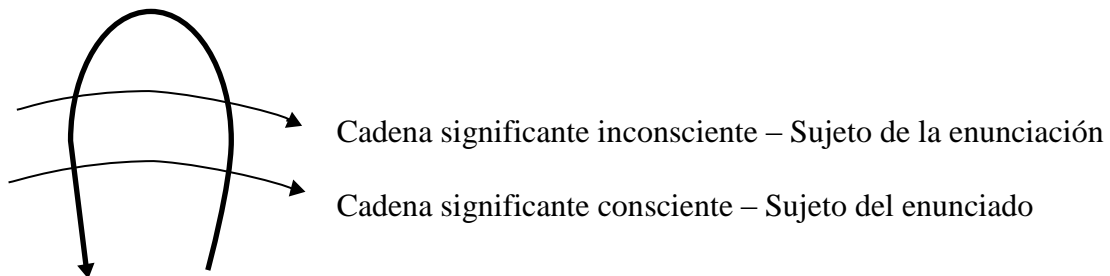
El inconsciente promueve y refuerza la originaria división del sujeto, determinada por el significante. El orden significativo, anterior y exterior al sujeto, es el que la engendra; a la vez, es el determinante último de ese ser de palabra que es el *esebarrado*. A diferencia del contexto lingüístico, en la teoría lacaniana el signo dejó de ser el elemento pertinente para la determinación del significado; su lugar lo ocupó la cadena de significantes, considerada especialmente idónea para crear efectos de significación. En el momento de cierre de una cadena, ésta se vuelve sobre sí misma –vector retroactivo, puntada de acolchado–. Recién entonces es posible interpretar *après-coup* lo dicho: antes de ese instante, el significado se iba deslizando bajo los significantes sin que se pudiera establecer un significado; esto es posible sólo cuando se produce la clausura de la cadena. Mientras esa puntuación no acontezca existirán dudas sobre la significación: los significantes que se van agregando a la sucesión la renuevan y generan expectativas sobre qué es lo que se quiere decir. La indecisión desaparece con la puntada de almohadillado y el subsiguiente surgimiento de la significación. Se retomará en este contexto un enunciado referido anteriormente, para ser tratado a la luz de las ideas recién expuestas. Si se afirma: *vino de La Rioja...* existen dudas sobre el significado de ese sintagma; éstas desaparecerán si se agrega, por ejemplo: *tiene 14°*. O también, si se añade: *en tren*. Salvo en esos momentos de cierre de una progresión hablada, no puede establecerse una correspondencia entre los significantes y una significación determinada. Lo dicho es especialmente válido para el discurso del analizante y la escucha analítica.



En psicoanálisis se exige la escucha de la palabra en su decurso; se presta especial atención al hilvanado de los significantes –dejando en un segundo o tercer plano el contenido manifiesto de lo que se dice–. Este procedimiento permite percibir efectos de palabra no previstos ni controlados por el analizante. Esta conjunción de la asociación libre y la interpretación hace advenir al inconsciente. La escucha flotante del desfile de la palabra posibilita aprehender *algo* de (o sobre) la batería virtual de significantes inconscientes implantados por el Otro, que dieron pie al *esebarrado*. Esos significantes retornarán de lo reprimido por medio de sustitutos metafóricos y/o metonímicos en las formaciones del inconsciente y, más ampliamente, en el discurso asociativo del paciente.

El escrito *SS* (1960) podría ser considerado el momento culminante de los desarrollos *lingüísticos* de Lacan; en él es donde mejor pueden apreciarse las articulaciones entre los diversos conceptos elaborados en el período 1953-1961. Interesa destacar en ese texto la alusión a las cadenas significantes consciente e inconsciente y las relaciones que ellas mantienen con el resto de vectores y aristas del grafo –llamado “del deseo”– allí presentado. Éste fue elaborado de manera simultánea al esquema *R*, durante el lustro 1957-1962. En cada uno de ellos daba respuestas a problemáticas distintas: en el esquema *R* Lacan articuló el Nombre-del-Padre con los registros *R. S. I.*, mientras que el grafo del deseo anudaba necesidad, demanda y deseo con el concepto de cadena significativa. En los dos casos, un ternario específico había sido conectado a un cuarto articulador teórico fundamental, pero las problemáticas condensadas en ellos excedían, en mucho, las recién

enunciadas: se trataba de verdaderos compendios de la teoría y práctica psicoanalíticas tal como Lacan las concebía en esos momentos (1960). Más lógico y topológico que figurativo, este grafo es indisoluble del andamiaje conceptual que lo sostiene; condensa años de su enseñanza, en la que articuló –de manera inextricable– al sujeto dividido, el deseo, el inconsciente y el lenguaje. Dicha época es previa a la introducción de superficies topológicas (S^9) y predomina en ella la visión *lingüística* del sujeto. Aquí se incluirá una versión simplificada del grafo de SS , porque sólo se hará referencia a las cadenas significantes.^{76*} En III, 10.10.2 se presentarán dos versiones completas del mismo; allí se remite al lector para que pueda seguir sobre el grafo los comentarios que se harán a continuación



Interesa subrayar –por su conexión con el tema de este apartado–, el par de líneas horizontales que atraviesan al vector en forma de U invertida, generando cuatro aristas del grafo. El trazado inferior representa a la cadena significativa consciente (vector significativo \rightarrow voz) y el superior a la cadena significativa inconsciente: (goce \rightarrow castración). La de abajo es representativa del discurso consciente; se relaciona con el **enunciado** y el sujeto que le es propio. La superior –cadena significativa inconsciente– está estrechamente vinculada con la **enunciación** y su sujeto.⁷⁷

La cadena significativa consciente, desplazándose de izquierda a derecha en el grafo, atraviesa primero a $s(A)$ y, luego, A , tesoro de los significantes. El grafo muestra también el vector de retorno [$A \rightarrow s(A)$]. En $s(A)$ se sanciona retroactivamente el significado de lo dicho. El Otro - A - es el lugar de referencia simbólica y con él se relaciona todo discurso capaz de ser entendido por los hablantes de una misma lengua. A es, entonces, no sólo tesoro de los significantes sino el lugar del Otro, el compañero imprescindible del lenguaje, gracias al cual el auditor decodifica –a su manera– el mensaje que recibe.

$s(A)$ es lo significado por el Otro, aquello que el Otro entiende respecto de la demanda proferida por el sujeto, en función de la sustitución significativa que su deseo ha realizado en la operación de escucha.

$s(A)$ es también el lugar donde algo del orden de la verdad del sujeto puede advenir. Si esto ocurre es, generalmente, de manera sorpresiva: sucede sólo cuando el discurso deja de girar en redondo a través del circuito $A, m, i(a), s(A)$, sin atravesar la cadena significativa. Si aparece la **palabra plena**, portadora de una verdad subjetiva, inconsciente, se abre el circuito retrógrado que va desde A hasta $s(A)$, previo pasaje "hacia arriba", atravesando la cadena significativa (vector significativo \rightarrow voz).

En condiciones habituales, mediando el afán de ser entendido por sus semejantes, el sujeto profiere un discurso yoico, de intencionalidad consciente, en el que suele predominar la palabra vacía. Ésta deviene, en el contexto del dispositivo analítico, una forma específica de resistencia; fuera de él, permite percibir que el discurso corriente suele ser una sucesión de palabras que impiden al inconsciente manifestarse. Lo dicho puede constatarse en el grafo: el discurso corriente gira circularmente por el circuito antes nombrado, pasando por el yo (*moi*) y por su imagen especular: $i(a)$.

Lacan consideró que $s(A)$ era también el lugar del síntoma. Dos tesis complementarias permitirán comprender el porqué de tal aseveración y localización en el grafo:

- en $s(A)$ se producen metafóricamente los significados; y
- el síntoma tiene estructura de metáfora.

La otra cadena significativa –la inconsciente– la que se relaciona con el sujeto de la enunciación, atraviesa $S(A)$, primero, y $\$ \langle \rangle D$, después. Este vector representa el lugar del inconsciente, que no puede “abrirse al otro más que en la transferencia”.⁷⁸ Nos viene a indicar, asimismo, que “una demanda puede persistir en su sucesión articulada sin ninguna intención consciente”. El vector $S(A) \rightarrow s(A)$ indica la incidencia de los significantes de la cadena inconsciente desde el piso superior al inferior. La insistencia que le es propia –repetición significativa inconsciente– favorece el engendramiento de metáforas en $s(A)$. Este arco orientado viene a subrayar la presencia de una determinación inconsciente sobre la cadena significativa consciente y sobre $s(A)$. En otras palabras, la arista $S(A) \rightarrow s(A)$ es el camino por el cual los significantes inconscientes **que atravesaron la represión** fueron metaforizados en $s(A)$ bajo la forma de síntomas, *lapsus*, chistes, sueños, etc. Este mismo camino muestra que el síntoma –y demás formaciones del inconsciente– están determinados también por el fantasma, cuya fórmula ($\$ \langle \rangle a$) aparece conectada con este vector descendente [$S(A) \rightarrow s(A)$].

4.6. División del sujeto por el orden significativo. Sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación

En 2.4.1 del capítulo 2 se adelantó que la consumación de la metáfora paterna era un momento crucial en la constitución del sujeto; ella lo inscribe en el orden simbólico, bajo la condición de su alienación en el lenguaje. Dado que la estructura de la metáfora paterna está gobernada por el significante, el sujeto que emergerá tras la inscripción del significante del Nombre-del-Padre será (o estará) dividido. Se entiende: el significante, al producir el sujeto crea, de manera concomitante, algo que lo divide. Se trata de una escisión psíquica estructural e irreversible, “incurable”, que se apoya en la represión primaria consumada.⁷⁹ El responsable último de la estructuración identificatoria del sujeto es el significante que proviene del Otro. Queda claro que lo que está en juego no es nada del orden de un engendramiento biológico, como sería el caso del nacimiento de un bebé; se trata, en cambio, de la (a)parición de un nuevo *esebarrado*. Dicho en otros términos, la noción de *división subjetiva* es otra manera de referir al sujeto del inconsciente o al *esebarrado*, como aquí se convino en denominarlo. En *PI* Lacan afirmó:

“El efecto del lenguaje es la causa introducida en el sujeto. Gracias a ese efecto [el sujeto] no es causa de sí mismo. Pues su causa es el significante sin el cual no habría ningún sujeto en lo real. [...] Al sujeto, no se le habla. Ello habla de él, y ahí es donde se aprehende.” [*E II*, p. 371]; lo que está entre corchetes es mío].

Estas dos breves frases condensan explícita e implícitamente un conjunto de ideas sobre el surgimiento del sujeto:

- éste es causado por el significante;
- por ser efecto del significante, nace dividido;
- por ser (o estar) dividido existe en la psique un sujeto del inconsciente;
- al *esebarrado* no se le habla; no es un sujeto psicológico con el que se intercambian mensajes (signos lingüísticos). “Ello habla de él” y es allí donde se aprehende al sujeto del inconsciente.

Entiéndase la lógica lacaniana operando en esas circunstancias, se esté o no de acuerdo con ella: si el *esebarrado* es efecto del significante, sus padres han de ser necesariamente otros significantes. Éstos provienen del Otro, o para decirlo con más claridad, del inconsciente de los objetos primarios del *infans* que ocupan el lugar del Otro. El significante del Nombre-del-Padre sustituye al significante del deseo de la madre, consumándose así la metáfora paterna. Va de suyo que el inconsciente de este nuevo sujeto quedará también adscrito al orden significativo. Ahora bien, si se admite firmemente la hipótesis del inconsciente, cabrá reconocer también, como un correlato insoslayable de la misma, que el sujeto nunca sabrá a ciencia cierta el alcance de lo que

dice: la dimensión inconsciente de la palabra excederá y desbordará las intenciones conscientes del hablante.

“Ello habla”, fragmento de la segunda frase de la cita anterior, hacía referencia en ese momento de la enseñanza de Lacan, al sujeto en su ser, a la autenticidad a su deseo inconsciente. Nombrar al deseo es mentar al inconsciente y, a la inversa, mencionar a este último es evocar al deseo: sujeto del inconsciente y sujeto del deseo son correlativos. Ahora bien, el sujeto no puede atrapar por sí mismo la verdad sobre su deseo; aunque este se manifieste de diversos modos en su discurso, hará falta un analista que sepa escucharlo y descubrir la verdad subjetiva que aparece entre las palabras; verdad que siempre se dice a medias y a espaldas del que habla. El deseo insiste en manifestarse pero lo hace siempre de manera enmascarada: la palabra lo muestra y lo oculta a la vez; nunca aparece directamente; es aludido o esbozado en su discurso asociativo sin que el sujeto lo sepa.

Esta división (*Spaltung*) del sujeto por el orden significante –cuyo antecedente fue sin duda la escisión psíquica entre *Inc.* y *Prec.-Cc.*, postulada por Freud– se vio reafirmada en la teoría lacaniana por otra A+T: la realizada sobre los conceptos lingüísticos de *enunciado* y *enunciación*. Lacan se basó sobre todo en algunas observaciones de Jakobson^{80*} al respecto, aunque también en Bally y Benveniste. Se aclararán estas nociones paso a paso, tomando como referencia el texto recién citado del lingüista, pero centrando la cuestión en la experiencia psicoanalítica.

Supóngase un analizante en sesión asociando libremente; éste irá articulando cadenas de significantes en las que algo de su deseo inconsciente se manifestará. En ese discurso cabrá distinguir las categorías verbales empleadas, que se agruparán siguiendo a Jakobson, en dos grandes grupos:

- Lo que se dice y su temática; es decir: lo que se relata. Se trata del *enunciado*, que tiene frecuentemente función informativa. En un contexto analítico se espera que sean asociaciones libres.
- El acto de hablar y sus participantes. Es el proceso de la *enunciación* en el que alguien elabora o produce esos enunciados que se dirigen habitualmente a un destinatario.

Según el lingüista (p. 181) deberían distinguirse cinco factores: a) el acontecimiento relatado o proceso de enunciado; b) un acto de discurso o proceso de enunciación; c) un protagonista del proceso del enunciado; d) un protagonista del proceso de enunciación y e) un destinatario. En una terminología más moderna se llama *locutor* a quien toma a su cargo el acto de enunciación y fabrica los enunciados; *alocutario* es aquél a quien se dirige el mensaje. Ambos, considerados indistintamente, se denominan *interlocutores*.

En lingüística se entiende por *enunciado* una serie finita de palabras o de frases pronunciadas por un locutor, pero sin que existan referencias específicas a las circunstancias de dicha emisión verbal. El sujeto que hace uso de la palabra suele dar a entender que ha terminado su enunciado, por medio de una pausa o un silencio.

El enunciado es siempre el resultado de un acto individual de enunciación; no existirá el primero sin el segundo. El acto de enunciación es el resultado una iniciativa consciente e intencional por parte del que toma la palabra; por medio de ese acto concreta su propósito de hablar. La relación enunciado/ enunciación es la misma que existe entre un objeto fabricado y el proceso de su fabricación.⁸¹ Se presupone que en el acto de la enunciación las palabras o las frases proferidas –enunciados– son asumidas por un locutor particular, en unos contextos temporales y espaciales precisos.

Los lingüistas, además de crear ese par de opuestos, trataron de precisar “*la huella del proceso de enunciación en el enunciado*”⁸², cuestión importante para Lacan, interesado como estaba, en hacer patentes las posibles irrupciones del inconsciente en el discurso –en los enunciados– del paciente. Es a través del sujeto de la enunciación que lo inconsciente se hace presente. Además, el psicoanalista conectó el enunciado con el discurso consciente y la cadena significante homónima, mientras que la enunciación quedó asociada con la cadena significante

inconsciente. Coherente con sus concepciones e intenciones, no habló de “protagonistas” ni de “interlocutores” –el lenguaje no era para él esencialmente un medio de comunicación– sino de sujetos, tal como se avanzó en el último diagrama –ver *supra*–, en el que se correlacionaron la cadena significante inconsciente con el sujeto de la enunciación y la cadena significante consciente con el sujeto del enunciado, incluyéndolos en la parte superior e inferior del grafo del deseo (véase *supra* 4.5.1).

Una nueva excursión por la lingüística aportará otros elementos. De los múltiples factores que participan de un proceso de enunciación –fenómenos fisiológicos, acústicos, neurológicos, aspectos físicos ligados a la emisión verbal– esta disciplina se ocupa esencialmente de los que pertenecen al código de una lengua.⁸³

Peirce los agrupó en **símbolos** e **índices**. Los primeros son los signos lingüísticos que pertenecen al código; por ejemplo: las palabras yo, tu, noche, coche, farmacia, fumaba, carne, viajar, etc. Los segundos son signos que contienen elementos del proceso de enunciación; por ejemplo, “yo”, en tanto índice designa a la persona que habla en este momento y en este lugar; también tienen carácter indicial las partículas “aquí”, “ahora”, etc.

Jakobson denominó embragador o *shifter* a aquellas partículas del código que señalaban la ubicación en el enunciado de aquél que está hablando, pero sin referir nada específico a cerca de él. Los embragadores tienen sólo valor de índice; ejemplos de ellos pueden ser los pronombres personales y las partículas que indican los parámetros espacio-temporales: aquí, ahora, etc. En la frase “mañana [yo] iré al aeropuerto a recoger a Eduardo”, la palabra yo es un *shifter*. Está puesto entre corchetes para señalar que en castellano este “yo” puede ser explícito o tácito, porque en este segundo caso la desinencia verbal lo hace igualmente presente.

Para Lacan era importante que no se confundiera al sujeto de la enunciación con el sujeto del enunciado especialmente cuando en este último aparece el pronombre personal “yo”; en este caso particular “yo” representa al locutor en el enunciado, pero no es el sujeto de la enunciación. Otro ejemplo mostrará mejor esta disparidad: si alguien dice: “a él le gustaba mucho pasear por la montaña”, se detecta que el acontecimiento narrado en el enunciado remite al pasado, mientras que la enunciación ocurre –siempre– en el presente; esto permite diferenciar con claridad al sujeto del enunciado –él– del sujeto de la enunciación (el que habla). Cuando no se trata de los pronombres “yo” o “nosotros” es más fácil discriminar ambos sujetos. Se insiste: la enunciación es siempre un hecho actual.

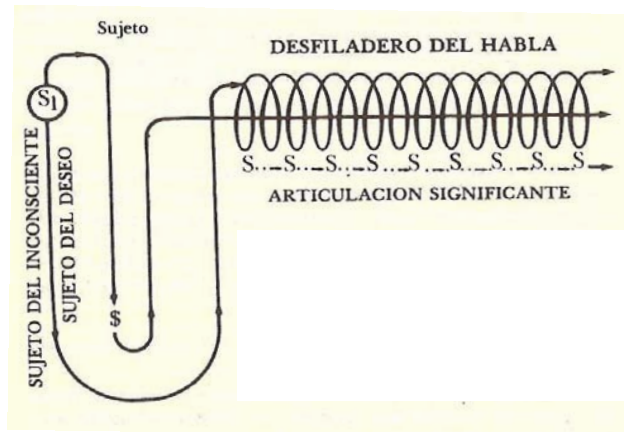
Lo dicho servirá de introito a preguntas claves: ¿Cómo está representado aquél que realiza el acto de enunciación en el enunciado? ¿Cómo se pone en escena el sujeto del enunciado? Este último, como ya se ha dicho, puede hacerse presente de forma implícita o explícita. Los del primer tipo suelen utilizar pronombre como “nosotros”, “yo” o expresiones más genéricas como el “se”: “Se dice que la tierra gira alrededor del sol”; “Nosotros saldremos mañana”; “Había un atasco fenomenal”; “El sol estaba tapado por las nubes”.

En estos ejemplos aparece cierta neutralidad subjetiva en los enunciados; hay una distancia entre el sujeto del enunciado y el de la enunciación. La distancia parece reducirse cuando el sujeto articula un enunciado en el que se implica algo más: “yo llevo el vino”; “esta noche [yo] iré a la casa de Juan.”

Imagínese, ahora, este enunciado: “...por entonces, Jorge ya peinaba camas”. El lapsus es evidente; el locutor quería decir: “...peinaba canas”. En esta frase el tiempo verbal también remite al pasado, Jorge es el sujeto del enunciado, y a través del sujeto de la enunciación en su acto de locución irrumpe un significante inesperado, que sorprende.

Para el psicoanálisis lacaniano el sujeto del inconsciente se presenta en los enunciados a través del *sujeto de la enunciación*. Éste actúa, entonces, como una entidad subjetiva y, en tanto tal, no tiene control sobre todo lo que dice. La otra escena habla a través de él; el sujeto de la enunciación recibe influjos del inconsciente, da pie a la aparición del discurso del Otro (palabra plena).

Se sintetizará buena parte de lo dicho a través del siguiente esquema, tomado en préstamo a Joël Dor, de su libro *Introducción a la lectura de Lacan* (1985), *op. cit.*, tomo I, p. 132.^{84*}



S₁, desprendido de la batería virtual de significantes inconscientes –S₂–, hará acto de presencia en el desfile de la palabra. Esto se representa en el diagrama por medio de la línea en forma de U que *baja* desde S₁ y se conecta con el discurso del paciente en sesi3n: las palabras van desfilando una tras otra. Esta línea indica la conexi3n que permite al inconsciente y su deseo irrumpir en los enunciados –cadena de asociaciones libres–. La otra línea, la que *sube* desde S₁ y describe luego otra U, muestra un inconsciente que no es “profundo” sino de superficie, que se inmiscuye en el discurso consciente.

La oposici3n *sujeto del enunciado/sujeto de la enunciaci3n* redobl3 la divisi3n subjetiva introducida por Freud; Lacan insisti3 en ella de diferentes maneras: por medio del matema \$, en el que la barra –de la represi3n– alude a esa escisi3n psíquica y a trav3s de un conjunto de pares de opuestos –correlacionados entre sí– que son indicadores de la transformaci3n *lingüística* de la metapsicología freudiana. Todos dan cuenta de la escisi3n (*Spaltung*) del sujeto:

<u>Enunciado (sujeto del)</u>	. <u>dicho</u>	. <u>Prec.-Cc.</u>	. <u>palabra vacía</u>	. <u>discurso corriente</u>	. <u>cadena significativa Cc</u>	. <u>demanda</u>
Enunciación (sujeto de)	decir	Inc.	palabra plena	discurso Otro	cadena significativa Inc.	deseo

En síntesis: a nivel del sujeto del enunciado se articula un discurso con una intencionalidad consciente y mantiene una relaci3n de exterioridad con respecto al sujeto de la enunciaci3n. Éste, ligado al inconsciente, influirá en el contenido del enunciado, por lo que siempre habrá una diferencia entre el discurso intencional del hablante y lo efectivamente pronunciado. Es a trav3s del sujeto de la enunciaci3n que se manifiestan los deseos reprimidos y la batería de significantes inconscientes.

“[...] la presencia del inconsciente por situarse en el lugar del Otro, ha de buscarse en todo discurso, en su enunciaci3n.” (PI, E II, p. 370).

Se deduce de lo afirmado hasta aquí que el analista tiene que aplicar su escucha al sujeto de la enunciaci3n más que a las anécdotas de los enunciados; debe ser receptivo a los significantes del decir más que a los significados conscientes que se desprenden de lo dicho.

4.7. Fundamentos *lingüísticos* de la TIL

Como su título lo indica, en este apartado se estudiarán los conceptos psicoanalíticos *lingüísticos* que Lacan empleó en el S 9, dedicado a la identificaci3n; para tales fines se retomará en este contexto la afirmaci3n compacta con la que se inició el capítulo 1 de esta tercera parte:

La identificaci3n simbólica funda al sujeto -\$-; el sujeto es efecto de la identificaci3n por el significante, que proviene del Otro.

De este aserto se desprende que la identificaci3n simbólica es la operaci3n que engendra al sujeto y que esto acontece con la mediaci3n del significante que proviene del Otro. La articulaci3n de este último y sus significantes con la identificaci3n y el sujeto es patente en los dos enunciados

escritos en cursiva. Además, existen otros conceptos *lingüísticos* que dieron basamento a la TIL; ellos se señalan a continuación, en los títulos de las siete módulos en que se ha dividido este apartado.

- 4.7.1. La imbricación del significante con la identificación y el sujeto. El rasgo unario
- 4.7.2. La partición de la alteridad: Otro y otro
- 4.7.3. El Nombre del Padre y la metáfora paterna
- 4.7.4. La repetición
- 4.7.5. La noción de marca
- 4.7.6. El nombre propio
- 4.7.7. Articulaciones lingüístico-gramaticales sobre la negación y su relación con el \$

El lecho conceptual compartido por los distintos articuladores mencionados hacen inevitables los entrecruzamientos de ideas y las reiteraciones.

4.7.1. La imbricación del significante con la identificación y el sujeto. El rasgo unario

El significante quedó convertido en causa del sujeto y, simultáneamente, en representante del mismo, una vez estructurado. En el contexto de la TIL, el significante adquirió el nombre de rasgo unario. Lo dicho puede ser esquematizado así:



Ambos esquemas condensan una lógica en la que participan tres elementos: significante, sujeto barrado y Otro. Las distintas formas de leerlos fueron expuestas en III, 1.1. Allí se remite; mientras tanto se añaden nuevas observaciones:

- El Otro debe ser entendido, aquí, como tesoro de los significantes.
- El rasgo unario es el elemento último y mínimo que el Otro –entendido aquí como alteridad radical– implanta en el cachorro humano, para estructurarlo como sujeto.
- La identificación transporta los rasgos unarios y los inscribe, dando así pie a la estructuración de un sujeto. La combinatoria de estos rasgos unarios otorga una alta singularidad a la nueva subjetividad.
- El Otro y sus significantes preexisten al sujeto en vías de estructuración.
- El rasgo o trazo unario funda la estructura del sujeto y participa, por lo tanto, de su formalización lógica.⁸⁵ Este aspecto formal sitúa a la identificación por el significante (trazo unario) en el registro simbólico. Por ser una identificación al rasgo, es necesariamente parcial.
- Este sujeto lacaniano (\$, sujeto del inconsciente, sujeto del deseo, sujeto efecto del significante, sujeto del goce, etc.) es una entidad lógica, no ontológica.

4.7.2. La partición de la alteridad: Otro y otro

Lacan introdujo una diferenciación en el campo de la alteridad: distinguió el Otro del otro; el primero es una instancia simbólica estrechamente relacionada con el *esebarrado*; el segundo pertenece al registro imaginario y es la fuente de imágenes que conforman al yo por medio de las identificaciones imaginarias.⁸⁶ El Otro es también el tesoro de los significantes –términos con los que Lacan sustituyó a la noción de código–. En sentido más amplio constituye el orden mismo del lenguaje. Ante este Otro, el sujeto –una vez estructurado–, habrá de situarse; tendrá que hacer y

rehacer ese recorrido continuamente.⁸⁷ A partir del Otro se ordena la vida psíquica; se trata, entonces, de un lugar donde insiste un discurso que está articulado, incluso si no siempre es articulable. Mediante esta categoría Lacan procesó los restantes conceptos de su teoría.

De todas las funciones que asignó al Otro –ellas serán explicitadas en III, 7.2.2.–, aquí se abordarán sólo las que se relacionan con la TIL; en esta última, el Otro es la fuente de los rasgos unarios determinantes de la estructuración subjetiva. Como ya se ha dicho, el Otro y sus significantes tienen anterioridad lógica respecto del sujeto. No hay sujeto sin Otro.

Acorde con las características topológicas atribuidas al sujeto, el Otro dejó de ser objeto y devino **lugar**. Ya lo era antes, gracias a la primera topología de Lacan –la del significante–, pero a partir del *S 9*, las superficies (banda de Möbius, toro, botella de Klein, etc.) le otorgaron un carácter decididamente topológico. Al definir al Otro como lugar, la identificación lacanianamente concebida quedó despersonalizada: se le asignó como punto de partida los rasgos unarios inconscientes del Otro. La identificación ocurrirá sin que los que participan en la misma sepan cuándo y cómo se está consumando. En tanto lo transmitido entre generaciones son rasgos unarios –recuérdese que cada significante es diferente de los demás; incluso, diferente de sí mismo– cada uno de los que han sido implantados transportó simultáneamente la semejanza y la diferencia. Esta es una peculiaridad importante de la TIL, que la diferenció de la TIF y la TIK. La constitución del sujeto barra al Otro – (*A*)– y deja un resto: el objeto *a*.

Ambas categorías –sujeto y Otro– fueron elaboradas a la luz de los tres registros: al principio fueron pensadas como instancias exclusivamente simbólicas; al final de su enseñanza, con la homogeneización de los tres registros, se las consideró también adscritas a lo real. (Véase III, 6.6 y III, 6.7.).

4.7.3. El Nombre del Padre y la metáfora paterna

Se realizará un acercamiento a estas problemáticas teniendo especialmente en cuenta sus funciones en la estructuración identificatoria del sujeto. El Nombre-del-Padre designa a un significante primordial que metaforiza el deseo de la madre e instala al *infans* en el orden simbólico. Como todo significante lacanianamente concebido, este también es un significante sin significado. En *CPTP, E II*, p. 243, escribió la siguiente fórmula de dicha metáfora:

$$\begin{array}{l} \text{Nombre-del Padre} \\ \text{Deseo de la madre} \end{array} \cdot \begin{array}{l} \text{Deseo de la madre} \\ \text{Significado al sujeto} \end{array} \rightarrow \text{Nombre-del-Padre} \left(\frac{A}{\text{Falo}} \right)$$

El Otro primordial, la madre en tanto función o, mejor aún para este contexto, la madre en tanto significante, es sustituido por otro significante, el del Nombre-del-Padre. La sustitución constitutiva de esta metáfora sigue las pautas descritas en el apartado 4.3.3. Entiéndase este deseo de la madre como deseo de estar colmada por el falo, bajo la *sub especie* del hijo habido; este deseo fue imprescindible para la constitución de la relación diádica entre la madre y el cachorro humano. El falo imaginario suturó la falta de la madre; el hijo o hija que llegó al mundo inició, con esta identificación fálica, su andadura para devenir sujeto.

El segundo tiempo del Edipo, caracterizado por la entrada en acción de la función paterna, introduce una separación de la relación dual, privando a la madre y frustrando al hijo. Mientras tanto, el falo cambia de lugar; luego, se inscribe el Nombre-del-Padre; el significante que le es propio metaforiza al deseo de la madre y se instaure la metáfora paterna.

Dos presencias son significativas en el lado derecho de la fórmula, junto al Nombre-del-Padre: la (*A*) indica la inscripción del Otro en el sujeto; se trata de una consecuencia más de esta metaforización inaugural llevado a cabo por el significante paterno. Por esta vía se comprueba, nuevamente, que Lacan atribuyó a la estructura del lenguaje los determinantes últimos de la ordenación social y de la estructuración de cada sujeto.

La segunda presencia –la del falo– señala que la sustitución significativa que ha creado la metáfora paterna introdujo la significación fálica en el candidato a sujeto, cosa que le aseguró un destino neurótico. Un fracaso en la constitución de dicha metáfora, con la consiguiente forclusión

del significante del Nombre-del-Padre llevaría a la psicosis. En este caso, el falo que está en juego es el simbólico; la presencia del mismo en la fórmula viene a decir que el significante del Nombre-del-Padre y el Otro estuvieron mediando a través del significante fálico en la sexuación del nuevo sujeto; es decir: en la determinación de su posición masculina o femenina en relación a la función fálica.⁸⁸ La consumación de la metáfora paterna comporta el atravesamiento de la castración simbólica e indica que la Ley ha sido inscrita.

Lo dicho hasta aquí viene a reafirmar que la metáfora paterna desprende al *infans* de su sujeción imaginaria a la madre y le catapulta hacia el estatus de sujeto deseante. Pero esta adquisición comporta un precio: nacer dividido en tanto sujeto y padecer, una segunda alienación, además de la imaginaria: la del lenguaje. Establecida esta metáfora, el incipiente sujeto deseante queda apresado en las redes del lenguaje y su deseo sólo podrá expresarse por ese medio. El deseo inconsciente surge inexorablemente marcado por la metáfora paterna; es un efecto de la misma; dicha conformación le otorga un carácter metonímico (le permite desplazarse de una representación a otra).

* * * * *

El telón de fondo de estas elaboraciones lacanianas fue su tópicos de los tres registros: real, simbólico e imaginario; la solidaridad entre dicho ternario, los tres tiempos del Edipo y la TIL es evidente y puede apreciársela en la interpenetración de las siguientes cuestiones:

- la identificación del *infans* con el falo imaginario;
- la dialéctica especular -con sus identificaciones narcisistas-;
- la función materna;
- la circulación del falo en los tres tiempos del Edipo;
- las diferentes figuras del padre: imaginario, simbólico y real;
- el significante del Nombre-del-Padre y la metáfora paterna;
- la interacción castración-falta-deseo y su relación con la Ley;
- el rol de las instancias ideales -yo ideal, Ideal del yo-;
- las identificaciones simbólicas, especialmente las del Ideal del yo.

A modo de resumen de lo dicho puede consignarse que es en tanto padre simbólico que se ejerce la trasmisión de la castración y de la ley. Ello supone labrar el lugar del padre en el Otro (A, en la fórmula esquema). El protosujeto adviene *esebarrado* después de la inscripción del significante del Nombre-del-Padre y la realización de la metáfora paterna, castración incluida.

4.7.4. La repetición

Es el modo de funcionamiento del inconsciente; ella tiende a reiterar algunos de los significantes de la batería virtual que lo constituyen. Este presupuesto determina que la escucha analítica deba estar especialmente atenta a los significantes que se repiten en el discurso del analizante. Lacan procesó la repetición en el marco de su propia teoría, articulándola al significante y a los tres registros. En el *S 9* insistió en que la repetición es *repetición significativa* y, por lo tanto, simbólica. Se trataba para él de un significante que se repetía, que retornaba, que retumbaba. Efecto de estructura del lenguaje, la repetición se organiza en torno a una pérdida: la de un significante primero que ha desaparecido para siempre y que, sin embargo, el sujeto insiste en hacer resurgir. En la última década de su enseñanza la articuló también con lo real; en **III, 10.10.3** se estudiará la relación que estableció entre lo real, la repetición y el carácter del yo, mientras que en **III, 7. 10. 4** podrá leerse las nuevas elaboraciones sobre lo real como causa: la repetición ligada a la *tyché*. Ya no se tratará sólo de la repetición significativa; se repetirá algo del orden de lo real inasimilable.

La repetición significativa no es la simple reaparición de **lo mismo**; tampoco es duplicación ni reproducción; en tanto el significante es lo que los otros no son, la repetición está articulada con la diferencia. Este aspecto será estudiado en detalle en **III, 7.3.2**, en el que se verá la peculiar reunión que el psicoanalista francés realizó entre su propia teoría sobre el significante, la concepción de Freud sobre la repetición, especialmente la que se deduce de *Más allá del principio*

del placer (1920), y las ideas de Kierkegaard, que consideraba que en cada repetición había algo nuevo. El filósofo sostenía que la repetición, en sentido estricto, era imposible: siempre contenía algo nuevo. De esta triple amalgama surgió un aporte novedoso para el psicoanálisis: ninguna repetición es igual a sí misma. En este contexto cabría mencionar también las aportaciones del libro de Gilles Deleuze *Diferencia y repetición* (1968), Presses Universitaires de France.

El fundamento de la repetición, tal como la entendía Lacan, era la insistencia de la cadena significante. Por esta vía remarcó, otra vez más, la sujeción del sujeto al lenguaje y, más específicamente, a ciertos significantes primordiales –propios y singulares de cada analizante– que se reiteran. Al ser el significante un soporte de la diferencia, cada repetición tiene asegurada un elemento distintivo.

Por otra parte, en tanto el rasgo unario era la forma que adoptó el significante en la teoría de la identificación, Lacan concluyó que la repetición tiende a hacer surgir ese rasgo unario primitivo, un *Uno* diferencial, que permite el establecimiento de una serie secuencia como esta: //////. En ésta, ningún elemento es –pese a las semejanzas– el mismo que el anterior o el posterior: aunque más no sea por ocupar un lugar distinto y único en esa secuencia.

Además, si se escribieran esos palotes o muescas, la forma de cada uno sería invariablemente distinta; un trazo diferiría del otro. En el *S 9* ejemplificó este fenómeno repetitivo y diferencial por medio de una pieza de la antigüedad: una costilla de animal con sucesivas marcas verticales –a la manera de hendidura, probablemente hechas a cuchillo– con las que los cazadores representaban cada presa obtenida.

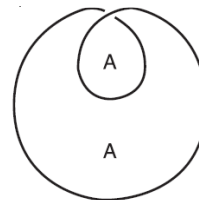
Ese tipo de inscripción no poseía ningún elemento figurativo que manifestara la singularidad de cada animal cazado; por ejemplo, no dice nada sobre si fue grande o pequeño; si tenía el mismo color que alguno de los anteriores; si eran todos de la misma especie; si alguna captura había sido más difícil que otras; si el instrumento de caza empleado fue el mismo para todas las piezas cobradas. Esas características no se patentizaban: cada acto de captura quedó marcado, simplemente, como Uno. Las pequeñas desemejanzas entre un palote y otro fueron elevadas por Lacan al rango de la *pura diferencia*. Ya había dicho anteriormente lo mismo respecto del significante (*S 9*).

El Uno devino Unicidad: algo único; algo a lo que se exoneró de todo sentido posible para convertirlo, simplemente, en el soporte de la diferencia y, por eso mismo, en el fundamento del orden significante.

En el *S 14*, especialmente en la clase del 15/2/67, trató la repetición con diferencias mediante la superficie conocida con el nombre de ocho interior. La parte izquierda del esquema que se presenta a continuación representa el principio lógico de identidad ($A = A$). Según Lacan, éste no es válido en psicoanálisis, ya que el significante no es idéntico ni siquiera consigo mismo. En la sección derecha del diagrama se muestra esa recusación, con el apoyo del trazado conocido con el nombre de ocho interior; se percibe: la A del círculo pequeño es semejante y diferente a la A del bucle más grande; no hay identidad entre ambas.



Principio lógico de
Identidad



Lógica del Ste. $A \neq A$
Principio de no identidad
consigo mismo

En la lección recién citada, las consideraciones sobre la repetición estuvieron enmarcadas dentro de una cuestión más amplia: la concepción de la temporalidad psicoanalítica basada en el *après-coup*. Lacan afirmó, entonces, que había repetición cuando un segundo significante venía a sancionar y a dar relieve a otro anterior que –de manera retroactiva– se convertía en antecedente de una repetición. En otros términos: la repetición no reitera para que existan *dos* sino que repite *uno*

para hacer resaltar –retroactivamente– ese *uno* y darle vida como miembro de una repetición. Se aclararán estas ideas tomando como referencia la sesión de análisis:

- Bajo asociación libre el analizante pronuncia enunciados; nada permite predecir –por el momento– que alguno de los significantes proferidos se repetirá.
- Uno de esos significantes reaparece; esta segunda manifestación del mismo es la que da realce, *après-coup*, a la primera aparición. Ya es posible decir: *se repitió*. Se convierte, así, en partícipe de una repetición:

“[...] por efecto del que repite lo que era a repetir se transforma en lo repetido.” (S 14; clase del 15/2/67).



- El bucle más grande que engloba al pequeño representa la operación de contar o, más exactamente, el elemento que torna posible el cálculo.⁸⁹ Lacan designó este bucle, que cierra el circuito de la repetición, como *Uno en más*.

El esquema de la derecha muestra el trazado completo en forma de ocho interior; es equivalente al de la figura anterior, en el que aparecían también dos letras A; una en el círculo pequeño y otra en el grande. El vector retroactivo conlleva –siempre– una diferencia; el elemento que se repite nunca es exactamente igual que aquél que sirve, retroactivamente, de antecedente; la repetición –justamente por la no identidad del significante consigo mismo– será siempre con diferencias. Esta propiedad intrínseca del significante se reveló de gran utilidad en la TIL: al ser identificación por el rasgo unario, ella transporta las semejanzas y las diferencias.

4.7.5. La noción de marca

Está estrechamente relacionada con el rasgo unario; cada trazo inscripto por la identificación es una marca singular y singularizante del nuevo sujeto. La marca es una señal distintiva; en el contexto de la TIL, esta noción –y sus derivados– vino a reivindicar el papel activo del Otro en la implantación de rasgos estructurantes del sujeto. El Otro deja sus marcas y de ese modo engendra al \$. Ya se dijo que la identificación lacanianamente concebida tiene su punto de partida en ese Otro, a diferencia de cómo se la teorizó en la TIF y la TIK. El lugar del Otro es encarnado por los objetos primarios del entorno objetual –también singular– que rodea al candidato a sujeto; ellos, involuntariamente, proveen los significantes inconscientes que dejarán sus marcas en la estructura del *esebarrado*. Se inscriben, así, los primeros significantes en un real biológico, procedimiento que Lacan designó con el nombre de Privación; el \$ surgirá entonces como efecto de una combinatoria de todas las marcas implantadas por el Otro. Tras las inscripciones, lo real queda transformado; posee marcas que lo diferencian de los otros sujetos.

La noción que se está estudiando viene a reafirmar, en el contexto de la TIL, la idea de que el sujeto se estructura de manera singular, en función de los rasgos unarios y las marcas que el Otro implanta. El *esebarrado* queda así marcado –identificado– por el Otro. La dirección de este movimiento es clara en la TIL: Otro → sujeto; una diferencia más con la TIF y la TIK.^{90*} El hecho de que el Otro sea el agente activo en la identificación restó importancia, en la TIL, a los mecanismos de introyección e incorporación, consideradas por Freud como esenciales para la consumación de *sus* identificaciones. El vienés entendía que el propio sujeto en vías de formación era el motor del proceso identificatorio y, consecuentemente, necesitó mecanismos que internalizaran los rasgos de los objetos. Lacan articuló tales mecanismos con sus tres registros; señaló el carácter simbólico de la introyección, contraponiéndola a lo imaginario de la proyección y de la incorporación. La primera recaía única y

exclusivamente sobre significantes y se situaba en la dialéctica de las relaciones del sujeto con el Otro. En el contexto de la TIL, lo que se introyecta es siempre un rasgo unario del Otro (identificación simbólica). Por otra parte, Lacan recusó la noción de incorporación empleada por Freud en diversos contextos⁹¹, incluida la TIF, en la que fue considerada como un retoño de la actividad pulsional oral, que operaba en las identificaciones primarias y narcisistas. Según Lacan no habría tal incorporación del objeto ni motorización de la identificación por la pulsión. Como se dijo anteriormente, el psicoanalista francés la desconectó del registro pulsional y sustituyó la incorporación –mecanismo fantasmático, imaginario– por los efectos identificantes de la imagen del semejante. El objeto más que entrar “por la boca” (incorporación), “entra por los ojos” (efecto identificante de la imago en las identificaciones imaginarias).

La inscripción de una marca tiene un efecto directo, aunque no visible: deja presencia de un trazo; pero, simultáneamente, se produce otra consecuencia marginal: queda circunscrito un lugar: el sitio preciso de esa inscripción. Si se borra la marca, permanece la huella de su presencia anterior en el lugar; persiste el vestigio de lo borrado, se mantiene la señal de que allí hubo algo que se esfumó. Pero esta eliminación no es aún lo que define de manera específica al humano; los animales también pueden hacerlo: fingen, borrando huellas. Sólo el tercer tiempo –borramiento del borramiento– muestra lo específicamente humano; únicamente el hombre puede fingir que finge. En ese instante acontece el surgimiento del significante. Si las inscripciones iniciales –Privación– fueron seguidas de otras posteriores, la serie de marcas así constituidas quedó sometida a una reorganización retroactiva. Las primeras huellas –señales de marcas anteriormente inscritas– han sido borradas para siempre: cayeron bajo los efectos de la represión primaria. Ninguna regresión, por más profunda que sea, podrá recuperarlas como tal, porque han sido resignificadas.

4.7.6. El nombre propio

Las primeras observaciones de Lacan sobre el nombre propio fueron vertidas en el S 9. En la clase del 20 de diciembre de 1961, después de confrontar al lógico –Russell– con el lingüista –Gardiner–, Lacan introdujo algunas ideas propias en ese “debate” que el mismo suscitó.^{92*} Afirmó que el segundo de ellos no supo evitar la intromisión de lo psicológico allí donde, en tanto lingüista, debió mantenerse alejado de esa dimensión, para respetar justamente la especificidad de su disciplina. Según Lacan, Gardiner inmiscuyó ese factor psicológico en el momento mismo en que se topó con el sujeto y con el significante, porque no sabía cómo operar con ellos.

No es cierto, dijo Lacan, que cuando se pronuncia un nombre propio estemos “psicológicamente” advertidos de que el acento está puesto en el material sonoro –tesis gardiniana–; se trata de algo distinto de lo psicológico; lo que está en el centro de la cuestión es el sujeto y su relación con el significante. Las palabras textuales del psicoanalista fueron estas:

“Existe un sujeto que no se confunde con el significante como tal, pero que se despliega en esa referencia al significante con unos rasgos, con unos caracteres perfectamente articulables y formalizables que deben permitir captar, discernir el carácter *idiótico* –si tomo la referencia griega es porque me hallo lejos de confundirla con la palabra “*particular*” de la definición russelliana–; el carácter idiótico en tanto que tal del nombre propio [...] en ese sentido en que desde hace mucho tiempo hago yo intervenir a nivel de la definición del inconsciente, la función de la letra.” (S 9, clase del 21/12/61; las cursivas son mías).

Como puede apreciarse, la cuestión del nombre propio y la nominación –el acto de nominar o de ser nominado– implica al inconsciente y a la función de la letra; por lo tanto, los significantes reprimidos operan en cualquier nominación. Luego, agregó:

“Sólo puede haber definición del nombre propio en la medida en que percibimos la relación de la emisión que nombra con algo que, en su naturaleza radical, pertenece al orden de la letra.”

Lacan acabó correlacionando el nombre propio con el rasgo unario: ambos, al igual que el significante, operan como unidades distintivas. Remató la cuestión afirmando que otro elemento que caracteriza al nombre propio es que, de una lengua a otra, conserva siempre su estructura

sonora, precisamente en razón de la afinidad del nombre propio con la marca; es “la designación directa del significante”. Por no traducirse, el nombre propio se conecta con aquello que en el lenguaje está ya preparado para funcionar como soporte de la diferencia: el significante. El nombre propio tiene todas las características del significante y opera como tal en la identificación; es decir, como otro rasgo unario más que identifica al sujeto.

Con la consolidación de la tónica lacaniana y la aparición de los nudos borromeos en la última década de su obra, la nominación comenzó a implicar a los tres registros: el nombre propio ponía en evidencia, a partir de entonces, una captura de lo real por medio del significante (orden simbólico) en el que no estarían ausentes las reverberaciones imaginarias. Esta conjunción de los tres registros ahondó las diferencias entre Lacan y los lógicos; éstos utilizaban las descripciones formalizadas a la Russell o designadores rígidos, como los propuestos por Kripke y privilegiaban por esa vía lo que ellos llamaban *el referente* —el objeto, la cosa—. Según Lacan, esto les hacía perder de vista el engarce entre lo real, lo simbólico e imaginario y el determinismo inconsciente, que toda nominación conlleva; todo esto quedó fuera del campo de la Lógica.⁹³

En tanto los apellidos no se eligen, es en la adjudicación de los nombres de pila donde se puede apreciar mejor la influencia de lo inconsciente parental y los factores imaginarios que intervienen en la nominación. Que se otorgue el nombre de Alberto a un hijo, por Einstein, o Simona por de Beauvoir; Vladimir por Lenin; Juan Domingo por Perón; Marilyn, por Monroe; Francisco por Franco; Gustavo, por un amante de la madre; Leonor por el primer gran amor —no correspondido— del padre, todas esas —y otras— escogencias no dejarán de tener efectos sobre el sujeto: serán determinantes de algo y darán pie a manifestaciones inconscientes. Pasaría lo mismo, incluso, si se le dio uno de los nombres más habituales de la comarca o, como sucede a veces, el del santo correspondiente al día del nacimiento. Es significativa, también, si la asignación vino dada en recuerdo de algún familiar muerto o de uno vivo (padre, abuelo, tío). El nombre propio deviene así indicador de rasgos subjetivos parentales de diversa índole, que cabrá desentrañar en el análisis de un sujeto dado. Puede ser a veces índice de religiosidad; en otras, de ideas revolucionarias; signo de no haberse preocupado mucho por el asunto o, por el contrario, de haberse inquietado demasiado por la elección del nombre; en ocasiones habla de un afán por dotar al hijo de un nombre rarísimo. Sea cual sea la nominación realizada, siempre tendrá efectos y siempre habrá factores inconscientes parentales que operaron en dicho acto. ¿Y qué decir de los numerosos nombres de pila —cuatro, cinco— que a veces se adjudican a un recién nacido?

La clínica psicoanalítica revela otra faceta: elegir nombres genera también, retroactivamente, efectos en quien nombra, no sólo en el nominado. Piénsese, por ejemplo, como las alusiones cotidianas del nombre recrea los fenómenos imaginarios que fundamentaron la elección: reverberan por esta vía ya sean recuerdos de ídolos de los padres, ya sean figuras importantes que determinaron la elección. Téngase en cuenta, también, lo que representa para los hijos “cargar”, gozar, padecer, disfrutar de ese nombre durante toda la vida. Otro ejemplo: alguien que recibió el nombre de un hermano muerto, en el contexto de un duelo familiar no elaborado. Una nominación de ese tipo suele conllevar una carga subjetiva intensa, en tanto los padres pretendieron un imposible: la sustitución de un hijo por otro. Los aspectos *imaginarios* de la nominación suponen habitualmente referencias a ancestros, a objetos idealizados; incluyen ambiciones y remiten a circunstancias familiares muy diversas, en las que el vástago se ve involucrado —la mayoría de las veces sin saberlo—; por esa vía resultan ser portadores inconscientes de tales marcas.

Los aspectos *simbólicos* de la nominación incluyen al hijo en una zaga, en un linaje; presuponen la inscripción del significante del Nombre-del-Padre y el cumplimiento de la función paterna, que aseguran la estructuración de un sujeto dividido, marcado por la castración, articulado al fantasma y destinado a producir síntomas a la manera de productos transaccionales. En otras palabras: le han otorgado no sólo un nombre sino un destino de sujeto neurótico.

No es el caso si la función paterna ha sido marcadamente insuficiente; además del avatar psicótico puede producirse otro fenómeno relacionado con la cuestión del nombre propio, que Lacan describió en el *S 23*: ante el desfallecimiento de la función paterna existe la posibilidad de compensarla mediante suplencias. En ese contexto, y en referencia a Joyce, avanzó la hipótesis de que su escritura actuaba como un cuarto nudo que reparaba el anudamiento fallido de los tres anillos (RSI).

Postuló al *Ego* y al *sinthome* como aquello que posibilitaba compensar tales “errores”; por esa vía Joyce habría adquirido una articulación borromeica ortopédica. El *Ego*, tal como fue conceptualizado por Lacan, era favorecedor de la consumación de actos creativos; la producción literaria de este escritor podría ser un ejemplo.^{94*} Tales actividades deben ser pensadas como un *sinthome*, que cumple la tarea de mantener unidos a los tres registros. Ese *sinthome* compensa el fracaso de la función paterna y el **nombre propio** suple el desfalleciente Nombre del Padre. La escritura en James Joyce sería, pues, *Ego* y *sinthome*; goce y posibilidad de escapar de la psicosis, al menos de la manifiesta. El nombre propio –Joyce– sirve para reparar lo mal anudado. Dicha operación deja, sin embargo, algunas “cicatrices” psíquicas.

En la concepción lacaniana del nombre propio se perciben también algunas resonancias del pensamiento estoico. Como se verá en III, 6.8.2., el viejo estoicismo otorgó importancia a los incorporales. El nombre propio puede verse también desde esa perspectiva: una donación al sujeto por parte del Otro –habitualmente, los padres– de un incorporeal que le acompañará toda la vida y que pervivirá, más allá de su muerte, en el recuerdo de quienes le conocieron. El nombre propio, en tanto incorporeal, delimita un espacio simbólico que el sujeto habita durante toda su existencia; gracias al mismo es reconocido. Este incorporeal sostiene de manera permanente al sujeto. Lo dicho hasta aquí reitera, una vez más, que la adjudicación de un nombre va más allá del necesario trámite burocrático en algún registro civil, que después podrá expedir (o no), un acta de nacimiento. En todo caso puede verse allí también la articulación R.S.I.

Por el rodeo de la problemática del nombre propio Lacan incrementó la mutua implicación entre el lenguaje -el significante- y el sujeto.

4.7.7. Articulaciones lingüístico-gramaticales sobre la negación y su relación con el §⁹⁵

Lacan abordó el tema de la negación desde diversos puntos de vista: metapsicológico, filosófico, lógico y gramatical. De esas cuatro perspectivas, aquí se estudiará sólo la última.⁹⁶ En cambio se dedicará un apartado especial a las tres matrices de la negación o de la falta de objeto –privación, frustración, castración– que Lacan trató en primera instancia en el *S 4* -clase del 12 de diciembre de 1956- y después, en la clase del 7 de enero de 1962 del *S 9*, para seguir desarrollándolo en múltiples seminarios. Nos detendremos especialmente en la articulación de estas tres matrices con la estructuración subjetiva. En medio del examen de uno y otro asunto, se hará un inciso sobre la vida y obra de Édouard Pichon, poniendo el foco en su producción sobre gramática; ella sirvió de referente para Lacan en sus teorizaciones sobre la negación en psicoanálisis y para la creación del concepto de forclusión como mecanismo fundante de la psicosis.

No podría acabarse esta introducción sin mencionar un antecedente muy importante sobre el asunto que se está tratando: la introducción y respuesta de Lacan al comentario hablado de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud, que tuvo lugar el 10 de febrero de 1954.⁹⁷

4.7.7.1. Matrices de la negación o de la falta de objeto

En el *S 4* se aprecia a Lacan abordando la cuestión de la relación de objeto desde una perspectiva paradójica: la de la falta de objeto. Que la haya reflexionado desde esa óptica permite suponer que le dio preeminencia al objeto en tanto simbólico; es decir: al llamado objeto perdido del deseo. *Falta de objeto* es el nombre que Lacan otorgó a ese objeto del deseo primordial, que se pierde para siempre, descrito inicialmente por Freud. Se trataba de un objeto que vale por su ausencia; que opera simbólicamente; que no está pero... está..., de alguna manera. Está ausente, pero dejó una huella.

La falta es una condición del sujeto, del *hablanteser*, que debe leerse a contraluz de la fascinación que ejerce sobre él la idea del “todo”, que no es más que imaginario. La negación de la falta o la resistencia a reconocerla cierran la posibilidad de actuar bajo su imperio: el sujeto queda embargado por la ilusión de completud. En la clase del 12 de diciembre de 1956 presentó una tabla de doble entrada en la que correlacionó las tres formas de la falta –castración, frustración, privación– con sus tres registros: Simbólico, Imaginario y Real. Esta matriz involucraba una

combinatoria que el psicoanalista francés reutilizó en muchos seminarios posteriores, para articularlas con otras problemáticas psicoanalíticas. A continuación se insertará el cuadro presentado por Lacan en la clase citada (S 4, p. 61), con algunos agregados, basados en lo que él dijo en aquellas circunstancias.

FORMA DE LA FALTA	FALTA DE OBJETO	OBJETO	AGENTE
CASTRACIÓN <i>Deuda simbólica</i>	Simbólica	Imaginario	Real
FRUSTRACIÓN <i>Daño imaginario</i>	Imaginaria	Real	Simbólico
PRIVACIÓN <i>Agujero real</i>	Real	Simbólico	Imaginario

Como puede apreciarse, la naturaleza de la castración, frustración y privación quedó precisada en base a los registros –RSI–; están incluidas en la columna “falta de objeto”; las características del objeto en juego fue precisada en la segunda columna, mientras que la tercera está reservada a la acción de los agentes que, en última instancia constituyen distintas encarnaciones del Otro. Esto indica que las tres faltas son bien diferentes y que los “agujeros” que caracterizan a cada una son también distintos. Ellas deben ser discriminadas, asimismo, de la pérdida de un objeto real, como la que acontece en un duelo. Otra forma de leer la tabla podría ser la siguiente: el objeto, precisado por su relación con los registros, es producido por la forma de la falta introducida en el sujeto por la acción del agente.

Se hará una breve caracterización de las formas de la falta, para después entresacar –de los múltiples desarrollos que hizo–, las correlaciones que estableció entre ellas y los tiempos de la estructuración subjetiva, tema central de este trabajo.⁹⁸

➤ **Castración**

Lacan subrayó su vinculación esencial con el orden simbólico y recordó que Freud le había otorgado un lugar central en el complejo de Edipo, como articulador clave de la sexualidad. Que ella haya sido referenciada a la *deuda simbólica* –tal como puede verse en la tabla– se debió a que Lacan, en su lectura de Freud, articuló de manera novedosa el complejo de Edipo con la Ley, a resultas de lo cual la castración reenviaba a la interdicción del incesto, referencia simbólica por excelencia. El objeto en la castración es imaginario y opera como tal: se trata del falo materno. Gracias a la castración se destituye la identificación de la criatura humana con ese falo *imaginario* de la madre – ϕ –.⁹⁹ La función paterna irrumpe en el segundo tiempo del Edipo, regulando el poder materno e imponiendo al infante que renuncie a ser el objeto de deseo de la madre. Por estos rodeos, el sujeto experimentará la castración como una deuda simbólica, es decir como una acción que lo inscribe en una filiación y en una saga familiar. La castración es una *negatividad* fundante en el núcleo del sujeto.

➤ **Frustración**

Para Lacan se trata de una falta imaginaria de un objeto real; el agente de la frustración es simbólico. La frustración introduce manifiestamente la cuestión del *objeto* en tanto real; por otra parte está el agente, que en este caso es la madre, posicionada simbólicamente. Esta articulación permite concebir la frustración de manera distinta que una simple presencia o ausencia de gratificación por parte del objeto real –perspectiva adoptaba por muchos post-freudianos, los kleinianos entre ellos, con su correlato de fijaciones– y abre la posibilidad de conectar lo real del objeto con lo simbólico del agente. La madre, en tanto destinataria de las demandas de amor del niño, es elevada al rango de un símbolo, por las razones que a continuación se señalan. El infante le

atribuye a ella un poder supremo: el de responder a esas demandas con su presencia o ausencia. Ahora bien, cada miembro de este par de opuestos acaba siendo connotado por la criatura por un más o por un menos; es decir, que la criatura construye el primer elemento de orden simbólico. En este sentido, la madre es un agente de simbolicidad. Conviene no olvidar el contexto de gran dependencia del protosujeto respecto al Otro. Es ella quien frustra al niño, retirándole el pecho. El carácter imaginario de este daño puede comprobarse en el hecho de que una vez producido el destete, puede reabrirse esa “herida” ante la simple contemplación de un hermanito en el acto de amamantamiento.

Lacan sintetizó las características fundamentales de esta falta así: “daño imaginario por parte de un objeto real”. De ahí la presencia –en el cuadro– de la primera parte de esta fórmula, debajo de FRUSTRACIÓN. En este daño está comprometido el yo en tanto imaginario. La segunda parte subraya el carácter real y externo del objeto frustrante. Lo primero nos muestra que la frustración es el dominio por excelencia de la reivindicación; esta vivencia imaginaria de la falta brota cada vez que se toca el nervio paranoide y querellante del yo (*moi*) que se manifiesta, también, en las demandas de amor (véase II, 7.4. y III, 10.4). Respecto de la segunda parte de la fórmula cabría remarcar que el objeto, *por faltar*, abre las puertas a que surja un sujeto diferente, marcado por el deseo y lo simbólico. El cachorro humano es así introducido a una realidad simbólica que le preexistía.

Lacan prestó atención al término alemán *Versagung*, que se tradujo mayoritariamente por frustración, sobre todo a partir de la profusa presencia del mismo en la literatura psicoanalítica de la escuela inglesa. El vocablo tuvo en los textos freudianos diferentes connotaciones al fenómeno empírico de negarle a alguien algo que éste anhela recibir y que, en consecuencia, se sentiría frustrado pasivamente. *Versagung* supone una relación que implica rechazo por parte de un agente a una exigencia previa –mejor o peor formulada–, por un sujeto. No designa a quién rechaza y en algunos casos adopta la forma reflexiva del verbo: *privarse de* o *renunciar a*. La palabra *Versagung* incluye un derivado de la raíz *sagen*, que significa decir; *Versagen* sería equivalente a negar, a decir no, privarse de; también, desdecirse. Implica asimismo, en el contexto de promesas proferidas, el incumplimiento de las mismas. Sería otra modalidad de la negación porque supone rehusarse a cumplir con algo dicho o prometido.

➤ Privación

El examen de esta tercera forma de la falta de objeto requiere de una afirmación preliminar: en lo real no falta nada; la aparición del vacío, del agujero, la ausencia, la negatividad, serían en todo caso, efectos de lo simbólico: se constituyen cuando un significante viene a designar la falta de algo. Por lógica, el objeto que falta en la privación no puede ser sino simbólico. Se trata de un símbolo apto para evocar una ausencia; para Lacan: el falo simbólico, Φ , el falo en tanto significante, que sólo funciona velado. En la privación se trata de una falta –un agujero– en lo real de un objeto simbólico, siendo el agente imaginario. El ejemplo *princeps* de la privación –así entendida– sería la “castración” femenina. A la mujer no le falta nada en lo real; sólo puede faltarle el falo en tanto objeto simbólico.¹⁰⁰

Se considera adecuado hacer un alto en el camino para reunir las diversas referencias que, sobre estas tres formas de la falta, se fueron haciendo y se harán en los diversos capítulos de esta tercera parte. Es sabido que con el correr de los años Lacan fue reprocesando esta temática, otorgándole nuevos significados y articulándolas con los diferentes asuntos que iba tratando. Esta agrupación de las referencias facilitará dirigirse a ellas y tener presente las distintas facetas de este ternario.

Una versión sintética del acoplamiento de estas categorías con los tres tiempos del complejo de Edipo fue expuesta en este mismo capítulo, en un párrafo del apartado 4.3.3., titulado *El falo como significante*. En III, 10.11 se volverá sobre este mismo tema para prestar especial atención a la identificación del niño con el falo imaginario, que completa a la madre, elemento nodal en el primer tiempo del Edipo. Este aspecto ha sido comentado asimismo en páginas anteriores bajo el acápite Castración. Por otra parte, en II, 7.3.3. *Frustración, gratificación y privación en la obra kleiniana*, tras precisar los significados de estos términos en la producción de la psicoanalista de niños, se los cotejará con las ideas de Freud y Lacan al respecto.

En III, 2.1.3 se presentaron las relaciones que Lacan introdujo en el *S 9* y en el *S 24* entre la identificación y los tres tiempos de la falta; se reiteran esas ideas a través de un esquema que las correlacionan:

Identificación primaria, al padre (I ₁)	PRIVACIÓN	Inscripción de los primeros significantes
Identificación secundaria, al rasgo unario (I ₂)	FRUSTRACIÓN	Demanda
Identificación histérica o del pensionado (I ₃)	CASTRACIÓN	Deseo

En III, 2.1.4., se retomó estas correlaciones, añadiendo los últimos desarrollos de Lacan sobre la identificación –producidos en el período 1971-1981–, en que las tres formas de la falta se articularon con los nudos borromeos aplicados a la identificación. Se remite a dicho apartado para la lectura de las conclusiones y también a III, 6.6.2., en que se expone sobre las reversiones del toro y su relación con la constitución del sujeto. El tema se complementa en el extenso apartado III, 6.8., en el que tras algunas referencias a los estoicos, se encaran nuevamente los tres tiempos de la estructuración subjetiva incluyendo los avatares de las sucesivas transformaciones del cuerpo. Por último, en III, 6.9., se han sintetizado las tres reversiones del toro y sus correspondencias con la privación, la frustración y la castración.

4.7.7.2. Édouard Pichon, gramático y psicoanalista

No es ocioso recordar, en el contexto de un examen de la negación en los textos de Lacan, algunos aspectos de la vida y obra de este pediatra, psicoanalista y gramático que, junto con su tío, el filólogo Jacques Damourette, escribió una colosal obra en siete volúmenes titulada *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française* [D’Artrey, Paris, (1911-1940)]. Las ideas allí plasmadas tuvieron cierto ascendiente sobre Lacan y le ayudaron a perfilar algunos componentes de su andamiaje conceptual. La influencia de ambos autores no debería evaluarse sólo por esos aportes puntuales; tampoco por el número de ocasiones en que fueron citados en los *Escritos* y seminarios; cabría pensar más bien que el influjo se ejerció a través de la trama y fondo lingüístico que le aportaron para que él pudiera concebir, primero, y desarrollar después, una de sus tesis fundamentales: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje.”

Pichón fue más aludido por Lacan que su tío, tal vez por su doble condición de gramático y psicoanalista. Fue él quien primero se percató de las relaciones entre el lenguaje y el inconsciente, cuestión que Lacan desplegaría extensamente a partir de 1953; los títulos de sus principales trabajos reflejan su gran interés por esta conjunción.¹⁰¹ También advirtió tempranamente que el inconsciente, tal como lo había pensado Freud, planteaba serios cuestionamientos a la lingüística saussureana. Su acceso a la naturaleza del inconsciente fue a través del lenguaje; la gramática fue también para Pichon un modo de explorarlo:

“El lenguaje es un maravilloso espejo de las profundidades del inconsciente, para quien sepa descifrar las imágenes.” (*Des mots à la pensée...*, vol. I (1930), p. 140.

La idea expresada en esta frase –y reiterada por Pichon de distintas maneras– incita a pensar: el lenguaje está estructurado como el inconsciente; se trata de una forma invertida del célebre aforismo lacaniano antes comentado. Otras huellas significativas dejadas por los autores del *Ensayo de gramática...* en la obra de Lacan pueden encontrarse en sus elaboraciones sobre el discordancial *ne* y en la construcción del concepto forclusión -mecanismo fundante de la psicosis-; ambos gramáticos le sirvieron en bandeja ese significante, que ellos habían aplicado a los efectos de significación que producen ciertas palabras utilizadas en la segunda parte de la negación en francés. Estos dos asuntos serán objeto de estudio del apartado siguiente.

Pichon fue miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París [SPP] de la que llegó a ser presidente. En dicha institución abogó fervientemente por el afrancesamiento de la doctrina freudiana. Impulsó la creación de una comisión encargada de traducir al francés las obras de Freud

y, de paso, unificar el vocabulario psicoanalítico de dicho idioma. Asimismo, abogó por la realización de encuentros de psicoanalistas francófonos; fue secretario del *Deuxième Congrès de psychanalystes de langue française des pays romans*, que se reunió en Blois en 1927; el tema central del mismo fue la neurosis obsesiva. En ese cónclave, y durante el debate de un trabajo presentado por el psicoanalista Charles Odier –miembro fundador de la SPP, que luego se radicó en Ginebra– se mencionó el término *oblatividad*, noción introducida en psicoanálisis por Pichon, que Lacan criticó con vehemencia.¹⁰²

Roudinesco y Plon, en *op. cit.*, comentan que Pichón fue un hombre férreamente convencido de la superioridad de la cultura francesa sobre todas las otras; reivindicó un catolicismo racionalista que, desde su perspectiva, era el único capaz de encarnar los valores de la espiritualidad occidental y enfrentarse al bolchevismo, feminismo, liberalismo, nazismo y a los ideales de la revolución de 1789. Monárquico y ultraconservador, abogó por la familia tradicional, el matrimonio único, la virginidad de las mujeres antes del matrimonio y la trasmisión de esos valores a niños y adolescentes en su escolarización.

Sobre esta y otras cuestiones Pichon y Lacan polemizaron en reiteradas ocasiones; ambos combinaron críticas y elogios hacia el otro. Pichon, en “La famille devant M. Lacan” (1938), [publicado posteriormente en *Cahiers Confrontation*, nº 3, 1980, pp. 179-209], hizo una reseña de *CFFI* –también conocido como *La familia*– artículo que Lacan había escrito para el tomo VIII de la *Encyclopédie Française* (véase III, 3.3.). En la introducción de ese texto le elogió por haber sido electo -votación mediante-, miembro titular de la SPP. Lo hizo con estas palabras:

“Se convierte de este modo, en algo; pero felizmente para él, no había esperado nuestros sufragios para ser alguien. En efecto, es por razones muy justificadas que Lacan pasa por ser uno de los espíritus más brillantes de la joven generación psicoanalítica francesa.”

De sus comentarios sobre *LF* se desprende que Pichon compartía con Lacan la idea de que la familia era un agente de la tradición cultural y no de la herencia, pero discrepaba con la perspectiva de la antropología cultural –movimiento en auge por entonces en los EE. UU. – y con el enfoque antropológico lacaniano, al que juzgaba marxista y hegeliano. Mientras que el universalismo de Lacan estaba fundado en aquella época sobre la razón y la cultura frente a la naturaleza, el universalismo de Pichon reposaba sobre la pretendida superioridad de la cultura francesa. Estas ideas ya le habían conducido, en 1927, a enrolarse en la *Action Française*, movimiento muy conservador, nacionalista y pro-monárquico dirigido por Charles Maurras, que además de fundador e ideólogo de la misma fue político, poeta y escritor. Pese a las diferencias que mantuvieron, Pichon pensaba que Lacan era el único que podía continuar la tarea que él había emprendido en pro del afrancesamiento de la teoría freudiana.

Este último, como se verá en las citas siguientes, no desdeñó críticas al pensamiento psicoanalítico de Pichon, aunque reconoció sus méritos como gramático; en el *S 10 La Angustia*, p. 194, puede leerse:

“Esto sirve para disipar en última instancia el espectro, que todo lo que envenena desde el año 1927, de la oblatividad, inventado por el gramático Pichon. Dios sabe el mérito que le reconozco en gramática, pero es de lamentar que un análisis, por así decir inexistente, lo haya dejado enteramente a merced, en la exposición de la teoría psicoanalítica, de las ideas que tenía previamente y que no eran sino las maurrasianas.”

En la clase del 15 de junio de 1966 del *S 13 El objeto del psicoanálisis*, volvió sobre el mismo tema:

[Pichon] “no tenía sino una equivocación, era la de ser maurrasiano, eso es irremediable.” (Lo que está entre corchetes es mío).

En cambio, “Variantes de la cura tipo” incluyó encomios a Pichon, aunque sin nombrarle explícitamente:

“Para el análisis, en efecto, la mera cantidad de los investigadores no podría arrastrar los efectos de calidad de la investigación que puede tener para una ciencia constituida en la objetividad. Cien psicoanalistas mediocres no harán dar un paso a su conocimiento, mientras que un médico, por ser autor de una obra genial en la gramática (y no se imagine aquí alguna simpática producción del humanismo médico), ha mantenido durante toda su vida el estilo de la comunicación en el interior de un grupo de analistas contra las virtudes de su discordancia y la marea de sus servidumbres.” (*E II*, pp. 127-128).

Llama la atención en esta cita que brille por su ausencia el nombre del aludido; también, el derroche de alabanzas –tan poco frecuente en Lacan–, y que mentara sólo al *médico*, sin mencionar su condición de psicoanalista.

Por otra parte, y ya en tren de conjeturas, cabe pensar que las palabras “discordancia” y “servidumbres” que se leen al final del fragmento, no parecen ser casuales; la primera hace pensar en el discordancial *ne* tantas veces examinado por Pichon; la segunda podría remitir a su subordinación a las ideas maurrasianas.

En *FCPP* o “Discurso de Roma”, tras hacer una referencia a las palabras “alocutario” y locutor”, Lacan abrió una nota al pie de página, con otra alabanza:

“Tomamos en préstamo estos términos del añorado Édouard Pichon que, tanto en las indicaciones que dio para el nacimiento de nuestra disciplina como para las que le guiaron en las tinieblas de las personas, mostró una adivinación que sólo podemos referir a su ejercicio de la semántica.” (*E I*, p. 79; introduce algunas variaciones en la traducción castellana que, de esta frase, hizo Tomás Segovia).

Como puede apreciarse por los comentarios anteriores y otros que se harán enseguida, la cuestión de lo francés –lengua incluida– fue un asunto que estuvo presente de manera significativa en los intrínquilos del movimiento psicoanalítico galo.

4.7.7.3. Gramática de la negación: el *ne* expletivo, el *ne* discordancial y los forclusivos

Cabe recordar que la gramática –y más ampliamente la lingüística– fue para Lacan una fuente de ideas con las que elaboró conceptos estrictamente psicoanalíticos. Las importaciones gramaticales que se comentarán a continuación tuvieron por punto de partida las características de la negación en francés: su forma prototípica constituida por dos partes (*ne-pas*, por ejemplo), sus modos especiales en que participan el *ne* expletivo, el *ne* discordancial y la negación forclusiva. Lacan abordó estas cuestiones y les otorgó inflexiones propias, para aclimatarlas a la teoría y práctica del psicoanálisis.

Correlacionó algunas formas peculiares de la misma con el sujeto del inconsciente, el sujeto de la enunciación y del enunciado; los términos forclusión y forclusivos le sirvieron para nominar al mecanismo fundante de la psicosis. Se mencionan, como al pasar, sus elaboraciones en torno al *Je* y al *Moi*, que serán abordadas en III, 10.4.3.

Las tesis freudianas de *La negación* (1925) estuvieron presentes en el cruce de todas esas líneas; constituyeron, a la vez, el telón de fondo y la trama sobre la que el psicoanalista francés entretejió sus propias concepciones al respecto. Asimismo, cabría recordar las apoyaturas gramaticales de las que se sirvió el vienés al considerar algunos caracteres de la pulsión (véase OCFAE, XIV, pp. 123 y ss.) y del guión del fantasma.¹⁰³

Sin duda, Damourette y Pichon fueron los principales referentes de Lacan en estas cuestiones. Se ha visitado el primero y el sexto de los inmensos volúmenes del *Essai de grammaire* para leer sus consideraciones sobre las múltiples modalidades de negación en dicho idioma. Esas páginas están repletas de maravillosos e ilustrativos ejemplos, extractados –en su mayoría– de la literatura francesa.

También se acudió a un artículo firmado por ambos, que tuvo gran trascendencia en medios filológicos y psicoanalíticos: “Sur la signification psychologique de la négation en français” (1928), *op. cit.*, cuyo contenido fue volcado casi textualmente en las páginas consagradas a la negación, en el primer tomo de *Des mots à la pensée. Essai de...* (1930). Juntos, volvieron sobre el tema en el volumen VI de dicha obra, aparecido en 1943. Pichón, en solitario, se ocupó del asunto en varios artículos (véase nota final nº 101).

➤ La negación habitual o común

Como es bien sabido, la forma más usual de la negación en francés está compuesta por dos partes que se sitúan, generalmente, a uno y otro lado de un verbo: *ne - pas* (no), *ne - rien* (nada), *ne - jamais* (nunca), etc. En esta modalidad a dos tiempos, el adverbio de negación *ne*, unido al verbo, preanuncia la negación; insinúa que las acciones verbales, los procesos o las propiedades que se refieren en la frase serán declaradas nulas. Sin embargo este *ne*, por sí mismo, en solitario, no tiene suficiente fuerza negadora; necesita la presencia de otra partícula auxiliar que venga a reforzar y clausurar la negación inicial. Ese rol lo cumplen palabras como *pas*, *rien*, *jamais*, *aucune*, *personne*, *plus*, *guère*, etc. Ellas dejan claramente determinado el carácter negativo de la frase, tal como lo muestran los siguientes ejemplos: *Il ne vient jamais* → no viene nunca; *ne parler guère* → no hablar casi; *Je ne regrette rien* → no añoro (o lamento) nada; *ils ne semblent pas faire référence a la notion de régression* → ellos no parecen hacer referencia a la noción de regresión.

Las partículas que intervienen en la segunda parte modifican al verbo o a uno de sus argumentos y concluyen la negación; los vocablos que llevan a cabo ese cierre –*pas*, *rien*, *aucune*, etc.–, fueron denominados *forclusivos* por Damourette y Pichon. Fueron ellos quienes, a partir de su tarea de gramáticos –y no desde la clínica– tomaron en préstamo el término *forclusión* del discurso jurídico y, mediante un adjetivo derivado de esa acepción, nominaron genéricamente la función de las palabras que conforman la segunda parte de las negaciones más habituales. En solitario, también funcionan como potentes partículas negadoras.

Para profundizar en el funcionamiento tanto del *ne* como de la forclusión y los forclusivos, ambos autores utilizaron una vía sugerente: examinaron las coyunturas en que operaban aisladamente; es decir, fuera de su alianza habitual en la doble negación. En otros términos, estudiaron y mostraron mediante un extenso ejemplario, otras formas de negación, tal vez más complejas, en que se utiliza sólo el *ne* o sólo algunos forclusivos. Consideraron que la clave del sistema de la negación en francés debía buscarse en los empleos solitarios del *ne* y de los forclusivos.

Ellos dieron a entender que la existencia de estos dos grupos de partículas con capacidad de negación era no sólo una peculiaridad de la lengua francesa sino una *superioridad* de la misma, porque permitía indicar con “finura” y “delicadeza” lo que otras lenguas significaban “groseramente” o con “vulgaridad”.¹⁰⁴ En los párrafos siguientes se comentará lo recogido en las lecturas llevadas a cabo y las derivaciones que esos asuntos tuvieron en la teoría lacaniana.

➤ El *ne sin pas*: sobre la negación expletiva y el discordancial *ne*

El Diccionario Littré afirma sobre *expletivo*: “Término de la gramática. Se dice de las palabras inútiles respecto del sentido pero que sirven para llenar la frase”. Proviene del latín *expleo*: “llenar”. Algunos estudiosos de las lenguas consideraron que las palabras expletivas sirven, en el mejor de los casos, para hacer más expresivo o armonioso un enunciado, pero son innecesarias para la significación de una frase. El examen de esta cuestión quedará restringido, aquí, al *ne* expletivo y la negación homónima, que utiliza ese adverbio en solitario.

Este tema ha sido ampliamente discutido por los estudiosos de la lengua francesa y a grandes rasgos se han constituido dos corrientes: una, la de quienes piensan que el *ne* expletivo carece de valor negativo y fundamentan en esa opinión su desinterés hacia dicho elemento. De manera consecuente, lo califican de superfluo, redundante, pleonástico, etc. e incluso abogan por su erradicación de la lengua francesa.

Quienes consideran al *ne* como un elemento superfluo –la mayoría de los lingüistas y gramáticos–, aducen la posibilidad de eliminarlo porque la omisión su uso no cambia el significado de la oración. Para ilustrar este posicionamiento se recurrirá a una frase muy aludida por Lacan en sus seminarios y –más ampliamente– por los que profesores que enseñan ese idioma:

- (a) *Je crains qu'il ne vienne*
- (b) *Je crains qu'il vienne*

Desde el punto de vista estricto del sentido se considera que no hay oposición entre (a) y (b): en cambio, ambas se oponen a (c):

(c) *Je crains qu'il ne vienne pas*

Quien escucha o lee (a) tiende a pasar por alto al *ne* porque no niega de manera plena. En las traducciones al castellano de esas frases, se lo omite lisa y llanamente; tanto (a) como (b) se verterían como: temo que [él] venga; no es el caso (c), que se traduciría por: temo que [él] **no** venga, porque la conjunción *ne-pas* tiene valor negativo.¹⁰⁵ Una versión más coloquial de las mismas omitiría el pronombre personal puesto entre corchetes y añadiría, tal vez, un “me” inicial: me temo que venga [(a) y (b)] y me temo que no venga (c); pero en todo caso ese “me” sería también expletivo en español porque la desinencia verbal basta para hacer saber que se trata de la primera persona del singular.

Por otra parte están los que se resisten a eliminarlo por considerar que, aunque no tenga un valor *claramente* negativo, posee al menos una relación con un contexto proposicional en que la negación interviene de algún modo. En esta línea se situaron con rotundidad Damourette y Pichon por medio de su *ne*, al que calificaron de *discordancial* por los motivos que se expondrán enseguida; otros, en la misma dirección refirieron un *ne expresivo* o un *ne modal*. Lacan siguió a sus maestros en este tema; los tres, con argumentos diferentes, valoraron positivamente la pervivencia del *ne* y el tipo de negación que él establece.

Damourette y Pichon estudiaron su funcionamiento en diversas estructuras sintácticas y en especial, en frases subordinadas de diversos tipos; ellos evitaron calificar al *ne* de expletivo por no considerarlo de relleno ni superfluo; lo denominaron *discordancial*, por los motivos siguientes:

“Como efecto del estudio que detallado que hicimos de los diversos empleos de *ne* en las subordinadas, pensamos que *ne* expresaba siempre una discordancia entre la principal de la frase y la parte subordinada”

El discordancial *ne* daría cuenta de una disyunción: la verdad de la principal excluiría la verdad de la subordinada. Comenzaron comentando su uso en las frases comparativas de desigualdad:

“Tal vez el caso más claro sea la presencia del *ne* después de los comparativos de desigualdad. Es evidente que en este caso existe una discordancia entre la cualidad considerada [en la oración] y un patrón de referencia con el cual se la relaciona.” [*Des mots à la pensée. Essai de...* (1930). Lo que está entre corchetes me pertenece].

Un ejemplo de frases de este tipo podría ser: *il est moins intelligent qu'il n'en a l'air* → es menos inteligente de lo que parece¹⁰⁶; la discordancia aparece entre la cualidad que se considera en la oración –en este caso: la inteligencia– y algún patrón de referencia que sirve de comparación; aquí: las apariencias con las que ella se suele manifestar. Siguió con las oraciones subordinadas sustantivas gobernadas por verbos que expresan temor, precaución o impedimento. *Je crains qu'il ne vienne* ejemplifica su uso; en este caso, con el verbo temer.

“En el temor existe discordancia entre el *deseo del sujeto* de la principal y la posibilidad que el sujeto [locutor] considera.” (Ídem, vol. I, p. 132; las cursivas y lo que está entre corchetes me pertenecen).

Ambos gramáticos interpretaron el temor del sujeto como un deseo inverso implícito. El sujeto desea que no venga aquél de quien se habla, pero teme que vaya a venir (es probable que venga). Lacan hizo después el pasaje desde el “deseo del sujeto” –que puede leerse en la cita– al “sujeto del deseo inconsciente”, relacionándolo con la enunciación, tal como se verá más adelante.

En las frases con verbos que indican impedimento existe discordancia entre el fenómeno que debería producirse y la fuerza que lo impide: uno de los ejemplos que presentan es el siguiente: *Il y a un arbre qui empêche qu'on ne voie chez nous* → Un árbol impide que se vea en nuestra casa.

Los gramáticos refirieron muchas estructuras sintácticas en las que se empleaba el *ne*, mostrando en cada grupo de ejemplos la discordancia que le era inherente. Algunas de las construcciones sintácticas que examinaron son las siguientes: su uso después del verbo evitar: *il faut éviter qu'il ne le disse* → hay que evitar que lo diga; después de la expresión *avant que*: *avant qu'on vous ne vous appelle* → antes de que le llamen; después de locuciones como *à moins de*, o después de un “que” comparativo: *je crains qu'il ne pleuve* → temo que llueva; *je ne doute pas qu'il ne guerisse* → no dudo que él se cure; *il est moins intelligent que je ne pensáis* → es menos inteligente de lo que yo pensaba.

Ellos reforzaron su posición afirmando que todo elemento material de la lengua –incluido el *ne*– comportaba necesariamente un significado y tiene una contrapartida semántica; por lo tanto, nada de redundante ni pleonásmico.

➤ Sobre la forclusión y los forclusivos en lingüística

Damourette y Pichon explicaron el funcionamiento de la forclusión –gramaticalmente entendida– a través de ejemplos en que los forclusivos actúan sin estar en alianza con el *ne*. Se trata del mismo grupo de palabras –*rien, jamais, aucun, plus, guère*, etc. – que intervienen en la segunda parte de la negación francesa habitual, pero en estos casos se aplican a hechos que el locutor

“[...] no considera que formen parte de la realidad. Estos hechos están en cierto modo forcluidos. Por eso damos a estas partículas el nombre de forclusivos.”

En ese contexto citaron a Paul Charles Bourget (1852-1935), poeta, novelista, ensayista y crítico francés, que puso en boca de un cirujano ya entrado en años, la siguiente expresión:

“Il n'est pas probable que j'opère jamais plus.” [De *Le sens de la mort* (1915); Plon – Nourrit et Cie, p. 132].

En esta oración se utilizan dos partículas forclusivas. De difícil traducción al castellano, una versión literal, palabra por palabra, podría ser: “No es probable que yo opere nunca más.” Otra, tal vez más coloquial, sería: “Es improbable que yo opere algún día [nuevamente].” Los autores de *Des mots à la pensée. Essai de...*, afirmaron que en estos giros de la lengua

“[...] se percibe que las ideas afectadas por *jamais* [jamás, nunca], *plus* [más], etc. son expulsadas del campo de posibilidad percibidas por el locutor. Una operación ulterior está forcluida del mundo probable tal como el cirujano lo avizora.” (*Op. cit.*, vol. I, p. 139).

Las ideas afectadas por la forclusión quedan en un estatus distinto que cuando son simplemente negadas: los hechos referidos por el locutor quedan radicalmente **excluidos** de la realidad. Dicho en otros términos, los forclusivos en solitario –no asociados al *ne*– funcionan de manera distinta que cuando forman parte de una negación en dos tiempos.¹⁰⁷

“Después de los verbos *défier* (desafiar), *défendre* (prohibir, defender), *prévenir* (prevenir), *désespérer* (desesperar), *garder* (cuidar, guardar, etc.), el forclusivo **excluye** el hecho subordinado de las posibilidades futuras, pero la lengua sabe dar todavía un giro más audaz y particularmente interesante desde el punto de vista psicológico: después del verbo arrepentirse (*se repentir*), un hecho que ha existido realmente puede ser efectivamente excluido del pasado. Por ejemplo:

‘El asunto Dreyfus, dice él [Esterhazy], es para mí un libro que de aquí en más está cerrado’. Hasta su último suspiro, debió arrepentirse de haberlo abierto alguna vez.” [J. Marsillac, *Esterhazy ha muerto*, Journal del 18 de Agosto de 1923. (Lo que está entre corchetes me pertenece)].

Y, tras la transcripción del fragmento, comentan la frase del modo siguiente:

“Arrepentirse es el deseo de que algo sucedido en el pasado, y por lo tanto irreparable, no haya existido jamás; la lengua francesa, mediante el forclusivo, expresa ese deseo de escotomización, traduciendo de tal modo el

fenómeno normal del cual la escotomización descrita en patología mental por Laforgue y uno de nosotros [Pichon], es su exageración patológica.” (*Des mots à la pensée. Essai..., op. cit.*, vol. 1, p. 140).^{108*}

La forclusión –fenómeno lingüístico– es la imagen de la escotomización -mecanismo inconsciente-.

➤ **Lacan y la negación. El mecanismo fundante de la psicosis**

Lo expuesto en las últimas páginas debe considerarse una introducción a las reflexiones lacanianas sobre el sujeto. El psicoanalista francés siguiendo los pasos de sus maestros en gramática, partió de las formas especiales de negación en que aparecen disociados el *ne* y los forclusivos. Hizo suya las principales tesis de Damourette y Pichon sobre el discordancial *ne*, pero situó la discordancia de manera distinta de como ellos lo hicieron: no entre la principal y la subordinada sino entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación. De esta manera, el *ne* quedó articulado con lo inconsciente; es decir, con el psicoanálisis: su discordancia implicó al sujeto del deseo.

Por otra parte, la forclusión lacanianamente entendida también involucró al inconsciente: ella excluye del mismo –y de manera radical– un significante primordial: el significante del Nombre-del-Padre.

Lacan se inscribió en la saga de quienes no consideraron al *ne* como superfluo, redundante e innecesario. Por el contrario, y por las razones que se verán enseguida, resaltó la importancia del mismo: en uno de sus acostumbrados juegos de palabras sostuvo que el *ne* expletivo no era expletivo; es decir, que no era de relleno, que no era pleonástico sino “absolutamente esencial en la lengua francesa.” Para él no se trataba de una cuestión menor y fundamentó esa posición trabajando en reiteradas ocasiones el ejemplo clásico de la gramática *-Je crains qu’il ne vienne-*, desde una perspectiva psicoanalítica.^{109*} Sostuvo que ese *ne* y los que pueden presentarse en algunas asociaciones del analizante era un indicador de la presencia del sujeto de la enunciación en el enunciado.

El grafo insertado en 4.5.2., las consideraciones del apartado 4.6., de este mismo capítulo, y las cuatro citas de Lacan expuestas en la última nota final, permiten aclarar el asunto: el *ne* “desciende” desde la enunciación al enunciado llevando consigo algo del deseo inconsciente. Esa partícula mínima, despreciada por muchos lingüistas, fue considerada por Lacan como aquello que hace patente la ambivalencia del deseo. Obsérvese que la ambivalencia no es –en este caso– de los afectos sino del deseo: el sujeto del deseo puede (y suele) desear dos cosas contradictorias: que el otro venga y que ese mismo otro no venga. El *ne* muestra y oculta a la vez al *esebarrado*. Al igual que Freud, que veía en el uso de la negación (*Verneinung*) una manera de enunciar un pensamiento reprimido –que accedía a la conciencia bajo la condición de estar precedido o acompañado de la partícula no–, el *ne* fue considerado por Lacan como una huella del sujeto del inconsciente y, en tanto tal, debía ser interpretada. Ese *ne* –discordancial según Damourette y Pichon, que muchos lingüistas consideraron no esencial, redundante, abusivo–, se constituyó para Lacan en un retorno de lo reprimido, en una manifestación del trabajo del inconsciente. Su presencia en el discurso del analizante es una huella, un rastro o una estela en el discurso consciente, que revela algo de “*la otra escena*”. Fue una forma más de reiterar que el sujeto del inconsciente se mostraba, con frecuencia y de manera cabal, a través de elementos minúsculos de la cadena significante.

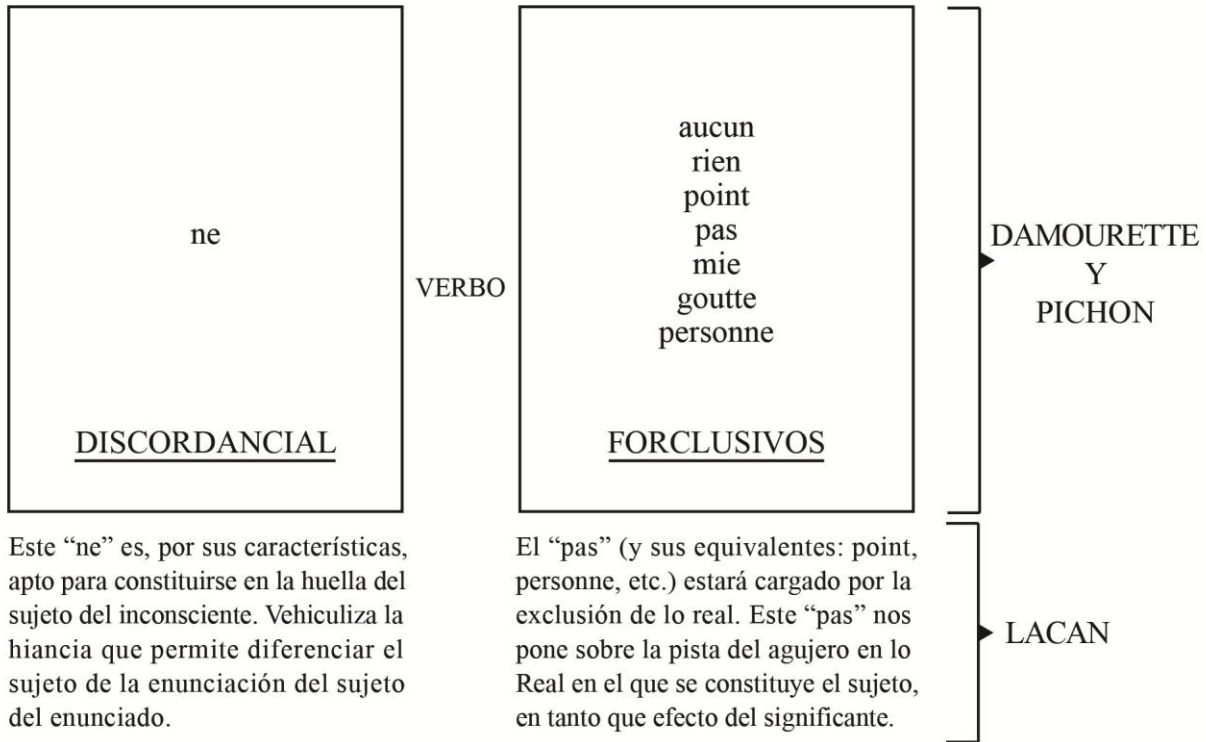
Por otra parte, la forclusión y los forclusivos tal como la pensaron ambos gramáticos, le permitieron a Lacan poner nombre a un mecanismo largamente gestado a lo largo de varios seminarios: aquél que determina la estructura psicótica, no sin reprocessar antes la *Verwerfung* (repudio) freudiana.

La forclusión en la teoría lacaniana quedó caracterizada como el rechazo de un significante fundamental fuera del universo simbólico del sujeto: el significante del Nombre-del-Padre, por ser forcluido, no queda inscrito en lo inconsciente y retorna de forma alucinatoria y delirante desde lo real. Salto enorme desde la forclusión de los gramáticos, pero, sin duda también, hilos conectores con aquella. Viene a colación recordar aquí de manera sintética lo afirmado en I.G. 4.6.: los nuevos conceptos no surgen de la nada; suelen ser el fruto de poner a trabajar ideas preexistentes.

En III, 5.6.4 y III, 5.6.5. se expondrá la continuación de las elaboraciones de Lacan sobre la negación; se recordará que en el *S 15*, apoyándose en el cuadrante de Peirce, propuso enunciados con dobles negaciones, tomando apoyatura en la lógica cuantificacional, rama de la lógica simbólica. Con posterioridad, en la década de los años setenta, aparecieron negaciones al estilo de *pas tout* (no todo) y *pas sans* (no sin), que aplicó a la problemática de la sexuación (véase III, 5.11.2 y III, 5.11.4).

A manera de síntesis se propone el siguiente cuadro, que articula el plano lingüístico con los desarrollos de Lacan respecto del sujeto.

NEGACIÓN EN DOS TIEMPOS



4.8. Argumentos principales del capítulo

Los primeros trasvases conceptuales desde la lingüística estructural a la teoría de Lacan datan de comienzos de los años cincuenta; a partir de esa época y durante algo más de una década, ella se constituyó en una fuente de nociones que él apropiaba y transformaba (A+T) para hacerlas operativas en psicoanálisis. Ese mismo lapso estuvo signado por su encuentro con el pensamiento de Claude Lévi-Strauss, que influyó en el giro de Lacan hacia el estructuralismo y en la inauguración de esa perspectiva en la disciplina creada por Freud. De aquel entonces datan los primeros elementos de la tópica R.S.I., los desarrollos sobre el orden simbólico, la metáfora paterna, la trasmutación de los conceptos de la metapsicología freudiana a la luz de la teoría del significante, las estructuras clínicas, etc. En la década de los años cincuenta se sentaron las bases *lingüísticas* de la TIL, proceso acontecido dentro de un marco más amplio: el denominado “retorno a Freud”. Finalizada esta etapa e incorporados de manera estable a su teoría los productos de esta A+T sobre las ideas provenientes de esas ramas del conocimiento, las citas de lingüistas y semiólogos comenzaron a espaciarse, coincidiendo con el inicio de las formalizaciones lógicas, topológicas y matemáticas.

A continuación se comentaron las diferencias entre la lingüística y la *lingüistería*; se recordó que este neologismo acuñado por Lacan hacía referencia a un par de cuestiones evidentes: en primer

lugar, que la suya no fue una producción lingüística en sentido estricto sino psicoanalítica; en segundo término, que se otorgó todo tipo de libertades cuando trasvasó conceptos de dicha disciplina con el fin de crear nuevos articuladores para su teoría. Lacan no abordó el estudio de la lengua sino de *lalengua*, es decir: la función y campo de la palabra y del lenguaje en el seno de la praxis psicoanalítica. Pero él no afirmó abiertamente ni, menos aún, de entrada que lo que hacía era *lingüistería*; tampoco, que se ocupaba de *lalengua*. Hasta que forjó esos neologismos no había explicitado **taxativamente** sus diferencias con la lingüística ni subrayado las enormes torsiones y distorsiones que introducía en los conceptos provenientes de aquella, al punto tal de haber evacuado los usos y sentidos originarios. Apuntó tenuemente algunas disparidades, mientras que la mayoría quedaron en el terreno de la ambigüedad y de lo nebuloso. Mientras tanto, usufructuaba los laureles que dicha disciplina había adquirido, sobre todo después que Lévi-Strauss exaltara sus virtudes para las investigaciones en ciencias sociales.

Es posible que la A+T operada sobre la lingüística haya sido la más violenta de todas las que Lacan llevó a cabo; la virulencia puede medirse por la magnitud y profundidad de los cambios introducidos en cada concepto de aquella. El asunto devino más complicado en tanto que desde los primeros seminarios en que se abocó a la reinterpretación *lingüistera* de la metapsicología freudiana, afirmaba continuamente que las estructuras lingüísticas que describía estaban presentes en la obra del fundador del psicoanálisis y que él no hacía otra cosa que ponerlas de relieve.

El autor de esta tesis ha elegido un camino distinto —que no el del medio— al emprendido por los seguidores acrílicos o por los detractores permanentes: se ha optado por señalar, al tratar cada concepto, las diferencias entre la lingüística y las elaboraciones del psicoanalista francés; también las que existen entre la obra de este último y la de Freud. Este procedimiento, además de despejar algunas confusiones, evita críticas que hoy en día —a más de treinta años de la muerte de Lacan— ya pueden considerarse superfluas; por ejemplo, las de aquéllos que se empeñan en seguir afirmando la existencia de un descarrilamiento lingüístico de Lacan. En sentido estricto no hubo descarrío; hubieron, sí, otras actitudes enjuiciables —por ejemplo: no explicitar con claridad las disparidades con la lingüística o con Freud—, pero ello no invalida el intento de crear nuevos conceptos psicoanalíticos y que para tales objetivos se inspirase en otra(s) disciplina(s). Al fin y al cabo tampoco ha sido el primero en utilizar esos procedimientos en el psicoanálisis.

Por otra parte, el meollo no está allí sino en otras cuestiones: es más importante debatir si esos nuevos conceptos psicoanalíticos *lingüisteros* supusieron (o no) avances para la teoría y práctica del psicoanálisis. Hoy debería estar fuera de dudas que el *significante lacaniano* poco o nada tiene que ver con el de Saussure ni con el de la lingüística, en general. Y eso no está ni bien ni mal; simplemente, es así. Lacan no fue lingüista. La contrapartida también es evidente: ningún estudioso de la lingüística consideró al inconsciente como objeto central de su trabajo ni dedicó su tiempo a investigar los efectos sobre el sujeto de las palabras proferidas en estado de asociación libre y bajo transferencia. Una tercera cuestión sería la de saber el alcance —fuera del campo psicoanalítico— de las categorías *lingüisteras* y de las tesis lacanianas sobre un *hablanteser* excéntrico a la conciencia, determinado y representado por significantes.

Tras estas consideraciones del apartado introductorio se expusieron las nociones básicas de la lingüística de Saussure y las de sus discípulos más importantes: Trubetzkoy, Jakobson, Hjelmslev, Martinet, etc. Luego, se pasó revista a los principales conceptos *lingüisteros* de Lacan, comenzando por el significante, al que se prestó especial atención, señalando las diferencias entre el algoritmo lacaniano (S/s) y el signo en Saussure. Se expuso asimismo la evolución que tuvo dicho concepto en la enseñanza de Lacan, a lo largo de las tres décadas posteriores a su incorporación, en las que fue elaborando una lógica y una topología del significante. Luego se abordaron las siguientes nociones: cadena significante, puntada de acolchado, significancia, metáfora, metonimia, eje sintagmático y paradigmático, letra, sujeto del enunciado y de la enunciación, inconsciente, etc.

La última parte del capítulo se destinó a exponer las categorías *lingüisteras* que, por una faceta u otra, quedaron articuladas con la identificación lacanianamente concebida; en ese contexto se hicieron comentarios sobre los conceptos de: rasgo unario, Otro, metáfora paterna, Nombre-del-Padre, repetición, nombre propio y marca. En el apartado final se aludió a las articulaciones lingüístico-gramaticales sobre la negación. Allí se examinaron las elaboraciones de Lacan respecto

de la negación en francés: su forma prototípica constituida por dos partes (*ne-pas*, por ejemplo), el *ne* expletivo, el *ne* discordancial, la negación forclusiva, etc. Lacan les otorgó inflexiones propias a este saber de la gramática, para aclimatarlas a la teoría y práctica del psicoanálisis. Correlacionó algunas formas especiales de la misma, en las que participa el discordancial *ne*, con el sujeto del inconsciente, el sujeto de la enunciación y del enunciado. Las negaciones forclusivas de Damourette y Pichon le sirvieron para concebir el mecanismo fundante de la psicosis. Un lugar especial ocupó el estudio de las matrices de la negación o de la falta de objeto –castración, frustración y privación– y un abordaje de los textos escritos por Édouard Pichon, psicoanalista y gramático, introductor en psicoanálisis del vocablo *oblatividad*. A partir de estos comentarios se redactó una extensa nota final –la n° 102–, dedicada a las vicisitudes de dicho término, implicado de algún modo en la teoría del desarrollo evolutivo de Abraham y Klein.

NOTAS DEL CAPITULO 4

¹ Respecto del neologismo *lingüistería* –y sus derivados– véase *infra*, apartado 4.1. de este mismo capítulo. Por otra parte, de III, 2.2. a III, 2.5 se enumeraron los componentes fundamentales, los articuladores complementarios y los contextos en que está inmersa la TIL.

² Para la consecución de ese movimiento teórico, el psicoanalista francés se apoyó los siguientes textos freudianos: *La interpretación de los sueños* (1900), *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905) y los artículos agrupados como el nombre genérico de *Escritos metapsicológicos*. Lacan afirmó que la palabra y el lenguaje otorgaron fundamento a las elaboraciones presentes en dichos ensayos freudianos que, como se sabe, giraron básicamente, en torno a la primera tópica. Entre los principales escritos *lingüisteros* de Lacan merecen citarse: *FCPP* (Discurso de Roma), *LCF*, *ILIF*, sus clases sobre el cuento de E. A. Poe *La carta robada*; *SS* y *SF*; también, sus primeros seminarios.

³ Un ejemplo paradigmático de este proceder puede leerse en *ILIF*, pp. 182-183:

“Para señalar la emergencia de la disciplina lingüística, diremos que consiste, caso que es el mismo para toda ciencia en el sentido moderno, en el momento constituyente de un algoritmo que la funda. Este algoritmo es el siguiente: S/s, que se lee así: *significante sobre significado*; el ‘sobre’ responde a la barra que separa sus dos etapas.

El signo escrito así merece ser atribuido a Ferdinand de Saussure aunque no se reduzca estrictamente a esa forma en ninguno de los numerosos esquemas bajo los cuales aparece en la impresión de las lecciones diversas de los tres cursos de los años 1906-07, 1908-09, 1910-11, que la piedad de un grupo de discípulos reunió bajo el título de Curso de lingüística general [...] Por eso es legítimo que se le rinda homenaje por la formalización S/s en la que se caracteriza en la diversidad de las escuelas la etapa moderna de la lingüística.”

A la espera del apartado 4.3.1., de este mismo capítulo, en el que se considerarán las enormes diferencias entre el signo saussureano y el algoritmo –S/s– propuesto por Lacan, se subraya, ahora, la siguiente secuencia: a) la afirmación de que el signo “escrito así” merece atribuirse a Saussure, cuando no es propiamente de él; b) se hace la salvedad de que bajo esa forma no se lo encontrará en ninguna de sus clases, cosa cierta por otra parte, ya que el lingüista jamás pensó *su* signo como un algoritmo; c) se rinde homenaje a Saussure por la formalización S/s, que en realidad es de Lacan.

⁴ Es impropio seguir afirmando que el “retorno a Freud” implicaba la reivindicación de sus tesis o que se trataba de un regreso a las fuentes originarias. Estas aseveraciones, que salieron de la boca de Lacan en más de una ocasión, supondrían no reconocer lo nuevo que él introdujo con su particular lectura de la obra del vienés y, en términos más amplios, con la revulsión que promovió en la teoría y práctica del psicoanálisis. A quienes interese leer lo que Freud escribió y no lo que Lacan dijo que Freud dijo, tendrán que asumir la doble tarea de releer, una vez más, tanto a Freud como a Lacan, estudiando microscópicamente y con linternas ambas obras; especialmente, aquellos pasajes en que *parecen* decir lo mismo. Esto requerirá –entre otros recaudos– tener presente que las líneas de fuerza que otorgaron consistencia a ambas teorías eran diferentes; por lo tanto, lo dicho a la letra por cada uno de ellos necesitará ser contextualizado y contrastado a la luz de esas nervaduras principales. Considerar, por ejemplo, que la metáfora y metonimia *lacanianas* son equivalentes a la condensación y el desplazamiento de Freud sería más que cuestionable, puesto que ellas adquirieron su pleno alcance conceptual por medio de la tesis que sostenía: “el inconsciente está

estructurado como un lenguaje”. Y esa proposición no se desprende tan fácilmente como quería Lacan de los escritos metapsicológicos de Freud.

Cualquier lector atento de los textos de este último sabe cómo caracterizó a *Das Unbewusste* y el “contenido” que le atribuyó: huellas mnémicas, representantes representativos de la pulsión, deseos infantiles fijados, pensamientos –obviamente inconscientes–, representaciones de cosa, etcétera; en un sistema que tiende a producir retornos de lo reprimido y cuya energía fluye libremente. Ese mismo lector sabe, además, que el vienes consideró al preconsciente –no al *Inc*– como la sede de la representación de palabra y, por ende, del lenguaje. No era esta, precisamente, la conceptualización lacaniana del mismo, cuestión que se intentará poner de relieve en el apartado 4.4. de este mismo capítulo. ¿Lo dicho significa que *La interpretación de los sueños*, *La psicopatología de la vida cotidiana* o *El chiste y su relación con lo inconsciente* carecían de referencias a los pensamientos inconscientes y al lenguaje? La respuesta es decididamente negativa: las hubo y múltiples; pero eso no permite deducir que el inconsciente freudiano estuviera articulado como un lenguaje. Puede ser válido, en cambio, que Lacan postulase por su cuenta y riesgo esa tesis –y otras más– sobre el inconsciente, tal como efectivamente acabó haciéndolo; verbigracia: vaciarlo de contenido, asignarle una batería virtual –o un enjambre– de significantes, atribuirle pulsaciones, palpitaciones, cierres y aperturas; desconectarlo de toda ontología, articularlo a una ética determinada, y muchos etcéteras más, que hicieron a su forma personal de pensarlo. Ni la *lingüística* es lingüística ni el inconsciente lacaniano era el de Freud; si así hubiera sido, una de las dos concepciones estaría demás. El psicoanalista francés lo acabó reconociendo años más tarde –en 1967, para mayor precisión– en el acto de apertura de la Sección Clínica de Vincennes: “El inconsciente pues, no es de Freud, es preciso que lo diga. Es de Lacan. Eso no impide que el campo sea freudiano.” También sería inexacto hacer pasar a Freud por un lacaniano *anticipado*. A esta opinión bastante difundida en décadas anteriores entre los discípulos de Lacan se añadió últimamente otra, de distinto signo, que suele expresarse con palabras como estas: “Freud se equivocó cuando dijo que...”, fórmula que va seguida de alguna tesis del psicoanalista francés que se considera más acertada. Es frecuente –y lamentable– la soberbia con que *algunos* de las nuevas generaciones de lacanianos se acercan a la obra de Freud.

⁵ En el apartado 4.4.3. de este mismo capítulo se verá que las influencias procedieron no sólo de la lingüística; puede reconocerse una cuádruple convergencia en los textos de Lacan de los años cincuenta: Freud, Lévi-Strauss, Saussure y Heidegger.

⁶ El significante en la teoría lacaniana será estudiado en el apartado siguiente, pero lo recién dicho podría hacerse extensivo a los restantes conceptos lingüísticos sometidos a la A+T.

⁷ Sobre este último asunto, véanse: III, 4.3.; III, 4.4.; los diversos apartados de III, 7.1. y III, 9.

⁸ Extractada de Robert Godel (1957); *Les sources manuscrites du “Cours de linguistique general de F. de Saussure”*, pp. 29-30, Editorial Droz, Ginebra-Paris. La cita transcribe un comentario de Saussure a su discípulo Albert Riedlinger.

⁹ Estas dos lingüísticas, diferenciadas en sus métodos y principios, ocupan, respectivamente, la segunda y tercera parte del *Curso de lingüística general*, libro cuya primera edición francesa data de 1916; es decir, tres años después de la muerte del lingüista ginebrino. El texto de este volumen fue establecido por sus discípulos –Charles Bally y Albert Séchéhaye– a partir de apuntes propios más los de otros participantes de los cursos que F. de Saussure dictó los años 1906-1907, 1908-1909 y 1910-1911 en la Universidad de Ginebra. El recién nombrado A. Riedlinger colaboró activamente con sus cuadernos de notas para dar contenido al volumen. Aquí se citará según una de las últimas ediciones castellanas del *Curso de lingüística general*, la de Editorial Losada (2002), Madrid. Esta edición incluye los prefacios firmados por Bally y Séchéhaye para la primera, segunda y tercera ediciones francesas, el prólogo del reputado filólogo español Amado Alonso, traductor de la primera versión castellana de dicha obra (1945), y una presentación de Ignacio Bosque, profesor de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Real Academia Española.

Los estudios posteriores sobre la obra de Saussure llevados a cabo por Robert Godel, Tullio De Marco y Rudolf Engler, por no citar sino a los más importantes, pusieron en evidencia algunas diferencias entre las formulaciones de quien dictó los cursos –siempre prudentes, no definitivas ni vehementes– y el tono que muestran ciertos pasajes de la redacción hecha por los que establecieron dicho texto. El hecho conocido –y lamentable– de que Saussure destruyera de manera casi sistemática sus notas para las clases fue atribuida por los grandes conocedores de su vida y obra a sus rasgos perfeccionistas y meticulosos. En la nota al pie anterior se hizo referencia a una importante contribución de R. Godel que ayudó a conocer los materiales inéditos que Bally y Séchéhaye tuvieron entre sus manos, cuando dieron forma escrita al *Curso de lingüística general*. De aquí en más se hará referencia a ese libro utilizando la primera palabra del título; los números que le siguen indicarán la página de donde fue extractada la cita.

¹⁰ Saussure aporta, entre otros, el siguiente ejemplo de evolución de la lengua:

“En la génesis de un tipo sintagmático como el futuro español *cantar hé*, que se convirtió en *cantaré*, se distinguen por lo menos dos hechos: el uno psicológico, la síntesis de los dos elementos del concepto; el otro fonético y dependiente del primero: la reducción de los dos acentos del grupo a uno sólo (*cantar hé* → *cantaré*).” [*Curso*, p. 250].

¹¹ El punto de vista estructuralista en lingüística apareció con la introducción de la perspectiva sincrónica en el estudio de la lengua. Se entiende perfectamente que haya sido así, pues esa dimensión facilita verla como un sistema (término que electivamente empleaba Saussure) o estructura, en la que todos sus componentes se remitían y referían

entre sí, determinándose en función de esas relaciones. De hecho, la significación de cualquier signo lingüístico depende de los restantes componentes del sistema del que forma parte; ningún elemento puede ser estudiado fuera del mismo; cabe tener siempre presente la red de relaciones que los determinan entre sí. En ese sentido la lengua devino paradigma de la estructura.

¹² Recuérdese que el estructuralismo de Lévi-Strauss supuso una disyunción entre estructura e historia; para más detalles véase III, 3.6.3.

¹³ Jakobson; R.; *Sur la théorie des affinités phonologiques entre les langues*; pp. 354-355; se cita según la versión francesa, publicada en 1949, de las Actas del Cuarto Congreso Internacional de lingüistas; el texto originario data de 1938 y fue reelaborado para esa ocasión.

¹⁴ Este aspecto será abordado con minuciosidad en el apartado 4.4.1. de este mismo capítulo; se dirá mientras tanto que esas características del lenguaje, que lo hacen naturalmente anti-sustancialista, dieron aliento a la concepción lacaniana de un sujeto sin sustancia y hecho de palabras: *elosebarrado*. Para más detalles, véase III, 7.1.9.

¹⁵ Lacan designó este código con el nombre de *tesoro de los significantes* y lo relacionó con el Otro. Consideraba que no era conveniente hablar de código justamente porque éste presupone significados preestablecidos. En el apartado 4.7.2. de este mismo capítulo se retomará la cuestión del Otro como tesoro de los significantes.

¹⁶ Un aspecto diferencial de gran importancia entre el psicoanálisis y la lingüística es que esta última centra sus enfoques en el plano de la conciencia y estudia los aspectos del lenguaje ligados a la comunicación; mientras ella funciona con significados preestablecidos, el psicoanálisis debe descubrirlos en las formaciones del inconsciente de cada sujeto.

¹⁷ En este aspecto preciso, el psicoanalista francés hizo suyas las ideas de Saussure.

¹⁸ Salvo el caso de los delirios y los neologismos que pueden aparecer en las psicosis. Ejemplo de estas circunstancias es la siguiente situación: al preguntarle a un paciente psicótico cuál era su nombre, respondió: FUAN. De manera inmediata agregó: “Fuego, Unión, Agua, No tocar lo que no se debe.” También en las glosolalias el sujeto inventa palabras y significados; se trata de un lenguaje idiosincrásico, propio de una persona determinada e incomprensible para el resto de los hablantes. Por otra parte, las alucinaciones auditivas de algunos psicóticos permiten captar a veces la presencia de significantes sin significación: las palabras que él oye en su alucinación no pueden asociarse a otras, para formar cadena, y crear retroactivamente un sentido.

¹⁹ Se trata del cambio de un solo elemento del signo -el significante- mientras que el significado permaneció estable; en otros casos pueden cambiar ambos; la alteración del significado indica una modificación de la comprensión y extensión del concepto. La transformación comentada no abarcó a todos los castellano-parlantes; en algunos países latinoamericanos se sigue empleando hoy en día el significante *anteojos*.

²⁰ Lacan, como se verá enseguida, al desanudar el significante del significado, prefirió designar a esta serie de palabras con el nombre de *cadena significante*.

²¹ Esta característica, pero adjudicada al significante, fue subrayada insistentemente por Lacan, quien recuperó a su manera una formulación del lingüista: un significante es lo que los otros no son.

²² Para más detalles sobre las escuelas en lingüística, véase el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* de Ducrot O. y Todorov, T. (1972), Siglo XXI, Buenos Aires. Puede consultarse también las siguientes obras: Jakobson, R.; “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia”, incluido en *Semiología, afasia y discurso psicótico* (1972), Rodolfo Alonso editor, Buenos Aires; *Saussure y los fundamentos de la lingüística* (1976); Estudio preliminar y selección de textos: J. Sazbón; Centro Editor de América Latina, Buenos Aires; *Estructuralismo y epistemología* (1970); varios autores, Nueva Visión, Buenos Aires. Trubetzkoy, N. (1933); *Psicología del lenguaje*, publicado en castellano en 1952 por la editorial Paidós, Buenos Aires.

²³ Lo que se afirmará a continuación sobre los fonemas sigue a grandes rasgos los comentarios de N. Trubetzkoy en *Principios de fonología* (1939) –pp. 33 a 44 de la versión francesa– y los de O. Ducrot, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* (1972), libro escrito en colaboración con T. Todorov; *op. cit.*, p. 203 y ss.

²⁴ Para más detalles véase el apéndice I de “Principios de fonología histórica” escrito por R. Jakobson. Se trata de un texto de 1931 reelaborado para su inclusión en el libro de Trubetzkoy citado en la nota al pie anterior.

²⁵ El etnólogo Franz Boas insistió, también, en la importancia de la actividad inconsciente en el lenguaje; véase lo dicho respecto de él en III, 3.5. del capítulo anterior. Ambos utilizaron el vocablo más bien como adjetivo y no tanto con el sentido de sistema introducido por Freud.

²⁶ Incluido en la recopilación *Psicología del lenguaje*, *op. cit.*, capítulo III.

²⁷ Véase *infra*, apartado 4.5. de este mismo capítulo, titulado *Ejes y cadenas*.

²⁸ Esta cita ha sido extractada de la versión castellana de *Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia*, *op. cit.*, pp. 29-30. En 4.5. se establecerán las correlaciones entre la combinación y la selección con los ejes sintagmáticos y paradigmáticos y otros conceptos asociados.

²⁹ Se entiende por qué Lacan, después de apoyarse inicialmente en Saussure, prefirió los desarrollos de Jakobson. La dualidad sintagma/paradigma tenía para Jakobson una doble importancia; una, general y otra, más específica: no sólo eran polos permanentes que organizaban el lenguaje; además, constituían los fundamentos de la metáfora y la metonimia, tropos de la retórica que interesaron especialmente al psicoanalista. Jakobson llegó a considerar a veces sinónimos sintagma y metonimia; igualmente: metáfora y paradigma.

³⁰ A este tipo de afásicos le resulta difícil encontrar las palabras precisas. Jakobson comenta sobre un paciente que no profería jamás la palabra *cuchillo* de manera asilada o circunscrita; en cambio, designaba al utensilio según sus usos o por ciertos factores contingentes: sacapuntas, pela manzanas, cuchillo para pan, cubierto, etc. La metonimia es

muy utilizada por los afásicos cuya capacidad de selección ha sido afectada; tenedor sustituye a cuchillo, mesa por lámpara, humo por pipa, etc. Como puede apreciarse, hay una relación de *contigüidad* entre las palabras “precisas” y aquellas que él acababa utilizando.

³¹ Jakobson, R. (1963); *Essais de linguistique générale*, pp. 43-67, Minuit, París. La traducción me pertenece.

³² Esta tendencia formalizante atrajo el interés de Lacan, preocupado como estuvo por llevar a cabo una tarea similar con la teoría psicoanalítica.

³³ Para Hjemstev, como se acaba de recordar, la noción de función en lingüística es más cercana a la que este término tiene en las matemáticas.

³⁴ Ducrot, O., en *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*; *op. cit.*, pp. 40-41. Las cursivas son del autor.

³⁵ Entre las obras principales de Martinet destacan: *Elementos de lingüística general* (1960), *Lengua y función* (1962), *Lingüística sincrónica* (Gredos, Madrid, 1968), *Gramática funcional del lenguaje* (1979).

³⁶ Es una noción creada por Martinet; representa cierto tipo de distinción significativa realizada por el hablante en el curso del acto de enunciación. No es de orden fónico ni semántico. El monema constituye la elección mínima y elemental entre los escogimientos que están determinados directamente por el contenido del mensaje.

³⁷ Ver *supra*, en 4.2.2.1., la caracterización de los fonemas.

³⁸ Ellas serán precisadas al final de este apartado.

³⁹ Sobre la noción de formalización lógica véase el Anexo al capítulo 5. Obsérvese que Lacan, además de poner la “s” del significado en minúscula, la escribía en cursiva.

⁴⁰ Una de las consecuencias de esta primacía otorgada al significante es que en la práctica clínica se le impone al analista prestar atención a las relaciones presentes -actuales- entre los significantes expresados por el paciente en cada momento de la sesión en lugar de “profundizar” en los vínculos entre significantes y significados.

⁴¹ Está fuera de los límites impuestos a esta tesis considerar los alcances que han tenido estas transformaciones introducidas por Lacan en el signo, en contextos diferentes al de la praxis analítica. El hecho de que pensadores pertenecientes a otras disciplinas hicieran suyas algunas de estas ideas del psicoanalista no contradice ni un ápice que el punto de partida y su aplicación fuera, en primerísimo lugar, clínica psicoanalítica. En todo caso ellos hicieron importaciones desde el psicoanálisis lacaniano.

⁴² Es interesante destacar que Lévi-Strauss en su “Introduction à l’oeuvre de Marcel Mauss” en el libro de este último titulado *Sociologie et anthropologie*, Paris, PUF, 1950, p. LXI, ya había explicitado algunas ideas contrarias a la relación fija y estable entre significante y significado que había establecido Saussure. A éstas Lacan añadió, siete años más tarde, en *ILIF*, las que se están comentando en este apartado.

⁴³ Es un tipo de anudamiento o costura especial que se utiliza en los tradicionales colchones de lana o en la fabricación del almohadillado de sillones, butacas y edredones. La aguja y su hilo atraviesan -en una ida y vuelta- las dos caras de la funda de tela que contiene la lana del colchón; luego se hace un nudo corredizo firme que produce un hundimiento de ambas superficies y, por último, se lo fija mediante capitones a uno y otro lado del colchón. Esta peculiaridad de la puntada impide el deslizamiento de la lana dentro de la funda. Es fácil entender por qué Lacan recurrió a ella para plantear la limitación del flujo de significantes; caso contrario, éste se haría perpetuo y nunca se produciría una significación. La traducción de *point de capiton* -que utilizó Lacan- por puntada de acolchado que se emplea aquí, se ha tomado en préstamo a I. Gárate y J. M. Marinas, quienes propusieron esa acertada versión en su libro *Lacan en castellano*, Editorial Quipú, Madrid, 1966. Allí se remite a los interesados en más detalles sobre esta cuestión. Por otra parte, en 4.5.2. se volverá al tema con otras consideraciones y con un esquema ilustrativo de la misma, operando en la cadena de significantes.

⁴⁴ Llama la atención que en “la ilustración errónea” -el de la palabra árbol y un dibujo del mismo debajo de la barra- estén invertidos los términos con que Saussure solía presentar los componentes del signo lingüístico; tampoco está incluida en él la elipse que contorneaba a ambos elementos. Para apreciar estas diferencias, se lo puede confrontar con el que aparece en el apartado 4.2.1.2., que reprodujo el de la p. 135 del *Curso*. Se hace difícil saber a quién pertenece esa ilustración del signo calificada de “clásica” y de “errónea” por Lacan. Saussure parece estar aludido pero es claro que él nunca lo presentó así.

⁴⁵ En el libro *El título de la letra*, J.-L. Nancy y P. Lacoué-Labarthe realizan un estudio minucioso y muy crítico de los varios párrafos que se acaban de citar de *ILIF*, en los cuales Lacan desarticuló el signo de la lingüística hasta destruir en él toda función representativa, es decir, toda significación, convirtiendo el significante en asemántico. El algoritmo de Lacan no es el signo de Saussure, insisten estos autores, que hicieron extensivas esas críticas a buena parte del contenido de *ILIF*. Si se trata de un algoritmo el significante funcionará según la naturaleza algorítmica del algoritmo: el algoritmo, en efecto, carece de sentido. (pp. 50-51).

Conviene contextualizar este libro de J.-L. Nancy y P. Lacoué-Labarthe (1973) en su época: ya habían pasado dos décadas que Lacan usufructuaba la autoridad de Saussure y de la lingüística a la vez que cuestionaba los fundamentos de esta última. Fue al año siguiente de la publicación de ese volumen -1974- que Lacan afirmó que lo que él hacía era *lingüistería* y que él se dedicaba a *lalengua* y no a la lengua (Cfr. *Televisión*; *RyT*, p. 87). Según estos autores, la lectura de Saussure por parte de Lacan supuso una proyección del aparato conceptual del psicoanálisis sobre la lingüística, que luego se continuó con una lectura lingüística de los textos de Freud. Dejan planteada en forma de pregunta de si no sería un caso de circularidad hermenéutica. También recalcaron la diferencia significativa entre el *desvío* de conceptos de una disciplina a otra -cosa que habría hecho Lacan- y lo que epistemológicamente se entiende

por *importación conceptual*. Para más detalles sobre estas distinciones pueden leerse las pp. 90 y ss. del libro que se está comentando.

La posición de quien escribe esta tesis respecto de dichas cuestiones se expuso sumariamente en el apartado 4.4.1. *Lingüística y lingüística*, de este mismo capítulo

⁴⁶ En 4.4.3., se tratarán minuciosamente estos tropos de la retórica y sus derivaciones psicoanalíticas.

⁴⁷ Respecto de esta fórmula, léase lo afirmado en III, 7.1.8.4. Se anticipa aquí la definición de P.-Ch. Cathelineau que se citará allá sobre el deseo: “falta inscrita en la palabras y efecto de la marca significativa en el hablanteser (*parlêtre*).

⁴⁸ En III, 4.7.4. se volverá sobre la repetición desde una perspectiva lógica y topológica.

⁴⁹ La topología trata los objetos y el espacio desde un punto de vista cualitativo, obviando lo métrico (cuantitativo); aborda las relaciones entre los diferentes lugares y otorga especial atención a los vínculos de vecindad, de continuidad, de conexión y, también, a sus contrarios: separación, fronteras, agujeros y bordes. Para lo referente a la topología de Lacan puede consultarse mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004); *op. cit.* Aquí solo se harán referencias sucintas a la misma. Puede leerse también III, 6.

⁵⁰ Más tarde, en la década de los años setenta, las diferentes modalidades de goce fueron ubicadas en los sitios de calce de los tres anillos del nudo borromeo, representativos de los registros R. S. I. Véase al respecto V. Korman (2004), *El espacio psicoanalítico*; pp. 344 y ss.

⁵¹ Véase III, 10.11. La noción de falo y fase fálica estuvo prácticamente ausente en la obra kleiniana. Su teoría estuvo centrada en torno a lo oral y lo anal en contraposición al falocentrismo freudiano y lacaniano. Véase al respecto los diversos apartados de II, 6.2.

⁵² Véase III, 5.11.2. a 5.11.5.

⁵³ Véase *infra*, el apartado 4.7. *División del sujeto por el orden significativo. Sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación.*

⁵⁴ Me permito citar nuevamente mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004); *op. cit.*; en diversos capítulos del mismo se realiza una exposición detallada de estas funciones psicoanalíticas del significante.

⁵⁵ La renovación de la retórica determinó que en la actualidad ella se ocupe especialmente del análisis estilístico del discurso y no sólo de las clásicas figuras que ella describió (metáfora, metonimia, sínecdoque, hipérbaton, etc.); dicho de otra manera, esta rama de las ciencias del lenguaje se ha especializado en la elocución o arte del estilo. El neologismo “retoricador” inventado por Lacan hace alusión a la recreación de las figuras o tropos que el inconsciente lleva a cabo de manera constante. Según su parecer –*Cfr.* la parte III de *FCPL*, pp. 108 y ss.– la elaboración del sueño, tal como la entendía Freud, implicaba un intenso trabajo retórico por parte del inconsciente y no una simple transformación de palabras en imágenes; por lo tanto, la estrategia interpretativa que el vienés aplicaba al material onírico los sueños suponía una práctica de lectura, desciframiento y traducción del material onírico, tarea más compleja que remontarse, en sentido inverso, de la imagen a la palabra.

⁵⁶ Un desarrollo más amplio de estas cuestiones puede leerse en Korman, V. (2004); *op. cit.*, pp. 58 y ss. Sobre la perspectiva freudiana acerca del inconsciente y su deseo, véase I, 1.2.1. Klein, por su parte, fundó *su* inconsciente sobre la fantasía; puede leerse algunas breves puntualizaciones sobre esta idea de la psicoanalista de niños en II, 5.6.1.

⁵⁷ Se trata de una red en forma de saco que se utiliza para pescar; posee un orificio ocupado por un sistema que le permite alternar aperturas y cierres. Su propiedad fundamental es la de abrirse –para dar entrada al pez– y cerrarse de inmediato, a los efectos de consumir la captura. Desde el punto de vista funcional, su componente clave es el mecanismo situado en el agujero. Que posea orificio y borde posibilita considerarla topológicamente. Reúne temporalidad sincopada y estructura espacial. El hecho de que de manera intermitente su orificio se torne permeable para ocluirse después, permitió a Lacan equiparar la nasa al inconsciente, al que también atribuyó una modalidad pulsátil de manifestarse. Se ha de esperar el momento de apertura del inconsciente para que un significante haga su aparición. Desde esta perspectiva el inconsciente no resiste sino repite; se abre y se entrega; se muestra, irrumpe. Y conmueve al sujeto con sus destellos. Se ha de estar atento a esos momentos de apertura del inconsciente en los que un significante (S_1) se desprende de la batería virtual de significantes inconscientes (S_2) para hacer acto de presencia en el discurso del analizante. Esta forma de pensar el inconsciente rompió con el modelo clásico continente-contenido; ya no es necesario adentrarse en una “bolsa” para capturar lo que hay en su interior: lo inconsciente insiste; aparece por su propia cuenta y sorprende.

⁵⁸ Se volverá sobre estas cuestiones en 4.5.2.; allí se verá otra manera de referirse a lo mismo: el analista debe estar atento al sujeto de la enunciación más que a los contenidos de los enunciados.

⁵⁹ Lacan trabajó estos temas en el *S 3*, especialmente en las clases del 2 y 9 de mayo de 1956; también en *S 4*, en las clases del 10 de abril y 8 de mayo de 1957. En esta última puso de relieve la función del significante *caballo* como soporte de las diversas transferencias en el historial clínico conocido como el caso Juanito. Siguió con estas elaboraciones en las primeras lecciones del *S 5* y en varios artículos incluidos en los *Escritos*; los títulos de estos últimos han sido enunciados al comienzo de este capítulo, en la nota al pie n° 2.

⁶⁰ En el Diccionario de la Real Academia Española se dice de la metáfora: “Tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita; v. gr: las perlas del rocío, la primavera de la vida; refrenar las pasiones.”

⁶¹ Nietzsche sostenía que todas las palabras actuales fueron metáforas en la antigüedad.

⁶² Los usos de tropos retóricos conllevan casi siempre y de manera implícita un “yo lo diría así”, o: “si se me permite la expresión”; también: “osaría expresarme así”. En todo discurso en que se emplean sentidos figurados el yo

hace acto de presencia, maquillando de alguna manera su anhelo de llamar la atención del interlocutor, al que se quiere sorprender; incluso, seducir. Esta estrategia fue descrita por Jakobson en *Ensayos de lingüística general* bajo el concepto de *función pática* de los tropos.

⁶³ Si bien es cierto que las metáforas del lenguaje corrientes ya están constituidas -en términos generales, son herencias culturales- dejan un cierto margen al usuario de una lengua para elegir si las usa o no. Las metáforas generadas en lo inconsciente se imponen; son coercitivas.

⁶⁴ Léase en la nota al pie nº 3 otros motivos que impiden establecer una equivalencia estricta entre metáfora/metonimia y condensación/desplazamiento.

⁶⁵ Véase el apartado 4.5. de este mismo capítulo. Los esquemas de la metáfora y metonimia están inspirados en los que aparecen en *Introducción a la lectura de Lacan*, Joël Dor (1985), Gedisa, Barcelona, tomo I, p. 55 y 59.

⁶⁶ En la metáfora, el surgimiento del sentido es casi inmediato, justamente porque hay franqueamiento de la barra.

⁶⁷ En *FCPL, E I*, p 89., puede leerse:

“[...] queda ya del todo claro que el síntoma se resuelve todo entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada.”

El síntoma ya es una metáfora; en la clínica se impone deconstruirla más que proponer otras metáforas que lo recarguen de nuevos sentidos.

⁶⁸ Véase III, 7.1.6.

⁶⁹ Véase en III, 3.6.4., las características del estructuralismo de Lacan.

⁷⁰ Véase III, 7.1.7.4. *Poesía. Pensamiento poetizador*; en ese apartado, en el contexto de algunas consideraciones sobre el pensamiento de Heidegger, se hace referencia a la *poiesis*, antiguo término griego que significa: hacedor, creador, engendrador, autor y, por extensión, poeta. También: traer a la presencia o suscitar.

⁷¹ Como se verá enseguida, Lacan no aceptó que la oposición sentido propio/sentido figurado, propuesta por los estudiosos clásicos de la retórica fuera lo central en la producción de metáforas; Heidegger, en cambio, consideró válida esa idea, que quedó integrada dentro de un sistema de oposiciones más amplio: las que configuraron su metafísica: naturaleza-historia, naturaleza-espíritu, sensible-inteligible, pensamiento-lenguaje, etc. Se volverá sobre esta cuestión en 4.4.3.3.

⁷² Los escritores surrealistas consideraban que ambos significantes de la metáfora estaban co-presentes y actualizados, como si no existiese una sustitución plena; plantearon que la metáfora implicaba una comparación entre dos palabras o imágenes que compartían algún significado; por el contraste entre ellas, surgiría el nuevo efecto de sentido. Lacan, en cambio, se refirió taxativamente a una sustitución -no a la presencia simultánea de significantes-: uno sustituye a otro y el sustituido queda oculto. Nada de imágenes ni de comparaciones, poca semejanza, máxima disparidad entre ambos significantes, y sobre todo, efectos puros del significante en la producción de la significación. Todo esto está en la raíz de la chispa creadora de la metáfora. Léase al respecto las últimas páginas de *ILIF* (1957).

⁷³ Esto tuvo repercusiones en la clínica: para Lacan el final del análisis incluía atravesar la castración, entendida en este contexto *falta radical de sentido*.

⁷⁴ En las próximas páginas se verá que para Lacan lo que se encadenan no son signos sino significantes.

⁷⁵ Recuérdese que atendiendo a estas mismas operaciones, Jakobson diferenció dos tipos principales de afasia: las que afectaban predominantemente a la selección y las que alteraban la facultad combinatoria. Este asunto específico fue desarrollado en 4.2.2.2. de este mismo capítulo.

⁷⁶ En III, 10.8.4. se hacen otros comentarios sobre el grafo, al estudiar lo imaginario y la teoría del yo en la década de los años cincuenta. En III, 10.8.3. y en III, 6.2. se comenta el esquema R. Para más detalles sobre el grafo y el esquema, véase *El espacio psicoanalítico*, Korman (2004), *op. cit.* p. 280 y ss.; también, p. 317 y ss.

⁷⁷ A la primera le corresponde el sujeto del enunciado y a la segunda, sujeto de la enunciación. Por otra parte, se anticipa aquí que el carácter planar o no planar del grafo del deseo -es decir, si tiene dos o tres dimensiones- depende de las respuestas que se dé a dos interrogantes: de dónde vienen estos vectores horizontales y hacia dónde se dirigen, luego de atravesar los cuatro nodos.

⁷⁸ En la clase del 4/6/58 del seminario *Las formaciones del inconsciente* (1957-1958), *op. cit.*, página 431, Lacan relacionó la cadena significante inconsciente con la transferencia y la cadena significante consciente con la sugestión.

⁷⁹ Se retomará esta cuestión más adelante, en 4.7.3., de este mismo capítulo.

⁸⁰ “Les embrayeurs, les catégories verbales et le verbe russe” (“Los embragadores, las categorías verbales y el verbo ruso”). Este artículo, publicado por primera vez en 1957, fue incluido como capítulo IX en *Essais de linguistique general*, 1. *Le fondation du langage*; Éditions de Minuit, París, 2003. Se citará según esta edición.

⁸¹ Dor, J. (1985); *Introducción a la lectura de Lacan*, *op. cit.*, tomo I, p. 133.

⁸² Ducrot, O. y Todorov, T.; *op. cit.*, p. 364. Las cursivas son de los autores.

⁸³ Recuérdese que este código fue denominado por Lacan *tesoro de los significantes*.

⁸⁴ Dor, J. (1985). El sintagma “desfiladero del habla” que figura arriba y a la derecha del diagrama es la versión castellana de *défilé de la parole* que aparece en el original. Las dos palabras principales de ese sintagma tienen, como es habitual, varios significados; los principales de *défilé* serían: desfile, desfiladero, procesión; *parole* se utiliza tanto para

referirse al habla como a la palabra; por ejemplo: la distinción fundamental introducida por Saussure entre la *langue* y la *parole* se traduce corrientemente por: la lengua y el habla. Volviendo al esquema y a las palabras en él incluidas, se considera que otra traducción posible de *défilé de la parole* sería “desfile de la palabra”; estos términos encajarían mejor con la idea de un paciente asociando libremente en sesión: sus palabras “desfilan”, pasan en procesión una detrás de otra. Esa situación clínica es, por otra parte, la que se escogió como contexto para desarrollar las nociones de sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación en la teoría lacaniana.

⁸⁵ Véase en el Anexo al capítulo 5 el apartado dedicado a la formalización en lógica.

⁸⁶ En este apartado se considerará exclusivamente al Otro; respecto del otro como punto de partida de las identificaciones imaginarias, véase III, 10.1 a III, 10.4.

⁸⁷ Véase III, 8.7., dedicado a la teoría de los juegos.

⁸⁸ Para más detalles sobre este asunto, véase III, 5.11.2. y III, 5.11.5.

⁸⁹ Nasio J.- D; *Les yeux de Laure*, *op. cit.*, pp. 205-207. El autor afirma: “nada nos autoriza a hablar de repetición si no introducimos un tercer elemento trivial pero decisivo: el simple hecho de contar”.

⁹⁰ Esto llevó a que Lacan considerase que toda estructuración subjetiva sea o bien una estructuración alienante, o bien una alienación estructurante. En la cuarta parte de esta tesis se sostendrá que existe un trabajo autoorganizativo por parte del sujeto en ciernes de esas marcas implantadas por el Otro.

⁹¹ Sobre la introyección y la incorporación en la teoría freudiana, véase I, 3.1. y I, 3.2., respectivamente.

⁹² Saussure sentó unas bases sólidas para pensar la cuestión del nombre propio al diferenciar netamente significante de significado; a poco de andar se entenderá con más claridad la importancia de tal distinción para la cuestión del nombre propio. Sin embargo, existieron otros lingüistas que se ocuparon específicamente del tema. En la clase citada Lacan hizo referencia a Sir Alan Henderson Gardiner (1879-1963), gran lingüista y eminente egiptólogo. Éste había publicado una gramática de la lengua egipcia muy valorada por los estudiosos de esa civilización; además, transliteró, tradujo y editó gran cantidad de esos textos antiguos. Sus aportaciones fueron citadas en buena parte de los trabajos dedicados a los nombres propios de la época de los faraones. *La lista de signos* que lleva su nombre es una clasificación de los jeroglíficos egipcios que él descifró y organizó en 26 grupos. Lacan aludió en esa clase a un pequeño ensayo de Gardiner –*La teoría de los nombres propios*–; en él rebatió la posición de los lógicos en dicho tema; especialmente, la de Russell. Se basó en el pensamiento de John Stuart Mill y en las ideas de un gramático griego del siglo II antes de Cristo: Dionysius Tharax (de Tracia). De este último recogió sus comentarios sobre la raíz griega *idio* que hace referencia a lo propio, a lo peculiar, a lo distinto y que está presente en muchas palabras del lenguaje corriente, a saber: *idiosincrasia* (carácter, temperamento o modo de ser propio); *idioma* (hablar propio de alguien, que derivó hacia: lenguaje propio de una nación); *idiotismo* (locución propia de una lengua y, por derivación, expresión gramatical incorrecta); *idiopático* (de amplio uso en medicina, para hacer referencia a la alteración propia de un órgano en ausencia de un agente exógeno como causa de patología), *idiocia* (término psiquiátrico), etc. Para los griegos *Onoma idion* era el nombre propio. Tharax se refirió también a la partícula antónima de *idio*: *kinón*, lo común.

Gardiner buscó fundamento para sus tesis sobre todo en J. S. Mill; las ideas de este último sobre el nombre propio serán expuestas en III, 7.5.1. Por el momento se anticipa un par de ideas diferenciadoras postuladas por este filósofo: el nombre **común** -referido siempre a un objeto-, aporta un sentido: herrero es el artesano que se dedica a la forja del hierro; zapatero labora con el calzado, etc.; en cambio, lo esencial del nombre **propio** es que no aporta ni conlleva ningún sentido; es más bien una marca aplicada al objeto; los apellidos López, Bonaparte, Herrero, Zapatero, Shakespeare, Butaca, Freud, etc., son carentes de significación. Gardiner se hizo eco de esas ideas pero agregó algo nuevo: no es sólo la ausencia de sentido lo que caracteriza al nombre propio; lo esencial, lo que le especifica como tal, es que cuando se lo emite o escucha el acento está puesto **en el sonido**. El nombre propio es un sonido diferenciador, distintivo; cuando se lo oye, se presta atención a la sonoridad que le caracteriza. Por medio de estas consideraciones introdujo un factor psicológico: cada vez que se pronuncia un nombre propio se orienta la atención hacia la masa fónica más que al sentido.

⁹³ En III, 5.9.1. se aborda la cuestión del nombre propio en Lógica. El mismo tema será tratado desde una perspectiva filosófica en III, 7.5.

⁹⁴ La escritura de Joyce podría ser el producto, entonces, de una estructura reparada: el deslizamiento de lo imaginario se corrigió mediante un cuarto nudo que une y hace las veces de *sinthome*, neologismo que puede ser vertido al castellano como *sinthoma*. Con esta grafía Lacan quiso diferenciar dicha formación psíquica del síntoma psicoanalítico clásico, entendido como producto transaccional entre inconsciente y preconsciente-consciente, que en francés se escribe *symptôme*. El *sinthoma* tiene funciones distintas que el síntoma: cumple, básicamente, una tarea de suplencia; reemplaza, complementa la insuficiencia de la función paterna. En la clínica conviene ser muy cauto con su manejo; desmontarlo puede implicar el desbaratamiento de la “reparación” de un anudamiento fallido.

⁹⁵ Las fuentes principales para la elaboración de este apartado fueron: *Dictionnaire de la Psychanalyse* de E. Roudinesco y M. Plon; *op. cit.*; el libro *Lingüística y psicoanálisis*, de M. Arrivé; Editorial siglo XXI; del mismo autor, “Ce que Lacan retient de Damourette et Pichon: l'exemple de la négation”, en la revista *Langage*, nº 124, 1996, pp 113-124; *Nueva gramática de la lengua española* (2010), publicada por la Real Academia Española, Espasa libros y varias bibliotecas electrónicas.

⁹⁶ El procesamiento de la negación por medio de categorías filosóficas será expuesto en III, 7.6.1 y III, 7.6.2.; sus elaboraciones sobre el mismo tema mediante la lógica simbólica pueden leerse en III, 5.6.3 y III, 5.6.4.

⁹⁷ La *Introducción* y la *Respuesta* al comentario hablado de Jean Hyppolite sobre el artículo *La negación* de Freud pueden leerse en *Escritos II*, pp. 130-159, siglo XXI editores. La alocución del filósofo fue transcrita en *Écrits*, Éditions du Seuil, pp. 879-887.

⁹⁸ Los tres vocablos tienen algún antecedente en la teoría freudiana, en especial la castración. La frustración (*Versagung*) fue desarrollada por el vienés en varios artículos mientras que la privación aparece referidas en pocas ocasiones, especialmente en los textos en que trató la psicosis (*El caso Schreber*). En los tres conceptos, Lacan introdujo inflexiones importantes. Para recordar la concepción freudiana sobre este terceto se remite al Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche y Pontalis; *op. cit.* Se inserta aquí una frase de Freud que puede leerse en *El porvenir de una ilusión* (1927), no referido por los autores de dicho Vocabulario mencionado:

“A fin de unificar nuestro vocabulario, designaremos el hecho de que una pulsión no sea satisfecha (*befriedigt*) con el término frustración (*Versagung*); al medio por el cual esta frustración es impuesta y lo denominaremos prohibición (*Verbot*) y al estado producido por la prohibición lo llamaremos privación (*Entbehrung*).”

⁹⁹ A esta identificación fálica, de carácter imaginario, se dedica el apartado III, 10.11.

¹⁰⁰ Quien esté interesado en ampliar el conocimiento de este tema puede acudir al capítulo “Las tres formas de la falta” del libro *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica* de Diana Rabinovich (1988), *op. cit.*, pp.117 y siguientes.

¹⁰¹ “La grammaire en tant que mode d’exploration de l’inconscient”, en *L’Évolution psychiatrique*, nº 1, 1925, pp. 238-257; “La personne et la personnalité vues à la lumière de la pensée idiomatique française”, *Revue française de Psychanalyse* nº 10, vol. 3, 1938, 447-459; junto con Damourette: “Sur la signification psychologique de la négation en français” (1928); puede leerse una reedición en *Le Bloc-notes de la psychanalyse*, nº 5, 1985, pp. 111-133; Mort, angoisse y negation” (1947), en *L’Évolution psychiatrique*, enero-marzo, p. 19-46; en coautoría con René Laforgue: “La notion de schizonoïa”, en *Le rêve et la psychanalyse* (1926), Malonie, pp. 173-210.

¹⁰² Esta extensa nota estaría ausente del presente trabajo de no ser por los vínculos directos e indirectos de la oblatividad con la temática del desarrollo evolutivo o, en términos más lacanianos, por su relación con la estructuración subjetiva. Fue Pichon quien introdujo la noción de oblatividad al psicoanálisis en el mentado congreso de 1927-. Se trata de un término que deriva de oblatión, que a su vez proviene del latín *oblatio-onis*. El DRAE dice de ella: ofrenda y sacrificio que se hace a Dios (o a la curia). Dedicar otra entrada al vocablo *oblata*: “dinero que se da al sacristán o a la fábrica de la iglesia por razón de gastos de vino, hostias, cera, u ornamentos para decir las misas” (por un difunto, por ejemplo). Otra variante de la oblatión es el vulgarmente llamado “cepillo”: el pequeño cesto en que los fieles depositan dinero para la iglesia después de las misas y otros actos religiosos. La palabra oblatividad amplió, con el paso del tiempo, su significado: se comenzó a emplearla para referir aquellas situaciones en que se entregaba dinero a cambio de “nada” o cuando se da algo de orden material para recibir algo inmaterial.

Aludiendo a este último significado, algunos psicoanalistas atisbaron rasgos de oblatividad en las actitudes anales de los niños, cuando entregan sus heces a la madre, demandando a cambio su amor. Otros, más audaces, aplicaron esta noción a la sexualidad genital: las pulsiones genitales, a diferencia de las pregenitales, dicen, pueden ser tiernas y amorosas hacia el objeto; el sujeto puede manifestarse oblativo, a través de ellas; es decir: preocupado por el otro, muy interesado en “comprenderlo” y adaptarse a su situación, capaz de abdicar su egoísmo y de renunciar a su propia satisfacción en pro del placer del otro. En otros términos cuidado y entrega al otro que, incluso, producirían una cierta domesticación de las pulsiones. Estas ideas ya estaban implícitas en el famoso texto de Abraham (1924), sobre el desarrollo evolutivo, comentado extensamente en II, 2.6.3.1., al que remitimos. (Véase, especialmente en el esquema que allí se insertó, la etapa caracterizada como: “amor genital”). Según el psicoanalista berlinés, con la llegada al punto culminante de la evolución -etapa VI, genital definitiva- el sujeto sería sexualmente maduro, capaz de conciliar la sexualidad con el amor y la capacidad procreativa con el placer; habiendo renunciado, claro está, a su narcisismo y ambivalencia. La entrega al otro y la oblatividad (palabra no mencionada por Abraham), anularía todo rasgo de egoísmo. En esta concepción —y también en el uso que algunos psicoanalistas hicieron (y hacen)— del vocablo oblatividad en territorios de la pulsión se detecta un cambio respecto de la manera freudiana de entenderla: para el vienés, ella busca empedernidamente su satisfacción y lo consumaba a través de un objeto que siempre era *parcial* (véase I, 1.3.1. y I, 1.3.2).

En Abraham y sus seguidores, puede percibirse entrelíneas la idea de una cierta trasmutación de la pulsión que la haría más bondadosa para con el otro; su esquema del desarrollo evolutivo llevó a cabo una fusión moralizante de la dimensión pulsional y narcisista del sujeto. Muchos le siguieron y orientaron la experiencia analítica en base a sus postulados. Para más detalles sobre la crítica laciana a estas posiciones puede leerse la primera clase del *S 4*, en que examina bajo lupa esta tendencia en algunos psicoanalistas franceses, expresadas en la compilación *La psychanalyse d’aujourd’hui* (1956), bajo la dirección de Sacha Nacht, P.U.F.

Muchos analistas post-freudianos se hicieron eco de estas ideas; Jones, Françoise Dolto, Sacha Nacht y otros. La citada en segundo término inició su formación con Pichón; con este último se formó en pediatría poco después de graduarse como médica. Un testimonio de esa amistad fue la dedicatoria de Pichón a Mademoiselle Françoise Marrette

–apellido de soltera de Dolto– de su artículo “Mort, Angoisse y négation”, aparecido en *L'Évolution psychiatrique*, nº 1, enero-marzo de 1947, pp. 19-46. Ella, en *Psicoanálisis y pediatría* (1951), Editorial Siglo XXI, p. 50, afirmó:

“Solo con la liquidación del complejo de Edipo puede el pensamiento ponerse al servicio de la sexualidad llamada oblativa, es decir, la que rebasa la búsqueda de satisfacciones narcisistas.”

Lacan criticó la noción de oblatividad aplicada ya sea a la sexualidad, ya sea al amor. Y lo hizo en varias ocasiones; las más altisonantes se encuentran en “La significación del falo” y en el S 8, clase del 1º de febrero de 1961.

“Es preciso decir aquí que los analistas franceses, con la hipócrita noción de la oblatividad genital, han abierto la marcha moralizante, que a los compases de orfeones salvacionistas se prosigue ahora en todas partes.” (SF, *E I*, p. 285).

“Creo haber hecho bastante diciéndoles que es en torno a esto concretamente como, en el análisis o fuera del análisis, puede y debe establecerse la división entre dos perspectivas sobre el amor.

Una de ellas asfixia, deriva, enmascara, elide, sublima todo lo concreto de la experiencia en aquella famosa ascensión hacia un bien supremo, y es asombroso que nosotros, en el análisis, podamos conservar todavía vagos reflejos suyos, de cuatro cuartos, bajo el nombre de oblatividad, esa especie de amar-en-Dios, por así decir, que estaría en el fondo de toda relación amorosa. En la otra perspectiva -y la experiencia lo demuestra- todo gira en torno al privilegio, al punto único constituido en alguna parte por aquello que sólo encontramos en un ser amado cuando lo amamos verdaderamente. Pero ¿qué es esto? Es precisamente el *agalma*, el objeto que hemos aprendido a circunscribir en la experiencia analítica.” (S 8, p.174).

Aquellos que defienden teóricamente ya sea la sexualidad ya sea el amor oblativo se resisten, en nombre de una supuesta bondad y comprensión entre las personas, a considerar al otro del sujeto como *objeto*; es decir: como objeto del deseo -objeto *a* según Lacan-, como portador de algo en su cuerpo que hace las veces de objeto parcial de la pulsión y, correlativamente, rebajan el carácter narcisista del amor. En cambio, si se subraya que el otro actúa como objeto para un sujeto -cosa que no supone ninguna degradación de ese otro- sería posible recuperar la relación con el deseo. Lacan desarrolló estas ideas en el S 8, especialmente en la clase del 1/2/61, al tratar el tema del *agalma*.

¹⁰³ Como ya fue señalado en capítulos anteriores, la relación de Lacan con las disciplinas afines a las que acudió para llevar a cabo importaciones fue compleja. La gramática no ha sido una excepción. En muchas ocasiones ensalzó la importancia de la misma; por ejemplo, la reprocessar psicoanalíticamente la negación; también, en el terreno de la interpretación: así, en *L'Étourdit* (1972), *op. cit.* pp. 48-49, después de situarla en el terreno del equívoco, señaló tres modalidades del mismo: el homofónico, el *gramatical* y el lógico. [Véase Korman, V. (2004), *op. cit.*, pp. 88-90]. En cambio, en el S 24, clase del 11 de Enero de 1977, afirmó:

“Es, creo yo, totalmente sorprendente que en lo que llamo la estructura del inconsciente haya que eliminar la gramática.”

Esta frase está en conexión directa con otra que aparece en una carta que le envió a Tomás Segovia, mientras éste revisaba la traducción al castellano de los *Escritos*, cuando estaba en preparación la segunda edición. Entonces, le escribió:

“Es evidente que soy responsable de que haya introducido usted a Pichon en una nota liminar; se impone una rectificación para advertir que mi discurso no toma apoyo en la gramática sino distinguiéndose de ella.” (*E I*, segunda edición, p. 16).

Aunque los motivos de esta “caída” del pedestal -en el que él mismo la había situado- merecería un análisis detallado, dejaremos de lado esa cuestión porque excede los objetivos de este trabajo.

¹⁰⁴ En *op. cit.* vol. I, p. 144 y en el artículo que ambos publicaron en 1928. Más tarde, y movido también por sus ideas chauvinistas, Pichon extremó esos comentarios en “Mort, angoisse y negation” (1947), *op. cit.* Se dejará de lado ese ensalzamiento de la lengua francesa -con la consecuente denigración de otras, que podría parangonarse a la apología que Heidegger hizo de la alemana-, para subrayar que la negación con dos términos no es exclusiva del francés; muchas otras la utilizan. Es cierto que esa característica de la negación francesa la hace diferente, por ejemplo, a la negación en castellano o en alemán, que usa un solo vocablo. En efecto, en español, el adverbio de negación suele preceder a las acciones, los procesos o las propiedades de las que se habla en un enunciado. Se trata del polo opuesto a lo que acontece en alemán, donde la frase se expresa generalmente en forma afirmativa para, al final, introducir la negación, que obliga a *resignificar retroactivamente* lo dicho.

¹⁰⁵ En la *Nueva gramática de la lengua española op. cit.*, p. 939; se hacen los siguientes comentarios sobre la negación expletiva: “La negación EXPLETIVA O ESPURIA, restringida al adverbio *no*, carece de significación, pero se añade por razones enfáticas y expresivas, como en *No nos iremos hasta que no llegues* o en *Mejor estar seguros que no lanzarse a la aventura*. No se interpretan semánticamente, en efecto, los adverbios subrayados, que pueden omitirse sin

afectar al sentido. [...] Como es un elemento espurio (por tanto, sin significado), no puede ejercer la función de inductor negativo.”

La negación expletiva poseía mayor vitalidad en la lengua antigua que en la actual. Aparecía en los complementos de varios verbos que expresan temor, duda, rechazo o impedimento, como en *Vete con Dios, que temo no nos haya escuchado Halima, la cual entiende algo de la lengua cristiana*. (Cervantes, *Amante*). Algunos de esos usos se atestiguan todavía ocasionalmente en el habla coloquial como en *Hay que evitar que no se eche a perder*.”

Otros usos expletivos del adverbio “no” en castellano se encuentran en las comparaciones de desigualdad, que son inductoras de la negación expletiva: *Igual es mejor tener la preparación para manipular un arma que no tenerla*.

El adverbio “no” es también expletivo cuando incide sobre un verbo de acción delimitada o tética incluida en el término de la preposición “hasta”: *Hasta que no comprobé el orden de los compartimientos y la numeración de los legajos no pude estar seguro*.

¹⁰⁶ En este ejemplo el monosílabo *ne* aparece reducido al fonema **n** apostrofado, porque que la palabra siguiente comienza con una vocal.

¹⁰⁷ Existen otras modalidades de negación en que se utiliza sólo el adverbio *pas*; por ejemplo *pas beaucoup* → no mucho); *pas de sucre, merci* → sin azúcar, por favor; *pas mal* → no está mal; *pas mal de monde* → bastante gente; *pas vrai* → no es verdad; *pas un* → ni uno.

¹⁰⁸ Aunque la historiografía psicoanalítica suele atribuir casi exclusivamente a René Laforgue la introducción al psicoanálisis del vocablo *escotomización*, cabe recordar que junto con Pichón fueron coautores del artículo en que se hicieron las primeras referencias a dicho mecanismo; se trataba de “La noción de esquizonoia” (1926), publicado en *Le rêve et la psychanalyse*, Malonie, p. 173. 210.

En el II, 3.4., tras examinar los diversos mecanismos de defensa en la obra kleiniana, se hizo una caracterización de la escotomización de Laforgue y se la incluyó en un estudio junto a los siguientes conceptos: negación (*Verneinung*), renegación o desmentida (*Verleugnung*) y repudio o rechazo (*Verwerfung*) de Freud y la preclusión o forclusión de Lacan. El objetivo de establecer los perfiles de estos cinco conceptos era cotejarlos con las diversas formas que adquirió la *negación* en la obra de M. Klein.

¹⁰⁹ Se presentarán cuatro citas de Lacan que aluden a la famosa frase *Je crains qu’il ne vienne*. A partir de ellas se establecieron las puntualizaciones que, en el cuerpo del texto, resumen la elaboración que él hizo sobre el *ne* discordancial y expletivo. Así, en el S 6, clase del 10 de diciembre de 1958, se refirió al “no” expletivo en estos términos:

“Ese *ne* expletivo no es un *ne* expletivo, es un *ne* absolutamente esencial para el uso de la lengua francesa, en la que se encuentra la frase *Je crains qu’il ne vienne* (temo que él venga). Cada cual sabe que *Je crains qu’il ne vienne* quiere decir “temo que él venga” y no que yo (*Je*) temo que él no venga. Pero en francés se dice *Je crains qu’il ne vienne*. En otros términos, el francés, en ese punto de su uso lingüístico toma al *ne*, en alguna parte de su errancia, si así puede decirse, de su descenso de un proceso de la enunciación donde el *ne* se ubica sobre la articulación de la enunciación, sobre el significante puro y simple, llamado en acto.

[...] Lo que quiero mostrarles es lo que nos indica la articulación que da Freud de la negación, es que implica que la negación desciende de la enunciación al enunciado. [...] es en ese plano donde se instauran las discordancias, donde algo de mi temor adelanta el hecho de que él venga y deseando que él no venga (*qu’il ne vienne pas*) puede articularse de otro modo ese *Je crains qu’il ne vienne* (temo que venga), abrochando al pasar, por así decir, ese no (*ne*) de discordancia que se distingue como tal en la negación [...].”

Tres años más tarde, en el S 9, clase del 17 de enero de 1962, insistió sobre el mismo asunto:

“Pichon destaca, no sin pertinencia, que la división, la esquizo más corriente de la negación en francés entre un *ne* por un lado y un término auxiliar *-pas, personne, rien, point, mie, goutte-*, que ocupan una posición en la frase enunciativa que queda por precisar con relación al *ne* mencionado en primer lugar, esto sugiere - particularmente al observar de cerca el uso separado que puede hacerse de él-, atribuir a una de esas funciones una función llamada discordancial [*ne*], y a la otra ^la partícula auxiliar], una significación exclusiva.

Es justamente de la exclusión de lo real que estaría cargado el *pas*, el *point*, mientras el *ne* expresaría esta discordancia a veces tan sutil que no sería más que una sombra -particularmente ese *ne* que ustedes saben que he tenido muy en cuenta al intentar por primera vez demostrar ahí algo como la huella del sujeto del inconsciente, el *ne* llamado expletivo-. (Lo que está entre corchetes me pertenece).

En *OIDL* puede leerse:

“En ‘*Je crains qu’il ne vienne*’, la infancia del arte analítico sabe sentir a través de ese giro el deseo constituyente de la ambivalencia propia del inconsciente (que cierta especie de abyección que hace estragos en la comunidad analítica confunde con la ambivalencia de los sentimientos en la que se enmohece de ordinario). ¿El sujeto de ese deseo es designado por el Yo (*Je*) del discurso? No, puesto que éste no es sino sujeto del enunciado, el cual no articula más que el temor y su objeto, pues *Je* es allí obviamente el índice de la presencia

que lo enuncia *hic et nunc*, o sea en postura de *shifter*. El sujeto de la enunciación en cuanto que su deseo se transparenta no está en otro sitio que en ese *ne* cuyo valor ha de encontrarse en un apresuramiento en lógica - así llamaremos a la función a la que corresponde su empleo en *avant qu'il ne vienne* ('antes de que venga').” (*E II*, pp. 285-286).

En el *S 7*, p. 81:

“Ya destacué ante ustedes, siguiendo la huella de Pichon, el uso tan sutilmente diferenciado en la lengua francesa de ese *ne* discordancial, mostrándoles lo que lo hace aparecer de modo paradójico cuando, por ejemplo, el sujeto enuncia su propio temor.

Temo [*Je crains*], no como la lógica parece indicarlo, que [él] venga [*qu'il vienne*] -es realmente esto lo que el sujeto quiere decir-, sino: temo que venga [*je crains qu'il ne vienne*]. Este *ne* tiene su lugar flotante entre los dos niveles del grafo que les enseñé a usar para volver a encontrar en él la distinción entre la enunciación y el enunciado. Al enunciar Temó (...) algo [*Je crains (...) quelque chose*], lo hago surgir en su existencia y a la vez en su existencia de anhelo -que venga [*qu'il vienne*]. Allí se introduce ese *ne*, que muestra la discordancia entre la enunciación y el enunciado.

La partícula negativa *ne* nace a partir del momento en que hablo verdaderamente y no en el momento en que soy hablado, si estoy a nivel del inconsciente. Es esto sin duda lo que quiere decir Freud cuando dice que no hay negación a nivel del inconsciente -pues inmediatamente después, nos muestra que hay allí una, es decir, que en el inconsciente existen todas las maneras de representarla metafóricamente.” (*S 7*, p. 81).

5

IMPORTACIONES LÓGICAS EN LA TIL

En este capítulo se estudiará el trabajo de “logización” del psicoanálisis llevado a cabo por Lacan y se mostrará con especial detenimiento cómo fue realizada esa tarea en un sector específico de su teoría: el de la identificación. En ese contexto, los productos más significativos de tal elaboración fueron: las lógicas del significante, del rasgo unario, del sujeto del inconsciente, los aspectos lógicos ligados al nombre propio, la temporalidad psicoanalítica vinculada a la retroacción y a los tiempos lógicos, los conceptos de marca, goce, real, etc. Asimismo se presentarán, aunque de manera más escueta, otros fragmentos del discurso lacaniano procesados lógicamente: la cuestión de la verdad, la noción de clase fundada en el rasgo unario, la negación, etcétera.

Además de las nombradas, otras áreas teóricas han sido objeto de tal formalización; surgieron entonces las lógicas del fantasma, la fálica, la del no-todo (ausencia del goce absoluto; no existe toda la verdad sino aquella que se dice siempre a medias), la de la sexuación, la de las estructuras clínicas, la de las relaciones amorosas, la de lo real, los cuatro discursos, etc. El objetivo de este capítulo no es realizar un examen exhaustivo de todas ellas sino mostrar las operaciones gracias a las cuales fraguó las formalizaciones lógicas de la TIL y los efectos que estas últimas tuvieron sobre las restantes áreas de la teoría lacaniana.

Estos procesamientos lógicos tuvieron repercusiones en la clínica: la cura analítica de orientación lacaniana devino un procedimiento racional y formalizado desde el momento mismo en que quedó precisada la dimensión lógica de las neurosis. La interpretación –instrumento principal de la transformación subjetiva– y la transferencia fueron consideradas también desde una perspectiva lógica.

En las próximas páginas habrán referencias a las flexiones y torsiones que introdujo en diversos enunciados, reglas, problemáticas, principios y leyes de la Lógica, para hacerlos operativos en el psicoanálisis. Habrá asimismo un espacio para los interrogantes claves que preocuparon a los lógicos de todos los tiempos.

La lógica que más ascendiente tuvo sobre Lacan fue la simbólica, cuyo inicio puede situarse a mediados del siglo XIX, aunque tuvo antecedentes en las lógicas anteriores. Los procedimientos altamente formalizados que caracterizaron a esta disciplina en el siglo XX fueron muy valorados por Lacan. Las ramas de la Lógica que más interesaron al psicoanalista francés han sido: a) la lógica proposicional; tanto la aristotélica como las posteriores; la lógica simbólica y sus diversas derivaciones, entre ellas, la de predicados o lógica cuantificacional y c) la lógica modal. Esto permite entender que los lógicos más aludidos en sus seminarios y *Escritos* fueran: Aristóteles, los estoicos, Apuleyo, Boole, Peirce, De Morgan, Frege, Russell, Peano, Cantor, Tarski, Gödel y otros más actuales como Hintikka y Kripke. Los temas mencionados en esta introducción se expondrán a lo largo de los siguientes apartados:

- 5.1. Lacan y la Lógica
- 5.2. Introducción a las formalizaciones en el psicoanálisis lacaniano
- 5.3. Lógica del significante y del sujeto (\$)

- 5.4. La *logistería* en acción
- 5.5. El cuadrante de Peirce
- 5.6. Lacan y el cuadrante de Peirce
- 5.7. Lógica, verdad y realidad. La verdad en psicoanálisis
- 5.8. Las clases desde la perspectiva lógica y su relación con el rasgo unario
- 5.9. El nombre propio
- 5.10. Tiempos lógicos y temporalidad retroactiva
- 5.11. Otros fragmentos del discurso lacaniano formalizados lógicamente
- 5.12. Recapitulación

Este capítulo cuenta con un Anexo –A₅– en el que se expondrán las nociones básicas de lógica, las formalizaciones que le son propias y se añadirán algunas notas sobre las distintas ramas de esa disciplina. Se harán también menciones especiales a los lógicos y matemáticos citados por Lacan en sus seminarios. El conjunto expone los elementos básicos de lógica necesarios para el entendimiento de la logización del psicoanálisis propuesta por Lacan. El anexo constituye una unidad en sí mismo y puede ser leído indistintamente antes o después de este capítulo; ambos se complementan. Contiene referencias sobre todos los matemáticos y los lógicos que se mencionarán en las próximas páginas; sobre cada uno de ellos habrá comentarios que los sitúan en su época; también, sobre sus obras y aportes fundamentales.

5.1. Lacan y la Lógica

Si se sigue con detenimiento las citas de los lógicos que hizo en sus seminarios y se atiende especialmente a los comentarios posteriores a dichas alusiones, se constatará que los vínculos de Lacan con esta disciplina fueron complejos, multifacéticos, sembrados de paradojas, plenos de acercamientos y de críticas. Pero, ¿por qué esta relación tan peculiar? ¿Por qué se mantuvo tan cerca de una disciplina a la que sin embargo no dejó de criticar constantemente y denunciar por sus intentos de suturar la división del sujeto?¹ ¿A título de qué alguien como él, que hizo suya la idea freudiana de la no vigencia del principio de contradicción en el inconsciente, que destituyó el principio de identidad para el significante, o que restringió la validez del principio del tercero excluido –esenciales todos ellos en lógica–, siguió apelando a dicha disciplina, importando hasta las postrimerías de su vida y obra, algunas propuestas lógicas hacia su propio campo? Se intentará dar respuestas a estos interrogantes, en los dos módulos siguientes:

- 5.1.1. Relación friccionada con la lógica
- 5.1.2. El lenguaje formalizado y los matemáticos. Filtrados de la lógica

5.1.1. Relación friccionada con la lógica

Una parte importante de sus menciones a la lógica estuvieron dedicadas a poner de relieve los fundamentos de dicha disciplina y la utilidad de sus aproximaciones formalizadas para los asuntos que él trataba en sus seminarios. Con frecuencia, tales elogios solían continuarse en críticas. Sin embargo, en tanto apuntaba a desarrollar otra lógica –la del inconsciente– no pudo ni quiso rechazarla de plano. De ahí las refriegas y los vínculos espasmódicos con ella. Veámoslo a través de una cuestión puntual: es sencillo constatar que tanto la Lógica como el psicoanálisis utilizan el lenguaje. Esta aproximación entre ambas queda rápidamente contrarrestada en tanto operan con concepciones dispares sobre el habla, sobre el lenguaje y sobre las relaciones del sujeto con ambos. El sujeto de la Lógica es bien diferente al del psicoanálisis; ella ignora la división subjetiva y, como correlato de ese desconocimiento, piensa que la persona tiene en el habla una capacidad más y, en tanto tal, la suma a sus restantes aptitudes. No deja de considerar la importancia del lenguaje en tanto herramienta fundamental para el razonamiento; es más, la Lógica ha creado sus propios lenguajes, tal como se puede constatar fácilmente abriendo cualquier tratado de esa disciplina; también se lo corroborará en algunos ejemplos que serán presentados en este capítulo y en el anexo

al mismo. Por otra parte, varias secciones de la Lógica se han ocupado específicamente del lenguaje; las tres ramas de la semiótica, sin ir más lejos: semántica, sintáctica y pragmática. Pero siempre persistió una diferencia fundamental: para el psicoanálisis hablar no es una facultad más del humano ni el habla un mero instrumento de comunicación: el lenguaje, la palabra, es constituyente del *esebarrado*. El sujeto del inconsciente, efecto de la identificación por el significante, es un engendro del lenguaje que queda sometido a él para siempre. Es conocida la propuesta lacaniana sobre la alienación del \$ en el lenguaje. El neologismo *parlêtre* –hablanteser– creado por el psicoanalista francés no es sinónimo de *ser-que-habla*; no equivale a la idea de un ser que, entre otras capacidades, tiene la de emitir vocablos articulados y entendibles por otros; el término hablanteser nombra a un *ser-hecho-de-palabra* que, por eso mismo, es ser de goce: *ser que hablando goza*. Esta últimas cuatro palabras pueden ser otra caracterización del *esebarrado*. Este último fue concebido por Lacan como una entidad lógica, según se verá en III, 9.4.16.

Las manifestaciones del inconsciente, la sexualidad, el fantasma, el deseo y el goce –cruciales en psicoanálisis y desconocidos por la Lógica– fueron considerados por Lacan efectos de la palabra. Estas diferencias sustanciales entre ambas disciplinas quizá permitan entender porque en psicoanálisis, más específicamente, en lo inconsciente impera otra lógica. “La otra escena” se muestra refractaria al principio lógico de la no contradicción. Lacan hizo extensiva esta última afirmación a gran parte del psicoanálisis y acabó logizándolo con el estilo que le fue propio.

Pero, ¿se trataba de una nueva lógica o de una formalización de fragmentos de su teoría? Una pregunta incluso previa: ¿para qué otorgar consistencia lógica al psicoanálisis? ¿Es eso necesario? ¿Imprescindible? Estos interrogantes crean una nueva ocasión para considerar el ya comentado carácter paradójico de las relaciones entre Lacan y la Lógica. Si ésta desconoce lo que para el psicoanálisis es crucial –entre otras: la división subjetiva–, ¿para qué recurrir a ella? La respuesta del psicoanalista francés fue clara, contundente. La fundamentó en la siguiente tesis: el inconsciente no es de orden psicológico sino lógico. Si esto es válido para el concepto fundamental del psicoanálisis, puede entenderse la aplicación de ciertos principios y métodos lógicos a otros articuladores teóricos relacionados con el anterior: significante, sujeto, objeto *a*, fantasma, estructuras clínicas, amor de transferencia, goce, sinsentido, temporalidad, etc. Lógica inacabada –es cierto– pero lógica puesta al servicio de remontar o contrarrestar la sutura de la escisión psíquica, la reunificación del sujeto, que desde múltiples campos se lleva a cabo.

Lacan aprovechó lo que consideraba utilizable de la Lógica –básicamente sus instrumentos y su método de formalización– para construir una teoría psicoanalítica *intrínsecamente* lógica, tarea en la que empeñó gran parte de su vida y obra. Llevó a cabo un “ultra-filtrado” de la lógica, una apropiación más transformación –A+T, siguiendo con la abreviatura propuesta para este trabajo– de la Lógica que acabó otorgando una estructura lógica a su discurso. Tras esas importaciones, la Lógica devino *logistería* y quedó al servicio del *esebarrado*.^{2*} La *logistería* sirve y opera sólo en el campo psicoanalítico y tiene como una de sus piezas fundamentales a la teoría formal del significante y del \$, con sus derivaciones hacia el resto de conceptos psicoanalíticos. Lacan la empleó para crear un nuevo discurso psicoanalítico; un discurso lógico sobre una experiencia específica: la del inconsciente. Será por los tropiezos del habla en la asociación libre o a través de las formaciones del inconsciente que se manifestará bajo transferencia –y de forma intempestiva– un *sujeto* (en los varios sentidos del término) sometido a esa lógica: la de los sin-sentidos aparentes, que acabarán cobrando significación. Al analizante se le impondrá una nueva responsabilidad ética: hacerse cargo de su inconsciente. Las verdades que descubra serán *sus* verdades, las que le transformarán en tanto sujeto y serán, por supuesto, distintas a cualquiera de las tablas de verdad que los lógicos construyeron.³

5.1.2. El lenguaje formalizado y los matemas. Filtrados de la Lógica

El primer paso de la construcción lógica de su discurso consistió en concebir lógicamente al significante, al inconsciente y al sujeto a él atribuido –*el esebarrado*–; más tarde le tocó el turno al objeto *a* y al fantasma (véase *infra*, 5.3). Al final, buena parte de su teoría quedó logizada y apta para ser transmitida mediante sus matemas –escrituras formalizadas que, por ser letras o símbolos

vaciados de contenidos, fueron considerados por Lacan como enteramente trasmisibles—. Este lenguaje formal le permitió condensar ideas; sus fórmulas, al ser productos de alta densidad, le permitieron presentar y articular un conjunto de conceptos, relaciones y propiedades mediante unas pocas notaciones. Gracias a los matemas —que no son abreviaturas ni inscripciones taquigráficas— escribió las estructuras que están en juego en algunos fragmentos del discurso psicoanalítico. Consideraba a la formalización matemática como “nuestro objetivo y nuestro ideal”.⁴ Le interesaba una articulación racional de la teoría psicoanalítica y una adecuada transmisión de la misma. Juzgaba que el lenguaje formalizado, sobre todo el de la lógica simbólica (o matemática) —el de mayor sofisticación— era el medio más idóneo para tales fines; gracias al mismo se podrían evitar los obstáculos que lo imaginario siempre genera en la transmisión del psicoanálisis o en la presentación de sus experiencias. También afirmó que con esos recursos se podría transmitir la teoría de una manera más estricta y económica. Respecto de tales objetivos puede trazarse un cierto paralelismo entre Frege y el psicoanalista francés: ambos propusieron lenguajes nuevos para exponer lo que se procesaba en sus respectivos campos.

Lacan “filtró” la Lógica; la hizo pasar por el cedazo psicoanalítico y se quedó con aquello que le interesaba para otorgar una cierta consistencia lógica a sus elaboraciones. Luego devolvía lo que para él era superfluo con las consabidas críticas, que no eran sino otras formas de argumentar —*a contracorriente*— en favor de sus propios postulados. Conocer estos rechazos es otro modo de aproximarse a su pensamiento. Así, enjuició la manera en que la Lógica procesaba la verdad; reprobó que los lógicos, en su inmensa mayoría, concibieran implícita o explícitamente un orden simbólico completo y carente de fallas —como se verá enseguida negó la existencia de metalenguajes y se opuso a la noción de universalidad del discurso de De Morgan—; enjuició los presupuestos lógicos que partían casi siempre de un Otro sin barrar, etc. Por el contrario, no dejó de considerar interesantes algunos aspectos de las producciones de los lógicos que eran cónsonos con sus ideas. Por ejemplo: el teorema de la incompletud de la aritmética de Gödel; el descubrimiento por parte de B. Russell de la ausencia de consistencia o, a la inversa, la presencia de contradicciones y paradojas en los sistemas de Cantor y Frege; las ecuaciones de incertidumbre de Heisenberg; las críticas a la universalidad del tercero excluido que hizo Brower; las tesis sobre la indecidibilidad de Church y Tarski⁵. Todos ellos propusieron, en el territorio de la lógica y de las ciencias llamadas exactas, ideas que entraban en resonancia con la incompletud, con el no-todo o con el Otro barrado, nociones centrales en la teoría de Lacan.

Esta criba constante produjo en sus relaciones con la lógica aquello que, en lenguaje corriente, se suele decir: “una de cal y una de arena”. Así, su afirmación “*no hay metalenguaje*” implicaba una crítica a Alfred Tarski, que había postulado la idea contraria; es decir: no sólo la posibilidad sino la imperiosidad de crear un lenguaje artificial sin fallas, para resolver ciertos problemas lógicos. En cambio sintonizó con él en lo referente a la indecidibilidad y a la relativización de la validez de los principios lógicos básicos antes aludidos.

Otro ejemplo del procesamiento lógico de Lacan: Augustus De Morgan (1806-1871) había propuesto la idea de un conjunto universal, completo; estas ideas estaban justo en la antípoda de lo que sostenía el psicoanalista francés: la no existencia de un universo de discurso; de ahí que el Otro aparezca habitualmente cruzado por una barra en sus textos. El conjunto de significantes no constituye un todo, no forma un Uno; por eso Lacan lo designó Otro y, además, barrado: \bar{A} . Sin embargo, esta crítica no le impidió tomar de De Morgan su noción de *negación complementaria* y hacer uso de ella — $A+T$ mediante— en el *S 14* y el *S 15* (Véase *A5.11.1*). En ambos seminarios aplicó esta negación al *cogito* cartesiano y formuló el *vel* alienante de un modo diferente a como lo había hecho anteriormente, en el *S 11*. En este último, el *vel* se planteaba en términos de “ser o sentido”; en los dos seminarios posteriores el *cogito* fue reformulado como *vel*: “o yo no pienso o yo no soy”. Esta aseveración dio pie a otras dos versiones: “*yo no pienso allí donde soy*” y “*yo no soy ahí donde pienso*” quedó incluido en el vértice superior derecho del esquema cuaternario que utilizaba por entonces.⁶ Este giro le permitió introducir dos articulaciones novedosas:

- Entre el objeto *a* (en su dimensión de goce) y el ser.
- Entre el objeto *a* y $-\phi$. Por esta vía se incluyó el falo y la castración en dicho grafo.

Otra operación de destilación: Lacan valoró especialmente de Frege la creación de una escritura ideográfica y la manera que tuvo de entender la lógica, que superó con creces –al optar por un camino distinto– los avances que había realizado su predecesor, G. Boole. Sin embargo, no comulgó con el ideal fregeano de construir un lenguaje puro, que expurgara los sobresaltos y ambigüedades del ordinario. Lacan, se sabe, no desdeñó los equívocos ni las imperfecciones del lenguaje común.

Estos ejemplos –pequeños botones de muestra– indican que no hubo enseñanza de Lógica en sus seminarios sino presencia de la misma en la edificación de su teoría. Utilizó las categorías y el *modus operandi* de esa disciplina en la construcción de su discurso, que acabó articulado lógicamente.

Conviene insistir: Lacan no acudió a la lógica en tanto instrumento para organizar racionalmente –en un tiempo segundo– su teoría. Tampoco apeló a ella para que viniera a dar vida a sus conceptos. Creó un psicoanálisis logizado; la lógica es intrínseca al discurso lacaniano; está presente en sus intersticios, en su manera de aproximarse a los conceptos. Esto otorgó una consistencia interna de nuevo tipo a su teoría, pero esa lógica no conforma un cuerpo homogéneo que se pueda recortar o extraer ni menos aún instituirlo en objeto de estudio de una disciplina específica. Son formalizaciones estrictamente psicoanalíticas y por lo tanto válidas únicamente en la teoría y praxis que le son propias; no se trata de una nueva lógica sino de una logización del discurso psicoanalítico, que giró siempre en torno a su objeto: el inconsciente, *elosebarrado*, en tanto efecto del significante. Tal sujeto sólo puede aprehenderse en un contexto: la sesión analítica. Es únicamente allí, bajo transferencia y en asociación libre, dónde puede hacerse la experiencia de su existencia, dónde se aprecia sus manifestaciones en los síntomas y demás formaciones del inconsciente.

A manera de síntesis puede decirse que la lacaniana es una teoría psicoanalítica articulada lógicamente, aunque no de igual manera ni con la misma intensidad en todas sus regiones; tan sólo unos pocos fragmentos de la misma quedaron fuera de esta empresa formalizante.

5.2. Introducción a las formalizaciones en el psicoanálisis lacaniano⁷

El empuje formalizante de Lacan fue muy intenso y prolongado; lo realizó no sólo con aportes de la Lógica sino también con los de la lingüística, matemáticas, topología, etc. Los senderos que llevaron desde la lingüística hacia las restantes formalizaciones se iniciaron en los años sesenta y marcaron las últimas dos décadas de la producción de Lacan. En la etapa final de su obra se produjo una convergencia sinérgica de las formalizaciones con puntos de partida en las cuatro disciplinas recién nombradas. En ese derrotero fue reelaborando muchos de sus conceptos, pero sin duda, el de *elosebarrado* y la tópica de los tres registros lo fueron constantemente. La clave de bóveda de este edificio fue la lógica del significante.

Las primeras actuaciones en el proyecto de formalización del psicoanálisis se detectan ya en 1945: *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipado. Un nuevo sofisma*. Los jalones posteriores –y decisivos– fueron: *La subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano* (1960), los seminarios *La identificación* (1961-1962), *Lógica del fantasma* (1966-1967), *Acto psicoanalítico* (1967-1968), *El envés del psicoanálisis* (1969-1970), *...o peor* (1971-1972), *Aún* (1972-1973), *RSI* (1974-1975), *Le Sinthome* (1975-1976) y el escrito *L'étourdit* (1973).

El periodo 1961-1981 estuvo signado por las formalizaciones lógicas, matemáticas y topológicas. A las lingüísticas, producidas entre 1953 y 1961 –metáfora y metonimia, esquemas, grafos, lógica del significante–, se añadieron los matemas del comienzo y fin del análisis, los nudos borromeos, la lógica del fantasma y de la psicosis, las fórmulas de la sexuación, la de lo Real, los cuatro discursos, la topologización del sujeto, la lógica del inconsciente, etc. Éstos han sido los hitos más significativos de ese camino; por él transitaron –a grandes rasgos y con predominios relativos– las cuatro modalidades de formalizaciones antes referidas. No pueden establecerse etapas estrictas: hubo superposiciones y coexistencias temporales: las primeras fueron, básicamente, lingüísticas; siguieron las relacionadas con las superficies topológicas (banda de Möbius, toro,

botella de Klein, *cross-cap*) y las lógicas. Por último: las matemáticas, las producidas en torno a los nudos borromeos y las importaciones desde la lógica modal. En tanto esta secuencia no tuvo límites temporales precisos, a medida que pasaban los años se fueron generando solapamientos y convergencias de las mismas. El debate con la filosofía tuvo una presencia permanente durante este recorrido, pero esta disciplina no se ha caracterizado por su tendencia a la formalización. Por otra parte, las ciencias sociales, tan recurridas por Lacan en los inicios de su enseñanza, perdieron definitivamente el lugar preferencial.

En la década de los años sesenta ya había forjado los siguientes matemas⁸ y operadores lógicos: sujeto ($\$$), Otro barrado y sin barrar (\bar{A} y A), pequeño otro y su imagen [a e $i(a)$], deseo (d), demanda (D), pulsión ($\$ \langle D$), objeto a , fantasma ($\$ \langle a$), cadena significativa (S_1-S_2), las fórmulas de la metonimia: $f(S \dots S') S \cong S (-) s$, de la metáfora: $f\left(\frac{S'}{S}\right) S \cong S (+) s$ y de los cuatro discursos. También forjó el algoritmo del Sujeto supuesto Saber (S.s.S.), presentado en la *Proposición del 9 de octubre de 1967*:

$$\frac{S \rightarrow (S', S'' \dots)}{s \dots (S', S'', S''' \dots S^n)}$$

y la formalización correspondiente a la metáfora paterna:

$$\frac{\text{Nombre-del-padre} \cdot \text{Deseo de la Madre}}{\text{Deseo de la madre}} \rightarrow \text{Nombre-del-padre} \left(\frac{A}{Falo}\right)$$

Según afirma Miller, J.-A. (1981) en “Algoritmos del psicoanálisis” estos y otros matemas

“[...] simulan una ciencia que en modo alguno consuman. [...] Siguen estando no sólo atornillados a *lalengua*, sino que son indisociables del estilo propio de aquel que sigue siendo su autor y que tan pronto se jacta de ello como lo deplora.” (*Ornicar* N° 2, Editorial Petrel, Barcelona).

En esta trayectoria formalizante, *La identificación* (1961-1962) puede ser calificado de seminario crucial, porque inició movimientos de confluencia: en él se integraron los desarrollos psicoanalíticos que derivaron del estructuralismo y de la lingüística con los implantes desde la lógica simbólica (Frege, el cuadrante de Peirce, las paradojas de Russell, teoría de conjuntos, por ejemplo) y los provenientes de las operaciones sobre superficies topológicas (banda de Möbius, toro, botella de Klein, *cross-cap*). Mediante estas confluencias se iniciaron las articulaciones precisas y sistemáticas entre la estructura lógico-topológica del sujeto y la del significante, cosa que supuso un espaldarazo para la producción teórica subsiguiente. El recurso a la topología y a la lógica, central en este seminario y en los siguientes, puede ser visto retrospectivamente como un giro epistemológico de primer orden en la obra de Lacan.

Con la identificación como tema central, continuó trabajando sobre las distintas facetas del $\$$. Hubo, entonces, continuidad y cambio en el andamiaje conceptual creado en la década 1950-1960: en el S_9 afinó la teoría del significante y, subsidiariamente, la de su relación con el *esebarrado*; subrayó su singularidad (cada sujeto es, estrictamente hablando, único), trabajó lógicamente la articulación del mismo con el *objeto a* en el fantasma, reprocesó los modos de relación del sujeto con el Otro y con los objetos, reafirmó su carácter deseante y puso en evidencia la dinámica peculiar que articula el deseo y la demanda del sujeto con el deseo y la demanda del Otro. Hubo también consideraciones de notable importancia sobre el rasgo unario, el nombre propio, la repetición, el enunciado y la enunciación, la negación, la privación, la frustración, la castración, etc. A partir de estas elaboraciones quedó establecida la mancomunidad de las siguientes expresiones: sujeto barrado, sujeto del deseo, sujeto del inconsciente, sujeto de la repetición significativa, sujeto de la represión, sujeto dividido, sujeto de la falta, castración del sujeto, etc. La tópica de lo imaginario abandonó el centro de la escena, que fue ocupado por el registro simbólico. Los desarrollos sobre lo real estaban aun por llegar.

El S_9 inició también el tramo intermedio del recorrido formalizante. Allí aparecieron –además de las superficies topológicas–, las primeras citas del lógico Charles S. Peirce, cuyas ideas

serán consideradas en 5.5. En los dos lustros que duró esta segunda etapa hubo enriquecimientos de la teoría lacaniana mediante importaciones de ambas disciplinas y también de la filosofía. Las A+T desde dichos campos fueron muy significativas.^{9*} Con los aportes de la lingüística, lógica, matemáticas, topología, antropología y filosofía, el psicoanalista francés introdujo inflexiones significativas en los conceptos freudianos. Seminario tras seminario fue redefiniendo todas las categorías metapsicológicas heredadas. Su empeño logizante no se detuvo: continuó con la formalización de la función del analista y precisó en qué consiste esa especie lógica encargada de soportar e interpretar la transferencia. Esta última fue también formalizada: el S.s.S. (Sujeto supuesto Saber), que devino fundamento transfenoménico de la transferencia y fue considerado una consecuencia lógica de la puesta en marcha de la asociación libre por parte del analizante. Tras la escritura algebraica de los cuatro discursos en *El envés del psicoanálisis* (1969-1970) se alcanzó el punto culminante en el seminario *Aun* (1972-1973), con el planteamiento de las fórmulas de la sexuación.

A partir de esos años se produjo un giro relevante en la empresa de logización; más que una simple acentuación del proyecto se registró un salto. A resultas del mismo se conformó una teoría estructural e hiperformalizada del sujeto, depurada de todo lastre psicológico.¹⁰ Esto supuso una radicalización del carácter formal del significante: se estableció una metateoría del mismo. Desde entonces las distancias con el significante sassureano, si ya eran enormes, se volvieron abismales; igualmente, las diferencias entre el concepto lacaniano de batería significante inconsciente y el de huellas mnémicas de Freud. El \$, matema lacaniano por excelencia, resultado del procesamiento llevado a cabo con ideas provenientes de varias disciplinas, vio reforzada su condición de entidad lógico-matemática por depuración (o expurgación) de aquellas consideraciones no formalizadas sobre el mismo que todavía podían encontrarse en sus primeros seminarios, y que lo mantuvieron relativamente próximo a la idea de ser humano, aunque pensado mediante categorías metapsicológicas.

Estos movimientos teóricos no carecían de aspiraciones: por entonces –comienzo de la década de los años setenta– Lacan empezó a plantear que las formalizaciones por él creadas podrían venir en auxilio de la Lógica –también de la filosofía– para ayudarles a redefinir sus propios campos, gracias a lo que su psicoanálisis proponía: “hacer funcionar por medio de símbolos la relación sexual”.^{11*} Hubo un claro intento de invertir la dirección de las importaciones: no más trasvases de esas disciplinas hacia la teoría lacaniana sino al revés. Se las instó a repensar sus fundamentos a partir de lo que él –y el psicoanálisis en general– habían puesto en evidencia: el inconsciente, la división del sujeto y la lógica de la sexuación. El proyecto fue más ambicioso todavía: refundar el pensamiento –entiéndase bien: no sólo el psicoanalítico– sobre nuevas bases: las que él formulaba. En los últimos años de su enseñanza (1972-1981) continuaron las A+T desde el discurso lógico-matemático aunque la topología nodal hizo una aparición fulgurante. El proyecto de formalización implicó, en esos precisos momentos, una triple transición:

- desde la axiomática del deseo –predominante en los años cincuenta y sesenta– hacia una axiomática del goce;
- desde una estructura en la que se reconocían los tres registros a los tres registros como estructura;
- desde las jerarquías otorgadas sucesivamente a lo imaginario, a lo simbólico y, por último, a lo real, a la homogeneización de los tres registros, sin predominio de uno sobre otros.

La cadena borromea –morada del *hablanteser*– permitió articular de manera novedosa los tres registros, los goces –fálico y Otro–, el objeto *a*, el falo simbólico; también al ternario freudiano inhibición-síntoma-angustia, al síntoma y al *sinthome*.¹²

Aquellos que dicen haber seguido a Lacan “hasta sus últimas consecuencias” vieron en el conjunto de formalizaciones de su obra los indicadores patentes de una revolución del psicoanálisis, un intento logrado de refundación del mismo sobre nuevas bases, mediante disciplinas a las que Freud, por razones históricas, no tuvo acceso.

Esta visión panorámica de la obra de Lacan contrasta marcadamente –como no podría ser de otra manera, tratándose de una producción original– con lo que mostraría una mirada de conjunto sobre las de Freud y M. Klein. El vienés desarrolló sus conceptos metapsicológicos fundamentales durante las primeras dos décadas de su práctica clínica (1900-1920) para luego interesarse en la problemática social y de la cultura, tal como fue señalado en III, 3.1. *El malestar en la cultura* (1930 [1929]) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-1938]) fueron los últimos hitos del recorrido freudiano. Sin embargo este movimiento, por más importante que haya sido, constituyó una producción de extensión del psicoanálisis clínico; fue lógica y cronológicamente posterior a sus elaboraciones metapsicológicas. Freud se refirió a ellas utilizando la calificación genérica de *psicoanálisis aplicado*. Aunque el centro de sus reflexiones en esos artículos fueron los lazos entre el sujeto y la civilización, no dejó de hacer en ellos consideraciones sobre la neurosis. Cabe consignar –como reafirmación de lo recién dicho– que incluso durante este mismo lapso siguió elaborando textos de innegable contenido y repercusión clínica: *Análisis terminable e interminable* (1937), *Construcciones en psicoanálisis* (1937), *Esquema de psicoanálisis* (1938), *La escisión del yo en el proceso de defensa* (1938), etc.

El recorrido de Lacan fue muy diferente. Partió de las formulaciones del “último Freud” y asentó su enseñanza sobre ellas: segunda teoría de las pulsiones, segunda tópica, teoría estructural de la identificación y consideraciones sobre el malestar en la cultura. Esta red teórica heredada daba por sentada la influencia de un entorno social y familiar estructurante de lo psíquico: clara apuesta por lo relacional y ambiental, en oposición franca al endogenetismo e instintivismo que caracterizó –en términos generales– a buena parte de los analistas de orientación kleiniana.¹³ Fue dentro del marco de su *retorno a Freud* donde tejió sus reelaboraciones formalizantes de los conceptos metapsicológicos que había recibido; puso en evidencia lo que consideró *estructuras de lenguaje* en los textos freudianos. Todas ellas fueron subsumidas, paso a paso, en una lógica del significante. Un lenguaje y un modo discursivo nuevos, con elementos lingüísticos, lógicos, matemáticos, topológicos, filosóficos, antropológicos sustituyeron –poco a poco– la modalidad expositiva freudiana. También cambiaron los contenidos y la orientación de aquello que se afirmaba. Con ese instrumental Lacan forjó las nuevas concepciones sobre el inconsciente, el sujeto y el significante expuestas en páginas anteriores. Estas elaboraciones se reflejaron especialmente en los seminarios y escritos reseñados al comienzo de este capítulo, aunque también se hicieron presentes y se esparcieron en todos los rincones de su producción de la década 1970-1980. La propuesta clínica derivada de estos cambios teóricos fue también diferente de la freudiana y kleiniana. De este procesamiento personal de lo heredado más las aportaciones propias resultó que –a la inversa de Freud– el psicoanálisis clínico terminó siendo para Lacan el psicoanálisis aplicado por excelencia.¹⁴

5.3. Lógica del significante y del sujeto (\$) ^{15*}

El recurso de Lacan a la Lógica ha de entenderse dentro del siguiente marco: el sujeto de inconsciente (\$) fue concebido como una entidad lógico-formal. Por lo tanto, para percibir su funcionamiento, fue –y sigue siendo– imprescindible adoptar una perspectiva lógica.¹⁶ Los conceptos de sujeto del inconsciente y significante son capitales en la teoría lacaniana y constituyen el lugar de cruce de todas las líneas de fuerza de su concepción. En la praxis sucede otro tanto; el psicoanálisis clínico apunta a poner de relieve al \$; la asociación libre fue reformulada por Lacan en términos de despliegue de la cadena de significantes del analizante; las intervenciones del analista –interpretación, escansión, puntuación, etc., fueron consideradas intrusiones de significantes que provocan una transformación subjetiva. Por otra parte, el significante requiere también de un punto de vista lógico para que sea entendida su función en la teoría y en la clínica lacaniana. Convendrá tener presente que la relación significante/significado, tal como Lacan la pensó y escribió –S/s– era un algoritmo; suponía, por lo tanto, una formalización y un funcionamiento acorde con ese carácter. Tales características le diferenciaron de la lingüística.

Miller, J.-A., (1981); *op. cit.*, afirmó al respecto:

“Lógica del significante como sintagma es un verdadero pleonismo. Hablando estrictamente sólo hay lógica del significante; toda lógica implica en sí misma una desvalorización del significado, por esta razón una formalización lógica, en el sentido de Lacan, le es indispensable al psicoanalista.

La desvalorización del significado que implica toda lógica se observa ya en la lógica antigua, se observa desde los albores de la Lógica. Sin embargo, dicha lógica antigua, allí reside la diferencia con la nuestra, sigue aún atada a la gramática, y por ende, atada a la lengua, a la lengua hablada.” (*Matemas II, op. cit.*, p. 8).

Al ser S/s una formalización, no haría referencia a ningún significante ni significado singular, propios de algún sujeto particular; se trataría de elementos vacíos de contenido y, por ende, la S sería capaz de representar a cualquier significante de cualquier sujeto. Lo mismo puede decirse de la s, que representará a cualquier significado específico. El algoritmo era una generalización; esa simbolización permitía aludir, en un segundo tiempo, los significantes y significados propios y exclusivos de cada sujeto singular. Esas letras operan a la manera de las S y P de las proposiciones lógicas antiguas del tipo: *Todas las S son P; Alguna S es P, Alguna S no es P*, etcétera. Hoy, a la luz de la lógica simbólica, esas formalizaciones devinieron básicas, elementales.¹⁷

S/s es asimismo un algoritmo porque al operar sobre cualquier palabra produce una bipartición: significante y significado. Pero, para Lacan, no se trataba de una divisoria paritaria; él siempre planteó la preeminencia del significante sobre el significado. Justamente esa jerarquía del primero en detrimento del segundo hizo más estrecha su relación con la lógica, porque, a diferencia de la lingüística, ella no tiene en cuenta los efectos de significado, le importa especialmente el significante en estado puro, en tanto carente de significación precisa. De ahí también que Lacan atendiera al modo de operar de la cibernética.

Al no centrarse en el significado, la lógica del significante revela con mayor precisión al sujeto. Esto es así, por que la barra del algoritmo que separa al significante del significado representa a la represión; por lo tanto, el significado está reprimido y habrá que descubrirlo. La presencia de la barra en este algoritmo –represión– pone obstáculos a la significación. Para sortear estas resistencias el psicoanalista propone al analizante la asociación libre. Pero, para que esta invitación no devenga un ritual vacuo, se exige partir del principio de que el significante, en el contexto de la sesión, no significa nada *a priori*. Esto posibilita la escucha de la cadena de significantes asociados para, *finalmente*, descubrir alguna significación propia del sujeto. Si esto sucede, seguramente ocurrió, concomitantemente, un levantamiento puntual de la represión. Los significantes no tienen en psicoanálisis el mismo funcionamiento que en un diálogo corriente: no están abrochados a significados predeterminados.

* * * * *

La teoría del significante atravesó de un extremo a otro la obra de Lacan y conformó una de las líneas conceptuales principales de la misma. Fue además el lugar privilegiado por donde se conectaba el pensamiento lacaniano con la lingüística, con la lógica simbólica y la topología. Asimismo, constituyó el pilar fundamental de la TIL. El significante, tras ser importado de la lingüística se articuló con la Lógica. El inconsciente devino tributario de la lógica del significante. El punto culminante de esta transmutación consistió en llevar lo diferencial (el significante es el soporte de la diferencia, es lo que los otros no son) hasta consigo mismo: $a \neq a$, en clara ruptura con el principio de identidad leibniziano. La conmovición de la lógica clásica por parte de Lacan ya estaba en marcha. Anulado lo *ídem* a sí mismo, este significante se convirtió en "padre" de un nuevo sujeto: \$, sujeto del inconsciente, barrado por la represión, dividido, articulado al deseo en el fantasma. Propulsado a lo diferencial –ningún significante es idéntico ni siquiera a sí mismo–, condenado a unirse siempre a otro(s) significante(s), fue despojado de toda referencia exterior y quedó sometido a los mecanismos formativos de las metáforas y metonimias inconscientes. En *ILIF* Lacan sostuvo que la experiencia psicoanalítica permitía descubrir en el inconsciente toda la estructura del lenguaje. Asimismo, subrayó la capacidad de este último para ordenar lo real.¹⁸

Los seminarios *El reverso del psicoanálisis* (1969-1970), *De un discurso que no fuese semblante* (1970-1971), *...o peor* (1971-1972), *El saber del analista* –recopilación de clases pronunciada en el hospital Sainte Anne en 1971-1972, los escritos *Lituraterre* (1971) y *L'étourdit*

(1973), las alocuciones *Radiofonía* y *televisión* (1970) fueron los siguientes hitos de la lógica del significante. Supusieron nuevas reflexiones sobre la letra, el significante, el lenguaje— sus raíces en el sujeto; sus relaciones con los tres registros —considerados en esta época como mansión del *hablanteser* o mansión de lo dicho— y lo que dio en llamarse los cuatro discursos.

“No es cuestión de acreditar una `primacía´ de la letra respecto del significante pero, entre el goce y el saber la letra hará de litoral... [...]” (S 18, clase del 12 de mayo de 1971).

Los neologismos *lingüisterie* —lingüistería—, *lalangue* —lalengua— y *parlêtre* —hablanteser— surgidos en esos años se inscriben en la misma línea: articulación de las lógicas del inconsciente, del sujeto y del significante. El inconsciente fue entonces definido como un saber hacer con *lalengua*. Otro neologismo —*hablanteser*— implicaba: un ser que está hecho de palabras, que goza, que carece de esencia, que tiene una existencia fugaz, evanescente y que está ligado a la enunciación. Antes y después de hacer acto de presencia está eclipsado. Los cuatro discursos, aparecidos por vez primera en *El reverso del psicoanálisis* (1969-1970) mostraron al significante operando en lo social, donde el goce también está presente. Lo acontecido en este corto aunque productivo período significó otorgar nuevas facetas a enunciados tales como “no hay Otro del Otro” y “no hay metalenguaje”: no hay llave del lenguaje en algo exterior al mismo, él genera sus propias verdades. El conjunto muestra la desnaturalización del significante saussureano a favor del significante *lingüistero* y *logistero*. El procesamiento lógico del mismo lo implantó definitivamente en *su* psicoanálisis. El significante, haciendo honor a su carácter: —ser el mismo pero distinto a la vez— fue adquiriendo nuevas facetas en cada una de las problemáticas que Lacan fue abordando.¹⁹

Por entonces —década de los años sesenta y comienzo de los setenta—, buena parte de los conceptos freudianos habían sido ya reformulados a la luz de la teoría del significante; cosa que dio pie a una nueva manera de pensar las formaciones del inconsciente. En *RyT* (1970) reafirmó que la lengua es la condición del inconsciente y que éste es, a su vez, condición de la lingüística. El conjunto sentó las bases de lo que Lacan denominaba “*lógica elástica del significante*”²⁰, que quedó dispersa a lo largo y ancho de su obra.

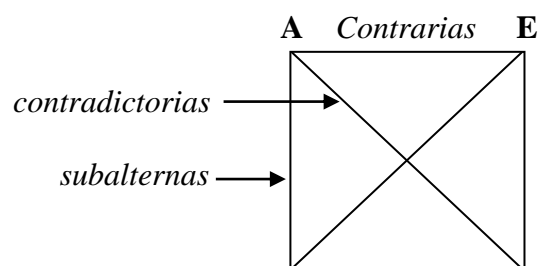
En tanto el significante era primero respecto del sujeto, la lógica de éste devenía subsidiaria de la lógica de aquél. La concepción lacaniana del significante coadyuvó a la subversión del sujeto y situó a este último en una posición claramente diferente a como lo había pensado tradicionalmente la filosofía.²¹

5. 4. La “*logisteria*” en acción

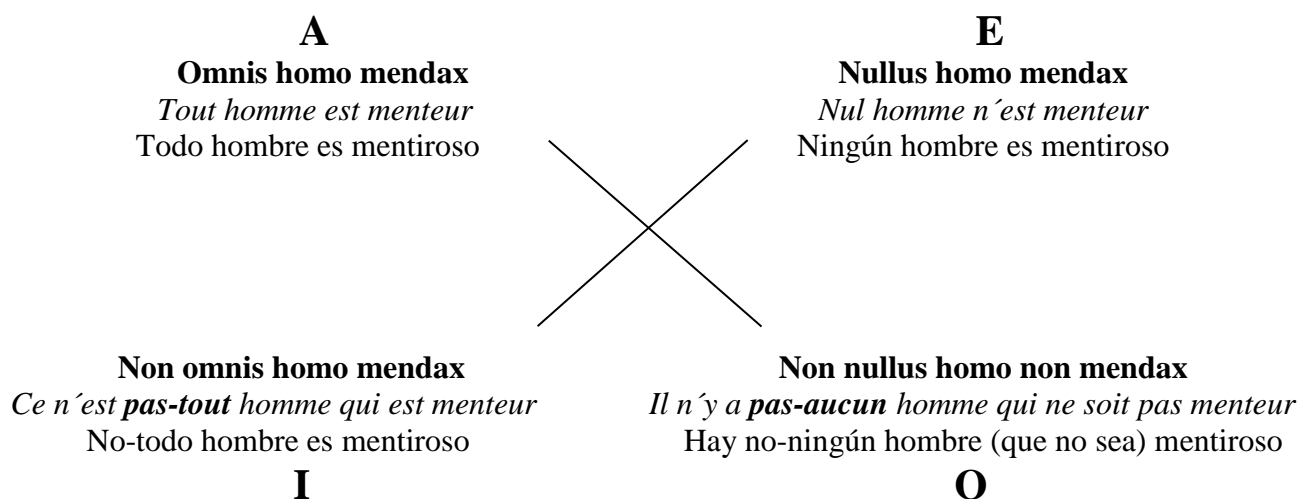
En este apartado se ejemplificará algunas de las formas del tratamiento peculiar que Lacan dio a los conceptos e ideas tomadas de la lógica y que justifican la afirmación de que lo suyo fue, en todo caso, *logistería*. Así lo muestra la gran cantidad de licencias que se tomó en el manejo de las categorías importadas de esa disciplina.

Aunque hubo algunos antecedentes puntuales²², se recuerda que los inicios de la elaboración *logistera* pueden situarse en el S 9. De allí —clase del 17 de Enero de 1962— se extractó este primer ejemplo: Lacan recordó las cuatro proposiciones categóricas formuladas por Aristóteles en el *Organon*, a las que la tradición lógica posterior le asignó las letras A, E, I, O, con los significados que se explicitan a la izquierda de la figura. Apuleyo, primero, y los escolásticos después, las ordenaron en un diagrama conocido con el nombre de *cuadrado lógico de las oposiciones*.

- A: Universal afirmativa: *Todas las S son P*
- E: Universal negativa: *Ninguna S es P*
- I: Particular afirmativa: *Alguna S es P*
- O: Particular negativa: *Ninguna S es P*



Con estos prolegómenos, un mes más tarde –clase del 17 de Febrero de 1962– retomó el tema; en el tratamiento del mismo ya se vislumbraban algunos elementos *logisteros*. En este caso, se tomó libertad en el planteamiento y traducción de las siguientes proposiciones latinas, vertidas al francés en dicho seminario. Se las presentará a continuación, con su traslación al castellano.



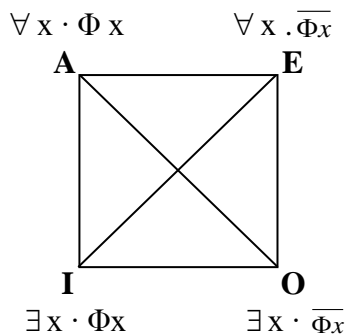
Puede observarse que en las particulares afirmativa (I) y negativa (O) introdujo dos barbarismos: *pas-tout* y *pas-aucun*; además, no siguió estrictamente las reglas lógicas que exigen que la negación debe abstenerse de afectar el factor cuantitativo de las proposiciones (todos, ningún, algún). La lógica cuantificacional elemental o de primer orden, en la que sólo se cuantifican los predicados –no los sujetos– estableció también que la negación debía recaer sobre el predicado, que habitualmente se formaliza mediante las letras Fx .

La construcción lógicamente correcta hubiera sido: (A) Todo hombre es mentiroso, (E) Ningún hombre es mentiroso, (I) Algún hombre es mentiroso, (O) Algún hombre no es mentiroso. Sin embargo, el barbarismo *pas-tout* (no-todo) que utilizó en este seminario tuvo trascendencia en su teoría: fue recuperado 10 años más tarde, en el *S 20*, mientras elaboraba la escritura formalizada de la sexuación en los hablanteseres. Este no-todo constituyó un elemento clave en la lógica de la excepción: *existe al menos uno que...* La afinidad de esta formulación con la incompletud y, más allá de ella, con la castración, son evidentes.^{23*} El par completud-incompletud ha sido una de las piezas fundamentales de su discurso analítico. Además, el *pas-tout* cuestiona implícitamente un principio que la Lógica tenía como una de sus adquisiciones más firmes: el del tercero excluido: lo que no es verdadero es falso y lo que no es falso es verdadero.^{24*} También objeta la legitimidad de las oposiciones universales / particulares y de las afirmativas / negativas; pero esto, como se verá en el apartado siguiente, ya había sido controvertido antes por Peirce, según se verá enseguida en los dos apartados siguientes.

Otra concesión que se otorgó en esa misma clase fue con la traducción del término inglés *line* –línea– utilizado por Peirce al comentar su cuadrante. Lacan lo tradujo al francés como *trait* –trazo–, para promover *ipso facto* la conexión con su concepto de *trait unaire*, vertido al castellano por rasgo unario. No fue, seguramente, por desconocimiento del inglés ni por carecer el francés de un equivalente del vocablo línea, sino para conectar la lógica peirciana con su psicoanálisis: En buen romance: “llevar aguas a su propio molino”.

Una muestra más: en las proposiciones clásicas recién presentadas –A, E, I, O– se distinguía un sujeto y un predicado; de ahí que se utilizaran las letras iniciales de ambos vocablos en esas formalizaciones básicas. En las lógicas más modernas –verbigracia: la cuantificacional– el sujeto (S) y el predicado (P) fueron sustituidos por las nociones de argumento y función (Φx), respectivamente. Además esa Lógica utiliza cuantificadores (o cuantores) entre los que destacan el universal y el particular (o existencial). El primero se representó al principio mediante el símbolo \forall ; el segundo, con \exists . En la actualidad los símbolos \forall y \exists han caído en desuso; se los ha

reemplazado por \wedge y \vee . En el contexto de este trabajo se utilizará la simbología antigua porque es la que Lacan empleó en el *S 20*, en las llamadas fórmulas de la sexuación y también en otros seminarios. Si se aplica el cuantificador universal (\forall) y el particular (\exists) a las cuatro proposiciones clásicas y se representa la función con el símbolo Φx , al inscribirlas en el cuadrado de las oposiciones lógicas se obtiene el siguiente esquema:



Se ha de tener presente que la barra puesta encima de un símbolo indica negación. Obsérvese la forma precisa en que la lógica moderna escribe las cuatro proposiciones tradicionales: la negación no recae sobre los cuantificadores sino sobre la función. Bien, tras esta introducción sólo queda por agregar que Lacan tampoco se atuvo estrictamente a este principio en sus fórmulas de la sexuación. Como se verá luego, en los apartados 5.11.2 y 5.11.4, también situó la barra que introduce la negación sobre los cuantores.²⁵

5.5. El cuadrante de Peirce

Las referencias iniciales de Lacan al cuadrante fueron coetáneas a su esfuerzo por fundamentar lógica y topológicamente al sujeto (del deseo, barrado, dividido, del inconsciente). Con mayor precisión, el cuadrante hizo su primera aparición en la ya mencionada clase del 17/1/62 del *S 9*, en el que postuló que el sujeto era un efecto de la identificación por el rasgo unario²⁶ proveniente del Otro -registro simbólico-. Establecidas estas bases, inició la andadura que le llevaría a arrojar nuevas luces sobre las características del *esebarrado* mediante formalizaciones novedosas: las lógicas, topológicas y matemáticas.

El enigma que siempre representó el surgimiento de lo psíquico en un cachorro humano -y que había recibido un esbozo de respuesta en Freud -la identificación primaria-, fue reabierto por Lacan en los comienzos de la década de los años 60, tras procesar la herencia recibida del vienés y aportar sus propias ideas. Después de formular la inmersión del inconsciente en el lenguaje y sostener que la estructuración del sujeto dependía de los efectos del significante, tomó apoyatura en el cuadrante de Peirce para elaborar en torno a él diversos conceptos. Por ejemplo: la Privación, la negación y las dobles negaciones, la función paterna, la falta, la noción de clase fundada en el significante, etc.

La presencia de Peirce en el pensamiento de Lacan fue importante y no debe reducirse a préstamos puntuales como podrían ser la del cuadrante, la definición del signo o la idea de que las proposiciones universales afirmativas no implican juicio de existencia. Para valorar en su justa medida esas influencias corresponde tener presente, que las importaciones lógicas desde la obra de Peirce abarcaron, más ampliamente, al tejido eidético lógico-simbólico del fundador de la semiótica. Si él pudo construir un diagrama como el que se presentará en la página siguiente fue porque había realizado con anterioridad una subversión de la lógica aristotélica que, con algunos cambios, siguió teniendo vigencia hasta finales del siglo XIX. Se ha de tener presente que la lógica simbólica utiliza lenguajes artificiales, altamente formalizados; no funciona con signos lingüísticos sino con significantes; es decir, con elementos vaciados de contenido. Peirce fue un pionero de la lógica simbólica y Lacan abrevó en esa fuente para hacer propios algunos de sus conceptos y utilizarlos, luego, en su proyecto de formalización del psicoanálisis. El filósofo y semiótico norteamericano propuso importantes modificaciones al cuadrado de las oposiciones y a las leyes a él asociadas, heredadas de la tradición lógica. Esos cambios incitaron la creación de una nueva representación gráfica. No ha de extrañar que haya inventado un diagrama original; está en consonancia con uno de

sus principios básicos: como ya se dijo, Peirce creyó firmemente en el carácter icónico del pensamiento; nuevas ideas generan siempre maneras novedosas de representarlas.

Su manera de entender las leyes lógicas de la oposición fue muy diferente a las que se reconocían por entonces y abrieron una perspectiva distinta para cuestiones que parecían definitivamente aceptadas.²⁷ Merece señalarse, además, la articulación que introdujo entre la afirmación y la negación, en clara controversia con la lógica predominante en su época, que postulaba únicamente una relación de exclusión entre ambas. Peirce dio pie a una visión renovada de la tétada proposicional A-E-I-O presentada al comienzo de 5.4. Sostuvo una manera original de pensar las diferencias entre las universales, particulares, afirmativas y negativas.

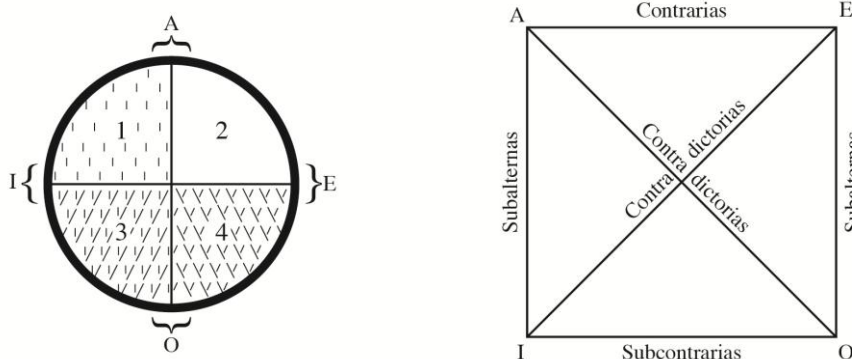
* * * * *

A continuación se abordarán estas cuestiones con más detalle, adoptando el siguiente orden expositivo:

- 5.5.1. El cuadrante y el cuadrado
- 5.5.2. Peirce y sus diferencias con las leyes de oposición clásicas
- 5.5.3. *Lexis* y juicio de existencia
- 5.5.4. *Phasis* y las diferencias entre afirmar y negar
- 5.5.5. Peirce y las leyes de subordinación

5.5.1. El cuadrante y el cuadrado

La figura siguiente confronta al cuadrante de Peirce con el cuadrado lógico de las oposiciones tal como quedó construido con los aportes de la lógica medieval.



El cuadrante de Peirce (tomado de *Collected papers of Ch. S. Peirce*, Tomo II, p. 279), confrontado con el cuadrado de oposición lógica tal como ha llegado a nuestros días.

Se capta inmediatamente el cambio de forma: Peirce realizó lo que podría denominarse “la circulatura del cuadrado”. Todo aquello que la tradición lógica elaboró y abordó a través del cuadrado de oposiciones fue reprocesado por el filósofo del pragmatismo mediante un círculo dividido en cuadrantes. En el sector 1 del mismo, todas las líneas son verticales. En el sector 2 no hay líneas. En el sector 3 hay líneas verticales y otras que no lo son. En el sector 4 hay líneas, de las cuales ninguna es vertical.²⁸ El círculo otorgó mayor versatilidad a la figura y favoreció anudamientos novedosos. Los cambios más significativos son los siguientes: en el cuadrado lógico tradicional, las proposiciones A-E-I-O aparecen distanciadas, enfrentadas y colocadas en cada vértice. El cuadrante, dada su forma, permitió acercarlas y articularlas; adquirieron relaciones de vecindad. Las letras simbolizantes de las Universales y Particulares en sus versiones afirmativa y negativas fueron colocadas en cada una de las uniones de dos sectores del cuadrante. Obsérvese que Peirce no situó estas letras en el interior de cada sector; por lo tanto, no cabe establecer correspondencias directas entre un tipo de proposición y un sector determinado del cuadrante, a la manera de: universal afirmativa (A) equivale al cuadrante 1; universal negativa, al cuadrante 2, y así de seguido. Como se verá más adelante, Peirce siempre consideró los cuadrantes por parejas y colocó las letras simbolizantes en las junturas de las mismas.

5.5.2. Peirce y sus diferencias con las leyes de oposición clásicas

El lógico americano produjo una verdadera subversión de las leyes de oposición insinuadas por Aristóteles y desarrolladas en los siglos posteriores. Manifestó abiertamente sus discrepancias con las ideas sostenidas por los lógicos que las elaboraron. Se recuerdan someramente las oposiciones tal como fueron concebidas durante siglos y los considerandos que las acompañaban sobre su verdad o falsedad.

Oposiciones contradictorias: A y O no pueden ser verdaderas a la vez ni tampoco falsas a la vez.

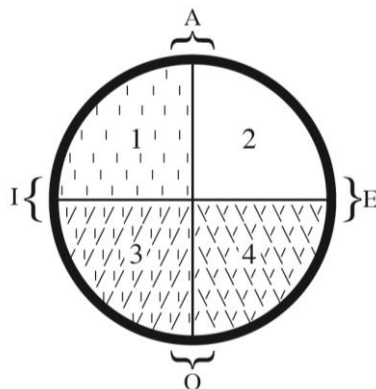
Lo mismo sería válido para E-I. Si una del par es verdadera, la otra es falsa.

Oposiciones contrarias: A y E no pueden ser a la vez verdaderas, pero sí las dos falsas. (Se anticipa que Peirce hizo una objeción muy seria a la idea de que no pueden ser verdaderas simultáneamente).

Oposiciones subcontrarias: I y O pueden ser verdaderas a la vez pero no falsas a la vez.

Oposiciones subalternas: Si A es verdadera I es verdadera. Si E es verdadera O es verdadera. Pero, la verdad de E y O no implica que A y E lo sean.

Peirce reflejó su pensamiento sobre las oposiciones lógicas en su cuadrante; apoyándose en una representación gráfica del mismo y tomando "línea" como sujeto y "vertical" como predicado, señaló la función precisa que le asignaba a las cuatro proposiciones.



A: Universal afirmativa, es verdadera en los sectores 1 y 2; falsa en 3 y 4.

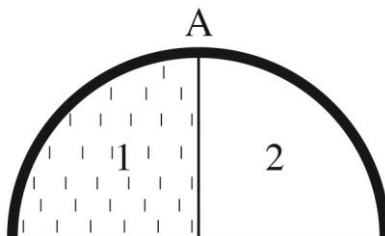
E: Universal negativa, es verdadera en los sectores 2 y 4; falsa en 1 y 3.

I: Particular afirmativa, es verdadera en los sectores 1 y 3; falsa en 2 y 4.

O: Particular negativa, es verdadera en los sectores 3 y 4; falsa en 1 y 2.

Obsérvese en primer lugar, que para A y O los sectores donde cada una es verdadera y falsa están invertidos; lo mismo sucede entre E e I. Son las oposiciones contradictorias de la lógica clásica, únicas que Peirce siguió considerando válidas en su sistema. Por otra parte, la Universal afirmativa –A– está sostenida tanto por el sector 1, donde todas las líneas son verticales, como por el sector 2, donde no hay ninguna línea. La Universal negativa –E– está sostenida por el sector 2, donde no hay líneas y por el 4, donde hay líneas pero ninguna es vertical. La particular afirmativa –I–, "algunas líneas son verticales", se cumple en los sectores 1 y 3, mientras que la particular negativa –O–, "algunas líneas no son verticales", se cumple en los sectores 3 y 4.

Peirce fue tomando los sectores del cuadrante de dos en dos; esto hizo surgir aspectos singulares y desconocidos hasta entonces. Partió de los dos sectores superiores y de las siguientes proposiciones: "Todas las líneas son verticales" y "Ninguna línea es vertical", que son los enunciados universales –A y E, respectivamente– de la lógica clásica, en la que fueron juzgados "según se ha visto recién– en oposición **contraria**. En el cuadrado quedaron situadas en los dos vértices superiores, sin ninguna articulación entre sí, como puede observarse en la figura derecha de la página. En el cuadrante, por el contrario, estas proposiciones aparecen yuxtapuestas y dotadas de relaciones de vecindad; además, ambas colaboran en sostener la universal afirmativa.



Sectores superiores del cuadrante de Peirce.
Entre ambos sostiene la universal afirmativa

Peirce afirmó:

"Es un desatino por parte de Aristóteles llamar a las proposiciones A y E contrarias simplemente porque no pueden ser verdaderas al mismo tiempo, aunque sí ambas falsas simultáneamente. Deben ser llamadas incongruentes o dispares, ambos términos algo en uso".²⁹ [(2.459); p. 282].

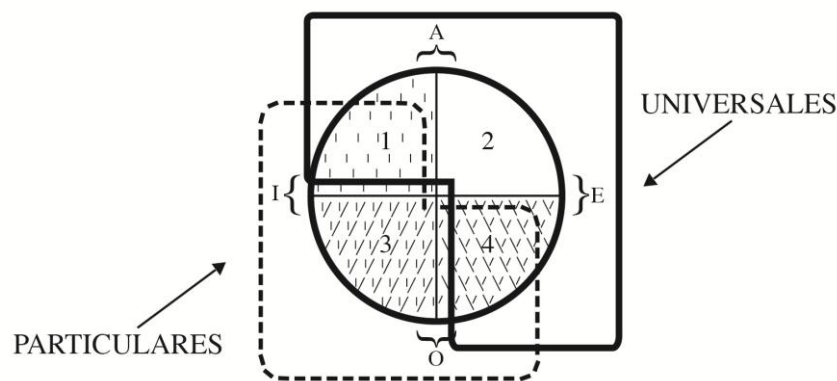
En su sistema, las leyes del cuadrado lógico perdieron vigencia, salvo las contradictorias.

"Todos los demás pares de proposiciones pueden ser los dos verdaderos o ambos falsos o uno verdadero y el otro falso." [(2.456), p. 281]

Así, por ejemplo, A y E pueden ser verdaderas ambas incluso cuando no exista ninguna línea (sector 2) y ambas falsas cuando sólo una parte de las líneas son verticales (sector 3). Esto permite precisar otras diferencias respecto del cuadrado clásico:

- El sector 2 es común a la Universal afirmativa y a la Universal negativa.
- Las Universales (A+E) abarcan los sectores 1, 2 y 4; queda excluido el 3.
- Las Particulares (I+O) abarcan los sectores 1, 3 y 4; queda fuera el 2.

A partir de esto resulta que lo universal excluye la diversidad máxima (sector 3: líneas verticales y líneas que no lo son). Como contrapartida, el nivel de la diferenciación particular produce otra exclusión: el sector 2, donde no hay líneas. La siguiente figura recoge estas ideas.



Sectores que abarcan las universales y particulares en el Cuadrante de Peirce.

Peirce sostuvo que las universales no implican juicio de existencia de lo enunciado en las proposiciones; en cambio, las particulares, sí.³⁰ Lacan hizo suya esta aseveración y además utilizó otras características del cuadrante para ilustrar algunos de sus propios desarrollos. Por ejemplo:

- Que la universal afirmativa está sostenida por los sectores 1 y 2 permite pensar el fondo de presencia que hay en toda ausencia y el fondo de ausencia que hay en toda presencia. En relación a este punto conviene recordar el carácter evanescente del \$: aparece para desaparecer y resurgir más tarde, representado por un nuevo significante. En dicha secuencia

hay desvanecimiento del sujeto, pero no disolución. Entre el eclipse y el resurgimiento se conserva tanto el sujeto como la cadena significante inconsciente.

- Para Lacan, la negación que instaura el sector 2 no es forclusiva sino discordancial. Se corresponde con el *ne* discordancial (no con el *pas*) de la doble negación francesa. Este *ne* manifiesta sutilmente al sujeto; es una huella, una estela que deja tras su paso -reaparición y posterior desaparición del *esbarrado*-. En el apartado 5.6.3., se ampliarán estas consideraciones ya esbozadas en III, 4.7.7.
- La articulación de los sectores 1 y 2 ilustra, de manera ejemplar, los desarrollos sobre la **Privación**: pone al descubierto el agujero en lo Real, el vacío (sector 2) en el que irá a inscribirse el significante -trazo unario- constituyente del sujeto (sector 1). Esta cuestión se trata con más detalle en el apartado 5.3.2. de este mismo capítulo.
- La capacidad ordenadora de lo Real que posee el significante (rasgo unario) fue utilizada por Lacan para fundamentar un concepto de clase basado en el proceso lógico de la Privación. Una vez inscripto el significante y creada por esa vía la clase, ingresarán a ella todos los miembros marcados por el rasgo unario. Más adelante, en el apartado 5.8., se volverá sobre este asunto.

A continuación y con la ayuda de algunos esquemas, se precisarán las diferencias entre el punto de vista de Peirce y el de la lógica tradicional respecto de las leyes de oposición. Según se ha visto en 5.5.2., el filósofo americano cuestionó las leyes de oposición que la tradición lógica había establecido en torno al cuadrado de las oposiciones.

Consideró que la única que debía ser mantenida era la que oponía a las contradictorias; cualquiera de los otros pares de oposiciones podrían ser ambas verdaderas, ambas falsas o una verdadera y la otra falsa.³¹

	<p style="text-align: center;">CONTRARIAS</p> <p>Peirce: Son verdaderas ambas al mismo tiempo cuando ninguna S existe (sector 2), y ambas falsas al mismo tiempo cuando parte de las S son P (sector 3).</p> <p>Lógica clásica: No pueden ser verdaderas al mismo tiempo, pero pueden ser al mismo tiempo falsas.</p>
	<p style="text-align: center;">SUBCONTRARIAS</p> <p>Peirce: Son verdaderas ambas cuando solo una parte de las S son P y falsas cuando toda S es P.</p> <p>Lógica clásica: Pueden ser al mismo tiempo verdaderas, pero no pueden ser al mismo tiempo falsas.</p>
	<p style="text-align: center;">SUBALTERNAS AFIRMATIVAS</p> <p>Peirce: Son verdaderas al mismo tiempo cuando todas las líneas son verticales y falsas al mismo tiempo cuando, habiendo líneas ninguna es vertical (sector 4). Cuestionó la subalternación por inferencia inmediata.</p> <p>Lógica clásica: Si A es verdadera I también lo es, pero, si I es verdadera, no establece que A lo sea. Si I es falsa, A también lo es.</p>
	<p style="text-align: center;">SUBALTERNAS NEGATIVAS</p> <p>Peirce: Son verdaderas al mismo tiempo cuando ninguna línea es vertical y falsas al mismo tiempo cuando todas las líneas son verticales.</p> <p>Lógica clásica: Si E es verdadera. O también lo es, pero si O es verdadera. No se establece que E lo sea. Si O es falsa E también lo es.</p>
	<p style="text-align: center;">CONTRADICTORIAS</p> <p>Peirce coincide con la lógica clásica: las dos no pueden ser verdaderas a la vez y las dos no pueden ser falsas a la vez. O una o la otra es verdadera (las <i>alterutrae</i> de Apuleyo).</p>

5.5.3. *Lexis* y juicio de existencia

Apuleyo sostuvo que las universales y particulares diferían en **cantidad**, mientras que las afirmativas y negativas, en **calidad**. Peirce criticó tales ideas: las diferencias son del orden de la *lexis* y de la *phasis*, según puede apreciarse en el siguiente cuadro comparativo.

LOGICA CLÁSICA	TIPO DE PROPOSICIÓN	PEIRCE
Difieren en cantidad	UNIVERSALES PARTICULARES	Difieren en <i>lexis</i>
Difieren en calidad	AFIRMATIVAS NEGATIVAS	Difieren en <i>phasis</i>

Lexis deriva de λέγειν y significa literalmente: lo dicho. La forma verbal de este término admite otros sentidos: recoger y reunir. Por ejemplo: al leer se recogen o reúnen las palabras para obtener la significación. Heidegger, en una de sus habituales exhumaciones de usos y significados antiguos de las palabras, afirmó que el significado primario de λέγειν era "poner", "extender ante", "presentar después de haber recogido". El *logos* (pensamiento, discurso, razón, inteligencia) sería entonces un resultado del λέγειν. Peirce incluyó dentro de la orla semántica de este término la idea de elegir; en la lengua original: *to pick out*. Cuando dijo que las universales y las particulares diferían en *lexis* estaba afirmando la existencia de dos diferencias importantes entre ellas:

- Las universales son enunciados independientes de la verdad o falsedad de lo que predicán y no implican juicio de existencia.
- Las particulares implican juicio de existencia respecto de aquello que se postula en la universal y no son independientes de la verdad de lo que en ellas se enuncia. Esto significa que sólo a nivel de las particulares se constata lo postulado en las proposiciones universales.

Las diferencias en *lexis* pueden entenderse mejor con estos ejemplos: "Todo trazo es vertical"; "Todos los seres humanos tienen pene"; "La tierra vuela". Se trata de proposiciones en *lexis*; las tres están lógicamente bien construidas y, en tanto proposiciones, son válidas, siempre y cuando no se tome en cuenta la verdad o falsedad de lo que sostienen. Caso contrario, la segunda y la tercera quedarían descalificadas. Las proposiciones universales no implican existencia; en cambio, las particulares, sí.

5.5.4. *Phasis* o las diferencias entre afirmar y negar

Esta constatación a nivel de las particulares de aquello que se predica o se atribuye en las universales se hará de modo *phásico*: se dirá sí o no; se confirmará (o no) lo que se enuncia en la *lexis* primera.

Surgirán de este modo las versiones particular afirmativa y particular negativa según el sujeto se comprometa en cuanto a la existencia y la afirmación de la sentencia (enunciado tipo I), o con la inexistencia o negación (enunciado tipo O).

Para entender esta diferencia *phásica* entre afirmar y negar, conviene tener presente que los griegos usaban los términos *apóphasis* y *katáphasis* como equivalentes de negación y de afirmación, respectivamente. *Phasis*, al estar presente en ambos vocablos, reenvía a las partículas *apó* y *katá* para establecer diferencias a nivel del significante. Al parecer, Peirce exhumó este aspecto de la lengua helénica cuando elaboró sus tesis.

A partir de lo expuesto, puede ya vislumbrarse que la negación supone un procedimiento más complejo que la afirmación en tanto implica -primero- un reconocimiento de la existencia de algo para luego, en un segundo tiempo, negarlo.

Dicho de otro modo, mentar un objeto "x" como no existente implica el reconocimiento inicial de la existencia de "x" para luego rechazar, excluir, expulsar ese objeto del campo de la realidad y de la verdad.³²

Otros aspectos interesantes ligados a la distinción entre *lexis* – *phasis* se derivaron de la inscripción en el cuadrante de Peirce del Nombre del padre -tarea que Lacan llevó a cabo al final de la clase del 17 de Enero de 1962 y más tarde, en el S 20, al presentar las fórmulas de la sexuación y su relación con la función fálica.

Franz Brentano, cuya presencia puede percibirse en *La negación* (1925) de Freud, sostuvo, al igual que Peirce, que sólo a las particulares les corresponde afirmar o negar la existencia de algún sujeto con la atribución enunciada.^{33*}

La lógica antigua sostenía que eran sobre todo las universales afirmativas (y por "subordinación" las particulares afirmativas) las que implicaban la existencia de sus sujetos; en cambio, las negativas, carecían de esa facultad.

A renglón seguido se resumen las principales ideas de Peirce expuestas hasta aquí:

- Propuso una articulación entre la afirmación y la negación desconocida hasta entonces. Se trataba de una negación inclusiva (a diferencia de la lógica clásica que postulaba una relación de exclusión entre afirmar y negar).³⁴
- Sostuvo que las universales y las particulares diferían en *lexis*; las primeras quedan alejadas de la cuestión relativa a la verdad y a la existencia.
- Sólo las particulares afirman, de modo *phásico*, verdad y existencia.
- Señaló que la verdad lógica surge como producto de un cálculo lógico- matemático (y no por correspondencia de las cosas con sus representaciones mentales ni con la realidad).
- Cuestionó las leyes clásicas de subordinación de las particulares a las universales, punto al que se hará referencia a continuación.

5.5.5. Las leyes de subordinación

Las leyes clásicas de la subordinación fueron establecidas a partir de la premisa de que entre particulares y universales había sólo diferencias de cantidad (ver *supra*, comienzo del apartado 5.5.3. y el cuadro comparativo que allí se presenta). Si la proposición "Todo S es P" es verdadera, parece caer por su propio peso que la particular -"Algún S es P"- también lo será. De manera análoga, si la proposición "Ninguna S es P" es verdadera, su particular "subordinada" será igualmente verdadera. Es muy probable que la inmersión de la lógica clásica en la ontología haya sido la responsable de los siguientes efectos:

- Considerar que si la universal es verdadera su correspondiente particular también lo es.
- Otorgar a las afirmativas -y en especial a las universales- el juicio de existencia.

Peirce clavó una pica en Flandes; dijo: ¡ni lo uno ni lo otro! Universales y particulares difieren en *lexis*, no en cantidad; juzgó además que la subordinación tal como fue entendida clásicamente era impropio por cuanto se trataba de enunciados de distinto tipo. Las primeras, ya se ha dicho, no implican verdad ni juicio de existencia; las segundas, en cambio, sí. Romper la coalescencia entre lógica y ontología ha sido el paso previo imprescindible para que Peirce pudiera postular esta diferencia entre universales y particulares. Sin esta ruptura, lo "evidente" de las deducciones entre lo universal y lo particular se impone mecánicamente. Este efecto imaginario,

pregnante, puede apreciarse en los usos que se hacen del lenguaje cuando se intenta introducir falacias. Un ejemplo sería el siguiente enunciado:

“Todos los ciudadanos del país tendrán que ajustarse el cinturón.”

Se trata de una proposición universal afirmativa, lógicamente bien construida y aparentemente válida por igual para todos; de ella se desprende -casi como una evidencia- que afectará a todos y cada uno de los habitantes de esa demarcación, *de la misma manera*.

El embuste que infiltra este tipo de sentencias sólo se hace evidente si se la analiza con detenimiento: no todos se ajustarán el cinturón de la misma manera y, probablemente, habrá algunos que no tengan demasiada necesidad de hacerlo.

La diferencia *léxica* que Peirce postuló puede apreciarse mejor cuando se pasa del enunciado general -y un tanto abstracto- de esa proposición a la versión particular afirmativa: "Algún habitante tendrá que ajustarse el cinturón". O, más aún, en su forma singular: "Yo tengo que ajustarme... ". La universal no tiene incidencia directa en una persona determinada en tanto es un enunciado en *lexis*; en cambio las otras dos sí, ya que suponen la constatación *phásica* (en este caso, afirmativa).

Existe disparidad entre las proposiciones universales y particulares; ellas son heterogéneas. Por estas razones, cuestionó las inferencias inmediatas y directas que caracterizaron a las leyes clásicas de la subordinación.

A continuación se estudiarán las articulaciones que Lacan realizó tomando como punto de partida las ideas de este pensador norteamericano.

5.6. Lacan y el cuadrante de Peirce³⁵

¿Qué de Peirce sedujo a Lacan? Pregunta difícil de responder, hoy, sin apelar a suposiciones o hipótesis. Tal vez haya sido el rigor formalístico de Peirce, que no ha sido sino el prolegómeno del altísimo nivel logrado posteriormente por la lógica matemática en su conjunto.

El formalismo extremo de esta lógica, desconocido hasta finales del siglo XIX, el uso de lenguajes artificiales que operan con letras y símbolos vaciados de sentido, los procedimientos lógicos (cálculos) productores de efectos, la ruptura con todo psicologismo e intuicionismo, las luces renovadas que ella aportó respecto de la negación, hicieron de Peirce y de la lógica simbólica una fuente de inspiración y un caldo de cultivo para el empeño de Lacan por logicizar el psicoanálisis.

A renglón seguido se explicitarán los conceptos lacanianos en que se vislumbra la presencia de las ideas de Peirce; se señalarán sólo los puntos privilegiados de tales anudamientos.

- 5.6.1. Significante y sujeto. La identificación
- 5.6.2. La privación y la inscripción significativa
- 5.6.3. Articulaciones lingüísticas y lógicas sobre la negación
- 5.6.4. Las dobles negaciones y el cuadrante

5.6.1. Significante y sujeto. La identificación

En el capítulo 4 se señalaron extensamente las inflexiones que Lacan introdujo en los conceptos freudianos ligados a la identificación, a partir de las importaciones de la lingüística. El psicoanalista francés elaboró durante sus primeros seminarios (1953-1961) una teoría del significante y del inconsciente que fue renovándose en las décadas siguientes.

Al principio, el significante, si bien aclimatado al psicoanálisis seguía mostrando sus raíces lingüísticas. El *S 9* marcó el inicio de un camino distinto: lo logización del significante y subsecuentemente del sujeto y la identificación. Lo producido desde entonces permaneció incólume hasta el final de su obra.

En ese contexto, por ejemplo, el *einzigster Zug* freudiano devino trazo unario (*trait unaire*) en Lacan. Pero en su teoría dicho rasgo adquirió un carácter lógico, ausente en Freud. Este último lo utilizaba como adjetivo; le sirvió para caracterizar la identificación secundaria edípica como parcial y extremadamente limitada (en oposición a la totalidad con que caracterizó, por ejemplo, a la identificación narcisista o primaria). Es una identificación que toma prestado un único rasgo de la persona objeto. El trazo unario de Lacan no funciona como un calificativo sino como sustantivo: es una marca -una traza una huella, una inscripción- que el Otro implanta inconscientemente y de una manera activa -con fuerza, con violencia- en el *infans*.

La identificación “transporta” al rasgo unario; es su vehículo. El Otro y sus significantes intervienen diligentemente en la causación del sujeto. Por lo tanto, el rasgo unario –nombre que le adjudicó al significante en el contexto de la TIL– tiene un valor estructurante, instituyente del \$. Pero, además, forma parte de la estructura de ese sujeto –entidad lógica– por él causado. Para decirlo en dos palabras, el trazo unario es en Lacan estructurante y estructural; es una marca, una inscripción que Lacan calificaba de lógica, no sólo por poner en correspondencia al trazo unario con las líneas inscritas en el cuadrante de Peirce, sino y además, por haber concebido al *esebarrado* como una entidad lógica, sin corporeidad ni sustancia. (Véase *infra*, 5.7).

Estas breves puntuaciones nos muestran ya múltiples cruzamientos o confluencias entre los desarrollos de Lacan sobre el significante, el sujeto y la identificación con la lógica simbólica.

Aquí, nuevos interrogantes. ¿Es Peirce quien inspiró a Lacan? ¿O es Lacan que vio en Peirce valencias inéditas hasta entonces y sólo perceptibles desde su propios desarrollos?

Sin duda Peirce tiene una anterioridad lógica y cronológica respecto de Lacan pero, ¿permite eso resolver los interrogantes recién formulados? Algo es claro: Lacan “puso a trabajar” al cuadrante. A partir de ello hubo producción significante: semejanza y diferencia. Este efecto ergonómico es a veces silencioso, otras veces no tanto. Por ejemplo, Lacan realizó una operación de telescopado al embutir el término *línea* de Peirce dentro del concepto de *trazo*: conectó repentinamente todo lo implícito en el cuadrante peirciano con el rasgo unario; es decir, engarzó la lógica simbólica con el significante, el sujeto y la identificación.

¿Golpe de timón genial? ¿Inclinación de la balanza criticable desde el punto de vista epistemológico? ¿Pasaje indebido de un sujeto (el de la proposición lógica) a otro (el del inconsciente)? ¿Enriquecimiento del psicoanálisis por inyección de virtudes lógicas? ¿Puente de oro entre ambas disciplinas o empalme poco sostenible?

Se postergarán, por ahora, las respuestas tajantes y definitivas que gustan tanto a sus partidarios fervientes como a sus detractores a ultranza. Se propone, en cambio, volver a la pregunta que sirvió de punto de partida a este apartado: ¿qué sedujo a Lacan de Peirce? Es de suponer -y en este terreno no caben mas que conjeturas- que lo que atrajo al psicoanalista fueron las ideas del lógico que le permitieron fundamentar la universalidad del sujeto ni más ni menos que en la inscripción del trazo unario (sector 1) y en la nada, el vacío (sector 2). Se trata de los siguientes enunciados universales, en *lexis*:

— “Todo sujeto es efecto de la inscripción significante.”

— “Toda estructura neurótica es efecto de la inscripción del significante del Nombre del padre.”

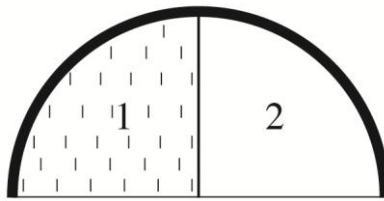
A nivel de las particulares se constatará si hubo o no tal inscripción. El trazo unario, ligado a la estructuración identificatoria del sujeto, y la falta, relacionada con la castración simbólica, han sido dos de los pilares fundamentales de la teoría lacaniana.^{36*} Todos los trazos son verticales (sector 1) y ausencia de trazo (sector 2) se aúnan para sostener esta universalidad. En ese mismo instante quedó abierto el camino para teorizar la psicosis como consecuencia lógica de la no inscripción del significante.

La articulación entre el \$ y la lógica simbólica le permitió a Lacan reabrir la cuestión del estatuto del sujeto, evitando su ontologización y sustancialización. Carente de sustrato material, el \$ será efecto del significante; no existe antes del significante ni fuera de su campo.

Por otra parte, el sector 2 -ausencia de trazo- realiza la función de vacío: patentiza el lugar que será ocupado por los sucesivos significantes que sostienen la enunciación; ésta, en su avance, irá creando nuevos huecos para los significantes siguientes.

Este mismo sector tiene idoneidad para representar la falta (incompletud) en el sujeto, condición de su carácter deseante. La articulación de los sectores 1 y 2 genera una presencia sobre fondo de ausencia y una ausencia sobre fondo de presencia que permiten visualizar otras peculiaridades del sujeto de Lacan, a saber:

- Un sujeto que hace acto de presencia para ausentarse inmediatamente.
- Un sujeto que no funciona como siendo, sino como habiendo sido o por venir.
- Un sujeto inmaterial que, al ser representado por un significante (S_1), presentifica la cadena significante inconsciente y virtual (S_2).
- Un sujeto que en el movimiento de vaivén presentificación-eclipsamiento, manifiesta tanto su potencialidad de producir efectos como la capacidad de conservar simultáneamente la latencia y virtualidad de la batería significante que lo constituye.
- Un sujeto capaz de dejar sus huellas, su estela, por medio del discordancial "ne", de la lengua francesa. Esta cuestión fue abordada en III, 4.7.7.



Sectores superiores del cuadrante. Se representa el juego de presencia-ausencia y sus relaciones con el sujeto barrado

Los dos sectores superiores del cuadrante –tanto en su dimensión gráfica como conceptual– son especialmente aptos para dar fundamento y soporte a un sujeto del inconsciente con las alternancias recién descritas de presencia-desvanecimiento.

En el S_9 Lacan puso a trabajar también –en relación al cuadrante– otro concepto suyo: la función paterna.

El $\$$ devino, entonces, variable dependiente de esa función. Los enunciados lógicos de tal articulación serían los siguientes:

- A:** Todos los padres cumplen la función paterna
- E:** Ningún padre cumple la función paterna
- I:** Algún padre cumple la función paterna
- O:** Algún padre no cumple la función paterna

Hablar de función paterna y de sujeto desde una perspectiva formal supuso una ruptura drástica con el sustancialismo en el cual estuvo inmersa la lógica, desde Aristóteles hasta mediados del siglo XIX.

El estatus existencial quedaba definido por algo material: la *ousia* (sustancia), inherente al ser mismo del sujeto.

De ahí que a las lógicas anteriores a la simbólica les fuese imposible pensar un sujeto inmaterial que, ausente, pudiera hacer un súbito acto de presencia para desaparecer luego; un sujeto que irrumpiese fugazmente, haciéndose representar por un significante, para eclipsarse enseguida.

En fin: un sujeto en potencia que se manifiesta en el acto de la enunciación –siempre representado por un significante– para desvanecerse inmediatamente.³⁷

Pero no sólo la inmersión ontológica y el sustancialismo –que también impregnó al psicoanálisis– impedían concebir un sujeto con tales características; a ellos se sumó otro factor: la forma en que la lógica clásica construía las proposiciones.

En efecto, al establecer predicados sobre un sujeto sustancial se amplificaba la entificación. Con la lógica simbólica se abrieron otras posibilidades: se sustituyó el par sujeto – predicado por el de argumento y función.

Además, se construyó un sujeto lógico (no ontológico ni gramatical). Tales innovaciones, trasladadas al psicoanálisis, permitieron a Lacan pensar un sujeto del inconsciente sin sustancia y sobre el cual no habría nada que predicar: la forma ontológica devino especie lógica.

5.6.2. La privación y la inscripción significativa

Lacan utilizó también los sectores 1 y 2 del cuadrante (ver figura anterior) para representar el proceso lógico de la privación: inscripción del significante en lo Real. A la pregunta: ¿cómo se subjetiva un real biológico? Lacan respondió: privación-frustración-castración.

La privación era, según él, el primer tiempo lógico de la subjetivación del organismo viviente; ella implanta los primeros significantes provenientes del Otro en el candidato a sujeto. Esa fue la respuesta propiamente lacaniana al interrogante sobre la aparición de lo psíquico en el recién nacido humano. La TIF, ante esa misma pregunta, responde: identificación primaria.

Estas inscripciones significantes iniciales establecen el zócalo psíquico del cachorro humano. Habría, pues, un antes y un después de la privación.

Antes de la privación:

- Organismo viviente.
- Biología pura con las potencialidades propias de la especie humana, más un porvenir inscripto en el inconsciente de los padres.
- Lo Real, la Cosa (*das Ding*).
- Conjunto de los significantes (rasgos unarios) en el campo del Otro, dispuestos al abordaje del candidato a sujeto, recién llegado al mundo.
- Tiempo de fragmentación corporal -previo al surgimiento del yo especular- y, por supuesto, anterior a la incorporación del lenguaje.
- Sector 2 del cuadrante de Peirce.

Por efectos de la privación

- El mítico ser de pura biología se perdió para siempre. Virgen hasta entonces de todo efecto significativo, recibió ya el impacto de éste y transformó su naturaleza.
- Inscripción de las primeras marcas significantes.
- El significante (trazo unario) identificó; creó el zócalo psíquico y “atravesó la carne”: consumación del primer tiempo lógico de la subjetivación.
- Aparecieron las primeras trazas de subjetividad.
- Lo Real –único lugar donde existe la identidad consigo mismo– fue transformado por estas primeras inscripciones simbólicas.
- Sector 1 del cuadrante de Peirce.

Este antes y después determina dos tiempos lógicos diferentes. Se aprecia como Lacan hizo jugar nuevamente a los sectores 1 y 2 del cuadrante para, en este caso, fundamentar las inscripciones significantes iniciales, que producen el primer tiempo de la subjetivación.

Se establece la continuidad del significante que, inicialmente presente en el campo del Otro, pasa a inscribirse en un Real biológico. La privación implica los implantes de estos primeros significantes. O sea: “en el principio era el verbo.”

El \$, así constituido, no nace de la biología que lo porta sino a partir de los significantes del Otro. Queda, por lo tanto, estrechamente vinculado al Otro. El término "orígenes" de lo psíquico es antinómico con el pensamiento de Lacan; el origen es un mito; la resignificación del pasado es continua y los inicios se rescriben cotidianamente. No hay origen sino posición del sujeto.

El seabarrado no es, pues, fruto de una psicogénesis sino de tiempos lógicos de constitución: privación - frustración - castración. O, en términos de la otra propuesta estructurante: alienación - separación. En el primero de estos tiempos lógicos, el Otro –sin barrar– *aliena* al protosujeto con sus significantes.

En el segundo tiempo, se *separan* sujeto y Otro –ambos barrados; es decir, marcados por la castración– quedando como resto de la operación el objeto *a*. En III, 7.11.2 se tratará con más detalle esta segunda propuesta de estructuración subjetiva.

Inscritos los primeros significantes, se produce un efecto de ocultamiento del sector vacío que, sin embargo, sigue siendo esencial para sostener la universalidad (*léxica*) del enunciado: "Todo sujeto es efecto del significante". Las inscripciones significantes posteriores, se harán según el modelo de la triple escansión temporal, que apareció reiteradamente en la enseñanza de Lacan, en relación a problemáticas diversas³⁸.

En el S 9 hizo referencia a la novela *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe para metaforizar la privación por medio de la huella de Viernes en la arena de la supuesta isla desierta; a renglón seguido propuso la siguiente escansión temporal:

Primer tiempo: Aparición de la huella en la arena. Transformación de la superficie natural. Signo del paso de un hombre; traza de paso (*trace de pas*).

Segundo tiempo: Borramiento de la huella. Disimulo del paso. No hay significante aún, que sería lo propiamente humano, en tanto que también los animales saben fingir, borrando huellas. Ausencia de trazo (*pas de trace*).

Tercer tiempo: Borramiento del borramiento anterior. Surgimiento del significante. Sólo los humanos pueden fingir que fingen.

Las inscripciones significantes posteriores resignifican retroactivamente a las primeras -las producidas por la privación-, y borran las huellas originales para siempre (quedan sometidos a los efectos de la represión primaria).

Ninguna regresión, por más "profunda" que sea, las podrá recuperar.³⁹ El sujeto del inconsciente se verá sometido a este tipo de escansiones temporales.

Tanto el recurso al cuadrante –para fundamentar la privación– como esta ejemplificación metaforizada de las inscripciones de significantes –huella de Viernes–, muestran que Lacan pensó la emergencia de lo psíquico de un modo diferente que Freud. Lo que éste consideraba originario o primario se difuminó en la obra de aquél a consecuencia de la introducción de los tiempos lógicos y de la resignificación retroactiva.

El psicoanalista francés se alejó, así, de la concepción kleiniana y abrahámica de la evolución o desarrollo psíquico, con sus etapas y sub-etapas sucesivas. La psicogénesis y las diacronías desaparecieron de su discurso y dieron lugar a los tiempos lógicos.

5.6.3. Articulaciones lingüísticas y lógicas sobre la negación

Como hito importante de las elaboraciones lógicas de Lacan sobre la negación merece citarse la clase que dictó el 10 de Febrero de 1954, a modo de introducción a la exposición de Jean Hyppolite dedicado al texto homónimo de Freud (*E II*, p. 130).

En aquella ocasión ambos resaltaron la determinación simbólica de la negación y mostraron las raíces lógico-filosóficas del texto freudiano.^{40*}

En su *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite* (*E II*, p. 142 y ss.), Lacan sentó las bases de su concepto de forclusión al retomar los desarrollos de Freud sobre la afirmación primordial

(*Behajung*) y la expulsión (*Ausstossung*)⁴¹ –articuladas con el cercenamiento (*Verwerfung*)– tal como fue descrita en el “Hombre de los lobos” [*De la historia de una neurosis infantil* (1914)].

Otro hito: sus reflexiones sobre los tres registros de la falta –privación, frustración, castración– a las que caracterizó como matrices de la negación (S 9, clase del 7 de Enero de 1962). Pueden leerse comentarios realizados acerca de ellas en III, 4.7.7.1. Allí mismo se deja constancia de los diversos apartados de esta tesis en que se trató este tema.

Según Freud, lo inconsciente puede aparecer en la conciencia por medio de un enunciado que contenga una negación. Sería una de las tantas formas de retorno de lo reprimido. El contenido ideacional proveniente de la "otra escena" irrumpe en la conciencia a condición de estar asociada al símbolo de la negación.

Lacan partió de estas ideas freudianas y las procesó doblemente:

- desde ciertas peculiaridades de la lengua francesa respecto de la negación
- desde la lógica simbólica (Peirce).

Para la primera de ellas se remite a III, 4.7.7., donde se explicitaron las formas más usuales que tiene la negación en francés. Así como para Freud la partícula “no” permite el acceso a la conciencia de un contenido inconsciente, para Lacan, el *ne* viene a reafirmar que a través de un elemento aparentemente insustancial del discurso puede manifestarse el \$.

Se abre una brecha, un salto, una ruptura en el discurso consciente, revelador de lo inconsciente.

Pas, fuera de su alianza con el *ne*, es utilizado también como otra modalidad de negación. Al final del apartado 5.6.4 se mencionarán los usos que Lacan hizo del *pas sans* (no sin) o *pas tout* (no todo).

A ese primer tejido formado con filamentos metapsicológicos, lingüísticos y filosóficos se añadieron hebras provenientes de la lógica simbólica: Peirce aportó una intelección renovada de la negación que le permitió a Lacan reformular la relación entre el significante y el sujeto.

La figura siguiente presenta las ideas del lógico sobre la negación; luego, se abordarán las inflexiones que introdujo el psicoanalista francés.



El cuadrante de Peirce y sus relaciones con la negación

Los dos sectores superiores ilustran la interesante articulación que introdujo Peirce entre la afirmación y la negación; muestran que su negación es inclusiva: tanto el enunciado A como el E incluyen al sector 2 (ningún trazo es vertical).

Pero, la presencia simultánea del sector 1 en A y la del sector 4 en E muestran que en la negación -sea universal sea particular- no hay exclusión total de la presencia de trazos. Se podría establecer una cierta correspondencia con la negación discordancial, no forclusiva, de la lengua francesa (Damourette y Pichon).

Los dos sectores inferiores, que corresponden a las particulares y se relacionan, por lo tanto, con los juicios de existencia, difieren en *phasis*.

Permite entender las complejidades suplementarias que la negación de un juicio supone respecto de la afirmación del mismo.

La *apóphasis* (negación) como opuesta a la *katáphasis* (afirmación) implica cancelar, en un tiempo segundo, el juicio de existencia. Ya se ha señalado lo que esta especie de latencia negativa sostiene en la conjunción de los sectores 1 y 2 y lo que ella aportó para la concepción del sujeto del inconsciente.

5.6.4. Las dobles negaciones y el cuadrante

En clase del 6 de marzo de 1968 –seminario *Acto psicoanalítico* (1967-1968)– Lacan volvió a apoyarse en este cuadrante de Peirce para continuar con sus elaboraciones sobre la negación. En esa ocasión acudió, simultáneamente, a la llamada lógica cuantificacional, rama de la lógica simbólica.

Dentro de ese contexto, Lacan propuso partir de enunciados con doble negación, como el siguiente:

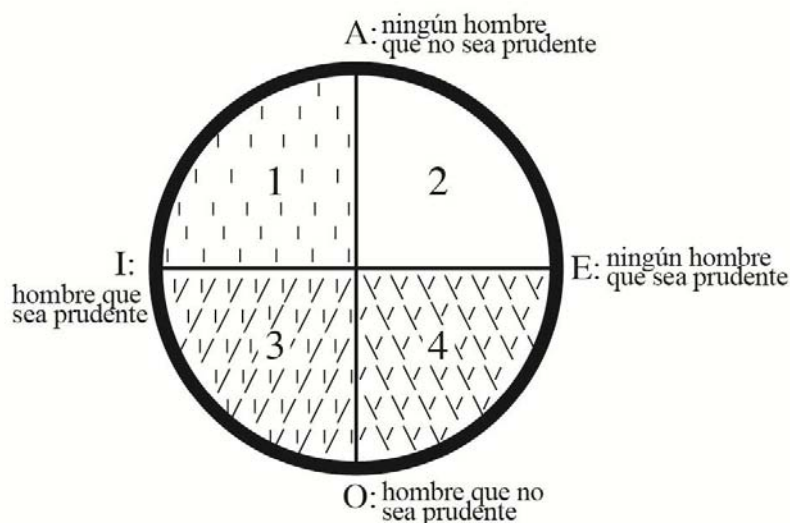
“Ningún hombre que no sea prudente” (*pas un homme qui ne soit pas sage*).

En tanto la doble negación supone una afirmación esa proposición resultaba equivalente a “Todos los hombres son prudentes” [universal afirmativa, (A), de la lógica clásica].

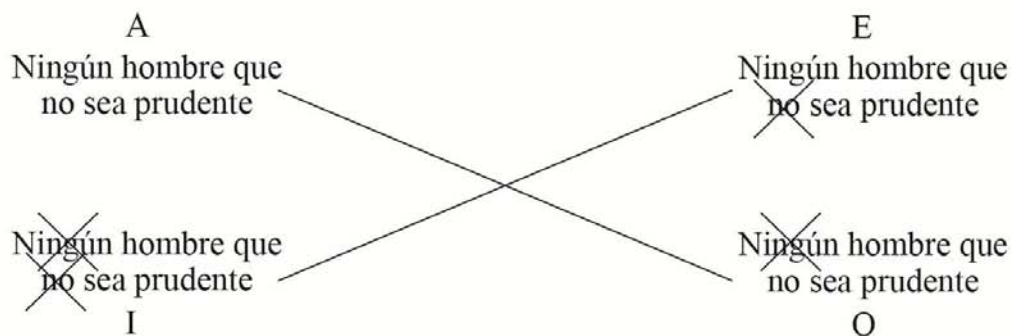
Si se parte de una proposición universal afirmativa (A) con doble negación, las otras proposiciones (E–I–O) se obtienen anulando ya sea la primera negación, ya sea la segunda o ambas. Así, por ejemplo:

- Para el enunciado E (“Ningún hombre que sea prudente”), sostenido por los sectores 2 y 4, del cuadrante se anula la segunda negación de la proposición tipo A.
- El enunciado I, se construye anulando ambas negaciones. Si se suprime la primera negación, se obtiene O.

El esquema de esta página y el de la siguiente intentan representar gráficamente lo sostenido por Lacan.



Cuadrante de Peirce la lógica cuantificacional



Proposiciones A-E-I-O expresadas mediante dobles negaciones

A finales de la década de los años sesenta aparecieron con asiduidad en los seminarios de Lacan las fórmulas *pas-tout* (no todo) y *pas-sans* (no sin).

5.7. Lógica, verdad y realidad. La verdad en psicoanálisis

La verdad en tanto concepto ha sido encarada desde perspectivas diferentes: lógica, filosófica (metafísica u ontológica), epistemológica, psicoanalítica, etc. Aquí se hará referencia a las elaboraciones de Lacan sobre la misma, mientras que los enfoques lógicos y filosóficos se abordarán en el Anexo a este capítulo y en III, 7.12., respectivamente. Convendrá, pues, articular lo expresado en estos tres sitios.

Se partirá de la siguiente idea: el término verdad se emplea habitualmente en relación a una proposición o a una realidad. En el primer caso se dice que una proposición es *verdadera* y se la contrapone a la *falsa*; en el segundo caso, al afirmar que una realidad es verdadera se la está diferenciando de otras que se consideran “aparentes”, “ilusorias”, “irreales”, “ficticias”, “mágicas”, etc. En el lenguaje corriente la distinción entre ambas aproximaciones al asunto no suele ser rigurosa, cosa que ha generado notables confusiones. Por otra parte, los estudiosos de las disciplinas antes nombradas tampoco se han puesto de acuerdo en una caracterización precisa de este concepto, razón por la cual cohabitan diferentes formas de entenderla. En términos muy generales y en el marco del pensamiento filosófico puede plantearse una primera división entre las tendencias idealistas, que caracterizarían la verdad como coherencia o consistencia de un sistema de conocimientos, mientras que la tendencia realista -de todas las épocas- prefirió definirla como correspondencia del conocimiento con los hechos. Esta situación ya espinosa de por sí se complejizó aún más a partir de Freud, tras la introducción de nuevas dimensiones: lo inconsciente, la verdad psíquica, la verdad histórica y la realidad subjetiva.

Las ideas de Lacan sobre la verdad fueron variando y adquirieron diferentes características según los periodos de su enseñanza. Propender a que el analizante hiciese la experiencia del inconsciente conllevaba hacerle descubrir aquello que habla en él a sus espaldas, conducirlo a encontrarse con “eso” que “habla” (*ça parle*)⁴² en las formaciones del inconsciente y que dice verdades del sujeto de manera cifrada. En la década de los años cincuenta, bajo la influencia de Heidegger, Lacan opuso al tradicional análisis de las resistencias la idea de la revelación del ser, términos que poseen resonancias con las ideas del filósofo, que exhumó el sentido griego del término verdad: descubrimiento del ser: *alétheia*.⁴³

Más tarde hizo propias algunas propuestas de la Lógica sobre la verdad y las relaciones que ella establece entre ésta y la realidad. Pero, en todas las épocas primó una concepción de la misma acorde con lo que se procesa en el contexto psicoanalítico, tanto en el plano de la teoría como en el de la praxis. Se verá enseguida que otorgó a la verdad un rol fundamental en la clínica en tanto *causa* de las transformaciones subjetivas.

Se intentará reunir sus tesis principales sobre la verdad para que quede trazado un panorama de su pensamiento respecto de este asunto.

- La verdad existe; esta idea le alejó de la sofística.
- La verdad sólo puede decirse a medias. Siempre se dirá algo más o algo menos de lo que se pretendía decir. En esa última frase está implícito lo inconsciente y su relación con la verdad. La existencia de lo inconsciente hace que la verdad no pueda decirse *toda*. Mientras haya producciones del inconsciente, mientras opere la represión, sólo habrá aparición de verdades parciales. Esta tesis puso distancias con toda equivalencia entre las ideas que se piensan y los recursos del lenguaje que permiten expresarlas: siempre existirá un desfase entre el decir y lo dicho.
- Lacan, mientras procesaba sus cuatro discursos, atribuyó al psicoanálisis la realización de una operación mediante la cual el saber del inconsciente es situado en el lugar de la verdad. Para que eso acontezca no se necesita que el analizante se proponga firmemente decir la verdad -en ese caso sólo diría verdades que ya conoce-; de lo que se trata es de dar rienda suelta a la palabra para que emerja el saber inconsciente, indefectiblemente asociado al goce.
- Lacan correlacionó con frecuencia este “saber en el lugar de la verdad” con el Nombre del Padre.
- No hay criterios de verdad, puesto que la verdad es menos un juicio que una operación. La verdad está en el registro de la causa del sujeto. Esta falta de criterios de verdad, que sustrae a la verdad del principio de adecuación y, también, del de certeza, otorga al pensamiento de Lacan su toque escéptico. Pero, al presentar la verdad como un desarrollo, le dio un toque dialéctico.
- La verdad opera como causa material (véase III, 7.10.3. y 7.10.4). Al final de su producción la consideró una verdad matematizada -fundamento de la ciencia a partir de Descartes-, una cifra, una “x” despejada; una verdad que no se referencia a la realidad externa sino a la realidad del significante, de la letra que insta en el inconsciente (III, 4.4.2.) La interpretación, caracterizada como una intromisión significativa, promueve la aparición de verdades subjetivas, que retroactúan sobre la batería significativa inconsciente del analizante. Esta verdad opera como causa para el \$.
- De lo dicho se deduce que en psicoanálisis la verdad opera también como fuerza modificadora; ella está implicada en una dialéctica de transformación psíquica y de gestión del sufrimiento. Estas ideas aparecidas muy tempranamente [“Intervención sobre la transferencia” (1951)], perduraron a lo largo de su obra aunque, cabe decir, con el agregado de inflexiones. Una interpretación eficaz -con los efectos de la verdad que produce- hace que el sujeto ya no sea el mismo que antes de su pronunciación.

“Nada más temible que decir algo que podría ser verdad [...] y Dios sabe lo que sucede cuando algo, por ser verdad, no puede volver a entrar en la duda.” [DC (1958), *EI*, p. 247].^{44*}

- Un último apunte: la oposición entre la verdad y lo real aparece con gran empuje en la última década de su enseñanza. Por entonces asoció lo real con lo imposible en el contexto de las importaciones desde la lógica modal (Véase A₅.10.5). Lo real -aquello que vuelve siempre al mismo lugar, aquello que está por fuera de lo simbólico y de lo imaginario, que escapa al significante y es incompatible con la representación-, hizo que la verdad en el psicoanálisis lacaniano deviniese contingente y singularizada para cada sujeto. Esta concepción de la verdad es un desarrollo paralelo a las nuevas reformulaciones de lo inconsciente a la luz de la topología nodal: las manifestaciones del saber inconsciente acontecen, también, por efectos de vecindad entre los significantes (enjambre) y siempre de manera contingente. (Véase III, 6.7. y diversos apartados del Anexo al capítulo 5).
- La producción de verdad en psicoanálisis está al servicio de la transformación subjetiva. Pero existen además otras diferencias: la emergencia de la verdad presupone en psicoanálisis un sujeto de la falta, que se sitúa como tal en su relación con lo real. Es también un sujeto sexuado y gozante, aspectos éstos ausentes en la filosofía y la lógica. El psicoanalista francés entroncó el concepto de verdad con la subjetividad. Estas especificidades del

psicoanálisis marcaron un punto de bifurcación con la Lógica: el carácter subjetivo de la verdad y sus efectos dinamizantes sobre la psique están ausentes en esa disciplina, entre otras cosas, porque ella no toma en cuenta la división del sujeto y sus correlatos.⁴⁵

- Su concepción alejó la verdad de la certidumbre y de aquello de la “adecuación del pensamiento con la cosa (*adequatio rei et intellectus*; véase 7.12).

En síntesis: el procesamiento de la verdad en psicoanálisis la sitúa en posiciones y funciones diferentes de las que tiene en filosofía y lógica. Hay grandes distancias entre la interpretación que apunta a revelar el deseo inconsciente y promueve la división del sujeto con aquello que Heidegger, por ejemplo, refirió como *llamado de la conciencia*, promotora de autenticidad. La clínica psicoanalítica puede testimoniar largamente acerca de la inoperancia de los llamados a la cordura y de los consejos dirigidos al yo o a la conciencia. Lacan criticó las aproximaciones naturalistas al sujeto: el organismo viviente que es el recién nacido humano es rápidamente capturado por las redes del lenguaje, de lo simbólico, que le privan de toda unidad subjetiva y trastocan su naturaleza.

5.8. Las clases desde la perspectiva lógica y su relación con el rasgo unario

La inclusión de este apartado no tiene por objeto el estudio lógico de las clases, sino el análisis de otra función del significante: la ordenación de lo real.

La noción de clase tuvo sus antecedentes en la silogística de Aristóteles y en la forma peculiar que éste tenía de entender la definición. Las premisas -mayor y menor- de un silogismo afirman o niegan algo del predicado; por ejemplo: Todo S es P; toda B es S \rightarrow luego, B es S. Esta estructura del silogismo posibilita que un tercer elemento -en este caso B- pueda ser incluido en el predicado de la premisa mayor, ya sea de manera total, en las proposiciones tipo Todo S es P, ya sea parcialmente en Algún S es P. Las proposiciones negativas -E y O- rechazan tal inclusión. El haber privilegiado estos procedimientos, unido al realismo imperante, determinó que el proceso de constitución y delimitación de una clase se hiciera mediante el agrupamiento de todas las individualidades que compartían aquello que se predicaba del sujeto en la proposición.

Dicho en otras palabras, la conformación de la clase se lograba mediante el proceso lógico de la inclusión del sujeto en el predicado, ya sea de manera total o parcial. Se rellenaba, así, con todas las particulares, un universal preexistente. Las universales afirmativas eran especialmente útiles para tales fines, por ser las de máxima extensión. Véase otro ejemplo, que será retomado posteriormente:

Todos los cordados son vertebrados.
Los mamíferos son cordados.
Luego, todos los mamíferos son vertebrados.

Los lógicos escolásticos hicieron suyas estas ideas: agrupamiento de todos aquellos que compartían los atributos incluidos en el predicado, utilización del procedimiento lógico de la **inclusión**, sobre un telón de fondo realista, privilegio del concepto de extensión (número de miembros) de la clase, etc. La lógica clásica fue básicamente extensionalista: ella se ocupaba de las clases en tanto extensión de conceptos. Como resultado de su *modus operandi* se terminaba sabiendo, por ejemplo, que los mamíferos eran vertebrados o que los cocodrilos eran reptiles anfibios -cosa cierta- pero nada se decía sobre qué es lo que determinaba la pertenencia a la clase mamíferos o a la clase reptiles anfibios. Con mayores o menores modificaciones, esta noción de clase atravesó varios siglos. Con el surgimiento de la lógica simbólica y, en especial, a partir de Frege, pudo plantearse la noción de clase dentro de un marco novedoso, que permitió establecer mayores precisiones respecto de la extensión y la comprensión de las clases. La lógica simbólica introdujo una distinción interesante en el tratamiento de los contenidos y de la extensión, de forma tal que pudo hablarse de dos ramas de la misma:

- Lógica de predicados, cuyo objeto son los contenidos.
- Lógica de clases, cuyo objeto son las extensiones.

Prácticamente todos los lógicos simbólicos que se ocuparon de la problemática de las clases fueron partidarios de tomar en consideración la lógica de los predicados. Ninguno de ellos fue extensionalista ferviente. Lacan, tomando un cierto apoyo en el cuadrante de Peirce, consideró que la presencia o ausencia de un elemento significativo –rasgo unario– era fundamental para constituir las clases. Retomó por su cuenta las aportaciones de la lógica de predicados y se apoyó en su concepto de privación –ver *supra*, apartado 5.6.2.– para explicitar una noción de clase basada, como ya se dijo, en el significativo. Más específicamente, sostuvo que era el rasgo unario el que fundaba la clase; luego, en un segundo tiempo, y por medio de la **exclusión** –procedimiento que está en la antípoda de la inclusión, utilizado por la lógica clásica– se hace ingresar a ella a todos los miembros identificados por ese rasgo unario específico.

El procedimiento, como su propio nombre lo indica, implica la extracción de un subconjunto determinado desde un conjunto mayor. Los que están “marcados” por dicho significativo serán miembros de esa clase y quedarán excluidos del conjunto de mayor extensión al que pertenecían, para integrarse a una clase mejor definida.

Así pues, mientras que en la lógica clásica, los mamíferos estaban **incluidos** entre los vertebrados –por el hecho de tener vértebras–, en la lógica simbólica, la constitución de la clase de los mamíferos se desliga de la posesión de columna vertebral y se funda en el rasgo unario “mama”.

Todos aquellos identificados por tal rasgo son **excluidos** del grupo de los vertebrados e integrados a la clase mamíferos justamente por la presencia (constatada *phásicamente*) del rasgo unario mama.⁴⁶

Ya se ha visto como Lacan utilizó el cuadrante de Peirce para mostrar, por medio de los sectores 1 y 2, el procedimiento lógico de la privación, que está en la base de toda proposición universal afirmativa y de su manera de pensar las clases.

Inscrito el significativo, operada la identificación por el rasgo unario (“mama”, en el ejemplo que se está estudiando) puede sostenerse a nivel de la *lexis* (enunciado lógico que no implica verdad, falsedad ni juicio de existencia) que hay una clase (la de los mamíferos) en la que **no** puede estar **ausente** el rasgo unario “mama”. La negrita en las dos palabras de la frase anterior viene a subrayar que se trata de una proposición universal afirmativa construida en base a una doble negación.

Por el procedimiento descrito *supra*, apartado 5.6.4. –supresión de la primera negación, de la segunda o de ambas– pueden formularse las proposiciones E – I – O.

Se tendrá, así, una primera aproximación a la noción de clase basada en el rasgo unario y en el procedimiento de exclusión. El siguiente esquema la representa, mostrando los cuatro enunciados correspondientes: A – E – I – O.

Para todos los miembros no puede estar ausente el rasgo unario “mama”.

$$\wedge x (Fx \rightarrow Gx)$$

Para todos los x, si x es F, entonces X es G.

A

Para todos los miembros no puede estar ~~ausente~~ el rasgo unario “mama”.

$$\wedge x (Fx \rightarrow \neg Gx)$$

Para todos los x, si x es F, entonces no es el caso que x sea G.

E

I

Para algunos miembros ~~no~~ puede estar ausente el rasgo unario “mama”.

$$\vee x (Fx \wedge Gx)$$

Para algún x, si x es F, entonces x es G.

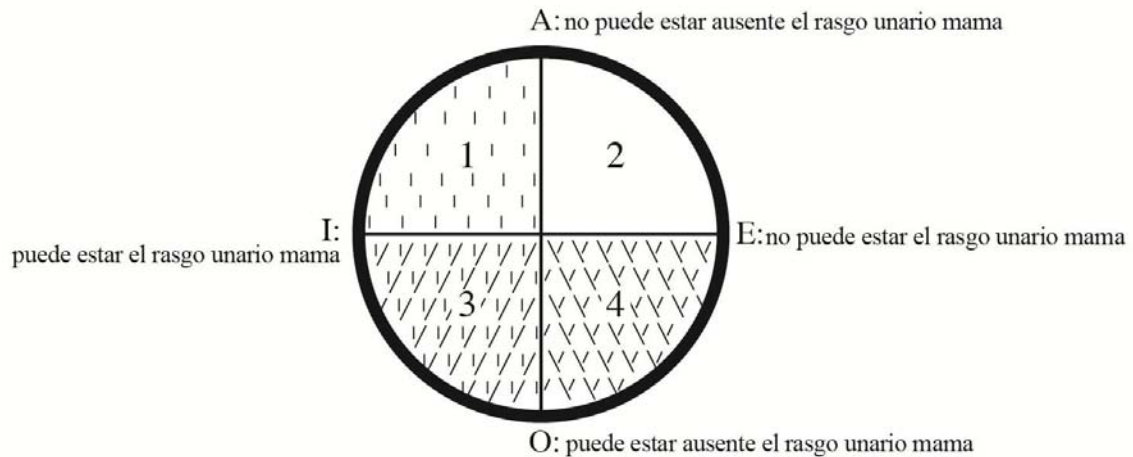
O

Para algunos miembros ~~no~~ puede estar ausente el rasgo unario “mama”.

$$\vee x (Fx \wedge \neg Gx)$$

Para algunos x, si x es F, entonces, no es el caso que x sea G.

Lacan utilizó también el cuadrante peirciano, para fundamentar su manera de entender la noción de clase.

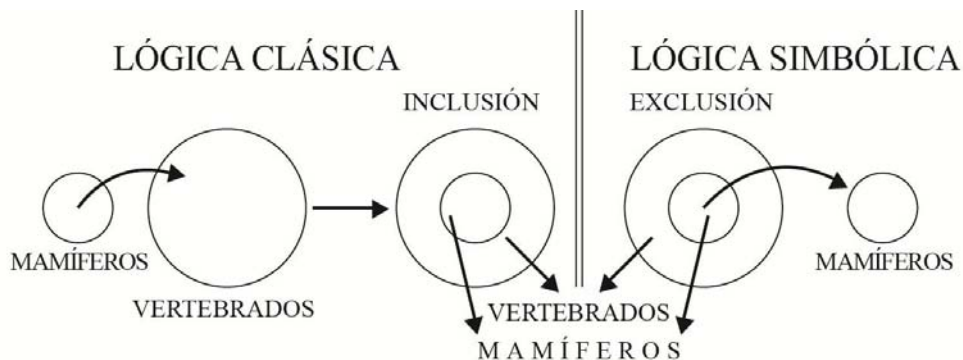


Cuadrante de Peirce y enunciados propios de la lógica cuantificacional que permiten fundamentar la noción de clase, según Lacan

Las universales A y E enuncian, cada una a su manera, una propuesta en *lexis*. Después, a nivel de las particulares, se constata de manera *phásica*, si el rasgo unario está presente (sector 3) o si no lo está (sector 4).

Desde esta concepción, la clase de los mamíferos se constituye por exclusión de sus miembros del interior de una clase de mayor extensión (la de los vertebrados), debido, justamente a que están marcados por el rasgo unario mama. La vía seguida es por consiguiente, la opuesta a la utilizada por la lógica clásica (inclusión).

“[...] el verdadero fundamento de la clase no es su extensión ni su comprensión.” (S 9, clase del 7 de Marzo de 1972).



Procedimiento diferencial de la lógica clásica y lógica simbólica para la constitución de clases

Pero ésta no es la única diferencia. La lógica de predicados, muy utilizada en la segunda mitad del siglo XX, proporciona un mejor fundamento para la noción clase. En el ejemplo dado, es indudable la ventaja de basar la "mamiferidad" de los mamíferos en la constatación (*phásica*) de la presencia del rasgo unario mama. El hecho de poseer vértebras no constituye lo más específico de los mamíferos. De todas formas, cabe tener presente que no son las mamas biológicas las que *sensu-strictu* fundamentan la clase, sino el rasgo unario "mama", el significante "mama". Cuando se dice "mama" o cuando se emplea el significante "mamífero", no sólo se están usando dichas palabras sino que, además, se reconoce implícitamente la noción de clase y la inmersión del conjunto en el orden simbólico. Se trata de un plano radicalmente diferente de aquel que

corresponde a la mama biológica. El rasgo unario "mama" no es esa protusión carnosa que puede adquirir variadas formas según las distintas especies. No es -se insiste- la realidad biológica de este órgano lo que funda la clase "mamíferos". Tal aserto puede comprobarse fácilmente por el hecho de que la mama orgánica ha existido desde muchísimo antes de que se comenzase a hablar de la existencia de la clase "mamíferos". Es el significante, es el rasgo unario (en este caso: "mama") el que funda lógicamente la clase, ordenando lo Real y permitiendo, en un tiempo lógico posterior, que se cobijen bajo su manto todos aquellos identificados por dicho rasgo.

Sólo a partir de la lógica simbólica el significante adquirió carácter fundacional de las clases. La lógica clásica desconoció la eficacia del significante para ordenar lo Real; sin embargo, no dejó de tomar cierto apoyo en él.

5.9. El nombre propio desde la perspectiva lógica

La cuestión del nombre propio ha sido extensamente debatida a lo largo de siglos por filósofos, lógicos y lingüistas; en cambio, no fue abordada en la literatura psicoanalítica hasta Lacan; ni Freud ni sus discípulos de las primeras décadas se habían ocupado del tema. El psicoanalista francés inició el tratamiento de este asunto en el *S 9* dedicado a la identificación. Y ello no fue por casualidad: cada humano que llega al mundo es identificado por un nombre -un significante, insistió Lacan- que opera como rasgo unario. Esa marca simbólica le inscribió en un linaje y le acompañará por el resto de su vida -salvo que haya habido una voluntad expresa de modificarlo-.⁴⁷

Dada la ausencia de antecedentes psicoanalíticos, Lacan se apoyó en algunos estudios de las disciplinas recién nombradas para elaborar esta problemática en el marco de su teoría. Atribuyó al nombre propio todos los caracteres del significante; entre ellos, su poder identificante; el Otro pone en juego su capacidad para inscribir marcas.

Sucedé con frecuencia que ese trazo simbólico sea aplicado al futuro sujeto antes de su nacimiento; durante el embarazo se barajan varios nombres; el debate suele involucrar a la familia entera y hasta amigos de la pareja. Se reconoce fácilmente que en esas circunstancias los padres han hablado, conversado, discutido y acordado (o no) el nombre que pondrán al hijo. En cambio es menos aceptada la incidencia de lo inconsciente parental en las discusiones que desembocan en la elección. Sólo más tarde se podrá tener noticias de la importancia del determinismo inconsciente que ha operado y de los efectos que esa nominación impuesta -no existe otra posibilidad- ha tenido sobre cada sujeto nombrado; también, sobre aquellos que ejercieron el acto de nominación.

En la teoría lacaniana, la cuestión del nombre propio quedó rápidamente articulada con lo inconsciente y con los tres registros; puede decirse, entonces, que además de los momentos puntuales en que trató el tema explícitamente -*S 9* y *S 22*-, éste estuvo presente de manera implícita en todos los seminarios, dada la reelaboración constante de su tópica.

El contenido de este apartado se complementa con lo ya afirmado sobre el nombre propio en 4.7.6. -en el que se estudió su función como significante- y con lo que se expondrá en III, 7.5. sobre los antecedentes filosóficos del nombre propio. Las páginas siguientes se centrarán en los aspectos lógicos de este asunto, especialmente las aportaciones realizadas desde finales del siglo XIX y durante el XX por Frege (1848- 1925), Russell (1872-1970), Wittgenstein (1889-1951), Carnap (1891-1970) y Kripke (1941-).

Frege consideraba que el nombre propio tenía un sentido y designaba simultáneamente su referente. Sus ideas fueron diferentes a las de J. S. Mill (1806-1873) y a la que años más tarde expresara Wittgenstein. Este último, en su *Tractatus lógico-philosophicus* (1921) afirmó que los nombres propios carecían de significación y, en caso de tenerlas, venía dada por el objeto nombrado.

Russell ya había desarrollado buena parte de estas ideas en su teoría de las descripciones, aparecida en su texto *Sobre el denotar* (1905). La descripción fue considerada clásicamente como una definición de rango menor: enumeraba los caracteres de una cosa que permitían diferenciarla de otras, aunque sin que se alcanzase el estatus de una definición *esencial*; se podría decir que es

menos precisa o menos exacta que una definición por las propiedades esenciales del objeto. Con estos antecedentes como telón de fondo, Russell diferenció entre un “conocimiento directo” -o por experiencia- y “un conocimiento acerca de” las cosas -es decir: por descripción-, en el marco más amplio de sus preocupaciones por contrarrestar la incidencia de lo subjetivo en la elaboración de enunciados del conocimiento. También examinó lógicamente, junto al concepto de denotación, los de significación y referente. De este pensador se aludirán sólo las nociones básicas relativas al nombre propio; él abordó el tema desde una perspectiva exclusivamente lógica. Una de las ideas que le sirvieron de punto de partida fue que el lenguaje corriente ofrecía dos posibilidades para designar algo: a) por medio del nombre propio; b) por descripción. En el primer caso se diría Cervantes; en el segundo: el autor de *Don Quijote de la Mancha*. En esta última circunstancia se alcanza el conocimiento mediante frases descriptivas (o denotativas), a las que agrupó en dos tipos: *indefinidas* y *definidas*. Las primeras se refieren a “un tal” cualquiera, indefinido; son frases más bien ambiguas, como por ejemplo, cuando se dice: *un hombre camina*. Las segundas lo son menos y aluden a “el tal”; se refieren a alguien en concreto; estas descripciones suelen empezar con el artículo determinado. Ejemplos: El autor del Quijote; el pintor del Guernica; el actual príncipe de España. Estas descripciones nombran una entidad *definida* y determinada.

Las indefinidas no suponían ningún problema para el empeño russelliano de formalizarlas lógicamente; *un hombre camina* podía escribirse en lenguaje formal, así:

$$(\exists x) P(x)$$

donde x: un hombre; P: la función de caminar; \exists : cuantificador particular o de existencia

En cambio, la escritura formal de las *definidas* le presentaron dificultades variadas; no sería justamente el caso de los ejemplos recién citados, ya que las mismas, nombran entidades pero además hubo efectivamente un autor del Quijote; existió Picasso, que pintó el Guernica y hay en la actualidad un príncipe de España. En otras descripciones definidas, los nombres propios o sus representantes y los indicadores de subjetividad generan inconvenientes cuando se quiere formalizarlas. Veamos algunas de estas trabas en las dos descripciones siguientes: 1) *El actual rey de Argentina* o 2) *El príncipe de Brasil es muy alegre*. Ninguna de las dos tienen referentes: no hay actualmente rey ni príncipe en esos países. Y si no hay aquello de lo cual se dice algo, lo que se dice no dice nada sobre ello. Sin embargo hay diferencias entre una y otra frase: la primera no tiene significación; la segunda la tiene -gramaticalmente hablando- pero desde el punto de vista lógico, no describe nada. Sería descriptiva en caso de que existiera lo descrito. La frase descriptiva no nombra por sí misma, en cambio si es un nombre propio tiene que ejercer una función nominativa.

Para resolver este y otros problemas Russell propuso un cambio de estatus lógico de lo dicho en las descripciones definidas: consideró la frase descriptiva como predicado, en un contexto lógico cuantificacional, a saber:

Hay un x tal que D

“Hay un x tal que” es una expresión cuantificada. D expresa la frase descriptiva.

La frase descriptiva funciona a modo de predicado de un determinado x ; Russell propuso la notación “ $(_1x)$ ” como símbolo de caso único, que se lee: “hay a lo sumo un x tal que”; luego se añade la frase descriptiva D .

De esta manera sustituyó los nombres propios o sus representantes por medio de una variable en una función proposicional; y fue eliminando, uno a uno, lo que llamó “particulares egocéntricos”; es decir, casi todo lo que funciona gramaticalmente como un nombre propio, para quedarse finalmente con la palabra “esto” o “éste” (“*this*”, en inglés). *This* era según él, el único nombre propio auténtico y fundamental; la palabra adecuada para designar las cosas particulares (*word for particular*); un demostrativo colocado en la categoría del nombre propio.

Las ideas de Russell fueron enjuiciadas por otros lógicos; P. F. Strawson, por ejemplo, puso en duda que existan sólo dos tipos de enunciados: sobre una persona particular o sobre un objeto- y

muy especialmente por los lingüísticos -también por los gramáticos- quienes consideraron que la cuestión del nombre -y del nombrar- era un asunto que atañía básicamente a sus disciplinas; afirmaron que la incursión de los lógicos en este tema fueron reduccionistas.

Rudolf Carnap representó en la historia de la lógica contemporánea al pensador que, en la cuestión del nombre propio, intentó conciliar dos perspectivas que en principio se presentaban como incompatibles: la de Frege por un lado y las de Russell-Wittgenstein por otro. En su libro *Meaning and necessity. A study in semantics and modal logic* (1947) Carnap sostuvo que el nombre propio podía tener significación pero que no era obligadamente el disfraz de una descripción.

Con **Wittgenstein**, el nombre propio y el nombrar adquirieron mayor complejidad. Al final de su producción introdujo relaciones y diferencias entre nombrar y mostrar: según su opinión, se podía saber el nombre de algo mostrando o señalando lo nombrado; es decir, dando una “definición ostensiva” de lo nombrado; sin embargo, se consideró que la sola demostración no era suficiente para nombrar al objeto que lleva el nombre propuesto.

Saúl Kripke, enrolado en las filas de la lógica semántica, elaboró una interesante doctrina sobre los nombres propios, a los que consideró *designadores rígidos*. Estos designan “en cualquier mundo posible” -otra de sus categorías- al mismo objeto, a diferencia del “*designador no rígido*” o “*accidental*”

Los lingüistas y gramáticos también entraron en este debate, tal como se vio en III, 4.7.6.

5.10. Tiempos lógicos y temporalidad retroactiva

En el apartado 2.5.5 del capítulo 2 se hizo una introducción a la temporalidad psicoanalítica en la que se señalaron algunos aspectos del legado de Freud respecto del tema y se anticiparon las principales elaboraciones lacanianas sobre el mismo asunto. Asimismo, en III, 7.8 se harán referencias a las ideas de dos filósofos que influyeron sobre Lacan en el asunto de la temporalidad: Sartre y Heidegger. Sobre este telón de fondo se encarará la trama argumental propuesta por el psicoanalista francés sobre las cuestiones que enuncia el título de este apartado.

La organización retroactiva de lo psíquico enriqueció aún más la ya compleja temporalidad psicoanalítica, al añadir a la atemporalidad del inconsciente los fenómenos de anticipación y retroacción. La presencia de estos componentes en la concepción del tiempo invalidaron, o al menos relativizaron, el cliché adjudicado al psicoanálisis, según el cual, éste entendería la historia personal como determinada exclusivamente por el pasado del sujeto: su infancia. La resignificación retroactiva rompió con los determinismos lineales: no sólo el pasado incide sobre el presente, sino que el presente actúa permanentemente sobre el pasado: cada lapso de tiempo transcurrido -con las nuevas experiencias que le han sido inherentes- posibilita otorgar nuevos sentidos a lo vivido anteriormente.

Freud empleó desde sus primeros textos, y continuó haciéndolo a lo largo de toda su obra, los vocablos *nachträglich* y *nachträglichkeit* (retroactivamente, retroactividad) para referirse al hecho de que las experiencias vividas, los recuerdos e impresiones, como así también, lo recordado a partir de las huellas mnémicas inconscientes, pueden adquirir -con el paso del tiempo- nuevas significaciones, gracias a la resignificación de las mismas a partir de vivencias posteriores. Un aspecto de la eficacia terapéutica del psicoanálisis podría ser entendido como producto de novedosas resignificaciones del pasado del analizante, surgidas en el seno mismo del dispositivo analítico.

Lacan insistió en sustituir el tiempo cronológico por los tiempos lógicos (ver *infra*) y en su teoría operó sistemáticamente con el *après-coup*.⁴⁸ * A medida que se iban sucediendo sus elaboraciones sobre el tiempo y el espacio, comentadas en III, 2.5.5, se generaron repercusiones más o menos inmediatas en la TIL.

Interesa subrayar en este contexto los efectos de la resignificación retroactiva de las inscripciones identificatorias: al tener en cuenta tal reorganización, el sujeto dejaba de considerarse una simple sumatoria de rasgos unarios y devino producto de las resignificaciones constantes y sucesivas, que van redefiniendo el pasado desde el presente. Los implantes identificatorios no

pueden considerarse como piezas de un puzzle establecidas de una vez y para siempre, conservadas intactas y, además, pasibles de ser sumadas, insertadas o retiradas. La retroacción impone concebir la trama identificatoria a la manera de un tejido vivo que se va rehaciendo permanentemente: las marcas posteriores subsumen –procesan e integran– a las anteriores; las incluyen y las transforman, creando en cada tiempo lógico una composición diferente que jamás podrá “regresionar” a un momento anterior; en todo caso puede servir de base para un estado futuro. Así entendida, la estructura subjetiva que resulta es muy distinta que cuando se la concibe como yuxtaposición o conglomeración de rasgos.⁴⁹

Bajo el imperio de una temporalidad retroactiva el pasado se va redefiniendo *constantemente* a partir de los sucesivos presentes (vector temporal complejo: cronológico y retroactivo). Estas resignificaciones afectan, como recién se dijo, a las inscripciones de trazos unarios: las nuevas reorganizan retroactivamente las previas. De ese conjunto surgirán las manifestaciones –siempre efímeras– del sujeto del inconsciente.

Esta manera de entender el asunto conllevó una ruptura con la concepción arqueológica en psicoanálisis; para esta última, el modelo predominante era (es) el estratigráfico: depósito o sedimento –en capas superpuestas según antigüedad– de las identificaciones acontecidas en las sucesivas “etapas evolutivas”; de manera concomitante, las identificaciones más arcaicas eran consideradas de mayor incidencia en la determinación de la patología. A partir de entonces se comenzó a pensar la resignificación del pasado desde el presente o, dicho de otro modo, el vector temporal unidireccional resultó limitado; la retroacción obligó a tener en cuenta, también, los efectos que se producen en sentido inverso: lo actual afectando a lo acontecido otrora.⁵⁰

Esta concepción temporal más compleja tuvo consecuencias en la manera de entender la dirección de la cura y la transferencia: esta última dejaba de ser la simple repetición del pasado en el presente para devenir una puesta en juego relacional con el analista de la subjetividad –siempre actual– del paciente. La noción de arcaico, al igual que los conceptos de regresión y progresión –sobre un eje temporal lineal– perdieron peso en el contexto lacaniano, a diferencia de lo que sucedía en ambientes kleinianos.⁵¹

A diferencia de los psicoanalistas enrolados en la escuela inglesa, la concepción psicológica evolutiva no tuvo cabida en la obra de Lacan; en la teoría de este último prevalecen los tiempos lógicos, presentes, por ejemplo, en los tres tiempos del Edipo lacaniano y en la dialéctica alienación – separación, que se comentará en III, 7.11. Otro paradigma de esta forma de entender la temporalidad es el estadio del espejo: dicha experiencia, una vez consumada, además de aportar la unidad corporal gracias a las identificaciones imaginarias con el semejante, resignifica lo anteriormente vivido como un estado de fragmentación corporal.

5.11. Otros fragmentos del discurso lacaniano formalizados lógicamente

Además de todas las cuestiones consideradas en los diez apartados precedentes Lacan abordó también desde una perspectiva lógica otros asuntos claves de su teoría. Aquí se considerarán los llamados cuatro discursos y las fórmulas de la sexuación, dadas las relaciones importantes que mantienen con el sujeto del inconsciente, la identificación y la identidad.

Estos temas fueron expuestos por él en la década de los años setenta, en los que se produjo un movimiento formalizante de gran envergadura. En las próximas páginas se pasará revista a los temas siguientes: se comenzará por los cuatro discursos, expuestos por primera vez en el *S 17* (1969-1970); luego se hará una primera incursión por las fórmulas de la sexuación, presentadas en el *S 20*; se volverá a ellas tras una referencia a los usos por parte de Lacan de la lógica modal –no mencionada hasta ahora en este capítulo–.⁵²

Recurrió a esta última en el periodo final de su obra, en asociación a la topología nodal. Se estudiarán las reformulaciones que Lacan introdujo en diversos conceptos psicoanalíticos en base a esta lógica. El retorno a las fórmulas de la sexuación servirá, entonces, para articularlas con la lógica modal, primero, y con las formas modales del amor. Unas últimas consideraciones sobre las repercusiones de los modos lógicos del amor sobre el amor de transferencia –tal como lo entendió al final de su obra– cerrarán este apartado y capítulo dedicado a las importaciones lógicas. Se

entenderá porqué, en consonancia con los ejes fundamentales de su teoría, la lógica del no-todo y la forma modal de la contingencia devinieron capitales en su teoría.

El *esebarrado* –no podía ser de otro modo– ha sido el nexo entre todas las problemáticas lógicas que se han tratado en este capítulo y las que se abordarán en el presente apartado, que se ceñirá al siguiente orden expositivo:

- 5.11.1. Los cuatro discursos
- 5.11.2. Fórmulas de la sexuación; primera parte
- 5.11.3. Lacan y la lógica modal
- 5.11.4. Fórmulas de la sexuación, segunda parte; su articulación con la lógica modal
- 5.11.5. Formas modales del amor y el amor de transferencia

5.11.1. Los cuatro discursos

Su escritura es extraordinariamente compacta y los matemas correspondientes condensan relaciones complejas cuyas manifestaciones son múltiples y variadas. Su forma de presentación –carácter algebraico– supone una máxima economía en la expresión de conceptos. Fueron nominados así: discurso del amo, del universitario, de la histérica⁵³ y del analista. Lacan subrayó el sentido genitivo objetivo de la preposición que une el vocablo discurso con cada una de las variedades del mismo. Se trata de discursos *sobre* el amo, *sobre* el analista, etc.

Cada uno expresa y ordena, a la vez, una forma de lazo social. Fueron presentados y descritos de manera secuencial; los componentes de dicha serie se sostienen mutuamente. Al exponerlos hizo referencia a

“[...] un aparato de cuatro patas, con cuatro posiciones, que pueden servir para definir cuatro discursos básicos.”
(S 17, clase del 10/12/69).

Las posiciones son:

<u>agente</u>	<u>Otro</u>
verdad	producción

Estos lugares prefijados son ocupados rotativamente por cuatro términos móviles, los matemas:

- S₁: significante-amo
- S₂: el Saber
- a: el plus-de-gozar
- \$: el sujeto barrado o dividido.

Estos términos móviles van permutando; giran de manera circular (sentido horario) y se sitúan sucesivamente en cada uno de los cuatro lugares. Tras cada cuarto de giro, los cambios de posición que acontecen dan pie a discursos diferentes.

Lacan añadió la condición expresa de mantener el orden de las cuatro letras; éstas deben circular 90° en bloque; es decir, al mismo tiempo. Se los transcribirá tal como quedaron plasmados en la pizarra, en la clase del 17 de diciembre de 1969, primera ocasión en que fueron presentados los cuatro juntos.

universitario	amo	histórico	del analista
$\underline{S}_2 \rightarrow \underline{a}$	$\underline{S}_1 \rightarrow \underline{S}_2$	$\underline{\$} \rightarrow \underline{S}_1$	$\underline{a} \rightarrow \underline{\$}$
$S_1 \quad \underline{\$}$	$\underline{\$} \quad a$	$a \quad S_2$	$S_2 \quad S_1$

Se trata de modos de producción inconscientes. Estos discursos testimonian sobre la presencia y eficacia del significante en los lazos sociales que el sujeto establece. Muestran el impacto colectivo del significante y los fenómenos de goce en el ámbito social. Tienen, por lo tanto, una lejana sintonía con la temática del texto freudiano *Psicología de las masas y análisis del yo*

(1921). Los cuatro discursos son coherentes con el carácter topológico del *esebarrado*; éste es möebiano: muestra continuidad entre el exterior y el interior. Los discursos superan la separación artificial entre el sujeto y lo social.

Discurso del amo: Es una forma de lazo social en que predomina la relación dominación -servidumbre. Pueden encontrarse antecedentes de este discurso y figuras del mismo en el *Menón* de Platón; también en *Política*, donde Aristóteles expuso su teoría del Estado; entre otros argumentos sostuvo que había hombres que eran esclavos por naturaleza; en ellos el instinto y la sensibilidad predominaban sobre la razón y tenían que ocuparse de actividades de las que el hombre “libre” estaba exento.

Otros antecedentes: la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo más los conceptos marxistas de modo de producción y plusvalía; estos últimos están asimismo implícitos en el concepto lacaniano de *plus-de-gozar*.

El elemento clave de este discurso es el S_1 , significante amo, situado en el lugar del agente. El amo hace marchar el cuerpo del esclavo. S_2 , el Saber, ocupa en este discurso el lugar del otro; el esclavo es el que posee el saber: al menos, el saber hacer práctico. La figura del amo encuentra su verdad en el trabajo del esclavo.

Lo que la experiencia analítica enseña es que la fuerza de ese imperativo no es propiedad exclusiva del amo político, religioso o económico; también se sitúan en ese discurso todos aquellos que, de algún modo, determinan el destino de todo cachorro humano desde su nacimiento: el contexto objetual que le tocó en suerte o desgracia. La identificación está concernida en esta última frase: hay mucho discurso del amo en la realización de la función materna y paterna.

Discurso universitario: Brega para mantener y fortalecer el dominio del amo. Recoge el saber (S_2) del esclavo -cuerpo dominado- y lo trasmite a los estudiantes; es decir, a los futuros amos. Aquí es el Saber - S_2 - el que ocupa el lugar dominante; está en posición de agente. En el lugar del otro está el estudiante; allí se sitúa el objeto *a*, causa del deseo y plus -de-gozar. Este discurso no produce nada nuevo, no crea ni inventa; trasmite conocimientos ya sabidos, para formar amos técnicamente preparados. Es la función de toda universidad.

Discurso de la histérica: Supone un giro de 180° respecto del anterior; la simple observación de la escritura de ambos permite comprobar que todos los matemas están invertidos entre sí y situados en su antípoda: cruzados en diagonal.

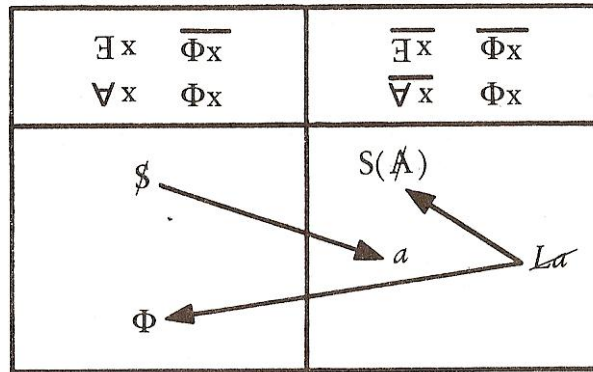
Esto viene a señalar que la histérica no toma al saber como un bastión; más bien lo cuestiona, como cuestiona a todo amo. La histeria quedó calificada como discurso; es decir, como un modo de lazo social.

En este contexto no hacía referencia al tipo clínico de neurosis sino a una modalidad de ligamen, a saber: se busca un amo para cuestionarlo, para interrogarlo, para demostrarle que, en tanto amo, está castrado. Pero, a la vez, el histérico o histérica puede encontrar un lugar junto a él para sostenerlo ahí donde él fracasa.

Discurso del analista: Es aquél que tiene por dominante al *a*, causa del deseo; es un matema que determina al analista; es en cierto sentido la formalización de la función analista. Es el lazo social que queda determinado por la práctica de *un análisis singular*. Este discurso coloca el Saber - S_2 - en el lugar de la verdad. Lacan correlacionó con frecuencia este “saber en el lugar de la verdad” con el Nombre del Padre.

5.11.2. Fórmulas de la sexuación; primera parte

Constituyen una manera formalizada de referirse a la sexuación de los hablanteseres; ellas refieren especialmente la determinación simbólica de la misma.



Lacan las denominó fórmulas de la *sexuación* y no de la sexualidad. Consideraba imprescindible diferenciar entre: a) lo que hace al registro estrictamente anatómico del sexo; b) la noción de género, que sería el conjunto de normas sociales sobre lo que es ser mujer u hombre y c) la sexuación, que remite a la relación privada, íntima, singular de cada sujeto con su sexualidad y con su modalidad de goce.

Las fórmulas condensan un conjunto de ideas lacanianas sobre la diferencia de los sexos, sobre los goces y los modos de relación del sujeto con el Otro, tema que tuvo claros antecedentes en la obra freudiana, especialmente en los textos más tardíos, que trataron sobre la sexualidad femenina, “las consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica” y en aquellos otros que abordaron las problemáticas del falo, la castración, el par feminidad/masculinidad. Esta herencia freudiana fue procesada por el psicoanalista francés, que añadió varios conceptos propios a esta problemática, articulándola dentro de una perspectiva lógica, inédita hasta entonces en el discurso psicoanalítico.

A partir de los años setenta, las diferencias que había entre Freud y Lacan respecto a las diferentes facetas de este tema, se hicieron notables, como podrá apreciarse en las próximas páginas. Asimismo, estas nuevas reformulaciones implicaron un reajuste del propio pensamiento de Lacan.

En efecto, en su manera de pensar la sexualidad, caben reconocer, esquemáticamente hablando, dos momentos entre los que no dejaron de haber anticipaciones, interpenetraciones y reubicaciones; el primero, giró en torno al falo como significante y a lo que podría llamarse una lógica atributiva del mismo (*SF* y *S 10*); el segundo es el que se comentará en este apartado; mereció el nombre de sexuación y es justamente en este periodo (*S 18* y *S 19*) en que llevó a cabo sus elaboraciones que culminaron en el cuadro del *S 20* en que presentó sus conocidas fórmulas.

El conjunto responde a una articulación de la lógica binaria con la lógica modal, pero en cierto sentido huye de binarismos excluyentes. La lógica fálica del momento anterior no desapareció sino que fue reubicada en el contexto de lo nuevo.

Lo condensado en el diagrama recién expuesto supone una importante tentativa de dilucidación de los avatares de la identificación sexual; las fórmulas de la sexuación constituyen un intento de logizar la disparidad entre los sexos. Lacan tuvo en cuenta muy especialmente la relación de los *hablanteseres* con el falo, con la castración y con la lógica del inconsciente. Para el *parlêtre*, el deseo sexual está sometido al significante. En función de estas determinaciones simbólicas de la sexualidad, la complementariedad anatómica de los sexos pierde importancia; no se encontrará en esas clases del *S 20* ninguna alusión a la anatomía sino a dos posiciones: masculina y femenina. La función fálica se revela como referencia principal en la sexuación; todo ser parlante se ordena lógicamente respecto de ella.

En el cuadro, la diferencia sexual quedó patentizada por la línea central y vertical que lo divide en dos sectores: las notaciones lógicas son diferentes a izquierda y derecha de la misma. Tal separación anticipa disparidades y asimetrías en los campos del deseo, del amor, del goce, entre hombres y mujeres; pero, esto no significa que los hombres y las mujeres se sitúen a derecha e izquierda, respectivamente; ella o él pueden ocupar cualquiera de los dos lados.

En este diagrama, utilizó las notaciones de la lógica simbólica cuantificacional, pero con la introducción de algunos cambios.⁵⁴

Lacan pensaba que esta formalización no era sólo un nuevo ropaje para ideas conocidas; creía que gracias a la lógica se podría revelar una punta de lo Real. Lacan consideraba a la lógica como la ciencia de lo Real.

Todo ser que habla se inscribe en uno u otro lado del cuadro. En el rectángulo superior e izquierdo, lado hombre, la notación $\forall x \Phi x$ expresa que la castración actúa como ley universal. Todo sujeto x está sometido a la castración.

“[...] $\forall x \Phi x$ indica que el hombre en tanto que todo se inscribe mediante la función fálica, aunque no hay que olvidar que esta función encuentra su límite en la existencia de una x que niega la función $\Phi x : \exists x \overline{\Phi x}$.”

La afirmación universal es posible del lado de los hombres en tanto media una afirmación particular negativa: existe *al menos uno* a quien tal ley no se aplica. Esta excepción se conecta de manera lejana con el Padre de la horda primitiva, descrito por Freud en *Tótem y tabú*, pero a condición de entender el giro propuesto por Lacan: este padre es una función lógica -más bien *logistera*- y deviene secundario saber si existió o no; si fue asesinado o no, y más ampliamente, si las tesis antropológicas de citado texto de Freud son correctas. Este padre logizado debe considerarse un operador estructural para todos los hablantes; el único exceptuado de la función fálica. Existe *al menos uno* que no está castrado. Este padre elude la castración y tiene por cometido asegurar la existencia universal de la misma: esta excepción paterna viene a confirmar la regla; permite hablar de universalidad y de conjunto cerrado del lado masculino.⁵⁵ Dicha salvedad la escribió del siguiente modo: $\exists x \overline{\Phi x}$.

Las fórmulas del sector derecho no son una simple contrapartida de lo que acontece en el sector izquierdo; escriben el modo específico -y diferencial- con que las mujeres se relacionan con el falo pero, también, que hay algo de lo femenino que escapa al régimen fálico. La notación $\overline{\forall x} \Phi x$ puede leerse así: *no todas (pas-toutes)* están sometidas a la castración. Obsérvese que en dicha fórmula el cuantificador universal \forall está negado mediante la barra que lleva encima, cosa que vienen a decir que las mujeres no constituyen un universal desde el punto de vista de la función fálica. El *todo* de las mujeres no existe; existe el falo en tanto significativo del goce. Para ellas, la función fálica no está limitada -como es el caso de los hombres- por la excepción de un sujeto sustraído a la castración. De ahí la afirmación de Lacan, un tanto provocativa y levantadora de ampollas: “la mujer no existe”. No existe en tanto conjunto; las mujeres no pueden ser consideradas como un universal sino una a una. Es lo que aparece escrito en el sector inferior derecho del cuadro mediante La (tachadura del artículo definido “la”). Se verá más adelante que esto configuró un paso más en el desarrollo de la lógica lacaniana del no-todo.

La notación $\overline{\forall x} \Phi x$ -y lo que ella implica- tiene que ser articulada con lo que expresa la segunda fórmula del sector derecho, $\exists x \overline{\Phi x}$, que viene a decir: no hay excepción a la castración; las mujeres no se refieren a un Padre castrador; para *no-todas* las x , Φx . Debido a la ausencia de *al menos un* sujeto hablante mujer que sea la excepción a la castración, no hay universal para las mujeres: conjunto abierto.

También hay heterogeneidad en cuanto al goce a uno y otro lado de la línea media vertical del cuadro. Del lado masculino, una modalidad de goce *todo fálico*; es lo que aparece indicado mediante Φ , falo simbólico (sector inferior izquierdo del cuadro), significativo en el que se soporta el *sujeto* para encontrar al Otro, gracias al a , causa de su deseo (situado al otro lado de la vertical mediana).

El Otro queda *a*-izado y por esa vía la mujer queda incluida en el fantasma masculino: el hombre aborda a la mujer como la causa de su deseo; el Otro deviene objeto a para él. Del lado femenino: una modalidad de goce *no-todo fálico*; además de éste hay otro goce para la mujer, goce Otro, exclusivamente femenino. Se trata de un goce distinto al fálico pero que gira en torno a él. Es un goce suplementario; un *plus* de goce, que determina, entre otras cosas, que el goce fálico no sea considerado como goce absoluto. Hombres y mujeres no mantienen con el goce la misma relación.

El goce femenino está ligado al significante de la falta del Otro [S(A); sector inferior izquierdo del cuadro].

La primera vez que presentó estas fórmulas fue en el S 20, más específicamente, en la clase del 13 de marzo de 1973; sin embargo, buena parte de las ideas en él condensadas llevaban lustros gestándose. Supusieron, en primer lugar, una redefinición de la noción freudiana de falo, que quedó elevado a la categoría de *función fálica*⁵⁶.

Todos los seres hablantes están concernidos por esta función, aunque, según se dijo antes, hombres y mujeres lo están de manera diferente: para los primeros, modalidad de goce “todo fálico” (universalidad, conjunto cerrado); para las segundas, modalidad del “no-todo fálico” (ausencia de universalidad; serie de lo abierto; goce Otro). La función fálica subsumió lo relativo al concepto de castración e implicó una posterior interrogación sobre la universalidad de su aplicación.

Se deduce de estas fórmulas que no hay complementariedad de los sexos. *La relación sexual no existe*; es imposible escribir la relación sexual; existe función fálica y distinta manera de posicionarse ante ella. Para los humanos, el orden natural quedó subvertido por sus relaciones con el lenguaje; éstas establecen diferentes modalidades de goce; los *hablanteseres* se sitúan de manera asimétrica: la aproximación entre ellos no dependerá, entonces, de la complementariedad anatómica de los sexos sino del deseo.

Pero Lacan necesitaba ofrecer además su propia respuesta a los feminismos en auge de los años setenta que criticaban el falocentrismo psicoanalítico, al que consideraban como otra replicación más del poder masculino vigente en lo social. El psicoanalista francés reiteró que el falo era un referente único para ambos sexos, aunque esa referencia se modulaba de manera distinta de un lado y del otro del cuadro.

Diferencia sexual, sí; pero no para sobreponerla, confundirla ni menos aún para validar las desigualdades imperantes en lo social; diferencia sexual que se pone de manifiesto en las relaciones entre los sexos, sean éstas hetero u homosexuales.

* * * * *

A finales de los sesenta y principios de los setenta se produjeron dos giros fundamentales en la teoría lacaniana, que podrían sintetizarse así:

- Una transición desde la axiomática del deseo –presente en los años cincuenta y sesenta– hacia una axiomática del goce.
- El pasaje desde una estructura en la que se reconocían tres registros, a los tres registros como estructura.

Estos virajes acentuaron más las distancias con las teorías de Freud y Klein, tanto en un sentido amplio como en el campo restringido de la identificación y de la sexualidad. Se recordará al respecto que las diferencias con la psicoanalista de niños ya eran enormes, en tanto ella sostenía la existencia de correlatos psíquicos directamente derivados del sexo con el que se nacía; es decir: identidad sexual psíquica derivada directamente de lo biológico.

Las disparidades más notables entre las teorías de Lacan y Freud podrían resumirse en estos factores novedosos introducidos por el primero: a) la *logización* de la sexuación; b) la elevación del falo a la categoría de función y su transformación en significante; c) la concepción de la castración como efecto de la estructura del lenguaje; d) el establecimiento de una relación estrecha entre la sexualidad femenina y lo real; e) la introducción de las nociones de mascarada masculina y femenina; f) las disparidades de goces entre ambos; g) la instrumentación de los conceptos de conjuntos cerrado y abierto; h) la idea de posición sexual inconsciente tributaria del significante fálico; i) la implementación de la lógica del no todo; j) la relación sexual como imposible, etc.

Este conjunto de elaboraciones quedaron –de un modo u otro– incluidas ideas en el cuadro de la sexuación; las fórmulas que en él aparecen implicaron una toma de distancia respecto de las aproximaciones anatómicas y biológicas a la sexualidad. En la misma línea de Freud, que ya había

resaltado el carácter pulsional y no instintivo de la sexualidad humana, Lacan añadió y precisó las vías por las que transita la *determinación simbólica* de la misma, su instalación plena en el campo del deseo, su relación con la palabra y los significantes. Se trataba de una perspectiva que el consideró estrictamente psicoanalítica sobre la sexualidad de los *hablanteseres*, donde el saber del inconsciente trabajaba la diferencia sexual.

Estas ideas supusieron también alejarse de otras aproximaciones psicoanalíticas, sociológicas y culturalistas a la sexualidad. Entre estos últimos, y a partir de los años setenta, tuvo una gran difusión la corriente que utilizaba el concepto de género.

En esos contextos, el género fue entendido como un “proceso de adjudicación de significado –complejo y multifocal, consciente e inconsciente– efectuado por los adultos en la codificación del cuerpo”.⁵⁷

Años después Lacan articuló estas fórmulas de la sexuación con la lógica modal, según podrá apreciarse en los apartados 5.11.4. y 5.11.5.

5.11.3. Lacan y la lógica modal

La aproximación lacaniana a lo modal y su reformulación, para implantarla en el contexto de su teoría, partió de varias premisas que él consideraba importantes:

- El inconsciente no es psicológico sino lógico; cabía precisar, entonces, las modalidades del inconsciente. Los pensamientos inconscientes, por ser significantes, no son representaciones subjetivas, entendidas como productos de la actividad del pensamiento.⁵⁸ Segunda: Dicho marco se situó sobre un telón de fondo de las siguientes aseveraciones: no hay un universo del discurso; no hay todo; ningún significante puede completar la falta en el Otro; de ahí la notación $S(A)$, en que la A (Otro) aparece barrada.
- El discurso lacaniano sostiene la incompletud y la inconsistencia. Lacan propuso una lógica del no-todo; se alejó y criticó a lo universal como referencia; entre otras cosas, porque el psicoanálisis está comprometido con lo que cada analizante singular dice.
- Los dichos del analizante se conforman según una lógica modal; el discurso corriente sufre tropiezos justamente por la intrusión del saber inconsciente, con los consecuentes efectos de verdad.
- El psicoanálisis rehúye cualquier determinismo absoluto y otorga prioridad a la forma modal de la *contingencia*.
- La reflexión lacaniana sobre lo modal se centró en la relación del *esebarrado* con lo Real y con sus actos, con la mediación de la escritura. Situó así al sujeto del inconsciente como pivote; esto llevó a sustituir la relación del pensamiento con el ser -central en la lógica modal aristotélica y en las diversas progenies derivadas de ella-. Dicho en otros términos, reemplazó el *logos* de la lógica proposicional aristotélica –sometida férreamente a dilucidar la cuestión de lo verdadero y lo falso– por un *topos* reprimido que produce la división del sujeto y una relación particular con lo Real.⁵⁹

Estas precisiones son oportunas en tanto el psicoanálisis opera estrictamente con la palabra, no con lo escrito; sin embargo, en aquello que se dice en la experiencia analítica puede descubrirse una lógica modal que preside el decir.

Las consecuencias fundamentales del recurso a la lógica modal se hicieron sentir rápidamente en el estudio de los modos lógicos del amor y sus repercusiones en el amor de transferencia, dimensión fundamental de la cura analítica.

A partir de estas nuevas formulaciones sobre lo transferencial -complementarias a la teoría del Sujeto supuesto Saber- surgió la conveniencia de ajustar la interpretación a los avatares de la modulación lógica del amor de transferencia de cada analizante.

Está claro que en los usos de la lógica modal –tanto la clásica como la simbólica– Lacan se tomó muchas licencias. A continuación podrá verse, por ejemplo, su manera singular de entender las modalidades, su forma de coordinar entre sí lo necesario, lo posible, lo imposible y lo contingente. Incluyó una modalización temporal: “cesar (o no) de escribirse”. Llama la atención la correlación que estableció entre estas categorías y la imposibilidad de escribir lo sexual. Lacan consideró a la Lógica como ciencia de lo Real, efecto de lo escrito; esto le llevó a reformular las formas modales en términos de escritura. En la teoría lacaniana lo modal ha integrado la relación del sujeto con la palabra y con el lenguaje; pero, tratando de construir un “aparato lógico”, valoró especialmente la escritura formal de la Lógica -el vaciamiento de significación que la caracteriza otorgándole a ella un lugar central, tal como puede apreciarse en la transcripción que hizo de las cuatro modalidades:

Necesario: lo que no cesa de escribirse

Posible: lo que cesa de escribirse

Imposible: lo que no cesa de no escribirse

Contingente: lo que cesa de no escribirse

Si para Aristóteles, lo **necesario** era cuando una cosa no podía ser de otro modo de cómo es, para Lacan devino: *lo que no cesa de escribirse*; implicaba bajo esta modalidad a todas las entidades nacidas de la escritura y entre ellas, las formaciones del inconsciente, ya que, en tanto combinación de significantes, constituyen formas de escritura: el inconsciente cifra, trama, su propio texto. Eso, lo inconsciente, no cesa de escribirse. La inscripción del significante del Nombre del Padre debe entenderse como *necesaria* para la fundación del *esebarrado*. También el goce fálico es *necesario* y supone la exclusión del goce absoluto, el del Padre primitivo, declarado *imposible*, a partir de su muerte.

Posible: lo que cesa de escribirse. En A₅.10.5.2., dedicado a la lógica modal del Medioevo temprano y de la escolástica, se representó en un diagrama la idea de que lo posible era subalterno a lo necesario (Es posible que S sea P es subalterna de es necesario que S sea P). Sin embargo nada está escrito –ni dicho– sobre el carácter necesario de que lo posible se produzca efectivamente. De ahí que Lacan definiera lo posible como lo que cesa de escribirse. Hay un *impasse*, una detención, una espera, un cese. Lo posible designa también las alternativas imaginarias que se elucubran a nivel de la conciencia en ausencia de lo necesario y de lo contingente, a falta de aquel acto que determine que lo posible acaezca.

Lo **imposible** es lo que no cesa de no escribirse. Para Lacan era lo Real mismo. Lo imposible ya no era sólo, como en la Lógica tradicional, escolástica, la oposición contradictoria de lo posible –véase nuevamente en el cuadrado de oposiciones de A₅.10.5.2., la diagonal que va de E a I– ni la modalidad propia de aquello que nunca sucederá; se trata de otra cosa: lo imposible era para Lacan lo real mismo. En cierto sentido lo imposible de Lacan era más radical que el imposible lógico. El sujeto carecerá siempre de un acceso directo a lo Real puesto que ese registro es incapaz de articulación alguna en una escritura. Sin embargo, el sujeto no dejará de sufrir los embates de lo Real, que se harán sentir, por ejemplo, en los síntomas. La cura permite un cierto acceso a pequeños pellizcos de lo Real; se logra, entonces, que lo imposible “cese (puntualmente) de no escribirse”. Por efectos de la interpretación puede obtenerse que lo imposible devenga contingente y que acabe de surgir en el sujeto la necesidad de cierta relación con la Ley y con el deseo. El carácter refractario a toda escritura hace de lo Real -lo imposible, lo que no cesa de no escribirse, lo que vuelve siempre al mismo lugar- un desafío para el psicoanálisis; es un obstáculo, un lugar de tropiezo y a la vez un acicate para, por medio de la palabra y el lenguaje, acceder a puntas, a partículas de lo Real, para simbolizarlo. La relación sexual cae bajo la modalidad de lo imposible.

Lo **contingente**. Aún con ambigüedades, esta modalidad tenía un espacio propio en la antigua lógica modal aristotélica, bajo el vocablo *endechomenon*.

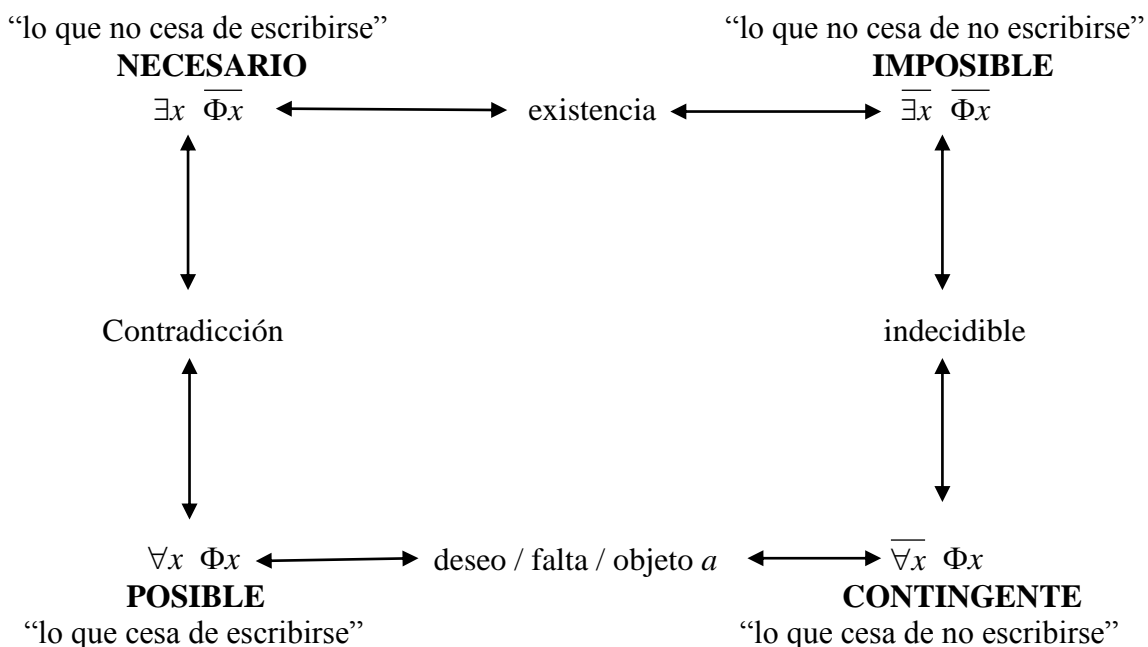
Gracias a la restitución propiciada por K. J. Hintikka se pudo desglosar lo posible de lo contingente en los textos del estagirita. Lo contingente se refería a aquello que advenía a través de un acto concreto, mediante el cual una de las muchas posibilidades que existían se realizaba. Se remite al ejemplo del partido de fútbol comentado en A₅.10.5.3. La contingencia conlleva –implica– que lo que era potencial devenga acto.

Para Lacan, lo contingente es lo que cesa de no escribirse. Lo contingente es la modalidad más afín al psicoanálisis, elude lo necesario y supone un acto.

El saber del psicoanalista no es un saber *necesario* sino un saber de las contingencias propias de cada uno de los sujetos que ha analizado. Es tal vez la modalidad que mejor indica la transformación subjetiva acontecida en una cura; el análisis se inicia con un amor de transferencia que cae bajo la modalidad de lo necesario, mientras el fin del análisis implicaría el surgimiento de lo contingente. Cuando algo se reescribe para el sujeto en la cura y el síntoma muta o desaparece, algo cesa de no escribirse: se ha impactado sobre lo Real del síntoma. De ahí la otra forma de lo contingente para Lacan: “lo que cesa, de escribirse”.

5.11.4. Fórmulas de la sexuación, segunda parte; su articulación con la lógica modal

En esta segunda incursión a la sexuación se presentará un cuadro que articula las fórmulas del *S 20*, presentadas y comentadas anteriormente en el apartado 5.11.2., con las modalidades lógicas lacanianas que se acaban de mencionar. Se sobreentiende que la sexualidad está en el meollo de lo que acontece en el inconsciente; en lugar de la relación sexual –inexistente– hay significantes que inscriben el agujero simbólico de la diferencia sexual, en torno al cual trabaja el saber inconsciente. Este nuevo diagrama incluye consideraciones esparcidas en varios textos; se citan los principales: *El saber del analista* (1971-1972), *S 20*, *S 21* y *L'Étourdit* (1973). Los comentarios que seguirán a la presentación de la figura irán desgranando los diversos elementos –implícitos y explícitos– que lo conforman.



Salta a la vista que las cuatro fórmulas de la sexuación aparecen en los ángulos de esta nueva figura. Junto a ellas, las cuatro modalidades clásicas (necesario, posible, imposible, contingente), acompañadas de su reformulación lacanianas.

Al igual que en el cuadro del *S 20*, el lado izquierdo de este nueva representación gráfica contiene las notaciones lógicas que corresponden a la parte hombre de los *hablanteseres*; en el lado derecho están las pertenecientes a la parte mujer.

Este acoplamiento entre las fórmulas de la sexuación y las modalidades supuso un nuevo giro conceptual en ambas problemáticas. En el apartado 5.11.5 se volverá a este diagrama para añadirle las formas modales del amor –que para Lacan también eran cuatro– y que irían a situarse en los mismos ángulos de la figura.

Ya se ha dicho que en la escritura de las fórmulas de la sexuación Lacan se tomó múltiples licencias respecto de las reglas canónicas de la formalización en Lógica. Lo reconoció explícitamente en la clase del 1 de junio de 1972 de su seminario *El saber del analista*, en la que dijo que las dos proposiciones de la línea superior $\exists x \overline{\Phi}_x$ y $\exists x \overline{\Phi}_x$ se sitúan en el registro de la existencia, a pesar de que una afirma lo que la otra niega.⁶⁰

Cabrá pensar, entonces, que se trataba de la introducción de inflexiones o torsiones en las reglas imperantes en las Lógicas al uso, llevadas a cabo de una manera deliberada para escribir formalmente aquello que procesaba en el campo psicoanalítico; en otros términos desarrollo de la logistería. Que las proposiciones de la línea superior del cuadro precedente se refiriesen a la existencia resultaba en cierto modo evidente, que los dos cuantores allí presentes eran los existenciales (\exists).

Las proposiciones $\exists x \overline{\Phi}_x$ y $\forall x \Phi_x$, que aparecen “en el lado masculino” del cuadro (a la izquierda de la vertical mediana) fueron caracterizadas por la contradicción. Cosa entendible si se recuerda lo afirmado páginas arriba en que se señalaba que constituían el par de proposiciones contradictorias del cuadrado de oposición de la Lógica tradicional.⁶¹

Las otras dos fórmulas de la vertical derecha ($\exists x \overline{\Phi}_x$ y $\forall x \Phi_x$) son referidas a la categoría de *indecidible*. La primera de ellas niega la excepción mediante la barra sobre el cuantor existencial ($\exists x$); la segunda niega el cuantor universal ($\forall x$), pero no hace lo propio con la función fálica. En relación a lo indecible parece haber una doble referencia; primera: a Gödel que la estableció en su célebre teorema en los años 30 y segunda, a Brouwer, jefe de filas del intuicionismo en Lógica. Esta corriente cuestionó el principio del tercero excluido, según el cual, no hay tercer valor entre verdadero y falso.⁶²

Por último, $\forall x \Phi_x$ y $\forall x \Phi_x$ (línea horizontal inferior) están relacionadas mediante conceptos muy conocidos: la falta, el deseo, el objeto *a*; se reafirma así que la atracción entre los sexos no se funda para los humanos en la complementariedad anatómica sino en el deseo y la operatividad del objeto *a*. Podría afirmarse que entre estas dos universales $\forall x$ y $\forall x$ (todos y no todas, respectivamente;) se sitúa para los *hablanteseres* la discordancia estructural entre los sexos: diferencias en cuanto al deseo, al goce y a las formas de amar.

Un nuevo recorrido por el diagrama anterior aclarará otros aspectos. La articulación de las cuatro categorías modales con las fórmulas de la sexuación no fue sin consecuencias: se introdujeron inflexiones conceptuales en las modalidades y en la correlación entre ellas. También supusieron modificaciones en los tipos de oposición postulados por la Lógica para las proposiciones modales.

Las notaciones de la línea horizontal superior que son, como ya se ha dicho, particulares (o existenciales) y se corresponden con las dos fórmulas de la sexuación situadas arriba, en el cuadro del *S 20*, ocupan el lugar que la Lógica había otorgado a las universales afirmativa (A) y negativa (E), respectivamente. Para la Lógica, lo necesario coincide con (A) y lo imposible con (E).⁶³ Veamos que sucede en la *logistería* lacaniana.

Lo **necesario** –“lo que no cesa de escribirse”– quedó situado a nivel de la particular, de la excepción fálica (“hay al menos uno”: $\exists x \overline{\Phi}_x$, ángulo superior izquierdo).

Lo **posible** –lo que cesa de escribirse–, se corresponde con la universal fálica ($\forall x \Phi_x$, ángulo inferior izquierdo) fundada gracias a la excepción recién mentada. Esta excepción (-1), que en la *logistería* confirma la regla, instaura o es correlativa de una negación forclusiva: la que excluye –tras la muerte del Padre de la Horda primitiva– el goce absoluto. La excepción –“al

menos uno” – es *necesaria* para hacer *posible* la existencia del hombre como valor sexual. Lacan propuso, además, que la relación entre lo *necesario* y lo *posible* sea la de la contradicción (línea vertical izquierda).⁶⁴

Lo **imposible** –lo que no cesa de no escribirse– quedó situado a nivel de la particular $\overline{\exists x} \cdot \overline{\Phi x}$ del lado femenino (vértice superior derecho de la figura), del lado del no-todo.⁶⁵

No habría –a diferencia de lo que ocurre del lado masculino– ninguna excepción a la castración, a la ley fálica. Para ellas, la función fálica no está limitada por la excepción de un sujeto sustraído a la castración. Pero esta particular permite la coexistencia del lado femenino de quienes dicen que sí al falo y de quienes simplemente coexisten con él. Necesario e imposible, en lugar de oponerse (como en Lógica, donde son consideradas contrarias), coexisten en la *logistería*.

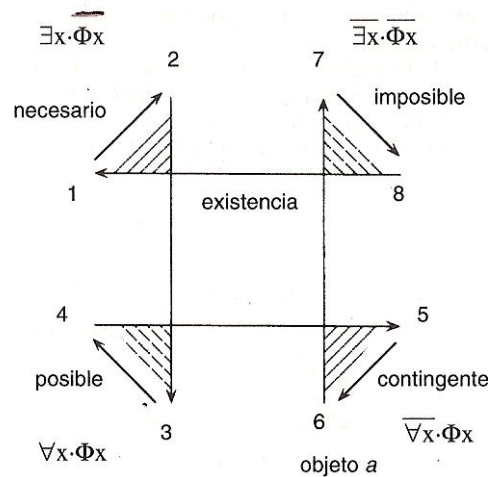
Lo imposible se sitúa del lado de la particular femenina -no hay una que niegue la función fálica-. La mujer no se refiere al padre castrador; la ausencia de *al menos una* que sea la excepción a la castración determina que no haya universal para las mujeres.

Lo imposible habla de la ausencia de un significante; esta ausencia impide cerrar el conjunto de La mujer: lógica del no-todo que fue articulada con la negación discordancial –la partícula *ne*, en francés– que Lacan relacionó con el \$ y el deseo. Esta negación era diferente de la forclusiva (-1), aludida hace unos instantes.⁶⁶

Lo **contingente** – “lo que cesa de no escribirse” – se corresponde con la universal femenina ($\overline{\forall x} \cdot \Phi x$), no todas están sometidas a la castración (negación del cuantor universal en esta notación), ángulo inferior derecho del cuadro.

La mujer como valor sexual se sostiene en la *contingencia* de su relación con el falo. La contingencia, en tanto modalidad específica, excluye lo necesario y lo imposible. Entre las dos notaciones correspondientes al lado femenino (vertical derecha del cuadro), se instaura lo indecible. El goce de la mujer es dual.

El esquema que aparece en la última clase -1/6/72- del seminario el *Saber del analista* condensa buena parte de lo recién dicho; los elementos faltantes pueden encontrarse en el cuadro del S 20.



5.11.5. Formas modales del amor y el amor de transferencia⁶⁷

Constituyen una reelaboración *logistera* –por lo tanto, de la última época de su producción– de las consideraciones psicoanalíticas sobre el amor, tanto las freudianas como las suyas.⁶⁸ Además desarrollan más sofisticadamente las modalidades de la demanda que Lacan había procesado antes, desde la *lingüistería* en los primeros seminarios y desde la *topologería* a partir del S 9.

En los primeros seminario describió, básicamente, dos modalidades de la demanda; una, dirigida al Otro de la necesidad; es decir, al Otro que se supone que *tiene* aquello que la satisfaría; la segunda es la demanda dirigida al Otro del amor; al Otro de cuyo amor se depende; es la demanda

encaminada al Otro que no tiene; de ahí uno de los aforismos más divulgados de Lacan: “el amor es dar lo que no se tiene”, expresión puesta en boca de Diótima por Platón en *El banquete*. El amor quedó así articulado con el don. Dar lo que sí se tiene puede verificarse con facilidad en el registro alimentario; llevada a su forma más sencilla sería ofrecer papilla cuando alguien tiene hambre. A veces ocurre que el Otro la da de forma que atiborra y aplasta lo que toda demanda conlleva como solicitud de amor; de reiterarse, la anorexia puede ser una de sus consecuencias. El amor –donar lo que no se tiene– es un tipo de respuesta diferente: supone reconocer que no siempre se pide un objeto concreto y que hay una demanda de amor que se vehicula en cualquier demanda. Esta primera manera lacaniana de concebir el amor, que se resignificó muchas veces a lo largo de sus seminarios, implicaba una doble articulación: la del objeto donado con el falo y la del Otro con la castración.

El *S 8* es otro momento importante en el planteamiento de esta cuestión; propuso la metáfora del amor de la cual surge la *significación* del mismo: intercambio de posiciones entre el *erastés* (amante, carente) y el *erómenos* (amado, que supuestamente tiene lo que al amante le falta). Ya se entrevé una disparidad irreductible entre uno y otro; esta idea de la no complementariedad entre los dos partícipes de la relación se fue acentuando en los seminarios posteriores, alcanzando su máxima expresión en lo afirmado en el *S 20* y *S 21*.

Para subrayar esta carencia por parte del amante, Lacan recordó en sus comentarios sobre *El banquete* que Eros, la diosa del amor, había nacido de la unión entre Poros y Penia; esta última: la pobreza personificada; ella sólo podía ofrecer su falta constitutiva. Dos años más tarde, en el *S 10*, vino a formular otro aforismo sobre el amor: es lo que permite al goce condescender al deseo; el deseo del sujeto “*a-iza*” al Otro, convierte al Otro en objeto *a*, causa del deseo. Al año siguiente, *S 11*, p. 217, con el concepto de objeto *a* ya elaborado, afirmó:

“Te amo, pero porque, inexplicablemente amo en ti algo más que tú -el objeto *a*-, te mutilo.

Otro salto significativo se produjo con las innovaciones teóricas del *S 20*. La lógica de la sexuación allí propuesta, que mostró las diferencias radicales entre el goce femenino y masculino, no podía dejar de repercutir en la teoría sobre el amor: éste se inscribe en el intento -que siempre es fallido-, de resolver lo irreductible de la castración. En ese mismo seminario articuló el amor con el saber:

[...] el saber, que estructura en una cohabitación específica al ser que habla, tiene la mayor relación con el amor. Todo amor encuentra su soporte en cierta relación entre dos saberes inconscientes.” (p. 174).

El *S 21* desplegó aún más estas ideas: en un contexto logizado, mostró las discordancias de lo masculino y femenino en el terreno amoroso. Este último seminario será el referente fundamental para lo que se expondrá enseguida sobre dicha cuestión, aunque también serán evocados algunos pasajes de *El saber del analista* y *L'étourdit*. Las fórmulas de la sexuación estarán como telón de fondo, ya que las condiciones de amor para los dos sexos surgen en el lugar de la relación sexual inexistente.

En los primeros textos citados correlacionó las modalidades lógicas –comentadas en el apartado anterior– con distintos tipos de amor; algunos de éstos habían sido descritos antes por él; otros surgieron en los seminarios de los citados. Teorizó, entonces, el amor en su necesidad, en su posibilidad, en su imposibilidad y en su contingencia.

Necesario	No cesa de escribirse	<i>Lettre d'amour</i>
Posible	Cesa de escribirse	Amor al prójimo
Imposible	No cesa de no escribirse	Amor cortés
Contingente	Cesa de no escribirse	<i>Lettre d'(a)mur</i> ⁶⁹

El amor *necesario*: la *lettre d'amour*, que no cesa de escribirse, instauro por su carácter raro, excepcional, inusitado, la ilusión de que la relación sexual existe. Es poner un nombre propio (el del amado o amada) al objeto *a* y en medio de esa experiencia escribir un texto hecho de palabras de

amor, una obra de lenguaje en clave amorosa. Allí donde no hay relación sexual por ausencia de un término que pueda establecer una correspondencia entre ambos conjuntos, se escriben las palabras de amor. De este modo lógico del amor Lacan dijo –en *S 20*– que era un intento de volver **necesario** el encuentro **contingente** entre dos sujetos. Entiéndase lógicamente las dos palabras anteriores en negrita. En el *S 21* agregó:

“Una vez que llega esa cosa -el amor- es evidente que a partir de entonces se lo imagina como necesario. Este es justamente el sentido de la *lettre d’amour*, que no cesa de escribirse, pero sólo mientras conserva su sentido; es decir, no por largo tiempo.”

El amor **posible**, al prójimo, cesa de escribirse porque se basa en la abolición de la diferencia de los sexos; se evacua del amor su contenido sexual. Como puede verse en el cuadro siguiente, este modo lógico está en contradicción con el amor necesario (véase línea vertical izquierda del cuadro). Lacan relacionó el amor posible con tres cuestiones diferentes:

- Con el conocido precepto cristiano de “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, al que criticó en reiteradas ocasiones.
- Con el amor divino o amor a Dios (se refirió a ambos, en el *S 21*, clase del 18/12/73).
- Con las ideas sobre la amistad –*philia*, en griego– que Aristóteles expuso en su *Ética a Nicómaco*. Este modo lógico del amor, que excluye el contacto sexual, es el que aparece habitualmente en la amistad y en el amor al prójimo; su condición: la exoneración del deseo.

El amor **imposible**, amor cortés, que no cesa de no escribirse, es el que mejor patentiza -por su estructura- lo imposible de la relación sexual. El amor cortés, fue tratado anteriormente por Lacan en el *S 7*, clase del 10 de Febrero de 1960. En él se excluye, por estructura, el encuentro sexual. Se trata de una figura del amor surgida en el siglo XII en el sur de Francia, asociado a un género poético -los trovadores exaltaban las virtudes de la dama con sus voces, músicas y poesías-, que elogiaba al amor virtuoso, puro, opuesto a la grosería de la sexualidad.⁷⁰

Lacan retomó el tema en el *S 20*, en otro contexto teórico y en pleno empuje a la logización. Allí resaltó la estrategia última de esta figura del amor: eludir la castración y la ausencia de relación sexual:

“Una manera muy refinada de reemplazar la ausencia de relación sexual, fingiendo que somos nosotros quienes ponemos un obstáculo en su camino.”

El amor **contingente**, la *lettre d’(a)mur*, es lo que cesa de no escribirse. Lacan dijo de él:

“[...] el amor revela ser, en su origen, contingente.” (*S 21*, clase del 8/1/74).

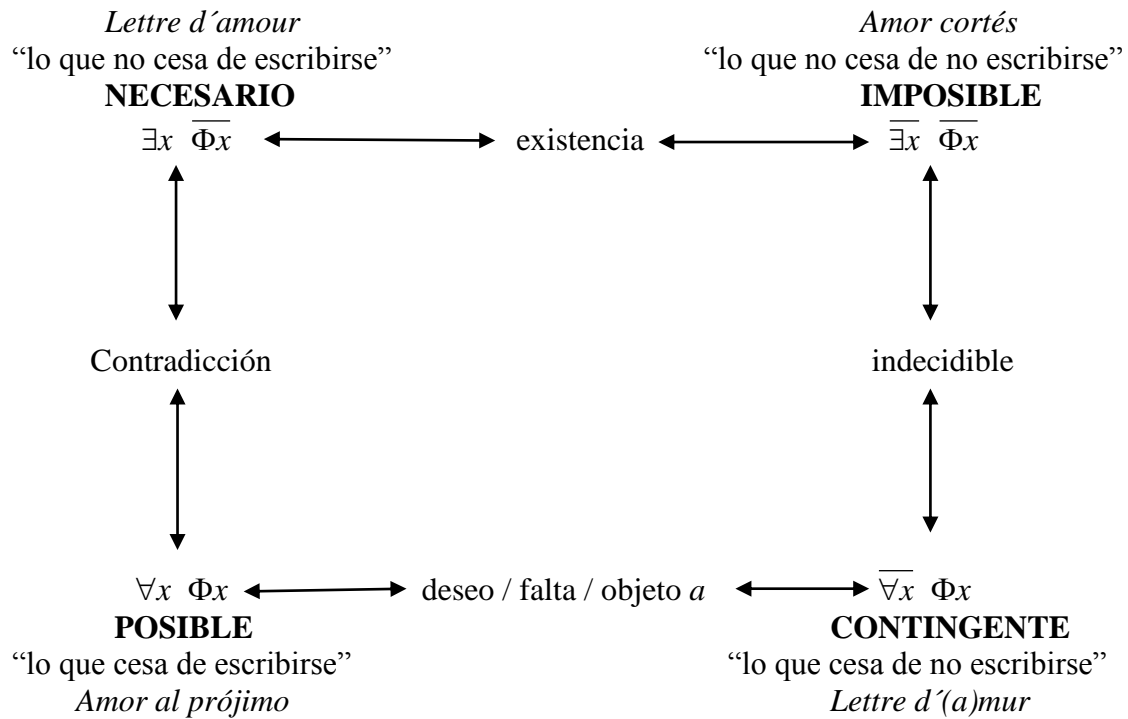
El muro (*mur*) aludido en *lettre d’(a)mur* es el de la castración, barrera que separa al hombre de la mujer. El neologismo contiene el prefijo negador “a” y hace referencia también al objeto pequeño *a*.

El amor hace siempre presente –de una manera u otra– al muro de la castración, pero, a la vez, es un intento de soslayarlo, de saltarlo, de pasar por encima de él.

Para tales efectos se apela a lo imaginario del amor, que viene a enlazar al sujeto con contados y determinados objetos, ya que un encuentro de ese tipo, si bien no deja de ser azaroso, exige condiciones: se requiere que algún rasgo muy específico del Otro funcione como disparador del amor en el sujeto.

Además, es menester que ese Otro opere también como objeto *a* para el sujeto y desencadene su deseo. El amor contingente, la *lettre d’(a)mur*, libera de la castración, pero no hace desaparecer sus efectos.

Tras esta presentación sucinta de las formas modales del amor se las incluirá en el primero de los cuadros insertados en el apartado anterior; quedarán entonces correlacionadas las fórmulas de la sexuación con la lógica modal en general y con los modos lógicos del amor.



El amor como don –dar lo que no se tiene– queda reservado a la mujer, a condición que se la considere siempre, como ya se dijo, de una en una. Del lado masculino, el único goce, el goce fálico, hace que el encuentro con el Otro esté mediado por el objeto *a*. Algo sobre esto ya se dijo en 5.11.2, al comentar la parte inferior del cuadro de las fórmulas de la sexuación.

El conjunto de consideraciones sobre las formas modales del amor -articuladas a lo real y a la verdad, aspectos que aquí se obviaron- repercutieron en la forma de entender el amor de transferencia y en nuevas propuestas respecto del uso de la interpretación. A partir de entonces, la herramienta clínica por excelencia, el instrumento de la transformación subjetiva, debía ajustarse a la modulación lógica del amor de transferencia.

Lacan consideraba que en la apertura de la transferencia –los inicios de un análisis– se caracterizaba porque el amor que hacía acto de presencia era el necesario; luego, en un tiempo lógico posterior, debía dejar paso al amor contingente. Por lo tanto, desde la perspectiva del amor de transferencia podría describirse el despliegue de un análisis de la siguiente manera:

- Inicio bajo el modo del amor necesario, *lettre d'amour*, inseparable de la notación lógica que refiere la excepción fálica ($\exists x \overline{\Phi x}$); de ahí su ubicación en el ángulo superior derecho del cuadro anterior, lado masculino.
- Instauración del amor contingente, *lettre d'(a)mur* que, según puede apreciarse en la misma figura, se sitúa del lado de la universal femenina, del lado del no-todo. De manera coherente con esa ubicación y su relación con el no todo, el único saber que se desprenderá después de un análisis será un saber particular sobre el inconsciente de un sujeto singular, un saber no-todo; conjunto abierto.

Así pues, si un análisis conlleva el pasaje del amor necesario al contingente, se exigirá que la posición del analista vaya variando también, en función de dichas modalizaciones del amor de transferencia; mientras tanto el analizante irá haciendo su peculiar experiencia del inconsciente, y se producirán trozos de saber, un saber parcial, exclusivo, de él y para él; no aplicable a ningún otro. La experiencia analítica responde a la lógica del no todo. Las interpretaciones deberán ajustarse a esa singularidad y a las modalizaciones lógicas del amor de transferencia de cada uno, en correlación con las fórmulas de la sexuación.

“Sin lógica “[...] la interpretación sería imbécil” (Lacan, *L'Étourdit*; hay versión castellana, *El atolondradicho*, revista Escansión, Nº 1, ediciones Paidós, p. 65).

Diana S. Rabinovich, sostiene que “la interpretación analítica debe ajustarse a una lógica apofántica fundada en la noción aristotélica de *apophanisis* (revelación, en griego), es decir, una lógica de la afirmación y de la aserción. La interpretación viene a reafirmar que algo no existe (la relación sexual, la verdad entera y el goce absoluto). El decir apofántico pone un límite: nos hace sentir algo, aún si no tiene sentido en sí mismo. No se sitúa nunca del lado de los cuantificadores universales porque representa siempre un decir particular”.⁷¹

5.12. Recapitulación

En las páginas precedentes se ha puesto de relieve el trabajo de logización que Lacan realizó en sectores importantes de su teoría. Se prestó especial atención a la concreción de dicha tarea en el territorio de la identificación. Del estudio realizado se desprende que el psicoanalista francés no acudió a la Lógica en busca de instrumentos para formalizar -en un segundo tiempo- una teoría que ya estaba construida. Por el contrario, él creó un psicoanálisis “logicizado”; la lógica es intrínseca en el discurso lacaniano y está presente en sus conceptos primordiales: lógica del \$, del significante, del fantasma, del falo, de la sexuación, de las estructuras clínicas, de lo real, etc. Incursionó también en la lógica de clases y correlacionó la verdad en psicoanálisis con la verdad en Lógica.

En sus escritos y seminarios aparecen con frecuencia citas de lógicos renombrados, comenzando por Aristóteles y siguiendo hasta los del siglo XX. Sus textos y artículos muestran improntas de las siguientes ramas de la lógica: la proposicional, la simbólica, especialmente la de predicados y la lógica modal

Tras unas breves referencias a las relaciones de Lacan con esta disciplina, se aludió al carácter lógico del significante y del sujeto en su teoría. El primero, tras ser importado desde la lingüística fue formalizado lógicamente; también fue procesado mediante importaciones matemáticas y topológicas; lo mismo puede decirse del sujeto del inconsciente, que fue concebido como una entidad lógica.

Promediando el capítulo se hicieron múltiples referencias al cuadrante del filósofo y semiótico norteamericano Charles S. Peirce. En el apartado 5.5. se ha pasado revista a las ideas fundamentales del fundador de la semiótica respecto de la oposición de proposiciones y de su manera de escribirla en la representación gráfica que él creó. Ocupó un sitio privilegiado la reseña de las diferencias que mantuvo con las leyes de oposición de la lógica clásica. Para él, sólo lo que ella decía sobre el par de oposiciones contradictorias –si una es verdadera, la otra es falsa– seguía siendo válida.

Afirmó también que todas las otras formas de oposición pueden ser verdaderas a la vez y falsas a la vez. Se ahondó, luego, en los conceptos de *lexis* y *phasis* del fundador del pragmatismo y se recordó que las proposiciones universales son enunciados independientes de la verdad o falsedad de lo que predicán y no implican juicios de existencia, mientras que con las particulares ocurre a la inversa.

Por último se consideraron las leyes de subordinación: según Peirce, las diferencias entre las proposiciones universales y las particulares no son meramente de cantidad; ellas difieren en *lexis*. Él no aceptó las leyes de subordinación clásicas por considerar que universales y particulares son enunciados de distinto tipo.

El rigor formalístico de Peirce y -más ampliamente de la lógica simbólica- fue una fuente de inspiración y un caldo de cultivo para el empeño de Lacan por logicizar el psicoanálisis.

En el apartado 5.6 se estudiaron aquellas nociones y conceptos del psicoanálisis lacaniano en cuya elaboración ha influido Peirce, especialmente las relacionadas con el cuadrante. En ese contexto se abordaron los conceptos de significante y sujeto en su relación con la identificación. Se recordó la frecuente referencia a la definición peirciana de signo, que Lacan diferenció y contrapuso –para iluminar por contraste– a la del significante. A la luz de los dos sectores superiores del cuadrante se trabajaron los articuladores teóricos conocidos bajo el nombre de privación y negación.

Se subrayó el carácter lógico del significante, del sujeto y de la privación. Finalmente se abordaron diferentes aspectos de la negación: psicoanalíticos, filosóficos, lingüísticos y lógicos. Por último, se trataron las elaboraciones de Lacan en torno a las dobles negaciones y las formas en que las inscribió en el cuadrante.

Después se abordó la cuestión de la verdad en lógica y en psicoanálisis señalando los puntos de contacto y las diferencias entre ambas disciplinas. Se hicieron alusiones a las concepciones de la verdad en los estoicos, en los lógicos y filósofos del Medioevo, —especialmente a Santo Tomás y a su teoría de la verdad como adecuación del pensamiento con la realidad— a Peirce, a Tarski, Russell, etc. Se refirieron las tesis más importantes de Lacan sobre la verdad en psicoanálisis que circulan en torno a la idea de que la dirección de la cura debe propender a las verdades de cada analizante a través de experimentar la existencia de lo inconsciente en su propia subjetividad. Se requiere para tales efectos la participación de la asociación libre, la atención flotante y la interpretación.

Durante una época de su enseñanza, en que fue notoria la presencia e influencia de Heidegger en su pensamiento, Lacan contrapuso al tradicional análisis de las resistencias, la idea de la revelación del ser.

Con posterioridad acuñó su aforismo: “la verdad sólo puede decirse a medias.” Se entrevé en esta frase la relación entre la verdad, el inconsciente y el levantamiento puntual de la represión.

La lógica de clases fue otro ámbito en que puede verse la operatividad del rasgo unario y su incidencia en la ordenación de lo real. Para el estudio de la misma se partió de la operación lógica denominada privación: inscripción de un significante (rasgo unario).

En función de esta inscripción ordenadora queda instituida una clase en la que ingresan todos aquellos que son identificados por ese rasgo unario específico. Se ha visto como esa inscripción significativa implicaba el enunciado lógico siguiente: hay una clase en la que no puede estar ausente el rasgo unario “x”. Se ejemplificó ese procedimiento mediante el rasgo unario “mama”, que funda la clase de los mamíferos.

Dicho de manera generalizada, mediante la *exclusión*, se extraerían de un conjunto mayor todos aquellos que están marcados, justamente, por el rasgo unario “x”. Los que caen bajo esta condición pasan a ser miembros de la clase fundada por “x”. Como puede apreciarse, para Lacan no sólo estaba en juego la importancia de la noción de clase sino la eficacia del significante (rasgo unario) que, desde lo simbólico, ordenaba lo Real.

En el apartado noveno se trató el tema del nombre propio desde una perspectiva lógica y se citaron las aportaciones de Frege, Russel, Wittgenstein, Carnap y Kripke. Lo dicho complementó las aproximaciones filosóficas, lingüísticas y psicoanalíticas a este asunto, tratadas en III, 7.5.1 y en III, 4.7.6.

A continuación se hicieron algunas consideraciones sobre los tiempos lógicos y la temporalidad psicoanalítica. Ocupó un lugar importante la referencia a la resignificación retroactiva, concepción a la que el psicoanalista francés otorgó especial importancia.

El capítulo finalizó con referencias al último empuje logizante de Lacan, el de la década de los años setenta. Se pasó revista a los cuatro discursos, a las fórmulas de la sexuación y a las formas modales del amor. Al abordar los cuatro discursos —del amo, universitario, de la histérica y del analista— se hizo hincapié en que se trataba de modos de producción inconscientes involucrados en los lazos sociales. Ellos testimonian sobre la presencia y eficacia del significante en tales relaciones. Mostraban el impacto colectivo del significante y los fenómenos de goce en el ámbito social. Estaban en cierta sintonía con el texto freudiano *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). Los cuatro discursos son coherentes con el carácter topológico del *esebarrado*; éste es möebiano: muestra continuidad entre el exterior y el interior. Los cuatro discursos superan la separación artificial entre el sujeto y lo social.

Las fórmulas de la sexuación constituyeron una manera formalizada de referirse a la sexuación de los *hablanteseres*; ellas referían especialmente la determinación simbólica de la misma.

Fueron presentadas por primera vez en el *S 20*, y ellas supusieron, entre otras cosas, una redefinición de la noción freudiana de falo, que quedó elevado a la categoría de *función fálica*. Todos los *hablanteseres* están concernidos por esta función, aunque hombres y mujeres lo están de

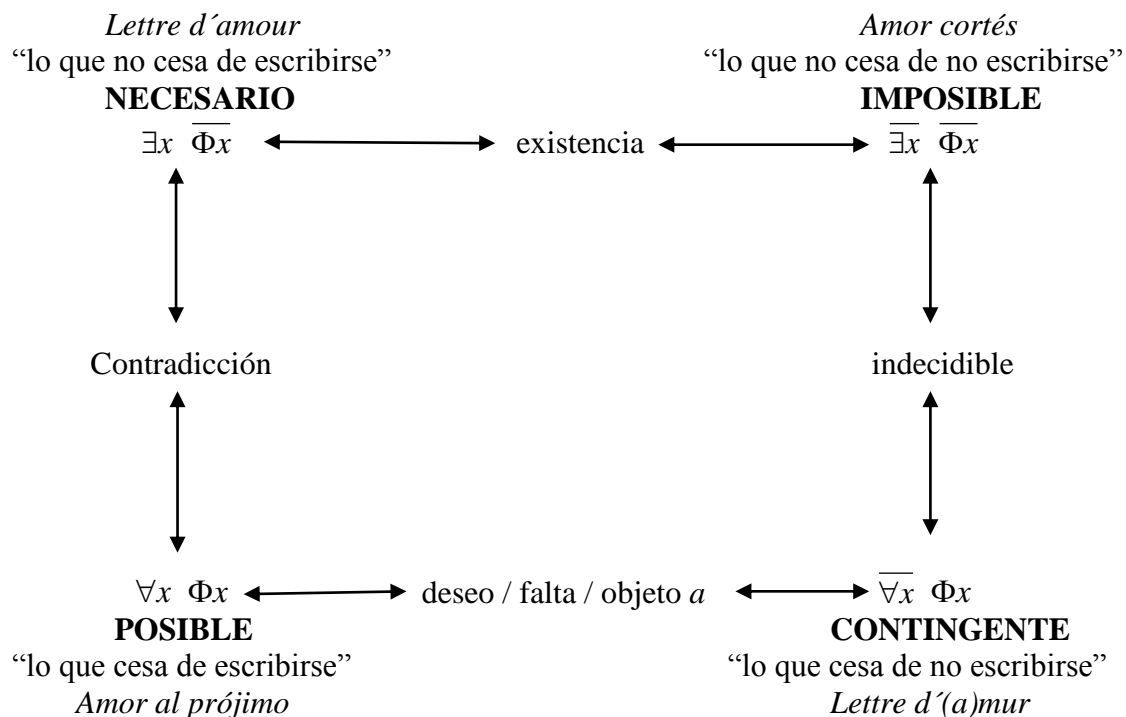
manera diferente: para los primeros, modalidad de goce “todo fálico” (universalidad, conjunto cerrado); para las segundas, modalidad del “no-todo fálico” (ausencia de universalidad; serie de lo abierto; goce Otro). La función fálica subsumió lo relativo al concepto de castración e implicó una posterior interrogación sobre la universalidad de su aplicación.

Lacan afirmó mediante estas fórmulas que no hay complementariedad de los sexos. Su célebre aforismo dice: *La relación sexual no existe*; es imposible escribir la relación sexual; existe función fálica y distinta manera de posicionarse ante ella. Para los humanos, el orden natural quedó subvertido por sus relaciones con el lenguaje; éstas establecen diferentes modalidades de goce; los *hablanteseres* se sitúan de manera asimétrica: la aproximación entre ellos no dependerá, entonces, de la complementariedad anatómica de los sexos sino del deseo.

Respecto de las formas lógicas del amor se afirmó que ellas constituían una reelaboración *logística* de las elaboraciones psicoanalíticas sobre el amor realizada por Freud y por el propio Lacan.

Mediante ellas desarrolló más sofisticadamente las modalidades de la demanda que él había procesado antes, desde la *lingüistería* en los primeros seminarios y desde la *topologería* a partir del S 9. Para ello se apoyó en la lógica modal en la que introdujo torsiones para hacerla operativa en su psicoanálisis. Propuso una reinterpretación de las cuatro modalidades lógicas clásicas –*necesario*, *posible*, *imposible*, *contingente*– por las siguientes: no cesa de escribirse, cesa de escribirse, no cesa de no escribirse y cesa de no escribirse, respectivamente. Luego, las relacionó con las formas lógicas del amor.

El autor de esta tesis ha representado el conjunto de esas ideas en el siguiente esquema:



NOTAS DEL CAPÍTULO 5

¹ Recuérdese que la filosofía recibió también críticas por parte del psicoanalista francés: la tildó de ser uno de los representantes más preclaros del discurso del amo. Este aspecto se tratará minuciosamente en III, 7.

² Propongo el término *logistería* -que sigue la senda trazada por los vocablos *lingüistería* y *topologería*- para referir al conjunto de inflexiones que adquirieron dentro de la teoría lacaniana los conceptos importados desde la lógica.

-
- ³ Varios lógicos, desde los antiguos hasta Peirce, Wittgenstein, Beth, Hintikka y otros construyeron tablas de verdad. Se retomará este asunto en A₅. 9. que tratará sobre la verdad en psicoanálisis; véase también *infra*, apartado 5.7.
- ⁴ S 20, clase del 22 de octubre de 1973.
- ⁵ Buena parte de estos lógicos, matemáticos o físicos fueron citados por Lacan con nombres, apellidos y aportaciones; en otros casos, se resaltaron las ideas sin aludir expresamente a sus autores. El denominador común fue remarcar las aportaciones que emergían de territorios lógicos y entraban en consonancia con sus ideas.
- ⁶ La partícula *vel* fue usada en la lógica antigua y medieval para referirse a las proposiciones en las que había una disyunción excluyente: O es A o es B; si no es A será B; y si no es B será A. (o lo uno... o lo otro). Respecto de su aplicación al *cogito* transformado por Lacan, pueden leerse las clases del 17 de Enero de 1968 y las dos posteriores del S 15 (1967-1968). También hubo comentarios en el S 14. El psicoanalista planteó las siguientes alternativas excluyentes (*vel*): “o yo pienso o yo soy”. A esta le siguió una segunda variante, afectada por la negación de ambas partes: “o yo no pienso o yo no soy”. Esta última, a su vez, dio pie a otras dos versiones: “yo no pienso allí donde soy”; “yo no soy allí donde pienso”. Puede apreciarse que estas expresiones son maneras de referirse al inconsciente con los vocablos del *cogito* cartesiano ligeramente modificados.
- ⁷ En el Anexo a este capítulo, apartados A₅.4 a A₅.6 se incluyeron varios ejemplos de formalización lógica de textos.
- ⁸ Este término vino a designar, *a posteriori*, a todo enunciado teórico formalizado y consistente sobre el inconsciente y su sujeto (\$).
- ⁹ Estos procedimientos pueden ser parangonados a los que había utilizado Freud, al incorporar a su teoría nociones, ideas y modelos provenientes de la física (especialmente de la termodinámica: principio de constancia, de inercia), de la biología y de la neurología (esquema del arco reflejo).
- ¹⁰ Este párrafo merecería un desarrollo más amplio del que se puede realizar aquí, pero me permito señalar muy sucintamente -con todos los riesgos que ello implica- que este salto produjo importantes consecuencias teóricas y clínicas: el pasaje desde un psicoanálisis que importaba conceptos de la lógica (y de otras disciplinas) a un psicoanálisis logizado.
- ¹¹ Lacan, J.; *D'un discours que ne serait pas du semblant* (1970-1971), versión mecanografiada.
- ¹² Una posible traducción de este neologismo podría ser “sinthoma”. Para más detalles sobre el mismo puede verse *El espacio psicoanalítico* 2004, pp. 349 y ss.
- ¹³ De paso, se señala la práctica ausencia de formalizaciones en la escuela inglesa; sólo uno de sus miembros, Bion, intentó matematizar algunos aspectos del psicoanálisis. Véase al respecto la nota nº 8 que parte de III, 8.1.2.
- ¹⁴ J.-A. Miller (1988) afirmó en *Matemas II*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, p. 120: “Digamos de inmediato que, a diferencia de Freud, Lacan no concibe en absoluto que haya psicoanálisis aplicado”; Luego, citando a Lacan, agrega: “En el sentido propio, el psicoanálisis no se aplica más que como tratamiento clínico”.
- ¹⁵ Este apartado complementa los aspectos *lingüísticos* del significante tratados en el capítulo anterior; en las próximas páginas se encararán los aspectos lógicos del significante.
- ¹⁶ Las referencias a la Lógica estuvieron prácticamente ausentes en las obras de Freud y M. Klein. Lo más destacable en la producción del vienés en relación a este asunto fueron sus afirmaciones acerca de que el inconsciente funcionaba con otra lógica y que en dicho sistema el principio de contradicción brillaba por su ausencia.
- ¹⁷ Confróntese con los ejemplos de formalizaciones que se presentan en III, A₅.5.
- ¹⁸ Esta capacidad del significante para ordenar lo real podrá apreciarse mejor cuando se aborde -en el apartado 5.8. de este mismo capítulo- la constitución de las clases, en el sentido lógico del término.
- ¹⁹ Véase al respecto lo afirmado en III, 4.3.2. y III, 4.3.3.
- ²⁰ S 9 (1961-1962).
- ²¹ Véase III, 7.
- ²² Entre ellos, *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipado. Un nuevo sofisma* (1945).
- ²³ La incompletud puede correlacionarse con lo que en Lógica se ha llamado *inconsistencia*. En el terreno estrictamente psicoanalítico Lacan estableció correspondencias entre la completud, el narcisismo y lo imaginario; también, entre la incompletud, la castración y lo simbólico.
- ²⁴ No dar esto por sentado, al menos para el psicoanálisis, llevó a Lacan a rechazar también las modalidades epistémicas de von Wright. En el terreno de la lógica y de las matemáticas L. Brouwer criticó las limitaciones que supone operar sólo con estos dos valores. En relación a la manera psicoanalítica de entender la verdad, véase en este mismo capítulo el apartado 5.7.
- ²⁵ Como siempre, algunos de los seguidores de Lacan han considerado estas y otras de sus trasmutaciones *logísticas* como una innegable subversión de la Lógica; sus detractores, en cambio, no dejaron de considerarlas un desatino pseudo-científico y un descarrilamiento del psicoanálisis.
- ²⁶ En el capítulo anterior se ha dicho que el rasgo unario es la forma que adoptó el significante en el terreno de la TIL y que formaba parte de la fundamentación *lingüística* del \$.
- ²⁷ Una visión panorámica de esa trayectoria se presenta en el cuadro sinóptico que aparece en A₅.11.
- ²⁸ Se ha modificado la numeración de los sectores del cuadrante respecto de aquellos que figuran en el original de Peirce, para hacerlos coincidir con la que utilizó Lacan en sus seminarios y que fueron, luego, retomadas por la mayoría de sus discípulos que se ocuparon de este asunto. Se pretende así evitar las confusiones y los equívocos ya que no ha sido frecuente que los psicoanalistas que trataron este tema acudieran a las obras de Peirce. Para más complicaciones, estas últimas no están íntegramente traducidas al español. En el texto original, la numeración es la siguiente: los dos sectores de arriba son el 1 y el 4, los de abajo el 2 y el 3 (en ambos casos, de izquierda a derecha).

En cambio, por considerar que se trata de un problema diferente, cuando se trataba de citas o referencias directas de Peirce, traduje la palabra *line* del original por *línea* y no por *trazo* (*trait*), como lo hace Lacan. *Line* en Peirce no es equivalente al trazo (o rasgo) de Lacan, mucho menos, a "rasgo unario" y significante. Pero no se trata solo de cuestiones semánticas o de traducción, el asunto es útil para visualizar como operaba la maquinaria puesta en juego por Lacan en cada A+T.

²⁹ En el original: *somewhat in use*, que traduzco por: algo en uso. Es probable que con estas últimas palabras Peirce se estuviese refiriendo a los ámbitos en que ejerció influencia Apuleyo; éste, que escribió en latín introdujo el término *incongruae* (incongruente), para referirse a las relaciones de oposición entre A y E. Véase al respecto el cuadrado de las oposiciones según Apuleyo, incluido en el cuadro a doble página que está inserto en A₅.12.1. *Visión cronológica*. Este vocablo ha tenido poca fortuna, a juzgar por el escaso uso del que fue objeto por parte de los tratadistas lógicos posteriores.

³⁰ Como se verá más adelante, F. Brentano y E. Husserl sostuvieron la misma opinión.

³¹ Cfr. Peirce, Ch. S.; *Escritos lógicos*, capítulo "Sobre el álgebra de la lógica", Editorial Alianza Universidad, Madrid, 1988, pp. 96-97 y *Collected papers of Ch.S. Peirce*, [2.457], pp. 281. y siguientes.

³² Wittgenstein y otros filósofos han desarrollado esta misma idea.

³³ Brentano, F. (1933), *Kategorienlehre*, Felix Meiner Verlag, Leipzig. Ver especialmente las clases del 30 de septiembre y del 22 de marzo de 1916. Peirce y Brentano fueron contemporáneos; sus vidas se desplegaron, prácticamente, durante el mismo periodo histórico. Es difícil saber si uno tenía conocimiento de la producción del otro, pero ambos sostuvieron la misma tesis sobre los juicios de existencia.

³⁴ En III, 4.7.7. se hizo referencia a las consideraciones de Damourette y Pichon sobre la negación en la lengua francesa. Si se atiende a lo que ellos afirmaron podría decirse que la negación instaurada por Peirce es más discordancial que forclusiva.

³⁵ Lacan hizo referencia explícita al cuadrante de Peirce en tres seminarios: *La identificación* (1961-1962), *Acto psicoanalítico* (1967-1968) y *De un discurso que no fuese semblante* (1970-1971).

³⁶ A partir de este momento se utilizará el término "trazo" de Lacan y no "línea" de Peirce, en tanto las referencias serán los seminarios del primero.

³⁷ Véase III, 7.1.9.

³⁸ Otros ejemplos de esta triple escansión temporal son: represión primaria - represión secundaria - retorno de lo reprimido; en el chiste: sentido inicial - sin sentido - nuevo sentido.

³⁹ Freud consideraba que las identificaciones primarias se ocultaban tras el Ideal del yo. Lacan señaló que las identificaciones regresivas, al rasgo unario, eclipsaban las primeras inscripciones del significante. Freud y Lacan coincidieron en este punto; Melanie Klein, mantuvo una posición diferente. La ausencia en su teoría de la lógica retroactiva hizo que ella buscara lo primario a través de la observación directa de bebés y, en concordancia con estos postulados, alentase en la clínica la regresión analítica, como forma de revivir las tempranísimas relaciones con el pecho.

⁴⁰ Tales raíces pueden apreciarse en fragmentos como éstos: "El juicio adverso (*Verurteilung*) es el sustituto intelectual de la represión, su "no" es una marca de ella, su certificado de origen; digamos como el *'Made in Germany'*."

Por medio del símbolo de la negación el pensar se libera de las restricciones de la represión y se enriquece con contenidos indispensables para su operación. La función del juicio tiene en lo esencial dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad" [*La negación* (1925), O.C.A.E., Tomo XIX, p. 254].

Freud se refería con estas frases a aquello que la lógica había llamado: a) juicios atributivos, b) de existencia y c) de negación. Este párrafo es sólo un ejemplo de las venas lógicas que atraviesan dicho texto. Sin embargo, conviene agregar que Freud centró sus desarrollos en una neta dimensión metapsicológica, articulando en la primera parte del trabajo la negación con la represión y al final del mismo, con la pulsión de destrucción. El juicio de existencia fue supeditado al "examen de la realidad".

⁴¹ La expulsión -*Ausstossung*- en la teoría kleiniana fue abordada en II, 3.3.1.

⁴² Videman, S., en *Lacan avec les philosophes*, op. cit. p. 323, afirmó que el *ça parle* de Lacan tuvo como antecedente el *es spricht* de Heidegger; se trata de expresiones semejantes.

⁴³ Véase III, 7.12.

⁴⁴ Por otra parte, Lacan sostuvo que los cambios psíquicos no se producen de manera acumulativa y gradualista. Más que por atesoramientos paulatinos la transformación subjetiva se daría por efectos interpretativos puntuales, precisos, certeros.

Desde esta perspectiva, la interpretación puede equipararse metafóricamente a la estocada. En esto hay otro punto de coincidencia con el Heidegger de las *situaciones límites* y el fenómeno existencial del llamado de la conciencia, que se verá en el apartado siguiente.

⁴⁵ Véase en Anexo, A₅.9 los procedimientos estrictamente lógicos para el establecimiento de la verdad o falsedad de una proposición. En A₅.10.4. se comentan las tablas de verdad construidas por los estoicos y por lógicos posteriores.

⁴⁶ Sobre *phasis*, ver *supra*, apartado 5.5.4.

⁴⁷ En tanto el verbo identificar es transitivo; el *hablanteser* no sólo resulta identificado por el nombre que se le impuso al nacer sino que será invocado cada vez que tenga que identificar-se.

⁴⁸ Cabe reconocer que Freud no fue sistemático en el uso de la retroacción y que en diferentes páginas de su obra pueden encontrarse ideas, propuestas y modelos en los que no aplicó tal concepción. Un ejemplo es la conocida y

repetida referencia a los pseudópodos con los que el vienés metaforizó el pasaje del narcisismo primario a las relaciones objetales edípicas. La retracción de los pseudópodos al citoplasma –supuesta regresión al narcisismo– incluía la idea de una temporalidad reversible. Estas ambigüedades de Freud dieron pie a algunos desarrollos –especialmente los de M. Klein y sus seguidores– en los que prevaleció una temporalidad concebida como reversible: progresiones y regresiones sobre un eje temporal crono-lineal.

⁴⁹ El tema será tratado en III, 7.10. *La causalidad psíquica. Las causas en Aristóteles*. También en la cuarta sección, en la que será planteada una perspectiva personal sobre las identificaciones.

⁵⁰ La concepción arqueológica se asoció, frecuentemente, a modelos que postulaban etapas evolutivas más o menos estrictas y en buena medida preestablecidas. Predominaba en esos contextos teóricos la temporalidad lineal, mono-vectorial. Las nociones de progresión-regresión eran sus correlatos inevitables.

⁵¹ En sentido estricto, la regresión temporal no existe; mejor dicho: es imposible. Se trata de una ilusión basada en una concepción lineal y reversible del tiempo. Sólo sobre la base de ese contrasentido pueden imaginarse vaivenes regresivos y progresivos, a la manera de caminos de ida y de vuelta en el eje temporal. Al socaire de este modo crono-lineal de pensar, se construyeron modelos del desarrollo evolutivo concebidos como pasajes por etapas **sucesivas y predeterminadas**, en las que pueden acontecer fijaciones.

Una vez transitadas estas fases, la acción de factores traumáticos o de obstáculos en la evolución, determinarían regresiones a las etapas en que hubo fijaciones. La regresión en el análisis es siempre metafórica. Es ingenuo creer que una regresión nos muestre el pasado tal como éste ha sido. Ni siquiera en el campo de la arqueología, disciplina de la que proviene en última instancia esta idea, tiene validez, hoy en día, la creencia de que los hallazgos en las excavaciones nos devuelven el pasado en su forma originaria, intacta. La noción de regresión –y, más aún, una concepción *realista* de la misma– es solidaria de un enfoque del tiempo en que éste es considerado reversible. Alejarse de tal óptica conduce, inevitablemente, a evitar el uso de dicho concepto y a otorgarle mayor importancia al de reorganización retroactiva de lo psíquico.

⁵² Sobre la lógica modal véase A₅.10.5.1. a A₅.10.5.3.

⁵³ En su lengua, Lacan lo designa: *discours de l'hystérique*. Utiliza el artículo neutro, que mantiene cierta ambigüedad sobre el género. Sin embargo se suele traducir como discurso de la histérica o de la histeria, aunque esto no supone ninguna exclusividad de la mujer en relación al mismo. Así, en la ya citada clase del 17/12/69 afirmó: “Esto es la que significa el discurso de la histérica, industriosa como es.

Al decir *industriosa* hacemos a lo histérico mujer, pero no es su privilegio. Muchos hombres se hacen analizar y, por este sólo hecho, están obligados a pasar por el discurso histérico [...]” El adjetivo “histérico no nombra pues a un tipo de neurosis sino un lazo social por medio del cual se estaría cuestiona el saber, por vía de señalar justamente dónde éste desfallece.

⁵⁴ Lacan no siguió estrictamente las reglas lógicas que exigen que la negación debe abstenerse de afectar el factor cuantitativo de las proposiciones (todos, ningún, algún). La lógica cuantificacional sólo cuantifica los predicados –no los sujetos–; ella establece que la negación debe recaer sobre el predicado, que habitualmente se formaliza mediante las letras *Fx*. Véase supra, al final de 5.4. *La logistería en acción*, el cuadrado de las oposiciones y la manera habitual con que opera esta lógica.

⁵⁵ Se trata en todo caso de una formulación personal que no rige en el campo de la Lógica, para la cual no hay excepción alguna cuando se trata de una proposición universal. El psicoanalista insistió en la validez de ese procedimiento: hace falta que algo *ex-sista* para que el resto *consista*. Se comprueba una vez más que el saber de la *logistería* es diferente al de la Lógica.

⁵⁶ En el contexto de la teoría psicoanalítica, falo y función fálica son conceptos complejos que, según se ha visto, funcionan como un referente único para ambos sexos, aunque se articulan de manera diferente para unos y otros. Los psicoanalistas adscritos a las ideas de Lacan consideran que a esta referencia única a la función fálica no tiene porqué superponérsele valores ni discriminaciones sociales. Conviene no confundir, afirman, las justas reivindicaciones de igualdad en el plano social entre la mujer y el hombre, y las diferencias en lo relativo a la sexuación. Este debate está servido y continúa hasta la actualidad, como se verá enseguida.

⁵⁷ Dio Bleichmar, E.; *Resistencias en el psicoanálisis al concepto de género*; en Revista Tres al Cuarto N° 5, Julio de 1995, Barcelona. El artículo citado examina en profundidad la noción de género, señala las reacomodaciones a que obligaría su posible introducción dentro del psicoanálisis y entra en debate con los psicoanalistas que critican esta noción.

⁵⁸ Véase III, 6. 7. Reformulación de lo inconsciente a la luz de la topología nodal y de la lógica modal.

⁵⁹ Se recuerda que la lógica aristotélica no se centró en dar un alcance existencial a las proposiciones; trató la existencia como un atributo más, y la situó en el mismo rango que cualquier otra cualidad de la sustancia sobre la que se predica; en cambio, resalta la cuestión de la verdad o falsedad de la proposición. Por lo tanto, tiende a producir una equiparación de lo verdadero con lo necesario.

Esta necesidad de lo verdadero hace que dicha forma modal coincida con la universal afirmativa (A). En estos aspectos Lacan se enfrentó a Aristóteles en tanto reemplazó la lógica de lo necesario y universal por la lógica del no-todo y de la contingencia; además, la verdad –para el psicoanalista francés– siempre se dice a medias. Respecto de la verdad, véase supra 5.7.

⁶⁰ En Lógica clásica, la línea superior del cuadrado de las oposiciones corresponde a las universales; Lacan situó allí a las particulares (o existenciales); se las llama así por cuanto sólo a nivel de las particulares se constata o no la existencia de lo dicho en la proposición; conllevan un juicio de existencia. “Algún S es P” o “algún S no es P” pueden

enunciarse así: “Existe algún S que es P” o “existe algún S que no es P”. Por otra parte, en Lógica se considera que las particulares son, entre sí, subcontrarias; están opuestas de manera tal que las dos pueden ser verdaderas a la vez pero no falsas a la vez. Lacan no considera un obstáculo el que una afirme lo que la otra niega.

⁶¹ Efectivamente, ambas fórmulas están situadas en los extremos de una de las diagonales del cuadrado de las oposiciones elaboradas por la Lógica y son consideradas contradictorias; es decir: están opuestas de forma tal que no pueden ser a la vez verdaderas pero tampoco pueden ser falsas a la vez. Véase al respecto *supra*, 5.5.1.

⁶² Para Darmon, M. (1990), *Essai de topologie lacanienne*, Editions de l'Association Freudienne, París, p. 322, se trataba de una consecuencia del teorema del punto fijo de Brouwer: cuando un espacio compacto, delimitado y cerrado como una bola o un disco es transformado de manera continua, existe forzosamente al menos un punto fijo, es decir, un punto por el cual la operación es sin efecto. A mi parecer también se ampara en la oposición de Brouwer al principio del tercero. ¿Lo indecible: ni verdadero ni falso?

⁶³ Véase los esquemas de A₅10.5.2 y A₅ 10.5.3.

⁶⁴ En Lógica, las proposiciones situadas en esta vertical -subalternas- no se contradicen; se implican: lo necesario incluye lo posible.

⁶⁵ En Lógica lo imposible se opone a lo necesario, a nivel de las universales; es lo que tradicionalmente se describe como oposición contraria (entre las proposiciones A y E).

⁶⁶ Respecto de la negación discordancial y forclusiva, ver *supra*, 5.6.3.

⁶⁷ Para la elaboración de este apartado me han sido de especial utilidad los siguientes textos: Miller, J.-A. (1991) *Lógicas de la vida amorosa*; pp. 5 a 62 y Rabinovich, D. S. (1992), *Modos lógicos del amor de transferencia*, pp. 70 a 115; ambos de la editorial Manantial, Buenos Aires.

⁶⁸ Entre los principales textos freudianos relativos a este tema encontramos: *Introducción al narcisismo* (amor narcisista y amor anaclítico; dependencia por necesidad -debida al desamparo- y dependencia por amor); *Contribuciones a la psicología de la vida amorosa* (rebajamiento del objeto, impotencia masculina, disociación de la corriente de ternura y la sensual; frigidez femenina, importancia del falo), *Psicología de las masas y análisis del yo* (amor al líder en el seno de las masas; enamoramiento e Ideal del yo), *El malestar en la cultura* (renuncias pulsionales por amor; angustia ante la pérdida del amor), etcétera.

La teoría del amor en Freud se orientaba a mostrar su carácter narcisista y repetitivo (basado en el prototipo infantil); Lacan, además de reconocer el carácter imaginario del amor, señaló su ligazón con lo simbólico y lo real; opuso a la idea freudiana del amor repetitivo, la noción de amor como invención.

⁶⁹ Se utilizan esos neologismos creados por Lacan aparecidos en el *S 21*, clase del 8 de enero de 1974 porque su versión al castellano sería un tanto farragosa para que no perdieran los dobles significados que la palabra *lettre* tiene en francés: carta y letra. Esta última acepción tienen una importancia fundamental en la obra lacaniana. Recuérdese por ejemplo su texto *Instancia de la letra en el inconsciente freudiano o la razón desde Freud* o su seminario *La carta robada*. Ambas, *lettre d'amour* y *d'(a)mur*, en tanto cartas y letras, están sujetas a una escritura y, por ende, a la lógica.

⁷⁰ Por cierto: que haya nacido en el Medioevo no significa que haya desaparecido; se ha revestido de nuevos ropajes en nuestra época, que muestra una gran liberalidad sexual.

⁷¹ Rabinovich, D. S.; en “Que peut être une clinique lacanienne”, incluido en la obra colectiva *Lacan*, bajo la dirección de Michel Rabaté, p. 253, Bayard Éditions, París.

ANEXO AL CAPÍTULO 5 NOCIONES ELEMENTALES DE LÓGICA¹

A5.1. ¿Qué es la Lógica?

Una característica del ser humano que lo diferencia marcadamente de los otros miembros del reino animal es el uso del lenguaje articulado y muy. Desde que la humanidad existe se habla, se discute, se argumenta, se replica, se establecen consecuencias o implicaciones y, a partir de lo que se ha dicho suelen *inferirse* ideas que no han sido manifestadas explícitamente. Al argumentar se pretende mostrar de qué manera se deduce algo de otros pensamientos ya formulados. Los corolarios de tales actos cotidianos pueden ser múltiples: acuerdos, desacuerdos, exaltación, placer de discutir, aburrimiento, etc. De todas las consecuencias posibles de esos eventos o estados, lo que interesa verdaderamente al lógico es saber si las inferencias que se produjeron en ese contexto son válidas; es decir, si las deducciones han sido correctas.

*La Lógica es, entonces, la ciencia cuyo objeto de estudio es la inferencia válida y los principios de la demostración.*² Estudia las formas y reglas generales que rigen el conocimiento y el pensamiento humano considerado en sí mismo, sin referencia a los objetos. Por esta razón la lógica es considerada una ciencia *formal*, como la matemática y no una ciencia empírica.

La inferencia es el proceso por el cual se derivan conclusiones a partir de premisas. La lógica investiga los principios por los cuales algunas inferencias son correctas y mientras otras no lo son. Una inferencia es considerada correcta en base a su *estructura lógica* y no por el contenido específico de los argumentos utilizados.

Un *argumento* o *razonamiento* está compuesto por varios enunciados sucesivos; a partir de los primeros enunciados de dicha serie, se desprende –se deduce, se infiere– *necesariamente* otro enunciado que es conclusivo. Conviene retener el carácter *necesario* de tal conclusión. Un ejemplo, aunque trillado, puede ser oportuno para seguir avanzando; luego, vendrán otras precisiones:

- | | | |
|-----|--|-----|
| | Todo hombre es mamífero. | (a) |
| (I) | Todo mamífero es vertebrado. | (b) |
| | Por lo tanto: Todo hombre es vertebrado. | (c) |

Las partes fundamentales que conforman un *razonamiento* perfecto o silogismo son los *enunciados* o *proposiciones*.³ Se las suele definir como frases declarativas que tienen un sentido completo y de las cuales puede afirmarse que son verdaderas (V) o falsas (F), o que ellas contienen verdad o falsedad. Las siguientes expresiones son ejemplos de *enunciados*: “Todo francés es europeo.” “Freud escribió *La interpretación de lo sueños*.” “El termómetro marca 36°.” “La nieve es verde” En cambio, estas otras no lo son: “¿Qué hora es?” “Cómprame el periódico, por favor.” “¡Acerca la estufa!”

Los enunciados iniciales de un razonamiento reciben el nombre de *premisas* [a y b en (I)] y el enunciado final se denomina: *conclusión* (c). Al pasar de las premisas a la conclusión se incrementan las proposiciones conocidas. El raciocinio ha promovido esa ganancia; la conclusión brotó de las premisas. El *razonamiento* no es válido si faltan estos nexos debidamente encadenados entre (a), (b) y (c). En cambio, se está ante una *implicación* o una *inferencia lógica* o una *argumentación válida* cuando la conclusión es necesariamente verdadera, siempre y cuando las

premisas sean verdaderas. No habrá conclusión verdadera si “La nieve es verde” es una de las premisas. Debe quedar fuera de duda el valor de verdad, que se evalúa siempre desde una perspectiva lógica.

Se retomará el ejemplo (I) para avanzar algunas nociones sobre el carácter formal de la lógica, aspecto éste que ocupará buena parte de este anexo. La estructura de ese silogismo puede formalizarse así:

(II) Toda S es P
 Toda P es R
 Toda S es R

El silogismo (II) es la expresión formal de (I). Se trata de una formalización muy elemental; las lógicas posteriores, especialmente la simbólica, complejizaron enormemente las escrituras formales, como se verá en A_{5.4}. La Lógica dictamina que (II) es una inferencia válida si se partió de dos premisas verdaderas; entonces se llega a una conclusión que también lo es. Se insiste en estos aspectos, porque puede suceder que una inferencia tenga la misma estructura que (II), pero dé pie a una conclusión falsa. Por lo tanto, la inferencia lógica, por sí misma, no garantiza que la conclusión sea verdadera; para que lo sea, las premisas deben ser indefectiblemente verdaderas. Por consiguiente, cabe tomar ciertas precauciones; véase sino este ejemplo tomado de D. Quesada (1985), *op. cit.*, p. 15, al que se añadió las anotaciones formales de la derecha:

Todos los patagones son europeos.	(Todas las S son P)
<u>Todos los europeos son argentinos.</u>	(Todas las P son R)
Todos los patagones son argentinos.	(Todas las S son R)

En esta inferencia lógica se aprecia que dos premisas falsas pueden dar lugar a una conclusión verdadera; luego, la lógica sólo garantiza la verdad de la conclusión cuando todas las premisas son verdaderas.

El uso de argumentos o la realización de inferencias tiene lugar no sólo en el ámbito de las ciencias o entre especialistas en lógica; también, como ya se ha dicho, ocurre en la vida cotidiana; no en vano se escucha con cierta frecuencia: “lo que fulano dice, no tiene lógica” o “de lo que dice mengano se deduce que...”. Si bien la exigencia de razonar adecuadamente no es privativa de contextos lógicos, no es menos cierto que la Lógica, en tanto disciplina, es la única que estudia con minuciosidad los diferentes tipos de esquemas de razonamiento y hace una codificación de las formas correctas de derivar un enunciado a partir de otros; también procede a un análisis y clasificación de esos patrones. Dicho sintéticamente, la lógica es la teoría de la validez formal del razonamiento. [Deaño (1978), p. 11].

Al lógico no le importan **todos** los enunciados ni **todos** los aspectos de una argumentación; le tiene sin cuidado, por ejemplo, si un razonamiento es aburrido, triste, irritante o persuasivo. Tampoco se ocupa de aquellas frases que expresan invocaciones, plegarias, exclamaciones o expresiones retóricas y poéticas. Le interesa, en cambio, que los enunciados sean declarativos y que las conclusiones que se desprendan se hayan deducido correctamente; es decir, que las inferencias hayan sido *lógicamente* bien elaboradas.

A_{5.2}. Definiciones

Tras esta primera explicitación de nociones rudimentarias de Lógica se aportará un par de definiciones más certeras de la misma; las propuestas por A. Deaño y por Garrido:

“[...] la lógica formal suele aparecer caracterizada como aquella ciencia que se ocupa de la relación de consecuencia entre enunciados, en el sentido de que estudia los principios según los cuales un enunciado se sigue válidamente de otro u otros enunciados que se toman como premisas. Esta noción de consecuencia, central en nuestra disciplina, cubre como se ha señalado, dos nociones: la de *derivabilidad formal* y la de *implicación semántica*, y aparece ya en el más antiguo tratado de Lógica que se conserva: los *Tópicos* de Aristóteles.” [Deaño, A. (1980), *op. cit.*, p. 10].

Para consideraciones posteriores convendrá tener presente otros objetivos de la Lógica, a saber:

- Establecer los cánones de la inferencia deductiva.
- Estudiar los principios de inferencia formalmente válida.
- Codificar los modos correctos de derivar un enunciado a partir de otros.
- Validar *formalmente* el razonamiento.

En realidad, estas cuatro puntualizaciones o bien redundan sobre aspectos de la primera definición o bien las especifican y refuerzan la idea de que la Lógica es una *teoría sobre las verdades formales*. Y esto es así porque ella tiene especialmente en cuenta *la forma* de los razonamientos, independientemente de su contenido, tal como se mostró en páginas anteriores y tal como podrá observarse a través de ejemplos más complejos, que se presentarán ampliamente desarrollados, en los sucesivos apartados de este anexo. De lo afirmado surge que decir *lógica formal* es una redundancia: la lógica es, esencialmente, formal. Las letras y los signos que utiliza son símbolos cuya combinación genera esquemas formales, abstractos: moldes de pensamiento, vacíos de contenido. Conforman un lenguaje artificial que en sus inicios -en la antigua Grecia- fue muy sencillo, pero alcanzó altos niveles de sofisticación con la lógica simbólica. Desde Aristóteles se la consideró una ciencia formal y, a consecuencia de ello, universal. Por eso no llama la atención que uno de sus discípulos -concretamente, Alejandro de Afrodisia- haya rebautizado sus textos lógicos, en el siglo III d. C., con el nombre de *Órganon*; es decir, instrumento. Debido a su carácter formal y universal ha sido considerada también *ciencia de las ciencias*. Estas últimas palabras redundan sobre su carácter y utilidad instrumental para cualquier disciplina.

Otra definición de Lógica es la que aporta Manuel Garrido (1974), *op. cit.* p. 23:

“[...] cabe definir la *lógica formal* como una ciencia abstracta que tiene por objeto el análisis formal de los argumentos o también, y más concisamente, como *teoría formal del razonamiento*.”

A5.3. Ramas de la lógica

Se han planteado múltiples divisiones y subdivisiones de la lógica siguiendo criterios muy diversos, aunque en términos generales ha predominado la perspectiva histórica: lógica griega (presocrática, aristotélica, lógica megárico-estoica), medieval temprana, escolástica, lógica moderna y, por último, lógica simbólica.⁴ Atendiendo al enorme avance que supuso esta última, se reagrupó a todas las lógicas anteriores bajo la denominación de **lógica clásica o tradicional** y se designó a las surgidas a partir de Boole y Frege -mediados del siglo XIX hasta la actualidad- con el nombre genérico de **lógica simbólica (matemática) o logística**.⁵ La primera incluye la forma antigua de la lógica, básicamente la *griega* (aristotélica, megárico estoica), la *lógica medieval*, la *moderna*, que abandonó a Aristóteles recurriendo a Platón y sustituyó la lógica analítico-deductiva por la dialéctica y la retórica; por último estaría la forma simbólica -matemática- de la lógica. Además de estas divisiones, se las suele agrupar según niveles o estratos:

- **Lógica proposicional** (o lógica de enunciados o lógica de los conectores).
- **Lógica de los predicados de primer orden** (o cálculo cuantificacional o lógica de los cuantificadores de primer orden). Estos dos estratos reunidos configuran la “lógica elemental”.
- **Lógica de orden superior**.

En la segunda mitad del siglo XX han proliferado las denominadas lógicas especiales (*non standard*), que se caracterizaron por diferir en determinados rasgos respecto de la lógica “clásica”, “central” o “normal”. Se las ha agrupado atendiendo a ese elemento distintivo.⁶

Cada uno de los estratos o apartados descritos contiene *reglas* o *leyes* que gobiernan el funcionamiento de los sistemas lógicos que, en términos generales, se suelen presentar en mediante un *lenguaje artificial o formal*. A continuación se hará referencia a este último y en el apartado

subsiguiente se presentarán algunos ejemplos sencillos de enunciados lógicos que configuran reglas. Impone tal orden el hecho de que las reglas se escriben también formalmente.

También se le dedicará un lugar especial a la lógica sentencial y a la modal. La primera, nacida en Grecia y especialmente desarrollada por los estoicos (400 años antes de Cristo), cruzó los tiempos hasta llegar a Boole, Frege y Pierce, que influyeron en las teorizaciones de Lacan. Se referirán sus conceptos fundamentales y simbolismos. La lógica modal iniciada en Aristóteles, se desplegó en el Medioevo temprano, en el periodo escolástico y moderno hasta constituirse como lógica modal simbólica en el siglo XX. Como se verá más adelante –A_{5.10.5.}–, los últimos desarrollos de Lacan –formas modales del amor y su relación con la transferencia– se basaron en esta lógica.

A_{5.4.} Nociones elementales sobre el lenguaje formal de la lógica

Se ha visto en el ejemplo (II) que la lógica antigua ya poseía un rudimentario lenguaje formal, que los escolásticos y lógicos del periodo moderno hicieron avanzar ligeramente. La aparición de la lógica simbólica supuso un progreso notabilísimo de la disciplina y del lenguaje artificial que le era propio; éste fue ganando en precisión y complejidad; a la par, fueron surgiendo diversos dialectos de ese lenguaje formal. Tal salto vino a contradecir las ideas de Kant, quien había afirmado en el prólogo de la segunda edición de su *Crítica de la razón pura* (1787), que la lógica

“desde Aristóteles no ha tenido que dar un paso atrás” ni “tampoco hasta ahora ha podido dar un paso adelante. Así pues según toda apariencia, hallase conclusa y perfecta.”

La transformación cualitativa comenzó con Boole y Frege. El primero inició el camino de la matematización de la lógica, ajustándola al método de aquélla, proporcionándole sus técnicas, su operatividad, la exactitud y el rigor que la caracterizan. Esto supuso la elaboración de un lenguaje simbólico refinado y el establecimiento de reglas muy precisas para operar con ellas en la realización de cálculos. I. M. Bochenski, explicó de esta manera lo esencial, lo medular del formalismo de Boole:

“Lo que aquí hace época no es que Boole quiera aplicar el cálculo a la Lógica, ni tampoco que emplee el concepto de un cálculo no cuantitativo -ambas cosas fueran formuladas ya antes que él por Leibniz y Lambert-, sino la descripción ejemplar, por su claridad, de la esencia del cálculo, es decir, del formalismo, procedimiento cuya validez no depende de la interpretación de los símbolos que se emplean (en ellos), sino exclusivamente de las leyes de combinación de los mismos. Llama además Boole la atención sobre la posibilidad de interpretar de diversas maneras un mismo sistema formal. Esto significa que concibe la lógica no como una abstracción de procesos fácticos -como habían hecho todos los lógicos anteriores- sino como una construcción formal a la que buscar posteriormente una interpretación. Y esto es frente a toda la tradición, incluido Leibniz, completamente nuevo.” [*Historia de la Lógica formal* (1956), *op. cit.* p. 294; la frase entrecomillada dentro del texto es una cita que Bochenski hace del libro de Boole *The Mathematical Analysis of Logic* (1847)].

Alfredo Deaño, a su vez, hizo los siguientes comentarios sobre la revolución que a mediados del siglo XIX introdujo este pensador:

“Encontramos pues en Boole, la idea de que, puesto que en el razonamiento hay un aspecto puramente formal, que no depende para nada de la interpretación de los símbolos que intervienen en el proceso, es posible y deseable dar al conjunto de las leyes formales del razonamiento la estructura de un cálculo, por ser en ésta donde de manera más pura y plena queda plasmado este proceder a base de simples combinaciones de elementos. Dicho más brevemente, en cierto sentido, razonar es calcular. Construyamos pues un cálculo de razonamiento deductivo. [...] No se trata, pues, de *reemplazar* el razonamiento por un cálculo (interpretando esto en el sentido de aherrojar una actividad libre y creativa a base de imponerle unas normas mecánicas) sino de *reconocer* la estructura calculística, algorítmica, que en cierto aspecto tiene el razonamiento y tratar de hacerla más explícita y rigurosa.” [Deaño, (1980); *op. cit.*, p. 17].

G. Boole tuvo el mérito de ser el precursor de este movimiento; pero fue Frege quien propulsó el proceso con su *Conceptografía, un lenguaje formalizado del pensamiento puro a base del lenguaje aritmético* (1879).⁷ Hoy en día se lo considera un *lenguaje formal de primer orden*.

Sus continuadores lo perfeccionaron, promovieron otros lenguajes artificiales y desarrollaron la lógica en variadas direcciones. Cabe apuntar que ninguno de los lógicos simbólicos (o matemáticos) se propuso hacer del razonamiento algo “maquinal”; intentaron más bien poner de relieve aquello que hay de maquinal en el razonamiento.

A5.5. Formalización de proposiciones simples en lógica simbólica

En el lenguaje ordinario se atribuyen propiedades a objetos mediante la unión (o *composición*) de nombres propios con nombres comunes para formar enunciados muy sencillos. En Lógica se denomina a tal composición: *enunciado* o *proposición* simple. A partir de B. Russell se las llama también enunciados o proposiciones *atómicas*, atendiendo al hecho de que son las sentencias más elementales.⁸ Un par de ejemplos, con sus correspondientes formalizaciones, podrían ser los siguientes:

Juan José Millás es escritor -----*Pa*
 El Ebro es un río -----*Qb*
 Andalucía es una comunidad autónoma ----- *Rc*

J. J. Millás, Ebro y Andalucía son los nombres propios de objetos; escritor, río y comunidad autónoma son los nombres comunes, denotativos de propiedades de los objetos . Las expresiones *Pa*, *Qb* y *Rc* se leen “*P* de *a*”, “*Q* de *b*” y “*R* de *c*”. En éstas las letras mayúsculas *P*, *Q*, *R* son símbolos denotativos de propiedades y relaciones (escritor, río, comunidad autónoma), en tanto que *a*, *b*, *c* son símbolos denotativos de objetos (Millás, Ebro, Andalucía). Enunciados atómicos más complejos como los siguientes, escogidos de Garrido, M. (1975); *op. cit.*, p.33, se formalizan así:

Bruto mató a César-----*Rab*
 Suiza está entre Italia y Alemania-----*Scde*

R, *a*, *b* representan, respectivamente, la acción de matar y las personas Bruto y César. En el segundo ejemplo, *S* equivale a estar entre, *c*: Suiza; *d*: Italia y *e*: Alemania.

Como puede apreciarse, para formalizar se sitúan generalmente las letras simbolizantes en el mismo orden con el que aparecen en el lenguaje natural. En el lenguaje simbólico se invierte el orden que se utiliza en el lenguaje natural: primero aparece la letra predicativa (mayúscula) y luego la letra denotativa de objetos (minúscula). Tal cambio se inspira en el sistema matemático de notación de funciones: *f(x)* o *g(x, y)*; en ese contexto se presentan primero los símbolos que juegan el papel determinante (*f* o *g*) mientras que los elementos determinados (*x*, en el primer ejemplo; *x* e *y* en el segundo) figuran detrás.

Se muestra a continuación otra característica del lenguaje formal: su capacidad de condensación. En la serie siguiente de enunciados atómicos hay una parte común a todos (invariante) y elementos variables (el sujeto de cada una); se las presenta en principio siguiendo el modelo recién propuesto:

Millás es escritor -----*Pa*
 Lobo Antunes es escritor ----- *Pb*
 Muñoz Molina es escritor -----*Pc*

P representa el predicado “es escritor” y las constantes individuales *a*, *b*, *c*, corresponden a Millás, Lobo Antunes y Muñoz Molina, respectivamente. Ahora bien, si se quiere destacar o reunir la parte común a dichas proposiciones, el esquema específico sería:

Px

donde *x* ya no sería una **constante** individual sino una nueva categoría de símbolos *-variables individuales* o *subjetivas-* que se representan habitualmente con las últimas letras minúsculas del abecedario: *x*, *y*, *z*. Estas letras no designan a un individuo en concreto sino, de manera imprecisa, a

cualquier individuo integrante de un *universo* (conjunto, clase o dominio) que se da por supuesto cuando se utiliza dicha variable. En el ejemplo dado, el dominio de x está integrado por tres individuos. Se puede convenir dominios de la amplitud que se quiera: el de los psicoanalistas, el de los empleados o el más amplio aún, el de todos los seres humanos; esto es, cualquier conjunto del que se pueda predicar con sentido, ya sea verdaderamente ya sea falsamente, alguna propiedad específica (como sería el caso, en el ejemplo dado, la de ser escritor).

A5.6. Composición de enunciados y conectores

Un paso más: *la composición de enunciados*. Tanto en el lenguaje ordinario como en lógica se pueden reunir dos o más enunciados; por ejemplo este par: “Freud es el padre del psicoanálisis” y “Freud escribió *El yo y el ello*”. Estos enunciados atómicos pueden combinarse para formar enunciados *compuestos* o *moleculares* del tipo: “Freud es el padre del psicoanálisis y escribió *El yo y el ello*.” En este caso se usó la conjunción “y” para combinarlos. En Lógica, para tales fines, se emplean los conectores o juntores, que cumplen un papel similar al de algunas conjunciones en el lenguaje corriente. A continuación se ofrece una visión de conjunto de estos *conectores* básicos que se utilizan para la composición de enunciados. Se acompañan de una manera de leerlos en un lenguaje natural; en este caso, en castellano, haciendo la salvedad de que la trascripción del lenguaje lógico al ordinario es sólo aproximativa.⁹ En la columna de la izquierda aparecen los conectores más usuales; en la del medio, su lectura en un lenguaje ordinario; la derecha presenta otras maneras de escribir los mismos juntores.

	Nombre	Modo de leerlos	Otros signos
∨	disyuntor	o	& , · , K
∧	conjuntor	y	A
→	implicador o condicionador	si..., entonces	⊃, C
↔	coimplicador o bicondicionador	si y sólo si	≡, ~, E
¬	negador	no	~ , — , N

La combinación de dos variables proposicionales “ p ” y “ q ” puede realizarse mediante diferentes conectores:

Si se aplica el conjuntor se escribe: “ $p \wedge q$ ”, y se lee “ p y q ”.

En caso de emplear el disyuntor se escribe: “ $p \vee q$ ”, y se lee “ p o q ”.

Si se usa el implicador se escribe $p \rightarrow q$, y se lee “ p implica q ”.

Cuando se utiliza el coimplicador se escribe $p \leftrightarrow q$, y se lee “ p si y sólo si q ”

El negador (\neg), al ser adosado a una variable cualquiera, póngase por caso “ p ”, supone la negación de ésta: se escribe “ $\neg p$ ”, y se lee “no p ”, “no es cierto que p ” o “es falso que p ”.

La **lógica proposicional** –véase *supra* A5.3.– se ocupa de las proposiciones o enunciados compuestos mediante conectores. Es el primer estrato de la gradación vertical de la Lógica. Estudia las leyes de combinación y deducción de los enunciados creados con la mediación de tales juntores. De ahí que se la denomine, también, lógica de enunciados o, con mayor propiedad, lógica de conectores.

A efectos puramente didácticos se presentará un sencillo ejemplo de un proceso de formalización en el contexto de la lógica proposicional o lógica de enunciados. Ha sido extractado del libro de Daniel Quesada (1985), *op. cit.*, p. 18 y ss.

- (III) “El índice de paro no desciende a menos que crezca la inversión pública. Dadas las medidas económicas del Gobierno, la inversión pública no crecerá si no se aumenta la oferta monetaria. Pero el aumento de la oferta monetaria conduce a la inflación. Por lo tanto no descenderá el paro a menos que haya inflación.”

Los primeros pasos en la formalización de esta frase consiste en:

- prescindir de giros y expresiones estilísticas;
- aplicar a todo el párrafo el tiempo verbal presente (del indicativo);
- incluir explícitamente el condicionador o implicador porque el tipo de enunciados que aparecen en (III) tiene formulaciones que responde al patrón: *si..., entonces*. De esta manera, tras aplicar la serie de transformaciones, se obtiene (IV):

(IV) Si no crece la inversión pública, entonces no descende el paro.
 Si no se aumenta la oferta monetaria, entonces la inversión pública no crece.
Si se aumenta la oferta monetaria, entonces hay inflación
 Si no hay inflación, entonces no descende el paro

Para introducir una mayor formalización aún, el paso siguiente consiste en sustituir las expresiones “no” y “si..., entonces” por los conectores correspondientes: \neg para la negación y \rightarrow para el condicional. Para mayor claridad, los enunciados sometidos a estos signos serán colocados entre paréntesis.

(V) \neg (crece la inversión pública) \rightarrow \neg (desciende el paro)
 \neg (se aumenta la oferta monetaria) \rightarrow \neg (la inversión pública crece)
(se aumenta la oferta monetaria) \rightarrow (hay inflación)
 \neg (hay inflación) \rightarrow \neg (desciende el paro)

La notación (V) es equivalente a (III) y (IV), pero está expresada en un lenguaje más formalizado, siempre dentro de la lógica de enunciados o de conectores. Se puede avanzar un paso más en la formalización sustituyendo cada enunciado simple por una letra: “p”, “q”, “r”, “s”, etc., utilizando siempre la misma letra para un mismo enunciado; por ejemplo, la “p” para *crece la inversión pública* y la “r” para *se aumenta la oferta monetaria*. Se obtiene entonces (VI)

(VI) $\neg p \rightarrow \neg q$
 $\neg r \rightarrow \neg p$
 $r \rightarrow s$
 $\neg s \rightarrow \neg q$

(VI) expresa formalmente el texto (III), cuyos componentes han quedado transformados en *esquemas lógicos*. Ahora no son propiamente enunciados sino *esquemas de enunciados* y están expresados en un lenguaje formal. Comparada con las que operan en las lógicas de **orden superior**, esta formalización es sencilla. Se evitarán las más complejas, porque sólo se pretende exponer las nociones básicas de aquellas lógicas cuya presencia puede rastrearse en la obra de Lacan, a saber: la proposicional, la lógica cuantificacional y la modal.

A continuación se completarán las consideraciones sobre la lógica proposicional mediante otro ejemplo de formalización, que tendrá como objetivo principal mostrar las operaciones de cálculo que en ella se realizan, tras haber alcanzado su nivel de plena formalización gracias a la lógica simbólica. El ejemplo intenta resolver el siguiente argumento propuesto por M. Garrido¹⁰:

“Si los jóvenes socialistas alemanes apoyan a Brandt, entonces renuncian a su programa de reivindicaciones. Y si combaten a Brandt, entonces favorecen a Strauss. Pero una de dos: o apoyan a Brandt o lo combaten. Por consiguiente habrá que renunciar a su programa de reivindicaciones o favorecer a Strauss.”

Formalización:

- A los jóvenes socialistas alemanes apoyan a Brandt
- R los jóvenes socialistas renuncian a sus reivindicaciones
- C los jóvenes socialistas alemanes combaten a Brandt
- F los jóvenes socialistas alemanes favorecen a Strauss

$$A \rightarrow R, C \rightarrow F, A \vee C \vdash R \vee F$$

Se ha introducido un símbolo no utilizado hasta ahora: “ \vdash ”, que se lee: “por lo tanto”.

Derivación:

$$\begin{array}{l} \text{— } 1 \ A \rightarrow R \\ \text{— } 2 \ C \rightarrow F \\ \text{— } 3 \ A \vee C \\ \left[\begin{array}{l} 4 \ A \\ 5 \ R \\ 6 \ R \vee F \end{array} \right. \\ \left[\begin{array}{l} 7 \ C \\ 8 \ F \\ 9 \ R \vee F \end{array} \right. \\ 10 \ R \vee F \end{array}$$

Las inferencias deductivas \rightarrow o más sencillamente, deducciones \rightarrow resultan muy diáfanos cuando se las hace mediante cálculos; en ellos se siguen procedimientos sometidos a reglas explícitas y estrictas que gobiernan su uso y se aplican al conjunto de elementos lógico-formales que están presentes en la operación. El uso de símbolos adecuados es imprescindible; ellos permiten un mayor grado de precisión en las derivaciones.

El mismo autor comenta en la página 25 que la potencia operativa del cálculo depende de la formalización del lenguaje en que se apoya. Sugiere comprobarlo ensayando la realización de multiplicaciones y divisiones sin recurrir al simbolismo aritmético; es decir, con la sola ayuda del lenguaje ordinario. Aunque se dominen bien las reglas de dichas operaciones, si no se utilizan adecuadamente los simbolismos se dificulta muchísimo la marcha del cálculo.

A5.7. Vacuidad de contenido e interpretación

Tal como pudo comprobarse a través de los ejemplos ofrecidos, las notaciones del *lenguaje formal* son simples esquemas lógicos sin significado alguno; por lo tanto son vacíos; preexisten a cualquier “realidad” a la que se los quiera aplicar y reciben algún significado concreto mediante un proceso de *interpretación*, que pone en correspondencia la o las fórmulas con un escenario concreto. Desde esta perspectiva, la interpretación se liga con hechos o cosas determinadas: en un segundo tiempo pueden quedar inmersos en una ontología.

Convendrá subrayar que la lógica simbólica, a diferencia de todas las anteriores, elabora primero los sistemas formales para, posteriormente, buscar una interpretación en lenguaje ordinario.

Se completarán estas nociones sobre el lenguaje formal con una presentación de algunos principios de esta ciencia. Se referirá la manera en que los lógicos se relacionan con ellos y, más ampliamente, con los lenguajes artificiales. Los principios lógicos son los siguientes:

$$\begin{array}{l} [(p \rightarrow q) \wedge \neg q] \rightarrow \neg p \\ [(p \rightarrow q) \wedge (q \rightarrow p)] \rightarrow (p \rightarrow r) \\ \wedge x (Px \wedge Qx) \leftrightarrow \wedge x Px \wedge \wedge x Qx \\ \wedge y \wedge x Pxy \rightarrow \wedge x Pxx \end{array}$$

En esta escritura aparece otro símbolo no mencionado hasta ahora: el *cuantificador universal* —“ \wedge ”—, que forma pareja con el cuantificador particular (o existencial): “ \vee ”. El primero se lee así: “para todo x ”; el segundo: “existe algún x ”.

A un profano, la explicitación formal de estos principios se le aparece como una verdadera ensalada de letras y símbolos; las letras le serán más o menos conocidas; algunos símbolos tal vez también —especialmente si ha hecho alguna pequeña incursión en lógica—, pero la mayoría le resultarán ininteligibles; le será imposible descifrar lo allí escrito. Sin embargo, Deaño afirmó con total contundencia sobre estos enunciados que:

“1° Son evidentemente verdaderos. Para darse cuenta que son verdaderos basta, por así decir, con leerlos.

2° Son universales, se aplican a todo, son formas que pueden albergar cualquier materia. En resumen, son afirmaciones de *suma* –en sentido estricto– generalidad que resultan verdaderas de suyo. Se aplican a todos los casos y ningún caso es un contraejemplo.”¹¹

Claro está que serán “evidentemente verdaderas” para aquellos que estén familiarizados con los lenguajes formales. Los dos rasgos que refiere –verdad y omniaplicabilidad– pueden reducirse a uno: verdad formal. Luego remató estas ideas sobre el funcionamiento de los lenguajes formales convocando a Russell:

“Ninguna proposición de la lógica puede mencionar objeto particular alguno. La proposición ‘Si Sócrates es un hombre y todos los hombres son mortales, entonces Sócrates es mortal’ no es una proposición de la lógica; la proposición lógica de la cual la anterior es un caso particular es ‘Si x tiene la propiedad ϕ , y todo lo que tenga la propiedad ϕ tiene la propiedad ψ , entonces x tiene la propiedad ψ cualesquiera que sean x , ϕ y ψ . La palabra ‘propiedad’ que aquí se presenta desaparece de la formulación simbólica correcta de la proposición; pero ‘si..., entonces...’, o algo que sirva para los mismos fines, permanece.”¹²

‘Si..., entonces’ es, como ya se ha dicho en páginas anteriores, una constante lógica -un conector- que se escribe así: “ \rightarrow ” (implicador o condicionador, según se ha visto anteriormente). Si se hace lo mismo que en los pasos (IV) y (V) del ejemplo sobre la inflación y el paro; es decir, si se reemplazan unos términos por el símbolo correspondiente, se obtiene un enunciado lógico más condensado. Todas las proposiciones presentadas en lenguaje natural en este anexo y sus sucesivas transformaciones pretendían mostrar cómo se procede para formalizar lógicamente un enunciado. Según se desprende de la cita de Russell, los enunciados lógicos requieren la completa vacuidad de sus contenidos. Sólo mediante una interpretación pueden conectarse con sujetos, hechos o cosas determinadas.

* * * * *

En este recorrido por la formalización no se han referido aun las reglas que regulan las operaciones lógicas. A ella se dedicará el breve apartado siguiente.

A5. 8. Reglas y leyes

Configuran una especie de normativa a la que deben ajustarse las operaciones con enunciados lógicos formalizados. Se exige siempre la explicitación de ellas *antes* de la realización de los cálculos. Las reglas son, en sí mismas, enunciados formales. Una muy sencilla es la siguiente:

$$\begin{array}{c} X \rightarrow Y \\ \neg Y \\ \hline \neg X \end{array}$$

Esta notación puede leerse del siguiente modo: “si se toman como premisas un condicional (\rightarrow) y la negación (\neg) de su consecuente, es correcto inferir la negación del antecedente como conclusión”. Esta misma regla también puede escribirse así:

$$X \rightarrow Y, \neg Y \vdash \neg X$$

Para que pueda apreciarse la evolución de los lenguajes artificiales con la aparición de la lógica simbólica, se exponen dos formas muy antiguas de escribir la misma regla. Los estoicos, 400-350 años antes de Cristo, la expresaban así:

“Si lo primero, entonces, lo segundo; pero no lo segundo, entonces no lo primero”.

Para ellos, esta regla básica –o molde de pensamiento– no necesitaba demostración; formaba parte de las cinco normas que propusieron y agruparon bajo el nombre de “indemostrables” (véase *infra*, A₅.10.3). Los escolásticos (siglo XI al XVI), escribieron esa misma regla así:

Si X entonces Y, pero no Y, entonces no X

Las letras, en tanto funcionaban como símbolos, pueden ser elegidas indistintamente. Cuanto más formalizado un texto mayor es su distanciamiento de la ontología. Lo importante es que el conjunto de reglas estipule con precisión el uso de los términos lógicos, la formación y transformación de sus enunciados.

A₅.9. El concepto lógico de verdad. Verdad y realidad

El surgimiento de la lógica matemática entrañó una revisión profunda del concepto de verdad: los lenguajes artificiales de la misma y el altísimo nivel de formalización que la caracterizaron permitió que la verdad quedara desconectada de la realidad. La lógica contemporánea no entraba en conflicto con esta última puesto que se declaraba abstinentes de la estructura ontológica del mundo. Como señaló Ferrater Mora:

“La lógica no tiene que ver con la realidad al modo como una “cosa” se relaciona con otra [...]. Lo que expresan las proposiciones lógicas no es, pues lo real, sino ciertos modos (múltiples) de adecuación de la realidad [...] La realidad no necesita ser, pues, lógica, para que sea susceptible de manejo lógico. Como ‘lengua bien hecha’, la lógica describe además las ordenaciones de la realidad en forma simbólica: no reproduciéndola mediante copia ni tratando de averiguar su esencia mediante analogía” (*op. cit.*, Tomo 3, p. 2021).

Entre los lógicos del siglo XIX y XX que se ocuparon del tema figuran Peirce, Russell, Tarski, Hintikka, Beth, etc. Al ser propio de la lógica matemática operar con cálculos siguiendo los procedimientos del álgebra, ella instituía una verdad que no era apofántica –como en la lógica aristotélica– sino de otro orden, basada en la conformidad de las operaciones simbólicas realizadas. De ahí surgió la posibilidad de construir *nuevas* tablas para deducir “lógicamente” la verdad o falsedad de una sentencia. Peirce es autor de una de ellas; igualmente Hintikka, Beth y otros. Pioneros en la elaboración de estas matrices o tablas de verdad han sido los lógicos estoicos.

Para **Peirce**, la verdad debe ser verificada; no puede hablarse de verdad en investigaciones que no conducen a ninguna parte o que plantean resultados distintos que no llevan a diferentes afirmaciones.

Tarski, gran impulsor de la semántica moderna, propuso el *concepto semántico de verdad*. Para él, una definición adecuada de verdad requiere de un metalenguaje; las afirmaciones: “es verdadero” o “es falso” son expresiones metalógicas. Consideraba que la definición de “enunciado verdadero” no era posible dentro del lenguaje corriente o coloquial -el que utiliza una comunidad de hablantes de un mismo idioma-, lleno de ambigüedades y generador de antinomias semánticas. Tarski recurrió a lenguajes formalizados –artificiales- en los que cada expresión tenía un sentido bien definido, sin equívocos, lagunas ni redundancias. Sus principales ideas al respecto fueron expuestas en su artículo *El concepto de verdad en los lenguajes formalizados* (1931). Allí, y siempre en referencia a un lenguaje dado, se propuso: “[...] construir una definición formalmente correcta y objetivamente justificada de ‘enunciado verdadero’ siempre que el metalenguaje sea de orden superior al lenguaje objeto de investigación”.¹³

Este trabajo tuvo como marco la idea de *verdad como correspondencia* -adecuación entre el intelecto y la cosa¹⁴ y revalidaba antiguas tesis de Aristóteles. Garrido, comenta esta perspectiva lógica del siguiente modo:

“El punto de vista de Tarski es que: 1) la noción de “verdad de un enunciado” no es absoluta sino relativa a un lenguaje L, en el marco del cual se mueve el enunciado de cuya verdad se trate; 2) el predicado “verdadero”, como cualquier otra categoría de la semántica, no pertenece al lenguaje objeto o lenguaje acerca del cual se habla, sino al metalenguaje, o lenguaje del cual se habla acerca de otro lenguaje, y 3) como quiera que el

lenguaje ordinario carece de instrumental adecuado para distinguir con precisión entre lenguaje y metalenguaje, no está exento del riesgo de desembocar en contradicciones, razón por la cual la construcción de una definición rigurosa del concepto de enunciado verdadero” resulta tan sólo posible en los lenguajes formalizados. (*Lógica simbólica, op. cit.*, p. 166).

Garrido remite el siguiente ejemplo para entender la noción de metalenguaje: un libro de gramática inglesa para castellano-parlantes tendría al inglés como lengua objeto mientras que el castellano sería, en este caso, un metalenguaje.

El desarrollo de estas propuestas de Tarski exceden los objetivos de este trabajo. Se dirá, simplemente, para poder entender la noción de predicados *metalógicos* que se utilizarán a continuación, que este lógico y matemático polaco que se trasladó a EE. UU., utilizó el siguiente artificio: si se quiere decir que un enunciado –por ejemplo: Antonio Gaudí diseñó *La Pedrera*– es verdadero, se escribe así:

Antonio Gaudí diseñó *La Pedrera*, es verdadero.

De esta manera, “es verdadero” aparece como un predicado del enunciado Antonio Gaudí diseñó *La Pedrera*. Se trataría de un predicado *metalógico*. Es llamativo que las formas simplificadas con que habitualmente se alude a la concepción semántica tarskiana de la verdad empleen el lenguaje coloquial cuyas ambigüedades su autor trató, precisamente, evitar.

Lacan manifestó sus discrepancias con estas ideas de Tarski y acuñó el aforismo “no hay metalenguaje”: no existe un lenguaje de orden superior a las lenguas de uso corriente que sea capaz de superar los supuestos “defectos” de estas últimas; es decir: las ambigüedades, los equívocos y los malos entendidos que ellas generan. Entre otras razones, porque es imposible que un metalenguaje pueda ser hablado y, además, porque es en el seno del lenguaje dónde se genera la verdad; ésta no encuentra su llave, su clave, en algo exterior a él.

Los predicados metalógicos “es verdadero” o “es falso” son utilizados en lógicas bivalentes; en lógica trivalente se agrega el predicado metalógico “no es verdadero ni falso”; en lógicas polivalentes el número de predicados metalógicos aumenta: se añaden predicados como los siguientes: “es más verdadero que falso”; “es más falso que verdadero”, etcétera.

Garrido, en el contexto de su estudio del lenguaje de la lógica, señala que una fórmula es un segmento de un lenguaje simbólico; dada una o varias fórmulas, se habla de *interpretación* de las mismas cuando se las pone en correspondencia con un universo, con una situación o un escenario determinados. Una vez interpretada una fórmula se convierte en una proposición que puede ser verdadera o falsa.¹⁵ Cuando sucede lo primero, es decir, cuando la interpretación de una fórmula hace de esta una proposición verdadera, se dice que esa interpretación satisface dicha fórmula. Esta idea puede hacerse extensiva para un conjunto de fórmulas. De manera concomitante, se dice de la(s) fórmula(s) que admiten por lo menos una interpretación que las satisfaga, que son consistentes o satisfacibles. De la notación:

$$\neg(p \wedge \neg p)$$

se dice que es *lógicamente verdadera*, o también, que es una verdad lógica, porque no es posible encontrarle una interpretación que la convierta en falsa. De hecho, dicha fórmula era una representación simbólica de la ley suprema de la lógica: la del principio de no contradicción. El mismo autor, *op. cit.*, p. 162, añadió:

“El concepto de ‘deducción’, que es el concepto central de la lógica está íntimamente conectado con el de ‘corrección formal’, ya que de esta depende el interés real de una inferencia. Pero también lo está con la idea de ‘verdad’, y de ahí que digamos que una deducción es correcta cuando la verdad de sus premisas excluye la falsedad de su conclusión.

La lógica especula sobre los esquemas formales de los argumentos separándolos de sus contenidos, pero siempre con vistas a una ulterior aplicación de los mismos a esos contenidos (porque no hay ninguna ciencia, ni siquiera la lógica, que esté libre de la obligación de suministrar información que valga para el mundo, real o posible). El problema de la adecuación de las fórmulas y esquemas lógicos a sus contenidos es el problema de la *verdad* de esas fórmulas.”

Se tiende a diferenciar entre la forma (sintaxis) y el contenido (semántica) de los lenguajes lógicos. La sintaxis estudia las relaciones de los signos y fórmulas con otros signos y fórmulas. En lógica, la semántica analiza la relación de los signos y fórmulas con sus contenidos y objetos extralingüísticos (las cosas). A esta relación se la llama *denotación*. La función de la semántica es esencialmente denotativa.

A5. 10. Notas sobre las lógicas referidas e instrumentadas por Lacan

Se harán breves comentarios sobre las formas de la lógica que aparecieron con mayor frecuencia en los seminarios y *Escritos* del psicoanalista francés.

A5.10.1. Lógica proposicional o de conectores

Es la parte de la lógica que se ocupa del estudio de las proposiciones y de la composición de las mismas mediante el empleo de conectores. Su objeto es definir y formalizar los conectores (también llamados juntores), estudiar las leyes de combinación de las proposiciones y las deducciones que pueden hacerse a partir de enunciados fundados en tales nexos.

Definición de proposición:

Es una frase que tiene sentido completo y que puede ser verdadera o falsa. Se considerarán sinónimos de proposición los vocablos *enunciado* y *sentencia*.

La proposición en lógica clásica

Su uso se remonta a Aristóteles que consideraba en ellas **tres** elementos: el sujeto, el verbo (o cópula) y el predicado. Los escolásticos las agruparon en **simples** (o categóricas, o predicativas) y **compuestas** (hipotéticas, conjuntivas, disyuntivas y condicionales). Las primeras se subdividen según su extensión, en universales, particulares y singulares; según su función (o cualidad), en verdaderas y falsas; por su forma, en afirmativas y negativas; según su modo, en necesarias, imposibles, posibles y contingentes. A partir de las proposiciones se construyen desde siempre los silogismos. En ellos, a partir de algunas proposiciones iniciales –premisas– se llega a una proposición final o conclusión (véase A5.1).

Para conseguir esta última no se pondría en juego la capacidad de observación sino la de reflexión. La utilidad de estos argumentos es evidente: posibilitan ampliar el conocimiento por medio de deducciones o inferencias.

La proposición en la lógica simbólica

Para ella sólo hay **dos** componentes de las proposiciones: *sujeto* (algunos lo llaman también argumento) y *predicado*. A las más simples las denomina proposiciones *atómicas* y las expresa en lenguaje formal anteponiendo las letras predicativas (P , Q , R) a las letras que simbolizan sujetos (a , b , c). Ejemplos: Juan camina: Pa , si a reemplaza a Juan y P a camina. La pipa está sobre el escritorio: Qb , si b reemplaza a pipa y Q a está sobre el escritorio. Jorge es alto: Rc , si c reemplaza a Jorge y R a es alto. Estas expresiones se leen “ P de a ”, “ Q de b ” y “ R de c ”, respectivamente.

Proposiciones más complejas como Ernesto ama a Luisa, se escriben así Rab , donde R representa a ama, a a Ernesto y b a Luisa.

La composición de proposiciones en lógica simbólica

Es la reunión de dos o más enunciados atómicos en proposiciones más complejas (o *moleculares*). Para tal fin se emplean los conectores, que cumplen en lógica un rol similar al de las

conjunciones en el lenguaje corriente. Así, los enunciados atómicos “Lacan vivió en París”, “Lacan publicó sus *Escritos*” pueden combinarse y dar lugar a “Lacan vivió en París y publicó sus *Escritos*”. Si a cada una de esas sentencias se le adjudica una variable proposicional -la letra “*p*” para Lacan vivió en París y la “*q*” para Lacan publicó sus *Escritos* se puede transcribir formalmente ese enunciado compuesto así: “ $p \wedge q$ ”, que se lee “*p*” y “*q*”.

En lógica proposicional o de conectores se puede determinar el valor de verdad de una fórmula molecular a partir del valor de verdad de sus componentes atómicos.

A5.10.2. Lógica cuantificacional o lógica de predicados

La intención de incluir en este apartado algunas generalidades sobre esta lógica es por que ella sirvió -junto con la lógica modal- para la elaboración de las fórmulas de la sexuación que Lacan presentó en el *S 20* y que fueron comentadas en III, 5.11.2 a III, 5.11.5. También la empleó para fundamentar una perspectiva lógica en la definición de clase (III, 5.8).

Los enunciados complejos o moleculares, formados a partir de proposiciones atómicas, que incluyan la partícula *todo* y *alguno*, como en “todo mamífero es vertebrado” o “algunos mamíferos son anfibios” son hoy objeto de estudio de la lógica cuantificacional o lógica de predicados. Se caracterizan por el uso de los símbolos lógicos \wedge y \vee que reciben el nombre de cuantificador (o cuantor) universal y cuantificador particular (o existencial), respectivamente. El desarrollo inicial de la misma se debe, como no, a Aristóteles; pero, con el inicio de la lógica simbólica se logró, gracias a Frege, la primera formalización completa; posteriormente fue alcanzando niveles más evolucionados y complejos. En esta lógica los cuantificadores \wedge y \vee juegan un rol central; ellos encabezan y determinan, al modo de los prefijos en las palabras del lenguaje ordinario, las fórmulas a la que afectan.

La creación y desarrollo de la lógica cuantificacional tuvo que ver con que los enunciados que contenían las partículas *todo(s)* o *alguno(s)*, no podían ser formalizados adecuadamente en la lógica de enunciados o de conectores. Es distinto formalizar, por ejemplo, “la taza está sobre la mesa” -*Pa*- que los tres enunciados siguientes:

Todo español es europeo
 Todo madrileño es español
 Todo madrileño es europeo

De manera intuitiva se aprecia que este silogismo es correcto, pero las estructuras lógicas que lo justifican no son las consideradas en la lógica de conectores. Si se asigna una letra proposicional -*p, q, r*, respectivamente- a cada uno de estos enunciados, la formalización resultante:

$$p, q \vdash r$$

no es válida en tanto no existe ninguna ley de conectores que permita concluir *r* a partir de *p* y *q*. Los vocablos *todo(s)* y *alguno(s)*, van más allá del espacio propio de la lógica proposicional o de conectores; lo rebasan. Y, más ampliamente, puede decirse que toda la silogística aristotélica, construida en base a enunciados de ese tipo, queda fuera de dicho ámbito. De todas formas, la lógica cuantificacional supone (o integra) de alguna manera a la lógica proposicional o de conectores; debe conocerse esta última para una aproximación a la primera.¹⁶ Esta es la razón por la que se refirió primero la lógica de conectores en el apartado anterior.

La cuantificación puede afectar sólo a los sujetos (lógica cuantificacional elemental) o a los argumentos y predicados (lógica cuantificacional superior). La cuantificación de los predicados comenzó con la lógica moderna y era desconocida por la aristotélica, estoica y medieval, que utilizaba fórmulas cuánticas sólo para los sujetos.

Tal como se verá a continuación a través de algunos ejemplos, la estructura de las proposiciones cuantificacionales determina que el cuantificador universal \wedge , también llamado generalizador, vaya siempre asociado a una *x*, que alude a todos los individuos sobre los que se predica. Por lo tanto, el símbolo $\wedge x$ indica -ya sea verdaderamente, ya sea falsamente- que la

expresión que sigue a continuación es válida universalmente; es decir, para todos los valores de la variable x . Se presenta a continuación una proposición universal afirmativa –simbolizada con la letra A en la lógica clásica– con su transcripción en el lenguaje formal de lógica cuantificacional:

Todos los planetas giran alrededor del sol
 $\Lambda x Px$, que se lee: “para todos los x , P de x ”

El predicado “girar alrededor del sol” es considerado una función proposicional; se lo sustituye por alguna de las letras predicativas –habitualmente, según el diccionario básico presentado arriba, por P , Q o R). En este caso se ha elegido P . La x es la variable correspondiente al sujeto. Si se tratara de una proposición universal negativa –simbolizada con la letra E en la lógica clásica– su escritura formal en lógica cuantificacional sería la siguiente:

Ningún hombre es plumiforme
 $\Lambda x \neg Px$, que se lee: “para todos los x , es falso P de x ”.
También puede leerse: “para todos los x , no es el caso P de x ”.

Por las mismas razones antes expuestas, el cuantificador existencial “ \forall ” que representa la partícula “alguno(s)” va siempre unido a una x . Se plantea la siguiente proposición particular afirmativa –tipo I de la lógica clásica– y su versión en lógica cuantificacional:

Algunas tazas son blancas
 $\forall x Px$, para algún x , P de x

Esta expresión se lee también: existe (o hay) un x tal que P de x . Asimismo: existe (o hay al menos) un x tal que P de x . Por último, una proposición particular negativa –tipo O, de la lógica clásica–:

Algunas plantas no son verdes
 $\forall x \neg Px$, que se lee: para algún x es falso que P de x

En todos los ejemplos dados se ha elegido la letra predicativa P pero, dado el carácter simbólico de su uso, podría haberse elegido cualquier otra. La letra x , en cambio, permanece en tanto variable representativa del sujeto de la proposición

Durante un tiempo se utilizó como cuantor universal $\forall x$ y como cuantor particular o de existencia: $\exists x$. Conviene retener esta segunda notación dado que es la que aparece en algunos seminarios de Lacan; especialmente en *El saber del analista* (1971-1972), en el que trabajó asuntos psicoanalíticos por medio de la lógica modal; también en *Aún* (1972-1973), donde propuso las fórmulas de la sexuación. Ambos cuantores – $\forall x$, $\exists x$ – eran muy utilizados en aquella época; hoy han quedado prácticamente en desuso.

Se ha aplicado también los cuantores a dominios finitos e infinitos. (Véase III, 8.3). Los cuantores universales y existenciales – Λ y \forall – pueden ser reducidos a conectores de conjunción – \wedge – y disyunción – \vee –, respectivamente, si es que se aplican a dominios finitos. Por ejemplo: Javier, Pedro y Eduardo estudian informática. En este caso el universo de discurso está formado por tres personas (dominio finito). Si cada uno de ellos es simbolizado a_1 , a_2 y a_3 respectivamente, resulta que la expresión formal $\Lambda x Px$ es equivalente $Pa_1 \wedge Pa_2 \wedge Pa_3$. De esto se desprende que el cuantor Λ resume o representa la aplicación reiterada del conector \wedge (conjuntor). Por eso en el lenguaje artificial de la lógica de predicados, el cuantor Λ tiene la misma forma que el conjuntor \wedge , pero se le ha dado un tamaño mayor: es un macroconjuntor.

De igual manera, el cuantor existencial \forall representa la aplicación repetitiva del conector \vee (disyuntor). El cuantor existencial \forall es un macrodisyuntor.

Sin embargo, estas consideraciones dejarían de ser aplicables en caso de que el universo del discurso fuese infinito. Garrido plantea una proposición que versa sobre el conjunto de los números enteros positivos, respecto de los cuales se predicaba que poseían la propiedad de ser mayor que cero.

La expresión formal de este enunciado ΛxPx es imposible transcribirla en el lenguaje de los conectores propio de la lógica proposicional porque la secuencia $Pa_1 \wedge Pa_2 \wedge Pa_3 \dots$ no terminaría nunca.

A5.10.3. Lógica sentencial. Los estoicos antiguos

Tuvo antecedentes reconocibles aunque escasos en Aristóteles; en el *Órganon* se encuentran observaciones ocasionales sobre teoremas lógico-sentenciales que no fueron sistematizadas. Los lógicos estoicos, por el contrario, desarrollaron un sistema consecuente y autónomo sobre la base de otra concepción de las proposiciones y de los silogismos.

El estagirita había clasificado las proposiciones desde diversas perspectivas: simples y compuestas; asertóricas (afirmativas), apodícticas y problemáticas; verdaderas y falsas; universales particulares y singulares; necesarias, contingentes, posibles, etc. En ellas se relacionaban siempre términos, nociones, determinaciones. En cambio, para los estoicos, lo esencial de una proposición era que estableciese **hechos**. Esta era la única condición que exigían de una proposición en su lógica; por eso se desentendieron de la estructura interna de la misma, que preocupó tanto a Aristóteles.

Los silogismos de los estoicos no partían como los de este último de dependencias entre determinaciones sino de conexiones entre hechos, es decir: entre proposiciones (entendidas en sentido estoico).

El sistema que construyeron estuvo fundado en una semántica precisa; se afirmaba claramente que tenía por objeto, no las palabras o contenidos sino un significado objetivo: *lekton*, término que puede traducirse por “decible” o “dicho”; “significable” o “significado”. El *lekton* es el sentido de una expresión. Estaba dentro de lo que los estoicos consideraban incorporeales.¹⁷ Promovida la inequívoca relación de la palabra a los *lekta* –una proposición devino un *lekton* al que le convenía la calificación de verdadero o falso (y entonces le correspondía sólo una de esas dos calificaciones; véase a continuación los indemostrables IV y V)–, pusieron la atención en la estructura sintáctica de la expresión.

El método que emplearon fue claramente *formalístico*. Estudiaron especialmente las implicaciones dentro de una concepción determinista de la “física” –en el sentido que ellos le otorgaron a este último término (véase nuevamente III, 6.8.2; también: III, 7.1.5.1)–. Conectaban hechos y fundamentaban conclusiones rigurosas; para ello exigían que los hechos estuvieran determinados *necesariamente*.

Peirce fue el primero en señalar que la estoica no fue una lógica de términos –Aristóteles y sus continuadores– sino de sentencias. Pero, como se ha visto recién, ésta no era la única diferencia. También hubo disparidad en la concepción lógica, en los vocablos empleados y en las problemáticas de las que se ocuparon unos y otros.

En la estoica se articulaban sentencias y se establecían conexiones de acontecimientos; se creaban proposiciones y silogismos por medio de elementos conectivos o funtores (de negación, de implicación, de disyunción, de conjunción, etcétera). Por ejemplo: es de día, hay claridad. La implicación era una de las vías –entre otras– para establecer conexión entre un antecedente y un consecuente.

Este tipo de enunciados se formaliza así: “p” implica “q”. Como puede apreciarse, esta fórmula es diferente de “S es P”, formalización de la proposición aristotélica.

En el ejemplo expuesto, la conexión es por implicación, igual que en estos otros:

El parque está húmedo implica ha llovido.
Esta mujer tiene leche implica ha tenido un hijo.
Averroes fue filósofo implica Einstein fue físico.¹⁸

Por otra parte, la estoica fue una lógica más formalizada que la aristotélica y construyó reglas operatorias en lugar de leyes (como la de los Analíticos primeros), cosa que la aproximó a la posibilidad de llevar a cabo cálculos lógicos, procedimientos que se conocieron muchos siglos más

tarde gracias a Frege (véase *infra*, A₅.11.1.). Se señala, por último, que los miembros de esta escuela se ocuparon especialmente de las paradojas lógicas y en general, de los sofismas.¹⁹ Plantearon también la posibilidad de establecer axiomas, distinguiéndolos con precisión de las llamadas reglas de inferencia. Mediante estas últimas, elaboraron un sistema deductivo muy riguroso, en el que los argumentos del razonamiento incluían enunciados del tipo “si... entonces”. Establecieron cinco reglas que constituyeron moldes para el razonamiento. Juzgaron que su validez era tan evidente que no necesitaban demostración. Al parecer fue Crísipo quien estableció que todas las formas de argumentación podían reducirse a las siguientes:

- I. Si lo primero, entonces lo segundo; pero lo primero, por lo tanto, lo segundo.
- II. Si lo primero, entonces lo segundo; pero no lo segundo, por lo tanto, no lo primero.
- III. No a la vez lo primero y lo segundo; pero lo primero; por lo tanto, no lo segundo.
- IV. O lo primero o lo segundo; pero lo primero, por lo tanto, no lo segundo.
- V. O lo primero o lo segundo; pero no lo segundo; por lo tanto, lo primero.

Los dos primeros recibieron posteriormente los nombres de silogismos condicionales; los dos últimos: silogismos disyuntivos.²⁰

A₅.10.4. Implicación y tablas de verdad

Del conjunto de problemáticas recién expuestas se abordará únicamente las proposiciones implicativas –“p” implica “q”–, que se simboliza así: $p \rightarrow q$. Una proposición implicativa sería lógicamente correcta cuando el consecuente se desprende de su antecedente. En la historia de la lógica se discutió mucho en qué casos la implicación era verdadera y cuándo falsa. Un debate que pasó a la posteridad fue el que sostuvieron Filón de Megara y Diodoro Crono. Lógicos de aquella época y de las que siguieron, tomaron partido por una u otra de estas posiciones, que pasaron a denominarse implicación filónica e implicación diodoriana. Filón sostuvo que todas las proposiciones hipotéticas o implicativas eran verdaderas, salvo aquella en la que el antecedente era verdadero y el consecuente falso (último caso del cuadro que sigue).

	Antecedente	Consecuente	Implicación
Si es de día, hay claridad	V	V	V
Si la tierra vuela, tiene alas	F	F	V
Si la tierra vuela, existe	F	V	V
Si la tierra existe, vuela	V	F	F

Proposiciones implicativas y matrices de verdad. V = verdadero; F = falso.²¹

Por lo tanto, para él, una proposición hipotética o implicativa era verdadera en tres modos y falsa en uno. Cabe observar que se estudiaba lógicamente la relación entre antecedente y consecuente; la verdad o falsedad de la implicación no está en relación con el contenido de la sentencia. Esto puede observarse claramente en el ejemplo b), ya que tanto el antecedente –si la tierra vuela–, como el consecuente –tiene alas–, son falsos desde el punto de vista de su correspondencia con la realidad. Sin embargo, lógicamente, la implicación es verdadera.

Diodoro Crono sostuvo una posición distinta a la de Filón. Decía que era verdadera la proposición implicativa que empezando por verdadera no pudo ni puede acabar falsa. Se partirá de un ejemplo de sentencia implicativa –si es de día, yo discuto–, para señalar las diferencias de posiciones entre ambos lógicos.

Según Filón la implicación era verdadera si efectivamente era de día y “yo discuto” (antecedente verdadero, consecuente verdadero, luego, implicación verdadera). Diodoro la consideraría falsa ya que el consecuente –yo discuto– podía terminar siendo falso si se callara, o bien, ya era falso antes de comenzar a hablar. Veamos otro ejemplo: si es de noche, yo discuto. Para Filón hubiera sido:

Verdadera, si efectivamente es de noche y yo discuto (caso a).
Verdadera, si es de día y estoy callado (caso b).
Verdadera, si es de día y yo discuto (caso c).
Falsa, si es de noche y estoy callado (caso d).

Para Diodoro, en cambio, sería falsa pues puede comenzar como verdadera y terminar siendo falsa si la noche pasa o si “me callo”. Se puede enunciar de manera formalizada la implicación dioridiana, de la siguiente manera: “p” implica “q” si, y sólo si, para cualquier tiempo “t” no se produzca que “p” en “t” sea verdadera y “q” en “t”, falsa.

Como ya fue anticipado, los lógicos de todas las épocas se fueron enrolando en uno u otro punto de vista. Peirce y la mayor parte de lógicos contemporáneos acordaron más bien con la implicación filoniana. En el artículo en que introdujo su cuadrante [*The Quadrant*, (2.456)], el filósofo y lógico norteamericano señaló algunas discrepancias con Aristóteles, que sostuvo el tipo de implicación que luego se llamó dioridiana (aunque el estagirita, obviamente, no conoció a Diodoro). Escuchemos a Peirce:

“Habiendo tomado el punto de vista de validación dioridiana en oposición al filónico, Aristóteles debe sostener, por [razones de] consistencia, que la Universal afirmativa implica la existencia de sus sujetos.”²²

Además de este desacuerdo, manifestó discrepancias con Apuleyo; este último planteaba que las universales y las particulares diferían en cantidad, mientras que las afirmativas y negativas en calidad. Para Peirce, las universales **no** implican existencia de los sujetos; esto compete exclusivamente a las particulares, y según dos modalidades:

- Afirmándola (particular afirmativa)
- Negándola (particular negativa); véase al respecto III, 5.5.4.

Tal posicionamiento le llevó a sostener que las universales y particulares no difieren en cantidad sino en **lexis**, mientras que las afirmativas y negativas difieren en **phasis** (no en cantidad), según se ha visto en III, 5.5.3.

A₅.10.5. Lógica modal

Se expondrán algunas nociones de esta lógica que permitirán entender el empleo que hizo Lacan de ella mientras elaboraba algunos de sus conceptos en la última década de su obra.

La lógica modal se inició -¡como no!- con Aristóteles; ya en *Sobre la interpretación* y en *Analíticos Primeros* dedicó especial atención a los distintos aspectos de las proposiciones y silogismos modales.²³ Luego, los lógicos de todas las épocas se ocuparon de ella y promovieron desarrollos de aspectos parciales de la misma. Sólo alcanzaría su cenit en el siglo XX, con la llegada de la lógica modal simbólica, que le dio un empuje inusitado.

Lacan la empleó –en combinación con la topología nodal– para sus elaboraciones sobre las lógicas del inconsciente, del *esebarrado*, de las relaciones con lo Real, en la articulación de lo modal con las fórmulas de la sexuación, en las lógicas del amor y los modos lógicos del amor de transferencia. Se hará un breve recorrido por la historia de la lógica modal a través de los tres módulos siguientes:

A₅.10.5.1. Lógica modal aristotélica y megárico-estoica

A₅.10.5.2. Lógica modal del Medioevo temprano y escolástica

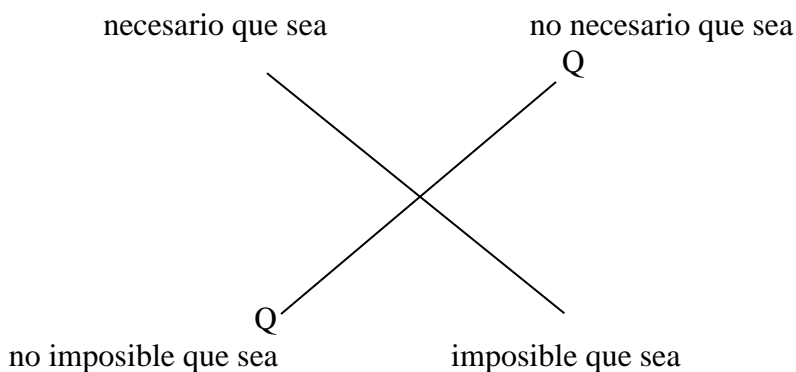
A₅.10.5.3. Lógica modal moderna y simbólica

A₅.10.5.1. Lógica modal aristotélica y megárico-estoica

¿Qué es el modo o modalidad que dio pie al surgimiento de esta rama lógica? ¿En qué reside la especificidad de una proposición modal? Si de manera amplia, la proposición puede definirse como un enunciado que tiene un sentido completo y del cual se puede decir que es verdadero o falso, la *modalidad* introduce una especificación -el *modo*- respecto a cómo se afirma o niega algo en una proposición. En una proposición simple, la cópula -un verbo- articula el sujeto (S) al predicado (P) y viene a decir si algo *es* -afirmación- o *no es* -negación-. Ejemplos de ello serían los enunciados en *Toda S es P*; *Alguna S no es P*. En una proposición modal se especifica de qué manera están vinculados entre sí el sujeto y el predicado. Es diferente decir: “Toda ese es P” que: “es necesario que S sea P” o “es posible que S sea P” o “es imposible que S sea P”.

Dicho en otros términos el *modo* agrega una determinación en una proposición categórica: matiza sobre el tipo de la inherencia que el predicado tiene sobre el sujeto. Se lleva a cabo ya sea mediante un adjetivo que modifica (“modaliza”, modula, inflexiona, precisa) a un sustantivo, ya sea por medio de un adverbio o locución adverbial que introduce modalidad: César corre *velozmente*. De manera habitual se especifica el modo utilizando expresiones del tipo: “es necesario que”, “es imposible que”, “es posible que” antes de una proposición cualquiera. Estos sintagmas introducen una de las tantas formas de modalidad.

Aristóteles, en *Sobre la interpretación*²⁴, al referirse a las proposiciones modales, sostuvo que había que investigar cómo se relacionaban las afirmaciones y negaciones de lo que es posible que sea y lo que no es posible que sea, de lo admisible y de lo no admisible, y acerca de lo imposible y lo necesario. El uso permanente de *posible* y *necesario* fue una característica llamativa de la lógica de Aristóteles; esos vocablos estuvieron presentes en la estructura de sus proposiciones modales y en la silogística que derivó de ellas. La piedra de toque de su sistema modal era lo necesario: “cuando una cosa no puede ser de otro modo que como es, se dice que es necesario que sea así”. M. Candel Sanmartín, en su prólogo a la edición Gredos de los *Tratados de Lógica. Órganon*, propone el siguiente esquema sobre las relaciones que guardan entre sí los esquemas proposicionales modales de Aristóteles, haciendo el comentario de que el Estagirita no dio ejemplos de proposiciones concretas.



La conjunción entre *no necesario que sea* y *no imposible que sea* (una de las diagonales) dio lugar posteriormente al concepto de contingencia (Q), expresado por Aristóteles mediante el vocablo *endechomenon*, de uso corriente en el griego antiguo, que se tradujo habitualmente como “admisible”. Y así se lo encuentra en la edición citada.

Hintikkka –véase A₅.10.5.3.– resolvió posteriormente estas ambigüedades del *Órganon* utilizando un lenguaje y unas concepciones más tardías, que incluían las aportaciones de los lógicos medievales que serán comentados enseguida. Precisó, entonces, cuatro formas modales básicas: “es necesario que”, “es posible que”, “es contingente que”, “es imposible que”. El paso siguiente consistía en añadir a estos *esquemas formales* preliminares una proposición determinada; recién entonces, las proposiciones adquieren carácter modal.

Aristóteles abordó inicialmente el examen y explicitación de las mismas en *Sobre la interpretación* y completó el estudio de la estructura lógica del razonamiento modal en *Analíticos Primeros* (pp. 126-175 de la edición Gredos). Allí Aristóteles consideró la construcción de silogismos a partir de premisas modalizadas; pero antes comentó:

“Como quiera que darse es distinto de darse por necesidad y de ser admisible que se dé (pues muchas cosas se dan, pero no por necesidad; y otras, ni se dan por necesidad ni se dan de manera absoluta, sino que es admisible que se den) está claro que también el razonamiento de cada una de estas cosas será diferente, no comportándose tampoco los términos de igual manera, sino que uno concluirá a partir de cosa necesarias, otros a partir de cosas que se dan y otro a partir de cosas admisibles.” (Órganon, Tomo II, p. 126).

Con ese telón de fondo propuso distintos tipos de razonamientos modales, a saber: con dos premisas *necesarias*; con una premisa *necesaria* y otra asertórica; con dos premisas *admisibles*; con una premisa *admisible* y otra *asertórica*; con una premisa *admisible* y otra *necesaria*, con dos premisas *admisibles*, etcétera.

Los megáricos hicieron también aportes interesantes al asunto. Como se ha visto, Diodoro Crono (Megara, 307 antes de C.) añadió a las proposiciones modales una variable temporal con lo que comenzaron a expresarse aproximadamente así: *p* es posible en el tiempo *t*; *p* es imposible en el tiempo *t*; *p* es necesario en el tiempo *t*; *p* es no necesario en el tiempo *t*.

Todo indicaría que esta acotación temporal fue un intento de reducir lo necesario y lo posible a una proposición asertórica o afirmativa, cosa que estaba en consonancia con el punto de vista empirista y determinista de estos lógicos.

Diodoro admitía como posible sólo *lo que es o lo que será*: “es posible que este niño llegue a artesano.” Conviene retener este tipo de especificación surgida entre los megáricos, pues la reformulación propiamente lacaniana de lo modal –véase *infra* 5.11.4.– incluía el verbo *cesar*, que conlleva cierta modalización temporal.

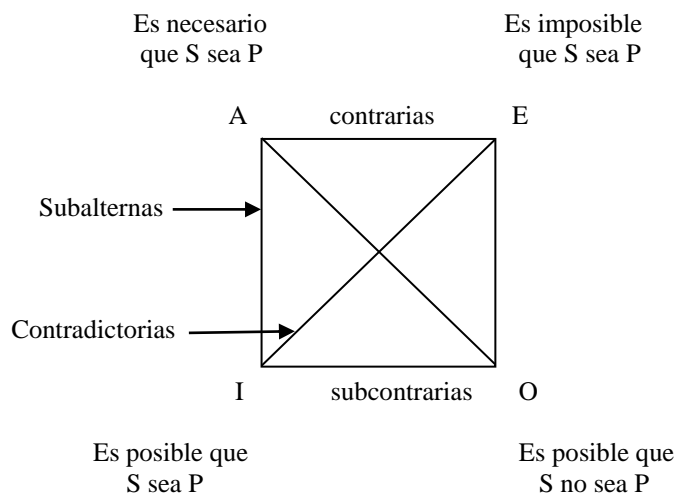
A₅.10.5.2. *Lógica modal del Medioevo temprano y escolástica*

La tradición lógica post-aristotélica, sobre todo la medieval, hizo de lo modal uno de los focos de sus investigaciones. Ajustó los *modos* con que se afirma o niega algo de otra cosa y, por lo tanto, introdujo precisiones en el uso de las proposiciones modales. El *modo*, al igual que en las lógicas anteriores, especificaba la manera en que quedaban vinculados entre sí el sujeto y el predicado. La lógica escolástica ha utilizado ampliamente el término *contingente* y acabó sistematizando las cuatro *modalidades* antes enunciadas, que son algo diferentes de las aristotélicas. Ellas llegaron prácticamente hasta la actualidad.

- (I) *Posibilidad*: “Es posible que S sea P”
- (II) *Imposibilidad*: “Es imposible que S sea P”
- (III) *Contingencia*: “Es contingente que S sea P”
- (IV) *Necesidad*: Es necesario que S sea P”

Ejemplos: “Es *contingente* que Juan viva en Florencia”. Vive allí pero podría no vivir en otra ciudad. “Es imposible que un cuadrado sea un círculo”. “Es posible que haya agua en Marte”. “Es necesario que tres y dos sean cinco”.

Se hace patente que estas palabras –necesario, contingente, posible, imposible– modifican la estructura lógica de las proposiciones y de los argumentos en los que participan. Los escolásticos construyeron un cuadrado de oposición lógica de las proposiciones modales que podría representarse así:



Cabe consignar una par de cuestiones; primera: los modos lógicos *necesario* e *imposible* coinciden con la universal afirmativa (A) y la universal negativa (E), respectivamente; segunda: como puede verse en el diagrama, lo *contingente* no aparece explícitamente; está subsumido en la forma modal: “Es posible que S sea P”. Las diferencias entre lo posible y lo contingente no quedaron precisadas con exactitud por Aristóteles ni por los lógicos medievales. Este solapamiento entre una y otra forma modal se fue transmitiendo de una generación a otra. La cuestión será retomada con más detalle en el próximo apartado.

A₅.10.5.3. Lógica modal moderna y simbólica

Un salto en el tiempo nos lleva a Kant, que aportó sus tres variantes de juicios modales: a) juicios de necesidad o *apodícticos*; b) juicios de realidad o *asertóricos*; y c) juicios de contingencia o *problemáticos*. Kant tomó distancias de las lógicas anteriores pues incluyó entre los juicios modales -que dan origen a las proposiciones homónimas- a los juicios de realidad o *asertóricos*. Según la lógica tradicional, en éstos no hay ningún *modus* que afecte a la cópula. Cabe tener presente que el filósofo de Königsberg consideraba que los juicios son actos. Tal vez por eso, su concepción de lo modal se decantó hacia una vertiente más epistemológica que lógica u ontológica. Se va apreciando ya, pero se hará más patente aún en lo que sigue, que no existió una única lógica modal sino un repertorio de las mismas, que guardan entre sí un cierto aire de familia. Kant sumó su grano de arena a esta lógica que alcanzó su máximo esplendor en el siglo XX, en el que aparecieron diferentes tipos de lógicas modales: ónticas, deónticas, epistémicas, etc.

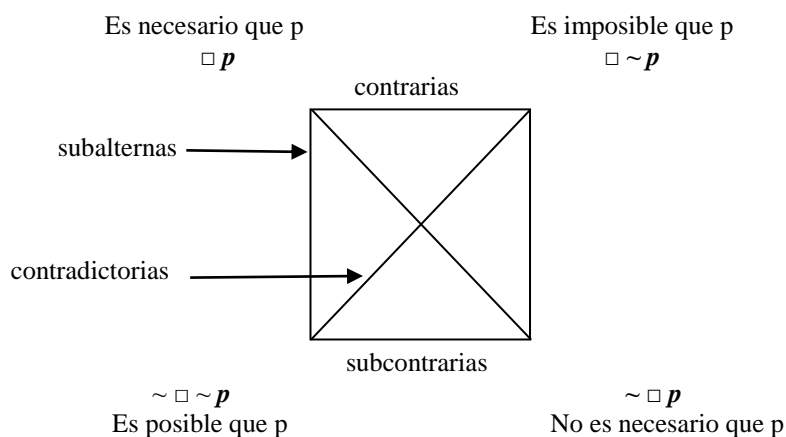
Ya en el contexto de la lógica modal simbólica cabe destacar los impulsos que le dieron J. Łukasiewicz y C. I. Lewis en la primera mitad del siglo XX y, luego, desde una perspectiva predominantemente semántica, Rudolf Carnap (1891-1970), Saul Kripke (1941-), Jaakko Hintikka (1929-) y E. J. Lemmon. En este contexto se harán breves comentarios sobre algunos de ellos.

Jan Łukasiewicz [Lwów, (1878-1956)], discípulo de Twardowsky fue quien más descolló en una saga de lógicos polacos que, entre las dos contiendas mundiales llevó a cabo importantes investigaciones lógicas en Polonia. Profesó en su ciudad natal; más tarde en Varsovia y, finalmente, tras la segunda guerra mundial, emigró a Irlanda para enseñar lógica matemática en la Royal Irish Academy. Instituyó el primer sistema de lógica trivalente (no binaria; toma en cuenta tres valores). Su interés estuvo centrado en resolver problemas que se iniciaron con la lógica modal aristotélica, especialmente el de los futuros contingentes. ¿Es hoy verdadero o falso que mañana tendrá lugar una batalla naval? Con la ayuda de su discípulo Alfred Tarski, emigrado en 1939 a EE. UU., desarrolló -partiendo del mencionado cálculo trivalente- un concepto de *posibilidad* muy original.²⁵

C. I. Lewis (1883-1964), muy influenciado por Ch. S. Peirce (1839-1914), trabajó en torno a cuestiones epistemológicas y de teoría del conocimiento; esto le llevó a reelaborar, desde una perspectiva personal, las nociones ya conocidas de denotación, significación, comprensión, etc. En el campo de la lógica modal profundizó en sentencias del tipo: ‘Es necesario que *p*’, ‘Es posible que

p' , 'Es imposible que p' , en las que ' p' simboliza un enunciado declarativo. La cuarta modalidad - 'Es contingente que p' - fue reducida a la conjunción de 'Es posible que p' y 'Es posible que no p' . La noción de contingencia fue, en general, poco considerada y hasta eliminada de varios sistemas contemporáneos de lógica modal.²⁶ Lewis utilizó un lenguaje muy formalizado, introdujo varias reglas de inferencia y el cálculo de modalidades. En *A survey of symbolic logic* (1918), propuso un nuevo concepto: la *implicación estricta*, que tuvo amplias repercusiones, dentro y fuera de la lógica modal; a partir de entonces se elaboraron varias implicaciones no filónicas y surgieron las lógicas tri- y polivalentes.

Se presenta a continuación un cuadro de oposición modal en el que se usa una de las diversas notaciones simbólicas propuestas por Lewis para las modalidades'; es la siguiente: $\Box p$, $\Box \sim p$, $\sim \Box \sim p$, $\sim \Box p$.²⁷



Como puede apreciarse, tampoco aparece en Lewis el término contingencia, que podría ser situado en el ángulo inferior derecho de la figura de arriba, ya que lo contingente puede ser reducido a la conjunción "es posible que p " y "es posible que no p ".

Kripke, con apenas 18 años de edad, publicó un artículo histórico que supuso la inclusión definitiva de la lógica modal en la lógica contemporánea. Esto ocurrió pese a las críticas del influyente Williard V. Quine, uno de los más importantes filósofos contemporáneos de la Lógica, que había rechazado todo posible sistema de modalidad en dicha disciplina.²⁸ Los análisis del lenguaje de Kripke y otros lógicos semánticos no aventaron, sin embargo, el escepticismo de Quine sobre lo modal. Los seguidores de este último centraron los dardos en un supuesto esencialismo de corte aristotélico en los analistas semánticos de las nociones modales.

Kaarlo Jaako Hintikka (Finlandia, 1929), es un pensador contemporáneo conocido sobre todo por sus aportes a los campos de la lógica, la epistemología, los fundamentos de la matemática y la teoría del lenguaje. Cabe agregar que trató, desde una perspectiva lógica, la problemática de la identificación. Las reglas que propuso para pensar esta cuestión conforman condiciones de posibilidad del conocimiento –no muy lejanas de las tesis gnoseológicas kantianas– aunque fundadas en consideraciones semánticas.

En su texto *Time and Necessity* volcó los resultados de sus investigaciones sobre la obra de Aristóteles que resultaron particularmente interesantes para Lacan, que por entonces estaba elaborando una definición de *contingencia* específica para el psicoanálisis. Hintikka deshizo los equívocos muy difundidos entre los post-aristotélicos sobre los usos de lo contingente (*endecheinon*) y de lo posible (*to dunaton*); si bien el estagirita los había diferenciado, no lo hizo de manera clara; mantuvo ciertas ambigüedades que no dejaron de provocar malos entendidos y dudas en los sucesivos comentaristas de su obra. La tarea de J. Hintikka otorgó a la contingencia un lugar diferenciado y preciso dentro de la lógica modal aristotélica y, como consecuencia, también en la lógica contemporánea. Hizo de la contingencia una modalidad específica, diferenciada a justo título de las otras tres (necesario, posible, imposible).

Un ejemplo tal vez permita entender las diferencias entre ambos modos: es *posible* que la próxima semana el equipo A gane al B en el campeonato de fútbol. Ahora bien, si ya se ha

disputado el partido y efectivamente ha ganado A, ese triunfo es *contingente*. Ha habido un pasaje de lo posible a lo contingente: lo que sólo era posible ha acontecido, devino acto. Tal acto es lo que especifica a la contingencia, modalidad que, según se verá enseguida, es clave para el psicoanálisis.

A5.11. Lógica simbólica (o matemática, o logística)

En los años 1854 y 1879 se publican dos obras de singular valor: *Las leyes del pensamiento* de George Boole y la *Conceptografía* de Gottlob Frege; ellas supusieron un cambio revolucionario en esta disciplina: rompieron con el paradigma aristotélico vigente durante más de veinte siglos e inauguraron una lógica concebida como ciencia exacta. Llevaron a cabo una matematización de la lógica; o dicho en otros términos, subordinaron la lógica a las matemáticas, incorporando la exactitud y el rigor de esta última. Podría decirse que con la lógica simbólica se alcanzaron los máximos niveles de formalismo dentro de esta disciplina: opera mediante cálculos, en base a símbolos carentes de contenidos. Utilizan un lenguaje simbólico y precisan las reglas operatorias, que constituyen los basamentos de sus cálculos. Las reglas que rigen estas operaciones se refieren a la forma de los signos que emplea y no a su sentido, a la manera de un cálculo matemático.²⁹ Por esto hay quienes la consideran una rama de las matemáticas, más que de la lógica.

Las lógicas precedentes se sirvieron de la abstracción –aunque a un nivel elemental–; construyeron sus proposiciones y silogismos mediante un lenguaje natural. Los lógicos matemáticos, en cambio, potenciaron la formalización y comenzaron a utilizar sistemáticamente lenguajes artificiales. En rigor, empezaron a operar de manera inversa a la de la vieja lógica: primero, elaboraban sistemas puramente formales para, posteriormente, buscar una interpretación en el lenguaje ordinario.

La lógica simbólica no hubiera existido sin los progresos enormes en álgebra y geometría que se produjeron a partir del siglo XIX, especialmente en Inglaterra y Alemania, impulsados por la aplicación tecnológica de tales conocimientos. Se exigía mayor rigor y precisión matemática y, a la vez, fundamentos más satisfactorios para dicha disciplina. Los avances habidos en el Reino Unido sentaron las bases para el proyecto de un hijo de esas tierras: G. Boole. Asimismo, las importantes reflexiones de algunos matemáticos alemanes sobre el número permitieron a Frege construir una lógica de los conceptos y las leyes de la aritmética. Como telón de fondo de ambos desarrollos: los casi veinticinco siglos de lógica que, por entonces, ya mostraba signos de obsolescencia y solicitaba saltos cualitativos. Otros elementos que contribuyeron a este florecimiento fueron las revalorizaciones de los precursores de lenguajes formales y universales, aplicados al razonamiento; entre ellos, los de Llull, Descartes y Leibniz, evocados en el apartado anterior. Completan los factores que coadyuvieron al nacimiento de la nueva lógica la presunción, y posterior corroboración, de la existencia de partes de las matemáticas que conforman sistemas deductivos; es decir, cadenas de razonamientos que se rigen por reglas lógicas.

Se ha afirmado que Leibniz fue el padre anticipado de esta lógica, aunque le correspondió a Boole dar el pistoletazo de salida de forma de la lógica, en cuya saga se encuentran pensadores como Peirce, Schröder, Frege, Cantor, Peano, Whitehead, Russell, Hilbert, Gödel, Brouwer, Zermelo, Fraenkel y muchos otros. Hay quienes que, en cambio, reconocen a Frege la paternidad formal de la misma, en tanto realizó el salto decisivo que Boole no supo dar.

Así, pues, dos iniciadores y dos orientaciones que consumaron una revolución copernicana en lógica. Se apreciará enseguida que Boole y Frege, más allá de sus coincidencias básicas, dieron origen a dos corrientes de pensamiento dentro de la lógica simbólica. La que encabezó Boole, otorgó forma matemática al razonamiento; Peirce y Schröder, entre otros, siguieron la misma senda. Son los que se encaminaron hacia la *matemática de la lógica*. La otra vertiente –*lógica de la matemática*– se originó en el programa logicista de Frege y en la teoría de conjuntos de Cantor; se dirigió básicamente a dar fundamento lógico a la matemática. G. Peano, B. Russell, A. Whitehead, etc. están entre los pioneros de esa corriente. En la primera mitad del siglo XX se conformó un grupo selecto de matemáticos y lógicos que dieron nuevos impulsos –en diferentes direcciones– al desarrollo de esta lógica. Los últimos cincuenta años supusieron un despliegue de lógicas especiales que, en muchos casos, se alejaron de estas dos vertientes iniciales. Dos personajes particularmente

difíciles de encuadrar dentro de las corrientes enunciadas han sido Franz Brentano y L. Wittgenstein. El primero será objeto de algunas consideraciones en este anexo, por una aportación puntual en lógica, relacionada con los juicios de existencia, cuestión en la que coincidió con Peirce. En tanto ejerció buena parte de su carrera docente en Viena, fue profesor de filosofía de Freud; en algunos textos de este último pueden detectarse sus influencias. Wittgenstein ha sido incluido en este Anexo atendiendo a que buena parte de sus elaboraciones giraron en torno a temas que interesan al psicoanálisis lacaniano: las relaciones entre el lenguaje, la filosofía y la lógica. En esta última disciplina elaboró una teoría original sobre la negación.

A continuación se harán algunos comentarios sobre los pensadores nombrados. Frege y Peirce serán abordados con mayor detenimiento. Se empleará el siguiente orden:

- A_{5.11.1}. El giro copernicano de Boole y Frege
- A_{5.11.2}. De Peano a Hilbert
- A_{5.11.3}. Gödel: un nuevo cuestionamiento de los fundamentos
- A_{5.11.4}. Desarrollos lógicos desde 1950 hasta la actualidad

A_{5.11.1}. El giro copernicano de Boole y Frege

George Boole (1815-1864), nació en Lincoln (Inglaterra) y fue en gran medida un autodidacta de las matemáticas. Profesó en el Queen's College de Cork (Irlanda). Desarrolló el álgebra de la lógica y el cálculo de clases, que es llamado habitualmente y en su honor, álgebra booleana de clases.³⁰ Boole se inspiró en De Morgan y en Hamilton, quienes habían propuesto la cuantificación de los predicados. Si una proposición universal afirmativa clásica es del tipo *Todo S es P* -se cuantifica sólo el sujeto- para ambos lógicos podía ser también: *Todo S es todo P*, o bien, *Todo S es algún P*. Esta originalidad permitió que cualquier enunciado con la forma sujeto-predicado pudiese ser transformado en una ecuación (o en la enunciación de que esa ecuación era falsa). Las proposiciones A - E - I - O pudieron ser traspuestas a ecuaciones simples (signo = entre las dos partes de un enunciado). Quedaba, luego, por corroborar si la ecuación correspondiente a la conclusión podía ser obtenida algebraicamente a partir de las ecuaciones correspondientes a las premisas.

Además, la nueva teoría permitió otro cambio importante: en la lógica clásica, el enunciado *Toda hoja es verde* tiene el sentido de que la cualidad –verde– es una parte de la cualidad hoja; para De Morgan y Hamilton tanto S como P se trocaron en signos de las cosas mismas que poseen las cualidades: tendrían pues el sentido de afirmar que cualquier cosa que sea una hoja tiene la propiedad de ser verde: “el grupo de todas las cosas que son hojas, es una parte de todas las cosas que son verdes”.³¹

Este segundo aspecto permitió, también, una aproximación a la matemática, ya que el razonamiento en ésta no es a cerca de las cualidades de las cosas sino acerca de las cosas que poseen esas cualidades. Las consecuencias: *concebir la lógica como un álgebra* (de clases). Boole fue el primero en captar esa posibilidad y dio, por lo tanto, un paso más allá que sus inspiradores. Concibió, entonces, la idea de una teoría general, totalmente abstracta, con posibilidades de aplicarse, luego, a diversos dominios. Expuso además una teoría de la lógica de enunciados considerada como un álgebra. Dio los pasos decisivos en la utilización de operaciones y procesos de la matemática para la elaboración de su teoría de la lógica, línea seguida por lógicos y matemáticos como Jevons, Venn, Peirce, Schroeder.

Pero, lo que le permitió avanzar respecto de sus predecesores fue también y al mismo tiempo, su propio límite: sus cálculos formales estaban muy sometidos a consideraciones numéricas, cosa que le impidió realizar operaciones lógicas de pensamiento puro. Se quedó circunscrito al plano operatorio: formación de ecuaciones a partir de las proposiciones y resolución de las mismas por vía del cálculo. Esto supuso que cada procedimiento lógico booleano había una semejanza o igualdad en juego entre dos objetos. Ahí residió su frontera; no pudo ir más allá: su cálculo era demasiado tributario de objetos intuitivos que restringieron la formalización. A esto cabe sumar su manera de entender la lógica, que quedó lastrada por un psicologismo bastante de moda a finales

del siglo XIX. Más adelante se verá como Frege dio un salto enorme para sobrepasar estas limitaciones.

Augustus De Morgan (1806-1871), matemático inglés nacido en la India, elaboró unas leyes del álgebra de la lógica que llevan su nombre; ellas enuncian: “la negación de la conjunción es equivalente a la disyunción de las negaciones”; “la negación de la disyunción es equivalente a la conjunción de las negaciones”. Cabe decir que hubieron antecedentes de estas formulaciones en la Edad Media: Pedro Hispano (s. XIII) y Guillermo de Occam (s XIV). Por otra parte, el concepto *universo del discurso* antes mencionado, fue forjado también por De Morgan. Mediante dicho sintagma, este matemático entendía a las clases o conjuntos que se han de dar por supuestos para percibir el sentido de una proposición. Por ejemplo, el universo del discurso -implícito, subyacente- en el que está incluido el enunciado *Lutero es protestante* es la clase de los hombres dividida en dos subclases: católicos y no católicos. En lógica actual se designa con la letra **U** al universo del discurso o dominio (véase al respecto III, 8.4). Un universo de discurso o dominio “es un trozo de *mundo*, real o posible, y de él haremos nuestra “ontología”, sin imponerle otras condiciones que las siguientes, a saber: (1) que el conjunto en cuestión no esté vacío de individuos, y (2) que los individuos que lo integren sean de alguna manera “distinguibles” entre sí.” (Garrido, *op. cit.* p. 168).

Ernest Schröder (1841-1902): Fue profesor de matemáticas en el Instituto técnico de Karlsruhe.³² Crítico con acierto algunos aspectos de la obra de Boole y si bien se apoyó en ella, elaboró un álgebra de clases que superó algunos puntos débiles de su predecesor. Contribuyó al desarrollo del álgebra de las relaciones.

Franz Brentano (1838-1917). Contemporáneo de Peirce, nació en Merienberg (Alemania). Se ordenó sacerdote en la iglesia católica pero una década más tarde abandonó los hábitos y posteriormente contrajo matrimonio con Ida von Lieben, hermana de la que fuera paciente de Freud. Emigró de su país para radicarse en Viena, donde profesó durante más de veinte años (entre 1874 y 1894), con un quinquenio de interrupción, en el que vivió en Leipzig. En Viena mantuvo relaciones estrechas con Meynert, Breuer, Gomperz, etc. Ejerció gran influencia sobre O. Kraus, A. Kastil y Husserl. Este último ha sido quien más ayudó a difundir y valorizar sus ideas. El joven Freud, siendo todavía estudiante universitario, asistió a algunos cursos de filosofía dictados por Brentano. Incluso le eligió como director de una tesis de filosofía que luego abandonó, para seguir otra vía, ligada a la fisiología, bajo la orientación de Ernst von Brücke. A partir de 1896 vivió en Florencia y en 1915 se radicó en Zürich.³³ Fue un gran lector de Aristóteles y de algunos escolásticos. Hizo suyas algunas de las ideas de Herbart y se opuso, en cambio, a las del idealismo alemán, criticando especialmente a Kant, Hegel y Fichte. Dentro de la metafísica, especuló sobre el ser, y las categorías de espacio y tiempo.

Incursionó en el terreno de la psicología, a la que imprimió un carácter descriptivo, empírico y concienialista. Su objetivo fue estudiar la naturaleza de los fenómenos psíquicos y los organizó en tres clases: las representaciones (objeto de estudio de la estética), los juicios (lógica) y los afectos (ética). Asimismo, diferenció tales fenómenos psíquicos de los físicos; los primeros tienen -palabra clave en este pensador- *intencionalidad*; es decir, se “hallan dirigidos hacia” un objeto en tanto que dado interiormente. Los físicos carecerían de tal direccionalidad. La conciencia fue concebida por él como un conjunto de relaciones intencionales; por lo tanto, se trataba siempre de una “conciencia de”. Sus análisis sobre los juicios fueron realizados en sus clases y escritos lógicos; sostuvo que los juicios permiten negar y afirmar la existencia de un objeto representado. Sólo las proposiciones particulares permiten juicio de existencia.³⁴ Los juicios son afirmaciones o negaciones de los objetos *intencionales*. En el terreno de los afectos, se opuso al subjetivismo ético y planteó una teoría objetiva de los valores. Los actos que muestran preferencias o rechazos incluyen necesariamente lo valorado y lo desvalorado. Cuando se sostiene que algo es bueno, no se trata sólo de una experiencia subjetiva, sino y además, de un acto de preferencia *que se dirige hacia algo* en virtud del carácter intencional del acto. En ese contexto estudió especialmente los sentimientos de amor y odio, que muchas veces hacen indiscernibles la voluntad y los afectos.

Gottlob Frege (1848-1925), nació en Wismar y fue profesor en la Universidad de Jena. Ha sido, tras Aristóteles, la figura más preclara en la historia de lógica. Fue el fundador de la lógica simbólica. Sus escritos fueron poco valorados hasta que Russell se refirió a ellos. La acogida de sus textos³⁵ no fue especialmente buena en la época de su publicación; sin embargo, la posteridad le brindó el reconocimiento del que careció en vida. Mantuvo abundante correspondencia con Hilbert, Russell, Husserl, Wittgenstein y otros matemáticos y filósofos. Con Russell se vio involucrado en una importante polémica.³⁶ Su obra es más importante que la de Boole en tanto inauguró un nuevo paradigma lógico que supuso la ruptura con la tradición aristotélica. Esta discontinuidad con la lógica clásica puede sintetizarse en tres puntos clave:

- a) Utilizó un lenguaje completamente artificial, ideográfico. Propuso un sistema de símbolos que permitió reformular las inferencias estudiadas por todas las lógicas anteriores.
- b) Sustituyó el tradicional par sujeto-predicado de la proposición por el esquema función-argumento.
- c) Creó el concepto de cuantificador -con su correspondiente análisis de la cuantificación- como marco básico de las deducciones.

Aportó, asimismo, una visión renovada de los principios lógicos vigentes; fue el primero en apuntar las diferencias entre variable y constante; prodigó una definición del número en términos de la lógica de clases. Dio una dimensión más profunda a la noción leibniziana de función: la relación entre x e y -en la que y es función de x -, comenzó a expresarse mediante la siguiente ecuación: $y = f(x)$. Ofreció el primer análisis veritativo-funcional de los conectores lógicos y presentó un cálculo deductivo formalizado para la lógica conectiva y para la lógica de primer y segundo orden. Aportó, asimismo, la idea de una función de varios argumentos (cuantificación múltiple) y formalizó de manera precisa la implicación material. Propulsó la axiomatización de la lógica elemental y distinguió precisamente entre ley, regla, lenguaje y metalenguaje aunque, claro está, sin utilizar esos términos, que surgieron posteriormente, gracias a su tarea pionera. Su influencia en la lógica del siglo XX ha sido extraordinaria.

Creyó firmemente que los conceptos y teoremas de la matemática podían deducirse de principios lógicos. Tales ideas configuraron lo que dio en llamarse *programa logicista*. Su objetivo fue demostrar que ambas disciplinas tenían el mismo estatuto epistemológico; o más aún, que la matemática podía ser enteramente reducida a la lógica. Y en tanto la lógica tradicional y su lenguaje le resultaban insuficientes, ideó una nueva lógica, ideográfica, más potente y adecuada para su proyecto. Inauguró de esa manera una corriente que tuvo grandes adeptos y, también, detractores: *la lógica de la matemática*. Este punto de vista engarzaba mejor con las propuestas de Leibniz que con las kantianas: para Frege las proposiciones lógicas eran analíticas en tanto que para Kant, las proposiciones matemáticas eran sintéticas *a priori*. Cuando estaba acabando su última gran obra - *Las leyes fundamentales de la aritmética*-, con la que pretendía culminar su programa logicista, una objeción de Bertrand Russell dio por tierra con todos sus esfuerzos: su sistema de clases carecía de la importante propiedad de consistencia.³⁷

El empeño fundamental de Frege fue entender qué son los números naturales y de donde surge la peculiar seguridad que caracteriza a los teoremas aritméticos. Para este autor, un número dice algo; pero ese algo que dice, no se refiere a objetos sino a conceptos: la asignación de un número a algo es un enunciado que remite siempre a un concepto. Al afirmar: “tengo tres monedas en el bolsillo” o “en la biblioteca pública hay trece mil libros” o “la tierra tiene un satélite natural” o “no hay habitantes en Venus”, se está diciendo algo sobre conceptos determinados. Así, bajo el **concepto** “monedas en el bolsillo” caen tres objetos; bajo el de “libro de biblioteca pública” caen trece mil objetos; bajo el de “satélite natural de la Tierra” cae un solo objeto y bajo el concepto “habitante de Venus” no cae objeto alguno. Estas ideas supusieron una ruptura con las concepciones corrientes y especialmente con la de J. S. Mill que consideraba que el estatus del número y las verdades matemáticas eran empíricas. También, y por las razones ya explicitadas, con Kant. El número tampoco era para él una representación subjetiva.³⁸ No abstraigo el número a partir de cosas sensibles; asignó el número a un concepto.

Con el telón de fondo conformado por estas críticas a las concepciones en boga sobre el concepto de número y sobre la naturaleza de los enunciados matemáticos, Frege expuso su manera personal de ver las cosas. Definió, primero, el concepto de número cardinal, y luego precisó el de número natural o finito. Para definir al primero partió de considerarlo como un modo de agrupar ciertas clases. Por ejemplo, todas las clases compuestas de tres elementos son agrupadas bajo el número 3. Entre ellas estaría la clase “monedas en el bolsillo”, uno de los ejemplos en la serie recién expuesta.

Una manera –por demás sencilla– de explicar los procedimientos que utilizó Frege para dar su respuesta personal a la pregunta ¿qué es un número?, consiste en señalar cuál fue su punto de partida: la coordinación de dos clases que tuviesen la misma cantidad de miembros; por ejemplo, las clases A y B; ambas, con cuatro miembros. Correlacionó uno a uno los elementos de la clase A con los cuatro de la clase B, basándose en la biyectividad: a cada miembro de A le corresponde uno y sólo un elemento de la clase B (la recíproca ha de ser necesariamente válida). En otros términos, se trata de una coordinación entre dos conjuntos que son equivalentes; tienen el mismo “poder”, expresado por el número 4. Cuatro es, entonces, el número cardinal o poder de cada uno de los dos conjuntos.

A partir de este procedimiento concluyó que el 0 (cero) es un número: es la clase de todos los conceptos vacíos; es el número de las clases que no tienen ningún miembro. El concepto “número 0” no subsume ningún objeto. El 1 es el número que corresponde a las clases que tienen un solo miembro; es decir: es el número de todos los conceptos bajo los que cae un solo objeto. A la clase “satélite natural de la Tierra” le corresponde, pues, el número 1. Establecido de esta manera el 0 y el 1, la serie se continúa con los sucesores: los números $n + 1$. Cada sucesor se obtiene agregándole a n una unidad. Según se ha visto, Frege eludió aplicar un número a una colección de cosas; su punto de partida fue bien distinto: correlacionó dos colecciones similares que responden a la propiedad biyectiva y extrajo, luego, el número correspondiente.³⁹

Afirmó, asimismo, que los números naturales que él había definido, satisfacían los axiomas de Dedekind-Peano, que sostienen: a) 0 es un número; b) el sucesor de cualquier número dado es otro número; c) no hay dos números que tengan el mismo sucesor; d) 0 no es el sucesor de ningún número; e) cualquier propiedad que pertenezca al 0, y también al sucesor de cualquier número que tenga esa propiedad, pertenece a todos los números [principio de inducción matemática].

A partir de estas definiciones básicas del número, explicitó los teoremas de la aritmética ordinaria por medio de largas cadenas deductivas, utilizando el lenguaje ideográfico que había inventado y del cual se ofrece, a continuación, algunos ejemplos elementales:

Representación de un enunciado: $\text{—} A$

Aserción de mismo enunciado: $\text{┆—} A$

Representación de una implicación (si B, entonces A): $\text{┆—} A$
 $\text{┆—} B$

Aserción de la misma implicación: $\text{┆┆—} A$
 $\text{┆—} B$

La negación de una implicación es simbolizada por Frege media barra vertical por debajo del trazo horizontal de la proposición negada; así: no es cierto que B implica no A se representa así:

$\text{┆┆┆—} A$
 $\text{┆—} B$

En los últimos veinte años de su vida Frege estuvo bajo los efectos de un estado depresivo profundo. Antes de este periodo hubo una década –la que medió entre la publicación del primero y segundo tomo de *Las leyes fundamentales de la aritmética*– de silencio productivo debido, tal vez, a la pobre acogida del volumen inicial. A partir de 1904 se fue hundiendo paulatinamente en la soledad y la tristeza. Rechazaba participar en reuniones científicas en la misma medida en que alimentaba sus rencores. Las que habían sido su vocación y ocupación casi absoluta –Wittgenstein comentó que sólo hablaba de matemática y lógica– no le depararon grandes reconocimientos ni

alegrías; su vida acabó siendo infeliz y amargada. Los resentimientos se potenciaron por sus ideas francamente revanchistas, chauvinistas y racistas, como lo demuestran sus anotaciones de 1924, en su diario privado. Puede leerse allí su prédica a favor de un patriotismo germánico emocional; es decir, un nacionalismo cuyo componente esencial debía ser anímico (*das Gemüt*), no intelectual ni de entendimiento (*der Verstand*). Como bien señala J. Mosterín, en la introducción ya citada a *Escritos filosóficos*, no deja de ser decepcionante que haya sido precisamente el fundador de la lógica moderna quien proclamara ideas de ese calibre. El clima social de posguerra -una Alemania derrotada militar y políticamente tras la primera contienda mundial- no justifica por sí sólo tales ideas. Esto demuestra que elaboraciones racionalistas pueden ir de la mano de prejuicios irracionales.

Entre 1918 y 1923 intentó escribir un tratado de lógica filosófica que quedó inconcluso.⁴⁰ Tras la finalización de ese quinquenio, no volvió a publicar, aunque sí dejó constancia por escrito del fracaso en su proyecto de fundamentar la matemática en la lógica. Estos últimos escritos -sobre todo “El pensamiento: una investigación lógica”- muestran un marcado cambio de estilo y de focos de interés: llamativa ausencia de lenguaje formal y referencia constante a lo cotidiano, a la historia, a la literatura, etc. La desilusión parece haber campeado en sus últimos días.

En síntesis: Frege cambió el rumbo de la disciplina: dejó de aplicar las matemáticas para resolver problemas lógicos y remontó las relaciones matemáticas hasta llegar a una relación lógica anterior, que él consideraba más esencial. No se propuso construir una lógica como rama de las matemáticas -se alejó así del álgebra de la lógica de Boole- sino, al contrario, pretendió que la lógica fuera el fundamento de las matemáticas. Se opuso al intuicionismo y al psicologismo que tanto lastraron el pensamiento de Boole y pretendió una construcción puramente racional, formal. Gracias a su ideografía estableció un lenguaje lógico artificial que alejó definitivamente a dicha disciplina de las lenguas naturales. La lógica adquirió un formalismo extremo, puro, vaciado de contenido; en un segundo momento -interpretación de los cálculos- podrán aplicarse los resultados a lo fáctico, a la realidad procesada lógicamente.

Charles Sanders Peirce (1839-1914): graduado en Harvard, profesó en dicha Universidad y en la Johns Hopkins. Fue un hombre polifacético; su vastísima producción -según diversas fuentes, sus manuscritos ocupaban más de 60.000 folios- dejó huellas en diversos territorios: lógica, semiótica, matemática, filosofía, física, astronomía, etc.⁴¹ En este Anexo se ofrecerá una visión panorámica de los distintos aspectos de su producción y se le dedicará especial atención a sus aportes lógicos. Fue el precursor indiscutible de la moderna teoría semiótica -ciencia general de los signos, según Morris- que alcanzó un gran desarrollo en el siglo XX. Debe ser considerado como uno de los fundadores del pragmatismo norteamericano. Fue autor de una vasta y rigurosa obra en diversos campos: lógica, matemática, filosofía, semiología, etc., recopiladas en nueve volúmenes de sus *Collected Papers*. Sus aportes dieron un fuerte impulso a las siguientes ramas: a) lógica de clases; b) lógica de las relaciones; c) lógica de jutores y d) lógica de predicados. Según se ha visto en III, 5.5., con su cuadrante subvirtió las leyes de la lógica clásica en el estudio de las oposiciones de enunciados. Consideró a la lógica desde una perspectiva semiótica, razón por la cual una y otra quedaron estrechamente vinculadas en su obra. Desarrolló una lógica formal pura a la que quiso libre de todo psicologismo. Se ocupó especialmente del álgebra de clases, del cálculo probabilístico y del azar⁴², de la lógica (o cálculo) relacional, referida en el apartado anterior, en cuyo análisis llegó a implementar cuantificadores. Elaboró una teoría del simbolismo y de la fenomenología. Remarcó también las nociones de incertidumbre y sostuvo una concepción continuista del pensamiento.⁴³ Fue impulsor de la lógica modal, de teoría de los modelos y del lenguaje como cálculo, aspecto este último que lo situó en la corriente más cercana a Boole que a la de Frege.⁴⁴ Realizó importantes contribuciones en el campo de la física y la astronomía; sus experiencias de medición de la aceleración de la gravedad mediante el péndulo fueron resumidas en su texto *Investigaciones fotométricas*. Más adelante se referirán algunas de sus reflexiones sobre la abducción y sus aplicaciones prácticas.

Otros aspectos interesantes de su producción giran en torno a las relaciones entre el lenguaje y la lógica. En ese contexto cabe resaltar sus distinciones entre índice, ícono y símbolo, que

adquirieron sentido pleno a partir de sus precisiones sobre el signo. Su definición de este último –“lo que representa algo para alguien”– fue reiteradamente citada por Lacan, sobre todo, para señalar sus diferencias con el significante. Del ícono resalta la similitud estructural que éste guarda con aquello que representa. Las partes de un ícono mantienen entre sí una relación análoga a la que tienen los elementos pertenecientes a lo representado. El lenguaje lógico peirciano tuvo características icónicas y gráficas y, en ese sentido, deja cabida a la intuición. Esa es otra diferencia entre Frege y Peirce; en tanto el primero pretendió expulsar la intuición del campo lógico, el segundo le dio cabida a través de la iconicidad inherente a las inferencias. Para el lógico alemán, los principios correctos de la lógica son asunto exclusivo del pensamiento y, por lo tanto, ajenos a la intuición. Para Peirce, todo razonamiento lógico es icónico e involucra la intuición. Pero esta afirmación no debe entenderse en el sentido de que los íconos, grafos o diagramas sean *nuevas* formas de razonar; la tesis era más potente aún: consistía en afirmar que todo razonamiento lógico ha sido *siempre* (y sigue siendo) icónico o diagramático ya que los íconos serían propios e insoslayables del razonar.

En distintos momentos de este Anexo se ha escrito sobre las posiciones –casi siempre originales– de Peirce en relación a los problemas discutidos. Asimismo, se ha dedicado un par de apartados a su cuadrante y a la presencia del mismo en la obra de Lacan, que anudó en torno a dicho diagrama sus elaboraciones sobre el sujeto barrado, la identificación, la negación y la función paterna (III, 5.5. y III, 5.6). Allí se comentó las diferencias de Peirce con Aristóteles y sus preferencias por la lógica estoica, la epicúrea y la de algunos escolásticos (Duns Escoto, sobre todo). Fue, también, un gran lector de Kant y, en general, de la filosofía alemana, aunque las influencias de la inglesa han sido más marcadas.

En un intento de resumir sus puntos de vista lógico y filosófico cabría subrayar: ha sido francamente hostil al nominalismo; tomó partido claro y fundamentado por el realismo; en la disputa sobre la implicación, optó por el punto de vista filónico. Criticó también a Descartes por sostener que, para fundar la filosofía, era necesario un punto de partida indubitable (enjuició, pues, la duda metódica cartesiana y la necesidad de Dios como garante de la verdad). Sostuvo la idea del continuismo: el saber humano sólo puede construirse sobre los cimientos de lo ya realizado y verificado en el pasado, por el agregado de nuevos elementos o por la corrección de lo anterior.⁴⁵ Se ha comentado también en III, 5.5 su crítica a la posición de Aristóteles respecto de las oposiciones contrarias y se anticipó que sus ideas permitieron una versión más formalizada de la noción de clase. Otros aportes significativos: la introducción de la relación implicativa, la reducción de los conectores a uno –hoy llamado *functor de Peirce*– o negación conjunta, de poca utilidad en aquel entonces pero que devino importante en la ulterior teoría de circuitos y el uso de tablas de verdad como método de decisión de funciones veritativas. Se incluye a modo de ejemplo una de las tablas que elaboró, que merece ser cotejada con la insertada en A_{5.10}.

<i>p</i>	<i>q</i>	<i>r</i>	$\neg p$	$\neg p \vee q$	$q \rightarrow r$	$r \vee \neg p$
V	V	V	F	V	V	V
V	V	F	F	V	F	F
V	F	V	F	F	V	V
V	F	F	F	F	V	F
F	V	V	V	V	V	V
F	V	F	V	V	F	V
F	F	V	V	V	V	V
F	F	F	V	V	V	V

Tabla de Peirce extractada de *Collected Papers* (3.387).

Una fórmula es consecuencia lógica de otra (u otras) cuando las asignaciones que hacen a esta(s) verdaderas(s), hacen también verdadera a la primera.

En lógica inductiva propuso su teoría de la abducción, que muestra en acción al método hipotético deductivo.

Es llamativo que sólo en las últimas décadas haya habido una revalorización de su obra, hecho que se ha manifestado en una incipiente traducción de sus escritos a otras lenguas. Pero, ¿por qué pasó desapercibida su producción hasta hace poco tiempo? Las hipótesis son múltiples y variadas. Es probable que hayan operado conjuntamente la extravagancia de su personalidad, su carácter irascible, el haber escrito sobre temas alejados del foco de atención de sus colegas; tal vez, también, a la intemperancia y hasta acritud en las disputas con algunos de sus contemporáneos (con Bertrand Russell, por ejemplo). Cabe señalar, asimismo, la complejidad de su pensamiento, la sintaxis difícil aunque precisa y la dificultad que surge cada vez que se intenta organizar sus ideas - habitualmente agudas, originales, provocativas- en una doctrina coherente. No ha sido sencillo percibir los múltiples recodos de su pensamiento. Peirce vivió los últimos quince años en un estado de máxima pobreza y sin grandes reconocimientos a su obra. Como en tantos otros casos, sólo el paso del tiempo permitió evaluar mejor sus aportaciones.

Sin que signifique homologar los pensamientos de Peirce y Lacan –muy distintos y aplicados en campos tan radicalmente diferentes–, pueden señalarse algunas zonas de recubrimiento parcial entre conceptos de uno y otro. En lo que se dirá a continuación no hay identidad de términos; tan sólo puntos de coincidencia “lógicos”. Así, tras el concepto lacaniano de significante se vislumbra el *representamen* peirciano.⁴⁶ Otra posible correspondencia entre ambos: en la barra que separa al significante del significado en la teoría del primero, puede atisbarse la presencia del “objeto dinámico”, del segundo. Lo mismo podría decirse de la transferencia y la noción de “poder del signo”. No han de extrañar tales resonancias ya que Lacan, tras afirmar que el inconsciente estaba estructurado como un lenguaje, otorgó al psicoanálisis fundamentos lógicos y semióticos.⁴⁷

Hay una llamativa coincidencia también en el carácter trinitario de las dos teorías. Peirce sostuvo como un *a priori* la imposibilidad de descomponer las relaciones triádicas: la tripartición de cualquier campo del discurso es inevitablemente exhaustiva y produce de manera invariable tres clases que se excluyen mutuamente. La resonancia con los registros Simbólico, Imaginario y Real es evidente y ha sido además puntualizada por el propio Lacan en el § 9. Este trinitarismo se hizo asimismo evidente en la clasificación peirciana de las ideas en tres clases: Primeridad, Segundidad y Terceridad, categorías fenomenológicas o *faneroscópicas* (según la denominación que les dio el lógico)⁴⁸ y en la triple división de la semiosis en las vertientes tychástica (relacionadas con la *tyché* o el azar), anankástica (vinculadas con la *Ananké*) y la agapásmica⁴⁹.

En 1902 Peirce escribió un par de artículos en los que otorgó un lugar a aquello que él entendía por inconsciente. Así, puede leerse en una de las cartas que le escribió a Williams James⁵⁰, que “la abducción no es otra cosa que intentar adivinar.” Describió este mecanismo como la propensión a crear o adoptar hipótesis, proceso en el que entran en juego varios elementos: “una ensalada singular... cuyos ingredientes principales son la falta de fundamento, la ubicuidad y la fiabilidad.” Es “el primer paso del razonamiento científico” (7.218) y “el único tipo de argumento que da lugar a una idea nueva”. La abducción depende de la percepción *inconsciente* de conexiones entre diferentes aspectos del mundo o, para emplear otros términos, es una comunicación subliminal de mensajes. Peirce la valoró como una capacidad instintiva: comparó la abducción con la habilidad de los polluelos recién salidos del huevo para alimentarse: ellos escogen mientras picotean y picotean lo que se proponen comer; aunque sea bien cierto que llevan a cabo todo eso *sin razonar*. Salvo en este último aspecto, todos los elementos que hacen acto de presencia en el picoteo de los pollitos están presentes en cualquier concreción de la capacidad abductiva. Habría sin embargo otra diferencia: la inferencia abductiva constituye un acto deliberado. Peirce dio un paso más: derivó la adquisición de conocimientos en las ciencias físicas y las sociales de tales procedimientos “instintivos”.⁵¹ Consideraba que en la actividad científica la abducción es “meramente preparatoria” y que luego intervendrían otras formas de razonamiento: la deducción e inducción. En síntesis: la **abducción** es uno de los tipos de inferencias lógicas; es el paso de adoptar una hipótesis o una proposición que conduzca a la predicción de hechos sorprendentes. Es una conjetura, un cierto pronóstico.⁵² Peirce dijo que la abducción “depende de nuestra esperanza de adivinar, tarde o temprano, las condiciones bajo las cuales aparecerá un determinado tipo de fenómenos” (8.384-8.388). La **deducción** es el paso mediante el cual se llega a las consecuencias experimentales

necesarias y probables de la hipótesis. La **inducción** es el nombre que Peirce dio a las pruebas experimentales de la hipótesis.

Georg Cantor: una semblanza sobre su vida y obra será comentada en los apartados III, 8.3 y III, 8.4., donde se abordará los infinitos en matemática y la teoría de los conjuntos.

A₅.11.2. De Peano a Hilbert

Giuseppe Peano (1858-1932): graduado en la universidad de Turín, fue profesor de la misma.⁵³ Aplicó la lógica de enunciados para esclarecer los argumentos de la matemática ordinaria; consideró que la lógica era un instrumento para otorgar rigor al razonamiento en dicha disciplina. Se le reconoce sobre todo por haber fundamentado lógicamente la teoría del número y por introducir la diferenciación entre *pertenencia* a una clase e *inclusión* de una clase en otra, procedimientos para los cuales elaboró notaciones simbólicas específicas. Resaltó, asimismo, que la *implicación* era la principal relación en matemática; según su parecer, todos o casi todos los enunciados verdaderos en cualquier sistema matemático son implicaciones. Fue él quien acuñó el nombre de Lógica matemática para la nueva lógica que había surgido a mediados del siglo XIX; e introdujo un sistema de notación simbólica que tuvo amplia difusión y estableció los axiomas referentes a los números naturales que llevan su nombre y que fueron expuestos páginas arriba.

Bertrand Russell [Rovenscreft, Reino Unido, (1872-1970)]: su objetivo fue demostrar que las matemáticas (y también la filosofía⁵⁴) se fundaban en la lógica, tarea que realizó en buena medida, con la colaboración de Alfred Whitehead [Ramsgate, Inglaterra (1861-1947)]. Estas ideas quedaron plasmadas en los tres volúmenes de *Principia Mathematica* (publicados en 1910, 1912, 1913, respectivamente) donde se reunieron, en un sistema general, el álgebra lógica de Boole-Schröder con las teorías de Frege, Cantor y Peano. El volumen 1 se divide en dos partes: a) “Lógica matemática”, en la que trata sobre los enunciados y la teoría de los juntores y b) Prolegómenos a la aritmética cardinal”, en que elabora las ideas para una definición lógica de los números cardinales y una aritmética de los mismos. Los volúmenes 2 y 3 prosiguen con esta tarea: se estudian en profundidad las aritméticas de los números cardinales y ordinales, dándoles un basamento lógico. Esta tarea ya la había emprendido en solitario en sus *Principles of Mathematics* (1903) [*Los principios de la Matemática*], pero sin ofrecer los largos desarrollos lógicos y las cadenas de deducciones que sirvieron para sustentar dicha perspectiva. En sus comienzos Russell adhirió al realismo platónico⁵⁵ de las entidades matemáticas, aunque no de una manera radical. Se opuso claramente al idealismo; en cambio, resulta controvertido su grado de adhesión a las tesis empiristas de J. S. Mill, para quien las entidades matemáticas eran el resultado de generalizaciones empíricas. Construyó una influyente teoría de las descripciones y, en tanto consideraba que los símbolos de clases debían ser tratados como descripciones, llegó a la conclusión de que las clases podían ser definidas como símbolos incompletos. Esto abrió el camino para obtener la consistencia de la teoría de las clases y, secundariamente, abordar las antiguas y modernas paradojas lógicas, entre las que estaba la del catálogo de los catálogos que no se contienen a sí mismos. Russell vislumbró que los sistemas de Frege y de Cantor carecían de la requerida propiedad de consistencia.

Lacan dedicó especial interés en sus seminarios a las paradojas, en especial, a la de Russell, llamada habitualmente “de los catálogos” y ofreció una solución a la misma: afirmó que sólo hay paradoja si se mantiene fidelidad al principio de identidad ($A = A$); en cambio, recusando tal principio para el significante, la paradoja se disuelve.⁵⁶

Entre las múltiples alusiones a este lógico estuvo la del seminario *La identificación*. En la clase del 30/12/61, en relación a la problemática del nombre propio, refirió su teoría mediante la cual hizo del demostrativo “éste” (*this*, en inglés) el primer nombre propio. Según Russell, el nombre propio es *word for particular*: una palabra para designar las cosas particulares en tanto tales. En tanto la cuestión del nombre propio ocupa un papel importante dentro de la teoría de la identificación lacaniana, se remite a III, 5. 9., III, 4.7.6. y III, 7.5.2., donde dicho tema fue tratado extensamente. Como se verá más adelante, no todos los lógicos del siglo XX coincidieron con

Frege, Peano, Russell y Whitehead respecto del proyecto logicista en matemática. Muchos se orientaron hacia el estudio de sistemas axiomáticos de lógica y de matemática y hacia las investigaciones que dieron pie a la metamatemática. Dentro de este campo se hará referencia a Hilbert, Brouwer y Gödel; pero antes, un breve comentario sobre un inclasificable en lógica:

Ludwig Wittgenstein (1889-1951) y su producción son difíciles de situar en alguna de las dos corrientes que –esquemáticamente– fueron denominadas matemática de la lógica y lógica matemática en páginas anteriores. Él indagó especialmente sobre las relaciones íntimas entre lógica, filosofía y lenguaje. Su presencia en este Anexo se debe además de sus aportaciones a la lógica, a sus disquisiciones audaces sobre el lenguaje, que tienen algunos puntos de contacto con la función de la palabra en la práctica del psicoanálisis en general y del lacaniano, en particular.

Wittgenstein nació en Viena; cursó la carrera de ingeniería en Berlín y en Manchester; se interesó inicialmente en los fundamentos de la matemática, razón por la que estudió con detalle a Frege y a Russell. Fue discípulo de este último. Su principal obra lógica ha sido el *Tractatus logico-philosophicus* (1921)⁵⁷; en él mostró sus discrepancias con su maestro, refutando buena parte de los *Principia*. Sin embargo, poco después de la publicación de este texto, expresó sus dudas sobre el contenido del mismo. Entre 1929 y 1947 enseñó en la Universidad de Cambridge, donde se hizo célebre por su manera de dar las clases.⁵⁸

Creó tablas de verdad y criticó de manera vehemente los sistemas axiomáticos: si las verdades lógicas eran –según sostuvo– tautologías, y el valor de verdad de las proposiciones se decidía mediante una tabla, tales sistemas carecerían de la importancia que, por entonces, se le atribuía.

Otro punto de controversia con Russell fue el de la relación de la lógica con los hechos. En el *Tractatus* afirmó: “la lógica no dice nada sobre el mundo”; a las palabras lógicas no les corresponde ningún contenido real, de la misma manera que tampoco les corresponde contenido textual a los puntos y paréntesis de un relato. Russell pensaba que la lógica trataba del mundo real de un modo análogo a como lo podía hacer la zoología. La diferencia estribaba, según él, en que mientras esta última se interesaba por determinados pobladores concretos del mundo, la lógica se ocupaba de habitantes más abstractos del mismo. Wittgenstein discrepaba de tales ideas: consideraba a la lógica como radicalmente distinta de cualquiera de las otras ciencias.

En relación a esta cuestión, estableció una diferencia tajante entre lo empírico y lo lógico, de manera tal que lo segundo jamás dependería de lo primero: por un lado estaba lo empírico o contingente y, por otro, lo lógico o necesario. Condensó estas ideas en la proposición 6.1222 del *Tractatus*:

“[...] Una proposición de la lógica no sólo tiene que ser irrefutable por cualquier experiencia posible, sino que tiene que ser también inconfirmable por cualquier experiencia posible.”

El carácter necesario de una inferencia lógica o, como también suele decirse: **una verdad lógica**, no depende de lo que suceda en el mundo. Toda correspondencia entre la lógica y los hechos carece de la dureza de la necesidad lógica; dicha correspondencia es meramente accidental. Esto no quiere decir que la lógica no refleje nada del mundo; refleja mostrando. En 4.022 sostuvo:

“Una proposición muestra su sentido. Una proposición muestra como están las cosas si es verdadera. Y dice que están así.”

En 4.1212 postuló esta sentencia devenida clásica:

“Lo que puede ser demostrado no puede ser dicho.”

H. O. Mounce aclaró estas formulaciones proponiendo considerar una proposición muy escueta como la siguiente: “Llueve”.

“Esta dice algo acerca del mundo porque tiene una estructura lógica, porque tiene sentido; pero muestra su sentido en la capacidad que tiene de captar lo que dice acerca del mundo, no en lo que dice acerca de su sentido. La lógica, en suma, no es aquello de lo que hablan los enunciados; es lo que los capacita a hablar acerca de algo distinto, a saber: el mundo de los hechos. Por lo tanto, al hablar de las proposiciones de la lógica

como si se representaran objetos, Russell está concibiendo erróneamente la naturaleza misma de la lógica. Porque la lógica no es algo que es representado; es lo que hace posible la representación.”⁵⁹

Wittgenstein elaboró una teoría interesante sobre la negación que se sostenía –y además avalaba– su postulado acerca de que la proposición lógica no representaba objetos. Partió de comparar dos formulaciones como las siguientes:

- (A) La agenda está sobre el escritorio.
La agenda **no** está sobre el escritorio.

Se estaría en presencia de un hecho positivo en la primera oración y de uno negativo en la segunda. Pero inmediatamente surge un interrogante: ¿qué es un hecho negativo? Se podría señalar la presencia de la agenda sobre el escritorio, pero, ¿cómo señalar el **no estar** de la agenda sobre el escritorio? Todo lo que puede llegar a agregarse sobre esa eventualidad será siempre un hecho positivo, verbigracia: la agenda está sobre la mesa de la cocina o está en el estante de la biblioteca o en el cajón del escritorio. La cuestión comienza a aclararse cuando se pasa de la comparación inicial a esta otra:

- (B) La agenda está sobre el escritorio.
No/ la agenda está sobre el escritorio.

En (A) se sugiere que “no-estar-sobre-el-escritorio” es una relación diferente de “estar-sobre-el-escritorio”, aunque pertenecerían a la misma clase de hechos. Por el contrario, en (B) no se afirma una relación diferente entre las dos proposiciones sino que, sencillamente, la segunda **cancela** a la primera. El propósito de toda negación es anular, cancelar, una representación particular de los hechos. El sentido del signo negador no reside en los hechos sino en la proposición; su propósito no es ser representativo de hechos.⁶⁰

Las obras del “último Wittgenstein”, supusieron cambios importantes de perspectivas, aunque conservaron -y ampliaron- el foco de interés inicial: el lenguaje concebido como un mapa de la realidad: “*los límites de mi lenguaje* significan los límites del mundo”. Postuló la presencia de un “esqueleto lógico” en el lenguaje que, al ser puesto en evidencia, posibilita acercarse al “lenguaje ideal”. Estuvo preocupado por descifrar la relación que guardan las cosas y las palabras que las nombran. Según él, el lenguaje engendra confusiones de las que cabe deshacerse.

“La filosofía es la lucha contra el embrujo de la inteligencia por medio de nuestro lenguaje.”⁶¹

Lo terapéutico de la filosofía consistiría en deshacer esos embrujamientos. Pero esto ocurre sólo cuando se puede apreciar nítidamente cómo funciona el lenguaje y, para ello, es imprescindible ni ilusionarse con él ni tratar de descubrir su esencia. No hay nada oculto en el lenguaje; cabe únicamente abrir los ojos para ver y describir como funciona. Enjuició la compulsión a querer “penetrar en los fenómenos” con la idea de buscar una causa última; todo “está a la vista”. Las cosas parecen ocultas, no por estar debajo de la superficie, sino por ser familiares y estar siempre ante nuestros ojos. Las imágenes, sentimientos y pensamientos *no están por fuera del lenguaje* y es necesario ver cómo se utilizan los conceptos para darles sentido.⁶²

Lo que se llama lenguaje son “juegos de lenguaje”.⁶³ Según Wittgenstein, lo primario del lenguaje no es la significación sino el uso del mismo: se trata de averiguar cuáles son los usos de cada término, incluso, los más elementales como: “sé”, “sabe”, “verdad”, “puedo” “causa”, “parece”, etc. Recomendaba insistentemente: “no inquirir por la significación, inquirir por el uso”. En lugar de ¿qué es o qué significa *x*? Conviene preguntarse ¿cuál es -o cuáles son- los usos de *x*? Acuñó la expresión *Sprachspielen* (literalmente: juegos de lenguajes) y subrayó la necesidad de comprender cómo funciona o cómo se usa cada palabra dentro de los muy diversos juegos de lenguaje, dentro de una misma lengua. Eso era para él más importante que el significado de una palabra que, las más de las veces, sólo consigue rodearla de niebla. En otros términos: lo nodal en el lenguaje como *juegos de lenguaje* es el modo de usarlo. De ahí que restándole valor a la *semántica*

haya subrayado la importancia de la *sintaxis* lógica del lenguaje.⁶⁴ Esta última fue concebida por Wittgenstein como un complejo o una red de actividades regidas por normas: las “reglas del juego”; ejemplos de tales *Sprachspielen* serían: dar órdenes y obedecerlas, formar y comprobar una hipótesis, hacer y contar chistes, preguntar, agradecer, saludar, rogar, etc. Estos juegos de lenguaje no son independientes de la vida del usuario; por el contrario, están integrados en cada una de las tramas vitales.

No hay *una* función del lenguaje como no hay *una* función de una caja de herramientas. Cada una de ellas sirve para algo específico: una, para martillar, otra para agujerear, la tercera, para atornillar, etc. De igual manera, no existe una función común de las expresiones del lenguaje; hay muchísimas clases de expresiones y de modos de usar los vocablos, incluyendo los mismos vocablos -o los que parecen ser los mismos-.

Unas últimas consideraciones, a manera de contrapunto entre Wittgenstein y Peirce permitirán esclarecer el pensamiento del primero y servirán de introducción al apartado A.5.2 dedicado al fundador del pragmatismo norteamericano. Wittgenstein consideraba a la lógica como un mero cálculo, sin referencia alguna a un fundamento semántico. Peirce, en cambio –y según se verá más adelante– no puso una barrera entre pragmática y semántica; por el contrario, afirmó la unidad de ambas. Para él, no había una frontera infranqueable entre la pragmática y el estudio formal del lenguaje.

Wittgenstein consideró a las actividades gobernadas por reglas –sus juegos de lenguaje– como la base de todo significado. El resultado fue una negación de la presencia de toda lógica exacta en el lenguaje real, punto de vista diametralmente opuesto al de Peirce, para quien semiótica y lógica marchaban juntas. El vienés planteaba una visión global, holística, en la comprensión del funcionamiento de la lengua materna: los juegos de lenguaje, al ser considerados como *totalidades*, son primarios respecto de sus reglas. No se entiende un juego de lenguaje a través de conjeturar sus reglas. Sólo se puede comprender las reglas después de aprender a dominar el juego *entero*. Y ese juego, *como un todo*, es inefable. Adquirir idoneidad en el uso de la lengua materna –en la que, en circunstancias habituales, no suelen cometerse grandes errores– no es, en sentido estricto, por vía de un saber. (*Sobre la certeza* § 527, p. 533). Es necesario poder emplear las palabras antes de tener la posibilidad de señalar las cosas correspondientes y conocerlas. (*Ídem*, § 526-531). Para Peirce no existía ningún supuesto holístico irreductible.

Como se ha podido apreciar, Wittgenstein fue un pensador crítico; cuestionó acerbamente las rumiaciones dogmáticas. Recogió la tradición de los escépticos antiguos y su obra tuvo notables influencias sobre el pensamiento contemporáneo, especialmente entre los positivistas lógicos y entre los filósofos del lenguaje.

David Hilbert (1862-1943) nació en Königsberg; estudió y profesó en la universidad de su ciudad y, posteriormente, dictó clases en Gottinga. Destacó por su labor en la fundamentación de la geometría euclidiana, por la introducción de la prueba de la consistencia de los sistemas deductivos (ver *infra*), por su labor de formalización de la aritmética y sobre todo, de la lógica. De ahí que se le considere como el propulsor de la escuela formalista, que tuvo muchos seguidores en el campo de las matemáticas. Llevó a límites desusados hasta entonces la operación con signos totalmente desprovistos de significación. Hizo, también, algunas incursiones en topología.

Hilbert se propuso, en los años 1920-1930, obtener una demostración de la consistencia de la aritmética elemental, es decir de la teoría de números naturales. Sin embargo, tal como se verá enseguida, Kurt Gödel llevó a cabo un descubrimiento sorprendente y perturbador, de cuyos alcances no se tuvo precisa idea al principio: la demostración de un teorema en la metamatemática de la aritmética elemental desvanecieron las esperanzas de Hilbert.

Luitzen Egbertus Brouwer (1881-1966) nació en Overschie, Holanda y dictó clases en la Universidad de Amsterdam.⁶⁵ Su tarea se centró en consolidar las bases de lo que se llamó el intuicionismo en matemática y en fundamentar filosóficamente dicha disciplina. Poco tiempo después de su titulación, en su tesis de doctorado, sostuvo que había algo erróneo en algunos de los razonamientos matemáticos y lógicos usados hasta entonces; pero, pese a ello, no se los había

cuestionado. Sus críticas se dirigieron contra los conjuntos infinitos (con lo que desplegó una férrea oposición a Cantor) y contra el principio del tercero excluido, que sostiene desde antaño la imposibilidad de un tercer valor entre verdadero y falso. La lógica intuicionista afirmaba que los enunciados -sobre todo los matemáticos- no tienen por qué ser obligadamente verdaderos o falsos, aunque tampoco adscribe a tales enunciados otro valor de verdad.⁶⁶ Desarrolló ideas originales respecto de la *negación* y del *cuantificador de existencia*, especialmente cuando afecta a entidades matemática. Realizó también investigaciones topológicas; una de las más importantes fue la publicada bajo el título “Prueba de la invariancia de dimensiones” (1911), en *Mathematische Annalen*, 70. Criticó también a los que querían hacer entrar la matemática en la lógica, sosteniendo el primado de esta última no sólo frente a la lógica sino y también, frente al lenguaje. Justificó el empleo de la intuición en matemática, en una versión de la misma que tenía alguna reminiscencia kantiana. Esto le condujo a un cierto constructivismo, para el cual una “entidad” (o una prueba) matemática sólo es aceptable en la medida en que es construible. Como sostuvo Arend Heyting, importante discípulo suyo, “en el estudio de las construcciones mentales matemáticas `existir` debe ser sinónimo de `ser construido`”.

Según E. W. Beth⁶⁷, citado por Ferrater Mora, entre las ideas fundamentales sostenidas por el intuicionismo, estarían las siguientes: a) no es posible llevar a cabo ninguna investigación sobre los fundamentos de la matemática sin prestar atención a las condiciones en que se desarrolla la actividad mental de los matemáticos. b) La matemática debe desarrollarse independientemente de cualquier idea preconcebida sobre la naturaleza de las entidades matemáticas o de la actividad matemática (conocimiento que sólo luego se adquiere). c) La matemática es independiente de la lógica, en tanto que la lógica depende de la matemática. La lógica aparece en la creación del lenguaje matemático y en el análisis de este lenguaje. La intuicionista es, básicamente, una matemática no clásica y no logicista (oposición a Frege y a la saga por él abierta) e inclinada a sostenerse en la intuición como una forma de adquisición de conocimiento. De ahí cierta familiaridad con las orientaciones filosóficas intuicionistas (Bergson, Husserl, Scheler y otros).

A5.11.3. Gödel: un nuevo cuestionamiento de los fundamentos

Kurt Gödel (1906-1978), nacido en Brno, actual Eslovaquia, vivió desde 1935 en los EE. UU., tras una década de estancia en Viena. Su mayor aportación a la lógica matemática ha sido *el teorema de la incompletud de la aritmética* -conocido universalmente como teorema de Gödel- y la prueba a él asociada de que la teoría numérica elemental y cualquier lógica suficientemente rica para alojarla son o bien *inconsistentes* o bien *incompletas*. En otros términos: si el sistema es completo, no es consistente; si es consistente no es completo. El enunciado de ese teorema no era, en realidad, algo absolutamente nuevo⁶⁸, hubieron sugerencias previas -la de von Neumann, entre otras-, pero es cierto que Gödel le dio una forma más precisa y, sobre todo, pudo acompañarlo de una demostración muy original del mismo.⁶⁹ Hasta que apareció el artículo citado (1931) se consideraba que era posible el programa de completa axiomatización de la matemática, sostenido por su maestro D. Hilbert y otros. Se creía que tales sistemas eran completos y consistentes. El que se detectase que todo sistema lógico, incluso los más ricos (como los de Russell, Zermelo-Fraenkel, von Neumann, por ejemplo) eran esencialmente incompletos por poseer cuanto menos un enunciado o teorema que no es decidible, sacudió los cimientos de la matemática -y, por efectos de irradiación, cuestionó el optimismo de la razón en la década de 1930-.

El teorema de la incompletud de Gödel ha tenido múltiples implicancias, tanto en el terreno matemático, como en el lógico y filosófico. El cimbronazo matemático ya fue comentado; en el terreno de la lógica dio pie a importantes investigaciones de Rosser y Kleene que lo han modificado y generalizado. También hubo aplicaciones técnicas fructíferas gracias a las denominadas funciones recursivas, que tiene conexiones con la teoría de las funciones cuyos valores pueden ser computados; Skolem, Church, Tarski, Turing y otros fueron los precursores. Este último diseñó lo que la posteridad denominó máquina de Turing. En realidad no era una máquina sino un modelo que fue de gran utilidad en computación: dio el pistoletazo de salida para los programas informáticos, hoy, muchísimo más sofisticados que éste, el pionero. Alonzo Church, que profesó en

las universidades de Princeton y California, demostró en 1936 que no podía elaborarse ningún procedimiento de decisión, ni tan sólo para el cálculo cuantificacional elemental. Esta *indecidibilidad* supuso una seria limitación para la matemática y la lógica que, hasta entonces, se consideraban enteramente decidibles. Propuso una estructura circular para el tiempo, que será mencionada en IV, 2.4.2.2.

Las elaboraciones gödelianas sobre la incompletud también tuvieron repercusiones en el plano filosófico. Se llegó a afirmar⁷⁰ que así como Kant, con su *Crítica de la razón pura* (1781) puso coto a los sueños dogmáticos del racionalismo metafísico de Leibnitz y Wolf, Gödel estableció límites para el imperialismo de la razón *lógica*, representado por el logicismo de Russell o el formalismo de Hilbert. No fue una propuesta irracionalista ni escéptica; no forjó fronteras para la razón humana –en general– sino para el formalismo puro en matemáticas.⁷¹

A5.11.4. Desarrollos lógicos desde 1950 hasta la actualidad

Las líneas de investigación de la lógica se han multiplicado exponencialmente en el último medio siglo. Su desarrollo ha sido tan intenso y extenso que ha dado pie a especializaciones en varias ramas; resulta imposible que un lógico domine a fondo todas y cada una de ellas. A título meramente enunciativo, es decir, sin entrar en detalles, se señalan los siguientes estudios y líneas de investigación: las tablas semánticas de E. W. Beth, los trabajos en filosofía de la lógica de P. F. Quine y S. Kripke; las “lógicas no clásicas”, entre ellas: la lógica **modal** (contemporánea) que, retomada en la primera mitad del siglo XX por Łukasievich y Lewis, fue desarrollada posteriormente desde la vertiente semántica por Carnap, Kripke, Hintikka, Lemmon. También, las lógicas **polivalentes** (Rosser), **deóntica** (von Wright), **epistémica** (Hintikka)⁷², **intuicionista** (Heyting), **combinatoria** (Curry), **pragmática** (Montague); la teoría de los modelos (Tarski), la teoría de las funciones recursivas (Kleene y Rogers); aplicaciones de la lógica a la lingüística (Chomsky, Montague) y a la informática, particularmente a la automatización del razonamiento (el recién mencionado Turing, Skolem, Shanon, Robinson); el desarrollo de la inteligencia artificial (Simon, McCarthy, Minsky), etc.

A5. 12. Antecedentes del cuadrante de Peirce en la historia de la Lógica

A5.12.1. Visión cronológica

El cuadro siguiente posibilitará apreciar mediante un golpe de vista el panorama de los antecedentes del cuadrado lógico de oposiciones y, por lo tanto, del cuadrante de Peirce. Están presentes: Aristóteles, Apuleyo, Boecio, que hizo una construcción precisa del mismo, las innovaciones medievales, los aportes de Leibniz y las transformaciones que introdujo Peirce – se las denominó con cierto humor “circulatura del cuadrado”. Pero el no sólo introdujo cambios de forma –pasaje de un cuadrado a un círculo– sino y también una subversión importante de las leyes de oposición clásicas. Dentro de la perspectiva cronológica, convendrá evitar la idea de una evolución progresiva de la lógica. Aristóteles supuso una discontinuidad respecto de los presocráticos; más importante aún fue el salto cualitativo que introdujo Boecio en este tema; posteriormente, la lógica simbólica dio un giro de 180° respecto de las anteriores. El estagirita, al final de “Sobre la refutaciones sofísticas”⁷³, afirmó que acerca del razonar y los razonamientos, no tenía nada para citar por el simple hecho de que no había antecedentes; tuvo que partir de cero. Fue pues el creador de la lógica y su cuerpo doctrinario tuvo vigencia durante más de veinte siglos. Este mérito le dio un lugar único en la historia de la lógica y tal vez sea Frege quien más se le haya aproximado, al fundar en 1879, la lógica actual; es decir, la simbólica. En la sinopsis gráfica podrá apreciarse, también, las articulaciones propiamente psicoanalíticas que Lacan llevó a cabo en torno al diagrama peirciano, con el soporte que le brindó la lógica matemática. Se excluyen del cuadro las referencias y aportes de los lógicos matemáticos en tanto no son esenciales para el punto específico del que se intenta dar una visión sintética.

A5.12. 2. Visión retrospectiva

Este enfoque complementará la ojeada histórica del cuadro anterior. Para tales efectos será interesante evitar lo que Deaño denominó catacronismo; es decir, ver en el pasado la prefiguración de lo que luego ha llegado a prevalecer. Cuando se revisa el pasado de la lógica a la luz de la situación actual de la misma, puede ejercerse una cierta violencia interpretativa, al pretender encajarlo en los moldes actuales o al excluir desarrollos para los que no es fácil encontrar un hueco en el cuadro de las lógicas contemporáneas.

A lo largo de estas páginas se han puesto de manifiesto tanto las importantes insuficiencias de esta disciplina en sus comienzos, como algunas elaboraciones que se mantuvieron vigentes hasta hoy en día. Basta recordar al respecto ciertos núcleos fundamentales del *Órganon*, el alto nivel de formalismo de la lógica estoica, los aportes de Leibniz a los fundamentos de la lógica matemática, etcétera.

Es interesante descubrir que buena parte de las problemáticas filosóficas que en la actualidad siguen cuestionando –y seguramente seguirán interrogando a las futuras generaciones– han tenido ya alguna respuesta en los siglos pasados. Atisbamos a través de ellas que ciertas configuraciones discursivas no tienen una única y precisa localización histórica, que no son patrimonio exclusivo de una época y de un solo pensador.

Así, podría decirse que las bases para conceptualizar el inconsciente freudiano de una manera no sustancializada y cuyas manifestaciones duren el tiempo de un lapsus –es decir: la posibilidad de mentar un inconsciente no ontológico, que haga acto de presencia para desaparecer, reapareciendo luego–, la ofrecía de hecho un pensamiento con las características del de Heráclito. Por otra parte, algunos de los elementos de la teoría lacaniana del significante estaban ya presentes en la lógica estoica, y la idea de un vacío constituyente se insinuaba claramente en Demócrito.

De todas formas, es evidente que el pensamiento lógico-filosófico se ha ido enriqueciendo con el paso de los siglos. Cabe añadir que en la última centuria, los propios desarrollos freudianos crearon un ámbito de cuestionamiento no sólo en el campo específico del psicoanálisis sino que implicaron un replanteamiento de muchas problemáticas en las disciplinas conexas y en el plano de la cultura general. Ahora bien, si la cuestión se restringe exclusivamente a los temas desarrollados en este Anexo, cabe señalar que una visión retrospectiva desde la actualidad nos revela una insuficiencia en cuanto a la formalización⁷⁴, una coalescencia entre lógica y ontología, el predominio del sustancialismo, el relativo desconocimiento conceptual de la eficacia simbólica, un ejercicio de la lógica orientado más hacia la deducción de verdades suficientemente conocidas que hacia el descubrimiento de nuevas verdades.

Fue a partir del siglo XX que la lógica se independiza casi totalmente de la filosofía, para constituir un sistema puramente formal que torna innecesarios el lenguaje y la gramática cotidiana, generando un vaciamiento de los contenidos. Su punto culminante surge con Gödel y sus continuadores y nos muestra como algo no especialmente buscado tuvo múltiples repercusiones en dicha disciplina. Para no enunciar sino algunas de las que se relacionan con la problemática identificatoria, se señalará: la modificación profunda de los conceptos de clase y verdad, el surgimiento de varias lógicas nuevas: la de predicados, la relacional, la de los cuantificadores y más modernamente, la llamada lógica difusa. Por otra parte, es frecuente que cuando se llega al punto más elevado de un proceso –en este caso, la formalización– la pregunta por los límites del mismo, es puesta en el orden del día.

A5. 13. Resumen del Anexo al capítulo 5

El Anexo comenzó con una pregunta: ¿Qué es Lógica? Ese interrogante recibió una **primera** respuesta: *La Lógica es la ciencia cuyo objeto de estudio es la inferencia válida y los principios de la demostración*. Ella estudia las formas y reglas generales que rigen el conocimiento y el pensamiento humano considerado en sí mismo, sin referencia a los objetos. Por esta razón la Lógica es considerada una ciencia *formal*, como la matemática y no una ciencia empírica.

La inferencia es el proceso por el cual se derivan conclusiones a partir de premisas. La Lógica investiga los principios por los cuales algunas inferencias son correctas y mientras otras no lo son. Una inferencia es considerada correcta en base a su *estructura lógica* y no por el contenido específico de los argumentos utilizados.

Un *argumento* o *razonamiento* está compuesto por varios enunciados sucesivos; a partir de los primeros enunciados de dicha serie, se desprende –se deduce, se infiere– *necesariamente* otro enunciado que es conclusivo. Conviene retener el carácter *necesario* de tal conclusión.

Las partes fundamentales que conforman un *razonamiento perfecto* o *silogismo* son los *enunciados* o *proposiciones*. Se las suele definir como frases declarativas que tienen un sentido completo y de las cuales puede afirmarse que son verdaderas (V) o falsas (F), o que ellas contienen verdad o falsedad. Los enunciados iniciales de un razonamiento reciben el nombre de *premisas* y el enunciado final se denomina: *conclusión*. Al pasar de las premisas a la conclusión se incrementan las proposiciones conocidas. El raciocinio ha promovido esa ganancia; la conclusión brotó de las premisas. El *razonamiento* no es válido si faltan estos nexos debidamente encadenados entre las premisas y la conclusión. En cambio, se está ante una *implicación* o una *inferencia lógica* o una *argumentación válida* cuando la conclusión es necesariamente verdadera, siempre y cuando las premisas sean verdaderas. No habrá conclusión verdadera si “La nieve es verde” es una de las premisas. Debe quedar fuera de duda el valor de verdad, que se evalúa siempre desde una perspectiva lógica.

Un ejemplo de estructura formal de un silogismo es el siguiente:

Toda S es P
Toda P es R
Toda S es R

Al lógico no le importan **todos** los enunciados ni **todos** los aspectos de una argumentación; le tiene sin cuidado, por ejemplo, si un razonamiento es aburrido, triste, irritante o persuasivo. Tampoco se ocupa de aquellas frases que expresan invocaciones, plegarias, exclamaciones o expresiones retóricas y poéticas. Le interesa, en cambio, que los enunciados sean declarativos y que las conclusiones que se desprendan se hayan deducido correctamente; es decir, que las inferencias hayan sido *lógicamente* bien elaboradas.

Tras esta primera explicitación de nociones rudimentarias de Lógica se incluyó un par de definiciones más certeras de la misma: las que aportaron A. Deaño y M. Garrido. El primero afirmó

“[...] la lógica formal suele aparecer caracterizada como aquella ciencia que se ocupa de la relación de consecuencia entre enunciados, en el sentido de que estudia los principios según los cuales un enunciado se sigue válidamente de otro u otros enunciados que se toman como premisas. Esta noción de consecuencia, central en nuestra disciplina, cubre como se ha señalado, dos nociones: la de *derivabilidad formal* y la de *implicación semántica*, y aparece ya en el más antiguo tratado de Lógica que se conserva: los *Tópicos* de Aristóteles.” [Deaño, A. (1980), *op. cit.*, p. 10]

M. Garrido (1974), *op. cit.* p. 23, sostuvo:

“[...] cabe definir la *lógica formal* como una ciencia abstracta que tiene por objeto el análisis formal de los argumentos o también, y más concisamente, como *teoría formal del razonamiento*.”

A continuación se hizo referencia a las diversas ramas de la Lógica producto de múltiples divisiones y subdivisiones de la misma, que siguieron criterios muy diversos. En términos generales ha predominado la perspectiva histórica: lógica griega (presocrática, aristotélica, lógica megárico-estoica), medieval temprana, escolástica, lógica moderna y, por último, lógica simbólica. En atención al enorme avance que supuso esta última, se reagrupó a todas las anteriores bajo la denominación de **lógica clásica o tradicional** y se designó a las surgidas a partir de Boole y Frege –mediados del siglo XIX hasta la actualidad– con el nombre genérico de **lógica simbólica (matemática) o logística**.⁷⁵ La primera incluye la forma antigua de la lógica, básicamente la *griega*

(aristotélica, megárico estoica), la lógica *medieval*, la *moderna*, que abandonó a Aristóteles recurriendo a Platón y sustituyó la lógica analítico-deductiva por la dialéctica y la retórica; por último estaría la forma simbólica –matemática– de la lógica. Además de estas divisiones, se las suele agrupar según niveles o estratos:

- **Lógica proposicional** (o lógica de enunciados o lógica de los conectores).
- **Lógica de los predicados de primer orden** (o cálculo cuantificacional o lógica de los cuantificadores de primer orden). Estos dos estratos reunidos configuran la “lógica elemental”.
- **Lógica de orden superior.**

Por último, se señaló que en la segunda mitad del siglo XX proliferaron las denominadas lógicas especiales (*non standard*), caracterizadas por diferir en determinados rasgos respecto de la lógica “clásica”, “central” o “normal”. Entre ellas están: la polivalente, la modal, la deóntica, la epistémica, la combinatoria, la intuicionista, la difusa, etc.

El capítulo continuó con algunas referencias a las nociones elementales sobre el lenguaje formal de la lógica. Se ha visto que la lógica antigua ya poseía un rudimentario lenguaje formal. Los escolásticos y lógicos del periodo moderno lo hicieron avanzar ligeramente. La aparición de la lógica simbólica supuso un progreso notabilísimo de la disciplina y del lenguaje artificial que le era propio; éste fue ganando en precisión y complejidad; a la par, fueron surgiendo diversos dialectos de ese lenguaje formal. Esta transformación cualitativa comenzó con Boole y Frege. El primero inició el camino de la matematización de la lógica, ajustándola al método de aquélla, proporcionándole sus técnicas, su operatividad, la exactitud y el rigor que la caracterizaron. Esto supuso la elaboración de un lenguaje simbólico refinado y el establecimiento de reglas muy precisas para operar con ellas en la realización de cálculos.

G. Boole tuvo el mérito de ser el precursor de este movimiento; pero fue Frege quien propulsó el proceso con su *Conceptografía, un lenguaje formalizado del pensamiento puro a base del lenguaje aritmético* (1879). Hoy en día se lo considera un *lenguaje formal de primer orden*. Sus continuadores lo perfeccionaron, promovieron otros lenguajes artificiales y desarrollaron la lógica en variadas direcciones. Cabe apuntar que ninguno de los lógicos simbólicos (o matemáticos) se propuso hacer del razonamiento algo “maquinal”; intentaron más bien poner de relieve aquello que hay de maquinal en el razonamiento.

A renglón seguido se ofrecieron modelos de formalización de proposiciones simples en lógica simbólica y se siguió luego con otros prototipos más complejos, que empleaban conectores para componer enunciados. Tanto en el lenguaje ordinario como en lógica se pueden reunir dos o más enunciados; por ejemplo este par: “Freud es el padre del psicoanálisis” y “Freud escribió *El yo y el ello*”. Estos enunciados atómicos pueden combinarse para formar enunciados *compuestos* o *moleculares* del tipo: “Freud es el padre del psicoanálisis y escribió *El yo y el ello*.” En este caso se usó la conjunción “y” para combinarlos. En Lógica, para tales fines, se emplean los conectores o juntores, que cumplen un papel similar al de algunas conjunciones en el lenguaje corriente. Se ofreció una visión de conjunto de estos *conectores* básicos utilizados para la composición de enunciados, y se los acompañó de una manera de leerlos en un lenguaje natural, haciendo la salvedad de que la trascripción del lenguaje lógico al ordinario es sólo aproximativa. En la columna de la izquierda aparecen los conectores más usuales; en la del medio, su lectura en un lenguaje ordinario; la de la derecha presenta otras maneras de escribir los mismos juntores.

	Nombre	Modo de leerlos	Otros signos
∨	disyuntor	o	& , · , K
∧	conjuntor	y	A
→	implicador o condicionador	si..., entonces	⊃, C
↔	coimplicador o bicondicionador	si y sólo si	≡ , ~ , E
¬	negador	no	~ , — , N

La **lógica proposicional** se ocupa de enunciados compuestos mediante conectores; la combinación de dos variables proposicionales (“*p*” y “*q*”) puede realizarse mediante estos conectores:

Si se aplica el conjuntor se escribe: “ $p \wedge q$ ”, y se lee “*p* y *q*”.

En caso de emplear el disyuntor se escribe: “ $p \vee q$ ”, y se lee “*p* o *q*”.

Si se usa el implicador se escribe $p \rightarrow q$, y se lee “*p* implica *q*”.

Cuando se utiliza el coimplicador se escribe $p \leftrightarrow q$, y se lee “*p* si y sólo si *q*”

El negador (\neg), al ser adosado a una variable cualquiera, póngase por caso “*p*”, supone la negación de ésta: se escribe “ $\neg p$ ”, y se lee “no *p*”, “no es cierto que *p*” o “es falso que *p*”.

A través de los diversos ejemplos ofrecidos pudo comprobarse que las notaciones del *lenguaje formal* son esquemas lógicos sin significado alguno; por lo tanto son vacíos; preexisten a cualquier “realidad” y reciben algún significado concreto mediante un proceso de *interpretación*, que pone en correspondencia la o las fórmulas con un escenario concreto.

Desde esta perspectiva, la interpretación puede ligarse con hechos o cosas determinadas. En principio son formales –vacíos de sentido– y, en un segundo tiempo, podrían quedar inmersos en una ontología. Convendrá subrayar que la lógica simbólica, a diferencia de todas las anteriores, elaboraba sistemas formales para, posteriormente, buscar su interpretación en lenguaje ordinario.

Se completarán estas nociones sobre el lenguaje formal con una presentación de algunos principios de esta ciencia.

Se referirá la manera en que los lógicos se relacionan con ellos y, más ampliamente, con los lenguajes artificiales. Los principios lógicos son los siguientes:

$$\begin{aligned} & [(p \rightarrow q) \wedge \neg q] \rightarrow \neg p \\ & [(p \rightarrow q) \wedge (q \rightarrow p)] \rightarrow (p \rightarrow r) \\ & \Lambda x (P_x \wedge Q_x) \leftrightarrow \Lambda x P_x \wedge \Lambda x Q_x \\ & \Lambda y \Lambda x P_{xy} \rightarrow \Lambda x P_{xx} \end{aligned}$$

En esta escritura aparece otro símbolo no mencionado hasta ahora: el *cuantificador universal* –“ Λ ”–, que forma pareja con el cuantificador particular (o existencial): “ \vee ”. El primero se lee así: “para todo *x*”; el segundo: “existe algún *x*”.

A un profano, la explicitación formal de estos principios se le aparece como una verdadera ensalada de letras y símbolos; las letras le serán más o menos conocidas; algunos símbolos tal vez también –especialmente si ha hecho alguna pequeña incursión en lógica–, pero la mayoría le resultarán ininteligibles; le será imposible descifrar lo allí escrito. Sin embargo, Deaño afirmó con total contundencia sobre estos enunciados:

“1º Son evidentemente verdaderos. Para darse cuenta que son verdaderos basta, por así decir, con leerlos.

2º Son universales, se aplican a todo, son formas que pueden albergar cualquier materia. En resumen, son afirmaciones de *suma* –en sentido estricto– generalidad que resultan verdaderas de suyo. Se aplican a todos los casos y ningún caso es un contraejemplo.” (Deaño, A (1980); *op. cit.*, pp. 251-252).

Claro está que serán “evidentemente verdaderas” para aquellos que estén familiarizados con los lenguajes formales. Los dos rasgos que refiere –verdad y omniaplicabilidad– pueden reducirse a uno: verdad formal. Luego remató estas ideas sobre el funcionamiento de los lenguajes formales convocando a Russell:

“Ninguna proposición de la lógica puede mencionar objeto particular alguno. La proposición ‘Si Sócrates es un hombre y todos los hombres son mortales, entonces Sócrates es mortal’ no es una proposición de la lógica; la proposición lógica de la cual la anterior es un caso particular es ‘Si *x* tiene la propiedad ϕ , y todo lo que tenga la propiedad ϕ tiene la propiedad ψ , entonces *x* tiene la propiedad ψ cualesquiera que sean *x*, ϕ y ψ . La palabra ‘propiedad’ que aquí se presenta desaparece de la formulación simbólica correcta de la proposición; pero ‘si..., entonces...’, o algo que sirva para los mismos fines, permanece.” [*Los principios de la matemática* (1903); Espasa Calpe, 1967, p. 14].

El capítulo siguió con el abordaje del concepto lógico de verdad y sus relaciones con la realidad. Se sostuvo que el surgimiento de la lógica matemática entrañó una revisión profunda del concepto de verdad: los lenguajes artificiales de la misma y el altísimo nivel de formalización que la caracterizaron permitió que la verdad quedara desconectada de la realidad. La lógica contemporánea no entraba en conflicto con esta última puesto que se declaraba abstinerente de la estructura ontológica del mundo. Como señaló Ferrater Mora:

“La lógica no tiene que ver con la realidad al modo como una “cosa” se relaciona con otra [...]. Lo que expresan las proposiciones lógicas no es, pues lo real, sino ciertos modos (múltiples) de adecuación de la realidad [...] La realidad no necesita ser, pues, lógica, para que sea susceptible de manejo lógico. Como ‘lengua bien hecha’, la lógica describe además las ordenaciones de la realidad en forma simbólica: no reproduciéndola mediante copia ni tratando de averiguar su esencia mediante analogía” (*op. cit.*, Tomo 3, p. 2021).

Entre los lógicos del siglo XIX y XX que se ocuparon de este tema figuran Peirce, Russell, Tarski, Hintikka, Beth, etc. Al ser propio de la lógica matemática operar con cálculos siguiendo los procedimientos del álgebra, ella instituía una verdad que no era apofántica –como en la lógica aristotélica– sino de otro orden, basada en la conformidad de las operaciones simbólicas realizadas. De ahí surgió la posibilidad de construir *nuevas* tablas para deducir “lógicamente” la verdad o falsedad de una sentencia. Peirce es autor de una de ellas; igualmente Hintikka, Beth y otros. Pioneros en la elaboración de estas matrices o tablas de verdad han sido los lógicos estoicos. En ese contexto se hizo referencia a como trataron este tema Peirce y Tarski.

Se prosiguió luego con algunas notas sobre las lógicas referidas e instrumentadas por Lacan:

- Lógica proposicional o de conectores
- Lógica cuantificacional o lógica de predicados
- Lógica sentencial, cuyos precursores fueron los antiguos estoicos
- Lógica modal
- Lógica simbólica

Acerca de la primera se hicieron comentarios sobre su forma clásica y sobre la versión más moderna –lógica simbólica–. De ambas se mostraron su forma de construir proposiciones. La lógica proposicional simbólica estuvo explícita e implícitamente presente en todo el proyecto lacaniano de logicizar el psicoanálisis.

En relación a la segunda, la cuantificacional o lógica de predicados, se incluyeron algunas generalidades sobre la misma por que ella fue empleada –junto con la lógica modal– en la elaboración de las fórmulas de la sexuación presentadas por Lacan en el *S 20* y comentadas en III, 5.11.2 a III, 5.11.4. También la empleó en la fundamentación de una perspectiva lógica de su noción de clase fundada en el rasgo unario (III, 5.8).

La creación y desarrollo de la lógica cuantificacional tuvo que ver con que los enunciados que contenían las partículas todo(s) o alguno(s), no podían ser formalizados adecuadamente en la lógica de enunciados o de conectores. Los enunciados complejos o moleculares, formados a partir de proposiciones atómicas, que incluyan la partícula *todo* y *alguno*, como en “todo mamífero es vertebrado” o “algunos mamíferos son anfibios” son objeto de estudio de la lógica cuantificacional o lógica de predicados. Se caracterizan por el uso de los símbolos lógicos Λ y \forall que reciben el nombre de cuantificador (o cuantor) universal y cuantificador particular (o existencial), respectivamente. El desarrollo inicial de la misma se debe, como no, a Aristóteles; pero, con el inicio de la lógica simbólica se logró, gracias a Frege, la primera formalización completa; posteriormente fue alcanzando niveles más evolucionados y complejos. Es obvio que en esta lógica los cuantificadores Λ y \forall juegan un rol central; ellos encabezan y determinan, al modo de los prefijos en las palabras del lenguaje ordinario, la fórmula a la que afectan.

La cuantificación puede afectar sólo a los sujetos (lógica cuantificacional elemental) o a los argumentos y predicados (lógica cuantificacional superior). La cuantificación de los predicados comenzó con la lógica moderna y era desconocida por la aristotélica, estoica y medieval, que

utilizaba fórmulas cuánticas sólo para los sujetos. Se aportaron varios ejemplos sobre *el modus operandi* de esta lógica.

Durante un tiempo se utilizó como cuantor universal $\forall x$ y como cuantor particular o de existencia: $\exists x$. Conviene retener esta segunda notación dado que es la que aparece en algunos seminarios de Lacan; especialmente en *El saber del analista* (1971-1972), en el que trabajó asuntos psicoanalíticos por medio de la lógica modal; también en *Aún* (1972-1973), donde propuso las fórmulas de la sexuación. Ambos cuantores $\forall x, \exists x$ eran muy utilizados en aquella época; hoy han quedado prácticamente en desuso. Se han aplicado también los cuantores a dominios finitos e infinitos. (véase III, 8.3).

En los apartados siguientes del capítulo se examinó la lógica sentencial que tuvo antecedentes reconocibles, aunque escasos, en Aristóteles; en el *Órganon* se encontrarán observaciones ocasionales sobre teoremas lógico-sentenciales que no fueron sistematizadas. Los lógicos estoicos, por el contrario, desarrollaron un sistema consecuente y autónomo sobre la base de otra concepción de las proposiciones y de los silogismos. El estagirita había clasificado las proposiciones desde diversas perspectivas: simples y compuestas; asertóricas (afirmativas), apodícticas y problemáticas; verdaderas y falsas; universales particulares y singulares; necesarias, contingentes, posibles, etc. En ellas se relacionaban siempre términos, nociones, determinaciones. En cambio, para los estoicos, lo esencial de una proposición era que estableciese *hechos*. Esta era la única condición que exigían de una proposición en su lógica; por eso se desentendieron de la estructura interna de la misma, que preocupó tanto a Aristóteles. Los silogismos de los estoicos no partían como los de este último de dependencias entre determinaciones sino de conexiones entre hechos, es decir: entre proposiciones (entendidas en sentido estoico).

El sistema que construyeron estuvo fundado en una semántica precisa; se afirmaba claramente que tenía por objeto, no las palabras o contenidos sino un significado objetivo: *lekton*, término que puede traducirse por “decible” o “dicho”; “significable” o “significado”. El *lekton* era el sentido de una expresión. Estaba dentro de lo que los estoicos consideraban *incorporales*.⁷⁶ Promovida la inequívoca relación de la palabra a los *lekta* —una proposición devino un *lekton* al que le convenía la calificación de verdadero o falso (y entonces le correspondía sólo una de esas dos calificaciones; véase a continuación los indemostrables IV y V)—, pusieron la atención en la estructura sintáctica de la expresión. El método que emplearon fue claramente *formalístico*. Estudiaron especialmente las implicaciones dentro de una concepción determinista de la “física” —en el sentido que ellos le otorgaron a este último término (véase nuevamente III, 6.8.2; también: III, 7.1.5.1)—. Conectaban hechos y fundamentaban conclusiones rigurosas; para ello exigían que los hechos estuvieran determinados *necesariamente*.

Peirce fue el primero en señalar que la estoica no fue una lógica de términos —Aristóteles y sus continuadores— sino de sentencias. Pero, como se ha visto recién, ésta no era la única diferencia. También hubo disparidad en la concepción lógica, en los vocablos empleados y en las problemáticas de las que se ocuparon unos y otros. En la estoica se articulaban sentencias y se establecían conexiones de acontecimientos; se creaban proposiciones y silogismos por medio de elementos conectivos o funtores (de negación, de implicación, de disyunción, de conjunción, etcétera). Por ejemplo: es de día, hay claridad. La implicación era una de las vías —entre otras— para establecer conexión entre un antecedente y un consecuente. Este tipo de enunciados se formaliza así: “p” implica “q”. Como puede apreciarse, esta fórmula es diferente de “S es P”, formalización de la proposición aristotélica.

Por otra parte, la estoica fue una lógica más formalizada que la aristotélica y construyó reglas operatorias en lugar de leyes (como la de los Analíticos primeros), cosa que la aproximó a la posibilidad de llevar a cabo cálculos lógicos, procedimientos que se conocieron muchos siglos más tarde gracias a Frege.

En el apartado siguiente se abordó la implicación y las tablas de verdad. Las proposiciones implicativas —“p” implica “q”—, se simbolizan así: $p \rightarrow q$. Una proposición de ese tipo es lógicamente correcta cuando el consecuente se desprende de su antecedente. En la historia de la

lógica se discutió mucho en qué casos la implicación era verdadera y cuándo falsa. Un debate que pasó a la posteridad fue el que sostuvieron Filón de Megara y Diodoro Crono. Lógicos de aquella época y de las que siguieron, tomaron partido por una u otra de estas posiciones, que pasaron a denominarse implicación filónica e implicación diodoriana. Filón sostuvo que todas las proposiciones hipotéticas o implicativas eran verdaderas, salvo aquella en la que el antecedente era verdadero y el consecuente falso (último caso del cuadro que sigue).

	Antecedente	Consecuente	Implicación
Si es de día, hay claridad	V	V	V
Si la tierra vuela, tiene alas	F	F	V
Si la tierra vuela, existe	F	V	V
Si la tierra existe, vuela	V	F	F

Proposiciones implicativas y matrices de verdad. V = verdadero; F = falso.⁷⁷

Por lo tanto, para él, una proposición implicativa era verdadera en tres modos y falsa en uno. Cabe observar que se estudia lógicamente la relación entre antecedente y consecuente; la verdad o falsedad de la implicación no está en relación con el contenido de la sentencia. Esto puede observarse claramente en el ejemplo b), ya que tanto el antecedente –si la tierra vuela–, como el consecuente –tiene alas–, serían falsos desde el punto de vista de su correspondencia con la realidad. Sin embargo, lógicamente, la implicación sería verdadera.

Diodoro Crono sostuvo una posición distinta a la de Filón. Decía que es verdadera la proposición implicativa que empezando por verdadera no pudo ni puede acabar falsa. Se propuso un ejemplo de sentencia implicativa –si es de día, yo discuto–, para señalar las diferencias de posiciones entre ambos lógicos. Según Filón la implicación era verdadera si efectivamente era de día y yo discuto (antecedente verdadero, consecuente verdadero, luego, implicación verdadera). Diodoro la consideraría falsa ya que el consecuente –yo discuto– puede terminar siendo falso si me callo, o bien, ya era falso antes de comenzar a hablar. Veamos otro ejemplo: si es de noche, yo discuto. Para Filón hubiera sido:

- Verdadera, si efectivamente es de noche y yo discuto (caso a).
- Verdadera, si es de día y estoy callado (caso b).
- Verdadera, si es de día y yo discuto (caso c).
- Falsa, si es de noche y estoy callado (caso d).

Para Diodoro, en cambio, sería falsa pues puede comenzar como verdadera y terminar siendo falsa si la noche pasa o si me callo. Se puede enunciar de manera formalizada la implicación dioridiana, de la siguiente manera: “p” implica “q” si, y sólo si, para cualquier tiempo “t” no se produzca que “p” en “t” sea verdadera y “q” en “t”, falsa.

Luego se expusieron algunas nociones sobre la lógica modal, muy utilizada por Lacan en la última década de su obra. Ella se inició –¡como no!– con Aristóteles; ya en *Sobre la interpretación* y en *Analíticos Primeros* dedicó especial atención a los distintos aspectos de las proposiciones y silogismos modales. Luego, los lógicos de todas las épocas se ocuparon de ella y promovieron desarrollos de aspectos parciales de la misma. Sólo alcanzaría su cenit en el siglo XX, con la llegada de la lógica modal simbólica, que le dio un empuje inusitado. El psicoanalista francés la empleó –en combinación con la topología nodal– para sus elaboraciones sobre las lógicas del inconsciente, del *esebarrado*, de las relaciones con lo Real, en la articulación de lo modal con las fórmulas de la sexuación, en las lógicas del amor y los modos lógicos del amor de transferencia. Se hizo un breve recorrido por la historia de la lógica modal; se consideró: a) la aristotélica y megárico-estoica; b) la del Medioevo temprano y escolástica y c), la moderna y simbólica.

¿Qué es el modo o modalidad que dio pie al surgimiento de esta rama lógica? ¿En qué reside la especificidad de una proposición modal? Si de manera amplia, la proposición puede definirse

como un enunciado que tiene un sentido completo y del cual se puede decir que es verdadero o falso, la *modalidad* introduce una especificación –el *modo*– respecto a cómo se afirma o niega algo en una proposición. En una proposición simple, la cópula –un verbo– articula el sujeto (S) al predicado (P) y viene a decir si algo *es* –afirmación– o *no es* –negación–. Ejemplos de ello serían los enunciados en *Toda S es P*; *Alguna S no es P*. En una proposición modal se especifica de qué manera están vinculados entre sí el sujeto y el predicado. Es diferente decir: “Toda ese es P” que: “es necesario que S sea P” o “es posible que S sea P” o “es imposible que S sea P”.

Dicho en otros términos el *modo* agrega una determinación en una proposición categórica: matiza sobre el tipo de la inherencia que el predicado tiene sobre el sujeto. Se lleva a cabo ya sea mediante un adjetivo que modifica (“modaliza”, modula, inflexiona, precisa) a un sustantivo, ya sea por medio de un adverbio o locución adverbial que introduce modalidad: César corre *velozmente*. De manera habitual se especifica el modo utilizando expresiones del tipo: “es necesario que”, “es imposible que”, “es posible que” antes de una proposición cualquiera. Estos sintagmas introducen una de las tantas formas de modalidad.

La tradición lógica post-aristotélica, sobre todo la medieval, hizo de lo modal uno de los focos de sus investigaciones. Ajustó los *modos* con que se afirma o niega algo de otra cosa y, por lo tanto, introdujo precisiones en el uso de las proposiciones modales. El *modo*, al igual que en las lógicas anteriores, especificaba la manera en que quedaban vinculados entre sí el sujeto y el predicado. La lógica escolástica ha utilizado ampliamente el término *contingente* y acabó sistematizando las cuatro *modalidades* antes enunciadas, que son algo diferentes de las aristotélicas. Ellas llegaron prácticamente hasta la actualidad.

Posibilidad: “Es posible que S sea P”

Imposibilidad: “Es imposible que S sea P”

Contingencia: “Es contingente que S sea P”

Necesidad: Es necesario que S sea P”

Sobre la lógica modal simbólica se destacó los impulsos que le dieron J. Łukasievich y C. I. Lewis en la primera mitad del siglo XX y, luego, desde una perspectiva predominantemente semántica, Rudolf Carnap (1891-1970), Saul Kripke (1941-), Jaakko Hintikka (1929-) y E. J. Lemmon. Se hicieron breves comentarios sobre las aportaciones de Łukasievich, Kripke e Hintikka.

Lacan tomó muchos elementos de la lógica modal y la cuantificacional en la elaboración de las fórmulas de la sexuación. Se examinó detenidamente estas facetas de su producción en III, 5.11.2. a III, 5.11.3.; allí se remite. Se recordará únicamente que transcribió a su manera las cuatro variantes de modalidades clásicas recién enunciadas, que en el párrafo siguiente aparecerán en cursivas:

Necesario: lo que no cesa de inscribirse

Posible: lo que cesa de escribirse

Imposible: lo que no cesa de no escribirse

Contingente: lo que cesa de no escribirse

Las páginas siguientes del capítulo fueron dedicadas a la lógica simbólica (o matemática, o logística), la que más influyó sobre Lacan. Se recordó que en los años 1854 y 1879 se publicaron dos obras de singular valor: *Las leyes del pensamiento* de George Boole y la *Conceptografía* de Gottlob Frege; ellas supusieron un cambio revolucionario en esta disciplina: rompieron con el paradigma aristotélico vigente durante más de veinte siglos e inauguraron una lógica concebida como ciencia exacta. Llevaron a cabo una matematización de la lógica; o dicho en otros términos, subordinaron la lógica a las matemáticas, incorporando la exactitud y el rigor de esta última. Podría decirse que con la lógica simbólica se alcanzaron los máximos niveles de formalismo dentro de esta disciplina: ella opera mediante cálculos, en base a símbolos carentes de contenidos. Utilizan un lenguaje simbólico y precisan las reglas operatorias, que constituyen los basamentos de sus cálculos. Las reglas que rigen estas operaciones se refieren a la forma de los signos que emplea y no a su

sentido, a la manera de un cálculo matemático. Por esto hubo quienes la consideraron una rama de las matemáticas, más que de la lógica.

Las lógicas precedentes se sirvieron de la abstracción –aunque a un nivel elemental–; construyeron sus proposiciones y silogismos mediante un lenguaje natural. Los lógicos matemáticos, en cambio, potenciaron la formalización y comenzaron a utilizar sistemáticamente lenguajes artificiales. En rigor, empezaron a operar de manera inversa a la de la vieja lógica: primero, elaboraban sistemas puramente formales para, posteriormente, buscar una interpretación en el lenguaje ordinario.

La lógica simbólica no hubiera existido sin los progresos enormes en álgebra y geometría que se produjeron a partir del siglo XIX, especialmente en Inglaterra y Alemania, impulsados por la aplicación tecnológica de tales conocimientos. Se exigía mayor rigor y precisión matemática y, a la vez, fundamentos más satisfactorios para dicha disciplina. Los avances habidos en el Reino Unido sentaron las bases para el proyecto de un hijo de esas tierras: G. Boole. Asimismo, las importantes reflexiones de algunos matemáticos alemanes sobre el número permitieron a Frege construir una lógica de los conceptos y las leyes de la aritmética. Como telón de fondo de ambos desarrollos: los casi veinticinco siglos de lógica que, por entonces, ya mostraba signos de obsolescencia y solicitaba saltos cualitativos. Otros elementos que contribuyeron a este florecimiento fueron las revalorizaciones de los precursores de lenguajes formales y universales, aplicados al razonamiento; entre ellos, los de Llull, Descartes y Leibniz, evocados en el apartado anterior. Completan los factores que coadyuvieron al nacimiento de la nueva lógica la presunción, y posterior corroboración, de la existencia de partes de las matemáticas que conforman sistemas deductivos; es decir, cadenas de razonamientos que se rigen por reglas lógicas.

Se ha afirmado que Leibniz fue el padre anticipado de esta lógica, aunque le correspondió a Boole dar el pistoletazo de salida de forma de la lógica, en cuya saga se encuentran pensadores como Peirce, Schröder, Frege, Cantor, Peano, Whitehead, Russell, Hilbert, Gödel, Brouwer, Zermelo, Fraenkel y muchos otros. Hay quienes que, en cambio, reconocen a Frege la paternidad formal de la misma, en tanto realizó el salto decisivo que Boole no supo dar.

Así, pues, dos iniciadores y dos orientaciones que consumaron una revolución copernicana en lógica. Se apreció que Boole y Frege, más allá de sus coincidencias básicas, dieron origen a dos corrientes de pensamiento dentro de la lógica simbólica. La que encabezó Boole, otorgó forma matemática al razonamiento; Peirce y Schröder, entre otros, siguieron la misma senda. Son los que se encaminaron hacia la *matemática de la lógica*. La otra vertiente –*lógica de la matemática*– se originó en el programa logicista de Frege y en la teoría de conjuntos de Cantor; se dirigió básicamente a dar fundamento lógico a la matemática. G. Peano, B. Russell, A. Whitehead, etc. están entre los pioneros de esa corriente. En la primera mitad del siglo XX se conformó un grupo selecto de matemáticos y lógicos que dieron nuevos impulsos –en diferentes direcciones– al desarrollo de esta lógica. Los últimos cincuenta años supusieron un despliegue de lógicas especiales que, en muchos casos, se alejaron de estas dos vertientes iniciales. Dos personajes particularmente difíciles de encuadrar dentro de las corrientes enunciadas han sido Franz Brentano y L. Wittgenstein. El primero será objeto de algunas consideraciones en este anexo, por una aportación puntual en lógica, relacionada con los juicios de existencia, cuestión en la que coincidió con Peirce. En tanto ejerció buena parte de su carrera docente en Viena, fue profesor de filosofía de Freud; en algunos textos de este último pueden detectarse sus influencias. Wittgenstein ha sido incluido atendiendo a que buena parte de sus elaboraciones giraron en torno a temas que interesaron al psicoanálisis lacaniano: las relaciones entre el lenguaje, la filosofía y la lógica. En esta última disciplina elaboró una teoría original sobre la negación.

Se hicieron breves comentarios sobre todos los pensadores nombrados; Frege y Peirce fueron abordados con mayor detenimiento.

El capítulo terminó con un estudio de los antecedentes del cuadrante de Peirce en la historia de la Lógica. El autor de esta tesis elaboró un cuadro sinóptico a doble página –a él se remite– que posibilitará apreciar mediante un vistazo un panorama general de los antecedentes del cuadrado lógico de oposiciones y, por lo tanto, del cuadrante peirciano: Aristóteles, Apuleyo, su construcción precisa por parte de Boecio, las innovaciones medievales, los aportes de Leibniz y las

transformaciones que introdujo Peirce –se las denominó, con un toque de humor, “circulatura” del cuadrado–. Pero él no sólo cambió las formas (pasaje de un cuadrado a un círculo) sino que subvirtió las leyes de oposición clásicas. Se afirmó la conveniencia evitar la idea de una evolución progresiva de la lógica. Aristóteles supuso una discontinuidad respecto de los presocráticos; más importante aún fue el salto cualitativo que introdujo Boecio en este tema; posteriormente, la lógica simbólica dio un giro de 180° respecto de las anteriores. El estagirita, al final de “Sobre la refutaciones sofísticas”, afirmó que acerca del razonar y los razonamientos, no tenía nada para citar por el simple hecho de que no había antecedentes; tuvo que partir de cero. Fue pues el creador de la lógica y su cuerpo doctrinario tuvo vigencia durante más de veinte siglos. Este mérito le dio un lugar único en la historia de la lógica y tal vez sea Frege quien más se le haya aproximado, al fundar en 1879, la lógica actual; es decir, la simbólica.

En la sinopsis gráfica podrá apreciarse, también, las articulaciones propiamente psicoanalíticas que Lacan llevó a cabo en torno al diagrama peirciano, con el soporte que le brindó la lógica matemática. Se excluyeron del cuadro las referencias y aportes de los lógicos matemáticos en tanto no fueron esenciales para el punto específico del que se intenta dar una visión sintética.

NOTAS DEL ANEXO AL CAPÍTULO 5

¹ Este Anexo contiene nociones básicas de lógica; en él se ofrecen los elementos necesarios para entender las importaciones lógicas de Lacan. Para los interesados en profundizar en este tema se sugieren la siguiente bibliografía: Garrido M. (1974), *La lógica simbólica*; editorial Tecnos, Madrid; se citará a partir de la cuarta edición, revisada, de 2001. Quesada, D. (1985); *La lógica y su filosofía*, Editorial Barcanova, Barcelona. Bochenski, I. M. (1956); *Historia de la lógica formal*, Editorial Gredos, Madrid, 1976. Reale, G. (1985); *Introducción a Aristóteles*, Editorial Herder, Barcelona. Haack, S. (1978) *Filosofía de las lógicas*, Editorial Cátedra, Madrid. Deaño, A. (1980), *Las concepciones de la lógica*, Taurus, Madrid. Del mismo autor *Introducción a la lógica formal* (1978), Alianza editorial, Madrid. Kneale, W. y M., (1972); *El desarrollo de la lógica*, Editorial Tecnos, Madrid. Quine, W. V. (1973), *Filosofía de la lógica*; Alianza editorial, Madrid. Ferrater Mora (1979) *Diccionario de filosofía*, obra ya citada en reiteradas ocasiones; se han consultado las entradas dedicadas a la lógica y sus distintas ramas. De todos estos volúmenes, quizá los de Quesada (1985) y Deaño (1978) sean los más asequibles para neófitos y autodidactas en la materia.

² La palabra Lógica proviene del griego antiguo λογική (*logikē*), que significa: “dotado de razón, intelectual, dialéctico, argumentativo” y que a su vez proviene de λόγος (*lógos*): “palabra, pensamiento, idea, argumento, razón o principio”.

³ Un tercer sinónimo: *sentencias*. De ahí que la rama de la lógica que se ocupa de ellas -según se verá *infra*, en A_{5.3.}-, se denomine indistintamente: lógica proposicional, o de sentencias o de enunciados. Se le ha dado también un cuarto nombre: lógica de conectores, por el amplio uso que ella hace de estos últimos.

⁴ Siguiendo a Bochenski, I. M. (1956); *Formale logic*, Verlag Karl Alber, Freiburg/München -versión castellana bajo el título de *Historia de la lógica formal* (1976), Editorial Gredos, Madrid- pueden considerarse los siguientes cinco periodos de la Lógica:

- a) **Clásico antiguo**, que va desde el siglo V antes de Cristo al VI después de J.C.; destacaron en esa etapa: Aristóteles –considerado el fundador de esta disciplina-, los lógicos de la escuela megárico-estoica (Diodoro, Filón) y los del fin de la antigüedad (Galeno, Porfirio, Alejandro de Afrodísia, Boecio, Apuleyo y otros).
- b) **La alta edad media** (del siglo VII al XI), periodo de transición poco creativo en el que cabe mencionar a Pedro Abelardo y San Anselmo.
- c) **Escolástico** (del siglos XI al XIV); entre otros importantes cabe citar a Guillermo de Syresword, Occam, santo Tomás de Aquino, Duns Escoto, etc.
- d) **Moderno clásico** (del siglo XVI al XIX); Bentham, Bacon, lógicos de Port Royal, Leibniz, etc.
- e) **Lógica simbólica** (o matemática), desde la mitad del siglo XIX hasta la actualidad. Sobresalieron: Boole, Fregue, Cantor, Peirce, Peano, Russell, Gödel y muchos otros.

⁵ Sobre el desarrollo cronológico de la lógica puede consultarse *Historia de la lógica formal*, de Bochenski, I. M. (1956); *op. cit.* En la nota nº 1 del capítulo 5 se enumeraron los periodos en que este autor escandió las producciones lógicas de todos los tiempos. Se ha utilizado también el criterio geográfico para agrupar; se habla entonces de Lógica **oriental**, para referirse a la desarrollada especialmente dentro de los sistemas filosóficos de la India y de Lógica **occidental**, que abarca la producción de toda esa región del mundo y de otras zonas que siguen su tradición. La división antes comentada -según periodos históricos- se limitan a la lógica elaborada en Occidente.

⁶ Entre las lógicas *especiales* están: la polivalente, la modal, la deóntica, la epistémica, la combinatoria, la intuicionista, la difusa, etc.

⁷ Otras obras importantes de Frege son: *Los fundamentos de la aritmética. Investigación lógico-matemática sobre el concepto de número* (1884) y *Leyes fundamentales de la aritmética*, cuyos dos volúmenes fueron publicadas en 1893 y 1903 respectivamente. Allí propuso por vez primera los análisis, conceptos y métodos que caracterizan a la lógica actual y desarrolló una formulación completa de la lógica de primer orden. *Los fundamentos de la aritmética* (*Die Grundlagen der Arithmetik*), tal vez haya sido su obra más lograda. Existe una versión castellana de este importante texto en la recopilación publicada en 1996 bajo el título *Escritos filosóficos*, Editorial Crítica (Grijalbo-Mondadori), Barcelona. Este libro contiene, además, algunos estudios suyos sobre semántica que constituyeron aportes importantes para la filosofía del lenguaje contemporánea. Son ellos: “Función y concepto”, “Sobre sentido y referencia”, “Sobre concepto y objeto”, “¿Qué es una función?”, etc. Cierra esta recopilación otros artículos que fundamentan la geometría. Dicha edición estuvo al cuidado de J. Mosterín, quien además escribió una introducción al pensamiento de Frege.

⁸ Recuérdese que hasta hace poco se consideraba al átomo como la partícula más pequeña de un cuerpo simple, que conserva las cualidades íntegras de aquél.

⁹ La lógica, especialmente la simbólica, se desentiende del lenguaje natural u ordinario, propio de una comunidad de hablantes de un idioma determinado. Para los lógicos esas lenguas están sobrecargadas de polisemias, redundancias, ambigüedades, homofonías, equívocos, que son los que, en contrapartida, interesan al psicoanálisis. El lógico huye de éstas y para eso creó y desarrolló sus lenguajes artificiales. El ideal de la lógica formal, en tanto ciencia universal, es ser tan rigurosa como las matemáticas; pretende realizar operaciones y cálculos de manera exacta. En este aspecto específico hay una antinomia entre la lógica y el psicoanálisis.

¹⁰ Garrido, M. (1974); *op. cit.*, p. 105. Aquellos que estén interesados en las estrategias de deducción natural de conectores pueden remitirse al capítulo V de la obra que se está citando.

¹¹ Deaño, A (1980); *op. cit.*, pp. 251-252.

¹² Russell, B. (1903); *Los principios de la matemática*; Espasa Calpe, 1967, p. 14.

¹³ Este texto, presentado por primera vez en la Sociedad Científica de Varsovia, fue luego ampliado y traducido a diversos idiomas. La frase citada proviene de *Logic, semantics, metamathematics* (1956), - Clarendon Press, Oxford, p. 152- volumen en el que se recopilaron sus artículos producidos durante el lapso 1923-1938.

¹⁴ Para más detalles sobre esta forma de entender la verdad, véase en III, 7.12. lo sostenido por Aristóteles y los escolásticos.

¹⁵ Sobre la interpretación de conjuntos de enunciados lógicos, véase A₅.7.

¹⁶ Sobre todo cuando los dominios sobre los que se aplican los cuantores son finitos; cuando son infinitos, ya se diferencian tajantemente. Se volverá enseguida sobre ese asunto.

¹⁷ Véase III, 6.8.2.

¹⁸ Este último ejemplo nos muestra especialmente la posibilidad de relacionar enunciados que en principio nada tienen que ver entre sí, antes de quedar articulados lógicamente por la implicación. Cabría agregar que esta conectiva no fue desconocida por Aristóteles, quien la había trabajado, a su manera, bajo la forma de proposiciones y silogismos hipotéticos. Por otra parte, las implicativas no deben confundirse con las condicionales, que pueden enunciarse así: *Si "p" entonces "q"*, ejemplificada por: si Averroes fue un filósofo, entonces Einstein fue físico. (Obsérvese las conectivas diferentes entre el condicional y la implicación).

¹⁹ Se atribuye a Embúlides de Mileto la conocida paradoja del mentiroso: ¿si un hombre que miente reconoce al mismo tiempo que miente, miente en su declaración? Efectivamente, miente, puesto que plantea una afirmación que sabe falsa; por otra parte, no miente puesto que declara que miente. Esta y otras paradojas fueron muy debatidas por los integrantes de la escuela megárico-estoica y por otras posteriores. Russell las retomó a comienzos del siglo XX y Lacan se refirió a varias paradojas en sus seminarios.

²⁰ “Primero” y “segundo” cumplen la función de variables proposicionales (vacías) que pueden ser llenadas con contenidos específicos: Si es de día hay luz; es de día, luego hay luz (ejemplo I). Si es de día hay luz; no hay luz; por lo tanto, no es de día. (ejemplo II). IV y V son dos formas de silogismos disyuntivos. O es de día o es de noche; ahora bien, no es de noche, por lo tanto, es de día (V). Recuérdese que Lacan desarrolló esta disyunción como *vel* de la exclusión, retomando la manera latina de referirse a la disyunción.

²¹ Los ejemplos son de Sexto Empírico; el cuadro fue tomado de I.M. Bochenski *Historia de la lógica formal*, *op. cit.*, p.128. Este cuadro puede considerarse entre los primeros antecedentes de las matrices de verdad que muchos siglos más tarde propuso Peirce, Wittgenstein, Hintikka y otros.

²² Peirce, Ch. S.; *Collected Papers*, *op. cit.*, Tomo II, p. 280. Para mayor inteligibilidad del texto en castellano he añadido, entre corchetes, un par de palabras.

²³ *Tratados de Lógica, (Organon) II, op. cit.* En *Sobre interpretación*, ver especialmente pp. 67-81 y en *Analíticos Primeros*, pp. 126 a 171. Allí se dedicó a los enunciados que la lógica posterior clasificó como problemáticos y apodícticos; es decir, modalizados de manera no asertórica.

²⁴ *Tratados de Lógica (Organon), Tomo II, op. cit.*, pp. 67 y sig.

²⁵ Tarski, por su parte, realizó aportes importantes en semántica, teoría numérica y teoría de los conjuntos; trabajó asimismo en las nociones de modelo, decibilidad, definibilidad y verdad. Otros miembros importantes de la escuela polaca fueron Lesniewski, Kotarbinski, Ajdukiewicz y Post; este último emigró muy joven -también a Estados Unidos- y allí elaboró lógicamente la idea de la completitud, postuló sistemas infinitamente polivalentes, realizó estudios sobre sistemas relacionales (conocidos como “Álgebra de Post”), etc.

²⁶ Como se verá más adelante, Lacan la retomó y la contrapuso a lo necesario, a veces, y en otras ocasiones a lo imposible.

²⁷ Tomado de Ferrater Mora, J.; *op. cit.*, tomo 3, en p. 2442.

²⁸ El artículo de Kripke se titulaba: “A Completeness Theory in Modal Logic” y apareció en el *Journal of Symbolic Logic*, vol. 24, (1959), pp. 1-14. Se recuerda que fue mencionado en el apartado 5.9.3. en tanto autor de una doctrina sobre el nombre propio: la del *designador rígido*. Las críticas referidas de W. Quine a Kripke pueden leerse en *Palabra y objeto* (1960), versión española de M. Sacristán, Labor, Barcelona, 1968. Una frase de Quine que se hizo famoso al respecto es la siguiente: “La lógica modal fue concebida en pecado”. Para una crítica de esta crítica, ver Hintikka, J. (1998); *El viaje filosófico más largo*; especialmente, pp. 220 a 224; Gedisa Editorial; Barcelona. En este libro, de lectura asequible y por demás interesante, el autor explora y reinterpreta las ideas de algunos grandes de la filosofía -de Aristóteles a Virginia Wolf, según reza el subtítulo de este volumen- esclareciendo aspectos fascinantes de sus pensamientos. La obra tiene no sólo interés histórico; es de vibrante actualidad.

²⁹ Para más detalles sobre estas cuestiones ver Bochenski (1956), *op. cit.*, p. 281 y ss.

³⁰ Sus dos obras lógicas fundamentales fueron: *The Mathematical Analysis of Logic, being an Essay toward a Calculus of deductive Reasoning* (1847) y *An Investigation of the Laws of Thoughts, on which are founded de Mathematical Theories of Logics and Probabilities* (1854) Estos títulos son habitualmente citados de manera abreviada como *Análisis matemático de la lógica y Las leyes del pensamiento*, respectivamente.

³¹ Ver Nidditch, P. H. (1987); *El desarrollo de la lógica matemática*, p. 44, Cátedra, Madrid.

³² Sus principales obras fueron *Der Operationskreis der Logik-kalkuls* (El campo de operación del cálculo lógico) y *Vorlesungen über die Algebra der Logik* (Lecciones sobre el Álgebra de la Lógica).

³³ Entre sus obras más importantes figuran: *De la múltiple significación del ser según Aristóteles* (1862), *Psicología desde un punto de vista empírico* (1874), *Investigación sobre la psicología de los sentidos* (1907), *El origen del conocimiento moral* (1927), etc. Bajo el seudónimo de Aenigmatis hizo una recopilación de adivinanzas, acertijos y retruécanos que provocaron admiración en los salones vieneses. Freud aludió a este texto menor de Brentano en *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905). Para más detalles sobre este filósofo puede consultarse las entradas que le dedican Ferrater Mora; *op. cit.* y Roudinesco, E. - Plon, M. (1997); en *Dictionnaire de la psychanalyse*, Fayard, Paris.

³⁴ Este asunto fue ampliamente tratado en III, 5.5.4., desde la perspectiva de Peirce. Allí se subrayó las coincidencias con Brentano respecto de este punto. Lacan retomó esta cuestión a través de una crítica al universalismo aristotélico, al que calificó de fútil.

³⁵ Entre sus obras más importantes figuran: *Conceptografía, un lenguaje formalizado del pensamiento puro a base del lenguaje aritmético* (1879), *Los fundamentos de la aritmética. Investigación lógico- matemática sobre el concepto de número* (1884) y *Leyes fundamentales de la aritmética*, cuyos dos volúmenes fueron publicadas en 1893 y 1903 respectivamente. La primera de ellas se suele citar, de manera abreviada, como *Begriffsschrift* -término traducido al castellano ya sea por conceptografía, ya sea por ideografía-. Allí propuso por vez primera los análisis, conceptos y métodos que caracterizan a la lógica actual y desarrolló una formulación completa de la lógica de primer orden. *Los fundamentos de la aritmética (Die Grunlagen der Arithmetik)*, tal vez haya sido su obra más lograda. Se harán algunas citas y comentarios de la misma en páginas siguientes. Existe una versión castellana de este importante texto en la recopilación publicada en 1996 bajo el título *Escritos filosóficos*, Editorial Crítica (Grijalbo Mondadori), Barcelona. Este libro contiene, además, estudios sobre semántica que constituyeron aportes importantes para la filosofía del lenguaje contemporánea. Son ellos: “Función y concepto”, “Sobre sentido y referencia”, “Sobre concepto y objeto”, “¿Qué es una función?”, etc. Cierra esta recopilación otros artículos que fundamentan la geometría. Dicha edición estuvo al cuidado de J. Mosterín, quien además escribió una introducción al pensamiento de Frege. Sus últimas obras serán aludidas más adelante en otra nota.

³⁶ La polémica entre Hilbert y Frege acerca del método axiomático, ha sido referida muy brevemente por Jesús Mosterín en su introducción a *Escritos filosóficos de Gottlob Frege* (pp. 22 y ss.) y, de manera más extensa, en *Conceptos y teorías en la ciencia* (1987), pp. 110-130, Alianza editorial, Madrid. Por otra parte, J.-A. Miller, en *Matemas II, op. cit.*, p. 22 y ss., hizo comentarios muy interesantes sobre la carta en que Russell le comunicó a Frege una contradicción en el sistema que desarrolló en *Leyes fundamentales de la aritmética*. La respuesta primera del lógico alemán y la correspondencia que mantuvieron después está ampliamente comentada en el artículo mencionado.

³⁷ Un sistema formal deductivo es consistente (en el sentido de “correcto” o “coherente”) cuando está libre de contradicciones. Los dos tomos de *Las leyes fundamentales de la aritmética, deducidas ideográficamente* supusieron una veintena de años de trabajo. Frege consideraba que la publicación de los mismos significaba la culminación exitosa de su programa logicista. Pero, mientras corregía las pruebas del segundo volumen, recibió la fatídica carta de B. Russell, comentada en una nota anterior, quien le comunicaba haber hallado una contradicción en su sistema: la famosa

paradoja que lleva su nombre: las clases que no se pertenecen a sí mismas. Ante la conmovición, Frege añadió un apéndice al texto ya escrito, para salvar esta inconsistencia. Introdujo allí modificaciones en el axioma V, pero éstas resultaron ser poco efectivas para solucionar los fallos descubiertos. En ese mismo apéndice afirmó: “Nada más triste puede suceder a un escritor científico que ver cómo, después de haber terminado su trabajo, uno de los fundamentos de su construcción se tambalea”.

³⁸ Frege criticó el psicologismo en lógica, el de Boole y J. S. Mill, entre otros. Consideraba que trataban a esta disciplina como si fuera una ciencia *descriptiva* de ciertos procesos mentales y no como ciencia *normativa* de los mismos. En sus *Fundamentos de la aritmética* (1884) ya había sostenido la necesidad de separar lo psicológico de lo lógico y lo subjetivo de lo objetivo, términos a los que dio sus propias definiciones.

³⁹ El desarrollo de Frege es conceptualmente más complejo que la síntesis elemental recién expuesta. Es imposible -y tal vez innecesario en un contexto como éste- explicitar en detalle las ideas y procedimientos empleados por Frege para dilucidar lógicamente el concepto de número. Para tales fines puede leerse *Fundamentos de la aritmética* (1884), *op. cit.*, donde expone estas cuestiones de manera ordenada. Aquí se agregará sólo unas breves notas sobre dicha obra. Para definir el número cardinal Frege precisó un dominio previamente dado de elementos y definió una adecuada relación de equivalencia. Eligió como dominio de elementos *la clase de todos los conceptos* y como relación de equivalencia entre conceptos, *la biyectividad*. En la página 109 puede leerse que el concepto *F* es equinúmero al concepto *G* si y sólo si hay una biyección entre los objetos que caen bajo *F* y los objetos que caen bajo *G*. “El número que corresponde al concepto *F* es la extensión del concepto ‘equinúmero al concepto *F*’”, dice textualmente. Y en la página siguiente agrega: “al concepto *F* le corresponde el mismo número que al concepto *G*. El vocablo equinúmero se corresponde con el de equivalencia y éste, a su vez, indica que puede establecerse una relación biyectiva. El número cardinal de un concepto *F* es la clase de equivalencia de *G* respecto a la relación de biyectividad; es decir, la clase de todos los conceptos biyectables de *F*. En III, 8.2.4. se ampliarán estas consideraciones.

⁴⁰ Los tres artículos que llegó a redactar y publicar en una revista filosófica –“El pensamiento”, “La negación” y “Composición de pensamientos”- formaban parte del proyecto de escritura de una obra de más largo aliento, que no fue acabada. Estos ensayos fueron traducidos al castellano y publicados bajo el nombre genérico de *Investigaciones Lógicas*, que rescata el título que Frege pretendía dar a su libro nonato -*Logische Untersuchungen*-. Dicho volumen fue editado por Tecnos, Madrid, 1884, y cuenta con una presentación de Luis Ml. Valdés.

⁴¹ Se recuerda el modo habitual de citar a Peirce, cuando se trata de sus *Collected Papers*: el número inicial seguido de un punto indica el tomo correspondiente; las cifras siguientes, el número del párrafo en cada tomo. Cuando se trate de otras fuentes, se las indicará específicamente.

⁴² En cierto sentido se anticipó a las elaboraciones de Skolem y von Neumann que desembocaron en el concepto general de estrategia en la teoría de los juegos.

⁴³ Algunas desarrollos de Peirce vinculados a la continuidad pueden ser útiles para pensar el concepto de identificación en psicoanálisis: ¿qué tipo de *continuidad* existe entre el objeto identificante y el sujeto de la identificación? ¿Qué diferencias se establecen, también, entre ambos?

⁴⁴ Respecto de esta última cuestión, véase Hintikka, J. (1998); *El viaje filosófico más largo*; capítulo 8. El lugar de C. S. Peirce en la historia de la teoría lógica, pp. 213. y ss.

⁴⁵ Algunos desarrollos de Peirce vinculados a la continuidad pueden ser útiles para pensar el concepto de identificación en psicoanálisis: ¿qué tipo de continuidad existe entre el objeto identificante y el sujeto de la identificación? También: ¿qué diferencias se establecen entre ambos?

⁴⁶ Se toma en préstamo de la introducción de Armando Sercovich a *La ciencia de la semiótica*, *op. cit.* pp. 12-14, las siguientes consideraciones: “La relación existente entre un representamen –signo en la terminología habitual– y su interpretante correspondiente es de *determinación semiótica*.” En ese contexto cita en varias ocasiones a Peirce: “Ningún representamen puede funcionar realmente como tal si no determina efectivamente a un interpretante [...]”. “Mi interpretante inmediato está implícito en el hecho de que cada signo debe tener su interpretabilidad, una que le sea propia, antes de obtener un intérprete”. “Un signo es un representamen con un interpretante”. En esa misma introducción, Sercovich define los objetivos de la semiótica de una manera más precisa que Morris: “[...] se propone el análisis de la dimensión significante de *todo* hecho desde el momento en que se asigna su pertinencia: el régimen de determinaciones objetivas que hacen significativo a lo real”. Hay acuerdo en considerar que la semiótica se divide en tres ramas: **sintaxis** (se ocupa de los signos con independencia de lo que significan o designan), **semántica** (que estudia la relación de los signos con los objetos designados) y **pragmática** (que analiza los vínculos entre los signos y los sujetos que los emplean).

⁴⁷ Estos aspectos son tratados extensamente por Balat, M. (2000); en *Des fondements sémiotiques de la psychanalyse*, L'Harmattan, Paris.

⁴⁸ Las siguientes descripciones que Peirce hizo de estas tres categorías se extractaron de la carta que él dirigió a Lady Welby el 12/12/04, reproducida en *La ciencia de la semiótica*, *op. cit.*, p. 86:

a) Primeridad es el modo de ser de aquello que es tal como es, de manera positiva y sin referencia a ninguna otra cosa.
b) Segundidad es el modo de ser de aquello que es tal como es, con respecto a una segunda cosa, pero con exclusión de toda tercera cosa.

c) Terceridad es el modo de ser de aquello que es tal como es, al relacionar una segunda y una tercera cosa entre sí. Siguiendo a Ferrater Mora -*op. cit.*; volumen 1, p. 458- puede decirse que la Primeridad es la *originalidad*; la Segundidad alude a la *existencia* o *actualidad*, mientras que la Terceridad se refiere a la *continuidad*. Junto a estas categorías faneroscópicas están las *metafísicas* (posibilidad, actualidad, destino, azar, ley, hábito) y las *cosmológicas* de:

azar (que da origen al tychismo); *evolución* (al agapismo) y *continuidad* (al synechismo). Estos sistemas categoriales se entrelazan en Peirce, como puede verse en relación al azar, a la continuidad, etc. Lo mismo ocurre entre las categorías faneroscópicas: la Terceridad está de algún modo presente en la Primeridad y Segundidad.

⁴⁹ Según Peirce, el signo hace irrupción de manera fortuita -es la dimensión tychástica de la semiosis-. Esta llegada repentina del signo desencadena un proceso necesario y estructuralmente preformado, aunque más no sea por el carácter dialógico del signo. Se trata de la dimensión anankástica de la semiosis, en la que operan, como ya se ha dicho, factores estructurales. Por último, el signo se resuelve en actos y pensamientos: es la dimensión agapásmica, que habla de la inserción de la semiosis en el mundo real y en el de las ideas. Para más detalles sobre estos aspectos puede consultarse Balat, M. (2000); *op. cit.* pp. 158 y siguientes. Podrá leerse allí que en la concepción lacaniana de la transferencia, de la libido y de la identificación hay cierto eco lejano de estas ideas de Peirce.

⁵⁰ El médico, psicólogo y filósofo W. James fue uno de los discípulos más conspicuos de Peirce. Se entrevistó con Freud cuando éste viajó a EE. UU. en 1909. Otro, tal vez menos conocido, fue el psicólogo Joseph Jastrow, alumno suyo con quien realizó pruebas experimentales sobre la percepción, en la Universidad Jhon Hopkins. Freud citó a J. Jastrow, en *La interpretación de los sueños* (1900). Peirce sostuvo que los juicios perceptivos son “el resultado de un proceso, aunque de un proceso *no suficientemente consciente* para ser controlado, o, para decirlo de un modo más justo, no controlable y por lo tanto *no plenamente consciente*” (5.181). Los diversos elementos que configuran una hipótesis están, según él, en la mente, sin que se tenga conciencia de ello, “pero es la idea de relacionar lo que nunca habíamos soñado relacionar lo que ilumina de repente la nueva sugerencia ante nuestra contemplación” (5.181). [Las cursivas del texto son mías]. Como puede observarse, Peirce consideraba la formación de una hipótesis como un acto de *insight*. Utilizó justamente ese término, que luego fue muy empleado en psicoanálisis.

⁵¹ El matemático y el científico utilizan con frecuencia la abducción en sus razonamientos. Por momentos parecen comportarse como perros de caza, atentos sólo a sus poderes instintivos, no verbales, perceptivos y de abducción. Peirce -en (7.218)- afirmó:

“La **abducción** arranca de los hechos, sin tener, al inicio, ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la sensación de que **se necesita una teoría para explicar los hechos** sorprendentes. La **inducción** arranca de una hipótesis que parece recomendarse a sí misma sin tener al principio ningún hecho particular a la vista, aunque con la sensación de **necesitar de hechos para sostener la teoría**. La abducción busca una teoría. La inducción busca hechos. En la **abducción**, la consideración de los hechos sugiere la hipótesis. En la **inducción**, el estudio de la hipótesis sugiere los experimentos que sacan a la luz los hechos auténticos a que ha apuntado la hipótesis.” (Las negritas son mías).

Se completan estas diferencias con las siguientes precisiones, en torno a un ejemplo, extractado de un artículo suyo de 1878 (2.623); se incluye en la comparación un tercer tipo de inferencia: la deducción. Las diferencias de razonamiento y sus resultados son por demás claros. Se ha de tener presente que para Peirce, todo argumento está compuesto por tres proposiciones: regla, caso y resultado, que permiten permutaciones. A su vez, cada proposición es un signo “enlazado con su objeto por una asociación de ideas generales” (2.262): un símbolo dicente.

Abducción. *Regla:* Todas las judías de este saco son blancas.
Caso: Estas judías son blancas.
Resultado: Estas judías son de este saco.

Inducción. *Regla:* Estas judías son de este saco.
Caso: Estas judías son blancas.
Resultado: Todas las judías de este saco son blancas.

Deducción. *Regla:* Todas las judías de este saco son blancas.
Caso: Estas judías son de este saco.
Resultado: Estas judías son blancas.

Estas tres figuras son irreductibles entre sí. Es interesante señalar que la abducción funda, en cierto modo, una lógica del *après-coup*: permite, retroactivamente, la formación de un juicio perceptivo e interpretativo: se abduce desde algo inesperado, fortuito, hacia un grupo de premisas, la mayor parte de las cuales han sido aceptadas con anterioridad. Es una forma de “leer” empezando por el final de la página hacia arriba. Se ha de conectar estas afirmaciones con lo que se ha visto anteriormente sobre las tres dimensiones de la semiosis.

Peirce puso en práctica la abducción en su actividad de detective. El relato de uno de los casos que resolvió fue expuesto en *The Hound and Horn* (1929, aunque escrito en 1907). Véase al respecto de este curioso *hobby* de Peirce el libro titulado *El signo de los tres*. *Dupin, Holmes, Peirce*, en los que sus autores -Umberto Eco, Thomas Sebeok y otros- relatan los puntos de contacto entre el semiólogo norteamericano y los famosos detectives -Sherlock Holmes y Auguste Dupin- surgidos de la pluma de Conan Doyle y de E. A. Poe.

⁵² Las palabra *pronóstico*, de uso extendido en medicina, permite un inciso: Peirce fue el heredero del análisis de los signos que se inicia en la antigüedad griega, tanto en el campo de la filosofía (sofistas, Platón, Aristóteles,

epicúreos, etc. llevaron a cabo análisis semióticos) como en el arte de curar (Galeno, Hipócrates, etc.), donde el vocablo semiótica se refería a la parte de la medicina que se ocupaba de interpretar los signos de las enfermedades, para establecer el diagnóstico, pronóstico y tratamiento. Aún hoy en día la formación médica exige una avezada formación en semiología clínica. La semiótica fue desarrollada más modernamente por Leibniz y Locke -que también fue médico- y cuya *semiotiké* influyó de manera singular en Peirce. Odgen, Richards, Morris y Mounin le dieron un gran impulso a dicha disciplina en el siglo XX.

⁵³ Entre sus obras más destacadas figuran: *Arithmetices principia, nova método exposita de lógica matemática* (1889), *I principi di geometría logicamente espositi* (1889), “Sul concetto di numero” en *Rivista de matemática I* (1891), pp. 256-276, “Principi di logica matemática”, en *Rivista de matemática I* (1891), pp. 1-10. De este último artículo hay versión española: Principios de lógica matemática.

⁵⁴ Las escuelas filosóficas debían caracterizarse por su lógica más que por su metafísica, opinaba Russell.

⁵⁵ Ver *supra*, en A.3.3. *La cuestión de los universales*, las diferencias entre realismo y nominalismo.

⁵⁶ Una versión muy sintética de esta paradoja y de su resolución a partir de la recusación del principio de identidad y de la operatividad de ocho interior puede encontrarse en Korman, V. (2004); *El espacio psicoanalítico*, *op. cit.*, p. 268.

⁵⁷ Existe versión española, editada por Altaya, Barcelona, 1994. Otras obras importantes han sido: *Investigaciones filosóficas*, (Crítica, Barcelona, 1988), *Aforismos, cultura y valor* (Espasa Calpe, 1995), *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*, (dos volúmenes, Tecnos, Madrid, 1987 y 1996 respectivamente), *Diario filosófico (1914-1916)*, (Ariel, Barcelona, 1982), *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, (Paidós, Barcelona, 1996), *Sobre la certeza*, (Gedisa, Barcelona, 1998), *Ocasiones filosóficas*, (Cátedra, Madrid, 1997).

⁵⁸ Solía reunir a sus alumnos en círculo y al comenzar las clases planteaba algún punto particularmente complicado de sus pensamientos. No dudaba en manifestar sus dudas y confusiones. De manera habitual, estas reuniones con los estudiantes se convertían en conversaciones en las que trataba de aclarar sus propios pensamientos y colaboraba para que los demás pudieran hacer lo mismo. Sin forzar a nadie a hablar, no eran infrecuentes los silencios largos en una atmósfera de gran atención y seriedad. En fin: un clima adecuado para desatascar de los razonamientos triviales. En *Ocasiones filosóficas* sostuvo: “El filósofo se esfuerza por encontrar la palabra liberadora, es decir, la palabra que finalmente nos permita aprehender aquello que hasta ahora, intangiblemente, ha constituido un lastre para nuestra conciencia.”

⁵⁹ Mounce, H. O. (1983), *Introducción al Tractatus de Wittgenstein*, p. 26, Tecnos, Madrid. Se trata de un libro interesante en el que su autor clarifica -desde su perspectiva personal- las múltiples confusiones que han surgido tras las modificaciones de perspectivas entre “el primer Wittgenstein” (*Tractatus*) y “el último Wittgenstein” (*Investigaciones filosóficas*).

⁶⁰ Sobre la negación en Lacan véase III, 7.6., III, 4.7.7., III, 5.6.3 y III, 5.6.4

⁶¹ *Investigaciones filosóficas*, *op. cit.*, § 109.

⁶² *Ídem*, § 90 y § 129.

⁶³ Lo afirmado en los últimos párrafos resuena en varios aspectos con la concepción lacaniana del lenguaje: las palabras nos son meras envolturas para ocultar un inconsciente supuestamente profundo. Es en la superficie de un texto y en los juegos significantes -que son juegos de superficie- donde puede aprehenderse al inconsciente “extraplano”. Las asociaciones libres -superficie discursiva- no ocultan sino revelan las formaciones del inconsciente.

⁶⁴ Sobre las definiciones de semántica, sintáctica y pragmática, véase la nota nº 45.

⁶⁵ Entre sus principales obras destacan: *Leben, Kunst en Mystiek* (Vida, arte y mística, 1905) y su tesis de 1907, *Sobre la fundamentación de la matemática*.

⁶⁶ Desde las lógicas polivalentes se comenzó a argumentar en la misma dirección: ciertas proposiciones no pueden probarse como verdaderas ni como falsas; otras, son más verdaderas, más falsas o más verdaderas que falsas. El principio del tercero excluido fue motivo de debate en las lógicas contemporáneas. Algunos lo consideran imprescindible; otros opinan que es innecesario y están, por último, los que consideran que pueden establecerse limitaciones o restricciones a su vigencia. En este tercer grupo está Brouwer -que inició la crítica a este principio- y su discípulo Heyting.

⁶⁷ Beth, E. W. (1956), *Semantic Construction of Intuitionistic Logic*,

⁶⁸ Dado a conocer por primera vez en su artículo “Sobre proposiciones formalmente indecidibles de los Principia matemática [Russell] y sistemas afines” publicado en 1931 -cuando su autor tenía no más que veinticinco años-.

⁶⁹ Véase en Ferrater Mora, J. *op. cit.* volumen 2, p. 1364, la entrada Gödel (Prueba de) donde expone el procedimiento original inventado por su autor -un código o sistema de índices que correlaciona cada uno de los signos de un cálculo (de un sistema formal) con los números naturales (1, 2, 3, 4, ..., 18, ..., 25...). El cálculo queda así aritmetizado. En virtud de este procedimiento (actualmente denominado *gödelización*), todo cálculo de un sistema formal dado encuentra su imagen en un único número y, a la inversa, cada una de las claves numéricas -descompuesta en sus factores primos- es suficiente para identificar el cálculo correspondiente en el sistema formal.

Por otra parte, Gödel diseñó una proposición formal que afirma de sí misma su indemostrabilidad. Es una formulación autorreferente pero que escapa de las paradojas -como la del mentiroso, por ejemplo- porque no predica de sí misma la cualidad **semántica** de la verdad (o falsedad) sino la cualidad **sintáctica** de la deducibilidad o demostrabilidad (o su contraria, la indecidibilidad o indemostrabilidad).

⁷⁰ Garrido, M. (1974, primera edición; 2001, cuarta edición); *op. cit.* p. 533.

⁷¹ La cuestión de la completud e incompletud no deja de tener resonancias, aunque muy lejanas, con el psicoanálisis; más específicamente, con las problemáticas del narcisismo, castración y falta.

⁷² Un libro de divulgación por demás interesante de Kaarlo Jaako Hintikka (Finlandia, 1929), *El viaje filosófico más largo*, que lleva por subtítulo: De Aristóteles a Virginia Wolf (1998), -Gedisa Editorial, Barcelona- permite un acercamiento a otra faceta de este pensador contemporáneo conocido sobre todo por sus aportes a los campos de la lógica, la epistemología, los fundamentos de la matemática y la teoría del lenguaje. Hintikka explora y reinterpreta en este volumen las ideas de algunos grandes de la filosofía, esclareciendo aspectos fascinantes de sus pensamientos. La obra tiene no sólo interés histórico; es de vibrante actualidad. En otro orden de cosas, cabe agregar que este autor se ha interesado, desde una perspectiva lógica, en la problemática de la identificación. Las reglas que propuso para pensar esta cuestión conforman condiciones de posibilidad del conocimiento -no muy lejanas de las tesis gnoseológicas kantianas- aunque fundadas en consideraciones semánticas. Se aludió a este autor más arriba, al tratar la lógica modal moderna y simbólica, A₅. 10.5.3.

⁷³ En *Tratados de lógica* (Organon) II, *op. cit.*, p. 382.

⁷⁴ Aristóteles y muy buena parte de sus seguidores no llegaron a desarrollar una potente teoría de las implicaciones que permitiera formular enunciados con un mayor grado de complejidad.

⁷⁵ Sobre el desarrollo cronológico de la lógica puede consultarse *Historia de la lógica formal*, de Bochenski, I. M. (1956); *op. cit.* En la nota n° 1 del capítulo 5 se enumeraron los periodos en que este autor escandió las producciones lógicas de todos los tiempos. Se ha utilizado también el criterio geográfico para agrupar; se habla entonces de Lógica **oriental**, para referirse a la desarrollada especialmente dentro de los sistemas filosóficos de la India y de Lógica **occidental**, que abarca la producción de toda esa región del mundo y de otras zonas que siguen su tradición. La división antes comentada -según períodos históricos- se limitan a la lógica elaborada en Occidente.

⁷⁶ Véase III, 6.8.2.

⁷⁷ Los ejemplos son de Sexto Empírico; el cuadro fue tomado de I.M. Bochenski *Historia de la lógica formal*, *op. cit.*, p.128. Este cuadro puede considerarse entre los primeros antecedentes de las matrices de verdad que muchos siglos más tarde propuso Peirce, Wittgenstein, Hintikka y otros.

6

PROCESAMIENTO TOPOLÓGICO DE LA TIL

Este capítulo enfocará las elaboraciones topológicas de Lacan en los dominios de la teoría identificatoria. Se darán por conocidas las nociones elementales de la topología combinatoria, rama de esta disciplina a la que el psicoanalista francés acudió con mayor frecuencia para importar conceptos y objetos topológicos muy básicos; concretamente: las superficies conocidas con los nombres de banda de Möbius, toro, botella de Klein, ocho interior, *cross-cap*, etc. En la última década de su enseñanza se inspiró, también, en la llamada topología nodal.^{1*}

Los trasvases desde dicha disciplina supusieron la introducción de torsiones e inflexiones en las ideas originarias de la topología, para hacerlas operativas en el *habitat* psicoanalítico. El efecto fue triple: una renovación de las categorías freudianas, el surgimiento de conceptos propiamente lacanianos y el establecimiento de diferencias entre la topología -disciplina matemática- y la *topologería* de Lacan. Entre estas dos últimas no hay correspondencia biunívoca; en todo caso, podría decirse que existen afinidades, ciertos puntos de convergencia y una forma compartida de aproximarse al estudio de las estructuras: el saber de la *topologería* es muy diferente del que se procesa en la topología.

Muchos diagramas que aparecieron en la pizarra en los seminarios de Lacan a partir de los años sesenta, representaban *inmersiones* de las superficies recién nombradas -que tienen dos dimensiones- en el espacio cotidiano, que es tridimensional. Esas gráficas son *bastardas* porque, estrictamente hablando, es imposible presentar objetos propios de una geometría no euclidiana en un espacio de tres dimensiones, sin realizar forzamientos o desnaturalizaciones. Lo dicho es válido también para cuando se construyen empíricamente tales objetos y se realizan incisiones o cortes sobre los mismos. Siempre que se recurra a estos procedimientos -útiles, sin duda, a efectos de la transmisión de ideas- es imprescindible saber que se está ante artilugios que sirven, básicamente, para mostrar algunas propiedades de esos objetos. Como señalaron Chinn y Steenrod, “son artificios cada uno basado en una seria idea matemática que requeriría al menos varias horas de explicación. Enseñar estos juegos sin una explicación adecuada es presentar una caricatura de la topología”.²

Las diversas consideraciones de este capítulo se enmarcarán dentro del tercer tiempo de la construcción de la TIL (véase III, 2.1.), cuyo punto de partida fue el S 9 (1961-1962). Desde entonces la topología no dejó de estar presente en sus seminarios, alocuciones y escritos. El uso sistemático de nociones y conceptos provenientes de esa disciplina resignificó retroactivamente al periodo anterior -1953-1961- como aquél en que Lacan elaboró su primera topología: la del significante.

Esta rama de las matemáticas trata el espacio y los objetos desde un punto de vista cualitativo, obviando lo métrico (cuantitativo). Estudia las relaciones entre diferentes lugares, dedicando especial atención a los vínculos de vecindad, de continuidad, de conexión y, también, a sus contrarios: separación, fronteras, agujeros y bordes. Salvando las distancias, la lingüística saussureana y la topología comparten estos enfoques; las dos ponen de relieve las estructuras. Lacan, con las modificaciones pertinentes, hizo suyas las ideas fundamentales de ambas disciplinas. La primigenia división que Saussure introdujo entre significado y significante -con todos los correlatos

combinatorios que les son inherentes- más los efectos derivados de comparar la lengua con un folio -en cuyo verso está el pensamiento y en su anverso, el sonido- fueron algunos de los múltiples trasvases que permiten sostener la existencia de un lecho conceptual compartido entre el psicoanálisis y la lingüística. También puede aventurarse que Lacan -después de haber introducido sus propias inflexiones en los conceptos importados de la lingüística- haya sido llevado por esta última hacia la topología. La *lingüística* contenía una dimensión topológica; es fácil constatarla, por ejemplo, en el grafo del deseo y en el esquema *R*. Esto pone de relieve la continuidad entre los esquemas, grafos y modelos ópticos lacanianos -segundo tiempo de la construcción de la TIL- y las consideraciones en torno a las superficies topológicas que comenzaron con el *S 9* (tercer periodo) y se extendieron hasta el final de su obra (cuarta etapa -1972-1981-: nudos borromeos y reversiones del toro). En este último lapso se produjeron cambios significativos en la axiomática de Lacan -con sus repercusiones en la TIL-: mayor presencia de lo real y del concepto de goce en sus elaboraciones, una nueva articulación de los tres registros -diferente de la que hizo acto de presencia en el esquema *R*- en medio de un empuje extraordinario hacia la logización y matematización del psicoanálisis. Una manera sintética de enunciar esas grandes transformaciones teóricas sería la siguiente: a) pasaje desde una axiomática del deseo -prevalente durante la década de los años cincuenta y sesenta- a una axiomática del goce, predominante en los años setenta; y b) transición desde una estructura en la que se reconocían los tres registros a los tres registros como estructura.

Durante el primer tiempo de la construcción de la TIL -1936-1953- no hubo prácticamente importaciones desde la topología. En aquella época inicial fueron descritas las identificaciones imaginarias. Dada la estrecha relación de estas últimas con los esquemas *L*, *Z*, *R* y los modelos ópticos, se ha optado por tratarlas en III, 10., junto con el estadio del espejo, el registro imaginario y el yo. Allí también se estudiará con detenimiento la parte inferior del grafo del deseo, en tanto que el vector $m \rightarrow i(a)$ constituye una versión minimalista de la experiencia especular. En el presente capítulo se inscribirán en el grafo las identificaciones *freudo-lacanianas* y las simbólicas. Después de tales anotaciones se hará una reseña de los conceptos de la TIL elaborados en el *S 9* y *S 10* mediante el toro y la botella de Klein. Luego, se abordará lo producido por Lacan sobre las identificaciones al final de su obra, a través de las reversiones del toro y de la topología nodal. Esta última permitió también una reformulación de lo inconsciente, que será presentada brevemente en la parte final de este capítulo. Se trata de una concepción topológica del mismo -articulada con la lógica modal-; ella implicó un giro significativo respecto del inconsciente *lingüístico* (III, 4.4.1). Un último apartado hará referencia al cuerpo en el discurso laciano. Lo anunciado será expuesto en apartados que llevarán los siguientes títulos:

- 6.1. La topología en la teoría laciana (*topologería*)
- 6.2. Las identificaciones en el grafo del deseo
- 6.3. Un hito importante: el seminario *La identificación*
- 6.4. El toro y las identificaciones
- 6.5. La botella de Klein: identificación, transferencia y demanda
- 6.6. Las identificaciones al final de su enseñanza: reversiones del toro y topología nodal
- 6.7. Reformulación de lo inconsciente a la luz de la topología nodal y de la lógica modal
- 6.8. El cuerpo en el discurso laciano
- 6.9. Últimas consideraciones y resumen del capítulo

6.1. La topología en la teoría laciana (*topologería*)

En la enseñanza de Lacan pueden percibirse las tres modalidades topológicas siguientes: a) la del significante, la de los esquemas y grafos; b) la de las superficies; c) la nodal. Este ternario puede considerarse como un conjunto de *matrices significantes*; en tanto tales, poseen la capacidad de generar combinaciones múltiples.

Al estar el foco puesto de manera exclusiva en la relación *topología <> identificación*, se soslayarán las otras regiones de la teoría laciana procesadas mediante esta disciplina. En cambio, se pondrá en evidencia la lógica interna que otorga cierta continuidad a las tres topologías recién

mencionadas; también se señalarán los saltos teóricos implícitos en los usos de unas y otras. Algunos de tales giros permiten establecer retroactivamente sus antecedentes; otros, configuraron apariciones repentinas, novedosas, que ocasionaron virajes teóricos súbitos, siendo difícil vislumbrar sus precursores. No faltaron periodos en los que convivieron lo antiguo y lo nuevo; tampoco los momentos de silencio, en espera de las novedades por aparecer. En todo caso, Lacan fue bastante renuente a giros de 180° y a desdecirse explícitamente de las afirmaciones teóricas que iba abandonando. Fueron más frecuentes, en cambio, las variaciones de acentos y las pequeñas acotaciones que aportaban nuevas precisiones. Los usos que Lacan hizo de la topología han sido -y son- objeto de múltiples opiniones y controversias, incluso entre sus discípulos más fervientes. Las posiciones han sido muy diferentes y, en términos generales, se los podría situar en estos tres grupos:

- Los que opinaron que era una nueva forma de tratar los conceptos.
- Los que afirmaron que constituía el *sustratum* de una ilustración metafórica de sus articuladores teóricos.
- Los que pregonaron que dicha disciplina cumplía una función esencial, en tanto el espacio y las estructuras que aprehendía eran las mismas que el psicoanálisis revelaba como propias del sujeto del inconsciente.³

En este contexto interesará resaltar la palabra del propio Lacan:

"Esta topología se inscribe en la geometría proyectiva y las superficies del *analysis situs*, no ha de tomarse como ocurre con los modelos ópticos de Freud, con rango de metáfora, sino como representando realmente la propia estructura". (*Reseñas de enseñanza*, Manantial, pp. 264-265, Buenos Aires).

"El nudo es una estructura que soporta lo Real". (*S 22*, clase del 17 de diciembre de 1974; reiteró esta idea en la clase del 18 de marzo de 1975).

Los esquemas, modelos ópticos, grafos, superficies topológicas y nudos integran —en el diseño que le es propio a cada uno de ellos— una amplia gama de articuladores teóricos psicoanalíticos. De ahí que sean *productos* de alta densidad conceptual; esto explica, a su vez, el carácter abigarrado que poseen. Con frecuencia los conceptos lacanianos aparecen señalados en los esquemas y grafos mediante letras situadas en puntos concretos; los nexos entre ellos se establecen mediante segmentos, curvas o vectores que los unen entre sí. Esos soportes diagramáticos poseen un elevado nivel de formalización y pueden ser leídos de diferentes modos. La doxa lacaniana quiere que se opere con estas letras a la manera del álgebra y de la lógica simbólica. El que siempre haya existido una dimensión topológica en su obra se debe, fundamentalmente, a las siguientes razones:

- A la temprana introducción en el psicoanálisis de los tres registros —real, simbólico e imaginario— entendidos, aunque no siempre explícitamente, en relación topológica.
- A que fue reelaborando, en un seminario tras otro, las ideas derivadas de tal introducción. Tanto los esquemas y los grafos como las superficies y los nudos borromeos son soportes sobre los que —o con los que— procesó sucesivamente estos tres registros.
- Al tratamiento topológico de las categorías psicoanalíticas, tanto las propias como las freudianas.
- A que atribuyó carácter topológico al *esebarrado*.
- A que el espacio topológico es el que mejor acuerda o concuerda con un sujeto así concebido.

Por otra parte, las primeras elaboraciones realizadas mediante las superficies topológicas se fueron imbricando con la teoría que sostenía la radical dependencia del sujeto respecto del significante. Si "el inconsciente está estructurado como un lenguaje", el sujeto que le es propio, dependerá, también, del orden significante. Estas tesis lacanianas iniciales, reformuladas posteriormente en múltiples ocasiones, introdujeron un viraje sustancial en el psicoanálisis; fueron el punto de partida de una reelaboración más amplia: toda la metapsicología freudiana fue

procesada a la luz de la teoría del significante, de los tres registros de la topología y de la lógica. El Otro devino un lugar (*topos*) -sin sustancia ni corporeidad, al igual que el sujeto mismo-. La identificación en Lacan fue procesada mediante formalizaciones *lingüísticas*, topológicas y lógicas.^{4*}

Por esos mismos desfiladeros pasaron otros articuladores teóricos: deseo, demanda, sujeto, objeto *a*, falo, fantasma, transferencia, goce, repetición, real, imaginario, simbólico, etc.

6.2. Las identificaciones en el grafo del deseo y en el esquema *R*

Se situarán en el grafo las que hemos denominado identificaciones *freudo-lacanianas* – I_1 , I_2 e I_3 – y las dos que son de exclusivo cuño de Lacan: la imaginaria y la simbólica.

6.2.1. Las identificaciones freudo-lacanianas en el grafo del deseo

Con ese diagrama en la pizarra como telón de fondo, Lacan comenzó su clase del 4 de junio de 1958 del *S 5* anunciando la intención de adentrarse en el campo de la segunda tópica; inmediatamente se refirió a las “tres identificaciones distinguidas por Freud”, señalando las diferencias entre su grafo (“mi pequeña red”), de marcado carácter topológico y el esquema freudiano de la segunda tópica, insertado en el capítulo II de *El yo y el ello* (OCFAE, XIX, p. 26). Dijo entonces:

“Freud distingue tres tipos de identificación. Esta tripartición está netamente articulada y la encontramos resumida en un párrafo del texto [Lacan se está refiriendo al capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo*].” “El primer tipo es *die ursprüngliche Form der Gefühlsbindung an ein Objekt*, la forma más original del vínculo de sentimiento con un objeto.”^{5*}

[...] “La segunda es la que Freud trata de forma particularmente extensa en ese capítulo, que es la base concreta de toda su reflexión en torno a la identificación, profundamente vinculada con todo lo que corresponde a la tópica. [...] La segunda forma de identificación se produce en la vía de una regresión, como sustitución de un vínculo con un objeto, vínculo libidinal equivalente a una introyección del objeto en el yo.”^{6*}

“Esta segunda forma de identificación es la que, a lo largo del discurso de Freud en la *Massenpsychologie*, pero también en *Das Ich und das Es*, le plantea más problemas del análisis, en particular, la del complejo de Edipo invertido. ¿Por qué, en un momento dado, en algunos casos, y en la forma del complejo de Edipo invertido, el objeto, que es objeto de vinculación libidinal, se convierte en objeto de identificación?” (*S 5*, p. 433; lo que está entre corchetes es mío).

Esta segunda identificación, parcial, a un rasgo único (*einzigster Zug*) del objeto devendrá la identificación al rasgo unario (I_2) y, más tarde, núcleo conceptual de su identificación simbólica. Fue promediando la misma clase que se refirió a la tercera modalidad, la descrita por Freud como identificación del pensionado, que posee todas las características de la identificación histérica.⁷

“La tercer forma de identificación, Freud nos la articula con lo que puede nacer de una comunidad recién descubierta con una persona que no es en absoluto objeto de una pulsión sexual [...] ¿Dónde se sitúa esta tercera identificación?”

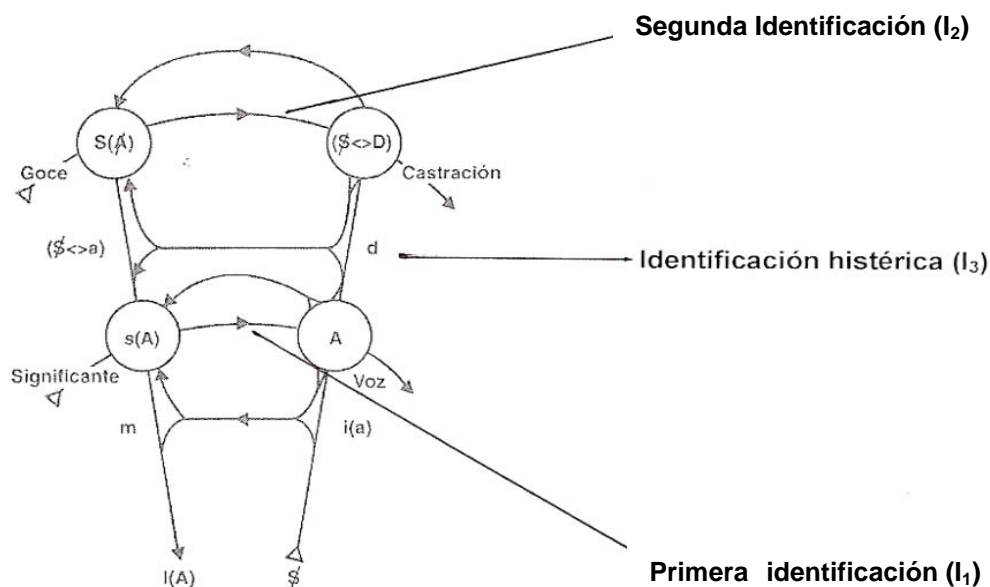
[...] La identificación en cuestión se sitúa aquí, en ($\$ \langle \rangle a$), donde les designé la última vez el fantasma. (*S5*, pp. 442-443).

Estas frases fueron repetidas por doquier en la literatura psicoanalítica lacaniana. En realidad, tal como se ha visto en la primera parte -dedicada a la TIF-, el vienés describió más de tres identificaciones. Esto puede constatarse en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) y más ampliamente en la reseña de las identificaciones que describió a lo largo de su obra, incluida al final de I, 7.10. Lacan extrajo –o, tal vez mejor: “produjo” – a partir de ese conjunto más amplio estas tres modalidades, con la mediación de una refundición y reordenamiento conceptual. El hecho de articularlas en el grafo del deseo inició la andadura de la “lacanización” de estas variantes que, efectivamente, había descrito el vienés. Ellas quedaron relacionadas ya sea con versiones lacanianas de conceptos acuñados por Freud (deseo, fantasma, objeto), ya sea con articuladores teóricos propios del psicoanalista francés; a saber: Otro, *moi*, demandas dirigidas al objeto de la necesidad; demandas de amor, cadena significativa, fantasma entendido con $\$ \langle \rangle a$, $S(A)$

[significante del Otro barrado, es decir, el Otro en tanto deseante], $s(A)$ [lugar del síntoma]; $i(a)$ [imagen del semejante], etc. Probablemente, también de estos párrafos citados provenga cierto hábito de referirlas como la primera, la segunda y tercera identificación “freudiana”.

La clase del 4 de Junio de 1958 fue el primer antecedente de las reformulaciones de mayor calado que aparecerían tres años más tarde en el *S 9*, que implicó un giro teórico de gran envergadura y supuso una nueva manera de entender la identificación. Los ajustes introducidos en el *S 9* las convirtieron decididamente en *freudo-lacanianas* $-I_1, I_2, e I_3-$.

El paso de los años llevaría a una concepción propia sobre el tema y a la postulación de las imaginarias y las simbólicas. Se señala a continuación este primer pasaje de Freud a Lacan, que dejó algunas cuestiones en estado de ambigüedad:



Primera identificación, se corresponde con la identificación primaria de Freud; consiste según Lacan en identificarse al Otro capaz de satisfacer las demandas vinculadas a la necesidad; éstas deben pasar obligadamente por los desfiladeros del significante. Se la podría situar en la línea horizontal que va de $s(A)$ al Otro (A , en este esquema); Otro a quien se dirigen las demandas. Se corresponde con la cadena significativa consciente y con el sujeto del enunciado (véase III, 4.6).

“La primera forma de la identificación nos la define, por lo tanto, el primer vínculo con el objeto. Es, para ser esquemáticos, la identificación con la madre.” (*S 5*; p. 440).

Años más tarde, siguiendo las ideas freudianas, Lacan asoció estrechamente esta identificación al padre simbólico. La I_1 subsumió en cierta manera a la identificación primaria del vienés.

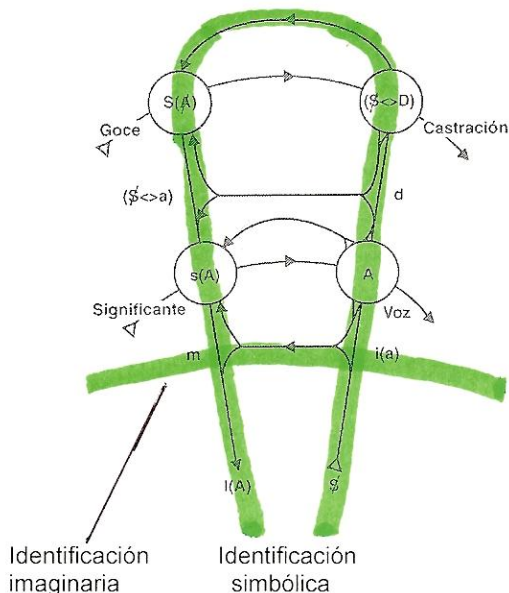
Segunda identificación: identificación regresiva, parcial, a un rasgo único del Otro del deseo. Este rasgo único (*einzigsten Zug*) de las identificaciones secundarias de Freud devino rasgo unario en Lacan. La relación con el objeto se transformó “regresivamente” en identificación; se trataba de una identificación típica del complejo de Edipo. En el grafo se sitúa a nivel del vector que representa a la cadena significativa inconsciente, por lo que quedó relacionada con el sujeto de la enunciación, con la castración y -al final de su obra- con el goce. A partir del *S 9*, la I_2 ; se convirtió en pieza clave de la TIL.

Tercera identificación, histérica: al deseo del Otro, en tanto deseo insatisfecho. Se emplaza, justamente en el vector que une al deseo con el fantasma ($d \rightarrow \bar{S} \leftrightarrow a$). De marcado carácter imaginario, será parcialmente incluida en la identificación por el significante: Lacan dejó

siempre un sitio especial para esta modalidad histórica en que la relación con el fantasma y el carácter metonímico del deseo es clave (véase S 5, pp. 442-443).

6.2.2. Las identificaciones imaginarias y simbólicas en el grafo del deseo

Las imaginarias se sitúan en el vector $i(a) \rightarrow m$, representativo del estadio del espejo, tiempo en el que se consuman estas identificaciones. Las simbólicas se pueden “leer” en el largo vector en forma de U invertida que parte de $\$$ y llega al otro extremo: $I(A)$. Estas últimas no estaban conceptualizadas aún en la época del S 5; es una inclusión *a posteriori*. De todas formas puede ser de utilidad remitirse a los dos anexos de este seminario, pp. 521 y ss.



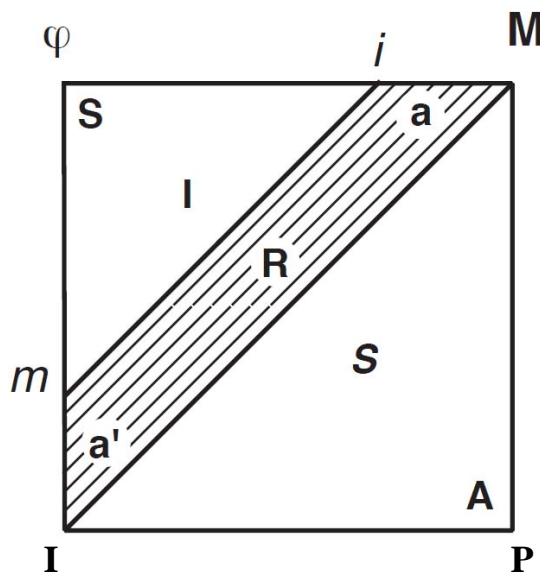
Salta a la vista que el vector ligado a la identificación simbólica se articula al Otro y, por ende, al significante (rasgo unario). Se recuerda, de paso, que para Lacan el $\$$ es efecto del significante y que el Otro es la fuente de los rasgos unarios que se implantan en un real biológico para constituir al sujeto. Hay una anterioridad lógica del significante respecto del sujeto, lo que equivale a decir que no hay sujeto sin el Otro. Desde esta perspectiva, el sujeto puede ser considerado como una combinatoria de rasgos unarios -significantes- que le fueron implantados desde el Otro. El vector completo -en forma de U invertida: $\$ \rightarrow I(A)$ - atraviesa en dos nodos a la cadena significativa inconsciente: en $S(A)$ [significante del Otro barrado] y $S \leftrightarrow D$ [pulsión]. Estos “cruces” vienen a reafirmar que el proceso identificatorio ocurre a espaldas de los concernidos en él. Cómo y cuándo ocurre una identificación es algo no-sabido (*Unbewusst*) por los partícipes de la misma; se trataría de operaciones inconscientes. Puede observarse también que el mismo vector $\$ \rightarrow I(A)$ implica al deseo y al fantasma, presentes ambos, en la identificación simbólica. No ha de olvidarse que estas identificaciones engendran un sujeto deseante que encontrará su soporte en el fantasma, al articularse con el objeto a . El deseo del Otro actúa aquí como elemento clave para el surgimiento del deseo del sujeto: para Lacan, el deseo del sujeto es el deseo del Otro.

Por último, el *Ideal del yo* $-I(A)$ - instancia simbólica por excelencia, puede ser enlazado con el rasgo unario y sus funciones identificantes. Este Ideal -en Lacan- ya no es del yo (como en Freud) sino del Otro (A). El vector $\$ \rightarrow I(A)$ enhebra todos y cada uno de los articuladores teóricos con los que está enlazada la identificación simbólica. Ésta recubre el territorio conceptual que Freud había adjudicado a la identificación primaria -a la que relacionó con el Ideal del yo- y a las identificaciones secundarias edípicas.

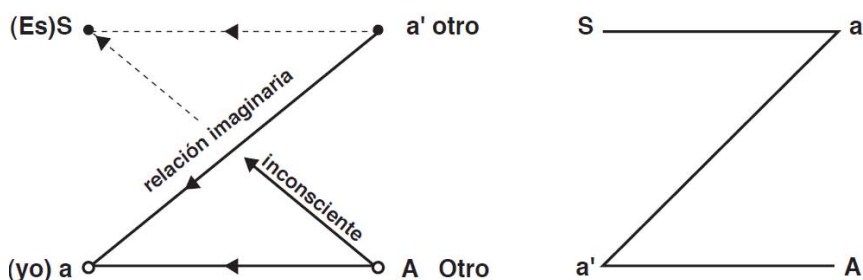
6.2.3. Las identificaciones imaginarias y simbólicas en el esquema R

El esquema R es una presentación de la estructura del sujeto surgida en el seno de las relaciones con el Otro y el otro; entonces, sería válida una primera formulación -amplia, general- en la que se dijera: todo lo que se aprecia en el esquema resulta ser un efecto de las identificaciones

constituyentes. Esta aproximación inicial, válida por cierto, no exige de señalar los puntos específicos del esquema que muestran, de manera privilegiada, las principales identificaciones lacanianas.⁸ Se emprenderá ese camino enseguida, previa presentación del esquema *R* y sus antecedentes: el *L* y el *Z*.⁹



Este esquema integra, de modo preciso, el conjunto de ideas elaboradas anteriormente por Lacan mediante los esquemas *L* y *Z*. La vía que facilitó tal convergencia de las tres figuras en *R* ha sido el trayecto *Saa'A* presente en los tres, tal como se aprecia en la imagen que sigue. El recorrido muestra que la relación simbólica que liga al sujeto (*S*) con el Otro (*A*) es redoblada por la relación imaginaria del yo (*a'*) con sus objetos *a*. Su presencia en el esquema *R* puede advertirse siguiendo los cuatro vértices del cuadrado por su lado interno, comenzando por el superior izquierdo.



Con la mirada puesta en el esquema *R* se hará una aproximación a las identificaciones. La fálica se sitúa en φ . En los albores de su vida psíquica (primer tiempo del Edipo), el cachorro humano se identifica con el falo imaginario, φ , supuesto deseo del objeto primordial –la madre–. Lacan calificaba al *infans* de esos momentos iniciales de la vida, como **a-sujeto**, por que era un sujeto en potencia, a advenir, no se ha constituido, aún, como tal. Esta identificación fálica por él postulada le ha llevado a afirmar, consecuentemente, que el recién nacido llega al mundo en posición de falo imaginario que completa a la madre y no como niña o niño –vocablos que implican una identidad sexual biológica definida desde el nacimiento–.¹⁰

El cuadrángulo *miMI*, que delimita a \mathcal{R} , debe considerarse como el campo de la realidad que recubre y vela lo Real; puede ser visto como la sucesión de identificaciones imaginarias, especulares, constitutivas del yo, que comienzan a producirse con el estadio del espejo. En el esquema siguiente se las representa mediante una secuencia de líneas paralelas en las que cada una representa los efectos estructurantes de la imagen del otro *i(a)* sobre el yo (*m*).¹¹

Esta sucesión de identificaciones, que dejan componentes narcisísticos estables en la psique, se hacen en la dirección hacia lo simbólico: parten de la línea m — i y se van dirigiendo hacia I — M . Si en el estadio del espejo se inscribe el conjunto de los efectos –benéficos y maléfic– que le son inherentes, puede decirse que habrá acceso a lo simbólico (neurosis). Las

identificaciones especulares, si bien se seguirán produciendo, tienen un claro punto de inflexión en cuanto a su predominancia: ceden, cuando el niño/a, marcado por la metáfora paterna, accede a lo simbólico y al tipo de identificaciones propias de ese tiempo lógico de la estructuración subjetiva. Ya no se tratará entonces de las especulares, narcisistas, imaginarias, sino de las *simbólicas*, al rasgo unario, identificación por el significante.

El vector IM de la figura anterior muestra, al mismo tiempo, el final de la serie de identificaciones especulares del cuadrángulo \mathcal{R} y el momento en que comienzan a prevalecer las identificaciones simbólicas, entre ellas, las del Ideal del yo (I). En el otro extremo del segmento, M viene a señalar el carácter simbólico y simbolizante de la función materna. La realización de este trayecto estructurante, que supone el marcaje del niño/a por las identificaciones simbólicas, determina una relación más compleja con la realidad, menos imaginaria que en los momentos en que predominaba el vínculo dual con la madre. Puede hablarse de simbolización de lo imaginario.

6.3. Un hito importante: el seminario *La identificación* (1961-1962)

Al comienzo de la década de los años 60 se inició un movimiento de convergencia: se integraron los conceptos psicoanalíticos procesados mediante la *lingüística* con los trasvases procedentes de la lógica simbólica (el cuadrante de Peirce, la noción de clase y de marca, el nombre propio, etc.) y los provenientes de las operaciones sobre las superficies topológicas (banda de Möbius, toro, botella de Klein, *cross-cap*, ocho interior). Los efectos sinérgicos de estas importaciones permitieron a Lacan articular la estructura lógico-topológica del sujeto con el significante. El seminario citado es el primero en que vinculó la topología, de manera *precisa y sistemática*, con los conceptos psicoanalíticos que él ya había procesado a la luz del significante.^{12*}

En el S 9, con la problemática de la identificación como telón de fondo, Lacan continuó elaborando distintas facetas de su teoría. Surgió entonces: una versión más afinada del sujeto, de su relación con el significante y la castración; también estableció la estricta singularidad de cada estructura subjetiva, basándola en la posesión de una batería propia y distintiva de significantes inconscientes (cada sujeto es, hablando estrictamente, único); asimismo articuló al *esebarrado* con el *objeto a* en el fantasma, sus modos de relación con el Otro y con los objetos; insistió en el carácter deseante del $\$$ y en la dinámica peculiar que articula el deseo y la demanda del sujeto con el deseo y la demanda del Otro. Súmese a esto las restantes elaboraciones del S 9 sobre los siguientes conceptos relacionados con la TIL: rasgo unario, nombre propio, repetición significante, sujeto del enunciado y de la enunciación, privación, frustración, castración, negación, etc.

A partir de todas estas inflexiones quedó establecida la mancomunidad de las siguientes expresiones: sujeto barrado, sujeto del deseo, sujeto del inconsciente, sujeto de la repetición significante, sujeto de la represión, sujeto dividido, sujeto de la falta, castración del sujeto, etc.^{13*} El saber inconsciente, la transferencia ya entendida por entonces en términos de sujeto supuesto saber, la angustia, el tema de la verdad en psicoanálisis, la cuestión del Uno, desfilaron en las distintas clases de este seminario. No faltaron a la cita Descartes y su *cogito*, Kierkegaard y su visión de la repetición, Kant con su *Crítica de la razón pura* y sus nociones de *Einheit* y *Einzigkeit*, Averroes, Stuart Mill y muchos filósofos más. Entre los lógicos fueron convocados: Peirce, Russell, Peano y Frege. El S 9 mostró a las claras que Lacan encontró en la topología una apoyatura de primer orden en tanto ésta le brindaba las formalizaciones más avanzadas de aquella época respecto de la estructura. Va de suyo que esta disciplina, al proponerse como objeto de estudio a las invariantes —aquello que permanece estable pese a las transformaciones—, jerarquizaba lo estructural e iba más allá de la fenomenología.

Los objetos topológicos poseían, desde la perspectiva del psicoanalista francés, otra virtud: estar inmersos en espacios distintos del geométrico; esto los hacía especialmente aptos para procesar la coordinación del sujeto con el espacio psicoanalítico. Hay una estrecha afinidad entre ambos; un espacio analítico concebido topológicamente es el que mejor acuerda o concuerda con el carácter —también topológico— del sujeto en Lacan. Un espacio de esta índole permite consideraciones novedosas respecto, por ejemplo, a las relaciones entre el interior y el exterior. En este mismo seminario, las I_1 , I_2 e I_3 fueron trabajadas a la luz de sus propios conceptos y mediante

importaciones lingüísticas, filosóficas, matemáticas, lógicas y topológicas. Para procesar las I_1 usó el Cuadrante de Peirce y sus antecedentes; tomando apoyatura en él, explicitó los variados aspectos de la inscripción significante. Conectó esta modalidad identificatoria con la privación –operación lógica que consiste en la inscripción del significante en lo real^{-14*} y con la represión primaria.

Para sus elaboraciones en torno a la I_2 , Lacan utilizó el toro y sus entrelazamientos, aspectos que serán abordados enseguida, en el apartado 6.4. Por esa época construyó también la categoría de rasgo unario a partir del *einzigsten Zug* freudiano. Esta segunda variedad quedó reformulada como identificación al rasgo unario del Otro del deseo. La I_3 fue procesada mediante el *cross-cap* y el ocho interior. Puso de relieve la relación de esta identificación con el objeto *a* y la consideró una identificación por el significante. También se refirió a ella como una identificación a un deseo insatisfecho. El psicoanalista francés ya había puesto de relieve cómo la economía deseante de la histórica mostraba la estructura misma del deseo humano: deseo del deseo del Otro.

Pese a esta descripción sucinta de lo elaborado en el *S 9* sobre la identificación –se señalaron sólo los hitos fundamentales– puede percibirse que las inflexiones introducidas en las variedades identificatorias freudianas, no fueron simples reformulaciones –mediante otros términos– de lo que el vienés había postulado sobre dicho tema; por el contrario, hubo modificaciones en la forma y en los conceptos. Fueron de reelaboraciones de profundo calado que determinaron cambios de perspectivas trascendentales. Se las irá reseñando a lo largo de los apartados siguientes.

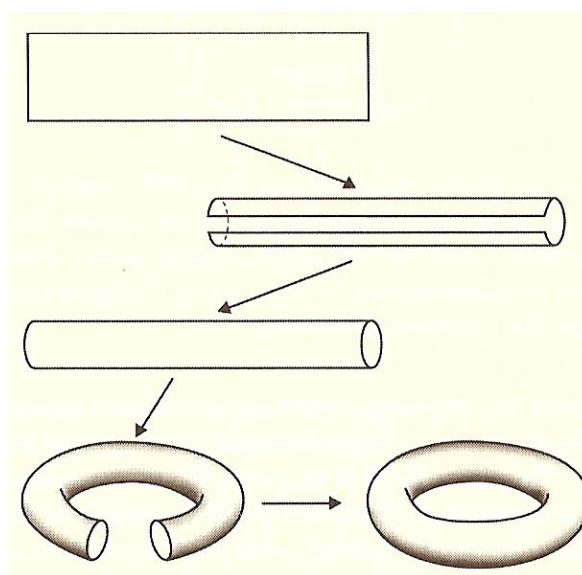
Se finalizarán estos comentarios iniciales sobre el *S 9* insistiendo en la siguiente idea: la topología en la teoría lacaniana está inextricablemente articulada a los restantes aspectos de su doctrina; por lo tanto, ni se la puede enuclear del resto de la misma ni es posible, por las mismas razones, transformarla en una disciplina psicoanalítica autónoma.

Hablar de topología en psicoanálisis es aludir explícita o implícitamente a Lacan: ni Freud ni Klein han tenido a esta disciplina como referencia.

6.4. El toro y las identificaciones

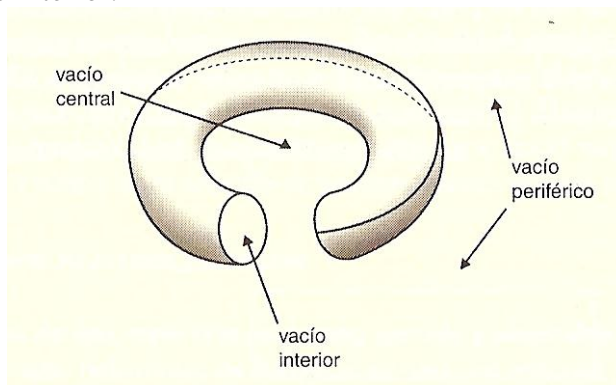
El toro es una superficie sin borde, cerrada y orientable. Las paredes del mismo delimitan un interior y un exterior. Una cámara de un neumático de automóvil puede ser, entre los objetos mundanos, un ejemplo de este tipo de superficie.

Una manera de construirlo es partiendo de un rectángulo de papel que se convierte en un cilindro; si se pegan luego las dos circunferencias de los extremos se elimina todo borde y se crea el toro.

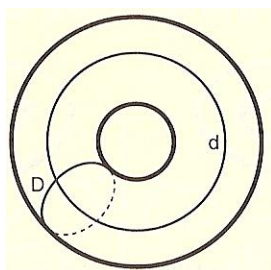


El vacío central está en continuidad con el vacío periférico -ambos son exteriores- mientras que el vacío interior queda encerrado por las paredes del toro y sin conexión alguna con el afuera.

Al toro de la siguiente figura se le ha practicado un corte para mostrar, justamente, como las paredes delimitan al vacío interior.

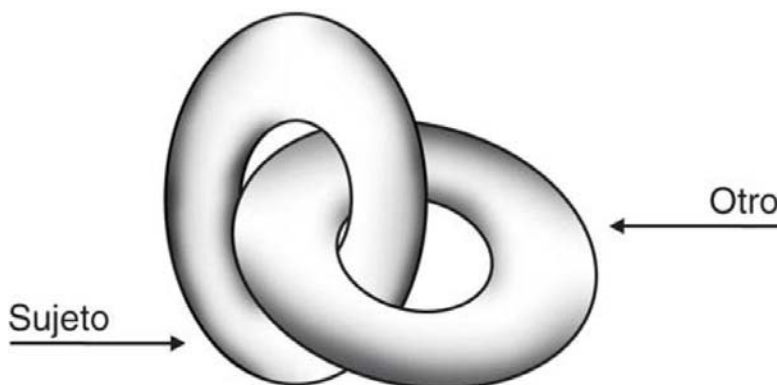


En el agujero central del toro Lacan ubicó al objeto *a* –causa del deseo–. Sobre la superficie externa del toro escribió dos trazos diferentes:



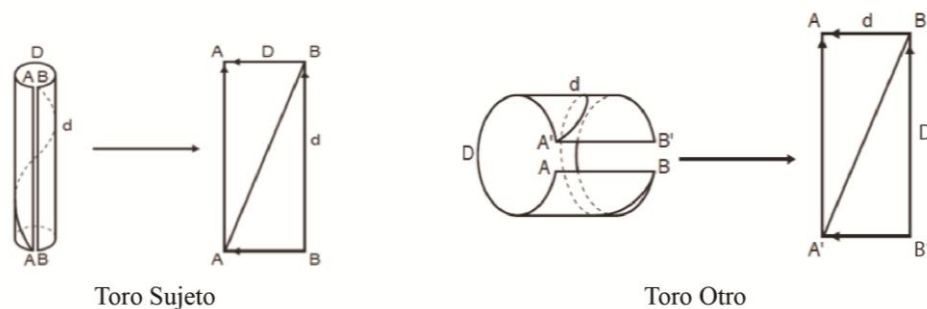
- El que rodea al círculo generador; es el trayecto D de la figura. Lacan lo denominó **círculo pleno**. En ocasiones se refirió a él llamándolo alma del toro. Este trazo escribe la demanda.
- El que bordea al vacío central: trayecto *d*, llamado asimismo **círculo vacío**. Lo designó también *círculo del deseo*.

El vacío juega en esta superficie topológica un rol de primer orden; tanto es así, que sería posible afirmar que las paredes del toro organizan ese vacío. Se verá enseguida que tanto el vacío central como el interno permiten –aunque de manera diferente en cada caso– enlazamientos con otro toro. Una de las formas es la presentada en la figura siguiente; la otra, en la que un toro ocupa el vacío interior del otro, será estudiada en 6.6.2.3. Se remite allí para constatar las diferencias. Vayamos al primero: este entrelazamiento se realiza de manera que el vacío central de uno de los toros sea ocupado por las paredes del otro, tal como lo muestra la siguiente figura en la que se ve, además, el uso que hizo Lacan del mismo para articular al sujeto con el Otro. En este caso, se trata de un *esebarrado* ya constituido.



En esta modalidad de enlazamiento el círculo “*d*” del primer toro -deseo del sujeto-, coincide con el círculo pleno –“*D*”, o de la demanda– de la segunda superficie tórica, representativa

del Otro. Conclusión inicial: *el deseo del sujeto contacta y se superpone con la demanda del Otro y viceversa*. Sendos cortes practicados sobre ambos toros permiten apreciar lo dicho.

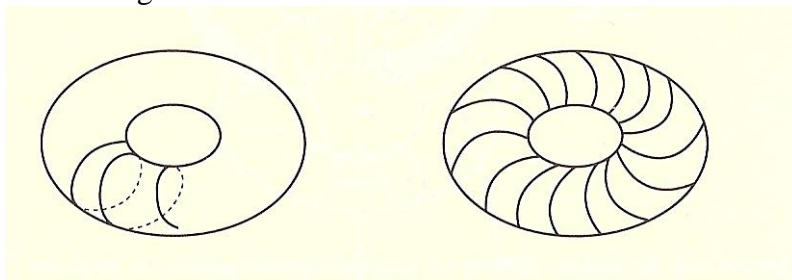


Trece años más tarde (*S 22*) utilizó este mismo enlazamiento –seguido de una reversión de ambos toros– para procesar nuevamente la I_2 , la que implanta rasgos unarios provenientes del Otro en el candidato a sujeto (véase 6.6.2.2). Salvo las especulares, las identificaciones que parten del Otro se mediatizan siempre por el significante (rasgo unario). El *S 9* fue, en este sentido, definitorio y definitivo: a partir de entonces y hasta el final de su obra, la identificación por el rasgo unario quedó caracterizada como fundante del *esebarrado*. Dicho de manera más lacónica: el sujeto barrado - $\$$ - es efecto de la identificación por el significante (rasgo unario), que proviene del Otro.

Subrayó, así, la determinación del sujeto por el Otro -agente identificante de carácter simbólico-. Esta es la primera gran diferencia con Freud, que colocaba al propio sujeto en vías de formación como punto de partida de la identificación. Lacan dio un viraje consistente que implicó un cambio de perspectiva metapsicológica: **el Otro es el identificante**. Esto le llevó a sostener, una y otra vez, la anterioridad lógica del Otro y del rasgo unario respecto del sujeto.

Al situar al Otro como identificante, Lacan despersonalizó el proceso: no es con personas ni objetos sino con el Otro -un lugar-; más específicamente, con los rasgos unarios del Otro. Este enlazamiento de toros, comentado por primera vez en el *S 9*, debe ser considerado un precursor de las escrituras topológicas de las I_1 , I_2 , I_3 , según se verá *infra*, en 6.6.

Otros conceptos que también trabajó sobre la superficie tórica y que después tuvieron efectos importantes en la TIL fueron: la demanda, el deseo y la repetición. Las demandas las escribió como sucesión de vueltas que se enrollan alrededor del toro, siguiendo el círculo D , a la manera de un carrete de hilo. La sucesión de demandas embobinadas fueron representadas como una secuencia de n vueltas alrededor de las paredes del toro, hasta llegar al punto de partida, tal como se desprende de estas figuras.



Cuando la sucesión de vueltas representativas de las demandas se completa, es decir, cuando la última lazada entra en contacto con la primera, el sujeto habrá dado n vueltas, figurativas de las n demandas. Pero he aquí que el sujeto, que ha ido trazando esta sucesión de vueltas, no se percata que en su recorrido ha efectuado una vuelta más: la que realiza en torno al círculo del deseo (d). Al trazar los n círculos plenos (D), el sujeto describe -ineludiblemente- una vuelta en torno al vacío central, pero no la toma en cuenta. Lacan relacionó este fenómeno con la privación y simbolizó el hecho de contar una vuelta menos, así: $[-1]$. Las demandas, por estar hechas de significantes, son necesariamente diferentes unas de otras, cada una es distinta, debido a que un significante es lo que los otros no son; ningún significante es idéntico a sí mismo.

Lacan prosiguió sus elaboraciones conceptuales: tras sostener que “el significante es el soporte de la diferencia” vino aquello de que “el sujeto es efecto de la repetición significativa”; luego, con la ayuda Kierkegaard, acabó articulando la repetición con la diferencia. Bastaba un solo

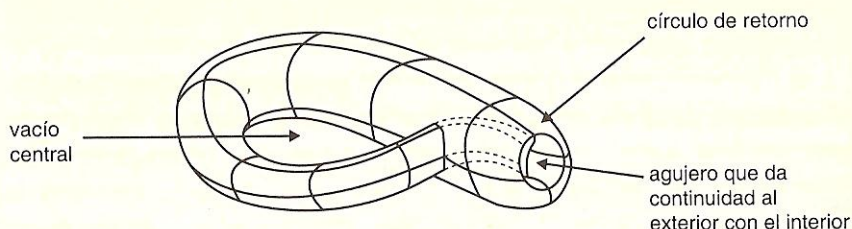
paso más, que efectivamente dio, para avanzar la idea de que la identificación –al ser por el significante– transmite simultáneamente la semejanza y la diferencia.

De ahí que la identificación simbólica no sea reproducción de lo mismo sino introducción de una marca diferencial. Lacan resolvió de manera original la paradoja implícita en toda identificación: la transmisión simultánea de la semejanza y la diferencia.

Este aspecto no había sido tratado en la literatura psicoanalítica existente hasta entonces; en ella predominaba la idea de la transmisión de las semejanzas; esa faceta -cierta, claro está- devino la definición misma de la identificación: modelarse a semejanza del objeto. La transmisión de las diferencias no fue conceptualizada en la TIF ni en la TIK. Es probable que éste haya sido uno de los aportes más originales de Lacan a la teoría identificatoria, junto con aquel otro que la desconectó del registro pulsional: el Otro [y no la pulsión del niño (Freud)] era el agente activo de la identificación.

6.5. La botella de Klein: identificación, transferencia y demanda

Lacan se refirió a este objeto topológico en varios seminarios aunque en el *S 12* le dedicó una atención especial. La relación del sujeto con el lenguaje, tema suyo por antonomasia, volvió a ser trabajado allí desde una nueva perspectiva: la que surgió tras haber otorgado mayor importancia a lo Real. Sobre ese telón de fondo lingüístico, Lacan desplegó nuevos aspectos de su enseñanza, apoyándose en la botella de Klein, objeto que se presenta a continuación.



Para su construcción empírica se puede partir de un cilindro, pero en lugar de unir los bordes circunferenciales entre sí -como cuando se fabrica un toro-, se estrecha una de los extremos para que tenga menor diámetro que el otro y, una vez angostado, se lo introduce por la pared del cilindro, poco antes de su terminación, hasta hacer coincidir ambos bordes. A continuación se pliega el borde grande hacia el interior y el pequeño hacia el exterior, lo que permite aproximarlos y suturarlos. Entonces desaparece todo borde y se establece la continuidad entre el adentro y el afuera de la botella. Por esto, el círculo de retorno no es un borde sino más bien una continuidad. Allí, la superficie se repliega sobre sí misma y se continúa por el interior de la botella, sin que haya interrupciones.

Lacan se apoyó en esa peculiaridad –posibilidad de pasaje subrepticio del afuera al adentro y viceversa– para reflexionar sobre algunas problemáticas psicoanalíticas que implican precisamente una continuidad entre el Otro y el sujeto: identificación, demanda, transferencia, deseo, la constitución de la pulsión en el campo del Otro, sublimación, etc. En realidad, ninguna problemática psicoanalítica es ajena a esta relación, pero en las recién nombradas esta cuestión es central.

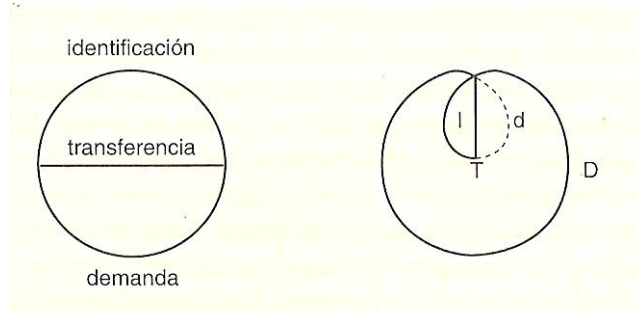
Por otra parte, la unilateralidad de este objeto le permitió al psicoanalista francés retomar la cuestión de los ligámenes entre el inconsciente y la conciencia; más específicamente, intentó dar respuestas a un enigma: el de la relación entre un significante (S_1), que se manifiesta mediante alguna formación del inconsciente, y el resto de la batería virtual inconsciente de significantes (S_2), que permanece reprimida.

El orificio de la botella le permitió elaborar –una vez más– la cuestión de la falta -castración- y el deseo. También escribió la sucesión de las demandas en la botella de Klein y esbozó la articulación entre ella y los tres tiempos lógicos: el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir.

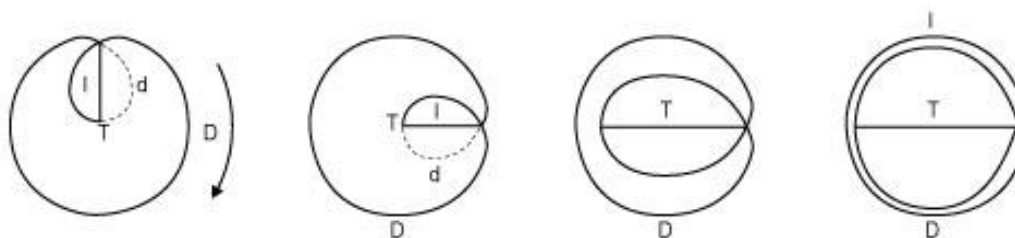
De lo dicho puede deducirse que la botella de Klein es un objeto adecuado para:

- Disolver la oposición tajante entre interior y exterior, porque instaura la continuidad entre ambos.
- Patentizar las relaciones del sujeto con el Otro.

Ambas cuestiones están presentes en el tratamiento conjunto que hizo de la identificación, de la transferencia y de la demanda en el *S 12*, situando tales conceptos en el orificio de la botella, tal como puede verse en el sector izquierdo de la figura siguiente. El de la derecha corresponde al *S 11*; puede leerse allí los mismos conceptos: identificación (I); transferencia (T); demanda (D); más el agregado del deseo (d).



Pese a las apariencias, la similitud entre ambos es, sin embargo, clara; incluso, si no aparece el deseo (d) en el diagrama izquierdo. La semejanza se hace más evidente si se gira 90° la figura de la derecha y se amplía el lóbulo pequeño del ocho interior, hasta acercarlo al grande -transformación topológica-, tal como lo muestra esta serie de esquemas:



En las últimas dos figuras se ha sustituido el punteado de la línea *d* por un trazo continuo. En este caso no tiene la misma importancia que cuando se emplean estos grafos para topologizar la transferencia.

La demanda, la identificación y la transferencia, operando en el dispositivo analítico, anudan al sujeto del inconsciente con la alteridad radical representada por el Otro. El deseo y el significante fálico, Φ , que le está asociado, pueden leerse también en el centro de este “puño tórico” -otra manera con que Lacan se refirió al cuello de la botella y su agujero (clase del 20 de Enero de 1965) y otra ocasión en la que aparece un núcleo abigarrado de conceptos, articulados en torno a un objeto topológico-.

Es interesante al respecto un cotejo entre el toro y la botella de Klein en lo que a la identificación se refiere. Al primero de ellos es necesario practicarle cortes y reversiones para que lo exterior devenga interno pues se trata de una superficie bilátera, en que adentro y afuera están completamente separados e incomunicados. En la botella de Klein, en cambio, estas operaciones son innecesarias puesto que interior y exterior se continúan. Tanto para los tiempos de la estructuración subjetiva como para después -sujeto ya constituido- la relación del *esebarrado* con el Otro se procesa mejor mediante la botella de Klein que por otras superficies topológicas, dada la continuidad interior -exterior que le caracteriza. Esta propiedad la hace particularmente interesante para la identificación: como se verá enseguida -en 6.6.2. - ella gira enteramente alrededor de una pregunta clave: ¿cómo es que lo psíquico, originariamente anterior y exterior al sujeto, se hace interior y, por esa vía, constituye al *esebarrado*?

¿Y en la clínica? El despliegue sucesivo de las identificaciones del analizante en la transferencia muestran cómo estas toman el relevo de un aspecto fundamental de la dinámica del deseo: su ligazón primigenia al deseo del Otro, y dan pie al anudamiento en la transferencia del

deseo del analizante con el deseo de analista. Este último es la palanca que permite salir de las infatuaciones narcisistas propias del amor de transferencia y revelar el deseo del analizante que se manifiesta a través de sus demandas. Asimismo, habilita un circuito que permite trascender el plano de la identificación con el analista.

6.6. Las identificaciones al final de su enseñanza. Reversiones del toro y topología nodal

Tras estas elaboraciones del *S 12* sobrevino un periodo de relativo silencio en relación a la identificación que se rompió con el *S 19*, en que retomó el tema y lo trató hasta el *S 26*, último que impartió. En esos seminarios trabajó la cuestión a la luz de las reversiones del toro, de los nudos borromeos y de las nuevas formas de articular los tres registros. Viene a colación recordar aquí lo dicho en el apartado 6.2., de este mismo capítulo, respecto del cuarto periodo de la construcción de la TIL, ya que lo nuevo se inscribió dentro de los cambios de axiomática ya comentados, que caracterizaron a los últimos diez años de su producción. Se estudiará paso a paso estas innovaciones teóricas en los siguientes apartados:

6.6.1. La identificación en la década de los años setenta

6.6.2. Reversiones del toro

6.6.2.1. I_1 ; identificación a lo real del Otro real

6.6.2.2. I_2 ; identificación a lo simbólico del Otro real

6.6.2.3. I_3 ; identificación a lo imaginario del Otro real

6.6.3. Identificación y nudos borromeos

6.6.1. La identificación en la década de los años setenta

El autor de esta tesis sostiene que en esos años se produjo un cambio de paradigma en la concepción lacaniana de la identificación, que la distanció de la TIF. Se fundamentará esta afirmación mediante la siguiente cita extractada de la clase del 18 de marzo de 1975 del *S 22*, muy ilustrativa del estado de la TIL en esos momentos:

“Que todo esto esclarezca la práctica del discurso analítico, es lo que les dejo para decidir. Yo les propongo como clausura de esta sesión de hoy, esta formulación de la identificación triple tal como Freud la avanza. Si hay un Otro real, no está en otra parte que en el nudo mismo, y es en eso que no hay Otro del Otro. Identifíquense a lo imaginario de ese Otro real, y esto es la identificación del histérico al deseo del Otro -lo que sucede en el punto central. Identifíquense a lo simbólico del Otro real, ustedes tienen entonces la identificación del rasgo unario. Identifíquense a lo real del Otro real, ustedes obtienen lo que he indicado con el Nombre del Padre, donde Freud designa lo que la identificación tiene que ver con el amor”. (*Ornicar*, Nº 2, 3, 4 y 5; texto establecido por J.-A. Miller).

A la espera del apartado 6.6.3. *Identificación y nudos borromeos*, en el que se estudiará con detenimiento este fragmento, puede anticiparse que en él se aprecia claramente la introducción de nuevas inflexiones en las I_1 , I_2 e I_3 . Si bien hay una referencia explícita a la “identificación triple” de Freud, lo afirmado en esta frase hace patente la articulación definitiva de la TIL con la topología nodal, con la categoría del Otro, con la tónica de los tres registros y con los tiempos lógicos, conceptos ausentes en Freud. Las distancias con la TIF devinieron enormes; estos nuevos desarrollos de Lacan establecieron fronteras entre una y otra teoría. Esta afirmación no implica críticas ni postula la necesidad de un “nuevo retorno a Freud”; es más bien una descripción de lo ocurrido y un registro de las diferencias importantes que se generaron entre ambas concepciones y que ahondaron lo que se venía insinuando en las dos décadas previas. Estas nuevas -y últimas- elaboraciones del psicoanalista francés deben verse en continuidad con las anteriores, especialmente con aquellas que relacionaron I_1 , I_2 e I_3 con las tres formas de la falta: privación, frustración, castración. En III, 2.1.4. *Cuarto tiempo: 1971-1981. Nudos borromeos e identificación* se incluyó un cuadro y una figura que sintetizan las principales ideas sobre la identificación vigentes a mediados de la década de los años setenta. En el sector derecho del mismo, puede verse que las tres

identificaciones son con el Otro. Esto posibilitó el posterior agrupamiento del trío en un mismo grupo: las identificaciones simbólicas, por efectos del significante (rasgo unario). Lacan acabó postulando un mecanismo significante transidentificatorio, que permitió reunir a estas tres bajo una misma denominación. El movimiento implicó indirectamente a las especulares -aunque las siguió considerando una variedad distinta a las simbólicas- en tanto lo imaginario quedó articulado con los otros dos registros en pie de igualdad. Estas nuevas inflexiones que Lacan introdujo en I_1 , I_2 , I_3 le permitieron correlacionarlas con los tres tiempos lógicos de la constitución del sujeto (privación, frustración, castración).

Además de lo explícito en frases como la anteriormente citada del S 22, esta presencia del Otro en la primera identificación habla acerca de que el candidato a sujeto se ve inmerso de entrada -y de manera absoluta- en un espacio psíquico en que circulan deseos, demandas, pulsiones y fantasmas del Otro. También, le llegan rápidamente los anhelos narcisistas de los padres y el lenguaje. Como se puede apreciar, ese espacio psíquico no es otro que el del complejo de Edipo, considerado por Lacan como estructura estructurante de lo psíquico del *infans*. Allí es arrojado el recién nacido y allí habrá de estructurarse subjetivamente. De ahí que estas identificaciones deban ser articuladas con los tres tiempos lógicos de dicho complejo. Tratándose de identificaciones con punto de partida en el Otro, el padre estará presente en todas ellas, tanto por su función simbólica como por tener labrado un lugar en el inconsciente materno.

Año y medio más tarde, en el S 24, volvió sobre el tema, para tratarlo nuevamente desde la perspectiva topológica. En la clase del 16 de noviembre de 1976, después de presentar varias maneras de revertir al toro, Lacan propuso a su auditorio realizar un trabajo que pusiese en correspondencia la I_1 , I_2 e I_3 con las reversiones del mismo. Jean Jacques Bouquier realizó esa tarea y el fruto de la misma se plasmó en su artículo "Retournements de tores et identification".^{15*} A esta cuestión se dedicará el siguiente apartado con sus tres divisiones, en los que se intentará articular las reversiones del toro con la privación, frustración castración y los demás factores que intervienen en la estructuración del sujeto. En tanto se está enfocando el cuarto y último tiempo de la construcción de la TIL, habrá también ocasión de hacer confluir las diferentes líneas de fuerza e ideas que, sobre la estructuración subjetiva, se han mantenido vigentes hasta el final de la obra de Lacan.

Cabe agregar también que durante esta época, a la luz de la topología nodal y de las reversiones del toro, siguió avanzando en sus formulaciones sobre la constitución del cuerpo desde una perspectiva psicoanalítica. De ahí la necesidad de articular estas tres identificaciones con las diferentes consistencias que va adquiriendo el cuerpo durante la estructuración subjetiva. Podría decirse que el organismo viviente -así definió Lacan al recién nacido- es un ensamble biológico que no tiene aun un "cuerpo" en el sentido psicoanalítico del término; lo acabará adquiriendo coetáneamente a la estructuración del *esebarrado*. El psicoanalista francés postuló distintas formas de consistencia corporal; con la última se accedería a un cuerpo consistente en el que se articulan los tres registros; un cuerpo relativamente inmune a las fragmentaciones y estallidos de la representación psíquica del mismo, un cuerpo con el que se pueda afrontar los sucesivos encuentros con otros cuerpos en actos comandados por el deseo. Un apartado entero -el 6.8. -, será dedicado a este asunto.

6.6.2. Reversiones del toro

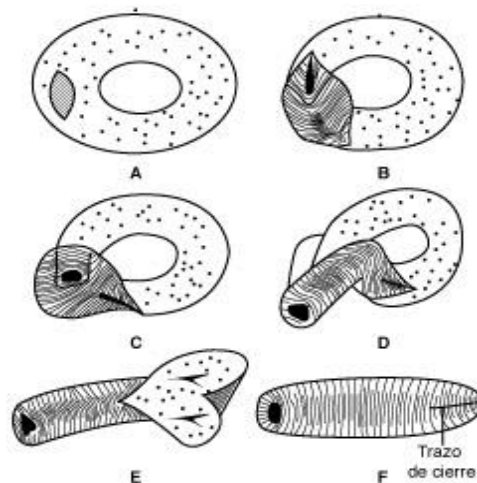
Sea cual sea la teoría que dé cuenta de la identificación, ésta tendrá que otorgar respuesta a un interrogante clave: ¿cómo lo externo se hizo interno? ¿Cómo lo psíquico del objeto (contexto familiar, social, Otro, otro, etc.) devino psique en el nuevo sujeto? ¿Por qué procedimientos el rasgo unario -originariamente situado en el campo del Otro- pasó a ser parte de un nuevo *esebarrado*?

Lacan respondió a este interrogante mediante una operación sobre el toro: la reversión. Ésta consiste en *darlo vuelta*, como se da vuelta, por ejemplo, un guante. Como resultado de la misma, el lado de adentro de la superficie tórica -el que hacía de pared al vacío interno- quedó expuesto al exterior y, concomitantemente, la superficie externa devino interna. Este segundo aspecto hace de la reversión un procedimiento adecuado para patentizar un fenómeno clave de la identificación: la conversión en parte constitutiva del sujeto de algo que primigeniamente estaba situado fuera del

mismo. Allí reside el meollo de toda identificación estructurante. Para el caso particular de las simbólicas, algunos significantes (rasgos unarios) del Otro son implantados en el organismo viviente que es el cachorro humano al nacer, convirtiéndolo en un nuevo y original *esebarrado*.

Existen dos procedimientos para efectuar la reversión del toro:

- a) Por **agujereado y tracción**. Se perfora la superficie del toro y se extrae -por tironeo- la cara interna de la pared del mismo, hasta que queda expuesta la superficie que antes era interna. Esta primera forma es más difícil de representar mediante diagramas pero es más sencilla de ser realizada prácticamente. Los siguientes esquemas la ilustran.



- b) Se hace un **corte** a nivel del círculo generador del toro -el que Lacan denominó: círculo de la demanda- seguido de un repliegue de las paredes del cilindro curvado. Se comienza el "remangado" del cilindro por los dos extremos hasta lograr que ambos terminales se junten. Puede apreciarse este segundo *modus operandi* en la figura siguiente -incluida en 6.6.2.1.-; ella escribe topológica-mente la I_1 , que mantiene vínculos muy lejanos con la identificación primaria de Freud.

A continuación se correlacionarán las I_1 , I_2 e I_3 con las tres reversiones. Los diagramas que las representan responden a la reversión *por corte y remangado*; pero cabe decir que se llegaría a los mismos resultados en caso de haber empleado el primer método (agujereado y tracción). Al igual que con las identificaciones, se asignarán abreviaturas para cada una de ellas: R_{v1} , R_{v2} y R_{v3} .

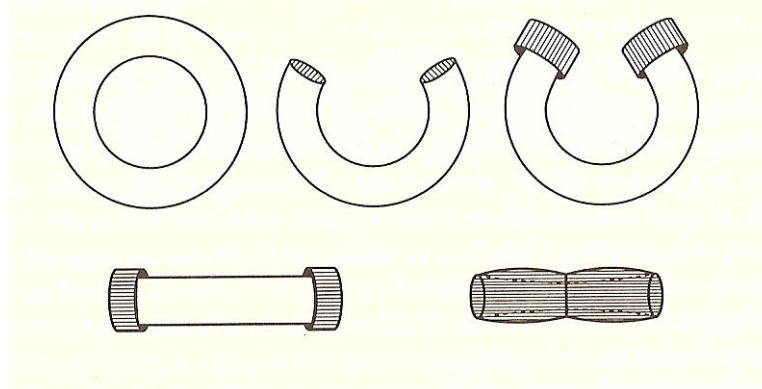
En tanto Lacan insistió en que "la topología es la estructura", cada reversión -y sus efectos- debe ser vista como equivalente a lo afirmado en las páginas anteriores sobre I_1 , I_2 e I_3 . Dicho en otros términos: todos los contenidos conceptuales hasta aquí vertidos sobre cada una de las identificaciones están condensadas en esta escritura topológica que es la reversión. No cabe, pues, articular una y otra versión ya que hablan de lo mismo; ¡son lo mismo! Cambia sólo la forma de presentarlas: la reversión, según Lacan, es una escritura topológicamente formalizada de la identificación. Se pueden expresar estas equivalencias mediante sencillas ecuaciones matemáticas: $I_1 = R_{v1}$; $I_2 = R_{v2}$; $I_3 = R_{v3}$. Estos símbolos condensan los varios folios que ocuparían la reunión de todos los conceptos e ideas expuestos en esta tercera parte sobre las tres modalidades de identificación.

6.6.2.1. I_1 ; identificación a lo real del Otro real

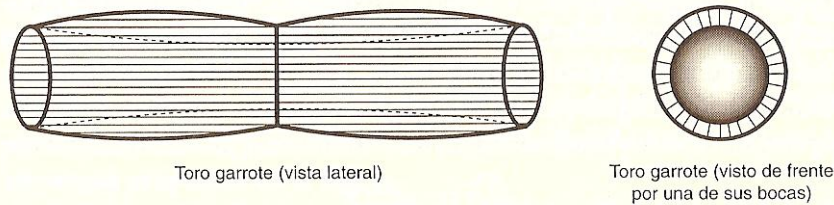
Se trata de la I_1 y su equivalente: R_{v1} . Pese a la crítica que Lacan hizo a la *incorporación oral* que Freud había postulado como mecanismo de la identificación primaria, hubo un tiempo anterior a dicha recusación, en que siguió mencionándola. Por ejemplo, en el *S 9*, todavía consideraba a la incorporación como instituyente de la I_1 ^{16*}. Años más tarde, coincidiendo con el período en que escribió esta identificación mediante la reversión de un solo toro, aludía a ella muy

esporádicamente; el término aparecía más cuando se refería a Freud que durante la exposición de sus propias ideas. Es lógico: las identificaciones lacanianas no necesita de mecanismos internalizadores como es el caso de las freudianas (véase I, 2). La siguiente figura muestra los pasos de la operación R_{v1} ; ella será el punto de partida para las consideraciones posteriores sobre los efectos de esta modalidad identificatoria.¹⁷

I₁; IDENTIFICACIÓN A LO REAL DEL OTRO REAL



Una vez completada la reversión -cuando se unen los dos bordes circunferenciales- queda conformada una nueva superficie, distinta de la de partida, pero igualmente tórica ya que cumple todos los requisitos para serlo: no tiene bordes, es cerrada, posee un vacío interior y otro -central- que comunica con el exterior y tiene una sola cara. Si bien la reversión ha implicado un corte, éste se ha suturado en el momento de la unión de los bordes. Este nuevo toro es homeomorfo al inicial; en realidad es el mismo, aunque revertido. Lacan lo designó con el nombre de toro garrote (*tore trique*), haciendo un nuevo juego de palabras; en este caso, entre *trique* (garrote) y *torique* (tórico/a). Las siguientes figuras muestran su configuración: paredes tubulares y dos bocas -o agujeros- en sus extremos, unidos por un vacío central que adquirió la forma de túnel.



Toro garrote (vista lateral)

Toro garrote (visto de frente por una de sus bocas)

Esta reversión -que escribe la I_1 - puede leerse del siguiente modo: al inicio de la subjetivación no hay, todavía, sujeto: está el Otro y un candidato a serlo; el *esebarrado* está por advenir, por constituirse con la mediación de la identificación simbólica. Se está en el primer tiempo lógico de su estructuración. De ahí la presencia de un solo toro, que es representativo del Otro. Que este último se (re)presente mediante un toro no deja de ser especialmente significativo: implica que el Otro es neurótico; en tanto identificante, en tanto factor estructurante de una nueva subjetividad, pone en juego sus agujeros, sus faltas. Ya sea bajo la versión *standard* del toro o bajo la forma llamada garrote, los agujeros están presentes: el Otro primordial se presenta castrado ante el recién nacido. Esa es la situación más favorable para el bebé; le facilitará identificarse con el falo imaginario y “completar” a una madre castrada: primer tiempo del Edipo: constitución de la célula narcisismo-madre fálica.

El recién nacido, organismo viviente, ingresa a una estructura estructurante -la edípica- que le preexiste y que él no eligió; en ella queda ubicado en un lugar determinado por el orden simbólico. Allí recibe un baño de lenguaje desde su primer día de vida: el *infans* debe hacer propio ese lenguaje -que en principio le es externo y ajeno-. En ese mismo lugar y momento se inicia la lenta transformación de su biología inicial en cuerpo erógeno; adquirirá su primera consistencia corporal, tal como se verá adelante, en 6.8. La reversión de este único toro -se insiste: nueva forma de escritura de la I_1 - produce los siguientes efectos:

- Los rasgos unarios del Otro, originariamente exteriores al protosujeto, fueron inscritos. Ellos devendrán componentes estables de la subjetividad que se está estructurando; se trata de aquello que Lacan designó con el nombre de privación: inscripción de los primeros significantes con que el Otro marca al organismo viviente. El significante establece una relación de continuidad entre el protosujeto y el Otro. Desde otra perspectiva, Lacan caracterizó este primer tiempo y parte del segundo con el término de alienación: pasaje “obligado” por los significantes del Otro.^{18*} La subjetivación se puso en marcha. El sujeto en vías de constitución se empapa de lenguaje.
- El círculo de la demanda (D) de la primera figura de la serie de cinco presentada en la página anterior, devino círculo del deseo (d) en la quinta [abajo, derecha]. Igualmente, el círculo del deseo de la inicial se transformó en el círculo de la demanda del toro garrote. Aquello que se escribe mediante esta reversión del toro (I_1-R_{v1}) no tiene manifestación clínica directa: al ser la matriz de las otras identificaciones y reversiones (I_2-R_{v2} e I_3-R_{v3}), los efectos de I_1-R_{v1} constituyen el punto de partida -suelo psíquico- sobre el que actuarán las identificaciones secundarias (I_2) e históricas (I_3). Por las mismas razones, los efectos de la privación tampoco son aprehensibles. Cayeron bajo la represión primaria y, además, quedarán nuevamente eclipsadas por efecto de las identificaciones posteriores, que las resignificarán retroactivamente.

La privación constituye la condición de posibilidad para la existencia de los dos tiempos lógicos siguientes. Se resumen los efectos estructurantes de la I_1 en el *infans*:

- La palabra, que en principio estaba en el Otro, empapa al protosujeto; lo penetra. Comienza la incipiente sujeción de este último al lenguaje, sin que aun pueda operar con él. Si bien la lengua que el sujeto ejercitará se llama materna, el lenguaje como real se hace presente desde el comienzo -y anticipa de alguna manera- la función paterna.
- Se inscriben los primeros significantes -rasgos unarios- que provienen del Otro: privación. La implantación de estos rasgos unarios -identificación- coloniza al organismo viviente; le trasmite (le inyecta, le provee) las primeras trazas de subjetividad.
- Se perfila -tempranamente- la operatividad de la función paterna en esta identificación lacaniana.^{19*} Acontece la *behajung* (afirmación) primordial.
- Se logra la primera consistencia corporal: tiempo inicial de la transformación de la biología del recién nacido en cuerpo. La inscripción del significante fálico augura la futura presencia de goce en ese cuerpo, atravesado por el lenguaje y marcado por la castración del Otro. Inconsciente y primera consistencia del cuerpo son diferentes efectos de la I_1 .
- Establecimiento de la represión primaria; su consecuencia: constitución primigenia de lo inconsciente.
- Surgimiento de la pulsión en el campo del Otro.
- Comienza la constitución del objeto en el protosujeto.

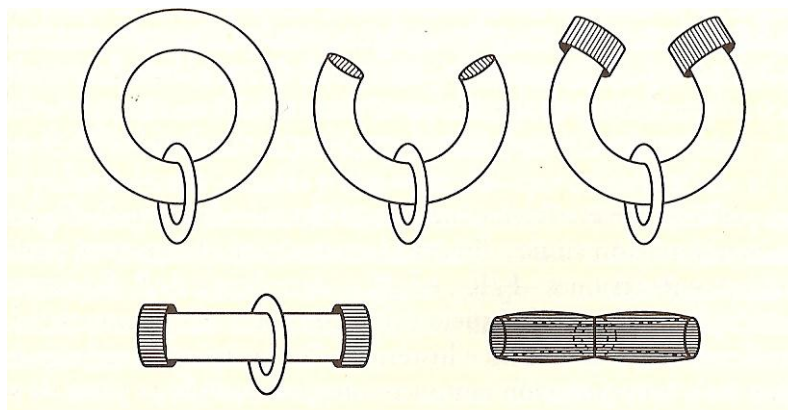
Los fallos en este primer tiempo de la estructuración subjetiva -ligada a la consumación de la I_1 -, darán pie a descalabros psíquicos de gran envergadura: las formas más deletéreas de psicosis y autismo. Es evidente: no se trataría de otra cosa que la ruina instalada en los “cimientos” de la subjetividad; este desgracia constitutiva generará un efecto “bola de nieve” de fracasos. Las identificaciones posteriores no tendrán “base psíquica” para enclavarse. Fenómenos de este tipo ocurren especialmente cuando el Otro primordial -habitualmente la madre, en nuestra cultura- no ha sabido o no ha podido aproximarse al candidato a sujeto con una consistencia tórica; es decir, poniendo en juego su falta. Es una madre que se muestra sin fisuras, sin agujeros; se la podría presentar topológicamente por medio de una esfera. En esos casos, ese Otro actúa ante el bebé como

siendo la Ley o como una de las figuras de la impotencia: a pesar de su aparente omnipotencia no sabe decodificar y transformar en *demanda* los desequilibrios fisiológicos del *infans*.^{20*}

6.6.2.2. I_2 ; identificación a lo simbólico del Otro real

Este apartado se centrará en I_2 y R_{v2} . Se trata de la identificación al rasgo unario (Lacan), lejanamente emparentada a la identificación al *einzigem Zug* de Freud. Esta reversión se realiza a partir de dos toros enlazados tal como muestra la figura siguiente:

I_2 ; IDENTIFICACIÓN A LO SIMBÓLICO DEL OTRO REAL



El toro más grande es representativo del Otro; el más pequeño, del protosujeto. Este enlazamiento es similar al presentado anteriormente en el apartado 6.4. *El toro y las identificaciones*, aunque en este caso no se trata de un sujeto ya constituido sino de uno en ciernes. (Recuérdese que se está tratando sobre las funciones de la identificación en la estructuración subjetiva). El protosujeto es presentado, en estas circunstancias, como un toro más pequeño.

I_2 y R_{v2} se relacionan con el segundo tiempo lógico de la estructuración subjetiva. Conviene tener presente lo afirmado en 6.4., respecto de los círculos D (demanda) y d (deseo) trazados sobre la superficie externa del toro; también, la relación que se establece entre d y D cuando se enlazan dos toros. En la descripción que se hará a continuación se seguirá la secuencia propuesta en la serie de cinco figuras anteriores, que escriben la I_2 y R_{v2} .

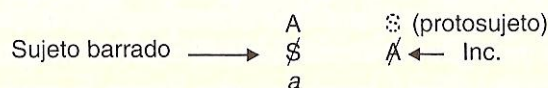
Una vez realizado el corte en el toro – Otro a nivel de un círculo D , se continúa la operación efectuando el mismo repliegue realizado en el caso anterior (I_1 , R_{v1}): remangado del tubo cilíndrico tomando la precaución de hacer pasar los dobleces por encima del toro - sujeto. El toro - Otro, revertido y transformado en toro garrote, guarda en su interior el toro - sujeto sin revertir; podría decirse entonces que el sujeto en vías de formación queda envuelto por el Otro y ocupa el lugar de su falta. El toro – sujeto sigue enlazado, tal como lo estaba desde el principio, al círculo D del toro – Otro, ahora revertido. En tanto el toro – sujeto contacta con la serie de las demandas del Otro, se constituye el deseo del sujeto, que queda interiorizado como un trazo que éste introyecta. Se remite nuevamente a 6.4., en especial a las figuras que representan los cortes de ambos toros, para visualizar como contactan deseo y demanda del sujeto y el Otro. Se recuerda que en esas figuras uno de los toros presenta al sujeto ya constituido, situación que no es la que se ha comentado en el presente apartado; aquí se están desplegando los tiempos lógicos de la estructuración subjetiva en la primera infancia. Lo dicho allá es, sin embargo, válido para entender el surgimiento del deseo en el *infans*, en contacto con las demandas y deseos del Otro. Es esencial que las demandas dirigidas al niño por parte del Otro primordial sean de tal índole que convaliden los deseos del *infans*, permitiéndole, justamente, el surgimiento de esa dimensión deseante en él. Se está en pleno acmé del Edipo -segundo tiempo del mismo, según Lacan-. Se trata de una estructura cuaternaria: madre, padre, hijo y falo; entre los partícipes de esas relaciones estructurantes circula libido objetal; el par antitético amor-odio ya se ha constituido. Es dable esperar que por amor, el Otro se avenga a demandar al sujeto en vías de constitución lo que éste desea. Es esencialmente así como el deseo de la hija o hijo es reconocido y legitimado: por las demandas del Otro.

La quinta figura de la serie recién propuesta muestra el involucramiento, el recubrimiento, que el Otro hace del candidato a sujeto. Este alojamiento del *infans* en el Otro es esencial para completar la estructuración subjetiva; el tiempo necesario de este hospedaje es variable según cada sujeto y lo expone a los demasiado tarde o demasiado pronto. Ciertamente que ese abrazamiento habrá de terminar en algún momento: separación; es lo que Lacan teorizó como el segundo momento de la estructuración según el par alienación-separación. Esta última se llevará a cabo con la consumación de la I_3 . En concordancia con las reformulaciones coetáneas sobre el inconsciente puede decirse que el Otro ofrece al protosujeto el enjambre de significantes -rasgos unarios, en este contexto identificatorio- que le es propio; algunos de éstos, al trasplantarse en el nuevo sujeto, lo constituyen en tanto deseante (véase *infra*, apartado 6.9). De manera concomitante aparecerán, inauguralmente, objetos del deseo metonimizables, lo que indica que la construcción del objeto en el sujeto ha continuado; esto anticipa de alguna manera que el niño está en vías de establecer -de adquirir, de recibir por transmisión psíquica intergeneracional e inconsciente- una estructura neurótica.

Vistos en su conjunto, los movimientos psíquicos inherentes a la I_2 , ofrecen indicadores de las capacidades y habilidades **inconscientes** para la crianza por parte de aquellos que ocupan el lugar del Otro primordial frente al *infans*. Esta destreza, ajena a lo racional, pasa no sólo por acompañar las demandas del Otro al incipiente deseo del niño, sino y también por saber rehusar las demandas de este último -frustración- para que en él surja el deseo, ya sea en su versión obsesiva o histérica. La naturaleza edípica de este contexto identificatorio indica que si las I_2 se consuman “adecuadamente”, dan pie a la estructuración neurótica del sujeto.

Como puede observarse, en esta segunda identificación se trata de una implantación de los significantes del Otro en el *esebarrado*; de ahí que Lacan la haya considerado una identificación a lo simbólico del Otro real. Esta alienación a los significantes del Otro deberá seguirse de una “desalienación” -separación-, única manera de tener deseos propios, pese a que fueron construidos en base al deseo del Otro. La consumación de las I_2 conlleva:

- El barramiento del Otro: caída del Otro no castrado, omnipotente.
- La constitución de un nuevo *esebarrado*, sujeto del inconsciente. Estas dos primeras puntualizaciones pueden ser escritas de la siguiente manera:



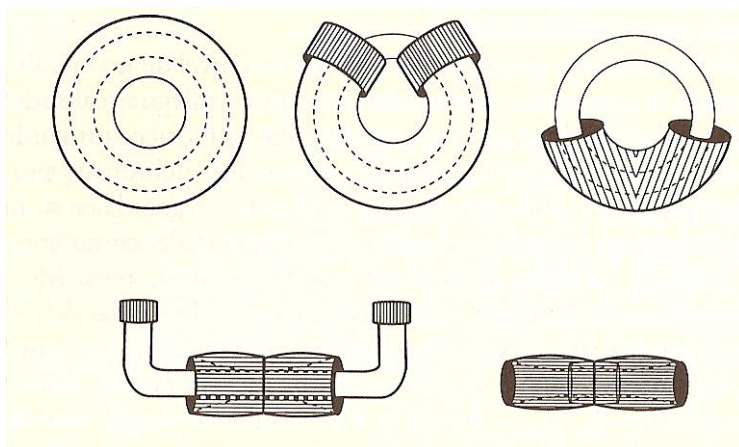
- La producción del sujeto dividido en el campo del Otro; esto deja como resultado la castración del Otro (\mathcal{A}) y un resto: el objeto a . En III, 7.11.2. se encontrará otro esquema que representa lo descrito mediante los círculos de Euler-Venn.
- El avance de la constitución de la pulsión en el campo del Otro; en este segundo tiempo de la estructuración subjetiva, tiempo esencial de la I_2 , se delimita con claridad los objetos, siempre parciales, de las pulsiones.
- El cuerpo adquirió una segunda consistencia; la imaginaria, subordinada a lo simbólico. (Véase *infra*, apartado 6.8.5. *La I_2 y segunda consistencia del cuerpo*).

Asimismo, la clínica hará patentes los fracasos más o menos extensos de esta segunda modalidad identificatoria, se trata de aquellos casos con déficit simbólico y exacerbación del narcisismo. En tanto la nosografía lacaniana admite, básicamente, tres categorías diagnósticas, podría tratarse de los pacientes que habitan “los bordes de la neurosis” o bien psicosis distintas a la paranoia y esquizofrenia. Freud las nombraba psiconeurosis narcisistas; básicamente, la melancolía. Evidencian insuficiencias en el involucramiento del protosujeto por parte del Otro; esas discordancias dificultan el surgimiento de la dimensión deseante en el candidato a sujeto, con las concomitantes perturbaciones del narcisismo. En mi libro *Trencadís, gaudianas psicoanalíticas* (2010) me he referido a este tipo de patología bajo el nombre de “cuadros con insuficiente resignificación retroactiva edípica” (C.I.R.R.E.).

6.6.2.3. I_3 ; Identificación a lo imaginario del Otro real

El referente último de esta identificación es aquella que Freud había ejemplificado con la que ocurría en un pensionado, donde las chicas compartían un acceso histérico con la compañera que había recibido una carta del novio anunciándole la ruptura de la relación. De ahí que también la denominara “por infección psíquica” o “contagio”. No hay ligamen sexual previo entre las jóvenes, pero esta identificación muestra la gran capacidad –histérica– para identificarse con el deseo inconsciente de la muchacha que recibió la misiva – (véase I, 2.9.) –. La crisis histérica simultánea no es copia directa de la original sino un efecto inducido por compartir un elemento en lo inconsciente: las otras también quisieran tener novio, aun al precio de posibles malestares por rupturas. Lacan postuló que el rasgo a través del cual se produce esta identificación no pertenece a lo simbólico del Otro real sino a lo imaginario del Otro real. En ella participa también el rasgo unario. Con la mediación de un largo trabajo teórico sobre la identificación del pensionado y con el antecedente de su lectura personal del “sueño de la bella carnicera”, que Freud expuso en *La interpretación de los sueños* (1900), el psicoanalista francés acabó caracterizando la I_3 con los términos que aparecen en el título de este apartado. Para la escritura topológica de la misma se utilizarán también dos toros enlazados, pero, en este caso uno está embutido dentro del otro. Este enlazamiento es diferente al de I_2-R_{v2} y del descrito en 6.4., porque uno de los toros –el que presenta al candidato a sujeto– ocupa el vacío *interior* del toro–Otro. Ambos son concéntricos tal como puede verse en la serie siguiente.

I_3 ; IDENTIFICACIÓN A LO IMAGINARIO DEL OTRO REAL



Para llevar a cabo empíricamente la reversión, se realiza el mismo corte inicial ya reseñado para las dos identificaciones-reversiones anteriores y se comienza el plegado del toro – Otro, hasta transformarlo en garrote (*trique*); nos queda, así, parcialmente “al desnudo” el toro que representa al protosujeto (tercera figura de la serie). La cuarta imagen muestra nuevamente al toro garrote por cuyo vacío central pasa el toro que representa al *infans*; se observa asimismo que se ha puesto en marcha la reversión del segundo toro. La culminación implica que este último se cierre por encima del representativo del Otro, ya revertido con anterioridad. Se forma, así, un segundo toro garrote que contiene al que originariamente era externo. Dicho en otros términos: el toro - Otro que al principio era exterior devino interior; es otra forma de escribir (o decir): *identificación*. Quedó recubierto por el toro - sujeto, que al inicio estaba en el interior y se hizo externo. Partiendo de dos toros embutidos y concéntricos se llega por transformaciones topológicas (homeomórficas) a dos toros garrotes también embutidos y concéntricos. El que era exterior se ha interiorizado y el interno reviste al otrora externo. Existe homeomorfismo entre la primera y la quinta figura; topológicamente son iguales. Al final del proceso el Otro quedó implantado en el sujeto: introyección de la alteridad simbólica; instalación de los objetos en el sujeto. Conviene recordar en este contexto el apotegma lacaniano: el inconsciente es el discurso del Otro.²¹

El vacío central, como un túnel, atraviesa ambos toros garrote. Allí está inscrito el objeto *a*. El deseo del Otro deviene deseo del sujeto, según una modalidad que se expondrá enseguida. Esta

tercera reversión del toro implica una conjunción de las dos anteriores: $R_{v3} = R_{v1} + R_{v2}$. Puede leerse del siguiente modo: ahora es el nuevo sujeto ya estructurado el que porta al Otro en el interior de su propia falta: tiempo de la declinación del Edipo y del inicio de la latencia. Esta identificación con lo imaginario del Otro real amplió el mundo de los posibles objetos del deseo. Por identificación con ese Otro –que debió dar muestras de su capacidad de investimento deseante de objetos distintos del hijo–, este último logra acceder a nuevas relaciones y actividades en las cuales puede implicar –ejercer– su propio deseo. No se trata de construir objetos de deseo por simple imitación a los padres –sería una identificación casi caricatural– sino usufructuar de la flamante adquisición de su objeto *a* para crear objetos deseables a partir de los objetos mundanos.

La I_3 patentiza dos sintagmas lacanianos: el deseo del sujeto es el deseo del Otro y el inconsciente es el discurso del Otro. La I_3 sitúa al Otro como posición del inconsciente; esto implica la ruptura concomitante de la dependencia de ese Otro: caída –para el nuevo sujeto– del Otro omnipotente, dador universal. Ya no se lo necesita tanto y se lo puede dejar de venerar: tiempo de las desidealizaciones. Es también la coyuntura privilegiada en que se trasmite la castración.

He afirmado que otros contextos que esta modalidad identificatoria “des-incestualiza”: sitúa a los objetos primarios en lo inconsciente en calidad de marcas, de restos, que siendo determinantes no perturban demasiado actuar según los propios deseos con objetos distintos de los primarios. Merecería ser considerada más como una identificación con la capacidad deseante del Otro que una identificación a un deseo concreto del Otro. En este sentido, podría decirse que el deseo del Otro, vector sobre el que se monta el deseo del sujeto, le permitió a éste realizar los cortes de los toros necesarios para iniciar el remangado específico de la R_{v3} .^{22*}

Esta tercera identificación perfila mejor el deseo del sujeto y le posibilita desmarcarse del deseo del Otro. Este último deja de ser tutor del deseo del sujeto. Se le posibilita al nuevo *esebarrado* asumir su propio deseo, con las realizaciones, riesgos y responsabilidades que esto conlleva. La I_3 - R_{v3} le permitió afirmar a Lacan que el sujeto ha adquirido finalmente un cuerpo consistente (véase *infra*, apartado 6.8.6).

Así, pues, tras la alienación inicial imprescindible acontece, en los mejores de los casos la separación; el Otro sigue perviviendo en el sujeto, sin duda, pero como marca inconsciente. De esas marcas es imposible y, tal vez innecesario, desprenderse.

* * * * *

Que estas tres reversiones puedan: a) encadenarse, b) ser consideradas como los tres tiempos lógicos de la subjetivación y c) que puntúen lo real, lo simbólico y lo imaginario de la identificación, le permitió a Lacan afirmar en el S 22, clase del 15 de abril de 1975, lo siguiente:

“En estas tres [...] está todo lo que hace falta para leer mi nudo borromeo”.

Las tres identificaciones y reversiones descritas son identificaciones simbólicas; parten del Otro e implantan rasgos unarios. Se volverá sobre esta última cita en 6.6.3 y, además, en 6.9 donde se las resume y representa gráficamente, una al lado de las otras.

6.6.3. Identificación y nudos borromeos

Durante la década de los setenta no hubo elaboraciones *centradas* en la identificación, a la manera del S 9. En este sentido existe un paralelismo entre la producción del psicoanalista francés y la de Freud: fue en el periodo medio de sus obras que ellos llevaron a cabo las elaboraciones más importantes sobre este asunto. En el primer y último tramo de las dos obras, este tema no estuvo en el centro de la escena teórica. Por lo tanto, se echa de menos algunas clases de Lacan que funcionaran como versión actualizada –quince o veinte años más tarde– de aquellos giros e conceptos claves introducidos a comienzos de los años sesenta. Pero..., no era ese su estilo. Además todo indica que estuvo ocupado en su particular refundación lógico-matemática del psicoanálisis a través de temas como la sexuación, lo real, los nudos borromeos, el goce, las aplicaciones de la

lógica modal a su teoría, etc. En, ese contexto la identificación quedó relativamente relegada o tratada indirectamente.

Lo dicho no implica que al final de su enseñanza faltaran referencias explícitas a la misma; existieron, pero mayoritariamente bajo la forma de comentarios puntuales, esparcidos aquí y allá en algún recodo de los seminarios; frases aisladas que hacían contrapunto al tema central del momento o puestas de acentos en lugares distintos a los colocados anteriormente. El denominador común de todas ellas fue su insistencia en seguir introduciendo inflexiones en las tres modalidades de identificación que, según decía, había despejado de los textos freudianos (las que aquí nombramos con las siglas I_1 , I_2 e I_3). Ello obligó a buscar en los pliegues de sus últimos seminarios las frases o ideas que permitieran construir su posición sobre este tema, en el ocaso de su producción. Así se hizo para elaborar las páginas precedentes de este mismo apartado y así se procederá para las que siguen, en las que se intentará dar cuenta de los nuevos posicionamientos sobre la identificación, coetáneas al fulgor de los nudos borromeos.

Para ello resultó imprescindible prestar atención en la lectura de sus últimos seminarios, a las elaboraciones respecto del *esebarrado* -existieron muchas-, para deducir posibles repercusiones de esas ideas sobre la TIL. Por ejemplo: las consideraciones originales de aquella época sobre las estructuras clínicas (neurosis, psicosis y perversiones) a la luz de la topología nodal y la nueva forma de pensar las relaciones entre los tres registros brindaron una ocasión importante: algún tipo de engarce -exitoso o fallido- de los anillos real, imaginario y simbólico se impone insoslayablemente a todo sujeto, para devenir neurótico, psicótico o perverso. Lo mismo sería válido para la problemática de la sexuación que implica directamente a las identificaciones tipificantes de la identidad sexual.²³ Lo dicho puede hacerse extensivo para las problemáticas del goce y lo real. La década de los setenta estuvo marcada por la homogeneización de los tres registros, anulándose las preeminencias otorgadas anteriormente a alguno de ellos.

La topología nodal fue considerada por Lacan no sólo como un nuevo modo de escribir el psicoanálisis sino y además, como una manera original de dar cuenta -de forma distinta a las anteriores- las estructuras en juego en la experiencia analítica. Se opuso taxativamente a considerar al nudo como un modelo; este último pertenece al campo de lo imaginario; el nudo, a lo real. Al final de su enseñanza consideró al anudamiento borromeo como la mansión del hablanteser (*dimensión*), del *esebarrado*: sujeto hecho de palabras, creación del significante, vía identificación. Toda la *lingüística* debió reacomodarse en los nudos borromeos.

A continuación se presentarán citas de varios seminarios de los años setenta, seleccionadas por contener las referencias explícitas más importantes al tema; ellas pertenecen al S 20, S 22, S 24 y S 26. Se comenzará con una cita del S 20, clase del 22 de octubre de 1973; allí, en relación a la siguiente figura, comentó:



¿“Pero cuál va a ser su enrollamiento?”

Será el de un redondel simple y de un ocho interior, aquel con que simbolizamos al sujeto -permitiendo entonces reconocer en el anillo simple, que por cierto se intervierte [sic] con el ocho, el signo del objeto a - o sea, de la causa por la cual el sujeto se **identifica** a su deseo.” (La negrita y lo que está entre corchetes es mío).

Si el nudo en forma de ocho interior representa al sujeto y el nudo simple -redondel- al objeto a , su articulación es una forma de presentación -la topológica- del fantasma. Este nudo escribe o presenta lo mismo que el *cross-cap*: $\$ \langle \rangle A$. He aquí una de las conexiones antes aludidas entre la topología nodal y la de las superficies. La cita mentada introduce la idea de la *identificación* del sujeto a su deseo, proposición sobre el fin del análisis, que fue sugerida por Lacan en oposición a aquella otra que proponía la identificación del paciente con el analista.

En el S 22 hubieron dos comentarios importantes al tema; una, en clase del 18 de marzo de 1975, transcrita más arriba, al comienzo del apartado 6.6.1., que sirvió de orientación para lo dicho en las páginas anteriores; otra, en la clase del 15 de Abril de 1975 -misma fuente que la cita anterior- en la que dijo:

“Es pues en tanto el *triskel ex-siste* que puede haber identificación. ¿Identificación a qué? A lo que es el corazón, el centro del nudo, donde ya les he situado el lugar del objeto *a*. Este objeto domina eso de lo que Freud hace la tercera posibilidad de identificación, la de la histórica al deseo del Otro”.²⁴

Al final de esa misma clase sostuvo:

“Para volver a Freud, ¿no es extraño que no nos enuncie más que tres identificaciones?; en esas tres está todo lo que hace falta para leer mi nudo borromeo.”

A partir de la lectura de estos seminarios y de las citas extractadas, se elaboró la figura inserta en III, 2.1.4, en la que se inscribieron las I_1 , I_2 e I_3 , en su conexión con la topología nodal.

En el S 24, clase del 16 de noviembre de 1976, articuló la identificación al fin del análisis pero de un modo diferente a quienes sostienen la teoría de la identificación con el analista. Planteó -a la manera de un interrogante- si es que no se trataba, para el analizante, de identificarse con su síntoma.

La última de las citas escogidas proviene del S 26, clase del 5 de mayo de 1979:

“Las diferencias son efectivamente para mí aislables, ¿de qué modo rendir cuentas -en la medida en que la incorporación llamada primordial está en la raíz del superyó- de qué modo rendir cuentas de la dialéctica entre incorporación del significante del Nombre del Padre y la metáfora paterna, metáfora del significante del Nombre del Padre...?”

Puede leerse entre líneas que en el momento de inscripción de la metáfora paterna hasta la declinación del complejo de Edipo -y consiguiente cierre del inconsciente-, la identificación primaria freudiana, al padre en tanto Ideal, se anuda a la identificación secundaria. Ambas se reunieron en Lacan para formar una sola identificación: la simbólica.

* * * * *

Terminan aquí las consideraciones sobre la identificación en el cuarto y último periodo de la construcción de la TIL. Queda por considerar dos temas, que serán abordados en sendos apartados: el 6.7., en el que se expondrá la nueva forma de pensar lo inconsciente en el tramo final de la producción lacaniana -cuestión íntimamente ligada al *esebarrado*- y el 6.8., dedicado a la construcción del cuerpo.

6.7. Reformulación de lo inconsciente a la luz de la topología nodal y de la lógica modal

En S 20, con el auge de la topología nodal en el discurso lacaniano, se produjo otro vuelco teórico en cuanto a la forma de concebir al inconsciente. A la clásica formulación *lingüística* -“el inconsciente está estructurado como un lenguaje”- se añadió la perspectiva topológica: los significantes inconscientes devinieron un conjunto relacionado por vecindad. Se trataba del *enjambre* de significantes. Lacan jugó en esos momentos con la homofonía -en francés- entre *essaim* (enjambre en francés) y S_1 . Según esta nueva aproximación, todos los significantes inconscientes son S_1 ; sólo si llegan a ordenarse en una cadena devienen $S_1, S_2, S_3, S_4, S_n...$ El eslabonamiento secuencial, en serie, propio de la cadena, vigente durante los años cincuenta dejó lugar en 1964 -S 11- al *par ordenado*, categoría perteneciente a la teoría de los conjuntos²⁵*. Los dos significantes entre los cuales el sujeto estaba representado cambió subrepticamente, sin ningún enunciado por parte de Lacan. S_1 y S_2 dejaron de ser los significantes *lingüísticos*; entre ambos: los ordinales a la manera de Cantor: S_1 , primero, y después S_2 . Dos significantes muy diferentes entre sí, imposibles de ser conmutados a lo Saussure. Más tarde, en la década de los setenta, el par ordenado fue **reemplazado**, a su vez, por el *enjambre de significantes*, vinculado a la noción topológica de vecindad.

En el final de la frase anterior se ha puesto el término “reemplazado” en negrita porque se trata de una de las poquísimas ocasiones en que Lacan explicitó taxativamente un cambio en su manera de pensar. Afirmó, con todas las letras que la cadena significante había sido su error en el *Discurso de Roma*. Lo dijo en el *S 21*, clase del 21 de diciembre de 1973. A partir de esta época, los efectos del saber inconsciente, que produce síntomas o tropiezos en el discurso corriente, acontecen por *contingencia* -modalidad lógica estudiada en 5.11.3 y 5.11.4.- y como resultado de la vecindad topológica de significantes.

Las nociones de cadena y par ordenado dejaron lugar a conceptos topológicos y lógicos: compacidad, vecindad, enjambre, contingencia.

6. 8. El cuerpo en el discurso lacaniano

Es un tema complejo y fascinante que encontró reformulaciones importantes al final de su obra. En esta tesis será tratado brevemente y a través de los recodos que lo vinculan con la TIL: las identificaciones participan también en la “construcción” del cuerpo, incidiendo sobre la masa biológica con la que el recién nacido llega al mundo. Durante el tratamiento de esta cuestión será de especial utilidad tener presente:

- Lo recién expuesto sobre las diferentes reversiones del toro.
- La correlación de estas últimas con los tres tiempos lógicos de la subjetivación.
- Los conceptos de consistencia, insistencia y ex-sistencia, elaborados al final de su enseñanza, en el contexto de la topología nodal.
- La discriminación cuerpo y *Cuerpo*, ausente en Lacan, pero que se ha decidido utilizar en este apartado a los efectos de facilitar la comprensión de lo que se explicitará. Esta convención pretende diferenciar el cuerpo (con minúscula), entendido como real biológico con el que el recién nacido llega al mundo, que devendrá *Cuerpo* (con mayúscula y cursiva), identificaciones mediante, si las condiciones son propicias. *Cuerpo* supone que se han constituido las sucesivas consistencias corporales en los tres tiempos de la estructuración subjetiva, tomando como punto de partida el soma del recién nacido. Esta trasmutación de la biología implica también que en el *Cuerpo* se articulen imaginario, simbólico y real. Con un *Cuerpo* se emerge de la peripecia edípica, si todo ha marchado lo suficientemente bien.^{26*}
- La emisión de una entrevista radial -publicada, posteriormente, bajo el nombre de *Radiofonía*-. Se examinará de manera especial la respuesta de Lacan a la segunda pregunta formulada, en ese contexto, por su interlocutor: Robert Georjin.²⁷ Se trata de pasajes muy crípticos, de difícil comprensión y traducción. Se realizará una lectura con lupa y linternas para interpretar lo afirmado por Lacan en esa entrevista.
- La noción de *incorporal* en la filosofía estoica; se estudiará su relación con el mecanismo incorporativo propio de la identificación primaria, con la que guarda una cierta homofonía.
- El neologismo *corpsistencia* utilizado en *Radiofonía*, en *S 21* y *S 24*, en el que confluyeron los tres términos siguientes: consistencia, *corps* (cuerpo, en francés) y *corpse* (cadáver, en inglés). Este término viene a indicar que la adquisición de un *Cuerpo* se produce en un contexto en el que opera tempranamente el significante y el par pulsional Eros-Tánatos.^{28*}

Estas cuestiones se abordarán con el siguiente orden:

- 6.8.1. *Ex-sistencia*, insistencia y consistencia
- 6.8.2. Los incorporales en el antiguo estoicismo
- 6.8.3. Fragmentos de *Radiofonía*
- 6.8.4. La identificación primaria (I₁) y la primera consistencia corporal. Lo incorpóreo y la incorporación
- 6.8.5. La identificación secundaria (I₂) y segunda consistencia del cuerpo
- 6.8.6. La identificación histérica (I₃) y la tercera consistencia corporal

6.8.1. *Ex-sistencia*, insistencia y consistencia

Una reseña de estas elaboraciones lacanianas del final de su enseñanza fue presentada en mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004), apartado 14.7. *Relaciones, propiedades y funciones de los tres anillos*; *op. cit.*, p. 338. Aquí se recordarán sólo los aspectos esenciales e imprescindibles para la comprensión más acabada del tema que se está tratando.

En los seminarios y textos en los que se refirió a la topología nodal²⁹, Lacan fue variando muchas veces sus puntos de vista. Se evitará seguirle en su marcha zigzagueante, para señalar únicamente algunos puntos de referencia firmes. En varias ocasiones aludió a cada redondel como consistencias; por ejemplo, en la clase del 21 de Enero de 1975, del seminario *R.S.I.*, afirmó:

“[...] la unión de estas tres consistencias que yo denomino de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real”.

Allí mismo sostuvo que la consistencia de cada anillo viene dado por la cuerda con que está construido:

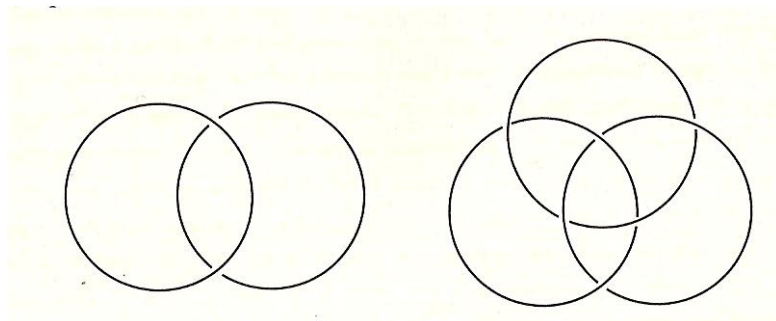
“Nada lo supone sino la consistencia cuyo soporte es aquí la cuerda”.

Cada una de estas consistencias posee tres propiedades, a saber: propiedad real, propiedad simbólica y propiedad imaginaria. Dicho en otros términos, real, simbólico e imaginario están en cada anillo.

Ese ternario quedó, a su vez, correlacionado con otro trío: *ex-sistencia*^{30*}, insistencia y consistencia, respectivamente. Finalmente, cada propiedad quedó enlazada, de manera prevalente, con un registro preciso. Así, del mismo seminario que se está citando, más específicamente de la clase del 13 de Mayo de 1975, pueden extraerse las siguientes correlaciones privilegiadas:

- La *ex-sistencia* quedó ligada con lo real.
- La insistencia con lo simbólico, que a su vez guarda una relación estrecha con el agujero.
- La consistencia fue relacionada con lo imaginario.

La *ex-sistencia* caracteriza uno de los aspectos de la relación entre los tres aros. Para explicitarla hay que poner de relieve, antes, la forma en que se construye la cadena borromea: se comienza superponiendo dos aros; cada uno está -por el momento- libre y se puede mover con independencia del otro; nada los ata entre sí; no están encadenados. Tal situación esta esquematizada en la parte izquierda de la figura siguiente. Es fácil visualizar que el aro situado a la izquierda está encima del otro.



A la derecha puede verse que el tercer redondel -el situado en el medio y arriba- es el que viene a anudar borromeicamente a los otros dos, para hacer cadena. La presencia y función de este tercer aro es imprescindible para la trabazón de los tres. En principio, y antes de la nominación, es indistinto cual de los elementos actúa como tercero anudador; cualquiera de ellos puede cumplir esta función. El que anuda *ex-siste* a los otros dos. Este tercer aro, productor del anudamiento, ejerce la función de *ex-sistencia*. Para que algo *ex-sista* tiene que haber un agujero. Como ya se ha dicho, Lacan correlacionó la *ex-sistencia* con lo real y, además, ubicó en el lugar de unión de los

tres registros, al objeto *a*, o más precisamente, el *plus* de goce. El objeto *a* tiene, también, una punta de real.

La **insistencia** fue correlacionada con lo simbólico y con el agujero; el primer aspecto se hace presente en la TIL por medio de la repetición del rasgo unario proveniente del campo del Otro, que ha pasado a formar parte del sujeto; también, en las reiteraciones de significantes que acontecen en un discurso presidido por la asociación libre. El segundo elemento -la noción de agujero- es esencial en topología nodal; basta con reconocer que cada aro de la cadena circunda un agujero y que gracias a estos orificios es posible formar cadena mediante nuevos engarces. En el seminario R.S.I., clase del 13 de Mayo de 1975, afirmó:

“[...] queda entonces para lo simbólico la afectación del término agujero.”

Si bien cada aro tiene un agujero, el del tercero se diferencia de los otros dos porque actúa como *operador del anudamiento*. Para que esto acontezca, la consistencia del tercer aro debe necesariamente entrar y salir a través de los orificios de los otros dos anillos. Al haber precisado que uno de los aros se correspondía con lo simbólico resultó fácil conectar la topología nodal con todas las elaboraciones lacanianas anteriores sobre este registro; por ejemplo: la íntima relación con el lenguaje y el conjunto de ideas que pueden ser resumidas mediante uno de sus neologismos preferidos: *hablanteser (parlêtre)*. Asimismo, los nudos le permitieron nuevas consideraciones; éstas quedaron plasmadas en las diferentes presentaciones que hizo de la cadena borromea en los seminarios del periodo 1971-1979.³¹

La consistencia es una característica ligada al registro imaginario. Llama la atención que Lacan estableciera este ligamen entre ambos, sobre todo si se tiene en cuenta que lo imaginario es lo más evanescente. A través del aro imaginario se conecta la novedosa formalización nodal con las anteriores elaboraciones lacanianas sobre este registro, comenzando por la más antigua: las que giran en torno estadio del espejo (1936 y 1949). De allí y entonces proviene aquello de *lo imaginario hace cuerpo* y que la captación visual de la imagen del otro anticipa una unidad corporal hasta entonces ausente.³² El cuerpo, inscrito en el aro imaginario, debe entenderse desde la consistencia; es decir, como aquello que permanece junto, adherido: se trataría, entonces, de un cuerpo que adquirió estabilidad y solidez, como sería el caso del *Cuerpo*. La consistencia es una propiedad que, si bien imaginaria, otorga un armazón, una trama firme al *Cuerpo*, que evita fragmentaciones y estallidos de la representación psíquica del mismo. Esta consistencia se obtiene; no viene dada; no está presente en el cuerpo con el que se llega al mundo; esta adquisición es un logro subjetivo importantísimo. Su consecución está asociada a la estructuración identificatoria del yo y del \$; los fallos acaecidos en tales operaciones traerán aparejados necesariamente fracasos en la constitución de las sucesivas consistencias necesarias para que se estructure el *Cuerpo*.

El cuerpo, se sabe, es también la fuente de las pulsiones. De ahí que la (a)parición del sujeto, la obtención de un *Cuerpo*, la construcción de los objetos y la constitución de la pulsión en el campo del Otro sean movimientos simultáneos y sinérgicos. Estos advenimientos acontecen en el seno de una temporalidad concebida psicoanalíticamente, en la que la resignificación retroactiva juega un rol preeminente (véase III, 2.5.5. y III, 7.8). Pero también son necesarios espacios de tiempo y tiempos de espacio para que esta subjetivación y “*Corporalización*” acontezca. Va de suyo que también es coetáneo el establecimiento de la serie de objetos *a* (senos, heces, mirada y voz). Los orificios somáticos, vinculados con los diferentes objetos *a*, encuentran -por su estructura- un lugar privilegiado en la topología lacaniana: *son agujeros y tienen bordes*. Existe pues equivalencia estructural entre dichos agujeros y los redondeles del nudo.

Las proposiciones iniciales sobre lo imaginario y el cuerpo -estadio del espejo- fueron repensadas desde la topología nodal. Un momento clave de estas inflexiones fue su seminario *Le sinthome* y sus comentarios sobre Joyce. Lacan acabó concibiendo la consistencia como un hecho de estructura que se alcanza mediante un anudamiento. Es imprescindible la existencia de un agujero, de un vacío, para que una cuerda pase por él y haga consistir una *ex-sistencia*. Lo poco que

se ha dicho sobre esta cuestión permite sin embargo apreciar que en la década de los años setenta, lo imaginario había trascendido lo simplemente especular y, más aún, la idea de lo ilusorio. Lo imaginario como espacio virtual reflejado en el espejo cedió la delantera a la aptitud de lo imaginario para otorgar consistencia; este registro devino fundamental en la obtención del *Cuerpo*; de ahí que esta noción quedara asociada íntimamente con lo corporal.³³ También apareció la idea del cuerpo como significación y como lugar de goce.

6.8.2. La teoría de los incorporeales en el antiguo estoicismo

El título de este apartado ha sido tomado en préstamo a Émile Bréhier (1876-1952), filósofo francés que profesó en las universidades de Rennes, Burdeos y La Sorbona. Este pensador dedicó buena parte de su obra a exponer sus conocimientos sobre historia de la filosofía, sobre el estoicismo en general y sobre el estoicismo antiguo, en particular.^{34*} En su libro, *La théorie des incorporels dans l'ancien estoïcisme* (1928), J. Vrin, Paris, que devino un clásico sobre ese asunto, se refirió a los incorporeales del siguiente modo:

“[...] se hallan en el límite de acción de los cuerpos. No son simplemente inexistentes. No existen como principios de los seres corporales, pero tampoco existen separadamente de ellos sino en esa forma limitante que los hace a la vez existir y no existir”. (Se cita según la edición más reciente, 1997, de la misma editorial).

Se desprende de esta frase que los incorporeales existen -“no son [...] inexistentes”-, pero carecen del modo de existencia de los seres corpóreos, materiales. Recuérdese que los estoicos relacionaron siempre la existencia con la materialidad corporal. Se trata de efectos sobre la materia que generan nuevos atributos en ella. Para los estoicos, los incorporeales no operan como causa; son más bien efectos de las interacciones de los cuerpos: éstos, al entrar en contacto entre sí, se modifican; pero estas transformaciones no constituyen realidades materiales o propiedades nuevas: son, sí, consecuencias novedosas de las interacciones, y son inseparables de los seres materiales con los que están asociados. Los estoicos denominaban *atributos* a estas innovaciones. En otros términos: las interacciones de los cuerpos produce -en sus límites- algo del orden de lo incorporal. De ahí que mediante un juego de palabras podría decirse: los incorporeales *no existen* a la manera de los seres corporales; pero en cambio *subsisten* en permanente referencia a ellos. Los incorporeales requieren, para surgir, de un fundamento corpóreo. El mismo Bréhier, citando a Sexto Empírico, aportó este ejemplo, para dar a entender qué son los incorporeales:

“Cuando el escalpelo corta la carne, el primer cuerpo [el escalpelo] no produce sobre el segundo [la carne] una propiedad nueva sino un nuevo atributo, el de ser cortada.^{35*} [...] Hablando con propiedad, el atributo no designa ninguna cualidad real; [...]. El atributo se expresa siempre mediante un verbo; esto quiere decir que no es un ser sino *una manera de ser...* [...]. Esta manera de ser [según los estoicos] se encuentra en cierto modo en el límite, en la superficie del ser y no puede cambiar su naturaleza [...]. Es pura y simplemente un resultado, un efecto que no puede clasificarse entre los seres.” [Bréhier (1928), *op. cit.*, pp. 11-12; la traducción, las palabras entre corchetes y las cursivas me pertenecen].

Jean Brun, otro estudioso francés de esta filosofía, presentó en su libro *El estoicismo* (1977), versión castellana de la Editorial Universitaria de Buenos Aires, otro ejemplo similar: el fuego (un cuerpo) actúa sobre la madera (otro cuerpo) y produce un nuevo atributo (incorporal): el de estar quemada.³⁶ Se utilizarán las ideas explícitas y las implícitas de los tres ejemplos dados -se cuenta también el incluido en nota nº 32- para aplicarlas a lo que interesa en este contexto: el encuentro entre un cuerpo (el del bebé al nacer) con otro *Cuerpo*, el propio de quien ocupa el lugar del Otro ante el niño. O, para plantear las cosas en términos más lacanianos, la interacción entre la biología del recién nacido (un primer cuerpo: el del organismo viviente) y la materia fónica -el significante- emitida por el Otro -segundo cuerpo-. Para los estoicos, los incorporeales eran cuatro: vacío, espacio tiempo y *lekton* (significado). Para ellos los significantes -los sonidos- eran corporales. Podría decirse que por la interacción entre las palabras del Otro y el cuerpo del bebé, la masa corporal de este último adquiere un nuevo atributo, una nueva manera de ser: se trata ahora de un *Cuerpo*

significanzado; un *Cuerpo* atravesado -penetrado- por el significante, cuerpo mortificado -“quemado” si parafraseamos a Brun; también: tocado, corrompido, por el Verbo-.

Se darán varios giros sobre esta misma cuestión, enfocando en cada oportunidad facetas diferentes, con la intención de clarificar las ideas. El cuerpo queda atravesado por el significante; el lenguaje, que es anterior y exterior al sujeto, le viene de aquél que está en posición de Otro. Así empieza a tener algo de *Cuerpo*; *Cuerpo* esencialmente humano, gracias a la puesta en marcha de esta in-*corpo*-ración del lenguaje. Producidas las primeras penetraciones del lenguaje -de lo simbólico- en el cuerpo del bebé, su biología deja de ser -para siempre- lo que fue hasta entonces. Esa transformación conduce a la adquisición de un *Cuerpo primigenio*; “**este primer cuerpo es incorporal**”.^{37*}

El efecto de las palabras, a modo del escalpelo, corta, atraviesa, penetra en los intersticios de la carne (biología inicial, cuerpo, organismo viviente) y la modifica. Ambos -el significante y el organismo viviente- son corpóreos, en el sentido que los estoicos daban a ese término: están hechos de materia; fónica, el primero, y biológica, el segundo. Estas dos masas corporales, al interactuar generan un nuevo atributo -incorpóreo-: *Cuerpo* atravesado por el lenguaje, *Cuerpo* que “hablará”, que logrará expresarse; que podrá hacer conversiones históricas y, también, somatizaciones. *Cuerpo* simbólico, *Cuerpo* simbolizado, que se diferencia del cuerpo del organismo viviente que es el humano al nacer. Lo simbólico, una vez incorporado, hace de la carne (cuerpo) un *Cuerpo*. Para que lo incorpóreo surja es necesario, como ya se dijo, una base material; en este caso es el cuerpo del bebé. Y otra materia, la del lenguaje, que lo transforma: lo simbólico que toma cuerpo, que forma *Cuerpo*.

Como resultado del encuentro entre el cuerpo del neonato y el significante, surge un incorporal, un nuevo atributo, cuerpo significantizado -*Cuerpo*-. Y en tanto ese atributo subsiste, da pie al *Cuerpo* simbólico, diferente de la carne. La incorporación del lenguaje es lo que hace *Cuerpo*. El recién nacido carece de *Cuerpo*, tiene cuerpo, es organismo viviente, es carne.

Un cuerpo -el significante, la palabra, la materia fónica- crea, hace, sostiene al *Cuerpo*, in-*corpo*-ración del lenguaje mediante. Pertenecer a una determinada especie -la humana- le permitirá convertirse en *hablanteser* y adquirir esta primera consistencia corporal, paradójicamente incorpórea. Lacan lo denomina “cuerpo de lo simbólico” en *Radiofonía* (en la misma respuesta a la pregunta II, en *RAD*, p. 18) y dice que esto no debe ser entendido como metáfora. Jamás se adquiriría ese *Cuerpo* sin la mediación del lenguaje. Ya había afirmado en *FCPL* que el lenguaje no era inmaterial; que tenía su materialidad específica; de ahí que creara el neologismo *moterialisme*.

A partir de ese momento -consumación de la I_1 , incorporación del lenguaje- esa biología inicial se ha perdido para siempre. El significante la trasmuto -mortificó la carne- produciendo un incorporal: primera consistencia, simbólica, *del Cuerpo*. Lacan se refiere a ella con el nombre de *corpsistencia*: cuerpo-cadáver consistente; cadáver en tanto cuerpo muerto, mortificado por el significante; “cadáver” de la pura biología inicial, en tanto ella deja de existir, en tanto tal, para siempre. Pero hay otro efecto: el surgimiento del goce. Tratándose de un futuro *hablanteser*, seguramente habrá goce. Ese goce es otro incorporal.

La I_2 e I_3 culminarán lo iniciado por la I_1 ; con la declinación del complejo de Edipo el sujeto adquiere un *Cuerpo* en el cual lo real, simbólico e imaginario están anudados. Lacan dio una versión topológica de esto presentando un toro garrote sobre el que apuntó: endodermo, mesodermo, ectodermo. (Véase *infra* el esquema insertado en el apartado 6.8.6). Conviene tener presente que además de estas primeras identificaciones simbólicas, fundantes del *esebarrado* y del “cuerpo simbólico” (Lacan), ha acontecido el baño libidinal narcisístico que posibilitó la constitución del cuerpo unitario, vía estadio del espejo. Se verá en 6.8.5., como el procesamiento simbólico de este cuerpo imaginario otorga la segunda consistencia corporal. Asimismo está lo real del cuerpo que posibilita el anudamiento trinitario, sin el cual no hay *Cuerpo*.

6.8.3. Fragmentos de *Radiofonía*

En este texto -p. 18 de *RyT*, p. 61 de “Radiophonie” en *Scilicet 2/3*- Lacan propuso que se hiciese justicia con los estoicos por *avoir su* (literalmente: haber sabido; menos fiel, pero tal vez

más claro en castellano: haber conocido, haber creado y utilizado) el término *incorporal*. Luego vino a decir que lo incorporal rubrica (pone su firma, muestra, señala, da testimonio) acerca de cómo lo simbólico toca, atraviesa y sostiene al cuerpo. Y esto, a pesar de que el ser que se sostiene en el *Cuerpo* casi nunca sabe que ha sido el lenguaje el que le ha dado (otorgado, donado) ese *Cuerpo*. El cuerpo ha servido de soporte material para la incorporación del lenguaje, y ésta, al consumarse, genera un incorporal -o una función incorpórea, como también la designa Lacan- un nuevo atributo, que viene a mostrar en qué y cómo lo simbólico in-*corpo*-rado, la palabra, sostiene al *Cuerpo*. En *Radiofonía* Lacan hace un juego de palabras entre “incorporar” e “incorporal”, que suenan de manera similar en francés; si la primera remite a la I_1 y al atravesamiento del organismo viviente por el lenguaje, la segunda alude a la categoría de los estoicos.

6.8.4. La identificación primaria y la primera consistencia corporal.

Lo incorpóreo y la incorporación

Lo esencial sobre estos asuntos ya fue expuesto en los apartados anteriores. Aquí se añadirán algunas ideas complementarias. Se partirá de la noción de incorporación en los textos de Freud, mecanismo que él postuló como productor de la I_1 . Esta tesis no fue de especial agrado para Lacan, quien, en principio, había privilegiado la captación visual en detrimento de la vía fantasmática oral postulada por el vienés, en la constitución del narcisismo primario. El psicoanalista francés consideró -especialmente después del S 9- que lo esencial de Freud sobre la identificación primaria fue el carácter simbólico que le dio a la misma, a través de haberle otorgado -como objeto- al padre de la horda primitiva. Mientras las teorizaciones de Lacan tomaban como punto de partida las I_1 , I_2 e I_3 , siguió utilizando dicho término, aunque le inyectó significados nuevos. Para Freud, el mecanismo incorporativo, asociado al narcisismo, hacía referencia a la incorporación masiva y fantasmática del padre de la prehistoria personal, que conducía a “una identificación directa e inmediata {no mediada} y más temprana que cualquier investidura de objeto.” (OCFAE, XIX, p. 33). Para Lacan se trataba de una incorporación más circunscrita: la del lenguaje; de ahí que la haya articulado con el Otro. También estaba asociada a la **privación**; es decir: a la inscripción de los primeros significantes en el organismo viviente que es el cachorro humano al nacer. Luego, con sus últimas elaboraciones sobre el tema -a partir de las reversiones del toro y la topología nodal- el vocablo fue perdiendo presencia y peso específico. De manera simultánea, sus consideraciones sobre el cuerpo fueron adquiriendo mayor realce, sobre todo a la luz de la tópica lacaniana, que le permitió afinar esta última cuestión a través de plantear la conocida tripartición: cuerpo simbólico, cuerpo imaginario y cuerpo real. Sin la articulación borromeica de los tres no habría *Cuerpo*. Sintagmas del tipo “cuerpo de lo simbólico” o “punto donde lo simbólico toma cuerpo”, recogidos de *Radiofonía* (*RyT*, p. 17 y 18 respectivamente) muestran claramente la relación entre el *Cuerpo* y lo simbólico en el discurso lacaniano. También la siguiente frase:

“El cuerpo, si se lo toma en serio, constituye en primer lugar todo lo que puede llevar la marca apropiada para ordenarlo en una serie de significantes.” (*RyT*, p. 19).³⁸

Con la consumación de la identificación primaria comienza el atravesamiento de la biología del recién nacido por el significante; en ese real biológico se inscriben los primeros significantes (privación). El candidato a sujeto recibe un baño simbólico y queda impregnado por el lenguaje.^{39*} El *infans* cuenta ahora con los esbozos de un *Cuerpo* simbólico consistente, *corpsistente*: un *Cuerpo* con una primera consistencia, tórico, en tanto fue identificado por un Otro que se ha presentado tóricamente ante el *infans*; es decir: mostrando sus faltas. El vacío central del toro – Otro patentiza la falta del Otro, que el niño hará suya, para ir conformándose, él también, como sujeto de la falta, castrado, barrado. Esta absorción del vacío, esta in-*corpo*-ración del vacío -falta- del Otro acontece simultáneamente con la in-*corpo*-ración del lenguaje, con la adquisición de la primera consistencia, con la fundación del yo y del registro imaginario. Cuando este vacío del Otro es incorporado, el Otro cumple la función del espejo cóncavo en los modelos ópticos: dará una imagen real del cuerpo:

i(a).⁴⁰ Vemos que en estos momentos fundacionales del sujeto ya se produce un primer e incipiente anudamiento de los tres registros.

Lacan caracterizó a esta identificación inaugural, que inscribe los primeros significantes (rasgos unarios) como identificación a lo real del Otro real. Luego vendrán a inscribirse los siguientes, para formar la serie. La psique y las formas primigenias del *Cuerpo* surgen de manera concomitante para el nuevo sujeto

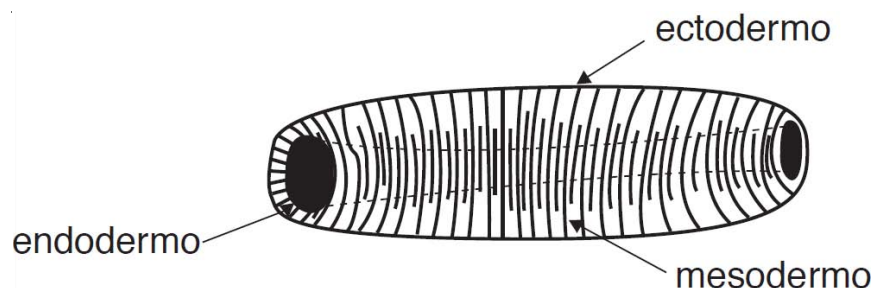
6.8.5. La identificación secundaria (I_2) y segunda consistencia del cuerpo

Conviene tener presente lo dicho en 6.7.2., sobre esta modalidad identificatoria con lo simbólico del Otro real. El Otro de esta segunda identificación debe abordar al niño como una estructura tórica; es decir, mostrando sus faltas y con suficiente plasticidad para decodificar las demandas del protosujeto. Las figuras allí expuestas muestran como el toro – Otro envuelve al protosujeto y lo aloja en su interior; lo hospeda en su falta.

Sobre el toro – protosujeto queda inscrita la serie de las demandas del Otro; estas marcan el deseo del *infans*. En este momento es importante que esas demandas del Otro sean de tal índole que permita surgir y convalidar el deseo del *infans*, posibilitando, justamente, el surgimiento de su dimensión deseante. Si el Otro realiza bien su función, si abraza y acoge al niño en su falta e implanta rasgos unarios, se situará simultáneamente en otra posición y cumplirá una función más: la de un espejo plano espurio, porque no sólo devuelve imágenes virtuales, sino y además, da significantes, convalida simbólicamente lo especular.⁴¹ Por esta vía se adquiere la segunda consistencia corporal: el cuerpo imaginario, de raigambre narcisista, que irá a incluirse, a alojarse, en el primer incorporal, efecto de la I_1 . El *Cuerpo* adquiere a partir de entonces una doble consistencia. Cabe aclarar que esta nueva consistencia no es puramente imaginaria ni, tampoco, la simple resultante de la experiencia especular; se trata más bien del procesamiento simbólico, mediante significantes (rasgos unarios inicialmente del Otro), de esa matriz originariamente narcisista. Esta raíz “narcisa” de lo corporal es tan evidente como su “edipización” por transformación del narcisismo en su pasaje por la castración.^{42*} Este cuerpo es distinto del llamado cuerpo pulsional, archipiélago conformado por la existencia de diferentes zonas erógenas.

6.8.6. La identificación histórica (I_3) y la tercera consistencia corporal

La consumación de la I_3 - R_{v3} le permitió a Lacan afirmar que el cuerpo del sujeto había adquirido su consistencia final, producto de encajes y transformaciones sucesivas de los *Cuerpos* surgidos tras la realización de I_1 - R_{v1} y I_2 - R_{v2} . Es evidente que sin estas dos primeras consistencias establecidas, la tercera no tendría lugar. La última consistencia corporal finaliza la trasmutación de la biología inicial del recién nacido y le otorga al sujeto un *Cuerpo* consistente, inmunizado -siempre relativamente- ante los posibles estallidos y las fragmentaciones de ese cuerpo “psíquizado”.⁴³ *Cuerpo* quiere decir que se ha inyectado subjetividad en la masa de piel, huesos, músculos, cartílagos y órganos que era el cuerpecito del bebé al nacer. Lacan acabó relacionando estas consistencias y este cuerpo finalmente constituido con un toro garrote. Correlacionó el túnel, las paredes y la superficie externa del toro con el endodermo, el mesodermo y el ectodermo, respectivamente, tal como puede verse en la figura siguiente. Las bocas del mismo fueron vinculadas a lo oral y anal.



Para dar por adquirida esta consistencia final tiene que consumarse la I_3 ; ello equivale a decir –desde la perspectiva topológica nodal–, que el toro garrote–sujeto debe incorporar, alojar, hospedar, en su falta al toro garrote–Otro. Esta cuestión fue descrita antes, al final de 6.7.3.; –allí se remite–. La I_3 sitúa al Otro en posición del inconsciente del sujeto. En tanto esta modalidad identificatoria es temporal y móvil –o menos estructural que I_1 e I_2 – se reitera en variadas ocasiones. En cada consumación de esta identificación imaginaria al deseo del Otro, el significante de ese deseo puede entretrejerse con los rasgos unarios más estables provenientes de la I_2 , de manera que el propio deseo del sujeto se vaya perfilando de manera renovada. Va de suyo que esto relanzaría la dinámica deseante del sujeto, por lo que una dosis adecuada de este aspecto histórico –que permite o facilita identificarse con los significantes del deseo del Otro– promueve el deseo.

6.9. Últimas consideraciones y resumen del capítulo

Lacan introdujo muy tempranamente en su teoría elementos provenientes de la topología combinatoria. Usufructuó la capacidad de las superficies y espacios topológicos para poner en evidencia lo estructural y la aplicó al estudio de la de estructura subjetiva. Formalizó topológicamente diversas regiones de su teoría, tal como se aprecia en el cuadro siguiente, en cuyo sector izquierdo se señalan los problemáticas relacionadas con el *esebarrado* que él ha trabajado, mientras que en la columna de la derecha se mencionan los objetos que utilizó para procesarlas.

- La división del sujeto - Los efectos de la interpretación sobre el sujeto	Banda de Möbius
- Repetición, demanda y deseo - Relación entre demanda-deseo del sujeto y demanda-deseo del Otro - Diferentes modalidades de identificaciones del sujeto	Toro
- Sujeto y Otro - La relación entre un significante (S_1) y la batería virtual inconsciente de significantes del sujeto (S_2) - La pulsión	Botella de Klein
- El sujeto y su relación con el objeto causa del deseo (fantasma)	<i>Cross-cap</i>
- El sujeto y la transferencia	Ocho interior
- Articulación de necesidad, demanda y deseo con la cadena significante	Grafo del deseo
- El sujeto y su relación con los tres registros. Nombre del padre	Esquema R
- R.S.I. y los goces	Nudos borromeos

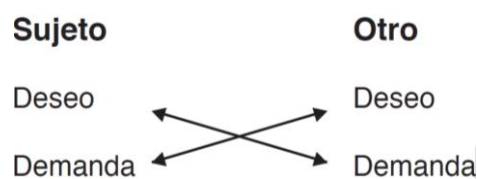
En este capítulo se abordaron especialmente las elaboraciones topológicas que llevó a cabo en los dominios de la TIL. Los trasvases desde dicha disciplina supusieron la introducción de torsiones e inflexiones en las ideas originarias de la topología, para hacerlos operativas en el *habitat* psicoanalítico. El efecto fue triple: una renovación de las categorías freudianas, el surgimiento de conceptos propiamente lacanianos y el establecimiento de diferencias entre la topología –disciplina matemática– y la *topologería* de Lacan. En páginas anteriores se pusieron de relieve las propiedades del espacio topológico; ellas permitieron entender ciertos aportes de la teoría lacaniana sobre el sujeto y sobre la operatividad de la identificación en los momentos de la fundación del mismo. A renglón seguido se señaló la presencia de las identificaciones *freudo-lacanianas* en el grafo del deseo como así también las variantes imaginarias y simbólicas. Se prestó especial atención a las I_1 , I_2 e I_3 ya que en torno a ellas giraron las elaboraciones lacanianas más significativas sobre el tema.

En el apartado siguiente se mencionó a la botella de Klein y tras señalar sus características más sobresalientes se remarcó la continuidad que ella establece entre el adentro y el afuera. Su orificio no es un borde sino un círculo de retorno; gracias a él se logra la continuidad entre exterior e interior. En ese agujero, la superficie se repliega sobre sí misma y se continúa por el interior de la botella, sin que haya interrupciones. Lacan se apoyó en esa peculiaridad para reflexionar sobre algunas problemáticas psicoanalíticas que implican precisamente una continuidad entre el Otro y el sujeto; por ejemplo: identificación, demanda, transferencia, deseo, la constitución de la pulsión en

el campo del Otro, sublimación, etc. Por otra parte, la unilateralidad de este objeto le permitió retomar la cuestión de los ligámenes entre el inconsciente y la conciencia; más específicamente, se ocupó de la relación entre un significante (S_1), que se manifiesta mediante alguna formación del inconsciente y el resto de la batería virtual inconsciente de significantes (S_2).

Asimismo, el orificio de la botella le permitió elaborar -una vez más- la cuestión de la castración y el deseo. También escribió la sucesión de las demandas en la botella de Klein y esbozó la articulación entre ella y los tres tiempos lógicos: el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir. Mediante varios diagramas se mostró porqué la botella de Klein resultaba ser un objeto topológico idóneo para el tratamiento conjunto de la identificación, la transferencia y la demanda; se recordó que en el *S I2* situó tales conceptos en el orificio de dicha botella.

Le tocó luego el turno a la superficie topológica conocida con el nombre de toro de revoluciones. Se trazó sobre el mismo los círculos del deseo y de las demandas y se dedicaron breves consideraciones a las innovaciones lacanianas respecto de la repetición; ella devino repetición significativa y con diferencias. Tras describir los enlazamientos de dos toros -representativos del sujeto y del Otro-, se mostraron las relaciones cruzadas que se establecen entre las demandas y el deseo de ambos. Ellas se sintetizan mediante el siguiente esquema:



Estos primeros comentarios sobre el toro, sus enlazamientos y las relaciones entre la demanda y el deseo del sujeto -o protosujeto- y el Otro sirvieron de introito para el estudio de las reversiones del toro - R_{v1} , R_{v2} y R_{v3} - como forma de escritura de la I_1 , i_2 e I_3 . Luego se correlacionó cada reversión - identificación con los tiempos de la estructuración subjetiva y la adquisición del lenguaje más las consistencias corporales. A continuación se sintetizará lo dicho al respecto y se incluirá una figura que permitirá cotejar las tres reversiones del toro.

I_1 - R_{v1} — primer tiempo lógico de la subjetivación: la presencia de un solo toro, que representa al Otro, nos habla de la ausencia de sujeto; éste está por venir; tiene que estructurarse aun; por el momento es un organismo viviente que acaba de llegar al mundo. I_1 - R_{v1} es una identificación presubjetiva; se inspira en la *Ur-identifizierung* (identificación primaria de Freud). Este momento es conceptualizado por Lacan como el tiempo de la privación: inscripción de los primeros significantes en un real biológico. Este real, que no estaba aun atravesado por la palabra, comienza a sufrir los efectos de la inscripción significativa.

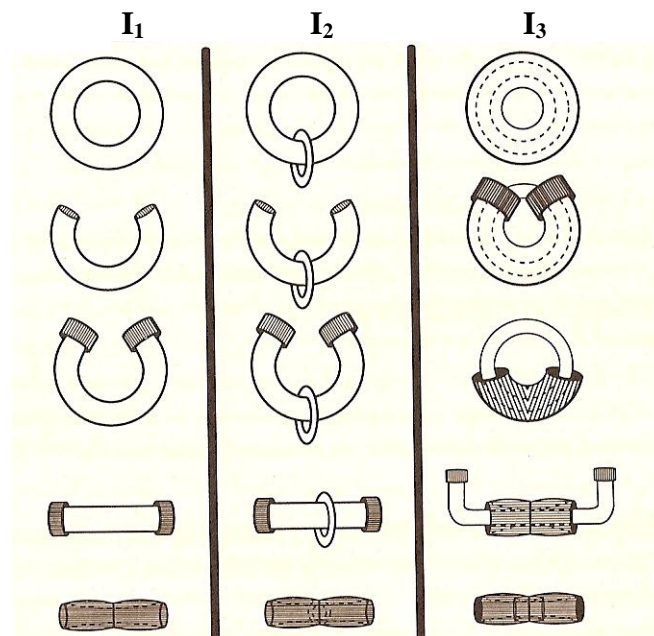
El candidato a sujeto recibe un baño libidinal imaginario y simbólico a la vez; el lenguaje le envuelve y empieza a impregnarle. Ingresa al mundo simbólico que le preexistía; ahí se le adjudicará un lugar. Lacan caracterizó a esta identificación inaugural, introductoria de las primeras trazas de lo psíquico, como identificación a lo real del Otro real. Acontece también la producción de la primera consistencia corporal, simbólica: la *corpsistencia*.

I_2 - R_{v2} — segundo tiempo lógico de la subjetivación: identificación simbólica por excelencia: al rasgo unario. Lacan la consideró al final de su obra como identificación a lo simbólico del Otro real; resignificaba retroactivamente las inscripciones significantes producidas por I_1 .

Los dos toros enlazados representan, uno, al protosujeto y el segundo, al Otro. Este último, revertido y transformado en toro garrote, aloja y envuelve en su interior al candidato a sujeto. Las demandas del Otro participan de la constitución del deseo y la pulsión del *infans*. Tiempo de la frustración. Emergencia del sujeto deseante e introyección de significantes que van constituyendo al inconsciente y al sujeto como dividido. Comienzo del barramiento del Otro. Adquisición de la segunda consistencia corporal: la imaginaria.

I₃-R_{v3} — tercer tiempo lógico de la subjetivación: es la identificación a lo imaginario del Otro real. Los dos toros concéntricos y embutidos se transforman en dos toros garrotes pero el que era interior deviene exterior y viceversa. El sujeto guarda en su interior al Otro. El vacío central -sitio del objeto *a*- atraviesa ambos toros. El deseo del Otro deviene deseo del sujeto. Gracias a la consumación de los dos tiempos anteriores puede tener lugar el tercero. Una vez introyectado lo simbólico (en el primer tiempo) y la consistencia imaginaria en el segundo, el sujeto adquiere, ahora, la tercera y última consistencia, que le permitirá afrontar los diversos avatares que implican el encuentro con otro *Cuerpo*. Esta identificación al deseo del Otro permitirá la expansión del deseo más allá de los objetos primarios. Este tercer tiempo supone una identificación imaginaria al deseo del Otro, que se manifiesta como deseo insatisfecho. Se trata de una identificación al significante de la falta del deseo del Otro. Identificación al deseo bajo la forma de insatisfacción. Se relaciona con la castración.

La siguiente figura presenta en columnas estas tres reversiones del toro.



Tras un inciso que trató sobre las relaciones entre los nudos borromeos y las identificaciones se hizo referencia a la última formulación que Lacan elaboró sobre el inconsciente a la luz de la topología nodal y la lógica modal: la noción de enjambre (*essaim*) de significantes. El eslabonamiento secuencial, en serie, propio de la cadena significativa, que estuvo vigente durante más de una década en su enseñanza fue reemplazado, primeramente, por el par ordenado -noción que pertenece a la teoría de los conjuntos- y sustituida en los años setenta por una versión topológica: los significantes guardan entre sí una relación de vecindad, conforman un enjambre y aparecen en las formaciones del inconsciente por efectos de *contingencia* -categoría de la lógica modal-. (Véase A₅.10.5).

Esta relación de *vecindad* se estudia en topología bajo el concepto de *compacidad*. La cadena significativa dejó lugar a otras nociones que pertenecen a la topología y a la lógica. Por último, tras algunas referencias a los antiguos estoicos y la categoría de *incorporales* que ellos crearon se pasó revista a la concepción lacaniana del cuerpo y a las tres consistencias corporales.

NOTAS DEL CAPÍTULO 6

¹ Para los que desconozcan las nociones básicas de topología se sugiere la lectura de los dos primeros capítulos de *El espacio psicoanalítico*; Korman V. (2004) *op. cit.*; pp. 21 a 54. Al final de dicho volumen figura una extensa reseña bibliográfica en que se citan obras de especialistas en la materia. Por otra parte, las escuetas referencias que se harán en este capítulo a los esquemas, grafos, superficies topológicas y nudos borromeos están ampliamente desarrolladas en los diversos capítulos del libro recién citado. Se remite a dicho volumen para todas aquellas referencias topológicas que en esta tesis hayan sido omitidas o apenas enunciadas. En el apartado 6.9., de este mismo capítulo se presenta un cuadro con las problemáticas psicoanalíticas procesadas por Lacan con objetos y conceptos topológicos.

² Chinn, W. G. y Steenrod, N. E. (1975), *Primeros conceptos de topología*, Introducción, página IX, Editorial Alhambra, Madrid.

³ Al comienzo del capítulo 2 de *El espacio psicoanalítico* (2004), *op. cit.*, pp. 42 a 46, hice una reseña de las opiniones que al respecto sostuvieron J.-A. Miller, J.-D. Nasio, J. Dor, J-P. Wilson. M. Darmon, J. Granon- Laffont y J. M. Vappereau, psicoanalistas especialmente interesados en la dimensión topológica de la enseñanza de Lacan.

⁴ Aquí reside una de las diferencias más importantes entre la TIL, la TIF y la TIK. Se recuerda el antiguo nombre de la topología: *analysis situs* (estudio del lugar). Por otra parte, en el apartado 6.5. de este mismo capítulo, titulado *La botella de Klein: identificación, transferencia y demanda*, se tratará con más detenimiento las relaciones entre el \$ y el Otro.

⁵ Hay dos frases del capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) en que Freud utilizó la palabra *Gefühlsbindung*. Una es la que inicia dicho capítulo, que dice textualmente: “*Die Identifizierung ist der Psychoanalyse als früheste Äußerung einer Gefühlsbindung an eine andere Person bekannt.*” La traducción castellana que hizo J. L. Etcheverry de esta oración es la siguiente: “El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona.” (OCFAE, XVIII, p. 99). La otra está en la página siguiente: “[...] *daß die Identifizierung die früheste und ursprünglichste Gefühlsbindung ist*”, vertida en las OCFAE así: “la identificación es la forma primera y la más originaria del lazo afectivo.” La palabra en cuestión -*Gefühlsbindung*- puede ser traducida tanto por “vínculo de sentimiento” como POR “enlace (o lazo) afectivo”. Se ha respetado en las citas los vocablos que aparecen en las OCFAE.

⁶ En este párrafo del seminario, Lacan parece hacer referencia a la frase de Freud: “[...] *die Identifizierung sei an Stelle der Objektwahl getreten, die Objektwahl sei zur Identifizierung regrediert.*” (en cursiva en el original), traducida por Etcheverry así: “*La identificación reemplaza a la elección de objeto; la identificación de objeto ha regresado hasta la identificación.*” Este párrafo apareció en un contexto en que Freud dilucidaba las relaciones entre la identificación con la formación neurótica de síntomas (OCFAE, XVIII, p. 100; el tema fue tratado con más detalle en I, 3.2.3.1; allí se remite). Dentro de esa problemática y relacionándola con el complejo de Edipo, el vienesí refirió tres variantes:

a) La identificación de una niña con el síntoma de la madre -su *rival* en el complejo de Edipo-. Implica una voluntad hostil de sustituirla y expresa el amor de objeto por el padre. Esta sustitución de la madre genera bajo el influjo de la conciencia de culpa una situación que Freud describió en los siguientes términos: “Has querido ser tu madre, ahora lo eres al menos en el sufrimiento.” Es obvio decirlo, pero los mecanismos de represión, condensación y desplazamiento están en juego en esta modalidad de formación de síntomas en que participa la identificación.

b) La identificación con un síntoma de la *persona amada*; cita la tos de Dora como efecto de la identificación con su amado padre. En este caso, la elección de objeto tomó la vía regresiva y se convirtió en identificación. Freud la consideraba “regresiva” puesto que la identificación era para él -según se dijo recién- la primera forma de enlace afectivo con un objeto. En ambos casos (a+b) la identificación es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo (*einzigsten Zug*) de la persona objeto. Lacan, en su clase del 4 de Junio de 1958, nombra como segunda forma de identificación freudiana a aquella en que una identificación sustituye -tomando el camino de la regresión- a una elección de objeto. La relacionó precozmente con el significante (S 5, p. 440).

c) La identificación sin relación de objeto previa. Es la conocida como identificación del pensionado, que Lacan tomará como modelo -se lo verá enseguida- de la identificación histérica.

⁷ Véase I, 1.8.3., I, 3.3. y I, 3.6.

⁸ Aquí quedará sin fundamentar todo aquello que funciona como soporte conceptual de estas superficies topológicas. Lo mismo ha de decirse sobre el significado de los símbolos y letras que aparecen en los tres esquemas. Pueden leerse esos detalles en mi libro *El espacio psicoanalítico*; *op. cit.*, capítulo 13, pp. 315 y ss.

⁹ El esquema L, presentado en *La carta robada*, fue coetáneo del seminario *Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas* (1956-1957). El Z, que supone una corrección del anterior, apareció en *De una cuestión preliminar...* (1955), unas páginas antes que el R. Estos dos últimos son, pues, de la misma época que el seminario *Las formaciones del inconsciente* (1957-1958) y de la elaboración del grafo de deseo. A continuación se presentarán los tres esquemas; se volverá a ellos en III, 10.8.1.

¹⁰ Hay aquí una neta diferencia con los postulados de M. Klein, para quien la identidad sexual psíquica sería congénita y predeterminada por el sexo biológico. De más está decir que Lacan no desconoce que se nace macho o hembra; sus planteos pertenecen estrictamente al campo psicoanalítico no al biológico. En esos territorios, Freud postuló la bisexualidad constitutiva que, con posterioridad, se decantaría hacia la masculinidad o femineidad, identidad

sexual que se construiría por medio de identificaciones tipificantes. Sobre la posición del vienés véase el apartado I, 3. 2. y, especialmente, los cuadros n° 1y n° 2.

¹¹ Se trata del otro con minúscula, el otro narcisístico, especular, que ofrece imágenes identificantes *-i(a)-* al yo. Para más detalles acerca de estas identificaciones imaginarias, véase los primeros apartados de III, 10.

¹² No fue ésta, sin embargo, la primera referencia explícita a la topología en la obra de Lacan. Ya en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* (1953), *E, I*, p. 137, había aludido al toro y a la continuidad entre su exterioridad periférica y su exterioridad central. Puede verse una representación de esta superficie en el apartado siguiente.

¹³ Uno de los aportes de Lacan respecto de la castración pasa por haber diferenciado dos versiones: la simbólica y la imaginaria. La castración del sujeto aludida es la primera: no debe ser entendida, pues, en tanto versión imaginaria –como cercenamiento, castigo o catástrofe– sino como el establecimiento de una falta en torno a la cual se estructura el sujeto deseante. Por otra parte, la mayoría de los conceptos recién enunciados son objeto de estudio de los diversos capítulos de esta tercera parte. En III, 9. se reunirán las consideraciones sobre *elosebarrado* expuestas en los ocho capítulos anteriores.

¹⁴ La privación sustituyó en la TIL a la incorporación, que Freud situó como mecanismo *princeps* de la identificación primaria. En tanto el agente activo de la identificación es el Otro, Lacan -a diferencia del vienés y de M. Klein- no precisaba de ningún mecanismo internalizador. En cambio adhirió a la conexión freudiana de la identificación primaria con el padre originario de la horda primitiva. Con el correr de los años recusó lo mitológico y criticó la noción de incorporación, aunque ocasionalmente se refirió a ella. Sobre las importaciones lógicas y filosóficas de Lacan véase III, 5 y III, 7, respectivamente.

¹⁵ Publicado en *Analytica*, volumen 46, 1986, Navarin Editeur, Paris. Este texto ha servido de orientación y fuente de diagramas para la elaboración de estos puntos específicos.

¹⁶ Como ya se dijo, las identificaciones primarias de Freud quedaron subsumidas en las simbólicas de Lacan; la incorporación fue sustituida por la privación: inscripción de las primeras marcas significantes. Si la pregunta por el surgimiento de lo psíquico en el recién nacido encuentra como respuesta en Freud: identificación primaria; en Lacan, el mismo interrogante puede responderse así: privación; inscripción de los primeros significantes; pasaje del significante desde el Otro al real biológico (candidato a sujeto, protosujeto).

¹⁷ La serie de figuras representativas de las reversiones del toro, la primera de las cuales es ésta, ha sido dibujada tomando como punto de partida el ya citado texto de J. J. Bouquier; (1986) y las que presenta I. Vegh. (1991), en *Matices del psicoanálisis*, Agalma, Buenos Aires.

¹⁸ Es sabido que Lacan dio cuenta de la estructuración subjetiva desde distintas perspectivas; una de ellas es la caracterizada por la triple escansión temporal: privación, frustración, castración. Otra ha sido el par alienación-separación, que será tratado en III, 7.11. Para más detalles, dirigirse allí.

¹⁹ Esta última cuestión es crucial para Lacan: él consideraba que toda identificación, incluidas aquellas que provienen de la madre considerada como Otro primordial, son efecto de la eficacia de los Nombres del Padre. Lacan sostuvo que estas afirmaciones lo situaban en la saga de Freud, que había señalado al padre como objeto de la identificación primaria. Que lo segundo fue así puede constatarse con facilidad leyendo el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) o el capítulo III de *El yo y el ello* (1923); que lo primero también lo sea, es más discutible, entre otras cosas, porque no se trata del mismo padre en uno y otro caso. Freud entrevió algo de lo simbólico en la relación estructurante con los objetos primarios, pero no lo desarrolló. De todas formas, que ambos hayan coincidido en situar al padre como núcleo importante de esta identificación resulta especialmente incomprensible para muchos psicoanalistas de raigambre kleiniana, que rápidamente lo han sustituido por la madre, por carecer de aquellas herramientas teóricas que permitirían diferenciar al padre real, imaginario y simbólico. Sin esa tripartición, sin la categoría de significante del Nombre del Padre, difícilmente pueda entenderse el papel otorgado a la función paterna en **toda** identificación. En Lacan, el padre esté presente tanto en la I_1 como en la I_2 e I_3 .

²⁰ En rigor, el bebé no siente hambre; está atravesado por un cierto malestar o *displacer*, efecto de posibles desequilibrios de su medio interno, a los que el adulto denomina hambre (o calor, o frío, etc.). El malestar expresado por llanto es habitualmente decodificado por aquellos que tienen a su cargo la acción específica. Se abre aquí la posibilidad de decodificaciones más o menos acertadas, más o menos bizarras; el Otro *interpreta*, otorga significado, a las manifestaciones del bebé en estado de desamparo. Esta “traducción” de los mensajes emitidos es una de las primeras formas de intercambio del bebé con el Otro y supone que algo del orden de lo biológico es transportado a otro registro.

²¹ Véase en III, 7.2.2. las diversas funciones del Otro en la teoría lacaniana.

²² La dinámica neurótica lleva a maniobras que intentan compensar una precaria “des-incestualización” -o si se prefiere, tretas que intentan suplir la tambaleante posición subjetiva resultante de la deficitaria I_3 . Un ejemplo clínico aclarará esta cuestión: un paciente fantasea en cada uno de sus encuentros sexuales con su esposa que está manteniendo relaciones con otra mujer. La reverberación incestuosa que le produce su cónyuge no le permite eyacular; sólo puede hacerlo si utiliza esos trucos. En términos más amplios podría decirse que los neuróticos presentan al deseo ya sea como imposible (obsesivo), ya sea como deseo prevenido (fóbico), ya sea como deseo insatisfecho (histeria). La dirección de la cura empuja a transformar esas modalidades deseantes y sustituirlas por un deseo decidido.

²³ Este tema fue tratado en III, 5. 11.2 a III, 5.11.5.

²⁴ Para más detalles sobre el *triskel*, véase *El espacio psicoanalítico* (2004), *op. cit.*, p. 334.

²⁵ Véase al respecto *El espacio psicoanalítico* (2004), *op. cit.*, p. 178 y los textos a los que allí se remite.

²⁶ Va de suyo que se nace con un cuerpo pero no con *Cuerpo*. El pasaje de uno a otro requiere que lo simbólico haga *Cuerpo*. Esta participación de lo simbólico es de tanta importancia que ese *Cuerpo* dejaría de constituirse si el candidato a sujeto no llegara a hablar; tampoco, si no se producen, por los motivos que sean, las inscripciones ligadas a I₁, introductoras del zócalo psíquico simbólico en el nuevo sujeto. Igualmente, dejaría de existir sin la consistencia imaginaria, otorgada por las I₂. Por último, las I₃ aportan la tercera consistencia, necesaria para engendrar un *Cuerpo*: aquél que Lacan presentó bajo la forma de un toro garrote, en el que distinguió ecto, meso y endodermo, tal como se ha visto en páginas anteriores. Estas transformaciones sucesivas del cuerpo hasta llegar a *Cuerpo* y las adquisiciones de distintas consistencias corporales hasta la declinación del Edipo conformará el núcleo central de este apartado.

²⁷ Corresponde a las pp. 17 a 19 de RyT; a la p. 61 de la versión francesa de la revista *Scilicet* 2/3 y a la p. 409 de la incluida en AE.

²⁸ Cuestión lógica por otra parte ya que la consumación de la identificación primaria también acontece bajo el imperio de dicha dualidad, como se ha visto en I, 4.1.1. La pulsión de muerte acude tempranamente a la cuna. La derivación en forma de adjetivo *-corpistente-* tiene, es evidente, la misma fuente. Recuérdese: *corpse* es cadáver en inglés.

²⁹ Los principales seminarios que aluden a los nudos borromeos son: *...o peor* (1971-1972); *Aun* (1972-1973), *Les non dupes errent* (1973-1974), *R.S.I.* (1974-1975), *Le Sinthome* (1975-1976), *L'insu que sait de l'une bévue s'aïlle a mourre* (1976-1977), *La topología y el tiempo* (1978-1979). Además de estos seminarios merecen mencionarse: el ciclo de conferencias dictadas en el hospital Sainte-Anne bajo el título de *El saber del psicoanalista* (1971-72); el escrito "L'étourdit", publicado en la revista *Scilicet* 2/3 (1973), *Radiofonía y Televisión* (1973) y *La tercera* [(1974), alocución al VII Congreso de la École Freudienne de Paris].

³⁰ Mediante esta forma de escritura (*ex-sistir, ex-sistencia, ex-siste, etc.*) que combinaba el prefijo *ex*: (excéntrico, estar fuera, por fuera de..., pero viniendo de allí), con la raíz latina *sistere* (colocar, sentar, detener, tenerse, sostenerse, etc.), Lacan aludía al *estar por fuera de...* o *sostenerse por fuera de...* viniendo de ese mismo sitio respecto del cual se está o se es excéntrico. La empleaba con frecuencia para referirse a la posición del sujeto, que siempre está situado por *fuera de*, excéntrico a su discurso. También, apareció -se lo acaba de comprobar-, en la topología nodal. El vocablo consistencia, combinación de *cum* y *sistere*, significa estar con, en compañía de..., junto con, etc.

³¹ No se reiterarán aquí estas innovaciones; ya fueron presentadas en la p. 341 de mi libro *El espacio psicoanalítico*.

³² Véase III, 10.1. y III, 10.2.

³³ Recuérdese que también para Freud la constitución del narcisismo y del yo requería una representación unitaria del cuerpo: "el yo es ante todo un yo corporal."

³⁴ En III, 7.1.6.1. *Lekton o el significado, el significante y la cosa*, se harán breves comentarios sobre el pensamiento estoico y se dedicará atención a las diferencias que ellos establecieron entre los tres términos que aparecen en el título de ese apartado. Sobre la estructura y divisiones del sistema filosófico de los estoicos puede consultarse *Los estoicos antiguos. Obras*; Biblioteca Gredos; introducción general a cargo de Francesc Casadesús Bordoy. Se hicieron también algunas referencias al respecto en A₅.10.3.

³⁵ He preferido traducir *être coupé* del texto original por "ser cortada" y no por "estar cortada". En castellano suena mejor la segunda opción pero, pese a la disonancia que provoca la primera, la he elegido por lo que se expresa en la frase completa.

³⁶ El siguiente ejemplo el Bréhier *-op. cit.* p. 11-, va en la misma dirección, pero aporta nuevas ideas: "Cuando el fuego calienta el hierro y lo pone rojo, no hay que decir que el fuego otorgó al hierro una nueva cualidad, sino que el fuego ha penetrado en el hierro para coexistir con él en todas sus partes." Por otra parte, en III, 7.1.6.1. puede leerse algunas notas sobre cómo los estoicos entendieron el lenguaje; ellos ya habían diferenciado lo que la lingüística moderna designó con los nombres de significante y significado. A este último lo designaban *lekton* (que no es nada corpóreo); es el significado de algo que se dice, de algo que se expresa. En cambio, la palabra, la masa fónica, era corpórea para ellos.

³⁷ Esta frase está entrecomillada porque pertenece a Lacan y puede leerse en *Radiofonía*, en respuesta a la segunda pregunta; se volverá a ella en el apartado siguiente. La palabra "cuerpo" de esta cita no se inicia mayúscula ni está escrita en cursiva puesto que es así como aparece en *Radiofonía*, pero, si se utilizara en este caso la convención enunciada anteriormente, debería aparecer con esas características, pues se trata del primer tiempo lógico de la significantización (simbolización) del cuerpo. Obsérvese el juego de palabras en el fragmento citado: "este primer cuerpo es incorporeal", en alusión clara a los estoicos antiguos, según se verá enseguida.

³⁸ Respecto de la noción de marca y su relación con la identificación, véase III, 2.4.3. y III, 4.7.5.

³⁹ En páginas siguientes se verá que este baño es simultáneamente imaginario y simbólico. El primero, estadio del espejo mediante, da lugar a la formación del yo y de una representación corporal completa -cuerpo imaginario-; el segundo, construye el cuerpo simbólico.

⁴⁰ Véase III, 10.8.2. *Modelos ópticos*. Se apreciará que delante de un espejo cóncavo, el jarrón invertido que Lacan relacionó con el cuerpo, produce una imagen real. Toda imagen es, por definición, incorpórea, insustancial.

⁴¹ Véase III, 10.9.2.

⁴² Esta es la tesis que sostengo en los artículos publicado en la revista *Intercambios*, n° 15, de noviembre de 2005 y n° 16, de junio de 2006; Barcelona.

⁴³ Las psicosis muestran síntomas claros de alteraciones subjetivas del cuerpo. Por otra parte es digno de preguntar cómo incide un *Cuerpo* de esta índole sobre el sistema inmunitario biológico. Es un gran tema a debatir y a estudiar.

7

TIL<> FILOSOFÍA

A lo largo de este capítulo se estudiarán los conceptos de la TIL que fueron procesados por el psicoanalista francés mediante importaciones desde la filosofía. Por lo tanto, en las páginas siguientes se continuará con la tarea emprendida en los cuatro capítulos anteriores, en los que se estudiaron los componentes de la TIL a la luz de las ciencias sociales –III, 3–, de la lingüística –III, 4–, de la lógica –III, 5.) – y de la topología –III, 6–. También en éste, como en los precedentes, se mencionarán las fuentes y se subrayarán las significativas disparidades entre el concepto importado -en este caso, desde la filosofía- y el producto final, torneado hasta hacerlo operativo en psicoanálisis. La convergencia de estas cinco perspectivas -ciencias sociales, *lingüística*, lógica, *topología*, filosofía, más la sexta -matemáticas, que se verá en el próximo capítulo- permitirá realizar un amplio balizamiento del espacio conceptual en el que está instalada la TIL. Esto favorecerá, a su vez, una caracterización precisa de la identificación y sus consecuencias: la transmisión psíquica intergeneracional y la aparición de un nuevo *esebarrado* a partir de un organismo viviente.

El siguiente cuadro sinóptico anticipa los conceptos psicoanalíticos que se abordarán y los filósofos con los que Lacan dialogó mientras los fue creando.¹

7.1. El sujeto del inconsciente y el sujeto de la filosofía

- 7.1.1. La noción de sujeto en psicoanálisis. El *esebarrado* de Lacan
- 7.1.2. El sujeto cartesiano y el \$
- 7.1.3. *Cogito* cartesiano y *cogito* psicoanalítico
- 7.1.4. El sujeto sujetado al lenguaje: hablanteser (*parlêtre*)
- 7.1.5. Lenguaje, palabra y pensamiento; antecedentes filosóficos
 - 7.1.5.1. *Los estoicos. Lektón o significado, el significante y la cosa*
 - 7.1.5.2. *De todos los Nietzsche..., el filósofo*
 - 7.1.5.3. *Wittgenstein y los juegos de lenguaje*
- 7.1.6. El lenguaje habla a través del hombre. Heidegger
 - 7.1.6.1. *“Una fraternidad en el decir”*
 - 7.1.6.2. *El lugar estratégico de la etimología en el pensamiento de Heidegger*
 - 7.1.6.3. *Silencio y pregunta*
 - 7.1.6.4. *Poesía. Pensamiento poetizador*
- 7.1.7. El sujeto del deseo
 - 7.1.7.1. *Spinoza: “El deseo es la esencia del hombre”*
 - 7.1.7.2. *Hegel: “El deseo es el deseo del otro”*
 - 7.1.7.3. *Sartre: falta de ser y deseo de ser*
 - 7.1.7.4. *El deseo es el deseo del Otro. Desidero, el cogito lacaniano*

7.2. El Otro barrado y la alteridad en el discurso filosófico

- 7.2.1. Versiones filosóficas del otro: Platón, Descartes, Hegel, Brentano, Husserl, Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty
- 7.2.2. El Otro barrado, correlato del sujeto del inconsciente, también barrado

7.3. La repetición con diferencias

- 7.3.1. Kierkegaard, un osado investigador del alma
- 7.3.2. La repetición significativa es siempre con diferencias

7.4. El rasgo unario y la cuestión del Uno

- 7.4.1. El Uno en la filosofía: Parménides, Jenófanes, Platón, Aristóteles, Plotino, Santo Tomás, Leibniz, Kant
- 7.4.2. El Uno y lo unario en Lacan

7.5. Nombre propio. Antecedentes filosóficos

- 7.5.1. Heráclito, Platón, Aristóteles, Ockham, Hobbes, Locke, S. Mill, Taine

7.6. La negación. Elucidaciones filosóficas

- 7.6.1. Las perspectivas de Hegel, Wittgenstein, Sartre, Hyppolite
- 7.6.2. La negación en Lacan. El discordancial *ne* y el no-todo (*pas-tout*)

7.7. La tópicac lacaniana R.S.I. Hegel, Lévi-Strauss, Marx

7.8. La temporalidad psicoanalítica. Heidegger, Sartre

- 7.8.1. El ser y el tiempo
- 7.8.2. El ser y la nada

7.9. La agresividad, correlato de las identificaciones imaginarias. Hegel

- 7.9.1. La dialéctica del amo y del esclavo
- 7.9.2. Cambios de rumbo: la bifurcación Hegel-Lacan

7.10. La causalidad psíquica. Las causas en filosofía y en psicoanálisis

- 7.10.1. Las causas en el contexto filosófico
- 7.10.2. La identificación como causa: estructuración de un nuevo sujeto psíquico
- 7.10.3. Determinismo inconsciente una vez estructurado el sujeto
- 7.10.4. Lo Real como causa

7.11. La alienación imaginaria y simbólica. El par alienación-separación. Hegel, Marx

- 7.11.1. Alienación imaginaria y simbólica
- 7.11.2. Alienación – separación

7.12. La verdad en filosofía

7.1. El sujeto del inconsciente y el sujeto de la filosofía

Cabe recordar, en primer lugar, la articulación que Lacan estableció entre el sujeto y lo inconsciente, aspecto éste que diferencia radicalmente al \$ de todas las otras concepciones del sujeto que produjo la tradición filosófica (aristotélico, platónico, cartesiano, hegeliano, trascendental kantiano, etcétera). La definición más escueta y precisa que puede darse del *esebarrado* es la que deriva de cómo caracterizó al significativo en el \$ 9: si el significativo es lo que representa a un sujeto para otro significativo resulta que *el sujeto es lo representado por un significativo para otro significativo*. Por lo tanto, para pensarlo lacanianamente es necesario partir del par significativo S₁-S₂. En ese mismo seminario, y en consonancia con la caracterización recién referida, afirmó que el \$ era efecto de la identificación por el significativo proveniente del campo del Otro.² Estas ideas fundamentales -y los articuladores conectados a ellas- fueron reelaborados año tras año y acabaron constituyendo los pilares de la compleja teoría del sujeto producida por el psicoanalista francés. Se la expondrá inmediatamente, comenzando por un estudiado contrastado con las tesis cartesianas y las relaciones con el sujeto de la ciencia. Su condición de *hablanteser* conducirá la exposición a través de los filósofos que prestaron especial atención al lenguaje y, por último, habrá referencias al sujeto deseante. Para la elaboración de todas estas cuestiones hizo pasar por el alambique psicoanalítico las ideas de una pléyade de filósofos.

7.1.1. La noción de sujeto en psicoanálisis. El *esebarrado* de Lacan

El vocablo sujeto tiene larga tradición en la filosofía, donde se lo contrapuso clásicamente a la noción de objeto. El tema entró por la puerta grande del psicoanálisis; allí fue rápidamente

subvertido por Freud, que sumergió al sujeto y objeto tradicionales en la teoría libidinal; a partir de entonces dejaron de ser pensados sólo en su oposición, para considerar sus articulaciones e interpenetraciones (véase I, 1.1). Lacan recogió la herencia freudiana; básicamente: un sujeto pensado desde el inconsciente y las pulsiones.

Tras hacer suyo este legado, lo procesó mediante formalizaciones lingüísticas, lógicas, matemáticas, topológicas, etc. y lo articuló con su tópica: real, simbólico e imaginario.

En un primer momento -años cincuenta- el psicoanalista francés jugó la baza de la intersubjetividad contra el objetivismo de la llamada relación de objeto -sostenido, predominantemente, por los seguidores de M. Klein-. Más tarde modificó este posicionamiento: el eje pasó de lo intersubjetivo a la relación del sujeto con el Otro. Esta última es una reelaboración lacaniana de la antiquísima preocupación de los filósofos por el tema de la relación sujeto – objeto. El matema $\$$ condensa las ideas freudianas sobre la división del aparato psíquico (primera tópica) y sus correlatos; hace también referencia a una subjetividad marcada por una división irresoluble -la barra sobre la S así lo indica-.

La elaboración de su propia teoría sobre el sujeto implicó, además de la adhesión a los postulados de Freud, una modificación progresiva de los mismos. Así, por ejemplo, Lacan se desprendió de los componentes biológicos, psicológicos y míticos presente en las formulaciones del vienés; estableció una distinción tajante entre yo y sujeto, división inexistente hasta entonces en la teoría analítica. Completó este paso atribuyendo una determinación simbólica al sujeto y una imaginaria, al yo. Luego, despersonalizó al *esebarrado*: lo diferenció de la noción de individuo o persona; lo concibió excéntrico respecto de la organización biológica que lo transporta y lo relacionó estrechamente al significante.

Fundamentó el carácter lógico-matemático del mismo y lo pensó topológicamente. Por estas vías convergentes el sujeto se convirtió en una estructura formal, íntegramente vaciada de contenido, y muy próximo a cómo se entiende una entidad matemática. En dos palabras: quedó desontologizado y desustancializado (véase III, 2.6). El *esebarrado* es carente de existencia empírica, no es observable de manera directa –sólo se tienen noticias de él por medio de sus manifestaciones: las formaciones del inconsciente³-. Es antinómico a la psicogénesis; se trata del sujeto del inconsciente, sujeto de la palabra y del deseo. La falta -castración- le es constitutiva; en tanto hablanteser, está relacionado con el goce y emparentado con aquello que se denominó *sujeto de la ciencia*. La identificación lo estructura dividido; nace alienado por los significantes del Otro; se constituye por y mediante una alienación en el lenguaje, que lo articula al orden simbólico; queda definido como *hablanteser*: ser hecho de palabras. Por lo tanto, lejos de ser autónomo, está encadenado al lenguaje. Este último y el sujeto quedaron anudados por el inconsciente lacaniano.

Esa elaboración teórica siguió una trayectoria sinuosa; hubo marchas, contramarchas y virajes pronunciados.

En ese derrotero propuso distintas formas de entender la estructuración subjetiva: alienación - separación; privación - frustración - castración; los tres tiempos del complejo de Edipo, etc. De todos ellos se desprende con claridad que el $\$$ no es causa de sí mismo -*causa sui*⁴-, sino efecto del significante.

Su surgimiento responde a una causalidad psíquica. Significantes, deseos, fantasmas y discursos del Otro concurren a la cita, para llevar a cabo la trasmisión intergeneracional e inconsciente de lo psíquico. Estas facetas diferentes del *esebarrado* permitirán medir las diferencias con Freud y con las elaboraciones filosóficas sobre el sujeto.

La experiencia analítica llevó a Lacan a sostener una posición discrepante con la filosofía, a veces rayana en la disputa, pero ningún avance en su teoría del sujeto se realizó sin contar con ella. También cabe señalar la originalidad de su posicionamiento, que puede resumirse en esta frase: a la ilusión metafísica del sujeto opuso el inconsciente.

Las irrupciones de los saberes no sabidos a lo largo de un análisis y las concomitantes instauraciones de las verdades subjetivas, fueron consideradas formas de promoción del *esebarrado* y, a la vez, los diluyentes más eficaces de lo imaginario. Con lo simbólico y lo real, Lacan destronó el primado del yo en psicoanálisis (véase III, 2.5.2., III, 10.3. y el apartado 7.7. de este mismo capítulo).

7.1.2. El sujeto cartesiano y el \$

En sus elaboraciones conceptuales sobre la identificación Descartes estuvo muy presente. Sólo con ojear el *S 9* dedicado al tema, podrá confirmarse tal aserto: Lacan le dio entrada desde la primera clase, afirmando que el filósofo había procesado al ser como inherente al sujeto de un pensar. La presencia profusa de citas de este pensador quizá se deba a que fue el primero en hacer una presentación depurada del sujeto, seguida de una primigenia localización simbólica del mismo. Del enunciado del *cogito* -pienso, luego soy- puede desprenderse, también, la idea de un sujeto desprovisto de caracteres psicológicos, cuestión que a Lacan le interesaba de manera muy especial. Las menciones al *cogito*, reaparecían en todas aquellas circunstancias en las que él iba conformando su teoría sobre la subjetividad. Se las encontrará en todos sus seminarios. Por este motivo -y por otros que se enunciarán más adelante- las ideas de Descartes fueron las referencias principales con las que -y contra las que- avanzó el pensamiento lacaniano en sus producciones conceptuales sobre el sujeto, la identificación y otros articuladores teóricos que serán aludidos en las páginas siguientes.

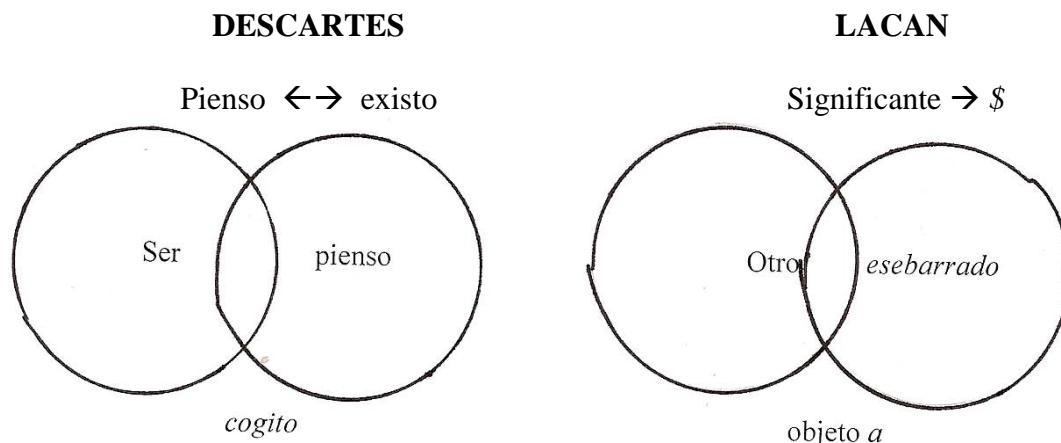
* * * * *

Lacan se acercó a la andadura cartesiana en su conjunto y al *cogito*, en especial, desde diversos ángulos. De este último reveló sus distintas facetas, mostró sus raíces, le extrajo toda su savia, le arrebató sus foliaciones. Luego, comparó al sujeto de Descartes con el suyo, nacido de fundamentos freudianos. El cartesiano y el del inconsciente, pese a sus radicales diferencias, entraron en contacto de muy diversas maneras. El psicoanalista no solo subrayó las disparidades; supo encontrar, también, elementos comunes; incluso postuló que el moderno sujeto de la ciencia -que tuvo su punto de partida en Descartes- fue fundamental para el surgimiento del psicoanálisis y, por lo tanto, del sujeto dividido.

Se repite -con diferencias- lo dicho sobre el sujeto lacaniano con vista a su confrontación con el de Descartes. El *esebarrado* es una entidad formal *lingüística* (el inconsciente está estructurado como un lenguaje), *topológica* (el inconsciente es una superficie con agujero y borde), matemática ($S_1 - S_2$ es un par ordenado), topo-nodológica (inconsciente como enjambre de significantes); lógica (inscripciones asemánticas cifradas en el inconsciente). El \$ está instalado en un espacio simbólico donde se articulan significantes; él mismo es efecto del significante y es ajeno a cualquier idea de unidad -sujeto escindido-; hace de los registros real, imaginario y simbólico, anudados borromeicamente, su morada. En otros términos, se está en presencia de un sujeto desustancializado, desontologizado, evanescente, que irrumpe espasmódicamente en la conciencia, para desaparecer inmediatamente. El sujeto en Descartes era, en cambio, un sujeto pleno, autocentrado, sustancial, idéntico a sí mismo y muestra los efectos de su inmersión en la metafísica. Si en Freud y Lacan hay una determinación inconsciente de la conciencia, en el discurso del filósofo se trataba de un sujeto agente, consciente, centrado sobre su propio eje. El momento de la *cogitatio* es, en el contexto ideativo del filósofo, solidario con el estado de conciencia; *cogito* y conciencia fueron equivalentes para él. El sujeto se identifica con el *cogito* y a través de este último, con la conciencia misma, que deviene, así, pura reflexividad.^{5*} Conciencia transparente, origen y destino de los actos, fundamento de las reflexiones, habitáculo de las representaciones y, por consiguiente, pilar del racionalismo, ese sujeto pensante, hipotecado a la conciencia, marcó a fuego a la filosofía occidental de los últimos siglos e impregnó no sólo a las demás disciplinas sino a las formas de pensar en la vida cotidiana. Descartes legó a la humanidad, sobre todo a la occidental, matrices de pensamiento que aún están vigentes.

Tras subvertir tan radicalmente esa concepción, probablemente se le haya planteado a Lacan una alternativa crucial: o bien seguir utilizando el vocablo “sujeto”, tan embargado por esa versión consciencialista -*amo de sí mismo*- y tan cargado de polisemias, o bien crear un nuevo significante, exclusivo y original, para nominar a aquello que había surgido de sus elaboraciones: un nombre flamante para una entidad inexistente antes de Freud y que el psicoanalista francés había renovado como nadie. Tal vez la imposibilidad de desprenderse de un significante tan difundido, que daba nombre a un concepto clave de su doctrina -siempre que alguien habla se está produciendo y localizando un sujeto sometido a la determinación significante- impidió que él, tan amante de crear neologismos, no inventara otro, específico para designar al producto de esa subversión. Cabe decir

que si se sustituye la palabra *sujeto* por el matema \$, es decir, si se lo escribe o pronuncia de manera formalizada, se estaría ante un modo inédito de hacer referencia al mismo. Sin embargo, la tradición pesa y lleva a que en psicoanálisis -en otras disciplinas también- se siga utilizando dicho vocablo sin referir *explícitamente* su división. Esto no dejó de producir los malos entendidos y dificultades para captar la originalidad del sujeto en psicoanálisis. Al seguirse empleando el término *sujeto* -a secas- se tiende a transferirle significados que no son los propios y exclusivos de la teoría lacaniana.^{6*} A continuación se hará primer cotejo entre ambos pensadores, a partir de las siguientes formulaciones esquemáticas de sus ideas, que serán desarrolladas en las próximas páginas.



La antinomia entre el sujeto del *cogito* y el *esebarrado*, puede constatarse, desde otro ángulo, en las respuestas posibles a una de las preguntas filosóficas fundamentales: ¿qué soy yo? Descartes respondería: soy un ser pensante; esa es mi primera certeza, mi verdad indubitable. Desde Lacan podría decirse: soy sujeto del deseo inconsciente, soy objeto *a* para el deseo del Otro, soy *hablanteser*, luego.

Lacan acudió con frecuencia al *cogito* para someterlo a inflexiones, críticas, elogios, articulaciones, derivaciones, añadidos, comparaciones, revisiones y torsiones. En las sucesivas recurrencias lo modeló para hacer de él un elemento catalizador en la elaboración de cuestiones psicoanalíticas de primer orden. Desde su primera aparición en *ILIF* (1957) hasta su último seminario, se encuentran comentarios sobre el pensamiento cartesiano. Sin embargo -conviene insistir- encontró en los textos del filósofo lo que otros no supieron leer en ellos; su acercamiento a Descartes no fue “filosófico”; más bien buscó en su obra elementos que, con las debidas transformaciones, le fueran de utilidad para procesar al sujeto del psicoanálisis. Un par de citas corroborarán estas consideraciones.

“No diré que Freud introduce al sujeto en el mundo [...] puesto que es Descartes quien lo hace. Pero diré que Freud se dirige al sujeto para decirle esto que es nuevo -*Aquí, en el campo del sueño, estás en ti*”. (S 11 clase del 5 de febrero de 1964).

“A este *cogito* cartesiano, no hace falta decirlo, no lo he elegido por azar; es porque él se presenta como una aporía, como una contradicción radical con el estatuto del inconsciente, que tantos debates ha generado ya en torno al estatuto pretendidamente fundamental de la conciencia de sí. Pero si se encontrara después de todo que este *cogito* se presentase como siendo el mejor reverso del pretendido estatuto del inconsciente, algo se habría ganado, como podemos suponer que no es en absoluto inverosímil que pudiera incluso ser concebido.” (S 14, clase del 14 de diciembre de 1966).

Para la aproximación entre Freud y Descartes, Lacan utilizó tres puentes: a) la noción de pensamiento; b) el concepto de sujeto; y c) el par duda/certeza en su relación a la verdad. Respecto del primer puente, en el S 9, tras subrayar la conjunción entre el ser y el pensamiento que caracterizaba al enunciado del *cogito*, postuló un nuevo verbo -*serpensar*-, idóneo para ilustrar dicha superposición. Verbo que proponía conjugarlo como los restantes: yo *serpienso*, tu *serpiensas*, el *serpiensa*, etc. Quiso remarcar con este neologismo que ser y pensar se solapaban en Descartes. A partir de esta afirmación le resultó fácil establecer dos años más tarde un enlace entre Freud y el

filósofo: relacionó el **pienso** del *cogito* con los **pensamientos** inconscientes (*Unbewusste Gedanken*).

“En ese campo del más allá de la conciencia hay pensamientos, y resulta imposible representar esos pensamientos de otro modo que en la misma homología de determinación en la que el sujeto del *yo pienso* se halla con respecto a la articulación del *yo dudo*.” (S 11, clase del 5 de febrero de 1964).

Al jerarquizar esta faceta de la concepción de Freud -el inconsciente como sede de pensamientos- Lacan situó *algunos* aspectos de la cuestión del sujeto en un terreno compartido con la filosofía.^{7*} Es justamente por estas razones que Descartes le vino como anillo al dedo. Más tarde, a partir del S 19 -irrupción de los nudos borromeos- acabó articulando pensamiento, lenguaje y cuerpo en torno a la noción de goce, sin que el filósofo desapareciera totalmente de la escena teórica: los conceptos cartesianos *res cogitans* y *res extensa* fueron contrastadas con el goce -la única sustancia que habría en psicoanálisis, vino a decir, no sin cierta sorna-: “*Je pense, donc se jouit*”: pienso, luego se goza.⁸ Esta sustancia gozante quedó articulada de manera directa con la estructura del pensamiento, a su vez, sostenido por el lenguaje. El goce fue el elemento aglutinador en tanto incluyó también al “cuerpo que habla” en la misma escena: un cuerpo sin goce o un goce sin cuerpo son impensables.^{9*}

En cuanto al segundo de los tres puentes, Lacan sostuvo que el sujeto cartesiano fue el presupuesto o el precedente del sujeto del inconsciente:

“Frente a su certidumbre está el sujeto del que hace poco les dije que espera ahí desde Descartes. Me atrevo a enunciar como una verdad que el campo freudiano no era posible sino un tiempo después de la emergencia del sujeto cartesiano, en tanto que la ciencia moderna no empieza más que después que Descartes haya dado su paso inaugural.” (S 11, clase del 5 de febrero de 1964).

Lacan inscribió también al \$ bajo la égida del *cogito* y de la noción de certeza que le es correlativa. Pero mientras algunos sólo subrayaron las disparidades entre el sujeto psicoanalíticamente concebido y el que puede desentrañarse del *cogito*, Lacan encontró también en este último al sujeto dividido. Entrevió la presencia en Descartes de un sujeto no psicológico y radicalmente diferenciado de lo corporal. Según Lacan, el filósofo colocó claramente al sujeto en la vertiente del pensamiento y no en el cuerpo. Una intervención propiamente lacaniana consistió en desvelar en el enunciado *yo pienso, luego soy*, la disyunción entre el sujeto y la subjetividad.^{10*} Cabe recordar, asimismo, que fue sobre el telón de fondo de la separación del cuerpo y del alma que el filósofo hizo aparecer la certitud ligada al *cogito*. De manera correlativa, la conquista de nuevos conocimientos quedó liberada del sujeto que accede a ellos: el saber de la ciencia tiene que matematizarse y argumentarse con razones; el humor o las pasiones del investigador-experimentador no han de tener influencia alguna en los resultados (véase III, 2.7).

Respecto de la articulación entre la duda y la certeza -tercer y último punto de contacto entre el filósofo y Freud- cabe decir que para Descartes la duda se detenía únicamente ante la certidumbre del *pienso, luego existo*. Ésa era, para él, una verdad con rango de certeza. Pero llegaba a ella a través -o por medio- de la duda metódica, con la que previamente lo había cuestionado todo, hasta llegar a un punto indubitable. Así lo afirmó en su *Discurso del método* (1637):

“Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esta suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: ‘yo pienso, luego soy’ era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que estaba buscando.”¹¹

Para que persista la verdad ligada al *cogito* es menester reiterar una y otra vez el procedimiento, hasta llegar de nuevo a su enunciado; la certeza que el *cogito* otorga es válida sólo por un momento; luego, habrá que volver a la duda metódica y llegar nuevamente a ese “primer principio de la filosofía que estaba buscando”. Sostener esa verdad exigía también un garante; Descartes atribuyó tal función a Dios, un Otro que avala la verdad del *cogito*. En el S 9, situó en ese mismo lugar -fiador de la verdad- al Sujeto supuesto Saber, fundamento de la transferencia. Puso a

cargo del analista ser garante del saber y de la verdad de cada analizante. En la clase del 29 de enero de 1964 -S II-, con las ideas del filósofo como telón de fondo, comentó:

“El término mayor, en efecto, no es verdad. Es *Gewisheit*, certeza. El quehacer de Freud es cartesiano -en el sentido de que parte del sujeto de la certeza. Se trata de eso de lo que se puede estar seguro. Con este fin la primera cosa por hacer radica en superar lo que connota todo lo que forma parte del contenido del inconsciente -especialmente cuando se trata de hacerlo emerger de la experiencia del sueño-; radica en superar lo que flota por todas partes, lo que puntúa, mancha, motea el texto de toda comunicación de sueño -*No estoy seguro, dudo*. ¿Y quién no dudaría a propósito de la transmisión del sueño cuando, en efecto, se manifiesta el abismo entre lo que ha sido vivido y lo que es referido?
Ahora bien -es ahí donde Freud pone el acento con toda su fuerza -la duda es el soporte de la certeza. Allí donde duda hay -con certeza- un pensamiento inconsciente.”

Los pensamientos inconscientes deben descifrarse a partir de las asociaciones al sueño que realiza el analizante ya que los *Unbewusste Gedanken* no se presentan claros y distintos -como exigía Descartes en su método- sino revestidos, cifrados, disfrazados, dada la deformación que realiza el trabajo del sueño y dada la compleja relación que la represión establece entre la conciencia y el inconsciente. Pero, aún así, hay un punto en que se acercan, en que convergen las ideas de Descartes y las del psicoanalista: allí donde Freud hesitaba -puesto que trabajaba sus propios sueños y es él quien, en principio, dudaba- ahí mismo, le surgía la seguridad de que había pensamientos inconscientes. La duda le permitía asegurar que estaba ante la presencia de ideas inconscientes que irrumpían en la conciencia. Freud, como el filósofo, arribaba a la certeza por medio de la duda. Y así como Descartes afirmaba que quería diferenciar lo verdadero de lo falso, también en la sentencia freudiana *Wo es war, soll Ich werden* “-Allí donde ello era, yo debo advenir”, hay algo que apunta en esa misma dirección. El sujeto freudiano retoma en cierto sentido el *cogito*, pero con una renovación radical de aquello que fundamenta la certeza: la conciencia para el filósofo; el inconsciente para el psicoanalista. El sujeto del psicoanálisis habita el campo del inconsciente. Es allí donde está en casa, al decir de Lacan.¹²

7.1.3. *Cogito* cartesiano y *cogito* psicoanalítico¹³

Es probable que no exista en toda la obra de Lacan una formulación tan precisa y concisa sobre la subversión psicoanalítica del sujeto como la aparecida en *ILIF* (1957) donde, tras agregarle un complemento al *cogito* -que le otorgó una perspectiva tópica-, lo presentó en los siguientes términos:

“*cogito ergo sum*” *ubi cogito, ibi sum*.
“pienso, luego soy”; donde pienso, allí soy.

Al añadir “*donde pienso, allí soy*” Lacan puso de relieve un aspecto implícito en la versión original del mismo: la identidad entre el ser y el pensar, que dio pie a un sujeto idéntico a sí mismo, cuanto menos en un aspecto circunscrito: el ligado al pensamiento consciente. Este añadido funcionó como antesala para proponer, en la página siguiente del mismo texto, dos versiones psicoanalíticas del *cogito*, que marcaron diferencias con el filósofo:

“Pienso donde no soy, luego soy donde no pienso.”
“No soy, allí donde soy el juguete de mi pensamiento; pienso en lo que soy, allí donde no pienso pensar.” (*ILIF*, p. 201).^{14*}

La alternativa analítica es clara: si pienso, no soy; si soy, no pienso. No se puede pensar y ser a la vez: el ser no se intersecta con el pensar **inconsciente**. A la convergencia del ser y el pensar en Descartes -que la filosofía posterior hizo mayoritariamente suya- Lacan le contrapuso la disyunción de esos mismos términos. Reafirmó, así, la existencia de una modalidad inconsciente del pensar (proceso primario), distinta de la consciente (proceso secundario).

El fragmento de la frase recién citada -“*allí donde no pienso pensar*”- precisa una fuente de pensamientos distinta de la conciencia. El proceso primario -condensación y desplazamiento según Freud; metáfora y metonimia según Lacan- crea y recrea un efecto sujeto, que se percibe por medio

de las formaciones del inconsciente. Esos pensamientos, siendo inconscientes, no son menos estructurados que los de la conciencia. La divergencia entre “pienso” y “soy” (ser), que caracteriza al *esebarrado* es una consecuencia de su división estructural. No hay unidad del sujeto; el sujeto del psicoanálisis existe por y a través de esa división. Es imprescindible captar en toda su dimensión la ruptura que supone esta revisión del fundamento de la certeza, que ya no radicaría en la conciencia sino en el inconsciente. La conciencia dejó de ser el centro; perdió su reflexividad, quedó determinada por el inconsciente. Esto implicó un replanteamiento original respecto de las funciones de la conciencia, ausente -en términos generales- en el pensamiento filosófico. Esta inversión en el determinismo llevó a que las verdades del sujeto aparecieran espasmódicamente con cada apertura del inconsciente, a la manera de pulsaciones. Éstas irrumpen en la conciencia, trastocándola; se trata entonces de una conciencia desviada, invadida, pero no pasiva: a su manera, también responde y reacciona. El sistema *Prec-Cc.* no es un dique ni una armadura; tampoco es lo falso frente a lo verdadero, por la sencilla razón de que la verdad se produce como efecto del decir; las verdades del sujeto no están almacenadas en la “alforja” inconsciente, agazapadas y prestas a salir; en todo caso cabrá descifrarlas.¹⁵

Las variaciones lacanianas del *cogito* son solidarias de las tesis que sostienen que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, que el sujeto es lógico- topológico, que está inmerso en el orden simbólico y que es efecto de la identificación. Igualmente, de aquellas otras que muestran a la conciencia determinada desde lo inconsciente y que, en sinergia con el yo, cumple funciones resistenciales, impidiendo la aparición de lo inconsciente.

A continuación se expondrán otras versiones del *cogito* psicoanalítico, distintas a las comentadas en páginas anteriores, expuestas en la última etapa de su enseñanza. Se relacionan con la identificación y con el goce. Respecto de la primera, afirmó:

“De ahí que lo que aprehendemos en el discurso analítico —el Uno unificante, el Uno-todo— no es lo que está en juego en la identificación, La identificación pivote, la identificación mayor, es el rasgo unario, es el ser marcado como *uno*.

[...] En alguna parte se aísla ese algo que el *cogito* señala tan sólo, también con el rasgo unario, que puede suponerse al *Yo pienso* por decir —*Luego, soy*. Aquí se marca ya el efecto de división, con un *Yo soy* que elide el *Yo estoy marcado por el uno*- dado que Descartes se inscribe, por supuesto, en una tradición escolástica, de la que se desprende mediante una acrobacia, que como procedimiento de emergencia no es en absoluto desdeñable.” (S 17, clase del 20 de mayo de 1970).

Se desprende de esta cita la siguiente versión del *cogito*: “Yo pienso, luego yo estoy marcado por el Uno”; sobre esta cuestión, para evitar reiteraciones, se remite al apartado 7.4., donde se aborda la cuestión del Uno, el Uno de la diferencia, el rasgo unario y la identificación simbólica.

En relación al segundo tema, cabe decir que el ser del sujeto, que ya había sido desalojado del *yo pienso*, fue reubicado en aquello que conceptualizó como goce. Esta mudanza reimplantó al sujeto sobre un suelo pulsional, cosa que Freud ya lo había hecho, aunque a su manera. Por esa vía, quedó articulado a Tánatos y a la compulsión de repetición. El concepto de goce vino a poner de relieve, con mayor fuerza, la insuficiencia de los mecanismos reguladores del funcionamiento del aparato psíquico (principios de placer-displacer, de constancia, de inercia, de Nirvana, etc.), cuando se aplican a modular las relaciones del sujeto con sus objetos. En el marco de las nuevas teorizaciones de los años 70, Lacan volvió una vez más al filósofo: así, en *La tercera* (1974), alocución al VII Congreso de la *École Freudienne* de París, puede leerse una nueva torsión intencional del *cogito*, para referir un concepto psicoanalítico.

Je pense donc se jouit. (Pienso, luego se goza).

Je pense donc je souis. (Pienso, luego soygozo).

7.1.4. El sujeto sujetado al lenguaje: hablanteser (*parlêtre*)

La introducción del neologismo *parlêtre* —traducido al castellano como “hablanteser”, “parlente” o “hablente”— fue la culminación de un largo derrotero teórico en el que Lacan fue subra-

yando con más intensidad la subordinación, o mejor, la alienación del ser humano al lenguaje. Esa reunión devino esencial en su teoría del sujeto. El hablanteser no es el ser humano que habla; es un ser hecho de palabras, creado por las palabras y manifestado a través de palabras. El *parlêtre* fue elevado por Lacan a la categoría de sujeto del psicoanálisis.^{16*} Lo dicho hasta aquí reafirma que el inconsciente -y el sujeto que le es propio- está estructurado como un lenguaje. Sólo hay inconsciente en los seres parlantes. Siendo un efecto del lenguaje, el sujeto no es un componente del mismo; el \$ *ex-siste* (está por fuera) al lenguaje y queda sujetado al mismo, aunque permaneciendo en su exterior. Esto es lo que dio pie a otros sintagmas: *sujeto sujetado al lenguaje* y *sujeto de la palabra*. Ambos están en total consonancia con lo dicho antes y con aquella otra formulación que afirma: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. El inconsciente anuda el sujeto al lenguaje. En la clase del 16 de mayo de 1956, del S 3, sostuvo:

“El psicoanálisis debería ser la ciencia del lenguaje habitado por el sujeto. En la perspectiva freudiana, el hombre, es el sujeto atrapado y torturado por el lenguaje.”

La primera parte de esta frase recuerda a Heidegger; según el filósofo el lenguaje era la morada del ser en la que habitaba el hombre. Pero la cita habla también de diferencias: mientras que para el filósofo, el lenguaje permitía la revelación –también el ocultamiento– del ser, para el psicoanalista, la condición de *parlente* conllevaba una pérdida de ser.

El *esebarrado* no es un mero usuario del lenguaje, es un efecto del mismo. Para registrar sus manifestaciones fugaces en la clínica es imprescindible que haya una escucha analítica. Esto reafirma que el inconsciente es relacional -para mayor exactitud: transferencial-; no es individual ni colectivo; en todo caso, sería una estructura transindividual, ligada a la transferencia. Que el \$ sea efecto del lenguaje, que sea lo que un significante representa para otro significante y que sea, también, sujeto sujetado a la palabra muestra la determinación simbólica del mismo. El lenguaje es la instancia simbólica por excelencia; sin embargo, cabe tener presente que para Lacan el orden simbólico es incompleto.

Al final de su enseñanza el *parlêtre* quedó relacionado con el goce, con la diferencia sexual (véase III, 5.11.2. y III, 5.11.4), con el inconsciente, y la transferencia. Otros aspectos de sus elaboraciones sobre este sujeto sujetado a la palabra muestran algunas influencias filosóficas cuyo alcance se intentará esclarecer a continuación, mediante los apartados 7.1.5., 7.1.6 y 7.1.7., en los que desfilarán los pensadores que han tratado con mayor fineza estos temas.

7.1.5. Lenguaje, palabra y pensamiento; antecedentes filosóficos

Entre los filósofos del último siglo y medio que más se han ocupado de las relaciones entre lenguaje y pensamiento están Nietzsche (Röcken, Prusia, 1844-1900), Wittgenstein (Viena, 1889-1951) y Heidegger (Messkirch, 1889-1976). Las ideas de los tres hunden algunas de sus raíces en el pensamiento helénico. Los presocráticos, a los que con tanta insistencia propugnaba volver Heidegger, ya habían equiparado lenguaje y razón. La antiquísima definición del ser humano como *animal racional* incluía la facultad de hablar y, como consecuencia de ejercitarla, la capacidad de reflejar el mundo mediante palabras. El lenguaje era o bien un momento del *logos* o bien el *logos* mismo. Desde los inicios remotos de la filosofía la cuestión lenguaje no dejó de preocupar a los pensadores. Tampoco, las relaciones del mismo con el ser humano y con la realidad circundante. Prueba de ellos son las sorprendentes ideas que los estoicos elaboraron sobre estas cuestiones, verdadera avanzada para la época y precursoras de conceptos tan caros a la lingüística contemporánea y al psicoanálisis lacaniano como son los de significante y significado. Pero sin lugar a dudas, las consideraciones más importantes sobre la filosofía del lenguaje se han hecho a finales del siglo XIX y a lo largo del XX. El psicoanálisis, en tanto práctica de la palabra, aportó una novedad: la asociación libre como medio para dar cuenta de la realidad psíquica y poner en acto al inconsciente.

Heidegger fue, en muchos sentidos, el más radical y sorprendente. Profundizó como ningún otro en las influencias ejercidas por el lenguaje sobre el pensamiento humano y sobre las relaciones

del mismo con el ser. Es imprescindible recurrir a este filósofo -y así se hará en el apartado siguiente, dedicado exclusivamente a sus tesis sobre este tema- para desentrañar las íntimas relaciones que el psicoanalista francés estableció entre el sujeto del inconsciente, la palabra, el lenguaje, y la transferencia. También se le dedicará un espacio a Nietzsche, pionero en el estudio de las relaciones entre lenguaje y pensamiento. A mediados del siglo XIX afirmaba que toda actividad mental era lenguaje. Desmontó con enorme agudeza las apariencias que hacen creer que primero existen los conceptos claros, unívocos, fijos, universales y que luego éstos son encajados en sus nombres, combinados entre sí y comunicados a los otros. Observó, por el contrario, que los conceptos se adquirían a partir del uso del lenguaje. De la multiplicidad de ideas que elaboró sobre estas cuestiones se resaltarán, por su vecindad con el tema de este apartado, las siguientes: a) tanto la producción como la expresión de todo pensamiento requiere la ayuda del lenguaje; b) se deja de pensar si nos negamos a hacerlo bajo la coerción del lenguaje [*Curso* 1886 –1887]; c) la plena esencia de las cosas no se capta ni puede transmitirse; 4) el lenguaje es retórica pues sólo quiere transmitir una doxa (opinión), no una *episteme* (conocimiento). [*Curso de retórica*, 1972-1973].

Wittgenstein indagó sobre las estrechas relaciones entre lógica, filosofía y lenguaje. Si bien manifestó críticas al psicoanálisis, buena parte de sus propuestas tuvieron puntos de contacto con la “función y campo de la palabra” en el discurso lacaniano. El *Tractatus lógico-philosophicus* y sus últimas obras serán referentes importantes para lo que se dirá de él en este contexto.

A continuación se reseñarán las observaciones más agudas de los pensadores nombrados -a excepción de Heidegger; véase 7.1.7.-, bajo los siguientes epígrafes:

7.1.5.1. *Los estoicos. Lekton o significado, el significante y la cosa*

7.1.5.2. *De todos los Nietzsche..., el filólogo*

7.1.5.3. *Wittgenstein y los juegos de lenguaje*

7.1.5.1. *Los estoicos. Lekton o significado, el significante y la cosa*^{17*}

Las referencias de Lacan al estoicismo no han sido profusas, pero se han de tener en cuenta no sólo las citas sino también la presencia implícita de ese pensamiento en el fondo filosófico con el que Lacan procesó diversas categorías psicoanalíticas. Un ejemplo palmario de lo dicho es *Radiofonía*; en esa alocución transformada en texto (*RyT*), se combinaron las referencias manifiestas a los estoicos –en las respuestas a la primera y segunda pregunta de su interlocutor, Robert Georjin– con cierta presencia virtual de dicha filosofía, en las cinco restantes.

Hay consenso en el reconocimiento de tres ramas fundamentales en el pensamiento estoico: la Lógica, subdividida en Lógica formal y teoría del conocimiento, que guiaba el razonamiento; la Moral, que orientaba las conductas humanas; y la Física, dedicada a indagar sobre el mundo y de las cosas.¹⁸

Fue especialmente a través de la Física que los estoicos pusieron de relieve los componentes esenciales de su cosmovisión: una perspectiva materialista, racionalista y determinista; la primera estaba ligada a la noción de cuerpo, esencial en esta filosofía (véase III; 6.8). Para ellos, los cuerpos –en última instancia: la materia– eran las realidades más significativas; constituían el sustrato y la sustancia de los elementos. Esta manera de entender la realidad física se hizo extensiva a las otras partes de la doctrina; pensaban que esas tres ramas estaban entrelazadas de manera inseparable, conformando una unidad, pese a los objetos de estudio diferentes de cada una.

Según los estoicos, los acontecimientos manifestaban la voluntad de la razón; otorgaron importancia a la causalidad. Dividieron las cosas del mundo en corporales e incorpóreas; con largo predominio de las primeras. Correlacionaron existencia y cuerpo, razón por la cual lo existente era sinónimo de corpóreo. Pero concedieron un lugar específico, aunque restringido, a lo incorpóreo. Incluyeron entre éstos a ciertos *efectos* de las interacciones de los cuerpos entre sí y a los fenómenos del espíritu, que si bien carecían de materialidad poseían, en cambio, la realidad propia del pensamiento.^{19*}

Distinguieron cuatro tipos de incorpóreas: el *lekton* (λεκτόν), el vacío, el lugar y el tiempo. Se prestará atención sólo al primero.

➤ El significado (*Lekton*), el significante y la cosa

Los estoicos antiguos introdujeron diferencias importantes entre tres elementos que ellos consideraban relacionados: 1) lo significante 2) la cosa a la que se refiere la palabra, y 3) lo significado. El primero era el sonido mismo de la palabras; el segundo: el objeto, “que existe en el exterior”; el tercero, el *lekton*, era el elemento más complejo: no se trataba de la cosa real misma, ni siquiera de un proceso psicológico de entendimiento, sino más bien, del *sentido* -significado- de una palabra o de un enunciado, tal como se apreciará enseguida. De estos tres elementos, lo significante y el objeto eran corpóreos para los antiguos estoicos, en tanto el *lekton* era considerado incorpóreo. Con un lenguaje y un estilo que les fue característico, los filósofos y lógicos del Pórtico Pintado anticiparon algunos de los conceptos básicos de la lingüística contemporánea; al lector familiarizado con la terminología contemporánea los vocablos que ellos utilizaron resuenan con los de significante/significado y referente. Lacan recuerda en *Radiofonía (RyT)*, p.10 que Saussure y los miembros del Círculo de Praga, que habían revolucionado la lingüística, encontraron sus claves en el pensamiento estoico. Pero el punto de vista de estos últimos trascendía la lingüística, en tanto articularon al *lekton* con la lógica: consideraban que el *lekton* era también una proposición; de ahí que se les deba pensar, además, como precursores de la lógica sentencia. El sistema lógico que construyeron estuvo fundado en una semántica precisa; se afirmaba claramente que tenía por objeto, no las palabras o contenidos sino un significado objetivo: *lekton* La estoica no fue una lógica de términos –a diferencia de la aristotélica–, sino de sentencias. (Véase A₅.10.3).

Con estas ideas como fundamento pudieron señalar con precisión que lo significado (*lekton*) era, justamente, “lo que el bárbaro no entiende cuando un griego habla”. Esta frase muestra a las claras que ya operaban con las categorías lingüísticas contemporáneas de significante y significado: si se desconoce una lengua, decían, se escucharán únicamente los significantes pero no se captará el significado. Podrían establecerse las siguientes correlaciones esquemáticas dentro del pensamiento estoico:²⁰

Lo significante; sonidos; masa fónica (palabra); son fenómenos corpóreos.

Lo significado –*lekton*–; el sentido de una expresión, es uno de los cuatro incorpóreos

El vocablo *lekton* (λεκτόν) proviene de λέγειν; que significa literalmente: “lo dicho”; de allí se derivan otras acepciones: lo que se significa cuando se habla con sentido; también: recoger y reunir; verbigracia: al leer se recogen o reúnen las palabras para obtener la significación.²¹ Para los estoicos el *lekton* no era, en sentido estricto, un objeto del mundo del pensamiento, un concepto subjetivo como dirían siglos después los escolásticos; era más bien aquello que Fregue denominaba el *sentido* de la expresión, lo significado objetivamente. De ahí que los estoicos hayan considerado al *lekton* como el elemento principal de su Lógica, claramente diferente de la lógica aristotélica.

Para precisar mejor qué es el *lekton* y en qué reside su carácter incorpóreo se recurre a esta extensa y elocuente cita del libro de F. Martínez Marzoa, *op. cit.* p. 222.

Pongamos que digo: “Pedro es listo”; consideremos:

- a) Los sonidos, que son percibidos incluso por el que no entiende la lengua.
- b) Una cosa, un cuerpo, Pedro, que tiene la propiedad, igualmente corpórea (= realmente ente), de ser listo. Para percibir esto no es preciso haber oído “Pedro es listo” ni siquiera entender la lengua; por tanto, esto, (la cosa real en sí misma) no es lo significado en cuanto tal en el decir, aun en el caso de que de hecho lo significado en un decir concuerde con la cosa misma.
- c) Un proceso -digamos psicológico- que tiene lugar en mí, que para los estoicos es igualmente corpóreo, consistente en que yo conozco que Pedro es listo, doy mi asentimiento a esa representación y decido decir “Pedro es listo”. Pero ese proceso en mí no lo percibe el que me oye, aunque entienda perfectamente mi lengua, mientras que el significado de la expresión sí lo percibe; además, el que el proceso en mí pueda tener lugar de varias maneras no afecta al significado de la expresión. Por tanto, tampoco ese proceso es lo significado en cuanto tal.
- d) La proposición “Pedro es listo”, que puede ser por ejemplo, premisa o conclusión de una argumentación, o parte de una proposición hipotética; esto no es la cosa en sí misma; es percibido por el que oye y entiende la lengua, y sólo por él. Esto es lo significado en cuanto significado, y no es nada corpóreo, porque no es

-digamos- nada real. A eso le llaman los estoicos λεκτόν (adjetivo verbal de λέγειν), que puede traducirse por “decible” o “dicho”, “significable” o “significado”; el λεκτόν es, por así decir, el *sentido* de una expresión.

Como ya se ha dicho, el λεκτόν puede ser una proposición; es lo que se afirma en d) de la cita anterior.²² Peirce fue el primero en señalar que la estoica no fue una lógica de términos sino de sentencias; ahí radicaba la principal diferencia con la silogística del Estagirita.

Las principales citas de a los antiguos estoicos y al *lekton* aparecieron en *RyT* (pp. 18 y 28) y en tres clases: las del 7 de abril y 5 de mayo de 1965 (*S 12*) y la del 15 de diciembre de 1965 (*S 13*); en esta última afirmó sobre el *lekton*:

“Otro término misterioso, traduzcámoslo con todas las reservas y de la manera más grosera, ciertamente inexacta, por significación, significación incompleta, en otros términos, fragmentos de pensamientos.”

7.1.5.2. De todos los Nietzsche..., el filósofo

Es imposible en un contexto como este exponer siquiera los aspectos fundamentales de su obra, y a la vez, es extremadamente difícil desentrañar sus ideas sobre el lenguaje del resto de su pensamiento, ya que éstas configuraron las nervaduras invisibles de la inmensa mayoría de sus textos. Incluso los más tardíos, que no se refirieron centralmente a este asunto, estuvieron atravesados por aquello que José María Valverde denominó *conciencia lingüística de Nietzsche*.²³ Ante tales circunstancias se ha optado por un doble recurso: exponer mediante trazos gruesos aquellas facetas de su producción que están inextricablemente relacionadas con el tema que da título a este apartado y dejar señalados, apenas, los restantes aspectos mediante algunas notas, ya sea en el cuerpo del texto, ya sea al final del capítulo. Este mismo criterio se utilizará cuando se establezcan ciertas consonancias entre las ideas del filósofo y el psicoanálisis.

Nietzsche fue uno de los pensadores modernos más originales e inquietantes y, por eso mismo, uno de los más polémicos.²⁴ Antihegeliano, se apoyó inicialmente en las ideas de Schopenhauer por quien sintió verdadera devoción en su juventud; asimismo, fue subyugado por Empédocles y por la poesía de Hölderlin. Criticó ferozmente a la tradición metafísica y a la moral imperante; a esta última la llamaba “moralina” y afirmaba que ella se había encarnado especialmente en el cristianismo, el socialismo y el igualitarismo democrático. En concordancia con esas opiniones, batalló contra el nihilismo cristiano que, apoyándose en Platón, situaba el eje de la vida en el más allá.^{25*} Con posterioridad se distanció de su primer maestro -el recién mentado Schopenhauer-, combatiendo sus concepciones pesimistas. Puede considerársele el precursor de la filosofía vitalista, que encontraría posteriormente en Bergson a uno de sus epígonos y en Ortega y Gasset a otro de sus seguidores, aunque cabría agregar que las direcciones emprendidas por estos últimos fueron bien diferentes a la del filósofo alemán.^{26*} Éste postulaba un redescubrimiento permanente de la vida, en la que remarcaba la importancia del cuerpo, los instintos, los afectos, la naturaleza, lo irracional. También, un modo de ser y actuar originales, inconciliables con las leyes derivadas de la ciencia físico-matemática. Esto implicaba no dejar escapar la riqueza de la existencia y de la realidad. Se situó, entonces, como uno de los primeros que rompió con la concepción racionalista del universo, encabezada por Descartes. En el prólogo de 1886 a *La gaya ciencia*, afirmó:

“No somos ranas pensantes, no somos máquinas objetivas, ni marcadores con refrigerantes por entraña. Parimos con dolor nuestros pensamientos y maternalmente les damos cuanto hay en nosotros: sangre, corazón fogosidad, alegría tormento, pasión, conciencia, fatalidad. Para nosotros consiste la vida en transformar continuamente cuanto somos en claridad y llama y lo mismo cuanto tocamos.”²⁷

A continuación se señalarán algunas de las nociones por él forjadas; ellas dieron pie a sus permanentes interrogaciones: voluntad de poder, perspectivismo, cuerpo, genealogía espiritualización, vida, valores morales, moral de los amos, moral de los esclavos, nihilismo, superhombre, muerte de Dios, tragedia, *amor fati*, eterno retorno, sombras de Dios, etc. Fueron para él nociones problemáticas y problematizadoras, inciertas, que le obligaban a emprender cada día el

camino de apreciarlas desde otro ángulo. Volvía una y otra vez sobre ellas evitando las definiciones y poniendo en acto al filosofar uno de sus aforismos más brillantes, el número 573 de *Aurora*:

“MUDAR LA PIEL: La serpiente perece cuando no puede mudar la piel. De igual modo los espíritus a quienes se impide mudar de opiniones dejan de ser espíritus.”

Esta actitud le convirtió en un ensayista perpetuo, que miraba las cosas como si fuera siempre la primera vez; retornaba sin desmayos a sus observaciones iniciales para añadirles un registro distinto, alejándose de toda idea de atesoramiento de un saber que pudiera llevar a la construcción de un sistema o de una plantilla con la que acercarse a los fenómenos; eludió también los pensamientos *standardizados*.²⁸

Exaltó lo dionisiaco sobre lo apolíneo.^{29*} Enjuició la teoría metafísica de la verdad y las concepciones gnoseológicas que postulan un sujeto de conocimiento puro, único, incapaz de reflejar otras realidades que las estáticas y otras verdades que las ya establecidas. Desplegó una ofensiva contra lo que consideró argucias metafísicas de nuevo y viejo cuño -entre ellas, las hegelianas y kantianas- al estilo de “razón pura”, “sujeto puro del conocimiento”, “espíritu absoluto”, “saber absoluto”, “conocimiento en sí”, etc. La moral -gran plaga de la humanidad, dijo- es una bella ninfa que, como Circe, seduce a los filósofos. Estimó que Kant, contaminado por el pesimismo de Lutero, fue el paradigma entre quienes quedaron capturados por la moral.³⁰ A Hegel le criticó que su sistema filosófico condujese a reducir todo al desarrollo histórico de la Razón universal. Casi todos sus escritos tuvieron un fuerte tono polémico e incisivo; especialmente, sus cuatro *Intempestivas*. Con estos breves comentarios puede ya entreverse que Nietzsche se negó a ser un filósofo académico; por pretender verdades que no fueran marmóreas, estuvo más cerca de las tempestades que de los remansos.

Para el estudio y análisis de los fenómenos propuso aproximaciones desde varias perspectivas:

“Existe *únicamente* un ver perspectivista, *únicamente* un ‘conocer’ perspectivista; y cuanto *mayor sea el número* de afectos a los que permitamos decir su palabra sobre una cosa, *cuanto mayor sea el número de ojos*, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completo será nuestro concepto de ella, tanto más completa será nuestra ‘objetividad’.” (Las cursivas son del autor).³¹

Esta posibilidad de arrojar múltiples miradas sobre las cosas -*perspectivismo*- llevó a Nietzsche a colegir que el humano era, al menos potencialmente, el único animal que podría vivir sin asirse a un horizonte eterno y a perspectivas imperecederas. Pero esto a condición de aprender a soportar “el aliento de lo enigmático” y las incertidumbres. Su “*Dios ha muerto*”, idea esencial del § 125 de *La gaya ciencia*, fue uno de los tantos corolarios de haber caracterizado al hombre “como animal de múltiples perspectivas”, como alguien que no está fijado, ni dado ni hecho de una vez para siempre.

Huyó de los pensamientos sistematizados, buscando siempre “nuevas palabras creadoras”³². Las verdaderas no eran eternas para él y exigía encarar la vida sin dogmas: Dios, Verdades con mayúsculas, Bien, etc. Nietzsche llevó a cabo una tarea infatigable de subversión de estos valores tradicionales; su radicalidad en ese combate hizo que sus palabras produjeran en muchas ocasiones el efecto de la incandescencia: la luz potente que arrojaban hacía imposible percibirlos sin entrecerrar los ojos y sin sobresaltos. Habitar el mundo nietzscheano -irracional, caótico, carente de trascendencia- reclamaba “hombres superiores”, que supiesen “ensayar”, “preguntar”, “caminar”. Sólo así podría subirse la pendiente con las piernas propias; poniendo siempre en cuestión el camino elegido, porque “el camino; en efecto, no existe.” Todo ello implicaba una inversión de los valores clásicamente transmitidos.³³

Como ya se ha dicho, sus críticas se hicieron extensivas a la relación de la filosofía con la realidad y a los conceptos con que ella pretendía aprehenderla. La realidad era para Nietzsche impenetrable; enigmática, la concebía como una multitud de procesos en movimiento permanente. Conocer *algo* de ella era una expresión de la voluntad de poder; implicaba una actitud fundamentalmente interpretativa (ver *infra*), y por lo tanto, subjetiva, parcial, incierta. Todo lo

contrario a la tradición filosófica, convencida de que las relaciones entre los conceptos podían recubrir con escrupulosidad los vínculos que las cosas mantienen en la realidad. Se sabe que con tal supuesto los filósofos, a partir de Sócrates y Platón, se abocaron a subsumir la realidad en conceptos, a exigir definiciones exactas de cada vocablo, a clasificar y a pretender un uso unívoco de las palabras, excluyendo toda aproximación metafórica a la realidad, al descartarla como otra manera posible de aprehenderla.³⁴

Para Nietzsche no existían esencias; tampoco admitía lo perpetuo y eterno en los objetos ni las identidades fijas; éstas se introdujeron a consecuencia del sustancialismo que imperó en la ontología durante siglos (véase III, 2.7). Tal como se dirá enseguida, esta impregnación repercutió en el lenguaje y la gramática. Refractario a los esencialismos y a las interpretaciones sustancialistas de la realidad, los objetos eran para Nietzsche siempre distintos, singulares, ni siquiera idénticos a sí mismos, porque iban cambiando.³⁵ Para dar cuenta de las diferencias no le fue necesario invocar lo accidental, porque lo accidental era para él la regla. Se entiende entonces que juzgara al lenguaje conceptual como no apto para aprehender las circunstancias, y menos aún la diversidad en ellas existente: los conceptos habían sido creados para nombrar las esencias; pero siendo la realidad in-esencial, múltiple y cambiante, hacían falta otros recursos para representarla. Nietzsche consideraba que el concepto era una manera demasiado general y abstracta de capturar la realidad: una misma palabra no podía referir adecuadamente dos cosas distintas, por más semejantes que fueran. Por eso rechazó el uso unívoco de las palabras; de ahí su estilo tendiente a lo lírico, forma de escritura que atrajo más a los artistas y literatos que a los filósofos. Según Nietzsche, el arte decía mejor la realidad que la filosofía y las metáforas entregaban más matices sobre la misma que el lenguaje conceptual, dado que respetaban lo múltiple y eran muy plásticas para reflejar el movimiento de las cosas. El lenguaje metafórico acepta, promueve y utiliza la equivocidad, la polisemia de los términos; el sobrevuelo sazonado de la metáfora va al grano, aunque indirectamente, mediante insinuaciones.

Nietzsche entrevió con agudeza, tal vez mejor que nadie, la relación entre lenguaje, pensamiento y verdad; percibió como los dos primeros -siempre entrelazados- contribuyeron sutilmente a robustecer las tergiversaciones metafísicas. Su “filosofar con el martillo” implicó recuperar otros usos y valores del lenguaje; buscó en la metáfora, en la alusión, en la insinuación, en la ironía, en los flashes y relámpagos idiomáticos, maneras distintas de transmitir ideas y de crear nuevos sentidos para las palabras. Jerarquizó la imaginación e intuición, sin dirigirse jamás al raciocinio del lector; sus abordajes favoritos eran por las diagonales y tangentes de los asuntos.

De este sotobosque nació su escritura aforística, forma adecuada para expresar su manera peculiar de entender el mundo y la filosofía; también, para ponerla en acto. Se alejó, así, de la lógica, del academicismo y del discurso científico. Aunó en esa manera condensada de escritura talento, ingeniosidad, sapiencia y una cuota de malicia. El aforismo ha sido tal vez su mejor forma estilística y la manera más adecuada de reflejar una realidad a la que percibía compleja, poliédrica. Superar la metafísica supuso sostener que entre filosofía y literatura, entre verdad y ficción, no habría grandes diferencias. En este aspecto se adelantó a Heidegger quien, según se verá en el apartado siguiente, entrevió en la poesía y en el pensamiento poetizador la forma más adecuada de expresar ideas filosóficas. A continuación se presentan algunos aforismos nietzscheanos, escogidos especialmente por su relación con el tema que nos ocupa: la sujeción del sujeto al lenguaje, los efectos sorprendidos de la palabra, la condición esencialmente parlante del humano:

“OLOR DE LAS PALABRAS. Cada palabra tiene su olor: hay armonía y desarmonía de los olores y también de las palabras.” (De *El caminante y su sombra*, § 119).

“PELIGRO DEL LENGUAJE PARA LA LIBERTAD DEL ESPÍRITU. Toda palabra es un prejuicio.” (*Ídem*, § 55).

En otro de sus célebres aforismos había afirmado que toda palabra era una mentira. El filósofo tenía claro que los mismos vocablos que se utilizan para decir una verdad son los que se emplean para decir una falsedad. Las palabras, en sí mismas, no conllevan la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso.³⁶ Por otra parte, abogó por no tomar las palabras de un modo unívoco, cerrado, rotundo, categórico.

“PELIGRO EN LA VOZ: A veces, en la conversación, el sonido de nuestra propia voz nos deja perplejos y nos lleva a afirmaciones que no corresponden en absoluto a nuestras opiniones.” (En *Humano, demasiado humano*, § 333).

Es notoria la presencia de lo inconsciente -en su acepción descriptiva- en este aforismo; muestra que la idea de un sujeto dividido no pertenece en exclusiva al psicoanálisis; también se aprecia en él cierta resonancia con la noción lacaniana de *palabra plena*, aquella que sorprende al que la pronuncia y a quien la escucha.

No tuvo una visión instrumentalista del lenguaje ni lo entendía como simple herramienta para la transmisión de información: la voluntad de poder recoge sensaciones y vivencias otorgándoles cuerpo en los símbolos sonoros que se han recibido como don y que preexistían a la llegada al mundo de cada nuevo ser humano. Todos los conceptos, desde los más sencillos hasta los más abstractos no son otra cosa que “residuos de metáforas”. Los dardos de estas reflexiones, ya se ha dicho, apuntaban también a la filosofía y a su manera ancestral de elaborar sistemas de conceptos que solidificaban los “errores de la razón” (*Genealogía de la moral*, p. 13). Pero mostró no sólo los valores supremos de las palabras sino y también las limitaciones que tiene el lenguaje:

“¡LAS PALABRAS NOS ESTORBAN EN EL CAMINO! Donde quiera que los hombres primitivos establecieran una palabra, creyeron haber hecho un descubrimiento. ¡De qué modo tan diverso ocurría en verdad! -habían tocado un problema y, en la medida que se les antojó haberlo resuelto, habían creado un estorbo para su solución-. Ahora, en cada conocer se debe tropezar con palabras eternizadas, duras como piedras, y uno se rompe una pierna antes que una palabra” (De *Aurora*, § 47).

Él percibió con agudeza los enlaces de las palabras con el pensamiento, el poder liberador de las mismas y la capacidad que ellas tienen de clarificar o inducir engaños. Señaló la potencialidad poética -creativa- del lenguaje (véase la nota final nº 6 de IV, 1.4.) y también lo falaces que podían ser ciertos usos de algunos vocablos. Mantuvo siempre anudada la cuestión de la verdad al modo con que se empleaban las palabras. Poco más cabe agregar para ver en estos argumentos anticipaciones de algunos aspectos de la teoría lacaniana de la verdad y partes de lo condensado en el neologismo *parlêtre*. Otro aspecto interesante de su pensamiento, el último que se abordará en este apartado, y de manera breve, es el que apareció expresado de manera brillante en esta frase de *La gaya ciencia*: “No hay hechos en sí sino interpretaciones”.

Los hechos, apenas ocurridos -o más aún, mientras están ocurriendo-, son interpretados por el ser humano, que no deja de ser un animal interpretante, incluso cuando cree razonar con objetividad. No existe otro conocimiento que el subjetivo; se trata de interpretaciones que, indefectiblemente, se van haciendo de los hechos vividos; éstas estarán siempre condicionadas por las situaciones vitales por las que estaba atravesando el sujeto cuando ocurrieron los eventos.^{37*}

* * * * *

Es todo menos que “por casualidad” que hayan existido a lo largo de las páginas anteriores remisiones de ida y vuelta entre Nietzsche y el psicoanálisis; es que el filósofo transitó antes por algunos de los caminos que condujeron veinte, treinta años más tarde, a las grandes elaboraciones de Freud. Nietzsche se percató de la potencia de los sueños, no identificó al sujeto con la conciencia, percibió la importancia capital del lenguaje, se acercó -a su manera- a lo que luego sería la sublimación, avizoró el papel de la memoria para el humano, supo medir la fuerza de las pulsiones, señaló con claridad que lo destructivo era consustancial a la condición humana, advirtió la necesidad de demoler lo establecido como requisito para construir algo nuevo en el sujeto, apreció las relaciones entre verdad y ficción, interrogó la figura del padre, su perspectivismo resuena con la manera en que el psicoanálisis se aproximó a los fenómenos psíquicos. Esta lista se podría alargar, pero ya es suficiente.

¿Quiere lo dicho manifestar que Nietzsche fue un psicoanalista *avant la lettre*? ¿Qué Freud fue un Nietzsche mejorado y adaptado al terreno de lo psíquico? ¿Que el filósofo se adelantó también a Lacan respecto a la función y campo de la palabra”? Se dejarán estas preguntas en suspenso, con la esperanza de que las respuestas lleguen a través de algunos rodeos. Se sabe, por

confesión propia, que Freud se resistió a leer a Nietzsche; dijo también que era para no sentirse influido por un pensamiento al que intuía demasiado cercano al suyo. Se puede constatar también que Nietzsche no fue de los filósofos más citados por Lacan. Pero existieron, sin dudas, elementos compartidos en lo producido por los tres, coincidencias en algunas cuestiones y por sobre todo, acuerdos sobre un asunto: el ser humano devino síntoma; algo había de cambiar y ello pasaba por el sujeto.

Retomo en este contexto y a mi manera unas palabras de Alain Badiou, para aplicarlas a los interrogantes anteriores -referidos, en última instancia, a la relación filosofía - psicoanálisis: entre ambas disciplinas existiría, en términos de dicho autor, “un cruce sin fusión”; es decir: puntos de contacto, temáticas compartidas pero campos distintos que conllevan reflexiones y acciones específicas, diferenciadas.³⁸

No está en Nietzsche, es obvio, el inconsciente sistemático de Freud y todo lo que de allí se deriva para la teoría y clínica psicoanalíticas. En cambio sí puede encontrarse en él un sembrador de ideas, un despertador de conciencias, un clínico -y un crítico- de las costumbres y de los modos de goce de una época, que es también la nuestra, un agitador de conocimientos, un catalizador de reflexiones, un fermentador de pensamientos, alguien que sacude y produce respingos en los estados semi-hipnóticos cotidianos. También un pensador que acompaña en las incertidumbres sobre el futuro, porque no sólo previó que eran insoslayables sino que había que enfrentarlas manteniendo una espera activa. En fin, un filósofo *lúcido, demasiado lúcido*, para su época... y para la actual.

7.1.5.3. Wittgenstein y los juegos de lenguaje^{39*}

Lo atípico y la originalidad de su producción hace difícil situarlo en alguna de las diversas corrientes filosóficas; se le consideró tanto pionero del neopositivismo lógico como fundador de la filosofía del lenguaje. Lo dicho requiere matizaciones: su enrolamiento -parcial- en el positivismo fue subsidiario de su aceptación de las tesis empiristas clásicas y de sus recelos hacia la metafísica y el idealismo; de existir tal adhesión sería la del “primer Wittgenstein”, el del *Tractatus logico-philosophicus*⁴⁰, y más por las influencias que ejerció sobre algunos miembros del llamado “Círculo de Viena”, que por decisión personal. Respecto a la paternidad de la filosofía del lenguaje, cabría decir que en todo caso fue compartida: hubieron otros pensadores que dieron impulso a dicha orientación, entre ellos: Moore, Wisdom, Ryle y Austin. Más importante que dirimir estas filiaciones es subrayar la indagación seria, implacable y coherente que llevó a cabo respecto de las relaciones entre lógica, filosofía, pensamiento y lenguaje. Sus disquisiciones audaces sobre estas cuestiones permiten establecer algunos puntos de contacto con la función de la palabra en la práctica del psicoanálisis en general y del lacaniano, en particular.

En este apartado el foco estará puesto en las reflexiones sobre el lenguaje del “segundo (o último) Wittgenstein”, el de *Investigaciones filosóficas* y otras obras posteriores; se omitirán, por consiguiente, los restantes aspectos de su doctrina. Las tesis allí expuestas supusieron cambios importantes respecto de las perspectivas que el mismo sostuvo en el *Tractatus*.^{41*} De esa primer obra hizo la autocrítica de los aspectos siguientes: a) haber considerado a la modalidad *declarativa* o *descriptiva* -la que informa acerca de la realidad- como la forma principal de lenguaje; b) que el lenguaje tuviera una esencia, que esa esencia podía ser descubierta mediante un análisis lógico y que poner en evidencia ese esqueleto lógico permitiría la depuración del lenguaje corriente; c) la existencia de un lenguaje ideal, superior al ordinario, en que cada palabra se correspondería con un significado y cada significado, con una palabra. En síntesis, en la última etapa de su vida y obra dijo: no al lenguaje como cálculo lógico; no al lenguaje como imagen de la realidad; no a la visión esencialista e idealizada del lenguaje.

El pensamiento suponía para Wittgenstein un uso silencioso del lenguaje, sin que éste dejase de ser, por eso, eminentemente público y social. Hallar la locución adecuada no consistiría en expresar con precisión un pensamiento ya concebido, sino lograr que las ideas que esa expresión vehicula satisfagan y alivien. Dicho de otro modo: el pensamiento no era para él un lenguaje

interior a expresarse arregladamente mediante recursos lingüísticos ideales, ni tampoco una sustancia del espíritu que se manifestaría gracias al lenguaje.

Estuvo preocupado por descifrar la relación que guardan las cosas y las palabras que las nombran, asunto éste que ya había sido tratado por los estoicos. Afirmó al respecto que el nombre era lo que daba vida a los objetos, idea sobre la que Lacan insistió reiteradamente. El filósofo consideró, asimismo, que el lenguaje engendraba confusiones de las que convenía deshacerse. Lo terapéutico de la filosofía consistiría en deshacer esos embrujamientos.

“El filósofo se esfuerza por encontrar la palabra liberadora, es decir, la palabra que finalmente nos permite aprehender aquello que hasta ahora, intangiblemente, ha constituido un lastre para nuestra conciencia.”⁴²

“La filosofía es la lucha contra el embrujo de la inteligencia por medio de nuestro lenguaje.” (De *Investigaciones filosóficas*, *op. cit.*, § 109.

Del poder engañoso de las palabras sólo puede huirse cuando se logra apreciar con nitidez cómo funciona el lenguaje. Para ello es imprescindible no ilusionarse con él ni tratar de descubrir su esencia. No hay nada oculto en el lenguaje; cabe únicamente abrir los ojos para ver y observar cómo funciona. Enjuició la compulsión a querer “penetrar en los fenómenos” con la idea de buscar una causa última; todo “está a la vista”. Las cosas parecen ocultas, no por estar debajo de la superficie, sino por ser familiares y permanecer siempre ante nuestros ojos. Las imágenes, sentimientos y pensamientos *no están por fuera del lenguaje* y es necesario ver cómo se utilizan los conceptos para darles sentido.⁴³ Además, para él, el silencio era también muy importante: “De lo que no se puede hablar, mejor es callar”, dijo al final del *Tractatus*. Tras un análisis lógico y metódico de lo decible, cabe sólo la reverencia silente ante el enigma, ante lo insondable.

“Lo inefable (aquello que me parece misterioso y que no me atrevo a expresar) proporciona quizá el trasfondo sobre lo cual adquiere significado lo que yo pudiera expresar.” De *Aforismos. Cultura y valor*; nº 83.

Acuñó la expresión *Sprachspielen* –juegos de lenguaje– y subrayó la necesidad de comprender como funciona y como se usa cada palabra dentro de los diversos juegos de lenguaje que cada lengua permite. Vino a decir entonces –segundo Wittgenstein– que el lenguaje posibilitaba hacer más cosas que la mera descripción de la realidad; en *Investigaciones filosóficas* propuso los siguientes ejemplos de tales juegos: dar órdenes y obedecerlos, formar y comprobar una hipótesis, hacer y contar chistes, describir un objeto según su apariencia, preguntar, agradecer, saludar, maldecir, rezar, etc. Estos juegos de lenguaje no son independientes de la vida del usuario; por el contrario, están integrados en cada una de las tramas vitales; el lenguaje era para él un instrumento de la vida. Consideraba, justamente, que esa integración era muy importante y que ella exigía vaciar las palabras de su contenido metafísico y devolverlas, recién entonces, al uso cotidiano. Se descubrirá, así, que hay tantos lenguajes como “juegos de lenguaje” y que éstos no son dados de una vez para siempre: algunos desaparecen, otros se transforman, van surgiendo nuevos. Se desprende de estas ideas que concebía al lenguaje como un complejo o una red de actividades regidas por normas: las “reglas del juego”. Tampoco existe *el* lenguaje sino muchos y diversos, que se entrecruzan y combinan; Hay tantos como “formas de vida” (*Lebensform*). Esta visión contraria al esencialismo del lenguaje se hizo extensiva a los hechos de la realidad; por esa vía se ahondaron sus distancias con el platonismo y con las otras perspectivas idealistas en filosofía. Por ejemplo: para él devino más importante no la belleza –como categoría abstracta– sino el vivenciar tal rostro bello en particular, tal paisaje bello concreto o una bella puesta de sol, singular.

Para el “segundo Wittgenstein”, lo primario del lenguaje no era la significación; ya no se trataba de captar el significado preciso, unívoco, de las palabras –como afirmó en el *Tractatus*– sino aprehender cuales eran los usos de un término dentro de cada uno de los juegos. “El significado de un vocablo es su uso”, decía. Existen diversos modos de emplear las palabras y estas tienen significados distintos según el juego del que forman parte. Recomendaba insistentemente: “no inquirir por la significación, inquirir por el uso”. En lugar de ¿qué es o qué significa *x*?, convendría preguntarse ¿cuál es el uso de *x*?

“Deja que el uso de las palabras te enseñe su significado.” (*Investigaciones filosóficas*, Crítica, 1998, p. 220).

No es de extrañar entonces que le restase valor a la *semántica*, subrayando, en cambio, la importancia de la *sintaxis* y la *pragmática* del lenguaje.

Consecuencia de estos nuevos desarrollos fue, además del abandono del lenguaje ideal, la desconexión entre lógica y lenguaje ordinario, punto de vista que supuso un cambio en relación al *Tractatus* y un posicionamiento diametralmente opuesto al de Peirce, para quien semiótica y lógica marchaban juntas. El filósofo vienés planteaba una visión global, holística, en la comprensión del funcionamiento de la lengua materna: los juegos de lenguaje, al ser considerados como *totalidades*, son primarios respecto de sus reglas. No se entenderá un juego de lenguaje a través de conjeturar sus reglas; sólo se puede comprender las reglas después de aprender a dominar el juego *entero*. Y ese juego, *como un todo*, es inefable. Adquirir idoneidad en el uso de la lengua materna –en la que, en circunstancias habituales, no suelen cometerse grandes errores– no es, en sentido estricto, por vía de un saber. Es necesario emplear las palabras antes de tener la posibilidad de señalar las cosas correspondientes y conocerlas.⁴⁴

Como se ha podido apreciar, Wittgenstein fue un pensador crítico; cuestionó acerbamente las rumiaciones dogmáticas y luchó de manera comprometida contra el espíritu de la época, en el que no se sentía cómodo.

“[...] no es insensato pensar que la era científica y técnica es el principio del fin de la humanidad; que la idea del gran progreso es un deslumbramiento, como también la del conocimiento final de la verdad; que en el conocimiento científico nada hay de bueno o de deseable y que la humanidad que se esfuerza por alcanzarlo corre a una trampa. No es de ningún modo evidente que no sea así.” (De *Aforismos. Cultura y valor*; nº 318).

También centró las críticas sobre su propia disciplina: el juego del lenguaje filosófico, vino a decir, es como una rueda que gira sin engranar con la realidad ni con las actividades humanas habituales. Elaboró una ética centrada en la fidelidad al deber para con uno mismo; no creyó que la filosofía fuera capaz de cambiar al mundo pero sí que podía modificar la vida privada de cada sujeto. En esa línea, recogió y amplió la tradición de los escépticos antiguos y su obra tuvo notables influencias, no sólo en la filosofía anglosajona del siglo XX, sino y además, sobre el pensamiento contemporáneo en toda su amplitud.^{45*}

7.1.6. El lenguaje habla a través del hombre. Heidegger⁴⁶

Como marco general para el tratamiento de los puntos de contacto entre el *hablanteser* lacaniano y las ideas heideggerianas sobre el lenguaje es conveniente subrayar las diferencias cruciales entre el filósofo de la Selva Negra y los pensadores que le precedieron. Si Descartes enunció, *cogito* mediante, la inextricabilidad entre el ser y el pensar, Heidegger anudó de manera inseparable el ser al lenguaje.⁴⁷ Estas dos formulaciones sintéticas ponen de relieve no sólo los caminos radicalmente distintos transitados por estos pensadores sino y también, las tensiones internas que atravesaron en algunos momentos al discurso lacaniano –especialmente durante el periodo en que ambas influencias coexistieron–.

Heidegger responsabilizó también a Descartes de que la sustancia dejara de ser el fundamento de la verdad y que el sujeto –entendido racionalmente– ocupara el centro de la escena filosófica, sustrayendo por milésima vez, desde Platón en adelante, la cuestión del ser. Hegel franqueó todavía más, según Heidegger, los límites dentro de los cuales Descartes y Kant habían emplazado la subjetividad humana: en lugar del *ego* cartesiano y del *ego* trascendental situó al sujeto absoluto. Nietzsche, tras destronar a Dios –con todas sus consecuencias metafísicas y morales– hizo del sujeto el dador supremo de sentido y de valor a las cosas. Para el pensador de la Selva Negra, Hegel y Nietzsche fueron los que llevaron la filosofía de la subjetividad a su cénit. Lo que siguió después –a finales del siglo XIX y durante el XX– ha sido la consecuencia de lo anterior: primacía del nihilismo y de la tecnología.

La *Carta sobre el humanismo* (1946) contenía ya buena parte de las claves de la perspectiva heideggeriana que se fue consolidando después de la segunda guerra mundial. Las tesis sobre el lenguaje, inicialmente expuestas en *El ser y el tiempo*, fueron revisadas y profundizadas durante el lustro 1935-1940 en *El origen de la obra de arte* (1936), *Hölderlin y la esencia de la poesía* (1936), en los diversos cursos que dictó sobre este poeta entre 1934 y 1942, etc.- Con posterioridad fueron desarrolladas, hasta alcanzar su versión más o menos definitiva, tras pasar el ecuador del siglo XX, tal como puede comprobarse en la recopilación *De camino al habla*, en que reunió conferencias y textos elaborados entre 1950 y 1959.⁴⁸ De la *Carta* nombrada proviene la siguiente cita:

“El pensar lleva a cabo la relación del ser con la esencia del hombre. No hace ni produce esta relación. El pensar se limita a ofrecérsela al ser como aquello que a él mismo le ha sido dado por el ser. Este ofrecer consiste en que en el pensar el ser llega al lenguaje. El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada. Su guarda consiste en llevar a cabo la manifestación del ser, en la medida en que, mediante su decir, ellos la llevan al lenguaje y allí la custodian. [...] Liberar al lenguaje de la gramática para ganar un orden esencial más originario es algo reservado al pensar y poetizar.”⁴⁹

Se aprecia en estos párrafos la estrechísima relación que él estableció entre pensar, ser, lenguaje creación poética y filosofía, entendida esta última como una forma especial de lenguaje: el pensamiento poetizador (ver *infra*, 7.1.6.4). El pensar tenía, según Heidegger, un fundamento existencial: llevar a cabo la relación del ser con la esencia del hombre. De la cita se desprende también que consideró al lenguaje como algo distinto de un mero instrumento de comunicación entre los humanos: para él era la casa del ser, la morada en que habita el hombre. Las cosas se abren a la dimensión del ser con la mediación de un hecho de lenguaje.⁵⁰ El filósofo comenzó por esa época a diferenciar y oponer dos maneras de entender el lenguaje:

- Una, en el que la palabra cumple funciones eminentemente *designativas*; en esos contextos es considerada como perteneciente a la categoría del *signo*. Esta concepción nació con los estoicos y alimentó, a través de la metafísica, a todas las corrientes *lingüísticas* del lenguaje que existieron con posterioridad.
- La segunda, en que la palabra *muestra*; es más aparición que significación; ella procura el advenimiento de las cosas en su ser. Esta perspectiva nació en la antigua Grecia: Heráclito y Parménides fueron sus cultores principales. Heidegger consideraba que esta forma de entender el lenguaje era la más “original”, la “matinal”, “la esencia del lenguaje”. Los pensadores y los poetas son los custodios de este lenguaje en tanto los dos hacen patente el ser de los entes.⁵¹

En el lenguaje es donde se abre la apertura del mundo; si la palabra da (*gibt*) el ser de las cosas, ir “a las cosas mismas” -consigna fenomenológica- consistirá en ir a la palabra. Heidegger daba a estas ideas un sentido radical: las cosas no son únicamente tales por estar en el mundo; lo son en (o por) las palabras que las nombran, que permiten su presencia en el tiempo y en el espacio. No es tanto que las cosas no existieran antes de su nominación sino que el nombrarlas las abre a una existencia peculiar, inédita, antes de esa operación. Nombrar la cosa es “hacerla venir”, “llamarla a la presencia”. La torna más real que la realidad misma ya que revela la esencia de las cosas ordinarias, a las que habitualmente no se les presta atención.

De esto se colige que para Heidegger no hubo primero ente y después el lenguaje acudió para denominar a ese ente: hubo lenguaje desde el inicio y sólo él permitió al ente venir al ser. Su idea de una esencia original del lenguaje le hizo marchar a contracorriente de una de las teorías más aquilatadas del pensamiento occidental: la de la significación, que se ocupó de estudiar las relaciones y las diferencias entre la palabra como signo y aquello que significa.

La articulación que introdujo entre poesía y pensamiento –ambos se mueven en el plano de las palabras y del decir– le condujo a postular el *pensamiento poetizador*, forma más alta de la actividad psíquica y de dilucidación de la verdad. Cabe nombrar también sus desarrollos sobre la

consigna pietista del siglo XVII: “pensar es agradecer”, idea que Heidegger hizo suya para explorarla inusitadamente.^{52*}

* * * * *

La presencia de Heidegger en la teoría lacaniana es un hecho incontrovertible. Más allá de las polémicas sobre la intensidad y duración de estas influencias, puede percibirse con facilidad que ciertas ideas fundamentales del filósofo se entremezclaron con el lecho conceptual de Lacan y fueron instrumentadas por éste para establecer inflexiones en algunos articuladores teóricos psicoanalíticos que había heredado de Freud y para construir sus propias categorías. En este contexto serán estudiadas sólo las que influyeron en la *lingüística*.

Si “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”; si hay “instancia de la letra en el inconsciente”, si existe “función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, Heidegger tenía que convertirse *ineludiblemente* en un referente para Lacan, porque se había ocupado –más que nadie entre los filósofos– de las cuestiones relativas al lenguaje y de las relaciones de éste con el humano. Pero, en tanto operaba en Lacan “la razón desde Freud”, su aproximación a Heidegger fue hecha con el prisma de la experiencia analítica. Un acercamiento a los textos de este pensador con un mínimo de lecturas realizadas de la obra de Lacan, permitirá apreciar resonancias y afinidades entre lo escrito por ambos. Mayor esfuerzo exigirá descubrir las disparidades entre las similitudes aparentes; apuntar las primeras supondrá una labor de precisión suplementaria, puesto que en muchas ocasiones, las semejanzas ocultaron las diferencias.⁵³

¿Fue Lacan heideggeriano? Se soslayarán aquí esos debates tan manidos, estériles e interminables la mayoría de ellos. A cambio se dejarán planteados algunos puntos firmes que permitan construir un marco para situar esa cuestión:

- Sin duda Lacan importó a *su* psicoanálisis ideas de este filósofo, pero esto no significa que pueda ser calificado de heideggeriano, a secas. En todo caso, hubieron algunas ideas del filósofo sobre las que Lacan aplicó las A+T que dieron pie a la producción de categorías estrictamente psicoanalíticas. Los conceptos relativos al lenguaje en que pueden percibirse tales improntas serán aludidos en las próximas páginas: en los apartados 7.2.1. y 7.8.1 de este mismo capítulo se harán referencias a las tesis del filósofo que tuvieron impacto en las elaboraciones lacanianas sobre el Otro y sobre la temporalidad psicoanalítica.
- Más allá de las citas en sus seminarios y *Escritos*, las nervaduras principales del pensamiento de Heidegger sobre el lenguaje formaron parte del pozo filosófico con el que Lacan pensó algunas de sus categorías psicoanalíticas *lingüísticas*. Por lo tanto, sería absurdo valorar las influencias habidas en función de la cantidad de citas de aquél, obviando cierta *familiaridad* de pensamiento entre ambos, más evidente en unos periodos que en otros, pero casi nunca ausente. Una vez incorporadas a la teoría lacaniana, muchas de estas nociones permanecieron incólumes hasta el final de su enseñanza.
- Hubo también grandes divergencias entre los dos; para señalar una crucial y muy significativa: la noción de sujeto. Esta fue clave para Lacan, no así para Heidegger. Mientras este último rechazó tajantemente el uso de dicho término por su carga metafísica⁵⁴, el psicoanalista lo utilizó de manera profusa, haciendo de él uno de sus conceptos centrales. Claro está, tras hacer propia la subversión freudiana del mismo. Más allá de las exégesis y las idolatrías, que empujan a encontrar lo que se quiere hallar en los textos del filósofo para fomentar la hermandad con el psicoanalista, lo cierto es que Heidegger no incluyó -o, más bien, expulsó dicha noción de su vocabulario. Esta discordancia importante se haría mayor aún si al vocablo sujeto se le añadiría: *del inconsciente*. De esta disparidad principal se derivan muchas otras.
- Lacan elevó a Heidegger al rango de interlocutor del psicoanálisis; interlocutor mudo, pero interlocutor al fin. Ni Freud ni los analistas de la primera y segunda generación lo habían hecho antes que él. Es que nadie lo hizo porque no tenían sintonía conceptual con este filósofo. Habiendo importado y transformado buena parte de las tesis de la lingüística estructural, Lacan, al releer a Heidegger consideró su obra como un gran filón. Su idea de un *sujeto sujetado al lenguaje* -por citar sólo uno de sus sintagmas relacionados con el tema

que se está tratando- encontró fuentes y remolinos poderosos en los textos del filósofo del ser.

- Si a estas puntuaciones iniciales se le agrega una mirada panorámica de las obras completas y acabadas de ambos autores, se apreciarán algunos vectores homólogos. Por ejemplo, la tendencia de los dos a elaborar las propias ideas *a contrapelo* de lo producido en sus campos respectivos.
- Otros paralelismos: coincidieron en la manera de retorcer el lenguaje para transmitir las ideas que les eran propias. En lo que concierne al tema de este apartado, ambos fundamentaron -aunque cada uno a su manera- la subordinación del humano al lenguaje. Con ese prisma Lacan desentrañó estructuras lingüísticas en los ensayos freudianos relacionados con la primera tópica; el filósofo, por su parte, exhumó significados de antiguas palabras griegas, con unos objetivos que se explicitarán *infra*, en 7.1.7.2.

Estas puntualizaciones son elocuentes respecto de la siguiente cuestión: Lacan jamás se propuso una interpretación filosófica del pensamiento heideggeriano; menos aún, una adhesión al mismo. Importó, como ya se ha dicho, ciertas ideas de este pensador para instilarlas en algunos conceptos que ya tenían carta de ciudadanía en el psicoanálisis, introduciendo en ellos nuevas valencias. Y lo hizo mientras iba construyendo un discurso propio. Sus seminarios, escritos y alocuciones de los años 1950-1960 son los que más improntas de Heidegger muestran; luego, las huellas se hicieron menos ostensibles, pero no desaparecieron. Sólo mediante una mirada retrospectiva sobre su obra completa podría apreciarse desde cuándo y de qué manera se respaldó en el filósofo y cuánto de todo ello pervivió hasta el final de su enseñanza. Esa misma lectura permitiría apreciar los puntos de encuentro y las bifurcaciones constantes de caminos, que fueron muchos.

Se estudiará la presencia de Heidegger en las elaboraciones de Lacan relativas al *sujeto sujetado al lenguaje*, bajo los siguientes títulos:

7.1.6.1. “Una fraternidad en el decir”

7.1.6.2. Lugar estratégico de la etimología en el pensamiento de Heidegger

7.1.6.3. Silencio y pregunta

7.1.6.4. Poesía. Pensamiento poetizador

7.1.6.1. “Una fraternidad en el decir”

“Cuando hablo de Heidegger, o más bien cuando lo traduzco, me esfuerzo en dejar a la palabra su significación soberana.

Si hablo de la letra y del ser, si distingo al otro y al Otro, es porque Freud me los indica como los términos a los que se refieren esos efectos de resistencia y de transferencia con los que he tenido que medirme desigualmente desde hace veinte años que ejerzo esta práctica —imposible, todo el mundo se complace en repetirlo después de él— del psicoanálisis. Es también por lo que necesito ayudar a otros a no perderse por ahí.” (ILIF, p. 212).

Está claro: Lacan leyó a Heidegger con Freud; por eso pudo o tuvo que reflexionar sobre el lenguaje de un modo diferente al del filósofo: en su horizonte estaba presente la función de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis y en la clínica bajo transferencia. El neologismo *hablanteser* que el psicoanalista acuñó años más tarde fue el cénit -y tal vez la expresión más condensada- de la camaradería conceptual entre ambos. Hasta allí, y tal vez unos metros más, marcharon juntos: gracias a Heidegger -que relacionó el lenguaje y el pensamiento con el ser- Lacan se alejó de las concepciones humanistas y racionalistas, que consideraban al lenguaje como un simple medio de expresión del yo pensante. El filósofo de la Selva Negra había criticado acerbamente la creencia por la cual el humano se consideraba creador del lenguaje. Más bien, dijo, sucedía al revés: es el lenguaje el que habla a través del hombre.⁵⁵

“El lenguaje es el supremo acontecimiento de la existencia humana.” (Hölderlin y la esencia de la poesía).

Lacan recogió estas ideas y las procesó a su manera: *parlêtre* implica que el ser no se constituye de manera inmanente sino en una relación con Otros seres parlantes que le donan el lenguaje; con ellos establece lazos de palabra. Esta idea -la existencia de una estructura anterior y exterior previa y determinante de cada nueva subjetividad- muestra la “fraternidad en el decir”, términos éstos con los que Lacan caracterizó en *L'Étourdit*, su relación con Heidegger. El Otro lacaniano –tesoro de los significantes, dador del lenguaje– es una de las tantas muestras de hermandad entre ambos. También se la encuentra –en visión *micro*– cuando concibe el surgimiento del *esebarrado* por efecto del significante proveniente del Otro; Otro, que debe entenderse en este caso como alteridad identificante y estructurante del sujeto.^{56*}

Las diferencias de territorios, de objetivos y de maneras de reflexionar marcaron las distancias entre Heidegger y Lacan. El inconsciente -no podía ser de otro modo- quebró la hermandad. Una vez constituido el sujeto dividido, desde *la otra escena* se proferirán palabras que irrumpirán en el discurso consciente. En lo inconsciente –instituido como discurso del Otro– se conformarán las metáforas sintomáticas y las demás formaciones que le son características. Años más tarde se añadió la idea de que el *esebarrado*, hablando, goza. El plus-de-goce- y el sinsentido prevalecieron sobre el significado. Por lo inconsciente y sus efectos, las diferencias con Heidegger -con la filosofía, en general- se hicieron irreductibles: si según Heidegger la palabra da el ser, para Lacan, se tratará de juegos de significantes que, formaciones del inconsciente mediante, se presentarán en (o bajo) transferencia. Freud y la experiencia analítica llevaron a Lacan a flexionar, a “torcer” el pensamiento heideggeriano, a desnaturalizarlo, para hacerlo productivo en su propio discurso. Lo irrupción de lo real ampliaría las distancias con el filósofo del ser. Las fórmulas de la sexuación, más aún.⁵⁷

Pese a estas diferencias sigue siendo patente que gracias a Heidegger, Lacan encontró un modo certero de acercarse y tratar ese vacío central del sujeto que Freud denominó *Kern unseres Wesen*: nódulo de nuestro ser. Después de los años cincuenta, en que predominó una aproximación lenguajera -con huellas heideggerianas- Lacan ofreció una versión topológica de ese *Kern*: el vacío central irreductible del toro (véase III, 6.4).

7.1.6.2. Lugar estratégico de la etimología en el pensamiento de Heidegger

El filósofo pensaba que era imprescindible destilar cada palabra para extraer lo que en ella permanecía oculto; cabía redescubrir el tesoro que guarda en sus entrañas. Según él, las palabras albergaban antaño una gran riqueza; el (mal) uso de las mismas hizo que ésta se desperdiciara; la metafísica contribuyó a distorsionar las relaciones con el lenguaje a consecuencia del olvido del ser. Ello aconteció de manera simultánea a la pérdida de rumbo del pensamiento occidental. Consideraba que era necesario recuperar el norte. De ahí la importancia que tuvo en su discurrir la excavación etimológica. De manera consecuente aplicó a sí mismo y a su escritura esas ideas. Creyó que era necesario expresar los conceptos filosóficos de un modo distinto a como se lo había hecho tradicionalmente, para darle a las palabras nuevas inflexiones, otorgarles una mayor elocuencia y para que recuperaran el fulgor de la antigüedad: su capacidad de rendir testimonio existencial. Comenzó a utilizar, entonces, un estilo diferente de escritura, que expresaba el pensamiento poetizador.

A su parecer, los sentidos originales de las palabras griegas poseían cargas, fuerzas, potencias, que dieron un valor singular a la *philosophia* antigua, la de los presocráticos. Ellos tuvieron el privilegio de participar de la experiencia más valiosa del lenguaje: pensar la naturaleza de la existencia.

“La lengua griega, y sólo ella, es *logos* [...] en la lengua griega lo dicho en ella es al mismo tiempo y de manera eminente aquello que lo dicho nombra. [...] A través de la palabra oída en griego llegamos a la cosa proyacente y no primariamente a una simple significación verbal.” (De *¿Qué es esto, la filosofía?*).

Sócrates fue el principio del fin; con él comenzó el olvido del ser. Recuperar los significados perdidos favorecería una visión renovada de la existencia y facilitaría pensar aquello que había sido relegado. De ahí el lugar estratégico que la exhumación etimológica tuvo en el

pensamiento de Heidegger: restaurar la luminosidad de las palabras reveladoras del ser. Pero no se trataba de una simple resurrección de palabras; esa era tan sólo la precondition para que se diera “otro comienzo” del pensamiento. Revivir los usos y significados antiguos de las palabras permitiría capturar la esencia y la energía de esa experiencia original para que surgiera una nueva era del pensar. Anaximandro, Parménides, Heráclito, no estaban sólo en el pasado; eran la guía para el presente y el futuro; se lo ve: no era la Grecia clásica -la de Platón, Aristóteles y los que les siguieron- sino la Grecia de Nietzsche y sobre todo la de Hölderlin. Tampoco se trataba de un estricto regreso al pasado sino de otro comienzo para Occidente, un alba aún no vivido ni pensado. Un futuro anterior.^{58*} El modo de implementar esta estrategia siguió siempre la misma secuencia; se la puede apreciar a través de *Construir, Habitar, Pensar*, un ejemplo entre muchos otros, de su labor de excavación etimológica.^{59*} Otro párrafo de este mismo texto muestra de manera nítida ese *modus operandi*:

“Prestemos atención a lo que la lengua en la palabra *bauen* dice, pues percibimos tres rasgos:

1. Construir es propiamente habitar.
2. Habitar es la manera como los mortales están sobre la tierra.
3. El construir en cuanto habitar se despliega en el construir, el que cuida, el cultivo, y en el construir, el que erige edificaciones.

Si tenemos en mente esta triplicidad percibimos una pista y recordamos lo siguiente: lo que el construir de edificaciones sea en su esencia no podemos ni siquiera preguntarlo suficientemente, ni mucho menos decidirlo conforme a la realidad, mientras no pensemos que todo construir es un habitar.”^{60*}

Más allá de la validez de las etimologías por él sugeridas -el tema fue ampliamente debatido por especialistas- en muchos ensayos suyos se fue abriendo paso una concepción *arcánica* y *advenidera* a la vez: sólo en ese pasado remoto se dio esa experiencia sin igual, en que las palabras -potentes y pletóricas de sentido- estuvieron muy cerca del ser de las cosas; sólo recuperándolas puede haber un reinicio, una nueva aurora.⁶¹

Estaba firmemente convencido de que mediante esa excavación etimológica “recuperatoria” se produciría una restauración de los sentidos perdidos; se reinyectaría la savia que otrora circulaba por las nervaduras de las palabras, que la riqueza perdida se vería restañada gracias a ese regreso a las fuentes primarias y que surgiría un nuevo modo de pensar y actuar. Por eso él mismo se abocó a un uso muy propio y peculiar del alemán en sus textos y conferencias. Esto podrá ser apreciado en toda su plenitud a través de algunas citas del “último Heidegger” que se harán en los dos apartados siguientes.^{62*}

Estas particularidades del pensamiento del filósofo (crítica de la metafísica por su olvido del ser, enjuiciamiento al sujeto filosófico expresado paradigmáticamente por el *cogito* cartesiano, crisis de la razón, retorno a los presocráticos y jerarquización de las palabras tal como ellos la utilizaron), uso personal e idiosincrásico del lenguaje en sus textos, etc., tuvieron ciertos equivalentes en la obra y el estilo de Lacan: retorno a Freud, crítica al olvido del inconsciente -y más ampliamente, de la primera tópica- por parte de los post-freudianos, “crítica a la terapización de lo psíquico”. También puede apreciarse ciertas similitudes en la explotación lacaniana de las homofonías, en la creación de neologismos, en la producción de equívocos calculados, en los malos entendidos provocados, en la forma de transmitir nuevos significados mediante tachaduras y barramientos de palabras; en las fusiones de vocablos, en las ligeras aliteraciones, elisiones y/o distorsiones de términos. Ya aparecieron -y seguirán aflorando- en estas páginas muchos exponentes de estos usos del lenguaje por parte de Lacan.

7.1.6.3. Silencio y pregunta

Si se atiende a su manera de concebir el lenguaje y el habla, no ha de extrañar que Heidegger considerase sumamente importante el guardar silencio, el saber escuchar y el diálogo. Una actitud silente y atenta configuraba para él un aporte fundamental al habla y, por lo tanto, un elemento clave del lenguaje. Pero no debe entenderse estas ideas como si se afirmaran las condiciones mínimas para que pueda darse un intercambio de palabras entre los humanos. Se trata de algo más de fondo: al lenguaje le es imposible desplegar su esencia si no es acicateado por la

escucha; pero ésta, en rigor, no es (o no es sólo ni básicamente) oír las palabras del otro: se trata de escuchar en ellas un llamado: el del ser. El lenguaje debería consagrarse a recibir lo que pide acceder a él: el ser. Hacer silencio es pues la segunda posibilidad del habla (*Rede*), testimonio mismo de un hablar verdadero. Sólo es posible escuchar si se da un poder-entender comprensivo; sólo aquel que comprende puede prestar escucha. Lo contrario es cháchara, un hablar sin decir nada. Guardar una actitud silente presupone tener algo para decir; el lenguaje en su totalidad se funda en el diálogo. Asociada a esta capacidad de silencio y escucha está el saber plantear preguntas:

“Porque el preguntar es la devoción del pensamiento.”⁶³

Al final de “Ciencia y meditación”, conferencia pronunciada en 1953 y publicada en *Conferencias y artículos, op. cit.*, p. 33, diferenció entre “lo preguntable” y lo que es “digno de ser preguntado”. Del conjunto del texto se desprende que “lo preguntable” pertenece más bien al ámbito de las disciplinas positivas, a la investigación; son interrogantes ontológicamente secundarios, contingentes, fútiles, pragmáticos. La cuestión queda resuelta -respondida- generalmente mediante un dato técnico. Heidegger consideraba estos interrogantes inesenciales. Por el contrario, “lo digno de ser preguntado” es inagotable, interminable: no existen respuestas concluyentes ni clausurantes para esas preguntas; brillan por su ausencia las determinaciones últimas cuando se interroga sobre el ser, sobre el sentido de la existencia humana, sobre la relación del hombre con las cosas, sobre la obra de un poeta verdadero, sobre “lo inútil que nunca se deja calcular”.

“[...] lo digno de ser cuestionado vuelve a abrir sus puertas a lo esencial de todas las cosas y de todos los sinos.”

“El peregrinaje hacia aquello que es digno de ser preguntado no es una aventura, sino un regreso al hogar.”

De manera consecuente a la afirmación de que el lenguaje habla a través del hombre, entrevió que siempre habría algo que quedaría sin decir en lo dicho: se hace necesario llevar al lenguaje aquello que pueda rellenar el hiato producido. Queda así abierta una relación entre lo pensado y lo impensado todavía, de manera tal que -en nuevos intentos- pueda llevarse al lenguaje lo que ha quedado aún sin decir en lo dicho. Tal movimiento sería infinito, como también lo sería preguntar por lo que es digno ser preguntado.

De mil maneras fue mostrando el carácter profundo y rico del lenguaje, al punto de relacionarlo con la noción de evento o acontecimiento (traducciones posibles de *Ereignis*). Cuando el lenguaje atestigua sobre el ser de las cosas, arroja luz, abre un claro (*Lichtung*); se permite, así, que las cosas, en su cosidad, estén más cerca del hombre. Esta aproximación -ese crucial encuentro entre el hombre y las cosas en su cosidad- configura un acontecimiento.⁶⁴

7.1.6.4. Poesía. Pensamiento poetizador

“El lenguaje poético lleva la energía que era inherente al lenguaje cuando el griego clásico nombró las cosas por primera vez; en ese momento todo el lenguaje *era* poesía.”

“La esencia del ser no se puede decir de manera concluyente. Lo más que podemos hacer es intentar pensar con el poeta quien, escuchando lo que se dice en el silente decir del lenguaje, lo compone en forma de poesía que despierta una renovada experiencia de la verdad del ser.” De *Hölderlin y la esencia de la poesía*.

Cuando el lenguaje vuelve a captar las cosas con ese poder iluminador, permite ver el mundo como si fuera la primera vez y esto es lo que Heidegger considera verdadera poesía. En ella es donde el lenguaje está en contacto con su esencia; por lo tanto el poeta es el que deja que se despliegue esa esencia.^{65*}

Si se deja llegar a la palabra la esencia misma de lenguaje, la poesía deviene develadora del ser; esta desocultación abre un mundo y una historia. Se aprecia en este segundo Heidegger una perspectiva cósmica, histórica, filológica, esencialista, poética. *El origen de la obra de arte* (1935-1936) y la conferencia *Hölderlin y la esencia de la poesía* (1936), contienen elementos decisivos

para definir con mayor precisión la recién comentada noción de evento (*Ereignis*) y para discernir, consecuentemente, sus implicaciones. Se anticipa la conclusión a la que Heidegger llegó paso a paso, tal como era su modalidad expositiva: en la obra de arte auténtica adviene la verdad; la verdad es *aletheia* –desocultamiento del ser–; toda verdad de este tipo es, al mismo tiempo, evento. De ambos ensayos recién citados se desprende que la esencia de la poesía es la de establecer y fundar el mundo, ya que las cosas llegan a ser sólo si llegan al lenguaje. En el primero de esos textos dijo que la poesía (*Dichtung*) era la esencia de todas las artes.

“Todo arte como advenimiento de la verdad, es en su esencia misma poesía.”

Heidegger llegó al concepto de poesía como esencia de las artes guiado por la palabra; pero antes había dicho que la obra de arte era una “puesta-en-obra de la verdad” y, por lo tanto, una “apertura del ente en su totalidad”: la obra de arte es novedad radical, es decir, creación.

“Cuando en la obra se produce una apertura de lo ente que permite atisbar lo que es y cómo es, es que está obrando en ella la verdad.

En la obra de arte se ha puesto manos a la obra la verdad de lo ente.”⁶⁶

Heidegger pensó la verdad como evento, como acontecimiento; pero también dijo que la verdad tenía “una tendencia a la puesta-en-obra”. Crear, inventar, imaginar, excogitar es uno de los significados del verbo alemán *dichten*, del cual deriva *Dichtung*, poesía. *Dichtung* es ante todo creación, institución de algo nuevo. La verdad como iluminación y desocultamiento de lo ente se da en cuanto es *gedichtet*, expresada como poesía.

Pero la poesía así concebida, como esencia inventiva de todas las artes, ¿tiene algo que ver con la poesía como arte de la palabra? Decididamente, no para Heidegger; por eso diferenciaba la Poesía (con mayúscula) de la *poésie* (escrito en francés). Sólo unos pocos –Hölderlin, Rilke, Trakl, Georg, según él– hicieron poesía del sentido de la poesía; es decir Poesía. La mayoría de los poetas escribieron simple *poésie*, literatura en verso.

Si se atiende a lo recién afirmado por Heidegger –toda obra de arte es en su esencia poesía– lo nuevo, la radicalidad creadora de la obra de arte puede darse sólo mediante la palabra. Todo arte tiene una relación esencial a ella y es poema, al mismo título, una tragedia de Esquilo (525-426 antes de C.), la pintura de Van Gogh de una par de botas de campesino, una escultura o una obra arquitectónica, siempre y cuando instituyan algo nuevo. Estas afirmaciones exigen, a su vez, precisar la posición específica de la obra de arte lingüística, la poesía en el sentido estricto del término, dentro del conjunto de las obras de arte. La Poesía (con mayúscula) era, para él, una meditación poética capaz de desocultar “el rastro de los dioses huídos”.

“Mi pensamiento está en una ineludible relación con la poesía de Hölderlin. Tengo a Hölderlin no por un poeta cualquiera cuya obra es, junto a la de muchas, tema de los historiadores de la literatura. Hölderlin es para mí el poeta que enseña el futuro, que espera al dios, y que, por tanto, no puede quedar como mero objeto de investigación histórico-literaria.” De *Entrevista del Spiegel*, *op. cit.*, p. 78.

Poema, en el sentido de poiesis, es una producción irreductible a una fabricación, aunque más no sea por lo que esta última tiene de industria seriada.⁶⁷

* * * * *

Se sabe que Lacan también otorgó importancia a la poesía, tal como se desprende de su intervención en “Diálogo con los filósofos franceses”⁶⁸:

“Consolémonos pensando que lo que se lee en los estudios analíticos sobre el tema del poeta o del filósofo, nos prueba que los psicoanalistas se ocupan de ellos, de tanto en tanto, incluso si esta preocupación es poco feliz, al menos nos asegura que han leído, al menos en parte, al autor del que hablan, y esto es beneficioso para sus pacientes, puesto que esto es pertinente a un orden de formación, que *es esencial para la formación psicoanalítica misma*, lejos de representar lo que se llama tan impropia y equivocadamente ‘psicoanálisis aplicado’.”

La versión que Lacan dio del inconsciente freudiano fue, en cierto sentido, cercana a lo poético: no sólo dijo que el inconsciente estaba articulado como un lenguaje, sino que ese

inconsciente habla *–ça parle–*, y al hacerlo utiliza los mismos recursos de la retórica –metáfora, metonimia, principalmente, pero también pleonasmos, elipsis, sinécdoques, alegorías, etc.– los mismos que se emplearon desde siempre en la creación poética. Ese inconsciente no se deja articular por el sujeto; más bien al contrario, es el inconsciente el que articula al sujeto.

El peculiar retorno a Freud anunciado en *FCPL* se hizo por el camino del lenguaje poético. Por eso dijo del inconsciente que era un buen *rhétorifiqueur* (retoricador), dando una nueva muestra de su reiterada capacidad de crear neologismos. De paso, cabe agregar que Lacan mantuvo con la metáfora una relación muy distinta a la de Heidegger; este último la rechazó por considerar que desde Aristóteles hasta el siglo XX, pasando por los escolásticos y la modernidad, se la había simplificado y reducido al tomarla como un simple producto que surgía a partir del sentido figurado de las palabras, opuesto a un sentido propio de las mismas. Lo dicho antes sobre el pensamiento poetizador y la Poesía, aclara porqué la exoneró de su vocabulario. Lacan, en cambio, le inyectó a dicho término todas las valencias psicoanalíticas derivadas del concepto freudiano de *condensación* (proceso primario, inconsciente) y, así transformada, la siguió empleando. Para él, la metáfora era una creación del significante, que se alejaba del sentido convencional de las palabras, porque intervenía en la producción de una formación del inconsciente *singular*, reveladora potencial de alguna verdad subjetiva (véase III, 4.4.3.3). En *ILIF*, la razón desde Freud se hizo más próxima al logos heracliteano y la *poiesis* devino decir la verdad del deseo, acto de revelación en estrecha relación con ese logos.

7.1.7. El sujeto del deseo

Este sintagma es en cierto modo la extensión lógica de aquel otro que resultaba de la atribución –por parte de Lacan– de un sujeto al inconsciente freudiano. En efecto, dado el carácter deseante de este último no resultó extraño que el psicoanalista francés estableciera también un sujeto articulado al deseo inconsciente.

Lacan desentrañó a partir de los textos del vienés estructuras de lenguaje a las cuales este sujeto está sujetado; consideró al sujeto del deseo un efecto de la inmersión del mismo en el orden simbólico. Qué es y qué no es este sujeto –el *esebarrado*, según la nomenclatura que aquí se propuso– será objeto de un estudio pormenorizado en III, 9., por el momento se dirá que tras la recién comentada articulación del deseo con el inconsciente y el lenguaje sobrevino una nueva articulación: el deseo del sujeto es el deseo del Otro. Cada sujeto se singulariza en función de los modos peculiares que ha tenido de procesar el deseo de quienes ocuparon para él el lugar del Otro. Es por eso que el deseo del sujeto dividido puede ser captado únicamente en la experiencia analítica.⁶⁹

El *deseo es el deseo del Otro* empezó a perfilarse en *S 5* y *S 6*; apareció inscrito en el grafo del deseo [*SS*, (1960)] y en la década que entonces se inició surgieron nuevos conceptos: falo como significante del deseo, objeto *a* -causa del mismo-, del cual el analista devino su soporte en la cura y la articulación de *a* con el sujeto, en el fantasma ($\$ \langle a \rangle$). Asimismo estableció una ética del psicoanálisis fundada en el deseo.

A este empuje teórico renovador sobre el deseo le siguió otro, en la década de los años setenta, enmarcado por las siguientes irrupciones en la escena conceptual:

- Los nudos borromeos, que llevaron a la propuesta de una estructura topológica nodal y trinitaria del sujeto, en la que el objeto *a* -y por lo tanto, el deseo como deseo del Otro-, fue ubicado en un lugar clave: en el engarce los tres anillos.
- Las fórmulas de la sexuación, en que el objeto *a* y el significante de la falta en el Otro [*S (A)*] -por lo tanto, nuevamente, el deseo del Otro- aparecen situados en el lado derecho del cuadro que Lacan expuso por primera vez en *Aún*.⁷⁰
- La lógica modal, mediante la cual procesó las formas del amor y la articulación del deseo -siempre como deseo del Otro- con la diferencia sexual, lo imposible de hacer desaparecer.

Una exposición más detallada de estas reelaboraciones del deseo será realizada más adelante, tras un pasaje por Hegel, Spinoza y Sartre, referentes filosóficos de Lacan en este asunto. Por lo tanto, el despliegue del presente apartado se hará así:

7.1.7.1. Spinoza: “El deseo es la esencia del hombre”

7.1.7.2. Hegel: “El deseo es el deseo del otro”

7.1.7.3. Sartre: falta de ser y el deseo de ser

7.1.7.4. El deseo es el deseo del otro. Desiderio, el cogito lacaniano

7.1.7.1. Spinoza: “El deseo es la esencia del hombre”

Es una indudable mutilación dedicar apenas unas páginas a uno de los más grandes pensadores de todas las épocas: Baruch Spinoza (Amsterdam, 1632-1677), quien con una obra poco extensa pero fundamental, llegó a las cumbres de la filosofía, tratando casi todos los aspectos de la relación de la humanidad consigo misma y con la naturaleza. Hegel dijo de él:

“Spinoza es un punto crucial en la filosofía moderna.
La alternativa es: Spinoza o ninguna filosofía.”

En este apartado, dedicado a las fuentes filosóficas de la elaboración del concepto de *sujeto deseante*, se comentará especialmente la concepción espinozista del deseo, que fue una referencia importante para el psicoanalista francés. Unas alusiones a las ideas más generales del filósofo precederán y enmarcarán la exposición de este aspecto específico de su obra, para cuyo estudio se ha recurrido al texto suyo más importante: *Ética demostrada según el orden geométrico*.^{71*}

Su producción se alejó de redundar machaconamente sobre las ancestrales cuestiones de la escolástica; retomó buena parte de los planteamientos aristotélicos y los traspuso en clave racionalista.⁷² Sus comentarios sobre Descartes, de quien recibió sin duda influencias fueron muy originales. Afrontó con valentía, calma y reflexión las discriminaciones que padeció: fue acusado de materialista, inmoral y ateo -adjetivos gloriosamente injuriosos, al decir de G. Deleuze-; fue excomulgado de la comunidad judía en la que se había educado y fue perseguido por impío no sólo por los hebreos sino por todos los estamentos religiosos, Iglesia cristiana incluida.

En todos estos círculos se consideró que su pensamiento socavaba las bases de las creencias teológicas. Para entender su ateísmo *objetivo* es menester enmarcarlo en la época: pleno siglo XVII, cristiano y monárquico; segregacionista y represor; pero también, centuria que inauguró la modernidad y su paradigma matemático, cultivado de maneras distintas por Descartes, Galileo, Pascal, Newton, el propio Spinoza y otros. Entonces nació el ámbito de la certeza, de lo claro y distinto, del proceder seguro y preciso de las matemáticas. Éstas podían ser aplicadas -y de hecho lo fueron- a cualquier fenómeno de la vida y del universo; Spinoza lo intentó con las pasiones humanas. Pero había un límite, un borde, -también podría decirse: una excepción- ante el cual la Razón matemática o bien se detenía o bien daba rodeos para salvar la certeza: Dios, ser incognoscible, quedaba más allá de los límites de la ciencia. Y, por esto mismo, cualquiera que se animara a cuestionar los dogmas religiosos, abría un abismo en su vida y recibía las violentísimas reacciones del entorno.

Spinoza no fue una excepción, aunque por cierto, no renegaba de Dios: la primera parte de la *Ética* se refiere a él y la quinta acaba con “el amor intelectual a Dios”. Pero él planteaba la existencia de un Dios que no era creador ni trascendente ni moral. Allí donde Descartes vaciló sobre la causa de Dios -es tan inconmensurable que no necesita causa alguna-, la perspectiva espinozista afirmaba que la noción de Dios envuelve la existencia necesaria, por lo que hay que admitir que Dios es causa de sí mismo (*causa sui*). Las palabras con las que inició la *Ética* -Definiciones- sirvieron para precisar esta modalidad causal:

*1. Por causa de sí entiendo aquello cuya esencia implica la existencia, o sea, aquello cuya naturaleza no se puede concebir sino como existente.”

Pocos renglones más abajo, otra definición:

“3. Por sustancia entiendo aquello que es en sí y se concibe por sí, es decir, aquello cuyo concepto no necesita el concepto de otra cosa, por el que deba ser formado”.

Se desprende que la sustancia es fundamento de sí misma, de su propia existencia; de ahí que, en *Ética* I, 5 haya sostenido que

“En la Naturaleza no puede haber dos o más sustancias de la misma naturaleza o atributo.”

Más adelante, en *Ética* I, 14 afirmó:

“Aparte de Dios, no se puede dar ni concebir ninguna sustancia”.

Así pues, sólo puede haber una sustancia: Dios, causa de todo. Pero, si es así, resulta que Dios no es causa trascendente sino inmanente. Al orden necesario en el que es todo cuanto es, Spinoza la llama indistintamente Dios, Naturaleza, o sustancia; de ahí su conocida sentencia: *Deus sive Natura sive substantia* (Dios o sea la Naturaleza o sea la sustancia); los tres fueron equiparados.

“En efecto, en el *Apéndice* de la primer parte hemos mostrado que la naturaleza no obra por un fin, porque aquel ser eterno e infinito que llamamos Dios o Naturaleza, actúa con la misma necesidad con que existe.” (*Ética*, IV, prefacio, [d])

La sustancia es única; este es el meollo de lo que suele denominarse monismo panteísta de Spinoza, que se realiza en algo eterno e infinito. Pero el ser con esas cualidades no es un ser supremo. Podría decirse que el monismo panteísta es más monismo que panteísmo; en todo caso, es válido reafirmar esto último en tanto identificó a Dios con todo lo que existe en el mundo; pero a la vez negaba a ese Dios ser creador y trascendente. De *Ética*, I, Apéndice final, se extractó este párrafo:

“Y así en adelante, no cesarán de preguntar por las causa de las causas, hasta que te hayas refugiado en la voluntad de Dios, es decir en el asilo de la ignorancia. Y así también, cuando ven la fábrica del cuerpo humano, quedan estupefactos y, porque ignoran la causa de tanto arte, concluyen que está fabricado, no con un arte mecánico, sino divino o sobrenatural. Y que está constituida de tal suerte que una parte no perjudique a la otra. De donde resulta que quien indaga la verdadera causa de los milagros e intenta entender las cosas naturales como docto y no admirarlas como necio, suele ser tenido y proclamado como hereje e impío por aquellos a quienes el vulgo adora como intérpretes de la Naturaleza y de los Dioses. Pues saben que, suprimida la ignorancia, se suprime también el estupor, esto es, el único medio de argumentar y de salvaguardar su autoridad.”

Spinoza, se lo puede leer en la cita, no creía en las verdades reveladas sino en aquellas que pueden ser deducidas racionalmente. Tales planteamientos no podían sino levantar grandes ampollas en aquella época; sus ideas se valoraron como contravenciones a los valores tradicionales; fueron consideradas blasfemas y ateas.

Además, otro gran pecado, mantuvo relaciones de amistad y políticas con la emergente burguesía liberal holandesa, antimonárquica. Sostener consecuentemente su pensamiento requirió una fortaleza intelectual y una valentía enorme: tuvo que vérselas con fuerzas muy oscuras y mucho más poderosas que aquéllas que enfrentó el ateísmo moderno y contemporáneo, para el que construyó las bases.⁷³

Hegel haría saber más tarde que las rupturas con la trascendencia obligan a soportar lo real; el filósofo en cuestión fue ni más ni menos que uno de los primeros ejemplos.

Tuvo que pasar más de un siglo después de su muerte para que, con el auge del idealismo y romanticismo alemanes (Hegel, Schelling, Nietzsche, Goethe), su figura fuera valorizada.

Lacan, en el *S II*, clase del 24 de junio de 1964, hizo su propia lectura de algunos aspectos de su filosofía:

“Lo que se ha creído, equivocadamente, poder calificar en él [Spinoza] de panteísmo no es nada más que la reducción del campo de Dios a la universalidad del significante, de donde se produce un desapego sereno, excepcional, con respecto del deseo humano.”

Spinoza acompañó a Lacan desde su tesis de 1932 hasta el final de su obra; junto con Aristóteles y Kant, fue un referente fundamental en su elaboración de la ética del psicoanálisis. Pero, ¿qué otras cosas encontró Lacan en la obra de este filósofo? Tal vez una filosofía centrada en el pensamiento más que en la conciencia, formulaciones muy interesantes sobre el deseo, algunas reflexiones profundas sobre el cuerpo, quizá ciertas ideas sobre el amor que le sirvieron para repensar esa cuestión en el fin del análisis y, más ampliamente, una filosofía original que se avanzó en varios siglos a su época.

Sus especulaciones estuvieron menos embargadas por el obstáculo consciencialista que las de otros filósofos. Según Spinoza, es el hombre el que piensa, no el yo, como sostenía Descartes; el pensamiento iba para él más allá de la conciencia; ésta es receptora pero ignora las leyes que gobiernan lo que ella percibe; la conciencia capta efectos pero desconoce las causas de aquello que aprehende. Lo verdadero se construye en el entendimiento; por lo tanto, no es simple percepción sino concepto; el *conceptus*, tan espinoziano, difiere en muchos aspectos del de la escolástica, que lo consideraba una representación universal. Puede entreverse en estas formulaciones cierta desvalorización de la conciencia en beneficio del concepto y, más ampliamente, del pensamiento.⁷⁴

Pierre Macherey insinúa que el filósofo le ofreció a Lacan una buena plataforma de acceso al estructuralismo; este último implicaba que fueran puestas en primer plano las formas de racionalidad propias de una filosofía del concepto, en detrimento de las figuras del juicio y de la conciencia. Esa primacía estuvo bien presente en las especulaciones del filósofo.⁷⁵ El psicoanalista francés utilizó libremente estas referencias espinozistas, sin que implicasen una interpretación global de su pensamiento ni una adhesión al mismo; las ideas de este pensador se integraron al lecho conceptual filosófico con el que procesó algunos articuladores teóricos metapsicológicos y el centrado de la clínica en el deseo inconsciente.

Spinoza sostuvo, como se verá enseguida, que la esencia del hombre era el deseo. Esta formulación implicaba una polémica abierta con las ideas más tradicionales, que lo definían, básicamente, como animal *racional*.⁷⁶ Lacan usufructuó esta caracterización del deseo como esencia de lo humano, pero relacionó esa sentencia con “la razón desde Freud”; dicho en otros términos, sustituyó el deseo espinoziano por la concepción del deseo inconsciente del vienés y, más tarde, por sus propias maneras de entenderlo: deseo como deseo del Otro, objeto *a* como causa del mismo, falta y castración en tanto condicionantes del desear, falo como significante del deseo, ética del psicoanálisis basada en el deseo inconsciente, etc.

Otra originalidad de Spinoza: en consonancia con lo anteriormente dicho, cuestionó las ideas tradicionales de moralidad y estableció nuevas perspectivas éticas: el acceso del ser humano a la libertad y la alegría. En una lectura retrospectiva de sus escritos, a la luz de consideraciones éticas posteriores y a la luz del psicoanálisis lacaniano, podría decirse que ya tenía esbozadas las diferencias que posteriormente se establecieron entre ética y moral. Una versión escueta de estas disparidades –se insiste: iluminadas desde el discurso lacaniano– permitiría distinguir entre una ética basada en el deseo, que él sostenía en un teoría general de las apetencias -ver *infra*- y una moral instauradora de deberes, que conlleva imperativos categóricos y exagera la culpa superyoica.⁷⁷ Como correlatos de tales divergencias, una ética que promociona la responsabilidad de cada uno, una existencia inmanente y una fuerza subjetiva basada en el empuje deseante. Todo esto marcha a contracorriente de la moral, que impone obligaciones, sacrificios y exige renunciaciones pulsionales que auspician el incremento de Tánatos en la vida psíquica, con el consiguiente envión hacia el masoquismo. En otras palabras: modos trascendentes de vida que incluyen un Dios castigador –interno y/o externo–, a las que se añaden unas categorías del bien y del mal, de lo bueno y de lo malo, que tanto exasperaron a Nietzsche, tal como se vio en páginas anteriores, en el apartado 7.1.5.2. Spinoza afirmaba que no tendemos hacia una cosa porque se la juzga de antemano como buena, sino que se la considera buena porque se tiende a ella. (*E*, III, 9, escolio; más abajo se le citará textualmente). Bien y mal adquirieron en la ética espinozista un sentido nuevo; así en *ÉTICA* III, 39, escolio [a], afirmó:

“Por *bien* entiendo aquí todo género de alegría y, además, cuanto conduce a ella, y principalmente, lo que satisface un anhelo, cualquiera que éste sea. Por *mal*, en cambio, todo género de tristeza, y principalmente aquel que frustra un anhelo. Más arriba (en III, 9, escolio), en efecto, hemos demostrado que no deseamos algo porque lo juzgamos bueno, sino que, al revés, lo llamamos bueno porque lo deseamos; y, por tanto, llamamos mal a lo que rechazamos. De ahí que cada uno juzga o estima, según su afecto, qué es bueno, qué es malo, qué mejor, qué peor y qué, en fin, lo mejor y qué lo peor. Y así, el avaro juzga que la abundancia de dinero es lo mejor y su escasez lo peor; el ambicioso, en cambio, nada desea tanto como la gloria y, al revés, nada le aterra como la vergüenza; y, en fin, nada es más grato para el envidioso que la desdicha de otro y nada más molesto que la felicidad ajena. Y así, cada uno juzga, según su afecto, que una cosa es buena o mala, útil o inútil.”

Su pensamiento, si bien adscripto al racionalismo -recuérdese su empeño en tratar de las pasiones humanas con el rigor de las matemáticas y, más ampliamente, su elaboración de una ética según el orden geométrico- no quedó rígidamente acantonado allí; excedió ese marco por los cuatro costados; esto hizo que no asimilase toda realidad a una razón gélida y que la suya fuera una filosofía de la acción vivaz y de la individualidad feliz. Este aspecto no le pasó desapercibido a Freud, que incluyó una referencia al filósofo en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910); allí, tras aludir a la capacidad de este último para trasmudar la pulsión de investigar en placer de vivir, hizo el siguiente comentario: “Leonardo se aproxima a una mentalidad espinozista” (OCFAE, XI, p. 70).

* * * * *

A continuación se abordará la cuestión del deseo en Spinoza. La frase elegida para comenzar este comentario es una afirmación suya que aparece al final de la tercera parte de la *Ética -De la naturaleza y el origen y de los afectos-*, donde escribió, bajo el título de “Definiciones de los afectos”, lo siguiente:

“1. El *deseo* es la misma esencia del hombre, en cuanto que se concibe determinada por cualquier afeción suya a hacer algo.”

Se volverá más adelante sobre esta frase, tras un rodeo que permita entender esta definición en el marco de su filosofía; para ello se precisarán *algunos* de sus conceptos básicos. Demás está decir que él concibió al deseo de una manera distinta a la psicoanalítica. Se comenzará con lo que podría denominarse la ley general del comportamiento de *las cosas*, hombre incluido. Luego se expondrán las especificidades que este pensador atribuía al humano; entre ellas, su esencia: el deseo. Este concepto aparece en su obra muy entrelazado con los restantes; por lo tanto, se hicieron recortes cuidando de que el tema conservase cierta unidad. En el camino quedarán sin explicitar los significados propios y específicos con que usaba algunos de los términos que aparecerán en las citas. Se comenzará por otorgar fundamento a uno de sus conceptos más emblemáticos: el de conato (*conatus*):

“El conato con el que cada cosa se esfuerza en perseverar en su ser, no es nada más que la esencia actual de la misma.” (*Ética*, III, 7).^{78*}

Veamos los componentes de esta definición; será también una manera de dar cuenta de algunas líneas directrices de su pensamiento:

El conato con el que cada cosa se esfuerza en perseverar en su ser: algo es una cosa en la medida en que lucha por conservarse en lo que es; en la medida que hace esfuerzos por mantenerse.

No es nada más que la esencia [actual de la misma]: parecería innecesario definir el término esencia dado que su significado se capta intuitivamente. Cada vez que se intenta definir ese vocablo surgen círculos viciosos y tautologías: si una definición implica decir lo esencial de una cosa, ¿cómo decir lo esencial de *esencia*? Spinoza no se amilanó; en *Ética*, II, definiciones, 2, sostuvo:

“2. Digo que pertenece a la esencia de una cosa aquello que, si se da, se pone necesariamente la cosa, y que, si se quita, se quita necesariamente la cosa, o sea, aquello sin lo cual la cosa y, a la inversa, aquello que sin la cosa no puede ser ni ser concebido.”

Mediante “y a la inversa” –o *vice versa* según la versión francesa– Spinoza consiguió algo insólito e inaudito hasta entonces: complementar la idea tradicional de esencia de una cosa –aquello sin lo cual la cosa no puede ser ni ser concebida– con su recíproca; estableciendo una correspondencia biunívoca entre la cosa y su esencia: la esencia es lo esencial de la cosa y la cosa es esencial a la esencia.⁷⁹

[Y ese conato es la esencia] **actual de la misma** [de esa cosa]: Spinoza identificó ese esfuerzo por perseverar en su ser con la esencia actual o dada, es decir, a la esencia tal como ella está afectada en un momento determinado; es una realidad enteramente presente (*actual*). De ahí que se haya hablado del *actualismo* de su pensamiento. Consideraba que el conocimiento verdadero de las cosas –es decir: el matemático– se daba bajo la forma de lo eterno (*sub specie aeterni*). En palabras de F. Martínez Marzoa (1994); *op. cit.*, p. 74: se trata de un

“conocimiento de lo ente en cuanto eterno, atemporal; el tiempo pertenece sólo a la experiencia, no al conocimiento verdadero.”

El conato es entonces el esfuerzo que cada cosa hace por perseverar en su ser, por conservarse; el ser de cada cosa es conato (esfuerzo) por conservarse en ese ser. Que el ser de cada cosa sea *conato* viene a decir que cada cosa es, en tanto se reafirma como lo que es; y que además quiere ser así con todas las consecuencias que ello implica. Sólo hay cosa en tanto hay el *conatus* de ser lo que es. Podría decirse, entonces, que el conato de una cosa es su principio de vida o de existencia; su osadía por (o para) conservarse. Ese denuedo no fue concebido por Spinoza como un mero ansia de estabilidad sino como una afirmación de sí mediante la perseverancia. El *conatus* de cada cosa singular en otros términos: su esencia- es potencia productora de efectos, esfuerzo por ser, por reforzarse a sí misma.⁸⁰

Nótese que hasta ahora todas las precisiones dadas giran en torno al comportamiento de *las cosas*; entre ellas está incluido el hombre; pero, cuando el *conatus* está referido específicamente a él, Spinoza lo llama deseo (*Ética*, III, 9, escolio); o dicho a la inversa: el deseo designa el *conatus* específico del humano. Para el hombre ese *conatus* es su esencia.

“Este conato, cuando se refiere sólo al alma, se llama *voluntad*; en cambio, cuando se refiere a la vez al alma y al cuerpo, se llama *apetito*. Éste no es, pues, otra cosa que la misma esencia del hombre, de cuya naturaleza se sigue necesariamente aquello que contribuye a la conservación y que el hombre está, por tanto, determinado a realizar. Por lo demás, entre apetito y deseo no hay diferencia alguna, excepto que el deseo suele atribuirse a los hombres, en tanto son conscientes de su apetito; y por lo tanto puede definirse así: *el deseo es el apetito con la conciencia del mismo*. Por todo esto consta, pues, que nosotros no nos esforzamos, queremos, apeteceamos ni deseamos algo porque juzgamos que es bueno, sino que, por el contrario, juzgamos que algo es bueno porque nos esforzamos por ello, lo queremos, apeteceamos y deseamos.” (*Ética*, III, 9, escolio).^{81*}

En este párrafo pueden percibirse dos determinaciones diferentes, aunque simultáneas, del deseo:

- Una orientación fundamental que sirve a la conservación del hombre; tal es la naturaleza del deseo, tal sería el sentido de cada deseo particular. Sentido que no debe ser entendido como una finalidad, como producto de una causa final exterior al hombre, pese a admitir que el hombre es una expresión determinada de Dios. Spinoza había eliminado las causas finales en su filosofía; para él nada de las cosas ocurrían porque apuntaran a una finalidad o en virtud de un cierto fin. Así, en *Ética* I, apéndice, explicó sencillamente que si una piedra cae sobre la cabeza de alguien y lo mata, la piedra no cayó para matar a ese hombre. En la cita anterior –*Ética*, IV, prefacio, [d]–, pudo leerse que la Naturaleza no obra por un fin.
- Pero el deseo existe como afecto (*affectus*, en el latín de Spinoza a diferenciar de *affectio* -afección-) ⁸², o como deseo de hacer algo singular, como un tender hacia. El hombre desea

siempre bajo la determinación de afecciones particulares; por eso, tanto lo que desea (y tiende a ello) o rechaza (siente aversión), son siempre cosas particulares. El deseo no existe de manera abstracta; no hay, según Spinoza, una facultad específica o circunscrita de desear; sólo existen los deseos singulares que operan en medio de determinadas condiciones particulares. El deseo no existe sino como pluralidad de deseos singulares.

El hombre, que según Spinoza, no tiene ningún privilegio dentro de la naturaleza -“no es un imperio dentro de otro imperio”-, posee, en cambio, deseos; algo exclusivamente suyo. Otros animales pueden tener apetitos, pero no deseos, en tanto les es imposible ser conscientes de lo que les apetece. Ahora bien, por más que los hombres sean conscientes de sus apetitos (= deseos), no saben las causas que los determinan. Esta es la razón por la cual el hombre se representa ficticiamente al deseo como orientado por el objeto deseado.⁸³

El deseo es, pues, otra denominación que ha recibido en Spinoza el esfuerzo del hombre por perseverar en su ser. En función de lo dicho anteriormente es también el esfuerzo *actual* y consciente de existir y estará necesariamente asociado a la acción, a todas las acciones humanas. No hay pasión sin acción, como no hay razón sin imaginación.

7.1.7.2. Hegel: “El deseo es el deseo del otro”

El gran mérito de Hegel consistió en haber extraído, hasta la última gota, la savia de un principio ya conocido en la antigua Grecia: que las cosas consideradas *objetivas*, al ser percibidas, reciben **siempre** interpretaciones; es decir, se presentan indefectiblemente incluidas, subsumidas, dentro de conceptos e ideas subjetivas. Sin esa integración no habría cosa alguna ante nosotros. Esta manera de aproximarse a los objetos le situó en la antípoda del empirismo y de la posterior concepción positivista en filosofía. Si los acontecimientos puros no existen, si son imprescindibles las ideas y conceptos para aprehender las cosas, nada sería ajeno al sujeto. Pero, este conocimiento, en su marcha hacia lo absoluto, requiere una dialéctica entre el sujeto y el objeto que evite toda reducción del uno al otro.⁸⁴ Su pensamiento favoreció el pasaje desde una noción ordinaria de sujeto, entendida como sustrato de predicados, a una perspectiva más especulativa sobre el mismo: movimiento interno al objeto, vida en el objeto, análoga a la actividad cognoscitiva. A partir de ese viraje, el término sujeto incluyó algo relativo a la esencia misma del objeto. Ambos, sujeto y objeto, quedaron caracterizados por su interrelación permanente e inmunes a toda idea de separación estanca.⁸⁵

Al mismo tiempo, la conciencia no es sólo conciencia del objeto sino conciencia de sí; se trata de un movimiento en el que la conciencia toma conciencia de sí misma. Precisó los requisitos imprescindibles para tal transformación y describió la relación entre las autoconciencias como un combate por el reconocimiento.

Situado en la confluencia del idealismo trascendental y del romanticismo -aunque con manifiestas diferencias respecto de los sistemas de Fichte y de Schelling- Hegel rechazó decididamente partir de lo absoluto como mera indiferencia de sujeto y objeto; en todo caso, lo absoluto fue para él punto de llegada. Ferrater Mora -*op. cit.*, vol. 2, p. 1453- remarcó su tendencia a lo “concreto” y su decidida afirmación del poder del pensamiento y de la razón frente a la vaga nebulosa del sentimiento y la intuición intelectual. Creyó firmemente en la capacidad del espíritu para comprender la realidad y el sentido de la misma que, según su opinión, se va manifestando en la sucesión de los acontecimientos. Sostuvo, asimismo, que la historia humana progresa hacia su meta, que consiste en que el espíritu se realice libremente. Esta fe en el espíritu manifiesta el idealismo de Hegel; él supo sin embargo captar que esa marcha no es lineal y que los avances se efectúan dando rodeos en medio de hechos imprevisibles. Su pensamiento original arrojó luz no sólo sobre cuestiones filosóficas sino sociales, políticas y jurídicas.^{86*}

La presencia de Hegel (Stuttgart, 1770-1831) en la producción de Lacan no debe medirse por el número de sus citas en los *Escritos* y seminarios.⁸⁷ Éstas, sin ser escasas, no alcanzan a reflejar la amplia reformulación del psicoanálisis que llevó a cabo partiendo de categorías hegelianas -sobre todo en la primera época de su enseñanza- y apenas servirían para mostrar la

fidelidad silenciosa que mantuvo durante años respecto de estos paradigmas filosóficos, cosa que le permitió implementarlos -tras instilarles nuevos significados- en momentos más avanzados de su enseñanza. Estos ecos son muy evidentes en los textos del comienzo de su producción; por ejemplo: en *LF* (1938) y en *IT* (1951). Allí hizo suyos el método dialéctico de Hegel -entendido como la dinámica intrínseca de la realidad, captada conceptualmente- y sus ideas sobre el movimiento -“es el alma de las cosas”-, para afirmar luego que el psicoanálisis era un experiencia dialéctica y acabar definiendo la transferencia en esos mismos términos.

En los años cincuenta se abocó también a una profunda revisión del concepto freudiano de deseo a la luz de otros articuladores claves de este filósofo: *Begierde* y *Negativität*. No debe olvidarse que el psicoanalista francés resituó al deseo inconsciente en un lugar fundamental de la teoría y práctica psicoanalítica; por lo tanto, esa reformulación apuntó a una cuestión nodal del campo abierto por Freud. Postular que el deseo es deseo de reconocimiento, sostener que el deseo es el deseo del otro o hablar de dialéctica del deseo es mostrar, abiertamente, el influjo de este pensador.⁸⁸ Pero también es cierto que ese procesamiento analítico de los filosofemas hegelianos, supuso diferenciarse del pensador de Stuttgart.

Las influencias pueden detectarse también en *EE* y en *AP*, textos lacanianos fundamentales para entender el narcisismo y las identificaciones imaginarias. En ellos implementó la noción hegeliana de lucha de puro prestigio en las relaciones de rivalidad que establece el yo, posicionado paranoicamente. Asimismo, en el *FCPL*, los tres momentos lógicos de la palabra allí propuestos coinciden plenamente con el ternario de la dialéctica hegeliana. Dicha alocución muestra, además, la presencia de otras nociones hegelianas: alienación (del sujeto en el lenguaje), mediación, reconocimiento, etc. Por otra parte, en muchas páginas de los *Escritos* y en los seminarios de la década de los años 50 puede observarse las improntas de la dialéctica del amo y del esclavo, del método dialéctico hegeliano y de otros aspectos de su extraordinaria obra.

El *S 11* marcó otro hito: el del retorno de las citas esenciales de Hegel, que habían estado ausentes en los siete u ocho años precedentes. Volvieron a través de una cuestión que toca de lleno al sujeto: su estructuración identificatoria; allí fue reformulada mediante las categorías de alienación-separación, siendo la primera de claro cuño hegeliano (véase infra, 7.11). Las citas tampoco faltaron en las elaboraciones posteriores; así, en el *S 14* se le mencionó nuevamente al tratar la problemática del goce -clase del 30/5/67-; en el *S 17* reapareció la dialéctica del amo y del esclavo, en el contexto de sus elaboraciones sobre los cuatro discursos (véase III, 5.11.1). También en la teoría lacaniana de la finalización del análisis pueden percibirse algunas resonancias hegelianas, sobre todo, las referidas a las nociones de finito e infinito. Para Lacan, el análisis es terminable; el fin surge como producto de la experiencia misma; es el propio movimiento dialéctico de la cura que lo promueve; ni es arbitrario ni debe responder a una causa exterior a la misma. Diseminadas aquí y allá, a lo largo de su enseñanza, aparecen otras nociones del filósofo: la ley del corazón, el alma bella, la infatuación, la astucia de la Razón, etc. Este reconocimiento de las apoyaturas hegelianas de Lacan sería incompleto sin las siguientes consideraciones:

a) Lacan no fue hegeliano: no hizo una adscripción al conjunto de ese sistema ni orientó su pensamiento en clara consonancia con dichos postulados filosóficos.^{89*} Esto no es contradictorio con afirmar que Lacan atravesó y se dejó atravesar por esas ideas, para derivar posteriormente algunas de ellas al psicoanálisis. Como consecuencia de estas A + T se generaron diferencias de significado entre vocablos homónimos usados en uno y otro contexto; por ejemplo, los conceptos de sujeto y objeto son muy dispares en ambos discursos; lo mismo cabe decir sobre la alienación y el deseo. Como se tendrá ocasión de ver enseguida la *Begierde* hegeliana difiere, en mucho, del deseo lacaniano.

b) Lacan estudió en profundidad la obra de Hegel con Alexander Kojève; sin embargo, que ésta no fue la única línea de lectura; también recibió la influencia de Koyré, Hyppolite y Heidegger, pero sin dudas, la influencia del primero fue la más importante. Esta interpretación kojéviana de *La fenomenología...* -que Lacan hizo suya- no dejó de suscitar discusiones entre los filósofos contemporáneos.^{90*}

El valor supremo para el **animal** pasa por conservar la vida; sus deseos están, en última instancia, subordinados a tal fin. Para que emerja un deseo propiamente humano es preciso que el hombre sobrepase el simple deseo de conservar su vida, tendrá por lo tanto que arriesgarla, ponerla en juego en función de un valor, de un objeto no vital. Si el hombre es conciencia de sí, de su realidad, de su dignidad, se plantea inmediatamente la pregunta: ¿cómo adviene el ser viviente a esa conciencia de sí? ¿Cómo se accede a la autoconciencia a partir de la animalidad y del sentimiento de sí? Kojève señalaba tres factores claves para el surgimiento de la autoconciencia: el lenguaje, el deseo y el reconocimiento. Como se sabe, estos elementos están efectivamente presentes en Hegel, pero fueron muy remarcados por la lectura kojéviana y devinieron esenciales en la teoría de Lacan. Se hará referencia a esta tríada mediante unas breves pinceladas.

Respecto del **lenguaje**: según Kojève, para Hegel el hombre no adviene a la conciencia de sí más que en el momento en que dice Yo (*Ich*, en alemán, *Je* en francés).

Respecto del **deseo**: el filósofo de Stuttgart empleó en *La fenomenología...* el término *Begierde*, que fue traducido por W. Roces al castellano por *apetencia*; en cambio, las versiones francesas de A. Kojève y J. Hyppolite lo tradujeron mediante el vocablo *dèsir* (deseo). Este último fundamentó su elección afirmando que si bien inicialmente el deseo “se confunde con el apetito sensible, en tanto que conduce a diversos objetos del mundo, lleva en sí un sentido infinitamente más amplio. La autoconciencia se busca profundamente a sí misma en este deseo y se busca en el otro. Por eso el deseo es en su esencia algo distinto de lo que parece ser inmediatamente.” (*Op. cit.*, pp. 145-146).

La traducción de *Begierde* por deseo y las referidas interpretaciones de la obra de Hegel facilitaron, sin duda, el establecimiento de puentes entre las ideas del filósofo y el psicoanálisis: durante muchos años Lacan sostuvo, en clara consonancia con este pensador, que el deseo humano debía hacerse reconocer. Freud, se sabe, utilizaba habitualmente el vocablo *Wunsch* para referirse a aquello que en lenguas latinas se llamó deseo; de manera ocasional empleaba las palabras *Begierde* o *Lust*. *Wunsch*, en su empleo cotidiano, hace referencia más bien al desear o augurar algo para alguien (en el sentido de formular un anhelo o un voto); en cambio, los usos freudianos del término evocaron, ya desde el principio, un movimiento de concupiscencia o de apetencia ligada al erotismo, que tal vez hubiera tenido una expresión más adecuada en el vocablo *Begierde*. Sin embargo, Freud lo utilizó en contadas oportunidades. Ahora bien, con las reformulaciones lacanianas más tardías, que dieron pie al concepto de deseo como deseo del Otro, el psicoanalista se distanció del filósofo. El fenómeno se redobló cuando sustituyó a la muerte, como amo absoluto, por la castración. Por otra parte, en tanto el psicoanálisis atribuye carácter **inconsciente** al deseo, las diferencias conceptuales con el término *Begierde*, tal como lo empleó el filósofo, eran enormes: en un caso remite al sistema inconsciente de la primera tópica freudiana; en el otro, a la autoconciencia.

Si bien Lacan elaboró inicialmente algunos aspectos de su teoría sobre el deseo bajo la influencia de esta lectura antropologizante y paraheideggeriana que Kojève hizo de la obra de Hegel, no es menos cierto que en el trascurso de su enseñanza su concepción sobre el deseo inconsciente se fue alejando más y más de la *Begierde* hegeliana, deseo propio de una **autoconciencia**. En ese mismo recorrido se ahondaron, también, las diferencias con el deseo freudianamente concebido.^{91*}

El tercer elemento de la tríada enunciada anteriormente y que aún falta considerar -el **reconocimiento**- será abordado en el apartado 7.1.7.4., en el contexto de la primera etapa de la obra de Lacan, cuando la influencia de Hegel fue más notoria en su producción.

7.1.7.3. Sartre: falta de ser y deseo de ser

En *El ser y la nada* (1943)⁹² amplió su concepción de la conciencia por medio de dos categorías innovadoras: *falta de ser* y *deseo de ser*. Éstas tuvieron cierta influencia sobre algunas elaboraciones lacanianas posteriores. Por medio de la primera Sartre quiso poner en evidencia una falta existencial imposible de ser colmada. Esta falta es el motor del deseo, al que había definido previamente como *pasión inútil*; el deseo es deseo de nada; o, en todo caso, se trataría de un deseo de ser. Este deseo no tiene objeto alguno que pueda satisfacerlo. Esta falta *de ser* sartreana, ha sido un precursor de aquello que Lacan denominó falta *en ser*. Según Sartre, la falta de ser conduce al

deseo de ser: se aspira a aquello que no se tiene. Pero se trata de un deseo de algo que el Otro no puede brindar; en todo caso, nunca sería deseo de objeto alguno. Tal vez, y en última instancia, un deseo imposible: deseo de ser Dios. El hombre es fundamentalmente deseo de ser Dios, según el filósofo, pero acaba siendo siempre un Dios fallido. La concepción lacaniana del deseo como *metonimia de la falta en ser* no ha sido ajena a lo infinito e incolmable con que Sartre caracterizó al deseo; asimismo, ambos compartieron la idea de que falta y deseo estaban conceptualmente articulados. Por otra parte, cabe reconocer que el psicoanalista no comulgó con la noción de intencionalidad de la conciencia que Sartre había hecho suya a partir de Husserl y Brentano.

Recalcatti se pronuncia de la siguiente manera respecto del deseo en el pensamiento del filósofo:

“Con Sartre el deseo se impone al sujeto como una trascendencia interna, como un más allá del sujeto que habita al sujeto, como una `extimidad ingobernable`. El deseo aparece, en otros términos, como un auténtico punto de exterioridad que habita el sujeto sartreano.

[...] el deseo de Sartre no indica simplemente el deseo `del` sujeto, porque no se limita a definir el deseo como un atributo de la realidad humana, ni al sujeto como sujeto deseante. No se limita tampoco a afirmar el deseo como movimiento en exceso constante en relación a todo objeto del mundo, es decir, a poner de relieve la ausencia de Objeto del deseo -que Lacan ha tematizado como equivalencia entre deseo y metonimia- en la medida en que el deseo no es nunca deseo de un objeto particular, sino la tentativa de realizar una transformación radical del estatuto de la subjetividad. Tentativa que Sartre asimila a la de Dios, haciéndola consistir bajo el modo de una unidad sincrética de ser y existir, de en-sí y para-sí.

[...] Así, el `deseo de ser` sartreano no es una versión del deseo entre otras. Es la definición rigurosa de una subversión subjetiva: el hombre no es más aquél que por su deseo aspira a realizar lo que le falta, es el ser del hombre mismo el que aparece literalmente aspirado por el deseo.”⁹³

De las ideas de Sartre, formuladas a principios de los años cuarenta, Lacan recogió lo que le pareció útil y se dirigió a otro ámbito: la obra de Freud, no sin prodigarle críticas.

7.1.7.4. *El deseo es el deseo del Otro. Desidero; el cogito lacaniano*

La inclusión de este apartado, después de los tres anteriores, tiene por objetivo explicitar con mayor precisión las diferencias entre el concepto de deseo operando en psicoanálisis y en filosofía. Se anticipa el primer y principal motivo de estas disparidades: el deseo, en el campo abierto por Freud, quedó anudado al inconsciente; esta articulación es, en principio, ajena a la filosofía. Es claro que tal abrochamiento no podía estar presente en ella antes de *La interpretación de los sueños* (1900), pero ese motivo obvio no puede eclipsar otros, tal vez más importantes, como serían las dificultades del pensamiento filosófico -ligado tradicionalmente a la razón y a la conciencia- para aceptar conceptos como los de inconsciente, deseo inconsciente y, más aún, *sujeto del deseo inconsciente*.

El sintagma lacaniano *el deseo es el deseo de Otro* será utilizado para la realización del cotejo entre psicoanálisis y filosofía en torno a la cuestión del deseo. Ese sintagma condensa las ideas fundamentales de Lacan al respecto. Fueron postuladas en la década de los años sesenta y perduraron, con algunas inflexiones, hasta el final de su obra. Pese a las notorias diferencias entre ambas disciplinas, lo producido por Lacan sobre el deseo y el sujeto deseante no ha sido ajeno al pensamiento filosófico. El inconsciente y su deseo -la diferencia sexual, también- fueron los ejes de sus disputas dialécticas con los filósofos. Cabe agregar que algunos de ellos se hicieron eco de “la razón desde Freud”.⁹⁴

Debates aparte, corresponde precisar que Spinoza, Hegel y Sartre no deben ser situados en el mismo plano como referentes filosóficos del psicoanalista en relación al deseo; del primero no hubieron préstamos específicos al tema en cuestión; más bien sucedió que sus ideas se amalgamaron con otros componentes del pensamiento de Lacan, e hicieron acto de presencia -a la manera de finas hebras- en algunas de sus intelecciones. En todo caso no debería menospreciarse aquella sentencia de Spinoza que situaba al deseo como la esencia de lo humano. Este aserto, así enunciado -es decir: sin que medien precisiones sobre las cualidades del deseo en cuestión- podría haber sido un buen aforismo lacaniano. De Sartre se acaban de precisar los aspectos que parecen

haber influido en Lacan; el Hegel de Kojève, en cambio, tuvo un peso mayor, especialmente constatable en los momentos iniciales de su enseñanza, en la que todavía el deseo era el deseo del otro (con minúscula), época en la que sostenía explícitamente el objetivo del *reconocimiento del deseo* y en el que la dialéctica en sus diversas facetas -en particular, la del amo y el esclavo- ocuparon parte de sus *Escritos* y seminarios. Lo mismo puede decirse de la muerte como amo absoluto, las nociones de finitud y la lucha de puro prestigio. Tales afinidades iniciales exigirán precisar el momento y los motivos por los que Lacan se alejó de Hegel. El momento en que se explicitó la ruptura fue el *S 10*; allí señaló claramente sus diferencias con el filósofo alemán respecto del deseo.

El enunciado *el deseo es el deseo del Otro* condensa todo aquello que llevó al distanciamiento de Hegel -también, de Freud- y de sus propias concepciones anteriores sobre el deseo.

Se enunciarán escuetamente los cuatro hitos principales de la construcción de la teoría lacaniana del deseo, resaltando los momentos en que surgieron nuevas ideas; se señalarán también las problemáticas con las que éste se fue articulando.

Primer tiempo: 1936-1953. “Periodo hegeliano”: deseo como deseo del otro; reconocimiento del deseo; la agresividad, la identificación imaginaria.

Segundo tiempo: 1953-1960. Periodo *lingüístico*: articulación del deseo al significante; grafo del deseo; el objeto *a*, falo como significante del deseo, deseo como deseo del Otro. La ética del deseo.

Tercer tiempo: 1961- 1971. Inicios de la *topologería* (de superficies) y recurso a la lógica simbólica (Peirce). Desarrollos en torno al objeto *a*, causa del deseo: su integración a los cuatro discursos; el *plus* de goce; identificación simbólica.

Cuarto tiempo: 1972-1981. Articulación del deseo y del objeto *a* con la topología nodal, con la lógica matemática y modal; también, con lo real y el goce.

➤ Primer tiempo: 1936-1953. “Periodo hegeliano”

En sus elaboraciones iniciales de la herencia freudiana sobre el deseo Lacan subrayó la importancia de su reconocimiento por parte del otro. La concepción predominante en esa época de su enseñanza fue afín, en ciertos aspectos, al pensamiento de Hegel: ambos lo refieren inscrito en una relación intersubjetiva, bajo la forma de deseo de deseo y sensible al reconocimiento.

Kojève, en su particular lectura de la obra de este filósofo, evocó en relación al reconocimiento del deseo, los primeros escritos de Hegel, de tintes románticos, referidos al amor.⁹⁵ Tras citarlos, señaló el cambio que había supuesto *La Fenomenología del espíritu* en comparación con sus textos anteriores; en efecto, el amor y el deseo de amor de los escritos de juventud devinieron, en la obra fundamental de 1807, deseo de reconocimiento y lucha a muerte por su satisfacción, con todos sus corolarios. Ser amante implicaba elevarse a la condición de humano; también el amor hace al hombre diferente del animal. El amante quiere ser amado, es decir, **reconocido** como valor absoluto o universal en su particularidad, que lo hace único y distinto a todos los demás. Se es humano cuando se desea otro deseo (el amor del otro, por ejemplo) y no una realidad empírica (como cuando se desea simplemente algo o a alguien). Desear el deseo del otro es, en última instancia, anhelar que el valor que un yo tiene -o representa- sea el objeto del deseo de ese otro; o sea: el valor que el otro desee. Dicho en términos distintos: yo deseo que el otro me desee; quiero que reconozca mi valor como su valor, que mi valor sea lo que despierte su deseo, que el otro reconozca a ese yo como valor autónomo, absoluto. En el fondo, todo deseo humano se muestra según Hegel como deseo de reconocimiento. Por esta vía, el reconocimiento resultó ser el principio que está en el origen de la conciencia de sí. El surgimiento de esta autoconciencia implica la lucha por el reconocimiento, que es una lucha a muerte, tal como se desprende de su dialéctica del amo y del esclavo.

En este período Lacan se refirió al deseo casi con los mismos términos con los que Hegel lo había descrito: reconocimiento del deseo y deseo como deseo de otro (con minúscula). La presencia de esta concepción del deseo puede leerse en *LF*, *AP* y algunos otros textos del periodo 1936-1953. En *IT* se observa la presencia de la dialéctica hegeliana en su articulación con la transferencia. Por entonces, Lacan no había construido la categoría de Otro.

➤ Segundo tiempo: 1953-1960. Periodo *lingüístico*

De este importante lapso, marcado por las influencias de Saussure, Jakobson, Lévi-Strauss, Heidegger y otros, se tomará como referente principal al grafo del deseo presentado en *SS*; en él convergieron las principales innovaciones respecto del deseo de este segundo período. La simple observación del grafo permite ver las múltiples conexiones del deseo con las restantes categorías psicoanalíticas en él presentes.⁹⁶ La aproximación que se hará aquí pondrá especialmente de relieve los avances en cuanto a la construcción teórica del *esebarrado*. Habrá también una breve mención al *S 7*, dictado durante este mismo período, en tanto allí propuso una ética del psicoanálisis basada en el deseo. En este interregno refirió el deseo al significante, lo que en cierto modo fue auspiciar una -¿rara, extraña?- boda entre Saussure y Freud, que fue fecunda, a tenor de sus efectos. De ahí que pueda considerarse como muy pertinente la siguiente definición del deseo en la teoría lacaniana, que elaboró P.-Ch. Cathelineau: “Falta inscrita en la palabra y efecto de la marca significante en el serhablante (*parlêtre*).”⁹⁷ Las distancias con la filosofía y con Freud empezaron a hacerse patentes. Deseo y sujeto del inconsciente -*esebarrado*- son, ambos, efectos del lenguaje y se manifestarán en la secuencia de significantes de la asociación libre; pero, en tanto el deseo es inconsciente, no puede articularse directamente en palabras.

El carácter inconsciente del deseo siguió siendo fundamental para Lacan pero las elaboraciones que inició por entonces fueron mucho más lejos de este basamento freudiano. Las sucesivas inflexiones que introdujo en la metapsicología del vienés tras la primera y fundamental -“el inconsciente está estructurado como un lenguaje”- encontraron en el contexto de la teoría del deseo, la siguiente expresión: *los significantes* a los que el sujeto anuda su deseo permanecen indestructiblemente inscritos en el inconsciente.

El *deseo es el deseo del Otro*, fórmula que comenzó a esbozarse en *S 5* y *S 6*, apareció inscrito taxativamente en el grafo: no es deseo de un objeto, sino deseo de esa falta que, en el Otro, designa el lugar de otro deseo: deseo de otro deseante. Supone una superación de la fórmula del periodo anterior: deseo como deseo del otro. De ahí, también, que el deseo no relacione al ser con un objeto sino a una falta.^{98*} En este punto convergieron sus reelaboraciones sobre el deseo y la castración (incluidas las diferencias entre la castración simbólica e imaginaria). Lo condensado en la frase “*el deseo del hombre es el deseo del Otro*” (*S10*, clase del 21 de noviembre de 1962), supuso un claro alejamiento de las tesis de Hegel.

En el trascurso de este mismo periodo distinguió la necesidad de la demanda y del deseo; esta discriminación perfiló mejor cada concepto: diferencia radical entre necesidad y deseo; requisito de al menos dos demandas para que algo del orden del deseo pueda manifestarse y escucharse; deseo como un más allá de la demanda. Al expresarse a través de las demandas, el deseo revela también su relación con la falta; las primeras, en tanto pasan necesariamente por los desfiladeros del significante dejan caer un resto: el objeto *a*, causa del deseo, que permanecerá ajeno a las articulaciones significantes. En esos años despegaron las elaboraciones sobre el objeto *a*, que quedó instaurado no sólo como causa del deseo sino y además como soporte del fantasma. El objeto *a* surgió entonces como creador de objetos deseables allí donde sólo existen objetos mundanos: cualquier objeto banal puede devenir objeto de deseo con la mediación de *a*.

En el parte izquierda del grafo del deseo puede observarse la articulación -recién nombrada- entre *esebarrado* y el objeto *a* en el fantasma: $\$ \langle \rangle a$; se perfila también que la posición del sujeto en tanto deseante quedó establecida con la mediación del falo. Este último devino, entonces, denominador común de los objetos del deseo del neurótico. Lacan formalizó esta idea mediante la metáfora paterna: la sustitución significante que le es inherente hace aparecer al falo como significado. El paso siguiente consistió en elevar el falo al rango de significante -en sentido amplio-

y de *significante del deseo*, en sentido más restringido.⁹⁹ La relación del deseo con el Otro sería imposible sin esta mediación del falo. En *SF, Escritos I*, p. 285, puede leerse:

“A lo incondicionado de la demanda, el deseo sustituye su condición ‘absoluta’ [...]”

El objeto *a*, en tanto imaginario, cumple un papel análogo al que el yo *-moi-* lleva a cabo en el piso inferior del grafo: generar espejismos. La relación imaginaria del yo con sus objetos obstaculiza la emergencia del deseo. En el mismo grafo, el matema $S(\overline{A})$ viene a decir que el Otro está castrado (la barra sobre la A, así lo indica) y, por estarlo, es deseante.¹⁰⁰ Esto no quita que en el registro de lo imaginario el sujeto busque obturar esta falta mediante la instauración de un Otro completo, no barrado, omnipotente. Y esto por (o a pesar de) que el sujeto necesita de esa falta en el Otro para hacer su propio pasaje por la castración. Lo recién dicho justifica que, en lógica lacaniana, este matema $-S(\overline{A})-$ lleve implícitamente inscrito al falo y su función significante.

En su relación con el Otro el sujeto intenta ser reconocido no sólo por las demandas que formula. Pero se encuentra con que el Otro no es omnipotente, que está en falta, que también está marcado por una carencia: \overline{A} . En pocas palabras: el Otro no es completo, está barrado. Esta incompletud puede expresarse en el registro *lingüístico* diciendo: al Otro le falta un significante.¹⁰¹ Esto torna imposible la existencia de una verdad última, acabada. $S(\overline{A})$ viene a significar que al Otro le es imposible dar una significación absoluta a la verdad. En otros términos: “no hay metalenguaje” o “no hay un Otro del Otro”; nada que sea exterior al lenguaje será capaz de darle alguna clave; el lenguaje genera su propia verdad. Por esto mismo, $S(\overline{A})$ fue el punto de partida de la lógica del fantasma: si la verdad última, **absoluta**, es imposible en tanto el Otro está barrado, el fantasma se transformó en una verdad posible, singular, **relativa**; devino axioma inconsciente del sujeto revelable en el análisis cuando, a partir de las asociaciones libres, puede ponerse de manifiesto su guión, es decir: su estructura gramatical.

El desmontaje recién realizado del enunciado sintético *el deseo es el deseo del Otro*, al mostrar las articulaciones del mismo con las restantes categorías lacanianas, ha puesto de relieve las notables diferencias con la noción de deseo de Spinoza (*conatus* del ser humano), de Hegel (deseo de reconocimiento) y de Sartre (pasión inútil). Pero también las distancias con Freud; si para este último “eso” piensa [*ça pense; unbewusste Gedanken* (pensamientos inconscientes)] para Lacan, “eso” habla (*ça parle*), pero lo que habla en “eso” es el discurso del Otro -que no es un semejante-, que está relacionado con lo simbólico y la ley.¹⁰²

A este mismo periodo pertenece el *S 7* (1959-1960) en el que Lacan propuso una *ética del psicoanálisis* basada en principios diferentes a los filosóficos (aristotélicos, estoicos, espinosistas, kantianos) y religiosos; su divisa, sintéticamente expresada, fue: no ceder ante el deseo.

“Propongo que de la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo.” (*S 7*, clase del 6 de julio de 1960).

El punto de partida fue nuevamente Freud; la subversión por él operada imponía repensar al sujeto de manera distinta a la clásica. Sus actos ya no podían explicarse sólo desde la voluntad o la racionalidad; tampoco, sus condicionamientos morales y éticos. Tras tomar como punto de partida al deseo inconsciente, Lacan cuestionó las éticas vigentes: la del bien soberano, la del amor al prójimo y la del imperativo categórico kantiano.¹⁰³ La ética del psicoanálisis es aquélla que reconoce la ley del deseo. La culpabilidad, según se desprende de la cita anterior, surgiría de ceder sobre el deseo (y no por incumplimiento de la ley, por faltar al amor al prójimo o a Dios). La ética del deseo no implica una atenuación -de corte hedonista- de la moral kantiana; en cierto sentido es más exigente que ésta en tanto no permite ninguna escapatoria respecto de las responsabilidades subjetivas, sea por las acciones cometidas, sea por las omitidas. La ética kantiana deja siempre abierta la posibilidad de un descargo: la de no haber sabido o no haber podido estar en condiciones de cumplir con el deber. Por otra parte, la indulgencia, divina o de otro tipo, abre la puerta a la expiación. Esto es imposible si rige la ética del deseo que, al no ser trascendente, carece de referentes externos: impide argumentos al estilo de “no me enteré” o “no lo sabía”; ninguna excusa sería válida. Ella acentúa la responsabilidad, extendiéndola incluso a lo inconsciente. Es una ética

inmanente al sujeto; por lo tanto involucra poco o nada a los otros; más bien está ligada a una soledad profunda, íntima, la del sujeto consigo mismo y sus verdades.

➤ Tercer tiempo: 1961- 1971. *Topologería* (de superficies) y lógica simbólica (Peirce)

La estructuración identificatoria del sujeto se realiza con la participación obligada del deseo del Otro; su producto: un sujeto dividido, marcado por la castración, sujetado al orden simbólico y al lenguaje. En el contexto de la teoría lacaniana, el deseo del Otro devino determinante **fundamental** de cada nueva subjetividad. Es una determinación rotunda, absoluta, que inscribe a fuego y sin medias tintas: el *esebarrado*, efecto de la identificación simbólica, es función del deseo del Otro; el destino del sujeto aparece preinscrito en el inconsciente parental.¹⁰⁴ Se llega al mundo en calidad de objeto del deseo del Otro y la subjetivación pasa necesariamente por ese desfiladero; no hay otros caminos posibles. El deseo del Otro es el kilómetro cero de cualquier subjetivación, el punto de partida para la estructuración del sujeto, su momento primero.

Asimismo, en la década 1961-1971 Lacan otorgó nuevos significados a su aforismo *el deseo es el deseo del Otro*: a) el deseo del sujeto surge en base al deseo del Otro; b) es en tanto Otro que se desea. Sólo se puede desear -y perseverar inconscientemente en ese avatar- a partir del lugar que se ha tenido en la estructura *deseo del Otro*. El sujeto puede sostenerse en tanto deseante sólo si ocupa el lugar de la causa del deseo del Otro. Lacan necesitó los recursos de la topología para pensar estas dos estructuras: *deseo del Otro* y *causar el deseo del Otro*. Las funciones que ambas llevan a cabo serían imposibles en un espacio de tres dimensiones, con la bipartición convencional interior – exterior (véase III, 6). Un sujeto concebido topológicamente requiere un espacio acorde. De ahí que Lacan se dedicara, a partir de entonces, a construir la topología del sujeto y de su mundo.

Ha sido una constante de la *topologería* relacionar el agujero de las superficies topológicas con la falta; inscribir al deseo y al objeto que lo causa -objeto *a*- en el vacío central del toro o en el orificio de la botella de Klein. Era mostrar de otra manera la relación que ya había establecido entre el deseo y la castración.

El *S 9* supuso el inicio de cierto distanciamiento de la filosofía, en general, y de la hegeliana en particular. En el siguiente –*S 10*– explicitó taxativamente los motivos de esa ruptura.¹⁰⁵ Es que los nuevos desarrollos formalizantes -lógico, topológicos, matemáticos- relativos a la identificación, crearon diferencias irreductibles: no es lo mismo que el otro reconozca el deseo que haber sido marcado -identificado, determinado- por el deseo del Otro; no es igual causar el deseo que aspirar al reconocimiento del mismo; el Otro como conciencia de sí (Hegel) y la inconciencia deseante del Otro, a la que el candidato a sujeto está obligado a someterse (Lacan), son inconciliables.

Los dos seminarios recién citados significaron también cierto alejamiento de la lingüística, que por entonces dejaría de ser referente fundamental; su lugar fue ocupado por la topología y la lógica; las alusiones a Ch. S. Peirce y otros lógicos se hicieron frecuentes (véase III, 5 y el Anexo al capítulo 5).

La hasta entonces marcha lenta de la ruptura con la razón dialéctica hegeliana se aceleró. Lacan buscó nuevas apoyaturas: en el *S 10* se remitió a De Morgan y su noción de universo del discurso, diferente de la concepción de los universales de la filosofía.¹⁰⁶ En ese mismo seminario acudió a Kierkegaard para consumir su divorcio de Hegel, tal como se verá en el apartado 7.3.2. de este mismo capítulo.

En realidad, estas ideas ya las había escrito antes, aunque de otra forma, en *OIDL* (1960). Allí, al reprocesar los modelos ópticos, incluyó la barra sobre el sujeto y el Otro ($\$$ y \AA).

Estas tachaduras no estaban presentes en los esquemas *L* y *Z* (véase III, 10.8.1. y III, 10.8.2). Con esto vino a decir que no había un Otro completo, cuestión que de rebote supuso una nueva fisura con el filósofo de Stuttgart: la ya comentada sustitución de la muerte como amo absoluto por la castración. Más diferencias cruciales:

— El Otro de Hegel tenía que ver básicamente, como ya se dijo, con la conciencia de sí o autoconciencia. El Otro de Lacan, en cambio, es “inconciencia constitutiva como tal”.

- El deseo lacaniano quedó abierto a la mediación de la imagen y no sólo a la intercesión de la lucha a muerte de puro prestigio. El *deseo como deseo del Otro*, implicaba un engaño, un señuelo, una ilusión -se aludió a ello en páginas anteriores-. Ahora, para causar el deseo en el Otro era necesario revestirse de las imágenes -“disfrazarse”, “ponerse las ropas” metafóricamente hablando- capaces de activar el deseo del Otro. Que el Otro sea deseante implicaba ocupar el lugar de objeto *a* para ese Otro. Esto requería engalanar al objeto *a* -vestimentas imaginarias- para catalizar el deseo del Otro. Son las habituales trampas de la seducción.

A partir de entonces, el deseo, concebido a la manera de Lacan -y a diferencia del hegeliano- implicaba una mayor incidencia de la imagen. Estas ideas, estaban ya prefiguradas en el grafo del deseo, aunque no tan claramente perfiladas: el matema $i(a)$ se refiere a las imágenes con las que se reviste el objeto causa del deseo; el deseo aparece articulado horizontalmente con el fantasma, en el que cabe distinguir una dimensión imaginaria; hacia abajo, se conecta con el yo -registro imaginario- a través de $i(a)$.

En varios seminarios de esta misma década trató la estructuración subjetiva a través de la dialéctica *alienación-separación*; la primera vez, en la clase del 29 de mayo de 1964, del *S 11*. Volvió a ella en el *S 14* y *S 15*; el objeto *a* quedó planteado como resto de esa operación constituyente. En el *S 17* el objeto *a* devino *plus de gozar* y fue considerado como uno de los matemas móviles que, en sus giros sucesivos de noventa grados, van determinando los cuatro discursos. (Véase III, 5.11.1).

- Cuarto tiempo: 1972-1981. Articulación del deseo y del objeto *a* con la topología nodal, con la lógica matemática y modal, con lo real y el goce

En este periodo surgieron nuevas articulaciones del deseo: con los tres registros, con el goce, lo real, el cuerpo, la función fálica, la palabra. Lacan ya no insistía tanto en que esta última se dirigiese al Otro como al hecho de ser vehículo del goce: el que goza es el hablanteser. La introducción de las fórmulas de la sexuación en el *S 20* mostraron que cuando se desea un Otro deseante, se lo desea porque no existe la complementariedad de los sexos.¹⁰⁷

La importancia que fue adquiriendo el deseo inconsciente en su doctrina -acabó elevado al rango de concepto fundamental en el *S 11*-, las incidencias del mismo en la teoría y clínica lacanianas, las novedades que supusieron las introducciones del objeto *a* y la creación de una ética fundada en el deseo, las repercusiones que estas innovaciones tuvieron en los restantes articuladores teóricos son elementos suficientes para afirmar la existencia de un equivalente lacaniano del *cogito*. Podría enunciarse así: deseo, luego existo.

7.2. El Otro barrado y la alteridad en el discurso filosófico

El otro en sus variadas formas de existencias, versiones y circunstancias -el prójimo, su reconocimiento, las relaciones que se establecen con él, la realidad de los demás, la otredad, los encuentros y desencuentros con el otro, la preocupación por el otro, el otro en tanto diferente, el otro en el yo, el yo en el otro, la alteridad, la intersubjetividad, etc.- ha sido objeto de estudio de los filósofos de todas las épocas, desde la antigüedad hasta nuestros días.¹⁰⁸ Se ofrecerá una visión panorámica de estos antecedentes, seguida de una caracterización del Otro en Lacan, que permitirá apreciar los puntos de contacto y las diferencias entre los abordajes filosóficos y psicoanalíticos de la cuestión.

Se hará especial hincapié en el Otro de la identificación, fuente de los significantes (rasgos unarios) que engendran al *esebarrado*. Habrá pues dos partes en este apartado:

- 7.2.1. Versiones filosóficas del otro: Platón, Descartes, Hegel, Brentano, Husserl, Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty
- 7.2.2. El Otro barrado, correlato del sujeto del inconsciente, también barrado

7.2.1. Versiones filosóficas del otro: Platón, Descartes, Hegel, Brentano, Husserl, Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty

Platón (428-347 antes de Cristo) trató la cuestión del otro en varias de sus obras, especialmente en sus diálogos *Timeo* y *Parménides*. En el primero, célebre por su perspectiva teológica y cosmológica, propuso que el mundo había surgido gracias al trabajo de un demiurgo -una especie de Dios laborioso y bondadoso-, que lo habría construido a la manera del ser viviente: provisto de alma e intelecto. Tomó lo eterno y lo bello como referentes para su obra, en la que mezcló ordenadamente “lo mismo” y “lo otro”. Este demiurgo, en tanto creador del mundo, otorgaba formas a la materia para que las cosas pudiesen existir. El tiempo, medida del universo, nació como combinación de lo móvil y la eternidad; el hombre, en cambio, surgió como amalgama del alma y la realidad física. Pero ¿cómo explicar la participación divina en aquellas cosas que no tienen auténtico ser o se alejan del Bien que es Dios? ¿Cómo explicar los desórdenes estéticos, éticos y políticos? Platón vuelve a su perspectiva teológica: el mal no tenía su causa en la idea del bien sino en que la materia no estaba a la altura de las ideas que el demiurgo tenía como modelo. El tema de lo uno y lo otro fue retomado en otro de sus diálogos, el *Parménides*; en la tercera parte del mismo conversan Parménides y Aristóteles -más bien es un monólogo del primero-; la cuestión gira en torno a la idea de lo Uno y de sus consecuencias para lo otro. Platón puso en boca del primero ocho hipótesis derivadas de cuatro básicas; en ellas se consideran qué repercusiones tiene sobre lo otro dos afirmaciones iniciales, positiva la primera y negativa la segunda: *Si lo Uno es* y *Si lo Uno no es* (véase 7.4.1). En la clase de 25 de mayo de 1955 del S 2, primera ocasión en que Lacan se refirió al Otro con mayúscula, recomendó la lectura de este diálogo, ya que allí

“[...] la cuestión del uno y del otro fue enfrentada del modo más vigoroso y sostenido.”

También en el S 2 comentó que el Otro, tal como aparecía en el *Parménides*, tenía su correlato en el polo real de la relación subjetiva, que Freud había vinculado con el instinto de muerte.¹⁰⁹ Años más tarde, en S 20 agregó “que el Otro no se adiciona al Uno. El Otro sólo se diferencia de él. Se volverá sobre esta cita en 7.4.2.

R. Descartes (1596-1650) trató la cuestión del otro bajo la égida de su *cogito*: se trataba de *otro yo que piensa*. Era, por lo tanto, el otro de la mismidad, un otro en el seno de la razón solitaria. El yo y el otro que pueden deducirse de la obra cartesiana están centrados en la conciencia. Tal vez el Dios de Descartes, el que garantizaba la verdad, es lo que más se acerca al Otro de Lacan; el resto se superpone al otro con minúscula. El psicoanalista sugirió que el lugar y la función que el filósofo otorgaba a Dios, era equivalente al Sujeto Supuesto Saber en psicoanálisis (S 9).

W. F. Hegel (1770-1831) fue uno de los principales sostenedores de la tesis según la cual el sujeto se constituye en el seno de una relación dialéctica con el otro, que culmina en la ya comentada conciencia de sí -véase 7.1.8.2.- y en el reconocimiento por parte de ese otro, que conlleva una lucha a muerte por puro prestigio. Lo dicho reafirma que en este contexto, el otro está relacionado con la conciencia de sí, que es básicamente autoconciencia; el otro es un otro a ser destruido.

Franz Brentano (1838-1917)^{110*}. Bajo su influencia y especialmente la de su discípulo E. Husserl, surgió la corriente contemporánea de la fenomenología. Fue un gran lector de Aristóteles, de algunos escolásticos e hizo suyas algunas ideas de Herbart. Dentro de la metafísica, especuló sobre el ser, y las categorías de espacio y tiempo. Incursionó en el terreno de la psicología, a la que imprimió un carácter descriptivo, empírico y consciencialista. Diferenció los fenómenos psíquicos de los físicos; los primeros tienen -palabra clave en este pensador- *intencionalidad*; es decir, se “hallan dirigidos hacia”... un objeto..., en tanto que dado en la conciencia. Los fenómenos físicos carecerían de tal intencionalidad. Se ocupó también de la verdad, tanto desde el punto de vista lógico como metafísico.¹¹¹ Su concepto de alteridad -tema central de este apartado- se deriva de lo recién dicho y de su noción de intencionalidad; esta última implicaba una apertura significativa al mundo, a los objetos, a los otros. La conciencia intencional era, para Brentano, bifronte: dirigida hacia el afuera, hacia el objeto, los otros, el mundo e incluía también la inmanencia del objeto en la

conciencia -lo que en términos más actuales se llamó: *construcción del objeto en la conciencia*-. Por esa doble vertiente, el otro hizo acto de presencia en su filosofía. Esta perspectiva significaba una oposición franca al idealismo, tanto en su versión “crítica” (Kant) como en su forma absoluta (Hegel).^{112*} Su psicología empírica fue, como ya se ha dicho, esencialmente descriptiva: estudiaba los fenómenos psíquicos tal como se presentaban, obviando cómo y porqué habían surgido (perspectiva genética); los clasificó en las tres categorías antes nombradas: las representaciones, los juicios y los afectos.

E. Husserl (1859-1938). Fue el fundador de la fenomenología *trascendental* y el padre indiscutido de la forma contemporánea de esta corriente filosófica.^{113*} Recibió influencias de Bolzano (1781-1848) y Brentano; de este último fue discípulo directo y asistió a sus clases en la Universidad de Viena. El primero le aportó sus ideas sobre Lógica y gnoseología; de él hizo suyo “el conocimiento de las esencias”; o lo que se ha dado en llamar el “en-sí” de aquello que se presenta “a la vista”. Según Bolzano, la Lógica debía dedicarse al análisis de las proposiciones como tales -las proposiciones “en-sí”- y centrarse únicamente en la dimensión lógico-objetiva de la experiencia, depurándola de todo psicologismo; es decir, de las interferencias de las condiciones y estados subjetivos del sujeto. El psicologismo que combatió es el que identificaba al sujeto del conocimiento con el sujeto psicológico. Brentano, como se ha visto, le aportó una versión renovada de la noción de *intencionalidad*, tras haberla reciclado, él mismo, del aristotelismo escolástico. Por otra parte, las investigaciones lógicas que por esa misma época llevó adelante Frege (véase A₅.11.1) -y que el filósofo conoció de primera mano- le ayudaron a desplegar una actitud contraria al psicologismo en Lógica y en las ciencias naturales. Con estos bagajes, más su propio e intenso trabajo de investigación, Husserl construyó su fenomenología trascendental: orientación filosófica dotada de principios, de un “método” y de un “modo de ver” o aprehender los fenómenos, tal como se presentan a la conciencia.

En cuanto a la cuestión del otro y de los otros cabe decir que el enfoque fenomenológico de Husserl, centrado en la percepción de los fenómenos y en la conciencia intencional, estaba especialmente abierto al mundo; no se trataba de una perspectiva subjetivista ni psicologista, como ya se ha dicho; tampoco pecaba de solipsismo. El yo trascendental construye otro yo que también es trascendental y entre ambos -o más bien, entre todos los que se puedan sumar- se genera la intersubjetividad de las conciencias, o “la vida comunitaria intersubjetiva.”¹¹⁴ Para este filósofo el modo de ser del otro es un elemento clave para la constitución de la experiencia trascendental. Se experimenta a los otros como sujetos para este mundo y se experimenta al mundo -con los otros incluidos- como “mundo intersubjetivo”. El otro -los otros- son imprescindibles para fundar una teoría trascendental del mundo objetivo. Es lo que en sus propias palabras denominó “la comunidad de mónadas” o “comunidad monadológica”.

“El yo entonces, ya no es una cosa aislada al lado de otras cosas similares dentro de un mundo dado de antemano; la exterioridad y yuxtaposición de los yoes personales desaparecen dando lugar a una relación íntima entre los seres que son el uno con el otro y el uno para el otro.”¹¹⁵

El yo tiene un tu, un nosotros, un vosotros; se trata de una comunidad de yoes, existentes mundanos a los que se reconoce y con los que se tiene una experiencia en común; “la vida de conciencia” no puede ser aislada sino participada íntimamente en una comunidad. El centramiento de estos fenómenos en la conciencia era total; no se percibe en su obra ningún embrión, esbozo o anticipo de lo inconsciente.¹¹⁶

M. Heidegger (1889-1976) se ocupó de la cuestión del otro en varios de sus libros; aquí sólo se aludirá -y muy brevemente- a su obra cumbre *El ser y el tiempo* (1927) -especialmente, los §§ 26 y 27 del mismo- en que la alteridad apareció bajo la forma del “ser-con” (*Mitsein*). En ese contexto afirmó que el *Dasein* es en sí mismo *Mit-sein*; por lo tanto: *Mit-Dasein*. Este “ser-con” es la forma principal en que la filosofía existencial de Heidegger implicaba al otro. Para el *Dasein*, ser involucra al *Mit-Dasein*, relación de cada *Dasein* con los demás y el mundo. En otros términos: se trata del “ser-con” (*Mitsein*) del *Dasein* en cuanto “está-en-él-mundo”; allí aparece su modo fundamental: el cuidado o la preocupación (*Sorge*).

J.-P. Sartre (1905-1980), fue tal vez el más conspicuo representante del existencialismo francés -o del existencialismo a secas-; recibió influencias de Kierkegaard y del primer Husserl, el de *Investigaciones lógicas*. Su pensamiento se nutrió de la efervescencia parisina de posguerra, en la que Heidegger no estuvo ausente.¹¹⁷ El filósofo galo presentó de forma condensada su fenomenología del otro y del ser para el otro, en la conjunción Para-otro (*pour autrui*), tema central de la tercera parte de *El Ser y la nada*. Esta fórmula sintética y articulada siguió al establecimiento previo del conocido dualismo —En-sí (*En-soi*) y Para-sí (*Pour-soi*) —, propio de su ontología fenomenológica. Ferrater Mora -*op. cit.* vol. 4. p. 2935- precisa tales términos de esta manera: “El En-sí es “lo que es”; es una masa indiferenciada y opaca, en la cual no puede haber fisuras. Pero este En-sí no es todo el ser; hay otro ser, el Para-sí, del cual no puede decirse que es lo que es. El Para-sí es enteramente relación y surge como resultado de la aniquilación (o anodamiento) de lo real producido por la conciencia. Por eso el Para-sí es ‘lo que no es’.”

El Para-sí es, pues, nada (la nada). Para-otro supone la inclusión del otro en mí y de mí en el otro; se trata de una interrelación de seres entendida como entrelazamiento de proyectos; las variantes de la misma que Sartre describió fueron: el cruce de miradas, el odio, el amor, la indiferencia, algunos fenómenos que se producen en la comunicación verbal, etc. Ser-para-sí es un proyecto, un ser que debe hacerse. Una de sus tesis más importantes, que interesan particularmente a un estudio de la identificación, fue el de la determinación del sujeto por el Otro y la imposibilidad de desligarse de tales influencias. La conciencia no está encapsulada —otra forma de solipsismo, según Sartre— sino abierta al Otro. En ese mismo rango puede situarse su teoría desustancializada del sujeto —al que consideraba vacío de ser— y su dialéctica de la exterioridad-interioridad: el sujeto es la interiorización de la exterioridad. Tal movimiento señala de manera patente la ausencia primaria de interioridad.^{118*}

Por otra parte, El Para-sí sartreano no estaba hecho de sustancia alguna; esto implicaba -como más tarde sería igualmente el caso del *esebarrado*- un vaciamiento del sujeto. Sartre dio un paso decisivo, en pleno siglo XX, para precipitar la ruptura del sustancialismo, concepción que impregnó durante siglos a la metafísica. Además, lo trascendental constitutivo del Para-sí determinaba su constante apertura al Otro: la subjetividad fue concebida por Sartre como una forma de exilio de sí mismo, amarrada al Otro; una existencia fuera de sí aunque permanentemente abierta a la alteridad.^{119*}

M. Merleau-Ponty (1908-1961) fue uno de los miembros más destacados de lo que suele denominarse existencialismo francés de posguerra. Brillante y polifacético, su muerte temprana privó a la humanidad de un gran pensador.¹²⁰ Su tendencia filosófica le llevaba a poner de relieve las realidades concretas, habitualmente encubiertas bajo dualismos inaceptables, ya sea explícitos (como el cartesiano de sustancia pensante y sustancia extensa), ya sea enmascarados [por la reducción de uno de los elementos de la dupla al otro polo de la realidad o del pensamiento, tal como podrá apreciarse en la cita que se hará de su *Fenomenología de la percepción* (1945)]. Fue influenciado por Husserl, compartió con Sartre algunas actividades y muchas polémicas; ambos fundaron y dirigieron la célebre revista de pensamiento *Les Temps Modernes*. De manera coherente con su línea de pensamiento filosófico, le criticó a aquél la construcción de un nuevo dualismo —En-sí y Para-sí—. Su concepción del otro aparece, entre líneas, en la siguiente frase lacónica: “No existe el hombre interior”. Esa afirmación -sartreana en su fondo- enuncia bajo una faz de negación, lo que en esta otra expresó por la afirmativa:

“Hay un hombre efectivo, real, concreto, que no se limita a poseer conciencia o cuerpo o a enfrentarse con la realidad externa, sino que es conciencia y cuerpo (o conciencia-cuerpo).”

Para Merleau-Ponty el cuerpo era algo más que una cosa o un objeto de estudio de la ciencia: era una condición permanente de la existencia. Las últimas palabras de la cita permiten concluir que se opuso a todo lo que supusiera ruptura del ser unitario del hombre: conjunción de conciencia y cuerpo. Este último era tanto la condición de posibilidad de la apertura perceptiva al mundo como de la recreación de ese mundo. No quiso hacer del hombre una pura subjetividad pero tampoco un conjunto de comportamientos supuestamente objetivos o conductuales. En otro registro, y siempre dentro de su vocación de ruptura de dualismos inconducentes, también se opuso a

reducir al hombre a un conjunto de determinismos sociales o a la idea de una supuesta interioridad cerrada e irreductible a lo social. Si conciencia es tener conciencia de algo (adscripción a la tesis de Brentano), ese algo es también externo al sujeto: se tiene conciencia de los otros. Pero para Merleau-Ponty, a diferencia de Sartre, lo intersubjetivo no era una relación entre un *ego* y otro *ego* (reducido a la condición de objeto) sino una relación existencial de gran compromiso, en la que el yo debía reconocer al otro yo como un semejante, más que como objeto. Estas consideraciones permiten apreciar cierta cercanía con lo imaginario en la teoría de Lacan, pero, sin la mediación de la categoría de inconsciente, sin la diferenciación entre otro y Otro. Va de suyo que tampoco vislumbró aquello que, años más tarde, desarrolló el psicoanalista sobre la relación topológica que mantienen sujeto y Otro: el Otro está en el sujeto y el sujeto está en el Otro.

7.2.2. El Otro barrado, correlato del sujeto del inconsciente, también barrado

El Otro (con mayúscula) fue mencionado por primera vez en la clase del 25 de mayo de 1955 del *S 2*; a partir de entonces, no desapareció de la escena teórica; más aún: con el correr de los años fue adquiriendo mayor importancia. Los conceptos de sujeto y Otro recuperaron y reformularon la antigua problemática filosófica —y también la más reciente del psicoanálisis freudiano— planteada en términos de *relación sujeto-objeto*. Asimismo, llevan en su seno las marcas de la antiquísima polémica suscitada entre subjetivistas y objetivistas. Si el vienés produjo la inmersión de ambos conceptos en un contexto libidinal e inconsciente, Lacan consideró secundario cualquier intercambio entre ellos que estuviera centrado en la conciencia. De manera concomitante, a partir de los años sesenta dejó de utilizar el vocablo *intersubjetividad*: la relación no es entre sujetos sino del sujeto con el Otro; el psicoanálisis debía pensar la relación sujeto - Otro desde lo inconsciente. Una razón más para tal recusación fue que el sujeto y el Otro ya aparecían por entonces en sus textos marcados por la castración y por la barra de la represión: $\$ - \bar{A}$. Si con anterioridad empleó el término intersubjetividad fue para enfrentarse a nociones como objetividad, relaciones de objeto, etc., promocionadas por la escuela inglesa.

De manera coherente con estas características atribuidas al *esebarrado*, el Otro dejó de ser objeto —en el sentido de Freud y M. Klein— y devino **lugar**. Ya lo era antes, en la primera topología de Lacan: la del significante; lo fue más firmemente a partir de las formalizaciones topológicas. El Otro designa en la teoría lacaniana a una alteridad radical, determinante de la estructuración subjetiva: no hay sujeto sin Otro; éste funda a aquél; el Otro es anterior y exterior al sujeto. El Otro se distingue, por lo tanto, del pequeño otro -semejante- que pertenece al registro de lo imaginario; Otro y $\$$ son instancias simbólicas. Otro y otro conforman dos vertientes -disparas- de la alteridad en y no pueden ser reducidas la una a la otra. El Otro es también el tesoro de significantes y, en sentido más amplio, constituye el orden mismo del lenguaje. El sujeto tendrá que situarse ante este Otro; hará y rehará su posicionamiento ante él de manera continua.

La vida psíquica se ordena a partir del Otro; se trata, entonces, de un lugar donde insiste un discurso que está articulado, incluso, si no siempre es articulable. Todas las cuestiones fundamentales del psicoanálisis lacaniano giran en torno al Otro, tal como se desprende de los siguientes enunciados sintéticos que, sin ser exhaustivos, muestran las articulaciones más importantes del mismo con otras categorías de su teoría:

- Otro como lugar y función, que se encarna en los objetos primarios del candidato a sujeto (madre, padre, abuelos, tíos, etc.).
- Otro que interviene en todo acto de palabra: Otro del lenguaje; Otro como el gran referente de lo simbólico.
- Otro como tesoro de los significantes.
- El inconsciente es el discurso del Otro.
- El deseo del sujeto es el deseo del Otro.
- El Otro absoluto de la psicosis (*S 3*), que puede aparecer bajo la forma de un Dios aterradorante.
- En la interpretación, el analista habla desde el Otro.

- En el fantasma el Otro está concernido.
- La angustia es la respuesta ante el deseo del Otro.
- Los rasgos unarios del Otro identifican al sujeto.
- Otro como destinatario de las demandas del sujeto.
- El Otro como punto de partida de las demandas hacia el sujeto.
- El lugar del Otro es desde donde el sujeto se ve amable en la transferencia.
- El Otro es el lugar donde se instituye la diferencia singular (en oposición al otro -semejante- que está relacionado con el narcisismo, la indiscriminación, la mismidad y la confusión entre yo y no yo).
- Otro como único lugar posible de la verdad.
- La pulsión se constituye en el campo del Otro.
- El goce Otro, como una modalidad de goce diferente del fálico.
- Inmersión del Otro en la tópica lacaniana (RSI). Esta tripartición del Otro tuvo importantes repercusiones en la TIL (véase al respecto III, 6.6.1. y III, 6.6.2).
- El Otro, en tanto inconsciente; queda desligado de cualquier intersubjetividad.
- Otro y sujeto están en continuidad: el sujeto está en el Otro y el Otro está en el sujeto. Lacan utilizó la superficie topológica conocida con el nombre de botella de Klein para presentar esta continuidad.
- Significante del Otro barrado -S (A)-. Este matema escribe la castración del Otro e indica su carácter deseante.
- El matema s(A) -significado del Otro-; es el lugar del síntoma; es el punto de cierre de la significación de la cadena significativa (grafo del deseo).
- El sujeto recibe del Otro su propio mensaje en forma invertida.
- Mirada del Otro y asentimiento del Otro en la experiencia especular, tal como fue descrita en la clase del 7 de junio de 1961, del S 8 (véase III, 10.9.2).
- No hay Otro del Otro; lo que equivale a decir que no hay metalenguaje ni universo de discurso completo; no existe una determinación anterior al lenguaje que garantice la existencia del lenguaje.
- El Otro como Otro sexo, en las fórmulas de la sexuación (S 20).

Estas puntualizaciones, sin ser completas, permiten apreciar las marcadas diferencias entre el Otro de Lacan y la concepción de la alteridad en la filosofía; la presencia de lo inconsciente signa las disparidades. Forjar dos conceptos distintos en su teoría –Otro y otro–, supuso diferenciar dentro de la alteridad, dos variantes de la misma; primera: la inmersa en lo inconsciente, ligada al significante, al lenguaje, a lo simbólico, a la ley, al deseo, a la terceridad, -Otro con mayúscula- y segunda: la vinculada al semejante, a la dualidad, a la mismidad, a lo imaginario, a la especularidad -otro, con minúscula-.¹²¹ Pero el esfuerzo de Lacan fue más allá: además de distinguir estas dos vertientes de la alteridad reafirmó que **su** sujeto era *del inconsciente* y que el Otro era “inconsciencia constitutiva como tal”.

En cambio, todos los filósofos que trataron la cuestión del otro -a los mencionados en 7.2.1. podrían añadirse los nombres de Fichte, Schopenhauer, von Hartmann, y muchos más- centraron sus planteamientos en la dimensión consciente. Si ocasionalmente alguno de ellos aludió a lo inconsciente, lo hizo mediante una noción cargada de contenido metafísico.^{122*}

Las discrepancias no fueron sólo con la filosofía y la psicología; también surgieron dentro del psicoanálisis, sobre todo con las corrientes kleinianas, que habían centrado sus desarrollos en las llamadas *relaciones de objeto*. En esos contextos teóricos no se discriminaron vertientes diferenciadas en las relaciones de objeto; ellas quedaron inmersas en una concepción imaginaria del otro. Esa fue, justamente la crítica que les dirigió Lacan; su tópica le permitió diferenciar real, imaginario y simbólico en las relaciones entre el \$ y el Otro. El psicoanalista francés consideró asimismo que el Otro era anterior al sujeto y, por lo tanto, causa del mismo.

El \$ no es *causa sui*.¹²³ A partir del S 9 el Otro devino fuente de los rasgos unarios que identifican y estructuran al sujeto. Tales ideas quedaron palmariamente afirmadas en la definición con que se abrió el capítulo uno de esta tercera parte:

*La identificación simbólica funda al sujeto -\$-; el sujeto es efecto
de la identificación por el significante, que proviene del Otro.*

Al final de su enseñanza –S 22 y S 24–, la tripartición del Otro a la luz de los registros R. S. I. le permitió reformular las identificaciones inspiradas en Freud –I₁, I₂ e I₃– de la siguiente manera: identificación con lo real del Otro real (identificación primaria); identificación con lo simbólico del Otro real (identificación secundaria, al rasgo unario); identificación con lo imaginario del Otro real (identificación histórica). Este asunto se trató con detalle en 6.6.2.

7.3. La repetición con diferencias. Kierkegaard

De la diversidad de problemáticas que trató el filósofo danés se recortará muy especialmente su manera de entender la repetición. Lacan se hizo eco de la originalidad de sus ideas al respecto e importó al psicoanálisis la innovación que supuso articular la repetición con la diferencia. En la primera parte de este apartado se dará una visión panorámica de la obra de este filósofo y en la segunda parte –7.3.2.– se estudiará la importación al psicoanálisis de la noción kierkegaardiana recién mencionada. Como telón de fondo, la TIL; la repetición es uno de sus pilares.

7.3.1. Kierkegaard (1813-1855), un osado investigador del alma

Fue un antihegeliano que estudió con clarividencia el alma humana, y lo hizo aproximándose a cada realidad singular. Se opuso al carácter abstracto y generalizante con que se abordaba estas cuestiones en su época. Buena parte de su obra fue un contrapunto a la del autor de *La Fenomenología del espíritu*, a quien le criticó haberse ocupado de lo universal y de lo Absoluto, menospreciando lo individual y concreto. Su divisa fue: contra la filosofía especulativa, la filosofía existencial. Se propuso trasladar los grandes temas filosóficos –no sólo los hegelianos– a la primera persona del singular: el hombre concreto, su vida, su existencia. Tal principio se hizo presente en los títulos de sus escritos: *Temor y temblor* (1843); *La repetición* (1843), *El concepto de la angustia* (1844), *Migajas filosóficas* (1844), *El instante* (1855), *Del concepto de ironía, especialmente en Sócrates* (1841), *Estadios en el camino de la vida* (1845), etc. En este último expuso su conocida doctrina de los tres niveles de la conciencia: estético, ético y religioso.¹²⁴

Según el danés no hay relación de dependencia entre la existencia y la esencia, ni menos aún, que la primera se realizase específicamente –concreción– a través de la segunda. Para él había una contraposición irresoluble entre la esencia –que es ideal– y la existencia, que es real. Por esto mismo, la esencia es pensable y definible; en cambio la existencia es indefinible y, en cierta medida, no pensable.

Si la existencia fuera definible no sería existencia sino esencia. Esta crítica afilada al sistema hegeliano –en realidad, a todo sistema– se expresó también en sus afirmaciones acerca de la no equivalencia entre el ser y la razón; tampoco, entre la realidad y el pensamiento. Evitó, al contrario de Hegel, toda alusión al “espíritu de la época” (*Geistzeit*), a lo generacional o a factores determinantes últimos, supra-individuales. Criticó el desprecio rotundo del hombre concreto, individual, cada vez que se apela a la perspectiva histórico-universal y a la totalidad.

Volvió en cierta manera al idealismo *crítico* de Kant para usarlo contra el idealismo *absoluto* de Hegel. Estos enjuiciamientos tuvieron resonancias con los que, muchos siglos antes Aristóteles había dirigido a Platón y a su mundo de las ideas puras. Su pensamiento abrió el camino al existencialismo en filosofía, especialmente el que se desarrolló en Francia, entre cuyos cultores cabe mencionar a J. Wahl, J.-P. Sartre, G. Marcel, Merleau-Ponty.^{125*} Más allá de las relativamente escasas citas que Lacan hiciera de este filósofo existen numerosas temas lacanianos en los que se perciben resonancias del pensamiento de Kierkegaard. De él dijo en la clase del 12 de febrero de 1964, en el *S II* “que había sido el más osado investigador del alma” antes de Freud.

Las cuestiones en las que con mayor claridad se perciben tales ecos son: la repetición, la angustia y la temporalidad; también, en las disquisiciones sobre lo trágico –ya sea del pasado lejano

ya sea de la modernidad-, en la problemática del amor y el goce, en las reflexiones sobre la contingencia, la excepción, la ocasión, el pecado, etc.¹²⁶

7.3.2. La repetición significativa es siempre con diferencias

Los componentes principales de la herencia freudiana en relación a esta cuestión fueron tres, a saber: a) la repetición como memoria en acto, opuesta al recuerdo; b) el carácter compulsivo de la misma; y c) la compulsión a la repetición como manifestación de la pulsión de muerte. Lacan introdujo múltiples inflexiones en ese concepto de Freud. En primer lugar, articuló la repetición al significativo y a los tres registros; en el *S 9* señaló que la repetición es simbólica y que lo que se repite es el significativo. En el *S 11*, refirió el vínculo de la repetición con lo real (véase *infra*, 7.10.4). Lacan consideró que esta repetición simbólica era un efecto de la estructura del lenguaje, en tanto éste se organiza en torno a una pérdida -la de un significativo primero- cuyos retoños vuelven en el discurso del sujeto. La repetición significativa no es la reaparición de lo mismo; tampoco se trata de una duplicación o de una reproducción; es el retorno insistente de un significativo. Ahora bien, como el significativo es el fundamento de la diferencia -siempre es distinto, incluso, respecto de sí mismo- la repetición significativa también lo será: en cada repetición habrá diferencias.¹²⁷ Esta concepción de la repetición implicó una triple convergencia: Freud, Saussure y Kierkegaard. En efecto, el filósofo consideraba que en cada repetición había algo nuevo; vino a decir que, en sentido estricto, la repetición exacta era imposible.

“[...] cuando se afirma que la vida es una repetición, se quiere significar con ello que la existencia, esto es, lo que ya ha existido, *empieza a existir ahora de nuevo.*” (*La repetición*; las cursivas son mías).^{128*}

El texto íntegro rezuma el esfuerzo por distinguir dos modalidades de repetición; una, la más conocida, es la que reula hacia atrás, se dirige al pasado; se solapa en muchos aspectos con la reminiscencia platónica; la segunda, se dirige adelante, se abre al futuro y conforma una insistencia repetitiva que va en busca de algo novedoso. En esta perspectiva es imposible repetir con exactitud lo ya vivido. Estas ideas capturaron el interés de Lacan, que las articuló con la repetición freudiana y con el significativo. De esta triple alianza surgió un concepto psicoanalítico renovado: *la repetición significativa*, simbólica por excelencia: toda repetición lo es con diferencias. El fundamento *lingüístico* de tal aserto reside en que ningún significativo es idéntico a sí mismo.

Lo dicho hasta ahora sobre el significativo y la repetición permiten entender un aspecto crucial de la estructuración del *esebarrado*: la identificación que lo engendra, en tanto acontece por la mediación del significativo, transporta las semejanzas y las diferencias con los objetos identificantes. Esta conjunción de lo mismo y lo distinto en la identificación es un elemento clave de la TIL; supuso un giro de 180° con respecto a la TIF y la TIK; más radicalmente aún, con todas las concepciones que la pensaron como fotocopia de un original, como fenómeno mimético o de imitación. Lacan llevó hasta sus límites extremos la paradójal tensión entre lo mismo y lo diferente, para situarla como núcleo central de su concepto de repetición significativa; estas ideas se expandieron, luego, al rasgo unario y a la identificación. Con estas ideas como telón de fondo se estudiarán a continuación las diversas inflexiones introducidas por Lacan en la repetición freudiana a través de cuatro de sus seminarios: *S 9*, *S 11*, *S 14* y *S 22*. El foco dirigido a la repetición se desplazará también al tema central de este trabajo: la identificación.

En el *S 9* fundamentó la repetición en la insistencia significativa. Éste retorna, vuelve, insiste. Por esa vía remarcó la sujeción del sujeto al lenguaje y, más específicamente, a ciertos significantes primordiales -propios y singulares de cada cual- que se reiteran. Allí recordó también que el significativo es el soporte de la diferencia y, por ende, cada repetición tenía asegurada un elemento distintivo; mediante una referencia a Kant, se refirió a la singularidad (*Einzigkeit*), que asoció al rasgo unario, al Uno de la diferencia -como distinto al Uno de la unidad- y a la identificación. Trabajó estas ideas en torno a la serie siguiente: // //. Puso como ejemplo de tal sucesión, una pieza de la antigüedad conservada en la sala Piette del museo de Saint-Germain-en-Laye; se trata de la costilla de un animal con marcas verticales ordenadas -a la manera de palotes-. Era la forma

utilizada por los cazadores de antaño para representar las presas que obtenían, y luego contarlas por medio de las marcas. A renglón seguido trasladó estas consideraciones al tema eje de ese seminario: la identificación: el significante que *identifica* transporta no sólo las semejanzas sino y también, las diferencias (véase *infra*, 7.4.2. y III, 4.7.4). En este mismo seminario articuló la repetición con la demanda, inscribiéndolas sobre el objeto topológico conocido con el nombre de toro. La repetición quedó escrita como sucesión de giros que, a la manera del hilo en una bobina, se enrollan en torno al alma de la superficie tórica (véase III, 6.4). La sucesión de las demandas -repetición inconsciente- hace reaparecer los significantes primordiales del sujeto y da pistas sobre el deseo inconsciente del analizante.

En el *S 11* volvió sobre la repetición, considerándola un concepto fundamental del psicoanálisis. Introdujo en ella nuevas inflexiones a la luz de la noción de causa psíquica y estableció la primera conexión de la misma con lo real. En ese contexto procesó algunas ideas sobre la causalidad propuestas por Aristóteles (véase *infra*, 7.10).

En el *S 14*, clase del 15 de febrero de 1967, expuso la articulación de la repetición y la figura topológica conocida con el nombre de ocho interior. Dichas propuestas surgieron mientras se refería a la compleja temporalidad que es propia del psicoanálisis y que tiene en la retroacción (*après-coup*) uno de sus componentes principales. Entonces afirmó que había repetición cuando un segundo significante sanciona **-retroactivamente-** a otro anterior como miembro y partícipe de un par repetido. *A posteriori*, el segundo significante convierte al primero en antecedente de la repetición. En otros términos: la repetición no repite *uno* para que exista *dos* sino que repite *uno* para hacer existir -retroactivamente- ese *uno*.

Por último, en el cuarto seminario aludido -el *S 22*- articuló la repetición con el goce; ambos encontraron su lugar en los nudos borromeos, nueva forma de escritura psicoanalítica, según Lacan. El concepto de goce, íntimamente asociado al uso de la palabra -se goza porque se es *hablanteser-*, es otro modo de sostener que las relaciones del sujeto con sus objetos están sujetas a una dialéctica muy peculiar. Lacan consideró que la energética freudiana -y más ampliamente, el punto de vista económico de su metapsicología- era insuficiente para describir tales relaciones. Optó por introducir un concepto propio: el goce habla de un aferramiento intenso al objeto, es una manera *repetitiva*, compulsiva, de permanecer adherido a él. Hay goce en el síntoma, en el dolor, en los pasajes al acto, en las situaciones que bordean las rupturas. El cuerpo es lugar de goce; la pulsión goza. El automatismo de repetición interviene allí, perpetuando el goce, exacerbándolo. Estos nuevos enlaces de la repetición establecieron otro objetivo para la interpretación analítica y otra meta para un psicoanálisis: reducir el goce.

7.4. El rasgo unario y la cuestión del Uno

El rasgo unario es uno de los componentes fundamentales de la TIL; es un articulador teórico de estricto cuño lacaniano que hace referencia a aquello que el Otro implanta en el candidato a sujeto para identificarlo simbólicamente y estructurarlo en tanto *esebarrado*. Es pues el nombre que recibió la forma elemental del significante cuando actúa en el contexto de la teoría identificatoria. Podría decirse que es el elemento mínimo a través del cual el Otro se inscribe -y deja su huella para siempre- en la estructura del $\$$. Asimismo, sería el componente último -y por lo tanto, el más simple- al que se llegaría si fuera posible desmontar la combinatoria de rasgos unarios que parió al sujeto. Este concepto fundamental de la TIL es indisociable del Otro, del inconsciente y de lo simbólico. La inscripción de cada rasgo unario produce una marca constituyente y distintiva del $\$$; ésta quedará grabada de manera indeleble. El rasgo unario es pues la huella del Otro en la estructura del sujeto; inscrito como un trazo diferenciador, su presencia constata la capacidad identificante del Otro.

Lacan confirió gran importancia al determinismo psíquico que el Otro ejerce sobre el candidato a sujeto, y señaló insistentemente que se realizaba mediante los significantes inconscientes de aquellos que encarnan al Otro ante el *infans*.

El carácter inconsciente de la identificación, que Freud ya había subrayado, se reforzó implícitamente con lo recién dicho y, de manera más explícita, por medio de esta breve pero muy

significativa frase de Lacan: “el inconsciente es el discurso del Otro”. La aparición de las manifestaciones iniciales de actividad psíquica en el cachorro humano vienen a confirmar que la identificación simbólica ya ha operado: la privación implantó los primeros rasgos unarios; se inició el marcaje simbólico del neonato; vendrán luego las inscripciones de otros trazos distintivos, diferenciales; la estructuración del sujeto se puso en marcha. El rasgo unario no sólo interviene en el contexto de la identificación simbólica; también juega un rol destacado en la consumación de la identificación imaginaria, especialmente en aquello que se denominó el *asentimiento*; es decir, la confirmación al niño –hecha por el adulto– de que aquello que él ve en el espejo es una imagen de sí mismo. (Véase III, 10.9.2).

En el S 8, clase del 21 de junio de 1961, concibió esta ratificación otorgada al *infans* por el Otro como un signo –también podría decirse: como un sello de autenticación de la experiencia– interiorizado a la manera de rasgo unario.¹²⁹

Con lo dicho hasta aquí podría pensarse que el rasgo unario es un brote o retoño conceptual surgido de las nupcias entre la metapsicología freudiana y la lingüística de Saussure, promovida por el psicoanalista francés. Sin embargo, tal visión es insuficiente: a esa articulación inicial concurren otros componentes; se sumaron: el *einzigster Zug* freudiano y todo lo que estaba relacionado conceptualmente a él; elementos derivados de la lógica, especialmente las consideraciones de Frege sobre el número; por último, una teoría del Uno propia de Lacan, elaborada *con y contra* la filosofía. Esta nueva concepción, múltiplemente determinada, sólo podía asentarse sobre principios psicoanalíticos ya consolidados; conviene recapitularlos, antes de iniciar la exposición de los antecedentes filosóficos del Uno.

- La identificación es por el rasgo unario; ella funda un sujeto dividido; división que se mostrará irreductible.
- No hay nada del orden de la unidad que pueda referirse al \$; la unificación nunca es del sujeto sino del yo, unidad esta última que será siempre imaginaria.
- La identificación simbólica nada tiene que ver con la unificación; es únicamente distinguiéndola de ésta como puede dársele su valor esencial, apreciar sus funciones y distinguir sus variedades.
- La noción de Uno, de larga tradición filosófica, no podía trasvasarse como tal al psicoanálisis; necesitaba un procesamiento, una A+T que la adaptase al nuevo *habitat*.
- La teoría del Uno incorporada al rasgo unario -y por lo tanto al \$, por vía de la identificación- está articulada con lo simbólico, con el Otro y con la castración, concepto clave que nombra, (alude, menta, especifica) al sujeto como dividido.
- Lo puntualizado hasta aquí permite entrever que el Uno de Lacan no fue pensado como unificante sino más bien como diferenciador. Este Uno que inficionó al rasgo unario permitió hacer de éste el soporte de la diferencia (S 9, clase del 13 de diciembre de 1961).
- El Uno lacaniano se articuló a la teoría de los conjuntos; en ella, la pura diferencia encontró su forma de expresión paradigmática.

Estos comentarios iniciales, que anticipan algunas ideas de Lacan sobre el Uno y su relación con el rasgo unario, permitirán entender los motivos por los cuales él recusó muchas formulaciones filosóficas clásicas sobre el tema y por qué adoptó, tras “retocarlas”, sólo aquellas que tenían cierta afinidad con *su* psicoanálisis.

Se apreciará que esta marcha a contracorriente de la filosofía fue tan útil para la elaboración de su propia concepción sobre el Uno como su proximidad a las tesis lógicas de Frege sobre el número uno, que se abordarán en III, 8.2.4. *El sostén matemático y lógico*.¹³⁰ Se espera asimismo que las páginas siguientes ayuden a aclarar algunas frases crípticas y aforismos lacanianos que quedaron acuñados a partir del tratamiento de este tema.

Lacan afirmó en reiteradas ocasiones que el Uno del rasgo unario no era el Uno de Parménides ni el de Plotino ni el de tantos otros filósofos que reflexionaron sobre el asunto, algunos de cuyos comentarios serán evocados enseguida. De *su* Uno dijo que estaba más cerca del que ponía el maestro, como nota, al alumno que se mostraba insuficiente en un examen: el palote indicador de

la reprobación o el suspenso. Próximo, también, a las muescas que los antiguos solían hacer sobre una superficie para contar objetos, como se evocó recién. El presente apartado se desplegará así:

7.4.1. El Uno en la filosofía: Parménides, Platón, Aristóteles, Plotino, santo Tomás, Leibniz, Kant

7.4.2. El Uno y lo unario en Lacan

7.4.1. El Uno en la filosofía: Parménides, Jenófanes, Platón, Aristóteles, Plotino, santo Tomás, Leibniz, Kant¹³¹

La referencia a **Parménides** hace saber que las consideraciones filosóficas sobre la cuestión del Uno se iniciaron hace más de dos mil quinientos años; luego, atravesaron toda la historia de la filosofía.^{132*} Este filósofo, nacido en Elea, Grecia, en el 540 antes de Jesucristo, elevó el principio del Ser a la cima más alta; así lo atestigua su célebre enunciado “Todo [lo que es] es”. Al Ser le adjudicaba propiedades como las siguientes: “no nacido”, “no percedero”, “inmóvil”, “de una sola masa”, “todo entero y presente a la vez”, “único” y “sin interrupción”. Puede apreciarse ya, especialmente en las últimas proposiciones, que lo Uno era considerado una propiedad de todo lo que es, del universo en su conjunto, en tanto uno o unidad. Uno es, entonces, un predicado que pertenece al Ser, al igual que inmóvil o no percedero. El Ser no nace ni muere; es eterno, no tiene principio ni fin, es completo. La inmovilidad de Ser ha llevado habitualmente a contraponer los pensamientos de Parménides y Heráclito; si para este último todo fluía, para el primero lo esencial parecía estar más bien en reposo. Pero sería injusto establecer una polarización absoluta entre ambos sólo por los conceptos de movilidad e inmovilidad; la contraposición básica existió, pero las ideas de cada uno fueron suficientemente complejas y, por lo tanto, matizadas. Los estilos y la progresión de los discursos muestran asimismo diferencias.

Parménides criticó también a quienes otorgaban excesiva confianza a los sentidos como fuente de conocimiento. La idea heraclitiana de que todo fluye y nada permanece no deja de ser una mera “opinión”: aparente, irreal, ya que la verdadera realidad, lo que “Es” auténticamente ha de ser *inmutable y unitario*, inmóvil, Por eso se opuso a quienes afirmaban que era posible el pasaje de lo Uno a lo Múltiple: lo Uno no podía ser múltiple, pues ambos se contraponen. Lo Uno era para él la identidad pura, la pura simplicidad y la pura uniformidad. Se subraya de estas formulaciones la insistencia sobre lo puro, lo simple y lo estable de lo Uno.

Jenófanes (aproximadamente, 570 antes de Cristo), de quien se discute si fue maestro de Parménides, había equiparado el Uno al Todo. Es muy probable que esa proposición se refiriese a Dios -uno, según sus convicciones- ya que Jenófanes fue tal vez el primer monoteísta. Será útil retener la siguiente frase suya para cotejarla con otra de Plotino y, ambas a su vez, con una tercera, de Lacan. En su forma más escueta puede enunciarse así: *El Uno es Todo* (1)

Platón (Atenas, 428-375 antes de J. C.) continuó con las especulaciones de los presocráticos sobre este asunto y concibió toda idea como unidad. La unidad de la idea es unidad de lo múltiple. La unidad de la idea acoge, reúne y concentra la multiplicidad. Se lo verá enseguida, para este filósofo, toda acción virtuosa, por ejemplo, lo es en tanto *participa* -se trata de un concepto platónico importante: la *participación*- del “ser virtuoso”, que es uno: la idea del ser virtuoso. La *Virtud* no es sino la unidad de muchos actos virtuosos. Ser virtuoso es estar lo más próximo posible a la idea perfecta de virtud. La cosa “es” en tanto *participa* de una idea paradigmática.

La pregunta sobre la articulación posible entre lo Uno -en tanto absolutamente uno; es decir: ausencia de lo plural- y lo múltiple que emana de lo Uno, cuestión ya planteada con profundidad por Platón, fue materia de elaboración para muchos filósofos posteriores, especialmente los llamados neoplatónicos.

Él abordó especialmente estas cuestiones en dos de sus diálogos: en el *Sofista*, primero, y en el *Parménides*, después. Se considera a este último una revisión de su teoría de las Ideas; consta de tres partes: la primera empieza con algunas discusiones sobre cómo ha de ser tomado el εἶδος^{133*} para que sea exclusivamente εἶδος y no también cosa; en la segunda parte se hablaba del método

que permitiría resolver las dificultades suscitadas por la teoría de las Ideas y, en la tercera, se aplicaba dicho procedimiento a la Idea suprema, la Idea del Uno.

¿Cómo es posible conocer las formas? ¿Cómo participan las cosas en las ideas? ¿Cómo se pasa de lo múltiple y particular a lo Uno (único)?¹³⁴ Estos han sido, entre muchos otros, los interrogantes que Platón sacó a luz en sus últimos diálogos, especialmente en el *Parménides*, en el que estableció hipótesis y las fue discutiendo reiteradamente con argumentos y contra argumentos. Introdujo entonces algunas fisuras en la concepción del Ser de Parménides; para éste lo Uno y lo múltiple estaban reñidos; Platón intentó resolver la cuestión mediante una “dialéctica de la unidad”.

La tercera parte de este diálogo -prácticamente un monólogo- es la que más interesa en este contexto. En ella hace argumentar a Parménides sobre la cuestión del Uno y sus consecuencias respecto de lo Otro. La estructura del mismo puede sintetizarse así: planteada una determinación -en este caso la determinación Uno- se examina qué se sigue de tal posición, e igualmente, qué se desprende si esa determinación es negada; también se analiza las repercusiones de lo afirmado y negado sobre lo Otro (“lo demás”). Es entonces cuando Platón, por boca de Parménides, postula las siguientes hipótesis:

- I): Si Uno es (o: si hay Uno), ¿qué pasa con el Uno?
- II): Si Uno es (o: si hay Uno), ¿qué pasa con lo Otro (lo demás)?
- III): Si Uno no es, ¿qué pasa con el Uno?
- IV): Si Uno no es, ¿qué pasa con lo Otro (lo demás)?

Cada una de estas cuatro hipótesis fue revisada en dos ocasiones, con resultados diferentes, por lo que se plantearon, finalmente, ocho hipótesis distintas. El meollo de la “conversación” giraba alrededor de ellas. Platón puso en labios de Parménides, al analizar I), que lo Uno no tiene ni comienzo ni medio ni final, que es ilimitado, que carece de figura, que no es en ninguna parte (pues no puede ser ni en otro ni en sí mismo); no es móvil ni inmóvil, ni diferente ni semejante; tampoco tiene relación con el tiempo.¹³⁵

Aristóteles (384-322 antes de Cristo) distinguió el (o lo) uno por accidente y el (o lo) uno por sí mismo. Unidad por accidente es la que está presente, por ejemplo, en la afirmación *Juan es pintor*. No es esencial a Juan -sino accidental- el que se dedique a la pintura. El estagirita distinguió asimismo varios aspectos de lo uno: a) lo uno como algo continuo; b) lo uno en cuanto todo o conjunto; c) lo uno en cuanto a lo numéricamente uno y d) lo uno en cuanto especie. El uno continuo es, por ejemplo, el agua, que es una; igualmente, el licor y el vino, que, son “líquidos uno”. Se dice que algo es uno cuando es indivisible o carece de partes. Pero también es uno aquello que surge de la reunión de partes (uno como conjunto). El conocimiento se basa en este principio: cada género es Uno en tanto es pura y simplemente la unidad del concepto.

Plotino (205-270 después de Cristo) fue considerado del neoplatonismo; añadió ingredientes religiosos del cristianismo naciente a su lectura de Platón. No fue un simple comentarista de la filosofía griega ya que dilucidó cuestiones problemáticas que ella había dejado pendientes e imprimió su sello personal a la recapitulación y revisión crítica que hizo de la misma. Su vasta producción fue agrupada por Porfirio, uno de sus discípulos, en seis *eneadas* -unidades de nueve escritos-: un total de 54 escritos a los que dio títulos y ordenación cronológica. No fueron tanto las tesis sobre la *revelación* cristiana las que le ocuparon -el trasvase religión → filosofía demoraría un tiempo en llegar- sino la inconsistencia general de las cosas y la remisión de esa inconsistencia a un consistente.

Dicho en palabras más cercanas al tema que interesa: se planteó las relaciones entre el Todo y lo Uno. Plotino, aunque podría decirse lo mismo de buena parte de los llamados neoplatónicos también, atribuyó a lo Uno la suprema perfección y realidad; todo lo existente deriva de esa unidad originaria. En la quinta *Eneada* se puede leer:

“Por lo mismo que ningún ser está en el Uno, todos proceden de él. Para que el ser sea, es necesario, que el Uno no sea ser sino generador del ser. Y el ser es, por así decirlo, su primogénito. Siendo perfecto, puesto que no busca nada, nada posee, nada necesita, el Uno está, por así decir, en acto de super-emanación y su plétora produce otro distinto a él.” (V, 2, 1).¹³⁶

No identificó el Uno y el Todo; Plotino pensaba que sólo diferenciándolos podría entenderse que la plétora del Uno genere -por *emanación*- lo otro.

Lo Uno no era para él ninguno de los seres; era anterior a todos; y esto en el doble sentido: comienzo y fundamento de todo. Se retendrá la siguiente proposición plotiniana, que sintetiza adecuadamente sus ideas y que servirán para el cotejo, a tres bandas, antes anunciado: *Lo Uno es potencia de Todo* (2)

Lo Uno era también para él la expresión de la perfección y de la realidad superior; de él emanó lo diverso; por lo tanto, el principio y fundamento de la diversidad estaba para según Plotino en este Uno, plétórico, desbordante, derramador. Fue en cierto sentido un místico que recibió a través de Ammonio, su maestro, la tradición platónica y creyó encontrar allí el lenguaje apropiado para dar cuenta de la capacidad engendrante de lo Uno, al que simbolizaba como pura libertad, causa de sí y espontaneidad absoluta. Lo Uno constituía la hipóstasis originaria, la primera y superior realidad.^{137*}

“Cerramos los ojos del cuerpo para despertar los del espíritu, para despertar en nosotros otro ver que todos poseen, pero del que muy pocos hacen uso”. (De las Eneadas; citada por J. Quesada, *Historia de la filosofía; op. cit.*, p. 85).

Esa es la vía por la que se puede llegar a lo Uno, fuente de toda existencia. Sin el Uno, nada existe, ni los seres ni la inteligencia ni la vida primera ni ninguna otra. En síntesis, el Uno de Plotino es la fuente de la que emana todo, es el origen de la Inteligencia y del Alma.

En la baja y alta Edad Media se siguió procesando el tema de lo Uno y la unidad en un contexto teológico. En efecto, en esos períodos, y de manera progresiva, se fue consolidando la confluencia de los dogmas religiosos con la filosofía.

La *Summa Teológica de Santo Tomás* [Aquino, Italia, (1226-1274)] puede considerarse el apogeo de esta conjunción, aunque conviene no olvidar otros nombres: san Agustín, Avicena, Duns Escoto, Guillermo de Ockham, etc. La antigua filosofía griega -sobretudo Aristóteles y Platón- fue convertida, transformada e incluida en la concepción cristiana del mundo.

Aquino, en la obra citada, se preguntaba más bien retóricamente si la unidad agregaba algo al ser y respondía con una afirmación. Basó ese sí en que todo lo perteneciente a un género determinado se agregaba al ser y como lo uno es un género determinado, la respuesta que cabía era fehaciente. Según él, decir, por ejemplo: “este ser es uno”, no configuraba una tautología ya que lo uno agregaba algo al ser.

Más allá de santo Tomás, la mayoría de los escolásticos pensaba que lo uno es el ser no dividido; por esto mismo, son intercambiables; el ser de una cosa comporta su indivisión. Ser y unidad se implicaban mutuamente.

Sin embargo, el concepto de lo uno compete a Dios; esto diferencia la unidad de Dios de la unidad de las otras sustancias. Dios crea seres contingentes -podrían no haber existido-; si están en el mundo es por la omnipotencia divina. El Primer Motor Inmóvil, causa de todo movimiento, es Dios.

La *Física* de Aristóteles fue utilizada por la teología tomista y escolástica para fundamentar la existencia de Dios. En cambio, se recurrió a Platón para explicar la relación entre lo contingente -que es múltiple- y lo Uno, Dios, que es la unidad suprema, lo absolutamente indivisible. Los vínculos entre lo Uno y lo múltiple fueron encarados desde una perspectiva platónica: a través de la ya comentada teoría de la *participación*.

Llama la atención en estas ideas la hipervaloración de la unidad; la presunta completud y la no división, nociones en franca oposición a las tesis lacanianas.

El inicio de la llamada filosofía moderna -siglos XVI al XIX- vino marcada por la declinación progresiva de la presencia de la religión; la razón fue sustituyendo a la teología filosofante del Medioevo; las especulaciones dejaron de girar en torno a Dios, la sustancia, el Ente, los dogmas de la Iglesia; el ser humano comenzó a ocupar el centro de la escena. En otros términos, aquello que podría llamarse el nuevo sujeto de la filosofía, fundado en la razón moderna y en la conciencia de sí, devino el eje del pensamiento.

En esta etapa de la filosofía puede discriminarse, a grandes rasgos, dos corrientes básicas: la del *racionalismo*, que tuvo en Descartes (1596-1650) y en Leibniz (1646-1716) sus dos versiones supremas, aunque diferentes y la del *empirismo*, entre cuyos representantes puede citarse a Hobbes (1588-1679), Locke (1632-1704), Berkeley (1685-1753), Hume (1711-1776), etc. Las derivaciones y ramificaciones de estas tendencias iniciales llegan hasta nuestros días.

Durante ese periodo y de manera especial en los comienzos del mismo, se debatió si la identidad se basaba en la unidad fundada en la sustancia o si ésta era una categoría vacía. Los adscriptos al empirismo tendían a excluir la idea de unidad sustancial; **Leibniz**, en cambio, la reintrodujo por medio de su teoría de las mónadas (sustancias simples, individuales, indivisas, no compuestas por partes ni elementos). Como puede apreciarse, los puntos de vista variaban según el grado de adscripción a las dos tendencias predominantes. Algo más tarde, las especulaciones en torno al Uno y la unidad fueron adquiriendo un aire más gnoseológico: en lugar de partir de los conceptos de Uno, unidad, sustancia, etc., comenzó a plantearse la cuestión de cómo reconocer lo que es Uno y de qué manera es posible adquirir el conocimiento sobre el objeto al que se atribuye ese carácter unitario.

Kant [Königsberg, (1724-1804)] con su idealismo crítico-trascendental buscó un camino diferente al del empirismo puro y al del racionalismo absoluto. Otorgó especial importancia a las intuiciones sensibles, cosa que le alejaba de una concepción exclusivamente racionalista; a la vez consideraba que, a los efectos de la aprehensión cognoscitiva de *lo dado* eran imprescindibles elementos a priori, *independientes de la experiencia*, pero que se aplican a ésta. Allí residían sus diferencias esenciales con el empirismo, que sostenía que el saber proviene, básicamente, de la experiencia.

Unidad *-Einheit-* era para él una noción ligada a los conceptos puros del entendimiento -las categorías- cuyo examen crítico llevo a cabo en la Analítica trascendental, segunda parte de su *Crítica de la razón pura* (1781). La *Einheit* estaba asociada a los juicios *universales*¹³⁸; el enunciado de los mismos remitía a conjuntos, de ahí que los mismos comenzaran con la partícula “*todos*”; por ejemplo: todos los mamíferos son vertebrados; Todos los hombres son mortales. Cada conjunto era concebido como un Uno; luego, se afirmaba o negaba algo -predicación- sobre el sujeto del juicio o de la proposición. Para Kant, la idea de unidad puede proceder de la experiencia pero no está justificada por la experiencia, ella trasciende la experiencia. Por lo tanto, la unidad, más que un predicado trascendental de las cosas, devino un requisito lógico de todo conocimiento, puesto que en toda aprehensión cognoscitiva de un objeto está en juego la unidad de concepto.

La *Einheit*, tal como la formuló y utilizó el pensador de Königsberg, acogía algunas de las formulaciones que sobre el Uno expusieron los filósofos aludidos en las páginas anteriores; resuenan en dicho término las ideas de los presocráticos y especialmente las de Platón, aunque articuladas a las categorías *a priori*, a los juicios universales y a la función sintética.¹³⁹ Pero, tal como se verá enseguida, Kant hizo servir también la *Einzigkeit*.

7.4.2. El Uno y lo unario en Lacan

Tras este rodeo por la filosofía, le toca el turno a la función del Uno en la teoría lacaniana y, más específicamente, en la identificación. Se reitera que esta última es ajena a la noción recién descrita de *Einheit -unidad-*; por el contrario, ella se organizó en torno al Uno propio del concepto de rasgo unario. Lo paradójico de este Uno radica en que cuanto más parecido es -cuanto más se borra lo que hay de diversidad en las semejanzas- más sostiene, más encarna, la diferencia como tal. Se entiende, entonces, que de las dos nociones kantianas Lacan valorara más la *Einzigkeit -unicidad-*, en tanto ella remite a lo único, a lo singularísimo y entra en resonancias con su concepción del rasgo unario. Esta noción del filósofo incluía implícitamente lo diferencial, pues al dar cuenta de una singularidad llevada al extremo otorgaba, de manera simultánea, fundamento a lo distinto. Lacan no tardó mucho en relacionarla con el significante -rasgo unario- en el contexto de la TIL. En el curso de sus propias elaboraciones sobre la función del Uno de la identificación y del rasgo unario, Lacan, en la clase del 21 de febrero de 1962 del S 9, se expresó así:

“Si la función que atribuimos al *Uno* no es aquella de la *Einheit* sino la de la *Einzigkeit* [...] es porque hemos pasado -conviene no olvidarlo ya que esta es la novedad del psicoanálisis- de las virtudes de la norma a las virtudes de la excepción”.

Se insiste: el Uno de Lacan es afín a la *Einzigkeit*, no a la *Einheit*; jerarquizó la unicidad y los elementos distintivos. La unidad -*Einheit*- fue recusada en este contexto, en concordancia con su rechazo tajante a la unificación del sujeto: sólo en lo imaginario puede existir tal unidad, que únicamente será del yo, nunca del *esebarrado*.¹⁴⁰ La noción de *Einzigkeit* contenía ya la conocida posición de Lacan sobre la singularidad de cada sujeto. En la clase del 29 de noviembre de 1961 del *S 9*, pronunció una de sus tantos aforismos: “El Uno en tanto tal es el Otro.” («*L’Un comme tel est l’Autre*») (3)

Esta frase es la que se prestará al cotejo con (1) y (2), enunciadas anteriormente en 7.4.1. El añadido de una palabra a (3) permitirá el despliegue de algo implícito en ella: “El Uno en tanto tal es el Otro *barrado* (A)”. Salta a la vista, en primer lugar, el carácter sintético y paradójico de esta afirmación. Se intentará desbrozarla, colocando como telón de fondo lo expuesto en páginas anteriores sobre los antecedentes filosóficos de la cuestión. Que el Uno sea el Otro *barrado* supone que esta formulación está integrada en un universo del discurso *incompleto*: por eso siempre habrá un significante que falte. La mancomunidad del Uno y del Todo en la filosofía, tan aludida en páginas anteriores, es imposible en la teoría del psicoanalista francés.

Seguir comparando posibilitará precisar otros elementos específicos del Uno de Lacan; para ello es imprescindible reiterar que para él Uno se contraponía también a la noción de unidad, muy presente en el pensamiento filosófico; el Uno del rasgo unario no es el de la unidad, es el Uno de la diferencia. Dicho en lenguaje hiperbólico: ese Uno es la estructura misma de la diferencia; es la estructura de la pura diferencia. La identificación simbólica por efecto del rasgo unario proveniente del Otro genera sujetos únicos, distintos, diferentes. Además, el *esebarrado* surge dividido, marcado por la castración y articulado al objeto *a* (fantasma).

De lo dicho se desprende que para Lacan la unificación, cercana a la noción kantiana de *Einheit*, es un espejismo; si con alguna identificación tiene que ver es con la imaginaria, no con la simbólica. Sólo el amor -narcisismo- hace de dos Uno (unidad imaginaria); el deseo (objeto *a*) impide esa unificación.

El sujeto *barrado*, marcado por la castración, ligado al Uno del rasgo unario, es ajeno al Uno de Plotino -(2): potencia de Todo e indivisible- y al Uno de Parménides -identidad pura, simplicidad pura y pura uniformidad-. Asimismo, nada tiene que ver con el de Jenófanes, para quien el Uno era Todo [véase *supra* (1)].

El tema del Uno siguió insistiendo en la enseñanza de Lacan y adquirió nuevas facetas con el correr de los años. Así, en la clase del 15 de mayo de 1973 del *S 20*, con el telón de fondo de las fórmulas de la sexuación -y con la sorna que le caracterizaba- vino a decir que el Uno no se anudaba con nada de lo que al Otro le parece sexual:

“Cuando dije: *Hay Uno*, cuando insistí en eso, cuando verdaderamente pisoteé como un elefante todo el tiempo el año pasado, se dan cuenta en qué los estaba metiendo.

¿Cómo situar entonces la función del Otro? [...] Porque está claro que el Otro no se adiciona con el Uno. El Otro sólo se diferencia de él. Si por algo participa del Uno, no es por adicionársele. Pues el Otro -como ya lo dije, pero no es seguro que se haya oído- es el Uno-en-menos.

Por eso, en toda relación del hombre con una mujer -la mujer en cuestión-, ésta ha de tomarse desde el ángulo de la Una-en-menos. Ya lo había indicado a propósito de Don Juan, pero, por supuesto, una sola persona se percató de ello: mi hija”.¹⁴¹

La alusión al “año pasado”, que puede leerse en la primera frase de esta cita, hace referencia a un seminario dictado justamente doce meses antes; se trataba de *El saber del analista*, llevado a cabo en el hospital Sainte Anne entre el 4 noviembre de 1971 y el 1 de junio de 1972. De esta última clase se extractan las dos afirmaciones siguientes; la primera de ellas muy taxativa:

“En torno a *Y’ad l’Un* (‘Hay Uno’ o ‘HaydelUno’) existieron dos etapas; el *Parménides* y después [...] la teoría de los conjuntos.”

El segundo fragmento dice así:

“*Hay Uno*’, en torno a este Uno gira la cuestión de la existencia. Hice ya algunas observaciones al respecto, a saber: la existencia jamás fue abordada como tal antes de cierta época y se ha empleado mucho tiempo en extraerle la esencia. He hablado sobre el hecho de que no hubiese en griego algo propiamente de uso corriente que quiera decir ‘existir’; no es que ignorase [los vocablos] εἵσταναι, εἵσταναι (existami, existamai), sino más bien porque constaté que ningún filósofo jamás los empleó. Es ahí donde comienza algo que puede interesarnos. Se trata de saber lo que existe. Y no existe más que de lo Uno -con toda la prisa que se da en torno nuestro, estoy igualmente forzado a apresurarme-, la teoría de los conjuntos supone la interrogación: ¿por qué ‘*Hay Uno*’?”¹⁴²

Lacan situó como antecedente primero de su “*Y’a d’l’Un*” -Hay Uno- al diálogo *Parménides* de Platón, en el que este planteó sus hipótesis sobre lo Uno, comentadas *supra*, en 7.4.1., en los fragmentos dedicados a Platón. El segundo precedente, aludido en las citas precedentes, implicó un salto temporal importante: la teoría de los conjuntos, surgida a finales del siglo XIX y principios del XX. Ésta le permitió a Lacan pasar del sistema lévi-straussiano, basado en el binarismo, a otro, presidido por la diferencia pura (véase III, 8.4.2). La teoría de los conjuntos le permitió, también, dar soporte matemático a su idea de que el significante es diferente a sí mismo. Aunque no lo dijo de manera explícita en esta clase, cabría añadir otras dos fuentes respecto de lo condensado en el neologismo *HaydelUno*: Frege y Cantor. Las ideas de ambos serán expuestas en III, 8.2.4 y III, 8.4.1.

Pero, ¿qué quiere decir más precisamente este neologismo ‘*Hay Uno*’? Esta pregunta se la formuló explícitamente Lacan a sí mismo, en la clase del 26 de junio de 1973, del *S 20*; entonces dijo que el saber del uno viene del significante Uno, que como tal es *uno-entre-otros*; de ese enjambre de significantes alza su vuelo uno de ellos -un S_1 - que hace su aparición a través de una nueva articulación significativa en *lalengua*.

“El significante Uno no es un significante cualquiera. Es el orden significante en tanto se instaura por el involucramiento con el que toda la cadena subsiste.
[...] El Uno encarnado en *lalengua* es algo que queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase, y aún el pensamiento todo. Eso es lo que está en juego en lo que yo llamo significante-amo. Es el significante Uno.”

7.5. Nombre propio. Antecedentes filosóficos

Las primeras consideraciones de Lacan sobre el nombre propio aparecieron en el *S 9*. Junto con las expuestas posteriormente se configuró una teoría interesante sobre dicho tema, que devino un componente importante de su teoría identificatoria y tuvo repercusiones en la clínica (véase III, 4.7.6). En este contexto se trazará un panorama histórico sucinto sobre cómo fue tratado este asunto en la filosofía. Se hará referencia a Heráclito, Platón, Aristóteles, Ockham, Hobbes, Locke, S. Mill y Taine.

Los primeros antecedentes sobre el nombre propio se encuentran, como sucede casi siempre en filosofía, en la antigua Grecia; allí y entonces ya se había discutido sobre las diferencias entre los nombres comunes y los propios; sobre la función de nominar y sobre la relación entre las cosas y su nombre. Los sofistas, por ejemplo, se preguntaron si el establecimiento de un nombre se debía a una “convención” o era “por naturaleza”; se inclinaron más bien hacia la primera opción: no había nada en la naturaleza propia del nombre que sirviese para designar las cosas; si el nombre nomina es porque se le hace nominar. Este punto de vista recorrió los siglos y sirvió de base a las numerosas y diferentes corrientes *nominalistas*. Con **Heráclito** se inició otra progenie: la que proclamó una tesis opuesta: los nombres eran justos por naturaleza. En plena concordancia con el eje principal de sus ideas -véase *supra*, inicio del apartado 7.4.1.- sostuvo que los nombres iban cambiando. **Platón** recusó una y otra de las propuestas recién comentadas, aunque las suyas no dejaron de tener elementos de lo rechazado: las cosas tienen una naturaleza y los nombres, aunque son establecidos por convención, se adoptan por que la expresan adecuadamente. Además, y en clara oposición a Heráclito, afirmó que la constancia de los mismos, ya que la naturaleza de las cosas era fija, estable. Para Platón el nombre era un *organon* -un instrumento- que permitía pensar el ser de las cosas.

Con **Aristóteles** se desarrolló una nueva perspectiva: la que combinó lógica y gramática en el abordaje de la cuestión de los nombres. Esta tendencia fue desplegada, más tarde, por los escolásticos. Tal acoplamiento resultaba inquietante para los logicistas y no tanto para los proclives a la gramática especulativa; estos últimos se interesaron asimismo por las cuestiones semánticas o de significado. **Guillermo de Ockham** (1298-1349), siguiendo la tendencia general de los escolásticos a establecer precisiones y clasificaciones, dividió los nombres en: los de *primera imposición* –aplicados a las cosas– y los de *segunda imposición*, que se aplicaban a las palabras. En esa época surgieron otros agrupamientos: nombres universales, particulares, abstractos, concretos, etc. La clásica división entre nombres comunes –casa, perro, montaña– y propios –González, Herrero, Benítez– persistió desde la antigüedad hasta nuestros días; ella estará presu- puesta en todo lo que se diga, de aquí en más, respecto de los segundos.

En el llamado período moderno –siglos XVI al XIX– esta problemática fue abordada de manera menos técnica y sin el afán de establecer distinciones que caracterizó a los pensadores medievales. Predominaron las tendencias nominalistas aunque matizadas con tesis psicológicas y epistemológicas. Hobbes, Locke, Stuart Mill y Taine fueron los pensadores más conspicuos del tema en ese lapso. Unos breves comentarios sobre lo producido por cada uno permitirán apreciar las afinidades y diferencias que tuvieron.

Thomas Hobbes (1588-1679) –gran objetor de las ideas de Descartes, materialista radical y mecanicista en su manera de explicar la realidad– dio la siguiente definición de nombre: “una palabra tomada arbitrariamente, que sirve como marca que puede suscitar en nuestra mente un pensamiento parecido a algunas cosas que habíamos tenido antes, y que, al ser pronunciado por otros, puede convertirse para ellos en signo de qué pensamiento tenía en sus mentes el espectador.”¹⁴³ Así, pues, el nombre para Hobbes se establecía por convención –de manera arbitraria– y con el fin de entenderse. Por otra parte, creó una clasificación extensa y compleja de los nombres; consideró que éstos tenían un sentido denotativo, línea en la que se enrolaron posteriormente algunos lógicos contemporáneos.

John Locke (1632-1704) fue un filósofo empirista empapado tanto en las disciplinas científicas de su época como en la historia del arte; dio fundamentos filosóficos al liberalismo político con sus ensayos sobre la tolerancia, la religión y la libertad. Sus tesis sobre el nombre conllevan una acentuación de los aspectos psicológicos del asunto: los nombres debían ser comprendidos en función de las ideas que designaban; se trataba más de nombres de ideas que de nombres de cosas.

John Stuart Mill (1806-1873) consideró que nombrar es una función psicológica y epistemológica con implicancias lógicas. Se nomina a las cosas y no a las ideas que se tienen de ellas; por ejemplo: *silla* es el nombre de la silla y no las ideas que se tengan sobre la silla. Se aprecia que el esfuerzo de Mill estuvo orientado, fundamentalmente, a precisar en qué consiste la nominación de un objeto, función diferente a la de describir o definir. En el primer contexto, cada cosa acaba teniendo su nombre y cada nombre remite a una cosa. Además de aceptar la división clásica de los nombres en comunes y propios, introdujo otras clasificaciones de los mismos. Mill fue uno de los primeros en afirmar que el nombre propio tenía un carácter denotativo y no significativo; no cabe atribuirle significado ni aún cuando se trata de nombres propios como Herrero, Zapatero, Butaca, etc., que funcionan, también, como nombres comunes. En todo caso, escribirlos con la primera letra en mayúscula los diferencia. Si se utilizaran términos que aparecieron medio siglo más tarde para sintetizar estas ideas de Mill, se podría decir que para él, el nombre propio era un significante sin significado. Se volverá enseguida sobre este punto.

Hyppolite A. Taine (1828-1898), adhirió a la corriente positivista francesa, aunque manifestando algunas divergencias con las posiciones más radicales de este pensamiento. Consideró los nombres como signos que servían para designar cosas singulares o complejos de cosas; en ambos casos los nombres sustituyen siempre a imágenes. En estas afirmaciones se percibe cierta afinidad con las categorías de imaginario y simbólico. Taine proponía descomponer los hechos complejos en elementos simples para su posterior recomposición, en concordancia con los postulados de la psicología asociacionista. Estas ideas se integraron a su concepción metafísica, razón por la cual los elementos simples adquirieron poder creador en el contexto de su teoría.

En síntesis, durante la época moderna y en lo relativo al nombre, Taine primó lo psicológico; Hobbes atendió especialmente a lo lógico; Locke combinó lo lógico y psicológico; Mill prestó especialmente atención a lo epistemológico.

Entre los estudios lógicos sobre el nombre propio llevados a cabo en el último siglo y medio merecen destacarse los de Frege (1848- 1925), Russell (1872-1970), Wittgenstein (1889-1951), Carnap (1891-1970) y Kripke (1941-). Fueron comentados en III, 5.9.1. Conviene volver a ellos antes de leer las propuestas de Lacan (III, 4.7.6.), para tener presente los antecedentes lógicos habidos sobre esta cuestión.

7.6. La negación. Elucidaciones filosóficas

Se expondrá inicialmente el pensamiento de cuatro filósofos cuyas teorías sobre la negación han tenido repercusiones en la enseñanza de Lacan; luego, con el telón de fondo del artículo homónimo de Freud (1923), se recordarán las elaboraciones del psicoanalista francés sobre esta categoría metapsicológica. Se remitirá a los diversos capítulos en que ya se trató este asunto.

7.6.1. Las perspectivas de Hegel, Wittgenstein, Sartre, Hyppolite

Georg W. F. Hegel (1770-1831) aportó el concepto de *negatividad*, que consideró constitutivo de toda realidad. Según esa perspectiva, toda realidad dada supone la existencia de otra realidad, opuesta a la primera. Otra versión que el filósofo propuso de esta misma cuestión -tal vez más genérica que la anterior- consistió en afirmar que en toda realidad hay opuestos. Sea por una u otra vía, cada realidad suponía o contenía su propia *negación*; ambas colisionan entre sí y de ese choque surgiría el movimiento. Estas ideas, que otorgaban un poder extraordinario a la negatividad, no pueden verse aisladas ni desconectadas del resto de su concepción idealista. La operatividad de lo negativo se hizo también patente en los tres tiempos de su dialéctica: puesta en marcha mediante una tesis que sufrirá una primera negación (antítesis); a ella le sigue una negación de la negación (síntesis), que supera los opuestos, reunificándolos. Llegado a ese punto, el movimiento comienza nuevamente. La negatividad propia del segundo momento de la dialéctica -la antítesis- fue convertida en motor del pensamiento, ella asegura el movimiento de la razón que evita la coagulación de las ideas.

Wittgenstein (1889-1951) elaboró una teoría interesante sobre la negación que, además, apoyaba su postulado acerca de que la proposición lógica no representaba objetos. Se expuso esta concepción en el Anexo al capítulo 5 –A₅.11.2. De Peano a Hilbert–. Allí se remite

Jean-Paul Sartre (1905- 1980) desarrolló su teoría sobre la negación en el contexto de la problemática de la nada. En el capítulo 1 de la primera parte de *El Ser y la nada* (1943), que lleva por título “El origen de la negación”, afirmó:

“Existe una cantidad infinita de realidades que no sólo son objeto de juicio sino experimentadas, combatidas temidas, etc., por el ser humano y que en su intraestructura están habitadas por la negación como por una condición necesaria de su existencia. La llamaremos *negatidades*.”

[...] Se hace imposible, en todo caso, relegar esas negaciones a una nada extramundana, ya que están dispersas en el ser, sostenidas por el ser y son condiciones de la realidad. (p. 57).¹⁴⁴

Explora, luego, diversas *negatidades* o “nadas”, tales como preguntar, estar a la expectativa, estar ausente o descubrir una ausencia, el faltar (*manquer*).

Jean Hyppolite (1907-1968) filósofo contemporáneo de Lacan y gran estudioso de Hegel, consideraba que las ideas de este último eran el fundamento de las principales corrientes filosóficas contemporáneas; de ahí el fervor con que estudió sus textos.¹⁴⁵ Realizó una lectura exhaustiva de *La Fenomenología del espíritu*; siguió ese texto a la letra e intentó desbrozar las oscuridades del mismo, sin cerrar los problemas con interpretaciones audaces, a la manera de Kojève. En la actualidad se valora su estudio sobre esa obra cumbre de Hegel como uno de los más completos e importantes. Enseguida se comentará su participación en un seminario de Lacan.

7.6.2. La negación en Lacan. El discordancial *ne* y el no-todo (*pas-tout*)

Tanto en los *Escritos* como en los seminarios pueden encontrarse muchas apostillas de Lacan sobre el artículo *La negación* de Freud. Además, por muchas de sus clases se encuentran esparcidas intelecciones que sirvieron para fundar un punto de vista propio sobre el tema, que se fue renovando con el paso de los años. En diferentes capítulos de esta tesis se expusieron sus maneras de acercarse al asunto. En III, 4.7.7 se refirieron las apoyaturas lingüístico-gramaticales con las que él procesó la negación; allí mismo se recordaron sus elaboraciones sobre la relación del discordancial *ne* -una de las formas de la negación en lengua francesa- y el *esebarrado*. En III, 5.6.3 y III, 5.6.4., se consideró el procesamiento lógico que hizo de esta categoría metapsicológica y se prestó especial atención a las articulaciones lógicas que introdujo en la negación; también se recordaron las dobles negaciones que inscribió en el cuadrante de Peirce.

Lacan invitó a Hyppolite participar en su clase del 10 de febrero de 1954; allí y entonces tuvo lugar su “Comentario hablado sobre la *Verneinung* de Freud”, que años más tarde fue incluido en el Apéndice de los *Escritos*. En aquella ocasión hizo una introducción a la exposición del filósofo y, después de la misma, algunas observaciones que fueron trascriptas bajo el título de *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite* (E II, pp. 142 y ss.); ambas intervenciones de Lacan incluyeron ideas importantes sobre su concepción de la negación. El filósofo, por su parte, se refirió a la determinación simbólica de la misma y a las raíces lógico-filosóficas del texto homónimo del vienés. Hizo también referencia al uso por parte de Freud de un término muy empleado y difundido por Hegel: *Aufhebung*. Le citó textualmente, para luego añadir un par de frases:

“Freud aquí nos dice: ‘La denegación es una *Aufhebung* de la represión, pero no por ello una aceptación de lo reprimido.’

[...] Presentar al propio ser bajo el modo de no serlo, de eso es de lo que se trata verdaderamente en esa *Aufhebung* de la represión que no es una aceptación de lo reprimido. El que habla dice: ‘esto es lo que no soy.’ No habría aquí represión, si represión significa inconsciencia, puesto que es consciente. Pero la represión subsiste en cuanto a lo esencial, bajo la forma de la no-aceptación.”

En su *Respuesta...* Lacan sentó las bases del concepto de forclusión, después de recordar las observaciones de Freud sobre la afirmación primordial (*Behajung*) y la expulsión (*Ausstossung*) - articuladas con el cercenamiento (*Verwerfung*), tal y como fue descrita en el “Hombre de los lobos”. Otros hitos notables de sus reflexiones fueron:

- Sus desarrollos sobre los tres registros de la falta: privación, frustración, castración, caracterizadas como matrices de la negación (véase clase del 7/1/62).
- La intervención de la castración -negatividad fundante- en la estructuración subjetiva; en esto, la función paterna cumple un rol esencial.
- Las fórmulas de la sexuación, en las que instrumentó la lógica del no-todo. Allí introdujo modificaciones en la escritura de la negación de los cuantificadores, tal como se comentó en III, 5.4. y III, 5.11.2.

7.7. La tónica lacaniana R.S.I. Hegel, Lévi-Strauss, Marx

Lacan reelaboró permanentemente aquello que, con razón, merece llamarse *su* tónica. Desde la primera versión del *EE* hasta el último de sus seminarios y escritos pueden encontrarse comentarios que fueron modificando, modulando, matizando lo dicho con anterioridad sobre cada uno de los registros. Hubo continuidad y saltos en dicha construcción; el último empuje significativo fue el *S 22*, dedicado íntegramente al tema. Al comienzo de su enseñanza las referencias fueron casi exclusivamente a lo imaginario; las consideraciones sobre lo simbólico aparecieron en los años cincuenta; en 1953 hubo un hito significativo: Lacan pronunció la célebre conferencia en cuyo título y desarrollo aparecían los tres registros reunidos por primera vez. De ese mismo año data su *Informe de Roma*. Sin embargo los desarrollos sobre lo real habrían de esperar casi tres lustros; fue con los nudos borromeos que aconteció un nuevo viraje: el pasaje desde una

teoría que concebía los tres registros en las estructuras, a otra, en que los tres registros constituían, en sí mismos, una estructura. Por esa misma época, más precisamente en la clase del 18 de marzo de 1975 del S 22, planteó la disolución de las jerarquías entre los registros. A partir de entonces los tres quedaron *homogeneizados* y dejó de existir subordinación alguna de un registro a otro; los tres se tornaron equivalentes y articulados borromeicamente.

En el contexto de la filosofía es difícil encontrar antecedentes que hagan alusiones a estos tres términos reunidos; pueden hallarse referencias ya sea a lo imaginario, ya sea a lo simbólico y algunas pocas a lo real. Aún considerados separadamente, las significaciones con que los filósofos utilizaron estos vocablos no coincidieron con las lacanianas. Tal vez la noción de lo simbólico haya tenido mayor presencia en esa disciplina. Si se toman como punto de partida las formulaciones más tempranas de Lacan -seminarios de los años cincuenta- se percibe que la noción de *intercambio* tuvo un peso importante en sus consideraciones sobre lo simbólico y en su manera de entender las relaciones humanas. Sea en la relación del yo con su propia imagen o con un semejante -espejamiento-, sea en la relación simbólica con el Otro -donde la palabra ocupa un lugar central-, la idea de intercambio estaba presente. Y no podían ser de otro modo en tanto las relaciones simbólicas forman parte de toda sociabilidad. Si se abre el abanico de significaciones de ambos vocablos hasta el extremo que las nociones de *simbólico* e *intercambio* se solapan parcialmente, podría afirmarse que Platón y Aristóteles fueron los primeros en aludir a lo simbólico. Claro está, sin referencia alguna a lo inconsciente.

Lévi-Strauss introdujo los sentidos más actuales del término. Lacan reconoció que había tomado de él la noción de eficacia simbólica. El antropólogo insistió en que todas las sociedades estaban fundadas sobre principios que regulaban los intercambios humanos, esencialmente los simbólicos.

En sus primeros seminarios Lacan utilizó el término intersubjetividad. Por ese entonces lo simbólico regulaba lo imaginario; imaginario en el que la impronta de Hegel era manifiesta. Por entonces, el psicoanalista entrevió en lo simbólico una posible salida a la tensión agresiva propia de las relaciones duales e imaginarias, inmortalizada en la dialéctica del amo y del esclavo. Lo simbólico fue concebido inicialmente desde la perspectiva de un pacto pacificante; era una forma de terceridad capaz de mediar y apaciguar. En este punto, justamente, Lacan tomó distancias del filósofo alemán.

El concepto propiamente lacaniano de lo simbólico, si bien mostraba algunas improntas lingüísticas, antropológicas, sociológicas, se fue cargando cada vez más de valencias psicoanalíticas. Todas y cada una de las categorías metapsicológicas comenzaron a ser consideradas a través del prisma de la tripartición de los registros, en que lo simbólico ocupó un lugar destacado especialmente en el segundo y tercer periodo de su producción. Los movimientos teóricos de la década de los años setenta supuso la irrupción fulgurante de lo real y la homogeneización del trío *RSI*. La articulación del mismo en el nudo borromeo ya fue comentada al inicio de este apartado.

Lo simbólico era para Lacan una estructura universal, que abarcaba todas y cada una de las manifestaciones de la existencia humana; incluyendo especialmente “la función y el campo de la palabra y del lenguaje”. Se trataba de un dispositivo básicamente inconsciente. El psicoanalista francés se situó en la senda de Freud al respecto, quien muy tempranamente señaló que lo sexual reprimido reaparecía en la consciencia a través de los síntomas, que eran una expresión *simbólica* de los conflictos psíquicos. Sin embargo las concepciones de Freud y de Lacan acerca de lo simbólico difirieron; mientras el vienés hizo hincapié en lo que ligaba al símbolo con aquello que representaba -relación entre el símbolo y lo simbolizado-, el psicoanalista francés remarcó la estructura del sistema simbólico y sus manifestaciones amplísimas en todas las actividades del sujeto y en lo social. En lo que a la estructuración subjetiva se refiere, remarcó insistentemente en que todo recién nacido se instalaba en un orden preestablecido que era también de naturaleza simbólica y que debía hacerlo suyo como parte de su proceso de subjetivación.¹⁴⁶

* * * * *

Jean-Joseph Goux¹⁴⁷ sorprende a sus lectores señalando que un antecedente de los registros R.S.I. puede encontrarse en *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx, de quien cita esta frase, a propósito del oro:

“Como medida de los valores, no es sino moneda ideal y oro ideal [el término imaginario es utilizado por el autor para esta misma función]; como simple medio de circulación, es moneda simbólica y oro simbólico; pero, bajo la simple forma de cuerpo metálico, el oro es moneda; o mejor aún, la moneda es oro real.” (Lo que está entre corchetes pertenece al autor).

Según Goux en ese escrito ya aparecían discriminados las tres dimensiones equivalentes a los registros de la tópica de Lacan:

“Tenemos tres registros de la cosa monetaria, correspondientes a tres funciones diferentes. La moneda como equivalente general realiza las funciones de medida de valores, de medio de intercambio e instrumento de atesoramiento. En esas tres funciones tiene existencias: ideal (o imaginaria), simbólica y real, respectivamente. Hay una superposición clara con los registros definidos por Lacan”.

Este último nunca afirmó explícitamente que hubiese tenido a Marx como referente para la elaboración de su tópica; en cambio, sí, reconoció su deuda con él en la elaboración del concepto de plus de gozar, en sus intelecciones sobre el síntoma y en la formulación de los cuatro discursos.

7.8. La temporalidad psicoanalítica. Heidegger, Sartre

Discípulos y comentadores de la obra de Lacan son, en general, más propensos a reconocer las influencias de Heidegger que las de J.-P. Sartre sobre la concepción de la temporalidad que elaboró el psicoanalista; en algunos casos menosprecian o, incluso, desconocen la presencia de las ideas del filósofo existencialista sobre el tiempo en sus *Escritos* y seminarios.^{148*} Tal vez se deba a que Lacan expresó con más fervor sus discrepancias con el pensador francés que con el filósofo alemán. ¿Habrá que tomar en consideración que las relaciones con Sartre fueron más ambivalentes? ¿O hubo escrúpulos a la hora de otorgar a un conciudadano y coetáneo el rango de fuente de ideas?^{149*} Lo cierto es que pese a sus estilos muy diferentes, muchos fragmentos de los libros de Sartre resuenan conceptualmente en los textos de Lacan. Aquí se apuntarán sólo las convergencias detectables en la cuestión de la temporalidad. Heidegger, en cambio, fue casi siempre elogiado por el psicoanalista, especialmente en la década de los años cincuenta. A lo ya dicho sobre el filósofo de la Selva Negra en este y otros apartados del presente capítulo, se añadirán, ahora, sus consideraciones sobre el tiempo y las categorías existenciales conexas. La perspectiva de ambos se presentará en los siguientes apartados, cuyos títulos evocan obras cumbres de cada uno:

7.8.1. El ser y el tiempo

7.8.2. El ser y la nada

7.8.1. El ser y el tiempo

Heidegger articuló el “querer tener conciencia” y “el estado de resuelto” con el ser-para-la-muerte y la temporalidad: se elige, porque “hay futuro”; además, elegir las posibilidades verdaderas, auténticas, supone descubrir indefectiblemente que ellas están en íntima relación con la posibilidad más propia del *Dasein*: la muerte. Por lo tanto, cualquier decisión que responda al llamado de la conciencia conlleva no sólo asumir responsabilidades respecto de esta o aquella posibilidad existencial concreta, sino que incluye, además, la *decisión anticipante de la muerte*. El *Dasein* que se anticipa a su muerte se sabe finito: asimiló que vivirá un tiempo concreto y que “tiene tiempo” de ser hasta su muerte. El *Dasein* resuelto tiene un presente (*Gegenwart*), pero además contempla su pasado (das *Gewesen*) y proyecta su futuro (*Zukunft*) desde la posibilidad de la muerte. Los tres tiempos verbales clásicos -pasado, presente y futuro- son éxtasis (*éktasis*) de la temporalidad.

El futuro es algo que está implícito en toda decisión que aproxime al *Dasein* a lo auténtico. Concebido desde la perspectiva existencial, el futuro no es un presente que todavía no ha llegado; esta es, justamente, la manera en que la tradición pensó al tiempo: como una entidad absoluta, viéndolo como un eterno presente. Para Heidegger, en cambio, el futuro es un “por-venir”: *Dasein*

advendrá según su propio “poder-ser”. Si el futuro es decisivo para el *Dasein*, también es cierto que en las elecciones y decisiones entra en juego el pasado y el presente. El pasado determina la situación actual del *Dasein*; el presente es consecuencia del pasado y una espera -no pasiva- del advenir: el presente prepara el futuro y, a la vez, es un estar “a la espera de”. Al caer el carácter absoluto del tiempo, éste se refiere y pertenece siempre a un *Dasein* en concreto: es el tiempo de cada quien. La temporalidad era para el filósofo del ser un fenómeno original del *Dasein*, propio del mismo; cuando el *Dasein* muere se acabó su tiempo; es imposible pensar el ser fuera del tiempo.

Ganar la autenticidad, abrirse al futuro propio, asumir la culpabilidad, permite que el ser culpable se convierta, en cierta medida, en el pasado del *Dasein*. Puede percibirse en este conjunto de ideas un planteamiento original sobre la relación del ser con el tiempo: no es un tiempo buscado sino uno que se ha presentado por sí mismo, como verdadero sentido del discurso sobre el *Dasein*; no es un absoluto concebido como entidad; además, funda una temporalidad del ser que no puede reducirse ni asimilarse al vector convencional: pasado → presente → futuro. Por cada uno de los tres propuso los siguientes modos verbales ajustados al *Dasein* los siguientes: “sido”, “siendo” y “adviniendo”, respectivamente.

Estas elaboraciones de Heidegger sobre la finitud, el precursar la muerte, el ser-para-la-muerte y, sobre todo, la temporalidad que le es inherente al *Dasein* han tenido influencias sobre la producción de Lacan de los años cincuenta. Por entonces, además de estar abocado a la reformulación *lingüística* del psicoanálisis –territorio en el que Heidegger también se hizo sentir (véase *supra*, III, 7.1.6.)–, Lacan se dedicó a reprocesar otros conceptos e ideas de gran trascendencia de la teoría psicoanalítica: inconsciente, rememoración, historia, historización, funcionamiento de la memoria, repetición, relación del analizante con su “pasado” y el tiempo, en general, etc. Los elementos principales de la concepción lacaniana sobre la temporalidad psicoanalítica fueron reseñados en III, 2.5.5.; ellos funcionarán como telón de fondo de lo que se dirá en las páginas siguientes. Allí mismo se transcribieron algunos párrafos de *FCPP* (1953) en los que pueden percibirse las influencias del filósofo del ser sobre esta cuestión. En otro escrito suyo –*TLAC*– se refirió a los tiempos lógicos de esta manera:

“Pero captar en la *modulación* del tiempo la función misma por donde cada uno de esos momentos, en el tránsito hasta el siguiente, se reabsorbe en él, subsistiendo únicamente el último que los absorbe, es restituir su sucesión real y comprender verdaderamente su génesis en el movimiento lógico.” (Las cursivas son del autor; *E I*, p. 28).

Esta perspectiva lógica, distinta de la cronológica, supone que cada tiempo reabsorbe el anterior: no se trata de una simple progresión -al gusto de las concepciones psicogenéticas o madurativas- sino de otra temporalidad. En ella, los acontecimientos ulteriores otorgan una nueva significación a lo vivido anteriormente. En otros términos: se significa y organiza retroactivamente lo ya acontecido; se modifica la interpretación que el propio sujeto dio a los eventos vividos por él. Desde esta perspectiva, el último tiempo de la serie subsume a todos los precedentes. Lacan también formalizó estos tiempos mediante una de sus habituales escansiones ternarias: instante de ver, tiempo de comprender, momento de concluir. Asimismo, esta manera de concebir la temporalidad quedó articulada con su tópica: tiempo *real*, tiempo *simbólico*, tiempo *imaginario*. El apogeo del influjo heideggeriano persistió poco más allá de los años cincuenta y ha sido especialmente notable en los escritos recién aludidos y en algunos otros de la misma época, en que, además, se daba cita a Saussure y Lévi-Strauss. Luego, se produjo un distanciamiento lento del filósofo -también del antropólogo-; ello ocurrió a medida que su teoría del significante quedó inmersa en la lógica y las matemáticas (teoría de los conjuntos), que hicieron manifiesta su aspiración de incluir al psicoanálisis en el campo de la ciencia moderna. El abismo se ahondó con el correr de los años, a partir de las últimas conceptualizaciones lacanianas sobre el goce, las fórmulas de la sexuación, la función fálica y las nuevas maneras de entender la castración. Esas ideas fueron muy ajenas a las disquisiciones del filósofo de la Selva Negra, pero se traen a colación para subrayar que el cambio de rumbo emprendido le separó más aún del pensador alemán. ¿Desapareció completamente Heidegger de la teoría lacaniana? No; algo quedó de la antigua “fraternidad en el decir”: se lo puede captar en aquello que, elaborado al promediar el siglo XX, persistió hasta el final

de la enseñanza del psicoanalista. También la teoría de Lacan -y, por lo tanto, el destino de las influencias recibidas en cada época- pueden ser leídas en función de los tiempos lógicos.

La frase siguiente, extractada de *FCPP* permitirá apreciar una diferencia esencial para Lacan entre historia y pasado, deudora, en gran medida, del pensamiento heideggeriano:

“Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia; es decir que le ayudamos a perfeccionar la historización actual de los hechos que determinaron ya en su existencia un cierto número de ‘vuelcos’ históricos.” (p. 82).

Esta forma de restitución del pasado abre la función del tiempo en la realización del sujeto. La historia no es el pasado, la historia es el pasado historizado en el presente. Desde esta perspectiva, el analista no debe empeñarse en la búsqueda del pasado del analizante, para reconstruirlo a la manera de un arqueólogo; ese pasado está presente en el *presente* del sujeto, que a su vez se abre inexorablemente al futuro.

El pasado se va constituyendo retroactivamente, a partir de las nuevas experiencias y de las resignificaciones que le son correlativas. Paradojalmente, el pasado no está en el *pasado* sino en el presente resignificado (y resignificador). El pasado no es una reliquia arqueológica, mejor o peor conservada. La historización del sujeto propuesta en la cita está fundada en las peculiaridades de la temporalidad psicoanalítica. El sujeto es histórico en tanto es capaz de asumir la historización de su pasado en el presente. Esta concepción de la historia subjetiva es muy diferente de la imperante en los contextos psicoanalíticos adeptos a las teorías evolutivas; allí, los fundamentos teóricos incitan a recuperar un pasado desde el que se habría progresado –atravesando etapas fijas y preestablecidas– en función de la maduración de la libido. Abraham ha sido, en cierto sentido, el padre de tal prole de analistas.

En *FCPP* Lacan afirmó:

“Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de *lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser.*” (p. 117; las cursivas son mías).

Esta es la temporalidad tal como Lacan la entendía. Las resonancias con las ideas de Heidegger son de nuevo patentes. La realización del sujeto en la cura analítica implica una temporalización que puede referirse sucintamente mediante las palabras puestas en cursivas en la última parte de la cita.

- *Lo que yo habré sido*: futuro anterior: anticipa situaciones por venir que repercutirán sobre el pasado; se trata de una conjetura inespecífica sobre lo venidero que actuará retroactivamente, modificando -paradoja de las paradojas- la significación de lo ya acontecido. El futuro “transforma” el pasado.
- *Para lo que estoy llegando a ser*: es el “adviniendo” de Heidegger, una suerte de tiempo continuo, abierto al “por-venir”. Tiempo de espera, de la acción no acabada; también, de apertura al futuro.

El tiempo concebido psicoanalíticamente genera un *suspense* perpetuo, una intriga constante, una incertidumbre que apenas apagada con una nueva experiencia, renace enseguida. Cada acontecimiento novedoso percute sobre los dos polos de la temporalidad -pasado y futuro-, siempre abiertos. Nunca podrán darse por acabadas las resignificaciones retroactivas; nada está sellado definitivamente; nada queda clausurado mientras haya vida. “*Lo que estoy llegando a ser*” determinará lo que habré sido.

Cada acontecimiento futuro puede “modificar” *otra vez* el pasado, resignificación mediante. La noción de causa en psicoanálisis quedó articulada con lo inconsciente y la resignificación retroactiva. Ese pasado “presentificado” condicionará, a su vez, al futuro, “*lo que estoy llegando a ser*”, que no dejará de retroactuar sobre lo vivido anteriormente, proveyendo nuevas resignificaciones del mismo.

7.8.2. El ser y la nada

Esta obra fundamental de Sartre contiene los elementos nodales de su concepción de la temporalidad y del sujeto. Se complementará lo que dijo en ese libro con otras ideas extractadas de *La crítica de la razón dialéctica* (1960) y *Los cuadernos para una moral* (edición de 1983, Gallimard, Paris). En el capítulo II de la segunda parte de *El ser y la nada* encaró la fenomenología de las tres dimensiones temporales y la ontología de la temporalidad. El sujeto, escribió, no se decide a partir de su pasado; no es un simple efecto de lo que ya está escrito. La temporalidad sartreana -al igual que la de Heidegger- se abre al horizonte del futuro. Para Sartre, el futuro -lo que yo seré- es el que decide el sentido de lo que yo he sido. El pasado no determina el Para-sí; más bien es el Para-sí, entendido como proyecto, el que acaba significando lo que él ha sido. La historización que propuso Lacan en *F CPP* tiene ecos del pensamiento sartreano. El filósofo criticó al psicoanálisis por su énfasis en la determinación del sujeto por su historia infantil; consideró que tales ideas estaban afectadas por una concepción lineal y poco consistente de la causalidad.

En *Los cuadernos para una moral* se encuentran consideraciones que suenan muy familiares para los lectores del psicoanalista francés: no hay sujeto en el nacimiento; en cambio, hay objeto; se empieza la vida siendo objeto. El comienzo es sin posibilidades propias. “Tomados, llevados, tenemos el futuro de los otros”. Sartre percibió con claridad aquello que años más tarde vendría a formar parte de la doxa lacaniana: la llegada al mundo en calidad de objeto, preexistencia de un mundo ya constituido; indefensión del recién nacido; determinación por el Otro y el otro, etc. En *El ser y la nada* puede hallarse comentarios parecidos:

“Hay significaciones que se dan en mí como no habiendo sido puestas en juego por mí. Yo, para quien las significaciones vienen a las cosas, me encuentro comprometido en un mundo significante y que me refleja situaciones que yo no he puesto allí.”

Para Sartre era fundamental la determinación de lo exterior en la constitución del sujeto. En *La crítica de la razón dialéctica* afirmó que un sujeto es un vacío de ser; su punto de partida es la exterioridad. El sujeto no es sino la interiorización de esa exterioridad que le antecede y rodea. Si este es el tiempo segundo; el primero no puede ser otro que el de ausencia de interioridad; el vacío antes aludido, el anonadamiento. El sartreano es también -al igual que *elosebarrado*- un sujeto vaciado, desustancializado. La existencia como trascendencia -tesis sartreana por excelencia- presupone que la interioridad es inexistente y que esto mantiene la apertura constante al Otro. Este abocamiento al Otro determina la trascendencia del sujeto. La re-exteriorización de esta exterioridad interiorizada constituye la libertad del sujeto. Cabe decir que este sujeto vacío, carente de interioridad, desustancializado, no le condujo -como a Lacan- a una teoría del inconsciente sino a una doctrina de la conciencia autosuficiente.

7.9. La agresividad, correlato de las identificaciones imaginarias. Hegel

Las identificaciones imaginarias, con todas sus ramificaciones conceptuales, será el tema central del capítulo 10 de esta tercera parte; se remite a él, para evitar reiteraciones. Aquí se señalarán brevemente las conexiones de las mismas con la agresividad, como paso previo a la reseña de los antecedentes filosóficos de sus elaboraciones sobre esta última; esencialmente, Hegel.

El psicoanalista francés postuló que la agresividad era constitutiva de lo humano; por lo tanto, la consideró universal: se manifestará, con mayor o menor intensidad, en todos los sujetos. Ella aparece como un correlato inevitable del narcisismo, a su vez, producto de las identificaciones imaginarias. Estas últimas, tempranamente descritas en *EE*, *LF* y *AP*, fueron conceptualizadas como fundadoras del yo y del registro imaginario; se consumaban gracias al poder estructurante de la imagen del otro (semejante). Antes de dedicarle un texto específico -*AP* (1948)- Lacan ya había hecho referencia a la agresividad en *LF* (1938), donde la relacionó con el asesinato imaginario del hermano, en el contexto del complejo de intrusión (véase III, 3.3. y III, 10.7). En *AP* se explayó extensamente sobre el tema mediante cinco tesis, cuya enunciación y desarrollo constituyeron el cuerpo central de ese escrito. En la primera tesis sostuvo que la agresividad se manifiesta en una experiencia que es subjetiva por su

constitución; en la segunda, la vinculó al cuerpo fragmentado; en la tercera la articuló con la clínica psicoanalítica. La cuarta, que interesa especialmente al tema tratado en este apartado, enunció taxativamente que la agresividad es correlativa de las identificaciones imaginarias; la consideró, por lo tanto, como la otra cara del narcisismo. El yo, capturado en el registro imaginario, se ve invadido por los celos, la rivalidad, la competitividad; la sola presencia de otro, vivido como enemigo en tanto puede ocupar su lugar, despierta la agresividad. Sólo más tarde, con la instauración del *Ideal del yo* aparecerán los primeros signos de pacificación. En la quinta y última tesis afirmó que la agresividad tenía un papel importante en la neurosis moderna y en el malestar de la civilización.

Durante el desarrollo de estas tesis de *AP*, aunque también en *LF* y *EE*, es perceptible la influencia de la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel, cuyos tres momentos son patentes en cómo Lacan entendió el narcisismo. También se encuentran huellas de dicha dialéctica en *IT* (1951), en su concepción sobre la simbolización de lo imaginario, en la temporalidad psicoanalítica y en los tiempos lógicos.

Se acabará este apartado señalando las principales diferencias entre este filósofo y Lacan, motivadoras de la bifurcación de caminos. La relación dual y especular no parece tener en Hegel otra salida que la muerte del otro; la muerte era, para él, el amo absoluto. Para Lacan, en cambio, había otra posibilidad: la regulación simbólica de lo imaginario, que entraña una cierta pacificación y un pacto posible, auspiciado por la presencia de un tercero mediador. El amo absoluto para Lacan dejó de ser la muerte; su lugar fue ocupado por la castración. Las distintas ópticas con que encararon la cuestión del Otro fue un motivo adicional de distanciamiento, tal como se vio en 7.1.7.4.

7.10. La causalidad psíquica. Las causas en filosofía y en psicoanálisis

La identificación es causa de lo psíquico; esta frase escueta podría servir de introducción a cualquier texto psicoanalítico sobre la estructuración subjetiva. Dicha sentencia reafirma que la conformación de todo nuevo sujeto tiene en la identificación su causa última. El psicoanálisis -las tres teorías que se están cotejando lo ratifican- está incluido dentro de las concepciones deterministas: reconoce que la estructuración de lo psíquico tiene por causa la identificación. Ella interviene de manera paradigmática en la transmisión psíquica que se realiza entre una generación y la siguiente. De ahí que la problemática de la identificación se superponga en buena medida con las elaboraciones teóricas sobre la causalidad psíquica.

Así pues, lo psíquico surge de lo psíquico de aquellos que conforman el contexto objetal del cachorro humano que llega al mundo. Lacan se opuso a las concepciones biológicas, que consideran que lo psíquico nace de lo somático. En todo caso, la biología era para él un sustrato necesario para que aconteciera el surgimiento de una nueva subjetividad, pero eso no significaba que fuera la *causa* de lo psíquico. Lacan rompió decididamente con cualquier atisbo de biologismo en psicoanálisis; incluso, con las trazas del mismo presente en la teoría freudiana. Su obra puede verse como un monumento a la causalidad psíquica inconsciente: todas las estructuras clínicas, incluso la psicótica, responden al determinismo psíquico, con punto de partida en el inconsciente parental.^{150*} De allí provienen los significantes (rasgos unarios) que engendran al sujeto, tal como se desprende de lo afirmado en *PI*:

“El efecto del lenguaje es la *causa* introducida en el sujeto. Gracias a este efecto [el sujeto] no es *causa* de sí mismo, lleva en sí el gusano de la *causa* que lo hiende. Pues su *causa* es el significante sin el cual no habría ningún sujeto en lo real.” (*E II*, p. 371; Las cursivas y lo que está entre corchetes es mío).

Lacan debe ser incluido en las huestes causalistas; no consideraba superflua la noción de causa, como sería el caso de los indeterministas (Hume, Russell y otros). En ese contexto, su posición ha sido más radical que la de Freud.

Ahora bien, lo inconsciente como causa no interviene sólo en la estructuración del sujeto; una vez que éste ha sido constituido como dividido, su eficacia determinante se hará también patente a través de las llamadas *formaciones del inconsciente* -lapsus, sueños, síntomas, actos fallidos, chistes- que este nuevo *esebarrado* producirá. Junto a esta forma de determinismo -que

tiene su motor en el inconsciente y en la repetición significante- Lacan propuso otra, en la que lo Real actúa como causa: la *tyche*. Ambos tipos de determinismos fueron tratados por él en el *S II*, donde también reprocesó el concepto de repetición a la luz de la teoría causal.

Estas tres facetas de la causalidad psíquica en la teoría lacaniana serán expuestas a lo largo de este apartado que, como los anteriores, ofrecerá a manera de introducción el tratamiento de la noción de causa en la filosofía. Para el abordaje de estas cuestiones se seguirá el siguiente orden:

7.10.1. Las causas en el contexto filosófico

7.10.2. La identificación como causa: estructuración de un nuevo sujeto psíquico

7.10.3. Determinismo inconsciente una vez estructurado el sujeto

7.10.4. Lo Real como causa

7.10.1. Las causas en el contexto filosófico

Si bien habrá una perspectiva histórica en el panorama que se ofrecerá, el interés estará puesto más en los hitos y giros del pensamiento filosófico sobre este asunto que en la secuencia cronológica. Se partirá de algunas consideraciones etimológicas; se sabe que tanto en griego como en latín el vocablo *causa* se utilizaba en el lenguaje jurídico; el término *αἴτια* -traducido al castellano por *causa*- significaba acusación o imputación. Se retendrá, para posteriores comentarios, esta última acepción. Parece comprobado que en latín *causa* derivó del verbo *caveo*, cuyo significado era -llamativamente- opuesto al que tenía en la lengua helénica, a saber: “me defiendo”, “paro el golpe”, “tomo precauciones”. Vestigios de estos usos jurídicos antiquísimos pueden encontrarse en el Derecho actual en expresiones como las siguientes: causa penal, causa criminal, causa civil, encausado, se abrió una causa, la causa está vista para sentencia, la causa está cerrada, etc.

El otro sentido de causa -el que la considera origen y motivo de determinados efectos-, de uso muy extendido en filosofía, en ciencias naturales y en el lenguaje corriente, no parece haber derivado de estos empleos jurídicos originarios, aunque la idea de *imputación* recién aludida sugiere, de manera muy vaga y lejana, esa cuestión: se imputa algo a alguien (o a algo). O sea que también desde la antigüedad, dicha palabra fue utilizada con esa segunda significación: producción de algo de acuerdo con ciertas normas o con acuerdo a una ley que regiría para acontecimientos de la misma especie. Con este otro sentido se la empleaba cada vez que se quería dar cuenta del surgimiento de algo a partir de algo; servía para establecer una relación de tipo causa-efecto. Tal es, precisamente, el uso más difundido en la actualidad; su significado es claro, patente, a primera vista; sin embargo, resulta difícil definirlo con rigor. En términos generales, cuando se habla de causalidad, se adjudica a algo la capacidad de producir determinados fenómenos en un contexto dado; se llama causa a ese algo y efecto, a los fenómenos producidos. Esta idea exige que entre la causa y el efecto exista una relación *necesaria*¹⁵¹, o al menos regular y ampliamente reiterada; no se trata pues de una simple sucesión temporal entre dos acontecimientos. Se considerará entonces causa a aquello que tiene la capacidad habitual de producir determinados efectos. En otros términos, causa es lo que por su acción genera consecuencias precisas y de manera estable.

Las teorías causales son las encargadas de estudiar los diferentes tipos de enlaces entre las causas y los efectos. Cuando se afirma que algo es la causa de tales efectos se sostiene implícitamente que es la razón o el motivo de la producción de los mismos. Como se verá más adelante, en los contextos filosóficos y científicos se suele utilizar con significados más o menos similares -cosa que no ha dejado de provocar confusiones- varios términos que guardan una cierta afinidad entre sí; por ejemplo: fundamento, razón, finalidad, principio, explicación, etc.

Aristóteles fue el primer filósofo que elaboró un estudio detallado sobre la causalidad. Lo más célebre de su doctrina fue expuesto en *Metafísica* y en *Física*. En esta última puede leerse: “es menester que todo lo movido se mueva a partir de algo”. En *Metafísica* -considerada como la rama de la filosofía que debía buscar las causas primeras- afirmó: “todo lo que ocurre tiene lugar a partir de algo.”^{152*} Consideró que las causas debían ser finitas en cuanto a su número y propuso las cuatro siguientes: causa *formal*, causa *material*, causa *eficiente* y causa *final*. Señaló, además, que si se tomaba en consideración el ser de las cosas desde una perspectiva estática, la forma y la materia que

las constituían eran suficientes para explicarlas; si en cambio se las encaraba dentro de una perspectiva dinámica -es decir: en su engendramiento, en su devenir, en su desgaste o destrucción- las dos primeras variantes enunciadas resultaban insuficientes; se requería tomar en consideración el otro par: la causa *eficiente* -motor, agente o principio del cambio- y la causa *final* (lo teleológico), o sea la finalidad a la que tiende el devenir. La causa final hace presente la nueva realidad a la que se pretende llegar.

Se entrevé en lo dicho hasta ahora que para Aristóteles estas causas habrían de combinarse siempre: la causa final -o el *para qué* se hace algo; por ejemplo, una copa- debe estar presente desde el principio en la mente del artesano *eficiente*. Saber sobre el fin es imprescindible tanto para elegir los *materiales* con los que se hará la copa como para darle la *forma* adecuada a su futuro uso. La causa final se plasma en la realización del objeto, en el acto creativo. La copa será distinta -en su forma y tal vez en su materia- si se la empleará para beber cotidianamente o si será utilizada para el culto religioso. El trabajo del artífice es la causa *eficiente* que engendra tales objetos. La misma combinación de causas intervendrían en la creación de una escultura; el artista sería la causa eficiente; la causa material: la piedra o bronce; la formal: la idea que impulsa su ejecución; la causa final: aquello a lo que se tiende o aspira.

Para Aristóteles, la relación causa efecto estaba totalmente inmersa y relacionada con la *ousia* (sustancia); era inseparable de esta cuestión.¹⁵³ Sus cuatro variedades de causa son las diferentes maneras de manifestación de las sustancias en tanto tales. Para el Estagirita, que algo produjese efectos era más por ser sustancia que por ser causa. La sustancia era el principio de todas las modificaciones; tanto de las propias como de las producidas sobre otras sustancias. La teoría aristotélica de la causalidad estaba embargada por el sustancialismo y, por lo tanto, inmersa en la ontología.

Los filósofos **estoicos** además de compartir buena parte de las ideas recién expuestas, introdujeron algunas perspectivas diferentes en la noción de causa: la asociaron a un acto de creación, semejante y a la vez diferente del engendramiento que más conocían: el biológico. El acto de engendramiento incluía para ellos una cierta imitación, pero la resultante final debía ser algo distinto, original. Lo creado tendría analogía, semejanza, con otros objetos, pero no igualdad. Será de utilidad retener estas precisiones de los filósofos del “Pórtico Pintado” en tanto pueden considerarse antecedentes filosóficos de la *singularidad* del *esebarrado* engendrado por la identificación, salvedad hecha con la noción de imitación, que los estoicos sólo supieron sortear parcialmente -a Freud le sucedió lo mismo en su teoría identificatoria-. Por el contrario, lograron establecer una cierta articulación entre la semejanza y la diferencia, aspecto este esencial en la TIL.

Plotino (205-270 después de Cristo), retomó la noción de engendramiento recién comentada pero, dada su orientación religiosa, la condujo hacia la idea de creación divina. La *emanación* fue central en su sistema (véase 7.4.1.), de ahí que las diferencias con el psicoanálisis sean notables; para este último lo psíquico no surge por ninguna emanación -ni divina ni del cuerpo-; proviene de los significantes (rasgos unarios) del Otro:

“Que el Otro sea para el sujeto el lugar de su causa significativa no hace aquí sino motivar la razón por la que ningún sujeto puede ser causa de sí. Lo cual se impone no sólo porque no sea Dios, sino porque ese Dios mismo no podría serlo, si hemos de pensarlo como sujeto -san Agustín lo vio perfectamente al negar el atributo de causa de sí al Dios personal.” (PI, E I, pp. 376-377).

En esa misma corriente religiosa de Plotino se inscribieron muchos filósofos medievales, para quienes la Causa creadora residía únicamente en Dios; la realidad surgía de la nada, por creación del Todopoderoso. Para muchos escolásticos, la causa era, sobre todo, una expresión de la voluntad del Altísimo: la única, última y verdadera causa eficiente, ya sea porque Él actuaba continuamente, ya sea por que las sustancias quedaron reguladas de una vez y para siempre por esa intervención del Poder Celestial. Para Santo Tomás, la causa era aquello a lo cual algo sigue *necesariamente* -otra vez la misma categoría de la lógica modal que subraya el carácter obligatorio de que algo acontezca-. También sostuvo que la causa es aquello de que procede algo (lo causado).

La filosofía posterior fue perdiendo progresivamente su maridaje con lo teológico; a principios de la época moderna -siglos XVII y XVIII- comenzó a prevalecer la variedad *eficiente* de causa.

Hubo grandes debates entre los racionalistas, seguidores de Descartes y Leibniz y los empiristas, guiados por el pensamiento de Locke, Berkeley, Hume, etc. Los primeros equipararon causa a razón; esto hizo que la relación causa - efecto fuera muy parecida sino idéntica a la relación principio - consecuencia: si A es causa de B; A es también principio de B y viceversa. Este modo de pensar fue defendido también por Spinoza. Los racionalistas se topaban con una paradoja: para entender racionalmente el efecto, éste tenía que estar incluido de alguna manera en la causa. Pero si lo estaba no habría, en sentido estricto, efecto. La resolución del dilema consistió en entender estos principios racionalistas -“la causa es igual al efecto”, “la causa está al mismo nivel que el efecto”- en un sentido muy amplio: tiene que haber correspondencia entre la causa y lo causado, ya que de otro modo no se entendería cómo se ha producido el efecto. El racionalismo mostraba también una férrea voluntad de evitar la creación *ex nihilo*.

Entre los empiristas, **Locke** se interesó por el origen de la noción de causa y afirmó que ‘causa’ es lo que produce cualquier *idea* simple o compleja. En esa misma línea Hume fue más radical: las relaciones necesarias se dan solamente entre ideas, no entre hechos. Éstos últimos se hallan relacionados de manera *contingente*; se conjetura -se supone, se cree-, por la frecuencia con que unas cosas se suceden a otras, que entre ellas existe una relación causa efecto. Sin embargo, sólo se podría decir que un hecho es regularmente seguido por otro; insistieron en que enunciados de ese tipo eran descriptivos, más que causales. Según ellos, el hábito genera la *creencia* de que existe entre ellos un nexo causal. El establecimiento de tal enlace no deja de ser arbitrario: es imposible afirmar con certeza la existencia de una fuerza o un poder que determine tales efectos a partir de tal causa. **Hume**, idealista y escéptico, argumentó incansablemente sobre la inconveniencia de establecer ese tipo de relación causal: por más que se busque sólo se encontrará un conjunto de acontecimientos -las mal llamadas causas- y otro conjunto de acontecimientos - denominados incorrectamente efectos- “unidos” secuencialmente, pero sin que eso signifique que están “conectados”. Transformar esa sucesión en certeza causal sería fruto de prejuicios, creencias o supersticiones. Tal costumbre está muy extendida por la inveterada tendencia de los humanos a establecer, primero, vínculos entre hechos y experiencias; y segundo, por considerar tales relaciones como conexiones necesarias y permanentes. Russell, en pleno siglo XX, siguió en cierto sentido el camino trazado por Hume, tal como se verá enseguida.

Kant fue un determinista firme; consideraba que las ciencias naturales -la física, como paradigma- serían imposibles sin el establecimiento de hipótesis sobre la sucesión de los fenómenos en base a una rigurosa relación de causa efecto. La construcción de la ciencia y de la realidad requiere la categoría de causalidad. Si se pone como telón de fondo la *Crítica de la razón pura* y otras obras suyas que contengan elaboraciones gnoseológicas, puede entenderse con facilidad que para él, la causalidad no se encuentre exclusivamente en la realidad; la idea de la relación causal es introducida por el sujeto cognoscente. Esta aparente coincidencia con Hume sobre la injerencia de lo subjetivo en dicho contexto se rompió rápidamente: según el filósofo de Königsberg la relación causal no era una simple creencia ni una suposición basada en el hábito; la causa no estaba enteramente en la realidad aunque tampoco sólo en la mente. Las leyes científicas debían ser, según Kant, universales y necesarias; llegar a ellas suponía un procesamiento de *lo dado* mediante las categorías *a priori* de la sensibilidad, el entendimiento y la razón.

Un lugar especial merecerá Franz **Brentano**, en tanto ofreció otras perspectivas para pensar el determinismo.^{154*} Este filósofo, gran conocedor de las tesis racionalistas, empiristas y trascendentales kantianas, supo navegar en esas aguas procelosas, señalando las coincidencias y divergencias que mantenía con ellas. Acabó proponiendo una visión propia de la causalidad. Consideraba que la relación causa efecto no era equivalente a la relación principio consecuencia. Al afirmar esto, se ponía del lado de Hume. Pero, al agregar que los fenómenos no se encadenaban causalmente sólo por la frecuencia con que se sucedían ni únicamente en base a creencias subjetivas o hábitos, tomó distancias del empirista, para otorgarle un cierto crédito a Kant. Sin embargo, según Brentano, ni uno ni otro señalaron el camino adecuado: habría una permanencia de la causa en el efecto, pero esto no significaba que la causa contuviese previamente al efecto -tesis que como ya se enunció, era la de los racionalistas-. Sin la causa no habría efecto, pero no habría efectos sólo por haber una causa. Se volverá sobre esta idea de Brentano -permanencia de la causa en el efecto- en 7.10.2 y en la cuarta parte de este trabajo.

La fenomenología aceptó en términos generales la noción de causalidad pero los filósofos adscriptos a ella subrayaron la importancia de la intuición para captar las posibles *relaciones* entre la causa y lo causado.

Aquellos pensadores que se han dedicado a la filosofía y epistemología de las ciencias han tratado de especificar y, a la vez, matizar el concepto de causa. Las vías para lograr tales objetivos han sido múltiples; entre ellas, relacionar dicho concepto a otros afines, como podrían ser los de condición, relación, ley, función.

J. **Stuart Mill** (1806-1873) consideraba que la causa debía ser un antecedente invariable; dio a la causalidad un giro que la acercó más a la idea de *condición* de posibilidad para que algo aconteciera. Estas ideas podrían ser derivadas hacia la causalidad psíquica; por ejemplo: permiten pensar lo biológico como condición de posibilidad para el surgimiento de lo psíquico, sin que ello implique que la psique brote del soma.

E. **Meyerson** (1859-1933), químico de formación y epistemólogo de las ciencias, sostenía que el científico debía buscar una explicación cierta de los fenómenos; la ciencia no es ficción ni hipótesis sin fundamentos y debe encaminarse hacia el descubrimiento de causas verdaderas. Para él, la causalidad es inherente a la razón; esta exige enlazar de algún modo los antecedentes con los consecuentes; defendió la existencia de una causalidad científica diferenciada de la teológica.

B. **Russell** (1872-1970) fue más bien un indeterminista; afirmaba que la ciencia podría prescindir de la noción de causa sin grandes pérdidas para sus fundamentos ni para la inteligibilidad de las teorías científicas. Russell se reveló contra Kant: la causa que el filósofo establecía era externa a los hechos e introducida por el entendimiento y la razón. Consideraba que prácticamente todo suceso se podían explicar apelando a leyes científicas ya establecidas, que fijan correlaciones constantes, sin necesidad de utilizar palabras como causa y efecto.

También se ha entendido la noción de causalidad en un sentido modal: así como habría verdades necesarias, contingentes, posibles e imposibles también habría asociaciones de tipo causa efecto que podrían seguir las mismas pautas. Que un objeto caiga al suelo desde una estantería, porque perdió su apoyo en la misma, es una relación causal *necesaria*, explicada por la ley de la gravedad; pero que ese mismo objeto estuviera situado en el momento previo a su caída delante de los tomos VIII y IX de las Obras Completas de Freud, era absolutamente *contingente*. Es *posible* que una corriente de aire lo desplace, ahora, por el suelo hasta el escritorio, situado a unos metros de la biblioteca, pero es *imposible* que suba y vuelva a situarse en su lugar inicial. La vertiente lógica en la causalidad propugna cierta ordenación del pensamiento para llevar a cabo deducciones correctas.

7.10.2. La identificación como causa: estructuración de un nuevo sujeto psíquico

Ya se ha dicho: la identificación opera como causa de lo psíquico y ello puede acontecer en tanto el recién nacido es dueño de una biología capaz de funcionar como sustrato para que el psiquismo pueda estructurarse a partir de lo psíquico del entorno objetal. La identificación lacanianamente concebida transporta e implanta significantes -materia psíquica, simbólica- desde el Otro al candidato a sujeto. El nuevo sujeto barrado surge de otros sujetos, también barrado, que encarnan al Otro.

“Tenemos por origen el dato de que ningún sujeto tienen razón para aparecer en lo real, salvo que existan allí seres hablantes. Es concebible una física que dé cuenta de todo en el mundo, incluyendo su parte animada. Un sujeto sólo se impone en éste por la circunstancia de que haya en el mundo significantes que no quieren decir nada y que han de descifrarse.” (PI, p. 376).

Es indispensable el psiquismo de aquellos que acogen al recién nacido para que surja lo psíquico del *infans*. Los objetos primarios implantan los significantes -rasgos unarios- que engendran al *esebarrado* vía identificaciones simbólicas. Y serán estos mismos objetos los que en posición de pequeño otro (semejante) aporten las imagos para conformar al yo, por medio de las identificaciones imaginarias. A continuación se abordará la estructuración subjetiva y la identificación como causa de lo psíquico a través de comentarios a dos citas de Lacan.

“[...] no sería gratuito para los psicoanalistas volver a abrir el debate sobre la *causa*, espectro imposible de conjurar por el pensamiento, crítico o no. Pues la causa no es, como se dice también del ser, una ilusión de las formas del discurso —se la habría disipado ya. Perpetúa la razón que subordina al sujeto al efecto significante.” (De *PI*, p. 375).

* * * * *

“Esto se formularía a partir de la fórmula clásica *ablata causa tollitur effectus* —sólo tendríamos que subrayar el singular de la prótasis, *ablata causa*, poniendo en plural los términos de la apódosis, *tolluntur effectus*— lo cual significaría que *los efectos sólo andan bien en ausencia de la causa*. Todos los efectos están sometidos a la presión de un orden transfactual, causal, que pide formar parte de su ronda, pero si se cogen bien de la mano, como en la canción, obstaculizarán a la causa para que se inmiscuya en ella.” (*S 11*, clase del 15/4/64). [La versión de Barral editores, 1977, Barcelona, es apenas diferente].

La primera cita no ofrece grandes dificultades; Lacan, determinista, aboga por la reapertura del debate sobre la causa en el ámbito psicoanalítico, considerándola una problemática insoslayable. Tras haber expurgado de su pensamiento todo rastro de biologismo, insistió de mil maneras en la causalidad psíquica y en articular el surgimiento del sujeto al significante como causa. Un célebre aforismo suyo lo afirmaba de manera condensada: la identificación es causa de lo psíquico.

En la segunda se percibe su estilo gongoriano habitual. La comprensión de esta frase requerirá algunas aclaraciones previas; ellas permitirán desmigalar su contenido; se podrá observar, de paso, uno de los procedimientos que usaba con frecuencia en sus A+T. En esta ocasión —lo dijo explícitamente— introdujo una pequeña modificación: puso en plural la apódosis y luego invirtió la fórmula latina haciendo referencia, primero, a los efectos y después, a las causas. Por último dio su opinión sobre las relaciones entre causa y efectos —estos últimos sólo andan bien en ausencia de la primera, dijo— añadiendo, enseguida, que los efectos obstaculizan a la causa inmiscuirse entre ellos. Como telón de fondo, sus reflexiones sobre la causalidad psicoanalítica. Se procederá a un estudio de dicha frase. En primer lugar, las referencias a la apódosis y a la prótesis nos remiten a la parte de la gramática que se ocupa de la sintaxis y, más específicamente, de las oraciones condicionales. Estas últimas están conformadas por dos partes: la prótasis y la apódosis; la primera introduce un supuesto y la segunda señala los efectos —los resultados, las consecuencias— de lo expresado por la condición. La prótasis es una oración subordinada que forma parte de una oración condicional. Esta última suele comenzar con la conjunción “si”. Un ejemplo elemental sería: *Si mañana llueve no iré al parque*. Puede apreciarse desde ya cierto parentesco con las llamadas implicaciones lógicas estudiadas en III, A₅.10.4. (Anexo al capítulo 5).

La expresión latina *ablata causa tollitur effectus*, puede encontrarse en legajos judiciales —aunque cada vez menos, dado el escaso conocimiento y uso del latín en la actualidad—. Se traduce habitualmente al castellano por: suprimida (abolida) la causa se levanta el efecto. Una traducción que atiende más a las reglas sintácticas para la construcción antes enunciadas podría ser esta otra: *Si se suprime la causa, se levanta el efecto*. Esta frase suele aparecer en la argumentación de algunas sentencias judiciales y en las alegaciones de la defensa. En esos contextos viene a sostener que, al no subsistir la causa, cesa —cae, queda fuera de lugar, se anula— todo lo que de ella se derivaba. Una versión resumida, aunque simplificada —enseguida se verá porqué— podría ser expresada en estos términos: *no causa — no efecto*. Esta abreviación hace más evidente la relación causal entre lo sostenido en la primera parte de la fórmula y las consecuencias derivadas, que se enuncian en la segunda. Desde una perspectiva lógica —Lacan articuló la causa en psicoanálisis con esa disciplina— puede decirse que entre la prótasis y la apódosis hay una relación de implicación: si no *p*, entonces no *q* [(forma negativa del esquema implicativo más general: si *p*, entonces *q*); véase el final de A₅. 10. 3. y A₅.10.4]. Ahora bien, la simplificación recién aludida reside en que los dos “no” que figuran a uno y otro lado del guión hacen perder de vista que las negaciones que se establecen a partir de las formas verbales *ablata* —abolida, suprimida— y *tollitur* —se levanta— tienen importantes diferencias entre sí: la negación *ablata* es más radical que la implícita en *tollitur*.^{155*}

Lacan recordó a su auditorio un aspecto puntual de la sintaxis de las frases condicionales: la primera parte de la sentencia —*ablata causa*— es la prótasis; la segunda —*tollitur effectus*—, es su apódosis. Además, mencionó el carácter singular de dicha sentencia en tanto se afirma: abolida *la* causa, se levanta *el* efecto. Una causa, un efecto. Una de las particularidades de la frase reside en que el

sustantivo *effectus*, es tanto singular como plural. La “s” final del vocablo latino desorienta al lector en lengua castellana, dada la forma habitual en que se pluraliza en esta última. La oración en latín se decanta hacia una u otra posibilidad -singular o plural- según la declinación verbal: *tollitur* es la tercera persona del **singular** del mencionado verbo *tollo*; por lo tanto determina el carácter singular del sustantivo: se trata de *un* solo efecto. Lacan pluralizó la apódosis; eso exigía cambiar únicamente la forma verbal: usar la tercera persona del plural en lugar de la tercera del singular. Es lo que efectivamente hizo al sustituir *tollitur* por *tolluntur*. La nueva fórmula derivada de esta suplantación –no explicitada en el seminario– diría lo siguiente: suprimida *la* causa se levantan *los* efectos.

Pero no se conformó con este cambio e introdujo un giro más llamativo: invirtió el orden de la fórmula latina: colocó en primer lugar los efectos y luego la causa, para acabar afirmando que “*los efectos sólo andan bien en ausencia de la causa.*” ¿Qué significa esta parte de la frase? Una interpretación posible, en el marco de la causalidad psíquica, sería la siguiente: los efectos funcionan (bien) en ausencia de la causa. Otra, más o menos similar, podría ser: los efectos no necesitan que la causa persista para seguir presentes y operativos. En todo caso, entender estos fragmentos de esa manera ha dado pie a una de las tesis sobre el de las identificaciones.^{156*} Al interrogante: ¿qué pasa con las identificaciones, una vez que ellas se han consumado?, cabrían las siguientes respuestas, que en el fondo, son una misma y única:

- Formar parte del nuevo sujeto (Lacan) o del nuevo aparato psíquico (Freud).
- Los efectos de la identificación -implantación de rasgos unarios (Lacan) o de rasgos del objeto (Freud)- conforman al *esebarrado* y al aparato psíquico del *infans*, respectivamente.
- La identificación genera componentes estables de la psique del nuevo sujeto.
- La identificación se desvanece al cumplir su cometido: implantar rasgos psíquicos.

Hasta aquí no habría demasiados problemas; estos surgen en cambio ante preguntas del tipo: ¿cuál es el estado de la causa -o qué pasó con la causa- una vez que actuó y generó los efectos? Brentano –véase *supra*– sostenía la idea de cierta permanencia de la causa en los efectos, aunque no la preexistencia de los efectos en las causas. Esto puede ser entendido -en todo caso sería una propuesta personal que será retomada y debatida en la cuarta parte- del siguiente modo: los efectos contienen la causa; los efectos son: *causa... transformada*. Se atisba dos posiciones distintas:

- Brentano: las causas quedan integradas, absorbidas, en los efectos; han desaparecido las características intrínsecas de las mismas -las previas a su puesta en acción- pero se conservan algunas huellas de estas en los efectos. Por ejemplo, en el tema que se está tratando: los rastros serían los rasgos unarios inscritos.
- Lacan: consumados los efectos, éstos operan en ausencia de las causas. Podría entenderse como una forma de llevar al límite la tesis anterior: desaparición -en los efectos- de todo rastro de la causa; la causa se habría consumido, se habría gastado completamente en la consumación de los efectos: inscripción de los significantes.^{157*}

Si se adopta esta segunda variante, cabe sostener que una vez acontecida la identificación, sus efectos quedan plasmados en la psique del infante bajo la forma de elementos estables de la misma: por ejemplo, \$ y yo (*moi*); la causa –identificación– generó “aparato psíquico”; la causa en tanto tal, desaparece; quedan sus efectos: las instancias y sistemas de la psique. Lo recién dicho es una interpretación del enunciado lacaniano: “*los efectos sólo andan bien en ausencia de la causa*”; los efectos –rasgos unarios inscritos– ya no requieren de las causas –identificación– para operar. La causa desaparece; quedan los efectos: rasgos unarios implantados, aparato psíquico formado, surgimiento de instancias y sistemas de la psique, etc. Las consecuencias ya no necesitan de la fuente –Otro– ni del medio de transporte –identificación– para funcionar. El efecto “absorbió” de un modo parcial o total (Brentano y Lacan, respectivamente) a la causa.

La identificación una vez que actuó como transportadora e inscriptora de rasgos unarios, se desvanece; ya operó. Aunque ella pida formar parte de la ronda de los efectos, éstos le impiden entrar, inmiscuirse. En ese acontecer, la causa se consumió -se gastó, se empleó, desapareció- en la

consumación de los efectos identificatorios (conformación del *esebarrado* o del aparato psíquico).^{158*} Una vez inscritos, estos significantes constituyen el lote singular que le ha tocado a cada quien; todo sujeto porta un enjambre de significantes propio y exclusivo. Las identificaciones no pueden presentarse, de ahora en más, aisladas, circunscriptas, recortadas, de una en una. Y ello es así porque esa no es su forma de existencia en lo psíquico: los efectos de las identificaciones -rasgos unarios inscritos- perviven mixturados en el *esebarrado*; ahora son sujeto. El \$ es esa amalgama de rasgos unarios. De ahí que una escritura posible del mismo podría ser la siguiente: $\$ = C_{RU}$; fórmula que se lee así: el *esebarrado* es una combinatoria de rasgos unarios propios y específicos. Parafraseando la siguiente frase de Lacan: “El inconsciente es la suma de los efectos de la palabra en un sujeto, a ese nivel en que el sujeto se constituye por los efectos del significante” (clase del 15 de abril de 1964, *S II*), podría decirse: el sujeto es la combinatoria de los efectos identificantes, en ese nivel en que el sujeto se constituye por la implantación de rasgos unarios provenientes del Otro.

Será esa combinatoria la que de ahí en más será *esebarrado*. Los rasgos unarios implantados han sido combinados entre sí, mezclados, metabolizados e integrados en ese tejido psíquico vivo que es el nuevo sujeto. Las inscripciones subsiguientes, transportadas por las identificaciones posteriores, van resignificando retroactivamente las marcas implantadas con anterioridad. La estructura subjetiva se conforma, entonces, como una construcción compleja, en movimiento reorganizativo permanente de los rasgos unarios que las identificaciones vehicularon. Pero, una vez que estos quedaron inscritos, la identificación en tanto causa, cae; quedan sus efectos: el nuevo sujeto. Así entendida, la identificación es la lanzadera que transporta materia psíquica desde el Otro al candidato a sujeto. Tras consumarse, la identificación se desvanece como causa; de ella sólo persiste una marca -rasgo unario- en el sujeto. En la clínica se habrá de trabajar con la combinatoria de tales inscripciones.^{159*}

7.10.3. Determinismo inconsciente una vez estructurado el sujeto

En el *S II* Lacan volvió a trabajar el concepto de repetición; en esa ocasión, y a la luz de la noción de causa psíquica, introdujo nuevas inflexiones en dicho articulador teórico. Para ello procesó psicoanalíticamente algunas ideas de Aristóteles referidas al tema, y a resultas de ello, la repetición inconsciente devino *una* de las causas de fenómenos psíquicos. Hasta aquí no hizo sino ratificar lo que Freud ya había postulado. El vienés extendió el determinismo inconsciente a aspectos insospechados de la vida, incluso a aquellos acontecimientos para los que, en principio, resultaba insólito atribuirles tal enlace causal. Lo nuevo que introdujo Lacan fue considerar esa repetición inconsciente como repetición significativa. Esto supuso un giro respecto de Freud, en tanto primó al factor lingüístico -articulado a una lógica- sobre el pulsional, en la causalidad psíquica. En la concepción lacaniana, especialmente a partir de las décadas de los años cincuenta y sesenta, el significante devino axial en su teoría de la causalidad. De paso, esto implicó ahondar el abismo entre el hombre y el animal, dado que únicamente el primero es sujeto de la palabra: lo psíquico puede surgir sólo a partir de *hablanteseres*; el inconsciente es exclusivo de los humanos. Lacan sostenía que la repetición no era sinónimo de rememoración; si había repetición es que no aconteció la inscripción psíquica y se hacía imposible la instalación de la memoria. Se repite aquello que no es rememorado; de ahí que uno de los desafíos en la clínica sea abrir caminos para el recuerdo, transformando la repetición -memoria en acto- en rememoración.

Por otra parte, Lacan consideró otras fuentes o formas de causalidad psíquica, las vinculadas con lo Real y el azar. Una exposición sintética de estas innovaciones se inscribe en este marco: lo que se reprime y lo que retorna de lo reprimido son significantes. El retorno de un significante desde lo inconsciente -en un síntoma, en un sueño o en un lapsus- viene desde “dentro” del sujeto¹⁶⁰ y está hecho de elementos homogéneos a lo reprimido. Lo sustraído de la conciencia y lo que vuelve a ella están hechos de la misma estofa significativa. En esos casos, la repetición -y la causalidad- están ligadas a lo simbólico: lo inconsciente insiste, vuelve, retumba, regresa de éste con diferencias y da pie a manifestaciones (síntomas, lapsus, sueños). Se trata de un S_1 que se desprende del enjambre de significantes inconscientes - S_2 - e irrumpe en la conciencia. Si bien no deja de ser sorpresiva, la emergencia de estos S_1 es en cierta medida previsible, en tanto sólo podrán reaparecer los significantes que forman parte del conjunto S_2 . Hay un componente de azar, sin duda,

en el hecho de que retorne tal o cual significante del conjunto reprimido -S₂- y que sea justamente ese y no otro el que aparezca en la cadena asociativa. Pero es un azar acotado; se está pues en presencia de aquellas reiteraciones que instalan al sujeto en sus rutinas. Salvo la reformulación *lingüística* de este mecanismo -Lacan hizo depender este azar del Otro, de lo simbólico, de las inscripciones inconscientes- estas ideas son cónsonas con la repetición tal como la postuló Freud. Para Lacan se trataba, según se verá enseguida, del *automatón*. Lo verdaderamente novedoso que propuso este último fue la existencia de otra dimensión de la repetición -la asociada a lo Real-, que se presenta con elementos heterogéneos al significante, como se tendrá ocasión de ver a continuación.

7.10.4. Lo real como causa

Se ocupó de este tema en las clases del 5 y 12 de febrero de 1964, en el *S II*; en la primera de ellas, tras preguntarse si existían otras modalidades de causa, respondió por la afirmativa y añadió: la *tyche* y el *automaton*. Estos términos griegos, utilizados por Aristóteles, fueron traducidos a las lenguas latinas por *fortuna* (o suerte) y *azar*, respectivamente. Lacan, después de criticar la traducción que se ha hecho de estos vocablos, los articuló con el legado freudiano y con su propio fondo conceptual. La causalidad concernida por estos vocablos está en juego en los acontecimientos *extra - ordinarios*: el azar y la suerte tienen que ver con cosas que acontecen muy esporádicamente y son, por lo tanto, muy sorprendentes. Por estas variedades causales hace acto de presencia lo excepcional, lo aleatorio. El *automaton* y la *tyche* fueron considerados por Aristóteles -el primero que proporcionó un estudio preciso sobre el azar- causas **reales**; expresan un tipo distinto de causalidad: la accidental. El que se trate de algo producido por accidente excluye que sea necesario pero no implica que sea absurdo, inexplicable, sin causa; más bien lo contrario: el filósofo recalcó que obedecen a causas **reales**. Se ha puesto en negrita el vocablo que empleó el Estagirita dada la coincidencia literal -que no conceptual- con las ideas de Lacan, quien consideró a la *tyche* como una de las formas de encuentro con lo real. De ambos términos -*tyche* y *automaton*- el psicoanalista francés examinó de manera casi exclusiva al primero. Al segundo lo asoció -al final de la clase del 5 de febrero de 1964- con la red de significantes. En la clase siguiente agregó que el *automaton* recubría la acción de la *tyche*. Esa afirmación se conjuga perfectamente con aquella otra en la que vino a decir que la dimensión simbólica del fantasma era una pantalla protectora para el sujeto ante lo real.

Lacan -junto con Aristóteles y con Freud- consideró que el azar podía operar como causa y que en todo caso sería una de las formas en que lo real podía hacerse presente. En estos casos, se trata de lo puramente accidental, lo contingente, lo inesperado e imprevisible: la causa no viene desde la batería acotada de significantes inconscientes (S₂); es completamente ajena a ella. Lo real como causa nada tiene que ver con el significante; es generador de aquellos efectos y circunstancias que, repentinamente, sorprenden al sujeto, lo desconciertan, le producen la vivencia de lo siniestro; incluso, pueden modificarle el curso de su vida. Lacan añadió lo real como elemento novedoso para el estudio de estos fenómenos azarosos -sean únicos o reiterados-. Dicho en otros términos, se trata de una causalidad distinta a la que ejerce el significante. Ese *encuentro* con lo real, imposible de evitar, tiene algo de insoportable: conmueve al sujeto, lo embiste, le produce un *shock* y, de manera casi insoslayable, le plantea un interrogante: ¿por qué tuvo que ocurrirme a mí? Allí, se produce algo inasimilable, tanto si se trata de la buena como de la mala fortuna.¹⁶¹

Cabe atribuir a la *tyche* la causa de hechos en los que no se perciben los determinantes habituales; es decir: los vinculados a rasgos permanentes -estables- del sujeto (batería inconsciente de significantes propios, personales). Lo accidental, lo excepcional, lo extra-ordinario como causa es diferente, entonces, al determinismo ligado a la repetición simbólica. Pertenece a otro registro: a lo real; por lo tanto, es ajeno al significante. En lo azaroso hay un topetazo con lo real.

Por esta vía se genera un encuentro fallido, un choque con lo real que, operando a través de la repetición, promueve en el sujeto una posterior reorganización simbólica e imaginaria de la experiencia, mediante la cual se intenta explicar lo acaecido. **Lo real como causa** está asociado a lo intempestivo. La acción de la *tyche* viene a confirmar que, aparte de los significantes, hay algo más

que está operando como causa: lo real. La *tyche* deviene así un núcleo en torno al cual gira la repetición. Detrás del *automatón* se insinúa siempre lo real. A esa encrucijada concurre habitualmente el fantasma, que enmascara lo real y protege al sujeto de un encuentro epatante. Si el fantasma desfallece y no se hace cargo de esa tarea, lo real como causa impacta más.

Lacan asoció lo real a la noción de trauma psíquico: en los sueños, por ejemplo, se repite algo inasimilable de la situación traumática; de la misma manera, más allá de la repetición significativa, regida por el principio del placer, habría una repetición de lo real inasimilable. En los últimos años de su enseñanza lo real comandaba la repetición.

7.11. La alienación imaginaria y simbólica. El par alienación - separación. Hegel, Marx

De los múltiples significados del término *alienación* se destacará aquel que refiere el estado subjetivo en que una realidad determinada se halla fuera de sí. Esta idea básica ha sido expresada de diversos modos: separación de sí, enajenación, alejamiento de sí o extrañamiento. Tal es el núcleo semántico principal del vocablo alienación, en filosofía. El término tuvo -y tiene- una amplia difusión en dicha disciplina; Hegel renovó sus usos e influyó en las ideas de Marx, de Engels, de los fenomenólogos y existencialistas. Para Hegel la conciencia desgraciada -o infeliz, como también se la tradujo- es el alma alienada o enajenada; o, para decirlo con términos caros al psicoanálisis: conciencia dividida o escindida. Expresado de otro modo: la conciencia puede experimentarse como separada de la realidad a la que pertenece; tal hiato es, ante todo, distanciamiento de sí misma. En esas circunstancias surge la sensación de desgarramiento, de fractura y desunión o división de sí, asociado a la percepción de una cierta desposesión. Según Hegel la conciencia no puede permanecer indefinidamente en esa situación, razón por la que apela a una reconciliación que, en el fondo, no deja de ser una reapropiación de sí mismo.

Estas ideas influyeron en Marx, que introdujo algunas inflexiones en el uso de la noción, al considerar que Hegel le había impreso un sentido metafísico, abstracto, casi espiritual. Él se propuso relacionarla con la vida concreta del ser humano. El autor de *El capital* escribió, primero, sobre la alienación del hombre en la cultura; más tarde se centró en la alienación del humano en el trabajo: desapropiación del asalariado de los frutos de su labor, enajenación que favorece al propietario de los medios de producción. Planteó, entonces, la necesidad de liberar al obrero de la esclavitud originada en la desposesión del trabajo -enajenación-, mediante una reapropiación del mismo. Esta era la vía, según Marx, para salir de la alienación y ganar mayores cuotas de libertad.

Hubieron otras maneras de entender la alienación en filosofía; por ejemplo, la fenomenológica-existencial: Sartre, Merleau-Ponty y otros. Heidegger trató el tema por medio de la categoría de *inautenticidad*.

El vocablo alienación era profusamente utilizado en psiquiatría cuando Lacan empezó a emplearlo en sus seminarios y *Escritos*; en éstos aparecía con frecuencia asociado a otros términos, con lo que lograba aclimatar este filosofema al ámbito psicoanalítico. De manera paradigmática encontramos esa reunión en sintagmas como: alienación simbólica, alienación imaginaria, alienación en el lenguaje; también, en el par alienación-separación, otra manera en que teorizó la estructuración del sujeto. Se hará un breve comentario sobre ellas y se remitirá a los capítulos en que cada una se trata con mayor detalle.

7.11.1. La alienación imaginaria y la simbólica

La primera designa en la teoría lacaniana la situación en el cual el yo se confunde con su imagen especular; constituye un claro estado de enajenación, en el sentido antes descrito: el yo cree ser otro que no es. Surge cuando el yo se adhiere indiscriminadamente a la imagen ideal de sí mismo que le torna desde el espejo (o del otro). Dicha imagen sobrevaluada configura el *yo ideal*, respecto del cual Lacan afirmó que era una especie de gemelo del yo, que hace que este último nunca se perciba solo.

Esta alienación determina, asimismo, que el yo adjudique sus propios atributos a los objetos con que se relaciona y, más ampliamente, a todo lo que va conociendo. De ahí la presencia constante

de fenómenos de animismo y antropomorfismo en la percepción humana. La alienación imaginaria será extensamente desarrollada en el décimo y último capítulo de esta tercera parte, especialmente en los apartados III, 10.4. y III, 10.7. Respecto de la simbólica puede decirse que ella es esencialmente una alienación en y por el lenguaje: no sólo el sujeto no crea el lenguaje, sino que éste le crea en tanto sujeto. Esto significa que el sujeto que adviene por el lenguaje se presenta bajo la manera de un efecto: un significante vendrá a representarlo, para luego eclipsarse. Esta alienación simbólica en el lenguaje ha sido uno de los temas centrales del capítulo cuarto; a él se remite para completar estos escuetos apuntes.

7.11.2. El par alienación-separación

La estructuración subjetiva enfocada desde los tiempos lógicos de la alienación y separación serán explicitados al final del apartado 8.4.2., del capítulo siguiente, en tanto se puede detectar en esa construcción teórica no sólo los antecedentes filosóficos recién comentados, sino y también, la teoría de conjuntos. Se remite allí.

7.12. La verdad en filosofía

El tema es amplísimo ya que prácticamente todas las escuelas filosóficas y lógicas han expuesto sus concepciones sobre la verdad. Aquí se expondrán algunas pinceladas sobre las más relevantes. Antecedentes y ramificaciones del tema podrán encontrarse en **III, 5.7.**, donde se planteó la perspectiva lógica y sus diferencias con la verdad operando en psicoanálisis. Se seguirá un curso histórico, necesariamente sintético y efectuado a grandes saltos.

En la antigua Grecia la idea predominante ligada al concepto de verdad era la del descubrimiento del ser, tras los múltiples y variados velos de las apariencias. La verdad se entroncaba entonces con la realidad despojada de envolturas. Aparte de este contexto -relación de la verdad con la realidad- los griegos se ocuparon de la verdad lógica; es decir, de la verdad como propiedad de las proposiciones, como cuando se dice de tal o cual enunciado que es verdadero. Para Aristóteles la verdad implicaba “adecuación”, “correspondencia” o “conveniencia: una proposición es verdadera si existe correspondencia entre lo que dice y aquello sobre lo cual se habla; la verdad tenía para él un carácter de evidencia o patencia: naturaleza apofántica de la misma. Los escolásticos introdujeron un giro en esta concepción primigenia: la verdad como conformidad del pensamiento con la cosa o adecuación de la mente con la cosa: la frase latina célebre *adquatio rei et intellectus*. Otorgaron también carácter teológico a la verdad; pertenece a San Agustín la idea de que Dios es la fuente de todas las verdades o que Dios es “la verdad”. San Anselmo sostuvo que los juicios de existencia -y, por lo tanto, las verdades a ellos correlacionadas- requerían, para poder ser formulados, la existencia del Ser supremo del cual todo otro ser participa.

Los empiristas (Bacon, Hobbes, Locke, Hume, etc.) y J. Stuart Mill desde una perspectiva diferente, afirmaron que las verdaderas son esencialmente “verdades de hecho”. Mill criticó y consideró ilusorio que las verdades matemáticas fueran consideradas independientes de la experiencia y de la observación; postulo, en cambio, que los axiomas eran verdades experimentales, generalizaciones de la observación. Kant y Hegel se rebelaron contra las concepciones empiristas y elaboraron sus teorías de la verdad trascendental y de la verdad filosófica (absoluta), respectivamente. Para el primero, la verdad se juega en territorio gnoseológico: la verdad es fundamentalmente verdad del conocimiento y coincide con la verdad del objeto que se da a conocer.

¹⁶² Los *a priori* son independientes de la experiencia e imprescindibles para procesar los datos que ella aporta: la experiencia es sólo punto de partida. La adecuación entre el pensamiento y la cosa requieren la mediación del entendimiento y la razón. Para Hegel, lo falso y negativo se incluyen en desarrollos dialécticos; más que como una parte de la verdad los consideraba *momentos* de un desarrollo; éste, con sus escansiones -tesis, antítesis, síntesis-, reabsorbe y supera lo falso en el momento en que, con el devenir de lo verdadero, se alcanza la idea absoluta de la verdad *en y para sí misma*.

Para Hegel, la verdad se opone al error y viceversa: conocer un error es, en sí mismo, aprehender una verdad; superarlo es instituyente de otra verdad. El error aparece, entonces, como un momento evolutivo de la verdad: ésta, a su vez, conserva y supera el error. Hegel piensa la verdad en su devenir, en tanto desarrollo progresivo. Presupone un laborioso trabajo de memoria y asimilación. “Orgánicamente, lo verdadero y lo falso, la parte y el todo, lo finito y lo infinito o lo positivo y lo negativo no podemos comprenderlo analíticamente sino sintéticamente, como si estuvieran en un continuo diálogo y desarrollo. Por esta razón dialéctica dirá Hegel que lo que aparece enfrentado o como contradicción insuperable sólo son momentos -tesis, antítesis, síntesis- de una unidad superior.”

Heidegger situó la verdad en el territorio de su analítica ontológico-existencial. Criticó las siguientes tesis, que fundaron la manera tradicional de concebir la verdad:

“1. El ‘lugar’ de la verdad es la proposición (el juicio). 2. La esencia de la verdad reside en la ‘concordancia’ del juicio con su objeto. 3. Aristóteles, el padre de la Lógica, es quien refirió la verdad al juicio como a su lugar de origen, así como quien puso en marcha la definición de la verdad como ‘concordancia’.” (*El ser y el tiempo*, p. 235).

Las insuficiencias de estas tesis dieron pie a caracterizaciones posteriores de la verdad que fueron poco precisas y meramente “derivadas”, en tanto no expresan la esencia de la verdad; entre ellas, la ya comentada de los escolásticos -conformidad o conveniencia de la cosa con el intelecto-. Los neokantianos del siglo XIX estigmatizaron esta definición de la verdad, a pesar de que Kant, según Heidegger, la dio por supuesta cuando expuso su visión trascendental de la verdad. El filósofo alemán se alzó contra las versiones aristotélico-platónicas, escolásticas, kantianas y poskantianas:

“La verdad no tiene, pues, en absoluto, la estructura de una concordancia entre el conocer y el objeto, en el sentido de una adecuación de un ente (sujeto) a otro (objeto).” (*Ídem*, p. 239).

Volvió al primitivo sentido griego del término verdad, entendido como descubrimiento del ser: *alétheia* -lo no oculto- palabra que a más del significado recién expuesto, admite otros, a saber: arrancarse al ocultamiento, desocultarse, desvelar. Todas estas acepciones suponen -como efecto- la puesta en evidencia de lo verdadero que permanecía oculto por el velo de la apariencia.¹⁶³ La verdad es, con mayor precisión, desvelamiento-descubrimiento y, por sus consecuencias, mostración del ser del ente en su estado de desvelado-descubierto; es decir: llevado a patencia, con la consiguiente aparición de un claro -*Lichtung*-. Para Heidegger la verdad adquiere estatuto de tal, sólo cuando es descubierta.

Conviene tener presente las diferencias que los contextos -filosófico y psicoanalítico- imponen al procesamiento de la verdad. La emergencia de la verdad por la cual un sujeto es transido en un psicoanálisis supone, siempre, un levantamiento de la represión. Esta última, como consecuencia del modo de funcionamiento del inconsciente -aperturas y cierres-, muestra al *esebarrado* de un modo fugaz; el sujeto se muestra y oculta a la vez. No es una desaparición total, en tanto lo reprimido va dando pistas. Allí existe, freudianamente hablando, una dialéctica peculiar entre represión (“olvido”) - retorno de lo reprimido - recuerdo [(sea en palabras, sea en acto (repetición))]. Esta dialéctica es ajena al campo de la lógica y de la filosofía.

7.13. Resumen

Se remite a la primera y segunda página de este capítulo en las que se incluyó un cuadro sinóptico con los temas y los filósofos que han sido tratados a lo largo del mismo. Con ese resumen como telón de fondo se puede añadir las siguientes conclusiones: pese a la asiduidad con que Lacan recurrió a esos pensadores, pese a echar mano frecuentemente a las ideas de ellos, sus elaboraciones no han sido filosóficas sino estrictamente psicoanalíticas. Es cierto: existen muchos conceptos de su teoría forjados o afinados mediante un debate con la filosofía; sin embargo, las categorías que importó de ese campo fueron sometidas a un proceso de naturalización con la disciplina fundada

por Freud. Lacan tuvo siempre claro que le correspondía al psicoanálisis –y no a la filosofía– elaborar una teoría del sujeto acorde con la experiencia freudiana. Por otra parte, se opuso invariablemente a que el psicoanálisis fuera absorbido por la filosofía. No cabe hablar, pues, de superposición ni menos aún de fusiones entre el psicoanálisis lacaniano y la filosofía; a los posibles puntos de contacto –que son muchos– deben añadirse diferencias irreductibles. Tampoco puede decirse de manera taxativa –como lo afirman Roudinesco y Plon (1997)¹⁶⁴– que Lacan le haya dado una armadura filosófica al psicoanálisis. La experiencia psicoanalítica supone, como es lógico, especificidades que la distinguen de esa disciplina. Pero conviene no engañarse respecto del *aire* filosófico de la teoría lacaniana: en todos y cada uno de los apartados de este capítulo se mostró una y otra vez como los filosofemas se convirtieron en categorías psicoanalíticas en su doctrina.

Se concluirá el resumen de este capítulo con otro cuadro sinóptico –complementario del que aparece en las páginas 1 y 2 de este capítulo–, en que se mencionan a los filósofos que más han influido en la elaboración de conceptos lacanianos ligados a la TIL.

Heidegger	Sujeto de la palabra, temporalidad psicoanalítica, la Cosa, poiesis del inconsciente.
Hegel	El deseo, agresividad, alienación, las elaboraciones sobre el lenguaje.
Kant	Unicidad (<i>Einzigkeit</i>) del rasgo unario y sus diferencias con la unidad (<i>Einheit</i>).
Descartes	El <i>cogito</i> , verdad, certeza, el sujeto de la ciencia.
Kierkegaard	La repetición con diferencias, la angustia, lo trágico, el amor, la existencia, el deseo.
Platón	Amor, transferencia, el Uno, rasgo unario, lo escópico, el Uno y “ <i>HaydelUno</i> ”.
Aristóteles	La causalidad, la repetición (<i>tiche</i> y <i>automatón</i>), lo real como causa, la amistad, etc.
Spinoza	El deseo, la ética del psicoanálisis, el amor al final del análisis, el cuerpo.
Marx	Tópica RSI, teoría del síntoma, alienación, discurso, verdad, plus de goce.
Nietzsche	Sujeto sujetado a la palabra, alienación simbólica en el lenguaje.
Sartre	Desustancialización del \$, falta en ser, deseo, determinación del sujeto por el Otro.
Estoicos	Sujeto de la palabra, significante, significado (lektón), el lenguaje, lo corporal.

NOTAS DEL CAPÍTULO 7

¹ Si la desorientación se apodera del lector, la vuelta al cuadro le permitirá situar el tema en cuestión en su contexto.

² En III, 1.1. *Identificación simbólica e imaginaria*, se trata de manera precisa las relaciones del *esebarrado* con el significante. En realidad, en todos los capítulos de esta tercera parte se aborda –de una manera u otra– al significante y al sujeto.

³ El inconsciente al que Lacan atribuyó un sujeto fue vaciado de contenido; dejó de ser –como en Freud– lugar de la inscripción de los representantes psíquicos de la pulsión y de las huellas mnémicas; devino batería virtual de significantes –S₂– de la se desprende un significante –S₁– que irrumpe en la conciencia. Sobre el sujeto en Freud, véase los diversos apartados de I, 1.1.

⁴ Se retomará este asunto más adelante, en 7.1.8. y en 7.10, a través de las ideas de Spinoza y Aristóteles respectivamente.

⁵ La noción de conciencia en Descartes es muy distinta, por ejemplo, a la de Husserl o Hegel y más distante, aún, de la conciencia teorizada por Freud, que quedó trastocada, reformulada, a partir del inconsciente, como tendrá ocasión de comprobarse a lo largo de esta tesis. Para el primero, la conciencia es el punto de partida; hay una coincidencia perfecta del sujeto consigo mismo; ser pensante equivale a ser consciente, a reflejarse a sí mismo. Esta coincidencia –punto a punto– entre ambos es refractaria a cualquier idea de división subjetiva, de ruptura, de presencia de determinismos ajenos a su mismidad. De ahí que el sujeto cartesiano sea el agente absoluto: punto de partida de sus actos, amo aparente de éstos y plenamente coincidente consigo mismo: pura reflexividad. Para Hegel, en cambio, la

conciencia de sí no es inicial; es tan sólo un punto de llegada. Es preciso un desarrollo dialéctico para alcanzarla. Husserl, por otra parte, aporta una novedad: la conciencia es relacional; acontece siempre en una relación con el otro; va más allá de ella misma; implica una intencionalidad vinculante. La conciencia supone, entonces, una apertura al otro, no es sólo auto-reflexiva. En Freud, la conciencia aparece determinada desde la otra escena (*eine andere Schauplatz*), desde otro lugar, que está más allá de sí misma: lo inconsciente. Esta determinación “exterior” hace que la conciencia nazca ya afectada por *das Unbewusste*, aspecto éste que quedó reflejado en la conceptualización que Freud hizo de las funciones de la primera. El inconsciente explica la conciencia y no a la inversa. Estas tesis fueron profundizadas -mejor dicho, radicalizadas, por Lacan-: el inconsciente parasita de manera incesante a la conciencia; ésta y el sujeto son divergentes. El sujeto barrado no es, precisamente, el de la tradición filosófica al que se le hubiera efectuado un añadido -el inconsciente-, que lo completaría. Es un sujeto radicalmente distinto, por estar **fundado** en el inconsciente; no es, pues, el anverso de la conciencia. Es en el campo del inconsciente donde el sujeto dividido -\$- está *at home*, vino a decir Lacan en el *S 11*. En “Posición del inconsciente”, *Escritos II*, p. 366, afirmó: “El inconsciente *no* es una especie que defina en la realidad psíquica el círculo de lo que no tiene el atributo (o la virtud) de la conciencia.”

⁶ La homonimia, como siempre, complica las cosas. De ahí la propuesta de referirse al sujeto lacaniano con el significante *esebarrado*, inexistente en el lenguaje corriente y diferenciado de los diversos sujetos conceptualizados por diferentes disciplinas.

⁷ Esto supuso un clarísimo distanciamiento por parte de Lacan de todos aquellos que, dentro o fuera del psicoanálisis, caracterizaban al inconsciente como una fuerza oscura e inefable; es decir, como una especie de diablillo agazapado o como el reino de lo irracional y del caos. Como se verá enseguida, también se alejó de la perspectiva filosófica, al hacer girar a *su* sujeto en torno al inconsciente, al lenguaje y al fantasma.

⁸ Véase *infra*, la parte final del apartado 7.1.3. *Cogito* cartesiano y *cogito* psicoanalítico.

⁹ Este nuevo giro teórico al final de su producción implicó un mayor alejamiento de Heidegger y de toda filosofía del ser: ya no había para Lacan ningún otro ser que no fuera el *hablanteser*; el ser no era más que una suposición: el pensar inconsciente no provee ser alguno al parlante. En cambio, en este último viraje, Descartes siguió siendo un referente con el que contrastó sus ideas: si el yo del *je pense* -vino a decir el psicoanalista- se desliza inadecuadamente hacia el ser (el ser del *je suis*), se genera una sustancialización, sostenida por la atribución imaginaria de consistencia a lo que no era más que una manifestación breve y puntual del *esebarrado*. Era otra forma de insistir en aquello de *ça pense* -eso piensa-; era otra manera de someterse a “el inconsciente habla”, mostrando los *Unbewusste gedanken*. Como se verá en el apartado siguiente, Lacan, por privilegiar los pensamientos inconscientes creó una versión psicoanalítica del *cogito*: “*soy donde no pienso; pienso donde no soy.*”

¹⁰ Ambos términos no fueron sinónimos para Lacan, que intentó deshacer toda confusión entre el fugaz sujeto del inconsciente, efecto de la identificación por el significante y la subjetividad imaginaria -sujeto permanente, idéntico a sí mismo, agente de las intenciones y de las significaciones conscientes- producto, a su vez, de las identificaciones imaginarias.

¹¹ Descartes, R.; (1637); *Discurso del método*, colección Austral, Espasa Calpe, Madrid, 26ª edición, p. 68.

¹² Años más tarde, con la reformulación de su tópica a la luz de la teoría de los nudos, le atribuyó al sujeto una nueva morada: los registros real, simbólico e imaginario, articulados borromeicamente.

¹³ La segunda parte de este título hace referencia a ciertos enunciados de Lacan construidos a partir del *cogito* cartesiano con la mediación de torsiones lingüísticas y equívocos creados intencionalmente. En las próximas páginas se aludirán a varios ellos.

¹⁴ A esta cita puede sumársele otra, escogida de *SS* (1960), *E I*, p. 321: “La promoción de la conciencia como esencial al sujeto en la secuela histórica del *cogito* cartesiano es para nosotros la acentuación engañosa de la transparencia del Yo [Je] en acto a expensas de la opacidad del significante que lo determina, y el deslizamiento por el cual el *Bewusstsein* [conciencia, estar consciente] sirve para cubrir la confusión del *Selbst* [el mismo, sí mismo], viene precisamente a demostrar, en *La fenomenología del espíritu*, por el rigor de Hegel, la razón de su error.” (Lo que está entre corchetes es mío).

Esta última frase deja traslucir una crítica a la Psicología del yo y a todas aquellas escuelas que toman como punto de partida al *cogito*. Subraya que la supuesta transparencia del yo hace opaca la determinación del sujeto por el significante. Hegel estaba más cerca del psicoanálisis que Hartmann, según Lacan.

Respecto de otras torsiones del *cogito cartesiano* que adquirieron un contenido psicoanalítico pueden citarse las propuestas de los *seminarios 14* y *15*, donde planteó las siguientes alternativas excluyentes (*vel*, es la palabra latina que Lacan utilizó en esos contextos para referirse a estas últimas): “*o yo pienso o yo soy*”. A esta le siguió una segunda variación, afectada por la negación de ambas partes: “*o yo no pienso o yo no soy*”. Esta última, a su vez, dio pie a otras dos versiones: “*yo no pienso allí donde soy*”; “*yo no soy allí donde pienso*”. Puede apreciarse que estas expresiones son maneras de referirse al inconsciente con los vocablos del *cogito* cartesiano ligeramente modificados. Utilizó otra fórmula para caracterizar el pasaje al acto: “*yo soy, yo no pienso*”. La rumiación obsesiva la articuló de esta forma: “*yo pienso, yo pienso, yo pienso; luego, no soy allí*”. Otra variante: la del *S 19*: “*eso piensa, luego yo soy*”. Se trata de otro *cogito* psicoanalítico construido mediante la sustitución del *yo pienso* por **eso piensa** (*ça pense*).

En estas fórmulas está reverberando implícitamente el inconsciente; como telón de fondo: la traducción lacaniana de la frase de Freud *Wo es war soll ich werden* (Allí donde eso era, yo debo advenir). Eso (*ça*), alude también al Otro del lenguaje. Páginas más adelante se mencionarán otras reformulaciones del *cogito* cartesiano basadas en los conceptos de goce e identificación. En síntesis: presencia casi continua de un Descartes elogiado, controvertido, criticado, flexionado, rescatado y vuelto a enjuiciar. Así, a lo largo de toda su enseñanza.

¹⁵ Para una visión sintética de las teorías freudiana y lacaniana del inconsciente, ver Korman, V. (2004); *El espacio analítico*; Freud-Lacan-Möbius; capítulo 3, Editorial Síntesis, Madrid. La banda de Möbius muestra una concepción topológica de la relación entre el inconsciente y la conciencia; no es el modelo de la alforja cerrada -que de tanto en tanto se abre a la conciencia- ni el de la máscara que oculta las motivaciones inconscientes.

¹⁶ El psicoanálisis, como toda disciplina, tiene su objeto de estudio propio; el *hablanteser* vino a designar al que es específico del campo fundado por Freud. Dicho neologismo se articuló con otro: *lalengua*. Como se verá en las próximas páginas, ambos implicaron cierto retorno del logos heracliteano -promovido por Heidegger- pero, en Lacan, el logos quedó integrado a la razón freudiana. En la segunda mitad de III, 4. Se trató sobre el *hablente*.

¹⁷ El pensamiento estoico se inició en el siglo III antes de Cristo y contó entre sus figuras principales a Zenón de Citio y Crisipo de Sólos. Los recién nombrados pertenecen al llamado antiguo estoicismo; recibieron este nombre por frecuentar y exponer sus pensamientos en la *Stoa Poikilé* (Pórtico Pintado) de Atenas, decorado con las figuras de Polignoto. Hubo también un estoicismo medio, el del siglo II antes de Cristo (Posidonio, Dionisio de Cirene, etc.) y uno nuevo, llamado también romano (siglos I y II de nuestra era). Entre los nuevos estoicos cabe citar a Séneca y a Marco Aurelio. Este pensamiento filosófico estuvo vigente durante casi seis siglos e incidió sobre los neoplatónicos, entre ellos, Plotino (205-270 d. C.), a quien se hará referencia en el apartado 7.4.1. de este mismo capítulo; también sobre Boecio (480-524/5 d.C.), filósofo de raigambre platónica, que ocupó un lugar destacado en la historia del pensamiento cristiano. Justamente con la caída del imperio romano y el aumento de la influencia de los filósofos cristianos, el estoicismo entró en declive. Renació en otro contexto: en la literatura universal y en la española, en particular; ambas tienen importantes huellas de dicha doctrina (en Lope de Vega, Quevedo y otros). Igualmente, las éticas modernas -Descartes, Leibnitz, Spinoza y Kant- muestran trazas de este pensamiento. En III, A₅.10.3. y en III, 6.8. se hace también referencia a los estoicos antiguos.

¹⁸ Las características básicas de la lógica estoica serán expuestas en el apartado III, A₅.10.3. del Anexo al capítulo 5. La moral estoica, que comenzó a guiar la conducta de los antiguos griegos tres siglos antes de Cristo, será aludida brevemente más adelante, en 7.8.1.4. Allí, al final de la sección que lleva por título Segundo tiempo: 1953-1960. Periodo *lingüístico*, se dedicarán algunos párrafos a la ética del psicoanálisis propuesta por Lacan, cuya construcción supuso un debate con las éticas aristotélica, estoica, kantiana y las de raigambre religiosa.

¹⁹ F. Martínez Marzoa alerta sobre los usos demasiados genéricos de los términos *materia* y *spiritus*, con que los latinos tradujeron los términos griegos *ὕλη* y *πνεῦμα*. Los estoicos utilizaron estos vocablos con significados diferentes a los atribuidos por otras escuelas filosóficas de la antigüedad helénica. Para más detalles sobre este punto, véase las pp. 219-220 del tomo 1 de esta obra ya citada de este autor.

²⁰ Están implícitas en estas formulaciones la idea arbitrariedad del signo lingüístico, que Saussure reconoció taxativamente; no hay nada que ligue necesariamente un significante a un significado; es una relación arbitraria, acuñada históricamente. Para más detalles sobre este punto, véase III, 4. 2.1.3.

²¹ En III, 5.5.3., se hizo referencia a los significados que Peirce y Heidegger atribuyeron del término *λέγειν*.

²² Para más detalles sobre la lógica estoica véase III, A₅. 10.3. y A₅.10.5.1.

²³ Valverde, J. M. (1993); *Nietzsche, de filólogo a Anticristo*; p. 36, editorial Planeta, Barcelona.

²⁴ Sus principales obras fueron: *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música* (primera edición: 1872; segunda, con correcciones: 1874; la tercera y última, de 1886, conllevó un cambio de título *El nacimiento de la tragedia o Grecia y el pesimismo*; incluyó un “Ensayo de autocrítica”); *Consideraciones intempestivas* (publicadas en cuatro partes entre 1873-1876); *Humano, demasiado Humano* (1878-1879); *El caminante y su sombra* (1880), *Aurora* (1881); *La gaya ciencia* (1882, ampliada en 1887); *Así habló Zaratustra* (parte I y II: 1883; parte III: 1884; parte IV: 1891); *Más allá del bien y del mal* (1886); *Genealogía de la moral* (1887); *Nietzsche contra Wagner* (escrito en 1888 y publicado en 1900); *El anticristo* (1888); *Ecce homo* (escrito en 1888 y publicado en 1908).

²⁵ Su filosofía merece ser considerada como un intento ciclópeo -tal vez el más potente que hubo en la historia del pensamiento humano- para dismantelar el platonismo y todas sus consecuencias; entre ellas: la teoría de las Ideas puras, las dicotomías entre esencias y apariencias, entre razón y sentido, entre lo mutable e inmutable. Esa manera de pensar condujo necesariamente a postular la existencia de dos mundos, uno suprasensible, verdadero, inmutable, objetivo, y otro aparente, sensible subjetivo, en movimiento. Lo que se valoraba, consiguientemente, era despegarse de las cosas sensibles para alcanzar las esencias mediante la vida contemplativa. Nietzsche se alzó contra tal concepción de la vida y de la realidad; combatió estas ideas de Platón que inficionaron prácticamente toda la filosofía posterior y la religión -“platonismo para el pueblo”- y se abocó a fundamentar la idea de una vida mutable, en perpetuo movimiento, un mundo caótico, oscuro, instintivo, irracional, carente de trascendencia. Asumió infatigablemente esta tarea de demolición de la metafísica, de la ética y las religiones, hasta el último aliento de su lucidez. Criticó todo: la noción de verdad, la categoría epistemológica de causalidad, la metafísica, los conceptos científicos, los matemáticos y los de la Lógica. No le quedó más que el mito, la actitud relativista, su escepticismo y su brillantez.

²⁶ Bergson prefirió el vitalismo de Jean-Marie Guyau mientras que Ortega y Gasset se inclinó más al vitalismo biográfico e histórico que al “biológico” de Nietzsche, porque entendió la vida humana como un conjunto de experiencias ya sea personales, ya sea sociales, dadas en el tiempo. Situó en el centro del sistema ideológico el problema de la vida, que según él es el problema mismo del sujeto pensante de este sistema. Cabría calificar tal vitalismo de “filosófico”.

²⁷ Nietzsche, F.; *Obras completas*, Volumen 2, p. 868, Visión Libros, Ediciones Teorema, Barcelona, 1985.

²⁸ Hay en esto algunas coincidencias con el psicoanálisis, para el que tampoco existe un saber previo, atesorado, que pueda servir para un nuevo paciente; se tratará siempre de una experiencia inédita, singular. Por otra parte, si se

habla de repetición y diferencia cabe recordar el excelente libro que sobre este tema escribió G. Deleuze (1968), Presses Universitaires de France.

²⁹ En *El nacimiento de la tragedia* (1886) afirmó que la Grecia antigua -la presocrática- supo captar de manera entretijada estos dos aspectos de la existencia y los expresó de forma mítica mediante el culto a Apolo y a Dionisos. El primero era el dios de la juventud, de las artes, de la belleza, de la claridad, la luz, y la armonía; representaba el equilibrio, la medida y la forma. En fin, la idea de un mundo funcionando de manera ordenada y racional. Dionisos era el dios del vino y las cosechas, de la embriaguez y de los excesos, de la música y la pasión. Por lo tanto, el dios de la confusión, del caos, la noche, la oscuridad, los instintos, lo irracional, la deformidad. Para esa antigua Grecia, Dionisos representaba una dimensión fundamental de la vida que no era silenciada; sin embargo, posteriormente, a partir del siglo V antes de Cristo, fue menospreciada para dar preeminencia a lo apolíneo: la versión racional, bella y luminosa de la realidad. Esta ocultación tuvo múltiples repercusiones, entre ellas, el contenido de las nuevas tragedias; Eurípides, por ejemplo, excluyó lo dionisiaco “y la obra de arte de la tragedia pereció por causa de ella.” (*El nacimiento de la tragedia*, capítulo 12). Así, pues, situó a la Grecia anterior al siglo de Pericles no sólo como nuestro pasado sino como futuro anhelado; en eso se anticipó a Heidegger.

³⁰ Llegó a afirmar, por ejemplo, que a los inmoralistas, a los sin-dios les atañe llegar a la auto-superación (o auto-abolición) de la moral.

³¹ Nietzsche, F; *La genealogía de la moral*, Tratado tercero, § 12, Alianza editorial, Madrid, p. 139. La noción de perspectivismo tiene cierta presencia en el concepto freudiano de per-elaboración: cuanto mayor sea el número de facetas evocadas de una problemática determinada y trabajadas, luego, analíticamente, más completo será el levantamiento de la represión y menor la fuerza de los mecanismos repetitivos.

³² Este sintagma resuena con lo que se espera de la asociación libre y de las intervenciones del analista en un psicoanálisis.

³³ El hombre perezoso de pensamiento y entregado a la moral de los esclavos ha de ser sustituido por el superhombre, forjado en la escuela dionisiaca, capaz de soportar las duras verdades de la vida. Ese superhombre nace de la muerte de Dios y se asume como competente para llenar el vacío dejado por esa desaparición. El hombre puede devenir superhombre sólo cuando “Dios ha muerto”.

Ferrater Mora, *op. cit.*, vol. 3, p. 2361, sintetiza este aspecto del pensamiento nietzscheano de la siguiente manera: era necesario invertir los valores imperantes: que surgieran superhombres con la moral del dominador. Objetividad, bondad, humildad, satisfacción, amor al prójimo son valores inferiores. A la objetividad opone la personalidad creadora, a la bondad la *virtù* renacentista, a la humildad, el orgullo, la satisfacción por el riesgo; a la piedad, la crueldad y al amor al prójimo, el amor a lo lejano.

³⁴ La interpretación -en el sentido lacaniano del término- reposan sobre principios semejantes a los que propuso Nietzsche sobre el uso de las palabras.

³⁵ Singularidad, diferencia, no identidad consigo mismo, fueron también ideas importantes para Lacan.

³⁶ Puede apreciarse cierta proximidad con lo escrito por Freud a Fliess en la carta 69, del 21 de setiembre de 1897: “[...] en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto.” (OCAE; T I, pp. 301-302). Lacan retomó estas ideas freudianas por medio de formulaciones del tipo: “no existe la verdad de la verdad” o “la verdad tiene la estructura de una ficción”. La idea base, se lo ve, ya estaba en Nietzsche. Sobre este tema véase también *infra*, apartado 7.12.

³⁷ Lo dicho por Nietzsche concierne directamente a los psicoanalistas: lo que el paciente relata no son acontecimientos a secas sino “hechos” ya interpretados por él. Devinieron importantes para el sujeto en tanto se inscribieron con efecto de realidad, de verdad subjetiva; luego los pondrá en palabras en sesión, a veces como resultado del levantamiento de una represión.

Se hace un inciso para traer a colación un par de perlas de dos literatos en las que se describe con inteligencia y belleza estas mismas ideas -en otros contextos, por supuesto-. “Mi relato será fiel a la realidad, o en todo caso, a mi recuerdo personal de la realidad, lo cual es lo mismo.” Así inició J. L. Borges su relato “Ulrica”, incluido en *El libro de arena* (1975), Obras completas, tomo 3, Editorial Emecé, p. 17, Buenos Aires, 1975. La segunda: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”; de *Vivir para contarla* (2002), G. García Márquez, Mondadori, Barcelona.

Vuelta al tema: sobre los “hechos” -y sobre lo escuchado- del pasado es imposible actuar; pero, en tanto psicoanalistas se puede incidir sobre las interpretaciones que de esos acontecimientos se realizaron espontáneamente en el sujeto en análisis. Un aspecto de lo terapéutico del psicoanálisis pasa por el surgimiento de nuevas interpretaciones que modifiquen o maten las anteriores. Se introducen otras perspectivas sobre lo significado con anterioridad por el analizante. Siempre está abierta la posibilidad de añadir significados novedosos *a posteriori*. Estas ideas conforman el meollo de lo que Freud llamó resignificación retroactiva y que adquirió, luego, un lugar relevante en la teoría lacaniana bajo la forma del *après-coup*. Este tema ha sido desarrollado en III, 2.5.5. y será retomado más adelante en 7.8. de este mismo capítulo.

³⁸ Badiou, A. (1988); *El ser y el acontecimiento*, p. 477, Manantial, Buenos Aires, 1999. Estas palabras aparecen al final del interesante capítulo VIII titulado “El forzamiento: verdad y sujeto. Más allá de Lacan.”

³⁹ Nació en Viena (1889) y murió en Cambridge (1951); cursó la carrera de ingeniería en Berlín y en Manchester; se interesó inicialmente en los fundamentos de la matemática, razón por la que estudió con detalle a Frege y a Russell; fue discípulo de este último. En su primer obra importante, el *Tractatus logico-philosophicus* (1921), explicitó las discrepancias con su maestro, refutando buena parte de los *Principia Mathematica*. Sin embargo, poco

después de la publicación de ese texto, expresó sus dudas sobre el contenido del mismo. Entre 1929 y 1947 enseñó en la Universidad de Cambridge, donde se hizo célebre por su manera de impartir las clases. Solía reunir a sus alumnos en círculo y al comenzar las clases planteaba algún punto particularmente complicado de sus pensamientos. No dudaba en manifestar sus dudas y confusiones. De manera habitual, estas reuniones con los estudiantes se convertían en conversaciones en las que trataba de aclarar sus propias ideas y colaboraba para que los demás pudieran hacer lo mismo. Al no forzar a nadie a hablar, eran frecuentes los largos silencios en medio de una atmósfera de gran atención y seriedad. En fin, un clima que incluía cierto halo de misterio y que permitió en reiteradas ocasiones huir de los razonamientos triviales y de los atascos del pensamiento.

⁴⁰ Existe versión española del *Tractatus logico-philosophicus*: Altaya, Barcelona, 1994; fue el único libro publicado en vida del filósofo. Entre sus obras póstumas importantes están: *Investigaciones filosóficas* (1953), Crítica, Barcelona, 1988, *Aforismos. Cultura y valor* (1977); Espasa Calpe, Madrid, 1995; los *Cuadernos azul y marrón* (1957); *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*, dos volúmenes, Tecnos, Madrid, 1987 y 1996 respectivamente); *Diario filosófico 1914-1916* (1979), Ariel, Barcelona, 1982; *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa* (1996), Paidós I.C.E.-U.A.B., Barcelona, 1996; *Sobre la certeza* (1969), Gedisa, Barcelona, 1998; *Ocasiones filosóficas 1912-1951* (1993), Cátedra, Madrid, 1997.

⁴¹ Sin duda hubo continuidad además de diferencias entre el primer y el segundo Wittgenstein: durante ambos periodos adhirió -con reservas- al empirismo, mantuvo su interés por el lenguaje y sus críticas a la metafísica. Los cambios entre uno y otro momento serán considerados a continuación, en el cuerpo del texto.

⁴² Citado por Heaton, J. M. (2000); en *Wittgenstein y el psicoanálisis*, Gedisa, Barcelona, 2004; extractada de *Philosophical occasions 1912-1951*, Hackett Publications. Hay versión castellana: *Ocasiones filosóficas 1912-1951*, Cátedra, Madrid, 1997. Se constata en esta cita que “la palabra liberadora” quita un lastre a la conciencia. No hay en ella ninguna referencia explícita a lo inconsciente, aunque cabe suponer que aquello que Freud llamó “inconsciente dinámico” está presente en esta frase.

⁴³ *Idem*, § 90 y § 129. Lo afirmado en el último párrafo resuena en múltiples aspectos con la idea lacaniana de que es en la superficie del discurso y en los juegos significantes que donde puede aprehenderse las manifestaciones de un inconsciente “extraplano”, nada profundo. Las asociaciones libres -superficie discursiva- no ocultan sino revelan las formaciones del inconsciente.

⁴⁴ Wittgenstein, L; (1969) *Sobre la certeza*, edición bilingüe alemán – castellano; Gedisa editores, Barcelona, 1988, ver al respecto los §§ 526-531, pp. 69c y 70c.

⁴⁵ Los aportes de Wittgenstein sobre el lenguaje, tanto los iniciales como los posteriores, llevaron a muchos comentaristas a considerarle dentro de la llamada filosofía analítica, surgida en Inglaterra con Moore y Russell, a la que adhirieron miembros de los círculos de Viena, Praga y Varsovia. También esta inclusión parece forzada, en tanto las ideas de este filósofo rebasaron por múltiples costados el marco de dicha corriente. Se volverá a Wittgenstein en el apartado 7.6.1. de este mismo capítulo, al considerar su enfoque sobre la negación.

⁴⁶ Imposible enumerar todos sus escritos; cuando acaben de ser publicadas sus obras completas conformarán casi sesenta volúmenes. Se señalarán por orden cronológico los más importantes, que por otra parte son los que han sido consultados y mayoritariamente citados en las páginas que siguen: *El ser y el tiempo* (1927), *Caminos del bosque* (1984), *¿Qué es metafísica?* (1927), *Esencia del fundamento* (1929), *La autoafirmación de la Universidad alemana* (1933), *El rectorado, 1933-1934* (1945), *Hölderlin y la esencia de la poesía* (1936), *Logos* (1944), *Carta sobre el humanismo* (1946-1947), *La cosa* (1950), *Construir, habitar, pensar* (1952), *¿Qué significa pensar?* (1954), la recopilación *Conferencias y artículos* (1954), *De camino al habla*, compilación de textos artículos y conferencias del periodo 1950-1959, *¿Qué es esto, la filosofía?* (1955), *Identidad y diferencia* (1957), *Entrevista del Spiegel* (1966) y un larguísimo etcétera.

⁴⁷ La crítica del filósofo alemán al sujeto concebido cartesianamente tuvo una equivalencia -aunque con marcadas diferencias en cuanto a los objetivos- en aquella otra que Lacan dirigió a la Psicología del yo. Sobre esta última cuestión, véase la parte final de III, 10.10.1., dedicada a las ideas de Hartmann, Kris, Lowenstein y sus seguidores y la nota nº 49 que de allí parte.

⁴⁸ Heidegger, M; *De camino al habla*, Ediciones del Serbal, tercera edición, Barcelona, 2002. Los títulos de las alocuciones y artículos recopilados en esta obra hablan por sí mismos de su entrega a dilucidar las cuestiones relacionadas con el habla y el lenguaje: “El habla”, “El habla en el poema”, “De un diálogo del habla”, “La esencia del habla”, “La palabra” y “El camino al habla”.

⁴⁹ Heidegger, M. (1946); *Carta sobre el humanismo*; Alianza editorial, Filosofía; Libro de bolsillo, pp. 11-12, Madrid. Es conocido el debate que se suscitó en torno a los antecedentes y al contenido de esta *Carta* entre Heidegger y Sartre. Lacan se alineó claramente con el filósofo alemán en esta polémica; véase como ejemplo de su posicionamiento, los comentarios en *Note italienne (Nota italiana)*, 1973, AE, pp. 308-309.

⁵⁰ La idea de que el lenguaje es más que un “instrumento de comunicación” fue compartida también por Nietzsche, Wittgenstein y Lacan, pero ellos no coincidieron con la manera de Heidegger de entender ese más allá.

⁵¹ El artículo de Marlène Zarader *La cuestión del lenguaje*, publicado en el dossier *Heidegger* de la Revista *Imago* nº 50, Letra Viva, Buenos Aires, me ha sido particularmente iluminador sobre las cuestiones tratadas en este apartado.

⁵² George Steiner en su libro *Heidegger* (1978), Fondo de Cultura Económica, segunda edición, Madrid, 1999; hace especial hincapié sobre la formación religiosa del joven Heidegger, y sostiene que hubo un *Kehre* (giro) anterior al comentado habitualmente, el de los años 30. Según este autor, *Ser y tiempo* supuso un primera viraje, que conllevó la

ruptura con esa educación piadosa juvenil. Sin embargo, muchos aspectos de la misma reaparecieron en distintos momentos de su obra. Así, por ejemplo, adoptó y difundió la conocida frase de San Juan: el lenguaje habla en y a través del hombre, idea reiterada por el filósofo en infinidad de ocasiones. También hizo suya la fórmula “Pensar es agradecer” (*Denken ist danken*), asociándola, en un verdadero juego conceptual y de palabras -que se pierde en la traducción castellana- a esta otra: “El pensamiento agradece” (*Das denken dankt*). En ambas está el agradecimiento, el dar las gracias; esto debe ser entendido como un acto de celebración y de humildad casi religiosa: el lenguaje es el que habla y, a través del pensamiento, se capta lo que él tiene para decir. Corresponde, entonces, al pensamiento agradecer por aquello que el lenguaje le ha dado como don: la revelación del ser. Pensar es, en sí mismo, agradecer.

⁵³ Las influencias no han sido recíprocas; Heidegger se caracterizó por un rechazo frontal a todo lo que tuviera que ver con el psicoanálisis. Sus críticas a Lacan, con y sin fundamento, fueron notables; incluso, desacreditativas. Eso no ha sido obstáculo para que los filósofos que quisieron acercarse al campo inaugurado por Freud hayan encontrado en el pensamiento heideggeriano una llave de acceso.

⁵⁴ Heidegger consideraba que los significados que había adquirido ese vocablo, especialmente a partir del *cogito*, representaron el cénit de los estragos cometidos por la metafísica en su olvido del ser.

⁵⁵ “El ser del hombre se funda en el lenguaje.” (De *Hölderlin y la esencia de la poesía*); de la misma manera, el lenguaje da a cada cosa su ser, permitiendo así que la cosa sea una cosa. La idea del filósofo era que el lenguaje, al establecer y conservar los entes mediante el acto de nominación, permitía un acceso primordial al ser.

⁵⁶ Se trata de la palabra instituyente del *esebarrado* que, tras interiorizarse, genera como contrapartida, que la misma palabra pueda ser realizadora y reveladora del ser (*FCPL*; 1953). Pocos años más tarde Lacan abandonaría esta idea de realización y revelación del ser por la palabra; para Heidegger en cambio, continuaría siendo la columna vertebral de su filosofía. No hay ningún otro ser que el ser que se dice, vino a decir Lacan al final de su obra; por entonces el *hablanteser* era el ser del sujeto enredado en las redes del significante. Su morada: los registros R-S-I, articulados borromeicamente.

⁵⁷ El vocablo *real* no estuvo ausente en los escritos de Heidegger, aunque lo usó con significados distintos a los de Lacan; véase por ejemplo, “Ciencia y meditación”, en *Conferencias y artículos*, *op. cit.*, pp. 33 y ss. Nada de lo relacionado con la diferencia sexual aparece en la obra del filósofo.

⁵⁸ Que no se trata de un mero regreso al pasado puede comprobarse en que aquello que Heidegger consideró lo “original”, lo más “matinal” ni siquiera fue percibido ni meditado por los propios griegos; solamente puede serles atribuido a ellos retrospectivamente. Configuró un impensado o lo que queda por pensar.

⁵⁹ Ese texto, publicado en 1952, proviene de una alocución pronunciada el año anterior, en un coloquio sobre arquitectura. Existe una excelente edición bilingüe del mismo, incluido como apéndice en el libro de Kosme María de Barañano (1992) *Chillida - Heidegger - Husserl*, que lleva por subtítulo: El concepto de espacio en la filosofía y la plástica del siglo XX; publicado por la Universidad del País Vasco. También puede leerse en *Conferencias y artículos* (1954), Ediciones del Serbal, p. 107, Barcelona, 2001. En esa conferencia, que despertó una enorme polémica con los arquitectos allí presentes, desgranó como era habitual en él, lo que había sido enmudecido en la palabra *bauen* (construir). Nos enteramos entonces que ella proviene de *buan*, la antiguo vocablo alemán que significa habitar; esto es: permener, quedarse. Habitar es la manera como los mortales están sobre la tierra. “*Bauen, buan, bhu, beo* son ciertamente nuestra palabra *bin*”, que aparece corrientemente en formulaciones como *Ich bin, du bist* (yo soy o estoy; tu eres o estás). “El modo como tú eres y yo soy, la manera según la cual nosotros hombres **estamos** sobre la tierra es el ‘Buan’, el habitar.” Restituyó otros significados perdidos: proteger y cuidar, cultivar el campo, cultivar la vid; y aclaró: se trata de cuidar el crecimiento de aquello que madura a partir de sí mismo: *construir*, en el sentido de proteger y cuidar, no es algo que tenga que ver con *producir*. Dejando de lado las otras referencias etimológicas provenientes del altosajón y del gótico que también aportó en su conferencia, se percibe ya que habitar, cuidar, conservar, proteger, cultivar –acepciones incluidas en *buan/bauen*– son más cercanas al ser que a la construcción de un edificio en el sentido técnico. El uso de la lengua sustrajo al hombre los significados más originales de esta palabra y con ello “su más simple y alto hablar”. Luego concluye: “No habitamos porque hemos construido, sino que hemos construido en tanto que habitamos, esto es en cuanto los **habitantes** son.” [...] “**El rasgo fundamental del habitar es este cuidar.**” (Las negritas son del autor).

Este procedimiento, que puede ser calificado de des-enmudecimiento si se sigue el modelo del vocablo desocultamiento (*aletheia*), comprendía los siguientes pasos: primero desplegaba los múltiples sentidos que una palabra de uso actual había tenido en otras épocas; usufructuaba, luego, la polisemia por él desvelada, afirmando que las diferentes acepciones mostraban una cierta unidad y que ésta se generaba a la manera de un racimo, en torno a una acepción principal; ésta era el sentido “propio” u “original” del vocablo, siendo los demás derivados. Después, ese sentido original de la palabra, resaltado dentro del ramillete, servía para el cotejo con los empleos habituales del término, para acabar mostrando cómo y porqué la palabra en cuestión había sido distorsionada mediante el silenciamiento de determinadas acepciones; generalmente, las que más cercana a su esencia. Por último señalaba las consecuencias que todo esto acarreo al pensamiento y a la humanidad. Entre otros ejemplos de estos rescates de significados pueden citarse los que hizo en sus artículos “Logos”, “Aletheia” y “Moira”; los dos primeros son comentarios a los fragmentos 5 y 16 de Heráclito, el tercero, de Parménides. Pueden leerse la versión castellana de los mismos en *Conferencias y artículos* (1954), Ediciones del Serbal, Barcelona, 2001.

⁶⁰ Cabe consignar que muchas palabras del lenguaje cotidiano utilizadas por este filósofo tenían para él significados personales; por ejemplo, “sobre la tierra” -que aparece en el punto 2 de la última cita-, quiere decir también “bajo el cielo”; ambos significan un co-“permanecer ante los divinos” e integran un “pertener a la comunidad

humana”. Está en juego aquí aquello que el filósofo llamó *Geviert*, traducido por cuadrípodo o cuatridad: tierra, cielo, los divinos y los humanos, formando una unidad. “Los mortales están en la cuatridad mientras habitan.”

Por otra parte, la polémica desatada con los arquitectos participantes del coloquio, radicó básicamente en que la conferencia de Heidegger parecía dar pie a un dilema: crisis de la vivienda en la Alemania de post-guerra o crisis en el sentido ontológico del habitar. Ortega y Gasset, presente en el acto, dejó testimonio escrito -en Obras Completas, vol. IX, pp. 629- de su acuerdo con el filósofo.

⁶¹ Está implícito en estas ideas una manera heideggeriana de entender la temporalidad, que será abordada en el apartado 7.8.1., de este mismo capítulo.

⁶² Un par de citas complementarán estos aspectos tan debatidos de las ideas del filósofo. La primera fue extractada del libro de Steiner, G.; *Heidegger* (1978), *op. cit.*, p. 58 y ss., mientras que la segunda es de P. Bourdieu, y fue tomada de su libro *La ontología política de Martín Heidegger* (1988), Editorial Paidós, pp. 85-86, Barcelona, 1991.

Steiner afirmó: “Pero muy pronto esta etimologización y esta búsqueda de las raíces de las palabras alemanas y griegas (veremos que Heidegger atribuye a estas dos lenguas un posición inequívocamente primordial) se vuelven más que un instrumento. Se convierten en la táctica esencial de la filosofía de Heidegger: se toma una frase común, un pasaje de Heráclito, Kant o Nietzsche; se desentierra a partir de la sílaba, palabras, frases, su riqueza de sentido original, oculta desde hace mucho tiempo, desgastada. Se demuestra que la clausura de ese sentido ha alterado y dañado el destino del pensamiento occidental y cómo de su redescubrimiento, su restauración literal con un fulgor activo, puede resultar un renacimiento de capacidades morales e intelectuales.

[...] Cuando usa palabras en formas que parecen totalmente arbitrarias, y funde palabras en cadenas extrañas de guiones, Heidegger sostiene que está de hecho regresando a las fuentes primarias del lenguaje, que está llevando a cabo las intenciones auténticas del discurso humano. Si se puede o no defender esta aseveración es una cuestión a la que regresaré más tarde. Pero su efecto es claro: un texto de Heidegger es con frecuencia raro e impenetrable, más aún que el de los más difíciles metafísicos y místicos anteriores. En su última época, el lenguaje de Heidegger, bajo el efecto de la poesía de Hölderlin, entra en un estadio más extremo de singularidad. Por un lado se usan las palabras en un sentido exclusivo, supuestamente primordial y radical; por el otro, en un campo connotativo y metafórico exclusivo de Heidegger. Las palabras mismas son casi siempre ‘simples’. Pero los significados que Heidegger les atribuye a “dioses”, “mortales”, “cielo”, “tierra” [...] son casi completamente idiosincrásicos.

[...] Para los detractores de Heidegger este estilo es un horror. No es sino una jerga grandilocuente e indescifrable. Aún más, no sólo está articulado al compromiso personal de Heidegger con el nazismo, sino que es un síntoma del desconcierto general de seudoprofundidad y arcaísmo que contaminó al idioma alemán desde Herder hasta Hitler.

[...] Por el contrario, en los heideggerianos, el lenguaje del maestro ejerce una fuerza hipnótica. Es literalmente fascinante, y vuelve la prosa de otros filósofos e incluso la obra de poetas contemporáneos casi superficial.” Aquí termina la cita de Steiner.

Por su parte, P. Bourdieu sostuvo que Heidegger “[...] divide de alguna manera cada palabra contra sí misma, haciéndola significar que no significa lo que parece significar, inscribiendo en ella, con unas comillas o por una alteración de la propia sustancia significante, cuando no es por el simple enlace etimológico o fonológico a un conjunto lexical, la distancia que separa el sentido ‘auténtico’ del sentido ‘vulgar o ‘ingenuo’. Al desacreditar las significaciones primeras que siguen funcionando como soporte escondido de varias relaciones constitutivas del sistema patente, uno se da la posibilidad de conducir un doble juego, si se puede decir así, al segundo grado. En efecto, a pesar del anatema que las afecta, estas significaciones denegadas cumplen aún una función filosófica, puesto que desempeñan por lo menos el rol de referentes negativos por relación al cual se marca la distancia filosófica y social que separa lo ‘ontológico’ de lo ‘óntico’, es decir, el iniciado del profano, solo responsable, en su incultura o perversión, de la evolución culpable de las significaciones vulgares. Utilizar de otra manera las palabras de todo el mundo, reactivar la verdad sutil, el *etumon*, que la rutina del uso ordinario deja escapar, es hacer de la justa relación de las palabras el principio del éxito o fracaso de la alquimia filológico-filosófica.”

⁶³ Con esta frase termina Heidegger su texto “La pregunta por la técnica”, incluido en el libro *Conferencias y artículos; op. cit.* p. 50. En esa edición Eustaquio Barjau tradujo “*Denn das Fragen ist die Frömmigkeit des Denkens*”, así: Porque el preguntar es la piedad del pensar. Se considera que la traducción aquí presentada transmite mejor lo que se quiere expresar en este apartado, reconociendo que *Frömmigkeit* puede vertirse tanto mediante *piEDAD* como por *devoción*. Algo similar podría decirse de la parte final de la frase: *des Denkens*: del pensar o del pensamiento.

⁶⁴ La palabra plena de Lacan recoge, en otro contexto algunas de estas ideas.

⁶⁵ M. Zarader, en el artículo antes citado, sintetiza de la siguiente manera el estatuto y la misión del mismo, según Heidegger: “El poeta es el que reúne los signos provenientes de los dioses, para a su vez, dirigirse al pueblo; no inventa nada sino que recibe y trasmite. Habiendo recibido “con su manos puras”, el “rayo del padre” (que no podía brillar por fuera de lo abierto del ser), reparte entre “los hijos de la tierra”, pero no lo da sino después de haberlo apaciguado; lo que significa que él queda expuesto a la violencia del rayo. Emisario, mensajero, receptor de signos, mediador entre los dioses y los hombres, sometido al horror del vínculo directo con el dios y pacificador de lo terrible para los hombres: otros tantos rasgos del poeta, garante supremo del lenguaje, guardián entonces y cuidador del ser -y quizá también como lo afirma a veces Heidegger- salvador de éste.”

⁶⁶ “El origen de la obra de arte” (1935-1936); en *Caminos del bosque*, Alianza editorial, p. 25, Madrid, segunda reimpresión, 2001. Cabe consignar que Heidegger recuperó el primitivo sentido griego de verdad, entendida como descubrimiento del ser: *aletheia* -lo no oculto- palabra que además del significado recién expuesto, admite otros, a

saber: arrancarse al ocultamiento, desocultarse, desvelar. Todas estas acepciones suponen -como efecto- la puesta en evidencia de lo verdadero que permanece oculto por el velo de la apariencia. Se volverá sobre esta cuestión en el último apartado de este capítulo.

⁶⁷ El término griego *poiesis* significaba: hacedor, creador, engendrador, autor, y por extensión, poeta. Heidegger lo utilizó dándole otros sentidos antiguos: suscitar, hacer presente, traer a la presencia. Indica la producción de algo. En castellano actual y dentro del léxico médico es habitual el uso del vocablo eritropoiesis: se refiere a la capacidad de ciertos tejidos de producir los glóbulos rojos de la sangre. La médula ósea es eritopoiética, hematopoiética. También se emplea la palabra mitopoiesis: fabricación de mitos

⁶⁸ Incluido en el libro *Jacques Lacan, Intervenciones y textos I*, p. 65, Manantial, Buenos Aires, 2002.

⁶⁹ El conjunto de operaciones teóricas que tal giro implicó, los virajes concomitantes que tuvieron lugar a partir de entonces, las derivaciones clínicas de los mismos, las rupturas con el pensamiento de algunos filósofos que ellas conllevaron y las nuevas importaciones conceptuales desde la topología y lógica matemática serán comentadas más adelante, en 7.1.7.4.

⁷⁰ El cuadro con las llamadas fórmulas de la sexuación se expuso y se comentó en las apartados 5.11.2 a 5.11.5. del capítulo 5. *Procesamiento lógico de la identificación*, de esta tercera parte.

⁷¹ B. Spinoza, que escribía en latín, publicó en vida sólo dos obras: *Principios de la filosofía cartesiana* (1663) y el *Tratado teológico-político* (1670), valiente alegato a favor de la libertad de expresión, tanto política como religiosa. Tras su muerte se editaron: *Ética demostrada según el orden geométrico* (*Ethica ordine geométrico demonstrata*); el *Tratado político*, el *Tratado de la reforma del entendimiento*, la *Correspondencia* y un *Compendio de gramática hebrea*. Muy tardíamente, a mediados del siglo XIX, se descubrió otro texto suyo: *Breve tratado sobre Dios, el hombre y su felicidad*. La *Ética* comprende cinco partes y está escrita siguiendo la manera en que suelen hacerse las exposiciones en geometría: primero, las definiciones; luego, los axiomas; en tercer lugar, las proposiciones deducidas de las definiciones y axiomas, seguidas de su demostración; por último: los lemas, corolarios y escolios. Las citas de dicha obra que se harán en este apartado provienen de la reciente -y excelente- edición y traducción de Atilano Domínguez (2000), para la editorial Trotta, Madrid, publicada con su título completo: *Ética demostrada según el orden geométrico*. Incluye una introducción, notas de crítica textual, un índice analítico elaborados por A. Domínguez y un índice completo de las referencias internas que hizo Spinoza para fundar sus pruebas. Se ha consultado también la versión francesa, publicada por Garnier-Flammarion, Paris, 1965; traducida y comentada por Ch. Appuhn. Al existir varias ediciones en castellano de esta obra, consideré inoportuno indicar los números de las páginas de la edición Domínguez - Trotta de donde provienen las citas; recurrí, en cambio, a señalar la parte de la *Ética*, los números de las proposiciones, de las definiciones y de los escolios citados; acorde con el siguiente modelo: E. III, 9. (*Ética*, tercera parte, proposición nueve). Así, se las ubicará con facilidad en cualquier edición.

Una visión más amplia del pensamiento de Spinoza -aquí, como ya se ha anticipado, se abordará su teoría del deseo- puede leerse en Martínez Marzoa, F. (1994), *Historia de la filosofía*, vol. II, Ediciones Istmo (2003), pp. 71 y ss. Es un texto sintético pero riguroso; no trata el tema que para este trabajo es central pero brinda un panorama de sus ideas principales. Del mismo autor: *Heidegger y su tiempo* (1999); Akal ediciones, Madrid. Más extenso y detallado es el libro de Deleuze, G. (1981) *Spinoza: filosofía práctica*, en cuyo cuarto capítulo se encontrará un "Índice de los principales conceptos de la *Ética*", editorial Tusquets, Barcelona, 1984, traducido por Antonio Escohotado; existe una edición argentina más reciente -2004-, de la misma editorial. Atilano Domínguez ha publicado varios libros y artículos sobre el filósofo, además de traducir muchas de sus obras.

⁷² Ejemplo de ello es su aproximación al tema de la sustancia, en que se diferencié del Estagirita: para Aristóteles la sustancia era aquello cuyo ser no supone el ser de otra cosa, aquello que no requiere *sub-jectum*. Ahora bien, en Spinoza el ser es construcción en la mente (*concepto*); de ahí la definición que dio de sustancia, que será expuesta y comentada enseguida.

⁷³ Freud citó en dos ensayos -*El chiste y su relación con el inconsciente* (OCAE, VIII, p. 74) y en *El porvenir de una ilusión* (OCAE, vol. XXI, p. 49)- el poema *Deutschland* de H. Heine, en que éste hace referencia al supuesto ateísmo del filósofo: "Mi compañero de descreencia, Spinoza".

⁷⁴ Resulta más fácil articular esta perspectiva que la cartesiana -sujeto centrado en la conciencia- con la idea de Freud respecto de la existencia de pensamientos *inconscientes* (*Unbewusste Gedanken*); véase *supra*, apartado 7.1.2.

⁷⁵ Macherey, P. (1991); en *Lacan avec les philosophes; op. cit.*, p. 320. Respecto de las relaciones muy peculiares que Lacan mantuvo con el estructuralismo, véase III, 3.5.

⁷⁶ Mientras la filosofía hasta entonces había subrayado la importancia del pensamiento y de la razón, Spinoza jerarquizó también al cuerpo y las pasiones: ni el espíritu tiene superioridad sobre el cuerpo ni éste sobre el primero (tesis sobre el paralelismo de los atributos de ambos).

⁷⁷ Lacan profundizó algunas de las tesis freudianas sobre el superyó señalando que los enunciados del mismo son exorbitantes -"la voz obscena del superyó"- y que impulsan al sujeto a dirigirse hacia el "más allá del principio del placer": compulsión a la repetición y goce.

⁷⁸ A. Domínguez tradujo adecuadamente la palabra latina *conatus*, empleada por Spinoza, por conato, término aceptado por la Real Academia; Ch. Appuhn, autor de la versión francesa de la *Ética* y otros comentaristas galos lo tradujeron por *effort* (esfuerzo); les fue imposible evitar redundancias del tipo: "El esfuerzo con el que cada cosa se esfuerza..."

⁷⁹ También puede apreciarse en esta reciprocidad un signo del matematismo que atravesó el pensamiento y la obra de Spinoza. Lo mismo puede decirse respecto del conato de cada cosa en perseverar en su ser; ese "esfuerzo"

implica un *quantum* que además estaba *precisamente determinado*. La esencia de las cosas singulares las concibió bajo el modelo de las esencias matemáticas: proporciones fijas y relaciones de reciprocidad que ellas mantienen con sus objetos.

⁸⁰ Los analistas podríamos sacar buenas conclusiones acerca de la repetición si la entendiéramos como el modo de funcionamiento de la psique y como perseverancia del sujeto en ser -y manifestar- su estructura.

⁸¹ En este escolio, anterior a las Definiciones de los afectos -parte final de *Ética III-*, dice que la esencia del hombre es el apetito, pero enseguida agrega que “no existe ninguna diferencia entre apetito y deseo” en tanto los hombres tienen conciencia de sus apetitos. El contenido de la última frase de esta cita fue aludido en páginas anteriores -al tratar sobre de las diferencias entre ética y moral-; se la ha incluido ahora para dar su versión textual y completa.

⁸² Con afecto Spinoza se refería a las pasiones o sentimientos (amor, odio, alegría, tristeza). Distinguió tres afectos primarios, de los cuales el deseo era el más importante; los otros dos son la alegría y la tristeza. Se recuerda que a esta última la consideró como una cobardía moral; esta idea fue retomada por Lacan, que subrayó la inhibición para poner en juego el propio deseo en la tristeza depresiva.

La afección, en cambio, es un modo: “Por modo entiendo las afecciones de la sustancia; o sea, aquello que es en otro, por medio del cual también es concebido.” (*E. I*, definiciones, 5). Afección y modo, así definidos, son caracterizados como realidades dependientes de otras realidades (ellas son “en otras cosas” y no “en sí”, como es la sustancia. Más precisamente, la afección designa a la vez aquello que determina y aquello que altera (en el sentido de alienar, de poner en otra cosa). El término afección (*affectio*) designa con mayor frecuencia aquello en que una cosa particular, o un modo, es afectado, es decir, modificado, alterado, en el sentido de *transformado*. La afección caracteriza casi siempre al cuerpo humano, aspecto éste de la *Ética* que no se abordará aquí; quede simplemente dicho que Spinoza, a diferencia de muchos filósofos, trató en profundidad la cuestión del cuerpo, obviamente..., al modo geométrico.

⁸³ Macherey, P. (1995), en *Introduction a l'Ethique de Spinoza*, PUF, Paris, vol. 2, p. 95 y siguientes, interpreta que el deseo espinosiano es ontológicamente una dinámica o un proceso sin objeto ni sujeto: sin sujeto porque la conciencia carece de poder para dominar y dirigir al deseo; sin objeto, porque el esfuerzo esencial de toda cosa es ontológicamente primera respecto de cualquier fijación objetual, (ya se trate de un objeto amado u odiado). La conciencia sólo acompaña, sigue, la dinámica del deseo, pero, más que dominarlo, ella está constituida por él. Ella es idea conciente de ella misma (idea de la idea), teniendo por objeto la afección que dispone la esencia, o el *conatus*, a realizar esto o aquello; pero la conciencia no es la idea conciente del proceso que la atraviesa y la constituye. Spinoza va más allá de denunciar la ilusión del libre albedrío; muestra la génesis de dicha ficción.

Se capta en esta interpretación del deseo en Spinoza ciertas resonancias con algunos postulados de Lacan.

⁸⁴ También para Kant la objetividad implica un orden *a priori* -las categorías de espacio y tiempo- que organizan *lo dado*. Pero aún así, Kant presupone un *en-si* de las cosas (noumeno) que, a pesar de carecer de forma y determinación, no deja de ser un *existente*. Hegel critica y rechaza la cosa *en-sí* kantiana, haciendo de ella un concepto más entre otros conceptos; confiere al espíritu la libertad absoluta; al espíritu le es innecesario adecuarse a nada fuera de sí, ya que no hay nada fuera del espíritu. Por otra parte, Hegel se propuso superar el idealismo crítico de Kant en cuanto a los límites que éste impuso al conocimiento humano (en *Crítica de la razón pura*), como a los límites morales y políticos derivados del imperativo categórico (*Crítica de la razón práctica*).

⁸⁵ Podría considerarse esta propuesta de Hegel como un antecedente de aquello que el psicoanálisis convirtió en uno de sus basamentos: estudiar al sujeto y al objeto en su entrelazamiento; lo nuevo que introdujo Freud fue considerarla una relación libidinal sometida al determinismo inconsciente.

⁸⁶ Hegel usó el término *espíritu* con un sentido distinto del que tiene en los sistemas espiritualistas. Para él, el espíritu no es una entidad especial, una cosa, un ser, una sustancia o una especie de supraidentidad superior, sino forma (o formas) de ser de las identidades. Estas formas no son establecidas de una vez y para siempre; están sometidas a un proceso dialéctico interno, que los aboca a cambios permanentes. La idea de devenir es importantísima en su pensamiento. El ser humano no adviene a la existencia por el sólo hecho de nacer; edifica su existencia en cada momento de su vida. Al fin y al cabo, el hombre es su propia invención. Sólo será una existencia cuando haya llegado al fin de su vida.

⁸⁷ Las obras más importantes de Hegel son: *Fenomenología del espíritu* (1807), *Ciencia de la lógica* (1812 y 1816), *Principios de la filosofía del derecho* (1821). Las *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, *Lecciones de historia de la filosofía*, *Lecciones sobre estética*, *Lecciones sobre filosofía de la religión* fueron publicadas tras su muerte, en lo que fue primera edición de sus obras completas, en 19 volúmenes, aparecidas entre 1832-1887.

⁸⁸ Este apartado, además de esbozar una panorámica introductoria al pensamiento de Hegel, estará básicamente dedicado a perfilar su presencia en las elaboraciones lacanianas sobre el deseo. Las otras improntas de Hegel en Lacan serán estudiadas en los siguientes apartados de este mismo capítulo: 7.21. *Versiones filosóficas del otro*; 7.6.1. *Perspectivas filosóficas* [de la negación]; 7.9. *La agresividad, correlato de las identificaciones imaginarias. Hegel*; 7.11. *Las alienaciones imaginarias y simbólicas. El par alienación-separación. Hegel, Marx*.

⁸⁹ En *S II*, al final de la clase del 27/5/64, J.-A. Miller dirigió la siguiente pregunta a Lacan: “¿Es que, a pesar de todo, usted no quiere mostrar que la alienación de un sujeto que ha recibido la definición del haber nacido en, y el estar constituido y ordenado por un campo que le es exterior, se distingue radicalmente de la alienación de una autoconciencia? En una palabra, ¿no hay que entender: *Lacan contra Hegel*?” A lo que Lacan repuso: “Creo que al decir *Lacan contra Hegel* usted está mucho más cerca de la verdad [que A. Green, que venía de afirmar lo contrario], aunque, por supuesto, no se trata en absoluto de una discusión filosófica.” (Lo que está entre corchetes es mío).

⁹⁰ Un ejemplo de las múltiples controversias suscitadas son las siguientes consideraciones de P. Macherey en *Lacan avec les philosophes, op. cit.*, p. 319: “¿Qué se encuentra en la *Introducción a la lectura de Hegel* de Kojève? Una concepción singular de la negatividad como acto y como acto específicamente humano, cuyos antecedentes se buscarán en vano en Hegel. Se trata de una construcción filosófica más o menos original, ordenada alrededor de una doctrina de la finitud, cuyas principales ideas reenvían indirectamente al Heidegger de *Ser y Tiempo*. Es a partir de esto que Kojève desarrolla su propia teoría del hombre histórico como sujeto aniquilante [*neantisant*], que ejerce su negatividad esencial a través de las formas conjuntas de la lucha y el trabajo, al mismo tiempo que se define como sujeto del deseo, en el sentido de un deseo que, por su naturaleza, está condenado a la insatisfacción. Allí se puede ver una prefiguración de las tesis lacanianas de la *Spaltung*, del sujeto barrado, etc. Pero ¿estas ideas que se encuentran indiscutiblemente en Kojève, son suficientes para caracterizar su posición teórica? No, ya que la ‘filosofía’ de Kojève no se reduce a una antropología de la finitud; ella comporta también una doctrina de la ‘sabiduría’ y de los límites del mundo histórico del hombre, cuyas fuentes es necesario buscarlas en Feuerbach y el joven Marx: aquello que él denominó ‘humanismo ateo’. La originalidad, se podría decir al mismo tiempo, lo que hace extraña la empresa de Kojève es esta improbable síntesis que intentó realizar entre Heidegger y un cierto Marx, en el contexto de un comentario de Hegel esencialmente lúcido. Esta ha sido la astucia de la andadura de Kojève: ha sabido vender con éxito, bajo el nombre de Hegel, el hijo que Marx habría podido hacerle a Heidegger.”

⁹¹ Para Hegel, en un primer tiempo, el deseo está presente como consecuencia de que el sujeto de la conciencia se sostiene en lo viviente. En la relación sujeto-objeto, sólo el deseo puede referir al primero a sí mismo y romper, así, su absorción por el objeto que contempla. Ahora bien, si ese deseo recae sobre objetos naturales, se trata de un deseo animal (es decir: una necesidad). Este tipo de deseo no constituye más que el sentimiento de sí. El yo que crea esta modalidad de satisfacción tendrá la misma naturaleza que los objetos sobre los que recaen ese deseo: será un yo que anhela cosas, un yo viviente, un yo que apenas se diferencia de un animal. La humanidad no está aún realizada. ¿Qué transmutación tiene que ocurrirle al deseo para que el humano alcance su verdadero status, accediendo a la autoconciencia? Es imprescindible que recaiga sobre un objeto no natural; sólo así se humaniza el deseo. La única cosa que sobrepasa, que trasciende la realidad dada es el deseo mismo como pura negatividad, como falta en ser. El deseo así concebido es esencialmente de otra cosa que la cosa deseada, otra cosa que una cosa.

Un deseo de esta índole –que recae sobre otro deseo y no sobre una cosa– se ve necesariamente abocado a producir, por la acción negativa y asimilativa que lo satisface, algo distinto que un deseo animal. La condición absoluta de humanización del deseo es que éste recaiga sobre otro deseo; es decir: que sea deseo de deseo. La primera consecuencia que puede extraerse es la siguiente: para que haya deseo humano tiene que haber multiplicidad de deseos animales; para que la realidad humana pueda constituirse en el interior de la realidad animal, es preciso que esa realidad sea múltiple. El hombre no puede aparecer más que en el interior del rebaño. Para que el rebaño devenga sociedad, es preciso que los deseos de cada miembro del rebaño recaigan sobre los deseos de los otros miembros. Un paso más: la sociedad no es humana para Hegel más que como conjunto de deseos que se desean mutuamente en tanto que deseos. La historia de la humanidad no puede ser otra cosa que la historia de deseos deseados.

⁹² Sartre, J.-P. (1943); *El ser y la nada: Ensayo de ontología fenomenológica*; Ediciones Altaya, Barcelona 1993; traducción: Juan Valmar. Se citará a partir de dicha edición.

⁹³ M. Recalcatti (2005), “El sujeto del deseo: Lacan con Sartre”, artículo incluido en la obra colectiva titulada *Psicoanálisis <> Filosofía*, editorial Tres Haches, Buenos Aires, pp. 134-135. Respecto del dualismo sartreano *En-sí y Para-sí*, véase en el apartado 7.2.1. *Versiones filosóficas del otro*, los párrafos dedicados a este filósofo. En 7.8.2. se tratará sobre la concepción sartreana de la temporalidad.

⁹⁴ Las críticas de los filósofos al psicoanálisis no son ni han sido ingenuas; en todo caso ponen de relieve la diferencia irreductible de ambos discursos. Las dificultades más serias surgen cuando los psicoanalistas consideran que tienen que curar a la filosofía de sus males o limitaciones. Tal vez el diferendo se resuelva o apacigüe admitiendo las especificidades de cada campo y las disparidades que eso produce. Por esa vía sería posible también reducir las disputas por las hegemonías.

⁹⁵ Cabe señalar las influencias que el filósofo de Stuttgart recibió de Schelling –de los románticos, en general– y la amistad que lo unió en su juventud al poeta Hölderlin.

⁹⁶ Para más detalles sobre el grafo del deseo véase Korman, V. (2004), *op. cit.*, pp. 279 y ss. El grafo esquematizado que se presenta en la p. 290 muestra la ubicación del deseo entre los dos vectores horizontales, representativos de las cadenas de significantes consciente e inconsciente, respectivamente.

⁹⁷ En *Diccionario de Psicoanálisis* (1998), bajo la dirección de R. Chemama y B. Vandermersch, p. 138, Amorrortu, Buenos Aires.

⁹⁸ No debe confundirse deseo inconsciente con anhelo de poseer algo o de “tener” a alguien; conviene pensar el deseo en psicoanálisis no desde el ángulo del objeto que presuntamente lo realizaría sino más bien desde aquello que es capaz de causarlo, de despertarlo, de eruirlo. En esa perspectiva, podría plantearse que uno de los objetivos de un psicoanálisis podría ser el de activar la dinámica deseante, sobre todo para aquellos en los que el deseo se encuentra amordazado.

⁹⁹ Respecto de tales desarrollos teóricos, véase: *SF* (1958) y *CPTP* (1955), incluidos en *Escritos I y II*, respectivamente.

¹⁰⁰ Esta fórmula podría invertirse y seguiría siendo igualmente válida: el Otro es deseante porque está castrado; es incompleto.

¹⁰¹ En cierto sentido esta formulación anticipa un giro crucial del tercer momento -véase *infra*- en tanto marcó una transición de la filosofía a la lógica simbólica como referente más importante: pasaje de los universales de la filosofía al *universo del discurso* de la lógica.

¹⁰² Con todo lo importante que el lenguaje pudo ser para el vienés, no fue tan crucial como para Lacan; esto se puede comprobar fácilmente cotejando de ambas obras. Por ejemplo, dentro del tema central de este trabajo -la estructuración identificatoria del sujeto- Freud la pensó con punto de partida en las pulsiones del infante; Lacan, en cambio, la concibió como un efecto del significante proveniente del Otro, razón por la cual *elosebarrado* quedó articulado con el lenguaje y lo simbólico. El Otro, y no las pulsiones, devino el determinante fundamental del sujeto.

¹⁰³ Es imposible desarrollar en este contexto las características de las éticas de los filósofos citados y las limitaciones que Lacan les fue atribuyendo a lo largo del seminario citado, cuya lectura es recomendable para los interesados en el tema. Una visión sintética de estas cuestiones puede encontrarse en el libro de Julien, P. (1985); *Le retour à Freud de Jacques Lacan*, Editions Érès, Toulouse.

¹⁰⁴ En la cuarta parte de este trabajo se esboza una crítica a este determinismo tan rígido.

¹⁰⁵ En relación a la ruptura con la *razón dialéctica* véase, por paradigmática, la clase del 21 de noviembre de 1962, presidida por las fórmulas diferenciales del deseo en Hegel y Lacan.

¹⁰⁶ El movimiento ha sido más largo, complejo y sinuoso, ya que después del recurso a A. De Morgan vinieron sus apoyaturas en otros lógicos simbólicos (Cantor, Gödel, etc.; véase A₅.11.), con los que recusó la idea de universo de discurso **completo**. Esta parte del recorrido puede seguirse, por ejemplo, en las clases del 23 de noviembre de 1966 y 22 de febrero de 1967 del *S 14*, en el que afirmó taxativamente que “no hay universo del discurso”, entendido como conjunto universal o como un orden simbólico completo sin fallas.

¹⁰⁷ Para más detalles sobre este cuarto tiempo de la conceptualización del deseo se remite a los siguientes apartados: III, 5.11.2 y 5.11.5., donde se exponen las articulaciones del deseo con las fórmulas de la sexuación; III, 6.6.3., en el que se hacen referencias a las relaciones del deseo con la topología nodal, lo real y el goce. En cuanto a las innovaciones en la teoría del deseo tras la inclusión de la lógica modal y las formas modales del amor, véase III, 5.11.2, III, 5.11.4. y III, 5.11.5.

¹⁰⁸ Al tratar esta problemática en los contextos filosóficos se utilizará el término otro escribiéndolo con minúscula. Se pretende evitar, así, los equívocos que puedan generarse con el Otro de Lacan. Algunos filósofos contemporáneos -Levinas y Sartre entre ellos- utilizaron el vocablo Otro, aunque con significaciones distintas a las del psicoanalista.

¹⁰⁹ La brevedad impuesta impide reseñar las ocho hipótesis presentadas en el diálogo. Algunas ideas de Platón sobre el Uno serán mencionadas en el apartado 7.4.1. de este mismo capítulo.

¹¹⁰ Nació en Merienberg (Alemania). Se ordenó sacerdote en la iglesia católica pero una década más tarde abandonó los hábitos y contrajo matrimonio con Ida von Lieben, hermana de la que fuera paciente de Freud. Emigró de su país para radicarse en Viena, donde profesó durante más de veinte años (entre 1874 y 1894), con un quinquenio de interrupción, en el que vivió en Leipzig. En Viena mantuvo relaciones estrechas con Meynert, Breuer, Gomperz, etc. Ejerció gran influencia sobre O. Kraus, A. Kastil y Husserl. Este último ha sido quien más ayudó a difundir y valorizar sus ideas. Enseñó en la Universidad de Viena con el título de *Privatdozent*, después de profesar en Würzburg, donde conquistó una buena fama de filósofo aristotélico y de psicólogo de orientación empirista, pero tuvo que marchar de allí porque su abandono del sacerdocio despertó la animadversión de las autoridades religiosas. A partir de 1896 Brentano vivió en Florencia y en 1915 se radicó en Zürich.

El joven Freud, siendo todavía estudiante universitario, asistió a algunos cursos de filosofía dictados por él y a seminarios en los que se hacían lecturas comentadas de textos filosóficos. Incluso le eligió como director de una tesis de filosofía que luego abandonó, para seguir otra vía, ligada a la fisiología, bajo la orientación de Ernst von Brücke. Sin embargo, lo que amalgamaba Brentano -la especulación y la observación de la ciencia empírica- dejaron huellas en el vienés.

Entre las obras más importantes de este filósofo están: *De la múltiple significación del ser según Aristóteles* (1862), *Psicología desde un punto de vista empírico* (1874), *Investigación sobre la psicología de los sentidos* (1907), *El origen del conocimiento moral* (1927), etc. Bajo el seudónimo de Aenigmatis publicó una recopilación de adivinanzas, acertijos y retruécanos que provocaron admiración en los salones vieneses. Freud hizo alusión a este texto menor de Brentano en *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905).

¹¹¹ Puede consultarse al respecto un breve texto que bajo el título *Sobre el concepto de verdad*, recoge una conferencia pronunciada en Viena el 27 de marzo de 1889. El libro fue publicado por la Editorial Complutense (1998), Madrid.

¹¹² La fenomenología kantiana era epistemológica y gnoseológica, tal como se verá en las páginas siguientes; reconocía el carácter engañoso del fenómeno y subrayaba la participación del sujeto en la constitución del mismo, pero, la cosa en sí -el *noúmeno*- quedaba al margen de las posibilidades cognoscitivas. Con *Hegel y su fenomenología del espíritu* el fenómeno adquirió un estatuto ontológico, tal como se desprende de su consigna “ser es aparecer”: las apariencias no engañaban, el fenómeno era la única verdad, lo que la conciencia aprehendía reflexivamente era la única realidad; en fin: la cima del idealismo.

¹¹³ Entre sus obras más importantes merecen citarse: *Investigaciones lógicas* (1900); *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica* (1913); *Meditaciones cartesianas* (1931); *Lógica formal y Lógica trascendental*, publicada en 1962; *Experiencia y juicio* (1939), su escrito póstumo. Tras su muerte se encontraron

cantidades enormes de folios manuscritos por él -unos cuarenta mil-, salvados por el padre Van Breda de su casi segura destrucción durante la guerra. Se conservan en el Archivo Husserl de la Universidad de Lovaina (Bélgica).

¹¹⁴ Véase el artículo “Fenomenología”, en *Edmund Husserl. Una invitación a la fenomenología* (1992), publicado conjuntamente por Paidós y el Instituto de Ciencias de la Educación (I.C.E.) de la Universidad Autónoma de Barcelona. Cuenta con una magnífica introducción de Reyes Mate.

¹¹⁵ Citado por Reyes Mate; introducción a *Edmund Husserl. Una invitación a la fenomenología*, p. 21.

¹¹⁶ La fenomenología trascendental de Husserl se expandió en varias direcciones; en el contexto de este trabajo se considerará básicamente a Heidegger; también, la llamada fenomenología existencial de Sartre y Merleau Ponty; ambos recibieron la influencia de Husserl. En cambio quedará fuera de consideración la fenomenología hermenéutica (Gadamer) y la fenomenología lingüística (Ricoeur).

¹¹⁷ Entre sus obras más importantes están: *La trascendencia del ego* (1936), *La náusea* (1938), *Esbozo de una teoría de las emociones* (1939), *Lo imaginario* (1940), *El ser y la nada* (1943), *Las moscas* (1943), su conferencia *El existencialismo es un humanismo* (1946), *Las manos sucias* (1948), *Crítica de la razón dialéctica* (1960), y un largo etcétera.

¹¹⁸ Las coincidencias con algunas ideas claves de la TIL son notables: identificación como un hacer interno lo externo -patentizada topológicamente mediante las reversiones del toro-; ausencia primaria de identidad, a la que se accede de manera muy vacilante gracias a las identificaciones; sujeto vacío y desustancializado, en ambas concepciones, etc. J.-A Miller (2003), en su libro *La orientación lacaniana* –capítulo “La experiencia de lo real en la cura” –, sostiene que el Para-sí de Sartre ha sido un verdadero precursor del sujeto dividido de Lacan.

¹¹⁹ M. Recalcatti (2005), en su artículo “El sujeto del deseo: Lacan con Sartre”, *op. cit.*, p. 138, afirma que en este aspecto existe un punto de desencuentro irreductible entre Sartre y Lacan: mientras el primero atribuye la trascendencia al carácter negativo de la existencia, el segundo la imputa al lenguaje. Para el psicoanalista la trascendencia es la del lenguaje y no la del sujeto. Si según Sartre, la existencia es la que lleva la nada al seno del ser, para Lacan, es el hecho del significante. Lacan estaría más cerca de Heidegger que de Sartre. El Otro de Sartre es el Otro de la conciencia desdichada de Hegel, en tanto el Otro lacaniano es el otro no antrópico y ‘trans-individual’ más afín al ser ultra-humanista del filósofo alemán (Véase respecto de este tema la famosa *Carta sobre el humanismo* del filósofo alemán).

“Esta divergencia en cuanto a la noción de trascendencia –continúa, ahora textualmente, Recalcatti– deriva del hecho de que Sartre parte de la noción de Otro, en tanto Lacan parte del lenguaje y de sus leyes, luego del Otro, para llegar a la noción de sujeto. Sin embargo, ni para Sartre ni para Lacan el sujeto es concebible sin Otro. Sujeto y Otro están indisolublemente ligados. Se recuerda que Sartre fue uno de los pocos filósofos que usó el vocablo Otro con mayúsculas, aunque como se ha anticipado recién -y se volverá sobre esta cuestión enseguida- los significados de Otro son muy diferentes para ambos.

¹²⁰ Sus libros más significativos fueron: *La estructura del pensamiento* (1942), *Fenomenología de la percepción* (1945), *Humanismo y terror* (1947), *Sentido y sinsentido* (1948), *El ojo y el espíritu* (1961), *Lo visible y lo invisible*, obra inconclusa, publicada tras su muerte en 1964.

¹²¹ Esta diferenciación está en la base de la TIL: identificación simbólica con el Otro e identificación imaginaria con el otro. Estas dos modalidades identificatorias son tratadas en todos y cada uno de los capítulos de esta tercera parte; las dos variedades identificatorias serán abordadas con especial atención en el noveno y décimo, respectivamente.

¹²² No debe entenderse esta afirmación como una crítica a los filósofos por no utilizar un concepto de inconsciente como el inaugurado por Freud, máxime si se tiene en cuenta que la mayoría de ellos vivieron antes del siglo XX. Se pretende subrayar más bien que el discurso filosófico no es afín, en principio, a un concepto de esa índole. Para decirlo con palabras del vienés, la filosofía no sobrepasó el obstáculo *conciencialista*. Es difícil encontrar en la historia de la filosofía algún antecedente o precursor del inconsciente freudiano. Eduard von Hartmann fue uno de los pocos que empleó dicho término, junto con Fichte y Schopenhauer pero todos ellos le otorgaron un carácter extremadamente metafísico, Los fenomenólogos contemporáneos de Freud, si bien tuvieron noticias de sus obras, rechazaron la noción de actividades mentales inconscientes; para éstos, todo objeto en cuanto objeto intencional, lo es de la conciencia. Si hubiera actos inconscientes, serían también y en última instancia, objetos de la conciencia. Sartre fue muy crítico en este aspecto con el psicoanálisis. Quien quiera profundizar en estas cuestiones encontrará más elementos de juicio en el capítulo II del libro de Roudinesco, E. (2005); *Filósofos en la tormenta*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

¹²³ Los significados y usos de *causa sui* fueron mentados anteriormente, en 7.1.7.1. Los escolásticos debatieron extensamente sobre esta noción.

¹²⁴ Estos estadios no deben verse como etapas de un desarrollo lineal, ya que los pasajes de uno a otro suponen saltos de consecuencias impredecibles. El texto contiene una crítica afilada a Hegel y su sistema, al que le contrapuso otra dialéctica: *elección y separación*, centrada en lo subjetivo, alejada de cualquier romanticismo y de perspectivas que disolviesen lo personal en un difuso *espíritu de la época*. Se encaminó a pensar lo real de cada existencia, dando cabida a lo azaroso y excepcional que puede ocurrir en ella. Tal vez este pudo ser uno de los textos que aguijonearon a Lacan para su alejamiento de Hegel.

¹²⁵ Es imposible concluir esta panorámica de la obra de Kierkegaard sin hacer una referencia, aunque sea pequeña, a la cuestión religiosa, puesto que ha sido clave en su vida y ha estado presente en su modo de pensar, vivir y escribir. Digamos que, formado en la tradición luterana, estudió teología durante largos años en Copenhague. Su

sensibilidad religiosa le acompañó toda su vida; afirmó haber vivido algunas experiencias místicas, a las que consideró “un gran terremoto” personal y que éstas le llevaron a tratar dichos temas con insistencia. Conocedor de estas cuestiones, y coherente con su manera de pensar, sostuvo que el legado del cristianismo debía realizarse a través de una actitud personal, individualizada ante Dios. Propugnó un retorno al cristianismo primitivo, alejado de los poderes institucionalizados de las religiones. Su obra puede verse también como una larga reflexión religiosa-existencial. De ahí que abundan en sus escritos nociones como las de temor, eternidad, desesperación, nada, culpa, angustia, fe, etc. La misma idea de repetición con diferencias, que Lacan hizo suya para transformarla, ha sido en cierto sentido una categoría religiosa en el contexto de la obra de este pensador. Kierkegaard fue un ser desgarrado por estas cuestiones: querer realizar lo universal -Dios, pura infinitud- a través de lo finito y llevarlo a cabo con gran entrega, no es tarea tranquila ni tranquilizadora; conduce con frecuencia a la culpa. Para ello, decía, es menester “suspender lo ético” -recuérdese los tres estadios de la conciencia- y entregarse a lo religioso. Esta individualización de la religión exigía, a su vez, una toma de decisión ante una alternativa que puede formularse así: cristianismo (primitivo) o mundanización. Se puede aplicar a tal escogimiento el título de otra de sus obras -firmada con seudónimo- y no citadas hasta ahora: *O lo uno o lo otro* (1843). La toma de decisión no era para él equivalente a una resolución de problemas sino el enfrentamiento de una paradoja. Entre las múltiples que plantea en este contexto, cabe citar la siguiente: entre Dios y el hombre hay una distancia infinita; pero, a la vez, nada hay más cercano al hombre que Dios.

¹²⁶ Las principales alusiones a Kierkegaard por parte de Lacan se encuentran en: *AP, El seminario sobre “La carta robada”*, *FCPL, De un designio, Sobre la teoría del simbolismo de E. Jones*, el *S 2; S 10, S 11, S 20, S 21*, en la única clase del seminario *Los Nombres del Padre* (1963). Yves Depelsenaire hace un recorrido por algunas de estas citas en su artículo “Las migajas filosóficas de Kierkegaard” (2005), incluido en una recopilación, que bajo el título de *Filosofía <> Psicoanálisis*, publicó la editorial Tres Haches, en Buenos Aires.

¹²⁷ Lacan recusó el principio lógico de identidad, que quiere que $A=A$. Esta identidad no existe para el significante puesto que éste, en caso de repetirse, no será jamás igual a sí mismo.

¹²⁸ Kierkegaard, S. (1843); *La repetición*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1976. Varios pensadores se hicieron eco de esas novaciones que introdujo el filósofo danés en la repetición. Heidegger, por ejemplo, la retomó, la transformó y la introdujo en su filosofía: la repetición es la réplica que hace el *Dasein* a su pasado auténtico. Como afirma Ferrater Mora, *op. cit.*, volumen 4, página 2846, “al enfrentarse con su porvenir finito, el *Dasein* rebota, por así decirlo, contra su pasado como ‘siendo sido’ (*gewesend*). Heidegger también se hizo eco de *El concepto de angustia*, importante escrito del danés; incluyó algunas ideas de éste en sus reflexiones sobre este afecto en *¿Qué es metafísica?* (1929) y en el § 40 de *El Ser y el Tiempo* (1927), donde había precisado las características de este “encontrarse” específico, diferenciándolo del sentimiento de temor (estudiado en el § 30 de la misma obra). Jaspers fue otro gran lector de Kierkegaard; influyó, a su vez, en el existencialismo galo. Merece citarse asimismo, por la trascendencia que tuvo, el libro de Gilles Deleuze *Difference et Répétition* (1968), P.U.F., Paris.

¹²⁹ Este asunto será tratado en III, 10.9.2. *El asentimiento*. Obsérvese por otra parte, que hasta el *S 8* no había utilizado el término *unario* sino *único*, en asociación a rasgo. Esta derivación de único a unario fue expuesta en el *S 9*, clase del 6 de diciembre de 1961, en la que señaló que no se trataba de un neologismo sino de un vocablo utilizado en la teoría de conjuntos.

¹³⁰ El tema de la repetición ha sido tratado prácticamente en todos los capítulos de esta tercera parte; se señalan los más significativos: III, 4.7.4; III, 6.4., III, 8.2. En 8.2.5. se introduce una síntesis de lo expuesto en los apartados recién nombrados, bajo el título: *Consideraciones conclusivas sobre el rasgo unario y la identificación*.

¹³¹ Para la elaboración de este asunto se ha consultado las siguientes obras: Martínez Marzoa, F. (1994); *Historia de la Filosofía*, Tomo I, Ediciones Istmo, Madrid; Diccionario de filosofía de Ferrater Mora; *op. cit.*; Quesada, J. (2003) e *Historia de la filosofía; op. cit.*; Varios autores (1972); Siglo XXI, Madrid.

¹³² Según Ferrater Mora, *op. cit.*, tomo 4, pp. 3351 y sig., se pueden distinguir varias acepciones de uno o de lo Uno y de la unidad, saber: a) el número 1. b) “uno de tales o cuales”; “uno de tantos” y más exactamente, un miembro de una clase (por ejemplo: Pedro es un músico) o de una subclase (el animal es un ser viviente). c) Lo Uno se usa para aludir a la hipóstasis suprema, a la realidad divina, como se verá en seguida en relación a Plotino. d) Lo Uno o el Uno se emplea también para referir al ‘uno trascendental’.

El término *unidad* designa el carácter de ser uno, ya sea del número uno, de un miembro de una clase o subclase, de lo Uno, de el Uno, y también el ser uno del número 1. La ‘numerología’ puso de manifiesto desde los orígenes que el 1 tiene caracteres peculiares: hay diferencias entre el 1 y los demás números (exceptuando el cero); cualquier otro número es más que el 1; en este sentido hay una oposición entre el uno y todos los otros números: contraposición entre la unidad y la pluralidad (o diversidad). Se puso también de relieve que cualquier número entero está compuesto de unos; el 1 ‘engendra’ todos y cualquiera de los números enteros. La definición de cualquier número -menos el uno- se hace en base al número 1. Se considera que el 3, por ejemplo se forma así: 1+1+1. Si se tiene en cuenta el cero, se considera al 0 y al 1 como preeminentes; el cero es la negación de todo número; el 1 es la base de todos los números.

¹³³ El εἶδος hace referencia al “ser”, no a lo que “es”; por lo tanto, incumbe esencialmente a la cuestión ontológica. La palabra ἰδέα -idea- es una variante morfológica de εἶδος, sin diferencia apreciable de significado respecto de esta última. Ambas se relacionan de manera nítida y directa para el hablante griego, con el verbo ἰδεῖν: ver; por lo tanto εἶδος incluye también las acepciones de “aspecto”, “figura”, de donde surge: configuración, constitución, conjunto de rasgos característicos. Como se argumentaba que el objeto poseía una *figura* patente -visible- y además, una *figura* latente e invisible, se forjó para esta última la noción de *forma*, que no era otra cosa que una figura interna, perceptible

sólo por la mente, cercana por consiguiente a *idea* que se tiene de ese objeto. De ahí que εἶδος haya sido traducida al latín también como *forma*, aunque el vocablo *idea* asumió especialmente a partir de los neoplatónicos, la carga que dicho término tuvo en sus orígenes filosóficos.

¹³⁴ Un gato blanco, por ejemplo, participa por igual de la “gatidad” y de la “blancura”, como se ha dicho anteriormente que el acto virtuoso participa de la idea de Virtud.

¹³⁵ Es imposible y tal vez innecesario detallar aquí el contenido de sus comentarios sobre ese conjunto de hipótesis; el lector encontrará en Martínez Marzoa, F. *Historia de la filosofía I*, pp. 121 y ss., un recorrido por las mismas. Se dirá únicamente que el despliegue de la argumentación pivota sobre la doble acepción de “es” en el enunciado de las hipótesis, tanto en su versión positiva como negativa: Si Uno **es**, ese Uno no es múltiple, no tiene partes, no tiene figura, etc.; es un Uno más allá del ser. En cambio, si lo **Uno** es, este Uno participa del ser; luego, al Uno le pertenece el ser; tiene ser y habrá que aceptar por lo tanto el ser del Uno. Este segundo pasaje por la hipótesis I [Si Uno es (o: si hay Uno), ¿qué pasa con el Uno?], que queda así desdoblada, presupone la existencia. Es probable que Lacan haya partido de ella para postular su “*Y’a d’l’Un*” -Hay Uno o HaydelUno-, neologismo que será aludido en 7.4.2. Ya se ha dicho que Platón partió dos veces de cada una de las cuatro hipótesis iniciales, por lo que hizo discutir ocho variantes a Parménides.

¹³⁶ Citado por J. Trouillard, autor de la sección dedicada al neoplatonismo en *Historia de la filosofía*, editorial Siglo XXI, *op. cit.*, Volumen 3, p. 107.

¹³⁷ El término *hipóstasis* puede entenderse en este contexto como “verdadera realidad”, “verdadera sustancia” (*ousía*); es la presencia que está supuesta en cualquier presencia inmediata. Frente a las apariencias, hay realidades que se suponen existen verdaderamente, por hipóstasis. Plotino llama hipóstasis a las tres sustancias inteligibles: lo Uno, la Inteligencia y el Alma del Mundo. Lo Uno o primer Dios da origen por contemplación a la segunda hipóstasis, la Inteligencia, y esta engendra la tercera hipóstasis o Alma del Mundo. Los principios mismos no se mueven: como dice Plotino, permanecen inmóviles generando hipóstasis. Cada una de las hipóstasis ilumina la hipóstasis inferior; por eso compara cada una de las tres hipóstasis con una clase de luz: El Uno es comparable con la Luz misma; la inteligencia con el Sol; el Alma del Mundo, con la Luna. Tiempo después, entre los filósofos cristianos, el término hipóstasis se utilizó con el significado cercano a persona (divina). En dichas especulaciones filosófico-teológicas se consideraba, por ejemplo, que la reunión en la sola persona del hijo de Dios de las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana, era una unión hipostática. La Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) eran tres hipóstasis de Dios, como Febo y Helios eran hipóstasis de Apolo.

¹³⁸ Recuérdese que según la *cantidad* los juicios se dividen en universales, particulares y singulares.

¹³⁹ Se deja de lado en estas consideraciones sobre los antecedentes filosóficos del Uno, el pensamiento de Hegel. Se dirá únicamente que en su dialéctica, la síntesis suponía la *unidad* de los opuestos.

¹⁴⁰ Esta insistencia del psicoanálisis sobre la división subjetiva marcha a contracorriente de las conocidas formulaciones kantianas: el sujeto se unifica unificando en la producción de las síntesis propias del conocimiento.

¹⁴¹ *Hay Uno* ha sido la manera en que se tradujo al castellano el neologismo de Lacan “*Y’a d’l’Un*”.

¹⁴² Conviene tener presente lo afirmado por Lacan al año siguiente, en el *S 23, clase del 14/1/75*; entonces dijo que el término *existencia* hizo una aparición tardía —más bien en un contexto filosófico-religioso— y que ha sido recién a partir de Kierkegaard que alcanzó su verdadera importancia.

¹⁴³ Citado por Ferrater Mora; *op. cit.*, volumen 3, p. 2374; pertenece a *Computation or Logic*, Parte I, Cap. ii, *Works*, ed. W. Moleswort.

¹⁴⁴ *Negatidad* y *negatidades* son los términos con los que se ha vertido al castellano *néгатité* y *néгатités* que Sartre utilizó. Se sigue también en este caso el criterio adoptado por Juan Valmar, traductor de la edición Altaya, que es la fuente de las citas, según se comentó en 7.1.8.3.

¹⁴⁵ Hyppolite fue Director de la École Normal Supérieur y entre sus publicaciones más importantes figuran: *Génesis y estructura de la fenomenología del espíritu* (1947), *La situación del hombre en la fenomenología* (1947), *Lógica y existencia* (1952), *Estudios sobre Marx y Hegel* (1958)

¹⁴⁶ Lo simbólico no puede aprehenderse sin su articulación con lo imaginario y lo real. En III, 10.1. a 10.1.8. se examinarán los múltiples aspectos del registro imaginario (la identificación homónima, el estadio del espejo, la estructuración del yo, el transactivismo, los celos, la rivalidad, etcétera). Lo Real, entendido como lo que queda por fuera de lo simbólico y lo imaginario, fue abordado muy puntualmente en varios apartados de esta tercera parte —sobre todo en III, 6.6. y III, 6.7. (topología nodal y reformulaciones de lo inconsciente a la luz de esta última) —. También en este mismo capítulo, apartado 7.10.4. *Lo real como causa*. En la segunda parte de esta tesis, más específicamente en II, 4.3.2. se relacionó la angustia con lo real y el goce, en el contexto de un análisis comparativo de las teorías de la angustia en Freud, Klein y Lacan. En relación a este último tema se recuerda que II, 6.4.1. se estudió la teoría del simbolismo en Freud, Ferenczi, Jones, Sachs, Rank y M. Klein.

¹⁴⁷ Goux, J.-J., (1991) en *Lacan avec les philosophes*, *op. cit.* pp. 173 y ss.

¹⁴⁸ Lo dicho es válido también para otros aspectos de la teoría lacaniana. Merece nombrarse a J.-A. Miller como una de las excepciones importantes a esta tendencia; él apuntó en reiteradas ocasiones el influjo de Sartre sobre el pensamiento de Lacan. También, a M. Recalcatti, que en su artículo “El sujeto del deseo: Lacan con Sartre”, *op. cit.*, insistió sobre la presencia sartreana en el pensamiento del psicoanalista; básicamente, a través de las ideas del filósofo sobre el deseo como deseo de nada y la determinación de sujeto por el Otro. Más recientemente Sara Vasallo, en su libro *Sartre/Lacan. El verbo ser: entre concepto y fantasma*, rememora al primero a través del segundo; muestra las conexiones entre ambos pensamientos a la vez que el enorme abismo que los separaba.

¹⁴⁹ Tal vez la más virulenta de sus afirmaciones haya sido la pronunciada en el *S 14*; entonces dijo que su pensamiento nada le debía al existencialismo de Sartre. ¿Más polémicas? Muchas. En *OIDL*, le criticó su menosprecio del lenguaje como factor fundamental en la estructuración de una nueva subjetividad; también machacó sobre la renegación del filósofo de la subversión freudiana del sujeto y el obstáculo concienialista que le embargaba, expresado, por ejemplo, en la noción sartreana de “autosuficiencia de la conciencia”. Enjuició asimismo su concepción de la libertad y el desconocimiento de la agresividad inherente a las relaciones del humano con sus semejantes. Una más, pero no la última, ha sido la posición de Lacan a favor de Heidegger en la controversia que éste mantuvo con el filósofo francés sobre el humanismo.

¹⁵⁰ En la cuarta parte de este trabajo, dedicada a las aportaciones personales al tema, se reformula este determinismo del siguiente modo: se considera que el recién nacido es objeto de transferencias -en el sentido pleno que el psicoanálisis otorga a ese término- por parte de los padres; gracias a ellas el cachorro humano estructura su subjetividad.

¹⁵¹ Lo necesario, junto con lo contingente, lo posible y lo imposible son cuatro variantes lógicas modales. Se las ha tratado en III, 5.11.3 y en A₅.10.5. Más adelante se volverá al tema dentro del marco exclusivo de la teoría causal.

¹⁵² Estos principios ya habían sido enunciados por Parménides: “nada es sin causa, nada proviene de la nada.”

¹⁵³ La noción de causa estaba ligada a la *ousia* en Aristóteles, en cambio, para Lacan, la causa quedó articulada con la lógica del significante: desontologización de la causa y de su efecto: *elosebarrado*.

¹⁵⁴ La investigación bibliográfica que realicé para este trabajo ha permitido descubrir algunas elaboraciones de este filósofo que me fueron útiles para afinar un conjunto de ideas que expuse con anterioridad sobre la causalidad identificatoria en el surgimiento de un nuevo sujeto psíquico. En concreto, trataba de dar cuenta del destino de las identificaciones una vez que éstas se consumaban. Si son causa de lo psíquico, ¿qué sucede con ellas una vez producidos sus efectos? ¿Desaparece completamente la causa -identificación- una vez consumados los efectos (inscripción de los rasgos unarios)? ¿Persiste algo de las causas en los efectos? La cuestión no es sólo teórica; a mi juicio tienen implicancias para la clínica psicoanalítica: una vez acontecidas las identificaciones **estructurantes**, ¿es posible una desidentificación? La relación causa efecto, en ese y en otros territorios, ¿es reversible? Estas preguntas y sus posibles respuestas serán aludidas tangencialmente en las páginas siguientes y desarrolladas extensamente en la cuarta parte de este trabajo.

¹⁵⁵ La palabra *ablación* es poco utilizada en el lenguaje cotidiano; implica las siguientes acciones: suprimir, eliminar, arrancar, quitar, extirpar, abolir. Se suele leer o decir, por ejemplo: ablación del clítoris o de la mama, ablación de un foco irritante del sistema de conducción eléctrica del corazón, etc. En geología refiere la acción de separar y arrastrar materiales. *Ablativo*, vocablo relacionado con el anterior, es uno de los casos de la declinación latina; se aplica también a la letra inicial *a* de palabras como apátrida, acéfalo, agenesia, etc.

Estos usos pueden ser una buena guía para entender la mayor potencia negadora de *ablata* en comparación con *tollitur* -desaparición por levantamiento- en el párrafo citado. La fórmula latina *ablata causa tollitur effectus* tiene una expresión equivalente en el habla coloquial, en dichos del tipo *muerto el perro se acabó la rabia*; gramaticalmente se considera a esta frase un ablativo absoluto. *Tollitur* (y *tollundur*, modificación que propuso Lacan en el enunciado que se está comentando) provienen del verbo latino *tollo*, que significa levantar, elevar, alzar, hacer desaparecer, etc. Se usaba corrientemente en expresiones como llevar anclas, elevar las manos al cielo, alzar un clamor, poner en marcha al ejército, abrogar o anular una ley.

Como puede apreciarse, se trata de dos negaciones de distintas fuerzas; la primera es más contundente. Además, no pueden intercambiarse porque afectaría a la lógica de la fórmula: si la supresión (abolición) de la causa levanta los efectos, la inversa no es válida: el levantamiento de los efectos no suprime la causa. Estas diferencias entre ambas maneras de negar tienen lejanas resonancias con las que existen en lengua francesa entre el discordancial *ne* y los forclusivos *pas*, *rien*, *aucun*. Respecto de esto último véase III, 4.7.7.

¹⁵⁶ Se discute este asunto en la cuarta parte de este trabajo. Allí, en el comienzo mismo de esa sección se afirma que las elaboraciones personales sobre la teoría identificatoria se basaron, en buena medida, en los intentos de dar respuestas a los interrogantes que me planteaban las zonas oscuras de los textos de Freud, Klein y Lacan, sobre dicho tema. Ahora bien, en situaciones como las que se está comentando en este apartado, es difícil saber dónde pasa la frontera entre la interpretación de un fragmento o texto que no traiciona al autor del mismo y dónde comienzan los posicionamientos personales. Dejo constancia que en el análisis de esta frase del *S 11* se me ha planteado esa pregunta.

¹⁵⁷ Estas ideas de Brentano y Lacan están en la base de mi propuesta de situar a la identificación como concepto metapsicológico -más que operador clínico- relacionado con la estructuración de lo psíquico.

¹⁵⁸ En la cuarta parte de este trabajo se insistirá en llamar identificación *estructurante* al mecanismo que transporta e implanta rasgos del objeto que devienen elementos psíquicos estables del nuevo sujeto; pero además se subrayará que ese *mecanismo* -por seguir utilizando dicho término- no es otra cosa que una de las muchísimas relaciones de intercambio entre los adultos del entorno y el *infans*. Tal relación se caracteriza -y, a la vez, se diferencia de las restantes- por el hecho de dejar marcas estructurantes.

Es obvio que la asimetría del vínculo en los primeros años de vida determina este poder identificante de los objetos, con el paso del tiempo, esa capacidad se irá reduciendo progresivamente.

Por lo tanto, se sostendrá la siguiente tesis: no es que existan relaciones con el niño o niña y **además** identificaciones, sino que la identificación es en sí misma un modo relación, que será calificada de **transferencial**. La identificación se distinguiría de las otras modalidades de relación por el sólo hecho de dejar improntas indelebles en la organización psíquica.

¹⁵⁹ Si esto es así; es decir, si una identificación **estructural** se ha hecho psique, es imposible desprenderse de ella; pasó a formar parte de la nueva subjetividad; ahora, el cambio posible pasa por poner a trabajar en el dispositivo analítico a la estructura psíquica en su conjunto. La identificación no debería ser pensada como una pieza de un puzzle, pasible de ser quitada, cambiada o vuelta a colocar. No hay reversibilidad causa efecto; es imposible volver atrás; no se puede devolver los rasgos unarios al Otro ni desprenderse de las identificaciones estructurantes: se aboliría al sujeto. Tampoco hay caída o ruptura de las mismas. Esto replantea la pregunta sobre cuál sería entonces el trabajo clínico posible con las identificaciones o, mejor dicho, con los efectos de las identificaciones. En esa línea, se anticipan escuetamente dos de los aportes personales de este trabajo, que se desarrollarán en la cuarta parte: la conveniencia de confinar el concepto de identificación a la teoría de la estructuración subjetiva y reservar para la clínica la noción de *transformación subjetiva*, que implica la idea de un trabajo analítico sobre el conjunto del aparato psíquico. Dicho sucintamente: identificación, para la teoría de la estructuración subjetiva; transformación subjetiva para la clínica psicoanalítica.

¹⁶⁰ Con el entrecomillado del vocablo *dentro* se quiere subrayar la subversión que la topología generó en los conceptos de dentro y fuera. Véase al respecto III, 6. *Procesamiento topológico de la identificación*.

¹⁶¹ En el mismo seminario que se está comentando, más específicamente en la clase del 12/2/64, sostuvo que este aspecto de su noción de real ya estaba presente en la concepción freudiana de trauma: “¿No resulta relevante que, en el origen de la experiencia analítica, lo real se haya presentado bajo la forma de lo que hay en él de *inasimilable* - bajo la forma del trauma, determinando toda su sucesión, e imponiéndole un origen en apariencia accidental?”

¹⁶² Ver Korman, V. (2004), *op. cit.*, p. 372 y siguientes.

¹⁶³ La ocultación del ser tras las apariencias es clave en el pensamiento presocrático, tan admirado por Heidegger.

¹⁶⁴ En *Dictionnaire de la psychanalyse*, *op. cit.*, p. 591, Fayard, Paris.

8

PROCESAMIENTO MATEMÁTICO DE LOS CONCEPTOS DE LA TIL¹

Con el objetivo de formalizar el psicoanálisis Lacan exploró durante varias décadas de su enseñanza los diversos dominios de las matemáticas: las teorías del número, del continuo, del infinito, de los conjuntos y de los juegos –especialmente los de estrategias–; la topología, la cuestión del Uno, del espacio y el azar. Utilizó elementos de esos contextos como así también de la geometría, trigonometría, las series periódicas, los números imaginarios, el número de oro, la sucesión de Fibonacci, etc., para aplicarlos a la dilucidación de problemáticas psicoanalíticas. Muchas de las elaboraciones teóricas que produjo a partir de esos territorios se imbricaron con las A+T provenientes de la lógica y la topología. Por lo tanto, la aprehensión cabal de lo que se expondrá en este capítulo exigirá tener presente el contenido argumental de los anteriores, especialmente el del quinto y sexto. El procesamiento matemático de los conceptos vinculados a la TIL se expondrá a través de los siguientes apartados:

- 8.1. Las relaciones de Lacan con la matemática
- 8.2. Fundamentos matemáticos del rasgo unario
- 8.3. El infinito en psicoanálisis
- 8.4. Teoría de los conjuntos
- 8.5. El número de oro y la sucesión de Fibonacci
- 8.6. La teoría de los juegos
- 8.7. Las inclinaciones del sujeto
- 8.8. El concepto de función matemática y su derivación al psicoanálisis lacaniano
- 8.9. Consideraciones conclusivas sobre el rasgo unario y la identificación
- 8.10. Clasificación de los números
- 8.11. Síntesis del capítulo

8.1. Las relaciones de Lacan con la matemática

Han sido múltiples y polifacéticas aunque menos estudiadas que las que mantuvo con la filosofía, las ciencias sociales, lógica, lingüística y topología. Sin embargo en todas ellas se detectan procedimientos comunes: captura de conceptos de las fuentes en cuestión –las disciplinas recién mencionadas–, seguidas de un procesamiento psicoanalítico de los mismos conducentes a la generación de nuevas facetas en los articuladores teóricos heredados de Freud y en los de cuño propio. Es probable que su vinculación con las matemáticas estuviera menos teñida de ambivalencia que en los casos de la filosofía y las ciencias sociales. Como se verá más adelante, consideró la formalización matemática como su meta o ideal y a ellas se abocó especialmente en la últimas dos décadas de su enseñanza. Puede afirmarse sin temor a equívocos que en su obra terminaron equiparándose en importancia la metateoría del significante y los productos de sus formalizaciones matemáticas. Es más, el significante -elemento clave de su doctrina- acabó pasando por el filtro matemático; así, por ejemplo,

la cadena S_1 - S_2 entendida hasta 1964 como sucesión de significantes sin significados preestablecidos –Saussure procesado por Lacan–, pasó a concebirse como aquello que en matemáticas se denomina par ordenado. Esto resituó al *esebarrado*: lo acercó a Frege y Cantor, alejándolo de la *lingüística*, tal como podrá apreciarse más adelante, en los apartados 8. 3. a 8.8.

En sus seminarios, *Escritos* y otras publicaciones se percibe con claridad que los intentos de formalizar matemáticamente algunos fragmentos de la teoría psicoanalítica apuntaban, entre otras cosas, a capturar algo de lo real -resistente a pasar por el desfiladero del lenguaje-. Se pasará revista a las relaciones de Lacan con las matemáticas utilizando dos enfoques complementarios que se emplearán también en los restantes apartados de este capítulo:

8.1.1. ¿Qué de las matemáticas en el psicoanálisis lacaniano?

8.1.2. Efectos del procesamiento matemático en las categorías lacanianas

8.1.1. ¿Qué de las matemáticas en el psicoanálisis lacaniano?

Las suyas no fueron elaboraciones matemáticas en sentido estricto ni resolución de problemas a la manera de los especialistas de dicha disciplina; no se encontrará en su obra ninguna página como las que pueden hallarse en libros de matemáticas.² Se trataba más bien de la puesta a punto de un procesamiento matemático de los temas claves de su teoría; o, para decirlo de otro modo, de un pasaje de los conceptos psicoanalíticos -que jamás dejaron de ser tales- por el cedazo de la formalización algebraica. Lo dicho permite afirmar que en su teoría adquirió peso específico la tradición del pensamiento occidental iniciada en Descartes, quien fundamentó la ciencia –en el sentido moderno del término– en las matemáticas: lo real es calculable y dicha disciplina es verdaderamente capaz de aprehenderlo, si se llega a la certeza a través de la duda.³

Más difícil sería precisar si hubo adhesión por parte de Lacan a una segunda línea de pensamiento, la que nace en la antigüedad remota –Pitágoras y Platón tal vez hayan sido sus iniciadores–, y llega también hasta la actualidad; es aquella que sostiene, en esencia, que la creación y existencia del mundo obedece a un orden que sólo los números pueden reflejar con precisión. El equilibrio, la belleza, la armonía, la proporción adecuada y la medida justa de todo lo que puebla el cosmos pueden ser *descifradas* en tanto hay *cifras* que las regulan y gobiernan. Lacan dio sobradas muestras de conocer la existencia de dicha perspectiva, tal como lo refleja las múltiples alusiones a esas ideas y las profusas citas de sus sostenedores. Pero estar al corriente no implica necesariamente filiación.

El psicoanalista francés se interesó especialmente por el lenguaje de las matemáticas; le interesaba sobre todo la escritura formal que se emplea en sus diversas ramas (álgebra, geometría, análisis, topología, etc.) y también las utilizadas en Lógica. Siguiendo el sendero abierto por Leibniz (1646-1716) y transitado por los matemáticos posteriores, Lacan se interesó en tratar formalmente conceptos tales como sujeto, fantasma, sexuación, repetición, pulsión, deseo, etc. Apreciaba en los lenguajes simbólicos -artificiales, abstractos, precisos y sintéticos- su capacidad de transmitir ideas de manera condensada.

Dos citas extractadas del *S 20*, clase del 15 de mayo de 1973, lo confirman con rotundidad:

“La formalización matemática es nuestra meta, nuestro ideal. ¿Por qué? Porque sólo ella es matema, es decir, transmisible íntegramente. La formalización matemática es escritura, pero que no subsiste si no empleo para presentarla la lengua que uso.” (*S 20*, p. 144).

“Sólo la matematización alcanza un real -y por ello es compatible con nuestro discurso, el discurso analítico-un real que no tiene nada que ver con aquello de lo cual ha sido soporte el conocimiento tradicional, y que no es lo que este cree, realidad, sino, de veras, fantasma.” (*S 20*, p. 158).

Según testimonia la primera de las citas, pensaba que sólo los matemas son enteramente transmisibles en tanto únicamente ellos eluden las consecuencias de la polisemia y la presencia empedernida de la dimensión metafórica en el uso de los significantes. Los conceptos psicoanalíticos intentan dar cuenta de un real; pero, cuando lo hacen, resulta inevitable que sean

leídos, escuchados o interpretados de diversas formas. El lector u oyente otorga significados diferentes a los que pretendía transmitir el emisor, con la consiguiente pérdida de precisión. No puede ser de otra manera: los articuladores teóricos creados por el psicoanálisis son significantes y, por lo tanto, adquieren sentidos distintos según el contexto, los oyentes, los lugares en que se despliegan, los territorios semánticos en que se incluyen. Las interpretaciones analógicas los desvirtúan, las polisemias y las homofonías generan distorsiones indeseadas y los conceptos acaban adquiriendo multiplicidad de significados, incluso contradictorios, según los medios teóricos en que se emplean. Todos estos deslizamientos imaginarios, casi automáticos e inevitables, podrían evitarse, según Lacan, gracias a la trasmisión mediante matemas. Esta modalidad de escritura permite un acceso a lo real exento de tales deformaciones, aunque esto no significa que lo real pueda ser íntegramente formalizable. Con el uso de los matemas quiso reducir también la presencia de lo intuitivo y lo imaginario en la producción teórica y en la trasmisión de la misma; para tales efectos pensaba que era conveniente expresar los conceptos con letras y símbolos a la manera del álgebra: se trataba para él de otra manera del “bien decir”.

En la segunda frase citada –S 20, p. 158– sostuvo que las matemáticas son especialmente idóneas para captar la dimensión de lo real que se juega en la experiencia psicoanalítica; real intrincado con el goce y el fantasma.⁴ Es justamente por esto que el psicoanálisis no puede matematizarse a la manera de las ciencias naturales y exactas; tampoco es la matematización propia de las estadísticas –la singularidad que el psicoanálisis atribuye a cada caso lo impide–; ni las cuantificaciones a las que son tan proclives los creadores de test psicológicos, que valoran numéricamente, por ejemplo, los niveles de inteligencia, las capacidades prácticas y las afectivas. No se trataba de operaciones o cálculos –en los sentidos estrictos de ambos términos– ni de similitudines. Representaban más bien la reducción extrema de los conceptos, hasta llevarlos a una expresión mínima, con la intención de condensar en esa escritura la quinta esencia de la teoría analítica y enunciarla mediante letras, símbolos, pequeños matemas, fórmulas, etc. Como si la consigna hubiese sido la máxima minimización en la exposición de los conceptos.⁵

No deja de ser paradójico que una teoría y práctica como la del psicoanálisis, que se ocupa de lo subjetivo por antonomasia, tenga matematizados sus conceptos. Lacan, fue un ferviente partidario de esa opción; sus formalizaciones más radicales –las lógicas y las matemáticas– supusieron un desplazamiento de acentos en el abordaje de la subjetividad: desde la hermenéutica y el complejo de Edipo hacia la lógica y las matemáticas; desde los mitos “metapsicologizados” por Freud hacia la noción de estructura. Consideraba que la determinación simbólica del sujeto debía ser entendida lógica y matemáticamente.

8.1.2. Efectos del procesamiento matemático en las categorías lacanianas

Las matemáticas, por las características de los objetos con que trabaja, contribuyeron notablemente a los esfuerzos de Lacan por desustancializar al *esebarrado*. Las importaciones desde esta disciplina, en particular las provenientes del álgebra, el análisis matemático, la geometría, la topología y la lógica simbólica, dieron sostén al proyecto de una teoría formalizada del sujeto y, más ampliamente, de los conceptos con él conectados. El sujeto en Lacan debe ser entendido como a la manera de un número. Se acostumbra a referir con el nombre de *álgebra lacaniana* al conjunto de matemas, fórmulas, notaciones, y símbolos que, combinados de modos distintos entre sí, permiten lecturas múltiples, gracias las diferentes conexiones y correlaciones que se establezcan. Entre las letras de dicho álgebra encontramos, por ejemplo: a (objeto a), $\$$ (sujeto del inconsciente), S_1 - S_2 (una de las formas de referirse a la cadena significativa), A (Otro), $S(A)$ - (significante del otro barrado); D (demanda), d (deseo), $\$ \langle \rangle a$ (fantasma), i (imagen especular), m (yo), Φ (falo simbólico) y ϕ (falo imaginario), etc. Los signos que utilizó fueron los habituales en aritmética elemental: $+$, $-$, \div , \times , \pm , $\sqrt{\quad}$, \neq , ∞ , $=$, $<$, $>$, etc.; los cuantificadores existencial (\exists) y universal (\forall); los de la teoría de los conjuntos: reunión (\cup), intersección (\cap); el losange ($\langle \rangle$). Combinaciones de letras y signos las hallamos, por ejemplo, en la fórmula del fantasma: $\$ \langle \rangle a$ y en la notación de la pulsión: $\$ \langle \rangle D$.⁶ Asimismo hizo uso de esquemas (L , Z , R) grafos y los círculos de Euler-Venn. Lacan consideraba que el objeto matemático está en el centro del cruce de real, imaginario y

simbólico. Incluso, cuando en sus *Escritos* y seminarios no aparecían explícitamente matemáticas, superficies topológicas, símbolos o fórmulas algebraicas, el pensamiento matemático estaba presente. Un prototipo de lo recién afirmado son algunas clases del *S 14*, especialmente aquellas en las que se produjo un distanciamiento de la concepción lévi-straussiana de los mitos y del par naturaleza/cultura -expuesta en *Las estructuras elementales del parentesco* (1949)- para adherir a la teoría de los conjuntos, según podrá leerse en 8.4.

Las matemáticas adquirieron una presencia ramificada en su obra y, a la vez, constituyeron su núcleo. Lo mismo sucedió en el contexto más circunscrito de la TIL: todos sus conceptos principales pasaron por el rasero matemático: rasgo unario, sujeto, significante, repetición, etc. Para Lacan el deseo inconsciente y el significante se enuncian mejor a la manera simbólica de las matemáticas que en los términos reflexivos del lenguaje corriente o filosófico; y ello porque los significantes son la realidad misma de su expresión. Si los significantes del deseo se acomodan a una traducción en símbolos matemáticos es porque los unos y los otros no tienen necesidad de estar ligados a la imaginación o al sentido para funcionar. Lo dijo de manera taxativa en SPFP (1956), es decir, antes del empuje decisivo a la formalización que caracterizó a su teorización a partir de los años sesenta:

Del mismo modo, lo subjetivo no es el valor del sentimiento con que se lo confunde: las leyes de la intersubjetividad son matemáticas. (*E II*, SPFP, p. 195).

También su adhesión a la teoría de los conjuntos -se lo verá más adelante en 8.4.- respondía a los mismos motivos: sostuvo que los conjuntos son consistentes porque son entes matemáticos designados por letras y que las matemáticas mostraban paradigmáticamente un tipo de discurso que progresa sin reflexiones, sin cogitaciones, a la manera simbólica del cálculo. Ellas dicen mejor el deseo en su realidad última que los signos del lenguaje ordinario (véase *infra*, 8.7), aunque reconoció que es imposible introducir símbolos -sean matemáticos u otros-, sin emplear el lenguaje corriente. La letra, el número, el símbolo devienen barrera al desborde imaginario, intuitivo, según Lacan. Por vía de este sesgo matematizante se situó en las antípodas de la actitud fenomenológica.

Los matemáticos de todas las épocas, pero sobre todo los del siglo XIX y XX, fueron convocados en sus seminarios en reiteradas ocasiones. Entre los más citados cabe nombrar a Fregue, Euler, Gauss, Cantor, Russell, Gödel, etc. El primero fundamentó el cero y la serie de los números naturales mediante la correspondencia biunívoca de conjuntos, apoyándose en la noción de extensión de los conceptos. La presencia de estas ideas en la elaboración de la perspectiva matemática del significante y del rasgo unario fue significativa. También utilizó ampliamente la teoría de conjuntos -elaborada inicialmente por Georg Cantor, con innumerables aportaciones posteriores de otros matemáticos- en sus elaboraciones psicoanalíticas sobre la estructuración subjetiva según los tiempos lógicos de la alienación y la separación. En reiteradas ocasiones realizó representaciones diagramáticas, construyó grafos y recurrió a los círculos de Euler-Venn. Asimismo, aludió y empleó los números imaginarios -por ejemplo: la raíz cuadrada de menos uno- a la que consideró el soporte del sujeto (véase *infra* 8.7.6). El Uno de la diferencia le sirvió como base para algunas de sus intelecciones sobre el rasgo unario, que adquirió un cuádruple fundamento en su teoría: a) desde el *einzigster Zug* freudiano; b) desde las matemáticas, c) desde la lógica y d) desde la lingüística.⁷ Justamente porque no es idéntico a sí mismo, el significante puede encarnar el Uno de la diferencia, el Uno contable, bien dispar del Uno de la unidad.

El *número de oro* fue objeto de consideraciones en varios de sus seminarios. Lo relacionó con el objeto *a*, con el falo y la castración. En el *S 14* utilizó la construcción cantoriana de los números irracionales en su esquema del objeto *a* como número de oro. También recurrió a lo que en matemáticas se conoce como *periodos* -secuencias de números que se reiteran en el mismo orden: 0,333333; 18,417417, etc.- para relacionarlas con la repetición significativa, componente fundamental de la TIL. Las series que se presentan a continuación fueron extractadas del *S 9*, clase del 10 de Enero de 1962; construyó la de la derecha a partir de sus elaboraciones psicoanalíticas sobre el *cogito* cartesiano; ella muestra una articulación entre filosofía, lingüística y matemática. En las otras dos se aprecia la presencia de i , $\sqrt{-1}$, que remite a los números imaginarios.

$$\begin{array}{ccc}
 \frac{i-1}{\frac{i-1}{\frac{i-1}{\frac{i-1}{i-1}}}} & \frac{i+1}{\frac{i+1}{\frac{i+1}{\frac{i+1}{i+1}}}} & \frac{\text{yo soy-yo pienso}}{\frac{\text{yo soy-yo pienso}}{\frac{\text{yo soy-yo pienso}}{\frac{\text{yo soy-yo pienso}}{\text{yo soy-yo pienso}}}}}
 \end{array}$$

También puede observarse la presencia de la barra que separa al significante (yo pienso) del significado (yo soy), barra que se emplea en los números fraccionarios o quebrados.

Cabe mencionar, asimismo, las múltiples correlaciones que estableció entre el sujeto y la teoría de los juegos (recuérdese al respecto su texto *TLAC*, presentado, desde el comienzo, como un juego). Allí elaboró los tres tiempos lógicos: ver, comprender, concluir. Y así como Freud recurrió a la metáfora del ajedrez para caracterizar las etapas de un psicoanálisis, Lacan trajo a colación el bridge para aludir a diversos aspectos de la experiencia psicoanalítica y de la función del analista.

Merece igualmente una alusión la A+T que recayó sobre el (los) infinito(s) matemático(s), que permitieron incluir nuevas inflexiones en temas tales como demanda, castración, fin del análisis, goce, voz como objeto *a*, etc. La importancia que otorgó Lacan a las matemáticas permite poner en cierto pie de igualdad a dos núcleos fundamentales de sus elaboraciones psicoanalíticas: “la función y campo de la palabra” y la relación esencial de la existencia humana con el número.⁸

8.2. Fundamentos matemáticos del rasgo unario

El rasgo unario es uno de los elementos fundamentales de la TIL; es un articulador teórico de estricto cuño lacaniano que hace referencia a aquello que el Otro implanta en el candidato a sujeto para identificarlo simbólicamente y estructurarlo en tanto *esebarrado*. Es pues el nombre que recibió la forma elemental del significante cuando actúa en el contexto de la teoría identificatoria. Podría decirse que es el elemento mínimo a través del cual el Otro se inscribe -y deja su huella para siempre- en la estructura del $\$$. Asimismo, sería el componente último -y por lo tanto, el más simple- al que se llegaría si no fuera imposible desmontar la combinatoria de rasgos unarios que constituyeron al sujeto. Así visto, este concepto de la TIL es indisoluble del Otro, del inconsciente y de lo simbólico. La inscripción de cada rasgo unario produce una marca constituyente y distintiva del $\$$; ésta, quedará grabada de manera indeleble.⁹ El rasgo unario es pues la huella del Otro en la estructura del sujeto; inscrito como un trazo diferenciador, su presencia constata la capacidad identificante del Otro.

Lacan confirió gran importancia al papel del Otro como causa del sujeto; subrayó insistentemente que los significantes inconscientes de aquellos que ocupan el lugar del Otro engendran al *esebarrado*. El carácter inconsciente de la identificación, que Freud ya había subrayado, se refuerza implícitamente con lo recién dicho y, de manera más explícita, por medio de esta breve pero muy significativa frase de Lacan: “el inconsciente es el discurso del Otro.” Las manifestaciones iniciales de la actividad psíquica del cachorro humano confirman que la identificación simbólica ha operado precozmente: la privación implantó los primeros rasgos unarios y se inició el marcaje simbólico del neonato.

Vendrán, luego, las inscripciones de nuevas series de trazos distintivos, diferenciales; la estructuración del sujeto se puso en marcha. De manera concomitante, las identificaciones imaginarias cumplen con su función.¹⁰

El rasgo unario no sólo interviene en el contexto de la identificación simbólica; también juega un rol destacado en la consumación de la identificación imaginaria, especialmente en aquello que se denominó el *asentimiento*; es decir, la confirmación al niño -hecha por el adulto- de que aquello que él ve en el espejo es una imagen de sí mismo. En el S 8, p. 395, concibió esta ratificación otorgada al *infans* por el Otro como un signo -también podría decirse que es un sello de autenticación de la experiencia- que se interiorizaba como rasgo unario.¹¹ Nociones provenientes de distintas fuentes dieron fundamento teórico al concepto de rasgo unario; son las enunciadas en los títulos de los cuatro apartados siguientes:

- 8.2.1. El pilar freudiano: *einzigster Zug*
- 8.2.2. Apoyaturas lingüísticas
- 8.2.3. Antecedentes filosóficos del Uno de Lacan
- 8.2.4. El sostén matemático y lógico

De esta cuádruple apoyatura, las tres primeras fueron estudiadas extensamente en distintos capítulos de esta tesis. La primera de ellas -el *einzigster Zug*- se expuso en I, 4.2.3.; los fundamentos lingüísticos del rasgo unario se desarrollaron en III, 4.7.1.; los antecedentes filosóficos, en III, 7.4.1. Aquí se recordará lo esencial de lo dicho en esos apartados, con el objetivo de ofrecer una panorámica general del tema. Luego se analizará con más detalles los fundamentos matemáticos del rasgo unario. Al final del presente capítulo -en 8.9.- se harán algunas consideraciones conclusivas sobre el rasgo unario y la identificación.

8.2.1. El pilar freudiano: *einzigster Zug*

Este predecesor del rasgo unario apareció por primera vez en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). Allí, tras manifestar que “la identificación reemplaza a la elección de objeto” y que “la elección de objeto ha regresado hasta la identificación”, agregó que esta última podía acontecer ya sea con la persona amada, ya sea con la no amada; de todas formas, en ambos casos “es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo (*einzigster Zug*) de la persona objeto.”¹²

En esas frases existen pistas claras de que estaba aludiendo a las identificaciones secundarias edípicas, a las que también calificó de *regresivas*; luego añadió que al declinar el complejo de Edipo, la pérdida o renuncia del objeto por parte de la niña o del niño, conllevaba la sustitución de la investidura de dicho objeto por una identificación, por medio de la cual el infante hacía suyo algún rasgo psíquico -muy *circunscrito, limitado en grado sumo, parcial*- del objeto. Un rasgo del objeto de la identificación con tales características fue designado por Freud con el nombre de *einzigster Zug*. Este mecanismo identificatorio conlleva la pérdida del objeto en cuestión, pero un rasgo del mismo queda inscrito en el aparato psíquico -en el yo, dijo Freud en ese artículo- que está en vías de estructuración. En el escrito citado -y en otros que le siguieron- puede constatarse que el término *einzigster Zug* aparecía siempre en un contexto en que se calificaba a estas identificaciones de extremadamente limitadas; justo lo contrario de las narcisistas y primarias, que fueron caracterizadas inicialmente como masivas, totales: “la sombra del objeto cayó sobre el yo.” (OCFAE, XIV, pp. 246). Si bien el rasgo unario hunde sus raíces en el *einzigster Zug*, hay semejanzas y diferencias entre ambos; en varias ocasiones de este trabajo se señalaron cuáles eran unas y otras; la última oportunidad fue en III, 5.6.1.

8.2.2. Apoyaturas lingüísticas

Otra disciplina a la que Lacan recurrió para la elaboración de su concepto de rasgo unario fue la lingüística, especialmente la de Saussure y sus discípulos. En el capítulo 4 se estudiaron con detalle estas importaciones y las mutaciones que introdujo en las nociones lingüísticas de *significante, signo, significado, etc.*, para transformarlas en conceptos psicoanalíticos *lingüísticos*. Pese a las numerosas inflexiones que introdujo en las ideas provenientes de esa disciplina, Lacan se mantuvo fiel al principio de que la lengua estaba formada por elementos discretos, distintivos; es decir, por unidades que se diferencian y se oponen unas a otras. Cada una adquiere su valor en función, justamente, de esas disparidades; en otras palabras: cada *significante* vale por lo que tiene de distintivo respecto de los demás; en este sentido todo *significante lingüístico* es unario. Esas disimilitudes les otorgan identidad.

Por tratarse de un *significante*, el rasgo unario acogió todos los atributos del mismo, recién reseñados: unidad distintiva; ser lo que los otros no son; soportar la diferencia; no ser igual a sí mismo. En el contexto de la TIL el *significante* adquirió una función más: la de engendrar al sujeto. La identificación “transporta” al *significante* -rasgo unario- desde el Otro hacia el candidato a

sujeto; lo implanta en él y así “va haciendo sujeto”. Cada inscripción de un rasgo unario genera una marca estructurante, una huella, una impronta; pero, dada su naturaleza, introduce a la vez las semejanzas y las diferencias con el objeto. Lo simbólico opera allí, creando al *esebarrado*.¹³

8.2.3. Antecedentes filosóficos del Uno en Lacan

Este aspecto fue desarrollado extensamente en III, 7.4.1. *El Uno en la filosofía: Parménides, Platón, Aristóteles Plotino, santo Tomás, Leibniz, Kant*, del capítulo anterior. Con algunos agregados, el párrafo siguiente resume lo allí dicho.

Lacan recusó muchas formulaciones filosóficas clásicas sobre el Uno y adoptó, tras “retocarlas”, sólo las que tenían cierta afinidad con su manera de pensar la cuestión. Esta marcha a contracorriente de la filosofía fue tan útil para la elaboración de su propia concepción sobre el Uno como su proximidad a las tesis lógico-matemáticas de Frege sobre el número uno, que se abordarán enseguida. En reiteradas ocasiones afirmó que el Uno del rasgo unario no era ni el Uno de Parménides ni el de Plotino. Tampoco era el Uno de los otros filósofos aludidos en III, 7.4.1. De su Uno dijo que era parecido al que ponía el maestro como nota, cuando reprobaba a un alumno en un examen, o los palotes -muecas- que los antiguos solían hacer sobre una superficie para contabilizar los animales cazados. El Uno de Lacan, el que forma parte de su manera de entender el rasgo unario, es el Uno de la diferencia, no el uno de la unidad. Del contexto filosófico Lacan rescató sobre todo la noción de *Einzigkeit* (unicidad) de Kant.

8.2.4. El sostén matemático y lógico¹⁴

Las A+T con punto de partida en las matemáticas y en la lógica simbólica, permitieron a Lacan otorgar un nuevo fundamento al rasgo unario: pudo precisar aspectos esenciales del mismo imposibles de ser elaborados por vía de la lingüística y filosofía. En efecto: entre la lógica simbólica y la lingüística existe un abismo profundo: a la primera no le interesan los efectos de significado; la segunda, en cambio, no quiere ni puede tomar distancia del mismo. La lógica y las matemáticas se manejan con el significante puro, vaciado de contenido y significado; se dedican a aquello que no quiere significar nada; incluso, para soslayar los significados convencionales y mundanos inventa lenguajes idiosincrásicos -como los basados en letras e ideogramas, por ejemplo- y opera con ellos llevando a cabo cálculos. Los símbolos matemáticos y los ideogramas difieren de la noción lingüística de signo (véase III, 4.2.1.2). Lacan, que había expresado en infinidad de ocasiones la primacía del significante sobre el significado en todo lo relativo a la experiencia del inconsciente, encontró en este modo operatorio de la lógica y las matemáticas motivos adicionales para abrazarlas.

En diversos pasajes de III, 5.5 y III, 5.6 fueron señaladas las influencias que Peirce tuvo sobre el psicoanalista francés y se subrayaron las importaciones que le posibilitaron tornear los conceptos de significante y rasgo unario. Las páginas que siguen complementarán lo ahí dicho, puesto que a renglón seguido se tratará con detenimiento las importaciones que para los mismos fines realizó desde las concepciones de G. Frege. En efecto, las ideas que este autor propuso en una de sus obras capitales -*Los fundamentos de la aritmética* (1884)¹⁵-, permitieron al psicoanalista francés realizar la inmersión del significante en una teoría consistente del Uno. El matemático alemán supo discriminar entre el uno y la unidad; esta distinción le permitió a Lacan diferenciar entre el Uno relacionado con la unidad y el Uno que funciona como soporte de la diferencia. Son dos Unos diferentes; el primero alienta la idea de un todo, cierta noción de completud, de identidad; el segundo introduce la unicidad, aquello que es único y funciona por lo tanto -se lo apreciará con el correr de las páginas- como soporte de lo distintivo. El concepto lacaniano del Uno -ligado estrechamente a lo unario del rasgo- tiene puntos de confluencia con la lógica fregeana, que resultó ser revolucionaria para su época. Frege estableció el concepto de número mediante procedimientos exclusivamente lógicos, alejándose de las tesis empiristas y psicológicas en boga. Estos desarrollos fregeanos son sumamente complejos y exceden largamente los fines de este apartado; por lo tanto, aquí sólo se traerán a colación los elementos imprescindibles para entender las derivaciones

realizadas hacia el psicoanálisis. Muchas de las consideraciones que siguen hubieran merecido la presencia explícita de sus fundamentos, pero la restricción de espacio lo hace imposible.

Los fundamentos de la aritmética (1884) consta de una introducción y cinco capítulos, el último de ellos dedicado a las conclusiones. El libro se inicia con preguntas esenciales, aunque muy difíciles de responder: ¿qué es el número?, ¿qué es el número uno?, ¿es el número una propiedad de las cosas externas?, ¿expresa el numeral “uno” una propiedad de las cosas externas?, ¿qué opera en la sucesión de los números naturales -la conocida serie 1, 2, 3, 4, 5...- como para que pueda darse esa progresión? La obra parece concebida como un entramado de las respuestas a estos interrogantes, que la recorren como un nervio vivo. Frege discutió en los diversos capítulos de este volumen con Schröder, Mill, Hilbert, Hobbes, Locke, Leibniz, Kant, Cantor, Jevons y otros filósofos y matemáticos; rebatió los puntos de vista de cada uno mostrando sus debilidades e inconsistencias. En el capítulo I polemizó sobre la naturaleza de los enunciados en aritmética; en el II, desmontó las teorías vigentes por aquel entonces sobre el concepto de número. En el capítulo III expuso sus propias tesis sobre la unidad y el uno y en el cuarto se abocó a fundamentar y definir su concepto de número.

Las consideraciones siguientes remiten sobre todo al tercer y cuarto capítulo porque allí está el yacimiento principal de los elementos procesados por Lacan en sus elaboraciones sobre el rasgo unario.

Frege, a diferencia de los que ya habían pensado estos asuntos, desplazó el acento desde el número ordinal al cardinal; postuló que cada número es un objeto independiente y que para obtener el concepto de número era necesario fijar el sentido de una ecuación numérica, asignando un número a un concepto determinado.¹⁶ A poco de empezar el capítulo III estableció una diferencia clara y precisa entre la unidad y el uno, al afirmar:

“Para no dejar que la confusión arraigue, será bueno, no obstante mantener rigurosamente una diferencia entre unidad y uno. Decimos ‘el número uno’ y con el artículo determinado [el] indicamos un objeto determinado, único, de la investigación científica. No hay diversos números unos, sino sólo uno. En 1 tenemos un nombre propio, que, en tanto tal, no admite plural, como tampoco lo admite ‘Federico el Grande’ o ‘el elemento químico oro.’” (p. 81; lo que aparece entre corchetes es mío).”

Alertó pues contra un solapamiento que habitualmente genera indiscriminación. Por ejemplo, si ante cuatro frutas determinadas se dice: hay cuatro unidades de manzanas- los vocablos empleados -*unidad* o *unidades*- no son equivalentes al 1, entendido como nombre propio de ese número; se trata más bien un término conceptual, que se refiere a una unidad -una pieza, un elemento completo- de algo. Dicho de otro modo: el concepto *unidades* nada tiene que ver con el nombre propio del número 1. El texto dice taxativamente:

“La palabra ‘unidad’ se adapta maravillosamente para ocultar esta dificultad; y éste es el motivo -si bien inconsciente- por el que se prefiere a las palabras ‘objeto’ y ‘cosa’. Se empieza por llamar unidades a las cosas que hay que contar, con lo que la diversidad mantiene sus derechos; luego viene la reunión, agrupación, unión o como quiera llamarse, pasándose al concepto de la adición aritmética, y el término conceptual ‘unidad’ se transforma, sin que lo advirtamos, en el nombre propio ‘uno.’” (p. 83)¹⁷

Según Frege el número no debe abstraerse de las cosas sensibles; el número se asigna a un concepto; es un enunciado que siempre queda referido a un concepto. Esta es una de las primeras precisiones que él aportó sobre el número: el estar asignado a un concepto que subsume objetos. Para fundamentar estas cuestiones postuló tres categorías -concepto, objeto, número- y dos funciones: asignación y subsunción, todas ellas inmersas en un discurso lógico-matemático con el que pretendía oponerse a la práctica habitual del empirismo en estos territorios, a saber: primero, pasaje de la cosa a la unidad para, después, hacer pasar la colección de las unidades a la unidad del número. Esto sólo podía perdurar si el número funcionaba como su nombre; para ello se requería que el sujeto sostuviese esa ficción; de ahí que tales teorías empiristas combinaran lógica con psicología, conjunción rechazada tajantemente por Frege, que pretendía una solución enteramente lógico-matemática al problema. ¿Dónde reside lo específico de su propuesta? ¿Cuáles son las

condiciones que se exigen para que así lo sea? Se intentará precisarlo por medio de las siguientes puntualizaciones sobre la construcción realizada por este matemático.

- Para Frege, un **concepto** sólo se define y sólo tiene existencia en tanto es capaz de subsumir; es decir, que el concepto tiene existencia gracias a la relación de subsunción que mantiene con el objeto subsumido.
- De manera correlativa, un **objeto** existirá en tanto quede subsumido por un concepto, sin que sea necesaria ninguna otra determinación para su existencia lógica. La existencia de un objeto llega en la medida en que cae bajo un concepto.
- El **objeto** adquiere su sentido a partir de su diferencia con la cosa. La cosa debe borrarse para reaparecer como objeto (lógico). Está implícita en esta operación la desaparición de la cosa en tanto tal y su resurgencia como entidad lógica. El **objeto** “es la cosa en tanto ella es una”. Se ha operado la desustancialización -vaciamiento- de la cosa, procedimiento que la lógica simbólica ha propugnado de manera insistente. Lacan, también.
- En el sistema fregeano, el **concepto** es en realidad un concepto redoblado: el concepto de la identidad con un concepto. Que la cosa sea *una* otorga a todas las cosas la propiedad de ser *una*; allí radica, justamente, el surgimiento de la dimensión lógica: la cosa deja de ser cosa en tanto objeto mundano y deviene objeto (lógico) de un concepto. La desaparición de la cosa, provoca la emergencia de lo enumerable. Se ha pasado de la existencia mundana del objeto a su existencia lógica: un objeto existe lógicamente en tanto cae bajo un concepto. Conviene recalcarlo: *una*, en este caso, no es más que la unidad; no es el uno en tanto nombre propio del número ni el uno de la diferencia.
- El paso lógico siguiente consistió en la asignación de un número al concepto. Dicho número es lo que se denomina la *extensión* del concepto.¹⁸ Tenerla en cuenta posibilita establecer la equivalencia entre conceptos, en caso de que posean la misma extensión. Se dice entonces que son equivalentes.
- Para precisar la noción de número Frege eludió aplicarlo a una colección determinada de cosas, vía muy utilizada por entonces. Su punto de partida fue bien distinto: coordinó dos conjuntos o clases que tuviesen la misma cantidad de miembros; por ejemplo, las clases A y B que tenían -ambas- cuatro miembros. Correlacionó uno a uno los cuatro elementos de la clase A con la tétada correspondiente a la clase B, basándose en la biyectividad: a un miembro de A le corresponde uno y sólo un elemento de la clase B, siendo la recíproca necesariamente válida. No se requiere en cambio que una y otra clase sean de objetos del mismo tipo; pueden ser cuatro peras en una y cuatro manzanas en otra. Se trata de una coordinación entre conjuntos que son equivalentes puesto que tienen el mismo “poder”, expresado por el número *cardinal* 4. Cuatro es, entonces, el cardinal o **poder** de esos dos conjuntos, que serían equinumericos, en términos de Frege.¹⁹
- Otro avance de incalculable valor fue establecer el número cero como punto de partida de la serie de los números naturales. Dentro de su discurso lógico matemático precisó que el 0 (cero) es la clase de todos los conceptos vacíos; es el número de las clases que no tienen ningún miembro. El concepto “número 0” no subsume ningún objeto; es un conjunto vacío; o dicho de otro modo, su extensión es nula. Cero es el número asignado al concepto “no idéntico a sí mismo”; no existe ningún objeto que satisfaga el concepto “luna de Venus”; por eso se le asigna el cero, de la misma manera que se asignó el 2 al concepto “hijo de Agamenón y Casandra”, puesto que hay dos objetos que caen bajo ese concepto.

Miller, J-A., en su libro *Dilucidación de Lacan, op. cit.*, p.186, comentó:

“Frege en sus *Fundamentos de la aritmética* hace funcionar un elemento no idéntico a sí mismo -la idea de no identidad- para poder producir el primer objeto de su construcción aritmética, es decir, el propio concepto de cero, lo que no hay, lo que no existe. Lo que no hay, de todos modos puede ser simbolizado, tan susceptible que de allí se desprende toda la sucesión de los números.

Esto me parecía fundamental para entender al sujeto del psicoanálisis, el sujeto barrado, que funciona sin estar allí.”

- Que Frege iniciara la secuencia de los números naturales en el cero supuso una diferencia notable con otros matemáticos, lógicos y filósofos que se habían dedicado al tema. Ellos habían tomado como base los números ordinales y sostenían, mayoritariamente, que la secuencia comenzaba en el 1 y establecían el sucesor (ver *infra*, puntualización subsiguiente) mediante la adición de 1. En Frege –luego se verán las implicancias de esto en la teoría lacaniana– el número cero viene a indicar que el concepto referido carece de objetos; el cero señala que se trata de un objeto que falta. Cero es, pues, la escritura de la falta; la falta quedó conceptualizada en tanto tal; hay un número que la señala. Miller, en “Sutura” afirmó que “el número cero es la primera cosa no real en el pensamiento.”
- El 1 es el número que corresponde a las clases que tienen un solo miembro; es decir: es el número de todos los conceptos bajo los que cae un solo objeto. A la clase “satélites naturales de la Tierra” le corresponde el número 1, pues hay un solo objeto -la luna- que se sitúa dentro de ese concepto.
- Establecido el 0 como inicio de la secuencia, ésta se continúa con los sucesores, que se establecen mediante la fórmula general siguiente: n' (el sucesor de n) = $n + 1$. Cada sucesor se obtiene agregándole a n (el antecesor) un 1, pero con una salvedad: el cero no es sucesor de ningún número. Al ser el primero de la serie, se dice cero pero cuenta como 1; computar cero por 1 devino el fundamento general de la secuencia de los números. El uno se dice 1, pero cuenta como 2. El 3 subsume *en el orden de lo real*, tres objetos; pero *en el orden de los números* tiene tres antes que él: el 0, el 1 y el 2; por lo tanto, es el cuarto. La repetición (el +1), generadora de la serie, se sostiene en el cero (la falta), que cuenta como 1.
- Al final de la construcción fregeana, el *Uno* quedó convertido en un operador cuyas propiedades permitieron elaborar de una manera exclusivamente lógica el concepto de número, siempre y cuando ese *Uno* no se confundiera con la unidad; si se le reconoce bajo su identidad específica de un número -es decir: por su nombre propio-, puede producir lo no idéntico a sí mismo, es decir, lo otro, en tanto unidad estructurante de la diferencia. Se anticipa que esta ha sido justamente la propiedad que Lacan retuvo para dar consistencia lógica a su rasgo unario.

Termina aquí la descripción sucinta de la fundamentación aritmética de los números y la sucesión de los mismos, llevadas a cabo por Frege. Esta base, si bien elemental, permitirá entender las importaciones desde las matemáticas hacia el psicoanálisis que se comentarán a lo largo de este capítulo. En 8.8 se incluirán algunas consideraciones conclusivas sobre el rasgo unario y la identificación.

8.3. El infinito en psicoanálisis

El tema del infinito -largamente debatido entre los filósofos y matemáticos de todos los tiempos, desde los presocráticos hasta nuestros días-, fue encarado de manera decisiva a finales del siglo XIX y principios de XX, periodo en que comenzó a ser tratado desde una perspectiva lógica. Este asunto fue considerado desde múltiples ángulos en las disciplinas nombradas, aunque predominaron las dos siguientes:

- El infinito como aquello a lo que es posible acercarse sin llegar jamás a alcanzarlo.
- El infinito es algo actual y dado.

En el primer caso se trata de un *infinito potencial*: nunca se lo alcanza; carece de fin, límite o término; en el segundo, es un *infinito actual* y enteramente dado. En matemática, a diferencia de la filosofía, ha prevalecido la idea de un infinito potencial; por ejemplo: la serie de los números enteros $\{1, 2, 3...n\}$ tiende pero no llega al infinito; el concebido por Cantor es, en cambio, actual:

el conjunto infinito de números enteros es aquel al que no es posible agregar ninguna unidad: $N = \{1, 2, 3, \dots\}$. Esta serie no puede continuar indefinidamente porque N simboliza el conjunto infinito de los números enteros. Como en otros apartados, en éste se realizará una revisión somera de la cuestión en las matemáticas, para estudiar luego algunas derivaciones hacia la obra del psicoanalista francés.

8.3.1. Los infinitos en matemáticas. Georg Cantor; antecedentes y sucesores

8.3.2. El infinito y la teoría lacaniana

8.3.1. Los infinitos en matemáticas. Georg Cantor; antecedentes y sucesores

Georg Cantor (1845-1918) nació en San Petersburgo, Rusia, pero se trasladó de niño a Alemania. Profesó en la Universidad de Halle, ciudad en la que murió. Fue el creador de la teoría de los conjuntos; ella supuso un avance notable en matemáticas.²⁰ Sus ideas fueron ampliamente desarrolladas en el siglo XX. Tuvo grandes partidarios (Dedekind, Hilbert) y detractores (Kronecker, Brouwer). Burali-Forti (1861-1931) y después Russell, demostraron que sendas partes de las elaboraciones de Cantor carecían de la propiedad de consistencia. Russell intentó superar las paradojas que se descubrieron en las ideas de Cantor mediante la teoría de los tipos; otros, trataron de hacerlo por vía de la axiomatización de la teoría de conjuntos (Zermelo, Fraenkel, Von Neumann, Quine y otros).

Se le recuerda también por su teoría de los números cardinales transfinitos, relacionados con los conjuntos infinitos. Aunque no dio una definición de número cardinal -como lo hizo Frege- hizo uso de tales números como cosas que poseen existencia, propiedades y relaciones. Elaboró una aritmética de números cardinales y ofreció definiciones de las operaciones básicas: suma, multiplicación, sustracción, etc. Demostró varias leyes matemáticas y produjo una aritmética de números ordinales. Pudo construir una concepción del infinito novedosa por sus desavenencias con una noción del mismo que lo caracterizaba como ilimitado, indefinido, incompleto. Su concepción puso de relieve un infinito puramente cuantitativo; ella le permitió fundar los números transfinitos. Afectado severamente a nivel psíquico, pasó los últimos años de su vida en un hospicio.

8.3.2. El infinito y la teoría lacaniana

A diferencia de Lacan, Freud no hizo demasiado uso de la noción de infinito. Fueron muy pocas las ocasiones en que el vienés se refirió a ella y, mayoritariamente, de manera indirecta. Es probable que sus desavenencias con la metafísica le llevaran a enfrentarse con una concepción del infinito demasiado cargada de filosofía y teología. Obviamente, se trataba de un infinito muy diferente del de Cantor: todo indica que pese a ser contemporáneos, Freud no conoció las elaboraciones del matemático sobre este asunto. Una de las pocas oportunidades en que sí aludió al infinito fue en el comienzo de *El malestar en la cultura* [(1930) OCFAE, XXI, pp. 65 y ss.]; allí comentó que Romain Rolland le había escrito que compartía sus ideas sobre la religión vertidas en *El porvenir de una ilusión* (1927), aunque lamentaba no que hubiera incluido otra fuente de la religiosidad: una sensación de “eternidad”; un sentimiento como de algo sin límites, sin barreras, por así decir, “oceánico”, de la que emergería la energía religiosa que las diversas iglesias y sistemas de religión captan y orientan. El escritor se refirió a este “sentimiento oceánico” en una carta fechada el 5/12/1927. Freud no estaba del todo de acuerdo con estas ideas en tanto sostenía que el fenómeno religioso dependía de la nostalgia del padre, según se explicitó en III, 3.8.2. La religión era, para Freud, una *ilusión* -no un error- que tiene porvenir puesto que manifiesta el deseo de ser agraciado con la solicitud y el amor del padre. El amor y el poder infinito de Dios sería una proyección de las virtudes adjudicadas al padre en la infancia. En cambio consideró que el sentimiento oceánico podía aparecer “en un estado que no puede tildarse de enfermizo” -el enamoramiento- y también en procesos patológicos en los que los límites entre el yo y el mundo exterior se volvían inciertos (OCFAE, XXI, p. 67). Ese sentimiento oceánico, descrito como *algo sin límites ni barreras*, se acerca a la idea de infinito potencial descrito al comienzo de este apartado.

Lacan, en cambio, no dudó en procesar los infinitos matemáticos; algunas huellas de esas importaciones pueden encontrarse en las siguientes problemáticas de su teoría:

- En la concepción de lo imaginario, conectando el infinito con las sensaciones subjetivas de espacio y tiempo.
- En el contexto del registro simbólico merecen citarse sus elaboraciones topológicas respecto del fantasma: proyecciones al infinito de una recta y un plano, empleadas en la construcción del plano proyectivo y del *cross-cap*. Asimismo: infinito de los bordes de aquellos cortes que desprenden al sujeto²¹. Lo simbólico sería infinito en tanto siempre es posible añadir un significante o un enunciado más a los ya existentes. En una afirmación de ese tipo estaría en juego una acepción precantorianiana de infinito.
- Dimensión infinita del goce. Para Lacan, el infinito y el goce se sitúan en el mismo lugar: en lo simbólico.
- En la problemática del fin de la cura: ¿análisis finito o infinito? Para Freud era interminable; Lacan lo consideró finito.
- En lo que concierne a la repetición transfinita de la demanda, que pone de manifiesto que en su manifestación significativa está latiendo un factor cuantitativo ligado a la pulsión.
- En el abordaje de la sublimación: que ella eleve el objeto a la dignidad de la Cosa (*Das Ding*) implica la infinitización del objeto.²²
- En una de sus múltiples reelaboraciones sobre el objeto causa del deseo, Lacan utilizó los números irracionales (Cantor) como límite a la serie de los números racionales; concibió así al objeto *a* como número de oro (*S 14*; ver además *infra*: 8.5 y 8.6).
- En el tratamiento del objeto voz como objeto *a*.
- En el abordaje de la castración simbólica.

En varios capítulos de esta tercera parte se han desarrollado algunas de estas cuestiones.²³

8.4. Teoría de los conjuntos

Al igual que en los anteriores, también en este apartado se ofrecerá, primero, los rudimentos matemáticos del tema para hacer luego una revisión de su presencia en la obra de Lacan.

8.4.1. Elementos básicos de la teoría de conjuntos

Cantor, fundador de la versión moderna de esta teoría, definió al conjunto de la siguiente manera:

“Un conjunto es una colección en un todo de objetos bien determinados y distintos de nuestra intuición o de nuestro entendimiento, objetos que son llamados los *elementos* del conjunto.”²⁴

Esta caracterización puede servir de punto de partida, pero ella no es estrictamente matemática; luego, se añadirán algunas más actuales y precisas. Cantor utilizó el término conjunto con un significado similar al de *clase*, *colección*, *agregado* o *dominio*. Puede apreciarse en esta cita que él consideraba al conjunto como una reunión de objetos -ya sean de nuestra intuición o ya sean de nuestro pensamiento-, pero con la condición de que dichos objetos estuvieran bien determinados, definidos, especificados.

Esta caracterización plantea desde el inicio algunas preguntas: ¿cuáles serían los criterios para determinar que un objeto *x* es miembro de un conjunto *A*? ¿Qué sería un conjunto bien definido?

La respuesta al segundo interrogante es nítida: un conjunto está bien definido cuando se puede establecer con precisión si un objeto determinado pertenece o no al conjunto. Pero entonces surgen otras cuestiones; por ejemplo: el conjunto de coches negros está bien definido, porque a la vista de un tal vehículo podemos saber, con cierta facilidad, si es o no negro. En cambio, el

conjunto de las cestas pequeñas no está bien definido, porque a la vista de una cesta, no siempre se podrá decir tajantemente si es pequeña o no. Las opiniones personales al respecto pueden variar. Otra condición para pertenecer a un conjunto es que los objetos no deben estar repetidos.

Los objetos agrupados se denominan *elementos* del conjunto; entonces, se dice también de ellos que *pertenecen* al conjunto.

Si dos conjuntos poseen igual número de elementos tienen el mismo poder y son, por lo tanto, equivalentes.

El poder de cada conjunto se expresa mediante números cardinales (véase nota final nº 16). Si un vagón de tren tiene 68 butacas, estas 68 butacas constituyen el conjunto de las butacas del vagón. Si todas ellas están ocupadas por viajeros, el conjunto de pasajeros sentados será también de 68 miembros.

Habría entonces una correspondencia biyectiva o biunívoca entre los pasajeros sentados y las butacas del vagón.

Ambos conjuntos tienen el mismo poder, expresado por el número cardinal 68. Si viajaran 10 personas más de pie o algunos asientos estuviesen vacíos, el conjunto de pasajeros y el conjunto de butacas no serían equivalentes, ni tendrían el mismo poder.

Para Cantor los conjuntos pueden también ser finitos e infinitos. Según se ha visto recién, a los primeros se les asigna un número: el que resulta de contar sus miembros, contaje que acaba en un número preciso.

Respecto de los segundos se tiene una idea aproximada de su característica cuando se enuncia la serie de números naturales 1, 2, 3, 4, 5, 6, ... que, como se sabe, no acaba nunca, cosa que se expresa en este caso mediante puntos suspensivos.

El número que expresa los conjuntos infinitos se denomina transfinito o número cardinal transfinito.²⁵ Todos los conjuntos infinitos equivalentes tienen el mismo número cardinal transfinito. Entre los conjuntos infinitos los hay numerables y no numerables. Los conjuntos numerables pueden ponerse en relación biunívoca -uno a uno- con el conjunto de números naturales.

El número cardinal transfinito de todos los conjuntos infinitos numerables es representado por la notación \aleph_0 , llamado “aleph cero” o “aleph subcero”. Ejemplos de conjuntos infinitos numerables que pueden relacionarse biunívocamente con conjuntos de números naturales serían: el conjunto de todos los números naturales pares; el conjunto de todos los números naturales impares, el conjunto de todos los cuadrados de los números enteros positivos, el conjunto de todos los números racionales.

El llamado teorema de Cantor se aplica a conjuntos finitos e infinitos. Su enunciado afirma que el conjunto de todos los subconjuntos de un conjunto, C , tiene un número cardinal mayor que C . Esto puede apreciarse intuitivamente: a partir de un conjunto finito de un número dado de elementos, por ejemplo el conjunto $\{1, 2, 3, 4\}$, se puede formar varios subconjuntos de este conjunto; por ejemplo, $\{1\}$, $\{2\}$, $\{3\}$, $\{1, 2\}$, $\{1, 2, 3\}$, etc. Dados n elementos, el conjunto de los subconjuntos contendrá 2^n elementos, siendo $2^n > n$

Russell descubrió inconsistencias en el sistema cantoriano y para resolverlas desarrolló su teoría de los *tipos*.

Otros intentaron apuntalar el edificio teórico de los conjuntos mediante la incorporación de sistemas axiomáticos que establecieron ciertas restricciones, para evitar las paradojas. Cabe citar entre los autores de tales esfuerzos a E. Zermelo, A. Fraenkel, von Neumann, Bernays, Gödel, Quine y otros. Se las conoce como teorías axiomáticas de conjunto, más afinadas.

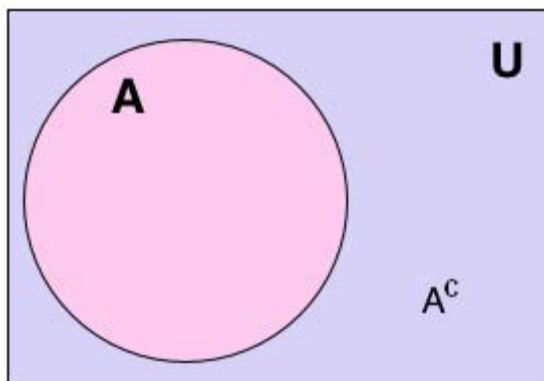
8.4.1.1. Nuevas definiciones

Lo dicho significa que con el paso del tiempo esta teoría fue evolucionando. La definición cantoriana de conjunto entendida como *colección de objetos bien diferenciados* -sean libros, lápices, personas, autobuses, ciudades, coches, etc.- era poco precisa; los elementos de un conjunto se agrupaban en base a alguna propiedad determinada. Pese a ello, abrió un campo importantísimo en las matemáticas.

Actualmente la teoría de conjuntos ha sido mejorada gracias a los sistemas de axiomatización antes comentados y por una definición más específica de conjunto: totalidad de entes matemáticos que tienen una propiedad común.

Por otra parte, para pertenecer a un conjunto, los miembros deben tener carácter individual, cualidades que permitan diferenciarlos y ser único.

La figura siguiente representa en diagrama al conjunto A contenido en otro conjunto U ; A^c es el complemento de A .



Como puede apreciarse, los conjuntos se simbolizan mediante letras mayúsculas: A, B, D, E, J , mientras que los elementos del mismo, con letras minúsculas: a, b, d, e, m, j , etc. Que los elementos a, b, c, d, e, f y g constituyen el conjunto A , se escribe así:

$$A = \{a, b, c, d, e, f, g\}$$

Se trata de una notación *por extensión*. Para simbolizar que un elemento x pertenece a un conjunto A , se escribe $x \in A$, que se lee "x pertenece a A" o bien "x es un elemento de A". La negación de $x \in A$ se escribe: $x \notin A$ y se lee: "x no pertenece a A".

El *conjunto universal* se representa siempre con la letra U ; es el conjunto de todas las cosas sobre la que se está haciendo referencia. Así, si se trata de números enteros, U es el conjunto de los números enteros; si se trata de gatos, U es el conjunto de todos los gatos.

Este conjunto universal puede mencionarse explícitamente, pero en la mayoría de los casos se da por supuesto, ya que viene dado por el contexto que se está tratando.

Téngase presente que la teoría de conjuntos, al utilizar un lenguaje formal, opera con letras y símbolos más que con referentes de la realidad. Se llama *conjunto vacío* al que no tiene elementos; se le denota por \emptyset y se escribe así: $\emptyset = \{\}$.

Si todos los elementos x de un conjunto A satisfacen alguna propiedad $p(x)$, puede utilizarse la notación por *comprensión*: $A = \{x \in U : p(x)\}$ y también: $A = \{x \in U \mid p(x)\}$. Esta escritura se lee: "A es el conjunto de elementos x , que cumplen la propiedad $p(x)$ ".

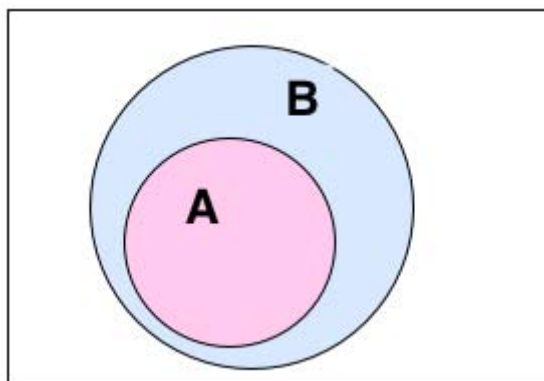
El símbolo: se lee "que cumplen la propiedad". Los dos puntos pueden ser remplazados por una barra.

8.4.1.2. Igualdad entre conjuntos. Subconjuntos y superconjuntos

Igualdad de conjuntos: dos conjuntos A y B son iguales (y se escribe $A = B$) si constan de los mismos elementos. En otros términos: si y sólo si todo elemento de A está también contenido en B y todo elemento de B está contenido en A .

Esta igualdad de conjuntos se expresa así: $A = B \equiv \forall x, x \in A \Leftrightarrow x \in B$. En esta escritura \forall es el cuantificador universal: todos los x ...

Subconjuntos: A es un subconjunto de B si cada elemento de A pertenece al conjunto B : $A \subseteq B$.



Representación diagramática de $A \subseteq B$ por medio de círculos de Euler-Venn

A es un *subconjunto* de B , si se verifica: $A \subseteq B \equiv \forall x, x \in A \Rightarrow x \in B$. No se excluye la posibilidad de que si $A \subseteq B$, se cumpla que $A = B$.

Superconjuntos: Si A es un subconjunto de B , decimos también que B es un superconjunto de A , lo que se escribe: $B \supseteq A$. Así pues: $B \supseteq A \Leftrightarrow A \subseteq B$.

8.4.1.3. Reunión de conjuntos

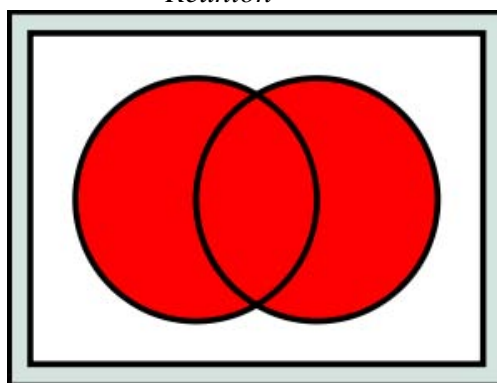
Supóngase dos conjuntos de números siguientes:

Conjunto A: {1, 2, 3, 4, 5, 6}

Conjunto B: {4, 5, 6, 7, 8, 9}

Para ese par de conjuntos existe otro conjunto que es la *reunión* de los dos. Ese nuevo conjunto contendrá todos los elementos de A y B . La operación de reunión se escribe: $A \cup B$ y este nuevo conjunto contiene los siguientes elementos: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.

Reunión



Se esquematiza la reunión de conjuntos mediante círculos de Euler-Venn

$A \cup B = \{x: x \in A \text{ o } x \in B\}$. Esto significa que $x \in A \cup B$ sí sólo si $x \in A$ ó $x \in B$

8.4.1.4. Intersección de conjuntos

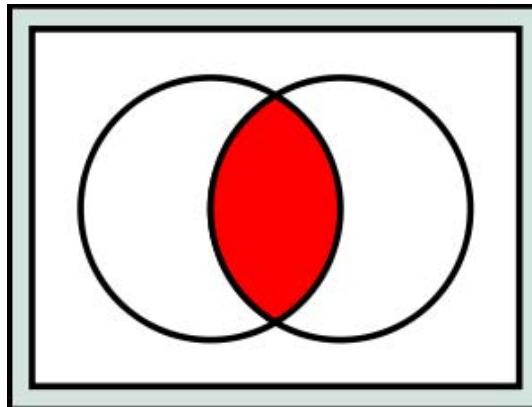
Se llama intersección de conjuntos al nuevo conjunto que surge de agrupar los elementos comunes de A y B .

Conjunto A: {1, 2, 3, 4, 5, 6}

Conjunto B: {4, 5, 6, 7, 8, 9}

Intersección: $\{A \cap B: 4, 5, 6\}$

Intersección



Se esquematiza la intersección de conjuntos mediante círculos de Euler-Venn

La intersección *de A y B* se escribe: $A \cap B$; el nuevo conjunto aparece representado en el esquema por la lúnula central. $A \cap B$ contiene todos los elementos de *A* que **al mismo tiempo** están en *B*.

$$A \cap B = \{x: x \in A \text{ y } x \in B\}$$

Que $x \in A \cap B$ (que *x* pertenezca a la intersección de *A* y *B*) es condición necesaria y suficiente para afirmar que $x \in A$ (“*x* pertenece a *A*”) y que $x \in B$ (“*x* pertenece a *B*”).

Puede apreciarse con facilidad comparando los esquemas de la *reunión* y de la *intersección*, que esta última está comprendida en el campo de la primera; esta afirmación será útil cuando en 8.1.4.6 se haga referencia a la *diferencia simétrica*.

Otra manera de entender la intersección es considerándola un cruce entre dos conjuntos que comparten elementos.

El nuevo conjunto no pertenece ni a *A* ni a *B*; no es propio de uno ni de otro, aunque contenga los elementos comunes de ambos; esa es la característica específica de la *intersección*. En 8.4.2 se expondrán algunas consideraciones sobre el uso, por parte de Lacan, de esta operación entre conjuntos.

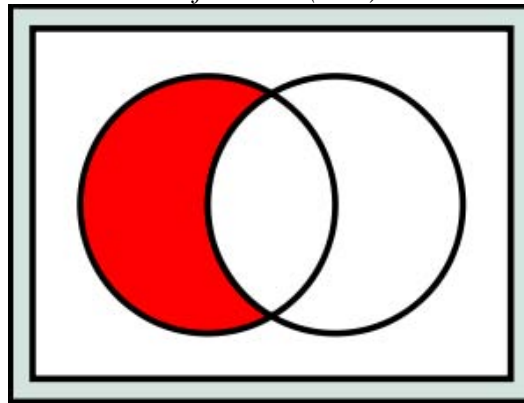
8.4.1.5. Diferencia

Los elementos de un conjunto *A* que no se encuentran en otro conjunto *B*, forman otro conjunto llamado *diferencia de A y B*, que se escribe: $A \setminus B$. En decir:

$$A \setminus B = \{x: x \in A \text{ y } x \notin B\}$$

O dicho de otra manera: $x \in (A \setminus B)$ si y sólo si $x \in A$ y $x \notin B$. La diferencia de *A* y *B* también se denota: $A - B$.

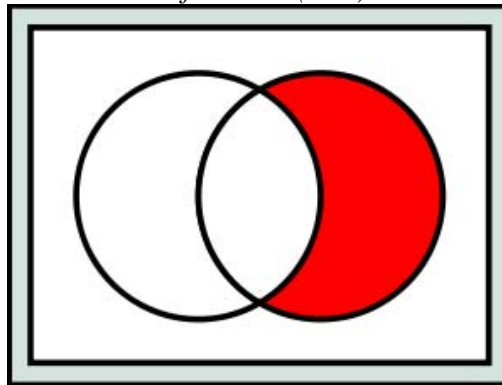
Diferencia (A-B)



Se esquematiza la diferencia $A - B$ mediante círculos de Euler-Venn

Los elementos de un conjunto B que no se encuentran en otro conjunto A , forman otro conjunto llamado *diferencia de B y A*, que se escribe: $B \setminus A$.

Diferencia (B-A)



Se esquematiza la diferencia $(B - A)$ mediante círculos de Euler-Venn

Dados dos conjuntos:

$$A = \{\dagger, \nabla, 3, 4, \emptyset, \odot, \sqcup, \spadesuit, \blacklozenge\}$$

$$B = \{3, \odot, 5, \spadesuit, \emptyset, \#, \mathcal{C}\}$$

$$\text{Resulta que: } A \setminus B = \{\dagger, \nabla, 4, \sqcup, \blacklozenge\}$$

$$B \setminus A = \{5, \#, \mathcal{C}\}$$

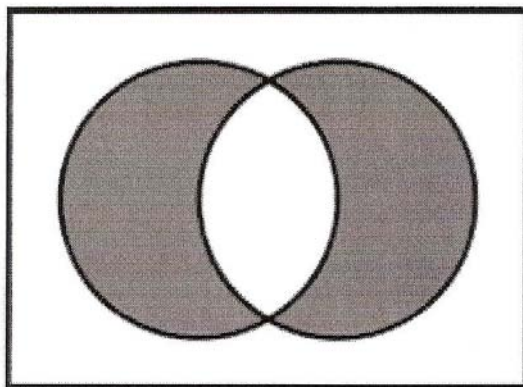
8.4.1.6. La diferencia simétrica

La diferencia simétrica de dos conjuntos A y B viene dada por los elementos que pertenecen a uno y sólo a uno de los dos. Se escribe: $A \Delta B$.

$$A \Delta B \equiv \{x : \text{o bien } x \in A \text{ o bien } x \in B\}$$

Otra manera de referir la diferencia simétrica es la siguiente: si a la reunión de A y B ($A \cup B$) se le resta la intersección de A y B ($A \cap B$) se obtiene también la diferencia simétrica:

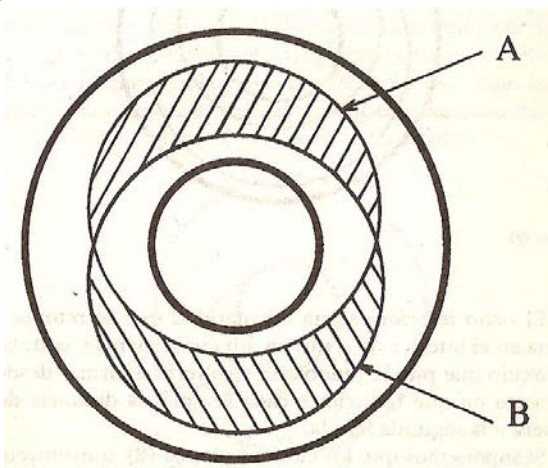
Diferencia simétrica



Se esquematiza la diferencia simétrica ($A \Delta B$) mediante círculos de Euler-Venn

Los elementos de dos conjuntos A y B , a excepción de aquellos que se encuentran en el área de intersección de dichos conjuntos, definen la diferencia simétrica. Como puede apreciarse, la diferencia simétrica es distinta de la reunión $-A \cup B-$ y de la intersección $-A \cap B-$. En sentido estricto es, como ya se dijo, la sustracción (resta, diferencia)- de la intersección a la reunión de dos conjuntos.

Lacan inscribió la diferencia simétrica de dos conjuntos sobre el toro, según puede apreciarse en la figura siguiente:



Trazado de la diferencia simétrica de los conjuntos A y B sobre la superficie del toro.²⁶

La lúnula central -ausente- se superpone al vacío central del toro. Dada la estructura de este último los dos conjuntos que se entrecruzan y constituyen la diferencia simétrica -convirtiendo en imposible tanto la reunión como la intersección de los conjuntos A y B - hace que el hueco entre los dos campos se conecte con el vacío central y el vacío periférico del toro (véase III, 6.4). Donde era esperable encontrar la intersección aparece un campo que está fuera de los conjuntos. Como dice J. Dor (1985), op. cit., p. 152:

“Lo que debía constituir el interior de los dos campos se presenta justamente en el exterior; y eso es algo que podemos comprobar con facilidad si efectuamos como en los otros casos los cortes adecuados en el toro, para desplegar su superficie.”

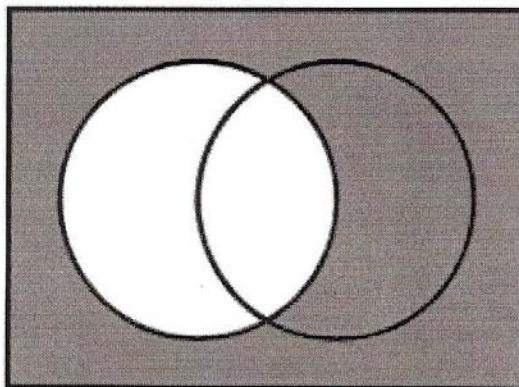
La serie de las demandas -tipo bobina sobre un carrete- que se pueden inscribir sobre el toro muestran que ellas no se recortan entre sí -no hay *intersección*- sino que se encadenan sucesivamente; esa secuencia de vueltas por la superficie del toro acaba implicando, integrando, al deseo inconsciente. Esas vueltas enlazadas una tras la otra son la escritura misma de la repetición.

Esta relación del deseo y la demanda fue clarificada en III, 6.4., con el abrazo de dos toros: el círculo del deseo del toro-sujeto coincide con el círculo de la demanda del toro-Otro. El deseo del sujeto contacta y se superpone con la demanda del otro y viceversa: el protosujeto constituye su deseo a partir la demanda de la madre, pero también a partir del deseo de ella (el deseo es el deseo del Otro).

8.4.1.7. Complemento de un conjunto

El complemento de un conjunto A , es el conjunto de los elementos que pertenecen a algún conjunto U pero no pertenecen a A ; se lo representa por A^C . Es decir: $A^C = U \setminus A$

Complemento de un conjunto



Se esquematiza el complemento de un conjunto A , A^C mediante círculos de Euler-Venn

El conjunto complemento siempre lo es respecto al conjunto universal que se está tratando; si se habla de números enteros, y se define el conjunto de los números pares, el conjunto complemento de los números pares, estará formado por los números no pares. Si se está hablando de personas y se conforma el conjunto de las personas con ojos claros, el conjunto complementario es el de las personas que no tienen ojos claros.

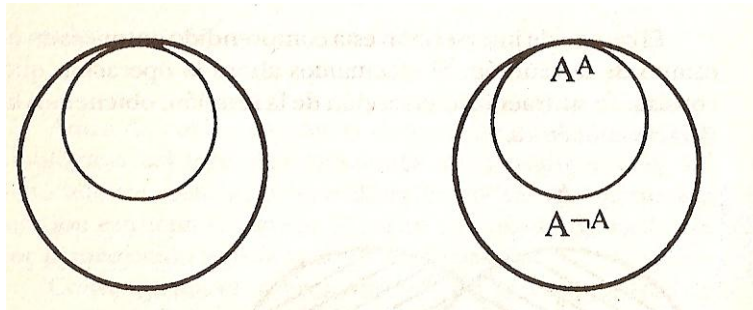
8.4.2. Los conjuntos en la teoría lacaniana

De este dominio importante de las matemáticas Lacan importó varias ideas hacia el psicoanálisis. Se las puede apreciar en casi todos sus seminarios, pero especialmente en aquellos en los que hizo una reformulación lógica y matemática de su doctrina. Ese periplo se inició en el *S II* y alcanzó su punto culminante en el seminario *El saber del psicoanalista* (1971-1972), en cuyas clases las referencias explícitas a la teoría de los conjuntos estuvieron muy presentes. En el *S 14* transformó el complejo de Edipo en algo distinto a un mito -diferenciándose de los mitos “metapsicologizados” por Freud- para convertirlo en una estructura estructurante de lo psíquico.²⁷ En ese viraje se notaron no sólo las influencias de Cantor y sus continuadores sino también las que ejercieron el grupo de matemáticos que se dieron el nombre de *Bourbaki*. Con esas apoyaturas Lacan se distanció definitivamente de Lévi-Strauss. Es posible que su adhesión a la teoría de conjuntos incidiera en dicha bifurcación de caminos, porque ese soporte matemático le permitió el pasaje de un sistema que reposaba sobre una oposición binaria a otro, regido por la diferencia pura.

En efecto, Lacan cuestionó explícita e implícitamente el análisis de los mitos que el antropólogo llevó a cabo en su obra cumbre *Las estructuras elementales del parentesco* (1949). En ella, cada elemento del mito era tratado como una clase fundada en atributos determinados, que se relacionaba con otro para conformar una pareja de opuestos. El *Uno* –véase el extenso apartado dedicado a él en III, 7. 4.– se construyó en ese contexto por parejas; las bases de su análisis parece ser un principio -nunca enunciado por Lévi-Strauss, conviene subrayarlo-, que el Lacan lógico y matemático -escondido detrás de su máscara de lector de esa obra- hubiera pronunciado así: “para

él hay universo de discurso; para mí no.” Ese mismo Lacan adoptó la teoría de conjuntos en tanto le permitió no confundir pertenencia con inclusión.

Los movimientos teóricos realizados sobre estas nuevas apoyaturas supusieron extensas elaboraciones en torno a la topología del significante, a lo real y a las paradojas lógicas -entre ellas, la de Russell: catálogo de los catálogos que no se incluyen a sí mismo-. La superficie topológica conocida con el nombre de ocho interior le permitió resolver la paradoja russelliana -y otras- representando diagramáticamente tanto los conjuntos que se comprenden a sí mismos como los que no se comprenden a sí mismos.



A la izquierda: ocho interior. A la derecha, el mismo trazado aplicado a conjuntos que se comprenden a sí mismos (A^A) y a conjuntos que no se comprenden a sí mismos (A^{-A}).²⁸

En el ocho interior el círculo más pequeño redobla dentro de él al más grande, tal como puede verse en la figura de la izquierda. Se establece así, al mismo tiempo una *continuidad* entre ambos; pero, por otra parte, la existencia de este bucle interno instaaura una *diferencia* respecto del mayor. Esta superficie permite representar lo semejante y lo diferente de aquello que el par de bucles circunscriben.²⁹ Aplicado al significante -especialmente en el registro de la relación del significante consigo mismo-, permite entender que un significante no solo sea distinto de otros significantes, sino y también respecto de sí mismo. De ahí que sea el soporte de la pura diferencia, que evacúa lo imaginario y lo instala plenamente en el registro simbólico que, por definición, es incompleto: el lenguaje no constituye un conjunto cerrado; “no hay universo del discurso”; aforismo lacaniano reiterado varias veces en este trabajo, que puede escribirse también con el matema: \mathcal{A} . Las ideas expresadas en esta frase condensan las diferencias fundamentales con Lévi-Strauss y su concepción de lo simbólico.

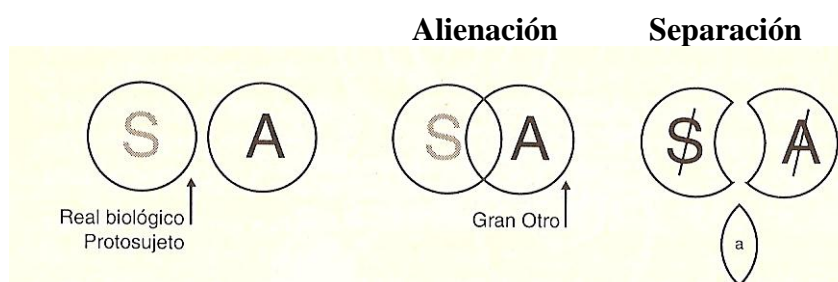
Lacan aplicó también la diferencia simétrica y la intersección de conjuntos al tratar algunas problemáticas psicoanalíticas; la primera de ellas fue referida *supra* -en 8.4.1.6-; la segunda puede descubrirla en la descripción que hizo de la relación entre la madre, el bebé y la placenta. Esta última -creada entre ambos- sería el elemento de la intersección entre el conjunto niño y el conjunto madre. También habría otra intersección de esos mismos conjuntos en la relación pezón - pulsión oral del lactante. No se trata, claro está, de esa protuberancia entendida desde la perspectiva anatómica sino del aparato de lactancia generado por ambos, que no se engendraría sin la succión por parte del bebé y sus efectos erógenos y fisiológicos. En términos más amplios aún, dado dos conjuntos -pulsiones y objetos- la relación entre unos y otros, fijación incluida, puede pensarse también como intersección de conjuntos. La pulsión, al constituirse en el campo del Otro, crea su objeto propio y específico en el contexto de la relación del protosujeto con el Otro; posteriormente, ella encontrará su objeto parcial en otro cuerpo, creando nuevas intersecciones.

Otro territorio en el que se aprecian influencias de la teoría de conjuntos es en el de la estructuración subjetiva, íntimamente ligada al tema central de esta tesis. El *S II* (1964) marcó un hito: el del retorno de las citas *esenciales* de Hegel, que habían estado ausentes en los siete u ocho años precedentes. El concepto de alienación, de claras raíces en el filósofo recién citado y en Marx (véase III, 7.1.7.2., III, 7.2.1., III, 7.7. y III, 7.11.1) fue rescatado y transformado para pensar la constitución de un nuevo sujeto. En la clase del 27 de mayo de 1964 trató sobre las categorías de *alienación-separación*, desde la perspectiva del *vel*, término latino cuyas variantes clásicas se encargó de enunciar en esa ocasión, a las que agregó una tercera posibilidad derivada de la teoría de conjuntos. Entonces aludió explícitamente a la *reunión e intersección* de los mismos, operaciones

que correlacionó respectivamente con la alienación y la separación. Como se verá enseguida, Lacan inyectó valencias psicoanalíticas a estos dos vocablos de uso habitual. Dicha “conversión” se aclarará al precisar el sentido de estos términos en la teoría lacaniana.

- *Alienación*: es el primer tiempo de la estructuración subjetiva; refiere el atravesamiento insoslayable del candidato a sujeto por los significantes del Otro. Esto hace de la constitución del sujeto una alienación estructurante o una estructuración alienante. La reunión de conjuntos muestra esta operación.
- *Separación*: segundo tiempo lógico de la estructuración subjetiva; supone el engendramiento, el parto, de un nuevo *esebarrado*. Como efecto de la misma, el sujeto barrado -recién parido- se discrimina del Otro; ambos quedan marcados por la barra de la castración: \$ y \bar{A} . En tanto resto de esta operación queda el objeto *a*. Vinculó la separación con la intersección de conjuntos.

Se podría esquematizar esta forma de pensar la estructuración subjetiva utilizando también, aunque con algunas modificaciones, los círculos de Euler-Venn:



El diagrama muestra como al ponerse en juego la falta del Otro, en el momento de la separación, el sujeto surge dividido; el Otro queda también barrado; ambos están sometidos a la castración.³⁰ Como telón de fondo, la diferencia simétrica y la lúnula de la intersección que cae, bajo la forma de objeto *a*. Este último, ¿a quién pertenece: ¿al sujeto?; ¿al Otro? ¿O se trata de algo nuevo, creado entre ambos?

8.5. El número de oro y la sucesión de Fibonacci

8.5.1. Repaso de los números

La comprensión cabal del número de oro y de la serie de Fibonacci supone tener presente qué son los números racionales, irracionales, fraccionarios y decimales (véase 8.10).

El cociente entre dos números enteros puede arrojar una cifra exacta, como cuando se divide 412 por 4 (= 103), o bien puede resultar una cifra con decimales, tal como puede verse en los siguientes casos:

$$\begin{array}{cccccc} \frac{4}{5} = 0,8 & \frac{5}{4} = 1,25 & \frac{39}{4} = 9,75 & \frac{34}{8} = 4,25 & \frac{41}{6} = 6,83333 & \frac{34}{6} = 5,6666 \\ \text{(a)} & \text{(b)} & \text{(c)} & \text{(d)} & \text{(e)} & \text{(f)} \end{array}$$

Estas operaciones se presentan bajo la forma de números quebrados (numerador sobre denominador), mientras que los resultados de las mismas se expresan por medio de números decimales; estos últimos pueden tener cero (caso a), una (b) o muchas unidades, (c, d, e, f), seguidas de la coma y la fracción decimal.

La escritura de los números decimales se basa en la utilización de fracciones decimales con denominador 10 o potencia de 10 (100, 1.000, 10.000):

$$14,28 = 14 \frac{28}{100} \qquad 1725,4251 = 1725 \frac{4251}{10000} \qquad 829,369 = 829 \frac{369}{1000}$$

La escala decimal surge de dividir una unidad arbitraria en diez partes iguales (décimos). A su vez cada décima puede ser dividida en otras diez partes iguales (centésimos) que a su vez pueden ser subdivididos en diez partes; en el último caso se estaría ante los milésimos. En estas situaciones se trata siempre de números decimales exactos. De la serie de seis quebrados presentados puede decirse que sus expresiones decimales (0,8; 1,25; 9,75; 4,25; 6,83333; 5,6666) son, en (a), (b), (c) y (d), **exactas**, porque tienen un número finito de decimales y el resto de la división es cero. En cambio, las expresiones decimales de los quebrados (e) y (f) se repiten hasta el infinito y el resto de la división no es cero. (a), (b), (c) y (d) son pues números decimales exactos mientras que (e) y (f) son números decimales periódicos. Pese a pertenecer al mismo subgrupo, (e) y (f) muestran una diferencia en (e): el número que se repite no aparece inmediatamente después de la coma decimal, cosa que sí ocurre en (f). Se dice entonces que el resultado en (f) es un número decimal periódico puro, mientras que el de (e) es un número decimal periódico mixto. Existen también números decimales que repiten más de una cifra; por ejemplo, las fracciones:

$$40/33 = 1,21212121 \quad \text{y} \quad 50/7 = 7,142857114285711428751$$

Los restos de estas divisiones van repitiendo secuencias determinadas sin ser jamás cero; por eso, la división nunca termina. Los decimales que se repiten reciben el nombre de período, que se indican mediante un arco que los abarca:

$$1,2\overline{1} \quad 7,142\overline{8571} \quad 6,8\overline{3} \quad 5,\overline{6}$$

De manera tal que dentro de los números racionales (los que se expresan como cociente de dos números enteros) tendríamos:

$$\begin{array}{l} \left. \begin{array}{l} \text{números} \\ \text{racionales} \end{array} \right\} \begin{array}{l} \text{exactos} \\ \text{periódicos} \left\{ \begin{array}{l} \text{puros (el periodo comienza inmediatamente después de la coma decimal).} \\ \text{mixtos (el periodo no comienza inmediatamente después de la coma decimal).} \end{array} \right. \end{array}$$

En cambio los números irracionales tienen infinitas cifras decimales, no son fracciones exactas ni periódicas, no se pueden escribir con exactitud como números fraccionarios; entre ellos están: $\sqrt{2}$, $\sqrt{5}$, e , Φ , π . Se volverá enseguida a ellos. Dicho de otro modo, todo número **racional** tiene su expresión decimal (se exacta o periódica); todo decimal exacto o periódico se puede escribir como fracción. El conjunto de números racionales es igual que el conjunto de números decimales exactos o periódicos.

$$\begin{array}{l} \text{Decimales exactos:} \quad 0,24 \quad 8,75 \quad 22,5 \quad 151,80 \\ \text{Decimales periódicos puros:} \quad 4,\overline{31} \quad 1,\overline{4} \quad 5,\overline{6} \\ \text{Decimales periódicos mixtos:} \quad \frac{163}{3} = 5,4\overline{3} \quad \frac{19}{6} = 3,1\overline{6} \end{array}$$

Existen, sin embargo, otros números decimales que no pueden expresarse como fracción porque ni son exactos ni periódicos; tienen infinitas cifras decimales en las que no se detectan secuencias repetitivas:

$$8,123456789101112131415\dots$$

Algunos de los números con estas características han recibido nombres propios -el de quienes se ocuparon de señalar sus rasgos específicos-: es el caso del número e , Φ (phi), el número de Chaitin, etc.

$$\pi = 3,141659264\dots$$

$$\sqrt{2} = 1,4142213562\dots$$

$$\sqrt{5} = 2,236067977\dots$$

$$e = 2,71828\dots$$

$$\Phi = \frac{-1+\sqrt{5}}{2} = 1,61803998\dots$$

Se piensa habitualmente en π como la relación entre la longitud de una circunferencia (l) con su diámetro: $l = 2 \pi$ radio; pero a partir del siglo XVII el número π fue más allá de los confines de la geometría, de forma tal que hoy en día está relacionado con incontables zonas de la teoría del número: por ejemplo ecuaciones que describen el comportamiento de partículas subatómicas.

Φ (phi) es llamado así en recuerdo de Fidias, escultor griego que utilizó ese número en la creación de sus obras. Se le conoce también como número de oro; puede detectarse la presencia de la proporción aurea en contextos muy diversos, tal como se verá luego.

El número e -letra inicial del apellido de Leonhard Euler (1707- 1783), matemático suizo- es la base de los sistemas de logaritmos naturales; el límite de $(1 + \frac{1}{n})^n$ cuando n aumenta sin cesar. Su valor numérico es 2,71818... La constante e está relacionada con otros números importantes: 1, π , i , mediante la relación $e^{\pi i} = -1$. Numerosos procesos de crecimiento en química, física, biología y ciencias sociales aumentan exponencialmente siguiendo la fórmula $y = e^x$.

La constante de Chaitin (Ω) es un número irracional que calcula la probabilidad de que se detenga una “máquina universal de Turing”, para un conjunto cualquiera de instrucciones.

8.5.2. La serie de Fibonacci

Leonardo de Pisa (1170-1250), más conocido por su apodo Fibonacci -“hijo de Bonaccio”-, escribió en 1202 el famoso *Liber Abacci*, el libro del ábaco, término este último proveniente del latín y que en italiano significa *cálculo*. Nacido en Italia, se trasladó tempranamente al Norte de África, donde conoció el sistema árabe para escribir números. En dicho volumen promocionó el uso de la barra que separa al numerador del denominador en las fracciones, introdujo los símbolos numerales indoarábigos en Europa y, en la sección tercera del mismo planteó un problema en los siguientes términos: Un hombre pone una pareja de conejos en un lugar cerrado, rodeado de paredes. ¿Cuántos pares de conejos pueden engendrarse en un año a partir de esta primera pareja, si cada mes cada pareja hace nacer a una nueva pareja, que se hace fértil a partir del segundo mes? La solución, esta famosa serie de números que lleva su sobrenombre o la letra F :

1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144, 233...

En ella puede apreciarse que cada uno de ellos -a partir del 2- es la suma de los dos que le preceden: $2 = 1 + 1$; $3 = 1 + 2$; $5 = 2 + 3$; $8 = 5 + 3$; $13 = 8 + 5$; $21 = 13 + 8$; $34 = 21 + 13$; y así de seguido. Esta secuencia es infinita, tal como lo indican los puntos suspensivos finales, porque siempre se le puede añadir un número más.

Esta serie aparece repetidamente en matemáticas y la naturaleza tiende a reiterarla: muchas flores tienen un número de Fibonacci de pétalos debido a que los minúsculos grupos de células de cada punta de brote crecen de manera afín al postulado en la serie que se está comentando. Aunque la regla de crecimiento de la población de conejos es poco realista, hoy se conocen otras similares (llamadas *modelos de Leslie*) para calcular el crecimiento de poblaciones animales en función de la reproducción y muerte en algunas especies.

Entre otras propiedades, esta sucesión tiene la siguiente: el cociente entre dos números sucesivos tiende rápidamente hacia el valor del número de oro (1,61803998...): $\frac{8}{5} = 1,6$; $\frac{13}{8} = 1,625$; $\frac{21}{13} = 1,615\dots$; $\frac{34}{21} = 1,619\dots$ Es interesante subrayar esta *pequeña diferencia* que aparece en estas divisiones, se repetiría en el caso de prolongar los cocientes entre otros números de la secuencia y su antecesor inmediato.

Adolfo Berenstein, en el capítulo 8 de su libro *Vida sexual y repetición*³¹, desarrolla ideas interesantes que relacionan algunas características de la sucesión F con la repetición significativa, tal

como la entiende Lacan: con diferencias. Considera que así como el número de oro está latiendo en esta serie también lo está en cada repetición, como elemento que marca la diferencia. Señala también que observando atentamente la serie F se puede encontrar en ella un aspecto característico de la temporalidad psicoanalítica: el *après-coup*, con sus anticipaciones lógicas y sus abrochamientos retroactivos. Para constatarlo basta considerar tres números sucesivos de la serie (por ejemplo: 34, 55 y 89): el último (89) se *anticipa* mediante las dos cifras *anteriores* (34+55); además, al integrar de forma retroactiva al antecesor (55), se produce la apertura hacia el *futuro*: cuarto número de la serie, el 144 (89+ 55).³²

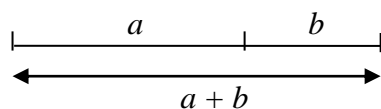
“El *après coup* se consolida de este modo como el tiempo lógico de la repetición y, en última instancia, como la expresión del eterno retorno de la pulsión sobre sí misma. Aunque la operación realizada en esta ascensión progresiva parece siempre idéntica -la suma de los precedentes da como resultado al consecuente-, es evidente que algo diferente se produce si cambian los números elegidos de la serie. Pero aunque cambien, y nada sea igual, algo permanece invariante y, al mismo tiempo, inconmensurable.” [Berenstein, A (2002); *op. cit.* p. 181].

Las pequeñas diferencias antes apuntadas en la división entre un número de la serie y su antecedente inmediato ilustra otro aspecto de la repetición: la diferencia. Dicho de otra manera, cualquier repetición del sujeto se manifiesta siempre con una pizca distinta, un resto real que viene a simbolizar la castración: el orden aparentemente continuo de la serie, muestra pequeños resaltos... Puede leerse estos últimos párrafos a la luz de lo escrito sobre la repetición en III, 7.4 y podrá comprobarse la misma cadencia.

8.5.3. Φ (Phi); el número de oro³³

Phi es más que un número; es también una razón entre dos magnitudes, es asimismo una proporción, un punto de sección de un segmento y un símbolo. A él se puede acceder a través de la geometría, de manifestaciones artísticas, arquitectónicas, estéticas y de la naturaleza. No pocos creadores y poetas lo han loado.³⁴

Φ determina una *sección áurea* cuando aparece como un punto en un segmento de recta, que la secciona en dos partes desiguales que mantienen entre sí una relación que Euclides (¡hace 23 siglos!) expresó de este modo en *Elementos*, libro II, proposición II: -“Una recta está dividida en extrema y media razón cuando la recta es al segmento mayor lo que éste es al menor.” Una forma elemental de representar gráficamente lo dicho es esta:

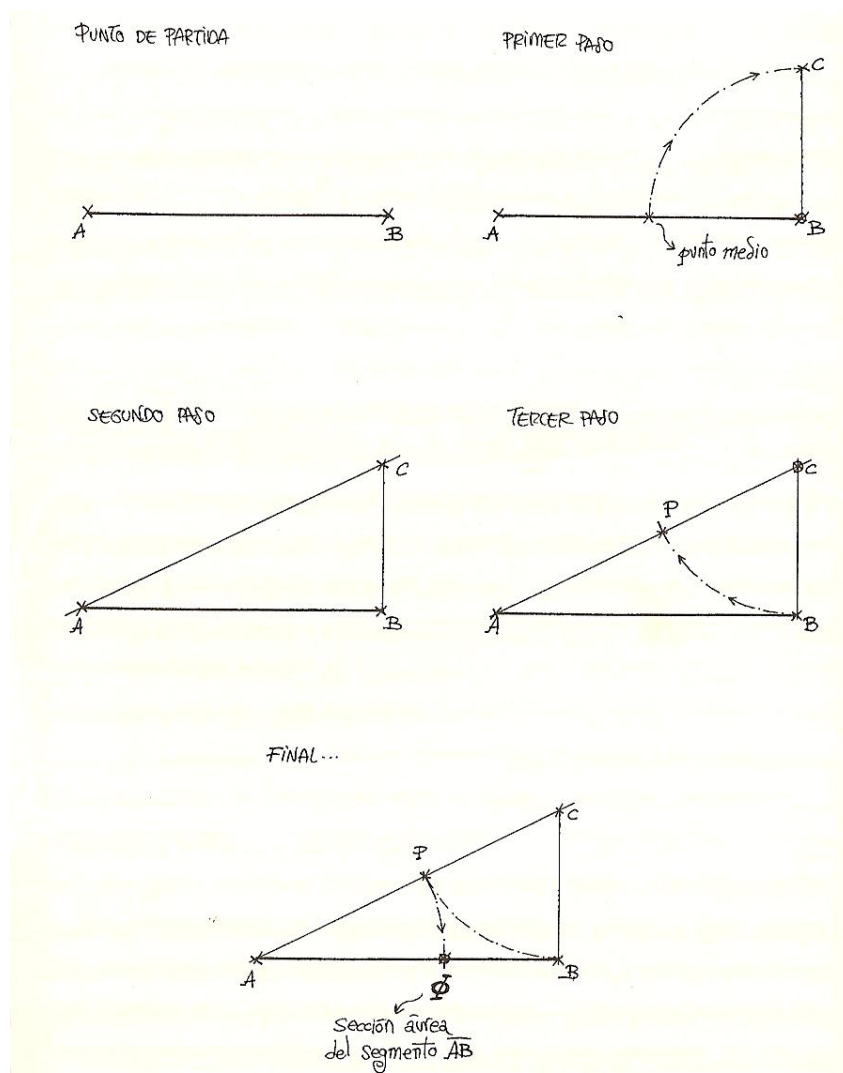


“Media y extrema razón” fue la forma en que Euclides se refirió a lo que posteriormente se conocería como Φ (Phi), el número de oro. Luca Pacioli de Borgo, nacido a mediados del siglo XV la denominó *Divina Proporción* y el nombre de sección áurea le fue otorgado por Leonardo da Vinci. Designarla, pues, como *proporción áurea* es una manera distinta de decir lo mismo: media y extrema razón. Se la puede escribir algebraicamente así: $x = \frac{a}{b} = \frac{a+b}{a}$ y $a : b :: a+b : a$

En la resolución estrictamente matemática se llega a determinar su valor por medio de la siguiente ecuación de segundo grado con una incógnita: $\frac{1 \pm \sqrt{5}}{2} = 1,618039988749898482...$

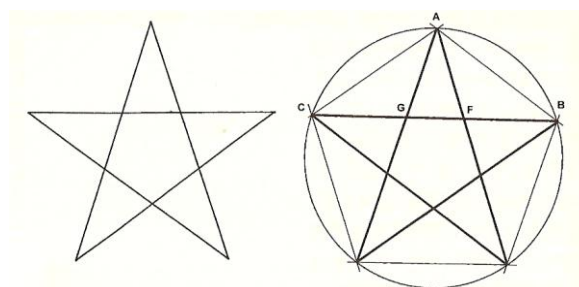
1,61803... es la razón entre segmentos que están en proporción áurea, lo que equivale a decir que si multiplicamos la longitud del segmento más pequeño (b) por esa cifra nos da la longitud de a y si multiplicamos la longitud de a por 1,618..., obtenemos $a + b$. Obsérvese que en el numerador de la fracción aparece el símbolo \pm . El resultado señalado corresponde al caso: $\frac{1 + \sqrt{5}}{2}$. Puede haber un segundo resultado en base a: $\frac{1 - \sqrt{5}}{2} = -0,6180339887...$ Se trata de un número irracional negativo, resultado de la razón *inversa*: $\frac{b}{a} = \frac{a}{a+b}$. Permitiría convertir la longitud de un segmento dado en otro

menor, que esté en proporción áurea con el primero. Sus infinitas cifras decimales situaron a Φ , en la antigüedad griega, como uno de los números *incommensurables*, junto $\sqrt{2}$, $\sqrt{5}$ y otros. Con posterioridad se le incluyó en la categoría de los irracionales. Euclides propuso una manera de calcular el punto áureo mediante la siguiente construcción geométrica:

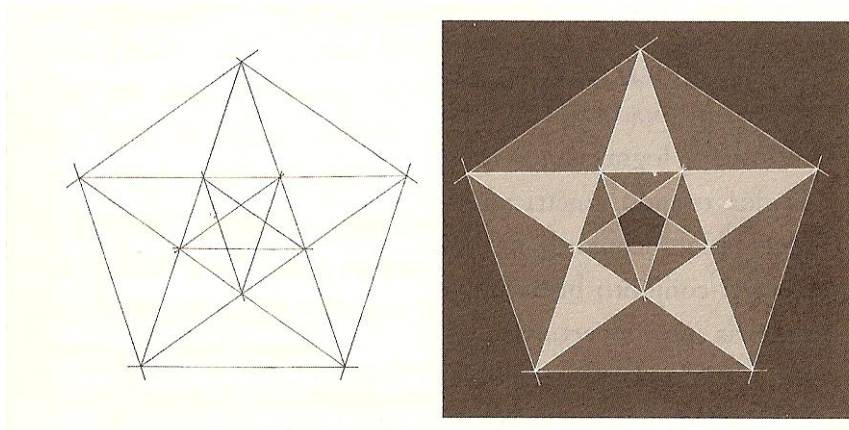


El punto de partida es el segmento de recta AB ; el primer paso consiste en buscar el punto medio de la misma y ese otro segmento de longitud $AB/2$ se eleva perpendicularmente por uno de sus extremos; en este caso por B , con lo que queda establecido un segundo segmento: BC . Se une luego C con A y se obtiene un triángulo rectángulo. En el tercer paso, con centro en C y radio CB se traza un arco de circunferencia que corta a AC en P . Por último, con centro en A y radio AP se traza otro arco de circunferencia que corta a AB en el punto Φ , determinando la sección aurea de dicho segmento. Esquema tomado de J. Buhigas Tallón, *op. cit.* p. 216.

La estrella pentagonal y el pentágono regular son construcciones geométricas relacionadas con el n° de oro, se lo explicará a partir de estas imágenes tomadas de J. Buhigas Tallón, *op. cit.* p. 217.

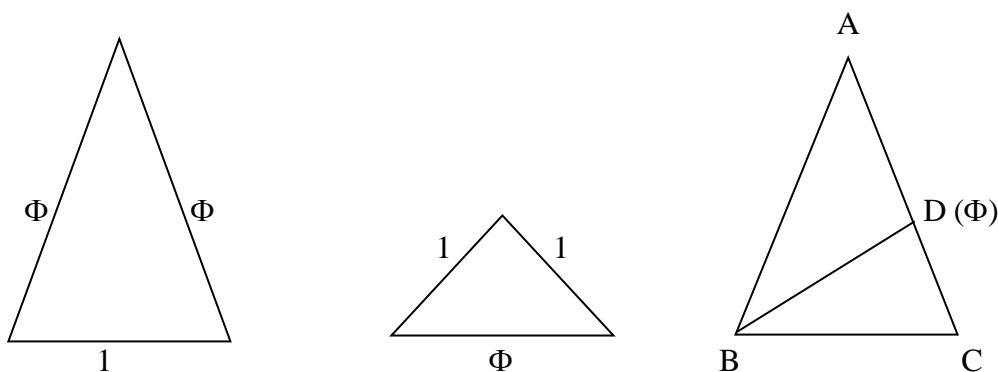


En ella las longitudes de los segmentos guardan la razón áurea con un segmento consecutivo, mayor o menor. En el pentágono, su diagonal CB , por ejemplo, está en relación áurea con AB . Este último segmento lo está con AF y AF la mantiene con FG . La subdivisión sucesiva de la estrella pentagonal y del pentágono conduce a figuras como las siguientes, que muestran en su interior la reproducción -en menor tamaño- de las originales. La proporción áurea es la ley que preside la relación entre todas sus partes. O sea: repetición indefinida de elementos semejantes, bajo el imperio del número de oro. Se vuelve a topar, nuevamente, con la repetición.



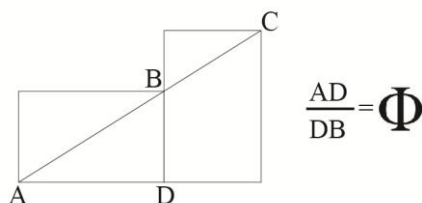
Imágenes tomadas de J. Buhigas Tallón, *op. cit.*, p. 220

Existen otras formas geométricas -triángulos, rectángulos- que también son áureas:



El punto D del triángulo de la derecha es la sección áurea. $AD/DC = \Phi$. El segmento BD genera dos triángulos áureos: ABD y BDC.

Los rectángulos áureos son aquellos en los que el lado más largo está en relación áurea con el más corto. Cuando se yuxtaponen dos rectángulos áureos de igual medida -se lo aprecia en el esquema siguiente-, los segmentos AB y BC guardan la proporción armónica.



Ella ha sido utilizada desde la antigüedad hasta la fecha en pintura (Leonardo da Vinci, Piero de la Francesca, Botticelli, Durero, Dalí), en arquitectura (construcción del Partenón, de las pirámides egipcias, en las grandes obras del Renacimiento); apareció igualmente en el *Tratado de arquitectura* de Vitrubio (del año 26 antes de Cristo), cuyo autor mostró un conocimiento cabal de la proporción áurea,

tanto en los edificios como en el cuerpo humano.³⁵ Las dimensiones de las actuales tarjetas de crédito, cajetillas de cigarrillos, carnets, suelen ser rectángulos áureos. etc.

* * * * *

Es por la vertiente de su enorme carga simbólica que Φ ha sido introducido al psicoanálisis por Lacan; la sola pronunciación del nombre de esa letra evoca rápidamente al falo y su significación, concepto presente no sólo en el artículo especialmente dedicado al mismo: *SF* (1958) sino y también en todos sus *Escritos* y seminarios. De los innumerables contextos teóricos de la obra de Lacan en que Φ estuvo incluido se destacarán cuatro, por su directa implicación con el tema central de esta tesis: la relación del falo con la castración, donde aparece como significante de la falta; su implicación en los tres tiempos de la estructuración identificatoria edípica del sujeto³⁶; su presencia en la fórmula de la metáfora paterna y en la renovación conceptual que supuso situarlo en el centro de la sexuación (*S 18* en adelante). En todos los capítulos de esta tercera parte se ha tratado explícita o implícitamente sobre el falo, aunque en III, 4.7.3., III, 5.11. 2 y III, 5.11.4., se abordaron de manera específica las cuatro problemáticas recién consignadas. Allá se remite para evitar reiteraciones y poder ofrecer ahora una visión más general del concepto, que incluirá un breve cotejo con las ideas de Freud y Klein al respecto.

A grandes rasgos pueden establecerse dos etapas en estas elaboraciones; la primera giró en torno al falo como significante; en ese período *lingüístico* dejó subrayada su presencia simbólica en el inconsciente y su lugar en el orden del lenguaje; el falo devino significante del deseo y significante de la falta (castración). En *SF* afirmó:

“Pues el falo es un significante, un significante cuya función en la economía intrasubjetiva del análisis, levanta tal vez el velo de la que tenía en los misterios.³⁷ Pues el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante.” (*E*, I, p. 283-284).

La ligazón del falo con el número de oro y su participación en operaciones formalizadas algorítmicamente (metáfora paterna, por ejemplo), que lo convirtieron en una estructura matemática puede apreciarse en la cita siguiente:

“El falo da la razón del deseo (en la acepción en que el término es empleado como “media y extrema razón” de la división armónica). Así pues, es como un algoritmo como voy a emplearlo ahora, ya que si no quiero inflar indefinidamente mi exposición, no puedo sino confiar en el eco de la experiencia que nos une para hacer captar a ustedes ese empleo.”

Que el falo sea un significante es algo que impone que sea en el lugar del Otro donde el sujeto tenga acceso a él. Pero como ese significante no está allí sino velado y como razón del deseo del Otro, es ese deseo del Otro como tal lo que al sujeto se le impone reconocer, es decir el otro en cuanto que es él mismo sujeto dividido de la *Spaltung* significante (*SF*, pp. 286-287).

Durante ese mismo periodo estableció las articulaciones iniciales del falo con la tónica *RSI*, que permitió resolver algunas confusiones en el campo del psicoanálisis y de lo social entre los aspectos imaginarios y simbólicos del falo, entre el órgano masculino en su realidad anatómica -pene erguido o no- y el valor simbólico del mismo. En el registro simbólico, siguiendo la huella freudiana, acentuó su carácter de significación de múltiples las representaciones; en lo imaginario, su turgencia lo convirtió en la imagen del flujo vital y de la potencia; en lo real:

“Se puede decir que el significante fálico es elegido como lo más saliente de lo que se puede atrapar en lo real de la copulación sexual [...].” (*SF*, *op. cit.*, p. 286).

El segundo momento de sus consideraciones sobre el falo, imbricado con el tiempo anterior, comenzó aproximadamente en los *S 18* y *S 19*. En ellos llevó a cabo las elaboraciones preliminares a las fórmulas de la sexuación aparecidas en el *S 20*. Lo nuevo no anuló, sin embargo, lo producido antes; simplemente, lo resituó. La de los años sesenta fue una aproximación lógica y topológica al falo. En el fondo de la lógica simbólica cuantificacional elevó el falo a *función fálica* y en el contexto de la topo- nodología -nudos borromeos- lo inscribió bajo la subespecie de goce fálico. Lacan le otorgó al mismo la categoría de concepto clave en la sexuación y, más allá, en el conjunto

de su doctrina. Este giro intrateórico fue tratado con detalle en III, 5. 11. 2 y III, 5.11.4. Allí mismo se señaló que estas elaboraciones supusieron un giro respecto de las ideas de Freud expuestas en sus últimos artículos sobre la sexualidad femenina y las consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. Lacan cambió algunos referentes y paradigmas, aunque persistió la remisión al Protopadre de la Horda Primitiva.

En Freud, se sabe, el vocablo *falo* apareció en muy pocas ocasiones; en cambio su forma adjetivada *-fálico/a-* puede encontrarse en diversas comarcas teóricas, calificando a madre, a una etapa de la evolución libidinal, a símbolos que aparecen en los sueños, a algunas pulsiones, etc. El nódulo de las ideas del vienés sobre el tema fue la fase fálica, en la cual situó la triangularidad edípica, el complejo de castración y las identificaciones que tipifican la identidad sexual psíquica (véase I, 1.6. y I, 3.2). El rol del falo y del padre en los avatares estructurantes era fundamental para Freud y determinaba que la secuencia entre el complejo de Edipo y de castración fuera diferente en la niña y el varón. Merece evocarse en este contexto que para Freud, en ambos casos, la asunción de la identidad sexual psíquica giraba en torno al falo.

La teoría de Klein fue muy distinta en estos puntos; en primer lugar porque para ella se nace a la vida psíquica como niño o niña; habría una correspondencia entre el sexo biológico con el que se llega al mundo y la actividad fantasmática; en segundo lugar, porque el lugar central otorgado por Freud y Lacan al padre y al falo fue desplazado por la psicoanalista hacia la madre y el pecho. Ella situó al pene-falo poco discriminado en el vientre materno; allí lo encontraba el lactante. Para Lacan en cambio, en tanto concibió al falo como significante, lo situó en el Otro y en el inconsciente del sujeto.

8.6. La teoría de los juegos

La actividad lúdica ha estado presente en todas las épocas de la historia de la humanidad, aunque ha sido en los últimos dos siglos que se convirtió en objeto de estudio desde diferentes ángulos: estético, filosófico, antropológico, cultural; etc. Pensadores de la talla de Pascal, Schiller, Heidegger, Finck, Wittgenstein, Gadamer, entre otros, se ocuparon del tema. Pero no son justamente esos enfoques los que más interesan en este contexto; aquí se dedicará especial atención al análisis lógico y matemático de los mismos, perspectiva que recibió un impulso importante en la segunda mitad del siglo XX, a partir de la publicación del libro *Teoría de los juegos y comportamiento económico* (1944) escrito por el matemático John von Neumann y el economista Oskar Morgenstern. De las ideas allí vertidas se llegó a decir que estaban destinadas a revolucionar el pensamiento de Occidente. Si bien esa cima no fue alcanzada, cabe reconocer que el libro evidenciaba un alto grado de sofisticación en los análisis matemáticos propuestos y maneras originales de resolución de conflictos. Las modalidades postuladas para el análisis de esas situaciones tuvieron repercusiones considerables en diversas disciplinas y en los medios intelectuales de aquella época. Sus autores dedicaron especial atención a los juegos de estrategia y sus consideraciones fueron muy tenidas en cuenta para la resolución de conflictos en las esferas sociales, económicas y políticas, en las que los resultados dependen siempre de la interacción de decisiones de múltiples agentes o jugadores.³⁸ Estas ideas fueron también utilizadas en las últimas décadas para la programación de los juegos informatizados para las pantallas.

Se soslayará la exposición de los pormenores de esta teoría porque lo que interesa en este contexto son aquellas nociones que fueron importadas por Lacan al psicoanálisis, a saber: el cálculo, la temporalidad en los juegos, verdad y engaño (*bluff*), la mirada al (del) otro, estrategia, etc.³⁹ Ellas fueron articuladas dentro del psicoanálisis con el inconsciente y la repetición. Reconocidas esas A+T cabrá señalar también las diferencias radicales entre ambas concepciones, ya que la teoría de los juegos se definió como el estudio racional -lógico y matemático- de los conflictos de intereses entre personas, a la sazón, representados por los jugadores mientras que el psicoanálisis se ocupa del sujeto del inconsciente y todas sus derivaciones teórico-clínicas.

Se anticipan los destinos de los trasvases de una a otra teoría: la cuestión del engaño (*bluff*) en los juegos se articuló dentro del psicoanálisis con la problemática de la verdad: el inconsciente puede mentir; la verdad insiste, a pesar de decirse siempre a medias. El inconsciente despliega

también una estrategia y calcula su posición frente al Otro. Los juegos poseen una temporalidad que le es propia; no sólo se marca la duración de la partida; a veces también el lapso de cada jugada -el ajedrez puede ser el ejemplo paradigmático de tal medición-. En psicoanálisis Lacan dio prioridad a los tiempos *lógicos*; el sujeto, inmerso en esa temporalidad, toma sus decisiones. La mirada, que en la actividad lúdica da información sobre el adversario, se conformó como otro objeto *a* en la teoría lacaniana. Buena parte de las afinidades y las diferencias recién señaladas de manera sucinta, serán desarrolladas en los siguientes apartados:

8.6.1. Nociones básicas sobre la teoría de los juegos

8.6.2. Lacan y la teoría de los juegos

8.6.3. Improntas de la teoría de los juegos en los *Escritos* y seminarios de Lacan

8.6.4. Lectura lacaniana de la teoría de los juegos

8.6.1. Nociones básicas sobre la teoría de los juegos

La diversidad de juegos existentes ha llevado a su clasificación en tres categorías fundamentales: a) los de estrategia; b) los de puro azar y c) los mixtos. Ejemplos del primer grupo serían los juegos militares o aquellos otros en que se dirimen intereses económicos; en éstos no se sabe cómo actuará el contrincante, ni los factores que le harán optar por tal o cual decisión en la partida. Los de puro azar -ruleta, lotería, quiniela- no implican oposición entre contendientes ni toma de decisiones ni el despliegue de estrategias; lo que en ellos acontece depende exclusivamente de los caprichos de la *Diosa fortuna*; su índole los conecta con la estadística, rama de las matemáticas.⁴⁰ En los del tercer tipo -mixto- se combinan algunas características de los dos anteriores: interviene el azar y se elaboran estrategias. El bridge y buena parte de los juegos con naipes pertenecen a esta clase, porque las cartas que se reciben dependen del azar pero cada jugador las utiliza conforme a la estrategia que él elige.⁴¹

Quienes elaboraron la moderna *teoría de los juegos* se centraron en los del grupo a), aunque también se interesaron en algunos aspectos de los del tipo b). Su objetivo fue formalizar lógica y matemáticamente los juegos y las estrategias empleadas por los contrincantes.⁴² Para ello evaluaron desde una perspectiva lógica los datos, las circunstancias, las motivaciones, las estrategias y las decisiones tomadas en los diferentes momentos del juego, y las consecuencias derivadas. Incluyeron también un análisis de los aspectos psicológicos de los jugadores, pero éstos eran evaluados y transformados en variables lógicas. Una de las cuestiones que más preocupó a los fundadores de esta teoría fue discernir si existían comportamientos racionales pasibles de ser considerados como los más adecuados en ciertas situaciones prototípicas. El análisis matemático de las conductas en los juegos de estrategia implicó una ponderación de las diferentes variables: se otorgaban valores numéricos a los diversos factores que intervenían en las situaciones y en las decisiones tomadas; luego, se aplicaban formas especiales de cálculo.⁴³

La noción de estrategia -esencial en este tipo de juegos- puede definirse como el trazado, antes de la realización efectiva de una partida, de un plan global para la misma, que contemple todos los aspectos del juego -desde el principio hasta fin-. En ella se anticipa las vicisitudes posibles del encuentro y se suputa las eventuales estrategias del adversario en base a la información que se tenga de él. Se incluyen también modificaciones -parciales o totales- de la planificación inicial, en caso de que las circunstancias lo requieran. Si la estrategia prevé un plan para *toda* la partida, la táctica se redefine en cada jugada y se pone al servicio de la primera. Dicho más sintéticamente, se trata de modos calculados de conducir la partida para obtener los fines buscados. Son estos aspectos lógicos de las estrategias los que se intentó formalizar.⁴⁴

La teoría de los juegos parte de una serie de presupuestos que configuran su marco general; éste propende a garantizar la racionalidad en el enfrentamiento; ejemplos de estos principios generales -cada juego especifica los suyos-, son:

- Los contrincantes conocen las reglas del juego.
- Los jugadores tienen la capacidad adecuada para desarrollar una partida.

- Los adversarios tienen una habilidad y experiencia bastante similares como para asegurar un nivel parejo en la competencia. Caso contrario, puede otorgarse ventajas al menos experimentado.
- Los participantes reflexionan libremente y con el menor apasionamiento posible sobre las diferentes posibilidades que tienen antes de decidir cada jugada.

Además de la mencionada al inicio de este apartado, existen otras clasificaciones de los juegos basadas en aspectos peculiares de los mismos; aquí se mencionarán sólo dos. Una de ellas funda los agrupamientos en el par *competencia–colaboración*; se tiene entonces las siguientes categorías de juegos: a) los estrictamente competitivos, b) los cooperativos y c) los intermedios. En los primeros, o bien se gana o bien se pierde (en algunos existe la posibilidad de empate); por ello se los llama de *suma cero*; entre ellos está el ajedrez, el go, las damas, etc. En los segundos, la comunicación entre los jugadores es imprescindible; desde el punto de vista de su formalización no presentan grandes inconvenientes. El tercer grupo no son cooperativos puros ni sólo competitivos; el juego de las cuatro esquinas que será referido más adelante, en 8.6.3., podría ser un ejemplo.

La otra clasificación -complementaria de las anteriores- agrupa los juegos según si ofrecen información completa o incompleta; en los primeros, las reglas son muy explícitas y determinadas previamente; es el caso del ajedrez o de las damas, en las que el juego está a la vista; en los segundos, los jugadores ignoran -o conocen muy parcialmente- las bazas de su(s) contrincante(s) y los factores que, en definitiva, les hará decidir las jugadas sucesivas. El bridge, el póker, los juegos militares y los que dirimen intereses económicos entran dentro de esta segunda categoría: hay secretos en el juego. En esta segunda sub-categoría se inscriben los llamados “juegos psicológicos”; en ellos suelen participar varias personas, y pueden darse alianzas entre algunos jugadores en contra de otros, con la posibilidad de rupturas de esas coaliciones y establecimientos de otras nuevas. Estos juegos han servido para formalizar los fenómenos relacionados con el engaño, los dobles engaños, los engaños al doble engaño, etc.

El clásico y sencillo juego conocido con el nombre de *dilema del prisionero* permite el análisis de los fenómenos ligados a los pares de individualismo – solidaridad, o bien lealtad – traición, en situaciones diversas. Se ha tomado ese juego como modelo para el estudio de conflictos con esas características, tan frecuentes por otra parte en el ámbito social. En esencia, plantea la siguiente situación: dos delincuentes son detenidos y encerrados en celdas diferentes, sin que ellos tengan la posibilidad de comunicarse (información incompleta). Se sospecha que han cometido un delito mayor -por el que podría imputárseles diez años de cárcel- pero no se tienen pruebas fehacientes para condenarlos. Sólo las hay -y se les puede culpar- de haber perpetrado un delito menor, por el que les correspondería dos años de prisión. Se promete a cada uno que la condena sería reducida a la mitad si aportan las pruebas de la culpabilidad del otro en el acto delictivo de mayor envergadura. El dilema que se plantea a cada prisionero es decidir entre una estrategia de “lealtad” -guardar silencio, no confesar, ocultar las pruebas- o de “traición” -denunciar al otro-. Una y otra estrategia tiene su expresión numérica en los años de condena, tal como se expresa en la siguiente tabla:

<u>PRESO A</u>		
	lealtad	traición
lealtad	2/2	10/1
<u>PRESO B</u>		
traición	1/10	5/5

Las cifras a la izquierda y derecha de la barra -(/)- indican los años de prisión a que serían condenados A y B según las estrategias elegidas por cada uno de ellos. Por un lado el juego incitaría a la cooperación siempre y cuando la confianza sea mutua; en ese caso les correspondería a ambos dos años de prisión. Pero también estimula conductas individualistas, dado que si uno sólo confiesa, la pena que sufrirá el “traidor” se reducirá a un año (el otro: diez). En cambio, se eleva a cinco años si ambos revelan su culpabilidad. Cada prisionero debe examinar todas las alternativas. Es evidente

que si en lugar de expresar “los pagos” en años de cárcel se indicaran las preferencias -ya no de los presos sino de cualquier par de personas en una situación determinada-, la aplicación del modelo se amplía. En esos casos también el conflicto -y el dilema consiguiente ante la elección- reside en que se ignora qué sirve mejor a los propios intereses a largo plazo: el individualismo o la solidaridad.

Otro juego simple, pero que pone en evidencia aspectos subjetivos similares es el de repartir 600 euros entre tres personas. Se pone como condición que será válida cualquier decisión tomada por mayoría. La solución es fácil, si la cooperación es total: 200 euros para cada uno. Pero, si existen rasgos egoístas en algunos de ellos, la situación se complica: dos puede aliarse y decidir entonces que se llevan la mitad cada uno. El “estafado” vuelve a la carga y ofrece 400 euros a uno de los otros dos, con lo que queda nuevamente alguien “fuera del reparto”. Éste “traicionado”, reincide en la conspiración con otra contra-propuesta de la misma naturaleza. El juego puede seguir así eternamente.

Von Neumann (1903-1957) propuso en 1921 un teorema -que hoy lleva su nombre- en el que demostró que para todo juego entre dos jugadores, a suma cero y con información completa, existe una *estrategia óptima* que le es propia. De manera esquemática, esta noción puede explicarse así: El jugador A sabe que su adversario, B, se esforzará con la misma tenacidad que él a acumular ganancias. En tales circunstancias la única estrategia racional para A consiste en minimizar los éxitos de B y empequeñecer simultáneamente sus propias pérdidas. Pero como B piensa algo parecido respecto de A, lo más *razonable* es que cada uno aspire a encontrarse al final del juego, en la mejor situación posible entre las peores posibles. La estrategia óptima es la que asegura el triunfo a uno de los jugadores o, cuanto menos un empate. Esta estrategia recibe el nombre de *solución del juego* y determina lo que ganó cada jugador; a este último dato se le llama *valor del juego*.⁴⁵ En los juegos en que participan más de dos jugadores, la estrategia óptima no existe; en esos casos se suele apelar a una combinatoria de estrategias útiles, con un cierto apoyo en el cálculo de probabilidades, que brinda un valor medio con sus desviaciones posibles sobre lo que se puede ganar a largo plazo.⁴⁶

* * * * *

Ya se ha dicho que la moderna teoría de los juegos se ha interesado sobretodo en formalizar los fundamentos de las tomas de decisiones; su objetivo no era el análisis de los fenómenos azarosos ni de los elementos aleatorios que pueden intervenir en una situación y momento dados. Al final de este sucinto recorrido por las nociones elementales de esta teoría puede afirmarse que una conducta será considerada estratégica sólo si se la ha adoptado después de estudiar a fondo las circunstancias de la situación, si se han considerado las repercusiones posibles que tendrán sobre los resultados -propios y ajenos- las decisiones personales que se adopten y, por último, si se ha reflexionado respecto de la incidencia de las resoluciones propias sobre las que puedan tomar los otros.

Estas situaciones complejas, en las que confluyen variedad de factores para la toma de posiciones, suelen ser habituales en los contextos social, político, económico, familiar, etc. De ahí la buena recepción que tuvo en las ciencias llamadas humanas tanto los análisis matemáticos altamente sofisticados propuestos por esta teoría, como las formalizaciones sobre resolución de conflictos que de ella se derivan.

Si se generaliza lo afirmado, podría decirse que los juegos de estrategia recrean situaciones que se dan con mucha frecuencia en la vida cotidiana: quienes idean juegos recortan algunos aspectos de la realidad, los formalizan y establecen así las matrices de los mismos.

* * * * *

Es interesante cotejar esta perspectiva lógico-matemática de los juegos con otra, que los estudia como fenómenos culturales. Tal es el enfoque de Johan Huizinga (1872-1945), autor de *Homo ludens. Versuch einer Bestimmung des Spielelement der Kultur* (1938); traducido al castellano bajo el escueto título de *Homo ludens*, editado y reimpresso en múltiples ocasiones por Alianza editorial, Madrid. Este historiador holandés mostró las insuficiencias de las imágenes convencionales del ser humano que desde antaño le caracterizaron sólo como *homo sapiens* y *homo faber*. Apuntó la necesidad de incluir también al *homo ludens*, atendiendo a las funciones culturales del juego: la génesis y el desarrollo de la cultura poseen, para este autor, aspectos lúdicos que deben ser tenidos en cuenta en cualquier estudio social. Además subrayó que lo lúdico no es ni propio ni

exclusivo de la especie humana; en la página 11 de la obra citada puede leerse: “los animales no han esperado a que el hombre les enseñara a jugar”.

8.6.2. Lacan y la teoría de los juegos

El psicoanalista francés se sirvió especialmente de ella en las primerísimas épocas de su enseñanza. Tras la publicación de sus *Escritos* en 1966, las referencias a dicha teoría fueron decreciendo, hasta desaparecer.⁴⁷

Que así ocurriese es fácilmente comprensible: dejando de lado el factor moda -ya se dijo que después del fin de la segunda guerra mundial, las ideas de von Neumann y Morgenstern se difundieron enormemente- las importaciones hacia el psicoanálisis desde la teoría de los juegos giraron en torno a ciertas nociones que estuvieron presentes sobretodo en sus seminarios y escritos de los años cincuenta; a saber: intersubjetividad y estrategia. Ellas aparecieron casi siempre articuladas con la repetición y con los tiempos lógicos. Si estos dos últimos conceptos persistieron y fueron objeto de numerosas reformulaciones en casi todos sus seminarios, las nociones de intersubjetividad y estrategia tuvieron destinos diferentes: la primera fue rápidamente abandonada con la aparición del concepto de Otro y la segunda fue perdiendo importancia con el auge de las formalizaciones lógicas, topológicas y matemáticas de las décadas de los sesenta y setenta.

Sin embargo, la idea de una estrategia propia del inconsciente permaneció como una articulación consolidada e indiscutida. Un texto particularmente revelador de ese primer período de su elaboración conceptual es *TLAC* (1945).

Ya se insistió sobre el hecho de que los juegos, especialmente los de estrategia, reproducen en forma concentrada buena parte de lo que acontece en cualquier relación humana: el sujeto calcula su posición respecto de los otros, se sitúa y resitúa permanentemente en función de las relaciones que establece.

En estos juegos, cada participante toma en cuenta las posibles decisiones de los otros; sospecha, prevé, calcula, anticipa los movimientos de sus contrincantes, quienes a su vez hacen lo mismo respecto de los rivales. Se conforma así un conjunto de estrategias en interacción. Todo esto, claro está, dentro de un lapso temporal y de un marco definido por las reglas del juego. En cada ocasión que le toca su turno, el jugador -o el sujeto- deciden la “jugada”; según Lacan esto se realiza en base a las formas peculiares de articular los tiempos de ver, comprender y concluir que tiene cada sujeto, cuestión que será retomada enseguida.

Lacan no explicitó taxativamente cuál era la utilidad que la teoría de los juegos brindaba al psicoanálisis, pero es posible hacer algunas puntualizaciones al respecto, a partir de ciertas afirmaciones nodales y/o tangenciales que sobre ella aparecieron en sus *Escritos* y seminarios. Si se estudian las pistas allí dejadas podrá apreciarse que importó al psicoanálisis lo esencial de aquello que los primeros teóricos de los juegos intentaron formalizar lógicamente y matemáticamente: las decisiones que determinan los actos humanos y los cálculos que los fundamentan. Otros aspectos puntuales de las importaciones realizadas serán volcados en el apartado siguiente, que dará cuenta del rastreo realizado.

8.6.3. Improntas de la teoría de los juegos en los *Escritos* y seminarios de Lacan

Se aludirán sólo aquéllos en que esas influencias fueron claras y notorias. Luego, en 8.6.4., se hace un esbozo de una posible lectura lacaniana de dicha teoría.

8.6.3.1. *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*

Lacan inició este artículo presentando un problema de lógica, que bien puede entenderse como un “juego”; lo utilizó como punto de partida para las múltiples aseveraciones de ese artículo. No se planteará aquí la propuesta que se les hizo a los tres encarcelados ni la decisión que ellos ejecutaron -basta con recurrir al texto de marras-; tampoco se hablará del valor sofístico de la solución; se dirá tan sólo que en ese artículo, publicado originariamente en 1945, introdujo los

tiempos lógicos (instante de la mirada, tiempo de comprender, momento de concluir) que tanta trascendencia tuvo en su obra. Allí mismo hizo comentarios originales sobre la repetición y la intersubjetividad.⁴⁸

8.6.3.2. Seminario sobre “La carta robada” (SCR) y S 2

La redacción de este texto se basó en las clases del 23 y 30 de marzo y especialmente en la del 26 de Abril de 1955 (S 2); ellas dieron pie a un artículo publicado por primera vez en el nº 2 de la revista *La psychanalyse* (1957). Casi diez años más tarde apareció la versión definitiva del mismo, con muchos agregados respecto del anterior, en los *Escritos*. Sería demasiado estrecho considerar dicho texto sólo cómo un comentario del famoso cuento de E. A. Poe. La pieza contiene muchísimas elaboraciones conceptuales psicoanalíticas y en ella pueden descubrirse múltiples nevaduras matemáticas provenientes de la teoría de los juegos, debidamente aclimatadas al contexto teórico lacaniano. En SCR trató sobre las nociones de intersubjetividad, de determinación simbólica, hizo observaciones sobre lo que se capta por medio de la mirada y lo que se deja de ver; es decir: tanto las operaciones necesarias para hacer visible aquello que *está a la vista*, como los modos de ocultar algo, mostrándolo o exponiéndolo; también se refirió a los conceptos de compulsión repetitiva, de verdad, de determinismo y azar en las cadenas significantes, y un largo etcétera que incluye otros asuntos, pueblan las páginas de este texto, el primero en los *Escritos*. En el S 2 Lacan partió del juego de par o impar⁴⁹, correlacionándolo con otro entretenimiento de los niños: el *fort-da*. Con ellos consideró los fenómenos de presencia – ausencia y la simbolización de ambas.

“La simple connotación por (+) y (-) de una serie que juegue sobre la sola alternativa fundamental de la presencia y de la ausencia permite demostrar cómo las más estrictas determinaciones simbólicas se acomodan a una sucesión de tiradas cuya realidad se reparte estrictamente ‘al azar’.” (SCR, E II, p. 47).

Con este punto de partida Lacan sugirió las siguientes convenciones numéricas con las que anotar las series diacrónicas de los *más* y los *menos*, agrupados de a tres: (1) para las simetrías de constancia (+++, ---); (3) para la simetría de alternancia (+-+, -+-) y (2) para las disimetrías (++-) y (-+-), (-++), (+--). En la clase del 26/4/55 del S 2, esquematizó estas posibilidades así:

(1)	(2)	(3)
+++	++-	+-+
---	--+	-+-
	-++	
	+--	

Luego propuso anotaciones alfabéticas para las reuniones de dos triadas sucesivas:

“[...] si se junta por sus símbolos una simetría a una simetría [(1) (1)], [(3) (3)], [(1) (3)], o también [(3) (1)], será anotado α , una disimetría a una disimetría (solamente [(2) (2)]), será anotado γ , pero que al revés de nuestra primera simbolización, habrá dos signos, β y δ , de los que dispondrán las combinaciones cruzadas, β para anotar la simetría con la disimetría [(1) (2)], [(3) (2)] y δ la de la disimetría con la simetría [(2) (1)], [(2) (3)].” (SCR, T II, p. 49)

El pasaje de una combinatoria de números a otra de letras no es casual; ello le permitió establecer secuencias de las mismas, en un orden que no es cualquiera (Cfr. *LCR*, E II, pp. 50 y ss.); abrió, así, la posibilidad de realizar operaciones formales de cálculos con el significante, pues no es otra cosa que el significante a lo que se alude con α , β , δ , etc. Lacan volvió por estas nuevas vías -lógica, matemáticas- a reiterar sus tesis *lingüísticas*⁵⁰: los discursos construidos en base a las sucesiones de significantes -que carecen de significado- alcanzan la significación en un punto de almohadillado. No hay un sentido inconsciente preexistente que se expresaría mediante las asociaciones libres, sino que es la propia cadena significante, asociativa, la que va generando significación en sus momentos de cierre; la asociación llamada libre está determinada por la batería virtual de significantes inconscientes. En el escrito que se está comentando, la letra quedó articulada

con las formalizaciones lógicas y matemáticas, sometidas a una determinación simbólica pasible de cálculos, sin que por ello queden excluidos los posibles efectos del azar. Esas son las nervaduras que sostienen, según Lacan, la compulsión a la repetición, “que se juega” en las fases de los tres tiempos lógicos.

La noción de estrategia y lo calculable, elementos claves de la teoría de los juegos, no puede entenderse en Lacan sin una transformación previa que los haya hecho operativos en una teoría en la que prima la determinación simbólica, un contexto donde el Otro quedó consagrado bajo la forma de una red de significantes ya constituida (que los atesora); en fin, un marco donde son fundamentales los efectos de la palabra y las formas en que ésta revela al deseo inconsciente.

8.6.3.3. *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis (1953)*

“Pero la matemática puede simbolizar otro tiempo, principalmente el tiempo intersubjetivo que estructura la relación humana, del cual la teoría de los juegos, llamada también estrategia, que valdría más llamar *estocástica*, comienza a entregarnos las fórmulas.”

El autor de estas líneas ha intentado demostrar en la lógica de un sofisma los resortes del tiempo por donde la acción humana, en cuanto se ordena a la acción del otro, encuentra en la escansión de sus vacilaciones el advenimiento de la certidumbre, y en la decisión que la concluye da la acción del otro, a la que incluye en lo sucesivo, con su sanción en cuanto al pasado, su sentido por venir.

Se demuestra allí que es la certidumbre anticipada por el sujeto en el *tiempo para comprender* la que, por el apresuramiento que precipita el *momento de concluir*, determina en el otro la decisión que hace del propio movimiento del sujeto error o verdad.

Se ve por este ejemplo cómo la formalización matemática que inspiró la lógica de Boole, y aún la teoría de los conjuntos, puede aportar a la ciencia de la acción humana esa estructura del tiempo intersubjetivo que la conjetura psicoanalítica necesita para asegurarse en su rigor. (De FCPL, E I, p. 106).

Se aprecia en esta cita otro de los meollos de la teoría de los juegos que interesó en su momento a Lacan: “el tiempo intersubjetivo que estructura la acción humana.” La teoría de los juegos dio forma simbólica a ciertas estructuras relacionales y Lacan usufructuó tales ideas para arrojar nuevas luces sobre el dispositivo y la situación analíticas. La relación transferencial -estructura relacional por excelencia- constituía el puerto de llegada de las importaciones. Que ése fuera el destino implicaba la existencia de afinidades y diferencias entre la teoría de Lacan y la de von Neumann – Morgenstern; por ejemplo: la estrategia inconsciente tiene elementos comunes con la concebida en la teoría de los juegos (así lo insinúa en el texto que se está comentando); pero, mientras que para el psicoanálisis, quien calcula es el \$, para la otra teoría, quien decide de un sujeto racional, centrado en la conciencia.⁵¹ Para Lacan, *elosebarrado* es un estratega calculador, que conjetura, prevé, se posiciona y reajusta sus posiciones frente al Otro de manera constante. El inconsciente no sólo “participa” en estas decisiones sino que las determina, sin que ello suponga experimentación ni comparaciones entre las conductas propias y las ajenas; se trata simplemente de una acción humana o de una respuesta singular, subjetiva, sobredeterminada, en la que la batería de significantes inconscientes de cada uno tiene un peso decisivo. En otros términos: la concepción del sujeto de ambas teorías es diferente; de manera concomitante, el adversario no es el Otro de la falta (A), sino un otro imaginario.

8.6.3.4. *La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud*

En este texto, ampliación de una conferencia pronunciada en Viena a finales de 1955 y publicado al año siguiente en *L'Évolution Psychiatrique*, puede comprobarse los primeros usos del concepto de gran Otro, introducido ese mismo año en el S 2. También es posible constatar que Lacan, pese a la aparición de este nuevo articulador teórico, siguió utilizando por un tiempo la noción de intersubjetividad, que años después sería sometida a una dura crítica. Gracias a esta introducción, el Otro (A) -junto con el S (sujeto), el otro (a) y la imagen del otro (a')- fue parte de “la partida entre cuatro” que sirvió como metáfora de la situación y acción analíticas. Se reencuentran en este escrito el mismo cuaternario de matemáticas del esquema L –presentado en el S 2– y del esquema R de CPTP.⁵²

“Con esta partida entre cuatro, el analista actuará sobre las resistencias que lastran, frenan y desvían a la palabra [...].

Esto quiere decir que el analista interviene directamente en la dialéctica del análisis haciéndose el muerto, cadaverizando su posición, como dicen los chinos, ya sea por su silencio allí donde es el Otro, con una O mayúscula, ya sea anulando su propia resistencia allí donde es el otro con una o minúscula. En los dos casos y bajo las incidencias respectivas de lo simbólico y lo imaginario, presentifica la muerte.

Pero además conviene que reconozca, y por lo tanto distinga, su acción en uno y otro de esos registros para saber por qué interviene, en qué instante se ofrece la ocasión y cómo actuar sobre ello.” (De LCF, E I, pp. 172-173).

En este mismo texto abordó la antigua temática filosófica, lógica, antropológica y sociológica de la verdad, pero desde una perspectiva estrictamente psicoanalítica: la verdad insiste; la verdad del inconsciente busca manifestarse; tiempo después dijo: la verdad se muestra, ocultándose; es menester desvelarla y, también, diferenciarla del error. El inconsciente puede decir una cosa por otra (metáforas y metonimias) y también mentir. Se aprecia que estos temas fueron tratados dentro del marco de la experiencia psicoanalítica.

En tanto repite, el inconsciente insistirá en manifestarse y estará al “alcance de la escucha”⁵³. Volvió aquí sobre la misma problemática tratada en el SCR, pero desde otra perspectiva; si en este último mostró que no iba de suyo que lo visible sea patente, en LCF puso de relieve que, pese a la repetición, la dimensión inconsciente de lo dicho por el analizante no está fácilmente al alcance del oído; hace falta una fina escucha analítica para revelar lo inconsciente que palpita -se muestra y esconde a la vez- en el discurso. Dicho de otro modo, la operatividad del significante y sus enlazamientos en cadenas discursivas hace compatible que el ocultamiento y el “dejar a la escucha” acontezcan simultáneamente.

Además de metaforizar la acción analítica como una partida a cuatro, lo tratado en LCF permite contraponer la verdad, tal como se produce en un psicoanálisis, con la temática del engaño en algunos juegos de estrategia, cuestión que se abordará enseguida, a través de:

8.6.3.5. Instancia de la letra en el inconsciente freudiano o la razón desde Freud

En este texto se encuentran varias menciones explícitas a la teoría de los juegos:

“Porque puedo engañar a mi adversario por un movimiento que es contrario a mi plan de batalla, ese movimiento sólo ejerce su efecto engañoso precisamente en la medida en que lo produzco en realidad y para mi adversario.”

Pero en las proposiciones por las cuales abro con él una negociación de paz, es en un tercer lugar, que no es ni mi palabra ni mi interlocutor, donde lo que esta le propone se sitúa.

Ese lugar no es otra cosa que el lugar de la convención significante, tal como se revela en la comicidad de esa queja dolorosa del judío a su compadre: “¿Por qué me dices que vas a Cracovia para que yo crea que vas a Lemberg, cuando vas de veras a Cracovia?”

Vemos perfilarse en estas palabras la función del engaño -en los juegos y en otras circunstancias- y el rol del Otro, terceridad radical, lugar de la palabra como pacificadora posible por vía de los acuerdos.⁵⁴

Conviene recordar que la trampa y el *bluff* son dos maneras diferentes de engañar al adversario. Mientras la primera implica saltarse las reglas y romper el juego, el segundo no sólo no lo quebranta, sino que es parte del juego; despistar al adversario es otra máxima en la elaboración de las estrategias competitivas.⁵⁵

8.6.3.6. Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956

Este escrito, aparecido el mismo año que se menciona en su título y que se publicó en *La psychanalyse*, fue incluido una década más tarde en los *Escritos*. Una segunda versión apareció en *Les Études Philosophiques*, número especial de octubre-diciembre de 1957. En él Lacan se refirió a la verdad en los siguientes términos:

“[...] hay que articular que ese registro de la verdad debe tomarse *a la letra*, es decir que la determinación simbólica, o sea lo que Freud llama sobredeterminación, debe considerarse ante todo como hecho de sintaxis, si se

quieren captar sus efectos de analogía. Pues esos efectos se ejercen del texto al sentido, lejos de imponer su sentido al texto. [...] De esta determinación simbólica, la lógica combinatoria nos da su forma más radical [...].” (En SPFA, E II, p. 191)

La verdad incumbe al psicoanálisis; y allí se comprueba que se dice a medias. En SPFA reiteró una de sus tesis de LCR: aquella en la que afirmó que esa verdad se impone desde el texto -no hay un sentido preexistente a lo que se dice-. En estado de asociación libre no se piensa, primero, una idea o frase y luego se eligen las palabras para expresarlo; lo que se va asociando genera un sentido no preexistente.

8.6.3.7. Dirección de la cura y los principios de su poder

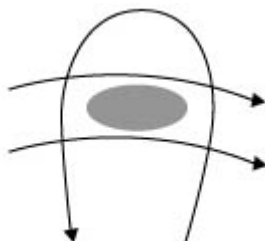
Apenas insinuada en LCF, la metáfora del bridge fue retomada explícitamente en este artículo, aunque es bien cierto que inmediatamente después de postularla, señaló las limitaciones de la misma. Lo dicho puede comprobarse en la siguiente cita:

“No se podía razonar a partir de lo que el analizado hace soportar de sus fantasías a la persona del analista, como a partir de lo que un jugador ideal suputa de las intenciones de su adversario. Sin duda hay también estrategia, pero que nadie se engañe con la metáfora del juego en virtud de que conviene a la superficie lisa que presenta al paciente el psicoanalista. Rostro cerrado y labios cosidos, no tiene aquí las mismas finalidades que en el bridge. Más bien con esto el analista se adjudica la ayuda de lo que en este juego se llama el muerto, pero que es para hacer surgir al cuarto que va a ser aquí la pareja del analizado, y cuyo juego el analista va a esforzarse, por medio de sus bazas, en hacerle adivinar la mano: tal es el vínculo, digamos de abnegación que impone al analista la prenda de la partida en el análisis.” (DC, E I, p. 221).

Siguiendo los pasos de Freud -que había al comparado el despliegue de un tratamiento psicoanalítico con el de una partida de ajedrez, Lacan propuso en este artículo una analogía con el bridge. Pero también recurrió a la noción de estrategia, tan cara a los propulsores de la moderna teoría de los juegos. Que el analista ocupe el lugar del muerto en el bridge, y que con su silencio promueva la palabra del analizante no implica una superposición, punto a punto, entre la experiencia analítica y lo que puede suceder en ese juego, en tanto la palabra ocupa un lugar central en psicoanálisis, cosa que no sucede en el segundo. El silencio del analista, que promueve las asociaciones libres está al servicio de abrir el paso a los significantes inconscientes. La estrategia en la dirección de la cura es la promoción del sujeto del inconsciente.

8.6.3.8. Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano

Una mirada algo ingenua al grafo del deseo, núcleo principal del escrito SS , expuesto inicialmente en $S 5$ y $S 6$, permitiría establecer cierto isomorfismo con la estructura del clásico y popular juego infantil llamado *de las cuatro esquinas*⁵⁶, que en el grafo están ocupadas por los matemas $S(\mathbf{A})$, $\$ \diamond D$, $s(\mathbf{A})$, \mathbf{A} , situados en los puntos de intersección del vector $\$ \rightarrow I(\mathbf{A})$ con las cadenas significantes consciente e inconsciente (puede verse el grafo completo en III, 10.10.2).



La diferencia entre el juego y el grafo reside en que en este último, el quinto “jugador” -el sujeto del inconsciente o sujeto del deseo- jamás ocupa una esquina; se acerca a ellas -de algún modo se va inmiscuyendo en aquello de la palabra que por esos vértices circula- pero sin conquistar jamás

alguna de esas plazas; en realidad, el *esebarrado* ocupa el lugar del que no tiene lugar. Esta ausencia de lugar viene indicada en la teoría con los conceptos de *fading* del sujeto.

8.6.3.9. De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis y S3, S4 y S5.

Lacan postuló al complejo de Edipo como una estructura estructurante en cuyo seno acontecía la constitución identificatoria del sujeto. Asumiendo el riesgo de una cierta esquematización de ese aspecto de su teoría, sería posible relacionar esa peripecia edípica con un juego –tal vez el más importante de la vida del futuro sujeto, dado que allí se sientan las bases de su estructura psíquica–.

En ese contexto de alto carácter imaginativo y metafórico podría considerarse que se trata de un juego de larga duración –desde el nacimiento hasta el comienzo del periodo de latencia–, en el que participan: la madre, el padre, el hijo y el falo.⁵⁷

Si se toma como referencia la primera clasificación de los juegos descrita en el apartado anterior, puede considerársele del tipo mixto: el candidato a sujeto recibe “cartas” determinadas y específicas –los significantes inconscientes parentales– y con ellas ha de jugar su partida, no sin una cierta estrategia.

Si la progresión del juego es la adecuada, el final del primer tiempo –identificación del hijo con el falo imaginario; madre fálica; predominio de la relación dual, narcisización del vástago– viene marcado por el esbozo de una relación triádica, que presupone la entrada en acción de la función paterna –segundo tiempo–.

La inscripción del significante del Nombre-del-padre y de la metáfora paterna se acompaña de la simbolización de la ley y de la asunción de la castración (tercer tiempo). El final de la partida supone la “ganancia” de una estructura subjetiva. Si la partida se despliega según la manera recién descrita, se gana la estructura neurótica; el juego dejó establecido un régimen en el que impera la “economía” del deseo.

Si por el contrario, la partida se desarrolló siguiendo pautas diferentes, pueden generarse otras matrices: o bien la estructura psicótica (por forclusión del significante del Nombre-del-Padre), o bien la perversa, que implica –entre otras cosas– la renegación de la castración. Este juego estructurante puede pensarse también como una partida en dos tiempos: alienación-separación. Los elementos fundamentales de tal concepción estructurante del sujeto y un esquema representativo de la misma se expusieron *supra*, al final de 8.4. 2.

8.6.3.10. Seminario I. Los escritos técnicos de Freud

En la clase del 10 de febrero de 1954 Lacan cedió la palabra al filósofo Jean Hyppolite, que hizo comentarios sobre *La negación de Freud*. En la introducción a esa disertación, publicada luego en los *E I*, p. 136, y con el telón de fondo de una referencia a Clausewitz, el psicoanalista francés escribió:

“[...] la primera regla que observar sería no dejar escapar el momento en que el adversario se hace otro de lo que era [...]”

Las concepciones sobre las guerras y las estrategias dejaron rápidamente espacio al tema de las defensas y resistencias en el análisis, contexto en el que Lacan sostuvo:

“Por eso alguna vez he dicho que no hay en análisis otra resistencia que la del analista.”

8.6.3.11. Seminario II. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis

En las clases del 29 de enero, 5 y 12 de febrero del año 1964, Lacan se refirió a temas centrales del psicoanálisis que tienen cierta conexión con la teoría de los juegos: la verdad, la certeza, la causalidad y el azar. Estos temas ya fueron tratados en esta tercera parte; se remite a los siguientes apartados: 7.1.2., 7.1.3., 7.10.1., 7.10.3. y 7.10.4.

8.6.4. Lectura lacaniana de la teoría de los juegos

Tras esta revisión de los textos en que el psicoanalista francés hizo referencias a la teoría de los juegos, se finalizará este tema mediante tres breves puntualizaciones con las que se pretende subrayar los puntos de contacto y las diferencias entre ambas concepciones.

Primera precisión: La teoría de los juegos puede leerse a la luz del esquema L o de su versión simplificada, el esquema Z⁵⁸: el eje aa' se correlaciona con los aspectos imaginarios presentes en casi todos los juegos (rivalidad, búsqueda de la derrota del adversario, identificaciones imaginarias con el contrincante, aspectos ligados a la mirada del (o al) otro, captura de sus gestos para decodificarlos como información sobre el contendiente, intrigas, engaños, señuelos, etcétera). El eje SA -lo simbólico- puede relacionarse con los aspectos combinatorios presentes en la mayoría de los juegos: ordenamiento mental de los posibles movimientos propios; respuestas probables del oponente, diferentes alternativas en las jugadas, etc.

Segunda observación: existe una diferencia radical e irreductible entre ambas teorías sobre la concepción del sujeto; la de los juegos está centrada en un sujeto racional, autocentrado, sujeto de la conciencia a quien se concibe libre de tomar decisiones alejadas de las pasiones y de cualquier otro determinante sobre los cuales no ejerza control. El psicoanálisis, en cambio, piensa al sujeto desde lo inconsciente; la conciencia está determinada por *la otra escena*. Sobre la concepción psicoanalítica del sujeto, se remite a III, 9.3., III, 9.4. y III, 9.5.

Tercera precisión: lo recién dicho se hace extensivo al otro. El psicoanálisis lacaniano diferenció entre el otro y el Otro, tema tratado en III, 7.7.2. La teoría de los juegos está inmersa en la concepción imaginaria del otro: se trata del adversario a vencer, en todas sus formas y circunstancias. Sin embargo hay un punto en que la teoría de los juegos se ve llevada a postular una figura del Otro: un Otro omnisciente, no barrado, situado más allá de los contrincantes y capaz de saber, después de un número x de jugadas ya realizadas, todas las jugadas posibles que conduzcan a la solución del juego. Más allá de lo ficticio de tal lugar y del tal Otro, resulta obvio que ninguno de los jugadores almacena tal sapiencia. Una figura distinta del Otro sería la del que sostiene el acuerdo tácito de los jugadores de cumplir las reglas del juego durante el desarrollo de la partida. Es, en otros términos, el garante de la buena fe.

8.7. Las inclinaciones del deseo

8.7.1. Álgebra y su lenguaje

8.7.2. Monomios y polinomios

8.7.3. Los números imaginarios y complejos. Un poco de historia

8.7.4. Coordenadas cartesianas y la inscripción de un punto

8.7.5. Nociones básicas de trigonometría

8.7.6. La cifra del deseo. Las inclinaciones del sujeto

8.7.1. Álgebra y su lenguaje

Álgebra es la parte de las matemáticas que estudia la relación entre números, letras y signos. Las operaciones aritméticas en las que sólo intervienen números, se utiliza el denominado lenguaje *numérico*.

Si además de números se emplea letras y signos que son tratados como números -ya en operaciones ya sea refiriendo propiedades- se usa el lenguaje *algebraico*, más preciso y sintético que el numérico y el corriente. Permite expresar mejor relaciones y propiedades numéricas de carácter general. Véase los siguientes ejemplos elementales:

Lenguaje corriente

El cuadrado de tres es nueve

Ocho por seis es cuarenta y ocho

Veintisiete dividido tres es nueve

Lenguaje numérico

$$3^2 = 9$$

$$8 \cdot 6 = 48$$

$$27 \div 3 = 9$$

Lenguaje corriente

El cubo de un número
 El triple de un número
 La suma de tres números
 ¿Cuál es el número que multiplicado por tres da doscientos cuarenta y nueve?

Lenguaje algebraico

x^3
 $x \cdot 3$
 $a+b+c$
 $3 \cdot x = 249 \therefore x = 249 \div 3 = 89$

En el último ejemplo se da *valor numérico* a la expresión algebraica $3 \cdot x = 249$.

Leibniz fue uno de los primeros filósofos y matemáticos que impulsó la tarea de dar tratamiento simbólico a los razonamientos; pensaba que el lenguaje simbólico y científico debían derribar las barreras entre las lenguas nacionales. El lenguaje algebraico es más formal; sin embargo, permite calcular valores numéricos si se otorga valor a las incógnitas. Véase estos dos ejemplos: $4 \cdot a + 6 \cdot b$ y $x^3 - 3 \cdot x$. Para ambos se darán los siguientes valores: $a = 1$; $b = 2$; $x = 2$.

$$4 \cdot a + 6 \cdot b = 4 \cdot 1 + 6 \cdot 2 = 16$$

$$x^3 - 3 \cdot x = 2^3 - 3 \cdot 2 = 8 - 6 = 2$$

Otro ejemplo más complejo: la fórmula general que expresa el movimiento de un cuerpo que cae libremente es la siguiente: $P(t) = \frac{1}{2} g t^2$ donde t indica el tiempo transcurrido desde que empezó a caer el cuerpo, g es la aceleración de la gravedad en la tierra y $P(t)$ el valor del espacio recorrido por el cuerpo en ese tiempo t .

8.7.2. Monomios y polinomios

Un **monomio** es una expresión algebraica formada por números y letras. Ejemplos: $2x^2$; $ab^{\frac{4}{7}}$; a^2b^2 ; $-3x^3$; $-a^2b^3$

En $2x^2$, dos es el *coeficiente*; x^2 es la *parte literal* y la potencia a la que se eleva -al cuadrado, en este caso- es el *exponente*. Para los restantes ejemplos:

MONOMIO	COEFICIENTE	PARTE LITERAL	GRADO
ab	1	ab	2
$\frac{4}{7} a^2 b^2$	$\frac{4}{7}$	$a^2 b^2$	4
$-3x^3$	-3	x^3	3
$-a^2 b^2$	-1	$a^2 b^2$	4

Con los monomios se pueden realizar las operaciones básicas: suma, resta, multiplicación (producto) y división. Un **polinomio** es una expresión algebraica formada por la suma de dos o más monomios. En el caso particular de la suma de dos monomios se trata de un binomio; cuando son más de dos o tres (trinomio) monomios los que se suman se los llama polinomios. La expresión $Q(x)$ indica un polinomio de una variable: x . La expresión $P(x,y)$ indica que es un polinomio con dos variables: x y y . Con los polinomios se pueden realizar también operaciones de suma, resta, multiplicación y división.

Ejemplos: $8x^3 - 4x^2 + 2x^2 - 3x + 6$
 $5ax^3y^5 + x^2y + 5ab^3y^4$

El primer polinomio consta de cinco monomios; el segundo de tres.

Polinomios célebres: el de Taylor, Lagrange, Descartes, etc. Está también el conocido binomio de Newton que se utiliza para calcular las potencias de binomios utilizando números combinatorios:

$$(a + b)^n = \binom{n}{0} a^n + \binom{n}{1} a^{n-1}b + \binom{n}{2} a^{n-2}b^2 + \dots + \binom{n}{n-1} ab^{n-1} + \binom{n}{n} b^n$$

8.7.3. Los números imaginarios y complejos. Un poco de historia

Los matemáticos del Renacimiento, tratando de resolver ecuaciones con raíces cúbicas, se encontraron con algo verdaderamente sorprendente: las raíces cuadradas de números negativos. Durante siglos fueron consideradas *imposibles* puesto que no hay número que multiplicado por sí mismo (elevado al cuadrado) dé como resultado un número negativo; incluso cuando se parte de un número negativo como -5, al multiplicarlo por sí mismo da positivo: 25. Si en una ecuación aparece n^2 a la izquierda del signo igual, pasa a la derecha como \sqrt{n} , puesto que la potenciación es la operación inversa a la radicación. Dado un número real -pongamos por caso "a"- se llama raíz n -ésima (o radical de índice n) de a , a todo **número real** (r) que verifique que $r^n = a$. Se escribe: $\sqrt[n]{a} = r$. Si se trata específicamente de la raíz **cuadrada** de a , el resultado es r , tal que $r^2 = a$. Al aplicar la raíz cuadrada a un número positivo, el resultado es siempre doble; por ejemplo: $\sqrt{36} = \pm 6$. Todos esos resultados encuentran su lugar dentro de los números reales. En cambio la raíz cuadrada de menos uno y, en términos más generales, las de todo número negativo, no tuvo solución hasta comienzos del siglo XVII.

Varios matemáticos italianos del mil quinientos -es decir anteriores de la creación fehaciente de los números imaginarios- formaron parte de un *imbroglio*. Del Ferro y Niccolo Fontana (1499-1557), éste último más conocido por su apodado Tartaglia (tartamudo), descubrieron soluciones *algebraicas* para los tres tipos de ecuaciones cúbicas conocidos hasta entonces.⁵⁹ Girolamo Cardano (1501-1576), que a la sazón estaba escribiendo su *Ars Magna* (1572), le insistió a Tartaglia para que éste le revelara el secreto de su procedimiento. A regañadientes y bajo la promesa de no publicarlos, se los dio a conocer. Cardano rompió el pacto y aparecieron en su libro, en el que incluyó también las soluciones de raíces más complicadas -las cuárticas-, logradas por un alumno suyo, Ludovico Ferrari. El método de este último implicaba la reducción de las mismas a la cúbica asociada. Cardano, al publicar el trabajo de su discípulo, dio a conocer lo transmitido por Tartaglia.

Ahora bien, en un paso intermedio de la resolución de las ecuaciones con raíces cúbicas todos los nombrados tropezaban con la $\sqrt{-121}$. Pensaron que esta expresión no era válida por las razones comentadas al comienzo de este apartado. Sin embargo, Rafael Bombelli (1526-1573), otro matemático italiano de aquella época, no se desanimó: en sus cálculos operó con la $\sqrt{-121}$ como si fuera un número ordinario, por lo que avanzó en la resolución de las raíces cúbicas antes referidas, hasta llegar al último paso: $(2 + \sqrt{-1}) + (2 - \sqrt{-1}) = 4$. Con su método extraño avanzó en la dirección correcta.⁶⁰

Descartes (1596-1650) y Newton (1643-1727) se refirieron a estos números bajo el nombre de *imaginarios* y posteriormente Leonard Euler estableció la siguiente solución formal: $\sqrt{-1} = i$. Todo número real multiplicado por i se convierte en imaginario y todo número imaginario se convierte en real al multiplicarlo por i , ya que otra propiedad definitoria de i es que $i^2 = -1$. Con la intervención de esta zaga de matemáticos -cabría remontarse a otros antecesores- se amplió el abanico de los números con una categoría nueva -los imaginarios-, a la que se sumarían tiempo después los números complejos, combinación de los imaginarios y reales. Ellos, no sin cierta perplejidad, les dieron carta de ciudadanía y de bautismo. Resolvieron esa irrupción de lo real -*imposible*- por medio de lo simbólico, creando algo nuevo: i .⁶¹ No llegó a medir los alcances que luego tuvo su invención. Se abrieron campos de operaciones inmensos, con incidencias sobre múltiples cuestiones prácticas.

A partir de entonces se comenzó a operar con i y se resolvieron todas las raíces cuadradas de números negativos siguiendo este prototipo:

$$\sqrt{-36} = \sqrt{-36} \cdot \sqrt{-1} = 6i$$

Los números imaginarios imponen pensar en abstracto. La única propiedad definitoria de i es que su cuadrado es menos uno: $i^2 = -1$. Con el paso de los siglos los números imaginarios se instalaron y ampliaron el sistema de los números reales, porque se hicieron imprescindibles para la realización de muchos cálculos. $\sqrt{-1} = i$ cambió por completo las matemáticas y aumentó enormemente su potencia.

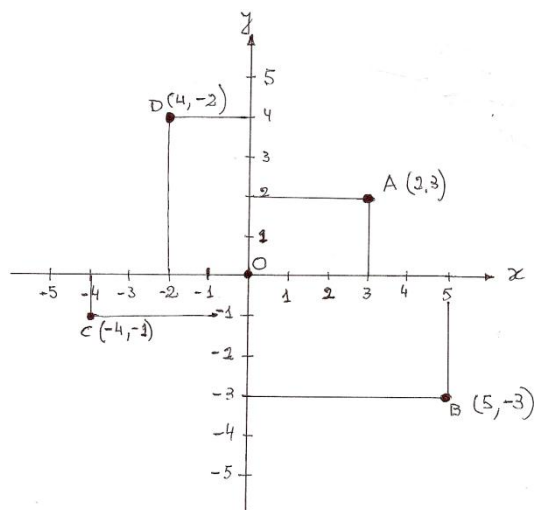
Los matemáticos necesitaron mucho tiempo para apreciar que los números son invenciones eficaces de los humanos para captar diferentes aspectos de la vida, de la naturaleza y de ciertos fenómenos. Si se lee la historia de esta disciplina puede apreciarse que los matemáticos empezaron a luchar con preguntas filosóficas después de la creación de los números “imaginarios” y comprobar su utilidad.

En 1673 John Wallis inventó una manera sencilla de representar números imaginarios en un plano. Partió de la conocida representación de los números reales sobre una recta, con los negativos a la izquierda del cero y los positivos a la derecha. Trazó, luego, una perpendicular a esa recta que pasaba por el cero y situó a los números imaginarios sobre esa segunda recta; positivos arriba, negativos abajo. Esas rectas se conocen actualmente como coordenadas cartesianas, en homenaje al célebre filósofo y matemático francés, que inició su uso (véase apartado siguiente). Wallis conocía mejor el pensamiento matemático de Fermat que el de Descartes; sin embargo, la idea de ambos era la misma: situar los números reales en las abscisas y los números imaginarios en las ordenadas (véase apartado siguiente). El resto del plano correspondía a los números “complejos”; es decir, a las combinaciones de números reales e imaginarios, a la manera de $a + bi$; a es un número real y b , imaginario. La idea de un plano *complejo* permitía albergar a los números imaginarios, además de los reales; pero Wallis no lo presentó de manera clara. Un siglo más tarde, en 1797, Caspar Wessel -un topógrafo noruego interesado en representar la geometría del plano en términos numéricos- ideó un método más preciso para representar los números complejos en términos de geometría plana. Su trabajo, publicado en danés, pasó desapercibido y a comienzos del siglo XIX, Argand y Gauss publicaron por separado la misma representación de números complejos. Euler hizo sus aportes al tema resolviendo una disputa sobre los números complejos entre Leibniz y Bernoulli.⁶²

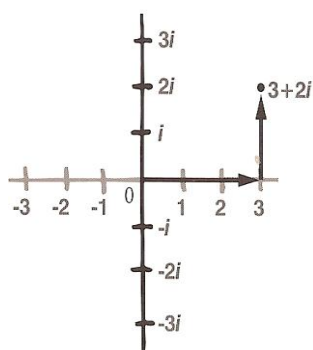
Si los números complejos hubieran sido sólo útiles para el álgebra, no serían más que una curiosidad intelectual. Pero, en tanto permitieron el surgimiento del *análisis complejo*, resultaron de gran utilidad para resolver muchos problemas. Todo número complejo tiene su raíz cuadrada; en realidad todo número complejo no nulo tiene dos raíces cuadradas: una igual a menos la otra. Por ello aumentar el espectro de los números con un nuevo número imaginario $-i$ no sólo proporcionaba a -1 una raíz cuadrada, sino que otorgaba a raíces para cualquier cosa en el sistema ampliado de los números complejos. A medida que fue creciendo el interés por el cálculo infinitesimal, la fusión de los números reales con los imaginarios dio pie al *análisis complejo*, esencial para resolver muchos problemas (gravitación, electricidad, magnetismo y flujo de fluido en el plano, estudio de las vibraciones de un edificio en un terremoto, vibraciones de los automóviles, estabilización de sistemas inestables). Agustín Louis Cauchy (1789-1857) fue el padre del análisis complejo.

8.7.4. Coordenadas cartesianas y la inscripción de un punto

Descartes ideó un sistema de referencia conformado por dos rectas perpendiculares que al cruzarse determinan el punto de origen O . La horizontal es el eje de las *abscisas*, simbolizado habitualmente con la letra x y la vertical es el de las *ordenadas* (y). Ambos ejes dividen el plano en cuatro cuadrantes en los que alternan los signos $+$ y $-$: hacia la derecha y hacia arriba: positivos; hacia la izquierda y hacia abajo: negativos. El conjunto recibe el nombre de coordenadas cartesianas. Cualquier punto puede ser situado en un lugar del plano y es posible luego establecer sus coordenadas mediante la proyección de ese punto sobre cada uno de los ejes. Así, en la figura siguiente: A (3,2); B (5,-3); C (-4,-1) y D (4,-2).



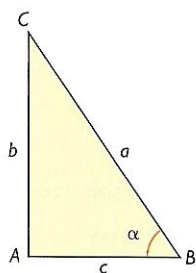
Caspar Wessel utilizó este sistema de coordenadas para construir un plano complejo, que combina a los números imaginarios con los reales, según lo representa el esquema siguiente:



Plano complejo según Wessel

8.7.5. Nociones básicas de trigonometría

La trigonometría se dedica al estudio de las relaciones que existen entre los ángulos y los lados de un triángulo. Se llaman *razones trigonométricas* de un ángulo α a las razones obtenidas entre los lados de cualquier triángulo rectángulo que tenga un ángulo de α grados.



$$\text{Seno de } \alpha = \frac{\text{cateto opuesto de } \alpha}{\text{hipotenusa}} = \frac{b}{a}$$

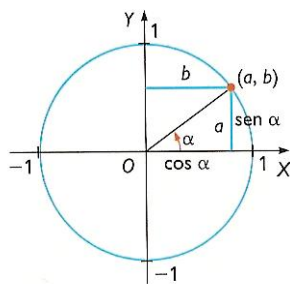
$$\text{Coseno de } \alpha = \frac{\text{cateto contiguo de } \alpha}{\text{hipotenusa}} = \frac{c}{a}$$

$$\text{Tangente de } \alpha = \frac{\text{cateto opuesto de } \alpha}{\text{cateto contiguo de } \alpha} = \frac{b}{c}$$

Para calcular las razones trigonométricas de cualquier ángulo se utiliza la circunferencia goniométrica de radio 1 que tiene su centro en el origen de las coordenadas.

Los ángulos que se representan se miden siempre desde el eje OX y en sentido contrario a las agujas del reloj. Mediante los puntos a, b situados sobre la circunferencia, se puede identificar cualquier ángulo.

Las coordenadas de cada punto coinciden con las razones trigonométricas del ángulo: $(a, b) = (\cos \alpha, \text{sen } \alpha)$. Es evidente que según la localización de los puntos a, b sobre la circunferencia varían los senos y cosenos del ángulo.

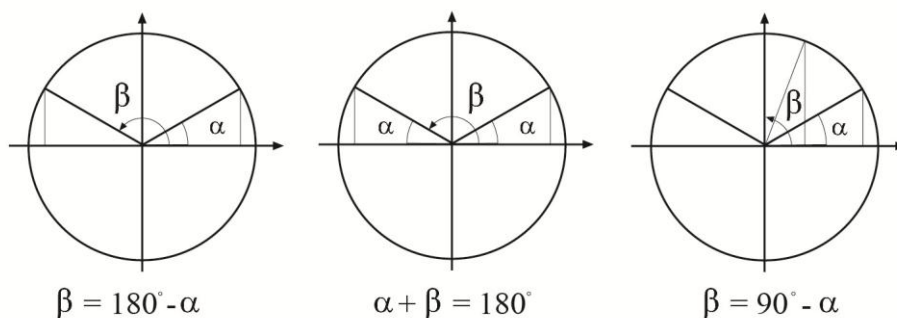


8.7.6. La cifra del deseo. Las inclinaciones del sujeto

Lacan utilizó los números imaginarios, los números complejos y las nociones trigonométricas recién comentadas para aplicarlas a temas centrales del psicoanálisis y de la TIL: el sujeto y el deseo inconsciente. Para adentrarnos en ello, se utilizará lo expuesto páginas anteriores a los efectos de “lacanizar” la circunferencia goniométrica y entender algunos pasajes oscuros del seminario *La identificación (S 9)*. Se situará en el eje de las ordenadas a los números imaginarios; sobre las abscisas, los números enteros, positivos y negativos. Se configura un plano *complejo* como el representado antes bajo el nombre de plano de Wessel. El psicoanalista, sin referirlo explícitamente -se lo dedujo de unos fragmentos que serán citados a continuación- situó a la derecha del punto de origen -O-, sobre las abscisas, al objeto *a* positivo (*a+*) y a la izquierda, a *a* negativo (*a-*). El valor de los números imaginarios -en el eje de las ordenadas-, incide de manera significativa en el establecimiento del punto *b* al que se dirigirá la línea que partiendo de O intersectará a la circunferencia en (*a, b*). Se determinan así el ángulo α , su seno y coseno. Lacan en la clase del 24 de enero de 1962, *S 9*, tomándose algunas licencias, llamó a α “ángulo vectorial del sujeto”.

“Es en la raíz cuadrada de menos uno, soporte del sujeto, que veremos se mide -si puedo decirlo así- el ángulo vectorial del sujeto en relación al hilo de la cadena significante”.

La secuencia de figuras siguiente muestra cuatro valores angulares distintos.



Lacan quería calcular, situar, la cifra del deseo del sujeto que la interpretación en el análisis debería desvelar. Los usos matemáticos y metafóricos de esos términos, están aquí expuestos. Se puede acentuar la vertiente matemática -otorgar al deseo una razón en el número- o subrayar la poiesis-poesía del inconsciente *retoricador* al decir de Lacan, aludido a través del “hilo de la cadena significante”. Tal vez lo más adecuado sería considerar la conjunción de ambas perspectivas, ya que todas las referencias del psicoanalista francés giraron en torno a dos grandes ejes: matemáticas y poesía. Sin duda, con el ángulo vectorial del sujeto y la inclusión de *a+* y *a-* quiso insuflar lo cuantitativo en la problemática del deseo. Creía que estableciendo las coordenadas del deseo sería más fácil apreciar las oscilaciones, las rotaciones, los movimientos del mismo. La ubicación en los cuadrantes del plano complejo de esa “cifra”, puede dar una orientación -clínica, se sobreentiende- acerca de dónde aparecen las manifestaciones del deseo, para alinear la escucha hacia las reverberaciones del mismo.

La incidencia de lo imaginario sobre algo tan eminentemente simbólico como es el deseo inconsciente también está implícitamente planteada. Si el ángulo vectorial, el seno de α , determina las inclinaciones del deseo del sujeto; dan las coordenadas del mismo, permiten situarlo dentro de un determinado rango, la transformación subjetiva a través de la simbolización de lo imaginario, apunta a modificar la economía deseante, posibilitando un cambio del ángulo -la inclinación- del deseo del sujeto.

La raíz cuadrada de $\sqrt{-1}$ es el soporte sobre el que el *esebarrado* puede apoyarse; ese sostén no es otro que el objeto a , que en tanto tal puede aparecer de uno u otro lado del punto O: positivo a la derecha de O y negativo a su izquierda. Se cita otro fragmento -más extenso en este caso- de la clase del 24 de Enero de 1962 del *S II*, en que articuló: el falo, el objeto a , el \$, el Otro y la identificación:

“En otros términos, cuando hablamos de fijación oral, el pecho latente, el actual, aquel ante el cual vuestro sujeto hace ah, ah, ah, ¿es mamarlo? Resulta evidente que no lo es porque vuestros orales que adoran el pecho, adoran el pecho porque estos pechos son un falo. Y es incluso por esto que se hace posible que el seno sea también un falo, que Melanie Klein lo presenta de inmediato como el pecho, desde el comienzo, diciéndonos que después de todo es una tetita más cómoda, más llevable, más agradable. [...] Esto se escribe así:

$$\frac{\$}{pecho} / \frac{pecho(a)}{falo}.$$

¿Qué es a ?. Pongamos en su lugar la pelotita de ping-pong; es decir nada, no importa qué, cualquier soporte del juego de alternancia del sujeto en el *fort-da*. Ahí veis que no se trata estrictamente de otra cosa que del paso del falo de $+a$ [objeto a positivo] a $-a$ [objeto a negativo]. Por ahí vemos la relación a la identificación, porque nosotros sabemos que lo que el sujeto asimila es a él en su frustración. Sabemos que la relación del sujeto a ese $\frac{1}{A}$, el 1, que asume la significación del Otro como tal, tiene una implicancia directa en la alternancia de $a+$ a $a-$.

[...] No se trata simplemente de la presencia o de la ausencia de a , sino de la conjunción-disyunción de ambos. Es en la disyunción de $+a$ y de $-a$ que el sujeto va a alojarse; de ahí que la identificación tenga que ver con esa cosa que es el objeto del deseo.” (Lo que está entre corchetes es mío).⁶³

Puede apreciarse en la cita que el ángulo vectorial del sujeto y su deseo puede alternar desde el lado de los positivos a los negativos y viceversa. En esta variación el *fort-da* está como telón de fondo.

8.8. El concepto de función matemática y su derivación al psicoanálisis lacaniano

8.8.1. El concepto de función en matemáticas

8.8.2. Función en el psicoanálisis lacaniano

8.8.1. El concepto de función en matemáticas

La definición más sencilla sería la siguiente: relación entre dos magnitudes en la que una depende de la otra; se dirá, entonces, que la segunda es función de la primera (variable independiente). Por ejemplo, si el litro de carburante vale 1,12 euros, se establecerán las siguientes relaciones, que indicarán el precio final a pagar:

Litros	1	2	3	4	5	...	10	20	30	40
Especial, 95 octanos	1,12	2,24	3,36	4,48	5,6	...	11,20	22,40	33,60	44,80

Este ejemplo básico muestra, sin embargo, los parámetros que rigen para el concepto de función en el contexto matemático:

- El criterio es eminentemente cuantitativo: se trata siempre de una relación entre magnitudes. Se entiende por magnitud cualquier característica que pueda ser medida; por lo tanto, que sea susceptible de tener un valor expresado mediante un número.

— A cada elemento de un conjunto -en este caso, litros de gasolina-, le corresponde un *único* elemento del segundo conjunto: importe de la compra. La relación es válida incluso si la cantidad de combustible cargada es fraccionaria: 25, 68 litros, 42,27 litros, etc.

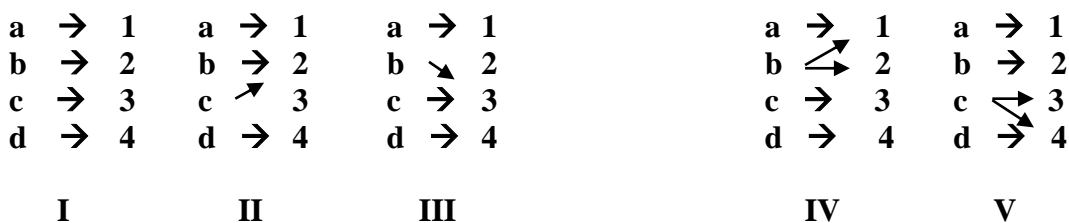
Otro ejemplo de función: la superficie de un cuadrado y la longitud de su lado

Longitud del lado:	8	10	15	30	40	90	100	101,12
Superficie del cuadrado:	64	100	225	900	1600	8100	10.000	1002,525

Por el contrario, la siguiente relación **no** es una función:

Mes	E	F	M	A	My	J	Jl	A	S	O	N	D
Nº de días	31	28/29	31	30	31	30	31	31	30	31	30	31

No es por dos motivos: la variable mes no es numérica y, además, a febrero le corresponde un par de magnitudes (no sólo una, como se exige). Tampoco lo será el peso de los pasajeros de un avión y el ancho de las butacas del mismo; en este caso, la segunda magnitud no varía en función de la primera. Igualmente: las relaciones entre la edad de las personas y las tallas de los pantalones que usan. No se trata de una función si se correlaciona altura de una persona y el color de la piel.



Siendo a, b, c, y d variables numéricas, lo representado en I, II y III son funciones; en cambio, IV y V no lo son, porque b (en IV) y d (en V), tiene dos valores. En I, II y III se expresa una función mediante una gráfica; también se la puede escribir algebraicamente, por medio de una tabla de valores, como la presentada para el caso del importe de la gasolina. Asimismo, es posible expresarla por medio del lenguaje corriente, ya sea de un modo verbal -el kilogramo de tomates vale 1,30 euros- o más sencillamente, mediante una imagen como la que tantas veces se ve en un supermercado: una cesta con algún producto y su precio por kilogramo.

La forma más frecuente de expresar una función en matemáticas es utilizando las letras x e y para designar las variables relacionadas y la letra f para indicar que se trata de una función:

$y = f(x)$, que se lee así: y es igual a f de x ; el valor de y depende del valor que adquiera x .

La variable independiente se expresa por medio de la letra x ; corresponde al conjunto inicial y tiene un valor asignado previamente.

La variable dependiente se expresa con la letra y ; es la segunda magnitud y depende del valor de la variable independiente x .

$y = f(x)$ es una formalización; está vacía de contenidos y por lo tanto puede asumir la representación de cualquier magnitud; su enunciado no prejuzga sobre que magnitudes se correlacionan; sólo dice que a cada valor de x le corresponde otro valor de y . Por ejemplo, si

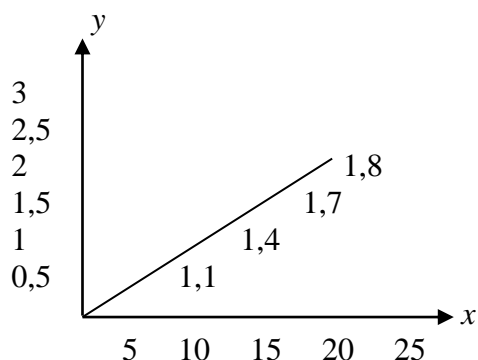
$$y = 2,5 \cdot x$$

$$f(x) = 2,5 \cdot x$$

$$y = f(x) = 2,5 \cdot x$$

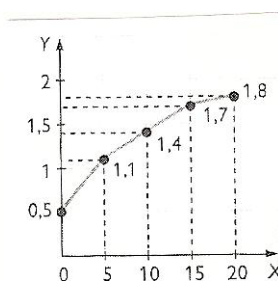
Para $x = 3 \rightarrow y = 7,5$ para $x = 4 \rightarrow y = 10$ para $x = 12 \rightarrow y = 30$

Se puede representar gráficamente una función mediante los ejes cartesianos: en las abscisas se marcan los valores de x (variable independiente) y en el de las ordenadas, los propios de la variable dependiente y . Se obtiene la siguiente gráfica:



Se puede convertir una tabla en una gráfica de valores y viceversa. A continuación se representa el primer caso.

Edad x (años)	0	5	10	15	20
Altura y (metros)	0,5	1,1	1,4	1,7	1,8



Otra forma es la combinación de una tabla de valores y una representación gráfica de una expresión algebraica (o ecuación de una función). Véase, por ejemplo, la función *minutos – precio* de las llamadas telefónicas. Se paga 50 céntimos por el establecimiento de la llamada y 12 céntimos por minuto:

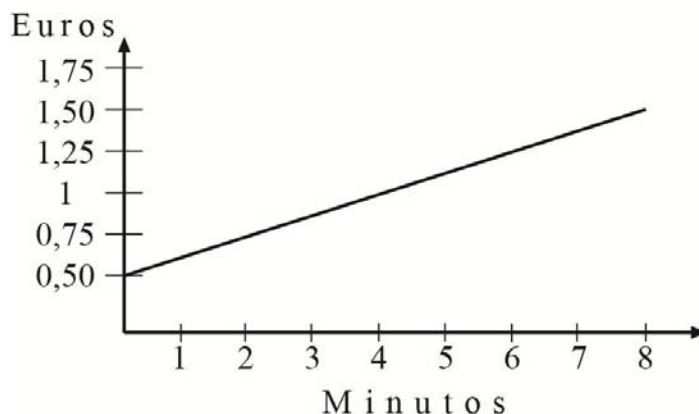
TABLA DE VALORES

Minutos	1	2	3	4	5
Precio (euros)	0,62	0,74	0,86	0,98	1,10

EXPRESIÓN ALGEBRAICA

$y = 0,50 + 0,12x$; donde x = tiempo (minutos) y = importe a pagar (euros)

REPRESENTACIÓN GRÁFICA



8.8.2. El concepto de función en el psicoanálisis lacaniano

El psicoanalista francés empleó en muchísimas ocasiones el vocablo función; entre las más importantes se encuentran las asociaciones de dicho término en sintagmas como función materna, función paterna, función del analista, función y campo de la palabra, función del yo, función fálica, etc. Todas ellas fueron objeto de consideraciones en este capítulo y en los anteriores, salvo la función de desconocimiento del yo que será abordada en el décimo. En estos casos, Lacan pretendió otorgar a dichas funciones un carácter matemático, formalizado, aunque también es cierto que las utilizó de manera cualitativa. En el contexto de la TIL, las siguientes formulaciones condensan las A+T llevadas a cabo mediante dicho concepto:

- El *esebarrado* es efecto de la función materna y paterna. Se propone la siguiente escritura: $f(mat)$ y $f(pat)$. Serían expresiones formales, aplicable a cada sujeto singular.
- El significante (función de la palabra) determina al sujeto. El sujeto es efecto del significante.
- En la expresión “el sujeto es efecto de la repetición” hay una función en juego

En la TIL, el término *función* está también inmerso en el conjunto de consideraciones referidas a la causalidad psíquica; no correlacionan números ni existe biunivocidad entre valores de uno y otro conjunto, por la sencilla razón de que no se trata de magnitudes. En todo caso, lo que se podría decir es que las relaciones de un hijo o hija con aquellos que asumen la función materna y paterna son asimétricas y el determinismo tiene un sobrepeso en la dirección $f(mat)/(pat) \rightarrow$ hijo (que llega al mundo en posición de falo). Estos usos del término función coadyuvieron a las tareas de formalización del psicoanálisis: no es la madre de carne y hueso quien “psiquiza” al hijo; es la función materna; mejor dicho el significante inconsciente que proviene de los que encarnan de dicha función. Lo dicho es también válido para la función paterna; por ejemplo, la ausencia del padre en la realidad no implica la ausencia de dicha función: otros pueden asumirla. Lacan subrayó el carácter narcisizante de la función materna y a la paterna le adscribió la función de corte

También se refirió a la función del analista: sería la de sostener la transferencia y despertar el deseo inconsciente. Asimismo, elevó el falo a la función fálica, tal como se vio en páginas anteriores y en III, 5.11.2. Se podría también hablar de la función de la repetición en el sujeto.

De lo dicho surge que Lacan asumió el significado más corriente del vocablo función, entendido como una capacidad de hacerse cargo de una tarea, de una acción de una operación, pero insistió en inyectarles valencias matemáticas, dentro de su proyecto de formalizar el psicoanálisis.⁶⁴

* * * * *

La finalización de este capítulo coincide también con la terminación del cuerpo central de esta tesis, en la que se trataron las seis A+T principales de la TIL. Uno de los componentes esenciales de la misma -el rasgo unario- fue procesado desde todas las disciplinas afines al psicoanálisis. Se considera adecuado en la confluencia exponer:

8.9. Consideraciones conclusivas sobre el rasgo unario y la identificación

Revisados los fundamentos freudianos, lingüísticos, filosóficos, matemáticos, topológicos del rasgo unario, interesa, ahora, subrayar algunas articulaciones del mismo con la identificación, la falta y la repetición. Que el cero haya sido considerado por Frege un número y que en él se inicie la secuencia de los números naturales fue utilizado por Lacan para caracterizar la falta desde la perspectiva lógico-matemática: una escritura, un trazado -el del cero- simboliza la falta de objeto; la ausencia quedó así escrita como cero. Se puede apreciar que el concepto psicoanalítico de castración está en el horizonte; esta es la razón por la cual el rasgo unario debe pensarse articulado a ella y al fantasma. La lógica que preside tales articulaciones es fácilmente entendible: la identificación por el rasgo unario engendra un sujeto marcado por la castración y amarrado al objeto

a en el fantasma. Una de cal y otra de arena: marcado por una falta irremediable -castración- el sujeto encontrará sostén en el fantasma

Por otra parte, Lacan inyectó el Uno de la diferencia -lo distintivo- al rasgo unario otorgándole así un soporte lógico. Podría decirse que en su doctrina, el Uno que otorga la unaridad al rasgo es la estructura de la diferencia como tal. Agréguese que la relación del sujeto con los significantes del campo del Otro es homóloga a la que el cero mantiene con los números naturales que le suceden. El cero -se ha visto- era para Frege el concepto de lo no idéntico consigo mismo. Esta idea es la que Lacan utilizó para fundar “una lógica elástica del significante”; en ella ningún significante puede ser igual a otro; más aún: ni siquiera igual a sí mismo: $a \neq a$. Con esta formulación Lacan recusó de hecho el *principio de identidad* de la Lógica que, en su versión formalizada, afirma que $a = a$. Esta identidad no existe para el significante; de repetirse el significante aparecerá siempre como diferente de sí mismo.⁶⁵ El hecho de ser soporte de la diferencia fue llevado hasta sus límites: el significante fue concebido incluso como distinto de sí mismo; devino la estructura ejemplar de la diferencia. Esta disparidad consigo mismo fue considerada por Lacan como una de las características fundamentales del significante. Sobre este telón de fondo se retomará el comentario de Lacan respecto de la forma en que los antiguos solían apuntar las presas que cazaban: hacían muescas verticales y sucesivas -palotes sobre una costilla- que representaban cada pieza obtenida. Que cada animal, cualesquiera que sean sus peculiaridades distintivas, pudiera ser contado como uno, y que cada marca funcionara a la manera del rasgo unario, ubicaba a este último en una dimensión que está más allá de la apariencia sensible; en otros términos, el rasgo unario forma parte del registro simbólico y opera en él. Allí, la identidad y la diferencia no se sustentan en lo aparente, como sucede, en cambio, en lo imaginario. El *Uno* diferencial, la unaridad del significante, permite el establecimiento de una serie como la siguiente: *////*. En ella, ningún elemento es -pese a las semejanzas- el mismo que el anterior o el posterior.⁶⁶

Si se trasladan estas ideas al terreno de la identificación resulta que el sujeto se estructura por efecto de la serie de significantes -“muescas”- que lo marcan; el trazo unario se inscribe como un tatuaje. *El esbarrado* es ese conjunto de trazos unarios combinados.⁶⁷ El concepto de trazo unario porta en sí esa propiedad del significante de no ser idéntico a sí mismo; acoge al Uno de la diferencia de Frege. De ahí la singularidad de cada sujeto. El Uno de la diferencia opera en el rasgo unario a su máxima potencia.

Respecto de la repetición -categoría aludida también al comienzo de este apartado-, cabe decir que el procesamiento lógico que recibió se sumó al lingüístico. Lacan ya había fundamentado la repetición en la insistencia de la cadena significante; por esa vía remarcaba la sujeción del sujeto al lenguaje y, más específicamente, a ciertos significantes primordiales -propios y singulares de cada uno- que necesariamente se reiterarán. Kierkegaard aportó lo suyo, tal como se vio en **III, 7.3.2**. A partir del *S 9*, con la mediación de las importaciones matemáticas, lógicas y topológicas, cada repetición tuvo asegurada, más que antes, un elemento diferencial. No existe una repetición que sea idéntica a otra; todas son con diferencias. Gracias a las características del significante y al Uno soporte de lo distintivo -Frege-, Lacan planteó un concepto de repetición que rompió con la idea del eterno retorno de lo mismo.

El objeto que identifica simbólicamente adquiere presencia en el futuro sujeto de un modo minimalista: queda reducido a un rasgo de estructura del sujeto; esta operación implica la intervención del significante que, desde el campo del Otro se implanta en un real biológico para subjetivarlo. Resulta entonces que el rasgo unario cumple un doble función: da existencia al sujeto y, en el mismo movimiento que inscribe las marcas estructurantes, genera el borramiento -la pérdida, la sustitución- del objeto identificante.

Si el rasgo unario identifica es porque el sujeto a identificar carece de identidad, El rasgo unario la va generando a dosis mínimas. Gracias a la identificación por el significante -rasgo unario- el sujeto adquiere (¿recibe?) su identidad por pizcas. Pero esta última será siempre vacilante, inestable, móvil; es decir: no coagulada ni petrificada.⁶⁸ En tanto esos rasgos unarios provinieron de aquellos que encarnaron al Otro, el sujeto permanecerá “sujetado” en su estructura al objeto, pese a su pérdida. El objeto identificante tras dejar una marca indeleble en el sujeto, se borra.⁶⁹ Es una forma peculiar de presencia – ausencia: el objeto desaparece pero queda un rasgo del mismo

inscrita en la estructura subjetiva. Pese a su pérdida, no deja de contar en tanto ausente. Como el número cero.⁷⁰

El rasgo unario es la ínfima expresión del objeto en el sujeto, pero en tanto esa traza es portadora de las semejanzas y diferencias, la identificación simbólica tendrá siempre una función distintiva, altamente singularizante; todo lo contrario a la unificación. La identificación muestra una realidad incontrovertible: no hay estructuración del sujeto que pueda eludir los significantes del Otro. Es lo que Lacan –con la mediación de la teoría de los conjuntos y la filosofía- conceptualizó como *alienación*: primer tiempo de la estructuración subjetiva.⁷¹

Identificado por un rasgo unario, el sujeto es un *Uno*; es único y, a la vez, idéntico a todos los que pasaron por la castración y sufrieron los efectos metaforizantes de la función paterna sobre el deseo de la madre. Por lo tanto quedará incluido junto a todos los otros *Unos* en un mismo conjunto: neurosis. Dentro de ese conjunto conservará su capacidad de diferenciarse, haciendo valer la singularidad de los rasgos unarios que lo conformaron. Esta unicidad (véase III, 7.4.1.) fundamentó la insistencia de Lacan en la clínica del caso por caso; ella atiende a la singularidad de cada sujeto.

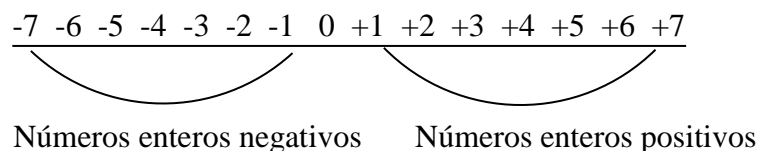
8. 10. Clasificación de los números

Los matemáticos diferencian varios tipos de números con propiedades diferentes, aunque lo más importante no son los números considerados individualmente sino el sistema al que pertenecen. Un sistema de números no es un simple agrupamiento de los mismos, sino un conjunto de números ordenados y diferenciados más una serie de reglas sobre cómo practicar aritmética. Existe una variedad extensa de números y de sistemas numéricos; con sólo los que llevan el nombre de algún matemático se podría construir un listado de centenares de páginas. Como dijo Leopold Kronecker: “los números naturales provienen de Dios; todo lo demás es obra del hombre.”

NÚMERO: es una entidad abstracta que representa la cantidad de una magnitud. Dicho en otros términos: es la expresión de una cantidad con relación a su unidad.

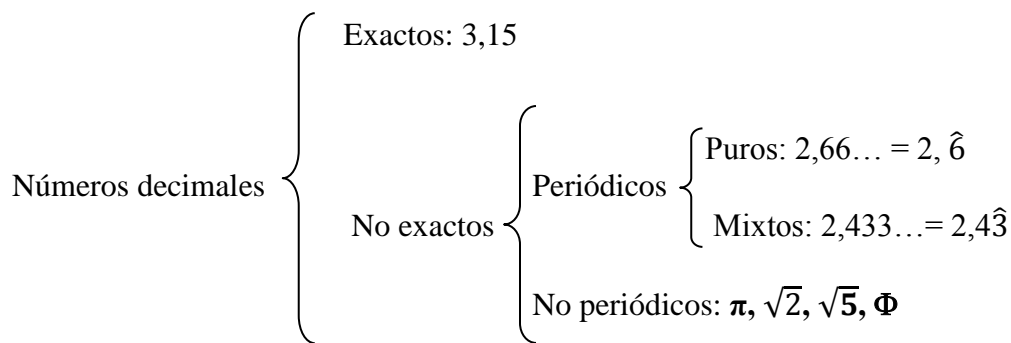
NÚMEROS NATURALES: es el conjunto de los elementos de la sucesión 0, 1, 2, 3, 4,... Al conjunto de los números naturales se los designa habitualmente con la letra \mathbb{N} y se lo escribe así: $\mathbb{N} = \{1, 2, 3, 4, \dots\}$. Los puntos suspensivos indican que la serie es infinita. Se los llama también números **enteros positivos** y son los que habitualmente se usan para contar.

NÚMEROS ENTEROS: constan de una o más unidades, a diferencia de los quebrados y de los mixtos, que se describirán a continuación. Los números enteros pueden ser positivos y negativos. Estos últimos sirven para dar cuenta de situaciones como las siguientes: la temperatura es de tres grados bajo cero (-3°); la tubería está situada a diez metros bajo el nivel del mar; la cuenta bancaria está en números rojos. Estos escenarios no pueden expresarse con los números naturales, requieren de los negativos. También hay que contar al cero dentro de los números enteros.



Cuando un número distinto del cero no va precedido de ningún signo, se da por entendido que es un número entero positivo.

NÚMEROS DECIMALES: constan de una parte entera y una decimal, separadas por una coma. Se utilizan cuando es necesario expresar cantidades más pequeñas que la unidad; en esos casos se emplean las unidades decimales: décimas (d), centésimas (c) y milésimas (m).



NÚMEROS FRACCIONARIOS O QUEBRADOS: expresan una o varias partes alícuotas de la unidad. Es un cociente de dos números naturales; su expresión formalizada es: $\frac{a}{b}$.

NÚMEROS MIXTOS: están compuestos de un número entero y un quebrado.

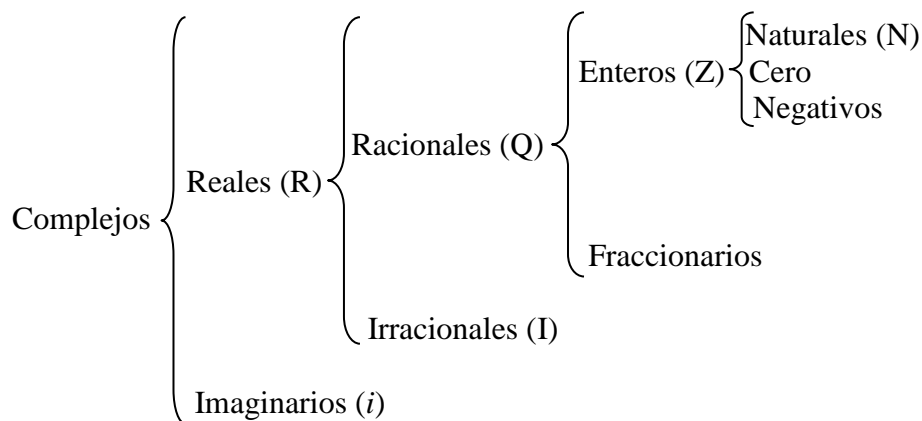
NÚMEROS RACIONALES: al conjunto de todos los números que se pueden expresar mediante fracciones se los llama conjunto de números racionales; se lo denomina con la letra **Q**. Está formado por aquellos números que se pueden escribir como una fracción $\frac{a}{b}$, donde a y b son números enteros y b es distinto de cero.

NÚMEROS IRRACIONALES: son números decimales con un número ilimitado de cifras decimales no periódicas; no pueden expresarse en forma de fracción. Se los designa con la letra **I**. Son números cuya expresión decimal tiene un número infinito de cifras que no se repitan en forma periódica. Siendo reales, estos números no son racionales; por ejemplo: $\pi, \sqrt{2}$, o el número “e”.

NÚMEROS REALES: está formado por los números racionales e irracionales y se representa mediante la letra **R**.

NÚMEROS IMAGINARIOS: conjunto de números que no son reales, en cuya composición participa la $\sqrt{-1} = i$. Un número imaginario es un número cuyo cuadrado es negativo. Se escriben bajo la forma bi , donde b es un número real e i es la unidad imaginaria; por lo tanto bi es un número imaginario. Una de las propiedades definitorias de i es que su cuadrado es igual a -1 . Por lo tanto $(bi)^2 = -b^2$.

NÚMEROS COMPLEJOS: Conjunto de números de la forma $a+bi$; donde a es un número real y bi , un número imaginario.



NÚMEROS PRIMOS Y COMPUESTOS: Son los que tienen como único divisor a ellos mismos y la unidad. Los que tienen otros divisores además de sí mismos y la unidad se llaman compuestos. Ejemplos de números primos: 2, 3, 5, 7, 11, 13, 19, 59, 61... Ejemplos de números compuestos: 18 (puede dividirse por 1, 2, 3, 6, 9 y 18); 66 (puede dividirse por 1, 2, 3, 6, 11, 33 y 66). Son números primos entre sí (o primos relativos) si el único divisor común de ambos es la unidad; es el caso de los números 8 y 15, ya que los divisores de $8 = \{1, 2, 4, 8\}$ y los divisores de $15 = \{1, 3, 5, 15\}$. Ambos cumplen la condición estipulada: el único divisor común de los dos es 1. Los números primos y compuestos pertenecen al conjunto de los números naturales.

8. 11. Síntesis del capítulo

En este capítulo se expusieron las importaciones al psicoanálisis que Lacan llevó a cabo desde las diversas ramas de las matemáticas; entre ellas: las teorías del número, del continuo, del infinito, de los conjuntos y de los juegos -especialmente los de estrategias-; la topología, la cuestión del Uno, del espacio y el azar. También utilizó elementos de geometría, trigonometría, las series periódicas, los números imaginarios, el número de oro, la sucesión de Fibonacci, etc. Muchas de estas elaboraciones teóricas se imbricaron con las A+T provenientes de la lógica y la topología. Dentro de la TIL, estas A+T dieron fundamentos matemáticos del rasgo unario, al fantasma, al falo, al deseo, a la pulsión, etc.

Las matemáticas, por las características de los objetos con que trabaja, contribuyeron notablemente a los esfuerzos de Lacan por desustancializar al *esebarrado*. Estas importaciones dieron sostén al proyecto de una teoría formalizada del sujeto y, más ampliamente, de los conceptos con él conectados.

El sujeto en Lacan debe ser entendido como a la manera de un número. Se acostumbra a referir con el nombre de *álgebra lacaniana* al conjunto de matemáticas, fórmulas, notaciones, y símbolos que, combinados de modos distintos entre sí, permiten lecturas múltiples, gracias las diferentes conexiones y correlaciones que se establezcan.

Entre las letras de dicho álgebra encontramos: a (objeto a), $\$$ (sujeto del inconsciente), S_1 - S_2 (una de las formas de referirse a la cadena significante), A (Otro), $S(A)$ - (significante del otro barrado); D (demanda), d (deseo), $\$ \langle \rangle a$ (fantasma), i (imagen especular), m (yo), Φ (falo simbólico) y ϕ (falo imaginario), etc. Los signos que utilizó fueron los habituales en aritmética elemental: $+$, $-$, \div , \times , \pm , $\sqrt{\quad}$, \neq , ∞ , $=$, $<$, $>$, etc.; los cuantificadores existencial (\exists) y universal (\forall); los de la teoría de los conjuntos: reunión (\cup), intersección (\cap); el losange ($\langle \rangle$). Combinaciones de letras y signos las hallamos, por ejemplo, en la fórmula del fantasma: $\$ \langle \rangle a$ y en la notación de la pulsión: $\$ \langle \rangle D$.

Asimismo hizo uso de esquemas (L , Z , R) grafos y los círculos de Euler-Venn. Lacan consideraba que el objeto matemático está en el centro del cruce de real, imaginario y simbólico. Incluso, si en algunos de sus *Escritos* y seminarios no aparecían explícitamente matemáticas, superficies topológicas, símbolos o fórmulas algebraicas, el pensamiento matemático estaba presente.

Las matemáticas terminaron adquiriendo una presencia ramificada en su obra y, a la vez, constituyeron su núcleo. Lo mismo sucedió en el contexto más circunscrito de la TIL: todos sus conceptos principales pasaron por el rasero matemático: rasgo unario, sujeto, significante, repetición, etc.

Para Lacan el deseo inconsciente y el significante se enuncian mejor a la manera simbólica de las matemáticas que en los términos reflexivos del lenguaje corriente o filosófico; y ello porque los significantes son la realidad misma de su expresión.

Si los significantes del deseo se acomodan a una traducción en símbolos matemáticos es porque los unos y los otros no tienen necesidad de estar ligados a la imaginación o al sentido para funcionar. Lacan consideraba a la formalización matemática su ideal.

El cuadro siguiente resume buena parte de lo afirmado en las páginas anteriores sobre el procesamiento matemático de los conceptos ligados a la TIL.

El rasgo unario, el uno de la diferencia, el sujeto es efecto del significante (rasgo unario), repetición como $n+1$.	El Uno, fundamentos aritméticos del número, Frege-
La estructuración subjetiva alienación separación; articulación de la pulsión a su objeto, la pura diferencia.	Teoría de conjuntos. Conjunto abierto, cerrado, vacío.
Fin del análisis, goce, demanda, objeto voz como objeto a , goce	El infinito, Cantor.
Repetición, <i>après-coup</i> .	Series periódicas, número de Fibonacci.
Objeto a , falo, castración, sexuación, metáfora paterna.	Número de oro.
Inclinaciones del deseo del sujeto, objeto a , montura del sujeto	Razón trigonométrica, números i
Estrategias del sujeto, el azar, el destino del sujeto ante el Otro	Teoría de los juegos

* * * * *

Como ya se ha anticipado al comienzo de este capítulo, esta tercera parte, dedicada a la TIL, acabará con otros dos -el noveno y el décimo- referidos a la identificación simbólica y a la imaginaria, respectivamente. En el noveno se abordará con detalle las peculiaridades de la identificación simbólica y su producto: el $\$$. Se estudiará qué es y qué no es esa entidad que Lacan escribió mediante el matema $\$$. En el capítulo 10 se analizará la identificación imaginaria y la instancia que aquella engendra: el yo. Se cotejarán las teorías que sobre el yo elaboraron Freud, Klein y Lacan.

NOTAS DEL CAPÍTULO 8

¹ Se mencionan los principales libros sobre matemáticas consultados para la elaboración de este capítulo: *Historia de las matemáticas* (2007); Stewart, Ian; existe versión castellana publicada por editorial Crítica, Barcelona, 2008; *Invitation aux mathématiques*; Guillen, Michael, (1992), Éditions Albin Michel, Paris; *Matemáticas*, de Gowers, Timothy (2008), Alianza editorial; *Lacan et les mathématiques*, Charraud, Nathalie (1997), Anthropos, Paris; *El prodigio de los números* de Pickover, Clifford (2002); versión castellana (2007), RBA, Barcelona; *El triunfo de los números* Cohen, Bernard (2005); versión castellana del 2007; Alianza editorial, Madrid; y diversas bibliotecas electrónicas. He contado también con la inestimable ayuda de mi hijo Matías Korman, Doctor en Matemáticas e Ingeniero de sistemas, que me ayudó a resolver buena cantidad de mis dudas en la materia -que no fueron pocas-. En algunos apartados se mencionarán otras referencias bibliográficas más específicas, relacionadas con el tema tratado.

² Guitart, René, matemático, doctor en ciencias y profesor de la Univesidad de París VII, en su libro *Evidence y étrangeté. Mathématique, psychanalyse, Descartes et Freud* (2000), PUF, Paris, considera estas elaboraciones lacanianas como una suerte de “criptomatemática” o lo que también podría denominarse *matematiquería*, en línea con la *lingüística* y *topología*. Pese a la primera impresión que podría generar la presencia del adjetivo empleado por Guitart no se desprende de este volumen una visión crítica de las formalizaciones matemáticas llevadas a cabo por Lacan. Existe versión castellana de esta obra, publicada por Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2003, bajo el título de *Evidencia y extrañeza. Matemática, psicoanálisis, Descartes y Freud*.

³ Para más detalles sobre este asunto, véase III, 7.1.3 y III, 2.7.

⁴ El fantasma si bien opera como pantalla defensiva para el sujeto contra los embates de lo real, tiene a la vez en su estructura algo de ese mismo real. El fantasma debe ser visto también a la luz de la tripartición R.S.I.

⁵ Esta tendencia al minimalismo es conocida en las artes plásticas; sus primeras manifestaciones surgieron a principios del siglo XX y alcanzaron gran desarrollo en los años sesenta y setenta, en la que aparecieron las tendencias llamadas conceptuales, los minimalistas y constructivistas que dieron impulso al arte abstracto.

⁶ Sobre el álgebra y su lenguaje, véase *infra*, 8.7.1. Respecto de la pulsión, Lacan consideraba que ella articula lo real del cuerpo con el lenguaje; lo afirmó de distintas maneras y en diferentes momentos; quizá la versión más condensada y

elocuente de tal idea es su afirmación: “la pulsión se constituye en el campo del Otro.” Aquellos que encarnan al Otro son los que con su discurso y acciones estimulan o inhiben la carga o fuerza (*Drang*) de las pulsiones. Esta operación, reprocessada *après-coup* en los diferentes tiempos lógicos de la estructuración subjetiva, fue pensada por el psicoanalista francés desde las matemáticas mediante el teorema de Stokes. Su demostración excede los objetivos de este trabajo; los interesados en esta cuestión pueden consultar *Essais sur la topologie lacanienne*, Marc Darmon; *op. cit.*, pp. 249 a 255 y el final de la clase del 6 de mayo de 1964 del *S 11* en la que Lacan se refiere a él en el transcurso de una respuesta a André Green. Asimismo, en “Posición del inconsciente”; *E II*, p. 365 y ss. Aquí sólo se explicitará el enunciado de dicho teorema: El flujo del rotacional a través de toda superficie limitada por una misma frontera es constante. En otros términos, el flujo del rotacional es invariante siempre y cuando la *frontera* -podría equipararse el término frontera al de *borde*, para relacionarlo con la zona erógena- de la superficie sea la misma. El flujo que la atraviesa depende, básicamente, del grado de apertura de la fuente; mayor o menor, según el caso.

⁷ Véase *infra*, III, 8. 2.

⁸ Lacan no fue el único que intentó de formalizar matemáticamente el psicoanálisis; también lo hicieron en Rapaport, I. Matte Blanco, W. R. Bion y su hija -Parthenope Bion Talamo-, entre otros, aunque cada uno siguió caminos conceptuales diferentes. A mediados de la década de los años cincuenta, mientras Lacan estaba abocado a la elaboración de su teoría del significante y exponía su seminario sobre *La carta robada* (1955) -claro exponente junto con TLAC (1945) de su temprana proclividad a formalizar lógica y matemáticamente el psicoanálisis-, Ignacio Matte Blanco escribía su artículo: “Expresiones en lógica simbólica de las características del sistema *Icc* o la lógica del sistema *Icc*” [(1956); incluido posteriormente en la recopilación *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile*, 1991, Editorial Ananké, Santiago de Chile]. Por su parte, en la Inglaterra de los años sesenta, W. R. Bion también lo intentó. Al final de la segunda parte, dedicada a la teoría identificatoria kleiniana, se expusieron los elementos que conforman *La Tabla*, tal vez la pieza caudal de todos los esfuerzos de formalización bioniana.

Parthenope Bion Talamo desarrolló algunas de las ideas de su padre y las de I. Matte Blanco; puede consultarse al respecto su tesis doctoral *Metapsicología y metamatemática en algunas teorías psicoanalíticas recientes*, escrita en 1974 y publicada en castellano por la Editorial Polemos (1999), Buenos Aires. De la página 77 de dicho volumen se extrae la siguiente cita, que es muy ilustrativa de su posición: “Pienso hasta aquí que, por el momento, queda claro que puede decirse que el psicoanálisis ha tomado prestado conceptos y modos de pensar (operaciones) matemáticos y que no ha dado más que pocos pasos en el camino de la completa formulación de términos matemáticos. Por lo tanto creo que es más correcto hablar de la aplicación de la matemática al psicoanálisis que de la matematización. Queda, de todos modos, abierto el problema de si esta matematización podrá ser realizada en algún momento.” Esta breve cita y el título mismo de su tesis doctoral suponen una línea de pensamiento diferente al de Lacan, que sin dudas criticaría la noción de *metamatemáticas* tal como lo hizo con la de metalenguaje.

⁹ Se recuerda nuevamente que Lacan había metaforizado esta inscripción de marcas trayendo a colación las que había en una costilla de un animal prehistórico, expuesta en el museo de Saint Germain en Laye: los antiguos cazadores representaban con una muesca cada presa capturada. Esta manera de referirse al rasgo unario fue comentada en diversos momentos de esta tercera parte y desarrollada más extensamente en el III, 6. 6.

¹⁰ Sobre esta última cuestión, véase III, 10.2.

¹¹ Este asunto será tratado en III, 10.9.2. *El asentimiento*. Obsérvese por otra parte, que hasta el *S 8* no había utilizado el término *unario* sino *único*, al asociarlos al vocablo rasgo. Esta derivación de único a unario fue expuesta en el *S 9*, clase del 6 de diciembre de 1961, en la que señaló que no se trataba de un neologismo sino de una acepción utilizada en la teoría de conjuntos. También es cierto que el vocablo *unario* permite tomar distancias de la noción de unidad, muy cargada por lo imaginario.

¹² OCFAE, Tomo XVIII, pp. 100-101.

¹³ Para más detalles sobre este asunto véase III, 4.7.1. y III, 5.7.5.

¹⁴ Para la escritura de las páginas de este apartado han sido de especial utilidad las siguientes publicaciones: *Fundamentos de la aritmética* de G. Frege (1884); el artículo de Miller, J.-A. “Sutura” (1966), incluido en *Matemas II* (1988), Manantial, Buenos Aires; el libro de Dor. J (1988) *L'a-scientificité de la psychanalyse*, Editions Universitaires, tomo 2, pp. 157-164, en las que hace una síntesis sobre las elaboraciones de Frege; por último, *Las notas de la serie*, de Alemán, J. y Larriera S., aparecidas en Serie Psicoanalítica nº I, Madrid, 1981. Por otra parte, en el apartado A₅.11.1. del Anexo al capítulo 5, se expusieron otros aspectos de la producción de Frege.

¹⁵ Una versión castellana de esta obra puede encontrarse en una recopilación de textos del autor que bajo el nombre de *Escritos filosóficos* fue publicada por la editorial Crítica (Grijalbo-Mondadori) en 1996, Barcelona. Dicha edición estuvo al cuidado de J. Mosterín, que además escribió una introducción al pensamiento de Frege; la traducción estuvo a cargo de Ulises Moulines. Se citará según esta edición. Dicho volumen contiene, además, estudios sobre semántica que constituyeron aportes importantes para la filosofía del lenguaje contemporánea. Son ellos: “Función y concepto”, “Sobre sentido y referencia”, “Sobre concepto y objeto”, “¿Qué es una función?”, etc. Cierran esta recopilación otros artículos que fundamentan la geometría.

Algunos datos sobre la biografía y producción de Frege: nació en Wismar, Alemania y profesó en la Universidad de Jena. Sus obras más importantes han sido: *Conceptografía, un lenguaje formalizado del pensamiento puro a base del lenguaje aritmético* (1879), *Los fundamentos de la aritmética. Investigación lógico-matemática sobre el concepto de número* (1884) y *Leyes fundamentales de la aritmética*, cuyos dos volúmenes fueron publicadas en 1893 y 1903 respectivamente. La primera de ellas se suele citar, de manera abreviada, como *Begriffsschrift* -término traducido al castellano ya sea por conceptografía, ya sea por ideografía-. Allí propuso por vez primera los análisis, conceptos y

métodos que caracterizan a la lógica actual y desarrolló una formulación completa de la lógica de primer orden. Su segunda obra, *Los fundamentos de la aritmética (Die Grundlagen der Arithmetik)*, ha sido, tal vez, la más lograda.

¹⁶ Se entiende por *ordinal* al número que expresa ideas de orden o sucesión; se aplica al objeto que ocupa, en una secuencia, el lugar correspondiente a ese número; ejemplos: es el primero de la clase; se sienta en la tercera fila. *Cardinal* es un número entero considerado en forma abstracta; funciona habitualmente como un adjetivo (numeral) o adverbio de cantidad que expresa cuántas son las personas, animales o cosas de que se trata. Por ejemplo, cuando se dice: hay quince gatos en el parque; fueron tres mil personas al convite; tiene veinte pares de zapatos. Quince, tres mil y veinte son números cardinales. Se los emplea también en la teoría de conjuntos; ver *infra*, III, 8.4.

¹⁷ El análisis gramatical del empleo de los números en el lenguaje corriente ayuda a aclarar este asunto. El *Diccionario de uso del español* de María Moliner, *op. cit.*, ha servido de guía para las consideraciones que se hacen en esta nota. Dígase, para empezar, que el número puede funcionar: 1) como nombre -ya sea común, ya sea propio-; 2) como pronombre y 3) como adjetivo numeral. Veamos cada situación:

a) **Nombre común y propio**: en la frase “*se hizo un siete en el pantalón*”, este siete funciona como nombre (o sustantivo) común. En cambio, si se dice: *el número siete*, se trata de un nombre propio; el de ese número. Es habitual que en el uso corriente se diga simplemente siete, suprimiendo la palabra “número” que le precede; por lo tanto, los nombres propios de los números suelen enunciarse más sintéticamente así: uno, siete, ocho. Otro ejemplo del uso de los números como nombre propio es el de la oración siguiente: *el ocho sigue al siete*. El mismo proceso de elisión comentado está en juego cuando se afirma: hoy es *siete de enero* o cuando se dice: *son las siete*, en referencia a la hora.

b) Se trata de **pronombres** cuando son usados como expresiones numéricas abstractas o como números propiamente dichos -para designar un conjunto cualquiera-; por ejemplo en una operación matemática sencilla: *siete y tres son diez*.

c) Por último, los números son **adjetivos** cuando acompañan al nombre de las cosas que constituyen un conjunto, como en la sentencia: hay *cuatro* manzanas.

Tras este rodeo gramatical se vuelve a Frege para recalcar su intención de diferenciar la noción de *unidad* -a la que consideraba engañosa- del nombre propio del número 1.

¹⁸ Una extensa cita del artículo “Sutura” de J.-A. Miller, incluido en la recopilación *Matemas II*, Manantial (1988) Buenos Aires, aclara estos procedimientos: “Si reúno lo que cae bajo el concepto: ‘el hijo de Agamenón y Casandra’, convoco para subsumirlos a Penélope y Telédamo. A esa colección sólo puedo asignarle un número poniendo en juego el concepto ‘idéntico al concepto: hijo de Agamenón y Casandra’. Mediante el efecto de la ficción de ese concepto, los hijos intervienen ahora en la medida en que cada uno, si se quiere, es aplicado a sí mismo, lo cual lo transforma en unidad, lo hace pasar al estatus de objeto, en cuanto tal enumerable. El *uno* de la unidad singular, ese uno de lo idéntico con lo subsumido, ese uno es lo que tiene en común todo número por estar constituido ante todo como unidad.

El sistema ternario de Frege tiene como efecto no dejar a la cosa más que el soporte de su identidad consigo misma, por lo que es objeto del concepto operante y enumerable.

El razonamiento que acabo de exponer me autoriza a concluir esta proposición cuya evidencia veremos enseguida: la unidad que se podría llamar unificante del concepto en tanto que le asigna el número, se subordina a la unidad como distintiva en tanto que sostiene el número. En lo que respecta a la posición de la unidad distintiva, su funcionamiento debe ser situado en la función de la identidad que, confiriendo a toda cosa del mundo la propiedad de ser una, cumple su transformación en objeto del concepto (lógico).”

Tras esta larga cita puede agregarse que la alusión por parte de Lacan a la costilla con muescas, referidas a cada una de las piezas cazadas, condensa estos pasos lógicos. Se retomará enseguida esta cuestión.

¹⁹ Russell y Peano siguieron a Frege en la idea de fundamentar lógicamente el concepto de número, pero evitaron tomar como punto de partida la aplicación de una colección de objetos al número; eligieron otro camino: el concepto de clase. Por ejemplo: todas las clases compuestas por cinco miembros son agrupadas bajo el número 5. Correlacionaron uno a uno -biyectividad- los objetos de dos colecciones similares para extraer, luego, el número correspondiente. Dos clases finitas poseen el mismo número de miembros si existe entre los miembros de cada clase una relación biunívoca. No partieron del número para aplicarlo a una colección sino de la correlación biyectiva entre los miembros de dos colecciones similares, para extraer, luego, el número correspondiente. Por lo tanto, los números -y las operaciones que con ellos se realicen- pueden ser expresados simbólicamente. Russel empleó las notaciones de la lógica simbólica y la lógica de clases. Definía el 0 (cero) así: $A \sim (\exists x) (x \in A)$; el 1, de esta otra manera: $A ((\exists x) (x \in A) \cdot \sim (\exists y) (\exists z) (y \neq z \cdot y \in A \cdot z \in A))$ y así sucesivamente. Los números eran siempre definidos en términos de clase.

²⁰ Entre las obras más importantes de Cantor merecen citarse: “Beiträge zur Begründung der transfiniten Mengenlehre” (Aportación sobre los fundamentos de los conjuntos transfinitos), publicado en *Mathematische Annalen* n° 26, (1895), pp. 481 y siguientes. En este artículo expuso su definición de “conjunto” y se refirió a los conjuntos transfinitos. Otras obras suyas: *Grundlage einer Mannigfaltigkeitslehre* (1883) y *Escritos matemáticos y filosóficos reunidos*.

²¹ Al ser imposible desarrollar en este contexto lo recién afirmado, se remite a Korman V. (2004), *op. cit.*, pp. 229-230; pp. 271-273 y al Anexo 2 de dicho libro.

²² *Cfr.* S 7, p. 138 y ss.

²³ Quienes deseen profundizar en el estudio matemático del infinito y algunas de sus derivaciones al psicoanálisis pueden consultar dos textos de N. Charraud: *Lacan et les mathématiques* (1997), Paris, Anthropos e *Infini et inconscient, esai sur Georg Cantor* (1994), Paris, Anthropos.

- ²⁴ Esta definición aparece en “Beiträge zur Begründung der transfiniten Mengenlehre” (Contribución a la teoría de los conjuntos transfinitos), publicado en *Mathematische Annalen*, 26 (1895), pp. 481 y ss.
- ²⁵ En *Invitation aux mathématiques*, Michael Guillen (1992), Éditions Albin Michel, muestra de modo sencillo pero preciso que la noción elemental de conjunto le permitió a Cantor construir su primera etapa hacia el infinito: partiendo de un conjunto finito determinado, precisó otro conjunto finito más vasto; luego, otro más vasto aún, y así de seguido, *ad infinitum*. En cada escalón, el conjunto de grado superior estaría formado por todos los subconjuntos que podrían componerse a partir del conjunto precedente inmediato.
- ²⁶ Esquema tomado en préstamo a Dor, J.; (1985), *Introducción a la lectura de Lacan II*, p. 151.
- ²⁷ Sobre la diferente relación de Freud y Lacan con los mitos en psicoanálisis, véase III, 3.8.1. y I, 5.2.
- ²⁸ Esquema tomado en préstamo a Dor, J.; (1985), *Introducción a la lectura de Lacan II*, p. 150.
- ²⁹ Para más detalles, véase *El espacio psicoanalítico*; Korman (2004); *op. cit.*, p. 263 y ss.
- ³⁰ En 6.2.2. se correlacionó esta manera de teorizar la constitución subjetiva con las reversiones de los toros y las tres identificaciones (I_1 , I_2 e I_3). También con los tres tiempos estructurantes: privación, frustración, castración.
- ³¹ Berenstein, A. (2002); Editorial Síntesis, Madrid, pp. 180 y ss.
- ³² Sobre la temporalidad psicoanalítica, véase III, 5.10.
- ³³ Me han sido de especial utilidad para la escritura de este apartado dos textos singulares: un clásico sobre el tema: *El número de oro* de Matila C. Ghyka [(1978; tercera edición), Poseidón, Barcelona], libro erudito que trata sobre la presencia de los ritos y ritmos pitagóricos en el desarrollo de la civilización occidental y *La divina geometría* de Jaime Buhigas Tallón (2008); edición La esfera de los libros, Madrid.
- ³⁴ Rafael Alberti, entre otros le dedicó el siguiente soneto: “A ti, maravillosa disciplina/ media, extrema razón de la hermosura/ que claramente acata la clausura/ viva en la malla de tu ley divina. A ti, cárcel feliz de la retina/ sección áurea, celeste cuadratura/ misteriosa fontana de mesura/ que el universo armónico origina. A ti, mar de los sueños angulares,/ flor de las cinco formas regulares,/ dodecaedro azul, arco sonoro. Luces por alas un compás ardiente./ Tu canto es una esfera transparente./ A ti, divina proporción de oro.” El poeta anticipa muchas de las cosas que se dirán a continuación. Citado por J. Buhigas Tallón.
- ³⁵ Se ha convertido en un clásico la imagen del *Hombre de Vitrubio*, dibujada por Leonardo da Vinci, en base a la descripción del arquitecto, con las piernas entreabiertas y los brazos extendidos, incluidos dentro de una circunferencia.
- ³⁶ Según Lacan, en los tres tiempos del complejo de Edipo circula el falo, organizando una dialéctica cuyas alternativas principales son ser o no ser el falo; tenerlo o no tenerlo. Se subraya especialmente que en esa estructura estructurante de lo psíquico, el recién nacido llega al mundo en posición de falo; el niño o niña se identifica con el falo imaginario, constituyendo el ternario madre, hijo, falo y la inconmensurabilidad narcisista que sufrirá, luego los efectos de la castración. En el segundo tiempo, el padre aparece como aquél que tiene el falo y en el tercero se lo restituye a la cultura. Más adelante, en 8.6.4. se exponen unas consideraciones complementarias sobre el complejo de Edipo en Lacan, tomando como referentes el texto *CPTP*, S3, S4 y S5.
- ³⁷ Lacan hace referencia aquí a los rituales de la antigüedad griega y romana -ceremonias de iniciación (Misterios)-, uno de cuyos momentos culminantes lo constituía el develamiento de una estatuilla o representación del sexo masculino en erección, símbolo de potencia y fecundidad para la tierra y sus hombres. Los dioses Hermes y Osiris encarnaban ese espíritu. El falo erecto, objeto de veneración, era un símbolo de fuerza, de sabiduría, de esperanza de resurrección, un principio luminoso que mantendría la unidad que emanan del ser. Poco y nada que con la idolatría y sobrevaloración del genital y del poder masculino. No es extraño entonces que Lacan resaltara su aspecto simbólico y sostuviera -como se verá enseguida- que para cumplir su función en la economía psíquica el falo debía estar también velado, como en los antiguos misterios, para desvelarse sólo en ciertos momentos del análisis.
- ³⁸ La superposición entre juego y realidad -en el sentido coloquial de este último término- será retomada en diversas ocasiones en las páginas que siguen.
- ³⁹ A la rama que se ocupa de los juegos de estrategia se la llama *ciencia de los conflictos*.
- ⁴⁰ La estadística surgió a partir de la intención de elaborar estrategias ganadoras en los juegos de azar. El cálculo de probabilidades es esencial en ella; también tienen un lugar importante las nociones de promedio, de media ponderada, de distribución y desviación estándar, etc.
- ⁴¹ El diccionario de María Moliner da la siguiente definición de estrategia: “arte de dirigir las operaciones militares; particularmente, coordinación general de las de una guerra.” En un sentido más amplio y figurado, es el arte de dirigir un asunto para lograr los objetivos propuestos. Lo dicho permite entender que las estrategias estén en el centro de los llamados juegos militares. Tal como se verá a continuación, Lacan aplicó esta noción al inconsciente.
- ⁴² Sobre la formalización véase III, A5.4.
- ⁴³ Según Lacan, las formaciones del inconsciente implican cálculos del *esebarrado*; habría, pues, una estrategia inconsciente que dirige los posicionamientos y reposicionamientos del sujeto frente al Otro.
- ⁴⁴ La noción lacaniana de *dirección de la cura* resuena con estas ideas.
- ⁴⁵ Cada partida genera ciertas expectativas de triunfo; ese factor suele calcularse matemáticamente en los juegos de competición como “esperanza de ganar”. En la vida cotidiana y en lenguaje coloquial se recurre a la noción de “favorito” (ganador más probable). Es interesante señalar que para aquellos que han desarrollado adicciones a los juegos, la vivencia *subjetiva* de dicha esperanza suele ser grande. La ambición desmedida de ganarle a las máquinas o a la ruleta -para dar sólo algunos ejemplos- les aleja de los valores medios asignados en base a estadísticas y al cálculo de probabilidades.

⁴⁶ Von Neumann y Morgenstern desarrollaron sus ideas tomando como punto de partida los juegos entre dos personas, pero también analizaron lo que sucede cuando hay más participantes.

⁴⁷ Los seminarios y *Escritos* en que se cita explícita o implícitamente a esta teoría son: *TLAC, FCPL, SS, CF, DC, S 2, S 11* y el seminario sobre *La carta robada*. Puede afirmarse que el *S 9* y el texto “Posición del inconsciente” (1964), incluido en los *Escritos*, marcaron un cambio en los referentes matemáticos de Lacan: las importaciones topológicas pasaron a primer plano.

⁴⁸ Para más detalles sobre este punto específico puede consultarse: *TLAC* y el *Seminario sobre la carta robada* (primera versión: 1956; publicada con diversos retoques en *E II*, p. 11; 1966); Charraud, N. (1997); *op. cit.*, primer capítulo; Berkerman, J. y Amster, P. (1999); en el libro *La carta robada y su introducción*; ediciones Russel, Buenos Aires.

⁴⁹ El juego consiste en adivinar el número -par o impar- de bolitas que el otro jugador guarda en su mano cerrada; si acierta, gana. Lacan llamó inmediatamente la atención sobre lo dificultoso que era la repetición de resultados -y por lo tanto, el cálculo de probabilidades respecto de la tirada siguiente-, tanto si se gana como si se pierde: para la primera jugada existe un 50 % de posibilidades para cada lado, en la segunda, la probabilidad de obtener el mismo resultado que en la jugada anterior se reduce al 25 % y en la tercera, a un 12,5 %. Por otra parte, en este mismo seminario -clases del 2/2/55 y 25/5/55- presentó el esquema Z, útil para entender la relación del sujeto con el Otro en los juegos.

⁵⁰ Véase III, 4.1., III, 4.3., y III, 4.4.

⁵¹ Véase *infra*, en 6.4.4., más detalles sobre esta cuestión.

⁵² En III, 6.2.3. se representaron estos y otros esquemas propuestos por Lacan; se volverá a ellos en III, 10.8.

⁵³ Sintagma construido sobre la base de “estar a la vista”, como la carta robada del cuento de E. A. Poe.

⁵⁴ Más adelante, en 8.6.4. se retomará esta función del Otro en los juegos.

⁵⁵ En el libro ya citado, von Neumann y Morgenstern abordaron la cuestión del *bluff* en el póker y lo tuvieron en cuenta a la hora de realizar algunas formalizaciones sobre el “farol” en ese juego.

⁵⁶ Descrito sucintamente, cuatro de los cinco participantes se sitúan en sendos rincones de un espacio; tales esquinas pueden ser señaladas mediante simples marcas en el suelo, por árboles de un parque o sus equivalentes; el quinto jugador se sitúa en el centro. Dada una orden convenida, los que están en las esquinas deben intercambiar, corriendo, sus posiciones y el del centro intentará llegar primero a alguna de las esquinas libres. Si gana esa posición, otro jugador pasa al centro. Se trata de un juego de competición y colaboración a la vez, ya que con intercambios de mensajes verbales o gestuales se establecen complicidades para los cambios de posición.

⁵⁷ Sería más coherente con la teoría lacaniana concebir ese cuaternario en términos de funciones: materna, paterna, fálica y la del candidato a sujeto.

⁵⁸ Puede verse una representación de este esquema en III, 8.10.1.

⁵⁹ Por aquella época se sabían las soluciones geométricas de las raíces cúbicas pero no las algebraicas, por desconocimiento de los números negativos. Por cierto, esas soluciones geométricas a ecuaciones cúbicas fueron sistematizadas alrededor del año 1075 por el poeta y matemático persa Omar Khayyam.

⁶⁰ Bombelli describió en su *Álgebra* que tuvo “una idea alocada”: que los radicales podían tener entre sí la misma relación que los radicandos, y que podía hacer cálculos con ellos hasta llegar a un paso en que podían ser eliminados de uno y otro lado del signo =. Por entonces no se usaba aún el símbolo del radical ($\sqrt{\quad}$); el empleó la siguiente notación equivalente a raíz cuadrada: p.d.m. (+i) para $+\sqrt{-1}$ y m.d.m. (-i) para $-\sqrt{-1}$. Expuso además las reglas para operar con estos símbolos. En otros términos, y expresándolo de manera moderna, usó un método para calcular $a + bi$.

⁶¹ Hay algo de la operación analítica y de la transformación subjetiva que sigue este mismo camino.

⁶² Para más detalles sobre el plano complejo puede consultarse *Historia de las matemáticas*, de Ian Stewart (2007), *op. cit.*, pp. 150 y ss.

⁶³ Mese antes, en la clase del 29 de noviembre de 1961 del mismo seminario había pronunciado uno de sus tantos aforismos: “El Uno en tanto tal es el Otro.” (*«L’Un comme tel est l’Autre»*). En III, 7.4.2. se hizo un extenso desarrollo sobre el contenido de esa afirmación, que en la cita anterior Lacan retomó ligando al Uno con el Otro y al pasaje de $a+ \rightarrow a-$.

⁶⁴ El diccionario de María Moliner, en la entrada correspondiente a este término precisa diferentes usos del mismo: desempeñar, tener, ejercer, asignar, atribuir, asumir, arrogarse, invadir, usurpar, una función. También, suplantar a alguien en una función. Actividad, cometido, misión, oficio, quehacer, hacer o cumplir un papel. Acción o servicio que corresponde a una cosa cualquiera: la función de la fuerza pública es conservar el orden. Actividad o papel desempeñado por alguien en un cargo, oficio o profesión.

Actividad particular de cada órgano o sistema: función hepática, metabólica, función respiratoria, etc.

Acto o espectáculo organizado: función teatral, académica, oficial, religiosa.

Función trigonométrica: seno, coseno y magnitudes derivadas de ella.

Función vegetativa: cualquiera que se realiza en un organismo sin intervención de la voluntad; sirven para el mantenimiento y la reproducción.

Puede apreciarse que en estos usos corrientes que menciona el diccionario carecen del carácter cuantitativo que caracteriza a la función en matemáticas: una relación de dependencia de una magnitud respecto de otra.

⁶⁵ Para más detalles, véase III, 4.3.

⁶⁶ En torno a este ejemplo se tratan otros aspectos de la repetición significativa en III, 4.7.4 y III, 7.3.2.

⁶⁷ En la cuarta parte de esta tesis se desarrollan algunas ideas personales sobre la metabolización que realiza el protosujeto de los rasgos unarios que el Otro le implantó.

⁶⁸ Sobre la identidad surgida por identificación me he explayado en *Trencadís, gaudianas psicoanalíticas* (2010); nc ediciones, Barcelona, pp. 234 y ss.

⁶⁹ Es la famosa “pérdida de objeto” que Freud subrayó en su descripción de la identificación narcisista [Cfr. *Duelo y melancolía* (1915)] y que luego extendió a las identificaciones secundarias edípicas. En estas sustituye una relación de objeto resignada por un rasgo altamente parcial (*Einziges Zug*) del mismo. Se trueca un vínculo por un rasgo: el objeto se pierde, el rasgo queda.

⁷⁰ Véase *supra*, el apartado 8.2.4. de este mismo capítulo.

⁷¹ En III, 7.11.2. se trató esta manera lacaniana de entender la estructuración del *esebarrado en dos tiempos* conocidos con los nombres de alienación y separación. Se volverá a ello más adelante, en este mismo capítulo, en III, 8.4. *Teoría de conjuntos*.

9

LA IDENTIFICACIÓN SIMBÓLICA. EL SUJETO BARRADO

Este capítulo y el siguiente estarán dedicados al estudio de las dos modalidades fundamentales de identificación descritas por Lacan: la simbólica y la imaginaria. En cada uno se expondrá con detalles las características de las instancias que ellas fundan: el \$ y el yo (*moi*), respectivamente. Se hará confluír para esta ocasión las consideraciones que sobre ambos se encuentran esparcidas, aquí y allá, a lo largo de los ocho capítulos precedentes de esta tercera sección, dedicada a la TIL. Se tendrán especialmente en cuenta las elaboraciones realizadas gracias a los procesamientos e importaciones de conceptos procedentes de las disciplinas afines.

Se ha insistido en diversas ocasiones en la distinción neta que el psicoanalista francés estableció entre el \$ y el yo. Tal disparidad merece ser reiterada en tanto el yo tiende a arrogarse la representación del \$. Éste, como se volverá a ver enseguida, recibe sus determinaciones desde el inconsciente y lo simbólico^{1*}, no desde las imágenes, como ocurre con el yo. En tanto el sujeto se desvanece tras cada una de sus manifestaciones -aparición fugaz del mismo- necesita reconocerse como permanente en algún lugar; para tales fines el yo acude en su auxilio, pero le tiende un tupido velo respecto la sujeción del \$ a las cadenas significantes inconscientes. El yo desconoce el determinismo inconsciente. En otras palabras, en el mismo momento en que se eclipsa el sujeto, el yo instituye un discurso imaginario sobre alguien que se le asemeja bastante, hasta el punto de confundirse con él. Sin embargo, el yo nunca coincidirá con el sujeto en lo que respecta a la asunción del deseo.^{2*}

Interesa subrayar que más allá de la disparidad entre \$ y yo (*moi*) existe un funcionamiento sincrónico de ambos. El yo insistirá en llevar a cabo sus abrazos narcisistas pero su subordinación a lo simbólico, su anudamiento al Ideal del yo y sus vínculos con el sujeto del inconsciente posibilitarán las salidas del transactivismo, de las fascinaciones, de los amores y odios que le son propios por el hecho de estar amarrado al registro imaginario.³ Dado que este capítulo está destinado a conjugar *con concisión* lo ya dicho sobre el \$ más algunas nuevas aseveraciones sobre el mismo, las páginas que siguen contendrán afirmaciones lacónicas: habrán series de enunciados muy sintéticos, ausencia de desarrollos pormenorizados, propuestas asertóricas, encadenamientos de afirmaciones breves, algunos recordatorios de lo ya expuesto, esqueletos conceptuales desprovistos de sus carnes y remisiones casi constantes a los lugares donde estas mismas cuestiones fueron tratadas anteriormente con mayor extensión. Este intrincado laberinto conceptual será expuesto con el siguiente orden:

- 9.1. Fundamentos de la identificación simbólica: significante y sujeto
- 9.2. La identificación simbólica en los tiempos de la topologización nodal
- 9.3. El sujeto que emerge de las identificaciones simbólicas
- 9.4. Precisiones sobre qué es el \$
- 9.5. Qué no es el \$
- 9.6. Síntesis

9.1. Fundamentos de la identificación simbólica. Significante y sujeto

Significante, sujeto, identificación simbólica; he aquí tres articuladores teóricos estrechamente enlazados al punto de ser indisociables. Y así serán presentados a continuación, recordando previamente que en el capítulo 4, titulado *Procesamiento lingüístico de la TIL* y en el 5. *Importaciones lógicas de la TIL* se señalaron extensamente las inflexiones que Lacan introdujo en los conceptos heredados de Freud, a la luz de las estas disciplinas. Durante sus diez primeros seminarios (1953-1963) elaboró una lógica del significante y del inconsciente cuyos pilares permanecieron incólumes hasta el final de su obra, en que se vinieron a sumar los desarrollos topológicos nodales (1972-1981). Se recuerdan resumidamente los principales elementos de las elaboraciones que guardan estricta relación con el ternario enunciado en el título de este apartado.

- La identificación simbólica funda al $\$$ y es producto del potencial identificante del significante.
- El $\$$ es efecto de la identificación simbólica por el significante y está determinado simbólicamente por él. La posición del $\$$ se deduce a partir de los significantes, que son soportes de la diferencia.
- “Un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante”. En cambio, un signo “es lo que representa algo para alguien” -definición de Peirce que Lacan hizo suya-.
- Una vez constituido el $\$$, éste será siempre representado por un significante.
- El significante operando en el terreno de la identificación adquirió el nombre de rasgo unario.
- Que el *esebarrado* sea efecto de la identificación por el rasgo unario proveniente del Otro, implica la anterioridad lógica del significante y del Otro respecto del sujeto. El Otro -con sus significantes- es el elemento activo en esta modalidad de identificación.
- La identificación simbólica tiene como punto de partida al inconsciente parental: los padres son habitualmente los objetos que encarnan de manera primordial al Otro.
- El rasgo unario funda la estructura del sujeto y participa, por lo tanto, de su formalización lógica. Este aspecto formal sitúa a la identificación por el significante en el registro simbólico. Por ser una identificación al rasgo, es necesariamente parcial.
- La identificación simbólica introduce marcas diferenciales; por eso no es reproducción de lo mismo. El rasgo unario transporta la semejanza y la diferencia. En tanto dicho trazo proviene del Otro barrado, al identificar, da pie a un sujeto también dividido.
- Este $\$$ es una entidad lógico-matemática, topológica, no ontológica. Se trata de un sujeto desustancializado.
- La identificación simbólica debe ser incluida en la lógica de la temporalidad psicoanalítica -resignificación retroactiva-: el $\$$ no es estático; va siendo en un devenir permanente que, a su vez, resignifica al pasado. Su actualidad es producto de retroacciones sucesivas que reorganizan constantemente las inscripciones identificatorias que le constituyeron: el pasado se redefine desde el presente. El $\$$ no es una yuxtaposición ni una simple aglomeración de rasgos unarios.

El $S 9$ constituyó un hito especialmente importante en la elaboración teórica relacionada con las identificaciones simbólicas.⁴ Allí se inició el procesamiento lógico y topológico⁵ de las I_1 , I_2 e I_3 , sobre un terreno psicoanalítico roturado previamente con las importaciones lingüísticas que se acaban de recordar.⁶ La identificación primaria $-I_1-$ quedó articulada a la privación, operación lógica de inscripción de los primeros significantes. Los dos sectores superiores del cuadrante de Peirce fueron utilizados para ilustrar esta inscripción: colonización del significante que, proviniendo del Otro, se instala en el organismo viviente (candidato a sujeto), para dar comienzo a la subjetivación.⁷

La identificación secundaria $-I_2-$ quedó articulada con la frustración y la demanda. Fue procesada topológicamente mediante el entrelazamiento de dos toros, representativos del sujeto y el Otro. Ha sido caracterizada como una identificación por el rasgo unario implantado por el Otro. A partir del $S 9$ el rasgo unario quedó elevado al rango de concepto; y se convirtió -junto con la noción de

marca simbólica- en un componente clave de la TIL: ambas categorías aludían a la implantación de elementos distintivos en el candidato a sujeto y le dotaban de identidad y diferencia.⁸

La histórica $-I_3-$ fue articulada a la castración y al deseo: identificación al deseo del deseo del Otro. Trabajó esta modalidad mediante dos superficies topológicas: el ocho interior y el *cross-cap*, poniendo de relieve la relación de la misma con el objeto *a*, según se vio en III, 6.6.2.3.

Un salto importante en la construcción de la TIL aconteció cuando estas tres modalidades $-I_1, I_2$ e I_3- fueron relacionadas con el Otro, elevado a la función identificante. Esto permitió agrupar al trío en una nueva y única categoría: la identificación simbólica.

Que el Otro *-la alteridad-* ejerciera un rol identificante supuso la introducción de una diferencia teórica significativa respecto de Freud, que había considerado a las pulsiones del niño como punto de partida de la identificación.

Para Lacan los objetos primordiales que encarnan al Otro son los elementos activos de la identificación. El objeto, en posición de Otro, es el que implanta los rasgos unarios (marcas diferenciales). La identificación se dirige desde el Otro al futuro sujeto, para estructurarlo. Las ideas fundamentales que conformaron la TIL a comienzos de la década de los años setenta pueden esbozarse así:

- Presencia de la identificación imaginaria que fue descrita en uno de sus primeros textos y, tras sucesivas modificaciones, siguió ocupando un lugar importante en la doctrina lacaniana.
- Creación de una categoría novedosa que reagrupaba a I_1, I_2 e I_3 : la identificación simbólica, al rasgo unario del Otro. Este giro, cuya importancia acaba de ser señalada, persistió con algunos pocos agregados hasta el final de su obra.
- Enlace íntimo de la identificación simbólica con el significante.
- Los que identifican son el Otro y el otro; por lo tanto, despersonalización de los objetos de la identificación.
- Articulación precisa de $I_1, I_2,$ e I_3 con los tres registros *-R.S.I.-* y con las tres formas de la falta: privación, frustración, castración, convertidas también en nombres de otros tantos tiempos lógicos con que Lacan concibió la constitución del sujeto.⁹
- La identificación quedó desconectada de la dimensión pulsional: el significante (y no la pulsión) fue considerado el elemento clave en la transmisión identificatoria simbólica.
- Por medio del significante Lacan resolvió de manera original la paradoja implícita en toda identificación simbólica: la transmisión simultánea de la semejanza y la diferencia.

9.2. La identificación simbólica en los tiempos de la topologización nodal

Esta identificación adquirió su configuración definitiva con los nudos borromeos. Las tesis de la topología nodal y las derivadas de la lógica modal dieron los últimos retoques a la misma.¹⁰

El nuevo impulso formalizante que caracterizó al último periodo de su enseñanza *-los cuatro discursos, las fórmulas de la sexuación, la topología nodal, la lógica modal y las elaboraciones en torno a lo real-* repercutieron sobre la forma de concebir la identificación simbólica y las tres modalidades identificatorias sobre las que insistentemente solía volver. En la clase del 18 de marzo de 1975 del S 22, tras unas amplias consideraciones sobre lo real y después de presentar nuevas formas de articulación de los tres registros mediante los nudos borromeos, estableció las siguientes correspondencias:

- $I_1 \rightarrow$ identificación con lo real del Otro real
- $I_2 \rightarrow$ identificación con lo simbólico del Otro real
- $I_3 \rightarrow$ identificación con lo imaginario del Otro real

De la misma época datan las reversiones del toro, otra forma de escribir la identificación. En III, 6.6. se expuso con detalle las innovaciones de la TIL en la década de los años setenta; se hizo especial referencia las diferentes formas de “dar vuelta” al toro (las reversiones) y sus correspondencias con $I_1, I_2,$ e I_3 .

9.3. El sujeto que emerge de las identificaciones simbólicas

El término sujeto ha tenido un extenso uso en el campo de la filosofía, lógica, gnoseología, psicología, gramática, etc. Ya era utilizado en la antigua Grecia formando un par con la noción de objeto. Cabe recordar que a partir de Descartes (1596-1650) se desprendió el uso moderno de dicho vocablo en filosofía. Hegel, Kant, Kierkegaard, Husserl y Heidegger, entre otros, hicieron posteriormente sus aportes al tema. Pese a los múltiples significados que fue adquiriendo dentro de esta disciplina -con las consiguientes confusiones que se crearon- el sujeto era entendido a grandes rasgos como el ser humano, en tanto fundamento de las capacidades de pensar, de conocer y de actuar. Fue considerado como el núcleo de la subjetividad, tanto en lo universal como en lo singular. Paso a paso, y no sin esfuerzo, se distinguieron las acepciones lógicas, gnoseológicas y ontológicas del concepto. Kant, por ejemplo, aportó su distinción entre el sujeto psicológico y trascendental. Pero siempre se trataba de un sujeto pensado desde la conciencia, sea ésta empírica, trascendental, fenoménica o existencial.¹¹

A través de estas breves pinceladas históricas puede percibirse el porqué de la polisemia del vocablo sujeto. Sus raíces en las disciplinas aludidas y los usos habituales -con significados diversos- dieron pie a muchos equívocos. A esto hay que sumarle el empleo nocional e intuitivo de este término en el lenguaje corriente. Freud criticó este obstáculo concienzialista de la filosofía pero no elaboró explícitamente una teoría del sujeto, aunque sentó las bases de la misma.¹²

Fue Lacan quien a partir de los años cincuenta, se abocó a su construcción otorgándole un estricto cuño psicoanalítico; es decir, basándolo en lo inconsciente. Tuvo muy presente los diversos antecedentes de esta noción, pero realizó sobre ellos un trabajo de transformación para hacerla operativa en el marco de su teoría. Se produjo entonces un desplazamiento significativo de las nociones corrientes de sujeto hacia la nueva categoría: sujeto del inconsciente.

Se impone, por lo tanto, reseñar los sentidos que fue adquiriendo dicho concepto en la producción de Lacan. Las singularidades del mismo determinan que sea uno de los articuladores que más dificultades presenta cuando se pretende asir las significaciones psicoanalíticas precisas que él quiso darle, distintas, por supuesto, a las que tienen en otras disciplinas.

Sin embargo, es dable preguntar por qué Lacan, que fue tan prolífico en la creación de neologismos y tan dado a usufructuar los juegos significantes de *lalengua*, no inventó un término específico, para referirse a un sujeto tan peculiar como el suyo. Esa nueva palabra tal vez hubiera ayudado a reducir las interferencias de lo imaginario en la captación de los significados que el vocablo sujeto adquirió dentro de su teoría. Pero también es justo subrayar su esfuerzo e insistencia en delimitar, desde muchas vertientes, la especificidad de este sujeto del inconsciente, tarea que llevó a cabo en casi todos sus seminarios. La creación del matema \$ debe ser incluida dentro de esta línea de elucidación del concepto y de diferenciación respecto de los usos del término sujeto en otros contextos.

Para despejar posibles confusiones y evitar los efectos nocivos de la comentada polisemia, a partir de ahora se utilizará, siempre que sea pertinente, el matema \$ en lugar del vocablo sujeto, en cada ocasión en que se haga referencia a la entidad forjada por Lacan. En capítulos anteriores se propuso que tal escritura sea leída “*elosebarrado*” –significante inexistente en la lengua castellana–. Será una forma más de hacer patente el carácter estrictamente lacaniano con que se lo ha empleado en esta tesis.

La tarea de determinar las significaciones del *esebarrado* se realizará en dos movimientos, cuyas naturalezas quedan bien reflejadas en los títulos otorgados al par de apartados siguientes; en 9.4. *Precisiones sobre qué es el \$* se explicitará, por la afirmativa, la definición y las funciones del mismo mediante enunciados breves que aludirán a sus diferentes facetas; en 9.5. *Qué no es el \$* se aclarará, por la negativa aunque empleando la misma concisión, aquello con lo que es necesario no confundirlo. En todo caso, se podrá percibir la extraordinaria imbricación de las ideas que se expondrán dentro de uno y otro marco.

Por último, una conjunción de ambos enfoques ocupará las últimas páginas del apartado 9.6., en el que se incluirá una apretada síntesis de todo el capítulo noveno.

9.4. Precisiones sobre qué es el \$

Gran parte de las ideas relacionadas con la primera tópica freudiana quedaron condensadas en el matema \$. Lacan otorgó un sujeto al inconsciente freudiano. Este \$, efecto de la identificación por el significante, heredó el carácter de concepto fundamental que el inconsciente tuvo en la teoría freudiana. A continuación se precisarán las variadas características y funciones del \$ mediante la serie siguiente de puntualizaciones.

9.4.1. *Elesebarrado* es lo representado por un significante para otro significante

Esta frase es la definición precisa del sujeto, tal como fue entendido en la teoría lacaniana. Su enunciado explicita la radical dependencia del \$ respecto del significante. Éste determina a aquel. Al \$ se le localiza entre dos significantes (S_1 - S_2). Esta definición contiene implícitamente la del significante; basta invertir algunos términos para afirmar que el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante.^{13*}

9.4.2. *Elesebarrado* se aprehende entre dos significantes

Esta frase, además de reiterar de otro modo lo enunciado en punto anterior, añade algo más: hace falta como mínimo una secuencia de dos significantes para que pueda haber un efecto sujeto. Ningún significante aislado puede representar al sujeto. El significante no pretende dar cuenta de todo lo humano sino de una parcela restringida de ello: aquella -llamémosle campo del \$- donde los significantes son determinantes fundamentales. Este sujeto se mueve, oscila, fluctúa; va variando su posición entre significante y significante. Aparece fugazmente, sorprendiendo.

En el humano no todo es significante, pero allí donde el significante reina lo hace con plenos poderes; su imperio abarca todas las manifestaciones del \$. Las relaciones entre los significantes determinarán la posición del sujeto. *Elesebarrado* así concebido es el sujeto propio del psicoanálisis lacaniano.

9.4.3. *Elesebarrado* es el sujeto del inconsciente

Fue una de las maneras, quizá la más utilizada, con la que Lacan se refirió a la escisión del aparato psíquico postulada por Freud en su primera tópica. Formuló una teoría del \$ articulada a la función de la palabra e inmersa -por lo tanto- en el campo del lenguaje.

“El inconsciente es la suma de los efectos de la palabra en un sujeto, a ese nivel en que el sujeto se constituye con los efectos del significante”. (*S II*, clase del 15 de marzo de 1964).

En el transcurso de estas elaboraciones recuperó un significado muy patente en el alemán de Freud: el vocablo *das Unbewusste* -vertido a las lenguas latinas como *inconsciente*- podría ser traducido de una manera literal como *lo no sabido*. La transcripción que se impuso hizo perder esa orla semántica que tiene en la lengua germana, que remarca la relación estrecha del inconsciente con el saber. Este aspecto fue recuperado por Lacan -tal como se verá *infra* en la puntualización 9.4.2.2 de esta serie- al atribuir un saber al inconsciente.

9.4.4. *Elesebarrado* es efecto del lenguaje: el sujeto sujetado a la palabra

Este enunciado reafirma, desde otra vertiente, las tres puntualizaciones precedentes: el inconsciente -y el sujeto que le es propio- está estructurado como un lenguaje. El neologismo *parlêtre*, traducido al castellano como “hablanteser” o “hablente” condensa el conjunto de estas ideas y viene a subrayar un rasgo fundamental del humano: su alienación al lenguaje. Siendo un efecto del lenguaje, no es sin embargo un componente del mismo; el \$ *ex-siste* (está

por fuera) al lenguaje y queda asido a él: *sujeto sujetado al lenguaje*. Asimismo, la fórmula *sujeto de la palabra* está en total consonancia con lo recién dicho y con aquella otra sentencia que afirma: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”. El inconsciente anuda el sujeto al lenguaje. El *esebarrado* está hecho de palabras (hablanteser); el \$ no es un usuario del lenguaje, es un efecto del mismo. Para registrar sus presencias fugaces, es imprescindible que haya una escucha analítica. Por esto mismo es relacional -transferencial, para mayor exactitud-. No es ni individual ni colectivo; en todo caso, sería una estructura transindividual, ligada a la transferencia.

9.4.5. *Elesebarrado* está determinado simbólicamente

Ser efecto del lenguaje, ser lo que un significante representa para otro significante y ser sujeto de la palabra hace a la determinación simbólica del \$. El lenguaje es la instancia simbólica por excelencia; sin embargo, cabe tener presente que para Lacan se trata de un orden simbólico incompleto.

9.4.6. *Elesebarrado* es efecto de la repetición

Cada \$ se constituye por (o con) una batería virtual de significantes inconscientes. Éstos tenderán a expresarse -a repetirse- en la secuencia de significantes que conforma la asociación libre. Aparecen y reaparecen en las diversas formaciones del inconsciente. *Elesebarrado* repite; y lo hace porque no tiene otra posibilidad que ir repitiendo los significantes que le son propios. Cada vez que un significante se reitera -siempre con diferencias; nunca igual a sí mismo- se produce un efecto de sujeto. La repetición da pistas sobre la batería de significantes del \$.

9.4.7. *Elesebarrado* es sujeto del deseo

Este sintagma expresa de manera condensada el conjunto de elaboraciones lacanianas que giraron en torno al concepto de *deseo inconsciente*, propuesto por Freud en *La interpretación de los sueños* (1900) y reiterado en múltiples ocasiones a lo largo de su obra. Lacan profundizó una idea esbozada en el texto recién citado: si el deseo supone la recatexis de la huella mnémica desiderativa, cabe deducir que el movimiento deseante no se dirige a la búsqueda y captura de un objeto de la realidad, sino a recargar una imagen: aquella que corresponde a la satisfacción de la necesidad (vivencia de satisfacción). El deseo en la teoría freudiana se vincula más con una operación sobre una huella que con una acción dirigida a capturar un objeto determinado. Tales precisiones que Lacan hizo en su lectura del texto freudiano permiten subrayar que el deseo no relaciona al ser con un objeto; es más bien la relación de un ser a una falta. Y esa falta -otra de las maneras con que se refirió a la castración- encontró su mejor figuración en el marco de la *topologería* mediante el vacío central del toro y de la botella de Klein. El deseo para Lacan no es deseo de un objeto, sino deseo de esa falta que, en el Otro, designa otro deseo. Se volverá sobre esta cuestión más adelante, en 9.4.10.

En el contexto *lingüístico* precisó que algo del deseo del sujeto se muestra en la sucesión de las demandas. Éstas, al pasar necesariamente por los desfiladeros del significante -recuérdese que se trata de un hablanteser- deja caer un resto: el objeto *a*, causa del deseo, objeto que escapa a toda articulación significativa.

Además precisó que el *infans* estructura su deseo en base al deseo del Otro. El deseo adviene, más allá de la demanda, como falta de un objeto. Es por la intermediación de ese objeto ausente, faltante, que el *infans* se constituye como sujeto deseante. Ratifica esa pérdida y la sustituye con la formación de un fantasma que no es otra cosa que la representación imaginaria de este objeto supuestamente perdido. El objeto pequeño *a* queda instaurado como causa del deseo y como soporte del fantasma; crea objetos deseables allí donde sólo existen

objetos mundanos: cualquier objeto banal puede ser elevado a la categoría de objeto de deseo si *a* lo determina.

Deseo y \$ son, asimismo, efectos de la palabra; se manifestarán en la secuencia de significantes de la asociación libre.

9.4.8. *Elesebarrado* es efecto de la identificación por el significante

Con esta sentencia Lacan afirmó explícitamente que el \$ es engendrado por la acción del significante; por consiguiente, éste y el Otro (\mathbb{A}) -en tanto fuente de los rasgos unarios estructurantes- tienen anterioridad lógica respecto del *esebarrado*. La aparición del \$ es impensable sin la introducción primera de un significante, que ejerce funciones identificantes. El significante (rasgo unario) que identifica crea un sujeto dividido; lo engendrado por la identificación no es un producto de una sola pieza. Si el \$ es “hijo” del significante -del discurso-, su engendramiento poco y nada tiene que ver con factores de índole biológica.

Al considerarlo efecto de la identificación por el significante, Lacan postuló unos fundamentos para el \$ muy diferentes a los que propuso, durante siglos, la filosofía (especialmente, la metafísica), la biología y la psicología. Recreó, pues, un sujeto cuyo linaje se inició en la teoría freudiana. Tras múltiples elaboraciones sentó las bases de un nuevo sujeto, sujetado al lenguaje, fundado en el hecho de que el humano es primordialmente un hablanteser. El *esebarrado* lejos de ser autónomo, está alienado a la cadena significativa y al \mathbb{A} . Como se ha dicho anteriormente, está sujetado a la palabra”^{14*}

9.4.9. *Elesebarrado* es sujeto dividido

El matema \$ muestra en su misma escritura la división del sujeto y alude nuevamente a la íntima relación del *esebarrado* con el inconsciente. La barra que atraviesa y divide a la *S* representa la escisión subjetiva producida por la represión. Condensa, asimismo, los efectos de este mecanismo: surgimiento de la escisión entre Inc. / Prec.-Cc., que da pie a las diversas formas de retorno de lo reprimido.

Una vez instaurada esta división psíquica, recordar y olvidar dependerá del funcionamiento de la represión: habrá recuerdo cuando se produzcan levantamientos de la misma y olvidos cuando ella sea exitosa.

La memoria –sus fallos y sus recuerdos encubridores– quedaron subordinados a la división del sujeto por efecto de la represión. Con frecuencia se refieren estas características del \$ con el sintagma *sujeto de la memoria*.

9.4.10. *Elesebarrado* está marcado por la falta (castración)

Hay una falta constitutiva del sujeto que es irreductible. La barra sobre la *S* señala, también, esta incompletud estructural. Lacan, con el concepto de falta, introdujo inflexiones importantes en la noción freudiana de castración.

El \$ funciona en calidad de tal si ha sufrido los efectos del pasaje por la castración simbólica; justamente por eso es un sujeto *barrado*, descompletado, sujeto de la falta. Asimismo, el Otro quedó marcado por la misma barra: \mathbb{A} ; el Otro está también castrado. En el marco de la *topologería* esta falta estructural del \$ fue relacionada con el vacío central del toro y de la botella de Klein.

9.4.11. *Elesebarrado* está relacionado con el goce

En las últimas etapas de su enseñanza, centrada en los nudos borromeos y lo Real, Lacan dedicó especial atención al concepto de goce, señalándolo como característica del hablanteser. En varios capítulos anteriores de esta tercera parte, dedicada a la TIL, se aludió a este aspecto.

9.4.12. *Elesebarrado* no tiene sustancia

No hay nada en él que sea del orden de lo material, de lo tangible, de la *ousía*.^{15*} No es una cosa, ni un objeto ni un ser. Es incorpóreo; no tiene la consistencia de un objeto real. Existe fugazmente en sus efectos.

9.4.13. *Elesebarrado* es ajeno a la ontología

Por las razones expuestas en el punto anterior, tanto el inconsciente como *elesebarrado* a él adscrito está desontologizado. Al no ser una cosa ni un objeto ni un ser, nada tiene que ver con la ontología. Posee una existencia similar a la de un objeto matemático; por ejemplo: un número o una ecuación. El estatuto del \$ es preontológico; no es del orden del ser ni del no ser; pertenece a la categoría de lo aún no realizado o lo que está en estado de realización.

9.4.14. *Elesebarrado* está relacionado con el sujeto de la enunciación

En su continua reformulación de las categorías metapsicológicas freudianas a la luz de la teoría del significante, Lacan propuso un par de opuestos muy significativo: sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación, correlativos de la división entre conciencia e inconsciente, respectivamente. Su esfuerzo estuvo nuevamente encaminado a diferenciar distintos tipos de discursos -recuérdese la clásica distinción que ya había establecido entre palabra plena y palabra vacía o la posterior, entre discurso que revela al sujeto del inconsciente y el discurso corriente-. El sujeto de la enunciación es otra manera *lingüística* de aludir al inconsciente y de poner en evidencia la relación que el sujeto parlante mantiene con su deseo. En los enunciados -nivel meramente informativo del discurso- puede irrumpir lo inconsciente; en ese caso se afirma que el sujeto de la enunciación hizo acto de presencia. Sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación- es un par distintivo que opera en el plano del discurso y en el uso concreto de *lalengua*. El sujeto de la enunciación, al igual que el \$, está alienado por el significante y es reenviado continuamente a otro significante. Revela al deseo inconsciente, y pone de manifiesto al *esebarrado*. El sujeto del enunciado, en cambio, se relaciona con la conciencia; es lo que el sujeto pretende decir o enunciar: discurso corriente. Lacan conectó el sujeto de la enunciación con la partícula *ne*, utilizada para componer una forma peculiar de negación en la lengua francesa, distinta de la habitual, que combina regularmente el *ne-pas*. El discordancial *ne*, dijo, puede ser visto como una estela, como una especie de huella o trazo del paso fugaz del \$; permite diferenciar también el sujeto de la enunciación del sujeto del enunciado.¹⁶ La partícula *ne* -su brevedad, su capacidad de referir discordancias o contradicciones- es idóneo para indicar la breve -destellante- aparición del \$: la presencia disruptiva del sujeto de la enunciación en el enunciado: se acaba diciendo algo distinto de lo que se pretendía decir. Se insistirá sobre la fugacidad de las diversas formas de presentación del *esebarrado* en la puntualización siguiente.

9.4.15. *Elesebarrado* es evanescente

Su presencia es siempre efímera; aparece para desaparecer y reaparecer nuevamente. Estos "relámpagos" se manifiestan en los lapsus, chistes, sueños, etc. Después de esos instantes precisos en que hace acto de presencia, deja de estar. Aparece de manera fulgurante y se ausenta inmediatamente. Le es inadecuado el participio verbal *siendo*; su existencia no es un presente continuo: es un sujeto que *advendrá*, que está *por-venir*, que irrumpirá para eclipsarse, luego. Después, *habrá sido*. Se requerirá estar atento a sus irrupciones momentáneas. En el vaivén presencia-eclipse, el \$ pone de manifiesto a la vez su potencialidad productiva de efectos -las formaciones del inconsciente (S₁)- y su capacidad para conservar latente la batería significante (S₂) que lo conforma.

9.4.16. *Elesebarrado* es una entidad lógica

Lacan afirmó insistentemente sobre ese carácter del $\$$. Como botón de muestra sirva esta cita, extractada del nº 38 de la revista *Ornicar*:

“Para construir al sujeto como conviene, a partir del inconsciente, es de la lógica que se trata.”

9.4.17. *Elesebarrado* es topológico, tiene carácter möebiano

Presenta una continuidad entre el interior y el exterior. Esto llevó a otorgarle una espacialidad distinta de las clásicas, en las que predomina la división tajante entre el adentro y el afuera. La relación entre el discurso consciente e inconsciente fue concebida por Lacan sobre el modelo del vínculo que existe entre el anverso y reverso de la banda de Möbius. La superficie topológica conocida con el nombre de botella de Klein muestra, asimismo, esta continuidad entre el interior y el exterior. Lacan la utilizó también para teorizar las relaciones entre un significante $-S_1-$ que se manifiesta en el discurso y el resto de la batería de significantes $-S_2-$ que permanece inconsciente.¹⁷

9.4.18. *Elesebarrado* es carente de ser

No hay ser del $\$$; existen sólo significantes de los que uno, en cada momento preciso, asume la representación del sujeto. *Elesebarrado*, siendo efecto del lenguaje (ver *supra*, 9.4.4.), *existe* (está por fuera) a él. Será un significante determinado el que asumirá la representación, pero, en ese movimiento, el sujeto queda eclipsado -desaparece- por el mismo significante que lo representa.

9.4.19. *Elesebarrado* está articulado al objeto a en el fantasma

Tal relación ha quedado plasmada en el matema $\$ \langle \rangle a$ y, topológicamente, en el *cross-cap*. La notación $\$ \langle \rangle a$ indica taxativamente que el fantasma tiene un carácter relacional: siempre hay un objeto articulado al sujeto. El objeto a , en tanto objeto perdido, crea un lugar vacío que será ocupado por sucedáneos que intentarán imaginariamente y sin éxito, restañar la pérdida. Lacan insistió en que el fantasma responde a una lógica: la relación del $\$$ con el significante se concatena necesariamente con la articulación del deseo en el fantasma. La dinámica del deseo implica una síncope temporal determinada por la función del objeto a . La lógica del fantasma es reafirmada de manera triple: por el carácter lógico del $\$$, del $\langle \rangle$ (el *losange* es un signo lógico complejo que puede leerse como conjunción-disyunción) y del objeto a , definido como ludión lógico.^{18*}

9.4.20. *Elesebarrado* se capta en la experiencia analítica

Es bajo transferencia que el $\$$ hace sus apariciones fugaces. No hay, pues, advenimiento del *esebarrado* sin la presencia del analista que, previamente, postuló la hipótesis de su existencia y elevó al mismo como objeto central de una práctica, la analítica. Sin la escucha analítica, sin la mediación de la transferencia, no hay $\$$.^{19*} Asociar libremente permite al analizante manifestar los componentes de su batería de significantes inconscientes. De uno en uno, a la manera de palpitaciones, irrumpe en la sesión algún significante que pone en evidencia al deseo inconsciente.

9.4.21. *Elesebarrado* está relacionado con el sujeto de la ciencia

El surgimiento de la ciencia moderna se inició con Descartes y se caracterizó por un doble movimiento:

- Por la exclusión de las cuestiones teológicas que tanto hipotecaron a la ciencia en la antigüedad y en el Medioevo.
- Por la inclusión de los referentes matemáticos. Según los nuevos paradigmas de la científicidad, lo real es calculable, necesita ser aprehendido por las matemáticas. Para Lacan, el sujeto sobre el cual se opera en psicoanálisis es el sujeto de la ciencia. *En S 11*, clase del 5 de febrero de 1964, lo formuló así:

“Me atrevo enunciar como una verdad que el campo freudiano no era posible más que cierto tiempo después de la emergencia del sujeto cartesiano, en cuanto que la ciencia moderna no empieza más que después de que Descartes haya dado su paso inaugural.”^{20*}

9.4.22. *Elesebarrado* es un saber inconsciente

Tras recuperar la orla semántica explícitamente presente en el vocablo alemán *Unbewusste*, Lacan formuló una paradoja: en el inconsciente hay un saber, pero se trata de un saber que no se sabe: el saber del inconsciente. Los elementos constitutivos de la batería virtual de significantes propia de cada \$ -letras, fonemas y palabras reducidas a su puro valor significante- irrumpen de tanto en tanto en la conciencia transportando un saber que le es inherente y que el yo no acepta con gusto. Es un saber heterogéneo a la conciencia, que se manifiesta bajo la forma de tropiezos o fracturas del discurso corriente. Lacan otorgó estatuto de saber a aquello que los significantes producen desde *la otra escena* y llamó “pasión por la ignorancia” al rechazo que el yo y el narcisismo oponen a dicho saber inconsciente.

9.4.23. *Elesebarrado* fue conectado por Lacan con la teoría de los juegos^{21*}

En muchos de sus *Escritos* y seminarios (*OIDL*, *DC*, *LCF*, *CPTP*, *SS*, *S 2*, *S 11*, por ejemplo) hizo referencias a las formalizaciones forjadas por esta teoría e importó algunas de ellas para profundizar en los aspectos relacionados con el determinismo inconsciente y los factores ligados al azar que pueden intervenir en la vida del humano.

La noción de estrategia -y los cálculos que le son inherentes- sirvieron para el acercamiento entre el sujeto de la teoría de los juegos y *elesebarrado*. En estas aproximaciones quedaron siempre salvadas las diferencias: el sujeto mentado por la teoría de los juegos es autocentrado, consciente, racional y responsable de sus decisiones. En esos aspectos, las distancias con el \$ son enormes; se acortan, en cambio, cuando se postula que este último toma decisiones o produce efectos en base a cálculos inconscientemente encadenados. *Elesebarrado* va redefiniendo de manera constante su posición frente al Otro; en esto guarda cierta analogía con el sujeto convencional que participa de un juego, que piensa sus próximos movimientos suputando los de su contrincante.

Asimismo, el \$ adopta estrategias en su relación con el Otro; calcula su posición frente al Otro al tiempo de estar determinado por los efectos significantes; además, tiene en cuenta los nuevos posicionamientos de ese Otro.

En la primera época de la producción de Lacan, la teoría de los juegos estuvo especialmente presente en sus consideraciones sobre los tiempos lógicos (*TLAC*), también en su manera de considerar el automatismo repetitivo (Seminario sobre *La carta robada*) y en la elaboración de la noción de *dialéctica intersubjetiva* (*S 2*), abandonada más tarde.

La teoría de los juegos ofrecía un modelo atractivo para tratar algunas cuestiones por las que el psicoanalista francés ya se había interesado. En efecto, ellos habían formalizado una modalidad particular de la acción humana: la realizada en un contexto intersubjetivo que exige pensar la estrategia del otro. Y todo eso, en el seno de una organización temporal ritmada por la participación sucesiva de cada jugador. Como puede apreciarse, las analogías -y las diferencias- con la situación analítica son importantes.

Si se aplica el esquema L^{22} a la situación de un juego podría pensarse que el eje a-a' representa la relación imaginaria entre los jugadores (con el correlato de las identificaciones recíprocas -también imaginarias- que toda actividad lúdica de este tipo conlleva). El eje simbólico SA podría vincularse al aspecto de cálculo y combinación -desde los más simples hasta los más sofisticados- presentes en casi todos los juegos que no son de puro azar. "Ponerse en el lugar del adversario", pensar lo que el otro pueda hacer en su turno y actuar no sólo en base a las posibilidades propias sino teniendo también en cuenta las bazas del contrincante, forman el núcleo de cualquier actividad lúdica de este tipo y son la fuente de una parte importante del placer allí engendrado.

La introducción del Otro en momentos más avanzados de su enseñanza -con el abandono subsiguiente de la noción de intersubjetividad- y la elaboración psicoanalítica de la antigua noción filosófica de verdad permitió construir otros puentes con la teoría de los juegos. Esta última había emprendido por esa misma época la difícil tarea de formalizar los engaños, los dobles engaños, las trampas, los *bluffs* y las alianzas (ciertas y/o falsas), etc., que suelen formar parte de las estrategias de los jugadores. Estos fenómenos rozan la problemática de la verdad en psicoanálisis, aspecto éste que fue abordado en III, 5.7. *Verdad lógica y realidad. La verdad en psicoanálisis* y será encarado brevemente en la puntualización siguiente (9.4.24).

También pueden correlacionarse con la problemática de la palabra engañadora, la palabra vacía, la palabra plena y la cuestión de la buena (y mala) fe en el análisis. Respecto de los vínculos entre determinismo y azar, Lacan consideraba que lo inconsciente genera "elecciones forzadas" en el sujeto; desde ese punto de vista, la repetición significativa le gana espacios al azar y le impone límites.^{23*} Pero también pensaba que el azar -mejor dicho: las leyes del azar- podía(n) actuar como causa; sería lo accidental, lo imprevisible, lo contingente, lo inesperado. Apuntó como novedoso que lo real estaba implicado en ese tipo de fenómenos.²⁴ En otro escrito -DC, p. 221- utilizó al *bridge* como modelo de la relación analítica, aunque simultáneamente señaló los límites de esa metáfora.²⁵ Allí consideró que el analista tiene su estrategia, su táctica y que ocupa lo que en el *bridge* se llama el lugar del muerto.

9.4.24. *Elesebarrado* se manifiesta en el campo de la verdad

El hecho de ser sujeto dividido hace que la verdad sólo pueda decirse a medias. Tratándose del inconsciente siempre quedará un remanente no sabido, una parte de la verdad que es imposible poner en palabras. Lacan pensaba en un orden simbólico incompleto y consideraba que el correlato del sujeto dividido es un Otro que también está barrado (\bar{A}). La conjunción de estos factores determinan, a su parecer, que no haya verdad de la verdad.^{26*}

La palabra es la que introduce la verdad en lo real. Esto da todo su alcance a las verdades subjetivas que producen en el marco de la clínica psicoanalítica. La palabra es la que garantiza la verdad, a diferencia de la llamada "exactitud" de la ciencia, que se afianza como rigurosa por su adecuación a lo real.

9.4.25. *Elesebarrado* es transubjetivo y generador de transferencias

El $\$$ entra en conexión con otros sujetos del inconsciente sin mediación de la conciencia. Además, *elesebarrado* es punto de partida de transferencias; envuelve a los otros, independientemente de su voluntad, en relaciones transferenciales y es enredado en las transferencias generadas por otros sujetos.

9.5. Qué no es el $\$$

A continuación se iniciará el segundo de los movimientos anticipados: aquél que por la negativa señalará otras especificidades del *esebarrado*. Se complementará, así, la larga serie de puntualizaciones realizadas en el apartado anterior.

9.5.1. *Elesebarrado* no es el sujeto de la filosofía

Si bien algunos articuladores psicoanalíticos que Lacan forjó contaban con antecedentes filosóficos que le sirvieron de inspiración, esto no fue obstáculo para que criticara el desconocimiento de la división del sujeto de la que esta disciplina hizo gala. Para referir sólo a dos de los filósofos más preclaros, se dirá que el \$ no coincide con el sujeto cartesiano ni con el sujeto trascendental kantiano.

Descartes, por ejemplo, estableció una equivalencia estricta entre sujeto, pensamiento y ser que está en la antípoda de como Lacan concibió a *su* \$. En *S II*, clase del 15 de abril de 1964, afirmó:

“El inconsciente es la suma de los efectos de la palabra en un sujeto, a ese nivel en que el sujeto se constituye con los efectos del significante. Esto señala que con el término sujeto no designamos el sustrato viviente que es preciso al fenómeno subjetivo, ni ninguna clase de sustancia, ni ningún ser del conocimiento en su pathía, secundaria o primitiva, ni siquiera el logos que se encarnaría en algún lugar, sino el sujeto cartesiano que aparece en el momento en que la duda se reconoce como certeza, excepto que, por nuestro abordaje, los cimientos de ese sujeto se revelan mucho más amplios, pero a la vez mucho más serviles, en cuanto a la certeza que pierde. Ahí se da lo que es el inconsciente”.^{27*}

El *cogito*, en el cenit de la duda metódica –es decir, cuando aparece la certeza del *pienso, luego existo*– forcluye que el humano es un hablanteser; no tiene en cuenta esa peculiaridad fundamental del \$.

El sujeto cartesiano quedó amarrado al “*serpensar*”; en cambio, el lacaniano fue arrancado de esas ataduras y se le impusieron otras: al lenguaje, por ejemplo. Decir que el \$ es lo que un significante (S₁) representa para otro significante (S₂) implica que las relaciones entre los significantes determinan al *esebarrado*.

La posición del sujeto respecto de otros sujetos es una variable que depende de las relaciones entre significantes.

Dicho en otros términos: *elesebarrado* es ajeno a los fundamentos cartesianos, que pueden ser expresados así: sujeto = pensamiento = ser.

Estas igualdades son paradigmáticamente perceptibles en los momentos en que se elimina toda duda y emerge la certeza del “*pienso, luego existo*”. Lacan, en cambio, puso de relieve el servilismo del hablanteser para con sus cimientos inconscientes y significantes. Lo crucial para el \$ es el significante: su posición queda determinada por éstos.

Las disparidades del *esebarrado* con el sujeto trascendental kantiano o el sujeto en su *pathos*, son también enormes. Mientras que para Kant sujeto y objeto son dados, para el psicoanálisis son contruidos; si según el filósofo, el pensamiento articula representaciones, según Lacan, encadena significantes; si para el pensador de Köenigsberg existen los *a priori* de la intuición (espacio y tiempo), los conceptos *a priori* del entendimiento (las categorías) y las funciones *a priori* de la razón, para el psicoanalista el *a priori* fundamental es *lalengua*; es decir, el orden significante.

9.5.2. *Elesebarrado* no es el sujeto de la psicología

El psicoanálisis no estudia ni establece pautas sobre el funcionamiento correcto del pensamiento, de la sensorpercepción y de los afectos. Tampoco hace referencia a los talentos ni a las discapacidades para la vida diaria; no somete a investigación el cociente intelectual ni valora las apetencias de la persona medidas con el rasero o patrón de la supuesta normalidad. J.-A. Miller (1998) sostuvo de manera tajante^{28*}:

“El sujeto del psicoanálisis está totalmente desligado de la relación del hombre con el mundo. Para que el psicoanálisis sea posible es preciso que haya una separación de la experiencia humana, contrariamente a lo que se piensa.” Y en la página siguiente del mismo texto afirmó: “El sujeto del psicoanálisis [...] no está ligado a la experiencia sensible, ni a la afectividad; es un sujeto que puede ser llamado matemático”.

9.5.3. *Elesebarrado* no es el sujeto de la biología ni la anatomía

Si bien es necesario un sustrato biológico para trans-portal al *esebarrado*, la estructuración y funcionamiento del mismo nada tienen que ver con lo orgánico. Ni las células ni los tejidos ni las vísceras determinan a este \$. La única determinación del mismo es por el significante.

Freud primero –con su concepción acerca del cuerpo erógeno infisionado por libido– y Lacan después –(a)natomía: una biología atravesada por el objeto *a*, por el deseo–, subvirtieron la noción de lo que clásicamente se denominaba cuerpo. Para el psicoanalista francés, el significante y el deseo atraviesan el cuerpo biológico, lo fragmentan y hacen de él un no todo, a diferencia de como se lo concibe “científicamente”. Él llevó a cabo una “*a*-ización” del cuerpo; desde esa perspectiva se lo concibe parcelado: voz, mirada, pezón, excrementos. Quedó reducido a agujeros por los que circula el goce y que sirven para los intercambios con el Otro. Ese cuerpo dejó de ser representable mediante los límites anatómicos convencionales; su atravesamiento por el significante modificó radicalmente aquella biología con la que el recién nacido llegó al mundo.

Estas consideraciones son otras formas de insistir en las disparidades entre el cuerpo anatómico y el cuerpo erógeno, libidinal, significantizado.

9.5.4. *Elesebarrado* no es la persona ni el ser humano ni el individuo

Estos vocablos remiten a entidades asibles, palpables, hechas de materia o sustancias que ocupan un espacio determinado y que tienen en el cuerpo –en tanto masa anatómica observable– su fundamento y referente. Tampoco es el alma. *Elesebarrado* carece de corporalidad, de espiritualidad; no es visible; es inmaterial; sólo se hace patente por medio de sus manifestaciones, que son fenómenos de lenguaje, en plena concordancia con la idea que sostiene que este \$ es “hijo” del discurso del Otro.

9.5.5. *Elesebarrado* no es el sujeto de la información ni de la comunicación

El \$ no tiene por finalidad informar ni comunicarse; se manifiesta bajo transferencia y se lo percibe si hay alguien con capacidad de escucharle. En otros términos: *elesebarrado* carece de esa meta informativa y no pretende decir algo a alguien; simplemente hace acto de presencia –generalmente, de manera disruptiva– provocando traspies, sobresaltos, en el discurso corriente. La conciencia intentará velar estas manifestaciones del *esebarrado*.

La cibernética, la computación y, más ampliamente, las llamadas ciencias de la información son ajenas al \$; ellas transmiten datos sin referencia alguna a la transferencia; como es de suponer, en esos contextos se envían mensajes plenos de sentido: el significante deja de representar algo para otro significante; conllevan, en cambio, significados precisos para sujetos psicológicos centrados en la conciencia.

La teoría de la información y de la comunicación pretende que la transmisión de tales mensajes se hace de manera perfecta: el receptor recibe exactamente aquello que el emisor quiere hacerle llegar. Considera simples errores las inevitables ambigüedades del lenguaje, los lapsus y los habituales malos entendidos. Para Lacan el auditor es quien otorga sentido al mensaje del emisor.

9.5.6. *Elesebarrado* no es idéntico a sí mismo

Esto es así porque el significante que lo engendra tampoco lo es. Esta tesis tiene una implicancia directa en la teoría identificatoria: la identidad surge como efecto de la identificación; es decir por acción del significante (rasgo unario). La lógica de la identificación se sostiene en la falta de identidad significativa del \$ y ésta, a su vez en que para Lacan $a \neq a$. Si la letra *a*, en tanto significante, no es idéntica a sí misma; el \$, efecto del significante, tampoco lo será.

9.5.7. *Elesebarrado* no es descriptible fenomenológicamente

Al no tener la existencia de un ente ni de un objeto, al ser inmaterial e inasible, e irse determinando por la sucesión de significantes, el \$ carece de una forma definida que pueda ser objeto de una descripción fenomenológica. Tal imposibilidad se potencia porque el \$ nunca se presenta en persona; siempre es representado por un significante.

9.5.8. *Elesebarrado* no es pasible de una psicogénesis

No se constituye en etapas evolutivas, siguiendo una programación preestablecida. Su estructuración responde a tiempos lógicos.

9.5.9. *Elesebarrado* no es el yo de la segunda tópica ni el yo del narcisismo

Tampoco tiene que ver con las instancias designadas como yo ideal e Ideal del yo. Lacan diferenció -se lo reitera una vez más- el \$ del yo (*moi*). Si el primero es lógico, topológico y está ligado al registro simbólico, el segundo es imaginario, especular y geométrico.

9.6. Síntesis del capítulo

El capítulo se inició con la reseña de los fundamentos de la identificación simbólica. Se planteó que ella es la fundadora del sujeto y que llevaba a cabo esa función, usufructuando el potencial identificante del rasgo unario, que proviene del Otro. Se sostuvo que estas afirmaciones suponían la anterioridad lógica del significante y del Otro respecto del sujeto. En tanto el rasgo unario transportaba la semejanza y la diferencia, el nuevo \$ se estructurará de manera altamente singular. Lo apuntado en el párrafo anterior condensa tres diferencias fundamentales de la TIL con la TIF y la TIK: Lacan desconectó la identificación del registro pulsional; situó al objeto -Otro y otro- como punto de partida de las mismas y las articuló con su tópica de los tres registros. En la última época de su enseñanza reelaboró su teoría identificatoria a la luz de la topología nodal.

Tras estas primeras puntualizaciones, la segunda parte del capítulo -apartados 9.3. a 9.5.-, se dedicó a precisar las características principales del sujeto lacanianamente concebido, que emergía como efecto de las identificaciones simbólicas. En sendos apartados se estipuló qué es y qué no es *elesebarrado*. En las consideraciones que siguen se harán converger ambas perspectivas.

Elesebarrado es lo que un significante representa para otro significante. Está dividido, barrado y alienado al lenguaje, que lo determina simbólicamente por mediación del significante; por eso, no es idéntico a sí mismo. Es una entidad formal, lógica y topológica. Esta manera de concebirlo supuso una ruptura franca con lo psicológico, con lo biológico y con lo mítico^{29*} que está presente en algunas conceptualizaciones psicoanalíticas -la de Freud incluida- sobre el sujeto. Para Lacan fue evidente que el psiquismo humano no se engendraba a partir de lo orgánico ni puede ser explicado por tales factores; el nuevo \$ surge de lo psíquico de aquellos que rodean al recién nacido, a quien le implantan sus rasgos unarios, para constituirle en tanto \$.

Dicho de otro modo: algunos de los significantes que conforman la batería inconsciente de los objetos primarios se inscriben en un organismo viviente y lo subjetivan. Por esta vía, Lacan abandonó totalmente el terreno de la determinación biológica del \$; subrayó su causación significativa desde el Otro -desde lo inconsciente parental-; recalcó su carácter de función y de entidad lógica. Radicalizó aún más la cuestión cuando acabó despersonalizando la causación del \$: no son personas las que intervienen en su estructuración identificatoria sino sujetos del inconsciente -en plural- que ocupan alternativamente el lugar del Otro e identifican al candidato a \$. El significante en el campo del Otro coloniza al recién nacido humano para hacerle partícipe de una subjetividad que no tiene origen preciso, o cuyo inicio se remonta a los tiempos primigenios de la humanidad y desde allí siempre retorna a la manera de un mito: mito de los orígenes.

El Otro, la alteridad radical, es el gran determinante impersonal del \$. "El inconsciente es el discurso del Otro".³⁰ Algunos pueden encarnar temporal y primordialmente al Otro; habitualmente

la madre suele ser la primera. Es en ella –o mejor aún, en la función materna– donde el candidato a sujeto suele encontrarse con el significante que le habrá de constituir. Dicho con mayor propiedad: el candidato a sujeto, más que con la madre, se encuentra con el significante en la madre. Más lacanianamente todavía, con quien se topa a través de dicha función es con el significante del Otro. En un tiempo lógico posterior, acontecerá la inscripción de la metáfora paterna.

La formalización matemática –planteada como objetivo e ideal en *S 20*, clase del 22 de Octubre de 1973– trajo de la mano al a-historicismo y a los tiempos lógicos: el \$ no es sustancial y es antinómico a la psicogénesis. No se constituye siguiendo etapas cronológicas más o menos preestablecidas según lo postulado por las psicologías evolutivas sino en tiempos lógicos y en función de las relaciones con los que encarnan al Otro. Tampoco es pasible de una descripción fenomenológica, porque nunca se presenta como tal sino de manera representada. No es un observable clínico directo; su presencia se deduce indirectamente a través de las formaciones del inconsciente: lapsus, sueños, chistes, síntomas, que son también formas de manifestación del significante. *Elesebarrado* es ajeno a la ontología; el estatuto del inconsciente es ético y no óntico.^{31*}

Estructurado por los efectos del significante y de la castración simbólica, su presencia fugaz, evanescente, está ligada a la enunciación. Se articula al goce y al deseo. Se deducirá lógicamente a partir de secuencias de significantes (S_1 - S_2). El \$ queda posicionado en función de los significantes y se ordena frente al Otro; calcula sus estrategias, cifra, decide, define lugares. Efecto de la repetición, detendrá relativamente su carrera metonímica para estabilizarse en el fantasma, donde se articula al objeto *a*.

Lacan le atribuyó al *esebarrado* un saber: el del inconsciente. Es un saber que está escrito con letras, pero que se rehúsa al sentido. Sin embargo está abierto a la significación; incluye el aparente no-sentido, que es tributario de otra lógica: la del inconsciente. Se trata de un saber que el yo y la conciencia –sedes de la pasión de la ignorancia– quieren desconocer. Sin embargo, este saber es la causa material del síntoma y de las otras formaciones del inconsciente. Es un saber que determina a la conciencia.

Elesebarrado no es el yo ni los sujetos de la filosofía, de la comunicación y de la información. Está articulado de manera paradójica al sujeto de la ciencia y se manifiesta en el campo de la verdad. Interesa remarcar el carácter radical de estas afirmaciones que, sin ser citas textuales, revelan el espíritu de la letra de Lacan y su dirección teórica, orientada hacia una gran formalización del sujeto y, en términos más generales, del psicoanálisis en su conjunto. De ahí su apelación a la lógica, a la topología, a las matemáticas y a la lingüística, entre otras ciencias afines.³² Esta concepción del sujeto no es una cosmovisión (*Weltanschauung*). Si por ella se entiende una solución integral, completa, a todos los problemas de la existencia humana, mediante una hipótesis suprema de la que se desprendan preceptos que ordenen todos los recodos de la vida, la teoría lacaniana del sujeto está en la antípoda de tales designios. Freud, en *El malestar en la cultura* (1930 [1929]) refirió tres cosmovisiones predominantes en la historia de la humanidad: la animista-mitológica, la religiosa y la científica. Podría incluirse también la filosófica. La concepción del \$ es ajena a estas y otras cosmovisiones; en primer lugar, porque no es “totalista”: el \$ no incluye **todo** lo que pertenece al ser humano ni menos todavía, **todo** lo relacionado con lo que se denomina persona o individuo –que por etimología remite a *indiviso*, justo lo contrario al \$, que es sujeto dividido–. En segundo término, porque es “incompleta”, evita lo “íntegro”: ni siquiera incluye todo lo que puede haber de parlante en el humano. En otras palabras, la teoría lacaniana del \$ es parcelar, limitada, circunscripta: sólo pretende dar cuenta de la posición del \$ del inconsciente en función de los significantes.

NOTAS DEL CAPÍTULO 9

¹ En todas las ocasiones en que se utilice el vocablo sujeto, el matema \$ o el neologismo *esebarrado* se estará aludiendo a los nexos del sujeto con lo simbólico e inconsciente.

² Esta producción imaginaria, que consume la pasión por la ignorancia y que Lacan atribuyó al yo, será objeto de estudio en el próximo capítulo, dedicado a la identificación especular, fundadora del yo y del registro imaginario.

³ El capítulo 10 de esta tercera parte está íntegramente dedicado al yo y al registro imaginario; véase especialmente los apartados III, 10.4.3. y III, 10.10.

⁴ Véase III, 2.1.3., III, 6.2 y también en este mismo capítulo, numerosas puntualizaciones sobre que es y que no es el S, efecto de las identificaciones simbólicas.

⁵ Véase III, 5 y III, 6.

⁶ Para más detalles: III, 4.

⁷ Véase III, 5.5. y III, 5.6., dedicados al cuadrante de Peirce.

⁸ Ver III, 2.3.1., III, 2.3.3., III, 2.4.3. y III, 8.2.

⁹ Véase el cuadro sinóptico de III, 2.1.4.

¹⁰ Véase III, 6.8., que trata sobre la identificación y los nudos borromeos; también, III, 5.11.4. donde se abordó las importaciones de Lacan desde la lógica modal.

¹¹ Para más detalles sobre el sujeto del inconsciente y el sujeto de la filosofía, véase III, 7.1.

¹² Véase I, 1.1.1.

¹³ Para más detalles, véase III, 1.1., donde se ofreció una cuádruple lectura del matema: $S_1 \rightarrow S_2$.

↑
\$

¹⁴ Las puntualizaciones 9.5.1, 9.5.2 y 9.5.3. del apartado siguiente -*Qué no es el \$*- aludirán a las diferencias del *esebarrado* con los sujetos que conciben la filosofía, la psicología y la biología, respectivamente. Digamos, como anticipo, que los sujetos de la filosofía y psicología suponen un desconocimiento del inconsciente y que el sujeto biológico es radicalmente heterogéneo al \$. El significante -causa del \$- es autónomo respecto de la biología. El engendramiento del \$ por el significante supuso una ruptura franca con el biologismo presente en algunas corrientes psicoanalíticas y sobre todo, con el discurso médico imperante. Sin embargo, esto no significa que Lacan haya restado importancia al sustrato biológico del \$ -tal como se verá taxativamente más adelante en una cita suya-. Lo consideraba imprescindible para que el *esebarrado* pudiera surgir y seguir existiendo. Lo biológico si bien es condición necesaria para que el \$ emerja, no es causa de su existencia. El \$ se engendra a partir de lo psíquico de los Otros; más específicamente, a partir de los rasgos unarios (significantes) del Otro. La biología trans-porta al \$ pero no lo crea. El \$ no es una emanación o excrecencia de lo orgánico.

¹⁵ En el griego de Aristóteles *ousía* tenía varias acepciones: entidad, esencia, ser; en lenguaje no filosófico significa un bien o propiedad (una casa, unas tierras); es sustancia, lo que está ahí, lo que se posee, lo que hay. Desde el Medioevo se tradujo esta palabra por *sustancia*. Lacan evoca dicho término en varios de sus seminarios.

¹⁶ Para más detalles sobre esta cuestión véase III, 5.6.3. *Articulaciones lingüísticas y lógicas sobre la negación*.

¹⁷ Estas elaboraciones topológicas de Lacan fueron ampliamente comentadas en mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004). También en III, 6.

¹⁸ Véase *Radiofonía y Televisión* (1977), editorial Anagrama, Barcelona. Bajo este título fueron recogidos en forma de libro dos emisiones, una de radio y otra de televisión en que Lacan desgranó, para un público amplio, una parte importante de sus ideas y conceptos. En la página 48 de dicho libro puede leerse: “Él [Freud] facilitó el camino al práctico que sepa ligarse al *ludión lógico* que forjé para su uso, es decir, el objeto *a*, sin poder reemplazar al análisis, dicho personal, que a veces lo tornó difícil de manejar.” (las cursivas son mías).

Sobre el término ludión, mencionado en la cita, el diccionario de María Moliner dice: “dispositivo con el que se muestra el comportamiento de los cuerpos sumergidos en los líquidos en relación con la presión de éstos, consistente en un muñequillo con una esferilla hueca y agujereada en la parte inferior, que sube o baja dentro del líquido en que está sumergido, según la presión que se ejerce sobre la superficie de éste.”

El ludión es pues un instrumento que pone en evidencia los cambios de presión del líquido; sin su presencia estas modificaciones no se harían patentes. El objeto *a* en tanto ludión hace ostensible la causa del deseo y su articulación en el fantasma lo transforma en sostén del mismo. Que además este dispositivo fuera calificado de **lógico** era una forma de reafirmar la lógica del fantasma, la que articulaba al \$ con el objeto *a*.

¹⁹ Esto no implica que a otras disciplinas les sea imposible usufructuar lo que el psicoanálisis ha puesto en evidencia: lo inconsciente y el sujeto que con él concuerda. Esto supone aceptar la hipótesis de su existencia y las consecuencias que de ello se derivan.

²⁰ Reiteró estas ideas dos años más tarde en “La ciencia y la verdad” (1966), *E I*, p. 343: “Decir que el sujeto sobre el cual operamos en psicoanálisis no puede sino ser el sujeto de la ciencia puede parecer paradójica.” En la p. 348, añadió: la praxis del psicoanálisis “no implica otro sujeto sino el de la ciencia”. Tal vez la paradoja a la que se refirió sea la siguiente: el sujeto de la ciencia, en sus desarrollos de la segunda mitad del siglo XX, ha forcluido al \$ y sigue empecinada, más que nunca, en suturar la división del mismo.

²¹ El juego y el jugador, además de ser temas clásicos de la literatura, han sido estudiado desde múltiples disciplinas: psicología, filosofía, antropología, estética, matemática, lógica, etc. Aquí se hará especial hincapié en la teoría lógico-matemática de los juegos, aunque también se hizo referencia al enfoque cultural de los mismos en III, 8.6. El estudio de los juegos de estrategia ha recibido un gran impulso en la segunda mitad del siglo XX, a partir del libro *Teoría de los juegos y comportamiento económico* de John von Neumann y Oskar Morgenstern (1944). Las elaboraciones sobre los juegos de estrategia dieron pie a lo que ha sido denominado, no sin un exceso de ampulosidad, *ciencia de los conflictos*.

Estos juegos son muy diferentes de los de azar -dados, ruleta, loterías- ya que implican oposición entre uno o más contendientes y suponen la elaboración de estrategias que intentan enfrentar o contrarrestar a las del contrario. En cambio, en los juegos de puro azar no cabe pensar estrategias ni tomar decisiones: lo que acontece depende de los caprichos de la *Diosa fortuna*. Existen juegos totalmente estratégicos; otros; que son de azar puro y, por último, están los mixtos. Dentro de los primeros cabe distinguir los que tienen reglas determinadas con antelación; es el caso del ajedrez, en el que los movimientos que puede realizar cada trebejo están preestablecidos, no así la estrategia utilizada durante la partida. Hay otros sin reglas fijas ni preestablecidas; son impuestas **en cada momento** por la situación; en este tipo de juegos, tampoco se sabe cómo actuará el contrincante ni qué factores le harán optar por tal o cual decisión estratégica, pero los movimientos son libres; es el caso, por ejemplo, de los juegos militares o aquellos en que se dirimen intereses económicos.

Dentro de los mixtos estaría, por ejemplo, el bridge: los naipes que se reciben dependen del azar pero se los utiliza conforme a la estrategia elegida por cada jugador. Los juegos de puro azar son de menor interés teórico y la rama de las matemáticas que se ha ocupado de ellos es el cálculo de probabilidades. En cambio, los juegos de estrategia han sido analizados en profundidad. El foco estaba puesto en los aspectos lógicos de las estrategias implicadas, ya que su objetivo era formalizar -desde esa perspectiva- los datos, las circunstancias, los factores que intervienen y las decisiones que se van tomando en diferentes momentos del juego.

En ciertos casos se incluían en estos análisis algunos aspectos psicológicos pero eran traducidos a variables lógicas. El análisis lógico de los juegos de estrategia supone una formalización previa de los mismos: se otorgan valores numéricos a las situaciones y decisiones, utilizando luego formas especiales de cálculo.

²² En III, 10.8.1. se ha incluido una representación del mismo.

²³ Al final del S 2, en la conferencia “Psicoanálisis y cibernética, o de la naturaleza del lenguaje”, p. 437, dilucidó algunas relaciones entre determinismo y azar, de la siguiente manera:

“Meditemos un poco sobre el azar. ¿Qué queremos decir cuando decimos que algo sucede *por azar*? Queremos decir dos cosas que pueden ser muy diferentes: o bien que no hay en ello intención, o bien que hay en ello una ley.”

“Ahora bien, la propia noción de determinismo consiste en que la ley carece de intención. Por eso la teoría determinista siempre busca ver engendrarse lo que se ha constituido en lo real, y que funciona según una ley, a partir de algo originalmente indiferenciado: el azar en cuanto ausencia de intención. Nada, indudablemente, sucede sin causa, nos dice el determinismo, pero es una causa sin intención.”

La teoría de los juegos y el cálculo de probabilidades intenta dominar al azar o descubrir algunas leyes que lo rigen. Como afirma Chaurraud, N. (1977) en *Lacan et les mathématiques*, Anthropos, Paris, p. 49, “el azar objetivo, el azar verdadero, es difícil de ser concebido por las ciencias. Sólo los biólogos siguen apoyándose todavía en esta noción para referirse a factores genéticos, a la mezcla (*alteración*) de cromosomas. En este nivel, el pasaje de un coeficiente de probabilidad a su realización en el individuo se explica por referencia al azar. Cuanto más débil es la probabilidad de una combinación determinada, como es el caso en genética, mayor es la tentación de atribuirla al azar.”

La traducción de esta cita es mía, como así también la palabra incluida entre paréntesis y en itálica. El párrafo mencionado ha sido extractado capítulo 1 del libro de esta autora -“Psicoanálisis y la teoría de los juegos”; pp.11a 58-, allí expone los múltiples puntos de contacto entre el discurso lacaniano y dicha teoría.

²⁴ En la clase del 12 de febrero de 1964 del S 11, retomó la cuestión del azar recordando las nociones aristotélicas de causas accidentales (*tyché* y *automatón*). En mi libro *El espacio psicoanalítico*, op. cit. p. 105, hice unas breves consideraciones sobre este asunto.

²⁵ Recuérdese que Freud relacionó el despliegue de un psicoanálisis con una partida de ajedrez.

²⁶ Decir que una palabra es verdadera conlleva afirmar -explícita o implícitamente- que no es mentirosa. Pero el que miente, también afirma que su palabra no es mentirosa. El discurso político es uno de los territorios más interesantes para estudiar la cuestión de cómo las palabras construyen la trama que engarza un real y se presentan siempre como la verdad que, por supuesto, contrasta a veces radicalmente, con la del adversario.

²⁷ Reténgase de esta cita, para mayor clarificación de lo que sigue, aquello que el término sujeto **no** designa: sustrato viviente, basamento sustancial, ser del conocimiento, logos. *Elsebarrado* se relaciona en cambio con el sujeto cartesiano que aparece en el momento en que la duda metódica deja de existir y da lugar a la certeza.

²⁸ En *Elucidación de Lacan*. Charlas brasileñas. EOL-Paidós, Buenos Aires, pp. 188-189.

²⁹ Los matemas suponen una ruptura con los aspectos mitológicos (mitemas) presentes en la concepción freudiana del sujeto. Cabe recordar que el vienés hizo una importación de los mitos al psicoanálisis, “metapsicologizándolos” previamente.

³⁰ Lacan, J.; “El psicoanálisis y su enseñanza”, en *Escritos II*, p. 162, Siglo XXI Editores, México.

³¹ Cfr. al respecto *S 11*, clase del 29 de enero de 1964.

³² No es el momento ni la oportunidad de desarrollar extensamente este asunto pero podría señalarse que, hasta finales de la década de los sesenta, y sobre todo en sus seminarios, coexiste una intención claramente expresada de formalizar (lingüística, lógica, topológica y matemáticamente) este sujeto con algo que sin embargo es antinómico a ese proyecto: algunas descripciones del mismo que lo acercan a un “ser humano”, psicoanalíticamente descrito. Esta coexistencia es observable, por ejemplo, en *S 6* y en *S 9*; luego se va disipando a medida que avanza el proyecto de formalización del psicoanálisis (década de los setenta). Por otra parte -y como no podría ser de otra manera- todas estas formalizaciones tuvieron repercusiones en el modo de dirigir las curas.

La mayoría de las publicaciones lacanianas actuales, especialmente las de aquellos que quieren ser fieles a la clínica y, simultáneamente, al espíritu de los textos de Lacan, no hacen sino oscilar entre la presentación de un sujeto formalizado –recurriendo a citas de los *Escritos* y/o seminarios– y un analizante de carne y hueso. Esto, en el mejor de los casos. Se dejan de lado a aquéllos que consideran que tienen recostados en sus divanes a autómatas del significante puro.

IDENTIFICACIONES IMAGINARIAS. FUNDACIÓN DEL YO Y DEL REGISTRO IMAGINARIO. LA IDENTIFICACIÓN FÁLICA

Presentación

En este último capítulo de la tercera parte dedicada a la TIL, se abordará el estudio de la identificación imaginaria y las consecuencias psíquicas de su consumación, a saber: la fundación del yo y la instauración del registro homónimo. Se irán señalando con detenimiento los diferentes efectos que engendra esta modalidad identificatoria y se enfocará, de manera especial, como ella determina al yo y a su modo de funcionamiento.

El estadio del espejo fue la vía regia que condujo a Lacan hacia lo imaginario. Sus diversas reflexiones sobre la naturaleza de este registro, las permanentes reelaboraciones que hizo de esta categoría y la resolución de las sucesivas aporías que se le fueron presentando en ese territorio, determinaron que lo imaginario acabara configurándose como uno de los ejes fundamentales de su obra. Una mirada retrospectiva sobre sus textos, permite afirmar que *EE* ha sido el momento inicial y a la vez paradigmático del estudio, por parte de Lacan, de la relación del ser humano con su imagen y con la del semejante.

En este capítulo habrá lugar también para la consideración de los diversos aspectos y modos de manifestación de lo imaginario en la clínica: la alienación, la especularidad, el conocimiento paranoico, la agresividad, los celos, la rivalidad, el transitivismo, la omnipotencia, etc. Esto permitirá poner en evidencia porqué el humano es proclive a situar en los otros -o en el mundo- las causas de su sufrimiento, sin percibirse que él es, sin saberlo, un partícipe activo en los males de los que se queja.

Asimismo se pasará revista a la teoría del yo en Lacan, estudiándola en cuatro momentos claves: el inicial, estrechamente relacionado con las tesis de *EE*, *AP* y *LF*; el periodo siguiente -años cincuenta- vinculado a los esquemas -ópticos, *L*, *Z*, *R*- y al grafo del deseo; durante esos dos lustros trabajó la articulación entre lo imaginario y lo simbólico; la tercera fase, década de los años sesenta, fue de plena consolidación de lo simbólico -objeto *a*, sujeto barrado, fantasma, formalizaciones lógicas y topológicas- y de subordinación del yo a este registro; en el cuarto y último, asociado a los nudos borromeos y lo real, reformuló su concepción sobre los rasgos de carácter del yo.

Las tesis iniciales de Lacan sobre dicha instancia y lo imaginario -es decir, los conceptos que se constelan alrededor de la primera formulación del estadio del espejo- serán referidos en los primeros siete apartados; constituyen un núcleo compacto que, pese a las reelaboraciones más tardías, conservó gran parte de su importancia teórico-clínica. El segundo y tercer periodo serán abordados en los apartados ocho y nueve, respectivamente.

El título del apartado 10 revela el contenido preciso del mismo: *El yo al final de la producción de Lacan*. El capítulo quedará cerrado con el apartado 11 en el que se realizarán una serie de consideraciones sobre la identificación fálica. En calidad de Anexo se incluirá unas páginas con la caracterización lacaniana de la identificación. En función de lo dicho, el orden expositivo será el siguiente:

- 10.1. El estadio del espejo
- 10.2. La identificación imaginaria
- 10.3. Fundación del yo y del registro imaginario. La imagen del propio cuerpo
- 10.4. Alienación imaginaria; el yo ideal. Especularidad y conocimiento paranoico
- 10.5. Resignificación del estadio pre-especular: la *fragmentación corporal*
- 10.6. Creación del umbral para la percepción de los objetos del mundo
- 10.7. Aparición del transactivismo y de la agresividad. Celos y rivalidad
- 10.8. Lo imaginario y la teoría del yo en la década de los años cincuenta
- 10.9. Nuevas aportaciones sobre el yo a partir del establecimiento del objeto *a* y del \$.
- Asentimiento e Ideal del yo
- 10.10. El yo al final de la producción de Lacan
- 10.11. La identificación fálica
- 10.12. Resumen del capítulo
- Anexo al capítulo 10. Definición lacaniana de la identificación

Apenas iniciada la lectura de los apartados recién nombrados se comprobará la existencia de imbricaciones entre las diversas facetas en que se ha desdoblado la presentación y entre los cuatro momentos teóricos aludidos. Esto muestra la imposibilidad de dissociar estos aspectos e indica que el orden propuesto responde, básicamente, a necesidades expositivas.

10.1. El estadio del espejo

Se trata de una experiencia harto compleja y plena de consecuencias que, sin embargo, ha sido frecuentemente banalizada en sus alcances, como por ejemplo, cuando se la considera no más que un momento de la maduración psicogenética, asociada al fenómeno del reconocimiento visual por parte del *infans*, de su imagen en el espejo.

Es muy llamativo el destino que tuvo el texto *El estadio del espejo como formador de la función del yo ["je"]*, tal como se nos revela en *la experiencia psicoanalítica* (1949): su amplia difusión estuvo asociada a la simplificación de su contenido. Respecto de lo primero puede decirse que se ha incorporado al saber contemporáneo. Ocurrió -y ocurre- con este escrito algo inusual: es citado no sólo por los analistas lacanianos sino también por los adscritos a otras orientaciones teóricas; incluso se hacen referencias a él más allá de los medios psicoanalíticos, en el marco de disciplinas muy diversas.

Lo segundo -trivialización, correlato habitual de la divulgación- descompuso la complejidad de la experiencia y de sus consecuencias, respecto a cómo habían sido descritas en los textos originales. Múltiples artículos sobre el estadio del espejo redujeron esta compleja experiencia al fenómeno -por demás patente- de la asunción jubilosa, por parte del infante, de su unidad corporal, de la que hasta entonces era carente. El *exceso* de evidencia que se traslucía en los textos de algunos comentaristas se asociaba con entender lo experimentado por el niño/a ante el espejo (o ante la imagen de un *alter-ego*) como un hecho natural. En otros ensayos se dejaron de considerar los cambios de perspectiva del propio Lacan, que abandonó rápidamente el enfoque diacrónico -que situaba la experiencia entre los seis y dieciocho meses- por el estructural.

Aquí se intentará rehuir de estas y otras banalizaciones. El tema se abordará sin ansias de agotarlo; por el contrario, se ofrecerán sólo sus aspectos cruciales, es decir aquellos que sean imprescindibles para la comprensión de los fundamentos y alcances de las identificaciones imaginarias y fálicas, como así también, de la fundación del yo y del registro imaginario.

Con esta restricción en los objetivos, se esbozarán las ideas de *EE* (1949); se señalarán, apenas, algunos antecedentes en Wallon, Bühler, Baldwin, Köhler, Caillois, von Uexküll, Schilder, Lhermitte, etc., haciendo hincapié en las diferencias entre las ideas de estos autores y las elaboraciones propiamente psicoanalíticas de ese texto. Asimismo, se indicarán los principales escritos y seminarios posteriores de Lacan, que aportaron nuevas precisiones al tema. Habrá ausencias importantes; se prefiere sacrificar la exposición de algunos aspectos antes que describirlos de manera parcial o anodina. Por ejemplo: se evitará entrar en la discusión de si en *EE* aparece entre

líneas la figura del padre, que años más tarde habría de adquirir una mayor relevancia, al ser considerado desde la categoría de *función paterna*. Tampoco se ahondará aquí sobre las relaciones entre la experiencia especular y el superyó.

La aprehensión más acabada del estadio del espejo exige articular dicho texto de 1949 con las elaboraciones anteriores al mismo -*LF, ADPR, PCP, AP, TLAC*-¹ y las posteriores; entre estas últimas, las referidas especialmente a:

- Los tres registros (prácticamente, todos sus 28 seminarios y los *Escritos*).
- Los modelos ópticos propuestos en *OIDL* (1960), que introdujeron al *esebarrado* (\$), ausente en 1949.
- La distinción entre otro y Otro, elaborada en sus primeros seminarios.
- La diferenciación entre *yo ideal* e *Ideal del yo*, propuesta en *OIDL* y “retocada” en el *S 8*.
- La importancia del Ideal del yo en la regulación simbólica del yo.
- La construcción progresiva del objeto pequeño *a*, especialmente las elaboraciones de los *S 8* a *S 10*, en los que adquirió su rango conceptual, aunque posteriormente recibiera nuevas orlas semánticas. Allí se discriminó entre el otro como semejante -a- [y su imagen especular *i(a)*] y el objeto *a* (causa del deseo), no especular.
- Las inflexiones introducidas mediante los esquemas (*L, Z, R*) y el grafo del deseo.
- Los avances que supusieron las formalizaciones lógicas, matemáticas y topológicas en la concepción del \$, del objeto *a* y del fantasma.
- El fenómeno del asentimiento materno a lo vivido por el niño ante el espejo (mediación simbólica del Otro).
- La topología borromea y lo real.

El sólo enunciado de estas referencias da una pauta de los múltiples cambios introducidos en el estadio del espejo, en el registro de lo imaginario y en el yo, durante las tres décadas que siguieron a la alocución que realizó en el Congreso Internacional de Psicoanálisis de Zúrich (1949), incorporada, luego a los *Escritos* (1966). En los apartados siguientes se aludirán a los diversos aspectos parciales que conforman la experiencia especular para, al final, obtener una visión de conjunto del tema. Durante el camino se tenderá a mostrar más la configuración final de estas áreas de la teoría lacaniana que la realización de un seguimiento pormenorizado de las innovaciones sucesivas.²

10.2. La identificación imaginaria

La primera caracterización de la misma ya remarcaba el poder estructurante que determinadas imágenes podían tener sobre el cachorro humano:

“Es la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen.” (*EE*, p. 12).^{3*}

Esta idea inicial conservó la mayoría de sus significados hasta el final de su obra, aunque fue adquiriendo nuevos matices a consecuencia de las revisiones teóricas a que fue sometido el estadio del espejo.

Una segunda aproximación, más amplia y precisa que la precedente, permite definir a la identificación imaginaria como formadora del yo -y del registro imaginario- gracias al poder estructurante de la imagen del semejante (otro). Así caracterizada, responde perfectamente a los parámetros fundamentales de la TIL; a saber: potencial estructurante de la identificación; punto de partida en el objeto^{4*}; desconexión de la pulsión y relación con la tópica de los tres registros. En esta variante identificatoria el objeto posicionado como pequeño otro (semejante) sería el que identifica; su capacidad constituyente se manifestaría en la creación del yo y en otorgar unidad a la imagen corporal. Considerada desde esas perspectivas, ella tiene puntos de contacto con la identificación

narcisista de Freud y con la problemática del narcisismo primario. Para Lacan, no habría yo sin una matriz simbólica.

“[...] nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto.” (EE, p. 12).

Esta matriz simbólica está íntimamente relacionada con el deseo materno, tal como se señalará más adelante, en 10.9. La madre “castrada” sitúa a su hijo en posición de falo imaginario y permite narcisizarlo. La carencia de esa matriz simbólica -o lo que es lo mismo, la ausencia de una mirada idealizadora de la madre- dificulta la constitución del yo.

“Que una *Gestalt* sea capaz de efectos formativos sobre el organismo, es cosa que puede atestigüarse por una experimentación biológica a su vez tan ajena a la idea de causalidad psíquica que no puede resolverse a formularla como tal.” (EE, p. 13).

Este tipo de metamorfosis no sería exclusiva de los humanos, de ahí que a renglón seguido expusiera ejemplos tomados de la etología: el de la paloma que ovula al ver a un congénere de la misma especie (o al visualizar su propia imagen en el espejo) y el del grillo peregrino. Pero, mientras estos animales -serie en la que podría agregarse al chimpancé- creen ver en esas imágenes a congéneres suyos, el *infans*, ante el espejo, se reconoce a sí mismo. Estas experiencias, además de mostrar la capacidad de engaño que tiene la imagen, se inscriben en un orden de identificación homomórfica.^{5*} Que el niño reconozca que se trata de su propia imagen, supone “descubrir” que el otro que ve en el espejo no es un ser real sino virtual. Llegado a este punto, podría decirse que discrimina entre el otro -en tanto imagen- del otro en tanto realidad.

De lo dicho hasta aquí no puede desprenderse, como habitualmente se hace, que el yo provenga lisa y llanamente de la imagen: el yo surge de la tensión instalada por la identificación imaginaria entre el organismo viviente y su imagen.

“La función del estadio del espejo se nos revela entonces como un caso particular de la función de la *imago*, que es establecer una relación del organismo con su realidad; o, como se ha dicho, del *Innenwelt* con el *Umwelt*. (EE, p. 14).^{6*}

La identificación imaginaria es imprescindible para que el niño se reconozca como un miembro de la especie humana. Ella le anticipa al *infans* una unidad de la que, por entonces, es carente. Muestran, también, los efectos identificantes de la imagen y su capacidad de producir transformaciones psíquicas y orgánicas en el *infans*. Capturado, cautivado por esa imagen unitaria de sí mismo que le anticipa lo que él llegará a ser, el *infans* responde con una gesticulación jubilosa a la misma, más aún si el hecho de reconocerse en esa imagen recibe la ratificación del adulto -habitualmente la madre-, que le sostiene. Ella suele confirmarle que ése que está viendo es él mismo. De manera simultánea acontece otro efecto de la identificación especular: la instalación del niño o niña en el registro imaginario.

Puede apreciarse ya que lo que acontece en el estadio del espejo va más allá de reconocer como propia la imagen reflejada en la superficie azogada. Es eso más la estructuración peculiar del yo y del registro imaginario, inicialmente realizado bajo el sostén y la mirada del Otro, en el instante fulgurante de esa experiencia. La producción de estos fenómenos requiere que ese Otro primordial esté allí -mediación de lo simbólico- para conformar, con su presencia, el momento y la situación.⁷ Pero..., debe estar no de cualquier modo: la matriz simbólica en que se precipitará el yo queda constituida por el deseo materno, que habla de una falta en ella. Esta falta y deseo en la madre determina que otorgue al hijo la categoría de falo imaginario, con la que el niño o niña se identificará.⁸ Más allá del reconocimiento ante el espejo quedan, para toda la vida, las consecuencias: un yo alienado a su imagen, “dado a la conciencia pero opaco a la reflexión” (AP, p. 72).

El alborozo del niño ante lo que ve en el espejo se debe a que sus vivencias de despedazamiento corporal -que se le hacen patentes en esos precisos instantes como un efecto de significación retroactiva- quedan ilusoriamente contrarrestadas. La imagen unificada de sí mismo, que le viene dada desde fuera, se convierte en su ideal.⁹ La prematuración específica de la cría humana le

mantenía inmerso en un estado de insuficiencia e incoordinación motriz desasosegante, que ahora contrasta marcadamente con la imagen que le retorna del espejo (o del semejante). Esta captación visual es posible gracias a que las fibras del nervio óptico maduran más precozmente que los haces que regulan la motricidad: la función visual se adelanta a la motora, en la maduración del neuroeje.^{10*}

El modo en que surge el yo (*moi*) es determinante del carácter especular, narcisista, de esa instancia y le conduce insoslayablemente a quedar capturado en espejismos de todo tipo. En otros términos: el yo, constituido por las identificaciones especulares, queda amarrado para siempre al orden imaginario. Años más tarde surgirá en la teoría lacaniana un imaginario no especular.

La identificación imaginaria por efectos de la imagen del otro -que adquirió para el *infans* la categoría de *yo ideal*- será el tronco de las identificaciones secundarias, que conducirá a la normalización libidinal (*EE*, p. 12) y al estatuto de sujeto social. Puede apreciarse que para Lacan, el ser humano entra en lo social de manera paradójica: a partir de una imagen de sí mismo. Las pulsiones toman por objeto a ese yo así constituido y lo invisten libidinalmente. En este aspecto preciso, Lacan ratificó las ideas freudianas. La representación corporal completa y el “nuevo acto psíquico” a que hizo referencia el vienés en *IN* (1914) podrían equipararse -respetando las diferencias- a la acción identificante de la imagen del propio cuerpo y al estadio del espejo, respectivamente. Además, para ambos psicoanalistas, se trataba de un yo que se amaba a sí mismo.

10.3. Fundación del yo y del registro imaginario. La imagen del propio cuerpo

Lo imaginario como registro no estaba explícitamente presente en la obra de Freud; sin embargo, sería injusto decir que los conceptos concernidos por esos términos fuesen ajenos a su pensamiento. Con el yo pasó otra cosa: esta noción tenía ya una historia larga y compleja en psicoanálisis cuando Lacan planteó sus primeras tesis sobre el mismo en *EE*. Ese término, que pertenece también al lenguaje corriente, solía utilizarse de manera poco sistemática en psicoanálisis.

Prácticamente, todas las corrientes teóricas habían postulado formas propias de entender al yo. Ahora bien, pese a las ambigüedades y confusiones reinantes en la literatura psicoanalítica, parecía haber un acuerdo difuso en relación a tres aspectos: a) que era una de las estructuras psíquicas de la segunda tópica freudiana; b) se le consideraba una instancia relacionada, al menos en parte, con el narcisismo; c) aludía a una cierta identidad, es decir, a rasgos personales que permanecían estables pese al trascurso del tiempo.

En el capítulo 10 de la segunda parte de este trabajo, dedicada a la TIK, se hizo un cotejo de las teorías del yo en Freud, Klein y Lacan. Allí se describieron diferentes etapas en la obra del vienés en la conceptualización de esta instancia; el periplo, muy extenso por cierto, se inició en el *Proyecto de psicología* (1895) y llegó hasta sus últimos textos, entre ellos: *La escisión del yo en el proceso defensivo* (1938). Se señalaron dos hitos fundamentales en esa trayectoria: *Introducción al Narcisismo* (1914) y *El yo y el ello* (1923). Cada uno dio pie a dos tendencias diferentes respecto de la concepción del yo y del narcisismo.

Lacan guardó proximidad conceptual con la del texto de 1914, aunque -dentro de esa línea- formuló sus propias ideas: postuló que la estructuración del yo era efecto de la identificación imaginaria; subrayó la importancia de la imagen del propio cuerpo para la instauración del amor a sí mismo (narcisismo primario); refutó la teoría que fundaba esta instancia en el sistema percepción-conciencia, consideró al yo como la sede del desconocimiento, tomó distancias de toda concepción del yo que se derivase de la filosofía cartesiana y existencialista, etc. Siempre abogó por una formalización más estricta del mismo.

A continuación se expondrán sus primeras elaboraciones sobre el yo y sobre el registro imaginario, mediante el siguiente orden:

- 10.3.1. El yo; primeras consideraciones
- 10.3.2. La imagen del propio cuerpo
- 10.3.3. Un yo opuesto a toda filosofía derivada del cogito
- 10.3.4. El registro imaginario

10.3.1. El yo; primeras consideraciones

La identificación imaginaria fue postulada como causa del surgimiento del yo.¹¹ El recién nacido carece, según Lacan, de esa instancia y su estructuración acontece como efecto identificante de la imagen del semejante. Esto conllevaba sostener la presencia de la alteridad en las entrañas mismas de esta instancia. En este caso particular, aquella parte de la otredad que Lacan, para diferenciarla del Otro con mayúsculas, escribió mediante la letra “a” –de *autre*, otro, con minúscula-. En el contexto de estas reflexiones suele citarse la famosa frase de Rimbaud: “*yo soy otro*”. De este sintagma se desprendió su reverso, que habla del transitivismo imperante en ese momento y contexto: “el otro es yo”.¹²

Estos breves comentarios permiten ya señalar algunas conclusiones: el yo lacaniano es una composición identificatoria; no es homogéneo; está atravesado por diversos otros. Se hace patente en estas ideas lo recién anticipado respecto de la elección, por parte de Lacan, de *una* de las líneas freudianas sobre el surgimiento del yo: la identificatoria. Como se verá enseguida, rechazó frontalmente la otra opción: la de un yo diferenciado a partir del ello por el contacto con la realidad y organizado en torno al sistema percepción-conciencia. Optó también por un yo erógeno, libidinal, más que por el yo de la adaptación (véase II, 7.2.4).

La referida conformación heteróclita -no homogeneidad- del yo, producto de múltiples identificaciones imaginarias, puede hacerse evidente en algunas situaciones clínicas; entre ellas, la despersonalización. Dicho síntoma se asocia, a veces, con la desagregación de ese compuesto de alteridades que es el yo; en tales circunstancias salen a luz los diversos otros que le habitan.^{13*} Pero, más allá de estos episodios circunscritos, el yo suele mantenerse cohesionado; a veces, excesivamente. Esto le otorga cierta inercia y permanencia, fuente importante de resistencias en la clínica. Así, pues, una dialéctica compleja preside lo referente al yo: desde el punto de vista de su constitución, todo yo es un conglomerado hecho de múltiples trazas identificatorias; pero, una vez estructurado, persevera en reiterarse, repetirse, insiste -no podría ser de otro modo- en seguir siendo igual a sí mismo, a funcionar siempre de manera idéntica.¹⁴

10.3.2. La imagen del propio cuerpo

Las elaboraciones lacanianas, en torno al estadio del espejo otorgaron especial importancia a la imagen del propio cuerpo como fundamento del narcisismo. En ese aspecto siguió la perspectiva abierta por Freud quien, desde el inicio, consideró primordial el papel que jugaba la *representación* unitaria del cuerpo en la constitución del yo y, por lo tanto, del narcisismo. Su teoría del yo en los primeros años de su producción —periodo 1936-1953— se apoya en un imaginario en el que prima lo visual y la imagen corporal percibida como unitaria en el otro. Más allá de Freud, y como antecedente en Francia respecto de la importancia del reconocimiento de la imagen del propio cuerpo por parte del niño, estaban los estudios de Henri Wallon (1879-1962), quien se refirió a este asunto en varios artículos publicados en el periodo 1934-1943, y que luego fueron recopilados en su libro *Les origines du caractère chez l'enfant*¹⁵. Este psicólogo había construido un test para la evaluación de la psicomotricidad de los niños pequeños y comprobó que un bebé, entre los seis y dieciocho meses, era capaz de reconocer su imagen en el espejo.

Cabe decir, sin embargo, que ya desde sus primeras referencias (1936, en Marienbad; 1949, en Zúrich), Lacan se acercó a este asunto desde una perspectiva muy distinta. A continuación se señalarán las disparidades más significativas.

Wallon otorgaba especial atención a la sensibilidad. Se apoyó en aquellos conocimientos neurofisiológicos que, desde hacía mucho tiempo habían diferenciado tres fuentes principales de la misma: la *interoceptiva*, proveniente de las vísceras; la *propioceptiva*, que integra los estímulos que tienen por punto de partida a los músculos; está por lo tanto ligada a los movimientos y posturas corporales; por último, la *exteroceptiva*, volcada hacia la recepción de estímulos del exterior (piel y sentidos). En el reconocimiento del cuerpo propio por parte del niño Wallon concedía especial importancia a la integración progresiva de esta información sensitiva llegada a la corteza cerebral y a la formación simultánea de engramas neuro-fisiológicos cada vez más complejos. La maduración gradual

aseguraba el perfeccionamiento de la coordinación de los movimientos y de la posición del cuerpo. Para este psicólogo, la imagen del propio cuerpo se construía gracias a una integración de la motilidad y de la estática del cuerpo en una unidad dinámica. Consideraba que la capacidad de pensamiento -y, más ampliamente, la evolución psíquica- estaban estrictamente correlacionadas con estos avances neurofisiológicos. Además, combinó este enfoque de base biológica con nociones filosóficas provenientes de la fenomenología husserliana.^{16*}

Las ideas de Lacan respecto del reconocimiento por parte del infante de la imagen del propio cuerpo en el espejo fueron, desde el inicio, muy diferentes del enfoque neuro-fisio-psico-metafísico de Wallon. Además, los contextos teóricos de ambas formulaciones eran muy dispares. Para el psicoanalista, no se trataba de integraciones progresivas sensorio-motrices ni menos aún de formas de complejización del pensamiento. Más bien describió la experiencia especular como fulgurante; nada de secuencias sino relámpagos. El conjunto de efectos -benéficos, maléficos- que conlleva su realización marca un antes y un después radicalmente distintos. Para Lacan, la imagen del propio cuerpo y la unidad corporal que promueve no se da por integraciones sucesivas sino por una identificación impactante y por la mediación de una relación libidinal, erótica, con esa imagen capaz de inducir transformaciones psíquicas.

Asimismo, para él, esta experiencia se inscribía en el inconsciente, era indisociable del narcisismo y de la relación con el otro (semejante) y, más tarde, con el Otro, introductor de la dialéctica deseante. Esta perspectiva psicoanalítica, diferente de la walloniana, no niega la existencia de un sustrato neurofisiológico, pero no era ese plano el que interesaba a Lacan, quien inscribió este reconocimiento de la imagen -y sus avatares posteriores- en el espacio psicoanalítico. Salvo la referencia compartida a la importancia del reconocimiento de la propia imagen, ninguno de estos articuladores teóricos analíticos aparecían en los escritos de Wallon; ni siquiera figuraban los términos -menos aún la idea- de un *estadio del espejo*. Para Lacan se trataba de algo más y de algo diferente a una etapa en la integración neuro-psicológica del infante. Palabras similares podrían decirse respecto de otras reflexiones afines sobre el tema, conocidas y citadas por Lacan, a saber: las experiencias realizadas por Baldwin¹⁷, los trabajos de Elsa Köhler sobre la forma total del cuerpo y los de Charlotte Bühler, sobre el transitivismo infantil.

10.3.3. Un yo opuesto a toda filosofía derivada del cogito

El psicoanalista francés opuso rotundamente el yo que él había teorizado al que se deduce del pensamiento filosófico, en especial, del cartesiano. Ya en la primera frase de *EE* afirmó de manera taxativa que el psicoanálisis aportaba una

“Experiencia de la que hay que decir que nos opone a toda filosofía derivada directamente del *cogito*.” (p. 12).

Y esto es así, en tanto el yo de Descartes es autocentrado, conocedor de sí mismo, fundado en la razón y creyente fervoroso en los poderes de la misma. La noción de yo -sustancia pensante-condensada en la famosa sentencia *Ego cogito, ergo sum sive existo*,^{18*} nada tiene que ver con la concepción del yo lacaniano:

“A estos enunciados se opone nuestra experiencia en la medida que nos aparta de concebir al yo como centrado sobre el sistema *percepción-conciencia*, como organizado por el ‘principio de realidad’ en que se formula el principio cientifista más opuesto a la dialéctica del conocimiento -para indicarnos que partamos de la función de desconocimiento que lo caracteriza [...].” (*EE*, p. 17).^{19*}

Las ideas de Descartes constituyeron los basamentos teóricos del sujeto de la modernidad: el criterio de verdad que impuso se basaba en el modelo de razonamiento matemático: certeza y evidencia. El progreso del conocimiento por parte del yo se organizaba en torno a la razón. El conjunto dio pie al nacimiento de un nuevo paradigma de la ciencia. Tales fundamentos están en la antípoda del pensamiento psicoanalítico: el yo no es amo en su propias casa, vino a decir Freud; Lacan adhirió a esta frase y añadió que las manifestaciones disruptivas de lo inconsciente vienen a estremecer las certezas del yo cartesiano, racional, y le cuestionan su convicción de ser la sede

exclusiva del saber y del pensar: también hay saber y pensamientos inconscientes, de los que el yo nada quiere enterarse: función de desconocimiento.

Asimismo, en *EE*, formuló críticas al existencialismo, en especial al sartreano:

“Pero esa filosofía no la aprehende desgraciadamente sino en los límites de una *self-sufficiency* de la conciencia, que, por estar inscrita en sus premisas, encadena a los desconocimientos constitutivos del yo la ilusión de autonomía en que se confía. Juego del espíritu que por alimentarse singularmente de préstamos a la experiencia analítica, culmina en la pretensión de asegurar un psicoanálisis existencial.” (pp. 16-17).

En textos como *EE*, *AP*, *SCR*, en *S 2* y otros, puede notarse la presencia del pensamiento de Hegel y su *Fenomenología del espíritu*: el reconocimiento del otro se da en una lucha por puro prestigio; incluso, en una lucha a muerte. Desde la perspectiva de la dialéctica hegeliana, todo reconocimiento del yo se origina en otro que se le opone. Este reconocimiento recíproco encontró su ilustración paradigmática en la famosa dialéctica del amo y del esclavo, que influyó no sólo en lo referente al estadio del espejo sino también en la conceptualización del deseo.²⁰

10.3.4. El registro imaginario

Esta noción no apareció explícitamente en *EE* ni en *AP*, aunque estaba allí presente en *statu nascendi*. Hubo que esperar hasta la conferencia que pronunció en el año 1953, para que los tres registros quedaran formalmente presentados. Dentro del tríptico RSI, el registro imaginario es el que está en relación íntima con las imágenes; en especial, con la del propio cuerpo que, como se ha visto, es constituyente del yo. De ahí la estrecha relación de esa instancia con dicho registro. Esta captura por lo imaginario hace del yo la sede del desconocimiento y lo sitúa en una línea de ficción (omnipotencia, seducción por la imagen, parada ante el otro), que permanecerá como tal por el resto de la vida.

El imaginario es el registro de los señuelos y de la impostura; su potencial alienante es enorme; prueba de ello es el propio yo, que nace alienado en y por una imagen, razón por la cual se constituye a la manera de una “organización pasional” (*AP*). La relación del yo con los objetos queda –desde entonces y para siempre– determinada por las improntas de las imágenes que lo estructuraron; dicho en otros términos: se estableció el registro imaginario.

En la primera época de su producción, los vocablos imaginario y especular eran prácticamente sinónimos; a medida que fue avanzando sus elaboraciones sobre el objeto *a*, especialmente a partir de *S 6*, Lacan comenzó a diferenciar otro imaginario; en este caso, no especular.

El *S 9* supuso un nuevo avance en esa dirección, por la introducción de las superficies topológicas no especulares; entre ellas, el toro y el disco o arandela, representativo del objeto *a*. La no especularidad está refiriendo algo que queda fuera del registro imaginario; es decir, que opera a nivel simbólico.^{21*}

Por entonces, las nuevas elaboraciones sobre el yo se basaban en la idea de un *sí mismo* corporal que, a su vez, se apoyaba en una imagen del cuerpo perforada: lo imaginario adquiriría consistencia sólo si opera la castración ($-\phi$). El falo quedaba suprimido de esa imagen, tanto en la niña como en el niño.

A través de la experiencia especular y del registro imaginario Lacan reelaboró -a su manera- las principales tesis de Freud sobre el narcisismo primario y secundario.

10.4. Alienación imaginaria; el yo ideal. Especularidad y conocimiento paranoico

Estas nociones son indisociables, puesto que todas ellas tienen su punto de partida en la experiencia especular. El yo y el registro imaginario llevan la marca de la exterioridad invertida de la imagen. El yo se constituye de manera alienada por el poder identificante de la imagen especular que, una vez catectizada libidinalmente, deviene *yo ideal*.

El yo, una vez estructurado, se lanza sobre su entorno para conocerlo; pero, la captación de ese mundo es llevada a cabo por una organización templada paranoicamente: percibe lo que previamente proyectó sobre los objetos. A continuación se comentarán estos avatares con más detalles y se acabará este apartado con unas breves referencias al *Je* y al *moi*.

10.4.1. La alienación imaginaria y el yo ideal

El término alienación fue profusamente utilizado por la filosofía; Hegel renovó sus usos e influyó posteriormente en el pensamiento de Marx, de los fenomenólogos y del existencialismo. Entre sus múltiples y complejos significados, se remarcará, por la incidencia que tiene en el tema que se está estudiando, la idea de *separación de sí, alejamiento de sí o extrañamiento*. En efecto, la alienación imaginaria en psicoanálisis debe entenderse como una operación en función de la cual el yo se confunde con su imagen: el yo cree corresponderse con la imagen ideal de sí mismo que le devuelve el espejo. La relación que el *infans* establece con esa estampa idealizada y completa -que contrasta con su fragmentación corporal- es de neto corte narcisista: el niño ha quedado seducido por su propio reflejo. Esta imagen sobrevaluada conforma al yo ideal, del que Lacan dijo que era un gemelo del yo, que hace que este último nunca esté solo.

El espejo, al devolver al *infans* algo que él no es, genera en esos mismos instantes, la pretensión de querer serlo. El fenómeno se ha disparado: el yo se instala en un vaivén entre la imagen de completud que ve y la incompletud que siente. Quiere ser aquello que la imagen le muestra; se funde, se confunde con esa imagen.

Esta alienación hace que el yo adjudique sus propios atributos a los objetos con que se relaciona y, más ampliamente, a todo lo que va conociendo. De ahí la presencia constante de fenómenos de animismo y antropomorfismo en la percepción humana. Lo afirmado sobre el yo es suficiente para advertir que éste no se corresponde con lo real del cuerpo. Entre la imagen del cuerpo y el cuerpo en sí hay un gran desfase.^{22*} Esta pasión del yo por conformar la realidad a su imagen y semejanza hace difícil captar lo diferente, lo que es ajeno e imperfecto. El registro imaginario es refractario a las diferencias, en especial, a la de los sexos. Lo especular, por su esencia última -reflexión de lo propio- es homosexual; reconoce un sólo sexo: el propio. En la dimensión narcisista o en el registro imaginario no están dadas las condiciones para el planteamiento y resolución de las cuestiones relacionadas con la diferencia de los sexos.

Haber pensado al yo constituyéndose en la experiencia especular hizo que Lacan otorgase un lugar importante a lo imaginario en la psique, aunque insistió permanentemente en la articulación de este registro con los otros dos. Cada uno es distinto pero los tres quedan siempre enlazados, salvo en las psicosis.

La imagen especular idealizada -yo ideal- se superpuso, en la elaboración lacaniana posterior, con la imagen fálica (representación de la completud) que dio pie, entre otras cosas, a la identificación del mismo nombre.²³

10.4.2. La especularidad

En los usos coloquiales este término hace referencia al hecho de que los objetos mundanos produzcan una imagen simétrica e invertida ante un espejo. El propio cuerpo, por ejemplo, engendra ese fenómeno.^{24*} Acéptese por el momento que esta peculiar simetría invertida es, por definición, una característica de lo imaginario, de lo especular.

Sin embargo, el psicoanálisis enseña que, en el caso de la cría humana, los fenómenos de reflexión de la luz se ven subvertidos: la imagen generada ópticamente queda revestida, de inmediato, por la libido; la función de la mirada está siempre comprometida libidinalmente. En el humano, la percepción no es objetiva sino subjetiva; además, está determinada por lo inconsciente. Por otra parte, la percepción está también condicionada por el hecho de que las diversas imágenes registradas e inscriptas con anterioridad se interrelacionan en la psique en un registro específico -el imaginario- que incidirá sobre cualquier percepción futura.

El niño, enfrentado al espejo, recibe de éste una imagen espuria; no es una réplica exacta sino un reflejo algo distorsionado de su masa física y de sus contornos: el espejo devuelve -de lo corporal-, sólo aquello que puede constituirse como imagen; pero hay aspectos del cuerpo que no se integran en la imagen y, a la inversa, determinados aspectos de la imagen no se corresponden con lo que el niño percibe y fantasea respecto de su cuerpo. Así, por ejemplo, las vivencias de fragmentación corporal y la falta de capacidad para dominar su cuerpo, no aparecen en la

imagen.^{25*} El júbilo del niño surge, justamente, por la discordancia entre cómo se siente y cómo se ve en el espejo. En esos instantes, existe un hiato enorme entre la información que recibe de su cuerpo –propiocepción, interocepción– y la imagen de perfección que ve en la superficie azogada (exterocepción). De ahí que oscile entre una y otra y se quede prendado de la segunda, en tanto le devuelve, le otorga, una imagen unitaria y completa que el niño no posee aún.

En otros términos: la imagen del espejo es anticipatoria, es futurista; no coincide con su presente; sin embargo, es recibida con gran entusiasmo y es anhelada por el niño que, si pudiera hablar, diría: “quiero ser como ése que veo allí”. Esa imagen cautivante es la del *yo ideal*, que le permite construir una forma unitaria de sí mismo, que contrasta con las vivencias de despedazamiento, caos e incapacidad motora. De ahí que el *infans* se precipite al futuro haciéndola suya.

“[...] el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental.” (EE, p.15)

Tres conclusiones a partir de esta cita. *Primera*: los efectos de la experiencia especular no se reducen al tiempo que dura su consumación -entre los seis y dieciocho meses- sino que dejan improntas indelebles por el resto de la vida. *Segunda*: el yo así constituido es una ortopedia, una estatua, una armadura; esto le otorga sus caracteres de permanencia e inercia. *Tercera*: se genera una “identidad enajenante”: el yo que se aliena en esa imagen adquiere una protoidentidad y queda involucrado para siempre en las luchas de puro prestigio, en la seducción por la imagen, en la ostentación y en las paradas de omnipotencia ante el otro. Se ha producido el primer tiempo lógico del Edipo, que posibilitará al niño acceder a la dialéctica de los intercambios propios del segundo y tercer tiempo de dicho complejo, tal como lo concibió Lacan.

10.4.3. *Je y moi*

Lacan aprovechó para el psicoanálisis, más específicamente para su teoría del yo y del sujeto, el genio de la lengua francesa; en ella se utilizan dos pronombres que hacen referencia a la primera persona del singular en ambos géneros: *je* y *moi*. Los dos se traducen habitualmente al español por yo, término empleado en psicoanálisis en diversos contextos y en especial para nominar a una de las instancias de la segunda tópica. En el mismo texto de 1949 que se está comentando pueden apreciarse ya los usos diferenciales de estos dos vocablos. Con posterioridad, esta distinción fue adquiriendo un peso específico importante. El yo (*moi*) quedó básicamente relacionado con lo imaginario y su función de desconocimiento; también con el conocimiento paranoico. El yo (*Je*) quedó vinculado sobre todo a lo simbólico. Del texto *EE* podría desprenderse que el *Je*, tras constituirse, quedaba situado en un nivel superior que el *moi*; además, el primero antecede temporalmente al segundo. Ya se dijo que sin esa matriz simbólica no habría constitución del yo. La experiencia especular, al dar pie a la constitución del *Je* -recuérdese que el título completo de *EE* hace referencia al mismo- favorecía la posterior conformación del *moi*. El *Je* precede a las identificaciones especulares que estructuran el *moi*. Es “el campo fortificado”, “el estadio”, “el ruedo interior”, “el recinto” –así se simboliza oníricamente el *Je* (*EE*, p. 15)– que contendrá al *moi*. Con el paso de los años, la distinción se mantuvo pero se fue llenando de nuevos significados: el *Je* pasó a ser considerado un *shifter*²⁶ y quedó más ligado aún con lo simbólico; el *moi*, en cambio, con lo imaginario, especular.

10.4.4. Conocimiento paranoico

En la experiencia especular el niño se vive y posiciona como otro; se instaura así un doble desconocimiento en todo ser humano: respecto de la verdad de su ser y de la profunda alienación en (y por) la imagen de sí mismo. La investidura libidinal de la imagen especular -forma primordial del yo- camufla las carencias del ser; el desconocimiento se instala así en la intimidad del yo. Éste

desconoce su forma de constitución más las consecuencias y los determinismos que eso conlleva. En ese contexto, el conocimiento posee los atributos de la manera paranoica de aprehender al mundo: se percibe lo que previamente se ha proyectado. No se lo vivencia como un conocimiento con punto de partida en el sujeto sino proviniendo del exterior. El del yo es un conocimiento que acaba encontrando en la realidad sólo las certezas que ya tenía previamente. Es una dialéctica fundada en la alienación del yo en el otro.

Transformar al otro en pantalla de proyección hace que, en estas relaciones, la indiscriminación sea la regla. En los lazos sociales se hacen presentes todos los ingredientes que caracterizan al modo imaginario de operar: alienación en la imagen, confusión con el otro, desconocimiento, rechazo de los determinantes inconscientes, omnipotencia, conocimiento paranoico, agresividad, ambivalencia (amor-odio), relación dual. La regulación simbólica de lo imaginario, se sabe, amortigua este régimen de funcionamiento.

Las tesis expuestas hasta ahora sobre el estadio del espejo van a contracorriente de cierta tradición filosófica de raigambre platónica, que pretendía articular la verdad con un sujeto capaz de buscarla en tanto su identidad estaba asociada a un ideal. El temple paranoico con que caracterizó al yo -y a la identidad que de allí se derivaba- no deja de colisionar con este aspecto del platonismo. El yo fue pensado como la sede del desconocimiento; se opone a la verdad que proviene de la *otra escena*.

10.5. Resignificación del estadio pre-especular: la *fragmentación corporal*

Como una más, entre las muchas consecuencias de lo especular, cabe consignar la que resignifica retroactivamente como *cuerpo fragmentado* el estado del *infans* anterior a la consumación de dicha experiencia.

La unidad corporal percibida afuera –en el otro/Otro, que hace de espejo– rebota, vuelve al yo y lo determina; esto permite significar lo que se estaba vivenciando hasta entonces como una suerte de despedazamiento corporal; se comienza a sentir repentinamente al cuerpo como un conglomerado de componentes dispersos, de zonas erógenas disjuntas. El desasosiego sin nombre que se padecía hasta esos momentos queda asociado a dicha fragmentación. El espejo, ya se dijo, devuelve algo muy distinto de lo que se vivencia. De ahí, el júbilo del niño, antes comentado, frente a su imagen especular.

Además de este fantasma, lo propio de la pre-especularidad queda conformado por otros dos fenómenos: “la prematuración específica del nacimiento en el hombre” (*EE*, p. 14) y el estado de desamparo que esto acarrea. Unas breves palabras sobre estos tres conceptos.

- La fragmentación corporal alude a una manera previa e innominada de sentirse, que se corresponde con el periodo anterior a la constitución del yo. Tras formarse una representación unitaria del cuerpo, comienza a resignificarse lo que antecedió como una dispersión de parcelas corporales o como partes aisladas y separadas del organismo que se corresponden, generalmente, con las zonas erógenas -fuentes de la pulsión-. Así pues, la fragmentación corporal no es una vivencia desorganizada y caótica sentida como tal a partir de la sensibilidad intero y propioceptiva; no es un dato inicial sino más bien la consecuencia retroactiva de la percepción unitaria en la imagen. Este tipo de vivencias puede reaparecer en los adultos, ya sea como fantasmas ya sea como imágenes oníricas de disgregación corporal, cuando el “análisis toca cierto nivel de desintegración agresiva del individuo” (*EE*, p. 15).
- La prematuración alude al hecho de que el recién nacido llega al mundo careciendo de dominio sobre su cuerpo. Puede decirse que el bebé, tras nacer, es un prematuro fisiológico, aunque haya permanecido nueve meses en el útero. Sucede que una mayor estancia en el vientre materno le daría un tamaño tal, que le impediría su pasaje por el canal de parto. Por eso ve la luz siendo inmaduro. En el plano neurofisiológico esta prematuración se expresa en el déficit de mielinización de los axones que conforman los haces piramidales, que gobiernan la motilidad.

- El desamparo o indefensión es consecuencia directa de la prematuración recién aludida. El estado de *fetalización*²⁷* que caracteriza a la cría humana al nacer, hace que no pueda resolver por sí misma sus necesidades elementales: para sobrevivir requerirá, de manera insoslayable, los cuidados de aquellos que conforman su entorno. Esto le genera una enorme dependencia respecto del Otro; le es imprescindible esa ayuda para resolver sus penurias y para ser defendido de los peligros externos.²⁸ Este desamparo es otro factor que alimenta la reacción de alegría ante la imagen que le devuelve el espejo: ella le anticipa un dominio de sí mismo que aún no tiene.

Cabe agregar que el concepto de desamparo no es meramente descriptivo y, por lo tanto, va más allá de caracterizar y/o nominar el estado de inermidad del recién nacido. La indefensión de éste, su incapacidad para valerse por sí mismo -*Hilflosigkeit* en la lengua de Freud- es algo más que la constatación de un dato de orden biológico o natural, ya que al desplegarse en el seno de relaciones con los objetos primarios se circunscribe un terreno que quedará influenciado, determinado, por el psiquismo parental. La *Hilflosigkeit* genera y delimita, entonces, un espacio donde bulle el deseo y el narcisismo de quienes cumplen con la función materna y paterna.

Dada esta situación, acaba haciéndose evidente, al poco de andar, otro aspecto que no resalta a primera vista y que genera una cierta reciprocidad: tan cierto es que el bebé necesita de los cuidados maternos para sobrevivir como que, a su vez, la madre ve satisfechas sus ansias de completud por medio del hijo. Éste, se identifica con el falo imaginario, colma a la madre y permite instaurar la célula *narcisismo-madre fálica*. Se consuma así la identificación fálica del *infans* en su doble vertiente: la madre identifica proyectivamente su hijo/a con el falo y el *infans*, por su parte, se identifica con el falo. Se realiza así el anhelo materno de completud, condición necesaria para libidinizar (psiquizar) al hijo; por otra parte, el hijo/a logra “ser todo para su madre”.

10.6. Creación del umbral para la percepción de los objetos del mundo

Es imprescindible que exista el yo para que haya captación de los objetos mundanos. Los pormenores de la dinámica específica de esta aprehensión ya han sido formulados en páginas anteriores. Se las reitera con diferencias y agregados. La identificación especular, fundante del yo, permite al humano establecer su relación imaginaria y libidinal con el mundo.

El modo en que se ha constituido este yo, determina la posterior pasión del mismo por imponer al entorno su propia imagen. La libido que inviste al yo primigenio acaba desplazándose a los objetos dando pie a las relaciones tempranas, marcadas por el narcisismo: el yo se empeñará en imprimir su imagen sobre la realidad.

Aquello que del objeto se resiste a tal conformación, aquello del objeto que es indómito a tales proyecciones, aquello que no se deja ajustar fácilmente a lo que el yo pretende, es negado o rechazado. La instancia yoica se afana en desconocer lo que atenta contra la configuración narcisista -a imagen y semejanza- de la realidad. La imagen de sí está siempre dispuesta para revestir los objetos del mundo circundante. En el universo imaginario las cosas se perfilan especularmente; se aspira a que todo sea completo y perfecto a consecuencia de proyectar el yo ideal sobre ellas.

Se esperará siempre que el objeto hable y actúe tal como lo haría el yo. La realidad se organiza sobre la base del modelo con que el yo la concibe; en ese contexto no hay descubrimientos ni sorpresas.

Cuando no sucede esto, las vivencias de sentirse injuriado y las reacciones ante ella —el ataque y la denigración del otro— ocuparán el lugar de las idealizaciones con punto de partida en el yo ideal. En el apartado 10.8 se verá que los objetos no reciben solo este baño narcisista; también opera lo simbólico en la percepción del mundo.

10.7. Aparición del transivismo y de la agresividad. Celos y rivalidad

Son otras tantas manifestaciones de la experiencia especular y de la sujeción del yo al orden imaginario. Se estudiarán en los tres apartados siguientes:

10.7.1. El transítivismo

10.7.2. La agresividad

10.7.3. Los celos y la rivalidad. El viraje del yo especular al yo social

10.7.1. El transítivismo

Es una demostración clara de lo anteriormente descrito sobre la presencia de la alteridad en la constitución del yo. En efecto: un niño que ve llorar a otro, llora también; el que empuja y pega dice haber sido empujado y pegado por el otro. No debe verse en estos hechos una mentira, un engaño o un intento de ocultamiento por parte del que pegó, sino la puesta en evidencia del modo de constitución del yo; es decir, otra forma de verificación de su carácter especular y de la indiscriminación que la alineación imaginaria crea entre el yo y el otro. Si A golpea a B, A siente por transítividad que él ha sido golpeado. Si B llora después del empujón recibido, A llorará también, *por carácter transítivo*. La imagen de B que A percibe funciona -para A- como una imagen especular suya. Así pues, en los fenómenos de transítivismo el niño se identifica con su *alter-ego*, se convierte en él.

El transítivismo en los niños pequeños había sido descrito por la psiquiatra Ch. Bühler (1893-1974) y sus estudios eran conocidos por Lacan cuando elaboró su texto sobre estadio del espejo, aunque él reinterpretó este fenómeno a la luz de sus categorías psicoanalíticas.²⁹

10.7.2. La agresividad

La agresividad es la otra cara del narcisismo y es constitutiva del ser humano. Así lo afirmó Lacan, aunque con otros términos, en su cuarta tesis de *AP*:

“La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista [...]”. (*AP*, p. 73).^{30*}

La agresividad en psicoanálisis es un texto que debe leerse articuladamente con *EE*; forman un par indisociable y ambos vienen a sostener que la agresividad es un correlato de la estructuración narcisista del yo y de la identificación que la preside. La agresividad es el reverso ineludible de la especularidad. En dicho artículo postuló y desarrolló cinco tesis significativas sobre la agresividad, que fueron comentadas sucintamente en III, 7.9.

10.7.3. Los celos y la rivalidad. El viraje del yo especular al yo social

En *AP* también retomó algunas de sus ideas, expresadas diez años antes, en *LF* sobre los celos y la rivalidad. Efectivamente, en este último escrito, solicitado para su inclusión en el Tomo VIII de la *Encyclopédie Française* abordó estos temas y perfiló lo que dio en llamarse el viraje del yo especular (soportado en la imagen virtual de sí mismo) al yo social (sostenido en la imagen de un semejante).

En *LF* postuló el complejo de intrusión: en la dimensión imaginaria, la presencia de un semejante de carne y hueso -un hermano, un amigo, etc.- es vivida como si un intruso viniese a perturbar la relación dual con la madre; allí mismo y de manera rápida se desencadena la rivalidad y los celos con ese otro. Lacan encontró una descripción paradigmática de esta rivalidad celosa en un pasaje de las *Confesiones* de San Agustín y no cesó de recurrir a ese fragmento, para ilustrarla, a lo largo de toda su enseñanza.³¹

“Vi con mis propios ojos y conocí bien a un pequeñuelo presa de los celos. No hablaba todavía y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada, a su hermano de leche.” (*AP*, p. 78)

Esta mirada emponzoñada que el niño dirige al que es amamantado pone de relieve los celos y la confrontación mortificante que mantiene con el *alter ego*; muestra, también, que el yo percibe que

puede perder algo con la presencia de ese tercero -en realidad: otro yo- molesto. El *infans* (“no hablaba todavía”, dice San Agustín) se encuentra allí con un otro que está ocupando **su** lugar. Torneado, conformado por lo imaginario, el yo siente que le arrebatan su sitio. La estructura paranoica del yo funciona a tambor batiente; se dispara el odio celoso, prototípico de estar atravesado por lo imaginario. Se puede percibir con claridad la incidencia de esa captura en estos lazos sociales primigenios. Mientras tanto, el “intruso” ayuda involuntariamente a conformar los primeros objetos de deseo. Así como la imagen del propio cuerpo le vino dada desde afuera, también lo deseable se le estructura desde el exterior: el deseo es inicialmente reconocido en los otros. Lo que para el *infans* es, por entonces, una sensación interior poco clara, carente de organización definida, adquiere forma, de manera repentina, y gracias al otro que, inintencionadamente, hizo suyo un objeto, convirtiéndolo - *ipso facto*- en deseable también para él. No hay otra posibilidad: el deseo se percibe antes en el semejante que en sí mismo.^{32*} Vendrá luego una tentativa de apropiación de aquello que el otro le indicó como deseable, por el simple hecho de haberlo “conquistado” primero. Como correlato ineludible de vivir en esta impregnación imaginaria, surgirán los celos, la rivalidad, la competencia, la agresividad. Sólo con el advenimiento del *Ideal del yo* se introducirá la pacificación: a partir de entonces la alternativa mortífera e irreductible del tipo *o yo o el otro*, propia del narcisismo, podrá sustituirse en el plano simbólico, por con un enunciado como el siguiente: es posible compatibilizar al *yo y al otro*.³³

10.8. Lo imaginario y la teoría del yo en la década de los años cincuenta

Así como los siete apartados anteriores estuvieron centrados en la exposición de las primeras aportaciones lacanianas sobre el yo y lo imaginario, éste será dedicado a revisar las nuevas inflexiones introducidas en tales categorías, en los comienzos de la segunda mitad del siglo XX. Dos hitos fueron decisivos por aquel entonces: la conferencia pronunciada el 8 de julio de 1953 sobre “Lo simbólico, lo imaginario y lo real” y su alocución conocida como “Discurso de Roma”, expuesta dos meses más tarde en esa ciudad e incorporada, luego, a los *Escritos* con el nombre de “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. Se entrevisté a partir de los títulos de ambas disertaciones que en esa época se inició un largo periplo -que duraría casi dos décadas- en el que Lacan fue redefiniendo la naturaleza de lo imaginario y las funciones del yo a partir de su articulación con lo simbólico. Lo esencial de los aportes de los años cincuenta consistió en dicha articulación y en la elaboración de una tópica de lo imaginario consistente. También se estableció un concepto de yo diferente del predominante por entonces, que se había orientado en la inmediata post-guerra mundial, especialmente en los EE. UU., hacia la idea de que el análisis debía reforzar al yo, a la identificación del yo del analizante con el yo del analista y a una mejor adaptación de la persona al medio. Para más detalles sobre este asunto véase II, 10.3. *Un inciso: el yo en Hartmann*.

Como resultado de todas estas innovaciones teóricas, el estadio del espejo quedó definido retroactivamente como una experiencia con la imagen de sí mismo, la primera de todas, que preludeaba la serie siguiente de intercambios que permitirían el establecimiento del sujeto del lenguaje. La importancia creciente otorgada a lo simbólico en los años cincuenta y sesenta, no careció sin embargo de antecedentes en *EE*. En ese texto es posible encontrar un par de referencias al asunto:

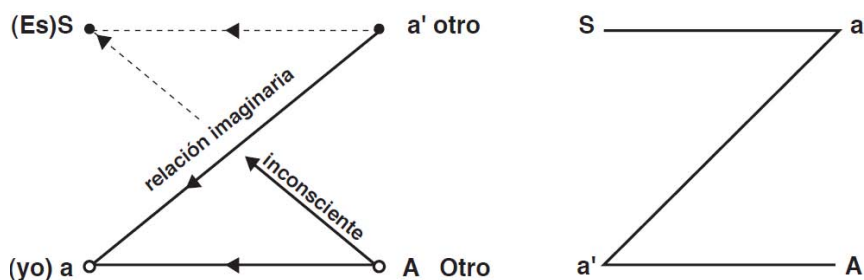
“El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente [...] nos parecerá que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz **simbólica** en la que el yo [*je*] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto.” (*EE*, p. 12; la negrita es mía).

Como puede apreciarse por esta cita, lo simbólico ya estaba preanunciado en este artículo de 1949, que también hacía referencia a la *eficacia simbólica*, concepto tomado en préstamo a C. Lévi-Strauss. Ya fue dicho que este último le proporcionó un acercamiento a la lingüística estructural de Saussure y que su texto *Las estructurales elementales del parentesco* le llevaron a dar preeminencia al orden simbólico y a la palabra. El giro de esos años se abordará a través de los esquemas, modelos ópticos y grafos lacanianos, en tanto ellos condensaron la mayoría de los aportes producidos sobre el tema en cuestión durante en esa década. Se lo hará mediante el siguiente orden:

- 10.8.1. Los esquemas L y Z
- 10.8.2. Modelos ópticos
- 10.8.3. El esquema R
- 10.8.4. El grafo del deseo

10.8.1. Los esquemas L y Z

El esquema de la izquierda, conocido como Lambda o L fue presentado en el $S 2$, clase del 2 de febrero de 1955 y retomado el 25 de mayo de ese mismo año. El Z es una variante algo simplificada del anterior, por lo que las consideraciones siguientes son válidas para ambos.



Aún dentro de su sencillez no dejan de mostrar la presencia combinada de lo imaginario y lo simbólico. La relación entre el sujeto $-S^{34*}$ y el Otro $-A-$ suponía ya, y de manera inevitable, la presencia de lo imaginario, graficada en ambos esquemas por el vector $a-a'$, que viene a ser una versión ultra-simplificada del estadio del espejo. No hay relación posible con el Otro sin un atravesamiento de este eje. Por lo tanto, lo imaginario era, por entonces, un obstáculo y a la vez una posible vía de acceso a lo simbólico. Ninguna relación es puramente simbólica; es imposible expurgar lo imaginario.

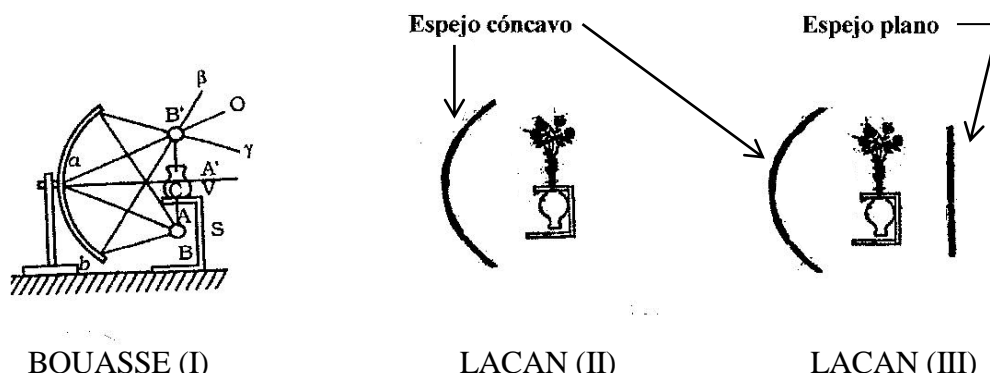
En ambos esquemas se puede leer que un sujeto, cuando intenta dirigirse al Otro, se encuentra no con Otro sujeto, sino con algo que tiene las características de un objeto: pequeño otro, semejante ($S \rightarrow a'$). Pero este semejante le remite inmediatamente a su propio yo. Este fenómeno es inteligible desde el estadio del espejo: el *infans*, fascinado por lo que el espejo le devuelve, se aliena en esa imagen $-i(a)-$. Pero, ya se ha visto, que con esa imagen del semejante se establece una relación de rivalidad y agresividad. Al quedar prisionero de la ficción en que fue introducido por la experiencia especular, el sujeto se captará a sí mismo bajo la máscara de su yo y, por más que busque comunicar con el Otro, fracasará en su intento: acaba comunicándose con otro yo. El S que intenta dirigirse a A , no lo puede hacer directamente: se conecta siempre con un pequeño otro, por la existencia del eje imaginario (ver figuras anteriores). Aunque en estos esquemas ya se perfila la presencia de lo simbólico en las relaciones humanas también invitan a pensar que es necesario determinar cuál es el grado de franqueamiento del eje imaginario en toda relación entre el Otro (A) y el sujeto (S).³⁵

10.8.2. Modelos ópticos

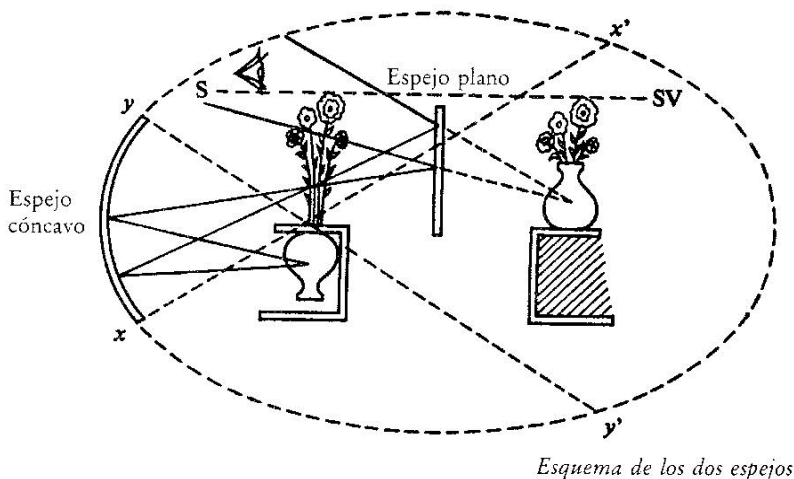
Fueron considerados por Lacan como una forma generalizada del estadio del espejo (*OIDL*); por medio de ellos fue introduciendo precisiones y novedades respecto de lo afirmado en su texto primigenio de 1949 sobre la experiencia especular y lo imaginario. La primera ocasión en que hizo referencia a estos dispositivos fue en el $S 1$, clase del 24 de febrero de 1954; los retomó luego en otros seminarios y finalmente, en *OIDL* (1960), presentó la forma más acabada y casi completa de los mismos.³⁶ En este último escrito, además de precisar la fuente del diagrama básico -un libro de Bouasse- agregó nuevos elementos que otorgaron una mayor complejidad a los esquemas iniciales.

Se partirá del modelo de Bouasse -zona izquierda de la figura siguiente-; el conjunto de componentes de la misma aparecen mostrados lateralmente, tras haber practicado un corte sagital. Bouasse utilizó una caja cerrada por todos sus lados menos por la cara que se coloca frente al espejo;

en el dibujo ella se muestra como una U lateralizada que mira a la superficie reflectante y está designada con la letra S. El interior de ese receptáculo es invisible para el observador de la experiencia; contiene, esquematizado, un ramillete de flores reales (B). Sobre la caja colocó un jarrón; el manojito de flores oculto se refleja en el espejo cóncavo y crea una imagen real ^{37*} e invertida del mismo -B', que viene a situarse en la boca del florero (véase la letra C en el interior del mismo). $\beta B'\gamma$ es el cono de visión que permite la adecuada percepción de la experiencia.



Si se coteja la figura de la izquierda con la del centro, podrá observarse que Lacan invirtió la posición del ramillete de flores y del jarrón; colocó al primero encima de la caja y al segundo, debajo. En (III) se representa la misma figura que (II), pero con el agregado de un espejo plano. Estas dos innovaciones las introdujo Lacan en un único esquema que presentó en la clase del 24 de marzo del mismo S I.



Estos agregados generaron aspectos novedosos respecto del esquema de partida -Bouasse (I)-. En el nuevo diagrama se combinaron dos tipos de espejos -esférico cóncavo y plano- que producen imágenes diferentes. Se estudiará a continuación la marcha de los rayos y la formación de imágenes tomando los esquemas anteriores como referentes. El espejo esférico cóncavo forma una imagen *real* e invertida del jarrón que está boca abajo en el interior del receptáculo; ésta imagen real viene a situarse sobre la caja pero, en tanto la imagen es invertida, el jarrón aparece con su bocal hacia arriba. Se genera una ilusión óptica: se ve al florero -que se hace visible por obra del espejo cóncavo- conteniendo el ramo de flores. Este fenómeno se observa con precisión a condición de que el observador se sitúe en una zona bien determinada, a saber: dentro del cono $\beta B'\gamma$ -véase esquema (I)-; sólo desde allí se apreciará el compuesto conformado por una imagen “real” del florero y un objeto real -el conjunto de flores- “en su interior”. Cuanto más se aleje el observador del cono $\beta B'\gamma$, menos patente será la captación del fenómeno y más allá de un límite, los efectos ilusorios comentados deja de producirse.

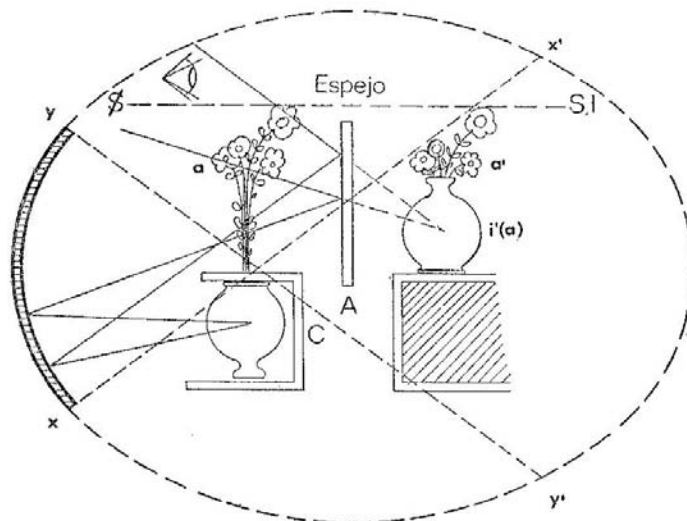
Lacan no justificó expresamente la inversión de los objetos -ramo arriba y florero abajo- pero podría aventurarse la idea de que este último es más apto que las flores para metaforizar los contornos del cuerpo. Este cambio de posición la introdujo en la clase del 24 de marzo de 1954, sin dar mayores

explicaciones. Al bouquet de flores le atribuyó la representación de los instintos y deseos; también puede ser pensado como los objetos del yo. Ahora bien: la introducción del espejo plano junto al cóncavo obligó a reubicar el ojo en otro cono de visión: el apto para percibir las imágenes virtuales que produce el espejo plano recién incorporado. O sea que el ojo -representante del sujeto, determinado por lo simbólico- situado frente al espejo plano percibe un compuesto de elementos heterogéneos: una imagen "real" del jarrón, que simboliza la forma imaginaria, unitaria, del cuerpo más un objeto real -las flores- que hacen referencia a los instintos y los deseos. Los principales avances de este esquema respecto de *EE* son dos: a) la introducción del sujeto, aunque más no fuera bajo la forma de representación rudimentaria: un ojo; éste quedó situado en una zona del cono adecuada para la visión óptima de la experiencia.³⁸ b) la incorporación al estadio del espejo de la incipiente tópica de los tres registros -RSI-.

A partir de la clase del 24 de marzo de 1954, al lado del dibujo del ojo comenzó a aparecer la S, primera letra de sujeto, pero aún sin barrar (el matema \$, apareció en una variante más completa del modelo óptico que propuso seis años más tarde en *OIDL*). En posición simétrica a S, aunque del otro lado del espejo aparece SV: sujeto virtual, en tanto se sitúa en el espacio homónimo, inaugurado por la introducción del espejo plano. El ramillete y la imagen real del jarrón- al quedar situados frente a un espejo plano, producen imágenes virtuales de sí mismos. Obsérvese que en el esquema IV el ojo quedó situado en un lugar desde el que no percibe la imagen real del jarrón que produce el espejo cóncavo; ve, en cambio, la imagen virtual de esa imagen real del florero que genera el espejo plano. Al situarlo dentro de la caja, el florero -que representa lo real del cuerpo- se hace inaccesible a la mirada directa. Se esquematiza de esa manera la idea lacaniana de que el sujeto no tiene acceso a lo real de su cuerpo; sólo puede captarlo por mediación de lo simbólico.

El agregado del espejo plano dio pie a una diferenciación precisa entre el yo ideal -que de ahí en más quedó asociado a lo imaginario- y el Ideal del yo, vinculado a lo simbólico. Lacan explicitó esas distinciones en la clase siguiente, la del 31 de marzo.³⁹ Es importante tener presente que el espejo cóncavo no sustituye al espejo plano; éste sigue siendo más eficaz para representar lo que sucede en la experiencia especular. La presencia del espejo cóncavo provee una formación compuesta y unitaria -a la vez- de tres elementos dispares: imagen real del jarrón, ramillete de flores reales y ojo. La imagen virtual de los dos primeros elementos, producida por el espejo plano, es un artificio compuesto.

En la última parte de *OIDL* el esquema anterior se completó con algunos agregados. Esta es la nueva versión del modelo, tomada de *Escritos II*, p. 296.



Puede apreciarse que en lugar de la S aparece, ahora, el sujeto barrado -\$-; el espejo plano es designado, a partir de 1960, con la letra A, representativa del Otro (alteridad radical, tesoro de los significantes, lenguaje, etc.); junto al florero invertido escribió la C, primera letra de cuerpo; junto a las flores aparece la letra a. El Otro anticipa la presencia necesaria de la madre o de un sustituto de la misma. De ese Otro proceden los dones; don de la alimentación y don de la palabra. Ella aporta un signo mediante el cual le reconoce al hijo que la imagen que él ve en el espejo es, precisamente, la

suya.⁴⁰ Del otro lado del espejo plano tenemos a S: sujeto virtual, asociado ahora a la letra I: Ideal del yo.

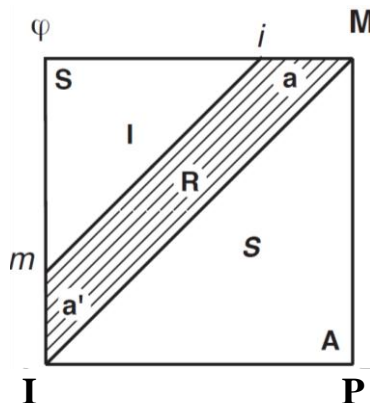
La letra a' corresponde a la imagen virtual de las flores, notación que no se mantendrá durante largo tiempo. Por último, $i'(a)$ es la imagen virtual que conjunta la imagen real del florero con la imagen –también virtual–del ramillete de flores; esta notación $-i'(a)$ – representa al yo ideal.

Pese a todas estas innovaciones, lo fundamental de la primera descripción del estadio del espejo se conservó: la imagen del cuerpo es en primer lugar y ante todo la imagen del otro que se presenta en el espejo plano, pero las novedades pueden resumirse así: para que la ilusión opere, el ojo encuentra asignado su lugar por el Otro; especialmente, en función de un punto de referencia que se sitúa en el Otro: se trata del Ideal del yo -I, en el esquema procedente de *OIDL*- punto que se sitúa en el espacio virtual del Otro. El sujeto, si quiere ver su imagen, debe ajustarse respecto al Otro.

Cabe agregar que la letra “a” que aparece en el esquema anterior no es aún el objeto a , que tardaría poco tiempo en aparecer. Dos años más tarde, en el seminario *La Angustia* (1962-1963), retomó la última versión del modelo óptico, el de *OIDL*, y situó en la boca de la imagen real del florero una “x” en lugar de las flores. La ventaja que esto supuso era la de no ofrecer tan fácilmente -como sí lo hace un ramillete de flores- una imagen en el espejo. Téngase presente que el objeto a es no especular (véase *infra*, 10.9.1.)

10.8.3. El esquema R

Apareció en *CPTP* (1955) y en él quedaron articulados el Nombre del Padre -categoría que había propuesto en esos años- con los registros RSI. Asimismo, en este esquema formalizó un conjunto de ideas elaboradas con anterioridad. La simple observación del mismo muestra la presencia de algunos articuladores teóricos que no estaban presentes en los esquemas *L*, *Z* y en los modelos ópticos.



El cuadrángulo $miMI$ puede ser visto como la sucesión de identificaciones imaginarias, constitutivas del yo, que comienzan a producirse tras la experiencia del espejo. Aparecen en la figura mediante una serie de líneas paralelas; cada una representa los efectos estructurantes de la imagen del otro $-i(a)$ - sobre el yo (m). Estas identificaciones establecen componentes narcisistas estables en la psique; se hacen en dirección a lo simbólico y tienen un claro punto de inflexión: ceden, cuando el niño/a, marcado por la metáfora paterna, accede a lo simbólico y a las identificaciones al rasgo unario, propias de ese tiempo lógico de la estructuración subjetiva.

El vector IM de la figura anterior muestra, al mismo tiempo, el final de la serie de identificaciones imaginarias del cuadrángulo R y el momento en que prevalecen las identificaciones simbólicas, entre las cuales figuran las del Ideal del yo (I).

De lo dicho surge que el otro, el semejante, opera también como espejo, pero presenta algunas diferencias respecto de una imagen virtual. Para el niño -aunque también para el adulto capturado en la especularidad- ese otro, además de ser su imagen, está ocupando -usurpando- su lugar, que por ser concebido como único, despierta la sensación de expropiación. De ahí la rivalidad intensa y los celos que se generan en esa situación. Se instala una alternativa excluyente: *o yo o el otro*. En un contexto como ese no hay dudas de que el mejor otro es el otro muerto, destruido. Es una lucha a muerte en la

que el yo debe conquistarle, arrebatarle el lugar al otro; caso contrario, será aniquilado por ese otro. La presencia de lo simbólico, se insiste nuevamente, pacificará esta situación.

10.8.4. El grafo del deseo

Fue elaborado por Lacan de manera simultánea al esquema R , durante el quinquenio 1957-1962. Permite estudiar los avances de la teoría del yo que se habían producido por entonces, aunque es bien sabido que lo más importante del grafo giraba en torno al anudamiento de la necesidad, la demanda y el deseo con la cadena significante. Los primeros esbozos del grafo fueron presentados en $S 5$ y $S 6$; las formas más desarrolladas del mismo aparecieron en su escrito SS (1960). En este último, el estadio del espejo aparece en una versión minimalista: vector $i(a) \rightarrow m$. Esta forma de escribirlo supuso una modificación respecto de los esquemas L y Z , en que estaba representado por el segmento $a \dashrightarrow a'$ (pura y simple especularidad). En el grafo del deseo ya están incluidas algunas elaboraciones sobre el objeto a , como bien lo dice la notación $\$ \langle a \rangle$ (fantasma) y se muestra, asimismo, la regulación de lo imaginario por lo simbólico. A la alienación especular del yo se había sumado, por entonces, la alienación simbólica del sujeto en la cadena significante. Por otra parte, $i(a)$ apareció en el grafo determinada por $I(A)$: Ideal del yo. De esta manera, Lacan volvió a subrayar que la imagen del semejante carece de autonomía y debe ser considerada como otro efecto, uno más, del significante. Lleva la impronta del Ideal del yo.⁴¹

Estas nuevas elaboraciones introdujeron matices importantes en las consideraciones primigenias, en las que el yo aparecía como una instancia puramente imaginaria; a partir de los años cincuenta y especialmente en los sesenta consideró una dimensión simbólica del mismo. El yo, $-m$ en el grafo- quedó situado en un lugar acorde con estas nuevas aportaciones: justo debajo de $s(A)$, lugar por excelencia del síntoma -esta ubicación subraya el carácter metafórico del yo- y en conexión con $I(A)$, cosa que lo muestra determinado por el Ideal del yo.⁴²

De manera concomitante a estos cambios en la teoría del yo, se ha visto que el deseo del otro se ha transformado en deseo del Otro barrado (\mathbb{A}) y el objeto (a secas) pasó a ser objeto causa del deseo, objeto real y no sólo imaginario. El fantasma -articulación del $\$$ y el objeto a - quedó ubicado del lado izquierdo del grafo, en la línea de las respuestas retroactivas al interrogante que el deseo del Otro despierta. Estas novaciones conceptuales sobre el yo complementaron -pero no desmintieron- el papel de las identificaciones imaginarias en la estructuración del mismo.

10.9. Nuevas aportaciones sobre el yo a partir del establecimiento del objeto a y del $\$$. Asentimiento e Ideal del yo

Lo expuesto en el apartado anterior permitirá insistir una vez más, aunque muy brevemente, sobre la regulación simbólica de lo imaginario que se inauguró a principios de los años cincuenta y que se intensificó en la década siguiente, a partir del uso más riguroso del concepto de sujeto barrado $-\$-$ y la creación del objeto a ($S 9$). Tales avances repercutieron en la teoría del yo elaborada hasta entonces. Un año antes, en el $S 8$, había otorgado mayor incidencia a lo simbólico en la experiencia especular, al subrayar el rol significativo del *asentimiento* materno respecto de lo que el niño veía en el espejo. Por otra parte, en ese mismo seminario, abordó la noción de *agalma*, que fue otro pilar para la creación del objeto a .⁴³ El tercer aspecto que se mencionará en este apartado se refiere a la mayor incidencia del *Ideal del yo* sobre el funcionamiento del yo. Como telón de fondo de estas temáticas está la articulación -ahora renovada y profundizada con nuevas categorías teóricas- entre imaginario y simbólico.^{44*} La diferenciación esbozada con anterioridad entre el yo y el sujeto barrado se afianzó en los años sesenta.

10.9.1. El sujeto barrado y el objeto a

El establecimiento del objeto a como concepto teórico propiamente lacaniano tiene sus hitos fundamentales en $S 8$ y $S 9$; en el primero en torno a la noción recién comentada de *agalma* y en el segundo incursionó por primera vez en el terreno de las superficies topológicas no especulares.

Ambos coadyuvaron de manera significativa en el surgimiento de ese concepto, que tuvo como antecedentes freudianos al objeto parcial de la pulsión y al concepto de deseo inconsciente. La importancia que adquirió con los años hizo de él la auténtica creación de Lacan. En su teoría adquirió el estatuto de objeto causa del deseo y de objeto no especular (ajeno al narcisismo). A partir de los seminarios citados, y hasta el final de su obra, no dejó de introducir inflexiones en este concepto. No es de extrañar que de manera más o menos coetánea al surgimiento del objeto *a*, la noción de sujeto se hubiera consolidado: ganó el estatuto de articulador teórico de gran importancia y fue utilizado cada vez con mayor precisión. El $\$$, entidad eminentemente simbólica y extra narcisista necesitaba de un objeto que le hiciera correspondencia; es decir, que fuera de su misma condición; un objeto que, por definición, quedase eximido de todo lo que caracteriza a lo especular e imaginario. El objeto *a* cumple con esas exigencias.

Elosebarrado y el objeto *a* colaboraron asimismo en la redefinición lacaniana del fantasma. Establecida su fórmula y su lógica, el yo se implicó en la función fantasmaticante: los objetos del yo quedaban, por esta vía, revestidos por el fantasma, elemento fundamental para la construcción subjetiva de la realidad. De manera concomitante, el yo y el fantasma, reformulados lacanianamente, fueron involucrados en la formación del síntoma.

10.9.2. El asentimiento

El “*sí, ese eres tú*”, es otra muestra de la presencia de lo simbólico y del lenguaje en la experiencia especular. Esas palabras -aunque sean elementales y rudimentarias- y, también, el gesto silencioso de asentimiento materno, ilumina lo percibido y favorece la identificación subsiguiente del *infans* con su imagen unitaria. Lacan introdujo estas consideraciones casi al final del *S 8*, en clase del 7 de Junio de 1961:

“Entonces hay que dar toda su importancia a este gesto de la cabeza del niño que, incluso después de haber quedado cautivado por los primeros esbozos de juego que hace ante su propia imagen, *se vuelve hacia el adulto que le sostiene*, sin que se pueda decir con certeza qué espera de ello, si es del orden de una conformidad o de un testimonio, pero la referencia al Otro desempeñará aquí una función esencial.” [(*S 8*, pp. 392-393). Lo que está en cursiva es mío].

Más adelante, en la página 395 del mismo seminario, añadió que la mirada del Otro que otorga *asentimiento* en esa experiencia, se interioriza mediante un sólo signo -*Ein einziguen Zug*-: punto I (Ideal del yo) del rasgo único (o unario).⁴⁵

Otro e Ideal del yo refieren algo que ya estaba decididamente fuera de lo especular. Se anticipa una divisoria de aguas que, meses más tarde, quedaría más clara: a partir de *S 9* pueden establecerse las dos orlas conceptuales siguientes:

- yo, otro, registro imaginario, imagen especular, identificación imaginaria, yo ideal;
- *elosebarrado*, Otro, Ideal de yo, identificación simbólica (al rasgo unario), registro simbólico.

Girar la cabeza hacia su madre y recibir su visto bueno da validez al descubrimiento sorpresivo; el niño necesita de ese cruce de miradas que lo dice todo. De ahí que la experiencia especular y las repercusiones de la misma estén marcadas por el lugar que ocupa el hijo en la psique materna: si ese hijo fue deseado o no; si fue amado no; si la completaba narcisísticamente o no.

El *infans* podrá apropiarse de esa imagen -y de las consecuencias que ella acarrea- si tiene un lugar en el deseo de ese gran Otro, encarnado primordialmente por la madre.⁴⁶ A la vez, al ser llamado por su nombre propio durante esa experiencia -Antonio, Laia, Carlos, Paula, etc.- el niño/a encuentra un lugar en la familia y posteriormente, en la sociedad; es incluido en un linaje, en las relaciones de parentesco. El nombre propio discrimina y presupone el funcionamiento del orden simbólico.⁴⁷ Tal reconocimiento deviene rasgo unario identificante y constitutivo del Ideal del yo. El nombre otorga un sitio al *infans* desde el que puede organizar simbólicamente al mundo. Sin embargo, esta presencia y eficacia de lo simbólico no anula los efectos del registro imaginario.⁴⁸

10.9.3. El Ideal del yo

Se iniciará este apartado mediante una cita extractada del S 8, clase del 7 de junio de 1961, en que Lacan introdujo una diferenciación precisa y muy significativa entre el Ideal del yo y el yo ideal, sobre la base de elaboraciones previas: las referidas en 10.8 al tratar los esquemas ópticos (*OIDL* y *S I*). Estos dos conceptos eran -son- utilizados en la literatura psicoanalítica sin demasiada rigurosidad y muchas veces como sinónimos. En esos territorios campeaban las ambigüedades y las confusiones. Gracias a su tópic de los tres registros Lacan pudo afirmar:

“Hay razones para distinguir radicalmente entre el Ideal del yo y el yo ideal. El primero es una introyección simbólica, mientras que el segundo es el origen de una proyección imaginaria.” (S 8, p. 395)

A lo dicho con anterioridad se agrega las nociones de proyección e introyección como otros elementos diferenciadores. El yo ideal quedó definitivamente relacionado con el registro imaginario y con la proyección; es un relicario del estadio del espejo. El Ideal del yo, en cambio, es una instancia simbólica y si bien tiene raíces narcisistas, su constitución supone un pasaje por la castración; quedó definitivamente relacionado con los mecanismos introyectivos. Es la instancia en la que se inscriben los ideales del sujeto; es producto y a la vez inductor de aquellas identificaciones que le hacen sentirse merecedor de ser amado; es pues otra de las estructuras psíquicas que intervienen en la regulación de la autoestima. Los rasgos identificatorios que vendrán a estructurarlo se “seleccionan” entre aquellos que la madre valora como ideales. El niño anhela ser como su madre quiere que sea, para así conseguir que ella le ame. Y cree que eso se obtiene identificándose con los ideales de ella.

El Ideal del yo, en tanto instancia simbólica, es pacificante y permite trascender la agresividad y la rivalidad que caracterizan a lo imaginario; posibilita acuerdos mediante pactos simbólicos; hace compatible la coexistencia del yo y el otro. El Ideal del yo es un significante que metaforiza el deseo de la madre e inscribe la significación fálica en el sujeto. De ahí la estrecha relación entre *I(A)* y el significante del Nombre del Padre, referente fundamental del orden simbólico al cual el sujeto ha ingresado y que viene a asegurarle un destino neurótico.

Constituido por identificaciones, este *Ideal del yo* se relaciona con la tipificación sexual: aquello que tiene que ver con lo masculino y femenino está regulado por esta instancia que intervendrá, por lo tanto, en las identificaciones del sujeto con los emblemas de la masculinidad o feminidad propios de la cultura y del momento histórico que le ha tocado vivir. El sujeto se reviste de estos emblemas. El *Ideal del yo* participa de la normativización sexual y ejerce, desde allí, su influencia sobre el deseo. Con la formación del Ideal del yo el sujeto se reviste con las insignias del Otro. Estos elementos significantes marcan al sujeto para siempre; la identificación simbólica que constituye al *I(A)* supone una significantización del yo; es la vertiente simbólica del mismo, tal como podrá verse enseguida, en 10.11.2. En la versión final del grafo del deseo, que no se incluye en este trabajo, Lacan articuló el Ideal del yo con el superyó, incitador fundamental de la represión al servicio del ideal, pero, asimismo, diferenció ambas instancias. El superyó se conforma por mandatos interiorizados que pueden llegar a ser descomunales, en cuyo caso se oponen a los efectos pacificantes de lo simbólico. Esta característica, que puede observarse con bastante frecuencia en la clínica, llevó a Lacan a postular que el superyó incitaba al sujeto a ir más allá del principio del placer. Su manera sintética de enunciarlo fue caracterizar al superyó como “obsceno y feroz”, como una instancia psíquica imperativa, que empujaba al goce.

10.9.4. Revestimiento imaginario y simbólico de los objetos

Las reflexiones iniciales de Lacan sobre el yo (*LF*, *EE*, *AP*) privilegiaron la inmersión de los objetos en el registro imaginario. Allí, los ropajes con que se visten los objetos, deslumbran. Si el yo es el poseedor de los mismos, hace ostentación de ellos; el yo se vive como yo ideal: no le falta nada; se siente pleno; ilusoriamente..., pero pleno al fin. En tanto adornos constitutivos de la imagen ideal, estos objetos se le aparecen al yo como insustituibles. En ese contexto, el rival imaginario es alguien a ser aplastado; se le quiere envidioso respecto del yo y derrotado. Pero..., estas posiciones pueden revertirse con facilidad; entonces, el yo cae en el abismo. De ahí lo

paranoide de la situación: la imagen del yo, aunque grandiosa, corre permanentemente el riesgo de colapsarse, desmoronarse.

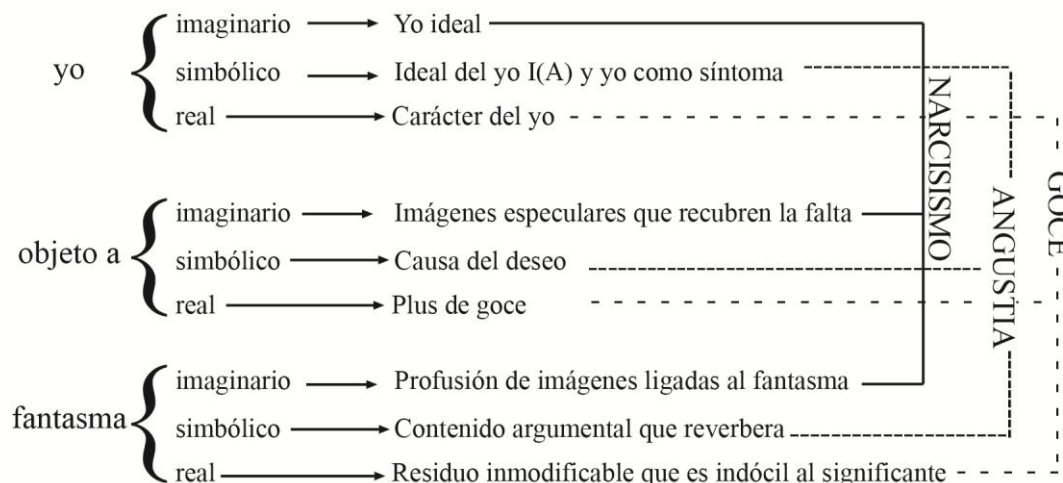
A través de estos objetos se dirime la rivalidad imaginaria. Poseerlos otorga una muy lábil satisfacción narcisista y una autoestima vacua, que tiene por punto de partida al yo ideal. El yo buscará insistentemente el reconocimiento narcisista que alimente aún más la omnipotencia. Las frases “yo lo puedo todo”, “yo lo quiero todo” reflejan este estado. El *infans* -y el adulto atrapado en esa dimensión imaginaria- se entretienen en esas batallas.

Como en tantas otras áreas teóricas, en la que se está comentando, Lacan llevó a cabo una A+T con punto de partida en la filosofía. Acá se perciben las influencias de Hegel y Pascal. Del primero provienen las nociones de lucha por el puro prestigio y la de reconocimiento. La dialéctica del amo y del esclavo también le sirvió de referente.⁴⁹ Pascal ya se había expedido sobre el carácter engañoso y fascinante de la imaginación; Lacan retomó estas ideas en clave psicoanalítica: imagen, libido, yo, narcisismo, identificación, ideales. El psicoanalista consideró que la relación del yo con su imagen era erótica y tenía una inscripción inconsciente, categorías obviamente ausentes en el pensamiento de este filósofo francés. En sus textos de la primera época -*LF, EE, AP, PCP*- el niño construía sus objetos, incluso los del deseo, sobre el modelo del deseo del semejante. En consecuencia, eran objetos de deseo del otro. Tras el surgimiento del \$, del objeto *a* y del fantasma ($\$ \langle a \rangle$) la inmersión imaginaria de los objetos se vio complementada con la inmersión simbólica de los mismos. Ya se trataba del deseo del Otro y sus correspondientes conexiones con lo simbólico y lo inconsciente. Este segundo periodo de elaboraciones sobre el yo se caracterizó por la subordinación de esta instancia a lo simbólico.

10. 10. El yo al final de la producción de Lacan

En los siete primeros apartados de este capítulo se expusieron las tesis iniciales de Lacan sobre el yo; básicamente, las contenidas en *LF, EE, AP, PCP*; o sea las elaboradas entre 1938 y 1950. Estas propuestas primigenias sufrieron, con el paso del tiempo, inflexiones y modificaciones de muy diverso tipo, en coherencia con los sucesivos progresos de su producción. En los apartados 8 y 9 se han referido las innovaciones introducidas en los años cincuenta y sesenta. Lo elaborado durante esas tres décadas permaneció incólume hasta el final de su obra y se integraron en el panorama teórico surgido tras las aportaciones de los últimos años de su enseñanza.

En plena década de los años 70, el objeto *a* era ya considerado más allá de su revestimiento imaginario *i* (*a*) y más allá de lo simbólico (objeto *a*, en tanto causa del deseo).⁵⁰ La novedad conceptual de entonces consistió en que dicho objeto contenía un trozo de real por medio del cual quedó asociado al *plus de goce*. Estas innovaciones, más las producidas en las teorías del sujeto, del fantasma, de la angustia, del goce y de la articulación borromea de RSI, establecieron puntos de inflexión importantes respecto de las elaboraciones previas sobre el yo. Dieron pie a una tripartición del mismo -en base a los registros-, que puede correlacionarse con las divisiones tripartitas del objeto *a* y del fantasma, tal como se esquematiza a continuación:



De estas tres triparticiones se hará hincapié en la del yo (parte superior del esquema); sobre el objeto *a* se dirá que hasta entonces tenía una dimensión imaginaria y otra simbólica. La primera recubría la falta con imágenes: *i(a)*. Por esta vía Lacan continuó afirmando que la indumentaria imaginaria le permitía al yo narcisista perseverar en su rechazo de la castración. La vertiente simbólica del objeto *a* lo seguía situando como causa del deseo. Lo nuevo en los años setenta fue considerar su trozo de real y su relación con el *plus de goce*. Respecto de las tres vertientes del fantasma, lo fundamental está explicitado en el diagrama anterior; se obviarán, por lo tanto, más detalles. A continuación, se considerará la tripartición del yo en los siguientes apartados:

10.10.1. El yo y lo imaginario

10.10.2. El yo relacionado con lo simbólico

10.10.3. El yo vinculado con lo real y con el goce

10.10.1. El yo y lo imaginario

En este apartado se tratará sobre las relaciones entre el yo y la imagen del otro: $moi \leftarrow \rightarrow i(a)$. En *ICJH* (1954) Lacan retomó algunas ideas de *EE* (1949) y afirmó:

"El yo del que hablamos es imposible de distinguir de las captaciones imaginarias que lo han constituido de cabo a rabo, en su génesis como en su estatuto, en su función como en su actualidad, por otro y para otro". (*E*, II, p. 135).

La estructuración especular del yo determina que intente equipararse constantemente al sujeto, asumir su representación y velar los determinantes inconscientes (discurso del Otro). Este yo, megalómano y asociado al conocimiento paranoico, niega que su existencia esté ligada al sujeto y al orden significante. No acepta que sin $\$$ no habría yo; el yo nada quiere saber de eso. Sujeto y yo se estructuran según lógicas distintas: el $\$$ es efecto de la identificación simbólica por el significante –está determinado desde el campo del Otro–; mientras que el yo surge como producto de la actividad identificante de la imagen del semejante (otro): identificaciones imaginarias. Si estas últimas producen la alienación imaginaria, la inserción en la cadena significante genera la alienación simbólica y la sujeción del sujeto al lenguaje; este último hace al *esebarrado* un esclavo de sus leyes. En cambio el yo queda amarrado a las imágenes; cree poseer una independencia y una autodeterminación que no tiene.

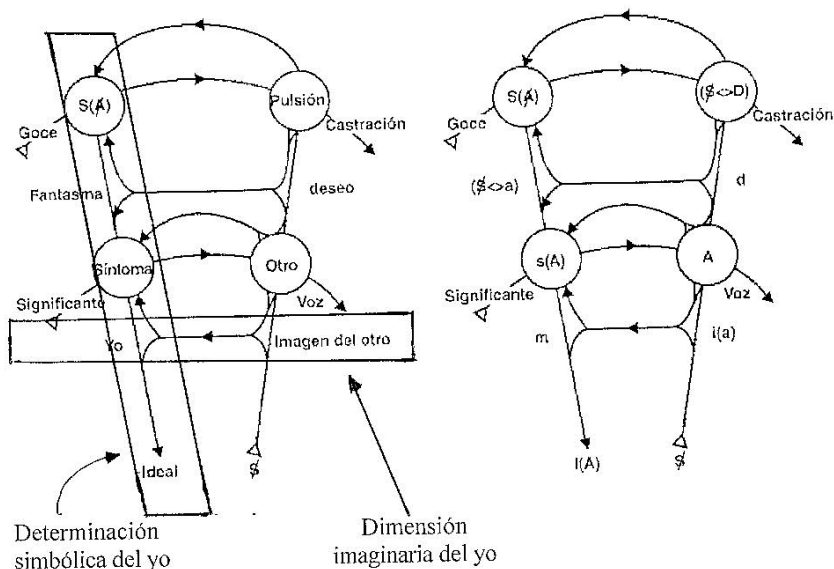
Lacan profundizó estas diferencias entre $\$$ y yo (*moi*) al insistir en que el yo no es el centro del discurso sino aquello que vela el verdadero discurso (el del Otro) y al afirmar que la conciencia no es transparencia sino opacidad, producto de las capturas imaginarias del yo. Tales características convierten al yo en la sede de las resistencias; cabe agregar, sin embargo, que no es la única fuente de las mismas; también están las resistencias propias de la cadena significante y las provenientes de la inercia de lo real.^{51*}

10.10.2. El yo relacionado con lo simbólico

Las relaciones recién aludidas entre $moi \leftarrow \rightarrow i(a)$ están reguladas desde el Ideal del yo *I(A)*, instancia eminentemente simbólica. El yo lacaniano no es autónomo; está subordinado a lo simbólico. En relación a este aspecto deben ubicarse los conceptos de Lacan referidos a la estructura metafórica del yo, es decir, al yo como síntoma y a las relaciones que estableció entre este último y el fantasma.

Incluso en las dos versiones del *EE* (1936 y 1949) –que estuvieron centradas en lo imaginario–, Lacan había otorgado cierta importancia a lo simbólico; su incidencia era imprescindible para la adecuada consumación de la experiencia especular.

Con posterioridad y en múltiples ocasiones desarrolló esa idea, pero lo hizo de manera especial en *SS* (1960). Se reproduce el grafo del deseo completo que apareció en dicho texto; en él se subraya la dimensión imaginaria del yo y sus determinaciones simbólicas, mediante el agregado de un par de franjas. Se ofrecen dos versiones del mismo, para facilitar su lectura a quienes no están familiarizados con los matemas lacanianos.



LADO DERECHO

$\$$: sujeto barrado (sujeto del significante)

$i(a)$: imagen del otro

A: Otro, lugar del tesoro de los significantes

d: deseo

$\$ \leftrightarrow D$: fórmula de la pulsión en la que $\$$ = sujeto del inconsciente y D = demanda

LADO IZQUIERDO

$S(A)$: significante del Otro barrado, es decir, el Otro en tanto deseante;

$\$ \leftrightarrow a$: fantasma;

$s(A)$: lugar del síntoma;

m: yo;

$I(A)$: Ideal del yo.

Obsérvese la parte inferior del lado izquierdo de ambos grafos:

- El vector yo (m) $\leftarrow i(a)$: imagen del otro, se conecta hacia abajo con el Ideal del yo [$I(A)$, en el grafo de la derecha; *Ideal* en el izquierdo]. Esto se lee así: las relaciones narcisistas del yo con las imágenes del otro están reguladas por el Ideal del yo, instancia eminentemente simbólica.
- Hacia arriba, el yo - m - enlaza con el síntoma, $s(A)$ y con el fantasma ($\$ \leftrightarrow a$). Lacan reiteró, de esta otra manera, la ausencia de autonomía del yo: aparece conectado no sólo con el Ideal del yo sino, también, con el síntoma y el fantasma. Conviene recordar al respecto otras dos cuestiones importantes:
- Lacan acabó definiendo al yo en su conjunto como síntoma.
- Al establecer relaciones entre el yo y el fantasma (el grafo las muestra: un vector une al yo con $\$ \leftrightarrow a$), el primero se integró a la función fantasmaticizante⁵² y quedó asociado a las respuestas del sujeto al interrogante que le plantea el deseo del Otro: $S(A)$. En otros términos, ante la emergencia del deseo del Otro, el sujeto responde con su fantasma y de esa manera obtura, atempera, la angustia que ese deseo le provoca.^{53*} El yo interviene también en esas respuestas.

El grafo muestra en su lado izquierdo los elementos reseñados en las puntualizaciones anteriores. Estos matemas indican, asimismo, los nexos del yo con lo simbólico, tal como lo remarca la banda vertical, ligeramente inclinada, en el grafo izquierdo. La franja horizontal indica la dimensión imaginaria del yo.⁵⁴

10.10.3. El yo vinculado con lo real y el goce

En la última década de su enseñanza, Lacan incluyó en el yo el trozo de real perteneciente al objeto *a*. Por ese recodo el yo quedó vinculado con la problemática del goce y con la cuestión del carácter del yo, tema éste que ya había sido tratado por Freud. El psicoanalista francés acabó aplicando al carácter del yo la definición misma de lo real: lo que insiste, lo que vuelve siempre al mismo lugar, lo que resiste al juego del significante, etc. El yo como síntoma pone en evidencia una punta de lo real en su interior (hay un real de lo simbólico). Los rasgos de carácter fueron considerados por Lacan como estructuras metafóricas cristalizadas. Esa es justamente la definición lacaniana del rasgo de carácter: *metáforas estabilizadas*. La inercia que es propia de lo real se trasvasa a los rasgos de carácter del yo.

Esta inercia yoica relacionada con lo real es otra fuente importante de las resistencias en el análisis^{55*}; se suman a las propiamente imaginarias. El *gocce del yo* (véase *supra*, el esquema de las tres triparticiones, al comienzo de 10.10.) fue la manera lacaniana de referirse a un par de habitantes habituales de dicha instancia -puestos de relieve anteriormente por el vienés-: el masoquismo y el más allá del principio del placer; es decir, dos manifestaciones de la pulsión de muerte.

* * * * *

Se recuerda que en II, 10.4 se insertó un cuadro sinóptico que refirió los cuatro tiempos de las elaboraciones de Lacan sobre el yo. A renglón seguido, en II, 10.5., se realizó un cotejo entre las teorías que elaboraron Freud, Klein y Lacan sobre dicha instancia.

* * * * *

10.11. La identificación fálica

Los alcances y significados de esta identificación deben entenderse dentro del contexto conformado por las reelaboraciones lacanianas de la herencia freudiana; más específicamente, las referidas al Edipo, a la sexualidad femenina, a la castración, a la fase fálica y al falo.

El psicoanalista francés cuestionó a Freud que pensara al Edipo a partir de las pulsiones del niño o niña; se sabe que este camino condujo al vienés a postular estadios preedípicos de la sexualidad infantil. Lacan, en cambio, al concebir teóricamente el complejo de Edipo con punto de partida en los padres y -más ampliamente- en el contexto objetal, consideró que lo preedípico no existía. El conjunto de fenómenos clásicamente descritos como preedípicos fueron incluidos por él dentro del primero de los tres tiempos del Edipo. Lacan pensaba que lo edípico era *lógicamente* anterior a la supuesta situación dual, preedípica, del niño. La organización edípica ya estaba presente en el psiquismo de los padres y estructuraba el campo en que el recién nacido constituirá su subjetividad. Desde esta perspectiva, la triangularidad edípica presente en la red social y familiar que recibe al recién nacido, precede *lógicamente* a la relación dual madre-hijo, calificada de preedípica por Freud.

Si se piensa el Edipo con punto de partida en las pulsiones del *infans* -perspectiva freudiana-, podría afirmarse algo de este orden: el niño/a establece, *primero*, una relación dual con la madre y, *después*, organiza triangularmente el espacio psíquico -ingreso al Edipo- tras incluir al padre y considerarle objeto de amor, de odio y de identificación. Para Lacan la situación es muy otra, como se tendrá ocasión de comprobar enseguida. Además de lo ya afirmado sobre la anterioridad lógica de lo edípico respecto de la relación dual madre-hijo, cabrá tener en cuenta sus reelaboraciones de las propuestas freudianas relativas a la sexualidad femenina, al falo y a la temporalidad retroactiva. Para el psicoanalista francés no se trataba sólo de una estructura ternaria -madre, padre, hijo-; se debía incluir un cuarto elemento: el falo.^{56*}

En los momentos iniciales de la subjetivación, el niño o niña se identifica al falo imaginario y completa narcisísticamente a la madre, que ve colmada su falta. Lacan incluye estos avatares iniciales de la subjetivación del recién nacido dentro del primer tiempo de su teoría del Edipo. Denominó *narcisismo-madre fálica* a esta relación dual: el niño, identificado con el falo -en este caso, imaginario- cree ser todo para la madre; la madre se vivencia completa gracias a que el hijo/a

“repara” imaginariamente su castración. Lo narcisístico campea a sus anchas en ambas bandas. Si el hijo fue deseado y se configura la célula narcisismo-madre fálica, el candidato a sujeto encuentra un lugar en el que puede ser libidinizado adecuadamente. Sobre esta relación a predominio dual habrá de actuar la función paterna, separando a la madre del niño/a, identificado al falo imaginario (privación, interdicción, frustración). La inscripción del significante del Nombre del Padre vendrá a metaforizar el deseo de la madre, dando paso al segundo y tercer tiempo del Edipo en Lacan.

De lo dicho se desprende que la **identificación fálica** se consuma en el primer tiempo del Edipo lacanianamente concebido; esta “falicización” conduce a la identificación primordial del futuro sujeto. De cómo ella acontezca se derivan consecuencias importantes para la estructuración psíquica, tal como se verá al final de este apartado. En estas elaboraciones están implícitos los cambios que Lacan introdujo respecto de las ecuaciones simbólicas propuestas por Freud en *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal* (1917).^{57*} En efecto, él ahondó sobre las diferencias que había esbozado Freud entre el pene -en tanto órgano biológico- y el falo, elemento imaginario y simbólico. Sustituyó la recién citada equivalencia simbólica pene = niño por la de falo = niño. Sostuvo además que, tanto si el recién nacido es niña o varón, llega al mundo en calidad de falo.^{58*} En los albores de su vida psíquica (primer tiempo del Edipo), el cachorro humano se identifica con el falo imaginario - ϕ - supuesto deseo del objeto primordial materno. Lacan calificaba al *infans* de estos momentos iniciales de la vida, como **a-sujeto**, por cuanto se trataba de un sujeto en potencia, que debía advenir, que no estaba constituido, aún, como tal. El primer tiempo de esa estructuración incluía esta identificación fálica, productora del completamiento narcisístico de la madre. Otorgó el rango de identificación a esta relación del recién nacido con el falo imaginario.

Una última puntualización sobre este tema: la identificación fálica se sitúa en el campo imaginario; puede considerarse como una variante de las identificaciones imaginarias. De hecho, la identificación especular se hace con una imagen idealizada -aquello que el *infans* quisiera ser-; dicha imagen conforma el yo ideal y es, necesariamente, una imagen fálica y en tanto tal, colma.

Si el hijo/a llega al mundo en posición de falo que completa a la madre, se deduce de esto que un buen atravesamiento de la experiencia especular por parte del *infans* requiere -como precondition-, que la madre haya efectuado un adecuado pasaje por la castración y pueda, entonces, simbolizar en su inconsciente al hijo/a como falo, facilitando así la identificación de éste con el falo imaginario - ϕ -. Va de suyo que esto mismo ayudará a la imprescindible investidura narcisista del vástago y al posterior pasaje del triángulo inicial: madre-hijo-falo imaginario al cuaternario: madre-padre-hijo-falo simbólico - Φ -. Esta transición requiere la mediación de la función paterna. Si este conjunto de movimientos -modo brevísimo de hacer referencia a los tres tiempos del Edipo en Lacan- se realizan de manera “adecuada”, quedan sentadas las bases para una estructuración neurótica del sujeto. Por el contrario, si se han producido fallos importantes en este derrotero, comenzando por la identificación fálica, quedarán abiertas las puertas para la conformación de una estructura psicótica.

10.12. Resumen del capítulo

El tema principal del mismo ha sido la identificación especular y sus efectos psíquicos: la fundación del yo y del registro imaginario. El estadio del espejo fue la vía regia que condujo a Lacan hacia las identificaciones imaginarias y a sus primeras hipótesis sobre el registro homónimo. Las múltiples reflexiones que hizo sobre este último y las sucesivas reelaboraciones que fue produciendo con el paso de los años determinaron que lo imaginario se configurase como uno de tres puntales de su tópica. Se consideró que *EE* (1949) fue paradigmático respecto de cómo Lacan trató la relación del humano con su propia imagen y con la del semejante. A continuación se citó una frase que constituyó la primera caracterización de la identificación imaginaria; en ella se remarcaba el poder estructurante que ejercían las imágenes sobre el cachorro humano: “Es la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen.” (*EE*, p. 12).

Esta idea inicial se conservó hasta el final de su obra, pero fue enriqueciéndose con nuevos matices como consecuencia de las revisiones teóricas de los conceptos contenidos en ese escrito liminar. Una segunda aproximación, más amplia y precisa que la precedente, permitió definir a la

identificación imaginaria como aquella que estructura al yo y al registro imaginario gracias al poder estructurante de la imagen del semejante (otro). Entendida de esta manera ella cumplía con los parámetros fundamentales de la TIL; a saber: potencial subjetivante de la identificación; punto de partida en el objeto; la pulsión no es su motor; está inmersa en la tónica de los tres registros. En la identificación imaginaria, el objeto posicionado como pequeño otro (semejante) es el que identifica; su capacidad constituyente se manifiesta en el otorgamiento de unidad a la imagen corporal del niño y en la creación del yo. Así considerada, ella tiene puntos de contacto con la identificación narcisista (melancólica, de la homosexualidad) descrita por Freud, y con la problemática del narcisismo primario.

Después de un estudio detallado del surgimiento del yo en la teoría lacaniana -un yo opuesto a toda filosofía derivada del cogito- se analizaron algunas consecuencias psíquicas de la experiencia especular: la alienación imaginaria, el conocimiento paranoico, la aparición del yo ideal, la agresividad, los celos, la rivalidad, el transactivismo, la omnipotencia, etc. En ese marco se recordaron también las diferencias que el psicoanalista francés estableció entre el *Je* y el *moi*.

El capítulo continuó con una revisión de los cuatro momentos claves de la construcción de la teoría lacaniana del yo:

- el inicial, estrechamente relacionado con las tesis de *EE*, *AP* y *LF*.
- El periodo de los años cincuenta, vinculado a los esquemas *-L*, *Z*, y *R-*, a los modelos ópticos (los de Bouasse y los del propio Lacan) y al grafo del deseo.
- La década de los años sesenta, de plena consolidación de lo simbólico: teorizaciones sobre el objeto *a*, sujeto barrado, fantasma; formalizaciones lógicas y topológicas, y referencias a la subordinación del yo a este registro.
- El cuarto y último, periodo, asociado a los nudos borromeos y lo real; durante este lapso reformuló su concepción sobre los rasgos de carácter del yo.

De la primera época se subrayó la tesis de Lacan que situaba a la dimensión imaginaria y a la fascinación que le es correlativa como fuente de la proclividad del ser humano a situar en los otros -en el mundo externo- las causas de su propio sufrimiento, sin percibir que él es el generador activo de los males se le aquejan. La especularidad, la tensión agresiva y la proyección están en las raíces de las situaciones paranoides que reverberan. Los conceptos generados durante esas etapas constituyeron un núcleo compacto que siguió conservando gran parte de su importancia teórico-clínica.

Del segundo lapso se resaltó la articulación que llevó a cabo entre lo imaginario y lo simbólico; al referir el tercer momento se hizo especial hincapié en las elaboraciones del *S 8* (1960-1961) en que Lacan incorporó el lenguaje y lo simbólico en la experiencia especular a través del fenómeno del *asentimiento*: la madre le reconoce al *infans* que la imagen que él ve en el espejo es la suya. Girar la cabeza hacia su madre y obtener la validación del descubrimiento jubiloso de su propia imagen es de gran importancia para el niño, que necesita esas palabras o ese cruce de miradas ratificante. Las postreras elaboraciones de Lacan sobre el yo supusieron la articulación del mismo con la tónica lacaniana RSI; se describió entonces un yo relacionado con lo simbólico, con lo imaginario y lo real.

El capítulo se cerró con una serie de consideraciones sobre la identificación fálica. Se recordó que Lacan la situaba en el primer tiempo del Edipo: en los albores de su vida psíquica el cachorro humano se identifica con el falo imaginario $-\varphi-$, supuesto deseo del objeto primordial materno.

En esos momentos, el *infans* es todavía un **a-sujeto**, un sujeto en potencia, un protosujeto. Esta identificación con el falo -productora del completamiento narcisístico de la madre- es clave en este primer tiempo de su estructuración subjetiva. La identificación fálica, en tanto se sitúa en el campo imaginario, puede considerarse como una variante de las identificaciones especulares. De hecho, éstas se consuman con la mediación de una imagen idealizada, la que le vuelve al niño desde el espejo: una imagen unitaria y completa, es decir, aquello que el *infans* quisiera ser. Dicha imagen acabará conformando el yo ideal.

ANEXO AL CAPÍTULO 10. DEFINICIÓN LACANIANA DE LA IDENTIFICACIÓN

La identificación es un mecanismo inconsciente que engendra lo psíquico en el recién nacido humano, al que Lacan caracterizó como *organismo viviente*; la identificación es, pues, causa de la emergencia de la psique en el candidato a sujeto. En otros términos, Lacan consideró que la identificación era la operación constitutiva de toda nueva subjetividad. La concibió como el agente activo de la trasmisión psíquica inconsciente intergeneracional. El psicoanalista francés diferenció dos modalidades principales:

- La identificación simbólica, que funda al sujeto del inconsciente ($\$$); éste es efecto de la identificación por el significante (rasgo unario), que proviene del campo del Otro. Esta identificación introduce simultáneamente la semejanza y la diferencia; engendra un sujeto dividido.
- La identificación imaginaria, especular, constitutiva del yo (*moi*), es producto de la actividad identificante de la imagen del semejante (otro). Esta identificación crea al yo en el *estadio del espejo*.

Otras modalidades por él descritas: la fálica y la fantasmática.

De lo dicho se desprende que discriminó dos estructuras psíquicas fundamentales surgidas por vía identificatoria: el sujeto del inconsciente ($\$$) y el yo (*moi*). Las identificaciones lacanianas quedaron por lo tanto relacionadas con la tópica de los tres registros: real, simbólico e imaginario. El carácter simbólico de la identificación por el significante (rasgo unario) y la naturaleza imaginaria de las especulares se mantuvieron a lo largo de toda su enseñanza, mientras que la presencia de lo real se fue haciendo más notoria al final de su producción.

Lacan invirtió la dirección del movimiento identificante y desconectó la identificación de la pulsión. El punto de partida de la identificación lacaniana es el objeto; mejor dicho, el Otro y el otro, o quiénes encarnan esos lugares. En su teoría identificatoria ocupan lugares claves las formalizaciones lingüísticas, lógicas, topológicas, matemáticas, filosóficas y los de la antropología estructural. Se alejó de los determinismos biológicos en este territorio, descartó los ingredientes mitológicos y dejó inmersa esta concepción en la temporalidad retroactiva.

NOTAS DEL CAPÍTULO 10

¹ Una primera versión del texto sobre el estadio del espejo fue leído -parcialmente- por Lacan en el XIV Congreso Internacional de Psicoanálisis, realizado en Marienbad, en 1936. No fue publicado.

² Quienes quieran realizar ese estudio detallado encontrarán en el enjundioso libro *El lazo especular*, de Le Gaufey, G. (1998), Edelp S. A., Buenos Aires, un texto pleno de sugerencias y precisiones.

³ El vocablo *sujeto* que aparece en esta frase nada tiene que ver con el matema $\$$ que tardaría todavía algunos años en surgir. En esa oración podría sustituirse sujeto por *infans*; la transformación producida sería, entre otras, la emergencia del yo.

⁴ Ya se ha señalado en III, 1.2., que para Lacan la identificación partía del objeto y no de las pulsiones del niño (Freud) ni del yo (M. Klein). Por otra parte, es bien sabido que él dividió el campo de la “otredad” en dos grandes vertientes: la del *Otro*, ligada a lo simbólico y fuente de la identificación del mismo nombre y la del *otro*, relacionada con lo imaginario y las identificaciones especulares.

⁵ Homomórfica es decir: de igual forma; se contrapone a las identificaciones heteromórficas. Véase al respecto el interesante libro de Roger Caillois (1938), *Le mythe et l'homme*, Gallimard, Paris, especialmente su capítulo II “Mimétisme et psychasténie légendaire”, pp. 84 y ss. Allí describe diferentes tipos de mimetismo (ofensivo, defensivo, directo, indirecto); detalla cambios de forma, de colores, etc., que son llevados a cabo por determinados organismos y

animales a efectos de confundirse con el entorno más inmediato. Caillois incluye estas consideraciones en el marco más amplio de la distinción y de la relación entre el organismo y su medio.

⁶ Respecto al término *Umwelt* que Lacan utilizó, como acaba de leerse, en *EE* y otros textos, debo a E. Rudinesco y M. Plon, *Dictionnaire de Psychanalyse; op. cit.*, p. 482, el conocimiento de un referente y antecedente: Jacob von Uexküll (1864-1944). Este biólogo germano empleó dicho vocablo con un significado preciso y algo diferente a cómo se lo usaba en la lengua alemana corriente. Su traducción al castellano podría ser: *mundo circundante*. Con *Umwelt* él aludía al entorno, pero tal como era vivido por cada especie animal. A principios del siglo XX postuló que la pertenencia a un medio determinado debe ser pensada como la interiorización del mismo en cada miembro de la especie. Incluyó en estas consideraciones a los humanos. *Innenwelt* se suele emplear como antónimo de *Umwelt* y significa: mundo interior.

⁷ En el apartado 10.8.2. de este mismo capítulo se volverá sobre esta cuestión.

⁸ Está aquí sucintamente señalado uno de los aspectos fundamentales de la identificación fálica en la teoría lacaniana. Para más detalles sobre la misma ver el apartado 10.11. de este capítulo.

⁹ Esta exterioridad de la imagen identificante y, más ampliamente, el modo de surgimiento del yo dan pie al conocimiento paranoico, a los fenómenos de agresividad, de rivalidad y de celos. Estos aspectos se estudiarán en los próximos apartados.

¹⁰ Las razones de tales avatares se relacionan con la falta de mielinización de los haces piramidales de la médula espinal; esto imposibilita una adecuada coordinación motora. La corteza cerebral, en cambio, es capaz de reconocer y recomponer las imágenes que le llegan por las vías ópticas. Está implícito en estas consideraciones un cambio respecto de las ideas de Freud; éste consideraba a la *incorporación oral*, presente en las identificaciones narcisistas, como el mecanismo que preside la constitución del narcisismo primario. En la teoría lacaniana la incorporación oral fue sustituida por la captación visual y los efectos identificatorios de ciertas imágenes pregnantes.

¹¹ Cabría considerarla como un ejemplo más de aquello que en la obra freudiana iba habitualmente precedido del prefijo *Ur*: primario: lo que da nacimiento a una nueva instancia.

¹² Véase al respecto el apartado 10.7. de este mismo capítulo. Por otra parte, en el extenso capítulo 10 de la segunda parte de esta tesis, consagrado al pensamiento kleiniano, se han dedicado varios apartados a describir la concepción del yo en las tres teorías. Así, en II, 10.1. se describieron las características principales del yo en Klein; en II, 10.2. se señalaron los jalones más importantes en la construcción de la teoría de Freud sobre el yo; en II, 10.4. se refirieron los aspectos fundamentales del yo en la doctrina de Lacan. Por último, en II, 10.5. se llevó a cabo un cotejo de estas tres teorías.

¹³ Hacen acto de presencia aquellos otros que impusieron sus imágenes identificantes. Freud ya había señalado estas posibles descomposiciones del yo -fragmentación del mismo por segregación de las identificaciones que lo constituyeron- con la consecuente puesta en evidencia de los personajes que le dieron existencia [*El yo y el ello*, (1923); OCFAE, XIX, p. 32]. Es la contrapartida lógica de haber considerado, en la página anterior de dicho texto, que el yo y su carácter se formaban por sedimentación de las investiduras de objeto resignadas y que contenían la historia de esas relaciones de objeto. Para más detalles, véase I, 2.7.1. y I, 8.1.4.

¹⁴ Sobre esta inercia del yo y de sus rasgos de carácter, véase, en este mismo capítulo, el apartado 10.11.3. *El yo relacionado con lo real*.

¹⁵ Existe versión castellana del mismo, *Los orígenes del carácter en el niño*, publicado en 1982 por la editorial Nueva Visión, Buenos Aires. En la década de los años 30 era conocido también el libro de Paul Schilder (1935) *La imagen del cuerpo*; esta última fue relacionada por el autor con lo inconsciente. Otro texto aparecido por aquella época fue el de Jean Lhermitte (1939), citado por Lacan en *PCP, Écrits*, p. 185, que hacía referencia a la importancia de la imagen del propio cuerpo en el psiquismo.

¹⁶ Debo al libro recién citado de G. Le Gaufey el conocimiento de la influencia que ejerció Husserl en el pensamiento de H. Wallon. Igualmente, las diferencias entre la idea de *representación e imagen*. La primera está muy presente en el pensamiento de Wallon y Husserl -también, dicho sea de paso, en Freud: representación inconsciente, representación del propio cuerpo, etc.-; en cambio, para Lacan, fue fundamental la noción de *imagen*. Sobre las diferencias que implica el uso del concepto de imagen por parte de Lacan y el de representación por Freud, véase G. Le Gaufey; *op. cit.* pp. 23-61.

¹⁷ Una de las principales tesis de James Mark Baldwin (Columbia, 1861 – París 1934) fue la de que ciertos aprendizajes humanos podían transmitirse hereditariamente, con lo que complementó las tesis darwinistas sobre la evolución de la especie con ideas de estirpe lamarckianas. Diferenció, mediante experiencias ante el espejo, la actitud del chimpancé y la del infante humano: un niño que haya superado el primer medio año de vida asume con júbilo su propia imagen en el espejo a diferencia de lo que sucede con la cría del mono de una edad similar, quien comprende rápidamente que esa imagen es ilusoria y pierde rápidamente el interés por ella. En *EE* (1949), p. 11, Lacan escribió: “[...] la cría de hombre, en una edad en que se encuentra por poco tiempo, pero todavía un tiempo, superado en inteligencia instrumental por el chimpancé, reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo como tal. Reconocimiento señalado por la mímica iluminante del *Aha-Erlebnis*, en la que para Köhler se expresa la apercepción situacional, tiempo esencial del acto de inteligencia. Este acto, lejos de agotarse, como en el mono, en el control, una vez adquirido, de la inanidad de la imagen, rebota enseguida en el niño en una serie de gestos, en los que experimenta lúdicamente la relación de los movimientos asumidos de la imagen con su medio ambiente reflejado [...]”

¹⁸ Descartes, R. (1640), *Meditaciones metafísicas*: “De modo que después de haber pensado bien en ello y de haber examinado cuidadosamente todas las cosas, hay que concluir y tener por constante que esta proposición: *Yo soy*,

yo existo, es necesariamente verdadera cada vez que la pronuncio o la concibo en mi espíritu”. Otra versión de esta idea, tal vez la más conocida, apareció en *Principios de filosofía* (1644): “Yo pienso, luego yo existo”. Es corriente que en las traducciones castellanas se omita el pronombre -y su repetición-, dado que la desinencia verbal indica que se trata de la primera persona del singular; esto permite una versión más concisa: “pienso, luego existo”. Esta frase contiene, de manera condensada, una teoría del yo que Lacan criticó acerbamente.

¹⁹ Estas críticas estaban dirigidas no sólo al racionalismo cartesiano sino y también a la *Psicología del yo* que concibió esta instancia como autónoma y desexualizada. Para más detalles sobre esta cuestión, véase II, 7.3., dedicado a las ideas de Hartmann y, más ampliamente, a la escuela denominada *Psicología del yo*.

²⁰ Respecto de estos asuntos véase III, 10.7. *Irrupción de la agresividad, de los celos y de la rivalidad* y III, 7.9.1.

²¹ Por efecto de un corte en doble vuelta sobre el *cross-cap*, se separan dos elementos: una banda de Möbius, especular, representativa del \$, y un disco, equivalente al objeto *a*, no especular. Lacan introdujo el *cross-cap* y este corte en forma de ocho interior para mostrar la estructura del fantasma; es decir: la articulación de dos elementos heterogéneos como son el \$ y el objeto *a*, causa del deseo. Para más detalles sobre este corte y sus efectos, ver Korman, V. (2004) *op. cit.* pp. 229-230. En la nota final nº 20 de la página 234 de dicho volumen se escribe detalladamente sobre las nociones de especularidad y no especularidad, Decir *no especularidad* del objeto *a* no significa afirmar la ausencia absoluta de imagen en el espejo sino la no producción de una imagen simétrica invertida, como lo suele hacer la inmensa mayoría de los objetos mundanos. Un *compact disc* (y la letra O) podría ser otros ejemplos de objetos *no especulares*: el disco puede superponerse -punto por punto- con su imagen en el espejo; lo mismo es válido para la letra O. En cambio la letra E, puesta ante el espejo ofrece una imagen invertida: ∃.

²² La anorexia confirma este aserto de una manera elocuente e incontrovertible, puesto que muestra la enorme discordancia que puede existir entre uno y otro.

²³ Véase en este mismo capítulo el apartado 10.11.

²⁴ La capacidad de producir una imagen no es -estrictamente hablando- propia de los objetos sino del espejo; es decir, de una superficie bien pulida y recubierta por una fina capa de metal (azogue), capaz de reflejar -devolver- los rayos de luz que recibe. La ciencia física es clara al respecto; estudia las leyes de la reflexión de la luz y revela porqué un objeto situado delante de un espejo da lugar al surgimiento de una imagen virtual, simétrica y con una inversión derecha-izquierda. En Óptica se diferencian las imágenes virtuales y las reales. Se llaman *virtuales* a las imágenes que dan la impresión de formarse detrás del plano del espejo. El ojo observa el fenómeno con perspectiva (profundidad): la imagen del objeto es vista como si estuviera “detrás” del espejo, guardando la misma distancia respecto de él que la que mantiene el objeto situado delante. Las imágenes *reales*, en cambio son percibidas como formándose delante de la superficie especular. Las producen los espejos esféricos. Por extensión se dice que los objetos son especulares, atendiendo a que ellos generan imágenes de sí. En 10.8.2. *Modelos ópticos* se verá la marcha de los rayos en espejos planos y cóncavos. En contextos topológicos se suele afirmar, dadas ciertas características de la imagen, que son objetos no especulares. Ver al respecto la nota al pie nº 21 de este mismo capítulo.

²⁵ Ninguna vivencia subjetiva o fantasía puede reflejarse en el espejo.

²⁶ Véase en III, 4. 6. Qué se entiende por *shifter*.

²⁷ Lacan hizo suyo este término que utilizó Ludwig Bolk en su texto *Das Problem der Menschenswerdung* (1926). Hay dos versiones francesas de este artículo que fueron publicadas con el título de “La genèse de l’homme”; la primera apareció en la revista *Arguments*, año IV, nº 18, 1960, pp 3-13; la segunda, más reciente, puede leerse en la revista *Littoral*, nº 27-28, 1989, pp 177-195; Editions Eres, Toulouse. Con el término de *fetalización*, L. Bolk hacía referencia a la inmadurez biológica del recién nacido: éste conserva, fuera del útero y durante un cierto tiempo, las características del feto al final del embarazo. Incluía dentro de la significación de este vocablo, la necesidad imperiosa que tiene el recién nacido de los cuidados que prodigan habitualmente los adultos que conforman el entorno más inmediato del bebé.

²⁸ Tal característica del ser humano fue planteada con detalles en *Y antes de la droga ¿qué?*, Korman V., *op. cit.* Allí se calificó al humano como “ser para la dependencia”.

²⁹ Lacan citó su nombre junto al de Elsa Köhler en *PCP, Écrits*, p. 180 y en *AP*, p. 75.

³⁰ Freud ya había entrevisto esta agresividad en los territorios abonados narcisísticamente; véase por ejemplo *Duelo y melancolía* (1914) en el que describió la batalla sadomasoquista, entre el yo -con el objeto incorporado- y la conciencia moral. Cabe decir, sin embargo, que el narcisismo no fue teorizado por el vienés en estrecha relación con la agresividad, como sí lo hizo Lacan. En Freud, esta agresividad aparece en filigrana en sus textos sobre el narcisismo; en cambio, para el psicoanalista francés, narcisismo y tensión agresiva forman un núcleo común y se retroalimentan; ambos son consecuencia de la especularidad y de la identificación imaginaria. “La agresividad intencional roe, mina, disgrega, castra, conduce a la muerte”, escribió en *AP*, p. 68.

³¹ La primera vez que citó esta frase fue en *LF* (1938); la última, durante una conferencia dictada en el hospital Sainte-Anne, servicio del profesor Deniker, el 10 de noviembre de 1978. Durante cuarenta años no dejó de aludir a ella. Se la encuentra también en *PCP, AP*, en *S 6, S 9, S 11, S 20* y en muchos otros textos suyos.

³² Esto pertenece a las primeras elaboraciones del concepto de deseo en Lacan, cuando lo entendía como deseo del otro (con minúscula); más tarde introdujo el deseo del Otro, correlacionándolo con lo inconsciente y lo simbólico.

³³ Ver *infra*, apartado 10.9. *Nuevas aportaciones sobre el yo a partir del establecimiento del objeto a y del \$.* *Asentimiento e Ideal del yo.*

³⁴ Obsérvese que por esta época todavía no empleaba el matema sujeto barrado -\$- sino la letra S.

³⁵ Con algunos cambios pertinentes, los esquemas *L* y *Z* fueron incorporados en la parte inferior del grafo del deseo. Para más detalles al respecto, véase Korman; V. (2004); *op. cit.* pp. 298-300.

³⁶ *OIDL* fue incluido en los *Escritos* (1966) y es la conversión en texto de una alocución pronunciada en el Coloquio de Royaumont, en julio de 1958.

³⁷ Como ya se ha dicho en la nota n° 24, la rama de la física conocida como *Óptica* considera que las imágenes que se forman “delante” de un espejo se denominan *reales*, en cambio las que se forman “detrás” del mismo son denominadas *virtuales*.

³⁸ Cabe recordar que el término “sujeto” estaba ausente en el artículo de 1949; en él se aludía vagamente al *infans*, al cuerpo, al niño, etc. Dicho vocablo fue introducido explícitamente con el esquema presentado en el capítulo *Los dos narcisismos*, clase del 24 de marzo del *S I* (1954). En la versión de la editorial Paidós del mismo figura en la página 191. Se verán luego las diferentes ubicaciones y formas que fue adquiriendo la representación del mismo a medida que los esquemas se fueron perfeccionando.

³⁹ Para más detalles sobre estas diferencias véase el apartado 10.9.3. de este mismo capítulo. No se describirá aquí, en tanto excede el tratamiento del tema, lo que Lacan intentó precisar respecto del funcionamiento de un psicoanálisis, al girar 90 grados al espejo plano, colocándolo en posición horizontal. Para los detalles sobre este asunto véase *Escritos*, tomo II, pp. 302 y siguientes.

⁴⁰ Ver apartado 10.9.2. *El asentimiento*.

⁴¹ Para más detalles sobre el grafo del deseo, véase *infra*, 10.10.2. y la segunda parte de III, 4.5. También, Korman, V., (2004), capítulo 12. *El sujeto deseante*, pp. 279 y ss.

⁴² Se volverá sobre estas cuestiones en el apartado 10.10. *El yo al final de la producción de Lacan*, en el que se añadirán las aportaciones más tardías: un yo ligado a lo real.

⁴³ El vocablo *agalma* se empleó con frecuencia en la poesía épica griega y con él se designaba a objetos particularmente atractivos por su brillo y preciosidad. La excavación etimológica muestra relaciones con *agallein*, que se traduce por adornar y honrar. Lacan refirió relaciones de este término con las raíces de *agaomai* (admirar) y *aglaé* (brillante). Estos objetos tenían origen misteriosos: surgían de las profundidades del mar o se percibían repentinamente, dando lugar a un encuentro prodigioso. Eran buscados afanosamente por sus propiedades esplendorosas y mágicas -tanto maléficas como benéficas-. Eran también objetos de trasmisión e intercambio. El que lo poseía sentía temor a perderlo. Se decía que los silenos guardaban este tipo de objetos en su interior.

El conjunto de propiedades atribuidas a los mismos le vino a Lacan como anillo al dedo para incluir a los *agalma* en sus elaboraciones sobre la dialéctica del deseo: brillo fálico del objeto *a*; lo deseable no como objeto-fin del deseo sino como aquello que lo despierta, que causa el deseo, que lo activa. También por lo que hace a su participación en los intercambios entre sujetos, aspectos que aludirían a la circulación del deseo. El psicoanalista francés se refirió a los *agalma* en varios de sus seminarios, pero en especial, en el *S 7* y en su texto *SS* (1960). Para más detalles sobre la cuestión del sujeto del deseo se remite a III, 7.1.7.

⁴⁴ Es sabido que hubo una cadencia temporal de preponderancias en la obra lacaniana respecto del abordaje teórico de los registros, pero de ello no debe deducirse que este ternario se instaura secuencialmente; es decir, uno después de otro. Son sincrónicos. Al final de su enseñanza, la relación borromea entre los mismos y la anulación de cualquier supremacía de alguno de ellos, colocó las cosas en su sitio, pero hubo que esperar ese momento.

⁴⁵ Aquí utilizaba todavía rasgo único; aún no había aparecido el neologismo unario; surgió al año siguiente, en el *S 9*.

⁴⁶ La madre no es la única figura del Otro; también lo es el tesoro de los significantes -el lenguaje en general- y el inconsciente en tanto *Otra* escena.

⁴⁷ Este tema fue tratado en III, 4.7.6. y III, 5.9.

⁴⁸ La cuestión del nombre propio fue tratada con minuciosidad en III, 5.9.

⁴⁹ Sobre la presencia de Hegel en el pensamiento de Lacan, véase especialmente III, 7.1.8.2.; III, 7.6.; III, 7.7.; y III, 7.9.

⁵⁰ *Cfr.* con lo dicho anteriormente en 10.8. y 10.9.

⁵¹ Buena parte de las formulaciones de Lacan sobre el yo en el primer período de su obra contienen críticas a la *Psicología del yo*, que el psicoanalista francés siguió manteniendo hasta el final de su obra. Se remite nuevamente a II, 7.3 y II, 7.4. donde se expusieron algunas ideas de Heinz Hartmann -uno de los fundadores de esa orientación- sobre el yo y los juicios de Lacan sobre ellas.

⁵² En este punto coinciden Freud, Klein y Lacan, aunque cada uno haya desarrollado una teoría del fantasma distinta.

⁵³ De ahí la inclusión en el anteúltimo esquema -el de las triparticiones del yo, del fantasma y del objeto *a*- del término angustia. En el *S 10*, dedicado a este tema, Lacan sostuvo que las vacilaciones de la imagen especular provocarían el sentimiento de lo siniestro, salvo que el sujeto se regulase también por medio de imágenes sin doble; es decir, mediante objetos no especulares. Esto supondría cierto desprendimiento de las capturas especulares; en otros términos: una simbolización de lo imaginario. Tales objetos no especulares, que hablan de una inmersión en lo simbólico, paliar las consecuencias de la estructuración de una protoidentidad imaginaria.

⁵⁴ Para más referencias sobre el grafo del deseo ver: *SS* de Lacan (1960); *El grafo del deseo* de A. Eidelsztein (2005), Letra viva, Buenos Aires y Korman, V. (2004), *El espacio psicoanalítico*, *op. cit.*; p. 289 y siguientes.

⁵⁵ En la clínica, estos rasgos se suelen manifestar mediante expresiones como las siguientes: “soy como soy”, “yo soy así”, “siempre he sido así”, “no sé como cambiar esto”, etc. Es imprescindible que el rasgo de carácter se

transforme en síntoma -es decir: que genere angustia- para que pueda ser procesado en la transferencia. La dificultad de esta tarea clínica es enorme por que la inercia del yo, que da pie al sentimiento de mismidad otorga una certeza tranquilizante. Se prefieren esos rasgos que constriñen al yo antes que sentirse extraños a sí mismos.

⁵⁶ Lacan diferenció el falo imaginario $-\phi-$ del falo simbólico $-\Phi-$. El primero es todo aquello que hace surgir en la madre la vivencia de completud narcisista, de estar colmada; puede tratarse de un hijo, de la fama, del poder, de la belleza, de la juventud, de un objeto que considere magnífico, etc. El falo imaginario será todo aquello que, al ser poseído, facilita sentirse pleno y colmado. Por ejemplo: la madre con su hijo identificado al ideal y en posición de falo; el hijo que, identificado con el falo, cree serlo todo para su madre.

El falo simbólico, en cambio, es la razón, el patrón de medida que posibilita reunir los diversos *objetos de deseo* en una serie de elementos equivalentes, con posibilidad de permuta. Todos estos objetos de deseo son equivalentes al patrón falo.

⁵⁷ OCFAE, XVII, p. 118. En ese texto afirmó textualmente: “[...] en las producciones de lo inconsciente -ocurrencias, fantasías, síntomas- los conceptos de *caca* (dinero, regalo), *hijo* y *pene* se distinguen con dificultad y fácilmente son permutados entre sí. [...] esos elementos son tratados en lo inconsciente como si fueran equivalentes entre sí y se pudieran sustituir sin reparo unos por otros.”

⁵⁸ Para Lacan se llega al mundo en posición de falo y no como niña o niño, vocablos estos últimos que implican una identidad sexual **biológica** definida desde el nacimiento. Se aprecia en esto una clarísima diferencia con los postulados de M. Klein, para quien la identidad sexual psíquica sería congénita y predeterminada por el sexo biológico. De más está decir que Lacan no desconoce que se nace macho o hembra; sus planteos pertenecen al campo psicoanalítico, no al de la biología.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA
TERCERA PARTE
TEORÍA IDENTIFICATORIA LACANIANA (TIL)

- Aleksandrov, A.D., Kolmogorov, A.N., Laurentiev, M.A. y otros.: *La matemática: su contenido, métodos y significado*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- Alemán, J.: *Lacan en la razón posmoderna*, Ediciones Miguel Gómez, Málaga, 2000.
- Alemán, J. y Larriera, S.: *Lacan: Heidegger. El psicoanálisis en la tarea del pensar*, Miguel Gómez ediciones, Málaga, 1998.
— *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*, Editorial Síntesis, Madrid, 2001.
- Alemán, A.: *Lógica, matemáticas y realidad*, Editorial Tecno, Madrid, 2001.
- Amster, P.: *Apuntes matemáticos para leer a Lacan, 1. Topología*, Letra Viva, Buenos Aires, 2010.
— *Apuntes matemáticos para leer a Lacan, 2. Lógica y teoría de conjuntos*, Letra Viva, Argentina, 2010.
- Amster, P. y Bekerman, J.: *La carta robada y su introducción*, Russell, Buenos Aires, 1999.
- André, S.: *Lacan: Points de repère*, Editions Le Bord de l'Eau, Lormont (France), 2011.
- Apuleyo: *El asno de oro*; Biblioteca clásica Gredos, Madrid, 1983.
- Aristóteles; *Tratados de Lógica (Órganon)*; Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1988.
- Arrivé, M.: *Lingüística y psicoanálisis*, Siglo veintiuno editores, México, 2001.
- Askofaré, S.: *Las referencias filosóficas de J. Lacan*, Literal, sin referencias de año de edición y lugar.
- Assoun, P.-L.: *l'Angoisse*, Económica, París, 2004.
— *Le Masochine*, Económica, París, 2007.
- Badiou, A.: *Condiciones*, Siglo veintiuno, Buenos Aires, 2003.
- Badiou, A. y Roudinesco, E.: *Jacques Lacan, passé présent*, Éditions du Seuil, París, 2012.
- Balmés, F.: *Lo que Lacan dice del ser*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2002.
- Barr, S.: "Le plan projectif", en *Freud Lacan: quelle articulation?* *Revista Littoral*, 14: 107-128, Éditions Erès, París, 1984.
- Barthes, R.: *Mythologies*, Éditions du Seuil, París, 1957.
- Basch, C.A. y Yafar, R.A.: *Sujeto, acto, repetición*, Letra viva, Buenos Aires, 1997.
- Bataille, G.: *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte*, Taurus, Madrid, 1986.
- Berenstein, A.: *Vida sexual y repetición*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002.
- Bion Talamo, P.: *Metapsicología y matemática*, Polemos, Buenos Aires, 1999.
- Bloch, E.: *Sujeto-Objeto. El pensamiento de Hegel*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1982.
- Bochenski, I. M. (1956); *Historia de la lógica formal*, Editorial Gredos, Madrid, 1976.
- Boèce, *Consolation de la Philosophie*, Editions Rivages, Paris, 1989.
- Borch-Jacobsen, M.: *Lacan. Le maître absolu*, Flammarion, Francia, 1990.
- Bréhier, E.: *La théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme*, Librairie Philosophique, París, 1997.
- Buhigas Tallon, J.: *La divina geometría*, La esfera de los libros, Madrid, 2008.
- Bunge, M.: *La ciencia, su método y su filosofía*, Ediciones Siglo veinte, Buenos Aires, 1992.
- Carluccio, A.: *Filosofía y psicoanálisis*, Lugar editorial, Buenos Aires, 2005.
- Carvajal, E., D'Angelo, R. y Marchilli, A.: *Una introducción a Lacan*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1985.
- Casadesús Bordoy; F. (compilador e introducción general): *Los estoicos antiguos*. Obras; Madrid, 2007.
- Castoriadis, C.: *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1992.
- Charraud, N.: *Lacan y las matemáticas*, Económica, 1997.
- Chinn, W.G. y Steenrod, N.E.: *Primeros conceptos de topología*, Editorial Alambra, Madrid, 1966.
- Cohen, I.B.: *El triunfo de los números*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- Collins, J.: *Heidegger y los nazis*, Gedisa editorial, España, 2004.
- Corbalán, F.: *La proporción áurea*, RBA, España, 2012.
- Damasio, A.: *En busca de Spinoza*, Crítica, Barcelona, 2006.
- Darmon, M.: *Essais sur la topologie lacanienne*, Editions de l'Association Freudienne, París, 1990.
- Deaño, A. (1980), *Las concepciones de la lógica*, Taurus, Madrid.
— (1978) *Introducción a la lógica formal*, Alianza editorial, Madrid.
- De Barañano, K.: *Husserl-Heidegger*, Universidad del país Vasco, Euzkadi, 1990.
- De Saussure, F.: *Curso de lingüística general*, Losada, Madrid 2002.
- Deledalle, G.: *Lire Peirce. Aujourd'hui*, De Boeck-Wesmael, Bruselas, 1990.
- Deleuze, G.: *Différence et répétition*, Presses Universitaires de France, París, 1981.
— *La filosofía crítica de Kant*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1997.

- *Spinoza et le problème de l'expression*, Les Éditions de Minuit, Paris, 1968.
- Deleuze, G. y Guattari, F.: *¿Qué es la filosofía?*, Anagrama, Barcelona, 2005.
- Derrida, J.: *Resistencias del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1997.
- De Gortari, E.: *Lógica general*, Grijalbo, México, vigésima edición, 1983.
- De Saussure, F.: *Curso de lingüística general*, Losada, Madrid, 2002.
- Descartes, R.: *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.
- Descombes, V.: *L'inconscient malgré lui*, Les Éditions de Minuit, París, 1977.
- Dor, J.: *Introduction à la lecture de Lacan 1. L'inconscient structuré comme un langage*, Éditions Donoël, París, 1985.
- *Introducción a la lectura de Lacan 2. La estructura del sujeto*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1992.
- Ducrot, O. y Todorov, T.: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Siglo veintiuno, Buenos Aires, 1974.
- Eco, H. y Sebeok, T.A.: *El signo de los tres Dupin, Holmes, Peirce*, Editorial Lumen, España, 1989.
- Eidelsztein, A.: *Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de Lacan*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1992.
- *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*, Vol.1, Letra Viva, Buenos Aires, 2001.
- Elmer, D.: *Una lectura de R.S.I.*, Editorial LecTour, Buenos Aires, 2000.
- Ettinger, E.: *Hannah Arendt y Martin Heidegger*, Tusquets editores, Barcelona, 1996.
- Ferrater Mora, J.: *Diccionario de filosofía*; cuatro volúmenes, Alianza, Madrid, 1979.
- Foulkes, E.: *El saber de lo real*, Nueva visión, Buenos Aires, 1993.
- Fréchet, M. y Fan, K.: *Introducción a la topología combinatoria*, EUdeBA, Buenos Aires, 1946.
- Frege, G.: *Investigaciones lógicas*, Tecnos, Madrid, 1984.
- *Escritos filosóficos*, Crítica, Barcelona, 1996.
- Gárate, I. y Marinas, J. M.: *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Quipú Ediciones, Madrid, 1996.
- García Bazán, F.: *La concepción pitagórica del número y sus proyecciones*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2005.
- Gardner, M.: *¡Ajá! Paradojas que hacen pensar*, RBA, España, 2007.
- Garrido, M. (1974): *La lógica simbólica*; editorial Tecnos, Madrid; cuarta edición, revisada, de 2001.
- Georgin, J.-P.: «Du plan projectif au cross-cap», en *Action du public dans la psychanalyse*, Revista Littoral, 17: 147-168, Éditions Erès, París, 1985.
- Ghyka, M.: *El número de oro*, Poseidón, Barcelona, 2006.
- Gilson, J.-P.: *La topologie de Lacan. Une articulation de la cure psychanalytique*, Les Éditions Balzac, Québec, 1994.
- Goldstein, R.: *Gödel, Paradoja y vida*, Antoni Bosch editor, Barcelona, 2005.
- Gómez Lobo, A.: *El poema de Parménides*, Editorial Universitaria, Chile, 2006.
- Gómez Pin, V.: *Conocer Hegel y su obra*, Dopesa, Barcelona, 1978.
- Gowers, T.: *Matemáticas, una breve introducción*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- Gracia, A.: *Psicoanálisis y psicosis*, Editorial Síntesis, Madrid, 2001.
- Granon-Lafont, J.: *La topologie ordinaire de Jacques Lacan*, Point Hors Ligne, París, 1985.
- *Topología Lacaniana y clínica psicoanalítica*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1990.
- Guerrero, R. R.: *El pensamiento filosófico árabe*, Editorial Cincel, Madrid, 1985.
- Guillen, M.: *Invitation aux mathématiques*, Éditions Albin Michel, Paris, 1992.
- Guitart, R.: *Evidencia y extrañeza*, Amorrurtu editores, Buenos Aires, 2003.
- Haack, S.: (1978) *Filosofía de las lógicas*, Editorial Cátedra, Madrid.
- Harari, R.: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan: una introducción*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1987.
- Heaton, J. M.: *Wittgenstein y el psicoanálisis*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2004.
- Hegel, G.W.F.: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Ediciones de *Revista de Occidente*, Madrid, 1974.
- *Fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1978.
- Heidegger, M.: *El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1977.
- *Identidad y diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- *Caminos de bosque*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.
- *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2001.
- *De camino al habla*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2002.
- Hintikka, J.: *El viaje filosófico más largo*, Gedisa, Barcelona, 1998.
- Huizinga, J.: *Homo ludens*, Alianza, Madrid, 2004.
- Hyppolite, J.: *Génesis y estructura de la fenomenología del espíritu de Hegel*, ediciones Península, Barcelona, 1973.
- Jaspers, K.: *La Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1953.
- Julien, P.: *Le retour à Freud de Jacques Lacan. L'application au miroir*, Éditions Erès, París, 1985.
- *Pour lire Jacques Lacan*, E.P.E.L, París, 1985.
- Jakobson, R.; “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia”, incluido en *Semiología, afasia y discurso psicótico* (1972), Rodolfo Alonso editor, Buenos Aires.
- “Principios de fonología histórica”. Texto de 1931 reelaborado para su inclusión en el libro de Trubetzkoy *Psicología del lenguaje*, publicado en castellano en 1952 por la editorial Paidós, Buenos Aires.
- (1963); *Essais de linguistique générale*, Minuit, París.
- Juranville, A.: *Lacan et la philosophie*, Presses Universitaires de France, París, 1984.
- Kaufmann, P.: Director de la publicación. *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1996.

- Kierkegaard, S.: *In vino veritas. La repetición*, Guadarrama, Madrid, 1976.
- *El concepto de la Angustia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1982.
 - *Tratado de la desesperación*, Caligrama, Buenos Aires, 1987.
 - *Diario del seduttore*, BUR, Milano, 2003.
- Kneale, W. y M., (1972); *El desarrollo de la lógica*, Editorial Tecnos, Madrid.
- Korman, V.: *El oficio de analista*, primera edición Editorial Paidós, Buenos Aires, 1996. Segunda edición Editorial Triburgo, Barcelona, 2013.
- *Y antes de la droga, ¿qué?.*, segunda edición, Ediciones Triburgo, Barcelona, 1995.
 - “*La transferencia y su interpretación*” en *La transferencia*, Foulkes, E. (Coordinador), Ediciones Libertarias, Madrid, 1984.
 - *Teoría de la identificación y psicosis*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.
 - *El espacio psicoanalítico*, Síntesis, Madrid, 2004.
- Kremer-Marietti, A.: *Lacan. Et la rhétorique de l'inconscient*, Aubier Montaigne, París, 1978.
- Lacan, J.: *Escritos I*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1966.
- *Escritos II*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1966.
 - «L'Étourdit» en *Scilicet 4*, Éditions du Seuil, París, 1973.
- Seminarios:
- Los escritos técnicos de Freud*
 - El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*
 - Las formaciones del inconsciente*
 - El deseo y su interpretación*
 - La transferencia*
 - La identificación*
 - La angustia*
 - Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*
 - Problemas cruciales para el psicoanálisis*
 - El objeto del psicoanálisis*
 - La lógica del fantasma*
 - De un otro al Otro*
 - De un discurso que no fuese semblante*
 - ... o peor*
 - Aun*
 - R.S.I.*
 - Le sinthome*
 - L'insu que sait de l'une bévüe s'aile a mourre*
 - Le moment de conclure*
 - La Topología y el tiempo*
- *Más allá del principio de realidad. Acerca de la causalidad psíquica*, Homo Sapiens, Buenos Aires, 1978.
 - *Autres écrits*, Éditions du seuil, París, 2001.
 - *De los nombres del padre*, Paidós, Buenos Aires, 2005.
 - *Le Triomphe de la religion*, Éditions du Seuil, Francia, 2005.
- Lacoue, N.: *El título de la letra*, Biblioteca freudiana de Rosario, Rosario, 1979.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B.: *Diccionario de Psicoanálisis*, Editorial Labor, Barcelona, 1971.
- *Holderlin y el problema del padre*, Corregidor, Buenos Aires, 1975.
- Laurent, E.: *Las paradojas de la identificación*, Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Lavendhomme, R.: *Lieux du sujet. Psychanalyse et mathématique*, Éditions du Seuil, París, 2001.
- Lefebvre, H.: *Hegel, Marx, Nietzsche*, siglo veintiuno, Madrid, 1976.
- Le Gaufey, G.: *El Lazo especular*, Edelp, Buenos Aires, 1998.
- Leyte, A.: *Heidegger*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- Liotard, J. F.: *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1984.
- Marinas, J. M.: *Lo político y el psicoanálisis: el reverso del vínculo*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
- *Ética de lo inconsciente: sobre comunidad y psicoanálisis*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2015.
- Marini, M.: *Lacan*, Editorial Pierre Belfond, París, 1986.
- Marqués, C.: *El sujeto tachado. Metáforas topológicas de Jacques Lacan*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
- Martínez Marzoa, F.: *Historia de la Filosofía I y II*, Ediciones Ismo, Madrid, 2000.
- Masotta, O.: *Ensayos lacanianos*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1976.
- Meschonnic, H.: *Heidegger o el nacional-esencialismo*, Arena Libros, Madrid, 2009.
- Milner, J.-C.: *Los nombres indistintos*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1999.
- Miller, J.-A.: *De la naturaleza de los semblantes*, Paidós, Buenos Aires, 2001.
- *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*, Manantial, Buenos Aires, 1984.
 - *Elucidación de Lacan*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
 - *Introducción al método psicoanalítico*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1997.
 - *La angustia lacaniana*, Paidós, Buenos Aires, 2007.

- *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan*, Paidós, Buenos Aires, 1988.
 - *Los divinos detalles*, Paidós, Buenos Aires, 2010.
 - *Matemas I*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987.
 - *Matemas II*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1988.
 - *Recorrido de Lacan*, Manantial, Buenos Aires, 1986.
- Misrahi, R.: *Spinoza*. Colección : Filósofos de todos los tiempos, Edaf, Madrid, 1975.
- Mounce, H.O. : *Introducción al Tractatus de Wittgenstein*, Tecnos, Madrid, 2001.
- Muller, J. P. y Richardson, W. J.: *Ouvrir les Ecrits de Jacques Lacan*, Éditions Erès, París, 1987.
- Nasio, J.-D.: *Les yeux de Laure. Le concept d'objet a dans la théorie de J. Lacan*, Aubier, París, 1987.
- *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*, Éditions Rivage, París, 1988.
 - *Cinco lecciones sobre teoría de Jacques Lacan*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1992.
 - *La voz y la interpretación*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- National Geographic: *La proporción áurea*, RBA, España, 2012.
- Nidditch, P. H.; *El desarrollo de la lógica matemática*, Editorial Cátedra, Madrid, 1987.
- Nietzsche, F.: *Obras completas en cuatro volúmenes*, Teorema, Buenos Aires, 1985.
- Nominé, B.: *El marco del fantasma y el lienzo de la identificación*, sin referencias de año de edición y de editorial.
- Paenza, A.: *Matemática, ¿Estás ahí?*, RBA, Barcelona, 2008.
- Pérez Peña, E.: *Espacio de configuración de lo psíquico*, El Cid Editor, Buenos Aires, 1982.
- Curso privado de topología; Buenos Aires, 1975-76.
 - Topología psicoanalítica I y II, Madrid, versión mimeográfica, 1977.
- Peterson, I.: *El turista matemático*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- Petit, J.-P.: *Les aventures d'Anselme Lanturlu. Le Géométricon*, Éditions Belin, París, 1980.
- *Les aventures d'Anselme Lanturlu. Le Topologicon*, Éditions Belin, París, 1985.
- Peirce, C.S.: *La ciencia de la semiótica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.
- *Écrits sur le signe*, Éditions du Seuil, París, 1978.
 - *El hombre, un signo*, Crítica, Barcelona, 1988.
 - *Textes anticartésiens*, Aubier, París, 1984.
- Pickover, C.A.: *El prodigio de los números*, RBA, España, 2007.
- Platón.: *Diálogos. Critón. Fedón. El banquete. Parménides*. Edaf, Madrid, 1980.
- Porge, E.: *Se compter trois. Le temps logique de Lacan*, Éditions Erès, París, 1989.
- “Acerca de la banda de Moebius”, en *Cuadernos Sigmund Freud, 10/11*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Quesada, D.: *La lógica y su filosofía*, Barcanova, Barcelona, 1985.
- Quesada, J.: *Otra historia de la filosofía*, Editorial Ariel, Barcelona, 2003.
- Quine, W. V. (1973), *Filosofía de la lógica*; Alianza editorial, Madrid.
- Rabinovich, D.: *La angustia y el deseo del otro*, Manantial, Buenos Aires, 1993.
- *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*, Manantial, Buenos Aires, 1984.
- Reale, G.: *Introducción a Aristóteles*, Herder, Barcelona, 1985.
- Recalcatti, M.: *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*, Síntesis, Madrid, 2003.
- Renan, E.: *Averroes y el averroísmo*, Hiperión, Madrid, 1992.
- Revista Littoral, 10: 131-148, Éditions Erès, París.
- “La dissymétrie, le spéculaire et l'object a”, en *Freud Lacan: quelle articulation?* Revista Littoral, 14: 129-143, Éditions Erès, París, 1984.
- Revista *Scilicet*, nº 6-7. Éditions du Seuil, 1976.
- Ringebach, A.-M.: “Le tore et la mise en jeu de la dissymétrie”, en *La Sensure*, 1983.
- Rivas, M. C. : *Nietzsche y la modernidad*, Ediciones Universidad Complutense. Facultad de Derecho, Madrid, 2001.
- Roudinesco, E. : *Lacan, envers et contre tout*, Éditions du Seuil, Francia, 2014.
- *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Rosgal, Montevideo, 1995.
- Ruiz, C. A.: “Banda y toros”, en *Cuadernos Sigmund Freud, 10/11*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1987.
- *Curso de Introducción a la Topología*, Publicado por la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1ª y 2ª clase, 1984.
- Safouan, M.: *Lacaniana*. Los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963, Paidós, Buenos Aires, 2003.
- Safranski, R.: *Un maestro de Alemania*, Tusquets editores, Barcelona, 2003.
- Sartre, J.P.: *El ser y la nada*, Altaya, Barcelona, 1993.
- *La Nausée*, Gallimard, París, 1938.
- Saranyana J. I.: *Historia de la filosofía medieval*, EUNSA, España, 1985.
- Silvestre, D. y Staricky, A.: *Investigations topologiques et interrogations sur la passe*, Recopilación de l'Agenda du Psychanalyste. Navarin Éditeur, París, 1986.
- Scriabine, P.: “Clinique et topologie”. en *L'énigme & La psychose*, École de la Cause freudienne, París, 1993.
- Soler, C.: *Finales de análisis*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1998.
- *La repetición en la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 2004.
- Soury, P.: “Séances mathématiques”, en *Abords topologiques*, Revista Littoral, 5: 63-89, Éditions Erès, París, 1982.
- *Cadenas, nudos y superficies en la obra de Lacan*, Ediciones Xavier Bóveda, Buenos Aires, 1984.
- Sous, J.L.: *Los pequeños matemas de Lacan*, Ediciones Lecol, Argentina, 2009.
- Spinoza, B.: *Ética demostrada según el orden geométrico*, Trotta, Madrid, 2005.

- Stewart, I.: *La cuadratura del cuadrado*, Critica, Barcelona, 2009.
- Tahan, M.: *El hombre que calculaba*, Veron, Barcelona, 2000.
- Tasic, V.: *Una lectura matemática del pensamiento postmoderno*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2001.
- Tello, N.: *Cornelius Castoriadis y el imaginario radical*, Campo de ideas, Madrid, 2003.
- Thom, R.: *Paraboles et catastrophes*, Flammarion, France, 1983.
- Tisseron, S. y col.: *Le psychisme à l'épreuve des générations*, Dunod, París, 2004.
- Trubetzkoy, N. (1933): *Psicología del lenguaje*, publicado en castellano en 1952 por la editorial Paidós, Buenos Aires.
- Valverde, J. M.: *Nietzsche, de filólogo a Anticristo*, Planeta, Barcelona, 1993.
- Vanier, A.: *Lacan*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- Vappereau, J.-M.: *Clínica de los procesos del nudo*, Ediciones Kliné, Buenos Aires, 1998.
- *Essaim. Le groupe fondamental du nœud*, Point Hors Ligne, París, 1985.
- Varios Autores: *Claves del Estructuralismo*, Caldén, Buenos Aires, 1969.
- Varios Autores: *Coloquio Jacques Lacan 2001*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Varios Autores: *Diccionario del psicoanálisis*. Segunda edición, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.
- Varios Autores: *Filosofía <> Psicoanálisis*, Tres Haches, Buenos Aires, 2005.
- Varios Autores: *Gramáticas, juegos y silencio*, Grama, Buenos Aires, 2006.
- Varios Autores: *Identifications*, Dunod, París, 1995.
- Varios autores: *Lakant*, Sous la direction de Jacques-Alain Miller; Collection rue Huysmans, Paris, 2003
- Varios Autores: *Jacques Lacan y los filósofos*, Escuela freudiana de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.
- Varios Autores: *Lacan avec les philosophes*, Albin Michel, París, 1991.
- Varios Autores: *Saussure y los fundamentos de la lingüística* (1976); Estudio preliminar y selección de textos: J. Sazbón; Centro Editor de América Latina, Buenos Aires
- Varios Autores: *Les fondamentaux de la psychanalyse lacanienne*, Presses Universitaires de Rennes, Francia, 2012.
- Varios Autores: *Los fundamentos de la Clínica psicoanalítica*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1998.
- Varios Autores: *Patologías de la identificación en los lazos familiares y sociales*, Grama, Buenos Aires, 2007.
- Varios autores: *Estructuralismo y epistemología* (1970); Nueva Visión, Buenos Aires.
- Varios autores: *Diccionario internacional del psicoanálisis*, Vol I y II, Akal, Madrid, 2007.
- Vasallo, S.: *Sartre/Lacan. El verbo ser: entre concepto y fantasma*, Catálogos, Buenos Aires, 2006.
- Vattimo, G.: *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona, 1986.
- *Poesía y Ontología*, Universitat de Valencia, Valencia, 1993.
- Vegh, I.: *Matrices del psicoanálisis*, Editorial Agalma, Buenos Aires, 1991.
- Wittgenstein, L.: *Diario filosófico*, Editorial Ariel, Barcelona, 1982.
- *Aforismos. Cultura y valor*, Espasa-Calpe, Madrid, 2004.
- *Tractatus lógico-philosophicus*, Alianza editorial, Madrid, 2006.
- Zafiropoulos, M.: *Lacan y las ciencias sociales*, Nueva visión, Buenos Aires, 2002.
- *Lacan y Lévi-Strauss o el retorno a Freud (1951-1957)*, Manantial, Buenos Aires, 2006.

TESIS DOCTORAL

Víctor Korman

Director: Profesor Gerardo Gutiérrez



LA IDENTIFICACIÓN EN LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

TOMO 2

**CUARTA PARTE
PERSPECTIVA TEÓRICA PERSONAL
SOBRE LA IDENTIFICACIÓN**

FACULTAD DE MEDICINA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

2015

1

RECREAR A NUESTROS MAESTROS DEL PSICOANÁLISIS

Ha llegado el momento de hablar en nombre propio. Ello supondrá abandonar las formas expositivas hasta aquí empleadas que, en términos generales consistieron en ceñirse estrictamente a la letra de los textos de Freud, Klein y Lacan, evitando al mismo tiempo las críticas a lo escrito por ellos. Se iniciará, entonces, el camino –nada fácil por cierto– de exponer los puntos de vista personales y consignar los reconocimientos de deudas teóricas con mis maestros. También, señalar algunas discrepancias y diferencias con los tres.

1.1. Introducción

De manera retroactiva descubro que buena parte de las elaboraciones personales sobre la identificación estuvieron determinados por los interrogantes que a lo largo de muchos años fui formulando a los textos de los tres psicoanalistas cuyas teorías acabo de exponer de manera extensa y detallada. Para elaborar las posibles o supuestas respuestas de ellos he contado con las obras que nos legaron y la inestimable ayuda de otros autores a cuyos textos hice referencia explícita al final de cada una de las tres partes anteriores de esta tesis, bajo el rubro bibliografía consultada. A esas referencias se añadirán títulos y autores de las obras examinadas durante la redacción de esta cuarta parte de la tesis. Ella ha sido incluida al final de los cuatro capítulos que la componen.

Considero pertinente exponer algunos de los interrogantes que guiaron mi investigación.

Preguntas a los textos freudianos:

- ¿Qué padre es el objeto de las identificaciones primarias? He percibido cambios, oscilaciones y contradicciones en sus textos. El vienes postuló:
 - a) al padre de la prehistoria del complejo de Edipo [Capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921)];
 - b) al padre de la prehistoria personal [Capítulo III de *El yo y el ello* (1923); p. 33]; y
 - c) en una nota al pie de esa misma página, agregó: “Quizá sería más prudente decir ‘con los progenitores’, pues el padre y la madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene” [en la mujer]. Estas últimas palabras que están entre corchetes son mías. Dicha nota termina con esta frase: “En aras de una mayor simplicidad expositiva, sólo trataré la identificación con el padre.”
- ¿Por qué planteó un período anobjetal del desarrollo de la libido?
- En vista de su modo de emplearlas, ¿cabría una definición más precisa y claramente diferenciada de los mecanismos de introyección e incorporación?
- ¿Por qué situó al niño, cuyo aparato psíquico estaba en vías de formación, como punto de partida y epicentro de su estructuración identificatoria?

Preguntas a la obra de M. Klein:

- ¿Puede considerarse a la identificación proyectiva como estructurante de lo psíquico o su uso actúa más bien como desestabilizante? ¿No sería el prototipo de una relación narcisista de objeto en vez de una identificación? Dado su carácter centrífugo respecto del yo, ¿por qué no llamarla simplemente proyección identificante y situarla en el campo de las proyecciones, como una de sus variantes?

- ¿Cuál es el rol que juegan los padres respecto de la conformación del aparato psíquico del hijo?
- ¿Qué influencias tienen los progenitores respecto de las identificaciones proyectivas que el lactante les dirige?
- ¿Qué pensaría Melanie Klein respecto de “la madre suficientemente buena” de Winnicott o de la “madre con reverie” de Bion, que de algún modo supusieron críticas importantes a su teoría?
- ¿Por qué no fundamentó más y mejor su posición constitucionalista e innatista?
- ¿Qué implicancias teóricas tuvo considerar a las fantasías inconscientes como un correlato mental del instinto?

Interrogantes a los *Escritos* y seminarios de Lacan:

- ¿El destino de cada sujeto está (pre)inscrito en el inconsciente parental de un modo taxativo?
- ¿Por qué ese determinismo tan inflexible en la TIL?
- ¿Al protosujeto le cabría únicamente un rol pasivo en su estructuración psíquica?
- ¿No convendrá insistir en un aspecto paradójico de la estructura, ya que clínicamente se evidencian tanto sus fallas, sus agujeros, como su consistencia? En otros términos, y pese al aporte que constituyó el concepto de estructura clínica: ¿no sería útil relativizar la rigidez con que ellas se trataron en la teoría y en la clínica?

1.2. Un marco para las consideraciones personales sobre la identificación

Quiero encuadrar los planteamientos que expondré a continuación dentro del siguiente conjunto de ideas:

- Me interesa conservar celosamente las que constituyen, a mi entender, las aportaciones más importantes de Freud, Klein y Lacan, como así también las de otros psicoanalistas y pensadores, sobre el tema en cuestión. Esto supone una evaluación personal de los aportes de cada autor; considero que no todo lo que ellos han dicho y escrito vale por igual.
- Intento preservar estas adquisiciones de posibles deslizamientos hacia el dogmatismo, reduccionismo y eclecticismo. Respecto de este último cabrá tener presente que las tres teorías tienen núcleos duros que las hacen inmiscibles entre sí.
- Siempre consideré que era imposible que alguien –sea quien fuere– pudiese detentar la suma del conocimiento y las certidumbres respecto de todo lo que se procesaba en nuestra praxis.
- Reafirmo que –¡por suerte!– las teorías no son omnicomprensivas y que sus insuficiencias nos llevan a realizar el esfuerzo de arrojar nuevas luces a las zonas de penumbras que ellas mismas generan. Ninguna teoría da cuenta de todo, entre otros motivos, porque ese todo no existe.
- Me parece importante que cada analista pueda construir una mini-metapsicología propia, portátil, como herramienta dúctil y hecha a la mano de cada cual para instrumentarla, tanto en la práctica clínica como en otros ámbitos del pensamiento. Ella incluirá una recreación personal de cada uno de los conceptos clásicos y, probablemente la postulación de algunos nuevos.
- Corresponde a los analistas de la generación actual desplegar otra vez más la gran potencialidad de los conceptos psicoanalíticos. En su origen, el psicoanálisis fue concebido como una red de articuladores teórico-clínicos versátiles, maleables, con capacidad de admitir nuevas inflexiones. En su corta historia hubo innovaciones significativas, pero también es cierto que a pesar de haber nacido con vocación de cambio, a veces esas transformaciones o bien no se consumaron, o bien lo hicieron hacia direcciones inadecuadas. Asumir esa tarea de remozamiento de nuestra disciplina sería actuar en consonancia con el futuro que anhelamos para ella.
- Lo dicho hasta aquí hará que mis consideraciones en esta cuarta parte carezcan de un tono asertivo. No habrá certezas ni concepciones definitivas; más bien plantearé algunas ideas con cierta dosis de titubeo, sobre todo, cuando se refieran a zonas teóricas de penumbra. La identificación seguirá guardando algunos de sus misterios y enigmas.

Realizar esa tarea dentro del marco descrito supuso llevar a cabo previamente una maniobra delicada en una cornisa estrecha: necesité recrear a mis maestros del psicoanálisis antes de abandonarlos, resignarlos, olvidarlos. Represión tan necesaria como la asimilación anterior de sus ideas, para que ellas pudiesen retornar, una vez connaturalizadas conmigo, sin que al final supiera decir *con certeza* dónde –o en quiénes– se han originado, dada la mezcla generada entre lo ajeno y lo propio. Estos movimientos exigieron más creatividad que veneración; implicó también reinstaurar, de tanto en tanto, momentos como los que caracterizaron al nacimiento del psicoanálisis: plenos de descubrimientos deslumbrantes. Regresar a Freud y a los grandes de nuestra disciplina no consiste en imitarles sino retomar lo que con ellos quedó interrumpido, liberarles del cargamento de lo obsoleto, germinar nuevas ideas y renovar nuestro quehacer. Tarea que no acabará nunca, porque el psicoanálisis habrá de ser reinventado por cada analista.

Otra cuestión muy significativa: el ejercicio *actual* del oficio de analista impone la escucha de los cambios a gran escala que están sacudiendo a nuestra sociedad en las últimas épocas. Lo nuevo nos incita a reflexionar –una vez más–, sobre las modalidades del sufrimiento psíquico hoy vigentes, sobre la subjetividad contemporánea y sobre el psicoanálisis como instrumento posible para elevar las cotas de libertad personal. Se imponen maneras propias y novedosas de ejercer la praxis y pensar la producción de lo subjetivo. Un paso previo implica hacer propio lo que se ha heredado de nuestros antecesores. No es nada fácil recibir y gestionar un patrimonio simbólico; especialmente, si es potente. No sólo el de Freud –el fundador– sino y también el de sus continuadores, el de mis maestros y mis contemporáneos. Si esa apropiación es en sí misma difícil, más complicado aún será administrarla y transmitirla.

En varias ocasiones, especialmente en los momentos finales de la redacción de esta tesis, pensé que en ella fui tratando –además de la identificación– otro tema; y que lo había hecho ya sea de manera implícita o explícita, ya sea en forma paralela o tangencial. Se trataba, ni más ni menos, de la herencia psicoanalítica que yo había recibido y los intentos de trasmitirla a otros. Esa idea se fue imponiendo poco a poco en mi mente; cuando acabé de percibirla con claridad y asimilarla, los casi mil cuatrocientos folios escritos parecieron recomponerse y recibir una nueva luz. Se había producido paulatina e inconscientemente un telescopado de dos temáticas: la transmisión intergeneracional de lo psíquico en sentido muy amplio y la transmisión a las nuevas generaciones de analistas de las teorías que yo había recibido de mis “padres” analíticos. Ambos asuntos quedaron ensamblados y acoplados. Había acontecido una mixtura, una “*inmixión*”, vocablo este último cuyo significado expondré en IV, 2.4. y en la nota final nº 7 que se inicia en ese apartado.

En la centena de temas abordados en mi tesis y en las múltiples derivaciones de los mismos, descubrí ese nuevo hilo conductor que me había sido imposible percibir durante un largo periodo de redacción de la misma. Toda ella trataba sobre un único y mismo tema: un legado recibido y el intento de trasmitirlo. Más de una vez dije que estaba escribiendo lo que me hubiera gustado tener a mi alcance cuando inicié mi formación.

1.3. Sobre filiaciones

Hace unos pocos años, en *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* (2010), *op. cit.*, al referir las coordenadas teóricas con las que orientaba mi clínica, escribí que me consideraba un analista freudiano post-lacaniano; laico –es decir: no religioso-, no militante, que trataba de guardar distancias con los fundamentalismos psicoanalíticos y que apostaba por un diálogo entre las diversas maneras de entender nuestra práctica. Con lo de post-lacaniano quería expresar que había realizado un arduo trabajo de lectura de Lacan, para hacer luego, mi personal vuelta a Freud con esos bagajes y con algunas elaboraciones propias.

Esto explica, sin duda, el predominio de un aire freudiano y lacaniano en el contenido de esta cuarta parte de la tesis. Sé, y lo digo abiertamente: sin Freud y Lacan no hubiera podido componer lo que aquí escribí, pero lo escrito es irreductible al pensamiento de ellos. Por suerte, digo yo, porque sería injusto exigir a quienes nos han despertado los sueños e ilusiones más agradables que

permanezcan fieles a las imágenes que nosotros hemos construido de ellos. Pese a los dolores y desgarros que situaciones de ese tipo pueden provocar –en tanto remueven nuestro desamparo originario y crean la sensación de orfandad– esas conmociones nos catapultan hacia nuevas búsquedas y a intentos –muchos, renovados– de trazar caminos propios, singulares, en nuestra práctica de psicoanalistas. Lo escrito en esta cuarta parte de la tesis proviene de tales sacudimientos, que me dejaron como contrapartida un *humus* fertilizante.

Mi “primera infancia psicoanalítica” transcurrió en medio del fulgor kleiniano, en el Buenos Aires de los años sesenta. Los conceptos de Klein y sus seguidores eran las monedas de cambio. Sus ideas suscitaban adhesiones fervientes y, a fuerza de ser repetidas, penetraban por ósmosis entre aquellos que dábamos nuestros primeros pasos en la formación. Se interpretaba casi todo en clave de identificaciones proyectivas e introyectivas, objetos buenos, malos, persecutorios, idealizados, internos y externos. Era regla aludir a las tempranas relaciones con el pecho, a las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, a la idealización, a las separaciones, a la envidia, a la necesidad de integrar el yo, elaborar duelos y sentir gratitud.

Winnicott, en segundo o tercer plano, era para unos pocos un pequeño contrapoder teórico; para la mayoría, su sello de origen –escuela inglesa–, le otorgaba un valor añadido, aunque casi nunca se aludía a las importantísimas discrepancias de él con M. Klein. En esa etapa fui un kleiniano “forzado”, presionado por el contexto, aunque contestatario y protestón. Freud fue mi refugio y Winnicott un gran referente clínico, más presente en mi actitud hacia los pacientes que en la aplicación de su metapsicología. Las palabras *holding*, *setting* y otros anglicismos, fueron mi a-b-c.

Por entonces se acercaba el tornado Lacan que, en la ribera del Río de la Plata, se transformó en huracán, con ojo incluido. La teoría de Klein entró en un cono de sombra; en parte, por propia implosión y, también, por la barricada que le alzó el lacanismo militante.^{1*} Winnicott, menos visible, salvó algunas de sus pertenencias. Tras el ciclón y el eclipse comentados, apareció una bocanada de aire fresco que duró un cierto tiempo. Entonces tocaba ser lacaniano. Lo fui precozmente, pero a mi manera; una alergia a las transmisiones dogmáticas me impidió aceptar aquello de “Lacan, todo o nada”. Sin embargo, cada vez que viene a colación reitero mi deuda teórica con él.²

Luego siguió la sacralización de su teoría con todas las consecuencias. “San Retorno” se hizo presente. Bendita repetición, aunque por entonces ya era *con diferencias*; empezaron a circular otras monedas de oro, otros epígonos en busca de oportunidades para darse a conocer y algunos fervientes kleinianos reconvertidos en exultantes lacanianos. Hubo excepciones, pero aparecieron muchos sacerdotes dedicados a transformar importantes escritos psicoanalíticos en sagradas escrituras.

Cada vez que recuerdo esa situación viene a mi memoria Winnicott. Él tuvo que batallar en un campo parecido, porque también en el Londres de entreguerras se traspasó la frontera que dejaba atrás el valor de las convicciones necesarias, la confianza en el propio pensamiento y la “fe” psicoanalítica, para entrar en el territorio de los evangelios. A él le tocó forcejear –¡y mucho!– entre los seguidores de dos teorías y entre dos mujeres que, a juicio de John Bowlby, eran tal para cual: “obstinadas y negadas a abrir sus mentes a ideas ajenas. [...] Ana Freud era devota de San Sigmund y Klein lo era de Santa Melanie.”³

Winnicott, en calidad de presidente de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, les pidió a ambas que disolviesen los dos grupos que encabezaban, para evitar que la calamidad se impusiera en la institución tras la muerte de ellas.⁴ Año y medio antes ya se había dirigido a Klein, alertándole sobre las consecuencias de la repetición –tipo jerga– de sus ideas por parte de quienes adhirieron a su pensamiento.⁵

Pero sería un error pensar que el problema reside sólo en los jefes o jefas de escuela; también está en nosotros, los psicoanalistas “de a pie”, embargados por la idealización, por las ambiciones de ascenso o por la pereza. También se debe a una paradoja presente en el oficio de analista: lo ejercemos de manera solitaria, pero estamos acompañados por el pensamiento de nuestros predecesores analíticos. Esa presencia, deseada, necesaria e ineludible a la vez, conlleva –en potencia– peligros mayores que la soledad: quedar parasitados por esas teorías, trabajar contracturados por la tradición, rumiando ideas conocidas que llevan a una práctica gris, sin

invención, poco personal. Buena parte del contenido conceptual de la obra Winnicott y su estilo de escritura deben entenderse como un modo de eludir esos riesgos.

Lo que diré a continuación es muy serio aunque mis palabras tengan un toque de humor. Hoy, sin renegar de las señas de mi identidad psicoanalítica expuestas en *Trencadís* y reproducidas al comienzo de este apartado, agregaría: me considero un analista todo terreno y “*kormaniano...*, *modestamente*”. La primera de esas dos palabras no debería sonar rara si se tiene en cuenta que el analista, y no sólo el analizante, tiene también su singularidad, a consecuencia de los modos, también peculiares, con los que cada uno fue apropiándose de la vasta y rica herencia psicoanalítica. Tampoco la segunda, porque la modestia surge casi espontáneamente cuando se abandona con más o menos dolor la quimera de infalibilidad de la teoría psicoanalítica en la que se ha enrolado, cualquiera sea ella. La des-infatuación suele acompañar a ese desprendimiento.⁶

Detallo algunas de esas características personales, porque tal vez ayuden a comprender las líneas de fuerza que atraviesan lo escrito en la tesis y en especial, en esta cuarta parte de la misma. Más allá de su presencia en lo conceptual, ellas ponen de manifiesto mis filias y fobias teóricas, mis esperanzas, pesadillas y mi necesidad de hablar claro, sin tapujos, sobre los problemas que tenemos en nuestro ámbito; decididamente, pienso, no hay que dulcificar la Medusa, palabra que escribo con mayúscula porque remito al personaje mitológico.

Empezaré diciendo que considero el ejercicio del psicoanálisis clínico como un oficio; pienso que en tanto analista, soy un artesano; “*arte-sano*” de la palabra y de la transferencia. Juzgo, pues, que hay algo de *arte* en ese oficio y que en todo análisis debe acontecer algo creativo. Esas palabras son una declaración de principios acerca de mi clínica. Presumo que mi práctica está más cerca del arte, de la literatura, de los fenómenos relacionados con el uso de la lengua, de la poesía y más próxima también a ciertos *filosofemas metapsicologizados* que de las ciencias, sean éstas la biología, neurología, las matemáticas, lógica, física, etc. Que sea una praxis con esas características no quita que deba ser muy rigurosa. Con lo que acabo de decir me diferencio puntualmente del Freud biólogo, fisicista y de sus aspiraciones a que el psicoanálisis fuera una ciencia; también del Lacan de las formalizaciones lógico-matemáticas;^{7*} como ellos, no me apoyo en discursos religiosos, místicos ni esotéricos. Sin embargo afirmo que en el análisis se viven experiencias inefables, prodigiosas, que no se dan en otros contextos y que merecen ser investigadas.

1.4. Ptolomeísmo, copernicanismo

Estos dos vocablos que he relacionado con la teoría de la estructuración subjetiva, atraviesan de cabo a rabo esta tesis doctoral; los he tomado en préstamo de Jean Laplanche, más específicamente del capítulo uno de su libro *La prioridad del otro en psicoanálisis* (Amorrortu editores, Buenos Aires, 1996).

El autor, después de incursionar en la historia de la astronomía, señaló con justeza que de ella sería posible desentrañar la existencia de enfrentamientos y alternancias entre dos líneas de pensamiento que coexistieron durante milenios; las designó con los nombres de concepción *ptolomeica* y *copernicana*. Ellas remiten, como es evidente, al geocentrismo y al heliocentrismo, respectivamente.

Laplanche, en el volumen citado, alerta contra la torpeza que supondría oponerlas, sin tener en cuenta, de manera simultánea, que la renovación propuesta por la segunda no inmunizaba contra las recaídas en la primera. Recuerda, además, que ambas corrientes tuvieron pensadores insignes y que fue Aristarco de Samos quien postuló por primera vez, en el siglo III a. C., que la tierra giraba alrededor del sol.

Por lo tanto, Copérnico no hizo sino actualizar ideas que fueron escotomizadas durante siglos: el globo terráqueo no era el centro del universo y junto con las demás esferas celestes orbitaba mediante movimientos cíclicos y repetitivos en torno al astro rey.^{8*}

Sin duda, se podría hablar de una “revolución copernicana” producida por el vienés con la introducción de la hipótesis del inconsciente: él operó un giro de 180° en la concepción del sujeto, aunque es cierto –como también lo afirmó Laplanche–, que fue para sí mismo tanto su Copérnico

como su Ptolomeo. Se trató “de una revolución inacabada”, según el autor del famoso *Diccionario de Psicoanálisis*.

Con muchos recaudos, he realizado una extrapolación de estas dos líneas de pensamiento al terreno psicoanalítico para aplicarlas en los dominios de los procesos identificatorios. En ese contexto consideré que serían *ptolomeicas* todas aquellas ideas que implicasen considerar al sujeto psíquico en formación como el punto de partida y epicentro de su constitución subjetiva: el infante se identificaría con los objetos para crear su propio aparato psíquico. Se trata de teorías “infanto-céntricas”, si se me permite este neologismo.

En cambio serían *copernicanas* aquellas concepciones que jerarquizan el rol de los adultos en la conformación del futuro sujeto psíquico. Estas últimas otorgan funciones identificantes a los objetos y consideran fundamental el rol que ellos juegan en la conformación de una nueva subjetividad, en tanto ofertantes o implantadores de rasgos psíquicos.

Cotejadas la TIF, la TIK y la TIL a la luz de los criterios recién aludidos, me permitiría afirmar que la concepción de Freud fue copernicana con fuertes improntas ptolomeicas; la kleiniana estaba en la antípoda: predominio claro del “infantocentrismo”; las relaciones objetales de las que tanto habló no aparecían en calidad de identificantes ni de trasmisoras intergeneracionales de lo psíquico; en síntesis: *ptolomeísmo*. Esto puede apreciarse especialmente en los textos en que acentuó lo constitucional, el endogenetismo y el instintivismo; se trataba de una especie de autopoiesis psíquica.^{9*}

Lacan se enroló con firmeza en la línea copernicana. Dentro del psicoanálisis fue el primero en invertir claramente la dirección del movimiento identificatorio: desde el objeto –mejor dicho, desde el Otro y el otro– al protosujeto. En el debate endogenetismo - ambientalismo se decantó por lo segundo. Laplanche se enroló con lucidez y creatividad en esta perspectiva con su teoría de la seducción generalizada. El título de su libro, aludido al comenzar este apartado, fue elocuente respecto de su posición.

Con estos raseros –*ptolomeísmo, copernicanismo*– se valoraron todos los textos leídos para la elaboración de esta tesis. Como se verá enseguida, la segunda tendencia es un pilar fundamental del proyecto de elaboración personal de una metapsicología de la identificación estructurante.

1.5. Fundamentos para pensar un sistema identificatorio estructurante del psiquismo

Me interesa nombrar y desarrollar las premisas sobre las que asienta mi propuesta acerca de un sistema identificatorio organizador del aparato psíquico en la primera infancia. Esos basamentos son tres y los iré desplegando en los siguientes apartados:

- 1.5.1. La incidencia significativa del entorno objetal en la psiquización del recién nacido humano
- 1.5.2. La concepción retroactiva de la temporalidad psicoanalítica
- 1.5.3. La relación indisociable entre el narcisismo y el complejo de Edipo

1.5.1. La incidencia significativa del entorno objetal en la psiquización del recién nacido humano

Se trata de un asunto clave al que se volverá insistentemente en esta cuarta parte de la tesis. A lo ya dicho en la página anterior se añadirán comentarios sobre las restantes facetas de este posicionamiento y las consecuencias que comporta haber optado por esa alternativa.

1.5.1.1. Un copernicanismo relativizado por la autoorganización

El sistema identificatorio que propongo se sostiene en lo que denominé *perspectiva copernicana*, que considera fundamental la incidencia de la subjetividad de los otros –la alteridad– en la producción de una nueva subjetividad. Pero el mío es un *copernicanismo relativizado* –o *realzado*, según se lo mire– por su combinación con la noción de autoorganización y con la concepción del sujeto como estructura disipativa, aspectos estos últimos que se detallarán en IV, 2.6.

La elección de esa perspectiva me alejó de determinismos filogenéticos, biológicos e innatistas al pensar los orígenes de lo psíquico en el bebé y, en contrapartida, jerarquicé el papel del psiquismo de los padres –mejor aún: del contexto objetal en su conjunto– para esas mismas funciones. Esta manera de pensar el determinismo en la transmisión de lo psíquico de una generación a otra, *supone* el reconocimiento de la multiplicidad de mecanismos y factores que entran en acción en tales avatares; decididamente, no hay relaciones lineales sino complejas entre las causas y los efectos en los procesos que hacen al surgimiento de una nueva subjetividad.

Ese marco general me distancia, también, de las tesis freudianas que sostienen la anobjetalidad y un narcisismo primario absoluto en los comienzos de los procesos subjetivantes. Opto, entonces, por un narcisismo objetal, en tanto considero que el recién nacido se ve abocado –desde su primer día de vida– a un mundo relacional. Dentro de las circunstancias más habituales, después del parto, el bebé ingresa a una red extrauterina conformada por los padres y familiares más próximos, en la que recibe un baño narcisista y edípico –simultáneo–, dando así comienzo a la estructuración identificatoria del candidato a sujeto.¹⁰ No se trata aún –que quede claro desde ya– de la economía narcisista y edípica del *infans* sino de la perteneciente a sus progenitores. A esa sopa primordial, donde bullen los fantasmas y deseos inconscientes de los padres, es arrojado el recién nacido desde los albores de su vida, sin que se le haya pedido consentimiento. Y de ese cocido libidinal tendrá que nutrirse para realizar el pasaje desde su calidad de organismo viviente a la condición de sujeto.

Esta perspectiva es la que me lleva a pensar que el bebé es, de hecho, un ente social desde los momentos iniciales de su existencia. Si bien no media la subjetividad de él en estos primerísimos contactos –por la sencilla razón de que aún no está constituida–, considero, a diferencia de quienes postulan un primer período de vida anobjetal, que a estos vínculos cabe otorgarles el rango de relaciones objetales incipientes –pero a condición de precisar las características peculiares de las mismas –. Si el punto de partida fuese un narcisismo primario absoluto, se haría difícil precisar cómo, cuándo y por qué se produciría la apertura a la objetalidad. En esos contextos, el endogenetismo y el solipsismo suelen campar a sus anchas.

1.5.1.2. Relaciones de objeto desde el nacimiento

Es tal vez uno de los aportes más significativos de M. Klein al psicoanálisis. La he hecho fervientemente mía, pero, a diferencia de ella pienso que el recién nacido llega al mundo con engramas psico-motores muy rudimentarios a los que no otorgo la categoría de un yo constituido y operativo, ni siquiera, uno que pudiera calificarse de muy incipiente. Opongo a ese yo constitucional kleiniano una constitución del yo, proceso este último que hago coincidir con el surgimiento del narcisismo primario (Freud) o con el estadio del espejo (Lacan).¹¹

Sostengo que las identificaciones primarias –véase *infra*, 1.6.1.– son la que introducen las primeras trazas de subjetividad, en momentos en que el bebé no se diferencia aún del objeto, porque carece de una membrana yoica y “sujetal”. Tampoco habrá por entonces representaciones psíquicas de los objetos que el neonato haya construido: los engramas psicofisiológicos innatos estarán transitados, atravesados, por lo psíquico de los padres (transsubjetividad) y habrá indiferenciación yo–no yo por parte del bebé. En esas circunstancias no existirá libido objetal puesta en juego por parte del *infans*, por la sencilla razón de que el yo no está aún constituido; por lo tanto no se puede hablar de libido narcisista ni de libido objetal. En cambio sí la habrá por parte de los padres.

Se trata de vínculos que, por parte del bebé son: pre-autoeróticos pre-narcisísticos y pre-subjetivos. El recién nacido –en estado de desamparo–, movido por las pulsiones de autoconservación, hará llamados a los objetos para resolver sus necesidades biológicas. Sus pulsiones sexuales surgirán por apuntalamiento en las de autoconservación.

Es evidente que el establecimiento del autoerotismo –que luego dará origen al narcisismo primario–, exige que previamente se haya establecido relaciones con los objetos. Por más que la partícula “auto” esté presente en la palabra autoerotismo (prenarcisista por definición) éste encierra un “hétero” –un objeto, un otro– que se internalizó, una fantasía que presentifica al otro en la psique del *infans*.^{12*} El terreno psíquico en el que acontecen estas relaciones precocísimas [bebé–madre (o padre)]

es el de la indiscriminación: transubjetividad e indiferenciación. Se insiste en que conviene considerar que ese ligamen es una relación de objeto. Muy primigenia, muy rudimentaria, pero relación al fin.¹³

Propongo el neologismo *yobjeto* para referir a esa especie de ente amalgamado que conforma la madre y el bebé; éste último, más cómo organismo viviente que como sujeto psíquico. De ese *yobjeto* inicial se desgajará, en un futuro más o menos inmediato, un objeto –que algunos llamarían arcaico, primitivo, maternal– y unos precursores del yo, que tal vez pudieran coincidir con lo que Freud denominó “yo placer purificado” (*Lust-Ich*).¹⁴

En síntesis: el neologismo *yobjeto* alude a esa mixtura entre un organismo viviente con capacidad de psiquizarse y un sujeto psíquico adulto, conformado con todas las vertientes y dimensiones que se describirán en IV, 2.5.

Entre ambos generan un tipo peculiar de relación que desde el bebé serían presubjetivas –no es aún sujeto psíquico–, y, también, pre-narcisísticas. Sin embargo, ese tipo de vínculo tan peculiar posibilitará el establecimiento del autoerotismo que, a su turno, dará pie al surgimiento de un yo –en pleno narcisismo primario–, con capacidades psíquicas más avanzadas si las comparamos con los engramas psico-motores innatos. Del lado adulto –madre, padre y demás miembros del entorno objetal–, habrá sujetos psíquicos ya constituidos. Se subraya a los efectos de la estructuración de una nueva subjetividad, el carácter transferente de los adultos: madre y padre generan transferencias que involucran a su vástago. Interesa remarcar el carácter inconsciente de las mismas.^{15*}

Estos momentos iniciales de la vida psíquica serán inevitablemente significados retroactivamente al constituirse el narcisismo y el complejo de Edipo, proceso que continuará en la adolescencia y en la vida adulta. Por lo tanto, habrá “muchos comienzos” reconstruidos. O, si se prefiere, habrá un comienzo mítico. A continuación se ampliará este tema.

1.5.2. La concepción retroactiva de la temporalidad psicoanalítica

En este apartado se considerará la segunda de las premisas del proyecto de sistema identificador: la que hace referencia a la significación retroactiva y las consecuencias de aplicarla a la construcción del aparato psíquico. Se harán también algunos comentarios acerca de la regresión. Por último se abordará críticamente la célebre metáfora freudiana de los pseudópodos que él propuso para pensar el pasaje desde el narcisismo primario a las relaciones objetales edípicas. El modelo que el vienés utilizó ilustraba el desplazamiento de la libido narcisista –o yoica– hacia los objetos –pseudópodos mediante– y convertirse en libido objetal. Dada la retractilidad del pseudópodo podía suceder que la libido volviera desde los objetos al yo con la consiguiente restitución de la libido narcisista en desmedro de la objetal. Consideraba de paso que ese movimiento libidinal era la clave de toda *regresión*. Este prototipo incluía –implícitamente– la idea de una temporalidad reversible, ajena al modelo que propongo.

1.5.2.1. La resignificación retroactiva

Pero Freud no siempre se atuvo a la idea de que la rueda del tiempo podía volver atrás; ya desde sus primeros textos, y continuó haciéndolo a lo largo de toda su obra, empleó los vocablos *nachträglich* y *nachträglichkeit* (retroactivamente, retroactividad)¹⁶ para aludir al hecho de que las experiencias vividas, los recuerdos e impresiones, como así también, las huellas mnémicas inconscientes, pueden adquirir, con el paso del tiempo, nuevos significados, por efecto de la resignificación de las mismas a partir de vivencias posteriores o por el acceso a estadios evolutivos más avanzados.

La noción freudiana de reorganización retroactiva de lo psíquico enriqueció aún más la ya compleja concepción del tiempo que él había concebido inicialmente en *La interpretación de los sueños* (1900): añadió a la atemporalidad del inconsciente los fenómenos de anticipación y retroacción. Esto invalidaba, o al menos relativizaba, el clásico cliché que adjudicaba al psicoanálisis la idea de que la historia de cada sujeto estaba determinada exclusivamente por su infancia. La retroacción le puso barreras al determinismo lineal: no sólo el pasado actuaba sobre el presente, sino que el presente iba

retroactuando sobre el pasado; cada lapso de tiempo transcurrido –con las nuevas experiencias que le eran inherentes– posibilitaba el otorgamiento de sentidos novedosos a lo vivido anteriormente.¹⁷

Elevar a la categoría de concepto la noción freudiana de retroactividad y utilizarlo en tanto tal tiene enormes repercusiones teóricas y clínicas: implicará replantearse, entre otras cosas, la relativización de la temporalidad cronológica, la complejización del tiempo en psicoanálisis, la operatividad del mismo y sus efectos durante la estructuración subjetiva; supondrá, también, criticar las nociones simplistas de progresión, regresión, evolución según etapas preestablecidas, etcétera.

Es sabido que la escuela kleiniana nació, se desarrolló y sigue vigente en la actualidad sin haber prestado atención alguna a dicha acepción; se lo ha señalado en varias ocasiones de la segunda parte de esta tesis, apuntando las consecuencias de tal ausencia. Pero lo cierto es que quien se decida a incorporar este concepto y hacer un uso sistemático del mismo deberá replantearse, además de lo ya dicho, muchos aspectos de la metapsicología freudiana, la teoría de la formación de síntomas, la manera de entender la formación del aparato psíquico, el concepto de repetición y su tratamiento en la clínica. Pasado, presente y futuro deberán ser utilizados entre comillas. En IV, 2.4.2.2. haré consideraciones adicionales sobre la temporalidad que rige en el sistema identificatorio que propugno.

El tiempo psicoanalítico concebido a la luz de la retroactividad genera un suspense perpetuo, una intriga constante, una incertidumbre que puede desaparecer por unos instantes con la inscripción de una nueva experiencia, pero que renace enseguida. Cada acontecimiento actual e importante para el sujeto, percute sobre los dos polos de la temporalidad –pasado y futuro–, que permanecerán siempre abiertos. Nunca podrán darse por acabadas las resignificaciones retroactivas; nada está sellado definitivamente; nada queda clausurado, mientras haya vida. Lo que acontecerá determinará lo que he sido. El futuro resignificará mi pasado. Acontecimientos ulteriores pueden “transformar” otra vez la significación de mi pasado, retroacción mediante. El pasado está incorporado al presente.

La noción de causa en psicoanálisis también se modificó al quedar articulada con lo inconsciente y la resignificación retroactiva: la causa fue concebida como habiendo actuado en el pasado, pero ese pasado está integrado a lo actual y, además, fue resignificado varias veces antes de la nueva resignificación que ocurrirá “mañana”. El pasado en tanto tal se perdió irremediamente, como también se disipó realidad exterior a ella asociada. No se tratará ya de una cuestión ligada a lo *realmente acontecido* sino de una problemática ligada a la *verdad subjetiva* (realidad psíquica), en la que lo fáctico –lo que sucedió entonces– quedó incluido en una interpretación, que pudo adquirir nuevas versiones si se fue resignificando. Traigo a colación aquí un aforismo de Nietzsche: los hechos no existen; existen sólo interpretaciones de los mismos.

La palabra del analista –a veces también la del propio analizante– vendrá a reordenar y significar las contingencias pasadas. Sobre los hechos que le han ocurrido al analizante, nosotros –en tanto analistas– no podemos incidir. En cambio, sí podemos hacerlo sobre la significación que dicha persona había otorgado a tales acontecimientos. Sin duda, ese trabajo implica, simultáneamente, la introducción de un grano de arena en los engranajes de la repetición. El pasado presentificado condicionará, a su vez, al futuro; aquello que llegaré a ser no dejará de retroactuar sobre el pasado, proveyendo nuevas resignificaciones del mismo. Se volverá sobre este asunto por medio del comentario a un relato de Jorge Luis Borges –*Kafka y sus precursores*– incluido en IV, 4.3.

1.5.2.2. La regresión

Ya había hecho más las ideas recién expuestas sobre la retroacción cuando tuve la fortuna de leer –hace ya muchos años– un par de libros de Ilya Prigogine en los que éste escribió, entre otros temas, sobre las estructuras disipativas, la autoorganización y la irreversibilidad del tiempo.^{18*} Ellas me fueron de gran utilidad para pensar, una vez más, la temporalidad y la causalidad psicoanalíticas. Sus ideas sobre la temporalidad me llevaron a cuestionar el uso que habitualmente se hace del concepto clásico de regresión. De manera gradual se me fue haciendo más claro que, en sentido estricto, la regresión temporal no existía; mejor dicho: que era imposible. Se trataba de una ilusión basada en una concepción lineal y reversible del tiempo. Sólo sobre la base de ese contrasentido

pueden imaginarse vaivenes regresivos y progresivos, a la manera de caminos de ida y de vuelta en el eje temporal. Al socaire de este modo cronolineal de pensar, se construyeron modelos del desarrollo evolutivo concebidos como pasajes por etapas sucesivas y predeterminadas, en las que podían acontecer fijaciones. Una vez transitadas, la acción de factores traumáticos posteriores o de obstáculos en la evolución, determinarían regresiones a las etapas en que hubo fijaciones.

A este modelo se le articuló una teoría etiológica de los cuadros clínicos, una nosografía y una concepción de la cura consistente en deshacer las fijaciones y recorrer el camino progresivo hacia la “normalidad”.^{19*}

Es también llamativo que los psicoanalistas que utilizaron de manera profusa el concepto de regresión para dar cuenta de la psicopatología de un sujeto, soslayasen las implicancias de la articulación del mismo con la noción de fijación. El nexo entre estos dos articuladores sería, sin embargo, fácilmente detectable en los textos freudianos. Estos autores, si bien reconocen que las fijaciones habidas condicionan la propia marcha del proceso estructurante, son más parcios en la aceptación de que las patologías podrían explicarse sin el recurso al concepto de regresión: bastaría sólo con verlas como formas *sui-generis* de estructuración; es decir, como maneras progresivas de organizar (y retroorganizar) el aparato psíquico.

Lo que habitualmente se considera conductas regresivas son, en realidad, anacronismos, cuyas presencias pueden explicarse, justamente, por la insuficiente reorganización retroactiva desde “estadios evolutivos posteriores”. Para dar cuenta de la presencia de tales actitudes, fantasías y conductas “regresivas” no sería necesario postular un supuesto retorno al pasado y a los modos de funcionamiento pretéritos; si lo llamado “arcaico” se presenta de manera evidente, es porque no ha sido reorganizado retroactivamente desde la triangularidad edípica.²⁰

La regresión en el análisis es siempre metafórica. Más taxativamente: no existe. Y es así porque la flecha del tiempo no retorna, va siempre adelante. Es ingenuo creer que una regresión nos mostrará el pasado tal como éste ha sido. Ni siquiera en el campo de la arqueología, disciplina de la que parece provenir en última instancia esa idea, se cree que los hallazgos en excavaciones devuelvan el pasado en su forma originaria, intacta.

La noción de regresión –y, más aún, una concepción realista de la misma– fue siempre solidaria de un enfoque del tiempo en que éste era considerado reversible. Otorgarle mayor importancia al concepto de reorganización retroactiva de lo psíquico, condujo a que evitase el uso de dicho vocablo. El giro fue para mí significativo: me “obligó” a abandonar también la concepción estratigráfica de la organización psíquica, mediante la cual se suponía que, sobre un estrato psíquico determinado, se construía o depositaba el posterior, luego el siguiente, el subsiguiente... y así de seguido.²¹ Esta manera de pensar la formación del aparato psíquico postulaba la existencia de napas horizontales superpuestas cronológicamente; las más profundas serían las primeras y sobre ellas estarían depositadas las más tardías. Luego, y de manera casi inexorable, se recurría a las nociones de “superficial” y “profundo”: lo que estaba en las honduras devenía el determinante más importante de la patología. Como es obvio, la reorganización retroactiva propone una manera radicalmente diferente de pensar las mismas cuestiones.

Un pequeño inciso: estas referencias a la regresión no nos alejan de la temática identificatoria ya que ellas muestran el contramodelo de la temporalidad que sostengo para la estructuración subjetiva. Al tiempo cronológico y reversible, asociado a la regresión y progresión evolutiva, opongo una temporalidad retroactiva, circular o helicoidal. Está última se expondrá con detalle en IV, 2.4.2.2.

Entender la estructuración subjetiva –y también la clínica– con una concepción temporal retroactiva no excluye que, en momentos puntuales, puedan producirse desorganizaciones de lo inestablemente constituido. La escasa estabilidad facilita el surgimiento de colapsos psíquicos, pero eso no implicó volver atrás; tras la descomposición podrá restaurarse un nuevo equilibrio. Se señala de paso que esta tendencia a los desplomes es debida a la insuficiente reorganización del aparato psíquico desde la triangularidad edípica.

Esto conlleva, como consecuencia lógica, que lo supuestamente “arcaico” sea evidente, ya sea en los síntomas, ya sea en las fantasías. Se pusieron comillas a la palabra arcaico para subrayar su

carácter aparente: lo que es calificado de tal está presente en el presente. En todo caso sería tan arcaico como actual.

Jorge Luis Borges se aproximó con lucidez meridiana a la retro-significación mediante una frase muy escueta: en *Todos los ayeres un sueño*, escribió: “El pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente.”

1.5.2.3. Pasaje del narcisismo primario a la objetividad edípica. Los pseudópodos

Tal vez el ejemplo ya comentado de la ameba, propuesto por Freud en su *Introducción al narcisismo* (1914), ha colaborado en la producción de los *impases* comentados: la retractilidad del pseudópodo refuerza la ilusión del retorno a un tiempo anterior. Según mi entender, el modelo del protozoario ilustra mejor la salida del narcisismo –emisión de pseudópodos, transformación de la libido yoica en libido objetal– que la supuesta regresión desde la objetividad al narcisismo (movimiento de retracción citoplasmática, retiro de la catexia libidinal de los objetos). ¿Es que la libido narcisista es de igual naturaleza que la objetal? El narcisismo, ¿no sufre ninguna transformación cuando se produce el trasvasamiento libidinal desde la representación del sí mismo hacia los objetos? ¿No se estará privilegiando los destinos de la libido –yo u objetos– sin considerar las modificaciones cualitativas de la misma, asociadas a tal desplazamiento?

A mi modo de ver, estos cambios son, justamente, los que otorgarían una cierta adherencia a los objetos y permitirían, además, una reorganización retroactiva de las representaciones inconscientes de los mismos, base, a su vez, de dos fenómenos de gran importancia: a) el establecimiento de una *constancia de la relación objetal*; y b) la generación de transferencias neuróticas (por proyección de las representaciones inconscientes de objetos sobre los otros; entre estos últimos: el analista). Se establecen así los falsos enlaces, como los llamaba Freud, fundamento del fenómeno transferencial, según su opinión.

Sostengo que una vez acontecidas estas transmutaciones de la libido, difícilmente se pierdan; son irreversibles. Lo variable es el cómo y cuánto se transforma el narcisismo primario, por pasaje a la objetividad. De ahí, las suficiencias e insuficiencias de la retroacción edípica a que pueden dar lugar. El carácter de la sintomatología dependerá de estos procesos. Y, también, la estabilidad psíquica; o, lo que es lo mismo, la mayor o menor tendencia a la desorganización. Lo escasamente retroorganizado desde lo edípico suele mostrar mayor tendencia a desmoronarse.

1.5.3. La relación indisociable entre el narcisismo y el complejo de Edipo

La estructuración subjetiva infantil conforma aparatos psíquicos con predisposiciones variadas: ya sea a la psicosis, ya sea a la neurosis, a la perversión o a organizaciones psíquicas con potencialidad polivalente (borderlines, fronterizos, trastornos límites de la personalidad, etcétera). Todas ellas son en realidad configuraciones edípico-narcisistas en las que el *quantum* de presencia del narcisismo y lo edípico son fundamentales para el diagnóstico de estructura clínica. El pasaje por el Edipo y la castración produce una *destilación edípica del narcisismo*.

Como resultado del proceso de estructuración psíquica, queda establecida en la mente del niño/a, una articulación fundamental entre el narcisismo y el Edipo. Todo abordaje de la organización psíquica –sea clínico o teórico– debería considerar siempre la interpenetración de estas dos texturas psíquicas. Y esto, por dos razones de peso:

- En primer lugar, porque el Edipo, además de ser un destino y transformación del narcisismo primario, realiza una tarea de destilación de los remanentes narcisísticos que se incluyeron en las relaciones triangulares. Este narcisismo edipizado es cuantitativa y cualitativamente distinto del narcisismo primario, coetáneo al de la formación del yo.
- En segundo término, porque las diversas modalidades en que narcisismo y Edipo quedan engarzados –y los corolarios metapsicológicos que caracterizan a esta imbricación– son elementos claves para el diagnóstico psicoanalítico.

Asimismo, es importantísimo deshacer la coalescencia –cuando no la sinonimia– que algunos psicoanalistas, en especial los de orientación kleiniana, han establecido entre psicosis y arcaico (originario, primitivo). Tildar de psicóticas a las defensas y ansiedades tempranas (véase II, 3.3.) es ir a contracorriente, justamente, de aquello que le llevó a Freud a introducir el concepto de narcisismo en la teoría psicoanalítica. A mi modo de ver, las vivencias más arcaicas –las de idealización o persecución, por ejemplo– aún las muy intensas, no tienen por qué ser siempre e indefectiblemente de naturaleza psicótica. Este solapamiento engendró efectos clínicos y teóricos significativos; señalaré los dos que son más significativos, a mi juicio; uno: la noción de núcleos psicóticos sustituyó al concepto de narcisismo; dos: los analistas kleinianos consideran que la potencialidad psicótica sería universal; todo sujeto podría devenir psicótico si se produce una regresión a la posición esquizo-paranoide.

1.6. Principales componentes del sistema identificatorio de mi propuesta

En las páginas siguientes se hará patente buena parte de lo que sostuve en los apartados 2 y 3 de este capítulo, acerca de los marcos conceptuales y de las filiaciones psicoanalíticas. Se podrá apreciar que mi proposición recoge lo que considero más valioso de las aportaciones de Freud y Lacan; también algunas de Klein y otros psicoanalistas que trabajaron el tema. El procesamiento personal de esa masa eidética me proporcionó, creo, la posibilidad de evitar el eclecticismo.

Para ir directamente al grano, propongo la siguiente sistematización: un nivel primario de identificaciones, generador del zócalo psíquico, que será transformado y reorganizado retroactivamente por las identificaciones narcisistas y las secundarias edípicas. Este nivel identificatorio basal lleva a cabo la operación fundacional del sujeto psíquico; gracias a esta última quedan inscriptas en el bebé las primerísimas trazas psíquicas que permiten a las identificaciones posteriores actuar sobre un psiquismo rudimentario y continuar con su trabajo estructurante.

Lo que acabo de describir se refiere a los primeros instantes de la estructuración subjetiva: inicios de la ontogenia. El devenir y las resignificaciones retroactivas situarán lo entonces acontecido como parte de la *historia personal* de cada sujeto. Pero además de este aspecto, la identificación primaria integra otra faceta: me refiero a la que vehiculiza la historia de la humanidad, aspecto éste que será retomado en diversos lugares de esta cuarta parte; sin ir más lejos, en el próximo apartado. A mi entender, ha sido pensando en este segundo cariz que el vienés atribuyó, como objeto de esta identificación, al padre de la *prehistoria personal* [capítulo III de *YyE* (1923)]. Freud la consideraba una suerte de transmisión filogenética que se inició en el Protopadre de la Horda Primitiva, tal como se ha visto en I, 3.1. y, más específicamente, en I, 3.1.2. *¿De qué padre se trata?*

Sin embargo, después de Freud han habido –no podía ser de otro modo– maneras distintas de entender esa transmisión del patrimonio simbólico construido por nuestros ancestros, que dejan de lado la filogénesis. Mi pensamiento se orienta también en esa dirección: como ya dije, tomé distancias respecto de la *archefilia* y del filogenetismo de Freud y también del constitucionalismo férreo de Klein. Esto no implica que niegue la presencia de factores congénitos y constitucionales en cada bebé. Basta con observar lo que sucede en cualquier servicio de obstetricia para verificar que cada niño/a llega al mundo con características propias y diferenciales (rapidez del comienzo e intensidad del llanto, variabilidad del tono muscular, distintas capacidades de respuestas adaptativas a los estímulos, etcétera).

En los apartados siguientes presentaré tres modalidades de identificaciones estructurantes, a las que considero componentes básicos del sistema identificatorio que propongo:

- 1.6.1. La identificación primaria y sus dos modalidades: incorporativa e introyectiva
- 1.6.2. La identificación narcisista
- 1.6.3. La identificación secundaria edípica

En el capítulo siguiente haré unos comentarios complementarios y propondré definiciones de las identificaciones estructurantes.

1.6.1. La identificación primaria y sus dos modalidades: incorporativa e introyectiva

Postulo la siguiente caracterización de la identificación primaria: operación constitutiva del sujeto psíquico –la más temprana de ellas– por medio de la cual se inscriben, de manera simultánea las primerísimas trazas que darán sostén a lo narcisístico y lo edípico del bebé. El recién nacido es abordado como objeto por los adultos que conforman su entorno. Éstos se acercan a él desde todas las vertientes subjetivas que le son propias: corporal, deseante, pulsional, fantasmática, narcisista, etcétera (véase IV, 2.5. *El diagrama del sujeto*), iniciándose así la estructuración subjetiva del infante. Incluir ambos aspectos –el narcisístico y el edípico– desde los más tempranos momentos de la vida, permite salir del *impasse* que genera concebir los orígenes de lo psíquico como absolutamente solipsista: si se empieza como puro narciso no hay razón ni posibilidad de salir de tal situación. Habría una infranqueable *ipseidad* del ser.

Las identificaciones primarias dan origen a las primeras trazas de psiquismo en el bebé. Conforman el zócalo psíquico. Por lo tanto, las identificaciones posteriores –las narcisistas y las edípicas– se inscribirán y resignificarán los rudimentos psíquicos establecidos por la identificación primaria. A estas identificaciones les atribuyo una doble función:

- La trasmisión de rasgos psíquicos de quienes conforman el entorno objetal –madre, padre, abuelos, hermanos, maestros, etcétera. Se trata del fundamento descrito *supra*, en 1.5.1
- La trasmisión del capital simbólico de la humanidad; que será encarado a continuación y que se ilustrará en IV, 4.1 y IV, 4.2. por medio de sendos fragmentos literarios de María Zambrano y Marguerite Yourcenar.

La identificación primaria de Freud, al tener como objeto al padre de la prehistoria personal o al padre de la prehistoria del complejo de Edipo [*PMAY* (1921), *YyE* (1923)], incluía dentro de su orla semántica un principio transgeneracional –que conectaba al protosujeto con la historia de la humanidad–.²² Las identificaciones primarias que propongo transmitirían al niño/a el capital simbólico acumulado por la civilización a lo largo de milenios, pero no, como ya dije, por vía filogenética.

Por otra parte cabría consignar que estos procesos identificatorios primarios acontecen en un contexto relacional muy asimétrico: por un lado, los adultos que conforman el entorno familiar y que actúan como sujetos ya constituidos; por otro, el bebé, dotado tan sólo de pobrísimos engramas psicofisiológicos innatos. La escasísima presencia en esos momentos de una actividad psíquica –en el sentido pleno del término– por parte del recién nacido, hace que tales vínculos no sean *sensu strictu* intersubjetivos: el psiquismo elemental del neonato está literalmente transitado por el psiquismo de los padres. Atendiendo a estas condiciones –y observando la situación desde el lugar del bebé– calificaría de *presubjetiva* a este tipo de relación. Desde el lado adulto se estaría en presencia de sujetos ya constituidos; tanto el narcisismo como la estructura edípica de los padres intervienen en esa precoz trasmisión intergeneracional e inconsciente de rasgos psíquicos.

En algunos escritos míos de hace un par de décadas –Korman, V.; *op. cit.* (1996)– propuse dos variedades de identificación primaria: la incorporativa y la introyectiva, que sigo considerando válidas. La primera se refiere al marcaje narcisista del infans realizado por los objetos primarios operando desde sus respectivas dimensiones narcisistas (posicionados como pequeño otro, como diría Lacan). La segunda, se relaciona con las inscripciones simbólicas (edípicas); serían los efectos identificantes producidos por los padres colocados en posición de gran Otro.

Las inscripciones introducidas por las primeras *marcas narcisistas* (nivel primario ligado al registro imaginario) son constitutivas del *yo-placer purificado* (*Lust-Ich*), núcleo a partir del cual se estructura el yo del narcisismo. (Véase, *supra*, 1.1.5.2).^{23*} Sobre estas inscripciones primigenias actuarán las identificaciones que fundan al yo (narcisistas, en la teoría freudiana; especulares, en la de Lacan). En estas últimas es la captación global, totalizante, la que ejerce su poder identificante. Hablan del poder fascinante, cautivante que tiene la imagen de los congéneres sobre el *infans*.

Las inscripciones psíquicas producidas por el *marcaje simbólico primario* son reprocesadas por las identificaciones secundarias edípicas (a un rasgo altamente limitado, a un detalle circunscrito del

objeto resignado [Freud]; al significante que en calidad de rasgo unario identifica al sujeto [Lacan]). Estas últimas muestran el potencial inscriptor significante de los padres ubicados en el lugar del gran Otro.

Freud no delimitó de manera explícita la parte propiamente imaginaria de la simbólica en esta relación identificante fundadora, aunque es cierto que la insinuó al proponer dos variantes identificatorias disímiles: la narcisista (que coincidiría en términos generales con el rectángulo superior de la figura siguiente) y la edípica que, a *grosso modo*, concordaría con el recuadro inferior. Esta discriminación del vienés entre narcisismo y Edipo, fue retomada por Lacan bajo el par imaginario-simbólico, aspecto éste que funcionó como base para la separación neta que él efectuó entre el yo (*moi*) y el sujeto barrado (\$). La diferenciación entre simbólico, imaginario y real constituye un aporte lacaniano –que hago mío para el sistema identificatorio que estoy proponiendo–.

Dicho de otra manera: estas dos variedades –además de hacer patente el potencial identificante de los padres respecto del vástago– subrayan que, cuando las marcas que identifican al infante son realizadas desde la dimensión narcisística de los padres, el mecanismo que opera sería el de la incorporación y darían pie a la identificación primaria homónima; cuando el implante psíquico se hace desde los niveles edípicos presentes en el contexto objetal que acogió al recién nacido, se trataría de una identificación primaria introyectiva.

Mientras las primeras engendran el narcisismo (primario) del *infans*, las segundas propenden a la estructuración de la textura triangular edípica, en la mente del niño/a. Los siguientes cuadros sintetizan buena parte de lo recién expresado:

Identificación primaria <i>incorporativa</i> (nivel narcisístico, imaginario)	Padres en posición de pequeño otro	Introducción de las primeras marcas <i>narcisísticas</i> en el hijo
Identificación primaria <i>introyectiva</i> (nivel edípico, simbólico)	Padres en posición de gran Otro	Introducción de las primeras marcas <i>simbólicas</i> en el hijo

Más allá de los posibles acuerdos o discrepancias con estas propuestas, mi formulación intenta remarcar un aspecto que considero de especial importancia: la incidencia precoz y conjunta de ambas dimensiones parentales –narcisística y edípica– en la estructuración subjetiva del niño/a.

Este doble influjo se ejerce simultáneamente desde los primeros momentos de la vida del bebé. Si insisto en estas ideas, es porque creo que podrían ser de utilidad para minar dos esquematismos bastante difundidos: uno que quiere que todo lo arcaico se encuentre determinado por la relación con la madre; y otro, que sostiene que lo simbólico corre a cargo exclusivo de la función paterna. Si en el primer caso, no se toma en consideración la presencia del tercero –padre de la criatura– en el inconsciente materno, en el segundo, se menosprecia el hecho de que la madre es, habitualmente, la primera representante de los Otros –terceridad– ante el niño.

La función materna no es sólo narcisizante; es también simbólica, cuestión a ser subrayada dados los clichés en boga. Luego, quedará por ver cómo cada madre singular cumple con esta faceta simbolizante de su función.

Muy tempranamente en su obra Freud (1914) describió la puesta en juego –y los efectos en el vástago– del narcisismo de los padres, del cual “su majestad el bebé” sería la prolongación.

También intuyó la presencia de los aspectos edípicos parentales en su escrito *Tótem y tabú* (1913) y luego desarrolló tales ideas en sus posteriores trabajos sobre el complejo de Edipo. Estos son lo suficientemente conocidos como para recordar únicamente sus fechas de publicación: 1923, 1925, 1931 y 1933.

Antes de finalizar este apartado haré un nuevo rodeo por las dos modalidades de identificación primaria haciendo hincapié en los mecanismos que se pondrían en juego en cada una de ellas. La *incorporación* sería, pues, el mecanismo *princeps* para la realización de las inscripciones narcisistas, imaginarias, tanto de las correspondientes a las identificaciones primarias incorporativas como de las identificaciones narcisistas, constitutivas del yo. La *introyección* sería el mecanismo propio de las inscripciones simbólicas, ya sea de las identificaciones primarias introyectivas, ya sea de las secundarias edípicas (al rasgo o detalle del objeto: *einzigster Zug* freudiano, rasgo unario de Lacan).

Ambas dan pie a la constitución de la textura triangular y de un sistema de relaciones de objeto más discriminadas. Para una caracterización freudiana de estos mecanismos véase I, 2.1. y I.2.2.

Aún a riesgo de redundar, insistiré: si en las primarias *incorporativas* es la captación global, totalizante, la que ejerce su poder identificante, en las *introyectivas*, es un rasgo altamente limitado, un detalle del objeto resignado, abandonado, lo que deviene marca. Si las primeras dicen del poder fascinante, cautivante que tiene la imagen de los congéneres sobre el *infans*, las segundas hablan de un potencial inscriptor significante (simbólico) de los padres, ubicados en el lugar de gran Otro.

1.6.2. La identificación narcisista

Es habitual que se considere a la identificación narcisista como una reacción o respuesta a la pérdida de objeto.^{24*} Sin menospreciar esta faceta, me interesa poner de relieve la otra cara de la misma, habitualmente soslayada en la literatura psicoanalítica. Me refiero a la *pervivencia psíquica* del objeto total incorporado y a la relación que se establece con el mismo en la mente. A mi juicio, la identificación narcisista habla más de la capacidad (fantasmática en las neurosis, alucinatoria en las psicosis) de mantener vivo dentro de sí al objeto (supuestamente) perdido. Si esta hipótesis fuera cierta, convendrá entonces relacionar esta identificación con la problemática del desamparo originario más que con la del duelo.

Hago aquí otro inciso para exponer una tesis personal: *considero que la constitución del narcisismo primario es una consecuencia de los intentos que hace el lactante para resolver el desamparo originario*. Frente a la angustia de separación del objeto primario, la identificación narcisista, fundadora del yo, otorga al *infans* la continuidad intrapsíquica de la relación con dicho objeto. Dado que la discontinuidad del vínculo con los objetos primarios es inevitable, tal identificación narcisista deviene regla. Por esto, el narcisismo primario es universal. La *incorporación* fantasmática de este objeto total y la posterior identificación con el mismo, permite poseerlo de manera incondicional, pero uno de los precios que paga el *infans* es la dificultad de simbolizar su ausencia. Cuanto más aguda es la vivencia de desamparo mayor será el recurso a la identificación narcisista.^{25*}

Lo explícito más ampliamente: si se conserva (internamente) al objeto, no hay pérdida alguna y, por lo tanto, no hay duelo posible. Desde esta perspectiva, la identificación narcisista no es ni compensatoria de una pérdida ni la respuesta regresiva ante la misma. Más bien se trata de una *no pérdida*, evidenciable por la sobrevivencia (psíquica) del objeto y por la perdurabilidad de la relación interna con el mismo. Justamente, por eso no hay duelo. Este último implica una elaboración simbólica de la pérdida, proceso que no ocurre cuando la misma se salda con una identificación narcisista (incorporación masiva del objeto). Si en la identificación narcisista se privilegia la pérdida más que la pervivencia del objeto, se confunde duelo con melancolía, cosa que ocurrió -en alguna medida- en las teorizaciones de Abraham, M. Klein, y otros.

En las pérdidas objetales que acontecen en terrenos abonados por el narcisismo, la injuria y la virulencia con que fue vivido el desamparo ha llevado a incorporar ese objeto y a aferrarse a él. No se toleraron bien las ausencias temporales -no sólo inevitables sino necesarias- en los vínculos con los objetos primarios. Deshacerse de esta identificación es -ahora- la verdadera amenaza de pérdida, porque reactiva el desamparo y las angustias a él asociadas. Por eso el sujeto parece preferir el eterno combate sadomasoquista intrapsíquico con el objeto, antes que renunciar al mismo.²⁶

Mantiene la ilusión de "amamantarse" de ese objeto perdido (a medias) y revivido en la mente: se evita así la angustia de separación que este desprendimiento podría despertar. Por medio de este tipo de identificación, se establece una pseudo-solución de carácter incestuoso ante la exacerbada angustia de separación: la soldadura psíquica al objeto primario. Buscan neutralizar, así, una angustia de separación particularmente intensa, pero pagan como tributo un narcisismo exacerbado y, habitualmente, deletéreo, que les condiciona el posterior tránsito edípico.

La identificación narcisista es productora de una seguridad ilusoria, pero seguridad al fin: la que otorga el seguir portando el objeto dentro de sí. Aunque de esta manera se perpetúa la conflictividad -agresividad enorme, ambivalencia hacia el objeto, satisfacción de las tendencias sadomasoquistas- se siente que esto es más tolerable que la "orfandad" que conllevaría el desprenderse

del objeto. Las vivencias de abandonar o de ser abandonado suelen ser potentes. Igualmente, el sentimiento de que se traicionaría al objeto si se toma las distancias –internas y externas– necesarias para diferenciarse del mismo. Lo mortífero del narcisismo está en no trascenderlo de manera suficiente y adecuada, mediante la apertura a las modalidades de relación objetal edípica. En IV, 3.6. se plantearán las implicancias que tiene en la tarea clínica pensar la identificación narcisista de este modo.

1.6.3. La identificación secundaria edípica^{27*}

Toman el relevo de las primarias y las narcisistas en el proceso de estructuración subjetiva. Si la primaria es según Freud (1923) “directa, inmediata {no mediadas} y más temprana que cualquier investidura de objeto”, las edípicas son secundarias a una investidura libidinal y acontecen cuando ya existe un yo constituido y cierta discriminación sujeto-objeto. Estas identificaciones comienzan a consumarse tras la salida del narcisismo primario, en plena fase fálica, cuando se plantean las elecciones de objeto propias del complejo Edipo, etapa culminante de la construcción de la subjetividad en la primera infancia.

Estas modalidades identificatorias son a un rasgo o detalle parcial, del objeto. Sólo una traza altamente limitada del objeto es implantada en el candidato a sujeto. Presuponen el pasaje por la castración y organizan retroactivamente la ya no tan incipiente organización psíquica generada por las identificaciones anteriores (primarias y narcisistas).

Los objetos edípicos, obvio es decirlo, son también objetos de identificación. Estas últimas acontecen en un terreno triangular; por lo tanto, la identificación y la elección de objeto se dirigen separadamente hacia los dos vértices del triángulo edípico. La tipificación sexual (femenina-masculina) está en juego; también el deseo hacia la madre y el padre. Se ha de tener presente que en este contexto edípico los objetos son tanto amados como deseados por el niño/a. En relación al aspecto deseante he propuesto recuperar el término *extrayección* –que el psicoanalista triestino Edoardo Weiss utilizó con otros significados–, para designar al mecanismo de externalización de la huella mnémica desiderativa inconsciente sobre los objetos externos, que los convierte en objetos deseados. Estas consideraciones, si bien van más allá de la temática de la identificación, son especialmente válidas en esa comarca teórica.

Así pues, las identificaciones secundarias edípicas se inscriben en los registros de la elección de objetos de amor y del deseo del niño/a. Las elecciones amorosas son dobles: narcisísticas y anaclíticas (Edipo completo) y las identificaciones tienen lugar *durante* el complejo de Edipo; es decir, son *concomitantes* a la relación libidinal con un objeto [el subtipo e) de I, 4.6.4.] y en la declinación del mismo, cuando el *infans* debe abandonar sus objetos eróticos infantiles (subtipo b). Las principales características de estas identificaciones y las del terreno psíquico en el que acontecen, son las siguientes:

- Suponen un Yo ya constituido, cosa que posibilita establecer las diferencias entre yo y no yo. Se trata de relaciones más discriminadas que aquéllas que dieron pie a las identificaciones primarias y narcisistas. Esto posibilita la elección de objetos de amor infantiles: objetos totales del yo (objetos edípicos).
- Operan sobre un zócalo psíquico establecido por las identificaciones primarias y narcisistas.
- Acontecen en el registro pulsional fálico.
- El mecanismo principal que opera en las identificaciones secundarias edípicas es la introyección. Otorgo especial importancia a las identificaciones que ocurren en el momento de la *declinación* del complejo de Edipo: se trata de un subtipo de identificaciones secundarias edípicas: las consecutivas a la renuncia al objeto. (Véase I, 4.6.4., categorías b, c y d).
- Las identificaciones yoicas y superyoicas son modalidades de la identificación secundaria edípica.

Al iniciarse el período de latencia queda formado y en funcionamiento un aparato psíquico con todas las instancias y sistemas descritos en la primera tópica (*Inc.-Prec.-Cc.*) y en la segunda (Ello, yo, superyó); también quedan constituidas ambas instancias ideales –yo ideal e Ideal del yo–; la primera

de ellas surge con anterioridad en tanto es heredera del narcisismo primario –en realidad se trata de un relicario del mismo– mientras que la segunda surgiría con el sepultamiento de dicho complejo.

El pasaje por el Edipo y la consumación de las identificaciones secundarias que le son inherentes, acaban modelando el conjunto de los sistemas y estructuras psíquicas.

Si el mecanismo que fundó y organizó el aparato psíquico durante el período de la sexualidad infantil fue la represión, se estaría en presencia de una estructura neurótica; si ha operado la renegación, la predisposición resultante es hacia la perversión. Como tercera alternativa, tendríamos la estructura psicótica, en cuya formación ha operado el repudio (*Verwerfung*) o forclusión. Otra posibilidad, tal como vengo sosteniendo en los últimos años, serían los cuadros con insuficiente resignificación retroactiva edípica (C.I.R.R.E.), cuyos caracteres estructurales y fenomenológicos describí en un par de artículos.²⁸

Otros momentos claves de la estructuración subjetiva acontecen en la pubertad y en la adolescencia: se inscriben nuevas identificaciones –las post-edípicas– que continúan con la tarea de reorganizar retroactivamente el aparato psíquico.

Considero especialmente valiosa la perspectiva abierta por Lacan respecto de la capacidad identificante del discurso sostenido por las diferentes encarnaciones del Otro: lo que se dice o comenta acerca de los antepasados. Permite entender, entre otras cosas, la identificación con personas y personajes con quienes no se ha tenido un contacto directo sino mediado por la palabra de terceros. Este aspecto será tratado en 2.10, y en IV, 4., en que se ilustrará algunas facetas de la identificación a través de testimonios de literatos, pensadores y músicos.

1.7. Resumen del capítulo

Al principio del mismo afirmé que había llegado el momento de hablar en nombre propio y que eso implicaba abandonar las formas expositivas empleadas en las tres partes anteriores de la tesis que, en términos generales se ciñeron estrictamente a la letra de los textos de Freud, Klein y Lacan. Se iniciaba también el momento de consignar los reconocimientos de deudas teóricas con mis maestros y de señalar algunas discrepancias y diferencias con ellos y con otros autores que escribieron sobre esta problemática. Afirmé que buena parte de las elaboraciones personales sobre el tema estuvieron determinados por los interrogantes que a lo largo de los años fui formulando a los textos de los tres psicoanalistas nombrados. Se consideró pertinente exponer *algunos* de esos interrogantes que guiaron mi investigación.

A continuación propuse un marco para las consideraciones personales sobre la identificación.

Sostuve que me interesaba conservar celosamente las que constituían, a mi entender, las aportaciones más importantes de Freud, Klein y Lacan, como así también las de otros psicoanalistas y pensadores, sobre el tema en cuestión. Esto conllevó una evaluación personal de los aportes de cada uno de ellos, porque pienso que todo lo que dijeron o escribieron no valía por igual. Por otra parte, me proponía preservar estas adquisiciones de posibles deslizamientos hacia el dogmatismo, reduccionismo y eclecticismo. Siempre consideré que era imposible que alguien –sea quien fuere– pudiese detentar la suma del conocimiento y las certidumbres respecto de todo lo que se procesa en nuestra praxis. Otros aspectos del marco fueron: reafirmar que las teorías no eran omnicomprensivas y que sus insuficiencias –todas las tienen– deben llevarnos a realizar el esfuerzo de arrojar nuevas luces a las zonas de penumbras que ellas mismas generan. Ninguna teoría da cuenta de todo, entre otros motivos, porque ese todo no existe. Corresponde a los analistas de esta generación desplegar otra vez más la gran potencialidad de los conceptos psicoanalíticos. Lo dicho hará que mis consideraciones en esta cuarta parte carezcan de un tono asertivo. No habrá certezas ni concepciones definitivas; más bien plantearé algunas ideas con cierta dosis de titubeo, sobre todo, cuando se refieran a zonas teóricas de penumbra. La identificación seguirá guardando algunos de sus misterios y enigmas.

En el apartado titulado *Sobre filiaciones* reiteraré mis señas de identidad expuestas hace cinco años en el libro *Trencadís, gaudianas psicoanalíticas* (2010); dije entonces que me consideraba un analista freudiano post-lacaniano; laico –quiero decir: no religioso–, no militante, que trataba de guardar distancias con los fundamentalismos psicoanalíticos y que apostaba por un diálogo entre las diversas maneras de entender nuestra práctica. Con lo de post-lacaniano quería decir que había

realizado un arduo trabajo de lectura de la obra de Lacan, para hacer luego, mi personal vuelta a Freud con esos bagajes y con algunas elaboraciones propias. Esto explica, sin duda, el predominio del aire freudiano y lacaniano en lo que redacté para esta cuarta parte de la tesis. Pero hoy añadiría: sin Freud y Lacan no hubiera podido componer lo que escribí, pero aquello que quedó escrito es irreductible al pensamiento de ellos. Hoy, sin renegar de las señas de identidad descritas en *Trencadís* agregaría que me siento un analista todo terreno; “*kormaniano...*, *modestamente*”. La primera de esas dos palabras no debería sonar rara si se tiene en cuenta que el analista, y no sólo el analizante, tiene también su singularidad, a consecuencia de los modos, también propios y peculiares, con los que cada uno se fue apropiando de la enorme y rica herencia psicoanalítica. Tampoco la segunda: la modestia surge casi espontáneamente cuando se abandona la quimera de la infalibilidad de la teoría psicoanalítica a la que se ha adherido, cualquiera sea ella. La desinfatuación suele acompañar a ese desprendimiento.

En el apartado siguiente –*ptolomeísmo, copernicanismo*– señalé que había tomado en préstamo esos dos vocablos Jean Laplanche y que con muchos recaudos había realizado una extrapolación de estas dos líneas de pensamiento de la astronomía al terreno psicoanalítico para aplicarlas en los dominios de los procesos identificatorios. En ese contexto consideré que serían *ptolomeicas* todas aquellas ideas que impliquen considerar al sujeto psíquico en formación como el punto de partida y epicentro de su constitución subjetiva: el infante se identificaría con los objetos para crear su propio aparato psíquico. Se trata de teorías “infanto-céntricas”, si se me permite este neologismo. En cambio serían *copernicanas* aquellas concepciones que jerarquizan el rol de los adultos en la conformación del futuro sujeto psíquico. Estas últimas otorgan funciones identificantes a los objetos y consideran fundamental el rol que ellos juegan en la conformación de una nueva subjetividad, en tanto ofertantes o implantadores de rasgos psíquicos.

Cotejadas la TIF, la TIK y la TIL a la luz de los criterios recién aludidos, me permití afirmar que la concepción de Freud fue copernicana con fuertes improntas ptolomeicas; la kleiniana estaba en la antípoda: predominio claro del “infantocentrismo”; las relaciones objetales de las que tanto habló no aparecían en calidad de identificantes ni de activas trasmisoras intergeneracionales de lo psíquico; en síntesis: *ptolomeísmo*. Lacan se enroló con firmeza en la línea copernicana. Con estos raseros evalué todos los textos leídos para la elaboración de esta tesis. La segunda tendencia constituyó un pilar fundamental del proyecto de elaboración personal de una metapsicología de la identificación estructurante. Pero se trata de un copernicanismo matizado –o tal vez realzado– por su combinación con la autoorganización y con la concepción del sujeto como estructura disipativa (Prigogine).

A continuación expuse los fundamentos de una proposición acerca de un sistema identificatorio estructurante del psiquismo. Enuncié y desarrollaré las premisas sobre las que asentaba esa propuesta:

- La incidencia significativa del entorno objetal en la psiquización del recién nacido humano
- La concepción retroactiva de la temporalidad psicoanalítica
- La relación indisoluble entre el narcisismo y el complejo de Edipo

Postulé la siguiente caracterización de la identificación primaria: operación constitutiva del sujeto psíquico –la más temprana de ellas– por medio de la cual se inscriben, de manera simultánea las primerísimas trazas que darán sostén a lo narcisístico y lo edípico del bebé. El recién nacido es abordado como objeto por los adultos que conforman su entorno. Éstos se acercan a él desde todas las vertientes subjetivas que le son propias: corporal, deseante, pulsional, fantasmática, narcisista, etcétera tal como aparecen en IV, 2.5. *El diagrama del sujeto*, iniciándose así la estructuración subjetiva del infante. A mi juicio, incluir ambos aspectos –el narcisístico y el edípico– desde los más tempranos momentos de la vida, permite salir del *impasse* que genera concebir los orígenes de lo psíquico como absolutamente solipsista: si se empieza como puro narciso no hay razón ni posibilidad de salir de tal situación. Habría una infranqueable *ipseidad* del ser.

Las identificaciones primarias dan origen a las primeras trazas de psiquismo en el bebé. Conforman el zócalo psíquico. Por lo tanto, las identificaciones posteriores –las narcisistas y las

edípicas— se inscribirán y resignificarán los rudimentos psíquicos establecidos por la identificación primaria. A estas identificaciones les atribuyo una doble función:

- La transmisión de rasgos psíquicos de quienes conforman el entorno objetal —madre, padre, abuelos, hermanos, maestros, etcétera.
- La transmisión del capital simbólico de la humanidad.

Consigné que estos procesos identificatorios primarios acontecían en un contexto relacional muy asimétrico: por un lado, los adultos que conforman el entorno familiar y que actúan como sujetos ya constituidos; por otro, el bebé, dotado tan sólo de pobrísimos engramas psicofisiológicos innatos. La escasa presencia en esos momentos de una actividad psíquica —en el sentido pleno del término— por parte del recién nacido, hace que tales vínculos no sean *sensu strictu* intersubjetivos: el psiquismo elemental del neonato está literalmente transitado por el psiquismo de los padres. Atendiendo a estas condiciones —y observando la situación desde el lugar del bebé— calificué de *presubjetiva* a este tipo de relación. Desde el lado adulto se estaría en presencia de sujetos ya constituidos; tanto el narcisismo como la estructura edípica de los padres intervienen en esa precoz transmisión intergeneracional e inconsciente de rasgos psíquicos.

Propuse luego dos modalidades de identificación primaria: la incorporativa y la introyectiva. Los siguientes cuadros sintetizan buena parte de lo expresado:

Identificación primaria <i>incorporativa</i> (nivel narcisístico, imaginario)	Padres en posición de pequeño otro	Introducción de las primeras marcas <i>narcisísticas</i> en el hijo
Identificación primaria <i>introyectiva</i> (nivel edípico, simbólico)	Padres en posición de gran Otro	Introducción de las primeras marcas <i>simbólicas</i> en el hijo

Más allá de los posibles acuerdos o discrepancias con estas propuestas, mi formulación intenta remarcar un aspecto que considero de especial importancia: la incidencia precoz y conjunta de ambas dimensiones parentales —narcisística y edípica— en la estructuración subjetiva del niño/a.

Este doble influjo se ejerce simultáneamente desde los primeros momentos de la vida del bebé.

A continuación referí la segunda identificación estructurante del sistema que propongo: la identificación narcisista. Comencé afirmando que era habitual que se la considerase una reacción o respuesta a la pérdida de objeto. Sin menospreciar esta faceta, puse de relieve la otra cara de la misma, habitualmente soslayada en la literatura psicoanalítica: *la pervivencia psíquica* del objeto total incorporado y la relación que se establece con el mismo en la mente. A mi juicio, la identificación narcisista habla más de la capacidad (fantasmática en las neurosis, alucinatoria en las psicosis) de mantener vivo dentro de sí al objeto (supuestamente) perdido. Si esta hipótesis fuera cierta, convendría entonces relacionar esta identificación con la problemática del desamparo originario más que con la del duelo.

Considero que el narcisismo primario es *una consecuencia de los intentos de resolver el desamparo originario*. Frente a la angustia de separación, la identificación narcisista, fundadora del yo, otorga al *infans* la continuidad *intrapíquica* de la relación con el objeto. Dado que la discontinuidad del vínculo con los objetos primarios es inevitable, tal identificación deviene regla. Por eso, el narcisismo primario es universal. La incorporación fantasmática de este objeto total, y la posterior identificación con el mismo, permite poseerlo de manera incondicional, pero uno de los precios que paga el *infans* es la dificultad para simbolizar su ausencia. Cuanto más aguda es la vivencia del desamparo mayor será el recurso a la identificación narcisista.

Si se conserva (internamente) al objeto, no hay pérdida alguna y, por lo tanto, no hay duelo posible. Desde esta perspectiva, la identificación narcisista no es ni compensatoria de una pérdida ni la respuesta regresiva ante la misma. Más bien se trata de una *no pérdida*, evidenciable por la sobrevivencia intrapíquica del objeto y por la relación interna con el mismo. Justamente por eso no hay duelo. Todo duelo implica una elaboración simbólica de la pérdida, fenómeno que no ocurre

cuando dicha pérdida se salda con una identificación narcisista. Si en esta última se privilegia la pérdida más que la pervivencia del objeto, se confunde duelo con melancolía, cosa que ocurrió –en alguna medida– en las teorizaciones de Abraham, M. Klein, y otros.

Deshacerse de esta identificación incorporativa es –ahora– la verdadera amenaza de pérdida, *porque reactiva el desamparo y las angustias a él asociadas*. Por eso el sujeto parece preferir el eterno combate sadomasoquista intrapsíquico con el objeto que renunciar al mismo: estableció una pseudo-solución incestuosa –soldadura al objeto– frente a la exacerbada angustia de separación.

La identificación narcisista es productora de una seguridad ilusoria, pero seguridad al fin: la que otorga el seguir portando el objeto dentro de sí; se siente que es más tolerable que la supuesta “orfandad” que conllevaría el desprenderse del objeto. En IV, 3.6. se planteará un abordaje clínico de las mismas acorde con las ideas expuestas acerca de ella.

Por último me referí a las identificaciones secundarias edípicas, de las que destaqué sus rasgos más sobresalientes:

- Se inscriben en los registros de la elección de objetos de amor y del deseo del niño/a.
- Las elecciones amorosas son dobles: narcisísticas y anaclíticas (Edipo completo).
- Las identificaciones tienen lugar *durante* el complejo de Edipo y en la declinación del mismo. Las primeras son *concomitantes* con la relación de objeto; las segundas son *posteriores a la renuncia del objeto edípico*.
- Las identificaciones yoicas y superyoicas son modalidades de la identificación secundaria edípica.
- Suponen un Yo ya constituido, cosa que posibilita establecer las diferencias entre yo y no yo. Se trata de relaciones más discriminadas que aquéllas que dieron pie a las identificaciones primarias y narcisistas. Esto posibilita la elección de objetos de amor infantiles: objetos totales del yo (objetos edípicos).
- Operan sobre un zócalo psíquico establecido por las identificaciones primarias y narcisistas.
- Acontecen en el registro pulsional fálico. Son tipificantes de la identidad sexual.
- El mecanismo principal que opera en las identificaciones secundarias edípicas es la introyección.

Al iniciarse el período de latencia ya está formado y en funcionamiento un aparato psíquico con todas las instancias y sistemas descritos en la primera tópica (*Inc.-Prec.-Cc.*) y en la segunda (Ello, yo, superyó); también quedaron constituidas ambas instancias ideales –yo ideal e Ideal del yo–.

NOTAS DEL CAPÍTULO 1

¹ A diferencia de Lacan, que tuvo palabras de reconocimiento hacia el pensamiento de Klein, sus primeros seguidores en Argentina se dedicaron a la crítica sistemática de su obra.

² Lo dicho en una de esas tantas ocasiones puede leerse en mi libro *El oficio de analista; op. cit.*, p. 49 de la primera edición.

³ Palabras de Bowlby citadas por Phyllis Grosskurth en *Melanie Klein. Su mundo y su obra* (1986), p. 343, editorial Paidós, Buenos Aires.

⁴ Carta a Anna Freud y Melanie Klein del 3 de Junio de 1954, en *El gesto espontáneo*, p. 136 y ss., editorial Paidós, Barcelona, 2008.

⁵ *Ídem*, carta del 17 de noviembre de 1952, pp. 88 y ss. En ella le profetizó que sólo la destrucción del kleinismo haría que su pensamiento siguiera evolucionando sin degradarse en un lenguaje muerto, cosa que lamentablemente ocurrió.

⁶ Por eso suelo decir –con un toque de humor pero con mucha seriedad– que la única kleiniana debería haber sido Melanie Klein y que el único lacaniano debería haber sido Lacan. Lo mismo sería válido para Freud. Muchos discípulos de los tres hubieran podido hacer clínicas con nombres propios –los de sus patronímicos– más que una que lleve el nombre del maestro. Estas ideas son, a mi parecer, muy importante porque tanto en un psicoanálisis –en una psicoterapia psicoanalítica, también– pasamos a formar parte del inconsciente del analizante.

⁷ No por considerarlas innecesarias sino, tal vez, un tanto reduccionistas respecto de lo que se cuece en la clínica. “Pasar” por ellas requerirá un buen esfuerzo para aclimatar esas ideas a lo que se procesa en las sesiones.

⁸ Copérnico: “el hombre que detuvo el sol y puso en movimiento la tierra”; esta es la inscripción que aparece en la base de una estatua dedicada a su persona en el centro de la ciudad de Varsovia.

⁹ *Poiesis* es un término griego que significa “creación”, “producción”; deriva de ποιῆω: “hacer” o “crear”; a su vez dio pie a la locución poesía. De escaso uso en el lenguaje corriente, forma parte en cambio del vocabulario médico; por ejemplo: eritropoiesis (formación de glóbulos rojos); también se mencionó el término en III, 7.1.6.4. en el contexto de algunas referencias a la noción de *pensamiento poetizador* de Heidegger.

Lacan, hizo también, referencias a la poiesis del inconsciente. Este vocablo, en la asociación con el prefijo *auto*, adquiere el significado autoengendramiento, autocreación; ser *causa sui*, causa de sí mismo.

¹⁰ Lacan recalcó –como se recordó en III, 7.7.– que todo recién nacido se instalaba en una estructura preexistente, de naturaleza simbólica, y que debía hacerla suya como parte de su proceso de devenir sujeto.

¹¹ Véase I, 1.4.3. *Los dos autoerotismos*; en ese apartado de la primera parte se comentaron e interpretaron algunos textos de Freud sobre este tema, que vale la pena tener presente para una mejor comprensión de lo que se está tratando. En ese mismo apartado inserté un esquema que construí acerca del autoerotismo del circuito de la elección de objeto y del autoerotismo pulsional.

¹² El autoerotismo del circuito pulsional hace referencia al hecho de que la pulsión, en un momento de su constitución, se vuelve autoerótica y se satisface en el propio cuerpo –no con un objeto ajeno y externo–. Entonces, el objeto de la pulsión coincide con la zona erógena donde nace la excitación. Esta es la definición misma de autoerotismo: la pulsión satisfaciéndose en el mismo lugar -zona erógena- donde nace. Para el caso del autoerotismo oral –chupeteo, pongamos por ejemplo- debe existir previamente una incorporación del objeto pecho para satisfacerse en la fantasía con él. El autoerotismo surge con el repliegue de la pulsión sobre el propio cuerpo y con la presencia en la psique del bebé de ese objeto de la fantasía.

¹³ Ya se alertó contra los “peligros” de concebir la estructuración subjetiva fuera del marco relacional.

¹⁴ Véase II, 10.2.3. Allí, a los efectos de cotejar las tres teorías sobre el yo se incluyó la concepción freudiana sobre dicha instancia. Véase también, I, 1.4.3.; I, 2.1.1.1. y el esquema insertado en I, 4.5.3.

¹⁵ Véase en el esquema de IV, 2.5. la dimensión que designé con el nombre de transferente. El sujeto no puede evitar enredar a los otros con sus transferencias –entre ellos, al hijo- y verse involucrado en las transferencias que los otros generan. El sujeto es, por definición, transferente. No puede poner en suspenso esa dimensión de la subjetividad.

¹⁶ Lacan subrayó la importancia de este concepto en Freud, y se refirió a la misma mediante el vocablo *après-coup*.

¹⁷ Un aspecto de la eficacia terapéutica del psicoanálisis podría ser entendido como producto de novedosas resignificaciones del pasado del analizante, surgidas en el seno mismo del dispositivo analítico.

¹⁸ Las influencias de I. Prigogine sobre mi manera de pensar algunas problemáticas psicoanalíticas serán expuestas en IV, 2.6. *Autoorganización. El sujeto como estructura disipativa*.

¹⁹ Abraham fue el primer psicoanalista que expuso estas concepciones –véase II, 2.6.3.1–; M. Klein y muchos de sus discípulos directos le siguieron durante un tiempo (aunque sólo en parte). Luego se alejaron de ese modelo un tanto embriológico y madurativista.

²⁰ La patología *borderline*, entre otras entidades, ilustra –de manera paradigmática- esta presencia de lo “primitivo” en el presente.

²¹ Este modelo es el prevalente en la teoría kleiniana.

²² Sobre las marchas y contramarchas de Freud respecto del padre como objeto de la identificación primaria, véase I, 3.1.2. Lacan consideró que se trataba del padre simbólico. El aspecto transgeneracional ligado a las identificaciones será también desarrollado en IV, 2.2.

²³ Dicho en otros términos, en el mismo contexto relacional y libidinal en que se trasmite lo relacionado con el padre de la prehistoria personal, se inscriben las trazas del yo-placer purificado que, posteriormente darán origen al yo-representación corporal. Los padres actuarán en este contexto como el otro de narcisismo, como semejantes. Véase también el esquema insertado en I, 4.5.3. que muestra en su parte superior la relación entre el yo-placer purificado, el yo del narcisismo y el yo de la segunda tópica.

²⁴ Abraham insistió especialmente en este aspecto que, de alguna manera, Freud hizo suyo. La escuela inglesa en su conjunto también la adoptó. Una de sus consecuencias fue el privilegio que se le acabó otorgando a la problemática del duelo, tanto en la clínica como en la teoría kleiniana.

²⁵ Ciertas peculiaridades de la sociedad actual, una vez internalizadas, son cofactores que restan capacidad a los padres para apaciguar esta angustia específica en sus hijos. El desamparo no mitigado fuerza identificaciones de este tipo y exacerban el narcisismo infantil. Por estas vías se refuerza la dependencia objetual; se incrementan los déficits simbólicos y se ve dificultada la reapertura (post-narcisística a la objetualidad). Es indefectible que los cambios sociales tengan repercusiones en la estructuración subjetiva contemporánea. Lo psíquico es –como se verá en IV, 2.4.- lo social subjetivado.

²⁶ Muchas veces el combate no sólo es con el objeto incorporado sino y también con el objeto real externo.

²⁷ Lo comentado en el extenso apartado I, 3.2. sobre las identificaciones edípicas en Freud, me eximen de un desarrollo amplio del tema.

Este asunto es un claro ejemplo de lo afirmado al comienzo de este capítulo en 1.3. *Sobre filiaciones*, allí sostuve en que a partir de un momento se hace difícil saber que es propio y que es ajeno en el tratamiento de un tema específico. Lo cierto es que a partir de diversos artículos freudianos sistematicé sus ideas en varias páginas del apartado mencionado, incluyendo tres cuadros que viene muy a colación respecto de las identificaciones secundarias edípicas. Se remite, pues, a esa primera parte de la tesis.

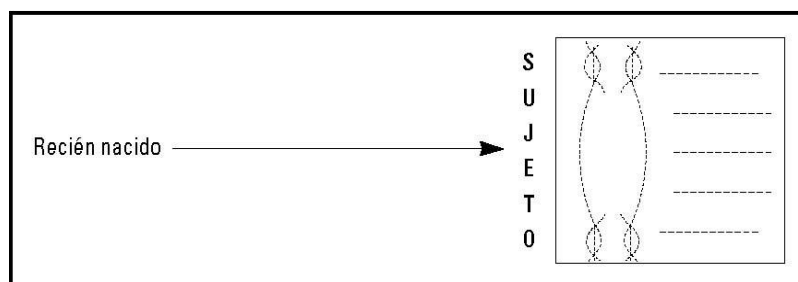
²⁸ Pueden leerse en la revista *Intercanvis/Intercambios*, Barcelona, nº 15 y nº 16.

ALGUNAS ELABORACIONES PROPIAS

Continuaré precisando algunas cuestiones puntuales referidas al modelo de estructuración subjetiva propuesto en el capítulo anterior (IV, 1.5. y IV, 1.6). Me interesa otorgar a la identificación un lugar dentro de la teoría psicoanalítica que la afiance decididamente como un concepto que da cuenta del surgimiento de lo psíquico en el recién nacido. Para tales fines, jerarquizo sus modalidades estructurantes en desmedro de otras variedades de la misma que carecen de dichas funciones. En esa dirección presentaré algunas definiciones de la *identificación estructurante* que he ido elaborando con el correr de los años. Quedarán en un cono de sombra aquellas identificaciones temporarias, no estructurantes, en tanto me interesa ir más allá de la fenomenología y situar a las del otro grupo en los terrenos propios de la metapsicología. A renglón seguido abordaré la noción de *autoorganización*, a la que pretendo otorgar una orla semántica específica dentro de la definición de identificación estructurante. Haré también algunas consideraciones sobre la asimetría que caracteriza la relación identificante y especificaré el destino de las identificaciones una vez que éstas se consuman. Luego expondré un diagrama representativo del sujeto, tal como lo entiendo. De hecho ese esquema está actuando como un telón de fondo de esta cuarta parte de la tesis; hacia él he remitido en reiteradas ocasiones en las páginas precedentes y reiteraré esa remisión desde muchos apartados posteriores. El contenido de este capítulo complementará lo dicho en el anterior.

2.1. Unos esquemas como punto de partida

La conformación de un nuevo sujeto psíquico a partir del recién nacido implica necesariamente la internalización del contexto familiar y social por parte del cachorro humano. Se representa gráficamente tal movimiento por medio del siguiente diagrama, que muestra la transformación del organismo viviente –que es el recién nacido al nacer– en un sujeto. La parte derecha de la figura reproduce, de un modo simplificado, el diagrama insertado *infra*, en IV, 2.5.



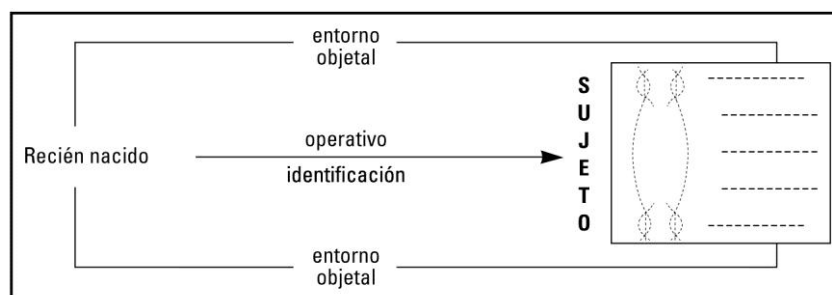
Al final del capítulo anterior quedó establecido que, como resultado de los procesos identificatorios de la primera infancia, que tiene su momento de cierre en la declinación del complejo de Edipo y el inicio del período de latencia, quedará configurada la estructura psíquica de base del nuevo sujeto. Ella creará predisposiciones a la neurosis, psicosis, perversión o trastornos límite de la personalidad. Se dijo que cabía tener especialmente en cuenta la «metamorfosis de la pubertad» y el tan significativo período de la adolescencia, que contribuía de manera importante a la remodelación de esta organización psíquica basal.

La identificación que participa en los avatares recién descritos posee un carácter inconsciente: ella ocurre siempre a espaldas de los concernidos por esos procesos. Considero que esta relación con lo inconsciente es clave para pensar este concepto en el campo psicoanalítico. Esta idea estará presente en todos los desarrollos que haré a continuación. Incluso cuando no aluda explícitamente a dicha articulación, deberá considerársela activa y operante; especialmente, en las identificaciones estructurantes. A lo largo de éste y del próximo capítulo se examinarán, también, las exigencias que impone este enlace identificación-inconsciente en la tarea clínica.

La identificación, en su calidad de estructurante de lo psíquico es un articulador teórico de primera magnitud para estudiar la internalización del contexto familiar y social que el protosujeto realiza desde el momento mismo del nacimiento; es decir, es un concepto clave para pensar la constitución de un sujeto en el seno de los vínculos con quienes le rodean. Al privilegiar el carácter estructurante de la identificación, hago bascular dicho concepto al rango de *causa de lo psíquico*.¹ Esta jerarquización otorga un peso determinante superlativo al psiquismo inconsciente de los objetos primarios en la construcción del nuevo sujeto. *Si lo psíquico surge de lo psíquico del entorno familiar*, las identificaciones nos acercarán al narcisismo parental constituyente y al sistema reticular deseante del cual surgió la nueva subjetividad, después de las bendiciones y catástrofes que lo ha constituido.

Los progenitores (pretendo subrayar con este término los aspectos estrictamente biológicos relativos al hecho de traer a un hijo al mundo), sólo devendrán *padres* –en el estricto sentido del término– si logran consumir la labor de engendrar un nuevo sujeto psíquico. Es evidente que la generación de descendencia dentro de la especie humana consiste en algo más que en la simple reproducción de la carne. Si fuera únicamente procreación biológica no se trataría de otra cosa que de vida animal. La maternidad y paternidad humanas implican el engendramiento de un nuevo *sujeto* después del nacimiento; es decir, la transformación del ensamble anatómico que es el cachorro humano al nacer en sujeto psíquico y social. Los padres –*sujetos ya constituidos*– funcionan para el recién nacido como objetos primarios. Actúan en relación al neonato con su aparato psíquico ya vertebrado y con actitudes corporales propias de organizaciones mentales que operan a pleno rendimiento. Desde todas y cada una de las dimensiones psíquicas que les son propias –las que se señalan en el lado izquierdo del esquema incluido en 2.5. de este mismo capítulo–, los progenitores abordarán al organismo viviente que acaba de llegar al mundo y consuman –mejor o peor– la tarea de psiquización.

El hijo será *objeto* para los *sujetos* madre y padre. Y el recién nacido –un candidato a sujeto; definámoslo por ahora así– los tiene a ellos por objetos. Se dirá, entonces, de manera esquemática, que el recién nacido deviene *sujeto* por medio de un operativo que llamaremos *identificación*, realizado en el seno de las relaciones con sus objetos primarios en un entorno objetual dado.



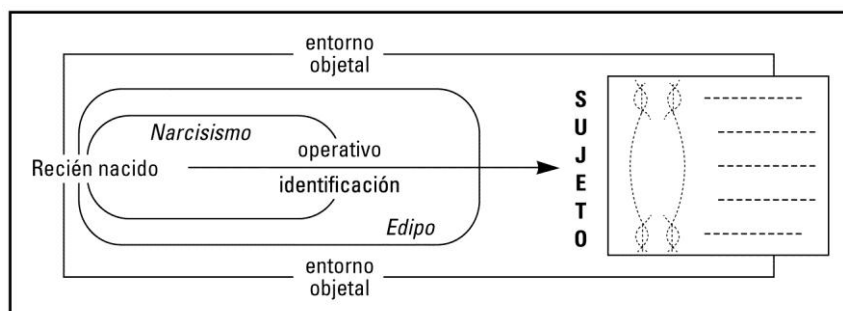
En la estructuración identificatoria del candidato a sujeto, podemos distinguir cuatro tiempos principales: las primerísimas relaciones de objeto, comentadas detalladamente *supra*, en 1.5., el autoerotismo, el narcisístico y el edípico. No se trata estrictamente de una serie lineal ni de etapas preestablecidas, su instalación y los pasajes a momentos organizativos posteriores dependerá de las relaciones que se establezcan con los miembros del entorno objetual. Más adelante –en 2.4.2.2.– se precisará la temporalidad retroactiva y circular en juego; ella podrá atisbarse en el esquema siguiente.

En el espacio de interacciones múltiples que caracterizan al entorno familiar, se configuran efectos debidos al potencial identificante de los objetos primarios y a una sed identificatoria del

candidato a sujeto. Freud –sabemos– puso el acento sobre todo en esta segunda vertiente, porque pensó la identificación como una ramificación de la actividad pulsional –especialmente de la oral–. Entonces concibió al sujeto en formación como activo, incorporador e introyector. En la teoría freudiana, la identificación tuvo al protosujeto como agente y motor: el movimiento partía del *infans* y se dirigía al objeto para capturarlo a éste un rasgo y hacerlo propio. En otras palabras: *ptolomeísmo* matizado. Lacan, invirtió esa perspectiva: el sujeto –pasivo– era identificado activamente por el Otro.^{2*}

Frente a la pregunta: ¿cómo surge un nuevo sujeto a partir de un recién nacido?, una respuesta escueta y contundente sería: **por identificación**. Es evidente que esta manera de caracterizarla se dirige al meollo del asunto pero resulta limitada y no abarca otros aspectos subsumibles en tal concepto; las facetas restantes serán descritas en los dos apartados siguientes.

El conjunto de ideas recién esbozadas aparecen de manera sintética en el siguiente diagrama:



Por razones de espacio, el gráfico no incluye las primeras relaciones de objeto post-natales ni al autoerotismo, que se continúa con el narcisismo y las relaciones objetales edípicas. Quedó claro por lo dicho en la segunda mitad del apartado IV, 1.5.1., que para la constitución del autoerotismo, eran necesarias relaciones primigenias con los objetos y un repliegue de la pulsión sobre la zona erógena, que conllevaba una pérdida transitoria del objeto real externo (el pecho). Esa pérdida generaba al mismo tiempo una ganancia actividad psíquica en tanto quedaba instalado en la mente un objeto fantasmático, centro neurálgico de una nueva actividad psíquica.^{3*} De manera concomitante a estos procesos acontecerían las identificaciones primarias, descritas en IV, 1.6.1.

El narcisismo primario –definido como amor a sí mismo y como un estado en que las pulsiones toman por objeto a la representación unitaria del yo– sería el tercer momento de la estructuración subjetiva infantil. En su transcurso operarían las identificaciones narcisistas, descritas en IV, 1.6.2. La salida de este narcisismo conllevaría el establecimiento de una objetividad más discriminada como es el caso de la edípica (momento 4 de la estructuración subjetiva infantil). A lo largo de estos cuatro tiempos actuaría el ya mencionado operativo identificación, que llevaría a cabo una triple tarea:

- Trasmuta el organismo viviente del recién nacido en biología humana; es decir, en un soma atravesado por lo psíquico y social.
- Estructura al sujeto psíquico en todas sus dimensiones.
- Instituye simultáneamente al sujeto social.^{4*}

2.2. Lo transgeneracional

La identificación es especialmente idónea para examinar la transmisión psíquica inconsciente entre generaciones. El traspaso de las pautas sociales y familiares a un nuevo sujeto es un evento ineludible, obligado. Esto ocurre de manera compleja, por eso se impone estudiar microscópicamente tales procesos. La intimidad de la clínica psicoanalítica es utilísima al respecto y ella permitirá precisar de manera singularizada para cada caso:

- Cuál ha sido la relación libidinal entre el entorno objetal y el candidato a sujeto.
- Qué representaciones de sus objetos de identificación construyó el candidato a sujeto.
- Cuáles de las tres variedades de identificaciones estructurantes –primarias, narcisistas,

- secundarias edípicas– se consumaron.
- Qué rasgos psíquicos se han transmitido.
- Qué subestructuras psíquicas se han originado.
- Cuáles han sido las formas de internalización predominantes –¿introyectivas, incorporativas, otras?– de los rasgos y características de los objetos de identificación, sean estos familiares, o exogámicos. (Véase al respecto: I, 5.3. y I, 5.3.4)
- Qué efectos tuvo la tarea de autoorganización que el protosujeto ha realizado con los rasgos que le fueron transmitidos (véase *infra*, 2.6).
- Cómo se realizó la integración de cada nueva marca inscrita con las ya existentes y la reorganización del conjunto.
- Valorar cuál ha sido el impacto de las identificaciones extrafamiliares.
- Diagnosticar la predisposición hacia qué estructura clínica –neurosis, psicosis, perversión, trastorno límite– ha conducido dicha estructuración.

Postulo que en este proceso constitutivo, el candidato a sujeto no es tan pasivo (como lo planteaba Lacan) ni tan activo (como decían Freud y Klein). Cabría inferir que el *infans* selecciona; no todo lo que se le ofrece lo acaba haciendo suyo; además, como se verá en las páginas siguientes, aquellos rasgos que internaliza son incluidos en un nuevo sistema, acogidos en una constelación novedosa, combinados con otros elementos, y el sujeto que emergerá será, necesariamente, un producto singular, diferente y diferenciado. La clínica –la vida cotidiana, también– enseña que no se puede pensar la transmisión psíquica intergeneracional como si se tratara de un fotocopiado.

La transmisión de rasgos psíquicos de padres a hijos no puede banalizarse. A diferencia de la deducción genealógica, que está al servicio de una teoría de los orígenes y que se podría dibujar como un vector que va de “arriba hacia abajo” –es decir, de abuelos y padres a hijos– el procedimiento que utilizo en la clínica psicoanalítica implica *la reconstrucción del trabajo de engendramiento del nuevo sujeto psíquico*, tarea que sólo puede realizarse a partir del material aportado por el paciente en sus asociaciones libres. También cabría tener presente –como ya se ha señalado en las puntualizaciones anteriores– que la inscripción de las representaciones internas de los padres y de los demás objetos que conforman la red vincular están teñidas por las proyecciones previas que el protosujeto realizó sobre éstos.⁵ Como vemos, lo social y familiar se internaliza con mediaciones. En la dirección opuesta cabe decir lo mismo: la relación del sujeto con su entorno pasa por el prisma de todas las dimensiones que configuran su organización psíquica (véase el esquema de IV, 2.5).

2.3. Identificación, primera definición

La identificación estructurante es una operación subjetivante de carácter inconsciente que funda al sujeto psíquico.

Esta definición no abarca la multiplicidad de significados e implicancias de la misma, pero condensa dos aspectos que me interesan remarcar especialmente: a) su carácter engendrante de instancias y sistemas psíquicos *estables* y *vitalicios* –perduran toda la vida– y b) que ocurra a espaldas de los involucrados en la misma: la identificación estructurante es inconsciente.

Quedan fuera de la categoría *estructural* las identificaciones más o menos temporales, no permanentes; por ejemplo: las oníricas, las de las masas, las identificaciones imaginarias de diversos tipos, etc. La identificación histérica, que tanta trascendencia tuvo en el pensamiento psicoanalítico –porque su meollo era el deseo inconsciente– quedaría subsumida en la categoría de las secundarias edípicas.

El entorno objetal es determinante fundamental de la constitución psíquica dado que es la fuente de rasgos identificatorios mediante los cuales se constituye el sujeto.

Traigo a colación, para comentarla luego críticamente, la definición que plantean Laplanche y Pontalis en su *Diccionario de Psicoanálisis*, *op. cit.*:

“[...] proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se diferencia mediante una serie de identificaciones.”

Es una caracterización válida del concepto, pero me llama la atención que no se haga ninguna referencia a su articulación con lo inconsciente y que se afirme que ella acontece entre sujetos ya constituidos. Diría que esa definición sería pertinente sólo para las identificaciones post-edípicas en tanto el niño ya se constituyó en calidad de sujeto psíquico. (Véase I, 4.6.5).

En lo que a mí respecta, considero prioritario remarcar a) el aspecto *estructurante* de las identificaciones (éstas acontecen en los períodos en los que el sujeto no está aún constituido); b) que ocurran en la dimensión inconsciente; c) que tengan lugar con representaciones que nos forjamos de los otros sujetos y d) en el plano de la teoría insistiría que es un concepto muy abstracto, metapsicológico y válido únicamente en el contexto de las concepciones sobre la estructuración del aparato psíquico. Dicho por la negativa: no es un concepto “técnico” o “clínico”. En la clínica se intentará modificar aquello que la identificación estructuró. (Véase IV, 3).

Va de suyo que en la estructuración psíquica incide la reorganización retroactiva referida con detalle en IV, 1.5.2. La retroacción hace que aquello que se ha inscripto durante la triangularidad edípica resignifique al narcisismo que, a su vez, habría resignificado al autoerotismo. Esta idea de temporalidad retroactiva matiza cierta vulgarización del pensamiento psicoanalítico que sostiene que la infancia lo determina todo.^{6*}

Se volverá al último esquema presentado y, en un par de aproximaciones, se examinarán nuevamente sus componentes.

2.3.1. Recién nacido → Operativo identificación → Sujeto. Primer pasaje

Recién nacido: su soma supone la etapa culminante de una larga evolución embriológica y el punto de partida de otras peripecias que implicarán nuevas transformaciones. Su capacidad de erogenizarse se hará rápidamente patente al entrar en el campo erotizado conformado por sus progenitores y por el medio que le rodea. Inmerso en las redes psíquicas y corporales de sus padres, allí será presa fácil de una lengua que se encarnará en su cuerpo y en su habla.

Ese ensamblaje biológico es rápidamente capturado y violentado. La excusa es perfecta; y, además, verdadera: inermidad del recién nacido, estado de desamparo, dependencia absoluta. La ganancia de las dimensiones psíquica y social por parte de ese “organismo viviente” (Lacan) es tan evidente como oscuras siguen siendo la intimidad de los procesos que producen tales avatares. Freud invocó para esas tinieblas a un “Dios laico”: la identificación; con ella dio nombre a algunos enigmas, que nosotros intentamos seguir desvelando.

Sujeto: será el punto de llegada; se estructurará en todas las dimensiones que aparecen descritas en el esquema insertado en IV, 2.5., sector izquierdo. Este proceso culmina, habitualmente, con el fin del período de la sexualidad infantil –comienzo de la latencia– y suele sufrir alguna remodelación en la adolescencia.

Operativo identificación: en el espacio de interacciones múltiples que caracterizan al entorno familiar, se producen efectos basados en el potencial identificante de los objetos primarios y en la sed identificatoria del protosujeto. Personalmente, y a diferencia de Freud, pongo el acento en el potencial identificante del entorno objetal; es una posición más cercana al enfoque lacaniano.

2.3.2. Recién nacido → Operativo identificación → Sujeto. Segundo pasaje

Recién nacido: movido inicialmente por sus instintos de auto-conservación el bebé hará una llamada a sus objetos primarios para solventar su subsistencia. En ese encuentro con el cuerpo y las producciones psíquicas de los agentes de la “acción específica” (Freud), el cachorro humano se irá

“psiquizando”. En la relación entre lo pulsional del *infans* –cuyas fuentes son corporales, aunque necesitan del objeto para constituirse– y los objetos primarios (constitutivos del entorno social), se irá labrando un lugar para la psique del nuevo sujeto.

Se constituirán en él las diversas dimensiones del psiquismo que aparecen en el esquema (deseante, pulsional, fantasmática, narcisista, etc.), que, una vez establecidas, intervendrán en los subsiguientes procesos identificatorios.

Hay una causalidad recursiva en juego: los efectos de las identificaciones más precoces sientan las bases para las siguientes, en una especie de movimiento circular o helicoidal, que se va complejizando gradualmente. Esto supone que las relaciones entre el niño y sus padres se enriquecen de manera creciente, porque el psiquismo del infante va adquiriendo mayor consistencia.

Sujeto: El final del proceso supone, habitualmente, la constitución de un sujeto que puede diferenciarse más o menos nítidamente de aquellos a partir de los cuales se ha estructurado (objetos de la identificación). El mismo movimiento que constituyó al sujeto psíquico provocó la formación de los objetos propios y específicos de cada una de dichas dimensiones, que pueden observarse en el diagrama de IV, 2.5., en su lado derecho.

Operativo identificación: da origen al conjunto de instancias y sistemas que configuran la primera y segunda tópica freudiana; también al narcisismo y a las instancias ideales de la personalidad: yo ideal e Ideal del yo. Las identificaciones secundarias edípicas completan la conformación infantil del aparato psíquico. Se realiza el atravesamiento de la castración y la articulación de narcisismo con lo edípico.

2.4. Identificación, segunda definición

*La identificación es un concepto límite entre lo psíquico y lo social.
Lo psíquico es lo social subjetivado.*

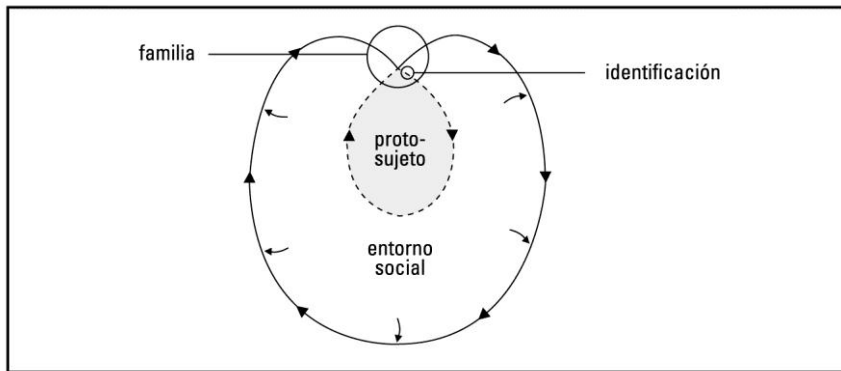
En la primera afirmación parafraseo la definición freudiana de pulsión. La identificación es inconcebible sin la alteridad, que apareció representada en la serie de esquemas anteriores mediante los términos *entorno objetal*. La segunda frase deriva de la anterior, pero con una salvedad: habrá que evitar el solapamiento y la confusión entre ambos ámbitos. Ellos están interrelacionados, pero tienen legalidades de funcionamiento diferentes y objetos de estudio específicos. En el pasaje de lo social a lo subjetivo acontecen cambios importantes.

Los otros, la alteridad, el Otro y el otro de Lacan, habitan en las entrañas del sujeto psíquico. La identificación es impensable fuera del campo relacional; la intromisión (intrusión, invasión, irrupción) de los otros –el entorno objetal– es la regla. Lacan utilizó el sintagma “*inmixión de Otredad*” para referirse a la presencia del Otro en el sujeto.^{7*} De manera insoslayable la alteridad forma parte de la estructura(ción) del nuevo sujeto.

El diagrama siguiente mostrará estos aspectos; en él puede observarse como lo psíquico de los Otros –la alteridad, el entorno familiar y social– “hace psique” en el *infans*. Lo psíquico del niño proviene de lo psíquico de los otros; lo psíquico no surge en el infante como una excrecencia de su sistema nervioso central.

Esta formulación me distancia taxativamente de cualquier concepción biologista en el tema que se está tratando.

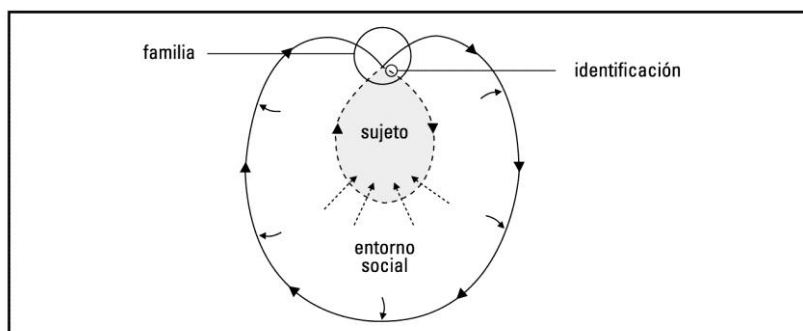
El esquema muestra los momentos iniciales de la estructuración subjetiva. El entorno social penetra en el protosujeto por vía de lo psíquico de cada miembro de la familia. Ellos serían las diversas encarnaciones del Otro ante el candidato a sujeto.



El gráfico marca el sitio preciso en que la identificación opera haciendo interno algo que, originariamente, era exterior al protosujeto. La identificación vehicula lo psíquico y social que se trasmite de una generación a la siguiente. Lo social se hace subjetividad por interpósita familia. Más ampliamente, el diagrama representa la siguiente interpenetración: *el sujeto está en lo social y lo social está en el sujeto*.

La zona de cruzamiento de ambos espacios nos muestra el lugar de la familia, núcleo identificante inicial del candidato a sujeto. Los padres refractan también sobre el *infans* el contexto social en el cual todos se hallan inmersos. Sin alteridad no habría sujeto.

El esquema siguiente –“hermano” del anterior– muestra lo que acontece una vez *finalizada* la estructuración subjetiva infantil. Ya hay un sujeto constituido y pueden establecerse relaciones de sujeto a sujeto o de sujeto al Otro. El entorno social, formado por objetos sobre los cuales recaen transferencias del sujeto ya constituido, no influyen sólo por interpósita familia: inciden también de manera directa sobre él (flechas punteadas del gráfico).



Esta interpenetración y continuidad entre el sujeto y el entorno social –la alteridad; la Otredad, los otros– me ha conducido a desechar toda concepción en psicoanálisis que establezca una división entre lo interno y lo externo al pensar las relaciones del sujeto con los otros. La separación dicotómica entre mundo interno y mundo externo, tan cara a Klein –este enfoque se hizo presente en los diez capítulos que conformaron la segunda parte de esta tesis, dedicada a la TIK– no se conjuga con las propuestas que planteo.^{8*}

2.4.1. Desvelar la traza inconsciente

Sostener con fundamentos psicoanalíticos sólidos que una identificación está presente en la estructura psíquica de un sujeto o en algunos de sus síntomas, supone haber llevado a cabo una larga tarea con el analizante y haber desvelado, descifrado, la traza inconsciente que estaba en juego. De lo contrario, serán meras hipótesis basadas en un uso psico-sociológico del término identificación, es decir, no psicoanalítico. En el contexto de nuestra práctica clínica es imposible señalar *a priori* qué o quién ha sido objeto de identificación para el sujeto (salvo la muy general, la poco heurística y demasiado cliché de: “papá” y mamá”). Se tratará de esclarecer, primero, el elemento inconsciente en

juego y, una vez apreciada que hay una identificación consumada, se intentará precisar –siempre retroactivamente– quien ha sido el portador originario de ese rasgo hecho propio por el sujeto. Por ese rasgo mínimo, inconscientemente inscripto, el objeto en cuestión puede considerarse que ha sido un objeto de la identificación (Freud) o un objeto identificante (Lacan).

Toda identificación estructurante consumada supone –sobre todo en la concepción freudiana– la participación previa de la introyección o de la incorporación.⁹ Sin embargo, cabría considerar un paso más: la transformación de lo internalizado por esos mecanismos en *elementos intrínsecos y permanentes* del aparato psíquico. Probablemente, el término “apropiación” que Freud utilizó con cierta frecuencia en esta región teórica (véase I, 2.4.) alude a ese paso adicional. Lo mismo podría decirse del término “asimilación” creado por P. Heimann y utilizado por Klein en algunas ocasiones. (Véase II, 9.8.5). Por mi parte añado que ese “paso más”, necesario para el establecimiento de una identificación, marca cierta discontinuidad con el objeto: habría diferencias en el rasgo introyectado entre la estructura psíquica de origen y la de destino. Al hacer propio lo introyectado se lo transforma de facto. Se volverá sobre este asunto en 2.6.

Es evidente que se transmiten rasgos psíquicos de padres a hijos pero lo que el protosujeto construye a partir de ellos es, a la manera de una obra de arte, único. Si la estructuración subjetiva se hace en relación a los objetos libidinales primarios y a partir de constructos ofertados por éstos, su “producto” –el nuevo sujeto– es, en cierta manera, ajeno a lo parental. *Es extraño y familiar al mismo tiempo.*

Refiero aquí, por primera vez, el tema de “lo siniestro”, desarrollado por Freud en un artículo homónimo de 1919, que yo me he permitido articular desde un ángulo especial con la identificación: se trata de la dialéctica peculiar entre lo extraño y lo familiar que acontece en todo proceso de conformación de un nuevo sujeto. En IV, 3.7. *Siniestrar*, se tratará este asunto desde una perspectiva clínica.

2.4.2. Los otros, el tiempo y el espacio

2.4.2.1. Los otros

La segunda definición de identificación propuesta al comienzo de 2.4., nos coloca de lleno en una perspectiva que subraya *la primacía del psiquismo de los otros en la estructuración de un nuevo sujeto*. Esas palabras constituyen al mismo tiempo la caracterización de la noción de *copernicanismo*. Esta importante línea de fuerza del proyecto de sistema identificatorio que propongo me aleja de los ingredientes filogenéticos, endogenéticos, innatistas y biologizantes presentes en la teoría freudiana y, más aún, en la kleiniana.

En cierto sentido se inscribe, con salvedades, en la perspectiva que Lacan abrió respecto de la identificación: la Otredad preexiste al sujeto y lo determina. La naturaleza de los objetos y de la Otredad lacaniana podrá captarse mejor tras las notas que sobre el espacio psicoanalítico se expondrán *infra*, en 2.4.2.3.

Me interesa subrayar que, a diferencia de la doxa lacaniana, la identificación, tal como la pienso, *promueve un determinismo fuerte pero no absoluto.*

El futuro de un sujeto no puede concebirse *rígida y exclusivamente* determinado por el inconsciente parental ni sólo por los procesos estructurantes de la infancia. Que éstos constituyan factores muy importantes no significa que sean únicos. Aunque allí y entonces se edificaron las bases del funcionamiento mental, éstas suelen establecer una *predisposición*, que tendrá un porvenir variable. En otras palabras: no se generan destinos ineluctables; al menos, no siempre.

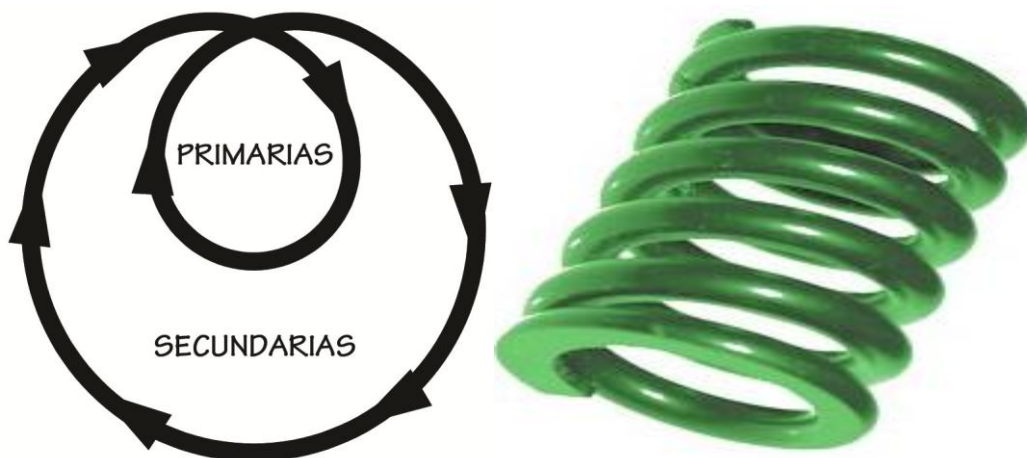
Además, habrá que tener en cuenta qué hace el *infans* con las marcas identificantes que va recibiendo, según podrá verse luego, en 2.6.

2.4.2.2. El tiempo

Las nociones de tiempo y espacio tienen un lugar importante en el sistema identificatorio que propongo; pero, generalmente aparecen implícitas en las cuestiones que voy formulando. En

otras oportunidades hago explícitas esas bases pero las expresiones que utilizo pueden confundirse con los usos corrientes del lenguaje. Ésta puede ser entonces una buena ocasión para presentar brevemente mi pensamiento al respecto. Se trata de una temporalidad y espacialidad *sui generis*, por que están coordinadas con la concepción del inconsciente que he hecho mía y que he expuesto con detalle en mi libro *El oficio de analista; op. cit.*, p. 72 y ss. Allí remito, para no reiterarme. Ella está basada –¿cómo no?!– en la temporalidad fundada por Freud y en los tiempos lógicos de Lacan.^{10*} Ese tema fue tratado en diversos apartados de esta tesis, a saber: III, 2.5.5.; III, 5.10.; III, 7.8 y, de manera sintética, en IV, 1.5.2. Allí expuse también una parte de los resultados del procesamiento personal que hice de tales aportaciones.

Quiero añadir en este contexto que desde mi perspectiva concibo un tiempo en psicoanálisis que tiene una estructura circular o helicoidal: se pasaría por sitios similares pero, a niveles diferentes. Algo de esta concepción temporal se refleja –aunque parcialmente– en las siguientes imágenes.



El diagrama de la izquierda muestra específicamente esa concepción de la temporalidad en la dialéctica entre las identificaciones primarias y las secundarias (edípicas y narcisistas). Esa figura posee en realidad una doble circularidad o un doble bucle; es la superficie topológica conocida con el nombre de *ocho interior*.¹¹

Ella grafica el trabajo –reiterado en el tiempo– mediante el cual las secundarias reorganizan y resignifican las primarias, al punto tal que estas últimas terminan careciendo de manifestaciones clínicas directas, salvo fracaso estrepitoso de las mismas.¹² También puede visualizarse esta labor recursiva y repetida en el tiempo en el esquema insertado en 2.7 y en el tercero de la serie de gráficos que aparecen en 2.1. de este mismo capítulo.

La imagen helicoidal de la derecha ilustra otra forma de temporalidad circular prevalente, según creo, en muchos procesos psíquicos: se pasaría reiteradamente por un sitio similar pero, en otros momentos y con niveles más avanzados de la organización psíquica.

Uno de los fundamentos psicoanalíticos de esta temporalidad puede encontrarse en el concepto de compulsión repetitiva y, fuera de nuestra disciplina, en la denominada curva temporal cerrada de Kurt Gödel (CTC según sus siglas en inglés, abreviatura que sería igualmente válida en español), que data de 1949.^{13*} Se hace patente que esta concepción de la temporalidad es contraria a algunas series freudianas más conocidas, basadas en tiempos lineales; a saber: las secuencias oral, anal, fálica; autoerotismo – narcisismo – relaciones de objeto; narcisismo primario - narcisismo secundario (que también es cronolineal aunque reversible, según Freud) y otras. También se opone a las postuladas por Abraham y Klein en sus modelos de desarrollo evolutivo de la libido (véase II. 2.6.3.1.).

La cura analítica es el lugar donde el analizante hace la experiencia de los tiempos propios del inconsciente y del espacio que le es solidario. Allí comprueba, también, como el presente puede incidir sobre el pasado –vía resignificación– pero también sobre el futuro, cuando algunos anacronismos dejan de existir.

2.4.2.3. El espacio analítico

El espacio inherente al sujeto es topológico (möbiano) y no euclidiano. Se trata de un espacio simbólico, de combinatorias, que poco tiene que ver con el espacio como intuición *a priori* que propugnó la estética kantiana. Las categorías físicas, ontológicas, geométricas e, incluso, psicológicas del espacio se vieron afectadas por lo inconsciente.

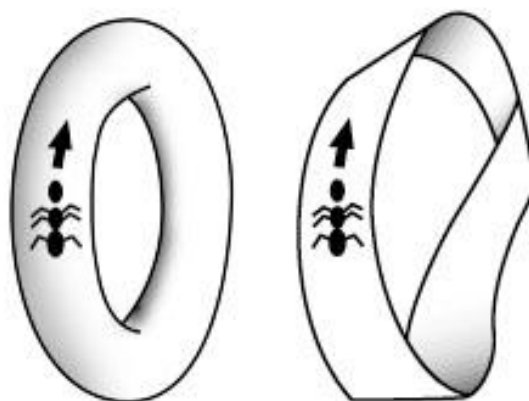
Además, a toda concepción identificatoria, sobre todo si es de tendencia *copernicana*, le corresponde dar cuenta de cómo lo originariamente externo al sujeto devino interno; es decir: parte constitutiva de él.

De ahí la importancia que tiene como se entiendan las relaciones entre el exterior y el interior. A partir de la banda de Möbius fue posible pensar desde una nueva perspectiva, las relaciones entre lo psíquico y la llamada realidad externa.

Los escritos freudianos no sólo reflejan el flujo en ambas direcciones entre exterior e interior sino que ofrecen, además, una forma original de pensar dicha relación. Se desprende de sus textos una interrelación constante de ambos ámbitos mediante mecanismos a doble vía; los internalizantes serían: introyección, identificación, incorporación, interiorización, apropiación, etc.; entre los que se dirigen en sentido contrario cabría mencionar: proyección, externalización de la huella mnémica desiderativa (extrayección), sublimación, los fenómenos de transferencia, etc.¹⁴ Estos pasajes bidireccionales de materia psíquica fueron la forma freudiana de establecer cierta continuidad entre el adentro y el afuera.^{15*}

Pese a la originalidad de los aportes freudianos y algunas intuiciones geniales –que marcaron una verdadera transformación respecto de como se entendieron hasta entonces las relaciones entre el sujeto y los objetos de su entorno–, el modelo que las presidía era el de un *tabicamiento poroso* entre interior y exterior, que permitía pasajes fluidos en ambas direcciones. Pero se trataba, en última instancia, de compartimientos separados. La novedad que aportó Lacan, apoyándose en la topología, fue la continuidad entre interior y exterior; por lo tanto, dejó de haber tabiques y compartimientos estancos; cada espacio mantenía sus especificidades pero habría continuidad entre ellos.

La cara única de la cinta de Möbius (banda unilátera) daba soporte a esta nueva manera de pensar dicha relación. Muestra la torsión del sujeto que se vuelca hacia “dentro” y, a la vez, se expande hacia “fuera”; concomitantemente, como el exterior inmixiona al sujeto. Los propios conceptos de interior y exterior quedaron cuestionados al ser pensados desde la perspectiva que permite la banda. El siguiente diagrama permitirá captar rápidamente las diferencias sustanciales entre un modelo de tabicamiento impermeable –no poroso– entre interior/exterior y otro, möbiano, que refleja la continuidad de los dos ámbitos.



La hormiga que realiza su paseo por la cara externa de un toro jamás pasará a su interior. Muy diferente es el recorrido por la banda de Möbius.

El *hablanteser* habita en el espacio de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real, que son los registros esenciales de la experiencia analítica de un sujeto. Allí es dónde mora *elosebarrado*. Hijo de *lalengua* –al decir de Lacan– este sujeto, desea y goza^{16*}, habita un espacio y un tiempo singulares –el de la experiencia analítica–, que en modo alguno pueden ser pensados como sus

homónimos de la estética trascendental, surgidos de la kantiana intuición pura.¹⁷ Y seguramente también será distinto de sus otros homónimos de otras filosofías. Cada disciplina tiene, sin duda, un objeto de estudio específico y diferente. El psicoanálisis tiene el suyo.

De manera coherente con estas formulaciones, los objetos de ese sujeto tampoco tendrán las características de tridimensionalidad tan caras a la geometría euclidiana y al sentido común. Han de ser también topológicos los objetos que permitan la mentada *inmixión de Otredad*.

Tal vez sea útil recordar que esa *inmixión* participa de muchos conceptos lacanianos, a saber: el inconsciente es el discurso del Otro; el Ideal del yo es el ideal del Otro, que se escribe I(A); el síntoma es el significado del Otro: $s(A)$; el yo es la imagen del otro: $i(a)$; el deseo es el deseo del Otro: S(A) [significante del Otro barrado, es decir, el Otro en tanto deseante], la pulsión que articula al sujeto del inconsciente con la demanda [$\$ \langle \rangle D$], etcétera. Para más detalles sobre las relaciones entre estos matemas y las identificaciones, véase el grafo del deseo incluido en el apartado III, 6.2.1. La práctica psicoanalítica entra en colusión con el espacio euclídeo; el espacio propio del análisis se revela por medio de actos de palabra que son los que dibujan sus *fronteras*.¹⁸

2.5. El diagrama del sujeto

El siguiente esquema que he elaborado muestra la estructura con la que emerge el sujeto tras los procesos identificantes de la primera infancia.

El diagrama condensa las articulaciones freudianas más importantes sobre el aparato psíquico —esparcidas aquí y allá, a lo largo de su obra— y que en este contexto fueron reconstruidos desde la perspectiva de la relación sujeto—objeto.

Es lamentable, pero no puedo saber si el propio Freud consideraría *freudiana* esta sistematización que he introducido en su producción. De todas maneras, creo que es suficientemente respetuoso del espíritu y de la letra del vienés respecto de la organización subjetiva, en tanto incluye lo esencial de la primera y segunda tópica, el narcisismo, las instancias ideales de la personalidad, las problemáticas ligadas a los complejos de Edipo y de castración, las dimensiones fantasmáticas y transferentes, etc.

El problema reside en que Freud no escribió un texto que resumiese las ideas sobre el particular que él considerara fundamentales o que reuniese sus comentarios y desarrollos que diseminó a lo largo y ancho de su obra sobre este asunto de capital importancia. Tal estado de la cuestión impuso rastrear todos sus escritos para elaborar un diagrama como el que se presentará a continuación. Interesa subrayar en primer lugar la presencia de tres vertientes entrelazadas: el cuerpo, la psique y las relaciones sociales. Por sujeto entiendo, justamente, esta amalgama de lo corporal, lo psíquico y lo social.

El sujeto psíquico se entrelaza con lo biológico y lo social y, a la vez, despliega su existencia en esos mismos territorios. Las tres vertientes son absolutamente indisociables. Todo acto psíquico implica, *siempre*, la copresencia de las mismas.

Esta aproximación al sujeto implica también trazar las fronteras diferenciadoras entre lo psíquico, el cuerpo y lo social y, a la par, pensar las articulaciones que los ligan íntimamente entre sí. En ese estudio, se impone evitar tanto los reduccionismos (psicologistas, biologists, sociologists) como las diluciones de las especificidades propias de cada una de las vertientes del sujeto. Obsérvese el sitio preciso en que quedó situada la identificación: conectando a los otros con lo psíquico; es otra manera de escribir aquello de la identificación como concepto puente entre lo psíquico y lo social. La pulsión, en cambio, aparece en el entrelazamiento soma-psique.

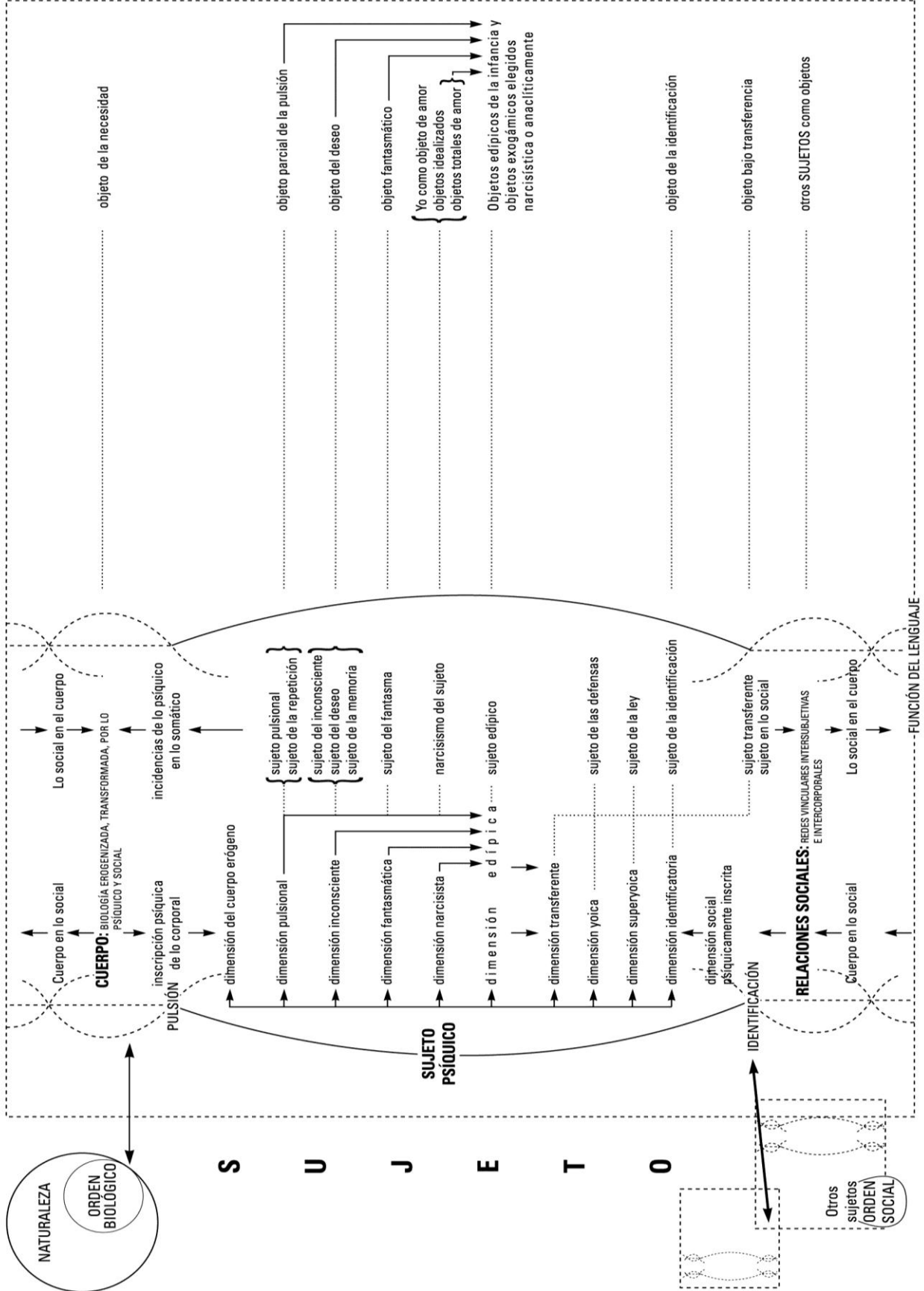
En la zona derecha del diagrama se señalan los objetos propios de cada dimensión psíquica. Puede observarse también la presencia del pensamiento laciano a través de la importancia que se otorga al lenguaje en el proceso estructurante.

El recién nacido es arrojado a un universo hablado donde la función del lenguaje no es tanto la de conocer o comunicar sino la sujetar al humano en el mundo. Durante su estructuración padecerá gozará de esa inmersión en el discurso hablado y tendrá que hacer propia la lengua de su entorno. Es un don que se le ofrece.¹⁹

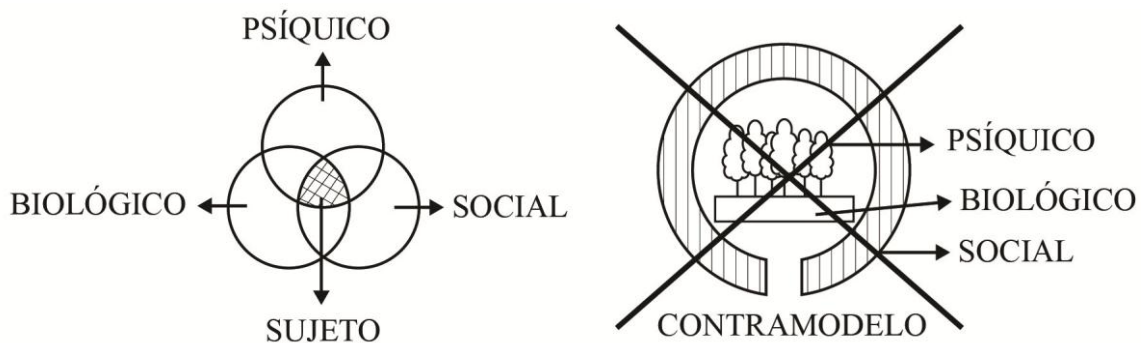


O B J E T O

S U J E T O



Un aspecto importantísimo del esquema anterior –la intrincación indisoluble de lo psíquico, lo social y lo biológico en cada sujeto–, podría representarse a través del gráfico que aparece en el sector izquierdo de siguiente figura. El sujeto, tal como lo entiendo está representado por la zona triangular sombreada de dicha imagen. El diagrama de la derecha sería el contramodelo de lo que propongo: lo psíquico sustentándose sobre lo biológico –como si lo primero fuera una excrescencia de lo segundo; como si lo psíquico surgiera de lo biológico– y ese conjunto estuviera envuelto por lo social.



Comienzo, pues, precisando las acepciones con que utilizaré el vocablo *sujeto*, ya que suele ser empleado con significados muy dispares. Conviene, entonces, como punto de partida, deshacer la polisemia y aclarar los sobreentendidos. A veces, empleando los mismos términos, las ideas implícitas en ellos suelen ser muy diferentes. La perspectiva que he hecho propia y que trataré de exponer fundamenta al sujeto sobre dos conceptos claves: el inconsciente y la pulsión.

Cabrá preguntarse, entonces, cuál es el sujeto que concuerda o que mejor se acopla con estos articuladores teóricos y cuál es la noción de objeto que se deriva, subsidiariamente, de las precisiones anteriores. Para subrayar desde el comienzo una diferencia clave con las concepciones filosóficas y gnoseológicas clásicas, diremos que el psicoanálisis no opone el sujeto al objeto; más bien teoriza los modos que ambos tienen de interrelacionarse e interactuar.

Pensar esta problemática dentro del psicoanálisis supone, también, romper con una noción bastante extendida de sujeto como sinónimo de organismo humano viviente, individuo o persona; y de objeto, como entidad material concreta, enfrentada al primero. Esta visión es la propia de un enfoque empírico-positivista de la cuestión, que suele ser alentada por la obnubilación que a veces generan las apariencias.

No se desconoce este plano de la realidad, el único patente para el empirismo; por el contrario, se lo da por supuesto, considerándolo condición de posibilidad para la existencia de los tipos peculiares de sujetos y objetos que procesa el psicoanálisis y que configuran otra realidad: *la psíquica*. A partir de este enfoque, el objeto ya no es sólo un «objeto-objetivo», real; se tratará siempre de un objeto “subjetivado”; es decir, percibido a través del prisma psíquico de cada quien: será un objeto embebido, envuelto, atravesado por las transferencias del sujeto.”

Adoptar esta perspectiva supone colocar *en primer plano al sujeto del inconsciente, deseante, pulsional*. Significa pensar que ese sujeto está dotado de un cuerpo erógeno y en el que se pueden discernir las dimensiones: narcisista, edípica, fantasmática, superyoica, transferente, etc. (Sector izquierdo del esquema). Se trata de un sujeto que comienza a estructurarse a partir del nacimiento –no es innato– y que desde entonces está en devenir permanente. No es una estatua sino algo vivo, en movimiento, multidimensional, con sus objetos específicos. Hablo de un sujeto dividido y determinado por fuerzas que desconoce; que está habitado por el deseo, la sexualidad, el amor, la muerte; que lleva inscrita su historia, que ha hecho suyo el código de permisiones y prohibiciones propio de la cultura en la que vive. Un sujeto que puede interpelarse acerca de las fuerzas que motivaron que fuera arrojado a este mundo sin que mediara su consentimiento, que puede cuestionarse de tanto en tanto el para qué y el sentido de la vida... de su vida. En fin, un sujeto atravesado por el lenguaje y deshabitado de armonía; en conflicto permanente.

Estas son las características generales del sujeto, tal como lo pienso. El diagrama no se refiere a uno en particular; su nivel de formalización apunta a toda subjetividad y ofrece algunas categorías para pensar el tema.

2.6. Autoorganización. El sujeto como estructura disipativa

El surgimiento de un nuevo sujeto supone la creación de una estructura compleja, abierta y activa que se caracteriza por mantener equilibrios estables e inestables al mismo tiempo. Ningún sistema complejo está uniformemente estabilizado, al decir de Ilya Prigogine, quien diferenció las estructuras en equilibrio de las por él denominadas *disipativas*; estas últimas están en constante intercambio con el ambiente.^{20*}

Debo a este autor no sólo el conocimiento de esos tipos de estructuras sino también el concepto de autoorganización y de los fenómenos de adaptación e invención, ante situaciones muy turbulentas o caóticas. Ellas abrieron una puerta fecunda: la que me permitió pensar al sujeto psíquico –incluso aquél que está formándose– como una estructura disipativa, es decir, como un centro integrador y metabolizador de las influencias externas, *capaz de reaccionar con respuestas originales a las imposiciones del entorno*. A partir de entonces dejé de concebir al candidato a sujeto como pasivo –a la manera de Lacan–, pero con un tipo de actividad diferente a la que le adjudicaba Freud, basada en lo pulsional. Estos conceptos de Prigogine me permitieron pensar también la identificación como mecanismo complejo y alejado de determinismos lineales.²¹

Este autor, tras postular que en sistemas complejos siempre coexistía la estabilidad (zonas de inercia máxima pero no absoluta) con estados de inestabilidad, agregó que las primeras ofrecían una cierta continuidad estructural mientras que las segundas producían fluctuaciones generadoras de fenómenos discontinuos. En las regiones alejadas del equilibrio, si las agitaciones internas se intensificaban en vez de remitir, podían llegar a un umbral –que sería diferente para cada sistema– a partir del cual las turbulencias se dispararían. Tras el caos sobrevenido podría originarse una transformación profunda –autoorganizativa–, que tendería a un nuevo orden. En esos casos surgirían modos de funcionamiento originales, *antes inexistentes*, que estimulaban la aparición de nuevas subestructuras que a su vez *recrearían* las relaciones con el entorno. Éstas devendrían más fluidas y/o se bloquearían aquellas que eran nocivas para el sistema.

El sujeto psíquico como estructura disipativa sería un sistema abierto, involucrado en relaciones con objetos; se regiría por determinismos complejos –múltiples y recíprocos–. Quiero remarcar un punto crucial: la organización psíquica en estado de formación está afectada por factores externos; recibe estímulos de todo tipo, pero, aun desde los inicios, sería un centro de organización, de transformación, de recreación de todo aquello que recibe. Por lo tanto, no debe considerársele una simple resultante de las influencias exteriores. El protosujeto haría suyo los rasgos que le implantan, los metabolizaría y los integraría a las trazas anteriormente recibidas. El conjunto se iría reorganizando permanentemente.^{22*} Por lo tanto, cada marca proveniente de fuera sería *recreada*, aunque más no fuera por su combinación con otros rasgos que ya fueron inscritos. Respecto de esas combinatorias que se irían renovando cabe recordar la metáfora del vaso de agua y del pincel comentada en la segunda parte de la nota final número 7.

Subrayo estas últimas transformaciones de los rasgos porque ellas producen un corte, una discontinuidad, una pizca de diferenciación: esas marcas ya no son iguales a las que vinieron de los otros. Los trazas exteriores se interiorizaron pero, en esos mismos momentos, se trasmutaron e integraron a un nuevo sistema. A tal punto es así que una vez constituida una instancia psíquica ya no existiría la posibilidad de revertir el proceso; no se podría disolver la nueva estructura mediante la “devolución” de rasgos a cada objeto identificante que los aportó. Sería imposible un retorno a los momentos y a las condiciones previas: no hay reversibilidad. En sentido estricto, no existen vasos comunicantes entre padres e hijos. La transubjetividad inicial ha dado pie a la constitución de “átomos” de sujeto.

Así, pues, considero que la estructuración del aparato psíquico responde no sólo a determinantes exteriores puesto que también el protosujeto lleva a cabo tareas importantes, tanto durante su conformación infantil como –más aún– en períodos posteriores. El nuevo sujeto no se comporta como una tabula rasa en la que se implantan los rasgos identificatorios provenientes de los otros.

Desde mi perspectiva, es imprescindible tomar en consideración lo que el protosujeto aporta y como entra él en juego en ese entramado complejo de determinaciones y transformaciones.²³

El concepto de identificación debería incluir, como uno más de sus significados, el trabajo creativo que va realizando el candidato a sujeto en su proceso estructurante, con los rasgos aportados por los objetos identificantes. Esta afirmación me parece clave y ha sido incluida en la Introducción General –I.G.3.2.– como uno de los objetivos de la propuesta personal sobre este tema. Lo mismo se dijo respecto de la reorganización retroactiva de lo psíquico. No ha de extrañar entonces la reiteración de estas ideas desde distintos ángulos y facetas, en diversos apartados de esta cuarta parte; las más extensas sobre la autoorganización y la temporalidad retroactiva aparecen en IV, 1.5.2.; IV, 2.4.2.2.; IV, 3.3.2. y IV, 3.7.

2.7. Asimetría de la relación identificante

Los procesos identificatorios –especialmente los de la primera infancia– han sido considerados, especialmente en los medios lacanianos como alienaciones estructurantes (o estructuraciones alienantes); el Otro al implantar rasgos unarios (significantes) se sitúa con claridad en posición de Amo²⁴ y hasta podría ejercer de tal impunemente, omnímodamente, en tanto las condiciones se lo facilitan: tiene frente así a un organismo viviente que acaba de llegar al mundo en un estado de desamparo (*Hilflosigkeit*) que le hace depender en grado superlativo de los Otros. Piera Aulagnier, con sus conceptos de violencia primaria y secundaria aludió también a esta misma cuestión.

Y más aún, hasta podría decirse sin que haya posibilidad de equívocos, que esas situaciones vienen ocurriendo desde que la humanidad existe. Es que la subjetivación ocurre en un mal lugar..., pero..., en el único posible. Además, la crianza y la “educación” del hijo pueden llegar a justificar cualquier estrago, sea materno, sea paterno. Lo dicho refleja certeramente una realidad y, para ratificar esta afirmación, no es imprescindible remitirse a la práctica clínica psicoanalítica; se lo puede comprobar con facilidad en la vida cotidiana. En ese contexto se suele decir en lenguaje corriente que toda crianza conlleva que el hijo “pase por el tubo” de los padres.

El niño, el cachorro humano, el *infans*, el protosujeto, el candidato a sujeto, o como queramos llamarle, está desde esta perspectiva “condenado a la identificación”, en tanto esta última es un proceso insoslayable. Ha de pasar necesariamente, “obligadamente” por los significantes del otro; alienarse en ellos para después, y en el mejor de los casos, poderse separarse. Sabemos que Lacan enfocó la estructuración subjetiva desde los tiempos lógicos de la Alienación-Separación y que aludió con frecuencia a la alienación imaginaria –la del espejo– y a la simbólica, en el lenguaje.^{25*}

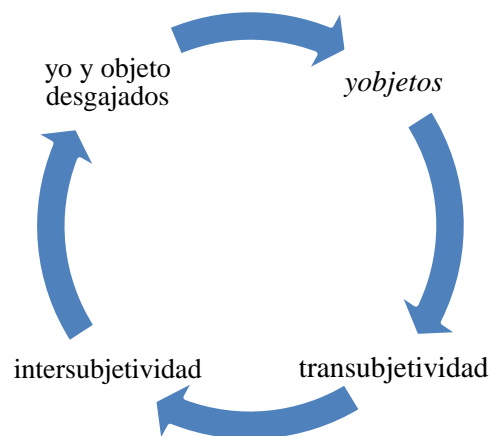
Ahora bien, en muchas ocasiones esas afirmaciones suelen ser llevadas al extremo y, así radicalizadas, dan una perspectiva amarga, desolada y pesimista del proceso constitutivo. Quienes se sitúan en esos confines suelen poseer un sentido trágico de la vida demasiado aguzado. No es mi caso, lo confieso. Mi intención es matizar *un poco* esas ideas; la vida y el ejercicio de nuestro oficio de analista nos conectan frecuentemente con experiencias de maternidad y paternidad muy patógenas pero también con algunas acogedoras y relativamente plácidas, dentro de las dificultades inevitables de la crianza y dentro de los caracteres estructurales del ejercicio de la función materna y paterna. (Véase respecto de esto último, los comentarios que se hacen en 3.14.2). Considero que las afirmaciones comentadas de otros colegas, aún siendo verdaderas, tienen contrapartidas: la alienación especular, sin dejar de ser alienación otorga una protoidentidad que instala al sujeto en el mundo; la alienación en el lenguaje constituye al *infans* como *parlante* o *hablanteser*, etc. La necesidad de pasar por los significantes del Otro no puede justificar cualquier tropelía dominadora.

Dicho esto, se *seguirá* explícitamente con la identificación..., porque, pese a las apariencias y por lo que luego se dirá, ella no ha sido abandonada durante los comentarios anteriores. Las identificaciones, sobre todo las que acontecen en la primera infancia son alienantes claro está, pero cabrá reconocer también, que la eficacia subjetivante de las mismas –es decir, su capacidad de constituir nuevos sujetos– introduce simultáneamente *un potencial diferenciador de aquello mismo que les dio origen.*

Entonces, la alienación recién invocada debería ser relativizada: en los momentos de inscripción de las primeras identificaciones, la subjetividad del *infans* es inexistente; son éstas las que introducen las trazas iniciales de la misma. Por lo tanto, ninguna conciencia del *infans* que se pueda alienar –en sentido estricto del término– por la sencilla razón de que no tiene aún nada alienable. Es

una presubjetividad, si se me permite el neologismo, atravesada, fundamentalmente, por la psique de la madre (dado que, por diversos motivos, ella es la encargada habitual de dispensar los cuidados al hijo), y por el psiquismo del padre que, lo sabemos, también cumple su función. Se trata de una relación *transubjetiva*. Con este vocablo hago referencia al hecho de que la muy incipiente actividad psíquica del *infans* está *transitada* –literalmente invadida– por la psique de los adultos que conforman el entorno objetal. En esos momentos no existe relaciones intersubjetivas entre el *infans* y los adultos que le rodean; el niño/a no ha constituido aún una membrana “sujetal” que le otorgue una diferenciación de las otras personas con las que está en contacto. He caracterizado esta situación relacional del bebé con su madre con el neologismo *yobjeto* –véase IV, 1.5.1.2.– y he insistido en que pese a sus peculiaridades convenía considerarla una relación de objeto.

Se trata de los momentos más asimétricos de los vínculos del bebé con los otros. Es también la época en que el lactante tiene una gran incapacidad para resolver por sí mismo lo necesario para subsistir (indefensión). Y sin embargo, son los instantes en que se está produciendo la fundación simbólica del sujeto. Su situación es de extrema dependencia de sus objetos primarios, que están ante la difícil tarea de decodificar los signos que emite el bebé. El término transubjetividad condensa este estado y el esquema siguiente muestra uno de los tantos ciclos que permitirá salir de esa situación.



Pasar del estado de *yobjetos* a la transubjetividad y de ésta a la intersubjetividad supone reiterar movimientos helicoidales en que se pasará por el mismo lugar, pero a diferentes niveles. Se trata de una tarea des-alienante y de creación de una membrana sujetal que permita el acceso a una identidad primigenia y al establecimiento de relaciones de objetos más discriminadas. En cierto sentido podría decirse que esos movimientos de rotación y traslación no tendrían fin. (Véase *supra*, 2.4.2.2., las figuras que ilustran esta temporalidad circular y los movimientos helicoidales).

Y si bien falta camino por recorrer para que una verdadera intersubjetividad pueda establecerse, es muy importante que en el imaginario materno el vínculo con su hijo/a se represente como intersubjetivo, ya que adjudicarle al niño/a deseos, fantasías, angustias, malestares, bienestares, etcétera, es en sí mismo promotor de subjetividad. Que la madre conciba a su hijo como separado de sí e independiente –a pesar de su dependencia– cataliza la subjetivación del *infans*.

Adopto sin embargo un vocablo abandonado por Lacan porque me es útil para aludir a una modalidad de relación cualitativamente distinta a la transubjetiva: supone que el niño tiene ya constituido su aparato psíquico y construida una membrana sujetal, cosa que le permite discriminarse de los objetos con los que se relaciona.

Vuelvo al tema del comienzo; se podría decir, y no sin razón, que la del *infans* es una subjetividad que *nació* alienada... A lo que respondo: sí... es cierto. Pero agrego: tan alienada como diferenciada, pues en los mismos instantes en que se consuma una identificación se inscribe la diferencia.^{26*} Establecer un determinismo rígido desde la alteridad (*copernicanismo* absoluto) sería el anverso de la autopoiesis *ptolomeica* extrema. Postulo la existencia de una cuota –aunque sea muy limitada–, de capacidad determinante y decisoria en algunos niños; es probable que si se dan algunas

condiciones favorables, esa facultad se vaya incrementando con el paso de los años. Es dable apreciar que hay niños que se enfrentan con resolución a los pequeños problemas de sus pequeñas vidas.

Al formular estas disquisiciones, tengo como telón de fondo un enigma que hace a la estructuración subjetiva, que no he podido resolver hasta el presente: ¿por qué en familias con una intensa carga patógena se crían a veces niños que juegan y gozan satisfactoriamente? Y, además, asumen con responsabilidad y alegría las tareas que les corresponden a sus edades y llegan a ser adultos con una cuota de conflictos neuróticos muy tolerables. Dejo por el momento de lado las situaciones inversas que también tienen sus misterios: padres que no parecen ser tan patógenos e hijos con trastornos psíquicos muy severos.

Las opiniones frente a estos enigmas suelen ser diversas. Hay quienes dicen que ese niño nació con un *quantum* de pulsión de vida considerable; otros sostienen que pese a todo, “algo positivo” habrá transmitido esa madre trastornada o ese padre tan afectado o, quizá, algún otro miembro del entorno; hay quien afirma que esa criatura tiene una capacidad innata para sobrevivir. Las variaciones de esas tres respuestas tipo mayoritarias pueden ser innumerables, pero, más allá de lo válido de esas posiciones, me interesa señalar que todas ellas ponen el énfasis en factores externos al niño.

Es justamente sobre esta cuestión que quiero incidir. Planteo como hipótesis que también en el infante podrían surgir facultades que le permitan resistir y enfrentarse a los avatares de su difícil existencia. Tal vez pecando de una dosis de adulto-centrismo, por las palabras que utilizaré, podría agregar: saben armarse de coraje y encarar la situación. Demás está decir que suelen trasladar esas capacidades a sus vidas adultas.

Más allá de poder fundamentar esa hipótesis por medio de múltiples experiencias clínicas que la corroborarían, pretendo situar las bases de mi respuesta en algunas importaciones que hice hacia el psicoanálisis de las ideas de Prigogine ya expuestas: puede tratarse de una “creación” o “invención” del infante frente a circunstancias adversas (turbulentas o caóticas).

Esta hipótesis deriva de considerar al sujeto como una estructura disipativa, tal como lo sostuve en el apartado anterior. Se aprecia desde ya que lo afirmado forma parte de una perseverancia personal en matizar o relativizar los determinismos absolutos en el terreno de las teorías identificatorias. Esta línea de fuerza presente en el proyecto identificatorio que propongo se extiende hasta considerar que, así como existe una función materna y paterna, podría existir una *función del hijo*, idea que postularé en IV, 3.8.

2.8. ¿Cuál es el destino de las identificaciones estructurantes?

La identificación crea elementos estables de la organización psíquica del sujeto. *Su destino es quedar plasmada, transformada, en aparato psíquico del infans*. Ejercieron su acción como causa y consumaron sus efectos estructurantes, al haber creado componentes vitalicios en la estructura psíquica de cada quien. Ahora están integradas en la psique del niño/a. Si una identificación se ha hecho estructura psíquica no es posible desprenderse de ella. El *après-coup* más la ya comentada labor autoorganizativa por parte del *infans* rompe con la linealidad y reversibilidad causa-efecto y hace que el aparato psíquico no pueda ser considerado como un *puzzle*, en el que cada pieza –un rasgo implantado por los objetos identificantes– sea de quita y pon.

Por ello planteo que la identificación –en su acepción estructurante, al menos– debe usarse de manera restringida: sólo dentro la teoría que da cuenta del surgimiento de lo psíquico. Es ahí donde tiene su lugar adecuado. *La identificación estructural es una categoría metapsicológica*; no hace referencia al comportamiento, a lo conductual.

Lo dicho en los párrafos anteriores puede complementarse con las ideas que expuse durante la interpretación de una frase críptica de Lacan del *S II*, clase del 15 de Abril de 1964. Allí y entonces, en un contexto en que él abogaba por la reapertura del debate sobre la *causa* en psicoanálisis, refirió la expresión latina *ablata causa tollitur effectus*. La lectura e interpretación de ese párrafo –véase III, 7.10.2– forman parte de la fundamentación de las ideas expresadas acerca del destino de las identificaciones estructurantes. Lo mismo podría decirse de los comentarios y la nota final n° 8 sobre el vocablo *inmixin* al que aludí *supra*, en 2.4.

2.9. El antiguo futuro sujeto

Psicoanalistas y psicólogos que hemos tenido ocasión de atender a mujeres embarazadas o a hombres a punto de ser padres, hemos comprobado una y otra vez, cómo las asociaciones libres acerca del hijo o hija que está por llegar al mundo, se hacen presentes con frecuencia en la escena analítica, ocupando muchas veces el primer plano de la misma.

Aún antes del parto, el futuro bebé ya logró abrirse un espacio en el que será su entorno objetal más cercano.

La actividad fantasmática, narcisista, pulsional, eidética, de los progenitores –muy activas en esas circunstancias– tendrá al hijo que está por venir como objeto. Preocupaciones, alegrías, proyectos, angustias, tal vez algunas fantasías mesiánicas y omnipotentes, dudas sobre si tendrá problemas en el alumbramiento, interrogantes acerca de su salud al nacer, preguntas sobre la capacidad de ellos para criarlo, alimentarlo y un largo etcétera más.

Se está ante otra ocasión que permite re-descubrir cómo lo inconsciente determina los avatares de la existencia humana y cómo ese conjunto operará después, implantando marcas identificatorias al cachorro humano, una vez nacido.

Louis Althusser sintetizó de manera magistral esta situación del recién nacido –incluso, del feto– calificándole de *antiguo futuro sujeto*, expresión que, además, ejemplifica palmariamente la temporalidad psicoanalítica, tan aludida en este capítulo.

Los retornos de lo reprimido suelen multiplicarse en los futuros padres: se despiertan recuerdos acerca de las propias infancias, las formas de cuna, de mesa, de educación y de diálogo en el seno de sus familias de origen. Todas las dimensiones psíquicas de los progenitores están activas y puestas en juego antes, aún, del alumbramiento.

Otro aspecto que suele manifestarse en esos momentos es la elección del nombre propio de quien será dado a luz. Se trata sin duda de un gran factor identificante ¿Cómo se lo ha elegido? ¿Por qué se escogió tal o cual nombre de pila? ¿Quiénes intervinieron más activamente en esa tarea? ¿Cómo fueron los acuerdos? Más allá de los elementos conscientes y de las racionalizaciones de los padres respecto a ese tema estarán latiendo siempre los determinantes inconscientes de los padres en esa nominación.

En III, 4.7.6. se abordó extensamente este asunto y en IV, 4., se lo ilustrará a través de dos poemas; uno de Jorge Luis Borges y otro de José María Valverde.

2.10. Resumen del capítulo

En continuidad con el capítulo anterior se precisaron algunas cuestiones puntuales sobre el modelo de estructuración subjetiva que propongo.

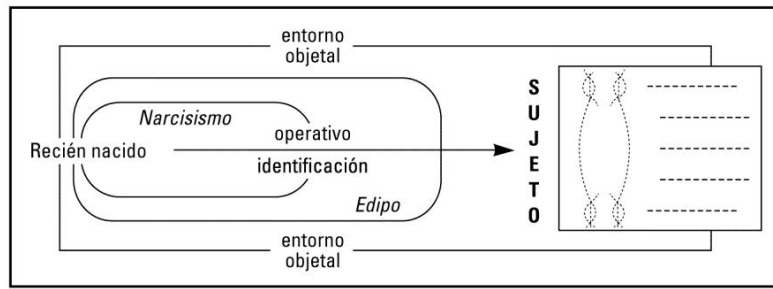
Se señaló de entrada que el objetivo era labrar un lugar específico en la teoría psicoanalítica para la identificación en tanto concepto que de cuenta *del surgimiento de lo psíquico* en el recién nacido.

Para tales fines se jerarquizó su modalidad *estructurante*, valorada cómo un articulador teórico de primera magnitud para el estudio de los fenómenos de transmisión psíquica intergeneracional e inconsciente.

Al privilegiar el carácter estructurante de la identificación, se la hizo bascular al rango de *causa de lo psíquico*.

Esta jerarquización otorgó mayor peso determinante al psiquismo inconsciente de los objetos primarios en la construcción del nuevo sujeto. Si lo psíquico surge de lo psíquico del entorno familiar, las identificaciones nos acercarán al narcisismo parental constituyente y al sistema reticular deseante del cual surge el nuevo sujeto psíquico después de las bendiciones y catástrofes que le han constituido.

Para el desarrollo de estas ideas presenté tres esquemas de complejidad creciente y un par de definiciones de la *identificación estructurante* que he ido elaborando con el correr de los años; en este resumen se presentará únicamente el último diagrama del trío mencionado, dado que éste integra las ideas de dos anteriores.



En él se ilustra el surgimiento del sujeto –en un entorno objetal determinado– a partir del recién nacido, con la mediación del operativo identificación. Este último lleva a cabo una triple función:

- Trasmuta el organismo viviente del recién nacido en biología humana; es decir, en un soma atravesado por lo psíquico y social.
- Estructura al sujeto psíquico en todas sus dimensiones.
- Instituye simultáneamente al sujeto social.

En el apartado dedicado a lo transgeneracional postulé que, en su proceso estructurante, el candidato a sujeto no era tan pasivo (como lo planteaba Lacan) ni tan activo (como decían Freud y Klein). Cabría inferir que el *infans* selecciona; no todo lo que se le ofrece lo acaba haciendo suyo; además, aquellos rasgos que internaliza son incluidos en un nuevo sistema, acogidos en una constelación novedosa, combinados con otros elementos, y el sujeto que emergerá será, necesariamente, un producto singular, diferente y diferenciado. La transmisión intergeneracional de rasgos psíquicos no puede banalizarse. A diferencia de la deducción genealógica, que está al servicio de una teoría de los orígenes y que se podría dibujar como un vector que va de “arriba hacia abajo” –es decir, de abuelos y padres a hijos– el procedimiento que utilicé en la clínica implica *la reconstrucción del trabajo de engendramiento del nuevo sujeto psíquico*, tarea que sólo puede realizarse a partir del material aportado por el paciente en sus asociaciones libres.

A continuación se presentaron dos definiciones del concepto que se está tratando.

La identificación estructurante es una operación subjetivante de carácter inconsciente que funda al sujeto psíquico.

*La identificación es un concepto límite entre lo psíquico y lo social.
Lo psíquico es lo social subjetivado.*

La primera caracterización condensa buena parte de lo ya afirmado en esta página del resumen y en la anterior. La frase inicial de la segunda parafrasea la definición freudiana de pulsión. Afirma que la identificación es inconcebible sin la alteridad. Ella apareció representada en el esquema anterior mediante los términos *entorno objetal*. La segunda frase de esta definición –*lo psíquico es lo social subjetivado*– deriva de la anterior, pero he de añadir una condición: habrá que evitar el solapamiento y la confusión entre los ámbitos psíquico y social.

Los otros, la alteridad, el Otro y otro de Lacan, habitan las entrañas del sujeto psíquico. La identificación es impensable fuera del campo relacional; la intromisión (intrusión, invasión, irrupción) de los otros –el entorno objetal– es la regla. Lacan utilizó el sintagma “*inmixión de Otredad*” para referirse a la presencia del Otro en el sujeto. De manera insoslayable la alteridad forma parte de la estructura(ción) del nuevo sujeto. En este contexto se presentaron dos diagramas –correspondientes al antes y después de la constitución del sujeto– que ilustraron estos asertos.

En el apartado siguiente –*desvelar la traza inconsciente*– insté a utilizar con mayor rigurosidad el concepto de identificación, cuanto menos en el ámbito de nuestra disciplina.

Sostener con fundamentos psicoanalíticos sólidos que una identificación está presente en la estructura psíquica de un sujeto o en algunos de sus síntomas, supone haber realizado un largo trabajo con el analizante y haber desvelado, descifrado, la traza inconsciente que está en juego. De lo contrario,

serán meras hipótesis basadas en un uso psico-sociológico del término identificación, es decir: no será psicoanalítico. En el contexto de nuestra práctica clínica es imposible señalar *a priori* qué o quién ha sido objeto de identificación para el sujeto (salvo la muy general, la poco heurística y demasiado cliché de: “papá” y mamá”). Se tratará de esclarecer, primero, el elemento inconsciente en juego y, una vez apreciada que hay una identificación consumada, se intentará precisar –siempre retroactivamente– quien ha sido el portador originario de ese rasgo hecho propio por el sujeto. Por ese rasgo mínimo, inconscientemente inscripto, el objeto en cuestión puede considerarse un objeto de la identificación (Freud) o un objeto identificante (Lacan).

A continuación se trataron las relaciones de la identificación con la alteridad, con el tiempo y el espacio. La segunda definición de identificación recién presentada la situó de lleno en la perspectiva que subraya *la primacía del psiquismo de los otros en la estructuración de un nuevo sujeto*. Esas palabras constituyen al mismo tiempo la caracterización la noción de *copernicanismo*. Mediante esta línea de fuerza me alejo de los ingredientes filogenéticos, endogenéticos, innatistas y biologizantes presentes en la teoría freudiana y, más aún, en la kleiniana; la inscribo, con salvedades, en la perspectiva que abrió el psicoanalista francés: la Otredad preexiste al sujeto y lo determina. Pero, a diferencia de la doxa lacaniana, pienso que la identificación *promueve un determinismo fuerte pero no absoluto*. El futuro de un sujeto no puede concebirse *rígida y exclusivamente* determinado por el inconsciente parental ni sólo por los procesos estructurantes de la infancia. Que éstos constituyan factores importantes no significa que sean únicos. Aunque allí y entonces se edificaron las bases del funcionamiento mental, éstas suelen establecer una *predisposición*, que tendrá un porvenir variable. No se generan destinos ineluctables; al menos, no siempre.

Las nociones de tiempo y espacio tienen un lugar importante en el sistema identificatorio que propongo. Se trata de una temporalidad y espacialidad *sui generis*, por que están coordinadas con la concepción del inconsciente que he hecho mía y que he expuesto con detalle en mi libro *El oficio de analista; op. cit.*, p. 72 y ss. Ella está basada –¿como no?! – en la temporalidad analítica creada por Freud y en los tiempos lógicos de Lacan, tema que fue tratado en diversos apartados de esta tesis, a saber: III, 2.5.5.; III, 5.10.; III, 7.8 y, de manera sintética, en IV, 1.5.2. Allí expuse también los resultados del procesamiento personal que hice de tales aportaciones. Quiero añadir que concibo un tiempo psicoanalítico que tiene una estructura circular o, mejor, helicoidal: se pasaría por sitios similares en diferentes momentos, pero a niveles diferentes. Se ilustraron estas ideas mediante dos imágenes que hablan por sí mismas.

Luego señalé que la espacialidad inherente al sujeto era topológica y no euclidiana. Se trataría de un espacio simbólico, de combinatorias, que poco tiene que ver con el espacio como intuición *a priori* que propugnó la estética kantiana. Las categorías físicas, ontológicas, geométricas e, incluso, psicológicas del espacio se vieron afectadas por lo inconsciente.

A renglón seguido presenté un esquema del sujeto que elaboré hace un par de décadas y que me fue especialmente útil, tanto en contextos teóricos como clínicos. Antes y después del esquema di cuenta de las características de ese sujeto. La índole de este resumen impide que se incluya en el mismo el diagrama mentado y las consideraciones que allí se hicieron.

El capítulo continuó con el abordaje de la noción de *autoorganización*, a la que pretendo otorgar una orla semántica específica dentro de la definición de identificación estructurante.

Se sostuvo que el surgimiento de un nuevo sujeto suponía la creación de una estructura compleja, abierta y activa que se caracterizaba por mantener equilibrios estables e inestables al mismo tiempo. Ningún sistema complejo está uniformemente estabilizado, al decir de Ilya Prigogine, quien diferenció las estructuras en equilibrio de las por él denominadas *disipativas*; estas últimas están en constante intercambio con el ambiente.

Debo a este autor no sólo el conocimiento de esos tipos de estructuras sino también el concepto de autoorganización y de los fenómenos de adaptación e invención, ante situaciones muy turbulentas o caóticas. Ellas abrieron una puerta fecunda: la que me permitió pensar al sujeto psíquico –incluso aquél que está formándose– como una estructura disipativa, es decir, como un centro integrador y metabolizador de las influencias externas, *capaz de reaccionar con respuestas originales*

a las imposiciones del entorno. A partir de entonces dejé de concebir al candidato a sujeto como pasivo —a la manera de Lacan—, pero con un tipo de actividad diferente a la que le adjudicaba Freud, basada en lo pulsional. Estos conceptos de Prigogine me permitieron pensar también la identificación como mecanismo complejo y alejado de determinismos lineales.

El sujeto psíquico como estructura disipativa sería un sistema abierto, involucrado en relaciones con objetos; se regiría por determinismos complejos —múltiples y recíprocos—. Quiero remarcar un punto crucial: la organización psíquica en estado de formación está afectada por factores externos; recibe estímulos de todo tipo, pero, aun desde los inicios, sería un centro de organización, de transformación, de recreación de todo aquello que recibe. Por lo tanto, no debe considerársele una simple resultante de las influencias exteriores. Considero imprescindible tomar en consideración lo que el protosujeto aporta y como entra él en juego en ese entramado complejo de determinaciones y transformaciones. *El concepto de identificación debería incluir, como uno más de sus significados, el trabajo creativo que va realizando el candidato a sujeto en su proceso estructurante, con los rasgos aportados por los objetos identificantes.*

La materia prima que los objetos proveen al *infans* es siempre transformada e incluida en una nueva combinatoria. Además, cabe inferir que el niño/a lleva también a cabo una cierta selección; no todo lo que se le ofrece lo hace suyo. *El protosujeto no es pasivo en este proceso.* Si se pierde de vista este aspecto metabolizador, autoorganizativo, que el candidato a sujeto realiza, se refuerza la idea de que la identificación es una mera copia del modelo.

En el apartado 2.7. *Asimetría de la relación identificante* plasmé ideas que reflejan una parte significativa de mi pensamiento sobre el tema en cuestión. Incluí un debate con algunos analistas enrolados en la corriente lacaniana que sostienen, no sin razones, que los procesos identificatorios —especialmente los de la primera infancia— son alienaciones estructurantes (o estructuraciones alienantes). El Otro, al implantar rasgos unarios (significantes), se sitúa con claridad en posición de Amo y hasta podría ejercer de tal impunemente, omnímodamente, en tanto las condiciones se lo facilitan: tiene frente así a un organismo viviente que acaba de llegar al mundo en un estado de desamparo (*Hilflosigkeit*) que le hace depender en grado superlativo de los Otros.

Lo dicho refleja certeramente una realidad y, para ratificarla no es preciso remitirse a la práctica clínica psicoanalítica; se lo puede comprobar con facilidad en la vida cotidiana. Además, la “educación” del hijo puede llegar a justificar cualquier estrago, sea materno, sea paterno.

El cachorro humano está desde esta perspectiva “condenado a la identificación”. Ha de pasar “obligadamente” por los significantes del Otro; alienarse en ellos para después, y en el mejor de los casos, poderse separarse. Sabemos que Lacan enfocó la estructuración subjetiva desde los tiempos lógicos de la Alienación-Separación y que aludió con frecuencia a la alienación imaginaria —la del espejo— y a la simbólica, en el lenguaje.

Ahora bien, sin renegar un ápice sobre lo que acabo de sostener, agregaría que en muchas ocasiones esas afirmaciones suelen ser llevadas al extremo. Y, así radicalizadas, dan una perspectiva amarga, desolada y muy pesimista del proceso constitutivo. Realismo, suelen decir ellos.

Quienes se sitúan en esos confines suelen poseer un sentido trágico de la vida demasiado aguzado. No es mi caso, lo confieso; mi intención es matizar esas ideas. La vida y el ejercicio de nuestro oficio de analista nos conectan con experiencias de maternidad y paternidad muy patógenas pero también con algunas acogedoras y plácidas dentro de las dificultades inevitables de la crianza. Las identificaciones, sobre todo las que acontecen en la primera infancia son alienantes claro está, pero cabrá reconocer también, que la eficacia subjetivante de las mismas —es decir, su capacidad de constituir nuevos sujetos— introduce simultáneamente *un potencial diferenciador de aquello mismo que les dio origen.* El rasgo unario introduce la semejanza pero también la diferencia, aserto de Lacan que algunos de sus seguidores parecen haber olvidado; impone un cierto límite al movimiento de asemejamiento, una detención de aquello que iría a encaminado hacia el *parecerse*. Lacan le otorgó al rasgo unario identificante ese carácter bifronte: implanta la semejanza y la diferencia al unísono.

Establecer un determinismo rígido desde la alteridad (*copernicanismo* absoluto) sería el anverso de la autopoiesis *ptolomeica* extrema. Postulo la existencia de una cuota —aunque sea muy limitada—, de capacidad determinante en los niños; incluso en los primeros años de vida. Es probable

que si se dan algunas condiciones favorables, esa facultad se incrementa con el paso del tiempo. Hay niños que se enfrentan con resolución a los pequeños problemas de sus pequeñas vidas.

Al formular estas disquisiciones, tengo como telón de fondo un enigma que hace a la estructuración subjetiva, que no he podido resolver hasta el presente: ¿por qué en familias con una intensa carga patógena se crían a veces niños que juegan y gozan satisfactoriamente? Las opiniones frente a estos enigmas suelen ser diversas. Hay quienes dicen que ese niño nació con un *quantum* de pulsión de vida considerable; otros sostienen que pese a todo, “algo positivo” habrá transmitido esa madre trastornada o ese padre tan afectado o, quizá, algún otro miembro del entorno; hay quien afirma que esa criatura tiene una capacidad innata para sobrevivir. Las variaciones de esas tres respuestas tipo mayoritarias pueden ser innumerables, pero, más allá de lo válido de esas posiciones, me interesa señalar que todas ellas ponen el énfasis en factores externos al niño.

Planteo como hipótesis que también en el infante podrían surgir facultades que le permitan resistir y enfrentarse a los avatares de su difícil existencia. Tal vez pecando de una dosis de adultocentrismo, por las palabras que utilizaré, podría agregar: saben armarse de coraje y encarar la situación. Demás está decir que suelen trasladar esas capacidades a sus vidas adultas.

Más allá de fundamentar esa hipótesis mediante múltiples experiencias clínicas que la corroboran, pretendo situar las bases de mi respuesta en algunas importaciones hacia el psicoanálisis de ideas de Prigogine: podría tratarse de una “creación” o “invención” del infante frente a circunstancias adversas (turbulentas o caóticas). Esta hipótesis deriva de considerar al sujeto como una estructura disipativa. Se aprecia desde ya que lo afirmado forma parte de una perseverancia personal en matizar o relativizar los determinismos absolutos en el terreno de las teorías identificatorias. Esta línea de fuerza presente en el proyecto que propongo se extiende hasta considerar que así como existe una función materna y paterna, puede haber una función del hijo, cuyas características señalaré en IV, 3.8.

En el apartado titulado ¿Cuál es el destino de las identificaciones estructurantes?, respondo: *su destino es quedar plasmada, transformada, en aparato psíquico del infans*. Ejercieron su acción como causa y consumaron sus efectos estructurantes, al haber creado componentes *vitalicios* en la estructura psíquica de cada quien. Ahora están integradas en la psique del niño/a. Si una identificación se ha hecho estructura psíquica no es posible desprenderse de ella. El *après-coup* más la ya comentada labor autoorganizativa por parte del *infans* rompe con la linealidad y reversibilidad causa-efecto y hace que el aparato psíquico no pueda ser considerado como un *puzzle*, en el que cada pieza –un rasgo implantado por los objetos identificantes– sea de quita y pon.

Por ello planteo que la identificación –en su acepción estructurante, al menos– debe usarse de manera restringida: sólo dentro la teoría que da cuenta del surgimiento de lo psíquico. Es ahí donde tiene su lugar adecuado. La identificación estructural es una categoría metapsicológica; no hace referencia al comportamiento, a lo conductual.

El capítulo se cerró con comentarios clínicos a unas palabras de Louis Althusser con las que calificó de manera magistral la condición del recién nacido humano, calificándole de *antiguo futuro sujeto*, expresión que, además, ejemplifica palmariamente la temporalidad psicoanalítica, tan aludida en este capítulo.

NOTAS DEL CAPÍTULO 2

¹ En III, 7.10. hice referencia a la causalidad en psicoanálisis y a la identificación como causa engendrante de lo psíquico.

² Véase el esquema insertado en I, 4.7. La concepción kleiniana ha sido claramente *ptolomeica*.

³ Sobre ese momento de repliegue autoerótico de la pulsión y la formación del objeto fantasmático pueden leerse las consideraciones de la última parte de II, 5.8.1. Más ampliamente, los apartados II, 5.6 a II, 5.9. tratan sobre la fantasía en Klein, Freud y Lacan. Ese capítulo culmina con un cotejo de las tres teorías sobre la fantasía/fantasma.

⁴ El rectángulo del sector derecho del esquema que sigue representa al sujeto (y sus objetos) que emerge de los procesos estructurantes. Páginas más adelante se presentará un diagrama ampliado del mismo.

⁵ Se hacen presente, a través de este comentario, algunas ideas de Klein acerca de los mecanismos proyectivos que intervienen en *sus* modalidades identificatorias. Personalmente considero que la participación de los mismos es

muy escasa en las identificaciones estructurantes que postulo; desde mi perspectiva, privilegio los procesos internalizantes (incorporativos, introyectivos, interiorización, apropiación), pero, tal como se señaló en I, 5.4.3., en un desmontaje de las identificaciones secundarias edípicas y de las narcisistas, el protosujeto construye representaciones diferenciadas de sus objetos de identificación; en esa construcción la proyección participaría *a mínima*.

⁶ Es evidente que lo que sucede en la infancia –momentos primigenios de la estructuración de una subjetividad– deja marcas fundamentales. Lo que allí acontezca, determinará –seguramente– el futuro de ese sujeto. Sin embargo, también es cierto que lo que suceda más tarde, resignificará lo que ha ocurrido antes. En otros términos, la repetición no excluye la resignificación retroactiva y ésta, a su vez, no excluye la repetición. Hay allí una relación dialéctica en juego: el hecho de que lo acontecido en la infancia vaya a determinar lo que sucederá más tarde, ha quedado incluido en el concepto psicoanalítico de *compulsión a la repetición*; por otro lado, la noción de retroacción implica la existencia de una reorganización –*a posteriori*– de aquello que se ha constituido antes.

⁷ El psicoanalista francés utilizó el sintagma “inmixión de Otredad” que hago mío en el contexto de esta propuesta. Estos tres vocablos formaron parte del título de la conferencia que dictó el 21 de Octubre de 1966 en la Universidad John Hopkins de Baltimore, Estados Unidos: “Acerca de la estructura como mixtura de una otredad, condición sine qua non de absolutamente cualquier sujeto”. Esa alocución fue publicada en *Acheronta*, revista de Psicoanálisis y Cultura, Buenos Aires, n° 13, con traducción de Leonel Sánchez Trapani. En el número siguiente de dicha revista puede leerse una nota filológica de Pablo Peusner que aclara el significado del término *inmixión*, anglicismo que proviene de la palabra *immixing* que Lacan utilizó en la conferencia aludida. Ese término inglés refiere una mixtura de elementos en que la esencia misma de tales elementos queda disuelta y participa de la mezcla. Una vez desleído el elemento en la mezcla es imposible volver al estado anterior.

Durante años, sin tener conocimiento de ese sintagma lacaniano, explicaba ese fenómeno de mixtura imposible de descomponer en relación a la combinatoria de rasgos que realiza el protosujeto con las marcas implantadas por aquellos que encarnan el lugar del Otro. Utilizaba el ejemplo siguiente: el clásico vaso con agua en que se limpia el pincel cuando se usa ténpera para colorear una imagen; el uso sucesivo de diferentes colores y sus enjuagues correspondientes va produciendo cambios en el color del agua del vaso. Salvando las distancias, esa situación ilustraría el trabajo de metabolización e integración -en nuevas combinatorias- de los rasgos implantados en el candidato a sujeto. Mezcla singular y a la vez no desmontable, que diferencia los rasgos inscritos –integrados y metabolizados- de aquellos rasgos en los portadores originarios. Este asunto será tratado con más detalle en páginas siguientes

⁸ Un largo recorrido de estudio y de investigación por la *topologería* de Lacan da fundamentos a los diversos párrafos de este apartado. Como fruto de abocarme a los aspectos topológicos de su enseñanza publiqué *El espacio psicoanalítico* (2004); *op. cit.* La banda de Möbius y la superficie topológica conocida como botella de Klein me permitieron entender esta continuidad entre un supuesto “dentro” y un presunto “fuera”, palabras que entrecorrimiento porque pierden sentido en el seno de un espacio concebido topológicamente. En III, 6. he detallado aquellas facetas de la *topologería* lacaniana que hacen referencia a la identificación.

⁹ En la TIL es diferente, en tanto el Otro sería *introyectante*; la parte activa corresponde al objeto, por ser éste quien implanta rasgos unarios (significantes).

¹⁰ En *Problemas cruciales para el psicoanálisis* (1964-65), Lacan planteó la articulación de la botella de Klein con los tres tiempos lógicos: el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir. Estos tiempos son, asimismo, las coordenadas del Otro, Otro como lugar y Otro como compañero del lenguaje. “Ese campo del Otro se inscribe en eso que yo llamaría las coordenadas cartesianas, una suerte de espacio de tres dimensiones, pero, de tal manera, que no se trata ya del espacio sino del tiempo.” Este párrafo anticipa un anudamiento complejo del tiempo y del espacio que Lacan abordó, años más tarde, en sus seminarios *R.S.I.* (1974/75) y *Topología y tiempo* (1978-79). Veamos en qué consiste. Si bien esta ligazón del tiempo y el espacio no es una idea original de Lacan –Einstein, por ejemplo, ya lo había postulado– lo nuevo de la propuesta del psicoanalista fue eludir tanto la espacialización del tiempo como la temporalización del espacio, basadas en un tiempo lineal y en un espacio euclídeo. Al psicoanálisis no le interesa especialmente el tiempo de la física y el espacio de la geometría.

Lacan postuló una doble articulación: a) la de los **tiempos lógicos y los tiempos del inconsciente con un espacio topológico**; y b) la de todo ese conjunto con el Otro. Se trataría, si así puede decirse, de la espacialización de la relación temporal del sujeto al Otro; formulación que condensa los significados propios que cada uno de esos cuatro términos tiene en psicoanálisis.

El psicoanalista francés aprovechó para tales menesteres, las propiedades de la botella de Klein, versión topológica del inconsciente y superficie en que se articula el sujeto con el Otro, para realizar los dos anudamientos señalados. La continuidad entre interior y exterior –propiedad fundamental de este objeto topológico- posibilita dicho anudamiento entre el sujeto y el Otro.

En *Topología y tiempo* (1978-1979) articuló ambos elementos que dieron título a este seminario. a través de su tópica de los tres registros. Reelaboró su idea de que el tiempo en psicoanálisis es un efecto de estructura. Tal postulado se vio reafirmado y potenciado al final de su obra, con la aparición de los nudos borromeos. Pero, en esta última época, todo ya no era significativo en la estructura, el tiempo adquirió mayor influencia; devino -más que antes- un efecto de estructura.

¹¹ Remito a *El espacio psicoanalítico* –pp. 252 a 258– para más detalles sobre la topología del ocho interior. Lacan lo articuló con la transferencia. Por mi parte, lo he recreado en diversas comarcas teóricas psicoanalíticas, dándole multiplicidad de usos. Por supuesto, también en los territorios de la identificación. El esquema de la interacción entre primarias y secundarias sería un ejemplo, otros: el par de diagramas insertados en 2.4. de este mismo capítulo.

¹² Pueden leerse más detalles acerca de esta situación en el capítulo “Clínica de las identificaciones primarias”, en mi libro *El oficio de analista*; op. cit., p. 209 y siguientes.

¹³ Las principales aportaciones de Gödel a la lógica matemática, a la física y a otras disciplinas ha sido considerado en el Anexo al capítulo 5; más específicamente, en A₅.11.3. Allí se expuso acerca de su teorema de la incompletud, que tuvo repercusiones importantes en matemáticas, física e incluso en la filosofía. Gödel criticó el formalismo puro en matemáticas.

¹⁴ Todos estos mecanismos fueron examinados en detalle en I, 2.

¹⁵ Estas ideas se explicitaron especialmente en sus artículos *La negación* (1925) y *Esquema de psicoanálisis* (1940 [1938]). Del primero puede deducirse una manera original de pensar la relación con la realidad: no se trataba de una simple percepción de la misma sino de una **construcción** en la que el fantasma –elemento psíquico por excelencia– intervenía significativamente. En el segundo texto planteó que el aparato psíquico tenía una extensión en el espacio y que el espacio mismo podría ser visto como la extensión de la psique.

¹⁶ Gárate, I. y Marinas, J. M., insistieron en su libro *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Quipú ediciones, Madrid, 1996, que el término francés *jouissance* debería traducirse al español mediante el vocablo *gozo*.

¹⁷ Véase *El espacio psicoanalítico*, op. cit., pp. 372 a 382.

¹⁸ En mi libro *El espacio psicoanalítico*, op. cit., p. 72 y ss. incluí un ejemplo clínico que daba cuenta de la naturaleza del espacio que se está comentando y de su vigencia en la praxis clínica. Tras la exposición de la viñeta, formulé las siguientes preguntas que reitero en este contexto: ¿Cómo concebir el espacio que envuelve al diván y al sillón? ¿Cómo trascender lo meramente descriptivo de esa situación, que nos habla de distancias físicas, de contornos anatómicos, fáciles de medir y dibujar, pero que no reflejarían la complejidad de los fenómenos allí existentes? ¿Cómo pensar, por ejemplo, el espacio que ciñe la relación entre ambos en el preciso momento en que el analizante sueña con su analista? O, a la inversa, cuando el analista tiene un sueño con su analizante. ¿Qué espacio puede dar cuenta de la situación que se crea tras una interpretación que analizante y analista juzgan de manera compartida como acertada? A renglón seguido se dilucido las características del espacio analítico en tanto topológico.

¹⁹ Fernando Colina, en su excelente libro *Melancolía y paranoia*, Editorial Síntesis, Madrid 2011, p. 23, escribe: “La lengua es el caparazón lingüístico que reboza la realidad para volverla cognoscible, de forma que cuando se resquebraja, las cosas dejan de estar en su sitio natural y se descolocan o avanzan hacia uno cargadas de una oscuridad inefable y enigmática. No otra parece la tragedia del esquizofrénico, la de comportarse como un poeta que alcanza lo más profundo de la palabra pero que, llegado a aquellas fuentes inescrutables del verbo encuentra persecución y voces extrañas.” En este mismo libro Colina caracteriza la psicosis como una catástrofe del lenguaje.

²⁰ Prigogine, en su libro, *¿Tan sólo una ilusión?*, pp. 160 y ss.; Editorial Tusquets, Barcelona, 1983 plantea que un cristal sería un ejemplo típico de las estructuras en equilibrio. Una vez formado, no requiere ningún intercambio de energía con el medio ambiente para mantenerse. El mundo del equilibrio es homeostático; las escasas fluctuaciones son absorbidas por el sistema. Por el contrario, las estructuras disipativas no pueden existir al margen del mundo externo y si se cortan los flujos a doble vía que se establecen con el medio, ellas tienden a la destrucción. Otras características de ellas mismas serán expuestas a continuación.

²¹ Véase al final de la cuarta parte de esta tesis en la sección BIBLIOGRAFIA CONSULTADA. Allí aparecen los escritos que inspiraron estas ideas. Algunos volúmenes han sido redactados en colaboración con I. Stengers. También me abrieron la posibilidad de acercarme a otros autores que trataron el mismo tema desde otros ángulos.

²² Lacan calificaba a estos rasgos implantados de “*unarios*”; para él eran significantes. Mejor dicho: el rasgo unario fue la forma que adquirió el significante en el contexto de su teoría identificatoria. Para Freud se trataba de los *enziguer zug* –rasgos o detalles de los objetos–.

²³ Pensemos en las innumerables repercusiones psíquicas que la llegada de un hijo tiene para sus padres y las significaciones retroactivas que se esbozan en ellos a partir de tal evento. El tema será tratado con mayor extensión en páginas siguientes (apartado 2.10).

²⁴ Véase en III, 5.11.1. los cuatro discursos que propuso Lacan, entre ellos lo referido sobre el discurso del Amo. A ese cuaternario inicial el psicoanalista francés agregó un quinto: el discurso capitalista.

²⁵ Estos temas han sido tratados en III, 7.11. (la alienación imaginaria y simbólica) y en III, 8.4.2., donde se expuso e ilustró el par Alienación-Separación; allí se remite.

²⁶ Esta idea –la inscripción simultánea de la semejanza y la diferencia– es, a mi juicio, uno de los aportes más valiosos de Lacan al tema que nos ocupa. Es llamativo que muchos analistas lacanianos olviden esta dialéctica, subrayando únicamente los aspectos de alienación que toda subjetivación conlleva necesariamente.

3

DERIVACIONES CLÍNICAS DE LA PERSPECTIVA TEÓRICA PERSONAL

En las páginas que siguen se tratará acerca de las implicaciones que tienen en mi trabajo clínico las ideas que sobre la identificación fui exponiendo en los dos capítulos precedentes y en las tres partes anteriores de la tesis doctoral, dedicadas a la TIF, TIK y TIL.

Es evidente que las maneras de conceptualizar las identificaciones generan modos peculiares de abordaje de las mismas en las sesiones. Teoría y clínica psicoanalítica están íntimamente relacionadas; mi esfuerzo se dirige a incrementar la coherencia entre ambos aspectos de esa unidad y a proponer empleos más estrictos del concepto de identificación, acordes con las orlas semánticas atribuidas. Estos objetivos se harán muy patentes en todos los apartados de este capítulo, aunque especialmente en los dos iniciales –Preliminares para una clínica de la identificación y Dialectizar los modelos causales con la transformabilidad clínica–, ambos, de alto contenido metodológico.

Se continuará luego con el examen de una serie de conceptos psicoanalíticos que poseen una clara presencia en la clínica y que he reprocesado a la luz de la identificación: la transferencia, la repetición, la identidad, las exigencias que imponen para la praxis la articulación de la identificación con lo inconsciente, la participación de la autoorganización en las mismas, la finalidad de recomponer el mosaico identificatorio como resultado de un tarea terapéutica psicoanalítica terminada. Se dedicarán asimismo tres apartados a la clínica de las identificaciones primarias, narcisistas y secundarias edípicas. Cerrará el capítulo algunos comentarios sobre la función del hijo.

3.1. Preliminares para una clínica de las identificaciones

La clínica psicoanalítica es un ámbito privilegiado para el estudio de la identificación, de la transmisión psíquica intergeneracional y de la internalización del contexto social por parte de los sujetos en vías de formación. En esa praxis es posible analizar microscópicamente qué y cómo se transmitió del entorno familiar a los hijos, pero también cómo y qué captaron los hijos de aquello que el contexto objetal les ofreció. Siempre se producirá un desfase entre uno y otro aspecto; no existirá jamás una relación biunívoca entre ambos. En el examen de estas problemáticas es donde adquiere su mayor alcance clínico y teórico la subversión llevada a cabo por Freud en las nociones de sujeto y objeto más las derivaciones que hizo de las mismas hacia el territorio de la identificación.^{1*}

Ya he dicho en reiteradas ocasiones que al psicoanálisis, por su objeto de estudio propio y específico, le interesa investigar especialmente los aspectos inconscientes de esa transmisión intergeneracional. Reitero esa idea con un agregado: esas facetas constituirían a mi modo de ver, la parcela propiamente psicoanalítica de un campo muy vasto –el de lo transgeneracional–, *tema que debería ser compartido con otras disciplinas*. Estoy introduciendo la necesidad de *ampliar* el espacio interdisciplinario ya existente para el abordaje de esa problemática en la *actualidad*, dado los enormes cambios sociales que vienen aconteciendo en las últimas décadas y sus efectos sobre la subjetividad contemporánea. Se trata de investigar una problemática eminentemente subjetiva y que requerirá, por lo tanto, de un método acorde con la índole de lo indagado.

En lo estrictamente personal no me conforma reducir y simplificar esta problemática a la habitualmente denominada “transmisión de pautas de conducta”. Sería más importante determinar –siempre retroactivamente– cuáles fueron las condiciones estructurales y fenomenológicas de las que

fueron surgiendo cada uno de los sujetos investigados; se tratará de precisar cómo el organismo viviente que es el cachorro humano al nacer advino a la existencia psíquica.

Me parece insuficiente plantear ese proceso de manera generalizada, planteando como punto de partida que son las redes sociales, culturales y familiares las que configuran la trama en la que se gestan las nuevas subjetividades. Es una afirmación que no deja de ser cierta, pero es demasiado genérica y de corto alcance. Resulta más pertinente el estudio de la microscopía de tales procesos –la minuciosidad e intimidad de la clínica psicoanalítica lo permite– para definir de *manera singularizada* en cada caso:

- Cuál ha sido la dinámica estructurante.
- Qué variedades de identificaciones se consumaron.
- En qué terreno psíquico acontecieron predominantemente las identificaciones: ¿en el narcisista o en el edípico?
- Qué formas de internalización de los objetos tuvieron lugar: ¿introyectivas, incorporativas, por interiorización?
- Qué rasgos se implantaron y cuáles fueron los objetos de la identificación.
- Cuál fue la amplitud de las identificaciones: ¿parciales, totales?
- A qué realidades psíquicas y verdades subjetivas dieron lugar en el niño.^{2*}

La experiencia clínica muestra fehacientemente que lo psíquico, sin dejar de ser propio del sujeto, ha sido, es y será siempre intersubjetivo; ni siquiera en largas experiencias de aislamiento desaparecen las representaciones de la alteridad en la mente. Las observaciones clínicas imponen tres puntualizaciones indubitables: a) cabe realzar la influencia de los padres y el entono objetal más cercano en esa transmisión –especialmente en los momentos tempranos de la constitución subjetiva–; b) para los momentos posteriores –segunda infancia, adolescencia, juventud– se hace necesario un modelo más amplio, que incluya la participación de otras personas del entorno social: amigos, maestros, profesores, personajes idealizados, etcétera; y c) es necesario tener en cuenta los factores congénitos y ciertas disposiciones que se expresan a través de engramas psico-motores con los que el bebé llegó al mundo.

3.1.1. Insuficiencias de la deducción genealógica

En tanto practico una clínica con adultos³, investigo y reconstruyo *a partir del material asociativo del analizante*. A través de dichos materiales percibo singularidades del complejo intersubjetivo familiar que ha dado lugar a sus rasgos psíquicos y, más ampliamente, a su psicología y psicopatología (síntomas, conflictos, inhibiciones, etcétera). Esto exige desentrañar las combinaciones, los intrincamientos y encabalgamientos de las relaciones conscientes e inconscientes acontecidas entre los miembros de la familia y de los más allegados a ella.

Se trata de una investigación difícil y complicada, que requiere una metodología de investigación pertinente. A mi modo de ver, no sirven los expedientes fáciles como aquellos que –ya sea de manera sencilla o muy sofisticada– *deducen* linealmente a partir de ciertos rasgos o características de los padres, determinados conflictos del hijo. Un ejemplo de tal forma de pensar es cuando se sostiene que los rasgos fóbicos de tal o cual analizante derivan directamente de las fobias de su madre –o son identificaciones con ella–. Ese procedimiento *deductivo* –reténgase por ahora este término– no permite avanzar demasiado. La inferencia podrá ser parcialmente cierta, pero no deja de ser una verdad de Perogrullo y, además, inútil a los efectos terapéuticos, puesto que el análisis y desmenuzamiento de los síntomas fóbicos del hijo y de la madre mostrarían –sin duda– aspectos diferenciales, muy específicos de cada uno de ellos. Y son justamente esas singularidades distintivas a nivel de los procesos inconscientes los que son útiles en la clínica a los efectos de una cura psicoanalítica.

Los síntomas aun siendo fóbicos en ambos, son manifestaciones de estructuras psíquicas distintas; las sobredeterminaciones de los síntomas en juego en la madre y su hijo serán, con seguridad, diferentes en cada caso.

Cuando se piensa de esta manera, se transforma al inconsciente en una especie de pequeño contenedor de genes transmisibles de una generación a otra. Si es que esa transmisión funciona así en la biología, no es de este modo como se inducen o traspasan de una generación a otra los fantasmas, los deseos inconscientes, los síntomas, las incentivaciones de ciertas pulsiones de los hijos, el código de permisiones y prohibiciones propio de la cultura en que viven, etc.

Sé que mostrando esto de un modo tan descarnado, salta a primer plano lo absurdo de un posicionamiento determinista tan lineal como el que estoy criticando. Por eso resulta sencillo un acuerdo para descalificar ese modelo. Sin embargo en muchos textos psicoanalíticos y en demasiadas presentaciones clínicas pueden descubrirse presencias de esa perspectiva genética, “psico-cromosómica”, en la transmisión psíquica.

3.1.2. La “fabricación” de padres

Los fenómenos ligados a la transmisión intergeneracional de lo psíquico no pueden ser pensados en términos exclusivamente genealógicos, siguiendo el modelo con que opera la genética en territorios de la biología. No existe un inconsciente “cromosómico” que se transmita de las generaciones anteriores al sujeto en ciernes. Pero, sin llegar a ese extremo, es muy frecuente en los medios analíticos que se atribuyan las semejanzas psíquicas entre padres e hijos a esos traspasos genealógicos, que se podrían graficar mediante un vector descendente: de abuelos a padres y de éstos a hijos. Cualquier rasgo, síntoma o conflicto del vástago suele remitirse con demasiada facilidad –linealidad– a las fuentes parentales. En estas deducciones genealógicas se utiliza una noción de identificación más cercana al mimetismo (o copia) que al inconsciente; además suponen que señalando el origen de esa identificación sintomática, el problema comenzaría a resolverse. Ese prototipo de transmisión psíquica de una generación a otra está, por otra parte, muy arraigado en el sentido común, que ha forjado aforismos del tipo: “de tal palo, tal astilla”, o “son como dos gotas de agua” y otros similares. Se trata de aspectos imaginarios de la identificación; se antepone las semejanzas y se niegan las diferencias.

Considero más fructífera la aplicación de un procedimiento que denomino: *reconstrucción del trabajo de surgimiento del sujeto psíquico*. En esta metodología, ni las leyes mendelianas clásicas de la genética ni la epigenética contemporánea podrían ayudarnos, porque se trataría de una especie de “genealogía inversa”.⁴ El vector que ilustraría este procedimiento iría, en este caso, de abajo hacia arriba. La tarea consiste en percibir, primero, las representaciones conscientes e inconscientes que los hijos construyeron de sus objetos primarios; descubrir a partir de las asociaciones libres y del trabajo analítico quienes han sido la fuente de los rasgos transmitidos y apropiados por el analizante.

Cabrá despejar y tener en cuenta, también, la tarea creativa que el propio sujeto ha realizado con los rasgos de los objetos introyectados o incorporados y posteriormente establecidos como componentes permanentes de su psique. Me estoy refiriendo al trabajo metabólico y autoorganizativo realizado por el propio sujeto con las representaciones psíquicas inconscientes de los objetos primarios.

Este procedimiento reconoce la participación de realidades psíquicas creadas y verdades subjetivas instituidas en los hijos respecto de sus objetos de identificación; también se tiene en cuenta los estados psíquicos del “identificado” en tanto él proyectó aspectos propios sobre los que se convertirían en objetos de identificación.^{5*}

Suelo sintetizar humorísticamente algunos aspectos de este complejo procesamiento, diciendo que son los hijos quienes fabrican o crean –paradójicamente– a sus padres. Cada analizante alude en el transcurso de su análisis a las representaciones que fue forjando de sus objetos primarios. Esto permitiría entender por qué un mismo personaje materno o paterno ha sido subjetivado de manera diferente por cada hermano.

Dicho sea de paso, es interesante contrastar entre sí las sucesivas representaciones –maternas, paternas, fraternas, etc.– que cada analizante fue elaborando durante los años de análisis y cotejarlas, además, con aquellas que comentó en las entrevistas preliminares y que configuraron la primera versión de su “novela familiar”. La resignificación retroactiva de esas múltiples representaciones cumple también un papel importante.

Puede apreciarse ahora con más claridad que se trata de un procedimiento muy diferente al de la deducción genealógica –y no sólo por la dirección inversa comentada–: toma en cuenta una

multiplicidad de factores psíquicos y respeta los diversos aspectos *subjetivos* en juego, a los que se considera singulares, propios y exclusivos de cada analizante. Subrayar, por ejemplo, el carácter subjetivo de las representaciones de los objetos primarios no es precisamente para restarle méritos a esas creaciones, sino para recalcar que todo lo descrito acontece en los íntimos territorios de la subjetividad, porque de lo psíquico se trata. No se reduce a la captación de las semejanzas aparentes.

Conclusión: si el movimiento que inscribe marcas identificatorias en el cachorro humano se dirige en el sentido padres → hijos, el estudio de lo verdaderamente transmitido –sus intrínquilis y sus efectos– no puede encararse si no es yendo en el sentido contrario. No es la “objetividad” de la transmisión cromosómica sino la subjetividad inherente a la recepción de toda transmisión psíquica.

La insistencia en la reconstrucción a partir de la asociación libre del analizante no es sólo por el prurito de reducir al máximo la influencia de la subjetividad del analista. Se relaciona sobre todo con que la propia realización de esa labor produce la liberación de los aspectos alienantes de las identificaciones y facilita el retejido de la trama identificatoria del analizante, trabajo que es en sí mismo “terapéutico”.

Va de suyo que este trabajo resignifica la historia personal y permite construir nuevas versiones de los objetos parentales y, más ampliamente, familiares.

3.1.3. Cotejo de los dos procedimientos

Las deducciones genealógicas que suelen hacerse a partir de datos que los pacientes ofrecen sobre sus padres –por ejemplo, en las primeras entrevistas– no son a mi manera de ver demasiado válidas. Esta actitud “deductivista” simplifica las cosas; se fundamenta –¡inadecuadamente!– en un saber que el analista se auto-atribuye y que no tiene en cuenta el trabajo asociativo y elaborativo del paciente. La cuestión se complica cuando estas hipótesis deducidas por el analista quieren ser “inyectadas” al analizante para que las haga suyas; y se agrava aún más si se considera “resistencias” si éste manifiesta su desacuerdo.

El carácter no psicoanalítico –a mi modo de ver– de este procedimiento que pretende explicar lo que le sucede al analizante por medio de deducciones a partir de lo que acontece o aconteció en las generaciones anteriores... suele hacerse extensivo hasta al más banal de los síntomas. Es la resultante de pensar la problemática psíquica de un sujeto con una peculiar teoría causal: tal cosa del paciente se debe a que su padre... su madre... o su abuelo...

Este tipo de causalidad, que podríamos llamar genealógica, obtura en la actualidad la tarea clínica de la misma manera que en épocas pasadas lo hizo la noción de trauma o la idea de una intensidad virulenta de tal o cual pulsión. *Todo* podría ser explicado *siempre* por la existencia de agentes traumáticos o por una oralidad voraz.

Es un determinismo que parece reposar sobre cierta creencia o anhelo un tanto mágico: conociendo las causas o el origen de un síntoma o de una identificación se podría hacerlos desaparecer. Nada más ingenuo. Este tipo de causalidad –habitualmente espontánea en los pacientes– empeora si halla eco en el analista porque ella dificultaría o impediría el acercamiento a uno de los momentos cruciales del análisis de un adulto: aquél en que el analizante cesa en las imputaciones a papá, a mamá o a fulanito de tal..., o cuando puede salir de: “lo mío es una reacción a lo que me hizo (o hace) menganito...” –posicionamiento paranoide–, para terminar situándose a sí mismo en el centro de su propia problemática. La implicación personal del sujeto en sus síntomas, de una manera no culposa, agregaría, cambia radicalmente la posibilidad de trabajo analítico en tanto afirma al analizante como dueño de su existencia, como sujeto de su destino y como alguien que tendrá que tomar –tarde o temprano– las riendas de su vida. La genealogía “inversa” elude –al menos significativamente– esos atolladeros; atiende más a la palabra del analizante, trabaja con una temporalidad retroactiva acorde con la que funciona en la mente y reconoce la importancia de la realidad psíquica y las verdades subjetivas establecidas.

Además, la manera con que se encara la clínica desde esta perspectiva, podría evitar algo muy habitual en la praxis actual: que el analizante al imputar sus síntomas a sus ascendientes o a los otros –muchísimas veces con razón– utilice ese saber para justificar sus síntomas y a la vez, seguir quejándose de ellos.

3.1.4. No sólo lo *idem*

Se hace necesario *expurgar* la idea que casi espontáneamente lleva a pensar la identificación como una reproducción de lo mismo: *lo idem*. Si se sostiene que la identificación juega un rol fundamental en la estructuración del sujeto psíquico, cabe pensar que ella, más que duplicar o replicar, produce algo nuevo. Corresponde conceptualizar entonces a la identificación como aquel proceso que introduce la diferencia en la semejanza, aspecto éste que Lacan tuvo el mérito de subrayar. Es bajo formas caleidoscópicas o constelativas que el conjunto de marcas identificatorias produce la singularidad de cada sujeto, alentando la diferenciación.

He colocado también el acento en el trabajo asociativo del analizante. Esto implica concebir al análisis como un lugar donde sea posible la escritura de una nueva novela familiar, más soportable, más vivible, menos limitante que aquélla con la que vino por primera vez a consultarnos. Se trata de trabajar lo surgido vía asociación libre. Trabajar y per-elaborar este material original hasta que adquiera una nueva consistencia y aparezca incluido en una nueva organización.

Se ve entonces al paciente redescubriendo a sus antepasados, percibiendo otras facetas, construyendo nuevas imágenes, resignificando acontecimientos pretéritos. Un largo proceso que termina instalando al sujeto en otro lugar. “Algo ha cambiado en mí... suelen decir; soy el mismo pero distinto.”

Recién entonces comienzan a percibirse no sólo las repeticiones *sino las diferencias respecto de los padres y abuelos*, tenues algunas, más radicales otras. También los efectos de bucles –“cercanías psíquicas”– entre sujetos pertenecientes a generaciones bastante distantes entre sí; la importante “presencia” en el analizante de un abuelo con quien nunca se tuvo contacto –porque murió antes de su nacimiento– pero que sin embargo dejó marcas indelebles por los comentarios de alguno que lo conoció. Cómo no traer a colación asimismo el papel que pudo tener un familiar marginal o un vecino, conocedores y relatores de lo que se ha mantenido oculto en la familia o el hallazgo furtivo de objetos y papeles..., un gesto o una palabra captados al vuelo e internalizadas, un tono de voz, formas de mirar, las palabras de un maestro que influyó en una vocación, el infaltable tío de América, los lugares idealizados. Marcas de muy diversa índole que habrán de desplegarse y movilizarse.

Desde esta perspectiva, y en un sentido muy amplio, podemos pensar al análisis como un espacio-tiempo donde se favorece desanquilosar los rasgos constitutivos del sujeto, lo que permitiría una recomposición de su mosaico identificatorio (Véase *infra*, 3.13). Esto supone poner a trabajar toda la estructura psíquica del analizante. De ahí que la tarea clínica respecto de las identificaciones sea tan sólo parte de una labor más amplia. En el cuadro insertado en páginas siguientes –apartado en 3.6. –, se señala el conjunto de factores que intervienen en la operación analítica, desde su comienzo hasta el final.

Movilizar estas marcas no es tarea fácil en tanto las identificaciones crean una trama consistente, un núcleo duro que otorga identidad al sujeto. (Véase *infra*, 3.8). La aparición de nuevos elementos obtenidos de la cantera de la asociación libre y de la interpretación analítica posibilita la remodelación del mosaico identificatorio, otro objetivo clínico en relación al tema que nos ocupa.

Señalaría también como resultados de la cura (encontrados, no buscados) lo que suelo llamar efecto “tres en uno”⁶: quitar herrumbre, desanquilosar, desatascar, aflojar, limar ciertas rigideces, articular más aceitadamente. En otras palabras: introducir una cuña en las reiteradas repeticiones tanáticas de una estructura construida y sostenida –si fuera el caso– por rasgos identificatorios que coartan la vida psíquica del analizante.

3.2. Dialectizar los modelos causales con la transformabilidad clínica

Una de las principales inquietudes que atraviesan mi aproximación al tema de la identificación es la de dialectizar la teoría del determinismo psíquico a ella asociada con aquélla otra que conceptualiza las transformaciones subjetivas logrables mediante un psicoanálisis. Insisto en este asunto porque es frecuente observar en nuestro campo un rápido cambio de cartas cuando transitamos desde el terreno de la causalidad de los cuadros psicopatológicos hacia el de la modificación clínica de los mismos.

Me explico: los determinismos a ultranza, que marcan a fuego, que originan una estructura psíquica “sólida” y “fuerte” suelen dejar lugar, paradójal e inesperadamente, a una plasticidad de esa

misma estructura, cuando se pasa desde la teoría causal al ámbito de la cura analítica y las transformaciones subjetivas que pueden obtenerse en su seno. A mi modo de ver, una mejor articulación entre ambas teorías –la causal y la del cambio psíquico– pasaría por crear sistemas de determinación menos rígidos, más dúctiles, para no necesitar –luego– ese trueque de naipes.

Por lo tanto, pienso que corresponde otorgar un *toque de relativismo* a los adjetivos “sólida” “firme”, “potente”, con los que se suele caracterizar a las estructuras psíquicas surgidas gracias a las identificaciones estructurantes; sería más adecuado inscribirlas en una paradoja: aquélla que las concibe como transformables en algunos aspectos, pese a la fijeza que introducen. Continuidad y cambio, podría ser el lema. Si no fuera así, toda terapéutica psicoanalítica estaría condenada al fracaso.

Las identificaciones que configuran un núcleo identitario firme –aspecto éste indiscutible– debe conjugarse con la idea de transformabilidad analítica. La estructura no se cambia, pero..., sería posible una modificación del juego interno de sus elementos.

3.3. Identificación y transferencia

No existe otra posibilidad que transferir elementos de la organización psíquica que es propia de cada quien. No puede haber improvisación en las transferencias generadas. Por eso puedo proponer la siguiente definición que toma muy en cuenta el complejo fenómeno de la identificación: la transferencia es, *en sentido amplio*, la puesta en acto relacional de la estructura psíquica de un sujeto, constituida por vía identificatoria.

3.3.1. El sujeto transferente

En un sentido más restringido caracterizaría a la transferencia **analítica**, como *la puesta en acto de la estructura psíquica de un analizante en la relación con su analista*. De lo afirmado se desprende que la transferencia en la clínica es el recorte, el aislamiento de algo que se produce siempre –natural y espontáneamente– en cualquier relación humana, desde los más remotos tiempos, desde que la humanidad existe: cada quien, y en cualquier relación, se instala con su propia subjetividad, con aquella que adquirió durante su estructuración infantil y juvenil. Freud, al desvelar y conceptuar la vertiente transferencial en la clínica psicoanalítica, no hizo otra cosa que dar nombre a un caso particular de la misma: la que se establece en la relación con el analista. El sujeto es, por definición, transferente, esté donde esté y con quien esté. Le es imposible no transferir. Es un aspecto insoslayable del funcionamiento psíquico, derivado de la existencia del inconsciente.

Primera consecuencia: analizo la transferencia en cualquiera de los vínculos que el paciente relata. La concepción möebiana del espacio analítico, que se caracteriza por la continuidad entre el interior y el exterior, otorga un fundamento topológico a la posibilidad de tomar en consideración las transferencias que el analizante genera más allá de las cuatro paredes de la consulta, en cualquier sitio donde esté y en todas sus relaciones: con sus amigos, familiares, esposa/o, compañeros de trabajo, novia/o, jefes, profesores; es decir, no sólo con el analista. Que en esas circunstancias no se las analice ni interprete, no es un obstáculo para que se produzcan.

Estas transferencias (mal llamadas a mi gusto) para-analíticas pueden ser materia de *investigación e interpretación en la clínica*, a igual título y rango que las que se establece con el analista. Diría más: al paciente suele resultarle más impactantes las interpretaciones de sus transferencias sobre los personajes con los que convive cotidianamente.

Segunda consideración: la transferencia es un fenómeno actual; no es una reminiscencia del pasado; la transferencia no es sinónimo de repetición. Es actual pero lleva el pasado incluido, resignificado.

El pasado se va redefiniendo *constantemente* a partir de los sucesivos presentes. La concepción de la transferencia como *aquí, ahora, conmigo* es válida si tomamos en cuenta el aspecto de actualidad que ella implica pero es cuestionable cuando incluye como correlato implícito o automático el *cómo allí, entonces, con otro*.

Tal isomorfismo es inexistente, por los mismos motivos por los que la regresión, en sentido estricto, es imposible.⁷

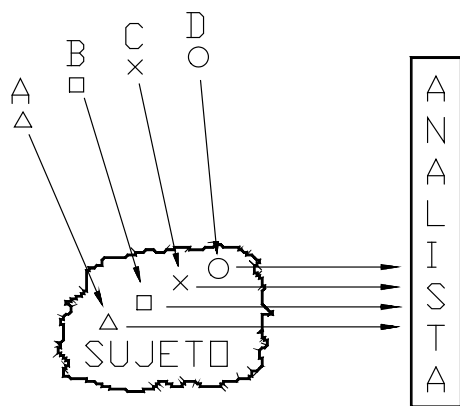
3.3.2. Dos prototipos de transferencia

Las constelaciones de introyectos y de identificaciones hacen su aparición en la escena psicoanalítica –irrumper desde el inicio– y muestra que se está en presencia de sujetos que se han estructurado mediante efectivos sistemas de identificación. *No hay vacíos identificatorios*; hablar en esos términos es un contrasentido: si hay sujeto es que hubo identificaciones.

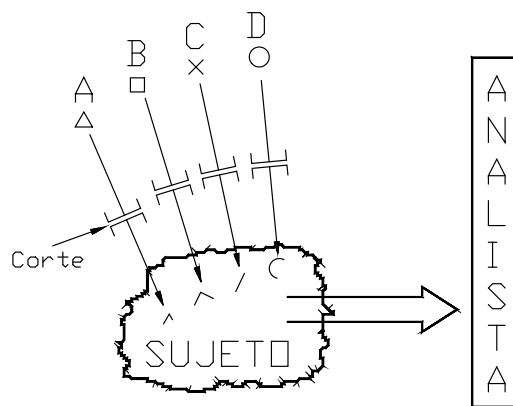
Como distintos actores sobre un escenario, las identificaciones van haciéndose presentes en la escena analítica, cosa que facilita su despliegue y análisis. Las proyecciones realizadas sobre el analista le invisten de imagos; identifican al analista con otro. El analista –ya lo sabemos– funciona en este plano, no como persona ni como individuo sino como un nuevo “objeto”. Es justamente por esos rasgos o detalles, que el analista es investido por el deseo inconsciente y deviene así soporte de la transferencia neurótica. Esta perspectiva de la identificación –radicalmente ligada al inconsciente, desplegada en la transferencia e inductora de trabajo analítico– implica una divisoria de aguas con otras prácticas terapéuticas y con otros procesos –por ejemplo: mimetismo, empatía, imitación, contagio psíquico– que siendo afines a la identificación presentan diferencias notables con ella.⁸

En IV, 1.1.5.2. propuse el neologismo *yobjeto* para referir esa especie de ente amalgamado –o relacional fusional– que conforma la madre y su bebé. A partir de entonces, y en distintos apartados de IV, 1. y IV, 2. hubo referencias a los movimientos circulares/helicoidales que desde los *yobjetos* se dirigen a la transubjetividad y desde ésta a la intersubjetividad⁹; situación esta última en la que el sujeto y el objeto ya están desgajados y discriminados. Esto último supone un sujeto constituido, con su membrana sujetal. Lo que se dirá a continuación no son disquisiciones gratuitas: si no se privilegia el momento de corte, de autonomía relativa respecto de los objetos primarios, si no se le otorga un lugar a la retroacción y a la metabolización que el sujeto realiza con lo introyectado/incorporado, se tenderá a pensar la transferencia como pura repetición de los vínculos originarios, estructurantes, como mera reedición del pasado. El sujeto repite sin duda, pero no sus relaciones primarias sino un *modo de ser* generado en su estructuración subjetiva cuyos determinantes y manifestaciones inconscientes le escapan, por definición. Ahora bien: será muy diferente la manera de entender la transferencia si se toma en consideración: a) el trabajo autoorganizativo que el protosujeto realiza; b) si se concibe la identificación como introductora de la semejanza y la diferencia; y c) si se tiene en cuenta la temporalidad retroactiva.

Muy esquemáticamente, si imaginamos la estructura psíquica de un sujeto como habiendo sido determinada por los objetos A, B, C, D y no privilegamos el momento de corte, de autonomía relativa –pero autonomía al fin– respecto de los mismos, seremos llevados a pensar la transferencia como pura repetición de estos vínculos estructurantes. El analista se pensará ocupando en la transferencia –según los momentos– aquellos lugares que antaño ocuparon A, B, C, y D (modelo 1 de transferencia).



Modelo 1 de Transferencia



Modelo 2 de Transferencia

Si por el contrario se presta importancia al momento de corte, de separación, respecto de los objetos de identificación, se podrá pensar la transferencia según el modelo 2: como la puesta en juego relacional de una estructura original y *relativamente* desconectada de aquellos que le dieron origen. Obsérvese que en el esquema de la derecha, la flecha que se dirige al analista parte del sujeto y no de los rasgos parciales de los objetos introyectados. Este segundo diagrama intenta representar los siguientes aspectos: en primer lugar, que A, B, C, y D no han sido introyectados *in toto*; que la identificación aconteció con rasgos parciales de los objetos de identificación; que sobre estos últimos recayeron previamente elementos proyectivos y que la identificación se hizo con representaciones inconscientes de dichos objetos. Una vez introyectados esos rasgos han sido metabolizados e integrados a la nueva estructura subjetiva. Ya no se tratará de la repetición lisa y llana de los vínculos con papá, mamá y los restantes objetos sino de la puesta en acto de la estructura del sujeto creada por identificaciones –¡original, única!– en la relación con un analista determinado. Habrá repeticiones con diferencias.¹⁰

3.4. Identificación y repetición

Respecto de la repetición diré que es el modo de existencia de lo psíquico; se produce por que el sujeto persevera en su modo de funcionamiento y de manifestar su estructura creada por las identificaciones. Es y se muestra, *básicamente*, igual a sí mismo, aunque lo haga con diferencias. Y esto ocurre porque –lisa y llanamente– no puede dejar de repetirse: eso le surge de manera espontánea, automática. Esta reiteración –una, dos, tres, diez veces lo mismo; cien, mil o más reediciones– es lo que se denomina *conceptualmente* repetición. Dicho en otros términos: cada uno repite la organización singular de su psique; es imposible que el sujeto no repita porque su estar en el mundo conlleva reiterar las marcas psíquicas que le son consustanciales, productos de sus identificaciones estructurantes. Cada psique es repitiente de lo propio y singular; este aspecto se pondrá de manifiesto en la relación transferencial y, más ampliamente, en cualquier relación de objeto.

Una psicoterapia fecunda podrá lograr –en el mejor de los casos– que el paciente empiece a repetir algo novedoso y menos limitante, pero nunca será posible que deje de repetir. Ni siquiera habría que pretenderlo.

El sujeto seguirá poniendo en acto reiteradamente su realidad psíquica –su propia configuración edípico-narcisista– ahora transformada, *metamorfoseada*, por los efectos del trabajo analítico. Winnicott reverbera en mí cuando me pregunto si hace falta atribuirle a esta repetición un *motor*, un carburante especial –la pulsión de muerte– que la haga funcionar.

Creo, por el contrario, que para explicar por qué se repite lo que se es –psíquicamente hablando–, no haría falta recurrir a Tánatos ni a su –supuesta– derivada: la compulsión a la repetición. Otra cosa sería, en un plano mucho más abstracto, adscribir a Eros o a Tánatos las actitudes concretas de un sujeto que tienden, respectivamente, a la ligazón o a la destrucción; pero en este caso se está haciendo referencia a dos tendencias muy generales de la psique, a las que resulta difícil asociarles el término “pulsión”, cuanto menos, con los significados que aquella adquirió en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915).

3.5. Implicancias clínicas derivadas del carácter inconsciente de la identificación

Otro objetivo que me planteo es el de realizar un uso más riguroso del concepto de identificación, tal como se avanzó en IV, 2.4.1. Para tales fines, subrayo algunas de las exigencias que se derivan de la articulación estrecha entre identificación e inconsciente; son ellas: para sostener con fundamento que una identificación está presente en la estructura psíquica de un sujeto o en algunos de sus síntomas, se requerirá haber realizado un largo trabajo con el paciente y haber desvelado ese rasgo inconsciente en juego, para precisar, luego, cuál es el objeto del que provino la marca implantada en el sujeto. Sólo después de descubrir al portador originario de ese rasgo mínimo, inconscientemente inscrito, se podrá considerarle, en el sentido pleno de los términos, *objeto de identificación*. Sería impropio, entonces, cuando se escucha un material clínico por primera vez, afirmar por ejemplo: el paciente está identificado con...

3.6. En la clínica se abordan los efectos de las identificaciones: la psique

Conviene tener presente que respecto de las identificaciones **estructurales** no hay desidentificación posible si por ello entendemos la caída o la desaparición de dicha identificación. Podrá haber transformaciones profundas, podrá haber conmociones y reorganizaciones narcisistas, sacudimiento de ciertos enunciados identificantes, desujeción de los mandatos maternos, paternos, desprendimientos de los efectos alienantes que ellas conllevan, aspectos éstos que hablan de una cierta transformabilidad de las identificaciones estructurales, pero nunca una desidentificación, si con este vocablo se pretende afirmar que es posible despojarnos de ellas.

Esto se debe, entre otros motivos, a que en la cura analítica no trabajamos con las identificaciones una a una, aisladas, por el simple hecho de ésta no es su forma de existencia en el psiquismo. Ellas han sido inscritas, metabolizadas e integradas en una nueva subjetividad, que devino a partir de entonces *una construcción compleja, organizada a partir de las trazas que las identificaciones inscribieron*. Los cambios posibles pasan entonces por transformar la subjetividad en su conjunto. De ahí que abordemos las identificaciones de un modo *indirecto*: por los efectos de las mismas: el aparato psíquico. Si la identificación es causa de lo psíquico, ellas ejercieron esa función causal en la creación de la nueva estructura psíquica.

En la tarea clínica se buscará transformar –con objetivos terapéuticos– aquello que la identificación formó: el aparato psíquico y sus modos de funcionamiento. En otros términos, se propenderá a lograr una transformación subjetiva. O, como suelo llamarla, *metamorfosis de la neurosis*: máxima modificación posible de la psique singular del analizante, organizada por las identificaciones estructurantes. Véase en la parte superior del esquema siguiente esos términos. Esta metamorfosis requerirá una mutación de la posición subjetiva respecto de la castración, del deseo, del fantasma y del gozo.

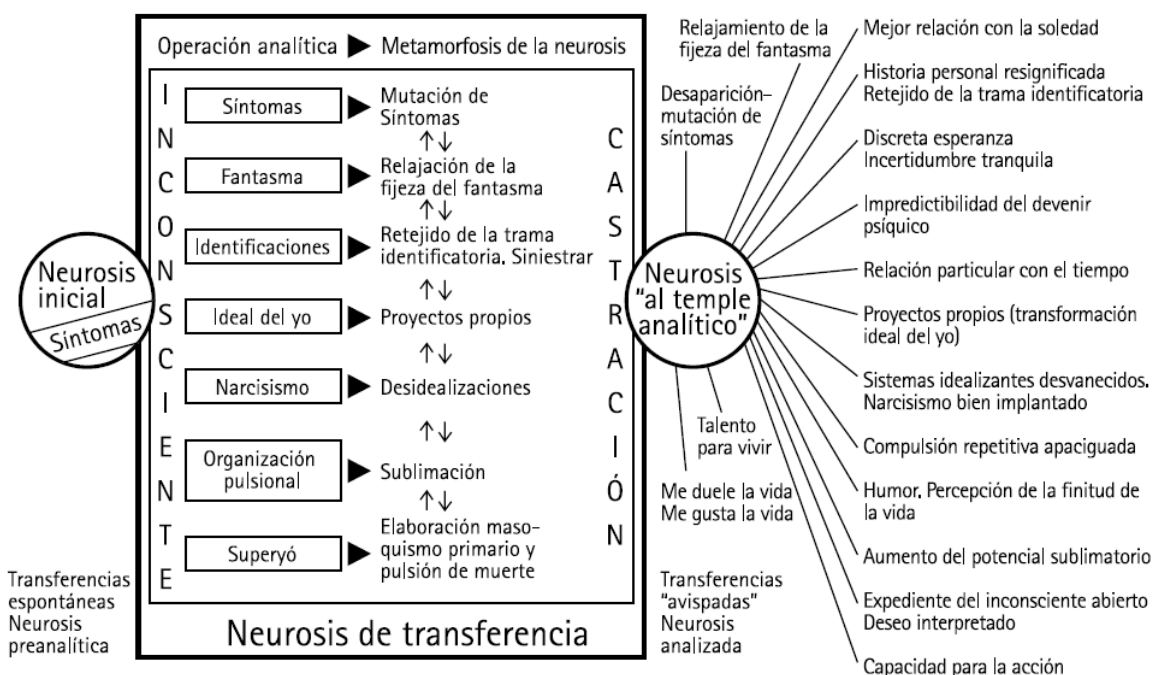
El diagrama que se incluye a continuación enumera muy sintéticamente las principales dimensiones sobre las que se trabaja en un psicoanálisis clínico. En él se apreciarán también las manifestaciones fenomenológicas más habituales de un análisis finalizado (sector derecho del mismo). Denomino “neurosis al temple analítico” al estado de la neurosis una vez acabado el análisis.

Es imposible e innecesario en este contexto ampliar los comentarios sobre este esquema; donde sí lo hice fue en mi libro *El oficio de analista, op. cit.*, primera edición, pp. 245 a 315.

LA OPERACIÓN ANALÍTICA

COMIENZO

FINALES



El largo proceso de elaboración que supone un análisis y los cambios surgidos como producto del trabajo realizado **sobre el conjunto de la estructura psíquica** tienen sus repercusiones sobre la urdimbre identificatoria. La tarea analítica respecto de la castración, el fantasma, la compulsión repetitiva, el deseo, el narcisismo, etc. coadyuvan indirectamente al retejido de la red de identificaciones, en tanto que aquellos que dejaron inscripciones estructurantes en el aparato psíquico han sido objetos de amor y/o deseo, fueron incluidos en las producciones fantasmáticas del sujeto y sobre ellos recayeron también las idealizaciones que están en la base del movimiento que lleva a la identificación. Por lo tanto, las transformaciones acaecidas en todas estas dimensiones del psiquismo repercutirán de manera necesaria sobre la trama identificatoria. Habrá un retejido de la misma, como se afirma en el cuadro.

Dicho en otros términos, considero que la tarea analítica no pasa, en esencia, por hacer consciente las identificaciones. Tomar conciencia de una identificación no significa deshacerla.¹¹ Tampoco se trata de “romper” las identificaciones, como suele escucharse a veces. Si son estructurales, se deduce que tales identificaciones no pueden abolirse por que ello acarrearía la cancelación del sujeto. Es modificable en cambio -mediante un abordaje indirecto de las mismas- la relación que se ha establecido internamente **con y entre** los rasgos de los objetos introyectados y apropiados, facilitando el desprendimiento de los aspectos alienantes y desanquilosando identificaciones que encadenan a sufrimientos, a fuertes inhibiciones, a síntomas, somatizaciones y tensiones especulares.

3.7. El trabajo autoorganizativo y su repercusión en la clínica

La estructuración del aparato psíquico no sobreviene como una simple resultante de determinantes exteriores; también le cabe al protosujeto un papel importante, tanto durante su conformación infantil como -más aún- en períodos posteriores. El nuevo sujeto no es una tabula rasa en la que se implantan los rasgos identificatorios provenientes de los otros. Es necesario tomar también en consideración lo que el protosujeto aporta y como entra en juego él en ese entramado complejo de determinaciones que, a mi modo de ver, es a múltiples vías. El concepto de identificación debería incluir como uno más de sus significados el trabajo creativo que va realizando el candidato a sujeto en el proceso estructurante, con los rasgos aportados por los objetos de identificación.

Para remarcar esta faceta diría que la materia prima que los objetos proveen al *infans* es siempre transformada e incluida en una nueva combinatoria. Además, cabe inferir que el niño/a lleva también a cabo una cierta selección; no todo lo que se le ofrece lo hace suyo. El *protosujeto no es pasivo en este proceso*; los rasgos que internaliza, pasan a formar parte de un nuevo sistema, son acogidos y procesados en una constelación novedosa. Si se pierde de vista este aspecto metabolizador, autoorganizativo, que el sujeto realiza, se refuerza la idea de que la identificación es la mera copia de un modelo. Esta concepción no sólo es empobrecedora; es incorrecta.

Este trabajo autoorganizativo introduce un corte, una separación respecto de los objetos identificantes. En el esquema insertado *supra*, en 3.3.2., se ha ilustrado este fenómeno y su repercusión en la concepción de la transferencia. Tan es así que una vez acontecidas las identificaciones, no se puede retornar al *statu quo* anterior: es imposible disolver las nuevas inscripciones psíquicas ni "devolver" rasgos a quienes los aportaron. No hay reversibilidad del proceso. Tampoco, vasos comunicantes entre padres e hijos, ya que la transubjetividad inicial va dejando lugar a una incipiente intersubjetividad. Ya se dijo: es simplificador pensar la conexión intergeneracional como si se tratara de un fotocopiado o de una transmisión de ADN psíquico. En 3.15. se verá que este aspecto autoorganizador ha sido incorporado a la noción de *función del hijo*.

3.8. La identidad: un correlato de la identificación

La *identidad* implica sentirse y reconocerse poseedor de determinadas marcas o características singulares; cuando algunas de ellas se las asumen como compartidas con otros semejantes -que también las manifiestan y despliegan- la identidad adopta una dimensión social. Por la forma en que se constituye, es difícil -aunque necesario- diferenciar lo estrictamente personal y lo social en la

identidad; la dificultad para discriminarlas se debe a que lo subjetivo nace simultáneamente con la sociabilidad.¹²

Que cada sujeto construya y sea portador de una identidad es una peripecia obligada, insoslayable, porque ella es un correlato de la estructuración subjetiva vía identificación. La identidad surge por la combinación de rasgos identificatorios.

Los aspectos simbólicos de esa identidad están articulados con lo inconsciente; y en tanto éste es una composición de inscripciones psíquicas altamente singulares, habrá diferencias significativas entre los sujetos. Ellas pueden percibirse, incluso, en los miembros de una misma familia. La identificación psicoanalíticamente entendida —y su consecuencia: la identidad— conlleva siempre la semejanza y la diferencia. Algo análogo sucede con los complejos fantasmáticos propios de cada sujeto. Por otra parte, la determinación por lo pulsional del Otro, genera modalidades peculiares de gozo en cada *hablanteser*.¹³ Dicho en otras palabras, a las disparidades debidas a factores culturales, de lugares de nacimiento, étnicos, religiosos, ideológicos, económicos, sociales, laborales, etc., se añaden las derivadas del gozo y de las inscripciones inconscientes singulares; las provenientes de la intensidad con que operó la castración sobre el narcisismo de cada persona y las surgidas de las modalidades de idealización, según cuál sea su fuente predominante: yo-ideal o Ideal del yo.

La mirada peculiar del psicoanálisis resalta la singularidad de todos los sujetos. Cada uno es único. Esta unicidad reside, básicamente, en lo idiosincrásico de las instancias y funciones psíquicas recién aludidas. Los determinantes identificatorios y sus efectos son propios, impares, irrepetibles; cada ser humano tiene lo suyos en exclusiva; el azar —mayor o menor, según los casos— se suma habitualmente a la estructuración psíquica. También, la auto-organización y el “metabolismo” que el candidato a sujeto realizó con las marcas que el Otro le implantó. Este conjunto de determinantes configura la dimensión más íntima y privada de la identidad.

Remitir la identidad a las disparidades en lo inconsciente, a lo fantasmático, a lo pulsional y al gozo sitúa la identidad en un registro diferente: no es aquello que se cree ser —plano esencialmente imaginario de la identidad— sino en lo simbólico: lo inconsciente, esa tierra ignota, determinante fundamental de la identidad para el psicoanálisis, *nos transforma a todos en extranjeros*, y no sólo ante los demás sino ante nosotros mismos.¹⁴

3.9. La estructuración subjetiva infantil: una relación asimétrica

Me interesa subrayar que desde los primeros vínculos extrauterinos entre el *infans* y sus progenitores, éstos ponen insoslayablemente en juego sus historias personales y las características psíquicas que les son propias. Dicho de una manera más psicoanalítica: el recién nacido es (y será) objeto de transferencias por parte de sus padres y, con la mediación de ellas, el neonato se irá psiquizando. Se trata de una relación radicalmente asimétrica: el desvalimiento del cachorro humano lo coloca en una situación de enorme dependencia respecto de los adultos que le rodean. Este desamparo genera y delimita un espacio donde bulle el deseo inconsciente y el narcisismo de los padres, que devienen causa de lo psíquico del *infans*.

La pregunta a la que deberíamos responder, entonces, desde la perspectiva que estoy exponiendo, no es tanto ¿cómo se produce la apertura a la objetividad desde el narcisismo primario?^{15*}, sino: ¿cómo puede estructurarse un sujeto diferenciado, discriminado, si se parte de relaciones tipo *yobjeto*? En IV, 1.1.5.2. propuse este neologismo para referirme a la relacional fusional entre la madre y el recién nacido y se plantearon distintas formas de superar ese ligamen. Vuelvo aquí a este tema, pero desde una vertiente clínica.

3.9.1. Amplio espectro de posibilidades

Plantearé dos extremos de un amplísimo abanico, que apuntan a responder al interrogante recién formulado y, por elevación, a mostrar los distintos grados en que dicha discriminación puede ser lograda durante el proceso de estructuración subjetiva en la infancia.

— En un extremo: que el hijo haya sido fruto del amor y del deseo de una pareja y que fuese

concebido como alguien independiente a pesar de su extrema dependencia. La presencia del tercero en el inconsciente materno favorecerá no sólo su función narcisizante sino y también la simbolizante. Si, asimismo, el padre cumplió su función, el rumbo hacia la objetividad discriminada (y la neurosis) será el más probable.

- En la otra punta del abanico: que el niño/a sea, lamentablemente, la expresión de la potencia engendrante de la madre o de la capacidad sementífera del padre y que ambos se muestren incapaces de sofrenar sus afanes pigmaliónicos respecto del hijo, y persistan en las ansias de ver clonados sus propios valores e ideales en el vástago. Comienzan aquí, desde los primeros días de vida, los caminos (remarco el plural) que perpetúan la fusión, la indiscriminación y que conducen a la psicosis y a los trastornos límites de la personalidad.

Huelga decir que la clínica nos enfrenta con la complejidad real de estas situaciones –quiero decir: no con los esquemas recién propuestos– y con toda la gama de posiciones intermedias del abanico, singularizadas para cada progenitor y generadoras de una constelación familiar –en la que cabe incluir al hijo, puesto que no es una tabula rasa– que determinará la constitución, tránsito y resolución del narcisismo y del Edipo en el *infans*.

La situación de los que se encuentran en el segundo grupo, será ampliamente comentada desde el punto de vista identificatorio en el apartado siguiente: *Clínica de la identificación primaria*. La del primer grupo –neurosis–, podría precisarse así:

La identificación primaria –prevalentemente introyectiva– promovió las inscripciones simbólicas iniciales, que fueron luego reprocesadas por las identificaciones secundarias edípicas, constitutivas del sujeto del inconsciente y del Ideal del yo. La escisión inaugural del aparato psíquico –represión originaria– se vio reforzada por el accionar de la represión secundaria y los mecanismos a ella asociada. Se funda así un sujeto dividido; la firmeza y estabilidad de este tabicamiento intersistémico hará que los síntomas sean una formación de compromiso entre el *Inc.* y el *Prec.-Cc.*

La identificación primaria incorporativa, que también acontece en las neurosis, constituyó al yo de placer purificado, embrión que dará lugar al yo (coetáneo del narcisismo) y a su relicario: Yo ideal. La identificación primaria incorporativa instaló el zócalo narcisista sobre el cual se inscribieron las identificaciones constitutivas del yo. Asimismo, hubo una buena experiencia dual, especular, instituyente del yo y un posterior trabajo edípico sobre el narcisismo residual, que remodeló al Ideal del yo-superyó. Esto permitió establecer un sistema regulador de la autoestima, destilado en su pasaje por la castración. Sin dejar de generar conflictos ni de participar en la formación de síntomas, este narcisismo reciclado suele ser más trófico que deletéreo.¹⁶

3.9.2. La misma pregunta, pensada desde el vástago

Si volvemos al interrogante recién formulado –¿cómo diferenciarse en el seno de una relación fusional? – pero ahora, planteándolo desde el lugar del hijo, podríamos decir que la constitución del narcisismo es –ya– una respuesta. La formación de su yo supone, para él, la creación y posesión de una identidad primigenia, que le posibilita el pasaje de un tipo inicial de vínculo, muy rudimentario, (el que puede establecerse entre un lactante y la subjetividad ya constituida de los adultos), a una segunda modalidad relacional: la *transubjetividad propia del narcisismo*, paso intermedio para la incipiente intersubjetividad edípica.¹⁷

No sin cierta ironía, acostumbro a considerar a este narcisismo (primario) como una mala solución de la angustia asociada al desamparo originario. Ironía, repito, puesto que ese desenlace inadecuado es el único posible en esos momentos y circunstancias. En otros términos: la identificación narcisista, fundacional del yo, provee al *infans* la continuidad intrapsíquica del vínculo con el objeto, cuando éste se aleja. Como ya fue dicho, al ser inevitable la discontinuidad de la relación, en tanto la madre en algún momento tuvo –y tendrá– que ausentarse, la implementación de tal identificación es generalizada, como su consecuencia: la constitución del narcisismo primario. La incorporación fantasmática de este objeto total y la identificación que le es correlativa, permite “poseerlo” siempre (es portador continuo del mismo). Si la vivencia de desamparo es muy intensa –por los motivos que

fueran, pongamos por caso, la incapacidad de los padres para apaciguarla— mayor será la tendencia a las identificaciones de tipo narcisista. Como consecuencia de esta exacerbación narcisista se reforzará la dependencia objetal; se incrementará el déficit simbólico y se verá dificultada la reapertura (post-narcisística) a una objetividad más discriminada como es la edípica. En otros términos: marcada presencia del narcisismo en la estructura psíquica y tropiezos en el posterior tránsito por el Edipo, más todos los corolarios que generan estos condicionantes.

3.10. Clínica de la identificación primaria

Comenzaré diciendo que el sólo hecho de enunciar “*clínica de la identificación primaria*” implica que éstas han sido fallidas; en caso de haberse consumado de manera adecuada no habría manifestaciones directas de las mismas en el vínculo transferencial. Su presencia indica que el proceso estructurante de una nueva subjetividad ha sufrido una catástrofe severa: se vio afectado desde su comienzo y se generó posteriormente una “bola de nieve” de fracasos: ni las identificaciones narcisistas ni las secundarias edípicas han podido continuar eficazmente con su labor estructurante. Dicho en otros términos, no se llevó a cabo la organización retroactiva de las primeras marcas identificatorias. Se estará en presencia de una patología grave: sea una psicosis sea trastornos fronterizos.

Por eso, adentrarnos en la clínica de las identificaciones primarias es ingresar en un reino en el que las identificaciones secundarias —narcisistas y edípicas— han “capotado”; han tenido escasa participación en la reorganización del aparato psíquico. Se trata, entonces, de un terreno mental configurado por el predominio de las identificaciones primarias incorporativas y las narcisistas poco transformadas por la castración, con ausencia significativa de identificaciones secundarias.

Desde la perspectiva identificatoria podría caracterizarse la psicosis así: el predominio de la identificación primaria incorporativa —o, lo que es lo mismo: fracasos introyectivos— determinó una rarefacción en el proceso mismo de estructuración del sujeto del inconsciente. El déficit simbólico es muy marcado. A esto se sumó una inestabilidad yoica ocasionada por un narcisismo muy fallido y escasamente reprocesado por lo edípico. Las tópicos del aparato psíquico están trastocadas y prevalecen las defensas psicóticas. El repudio, rechazo o *forclusión* sustituyó a la represión.

Predomina la oralidad y la analidad, en detrimento de lo fálico. Esto conlleva un déficit enorme en el establecimiento de la triangularidad edípica, y la falta de reorganización retroactiva desde lo fálico. La problemática de la castración y de la diferencia de los sexos brilla por su ausencia. La función paterna deficitaria no favorece la apertura de la relación fusional madre-hijo: persistencia del estado *yobjeto*. Tánatos predomina sobre Eros.

En las psicosis está descatectizada la representación de cosa en el inconsciente y se produce un borramiento de las diferencias entre la palabra y la cosa. El lenguaje no cumple la función de sujetar al sujeto en el mundo. Los factores estructurales recién apuntados determinan que las transferencias sean *sui-generis*: no son sobre la base de un rasgo o detalle del analista sino que lo implican masivamente. En dos palabras: transferencia psicótica.

Los observables clínicos más frecuentes serían:

- Predominio de las identificaciones primarias incorporativas, o lo que sería similar: fracasos en las primeras inscripciones simbólicas de las identificaciones primarias.
- Aquello que ha sido incorporado suele ser proyectado sobre los objetos que se le cruzan al sujeto en el camino. Estos vínculos quedan entonces inmersos en fantasmas en que priman los pares antitéticos devorar/ser devorado; comer/ ser comido; rechazar/ser rechazado. El analista no escapa a tales proyecciones, que adquieren carácter masivo.
- La dependencia objetal extrema hace oscilar a estos pacientes entre cierta euforia maníaca cuando consiguen la presencia del objeto y una helación depresiva cuando el otro no está cerca las veinticuatro horas del día. Vivencias de invasión y su contrapartida: abandono. No siempre, en medio de los síntomas que presenta el paciente y de la fenomenología recién descrita puede responderse con claridad a la pregunta clave: ¿es la represión o el mecanismo psicótico el que funda la estructura psíquica del analizante?

- Los esfuerzos por introyectar el objeto se ven condenados al fracaso. Estos sujetos ensayan introyecciones y consiguen incorporaciones, cosa que les aboca a repetir los intentos.
- La presencia casi alucinatoria del objeto incorporado -bastante habitual en este tipo de pacientes- suele patentizarse en la tendencia a realizar duelos patológicos.
- Experiencia especular fallida, a lo que se suman déficits de identificaciones secundarias, y por lo tanto, rarefacción del \$, del fantasma y del Ideal del Yo.
- En los casos límites el fantasma más que expresarse cifradamente en la asociación libre, es actuado tanto en la sesión como fuera de ella (*acting out*).
- La transferencia suele adquirir características muy diferentes a la neurótica típica y a la francamente psicótica. Además de imbricaciones hay alternancias; por ejemplo, no es la misma calidad transferencial la que existe en los momentos de crisis que la observable en los períodos más calmos. El establecimiento del sujeto supuesto saber suele ser difícil, ya que esta operación requiere como requisito la constitución previa del complejo fantasmático y la del objeto en el mundo interno.
- Por otra parte, la intensa problemática narcisista (por los fracasos ya comentados en la experiencia especular) hace que el amor de transferencia sea con facilidad sustituido por las pasiones: erotomanía, delirios amorosos, o bien sus contrapartidas: persecuciones intensas o denigraciones del analista. La transferencia suele ser masiva y reposa en la creencia de un analista omnisciente y omnipotente. Pero estas atribuciones pueden virar fácilmente hacia la vertiente persecutoria, hacia la omnipotencia aniquilante.
- Cuando se habla de transferencia masiva se está evocando la imposibilidad de transferencias en base a un rasgo, a un detalle del analista. En estos casos quedamos enteramente capturados por esas modalidades transferenciales.
- Dificultades para superar las dependencias objetales tempranas y tendencia a las relaciones fusionales en las que el otro funciona de sostén.
- Trastornos en la simbolización y en la esfera del pensamiento. A veces y en contrapartida, para salvaguardar la mente: somatizaciones.

3.11. Clínica de las identificaciones narcisistas

Con las ideas expuestas sobre la identificación narcisista en IV, 1.6.2. (incorporación masiva del objeto y su *pervivencia* psíquica, ambivalencia y batallas sadomasoquistas internas, sobre un trasfondo de indefensión), dirijo mi trabajo clínico a la disminución de las vivencias de desamparo y al apaciguamiento de las idealizaciones arcaicas que siempre están en juego en tales situaciones.^{18*}

En líneas generales mis interpretaciones no insisten en aquellos aspectos que remiten a las semejanzas entre el sujeto y el objeto incorporado, camino que toman habitualmente los que pretenden hacer conscientes estas identificaciones. Por el contrario, apunto más bien a resaltar las diferencias que existen con el objeto, porque creo que esto facilita las separaciones –que siempre son muy limitadas– respecto del objeto incorporado. Como casi nunca acontece una caída masiva de tal identificación –¡mejor!, dado los efectos que algo por el estilo acarrearía– tendrán que reiterarse necesariamente estos despegamientos parciales del objeto. Se van produciendo así –en las condiciones más favorables– separaciones del objeto, simultáneas a la “externalización” progresiva del mismo. En el mejor de los casos, el objeto se reconstruye fuera –deja de ser una sombra incorporada– y comienza a adquirir volumen y consistencia propia. El proceso conlleva cierta recuperación de los fragmentos de historia que quedaron aplastados por la identificación.

Esta labor suele tener efectos desalienantes. En caso de tener éxito en esa tarea, se logrará reducir el gozo inherente al apego masivo al objeto. Se abriría entonces la posibilidad de atenuar las repeticiones de la conflictiva expuesta, cosa que permitiría ganar para la dimensión del deseo, aquello que estaba más allá del principio del placer. Se le arrebatara, así, territorio al narcisismo fallido, engrosando el narcisismo trófico y los procesos simbolizantes. Sin duda estos efectos supondrán un cambio positivo en el funcionamiento psíquico.

La soldadura al objeto, carácter específico de las identificaciones narcisistas, podrá resolverse mejor o peor según el grado de simbolización de lo imaginario que pueda obtenerse en la tarea clínica.

Cuanto más fallos simbólicos hubo, más difícil será ésta. De todas formas, siempre se requerirá trabajar la problemática del desamparo y las idealizaciones arcaicas que están en juego.

Esta modalidad específica de angustia –la de separación, asociada a vivencias de desamparo agudas– es particularmente intensa en los trastornos límites de la personalidad (*borderline*) y podría ser un elemento diferenciador más entre las estructuras neuróticas –en las que predomina la angustia de castración– y las psicóticas, en las que prevalece la angustia de aniquilación.

3.12. Clínica de las identificaciones edípicas. Siniestrar

Se recordará que estas identificaciones son al rasgo o detalle altamente parcial del objeto y que completaban la tarea de estructuración psíquica iniciada por las primarias y narcisistas.

3.12.1. Una intensa seducción intrapsíquica

Cuando Freud describió las identificaciones secundarias edípicas planteó que el yo –identificado a los rasgos del objeto– enviaba al Ello el siguiente mensaje: “Mira, puedes amarme a mí; soy tan parecido al objeto...”¹⁹ Se trataba de una verdadera seducción intrapsíquica, heredera y reproductora del vínculo libidinal otrora existente con los objetos edípicos. A juzgar por la fijeza de los rasgos identificatorios adquiridos, se comportaba como un amor estable y duradero; casi un embrujo.

Buena parte del trabajo analítico sobre las identificaciones edípicas (al rasgo o detalle de un objeto) pasa, justamente, por modificar ese encantamiento con que el yo cautiva al Ello. Es la condición necesaria para disminuir la fijeza de estas trazas constitutivas del sujeto. El analizante tiene ante estos rasgos suyos una actitud compleja.

En lo manifiesto, al percibir que le producen inhibiciones, síntomas, limitaciones, angustia, clama por su desaparición: ¡quítame esto! Al mismo tiempo parece decir: no toque esos rasgos ni el sufrimiento que le es inherente porque ahí está mi gozo. Yo *soy* esos rasgos y no sabría ni querría abandonarlos puesto que es como dejar de existir, como sé que existo gracias a ellos... y por el momento no tengo ningún otro modo de existencia. Por esto se requiere, justamente, un abordaje indirecto que vaya facilitando modificaciones parciales.

Si el trabajo de restitución puede realizarse con el tiempo necesario... si se acompaña al analizante en las recomposiciones caleidoscópicas de su batería identificatoria –lo que en otro registro describí como resignificar la historia personal o escribir una nueva novela familiar– se va creando un espacio para nuevas ópticas... se va armando otro andamiaje simbólico que da al sujeto una consistencia distinta...

En fin: se elabora..., se escribe una historia que no ha tenido jamás lugar anteriormente, en tanto se construye con elementos que recién ahora empiezan a ver la luz del día.

La doble labor sobre los registros edípicos y narcisistas permite ir ganando para la dimensión del deseo aquello que, en principio, estaba más allá del principio del placer; posibilita arrebatar territorio al narcisismo fallido, engrosando el narcisismo trófico y los procesos simbolizantes. Si logramos reducir algo del gozo inherente al apego masivo al objeto –caso de las identificaciones narcisistas o especulares– y si se atenúa la fascinación ejercida por los objetos edípicos –identificaciones edípicas o simbólicas– se produce un cambio en el funcionamiento psíquico. Surge entonces en el analizante el fenómeno de lo siniestro, en la siguiente acepción: lo propio, lo absolutamente personal les comienza a devenir extraño. Los pacientes suelen describir esta situación de diversos modos. Aquello que les habitó... y que de alguna manera les sigue habitando... aquello que les ha sido tan consustancial lo ven o descubren ahora más claramente alrededor suyo, en algún miembro de la familia... en los otros, que actúan como una especie de espejo retrospectivo, que muestra como ellos eran antes. Lo ven en los otros y les horripila. Aquello tan propio se les ha vuelto intolerable, inaguantable, insufrible.

3.12.2. Siniestrar

Hace ya bastante tiempo denominé *siniestrar* a ese aspecto de la cura que acerca al analizante a vivenciar horror frente a algunas cosas de sí mismo. Si esta horripilación aparece, es un indicador de

que la labor analítica ha llevado al analizante a modificar la relación interna con esos rasgos y síntomas constrictivos que le unían, vía identificación, a los miembros de su familia. La angustia y una sensación de orfandad suelen ser sus corolarios.

Este término me vino a la mente como ocurrencia durante la sesión de una paciente. Sostengo que todo análisis en marcha produce el fenómeno de lo siniestro en la siguiente acepción: lo propio, lo absolutamente personal deviene extraño. Fue así como Freud había definido lo siniestro en su artículo homónimo de 1919.

Desde una perspectiva muy amplia y específica a la vez considero que el análisis consiste en *siniestrar*: aquello que me habitó... y que de alguna manera me sigue habitando... aquello que ha sido tan consustancial a mí... lo veo ahora alrededor mío... en los otros... en los demás, que funcionan como una especie de espejo retrospectivo de mí mismo.

Lo veo en otros y me horripila.

Aquello tan mío se volvió intolerable para mí, inaguantable, insufrible. Si llegó al hartazgo, ¡mejor aún! Señal que el analizante siente esa repulsión necesaria para todo cambio psíquico; indicador también de que la labor analítica ha llevado previamente al paciente a un punto tal en que ya le resulta factible desprenderse de esos rasgos y síntomas constrictivos.

Desde otra perspectiva podría describirse como la experiencia de salirse de sí mismo; torcer ligeramente el destino asignado; volver a parirse. Son los momentos en los que se ve palpablemente, que somos siempre, sujetos en estado de construcción permanente. Sólo el guardián de lo *rígido*, que suele también habitarnos sueña con un documento de identidad psíquica estático.

Siniestrar..., llegar a vivenciar horror frente a las cosas de uno mismo. Un espanto lo suficientemente intenso como para romper cierta fascinación, cierto cariño que solemos sentir respecto de lo personal y familiar.

Si el analizante tiende a la restitución de la célula originaria que le garantice en cuanto a su existencia o en cuanto a su identidad yoica; si compulsado por su yo tiende a la unificación, el analista propende a revelar que la existencia no es tributaria de ninguna garantía de unidad con el otro; que esta existencia, más que de la unidad se sostiene de lo fragmentario, cosa que no es, necesariamente, sinónimo de despedazamiento, destrucción o estallido.

El trabajo analítico sobre las identificaciones –especialmente en los momentos de destitución subjetiva– acerca al analizante a aquellos niveles donde las *certidumbres ya no existen*; a transitar por el desamparo... a reconstruirse luego. Lo acerca a esa dimensión en la que estamos horriblemente solos y en la que se hace más palpable cómo, únicamente, de forma vacilante podemos encontrar apoyo en nuestras trazas identificatorias.

Hay una "insoportable levedad del ser" con la que también tenemos –dolorosamente– que aprender a convivir, a contar con ella. Esta referencia a Milan Kundera no nos transporta a la literatura; sigo hablando de uno de los meollos centrales de la práctica analítica y de la vida humana que este novelista supo, seguramente, captar.

Siniestrar es particularmente arduo cuando esos rasgos que hoy producen horror provienen de los padres.

¿Cómo siniestrar elaborando simultáneamente la culpabilidad que atraviesa al analizante por sentirse un hereje que abandona a sus objetos primarios, al haber "limado" tal o cual rasgo que le daba cierto "aire de familia"?!

¿Cómo acompañar al analizante en esa situación tan angustiante como es la de sentirse por instantes absolutamente huérfano, en un espacio cósmico y sin asideros, porque estos o aquellos rasgos ya no le unen a sus progenitores? Creo que es -en el marco de la neurosis- una de las angustias más intensas. La pérdida de estas señas de identidad familiar provoca a veces una sensación de soledad enorme.

Los analizantes, para no acercarse demasiado a ella, para no palparla, reaccionan de forma variopinta. No son raros en esos instantes los intentos de tinte paranoico (¡yo solo contra todos!), ni las reacciones maníacas (me las apaño solo, no necesito a nadie), ni las profundamente depresivas (estoy sólo en el mundo), ni los desgarros del abandono (me han dejado otra vez). Más tarde, suelen descubrir también que la soledad no es necesariamente una maldición.

Turbulencias profundas, desamparos originarios que nos constituyen y nos habitan, pero que tan sólo de tanto en tanto se manifiestan crudamente... y nos sacuden.

La tarea analítica, en tanto tiende a la puesta en evidencia de las identificaciones estructurantes, permite también disolver ciertas fijaciones y encadenamientos a un determinado tipo de identificaciones que causan sufrimiento o fuertes inhibiciones, síntomas, somatizaciones y tensiones especulares.

Se amplía así –especialmente si la tarea analítica es fructífera– el nivel de los posibles *posibles* para cada uno; se ensancha el margen –siempre limitado por cierto– de la libertad personal, pero se evidencian también los *límites de la estructura de cada quien*.

Este desmontaje identificatorio no es un fin en sí mismo, sino un tiempo lógico al que sigue otro de reacomodo, de restitución diferenciada. Caída del yo imaginario con una promoción concomitante del sujeto barrado, del sujeto del deseo.

Frente a ese desamparo originario, y frente al desamparo ya no tan primordial –sentirse inerme y sin recursos frente a la presencia del deseo del Otro– la tarea analítica suele otorgar nuevos puntos de anclaje para ponerlos en juego en los escenarios relacionales.

Cae la imagen ofrecida por un determinismo rígido: el futuro contenido en el pasado, en el presente. Esto es cierto... pero a medias, a cuartas.

Se hace más patente la no predictibilidad del devenir psíquico. Hay que dejar un espacio a la casualidad, al azar. Es probable que para el analizante –para nosotros también– habrá una renuncia a la seguridad aparente de ciertas reglas y condiciones estables y permanentes, pero será la apertura a un mundo de riesgos y de aventura. Ya no podrá sentir una esperanza ciega, frecuente antesala de las depresiones y malestares profundos de antaño. Sí, en cambio, el sentimiento de discreta esperanza, cuando percibe que siendo menos marioneta, puede ser un poco más actor.

3.13. **Recomposición del mosaico identificatorio**

Esa enorme soledad a la que hacía referencia hace un rato, quizás se verá algo compensada más tarde cuando, junto a ese dolor se siente la sensación de ser menos autómatas; es decir, menos un ser para el que, habiéndosele dado ciertas condiciones iniciales, su futuro parecía totalmente determinado.

Se amplía así el nivel de los posibles *posibles* para cada uno... y se ensancha el margen –siempre limitado por cierto– de la libertad personal. Esto ¿es mucho? ¿Es poco? En todo caso es claro que en esas situaciones nos topamos también con los límites de nuestra acción como analistas: el núcleo duro de identidad generado por las identificaciones es sin duda transformable, pero dentro de ciertos márgenes; no hay renacimiento del sujeto sino **recomposición de su mosaico identificatorio**. “Soy el mismo, pero distinto...”, suelen decir algunos analizantes, al finalizar su análisis. Si no idealizamos los efectos terapéuticos del psicoanálisis, tal enunciado podría condensar una evaluación satisfactoria, positiva.

En fin, con los viejos hilos y los nuevos colores se vuelve a tejer o recomponer la trama identificatoria, haciéndola menos constrictiva, menos limitante. En este sentido se podría decir que las identificaciones funcionan al inicio de un análisis como resistencias, pero ellas son las portadoras de las riquezas del paciente. Constituyen, junto con los síntomas, el capital con que cuenta un analizante cuando comienza su análisis y se trata, justamente, de poner a trabajar ese capital.

3.14. **La función del hijo**

El contenido de este apartado partió de la reflexión siguiente: si la conceptualización de la función materna y la paterna fue de gran utilidad para pensar múltiples problemáticas psicoanalíticas –entre ellas las de la identificación y, sobre todo, la estructuración subjetiva–, ¿por qué no pensar y teorizar la función del hijo?

De manera retrospectiva pienso que si esa pregunta pudo surgir en mí fue porque dentro del proyecto personal de elaboración de un sistema identificatorio, ya estaba acrisolado uno de sus pilares: considerar al sujeto en formación como una estructura disipativa y un centro organizativo importante

de las marcas identificatorias que le fueran implantadas. Ésta era ya una actividad –la primera de todas– que podría ser puesta a cuenta de esta *función del hijo*.

Esta proposición apunta a otorgar responsabilidad a todos y cada uno de los participantes de la peripecia edípica y de los posteriores momentos de la organización del aparato psíquico. Tiende asimismo a establecer modelos más dúctiles para pensar no sólo la complejidad de la estructuración subjetiva, sino y también, la psicopatología.

3.14.1. Indicios convergentes sobre los posicionamientos vitales

Ya había planteado también la hipótesis, surgida por observación, que el infante manifestara precozmente –ya sea por idiosincrasia constitutiva o por trasmisión psíquica– facultades que le permitirían enfrentarse a los avatares difíciles de su primigenia existencia; algunos saben encarar mejor que otros las “situaciones complejas” que pueden presentarse en esas edades tempranas. En IV, 2.7. puede leerse el contexto en que se formuló esa aseveración; además, allá mismo se dijo que los niños que mostraban esas disposiciones en la primera infancia solían contar con esas capacidades en sus vidas adultas.

He incorporado a mi clínica algunas de estas ideas y he aprendido a valorar en las primeras entrevistas algunos factores relacionados con esa perspectiva. Así, acostumbro a esclarecer y valorar en las consultas preliminares una serie de datos que registro y agrupo en dos grandes órdenes:

Uno: *el de lo constitucional + lo transmitido*: en esta categoría entran las identificaciones, la intensidad de las repeticiones del consultante, el *quantum* de los factores inerciales de su carácter, el inmovilismo frente al padecimiento, la apatía, etcétera.

Dos: cómo y cuando dio muestras de su capacidad de rebeldía, las manifestaciones indirectas de su conexión con el deseo, su capacidad de asumir retos y desafíos que le hayan permitido “torcer” –un poco– el destino que “lo(s) dado(s)” –me refiero tanto al azar como a la trasmisión psíquica intergeneracional– determinaron en su organización psíquica.

Incluyo tanto en una como en otra categoría, la evaluación acerca de cómo el consultante resolvió crisis anteriores, la plasticidad para los cambios, el tiempo que lleva inmerso en las problemáticas que comenta en las primeras entrevistas; qué hizo y qué no hizo respecto de ellas; si consultó (o no) previamente y los resultados de tales intentos.

La experiencia clínica con adultos muestra que existen personas que saben ponerse delante de los acontecimientos que les ha tocado vivir y enfrentarlos activamente (mejor o peor) y hay quienes son llevados, empujados o apabullados por los avatares de la vida. Es probable que el balance de ambas actitudes –casi siempre se conjugan en el consultante proporciones variables de ambas disposiciones– auspicie o propicie evoluciones diferentes en sus posibles tratamientos. No es lo mismo, por ejemplo un desesperado que un desesperanzado; o alguien que responda con sorpresa ante una intervención del analista y agregue inmediatamente material que amplía el campo de investigación, que aquel otro que, en lo manifiesto, parece no haber escuchado lo que el analista dijo y continúa con su relato monótono.

Otros factores en los que reparo: la relación que cada uno mantiene con la queja y la ecuación personal sadismo/masochismo. Hay quienes gozan lamentándose de sus síntomas, sin enfrentarlos y hay quienes que al descubrir algún motivo inconsciente del porqué de su queja –entre ellos, elementos identificatorios– se afanan en resolverlos apartándose rápido del gimoteo. Están quienes llevan años, décadas, soportando situaciones de maltrato y parecen que no sólo les cuesta salirse de esa situación sino que no anhelan hacerlo. Están también aquellos que gracias al trabajo analítico hecho saben más acerca de sus síntomas pero utilizan ese saber no para comenzar a actuar de otro modo sino para justificar con ese conocimiento su permanencia en la misma posición.

La clínica enseña también que buena parte de los consultantes suelen situarse frente a sus síntomas en dos posicionamientos prevalentes: el paranoide y el melancólico; cada uno se emplaza en uno u otro lugar con sus peculiaridades, pero esos dos estados requerirán cierta rectificación como parte del trabajo analítico. Ya se dijo que un momento crucial del análisis es cuando el analizante deja

de imputar a los otros las causas de sus malestares, o deja de cargar su propia mochila atribuyéndose *siempre, toda* la culpa (que no la responsabilidad) de su malestar a sí mismo. La benevolencia frente al otro suele esconder buenas dosis de masoquismo. Habrá quienes solicitan y aceptan de buena gana la participación de un analista para resolver su problemática y habrá otros con quienes se deberá hacer un tratamiento de la demanda para que haya demanda de tratamiento.

Esas categorías me permiten evaluar con cautela, sin ideas fijas preestablecidas y sin vaticinios rotundos los grados posibles de transformación psíquica del sujeto, aunque siempre bajo la consigna: “el camino se hará al andar”. El predominio de la presencia de elementos de la segunda categoría me sirve como indicadora de la intensidad de la pulsión de vida.

Pero, ¿son estos últimos consultantes “mejores” que los otros? Ese tipo de evaluaciones está fuera del campo analítico; lo comentado es una mera descripción fenomenológica a los efectos de tener cartografías psíquicas de cada analizante. Sin embargo, a los efectos terapéuticos del análisis –no reniego de los mismos– y aventurando posibilidades de cambios psíquicos, los más activos *posiblemente* tengan una mejor evolución.

Estas transformaciones serían, en todo caso, la cara visible de los cambios de posición respecto de la castración, del deseo, del fantasma y del gozo que ocurren cuando se está procesando la *metamorfosis de la neurosis*. Véase al respecto el diagrama insertado en 3.6.

Considero que forma parte de la función del hijo bregar denodadamente por esos cambios de posición, se esté o no en análisis.

Tendrán que saber que vivir mejor incluye una cierta dosis de reconocimiento sobre las limitaciones de la vida.

3.14.2. Abandonar a los padres de la infancia. La culpa

Un segundo grupo de reflexiones que propiciaron postular la función del hijo se derivaron de múltiples observaciones clínicas respecto de las actitudes de analizantes hacia sus padres. El abanico de esta problemática es enorme y la variedad de situaciones no deja de sorprender respecto de la “creación” de situaciones insólitas. Atenderé parcialmente a esa fenomenología aunque empezaré considerando un factor estructural: la culpa. Para ello partiré del asesinato del Padre de la horda primitiva, mito freudiano fundacional de la civilización, introducido en *Totem y tabú* (1913).

Crimen irreal, que siempre se está ejecutando, que nunca acaba de realizarse y con iguales efectos que si se hubiera concretado. *El padre –en Freud– es hijo del parricidio. El hijo es –también en Freud– parricida.*

Llegar al mundo como hijo es tener asegurado –casi– ser parricida. Mediante ese acto, el hijo crea –paradojalmente– al padre. Al invertir la obvia e indefectible determinación biológica según la cual los padres engendran a los hijos, Freud hace pagar a estos últimos una hipoteca sin fecha de vencimiento; quiero decir, eterna: la culpa. Ella inficionará toda la vida psíquica y fundamentalmente todo posterior deseo de éxito por parte del hijo. La prohibición interna de sobrepasarle es un efecto de la culpa ligada al parricidio.

Esa culpa frenadora, inhibitoria, habla implícitamente del anhelo criminal del hijo, pero nos dice también que se ha instaurado al padre como fundamento de la ley. Dicha culpabilidad genera masoquismo, gravando aún más la cuota permanente de la hipoteca contraída por los fantasmas parricidas. Como vemos, una parte del malestar del hijo –ya no es un candidato a sujeto sino un sujeto hecho y derecho– se origina en su propia subjetividad: el superyó. La persecución engendrada por el crimen condena a la búsqueda permanente del amor del padre y hace crecer los sentimientos de piedad hacia él.

Si el parricidio es universal, la culpa será un componente estructural de la psique. Nadie escapará a ella, y cada uno –a su manera– tendrá asegurado de antemano un motivo para el fracaso. Otorgar orígenes mitológicos a esa culpa (véase I, 5.5.), parece tan extravagante e injustificado como incommovibles son sus efectos. En ese sentido, puede darse la mano con el famoso mito de la expulsión del Paraíso.

Veamos la siguiente frase de Freud, extraída de *Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis* (1936), una joya en miniatura con alta densidad.

“Parece como si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre.”²⁰

El meollo de esta oración no está en la meta pragmática de triunfar sino en la prohibición —¡para el hijo!— de sobrepasar al padre, interdicción instituida por esa culpa estructural inextinguible, que queda asociada al masoquismo. Si se acepta mi propuesta acerca de la función del hijo habrá que aceptar también, que la culpa la atravesará de cabo a rabo. Ella instaura, por otra parte, una oscura veda intrapsíquica difícil de levantar..., ni aún con el mejor de los análisis, ni siquiera cuando en la realidad el hijo logra ir más lejos que el padre.

Como contrapartida: ¡sin esa interdicción no surgiría *el deseo* de ir más lejos que él! Ella no es un impedimento absoluto para tal empresa, y puede en cambio, bajo ciertas condiciones, ser un acicate para realizarla. Muchas veces los obstáculos alientan la esperanza y generan un accionar acorde para superarlos. Esta es otra de las paradojas del psiquismo humano.

Que llegar más lejos que el padre pueda ser interesante y anhelado en todo análisis no implica que deba hacerse esa prescripción al hijo (analizante), sea hombre o mujer. Menos aún cabrá esta receta para la propia descendencia, consejo barato de una puericultura pseudoanalítica: “tu, hijo, tienes que llegar más lejos que yo”. Se aprecia que la ambivalencia afectiva está en el centro de la relación con el padre; pero también, como tendremos ocasión de comprobarlo en breve, con la madre. Nadie del trío edípico está lejos de ella; ninguno de los tres destaca por una extraordinaria benevolencia. El gozador absoluto y tiránico, no sometido a la castración, deberá ser asesinado fantasmáticamente por el hijo como requisito para culminar la recomposición identificatoria y representacional que surgió tras la declinación del complejo de Edipo. Otra paradoja, constitutiva en este caso, que puede devenir con facilidad un círculo vicioso infernal: cuanto más idealizado está el padre —en tanto designa lo prohibido— tanto más se exagera el deseo del hijo, aumentan sus ansias por destruirle y se incrementa la persecución.

Por otra parte, la relación del hijo con la madre tampoco es paradisiaca; Fernando Colina describe con una crudeza magistral esa situación, que tiene tintes paranoides:

“Pues el primer sentimiento de que el otro goza a costa de uno proviene de la madre, que nos necesita para criarnos como si fuera un dios redentor que requiere de sus fieles. El verdadero problema para el equilibrio emocional del hombre reside en que la madre goza de él, suceso que inmediatamente pone en juego nuestra futura capacidad para escapar lo antes posible de ese fuego paranoico. En ese sentido, toda la infancia no es otra cosa que un letargo impotente, un aplazamiento donde cada uno afila las armas de la separación, y en cierto modo de la venganza, bajo un disfraz de ingenuidad y de ignorancia. Un esfuerzo que comienza en la decepción y puede concluir en la intolerancia. Al fin y al cabo, la razón paranoica nace del agobio sentimental, del goce que le proporcionamos a la madre con nuestra inmadurez.”

El propio autor, quizá percibiendo la certera rudeza de sus palabras añade:

“Esto puede ser cruel o desconsiderado pero, muy a nuestro pensar, somos paranoicos en cuanto que estamos sometidos al goce materno.” [...] una madre que experimenta un deleite atónito junto al hijo cuando no hay ningún otro falo que la distraiga e incluso cuando lo haya.” *Melancolía y paranoia; Op. cit.*, pp. 123-124.

Páginas más adelante agrega:

“La prematuridad constitutiva y el desamparo entregan el cuerpo al libre albedrío de la madre, que ejerce su poder con la soberanía protectora de un tirano.” *Ídem*, p. 125.²¹

La estructuración subjetiva no está impregnada sólo de bondad, único aspecto que se destaca en sobre todo en los medios en que prima el discurso religioso; conforma más bien un drama multifacético, inconsciente, hecho de luchas, crímenes, castigos, culpa, deudas, masoquismo, pulsión de dominio y pulsión de muerte, amores y odios, extorsiones e intrusiones. ¡Que contraste con las ideas cuasi místicas de Klein, al final de su vida y obra (véase especialmente II, 7).

Por otra parte, La pretensión de instituir un padre bueno, siempre y en todo magnánimo, anhelante de lo mejor para su hijo sería no haber captado que es justamente la “malevolencia” paterna

la que catapulta al hijo a devenir sujeto de deseo. Si el padre es percibido por su vástago como excesivamente bondadoso –recubrimiento a veces de su fragilidad y endeblez–, se sientan las bases de una complicada insuficiencia de su función: no ser fundamento de la Ley ni trasmisor de la castración.²² Lo mismo podría decirse de su ausencia. La identificación del hijo con ese padre débil o impotente o que ha hecho dejadez de su función, genera con frecuencia estragos.

¿Y del lado materno? ¿Existirá una madre “suficientemente buena”, que pueda renunciar al gozo inherente a la crianza y al uso el cuerpo indefenso de su hijo? ¿Creeremos en los cuentos fantásticos o de hadas? Tal vez podamos decir que *ninguna* madre escapa a los componentes estructurales descritos por F. Colina, pero que hay formas y formas de llevar a cabo la función materna. Ya dije que muchas maternidades y paternidades eran muy patógenas por las tremendas insuficiencias en el cumplimiento de sus funciones por parte de los progenitores. Una muestra, y no de las más complicadas: “A tu padre lo encontré en la calle; y tú, hijo, eres mío.” Pero también habría otras bastante o muy contenidas en la saña con que las ejercen. Algunas madres sofrenan el impulso de doblegar “la terquedad de la criatura” y algunos padres tienen escasas aspiraciones narcisistas y megalomaníacas depositadas en sus vástagos, sobre todo, los varones. Pero, también es cierto que la “furibundez” materna a veces no tiene límites y será también parte de la función del hijo/a: ponerle coto a la misma... cuando puedan.

Pero, volviendo a la cita de Freud, ¿qué sería ir más lejos que el padre?, esencial –por lo visto– para el éxito del hijo. Para el psicoanálisis esos logros no pasan por el acomodamiento de la propia imagen a la jerarquía que algunos medios de difusión proponen y recrean. Tampoco, por la prestancia narcisista ni por el negocio de las vanidades. Por la afirmativa, y para centrarme en la frase freudiana, éxito supone que el hijo/a acometa sus propios proyectos con fuerza, que realice actos con una energía que le permita superar la prohibición de sobrepasar al padre. Eso implicará haberse puesto en sintonía con el propio deseo.

Sólo de ahí puede drenar la energía necesaria para atreverse –simultáneamente– a la escenificación imaginaria y simbólica del parricidio... y, montado sobre ese fantasma, hincar el diente en la realidad externa con actos específicos. Miedos y angustias no faltarán; en última instancia son coherentes con todo lo que se está procesando en esos momentos. Habrá que afrontarlos y seguir pese a todo adelante, con temores.

Se está muy cerca de aquellos instantes que marcan un antes y un después.

Que el hijo pueda acercarse al éxito requiere haber asumido previamente los riesgos recién mencionados... y los subsiguientes; por ejemplo: encajar la caída del padre idealizado de la infancia, aceptando que de ahí en adelante se vivirá con mayor soledad, con más orfandad.

Se descubrirá con dolor, con satisfacción... que para las verdaderas decisiones se está sólo; que se ha perdido el manto protector materno y paterno, pero también algo del sometimiento y la dependencia respecto de ellos. Llegados a este punto, lo peor (o lo mejor) es que no hay retorno posible.

También le corresponderá al hijo dejar de ser devoto de la orden del cordón umbilical eterno y del regodearse/sufrir en los estados de *yobjetos*. Asimismo habrá que demoler el santuario construido a la madre y la idea de la maternidad sacro-santa. Decirle adiós a la inconmensurabilidad de la fusión materno-filial, mejor si es sin culpa, sin odios, sin desafección, sin formaciones reactivas. Tal vez con un amor impío, como se verá enseguida. *Arduas tareas que también forman parte de la función del hijo*. A partir de entonces no quedará otra posibilidad que hacerse cargo del propio accionar; abandonar la posición de víctima del padre, de la madre del destino, de la gente, del mundo. La culpa cederá en parte, dejando espacio a la responsabilidad. Sin arrogancias... sin cobardías, el hijo/a tendrá que tomar las riendas de la vida, que le pertenece. En este movimiento están implicados el deseo, el fantasma, el superyó, la pulsión y el narcisismo.

Tal vez haya llegado el difícil momento de saldar las cuentas con la madre, con el padre, tal vez con otros allegados, diferenciadamente. Las que se tengan con cada quien. Considero que forma parte de la función del hijo/a concretar ese finiquito. La culpa suele jugar en contra en ese contexto.

Abandonar a los padres de la infancia no es triunfar sobre ellos ni declararles vencidos. Sería

—a la vez—, efecto y causa de transformaciones subjetivas: el hijo/a deberán pagar su condición de sujeto deseante con la pérdida de la protección parental; saldar con la flamante responsabilidad la desculpabilización y abonar por la castración del padre el precio de hacerse cargo de sus actos.

Como puede apreciarse, ¡hay muchas razones para no querer abandonar posiciones antiguas! Si se trata de consumir esta cobardía viene bien declararse incapaz, inferior, impotente. Para este mismo fin, puede llamarse en auxilio a la culpa y a la piedad respecto de los padres: “son mayores”, “me necesitan”, “en el fondo son buenos”, “por qué no”. Verdades parciales que ocultan otras verdades; hay padres que no han sabido granjearse el afecto de sus hijos y sin embargo lo reclaman.

Son momentos muy delicados; algunos, para no seguir adelante, se marchan del análisis declarando no querer depender del analista..., para seguir dependientes y sometidos a la Madre Soberana y a un sucedáneo del Protopadre, siempre en proceso de restauración.

Seguirán girando en torno a ella o a él, cual referencia inevitable, desesperante, exasperada. La admiración estará impregnada de resentimiento, habrá odios latentes y reclamos imposibles. Una eterna añoranza del padre se asociará a la nostalgia sentimiento oceánico de fusión con la madre y ambos potenciarán —en círculos viciosos— los estados de desamparo, debilidad y angustia.

Más cercanos a los Dioses que nunca, el santuario materno y el altar paterno construidos exigirán a su vez, renunciadas y sacrificios... el apego a ellos impedirá cualquier despegue personal, muestras evidentes de fracasos de la función del hijo.

Saltando a otro registro, ¿no es acaso entre estos hambrientos crónicos de madres idealizadas y de padres autoritarios que se reclutan mayoritariamente los integrantes de las masas con líderes fuertes? Necesitados perennes de ser dirigidos ofrecerán a estos sucedáneos de padre su servidumbre voluntaria.

“Ir más lejos” supondrá declararse abstemios de esos licores maternos y paternos; si ese consumo continúa es imposible atravesar las fronteras que delimitan los espacios del sometimiento.

Habrán que dejar también de lado la piedad y la compasión puestas al servicio de velar las fallas de las funciones maternas y paternas, para perpetuar así la idealización, la dependencia y la sumisión. Salvaguarda trágica que potencia lo peor de los tres, que cultiva la irresponsabilidad y permite mantener una vida vegetativa cuando no “psicopatear” con impunidad. Todo se inscribe en la cuenta del otro. ¿Habrán que recordar aquí que la piedad y la compasión son formaciones reactivas de la crueldad?

Un psicoanálisis debería pasar varias veces por ese momento en que el hijo/a deja de añorar a *esa* madre y a *ese* padre. Instantes fecundos que sin embargo no implican que la tarea esté concluida; queda por canalizar, dar forma productiva a la herejía, a ese “haberse atrevido a dar el salto”. La capacidad creativa suele estar en esos momentos concernida...ya sea de manera inaugural... ya sea como ampliación de la que se tenía.

Amor hacia los padres, ¿por qué no?! Pero será un amor impío, amor insumiso, amor de los que se han atrevido a ir más allá; amor, pese a todo, con reconocimiento de lo que se ha recibido; con conciencia de que la deuda simbólica contraída será pagada a los propios hijos, ya llegados o porvenir.

Esa calidad de amor está en las antípodas de la desafección que con frecuencia inficiona al amor compasivo de los hijos; en verdad, un desamor que rechaza toda deuda simbólica: todos le deberán a la hija o al hijo que no se atrevió con la función que le concernía. Lo demuestran las constantes demandas que ellos siguen formulando. No hicieron caer al Otro absoluto, omnipotente, ni generaron un cimbronazo en el propio narcisismo. Acaban sin implicarse personalmente con aquello que les sucede: el destino cruel o la “mala suerte” serán —por proyección— los culpables de sus reiterados fracasos. Sin duda, la falta de valentía o de coraje —o como quiera llamársela— se paga.

3.15. Compendio del capítulo

Se trataron las implicaciones en la práctica clínica de las ideas que sobre la identificación fui exponiendo en los dos capítulos precedentes y en las tres partes anteriores de la tesis doctoral, dedicadas a la TIF, TIK y TIL. Resulta claro que toda teoría identificatoria genera modos peculiares de abordaje de las mismas en las sesiones. Teoría y clínica psicoanalítica están íntimamente relacionadas;

mi esfuerzo está dirigido a incrementar la coherencia entre ambos aspectos de esa unidad y a proponer empleos más estrictos del concepto de identificación, acordes con las orlas semánticas que le he atribuido. Dado que en la clínica se manifiesta toda la teoría, el contenido de este capítulo adquirió una alta concentración de ideas. Para resumirlas, se ha optado por enunciar los títulos de los apartados del capítulo, añadiendo un párrafo sobre lo tratado en él.

1. Preliminares para una clínica de las identificaciones

Tuvo carácter eminentemente metodológico; se planteó las insuficiencias de la *deducción genealógica*, que se caracteriza por inferir a partir de ciertos rasgos o características de los padres, determinados síntomas o conflictos del hijo. Se le contrapuso otra perspectiva: *la reconstrucción del trabajo de surgimiento del sujeto psíquico*. La tarea consiste en recoger a partir del material de los analizantes las representaciones conscientes e inconscientes que los hijos construyeron de sus objetos primarios; descubrir quienes han sido la fuente de los rasgos transmitidos y apropiados por el analizante.

Cabrá tener en cuenta el trabajo metabólico y autoorganizativo realizado por el propio sujeto con las representaciones psíquicas inconscientes de los objetos primarios. Este procedimiento reconoce la participación de realidades psíquicas creadas y verdades subjetivas instituidas en los hijos respecto de sus objetos de identificación; también se tiene en cuenta los estados psíquicos del “identificado” en tanto él proyectó aspectos propios sobre los que se convertirían en objetos de identificación. Con un toque humorístico suelo decir que son los hijos quienes fabrican o crean –paradójicamente– a sus padres.

Al finalizar este apartado se planteó la necesidad de *expurgar* la idea que casi espontáneamente lleva a pensar la identificación como una reproducción de lo mismo: *lo ídem*. Corresponde pensar a la identificación como aquel proceso que introduce la diferencia en la semejanza. Es bajo formas caleidoscópicas o constelativas que el conjunto de marcas identificatorias produce la singularidad de cada sujeto, alentando la diferenciación.

2. Dialectizar los modelos causales con la transformabilidad clínica

Corresponde otorgar un *toque de relativismo* a los adjetivos “sólida” “firme”, “potente”, con los que se suele caracterizar a las estructuras psíquicas surgidas gracias a las identificaciones estructurantes; sería más adecuado inscribirlas en una paradoja: aquélla que las concibe como transformables en algunos aspectos, pese a la fijeza que introducen. Continuidad y cambio, podría ser el lema. Si no fuera así, toda terapéutica psicoanalítica estaría condenada al fracaso.

La firmeza con que las identificaciones configuran un núcleo identitario firme debe conjugarse con la idea de transformabilidad analítica. La estructura psíquica no se cambia, pero..., sería posible una modificación del juego interno de sus elementos.

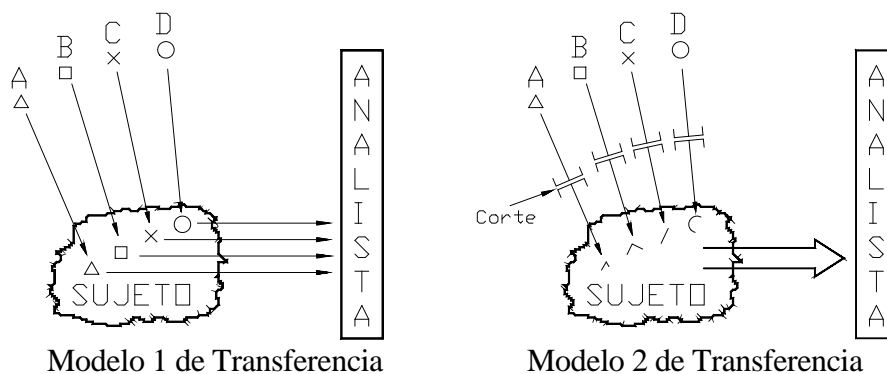
3. Identificación y transferencia

Se definió la transferencia, *en sentido amplio*, como la puesta en acto relacional de la estructura psíquica de un sujeto, constituida por vía identificatoria.

La transferencia **analítica** sería una variante restringida de la anterior; se la caracterizó como *la puesta en acto relacional de la estructura psíquica de un analizante en la relación con su analista*. Se sostuvo también que el sujeto psíquico era, por definición, transferente; esté donde esté y con quien esté. Le es imposible no transferir. Es un aspecto insoslayable del funcionamiento mental, derivado de la existencia del inconsciente.

Con apoyo en el esquema de la página siguiente se planearon dos modalidades de transferencia; la representada por el modelo 2 es la resultante de: a) prestar atención al trabajo autoorganizativo que realiza el protosujeto durante la estructuración subjetiva; b) atender a la temporalidad retroactiva que rige en el funcionamiento psíquico y c) concebir la identificación como introductora simultánea de la semejanza y la diferencia.

Esto genera un corte, una separación, respecto de los objetos de identificación. Entonces se podrá pensar la transferencia como la puesta en juego relacional de una estructura original y *relativamente* desconectada de aquellos que le dieron origen.



4. Identificación y repetición

Respecto de la repetición se dijo que es el modo de existencia de lo psíquico; se produce por que el sujeto persevera en su manera de funcionamiento y de manifestar su estructura, creada por las identificaciones. Es y se muestra, *básicamente*, igual a sí mismo, aunque lo haga con diferencias. Y esto ocurre porque –lisa y llanamente– no puede dejar de repetirse: eso le surge de manera espontánea, automática. Dicho en otros términos: cada uno repite la organización singular de su psique; estar en el mundo conlleva poner en juego las marcas inconscientes que son consustanciales a cada uno, producto de sus identificaciones estructurantes. Cada psique es repitiendo de lo propio y singular; este aspecto se pondrá de manifiesto en la relación transferencial y, más ampliamente, en cualquier relación de objeto.

5. Implicancias clínicas derivadas del carácter inconsciente de la identificación

Se subrayaron algunas de las exigencias que se derivan de la articulación estrecha entre identificación e inconsciente; son ellas: para sostener con fundamento que una identificación está presente en la estructura psíquica de un sujeto o en algunos de sus síntomas, se requerirá haber realizado un largo trabajo con el paciente y haber desvelado ese rasgo inconsciente en juego, para precisar, luego, cuál es el objeto del que provino la marca implantada en el sujeto. Sólo después de descubrir al portador originario de ese rasgo mínimo, inconscientemente inscrito, se podrá considerarle, en el sentido pleno de los términos, *objeto de identificación*.

6. En la clínica se abordan los efectos de las identificaciones: la psique

En la cura analítica no se trabaja con las identificaciones una a una –recortadas, aisladas–, por el simple hecho de ésta no es su forma de presencia o existencia en el psiquismo. Ellas han sido inscritas, metabolizadas e integradas en una nueva subjetividad, que devino a partir de entonces *una construcción compleja e indisociable, organizada por combinación de las trazas o rasgos que las identificaciones inscribieron*. Los cambios posibles pasan entonces por transformar esa nueva subjetividad creada, en su conjunto. De ahí que abordemos las identificaciones de un modo *indirecto*: por los efectos de las mismas: el aparato psíquico. Si la identificación es causa de lo psíquico, ellas ejercieron esa función causal en la creación de la nueva estructura psíquica.

7. El trabajo autoorganizativo y su repercusión en la clínica

La estructuración del aparato psíquico no sobreviene como una simple resultante de determinantes exteriores; también le cabe al protosujeto un papel importante, tanto durante su conformación infantil como –más aún– en períodos posteriores. El concepto de identificación debería incluir, como uno más de sus significados, el trabajo creativo que va realizando el candidato a sujeto en el proceso estructurante, con los rasgos aportados por los objetos de identificación.

Para remarcar esta faceta diría que la materia prima que los objetos proveen al *infans* es siempre transformada e incluida en una nueva combinatoria. Además, cabe inferir que el niño/a lleva también a cabo una cierta selección; no todo lo que se le ofrece lo hace suyo. El *protosujeto no es pasivo en este proceso*; los rasgos que internaliza, pasan a formar parte de un nuevo sistema, son acogidos y procesados en una constelación novedosa. Si se pierde de vista este aspecto metabolizador, autoorganizativo, que el sujeto realiza, se refuerza la idea de que la identificación es la mera copia de

un modelo. Esta concepción no sólo es empobrecedora; es incorrecta. Se verá más adelante que este aspecto autoorganizador se ha incorporado a la noción de *función del hijo*.

8. *La identidad: un correlato de la identificación*

La *identidad* implica sentirse y reconocerse poseedor de determinadas marcas o características singulares; cuando algunas de ellas se las asumen como compartidas con otros semejantes –que también las manifiestan y despliegan– la identidad adopta una dimensión social. Por la forma en que se constituye, es difícil –aunque necesario– diferenciar lo estrictamente personal y lo social en la identidad; la dificultad para discriminarlas se debe a que lo subjetivo nace simultáneamente con la sociabilidad. Que cada sujeto construya y sea portador de una identidad es una peripecia obligada, insoslayable, porque ella es un correlato de la estructuración subjetiva vía identificación. La identidad surge por la combinación de rasgos identificatorios.

Los aspectos simbólicos de esa identidad están articulados con lo inconsciente; y en tanto éste es una composición de inscripciones psíquicas altamente singulares, habrá diferencias significativas entre los sujetos. Ellas pueden percibirse, incluso, en los miembros de una misma familia. La identificación psicoanalíticamente entendida –y su consecuencia: la identidad– conlleva siempre la semejanza y la diferencia.

9. *La estructuración subjetiva infantil: una relación asimétrica*

Se subrayó que desde los primeros vínculos extrauterinos entre el *infans* y sus progenitores, éstos ponen insoslayablemente en juego sus historias personales y las características psíquicas que les son propias. Dicho de una manera más psicoanalítica: el recién nacido es (y será) objeto de transferencias por parte de sus padres y, con la mediación de ellas, el neonato se irá psiquizando. Se trata de una relación radicalmente asimétrica: el desvalimiento del cachorro humano lo coloca en una situación de enorme dependencia respecto de los adultos que le rodean. Este desamparo genera y delimita un espacio donde bulle el deseo inconsciente y el narcisismo de los padres, que devienen causa de lo psíquico del *infans*.

La pregunta que debería responderse, desde la perspectiva que estoy exponiendo, no es tanto ¿cómo se produce la apertura a la objetividad desde el narcisismo primario?^{23*}, sino: ¿cómo puede estructurarse un sujeto diferenciado, discriminado, si se parte de relaciones tipo *yobjeto*? Se plantearon

los dos extremos de un amplísimo abanico que apuntaron a responder al interrogante recién formulado:

en un extremo: que el hijo haya sido fruto del amor y del deseo de una pareja y que fuese concebido como alguien independiente a pesar de su extrema dependencia. La presencia del tercero en el inconsciente materno favorecerá no sólo su función narcisizante sino y también la simbolizante. Si, asimismo, el padre cumplió su función, el rumbo hacia la objetividad discriminada (y la neurosis) será el más probable.

En la otra punta del abanico: que el niño/a sea, lamentablemente, la expresión de la potencia engendrante de la madre o de la capacidad sementífera del padre y que ambos se muestren incapaces de sofrenar sus afanes pigmaliónicos respecto del hijo, y persistan en las ansias de ver clonados sus propios valores e ideales en el vástago. Comienzan aquí, desde los primeros días de vida, los caminos (remarco el plural) que perpetúan la fusión, la indiscriminación y que conducen a la psicosis y a los trastornos límites de la personalidad.

Se caracterizó la neurosis desde el punto de vista de las identificaciones y se dejó para el apartado siguiente el trazado del perfil identificatorio de las psicosis.

10. *Clínica de la identificación primaria*

Enunciar “clínica de la identificación primaria” implica reconocer que éstas han sido fallidas; porque, en caso de haberse consumado de manera adecuada no habría manifestaciones directas de las mismas. Su presencia indica que el proceso estructurante de una nueva subjetividad ha sufrido una catástrofe severa: se vio afectado desde su comienzo y se generó posteriormente una “bola de nieve” de

fracasos: ni las identificaciones narcisistas ni las secundarias edípicas han podido continuar eficazmente con su labor estructurante.

Dicho en otros términos, no se llevó a cabo la organización retroactiva de las primeras marcas identificatorias. Se estará en presencia de una patología grave: sea una psicosis, sean trastornos fronterizos. Adentrarse en la clínica de las identificaciones primarias es ingresar en un reino en el que las identificaciones secundarias –narcisistas y edípicas– han “capotado”; han tenido escasa participación en la reorganización del aparato psíquico. Se trata, entonces, de un terreno mental configurado por el predominio de las identificaciones primarias incorporativas y las narcisistas poco transformadas por la castración, con ausencia significativa de identificaciones secundarias. Luego se hizo una exposición de los observables clínicos más frecuentes de ese infortunio identificatorio.

11. Clínica de las identificaciones narcisistas

Con el telón de fondo de una concepción personal sobre la identificación narcisista expuesta en IV, 1.6.2. se entenderá que dirija mi trabajo clínico a la disminución de las vivencias de desamparo y al apaciguamiento de las idealizaciones arcaicas que siempre están en juego en tales situaciones. En líneas generales mis interpretaciones no insisten en aquellos aspectos que remiten a las semejanzas entre el sujeto y el objeto incorporado, camino que toman habitualmente los que pretenden hacer conscientes estas identificaciones. Por el contrario, apunto más bien a resaltar las diferencias que existen con el objeto, porque creo que esto facilita las separaciones –que siempre son muy limitadas– respecto del objeto incorporado. Como casi nunca acontece una caída masiva de tal identificación, tendrán que reiterarse necesariamente estos despegamientos parciales del objeto. Se van produciendo así –en las condiciones más favorables– separaciones del objeto, simultáneas a la “externalización” progresiva del mismo. En el mejor de los casos, el objeto se reconstruye fuera –deja de ser una sombra incorporada– y comienza a adquirir volumen y consistencia propia. El proceso conlleva cierta recuperación de los fragmentos de historia que quedaron aplastados por la identificación.

Esta labor suele tener efectos desalienantes y de reducción del gozo inherente al apego masivo al objeto. Se abriría entonces la posibilidad de atenuar las repeticiones de la conflictiva expuesta, cosa que permitiría ganar para la dimensión del deseo, aquello que estaba más allá del principio del placer. Se le arrebató, así, territorio al narcisismo fallido, engrosando el narcisismo trófico y los procesos simbolizantes. Sin duda estos efectos supondrán un cambio positivo en el funcionamiento psíquico.

12. Clínica de las identificaciones edípicas. Siniestrar

Cuando Freud describió las identificaciones secundarias edípicas planteó que el yo –identificado a los rasgos del objeto – enviaba al Ello el siguiente mensaje: “Mira, puedes amarme a mí; soy tan parecido al objeto...”. Se trataba de una verdadera seducción intrapsíquica, heredera y reproductora del vínculo libidinal otrora existente con los objetos edípicos.

A juzgar por la fijeza de los rasgos identificatorios adquiridos, se comportaba como un amor estable y duradero; casi un embrujo. Buena parte del trabajo analítico sobre las identificaciones edípicas (al rasgo o detalle de un objeto) pasa, justamente, por modificar ese encantamiento con que el yo cautiva al Ello. El analizante tiene ante estos rasgos suyos una actitud ambivalente: en lo manifiesto, al percibir que le producen inhibiciones, síntomas, limitaciones, angustia, clama por su desaparición: ¡quítame esto! Al mismo tiempo parece decir: no toque esos rasgos ni el sufrimiento que le es inherente porque ahí está mi gozo. Yo *soy* esos rasgos y no sabría ni querría abandonarlos puesto que es como dejar de existir, como sé que existo gracias a ellos... y por el momento no tengo ningún otro modo de existencia. Por esto se requiere, justamente, un abordaje indirecto que vaya facilitando modificaciones parciales. En otros términos: dar algo nuevo a cambio.

Denomino *siniestrar* a ese aspecto de la cura que acerca al analizante a vivenciar horror frente a algunas cosas de sí mismo. Si esta horripilación aparece, es un indicador de que la labor analítica ha llevado al analizante a modificar la relación interna con esos rasgos y síntomas constrictivos que le unían, vía identificación, a los miembros de su familia. La angustia y una sensación de orfandad suelen ser sus corolarios. Este término *siniestrar* me vino a la mente como ocurrencia durante la sesión de una paciente. Sostengo que todo análisis en marcha produce el fenómeno de lo siniestro en la siguiente acepción: lo propio, lo absolutamente personal deviene extraño. [Véase *Lo siniestro*. Freud (1919)].

Desde una perspectiva muy amplia y específica a la vez considero que el análisis consiste en *siniestrar*: aquello que me habitó... y que de alguna manera me sigue habitando... aquello que ha sido tan consustancial a mí... lo veo ahora alrededor mío... en los otros... en los demás, que funcionan como una especie de espejo retrospectivo de mí mismo.

Lo veo en otros y me horripila.

Aquello tan mío se volvió intolerable para mí, inaguantable, insufrible. Si llegó al hartazgo, ¡mejor aún! Señal que el analizante siente esa repulsión necesaria para todo cambio psíquico; indicador también de que la labor analítica ha llevado previamente al paciente a un punto tal en que ya le resulta factible desprenderse de esos rasgos y síntomas constrictivos.

Desde otra perspectiva podría describirse como la experiencia de salirse de sí mismo; torcer ligeramente el destino asignado; volver a parirse. Son los momentos en los que se ve palpablemente, que somos siempre, sujetos en estado de construcción permanente. Sólo el guardián de lo *rígido*, que suele también habitarnos sueña con un documento de identidad psíquica estático.

13. *Recomposición del mosaico identificatorio*

Esa soledad enorme recién comentada quizás se vea compensada, cuando junto a ese dolor se gana la sensación de ser menos autómatas; es decir, menos un ser para el que, habiéndosele dadas ciertas condiciones iniciales, su futuro parecía totalmente determinado. Se amplía así el nivel de los posibles *posibles* para cada uno... y se ensancha el margen —siempre limitado por cierto— de la libertad personal. No hay renacimiento del sujeto sino **recomposición de su mosaico identificatorio**. “Soy el mismo, pero distinto...”, suelen decir algunos analizantes, al finalizar su análisis. En fin, con los viejos hilos y los nuevos colores se vuelve a tejer o recomponer la trama identificatoria, haciéndola menos constrictiva, menos limitante.

14. *La función del hijo*

El contenido de este largo apartado partió de la reflexión siguiente: si la conceptualización de la función materna y la paterna fue de gran utilidad para pensar múltiples problemáticas psicoanalíticas —entre ellas las de la identificación y, sobre todo, la estructuración subjetiva—, ¿por qué no pensar y teorizar la función del hijo? Pienso que si esa pregunta pudo surgir en mí fue porque dentro del proyecto personal de elaboración de un sistema identificatorio, ya estaba acrisolado uno de sus pilares: considerar al sujeto en formación como una estructura disipativa y un centro organizativo importante de las marcas identificatorias que le fueran implantadas. Ésta era ya una actividad —la primerísima— que podría ser puesta a cuenta de esta *función del hijo*.

La alta densidad conceptual de este apartado hace muy difícil una síntesis de mismo; se dirá simplemente que se trata de una propuesta nueva y que se señalaron varios elementos que se proponen incluir dentro de las funciones del hijo. La proposición apunta a otorgar responsabilidad a todos y cada uno de los participantes de la peripecia edípica y, desde esa perspectiva, establecer un modelo más dúctil para pensar la organización psíquica del sujeto.

NOTAS DEL CAPÍTULO 3

¹ Véase el extenso comentario que hice en I, 1.1. sobre las conceptos de sujeto y objeto en la teoría freudiana y de su ramificación hacia las nociones de sujeto y objeto de la identificación.

² Sobre la construcción de la realidad psíquica y las verdades subjetivas véase I, 2.1.1.; III, 5.7. y III, 7.12.

³ Es sabido que el psicoanálisis de niños tiene su técnica específica que permite investigar estas problemáticas, tal vez con la facilidad que supone estar en pleno momento de constitución del aparato psíquico, pero con la limitación de los medios expresivos a esas cortas edades. Aunque, según se comenta, “los niños suelen decirlo todo.”

⁴ Palabras que parafrasean a la llamada “ingeniería inversa”, atribuida especialmente a la industria china, que desmonta objetos para copiar sus elementos constitutivos para luego producirlos en serie.

⁵ Véase I, 5.4.3.

⁶ Aludo aquí a un producto comercial de ese nombre utilizado para los fines que a continuación señalo en el cuerpo del texto.

⁷ Véase lo comentado sobre la regresión en IV, 1.5.2.2.

⁸ En I, 2.9. y I, 2.10. se hicieron referencias a la imitación, al “contagio psíquico” y empatía.

⁹ Véanse los esquemas insertados en IV, 2.4.2.2. y en IV, 2.7, como así también los comentarios que les acompañan.

¹⁰ Lacan conectó a Freud con Kierkegaard al articular la repetición con la diferencia. Es en ese pequeño desfase –dado por lo diferente de cada repetición–, donde pueden incidir las intervenciones del analista. Si no hubiera algo novedoso en cada repetición el cambio psíquico sería imposible.

¹¹ Otra cosa sucede con algunas identificaciones temporales –no estructurales– que, por su naturaleza, permiten al sujeto desprenderse de las mismas.

¹² La noción de identidad en su vertiente social supone la idea de ser partícipe de un colectivo que tiene una historia y un presente, connotados generalmente como valioso, vital, potente. Se considera, también, que los atributos generadores de ese sentimiento de pertenencia a un grupo, son los que diferencian la identidad propia de las ajenas.

¹³ Respecto del concepto lacaniano de gozo, me permito remitir a mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004), Editorial Síntesis, Madrid; en las páginas 345 a 347 aparece una caracterización sucinta del mismo.

¹⁴ Parafraseo el título del libro de Julia Kristeva *Extranjeros para nosotros mismos* (1991); editorial Plaza y Janés, Barcelona.

¹⁵ Tal interrogante es un verdadero quebradero de cabeza para aquellos que sostienen un narcisismo primario **absoluto, anobjetal**. En cambio, para los que se enrolan en una concepción **objetal** del narcisismo, la pregunta sobra: la apertura a la objetividad está asegurada desde el inicio, ya que el comienzo ha sido relacional: las primitivas relaciones objetales anteriores al establecimiento del autoerotismo. Para caracterizar a esta situación he introducido el neologismo *yobjeto*; véase IV, 1.1.5.2. Es impensable la psiquización fuera del contexto objetal.

¹⁶ Otros aspectos que se podrían agregar respecto de los sujetos neuróticos, más allá de lo comentado sobre la identificación, podrían ser los siguientes: las pulsiones se sometieron a la primacía fálica, aspecto éste que reduce la satisfacción autoerótica. El superyó modula el gozo pulsional, disminuyendo la tendencia a las actuaciones y los pasajes al acto. La intrincación pulsional ha neutralizado de manera muy significativa a la pulsión de muerte. Predomina Eros. El fantasma cumple con su función estabilizadora del psiquismo. Las investiduras de objeto son persistentes y la catexia de la representación objetal en el *Inc.* se mantiene cargada de un modo estable. La represión asegura tales avatares y, como consecuencia, todas las relaciones –la transferencial con el analista, incluida– estarán mediatizadas por la presencia de esta representación objetal inconsciente que, a su vez, funciona como soporte del deseo. Estas presencias conjugadas aseguran una respetable capacidad simbólica, muy necesaria para el trabajo analítico y aportan elementos suficientes para establecer una neurosis de transferencia; es decir, sobre la base de rasgos, detalles o elementos singulares del analista.

¹⁷ A riesgo de repetir, señalo una secuencia posible –ni rígida ni estancamente compartimentada– de modalidades relacionales que el niño/a establece durante el periodo de la sexualidad infantil, en el que va conformando su psiquismo: 1º) relaciones presubjetivas → 2º) transubjetividad narcisista → 3º) intersubjetividad edípica. Las primeras –precocísimas– son así designadas por no mediar la subjetividad del *infans*, que por entonces es inexistente. Por estos motivos algunos autores prefieren considerar tal modalidad como anobjetal, posición de la que me distancio; para mí son objetales aunque **presubjetivas**. De todas formas serían las únicas relaciones que puede establecerse desde (y con) un protosujeto en estado de indefensión, como es un bebé. Las segundas presuponen un yo constituido y, por lo tanto, se harán presentes las modalidades vinculares **transitivas** propias del narcisismo. Las conocidas fórmulas de “yo soy otro; el otro es yo” reflejan, de un modo lacónico, este tipo de ligamen: transubjetividad narcisista. Por último, recién en la etapa fálica puede hablarse de **inter**-subjetividad (en sentido estricto), puesto que sólo a partir de entonces queda establecida una diferenciación más o menos clara entre yo y no yo.

¹⁸ Estos comentarios se refieren a las identificaciones narcisistas operando en las neurosis; no es el caso de la melancolía, por ejemplo.

¹⁹ Freud, S.; *El yo y el ello* (1923), O.C., Tomo XIX, página 32, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

²⁰ Freud, S.; *Carta a Romain Rolland* (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis), O.C. Tomo XXII, p. 221, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1989.

²¹ La clínica de pacientes psicóticos y en especial la de los trastornos límites de la personalidad muestran de manera amplificada y confirman esas apreciaciones de F. Colina. Estos fenómenos son especialmente notables en la relación entre la madre y la hija en las entidades *borderline*. Las hijas se vuelven particularmente intolerables y déspotas con el objeto materno, con una violencia enorme, que tal vez al ser descargada fuera evite la autolisis. Puede leerse al respecto *Cuadros con insuficiente resignificación retroactiva edípica* (CIRRE), publicado en *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas; op. cit.* p. 23 y ss. También se encuentran situaciones de esta índole en las neurosis. Más allá de las diferentes estructuras clínicas, F. Colina se acerca también con sus palabras a aspectos estructurales de la reproducción y de la condición humanas.

²² El concepto de *función paterna* elaborado por Lacan, permite ampliar el espectro de quienes pueden actuar como transmisores de la Ley y llevar a cabo las tareas que, en principio, le están encomendadas al padre. La propia madre podría ejercer la función paterna.

²³ Tal interrogante es un verdadero quebradero de cabeza para aquellos que sostienen un narcisismo primario **absoluto, anobjetal**. En cambio, para los que se enrolan en una concepción **objetal** del narcisismo, la pregunta sobra: la apertura a la objetividad está asegurada desde el inicio, ya que el comienzo ha sido relacional: las primitivas relaciones objetales anteriores al establecimiento del autoerotismo. Para esta situación he referido el neologismo *yobjeto* [IV. 1.1.5.2]. Es impensable la psiquización fuera del contexto objetal.

TESTIMONIOS LITERARIOS SOBRE LA IDENTIFICACIÓN

En este capítulo se presentarán fragmentos de textos de ocho pensadores, ensayistas, poetas, escritores y filósofos que, desde sus propios campos, han hecho referencias a algunas facetas de la identificación. No las han realizado, obviamente, desde una concepción psicoanalítica, pero ellas muestran que la transmisión intergeneracional es un tema que trasciende ampliamente a nuestra disciplina. Quiero iniciar este capítulo con un párrafo del escritor Juan Carlos Onetti; dice así:

“Tal vez nos convirtamos en sirvientes de la cibernética. Pero sentiremos que siempre sobrevivirá en algún lugar de la Tierra un hombre distraído que dedique más horas al ensueño que al sueño o al trabajo y que no tenga otro remedio para no perecer como ser humano que el de inventar y contar historias. También estamos seguros que ese hipotético y futuro antisocial encontrará un público afectado por el mismo veneno, que se reúna para rodearlo y escucharlo mentir. Y será imprescindible –lo vaticinamos con la seguridad de que nunca oiremos ser desmentidos– que ese supuesto sobreviviente prefiera hablar con la mayor claridad que le sea posible de la absurda aventura que significa el paso de la gente sobre la Tierra y que evitará, también dentro de lo posible, mortificar a sus oyentes con literatos.”

Creo encontrarme dentro del “público afectado por el mismo veneno” al que Onetti hacía referencia en esta cita. Siempre, casi siempre, alguna novela, un libro de ensayo o de poesía grava el peso de mi bolso de viaje. En muchos momentos son un bálsamo para las sensaciones que me despierta el convulso mundo en que vivimos. Citar a algunos de los autores que me deleitaron con sus escritos, recordarme marcando las páginas en que ellos hacían referencias al tema de esta tesis, y poderlos citar con sus nombres y apellidos, me place enormemente. La literatura suele ser menos cruel que la realidad y casi siempre acaba rescatando algo bueno, incluso, de las situaciones más trágicas de la existencia humana. Esas lecturas han dejado en mí un precipitado de optimismo, mayormente, dulce-amargo. La narrativa, la ensayística y la poesía con sus metáforas me han ayudado –aunque indirectamente, debo decirlo– en el ejercicio del oficio de analista. La ausencia de tantos libros y autores literarios en las cuatro bibliografías de esta tesis es justificable, en parte, por lo difícil de precisar cuáles, cuándo y de qué manera han influido en mi pensamiento analítico. Presentar fragmentos de estos ocho pensadores, literatos, ensayistas y poetas es una manera de agradecerles y paliar esas omisiones.

También señalé en el comienzo de esta IV parte, en 1.3. *Filiaciones*, que el psicoanálisis tal como lo entiendo está más cerca del arte, de la literatura, de la poesía, del pensamiento en sentido amplio y de la filosofía que de las ciencias.

La inclusión de estos fragmentos tienen un carácter ilustrativo; las referencias de los escritores a la identificación apuntan a fines muy distintos de los psicoanalíticos. Una obra literaria es un montaje deliberado para provocar efectos en el lector y, lo que dicen o hacen los personajes es muy diferente de lo que surge en las asociaciones libres en sesión y del uso que se hace de ello posteriormente. Por otra parte, la identificación tal vez juegue en la literatura su rol más importante en otro plano: en el de la relación entre lo escrito y el lector: una de las estrategias de escritura consiste en estructurar el texto de manera tal que desencadenen *identificaciones inconscientes* en quien lee la obra, no sólo con los personajes de la narración sino y también con las propias fantasías del escritor. Es de buena técnica literaria que estas intenciones no se manifiesten en primer plano y

es de buena ley no hacer siquiera el intento de desvelarlas. En todo caso no sería la verdad revelada sino meras conjeturas. Por esos motivos, no habrá análisis minuciosos de las citas sino breves comentarios a las mismas.

4.1. María Zambrano

Recurriré al testimonio de esta filósofa, ensayista, y poeta española cuya obra comprometida ha sido reconocida en las últimas décadas. Formó parte de la diáspora de defensores de la República; emprendió el exilio en 1939, radicándose en México. Recibió el Premio Cervantes y el Príncipe de Asturias. Abordando cuestiones muy lejanas al psicoanálisis, aludió, a mi entender, al aspecto transgeneracional de la identificación primaria. En *El pensamiento vivo de Séneca* (1943), p. 11, Ediciones Cátedra, Madrid, 1987, escribió:

“El hombre posee el privilegio de tener antepasados; somos siempre hijos de alguien, herederos y descendientes. Mas cuando se pertenece a un mundo tan completo como el de la cultura occidental, los antepasados son múltiples; tenemos diversas tradiciones detrás de nosotros, no una sola. De ahí el olvido y también los sucesivos renacimientos. Y es que tener una cultura, estar en una cultura, es tener detrás de la vida individual de cada uno un tesoro a veces anónimo, a veces con nombre y figura. Es poder recordar, rememorar. Poder también, en un trance difícil, aclarar en su espejo nuestra angustia e incertidumbre.

Pero no todos los antepasados están siempre patentes y actuales. Por el contrario, grandes nombres permanecen durante años, que pueden ser siglos, enterrados en el olvido para salir de él en un instante. Se hacen actuales y hasta se convierten en obsesión. Nos encontramos, entonces, con *un saber no sabido*, que se nos aparece cargado de significaciones como si fuese la cifra de todo lo que nos sucede.” (Las cursivas son mías).

Más allá de la alusión a nuestra identificación primaria es digno de destacar el uso por parte de esta filósofa, en el año 1943, de las palabras que subrayé con itálicas en la última frase: “un saber no sabido”, sintagma que décadas más tarde hizo fortuna en el psicoanálisis lacaniano.

Por otra parte, el último fragmento de esta cita puede servir también para ilustrar la atemporalidad de lo inconsciente.

4.2. Marguerite Yourcenar

Novelista, poeta, dramaturga y traductora recibió múltiples premios por su vastísima producción literaria. Vivió largas décadas en Estados Unidos y fue la primera mujer elegida miembro de número de la Academia francesa (1980).

En *Memoires d’Hadrien*, suivi de *Carnet de notes*; éditions France Loisir, Paris, 1981, (*Cuaderno de notas para la redacción de Memorias de Adriano*), escribió:

“Experiencia con el tiempo, dieciocho días, dieciocho meses, dieciocho años, dieciocho siglos. La inmóvil permanencia de las estatuas que, como la cabeza de Antinoo, Mondragón en El Louvre, viven en el interior de este tiempo muerto. El mismo problema considerado en términos de generaciones humanas: dos docenas de pares de manos descarnadas, unos veinticinco ancianos, bastarían para establecer un contacto ininterrumpido entre Adriano y nosotros.” (La traducción me pertenece).

Como ha sucedido en reiteradas ocasiones, los poetas, filósofos y escritores han captado con absoluta claridad algunas cuestiones claves de lo humano; entre ellas las relativas a la identificación y a la trasmisión de lo psíquico entre generaciones. Este fenómeno se reitera, a mi juicio, con Marguerite Yourcenar. En el párrafo citado podemos apreciar con toda nitidez las alusiones a la transmisión intergeneracional del capital simbólico de la humanidad. Ella nos muestra que esta herencia cultural viene de muy lejos y deja marcas identificantes en el humano.

Estos aspectos son habitualmente vectorizados por los padres del *infans*, quienes, a su vez, los recibieron de sus propios padres y éstos de los suyos. Conformaríamos así una larga saga, hasta conectar, quizás, con el Protopadre de la Horda Primitiva. Es cierto que se necesitarían algo más de *dos docenas de manos descarnadas* para reconstruir esa extensísima cadena; pero lo que interesa remarcar

aquí es, que para esta escritora, no se trataba ni de una transmisión filogenética de raigambre biológica ni, menos aún, cromosómica. Heckel y Lamarck, descalificados en el terreno de la transmisión biológica, reviven en el plano de los intercambios simbólicos transgeneracionales.

4.3. Jorge Luis Borges

Una anécdota curiosa: en Ginebra –1986– tuvo lugar un encuentro entre M. Yourcenar y J. L. Borges, pocos días antes de que éste falleciera. Ella le preguntó: “Borges, ¿cuándo saldrás del laberinto?”; en clara alusión a su libro *Cuentos en el laberinto*; él respondió: “cuando hayan salido todos.”

En la misma línea de las dos autoras precedentes, este escritor y poeta se refirió también a la presencia de los antepasados cercanos y lejanos en el engendramiento del hijo. Así lo describió en el segundo tomo de sus Obras Completas, Emecé ediciones (1964), p. 326:

Al hijo
No soy yo quien te engendra. Son los muertos.
Son mi padre, su padre y los mayores;
Son los que un largo dédalo de amores
Trazaron desde Adán y los desiertos
De Caín y de Abel, en una aurora
Tan antigua que ya es mitología,
Y llevan, sangre y médula, a este día
Del porvenir en que te engendro ahora.
Siento su multitud. Somos nosotros
Hijos que has de engendrar. Los postrimeros
Y los del rojo Adán. Soy esos otros,
También. La eternidad está en las cosas
Del tiempo, que son formas presurosas.

En el mismo volumen de sus Obras Completas, p. 88 y ss., puede leerse un breve relato que forma parte de *Otras inquisiciones*, titulado “Kafka y sus precursores”. Constituye, según mi parecer, una excelente y original ilustración de la significación retroactiva y la temporalidad a ella asociada. Su lectura me generó la posibilidad de introducir algunos cambios en la concepción que yo llamaría clásica de la retroacción, porque descubrí un aspecto nuevo en la misma, no gracias a un discípulo de Freud ni de Lacan, sino a esta narración de Borges, de apenas unas tres páginas. Quiero anticipar qué aportó de novedoso este relato respecto del tema en cuestión: subrayó el papel *generador* del vector temporal retrógrado en el mecanismo de la retroactividad. Describo de manera sucinta –y no textualmente– el escrito mencionado:

Borges comentó que siempre consideró a Kafka un escritor muy singular, único, pero, al poco de frecuentarlo, creyó reconocer su voz, o sus hábitos, en escritos literarios de distintos autores de diversas épocas. Mencionó seis: el primero, Zenón, y su célebre paradoja contra el movimiento. La forma de esta ilustre problemática era exactamente la del *Castillo*; el móvil, la flecha, Aquiles y la tortuga; ellos fueron los primeros personajes kafkianos de la literatura, según Borges.

El aludido en segundo término fue un apólogo de la dinastía asiática Han, prosista del siglo IX, que hizo comentarios sobre el unicornio. En este caso, la coincidencia con Kafka no era en la forma sino en el tono. Se admite universalmente que el unicornio es un ser sobrenatural que no figura entre los animales domésticos, no siempre es fácil encontrarlo, no se presta a clasificación. Hasta los párvulos saben que el unicornio constituye un presagio favorable. “No es como el caballo y el toro, el lobo o el ciervo. En tales condiciones podríamos estar ante un unicornio y no sabríamos con seguridad que lo es. Sabemos que tal animal con crin es un caballo y que tal animal con cuernos es un toro. No sabemos cómo es el unicornio.”

Tercer autor, quizá más previsible: Kierkegaard. La afinidad entre los escritos de ambos era cosa que nadie ignoraba, según Borges; lo que no se había destacado aún es el hecho de que Kirkegaard, como Kafka, abundó en parábolas religiosas de temas contemporáneos y burgueses. Describió como ejemplo, la historia narrada por el danés de un falsificador que revisaba, vigilado

incesantemente, los billetes del banco de Inglaterra para descubrir los que eran falsos. Dios, de igual modo, desconfiaría de Kierkegaard, y le hubiera encomendado una misión, justamente por saberlo avezado al mal.

Cuarto elegido: un tal Robert Browning, cuyo poema *Fears and scruples* fue publicado en 1876. Un hombre tiene, o cree tener, un amigo famoso. Nunca lo ha visto y el hecho es que éste no ha podido, hasta el día de hoy, ayudarlo, pero se cuentan rasgos suyos muy nobles y circulan cartas de él. Hay quien pone en duda los rasgos del personaje y los grafólogos afirman que las misivas son apócrifas. El hombre, en el último verso, se pregunta: ¿Y si ese amigo fuera Dios?

Quinto: León Bloy y su cuento *Histoires désobligeantes*. Su autor refirió el caso de unas personas que abundan en los globos terráqueos, en atlas, en guías de ferrocarril y en baúles, que mueren sin haber logrado salir de su pueblo natal.

El otro cuento –sexto y último– se llamaba *Carcassonne*, de Lord Dunsany. Éste describió como un ejército invencible de guerreros partía de un castillo infinito, sojuzgaba reinos y veía monstruos; fatigaba los desiertos y montañas, pero nunca llegaba a Carcassonne, aunque alguna vez la divisaron. Este cuento es el estricto reverso del anterior; en el primero nunca se sale de una ciudad; en el segundo, no se llega jamás a ella.

Borges afirma que las heterogéneas piezas nombradas se parecen a Kafka, pero no todas se parecen entre sí, hecho que considera significativo. En cada uno de estos textos está la idiosincrasia de Kafka en grado mayor o menor, pero si Kafka no hubiera escrito, no percibiríamos ese hecho; vale decir, no existiría. El poema de Browning profetiza la obra de Kafka, pero nuestra lectura del praguense afina y desvía sensiblemente cómo se lee, hoy, el poema de Browning.

Sigue Borges: en el vocabulario crítico, el término *precursor* es indispensable, pero habría que tratar de purificarlo de toda connotación de polémica y rivalidad. El hecho es que cada autor *crea* a sus precursores. Subrayó la palabra *crea* mediante cursivas y yo remarco con un rotulador imaginario: los *crea retroactivamente*: sin Kafka los otros no hubieran existido como precursores kafkianos. Su labor de escritor modificó el pasado: pudo constituirse una saga de escritores kafkianos *avant la lettre*. De la misma manera, transformó el futuro: el adjetivo “kafkiano” es hoy universalmente utilizado. Borges dice que el primer Kafka, el de *Betrachtung* es menos precursor del Kafka de los mitos sombríos y de las instituciones atroces que Browning o Lord Dunsany.

Aquí termina el relato borgiano.

Si seguimos a este autor, cada escritor importante *crea* sus precursores; no digo que ha tenido sus ascendientes sino que ese escritor valioso los ha generado. En esa misma línea decía con cierta ironía en el capítulo anterior de esta tesis que cada hijo “fabricaba” a sus padres en su mente. También podríamos decir que cada hecho psíquico importante del presente, genera sus precursores. Digo, *genera*, podría decir también *forja, funda, origina, suscita* sus antecesores; no digo que los tenía o los encuentra. Insisto: Zenón, Kierkegaard, Browning y los otros escritores, no fueron precursores de Kafka por ser anteriores a él; no fueron tales antes de que existiera la obra de Kafka. Fue la escritura de Kafka que los parió en tanto kafkianos. El praguense no resignificó la serie de escritores preexistentes a su escritura; él creó la serie, él la construyó *retroactivamente*. Es un planteamiento más radical del *après-coup*, si se quiere, porque jerarquiza más la importancia del vector retroactivo.

Antes de haber leído este relato había escrito en mi libro *El oficio de analista* que no había un contenido latente anterior al contenido manifiesto de un sueño, contradiciendo con mis palabras una tesis freudiana por excelencia. Según mi parecer, el contenido latente pos-existía al contenido manifiesto; se *creaba* al analizar el sueño. En la misma línea, pero en terrenos de la psicopatología, podría decirse que el significado de cada síntoma no preexiste a su formación sino que una vez formado e interpretado, adquiere un significado. Cada síntoma, una vez aparecido, generaría sus precursores.

Entender la serie como preexistente; es decir: primero la escena 1 y después la escena 2, que revuelve sobre la 1, es *una* de las formas de entender el *après-coup*. Concebir la serie no cómo construida desde la actualidad sino como preexistente tiene sus reflejos en la clínica psicoanalítica.

Mantiene lo que a mi modo de ver es un dogma: el significado de los sueños –el llamado contenido latente– preexistiría al sueño en sí; estaría ya construido antes del fenómeno onírico: el sueño sólo se encargaría de escenificarlo. Esto se trasladó también a los síntomas: el significado de los mismos preexistiría a su formación y serían la causa de su aparición. Cuestionar ese dogma está en consonancia con la idea de que Kafka, sin saberlo y sin quererlo, a partir de su escritura, hizo existir, dio vida literaria –en tanto kafkianos– a ciertos escritores, transformándolos en precursores suyos. El vector va desde el presente hacia el pasado y es creativo. Obviamente Browning, Dunsany, Kierkegaard no necesitaron de Kafka para nacer, vivir y escribir, pero sí para devenir y perdurar en tanto escritores kafkianos. Borges hizo remontar la serie de precursores de Kafka a 25 siglos.

El trabajo psicoanalítico no es para constatar que hubo una historia y que esta ha preexistido al momento de la consulta; eso es obvio. Lo que hacemos en la clínica es una construcción retrospectiva. Esta idea la expresé en IV, 3.12 en estos términos: “en un análisis, el analizante escribe una nueva novela familiar.” Esto tiene como efecto aligerar el peso del pasado, quitarle hierro a lo que sucedió para privilegiar lo que sucede en el presente. La escena 1 no estaba a la espera para ver cómo y cuándo ocurría la escena 2, desencadenante del trauma según quería Freud.

La historia no es el pasado, la historia es el pasado historizado en el presente. Desde esta perspectiva, el analista no debe empeñarse en la búsqueda del pasado del analizante, para reconstruirlo, a la manera de un arqueólogo; ese pasado está presente en el *presente* del sujeto, que a su vez se abre inexorablemente al futuro. El pasado se va constituyendo retroactivamente, a partir de las nuevas experiencias y de las resignificaciones que le son correlativas. Paradojalmente, el pasado no está en el *pasado* sino en el presente resignificado (y resignificador).

El pasado no es una reliquia arqueológica, mejor o peor conservada. La historización del sujeto está fundada en las características peculiares de la temporalidad psicoanalítica. El sujeto es histórico en tanto es capaz de asumir la historización de su pasado en el presente. Esta concepción de la historia subjetiva es muy diferente de la imperante en los contextos psicoanalíticos adeptos a las teorías evolutivas; allí, los fundamentos teóricos incitan a recuperar un pasado desde el que se habría progresado –atravesando cronológicamente etapas fijas y preestablecidas– en función de la maduración de la libido. Se trataba de concepciones crono-lineales.

4.4. Sándor Márai

Nació en Kassa, localidad del antiguo reino de Hungría, incorporada luego al imperio austrohúngaro. Hoy pertenece a Eslovaquia. Novelista, ensayista, periodista, dramaturgo y poeta, el régimen comunista instalado en su país tras la segunda guerra mundial prohibió su obra. Emigró y después de vivir en distintos países de Europa occidental, se radicó en los EE. UU., en 1952. Analizó brillantemente la decadencia de la burguesía húngara durante la primera mitad de siglo XX. Sus libros fueron traducidos a muchos idiomas; entre los mejores podrían nombrarse: *Divorcio en Buda*, *El último encuentro*, *La herencia de Eszter* y *Confesiones de un burgués* (Narrativas Salamandra, Barcelona, 2004). De la página p. 82 y ss. de este último volumen se extractaron estos fragmentos, que nos ilustran las identificaciones secundarias, al rasgo o detalle del objeto:

“Tengo que hablar de los muertos, así que debo bajar la voz; algunos están completamente muertos para mí; otros sobreviven en mis gestos, en la forma de mi cráneo, en mi manera de fumar, de hacer el amor, de alimentarme: como y bebo ciertas cosas por encargo de ellos. Son numerosos. Uno pasa muchos años sintiéndose sólo entre la gente hasta que un día se encuentra con sus muertos, nota su presencia discreta pero constante. No alborotan demasiado. Con la familia de mi madre tardé en aceptar la convivencia; un día empecé a oír sus voces al hablar, a ver sus gestos al saludar o al alzar una copa. La “personalidad”, lo poco que tú mismo te añades es una nimiedad en comparación con la herencia que los muertos te dejan. Personas que ni siquiera he llegado a conocer sobre viven en mí: se ponen nerviosas, escriben novelas, albergan deseos y luchan contra sus miedos en mí. Mi rostro es la copia exacta del de mi abuelo materno; las manos las he heredado de la familia de mi padre; mi temperamento es el de algún antepasado materno; en momentos determinados, cuando me molesta algo o tengo que tomar una decisión repentina, probablemente pienso, hablo y actúo igual que habría pensado, hablado y actuado mi bisabuelo materno en su molino de Moravia hace setenta años.”

“Del padre de mi madre ha quedado pocos recuerdos: sólo una fotografía y una jarra para beber cerveza. La jarra lleva grabado el retrato de mi abuelo. Tanto esa imagen como la fotografía muestran a un hombre de barba tupida y frente alta, rostro regordete y boca sensual, con el labio inferior un tanto caído. Lleva el traje tradicional húngaro, pero los pantalones son modernos y los zapatos están a la última. Era un hombre jovial que tenía prisa por vivir; se casó dos veces y engendró seis hijos. Llegó a ganar mucho dinero aunque nunca aprendió a dominar del todo la contabilidad. Llevaba las facturas y las letras de cambio en los bolsillos, y cuando murió, a la edad de 47 años, solo dejó deudas y desorden. Pero en la casa del abuelo todos vivían contentos y felices. Además, eran muchos, pues allí se hospedaban también, los obreros y los aprendices, de modo que solían ser unos veinte para comer.

Un par de páginas más adelante, después se recordan otras características de este antepasado, agregó:

“Eso es todo lo que sé sobre mi abuelo materno. Nunca lo conocí, pues murió veinte años antes de que yo naciera. Su retrato cuelga de la pared de mi habitación, entre nosotros dos existe un parecido asombroso. Mi rostro es regordete como el suyo, mi labio inferior cae como el suyo, y si me dejara crecer la barba, me convertiría en el álgar ego del desconocido que me mira desde la fotografía. A él le debo mi afición a viajar, mi sensibilidad, mi carácter eslavo, siempre activo, y también mis dudas. Aquel hombre desconocido ha prendido en mí con todas sus fuerzas. Puede que no sólo heredamos los rasgos físicos de nuestros antepasados; del mismo modo que ostento su boca, su frente o la forma de su cráneo, sobreviven en mí sus gestos, su sonrisa, su voluptuosidad, su despreocupación y su desenfado. A mí también me gustaría llevar en el bolsillo la contabilidad de mi vida. De la misma forma sobreviven en mí el otro abuelo, más serio, más severo, más ordenado y disciplinado: este también murió pronto, tampoco llegué a conocerlo; esos desconocidos con los que debo convivir me dejan la palabra a mí mismo en pocas ocasiones, a mí, a quien yo he formado con arreglo a sucesivos intentos y sufrimientos. Mi abuelo materno, por ejemplo, era un auténtico Falstaff, en su pequeña ciudad, un famoso bebedor de cerveza, alegre y campechano, que tenía una mesa reservada como cliente diario en las mejores cervecerías y que disfrutaba invitando a sus contertulios. También heredé de él mi método de trabajo. Me gusta entretenerme con todo lo que hago, como los artesanos, me gustan los trabajos manuales, su ritmo y su lado puramente físico, me gusta ser mañoso y componer, manufacturar o reparar cualquier objeto sencillo de uso cotidiano. Soy mañoso gracias a él. A veces este abuelo se pelea con el otro, ambos miden sus fuerzas, y cuando gana éste, me siento feliz y contento durante muchos meses, se apodera de mi trabajo, y de mi vida entera una especie de serenidad y de sosiego; en tales ocasiones, me sale la vena viajera y me voy por algún tiempo sin planes ni objetivos definidos, sin importarme lo que dejo atrás en mi casa y en mi taller.

Mi abuela tenía 16 años cuando se casó con él. La figura de esa joven está cubierta por un tupido velo. Vivió con mi abuelo durante cuatro años, dio luz a mi madre y a otra criatura. Nadie hablaba de ella en la familia. Descubrí por casualidad su apellido; creo que se le escapó a mi madre. Era una Jelenffi. Sus hijos y sus hijastros nunca hablaban de ella. [...] Aquella mujer silenciosa y triste, probablemente enferma del alma, vivió en la familia durante cuatro años. Ella también me dio algo para la vida. A ella le debo la mayor parte de mis temores. La nueva esposa tal vez estuviera intimidada por el papel que tenía que desempeñar delante de los hijos ya mayores, se avergonzaría de desempeñar el papel de madre en una familia donde los hijos de la primera mujer guardaban celosamente el recuerdo de la muerta. Tal vez todo lo que hacía resultaba malo, imperfecto y torpe y sus temores la obligaran a defenderse de los demás de manera histérica; por eso se iba a su habitación para sonreír cuando mi abuelo contaba un chiste; por eso estaba siempre callada, por eso pensaba que su propia hija era ‘muy feúcha’, como si intentase humillarse para reconciliarse con el recuerdo de la muerta y ganarse la simpatía de los hijos que se aprovechaban de ella. Cuando tengo miedo de volverme loco, es esa la mujer que habla en mí.”

En la página p. 157 y ss. del mismo libro que se está citando Márai escribió los siguientes párrafos que ilustran las identificaciones que Freud comentó en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921); son aquellas que acontecen en el seno de las masas:

“La pandilla en cuyo seno me refugié ocho años, al huir de la familia para no encontrar jamás el camino de vuelta, estaba dirigida por un muchacho flacucho y enjuto, de cabello negro, cuyo aspecto físico recuerdo todavía a la perfección: veo ante mí su cara, sus ojos febriles por la tuberculosis, sus labios agrietados, sus manos siempre llenas de heridas, su voz ronca; pero me resulta imposible acordarme de su nombre, porque en realidad no importaba. Era hijo de un obrero, un pequeño revolucionario en carnes que nunca dejaba de recordarme que yo era hijo de una ‘podrida’ familia de burgueses. Aquel cuerpo ágil estaba siempre ardiendo, y las ascuas que producía caían sobre nosotros y nos quemaban.

[...] Nunca se sabía cuándo iba a llegar, el silbido atemorizador, imperativo y cruel que nos llamaba a todas horas y nosotros obedecíamos a su llamada, acudíamos a su señal, abandonábamos nuestros juegos, dejábamos nuestras tareas a medias, nos escapábamos del lado de nuestra madre o de la niñera y bajábamos corriendo la escalera de servicio para presentarnos ante el jefe, que nos esperaba en algún rincón secreto.....

[...] Hoy, tres décadas después, sigo convencido de que viví en estado de hechizo, de encantamiento opresor. Éste tenía su origen en aquel cuerpo de adolescente frágil y, sin embargo, fornido y resistente. Y yo me entregaba sin chistar a la abrasadora fuerza de voluntad del muchacho, parecida a las fuerzas de la naturaleza.

Como al sonido del flautista de Hamelín, nosotros respondíamos a la llamada de los silbidos de nuestro tirano sin protesta alguna. La huida nunca resultaba fácil: en casa a mí me vigilaban constantemente mi madre, la señorita, las criadas; en la habitación de los niños, encima de mi escritorio, colgaba un “horario” escrito con letra redonda que consignaba como debía usar mi tiempo: levantarse, rezar, asearse, desayunarse, pasear y divertirse, merendar y jugar; cada momento del día tenía un nombre y un contenido fijados por antelación. [...] Sin embargo, corríamos cada vez que oíamos aquel silbido mágico; no sólo yo, corríamos todos los que vivíamos en el edificio.”

4.5. José María Valverde

Hombre de letras versátil desplegó su actividad en diversos registros: ensayo, crítica literaria, poesía, historia de las ideas y traducción. Fue catedrático de Estética y renunció a su cargo por solidaridad con otros profesores expulsados de la Universidad en la época franquista. Emigró a Canadá y regresó a Barcelona donde vivió hasta su muerte.

Se transcribirá fragmentos de su bello poema *Palabras para el hijo*, publicado en la revista *Tres al cuarto* n° 3, Barcelona, Noviembre de 1997. Podrá apreciarse en él lo comentado en IV, 2.11., acerca del *antiguo futuro sujeto* y la presencia del hijo en la mente de los padres antes de su llegada al mundo. También, la consciencia de la necesidad de transmitir al hijo la palabra, ese don que nos arraiga al mundo, las experiencias vividas por las generaciones anteriores y los valores Ideal-yoicos.

Viniendo estás hijo, ya tienes imperiosamente abierto tu hueco entre los días,
y me paro a pensar cómo tendré que decirte para pasarte lo que he vivido,
si todavía tus padres apenas sabemos hablar, saltamos por encima de las palabras,
y de la mano andamos, cruzando por largos silencios, como claros de bosque.

Tal vez todo es inútil y la sangre camina bajo la voz, y nada se puede,
pero yo pienso y pienso en las cosas que todavía mal he aprendido
y que tendré que enseñarte, porque ya no podré olvidar ni guardar silencio
ni volver la espalda a lo que fue, para llegar más libre a la esperanza.

Desde ahora cuanto miro me exigirá nombre con que poder contarlo;
ya no podré ser ojo mudo, pasmo sin pregunta, guardador de secretos,
y tenderé que dejarme llevar por tu mano hasta la misma raya de la ignorancia,
dibujar exactamente a dónde llega el borde del agua de la materia oscura.

Procuraré empezar por decirte el respeto que se debe a todas las cosas,
la seriedad de la tierra áspera y su peso húmedo, desmigado entre los dedos, la admirable cerrazón de la piedra,
secretamente conjurada consigo misma,
a veces en un guijarro caminante, como endulzado por el peso de la memoria.

[...] Pero también te enseñaré la palabra que, puesta junto a otra, arde con llama hasta el cielo,
y la canción que se adueña de nuestros huesos y gira y gira sola hasta iluminarnos,
y el poderío de una mancha roja cuidadosamente extendida sobre un cuadrado de lona,
hasta rozar genitualmente un azul que anochece por su parte, detrás del amarillo.

[...] De tu madre jamás hablaremos; tardarás mucho tiempo en comprender
que otras estrellas fueron las mías en la ventana nocturna de sus ojos,
cómo la encontré viviendo de pinares de sueños, de olas y canciones de niña,
cómo la convencí, y lo dejé todo, y cruzó un río desconocido. Y estabas tú. [...]

4.6. Joan Manuel Serrat

Palabras hechas canciones, pequeñas historias contadas y cantadas, el mar, las mujeres, las ganas de conocer la utopía. En fin, pequeños misiles lanzados al corazón por este poeta, cantautor, compositor y músico, que supo poner en el pentagrama versos de otros admirables poetas: Mario Bedenetti, Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Pablo

Neruda y otros. En *Esos locos bajitos* relata diversos aspectos de la transmisión intergeneracional de lo psíquico; en primer lugar, la presencia de la semejanza y la diferencia en toda identificación; también, el aspecto alienante que ella conlleva y la separación subsiguiente de los objetos de identificación, proceso necesario para devenir sujeto; muestra asimismo como el discurso parental transmite el sistema de permisiones y prohibiciones –constitutivas del superyó– propios de la cultura en que se vive.

A menudo los hijos se nos parecen,
y así nos dan la primera satisfacción;
ésos que se menean con nuestros gestos,
echando mano a cuanto hay a su alrededor.

Esos locos bajitos que se incorporan
con los ojos abiertos de par en par,
sin respeto al horario ni a las costumbres y a los que,
por su bien, (dicen) que hay que domesticar.

Niño, deja ya de joder con la pelota.
Niño, que eso no se dice,
que eso no se hace,
que eso no se toca.

Cargan con nuestros dioses y nuestro idioma,
con nuestros rencores y nuestro porvenir.
Por eso nos parece que son de goma
y que les bastan nuestros cuentos para dormir.

Nos empeñamos en dirigir sus vidas
sin saber el oficio y sin vocación.
Les vamos transmitiendo nuestras frustraciones
con la leche templada y en cada canción.

Nada ni nadie puede impedir que sufran,
que las agujas avancen en el reloj,
que decidan por ellos, que se equivoquen,
que crezcan y que un día nos digan adiós.

4.7. Antonio Lobo Antúnez

Nació en Lisboa en 1942, terminó la licenciatura en Medicina y ejerció durante años como psiquiatra, tarea que abandonó para dedicarse en exclusiva a la literatura y al periodismo. Entre sus libros más conocidos figuran *Memoria de elefante*, *Manual de inquisidores*, *Esplendor de Portugal*, *Exhortación a los cocodrilos* y *Cuando todo arde*. Este afamado escritor comentó con agudeza la dimensión nostálgica del deseo, en un artículo suyo publicado el 2 de noviembre de 2002 en *Babelia*, suplemento cultural del diario *El País*. De allí y entonces se extrajo este fragmento:

“Hay ocasiones en que me pregunto por qué motivo, cada vez con más frecuencia, regreso a Beira Alta, y la única respuesta es que me siento un perro que dejó por aquí, no sé bien dónde, un hueso enterrado, que me acuerdo del hueso sin estar seguro de qué clase de hueso era ni en qué lugar lo escondí y, no obstante, necesito encontrarlo como si el hueso fuese, para mí, una cuestión vital. No como si el hueso fuese: el hueso, cualquiera que sea, es una cuestión vital. [...] Un hueso, creo yo, hecho de tantas cosas: personas, tardes interminables con una piedra de mica en la mano, el correo de las seis. La vendimia. La tienda del señor Casimiro. Yo. Pinos y más pinos, en algunos sitios tan espesos que hasta el aire le costaba entrar. Husmeo por aquí y por allá sin encontrar nada, ni siquiera a mi abuela diciendo
–Hijo
sobre todo ni siquiera a mi abuela diciendo
–Hijo
una manera de decir
–Hijo
que nadie más que ella tenía.”

A través de sus recuerdos sobre lo vivido en Beira Alta él nos habla acerca de algunas de las marcas que le han constituido en tanto sujeto psíquico. Lo escrito podría ilustrar la acción de las identificaciones secundarias edípicas, a rasgos circunscritos de los objetos. Muestra los pequeños detalles que se inscriben en el aparato psíquico que producen subjetividad. Se lee también en esas frases el poder identificante de las palabras y, más ampliamente, del discurso de los otros: ese “hijo” tan especial con que le nombraba o nominaba su abuela.

4.8. Antonio Machado

Nació en 1875 en Sevilla y falleció exilado en Colliure, a los 63 años. Poeta y profesor, fue el más joven representante de la generación del 98. Su obra evolucionó hacia un intimismo simbolista con rasgos románticos; su poesía mostró gran compromiso con lo humano y una enorme capacidad para contemplar la existencia. Gerardo Diego dijo de él: “hablaba en verso y vivía en poesía.” Se presentará su Soneto al padre, aparecido en *Nuevas canciones* (1924), Alianza editorial, 2006.

Esta luz de Sevilla. Es el palacio
Donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. La alta frente,
La breve mosca, y el bigote lacio.

Mi padre aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.

A veces habla solo, a veces canta.
Sus grandes ojos de mirar inquieto
Ahora vagar parecen, sin objeto
Donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!
piadosamente mi cabeza cana.

Es admirable cómo Antonio Machado logra producir en el primero de los tres últimos versos un salto vertiginoso de una generación a otra; brinco preparado en versos anteriores a través de una metáfora del envejecimiento paterno: sus ojos parecen vagar ahora sin objeto. A renglón seguido se patentiza aún más: ya escapan de su ayer a su mañana. El poeta habla a su manera de lo transgeneracional, en íntima relación con la identificación: en este bello poema se atraviesa en un santiamén del pasado al futuro y el hijo descubre, con una mezcla de sorpresa y nostalgia, tener las mismas sienes plateadas que su padre.

El poeta, sin saberlo, estaría describiendo una identificación imaginaria, especular, donde uno puede percibir en el otro la cabeza cana.

4.9. Síntesis

En este capítulo se presentaron fragmentos de textos de ocho pensadores, ensayistas, poetas, escritores y filósofos que, desde sus propios campos, han hecho referencias a algunas facetas de la identificación. No las han realizado, obviamente, desde una concepción psicoanalítica, pero muestran que la transmisión intergeneracional de lo psíquico es un tema que trasciende ampliamente a nuestra disciplina. Aportar fragmentos de algunos de los autores que me deleitaron con sus escritos, recordarme marcando las páginas en que ellos hacían referencias al tema de esta tesis, poderlos citar con sus nombres y apellidos, me place enormemente: María Zambrano, Marguerite Yourcenar, Jorge Luis Borges, Sándor Márai, José María Valverde, Joan Manuel Serrat, António Lobo Antunes y Antonio Machado. Sus ideas, poemas, escritos, pensamientos y relatos ilustran maravillosamente la identificación.

La literatura suele ser menos cruel que la realidad y casi siempre acaba rescatando algo bueno, incluso, de las situaciones más trágicas de la existencia humana. Esas lecturas me han dejado un precipitado de optimismo, mayormente dulce-amargo. La narrativa, la ensayística y la poesía, con sus metáforas me ayudaron –aunque indirectamente, debo decirlo– en el ejercicio del oficio de analista. La ausencia de tantos libros y de autores literarios en las cuatro bibliografías de esta tesis es justificable, en parte, por lo difícil de precisar cuáles, cuándo y de qué manera han contribuido a mi pensamiento analítico. Presentar fragmentos de estos ocho pensadores, literatos, ensayistas y poetas es una manera de agradecerles y de paliar –parcialmente– esas omisiones.

La inclusión de estos fragmentos tuvieron un carácter meramente ilustrativo; las referencias de los escritores a la identificación apuntan a fines muy distintos de los psicoanalíticos. Una obra literaria es un montaje deliberado para provocar efectos en el lector y, lo que dicen o hacen los personajes es muy diferente de lo que surge en las asociaciones libres en sesión y del uso que se hace de ello posteriormente. Por otra parte, la identificación tal vez juegue en la literatura su rol más importante no tanto ejemplificaciones o descripciones de la misma, sino en el plano de la relación entre lo escrito y el lector: una de las estrategias de escritura consiste en estructurar el texto de manera tal que se desencadenen *identificaciones inconscientes* en quien lee la obra, y no sólo con los personajes de la narración sino también con las propias fantasías del escritor. Es de buena técnica literaria que estas intenciones no se manifiesten en primer plano y es de buena ley, en esta situación, no hacer siquiera el intento de desvelarlas. En todo caso no sería la verdad revelada sino meras conjeturas. Por esos motivos, no hubo análisis minuciosos de las citas sino breves comentarios a las mismas.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA CUARTA PARTE

PERSPECTIVA TEÓRICA PERSONAL SOBRE LA IDENTIFICACIÓN

- Abraham, K. (1924). *Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales*; en *Psicoanálisis clínico*, Ediciones Hormé, Buenos Aires.
- (1925). *Étude psychanalytique de la formation du caractère*; en *Oeuvres Complètes*, Vol. II, Petite Bibliothèque Payot, Paris.
 - Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz, en *Psicoanálisis clínico*, Ediciones Hormé, Buenos Aires
- Abraham, N. y Torok, M. *Introjecter-incorporer. Deuil ou mélancolie*, en *Nouvelle Revue de psychanalyse* n° 6, Gallimard, Paris, 1973.
- Atlan, H.: *A tort et à raison*, Éditions du Seuil, Paris, 1986.
- Aulagnier, P. (1968). *Demande et identification*, en *L'Inconscient* N° 7, Paris.
- (1975). *La violencia de la interpretación*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
 - (1982). *Condamné à investir*; en *Nouvelle Revue de la Psychanalyse*, XXV, Gallimard. Paris.
 - (1984). *Los dos principios del funcionamiento identificatorio: permanencia y cambio*; comunicación al Coloquio Internacional sobre Psicosis y adolescencia; publicado en *Cuerpo, Historia, Interpretación*; Luis Hornstein (compilador) y otros, Paidós, Buenos Aires.
 - *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.
 - *Un interprète en quête de sens*, Ramsay, Paris, 1986.
- Balint, A. (1943). "Identification", en *International Journal of Psycho-Analysis*, Vol. 24, n° 3-4.
- Bick, E. (1968). "La experiencia de la piel en las tempranas relaciones de objeto"; en *Revista de Psicoanálisis de la A.P.A.*, volumen 27 (1970).
- Bion, W. (1957). "Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities", en *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 38.
- *Aprendiendo de la experiencia*; Paidós, Buenos Aires, 1966.
- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconsciente*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- «Los orígenes del aparato psíquico», en *Revista Trabajo de psicoanálisis*, p. 305, México, 1982
- Bleichmar, H. (1986). *Angustia y fantasma: matrices inconscientes en el más allá del principio del placer*; Adotraf, Madrid.
- (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Paidós, Barcelona
- Begoin, J. (1984). "Presentation: quelques repères sur l'évaluation du concept d'identification", en *Revue Française de la psychanalyse*, XLVIII, 2.
- Belmonte Lara, O., Del Valle, E., Kargieman, A., Saludjian, D., (1976). *La identificación en Freud*, Ediciones Kargieman, Buenos Aires.
- Borch-Jacobsen, M.: *Le sujet freudien*, Aubier Flammarion, Paris, 1982.
- Braunstein, N.: *Psiquiatría, teoría del sujeto y psicoanálisis*, Siglo XXI, México, 1980.
- Brody, M. W. y Mahoney, V. P. (1964). "Introjection, identification and incorporation"; en *International Journal of Psycho-Analysis*.
- Calligaris, C.: *Hypothèse sur le fantasme*, Éditions du Seuil, Paris, 1983.
- Clavreul, J. (1968). "Identification et complexe de castration", en *L'Inconscient* n° 7.
- Colina, F.: *Paranoia y melancolía*, Editorial Síntesis, Madrid, 2011.
- Chasseguet-Smirgel, J.: *L'Idéal du Moi*, Tchou, Paris, 1975.
- Del Valle Echegaray, E. (1986). *La obra de Melanie Klein*, tomos I y II, Lugar editorial, Buenos Aires.
- (1999). *Melanie Klein, cierre y apertura*, Tomo III, Lumen, Buenos Aires.
- Deutsch, H.: "Algunas formas de trastorno emocional y su relación con la esquizofrenia", en *Revista de Psicoanálisis de la APA*.
- Dio Bleichmar, E. (1991). *Temores y fobias. Condiciones de génesis en la infancia*, Gedisa, Barcelona.
- Dolto, F., y Nasio, J-D. (1987) *L'enfant du miroir (identification du stade du miroir)*, Rivages, Paris.
- Dor, J. (1985) *Introduction à la lecture de Lacan*, Tome I et II, Denoël, Paris.
- Etchegoyen, H. : *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.
- Ferenczi, S. (1909) *Transferencia e introyección*, en *Psicoanálisis*, tomo I, Espasa-Calpe, Madrid.
- (1912) *El concepto de introyección*, en *Psicoanálisis*, tomo I, Espasa-Calpe, Madrid.
- Fédida, P.: "Le cannibale mélancolique", *Nouvelle Revue de la Psychanalyse*, n° 6, Gallimard, París, 1972.

- Florence, J. (1978) *L'identification dans la théorie freudienne*, Publications des Facultés universitaires Saint-Louis, Bruxelles.
- Flournoy, O. (1974) "Les cas-limites: psychose ou névrose?", en *Nouvelle revue de psychanalyse* n° 10, París.
- Fontaine, A. (1978) *L'identification au père*; en *Lettres de l'École* n° 22, Journée de Lille, Bulletin interieur de l'École Freudienne de París.
- Gárate, I. y Marinas, J. M.: *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Quipú Ediciones, Madrid, 1996.
- Freud, S. (1897) *Manuscrito N.*
- (1900) *La interpretación de los sueños.*
 - (1905a) *Fragmento de análisis de un caso de histeria.*
 - (1905b) *Tres ensayos de teoría sexual.*
 - (1905c) *El chiste y su relación con lo inconsciente.*
 - (1910) *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci.*
 - (1913) *Totem y tabú.*
 - (1914) *Introducción al narcisismo.*
 - (1915a) *Pulsiones y destinos de pulsiones.*
 - (1915b) *La represión.*
 - (1915c) *Duelo y melancolía.*
 - (1916) *Conferencias de Introducción al psicoanálisis.*
 - (1920) *Más allá del principio del placer.*
 - (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo.*
 - (1923) *El yo y el ello.*
 - (1924) *El sepultamiento del complejo de Edipo.*
 - (1933) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis; 31ª Conferencia: *La descomposición de la personalidad psíquica.*
- Freud, S. y Bullitt, W. (1938?) *El presidente Thomas W. Wilson*; Letra Viva, Buenos Aires.
- Gárate, I. y Marinas, J. M.: *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Quipú Ediciones, Madrid, 1996.
- Ginestet-Delbreil, S. (1982). *L'identification par incorporation*, en *Psychanalyse et apocalypse, Confrontation*, París.
- Godino Cabas, A., *La función del falo en la locura*, Editorial Trieb, Buenos Aires, 1980.
- Green, A. "La projection. De l'identification projective au projet, en *Revue Française de Psychanalyse*, Vol. 35, París, 1971.
- "El narcisismo primario ¿estructura o estado?"; Editorial Proteo, Buenos Aires, 1970.
 - "Après coup, l'archaïque", en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 26, Gallimard, París, 1982.
 - *Narcisismo de vida, Narcisismo de muerte*; Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986
 - "L'analyste, la symbolisation et l'absence dans le cadre analytique", En *Nouvelle Revue de Psychanalyse* n° 10, Gallimard, París, 1974.
 - "Le cannibalisme: réalité ou fantasme agi", en *Nouvelle Revue de psychanalyse* n° 6, Gallimard. París, 1972.
- Grinberg, L. (1956) *Sobre algunos problemas de técnica psicoanalítica determinados por la identificación y contraidentificación proyectiva*. Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Vol. XIII, Buenos Aires.
- (1971) *Identidad y cambio*, Editorial Kargieman, Buenos Aires.
 - (1976) *Teoría de la identificación*, Paidós, Buenos Aires.
- Grotstein, J. (1981) *Identificación proyectiva y escisión*, Editorial Gedisa, México.
- Grunberger, B.: *Le narcissisme*, Payot, París, 1975.
- Guillaumin, J.: "La blessure des origines", *Nouvelle Revue de psychanalyse* n° 26, Gallimard, París, 1982.
- Guir, J.: "Identification et phénomènes psychosomatiques", en *Lettres de l'École* n° 22, Journée de Lille, Bulletin interieur de l'École freudienne de París, 1978.
- Heidegger, M.: *Identidad y diferencia*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1988.
- Heimann, P. (1943). *Algunas funciones de introyección y proyección en la temprana infancia*, en *Obras Completas de M. Klein*, Tomo III, Paidós, Buenos Aires.
- Julien, P.: *Le retour à Freud de Jacques Lacan*, Editions Erès, Toulouse, 1985.
- Kernberg, O.: "Narcisismo normal el narcisismo patológico", en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 13, Gallimard, París, 1976, pág. 181.
- *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, Paidós, México, 1986.
 - "Treatment of borderline patients" en *Tactics and technique in psychoanalytic therapy*, (P. L. Giovachini ed.), Science House, Nueva York, 1972.
- Khan, M. R.: "L'espace du secret", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 9, Gallimard, París, 1974.
- Klein, M. (1938-39). *El duelo y su relación con los estados maniaco depresivos*; en *Obras completas*, Paidós, Buenos Aires.
- (1945). *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas*; en *Obras completas*, Paidós, Buenos Aires.
 - (1946). *Notas sobre algunos mecanismos esquizoideos*; en *Obras completas*, Paidós, Buenos Aires.
 - (1952). *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante*; en *O. Completas*, Paidós, Buenos Aires.
 - (1955). *Sobre la identificación*; en *Obras Completas*, Paidós, Buenos Aires.
- Kohut, H. (1971). *Análisis del self*. Amorrortu, Buenos Aires.
- (1977). *La restauración del sí-mismo*, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Korman, V. (1977). *Teoría de la identificación y psicosis*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- (1993). *Abraham, un retrato en collage*, revista Tres al cuarto N° 2, Barcelona.
 - (1994). *A propósito de un legado de Ferenczi: el concepto de introyección*; revista Tres al cuarto N° 3, Barcelona.

- (1996). *El oficio de analista*, segunda edición, Triburgo, 2014, Buenos Aires.
 - (1997). *Y antes de la droga ¿qué?*, tercera edición, Triburgo, 2013, Barcelona.
 - (2004). *El espacio psicoanalítico*, Editorial Síntesis, Madrid.
 - (2010). *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas*; nc ediciones, Barcelona.
- Kristeva, J.: (1991). *Extranjeros para nosotros mismos*, Editorial Plaza y Janés, Barcelona.
- Lacan, J. (1953 -1954). Seminario I: *Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Barcelona.
- (1957 -1958). Le Séminaire, livre V; *Les formations de l'inconscient*, Seuil. Paris.
 - (1958 -1959). Le Séminaire VI; *Le désir et son interprétation*.
 - (1960 -1961). Le séminaire livre VIII; *Le transfert*, Seuil, Paris
 - (1961 -1962). Le Séminaire IX; *L'identification*, versión mecanografiada.
 - (1963 -1964). Seminario XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barral, Barcelona.
 - (1938). *Le complexe, facteur concret de la psychologie familiale. La famille*; en *La Encyclopédie française*, Tomo VIII.
 - (1946). *Propos sur la causalité psychique*; Ecrits, Seuil, Paris.
 - (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo (Je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, en *Escritos I*, Siglo XXI, México.
 - (1953). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, en *Escritos I*, Siglo XXI, México.
 - (1960). *Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: psicoanálisis y estructura de la personalidad*; en *Escritos II*, Siglo XXI, México.
- Laplanche, J. (1970). *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
 - (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
 - *Problématiques I, II, III y IV*, PUF, Paris.
- Laplanche, J. y Pontalis J-B. (1967). *Diccionario de Psicoanálisis*, Editorial Labor, Barcelona, 1974.
- Lebeaux, Y. (1986). *Je, Sujet et Identification. Eléments pour une discussion*, en *Topique* n° 37, EPI, Paris.
- Leclair, S.: "ser psicoanalista", en *Desenmascarar lo real*, Buenos Aires, Paidós, 1982.
- Le Gaufey, G. (1981) *¿Con quién identificarse? ¿De quién fiarse?*, Ornicar en castellano, N° 1, Ediciones Petrel, Barcelona.
- López, B.: "Síndrome fronterizo: cuerpo, encuadre y discurso", *Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, vol. IX.
- Luquet P.: "Les identifications précoces dans la structuration et la restructuration du moi", en *Revue française de Psychanalyse*, vol. XXVI, Paris, 1962.
- Mariani, M.: *Lacan*, Les dossier Belfont, Paris, 1986.
- Paz, C.: *Estructuras y estados fronterizos en niños, adolescentes y adultos*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.
- Major, R.: "Empathie, antipathie et télépathie"; en *Cahiers Confrontation* n° 10, Paris, Aubier, 1983.
- Mannoni, O. (1973). *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Amorrortu, Buenos Aires.
- (1983). *La désidentification*, en *Le moi et l'Autre*, Denoël, Paris.
- Marinas, J. M.: *Lo político y el psicoanálisis: el reverso del vínculo*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
- *Ética de lo inconsciente: sobre comunidad y psicoanálisis*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2015.
- McDougall, J. (1987). *Identificación, neo-necesidad y neo-sexualidad*, en *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina*.
- "l'Anti-analysant en analyse", *Revue Française de Psychanalyse* n° 36, Paris, 1972.
 - "Le psyché-soma et le psychanalyste", en *Nouvelle Revue de la psychanalyse* n° 10, Gallimard, Paris, 1974.
- Meissner, W.W. (1970) *Notes on identification. I. Origins in Freud*, en *Psycho-Analytic Quarterly*, 39.
- Meltzer, D. (1974) *Identificaciones narcisistas*, exposición realizada en la Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires.
- Meltzer, D. (1975) *Adhesive identification*. Publicación interna de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
- Mijolla, A. de (1986) *Les visiteurs du moi. Fantômes d'identification*, Les belles lettres. Paris.
- Nasio, J.-D. (1988) *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*. Rivages. Paris
- "Forclusión y nombre del padre", en *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, Siglo XXI editores, México, 1983, p. 295.
- Petitot, J.: "Psychanalyse et logique, plaidoyer pour l'impossible" en *Le lien social*, Cahier Confrontation, Paris, 1981.
- Poissonnier, D. (1978) *L'identification primordiale*, *Lettres de l'École* n° 22, Journée de Lille, Bulletin interieur de l'École freudienne de Paris.
- Pontalis, J.-B.: "Bornes ou confins?", en *Nouvelle Revue de Psychanalyse* n° 10, Gallimard, Paris, 1974.
- Prigogine, I. (1972-82) *¿Tan solo una ilusión?*, Tusquets Editores, Barcelona.
- Prigogine, I. y Stengers, I. (1979) *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Alianza editorial, Madrid.
- Prigogine, I. y Rabinovich, D.: *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1983.
- Revista Scilicet* n° 3 (1970) *Le clivage du sujet et son identification; Avoir et s'approprier e Individu et structure du groupe*, Editions du Seuil, Paris.
- Rosolato, G.: "Le narcissisme", en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 13, Gallimard, Paris, 1976.
- Roustang, F. (1981) *Le mythe de l'Un*, en *Le lien social*, Confrontation, Paris.
- Sandler, J. (compilador) (1987) *Projection, Identification, projective identification*. International Universities Press, Inc., Madison, Connecticut.
- Schneider, M.: "La filiation paradoxale: Freud enfant de Ferenczi", en *Mémoires, Transferts*; Écho-Centurion, Paris, 1986.
- Segal, H. (1964). *Introducción a la obra de M. Klein*, en O. C. de M. Klein, tomo I, Paidós, Buenos Aires.
- Sibony, D.: "Trasmission d'inconscient et généalogie"; en *Mémoires, Transferts*; Écho-Centurion, Paris, 1986.

- Soury, P.: *Cadenas, nudos y superficies en la obra de J. Lacan*, Xavier Bóveda Ediciones, Buenos Aires, 1984
- Stengers, I. (1988) *Entre el tiempo y la eternidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- Stoloff, J.-C. (1997). *Les pathologies de l'identification*; Dunod, Paris.
- Stoianoff, S.: "Identification et vie communautaire", *Lettres de l'École* n° 22, Journée de Lille, Bulletin interieur de l'École freudienne de Paris, 1978.
- Thom, R. (1977) *Estabilidad estructural y morfogénesis*, Gedisa, Barcelona.
- Torok, M., "L'oculté de l'occultisme"; en *Cahiers de Confrontation* n° 10, Paris, Aubier, 1983.
- Tort, M.: "L'argument généalogique", *Revista Topique*, N° 38, Paris, 1986, pág. 69.
- Wagensberg, J. (Compilador): *Nosotros y la ciencia*, Antoni Bosch editor, Barcelona, 1980.
- *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Tusquets editores, Barcelona, 1985.
- Widlöcher, D.: "Les processus d'identification", en *Bulletin de Psychologie*, vol. XXIII, Paris, 1969.
- Winnicott, D. W.: "Le rôle du miroir de la mère et de la famille dans le développement de l'enfant", en *Nouvelle Revue de psychanalyse*, n° 10, Gallimard, Paris, 1974, pág. 79.
- *Realidad y juego*; Gedisa, Barcelona, 1971.

OBRAS COLECTIVAS

- Les identifications*, Denoël, Paris, 1987.
- Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, tomo XLII, N° 1, Buenos Aires, 1985. Publicaciones previas al 34° Congreso de la API: *La identificación y sus viscosidades* (Hamburgo de 1985).
- Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina*, tomo XLII, N° 4, Buenos Aires, 1985. Publicaciones previas al 34° Congreso de la API: *La identificación y sus viscosidades* (Hamburgo de 1985).
- Le concept d'objet en psychanalyse*; *Revue Française de Psychanalyse*, Tome LIII, P. U. F., Paris, 1989.
- L'identification; l'autre, c'est moi*, Tchou, Paris, 1978.
- L'identification*, *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, 1984.

LA IDENTIFICACIÓN EN LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

1. INTRODUCCIÓN

Existe un consenso muy amplio acerca de que el recién nacido llega al mundo con una actividad psíquica muy rudimentaria o casi inexistente y que en el transcurso de los primeros años de vida se va generando una organización mental cada vez más compleja. Sin duda intervienen en esa gestación factores de muy diversa índole: orgánicos (hereditarios, congénitos, neurológicos), sociales, psíquicos, culturales, etc. Así, pues, además del parto biológico habría un nacimiento a la vida psíquica.

La propuesta de esta tesis es la de ampliar los conocimientos relacionados con el surgimiento y desarrollo de la vida psíquica en el niño, proceso que alcanza uno de sus puntos culminantes en la formación de un aparato psíquico con todas las instancias, sistemas y subsistemas, al finalizar la primera infancia. Esa profundización de saberes se realizó en la parcela correspondiente a los factores causales psicológicos que participan en la conformación de un nuevo ser psíquico. Se utilizó el enfoque psicoanalítico, que toma en cuenta los aspectos conscientes e *inconscientes* en la transmisión intergeneracional de lo mental.

Elegida esa perspectiva teórica, la identificación ocupó necesariamente el lugar central en la tesis, ya que ella es, para el psicoanálisis, el principal mecanismo que da cuenta de ese traspaso psíquico entre generaciones. Lo psíquico surge de lo psíquico del entorno objetal. Por lo tanto, el punto de partida y el marco general de esta tesis fue el siguiente: apenas nacido el bebé se incluye en un contexto familiar y social que le preexiste y cuyas características deberá hacer suyos. De allí surgió, también, que una parte importantísima del trabajo de tesis estuviese centrado en la investigación de las teorías identificatorias de Freud, Melanie Klein y Lacan (que de aquí en adelante serán mencionadas con las siglas TIF, TIK y TIL respectivamente). De manera paralela se realizó un análisis comparativo de esas tres teorías, tanto a nivel de lo que ellos escribieron *literalmente* sobre este tema como en el plano de los fundamentos *implícitos*, que fueron desentrañados y explicitados durante la extensa indagación bibliográfica realizada. Este cotejo y las consecuencias extraídas del mismo fueron la antesala para el planteamiento de mis hipótesis personales sobre dicho tema.

Se dedicó espacio a la historia y presente del concepto de identificación en psicoanálisis y se evaluó el estado actual de los estudios de esa problemática. Luego se plantearon los aspectos metodológicos de la tesis que determinaron un modelo complejo de procesamiento de los textos investigados, que a continuación se comentará.

2. ASPECTOS METODOLÓGICOS DE LA TESIS

El primer paso consistió en reunir las ideas dispersas que sobre la identificación dejaron los tres psicoanalistas a lo largo de sus obras. También se recurrió a artículos sobre el tema de otros autores. Se han seleccionado inicialmente aquéllos escritos en que dicha temática aparecía tratada explícitamente; luego, la exploración se extendió a otros ensayos en que se realizaron anudamientos *implícitos* con esta problemática. Por último, se observó la articulación de estos conjuntos con otros escritos en los que se procesaban conceptos que no pertenecían estrictamente al área de la identificación pero que estaban, sin embargo, relacionados con ella.

Llevada a cabo esta operación inicial, se analizaron por separado los de textos de Freud, Klein y Lacan, para establecer los fundamentos de cada teoría. Esto facilitó el posterior estudio comparativo de las mismas en el nivel de sus basamentos. Pudo apreciarse que cada teoría arrojó luz sobre ciertas zonas pero, al mismo tiempo creó sus propios conos de sombra. Esto no fue considerado una limitación, puesto que todas las teorías generan *inevitablemente* el mismo fenómeno. Ninguna disciplina puede agotar su objeto de estudio: no existen teorías omnicomprendivas.

Se ha combinado una *lectura cronológica* con otra *retroactiva* y esto, porque cada texto suele encontrar, más allá de sí mismo, y *a posteriori*, significaciones complementarias a las que podrían extraerse cuando es estudiado de manera aislada y sometiendo su contenido a un examen

que atiende sólo a los parámetros del momento de su publicación. Se pensó que ese eje diacrónico era insuficiente y por ello se agregó, como ya se dijo, una segunda lectura, retroconclusiva.

Se ha evitado cualquier sistematización de estas tres obras desde ejes ajenos a las mismas: se las leyó atendiendo a su lógica interna. Se recurrió en todos los casos a la *intertextualidad*; es decir: no se abordó ningún texto como una simple unidad; tampoco se los consideró bloques macizos que, a manera de ladrillos, se habrían superpuesto para construir la TIF, TIL y TIK. Se los trató más bien como nudos de una red. Con esta premisa, se establecieron *circuitos de textos* en las obras de los tres autores. Se practicó también una *lectura con zoom*: ampliaciones o estrechamientos reiterados del panorama ofrecido por los circuitos de textos recién comentados. Mediante esas variaciones de tamaño del campo se pudieron visionar ya sea aspectos puntuales y detallados de una problemática –o de una época– determinada, ya sea perspectivas más amplias, aunque menos minuciosas del área teórica en cuestión. Mediante reducciones y ampliaciones sucesivas de la zona enfocada se pudo tener presente –de manera casi simultánea– tanto los aspectos microscópicos como las grandes articulaciones del pensamiento de estos tres psicoanalistas respecto de la identificación. Se llevó a cabo también una *lectura estructural* de las tres obras; esta modalidad permitió observar:

- Los movimientos que llevaron a las estabilizaciones conceptuales en el ámbito de las tres teorías de la identificación.
- Las órbitas gravitacionales generadas a partir de esos nuevos equilibrios intra-teóricos.
- Las repercusiones que los cambios de la TIF, TIK y TIL produjeron en el resto de la teoría de cada autor y también, la inversa: cómo impactó sobre la identificación las transformaciones habidas en otras comarcas teóricas de cada teoría.

Este enfoque estructural permitió apreciar las modificaciones –conmociones, a veces– acaecidas en el interior de cada teoría y los nuevos campos gravitatorios conceptuales generados.

3. OBJETIVOS

Del objetivo principal de este trabajo –ampliar los conocimientos sobre el surgimiento del psiquismo en el recién nacido– se fueron desprendiendo otros, que guardaban estrecha relación con el primordial. En primer lugar: rescatar lo más valioso de la TIF, TIK y TIL para procesar esa herencia e integrarla, junto con los aportes del autor de esta tesis, en una propuesta nueva y personal de un sistema identificatorio *estructurante* y *estructural* del psiquismo. Ello supuso lograr escalonadamente los siguientes objetivos:

- Localizar las zonas fecundas del pensamiento freudiano que dieron pie a las inflexiones kleinianas y lacanianas sobre la identificación, que supusieron avances en el tema.
- Precisar los destinos que han tenido los puntos de partida freudianos en el interior de las otras dos concepciones.
- Subrayar qué aspectos de la obra de Freud han sido privilegiados –y, de manera concomitante, cuales fueron soslayados– por estos dos continuadores.
- Objetivar las ópticas con las que se interpretó a Freud desde las escuelas kleiniana y laciana.
- Resaltar las coincidencias y divergencias entre estos tres enfoques sobre la identificación.
- Evaluar cuáles han sido las repercusiones que estas diferencias conceptuales han tenido en las prácticas clínicas que se derivaron de cada corriente teórica.
- Poner de relieve las innovaciones introducidas por Klein y Lacan en el concepto de identificación forjado por Freud.
- Y, por último, establecer los fundamentos de ese nuevo sistema identificatorio estructural.

En concordancia con estos objetivos se dividió la tesis en cuatro partes; en las primeras tres se desplegó, respectivamente, el pensamiento de Freud, Klein y Lacan sobre el tema; la cuarta parte se dedicó a exponer las ideas que el autor de esta tesis elaboró en las últimas décadas. En ese

contexto se insistió sobre un aspecto que ni Freud ni sus continuadores habían valorado suficientemente: la *labor psíquica* que los niños realizan sobre el conjunto de marcas identificatorias que se les transmiten y van haciendo propias. No destacaron el trabajo creativo realizado por el infante durante su proceso de estructuración psíquica con los rasgos que tomados de sus objetos de identificación.

Desarrollar este asunto ha sido uno de los ejes significativos del contenido de esa la cuarta parte: se fundamentó teóricamente por qué el nuevo sujeto psíquico **no** es una simple resultante de los determinantes exteriores. Se desplegó con amplitud la siguiente hipótesis: *la materia prima psíquica que los objetos de su entorno le proveen al infans es transformada por éste e incluida en una nueva combinatoria*. Cabe inferir, además, que el niño también realiza una cierta selección: no todo lo que se le ofrece lo acaba haciendo suyo. En otros términos: el protosujeto no es pasivo en el proceso estructurante; aquellos rasgos que internaliza, pasan a formar parte de un nuevo sistema, son acogidos en una constelación novedosa, mezclados, procesados, integrados a otros elementos. Lo psíquico del niño que emergerá como efecto de tal labor será, necesariamente, un producto singular, diferente y diferenciado de las psiques que le aportaron rasgos.

La identificación debería incluir, como una más de sus orlas semánticas, este trabajo *de autoorganización* que va realizando el propio sujeto en su proceso de constitución. En esa línea, los aportes de Prigogine (1972-1982) y de Prigogine y Stengers (1979 y 1988) han sido una ayuda inestimable para: a) pensar al sujeto psíquico en vías de formación como una estructura disipativa; b) para incluir en la identificación un proceso autoorganizativo –metabolización psíquica– de los rasgos provenientes de los otros que los niños van haciendo suyos y c) la irreversibilidad del tiempo.

Asimismo, en esa cuarta parte se plantearon definiciones de las identificaciones estructurantes propias del autor de esta tesis y se hicieron consideraciones acerca del destino final de materia psíquica vehiculizada por las identificaciones: su transformación en instancias y sistemas del aparato psíquico. Se propuso un sistema identificatorio estructural con precisiones novedosas sobre las identificaciones primarias, narcisistas y edípicas, señalando de paso las consecuencias psicopatológicas cuando fracasan las inscripciones de las mismas. Se explicaron asimismo las derivaciones clínicas de las nuevas ideas desarrolladas sobre la identificación. No fueron ajenos a propuestas la percepción de los cambios vertiginosos producidos en las últimas décadas en lo social, familiar y subjetivo. Sus repercusiones en la clínica son evidentes y obligan a repensar el psicoanálisis a la luz de esas transformaciones contemporáneas. *Lo psíquico es lo social subjetivado*, sostiene el autor de la tesis.

Las innovaciones en las ciencias sociales, en las matemáticas, en química, biología, física, en la tecnología, en las telecomunicaciones, en los estudios sobre la etología humana y en las neurociencias, han trastocado las condiciones de la vida comunitaria e individual existentes hasta hace poco y han repercutido sobre la construcción identificatoria de las subjetividades contemporáneas. El psicoanálisis, surgió en una época bien determinada y en diálogo con las ciencias de aquel entonces; hoy no puede permanecer ajeno a las transformaciones del siglo XXI, ni debe dejar de confraternizar o discutir con las disciplinas que le son afines. Y sobre todo, le toca renovarse. Las propuestas que se presentaron en la cuarta parte de esta tesis se inscriben en esa dirección.

4. RESULTADOS

La investigación realizada permitió

- Abrir la posibilidad de establecer los fundamentos para pensar un nuevo sistema identificatorio *estructurante* de lo psíquico.
- Avanzar en la dirección de situar de manera precisa a la identificación como mecanismo estructurante de lo psíquico y como factor fundamental en la transmisión intergeneracional de lo psíquico (lo inconsciente incluido).
- Evaluar las propuestas de modalidades identificatorias, tanto las actuales como las futuras, para percibir con mayor claridad su valor heurístico.
- Establecer definiciones específicas de los aspectos estructurantes de la identificación y construir una metapsicología de las mismas.
- Precisar el destino de las identificaciones estructurantes.

- Crear nuevas definiciones del concepto de identificación.
- Dialectizar los modelos causales de los trastornos psíquicos –productos de la identificación– con la transformación de los mismos en la clínica.
- Propender a un uso más riguroso del dicho concepto.
- Dejar de considerarla como un descriptor clínico de las conductas y comportamientos.
- Resaltar el carácter *inconsciente* de la identificación –incluido en la definición de la misma– y tomar en consideración las implicancias clínicas derivadas de tal articulación.
- Incorporar a la autoorganización como una orla semántica nueva del concepto en cuestión.
- Fundamentar la “función del hijo” para lo referente a ciertos aspectos y momentos de su estructuración subjetiva, complementando así las funciones materna y paterna en ese territorio.

5. CONCLUSIONES

Se las planteará también por medio de puntualizaciones.

- Es necesario labrar un lugar específico para la principal de las funciones de la identificación: la estructurante, diferenciándola así de otras modalidades de la misma de carácter temporario, que no construyen elementos estables y permanentes en la psique.
- Es imprescindible no banalizar la transmisión de rasgos psíquicos de padres a hijos. No son útiles los expedientes fáciles que piensan la cuestión en términos de transmisión de pautas de conducta. A diferencia de la deducción genealógica, que está al servicio de una teoría de los orígenes y que se podría dibujar como un vector que va de “arriba hacia abajo” –es decir, de abuelos y padres a hijos– el procedimiento que propongo implica *la reconstrucción del trabajo de engendramiento del nuevo sujeto psíquico*, tarea que sólo puede realizarse a partir del material aportado por el paciente en sus asociaciones libres. Lo social y familiar se internaliza siempre con mediaciones. Lo dicho supone también alentar trabajos clínicos más fértiles, que estén en consonancia con las nuevas conceptualizaciones sobre la identificación.
- Es también urgente otorgar un nuevo basamento a la tarea clínica sobre las identificaciones. La metapsicología que se propuso exige abordajes clínicos novedosos.
- Sería conveniente seguir desarrollando nuevas hipótesis sobre la labor autoorganizativa y de metabolización psíquica que realizan los niños en sus procesos estructurantes, con la materia psíquica (rasgos) que les son ofrecidos o implantados por su entorno objetal.
- Debería propenderse a un uso más riguroso del concepto de identificación no sólo en la teoría sino y también, *en la clínica*, fundamentándolo en las definiciones propuestas del concepto.
- Sería útil introducir las categorías de *ptolomeísmo* y *copernicanismo*, para evaluar tanto las antiguas como las nuevas modalidades de identificación que se propongan. Considero *ptolomeico* todo pensamiento que proponga al sujeto psíquico en formación como punto de partida y motor prevalente de su propia constitución subjetiva. En esas doctrinas el infante *se identificaría* con los objetos, y se apropiaría de rasgos de ellos para crear su aparato psíquico. Se trataría de una teoría “infanto-céntrica”, si se permite este neologismo, que pretende acercarla al geocentrismo ptolemeico. En cambio, serían *copernicanas* aquellas que jerarquizan el rol de los adultos en la constitución del futuro sujeto psíquico y otorgan función *identificante* al objeto; hacen prevalecer la función de los otros en la conformación de la mente del niño.
- De todo lo dicho surge también que, sin menospreciar otros factores en juego, la psique del infante es una variable muy dependiente del psiquismo de los padres (pese a la autoorganización propuesta). Todas las actuaciones psíquicas, sociales, políticas y económicas que tiendan a mejorar el contexto familiar –en todos los órdenes– serán preventivas de patologías mentales.

PALABRAS CLAVES: Psicoanálisis, Identificación, Trasmisión intergeneracional, Subjetividad, Autoorganización

SUMMARY OF VÍCTOR KORMAN'S PhD THESIS
IDENTIFICATION IN PSYCHONALYTIC THEORIES

1. INTRODUCTION

There is widespread consensus about the fact that a new-born arrives in this world with a very rudimentary or almost inexistent psychic activity, and that during the first years of his life, a more complex mental organization is created. Doubtless, many different factors intervene in this creation: biological (hereditary, congenital, neurological), social, psychic, cultural, and so on. Thus, in addition to the biological birth, there is a psychic life birth.

This thesis tries to widen the knowledge related to the creation of psychic life in a child, a process which culminates in the formation of a psychic apparatus with all the instances, systems and subsystems, at the end of infancy. This study was made in the area corresponding to the psychological causal factors that partake in the creation of a new psychic being. A psychoanalytical approach was used, which takes into account the conscious and *unconscious* aspects in the intergenerational transmission of the mind.

Having chosen that theoretical perspective, the main body of this text was devoted to identification, given that it is, in psychoanalysis, the main mechanism explaining psychic transmission between generations. The psyche emerges from the psychical of the objectual environment. Thus, the starting point and the general frame for this thesis was as follows: just after being born, the baby is immersed in a familiar and social context which exists before him, and whose characteristics he must make his. That is the reason why a very important part of this work was centred on researching the identification theories in Freud, Melanie Klein and Lacan (from here onwards, referenced with the initials TIF, TIK and TIL, respectively). In parallel, we undertook a comparative analysis of these three theories, both in regards to what was written literally about the subject as well as the implicit references. This comparison and its conclusions were the starting point for laying out my own personal hypothesis around this subject.

We also dedicated some time to the history and the present concept of identification in psychoanalysis and we evaluated the current situation of the studies around this matter. Then we discussed the methodological aspects of the thesis, which determined a complex processing model for the research that we explain below.

2. METHODOLOGICAL ASPECTS

The first step was to gather the different ideas around identification present in the work of these three psychoanalysts. We also used papers from other authors, initially selecting those that dealt explicitly with the subject; later, we extended that research to other essays that covered the subject in an *implicit* way. Lastly, we focused on other texts covering other concepts that didn't belong strictly to this area but were, however, related.

Once this task was complete, we undertook separate studies of Freud, Klein and Lacan to establish the foundations of each theory. That facilitated the comparative study of the three that follows. We observed how each theory shed light on certain areas but, at the same time, created its own shadows. We didn't consider this a limitation, given that all theories *inevitably* created the same phenomenon. No theory can completely exhaust the topic under study: there is no such thing as an all-encompassing theory.

We combined a *chronological reading* with a *retroactive* one, given that each text can find, in hindsight, additional meaning to what could be obtained in an isolated study. We considered that the diachronic axis was not enough, and a second, retro conclusive, reading was necessary.

We have tried to avoid any systematization of these three works along axes that were not their own: they were read according to their own internal logic. In all cases we used *intertextuality*; that is, no single text was approached in isolation; neither were they considered as solid blocks, like bricks, with which to build TIF, TIL or TIK. Instead, we treated them like knots in a net. Under that premise we established *circuits of texts* in the works of all three authors. We practiced *zoom reading*: widening or narrowing the landscape offered by the circuits of texts we just mentioned. With these variations in depth of field we could visualize both detailed aspects of a given issue (or time) as well as wider perspectives. Through narrowing and widening the area in focus we could keep in mind, almost simultaneously, the microscopic aspects and the broad strokes of the thoughts around identification of these three psychoanalysts. We also undertook a *structural reading* of these three works; this allowed us observe the following:

- The movements that led to conceptual stabilization in the three identification theories.
- The gravitational orbits generated after these new inter-theoretical balance.
- The repercussions that changes in TIF, TIK and TIK had in other theories of each author, and also in reverse: how did transformations in other areas of each theory impact on identification.

This structural approach allowed us to appreciate modifications –even shake-ups, in some cases– that took place inside each theory, and the new conceptual gravitational fields that resulted.

3. GOALS

From the main objective in this work –to expand the knowledge about the creation of the psyche in the new-born– others started appearing, in close relationship with the original. Primarily, to rescue the most valuable aspects from TIF, TIK and TIL in order to process their legacy and integrate it, together with other contributions by the author of this thesis, into a new and personal theory of an identificational system, which would be *structuring and structural* of the psyche. That required us to achieve the following goals in order:

- To identify the most fruitful areas of Freudian thought that gave rise to the Kleinian and Lacanian inflections on identification, which constituted great advances on the matter.
- Pinpoint the destinations of the Freudian starting points inside the other two theories.
- Underline which aspects of Freud's work have been highlighted, and which ones have been avoided by these two followers.
- Objectivize the optics with which Freud was interpreted in Lacanian and Kleinian schools of thought.
- Highlight the agreements and divergences between these three approaches to identification.
- Evaluate the repercussion that these conceptual differences have had in the clinical practice derived from each theoretical current.
- Mention the innovations brought over by Klein and Lacan to the initial identification concept crafted by Freud.
- Finally, establish the basis for this new structural identification system.

In accordance with these goals we divided the thesis in four sections; in the first three we present successively the thoughts of Freud, Klein and Lacan on this subject; in the fourth, we present the ideas that the author created over the last decades. In this context we insisted on an aspect that neither Freud nor his followers had valued enough: the study of the psychic labour that children undertake on the set of identificatory marks transmitted to them, and how they make them theirs. The reference authors did not highlight enough the creative work undertaken by the child during his process of psychical structuration of the traits taken from his identification objects.

Developing this idea has been one of the main subjects of the fourth part: we have laid out the theoretical basis of why the new psychic subject **is not** a simple result of the external determinants. The following hypothesis has been extensively elaborated: *the psychic raw matter that the objects in the environment supply the infants with is transformed by it and included in a new*

combinatory. We also highlight that the child undertakes a selection: he does not incorporate everything that is offered to him. In other words: the protosubject is not passive in the structuring process; the traits it internalizes become a part of a new system, are welcome into a new constellation, mixed, processed and integrated with other elements. The psyche that will emerge as a result of this effort will be, inevitably, a singular, different and differentiated product from the psyches that initially supplied the traits.

Identification should include the *self-organizing* work that the subject undertakes during its constitutional process. Along these lines, the contributions from Prigogine (1972-1982) and Prigogine and Stengers (197 and 1988) have been a great help to: a) think of the subject being formed as a dissipating structure and b) allow identification to include a self-organizing (psychic metabolism) of the traits that children make their own and c) the irreversibility of time.

Additionally, in the fourth section we present the author's definitions of structuring identifications and we also give some thought to the final destination of the raw matter that is processed by identifications: its transformation into instances and systems in the psychical apparatus. We present a structural identificatorial system with new ideas about primary, Narcissistic and Oedipal identifications, highlighting the consequences when their inscriptions fail. Additionally, we explain the clinical derivations of these new developments on identification. We tried not to isolate them from the rapid pace of change in the last few decades with regards to the social, familiar and subjective. The repercussions of these changes in the clinic are obvious and they force us to re-think psychoanalysis. The author supports the idea that *the psyche is the subjectivized social*.

Innovations in social science, mathematics, chemistry, physics, biology, technology and communications, and in studies on human ethology and neuroscience have changed the community and individual life as it used to exist until recently, and have had an impact on the identificatory construction of contemporary subjectivity. Psychoanalysis emerged in a certain age and in relation to the science of that time; today it cannot ignore the transformations of the 21st century, and it cannot avoid a dialog with other related disciplines. Above all, it has to renovate itself. The suggestions presented in the fourth part try to take a step in this direction.

4. RESULTS

The research we undertook allowed us to:

- Open the possibility of establishing the basis to think about a new identificatory system that is *structuring* of the psyche.
- Take a step in the direction of placing identification as a structuring mechanism of the psyche and as a fundamental factor of intergenerational transmission of the psyche (including the unconscious).
- Evaluate the theories of the different modalities of identification, both present and future, to more clearly perceive their heuristic value.
- Establish specific definitions of the structuring aspects of identifications and to build a metapsychology for them.
- Pinpoint the destination of structuring identifications
- Create new definitions of the concept of identification
- Dialectise the causing models of psychic disorders (a result of identification) with their transformation in the practice.
- Encourage a more rigorous use of the concept.
- No longer consider it as a clinical descriptor of conduct and behaviour.
- Highlight the *unconscious* character of identification -included in its own definition- and take into consideration its clinical consequences.
- Add a new semantic lining to the concept: self-organization.
- Base the “son's function” in regards to its subjective structuration, complementing the functions of mother and father in this territory.

5. CONCLUSIONS

Presented as bullet points:

- It is necessary to create a new space for the main identification function: the structuring, thus differentiating it from other temporary modalities that do not build permanent elements in the psyche.
- It is essential not to trivialize the transmission of psychic traits from parents to children. The simple conceptions that think about this issue in terms of transmitting behaviour patterns are not helpful. To differentiate it from genealogical deduction, which could be drawn as a downwards-pointing vector (that is, from grandparents to parents to children), the process we present would imply *to rebuild the work of engendering the new psychic subject*, which can only be done through the material offered by the patient in free association. The social and family aspects is always internalized through mediation. This also implies encouraging more fertile clinic work, more in line with the new concepts of identification.
- It is urgent to offer a new base for clinic work on identifications. The metapsychology we offer demands new clinical approaches.
- It would be convenient to keep on developing new hypothesis around self-organising work and psychic metabolisation that children undertake during their structuring processes, with the psychic raw matter (traits) that are offered to or implanted in them by their objectual environment.
- A more rigorous usage of the identification concept should be encouraged, not only in theory but also *in the clinic*, basing it on the definitions we offer on this subject.
- It would be useful to introduce the categories of *Ptolomeism* and *Copernicanism*, to designate the old and new modalities of identification. We consider *Ptolomean* all conceptions that think of the forming psychic subject as a starting point of its own subjective constitution. In this line of thought the child would *identify* with objects and would make their traits his own to create its own psychic apparatus. This would be a "child-centric" theory which would bring it close to geocentric Ptolomeism. On the other hand, we consider *Copernican* those ideas that put the grown-up's role in in the building of the future psychic subject at the top of the hierarchy and give then an *identifying* function to the object; they give the object a more prevailing role in the constitution of the child's mind.
- In addition to all we said above, the psyche of the child is still very dependent on the parent's psyche (in spite of the suggested self-organisation). Any psychic, social, political and economic action that improves the family context will help prevent mental disorder.

KEYWORDS: Psychoanalysis, Identification, Subjectivity, Intergenerational transmission, Self-organisation.